

# Cuadernos

100

Política · Teatro  
Música · Letras  
Libros · Ciencia  
Cine · Arte · Notas



AMERICA LATINA

*su Imagen en 1965*

Poemas de BORGES, CARLOS PELLICER,  
CARRERA ANDRADE, CASTRO SAAVEDRA

# BAVARIA, S. A.

UNA DE LAS CERVECERIAS MAS GRANDES DEL MUNDO

LA EMPRESA PRIVADA MAS GRANDE DE COLOMBIA

- 19 MODERNAS CERVECERIAS
- 6 MALTERIAS
- 1 FABRICA DE TAPAS CORONA Y DE ROSCA
- 1 PLANTA DE GRITS
- 1 PLANTA DE IMPRESION DE ETIQUETAS
- 1 FABRICA DE CORCHO
- 1 PLANTA DE ALUMINIO
- GAS NATURAL
- FERTILIZANTES
- CORPORACION FINANCIERA PARA EL DESARROLLO DEL SUELO
- DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES Y DESARROLLO ECONOMICO
- CONCENTRADOS PARA ANIMALES



Las cervezas de BAVARIA, son vendidas a través de 250 oficinas y 140.000 vendedores al detal.

BAVARIA, cuenta con 70.000 accionistas.

BAVARIA, en 75 años de progreso, ha desarrollado un gran programa de investigación agrícola para mejorar y aumentar la producción de cebada.

Sobre estos terrenos agrícolas experimentales, se enseña el uso de máquinas y mejores métodos de cultivo.

*Marca de exportación :*

**CLUB COLOMBIA**

*Marcas locales :*

Club Colombia, Costeña, Costeñita, Bavaria, Germania, Póker y Nevada. También produce Bovorio S.A. : Pony Malto, Refrescos Pony, Agua Mineral Pony, Vita Molta y Vita Levadura.

# C U A D E R N O S

SEPTIEMBRE 1965

Nº 100

¿HACIA UNA ORGANIZACION DE ESTADOS LATINOAMERICANOS?	5	<i>Germán Arciniegas</i>
CRISIS DE LA DIPLOMACIA LATINOAMERICANA SOBRE ESTADOS UNIDOS, EUROPA, AFRICA Y EL COLONIALISMO MENTAL CULTURA Y SUBDESARROLLO LA GUAYANA EXPLOSIVA ¿CUAL CASO LATINOAMERICANO? GENERACIONES EN LA LITERATURA HISPANOAMERICANA MEXICO Y PERU EN LA TRAGEDIA CLASICA OCCIDENTAL GUTENBERG, BOLIVAR Y DAVID D'ANGERS PERFIL DE LA ARGENTINA EN AMERICA LA PLAZA MAYOR DE MEXICO AMERICA LATINA Y EUROPA LOS INDIOS DEL BRASIL EN LA EPOPEYA DE LA MISION RONDON EUGENE O'NEILL	12	<i>Daniel Cosío Villegas</i>
¿ES ALEMANIA UN MODELO PARA AMERICA LATINA? MARIA EUGENIA VAZ FERREIRA SITUACION DE LA CULTURA PARAGUAYA EN 1965 « ASOMANTE » EN LA CULTURA PUERTORRIQUEÑA	23	<i>Luis Alberto Sánchez</i>
	30	<i>Alberto Zum Felde</i>
	33	<i>Eduardo Caballero Calderón</i>
	34	<i>Hernando Téllez</i>
	39	<i>Guillermo de Torre</i>
	66	<i>César Miró</i>
	77	<i>Gabriel Giraldo Jaramullo</i>
	97	<i>Carlos Alberto Erro</i>
	106	<i>Mauricio Gómez Mayorga</i>
	112	<i>Charles V. Aubrun</i>
	117	<i>Paulo E. de Berrêdo Carneiro</i>
	124	<i>Harriet de Onís</i>
	138	<i>Rafael Gutiérrez Girardot</i>
	145	<i>Sara de Ibáñez</i>
	151	<i>Josefina Pla</i>
	159	<i>María Teresa Babin</i>
<b>RELATO</b> ARDILLAS DE OTOÑO	87	<i>Erico Verissimo</i>
<b>ARTE</b> EL TEATRO HISPANOAMERICANO CONTEMPORANEO EL CINE LATINOAMERICANO LOS ARTISTAS LATINOAMERICANOS FRENTE A LAS ACTUALES TENDENCIAS PLASTICAS AMERICA LATINA EN LA CREACION MUSICAL CONTEMPORANEA FRANCESA LA ARQUITECTURA COLONIAL EN COLOMBIA	44	<i>Carlos Solórzano</i>
	49	<i>Néstor Almendros</i>
	71	<i>Damián Carlos Bayón</i>
	167	<i>Hugo Patiño</i>
	81	<i>Germán Téllez</i>
<b>POESIA</b> A CARLOS XII TODA, AMERICA NUESTRA NO HAY LA VIDA	2	<i>Jorge Luis Borges</i>
	3	<i>Carlos Pellicer</i>
	4	<i>Jorge Carrera Andrade</i>
	37	<i>Carlos Castro Saavedra</i>
<b>CIENCIA</b> EL TRATAMIENTO QUIRURGICO DEL VERTIGO DE MENIERE	133	<i>Federico Guillem Küster</i>
<b>LIBROS</b>	173	
<b>NOTAS</b>	180	
<b>TEMAS Y AUTORES</b>	190	

# A CARLOS XII

JORGE LUIS BORGES

Viking de las estepas, Carlos doce  
De Suecia, que cumpliste aquel camino  
Del Septentrión al Sur de tu divino  
Antecesor Odín, fueron tu goce

Los trabajos que mueven la memoria  
De los hombres al canto, la batalla  
Desigual, el horror de la metralla,  
La firme espada y la sangrienta gloria.

Supiste que vencer o ser vencido  
Son caras de un Azar indiferente,  
Que no hay otra virtud que ser valiente

Y que el mármol, al fin, será el olvido.  
Ardes glacial, más solo que el desierto ;  
Nadie llegó a tu alma y ya estás muerto.

Buenos Aires, junio de 1965.

# TODA, AMERICA NUESTRA

CARLOS PELLICER

Medio cielo y dos mares y agua buena.  
Tierra altísima y baja ; sol de soles.  
El hombre cóndor y sus arreboles.  
El hombre azul y la noche serena.

La Historia en el diamante y en la arena.  
Silencioso rumor de caracoles.  
Tiempo y eternidad en sus crisoles  
de antigua juventud hacen cadena.

Los tres reinos devoran despilfarro.  
La mano modeló cantante barro  
y en toda destrucción la geometría

deja sus huellas. Tierno está el olvido.  
Campanario a pirámide se alía  
y se espera en la Luz nuevo sentido.

Tepoztlán (México), junio de 1965.

# NO HAY

JORGE CARRERA ANDRADE

En las librerías no hay libros,  
en los libros no hay palabras,  
en las palabras no hay esencia :  
hay sólo cáscaras.

Lienzos pintados y fetiches  
hay en los museos y salas.  
En la Academia hay sólo discos  
para las más furiosas danzas.

En las bocas hay sólo humo,  
en los ojos sólo distancias.  
Hay un tambor en cada oído.  
En la mente bosteza el Sahara.

Nada nos libra del desierto.  
Del tambor nada nos salva.  
Libros pintados se deshojan,  
leves cáscaras de la Nada.

París, julio de 1965.

## ¿Hacia una organización de Estados latinoamericanos ?

POR GERMAN ARCINIEGAS

**A**L SUSPENDERSE CUADERNOS, en cuyas páginas he procurado que aliente un solo espíritu, el de la integración de la América Latina, y donde se ha agrupado en estos tres años el mayor número de escritores libres de nuestro continente, sólo me resta decir por qué encuentro inaplazable esa integración cuyo ideal seguiré sirviendo con la misma devoción con que he dirigido esta revista. El tema, que es el de nuestro tiempo, no es nuevo. De él viene hablándose desde hace más de cuarenta años. Pero cuando entonces se esbozó un plan semejante, lo mismo en los tiempos de Rodó que de Vasconcelos, era apenas una anticipación idealista al sistema de agrupamientos regionales que hoy es solución económica y política universal, buscada afanosamente lo mismo por los europeos que por los africanos. En todas partes se ha llegado a la conclusión de que una nación solitaria, así sea tan fuerte como Alemania, tan antigua como Francia, o tantas veces centenaria como Italia, queda a merced de los grandes bloques en que se han integrado, primero los Estados Unidos, y en época más reciente Rusia. La experiencia ha demostrado, a cuantos tienen los ojos abiertos para ver, que de nada sirve una orgullosa independencia — hoy provinciana — cuando en el resto del globo se están formando nuevos continentes. Inventaron los americanos del Norte, en 1782, el mercado común como punto de partida al crear su república federal, y así han podido agrupar en siglo y medio cincuenta

Estados cuyo creciente poder les ha permitido salvar a Europa en dos ocasiones. Siguiendo este ejemplo, los rusos montaron su mercado común al proclamar en 1918 la república de los soviets, y hoy andan ya camino de la luna. Tan evidentes han sido estos resultados, que ahora Europa llega hasta el extremo de integrar los términos opuestos tradicionales — Francia y Alemania — en un esfuerzo casi heroico por formar su bloque y crear su continente.

Estos tres continentes — el norteamericano, el soviético y el europeo — forman el esplendoroso hemisferio septentrional que mira, como siempre, lo que queda a su sombra, bajo su manto, como un futuro campo de aprovechamiento: son las naciones del cuarto o quinto mundo, nueva imagen de un imperio colonial metamorfoseado. Dentro de este esquema, el desenvolvimiento de la producción consistiría en que las materias primas se produzcan en el hemisferio austral, se elaboren en el Norte industrial, y tornen al Sur en forma de automóviles y radios. La dureza del sistema, y lo que ha puesto en alerta a las naciones en vía de desarrollo, consiste en que bajan los precios del café, los bananos, el cacao, el cobre, el estaño o el petróleo, y suben los de los productos que fabrica el hemisferio industrial. De otra parte, estaba la distribución de las zonas de influencia. Africa para Europa, Asia para Rusia, América Latina para Estados Unidos. En esto iba repitiéndose la historia del papa Alejandro VI, cuando fijó un meridiano

para repartir las tierras que iban a descubrirse, reservando todo lo que quedaba de un lado para Portugal y lo que quedaba del otro para España.

Fue muy claro, en principio, el propósito de los europeos de hacer una repartición semejante. De esto, lo que se veía más claro era lo referente a la América Latina. Hasta hace muy poco existían dos circunstancias confusamente conocidas, pero en todo caso aceptadas por los europeos, que les cohibían para disputar a los Estados Unidos la tutela del hemisferio occidental: la doctrina Monroe y la Organización de Estados Americanos. Ciertamente, la doctrina Monroe no existe. Fue sólo una declaración exclusiva de los Estados Unidos, que se impuso por las reiteradas declaraciones de sus presidentes. América Latina la aprovechó a medias, porque alejó de sus mares a las armadas europeas que tenían la costumbre de presentarse amenazantes, como cobradores de deudas más o menos fantásticas. Al firmarse, primero el tratado de Rio Janeiro y luego la carta de Bogotá —dos documentos aprobados con toda solemnidad por el gobierno y el congreso de los Estados Unidos—, la doctrina Monroe pasó a ser reliquia de la arqueología diplomática. De esto los europeos no se han enterado bien, al menos en el sector periodístico. Podría disculparles la circunstancia de que el mismo Presidente Eisenhower, en un lamentable momento de olvido, o en varios, volvió a invocarla. La Organización de Estados Americanos, en cambio, era algo vivo, vigente, indiscutible. Era el primer ejemplo que se daba al mundo de una vasta organización regional, en que veinte repúblicas, con más de siglo y medio de independencia, aceptaban ciertas normas que favorecían su desarrollo democrático y hacían imposible entre ellas la guerra. Su acción moderadora, en este sentido, tiene una hoja de servicios más feliz que la de las propias Naciones Unidas. Los Estados Unidos, rindiéndose a aceptar los principios de igualdad consagrados en esos documentos, aun descontado el interés que pudieran tener, dieron un ejemplo de moral indiscutible, y no sería exagerado decir que de todos los tratados que ha firmado la nación del Norte, esos tuvieron un carácter excepcional. Por su amplitud esta-

ban a la altura de los que dieron fin a las guerras del 14 y del 39, y por las circunstancias en que se firmó la carta de Bogotá, nacida de un coloquio pacífico, su mérito es mayor, y consagraba una nivelación democrática sin precedentes. Si de algo podía enorgullecerse la nación norteamericana era de haber llegado a semejante compromiso.

Europa ha visto, como el resto del mundo, que todo eso se derrumbó en unas horas cuando el Presidente Johnson desconoció la carta de Bogotá y decretó el desembarco de marinos en Santo Domingo, retrocediendo a la tradición peor de su país. La precipitación de ese acto se hizo con olvido de un artículo terminante de la carta que dice « Toda agresión de un Estado contra la integridad o la inviolabilidad del territorio o contra la soberanía o la independencia política de un Estado americano, será considerada como un acto de agresión contra los demás Estados americanos. » El no haber aprovechado los Estados Unidos la conyuntura de Santo Domingo para consolidar la organización regional puso de manifiesto que la carta de Bogotá quedaba inerte. Un simple cambio en las vigorosas personalidades que se turnan en la presidencia de Washington imprime automáticamente a la organización un espíritu diferente. Basta repasar los nombres —Roosevelt, Truman, Eisenhower, Kennedy, Johnson— para ver que con ellos puede hacerse una línea de ascensos y descensos como en los gráficos de las estadísticas, o en los cuadros de fiebre de los hospitales.

LA ACTITUD de Presidente Johnson fue una inesperada revelación para ciertos medios de Europa, que súbitamente vieron la oportunidad de avanzar sobre las cenizas de la Organización de Estados Americanos. Cuando menos, Francia y Rusia reclamaron el derecho de las Naciones Unidas para servir de árbitro en las disputas interamericanas, con lo cual cada una de nuestras repúblicas pasa a ser una carta en la baraja que se usa para el juego de la guerra fría.

En realidad, hay algo falso en la Organización de Estados Americanos que no permite considerarla exactamente como liga regional. La región, verdaderamente, es



la América Latina, donde existe un común denominador económico, social, histórico, lingüístico, humano... como es región la Organización de los Estados de la América del Norte. La intervención sorpresiva del Presidente Johnson en Santo Domingo volatilizó la antigua Unión Panamericana, y el nuevo grito acuñado prácticamente por los rusos, «¡OEA no! ¡ONU sí!», entendido en su más profundo significado «¡Organización de Estados Americanos no! ¡Naciones Unidas sí», es el más claro rechazo a las organizaciones regionales en favor de los imperios dominantes. Rusia y Francia, particularmente, han querido beneficiarse de la nueva situación para protocolizar la muerte del estatuto regional y entrar como árbitros en el caso de Santo Domingo. Para los latinoamericanos el problema es muy claro. Si su desintegración es un hecho cumplido, habrá veinte nuevos escenarios en donde podrá representarse el drama de la guerra fría entre los Estados Unidos y Rusia. Así, nuestras veletas quedarán a merced de la violencia de los huracanes antillanos.

Rusia y China piensan ahora, con la carta de Cuba entre sus manos, que si los Estados Unidos están presentes en Asia ellas pueden estar presentes en América. Y el general de Gaulle puede imaginar en hacer una figura de libertador, para aliviar a los latinoamericanos del yugo yanqui. Frente a todas estas ideas, que ya están pasando por la mente de orientales y occidentales, los latinoamericanos se encuentran con su liga deshecha y sin centinela a la puerta. En el siglo pasado la doctrina Monroe nos defendía de Europa, no hay que negarlo, pero, como ha dicho Lleras Camargo, «las repúblicas latinoamericanas quedaron a merced del Estado protector, que no parecía mostrar menos interés en la creación de un imperio que las monarquías europeas. Sucesivos actos de fuerza ejecutados por los Estados Unidos, a algunos de los cuales deben su conformación geográfica presente, demostraron las tremendas posibilidades del nuevo imperialismo y la dificultad de hacerle frente».

HAY DOS PAÍSES latinoamericanos desligados del destino común, uno comprendido dentro de la órbita de los Estados Unidos,

y el otro dentro de la rusa: Puerto Rico y Cuba. El caso de Puerto Rico obedece a viejas circunstancias históricas; el de Cuba, a la libre voluntad de los dos caudillos de la revolución, Castro y Guevara. Las dos realidades hay que observarlas con honesta objetividad.

Como «Estado Libre Asociado», Puerto Rico ha logrado la más rápida industrialización, tiene un índice de riqueza por habitante que supera al de todas nuestras repúblicas, sus libertades individuales no sufren eclipses que puedan compararse con los del resto de las Antillas o del continente lusohispanoindígena, su Universidad es un lujo, pero no es un Estado independiente con bandera en la plaza de las Naciones Unidas de Nueva York.

Cuba se desprendió del cuerpo de los Estados Americanos desde antes de la conferencia de cancilleres: a la semana de entrar en La Habana, Castro declaró que no aceptaba el tratado de Rio Janeiro. Vinculó su economía, la dirección técnica de su vida administrativa y su política a Rusia, en forma tan estrecha como jamás ningún otro país de la América Latina lo hubiera aceptado. Esto le ha permitido, además de la socialización de los medios de producción y de las propiedades urbanas y rurales, disponer de un presupuesto holgado para hacer muchas obras sociales y educativas. El control de la opinión pública se ejerce sin reservas sobre todos los medios de expresión —reuniones públicas, prensa, libros, radio, televisión, cine, teatro, cátedra, escuelas...— y cualquier desviación de la política que señala e impone el gobierno militar se castiga en la forma que todos sabemos. Es el más militarizado de los Estados Americanos. En abierta oposición a la doctrina mexicana de Estrada, que consagra el principio de no intervenir en los asuntos internos de los otros países, Cuba reclama su derecho de intervenir en todos los demás. En la literatura oficial, Cuba se declara «el primer territorio libre de América».

¿HAN SABIDO aprovechar los demás el instrumento que les ofrecía la Organización de Estados Americanos? Definitivamente, no. Cuando el Presidente Eisenhower invocó la doctrina Monroe, no hubo una re-

presentación latinoamericana de protesta. Cuando Venezuela llevó su caso a la reunión de cancilleres por la participación de Cuba en los movimientos terroristas, asunto rigurosamente relacionado con su seguridad interna y con la vida misma del Presidente Betancourt, se dejó correr por toda la prensa del mundo la voz de que la cancillería venezolana obraba como agencia de Washington. Quedaba así como sospechoso, aun para la defensa interna de los Estados, el instrumento que por primera vez en la historia del hemisferio nos daba fuerza suficiente para nivelar las relaciones con los Estados Unidos. De algunos años a esta parte viene presentándose por doquiera un fenómeno de que comenzamos también a ser víctimas: el rumor de la propaganda organizada tiene tal fuerza que todos tratan de ponerse a tono con ese ruido, espantados ante la idea de quedar como voces discordantes.

La prensa europea —e insisto sobre la prensa, porque la prensa es el ruido— aprovecha estos antecedentes para ignorar la independencia de los Estados latinoamericanos. En realidad, si la independencia en el sentido moral de la palabra la subraya el Estado mismo que tiene conciencia de ser independiente, a los nuestros les ha hecho falta, en mil oportunidades, ese mínimo de arrogancia que hace que las cosas respetables sean respetadas. La realidad no es exactamente esa que aparece retratada en los periódicos. La misma dependencia económica de los Estados Unidos quizás no ha sido nunca tan grande en la América Latina como en Europa después de las dos guerras. Puede ocurrir que en ciertos casos, países aislados latinoamericanos muestren la firmeza necesaria para expresarse frente a los Estados Unidos con sencilla certeza de paridad internacional. Pero la suma es débil, y el concepto regional blando. Por eso la imagen de una América Latina dirigida por Washington es parte de la literatura que se difunde en Europa para mostrarla como una región de borrosos contornos, propicia a un nuevo e imprevisto campo de expansión política.

Para aumentar la confusión, un guerrillero comunista internacional, de imaginación privilegiada, Che Guevara, encendió

una luz que aclaró el camino a los europeos sin una idea exacta de lo que era la América Latina. Lanzó su famosa idea de que el nuevo Viet Nam estaba allí. Europa sabe muy bien lo que es Viet Nam y encontró esa imagen de asimilación mucho más fácil. La prensa hizo coro a la nueva fórmula, y desde Sartre hasta el jefe comunista de Noruega, todos los interesados repitieron lo del nuevo Viet Nam. En Argelia, bajo Ben Bella, Guevara pidió armas y dinero para los guerrilleros del nuevo Viet Nam y fue oído.

Así, DENTRO de una situación que nosotros mismos hemos contribuido a deteriorar, algunos teorizantes de matices diversos han pensado incrustar en bloque a la América Latina dentro de otra órbita: la del Tercer Mundo. Ya he dicho antes que en realidad ese mundo o continente no es el tercero, sino el cuarto, aceptando la presencia de Europa como un nuevo continente. Pero la expresión de Tercer Mundo, que ya Perón había descubierto en la Argentina cuando quería formarlo hablando de la «Tercera Posición», quedó consagrada en la reunión de Bandung, en 1955, cuando 29 países de Asia y Africa declararon que en ese día «nacía un tercer mundo». Los europeos han considerado que la fecha en cuestión tiene tanto valor histórico como el día de la conferencia de Yalta, que partió la tierra en dos hemisferios políticos, con un polo en Washington y otro en Moscú. Como ocurre siempre que se anuncia un nuevo mundo, lo de Bandung impresionó. Sus términos eran preciosos. Se trataba de los pueblos amarillos, negros y morenos —afroasiáticos—, que partiendo de la base de una independencia todavía fresca o por lograrse tenían condiciones básicas muy semejantes desde el punto de sus recientes experiencias coloniales, de sus economías y de sus culturas no occidentales.

Arrastrar a la América Latina para engrosar el mundo de Bandung es olvidar muchas cosas que cuentan. Al formidable aporte indígena y al negro ya asimilados, hay que agregar que hemos absorbido una cantidad de sangre europea tan grande que a veces parecemos blancos. Hay ciudades en la América Latina en donde el número

de habitantes que llevan sangre italiana, española o portuguesa supera al de las ciudades de Italia, España o Portugal. Los blancos de América son de otra manera, pero son blancos. Llevamos cinco siglos hablando dos lenguas europeas que han tenido más difusión en América que en Europa. Hemos elaborado toda nuestra idea del derecho y de la insurrección, del cristianismo y de la filosofía, de la libertad, de la democracia, de la justicia social, del arte, con una cantidad muy apreciable de elementos europeos. Podemos sin esfuerzo dialogar, discutir con los europeos, porque tenemos muchos puntos de contacto en los orígenes. Se nos clasifica como una parte de la cultura de Occidente, y no parece una herejía; pero no es fácil decir que somos de una cultura oriental. Hay en la América Latina once ciudades que pasan de un millón de habitantes que si a algo se asemejan es a las ciudades europeas, y miles de aldeas en donde la campana de la iglesia se oye como en las de España, Italia o Francia. Llevamos siglo y medio de haber descubierto la fórmula de la independencia, de haberla aplicado a la revolución y de haber triunfado con ella. ¿Es este el caso de África? ¿Es el de Indochina? ¿No es significativo que al buscarse ahora una base para el derecho en el África, sea indispensable, en algunas de las nuevas repúblicas, introducir la noción de tribu como aspecto íntimo de la vida política y social?

Muchas son las circunstancias comunes que se oponen al desarrollo de todos los países de las tres Aes —Asia, África, América Latina—, entre otras razones porque el permanecer en la vía lenta del desarrollo se debe a que los países monstruosamente desarrollados han impuesto sus condiciones para retardar la marcha de los otros. Todos, en el camino del desarrollo lento, obedecemos al precio: el precio que fijan las naciones industrializadas a cuanto producen los demás. Es esta una especie de imperialismo que nos contiene a todos. Pero si en esto los obstáculos son parecidos, en los demás las diferencias son grandes, y si el continente afroasiático es un cuarto mundo, a la América Latina está reservada la suerte el quinto, que por cierto está por descubrir.

Hoy se están fabricando en la América

Latina unos trescientos mil automóviles al año, y desde los zapatos hasta la corbata, desde la batería de cocina hasta los muebles del baño y de la sala, se hacen en nuestros países. Cuando se construye uno de los diques más grandes del mundo, tenemos ingenieros que lo hacen; cuando se rehace una ciudad o se monta un fábrica, tenemos los arquitectos, los constructores propios. No todo es ideal, pero sí pasadero. Algo cuenta la experiencia. Sobre estas bases, acelerar el proceso en América Latina no es como en la India o el Congo. Por grandes que sean las similitudes, no son menos notorias las diferencias.

LA ORGANIZACIÓN DE ESTADOS UNIDOS, paradójicamente, ha sido un obstáculo para que exista una clara idea regional de la América Latina. Dentro de su seno se mueven dos regiones a dos niveles muy distintos: la de los Estados Unidos y la de la América Latina. Son dos continentes en que cada uno tiene sus problemas, sus responsabilidades, su común denominador. Ya esto lo anunció clarívidentemente José Martí. Los Estados Unidos son un hermano demasiado desarrollado, rico, poderoso, para que dentro del mismo ámbito nos sintamos cómodos e iguales. Para los Estados Unidos los latinoamericanos son un estorbo que les resta agilidad para moverse, y así lo ha expresado el Presidente Johnson con una elocuencia que no puede ser más grande. Para los latinoamericanos, el palacio de la antigua Unión Panamericana hace olvidar la íntima solidaridad que imponen las circunstancias que son el común denominador que los nivela.

Una solución lógica y posible sería la de liquidar la Organización actual y crear la Organización de Estados Latinoamericanos, tomando la misma base de la carta de Bogotá, con las mismas afirmaciones democráticas y las mismas normas para congelar las guerras, pero creando un ideal nuevo, coherente, auténtico, regional. Lo que le da fuerza y combatividad a las otras ligas que van formándose en otras latitudes es la perfecta unidad de su destino, la similitud de sus componentes. Desintegrada, América Latina es una abstracción imaginaria, un cuerpo fantasma. Pero si así como se han creado otros continentes o

mundos en los últimos años creamos el nuestro, se facilitará el diálogo con Europa, con Rusia, con el Tercer Mundo, con el Canadá, y, desde luego, con los Estados Unidos, en forma más abierta que en la actual Organización de Estados Americanos. Será un diálogo en que nosotros nos presentemos en bloque y no como Estados desunidos, disminuidos en pequeñas rivalidades, con una subconciencia de inferioridad, y en el mejor de los casos con arrogancias postizas.

Hay dos de los nuevos continentes con los cuales tenemos vínculos históricos: uno es Europa. Con éste los antecedentes son siglos, forman parte de nuestros pecados originales y de nuestras utopías. Luego, está la vasta corriente de ideas del siglo XIX y del XX que fecundaron en nuestro territorio. El otro continente son los Estados Unidos, a quienes nos une el ser las primeras repúblicas de los tiempos modernos, las primeras democracias, los primeros países que se independizaron, y el estar dentro de la misma casa, el conocernos por bien y por mal, el tener las mayores relaciones comerciales. Con su pueblo nos entendemos mejor, a pesar de las diferencias de lengua. No hay otro continente de la tierra que nos vaya a ofrecer, por ejemplo, lo que Kennedy, no sólo como abierto deseo de impulsarnos por las vías del progreso, sino como comprensión humana, generosa y sin reservas. Todo nos mueve a estar cerca de los Estados Unidos, menos la seguridad en la igualdad del trato.

Las aproximaciones a Europa son de otro orden. Con la Europa latina el diálogo es más fácil. Europa toda, antes de las guerras fue nuestro mercado por excelencia. Un mercado que ahora, difícilmente, tratamos de reconquistar. Europa se ha creado otras relaciones. Sus ambiciones se distraen con el espejismo africano. Queda abierta, con todo, una ancha vía de posibilidades en el campo de la cultura, de la asistencia técnica, de la participación de las empresas privadas en nuestros planes de desarrollo. Pero no hay que equivocarse sobre las limitaciones que dificultan este acercamiento ideal. La última exposición hecha ante el parlamento francés sobre ayuda a los países subdesarrollados destaca en forma impresionante cómo en casi

su totalidad esa ayuda se dirige al África. La necesidad para Francia de crear nuevos vínculos con las antiguas colonias, la defensa de los capitales e intereses franceses en África, imponen esa política. El general de Gaulle, haciendo el más vasto recorrido que ningún jefe de Estado de Europa haya intentado por la América Latina, no puede dar más de lo que estas circunstancias le imponen. México, que ha sido el primer país hacia el cual se han vuelto los ojos de Francia, y que hubiera sido el más favorecido dentro de la nueva política, a tiempo que sólo por el turismo americano recibe tres millones y medio de dólares al día, frente a Francia se encuentra en una situación de déficit. Eduardo Villaseñor decía en estos días en un gran banquete con que se le agasajó en París: «No hay que perder de vista que para la mayor parte de los productos mexicanos, la penetración del mercado francés se ha hecho casi imposible, de una parte a causa del régimen de tarifas preferenciales de que se benefician los países del mercado común, y de otra por la exclusividad acordada a muchos productos similares provenientes de los territorios de ultramar. Nuestra balanza con Francia está en déficit crónico. Esto es normal por razón de las crecientes necesidades de México en material de equipo. Nuestro país trata de llegar a la mayor edad industrial tan rápidamente como le sea posible a fin de dejar de depender casi exclusivamente de las fluctuaciones de las materias primas exportables y de reducir la salida de divisas que significa la compra de una cantidad de productos manufacturados que en cantidades crecientes vamos capacitándonos para fabricar nosotros mismos. Si Francia, pues, quiere tener un mejor puesto entre los grandes proveedores de México, tendrá que hacer cierto esfuerzo acelerado no sólo para que los productos franceses sean más accesibles, sino para favorecer —dentro de la igualdad y la competencia de los precios— la compra, por parte de Francia, de productos que aquí se importan y que no compra de México sino en cantidades mínimas, por no decir nulas.»

HACIA LA INTEGRACIÓN de la América Latina vamos moviéndonos, y no es poco lo

que en este sentido se ha avanzado en los últimos dos o tres años. Una integración económica, una integración de mercado común, una integración sindical. Sobre esa base puede darse el paso decisivo para que podamos anunciar, como los asiáticos y africanos en Bandung, la aparición de otro continente. Eso nos permitiría no sólo llegar al diálogo abierto con los otros cuatro, sino tomar más cuerpo en las Naciones Unidas, en la Unesco, en la F.A.O., en el mercado común europeo y donde quiera que exista una sociedad internacional. Un diálogo en que lo auténtico sea nuestra propia voz. No hay nada más peligroso sino que la interpretación de América Latina quede a cargo de los « expertos » —que brotan ahora en Europa como hongos— y cuyo conocimiento superficial contribuye a hacer más borrosas nuestras fronteras.

TODOS LOS CONTINENTES ya formados muestran un creciente interés por América Latina. En algunos de ellos lo que hay como antecedente es una ignorancia sólida, sin restricciones ni esperanza. En esos, una rectificación apresurada, tendrá siempre el valor de la improvisación en el conocimiento. El exceso de demostraciones que nos llegan de quienes han estado más lejos de nosotros que de la luna, sólo tiene el valor

de un cálculo político, apresurado. Historia de relaciones verdaderas sólo la tenemos con Europa y los Estados Unidos. Todo el cuadro que descarnadamente he presentado en las páginas anteriores, sería falso si tuviera el propósito de desconocer un bien oculto que tenemos en nuestro favor. Es la obra de más de un siglo llevada a cabo por los estudiosos, por los hombres de letras, por los artistas, por los científicos, por los americanistas que han formado en todas partes selectas corrientes de opinión, colegios de amigos. Para todos ellos las versiones corrientes y absurdas que circulan sobre la América Latina resultan tan fastidiosas y extrañas como para nosotros. Dentro del mismo mundo oficial no todo es cálculo político, sino que también hay cordial aproximación. De las deformaciones de los volareporteros la víctima es todo el mundo, y no nosotros solos.

La aparición de nuestra América como el Nuevo Mundo, proeza que no será menor que la del siglo XVI, regocijará a todos: lo mismo en los Estados Unidos que en Europa, y hasta en los continentes comunistas y en las regiones afroasiáticas, porque se encontrará una tierra y un hombre nuevo para hablar con sencilla claridad.

## El último gato



Adriana Figueredo vivía en Roma, y en Roma crece el amor a los gatos como la hortiga o el acanto entre las ruinas. Al gato que los vecinos de la casa de Adriana iban dejando sin hueso sano, ella lo llevó tantas veces al veterinario que éste no tuvo más remedio que curarlo. El gato se lo contaba todo a Adriana y Adriana lo comprendía. Durante el invierno se pasaban las noches en coloquios, y cuando con la primavera comenzaban a brotar las flores, Adriana dejaba libre al gato. Entonces llegaba al amanecer, a veces maltrecho, herido. Era un gato de pelea y el enorme perro del vecino le huía de pavor. Adriana tenía un amor romántico por Roma, es decir, con gatos entre las ruinas del foro y las columnas caídas, de color de cera, entre el acanto verde. Cuando ella se vinculó a *Cuadernos*, que le parecía una pequeña obra de arquitectura, un arco o un trozo de muro de ladrillos, creyó que aquello no podría ser sin su gato. Así, quien repase ahora las páginas de la revista durante estos tres años últimos, hallará siempre el gato de Adriana. Y hoy, el último gato.

## Crisis de la diplomacia latinoamericana

POR DANIEL COSIO VILLEGAS

UN MODO TAJANTE —pero no desacertado— de iniciar el examen de este tema, sería preguntar de golpe y porrazo si algún país —uno solo— de la América Latina, tiene hoy una política exterior bien definida. Alguna vez la tuvieron unos cuantos de ellos, digamos : Brasil, Argentina y México.

La diplomacia del primero —quizás la más brillante y eficaz de todas— se dedicó desde luego al engrandecimiento territorial del país y a un arreglo de sus límites internacionales que evitara en lo posible toda controversia futura ; después se empeñó en jugar la carta de los Estados Unidos, tanto en las cuestiones interamericanas como en las europeas.

La diplomacia argentina de otros tiempos (1), hasta hace unos veinte años, pare-

cia presentar dos rasgos a primera vista contradictorios : daba la impresión de ser predominantemente negativa, con manifestaciones, por ejemplo, de un recelo territorial de Chile, y de otro de carácter general de cuanto hiciera o pensara hacer Brasil ; pero, al mismo tiempo, parecía una diplomacia activa hasta el grado de asumir un airecillo imperial, sobre todo en Paraguay, Bolivia y Uruguay.

En realidad, toda ella era una diplomacia única, pues la zona formada por estos tres últimos países corresponde exactamente a los límites sur y occidental del Brasil, aquellos en que Argentina parecía estar vitalmente interesada. También es cierto que se trata de una diplomacia con antecedentes y manifestaciones anteriores al nacimiento de la nación, y que se repiten a lo largo de toda su historia. Piénsese, por ejemplo, en que al fundarse en 1776 el Virreinato del Plata, se le da como asiento la ciudad de Buenos Aires, y como territorio uno que coincide burdamente con el actual de Argentina. Uruguay, Bolivia y Paraguay. Antecedentes y manifestaciones similares se presentan cuando las campañas libertadoras de San Martín anuncian el alumbramiento de la nueva nación. Tanto es así, que su recuerdo ha hecho decir recientemente a un escritor inglés : « ...si los argentinos sienten hoy que su país tiene una misión continental, en parte se debe a que realmente la tuvieron —y la cumplieron con efectividad— en los años deci-

(1) De ella, en rigor, poco sabemos los extranjeros, y me atrevo a pensar que los argentinos mismos no están mucho mejor informados. La historia diplomática no parece haber despertado la curiosidad del politólogo e historiadores, o siquiera de los internacionalistas, que suelen creer que están más cerca de ella que cualquier otro profesional. Hasta donde yo sé, rara vez han sido utilizados los archivos del ministerio de Relaciones Exteriores de Argentina, y todavía menos las fuentes documentales extranjeras correlativas. Este hecho parece explicar por qué las historias diplomáticas que pretenden ser (digamos las de Pineiro, Antokoletz o, más recientemente, la de Bagú) resultan tan repetidas y tan convencionales.

sivos de 1817 a 1822 ». Y no podría olvidarse el hecho de que en 1865 Brasil invadió militarmente el Uruguay, y que para llegar a la margen norte del Plata, durante largo tiempo disputó como suyo el territorio de este país.

Conviene recordar algunas manifestaciones de esa diplomacia imperial sólo para comprobar su presencia. Argentina vio con malos ojos, desde su nacimiento mismo, la organización interamericana, como lo revela el hecho, de otro modo inexplicable, de que todavía en 1943 sólo hubiera ratificado seis de los noventa instrumentos internacionales salidos de esa organización desde 1890. En parte se debió, claro, al temor (expresado con ruda franqueza por Roque Sáenz Peña, el principal delegado argentino a la primera conferencia interamericana) de que los Estados Unidos pretendieran sustituir a Inglaterra en el papel de principal sostén económico. Sin embargo se debió también a que la organización es un escenario donde los Estados Unidos resultan inevitablemente la estrella rutilante, y más cuando aparecía en ellos, como solía ocurrir, acompañado de Brasil. Las manifestaciones más agudas de esta diplomacia imperial correspondieron, sin embargo, a Perón, lo mismo cuando iniciaba su carrera política que al concluirla. En mayo de 1943 hizo circular entre sus colegas del Grupo de Oficiales Unidos una nota donde decía : « ... La lucha de Hitler en la guerra y en la paz será nuestra guía. El primer paso han de ser las alianzas. Tenemos ya a Paraguay, y tendremos a Bolivia y Chile. Con Argentina, Paraguay, Bolivia y Chile, no encontraremos dificultad alguna en hacer entrar a Brasil... [y entonces], todo el continente sudamericano será nuestro. » Y de fines de 1953 a comienzos de 1954 Perón logra la firma del Acta de Santiago, el Decálogo Argentino-Paraguay, la Declaración Justicialista de Nicaragua y la adhesión del Ecuador a estos acuerdos, simples declaraciones verbales, sin consecuencia real alguna, pero que denotan el mismo espíritu imperial.

Claro que Perón pasa por ser hombre desorbitado ; pero uno tan sensato como el gran jurista Carlos Calvo escribía en 1864 una carta a una persona de tan buen sentido como Bartolomé Mitre, donde decía :

« La República Argentina está llamada a ser en medio siglo una potencia tan fuerte en el Sur, como los Estados Unidos lo son en el Norte, ... y esa será la ocasión de liquidar cuentas con Brasil, ese coloso de los pies de barro. »

El punto final me parece ser una afirmación hecha por un extranjero en 1963, de cuya actualidad, sin embargo, cabe dudar. En todo caso, dice esto : « Donde quiera que los argentinos se hallen : en la pampa distante o en los Andes todavía más remotos, en las ciudades atestadas de gente o en los puestos solitarios de la Antártica, tienen una fe inquebrantable en la superioridad de sus hombres, de su suelo y de su clima. »

México ha sido un país con una política internacional bastante congruente, no por genio y carácter, sino por circunstancias ajenas. Vecino de un país cuya superioridad física y económica sintió en carne propia desde 1848, México ha debido consagrar su vida a defenderse de él, directamente en el Norte, e indirectamente en el Sur, oponiéndose a una unión centroamericana fomentada por los Estados Unidos y que puede caer en manos de caudillos tan inseguros como Justo Rufino Barrios y Manuel Lisandro Barillas, o de Manuel Estrada Cabrera, un dictador tenebroso. Y México ha debido también promover la unión latinoamericana y acercarse a la Europa Occidental. Lo ha hecho por la misma razón : en ambas gestiones ha visto uno de los poquísimos medios de frenar el poderío yanqui ; y las ha realizado, no de manera continua, sino cada vez que siente muy próxima la amenaza de los Estados Unidos.

POCAS DUDAS pueden haber de que esas tres diplomacias fueron en su tiempo generalmente sabias y « realistas ». En el caso del Brasil, porque los límites de las posesiones americanas de España y Portugal resultaron lo bastante imprecisos para justificar la preocupación de definir lo que a cada uno de los nuevos países tocaba en el reparto, y de paso, desde luego, ver si algo podía sustraérsele al vecino. En cambio, por ser un acto no de mero instinto,

sino de verdadera visión, fue un mérito señalado de la diplomacia brasileña presentar que los Estados Unidos serían bien pronto la voz dominante en este hemisferio y después en todo el orbe. En cuanto toca a la Argentina, debe admitirse que aun en el día de hoy puede resultar justificado su recelo del Brasil. Cabría sostener, en efecto, que, al fin y al cabo, Brasil no deja de ser un elemento un tanto ajeno y de difícil asimilación al mundo hispanoamericano propiamente; además, la magnitud y la tasa de crecimiento de su población, la inmensidad de un territorio en buena medida inexplorado, y que, en consecuencia, puede dar todavía la sorpresa de grandes recursos físicos, hacen prever un momento en que resulte inevitable la pretensión brasileña de dominar, por lo menos, la parte no andina de la América del Sur.

Y casi no requiere una palabra justificar la política internacional de México; tras de haber tenido que ceder a los Estados Unidos en 1848 más de la mitad de su territorio, el que le quedó ha sido invadido dos veces por el ejército norteamericano, y sus puertos y fronteras han sido amagados en otras muchas por fuerzas terrestres y navales de los Estados Unidos.

EL PROBLEMA que aquí interesa, sin embargo, no es si esas diplomacias existieron alguna vez y si fueron entonces acertadas, sino su validez actual o si son las mejores posibles.

Hace ya casi tres años se anunció con reiteración y estrépito desusados la resolución de adoptar una política internacional nueva, de hecho radicalmente distinta de la tradicional. El presidente Janio Quadros lo hizo al tomar posesión de su cargo, si bien en la forma ocasional y un tanto desarticulada de la declaración periodística; pero poco después, con el cuidado y la meditación de un verdadero ensayo, lo publicó en el *Foreign Affairs*, una revista especializada, de octubre de 1961, bajo el título significativo de « La nueva política internacional de Brasil ». Allí declaraba el presidente Quadros que su país abandonaba la « diplomacia supletoria e inocua de una nación aliada a intereses meritorios, pero extraños ». Esto quería decir,

por supuesto, que Brasil no sería ya simple música y acompañamiento por más que los Estados Unidos cantaran aún una canción de la más recóndita ternura. Esta simple declaración es de por sí muy llamativa; pero lo son todavía más las razones que se dan para adoptar una nueva diplomacia y los objetivos que se le asignan.

Las razones del abandono son, como es de suponer, múltiples. Los errores propios de la vieja diplomacia, tal, por ejemplo, el apoyo prestado a los países imperiales en las Naciones Unidas, aplazando así la emancipación de los pueblos de Asia y África. Pero las razones principales son que la vieja diplomacia no corresponde ya a lo que Brasil es y quiere ser, ni tampoco a los cambios recientes ocurridos en el mundo.

Brasil —dice Quadros—, había sido « relegado injustificadamente a una posición oscura », a despecho de sus « proporciones continentales », pues le pertenece la mitad de la América del Sur. También se ignoraba que su población alcanzará los cien millones en sólo diez años, y que su producción industrial está ya lista para invadir el mercado internacional. Asimismo, se pasaba por alto el hecho de que Brasil siempre ha sido un pueblo tan dedicado a la democracia social, que su ejemplo resulta el más notable de la historia universal en materia de coexistencia e integración raciales.

En cuanto a las razones provenientes de los nuevos acontecimientos mundiales, el presidente Quadros señala los bien conocidos de los nuevos Estados africanos y asiáticos, más el gobierno bipolar del mundo actual. Pero al primero, por lo menos, le otorga una dimensión especial dada la proximidad geográfica « relativa » que Brasil tiene con África, y su franca proximidad racial. No menciona de modo especial a Asia; sin embargo, uno de sus corifeos más entusiastas, el profesor José Honorio Rodríguez, ha señalado una circunstancia que, según él, le daría también a su país una posición singularísima: ha sido el único del mundo que ha admitido una inmigración japonesa considerable. En fin, por lo que toca al sistema bipolar, Quadros declara que su país, por razón de su situación geográfica y de su tradición cultural y cris-



tiana, es una nación « predominantemente occidental », más cercana, por lo tanto, al Bloque Occidental. A él podrá asociarse en muchos casos, mas en una posición de mando, y no, debe deducirse, de mero secuaz.

Ahora bien : ¿cuáles son los objetivos de esta nueva política internacional? Desde luego, hacerla independiente y grandiosa, o sea, determinar él mismo lo que conviene hacer, y hacerlo, pero en la gran escala del líder, o del caudillo. Todavía más : en ciertos casos Brasil podría desempeñar un papel internacional que no puede desempeñar ninguna otra nación, como el de puente o eslabón entre todo el Mundo Occidental y Africa.

ARGENTINA, que yo sepa, y México, no han declarado que su conducta internacional de hoy es nueva, o siquiera que se proponen cambiarla próximamente. Es verdad que rara vez ocurren en el mundo declaraciones semejantes a la brasileña aquí comentada ; pero cabe suponer que Argentina y México no creen necesario el cambio, o que, creyéndolo, no fijan todavía su sentido. Apenas es discernible en el caso de Argentina el propósito de recuperar su posición internacional, comprometida por los últimos vaivenes de su vida interna, y quizás pueda advertirse también un interés mayor en las cuestiones económicas. En el caso de México, no parece haber habido hasta ahora el anuncio de un cambio o siquiera intención de cambio.

Examinemos, pues, la validez de la nueva diplomacia brasileña y de las tradicionales de Argentina y México.

Desde luego, nadie puede poner en duda el derecho de Brasil a tener una política internacional independiente, además de ser digno de aplauso su deseo de figurar en el primerísimo plano del escenario universal. Sin embargo, en política internacional, como en política interna y en toda relación humana, podría agregarse, el problema no es tanto de derechos (y menos de deseos) como de posibilidades y de hechos reales. Y juegan asimismo las conveniencias, pero también las reales y no las simplemente imaginadas.

Desde luego, no deja de resultar tremen-

da y penosamente significativo que aun antes de ser publicado su ensayo, el presidente Janio Quadros renunciara a la presidencia. Por ese solo hecho su declaración perdió toda la mucha fuerza que hubiera tenido el hacerla un jefe de Estado ; se redujo, pues, a la muy limitada de un escritor primerizo y modestamente inteligente. No menos significativo es el hecho de su eclipse político, al parecer definitivo, pues esto parece indicar que Janio Quadros no era precisamente el mejor piloto para conducir la nave brasileña hasta el Puerto de la Grandeza al que se había propuesto llevarla. Y los bandazos que el país ha dado desde entonces, y los que le quedan todavía, parecen indicar que a pesar de su mucha devoción a la vida política democrática, le queda un largo trecho por recorrer para convertirse en modelo de hombre de buen gobierno.

Es verdad que Quadros destacó, más que la devoción democrática política, la social ; pero semejante afirmación parece más que discutible, entre otras muchas razones porque algún panegirista de Quadros la ha querido amparar con la autoridad de Toynbee. Aparte de que Brasil, sin duda, no es el único país donde hombres de distintas culturas han convivido pacíficamente y donde esas culturas se han fundido hasta dar un producto final suficientemente homogéneo, ¿será verdad que ese solo hecho dé al Brasil una capacidad para entender al Africa hasta el extremo de que todos los demás pueblos de la tierra tengan que utilizarlo como puente para llegar al Africa?

Dejemos a un lado el hecho de que ni los mismos africanos han definido todavía lo que quienes vivimos fuera debemos entender realmente por Africa. Si el criterio definidor ha de ser el geográfico, la « raza » y el clima, o más bien la experiencia histórica de una prolongada sujeción colonial. De considerarse dentro de Africa, como hasta ahora viene ocurriendo en las reuniones internacionales, a las naciones árabes del Mediterráneo, es claro que Brasil no puede reclamar para sí ninguna ventaja sobre las demás naciones occidentales. Y si se trata del Africa negra, tropical o sudafricana, aparte de que Haití podría reclamar mejores derechos, la experiencia

de negros de otras regiones que han querido vivir y trabajar en ella parecería indicar que no es el negro de fuera el mejor vehículo para llegar al negro de dentro. Y si Janio Quadros pensaba en el mulato, sólo en la América Latina habría nueve países en la misma situación de Brasil.

Brasil se encuentra en una posición desventajosa frente al Africa por razones no raciales. Quadros admitía en su ensayo lo que es un hecho conocido : acompañó en las Naciones Unidas a todas las potencias coloniales : Portugal, Inglaterra, Francia, Bélgica y España, en sus esfuerzos para retardar la emancipación africana. No le resultará fácil, pues, borrar en un día una actitud sostenida durante quince años continuos. Y daña también a Brasil una reflexión hecha por Quadros en su ensayo, y cuyo fondo no alcanza a encubrir el disimulo con que la presenta : la mejoría económica del africano —razona Quadros—, tendrá que lograrse mediante un alza de sus salarios, o sea, un encarecimiento de los artículos que exporta desalojando a los brasileños. Por supuesto que a nadie asusta, o siquiera sorprende, esta explicación ; sin embargo, puede emplearse para presentar como interesada esa súbita pasión africana.

Aun de este breve análisis puede concluirse que difícilmente Brasil logrará fundar de manera convincente su pretensión de un interés especial en Africa, y menos todavía de una aptitud particular para entenderla y ayudarla. Esto no quiere decir, desde luego, que no deba ni pueda interesarse en ella, y que no sean dignos de aplauso y admiración los esfuerzos que ha hecho ya y hace para aproximarse a Africa. Lo único que quiere decir es que son dudosas las razones ostensibles dadas hasta ahora para justificar semejante interés y tal aptitud.

Janio Quadros, en cambio, presenta una razón que no rige de un modo especial en el caso africano, pero que es una buena razón, la única razón inteligente, que, después de todo, hace notable su declaración. Asegura que la vieja diplomacia de su país era académica y hueca, o sea, carente de contenido o sustancia. La que él propone, a la inversa, la tiene y muy clara : la dan

los planes de desarrollo nacional. Para Quadros, Brasil está tan resuelto a crecer económicamente, que toda su vida y todos sus actos han de estar condicionados al logro de ese propósito. Es más : declara que por esa misma razón su solidaridad privilegiada será con los países que están en condiciones semejantes, es decir, con las naciones pobres. Esta sí es una buena filosofía para aproximarse al Africa, al Asia, a la Europa Oriental, y, si puede agregarse, a la América Latina.

Se dice esto último porque la falla más sensible del ensayo de Quadros es que, al parecer, la América Latina ocupa un lugar vago, y ciertamente remoto, en su anunciada nueva política internacional. Habría motivos sobrados para quejarse de semejante abandono precisamente porque siendo Brasil lo que es y lo que puede ser, sin él la América Latina perdería mucho del poco peso internacional que ahora tiene. Pero, además, esa actitud revela poco juicio desde el punto de vista del propio Brasil : no es en absoluto incompatible su pretensión de ser una potencia de alcance universal con estar unido a la América Latina ; esto sin contar con que separarse de ella hace evidentemente más ilusoria semejante pretensión.

FUERA de la presidencia y nulificado políticamente Quadros, ¿qué queda y puede quedar de la nueva política internacional anunciada por él? Que yo sepa, sólo ha sido rectificadas en un punto de gran importancia : las autoridades que le sucedieron inmediatamente han declarado en más de una ocasión que Brasil se considera a sí mismo, por sobre todas las cosas, una nación latinoamericana. En lo demás, parecía que quedaba sin tocar, si bien en el momento presente nada puede predecirse.

A FALTA, no ya de datos, sino de indicios siquiera, sobre una nueva política exterior de Argentina, las reflexiones han de limitarse a la tradicional. Me parece que la opinión pública y el gobierno argentinos no pueden dejar de reexaminar muy a fondo si el « peligro » brasileño —llamémoslo así para dramatizar la situación—, es hoy tan real como antes (y si será mayor

en lo futuro) para justificar que toda la política exterior tenga ese hecho como eje. Si concluyeran que así es, y que, en consecuencia, resulta vital precaverse de él, tendrían que pensar si la mejor defensa es llegar a dominar la zona protectora compuesta por Uruguay, Paraguay y Bolivia, y cuáles serían los medios más eficaces para lograr semejante dominio.

Pocas dudas pueden haber a estas alturas sobre que los recursos físicos y humanos de Brasil son superiores a los de Argentina, y que el mero transcurso del tiempo no hará sino ampliar esa diferencia. Y puede tenerse también por seguro que Brasil tenderá a influir sobre el mundo exterior inmediato en la justa medida en que se engrandezca. No sólo se sentirá empujado por esa nueva fuerza, sino por su « temperamento » : como jugador de poker, el brasileño tiende más bien a « volar », es decir, a jugar un juego más aventurado de lo que le permitirían las cartas que realmente tiene en la mano. Desde el punto de vista argentino, el único alivio puede provenir de ese « temperamento » : si, llevado por él, Brasil pretende al mismo tiempo liberarse de la tutela norteamericana y en general de las potencias occidentales ; ligarse a la Unión Soviética, pero no hasta el grado, por ejemplo, de no poder crear y estrechar sus relaciones con la China Popular ; ser un caudillo en los negocios africanos y asiáticos, y una fuerza determinante en la América Latina, es claro que disminuirá la presión que de otro modo ejercería sobre la Argentina en particular.

En uno y en otro caso, Argentina no es, ni muchísimo menos, un inválido : la tecnología moderna puede ayudarla a compensar sus limitaciones en materia de recursos físicos. Su población es ciertamente menor y crece con mayor lentitud ; pero aparte de que puede recurrir de nuevo a la inmigración europea, la que tiene hoy es más homogénea y disciplinada. Todo esto sin contar con que, en conjunto, hasta ahora ha avanzado más en el camino de la industrialización.

Por supuesto que la Argentina debe considerar la conveniencia de crearse una zona protectora ; pero, ¿está en condiciones

de alcanzar oportunamente esa meta? Por su parte, en los últimos treinta años se ha debilitado internacionalmente en vez de fortalecerse ; por otra parte, el nacionalismo de los pueblos débiles es ahora más exaltado que nunca, y su resistencia a cualquier influencia o dominio exterior es consecuentemente mayor ; por último, los armamentos de hoy —y más, por supuesto, los que vendrán en los próximos treinta años—, han rebajado mucho la eficacia del « Estado-colchón ».

México —se ha dicho ya— ha tenido una política internacional definida en lo esencial ; ha debido ser congruente en su ejecución y la ha aplicado con éxito singular (cosa esta última que los mexicanos ignoran). Nadie podría desconocer que, en sus choques con los Estados Unidos, México perdió más de la mitad de su territorio original, que después fue invadido militarmente en dos ocasiones y que en otras más ha sido amagado con la fuerza y que aún está sujeto a presiones. Sus relaciones con Europa no han sido menos desafortunadas : a más de repetidos bloqueos a sus puertos, sostuvo dos guerras con Francia, una de ellas durante cinco años interminables, y España e Inglaterra se unieron a ella para intervenir militarmente en sus asuntos internos.

Sin embargo, no hay un átomo de exageración en decir que, a pesar de tan trágicas experiencias, México se ha labrado en lo principal su propio destino hasta llegar a una situación en que parece, no ya improbable, sino inconcebible, que las viejas embestidas imperialistas se repitan. Claro que a esa situación se ha llegado en buena medida porque el imperialismo cambió de métodos y ha perdido fuerza ; pero, aun así, el resultado se debe sobre todo a México. Mas tengo para mí que, a despecho de su comprobada eficacia, la diplomacia mexicana comienza a ser hoy inactual, tanto porque el mundo donde opera se ha transformado radicalmente, como porque en el mexicano de hoy obran resortes morales distintos a los que en épocas pasadas lo movieron. Por la fuerza de las circunstancias esa diplomacia ha sido esencialmente defensiva y legalista ; respondía a la necesidad de defenderse de un

enemigo desproporcionadamente más fuerte.

Ahora bien, en el mundo de hoy toda la América Latina y África, y gran parte de Asia, no son enemigos de México, ni parece previsible que alguna vez lo sean. La debilidad de esas tres grandes zonas las hace ya fuertes, y pueden llegar a serlo positivamente el día de mañana; en todo caso, en alguna forma se presiente desde ahora que a ellas, separada o conjuntamente, puede estar ligado el destino todo de la Humanidad. Allí hay, entonces, un vastísimo campo donde una política internacional defensiva, además de inoperante, carece de sentido.

México, después de todo, no la inventó, sino que se la impusieron circunstancias muy superiores a sus propias fuerzas. Por lo que toca a la Europa Occidental, o, más concretamente, Inglaterra y Francia, esas circunstancias fueron, primero, la gran pobreza en que México inició su vida, y que le obligó a pedirles dinero, y luego, esa misma pobreza, más su vida desordenada, hicieron imposible pagarlo a tiempo. En cuanto a los Estados Unidos, esas circunstancias fueron la vecindad con un país que, al amparo de un supuesto « destino revelado », se desarrolló tan avasalladoramente, que se llevó entre las espuelas no sólo al búfalo, al indio y al negro, sino a México también.

Aun el espíritu más desconfiado (pero no miedoso) tiene que reconocer que aquí ha cambiado también la situación. México necesita hoy mucho más dinero para crecer, pero, al mismo tiempo, tiene mayores medios para pagarlo; en cuanto a ordenar su vida, un poco la ha ordenado ya, y, en todo caso, de él depende, más que de nadie, conservarla así. Los Estados Unidos no son hoy, como lo fue Inglaterra durante el siglo pasado, el único mercado de capitales; al contrario, puede decirse, burda, pero verdídicamente, que, acudiendo a todos los países posibles y a las organizaciones internacionales, una nación puede conseguir hoy todo el capital necesario para su desarrollo en condiciones financieras tolerablemente buenas y con un mínimo de exigencias políticas. Los países y las instituciones prestamistas no consideran ya la fuerza como un medio de pago o siquiera

de apremio. Por su parte, México tiene una experiencia tan reiterada, tan variada y tan clara en materia de capital extranjero, que cualquier mal paso que dé tendrá que achacarse no tanto a malicia ajena como a necesidad propia.

Pero veamos más de cerca el problema norteamericano, que le ha impuesto a México una diplomacia defensiva y legalista. Los Estados Unidos son hoy tan fuertes y México tan débil, que en media hora podría hacerlo desaparecer de la tierra para siempre; pero sólo un alma simple o un espíritu torcido podrían concluir que precisamente por eso jamás ha sido tan justificada semejante diplomacia. No resulta así, por supuesto: los Estados Unidos no son hoy tan enemigos de México como los mexicanos creen, ni los Estados Unidos son tan fuertes como lo creen los norteamericanos.

Los mexicanos, en efecto, debían haberse planteado hace tiempo, en la soledad del recogimiento, y no en la plaza pública, por qué diablos los Estados Unidos tienen que ser a la fuerza enemigos de México. No, ciertamente, en el sentido terrible y concreto de que quieren destruirlo; más bien en aquel otro vago, pero irritante, de que, pretendiendo sojuzgarlo, le impiden ser absolutamente libre e independiente. Aparte de que debiera uno estar ya acostumbrado al hecho familiar de que ningún hombre ni país alguno puede y debe gozar de una independencia y de una libertad absoluta, la experiencia indica, por un lado, que esa limitación se aplica todavía con más fuerza a una gran potencia, y por otro, que, puestos a no cejar, quien a la larga se sale con la suya es el discípulo y no el maestro. El hijo y no el padre, el débil y no el fuerte, a menos que éste lo estrangule, es decir, a menos de que el maestro, el padre o el poderoso los destruyan.

No es el caso explicar ahora detalladamente cómo se las arregla el estudiante, ignorante y verde, para salirse con la suya; cómo logra el hijo, necesitado de sostén moral y económico, salirse con la suya, y cómo México, débil y pobre, se ha salido con la suya, y no los Estados Unidos. No es imposible, sin embargo, explicar de un modo general el curso principal de ese proceso. Desde luego, el maestro, el padre —y

los Estados Unidos— no quieren dominar a un solo estudiante, a un hijo único o nada más a México, sino a muchos estudiantes, a varios hijos y a todas las naciones del orbe. Sumando sus debilidades, llegan a ser negativamente fuertes ; pero, sobre todo, así ocurren las cosas porque es mayor la tenacidad y la determinación de no ser dominado que la de dominar.

Y aquí se toca un punto sin duda esencial para estimar las fallas actuales de la diplomacia mexicana tradicional, defensiva y legalista. Se ha dicho ya que México no la inventó, sino que se la impusieron las circunstancias adversas de su vida ; pero eso no quita que sea de México el mérito de su feliz ejecución. Ese buen éxito se debe a que México ha gozado de la buena coincidencia de contar entre sus ministros de Relaciones con hombres sagaces y con experiencia en los negocios públicos, así como buenos representantes suyos en Washington. En cambio, a los Estados Unidos, con dos o tres posibles excepciones, lo han representado en México gentes mediocres y aun torpes. Pero más que a ventajas intelectuales o de experiencia, el éxito se debe a actitudes psicológicas sanas y a verdaderas prendas morales : hasta el término de la segunda guerra mundial, para fijar una fecha más o menos arbitraria, la política exterior mexicana no se inspiraba íntimamente en la desconfianza o el temor al « enemigo », es decir, no la viciaba una psicología negativa y estéril, sino una entereza sana y estimulante, de la que brotaban la tenaz resolución, la decisión inquebrantable de resistir.

Muchos casos históricos podrían —y deberían— ilustrar lo que esto quiere decir ; pero aquí apenas cabe recordar uno relativamente reciente y, por lo tanto, más comprensible.

Carranza distaba mucho de ser una lumbrera intelectual e incluso carecía de la penetrante astucia común en el político mexicano ; su experiencia de los negocios públicos era limitada ; sus primeros consejeros en cuestiones internacionales no podían ser más primerizos ; y por si algo faltara, tuvo que enfrentarse a Woodrow Wilson, quien, a más de universitario, tomó el de México como un caso personal suyo, ma-

nejándole él directamente, y con una terquedad apenas comparable a la de su opositor. Pero sobre todas estas cosas, a Carranza lo dañaban las circunstancias en que se movía : inició su movimiento rebelde con fuerzas militares en verdad ridículas por su número y adiestramiento, y eso para luchar contra un gobierno de una fuerza militar mucho mayor ; vencido éste, el grupo revolucionario se desgaja, de modo que Carranza combate desde luego a Villa, después a la Convención, y más tarde lucha contra villistas y zapatistas. A pesar de todos estos factores desalentadoramente adversos ; a despecho de que Wilson no pensó nunca en Carranza como solución posible al problema mexicano ; no obstante la ocupación militar del principal puerto mexicano y de la « expedición punitiva » del general Pershing ; a pesar de todo, del viento y de la marea, a fuerza de carácter, de tenacidad. Carranza se impuso, y a su voluntad tuvieron que doblegarse Wilson y su gobierno, más la opinión pública norteamericana.

EN FIN, ahora debe examinarse brevemente el otro rasgo distintivo de la diplomacia mexicana tradicional, su legalismo. Al igual que su carácter defensivo, la historia lo justifica sobradamente. Como carece de fuerza física frente a los Estados Unidos, México ha tenido que apelar a la ley, arma única de que podía echar mano. Citemos el caso del Chamizal para ilustrar el alcance de esta situación. Sujeta la propiedad de este pedazo de tierra, cuya posesión de hecho detentaban los Estados Unidos, a un juicio arbitral, el fallo favorece a México, pero los Estados Unidos se niegan a acatarlo. México no podía, por supuesto, optar por la solución de despachar un piquete de soldados (o todo su ejército, que igual daba) a tomar posesión del Chamizal. Lo único que podía hacer fue lo que hizo : insistir durante cincuenta años en que la ley estaba de su parte, hasta que los Estados Unidos se avinieron a reconocerlo así.

Hasta aquí las cosas se entienden y satisfacen ; pero es de temer que este ejercicio continuo de concebir y presentar jurídicamente sus intereses y opiniones, haya traído la consecuencia deplorable de una deformación profesional, o sea, una inca-

pacidad para darse cuenta de que ciertos problemas son, como si dijéramos, tan avasalladoramente políticos, que pretender enfocarlos mediante una exégesis jurídica resulta tan desproporcionado —y a veces tan peligroso— como querer eclipsar al sol tapándolo con un dedo de la mano.

México, como si dijéramos, ha presentado la magnitud y la significación de uno de esos cambios, el abierto por la liberación colonial, primero de Asia y los países árabes, después de Africa. Sin que sea fácil (pero sí perfectamente posible) comprobarlo, puede decirse que ningún país de la América Latina ha tenido en los organismos internacionales nacidos de la última guerra una actitud tan temprana y tan congruentemente favorable a esos pueblos. Año tras año, y durante muchos, los delegados mexicanos en el Consejo de Tutela de las Naciones Unidas desplegaron una actividad anticolonialista extrema, y eso cuando semejante actitud, además de provocar la reprobación airada de todas las potencias occidentales, carecía del apoyo, o siquiera de la simpatía de los países latinoamericanos, y aun de los soviéticos. En el Consejo Económico y Social, la delegación de México fue la primera de todas que sugirió la necesidad de crear una comisión económica regional para Africa, y colaboró en la creación tan activa, o más activamente, que los ocho Estados africanos entonces miembros de la Organización. México cultivó su amistad cuando los países árabes no significaban nada, ni aislada ni conjuntamente. En fin, México ha enviado dos grandes misiones al Africa, y una tercera, la parlamentaria, que ha sido correspondida con señalado reconocimiento.

Dicho esto, debe uno expresar el temor de que toda esta actividad, que vista desde fuera puede, y aun debe, inducir a creer que se trata de toda una política, es decir, de algo pensado y previsto, no lo sea en realidad. En rigor, estimada de cerca e interiormente, resulta en una medida desconcertantemente grande el resultado de sentimientos, de prejuicios o de simples posturas personales.

Los delegados mexicanos, por ejemplo, llegaron a sostener alguna vez en el Consejo de Tutela que Puerto Rico era un te-

ritorio cuya administración estaba confiada a los Estados Unidos, y que este país, por lo tanto, estaba obligado a presentar los informes anuales requeridos por la Carta acerca de los progresos políticos, económicos y administrativos alcanzados por cualquier territorio dependiente. No se trataba aquí, obviamente, de Africa. Era claro que semejante tesis, lejos de despertar la simpatía que en los pueblos africanos producía cuando a ellos se aplicaba, podía provocar el resentimiento del portorriqueño, al verse tratado como sometido al yugo colonial, y, por si algo faltara, al colocársele en un atraso económico semejante al africano, y luego por México, cuyos índices de progreso siempre resultan inferiores a los de Puerto Rico. En fin, era más que transparente que esa actitud se inspiraba, no tanto en el desec de ayudar a la liberación política de Africa, como en el propósito de molestar a los Estados Unidos. Cuando el gobierno de México se enteró de que la proposición fue rechazada por dieciséis votos contra dos (de México y la Unión Soviética), comprendió que sus delegados lo habían puesto en un brete. La sugestión y la ayuda para crear una comisión económica de las Naciones Unidas en Africa, no ha sido seguida en los seis años siguientes a su creación de ninguna acción del gobierno mexicano: no ha asistido algún observador suyo a las reuniones de la Comisión, ni los informes y trabajos de ésta han sido comentados por representantes oficiales mexicanos. Hasta ahora, el envío de las tres misiones al Africa no ha pasado de ser un gesto, galante y plausible, pero, al fin y al cabo, un mero gesto.

Todo este interés por los países árabes, asiáticos y africanos, no se ha traducido en la medida elemental de preparar gente joven que estudie los problemas de esos pueblos, que conozca su geografía, su historia y sus lenguas, capaz, en suma, de una acción consciente e ilustrada que sirva los intereses nacionales de México.

Mucho menos ha habido —como es de suponer—, una definición de lo que puede y debe lograrse de un acercamiento a este nuevo mundo, una nueva confirmación de mi vieja idea de que México es un país genial, pero poco inteligente.

LLEGADOS al capítulo de las conclusiones, se topa uno siempre con la tragedia de todo estudio sobre la América Latina. Si desde un principio se enfoca a ésta como un todo —según lo hacen los norteamericanos, los más asiduos estudiosos de nuestra América—, es inevitable el traspies de hacer observaciones y llegar a conclusiones que, siendo legítimas o aplicables a ciertos países, apenas lo son a medias a otros, sin faltar aquellos en que no son aplicables en absoluto. Si se estudian más de cerca sólo tres o cuatro países con la esperanza de que resulten « representativos », menos todavía podrá hablarse de un estudio general, comprensivo, de toda la América Latina. De aquí que el único camino justo sea el de estudiar uno por uno los veinte países que la componen, para dar con los elementos comunes, y separarlos de los distintivos.

Este camino, sin embargo, a más de exigir un inmenso saber, consume un tiempo del que a veces es literalmente imposible disponer. Por eso, cabe confesar que en el presente caso es bien precaria la reflexión que servirá de punto de partida, a saber : si los tres países mayores de la América Latina no tienen hoy una política internacional definida, o no tienen la mejor posible, será improbable que los otros la tengan. El grado de improbabilidad, por supuesto, aumenta a medida que se desciende de un país bien formado como Chile, a otros con buenos recursos todavía, tal Uruguay, Colombia, Perú y Venezuela, para acabar en la improbabilidad absoluta en el caso de Haití.

DENTRO de este supuesto, preguntémonos si sería posible delinear burdamente algunos principios capaces de sustentar una política internacional común a todos los países latinoamericanos. Desde luego está el de la unión, sólo que carece en absoluto de novedad : se preconizó desde que nuestros países luchaban por conseguir su emancipación de España, y la verdad es que ni entonces ni después llegó a ser un principio cuya aplicación real fuera siquiera previsible. No sólo fracasaron las prédicas o la acción de Bolívar y San Martín, sino que fracasaron siete congresos que de 1847 a 1888 se convocaron para dar con un en-

tendimiento. Esta experiencia parece tanto más desafortunada cuanto que se intentó ocho veces (si en esta nueva cuenta figura, como debe figurar, el congreso bolivariano de 1826) durante sesenta y un años. En cambio, el secretario de Estado James G. Blaine necesitó sólo dos ensayos para que en 1889 se reuniera la primera Conferencia Internacional de Estados Americanos, de la que pronto saldrían la Oficina Panamericana de Comercio, la Unión Panamericana y la Organización de Estados Americanos. Esos dos empujones de Blaine dieron además de uno inmediato y cierto, un fruto destinado a perdurar hasta el extremo de ser la más vieja organización internacional del mundo.

¿Cómo explicar ese impresionante contraste? Tendrían que darse muchas razones para lograr un cuadro completo y equilibrado ; pero pocas dudas pueden caber de que entre ellas figurarían muy preeminentemente las económicas y las políticas. No es una coincidencia fortuita que Blaine fuera el primer exponente articulado del programa de una « penetración pacífica » de los Estados Unidos en la América Latina mediante una corriente cada vez mayor de exportaciones manufactureras y de capitales. Pero la venta mayor de manufacturas norteamericanas, y aun el simple consumo de una población que crecía en número y en poder adquisitivo, exigían importaciones también mayores, que en buena medida podía proporcionar la América Latina. Y ésta, por su parte, comenzaba a lograr que sus exportaciones de productos primarios penetraran formalmente en el mercado exterior, y el de los Estados Unidos podía resultar ventajoso, en ocasiones más ventajoso que el de Europa. Tal fue el caso de las exportaciones de café, bananas, azúcar, henequén, o de oro, cobre, zinc y petróleo.

Había, pues, un interés económico mutuo ; pero también uno político. Los Estados Unidos, cuyo poder crecía visiblemente, hallaron en la América Latina una esfera de dominio « propio », o sea, la única donde la influencia rival de Inglaterra, de Francia o de Alemania, no era tan arraigada o dominante como en la Europa Oriental, Asia y Africa. De parte de la América Latina había la gran razón de la seguti-

dad : incapaz cada una de sus unidades de defenderse por sí sola, e incapaces todas de unirse para hacerlo ; débiles, en fin, aun si hubieran logrado la unión, no dejaron de ver en el gigantón del Norte un posible defensor, aun si corrían el riesgo de resultar a la larga demasiado protegidos. Por esta última razón, muchos —si no es que todos— de los países latinoamericanos acudieron a la invitación de Blaine con reservas que no supieron disimular, y que no han desaparecido del todo en el día de hoy.

PARECE que se ha llegado así a un hecho increíble, increíble, al menos, para un latinoamericano. La unión latinoamericana se ensayó ocho veces, fracasó entonces y ha fracasado hasta la fecha al punto de no haberse llegado a crear siquiera nominalmente porque el sentimiento ha sido su único incentivo y hubiera sido su único sostén. La unión panamericana, en cambio, nació al segundo impulso, ha vivido ya setenta y cinco años y ha crecido sin cesar, porque, a pesar de haberle sido y serle adverso el sentimiento de los países latinoamericanos, tuvo y tiene alicientes político-económicos.

Frente a esta situación, muy esquemáticamente presentada, pero verídica en su esencia, preguntémosnos si hoy, avanzada ya la segunda mitad del siglo XX, sería más viable una unión latinoamericana. Los sentimientos son los mismos, y aun más fuertes, pues no en balde las comunicaciones y los transportes los han avivado ; pero es que hoy existen, además, poderosísimas razones económicas que antes no existían, y razones políticas ahora de una claridad meridiana.

A más del ejemplo de la Europa Occidental, que demuestra la posibilidad real de una unión semejante, están los estudios de la Comisión Económica para América Latina, que indican que la única verdadera salida a la pobreza de sus miembros es, primero, unirse para formar un mercado común, de una amplitud suficiente para soportar una industria de escala media y grande, y segundo, llegar a una planeación económica que superando las fronteras de cada país, vea la América Latina como un conjunto o una unidad productiva. Están también los primeros ensayos de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio, cuya modestia inicial prueba su posible desarrollo futuro. Están, en fin, los primeros pasos dados ya en la integración económica particular de la América Central.

En cuanto a los lazos políticos que pueda sustentar la Unión, no sólo se advierte la voz, por ahora solitaria, de Felipe Herrera, director del Banco Interamericano de Desarrollo, que presenta esa unión política como requisito indispensable para el pleno éxito de una economía integrada, sino que está el panorama del mundo actual, en el que nadie parece sentirse seguro : el grande, porque es grande, y el pequeño, porque es pequeño.

Para poder llegar, no ya a una unión política, pero siquiera a un entendimiento inicial, cada país, por supuesto, necesitaría definir su verdadera filosofía política, qué quiere él para sí y cómo desearía que fuera el resto del mundo. Tarea, por desgracia, que requiere más talento, y, sobre todo, más honradez de la que por ahora parecen tener los hombres públicos de la América Latina.



# Sobre Estados Unidos, Europa, Africa y el colonialismo mental

POR LUIS ALBERTO SANCHEZ

QUE AMERICA LATINA emerge con desconcertante rapidez, no se discute ya. Los doscientos millones que la pueblan crecen con una velocidad supersónica. En algunos lugares pasa del 3,5 % al año : el promedio puede fijarse en algo menos del 3 %. La mortalidad en cambio decrece. Lo que no sube en igual proporción es la productividad ; y lo que avanza, pero sin el mismo ritmo es la educación. De toda suerte la visión objetiva del Continente arroja un saldo favorable. Como, además, tenemos una organización jurídica experimentada, aunque todavía inestable, el cuadro mejora con respecto a otros sectores del mundo, en donde la independencia, por muy concertada que haya sido, no logra rellenar los tremendos vacíos que obstaculizan la marcha social. El caso de Africa ofrece motivos de meditación.

Nada resulta tan enojoso como los paralelos. Sin embargo debemos usarlos. Si por una parte aún tenemos que brindar a la curiosidad sensacionalista de los extraños el caso de Haití y la Dominicana, sacudidos por un frenesí primordial, no es menos cierto que el Congo, por un lado, y Africa del Sur, por otro, y en cierto sentido Argelia y Egipto, no brindan la perspectiva arcádica que suelen presentar —al menos para los ojos extranjeros—, el desarrollo de Liberia, Ghana, Nigeria y en parte Senegal. Quiere decir lo anterior que el caso africano no es uniforme, y que los batches sociopolíticos son tan numerosos co-

mo los económicos, lo cual nos llevaría a otro tipo de consideraciones.

Desde luego, y simplemente como un apunte, cabría tener en cuenta el desnivel entre Alemania Occidental y la Oriental, entre Inglaterra y Hungría, entre Dinamarca y la antigua Albania, entre Irlanda y Chipre. El mundo felizmente es variado. De tal suerte no hay oportunidad de dogmatizar ni de aburrirse.

Pero, a pesar de esta glosa sintomática, no puede olvidarse que América Latina, pese a sus diferencias nacionales, tiende a ser —si no lo es ya—, un todo *integrado* o *integrándose*, y va en el camino que sigue Europa pese a las discrepancias nacionales, lingüísticas, religiosas, económicas y políticas. Europa es cada vez más un ente compacto. También Africa, no obstante sus diferencias, producidas las unas por la indiosincrasia y las otras por la presión divergente de las antiguas potencias coloniales, camina con rapidez a una integración realmente fantástica.

Supuesta esta integración en progreso no puede uno hurtar la mente ni el cuerpo a ciertas consideraciones básicas e inevitables. Trataría de condensarlas del modo siguiente :

a) América Latina posee una estructura más autónoma que Africa, con respecto a los países europeos y aun a los Estados Unidos ;

b) América Latina ve invadido su campo económico secular por la súbita irrup-

ción del competidor africano ampliamente favorecido por sus ex metrópolis que se han transformado en sus patrocinadores y clientes privilegiados ;

c) Europa, salvo los grupos económicos de Alemania Occidental y en parte de Holanda y Bélgica, tiene menos intereses en América Latina que en Africa ;

d) La Unión Soviética y los países de su órbita se esfuerzan por atraer o fijar a los nuevos Estados africanos dentro de sus moldes políticos, por medio de concesiones económicas ;

e) Los Estados Unidos adoptan una política semejante a la de la URSS a causa de las vicisitudes del poderío mundial, lo cual los hace descuidar su posición, geográfica y estratégicamente inescapable con respecto a su propio hemisferio, del cual forma parte América Latina.

f) América Latina mira con desconfianza al Africa, discierne entre la URSS y los Estados Unidos sus intereses y posibilidades en el campo político y económico ; en el campo cultural, los intelectuales de Europa y los de América Latina coinciden en una actitud o gesto de franco esnobismo frente a los africanos, renovando, sin beneficio de inventario y con olvido de la inolvidable experiencia de fines del siglo XVIII (Revolución francesa) y comienzos del XX (aparición de Rusia, Japón y China en el escenario universal). Esta última postura de los intelectuales se trasluce en numerosos « rencontres » y coloquios de tipo artístico, literario y universitario, así como en el tono y contenido de las revistas de « alta cultura » de Europa y América Latina : se cumple así el precepto de que « los últimos serán los primeros », y aquel que dice « los que se humillan serán ensalzados » : cristianismo puro, con estructura, superestructura, infraestructura y todo lo que sobra.

### Una estructura autónoma

Nada irrita más al buen conocedor de América Latina que las afirmaciones, por lo demás muy reiteradas, de quienes pretenden ver en ella un reflejo fiel de tal o cual cultura europea.

Comencemos porque el adjetivo de « la-

tina » es un invento a falta de otro... peor. Nació porque América, que había dejado de practicar los usos indígenas y adquirido idiomas instrumentales europeos —castellano y portugués, principalmente—, necesitaba diferenciarse de lo español sin recaer en lo indio. Como las ideas de los enciclopedistas habían penetrado inclusive en España, y como la Revolución francesa y su propagandista supletorio o *malgré soi*, Bonaparte, estaba en plena moda, se utilizó el vocablo « latina » como una forma de escape. No era una afirmación real ni una expresión concreta. Debemos recalcarlo.

Francia ejercía entonces una cierta hegemonía literaria y hasta política, no obstante de que las ideas de Montesquieu eran las de Locke, y la « Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano » vino a confirmar —no a adelantar— el *Bill of rights* erigido por Jefferson, Hamilton, Franklin, y desde luego por Washington en los Estados Unidos. Francia creaba, traducía, recreaba y lanzaba al ámbito universal las invenciones de todas partes. Francia era la « latinidad ». Fuimos, pues, « latinos », de esa raza que como decía nuestro González Prada podía sintetizarse en un cuarteto :

*Aquí descansa Manongo  
de pura raza latina :  
su padre vino de China  
su madre nació en el Congo.*

Este espejismo es el que preside muchas expresiones culturales de hoy. Cuando leemos la versión de nuestra política y nuestra cultura a través de ciertos autores europeos da ganas de volverse al Kindergarten, pero en su compañía, para aprender juntos una versión más fiel de la realidad. Hasta en esclarecidos escritores, como André Siegfried, el estudioso Robert Bazin, sin mencionar a ilustres viajeros de los siglos XVIII, XIX y XX, asoma la oreja del demonio de la soberbia regional y la desinteligencia americana, con que los especialistas de la « rive gauche » y de las revistas franco-americanas pretenden descubrir para nosotros lo que hemos redescubierto desde nuestra edad de la razón (con perdón de Sartre, otro improvisador de lo que no entiende, cuando se trata de realidades concretas).

Hay una lamentable obliteración de cri-

terios cuando se enfoca la marcha cultural del mundo desde un *efecto*, al que se pretende convertir en *causa*. Pongamos por ejemplo el del romanticismo. La independencia de cualquier país y aun de cualquier grupo o clase, requiere para seguir adelante el impulso sentimental. No se derriban prejuicios y costumbres a puro raciocinio; se necesita la emoción, la fe, el mito, como decía Sorel. A fines del siglo XVIII, en virtud de un entrecruzamiento mundial de cansancios y de ilusiones, surgió, como una llamarada, la revolución antifeudal, que allí donde no hubo ese mismo feudalismo, sino otro con caracteres distintos, tomó las proporciones de una revolución parcial, de algunos grupos o clases. No se puede confundir la actitud de los colonos británicos de las *Middle Colonies* con la de los burgueses, pequeño burgués y *sans culottes* (o descamisados) de la Francia capeta; ni con la de los propietarios criollos de la América Hispana de esa misma época. Así como en la toma de la Bastilla lo que hubo fue pueblo, así, en las proclamaciones de Juntas de Gobierno local en Buenos Aires, Caracas, Santiago (1810), lo que casi no hubo fue pueblo; en Filadelfia y Baltimore, actuó una clase propietaria y educada, en alianza con una burguesía agroindustrial, que constituía el pueblo.

Si de imitaciones se tratara, cronológicamente habría que colocar a Inglaterra, Estados Unidos, Francia y América « Latina », en este orden de precedencias. Pero, ese orden cronológico tampoco sería exacto. Nunca se sabe qué fue antes de qué. Porque las antigüedades suelen localizarse por el eco público, no por la efectividad del fenómeno que motiva el eco. De ahí que, si extremamos el análisis de esos hechos, deberíamos convenir en que Rousseau se inspiró en América, y que la teoría del *bon sauvage* no habría sacudido a Francia y a Europa en el siglo XVIII, si antes no aparece América.

Pero, esto es también jactancioso, irrealista y, sobre todo, inútil. Dejemos constancia —como dicen los parlamentarios y los rúbulas— de que carece de fundamento afirmar que toda nuestra cultura sea reflejo de Europa: también hubo coincidencias con Europa, y también hubo ecos americanos que sacudieron a Europa.

## Africa, la favorita

Es distinto el caso de Africa. Cuando llegaron allá los portugueses, y después los españoles, británicos, franceses, alemanes, italianos, holandeses y finalmente los norteamericanos, no existían sociedades ni Estados organizados; al menos según nuestro modo de entender la organización social podría exceptuarse el norte, bajando hasta Etiopía, por donde pasaron los ejércitos musulmanes y donde se enquistó bravía y sensualmente la civilización hebraica. Dicho de otro modo: el Africa septentrional de Dido y Eneas, y la central de la Reina de Saba fueron excepción de la regla según la cual el caos fue típico de Africa hasta el siglo XVI. Las *razzias* de los esclavistas peinaron cuidadosamente las costas del norte y el oeste del continente negro. No las dirigían pueblos ni gobiernos bárbaros; al contrario, fueron obra de los Estados más cultos y refinados del mundo de entonces: Portugal, Holanda, Inglaterra, Francia y España.

La historia de Africa es todavía una leyenda. Ambos términos se confunden en la reciente gesta del Transvaal, en la del Sudán, del Congo y hasta en la fantástica fundación norteamericana de Liberia. Sobre esa leyenda actúan los colonizadores europeos. Mientras los misioneros se interesan todavía en el Reino de Dios, los cazadores de hombres y fieras, los buscadores de oro y diamantes, los sembradores de algodón, caña de azúcar, café, caucho y arroz, fían más en sus rifles que en sus breviarios y sus colegios. Una minoría de carceleros impuso el poder de sus armas y conocimientos sobre una inmensa mayoría de virtuales y numerosos presidiarios. En ciertos casos, a semejanza de los ingleses en la India y Canadá, sellaron con su cultura aquel entrevero.

Los tiempos han cambiado. No se podría decir que el movimiento de emancipación de las colonias sea fruto de una decisión espontánea de los países colonizadores. No, no es eso. Como no fue el solo empuje de Francia lo que causó la revolución emancipadora de América, ni la aparición del romanticismo. El mundo es bastante más complejo. Sin embargo, ahora, lanzados a la vida soberana pueblos coloniales sin ex-

perencia como Estados, los antiguos países colonizadores, las ex metrópolis, se afanan en mantener bajo otras apariencias los vínculos de ayer. No se resignan a abandonar a sus colonias ni, sobre todo, a quedar abandonados por ellas. Es natural. Sí, es natural que Inglaterra, Francia y Holanda, traten de facilitar la vida de aquellas antiguas colonias, a cambio de tratos de reciprocidad que permitan pasar el contrabando de una liberalidad hechiza. Frente a la rudeza de los negocios, la tradición « latina » vale mucho menos que los intereses negros. Con « latinidad » no se vive más barato, ni se tienen mercados de consumo favorables, ni se obtienen las materias primas a tasa conveniente. De donde la política de favorecimiento o simpatía a la América Latina, desde el punto de vista general europeo, no puede oponerse a una apertura casi incondicional ante los africanos.

Ello puede ser justo o no, conveniente o no, pero es un hecho. Y aunque algunos europeos clarividentes —hay muchos en Francia y Alemania Occidental— señalan un camino más creador y congruente desde el ángulo de los intereses seculares y las formas de mentalidad y vida de esta parte del mundo, o sea una mayor colaboración con América Latina —y algo de ello se trasluce en los viajes de los Presidentes De Gaulle y Lubke—, los políticos y los intelectuales comunes no ocultan su urgencia por congraciarse con los africanos y hasta les fingen una pleitesía que el africano ebrio de su nueva aureola de forjador de sensaciones e ideales rechinantes, agradece y aplaude con infantil jactancia.

### El interés económico no es la única fórmula de integración

Acabamos de señalar que las visitas a América Latina de los Presidentes de Francia y Alemania Occidental demuestran mucho. Nada mejor para transparentar sus intenciones que las propias declaraciones de los ilustres visitantes.

El general de Gaulle cargó el acento en dos cosas : primero, la comunidad de ideales entre Francia y América Latina ; segundo, la posibilidad o necesidad de cons-

tituir un bloque latino como contrapeso a los bloques raciales y etnoeconómicos que manejan el mundo sajón, euroasiático, chino, indostano. Desde luego dista mucho de ser una idea nueva. En el Perú hubo risas cuando el ex Presidente Prado se apresuró, quizás con excesivo énfasis, a proclamar *urbi et orbi* la « doctrina Prado » de un bloque latino como equilibrador del mundo. La prudencia habría aconsejado ser menos tajante, sobre todo porque para serlo es preciso contar con una demografía y un potencial económico varias veces superior al de que dispone el Perú. En boca de de Gaulle la iniciativa cambia.

La respuesta al general no fue halagadora. Hubo entusiasmo y sincero aplauso. Pero varias veces, en actuaciones de alto nivel, el general recibió algo más que la insinuación, digamos, la severa advertencia de que los latinoamericanos tienen conciencia de sus vínculos con los Estados Unidos, y saben que mientras se navegue en la misma barca, será prudente bogar a ritmo parecido.

El doctor Lubke tuvo otra táctica ; nos habló de préstamos, obras en común y de política internacional. Hombre serio, moderno, civil, disfrutó en seguida de la confianza de las gentes que miraron en él un ejemplar de esa Alemania legendaria de la ciencia, la disciplina y la lucha. Tenía el Presidente de Alemania Occidental la ventaja de no cargar con el peso de una leyenda gloriosa y personal, de no presentarse en actitud mesiánica, de una visible conciencia de su sino pasajero y democrático.

Pero, ni aun eso ha podido derribar ciertas barreras. Europa, con sus viejas leyendas, con su gravedad y su cortesía, con sus costumbres formales, sus menús elaborados, sus corbatas y sus cuellos, su inevitable sofisticación, no ha podido vencer la desconfianza de un mundo en mangas de camisa, de menús abrasadores, de trato directo, de refinada hipocresía oriental y su consiguiente séquito de murmuradora y entretenida ociosidad, como es el latinoamericano.

Puede ser cuestión de niveles. Puede ser. De lo que resulta indudable que no ha existido comunión completa, salvo en el caso de los italianos, los españoles y en parte

los portugueses, pero, sobre todo, de los primeros. El italiano ha realizado sin quererlo el milagro de compenetrarse, adaptarse, sobreponerse o adecuarse a la vida de nuestro continente. Lo revelan muchos hechos. Uno de ellos el que justifica, a la recíproca, el clásico lema : por todos los caminos se llega a Roma ; convertido según nuestra experiencia latinoamericana en un « Roma llega a cualquier parte por todos los caminos ». Ciudad realmente ecuménica, ha conservado en sus hijos esa intransferible calidad humana de ciudadano de cualquier parte. Lo digo sin entusiasmo, pero también sin pena.

### La otra cara de la medalla

Parecería muy extraño que nos interesen y hasta apasionen los acontecimientos de Africa. No podemos negar que nos conciernen. Frente a la simpatía natural hacia un continente que toma su puesto entre los otros, y a naciones que ocupan el suyo entre las demás de distintos continentes, sólo cabe expresar adhesión, fervor, aquiescencia. Esta es la actitud sentimental y también « inconscientemente política » que adoptan muchos intelectuales latinoamericanos y, conscientemente, casi todos los europeos.

Pero, de otro lado, se advierten otros síntomas menos espontáneos, generosos y seductores. Africa produce casi todo lo que América Latina produce ahora. Con la diferencia de que el coste de mano de obra es todavía más barato en Africa que en América Latina, y por tanto, la competencia se realiza a menudo en los niveles del *dumping*.

Eso no nos favorece ni despierta nuestro entusiasmo.

De otro lado, las antiguas metrópolis, por razones de interés y de consecuencia estratégica y política, se ven obligadas a coordinarse con sus antiguas colonias y a tratar de influir en los nuevos Estados, sin afectar su soberanía. El interés que expresaban por América Latina se atenúa en la misma proporción que crece el otro.

Pero, hay un grupo de Estados que nunca fueron metrópolis de Africa, que nunca tuvieron colonias africanas, aunque las

tengan europeas y asiáticas, verbigracia : la Unión Soviética.

La Unión Soviética y la China continental excitan el nacionalismo africano muy lejos del propósito de acentuar o perfeccionar la soberanía de los nuevos Estados, sino para que rechacen a las antiguas metrópolis, aunque no estaría del todo mal que mirasen con reconocimiento y afecto a las que podrían ser mañana sus nuevas metrópolis políticas.

En este particularísimo caso, los intereses del mundo comunista y los de la Europa democrática coinciden, a expensas de América Latina. Si los comunistas y sus clientes latinoamericanos se manifiestan enardecidos de júbilo doctrinario porque Africa hierve de nacionalismo unilateral, es decir, un nacionalismo que rechaza sólo a ciertos extranjeros, pero no a todos, esa es cuestión de su ánimo también colonial, sometido a sus influencias foráneas. A nosotros, los latinoamericanos de raíz, nos da igual que Africa nos arrebate los mercados en nombre de la dictadura totalitaria que en el de la igualdad democrática. Como latinoamericanos vemos que nuestra hora se aleja, a menos que nos decidamos a la integración esencial.

Razón por la cual debemos practicar un nuevo tipo de nacionalismo, distinto del que obedece a consignas sectarias, más de acuerdo con el que guía los pasos del hombre sensato : afirmar lo propio tomando de lo ajena —eso es, la educación—, todo cuanto contribuya a robustecer nuestra personalidad.

Que ciertos intelectuales se sientan más sutiles y libres en la medida que se hacen menos dueños de sí mismos. Allá ellos. Para nosotros, ser dueños de sí es una forma de impedir que nadie se adueñe de nosotros mismos.

### La nueva encrucijada

Todo lo dicho parece natural. Al menos tiene una explicación lógica. Podría ser injusto, pero se explica, Europa mirando cuidadosamente a sus ex colonias, y tratando de sacar de ellas lo más que fuere posible, a causa de antiguos e irrompibles vínculos, tiene sentido histórico, y, más que eso,

tiene sentido económico. Pero la actitud de los Estados Unidos, no.

Durante cien años los Estados Unidos se hartaron de repetir, poniendo a Dios de testigo —al Dios cuáquero, presbiteriano o puritano—, de algo hasta hoy vivo : que la Providencia les había otorgado la sagrada misión de velar por la suerte del hemisferio, por el Nuevo Mundo. Ese era su « destino manifiesto ». Esa era la causa del « colorario » del destino manifiesto. Esa, la raíz de la « diplomacia del dólar ». Esa, la causa de que, a ratos, como vicedios —perdonado sea—, blandiera el *big stick*, el garrote, para poner en orden a los hermanos menores, a los inquietos sobrinos del Tío Sam.

Cuando cambiaron las cosas, y surgió, en lugar del panamericanismo confusionista, el interamericanismo esclarecedor, y se trocó el « destino manifiesto » en « buena vecindad », entonces se hizo patente que América Latina no estaba encargada de la vigilancia de nadie, sino que constituía una asociación útil para ambas partes, y que si el Atlántico Norte era la *front door*, o puerta delantera de los Estados Unidos, América Latina era la *back door*, o puerta falsa de los mismos. Una buena política aconseja cuidar tanto de una como de otra entrada.

De 1933, en que se perfiló la nueva actitud, enaltecida por Franklin Delano Roosevelt, hasta 1953 la situación no sufrió menoscabo, pese a la guerra de Corea, en que algunos quisieron ver inesperadas prolongaciones, y pese a algunas travesuras de gruesa monta en Guatemala y aun en Venezuela. Pero en 1953 se operó un viraje que, al comienzo tenue, fue acentuándose hasta llegar muy cerca de los 180 grados : de no mediar la recuperación continental encabezada por ese muchacho genial que se llamó John Fitzgerald Kennedy, el conflicto debió estallar en 1961.

De 1953 a 1961 el mundo ha asistido al desguarnecimiento progresivo de la *back door*. Ya había ocurrido el Plan Marshall, con el que, merced a una poderosa inyección monetaria, logró equilibrar a Europa, defendiéndola de la influencia comunista. Antes había fracasado otro plan análogo de la misma marca, para evitar que China cayera en poder de Mao Tse-tung. Pero Amé-

rica Latina, quizás a causa del Tratado de Asistencia Recíproca de Río de Janeiro y de la organización de la OEA y de la solicitud de algunos dictadores ávidos de empréstitos, no exigía ni esperaba su Plan Marshall.

He leído que en la actualidad, mientras Francia recarga a cada uno de sus ciudadanos con 24 dólares al año para cooperar con sus territorios y ex colonias, los Estados Unidos sólo gravan a cada uno de sus *citizen* con 6 dólares al año, y que de ellos sólo 2 son para América Latina. Querría decir que mientras los franceses, de tan famosa avaricia, pagan 24 dólares por su seguridad, cada uno y al año, los norteamericanos no sacrifican sino dos dólares, o sea doce veces menos para garantizar su « puerta falsa », sus inversiones y el porvenir de un continente.

¿A dónde va la mayor parte de ese dinero dedicado al exterior? No a América Latina, sino al África y al Asia, ya que Europa ha reanudado su vida ordinaria sin subsidios o con muy pocos. O sea, dicho en otros términos, que la competencia entre África y América Latina está subvencionada por los Estados Unidos, cuyo puesto en el mundo ha dejado de ser continental para convertirse en mundial, y cuyos intereses no se limitan ya a la hegemonía en el Nuevo Mundo, sino que refuerzan una hegemonía universal. Ante ella, no significaría nada sacrificar a América Latina o a aquellos países en donde los intereses norteamericanos son menores. Esta política nos preocupa a todos los demócratas del mundo y en especial, a los latinoamericanos.

Frente a este hecho ¿se puede reprochar a los impacientes o desengañados de nuestro continente que empiezan ya a proclamar la conveniencia de tratar con todos los países del mundo, lo cual representa un ablandamiento en las relaciones con el mundo comunista o socialista y sus aledaños? ¿Conducirá esto a pensar que existe un Tercer Mundo, en el que estaríamos involucrados los de América Latina?

No admito la tesis del Tercer Mundo por las razones y hechos apuntados en el párrafo primero de este artículo, que son las mismas por las que el Convenio de los 73 países subdesarrollados, realizado en Ginebra en 1964, carece de solidez. Entre los

países que constituyen ese supuesto « Tercer Mundo » hay más diferencias que entre muchos del Primero y del Segundo, no sólo en evolución material, sino también en régimen político y tradiciones sociales. Como rápida ilustración, ¿pueden alinearse en igual nivel de subdesarrollo Jordania y Argentina, el Congo y Chile?

De otro lado, es evidente que en estos instantes la estructura del sistema interamericano atraviesa su peor hora, a consecuencia de la finta o cisura de la Dominicana. Por último, es indudable que se ha producido un recrudecimiento de viejos rencores interamericanos, lo cual podría refluir en un inoperante y precipitado revivir de la incipiente, pero ardorosa tendencia proafricana.

Todo esto nos obliga a repensar las experiencias de los últimos veinte años. No admitimos un nuevo colonialismo a título

de Tercer Mundo, ni a causa de una cruzada idealista que carezca de bases materiales tangibles. Nuestro subdesarrollo no se remedia con pactos diplomáticos. Con la más sincera y viva ansia de mantenernos con el sistema democrático, y hasta con el de la democracia representativa (por muchos confundido de *métodos* que es con el *fin* que persigue), debemos juntar nuestras voces, los que hemos llegado a cantar en « solos », a fin de prevenir de una vez por todas el riesgo que están corriendo los Estados Unidos y Europa a causa de su errónea política con América Latina, y el peor peligro aún que corremos nosotros mismos al convencernos, si a eso llegamos, de que, en este mundo de paquidermos, no queda otro recurso que la disyuntiva : interacción o esclavitud.

Las palabras suelen doler a veces. Pero los hechos acaban doliendo mucho más.

VIÑETA DE RODRIGO ARENAS BETANCOURT



## Cultura y subdesarrollo

POR ALBERTO ZUM FELDE

ES EVIDENTE que el mundo —el mundo occidental europeo y norteamericano— no tiene en muy alto concepto a la América Latina. Es también evidente que esta América no ha hecho mucho, concretamente hasta ahora, por merecerlo mejor. Su realidad histórica presente, en el campo económico, social y político, la sitúa en un nivel general de subdesarrollo. Y es comprensible, sino justificable, que todas las manifestaciones de su vida, incluso la intelectual, participen de ese concepto peyorativo; aunque, en este último aspecto, tal inclusión ya no es justa.

La primera determinante de esa situación de hecho, es la persistencia anacrónica de las estructuras económico-sociales heredadas del coloniaje, que se caracterizan por el predominio de una minoría de grandes terratenientes feudales, constituídos en clase dirigente, frente a una masa de población, mayormente rural e indígena, o mestiza, mantenida en estado primitivo y ominoso de pobreza y de atraso. A ello se aduna, posteriormente, al factor de grandes empresas extranjeras de explotación de las riquezas naturales, las materias primas, cuyos proficuos rendimientos van a parar, en su mayor parte, a centros financieros ultracontinentales. Si a ello se añade que tales empresas gozan fama —en parte merecida— de ejercer demasiada influencia política y económica sobre los gobiernos... Y si bien este ha sido, en cierto modo, un factor de «progreso» material, como sus beneficios suelen ir a engrosar los recursos deficitarios del Estado, y sólo en parte uti-

lizados en potencial dinámico, en verdad constituye escaso adelanto en el desarrollo económico-social.

Ambas formas primitivas de economía y orden son en la época actual fenómenos característicos de los países subdesarrollados, de éste y de otros continentes, aunque en modos diversos. Y los que mantienen el estado crónico de subdesarrollo. Y los que originan, principalmente, en nuestros países —pero también en otros— rémoras del orden democrático institucional, precario bajo la amenaza endémica de las dictaduras militares. Súmense a ello otros males, derivados de ese falso orden de cosas, tales como el enorme parasitismo burocrático, presupuestívoro, etc. Anotemos, no obstante, que esas taras tienden a decrecer y a remediarse allí donde las condiciones señaladas han evolucionado. No son iguales en todos los países. El cosmopolitismo inmigratorio, el aumento de la industrialización, etc., han determinado un mayor progreso en algunas regiones, el tránsito a una etapa de mayor desenvolvimiento. Otro hecho, en fin, que ha de anotarse, y efecto de los mismos factores, es el contraste que suelen presentar la mayoría de los países sudamericanos, entre la euroyanquización de sus ciudades capitales, populosas, y el atraso, el primitivismo de sus zonas territoriales. Una fachada muy civilizada; un interior semibárbaro.

Pero no es esa fenomenalidad sociológica lo que intentamos tratar en estos comentarios; su análisis compete más a una especialización en la materia. Nuestro objeto,



ahora, es formular algunas reflexiones acerca del desarrollo cultural. Y si hemos aludido antes al otro, al material, es porque él constituye el fondo necesario sobre el cual puede comprenderse mejor esta segunda realidad sobreestructural.

Y no, tampoco, nos referiremos a la cultura como hecho de extensión y meramente formal, es decir, al desenvolvimiento de la instrucción pública, al grado de alfabetización de las masas, ni a la ilustración universitaria, humanística, lo cual, también, en cierto modo, está dentro de la fenomenología sociológica. Quisiéramos referirnos a la cultura en su valor de profundidad, no estadístico, sino esencial; no a la cultura de la letra, sino a la vivencial, intrínseca, « categoría del ser » (así personal como nacional). Y aun en este plano, debemos contar como realidad adversa la profusa producción literaria que se da y se ha dado siempre en todos los países —superproducción, cuantitativamente, lo cual es vicio y no virtud—, pero falta de categoría suficiente en escala de universalidad.

Aclaremos que la idea —que se sostuvo antes— de una cultura « propia », en el sentido de original, vernácula, indoamericana, p. ej. — ha resultado quimérica: anti-histórica. Pues, históricamente, nos hemos formado, desde el Coloniaje, en la órbita cultural del Occidente —como satélites, desde luego—. Y la cultura occidental es, a su vez, suma de todos los elementos pasados y presentes del orbe. Suyos son la filosofía, el arte, el derecho, la técnica, en que hemos sido, teórica o prácticamente educados, los que componen la estructura de la civilización contemporánea. Fuera de esta cultura, de valores universales, cuya influencia ha ido abarcando imperialmente todo el planeta, aun el Oriente mismo, ¿qué existe? Ella es el resultado integrativo de la evolución histórica del hombre civilizado, desde antes de Grecia hasta nuestros días. Esta cultura forma parte de nosotros y nosotros de ella, de modo que no podríamos evadirla. Aun en estado de analfabetismo perfecto, seguiríamos siendo occidentales, porque su civilización actúa en todas las formas prácticas de la realidad humana que vivimos; y toda forma del vivir, aun la más simple, corresponde a las categorías mentales que la han impuesto.

Una máquina o instrumento cualquiera, los más domésticos, representan toda la civilización de la que son producto, y que, a su vez, producen. La civilización entera, como especie, vive y actúa en cada una de sus formas particulares, mayores y menores. Pues, en último examen, civilización y cultura —entendiendo lo material y lo intelectual sólo existen objetivamente en sus formas concretas.

Más aún: todo lo que vive y evoluciona actualmente, integra la cultura occidental; lo que no es occidental, hoy ya está muerto o cuando menos dormido; y está dormido o muerto porque no evoluciona, es decir, no se occidentaliza. Viejas y raras civilizaciones que se hallaban como inmobilizadas —e inmobilizarse es estar históricamente muerto— han revivido y entrado otra vez en la historia por influjo del fermento occidental que se asimilaron; tales Japón y China. La India ha empezado a despertar y lleva el mismo destino, no obstante el peso enorme de sus tradiciones milenarias. Lo que vive —revive— y actúa en el lado oriental del mundo, es lo que se transforma, lo que está en devenir; es su adopción de las técnicas y las normas occidentales. Pero, lo occidental mismo, siendo una integración, una síntesis, de toda la historia del hombre civilizado sobre la tierra, tiene en sí misma la razón de su universalidad. Y por tal razón, las masas indígenas —restos de las extintas civilizaciones autóctonas, precolombinas— sólo pueden reintegrarse a la historia, en virtud de su incorporación a la cultura occidental.

Mas he aquí que los hispanoamericanos somos occidentales de América, no de Europa o de los Estados Unidos. Y que nos comprenden otras coordenadas, como les comprenden a cada región del mundo, con sus determinantes materiales y psíquicas propias: telúricas, raciales, sociológicas, etc. Y esta América tiene que responder a esa ley de la evolución interna que requiere necesariamente dejar el uso de cultura prefabricada, importada del exterior, y llegar a la vivencia intrínseca que es la propiedad de la cultura; y a la elaboración por sí misma de tal valor humano. Independencia, pues, con respecto a la cultura universal, ecuménica, común a todos. Universalidad con respecto al valor de ex-

presión de su propia personalidad viviente.

Un concepto, acertadísimo, del maestro mexicano Justo Sierra —datando ya de fines del siglo anterior, define perfectamente esa segunda fase del desarrollo histórico de nuestros pueblos: «Nacionalización de la cultura.» Esta nacionalización cultural es en el orden intelectual lo que en el orden económico es la nacionalización de la riqueza. Son grados del desenvolvimiento, del crecimiento y superación normal de la personalidad en formación, que han de seguir al de su independencia política, base de lo demás. En efecto, mientras no se nacionalice la cultura universal que adquirimos por vía de asimilación, seguimos en estado de coloniaje cultural; así como, mientras no se nacionalice la riqueza —aunque no necesariamente en la forma estatal— se sigue en nivel de coloniaje económico. La cuestión, pues, está en saber si hay o no algo intrínsecamente, vivencialmente hispanoamericano en nuestro estilo de cultura y en nuestras formas de manifestación intelectual.

Sin ingenuos optimismos nacionalistas, con una conciencia lúcida y severa de nosotros mismos, midiéndonos con medida universal, una respuesta afirmativa es verdadera, en parte. Pero, ¿hasta dónde ese estado de subdesarrollo económico-social que hemos registrado sigue influyendo psicológicamente, prejuiciosamente, en el desconocimiento de ese hecho cultural, y en la subestimación que en el ambiente intelectual europeo se tiene —salvo excepciones— con respecto a los valores ciertos que ha producido la cultura hispanoamericana adquirida, al menos en el campo de las letras y las artes? Porque es cierto que, al menos en ese campo, contamos con valores demostrativos del estado de personalidad propia, de independencia y universalidad. Se ha superado —en parte— ese tipo de producción literaria que, si representaba objetivamente la idiosincrasia de la vida americana, restringía su interés a las fronteras nativas, al área continental, es decir, que carecía de trascendencia mundial ecuménica. O, si era de orden lírico, resultaba, estéticamente, reflejo cosmopolita de las modalidades importadas y las escuelas en auge. Lo primero atañe a la novela; lo segundo a la poesía. Literatura adolescente,

de alumnos más o menos inteligentes o aplicados de los maestros europeos y norteamericanos. O bien literatura regional, costumbrista o sociológica, que trasunta sólo las modalidades externas, fenoménicas de la vida sin ir al fondo esencial de lo humano, que es lo universal. Pues ya sabemos que lo universal está en el fondo de todo hombre y todo pueblo, por cuanto el fondo es, precisamente, lo ecuménico; los caracteres y modalidades peculiares son lo nacional, lo concreto, que dentro ha de contener lo otro. Y la autenticidad y entidad de una literatura está en dar lo universal a través de lo nacional concreto.

Algunas muestras valiosas de ese tipo de producto literario, así en la narrativa como en la lírica —y así también en la pintura y en la música— existen ya en esta América, como pruebas de que estamos llegando, en parte, a esa etapa superior de nuestra evolución cultural, a pesar del subdesarrollo material que aún se padece, superado por la intelectualidad, en casi heroico esfuerzo; si mal queda todavía, debajo, mucha profusa literatura de subdesarrollo. Todos sabemos en Sudamérica —aunque no lo sepan los críticos europeos y norteamericanos— que algunas de nuestras novelas contemporáneas, en su más alto nivel, son muy superiores a muchas de las que nos llegan de allende precedidas de toda la trompetería publicitaria del éxito, de las varias ediciones y traducciones, y hasta de los «best-seller». En el campo del pensamiento filosófico o científico, el problema —más complejo— tal vez aún no está tan maduro.

Ya es hora de que «los críticos del Viejo Mundo» (como decía W. Withman), y también los de Estados Unidos con respecto a nosotros, los del Sur, dejen de lado el prejuicio de su desdén —mal disimulado tras sus cordialidades diplomáticas— y se den cuenta de que esta América ha llegado ya, intelectualmente, al punto en que puede y debe dejar de estar tenida al margen de la vida editorial del mundo; y no ser sólo el mercado importador y consumidor de cultura que ha sido hasta ahora, para convertirse, por derecho, en también productor y exportador de su actividad propia, incorporándose a la circulación mundial de ese comercio del espíritu.

# La Guayana explosiva

POR EDUARDO CABALLERO CALDERON

DENTRO del propio cuerpo de América del Sur subsisten, como monumentos arqueológicos de la era colonialista europea, la Guayana Inglesa, la Guayana Holandesa y la Guayana Francesa. La primera está en rápido proceso de independencia de su antigua metrópoli, estimulada en este empeño por el propio gobierno de la Gran Bretaña. La segunda todavía sueña. La tercera, que hasta hace muy poco tiempo era una tenebrosa colonia penal poblada de falsos criminales —condenados políticos— o criminales auténticos de derecho común, va a transformarse en una base atómica gigantesca que el gobierno francés desea construir en los próximos años. Al llevarse a cabo este proyecto, del cual ya se habla en muchas partes, resultaría que en la zona norte del continente suramericano, en la frontera con Venezuela, se habría de levantar una fortaleza atómica europea que en lugar de servirnos de protección y de escudo nos expondría al recelo y la desconfianza de otras potencias atómicas: Rusia, la China, los Estados Unidos. Sobre todo estos últimos, que reaccionaron enérgicamente cuando Rusia empezó a instalar en Cuba una base para el lanzamiento de sus cohetes, no podrían mirar con complacencia que una nación europea, no americana, de la noche a la mañana instalara una maquinaria de destrucción en la cabeza del continente suramericano.

Podría decirse que esa Guayana es territorio francés, pero resultaría excesivo pensar que, para protegerlo de una improbable agresión —para defender una tenebrosa colonia penal— Francia situara allí una pieza clave de su dispositivo militar. En todo caso, y sin entregarnos a falsas suposiciones en el de que consideráramos que la base francesa de la Guayana no fuera defensiva sino agresora, en cuanto latinoamericanos tenemos derecho a preguntar qué sentido, qué oportunidad, qué necesidad existe de que en Latinoamérica, en la América nuestra, se nos quiera incrustar un cuerpo atómico extraño puesto que no es latinoamericano, sino francés.

\*

Claro está que dentro de una concepción rabiosamente nacionalista del derecho de gentes, un Estado soberano puede hacer con su tierra y dentro de ella lo que le venga en gana. Pero dentro de un criterio contemporáneo que aspira a limitar las ambiciones nacionales en favor de la paz del mundo y del bien común, lo que tienda a perturbarlos y destruirlos no puede permitirse así como así, a espaldas de las instituciones internacionales, sin levantar el dedo. Y es que una base atómica representaría para Latinoamérica un peligro sensiblemente mayor que el de ese reducto penal que Francia mantenía en las selvas, tan remotas para ella, de América del Sur.

## ¿Cuál caso latinoamericano ?

POR HERNANDO TELLEZ

**Y** O NO CREO que la expresión *el caso latinoamericano*, corresponda, con referencia a Europa o al resto del mundo, pero singularmente con referencia a Europa, que es el continente al cual movemos querella, a ninguna realidad concreta y, menos aún, a una significación peyorativa. Los latinoamericanos hemos inventado esa expresión, que es muy cómoda, para, detrás de ella, hacer profesión de perseguidos, de desdeñados y de incomprensidos, y, de contera, proclamar vanidosamente que el futuro es nuestro, que es nuestra exclusividad y será nuestro triunfo y en cierta manera nuestra venganza contra la conjura histórica que Europa por un lado, y los Estados Unidos por otro, han llevado a cabo durante mucho tiempo —varios siglos—, para mantenernos en la ignorancia, en el subdesarrollo y en la ignominia derivada del retardo cultural, político, económico y social.

Este tipo de planteamiento, que es el más vulgar y difundido en todos los cuadros de la opinión latinoamericana, resulta, cuando se le examina con alguna seriedad, completamente inexacto y completamente cómico. No hay tal caso latinoamericano, en el sentido de que otros países se hayan confabulado para desconocer los méritos del genio latino y mestizado en esta parte del mundo y hayan impedido el florecimiento de estas civilizaciones y de estas culturas, demorando también así la aparición de ese nuevo hombre —el hombre del futuro, el hombre hispanoamericano, el gran mulato o el gran mestizo—, al

cual le confieren idealmente los fanáticos de la *americanidad*, calidades y cualidades mejores y diferentes de las que hayan tenido o puedan tener los demás hombres : europeos, africanos, asiáticos, etc., y a quien se le atribuye un destino, un papel histórico mesiánico. ¡Cuánta pedantería y cuánta ingenuidad en esa prédica de parientes pobres, resentidos con los parientes ricos! Es bastante cándido suponer que a causa de que los latinoamericanos, como tales, es decir, como seres incorporados recientemente a un tipo específico de civilización, la occidental, no tenemos sino cuatrocientos años de edad histórica, somos los privilegiados y los elegidos por esa vaga providencia que llamamos el destino de los pueblos, para constituir *el hombre nuevo*, el hombre diferente de los demás hombres. *El hombre nuevo* es apenas una figura de la mitología social. El homus-marxista, *verbi gratia*, es tan nuevo como el servidor más antiguo de las más antiguas tiranías. *El hombre americano* es una denominación geográfica, un dato censal, una señal geográfica, pero no una categoría específica. a través de la cual se pueda definir una singularidad, una novedad de esa criatura con relación a las demás criaturas razonables o medio razonables que se entrematan o conviven en las diversas zonas del planeta. Como simple *novedad*, el americano de los Estados Unidos es un europeo transplantado al territorio de la Unión ; o un africano arrastrado allí, a la fuerza, para lo que sabemos ; como *novedad*, el americano del Sur, y del Centro, y del Norte

hispanoparlante es un compuesto de indígena y de español o de africano e indígena. ¿Es una novedad el transplante, el mestizaje? ¿Acaso las mezclas raciales no son la nota más vieja, natural y monótona de la historia humana?

Nuestra vanidad de hispanoamericanos todavía en desarrollo, nos hace creer en una singularidad de destino y de misión histórica que compensa metafóricamente nuestras insuficiencias culturales, económicas, sociales y políticas. Somos el porvenir, dicen los voceros más calificados y eminentes de esa vanidad, guiñándole desafiadoramente el ojo a Europa. ¿Pero quién, como pueblo, como nación, o como persona, no se siente o no se cree el porvenir? La Nueva Europa es un tópico, un lugar común tan viejo como la vieja Europa; y la Nueva Asia, también. Y la Nueva Africa. Pulverizado ese lugar común, aparecen toda suerte de novedades: la Nueva Rusia, la Nueva China, la Nueva España, la Nueva Francia, la Nueva Italia, etc., etc. Vanidad de vanidades. Y las nuevas tiranías que han surgido y se han estabilizado durante este siglo son, esencialmente, antiquísimas, en su forma, en sus procedimientos, en sus sistemas, en sus ritos y hasta en sus vocabularios.

\*

Si examinamos ahora el desdén, el desconocimiento de Europa y de los Estados Unidos para con Latinoamérica, ya que este es uno de los tópicos de que se alimenta *el caso latinoamericano*, encontramos que ese desdén y ese desconocimiento es otro mito de nuestra susceptible vanidad, pues cada vez que Latinoamérica ha creado, ha inventado, ha traído al universo de las ideas, o de las formas y de los valores, algo digno de atención, no sólo Europa y los Estados Unidos, sino Asia y Africa lo han reconocido y celebrado. Una prueba de ello: la poesía de Darío, en el pasado; la de Neruda en el presente; la pintura de los naturalistas mexicanos, las danzas folklóricas de ese mismo país. En el arte literario, nadie realmente valioso puede quejarse de desconocimiento o de desdén. Todos los buenos novelistas, los buenos ensayistas, los buenos cuentistas y los buenos poetas latinoamericanos, son objeto del in-

terés crítico de los especialistas, y, además, una tras otra se editan traducciones, en todas las lenguas, de sus obras. Ejemplos concretos y actuales de esa « incompreensión » de Europa, de Asia y de los Estados Unidos para los escritores latinoamericanos son, entre otros, el del novelista mejicano Carlos Fuentes, el del poeta y ensayista mejicano Octavio Paz, el del cuentista mejicano Juan Rulfo, el del novelista argentino Julio Cortázar, el del novelista peruano Marco Vargas Llosa, el del novelista y cuentista cubano Alejo Carpentier, el del cuentista y novelista colombiano Gabriel García Márquez, para no mencionar sino el caso de los escritores jóvenes. El caso de los escritores que dejaron ya de ser jóvenes, es idéntico: Miguel Angel Asturias, Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, Jorge Luis Borges, Germán Arciniegas, Jorge Zalamea, etc.

¿En cuál orden de cosas, existe ese *caso latinoamericano* que nos permita presentar con nuestra protesta y nuestro resentimiento un memorial de agravios a las demás naciones del mundo? Cada vez que Latinoamérica ha producido un genio, o un gran talento, es decir, cada vez que una creación de la inteligencia humana, en esta parte del mundo, se ha singularizado por su originalidad, su belleza, su significado, ha sido universalmente reconocida y admirada. Nuestro incurable provincianismo, nuestro localismo, nos hace ver mejores cosas, y más numerosas, de las que existen verdaderamente en nuestro propio mundo de las ideas y de las realizaciones artísticas.

¿Por qué no aceptar tranquilamente la verdad de que, hasta ahora, la ciencia latinoamericana no existe como una corriente continua de investigación y que, desde luego, hasta ahora también, no hay ninguna contribución científica latinoamericana digna de ser reputada como tal? ¿Por qué no aceptar que en el orden de las ideas políticas no es cierto que hayamos inventado nada que ya no estuviera inventado? Y en cambio, ¿por qué no reconocer jubilosamente que en aquellas zonas del orden cultural y artístico —en pintura, en literatura—, cuando aparece la creación importante, la nota original e inconfundible, el mundo entero, por medio de los persone-

ros respectivos, nos da testimonio de admiración, de comprensión y de simpatía?

Una actitud así de razonable del llamado *caso latinoamericano*, no es, infortunadamente, la mejor reputada, ni la más común entre quienes se ocupan de valorar la situación cultural de esta parte del continente americano. La rencilla con Europa por una parte, y ahora también con los Estados Unidos, por otra, va y viene de manera recurrente en los libros, en las cátedras, en los periódicos y revistas. ¿Pero de qué se trata en realidad? ¿Cuáles son las razones o las bases concretas para que el latinoamericano se sienta ofendido por el desconocimiento, que él llama sistemático, de Europa y los Estados Unidos de los altos valores y de las aportaciones a las ciencias, las letras y las artes universales que el mundo latinoamericano ha producido y sigue produciendo? No se ven claras esas razones ni aquellas bases para tan prolongado resentimiento. Si Latinoamérica produce una continua sucesión de valores en cualquier orden de la creación humana, en la ciencia, en la filosofía, en el

pensamiento político, en la técnica, en las artes, en las letras, es obvio que, cuando ello ocurra, no habrá poder humano, ni imperialismo económico, ni hegemonía política o lingüística, ni monopolio cultural, ni petulancia nacionalista, capaz de suprimir, sofocar, desconocer, ignorar o desdeñar semejante hecho y semejante realidad. Esa clase de hechos y realidades pesan, con peso agobiador, en la historia. Pero mientras no existan con la densidad, la continuidad, el esplendor que crean para una nación o un continente una presencia inconfundible en el orden de la cultura, ningún reclamo orientado a pedir lo que no se haya merecido, es sensato. Sin necesidad de reclamar nada, ni de predicar nada, a los mejores y más valiosos y jóvenes novelistas latinoamericanos mencionados antes, se les reconoce y se les difunde y admira como lo merecen. Es un ejemplo —entre muchos otros—, que anula e invalida la tesis del llamado *caso latinoamericano*, entendido como supuesta prueba del egoísmo y la incompreensión de Europa y los Estados Unidos.

VIÑETA DE RODRIGO ARENAS BETANCOURT



CARLOS CASTRO SAAVEDRA

## *La Vida*

VER LA VIDA *creciendo es muy hermoso,*  
*ver los caballos olfateando a las yeguas,*  
*ver las calles con gente,*  
*ver al pájaro carpintero*  
*gastando su pico en la madera,*  
*ver la muerte vencida por un niño que nace,*  
*ver las cosechas en camiones,*  
*ver las dudas en retirada,*  
*ver las muchachas victoriosas,*  
*ver el suelo*  
*roto por la semilla,*  
*ver la sal en la mesa,*  
*los tenedores allí mismo,*  
*las madres ocupadas,*  
*repartiendo a sus hijos peces y bendiciones,*  
*la convalecencia de los enfermos,*  
*el sonido de las campanas,*  
*la agonía del trono*  
*(con el rey encima)*  
*la salud de los azahares*  
*cuando salen de las iglesias,*  
*los paquetes de dulces y ciruelas,*  
*los soldados sin armas,*  
*comprando zanahorias y camisas civiles,*  
*los remeros sentados en los bares,*  
*como en barcas,*  
*los ladrones arrepentidos,*  
*los maricas avergonzados,*  
*los obreros probando con sus golpes*  
*que son los constructores de las naves*  
*y de los episodios,*  
*los padres de familia defendiendo a sus hijos*  
*de los hijos de otros padres,*  
*y el que guarda manzanas*  
*puđriéndose con ellas en las tumbas*  
*y las enfermerías.*

*El sol cubre a la tierra  
y le mete sus rayos en el vientre,  
las sandías le ganan la batalla al calor  
por rojas y por frescas,  
el marido pregunta a su mujer  
si se puede viajar por sus secretos,  
se asusta la injusticia  
cuando un hombre acaricia el lomo de un fusil,  
la libertad se casa con el viento  
y tiene cóndores  
en vez de primogénitos,  
el poeta parece derrotado  
pero le sobran alas y victorias,  
el país se despide de sus nudos políticos  
y se va con la música de los organilleros,  
con las palas,  
con las orugas,  
con las mujeres que le ofrecen  
un lecho grande y tibio  
y una cintura joven y delgada,  
para que multiplique su linaje,  
su luna,  
su producción de leche y esmeraldas,  
su platino,  
su historia,  
sus caminos  
llenos de amaneceres y de hombres.  
Ver la vida creciendo es lo mismo  
que crecer uno,  
que alcanzar con las manos  
todas las uvas,  
todas las estrellas,  
todas las dimensiones del mundo que habitamos.*

CARLOS CASTRO SAAVEDRA



## Generaciones en la literatura hispanoamericana

POR GUILLERMO DE TORRE

DESDE EL DÍA en que José Ortega y Gasset anticipó la teoría de las generaciones (*El tema de nuestro tiempo*, 1924), definiéndola luego como «el concepto más importante de la Historia y, por así decirlo, el gozne sobre el que ésta ejecuta sus movimientos»; más particularmente, desde la fecha (1936) en que Pedro Salinas expuso los ocho factores señalados por Julius Petersen para el establecimiento de una generación literaria, los escritos sobre este punto no han cesado de acumularse. Sobre todo, en las letras hispanoamericanas. ¡Curiosa, aparente contradicción! ¿Acaso dicha teoría —elevada al rango de método histórico— no tuvo su cura en otros ámbitos culturales, más densos y poblados, donde existe una larga continuidad, sin interrupciones ni desniveles, esto es, marcada por una sucesión de hechos, obras y personalidades que obligan a incluirlas automáticamente en casilleros previamente dispuestos? ¿Y no habrá sido, en buena parte, cierto cansancio contra esos métodos de ordenación historiográfica la razón que haya conducido a muchos a buscar otros procedimientos crítico-interpretativos?

Mas solamente hace unos cuantos lustros críticos e historiadores europeos resolvieron —tal, entre otros, Henri Peyre— declarar caducos e insuficientes los «períodos», las «escuelas», los «reinados»... ¿Por qué? Todas esas agrupaciones y subdivisiones suelen basarse en circunstancias tomadas de la

vida exterior, dinástica o políticosocial de un país, y por consiguiente extravagan el ámbito de los puros fenómenos intelectuales. Quedó así descalificado, en primer término, el rudimentario sistema de la historiografía dinástica: englobar a muy diversos escritores bajo la etiqueta común de «jacobeos», «isabelinos», «georgianos», etc., según se hace en la literatura inglesa; ponerles bajo el pabellón de algún monarca —época de Alfonso el Sabio, época de Juan II, de Carlos V, de Felipe IV..., como en la literatura española—, sólo equivale a desnaturalizaciones o confusiones. ¿Qué motivo hay para aislar a Lope de Vega y a Cervantes de Quevedo y Calderón en dos períodos monárquicos sucesivos, según hacen algunas de las más renombradas historias de literatura española? ¿Por qué agrupar a Carlyle y Dickens con Walter Pater y Oscar Wilde, tan desemejantes y aun antagonicos, aunque todos ellos viviesen en el reinado victoriano? Mucho menos es de recibo la gruesa partición en grandes rebanadas de siglos, sobre todo teniendo en cuenta que éstos tienen medidas distintas y se encabalgan más que se suceden nítidamente con perfiles diferenciados.

Reaccionando contra tales modos de ver y medir, es lógico que el método generacional haya encontrado durante los años penúltimos una extensa aceptación. Particularmente, durante sus albores, en las letras germánicas; algo más tarde, en las

españolas, a partir de Ortega, con Salinas, Laín Entralgo y Julián Marías si bien éstos hayan limitado casi exclusivamente sus aplicaciones a la generación de 1898 y a la poética de 1927; restricción muy sensible esta última, ya que no es posible establecer ninguna generación verdaderamente significativa sobre la base de un solo género literario. Contrariamente, en la literatura más colmada, en una de las que mejor se presta a tales articulaciones, como la francesa, el influjo de la teoría generacional ha sido muy diluído, salvo las excepciones críticas de Thibaudet, Peyre, Sénéchal, Saulnier...

Y por el contrario —ley de las paradojas— tal influencia viene manifestándose de forma muy constante en otra literatura que, como la hispanoamericana, por su peculiar asincronismo o coexistencia de orientaciones disímiles —así criollismo y europeísmo o indigenismo y técnicas modernas—, menos parece avenirse, a primera vista, con el sistema de las coordenadas generacionales. Pues ¿caso tal procedimiento —insistiré— no presupone cierta continuidad, una evolución ordenada, sin huecos ni saltos, característica inhallable en las letras virreinales y que sólo comienza a advertirse en el último tercio del siglo XIX con el modernismo y sus escuelas subsiguientes?

Ahora bien, el hecho es que además de los intentos llevados a cabo en varias historias generales de la literatura hispanoamericana, de forma más o menos sistemática (así las de Pedro Henríquez Ureña y Anderson Imbert), han sido surgiendo diversos estudios parciales: de Norberto Píñilla para « la generación chilena de 1842 »; de Raimundo Lazo y José Antonio Portuondo para las letras cubanas; de Jorge Puccinelli para las peruanas; de Pedro Díaz Seijas para las venezolanas; de José María Monner Sans, Emilio Carilla, César Fernández Moreno y Romualdo Brughetti, aplicados a distintos períodos de la literatura argentina. Advertido acto seguido que esta breve enumeración no pretendé ser completa. ¿Cómo podría serlo si cada temporada aparece algún nuevo cuadro generacional, establecido por los países hispanoamericanos, ya que es en el aparato de los lirófilos donde más adeptos

encuentra tal método y ningún grupo quiere quedarse sin su correspondiente generación? Se llega al punto de no respetar las clásicas porciones de los quince y los treinta años de espaciamento y encuentran nuevos pretextos para insertar « su generación » a la vuelta de cada esquina o de cada decena de años.

No es ese el caso de José Juan Arrom y de su *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas*, subtítulo muy discretamente *Ensayo de un método* (Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1963), aunque en rigor viene a ser su aplicación más cabal y feliz hasta el día. Como que, en última instancia, se trata de una Historia literaria, pero no de una historia más, sino concebida y realizada a la luz de las generaciones. Generaciones que tienen casi siempre, como punto inicial o central un hecho político, un acontecimiento histórico, sin que el autor empero sucumba a este punto de mira y lo tome simplemente como marco para encuadrar las obras literarias. Escapa, por lo tanto, a cualquier mediatización, actitud muy alabable, particularmente hoy, cuando en nombre de una espiciosa mixtura de sociologismo, pseudo marxismo y dirigismo teleológico, se pretende confundir todos los cauces del acontecer histórico. Cierto es que tampoco, en sentido opuesto, sería legítimo componer una historia generacional de la literatura hispanoamericana (entre paréntesis: felicitemos a Arrom por no haber incurrido ni una sola vez en la espúrea denominación « latinoamericana ») con una óptica que abarcase lo literario « sensu strictu », particularmente hasta el período en que con el modernismo cobra autonomía o preeminencia.

Mas vengamos de una vez al cuadro de generaciones establecidas por Arrom. Son diez y siete fraccionadas en períodos de treinta años y abarcan desde 1474 a 1954. Divide cada una de las generaciones en tres sectores: el que le da nombre, una zona de fechas de nacimientos, las de sus integrantes, y el rótulo del grupo caracterizador. Después de los descubridores, conquistadores y fundadores, la más extendida y poblada es la generación del Barroco en el siglo XVII y primera mitad del XVIII, continuándose luego con los enciclopedis-

tas, los libertadores, los románticos, a la vez desdoblados en dos generaciones.

Un reparo nos asalta en la puerta. J. J. Arrom comienza con la generación de 1474, que extiende su predominio hasta 1504 y que llama de los Descubridores. Aclara el autor que en España esta generación debiera llamarse isabelina y en América colombina. Pero ¿no se tratará más bien de una pregeneración o escala introductoria? Porque la realidad es que literariamente no tiene existencia: carece de nombres y obras en qué sustentarse. Tal circunstancia no se repite en las sucesivas, pero sí el caso de que no siempre, dentro de los períodos trentenarios existan personalidades de primer plano que puedan tomarse como ejes de cada generación. Aparecen ya en la de 1504, donde resaltan los primeros grandes cronistas e historiadores de Indias, a partir de Las Casas y hasta Bernal Díaz, pasando por Oviedo y Cortés. Alguien podrá atajarnos en este punto: ¿acaso tales autores-hombres de acción no son españoles? ¿Por qué anticipar la fecha del nacimiento de las letras hispanoamericanas? Interrogaciones que cabe responder aduciendo que la nacionalidad territorial pasa a segundo plano ante la espiritual y que la literatura hispanoamericana surge desde el momento en que Colón desembarca en la isla de Guanahani y redacta las primeras líneas de su Diario. ¿No afirmó Ortega y Gasset que el español se convirtió en un hombre nuevo tan pronto como se estableció en el Nuevo Mundo —que entonces, no ahora, lo era efectivamente por no usado y fragante? ¡Cálculése, pues, el error de perspectiva en que incurrían quienes hacen datar de la emancipación los orígenes literarios y confunden así independencia política y existencia espiritual! ¡Lástima que no se afirme el mismo sentimiento de reciprocidad atlántica y que ciertas líneas de Hernán Cortés —una cláusula del testamento donde ordenaba llevar sus huesos a la Nueva España— sólo se hayan cumplido materialmente; y la ocultación de la tumba se agrave con la inexistencia de su estatua en México!

Pasando por la primera generación del siglo XVI, hay que llegar a las de 1564 y 1594 para hallarnos con figuras literarias capitales y plenamente memorables. Tales

el Inca Garcilaso, en cuyos *Comentarios reales* asoma «una nueva manera de ver el mundo», debido al hecho de que precisamente tanto el imperio inca como la sociedad forjada por los conquistadores no se parecían a los mundos antes conocidos. El espíritu renacentista europeo se alía en el Inca Garcilaso con el primitivismo —más que medievalismo— de la América intacta. Por si el vocablo «novedad» no bastara, hay que acudir al de «extrañeza», a fin de medir la perspectiva insólita reflejada no sólo en Garcilaso, sino también en la *Historia natural y moral de las Indias* del P. Acosta, sin olvidar a Ruiz de Alarcón en sus comedias tan pulidas y mesuradas. En este punto se dibuja el bisel de lo americano y lo español: la novedad y la tradición. La curva cimera del vértice de fusión se produce en el Barroco, con la plenitud del siglo XVII, que Arrom desdobra en tres generaciones, prolongándolo hasta 1744. Cuaja en América con Sor Juana Inés de la Cruz, con Sigüenza y Góngora, incluso con la misteriosa peruana Amarilis, capaz de tratar tú por tú a Lope de Vega, traduciéndose así el alto nivel de la cultura virreinal.

Pero es en otro plano, en el puramente artístico, de modo más concreto, en el arquitectónico, donde el estado de espíritu barroco alcanza su más bella y perdurable realización. Tanto que su estela se continúa en el siglo XVIII; mientras en la Península lo barroco se disuelve en rococó, en América permanece pujante y aun refluje sobre lo español. Se produce así un doble fenómeno que habría de reproducirse dos siglos más tarde: por un lado, la asincronía, los influjos tardíos; por otro, la reversión de lo americano sobre lo español. En suma, lo que Max Enríquez Ureña llamó el «retorno de los galeones», pero cuyos ejemplos están todavía por precisar, pues se hallan no tanto en la literatura como en las artes plásticas. Por lo demás, Tepotzotlán, Taxco, Puebla y Quito valen por muchas páginas rebosantes, traducen la «grandeza» de un tiempo de plenitud virreinal con menos pesadumbre y más relieve que los versos de Bernardo de Balbuena sobre la capital azteca; y desde luego, nos compensan de la liromanía siguiente a la que aludía ya Eslava, es

decir, el anegamiento poético-estercolario de las calles de México...

Lamentablemente, el autor del *Esquema generacional*, a diferencia de lo que hizo Pedro Henríquez Ureña en sus *Corrientes literarias en la América Hispánica*, no tiene en cuenta la prolongación o complemento de lo literario llevado al plano de las artes visuales. Pero sólo mediante esta junctura se alcanza una cabal visión de las letras hispanoamericanas clásicas. Sor Juana Inés de la Cruz y su *Primero sueño* es tanto Góngora y Calderón como el Greco y Narciso Tomé. Ahora bien, respecto a la autonomía de la mente americana ¿puede vérsela ya en las postrimerías del siglo XVII y en la *Respuesta a Sor Filotea* de Juana de Asbaje —donde ésta, al cabo, mas bien afirmaba, un madrugador feminismo, como una «declaración de independencia intelectual» que rebasa lo subjetivo, o hay que esperar casi dos siglos hasta encontrarnos con Andrés Bello y su *Alocución de la poesía*? Por lo demás, puestas en boca de un tan cabal humanista como Bello, expresiones como volver la espalda a la «cultura Europa» y echarse de bruces en la «nativa rustiquez» no deben ser tomadas al pie de la letra.

No la hipérbole del americanismo albo-reante, sino su parangón con lo español es el signo distintivo de una época de madurez a ambos lados del océano. En este aspecto quedan todavía muchos rincones por explorar. Porque no siempre los dos relojes marcaron la misma hora exactamente y hay tanto retrasos como adelantos. De estos últimos se beneficia Carlos de Sigüenza y Góngora, cuando acierta a anticiparse a un P. Feijoo en su lucha contra los errores comunes, los embelecocos y supersticiones del vulgo. Y caso semejante es el de un polígrafo como Peralta Barnuevo, a quien precisamente el citado autor del *Teatro crítico universal* cita como ejemplo de lozano saber cuando refuta la opinión común de que así como a los criollos o hijos de españoles nacidos en América les «amanece más temprano el discurso», así también se les agosta más pronto. Disparate semejante al refutado por Feijoo es el que le toca contradecir a Clavijero (quien, junto con Concolorcorvo, es la figura más interesante de la generación de 1774) cuan-

do replica a un supuesto arbitrario del holandés Pauw, quien había sostenido que los seres humanos degeneraban en América merced al clima maligno del continente.

No es en el siglo de la Ilustración cuando los anhelos de independentismo o autoafirmación surgen con más claridad. Tampoco se produjeron con la emancipación por vía bélica, ya que en este punto —escribe Arrom, deshaciendo la habitual hipérbole de los textos escolares— «no había una tajante separación entre los españoles y criollos; muchos criollos militaron entre los realistas y no escasearon españoles entre las filas de los patriotas, Ni hay base para pensar, como dan a entender ciertos historiadores racistas, que la guerra polarizó a los hombres por grupos étnicos. De ambos lados pelearon blancos, negros, indios, mulatos y mestizos... Ni siquiera hubo idea precisa de la organización política que se deseaba». ¡Si los proyectos del carlotercista Conde de Aranda hubieran podido cuajar, si un monarca y un pueblo le hubieran acompañado a partear aquella «república federativa» que él entreveía ya en 1783!

Mas volviendo a lo intelectual: fue menester que llegaran, algo tardíamente, las auras del romanticismo (que en sus comienzos no fue libertador, sino conservador) para que el sentimiento de divergencia introdujera sus aristas. Todavía en la generación de 1804, Lizardi, para iniciar la novela hispanoamericana, prolonga la veta de la picaresca española, y el mismo Olmedo, en sus trenos patrióticos, utiliza el arsenal metafórico de Gallego y de Quintana. En cualquier caso, lo americano como un todo y América como unidad dominan en las conciencias. José Antonio Miralla testimonia con su vida andariega, su cambio de países americanos, el «credo generacional» —recuerda Arrom— que Bolívar resumió en estas palabras: «Para nosotros, la patria es América». Lo que no le impide, al mismo autor, reconocer que «a ambos lados del Atlántico han imperado, en cada generación, idénticas ideas estéticas». Y es que, si bien esta generación «destruyó para siempre los lazos de la independencia política, España e Hispanoamérica siguieron y siguen siendo partes indisolubles de un solo mundo cultural».

Por consiguiente, tampoco en la generación de 1834, la del romanticismo y el caudillismo, los vínculos se quiebran, al menos en las partes donde eran más sólidos por su abolengo. Fue menester que llegara la generación postromántica o de 1864 para que la divergencia se produjese. El criollismo, lo gauchesco son frutos de la escisión, como el indigenismo andinista había de serlo en la generación de 1924. Rasgo unificador de ambas corrientes: cierto movimiento de vuelta atrás; se tiende a lo diferente por la vía de lo primitivo o lo más remoto. De las subsiguientes generaciones hasta el día, por el hecho de ser muy notorias y cotidianas, no es menester ninguna acotación.

Más importante es subrayar que José Juan Arrom ha logrado la primera historia literaria hispanoamericana, vista en sus generaciones, con aire y hechura convincentes. El mismo autor reconoce sus límites. A diferencia de otros propagandistas

de técnicas unilaterales no pretende imponernos su sistema ni reclamar ninguna exclusividad. « Es un procedimiento — escribe — para ordenar, no para analizar ni valorar. Una creación literaria no se explica *por* la generación, sino *en* la generación... Este método, por consiguiente, no enjuicia. Sitúa, relaciona y enriquece ». En suma, abre perspectiva que otros libros históricos o panoramas de conjunto obturan. Así el caso de aquéllos que entienden la literatura en su sentido más limitado y llegan a identificarla con el lirismo, con un esteticismo de vía estrecha. Ya sobran los Parnasos, pero faltan las obras donde se destaquen las creaciones de cultura y se dé relieve a las grandes corrientes intelectuales, tan ligadas a los demás fenómenos de una sociedad. Porque la sola « literatura » — según vio muy bien Unamuno al verter la mirada sobre la ultratlántica — no define ni expresa la literatura hispanoamericana.

## *Nostalgia de un campesino*

*De las trompetas saldrán huesos.*

*El brillo estará en mis manos  
que han cosechado maíz.*

*Sobre la vida brilla el sol  
y sobre la muerte descansan todas las constelaciones.*

*Sobre el maíz suena el cielo.*

VICENTE GERBASI

## El teatro hispanoamericano contemporáneo

POR CARLOS SOLORZANO

EL FIN de la última guerra mundial determina el desarrollo de un movimiento teatral que se extiende por toda América Hispánica. En el momento en que la poesía y la novela hispanoamericana ocupan ya un lugar importante en las letras del mundo con nombres como los de Neruda, Asturias, Amado, Carpentier, etc., el joven teatro de este continente debe librar aún su propia batalla dentro de las fronteras de cada país.

Atentos a lo que acontece en Nueva York y París, nuestros mundos culturales pretenden bastarse a sí mismos y desconocen casi totalmente la producción dramática de América Hispánica.

Varios hechos negativos se han derivado de esta incomunicación: vemos frecuentemente que el desconocimiento de una materia, avanzada como experiencia literaria, de un país a otro, ocasiona penosos tanteos o repeticiones que retardan el proceso de la evolución de la literatura continental.

El mundo cultural de América Latina que giró durante varios lustros de este siglo en torno de dos polos de atracción, Argentina y México, con una sede en Madrid, ha multiplicado sus centros, ha dividido su interés, ha separado sus zonas de acción. Este fenómeno es el resultado de una diversificación cultural, pero también lo es de una desconexión, de una rivalidad psicológica, de un desconocimiento de todo lo que, suponiéndolo idéntico a nosotros

mismos, creemos conocer sin conocerlo realmente.

Veamos cuál es el estado actual de este movimiento dramático tan importante; sólo así podremos ilustrar lo afirmado por algunos críticos de los Estados Unidos y Europa, quienes invariablemente, aseguran que los autores dramáticos de América Latina mostramos, como rasgo fundamental, una diversidad de procedimientos expresivos, una curiosidad por indagar formas de exposición diferentes, y la capacidad para asimilar, ágilmente, diversas tendencias universales. Sin embargo, a pesar de esta aparente capacidad de los autores, el teatro de América Latina tiene un fondo estable que se identifica con las circunstancias históricas de la vida de nuestro continente.

### *El teatro rioplatense*

Es bien sabido que con este nombre se designó genéricamente el movimiento teatral que reunió a los escritores de Argentina, Uruguay, y eventualmente a los de Chile, en los comienzos de este siglo. Un movimiento en que el pueblo tuvo intervención directa, ya que fue su inspiración: su único y verdadero personaje. Al transformar un circo en teatro, la familia Podestá dio a conocer, en Buenos Aires, en los comienzos de este siglo, los nombres de 30 autores sudamericanos, entre los cuales sobresalió el de Florencio Sánchez. Era un

brote espontáneo, vital, resultado de una evolución y no del propósito, repetido después concientemente, de crear « carpas », para llevar el teatro a los públicos populares. Aquel movimiento nació de la realidad inmediata y fue el verdadero y auténtico teatro de costumbres de América Latina. En él los autores reproducían personajes populares o de la clase media, para que el público se identificara con ellos, fuera capaz de comprender sus problemas, adquiriera una conciencia dramática y ahondara en el fondo de su propia vida.

Todos los demás movimientos teatrales orientados en ese sentido en nuestro continente, han sido una copia de aquel « glorioso decenio » de Buenos Aires. La creación costumbrista de Latinoamérica sobrevive aún hoy en muchos países (México entre ellos), soportando todos los pesos del teatro burgués, ante la indiferencia del público popular que se siente ajeno a esos personajes, más o menos intelectualizados, que ahí se exponen.

El teatro rioplatense ha dividido su actividad. Tanto Argentina como Uruguay y Chile cuentan con una buena organización en estos asuntos, aún no igualaba en el resto de América. Argentina, sobre todo, nos muestra una evolución ininterrumpida en la que, a la par del sainete tradicional de costumbres, se desenvuelve una nueva expresión de protesta contra los sistemas de vida moderna, la deshumanización de la existencia, la imposibilidad de comunicación entre los hombres ; temas estos del teatro de la postguerra en todo el mundo, expuestos en el moderno teatro argentino con rasgos expresionistas, con lúcida precisión y dominio de las técnicas escénicas.

Los nombres de Agustín Cuzzani, Osvaldo Dragún, Andrés Lizárraga, Carlos Gorostiza, Juan Carlos Ferrari, etc., figuran entre los más destacados autores. Todos ellos hacen uso de los procedimientos acusatorios del expresionismo y han integrado la fisonomía de un teatro épico, sin duda el más homogéneo de toda la expresión dramática contemporánea de América Latina. De Cuzzani sobresalen sus obras *El Centro Forward murió al amanecer* y *Sempronio*, comedia irónica, en la que crítica el empleo de las fuerzas destructivas superiores al entendimiento humano.

De Dragún, de sus *Historias para ser contadas* (representadas también, como las obras de Cuzzani, con éxito halagador en Europa), se obtiene la ilustración, a la vez descriptiva y analítica, de la aridez del mundo contemporáneo. De Gorostiza, su drama *El Puente* recoge una anécdota del Renacimiento, para ilustrar las preocupaciones sociales del autor. De Lizárraga, su trilogía *Alto Perú* afirma las libertades de los hombres de América y deja en pie la aspiración de valores absolutos, mediante un procedimiento de sucesivas interrogaciones que patentizan la inconformidad del autor ante la condición humana.

### Chile

La renovación del teatro chileno nos muestra una serie de autores jóvenes, guiados casi todos por las mismas ideas de universalidad, sin perder el contacto con su tierra y sus formas de vida.

Desde la ingenua crítica hecha a la influencia de la vida norteamericana, que aparece en la obra de María Asunción Requena, *Mister Jones llega a las 8*, hasta la amarga visión del mundo de Luis Alberto Heiremans en *Versos de ciego* (que deja una posibilidad a la reconciliación del hombre con su mundo), el teatro chileno de hoy es uno de los más fuertes, de los mejor orientados y de los que con mayor hondura forma a sus autores, directores, escenógrafos y actores. Sergio Vodanovich muestra apego a los temas rurales de la comedia de costumbres a la que su antecesor Barros Grez dio tanta significación en Santiago en los finales del siglo XIX. Las obras de Vodanovich, que se han representado con buen éxito en América y España, son : *El senador no es honorable* y *Deja que los perros ladren*, escritas con tono vibrante, polémico, demostrativo, orientadas siempre a deducir consecuencias « útiles », si por tal término se traduce lo que es comprensible a un número mayoritario de espectadores. Egon Wolf continúa la tradición de este teatro realista. En su obra *Discípulos del miedo* recoge el ambiente de la clase media, su vida enajenada en el paso inútil del tiempo y en la impotencia de todo esfuerzo. Fernando Jousseau, en *Las goteras* nos muestra un personaje víctima

de una monstruosa cacería humana, presa del miedo con que los hombres de nuestro tiempo contemplan las decisiones bélicas. Finalmente, Dinka de Villarroel, en *Campamentos*, trata un tema de gran interés en nuestros días ; el de la corrupción del sindicalismo convertido en una lucha sin destino, en la que las ideas centrales se desplazan para atender a intereses personales. A estos creadores corresponde, por otra parte, una organización teatral casi perfecta. Al amparo de las dos universidades de Santiago se extiende, todos los años, una serie de becas para todos los hombres de teatro de todas las especialidades, los cuales van a estudiar a distintas partes del mundo y vuelven a su país para enriquecer su propio ambiente, por lo que Chile es hoy un ejemplo de buena organización teatral constituída desde sus bases, con admirable eficacia.

### Uruguay

Algunos autores jóvenes como Mario Benedetti y Carlos Maggi, inician un movimiento literario paralelo a la organización de los Teatros Municipales de la provincia, relacionados con el Teatro Nacional de Montevideo. Sin embargo, la mayor tarea del teatro uruguayo ha consistido en sacar a la luz la obra de sus grandes autores clásicos populares : Florencio Sánchez y Ernesto Herrera. Sus obras de costumbres son vigentes todavía como testimonio de la vida uruguayo. Es evidente que aquel naturalismo de buena cepa permanece intacto en su visión tierna de los problemas rurales y de los personajes populares.

### Perú

El Perú revela en su expresión dramática una revisión de los problemas feudales que esa nación aún sufre. Sus autores más distinguidos son Sebastián Salazar Bondy y Enrique Solary Swayne. Los temas de Salazar Bondy son, por lo general, ingeniosas moralejas expuestas en obras breves, pero su drama *No hay isla feliz* le ha situado entre los escritores más profundos de su país y de América. La observación de los hechos que desintegran la es-

tructura familiar en ese ambiente está hecha con agudeza y profundidad. Sus personajes son reales, pero a la vez constituyen una síntesis de la humanidad derrotada que ve con dificultad el futuro próximo. Solary Swayne ha escrito una obra, *Collacocha*, ya famosa en la América del Sur, y representada también en España. En ella se advierte la lucha del hombre contra una naturaleza hostil (problema frecuente en América), de la cual resulta triunfante la voluntad humana. Sin eludir el discurso patriótico, este autor sabe equilibrarlo con una acción ruda y violenta, que por sí sola nulifica cualquier reblandecimiento u ociosidad verbales.

### El Ecuador

Un grupo numeroso de autores ha desenvuelto su actividad al amparo de la Casa de Cultura Ecuatoriana. Sobresalen entre ellos, Demetrio Aguilera Malta y Pedro Jorge Vera. El primero, que reside en México, ha visto representada su obra breve *Dientes blancos*. Su creación incluye además de piezas breves como la anterior (*Honorarios*, *El Tigre*, etc.), otras de mayor dimensión y de diversos alcances como *No bastan los átomos*, tragedia de índole épica, que como las obras argentinas modernas tiene momentos de fuerte tensión al revelar la angustia del hombre de hoy frente al momento decisivo que le ha sido dado vivir en la historia del mundo. Vera sigue un camino diferente :

Su obra, *Luto eterno*, nos muestra a una familia que desea le sobrevengan desgracias para poder llorarlas. Es una crítica contra la necrofilia, tan frecuente en nuestros países, pero sobre todo es una referencia irónica a todos los principios filosóficos que al hallar incierta la explicación del futuro han hecho una exaltación estética de la muerte.

### Venezuela

La difícil situación interna del país obliga a los autores a tratar temas de idealismo abstracto, como lo ha hecho el conocido poeta Arturo Uslar Pietri en su obra *El día de Antero Albán* o la poetisa Ida



Gramko en su pieza *Chuo Gil*. Dos nuevos autores han sobresalido en los últimos años: Román Chalbaud y César Rengifo. Este último en su obra *Lo que dejó la tempestad* alcanza un tono de patetismo desesperado que participa de la lúcida claridad del existencialismo y, a la vez, del misterio mágico de las culturas ancestrales.

### Colombia

Destacan dos autores de diferente carácter: Enrique Buenaventura y Osvaldo Díaz Díaz. El primero es un hombre de teatro de amplia trayectoria, que sabe concebir sus obras dentro de un ambiente a la vez popular y trascendente. Sus obras más conocidas son *En la diestra de Dios Padre* y *La Tragedia del Rey Chrystophe*. El segundo muestra preferencia por los temas intimistas, tratados con un marcado acento intelectual.

### Centroamérica

También un grupo de autores de Centroamérica contribuye al enriquecimiento de la cultura dramática. Una de las obras más importantes escritas en este siglo es la del poeta nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, titulada *Por los caminos van los campesinos*, urdida sobre la rivalidad tradicional de los partidos liberal y conservador, que absorbidos por sus luchas locales, no advierten la invasión paulatina de fuerzas extrañas al país. Con recursos expresionistas, unidos armoniosamente en la descripción de las costumbres, Cuadra nos entrega una obra en la que los hechos trascienden su significado inmediato y las grandes ideas se desprenden espontáneamente de la acción dramática. Otro autor centroamericano de excepcional valor es el salvadoreño Walter Beneke. Sus obras, *El paraíso de los imprudentes* y *Funeral Home*, fundadas en el existencialismo, están escritas en un lenguaje en que el diálogo cumple con su acción pragmática de comunicación y la trasciende para actuar en un ámbito poético en que todos los acontecimientos tienen significación filosófica. Manuel Galich inició su labor como autor de costumbres guatemaltecas, ensayó la creación de un

teatro arraigado en las leyendas indígenas y, recientemente, estrenó en Cuba su obra *El pescado indigesto*, en la que una preocupación filosófica domina sobre el colorido preponderante de su obra anterior. El gran novelista guatemalteco Miguel Angel Ascurias se ha acercado al teatro en los últimos años. Sus dos obras, *La audiencia de los confines* y *Soluna*, transportan al espectador a un mundo alucinante en el que la vida y la muerte, como dos potencias telúricas (Sol y Luna), libran un combate en cada una y en todas las acciones de los protagonistas.

### Cuba y Puerto Rico

Dos casos extremos en su orientación política, presentan un fenómeno teatral semejante: el empleo del teatro como arma de difusión de las ideas y de afirmación didáctica de ellas. En Cuba, después de la revolución socialista, la creación dramática aborda dos temas fundamentales: el origen y crecimiento de esa fuerza revolucionaria y el análisis de todo lo que se opone a su victoria. Estos temas animan las obras de los autores más significativos, como *El robo del cochino*, de Abelardo Estorino; *La paz en el sombrero*, de Gloria Parrado y *El vivo al pollo*, de Antón Arrufat. En todas ellas, se entabla una lucha entre los personajes rebeldes contra el ambiente estático que les rodea, deseosos de renovarlo, y otros incapacitados para desprenderse de las estructuras sociales inoperantes.

En Puerto Rico algunos autores exponen los problemas de la inadaptación, el conflicto de una cultura que vive dentro de otra. El éxodo del campesino portorriqueño a la ciudad de San Juan y a Nueva York motiva varias obras de René Marqués, uno de los escritores más importantes de América Latina. En *La carreta*, aparece el portorriqueño como un ser incapaz de reconciliarse con el mundo que le rodea; en *La muerte no entrará en palacio*, este tema se prolonga a un orden absoluto, con numerosas implicaciones metafísicas. Todas las obras de Marqués, *Los soles truncos*, *La casa sin reloj*, *El hombre y sus sueños*, *El sol y los McDonald*, ilustran una misma preocupación: los conflictos originados

por la dependencia entre los individuos y los pueblos. Francisco Arriví en sus obras *Sirena* y *Vegigantes* también expone el mismo tema de Puerto Rico, pero visto en el marco de la magia popular, en el que las danzas, los colores y el patetismo de la cultura negra se unen a los conflictos reales del hombre del Puerto Rico contemporáneo.

Para concluir, recordemos que en México algunos autores han integrado un panorama diverso ; unos describen los problemas del habitante de la provincia y otros

pretenden insertar los rasgos de la cultura mexicana en un teatro de orientación universal. Entre los primeros figuran Sergio Magaña, Luisa Josefina Hernández y Emilio Carballido. Entre los segundos, Elena Garro y Juan José Arreola. De mí mismo sólo puedo decir que mis esfuerzos se han orientado a afirmar las posibilidades de esta segunda tendencia.

Como se ve, los autores son numerosos y el fenómeno de la renovación teatral es un hecho que concierne a todo el continente.

VIÑETA DE RODRIGO ARENAS BETANCOURT



# El cine latinoamericano

POR NESTOR ALMENDROS

LA ATENCIÓN de la crítica comienza a dirigirse seriamente hacia las cinematografías latinoamericanas. Anteriormente, cuando se trataba de hacer una evaluación histórica mundial, el cine de estos países no contaba, aunque tenía ya una larga existencia como industria. El caso del mexicano Emilio Fernández después de la guerra ha sido seguramente la excepción; pero muchas películas de otros directores no trascendían las fronteras de los países que las habían producido. Ahora, en cambio, desde hace unos años, los festivales de Venecia, Cannes, Berlín, San Sebastián, etc., han dado a conocer internacionalmente el cine latinoamericano, y varias de las películas presentadas han alcanzado premios y reconocimiento. Se celebra incluso desde hace algún tiempo un festival especializado de cine latinoamericano organizado por el Columbianum de Génova, en Italia.

Ahora bien, los críticos se encuentran como perdidos al enjuiciar y situar con perspectiva estas nuevas películas. El desconocimiento de la historia y evolución del cine latinoamericano es casi general. Aun en la América Latina misma, la indiferencia de los intelectuales hacia su propio cine ha sido notoria: si han escaseado los realizadores de talento, más han escaseado los críticos. Así algunas obras de interés pudieron pasar completamente inadvertidas en su tiempo.

Se han publicado ya, sin embargo, algunas monografías sobre la historia cine-

matográfica de cada uno de los países productores importantes, pero no se ha producido una conciencia de unidad continental, no se conoce la existencia de problemas y soluciones comunes, de estructuras económicas y culturales semejantes dentro de las naturales diferencias.

La bibliografía sobre el tema es poco abundante y difícil de obtener. Un trabajo de investigación directa en el terreno se hace por lo tanto necesario, pero el área es demasiado vasta. Así, un ensayo serio y exhaustivo resulta hoy casi imposible. De todos modos, el proceso de acumulación de documentos, de revisión de viejas películas ha comenzado. El presente trabajo no es sino un primer intento de recopilación que habrá de ser seguido sin duda de estudios más completos.

## *Factores económicos*

Si echamos una ojeada general al panorama cinematográfico de América Latina, veremos que sólo tres países (México, la Argentina y el Brasil) tienen una producción de alguna importancia. Siendo estos tres países, tanto por su territorio como por su población, los más grandes, se puede llegar sin dificultad a una primera conclusión: una industria cinematográfica más o menos estable necesita de un mercado interior suficiente. Es sólo apoyándose en este mercado propio como se puede después partir a la exportación. Otros países latinoamericanos bastante poblados, pero

no lo suficientemente, como Venezuela, Colombia, Cuba (antes de 1959) y Chile, han visto sus industrias cinematográficas nacer, morir y renacer constantemente sin una base económica sólida.

Esta situación se agrava especialmente con la llegada del sonido: la producción de películas, antes relativamente barata, resultaba con los nuevos equipos incosteable para países como Colombia, Chile y Cuba, que durante el cine mudo habían tenido una producción bastante elevada. El sonido en cambio beneficia a los países más grandes, sobre todo México y la Argentina, que pueden aprovecharse del vacío creado en los otros países latinoamericanos. Hollywood les había entregado sin proponérselo un arma invencible: el idioma español. El analfabetismo y el semianalfabetismo, la incapacidad de mucha gente para leer los subtítulos de los filmes en inglés, prepararon el camino para una conquista fulminante de los mercados.

### *El idioma*

Hollywood advierte en seguida el peligro y por dos veces se lanza a la ofensiva. La primera vez es alrededor de 1930 con el sistema de versiones dobles. Se aprovechaban los mismos decorados, los mismos equipos técnicos de una producción norteamericana y se filmaba simultáneamente una versión en español con otros intérpretes. Hay, por ejemplo, dos versiones idénticas del «Drácula» de Tod Browning. Idénticas con excepción de sus intérpretes: en la versión en inglés el protagonista era Bela Lugosi, en la española Carlos Villarías. Más tarde, hacia 1940, el doblaje de las voces es ya un procedimiento resuelto técnicamente. Se sustituyen entonces los diálogos originales por diálogos en español, conservando los mismos intérpretes hollywoodenses de fama. «El león de la Metro—decía una campaña publicitaria—ahora habla español.»

Pero estos intentos, salvo excepciones, terminan en el fracaso. El idioma propio sigue siendo el arma invencible del cine latinoamericano. Los norteamericanos no habían previsto lo siguiente: el español se habla con especiales peculiaridades en cada uno de los países de la comunidad hispá-

nica. Tanto en las versiones paralelas de los años 30 como en las dobladas de los 40, los personajes se expresaban, unos con una inconfundible entonación mexicana, otros con la dulce cadencia del Caribe, los terceros en el más castizo español de Madrid, etc. Así las escenas más dramáticas resultaban cómicas y las cómicas dramáticas. El público rechaza estas versiones espurias de tal manera que la experiencia no ha vuelto a repetirse más. Sólo recientemente se acude de nuevo al doblaje en algunas «series» de la televisión filmadas en Hollywood: parece que se han encontrado una hibridez de español «neutro» que complace a todos los países latinoamericanos por igual, o por lo menos a los espectadores poco exigentes de las pequeñas pantallas.

Estas tentativas hollywoodenses para monopolizar el mercado en el continente terminan, en contra de lo previsto, por beneficiar la producción de películas en América Latina y aun en España. Los productores norteamericanos se habían visto precisados, para poder realizar estas versiones dobles, a reclutar personal en varios países de habla español. (Buñuel, por ejemplo, trabajó varios años en Hollywood haciendo doblajes.) Estas personas, una vez interrumpida la producción en español en los Estados Unidos, regresan a sus respectivos países, pero regresan con un bagaje técnico, un profesionalismo y unos hábitos adquiridos en contacto con la más grande industria cinematográfica del mundo y contribuyen, sobre todo en el aspecto industrial, al desarrollo de sus propias cinematografías.

### *Algunos cambios*

Un fenómeno curioso de estos últimos años es que, a medida que la producción languidece o se estanca en los «tres grandes» (México, Argentina y Brasil), se advierte en cambio una relativa vitalidad en países como Colombia, Venezuela y Cuba. Una explicación puede ser esta: en los años transcurridos desde que los países más grandes establecen los fundamentos de sus industrias de cine, en los otros países ocurre mientras tanto un gran salto demográfico y económico. El mercado interno, an-

tes insuficiente, comienza a ser suficiente. Y si bien se podría pensar que el desarrollo desmesurado de la televisión comercial puede haber retardado el proceso de formación de estas industrias cinematográficas locales, también es posible probar que la televisión ha resultado una excelente escuela para la creación de los cuadros técnicos y artísticos que faltaban. No es fácil de todos modos concretar los daños y beneficios y sólo el tiempo dirá cuál ha sido el papel jugado por la televisión en esta lucha por un cine nacional en algunos de estos países en vías de desarrollo.

Hay los casos de Chile, Uruguay y Paraguay que por su situación geográfica no han podido resistir la atracción ejercida por Buenos Aires, su vida cultural y su industria fílmica. Lo mismo puede decirse de la América Central y la zona del Caribe respecto de México. Muchos intentos cinematográficos en estos países se han llevado a cabo en función y colaboración de la Argentina y México. Así Cuba en un momento logra, por ejemplo, levantarse de la crisis de su cine sonoro con una serie de coproducciones con México: son las comedias musicales baratas del género « tropical ». La producción llega así a alcanzar artificialmente una cifra bastante elevada (y no superada) en el decenio del 50. Claro que en este caso como en otros se trata de una industria cinematográfica nacional.

### *La rentabilidad*

La situación en los países subdesarrollados de menos de 10 millones de habitantes se plantea en resumen de esta forma: la producción de largometrajes no es rentable. Esto es al menos lo que ha demostrado la experiencia de los 35 años de existencia del cine sonoro.

Creo ahora que la mayoría de los pronunciamientos optimistas en favor de la creación de una industria cinematográfica en cada uno de estos países menores, han provenido de una buena fe acompañada de una ignorancia absoluta de las relaciones entre la producción y el mercado. En otros casos, por desgracia, el entusiasmo tenía su origen en posiciones demagógicas de políticos y buscadores de oportunidades.

Recuerdo que hace unos 15 años asistí en La Habana a una mesa redonda para la discusión de un desarrollo cinematográfico nacional. Estoy seguro de que reuniones semejantes se han celebrado y se seguirán celebrando en países en el mismo caso y por eso la cito aquí. Entre los asistentes había críticos de cine, algunos pequeños productores locales, obreros y técnicos sindicales del gremio, varios jóvenes « cineclubistas » y también algunos políticos. En aquellos momentos el concepto de país subdesarrollado no estaba todavía en circulación, y así alguien lanzó la noticia para consuelo —y mío propio, debo confesarlo— de que Suecia, con una población que como la de Cuba rondaba los 6 millones, poseía una industria cinematográfica de alta calidad y económicamente estable. (Años más tarde supe que la estabilidad del cine sueco era también precaria.) Claro, a ninguno de los « especialistas » que estábamos allí se nos ocurrió pensar que detrás del cine sueco había un desarrollo industrial y cultural paralelo. Nadie poseía tampoco los datos que hubiesen echado por el suelo aquellas opiniones utópicas: no se trataba de un cómputo del número de habitantes, sino más bien del número de salas cinematográficas, del número de asientos, del precio promedio de las localidades y del índice anual de frecuentación por persona.

### *El Estado se hace productor*

Pero puede ocurrir que un país pequeño, con índice de frecuentación cinematográfica bajo, tenga en un momento dado un Estado que por diversas razones esté interesado en la creación de una industria cinematográfica, sea rentable o no económicamente. Se trata en cualquier caso de otro tipo de rentabilidad. Puede haber un interés pedagógico o político en la empresa y los beneficios se miden entonces en relación con los posibles cambios de actitud de las gentes hacia una serie de cuestiones de interés nacional y aun internacional.

Puerto Rico, Bolivia y Cuba —que comentaré con más detalle a su tiempo— sirven como ejemplos piloto de esta forma estatal de inversión cinematográfica. Los peligros y las ventajas son fáciles de imagi-

nar: por una parte el cine subvencionado por instrucciones gubernamentales escapa a las obligaciones de tipo comercial. El realizador puede despreocuparse de la recuperación del capital invertido en la filmación y obtener así cierta libertad creadora. Pero como contrapartida, detrás de estas empresas de cine no comercial, existe todo un aparato burocrático y político que ejerce sobre los realizadores una presión y una vigilancia a veces más rigurosas de las que puedan ejercer el público o los productores.

Aunque parezca paradójico, lo cierto es que el cine llamado comercial es el cine verdaderamente popular, ya que es el pueblo, con razón o sin ella, quien aprueba tal o cual película directamente por la votación a que tiene derecho todos los días comprando un billete en las taquillas. Es así como los productores, en última instancia, no hacen más que obedecer los gustos y las fluctuaciones de interés del público ofreciéndole el tipo de película que desea. Es esta la razón principal por la que el cine en la América Latina tiene un nivel tan bajo intelectualmente. En realidad no hace más que reflejar el gusto y la cultura de las masas que lo disfrutan. Si el cine puede alterar o transformar por sí solo el nivel cultural de las masas es otro tema que de discutirse a fondo rebasaría los límites de este trabajo.

Cuando el cine está en manos del Estado, hay casi siempre una idea educativa o política, al menos que, como ocurre a veces, los burócratas se descuiden. Los hombres que lo dirigen, en el supuesto de que sean sinceros, están en el convencimiento de que hacen una obra verdaderamente popular, es decir « que sirve al pueblo, que lo instruye y ayuda en lugar de embrutecerlo ». Pero para la mayoría de las gentes el cine es un espectáculo de entretenimiento y de evasión y no están dispuestas a pagar una entrada, y aun a ver gratuitamente un film, para que se las instruya o se les dé una lección. Es así como un cine « hecho para el pueblo » resulta a veces el menos popular y queda fatalmente relegado al público que no se buscaba: el de los intelectuales de cine club y de los festivales.

Quizás la solución menos arriesgada sea

la de seguir una actividad doble: por una parte una industria cinematográfica estatal de acción educativa, conjuntamente con un movimiento cine-clubístico de orientación crítica y por otra, paralelamente, un florecimiento del cine comercial de simple entretenimiento, donde esto sea posible económicamente. Con una elevación del nivel cultural e industrial, puede llegar a ocurrir como en Europa, los Estados Unidos y el Japón, en que a menudo un cine inteligente, encuentra un público numeroso. Por de pronto, este fenómeno, aunque raramente, ha tenido ya lugar algunas veces en América Latina.

Después de este breve recuento de la situación actual del cine en América Latina, es necesario estudiar por separado los antecedentes históricos en cada uno de los países. He excluido expresamente a México porque le dediqué a su cine anteriormente tres artículos en los números 87, 88 y 89 de esta misma revista. He tratado en todo momento de relacionar, señalando similitudes y diferencias, las industrias cinematográficas de cada una de las nacionalidades.

## Argentina

La Argentina ha sido en este siglo el país de la gran emigración europea. El cine, pues, que en otros países como México tuvo sus pioneros nativos, llega a la Argentina a través de dos emigrantes: un belga, Enrique Le Page y un francés, Eugenio Py.

En los comienzos todos los países latinoamericanos parecen coincidir: las primeras imágenes captadas por el cinematógrafo son de exaltación patriótica, pues son países jóvenes que buscan todavía una afirmación de nacionalidad. Títulos de algunas de estas películas primitivas de corta duración: « La bandera argentina », « Visita del general Mitre al Museo Histórico », « Revista de la escuadra argentina ».

Pero en la Argentina, como en todo país « periférico », existe el prurito de la imitación de modas y modos europeos. El primer film de argumento es « El fusilamiento de Dorrego », dirigido por un emigrante

italiano, Mario Gallo, y está inspirado en el modelo del «film d'Art» francés («El asesinato del duque de Guisa»). Después otro italiano, que había trabajado con Meliés, Federico Valle, realiza algunas curiosas películas de dibujos animados y un primer noticiario semanal de mucho éxito.

Pero es en la búsqueda de lo nacional donde, con «Nobleza gaucha» (1915), el cine argentino alcanza el mejor éxito de público de esta etapa. La película, dirigida por Humberto Cairo, estaba en su mayor parte filmada en escenarios naturales y el tema hacía referencia al *Martín Fierro* de Hernández. El éxito de «Nobleza gaucha» fue tal que por unos años el cine argentino mudo vive en una relativa euforia de producción.

Antes de cerrarse esta etapa, la Argentina debía encontrar un pequeño maestro del melodrama popular: José A. Ferreyra. No es difícil adivinar en sus películas, siempre fieles al mundo de los humildes, el parentesco con el tango entonces en pleno auge: Ferreyra descubría una personalidad auténticamente argentina, o más bien dicho porteña, en el cine. Títulos de algunas de sus películas: «La muchacha del Arrabal», «La chica de la Calle Florida», «Perdón, Viejita», «La Costurerita que dio aquel mal paso».

Pero aunque los presupuestos de las películas mudas eran bajos comparados con los de hoy, el cine norteamericano y el europeo contaban con medios superiores con que combatir en el mercado. Una copia de una película extranjera muda tenía todas las ventajas de una argentina, pues bastaba con sustituir los títulos intercalados por otros traducidos al español. Así el cine en este país —nos dice Domingo di Nubila en su *Historia del cine argentino*— «seguía languideciendo sin remedio a medida que se acercaba 1930... Hasta que sobrevino el acontecimiento que le dio nueva vida y lo impulsó hacia sus grandes éxitos».

Es con el advenimiento de cine sonoro cuando llega el «boom» inesperado. La producción salta de 4 o 5 largometrajes por año a un promedio de 45 a partir de 1937. El cine argentino, como el mexicano,

se beneficia a partir de este momento además de la desaparición de un fuerte contrincante: España, que se encuentra en guerra civil. Así las primeras películas se proyectan con buen éxito en el vasto mercado de los países de habla española.

Es esta una época en que se hace en la Argentina todavía un cine eminentemente popular, siguiendo el modelo creado en el mudo por Ferreyra. «Tango» de Moglia Barth es el primer buen éxito (1931). Inmediatamente surgen varios realizadores sin grandes preocupaciones intelectuales, pero con un buen sentido e intuición del espectáculo: Manuel Romero, Leopoldo Torre Ríos, Daniel Tinayre, Luis César Amadori, etc. Algunos títulos de esta serie: «Madreselva», «El pobre Pérez», «Adiós, Buenos Aires», «La rubia del camino», «La vida es un tango», «Mujeres que trabajan». De todos estos herederos de Ferreyra (quien, por otra parte, no ha dejado de trabajar en el sonoro), parece ser que Romero es el de más talento. De él nos dice J.M. Puig: «Tenía un estilo inconfundible, medido dentro de lo populachero, muy ágil. Introducía siempre canciones, especies de himnos del trabajo, que todos coreaban en cierto momento de la película.»

Los argentinos, como los mexicanos, han creado su propio «star system» con figuras que atraen solamente con su nombre multitudes a los cines: Luis Sandrini, Libertad Lamarque, Pepe Arias y Nini Marshall. Pero en aquellos momentos la burguesía argentina más o menos educada, sigue ignorando este cine nacional y prefiere el cine americano o europeo con subtítulos. Con realizadores como Mario Soffici («Viento Norte», 1937; «Prisioneros de la tierra», 1939), Luis Saslavsky («Historia de una noche», 1941) y Alberto de Zavalía («Malamabo», 1942) comienza a llegar una actitud intelectual. Se pretende ahora conquistar este público de mayor poder adquisitivo de las clases altas y medias, en detrimento de las clases proletarias que habían antes nutrido los cines donde se proyectaban películas nacionales. El cine argentino se especializa entonces en comedias rosas «sofisticadas» de un aire pretendidamente mundano y que tenían casi siempre como protagonista una

rubia ingenua y «moderna» (Mirta Legrand, María Duval, Elisa Galve, etc.). El ejemplo arquetípico de esta serie es «Los martes, orquídeas» de Francisco Mugica.

El cine en Buenos Aires ha dado un gran paso de avance técnico en pocos años y algunos directores (sobre todo Soffici) han logrado hacer películas muy estimables. La industria se siente ya capaz de lanzarse a un cine de más empeño. Vienen entonces algunas «superproducciones» de Lucas Demare: «La guerra gaucha», «Su mejor alumno», «Pampa bárbara». Son todas películas inspiradas en temas de la historia patria, un poco retóricas, pero con indudables aciertos. Para muchos, y quizás no se equivoquen, estos films de Demare representan el momento más alto alcanzado por el cine argentino hasta hoy. También de esta época es «La dama duende» de Saslavsky, una película casi perfecta.

Todo parece ir en ascenso en el decenio del 40 cuando sobreviene la crisis de la que el cine argentino ya no se recuperará más, por lo menos en su aspecto industrial. Uno de los realizadores de aquellos años redactaba, sin saberlo, su sentencia de muerte y la de su generación con esta frase: «Es necesario que demos al público *no lo que solicita*, sino lo que merece: un arte mejor.»

Las casas de producción cinematográfica habían seguramente logrado captar parte de esta abundante clase media argentina para sus películas; pero habían olvidado que en el resto de América Latina la clase media no existía o era muy reducida, sin contar con que ya había sido ganada por el producto superior que le ofrecía el cine norteamericano. A esto se añadía una mala organización en la explotación de sus películas en el extranjero y la falta de leyes de protección de la industria y de bancos de financiación. La película virgen también comenzó a escasear, pues los Estados Unidos, el proveedor, estaba en guerra y racionaba los pedidos. La estocada final al cine argentino se la acaba de dar el advenimiento de Perón al poder: a lo anterior se sumaba el enrarecimiento de ideas y de iniciativas intelectuales que fue típico de la dictadura.

México, el único gran contrincante, no se había en cambio desviado de las normas de un cine popular, comercial, siempre atento a las demandas y a las fluctuaciones del gusto latinoamericano. Sus sistemas de financiación eran mejores y sus cadenas de explotación en el extranjero mucho más sólidas. La película virgen no escaseó nunca, pues los Estados Unidos la favorecieron por razones políticas. Así en pocos años México barrió al cine argentino en cada uno de los países de América Latina.

Claro que había un engranaje industrial que marchaba solo: existían estudios modernos, laboratorios y equipos técnicos y humanos, aunque el «star system» quedara un poco destartado con la captación por los mexicanos de algunas de las figuras más famosas (Libertad Lamarque, Delia Garcés, etc.). Se siguen, pues, realizando películas y hay incluso un nuevo auge de producción —que no se exporta ya— en el decenio del 50, cuando Perón limita la entrada de películas extranjeras y crea al fin protección y créditos bancarios para el cine nacional.

En esta etapa, con excepción de algunas obras realistas como «Las aguas bajan turbias» de Hugo del Carril, los directores se pierden en un bizantinismo pseudo-intelectual desorbitado. La influencia europeizante traída por Saslavsky es la que triunfa. Sobre todo, uno de los seguidores de esta «escuela», Carlos Hugo Christensen, llega al delirio de la cursilería con sus grandes éxitos locales, «Safo» y «El canto del cisne» con la estrella Mecha Ortiz, «que representaba —comenta J.M. Puig— el tipo de mujer con pasado». Por supuesto, en este período peronista siguen proliferando —como anteriormente en la Italia de Mussolini— las comedias rosas «sofisticadas» de un evidente escapismo de la realidad. «Se había producido un desenfreno del mal gusto —continúa Puig—, los actores llegaron a cosas nunca vistas, con engoladas entonaciones de voz y arqueamientos de cejas. Era un cine muy serio que resultaba cómico.»

Estamos en 1955. Con la caída de Perón el público boicotea el cine nacional por considerar que estaba identificado con el



régimen. Se produce otra profunda crisis de la que surge el cine argentino actual con Torre Nilsson y Fernando Ayala a la cabeza y una nueva ola de jóvenes que empieza hacia 1960.

Las sucesivas crisis del cine argentino en su historia —como también del cine brasileño— resultan a la larga beneficiosas, por lo menos en el plano artístico. Al contrario de México, el cine argentino no llega a crear castas profesionales suficientemente fuertes, y así el advenimiento de gente joven y de mayor cultura se hace posible, mientras que en México el cine presenta hoy síntomas graves de anquilosamiento, sin renovación de los viejos cuadros creados en el decenio del 30.

Esta nueva generación, desde luego, ha renunciado ya a la reconquista del mercado latinoamericano y se repliega en el mercado nacional o se vierte hacia perspectivas internacionales. El camino recorrido ha ofrecido algunas enseñanzas: se busca recuperar el sentido de lo popular de los pioneros, se amplian los temas de resonancia social y crítica, enjuiciando el pasado y el presente con severidad, se conserva también cierto refinamiento técnico adquirido en los años siguientes y que es inútil buscar en el cine brasileño actual. Pero si los temas han recuperado un poco el sabor argentino, en cambio en la estilística las miradas están siempre vueltas hacia lo que está ocurriendo en Europa. El crítico francés Louis Marcorelles señaló el peligro en su viaje de hace dos años a la Argentina: «El estetismo puede hacer fracasar la promesa de estos nuevos cineastas ya seguros de su oficio... No se sueña más que en filmar las «Aventura» y las «Hiroshima» argentinas. Del cine no habrán captado más que sus aspectos exteriores.» No es posible negar, sin embargo, que la Argentina, con la gran afluencia de emigrantes europeos en este siglo, tiene derecho a una doble corriente de inspiración artística: la autóctona y la europea. Los cineastas pueden quizás contribuir a su fusión definitiva.

Torre Nilsson y Ayala representan por la edad y experiencia el puente de unión entre la vieja y la nueva generación. Los dos directores han alcanzado el reconoci-

miento de la crítica internacional y sus películas forman ya parte del repertorio obligado de los «cinémas d'art» y los cine clubs. Ayala es el realizador de films tan interesantes como «El jefe», «El candidato», «Sábado por la noche, cine». Hay siempre buenas ideas en sus películas, pero son ideas que no llegan a aprovecharse a fondo. Ayala no ha logrado todavía un estilo consistente y personal. En cambio Torre Nilsson sí que es un autor de importancia («El crimen de Oribe», «La casa del ángel», «La mano en la trampa», «La terraza», etc.). Se ha dicho de él injustamente que es «el Orson Welles de los pobres» por su gusto por los planos en profundidad y los planos-secuencia tan caros al director de «Citizen Kane». Sin embargo, esto no es más que un aspecto superficial de su obra, aspecto del que se va desembarazando en cada nuevo film. En realidad Torre Nilsson —en estrecha colaboración con su esposa Beatriz Guido, con quien escribe los guiones—, es un autor con un universo propio, con preocupaciones y constantes bien definibles. Encontraremos en casi todas sus películas el tema del ángel caído: es la adolescencia que tiene el primer gran choque con el mundo de los adultos. También la urgencia de sus protagonistas por cumplir una misión que se han impuesto y que sobrepasa todas las otras actividades de la vida; de esta forma terminan fatalmente cayendo en la trampa. «En su mundo —dice Keith Bosford— todo mira hacia atrás, hacia la infancia e inocencia y así sus personajes se transforman en la mujer de Lot.» Se ha dicho que la Argentina de sus películas no tiene relación alguna con la Argentina real. Se olvida que Torre Nilsson no es un realista, aunque utilice la realidad como punto de partida o como material de composición.

De los jóvenes recién llegados no se puede decir gran cosa individualmente, pues no tienen más que una o dos películas en su haber. Son personalidades que encontrarán su definición con los años. Por ahora cabe señalar que sus películas han traído un poco de aire fresco a las pantallas argentinas. De ello es el mérito además de haber incorporado al cine la novelística contemporánea propia (Jorge Luis Borges, Bioy Casares, Julio Cortázar.

etc.). Algunos nombres y títulos: Jose David Kohon (« Tres Veces Ana »), Rodolfo Kuhn (« Los jóvenes viejos »), Fernando Birri (« Los inundados »), Manuel Antín (« La cifra impar »), Ricardo Alventosa (« La herencia »).

## Uruguay

Este país, conocido por su estabilidad política y cierto nivel cultural, se distingue también en el campo del cine por ser el de mayor cultura cinematográfica. Sus críticos son verdaderos eruditos, las revistas especializadas de cine están bien informadas, la labor de los cine-clubs es intensa, por último, el Festival Internacional de Cine de Punta de Este es uno de los mejor reputados del mundo.

Sin embargo, como contraste, este despliegue impresionante de actividades críticas y culturales, no tiene correspondencia en la producción de película. El mercado interior es demasiado reducido y la vecindad de Buenos Aires como polo de atracción, termina por destruir toda iniciativa local.

Retrocedamos: los uruguayos, siempre atentos a lo que ocurre en Europa, están entre los primeros en América en conocer el cinematógrafo Lumière (1896). También, sentando otro precedente, las primeras películas hechas en el continente les llegan de Buenos Aires.

Aunque en esta misma época del cine mudo casi todos los países de América Latina realizan un buen número de películas, el Uruguay no llega a cinco o seis en unos treinta años. Todas, « Puños y nobleza », « Almas de la costa », « Las aventuras de una niña parisién en Montevideo », son muy elementales. La última de la etapa muda: « El pequeño héroe del Arroyo de Oro » —comenta J.C. Alvarez— asombra que se filmase en 1929 con una técnica tan rudimentaria que parece de 1904. »

Después, con la llegada del sonido, se interrumpe la producción cinematográfica por bastantes años y cuando recomienza es casi siempre en combinación con artistas y técnicas del cine argentino. Ni « Los tres mosqueteros » (1946), de Armando Bo,

ni « Así te deseo » (1947), de García Vilar, tienen ningún valor cinematográfico ni relación con el país que las produce. De todo el cine profesional hecho en el Uruguay lo mejor parece ser el corto « Pupila al viento », que dirige el conocido documentalista italiano Enrico Grass.

Mientras tanto el pujante movimiento de los cine-clubs organiza a partir de 1949 un concurso nacional de cine de formato reducido. De este concurso anual surge una generación de cineastas que trabajan en 16 mm y que hacen las únicas películas interesantes producidas en el Uruguay. Al cabo de unos años esta generación se desarrolla y ya quiere saltar al 35 mm y aun al largometraje. Algo se logra en este sentido, no sin dificultades, y varios jóvenes directores como Eugenio Hintz (« Pregones montevidianos »), Musitelli (« La ciudad en la playa »), Juan José Gascue (« Puerto. »), y Hugo Ulive (« Como el Uruguay no hay » y « Un vinten p'al Judas ») han dado ya, balbucenado a veces, el testimonio de sus inquietudes, influidos por el « free-cinema » y por las últimas corrientes del cine documental en el mundo.

« Hay no menos de 10 realizadores capacitados y calificados —nos dice José Carlos Alvarez— que se encuentran en un país donde el cine no tiene protección del Estado, y donde no existe una producción estable, por falta de espectadores y capitales. »

## Chile

Las circunstancias del desarrollo del cine en Chile son semejantes a las del Uruguay, con la diferencia de que aquí el movimiento cineclubístico y de la crítica es menos fuerte y que, siendo el país más grande y poblado, la producción, tanto en la etapa muda como en la sonora, ha tenido mayores proporciones. Sin embargo, 410 salas cinematográficas en todo el país (lo doble que en el Uruguay) no es todavía suficiente para amortizar una industria. Así, si exceptuamos el período mudo bastante activo con directores como Pedro Sienna (« El húsar de la muerte », 1926) y Jorge Delano (« La calle del ensueño », 1929) y

otro período, hacia 1940, en que el gobierno crea la Chile Films y subvenciona varias películas al año, la industria del cine es muy precaria y sujeta a la influencia de los cines argentino y mexicano con cuyos capitales se realizan una serie de coproducciones de éxito irregular. Un director francés de cierto renombre, Pierre Chenal, dirige dos películas durante su estancia en Chile: «El ídolo», 1952, y «Confesión al amanecer», 1954.

La falta de una base económica lleva al fracaso todas las empresas acometidas hasta ahora. Muchos de sus mejores cineastas se ven obligados a emigrar y son fatalmente captados por Buenos Aires. Tanto el veterano Carlos Borcosque («Y mañana serán hombres»), como Carlo Hugo Christensen («Safo») y Lautaro Murúa («Shunko»), «Alias Gardelito») hacen la mayor parte de su obra en la Argentina y contribuyen en no desdeñable medida al desarrollo de aquella cinematografía.

Las últimas muestras del cine chileno que han llegado al Festival Latinoamericano que se celebra todos los años en Italia, dan prueba de una indigencia financiera total: recuentos etnográficos de 16 mm como «Amerindia» de Sergio Bravo, películas parroquiales patrocinadas por la Universidad Católica como «El cuerpo y la sangre» de Rafael G. Sánchez, estudios arqueológicos como «Aquí vivieron» de Héctor Ríos, etc. Sólo Ioris Ivens realiza en su visita a Chile en 1962 un corto, «Valparaíso», que resulta una de las obras más logradas del discutible documentalista holandés.

## Paraguay

No hay más que 30 salas cinematográficas en este país. Inútil, pues, insistir en que una industria cinematográfica resulta allí imposible. Las pocas veces que se han realizado largometrajes en el Paraguay: «El trueno entre las hojas» de Armando Bo y «La sangre y la semilla» de Alberto Dubois, ha sido en coproducción con la Argentina, que ha corrido con los equipos técnicos y artísticos, mientras que el Paraguay ha aportado los paisajes y algunos actores.

## Puerto Rico

Aparte algunos intentos en el México de Lázaro Cárdenas y en el Brasil de Getulio Vargas, es en Puerto Rico donde primero se intenta en apreciable escala y continuidad una industria de cine subvencionado por el Estado en América Latina.

El modelo que se sigue es más semejante al del «Film Board of Canada» que al de la Unión Soviética o los países del Este de Europa. El «Departamento de Cine de la División para la Educación de la Comunidad», surge impulsado por el gobierno de Muñoz Marín y, por casualidad, coincide en su formación con el momento en que eran eliminados de Hollywood y de Nueva York cineastas izquierdizantes. Algunas de estas víctimas del macarthismo, como Willard Van Dyke, encuentran curiosamente en el naciente cine portorriqueño un último refugio y en pocos años crean en San Juan una interesante escuela del cortometraje: en contacto con ellos surge una generación de cineastas nativos que nos dan obras que se cuentan entre las más notables del cine documental latinoamericano. Amilcar Tirado («Una voz en la montaña», «El puente», «Los peloteros») y Oscar Torres («El yugo») se destacan en el grupo por un fino sentido poético-lírico en el manejo de los personajes y del paisaje dentro de las premisas pedagógicas impuestas. La originalidad de la escuela del documental portorriqueño con respecto a la vieja escuela anglosajona (Flaherty, Lorenz, Grierson) está en que se insiste menos en el tema de la lucha del hombre por domar la naturaleza y se examinan los problemas de las relaciones humanas, de los posibles cambios de actitud ante la sociedad que se aspira a transformar.

Claro que, pasados los primeros tiempos de entusiasmo, el «Departamento de Cine de la División» ha entrado en una etapa de declive. Las causas son casi siempre las mismas en un arte de tipo estelar: la temática responde a un utilitarismo didáctico asfixiante para el artista libre. La rutina burocrática termina por imponerse al no existir un verdadero contacto directo entre el creador y su hipotético público. Además, hasta ahora, el cine estatal en Puerto

Rico, como el del Canadá, se ha dedicado a la realización exclusiva de cortos y medios metrajes. Las personalidades cinematográficas surgidas con el curso de los años, hubiesen dado sus mejores frutos de haber encontrado una salida en el largometraje. Pero los propósitos de los organizadores son pedagógicos, de educación de adultos sobre todo, y la cuestión artística es marginal, nunca un fin en sí misma. Esto sin contar con que el reducido mercado portorriqueño no podría mantener una producción continuada importante.

Sin embargo algunas empresas privadas, han intentado a veces, con resultados artísticos mediocres pero con relativa buena fortuna comercial, la realización de largometrajes. El mercado de alto poder adquisitivo de los portorriqueños de Nueva York ha hecho posible estas aventuras. Mientras tanto, el caso del cine estatal portorriqueño ha quedado, con sus éxitos y fracasos, como ejemplo piloto de un posible desarrollo cinematográfico en otros pequeños países latinoamericanos.

## Cuba

De todas las Antillas la más grande, con una población de más de 6 millones de habitantes, con el índice de frecuentación más alto de América Latina, muy cerca de los Estados Unidos y no muy lejos de Europa, Cuba estaba predestinada a tener un desarrollo cinematográfico de alguna importancia. Un dato curioso: la República de Cuba nace en 1895, el mismo año en que nace el cine con los hermanos Lumière. Enrique Díaz Quesada es el pionero y «el padre de la cinematografía nacional», algo así como lo que es Toscano para México. En efecto, como él, Díaz Quesada tenía un sentido casi deportivo del reportaje fílmico, y su documental «Parque del Palatino» (1906), asombra todavía hoy como un precursor del «free-cinema» que tanto dará después que hablar en Cuba. Díaz Quesada se lanza más adelante al cine de argumento y, como es común en otros países latinoamericanos, sus primeros largometrajes tienen temas patrióticos: «Manuel García, Rey de los Campos de Cuba», «El rescate del brigadier Sanguiy». Díaz Que-

sada toca también temas costumbristas y sociales: «La zafra o sangre y azúcar», que prefigura la temática del cine revolucionario de hoy. Todo esto ocurre antes de 1920. A partir de entonces la actividad va en aumento. Se incorpora al cine Ramón Peón, quien hace un buen número de películas y se descubre como un director de cierto talento e intuición. Su última película muda «La Virgen de la Caridad», es un ingenuo drama social-agrario que tiene ya un refinamiento técnico y una narrativa —acción paralela y suspenso final— entroncados directamente con Griffith. Sadoul opina que «fueron notables su dirección, sus actores, sus tipos nacionales bien trazados».

Con la llegada del sonido se produce la crisis como en todas partes frente a la delantera que llevan los Estados Unidos. Entonces viene la desbandada. Peón, por ejemplo, se va a México, donde la industria cinematográfica se repone más rápidamente que en Cuba, y se queda allí, realizando alrededor de unas 100 películas, con lo que bate el record en el cine de habla española.

Los primeros largometrajes sonoros cubanos más o menos profesionales no llegan hasta 1937, cuando ya México y la Argentina tienen industrias cinematográficas de experiencia. Sin embargo, el cine cubano se pone rápidamente al día: a partir de 1938 se realizan alrededor de cinco largometrajes al año, de un nivel técnico aceptable. Se obtienen hasta algunos éxitos de taquilla locales: «El romance del Palmar» y «Sucedió en la Habana» de Peón, que regresa fugazmente. Se intenta también con alguna fortuna la sátira de la corrupción política en «Yo soy el héroe». Pero en general el nivel artístico es muy bajo: el primer cine sonoro cubano es seguramente inferior al mudo. La fórmula es casi siempre la misma: se aprovecha el pintoresquismo y la música popular criolla, ya sea en las comedias como en los melodramas (Rumbas, Congas, Guarachas, etc.). Pero las cosas se agravan con el auge del cine mexicano y entonces, señala Fausto Canel, «en Cuba se comienza a hacer el mismo tipo de películas. Mientras más se desarrolla comercialmente el cine mexicano, más trata de imitarlo el cine cubano». Este era el error, el cine cubano no podía amortizar

en su propio mercado un producto de imitación. Exportar era además ya imposible, pues la distribución estaba dominada por los intereses de México, Argentina y los Estados Unidos. Así otra crisis sobreviene al final del decenio del 40.

Con el gobierno liberal y libertino de Carlos Prío se crea de nuevo cierto optimismo en el ambiente con la promulgación de algunas leyes favorables al cine nacional y la construcción de unos grandes estudios que, remozados, son todavía hoy los que utiliza el gobierno revolucionario. De estos años que siguen, se destaca medianamente Manolo Alonso con «Siete muertes a plazo fijo» y «Castá de robles», con algún que otro acierto y buen nivel técnico. Los mexicanos se inquietan, pues Cuba es su mejor mercado y varias productoras emprenden una política de penetración capitalista por la base, realizando una serie de películas en La Habana. Si bien industrialmente es quizás este el momento más alto, artísticamente el saldo es bien pobre. «Un extraño en la escalera» del argentino Tulio Demicheli es lo mejor de estos tiempos.

Ya el dictador Batista está instalado en el poder. Otros extranjeros llegan a Cuba entonces. Por ejemplo el mexicano Emilio Fernández, que realiza una superproducción histórica subvencionada, «La rosa blanca», que resulta una de las películas más flojas del director de «María Candelaria». Con todo, esta biografía de José Martí tenía algunas escenas de batallas bien logradas y una buena reconstrucción de época.

Al mismo tiempo se produce un desarrollo de la televisión comercial notable. En un momento hay cinco canales simultáneos, uno de ellos transmite programas en color. Lo Duca, que visita La Habana en 1953 (*Cahiers du Cinéma*, n° 32), lo advierte admirado y anota la facultad de iniciativa: «artistas y técnicos de la TV se han formado solos en la escuela de su propia experiencia». Lo Duca comenta también la extensión del movimiento de los cine-clubs y hace una profecía sobre los jóvenes que los organizan que se cumplirá muy pronto: «todo esto habrá de contar en el porvenir».

Efectivamente, en 1959, con la fuga de

Batista y el triunfo de la revolución, el cine cae en las manos —podría decirse literalmente «por decreto»— de algunos de aquellos jóvenes de los cine-clubs y de la televisión. La actitud adoptada es desde los primeros momentos radical: se procede sistemáticamente a la eliminación de los viejos cineastas cubanos. Ramón Peón, por ejemplo, regresa de México y ofrece su colaboración y su experiencia, pero es rechazado sin contemplaciones. Más adelante, después del pequeño escándalo de «P.M.», se extiende la «purga» a los jóvenes que no profesan una fe militante en la revolución rebautizada marxista-leninista. El exilio es la vía escogida por varios de ellos.

Es indudable que una nueva generación tenía que llegar en el cine cubano tal como ha estado ocurriendo por otros caminos en la Argentina, en el Brasil y en Colombia. Es posible que esto hubiese sucedido de todas maneras con esta revolución, o con otra o aun sin ninguna. Lo que sí es un hecho indiscutible es que la revolución precipitó los acontecimientos y ofreció a estos jóvenes los recursos considerables de una industria fílmica nacionalizada en su totalidad: tanto la producción, como la distribución, la importación e incluso la prensa cinematográfica están organizados en un monopolio estatal, en un Instituto del Cine denominado ICAIC.

Los primeros pasos se dan en el campo del documental. En una de las ramas inclusive se sigue muy de cerca el ejemplo portorriqueño de «Educación de la Comunidad». Pero pronto el nuevo cine cubano se lanza a la realización de una serie de cortometrajes de más pretensiones y trascendencia. Es indudable que se crea en Cuba en este campo una escuela interesante dentro de la línea de un cine político agresivo y hasta histérico. A pesar de que el conjunto es desigual y con ejemplos francamente pobres, varios de estos cortometrajes sobresalen —como antes el primer cine soviético— por su vitalidad y fuerza. Algunos títulos y autores: «Muerte al invasor» y «Asamblea general» de Gutiérrez Alea; «Made in U.S.A.» de Marc Schleifer y Joe Massot; «Los tiempos del joven Martí» de José Massip, «Tierra olvidada» de Oscar Torres, «Historia de una batalla» y «Guacanayabo» de Octavio Gómez, etc.

Paralelamente, y a manera de protesta por la excesiva politización, surge una variedad cubana del « free-cinema », movimiento en el cual el que escribe estas líneas participó activamente. La idea de captar por sorpresa escenas reales de la vida, con una intervención mínima del director y por lo tanto de lo que se llama « punto de vista revolucionario » no podía satisfacer a las autoridades interesadas en crear un cine militante. Así « P.M. » (1961), un admirable cortometraje de Orlando Jiménez y Sabá Cabrera sobre algunos aspectos poco edificantes de La Habana de noche, fue prohibida con métodos estalinistas y uno de sus autores tuvo que exiliarse después de varias polémicas y anatemas. Pasados unos años y algo calmados los ánimos, el « free-cinema », el « cine espontáneo » como se le bautiza en Cuba, vuelve a asomarse tímidamente en « Carnaval socialista » de Roldán. « En un barrio viejo » de Guillén Landrián, « Gente de Moscú » de Roberto Fandiño, « En el parque » de Fernando Villaverde, para terminar influyendo hasta en el largometraje. Como suele suceder, ha sido en fin de cuentas el film prohibido el que ha terminado por imponerse.

El largometraje comienza el primero y segundo años de la revolución con gran entusiasmo. Los primeros ejemplos « Historias de la revolución » de Gutiérrez Alea y « Realengo 18 » de Oscar Torres, tienen méritos poco corrientes, pero pasado este primer momento el cine de largometraje decae y no logra mantenerse al nivel de los cortometrajes. Quizás pensando remediar la situación el ICAIC invita algunos extranjeros prestigiosos: Zavattini (« El joven zebelde »); Marker (« Cuba, sí »); Ivens (« Carnet de viaje »); Gatti (« El otro Cristóbal »); Varda (« Salut, les Cubains »); Kalatazof (« Soy Cuba »); pero tampoco ellos, víctimas de una visión superficial y turística del país y de la revolución, consiguen hacer la « obra maestra » esperada.

El cine revolucionario cubano entra ahora en la etapa más difícil: ya han pasado los primeros años en que cualquier deficiencia e inseguridad eran perdonadas en nombre de que « se comenzaba desde cero ». El deterioro de las instituciones económicas y políticas que está atravesando el

país, la presión ejercida por una censura estricta, el aislamiento continental y, en fin, la pérdida del entusiasmo inicial, no favorecen ciertamente la creación artística. Un avance en este sentido sólo será posible si modifican algunos de los factores que he mencionado.

## Bolivia

Bolivia es uno de los países de América más ricos en tradiciones indias, pero también uno de los de menor densidad de población y de más alto nivel de analfabetismo. Con el triunfo del Movimiento Nacional Revolucionario en 1952 se crea un Instituto Cinematográfico Boliviano que se encuentra por sus metas a medio camino entre las empresas estatales de cine en Puerto Rico y en Cuba. Es decir, se trata de un cine pedagógico y político a la vez. Los resultados son en cualquier caso muy inferiores, aunque sea justo reconocer que en Bolivia realmente se partía del cero absoluto, pues no había existido ninguna industria cinematográfica anteriormente y no se contaba con la orientación de cineastas extranjeros de talla como en los otros casos.

Entre los nuevos cineastas bolivianos está el ejemplo de Jorge Ruiz, un autodidacta, que tiene ya en su haber unos 20 cortometrajes: « Semillas de progreso », « Una industria en marcha », « Los primeros », « Las montañas no cambian », etc. y un largometraje: « La vertiente », en el que repite con variantes el tema de « Río escondido » del Indio Fernández (una maestra rural lucha contra los prejuicios y obtiene agua sana para su pueblo). Está también Jorge Sanajines con su documental « Revolución » y varios cortos de Walter Cerruto que tienden, por supuesto, a exaltar la labor de las nuevas autoridades. El crítico argentino Jaime Potenze comenta con humor una escena de uno de estos films: « Vemos llover del cielo billetes de banco, mientras que desde la banda sonora se informa al espectador que tal será la situación del país cuando los gobernantes puedan llevar a cabo el plan sin molestias opositoras. »

El vuelco político que ha sobrevenido en Bolivia últimamente no permite todavía

asegurar la suerte futura del cine en este país.

## Colombia

Como en Cuba y Chile, el cine en Colombia conoce un momento de relativa bonanza durante el período mudo. El crítico Salcedo Silva señala unas 15 películas de largometraje debidamente identificadas entre 1921 y 1928. Esta constante de producción no la vuelve a recuperar Colombia con la llegada del sonido.

Es un cine del período mudo, que como era de esperar coincide con el de otros países latinoamericanos: melodramas y comedias folklórico-campesinas como «Bajo el cielo antioqueño» (1924), de Arturo Acevedo y «Nido de cóndores» (1925) de Mejía Robledo. También adaptaciones de novelas como «La María» (1922) de Alfredo del Diestro y comedias dramáticas de salón a la italiana como «Aura o las violetas» y «Como la muerte» de Di Domenico.

El sonido, como en otras partes, produce la crisis en el cine colombiano. Alfredo del Diestro, por ejemplo, va a engrosar las filas del pujante cine mexicano. Cuando llega el sonido llega muy tarde: alrededor de 1940. Entonces se hace un cine musical folklórico muy primario: «Bambucos y corazones», «Allá en el Trapiche», «Colombia linda», etc. La producción es irregular y no llega siquiera a alcanzar a la de Cuba y Venezuela, que son las otras dos hermanas menores del cine latinoamericano.

No obstante, hacia 1960 comienza a animarse el ambiente. La televisión ha preparado nuevos cuadros; el movimiento de los cine-clubs y de la joven crítica (revista *Guiones*) se extiende por todo el país; en la ciudad de Cartagena se celebra anualmente un festival internacional de cine. La población en Colombia ha saltado a 17 millones, lo que supone ya un mercado interno considerable. Además algunos colombianos regresan del extranjero, donde han seguido cursos de cine. Existe, pues, ya cierta cultura cinematográfica y mayor capacidad técnica e industrial. Los primeros resultados no tardan en hacerse sentir:

surge un pequeño movimiento independiente del cortometraje: está Francisco Norden con «Las murallas de Cartagena» hecha con sensibilidad y gusto; Jorge Pinto con «Ella» y «Boyocán, sexto día»; Guillermo Angulo con «Arte colombiano», etc.

Entre los largometrajes recientes debe citarse el curioso film de J.M. Arzuaga «Raíces de piedra», un drama campesino de denuncia social que obtiene mención de honor en Sestri Levante. También «Tres cuentos colombianos» de Luzardo y Mejía, con tres historias enlazadas en el estilo de «Raíces». El éxito popular de «Tres cuentos colombianos», así como de «Semáforo rojo», del mexicano Julián Soler, ha creado cierto optimismo en el ambiente. En estos momentos se está produciendo un fenómeno que es exactamente el contrario de hace años: varios productores mexicanos desmantelan sus empresas que trasladan a Colombia. Indudablemente esperan encontrar en el nuevo país un ambiente más propicio y abierto para la producción cinematográfica.

## Venezuela

Es otro país que a causa de su constante crecimiento demográfico, el buen número de salas cinematográficas, un índice de frecuentación bastante alto, puede llegar a crear una industria del cine de importancia. El presente es, sin embargo, todavía difícil para los cineastas venezolanos y el camino recorrido hasta ahora no ha estado exento de dificultades y crisis.

Los comienzos dentro del cine sonoro fueron señalados por la fundación de Avila Films que produjo una o dos películas por año hasta 1944. Al final de la guerra mundial se crea la Bolívar Films, que pretendía dar alguna categoría al cine nacional, un cine que había estado principalmente dedicado a producir películas de consumo interno partiendo de figuras conocidas de la radio y las revistas («Frijolito y Robustiana», «Venezuela también baila»). Así la Bolívar Films hizo venir de la Argentina a Carlos Hugo Christensen y al fotógrafo José María Beltrán y de México al actor taquillero Arturo de Córdova.

El resultado fue « La balandra Isabel llega esta tarde », una película ambiciosa y de factura técnica honorable, lo que le valió un premio en Cannes (1951), aunque, como todas las de Christensen, fuese bastante cursi.

Ha habido otras películas bien mediocres como « Flor de Campo » de José Giaccardi y « Amanecer a la vida » del mexicano Fernando Cortés. Hay además algunos documentales de excelente factura técnica producidos por la ESSO. En esta rama del documental está el caso de la italo-venezolana Elia Marcelli con « Llano adentro » y « Séptimo paralelo ». Pero las dos figuras más interesantes son Román Chalbaud y Margot Benacerraf.

Chalbaud, inquieto cineclubista y hombre de teatro en su primera juventud, provoca un pequeño escándalo local con su primer film « Caín adolescente », al parecer con ribetes autobiográficos. Más recientemente realiza « Cuentos para mayores », que consta de tres historias de sátira social.

La Benacerraf, que ha hecho estudios en el IDHEC de París, consigue con « Araya », un largometraje un poco en la línea de Flaherty, nada menos que el Gran Premio de Cannes para Venezuela (1961). Pero antes ya había realizado, todavía muy joven, « Reverón », que es una pequeña obra maestra del cine documental latinoamericano.

Deste 1958, con la caída del dictador Pérez Jiménez, el cine venezolano cuenta con un apoyo gubernamental gracias a nuevas leyes proteccionistas.

## Perú

A pesar de una población relativamente alta para un país latinoamericano (9 millones de habitantes), la cantidad de salas cinematográficas es exigua: 243 en todo el territorio, sólo un poco más que el pequeño Uruguay.

Sin embargo el Perú, según Georges Sadoul, tuvo un período de cierto auge cinematográfico durante la segunda guerra mundial. Después la producción decayó por falta de un mercado interior suficiente.

Curiosamente parece que existe un movimiento de cine-club bastante importante en la vieja ciudad inca de Cuzco. Dos películas producidas por este cine-club, « Carnaval de Kanas » y « Lucero de nieve », revelan en su realizador Manuel de Chambi un fino artista y etnógrafo con un sentido admirable del encuadre cinematográfico. Por desgracia el montaje es muy elemental. De Cuzco es también un largometraje reciente con una historia india mezcla de realidad y leyenda: « Kukuli », de Nishimaya, Figueroa y Villanueva.

## Ecuador

Poco se sabe de la cinematografía de este país si no es que su primer film profesional parlante, « Se conocieron en Guayaquil » (1950) de Paco Villar, obtuvo un buen éxito comercial dentro del Ecuador. Después parece que se han producido allí sin regularidad varias películas largas. En cualquier caso, nada que haya trascendido las fronteras.

## América Central

Las repúblicas de Guatemala, Honduras, Nicaragua, El Salvador, Costa Rica y Panamá, cuentan entre todas ellas reunidas unas 350 salas cinematográficas. Su producción de películas es pues casi nula y se reduce principalmente a documentales publicitarios o turísticos encargados por oficinas gubernamentales o por las grandes empresas bananeras.

Guatemala parece, relativamente, de todos estos pequeños países el más favorecido por el cine. Se sabe que se han realizado allí esporádicamente algunos largometrajes como « El sombrero » (1950), « La caribeña » (1952), y « El alba » (1953) de J.M. Mora. Hay también una pequeña producción de documentales científicos patrocinada por la Universidad de San Carlos: « Huéspedes indeseables » (parasitismo), « El niño y la amenaza blanca » (tuberculosis), « Angeles con hambre » (enfermedades intestinales), todas ellas dirigidas por Monson Malice.



Hay noticias de que en Panamá se han producido algunos largometrajes. Por ejemplo, « Cuando muere la ilusión » (1949) de Carlos Ruiz y Julio Espinoza, y en El Salvador algún cortometraje enviado a festivales: « El rostro » (1961) de Alejandro Cotto.

## Brasil

Como Peter Pan, la industria del cine brasileño ha parecido empeñada en no querer crecer: la historia del cine de este país consiste en una serie de momentos de euforia seguidos de inevitables fracasos que hacen retroceder las cosas al punto de partida. Es este desmantelamiento constante del cine brasileño seguramente lo que ha hecho posible el reciente resurgimiento en una escuela joven que sus creadores llaman « Cinema Novo ». En las últimas ediciones del Festival de Cine Latinoamericano en Italia ha sido patente la superioridad del cine brasileño sobre los demás. Si bien el producto final es industrialmente quizás menos acabado y profesional que el de los mexicanos y argentinos, es cierto también que el nuevo brasileño es estéticamente el de más vitalidad y mayor frescura, aunque no se pueda hablar todavía de una forma de expresión propia. Louis Marcorelles nos cuenta después de su visita en 1963: « Estos jóvenes descubren el cine, como cuatro siglos y medio antes Colón descubriría América... Un entusiasmo prodigioso se despliega sin dirección precisa. »

Pero todo parece indicar que este período de auge actual va a ser el definitivo, que el cine brasileño ha entrado verdaderamente en la etapa del « despegue ». El extraordinario índice de crecimiento demográfico del Brasil parece ser, por de pronto, el mejor aliado: este es uno de los países en el mundo de hoy en día donde, a pesar de la televisión y otras circunstancias conocidas, el público y las salas cinematográficas aumentan sin cesar.

El grave problema del cine brasileño con el advenimiento del sonoro fue que, a causa de la diferencia de su idioma, se hizo inaccesible al mercado hispanoamericano aislándolo al ámbito propio. Esto, que eco-

nómicamente ha resultado una limitación, es lo que a la larga le ha beneficiado estéticamente. Para los mexicanos y los argentinos los primeros pasos fueron fáciles: además del mercado propio, contaban con otro mercado « natural » de exportación. Pero para ello tuvieron que hacer concesiones produciendo especies cinematográficas híbridas. Las limitaciones geográficas y lingüísticas del cine brasileño determinaron en cambio un estilo quizás más regional y por lo mismo más universal. Pero para llegar hasta aquí había que recorrer un camino largo y difícil. Voy a tratar de hacer un breve recuento.

Desde 1898, año en que se impresionan los primeros metros de película en el Brasil hasta 1920, el cine sigue más o menos las líneas del resto de los países latinoamericanos: historias patriotas como « Independenza ou morte », « Patria e bandeira »; dramas campesinos como « Alma sertaneja », « Coração de gaúcho »; versiones de novelas europeas como *Amor de perdição* según Castello Branco. Pero los brasileños « descubren » un género que llegará a ser típico: películas sobre crímenes horrendos inspirados en las crónicas de los periódicos: « Os estranguladores », « Noivado de sangue », « O crimen de mala », etc.

A partir de 1920 y después de una primera crisis (la película virgen escaseaba, ya que Francia, que era entonces el proveedor, había estado en guerra), se produce un impresionante despliegue del cine mudo brasileño con la curiosa característica de contar con varios centros de producción diseminados por todo el país: Río, Sao Paulo, Recife, Porto Alegre y hasta ciudades pequeñas como Cataguazes y Campinas realizan sus películas. Los temas son variados. Es un cine comercial bastante avanzado para la época: « O Segredo de Corcunda » de Alberto Traversa (1924) y « Exemplo regenerador » de José Medina (1929) parecen ser lo más destacado.

Hacia el final del decenio, poco antes del sonoro, se producen dos películas muy curiosas y que constituyen ejemplos únicos dentro del cine latinoamericano de la época: son dos muestras típicas del cine de vanguardia que eran un resultado directo

de la agitación intelectual llevado a cabo por uno de los movimientos cineclubísticos más antiguos del continente: el « Cine Club Chaplin » y la revista *O Fan*. La primera de estas películas se llama « Sao Paulo, sinfonía da Metropole » y estaba dirigida por Rex Lustig y Adalberto Kemeny, quienes se inspiraban sin duda en el modelo creado por Walter Ruttmann en Berlín. El otro film, « Límite », se considera por muchos brasileños como la obra cinematográfica más importante realizada hasta ahora en el Brasil. Su director era un adolescente de genio, Mario Peixoto, quien dentro de una estilística próxima a la de Murnau narra tres historias a través de sucesivos « flash backs » contados por los protagonistas. Pero Peixoto no ha vuelto jamás a hacer ninguna película. Se ha encerrado en una extraña locura entregado a su propia leyenda de realizador « maudit ». El impide por ejemplo, según Sales Gomes, « que se haga el contratipo de la única copia que existe. Parece como si quisiera explotar el mito de la obra maestra perdida. Cuando la película se desintegre será imposible verificar el entusiasmo de Eisenstein (y de Orson Welles) y su impresión en la Europa hace 20 años ».

Con la llegada del sonido todo el incipiente andamiaje industrial del cine brasileño se viene abajo. De esta crisis tarda bastante en reponerse. El primer género sonoro de éxito es el de la « carnavalada » : « Alô, Alô, Brasil » (1935) de Wallace Downey ; « A voz do Carnaval » (1936) de Ademar Gonzaga ; « Carnaval no fogo » (1949) de Watson Macedo ; « Tico Tico no fuba » (1951) de Adolfo Celli ; « Tudo azul » (1952) de Moacyr Fenelon ; « Guerra ao samba » (1955) de Carlos Manga. Sólo para citar algunas de las más conocidas, pues se calculan en más de 200 películas las realizadas en torno de la idea del carnaval desde 1930 hasta ahora. Son desde luego estas carnavaladas de presupuestos muy pobres, realizadas con el concurso de artistas conocidos de la radio y con el atractivo de 3 o 4 canciones pegajosas. Se trata de un producto de consumo interior de nivel artístico generalmente muy bajo. En la misma categoría se encuentran las numerosas comedias de balompié que es, como es notorio, el deporte número uno

del Brasil : « Campeo de futebol » (1930) de Arruda ; « O goal da vittoria » (1945) de José Carlos Burle, etc. ; o las comedias de estilo de teatro de vaudeville fotografiado como « Maridinho de luxo ».

De estos 20 años (1929-1949), lo único de algún valor es lo que hace Humberto Mauro. « Su vocación técnica —dice Sales Gomez— le permitió absorber lo que hacían los directores extranjeros... pero esto sólo no bastaría. Lo que hace importante su obra es la cualidad brasileña de sus personajes : su sentido del honor, su melancolía, un oscuro pesimismo... » Mauro, que comienza en el mundo, ha dirigido hasta ahora unas 12 películas largas y más de 100 cortas (para el Instituto de Cine Educativo). Algunas de sus películas como « Ganga bruta » (1933) y « Fabela do meus amores » (1935) se cuentan entre los clásicos del cine brasileño.

Claro que, hay que repetirlo, Mauro es un caso aislado y la situación del cine brasileño al final del decenio es desoladora. Por esto quizás resulta precisamente aquel un momento propicio para un cambio : paralelamente el país ha estado viviendo una etapa de renovación intelectual : se ha creado el Museo de Arte Moderno en Sao Paulo y una Bial Internacional, también un Teatro Nacional y una Cinemateca. Algunos industriales « ilustrados » de Sao Paulo se deciden a crear una empresa cinematográfica de categoría : La Veracruz. Esta resulta la mayor aventura industrial emprendida hasta ahora por el cine brasileño. Las intenciones son buenas : dotar al país de un cine avanzado tanto en el orden técnico como en el artístico. La Veracruz construye, pues hacia 1949 unos grandes y modernos estudios y consigue que sea su orientador un ilustre cineasta brasileño que ha hecho su carrera enteramente fuera del país y que es una figura de renombre internacional. En efecto, Alberto Cavalcanti es un hombre bien conocido en Europa, donde ha participado en el movimiento del cine de vanguardia de los años 20. En Francia realiza « En rade » y « Rien que les heures » y más tarde en Inglaterra se incorpora al movimiento documentalista del G.P.O. Después de la guerra, siempre en Inglaterra, realiza varios largometrajes de renombre : « Dead of

Night », « Nicholas Nickleby », « Champagne Charlie », etc.

Con « O cangaceiro », dirigida por un casi desconocido, Lima Barreto, la Veracruz se apunta un gran éxito internacional, el mejor obtenido hasta ahora por el cine brasileño. « O cangaceiro » es una película brillante realizada con brío e inspiración. Barreto descubre además aquí, a la manera de un « western », el banditismo y la violencia dentro del cine latinoamericano. Aunque él, como Peixoto, prácticamente no vuelve a trabajar en el cine, su primera película crea escuela. Con el éxito de « O cangaceiro » y en menor medida de « Sinha Moça » de Tom Payne, todo parece indicar que el cine brasileño está en marcha, cuando sobreviene el « crack » económico de la Veracruz. De las 17 películas que han producido sus estudios, la mayoría han sido de presupuestos relativamente altos para el Brasil y el capital invertido no ha sido recuperado a pesar de los dos éxitos que he mencionado. El sentimiento de derrota de los inspiradores de la Veracruz es grande.

Viene la hora de las recriminaciones. Cavalcanti, por ejemplo, que ha defraudado con sus películas brasileñas « Simao o Caolho » y « O Canto do Mar », cae en desgracia ante la opinión pública y ante los gacettilleros que lo habían calificado de maestro. Una tal Madame Topaze, para citar un caso, dice en su columna del periódico *Ultima hora* de Río: « Este Sr. Cavalcanti es un bluff... No ha hecho jamás películas en Europa como dicen. » Amargado, el realizador de « Rien que les heures » vuelve a « exiliarse » en Europa donde dirige una versión cinematográfica de « Puntilla y su valet Mati » según Brecht. Pero antes de irse declara: « Maldita la hora en que regresé al Brasil... Todo aquí en este nuevo mundo es demasiado viejo. »

La crisis dura unos 7 años, el cine brasileño serio parece que ha terminada de existir para siempre. Pero inesperadamente hacia 1960, un grupo de jóvenes reali-

zadores hace su aparición. Este movimiento del « Cinema Novo » de que he hablado antes tiene un « maestro », Nelson Pereira dos Santos, que ha ofrecido un modelo que seguir con « Río 40 graus ». Se trata de un cine que se inspira vagamente, según los casos, en el neorrealismo o la « nouvelle vague ». Es decir, bajos presupuestos, escenarios naturales, equipos técnicos ligeros. Por la temática es a menudo un cine de actualidad, que observa con inquietud la sociedad y los individuos. Su estilo es nervioso, joven, libre de prejuicios, aunque también vacilante y a veces hasta ingenuo.

De todos estos jóvenes directores —algunos menores de 25 años— prefiero a Ruy Guerra (« Os cafajestes », « Os fuzis ») y a Glauber Rocha (« Barravento », « Deus e o diabo na terra do sol »). Otros nombres que merecen citarse, aunque en algunos casos su obra no se haya todavía desarrollado plenamente, son Paulo César Saraceni (« Porto das Caixas »), Roberto Santos (« O grande momento »), Walter Hugo Khouri (« Fronteiras do inferno »), Roberto Farias (« A cidade ameaçada »), Carlos Diéguez (« Ganga zumba ») y, por supuesto, el inspirador del grupo Pereira dos Santos (« Vidas secas »). Algo aparte del movimiento, pero contemporáneo, está Anselmo Duarte, que obtiene otra vez para el Brasil el Gran Premio de Cannes con « O pagador de promesas », película muy criticada y criticable, pero sin duda con elementos interesantes.

Estos nuevos directores están mejor preparados que los anteriores para cualquier eventualidad. En su caso ya no se trata de grandes inversiones económicas fuera de proporción, sino que hacen el cine que buenamente pueden con los medios que están a su alcance. Uno de ellos, Khouri, expresa en estas palabras la actitud determinada de este grupo: « El director de películas serias es la criatura eraclitiana del cine brasileño, siempre dispuesto a recomenzar y a no detenerse jamás. »

## México y Perú en la tragedia clásica occidental

POR CESAR MIRO

PARA HABLAR de la *Alcira* de Voltaire, digamos mejor, del caso *Alcira* dentro de la producción teatral de su tiempo, sería necesario seguir la trayectoria de su obra anterior. Casi diríamos que no puede explicarse esta tragedia dedicada al Perú, cuya acción se desarrolla en tierras peruanas, en un ambiente de príncipes incaicos y conquistadores españoles, sin haber observado, aunque sea ligeramente, los más importantes temas que se identifican con la *Alcira* en la intención y en el espíritu. En el gran mural de la producción volteriana resaltan, en efecto, las tonalidades, de una extraña sugerencia, de los temas exóticos. Nos encontramos allí con las más opuestas y contradictorias realidades, con los más extraños personajes, con los escenarios más diversos. Contribuye a esta inquietud por los temas universales no sólo la necesidad de abandonar las antiguas limitaciones de la tragedia sino el espíritu mismo de la época. El conocimiento del mundo es todavía imperfecto y lo exótico, lo pintoresco, lo fabuloso conservan todo su sabor. Los libros de relatos sensacionales, el testimonio de los viajeros de la primera hora, el aporte de los cronistas llenan la imaginación del hombre occidental del XVII y el XVIII y todos quieren conocer las legendarias tierras, penetrar su misterio, explicar esos lejanos mundos desconocidos.

De manera especial, el Nuevo Mundo atrae las miradas de las gentes de Europa.

Los cronistas han sido traducidos a diversos idiomas y, en vez de contribuir su testimonio a aclarar los conceptos, se ha creado una imagen bastante arbitraria del continente americano. Las polémicas se suceden y en todas las formas, en todos los géneros de la creación literaria están presentes siempre las tierras donde el mito crece como una planta tropical. El caso de *Alcira* no es sino una muestra de ese interés. Se ha hablado tanto del Perú que Voltaire quiere decir también su palabra. Pero ese interés no aparece en él sino como una consecuencia de su inquietud universalista, característica sobresaliente entre los hombres de su tiempo. Antes de « viajar » al Perú, Voltaire ha incursionado, con su ágil y poderosa imaginación, en otros continentes. Apartándose de los temas rigurosamente vinculados a la tragedia griega, que ya han tratado hombres de la estatura de Corneille y Racine —para no citar sino a las dos cumbres del género en el XVII— y que, prácticamente, han agotado todas las vetas ; saliéndose de la geografía transitada por los dramaturgos de todas las épocas, Voltaire, como muchos de sus contemporáneos, dirige sus pasos hacia el mundo oriental. Los temas relacionados con la vida de los pueblos moriscos, con ese verdadero universo que es la vasta comunidad musulmana, se presentan para él con una atracción extraordinaria. Sus mejores éxitos los obtiene con esas obras donde vibra el espíritu del mundo árabe. Entre todas

las producciones que dedicó a estos temas, *Zaire* sobresale con luz propia y es acaso su mejor tragedia. A ese grupo pertenecen también *Zulime*, *Mahomet*, *Semíramis*, *L'Orphelin de la Chine*. Esa simpatía por los temas orientalistas —que se expresará igualmente en su *Zadig*—, esa vocación por lo exótico, lo conducirá a las lejanas comarcas del Inca, a esa gigantesca isla que Colón imaginaba que eran las Indias encontradas por otros caminos. Porque *Alcira* es, sin duda alguna, de estirpe oriental. Perteneció a la raza de Zulima y de Zaíra, se emparenta con ellas en el espíritu y en el contraste con el alma de Occidente. Por el camino de Arabia, por las rutas del Islam, Voltaire llegará al Perú.

No es extraño que despierte en el filósofo esta inquietud por penetrar los secretos de los pueblos recién incorporados al género humano. Su vocación lo es también de su tiempo. Cuando su brújula busca el norte exótico, ya otros lo han hecho antes que él, otros aventureros se le han adelantado. Es cierto que el aporte de los precursores no ha sido muy grande, sobre todo en el género dramático; pero la experiencia conduce a Voltaire con más precisión a su objetivo. Subsistirán todavía los viejos convencionalismos, la ausencia de un material adecuado para documentar sus creaciones; pero la imaginación suplirá esas deficiencias. Después de todo, la ficción no tiene mayores compromisos con la geografía y con la historia. En realidad, no tiene ninguno. Como no lo tiene en el caso de otros escritores —Montesquieu, por ejemplo— seducidos también por el deslumbrante decorado oriental.

Y es que los temas americanos interesan desde los primeros años del descubrimiento. Se escribe largamente y sin control, se especula con esa otra cara del mundo que había estado oculta y que ahora mostraba su impenetrable y apasionante gesto. Los siglos XVII y XVIII son siglos de viajeros, de cronistas, de piratas, de narradores de hechos muchas veces fabulosos. Tenía que llegar el XIX y nacer Julio Verne para que a alguien se le ocurriera olvidar un poco a los americanos y hacer un viaje a la luna. Ya es bastante riesgoso aventurarse en el Caribe —Germán Arciniegas lo sabe muy

bien—, dialogar con esos hombres desconocidos, dar la vuelta al mundo. Por intentararlo, se comieron los antropófagos a Magallanes. Para dar nacimiento al Imperio Británico lo realizó Francis Drake. También sir Walter Raleigh se dejó seducir por los trópicos y en él se inspiró Voltaire para escribir en *Cándido* el capítulo de El Dorado.

VARIAS PRODUCCIONES TEATRALES, hemos dicho, pueden recordarse como precursoras de *Alcira*. Una de ellas es *L'indienne amoureuse* de Du Rocher, cuya edición de 1635 hemos consultado. En ella, Cleraste y Rodomare, hijos de Almidor, rey del Perú, organizan una flota para ir en auxilio de su aliado el príncipe de la isla de Santa Elena, que se encuentra en guerra civil. Una tempestad arroja los barcos hasta la Florida. Allí, Rodomare, uno de los príncipes, exclama:

*Nuestro Perú no tiene nada igual a estas maravillas  
que encantan mis ojos tanto como mis oídos...*

Por su parte, Cleraste, el otro hermano, se enamora de la hija del rey, Axiane, a quien salva de ser violada por el príncipe de México, al que sorprenden oculto en el bosque y conducen prisionero. Este, enfurecido, hace vestir a su amante Rosamunda las ropas de Axiane para que Cleraste la confunda y crea sorprenderla en un acto de infidelidad. Cleraste, desesperado, se arroja al río. Descubierta Meandro —que así se llama el príncipe de México—, es castigado por su padre. Mientras tanto, Cleraste, a quien las aguas del río han refrescado su furioso ardor, se salva y sale más enamorado que antes. En el acto segundo, aparecen en la corte de Almidor —se supone que en el Cusco—, los embajadores que el inca envía en busca de sus hijos que « desde hace dos meses han dejado esta tierra ». Lo demás es fácil de adivinarse. Se premia la virtud y se castiga el mal. El pérfido Meandro es condenado al fuego y los enamorados, el príncipe del Perú y la princesa de la Florida, se unen en matrimonio.

No hace falta analizar este delirante galimatías en que hay una isla que nos hace pensar en Napoleón, unos incas que tienen

barcos y unos personajes que se desplazan sin dificultad por el continente y se llaman como en los libros de caballería. Tampoco trataremos de averiguar qué hace allí Rosamunda, princesa del Cusco y sobrina de Syname, rey de la Florida, lo que la vincula con los jóvenes peruanos que acaban de llegar. Pero nos sirve para darnos una idea de la imagen que se tenía de las tierras americanas y, en todo caso, de que lo menos importante es tener en cuenta a la historia. Y nos es útil también esta « india enamorada », porque es aquí un personaje femenino el que desempeña el papel principal, como en las mujeres de Racine, y también como en *Alcira* y, además, porque, acaso por primera vez, se confunden en una sola creación dramática países tan distantes como México y el Perú. Este mal ejemplo de Du Rocher lo seguirán otros autores y la confusión será cada vez mayor. Du Rocher no se conforma con fraguar esta descabellada fantasía sino que pone en labios de Cleraste —que pronuncia un largo monólogo antes de arrojar al río— esta impresionante frase : « Que muero porque no muero.. », erigiéndose en pariente cercano de Santa Teresa de Jesús.

Para muestra bastaría con este ejemplo. Pero no es en estas escenas donde Voltaire se inspira y, como en el cine, cualquier semejanza con personajes reales debe atribuirse a mera coincidencia. Porque, pocos años después, aparece otro autor tratando un tema parecido. Esta vez se trata de John Dryden, poeta inglés de abundante producción literaria y teatral. Entre esta última figura *The Indian Emperor*, cuya edición de 1670 nos ha sido posible leer, y que se anuncia como una « continuación de *The Indian Queen* », tragedia de sir Robert Howard con quien Dryden había colaborado, según lo explica en el prólogo. Existe, pues, una conexión entre ambas obras y en el reparto figuran Pizarro y Cortés.

Están nuevamente juntos México y el Perú. Du Rocher, ya lo hemos observado, ha hecho escuela. Así, cuando en *The Indian Emperor* se presenta Cortés ante Montezuma y le entrega las ofrendas que le envía Carlos V, diciéndole que viene en nombre del más poderoso monarca de la tierra, Montezuma responde :

*Algún pequeño príncipe de poca fama  
porque, hasta hoy, jamás escuché su nombre ;  
los dos grandes imperios del mundo que conozco  
son el del Perú y este de México ;  
y, desde que en la tierra no hay otro más grande,  
este Carlos ha de ser algún pobre señor tribu-  
[tario...*

PERO ES CONVENIENTE que digamos algo, muy brevemente, sobre *The Indian Queen* que es la antecesora, según declara Dryden, de *The Indian Emperor*. La reina se había enamorado perdidamente de Montezuma. El desprecio de éste da lugar a que estalle la guerra entre los reinos de México y de Taxalla. Los ejércitos *taxallians* (debemos imaginarnos que se trata de los tlaxcalas) resultan derrotados, muriendo la desairada reina. Pero lo inexplicable, lo desconcertante es que la acción de *The Indian Queen* se desarrolla en el Perú. A pesar de no haber ninguna indicación concreta en ese sentido, vemos que, en la primera escena, dirigiéndose al Inca, dice Montezuma : « Joven y extranjero a tu corte llego... », lo cual nos está indicando que el autor ha querido sugerir que el héroe azteca acaba de dar comienzo a sus hazañas y que, evidentemente, no se encuentra en su país. Además, en el reparto de la obra, a continuación del Inca, figura Montezuma como « su general ». Para recompensarlo por sus victoriosas campañas, el Inca le ofrece presentes que él desdén, proponiéndole finalmente : « Pídemme, entonces, un reino... », a lo cual responde Montezuma :

*No pido imperios que puedo ganar con mi es-  
[pada ;  
pero, por mis servicios pasados y futuros,  
por este de México, que acabo de ganar  
y por los reinos desconocidos que aún conqui-  
[taré,  
sólo pido que los bellos ojos de Orazia  
hagan madurar los frutos de todas mis victorias.*

Orazia es la hija del Inca que, en la intervención siguiente, llama a Montezuma « joven de raza desconocida », negándole la mano de la princesa, para entregársela al concluir la obra, después de haber encarcelado al osado pretendiente.

En *The Indian Emperor*, sin embargo, no figura Orazia y Dryden se encarga en el prólogo de explicar que ha fallecido. Montezuma es ya emperador de México y está

con sus hijos Odmár, Guiomar y con su hija Cydaria. Es muy diferente, pues, la situación si la comparamos con las primeras escenas de la tragedia de Howard y que aparecen un tanto oscuras. No se explica bien cómo, por qué secretas causas, este héroe « de raza desconocida » se encuentra en el Perú y, lo que es más grave, cómo puede haber vencido a los mexicanos en tierras del Inca. Dejemos para otra oportunidad el averiguarlo y digamos algo que nos parece de mayor interés. La obra de Dryden fue traducida al francés por el abate Du Bourg y en ella introdujo muy serias modificaciones. Lo hizo en algunos pasajes del diálogo, alterando en ocasiones el sentido y, por último, nos damos con que, de pronto, aparece en una escena « la sombra de Alcira ». Está también en el reparto, a pesar de que, por lo general, no se acostumbraba incluir a los fantasmas entre las personas vivas. Asimismo, cambió el título, contribuyendo a desorientar al lector y rebautizándola con el de *Montezuma o Hernán Cortés*. Tenemos, de este modo, que Alcira es un personaje de Dryden ! Veamos en qué forma se desempeña en la obra. Al finalizar la primera escena del segundo acto, aparece el fantasma y pronuncia estas terribles palabras : « No esperes, Montezuma, triunfar en tu amor. Sabes que las furias infernales te entregarán pronto a mi rabia. Es el trato que los justos dioses reservan al autor de mi muerte. Yo misma seré tu Furia. Pronto verás el álamo espantoso que señala los límites del imperio de los muertos. Es allí donde te esperaré para apoderarme de tu sombra al pasar. » El trágico anuncio se cumple. Montezuma es torturado y se da muerte a sí mismo. « Muere como rey », dice en las escenas finales. La sombra no vuelve a aparecer.

PARA QUIEN NO CONOZCA sino la traducción del bienaventurado abate, la presencia de Alcira en la obra de Dryden —anterior en tres cuartos de siglo a la de Voltaire— significaría que Voltaire tomó de allí el nombre de su princesa incaica. Sobre todo, si se tiene en cuenta que se inspiró efectivamente en ella. Es preciso, para comprobar el fraude, ir a los originales. Hemos examinado las ediciones inglesas de 1670 y de

1721 y en ninguna de ellas aparece Alcira. Ni siquiera en el reparto se menciona a la sombra. En la acotación correspondiente, Dryden explica : « El fantasma de la reina india se yergue entre los fantasmas con una daga en el pecho » ; pero no se menciona el nombre de Alcira. Tampoco figura en la tragedia de Howard. Al fantasma se le llama, simplemente, fantasma. Y no es otro, como hemos visto, que el de la reina de los tlaxcalas que acusa a Montezuma de ser el autor de su muerte. De otro lado, en el original inglés de *The Indian Emperor* vemos que Orbellan aparece como hijo de la difunta reina, así como sus hijas Almería y Alibech, en tanto que en la versión de Du Bourg se les presenta como hijo e hijas de Alcira. En suma, unas complicadas relaciones familiares de ultratumba imaginadas por el traductor.

El enredo hay que explicárselo de alguna manera. La cosa es, de todos modos, mucho más simple de lo que parece. La edición francesa lleva fecha de 1743 y Voltaire había estrenado su *Alzire* siete años antes. Y entonces resulta que, a la inversa de lo que pensaríamos, es el buen abate quien se ha enamorado del nombre de la princesa, bien que haciendo de ella sólo una sombra. Y esta Alcira apuñaleada nos subleva y nos conmueve. ¿Qué indujo al abate a apropiarse del nombre de la doncella indígena? ¿Pretendió acaso hacer con ello un homenaje a Voltaire o quiso significar, por el contrario, que a los siete años de nacida ya no era Alcira sino un fantasma? El curioso hecho se presta a muy variadas conjeturas. En cuanto a las modificaciones del texto original, diremos con los italianos : *traduttore, traditore*, aun considerando que, después de todo, el delito no ha sido tan grave.

Existe, pues —digámoslo para terminar—, en la creación dramática del XVII y el XVIII sobre temas americanos un convencionalismo que invade hasta episodios pseudo-históricos, distorsionando los hechos, confundiéndolos —México y Perú aparecen tan próximos como España y Portugal— transformándolos. Admitido este criterio, no habría ninguna objeción que hacer. Pero ese convencionalismo no es sino un re-

curso para defenderse de la falta de documentación, por una parte, y, por otra, de la necesidad de proporcionar al público lo que el público desea. Al erudito no le sirve para nada su erudición. La época está saturada de falsas nociones de un mundo remoto y a medias estudiado. Y es explicable que así fuera. Casi diríamos que era lo

normal. No puede sorprendernos que se confunda unos países con otros cuando se está saliendo todavía de la dimensión fabulosa que se ha atribuído a las tierras recién descubiertas. Y América está encerrada dentro de ese círculo mágico donde viven seres monstruosos y gentes aclimatadas en la leyenda.

## *Alcira*

(acto I, escena 1)

Alvarez :

*Del Nuevo Mundo Alcira es la imagen más bella.  
Los inseguros pueblos fijan la vista en ella.  
Todos los corazones con el suyo a Castilla  
Se entregarán y América se pondrá de rodilla.  
La fe echará raíces en el suelo fecundo :  
Vuestra unión es el mundo que atará los dos mundos.  
Estas fieras humanas que odian nuestras leyes,  
Contemplando en tus brazos a la hija de sus reyes  
abatirán su orgullo, depondrán su fiereza  
y bajo el feliz yugo doblarán la cabeza.  
Gracias al dulce lazo, la tierra americana,  
española será, hijo mío, y cristiana.*

VOLTAIRE  
(Trad. C.M.)



# Los artistas latinoamericanos frente a las actuales tendencias plásticas

POR DAMIAN CARLOS BAYON

¿EN QUÉ ESTÁ el arte del mundo en 1965 y cómo se puede caracterizar a los latinoamericanos frente a las últimas tendencias? Esa tarea de balance es la difícil empresa que se espera de mí para este centésimo número de *Cuadernos*.

Echemos primero una ojeada al arte actual del mundo, para fijarnos después con más detalle en el de los latinoamericanos. Nadie puede dejar de reconocer que en nuestros días siguen todavía vigentes la mayoría de las especulaciones plásticas del último siglo. Para simplificar, vamos a entrar en el juego de las denominaciones populares, dividiendo el arte actual en dos grandes apartados: el figurativo y el abstracto. Dentro de la figuración hay toda la gama que va desde los pintores que se aferran a una visión pedestre de la realidad a los que como Picasso —aun en vida y dando que hacer— deforman para traspasar su imagen del mundo. A su vez, entre estos firmes partidarios de la figuración los hay también de dos grupos, a veces antagónicos, a veces confundidos dentro de un mismo artista: los comprometidos políticamente y los que quieren mantenerse libres a todo precio. La figuración tradicional tal como la entendió el siglo pasado cuenta con pocos adeptos de verdadero valor hoy día. Entre ellos los que más se justifican son, precisamente, los comprometidos que persiguen deliberadamente un realismo social, que esperan pueda ayudar al hombre en su lucha contra la injusticia.

Son los que llamo figurativos libres los que poseen, no obstante, una calidad pictórica o escultórica mayor. No se puede decir que el arte comprometido sea malo *a priori* —¿no lo era acaso el arte religioso y civil de la Edad Media y del Renacimiento?—, pero lo cierto es que en el contexto de nuestra época parece que los contenidos con un « programa » no se llevarán bien con la plástica que más nos interesa. Es decir, en otras palabras y como lo creía el gran esteta argentino Luis Juan Guerrero (1): el arte de nuestros días se ha liberado al fin de todas las motivaciones que lo justificaron en el horizonte de la Historia. Si hay que hacer la revolución habrá que hacerla en el plano práctico del libro de ideas, del ensayo e incluso del panfleto. Nadie cree —ni los mismos interesados—, en la experiencia de una revolución social meramente plástica. Hay excepciones ilustres: supongo que el lector piensa como yo en la increíblemente eficaz pintura que es la *Guernica* de Picasso...

Es, sin embargo, en el arte abstracto donde se ha producido la gran catarsis de la mayoría de los buenos pintores del mundo que hoy tienen entre treinta y sesenta años. También en esta zona voy a aceptar la división un tanto vulgar —pero que tiene la ventaja de ser clara—, entre artistas abstractos sensibles y abstractos constructivistas. Tienen unos y otros en común haber

(1) Luis Juan Guerrero: *Estética operatoria*, Buenos Aires.

vuelto, en cierto modo, a las fuentes de toda plástica, especulando alternada o simultáneamente sobre la línea, el color y la materia que forma el cuerpo del cuadro o de la escultura.

Los que he llamado sensibles —para entendernos— pueden ser moderados y conformarse con refinar mucho su arte en una de las direcciones apuntadas ; o pueden ser unos expresionistas que trazan grandes « signos », que persiguen el « gesto » o que insisten en comunicarse con sus semejantes a través de la « materia » que acumulan y modelan como escultores de relieves, o que deshacen teniendo como ideal, no la forma, sino el informalismo.

Los constructivistas también son de dos órdenes : quienes se contentan con experiencias ópticas en el plano y los que, por el contrario, buscan su expresión por medio de la tridimensionalidad. Los que no sólo cuentan con el espacio, sino con el tiempo, con el dinamismo y con los materiales y las técnicas nuevas.

Sería injusto no hablar aquí de una serie de artistas de nuestros días que son el curioso resultado de antiguos movimientos un tanto literarios como Dadá o el surrealismo, pero que tienen también mucho de expresionistas y que a veces se proponen construir objetos en el espacio. Entre ellos se pueden incluir las tendencias de la neofiguración —la que los italianos llaman el neodadá— y el reciente pop-art norteamericano que no ha terminado aún de pasar.

\*

Veamos ahora más concretamente cómo los latinoamericanos se insertan bien o mal en este casillero un poco estrecho que he dibujado, arbitrario como todos los casilleros me apresuro yo mismo a decirlo. No hay figurativos puros tradicionales de valor, pues el movimiento parece haber sido definitivamente superado. Quedan en cada país algunos grandes artistas que realizaron un desarrollo paralelo a los movimientos de Europa ; quizá el más ilustre venga de la Argentina y pienso en Emilio Pettoruti, actualmente radicado en París.

En lo que he llamado figuración con contenido social, puede decirse que cada zona cultural afronta el problema de manera distinta. El gran movimiento fue sin duda el

mexicano y estuvo representado por esos dos grandes pintores que fueron Diego Rivera y José Clemente Orozco, que en cierta manera continuó el brasileño Cândido Portinari. Esa gran época tuvo quizá su razón de ser hacia los años treinta y cuarenta de nuestro siglo. Quedan en cada país grupos sinceros que trabajan dentro de esa línea, como los que en Buenos Aires forman el grupo Espartaco. Desgraciadamente la injusticia social constituye el telón de fondo sobre el que se recorta en tintas sombrías toda la actividad vital latinoamericana. De ahí, pues, la permanente tentación para todo espíritu joven y noble de querer —o de haber querido al menos una vez en su vida— denunciar el escándalo tratando de « arreglar el mundo ». Quiero decir con esto que hasta hace unos años la mitad por lo menos de los artistas interesantes y responsables se han sentido comprometidos en algún movimiento de reivindicación social.

En contra de mi costumbre tomo un ejemplo de mi propia experiencia. Después de haber vivido casi toda mi vida en Buenos Aires o en París, durante cuatro años —de 1954 a 1958— tuve la oportunidad de ser profesor de Historia del Arte en la Universidad de Puerto Rico. Debo reconocer que el « caso » plástico puertorriqueño no dejó de interesarme sobremedida como un fenómeno cultural que no hay que perder de vista cuando se habla de América Latina. Casi todos los artistas estaban embarcados sinceramente en lo que podríamos llamar la « pintura social ». Y en una oportunidad en que fui jurado de un concurso, debí luchar para que no prevalecieran los criterios de mero « contenido » sobre los de índole estrictamente plástica. Ahora bien, por influencia de otro profesor que no era crítico como yo, sino pintor surrealista, toda la pintura de Puerto Rico que no se inclinaba al « realismo socialista » se volcaba al antipódico surrealismo. Sin duda como escape violento y para huir de la servidumbre de la conciencia social.

Cuando yo llegué hace ya once años me convertí, casi sin quererlo, en el propagandista de la « buena nueva » que entonces no era otra que el llamado arte abstracto. Yo tenía cuadros, libros, reproducciones y —quiero suponer— una buena persuasión de profesor y de amigo. Culturalmente ha-

blando, si el profesor español de que he hablado despertó a los puertorriqueños al surrealismo, no hay duda de que yo —y eso con toda modestia y objetividad— lo hice con respecto al arte abstracto. El episodio me enseñó mucho porque me sirvió de demostración empírica de algo que yo sólo sabía teóricamente : que cada región cultural del planeta « vive » un momento del desarrollo de las formas, sin que eso suponga en absoluto retraso en otros planos ni tampoco imposibilidad de acceso a las nuevas interpretaciones de la realidad.

Volviendo a la generalidad del tema, si hoy la pintura comprometida socialmente no parece tener la vigencia de hace veinte o treinta años no es tanto porque los problemas de base hayan desaparecido, sino sobre todo porque el hombre moderno los encara de otra manera. Nuestro siglo, en contra de lo que ocurría en el anterior, no quiere que lo adoctrinen. El público lector o espectador prefiere la fábula sin la moraleja. Ni siquiera soporta que le digan dónde está el bien y dónde el mal. La conclusión la quiere sacar él, que no se considera ya un niño, sino un adulto en la plenitud de su juicio.

Hay una salida, sin embargo, que empalma con el movimiento de la neofiguración : es el de los artistas que han sabido presentar su descontento político y social bajo formas caricaturescas o tiernas, un *castigat ridendo mores* que hace rechinar los dientes más que gritar de horror.

Antes de entrar en la abstracción, que supone otros problemas, convendría que nos ocupáramos precisamente de esa otra escuela que acabo de mencionar : el surrealismo. Si siempre se le puede reprochar a esta tendencia sus orígenes decididamente « literarios », no cabe duda de que su revaloración del elemento irracional, maravilloso, onírico no puede dejar de conmover a una importante fracción de los artistas latinoamericanos.

En cierto modo, además, siendo el surrealismo el « descubridor » de América Latina en el plano de la cultura europea, justo es que muchos escritores y plásticos de nuestro continente se hayan convertido de jóvenes a los credos surrealistas y les guarden fidelidad a través de los años.

Artistas tales como el chileno Matta o

el cubano Wifredo Lam se consideran y se han considerado siempre como surrealistas. Entre los ingredientes de un honesto surrealismo latinoamericano puede haber una exaltación de valores indígenas locales o de folklore negro importado hace ya varios siglos. No hay receta fija ; se podría decir que cuando el artista tiene una gran fuerza de expresión consigue arrancar de una realidad medio vivida, medio soñada, los elementos con que componer su imagen « surreal » del mundo.

En general eso ha ocurrido en pintores o escultores fuertemente europeizados ; el latinoamericano se siente demasiado urgido por problemas que siente a la escala continental para encerrarse en algo que —con toda razón— le parece libresco y culterano. Hay ahora, sin embargo, posiciones intermedias sensibles e inteligentes como la del mexicano Gironella, que practica una especie de pop-art histórico-surrealista cuando pinta su serie de interpretaciones de Velázquez, un Velázquez « en descomposición », diríamos, en que infantas, enanos, perros quedan evocados por inedio de objetos pegados al cuadro, lo que les confiere una cualidad de cosa viva, improvisada y misteriosa como la visión de un desván en poder de las telarañas. Algo semejante ha hecho el argentino Antonio Berni, pintor social que últimamente se ha dedicado a unos gigantescos « collages » irónicos y tiernos en los que denuncia la sordidez de las existencias humildes. Como vemos, con los elementos básicos el artista latinoamericano trata de « encontrarse » y de justificar su presencia en el mundo...

Quedan artistas que aluden a la figura sin que se los pueda catalogar en ninguna categoría de las tratadas hasta ahora. Pienso, en el plano de los muy conocidos, en el mexicano Rufino Tamayo que supone —en comparación con sus mayores Rivera u Orozco— un paso más adelante en la depuración de un indigenismo sublimado. Otros jóvenes artistas de su país, como Rodolfo Nieto o Francisco Toledo, lo siguen en esa empresa. En el plano de la escultura tal podría ser el caso del cubano Agustín Cárdenas, cuyas tallas en madera o en piedra parecen siempre transposiciones muy libres a partir de imágenes negras pasadas a través del tamiz americano.

Sin embargo fuerza es reconocer que la mayoría de los artistas latinoamericanos han actuado en estos últimos veinte años desde las filas de la abstracción. Ya en otra oportunidad (2) he desarrollado la teoría que explica el perfil *sui generis* del arte de América Latina. Creo, en efecto, que desde las culturas indígenas principales se diseñaba un carácter de « violencia contenida » que la colonización española primero, el aporte negro después, y, por último, la mezcla heterogénea de la inmigración mundial no iban sino a confirmar. Ni la serenidad del arte griego clásico o de la escultura khmer, ni tampoco el expresionismo incontrolado del norte de Europa o de los Estados Unidos, pueblos inhibidos y con dificultad en la comunicación.

Llevado esto al terreno contemporáneo es fácil comprender que la línea más típica de los artistas latinoamericanos sea lo que se ha dado en llamar el expresionismo abstracto, que —agrego yo— no reviste nunca formas tan agresivas como las de otras culturas contemporáneas. Unos mediante grandes planos coloreados, otros por grandes gestos liberadores, otros por remolinos de pequeños puntos que crean galaxias imaginarias, otros en fin pour una materia obsesiva, puede decirse que un gran sector de los abstractos sensibles —hay los otros constructivistas— han reintegrado a la plástica sus vivencias de un continente en que todo es excesivo : demasiado grande o despoblado, o caluroso o frío, o exuberante o enrarecido hasta hacerse irrespirable. Un continente telúrico por excelencia y que en el plano de la poesía han cantado admirablemente, en el sur, Pablo Neruda, y en el norte, Octavio Paz.

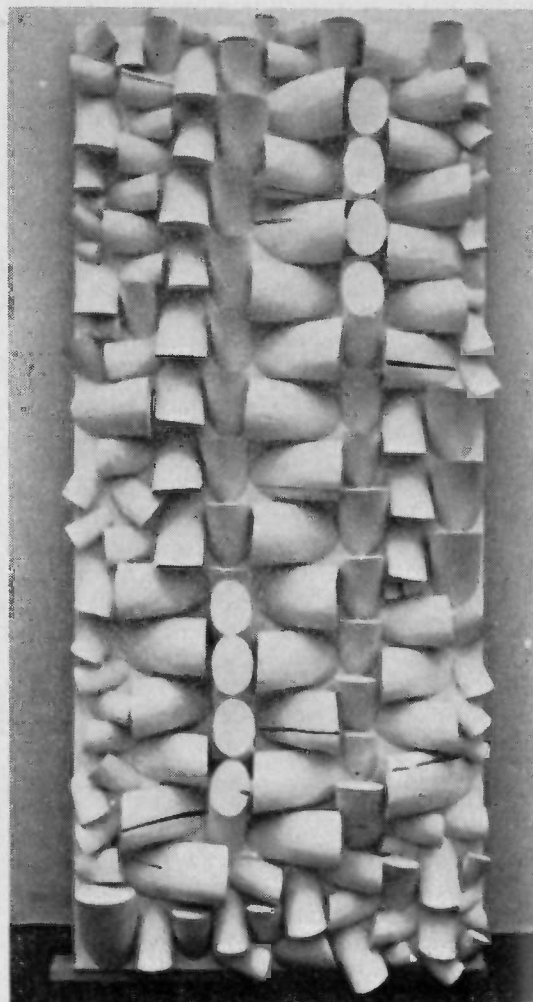
En el plano de la escultura hay que citar dentro de esta tendencia a la argentina Alicia Penalba, premiada en San Pablo y uno de los escultores más interesantes del momento. Su inspiración es abstracta, su técnica es la tradicional del modelado en arcilla con vistas a pasar al bronce definitivo. Otros artistas, en cambio, sueldan, forjan. Entre ellos hay que nombrar al peruano Alberto Guzmán y al argentino Leonardo Delfino. A mitad de camino entre la

figuración y la abstracción hay también en la Argentina un gran creador de volúmenes encerrados por planos o por curvas : el escultor y dibujante Líbero Badii.

Entre los pintores son muchos y muy buenos los expresionistas abstractos : los chilenos Nemesio Antúnez y Enrique Zañartu ; los brasileños Bandeira y Cicero Dias ; los cubanos Castaño y Mariano ; el colombiano Alejandro Obregón ; el venezolano Oswaldo Vigas ; los argentinos Sakai, De Juan, Hernández... por no citar sino unos pocos nombres y pidiendo perdón anticipado por las involuntarias omisiones.

Pero la abstracción latinoamericana ha conocido también desde hace mucho la otra

SERGIO DE CAMARGO : « RELIEVE »



(2) D.C. Bayón : « Ensayo de caracterización de una plástica », *Diógenes*, n° 43, julio 1963.

cara de la moneda. En efecto, hace ya veinte años que los argentinos —apasionados de perfección— habían aprendido la lección de los holandeses del grupo De Stijl y de su continuador el suizo Max Bill. La primera manifestación que se produjo en Buenos Aires fue un movimiento que los artistas que lo practicaban bautizaron de « concreto ». Esos pintores, Hlito, Fernández Muro, Sarah Grilo —entre otros—, han seguido su trayectoria y continúan hoy en posiciones abstractas, menos intransigentes sin embargo que en un principio. La segunda generación argentina de esa tendencia se sintió muy influida por las búsquedas ópticas del húngaro-parisiense Vasarely. Los más atrevidos de entre ellos —como Le Parc y Sobrino—, vinieron directamente a instalarse en París, donde han formado con franceses y otros sudamericanos un grupo conocido bajo el nombre de « Recherche d'art visuel », que acaba de exponer con éxito en Buenos Aires y Nueva York. Los otros constructivistas, entre los latinoamericanos, son especialmente artistas de Venezuela: Soto y Cruz-Díez, que expusieron en el pabellón de su país en la XXXI Bienal de Venecia.

Llegamos ahora a otra forma de arte actual que cuenta con muchos adeptos en América Latina, sobre todo en Buenos Aires, que es indiscutiblemente el gran centro artístico del hemisferio sur. Me refiero a la neofiguración, en que la caricatura se confunde con la crítica social y que en cierto modo podría parecerse, por su intención disolvente, al actual « teatro del absurdo » que practican grandes escritores como Beckett o Ionesco. Plásticamente hablando, el antepasado —aún en plena productividad— es el inglés Francis Bacon, uno de los pintores actuales que primero se propuso degradar la figura humana creando un universo de desolación y de horror. También tienen de aquel gran dibujante alemán que se llamó Grosz y del genial caricaturista Saúl Steinberg, rumano de nacimiento y norteamericano de adopción. De sus mundos violentos y críticos emergen hombres y mujeres que se nos parecen en lo que tenemos de « robots », de muñecos atropellados por una vida cada vez más rápida en la que todo es gigantesco: la técnica o la injusticia.

De esa pasta, precisamente, quisieran estar hechos estos jóvenes rebeldes, esta « angry-generation » latinoamericana cuyo rugido se resuelve por último en una gran carcajada. Porque aunque estén furiosos no pueden evitar el ser jóvenes, estar fascinados por el espectáculo de la vida, y sus cuadros y esculturas parecen « juguetes rabiosos » —como en el título de Roberto Arlt—, en que las formas agresivas y los colores detonantes tienen algo de los cubos multicolores que apilan los niños desafiando las leyes de la gravedad, la gravedad en el doble sentido del término.

En la escultura pasa aproximadamente lo mismo. Al lado de los que siguen modelando o tallando dentro de las técnicas tradicionales, están también los que sueldan, forjan, vinculan entre sí materiales heterogéneos como el brasileño Sergio de Camargo, cuyos relieves obsesivos constituyen en sí mismos una afirmación de violencia; o la argentina Marta Minujín, que acumulando cajas o colchones crea unos alarmanes conjuntos que no se apartan, sin embargo, de la estricta definición de lo plástico.

\*

¿Cómo calificaríamos, en última instancia, la contribución del arte latinoamericano al arte del mundo? Creo que no hay que olvidar que vivimos ahora un momento diferente del que conocimos entre las dos guerras. No encontramos ahora nombres tan grandes como el de Matisse o Picasso y que llenen de tal modo la época. Sencillamente no los hay o no los conocemos. En cambio el mundo entero está repleto de artistas, de muchos millares de hombres y mujeres que tratan de expresarse y de expresar la época en que a todos nos ha tocado actuar.

Si dentro del panorama mundial hay que reconocer que Francia o Italia han perdido, en parte, el papel de primer orden que tuvieron dentro de la plástica del siglo XIX y lo que va del XX, aparecen en cambio ahora países que como Holanda, Alemania, Inglaterra o España parecen dispuestos a lograr una gran época dentro de su arte.

En cuanto a América puede decirse, literalmente, que arde de un polo al otro y se agita artísticamente bajo todos los signos conocidos y los por inventar. Canadienses

y norteamericanos han influido gracias a una docena de grandes artistas y el foco que constituye una ciudad como Nueva York, mercado a la escala de una moneda fuerte y de un pueblo que quiere interesarse en los valores espirituales después de haber sido tachado de materialista durante mucho tiempo.

Pero yo diría que, teniendo en cuenta la precariedad de los medios, es más impresionante aún la actividad plástica de los latinoamericanos. Desde México a Chile hay una efervescencia auténtica. Con esta particularidad que países fundamentalmente « literarios », como por ejemplo lo han sido hasta ahora el Perú, Venezuela y la Argentina, están también empezando a « encontrarse » en el campo ilimitado de la plástica. Hay nuevos nombres que surgen

permanentemente, una gran actividad no sólo en la Bial de San Pablo y en los premios que se atribuyen en Buenos Aires o en Córdoba. También los latinoamericanos empiezan a influir con su presencia, con su anticonformismo, en ciudades tales como Nueva York o París a donde van a aprender o a radicarse.

En el momento en que saliendo a la conquista del cosmos el hombre se apresta a otras experiencias inesperadas, el planeta se reduce ; nuestra Tierra se transforma en una esfera casi doméstica y familiar. Dentro del internacionalismo cultural que nos proporcionan hoy los prodigiosos medios de difusión, estoy firmemente persuadido de que los artistas latinoamericanos son quizá los que tienen una palabra más urgente y más elevada que decir.

ANTONIO BERNI : « GRABADO »



## Gutenberg, Bolívar y David d'Angers

POR GABRIEL GIRALDO JARAMILLO

**G**UTENBERG Y BOLÍVAR, representantes de dos épocas y dos mundos diferentes y distantes, sin vinculación aparente entre ellos, se hallan unidos sin embargo en la obra de un escultor que quiso perpetuar en el bronce no sólo al inventor de la imprenta, sino a quienes supieron emplearla para bien de sus pueblos.

El monumento que por suscripción popular se levantó en Estrasburgo a Gutenberg asocia con noble espíritu de justicia a los que pueden considerarse como la estirpe intelectual del insigne magunciano, a los artistas, escritores, hombres de Estado que han hecho de la imprenta el instrumento por excelencia de la educación y de la libertad.

Cuando la ciudad de Estrasburgo quiso rendir homenaje a quien como hijo suyo adoptivo cumplió la mayor empresa de la historia de la cultura, buscó naturalmente al escultor que en aquellos días reflejara en forma más justa y elocuente el espíritu nacional. La elección recayó en David d'Angers que se encontraba en uno de los momentos más brillantes de su vida de artista, admirado por el vigor y la elocuencia de su obra, respetado por la dignidad de su propia condición humana, solicitado por gentes de muy diversos países, cantado por los poetas, cuya figura resumía, en fin, los valores más altos del alma francesa.

Hijo de un escultor en madera, el artista nació en Angers, realizó estudios en París bajo la dirección del pintor Jacques Louis

David, recibió una fuerte influencia neoclásica, trabajó en Roma y en el curso de su vida viajó ampliamente por Europa. Entre sus amistades se contaron las personalidades más representativas de su época: estadistas, escritores, artistas, militares y científicos.

David d'Angers fue un trabajador insigne que vio compensados todos sus esfuerzos. Conoció la gloria y, lo que es quizás más valioso, el aprecio y la comprensión de sus contemporáneos. A pesar de los elogios que le tributaron y del entusiasmo de sus admiradores —Víctor Hugo y Sainte-Beuve, entre otros— fue, como dice justamente Paul Vitry, un artista laborioso y reflexivo, un hombre del justo medio, colocado entre la sabiduría clásica y la fuga romántica. Estas dos corrientes determinan su obra y explican también su eco enorme, su larga trayectoria, su prestigio un poco olvidado ya, pero también lo que de ella resta como valor perdurable.

Los temas de David d'Angers conservan su grandeza inmanente, su fuerza absoluta, su poder evocador. Y los personajes que plasmó en el mármol o el bronce fueron en su mayoría figuras de primer orden que han cobrado con el tiempo, podríamos decir, perfiles definitivos, relieve intemporal. Y que tienen además dimensiones internacionales pues su tarea escultórica se ejerció sobre hechos y personajes de varios continentes y de muchas naciones. El monumento a Gutenberg es una síntesis de ese raro sentido de lo universal.

Quizás ninguna otra obra de arte fue inaugurada con mayor esplendor, con tanto entusiasmo y espontáneo fervor como esta estatua que consagraba en tierra extranjera la efigie de un hombre ajeno a la política, a las armas, a las grandes empresas heroicas. De un artesano, casi un obrero, que con sus propias manos construyó unos tipos de madera, los dispuso ingeniosamente, perfeccionando una técnica y lanzando al mundo uno de los instrumentos más eficaces, más revolucionarios, más fecundos de la Historia.

Tres días, del 24 al 26 de junio de 1840, duraron las celebraciones a las cuales asistieron delegados especiales venidos de Estocolmo, Madrid, Dresde, Worms y hasta del Brasil aparte de los representantes más sobresalientes de las letras francesas. Estrasburgo organizó cortejos y banquetes en los que se pronunciaron discursos y se recitaron poemas. Fue la fiesta de la inteligencia, de la libertad, de la cultura: en una palabra, de la imprenta.

En un dibujo de su mano, David nos da su propia sencilla descripción del monumento: « Gutenberg sobre un pedestal, una imprenta a su lado. Tiene los dos brazos extendidos y en sus manos hojas impresas que reparte a los pueblos. Estos figuran en los relieves del pedestal. En el del frente los europeos rompen los hierros de los esclavos negros y les ofrecen libros. América, apoyada sobre su bandera, contempla a sus felices hijos. Polonia levanta su sable y lo mismo hacen Hungría e Italia. A cada lado dos figuras arrodilladas representan a Asia y Oceanía. »

En los cuatro relieves se muestran los beneficios de la imprenta simbolizados en los personajes que han desempeñado un papel histórico importante en los más variados campos de la actividad humana, tanto en la Europa del Renacimiento y del siglo XVIII, como en Oriente y en el Nuevo Mundo.

Sobresalen los perfiles de los humanistas y científicos como Erasmo, Bacon, Copérnico y Galileo; los pintores Rafael y Dürero; los poetas Tasso, Milton, Shakespeare; Corneille, Camoens, Cervantes, Goethe, Schiller; los filósofos, matemáticos y naturalistas: Descartes, Spinoza, Leibnitz,

Kant, Hegel, Newton, Volta, Buffon, Fermat, Papin.

Asia está representada por Buda, Confucio, Mahmud I, William Jones, Anquetil-Duperron, Rah-Maun-Ray y el orientalista Théodore Pavie enseñando a leer a un grupo de niños; Africa ofrece una escena de negros esclavos cuyas cadenas son rotas, o de padres que reciben a sus hijos, y a quienes rodean los grandes líderes de la lucha antiesclavista: William Royes, Thomas Clarkson, Condorcet y el abate Grégoire.

Rodeando una prensa aparecen los precursores de la Independencia, los libertadores, los constructores de América: Franklin, Washington, Lafayette, Jefferson, Adams, y en forma muy destacada, en actitud paternal ante su pueblo, Simón Bolívar.

Espíritu romántico, enamorado de la libertad y del progreso, David d'Angers se sintió atraído por el Nuevo Mundo y manifestó en repetidas ocasiones su interés y simpatía por las gentes americanas.

Bien conocidos son sus perfiles de Bolívar y del general Santander, que se cuentan entre las más afortunadas interpretaciones iconográficas de los libertadores de Colombia. Filadelfia conserva una estatua de bronce de Jefferson, en el salón central del Senado en Washington se encuentra un colosal busto en mármol de Lafayette y en Nueva York otro de Fenimore Cooper. En el parlamento de Haiti un busto del abate Grégoire recuerda al apostólico defensor de los esclavos.

David d'Angers tuvo una estrecha amistad con el barón de Humboldt, que fue en cierta manera el introductor de muchos personajes hispanoamericanos en Europa. Recordando esas relaciones, le escribe Humboldt a la esposa de David, al darle su pésame por la muerte del artista: « Me siento conmovido hasta las lágrimas cuando recuerdo esa fresca de ideas, esa resignación noble y filosófica que animaba su espiritual conversación cuando tuve la alegría de abrazarlo la última vez a su paso por Berlín. » El interés de David por América puede explicarse fácilmente por las cordiales relaciones con Humboldt. El sabio alemán cumplió una especie de permanente misión americanista contagiando a

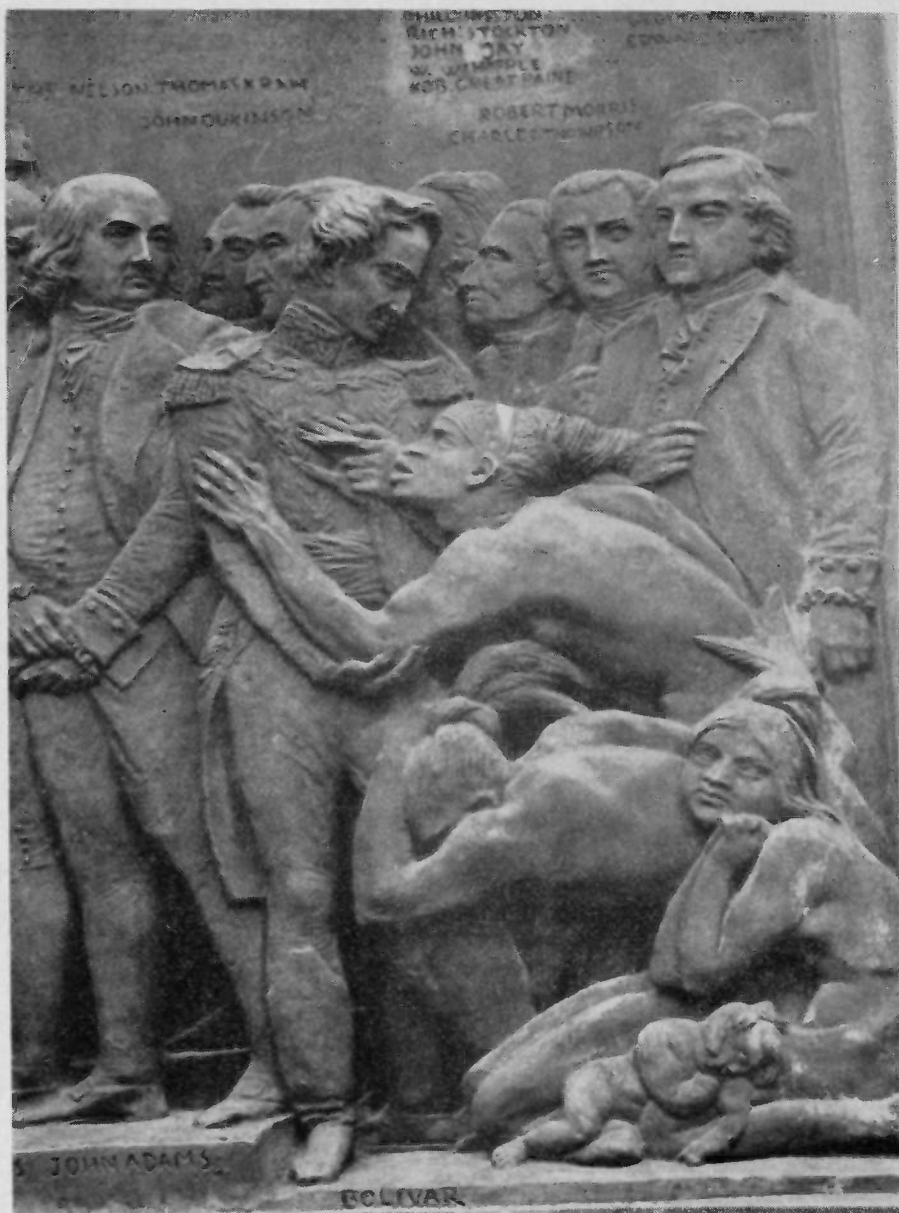


sus amigos del entusiasmo que nuestros países le inspiraron, exaltando no sólo las riquezas naturales y las posibilidades económicas, sino los valores puramente intelectuales, como lo expresa con tanta elocuencia en las páginas de *Cosmos*.

Fue un amigo y discípulo de Humboldt, el naturalista e historiador Joaquín Acosta, quien estableció el contacto directo entre David d'Angers y los colombianos: A él

se debió el medallón del Libertador y muy probablemente el conocimiento que el artista tuvo de la significación de Bolívar en la independencia americana.

El general Santander tuvo relaciones personales y directas con David, que lo distinguió mucho durante la estancia del primero en París. En el *Diario de viajes* escribe Santander con fecha 5 de marzo de 1830: «Visitamos los Acostas, Santa-





maría, el general Morán y yo el taller del famoso escultor David, miembro del Instituto; estaba concluyendo la estatua de cuerpo entero del general Foy; vimos las del obispo Grégoire, de Fenelon, de Lafayette, de Gohier, de Rossini y otras. El trabajo estatuario empieza en barro, luego en yeso y después en mármol. David me hizo mil cumplimientos, diciéndome que haría mi estatua porque se complacía en trabajar las de los grandes hombres.»

David no sólo rendía homenaje a extranjeros ilustres, sino que les obsequiaba con sus propias obras. Don Joaquín Acosta nos dejó testimonio de la generosidad del artista en carta que le dirigió desde Bogotá en 1833: «Votre caisse de bustes n'est pas encore arrivée, mais je vous remercie beaucoup de cette nouvelle marque d'amitié.»

Los medallones que se conservan de Bolívar y Santander, trabajados por David en 1830 y 1832, corresponden muy exactamente por su carácter y nobleza de líneas al elogio que Víctor Hugo hiciera a David en sus *Feuilles d'Automne*:

*Sous les traits d'un grand homme à lui,  
Lorsqu'à tes yeux une pensée  
Tu la fais marbre, elle est fixée,  
Et les peuples disent: c'est lui!*

El monumento de Estrasburgo no sólo es un vínculo artístico entre Europa y América, sino que recuerda lo que para uno de los escultores más ilustres del siglo pasado significó la obra del Libertador, digna de figurar entre las más nobles empresas de la Historia. Quizás David d'Angers no conoció la frase de Bolívar «la imprenta es tan útil como los pertrechos», pero sí adivinó su genio y admiró su contribución decisiva a la conquista de la libertad humana.

INTERIOR DE LA IGLESIA SAN AGUSTÍN  
DE BOGOTÁ (FOTO GERMAN TELLEZ)





PATIO DE LA CASA DE LA HACIENDA « FUSCA » (FOTO GERMAN TELLEZ)



# Relato de la arquitectura colonial en Colombia

POR GERMAN TELLEZ

CUANDO, A PARTIR DE 1810, una serie de hechos históricos determinó la independencia del territorio conocido como el Virreinato de la Nueva Granada, es decir, su separación política de la Corona de España, el desarrollo de la arquitectura en lo que terminaría siendo la República de Colombia, lentamente hizo alto. En no más de tres decenios, todas las tradiciones de la construcción, de la estética, establecidas a través de trescientos años de gobierno colonial hispánico fueron primero degradadas y luego desechadas por completo. La amnesia arquitectónica colombiana resultante, tomada en sus términos generales, creó por lo tanto un abismo histórico que ya no podría ser franqueado, y lanzó nuestra arquitectura colonial al abandono y al olvido. No debemos, entonces, sorprendernos de que, lo que llamamos «arquitectura contemporánea», en Colombia, haya nacido en un vacío cultural, ignorante y desdeñosa de su pasado, como si nada hubiera existido en nuestro país con anterioridad a lo «moderno».

Hace apenas unos años —muy pocos— ha surgido un cambio a ese respecto. El interés consciente por nuestro pasado arquitectónico ha traído consigo un redescubrimiento de la arquitectura colonial, y así, su belleza y personalidad están siendo devueltos a la realidad nacional y revalorados en su justa dimensión crítica. Nuevamente estamos aprendiendo sus ásperas y conmovedoras lecciones de fe y verdad arquitectónica.

En temprana época del siglo XVI, la conquista épica del Nuevo Reino para la Corona de España tuvo su fase colombiana. La situación geográfica de la Nueva Granada, al extremo norte de la Tierra Firme contribuyó poderosamente a atraer los hazañosos grupos de españoles que vinieron a ella tras El Dorado, el sueño Dorado. Y desde las junglas tórridas a nivel del mar escalaron los Andes y hallaron a dos mil quinientos metros de altitud llanuras y mesetas de tal modo similares a Castilla y Aragón y, otras veces, Andalucía, que quizás entonces se detuvieron y comenzaron a fundar ciudades. Desde allí, sabían, debería gobernarse tan insólito país... Cuando los conquistadores envainaron sus espadas y empuñaron escuadras y plomadas de albañil, la historia de la arquitectura en nuestra tierra realmente comenzó.

Las ciudades fundadas en la Nueva Granada durante la primera mitad del siglo XVI por los españoles marcan esos años como el lapso durante el cual el proceso de Conquista pasó al de control político y espiritual del país y los naturales. Cualquiera que hubiese sido el oficio y el talento de los soldados y los frailes que con ellos marchaban, no cabe duda de que fueron siempre urbanistas y constructores innatos. Con mano tan firme y tan diestra como la del legionario romano, cumplieron las propias leyes del Rey: «...Trácese las ciudades en orden...» Orden quería decir: una red ortogonal, lógica, precisa, hermosa, de calles estrechas que nacían

de las cuatro aristas de una plaza principal, en la cual se localizaba, desde luego, la iglesia.

Una completa comprensión del proceso colonial que tuvo lugar en la Nueva Granada no puede lograrse sin tener en mente la doble finalidad de los conquistadores: no bastaba el control económico y territorial. Los nativos debían ser también convertidos a la fe católica. Así, las arquitecturas religiosas y civil surgieron paralelamente en estas primeras aglomeraciones urbanas: si la Plaza Mayor, adecuada para toda actividad cívica y comercial, fue una obra maestra de diseño urbano, y llenaba con gracia y adecuación las funciones variadas a las cuales se le destinaba, la iglesia, colocada en el más favorable de sus lados, era siempre la edificación más vistosa de la ciudad. Los componentes orgánicos de la plaza incluían elementos tan lógicos como las arcadas —descendientes americanas de las «stoas» griegas—, edificadas para llenar las mismas necesidades que tan funcionalmente albergaban sus ilustres predecesores mediterráneos. En Cartagena, en Leiva, en tantos pequeños poblados de Boyacá y Cundinamarca sirven aún como lugar de reunión, a la vez que constituyen una protección contra la lluvia o el sol, y desafían a los urbanistas modernos a encontrar una solución arquitectónica que sea medianamente tan bella y funcional como ellas.

El proceso histórico que siguió a la primera mitad del siglo XVI requiere una explicación étnica para ser plenamente entendido: la actitud racial de los colonizadores hispánicos engendró una situación que aún confunde a más de un avezado crítico contemporáneo. La mezcla de las sangres ibérica y nativa dio lugar a la aparición de nuevos elementos humanos: los mestizos, los criollos, el «español de allende el mar». Gradualmente su presencia se haría sentir en la economía y la política coloniales, así como en la arquitectura doméstica y civil de los dominios americanos de España. Su existencia y su labor permiten vislumbrar respuestas más coherentes respecto de las diferencias entre la arquitectura de la Madre Patria y la de sus colonias.

¿Cómo y dónde surgió la arquitectura

colonial neogranadina? Convendría inicialmente establecer que no es posible la determinación de una cronología precisa al referirse a la arquitectura colonial dentro de los límites territoriales de nuestro país. En los tres siglos de dominación española no hubo un desarrollo estilístico global ordenado y preciso. Todos los anacronismos y arcaísmos ocurrieron libremente en la arquitectura religiosa y oficial, y desde luego, la arquitectura doméstica, anónima, popular, marchó siempre alegremente por su propio camino histórico, enteramente al margen de los fenómenos estilísticos locales y limitados, denominados «Historia de la Arquitectura» por la crítica del siglo XIX.

Las pequeñas aldeas y no muy grandes ciudades de los siglos XVII y XVIII en la Nueva Granada, fueron los contextos urbanos dentro de los cuales se desarrolló la arquitectura que llegó de España, siendo bien española, y a fuerza de adquirir más y más rasgos locales terminó por tornarse muy americana. Así, el tejido urbano de muros blancos y cubiertas en teja de barro con aleros gentilmente prolongados sobre callejuelas empedradas, aún puede verse en su forma racional —ortogonal— en Popayán, en las zonas antiguas de Bogotá, en Tunja, en Leiva; y en su forma cuasi-meridional, tortuosa e irregular, en Cartagena, o trepando ágil y flexiblemente por las empinadas laderas andinas, en Aratoca y en Girón.

Las casas que integraban las ciudades reflejaron precisamente el desarrollo sociológico del país: la Nueva Granada no tuvo un «status» económico o sociopolítico similar al de México o el Perú. En nuestro medio no se desarrolló una riqueza minera o agrícola extraordinaria. Y la fuerte jerarquía aristocrática que llegó a integrarse en otras regiones del Imperio español no tuvo su equivalente neogranadino. Por ello, al no surgir en territorio colombiano una o más clases sociales cuyos recursos económicos les permitieran otra cosa, la calidad urbanística y arquitectónica de las ciudades locales fue la correspondiente a las varias facetas de una alta burguesía, confortable pero no asombrosamente rica, presidiendo sobre una clase media cada vez más importante, poseedora de un carácter predo-

minantemente artesanal y comercial. La residencia urbana del virrey no difería esencialmente de la del tendero próspero, puesto que ambas habían sido construídas como versiones más provincianas y más pobres que los prototipos andaluces o castellanos de los cuales descendían, y de los que tomaron su carácter de discreta introversión. En ellas el patio interior, pariente americano del «impluvium» romano, permitía una distribución tan lógica como encantadora de la casa en torno suyo. Y hacia el exterior, todas las casas presentaban fachadas con aberturas reducidas, provistas de rejas o balcones. En vano se buscarán en territorio colombiano los equivalentes de los despliegues de espectacular riqueza barroca de los palacios mexicanos y peruanos. En cambio, nuestra arquitectura doméstica colonial es amplio campo para el «connoisseur» de los placeres arquitectónicos sutiles proporcionados por las hábiles composiciones espaciales logradas a base de componentes tan sencillos y básicos como fuera posible.

Del muy elaborado sistema socioeconómico establecido por la Corona de España con el objeto de controlar las áreas rurales de sus posesiones en el Nuevo Mundo, se derivaron múltiples consecuencias de orden arquitectónico. En la Nueva Granada, el neofeudalismo rural creó las casas destinadas a albergar a los terratenientes establecidos por voluntad del rey o el virrey. Los encomenderos, al tomar posesión de la tierra, edificaban residencias que eran un eco formal y emotivo de cuanto recordaban sus dueños de la vida rural en la Madre Patria. Con inteligente ternura y gentil comprensión del ambiente y los dones de la tierra neogranadina construyeron casas cuya arquitectura se integró magistralmente al campo circundante, al punto que hoy parecen haber pertenecido siempre a las colinas y llanuras donde nacieron. Modestas hasta la reticencia, bien distantes de las nobles mansiones de España, nuestras casas de hacienda coloniales se dan, sin embargo, trazas para fusionar correctamente elementos tan aparatamente disparatados como un patio interior y un enorme balcón corrido abierto a la vista del campo; o para derivar no poco de su encanto y valor arquitectónico de contraposiciones

de recursos que ninguna «gramática del estilo» aceptaría. Perteneciendo, ya al siglo XVI, al XVII o al XVIII, las casas de hacienda neogranadinas muestran una casi total falta de cronología estilística, lo cual no deja de ser una virtud, pues méritos estéticos y ambientales no tienen edad.

La mayor parte del siglo XVII vio el desarrollo de un género arquitectónico nacido de la necesidad de evangelizar el Nuevo Mundo: si el proceso colonial cristalizaría, en sentido espiritual, durante los últimos decenios del XVII, en cambio la fase de adoctrinamiento tuvo que tener lugar inmediatamente luego del proceso de conquista física. España, tierra de templos y conventos, sobradamente poseía aquellos prototipos que, adaptados a las tareas evangélicas y a las condiciones ambientales de la Nueva Granada, podrían proveer el marco arquitectónico para la enorme labor que realizar.

Primero irían surgiendo, en las aldeas, las capillas abiertas o templos doctrineros, modelos «estandardizador», de origen formal gótico isabelino: templos de nave única, larga y estrecha, provistos de una fachada rehundida y un atrio complementario, y cubiertos por estructuras en madera ejecutadas en la bella tradición islámica de la «carpintería de lo blanco», destinada también a cubrir casas de ciudad y de campo. Donde quiera que se establecían los centros doctrineros, la capilla usual levantaba su espadaña por sobre los tejados del núcleo urbano. Y con ella vendrían en las esquinas de las plazas principales, las «posas», capillas en miniatura, ante las cuales se detendría ritualmente la procesión del Santísimo y ante las cuales se enseñaría la palabra de Cristo a los naturales, al igual que en México, el Perú y Bolivia.

Luego vendrían los conventos, creados como centros desde los cuales las varias órdenes monásticas podían realizar una tarea de adoctrinamiento más compleja y más vasta, y desde donde era posible controlar la vida religiosa de las poblaciones en crecimiento. Primero, aparecían en las zonas urbanas, en Santa Fe, Tunja, Popayán, Panplona, Cartagena, Leiva, Mongüí, y luego en el campo, en las montañas, en el desierto de la Candelaria, en Boyacá o en los trópicos de Guaduas y Honda. Los



motivos ornamentales tomados de aquí y allá en el Renacimiento y el Manierismo italiano o español, determinaron e inspiraron no escasa parte de la tarea arquitectónica de los frailes constructores, pero sobre sus claustros de columnas dóricas toscanas, techaron y decoraron según las usanzas cordobesas y sevillanas, y así el alma del Islam, mezcla de poesía y matemática, pasó una vez más por la arquitectura religiosa de la Nueva Granada.

Los serenos y discretos claustros colombianos aún en pie no presentan la intrincada elaboración de sus hermanos peruanos o mexicanos, pues los frailes de la Nueva Granada eran marcadamente más pobres y contaron entre ellos menos personajes sofisticados, o provistos de un conocimiento muy actualizado de lo que entonces constituía la moda arquitectónica en Roma o Madrid. Pero podían, por ejemplo, en la dura tierra montañosa de Boyacá, en Mongüí, levantar las piedras sillares del convento franciscano y el templo adyacente, y proveer para el claustro una escalera imperial. Con adobe y pañete encalado, con ladrillos planos y teja de barro, fueron elevando claustros de las orillas del Caribe a los páramos de los Andes y hasta las junglas amazónicas. Claustros que no serían nunca muy barrocos, nunca muy ricos, escasamente clásicos, pero siempre de una vigorosa arquitectura, llena a la vez de sol deslumbrante y profunda sombra, como las almas de los frailes españoles.

Durante el siglo XVIII las ciudades neogranadinas crecieron lentamente, aisladas como estaban en un país de ardua y compleja geografía. Las alturas desmesuradas de las tres cordilleras en las cuales se dividen los Andes al llegar a territorio colombiano, y los valles y llanuras situadas entre ellas, eran obstáculos formidables para cualquier tarea administrativa o industrial. La agricultura y la ganadería prosperaban localmente, pero nunca de manera espectacular. Así, eran necesarias las más fuertes razones económicas —o estratégicas— para que la presencia de la arquitectura oficial o militar, con su bagaje conceptual directamente importado, se hiciera sentir. En el puerto de Cartagena, por fin, muchas docenas de años después de elaborados los

planos, el más grande complejo de fortificaciones que España levantaría en tierras americanas fue terminado. De legendario costo y fortaleza, destinado a proteger el comercio del oro hacia la metrópoli, sería defendido por desesperados puñados de españoles contra el Almirante Vernon, en 1741, con éxito tan increíble como la propia arquitectura militar de la ciudad. Dominando, como un acorazado pétreo, el terreno circundante, el fuerte de San Lorenzo o San Felipe de Barajas aún muestra su mezcla de hábil diseño bélico y poderosa plasticidad volumétrica. Las murallas mismas resistieron todos los asaltos, excepto el de los bárbaros del teodolito, los ingenieros del ferrocarril del siglo XX, que desgarraron la cintura de piedra colonial para dar paso a las carrileras.

Si la fe trajo consigo la construcción de conventos y capillas, también determinó la aparición de templos que alterarían y llegarían a dominar la apariencia de los núcleos urbanos neogranadinos. Durante el siglo XVII, Santa Fe, Tunja, Cartagena, Popayán, verían un desproporcionado florecer de iglesias, aunque nunca en la abundancia asombrosa de México. Si las órdenes monásticas habían constituido el elemento básico para el desarrollo cultural durante el siglo XVI, otros grupos eclesíasticos intervendrían ahora en el ambiente neogranadino: la aparición de los jesuitas en el Nuevo Mundo marcaría el comienzo de un clima intelectual e histórico diferente. En Santa Fe, la Compañía de Jesús elevó, en los primeros años del siglo XVII su iglesia principal, San Ignacio, y a su lado, significativamente, los claustros de su universidad. Durante el siglo XVIII la Nueva Granada recogería abundantemente, en todos los campos del intelecto, los frutos de sus enseñanzas. A diferencia de las iglesias, santafereñas con las cuales sería contemporánea, San Ignacio es un templo protobarroco, provisto de una gran cúpula y una decoración interior altamente amanerada. El padre Coluccini, su autor, conocía bien su Vignola, pero tenía que trabajar con los constructores y las técnicas locales. Por ello, de una manera muy americana, su bóveda falsa en madera esconde sobre la nave principal una estructura tradicional, también en madera. Por

toda Santa Fe, los templos construídos en gran parte durante el siglo XVII fueron reparados, reconstruídos, redecorados durante el XVIII. San Francisco, San Agustín, La Candelaria, la Tercera, Santa Clara se vistieron con el ropaje que escultores y orfebres prepararon para los altares, retablos y techumbres complementarios de esos muros desnudos que eran todo cuanto los constructores neogranadinos les daban como arquitectura. Una especie local de decoración, a veces plateresca, otras manierista, las más barroca se extendió como una enfermedad dérmica sobre las austeras composiciones espaciales de la arquitectura religiosa. Pero, pese a algunos despliegues excepcionales de virtuosismo decorativo, como en San Francisco de Bogotá y la capilla del Sagrario en Santo Domingo, de Tunja, el barroco parietal neogranadino está lejos de la categoría extraordinaria de su contrapartida mexicana o peruana. De hecho, mal puede decirse que exista arquitectura barroca colonial en territorio colombiano, si se le da a dicho calificativo su sentido integral, es decir, barroco en términos espaciales. El barroco mestizo, o su versión local, se limitó a trabajo escultural, que pese a ser inspirado en formas originalmente europeas, las transformó por medio de una ejecución manual que ganó en personalidad y encanto lo que perdió en precisión y refinamiento. De ahí en adelante, quien quiera que entrase en una iglesia urbana, las más de las veces caminaría a lo largo de una edificación que había surgido de una planta basilical, para luego crecer mediante mampostería de románica solidez, y recibir finalmente una cubierta de teja de barro colocada sobre maderas dispuestas según lo que era una continuación de tradiciones constructivas arábigas. Además de ello, la decoración circundante apelaba con libre criterio a cuanto el Renacimiento, alto o bajo, o el barroco, ofrecieran, a lo cual se sumaban en carnavalesca abundancia, las más bellas formas vegetales y animales de la tierra americana. Levantando los ojos al cielo, el creyente vería, ya fuera el poético estructuralismo de las maderas dejadas aparentes, o las falsas bóvedas, también en madera, intensamente decoradas, añadiendo un elemento más a lo que, en su mera enu-

meración podría parecer un caos arquitectónico, pero que en realidad estaba fusionado en un todo coherente por uno de esos milagros de la estética que son la exacta contrapartida de los que la fe trae consigo.

No tuvo la Nueva Granada las catedrales majestuosas de México, ni sus soberbias iglesias barrocas. Comparadas con ellas, nuestros templos y catedrales coloniales verdaderamente resultan tener esa noble pobreza de la que hablaba Santa Teresa de Avila: la pobreza de la Verdad. Constituyen, en cambio, un testimonio directo, honesto, del lugar ocupado por la mística en la mente y la vida de sus constructores. Si el mérito arquitectónico se midiese por la justicia con la cual reflejan las obras mismas la condición espiritual e intelectual de sus autores, entonces sí, las iglesias coloniales colombianas tendrían una alta clasificación.

La arquitectura doméstica que las rodeaba no fue esencialmente diferente en la última época del siglo XVIII de lo que había sido a principios del XVII, verdad ésta de perogrullo si se recuerda que las costumbres y la vida familiar evolucionaban a un ritmo muy lento. De cuando en cuando, alguna casa tendría columnatas en su patio interior y un portal tallado en piedra, pero su síntesis arquitectónica mal podía sufrir alteraciones radicales. Se trataba, en efecto, de un producto definitivo, refinado hasta el punto de no requerir ya posteriores modificaciones.

\*

Luego, las plazas tranquilas de la Nueva Granada se verían pobladas del fragor de la revolución, y el Nuevo Mundo se liberaría de España. La mente y la vista de los nuevos gobernantes volverán entonces hacia Francia, y de la Madre Patria de las revoluciones nos llegará, primero, la Declaración de los Derechos del Hombre, y luego, la escoria arquitectónica procedente del más oscuro capítulo de la historia artística de Europa. Las generaciones de colombianos del siglo XIX darían la espalda a España y sus tradiciones de construcción, y la bienvenida, alborozados, a cuanto mala hierba les enviara el « bon goût »

francés. Como acostumbran las malas hierbas, invadieron el jardín para matar y reemplazar los hermosos y añejos árboles existentes ya en él.

\*

Hoy, a través del territorio colombiano, arquitectos y estudiantes, agrupados bajo la coordinación del Instituto Colombiano de Investigaciones Estéticas, están trabajando con tesón, midiendo, dibujando, fotografiando, documentando la arquitectura colonial, y derivando sólidas lecciones

de tal tarea. Batallando desesperadamente contra la bárbara labor de destrucción y saqueo que durante tanto tiempo ha estado atacando los monumentos remanentes, han hallado que el abandono es tan letal como la guerra misma. Al verlos trabajar duramente, no puede menos de pensarse que de tan directa, y con frecuencia, dolorosa experiencia, tal vez un más profundo amor y fe por la arquitectura surgirá en ellos. Amor y fe, precisamente los componentes espirituales que estamparon sobre nuestra arquitectura colonial hispánica su sello de nobleza.

## *Ser o no ser*

*Al anochecer de los días más oscuros  
del norte,  
el horizonte es una densa herrería.*

*Resplandores de soledad  
que iluminan caballos y lanceros  
entre olmos invernales.*

*Algún mirlo canta en la tristeza.*

*Entierran a Ofelia  
con antorchas en la sombra,  
entre lápidas musgosas de la memoria.*

*Vivimos entre cráneos,  
pero sólo el propio cráneo  
está en la eternidad de nuestras manos.*

VICENTE GERBASI

## Ardillas de otoño

POR ERICO VERISSIMO

### I

CUANDO el plateado ómnibus, repleto de turistas, se detuvo en una esquina de la Calle F, en el centro comercial de Washington D.C., el guía acercó el megáfono a la boca e informó a sus oyentes: «Tenemos ahora a nuestra derecha el Monumental Building, uno de los más hermosos y modernos edificios de la capital de la nación. Todo él es de acero, de vidrio y de aluminio. Sus corredores son de mármol verde. Presten ustedes atención a la gran puerta: costó cerca de treinta mil dólares...»

Al oír el precio de la puerta, los turistas exhalaban un ¡ah! de admiración.

— «En esa grandiosa estructura —continuó el guía— están instalados los despachos y oficinas de la Monumental Insurance Co., una de las principales compañías de seguros del país.»

Se apagó el globo rojo del aparato regulador del tránsito, se iluminó el verde, prosiguió el ómnibus su camino, y el guía, durante algunos momentos aún, continuó facilitando datos estadísticos sobre el edificio: número de ventanas, de salas, de ascensores, de gabinetes de tocado y aseo... Pero omitió sin duda una cosa más importante que en aquellos mismos instantes acontecía en el Monumental Building: que en una sala del séptimo piso un hombre sufría moralmente.

### II

Era el escritorio de uno de los directores: paredes guarnecidas de madera, entarima-

do cubierto por una alfombra verde musgo, poltronas de cuero, cortinas color de arena, y en los muros un lienzo de Dufy y otro de Braque. Cerca de la ventana, sobre una mesa pequeña y redonda, un recipiente termo de metal cromado.

Sentado ante su mesa de trabajo, Gerald K. Ames luchaba con una idea obsesiva. Lizzy me engaña. En este mismo momento. En la platea de un cine. Allá al fondo de un bar. Lizzy me engaña. ¿Y por qué no en un cuarto de hotel? Tal vez en una espelunca de Baltimore. O en un motel de Virginia. ¡Lizzy me engaña!

Miró en torno suyo y durante unos segundos dolorosos se sintió como extraviado, sin saber donde estaba. Se irguió de temor, y meneó la cabeza de un lado al otro, inquiriendo puntos de referencia... Después comenzó a andar automáticamente por la sala, como buscando una salida, con la respiración jadeante y los ojos casi desorbitados. Las cosas parecían dar vueltas. Los objetos, los muebles perdían su forma y su color habituales, se alargaban, se fundían unos en otros, se inflaban como balones, dando la impresión de que iban a estallar, a atomizarse. Buscó apoyo en una poltrona en la cual se recostó. Cerró los ojos y los apretó con las yemas de los dedos, cual si quisiese apagar así las imágenes alucinantes. Pero contra el fondo oscuro de los párpados hormigueaba aún el calidoscopio implacable: discos, rayas, serpentinatas, verde bilioso, amarillo de fuego, rojo de púrpura, azul eléctrico, todo ello como remolineando en medio de súbitos relámpagos...

Me llamo Gerald K. Ames. K es la inicial de Kirkland. Estoy en mi despacho de la Monumental Insurance Co. Mi mujer se llama Lizzy. Mi secretaria Patsy. Hoy es viernes. Estoy perfectamente bien. Me acuerdo de todo. Calma, mi viejo amigo, mucha calma. Calma, o estás perdido.

Sentóse en la poltrona y permaneció algún tiempo con la cabeza echada hacia atrás, sin ánimo para abrir los ojos. Llegaban ahora a sus oídos los rumores del despacho contiguo: el tintineo de un teléfono, el ta ta ta de una máquina de escribir. De afuera subía el ruido sordo del tránsito rodado. De súbito tuvo Gerald una aguda y dolorosa conciencia de su soledad. Y sintió un vago temor, él mismo no sabía de qué.

Abrió al cabo los ojos. ¿No dije yo que todo estaba bien? Los muebles en su sitio, como antes, como siempre. A través de la ventana divisó a lo lejos la cúpula del Capitolio destacándose sobre el suave cielo de octubre. Cogió el termo, vertió agua en una copa, y la bebió de un sorbo. Encendió todavía un cigarro. Sabía que se intoxicaba sin medida. Hacía meses que se entregaba a un régimen casi suicida. De noche tomaba barbitúricos para poder dormir; por la mañana, dexedrina para mantener los ojos abiertos y las ideas claras durante el día. Abusaba de tal manera de los excitantes, que las imágenes del mundo se apagaban por completo en su cerebro durante fracciones de segundo, cuando no se deformaban o se disipaban como en una explosión. Pero ¡qué diablo! Aquellas drogas le abrían el camino de la fuga. ¿Qué otros recursos le quedaban? Durante varios meses se había sometido a un tratamiento psicoanalítico. Dos veces por semana se había acostado en un diván, hablando sin cesar, como una comadre, diciendo todas las tonterías que le venían a la mente, mientras el analista tomaba notas en medio de un silencio que le afligía y que no raramente llegaba a irritarle. Había acabado interrumpiendo el análisis de la manera más estúpida.

Gerald miraba ahora fijamente su propia imagen reflejada y deformada por el metal de la garrafa termo. Y él, que vivía atormentado por el grotesco aspecto de su situación civil, se sintió momentáneamente

herido por la caricatura de sus rasgos fisonómicos. Sería el colmo que se dejase impresionar por la falsa imagen de un espejo convexo. Sabía que era un hombre de buena apariencia. No eran muchos los que, como él, a los cincuenta y seis años podían jactarse de presentar un porte tan juvenil. Hacía poco que su nombre se mencionaba en la página *Business* del *magazine Time*, en un artículo relativo al estado del negocio de seguros en América. «Gerald K. Ames (56) handsome, youthful insurance executive...» El *Time* era imparcial y frío, empleaba siempre la palabra exacta. «Handsome... youthful». ¡Tonterías! ¡Tonterías! Nada de eso podía ocultar ni atenuar su ardua, absurda situación. Lizzy tenía edad para poder ser su hija. Su casamiento con ella había sido una insensatez.

Esmagó la punta de su cigarro contra el fondo del cenicero y en seguida encendió otro cigarro y se puso a fumarlo nerviosamente. A los pocos instantes un manso deseo de tener su mujer a su lado le fue invadiendo y ablandando hasta el punto de provocar sus lágrimas, que discurrieron por sus mejillas enrojecidas.

Tal vez fuese bueno consultar con otro psicoanalista, pensó. Pero tendría que ser alguien que no se pareciese tanto a su padre como el doctor James King.

Con cierto sentimiento de haber hecho el ridículo, recordó el día en que había ido a ver al médico, antes de tomar la gran resolución.

### III

— Doctor King, necesito hablarle sobre un asunto muy importante.

— Acuéstese.

— Prefiero estar de pie. Se trata de un asunto personal.

El analista sonrió. Era la sonrisa de superioridad del viejo Ames, ese aire de suficiencia del que todo lo sabe, todo lo puede, y lo consigue todo.

— Pero, desde que iniciamos el tratamiento ¿no han sido siempre personales nuestras conversaciones?

— Quiero decir que este asunto no tiene nada que ver con el tratamiento.

— Eso es lo que usted cree. Mas, ¿por qué no se acuesta?

— Ya le dije que prefiero seguir como estoy.

Extendido en el diván se sentiría como desamparado y a merced del otro. Cuando era niño, procuraba siempre hablar a su padre guardando alguna distancia que le pusiese fuera del alcance de los bofetones que el viejo Ames solía emplear ocasionalmente como argumento decisivo.

— Vamos entonces al asunto.

— Estoy pensando en casarme, doctor.

— ¿Amor, a primera vista?

— Poco más o menos...

— ¿Y viene a pedirme consejo?

— Bueno, es que hay un problema: la edad de la muchacha.

— ¿Veinticinco años?

— Exactamente. ¿Cómo lo adivinó?

— Esas cosas son obvias.

— ¿Entonces?

— ¿Entonces, qué?

— ¿Debo o no debo casarme?

— Eso es cosa suya.

— Así y todo, usted es mi analista.

— Lo era.

— ¿Por qué «lo era»? No sabía que hubiésemos terminado el tratamiento.

— A la verdad, ni siquiera lo hemos comenzado, pues yo rehusé continuar perdiendo el tiempo con un paciente que me oculta sus pensamientos y sus sentimientos.

— Pero es que conocí a la muchacha hace apenas dos semanas.

— Durante esas dos semanas hemos tenido por lo menos cuatro sesiones...

— Es que yo no tenía la certeza de que la amaba.

— ¿Desde cuando un paciente debe hablar sólo de las cosas de que tiene certeza? Usted no me consultó sobre el caso concretamente porque no tenía confianza en sí mismo, porque vivía envuelto en dudas, sospechas y sentimientos de inferioridad.

Gerald sintió ímpetus de agredir materialmente al médico.

— Por el amor de Dios, le ruego que me diga si casándome con esa chica cometo un error o no.

El analista metió las manos en los bolsillos y durante algunos instantes perma-

neció contemplando la alfombra en silencio. Gerald le miraba con rencor. Aquel sujeto grandullón, de cabellos ralos y cara rosada, no pasaba siquiera de una versión ciudadana del viejo Ames, guarda-frenos de la compañía Baltimore & Ohio.

— Vamos, doctor, sáqueme de dudas.

— No puede decirle nada sin ver antes a la muchacha.

— ¿Es absolutamente necesario?

— Me temo que sí. Y hasta lo mejor sería someterla a ella misma a un análisis.

Los celos picaron a Gerald. ¿Lizzy en el diván del Dr. King? ¡Jamás en la vida!

Harto sabía él que las pacientes acaban fascinadas, apasionadas por sus analistas.

— Pero sería de una ridiculez mortal que yo le pidiese a la muchacha que viniese aquí para que mi médico pueda decirme si debo o no debo casarme con ella. Es lo mismo que ...

El Dr. King le interrumpió con un gesto brusco y autoritario.

— Pues si no quiere traerla, no la traiga. Está bien claro que usted no ha venido a pedirme consejo. Ha venido a arrancarme mi consentimiento, o, mejor, mi complicidad.

— Pero ¿por qué le da usted tanta importancia a conocer a la muchacha personalmente?

— Quiero saber si es una ambiciosa liviana que busca en usted un marido rico y de alta posición social, supuesto en el que el matrimonio sería desastroso, o si por tener ella lo que llamamos una fijación paterna, ve en un hombre como usted, de edad madura y con canas en las sienes, al marido ideal, caso en el que sería posible una feliz unión, tanto en el aspecto físico como en el psicológico.

Gerald estuvo a punto de exclamar: «¡Muchas gracias, papá!»; pero se contuvo y se limitó a preguntar:

— ¿Entonces la cosa no le parece insensata?

— Si la segunda hipótesis fuese cierta, no.

— ¿Ha reflexionado usted que cuando yo llegue a los sesenta y cinco años, la criatura frisaré apenas en los treinta y cuatro?

— Cuando eso ocurra, dejaré ella de ser

su amante para continuar siendo casi su hija.

Gerald frunció el entrecejo, indeciso. El psicoanálisis le había parecido siempre una cosa oscura y, en el fondo, indecente y medio incestuosa.

— Bueno... —murmuró al cabo— ¿en qué quedamos?

El médico se encogió de hombros.

— La carta final es suya.

— Pero yo he venido a pedirle un consejo.

El doctor se sentó, encendió un cigarro y pareció perderse en vagorosos pensamientos.

— Mire, dijo pasados unos momentos, el problema estriba más en usted mismo que en la muchacha o en los pormenores cronológicos. Si usted no consigue vencer el sentimiento de inferioridad que le domina, continuará siendo una persona insegura, desconfiada e infeliz. Y vivirá atormentado por los celos hasta si se casa con una matrona de ochenta años.

Gerald sintió que se le subía la sangre al rostro. Se acordó de aquel día en Columbus, Ohio, en que recogiendo a dos manos todo el valor de que era capaz, se enfrentó con su padre y le dijo: — «Mañana me embarco para Chicago.» Recordaba la cara del viejo, que se puso de repente roja como una fresa. Era el 8 de diciembre de 1927. ¡Su Independence Day!

Se encaró de súbito con el analista exclamando:

— Pues, mire, doctor King, sepa usted que estoy decidido a casarme con esa muchacha, sea cual fuere la opinión de usted sobre mí y sobre ella. ¡Que usted lo pase bien! Cogió el sombrero y salió.

#### IV

Gerald volvió a su mesa escritorio y se puso a revolver con manos inciertas los papeles que tenía a su alcance. Se colocó los anteojos —cosa que nunca hacía cuando había mujeres cerca... e intentó examinar algunos documentos y pólizas pendientes de su firma. Inútil. Las letras danzaban confusas ante sus ojos. No acertó siquiera con el lugar en que debía escribir su nombre.

¿Dónde estará Lizzy? ¡El canalla de

Tommy!... Su angustia aumentaba siempre que el muchacho venía a Washington. Pensó en su sobrino con un frío odio. A decir verdad, nunca había simpatizado con él. Nunca. Pero el bribonzuelo siempre le había adulado, con la esperanza de heredar su fortuna. Pues no: no le dejaría ni un centavo a su muerte. Todo quedaría para Lizzy: propiedades, títulos de la compañía, el dinero que tenía depositado en los bancos... Todo para Lizzy. Pero ¿no vendría a ser lo mismo? Una vez viuda, lo cierto es que Lizzy se casaría con Tommy, y todos sus bienes vendrían a las manos de aquel crápula. ¡Parásito! Playboy de Manhattan, con un piso en Park Avenue, con frecuencia mencionado en la columna de Cholly Knickerbocker...» En el Copa hemos visto el sábado de noche a Tommy Ames Saunders con una rubia platinada a la que daba a beber champán con una cucharilla de plata... ¡Relajado! Pero todo aquello aún podía pasar si se estuviese quieto en Manhattan. Pero no. Desde que se casó su tío, le tomó cariño a la casa de éste y allí se presentaba con frecuencia. ¡Y qué irritante camaradería se permitió con Lizzy! ¡Túta por aquí! ¡Túta por allá! Cariños innecesarios, libertades inconvenientes... Y todo ello con un aire de falsa inocencia. «Si el tío Jerri me autoriza, voy a llevar hoy a Lizzy al Constitution Hall para que vea dirigir la Sinfónica a Bernstein. Ese muchacho es un genio. Y tengan en cuenta que es mi amigo particular.» ¿Desde cuándo se interesaba por la música ese botarate? Prácticamente era un analfabeto. Ni siquiera había terminado los estudios de segunda enseñanza. Todas esas historias no eran sino un mero pretexto para estar a solas con Lizzy. «No se sacrifique, Tommy. Sé que no le gusta a usted la música. Yo mismo llevaré a Lizzy al concierto.»

Tommy se encontraba ahora en la capital... Posiblemente a aquella hora estaba abrazado con Lizzy en algún cine. Y Gerald miraba fijamente al teléfono. ¿Llamo o no llamo? Necesito saber si Lizzy está o no está en casa. No llamo. Sería ridículo. Un hombre debe darse a respetar. Pero... ¿por qué Tommy no se queda en Nueva York con sus pelanduscas? Y la figura del mozo se le representó en la mente con una

nitidez dolorosa. Cabellos cortados a la manera de los cadetes de Westpoint, alto, ancho de espaldas, con una forma insolente de mirar a las mujeres, y esa sonrisa descarada de quien se juzga irresistible, de quien sabe que no existe mujer en el mundo que no tenga su precio.

Apretó el botón del timbre. Se presentó la secretaria.

— Llame a mi casa, Patsy.

Lograda la comunicación, Gerald se puso al aparato. Oyó la voz de la criada, y preguntó:

— ¿Está la señora?

— No, señor Ames. Salió.

— ¿A qué hora?

— A las dos, poco más o menos.

— ¿Con quién?

— Sola.

Iba a preguntar si Tommy había ido de visita, pero se contuvo. Colgó el auricular. Ahora comenzaba a dolerle la cabeza. Era un dolor sordo, subterráneo, que parecía tener su foco allá en el fondo del cráneo, desde donde se irradiaba en dolores más sutiles, como chispas que le cruzaran el cerebro en todas las direcciones. El pulso le latía sordamente en las sienas.

Quería olvidar a Lizzy, y no podía... Se la imaginaba en el cuarto de un hotel, y encontraba un morboso placer en «ver» la escena. Allí estaba el sobrino, con el torso desnudo. A cada uno de sus movimientos le palpitaban los músculos, elásticos y lustrosos como anguilas. Gerald se entretenía entonces mentalmente en rayar aquella piel rosada con una hoja de afeitar. Con ella escribía nombres en los costillares y en el pecho del sobrino. **BOTARATE**. Pero tan pronto dibujaba una letra cuando yo brotaban de ella gotas de sangre que escurrían por el cuerpo del bigardo. En un momento de furia empezó a golpear con la hojita la execrada carne, a diestro y siniestro Tommy entretanto sonreía. Acostada en la cama, Lizzy también le encontraba gracia a aquello. Ahora reían los dos a carcajadas. La juventud los hacía invulnerables. Gerald tiró la hoja de afeitar. (Llegó a oír el leve sonido que produjo al caer sobre el vidrio de la mesa.) Sintió sus manos húmedas de sangre. Iba a manchar los documentos puestos a su firma, las pólizas que representaban centenas de miles de dólares. Se levantó y encaminose hacia el lavabo particular, con las manos en el aire. Encendió la luz, hizo girar la llave del grifo y puso los dedos bajo el frío chorro del agua; pero no vio sangre ninguna. ¿Cómo podía tener las manos ensangrentadas si todo había sido obra exclusiva de su imaginación?... ¡Calma, hombre, calma! Si sigues así vas a acabar loco. Vamos. Está todo bien. Es decir... Está todo mal. Me va a estallar la cabeza. No discierno ni pienso claro. Pero ya sé por qué estoy así. Falta de sueño.

Había pasado la noche de claro en claro, fumando cigarro tras cigarro, contemplando a Lizzy que dormía a su lado como un animal satisfecho.

Sacó del bolsillo un frasquito, lo abrió, lo llevó a la boca y engulló los dos últimos comprimidos de dexedrina que contenía. Después bebió un trago de agua, formando cuenco con la mano. Sin duda iba a sentirse mejor.

— ¡Jerry!

Sobresaltado, volvió a su despacho, donde encontró a Parks, su compañero en la dirección.

— Hombre, estás blanco como un papel. ¿Qué es lo que tienes?

— Nada.

Gerald encendió un cigarro.

— Ya te dije que fumas demasiado.

Sin decir palabra, Gerald volvió a ocupar su sitio ante la mesa. El otro se sentó en una de las poltronas, sacó del bolsillo un trozo de goma de mascar y lo metió en la boca.

— Está demostrado —dijo— que el fumador tiene todas las probabilidades de adquirir un cáncer del pulmón o de tener un infarto del miocardio. Las estadísticas...

Gerald no podía mirar cara a cara a su colega. Parks le irritaba con sus estadísticas, su espíritu práctico, su aire de hombre feliz y sin cuidados. Parecía creer que la humanidad se salvaría si todos los habitantes de la tierra ingresasen en el Club de los Kiwanis y leyesen todos los meses el número del Reader's Digest.

— ¡Buenas noticias! —exclamó de súbi-



to Parks—, dándose una palmada en el muslo.

— ¿Sí?

— Hemos ganado el caso del Ice Palace.

Se trataba de una sala de conciertos de Cleveland que había sido destruída por las llamas hacía poco más de un año. La Monumental había vendido a la firma propietaria del inmueble una póliza de seguros contra incendios de considerable importancia. Desde un principio se suscitaron sospechas de que el incendio había sido intencionado, pero la solución del caso se demoraba meses y meses en los tribunales.

Parks refería pormenores de la victoria. Su voz dulzona con la inflexión negroide de la gente del Sur, envolvía a Gerald como el aroma mareador de la magnolia. Pero el pensamiento del marido de Lizzy estaba lejos, en cierta mañana de otro otoño. Mentalmente se veía subiendo las escalinatas de la National Gallery.

V

Después de haberse quedado viudo, acostumbraba visitar la Galería Nacional todos los sábados por la mañana. Era un apasionado de la pintura y se ufanaba de ser un especialista en la del siglo XIX.

Se dirigió, como siempre, hacia el ala oriental del edificio, comenzando su artística peregrinación por la robusta «Diana» de Renoir. Encaminóse luego en dirección a uno de sus cuadros favoritos, el «Retrato de Sonia», de Fantin-Latour. La figura de la jovencita, vestida al uso de fines del siglo pasado, con su inocente sombrero, el boa sobre los hombros, y las manos descansando sobre el regazo, le atraía con un secreto encanto. Acaso este retrato le hacía evocar la hija que siempre había deseado y que Dios no le dio nunca. O podría ser también cierto aire novelesco que envolvía al cuadro, sugiriendo que Sonia debía tener historia. ¿Quién habría sido aquella francesita de franja japonesa y rostro redondo y trigüeño? ¿Por qué miraba el mundo con aquella expresión encantadora de espanto?

Gerald contemplaba el cuadro y sonreía. Tardó algún tiempo en advertir la presencia de una persona que se había colocado a su lado. Le lanzó una mirada rápida ca-

sual y volvió a contemplar el lienzo. Pero medió un motivo que le hizo volver a mirar a su vecina. Era una muchacha muy joven, de fisonomía vagamente conocida. Más claro. Se parecía mucho a Sonia. Sintió Gerald una chispeante alegría, como si de repente hubiese descubierto el secreto de aquella pintura. No resistió al impulso de entablar conversación con la desconocida.

— ¿Es su retrato? —le preguntó—, haciendo con la cabeza una señal en dirección al cuadro.

— ¡Quién me diera! Con una carita como esa no estaría yo aquí.

— ¿Dónde estaría?

— Quizás ahí, en ese cuadro.

Gerald encontró esta respuesta deliciosa. La desconocida tenía exactamente la voz que se podía esperar de Sonia: clara, lenta, flúida.

— ¿No le han dicho nunca que se parece a ella?

— Ya me lo han dicho, y por eso estoy aquí. Sentí curiosidad.

— ¿Y cuál es su opinión?

— Mi palabra le doy de que no le veo ningún parecido.

Inclinó la cabeza, entornó los ojos. Vestía un suéter verde y tenía los senos enthiestos. Como limones verdes —pensó Gerald, recordando los tiempos de la mocedad, en que había intentado dedicarse a la pintura y, siendo entonces pobre, acostumbraba comerse las naturalezas muertas después de pintarlas.

Ambos permanecieron callados unos segundos.

— No me diga que también se llama Sonia.

— No. Elisabeth. Elisabeth Clay.

— Bonito nombre.

— Los hay peores. Y mejores.

Gerald se quedó un poco contrariado al ver que la muchacha no se interesaba en conocer su nombre. Sintió entonces una invencible necesidad de llamar la atención de ella hacia su persona. Comenzó, pues, a hacer gala de erudición. Fantin-Latour —explicó indicando la firma del lienzo— fue amigo de Degas, de Monet y de Manet, pero a pesar de ello no perteneció al grupo impresionista. Era una especie de

romántico retardatario, un imaginativo, ¿sabe?, un soñador más preocupado de su mundo interno que de la realidad externa.

Elisabeth escuchaba, mirando a Sonia y manteniendo con ella una contemplación enamorada que vencía las barreras del tiempo y del espacio.

— Me parece que la estoy aburriendo...

— ¡Ah, no! De ningún modo. Encuentro todo lo que me dice usted muy interesante e instructivo. Tengo un tío que una vez estuvo en París.

Gerald sonrió.

— ¿Suele usted venir a esta galería?

— Aunque parezca mentira, esta es la primera vez. Una vergüenza, ¿verdad?

— Una gran vergüenza. Esta es una de las cinco galerías de arte más famosas de todo el mundo.

— ¡Caramba!

Salieron y anduvieron juntos de sala en sala. Gerald llamaba la atención de su compañera sobre ciertos cuadros. «Mire, Lizzy... yo tengo bastante edad para ser su padre, por eso me permito llamarla Lizzy. Repare en la perfección de aquella perspectiva. El Canaletto era de una exactitud casi fotográfica...»

Cuando llegaron a la «Última Cena», de Salvador Dalí, Lizzy dijo que aquel cuadro le parecía un cinemascopio de la Metro-Goldwin Mayer.

Gerald se echó a reír. ¡Muy bien! ¡Excelente!

La convidó a almorzar en la cantina del museo. Aceptó ella con una naturalidad que lo conmovió. Durante el yantar habló él todo el tiempo y le refirió a Lizzy su vida entera, su infancia y su adolescencia en Ohio, donde su padre era empleado en una compañía de caminos de hierro. Después, su decisión de romper con la autoridad paterna e ir a intentar abrirse paso en Chicago, donde había sido vendedor de periódicos, acomodador en un cine, mozo de restaurante. Exageró un poco sus tristezas y miserias. Le habló también en un tono nostálgico de su frustrada tentativa de hacerse pintor. Y por fin le refirió sus triunfos en el mundo de los negocios.

— Hoy soy uno de los directores de la Monumental Insurance Co. —dijo con el acento melancólico de quien confiesa un

fracaso—. Un hombre rico, viudo, sin hijos, que vive solo en un caserón desierto. No se engañe, hija mía, el dinero nunca dio a nadie felicidad completa.

Con sus labios respingados de niña y los ojos muy abiertos, Lizzy lo contemplaba como si ahora lo estuviese viendo por primera vez.

— ¡Santo Dios! —exclamó ella—. Los limones verdes palpitaban.

— ¿Entonces, estoy comiendo con un «bigh-shot»?

Luego, al oír su nombre, recordó que ya lo había leído muchas veces en la sección de sociedad del Washington Post.

Se despidieron frente a la Galería con un moroso apretón de manos. Gerald salió muy contento, silbando, dando joviales puntapiés a las hojas secas que se amontonaban en la calzada.

Al sábado siguiente volvió a la Galería con un alborozo de enamorado, que le parecía al mismo tiempo ridículo y delicioso. Allí en su fuero interno iba pensando así: «No daré ni un paso fuera de mi camino habitual para volver a verla. Ella me dijo que nunca había venido a la Galería antes. Bueno. Pues si hoy está allí es porque espera volver a encontrarme. Luego...» Y hacía apuestas consigo mismo. Diez dólares si no vuelvo a verla nunca más. Treinta dólares si Lizzy está ahora allí ante el «Retrato de Sonia».

Pero no. No estaba. Ante el cuadro se encontró sólo con un adolescente pálido, con tipo de seminarista, que fotografiaba cuidadosamente el lienzo. Contrariado, continuó tristemente su camino. Se detuvo delante de un Watteau, cosa que no acostumbraba, pues los pintores del siglo XVIII no le entusiasmaban. Estuvo mirando el cuadro, sin mayor interés y acabó entreteniéndose en ver su propia imagen reflejada en el vidrio. Estaba ajustándose la corbata cuando, en ese mismo vidrio percibió a Lizzy, que se aproximaba a sus espaldas, sin ruido. Fingió él no haber visto nada. La muchacha se plantó a su lado, sin saludarlo, y, con el tono de quien reanuda una vieja conversación interrumpida, exclamó:

— No me va usted a decir también que me parezco a ese caballero.

Tomó la mano de Gerald, que sintió un agradable estremecimiento de sorpresa y placer. ¿Qué significaba aquello? Oprimía ella la mano inofensiva del «tío» o bien la del hombre que podía llegar a ser su marido?

Salieron a pasear agarrados de la mano. Antes pasaron a ver la sala de los Rembrandts, a aquella hora completamente desierta. Debajo del autorretrato del pintor, Gerald estrechó en silencio la cintura de Lizzy, la apretó contra su pecho y la besó morosamente en la boca.

En las semanas que siguieron la encontró muchas veces. Un mes después de la escena del primer beso, al cabo de una noche de insomnio y de dudas, fue Gerald a consultar al doctor James King. Una semana después de la consulta se casó con Elisabeth Clay.

Pasaron la luna de miel bajo el sol de Aca-pulco. Al regresar a sus lares se encontraron a Washington cubierto de nieve. Para Gerald K. Ames comenzó una nueva vida llena de exaltación, de sorpresas, de renovadas delicias. Pero ya antes de que el matrimonio conmemorase el primer aniversario de la boda, los celos comenzaron a empañar la vida de Gerald.

VI

— ¡Jerry!

Gerald sintió un sobresalto. Parks lo sacudía por los hombros.

— ¿Qué es lo que tiene usted, hombre? ¿Está usted ahí con un aire de sonámbulo!

— Nada. He tenido últimamente unas quisicosas...

— Tiene usted que darse cuenta de que no está ya en los treinta años...

Gerald se encerró en un mutismo resentido. Parks se había opuesto a su casamiento con Lizzy, y no quería él dar motivo para que su colega le viniese con el clásico: «¿No se lo decía yo?»

— ¿Por qué no se va a su casa?

— Es lo que voy a hacer.

— Mi chófer puede llevarlo. Usted no está en condiciones de conducir su coche.

— ¡Bobadas! Estoy perfectamente bien.

Insistió el otro, pero Gerald cortó secamente el diálogo con un «Buenas noches, Parks».

Pocos minutos después estaba al volante de su automóvil, camino de su casa. Con verdadera impaciencia hacía que el vehículo se detuviese ante las señales rojas del tránsito. Al cabo se decidió a tomar la dirección del Parque, pues era el itinerario más corto y más despejado.

Al parar en la esquina de la Avenida Virginia con la Calle 21 vio a dos jóvenes soldados que conversaban alegremente en voz alta. Oyó que hablaban de mujeres. ¿De qué otra cosa podían hablar aquellos puercos? Les lanzó una mirada torva. Tanto mocedad lo irritaba. Razón tenía Bernard Shaw: la juventud era una cosa maravillosa que la naturaleza desperdiciaba con la gente joven. ¡Idiotas!

Brilló la señal verde. Metió Gerald el pie en el acelerador con tanta fuerza que el coche estuvo a punto de chocar con el que iba delante. ¡Calma, amigo mío, calma! Pero ¿cómo era posible tener calma si Lizzy había pasado la tarde en los brazos de Tommy? ¿Fue otro tal vez? ¿Fue ayer? ¿Será mañana? Ello es inevitable. Es que yo estoy agotado. Soy un viejo triste y ridículo.

Entró en el Parque y tomó un «drive-way» casi desierto a aquella hora, pues no había comenzado aún la afluencia rodada del atardecer. Los árboles ostentaban sus ropajes de otoño. No quedaba en ellos vestigio alguno de verdor. Sus escasas hojas eran de un color de oro viejo y de un escarlata vivo que en algunas ramas se desvanecía en un pardo rojizo de herrumbre. Los arcos parecían haberse incendiado.

Súbitamente conmovido por la belleza del cuadro (el otoño había sido siempre su estación predilecta), disminuyó Gerald la velocidad del coche y acabó llevándolo al margen del camino, donde lo hizo pasar bajo los árboles. Había en el aire tranquilo una luminosa transparencia de vidrio. Hacia el lado de Virginia, una larga nube blanca, en forma de ala, se elevaba en el cielo, tiñéndose de rosa.

Gerald anheló la presencia de Lizzy con una intensidad trémula y enternecida. ¡Dios mío! ¿La habré perdido para siempre? Pensándolo se sintió víctima de una grande e inaudita injusticia.

Abrió la portezuela del coche y salió. Se sacó el sombrero. La brisa picante de la

tarde lo reanimó, haciendo su visión menos turbia... Fue entonces cuando vio las ardillas. Corrían en gran número sobre el césped, cruzaban el camino, se perseguían unas a otras como si estuviesen jugando a atraparse, se subían a los árboles, ágiles, vivaces, inquietas como un símbolo invencible de la juventud. Eran bellas y estúpidas. Como Lizzy. Como Tommy. Se agachó y extendió la mano hacia una ardilla que estaba a pocos pasos de distancia y que se aproximó más, creyendo que Gerald le iba a dar algo de comer. La bestezuela extendió sus patas con una avidez incontestable. ¡Ay!, se quejó Gerald, sintiendo un súbito dolor punzante en la yema del dedo índice. Una especie de choque eléctrico recorrió su cuerpo. En un acceso de furia quiso dar a la ardilla un puntapié, pero el animal hizo un quiebro y huyó. Gerald se llevó a la boca el dedo, que sangraba. ¡Maldita ardilla! En ese momento oyó una carcajada de mujer. ¿Dónde? ¿Quién?... ¡Se reían de él! Se sintió en ridículo: un payaso, un pobre payaso. En el desierto Parque todos sabían ya su historia. Sentía ahora más que nunca miseria corporal. Pensó en sus propias arterias, que se esclerosaban, en sus articulaciones, que le dolían cuando llegaban los fríos invernales... ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Había justicia en el mundo? ¿Quién salía ganando con su envejecimiento? ¿Quién? Tal vez la ardilla que le había rasgado la punta del dedo. Allí estaba ella, a la orilla del camino, sentada sobre sus patas traseras... Gerald volvió a entrar en el automóvil, lo puso en marcha y, ciego de odio, apretando los dientes, lo precipitó a toda velocidad contra el animal. Oyó un grito agudo y sintió el golpe del cuerpo de la ardilla en el parachoques. Sin mirar hacia atrás, continuó corriendo, fuera ya del camino.

— Maté una ardilla —se decía para sus adentros, ya con horror. ¡Estúpido! El sudor le corría por el rostro. ¡Dios mío! ¡Maté una ardilla intencionalmente!

Cuando entró en su casa vino a su encuentro Lizzy, que le abrazó y le cubrió el rostro de besos.

— ¿Te gustó la película? —preguntó él, inmediatamente contrariado por haber dejado escapar esta pregunta.

— ¿Qué película, querido?

— ¿No fuiste al cine?

— Claro que no.

— ¿Dónde pasaste la tarde?

— En el Garfinckel's, escogiendo el abrigo de pieles que prometiste regalarme.

Gerald pensaba en su «crimen». Haber acusado a Lizzy, aun mentalmente, era una manera de atenuar su propio sentimiento de culpa.

— ¿Estuviste con Tommy hoy?

— ¿Tommy? ¡Pero si sabes que regresó anoche a Nueva York!

— Gerald se acordaba ahora. Sintió un alivio. Estrechó a Lizzy contra su pecho, le besó los cabellos, las mejillas, la boca, mientras las lágrimas abundantes le surcaban el rostro. Era la primera vez que lloraba en presencia de una mujer.

— Pero Jerry... ¡Tú estás enfermo!

— No. «Estuve» enfermo; pero ahora ya estoy bien. Todo está bien de nuevo.

La mujer le acarició los cabellos.

— Eso es exceso de trabajo. Voy a mandar que sirvan la cena más temprano. Si quieres, podemos ir a un cine o al teatro.

Gerald pensaba en el golpe sordo, blando, ominoso contra el parachoques. Y se imaginaba la masa peluda y sanguinolenta sobre el asfalto...

## VIII

Estaban en la mitad de la cena cuando llamaron a la puerta. Era el recadero del Garfinckel's, que traía el abrigo de pieles. Lizzy no resistió a la tentación de ponerlo, para que su marido viese lo bien que le sentaba.

— ¿Qué te parece, querido?

Gerald se levantó y estuvo unos momentos con los ojos perdidos, acariciando distraídamente la piel de visón.

— Tengo que hacerte una confesión —murmuró, mirando hacia los lados para cerciorarse de que la criada no estaba en el comedor.

— ¿Por qué ese gesto tan grave?

— Es que lo que voy a referirte es muy serio.

— ¡Jerry! ¿Será que el doctor te dijo algo... sobre el corazón?

— Gerald sacudió la cabeza negativamente y, con los ojos bajos, confesó:

— Maté una ardilla en el Parque.

— Durante una fracción de segundo Lizzy no comprendió. Después se echó a reír.

— ¿Una ardilla? Pero, pobrecito mío, ¿quién es el chófer que una vez en su vida no mató una ardilla, un gato o un perrillo?

— Sí. Y la maté intencionadamente.

— Jerry: tú debes de tener fiebre. ¡Vamos! Voy a darte una aspirina y te metes en cama.

En aquel momento tintineó el timbre del teléfono. Pocos segundos después se presentó la criada:

— Un caballero que desea hablarle le llama al aparato, Señor Ames.

Gerald se encaminó hacia el vestíbulo y se acercó al teléfono con el extraño sentimiento de un desastre.

— Aló —murmuró—.

— ¿Es Mr. Gerald K. Ames quien está al aparato? Aquí le habla Roy Phillips, de la Homicid Squad. Quizás no se acuerda usted de mí, pero ya hemos conversado una vez en su despacho, cuando yo hacía investigaciones acerca del suicidio de un asegurado en su compañía...

— ¡Ah! ¿Y en qué puedo servirle?

— Tengo que tratar con usted un asunto muy serio.

— ¿Por qué no va mañana a mi despacho?

— Tiene que ser ahora. Se trata de un caso urgente.

Hubo un momento de vacilación por parte del inspector.

— Ocurrió —siguió diciendo— un incidente gravísimo en el Parque hace poco más de una hora...

El corazón de Gerald comenzó a palpar vertiginosamente.

— Dígame una cosa, Señor Ames —prosiguió el otro—, ¿es cierto que cruzó usted el parque en automóvil poco más o menos a esa hora?

— Sí.

— Aló... Haga usted el favor de hablar más alto. Apenas le oigo.

— Sí, crucé el Parque.

Gerald temblada de pies a cabeza, sin poder contenerse.

— Señor Ames, se trata de un caso muy serio; por consiguiente piense bien lo que dice antes de responder. Hay dos testigos de vista del accidente, si es que hubo accidente en efecto. Ambos tomaron nota del número del automóvil que lo produjo. Ahora responda con todo cuidado: ¿cuál es el número de la placa de su coche?

Gerald tardó algún tiempo en hacer memoria. Por fin balbuceó:

— AP 3456.

— Exactamente ese es el número que anotaron los testigos presenciales. Ahora, otra pregunta. (Y la voz del inspector iba tomando gradualmente un tono severo, casi amenazador.) ¿Era usted o era su chófer quien conducía el automóvil cuando atravesó el Parque?

La respuesta pareció quedar durante algunos segundos como atrancada en la garganta de Gerald.

— ¿Quién era?

— Era yo.

— Pues entonces trate usted de entenderse con un buen abogado, porque está usted metido en un aprieto de todos los diablos.

Gerald intentó reaccionar:

— Pero, señor inspector, en fin de cuentas ¿es un gran crimen matar una ardilla, aun intencionadamente?

— ¿Una ardilla? —vociferó el otro—. Usted debe de estar completamente fuera de su sano juicio... ¡Porque su coche atropelló y mató a una joven, a una muchachita de diecinueve años que estaba parada pacíficamente en la orilla del camino!

Gerald K. Ames dejó caer el auricular. Sus piernas se doblaron, sus ojos se empañaron. Desde el comedor una enorme ardilla de pelo castaño le hacía señas.



## Perfil de la Argentina en América

POR CARLOS ALBERTO ERRO

DESDE QUE EMPECÉ a escribir para el público, desde que hace veinte años edité mi primer libro *Medida del Criollismo* mis estudios se han dedicado sobre todo a indagar el problema del ser nacional, al que planteé filosóficamente en aquella primera obra como la investigación de una categoría, de nuestra específica categoría como pueblo, que denominé «el universal criollo» y definí como aquello que es cierto y único para todo hombre por el hecho de haber nacido en la Argentina.

Las principales notas específicas del ser nacional señaladas en mis libros y en mis últimos ensayos son, por una parte, el modo de nacimiento de la Argentina, esa conciencia de juventud como nación, la posibilidad de crecer arquitecturalmente, la amalgama de sangres y de sentidos de la vida que en su población se opera, y, por otra, determinados rasgos muy característicos del medio geográfico y la influencia telúrica, de las condiciones sociológicas y de la historia. Algunas de esas notas esenciales son comunes a los pueblos de este continente, otras nos son privativas.

### *Unidad y diversidad en Argentina*

En el invierno de 1940 se realizó en *Sur* un debate sobre el tema «Cómo hacer de América un continente», en el que participaron escritores argentinos y extranjeros. Entre los extranjeros se hallaban Edith Helman, Eduardo E. Krapf, Germán Arci-

niegas, Pedro Henríquez Ureña y Amado Alonso. En aquella oportunidad Arciniegas señaló principalmente diferencias entre distintas regiones de América y yo me dediqué a expresar las semejanzas. Recuerdo —y la versión taquigráfica de la polémica puede encontrarse en el número 72 de *Sur*— que dije entonces más o menos esto: «Algunas veces, estando en Europa, he pensado en el tremendo mosaico que es ese continente. Me recordaba hallándome en Francia, por ejemplo, que a pocas horas está Alemania —que es otro mundo distinto—; que a pocas horas también está España, donde Europa y Africa se compenetran —otro mundo distinto también— y que más allá de un canal tan angosto como para que se intente hasta por mujeres su travesía a nado, se encuentra Gran Bretaña, cuyas nieblas y cuyas moradas le dan inmediatamente al viajero la impresión de hallarse en un ambiente saturado de individualidad, en el que vive, trabaja y crea un pueblo con vocación original, con un carácter inconfundible, hecho de cabeza fría, sentido práctico, realismo y «humor», que tiene un modo singularísimo de encarar los problemas humanos y de resolverlos. En cambio en América del Sur todos hablamos la misma lengua o hablamos dos idiomas tan semejantes como el castellano y el portugués y todas las naciones han surgido de una misma revolución excepción hecha del Brasil que se independiza más tarde con idénticos ideales políticos: la democracia, la libertad, la igualdad y la

fraternidad. Y como dijo aquella noche la doctora Helman, la circunstancia de que los países americanos no hayan podido realizar completamente su ideal, no quiere decir que no sean un auténtico símbolo de ese ideal. Tal comunidad de ideales políticos desde el nacimiento —agregué a modo de resumen— es aparentemente por lo menos una magnífica ventaja para que la continentalidad sea una realidad en América y pueda actuar como envidiable fuerza de unificación. »

Todos coincidimos en que dicha conciencia había sido mucho más diáfana y vigorosa en la época de la independencia y que precisamente los dos hombres más grandes de Hispanoamérica —San Martín y Bolívar— se habían caracterizado por poseerla con la misma intensidad y hondura. Desde este punto de vista, la historia, el transcurso del tiempo, el llamado « progreso » han representado un paso atrás evidente. Ya no planteamos los problemas ni trazamos los planes de acción en términos continentales. A medida que los años pasaban conocíamos peor a los países de América. Sentíamos, cada vez más, curiosidad por Europa, cada vez menos por lo que pertenece a nuestro horizonte geográfico e histórico.

Germán Arciniegas —agudo inquisidor de lo disímil— dijo lo siguiente en la parte central de su exposición: « Me parece que nosotros acentuamos demasiado la diferencia que hay entre la América del Norte y la América del Sur. Esta diferencia es más —creo yo— geográfica que espiritual. Pero hay otras dos Américas que la geografía no ha contemplado: la América oriental y la América occidental. Si nosotros observamos en la América oriental todas las ciudades que la caracterizan —Nueva York, La Habana, Rio de Janeiro, Montevideo, Buenos Aires—, veremos que son ciudades de corte muy europeo, y que han vivido siempre mirando a Europa. El Atlántico, en realidad, es para ellas un charco, un Canal de la Mancha, un estrecho cada vez más fácil de cruzar. Por eso, el argentino, lo mismo que el brasileño, el cubano, el uruguayo o el neoyorquino, mira mucho más fácilmente a Europa que a lo que tiene a sus espaldas, que es la América occidental. »

« La América Occidental, desde California hasta Chile, es una América donde se ha concretado más una tradición española; y es una América que se ha replegado en sí misma. La misma circunstancia de tener al frente un mar tan vasto como el Pacífico, la imposibilidad de entrar en relaciones con Asia, ha hecho que esos países tengan una formación cultural muy diferente. » La cultura es de raíz netamente española y —decía Arciniegas— « se siente uno más dentro de esa tradición en California, hablando inglés, que en Buenos Aires hablando castellano. »

Y en su ensayo « Las cuatro Américas », publicado en *Cuadernos* (nº 60), Arciniegas distingue una América inglesa en los Estados Unidos, una anglofrancesa en el Canadá, una portuguesa en el Brasil y las veinte repúblicas que fueron antes colonias de España forman la indoespañola. « Ahí quedan definidos —escribe— cuatro espíritus. »

Probablemente no haya geográfica y humanamente, contraste más violento que el que se da entre el Canadá y el Brasil, y, sin embargo, son los dos países que presentan en su historia notas más afines. Brasil es ardiente y tropical; es la tierra de los hombres de azabache, los cetrinos y los canela, la del infierno verde junto al Amazonas, la de los naranjos, el azúcar y el café. La naranja del Brasil lleva a Inglaterra miel y sol del corazón de América. El Canadá, en cambio, linda con tierras polares de pingüino y de foca. La blanca harina del trigo representa allí al café negro. « Los rostros de los canadienses pueden estar tostados por el frío. Pero sus cuerpos son blancos como los de Bretaña o Lancashire, como los de Escandinavia. Lo que en Brasil es lino y algodón, en Canadá es lana, y abrigos de armiño y bisonte. »

Esos dos pueblos tan diferentes entre sí, tienen coincidencias históricas extraordinarias. Los dos han sido largamente fieles a las monarquías europeas que les dieron el ser político, y los dos únicos en América que alcanzaron la independencia sin guerra, incruentamente. El Canadá esperó hasta 1926 para que en la conferencia del imperio se aceptara que su relación con la corona fuera ni más ni menos que la rela-

ción que con ella tiene la Gran Bretaña. Y desde entonces el Canadá entra como Estado soberano a ser miembro de la Liga de las Naciones y acredita sus propios representantes diplomáticos. El poder autónomo del dominio crece y crece, sin que los canadienses hayan cortado una cabeza, disparado un tiro ni roto un cristal. En el Brasil, el 15 de noviembre de 1889, sin pelea ni alboroto, se proclamó la República, y ese día el emperador «se embarcó gentilmente para Europa.»

Arciniegas insiste en su libro *Este pueblo de América* en que las naciones sudamericanas son tan diferentes entre sí como las naciones de Europa. Y yo insisto ahora y aquí en que por grandes que puedan ser esas diferencias, no son como las de las naciones europeas, porque todas han nacido obedeciendo a idéntico ideal político y se comunican en la misma lengua, apenas con un matiz diferente en el caso del Brasil. Hay en Suramérica una comunidad esencial que allende el océano no existe.

Porque creo que esas diferencias son muy importantes voy a hablar de la singularidad de la Argentina en América y también porque pienso que tan útil para el entendimiento entre nuestras naciones es saber en qué nos parecemos como tener clara conciencia de cuáles son los rasgos divergentes. Sólo conociendo lo singular de cada país puede determinarse racionalmente, en base a la calidad del ser y no de la ambición o la prepotencia, su función, su misión, en el concierto continental.

### *La Argentina, país racialmente integrado*

Lo he dicho antes de ahora: en nuestra América meridional ocurrió lo extraordinario. Siempre se ama, en mayor o menor medida, lo distinto de sí; quizá porque, como afirmaba Schopenhauer, en el amor cada uno busca lo que le falta; pero lo que le falta, agregaremos nosotros, para completar una unidad que varía según sea el ideal, clara u obscuramente sentido por el amante. Ese ideal está inferido por la cultura y por la raza, ya que como decía Ortega y Gasset cada cual va inmerso en

su raza como la gota de agua en la nube viajera. Y si el ser de uno nada tiene que ver con la cultura y la raza de otro, o mejor dicho, si es la contradicción o la ausencia de esa cultura y lo más alejado del espíritu y el físico de esa raza, cabe prever que el amor no nacerá, y nada crearán de común esos seres llamados a convivir por un avatar del destino.

Esa fusión de dos sangres, de dos sentidos de la vida: el europeo y el indio que se produce en la América sureña y no en los Estados Unidos porque los colonizadores ingleses no se mezclaron con la gente indígena y conservaron intacta su pureza racial, no se extiende empero en las demás naciones iberoamericanas a toda la población, sino que se limita a una parte de ellas. México y todos los países de la América Central, Ecuador, Bolivia y Perú tienen numerosa población india. En Colombia, Cuba y Venezuela el caudal demográfico se divide en blancos, mestizos y negros. En el Brasil, junto a la numerosa población de origen europeo, son muy importantes los núcleos negros e indios. Y en los Estados Unidos es tan considerable el contingente negro como para que algunos antropólogos pesimistas hayan llegado a vaticinar para el futuro un predominio de la población afroamericana en aquel gran país.

La Argentina posee población mestiza, pero en muy escasa proporción y en la inmensa mayoría de su gente, aunque parte de ella tenga sangre india, el predominio de la raza blanca es bien definido y felizmente hemos alcanzado una uniformidad etnológica muy notable, que ningún antropólogo osaría negar. La Argentina y el Uruguay son los únicos países americanos racialmente integrados de toda América, y Chile, donde el porcentaje mestizo e indígena es mayor, está en vías de llegar a serlo.

La amalgama de dos sangres y la interpenetración de los mundos, características de la América del Sur, es lo que hace que nuestra democracia sea una democracia racial sin limitaciones.

En la Argentina se ha cumplido ya el proceso de integración racial que en otros países sudamericanos se sigue operando lentamente y que en los Estados Unidos



no se realiza, porque allí la raza blanca y la negra no se entremezclan, y se encuentran, a este respecto, en el mismo estado que hace un siglo.

Así se ve como la Argentina no puede ser antindigenista por una razón tan decisiva como es la de que corre sangre india por las venas de sus hijos y su mensaje a las otras democracias americanas debe ser para desearles que el indio disfrute cada vez de más alto nivel de vida y para que en ellas se alcance la integración racial que nosotros dichosamente hemos logrado.

Concédasenos ahora franquicia para una digresión al pasar, antes de seguir adelante. La transformación de la Argentina ha sido tan rauda en un breve período de tiempo y la historia del país se ha centrado de tal manera alrededor de los acontecimientos que tenían a Buenos Aires por impulsor, eje y vigía, que a la inmensa mayoría de los ciudadanos les resulta casi imposible imaginar lo que era la realidad del país hace tres cuartos de siglo. Cuando se estudia la historia argentina en los textos conocidos, los indios prácticamente no aparecen después del 25 de Mayo de 1810. Y lo cierto es que ya constituido el país, con gobiernos regulares, con una constitución estupenda, y notables leyes civiles, los indios ocupaban vasta región, celebraban tratados con el gobierno y eran una presencia tan importante como para que el Estado tuviera que discutir con ellos y contraer compromisos actuando de uno y otro lado de igual a igual. Buenos Aires ya empezaba a insinuarse como la gran capital que es hoy, nuestras mujeres comenzaban a vestir a la moda de París y a leer libros franceses, se iniciaba ya un refinamiento en la sociedad argentina que debía asombrar a extranjeros ilustres; Sarah Bernhardt actuaba en un teatro porteño y los indios se consideraban todavía dueños y señores de la zona austral del país. Eran los tiempos en que Francisco Moreno se internaba en la Patagonia hacia la cordillera, caía prisionero de los indios, se salvaba milagrosamente de ser ajusticiado, retornaba después que se le creía muerto, se le veía vivo en Buenos Aires ante el asombro de todos y, admirable caso extraordinario, desempeñaba el inusitado papel de un explorador de su propio país. La

historia europea sólo nos habla de exploradores de tierras ajenas y ultramarinas. Esa realidad, tan interesante y tan típica de un momento de nuestro pasado yace oculta e ignorada en la literatura histórica del país, pero se salva en la obra de un gran argentino, a quien me es profundamente grato citar en este lugar: en la obra de Estanislao Zeballos, cuyo libro *Viaje al País de los Araucanos* seguido por *La región del trigo y Calfucurá*, rescatan para la posteridad la visión exacta del papel que desempeñaron los indios en circunstancias en que pareciera, engañosamente, que la vida de la nación se desarrollaba sin contar con ellos, como si ya entonces hubieran constituido una sociedad extinta y superada. Y bueno es recordar, para no enorgullecerse demasiado con nuestra decantada civilización, que en esos tratados entre el gobierno argentino y los indios del sur, más veces la mala fe estuvo del lado de los magistrados cristianos que de los caciques «salvajes» y que aquéllos no aventajaron a éstos en el respeto por la palabra empeñada.

### *Comparación entre dos extremos: México y la Argentina*

La comparación entre los extremos arroja luz sobre los estados intermedios y sobre el conjunto. Si en la América hispana hay dos países que ocupan posiciones bien diferenciadas y características, ellos son México y la Argentina. «La puramente india civilización precolonial de México —dice el profesor Northrop en *The Meeting of East and West*, libro excelente que recomiendo a quienes no lo hayan leído— no es una cultura sino varias que difieren tanto entre ellas como la británica, la germana, la francesa, la italiana y la española diversifican a Europa. Entre las más importantes se encuentran la Maya en Yucatán, la Tarascaná en Michoacán, la Metecapotecana en Veracruz y Oxaca, la Azteca alrededor de la ciudad de México, y la Tolteca que puede verse ahora en Teotihuacán, que existió aun antes de la venida de los aztecas». «Al contemplar los restos de todos estos tipos culturales en el Mu-

seo Nacional —agrega— uno tiene que darse pinchazos para estar seguro de no hallarse soñando, tan increíblemente notables son ».

El profesor norteamericano nos describe el lugar de los Dioses donde se levanta la geométrica pirámide del Sol cuya base es mayor que la de la Gran Pirámide de Egipto, aunque no tan alta. Examinando el espectáculo desde su extremo superior puede uno apreciar algo medularmente característico de la intuición estética de los indios. Y es que ésta abarcaba no sólo la forma de cada cosa aisladamente, sino de las diversas partes de un conjunto en su totalidad, y se extendía más allá de sus límites, comprendiendo a la vez, por el estudiado emplazamiento, a su relación con el cielo mismo y el curso de la estrellas. Así, por ejemplo, se ha comprobado que la Avenida de los Muertos y la Pirámide del Sol están orientadas hacia el punto que ocupa el sol al llegar al cenit. El arte, la sociología y la religión de los indios no eran cosas independientes sino entrelazadas en su misma matriz, y estaban definidas tanto en lo que se refiere a sus valores y fines como a sus instrumentos por una creencia que era geométrica y astronómica en su énfasis. Los indios demostraron insuperada capacidad para extender la forma y el sentimiento de la intuición estética a la comunidad como un todo.

El templo de Quetzalcoatl estaba pintado con vívidos colores, y si a algo recuerda la capacidad de los modernos pintores mexicanos —Orozco, Diego Rivera— para los grandes frescos, es a la de los artífices de la remota pintura nativa.

Una cultura tan vigorosa no podía ser suplantada sin dejar su huella en la que la substituyera. Así sucedió, y en la cultura hispana colonial de México los rasgos indígenas, se adentran profundamente y la convierten en algo precioso y único. En el monasterio de los jesuitas en Tepotzotlán destacase también la capacidad para plasmar el conjunto, vale decir las humanas construcciones, su ubicación y su dintorno; el espacio circundante, la bóveda celeste y los astros. La forma octogonal del Camarín de la Virgen en la Capilla de Loreto y el sentido naturalista de las figuras

de la cúpula, con las polleras floreadas colgando de las cinturas, repiten notas acentuadamente indígenas. Como se sabe, la Santa Patrona Nacional de México que enciende inigualada devoción en los hijos de aquel pueblo, es la Virgen de Guadalupe, virgen morena, como los aztecas, cuyo templo se levanta por mandato que impartiera al aparecérsese a un humilde paisano indio, Juan Diego, en la colina de Tepeyac en 1531, en el mismo lugar donde los indígenas tributaban un culto salvaje a la Pequeña Madre, diosa azteca de la tierra y de las mieses.

El territorio de la Argentina estaba ocupado antes de la Conquista por tribus nómades, de magro volumen demográfico, que no pasarían de 250.000, mientras en Perú y México llegaban a varios millones— de cultura pobre y muy poco evolucionada. No tuvimos ciudades indígenas. La religión de los aborígenes no dejó aquí templos que acreditaran su fervor. Fue aquella una adoración inmemorable, desentendida de toda exteriorización estética. Y cuando la cultura colonial sentó aquí sus reales, no se encontró con otra nacida en esta tierra que pudiera influir sobre sus formas y trasfundirle su pasión y su aliento como en el caso de México. Pronto las ideas liberales a cuyo impulso se independizó el país fueron superando lo colonial y borrándolo; esta abundante inmigración contribuyó también más tarde a modelar su imagen; hoy sobrevive en parcelas cada vez más reducidas, en cosas que son reliquias aisladas y que, de nungún modo, alcanzan a gravitar con brío en el tiempo presente.

Varias fuertes culturas indias y una poderosa cultura hispanocolonial forman el pasado de México, en cuya tierra rica en cantos, plena de colorida personalidad, apasionada y violenta, los indios continuán viviendo en gruesa proporción. Equivalente a ello en la Argentina, nada.

Alfonso Reyes en su libro *Norte y Sur* nos cuenta que en 1913 tuvo en París una conversación con Lugones que transcribe del siguiente modo:

« Vosotros, mexicanos —me decía Leopoldo Lugones—, sois casi como los europeos; tenéis tradiciones, tenéis cuentas his-

tóricas que liquidar; podéis *jouer à l'autochtone* con nuestros indios, y os retardáis concertando nuestras diferencias de razas y castas. Sois pueblos vueltos de espaldas. Nosotros estamos de cara al porvenir: los Estados Unidos, Australia y la Argentina, los pueblos sin historia, somos los pueblos de mañana.»

De ningún modo creo que el pueblo mexicano sea un pueblo sin porvenir. Por el contrario, me parece que es uno de los pueblos con más ancho futuro por delante. Pero, no obstante ello, el esquema de Lugones es útil para comprendernos y precisar lo que nos distingue de otros pueblos de América. Por aquí puede verse, con intenso resplandor, algo muy característico del perfil de la Argentina. La muy indígena México aparece, vista de tal modo, más parecida a Europa que nuestra tierra, mucho más cosmopolita. Un largo y denso pasado que le permite contar siglos de cultura, asemeja a aquella nación al viejo mundo. La Argentina, en tantos aspectos más europea que México, lo es mucho menos por la ingravidez de su pretérito. Paradójica conclusión de donde resulta que alejarse del indio no quiere decir necesariamente, en América, perder originalidad.

### *Nuestra singularidad geográfica.*

#### *La pampa*

Pasemos ahora a mirar la tierra, el medio geográfico, donde esa comunidad racialmente integrada, exenta de un pasado largo y cuantioso, ágil y desembarazada por lo mismo, se desenvuelve. Dentro de nuestro vasto territorio hay grandes regiones que no se diferencian substancialmente del resto de América; pero existe una que no tiene par en el planeta. Se llama la pampa, y definir su huidiza esencia vale tanto como dar expresión a algo típicamente argentino. La pampa es mucho más que una rica superficie llana, donde los crepúsculos y los amaneceres son desusadamente largos, porque nada oculta la visión del sol al asomar por la mañana, y al encenderse en magno incendio cuando se acerca, ya próximo el fin del día, a la línea del horizonte.

«La zona pampeana es, cabalmente, un privilegio geográfico. Poco se diría expresando que carece de depresiones profundas y de pronunciadas elevaciones del terreno, así como de calores extemporáneos o de heladas prematuras o tardías. El clima es templado y benigno. Hay que agregar que allí puede hacerse ganadería en gran escala, en campo abierto, sin cultivo y sin riego, es decir dedicar la tierra a criar animales más grandes que el hombre, para ser consumidos. Casi el mismo lujo, he dicho alguna vez, que el de un pueblo de liliputienses que criara gigantes para devorarlos.

En un estudio realizado por las Naciones Unidas se establece que la Argentina posee el 44% del área cultivable de Sudamérica. Como la población de la América meridional sobrepasa los 100 millones de habitantes, y nosotros tenemos sólo 16, quiere decir que en esta favorecida región menos de 1/6 del caudal demográfico del hemisferio sur disfruta de casi la mitad de la tierra con aptitud para ser cultivada y producir satisfactoriamente. Envidiable don de natura, éste.

Y cuando se habla de que un país es rico agrícolamente, son muchísimos todavía los que siguen pensando en términos de hace medio siglo. Se figura que la agricultura sólo produce materias primas alimenticias, y, a lo sumo, colorantes y aceites para pinturas, sustancias medicinales y fibras textiles. Hoy ya no es así. La explotación industrial de los productos de la agricultura se ha dilatado fabulosamente como consecuencia del prodigioso avance de la técnica química que hace posible, entre otras muchas cosas, la elaboración de sustancias sintéticas. Sabrán ustedes que con el maíz se pueden producir alrededor de 150 artículos diferentes, y entre ellos nada menos que el caucho sintético. Los alemanes, durante la guerra, extrajeron sustancias grasas y produjeron proteínas a base de la madera de los árboles. Una palmera cultivada en Africa, en aquellas tierras donde se entabló el duelo entre los ejércitos de Rommel y Montgomery, les permitió reducir su déficit de aceites. Esa palmera empieza a plantarse ahora en Misiones. Todas las materias primas salen de la tierra cultivable, del subsuelo mineral o

del mar y lo que antes sólo se extraía de la naturaleza hoy se crea en las fábricas, cada vez más cerca de la magia, de la tauturgia. Por eso cuando se afirma que nuestro país es sólo un gran productor de alimentos, se habla casi tan anacrónicamente como si se dijera que únicamente pueden volar los pajarillos y las aves de potentes alas.

Nuestro medio telúrico varía entre límites tan extremos como no conoce ningún otro país de América, y quienes hayan recorrido las selvas subtropicales del Norte o hayan conocido al frígido clima del Sur, penetrado de ambiente marino, ventoso, áspero y recio por la vecindad del polo, donde prosperan las hermosas coníferas, y la nieve tapa a las ovejas en el invierno, se habrán dicho más de una vez, como yo una tarde emocionadamente al acercarme al Lago Argentino, con la certidumbre de la visión más que de la reflexión, que nuestro país es múltiple y diverso por la variedad de sus horizontes geográficos; que es lo familiar y lo contrario de ello, lo acostumbrado y lo desacostumbrado; que tiene dichosamente la profundidad y la complejidad necesarias para que llegándose tierras adentro quepan la aventura y la ternura del descubrimiento dentro del propio suelo; que es, en suma, cosmos, mundo, y no fragmento de simple espacio y que en esto radica la base más sólida de su grandeza y nuestra esperanza. Para los argentinos conocer el país es descubrirlo.

### *El crecimiento arquitectural*

Un país de tan holgado medio geográfico, con el fermento dinámico de Europa inyectado en gran parte de la población, sin cargas pretéritas dificultosas, tiene que hacerse notar por muchos rasgos singulares. Anoto, primero, éste bien visible; hemos superado una desgraciada condición de muchos países americanos: inmensas fortunas en pocas manos y la pobreza y la miseria en el resto, en el gran número, en el pueblo. Tenemos una clase media numerosísima que siempre mantendrá el equilibrio de la Argentina. Vigorizarla y expandirla equivale a defender uno de nuestros mejores dones como nación.

Un país con las características del nuestro se halla en óptimas condiciones para crecer. Y crecer desde luego con raudo ritmo. Pero el crecimiento es un avance ciego. Crecen también la planta y el animal a quienes no alumbró la razón. Se crece mientras la juventud perdura, como se respira o como se duerme, por una imposición de la naturaleza, como consecuencia de ineluctable fatalidad biológica. Un país como el nuestro puede realizar algo muy superior a crecer; tiene a su alcance un hacer de más alta calidad, infinitamente más valioso y envidiable que la expansión dimensional o cuantitativa en que el mero crecimiento consiste. Puede trabajar con un margen de precaución inalcanzable por quienes obran sobre una estructura milenaria, anticiparse a realizar incruentamente lo que el avance de los intereses creados puede tornar de difícil o dolorosa realización. En América y en particular en la Argentina es posible trabajar en las funciones directivas de la sociedad, vale decir en las funciones de legislación y de gobierno, con un sentido arquitectural. Llamo «sentido arquitectural» a la manera en que puede actuarse sobre algo que está «en construcción» o que no se halla definitivamente formado. El sentido arquitectural así entendido, no es sólo aplicable a lo inerte sino también a lo orgánico; puede ejercitar lo mismo cuando se construye una casa que cuando se educa a un niño. Todo lo que es orgánico y joven admite, en mayor o menor medida, la actuación del sentido arquitectural, ya se trate de un animal, un hombre o una nación. Trabajando arquitecturalmente sobre cosas inertes cabe ordenarlas según el propio designio, salvo la resistencia que oponen las leyes físicas. Y trabajando arquitecturalmente sobre seres orgánicos, tratándose de seres normales, pueden tomarse precauciones para que tengan un desarrollo armónico. En uno y en otro caso, al arquitecto le es dado, en cierto sentido, modelar; la forma resultante, si no representa un producto total de su voluntad, por lo menos lleva siempre su huella de una manera profunda. Cuando el hombre actúa arquitecturalmente, es cuando su voluntad tiene más eficacia, cuando se acerca más al arquetipo del creador puro, cuan-

do puede plasmar más fácilmente en la realidad la ambición o la imagen o la teoría que lleva dentro de sí. Es cuando más se parece a Dios.

Varios ilustres escritores extranjeros han hecho notar que la Argentina parece, más que cualquier otro, un país construido. Alfonso Reyes lo hace en un precioso artículo «Palabras sobre la Nación Argentina», incluido en el volumen publicado con el título de *Norte y Sur*; Pedro Henríquez Ureña en los discursos de despedida publicados en el número 72 de *Sur* y en el folleto *Palabras americanas en la despedida de un buen americano* editado por la Universidad Alejandro Korn; y José Ortega y Gasset en las conversaciones recogidas por aquellos dos en los escritos que acabo de citar.

### *Las esencias del alma*

En el tono sentimental y emocional, en el acento íntimo o las esencias del alma, se busca ordinariamente, antes que en cualquier otra cosa lo personal del modo de ser de un pueblo y se piden definiciones para precisarlas. Sobre las propias del argentino muchas observaciones agudas se han formulado. Borges nos dice que aquí se achaparró la intensidad castellana, pero en los criollos quedó enhiesto y vivaz ese sonriente fatalismo que ha hecho de nuestras dos obras mayores otros tantos ensalzamientos del fracaso. Mallea señala en el argentino profundo un ánimo de donación, un sentido desinteresado y austero de la existencia. Raúl Scalabrini Ortiz define al hombre porteño, al de Corrientes y Esmeralda, como a un ser que, en soledad, espera. El conde Keyserling en sus *Meditaciones Sudamericanas*, llenas de atisbos ciertos, nos habla de nuestra tristeza y de nuestras inhibiciones, de la gana —el argentino hace las cosas porque tiene o no tiene ganas—, del papel sometido de la mujer en las danzas criollas y de otros rasgos significativos.

En el año 1936, al reunirse en Buenos Aires el Congreso Internacional de los Pen Clubs, se discutió el tema de la unidad y diversidad de América y de las relaciones culturales con Europa. Ese debate se encuentra publicado en volumen, por el Ins-

tituto Internacional de Cooperación Intelectual, con el título de *Entretiens. Europe, Amérique Latine*. Tomaron parte extranjeros tan ilustres como Maritain, Duhamel, Romain, Zweig, Ludwig, Peixoto, Sanín Cano, Reyles, Alfonso Reyes, Ungaretti, Henríquez Ureña, Arguedas, Díez Cane-do, etc., y varios argentinos ilustres también. Durante toda la discusión insisten en que se les señalan rasgos característicos que definan la personalidad del argentino, y causa una impresión penosa lo magro de las respuestas. Dos veces un argentino menciona la tristeza, la melancolía, el desamparo que se traduce en los cantos de nuestra tierra y en una ocasión Jules Romain y en otra Emil Ludwig le responden que las mismas notas aparecen en las canciones y músicas de Rumania y de casi todos los pueblos de la Europa Oriental.

A mi juicio, en ese debate, se había errado el camino al preguntar y al contestar. De un tiempo a esta parte viene generalizándose entre los que se declaran defensores de lo nacional, de lo criollo, una acentuada tendencia a circunscribir su presencia a las notas pintorescas de lo popular o regional, a lo que tiene carácter folklórico y se aleja de las manifestaciones de la alta costura. Así, por ejemplo, se denuncia lo criollo en una décima o una copla apócrifa, en una vidalita, un tango o una milonga, en el Martín Fierro; pero nunca en nuestros clásicos o en nuestros románticos. Esto me parece tan absurdo como si se pretendiera caracterizar el alma de Francia ignorando a Descartes, a Racine o a Pascal, o la de Alemania omitiendo a Goethe y Schiller, o la de Inglaterra olvidándose de Shakespeare o de Milton. Hay que buscar lo criollo dondequiera que se encuentre sin desdeñar, por supuesto, lo grande, ya que sólo un lamentable resentimiento puede hacernos despreciar lo mejor. Lo criollo, lo argentino está tanto en la prosa y la pasión de Sarmiento, como en los versos de Hernández y de Lugones, como en el pensamiento renovador de Echeverría. Está en el gesto de San Martín en Guayaquil y en el de Moreno cuando en la parte dispositiva de un decreto escribió que ningún habitante de Buenos Aires, ni ebrio ni dormido, debe tener inspiraciones contra la libertad de su patria. En Sar-

miento, pese a sus detractores, hay un nacionalismo de ancho aliento, que por lo mismo que tiene fe en su país se revela contra su clausura. Yo pregunto quién ha expresado verdades más esenciales sobre lo argentino que Sarmiento en la primera parte de *Facundo* donde habla del gaucho malo, del rastreador y del baquiano y donde, trazando algunas de las páginas más hondas de la sociología vernácula, refleja la influencia del desierto sobre nuestro pueblo y cómo causa obstáculos que se oponen a su ingreso en un orden estable. Y *Recuerdos de Provincia* es el primer libro de nuestra literatura en que los episodios de una obscura aldea provincial adquieren categorías de expresiones humanas eternas,

jerárquicamente tan importantes, a la luz de la belleza y la verdad, como las que ocurren en prestigiosos escenarios seculares. Sarmiento ha tenido genio suficiente para mostrar que también en lo pequeño y naciente se encierran valores como para asegurar la universalidad de una obra literaria. El hecho de cortar una higuera, en un humilde patio de provincia, le inspira páginas que no han sido superadas en nuestras literaturas. ¿Y habrá quien se atreva a decir que esto no es entrañable, perdurablemente argentino, que allí está el genio creando belleza con elementos genuinos de su propia tierra? ¿Habrá alguien tan torpe o tan necio como para que vea en esto un reflejo de París o de Londres?

## Consejo

*De la muerte inacabada  
me quedan muchos huesos,  
cierta respiración y las hormigas,  
el don de razonar y usar la lluvia.*

*Para protegerme de la intemperie  
escojo el consejo de los muertos.*

VICENTE GERBASI

# LA PLAZA MAYOR DE MEXICO

POR MAURICIO GOMEZ MAYORGA

U VIEJO LIBRO elemental de geografía, escrito en España hace muchos años, decía que la ciudad de México era «un cuadrado perfecto al pie de cumbres nevadas; o la orilla de lagos resplandecientes y entre oscuros bosques de pinos y dorados campos de trigo». Todo aquello había sido cierto; casi cierto, salvo el cuadrado perfecto y los campos de trigo. Pero había sido cierto, no cuando aquella geografía de nuestros tiempos escolares fue escrita, sino cuatrocientos años antes, cuando la gran ciudad de Tenoch, con sus trescientos mil habitantes, estaba a punto de sucumbir al asalto español para llegar a convertirse después en la capital de la Nueva España —el mayor país del continente en aquel tiempo— y en la sede del primer virreinato de América. Era una isla aquella ciudad, como todos sabemos, y no formaba un cuadrado perfecto. Casi lo fue, sin embargo, cuando Cortés trazó sobre la arruinada Tenochtitlán y sobre la geométrica red vial azteca la figura urbana —visible y viviente hoy en día— que lleva el nombre no enteramente justo, de «Traza de Cortés». No estaba exactamente al pie de las montañas, pero las dos grandes cumbres nevadas, la Mujer Blanca y la Montaña que Humea, se veían entonces al sureste del valle, antes de que los humos y los polvos de la futura gran ciudad los hicieran invisibles. Los oscuros bosques de pinos estaban cerca, antes de que la gran ciudad asesinase suicidamente sus reservas fores-



tales; y cerca estaban los sabinos milenarios, los ahuehetes, los grandes ancianos del agua. Algunos quedan, lector, y agonizan. Vé a verlos al poniente de la Plaza Mayor, donde se alza un montículo dedicado a un saltamontes. Allí se extinguen los últimos sabinos y con ellos la nostalgia del agua. Y el agua, sí, el agua a cuyo repudio y menosprecio hemos dedicado más de cuatro siglos, estaba allí, a la orilla y en el tejido mismo de la ciudad lacustre. Y en efecto, los lagos que formaban parte de la vieja ciudad y que la rodeaban por todas partes, resplandecían y reflejaban los bosques y las montañas.

El cuadrado casi perfecto —obra de Cortés sobre pauta Mexica— estaba estructurado a la romana con sus cuatro vías señalando a los cuatro rumbos cardinales. El Norte y el Sur, el Este y el Oeste estaban rígida y ritualmente fijados en el cruce de las dos grandes circulaciones que convergen en la actual Plaza Mayor. En la capital clásica dos eran las plazas que se articulaban en esta cruz de caminos: la ceremonial y la nobiliaria. La primera, la gran plaza de veinte mil metros cuadrados, la del gran Teocalli y la de los ritos terribles, fue arrasada por los conquistadores hasta los arranques de sus muros y de ella no quedan sino datos, referencias y vestigios de muros y taludes. Pero la otra plaza existe aún como ámbito urbano y sus alineamientos son viejos por lo menos de quinientos años. Y mientras que

el gran recinto ceremonial fue posteriormente cubierto por el tejido urbano, ya que la «Traza de Cortés» no la reconoció como dato para la futura capital española, la plaza de la nobleza (allí se encontraba el enorme palacio de Moctezuma Segundo) no fue tocada en su forma ni en sus linderos, y casi tampoco en sus funciones, ya que la sede del gobierno —palacio del emperador azteca, casas de la Audiencia, palacio virreinal y palacio presidencial— ha estado siempre allí. La plaza, ayer y hoy, ha significado siempre la vigorosa (a veces demasiado vigorosa) presencia del Estado. Hoy en día en la Plaza Mayor de la ciudad de México concurren imponentemente varios grandes poderes: el presidencial, que rige desde donde estuvieron las casas de Moctezuma; la temida Secretaría de Hacienda en el otro extremo del Palacio Nacional; la poderosísima regencia de la ciudad y simultáneamente el Gobierno del Distrito Federal, monárquicamente en manos de un poder que puede rivalizar con el propio Presidente de la República, y en frente, al norte del gran espacio, la Catedral Metropolitana con las oficinas arzobispales y el adjunto Sagrario. La iniciativa privada y la pobreza nacional están representadas por trescientos metros de tiendas y negocios en el costado Oriente de la Plaza, y por el histórico, aunque remendado, edificio del Monte de Piedad.

Esta es la plaza en la que se funda, no una ciudad ni un país, sino todo un continente. Aquí nace América. Es en este vasto espacio, ya urbano desde el Siglo XV, donde toman contacto para siempre dos grandes culturas cuya lucha y cuya fusión final estaba escrita desde siempre en los oráculos y las profecías. El gran recinto —que el mexicano moderno llama popularmente «zócalo» en desmemoriado recuerdo de un plinto para una columna conmemorativa que nunca llegó a concluirse— era el tercer centro de la ciudad de Tenochtitlán. Uno —quizá el más antiguo— era Tlatelolco, con su famoso mercado y su recinto ceremonial. El segundo era la plaza del Gran Teocalli con su extraordinario concierto de edificios y el tercero, inmediatamente contiguo al recinto ceremonial, era este recinto de los

palacios, que había de llegar a nuestros días. Aquí es oportuno rectificar errores habituales incluso en México. La Plaza Mayor actual, a la que estas notas están dedicadas, no es la antigua plaza ceremonial, y la Catedral no se asienta sobre las ruinas del Templo Mayor, como dicen —entre otras cosas— los guías de turistas. Las dos antiguas plazas estaban ligadas y eran contiguas, y lo que ocurrió es que al desaparecer el recinto religioso todas las funciones públicas de la nueva ciudad se concentraron en un solo espacio, como hasta la fecha ocurre. Así las cosas, la actual ciudad de México, veinte veces mayor que la antigua Tenochtitlán, no tiene en realidad sino un sólo gran centro cívico-religioso, y en ello podemos reconocer un signo del centralismo de la capital dentro del país: la Plaza Mayor ejerce en la ciudad el mismo imperialismo que la capital ejerce en el país.

Pero no podemos negar que esta ilustre plaza tiene derecho a dominar y a mandar. En ella estuvo la primera catedral del continente y la primera imprenta; el primer ayuntamiento del altiplano, el primer virreinato, la primera universidad, y muy cerca de allí, la primera casa de moneda, la primera academia de Bellas Artes, el primer hospital, el primer seminario... Todo empieza allí: esa es la plaza, única en América, de todas las primeras cosas. Como que allí había terminado un mundo para empezar otro. En ese lugar acababa en México la Edad Media y empezaba el Renacimiento; un Renacimiento en el sentido más estricto de la palabra en virtud del cual el renacido México se asomaba por primera vez a Europa desde la enorme ventana que España le había abierto en su Plaza Mayor. Al entrar Cortés en esa plaza por la calzada de Ixtapalapa, entraron con él España, Roma, toda Europa y los tiempos modernos, y al tomar contacto con la plaza nobiliaria de la que era en ese momento una de las mayores ciudades del mundo, el conquistador tomaba contacto con todo el país y con toda América.

\*

¡Qué andanzas y qué mutaciones! ¡Qué ir y venir, nacer y morir de gente! ¡Qué



cambiar de hablas y de indumentarias! Han pasado cuatrocientos años, que pronto serán quinientos —¡América, vas a cumplir medio milenio hablando español!— y la gran plaza de México, la gran plaza de América parece haberse tranquilizado y llegado a un punto de reposo. ¡De lejos has venido navegando, Plaza Mayor! Seguramente ya no recuerdas lo que eras hace quinientos, seiscientos años, porque nada queda que te lo recuerde, salvo allá abajo, en esa especie de subconsciente de la historia que son los estratos arqueológicos, los vestigios, las ruinas de las que apenas tenemos noticia. De ese subsuelo profundo surgió una vez el calendario azteca, la gran piedra solar, lunar y venusina. Todavía en el ángulo noreste de la plaza, cinco metros abajo, se encuentran los taludes, contrafuertes y muros de serpientes de algunos de los templos menores de la gran Plaza Ceremonial, y mucho, mucho más, no sabemos cuánto, debe encontrarse sumergido bajo la grande, árida y lacónica losa de cemento que hace del actual recinto una vasta tumba sin inscripciones. Sólo dos monumentos vivos hablan de los desaparecidos esplendores: la catedral metropolitana, que navegó durante más de doscientos años con sus tres naves hasta su terminación en los albores de la independencia de México, y el adjunto Sagrario Metropolitano, singular obra maestra del pleno siglo XVIII. La pareja que forman no es exactamente feliz, pero cierran ambos y definen la plaza al norte, sin poder impedir sin embargo que el espacio se fugue lateralmente por viejas calles que corren más allá. Lo demás, el actual Palacio Nacional —¿no lo despreció López Velarde?—, los casi gemelos Palacios Municipales (en una ciudad que carece de régimen municipal), la percusiva y reiterada serie de edificios comerciales que corren durante todos los centenares de metros del costado poniente de la plaza, todo eso es ficticio, posterior, colonialoide, apresurado. Hay terceros, y cuartos pisos que la colonia no concibió jamás, hay arquerías absurdas, hay portales puramente reminiscentes, hay piedras imitadas y molduras temerosas del espacio y de la luz. Y hay el enorme bostezo de la gran plaza vacía o vaciada, despoblada por un afán cívico,

ingenuo y municipal de hacer desaparecer todo elemento que quite la vista de las numerosas falsedades de la arquitectura que define los paramentos de la plaza. Quedan, repetimos, la Catedral y el Sagrario solos y aislados, un poco incómodos sin duda ante las presunciones de los recién llegados y ante la mareante ruleta de la circulación de vehículos en torno al tapete central de la plaza.

Por desgracia —y muy diferentemente de las plazas de Europa—, la Plaza Mayor de México es hasta cierto punto un espacio negativo: un puro vacío como ocurre inevitablemente con toda plaza dentro de un tejido reticular. No sabemos con exactitud si en los tiempos clásicos haya habido edificios o edículos dentro de la plaza de la realeza, como los había en magnífica y concertada disposición dentro del ámbito de la gran plaza ceremonial. El hecho es que hoy por hoy —el futuro en México es caprichoso e impredecible— la gran Plaza Mayor es un gran vacío, y los edificios circundantes no son espectadores sino de la gente que va y viene. Crear una gran estructura urbana, una plaza dinámica en la que haya múltiples focos de interés interno, en la que se den ámbitos y espacios modulados a la escala del hombre y donde el viandante encuentre reposo y lugares de acogimiento, una plaza donde el espacio urbano no huya inconteniblemente por los cuatro rumbos cardinales, es cosa del futuro y de los urbanistas del futuro. Un día —estamos seguros— esta plaza que es centro de América volverá a ser el tipo de espacio vivo que merece ser, y un día los múltiples habitantes arquitectónicos, vegetales y de agua que requiere para su correcta orquestación y que ahora no existen, surgirán a la vida cuando los arquitectos y los habitantes de la ciudad de México se den cuenta de que en el centro de su capital existe una plaza central en la historia, donde todas las cosas concluyeron y volvieron a empezar. Es ciertamente la Plaza Mayor, la Plaza Máxima, la del encuentro de las culturas, la del choque entre dos razas y dos casas reinantes, la del cumplimiento de las profecías y los angurios, la del último Moctezuma y el primer virrey.

Se fue la remota primera catedral, aque-

lla pequeña que miraba al Poniente como los templos paganos; se fue la capilla de tabaqueros, al poniente de la nueva catedral; se fue el intento de la primera Columna de la Independencia, cuyo desaparecido basamento dio el nombre de «zócalo» a esta plaza; se fue el Parían, de nombre filipino, que era un mercado al sur de la plaza; se fue el magnífico caballo de Tolsá y la explanada elíptica que lo enmarcaba; se fueron grupos arbolados, prados y fuentes; se fueron mercaderes y portales de mercaderes... Quedó, sin embargo, el espacio, la ubicación, el eje de la plaza magníficamente subrayada en tiempos recientes; y quedan los dos grandes monumentos históricos ya mencionados. Los otros serán históricos un día, y otro día los arqueólogos se equivocarán genialmente y atribuirán unas cosas y otras a culturas y autores que no les corresponden.

Plaza Mayor, máxima plaza: estás en el centro de todos los centros acumulando tiempo y espacio y en espera de un nuevo esplendor. En torno tuyo gira la ciudad de cinco millones, de seis millones de habitantes. A los lejos vigilan los volcanes altos en el ya elevado altiplano. A iguales distancias, y dos mil metros abajo, los dos grandes mares: el Atlántico, de donde vino España, y el Pacífico, que nos ligó con Oriente. Plaza Mayor: cruce de caminos, cruz de rumbos cardinales, punto de lle-

gada y de partida. El hombre de España llegó allí por la calzada de Ixtapalapa para encontrarse con los hombres que a su vez, siglos antes, habían llegado también allí desde el norte y el oeste. Ambos venían de otras partes, ambos eran o habían sido conquistadores y ambos buscaron y encontraron tierras muy distantes de las originalmente suyas: el mexica venía de Aztlán, tierra tan remota y antigua que ya resulta legendaria. Era tierra circundada por agua, y en el agua había una isla, y en el centro de la isla había un templo y una plaza circundada de casas. Esa fue la primera plaza mayor, allá en otra parte, antes de los Moctezumas y los Cortés, en plena Edad Media europea, cuando España era más árabe que española. Muchos siglos habrán de transcurrir —en realidad no sabemos cuántos— para que aquella plaza desconocida, miles de kilómetros al noroeste de México, llegase a encarnar en la plaza nobiliaria que conoció el conquistador —el segundo conquistador— a su llegada a la meseta de Anahuac, a principios del siglo XVI. A Moctezuma Segundo sucedieron Cortés, las Audiencias y los Virreyes; después uno que otro emperador furtivo y una serie de presidentes. Todo ellos han cumplido su ministerio desde el actual Palacio Nacional, que con todas las modificaciones, reconstrucciones y alteraciones que la historia ha querido

LA PLAZA MAYOR DE MEXICO A FINALES DEL SIGLO XVIII (GRABADO DE FABREGAT)



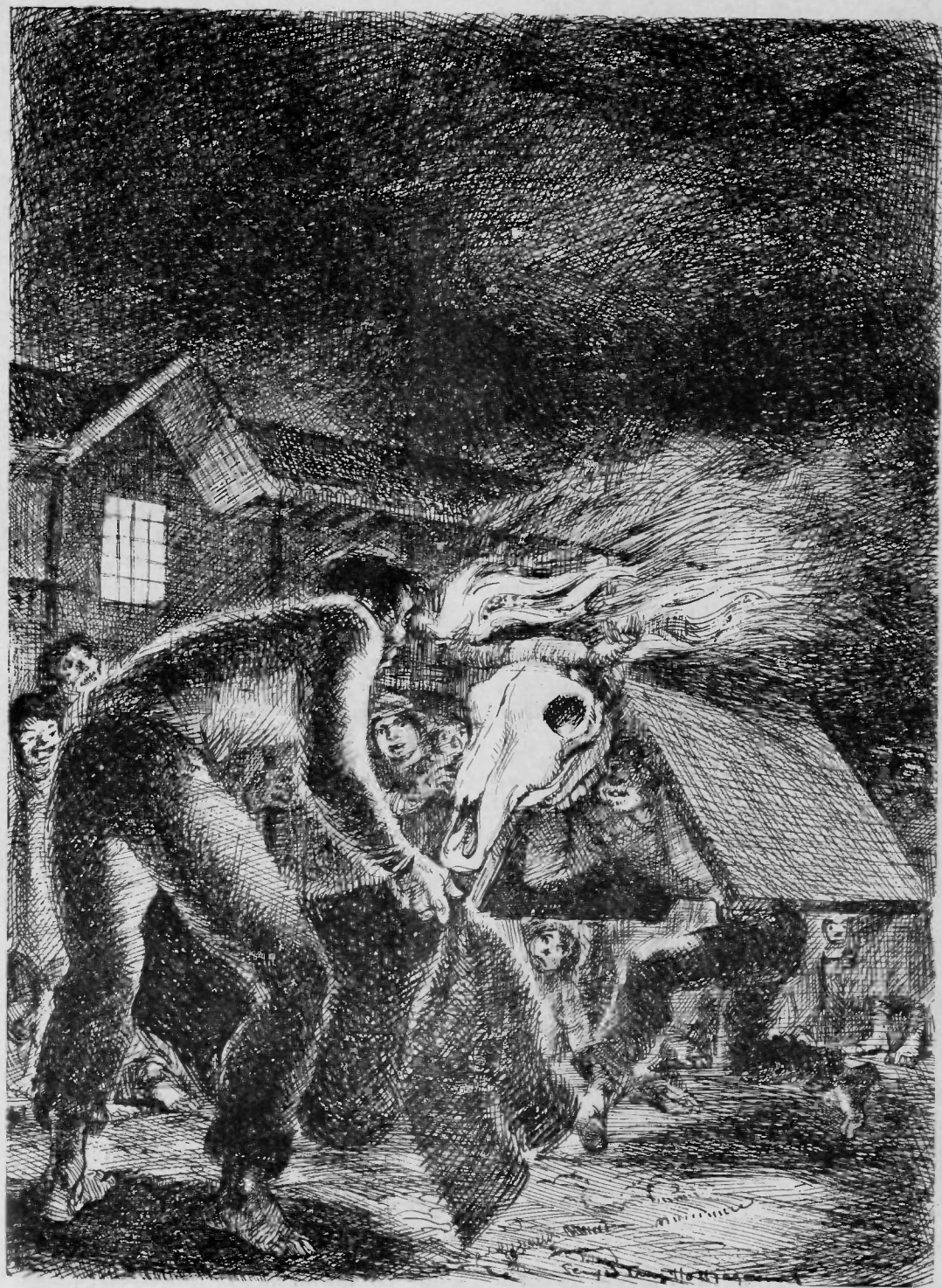
imponerle —sobre todo las que sufrió a manos del nacionalismo revolucionario del primer cuarto de siglo— sigue estando en el mismo lugar en que el segundo y último de los Moctezumas estableció la sede de su gobierno.

Un centro de otro centro. Un cruce de ejes y caminos urbanos, así como el país es un cruce de caminos, rumbos y migraciones. Una plaza dominante dentro de una ciudad dominante, obra de dos pueblos dominantes. Una cerrada y compacta acumulación de poderes nacionales, a veces en pugna y en conflicto. Un nodo inicial y terminal de las más importantes arterias antiguas y modernas de la ciudad, y el kilómetro cero de todas las grandes carreteras nacionales. Un corazón urbano, un centro dinámico del sístole-diástole, del flujo y reflujo de la circulación metropolitana; un receptor y generador de tránsito y un vaso de desfogue de las muchedumbres que por motivos cívicos, políticos o patrióticos acuden al recinto tradicional y a los palacios de los grandes poderes nacionales, incluyendo los templos.

\*  
¿Cuántos millones de mexicanos han acudido a esa plaza a lo largo de medio milenio? ¿Cuántos han ido solos o en masas de docenas de miles a suplicar, a protestar, a esperar, a gritar, a escuchar, a cantar, a conocer el poderoso, a oír su palabra, a exigir su cabeza, a incendiar las puertas de palacio, a pedir agua, pan o justicia, a matar y a morir? ¿Cuántos han sido? ¿Quién recuerda sus rostros? Los mexicanos dejaron de ser y volvieron a ser en esa plaza. Allí el fuego de los dioses fue apagado y allí fue de nuevo encendido; allí el tiempo fue interrumpido y allí empezó a transcurrir de nuevo. Allí la aciaga fecha *Uno-Serpiente, Trece-Casa* se convirtió en medio del humo, de la sangre y del llanto en nuestro 13 de agosto de 1521. Y así el tiempo de Quetzalcóatl y de Cristo empezó a fluir, y así, desde esa plaza, España, y Roma y Europa empezaron a fluir hacia todo el continente. Tú lo viste, Plaza Mayor, Máxima Plaza: tu tiempo y tu espacio fueron testigos y bajo tu suelo, dormidas, yacen piedras que recuerdan.

VISTA AEREA DEL ACTUAL « ZOCALO » DE MEXICO





« LA VACALOCA »

DIBUJO DE SERGIO TRUJILLO MAGENAT

## América Latina y Europa : perspectivas y destinos

POR CHARLES V. AUBRUN

EN 1818 SALÍA en una imprenta de París una curiosa obrita, en la que en su tiempo el secretario de Bolívar, Manuel del Palacio, informaba al público europeo sobre el estado de la América española después de su liberación.

Ciento cincuenta años más tarde, A. Zérega Fombona, descendiente de Manuel del Palacio, mantiene la presencia y el prestigio de Venezuela en el ambiente de la cultura europea.

En 1859 vio la luz en París *El correo de ultramar*. Dos franceses habían tomado la iniciativa de esta publicación: X. de Lalle y Melan. Allí acogían un poema, «Flora y las flores», del diplomático colombiano José María Torres Caicedo.

A cien años de distancia, *Cuadernos* y el colombiano Germán Arciniegas repiten con brío la misma aventura. Pero ha cambiado el mundo. La hazaña de antaño se ha convertido en necesidad. Por caprichosos que sean los azares de la Fortuna, siempre habrá de aquí en adelante un mensajero que lleve con diligencia, de un continente a otro, las misivas en que van inscritos nuestros destinos, y siempre habrá una revista que les sirva de enlace y de amarra.

\*

Y ahora ¿en qué estamos?

La América Latina ya es mayor de edad. Puede vivir de sus propios recursos en el plano cultural. Las aportaciones extranje-

ras ya no le vienen impuestas de afuera, ni por la moda, ni por obra de cierto imperialismo intelectual, sino que las escoge de acuerdo con sus necesidades.

Bien claro se vio el cambio después de 1930. Algunas revistas americanas de vanguardia descubrieron el surrealismo francés y se iniciaron a él algunos jóvenes venidos de allá. Pues bien, veinte años más tarde, los novelistas Enrique Amorim y Miguel Angel Asturias, formados en París, ya tenían asimiladas e integradas tan perfectamente las lecciones de Breton y de Leiris que el surrealismo parece brotar espontáneamente de su pluma. Amorim inventa personajes en vías de metamorfosis: el gaucho es árbol, es caballo, es centauro coronado de pasto en su medio natural, la estancia, la pampa. Asturias puebla sus «leyendas» y sus novelas con seres a la vez reales y «superreales», situados fuera del tiempo, yendo y viniendo sin cesar entre la mitología precortesiana y las creencias o las costumbres indígenas de hoy. El novelista cubano Alejo Carpentier aún va más lejos: declara a quien quiera que el surrealismo preexistía en América en un estado mucho más complejo y más rico que el simple esbozo dibujado por los literatos franceses.

No hay problema. La doctrina de Breton tuvo un papel análogo al del catalizador en química. Lo sobrerreal estaba latente en Europa y en América y salía por todos los resquicios que dejan los sistemas

lógicos cuando compiten en nuestra mente, entre el cartesianismo y el freudismo, entre el indigenismo y la civilización. Esa superrealidad no hubiera llegado hasta la letra, hasta la expresión escrita sin su toma de conciencia por los doctrinarios surrealistas. Pero es evidente que, treinta o cuarenta años después, la obra surrealista en español de América tiene más peso, más diversidad y más valor que la obra surrealista en francés.

Un hecho nuevo hay que subrayar: la fortuna en América del surrealismo resulta de una decisión voluntaria y consciente de los americanos.

Otro acontecimiento cultural nos da la prueba *ab absurdo* de la madurez del espíritu americano. Cuando surgió el existencialismo después del gran cataclismo de 1918 en la mente de Heidegger, y después del de 1940-1945 en la obra de Sartre, cierta élite americana se interesó por esa novedad. Pero nadie la siguió. No prosperó la planta exótica en el humus exuberante de la tierra americana. En aquellos países, a los que precipita adelante el mismo peso de su porvenir, ¿qué podía significar una doctrina de la angustia recalentada en la obsesión de las desdichas pasadas?

América es mayor de edad y no deja que sus primeros tutores juzguen por ella sobre sus necesidades. Ya se dan cuenta de ello los europeos más lúcidos. No hace tanto tiempo mandábamos allá «viajantes» con la misión de presentar nuestras mejores marcas y vender nuestra mercancía. Ahora mandamos técnicos para abrir pozos de petróleo, ingenieros para revelar las riquezas ocultas del nuevo continente, peritos que ayuden a los americanos a explotarlas y aprovecharlas. Paralelamente mandamos a nuestros profesores, a quienes se les recibe bien si vienen a hablar de Gide o de Racine, se les agasaja respetuosamente si se interesan por las dificultades sociales y económicas del país, y se les acoge como hermanos cuando piden a las letras americanas luces para resolver sus propios problemas.

En la postguerra fundamos en Europa, especialmente en Francia, institutos de investigación y de enseñanza consagrados

a América Latina. Citemos aquí los de Burdeos y de Toulouse, en los que entra todo el hispanismo, y el Instituto de Altos Estudios de América Latina, que fundó J. Sarrailh y que dirige actualmente P. Monbeig. De ese auge extraordinario participa Brasil con el Instituto de Estudios Brasileños de París y las secciones importantes de la universidades de Toulouse, Burdeos y Poitiers. En los programas de nuestros exámenes y oposiciones figuran siempre las civilizaciones y literaturas hispanoamericanas y en muchos casos las «cosas» del Brasil. Nuestro Centro de Investigaciones del Instituto de Estudios Hispánicos de París colaboró con el Instituto de Altos Estudios de América Latina para publicar la tesis de P. Verdevoye sobre Sarmiento. En efecto, las dos instituciones hermanas tienen su actividad editorial, cada cual con títulos que conciernen a América Latina, ya sea su etnografía y su geografía, o bien su historia y su literatura.

\*

¿Qué es nuestro propósito? Intentando prever el porvenir del Continente, unos interpretan los gráficos de su demografía y de su economía; otros están persuadidos de que la imagen de la América de mañana se oculta también en lo más hondo de sus poemas y entre las líneas de sus novelas. Aquí no quiero hablar sino por los segundos. La crítica literaria moderna consiste en una exégesis que depura la obra literaria, la vacía de sus impurezas anecdóticas y se propone descubrir, más allá de las intenciones del autor y de las contingencias del momento literario, la estructura y la significación permanente del fenómeno americano. Cuando vuelve del mar el pescador todos miran la cosecha suya, los peces que se agitan a montones en el muelle. Pero el patrón de la barca no mira sino las redes y sus mallas y cómo han logrado apresar el botín. Igual pasa con el crítico. Más allá de las ideas y de los sentimientos del día, más allá de las formas al uso, que son como la cosecha cotidiana, busca la red mental que ha cautivado la presa de hoy y cautivará la de mañana.

Pues bien, lo que los europeos anhelamos encontrar en el nuevo mundo es la contex-

tura peculiar. La técnica fenomenológica está revolucionando los métodos de la filología. Su primer mérito es su eficacia al explorar las potencias o virtualidades del hombre tales como aparecen en las obras literarias, sin que muchas veces se den cuenta de ello los mismos autores. Quereamos aplicar ese método de prospección al *homo americanus* y a su universo mental.

Europa necesita una América diferente, que no sea su sombra ni su eco. No le interesan sus imitadores o sus discípulos. Europa busca su propia imagen en los ojos abiertos y lúcidos de América no para complacerse en ella, sino para corregirla y para corregirse. Hemos perdido la petulancia de antaño. Por ejemplo, ya no creemos que nuestra historia sea una perpetua superación de los contrarios.

Harto conocido es el hecho que la actitud del observador modifica la cosa observada. Desde Hegel y Marx, considerábamos cualquier acontecimiento como determinado y necesario; la vida de una sociedad la comparábamos a una larga cadena cuyos eslabones, hasta los más torcidos, tendían hacia una condición mejor de nuestra humanidad. La revolución francesa, el imperio napoleónico, la Comuna y la revolución rusa evocaban un caminar dialéctico cuyas etapas, por desdichadas que fueran, a veces se presentaban como la garantía de un progreso, de un salto adelante. Pero ahora nos preguntamos: ¿Para qué sirvió la guerra del 14, aquel sombrío yerro? ¿Qué puede haber de necesario en la guerra del 40, aquella gigantesca confusión?

Durante un siglo y medio, nuestro concepto europeo del hombre en el mundo y del hombre en el tiempo histórico se tradujo literariamente por la dramatización de los géneros: la novela se llenó de diálogos; el teatro (género típicamente europeo) dio en el melodrama, o bien en contrastes más sofisticados que dialécticos: al final llegaba una purgación catastrófica, una catarsis en la sangre y el dolor; pero ni la novela ni el drama dejaban de ser optimistas. Se nos decía que la violencia era necesaria para que triunfara el Derecho (1918) o bien para que se liberaran los pueblos (1945). Paralelamente, en la letras,

Gide defendió el Derecho de la persona a su autonomía, y con Sartre la Libertad vino a ser el tema principal de la novela y del drama.

Al llegar al desenlace todos agudizábamos el oído, pero en vano, pues no se percibía la voz de los *lendemains qui chantent*. La filosofía de lo absurdo fue el fruto de nuestro desengaño.

En la otra orilla del Océano, al contrario, las naciones se mantuvieron fieles a la filosofía propia del siglo XVIII, época de su concepción y génesis. Allá los acontecimientos se clasifican según un sistema maniqueísta entre buenos y malos. No se ordenan cronológicamente como «suceso», hechos que «se suceden» racionalmente a lo largo del tiempo. Y se supone que el bien acabará por triunfar del mal. La palabra de Condorcet penetra hasta América a principios del siglo XIX e introduce en esa visión de la historia la noción de progreso, o sea de una sociedad y de un hombre que, inacabados y perfectibles por naturaleza, nunca dejarán de caminar hacia su perfección.

El confrontamiento de la teoría con la realidad en 1810 tomó caracteres épicos: con Bolívar. Luego en vez de progresar, parecía que los nuevos Estados se hundían en un caos primitivo, en una confusión sin leyes. Además, los partidos políticos representaron otras tantas apuestas sobre el porvenir, pues no resultaban de un análisis científico y una toma de conciencia del presente. Todos coincidían en decir que el otro partido, el partido del adversario, representaba las fuerzas del Mal. Así es que «el otro» vino a llamarse con el tiempo, y según la perspectiva, Federalismo o Unitarismo, Positivismo o Barbarie, Indigenismo o Europeísmo, Ariel o Calibán, Libertad o Comunismo. Pero ¿quién no ve que esos harapos vestían los dos mismos sempiternos maniqués, el «ladrón» y el «gendarme» de un sempiterno guiñol?

América empieza a comprender que esas doctrinas, al luchar una con otra, acaban por parecerse. Poco a poco van traicionando a sus mismos principios al par que se alejan de la realidad ambiente. Sus relaciones mutuas se inscriben fuera de toda humanidad en un círculo cerrado que tiene

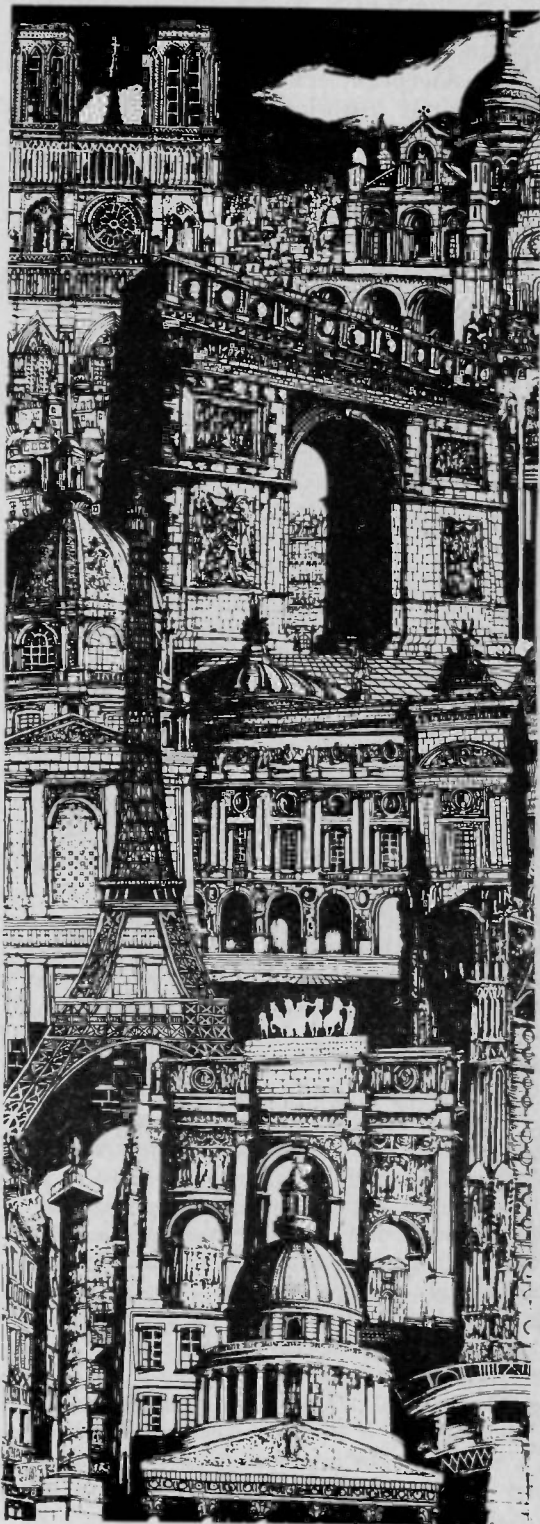
sus propias leyes. En el lenguaje de cierta filosofía, diríamos que se «cosifican», y el mecanismo se apodera de ellas ya que las abandona el espíritu vivificador. Más todavía: con la intensificación mórbida y febril de su antagonismo, devoran la misma substancia de las sociedades que se entregan a esas luchas ideológicas, hasta el momento en que de pronto se desploman y desaparecen, no en una superación fructuosa sino con el derrumbamiento de todo el cuerpo social. Sus dos polos habían atraído y repartido entre sí la energía latente de las masas; con su repentina quiebra, queda desangrada la comunidad.

Ya es tiempo, tanto en Europa como en América, que se discutan nuestros dos conceptos tradicionales de la historia y nuestras dos visiones del hombre en el mundo. Somos dueños de nuestros destinos, somos responsables. No ha habido ni hay ni habrá jamás ningún suceso fatal. La historia es una secreción de nuestro espíritu, de nuestra libertad óptica.

América va a conocer en este medio siglo próximo las mayores dificultades ¿Acabará por ponerse en marcha o bien seguirá inmóvil y sin progresar, sacudida por un vano frenesí? Si se pone en marcha, acuérdesse de la triste experiencia de Europa y no adopte su concepción dialéctica de la historia, pues los acontecimientos se organizarían en una cadena de catástrofes cada vez mayores.

También para Europa van a ser decisivos los decenios que vienen. Ya se niega a emprender duelos tan trágicos como inútiles; y su escepticismo descubre las trampas de las llamadas superaciones mesiánicas imaginadas por los idealistas hegelianos o por los materialistas marxistas. Pero si deja de creer en la revolución social, acuérdesse de la triste lección de América y no adopte su concepción maniqueísta de la historia, pues se multiplicarían en el camino de su unidad continental los cismas arbitrarios y las intolerancias ortodoxias.

Desde los comienzos del mundo se disfrazó el cuerpo social con mil caras diferentes. Pues bien, en el plano de la política el disfraz acaba por tener tanta realidad como la buena cara. El arte de gobernar logra modificar y hasta transformar la





naturaleza de la sociedad. Citemos algunos ejemplos.

La concepción épica del mundo presidió los destinos históricos de Grecia. El aeda Homero es a la vez testigo de la guerra de Troya y responsable del esquema bélico que siguieron los griegos de ahí en adelante.

La concepción jurídica de la sociedad guió a Roma en su gran aventura. El orador Cicerón toma de la realidad la mayor conciencia posible; gracias a él, César y luego Augusto pueden traducir esa conciencia en los hechos. A partir de su intervención los acontecimientos toman un sentido. Eran *casos de fortuna*; se hacen *sucesos*. Y los letrados y los historiadores van acentuando cada vez más el perfil histórico del Imperio.

Nuestra Edad Media está colocada bajo el signo del hombre enfrentado consigo mismo y con su Dios. Toda la literatura se reduce a dos estructuras: por una parte el debate (o la *psychomachia*); por otra, la epopeya bajo la forma de cantares de gesta o de novelas corteses. Con « debates » o « disputas » y con relatos épicos o mundanos, juglares y trovadores « fabrican » *leguleyos*, héroes y amantes espirituales.

Con el Renacimiento nace el sentimiento dramático de la vida. Elaboramos trágicamente nuestra historia (guerras de religión); paralelamente, en el plano literario, cultivamos la tragicomedia. Entonces el hombre intenta coger el timón de la colectividad. Es un fracaso; pero Sísifo sigue siendo optimista, desde Rabelais hasta el mismo Cervantes.

Pero a fines del siglo XVII surgen dos cuestiones. ¿La historia no estaría más bien en las manos de Dios y no pasaría por los mismos ciclos, de tiempo en tiempo, de acuerdo con los designios de la Providencia? El predicador Bossuet fue historiador y el historiador Vico fue moralista. Es la edad de oro del « desengaño » y del laxismo moral de los jesuitas.

El siglo XVIII intenta repetir el siglo XVI y luego la República romana en tiempos de la Revolución. Paralelamente, el género histórico, la enciclopedia de los conocimientos y los escritos jurídicos se sustituyen por entonces a las bellas letras.

Recapitulemos. Desde los Comienzos del mundo hasta ahora, desde Homero hasta Tolstoi, los acontecimientos históricos se vinieron a ordenar finalmente en los sucesivos esquemas —épico, trágico, mitológico, novelístico...—, que les había preparado el hombre que piensa. Así los peces se dejan coger en las redes del pescador.

Pues bien, ¿por qué razón creeríamos que el maniqueísmo histórico, nacido a fines del siglo XVIII, y el determinismo dialéctico, fruto del XIX, seguirán guiando nuestros destinos para siempre jamás? La tarea más grande del hombre de hoy consiste precisamente en elaborar un nuevo sistema en el que puedan convivir el ser social y el ser individual. Para lograrlo, tiene que inventar, combinar una nueva estructura mental que acabe con su alienación presente y quiebre las cadenas falsamente irrompibles de su historia.

¿Cuál será ese sistema? A los pensadores de Europa y de América, a la vez y conjuntamente incumbe imaginarlo. Pues si fracasan, nuestra filosofía de la historia y, por consiguiente, nuestra historia, nos serán impuestas por otros continentes y desaparecerán los valores morales y espirituales en que se funda nuestra común cultura.

Necesitamos la presencia aquí de los heraldos americanos de la civilización futura. Necesitamos aquí una revista, llámese *Cuadernos* o bien, otra vez, *Correo de Ultramar*. Pues en las letras americanas y europeas de mañana, entre los poemas épicos de la mitología de unas, y las tragicomedias y los ensayos filosóficos de otras, hallaremos el perfil secreto de la historia que todos vamos a vivir.

(Dibujo de Armando Sol)

## Los indios del Brasil y la epopeya de la Misión Rondón

POR PAULO E. DE BERREDO CARNEIRO

**H**ACE UN SIGLO, el 5 de mayo de 1865, nació Cândido Rondón en una aldea perdida de la selva brasileña, en el Estado de Mato Grosso. Descendiente por el lado materno de la gran tribu de los bororós, el futuro protector de los indios llevaba en sí la energía indomable de su raza que le predestinaba para el papel que iba a desempeñar.

Huérfano desde su tierna infancia y desde entonces casi totalmente abandonado a sí mismo, Rondón desarrolló sus cualidades innatas en la intimidad de la naturaleza salvaje que le rodeaba, ejercitándose en la caza y en la pesca, en el cultivo de la tierra, en la cría de ganado y en las continuas cabalgadas.

Los rigores de una vida solitaria y dura moldearon su cuerpo robusto y ágil y engendraron en su espíritu el desprecio por el peligro, la indiferencia a las privaciones y la pasión por la naturaleza, que exploraba constantemente durante sus largas marchas por los campos soleados y en el recogimiento de las noches silenciosas.

Este tipo de existencia hizo nacer en él el gusto por la iniciativa y la vocación por el mando.

A lo largo de su vida, Rondón iba a conservar estas impresiones de una edad feliz, que mantendrían su amor por el hombre primitivo de la selva, poblarían su imaginación y reavivarían su ardor cuando, lejos de su tierra natal, seguirá los cursos de la Escuela Militar de Rio de Janeiro.

Al comenzar su adolescencia le llevaron

a Cuiabá, la capital del Estado de Mato Grosso, donde hizo sus estudios primarios y secundarios, gracias a la acogida que le dispensó uno de sus tíos, que tomó a su cargo la educación del sobrino. En vista de la precocidad de su inteligencia, de su gran capacidad de trabajo y de las posibilidades que se ofrecían en todos los terrenos a una naturaleza tan bien dotada como la suya, sus primeros maestros y sus parientes más próximos comprendieron que debía presentarse a una de las escuelas de enseñanza superior de Rio de Janeiro.

Sólo la Escuela Militar dispensaba entonces una enseñanza enteramente gratuita, proporcionando al mismo tiempo alojamiento y alimentación a sus alumnos, además de una pequeña soldada mensual. Desprovisto de recursos, el joven Rondón no tenía otra salida si quería hacer una carrera. Así, se alistó como soldado en el III Regimiento de artillería a caballo, en Cuiabá, y, como tal, partió para Rio, donde pasó con brillantez los exámenes de ingreso en la Escuela Militar.

Una juventud selecta, procedente de todos los rincones del país pero generalmente salida de las masas pobres, desprovista de todo prejuicio de clase, de religión y de raza, se reunía allí en torno a prestigiosos jefes militares, entre los que destacaba el teniente-coronel Benjamín Constant Botelho de Magalhaes, profesor de matemáticas. Conocido y admirado en todo el país por sus ideas filosóficas y políticas, era el guía intelectual y moral de los aspirantes a

oficiales que, llevados por sus exhortaciones, se proclamaban como él republicanos y positivistas. Su influencia se extendía desde la Escuela a todo el Ejército, foco entonces de las fuerzas liberales que en 1888 impusieron la abolición de la esclavitud y posteriormente forjaron el advenimiento de la república. A la cabeza de los cadetes, pioneros de las grandes reformas políticas, económicas y educativas que se imponían al país, se colocó desde el principio Cândido Rondón, primer alumno de su promoción. Y cuando el 15 de noviembre de 1889 Benjamín Constant Botelho de Magalhaes dirigió el movimiento que derrocó la monarquía y fundó la república, el joven Rondón apareció a su lado, entre los más fieles y abnegados de sus ayudantes de campo.

En agradecimiento por sus altas capacidades teóricas, se le ofrece un puesto de profesor de mecánica y de astronomía en la Escuela Militar. Pero Rondón prefiere volver a su provincia natal para instalar en ella los primeros hilos telegráficos que unirán unas con otras las regiones más remotas del interior del Brasil.

Fiel a su verdadera vocación, emprende entonces la prodigiosa aventura de explorar las vastas extensiones del noroeste brasileño, esos «sertoes» desconocidos donde viven aún en la edad de piedra las numerosas tribus de indios a las que será el primero en acercarse con el fin de integrarlas en la comunidad nacional. Al cabo de sesenta años, Rondón habrá contribuido más que nadie a la unificación del Brasil desde el doble punto de vista geográfico y étnico. Ha descubierto quince grandes ríos, recorrido por vía fluvial y terrestre unos 35.000 kilómetros, instalado unos 2.300 kilómetros de líneas telegráficas, pacificado trece tribus indias, publicado setenta volúmenes de informes científicos y entregado al Museo Nacional veinte mil ejemplares de la fauna y de la flora del noroeste brasileño, debidamente inventariados.

Para tener una idea justa de la amplitud y de la importancia de semejante empresa, habrá que señalar en el mapa del Brasil las zonas conquistadas, las comunicaciones establecidas, las fronteras delimitadas, y recordar que en sus travesías de

interminables sabanas y de inmensas selvas Rondón puso los primeros jalones para la incorporación al país y la valorización de más de tres millones de kilómetros cuadrados de tierras incultas.

Nombrado en 1907 jefe de la Comisión de las Líneas Telegráficas y Estratégicas de Mato Grosso al Amazonas, encargada de unir Cuiabá a Santo Domingo de Madeira, Rondón, a la cabeza de un equipo de jóvenes tenientes y capitanes, ingenieros, geógrafos, astrónomos, geólogos, botánicos, zoólogos y etnógrafos, va a recorrer a pie durante dos años 2.600 kilómetros, abriéndose camino a través de las selvas vírgenes y de las cadenas montañosas rodeadas de poblaciones indias hostiles y agresivas. Cuando hoy se atraviesa en avión esta inmensa región que nadie antes que él había pisado, se percibe aún la pista entreabierta por aquella columna de exploradores cuya resistencia, coraje y temeridad les permitieron superar los obstáculos naturales de todo orden, la sed, el hambre y las enfermedades que les asaltaban sin cesar. La admiración por semejante hazaña aumenta todavía más si se piensa en los innumerables trabajos científicos a que dio lugar. En medio de tantas pruebas, aquellos hombres se ocupaban incesantemente en la determinación de unos cuantos centenares de coordenadas geográficas, en el estudio de las rocas, de los minerales, de las plantas y de los animales de la región, en el trazado de los mapas de los ríos y en las investigaciones antropológicas sobre las tribus indias diseminadas por aquellos territorios desde los tiempos prehistóricos.

El entusiasmo que despertó en todo el Brasil la expedición de Rondón incitó al Gobierno a crear en 1910 un servicio oficial de Protección de los Indios, bajo la dirección de Cândido Rondón. Nadie mejor que él podía ayudar a aquellas tribus primitivas descubiertas por él al azar de sus viajes por la selva.

Por aquella época se conocía aún mal el número y la composición de la población indígena del Brasil. Desde el siglo XVI, la conquista y la colonización del país por los portugueses se habían realizado a costa del sacrificio de innumerables tribus errantes de las costas, a las que poco a poco se fue empujando hacia el interior. A pesar de los

esfuerzos laudables de los reyes de Portugal y de la admirable abnegación de los jesuitas, especialmente de Anchieta, de Nobrega y de Vieira, la población indígena fue trágicamente diezmada. Las tribus que el Servicio de Protección de los Indios debía defender no representaban ya más que una escasa proporción de los primeros habitantes del país.

Procedentes de orígenes prehistóricos diversos, su presencia en el Brasil no parece datar de más de siete u ocho mil años. Llegados en migraciones sucesivas, unas por vía terrestre y el estrecho de Behring, otras por vía marítima y el Océano Pacífico, alcanzaron nuestras selvas y nuestras costas después de un largo itinerario que les llevó del norte al sur de nuestro continente a través del istmo. Sus niveles culturales, hasta ahora sobremanera desiguales, corresponden unas veces al paleolítico superior y otras al comienzo del neolítico.

Calculada en 1500 en un millón de habitantes aproximadamente, la población nativa del Brasil no excede actualmente de unos 100.000 indios, distribuidos en 140 grupos netamente diferenciados, de los cuales el 80 por ciento aproximadamente se concentraban en las regiones del noroeste exploradas por primera vez por la Misión Rondón. Estos grupos pertenecen a unos 35 troncos lingüísticos, los más importantes de los cuales son actualmente los jes, los aruacos, los caribes y los tupíes. A este gran número de lenguas se añaden un centenar de dialectos completamente ininteligibles entre sí. Tan complicado mosaico muestra, por un lado, la variedad étnica de la población inicial del Brasil y, por otro, el aislamiento en que vivieron nuestros diversos grupos indígenas.

Los más primitivos, en que las supervivencias del paleolítico se observan más claramente, son los jes y sus afines, los botocudos, los machacalíes, los patachós, los malalíes, los puricoroados, los cariríes, los carajas, los nambikwaras...

Los jes propiamente dichos, cuyo número es actualmente de unos 16.000, se dividen en tres familias principales formadas por 18 grupos, entre los que figuran los kaingangs, los apinayés, los xikrines, los chevantes, los cherentes, los krahós, los suyás y los gavioes.

Los representantes principales del neolítico dispersos por el Brasil actual son los aruacos, los caribes y los tupíes. Los primeros, cuyo número es también de unos 16.000, divididos en 23 grupos, guerreros valientes y hábiles ceramistas y agricultores, se han instalado a lo largo de las grandes vías fluviales. Su espíritu creador se ha manifestado en obras de arte notables; las cerámicas encontradas en la isla de Marajó son el mejor testimonio de su arte. Sus urnas funerarias, donde puede verse siempre un rostro humano estilizado, sus *tangas*, piezas triangulares de cerámica utilizadas como taparrabos femenino, y sus estatuillas o ídolos siempre magníficamente decorados con dibujos pintados y grabados, constituyen sin duda alguna la obra maestra del arte indígena del Brasil. En Santarem, pequeña ciudad situada en la orilla derecha del Amazonas, han dejado como testimonio de su presencia vasos adornados con figuras de pájaros y de otros animales cuya forma prefigura en varios aspectos nuestro barroco. Establecidos hoy especialmente en el Amazonas y en el Mato Grosso, los aruacos forman numerosas tribus, entre ellas los aruaés de la Isla de Marajó, los parecíes en la frontera del Brasil y de Bolivia, los mojos del río Mamoré, los yamamadíes y los ipurinanés entre los ríos Purús y Juruá, los terenas en los alrededores de Miranda y los guanas en las cercanías de Cuiabá.

Los caribes, casi tan numerosos como los jes y los aruacos, viven en su mayoría en el Bajo Tocantins, en el Guaporé y en las fuentes del Xingú. Su número es de unos 14.000, divididos en 22 grupos a los que pertenecen los palmelas, los bakairíes, los makuchíes, los calapalos, los parikotos, etc.

La tercera de las grandes ramas pertenecientes a la civilización neolítica es la de los tupíes. Su centro de expansión fue probablemente la región del Paraguay actual, desde donde se extendieron en todas las direcciones. En dirección sur, llegaron hasta el delta del Paraná y después subieron por la costa atlántica del Brasil, expulsando a los pueblos de civilización inferior que allí se encontraban. Poco a poco se fueron estableciendo a lo largo del litoral brasileño hasta la desembocadura del Amazo-

nas. Allí estaban instalados con toda seguridad desde hacía mucho tiempo cuando los portugueses desembarcaron en 1500. La dispersión gradual de esta gran familia dio lugar a la creación de una multitud de grupos autónomos y a menudo rivales, dotados de dialectos distintos. En un mapa de las costas del Brasil trazado por Anchieta en 1684 aparecen algunos de los grupos más importantes que existían por aquella época: los guaraníes, los kaités, los tamoyos, los teminimós, los tupinambás, los tupiniquimes. Otros penetraron profundamente en el interior del país. Los omaguas, los cocamas y los iurimaguas, establecidos en el alto Amazonas, los parintintines, los mundurucus y los tapirapés del sur del Amazonas, y los urubus descubiertos en el Estado de Maranhao, pertenecen todos al grupo tupí. En total existen en nuestros días unos 14.000, distribuidos en 26 grupos muy dispersos.

Estos cuatro grandes troncos lingüísticos engloban la mitad aproximadamente de la población indígena actual. La otra mitad se halla dispersa en numerosos grupos aún mal conocidos, tanto en sus entroncamientos étnicos como lingüísticos.

Los rasgos culturales que distinguen a los jes y sus congéneres, de civilización paleolítica, de los aruacos, los caribes y los tupíes, de civilización neolítica, son tan variados como significativos. Tales rasgos se refieren tanto al sistema económico, a la vivienda, al vestido y a la organización social y política como a la vida espiritual.

Recordemos simplemente, entre muchos otros, el carácter nómada, la economía de recolección y el derecho patrilineal de los primeros, en contraste con la vida sedentaria, la economía agrícola naciente y la frecuencia del régimen matrilineal de los otros.

La vida espiritual del primer grupo, tal como podemos aun observarla entre, por ejemplo, los nambikwaras —una de las tribus entroncadas con los jes—, se compone casi exclusivamente de creencias fetichistas, mientras que entre los aruacos, los caribes y los tupíes esas creencias se entremezclan con mitos astrolátricos.

La herencia que, en formas y grados diversos, según las regiones, ha recibido el Brasil de sus indígenas, ha influido pro-

fundamente en su evolución. Gilberto Freyre subraya con razón la importancia de la aportación indígena a nuestras instituciones y costumbres: «Debemos considerar a la india —dice— no sólo como la base de la familia brasileña, la base en que se apoyó, fortaleciéndose y multiplicándose, la energía de los primeros colonos, cuyo número era tan reducido, sino también como un precioso instrumento de civilización, por lo menos de civilización material, en la formación del Brasil. Gracias a ella, la vida brasileña se ha enriquecido con toda una serie de alimentos que aún hoy se consumen, de drogas y de remedios, de tradiciones relacionadas con el crecimiento del niño, y con todo un conjunto de utensilios y de hábitos de higiene tropical. Ella nos ha proporcionado también la hamaca en que reposa la ensoñación o la voluptuosidad del brasileño, el aceite de coco para el pelo de las mujeres, un grupo de animales que supo domesticar con sus propias manos. Lo mejor de la cultura indígena nos viene de ella: la limpieza, el maíz, la caoba, las gachas.»

El papel del hombre, añade el ilustre sociólogo brasileño, «fue también considerable, pero sólo en la exploración y la conquista del interior del país. Allí hizo de guía, de batelero, de guerrero, de cazador y de pescador».

De la lengua tupí los conquistadores portugueses hicieron durante mucho tiempo la «lengua general» del país. Después de aprenderla, los misioneros jesuitas la enseñaron no sólo a los colonos europeos, sino también a los indígenas pertenecientes a otros grupos. El Padre Anchieta escribió la primera gramática del tupí y escribió en este idioma innumerables himnos, oraciones y obras de teatro con destino a su obra catequizadora.

La extensión y la importancia adquiridas por el idioma indígena en el seno de la sociedad colonial no ha dejado de ejercer una fuerte influencia en la lengua portuguesa, tanto en su vocabulario como en su fonética, su morfología y su sintaxis. Se le deben muchos nombres de personas y los nombres de casi todos los animales y plantas descubiertas en la Brasil, así como los de diversos utensilios y de la gran mayoría de nuestras montañas, de nuestros

ríos, de nuestros lagos, de nuestras mesetas, de nuestros valles y de nuestras viejas aldeas.

Se calcula en 10.000 el número de vocablos tupíes incorporados a la lengua portuguesa.

Todos los que, desde el siglo XVII hasta nuestros días, han estado en contacto con los indígenas del Brasil han observado con sorpresa sus admirables aptitudes musicales. Inseparables de las prácticas culturales, la música y la danza desempeñaban un papel preponderante en todas las fases de la vida tribal. Una y otra constituían la base de todas las ceremonias de guerra, de caza, de pesca, de entierro, de iniciación, etc. La gama musical, el ritmo y la melodía de los indios del Brasil han sido objeto de innumerables investigaciones, primero gracias a las notaciones realizadas por viajeros y etnólogos, después mediante grabaciones sonoras. Luis Héctor Corrêa de Azevedo, el conocido musicólogo brasileño, ha dedicado a la cuestión un estudio técnico muy detallado. Corrêa de Azevedo señala que la música de los indios brasileños, como la de todos los hombres primitivos, está constituida por la repetición indefinida de un tema breve, mucho más rítmico que melódico, y observa el uso por los indígenas de la gama heptatónica corriente, formada por cinco intervalos de tono y por dos de semitono. Con menor frecuencia, indica, el indio emplea también la gama pentatónica, por ejemplo, en ciertos cantos de los parecís y de los aparaíes. En varias melodías analizadas, Corrêa de Azevedo ha descubierto acordes procedentes de la serie armónica y su sentido indiscutible de la tonalidad.

Mario de Andrade considera como de procedencia indígena los elementos siguientes, incorporados desde hace mucho tiempo a la música brasileña: el cabeceo, empleado en nuestras orquestas de baile; la forma poético-musical en que cada verso de una estrofa va seguido de un breve estribillo; la entonación nasal de la voz en los cantos de los mestizos «caipira» (zonas rurales del centro del Brasil); y la variedad de los temas en los cantos, en contraste con el predominio del tema amoroso en las canciones de Portugal.

De las danzas indígenas, cuya riqueza

simbólica y cuya profunda significación religiosa son bien conocidas, parece que hemos heredado el «Catereté» y el «Cururu» y ballets como el «Caboclinhos» y el «Caiaipós».

En el «Catimbó» y en la «Pagelança» se observan huellas de los ritos propiamente dichos.

Si consideramos el conjunto de los elementos culturales indígenas, es en la Amazonia donde se conservan más completamente. Antropológicamente, una gran parte de la actual población amazónica conserva los caracteres típicos de los grupos indios que en otro tiempo poblaban la región. Por lo demás, todo el macizo central del Brasil se encuentra en el mismo caso. En las zonas semiáridas del noreste brasileño se observa también la huella predominante de las tradiciones materiales y espirituales de los jes o de los tupíes. El instinto migratorio de varias poblaciones del Brasil, especialmente del norte y del noreste, proviene quizá de este atavismo indio.

A estos signos, observables todavía en nuestros días, hay que añadir la herencia invisible que se oculta en el fondo de nuestras almas y que, a menudo sin que nos demos cuenta, dirige nuestros actos, nuestros pensamientos y nuestras actitudes. En muchos de nosotros, los cromosomas transmitidos de generación en generación conservan tal vez intactos rasgos psíquicos o físicos procedentes de los jóvenes timbiras o aymorés...

Siglo y medio después del descubrimiento, la casi totalidad de los tupíes había desaparecido de las costas del Brasil: la mayoría muertos a causa de epidemias, otros muchos exterminados, mientras los supervivientes huían hacia el interior del país. Los jes, los aruacos y los caribes pudieron resistir durante más tiempo, protegiéndose en las selvas y en las sabanas remotas. Pero, a su vez, las olas sucesivas de «bandeirantes» y de buscadores de caucho los aniquilaron en gran parte.

Cuando, en 1910, Cândido Rondón asumió la dirección del Servicio Nacional de Protección de los Indios, era demasiado tarde para restituirlos a su pasada civilización; pero, aun así, la obra reparadora conservó su elevada significación moral. Al ardor y a la sabiduría de este ilustre

descendiente de los bororós, el Brasil de mañana deberá el haber salvado *in extremis* sus últimos linajes de indios.

Inspirándose en las recomendaciones que en 1823 formuló José Bonifacio de Andrada e Silva en su « Plan para la civilización de los indios del Brasil », Rondón toma las medidas necesarias para garantizar a todas las tribus el derecho a sus tierras, esbalece normas rigurosas de respeto a sus tradiciones y costumbres, excluye todo recurso a la astucia o a la violencia en los contactos con ellas y ordena a sus compañeros que asuman todos los riesgos de su misión sin matar nunca, incluso con peligro de su propia vida, a un solo indio. Predicando con el ejemplo, desafía varias veces la muerte sin permitir la menor respuesta a los ataques. Herido por una flecha de un grupo de indios que le asaltaba, prosigue su camino sin disparar un tiro, dejando en el lugar del ataque regalos y víveres. Algunos de sus más fieles colaboradores no escaparon a las mortíferas flechas y cayeron en plena selva, campo del honor en que reposan sus cenizas, cerca de esas mismas tribus por las que se sacrificaron.

Sin inmiscuirse en la acción religiosa, enteramente libre, de los misioneros católicos o protestantes, movidos por el deseo de reanudar entre los indios la obra catequizadora iniciada unos siglos antes, el Servicio de Protección, como institución gubernamental y laica, se esforzó sobre todo por mejorar las condiciones de alimentación y de salud de las tribus sometidas a su tutela, por ofrecerles instrumentos de trabajo, de caza, de pesca y de laboreo, adaptados a su situación y a sus necesidades, por proporcionarles una instrucción cada vez más extensa, por poner término a sus conflictos, por suavizar sus costumbres y por defenderlos contra las intrusiones y las violencias de todos los que intentaban explotarlos.

Con tal fin, Cândido Rondón creó, en las cercanías de los diversos grupos de indios vigilados por el Servicio, 90 puestos de pacificación y de asistencia, la mayor parte provistos de escuelas, de médicos y de maestros de los diferentes oficios, de las prácticas agrícolas y de los procedimientos ganaderos. Perdidos en la soledad de los « ser-

toes », estos puestos indígenas recuerdan por sus nombres a los adelantados de la obra civilizadora, entregados en cuerpo y alma, junto a Cândido Rondón, a la obra de protección y de integración de los indios: Francisco Horta Barbosa, Pirineus de Souza, Pedro Dantas, Pimentel Barbosa, capitán Vasconcelos, Alipio Bandeira, Nicolau y Luis Horta Barbosa, Renato Rodriguez Pereira, Manoel Rabelo, Eduardo Botelho, comandante Amarante, capitán Uirá, capitán Victorino...

Larga es la lista de quienes con su valor, su inteligencia y su espíritu de sacrificio permitieron el éxito de aquellas exploraciones geográficas y científicas gracias a las cuales Cândido Rondón pudo descubrir y salvar del pasado, vestigios venerables de los comienzos de nuestra propia civilización y testigos auténticos del hombre primitivo en su miseria y en su grandeza. La narración que Rondón hizo en su diario íntimo de los actos de abnegación y de heroísmo del puñado de hombres que le siguieron, misioneros de un Evangelio de ciencia y de paz, tiene el acento orgulloso de una canción de gesta. Quizá un día se vea en esta misión una de las más grandes hazañas de nuestra época.

Afiliado desde su primera juventud al movimiento positivista implantado en el Brasil por Benjamín Constant Botelho de Magalhaes, Miguel Lemos y Teixeira Mendes, adepto toda su vida de la Religión de la Humanidad, Rondón inspiró constantemente su obra en los principios filosóficos, políticos y morales formulados por Augusto Comte. Fiel a sus enseñanzas, en ellas se basó para organizar y dirigir el Servicio de Protección de los Indios, y sus colaboradores más próximos los eligió entre sus correligionarios civiles y militares. La Iglesia Positivista del Brasil tuvo en él el más prestigioso de sus miembros y el hombre de acción cuya clarividencia y audacia permitieron aplicar a una gran causa las doctrinas que propagaba.

Llamado por su autoridad intelectual y moral a presidir el Comité de Arbitraje creado para resolver un conflicto entre Colombia y Perú, Rondón dio muestras una vez más de su elevada sensibilidad política y de su instinto conciliador. Tras cuatro

años de paciente investigación y de incansable solicitud, logró poner término, por acuerdo mutuo entre ambos países, al conflicto que les dividía.

Un matrimonio feliz hizo de él el más amante de los esposos y de los padres. Alejado de los suyos durante la mayor parte de su vida, no dejó pasar día en medio de la selva sin escribir una larga carta a su mujer, con el relato de sus trabajos de la víspera. Y, desde lejos, ella le apoyó constantemente con su cariño, asociándose en todo momento a sus trabajos y a sus triunfos.

Retirado ya viejo al seno de su familia, en ella encontró la más alta recompensa por una carrera que el mundo entero celebraba ofreciéndole los más brillantes testimonios de su admiración.

Pero en el momento en que, cubierto de

hombres y de gloria, vuelve de su misión de paz entre los gobiernos de Colombia y del Perú, una gran desgracia se abate sobre él. Aún en pleno vigor físico a pesar de su avanzada edad, cuando se disponía a escribir sus memorias, Rondón se queda ciego. Ante sus notas, sus carnets, su diario y sus cartas, testigos de la gran epopeya de la misión que dirigió a través de los interminables « seroes », su pluma vacila y se le cae de las manos.

Por esa época le visité en varias ocasiones. Hundido en un sueño interior, parecía rememorar incesantemente los caminos recorridos, los ríos descubiertos, las tribus pacificadas, más grande y más sereno que nunca.

El 19 de enero de 1958, a los 93 años, tras una larga y trágica agonía, Cándido Rondón entraba en la inmortalidad.

UNA SUKIA DE LA COSTA DE LOS MOSQUITOS  
(Véase la nota de Raúl Urueta, página 188)





# Eugene O'Neill

POR HARRIET DE ONIS

NUESTRA CULTURA AMERICANA, la de la América que habla inglés, español o portugués, ha desarrollado sus formas básicas partiendo de la raíz trasplantada que trajeron los conquistadores y colonos europeos, como tantos otros productos que ellos introdujeron desde sus países nativos. Algunos de estos trasplantes culturales florecieron lozanamente en su nuevo medio, igualando y, a veces, sobrepasando el injerto inicial. Otros, como ha ocurrido con la novela hasta años recientes, y sobre todo, con el drama, tuvieron en suelo americano un lento desarrollo. América ha producido sólo dos dramaturgos de estatura comparable con los de Europa: Florencio Sánchez en el Río de la Plata y Eugene O'Neill en los Estados Unidos. Esto no quiere decir que no hubiese otros intentos de hacer teatro, en diferentes épocas; pero estaban basados en modelos europeos, y añadieron poco al drama americano, mientras que Sánchez y O'Neill son de significado sobresaliente, tanto en sí mismos como en el desarrollo del teatro americano.

A diferencia de la América hispana, que tuvo teatro de varia índole desde sus principios coloniales, los Estados Unidos hicieron una entrada tardía en el campo dramático. (Hasta el siglo XX el drama norteamericano no representa una contribución seria a la historia de la cultura norteamericana. No hace falta indagar mucho para hallar explicación.) No tuvimos nada comparable con los espectáculos religiosos de

la América española o portuguesa, porque éstos no condecían con los dogmas de la fe protestante. Treinta años después de Shakespeare y sus contemporáneos y continuadores, Cromwell cerró los teatros de Inglaterra, y permanecieron cerrados hasta la Restauración. Los antepasados puritanos de las colonias norteamericanas, imbuídos de las mismas ideas, desaprobaban tales formas de pasatiempo como manifestaciones de frivolidad y libertinaje. Tampoco debe perderse de vista el hecho de que las colonias norteamericanas, rurales en su mayor parte, estaban poco pobladas, y les faltaba la cohesión social que el teatro requiere.

El impulso hacia esta forma más antigua de entretenimiento puede ser suspendido pero no suprimido. Hacia 1794, Boston tenía un teatro, y otros surgieron en rápida sucesión en Nueva York, Filadelfia, Washington, y varios centros urbanos. La población y la prosperidad del país crecían, y a comienzos del siglo XIX, compañías teatrales inglesas recorrían con frecuencia y con buen éxito los Estados Unidos. Se construían teatros en todas las ciudades de alguna importancia; la ópera llegó a América; surgían actores americanos, algunos de los cuales gozaron de gran aplauso, no sólo en su propio país, sino también en Inglaterra; nacieron compañías teatrales locales; había los «showboats» de los ríos Ohio y Mississippi. (A fines del siglo tenía que ser una población realmente muy pequeña para no tener su

« casa de ópera », donde, además de Shakespeare, se presentaban cada invierno adaptaciones de *La Cabaña del Tío Tom*, *East Lynne*, *Los Huérfanos de la Tormenta*, y otros dramones; y, como género cómico, los « minstrels » o trovadores, cantantes y bailarines disfrazados de negros, y el yanqui y el irlandés del teatro.) Pero el drama serio, es decir, el drama con aspiraciones de jerarquía artística era casi totalmente de origen extranjero. Naturalmente, durante la última parte del siglo XIX habíamos producido varios escritores para el teatro, quienes, empleando las técnicas y los cánones de la escena europea, aunque sus temas fueran americanos, habían logrado éxito halagador. Pero sin la corriente constante de dramas europeos, Dumas padre e hijo, Sardou, Brieux, Bernstein, y sobre todo, los dramaturgos ingleses del día, Du Maurier, Pinero, Jones, Wilde, nuestra escena hubiera resultado realmente muy pobre. Aun los dramaturgos europeos que representaron una revolución en el drama, Ibsen, Strindberg, Shaw, Maeterlinck, nos llegaron tardíamente.

Pero en 1905, para sorpresa de los productores comerciales, Minnie Maddern Fiske, una dotada actriz de su tiempo, demostró que Ibsen podía ser una empresa remunerativa. *Rosmersholm*, uno de sus dramas más sombríos, se sostuvo durante 199 representaciones consecutivas. Mme. Alla Nazimova, que había llegado a Nueva York con una compañía rusa, aprendió inglés, aunque nunca lograra quitarse su fuerte acento ruso, y atrajo un nutrido público para ver *Hedda Gabler*, *Ghosts*, *The Master Builder* y *A Doll's House*. En 1907 los públicos norteamericanos vieron *Peer Gynt* por primera vez. Más o menos por el mismo tiempo. Shaw fue introducido en los Estados Unidos. *Cándida* gozó de un insospechado éxito, y después siguieron en rápida sucesión *The Man of Destiny*, *John Bull's Other Island*, *Mrs. Warren's Profession*, y *Man y Superman*. Una brisa fresca soplaba sobre el teatro de los Estados Unidos y los norteamericanos comenzaron a interesarse por el drama como nunca antes lo habían hecho.

El año 1911 fue jalonado por la visita de los « Irish Players » del Abbey Theater de Dublin, una de las manifestaciones so-

bresalientes del renacimiento literario irlandés. Recorrieron el país bajo la dirección de William Butler Yeats y Lady Gregory presentando las obras de éstos, y las de Synge, Lord Dunsany, y otros que habían dado a Irlanda una brillante literatura dramática (inspirada en modelos escandinavos, franceses, alemanes y rusos, pero que trataba de las leyendas, de la vida, y de las aspiraciones irlandesas). Su poesía, su simplicidad, sus lágrimas tan cercanas a la risa, su risa tan próxima a las lágrimas, no podían menos de despertar un profundo eco en el público norteamericano, en gran parte de origen irlandés, y de estimular un interés creador en la generación de dramaturgos en formación.

En 1909 un grupo de personas ricas decidió que ya era hora de dar a los Estados Unidos un teatro artístico permanente, dedicado a la presentación de lo mejor del drama clásico y moderno. No se escatimó ningún gasto en la construcción del edificio, y se dijo que era superior en equipo e iluminación a cualquier teatro del mundo. Fue inaugurado con una lujosa presentación de la obra de Shaw *Caesar and Cleopatra*.

Sin embargo, durante sus dos temporadas, el director Winthrop Ames, encontró sólo tres dramas de autores norteamericanos que le parecieron dignos de presentación. Y al terminar la segunda temporada, el déficit del Nuevo Teatro era tan enorme que sus fundadores decidieron abandonar su proyecto. La búsqueda del auténtico drama norteamericano fue traspasada a los teatros pequeños, que iban surgiendo por todas partes. Las visitas del Moscow Art Theater de Stanislavsky, del Théâtre du Vieux Colombier de Jacques Copeau, y más tarde, las innovaciones de Max Reinhardt con el teatro pequeño y el teatro gigante, abrieron nuevos horizontes al experimento nacional.

De estos numerosos teatros pequeños, dos iban a tener un efecto trascendental en la historia de la escena norteamericana y en Eugene O'Neill. Uno fue el de los Provincetown Players y el otro los Washington Square Players. Los Provincetown Players fue fundado por un grupo de intelectuales de Greenwich Village, sede de la « inteli-

gentsia » de aquel entonces, que solían pasar sus veranos en aquella aldea de pescadores de Massachusetts. Uno de ellos, George Cram Cook, había quedado muy impresionado por los dramas que presentaron los Irish Players, y bajo los auspicios de Cook, se decidió a escribir y producir obras teatrales como una diversión experimental. El experimento resultó tan interesante que al año siguiente convirtieron un viejo barco de pescadores en teatro, y cuando regresaron a Nueva York en el otoño de 1916, fundaron un teatro dedicado al drama experimental, primero en un sótano y luego en un establo reconstruido en Greenwich Village. Una de las obras presentadas fue *Bound East for Cardiff* de O'Neill, drama del mar en un acto. Entre 1916 y 1924 este grupo representó doce de sus obras, entre las que estaban *The Long Voyage Home*, *The Emperor Jones*, *The Hairy Ape*, y *All God's Chillun Got Wings*.

El otro conjunto teatral, The Washington Square Players, se fundó en el invierno de 1915, anunciando como su propósito el presentar obras de mérito artístico. Durante sus dos años de vida, antes de tener que suspender sus actividades a causa de la guerra, presentó unas 61 obras de un acto, norteamericanas y extranjeras, y produjo obras largas de Shaw, Chekov, Ibsen, Andreyev y Maeterlinck. Terminada la guerra, en 1918, este mismo grupo se organizó de nuevo « para llevar a cabo la idea de un teatro experto », como institución profesional y no de aficionados, y así comenzó su carrera el Theater Guild, factor de suma importancia en la historia de la escena americana moderna, con el que O'Neill estuvo asociado durante años. Desde 1924 en adelante sus dramas fueron presentados bajo los auspicios del Theater Guild. No se reparó en gastos en la presentación de sus obras; la escenografía fue espléndida; los mejores actores que podía proveer nuestro teatro formaban el reparto. Las obras se prestaban a la presentación imaginativa y la tuvieron. Estos fueron años extraordinarios en el teatro americano. Los públicos esperaban con máximo interés los nuevos problemas que O'Neill encararía, los nuevos recursos dramáticos que emplearía. Sus dramas fueron

traducidos y difundidos por el mundo; por dos veces recibió el Premio Pulitzer, y en 1936, el Premio Nobel.

\*

O'Neill siempre rehuyó la publicidad, y sentía que los incidentes de su vida eran privados y poco importantes. No obstante, de acuerdo con el método psicoanalítico que él mismo empleó en su obra, es indispensable un examen de sus orígenes y antecedentes por la luz que ello arroja sobre sus preocupaciones y actitudes. Muchas de sus tensiones, la inquietud, la soledad, las dudas que proyectó en sus creaciones dramáticas, tuvieron sus orígenes en las circunstancias de su vida. Había nacido en la ciudad de Nueva York en octubre de 1888, y murió en Boston en 1953, víctima de una enfermedad prolongada, el mal de Parkinson. Fue hijo de James O'Neill y Ella Quinlan, ambos de origen irlandés y ambos católicos devotos. Su padre fue un actor conocido, famoso por su interpretación del papel principal de *El Conde de Monte Cristo*, que presentó año tras año por todo el país. Su madre, una tímida y callada mujer, de quien se decía que había sido extraordinariamente bella, se había casado contra la voluntad de su familia, y llevaba una vida solitaria, viajando con su esposo, viviendo en hoteles, sin echar raíces en ninguna parte. *Long Day's Journey Into Night*, una obra evidentemente autobiográfica, que O'Neill escribió en 1940 (dejando dicho en su testamento que no debía ser publicada o presentada hasta 25 años después de su muerte, pero que, sin embargo, fue publicada y llevada a la escena el año antepasado), revela que, como resultado de su infelicidad y sufrimiento físico, ella se había convertido en morfínomana, y que el ambiente del hogar era de ansiedad, culpabilidad y tragedia. Su padre, visto a través de los ojos del hijo, era un hombre vanidoso, mezquino. Hubo un hermano mayor, James. Hasta los siete años O'Neill acompañó a sus padres en sus jiras, tras lo cual asistió a varias escuelas, católicas y laicas. En 1906 ingresó en Princeton University, donde permaneció un año. Después de varios intentos comerciales de poca importancia, embarcó para

Buenos Aires. Allí trabajó para diversas compañías norteamericanas, cambiando frecuentemente de empleo, vagabundeando por los muelles entre marineros de todos los puertos y los vencidos de la vida que allí se reunían. Después de un viaje a Sudáfrica en un buque de transporte de ganado, regresó a Buenos Aires, sufriendo un período de miseria total, cuyos efectos sobre su salud y su actitud hacia la vida sólo podemos adivinar. En 1911 partió nuevamente en un vapor británico con destino a Nueva York, como marinero de última categoría. Ya en tierra fue a vivir en una taberna del muelle, «Jimmy the Priest's», escenario recordado en *Anna Christie* y *The Iceman Cometh*. Después de otro viaje por mar, y una jira por los Estados Unidos con la compañía de teatro de su padre, fue a la casa veraniega de la familia en New London, Connecticut, que constituye el ambiente de *Long Day's Journey Into Night* y *Ah! Wilderness*, la primera, una sombría versión de su adolescencia y la segunda, la luminosa e idealizada versión que él hubiera deseado que fuera, según él mismo dijo. Es una pena que *Long Day's Journey Into Night* apareciera tan tarde en su carrera. Sus dolorosos recuerdos deben haber dañado profundamente su alma. Su sustancia y sus temas —la adorada y amante madre, el padre egoísta y despreciado, el muchacho sensitivo que soñaba con algo «más allá del horizonte»— informan toda su obra, y sin conocer los hechos concretos, sus lectores y público los habían adivinado. Tal vez si él hubiera escrito esta obra más pronto, podría haber conjurado algunos de los demonios que le atormentaban y efectuado una depuración que lo habría fortalecido espiritual y creadoramente.

En 1912 ingresó en un sanatorio con una tuberculosis incipiente. Durante su permanencia allí, O'Neill, que tenía entonces 24 años, pudo hacer un balance de su vida. En los largos días de convalecencia tuvo tiempo de darse cuenta de que el mar, el sendero hacia los paisajes hermosos con que tantos de sus héroes sueñan, puede alejar a un hombre de todo menos de sí mismo; y que cada borrachera lo deja a uno al otro día exactamente donde estaba. Sea como fuera, desde entonces su vida se

hizo modelo de sobriedad y trabajo. Leía ávidamente. En una carta escrita a un amigo en años posteriores, dijo: «Leí cuanto llegaba a mis manos: los griegos, los isabelinos, prácticamente todos los clásicos, y naturalmente, todos los modernos. Ibsen y Strindberg, especialmente Strindberg.» Su conocimiento de Nietzsche, que, con Marx y Kropotkín, influyó poderosamente en su pensamiento, vino más tarde.

Había decidido que quería ser dramaturgo. Por más desprecio que sintiera por la profesión de su padre, llevaba el teatro en la sangre. Durante los quince o dieciséis meses posteriores a su salida del sanatorio en la primavera de 1913, escribió 11 piezas de un acto, dos obras largas, y algunos versos. En 1914 asistió por un año a la famosa clase de dramaturgia, English 47, que el profesor Baker dictaba en Harvard.

Pasó el invierno de 1915-1916 en Greenwich Village y sus alrededores, centro de ideas avanzadas del momento, en compañía de los extremistas del movimiento obrero, los anarquistas, y los negros e italianos que vivían en aquella barriada. Pero O'Neill nunca fue un propagandista revolucionario. Aunque demostró simpatía por ciertos grupos de izquierda y fue intelectualmente influido por aspectos de la ideología marxista, en ningún momento sus dramas tratan de realizar propaganda social. A O'Neill lo que le interesaba era el individuo en su circunstancia, no la lucha de clases.

En 1916 dos de sus dramas en un acto fueron publicados en un tomo titulado *Provincetown Plays*. En 1917 y 1918 tres de sus obras dramáticas cortas aparecieron en la revista *Smart Set*. George Jean Nathan, redactor dramático de la revista, se impresionó enormemente por la obra de O'Neill, y esto fue el comienzo de una amistad duradera, una asociación extremadamente valiosa para O'Neill, ya que Nathan era el crítico dramático más destacado de entonces, y su aprobación era como un espaldarazo.

Otra asociación para O'Neill fue la que tuvo con el crítico Kenneth McGowan y el diseñador escénico Robert Edmond Jones, como directores del Teatro Experimental, que surgió de los Provincetown

Players. McGowan fue autor de dos obras sobre el teatro moderno: *The Theatre of the Future* y *Continental Stagecraft*. El drama del futuro, escribió McGowan, «intentará trasladar al arte dramático la iluminación de esos profundos, vigorosos y eternos procesos del alma humana que la psicología de Freud y Jung nos han dado a través del estudio del subconsciente... Lo significativo en el teatro de hoy es el fracaso del realismo en forma y contenido, y el comienzo de libres y débiles tentativas hacia una realidad más allá de la vida.» Estos conceptos se convirtieron en los cánones del arte de O'Neill.

En su excelente estudio *The Haunted Heroes of O'Neill* (Harvard University Press, 1953) Edwin Engel dice: «Al lado de sus contemporáneos, estaba raramente dotado, y era estimulante, original y prolífico. Los más capaces de ellos carecían de su estatura, su intensidad, su poder, su grandeza auténtica y falsa. Ninguno luchó tan prodigiosamente, ni mostró tan firme integridad; ninguno fue tan constante, ninguno tuvo tanta influencia. Porque O'Neill proporcionó a una gran parte del público norteamericano conciencia de los problemas —psicológicos, filosóficos, religiosos— que el teatro comercial nunca se había atrevido a encarar. Mayor que la suma de sus partes, el resultado total fue un triunfo impresionante que le convirtió, en gran medida, en el dueño y a la vez en la víctima de su tiempo.»

\*

Esta última afirmación es de importancia vital en la valoración del trabajo de O'Neill. Su papel más grande, insustituible, fue el de iniciador. Exploró, probó, utilizó a su manera las invenciones de los dramaturgos modernos de Europa que le precedieron, las nuevas ideas corrientes en el mundo de su tiempo, y, en este sentido, la totalidad de su logro sobrepasa sus dramas individuales, no todos los cuales son, en parte totalmente, satisfactorios.

Su fama duradera descansará, me parece a mí, en sus obras menos ambiciosas, de alcance más restringido, cuyos temas estaban más de acuerdo con sus recursos, como su trilogía del mar: *Bound East for*

*Cardiff*, *Moon of the Caribees* y *The Long Voyage Home*; *The Emperor Jones*, obra ésta que quizás esté más cerca del concepto griego del castigo del pecado de *hubris*, o la soberbia, que *Mourning Becomes Electra*, directamente basada en la tragedia griega; *Anna Christie* y *Desire Under the Elms*. Yo incluiría también *The Iceman Cometh*, la última obra presentada durante su vida, en la que da expresión a su extrema desolación y desesperanza. En estos dramas su emoción nunca falla; su poesía, de concepto más que de lenguaje, encuentra expresión, y los dotes mayores del dramaturgo: la capacidad de comunicarse con el público y la creación de la ilusión. Tienen más poder y pathos que los dramas sobrecargados con innovaciones experimentales y problemas psicológicos, en los cuales sus temas a menudo fueron demasiado tenues para soportar el portentoso tono que asumían, o para justificar el comportamiento trágico de sus héroes.

Y era, por cierto, tanto el dueño como la víctima de su tiempo. Si enfrentaba al público con el espejo de su época, que reflejaba la incertidumbre, los yerros espirituales, la carencia de dirección de la vida moderna, estaba, al mismo tiempo, proyectando el estado de su propia alma. «El dramaturgo actual —escribió O'Neill— debe intentar llegar hasta las raíces de la enfermedad de hoy tal como él la sienta, la muerte del antiguo Dios y el fracaso de la ciencia y el materialismo, para dar un nuevo Dios que satisfaga el instinto religioso primitivo sobreviviente, a fin de encontrar el sentido de la vida y consolar los temores de la muerte.» Pero las raíces en donde cavaba eran las propias.

Él mismo estaba obsesionado por las obsesiones de sus personajes, de sus «héroes poseídos». Puede que no conociera la obra de Martín Buber, pero sus dramas ejemplifican los tipos del mal que señala Buber: «...la soledad del hombre moderno ante un universo indiferente y ante hombres con quienes trató pero que no conoce; la creciente tendencia de los instrumentos científicos y las técnicas a sobrepasar la capacidad del hombre para integrar esas técnicas a su vida en forma significativa y constructiva; la dualidad interna de la cual el hombre moderno se da

cuenta debido a los escritos de Dostoyevsky y Freud y el desarrollo del psicoanálisis... » Por debajo de los temas universales y abstractos a través de los cuales O'Neill buscó reflejar las neurosis de su tiempo, yacían los hechos apenas disfrazados de su vida. Por mucho que los cubría con el manto del mito, por todo su atavío Frazer-Freudiano, lo que estaba esforzándose por hacer era sublimar su pérdida de fe religiosa, el odio a su padre, su vinculación con su madre, sus sentimientos de insatisfacción. Repetidamente luchaba para dar una respuesta afirmativa a sus dudas. *The Fountain*, de 1924, que trata de la búsqueda por Ponce de León de la Fuente de la Juventud, símbolo de la fuerza vital, termina con una nota de aceptación: « Juan Ponce de León ya no existe. Está resuelto en las mil formas de belleza que hacen la felicidad, colores de la puesta de sol... aliento de los grandes vientos alisios, reflejos de luz en la hierba... Oh, Fuente de Eternidad, recibe esta gota, el alma mía. » En *Lazarus Laughed*, de 1928, era el amor y la risa los que vencerían a todo, aun a la muerte. « Como hombre, pequeño tirano de la tierra —dice Lázaro al Emperador Calígula— tú eres una burbuja que la muerte deshace en un huero y burlón silencio. Pero como polvo, eres cambio eterno, y una risa sonora que sube a través del caos desde el profundo corazón de Dios. »

\*

Pero esta euforia era pasajera y no persuadía ni al autor ni al auditorio. En *The Great God Brown*, de la misma época, una de las más abstrusas de sus obras, hace uso de máscaras para indicar la soledad, el aislamiento del individuo, simbolizando los dos lados del alma humana, la que emplea cuando se enfrenta con el mundo, la otra irreconocible aun para la mujer que le ama. En *Days Without End*, 1934, intenta revivir al viejo Dios trayendo su héroe a una reconciliación con el catolicismo. Pero sus palabras de exaltación tienen un tono forzando: « ¡Yo sé! El amor vive eternamente! La muerte está muerta... », mientras que las de su alter ego, su genio del mal, llevan la marca auténtica de O'Neill: « Él tenía miedo... de aceptar

la única reconfortante y hermosa verdad de la vida: que la muerte es un descanso final, la cálida y oscura paz del aniquilamiento. »

El año 1928 vio el estreno de *Strange Interlude*, que se representó durante año y medio ante un público desbordante. Otra vez estaba intentando llegar a las raíces de la enfermedad del presente. En la totalidad de la obra de O'Neill, la tragedia de sus hombres y mujeres reside en pedir más a la vida de lo que la vida les puede dar. Son incapaces de reconciliarse con las limitaciones del mundo en que viven, e intentan soñar un reino donde todo es hermoso y bueno. Están atormentados por el contraste entre el deseo de sus sueños y la realidad. « Nuestras vidas —dice Nina, la heroína— son meramente un interludio en el despliegue eléctrico de Dios Padre. » « Mentira —dice ella, recalcando la palabra men-ti-ra— Ahora di vida, vida. ¿Ven? La vida no es sino una mentira sostenida con un suspiro al final. »

En *Mourning Becomes Electra*, de 1934, una trilogía aún más larga que *Strange Interlude*, la trama es el ya familiar concepto de la muerte como el único acto significativo de la vida en un marco clásico. En lugar de la fatalidad o la voluntad de los dioses, O'Neill sustituye las regiones « subliminales » de la mente humana, cargadas de culpa y de fijaciones. En lugar de la guerra de Troya, nuestra guerra civil; en lugar de la casa de Atreus, la casa de Mannon, condenada por un acto de injusticia de uno de sus fundadores. El drama antiguo tuvo sus raíces en los mitos religiosos de la conciencia colectiva. Pero la mente moderna la ha sustituido por un concepto científico y analítico. La frustración, la iniciación, la apatía que las tragedias de O'Neill cada vez reflejaban más eran actitudes ajenas a la tragedia griega. Los griegos no desdeñaban tanto la vida como para buscar consuelo en la muerte, ni fueron tan temerosos de la muerte como para calmar sus temores con la promesa del logro, después de muertos, de cuanto habían vanamente deseado durante la vida. (*Electra* no ofrece ninguna solución al problema de la existencia; no reconcilia con la vida, sino con la muerte. Cuando Lavinia Mannon cierra la puerta

de la « casa de Atreus » detras de sí, diciendo : « Estoy atada a los Mannon muertos », la vida es la maldición que está expiando ; el vivir, su castigo ; la muerte, la liberación.)

Por impresionante que fuera *Mourning Becomes Electra*, y nadie que lo haya visto puede dudar del notable arte dramático de O'Neill, cuyo hechizo mantenía al público suspenso durante todo el transcurso de la obra, era, a fin de cuentas, un drama más pesimista que trágico. Una tragedia, aunque sea catastrófica, nos hace afirmar la vida a pesar de todo. Aquí, por el contrario, no podemos evitar la sensación de que la humanidad ha fracasado irremediamente. Me parece muy acertada la observación de Ludwig Lewisohn : « ...a pesar de su enorme talento, O'Neill es extrañamente manco... Tengo la inevitable impresión de que ni ama su especie como hombre... ni goza de sus personajes como creador... Su corazon es árido frente a sus personajes... » Es este un juicio muy agudo, ya que la maldición primordial de la casa de Mannon fue su incapacidad para el amor, o, al menos, para el amor vivificante.

Una y otra vez O'Neill repite con Calderón que « la vida es sueño » y que « el delito mayor del hombre es haber nacido ». Pero no puede decir con él : « Mas con esa prevención, atrevámonos a todo » o « No se pierde el hacer bien ni aun en sueños ». Ni podía hacer que el balance final suyo fuera como el de Faulkner, que también ahondó en los más oscuros recovecos del alma humana y sin embargo pudo decir : « Me niego a aceptar el fin del hombre... Creo que el hombre no solamente perdurará. Es inmortal porque es el único que tiene alma, y un espíritu capaz de compasión y sacrificio y aguante. » (Viendo lo que él conceptuó como el desamparo del hombre ante las vastas e inescrutables fuerzas que gobiernan su destino, O'Neill, que admiraba tanto a Joseph Conrad, hubiera sin duda aceptado su descripción del universo como habiéndose creado « del caos... y mirad como teje... la infame cosa se ha hecho a sí misma... sin pensamiento, sin conciencia, sin corazón. No se le puede detener... Nos teje y nos desteje ; ha tejido el tiempo, el espacio, el dolor, la muerte, la

corrupción, la desesperación y todas las ilusiones —y nada importa.» En 1937 O'Neill escribió a un amigo : « ...Me siento lleno de esperanza estos días, ya que notando el camino que lleva el mundo, estoy seguro de que el hombre ha decidido definitivamente destruirse, y esta me parece la única sabia y acertada decisión que haya tomado jamás. »)

\*

Como todo dramaturgo que siguió al gran noruego, O'Neill fue hijo de Ibsen. Lo conoció bien, tanto directamente como a través de las obras de otros dramaturgos, muy especialmente los irlandeses. La deuda de O'Neill para con los dramaturgos irlandeses no ha sido debidamente destacada por los críticos. En cierto sentido, parece un irlandés nacido fuera de su patria. Es sumamente interesante comparar el último drama de O'Neill, *The Iceman Cometh* con una obra de Synge, *The Well of the Saints*. Ambos son estudios de la ilusión y los argumentos son muy parecidos. Pero el drama de Synge es una afirmación de las ilusiones que dan vida. Dice Martin Doull, el protagonista de la obra de Synge, después de recuperada su vista por un milagro tras años de ceguera, cuando ve el mundo tal cual es : « ¿Gran día, les parece? ¿O un día negro cuando me desperté y hallé que yo era como los niños que escuchan los cuentos de una vieja y sueñan después, en la oscura noche, que están en grandes casas de oro, con corceles manchados para montar, y despiertan luego, ateridos de frío, y el techo goteando, quizás, y el asno hambriento rebuznando en el corral? » Habiendo perdido de nuevo la vista, rehusa violentamente el ofrecimiento del santo a repetir el milagro.

La obra de O'Neill, en cambios, está impregnada de una profunda acedia, del sentido de la futilidad de todo. Los personajes esperan, como los pasajeros en la barca de Caronte, ser transportados a través del río de la muerte, con la bebida en lugar del agua del olvido del Leteo, volviendo las espaldas a la realidad y aferrándose a los harapos de ilusión con los que cubren su desnudez espiritual. La última

ironía de *The Iceman Cometh* es que el alegre Hickey, que trata de sacar de su letargo a los desvalidos reclusos de la taberna de «La Última Esperanza», y devolverlos a la vida, resulta ser un loco, un asesino.

Cuando se estrenó esta obra en 1946 fue recibida con perplejidad, y hasta hostilidad, por la mayor parte de los críticos. Se acababa de ganar la guerra; las fuerzas del mal representadas por el nazismo habían sido derrotadas; se hablaba entusiasmados de «un solo mundo». ¿A qué venía esta obra impregnada del más desesperanzado pesimismo? Pero en los años que han pasado han sucedido muchas cosas, y me parece de gran interés el comentario de un crítico inglés con motivo de la reciente presentación de la obra en Londres: «Ha hecho falta el impacto retardado de la bomba H sobre nuestro pensar... para llevarnos al estado de ánimo que puede aceptar su sombrío rechazo del optimismo, de toda aquella larga falacia liberal de la inevitabilidad del progreso por medio del propio esfuerzo, que ha sido la fuerza motriz de nuestra civilización desde el siglo XIX. En este drama O'Neill coloca una imagen, como una bomba de acción retardada en los cimientos mismos de esta creencia... Su ataque va dirigido contra la dicotomía: realidad-ilusión... La única figura admirable es la del solitario, terco y desesperado Larry Slade. La realidad que éste se ha obligado a encarar es... algo que ni Marx ni Freud tomaron en cuenta, algo más allá de la esperanza futil y el pesimismo de moda: una valentía que no se deja engañar por ninguno de los dos.»

Cualquiera que sea la naturaleza del arte, el proceso de creación artística implica siempre una reacción, consciente o inconsciente, frente a la vida por parte del creador. El ve la vida y el mundo como algo hostil al hombre, o los encuentra dignos de ser aceptados, a pesar de todo. El poder con el cual el artista expresa su dilema en términos de valor universal es la medida de su genio. Sin duda alguna, O'Neill razonaba con todas sus fuerzas acerca de la vida, pero le fue imposible afirmarla. Cuando Shaw lo llamó un *banshee* Shakespeare, como siempre sucede con Shaw, hay una profunda verdad por

debajo de la audaz ironía. O'Neill se esforzó para comprender la vida, para ofrecer la imagen del hombre en su tiempo, pero a diferencia de Shakespeare, no lo logró ni en forma constante ni de manera cabal. Luchó desesperadamente para encontrar una respuesta que tuviese sentido, pero por debajo de toda su obra sueña, como un *obligatto*, el lamento del espíritu irlandés, el *banshee*, anunciador de la muerte.

\*

O'Neill ha sido calificado a la vez de realista, poeta, místico, profeta y autor de melodramas. Hasta cierto punto, todas estas designaciones son exactas. «No está en mí —dijo— presentarme como un incomprendido, pero parece evidente, de manera que descorazona, que la mayoría de mis críticos no quieren ver lo que estoy tratando de hacer o cómo lo estoy tratando de hacer... Siempre estoy procurando interpretar la vida a través de las vidas, nunca solamente las vidas a través de los personajes. Siempre estoy vivamente consciente de la fuerza que hay detrás: el destino, Dios, nuestro pasado biológico creando nuestro presente... Misterio, desde luego, y la eterna tragedia del hombre en su lucha gloriosa de autodestrucción... y mi profunda convicción es que este es el único tema sobre el cual vale la pena escribir...»

Era una elevada y noble meta. Posiblemente sobreestimó su capacidad, emprendiendo trabajos cuya magnitud era desproporcionada con lo que tenía que decir o con su habilidad para decirlo. Puede que supiera a la vez demasiado, y demasiado poco. Tenía la tendencia a mirar demasiado ávidamente la engañadora faz de la esperanza y del desaliento. Pero el teatro norteamericano desde él es una cosa muy distinta de lo que fue antes. Trajo la resurrección de la tragedia, un nuevo arte teatral, una amplia experimentación en cuanto a forma y método, temas que reflejaron las nuevas tendencias en psicología y literatura, con el soliloquio y el aparte representando la corriente de la conciencia, una exploración de las regiones desconocidas del alma humana y la formulación de los problemas del hombre en relación con-



sigo mismo, con sus congéneres y su destino, que eran completamente nuevos en el teatro norteamericano. Si algunas de sus obras parecen ahora algo anticuadas, es en parte porque sus innovaciones fueron tan generalmente adoptadas que no recordamos ya cuán revolucionarias fueron en su tiempo. «Después del innovador —ha dicho John Livingston Lowes— vienen otros, cuando lo extraño ha dejado de ser extraño, que transmutan lo que los aventureros han traído en algo que es a la vez viejo y nuevo. Y en el hecho de que hacen posible esta última transformación, reside una de las glorias sobresalientes de los precursores.»

\*

Durante treinta años O'Neill tuvo el papel predominante en el drama norteamericano. Engendró toda una generación de escritores teatrales. Sus sucesores —Elmer Rice, Sidney Howard, Maxwell Anderson, entre 1923 y 1930, y más tarde Clifford Odets, Thornton Wilder, Tennessee Williams, Arthur Miller, y aún más tarde, Truman Capote, Gore Vidal, Edward Albee— fueron todos de menor aliento, y su deuda con O'Neill es incalculable. De él aprendieron los fundamentos de su técnica; ninguno de ellos tiene su altura y originalidad.

«Retórica, ironía, argumento, paradoja, epigrama, parábola, el prearreglo de los episodios casuales en una ordenada e inteligente situación: estas son a la vez las

más viejas y las más nuevas artes del drama», escribió Shaw en *The Quintessence of Ibsenism*. Todas ellas las utilizó O'Neill durante una vida dedicada como la de pocos hombres a su vocación. A la impresionante lista de treinta obras publicadas en sus treinta años de vida creadora, deben sumarse aquellas de la serie en que estaba trabajando hasta su muerte. Dos de éstas, *A Touch of the Poet* y *More Stately Mansions* han sido presentadas, y posiblemente otras que no pudo completar serán reconstruidas.

Después de la presentación de *The Iceman Cometh*, en 1946, el interés por la obra de O'Neill declinó en los Estados Unidos. Pero durante los últimos años está pasando por una fase de extraordinario resurgimiento. Esto indica la capacidad de O'Neill para interesar a un público nuevo, de otra generación, para quien los problemas que él trata ya no tienen novedad, cosa más significativa aún que su primer éxito y muy rara en el teatro contemporáneo. Indica el valor duradero de su obra a pesar de los defectos de lenguaje e incluso de pensamiento, que han señalado todos sus críticos. Pero indica también, como dijimos de Emily Dickinson, que si su obra ha de perdurar será por la intensidad de vida interior, y por el genial dominio de su oficio que poseyó su autor.

Su vida y su obra se pueden resumir en las palabras de su maestro Ibsen: «Vivir es luchar con los demonios que infestan la cabeza y el corazón, y llevar a cabo un Juicio Final sobre sí mismo.»

# El tratamiento quirúrgico del vértigo de Menière

POR FEDERICO GUILLEM KUSTER

EL OÍDO HUMANO está dividido en tres porciones: oído externo, formado por el pabellón auditivo y el conducto auditivo externo; oído medio, en el que se aloja la cadena de huesecillos, y oído interno o laberinto, que tiene dos partes, el laberinto anterior (caracol) encargado de la audición y laberinto posterior u órgano del equilibrio, que junto con la visión y órganos de la sensibilidad superficial y profunda, contribuyen al mantenimiento del equilibrio postural tanto estático como dinámico.

El oído interno está situado en el espesor del hueso peñasco y está formado por un conjunto de cavidades: vestíbulo, conductos semicirculares y caracol que forman el laberinto óseo, estas diferentes cavidades contienen en su interior un sistema de bolsas membranosas cuyo conjunto forma el laberinto membranoso, constituido a su vez por vestíbulo, conductos semicirculares y caracol membranosos; todas estas cavidades están en comunicación y bañadas por un líquido llamado «líquido endolinfático». Una parte importante del laberinto membranoso es el saco endolinfático, expansión terminal del conducto endolinfático y cuya misión resaltaremos más tarde; entre el laberinto óseo y el membranoso existe otro líquido llamado perilinf.

Como hemos dicho anteriormente el oído interno o laberinto está formado por dos porciones:

Laberinto anterior o caracol encargado de la audición.

Laberinto posterior constituido por los conductos semicirculares y vestíbulo, en el que se hallan el utrículo y el sáculo.

El equilibrio laberíntico descansa en un doble mecanismo; por una parte, la percepción de aceleraciones lineales y movimientos de velocidad constante que corresponde al utrículo y sáculo, y por otra, la percepción de aceleraciones angulares misión que llevan a cabo los conductos semicirculares.

En el hombre normal los laberintos de ambos oídos están equilibrados en su función y el vértigo sobreviene cuando existe un desequilibrio entre ambos, bien en el sentido de un aumento de excitabilidad o en el caso contrario, de una disminución.

De todas las causas del vértigo la más común es la producida por afecciones del laberinto y dentro de estas el mayor porcentaje corresponde al llamado vértigo de Menière. Dos otólogos ingleses, Cawthorne y Hewlett, revisaron 1.523 casos de vértigo y 972 correspondían a vértigos de Menière. Esto nos da una idea de la gran frecuencia de esta enfermedad.

Vamos, pues, por su gran importancia, a referirnos al vértigo de Menière, pero antes haremos un estudio de la vida y obra de este gran hombre, que hace un siglo abrió nuevos horizontes a la otología.

Próspero Menière, hijo de un modesto comerciante, nació el 16 de junio de 1799 en Angers, comenzando allí sus estudios secundarios y la carrera de Medicina. En 1819 se encamina a París, se hace interno y consigue la Medalla de Oro del Internado en 1826. En 1830 entró como ayudante de Dupuytren en el Hôtel-Dieu. En la Revolución de Julio cuidó a los heridos y relató sus experiencias en un informe oficial, *L'Hôtel-Dieu de Paris en Juillet et Août 1830*, que fue muy útil a Dupuytren para su tratado sobre heridas de guerra.

Becado por Orfila se encargó de un servicio de enfermos de cólera en Arsenal y fue recibido en la Academia de Medicina con su tesis *De l'importance des signes fournis par le pouls dans le diagnostic des maladies*.

En 1835 lo hacen Caballero de la Legión de Honor, después de una misión en el sur de Francia, en donde reinaba la cólera. Encargado de un curso de Higiene suple a Chomel en la cátedra de Medicina Interna del Hôtel-Dieu y a Paul Dubois en la de Obstetricia.

En 1837 se presentó a la cátedra de Higiene con una tesis sobre *Vetemens at cosmétiques*, pero le dan la cátedra a otro candidato mejor respaldado. Fue entonces cuando contrajo matrimonio con Mlle Bequerel, procedente de una familia de científicos. El mismo año, con el apoyo de Guéneau de Mussy, fue nombrado médico-jefe del Instituto de Sordomudos, ocupando el sitio del famoso otorrino Itard, que acababa de morir. Este nombramiento está ligado a una curiosa anécdota: padece Menière un coriza con catarro tubárico y sus detractores propagan la noticia de que es sordo; llama entonces a Deleau para que le haga insuflaciones en la trompa de Eustaquio y pronto recupera la audición, pero sus adversarios alegan entonces que sea cual sea su competencia es Deleau quien debe ser nombrado médico jefe de los sordomudos, ya que ha sido él quien ha curado a Menière. Pero para bien de la otología esto no acontece y continúa Menière con el nombramiento.

A partir de su estancia en el Instituto de sordomudos comienza su prolífica obra, por una parte con estudios relacionados con

la otología, pero al mismo tiempo publicando estudios literarios muy documentados. Su biblioteca es muy selecta y en ella se dan cita autores antiguos y modernos, aun cuando su preferencia sea por los antiguos.

Es de resaltar la amistad que tuvo con Balzac. Próspero Menière es el modelo del personaje Horace Bianchon, médico célebre que encontramos a menudo en las obras de Balzac y que en las primeras ediciones de *La Peau de chagrin* lleva el nombre de Próspero; pero Balzac, celoso de la amistad de Menière con el escritor Jules de Janin, lo cambia por el de Horace Bianchon en las siguientes ediciones.

Su primer trabajo en relación con la otología es la traducción del *Tratado de Otología* de Kramer, en el que Menière hace varias ampliaciones incluyendo un capítulo entero con el nombre de «De l'exploration de l'appareil auditif ou recherches sur les moyens propres à conduire au diagnostic des maladies de l'oreille». Esta semiología había antes aparecido en varios artículos de la *Gazette Médicale de Paris*. Allí se encuentra la observación curiosa de un magistrado afecto de sordera que para oír mejor en la audiencia realiza una verdadera movilización del estribo, por medio de una larga aguja de oro aplicada en el centro del tímpano.

Pero su adición más importante a la traducción de Kramer esta en la página 397, en donde menciona por primera vez su célebre observación de la autopsia de una joven; pero en esta ocasión se refiere sólo a la sordera y no menciona los vértigos, seguramente porque éstos no se tuvieron en cuenta en relación con la gravedad del cuadro general.

Después publicó numerosos trabajos de Otología, la mayor parte de ellos en relación con la sordomudez.

De este modo llegamos al 8 de enero de 1861, en el que al fin de la sesión de la Academia de Medicina, los académicos escuchan distraídamente a Menière su lectura sobre un trabajo que llegará a ser histórico y que en aquella ocasión Menière tituló *Sur une forme de surdité grave dépendant d'une lésion de l'oreille interne*. Este trabajo no mereció entonces los hono-

res de una publicación completa y sólo se editó un corto resumen, hecho por el mismo Menière, que merece ser reproducido íntegramente.

« 1° — Un órgano auditivo perfectamente sano puede de repente ser asiento de disturbios funcionales, consistentes en ruidos de naturaleza variable continuos o intermitentes, y estos ruidos pronto se acompañan de una disminución más o menos grande de la audición.

« 2° — Estos disturbios funcionales tienen su asiento en el órgano auditivo interno, pudiendo dar lugar a accidentes reputados como cerebrales, tales como vértigos, aturdimiento, marcha incierta y caída, acompañados de náuseas, vómitos y estado sincopal.

« 3° — Estos accidentes, que son intermitentes, no tardan en ser seguidos de sordera, cada vez más grave, y a menudo la audición desaparece súbita y completamente.

« 4° — Todo hace creer que la lesión material causa de estos disturbios funcionales, reside en los conductos semicirculares. »

La publicación íntegra de la Memoria de Menière se efectúa el 21 de septiembre de ese mismo año, en la *Gazette Médicale de Paris*, cuatro meses y medio antes de su muerte, y esta vez con un nuevo título: « Mémoire sur des lésions de l'oreille interne donnant lieu à des symptômes de congestion cérébrale apoplectiforme ». La razón del cambio del título se debe a la lectura de un trabajo de Trousseau referente a la congestión cerebral apoplectiforme en relación con la epilepsia. Después de un análisis comentado del trabajo de Trousseau, publicó sucesivamente en la *Gazette* tres artículos que completan el cuadro clínico del futuro « síndrome de Menière ».

El 7 de febrero de 1862, trece meses después de la lectura de su Memoria ante la Academia, murió de una neumonía gripal.

Para la descripción de los síntomas del vértigo de Menière nada mejor que remitirnos a la hecha por él mismo en la *Gazette Médicale de Paris*. Traducimos, pues, textualmente parte de su artículo que hoy día conserva toda su vigencia y al que no

se ha podido añadir nada en relación con la sintomatología que él no hubiera dicho.

« ...un hombre joven y robusto experimenta súbitamente, sin causa apreciable, vértigos, náuseas, vómitos, un estado de angustia indecible con anulación de las fuerzas; la cara pálida y bañada en sudor anuncia un síncope próximo. A menudo el enfermo, después de sentirse vacilante, aturdido, se deja caer a tierra sin poder levantarse; acostado sobre la espalda, no puede abrir los ojos sin ver los objetos de alrededor dar vueltas en el espacio; el más ligero movimiento imprimido a la cabeza trae consigo los vértigos y náuseas y los vómitos se renuevan siempre que el enfermo intenta cambiar de posición. Estos accidentes, nos apresuramos a decir, no guardan relación alguna con el estado de plenitud o vacuidad del estómago y sobrevienen en medio de una salud irreprochable... »

« ...el paciente no puede levantar bruscamente la cabeza ni volverse a derecha o izquierda sin perder la estabilidad, su marcha se hace incierta, se inclina sin querer hacia un lado, viéndose a menudo apremiado a apoyarse en la pared, el piso le parece desigual, choca con el menor obstáculo, las piernas no son igualmente hábiles para franquear los peldaños de una escalera, en una palabra, los músculos de la bipedestación y de la marcha no funcionan con su regularidad acostumbrada. Todo movimiento un poco brusco determina disturbios funcionales del mismo orden. Si el enfermo en el momento de acostarse se deja llevar bruscamente a la posición horizontal, la cama y todos los objetos de alrededor entran en movimiento giratorio enorme, se cree en el puente de un buque balanceado por olas de gran dimensión y las náuseas aparecen enseguida como al principio del mareo. Al levantarse, si toma de golpe la posición vertical, se declaran los mismos fenómenos y si el enfermo quiere andar no tarda en caerse. Entonces aparece la palidez del rostro, un estado sincopal, el cuerpo se cubre de un sudor frío y todo indica una angustia profunda... »

« ...el paciente no tarda en señalar la aparición de ciertos fenómenos, por ejem-

plo, de ruidos en los oídos, a menudo muy fuertes y persistentes; después la audición disminuye de una manera notable en un lado, a veces en los dos oídos... »

«...en algunos enfermos más observadores, me ha sido posible establecer con la ayuda de preguntas precisas que los vértigos, el estado sincopal, la caída súbita y los vómitos han sido precedidos de ruidos en los oídos, que estos ruidos no tienen una causa apreciable y que persisten en el intervalo de los ataques, pero que coinciden a menudo con aumento del aturdimiento... »

«...es entonces cuando se manifiestan otro orden de síntomas, los ruidos persisten con una tenacidad remarcable, la audición disminuye cada vez más... »

Pero ¿a qué se deben los síntomas del vértigo de Menière? Como hemos dicho antes, el laberinto membranoso está ocupado por el líquido endolinfático. Esta endolinfa se forma en la *stría vascularis*, que son unos pequeños vasos existentes en el caracol, y se reabsorbe principalmente en el saco endolinfático. En un laberinto normal el volumen de endolinfa es constante, de modo que a medida que se va formando se va también reabsorbiendo. En el vértigo de Menière la formación de endolinfa es normal, pero existe una alteración en el mecanismo de reabsorción, lo cual hace que aumente el volumen de la misma. Al producirse esta acumulación de endolinfa aumenta la presión en el laberinto membranoso, que es donde se hallan las células sensoriales del equilibrio y la audición, trayendo con-

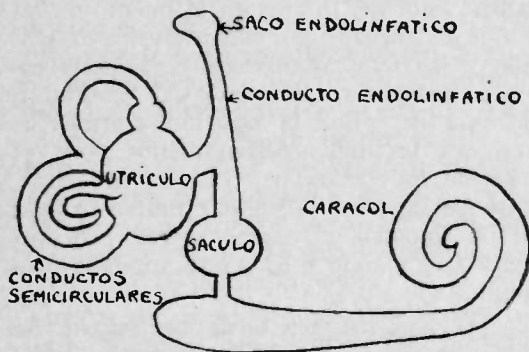
siguiente este aumento de presión unas excitaciones anómalas cuyas consecuencias son la sordera y el vértigo. Esta presión producirá al principio lesiones que serán reversibles y de aquí el que exista la fluctuación en la sordera, que tan claramente nota el paciente; pero si se mantiene la presión, llegará un momento en el cual provocará la degeneración de las células sensoriales y las lesiones se harán irreversibles y conducirán a la sordera total, que ya no será recuperable, o sea que perderá su carácter fluctuante.

El tratamiento del vértigo de Menière ha sufrido numerosos cambios en el transcurso del tiempo. Se debe siempre empezar por un tratamiento médico, pero son muchos los casos que no pueden beneficiar de él y necesitan la intervención del cirujano.

El tratamiento quirúrgico clásico consiste en la destrucción del laberinto enfermo, lo que acarrea la sordera total del oído. En esta intervención se destruyen las dos partes en que está dividido el laberinto, laberinto anterior y laberinto posterior, y al quedar el enfermo con un sólo laberinto que funciona, según hemos dicho antes debía tener vértigo, pero por un mecanismo de compensación central el laberinto sano asume solo la función del equilibrio, teniendo el enfermo vértigo tras la intervención durante unas tres semanas, hasta que ocurre el mecanismo de compensación.

Esta intervención es segura por lo que a la desaparición del vértigo se refiere, pero encuentra dos grandes inconvenientes: 1º) Anulación total de la función auditiva, por lo que no debe realizarse en enfermos en los que la sordera no sea muy grande. 2º) Existen casos de vértigo de Menière en los dos oídos (4%) y si destruimos uno de ellos convertimos al enfermo en un sordo total, pues la enfermedad por sí sola destruirá la audición en el oído no operado y también enfermo.

Hace mucho tiempo que los otólogos están realizando técnicas quirúrgicas encaminadas a hacer desaparecer el vértigo, conservando la audición e incluso mejorándola. Hace unos años, el Dr. William F. House, de California, hombre joven, dinámico, con espíritu extraordinariamen-



te abierto y con conocimientos insuperables de la anatomía del oído, dedicado exclusivamente a la Otolología, comenzó a interesarse por estos problemas y tras un trabajo experimental, clínico y quirúrgico de gran valor pudo establecer nuevas vías otológicas para llegar a las formaciones anatómicas del conducto auditivo interno y del saco endolinfático.

Esta aportación significa en estos momentos la más importante realizada en los últimos años de la quirurgia de oído, ya que consigue el abordaje de las regiones que hasta ahora habían sido consideradas como inaccesibles.

Las técnicas puestas a punto por el Dr. William F. House permiten extirpar los neurinomas del nervio acústico vía otológica, seccionar el nervio vestibular por dos accesos distintos y disecar el saco endolinfático en el vértigo de Menière.

La última operación se basa en la teoría del aumento de la endolinfa cuando surge el vértigo, y el fin de la técnica quirúrgica es permitir el drenaje de este exceso de endolinfa. Esto se consigue realizando una operación de mastoides, en donde tras disecar el conducto auditivo interno, como punto de referencia, se llega al saco endolinfático. Se incide dicho saco endolinfático y finalmente la pared media del mismo, poniéndole en comunicación con el espacio sub-aracnoideo, en donde se encuentra el líquido cefalo-raquídeo. Por este último orificio se introduce un tubo de silicón que conecta el saco endolinfático

con dicho espacio sub-aracnoideo, permitiendo que la endolinfa pase por dicho tubo; entonces disminuye la presión endolaberíntica y al no existir ya aumento del líquido en las estructuras del laberinto membranoso, no se producen las excitaciones anormales que originan el vértigo y éste desaparece. No se destruye la audición, e incluso en muchos casos se logran espectaculares recuperaciones auditivas.

Esta técnica, adoptada en ciertos centros de Europa, la conoció el Dr. Francisco Antolí-Candela hace unos años con motivo de haber sido invitado por el Otologic Medical Group para dar unas conferencias en Los Angeles; desde entonces se practica en Madrid en el Servicio de Otorrinología Especializada del Centro Nacional de Especialidades Quirúrgicas. Los resultados son sumamente favorables, coincidiendo con los del Dr. House, lo que demuestra la eficiencia de la aportación de dicho doctor, que como hemos dicho anteriormente es extraordinaria.

Como resumen, podemos decir que se ha dado un paso gigantesco en el tratamiento quirúrgico del vértigo de Menière, sobre todo en aquellos casos en donde ambos oídos producen el vértigo. Ahora hay que considerar el Menière como enfermedad quirúrgica, ya que cuanto más pronto se opere —tras el tratamiento medicamentoso de ensayo— mejores resultados pueden lograrse recuperando al individuo, tanto de su estado vertiginoso como de su capacidad auditiva, pudiendo reincorporarse nuevamente a su vida social.

## ¿Es Alemania un modelo para América Latina?

POR RAFAEL GUTIERREZ GIRARDOT

EL INCORREGIBLE mimetismo de ciertos grupos políticos latinoamericanos, la desesperación ante la carencia de una ideología política coherente que reemplace a los gastados partidos políticos tradicionales y que detenga el caos, la anarquía y los comunismos reales y ficticios, la fascinación que ejerce en la mentalidad litúrgica de algunos grupos la palabra «milagro» y, unido a ella, la característica indisciplina mental que despierta en esos grupos la fe ciega ante fórmulas que han tenido éxito otros lugares; estos y otros factores mucho más hondos y complejos han contribuido, sin duda alguna, a que se pongan los ojos en la Alemania Federal y a que, confiando en la tradicional calidad de las obras de cultura, de los aparatos y de los utensilios de labranza «made in Germany», se piense y se crea que la fórmula de la democracia cristiana alemana, que al parecer operó un «milagro» en un país convertido en ruinas, pueda operar también otro «milagro» semejante en América Latina. ¿Se podrá suponer que los éxitos alcanzados por Alemania en la industria y en el comercio han inspirado a los fundadores de los partidos demócrata-cristianos de Latinoamérica? La sospecha es fundada porque, según lo ha dado a conocer la misma prensa alemana, la democracia cristiana alemana (CDU) apoya, a través de su Fundación Konrad Adenauer y de la Academia Eichholz, esos nuevos partidos y fomenta con ayuda económica su desarrollo y sus triunfos.

El entusiasmo de los democristianos latinoamericanos ante la milagrosa fórmula alemana es legítimo; sus intenciones son dignas de todo respeto. ¿Pero son igualmente legítimos y dignos de respeto los resultados que habrían de dar la difusión de los programas e ideología y la realización de la fórmula de la democracia cristiana alemana en Latinoamérica? Se supone, evidentemente, que la traducción de esos programas a la realidad latinoamericana no puede ser literal, porque las condiciones históricas, culturales, sociales y políticas de Alemania y Latinoamérica son esencialmente diferentes, y si se quiere opuestas. La reconstrucción alemana, por ejemplo, se inició con un capital humano de científicos, técnicos y obreros calificados del que no dispone Latinoamérica. La edificación de la «nueva» Alemania pudo contar con una población disciplinada y obediente, alfabeta, poseída por el ethos ascético del trabajo, que no se conoce en los países del nuevo mundo hispánico. Y, en fin, Alemania contó con el intenso apoyo de sus vencedores occidentales, quienes no sólo vigilaron el establecimiento de los pilares democráticos, sino que la integraron, a costa propia, en el comercio y en la industria occidentales, haciéndola partícipe en igualdad de condiciones de sus intereses. En este marco, que no es el mismo que condiciona los esfuerzos latinoamericanos, la fórmula de los liberales o de los socialistas alemanes hubiera logrado resultados parecidos a los

que logró la democracia cristiana alemana; y tan es así que un reciente análisis crítico de los programas y de las actuaciones socialdemócratas ha puesto de presente cómo una considerable mayoría de las consignas y esbozos de los socialistas, puestos a discusión en los órganos nacionales, fueron realizados después con éxito bajo la bandera de la democracia cristiana, que, naturalmente, los presentó como propios (Véase Theo Pirker, *Die SPD nach Hitler*, Munich, 1965).

\*

La observación no pretende restar o adjudicar méritos a ninguno de los dos grandes partidos alemanes. Quiere insinuar, más bien, que no hay una conexión causal entre la fórmula cristiano-demócrata alemana y el resobado «milagro económico», a lo cual es preciso agregar que justamente la democracia cristiana alemana, tanto bajo la férula de Adenauer como al compás de la sonrisa sentimental de Erhard, al cargar el acento casi exclusivo de su actividad sobre la política exterior, sumió en el olvido las disputas internas, es decir, el campo en donde justamente cabe apreciar la eficacia o ineficacia de un programa político determinado. Así, la política de la CDU como partido de gobierno (con su partido hermano de Baviera CSU) se ha reducido a política exterior, a una difícil política de contradictorias y encontradas alianzas, mientras que los problemas capitales de un Estado, los de política social, por ejemplo, quedaron al arbitrio de los gobernadores provinciales, los cuales no han sido todos gobiernos democristianos, sino al contrario, en su mayoría socialistas o en algunos casos en coalición con los liberales. Si, pues, la admirada reconstrucción alemana no es obra de la CDU; si su política ha sido política exterior de alianzas dictada por las necesidades americano-occidentales o, según la época, simplemente norteamericanas en el conflicto Oriente-Occidente... ¿qué es programa coherente, como fórmula general o como principio orientador de un Estado?

¿Cabe aceptar como tal principio la idea de la «primacía de la política exterior» sobre la interna, la única idea de alcance político que caracteriza a la democracia

cristiana alemana, en países en los que sus problemas imponen justamente el método contrario, esto es, la superioridad de la política interna sobre la exterior? Ante este hecho de gran complejidad, y que en Alemania tiene su explicación aunque no su justificación por la experiencia del nacionalsocialismo, ante esta huída de la política justificada ideológicamente por la necesidad de alianzas y apoyos, por el principio de la «primacía de la política exterior», no cabe preguntar ya qué es programáticamente la democracia cristiana alemana, sino más bien qué ha hecho de la sociedad alemana y de su Estado el partido que gobierna. ¿Ha formado una sociedad democrática, o más bien encubre con el manto del progreso industrial una sociedad de tipo autoritario? Para el caso es de importancia secundaria el que, de responder afirmativamente a la segunda alternativa, la economía y la industria se enfrenten con graves problemas sociales y económicos como consecuencia del autoritarismo y de su consiguiente rechazo de toda planificación técnica, la que implícitamente es planificación democrática (no son, por ejemplo, los democristianos, sino los sindicalistas, quienes han iniciado los estudios sobre los problemas sociales y políticos de la automatización). En cambio resulta importante comprobar si el desarrollo del autoritarismo o de la democracia, según el caso, es consecuencia de las tendencias y secretas ideologías políticas implícitas en una muy general fórmula político-social democristiana. Más sencillamente: ¿implica la democracia cristiana, en el caso concreto alemán —y también en general—, realidades políticas autoritarias cuasi-totalitarias, de modo que resulta justo el nombre que se ha dado a esta nueva democracia, esto es, el de «democracia totalitaria»? El nombre no es paradójico, porque indica la posibilidad de una forma democrática de gobierno, o más exactamente de una democracia formal con un contenido autoritario, que en ciertos casos frecuentes alcanza hasta los límites del Estado total.

Ahora bien, el desarrollo de esta peculiar forma de democracia en Alemania es la consecuencia necesaria de varios factores: 1) de la concepción *confesional* de



la democracia ; 2) de los elementos *cristianos* en esa concepción y que en ningún modo son de carácter religioso, sino formas secularizadas de la idea de una sociedad jerárquica y de su fundamento, el derecho natural ; 3) de la aparente neutralización política en el ámbito interno y que en realidad significa la negación implícita del pluralismo democrático en favor del régimen establecido, y 4) de la conversión de lo político en economía, que significa la suspensión de los principios de realización de los derechos fundamentales del hombre en beneficio de una organización social al servicio de la producción de bienes de consumo ; o dicho con otras palabras, que «escamotea» la realización de los derechos del hombre con la añagaza del bienestar material tal como lo ofrece el orden establecido, es decir, con sus desníveles sociales intactos estructuralmente aunque aparentemente disminuídos por la abundancia de bienes de consumo y la posibilidad de su adquisición, dejando de lado el problema fundamental de la división de la riqueza y otros principios de equidad paradójicamente formulados en la llamada doctrina socialcristiana. Justamente en este punto puede apreciarse hasta dónde es posible o no una política cristiana o confesional en una sociedad altamente industrializada, de qué modo la organización social de una sociedad industrializada del tipo occidental-alemán resulta una contradicción con los principios teóricos de una «democracia *cristiana*», de cómo, pues, hoy la democracia cristiana resulta una *contradictio in adiecto*.

Estos factores han encontrado un ambiente propicio para el desarrollo y la formación de una sociedad autoritaria a la sombra de la «primacía de la política exterior», puesto que la actividad política externa encubre y justifica, en aras de las necesarias alianzas y de la lucha entre Oriente y Occidente, toda manipulación antidemocrática. No es casual, por eso, que cuando el ex ministro de Defensa, Franz Josef Strauss atentó contra la libertad de prensa en el famoso caso del semanario *Der Spiegel*, invocó como uno de los principales pretextos para violar las normas legales de todo Estado de derecho la situación internacional y la crisis de Cuba

en 1962, así como es frecuente el rechazo de toda crítica a las irregularidades del régimen porque tal crítica tiene proyecciones internacionales, esto es, el desprestigio del orden establecido occidental y la propaganda que con tal desprestigio puede hacer el comunismo.

\*

La concepción confesional de la democracia ha conducido en Alemania a una confesionalización cada vez más creciente de los órganos e instituciones nacionales, y con ello al creciente poderío de las instituciones eclesiásticas en los sectores de la educación y de la opinión pública e información. No, ciertamente, como en el caso de algunos países latinoamericanos y de España ; pero algunos ejemplos en nada se diferencian de los conocidos en el mundo de lengua española. Así, el jefe de redacción de un programa cultural de alto nivel en la radio, Gerhard Sczesny, tuvo que renunciar a su cargo ante las fuertes presiones de la curia bávara, por causa de varias emisiones que no le fueron gratas, como la que sirvió de causa próxima y que fue retirada antes de ser transmitida : las «tesis de sacro et profano» del filósofo Kolakowski, en las que hacía un balance imparcial de la actuación de la Iglesia católica en Polonia. En otro campo, un episodio es, pese a lo pintoresco, significativo : una empresa comercial tuvo que retirar de la oficina de patentes el nombre registrado de «adios» para papel higiénico, porque la curia protestó alegando que se trataba de una palabra en la que se mencionaba el nombre de Dios de modo irrespetuoso. Y aún se recuerdan ciertos procesos contra escritores y estudiantes por publicaciones en periódicos estudiantiles, en donde se criticaba a la Iglesia. Se alegrará que por otra parte ha sido posible en Alemania la publicación de libros como el de Lewy y Friedländer sobre la actuación de la Iglesia católica en el reinado hitleriano, y que justamente *El vicario* de Hochhuth fue presentado sin dificultad en varios teatros alemanes. Desde luego, no sólo esos libros han provocado una larga polémica sobre las desviaciones nacional-socialistas de muchos eclesiásticos, sino que en revistas de carácter científico se publi-

can incesantemente documentos sobre ese oscuro capítulo de la historia eclesiástica. Sin embargo, la confesionalización de que aquí se habla tiene otra función: la de salvaguardar el orden actual. Cabe discutir sobre un Pontífice muerto, tanto más cuanto en el seno mismo del catolicismo alemán hay grupos que provocan y fomentan esa discusión. Es decir, esa confesionalización admite la libertad de opinión cuando se refiere al pasado. En los casos citados, el de Sczesny y las publicaciones estudiantiles se trataba de órganos que además criticaban no sólo a las Iglesias, sino a los partidos y al gobierno.

Otro aspecto, si bien mucho más complejo, se refiere al problema de una necesaria oposición política en toda democracia. La confesionalización de la política ha suprimido en la discusión democrática el debate sobre problemas peculiares al libre pensamiento. Un partido agnóstico como la socialdemocracia se ha visto obligado a firmar el más oneroso concordato y uno de sus directores, Herbert Wehner, no vaciló en predicar en una iglesia evangélica y condenar implícita y diplomáticamente a los agnósticos. La prensa alemana calificó, con razón, de oportunismo electoral ese gesto de Wehner. Pero justamente el que sea oportunismo electoral indica hasta qué punto ha sido confesionalizada la actual sociedad alemana; una confesionalización, por lo demás, que en los círculos católicos despierta resistencia, si bien esos círculos son reducidos y poco eficaces, ya que han sido víctima de la tendencia general democristiana de suprimir toda crítica y de calificar a todo descontento con el mote de «intelectuales con manía izquierdista».

En este contexto tienen más peso los discursos de los inspiradores de la democracia cristiana alemana, en los que esbozan ya —cabría decir nuevamente— un Estado semejante al austrofascismo anterior a Hitler y que en la Alemania de entreguerras colaboró activamente en el socavamiento de la república democrática de Weimar y en el advenimiento de la ideología nacionalsocialista. Este pensamiento antidemocrático y autoritario va desde los artículos del publicista Johannes Gross, quien no sólo se esfuerza en glorificar las distintas y a

veces contradictorias actuaciones del partido gubernamental, sino también la escolástica y bizantina anticrítica de la inteligencia, proclamando la necesidad de que el «milagro económico» vaya acompañado, en fin, de su «voluntad de poder» político, especialmente internacional. Con líneas más claras se perciben esas mismas ideas en los discursos del presidente del parlamento Eugen Gerstenmaier, cuyo lenguaje recuerda el vocabulario prefascista de la época de Weimar. No es casual que en este ambiente de restauración ideológica el pasado nacionalsocialista no se conciba como una ruptura sombría de la historia alemana que debe superarse, sino quizá como un episodio; pero él, no por sangriento, ha creado nuevas realidades. Gerstenmaier asegura, por ejemplo, que «es un progreso en la clarificación de nuestra conciencia política el que casi tácitamente se haya impuesto la noción de que el *deutsches Reich* no sucumbió en la catástrofe de 1945». El afán de continuidad histórica es comprensible y respetable, pero desconoce la realidad de que el *deutsches Reich* sí sucumbió, para fortuna de Europa, en la catástrofe de 1945, y renueva en ese pathos el talante antidemocrático que lo caracterizó. Por eso, con plena consecuencia, asegura el mismo político la necesidad de superar «el antirrealismo de la ilusión doctrinaria del pensamiento igualitario», mientras otro miembro del partido gubernamental considera indispensable que «auténticas élites posean la influencia definitiva sobre la acción política».

\*

No es difícil ver, pese a la parquedad de las citas que podrían multiplicarse, que en la negación del pensamiento democrático y en la afirmación de una organización de la sociedad y del Estado a base de élites vuelve a surgir otra vez, aunque sin contornos definidos, un Estado en el que los políticos consideran como algo no representativo al parlamento y en el que la élite considera «la política como el ámbito propio del mensaje de Dios en la temporalidad». Se percibe aquí, variado es cierto, el pensamiento luterano de que toda autoridad viene de Dios, y con ello la

necesidad natural de un Estado autoritario (*Obrigkeitsstaat*). Lo que en la «democracia» así entendida —Gerstenmaier la interpreta como un acto de resignación— corresponde en el campo político a la élite y en la economía al empresario. En una sociedad altamente industrializada, que por su tecnificación exige la planificación económica —la carencia de ella ha ocasionado ya zonas «subdesarrolladas» en la industria a zonas de perjudicial «monocultivo» industrial—, resulta sorprendente escuchar de boca del creador del «liberalismo social» esta frase de indiscutible sabor manchesteriano: «la libertad en la economía y no sólo la libertad de empresa, sino también la libertad de consumir, sólo puede mantenerse en el terreno democrático más importante, el de la elección de consumo, en la medida en la que los empresarios pueden desarrollarse libremente». Libertad económica es, pues, libertad de consumo para los consumidores. ¿Es esa realmente una libertad política? La reducción de la libertad política a la libertad de consumo tiene como consecuencia paradójica la formación de una nueva ideología: la ideología de la desideologización del mundo contemporáneo. El fin de las ideologías significa realmente la inauguración de una nueva ideología: la de la táctica pragmática, la de la supresión de las discusiones políticas en su sentido auténtico en beneficio de los tácticos, que son —no pueden ser otros— los gobernantes establecidos. La táctica pragmática no puede ser en una democracia —aunque sea simplemente formal— otra cosa que la supresión de la base democrática del Estado, es decir, la discusión política, que esencialmente implica una discusión ideológica.

La neutralización política de Alemania —uno de cuyos más visibles hechos es la resignación y la renuncia de la socialdemocracia a ser diferente y oponente del partido de gobierno—, que justifica la hegemonía democristiana, ha conducido a una negación de los lemas y de las aspiraciones con que inicialmente se presentó la democracia cristiana al público: la superación en una síntesis armónica de la antinomia capitalismo-socialismo, y que como «slogan» se anunció en la designación de la

«teoría» económica de Erhard, esto es, «economía social-liberal». La contradicción no es sólo teórica. La contradicción real es evidente si sincera y honradamente se designa a la actual economía con el nombre que en otros países se ha dado a la economía capitalista en su actual fase: «capitalismo tardío». En pocos campos de la economía se percibe esta realidad como en el problema de la concentración cada vez más creciente del capital en pocas manos. Ante la intranquilidad de las pequeñas empresas por la fuerte competencia de los consorcios y monopolios, los partidos gubernamentales decidieron aprobar una «ley sobre una investigación de la concentración en la economía». Se formó una comisión compuesta por doce consejeros, entre los cuales había seis profesores universitarios, a los que el Sr. Erhard rogó antes de iniciar la investigación que no la convirtieran en una persecución. La ley previó un castigo en forma de una multa de 10.000 DM (una ridiculez para monopolios que venden por valor de miles de millones) impuesta a las empresas que se negaran a dar las informaciones necesarias. Poco tiempo después uno de los miembros de la comisión, el profesor Arndt, el más experto en tales problemas, fundamentó su renuncia con estas palabras: «Presupuesto para una investigación científica de la concentración es el tratamiento igual de todas las empresas. Por eso las promesas dadas a los consorcios no es aceptable para la tarea de la comisión.»

\*

Se argüirá que, sin embargo, el bienestar para todos es una característica del milagro económico. Pero si se tiene en cuenta el salario medio de los trabajadores de la industria (de 400 a 600 DM mensuales, es decir, de 100 a 150 USA dólares, no olvidando el alto costo de vida y la «furtiva inflación») y se le compara con los ingresos inmensos de los consorcios, será preciso concluir que en esta fase del capitalismo tardío alemán el peso de la producción de la riqueza nacional lo llevan los trabajadores alemanes, con su ascética capacidad de ahorro y su innata voluntad de sacrificio. Pero esa comparación (y pa-

ra probarla estadísticamente basta acudir a los libros del publicista Kurt Pritzkolet) permite descubrir otra realidad: las antinomias sociales no han desaparecido, como lo proclaman los ecléticos de las democracias cristianas. Ciertamente que en una sociedad de la abundancia esas antinomias no tienen la misma virulencia que las que se conocieron a comienzos de siglo. Pero están latentes íntegramente y surgirán cuando el desarrollo técnico del capitalismo tardío presente problemas sociales hasta ahora casi desconocidos, o tan sólo insinuados en ciertos sectores de la vida humana y social. Las antinomias sociales han desplazando sus acentos en las sociedades industriales y por ese desplazamiento su nombre ya no es el de «lucha de clases», sino el de una incógnita. En este sentido Alemania occidental es un claro ejemplo: ¿encontrarán esas antinomias la satisfacción de las élites en un nuevo Estado jerárquico autoritario y los trabajadores en la resignada alegría de la obediencia, los unos en solemnes corporaciones y los otros en los cánticos entusiasmados o los dos en la permanente irritación? Para el caso sólo interesa poner de manifiesto que la democracia cristiana alemana no ha superado, ni en sus programas y realizaciones ni en sus tácticas políticas, la antinomia socialismo-capitalismo. La democracia cristiana alemana es simplemente el capitalismo occidental edificado, fomentado y sustentado en el país vencido por los vencedores y administrado con obediencia precisión por el partido que gobierna. Es justamente este hecho, esto, el de su íntima unión con los países occidentales —y más precisamente con los Estados Unidos— el que impide que una vez más surjan con su característica potencia bárbara las tendencias autoritarias del pensamiento demócrata-cristiano.

Pese a todo reproche o reserva, Alemania occidental ofrece al mundo el espectáculo de un país próspero: la segunda potencia económica del mundo, con su estabilidad política. Es decir, un país moderno que afirma creer en la democracia e intenta —de manera débil y a veces ingenua, pero real—, practicarla. Pero dentro de su peculiaridad nacional, ¿no es ese el caso de Suecia? ¿No se habla también de un mi-

lagro económico francés, de un milagro económico italiano y hasta español? ¿No se identifica la prosperidad y el progreso técnico del mundo occidental —y toda técnica implica un desarrollo progresivo— con la democracia cristiana alemana? Los demócratas latinoamericanos —y los alemanes que celebran la formación de sus sucursales en Latinoamérica— que pretenden imitar el modelo, aunque sea con las reservas que se quiera, parecen desconocer este hecho fundamental y olvidar que en los países latinoamericanos, en donde no existen las condiciones y los supuestos técnicos necesarios para participar del progreso económico del desarrollo de la racionalización de la vida, la introducción de un modelo como el de la democracia cristiana alemana no trae consigo ni crea por milagro esos presupuestos. La fórmula no es el milagro. Pero la fórmula en sus aspectos puramente políticos, en su ilusión de superar la antinomia socialismo-capitalismo con una sociedad jerárquica, jusnaturalista, autoritaria y paternalista aun con apariencia de progresismo —característico del espíritu de la época—, sí abrirá las puertas a nuevas dictaduras; dictaduras a largo plazo que, evidentemente, no han de ser la repetición idéntica de las que ha sufrido la historia latinoamericana.

\*

Frente al modelo de la democracia cristiana alemana, como a cualquier otro modelo del presente, América Latina tiene sus propios fundamentos y elementos, nacidos allí en permanente contacto y discusión con la realidad. Hoy saben los historiadores que no se lanzan simples frases cuando se afirma que Sarmiento hizo a la Argentina moderna, Bolívar a los países bolivarianos, Juárez y la Revolución a México, Martí a Cuba. No son frases, como tampoco la de que a Alemania la hizo Lutero, el cual continúa pesando sobre ella y penetrando hasta la médula más profunda de la democracia cristiana alemana. «Idea comunitaria», «humanismo integral», «stalinismo» de todo matiz, «franquismo» marcial o monárquico-estamental a lo Opus Dei, «neoliberalismo social», etc., etc.: todas estas consignas en bocas de polí-

ticos latinoamericanos son la tácita confesión de parte de quienes no son capaces de gobernar u orientar una nación desde la nación misma. ¿Cómo pueden entonces crear un Estado? Éstos «slogans» suponen, además, que las exigencias de justicia, libertad y humanidad que hicieron los creadores de la América Latina y que no se han cumplido a lo largo de su historia, sí pueden quizá cumplirse cuando traen el rótulo de un modelo que está de moda.

\*

Alemania occidental no es un modelo para Latinoamérica. No lo es por su diferente humanidad, por sus contrarias tradiciones, por su pasado, ni por su muy ambiguo y difícil presente; no lo es por su frágil democracia y su fuerte autoritarismo, ni por su peculiar capitalismo. No debe ser modelo, sino interlocutor en un

diálogo en el que unos y otros puedan aprender recíprocamente: la disciplina científica, el rigor intelectual, la organización educativa, la edificación de empresas, por una parte, y por otra, la generosidad cosmopolita de la inteligencia americana, su curiosidad humanista, su fervor en toda empresa, la espontaneidad de su humanidad y —contra todo pesimista latinoamericano— la disciplinada audacia de las modernas literaturas latinoamericanas. Pero el campo del diálogo no lo atraviesan los caminos de la intervención política, aun la más indirecta, ni del mimetismo simplista. Su presupuesto es el claro y riguroso deslinde de dos individualidades y, para los latinoamericanos, la conciencia de que, pese a toda aventura y desorden, ellos son una de esas perfiladas individualidades. No es curioso el que la tradicional amistad que une a Alemania y América Latina descansen en los mares que las separan.

## Poema

*Flores de nuestra anatomía  
danzan en el cielo*

*en el féretro hielo del mar  
se incorpora el esqueleto*

*Don Quijote cabalga  
por el cauce del ventisquero*

*en las cuencas de los ojos  
yace nieve roja.*

MAX HÖLZER

(Trad. de Gutiérrez Girardot)

# María Eugenia Vaz Ferreira o el pensamiento destructor

POR SARA DE IBÁÑEZ

EL POETA no suele confundir sus modos de revelación con los de la filosofía, pero de toda obra de gran poeta, como ha sido afirmado, puede extraerse una metafísica. Tarea radiante y difícil, sin embargo, porque es imposible reducir la poesía a términos lógicos decisivos, como lo es explicar el misterioso ser del fuego mediante esquemas de ceniza. Lo que puede hacerse es tentar la aprehensión de aquellas esencias que modulan la movilidad de la llama, sin lastimar estas volubles arquitecturas, sin destruir la particular naturaleza del hecho poético tomado como experiencia profunda del ser que en ella se compromete por entero.

No puede haber poesía, creo yo, sin un heroico enfrentamiento con el universo; sin que el poeta agote sueño y sangre en la demanda, y sin que, en la forma viva de su canto, no pueda reconocerse la seriedad de una aventura que se halla en relación, siempre directa, con el grado de la victoria.

\*

Si en el principio era el verbo, quizá el fin de toda creación, cerrando el ciclo, sea desembocar en el puro verbo. Para el poeta, que puede hacer suya como nadie esta idea, no es concebible alcanzarla, sino en íntima fusión con la belleza pura. Sus intuiciones del universo serán entonces traducidas en esas formas ardientes, en esas criaturas delicadas y palpitantes como ecos

de Dios que buscan fundirse en la garganta original.

Una composición de María Eugenia Vaz Ferreira (1), que tiene por sugestivo título «Único poema» y cuya plástica sobrecogedora podría servirle de símbolo heráldico, resume en lo más fino y leve de su estilo, su visión del universo. El creador (uno de los grandes dolorosos que se han asomado a este mundo) por última respuesta a su interrogación obtiene esta desolada forma, la imagen de este yermo espacio marino en que sitúa su flotante existencia. La soledad, lo ilimitado, lo misterioso, y un vuelo, el suyo, sin principio ni fin, sostenido en su propia desarraigada realidad pero que nutre, en vertiginoso transcurso, la ambigua fulguración de aquel.

*...nacer y morir  
dentro la muerte inmortal.*

La mirada profunda de María Eugenia se abrió sobre la espesura luminosa de lo creado, indagó sin reposo, apoyada en su sangre, hasta detenerse en la sola imagen que ella convirtió en respuesta melodiosa. No en vano el título del poema a que aludo se impone con invencible energía. Si alguien hubiera consultado a María Eugenia sobre la razón de ese título, «Único poe-

(1) María Eugenia Vaz Ferreira, uruguaya, nació en Montevideo, el 13 de julio de 1875. Murió en la misma ciudad el 20 de mayo de 1924.

ma », me atrevo a decir que hubiese respondido sin apartarse mucho de estos términos :

— Lo he llamado así porque esta composición me revela íntegramente; si no hubiese escrito otra, en ella encontrarías mi espejo esencial. Y, agreguemos en el espejo esencial de un poeta, en su más lograda forma está implícita su concepción del universo.

*Mar sin nombre y sin orillas,  
Soñé con un mar inmenso,  
Que era infinito y arcano  
Como el espacio y los tiempos.*

*Daba máquina a sus olas,  
Vieja madre de la vida,  
La muerte, y ellas cesaban  
A la vez que renacían.*

*Cuánto nacer y morir  
Dentro la muerte inmortal!  
Jugando a cunas y tumbas  
Estaba la Soledad...*

*De pronto un pájaro errante  
Cruzó la extensión marina ;  
« Chojé... Chojé... » repitiendo  
Su quejosa mancha iba.*

*Sepultóse en lontananza  
Goteando « Chojé... Chojé... »  
Desperté y sobre las olas  
Me eché a volar otra vez.*

La soledad parece ocupar aquí el sitio de Dios, un Dios vacío, indiferente, con la primaria conciencia de un niño. El universo está representado en este caso por el mar sin nombre y sin orillas, infinito y arcano, donde un solo, solo y amargo pájaro cruza, goteando su queja, la extensión implacable. El vuelo de ese pájaro sobre el desnudo mar es la imagen más desoladora que haya podido concebirse del abandono en que la humana criatura jadea. Un vuelo errante sobre un mar sin término donde nada, sino la soledad, establece su reino. En este mundo donde todo comienza y todo acaba a la vez, es la muerte (paradoja creada por la sutil preferencia de un espíritu cuya fuerza reside en la negación) la madre fecunda, el seno inmortal que amenaza con la última absorción y con el triunfo definitivo :

*Cuánto nacer y morir  
dentro la muerte inmortal!*

El universo del sueño, igual al universo de la vigilia, como el haz y el envés de una sola realidad transitada casi siempre en dos tiempos del espíritu, pero muchas veces en uno solo; el mismo mar, la misma queja, idéntica visión abrumadora, igual monotonía trágica. Del sueño a la vida y de la vida al sueño, María Eugenia, pájaro, vuelo, queja, rumbo perdido y descanso imposible.

¿Cuál es la senda que conduce a tamaña condensación espiritual, a espejo tan devorador? ¿Cómo desentrañar el confuso itinerario que termina en estación tan temible? ¿Cómo atrever algo más que un esbozo de pálidas líneas al seguir el andar contradictorio de esta mujer de raro destino, y abarcar en una mirada el claroscuro de su irreductible existencia, a través de una poesía entrañablemente vital pero también reticente y pudorosa?

Me limitaré a la breve consideración del único libro que dejó preparado María Eugenia, pues mi deseo es reverenciar la voluntad de la autora. Ella ciñó a ese estricto paréntesis lo que juzgó representativo dentro de la totalidad de sus trabajos. Por esta razón no me ocuparé aquí de *La otra Isla de los Cánticos*, obra póstuma también, editada hace unos años, en que se recoge una abundante colección de poesías: precisamente lo que María Eugenia dejó a un lado.

Entre el poema que abre el libro, propósito de resurrección por el arte, y el que lo cierra, patética renuncia a lo que constituyó la médula de su destino, el proceso poético de María Eugenia es reflejo agónico de una vida profunda, su transubstanciación en pura y lastimada belleza.

### *Los modos de la esperanza*

Cuando María Eugenia dice en « El ataúd flotante » :

*Mi esperanza, yo sé que tú estás muerta.  
No tienes de los vivos  
más que la inestable fluctuación perpetua ;  
no sé si un día vigorosa fuiste ;  
ahora estás muerta*

se dirige a un fantasma de fuego, a un delicado fantasma que retorna aún, terca-mente, para tejer a los pies del poeta sus rondas festivas.

La esperanza había sostenido contra el pensamiento implacable de María Eugenia porfiada lucha, y ella sólo sobrevivía para proclamar el fracaso de la siempre fiel, y para convencerla, en estremecedor discurso, de la completa realidad de su muerte. El poeta sabe, ahora, mirar en huecas lontananzas: sabe hacerlo hacia el sueño en cuyos ámbitos buscó expansión y noticia, anchura al explosivo ser de su pensamiento sujeto a la impenetrable luz del mundo, y hacia esta vida de sitio luminoso y asfian-ante, hacia la vida que en su intacto esplendor ciega de pronto y desaparece como sueño... Nada hay ya que temer porque ha llegado a la hora de lo que parece la perfecta serenidad en el total despojamiento y la renuncia definitiva; a la hora inmóvil de «Único poema», al cerrado tiempo de «Enmudecer».

Pero la terrible criatura en cuyos ojos se espeja la nada, ya sola, ya muda, había cursado su existencia sostenida de una esperanza vigorosa que vistiera los rostros más radiantes; había luchado por establecer un vínculo entre su vida y la vida, había tratado de hallar una respuesta apaciguadora, un desmentido a su pensamiento destructor.

Durante muchos años me he preguntado cuáles fueron los modos de la esperanza en la vida del poeta; y he hallado que los mayores, sin duda, los que prevalecieron tenazmente a lo largo de los días, fueron el amor, la religión y el arte.

Abundan en *La Isla de los Cánticos* los testimonios de la experiencia amorosa de María Eugenia. Casi la mitad de las composiciones se desarrollan en torno de algún tema que el amor o sus reflejos iluminan. Y todo un proceso pausado que comienza en el tono del juego y se pierde más allá del eco de las lágrimas, puede seguirse a través de la obra. Pero hay un poema, «Las Quimeras», que establece, a mi parecer, el punto culminante del conflicto creado por el amor en el alma de María Eugenia. No es raro en ella detenerse en el transcurso de su vida, volver atrás los ojos y hacer historia lamentable; com-

probar los sucesos, la fuga de las ricas auroras por su mirada vacía; hacer el inventario de la nada, aun cuando ello resulte afirmar, por paradójica, la grandeza de su destino. Así procede en «Las Quimeras» donde enfrentamos la suerte de fatalidad que aparta a María Eugenia de la entrega amorosa. Después de una múltiple invocación a las cosas rebeldes como ella misma, da término al poema en esta forma:

*Mas seguí torvamente y tristemente  
porque también me ungiéron en mal hora  
con sedes y ambiciones sobrehumanas,  
con deseos profundos e imposibles,  
y voy como vosotros  
también inaccesible e impotente,  
cargando con la cruz de la quimera,  
ajustada a la sien ardua corona,  
sin poder claudicar  
y sin tocar la carne de la vida  
jamás, jamás, jamás.*

En el triple jamás del último verso el poeta se adelanta, con una convicción absoluta, al paso del tiempo, y sabe que no llegará a tocar la carne de la vida; pero en un verso anterior: «sin poder claudicar», importa asimismo la seguridad de una imposible renuncia que se nos comunica con persuasivo acento. ¿Dónde está, entonces, la causa del conflicto? ¿Cuál es el contrario que lo determina? ¿Es su innata rebeldía? ¿Es un feroz sentimiento de la libertad como lo insinúa en «El cazador y la Estrella»:

*...una estrella de mar,  
la más lunática, la más rebelde,  
hija del arte y de la libertad...?*

¿Es el comentado orgullo de walkiria, sonoramente blandido en «Heroica»:

*Yo quiero un vencedor de toda cosa,  
invulnerable, universal, sapiente...*

*.....  
Y que rompa una cósmica fonía  
como el derrumbe de una inmensa torre  
con sus cien mil almenas de cristales  
quebrados en la bóveda infinita,  
cuando el gran vencedor doble y deponga  
cabe mis plantas sus rodillas inclitas?*

¿Es acaso su ambición sobrehumana? Ella se reconoce «inaccesible e impotente» a la vez. Ella sabe que lleva «ajustada a la sien ardua corona». Sí: la de su prin-



cipado de belleza, la de su arte cruel. Y nos comunica de manera grave y ardiente el sentimiento trágico de su grandeza. Pero sabemos que este sentimiento suele convivir en los más fuertes con la entrega amorosa. Y no podemos negar fortaleza a esta alma titánica para apurar la vida hasta las heces conservando, al mismo tiempo, el imperio de su libertad. ¿Podemos atribuirle un orgullo pueril cuando habla de su grandeza, en plena madurez, con redonda naturalidad como quien comprueba un hecho, y si de algo llega a quejarse es, precisamente, de la condición extraordinaria que la convierte en un ser mutilado? Esas «sedes y ambiciones sobrehumanas» de que habla en «Las Quimeras» suponen la dura estimativa de lo inmediato, de lo fácilmente asequible; una insatisfacción a priori de lo que el pensamiento condena en tanto es reclamado con angustia por la humana sensibilidad. Y aquí creo se impone una relación con el alma fáustica, aunque esta otra alma posea signo negativo, y en lugar de tender a la acción tienda a un nirvana inmovible.

El pensamiento de María Eugenia, fértil sombra donde se engendraban las larvas metafísicas que royeron la dulce carne de su esperanza, la engañó desde el principio cuando, sin alcanzar aún su adulta potencia, se complacía en cubrirse con las máscaras del orgullo y de la rebelión, y en crear ese complejo sinuoso, indiscernible, en que el amor perdió su imperio.

\*

En la búsqueda de estos modos con que la esperanza trató de salvar al poeta de un total aniquilamiento, tropezamos con un grave problema pues para hallar los testimonios de la verdad profunda hemos preferido siempre acudir a las fuentes vivas de la obra, y nos hemos encontrado, en el caso de la religión, con que la vida de este poeta resulta aparentemente más explícita, más cargada de visibles manifestaciones respecto de la fe, que su poesía. Si recurrimos a sus versos sólo hallaremos fragmentarias presencias de aquel dios que el poeta había escogido, y en cuyos altares se inclinó con una reverencia y una sinceridad que no podríamos atrevernos a dismi-

nir conociendo cuánta fuerza, dignidad y limpidez hubo en el alma de María Eugenia.

Así como el amor y el arte fueron tempranas revelaciones en su existencia, la religión católica se halló con la más briosa juventud de su esperanza y, quizá al mismo tiempo, amor, arte y religión fueron potencias confluentes cuando el poeta se vio en su inerme condición de ser plantado en mitad de la vida, esgrimido por ella, solicitado por sus promesas deslumbrantes, parte funcional y obediente de un mundo que aún no ha sido interrogado, y a cuyas oscuras leyes se pliega todavía el pensamiento que es sólo una larva.

Pero a medida que el tiempo corre y en su compleja cauda arrastra al ser y lo sumerge en los dédalos del espíritu, el pensamiento desarrolla sus energías a veces, como en el presente ejemplo, linderas de lo monstruoso, y la agónica historia comienza.

Aceptada, pues, la fe del poeta, y firmes en el propósito de pedir a la obra el testimonio final de lo que suponemos fue la honda brega de un alma por ponerse en armonía con su creador, nos volveremos a *La Isla de los Cánticos* para escuchar esa verdad profunda.

En el poema que María Eugenia titula «Los desterrados» es fácil reconocer la presencia del dios que ella frecuentó en los altares. Pero en esta breve invocación no se plantea en sus pavorosas dimensiones el problema espiritual, ni aparece en su implacable desnudez el pensamiento del poeta. Aquí se eleva una queja amarga, aparentemente suave; un reproche de lastimados ecos sube hasta ese dios de las misericordias en aquellas palabras:

*cuando me echaste a la vida  
¿por qué me pusiste un alma?*

Pero si ahondamos un poco en ellas sorprenderemos ya la agonía que importa llevar a cuentas un alma, semejante alma, esa dádiva divina, promesa de una eternidad a la que ella, desde el combatido paréntesis de su existencia humana parecía atreverse a renunciar.

Pero en relación con este aspecto de su personalidad, encontramos aún otra muestra misteriosa en la poesía de María Euge-

nia. Un soneto titulado «Emoción panteísta», señala, a mi parecer, cierto estado complejísimo de su lidia espiritual. He aquí la composición:

*Señor, te diré que la sabrosa belleza  
de esa tu carne pálida, me hace llorar de amor;  
lloro por la magnolia de tu cara, por esa  
cara que está desnuda sobre su tallo en flor.  
Laureando con tu gracia mi gloriosa tristeza,  
con hojas de tus ojos de cambiante verdor,  
vas hasta el fondo arcano de mi naturaleza  
por todos mis jardines y siempre vencedor.*

*Señor, quizá tú eres suavemente fuerte,  
quizá tu cáliz dona consolación de muerte  
a tiempo que florece tu espléndido fervor;  
también yo soy ambigua, por eso es que te siento  
y lloran, cuando abres bajo mi pensamiento,  
mi aurora y mi crepúsculo su rocío de amor.*

Una extraña fusión se logra en el raro poema. María Eugenia crea un dios ambiguo como ella, con el que se siente identificada al punto de otorgarle, en acto tembloroso e inocente, el don negativo de su propio pensamiento. Este dios que quizá ofrezca *consolación de muerte* en la revelación misma de su fervor sería el único capaz de entrar en la negativa concepción ontológica de María Eugenia. ¿Podríamos ver en él al dios cristiano? Porque el Cristo de la simbología plástica, desangrado hasta la magnolia, aparece aquí fundido en peregrina síntesis con la objetivación de un vago panteísmo. En efecto, esta deidad ambigua fluctúa entre el misericordioso Señor de los reverenciados altares y la sustancia oscura que informa el universo. Ese cáliz que se ofrece a la tranquila desesperación del poeta, es a un tiempo el receptáculo del vino sacramental y el cáliz de la flor símbolo en que un dios-natura, un dios-magnolia, se manifiesta. Cuando el conocimiento del amor se produce, una dicha súbita, con testimonio de lágrimas, sorprende al poeta; éste llora de amor cuando el dios abre bajo su pensamiento (abre el dios, abre la flor). Pero tal revelación parece colmar al poeta porque no supone el advenimiento de la luz inmutable, sino la esperanzada precipitación en el nocturno sin salida a donde un incesante deseo de fin lo impulsa.

Si María Eugenia (según un testimonio biográfico) pedía a su dios que no le per-

mitiese vivir más allá de la muerte, ese deseo llevaba —también— implícita la negación de Dios, porque importaba renunciar a la beatitud, a la contemplación eterna, al goce immaculado que aquel dios le ofrecía. Su ruego, pues, aún en el caso de que el deseo del poeta pudiese considerarse posible y se le hubiese concedido la eternidad de la nada, era un ruego aniquilador, que habría borrado para siempre del espíritu de María Eugenia la presencia divina. Ella pudo creer en Dios, no lo negamos; pero pudo también (y esto es lo que confiere carácter trágico a su pensamiento) borrarlo en una renuncia terrible. En lo absoluto de la idea divina María Eugenia aspira a la eternidad del no ser en que el ser se niega a sí mismo. En último término el fracaso de su esperanza religiosa fue desembocar en la duda corrosiva (oh, Hamlet) de una persistencia espiritual de ultratumba; el haber temido siempre la posibilidad de una muerte imperfecta en que su pensamiento hubiese continuado atormentándola sin fin.

### *La esperanza en el arte*

¿Midió alguna vez María Eugenia el alcance de su voz? ¿Conoció su profundidad? ¿Tuvo la certeza de que en *La Isla de los Cánticos* se salvaba a pesar suyo y para siempre? ¿Supo que ése era su verdadero paraíso, el que su arrasador pensamiento no podría borrar jamás? Porque el arte fue, a lo largo de su vida el ámbito propicio a su naturaleza rebelde, el seguro refugio de sus angélicos pudores. El canto se hizo en ella destino. De todas las experiencias en que fracasó su esperanza, esta experiencia mayor, en testimonio perfecto, absorbe a las otras y las refleja. No sólo en las formas variadas que componen el conjunto de su obra reside la tácita afirmación de una profunda fe en el arte; hay composiciones que revelan de modo explícito aquel sentimiento, y la esperanza de hallar en la poesía la vida, la verdad y la perfección. Oigasela en un fragmento de «Canto Verbal» en que dirige a la *Palabra* su melancólico entusiasmo:

*Yo no sé en qué fantástica materia  
al escultor de la progenie humana*

*le plugo modelar la estatua mía,  
que no ablanda la luz de las auroras  
ni el oscuro crepúsculo marchita ;  
pero si alguna vez mi corazón  
abre a la vida su raudal interno,*

*.....  
si gorjean mis pájaros, será  
cuando en la entrada de un sacro silencio  
sobre la losa de mi tumba viva  
choque su llama tu rayo de fuego.*

O en estos versos del poema que lleva por título «Ave celeste», composición en la que aún el estilo aparece alejado de la manera definitiva pero reveladora, no obstante, de una actitud entrañablemente viva, la que asume un ser que han encontrado en el arte su destino y habla a su alma creadora como al privilegiado revelador del misterio universal en la lengua de la belleza.

*El grito clamoroso de angustia o de esperanza  
que hacia el espacio lanza  
sin eco su elegía,  
en el immaculado crisol de la armonía  
lo trocará en gorjeos tu pico musical :  
Oh límpido y sonoro pájaro de cristal!*

Pero María Eugenia se atrevió también, con duro gesto, a renunciar al arte para entrar, en última instancia, atrozmente desnuda en su soledad e invocar desde allí la muerte perfecta. Paradójicamente su canto la sustrae a la destrucción ; nos la devuelve íntegra y la sitúa, transfigurada, en este universo en el que ella no halló reposo ni sitio posible. Pues por una misteriosa operación todo lo que tiene signo nega-

tico en su vida se transforma en signo positivo para su arte, pese a ser el de María Eugenia, como criatura de tan amargo creador, un canto con sabor de lágrimas. Todo el proceso de aquella agonía vital irradia desde su poesía como la más noble de las victorias humanas. Pero resulta doloroso pensar que ella haya anulado asimismo, en la intimidad de su pensamiento, este compromiso con la vida eterna. Le fue necesario, también, callar : renunciar al canto, despojarse aun del último tesoro ; aventar la luminosa entraña, morir de doble muerte en una arcangélica y furibunda autodestrucción. Pero si lentamente fue cambiándose en poesía hasta no ser más que una voz de linaje patético, y aspiró entonces al silencio irreversible, lo hizo para el más puro renacimiento. Así se despidió María Eugenia en el último poema de *La Isla de los Cánticos*. Y así la escucharemos para siempre :

*Quien no sabe estar alegre  
no tiene por qué cantar.  
Si se derrotó a sí mismo  
¿qué enseñará?*

*A repicar las campanas  
con bronces de funeral,  
los enlutados clarines  
a resonar.*

*Quien no sabe estar alegre  
rime a sí mismo su mal.  
Por eso enfundo mi flauta,  
la del ambiguo cantar,  
y quien me escuche, oiga sólo  
mi paso en la soledad.*

## Situación de la cultura paraguaya en 1965

POR JOSEFINA PLA

VARIAS VECES YA, al ocuparme de la situación de la literatura y de las artes plásticas paraguayas (1), aludí a las condicionales que configuran la lentitud y dificultad de sus procesos. Condicionales de diverso orden: económico, político, social, cultural y hasta étnico. Algunas de ellas vienen desde el fondo mismo de su historia, echaron raíz en los hechos fundamentales de la nacionalidad. Otros son productos de época, vendimia del instante. Pero todas ellas ofrecen rasgos comunes: su desesperante prolongación en el tiempo, su don para reaparecer mimetizadas, su tendencia a imbricarse y desembocar en complejos ataráxicos de cuya trama es difícil al escritor actual escapar, a no ser por la vía dolorosa del extrañamiento. La literatura paraguaya en sus hitos progresivos hacia un peso específico humano y crítico por un lado; hacia la internacionalidad, su consecuencia, por otra, vienen como en esas ocasiones expresé, siendo desde el principio *hecho de perspectiva* es decir, gestado fuera de las fronteras nacionales.

La repetición de estos datos se está haciendo ya pesada. Sin embargo ¿cómo evaluarla, cómo sustituir eufemísticamente su presencia?

Esas circunstancias no han variado hace

un lustro lo necesario para que el esquema mediatizante que sobre ellas se asienta haya experimentado también una modificación digna de nota.

Hoy, como entonces, siguen gravitando pesadamente sobre estos procesos, interfiriéndolos en la intimidad misma de su gestación, raquitizándolos, idénticos factores: la fijación en el pasado, con su consecuencia el conservadurismo narcisista, los constantes recelos de orden político, los prejuicios sociales y religiosos. Todos ellos han ido elaborando en los escritores de estas generaciones una autocensura tanto más temible cuanto que cristaliza a menudo en mentalidad, y que agrava la acción de otros factores más antiguos; la ausencia de instituciones culturales de orientación orgánica y caracterizadas en continuidad; el enclaustramiento, ciertamente atenuado en los últimos años, pero aún operante psicológicamente. La falta de tradición, así, no hace sino alargar su huella estéril en esta trayectoria sin nombres.

La realidad de esta situación se pone de manifiesto en hechos simples y concretos. Desde 1960, sólo se ha producido en narrativa un hecho críticamente importante: la aparición de *La Llaga* (1964) de Gabriel Casaccia, residente en el extranjero. Es cierto que en 1963 un diario local promovió un concurso de cuentos y en 1964 otro de novela corta. El resultado del primero autoriza a establecer que en esta narrativa intrafronteras dominan dos corrientes:

(1) *Cadernos Brasileiros*, marzo 1962; *Cuadernos Americanos*, enero 1961; *Panoramas*, México, n° 8.

la que evade toda alusión al dntorno humano y social por la vía del exotismo, del cosmopolitismo o del irrealismo —cauces por los cuales le es difícil de momento dar productos sazonados— y la del nativismo, o mejor un « terralismo », en el que medio y personajes aparecen idealizados, se soslaya el planteo crítico de los hechos y se converge así sin proponérselo hacia el narcisismo que constituye la dominante ambiental. Además ese concurso dio ocasión a una larga y a ratos destemplada polémica que hizo necesaria una declaración local sobre la libertad de creación (única declaración de esa índole hasta la fecha en este medio), promovida por quien esto suscribe y los jóvenes poetas Miguel Angel Fernández y Roque Vallejos. En cuanto al concurso 1964, sus resultados no han sido aún publicados, por lo cual no se puede decir de ellos nada concretamente todavía. Ateniéndonos, pues, a los datos hasta el momento, podemos afirmar que la narrativa de crítica, de protesta o de simple planteamiento de problemas sociales y humanos sólo ha tenido como manifestación *La Llaga*, publicada fuera del país. Si de la narrativa, género de experiencia múltiple, pero en el cual la comunicación es hecho individual que amortigua en grado apreciable el impacto de opinión (y permite además la circulación de sus productos en los ambientes enrarecidos), pasamos al teatro, las características asfícticas se afirman y acentúan. A pesar de haberse estrenado en este lustro alrededor de veinte obras de autor local, no es fácil decantar, de este caudal, hecho artístico sustantivo, protesta humana o social válida, algo en fin que pueda sólidamente anotarse como paso adelante en la elaboración de un teatro de contenido, sea éste o no de tema local.

El teatro en su integración literario-plástica precisa de la coincidencia de voluntades numerosas, cuya cooperación es difícil de obtener en medios culturales no densificados, donde las vivencias son elementales y fragmentarias. Esto explicaría muchas de las dificultades del teatro paraguayo en el pasado.

Los autores nacionales carecieron siempre de posibilidades —no hablemos de facilidades— de estreno; facilidades que en

cualquier lugar y momento son de derecho connatural al hecho teatral mismo, imprescindibles para su integración; pero cuya ausencia adquiere dimensiones agónicas cuando se trata de un teatro incipiente. No sólo nunca disfrutó este teatro de esas facilidades básicas indispensables, sino que tampoco llegaron, salvo muy rara vez, las compañías extranjeras de categoría que pudiesen traer repertorios ejemplares capaces de contribuir a la creación de una contemporaneidad literario-escénica. Los autores sólo esporádicamente y en condiciones de inferioridad pudieron enfrentarse con sus obras, verse reflejados en ellas, de acuerdo al postulado que enseña que la obra de teatro sólo luego de subir a las tablas puede darse por conclusa.

Así, las posibilidades para el autor de una trayectoria definida en continuidad y superación fueron cortadas desde el principio. Si en algún momento alboreó esa posibilidad, ello no hizo sino más cruel el largo tramo desértico siguiente. La producción nacional es una producción característicamente « encarpetaada ». Pero a los factores restrictivos de orden puramente cultural y económico, se fueron añadiendo otros que dimanaban de la naturaleza exhibicionista del teatro, de su esencial comunicatividad, mediante la cual la experiencia estética y humana combinadas enfrentan directamente a una masa de espectadores, solidarios en la emoción, y movilizan en ella reacciones de orden más directo e inmediato, social, ideológico, político o simplemente humano.

Recientemente la Municipalidad capitulina ha iniciado —y realizado en parte ya— un programa de fomento de la acción teatral; programa cuyo desarrollo busca incorporar los elementos que en los medios más avanzados se ofrecen al teatro para su prosperidad artística. En efecto, la Municipalidad ha eximido de impuestos a las compañías, o los ha reducido al mínimo; ha revalidado la Escuela Municipal de Arte Escénico, realzando su decoro institucional; ha creado el elenco estable y subvencionado cuyo objetivo es dar al público el teatro paradigmático que necesita y a los autores nacionales las posibilidades de estreno por tanto tiempo cercenadas; y aún tiene en estudio otros planes

de estímulo o fomento. Esta actitud que demuestra una aproximación eficaz a los problemas de la expresión escénica, ha sido recibida con elogio, inclusive en los sectores poco afectos a la situación. Y no cabe duda de que representan un principio de conciencia activa de lo que la cultura teatral exige para superar ciertos tramos históricos.

Pero estas facilidades de orden material y práctico, e inclusive el estímulo que de ellas pudiera derivarse, no son de por sí suficientes para eliminar o superar las circunstancias de fondo, vinculadas a otros factores de equivalencia no económica o institucional. Si hay un género literario que precise, para florecer debidamente, de un sentido pleno de solidaridad de las formas culturales, de un clima de libertad y responsabilidad, es el teatro con su participación espiritual colectiva y simultánea, su insoslayable presencia palpitante.

El Paraguay tuvo instante de aproximación a ese teatro de crítica social o política, teatro reflejo del sentimiento nacional ya que no de las ideas colectivas, en el teatro de Julio Correa. Estas piezas son inexper-tas como todas las nacionales y acaso más que la mayoría de ellas, pero henchidas de un evidente deseo de dar voz a las rebel-días y dolores que fermentan incesantemente en el seno de las comunidades humanas como índice de crecimiento y res-quebrajan la rutinaria estabilidad social, como el líber de los árboles, hinchado en primavera, quiebra la corteza. Este teatro desapareció hace veinte años. Es cierto que aún se le representa y aplaude, especialmente en los barrios —su contenido teatral y poético sobrevive— pero no ha podido evitar que en su mensaje tuviese efecto desintegrante el signo de la época en que nació. Su referencia a la situación chaqueña lo salvaguarda contra toda acusación de insurgencia actual, lo remite a un instante histórico dado; y merced a esta adscripción cronológica, el teatro de Correa se torna críticamente inoperante.

En un reciente concurso teatral —Radio Charitas, 1964— al cual se presentaron unos veinte autores, ninguno de ellos plan-teó ni siquiera en forma aproximativa una situación social y humana de interés actual y signo local amplio, a excepción del

autor premiado en primer lugar, Lucy Spinzi, que en *Los desarraigados* rozó un tema candente: el de los exiliados, los «desarraigados» del terruño ya sea por motivos políticos ya por la angustia económica. Pero aparte de que el enfoque de *Los desarraigados* es primordialmente sentimental, su conclusión es unilateral, y por tanto concesiva, acrítica.

La ausencia de un mensaje catártico operando sobre datos presentes y de interés colectivo, grave como es, no representa sino un aspecto de la situación creada a este teatro a lo largo de cincuenta años. No sería justo mencionar únicamente la faz problemática de la comunicación, cuyo término es la escena. Debemos especificar también la otra faz de la cuestión, la que afecta a los valores literarios, problema asimismo espinoso. La imposibilidad en que durante lo que va de siglo se hallaron —salvo raras ocasiones— los autores de crearse a través de las propias obras una experiencia progresiva, la misma incomunicación del teatro con sus fuentes univ-ersales, no tuvieron al principio nada que ver con factores políticos o ideológicos y sí solo con los niveles económico y cultural. Pero no pueden desconocerse las consecuencias que han acarreado a la expresión misma en sus aspectos puramente literarios o formales, a la obra de teatro como producto artístico.

La ausencia del indispensable comercio literario, de contacto y cotejo, se refleja en forma fatal sobre la producción, que lleva a cuevas el lastre de la inmadurez estructural y expresiva. Esto se ha hecho patente no sólo en la mayoría de esas veinte obras estrenadas en el lustro que termina, sino también en el resultado del mencionado concurso. Vemos perpetuarse los defectos del teatro iniciático, afectando no sólo la concepción misma, sino también su desarrollo: la endeblez o ingenuidad de la estructura, la elementalidad psicológica del personaje —bidimensionalidad, maniqueísmo— la pobreza del diálogo, el corto vuelo del mensaje, que queda en exhortación, en moraleja, cuando no en propaganda. Prácticamente este teatro reproduce en algunos de sus aspectos la época del llamado «teatro orillero» en la Argentina. Para aumentar la similitud, tenemos las

reposiciones de una misma obra ofrecidas al público con ligeras variantes, bajo otro título; o las adaptaciones, con las cuales se han intentado en todas las épocas renovar un repertorio monótono e incorporarle calidad.

No significa esto negar a este teatro un papel en la gestación laboriosa de nuestra cultura colectiva. Más de una vez ya (2) he expuesto el parecer de que, desde cierto ángulo, representa una etapa necesaria que debió tener su lugar en este proceso, que no lo tuvo en el instante debido y que salteada vuelve ahora por sus fueros; en él deberíamos ver, de acuerdo a lo anteriormente expresado, el indispensable cimiento costumbrista, sobre el cual pudieron asentarse logros ulteriores. Las circunstancias en que se desenvuelve le dan, sin embargo, un colorido peculiar, que desconocieron las etapas homólogas en el teatro platense y que de significativo, lo tornan sintomático. Por otro lado, representa también un tramo superado en la vieja cuestión del teatro vernáculo, como puente entre éste, insuficiente ya como expresión de una sociedad patentemente en vías de transformación, y el teatro culto, al incorporar a la expresión escénica el castellano corriente, guaranzado. Pero aún asignándole estos rasgos valorativos, hay que reconocer que esta etapa se prolonga ya mucho más de lo que conviene a nuestra cultura teatral, cuando se insiste en atribuirle rango representativo y carácter exclusivo (3).

Una obra de Mario Halley Mora (1924) estrenada en 1964 representa un interesante intento de teatro de contenido, donde el autor pone de manifiesto su agudeza observadora y su aptitud para el diálogo expresivo y sobrio; pero no alcanzó su objetivo pleno a causa de las concesiones que revirtieron sobre el individuo las causales de la situación. Sin embargo, esta pieza tiene el final —que puede ser el verdadero mensaje— más acusatorio de todo el teatro paraguayo, sin exceptuar el de Correa. Este final pasado inadvertido bajo la envoltura del chiste.

(2) *Cuadernos Americanos*, enero 1961.

(3) Lo mismo se quiso hacer en su hora (1932-1940) con el teatro de Correa.

Obturadas por una u otra razón en su misma surgente la plena expresión narrativa y la escénica, el único camino que queda abierto con cierta amplitud es el de la poesía. Este lustro ha sido un lustro afortunado en cuanto en su decurso han aparecido diversos grupos de poetas de distinto cuño y calibre. No deja de ser notorio asimismo, corroborando lo dicho ya a propósito del único camino, que en esos cinco años se haya producido no sólo la aparición de nuevos grupos líricos considerables, sino también la reaparición o reactivación de otros que durante años se habían llamado a silencio, y la asunción édita de algunos que hasta el momento habían permanecido al margen de la publicación en libro.

En efecto, este quinquenio ha visto aparecer poemarios de escritores de la promoción del 40. Augusto Roa Bastos, Josefina Plá, Hugo Rodríguez Alcalá. No incluyo en esta serie los libros de Elvio Romero no sólo por haber aparecido en el exterior, sino también por cuanto este poeta ha mantenido un ritmo regular en sus publicaciones durante los últimos quince años, y por tanto sus tres títulos aparecidos en el lustro no representan un hecho excepcional. Este *regreso a la huella* se hace más significativo si se considera la paralela actitud de la promoción del 50. Durante estos cinco años últimos se producen las primeras salidas éditas (4) de estos poetas, entre los cuales sólo Elsa Wiezell (1927) se había hecho presente a su hora (1949) y continuado durante estos quince años sus publicaciones. Elsa ha dado a estampa durante este quinquenio tres volúmenes, de los que *Tiempo de Amor* (1965) ofrece un evidente clima unitario.

En la orientación de esta promoción, de cultura en general densa y unificada, poseedora de una conciencia renovadora, pesó, por un lado, durante mucho tiempo, como una sombra, la obra previa de dos poetas a los cuales otorgó —y no sin razón, dadas las circunstancias que rodearon la aparición de estos grupos— categoría para-

(4) En 1954 recurrieron ya cuatro de esos poetas, entre ellos Domínguez y Appleyard, una pequeña antología bajo el título genérico *Poesía* (Academia Universitaria).

digmática: Herib Campos Cervera y Elvio Romero. La noción de «poesía útil» ejerció, en una u otra forma, una acción retardatoria en la manifestación de estos poetas. Quizá pesó también —en unos casos más que en otros— la impronta de su iniciación literaria sobre módulos hispánicos, inhibiendo la toma de contacto libre con lo circundante. Les ha costado tiempo desligarse de esas sugerencias y recuperar la visión manumisa de su vocación como acorde entre urgencia íntima y forma. Sin embargo, lo han conseguido y los libros de Ramiro Domínguez (1929), de José Luis Appleyard (1927), de Rubén Bareiro Saguié (1930) establecen la presencia definitiva de esta promoción en el cuadro lírico contemporáneo paraguayo con valores diversos y personales. El único que sigue hasta ahora dentro de la línea anterior es Luis María Martínez (1933); este poeta ha publicado *Ráfagas de Tierra* (1963) donde la variación con respecto a sus libros anteriores no es acusadamente sensible.

Ramiro Domínguez reunió en *Zumos* (1962) producciones de años previos; parte de ese libro es una compilación que permite seguir el itinerario del poeta, acota sus virajes en el tiempo, sus procesos formales. La segunda parte enfoca con agrios perfiles de problemática espiritual del hombre de este tiempo y este medio.

Esta línea experimenta un cambio más de apariencia que de sustancia en *Salmosa deshora* (1963) —en realidad un solo poema unitario—, donde el poeta se desprende de la angustia ante el hecho colectivo de que es «raíz y suma» en frase de un poeta nuestro, para proyectarse a lo metafísico en un diálogo con el cielo desdeñado y omnipresente, unas veces como ilusión física y otras como presencia cosmogónica o símbolo religioso. En el tercero y más reciente *Ditirambo para coro y flauta* (1964), el nivel lírico desciende ostensiblemente ante la presión de los pruritos esteticistas, que nunca han dejado de actuar en su poesía, pero que aquí adquieren preponderancia concreta en los elementos lingüísticos y anecdóticos.

Muy otro es el plano de José Luis Appleyard, quien en *Entonces era siempre* (1963), se muestra aún sumiso a las fuertes influen-

cias españolas primarias de las que conserva mucho en las estructuras formales. Su inspiración enraiza al nivel de la evocación y de la nostalgia, aunque en ocasiones aflora una contenida tensión.

El último de los tres poetas de esta promoción en manifestarse éditamente, Rubén Bareiro Saguié presenta en su primer libro, *Biografía de ausente* (1964), una poesía acumulativa, sincopada como un sollozo, donde el turbión de los elementos espirituales puestos en movimiento por la ansiedad o la angustia busca estremecidamente su punto vértice al nivel primordial de la emoción, y el sentido total del poema se reconstruye en un relámpago intuicional.

Al filo de 1960 aparecen las nuevas promociones mencionadas al principio. En estos grupos líricos pueden señalarse dos corrientes: la que expresa en forma más o menos evasiva (dando a esta palabra una acepción de transfiguración estética) la angustia del instante humano que es su legado y la que llevando esa evasión a términos literales somete su inspiración a premisas esteticistas.

En la primera forman hasta ahora Francisco Pérez Maricevich (1937) que da en *Paso de hombre* (1963), expresión fina y sobria a un ensimismamiento donde la tensión vital aparece ensordecida bajo la delicada velatura metafórica; Roque Vallejos (1943), introduce en esta lírica con *Pulso de sombra* (1962), una vibración nueva, de angustia ante la aniquilación física, que se amplía a dimensiones cósmicas en los poemas últimos de *Los arcángeles ebrios* (1964); Estéban Cabañas enmascara su íntima lucha y su asco espiritual proyectándolos en formas acentuadamente surrealistas en *Los monstruos vanos* (1964), y Miguel Ángel Fernández (1938), de escasa obra representa la línea de mayor desnudez formal (*Oscuros días*, traducido en 1964 al francés) en la cual no existe la imagen como entidad individualizable: el poema con sus frases concretas constituye una sola y unitaria metáfora. Maricevich y Fernández han iniciado además la edición de las series «Asedio» y «Diálogo», respectivamente, de poesía y de ensayo, donde han aparecido casi todos los libros mencionados de su promoción y la del 40,



y algunos más de poetas extranjeros como Carlos Mastronardi y Saúl Ibagoyen Islas (5).

Vemos, pues, coincidir como se dijo en esta explosión éditas tres promociones. Esta coincidencia es harto patente como para no encerrar un significado. La expresión inhibida en sus orígenes, rechazada por la prolongada circunstancia externa hacia su raíz íntima, ampara su descontento, su angustia o su nostalgia en el lenguaje lírico, retorna inclusive hacia las formas herméticas buscando aligerar su cargo espiritual a través de los símbolos. Pero el signo unánime de la angustia identifica a estos jóvenes; preside a sus expresiones, las desborda, las impregna con su espiritual viscosidad.

En el grupo caracterizado por los afanes esteticistas, formas y motivaciones prenden en niveles histórica y críticamente superados: las influencias múltiples y fragmentarias se entreveran incoherentemente. La falta absoluta de preocupación actual, no ya como motivo concreto, sino también como palpitación profunda, existencial, caracteriza a estos jóvenes; en la mayoría de los casos existe una ausencia total de impulso interior y esa poesía escasa por lo demás, queda en actitud, en ejercicio retórico. La producción de estos jóvenes no ha rebasado los límites de alguna revista y sólo en un caso (J. A. Rauskin, 1942) ha pasado a la forma éditas merced al apoyo de la rama local del Congreso por la Libertad de la Cultura (Lincoo, 1965).

En este año de gracia 1965, siguen, pues, en pie los problemas que han atenazado a esta literatura durante tantos años; agudizados inclusive algunos de ellos. En la narrativa y el teatro como hemos visto los factores que han pesado negativamente sobre estas manifestaciones continúan los mismos, aunque las condiciones materiales para la expresión escénica hayan experimentado considerables cambios, y el autor y actor dispongan hoy de facilidades que hace cinco años ni soñaban poseer. No

(5) Miguel Angel Fernández dirige también *Diálogo*, revista esencialmente literaria, que lucha con numerosas dificultades.

hay revistas exclusivamente literarias y suficientemente independientes (6) con excepción de *Alcor*, bimensual y *Diálogo*, sumamente irregular; no hay hojas literarias que den cabida a la obra de poetas y narradores, ensayistas y comentaristas, con la frecuencia y criterio selectivo que tales hojas demandan para que su efecto cultural sea positivo. No hay editoras que conscientes de su papel cultural ofrezcan a los autores facilidades para la difusión de sus obras.

\*

Pasando a las artes plásticas, nos encontramos con un panorama en el cual a primera vista podrían señalarse eventos esperanzadores. Los artistas paraguayos son invitados cada vez con mayor frecuencia a certámenes en ambas Américas —en los europeos aún no tienen entrada (7)— algunos de los artistas han obtenido premios o menciones en competiciones importantes —entre ellos Carlos Colombino, Herman Guggiari, Olga Blinder, Edith Jiménez—. Se fundan Museos de Arte Moderno, se dictan cursillos de arte con carácter institucional y la prensa da a las manifestaciones de arte cabida más amplia que nunca.

Pero si nos fijamos bien en estos hechos progresistas, se encoge sensiblemente su valor de signos reveladores de un ambiente más propicio. La asistencia a las Bienales se torna representativamente incompleta o disminuída en valores a causa de hechos que inciden en las circunstancias selectivas o en la actitud de los artistas; los cursillos de arte, que vendrían a continuar una labor iniciada hace quince años con fervor y sacrificio personal por un grupo de artistas, son ahora pagados, lo cual restringe

(6) La *Revista del Ateneo*, prestigiosa y de larga trayectoria, aunque irregular, si bien presta atención a la poesía, cuentos, etc., da preferente cabida a material histórico y sociológico.

(7) Con excepción de la cerámica, que desde hace varios años ya recibe invitaciones para las Exposiciones internacionales europeas, sin que hasta ahora haya podido concurrir a ella porque la pobreza de los artistas no les permite afrontar los gastos de envío.

su ámbito útil, ya que los saca del alcance del público corriente, a cuyo beneficio visó primariamente la iniciativa. El Museo de Arte Moderno es fundación de un grupo, lo cual aparte las características discriminatorias que pudiera comportar y que son lo menos interesante, ya que existe un Museo Contemporáneo (8), significa por lo menos tal como por ahora se plantea, la prescindencia de un criterio selectivo y el efugio por tanto de la función ejemplarizadora de todo Museo. Vemos en la prensa darse relieve extraordinario a unos hechos y silenciarse otros. Quedan así: el público al margen del significado de los hechos, los autores sin la mínima recompensa moral y la intrahistoria de nuestra cultura privada de la constancia de muchos hechos básicos que han de documentarla en un próximo futuro.

Por otro lado interfieren en la formación del artista novel los mismos factores que desde hace tiempo interfieren en la formación de artistas y de ambiente y cuyo logaritmo es, como en literatura, la ausencia hasta ahora de una tradición. No existen los hechos críticos documentados debidamente que puedan utilizarse como punto de partida para el establecimiento de una indispensable escala de valores. Siguen estando por crear las instituciones formativas donde el arte (9) sea enseñado como proceso vivo, dinámico y no como vehículo de formas caducas. Esto equivale a decir que las promociones surgidas después de 1960 no se hallan mejor respecto a las precedentes en cuanto a los medios para realizar el indispensable aprendizaje: ni becas, ni viajes (10), ni subsidios, ni revistas de arte, ni Museos, ni exposiciones de arte internacional en número y calidad suficiente, a pesar de la colaboración que

en este sentido prestan algunas Misiones extranjeras. Siguen estas promociones siendo, en gran medida autodidactas.

Este grave déficit inicial, las promociones anteriores han tratado de cubrirlo paulatinamente con una exasperación por decirlo así de su tensión laboriosa, en la cual han ido inevitablemente gastándose muchas de las posibilidades incluso en la plasticidad experimental de los años jóvenes. Han trabajado duramente, en procura de los contactos necesarios. Permanencias en el exterior, viajes de estudio, visitas a galerías, museos, talleres; todo esto se lo han ido procurando ellos mismos, con una conciencia clara de lo que cada una de estas ventajas trabajosamente obtenidas significaba como aporte para la formación personal tan duramente regateada, y para el medio en el cual debía revertir la experiencia así adquirida.

En esta lucha penosa y desigual con la circunstancia se gastó un gran caudal de energías; un caudal y un tiempo precioso que los artistas habrían invertido más proficuamente en la solución del problema estrictamente estético, si hubiesen dispuesto localmente de los medios necesarios. Esta crueldad del medio con los propios artistas no es nueva; pero hoy se hace sentir más a causa del ritmo acelerado de los movimientos artísticos. Algunos de esos artistas no recuperarán ya quizá la desventaja inicial; y este déficit no es solo —ocio— decirlo— una pérdida individual, es el déficit de toda una etapa en nuestra cultura.

Sin embargo, todos o casi todos estos artistas habían conservado a través de la dura prueba, el perfil ético: habían confiado el éxito de su vocación únicamente al propio trabajo; habían comprendido que en éste radica la esencialidad vocacional, y se negaron a admitir la intromisión de factores extraestéticos en su trayectoria. Estas promociones contribuyeron a crear una atmósfera, a densificar un ambiente,

(8) Es decir, una sección de Arte Contemporáneo en el Museo de Cerámica y Bellas Artes « Julián de la Herrería », fundado en 1938 y que figura desde 1958 en la *Guía de Museos* de la UNESCO.

(9) Solamente podemos anotar la « Escolinha de Arte », donde se fomenta la libre expresión artística en la infancia, y el « Taller de Grabado Julián de la Herrería », de donde han surgido ya excelentes artistas; ambos instituidos por la Misión Cultural brasileña.

(10) Los viajes con que han sido beneficiados artistas nacionales en los últimos cinco años, han sido todos ellos iniciativa de fundaciones, o invitaciones oficiales extranjeras, de los Estados Unidos principalmente.

a dignificar el arte, a familiarizar al público con nombres y hechos y formas artísticas más a tono con el instante actual, a actualizar el arte nacional en suma y si su evolución no marcó un gráfico más totalitario, ello fue materia simple de honestidad artística. Saltar del academismo operante en 1950 a las formas extremas, era un juego azoroso en el cual se comprometía la autenticidad personal. De ahí la diversidad de cauces elegidos por esos artistas, al decidir la ruptura con las viejas formas; y también el fracaso de algún buen artista al adoptar modalidades extremas ante la presión de la circunstancia y en las cuales entró en juego el tecnicismo pero no el impulso interior.

Si las nuevas promociones soportan las mismas desventajas un tanto morigeradas gracias a la presión psicológica, lenta pero efectiva de la labor de los artistas mayores, y siguen siendo, como se ha dicho, autodidactas, desde el punto de vista de las actitudes éticas es sensible sin embargo el descenso con respecto a sus predecesores. En la creciente desintegración de los módulos éticos a todos los niveles, que caracteriza esta etapa histórica, los escritores y artistas se habían mantenido en general hasta ahora al margen, aunque algunos de aquéllos en todas las épocas se hayan dejado ganar por la conveniencia personal o la fácil ascensión económica o social. En las últimas promociones asistimos a esa desintegración ganando rápidamente los niveles artísticos, despojando a los noveles de la característica más noble y eficaz de toda juventud artista: la humildad creadora, aquello que hace a todo artista con-

siderar el arte como un fin y no como un medio, pero que en el novel está ineluctablemente ligado a sus posibilidades de crecimiento. No interesa la labor sino el triunfo. Corre más de prisa quien va más ligero: y en la carrera lo primero que se deja caer de las espaldas es la responsabilidad.

Estas actitudes constituídas en característica promocional en un medio donde los grupos menos jóvenes no han tenido aún ocasión de estabilizar los logros a duras penas y a pulso obtenidos, apeligran esos pocos logros y podrían resultar en una regresión. En virtud de estas circunstancias, no podría señalarse entre esos noveles candidatos a una militancia artística una definición personal, aunque entre ellos los haya poseedores de cualidades. Si estos jóvenes no efectúan un viraje hacia zonas de mayor estabilidad responsable, serán una generación perdida para las artes paraguayas, abriéndose así un hiato en esta plástica, que acumulará dificultades a las promociones siguientes.

Como se ve, este resumen de la situación actual de la cultura paraguaya es como ya más de una vez se ha dicho, « un enfrentamiento con una problemática antes que una evaluación de hechos ». Sólo la poesía parece por ahora llevando la delantera, ganando posiciones en el cuadro general de la literatura hispanoamericana, y merced a su función vicariante. La plástica enfrenta una crisis de valores éticos, que amenaza dar al traste con muchos de los logros alcanzados, a precio de mucho sacrificio y principalmente por los artistas constituyentes del grupo Arte Nuevo, desde 1953.

## «Asomante» en la cultura puertorriqueña

POR MARIA TERESA BABIN

**A**L SALIR DEL ESTUPOR que produjo en el hombre del siglo XX el estruendo de la bomba atómica del año 1945, los terribles temores de una completa aniquilación encauzan el ánimo por la senda reflexiva hacia la búsqueda de una meta espiritual creadora y salvadora. Resucitan en el páramo las voces aisladas de los artistas, de los escritores, de los forjadores de la ilusión como impulso de vida... El paralelo de la ardiente guerra fría en el campo ilimitado de la imaginación poética lo trazan las ideas renovadoras de los que se niegan a rendirse ante la avalancha destructiva de los valores esenciales. Sartre, Simone de Beauvoir y otros existencialistas, presas del pánico y de la náusea, exhiben las lacras de la condición humana en obras desgarradoras, purulentas y asfixiantes, pero se escucha el eco de las voces del silencio conjuradas por Malraux para recordar el mensaje imperecedero de las bellas artes; Teilhard de Chardin sueña despierto indicando el punto Omega de la esperanza, mientras resurge emocionadamente un nuevo amanecer en el humanismo ético de Albert Camus. Abundan las obras pesimistas sin que falten el destello de la fe y la melodía íntima de la mejor poesía lírica y dramática conjurando los signos adversos que señorean sobre la entraña dolorida de la humanidad delirante. Desde el 1945 la ansiedad de la muerte va pareja con la convicción de que solamente puede pensarse en el futuro si se afianza el ideal de solidaridad entre los

hombres. La conciencia de que somos los sobrevivientes después de una catástrofe alivia el encono de las luchas fratricidas alentadas por el veneno de prejuicios seculares, y el descubrimiento de las semejanzas entre los diversos pueblos de Oriente y de Occidente va disipando las diferencias ancestrales. Instalados en una época de contradicciones paradójicas, vemos borrarse las fronteras y limarse las asperezas del tránsito de una cultura a otra con la facilidad del viaje aéreo, lo cual obliga a un mayor respeto por el carácter peculiar de cada uno de los núcleos nacionales existentes en el variado mapa del mundo. Se afianza en el intelectual la fe en la salvación del hombre por el hombre, con un concepto nuevo del amor a la sabiduría y a la gente de carne y hueso, pero se recrudecen a la par los sentimientos hostiles, la amargura, la desilusión y la pena al presenciar el deterioro y la rápida desaparición de los principios éticos y estéticos que habían hecho posible la vida civilizada hasta mediados del siglo.

DESDE EL PUNTO DE VISTA de nuestra circunstancia en Puerto Rico, los veinte años iniciados en 1945 adquieren una importancia mayor que la correspondiente a los hechos acaecidos a partir de 1898 hasta entonces. Marcado anteriormente por el auge de la economía, la prisa desmedida por acumular bienes mundanales, la ostentación de una riqueza ficticia y la entrega de gran parte de la hacienda espiritual y

física del país a intereses ajenos, este período quedará grabado en el calendario histórico por haber conmovido radicalmente los cimientos de la cultura puertorriqueña. El desprecio del pasado, el olvido de la historia anterior al 1940, la persistente propaganda burlona de los afectos que atan a la familia y a la patria, se han ido infiltrando paulatinamente en el ánimo de muchos hijos del país, embriagados por la aureola de la prosperidad, el desarraigo y la vulgaridad imperantes en el mundo actual. Educados en una atmósfera extranjerizante, estridente y deslumbradora; abandonados a sus caprichos y consentidos en sus debilidades por unos progenitores que conocieron un Puerto Rico más pobre y menos entregado al poderío del dinero, algunos jóvenes nacidos alrededor de la fecha en que se fundó *Asomante* y sus hermanos mayores forman hoy una agresiva vanguardia ambiciosa de poder político y de fama intelectual. Se distingue esta pléyade impaciente por su enamoramiento fácil y superficial de algo vagamente denominado occidentalismo, especie de barniz con el cual se encubre el esnobismo, la vaciedad, y la admiración incondicional de la moda de última hora, mientras se pone al descubierto el desamor por Puerto Rico mismo y hasta la vergüenza de ser descendientes de unos hombres y mujeres que tenían el orgullo de poseer una lengua, unas creencias y unos conceptos éticos de prosapia hispánica y antillana. La preocupación enaltecida por las virtudes tradicionales del puertorriqueño, la ansiedad por definir la soberanía nacional, la defensa de lo autóctono y la reclamación de la identidad sin complejos coloniales, carecen de sentido para estos contemporáneos descarriados de *Asomante* y algunos de sus parientes cercanos de doble edad, ya que son varias las personas responsables de la actitud que resalta a la vista y sería injusto atribuirla a los más jóvenes solamente. De hecho, hay que consignar con entusiasmo la presencia activa en la cultura nacional de varios elementos de la juventud que han comenzado a hacer obra creadora de valía durante la edad de *Asomante* y se aprestan a pedirles cuentas claras a sus mayores con miras universalistas, pero sin eludir con rodeos y escapismos las inquietudes pro-

pias de su condición insular y de su prosapia boricua. En los corazones y en la inteligencia de los puertorriqueños de todas las generaciones que han convivido durante estos veinticinco años en la empresa común de la cultura puertorriqueña se refugian tenazmente las virtudes dominantes de la personalidad y del carácter nacional, pese a los bulliciosos y despistados que surgen impetuosamente en el escenario ansiosos de reconocimiento.

EN LA OBRA ARTÍSTICA Y LITERARIA de esta jornada de veinte años se manifiesta vigorosamente el denuedo por alcanzar una meta salvadora para Puerto Rico en el nivel cultural. *Asomante* ha sido una de las palancas más eficaces y orientadoras en ese camino. Los esfuerzos de una minoría alerta sin fronteras cronológicas, unida por el amoroso empeño de salvaguardar el tesoro de la lengua vernácula, renovar las raíces adormecidas de la conciencia puertorriqueña, y despertar a la realidad de nuestro ser auténtico, se han dado cita en las páginas de la revista. Muchos de los cuentistas, novelistas, dramaturgos, poetas, críticos y ensayistas que figuran en la literatura contemporánea de nuestra tierra han recibido el estímulo generoso de *Asomante*, donde han publicado sus obras inéditas y han expresado su sentir sin trabas de ninguna clase. La edición de nuevos libros y la representación de obras dramáticas que vieron la luz por primera vez en la revista son beneficios prestados por *Asomante* a la cultura en general. Al celebrar ahora los logros de veinte años es menester pensar en la hora de la siembra. Sin los eslabones fecundos que constituyen la historia de la cultura puertorriqueña y sin el legado que recibimos en los libros, las poesías, las ideas y el arte de los antepasados, hubiera sido imposible acertar y perdurar en el camino durante este tiempo cercano. La situación del artista, del estudiante, del escritor, del profesor, del poeta y de todos los intelectuales del decenio anterior al año 1945 merece un juicioso análisis que nadie ha hecho todavía. Algunos personajes ilustres de aquella época, tan distinta a la que existe en el presente, fueron Luis Lloréns Torres, María Cadilla de Martínez, Miguel Guerra Mondragón, Ramón Lavandero,

Isabel Andréu de Aguilar, Antonio S. Pe-dreira, Luis Palés Matos y Julia de Bur-gos... unos mayores que otros, pero todos ellos activos en la vida intelectual mucho antes del año 1945. Estos forjadores del porvenir que todavía se me antoja futuro, junto a maestros del calibre de Antonio Sáez, Carmen Gómez Tejera y José Padín, han dejado una huella bienhechora.

LA TRAYECTORIA HISPANOAMERICANA del arte y de las letras se nutre hoy con las ideas y las creaciones de los puertorriqueños educados y fortalecidos por esos maes-tros y por los patriotas y escritores que mu-cho antes de 1940 habían dicho su pala-bra al unísono con sus compañeros del continente. La expresión de Puerto Rico en la cultura de América ya tenía sello propio al finalizar el siglo XIX, como lo atesti-guan un Hostos, un Canales y un De Die-go. Es vicioso, por lo tanto, restarle cate-goría a ese pasado inmediato que debe enor-gullecernos y servirnos de acicate. El hon-do sentido humano y amistoso de esas vi-das generosas, la estimación de la heren-cia de sus mayores, la laboriosa dedicación callada a la investigación, la crítica, la poe-sía, las luchas cívicas, el amor a la patria, la bondad y el espíritu desinteresado ca-racterizaron el quehacer al cual se entrega-ron por libre elección de su inteligencia, sedimento vigoroso que animaría a los es-critores durante el tiempo de *Asomante*. Junto a los que ya no existen, aparecen los nombres de personas conocidas y esti-madas tanto en la cátedra como en las le-tras del país desde mucho antes de 1945, compañeros de sus discípulos y de sus con-temporáneos en las numerosas actividades culturales del período comprendido entre las fechas de 1940 a 1965. Miguel Melén-dez Muñoz, Evaristo Ribera Chevremont, Lidio Cruz Monclova, Emilio S. Belaval, Tomás Blanco, Concha Meléndez, José A. Balseiro, Francisco Manrique Cabrera, Vi-cente Geigel Polanco, Enrique Laguerre, Luis Hernández Aquino y Margot Arce pertenecen a esa constelación dispersa y nu-merosa que las nuevas generaciones tienen el deber de conocer y respetar.

ASOMANTE adoptó la posición de tribuna libre desde su iniciación, abrió sus páginas

a los intelectuales de afuera y a los del país, a los viejos y a los jóvenes, y además de asumir la misión de vehículo propicio para transmitir las inquietudes estéticas de la época, le dio albergue al filón discrepan-te, a la nota de alerta, al gesto de protes-ta, y a la actitud de contrapelo, en franca disposición para ensanchar las perspectivas y profundizar en lo vertical de las cuestio-nes. Fiel a los propósitos literarios desde el comienzo, ha mantenido un carácter flexi-ble y variado, dando cabida a lo inédito sin olvidar lo consagrado, prestando apoyo a poetas y prosistas desconocidos hace vein-te años cuyos cuentos, piezas de teatro, poemas y ensayos, han aparecido en la revista junto a los trabajos de los escritores famosos del pasado y del presente. Al ce-lebrarse en 1955 el décimo cumpleaños de *Asomante* se dedicaron los dos primeros números del año a la literatura contem-poránea de Puerto Rico, y estos ejemplares, junto a los números de homenaje en honor a Salinas, Zeno Gandía, Ortega, Juan Ramón Jiménez, Alfonso Reyes, Albert Ca-mus, Unamuno y Palés Matos, y el dedi-cado al cuento puertorriqueño el año 1956, tienen un valor antológico y figuran entre las aportaciones literarias de más prestigio a la cultura puertorriqueña de nuestra épo-ca. La actividad editorial desplegada mo-destamente por la revista hasta la fecha in-clude títulos de libros escritos por Tomás Blanco, Isabel Gutiérrez del Arroyo, Ber-nardo Gicovate, Margot Arce, Juan Martí-nez Capó y Lilianne Pérez Marchand. Juan Martínez Capó empezó a trabajar hace tiempo en la recapitulación bibliográfica de la revista, haciendo un índice por temas y autores que será muy útil para los estudiosos de la literatura contemporánea. Pero ya fuera de la valiosa catalogación de fichas que reflejan la riqueza del conteni-do, existe una zona de apreciación y de crítica valorativa a la disposición de los investigadores futuros. En el ambiente cul-tural de Puerto Rico *Asomante* figura en primer lugar como revista literaria de esta veintena, habiéndose fundado con anterio-ridad a *La Torre*, revista general de la Uni-versidad que data del año 1953, y mucho antes de que existieran la *Revista del Ins-tituto de Cultura Puertorriqueña* y *Bayoán*, pequeña revista de poesía.

ASOMANTE ha sido testimonio elocuente de las inquietudes del intelectual puertorriqueño en este período paradójico de crecimiento y de claudicaciones, reflejando los matices cordiales del amor a la lengua vernácula, a la tierra y a la gente que le sirven de acicate al hombre de letras y le mueven a expresar la ansiedad política, la angustia existencial, el anhelo de equilibrio socioeconómico en un mundo revuelto y desquiciado. Los poetas de Puerto Rico han dicho su cantar con apasionada reciedumbre en las páginas dedicadas a la lírica, conviviendo con poetas de Europa y de América cuyas obras han figurado consecuentemente en la revista. La camaradería del intelecto durante veinte años en el campo libre de expresión creadora brindando por la dirección de *Asomante* a sus colaboradores es uno de los filones más significativos de la revista. Soslayando las barreras ideológicas y las discordantes rencillas personales de escasa trascendencia, *Asomante* ha logrado reunir una variada serie de ensayos sobre temas de nuestro tiempo y sobre los aspectos filosóficos, literarios, históricos y artísticos que más hondamente han calado en la conciencia puertorriqueña y en la sensibilidad del siglo veinte en todas partes. Todo este caudal recogido en *Asomante* merece un lugar destacado en la bibliografía general de los países de lengua y cultura latinoamericana.

AL TRAZAR LOS JALONES SIGNIFICATIVOS de la trayectoria iniciada en 1940, los estudiosos de la historia cultural de Puerto Rico tendrán que meditar sobre algunos datos y algunos sucesos pertenecientes a la época precedente, cuando se fragua y se incubaba lo acaecido posteriormente. Al fundarse *Asomante* el año 1945, Puerto Rico no contaba con los museos y las galerías de arte que tenemos en la actualidad; el Instituto de Cultura Puertorriqueña, cuya labor ha sido espectacular y beneficiosa en gran extremo, no existió hasta el 1955; el Conservatorio de Música y el Festival Casals, la Orquesta Sinfónica, los festivales de teatro, los ballets de San Juan y muchas otras actividades culturales que en el presente se consideran parte rutinaria de la vida educativa, social y cultural, todavía para la fecha que evocamos no se vislumbraban.

Las únicas organizaciones dedicadas esporádicamente a la presentación de conciertos, exposiciones de arte, conferencias, películas y piezas de teatro, eran el Ateneo Puertorriqueño, la Universidad de Puerto Rico, Pro Arte Musical y los aficionados que constituían el grupo teatral de Areyto. Individualmente y por el entusiasmo de los amigos y de los interesados en la declamación, en la pintura, o en el teatro, personas como Emilio S. Belaval, Leopoldo Santiago Lavandero, Rosita González Ginorio y muchos otros escritores y artistas de prestigio acostumbraban hacer hermosos programas de poesía, música, teatro y arte, que adquirían en el ambiente sencillez y refinado de una minoría muy reducida, pero sinceramente interesada, las proporciones de un auténtico festival. ¡Cuánta expectación producía la llegada a San Juan de una compañía de teatro del extranjero, de una recitadora como Eusebia Cosme, de una conferencia dictada por Gabriela Mistral, Alejandro Casona, Fernando de los Ríos o cualquier de los intelectuales y artistas de otros países que pasaban por Puerto Rico! La tendencia de los puertorriqueños a identificarse apasionadamente con los problemas y las ideologías en pugna durante algún acontecimiento mundial de gravedad llegó a un punto cálido de exaltación durante la guerra civil en España. En el estudio de los procesos sociales, políticos, éticos y educativos que han plasmado la cultura insular debería prestarse atención a la influencia y a la huella que dejó en Puerto Rico la tragedia española de los años de 1936 al 1939. Todavía llegan ramalazos y ecos doloridos de esos tiempos en la convivencia y en las relaciones entre los puertorriqueños y los españoles que buscaron asilo en nuestra isla y se han quedado para siempre en ella. Cuando se juzga ligeramente la vida del pueblo puertorriqueño antes del 1940, como acostumbraban hacer los desmemoriados y los mal intencionados, suelen relegarse al limbo estas aristas punzantes de la realidad que circundaban la existencia y determinaban los rumbos de la conducta individual y colectiva.

ASOMANTE recoge la savia depurada de la experiencia puertorriqueña desde los al-

bores de la nueva era de prosperidad material y de riqueza intelectual y artística en que estamos instalados. Tres o cuatro revistas anteriores ocupan también un lugar destacado en el panorama cultural, pero su duración fue muy breve en comparación a los veinte años de *Asomante*. Nos referimos a la *Revista de las Antillas, Índice, Brújula* y *Ateneo Puertorriqueño...* sin olvidar el servicio prestado a la literatura por *Puerto Rico Ilustrado* desde el año 1910, y por *Alma Latina* desde 1930, a pesar de ser ambas revistas generales para un público heterogéneo, con un carácter ameno, variado y puramente social. Sin embargo, fueron un medio útil para los escritores entre las dos guerras mundiales, dando cabida a manifiestos de poetas, insertando poesías y ensayos breves de escritores españoles e hispanoamericanos, acogiendo holgadamente la colaboración de nuestros buenos autores... Durante los primeros tiempos de *Asomante*, del 1945 al 1948, se aprecia el predominio de las traducciones y de la colaboración extranjera. Se acostumbraba agrupar los trabajos en dos sectores: la colaboración puertorriqueña del pasado y del presente en una parte, mientras en otro apartado se colocaba la colaboración de los españoles e hispanoamericanos y las traducciones del inglés o del francés. A medida que la literatura puertorriqueña adquiere mayor impulso *Asomante* refleja la transformación acogiendo las poesías, los cuentos, los ensayos y las piezas dramáticas de la nueva época creadora.

ARTISTAS Y ESCRITORES vivían dentro del mundanal ruido antes de 1945, activos en la política, en la cátedra universitaria, en las distintas profesiones, pero realizaban su obra con desprendimiento y humildad, con un sentido de aventura y de riesgo auténticos, sin la desesperada preocupación por la aceptación y el aplauso y las ganancias materiales que se han apoderado últimamente de muchos intelectuales en esta era de prosperidad. Guiados por la belleza, el amor, el deber patriótico, y la inspiración sin fines ulteriores de propaganda, aquellos precursores que ya para el 1945 habían realizado obra de mérito y los que se iniciaban para esa fecha en las letras y en las bellas artes, trabajaban callada-

mente, por amor a la música, a la pintura, al dibujo, a la escultura, a la poesía, al teatro, impulsados por un anhelo de superación creadora. Nadie se dedicaba entonces en estas faenas del intelecto en busca de premios, quizás porque no existían los certámenes tan en boga desde hace un decenio. Los poetas y los prosistas escribían sus obras pensando en realizar algo valioso, pero nadie lo hacía expresamente para participar en tal o cual concurso anual, del mismo modo que los artistas pintaban, dibujaban o esculpían sin el apremio de preparar nuevas exposiciones y sin el afán de competir en el mercado del arte. Escaseaban entonces las prebendas oficiales y otros medios de estímulo en forma de conciertos, becas, exhibiciones, festivales de Navidad y de teatro... En aquellos tiempos se clamaba por estas cosas y se echaban de menos numerosas ventajas asequibles hoy. No obstante, se añora y se aprecia a distancia el clima espiritual existente en vísperas del 1945; hasta los jóvenes que no lo conocieron, se acercan a las obras de Pedreira y lo proclaman todavía guía y señuelo para acertar en el camino; y en los que se preocupan y se aprestan a robustecer este legado, renace el anhelo de afirmación, el tono amoroso, vehemente y apasionado de las obras que se escribían antes de que Puerto Rico se involucra en la marejada del presente « estado libre asociado »... Vuelve ahora a presentirse la búsqueda de la autenticidad que afloraba en las tertulias de entonces, en la crónica periodística y hasta en las tribunas políticas. Cuando se empezó a publicar *Asomante* estaba en plena actividad la Biblioteca de Autores Puertorriqueños, obra de Manuel García Cabrera, cuyas gestiones editoriales representan uno de los mejores esfuerzos de esa índole en Puerto Rico; el Instituto de Literatura Puertorriqueña, fundado desde principios del decenio de 1930, había empezado a otorgar premios anuales de literatura y periodismo desde el año 1935; y el Ateneo, que es la más antigua de las instituciones culturales del país, empezaba a renovarse y a ampliar sus actividades, marchando desde entonces al unísono con *Asomante*, por haber coincidido la dirección de la revista y la del Ateneo en la misma persona durante largo tiempo.



Las dos grandes guerras mundiales habían creado paradójicamente un afán de horizonte en los hombres y las mujeres responsables de la trayectoria que ha seguido la cultura puertorriqueña a partir del 1945; los sueños patrióticos despertaban a la realidad socioeconómica que iba a suplantar la utópica quimera de la libertad sin trabas de ilustre estirpe romántica. Los veinte años de *Asomante* representan para nuestra patria la etapa capital de su vida política desde el cambio de soberanía en el 1898. Precisamente por la proyección pragmática de las posiciones ideológicas adoptadas por los responsables de la educación, de la administración de la hacienda pública, de los dirigentes políticos, y de todos los que en una u otra forma han colaborado en la transformación histórica de Puerto Rico, se han remachado los clavos de la dependencia económica y se ha desprestigiado el ideal de independencia, aflojándose las resistencias psicológicas para oponerse al embate de la avasalladora « americanización ». *Asomante* aparece en el panorama como un faro incandescente, sin desmayar en su misión de iluminar la mente y dar el espaldarazo justo en el momento indicado a los escritores que durante esta veintena se han mantenido alertas a los problemas que acosan la conciencia creadora.

EL PARALELISMO entre el 1945 y el 1965 refleja en todos los aspectos de la sociedad y de la conducta individual una lamentable claudicación, un hibridismo y una ambivalencia ideológica que forman la maraña laberíntica en que está preso el destino de la cultura puertorriqueña. La bibliografía puertorriqueña ha aumentado en cantidad sorprendente, reflejando el patetismo de la situación, y el ambiente artístico y literario ha salido de su etapa provinciana al adquirir el tono y el perfil comunes a otros centros nacionales de agitación intelectual. Hace veinte o treinta años, por ejemplo, se desconocía el artificioso esnobismo con remedos de un existencialismo mal entendido ; el homosexualismo exhibicionista tan en boga en el presente hubiera avergonzado a cualquier persona por más cuerda que tuviera para aceptar excentricidades ; y no se veía ni se sentía al-

rededor la soberbia de los « genios » imberbes de nuevo cuño, negadores de todo lo anterior a la fecha de su nacimiento. Para el intelectual del decenio en que se fundó *Asomante* la realidad puertorriqueña exigía esfuerzo vital encaminado a forjar la imagen clara de la nacionalidad y a dar fe de nuestro ser en el mapa de América. Los jóvenes de entonces eran más jóvenes ; perseguían los valores de la juventud ; distinguían perfectamente bien la rebeldía de la insolencia y no se escudaban, como los de ahora, en la palabra defensiva, atribuyéndose « madurez » para encubrir la ambición y el hibridismo que les devora. Había más ilusiones y menos dinero, lo cual parece dar un balance favorable a las cosas del espíritu. Aquellos años alrededor del 1945 eran años de búsqueda para afirmar las raíces que se habían ido con la tierra entregada a manos extranjeras, años de pesadilla insularista con sueños de libertad y de crecimiento económico, años en que todavía el jíbaro constituía el núcleo de las preocupaciones de los políticos, los sociólogos, los economistas y los poetas... La vida del pueblo se caracterizaba en aquel instante por una espera esperanzada en los frutos de la tierra y en la heredad cultural. En medio de la miseria física, las limitaciones económicas, y los estragos sociales descritos por Belaval en *Cuentos para Fomentar el Turismo* ; en *Terrazo*, de Abelardo Díaz Alfaro, y en las novelas de Laguerre, se creía en la belleza, en el trabajo honrado, en la sencillez de las costumbres tradicionales y en la nobleza de los actos desinteresados y altruistas. No fue una fe de carbonero ni una entrega pasiva al destino lo que estimuló al pueblo a sacudirse del letargo para llevar al triunfo al partido que iba a regir la vida pública del país desde aquella fecha hasta el presente. Todo lo contrario ; la isla de palmas era de veras « apenas cuerpo », tal como la vio Gabriela Mistral en su poesía, y en ella pudo Gili Gaya descansar y borrar nostalgias, acogido a su mansedumbre y a su verdor hospitalario.

¿QUÉ HA OCURRIDO en la realidad para explicarnos las diferencias entre ese ayer y este hoy? La población ha crecido, la emigración a los Estados Unidos ha aumentado considerablemente, la economía se

ha convertido de agrícola en industrial, y los conflictos sociopolíticos se han multiplicado. La educación ha tenido que enfrentarse al reto de la civilización desbordante, ajustándose a la demanda de las masas humanas en movimiento del campo al arrabal pueblerino y de allí a la ciudad de Nueva York, drama que René Marqués ha captado en *La Carreta*, siendo muy revelador que la obra en tres estampas se publicara originalmente en *Asomante*. Epoca de paradojas y de gran desconcierto emocional y psicológico ha sido la época que describimos. La búsqueda de caminos para resolver el status de colonia, erradicar la pobreza, mejorar la educación y hacer frente a una sociedad movilizadada y conmovida en sus simientes, ha envuelto a los puertorriqueños en una discordia constante sobre los medios de lograr estos fines. El temible monstruo del bilingüismo ha aumentado de peso y le han salido tentáculos que amenazan con estrangularnos. La consigna de considerar el inglés una lengua superior al español, propagando por medio de las agencias comerciales la ventaja de hablar inglés, sembrando la isla de rótulos en ese idioma, socavando la confianza del puertorriqueño en la eficacia de su lengua vernácula para resolver los problemas cotidianos de su existencia y luchar en el mundo de los negocios, son algunas de las aristas punzantes de la vida del país a partir del 1945. El agitado cuadro de los cambios visibles en las nuevas edificaciones de carreteras y de viviendas ; las fábricas instaladas en los pueblos ; la población rural en peregrinaje hacia la urbe o enquistada en el desamparo de la tierra ; las bases militares adueñadas del litoral y de los predios fértiles y hermosos, obligando al ser humano a desprenderse de su heredad y a emigrar en busca de otros lares hospitalarios ; el desquiciamiento moral evidente en la ola de adictos a drogas, en la delincuencia juvenil y adulta, los asaltos, los crímenes, los robos y otros graves males sociales, el homosexualismo rampante y la prostitución, saltan a la vista como banderillas de fuego en la sociedad opulenta de la edad de *Asomante*.

LA SINTESIS DEL PROBLEMA y de la grave preocupación cultural nos anima a estable-

cer la premisa sobre la cual descansa el prestigio de *Asomante* en la etapa de estos veinte años. La revista ha sido consecuente en la brega intelectual por hacer coincidir los límites de la historia, la lengua, las creencias, el pueblo, el territorio, y la organización política. En el subsuelo de la efervescente vida puertorriqueña desde el 1945 al 1965 yace agazapada una desilusión difusa, una amargura melancólica y una desesperanza pugnando por recobrar el conocimiento para levantar cabeza dignamente. La discordia por las más leves causas, la inquina y la desidia, el cinismo y la euforia en la conducta, la desfachatez de la sociedad próspera, pero desraizada y sin meta precisa, son renuevos espinosos de la « burundanga » que Palés Matos había lamentado desde hace treinta años en su poesía. *Asomante* ha sido una de las antenas más delicadas y sensibles para captar esa onda de emociones cuyo origen se esconde en el pecado capital de nuestra historia : hacer metáforas para designar y encubrir el coloniaje de apariencias engañosas ; la proliferación del espíritu burocrático asumiendo poderes que de hecho no tienen validez ninguna ; la posición subalterna en el terreno internacional ; la deprimente condición de inferioridad ante los mandatos que emanan del gobierno de los Estados Unidos... La sensación de un destino trunco se plasma en la poesía lírica y dramática, en la novela y el ensayo. *Asomante* ha sido uno de los mejores medios para dar a conocer esta literatura nueva, agresiva y patética, concebida dentro de los conceptos estéticos más avanzados de este siglo cambiante y polifacético. Los estudiosos de la trayectoria vital de la intrahistoria puertorriqueña hallarán en *Asomante* un índice de ideas y de temas que reflejan los sueños, los fracasos, los ideales y las creencias de un grupo representativo de nuestro tiempo comprometido con el destino del hombre en una isla del Caribe. En el aspecto universal la revista recoge artistas fundamentales de filosofía, estética y sociología, incorporadas en la poesía y en la prosa de famosos escritores del siglo XX, tales como Salinas, Lorca, Camus, Sartre, Alfonso Reyes, Juan Ramón Jiménez, Guillermo de Torre, Vicente Aleixandre, Ciro Alegría, y otros muchos. El respeto

y la veneración del pasado y la esperanza de mantener la tradición viva, se aúnan en *Asomante* al riesgo y a la aventura de lo desconocido y lo problemático, logrando un estimulante y sensato equilibrio entre los valores acuñados por los siglos de experiencia literaria y los valores recientes que se yerguen en busca de aire y de reconocimiento en la nueva estética.

Al publicarse el año 1956 la primera historia de la literatura puertorriqueña, su autor, Francisco M. Cabrera, había dicho lo siguiente :

« Digna de especial crédito en este tiempo ha sido la provechosa y edificante labor que ha prestado el viejo Ateneo Puertorriqueño, bajo la dinámica capitanía de Nilita Vientós Gastón, al igual que la revista *Asomante*, editada por la Asociación de Graduadas de la Universidad de Puerto Rico, que, dirigida también por la enérgica prestancia de la Srta. Vientós Gastón, acaba de cumplir (1955) sus primeros diez años de provechosa vida cultural. »

Mariana Robles de Cardona, al hacer un estudio del ensayo puertorriqueño en su libro antológico *Búsqueda y plasmación de nuestra personalidad*, fechado el 1958, señala la significación de *Asomante*, « órgano alrededor del cual se agrupa la mayor parte de los cultivadores del ensayo pertenecientes a la nueva generación », dando la fecha de 1945 como el año definitivo para explicar este género literario y su eclosión en la época contemporánea. Al igual que estos dos escritores universitarios opinan sobre *Asomante* todos los críticos serios que se han ocupado en juzgar la revista. Josefina Rivera de Alvarez, en su valioso *Diccionario de Literatura Puertorriqueña*, del 1955, exalta su « calidad artística e intelectual, reconocida en toda la América de habla española ».

Bajo el signo nuclear, la historia de todos los pueblos del mundo manifiesta una zozobra de índole semejante a partir del año 1945. Cada país la expresa de acuerdo con su cultura en el diario trajinar y en el arte y la literatura. Las urgencias sociales y económicas, el credo político y el genio para la convivencia y la tolerancia no se limitan a los pueblos definidos en su soberanía

nacional, ya que traspasan las barreras políticas e invaden otros terrenos en el continuo fluctuar del internacionalismo económico, social y cultural. Al cantío de un gallo se puede volar a los parajes más extraños y distantes en la actualidad, y a Puerto Rico llegan rápidamente, de todas partes del mundo, no solamente las malas noticias sangrientas de la guerra fría, sino también las novedades de la literatura y de las bellas artes. *Asomante* viaja a diversos países llevando las expresiones depuradas de nuestros mejores poetas, dramaturgos, cuentistas y ensayistas... y en *Asomante* se leen los poemas y los ensayos de los escritores extranjeros vinculados a los afanes y los intereses culturales del hombre moderno. Cuando la Asociación de Mujeres Graduadas de la Universidad de Puerto Rico inició la publicación de una revista anterior a *Asomante* el año 1938, estábamos lejos de pensar en los trastornos y en las tensiones de los años subsiguientes. Nilita Vientós Gastón tenía desde el principio la ilusión de poner al servicio de la cultura puertorriqueña un instrumento de trabajo intelectual que reflejara los afanes de los escritores del país y transmitiera las ondas fecundas de la vida europea, norteamericana, africana, y asiática : un verdadero foro de ideas creadoras. La Asociación de Graduadas se lanzó a la aventura que Nilita impulsaba con fe y entusiasmo. Y desde entonces no ha fallado el despliegue de energía y de entusiasmo de la directora, a quien le damos la más sincera enhorabuena y un aplauso por tan prestigiosa labor. Los colaboradores de *Asomante* pertenecen a todas las generaciones, afirmando la certidumbre de que toda obra de cultura es lenta y se asienta en la verticalidad del trabajo constante, sin aspavientos y sin alarides. Dentro del mismo tiempo vital de *Asomante* conviven y se desviven los millones de puertorriqueños, en la misma tierra donde permanece erguido en la cordillera central el monte empinado que le da nombre propio a la revista. Con la poética enseñanza de « recordar hacia mañana », el pasado y el presente saludan a *Asomante*, signo venturoso de un futuro labrado en la cantera segura del ser auténtico.

## América Latina en la creación musical contemporánea francesa

POR HUGO PATIÑO

LA PRESENCIA de América Latina, es decir de sus bienes patrimoniales y los hechos de su historia, que se advierte en la obra musical de dos compositores franceses contemporáneos, demuestra una vez más la existencia no sólo de un constante interés de orden puramente musical, sino también de un orden espiritual traducido en el sentimiento latino que, a pesar de la distancia, une a los dos continentes.

Francia siempre ha fortalecido el pensamiento y los ideales de las jóvenes repúblicas latinoamericanas; éstas, a su vez, han inspirado e impulsado el pensamiento de hombres de arte y ciencia franceses, resultando de este acercamiento recíproco la creación en Francia de valiosas obras en diversos dominios del conocimiento humano.

En el caso de la música, un ejemplo tomado al azar bastará para confirmar la presencia de América Latina en épocas anteriores a la actual. En 1735, Jean Philippe Rameau compuso su ópera-baile titulada *Las Indias galantes*. En la segunda « entrada » de esta ópera, el compositor utilizó libremente algunos nombres y lugares legendarios e históricos de la civilización de los incas, adaptándolos a una intriga amorosa exótica en la forma de « ópera-ballet », muy en boga entonces. El célebre compositor, si bien no se sirvió de los elementos propios de la música tradicional de los incas —lo cual era lógico en este caso—, utilizó en cambio pasajes históricos en el

argumento de una música donde la belleza melódica y la fuerza dramática sobresalen. En el dominio musicológico, otra presencia latinoamericana en Francia la constituye el célebre libro de R. y M. d'Har-court titulado *La música de los incas*, publicado en 1925. De esta manera, la presencia latinoamericana en la música de dos ilustres compositores contemporáneos franceses, Olivier Messiaen y Darius Milhaud, de cuyas obras nos ocuparemos en este ensayo, confirmará la continuidad del espíritu latino.

Antes de abordar el tema, un rápido examen de la situación musical francesa de principios de siglo permitirá una mejor comprensión del mismo.

Herederos de una gloriosa tradición musical constantemente renovada, Messiaen y Milhaud parten de un punto común para dirigirse, por caminos opuestos, a un mismo fin que es la *renovación*.

Este punto de partida es, entre otros, la música y las ideas estéticas de Claude Debussy, ese gran genio que justamente ha sido llamado « Claudio de Francia ».

Nacido en 1862 y muerto en 1918, Debussy restablece, dentro de un espíritu revolucionario, el arte musical francés, liberándolo del yugo opresor del formalismo académico y de las corrientes extranjeras que desvirtuaban en aquel entonces su carácter intrínseco. En Debussy, el ritmo, la melodía, la forma y los timbres llegan a cobrar nueva vida. Es un mundo sonoro

nuevo y rico de posibilidades, que los oídos de un público « conservador » descubrirán en el primer decenio de nuestro siglo. Erróneamente llamada « impresionista », debido al afán de comparar música y pintura, la música de Debussy recurre al empleo sistemático de los elementos constitutivos de las músicas tradicionales de civilizaciones no europeas. Así, la asimilación progresiva de los « timbres » de la música del Gamelan de Bali, de las escalas asiáticas e indio-americanas, de los ritmos del canto gregoriano, además de otros, dan por resultado un nuevo lenguaje musical y una nueva estética, que son las bases del Modernismo de nuestros días. Otro gran compositor, Maurice Ravel, nacido en 1875 y muerto en 1937, conjugará esta « nueva expresión » con la « vanguardia musical » que se concentra en los famosos grupos musicales, a partir de 1920.

El primer grupo musical de que se tiene noticia, parece ser el famoso « Grupo de los Seis », formado por Georges Auric, Louis Durey, Arthur Honegger, Darius Milhaud, Francis Poulenc y Germaine Tailleferre.

La idea de su creación nació de manera « arbitraria », dice Milhaud. Su verdadero origen se encuentra en un comentario musical escrito en un diario de 1920, en el cual se eligieron los seis nombres citados en frente de « los cinco rusos ». Sin embargo, la elección de los seis compositores no parece haber sido del todo arbitraria, puesto que además del mutuo conocimiento personal ellos ya abrigaban ideales artísticos comunes, los mismos que no hicieron otra cosa que consolidarse y aunarse en el círculo de los « seis franceses ».

Este cenáculo musical fue guiado espiritual e intelectualmente por el poeta Jean Cocteau. Con su célebre manifiesto estético titulado « El gallo y el arlequín », Cocteau se convirtió en el abanderado del grupo que, al grito de « ¡Una música francesa de Francia! », irrumpía en la vida musical del París de la postguerra.

No obstante la existencia de un ideal común, musicalmente « los seis » trabajaron con total independencia ; vale decir que no adoptaron una posición común, una « línea de combate » musical. Si en un comienzo todos estuvieron de acuerdo en

oponer resistencia a la influencia de la música y las ideas de Wagner, al estilo « debussysta » y a los maestros de la « Schola Cantorum », más tarde debieron ceder, volviendo a las « fuentes musicales » de un Claude Debussy y un Maurice Ravel.

En nuestros días, del histórico grupo sólo quedan Auric, Tailleferre y Milhaud.

En 1935, otro grupo musical fue creado en París con el nombre de « La joven Francia », y tuvo por divisa estas tres consignas: Sinceridad, Generosidad y Conciencia. Además de estos ideales humanos, los postulados de la agrupación creada por Yves Baudrier y formada por Daniel Lesur, André Jolivet y Olivier Messiaen, pedían la creación y el fomento de una música viva, nueva, alejada tanto del extremismo revolucionario como del tradicionalismo académico. Su manifiesto expresaba textualmente: « ...estimular la joven escuela francesa, a la cual la indiferencia de los poderes públicos la deja morir. Continuar con fe la obra de los grandes maestros de la música francesa de este siglo, que hicieron de su arte una de las más brillantes joyas de la civilización... »

El paralelismo de intenciones es notable entre el « Grupo de los Seis » y el de « La joven Francia ». Ambos convergen en un mismo fin: renovación dentro de la tradición.

### *Darius Milhaud : El historiador*

Darius Milhaud nació el 4 de setiembre de 1892 en Aix en Provençe. Milhaud, « francés de Provença y de religión israelita », realizó sus estudios musicales en el Conservatorio de París bajo la dirección de Dukas, Widor y d'Indy. De 1914 a 1918 desempeñó las funciones de secretario de la delegación diplomática francesa en el Brasil, siendo el embajador el poeta Paul Claudel, con quien compuso muchas obras.

Compositor fecundo, Darius Milhaud ha abordado todos los géneros musicales, desde la simple canción hasta las formas más complejas del arte lírico que son el oratorio y la ópera.

La parte más importante de su obra, en la cual se advierte la presencia de América Latina, es ante todo el « Tríptico Sud-

americano », que está formado por la ópera-oratorio *Cristóbal Colón*, compuesta en 1929 sobre un texto de Paul Claudel ; *Maximiliano*, ópera en 3 actos, compuesta en 1930 con un libreto de Armand Lunel basado en el texto de Werfel, y *Simón Bolívar*, ópera en 3 actos, escrita en 1943 con un libreto de Madeleine Milhaud basado en el texto del poeta Jules Supervielle.

Nadie mejor que Milhaud pudo haber realizado la composición de este grandioso fresco musical histórico. Su talento musical ha sobresalido, desde los comienzos de su carrera, en el género lírico y dramático, llegando a la madurez creativa en el momento en que *Cristóbal Colón* le fue leído por su autor Paul Claudel. La oportunidad era magnífica, pues Milhaud ansiaba desarrollar sus ideas musicales en una multiplicidad de elementos épicos y líricos ; de esta manera, el texto de Claudel venía a satisfacer ampliamente a sus exigencias, aumentando asimismo su imaginación teatral. La diversidad deseada por el poeta —dirá Collaer—, « será realizada por el músico, gracias a la alternancia de los declamados y a la extraordinaria variedad de atmósferas que la música crea... »

Milhaud fue elegido por Claudel para la musicalización de su *Cristóbal Colón*, puesto que el poeta reconocía en el músico el genio lírico. « Su verdadero camino es la gran música dramática y religiosa », escribió Claudel a Milhaud, añadiendo : « ¡Qué lástima que usted no sea católico, pues si continuó escribiendo necesitaré cada vez más la música! »

*Cristóbal Colón* fue para Claudel un Prometeo, un hombre solo « rodeado de todas las voces del mar, del cielo y de la naturaleza ». Paul Claudel cristianizó en un símbolo el nombre y la aventura de Colón. Darius Milhaud escribió aquellas « voces », componiendo una música que expresa los sentimientos más opuestos de la pasión humana.

La ópera-oratorio *Cristóbal Colón* preparó el camino para la composición de la ópera *Maximiliano*, un drama humano en la historia del Nuevo Mundo.

En sus *Notas sin música*, Milhaud escribe : « ...Los detalles de la expedición a México y la trágica muerte de Maximiliano,

me impresionaron enormemente. Por otra parte, la descripción de los bosques y montañas, de los vestigios de la civilización azteca, me apasionaban... »

El carácter de Maximiliano se prestaba ventajosamente a las intenciones dramático-musicales del compositor. La forma de la ópera histórica iba también a adaptarse a las dimensiones del texto ; no obstante los escollos, tanto musicales como políticos, que surgirían en el momento de su realización y de su estreno, si bien fueron salvados, no fueron pocos y fáciles de evitar.

La forma de la ópera histórica, al caer en desuso debido a la exageración melodramática del contenido por parte de los compositores del « verismo », dejaba sin resolver los problemas que ocasiona la presencia de personajes históricos en la acción teatral. El trabajo de Milhaud resultaba, pues, delicado, pero sin decir que el compositor haya allanado las dificultades supuso empero, mediante la renovación de elementos de la forma en este género, crear una expresión musical que no sólo iba a traducir el drama interior de esta « soledad noble y débil », sino también describir el lugar, el ambiente, la atmósfera que rodeó a aquella tragedia. Milhaud utilizó algunas canciones auténticas de la época de Maximiliano, documentos que le fueron enviados por su amigo el escritor mexicano Alfonso Reyes.

En el momento de su estreno se tuvo que efectuar diversas gestiones diplomáticas en México, Bélgica y Austria —informó el autor—, para explicar algunos hechos que aparecerían en escena. El estreno tuvo lugar en la Opera de París el 5 de junio de 1932. La crítica musical parisienne recibió la ópera *Maximiliano* con mucha hostilidad.

Esta página lírica anuncia la última parte del « Tríptico » : la ópera *Simón Bolívar*. Con esta ópera, la historia de los pueblos latinoamericanos va a sublimarse en una página del arte musical francés.

Al comenzar la composición de *Simón Bolívar*, el pensamiento de Milhaud estaba inspirado por los ideales de libertad y liberación. Era el año crucial de 1943, cuando las democracias sostenían su lucha por la libertad.

La gran aventura del « Capitán de los Andes », que simboliza la de los pueblos latinoamericanos en su lucha por la libertad, apasionaba al compositor. Simón Bolívar era el personaje histórico ideal para traducir sus aspiraciones de hombre y de artista.

El libreto de la ópera fue escrito por Madeleine Milhaud, su esposa, la cual se inspiró en el texto del poeta Jules Supervielle, agregando una escena en la cual el Libertador escribe su célebre testamento, escena que aumenta la tensión dramática del acto final en momentos en que Bolívar, en su agonía, ve la imagen de su joven y difunta esposa.

La música contiene ritmos sudamericanos que crean una atmósfera local. El carácter « popular » de la ópera, ideado por su autor, se advierte claramente por el desplazamiento de las « masas escénicas » en torno del personaje central. La primera representación tuvo lugar en la Opera de París en 1949 ; los decorados fueron realizados por el pintor Fernand Léger. La crítica musical encontró nuevamente la ocasión de atacar con violencia la « estética de Milhaud » y sólo el público « le hizo ganar la partida », como dijo el propio Milhaud.

La ópera *Simón Bolívar* cierra el « Tríptico Sudamericano ». Darius Milhaud supo expresar con su música los más profundos sentimientos de sus héroes y los ideales de los pueblos del Nuevo Mundo. Desde *Cristóbal Colón*, la gran aventura del descubrimiento, pasando por *Maximiliano*, una página de la historia, hasta *Simón Bolívar*, la epopeya de la Libertad, el « Tríptico Sudamericano » es un canto, un himno grandioso pleno de humanidad.

### Olivier Messiaen :

#### *El poeta*

Olivier Messiaen nació en Aviñón, el 10 de diciembre de 1908. A los once años de edad ingresó en el Conservatorio Nacional de París, donde hizo sus estudios bajo la dirección de Paul Dukas, Marcel Dupré y Noël Gallon. Actualmente profesa el curso de análisis musical en el mismo Conservatorio de París y es organista de la iglesia de la Trinidad.

Olivier Messiaen es, sin duda alguna, uno de los compositores contemporáneos que más controversias ha suscitado con su arte. La orientación religiosa que se percibe en su música, ha sido interpretada muchas veces como el resultado de un sentimiento místico, cosa que el propio compositor ha refutado. En efecto, Messiaen, al explicar el « significado » de su música, declara : « Nací creyente. Iba a la iglesia sin pensar que un día participaría activamente en el oficio. Este trabajo satisface por entero mis ideales de músico creyente. » Declaración que define la personalidad del hombre y del músico.

Si la religión imprime una orientación a su música, la poesía y la literatura influirán también en su creación. En Messiaen la poesía, la literatura, la filosofía y las artes plásticas adquieren una resonancia significativa. Poeta y colorista, Messiaen pone a sus obras títulos expresivos, como *Veinte miradas al Niño Jesús*, *Tres pequeñas liturgias de la presencia divina*, etc. También la naturaleza influye en su obra : Messiaen traduce musicalmente el canto de los pájaros, las gotas de agua, etc., además de imaginar « sonoridades cósmicas ». Esta infinita variedad de ideas, unida a la integración de elementos de las músicas tradicionales y populares de civilizaciones no europeas, han creado en su música los principios de una estética de carácter universal.

La presencia de Latinoamérica en la obra de Messiaen constituye la adaptación de elementos originales, dentro de un procedimiento intelectual. No se trata ni de transcripción, ni de alusión sobre una base documental « folklórica », sino de una transformación progresiva de los elementos hasta llegar al espíritu, a la esencia de los mismos. Messiaen procede a una especie de alquimia musical en la integración de elementos. Este método y procedimiento se advierte en su composición titulada *Harawi*, y también en la *Sinfonía turangalila*. *Harawi*, la *Sinfonía turangalila* y los 5 *rechants* (1), forman la gran trilogía del

(1) Término musical utilizado en la canción polifónica francesa del siglo XVI para designar el refrán.

« amor y la muerte » que encuentra su paralelo en el gran drama wagneriano *Tristán e Iseo*.

En *Harawi*, Messiaen se ha inspirado en una página poética-musical del acervo tradicional de los países andinos de Latinoamérica, citada por R. y M. d'Harcourt en su libro *La música de los Incas*. Messiaen escribió este « canto de amor y muerte » para soprano dramática y piano, y está desarrollado en doce poemas escritos por el propio compositor.

Los orígenes del *Harawi* remontan a la época de los incas. En efecto, el harawi era el canto de amor, del amor trágico de los quechuas. Durante la conquista y el coloniaje se « mistifica » para convertirse en el yaravi que aún subsiste en nuestros días, especialmente en el Perú.

Además del sentimiento dramático y trágico de esta canción, Messiaen ha utilizado la onomatopeya de la lengua quechua, la misma que le ha sugerido una gran variedad de ritmos y sonoridades. De esta forma, en el undécimo poema la palabra quechua katchi, que significa langosta, va a introducir una « danza de estrellas en una confusión cósmica », simbolizando la danza de dos amantes « en los espacios intersiderales » :

*Katchi katchi les étoiles, faites-les sauter,  
Katchi katchi les étoiles, faites-les danser.  
Katchi katchi les atomes, faites-les sauter,  
Katchi katchi les atomes, faites-les danser.*

(Katchi katchi las estrellas, hágales saltar,  
Katchi katchi las estrellas, hágales danzar.  
Katchi katchi los átomos, hágales saltar,  
Katchi los átomos, hágales danzar.)

Ciertos nombres originales en el harawi inca van a adquirir un simbolismo universal en el *Harawi* de Messiaen. Piruca, palabra quechua deformada por el español, significa trompo, y por extensión se dice de una mujer joven muy hábil en el baile. Para Messiaen, Piruca es la Iseo de un Tristán del siglo XX :

*Colombe, colombe verte,  
Le chiffre cinq à toi,  
La violette double doublera,  
Très loin, tout bas.  
O ô mon ciel, tu fleuris,*

*Piroutcha mia !  
O ô déplions le ciel,  
Piroutcha mia !  
O ô fleurissons de l'eau,  
Piroutcha mia !*

(Poema VIII : Sílabas.)

(Paloma, paloma verde,  
La cifra cinco para ti,  
La violeta doble aumentará,  
Muy lejos, muy bajo.  
Oh mi cielo, tú florecerás,  
Piruca mía!  
Ay! despleguemos el cielo,  
Piruca mía!  
Ay! florezcamos de agua,  
Piruca mía!)

Un harawi (yaraví) popular en la región de Cuenca, en El Ecuador, menciona el nombre Piruca :

*Que te parece, piruca,  
Lo que nos está pasando?  
Ay, ay, ay, piruca mía!*

*Toma por haber, querido  
Y yo por haberte amado!  
Ay, ay, ay, piruca mía!*

En la poesía popular andina, el surrealismo no está ausente. El sustantivo paloma designa a la mujer joven y a la mujer amada ; de esta manera, la « paloma blanca » o « blanca palomita » de los peruanos, bolivianos y ecuatorianos se transforma en « paloma verde » en el *Harawi* de Messiaen, porque verde, dice el compositor, es el color de la primavera :

*Adieu toi, colombe verte,  
Ange attristé,  
Adieu toi, perle limpide,  
Soleil gardien.*

(Poema VII : Adiós)

*Dans le noir, colombe verte.  
Dans le noir, perle limpide.  
Dans le noir, mon fruit de ciel, de jour,  
Lointain d'amour.  
Mon amour, mon souffle !*

(Poema XII : En la oscuridad.)

(Adios, paloma verde,  
Angel entristecido,  
Adiós, perla transparente,  
Sol guardián.)



(En la noche, paloma verde.  
En la noche, perla clara.  
En la noche, mi fruto de cielo, de día,  
Lejos de amor.  
Mi amor, mi inspiración!)

La sonoridad, la intensidad y el ritmo de la onomatopeya de la lengua quechua alcanzan su máxima expresión vocal en el poema IV, « Doundou Tchil » :

*Doundou Tchil* (se repite 20 veces)  
*Piroutcha te voilà, ô mon à moi,*  
*la danse des étoiles, doundou tchil.*

(Doundou Tchil  
Piruca he aquí junto a mí,  
la danza de las estrellas, doundou tchil).

*Toungou, toungou, ma pa, na ma, ma pa, na*  
[*ma, ma pa, kahipipas.*

*Toungou, toungou, ma pa, na ma, ma pa, na*  
[*ma, ma pa, mahipipas.*

Las onomatopeyas cantadas y acompañadas por el piano se suceden en un ritmo vertiginoso :

*Pipaskahi, pipasmahi, pipaskahi, pipasmahi...*  
*Pipas, pipas, pipas, pias, pias.*  
*O ô mon ciel tu fleuris.*

*Pia, pia, pia, pia, pia, pia, doundoutchil, tchil,*  
[*tchil.*

*Pia, pia, pia, pia, pia, pia, tchil, tchil.*  
.....

(Poema VIII : Sílabas)

De esta manera, el « canto de amor y muerte » evoluciona frenéticamente hasta adquirir las dimensiones de un drama universal.

Para Olivier Messiaen, su *Harawi* simboliza una pintura surrealista. Hace algún tiempo, el compositor reveló al crítico A. Golea, en sus conversaciones radiofónicas,

(2) El pintor surrealista Roland Penrose nació en Londres. Fue gran amigo de Picasso, Eluard y Ernst. Además de haber creado pinturas y « collages », escribió poemas. Fue el fundador en Londres del grupo surrealista.

ese significado. El poema X, dice el compositor, « ...fue inspirado por un cuadro surrealista del pintor Penrose, que representa dos manos de hombre extendidas de abajo arriba, después una cabeza de mujer al revés y en la misma dirección, continuando en la misma forma, los cabellos extendidos, la frente, los ojos, la cara, el cuello sin solución de continuidad, o más bien, prolongada por el cielo y las estrellas. Este cuadro es el símbolo de *Harawi* » (2).

La música de *Harawi* de Messiaen posee un profundo dramatismo. Las posibilidades sonoras del instrumento vocal, la voz de soprano, han sido aprovechadas al máximo. El registro vocal de esta música, dijo Messiaen, se relaciona con el harawi peruano, que necesita una voz de un agudo brillante y de un grave cálido y timbrado. En cuanto al piano, éste actúa como « una verdadera orquesta, con todas las combinaciones de arpeggios, racimos de acordes, cantos de pájaros, cánones rítmicos... » Es decir : explaya toda la riqueza del lenguaje de Messiaen.

El harawi quechua de los incas, canto de amor y muerte, encuentra, siglos más tarde, su eco sonoro en el arte consumado y humano de Olivier Messiaen.

Otra integración de elementos musicales tradicionales precolombinos se halla en su gigantesca sinfonía titulada *Turangalila*. En efecto, en la parte llamada « Alegría de la sangre de las estrellas », Messiaen introduce un motivo rítmico-melódico de origen andino, que después de múltiples transformaciones se confundirá con los « grandes ritmos » del desarrollo sinfónico. Esta sinfonía es una obra colosal de la música contemporánea francesa. Dividida en diez partes o movimientos, representa una síntesis del arte de Messiaen.

Con Olivier Messiaen y Darius Milhaud, la música adquiere su verdadero significado de arte universal. Gracias a estas obras de arte, el sentimiento latino que une Francia al continente latinoamericano quedará imperecedero.

## Medio siglo de traducción

CALCULANDO diez años de aprendizaje —y hasta el doble, si empezamos por el *De Viris* y el epítome de la mitología griega, ya que de este comienzo depende todo lo demás—, tendremos la cuenta exacta. En 1925, a instancias de Valery Larbaud y bajo su protección, hice la primera traducción propiamente literaria: la selección de textos de Ramón Gómez de la Serna, que se publicó el año siguiente en la serie verde de Grasset con el título de *Echantillons*. Era una traducción difícil que llevé a buen término con respeto escrupuloso y aplicación concienzuda, fruto de una seria formación universitaria. Gracias a ella, adquirí inmediatamente la reputación de traductora digna de toda confianza.

Uno de los primeros que me felicitaron fue Ventura García Calderón. Esto debía ser el principio de una amistad que duró hasta su muerte. Veinte veces me pidió este amigo fiel y generoso que le tradujese, siempre con urgencia, notas, crónicas y artículos. Pero en cambio no hice la versión de los libros que no escribí directamente en francés, de lo que era perfectamente capaz, como demostró de manera brillante.

Durante años me contenté con traducir para la *Revue de l'Amérique latine* artículos y, en particular, poemas (Alfonso Reyes, Enrique González Martínez, más tarde Jaime Torres Bodet, etc.), lo que me valió que estos poetas en hierba o en flor que eran y siguen siendo los diplomáticos iberoamericanos destacados en Europa, fijaran su atención en mí.

Así es como un atardecer de abril de 1931, en un Madrid agitado por la fiebre revolucionaria, me encontré por casualidad, durante una velada privada en casa de Ricardo Baroja, hermano de don Pío y gran aficionado al teatro —el que tenía en su casa se llamaba *El mirlo blanco*— al lado de una joven pareja, con la que trabé amistad. Se trataba del prematuramente desaparecido matrimonio Brull, a los que tanto he querido.

Cuando poco después fue destinado a la Em-

bajada de Cuba en París, volví a encontrar a ese ser excepcional por todos conceptos —sutileza, distinción, cultura y buen gusto— que era Mariano Brull, lo mismo que su encantadora esposa y digna compañera, nacida Baralt. Eran realmente unos amigos incomparables.

Cierta tarde, estando yo en cama con fiebre a consecuencia de un enfriamiento, llamaron a la puerta. La amiga que estaba a mi lado fue a abrir.

— Es un desconocido que desea verte. Viene de parte de Mariano Brull.

Le hice contestar que lamentaba no poder recibirle y que hiciera el favor de volver dentro de dos o tres días. Entonces me comunicó que sólo estaba en París de paso.

— Bueno, que entre, pero dile que estoy acostada, aunque no padezco ninguna enfermedad contagiosa.

El visitante entró y se sentó en una butaca al pie de mi cama. Eran las seis. A las nueve seguía allí narrando, con la dulce inflexión y la fluidez de los mexicanos, las asombrosas hazañas de Pancho Villa. Después de obtener mi promesa de que traduciría el emocionante relato que me había hecho, se levantó para despedirse. La cabeza me ardía y la fiebre había subido dos grados. Luis Martín Guzmán se retiró. Seis meses después salía *El águila y la serpiente*, publicada por la Editorial Fourcade, que luego desapareció sin haberme pagado un céntimo del precio convenido. Este editor, por haber fijado de antemano el número de páginas del volumen que iba a publicar, me impuso los cortes que más tarde se me reprocharon.

A pesar de tan grave inconveniente, *El águila y la serpiente* tuvo bastante éxito. Con *Los de abajo* se inició esa ola de curiosidad, interés y simpatía por México, que ha culminado en la admiración y la pasión actuales, preludeo del verdadero conocimiento.

México ha elegido siempre con un juicioso discernimiento a sus representantes en Europa. Embajadores como Alfonso Reyes, González Martín, Torres Bodet, Maples Arce y Octavio

Paz, para no salir del terreno de la literatura, lo han servido con brillantez extraordinaria. Y otros colaboradores, voluntariamente discretos, han realizado un trabajo tan fecundo, por lo menos, como los jefes de misión. Pienso en González de Mendoza —el famoso Abate—, de una erudición, una exactitud y una solicitud inagotables, cuando se trataba de hacer un favor. Sin su ayuda, sus aclaraciones y sus consejos, no hubiera podido yo llevar a buen término la traducción de *Mauvaise graine*, de Azuela, publicada por Gallimard, en 1933.

En aquella época los escritores extranjeros se reunían en el Instituto de Cooperación Intelectual, esbozo y anticipación de la actual Unesco. Mariano Brull, que asistía a las sesiones en nombre de Cuba, se había hecho gran amigo de Gabriela Mistral, y fue en su casa donde conocí a la poetisa. Aunque ella pretendiera negarlo más adelante, entonces pensaba ya en el Premio Nobel. Prueba de ello es el ensayo de traducción que hice a petición suya de uno de sus poemas, designado por ella misma, y su decisión de confiarme la de toda la selección que se proponía hacer para un volumen. Este libro, compuesto por ella y que yo traduje en la primavera de 1939, es el que debía aparecer después de la suprema consagración del Premio Nobel, en la Editorial Stock, en 1946, con el elogioso prefacio de Valéry, recusado y desautorizado por Gabriela, lo que fue causa de nuestro desacuerdo.

Durante este tiempo, el Instituto de Cooperación me reservaba los textos de más difícil traducción, con un cuidado que debía agradecer al encantador y sutilísimo Dominique Braga, director de las ediciones oficiales. Así es como me encargaron la versión de *Tradiciones peruanas*, de Ricardo Palma (1938). Para penetrarme del ambiente, hube de releer dos o tres veces el *Candide* y *Le Carrosse du Saint Sacrement*. El resultado —¿será necesario decirlo?— no recordaba ni de lejos a estos maestros; pero, después de todo, mi elección había sido acertada y esto sostuvo hasta el fin mi impulso e incluso el auténtico placer que experimentaba trasladando al francés la vivacidad, la sencillez, la astucia, el matiz de irreverencia, en una palabra, el espíritu de un autor que era, entre todos los que presentaba la prudente y ecléctica colección del Instituto, el más apto para seducir a un Anatole France, pongamos por caso.

Cuando estuvo destinado en Bruselas, Mariano Brull recibió a Paul Valéry con una solicitud que éste había encontrado casi demasiado vehemente. El chiquillo que seguía siendo el autor de *La joven parca* gustaba de deambular a su guisa y pasar el tiempo en los barrios bajos, prescindiendo de los museos y desdeñando las iglesias. Una representación de títeres le di-

vertía más que una ópera. En el prefacio del poco voluminoso libro de *Poemas* de Brull (1939), hay como un atisbo de mal humor. El autor del prefacio me había pedido dos o tres veces que le leyera en español el poema, entre galante y pretencioso, titulado « Rosa Arminada ». « Oigo en él un delicioso minuetto », me dijo. Esto era un juego —o un ejercicio— que le complacía. ¡Cuántas veces me ha pedido que hiciera otro tanto con Lope, Calderón y, sobre todo, con Góngora!

Las *Páginas escogidas* del brasileño Joaquim Nabuco fueron sin duda el último volumen publicado bajo los auspicios del Instituto de Cooperación. Por ser también brasileño, Dominique Braga tenía mucho interés en que el texto de su compatriota, « lleno de competencia y buen sentido », de sólida cultura, espíritu liberal y gusto clásico, fuera traducido con la mayor exactitud y fidelidad. Él me ayudó en esta tarea, y cuando me preguntó qué me había gustado más de dicho libro, le respondí que eran las páginas relativas a Londres. Me dirigió una mirada que expresaba toda su sorpresa y su aprobación por mi ausencia de « chauvinismo ».

Cierto día de junio de este mismo año 1939, al regresar de un breve viaje durante las fiestas de Pentecostés, encontré en casa tres cartas urgentes del malogrado Ortiz Echagüe, director de las oficinas que *La Nación* de Buenos Aires tenía entonces en París, en el 127 de los Campos Elíseos. En las tres misivas se me rogaba, o mejor dicho, se me ordenaba, de manera más o menos perentoria, que me pusiera en relación con el firmante. Le telefoné inmediatamente y me pidió que fuera a verle en seguida. Me metí en el metro, que entonces era ya el único medio rápido de transporte. Me presenté jadeante todavía. Sin escuchar mis explicaciones y sin responder siquiera a mi saludo, Ortiz Echagüe me soltó :

— El Sr. Larreta quiere que le hagan esta traducción para tal día (daba un plazo de ocho). Exige que sea usted. Acepta de antemano su precio. ¿Está de acuerdo?

— Déjeme ver antes de qué se trata.

Conté las páginas, leí una historia para formarme una idea de la dificultad del texto y calculé las horas que necesitaría para traducirlo.

— Imposible. El plazo es demasiado corto.

— Dígame el máximo.

— Para el 20 de julio.

— ¿Sin falta?

— Sin falta.

— Con una deducción de quinientos francos por cada día de retraso.

— Mil.

— Telegrafíe al Sr. Larreta. (Miró su reloj.) Son las doce, o sea las seis y medio en Buenos

Aires. El Sr. Larreta duerme aún ; tendrá el telegrama cuando se despierte ; y yo, su respuesta en el curso del día. La llamaré mañana a las nueve. A las nueve y un minuto se pondrá usted al trabajo. Si el 20 de julio no está usted aquí, a las 18 horas y un minuto me deberá la 1.440 parte de mil francos.

— ¡Enhorabuena! ¡Qué bien calcula usted de memoria!

— Nada de eso. Todo el mundo sabe que hay 1.440 minutos en un día.

— Ahora me entero. ¡Gracias!

Así es como se trataban los negocios con el hombre que era el caballero más cabal del mundo. Lo que tanto le urgía ver traducido al francés —y que hubiera podido hacer por sí mismo, sin la menor vacilación— eran sus recuerdos de París, antes de la primera guerra mundial, *Temps illuminés*, publicados por su cuenta en Buenos Aires, en 1941.

Cuando al fin se restableció la normalidad, pudo regresar a París, y una de sus primeras visitas fue para la *Revue des Deux Mondes*. Me pidió que le acompañase. En la escalera encontramos al director, André Chaumeix, que salía. Sorpresa, exclamaciones, los dos hombres se abrazan. Habían vivido juntos durante la « bella época », tratado a los mismos amigos y cortejado a las mismas mujeres. Chaumeix pregunta :

— ¿Qué nos trae usted?

A esta pregunta debieron los lectores de la revista el poder leer en tres entregas cada vez, *A orillas del Ebro* (1953) y *El hombre de la Alhambra* (1954).

Larreta, ese lector exigente, era un amigo irreprochable. Si en apariencia era altivo y distante, sabía ser jovial y sencillo. Es el único de mis amigos de lengua española que me he atrevido embromar.

La UNESCO, que había reanudado la publicación de obras maestras extranjeras iniciada por el Instituto de Cooperación Intelectual, me pidió en 1956 que colaborase en la *Antología de la poesía iberoamericana*, editada bajo la dirección de Federico de Onís, confiándome, según una tradición establecida, los textos que no tenían a nadie, los de los orígenes, la famosa « Epístola a Belardo » (Lope de Vega), de su amante desconocida Amarilis, el « Sueño », de Sor Juana, el padre Landivarde.

De este trabajo erudito y árido, destinado a la misma colección, habría de compensarme en 1959 la frescura, la gracia, un ambiente natural nuevo, sentido y descrito con animación, los cuadros del Siglo de Oro, la fina melancolía, casi diría la nostalgia latente, de *María*. El autor de *Pablo* y *Virginia* se halla todavía demasiado sumergido en el siglo del espíritu para poder comunicarnos esa nostalgia. En él no es

sino un recurso literario ; la irreverencia actual diría que se trata de un truco. Para ponerme a tono con la traducción no he de recurrir a Bernardino de San Pedro ni a Chateaubriand, que están por encima, sino a Lamartine. ¿Me atreveré a confesarlo? Después de leer *Graziella* casi por obligación, quedé prendida en su encanto. En Lamartine hay un no sé qué de

... cosa decepcionada y bebida amargamente.

que no es romántica, sino auténtica por su esencia, actual.

Por desgracia, si el idilio de María ofrece flores al traductor, no es menos cierto que estas flores, los árboles que les dan sombra, los insectos que las picotean, los pájaros que se comen los insectos tienen nombres desconocidos. ¡Cuántas visitas al Jardín de Plantas y al Museo! ¡Cuántas veces hube de importunar a sus sabios maestros, menos divertidos que asombrados ante nuestros apuros y tratando de ayudarnos a superarlos! Entre las escasas recompensas que se otorgan a un traductor, la más preciosa en lo que a mí se refiere habrá sido esa amabilidad siempre bien dispuesta, el impulso de una colaboración espontánea, tanto más vivo cuanto más modesto era el colaborador, ya fuese artesano, obrero o ropavejero. La única retribución : ver en el libro « la palabra justa », el nombre de una herramienta, de una hechura, de la tela necesaria. Es una lección de solidaridad, de modestia y de buenos modales. Es la suerte que contribuye a la formación de un buen traductor.

*Demain la Tempête* (título francés de *Al filo del agua*), 1961, me procuró abundantes ocasiones para aprovechar esta lección. En efecto, Agustín Yáñez gusta de la palabra precisa y exacta en los dominios que le son propios y que no me son familiares : liturgia, doblar de campanas, fiestas y costumbres provincianas ; un mundo singular, de una *presencia* tan alucinante, que a veces me sorprende preguntándome : ¿Qué ha sido de tal personaje? ¿Dónde está? ¿Qué hace?

Igualmente presentes y alucinantes, los de Germán Arciniegas no dan lugar a ninguna de estas preguntas. Los nombres que figuran en *Los Caribes* (título francés de *Biografía del Caribe*), Stock, 1965, pertenecen al pasado. Por lo menos en la medida en que nosotros consideramos como tal la historia, que es sólo una suma del presente o, más exactamente, un presente continuo.

La ubicuidad ha sido siempre la obsesión de los hombres ; pero ahora la buscan, más que nunca, en el espacio. Triunfan Hecaté y Estrabón, por no hablar de Ulises. Una vez franqueadas las columnas de Hércules, este hombre hubiera sido capaz de aventurarse, no hasta las

Islas Afortunadas, sino hasta las Caribes. Con Arciniegas rehacemos la Odisea de aquellos que no se dejaron retener por el temor, el amor o la fidelidad, ninguno de los lazos con que se encadena deliberadamente el héroe homérico.

Revivido por un hijo de conquistador, este libro, más aún que la historia de la aventura, es la de la desmesura, la desmesura que fue siempre la medida del alma española.

De todo lo que he aprendido gracias al contacto prolongado con la literatura iberoamericana, esta impresión es sin duda la más fuerte, aunque no la única. En ella he presentado la variedad, una manera de sentir múltiple y matizada, la juventud, la fuerza y una confianza en la vida, anunciadora de grandes obras de las que ya tenemos algo mejor que la promesa.

MATHILDE POMES

## « Historia general del arte mexicano »

### « México, pintura de hoy »

**A**L CERRAR la sección bibliográfica de *Cuadernos*, son muchas las obras que nos quedan por registrar, pero no podemos dejar de mencionar estos dos grandes esfuerzos que se hacen para presentar con un lujo de grabados, de planchas en colores, de magníficas ilustraciones en blanco y negro, la grandeza del arte mexicano. Se hace, además, una tentativa feliz de aprovechar las mejores prensas europeas para sacar un resultado óptimo, a un precio relativamente bajo. La Editorial Hermes ha impreso sus libros en el Instituto Geográfico De Agostini, de Novara, famosos en todo el mundo. El Fondo de Cultura ha estampado el libro de Cardoza y Aragón en la Polygrafica, de Checoslovaquia.

La historia que ofrece la Editorial Hermes ha estado bajo la dirección del doctor Pedro Rojas, del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad de México. Comprende el arte prehispánico, a que consagra el primer libro, presentado por Raúl Flores Guerrero; el arte colonial (vol. II), presentado por el propio director Pedro Rojas, y la época moderna y contemporánea (vol. III), presentada por Raquel Tibol. En términos de siglos, la primera parte arranca de la cultura olmeca, que se inicia en el año 800 a.C., y llega hasta las grandes civilizaciones que cortá la conquista en el siglo XVI. La segunda parte abarca tres siglos de dominación española, y la tercera los siglos XIX y XX. La riqueza universalmente desconocida de las expresiones

artísticas en cada una de estas épocas, es argumento más que suficiente para ver la grande empresa a que hace frente la editorial mexicana, y que airoosamente desarrolla. No hay que esperar en el texto más de lo que apretadamente puede acumularse en una obra general, que está destinada a entrar, en primer término, por los ojos. Sobre todo, el público europeo recibirá un impacto profundo al ver recogido en este conjunto de láminas y textos una tan vasta obra del espíritu humano.

El libro de Cardoza y Aragón *México, pintura de hoy* arranca de la revolución mexicana, toma los antecedentes de Velasco el paisajista, de Posada el grabador, del doctor Ate y de Goitia, para llegar a la gran pintura revolucionaria de Rivera, Orozco y Siqueiros, destaca la obra ya independiente de Rufino Tamayo, y luego agrupa una selección de los pintores que siguen a estos mayores del arte, hasta llegar a los más nuevos. Cardoza, ya experimentado en los caminos del arte por su libro sobre Orozco, y por la correspondencia y amistad que tuvo con él, escribe con su brillo acostumbrado, y al terminar su revista, se acerca al nuevo museo antropológico y cierra así el examen con la imagen de la grandeza antigua mexicana que abruma: « Todo el arte posterior, desde la conquista hasta nuestros días, es « comme un hameau paisible au pied d'une montagne ».

A.

## Varios :

### « Flor y conta del arte prehispánico de México »

**A**L LADO de la iniciativa de las grandes empresas editoriales mexicanas, se constituyó en México un fondo editorial por el Banco Nacional de Comercio Exterior, con la cooperación del Banco de México, de la Nacional Financiera y del Banco Nacional Hipotecario. Estos hombres de la industria del dinero, llevados por el ejemplo que se está dando en todo el mundo de levantar las artes como lo hicieron los viejos banqueros —los Médicis, los Fugger— hace cinco siglos, encomendaron a cinco personas de excepción la dirección de las obras que ahora comienzan a publicarse. Esas cinco personas son Manuel Alvarez Bravo, Rafael Carrillo, Leopoldo Méndez, Carlos Pellicer y Ricardo J. Zevada. Como en el caso de las editoriales Hermes o el Fondo de Cultura, el fondo de los banqueros ha acudido a una imprenta europea para la edición. Esta vez la ha realizado Amilcare

Pizzi, de Milán, y es difícil que pueda presentarse una edición de lujo más perfecta desde el punto artístico de las reproducciones. La gran novedad que tiene este libro, como la tiene el nuevo Museo de Antropología y otros museos nuevos de México, es el aprovechamiento, para ilustrar las grandes obras plásticas, del antiguo México, de la poesía sacada de la Crónica Mexicayotl, del Popol-Vuh, de la filosofía náhuatl, de Huehuetlatolli, de los informantes indígenas que relataron al Padre Sahagún en imágenes de belleza original sus historias y sus esperanzas, sus miserias y sus glorias. El libro, en esta forma, se sale de los moldes en que suelen moverse los arqueólogos para iluminar las vasijas de barro, las estatuas de piedra, los dioses de terracota, las joyas de oro y de turquesa, con un soplo del espíritu de los viejos poetas. El libro no se puede juzgar casi como libro, sino como una obra de arte. Y como obra de arte llega a alturas que no son comunes en estos casos, gracias al Fondo Editorial de la Plástica Mexicana.

A.

### Juan José Sebreli : « Buenos Aires, vida cotidiana, alienación »

SE HA DICHO y se ha demostrado que Buenos Aires es la Argentina. Pero con igual fuerza y pareja autoridad se ha dicho y se ha demostrado que Buenos Aires carece de toda relación con la Argentina, que es un cuerpo extraño en ella. Baste la mención de este solo conflicto de opiniones —entre un sinnúmero de otros semejantes— como índice de las preocupaciones y problemas que la metrópoli más grande del mundo de habla española plantea a sus pobladores y también a aquellos que sin serlo la observan con ánimo inquisitivo.

Ciudad-mito, como toda gran capital, con sus misterios y leyes singulares, fea y anónima en la superficie, compleja y fascinante en sus mil repliegues físicos y psíquicos, de apariencia y modales europeos, pero nutrida íntimamente por la barbarie, ha inspirado a centenares de autores a tratar sus aspectos más diversos, su comercio, su historia, su música, su etnografía, sus derechos al título de capital, su geografía, sus barrios, sus pájaros. Y así. Si se deja de lado la nutrida producción literaria, novelas, poemas, piezas teatrales, etc., que ha suscitado, uno de los últimos libros memorables sobre ella ha sido *La Cabeza de Goliath*, análisis de significativo título con el que, hacia 1943, el ensayista Eze-

quiel Martínez Estrada completó el revulsivo examen de la comunidad argentina iniciado en 1933 con *Radiografía de la Pampa*.

Pero el más reciente de los intentos de dar una visión total y crítica de « la reina del Plata » es *Buenos Aires. Vida Cotidiana y Alienación*, de Juan José Sebreli, libro cuya primera edición se agotó sorprendentemente en un par de meses. Nacido en 1930, formado bajo la influencia de Martínez Estrada, a quien luego repudió en nombre de un punto de vista marxista, Sebreli demuestra ser, pese al cambio de perspectiva, el continuador de su maestro inicial en algunos de los aspectos más valiosos de éste : la extremada voluntad de verdad y la conciencia de la necesidad de una reforma drástica del estilo de vida de la comunidad argentina.

El libro es ambicioso en su metodología, según nos lo advierte el autor en las primeras páginas. Se procuraría alcanzar en él una síntesis de la visión de conjunto que brindan las principales categorías económicas marxistas y de las investigaciones de pequeños campos de la sociología estadística. Tal es el método con el que Sebreli busca superar « la parcialidad de la sociología burguesa y a la vez del marxismo vulgar ». Así orientado, Sebreli se esfuerza por poner de manifiesto las pautas y la evolución de las pautas según las cuales se mueven las grandes fuerzas del singular conglomerado porteño. Clasifica esas fuerzas en : burguesía, clase media, « lumpen » y obreros. Y traza de cada una de ellas retratos que comprenden sus lugares de residencia, sus costumbres más características, su relación con las otras fuerzas y su transformación. Estos retratos están pintados con vigor o inteligencia, aunque predomina un pathos propagandístico que se torna indignado y despectivo para la burguesía y la clase media, sentimental para el « lumpen » y utópico para los obreros. Apoyadas sobre todo en testimonios librescos que no eluden del todo lo fantaseoso, las descripciones caen también a veces en lo fantaseoso, sobre todo en cuanto a un pasado del cual el autor no ha sido testigo, aunque también pueden notarse interesadas distorsiones respecto a fenómenos actuales. Aquí debe señalarse como debilidad del texto íntegro el incumplimiento del método anunciado en las páginas iniciales : Sebreli abusa tanto de la sociología como del marxismo, al generalizar por un lado sin el menor apoyo de pruebas estadísticas y al hundirse en otros casos en detalles ociosos, subjetivos, que, por efímeros, carecen de validez como aporte a la mirada de conjunto.

La tesis central que Sebreli aplica a la ciudad —a la que toma tácita pero innegablemente como índice del país—, de ortodoxia absoluta, dice así : « La deshumanización de la sociedad de clases provoca la frustración de la vi-

da cotidiana, no sólo entre los desposeídos sino entre los poseedores. Por eso, la emancipación del proletariado, al crear condiciones humanas de existencia para la sociedad íntegra y acabar con todas las formas de la alienación, emancipará, al mismo tiempo, de la soledad y la angustia a los propios opresores, permitiéndoles el acceso a la comunicación efectiva con el prójimo basada en el reconocimiento mutuo. » Sebreli, en suma, considera que cabe exclusivamente al proletariado la tarea de liberar a la sociedad y le asigna el *beau rôle* de restaurador de los valores verdaderamente humanos. Para esa mirada, la comunidad se divide en un grupo de « malos » —la burguesía, la clase media—, y otro en « buenos » —el proletariado—. Ignorante en definitiva de la naturaleza humana como todos los esquemas de la misma índole, este maniqueísmo trae en seguida a la memoria otro maniqueísmo similar, aunque de signo inverso, cuya cifra puede hallarse en una frase citada por el propio Sebreli : « Sólo lo que provenía de antes, lo construído según el espíritu de otra época argentina, conserva en la masa confusa su distinción y su raza. » La frase está tomada de una obra de Eduardo Mallea, quien no por azar es el autor a quien Sebreli más cita en todo el libro, como ejemplo de un espíritu que constituye lo opuesto al suyo. Mallea, en efecto, acuñó hacia el decenio 1930-40 otra división de la Argentina en « visibles » (« malos »), que abarcaba a la clase media y el proletariado, e « invisibles » (« buenos »), que aludía traslúcidamente a la alta burguesía. El mero cambio de papeles —ingenua reacción ante el cambio de papeles habido en la vida psíquica argentina, en la que la corriente inmigratoria ha arrebatado el poder de expresión al núcleo oligárquico tradicional— no parece demasiado fructífero para el esclarecimiento de complejos problemas comunitarios. Pues si la actitud de Mallea —al suponer que la « cultura » era el supremo valor, el remedio *total* y al ignorar que la « cultura » carecía de significación para millones de criaturas « humilladas y ofendidas »— resultó inepta y culpable, igualmente inepta y culpable es la actitud de Sebreli cuando fetichiza al proletariado, al asignarle la capacidad de acabar con *todas* las alienaciones y al ignorar así las numerosas alienaciones —por la tecnología, por el estado, por la burocracia, por el bienestar— que hacen hoy presa incluso de las sociedades « reformadas ».

Lo cierto es que tanto Mallea como Sebreli se muestran víctimas de las modas ideológicas europeas de las épocas en que les toca vivir, en la medida en que adoptan concepciones ajenas y por lo tanto inadecuadas respecto a esta particular realidad americana. Y si se considera que ya Martínez Estrada se había esforzado por su-

perar los maniqueísmos, al buscar las raíces de los males argentinos no en un grupo determinado sino en toda la comunidad, se entenderá que la posición de Sebreli configura un retroceso. De tal suerte el presente libro, positivo por su espíritu de rebeldía y transformación, resulta negativo en el momento de la puesta en práctica de ese espíritu.

H.A. MURENA

## Emilio Sosa López : « El ser del fundamento »

**D**ESDE las primeras traducciones de *¿Qué es metafísica?* —que realizaron Raimundo Lida y Xavier Zubiri hace treinta años— hasta la actualidad, el pensamiento de Heidegger ha gravitado con creciente profundidad en la especulación filosófica de los pueblos de habla española. El proceso de comprensión ha estado estrechamente vinculado con los esfuerzos que se han multiplicado por « traducirlo » pues pocas filosofías se han gestado en tan estrecha unión con las posibilidades que ofrece la lengua original en que han sido pensadas. De ahí que una traducción cabal haya sido siempre y sin más una interpretación de valor filosófico.

Pero junto a esa tarea se ha generado otra, más arriesgada y no menos necesaria, de exégesis. A esta última clase de estudios pertenece *El ser del fundamento* (Universidad Nacional de Córdoba, Argentina) de Emilio Sosa López. Aunque el autor alude constantemente a otros filósofos (Kant, Husserl, Jaspers, Hartmann, Ortega) el tema y el modo de encararlo son deudores de *El principio del fundamento* de Heidegger.

La brevedad de este libro y cierta dificultad de que adolece el autor para formular concisamente su pensamiento, impiden un juicio minucioso. Sosa López menciona enrevesados asuntos que requieren una ardua elaboración y que en el texto están apenas despuntados. Un ejemplo de ello —que cito porque es esencial para el desarrollo del discurso— es el problema de la imaginación trascendental en Kant ; pese a que la referencia al comentario de Heidegger es oportuna, con eso apenas queda planteada la cuestión. Otro inconveniente de esta obra reside en la tendencia del autor a pasar de la meditación de un pensador a la de otro sin cuidar la peculiaridad de cada una de ellas. Así, me parece ilegítimo equiparar el matiz de creencia de la *Umgreifende* de Jaspers con lo que Ortega y Gasset llama técnicamente « creencia ». Por otra parte Sosa López incurre en sumarias injusticias cuando critica teorías filosóficas. La objeción a

que Ortega y Gasset ha llamado « el ser como respuesta » vale como ejemplo claro de ello. En efecto, frente a Heidegger, que caracterizó el ser del hombre como « pregunta por el Ser », Ortega ha afirmado que el hombre ha sido y es pregunta por muchas cosas. Es decir que la pregunta por el Ser es histórica, no intemporal. Nació en las costas del Mar Egeo hace escasamente dos mil quinientos años y para unas pocas personas. Más aún Ortega ha sugerido la posibilidad de que la pregunta por el Ser ya supone la creencia previa en la existencia del Ser y por ende que « Ser » fue ya una respuesta y no una pregunta. Sosa López cae en gruesos desaciertos en la comprensión de esta idea y su crítica resulta superflua. El autor entiende que aunque racionalmente « no hay método que conduzca directamente al Ser » (página 67) y que en este sentido el Ser como respuesta fracasa, puede entenderse el Ser « como trascendencia activa, como *principio* que opera por sí mismo y siempre y en todo momento, entonces su respuesta, que no necesariamente ha de encauzarse dentro de la 'historia' de la filosofía... sería un modo misterioso de responder a algo que lo está requiriendo fuera de sí y a quien el Ser mismo escucha ». De ahí infiere Sosa López que la indigencia del hombre es la que requiere al Ser y que este reclamo, este clamor, es el que acuerda al Ser « un sentido profundo para nuestra realidad existencial » (pp. 67-68). Pero esto no debe llevar a la conclusión de que « el fundamento metafísico de la vida es una pregunta por el ser » (pág. 69). En primer lugar Ortega ha dicho (ver *Ideas y Creencias*) que lo invariable, lo cierto, es la indigencia del hombre y lo histórico son las respuestas que ha buscado a esa constitutiva necesidad. Además es falso limitar la teoría del ser como respuesta a un método racional que conduzca directamente al Ser y más errado aún invocar contra ella la tesis de la indigencia humana que es justamente la que sirve de fundamento a la teoría de Ortega. Por otra parte, el tipo de respuesta que el hombre haya encontrado para su radical penuria es inseparable de la historia humana. He aquí cómo una teoría se ha yuxtapuesto a otra sin que la crítica toque ni de lejos el núcleo del problema.

EZEQUIEL DE OLASO

## Abelardo Arias : « El cobarde »

ES FÁCIL DECIR que un hombre es criminal, condenarlo y posteriormente eliminarlo. Es fácil aplicar el rótulo simplista y definitivo de perverso o degenerado a un ser humano, y

automáticamente establecer entre él y nosotros esa frontera satisfactoria que acota y ampara la seguridad farisea de nuestras virtudes. Pero aunque el procedimiento es cómodo y conveniente (la justicia y la sociedad se siguen amparando en él), la intuición creadora, la penetración del escritor no dejó nunca de manifestarse en disidencia más o menos explícita contra esa actitud dogmática y esa psicología superficial. El tan zaradecado psicoanálisis ha tenido siempre un equivalente cotidiano, intuitivo y humilde : la piedad. Pero, además, la literatura que ha sido no la heredera, sino el heraldo de la psicología profunda, amplía hoy a dimensiones magníficas sus conquistas en esa búsqueda de « los contornos del hombre ». No se hace psicoanálisis con la literatura ; simplemente, la aguda visión del narrador puede tomar, y toma, con seguridad infalible y por la vía del hecho común, el camino que los psicoanalistas recorren a través de las tupidas florestas de los símbolos. Bajo la lupa del escritor de talento, los seres dejan de ser cifras de un casillero, carátulas rotuladas genéricamente para convertirse en problemas multívocos.

Esta novela de Abelardo Arias es un buen ejemplo de ello. Presenta un caso, el del piromaníaco, el individuo destructivo cuyas potencias no parecieran poder orientarse sino hacia lo negativo, lo que anula o aniquila. Y su análisis, tan sencillo como certero nos lleva a ver en el incendiario a un desgraciado ávido de cariño, frustrado en sus aspiraciones de aproximación a los demás ; y nos revela en esa ansia de destrucción la búsqueda muy simple de una compensación a su imposibilidad de integrarse en el amor. La novela persigue hasta sus cubiles últimos la génesis de esa perversión, el itinerario del Eros desviado de su trayectoria. Las peripecias de este individuo, que fue como todos un niño, llevando en sí las posibilidades infinitivas del ser ; su encarrilamiento lento pero inexorable por las vías falsas de lo emotivo, son perseguidas implacablemente en todo su alcance de culpa y responsabilidad extrínsecas en una serie de *flash-backs* que se desarrollan durante la final y angustiosa noche del acecho, en las horas breves —desdobladas en largos años por la evocación del tiempo perdido— durante las cuales el incendiario prepara el fuego, decidido a incendiar la biblioteca donde trabajó mucho tiempo.

El autor no se ha propuesto por cierto establecer un alegato psicoanalítico, ni menos uno social ; pero surgen claros e incontrovertibles, en un diseño de trazo seguro, intensamente expresivo. Abelardo Arias contribuye a la ya vigorosa narrativa argentina con una obra de singular interés y decisivos valores.

JOSEFINA PLA



# notas

## La cultura hispanoamericana en la universidad francesa

Me sugiere el tema de esta nota el artículo que Jacinto Luis Guereña publicó en el número 95 de *Cuadernos*, titulado « Francia y lo hispanoamericano en 1964 ». Falta por lo menos en la lista de libros franceses sobre asuntos hispanoamericanos el de Jacques Lafaye *Les conquistadors* (Editions du Seuil), y sobra *Pas de lettre pour le colonel*, de G. García Márquez, publicado en 1963 y no en 1964. Esto importa sólo en cuanto a la forma del testimonio aducido, pero no afecta la validez de éste, ya que no se pretendía establecer una lista exhaustiva, ni hacer una estadística, sino comprobar un hecho. Y el caso es que, cada año, en Francia se traducen libros redactados en el mal llamado Nuevo Mundo, y los franceses dan a la imprenta estudios o relatos de viajes dedicados a éste. Sería interesante saber exactamente cuántos volúmenes de este tipo se publicaron en los años anteriores a 1964, y también cuántos trabajos y traducciones relacionados con otros países extranjeros. Así podría uno darse cuenta de la situación relativa en Francia de la cultura hispanoamericana.

A defecto de guarismos, se puede apelar a la observación : traductores, escritores e investigadores franceses miran con interés creciente lo hispanoamericano. Y al dar a la luz el producto de sus desvelos, los editores ponen de manifiesto la boga del género. El viaje del Presidente de Gaulle a América pudo poner de moda las repúblicas latinoamericanas, o, mejor dicho, llamar la atención del gran público lector de periódicos. Pero no creo que sea principalmente este el motivo que despertó la curiosidad. No hay que confundir moda y cultura. Mucho antes del viaje de marras, eran cada vez más numerosos los que estudiaban el mundo que descubrió Colón. Ya existía la colección « Croix du Sud », que publicaba traducciones de novelas americanas ; la Unesco también aportaba su contribución al conocimiento de las letras de América y los lectores franceses sabían quiénes eran M.A. Asturias, R. Gallegos o J.L. Borges y otros. Ya había americanistas de fama

mundial. Una lista de obras traducidas y de trabajos escritos en francés no da una idea completa de la penetración de la cultura hispanoamericana en este país. Sería preciso agregar a esta lista otra de obras originales que leen aficionados, estudiantes y especialistas. Público reducido, tal vez, pero que no se debe descuidar, sobre todo si se tiene en cuenta el papel activo que por definición desempeñan profesores e investigadores, y el dinamismo natural de la juventud estudiosa.

Al referirme a un número cada vez mayor de franceses capaces de tener cierta visión de la cultura hispanoamericana pensaba, precisamente, en los universitarios, estudiantes y profesores. J.L. Guereña dice de paso que en los programas del bachillerato hay una « serie de cuestiones relativas a Iberoamérica », y añade que los alumnos serán más adelante « posibles conocedores » de la cultura hispanoamericana. Cierro. Y que me perdonen si por deformación profesional atribuyo excesiva importancia al mundo estudiantil, pero creo que hoy día no es lícito prescindir de la juventud universitaria si se quiere valorar con alguna exactitud hasta qué punto la sociedad francesa se va iniciando en la cultura hispanoamericana. Enténdame bien : no digo que cualquier joven estudiante francés sabe quién es José Mármol o A. Carpentier. Digo que una parte de esta juventud, anadando el tiempo, ha de constituir el personal docente de mañana. Ya algunos de esos alumnos han llegado a ser profesores. Y así, claro está, tiene que aumentar el número de los informados.

Me propongo, pues, bosquejar un cuadro de la difusión de la cultura hispanoamericana por el conducto de la educación nacional. Sólo me referiré, por lo tanto, a los que tienen que estudiar o enseñar el idioma español, que es una de las lenguas más estudiadas en Francia después del inglés.

*Enseñanza secundaria.* Los profesores de español en colegios y liceos tienen la obligación de hablar de América. Y los manuales llevan una parte *ad hoc*. He aquí algunos títulos :

J. Martin : *Civilisation espagnole*, textes choisis, Privat Didier, 1949.

M. Duviols, J. Villégier : *Por España y América*, A. Hatier, 1949.

J. Bouzet : *España de hoy*, E. Belin, 1954 (A pesar del título, hay en este libro 110 páginas dedicadas a América Latina).

Ch. V. Aubrun, R. Larrieu : *Nuevos mundos*, Delagrave, 1961.

R.J. Michel, L. López Sancho : *ABC de la civilización hispánica*, Bordas, 1962.

M. Lacoste, L. Urrutia : *Paisajes y semblanzas*, E. Belin, 1962.

M. Lacoste, L. Urrutia : *Banderas al viento*, E. Belin, 1964.

*Institutos universitarios.* La gran mayoría de los centros donde se dispensa la cultura hispánica han modificado su nombre para dar a entender que también se da lugar en ellos a la cultura latinoamericana. Así es como dos de los más acreditados centros universitarios, el de Burdeos y el de Toulouse, se llaman Institut d'Etudes Ibériques et Ibéro-américaines, y Institut d'Etudes Hispaniques, Hispano-américaines et Luso-brésiliennes. En París, el Institut d'Etudes Hispaniques, cuyo fundador E. Martineche fue un gran amigo de América y que incluye en sus programas alguna que otra materia latinoamericana, ha conservado su nombre, porque en 1956 el rector Jean Sarrailh creó el Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, que ocupa un edificio aparte. El gran hispanista, por consiguiente, fue el primero en reconocer, dentro de la Universidad, la independencia cultural latinoamericana. La fundación de dicho Instituto significa, pues, un gran paso en el desarrollo de los estudios americanos. En este Instituto profesores y estudiantes se dedican exclusivamente al estudio de todos los aspectos de la cultura americana. Constituye además un centro de información digno de este nombre gracias a una biblioteca de unos 20.000 volúmenes, a su hemeroteca y fototeca. Es también un centro de reunión donde intelectuales de todas las repúblicas latinoamericanas han hecho uso de la palabra. Tiene un salón de conferencias y proyecciones cinematográficas. De sus publicaciones hablaré más adelante.

*Exámenes universitarios.* El futuro « licenciado de español » (así se llama quien más adelante enseñará el idioma y elementos de civilización en liceos y colegios) tiene que obtener cuatro certificados : tres de lengua y literatura (en uno de los cuales hay una parte latinoamericana) y uno que el estudiante puede elegir en una lista en la que figura el « Certificado de literaturas y civilizaciones latinoamericanas ». Casi todos eligen éste para completar su licencia. Este certificado se prepara en todas las universidades francesas.

Para ser titulares, los licenciados tienen que conseguir el CAPES (Certificado de aptitud para la enseñanza secundaria), o la « Agregación » (oposiciones a cátedra). En los programas de dichos concursos figura obligatoriamente un tema latinoamericano.

*Monografías y tesis universitarias.* Antes de presentarse a la agregación, el estudiante tiene que hacer investigaciones durante un año y redactar una monografía especializada de más de cien páginas. Hecho lo cual se le otorga el diploma de estudios superiores. Cada año hay varias monografías sobre temas latinoamericanos. Estas monografías se conservan en las bibliotecas universitarias y se pueden consultar.

Se admiten temas latinoamericanos para las tesis de tercer ciclo (para extranjeros, o franceses que quieren ser ayudantes de cátedra) y las tesis de Estado (para los futuros catedráticos universitarios). Es imposible dar aquí ni siquiera una lista reducida de títulos de monografías y tesis universitarias de tema latinoamericano presentadas en los últimos años. Todos estos trabajos se conservan inéditos en las bibliotecas universitarias y están a disposición de los lectores. Hasta ahora, en el campo hispanoamericano, dos tesis solamente fueron publicadas : *La Poésie d'André Bello* (por L.F. Durand, publicaciones de la Universidad de Dakar, 1960) y *D.F. Sarmiento éducateur et publiciste entre 1839 et 1852* (por P. Verdevoye, Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, 1963 ; Institut d'Etudes Hispaniques, 1964).

*Revistas y publicaciones.* Las siguientes revistas universitarias acogen los trabajos de americanistas franceses y extranjeros :

TILAS, Travaux de l'Institut d'Etudes Latino-américaines de l'Université de Strasbourg.

CARAVELLE, Cahiers du Monde hispanique et luso-brésilien, Institut d'Etudes Hispaniques, Hispano-américaines et Luso-brésiliennes de l'Université de Toulouse.

ETUDES LATINO-AMÉRICAINES. Travaux du Centre d'Etudes latino-américaines, Faculté des Lettres et Sciences Humaines d'Aix-en-Provence.

CAHIERS de l'Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine de l'Université de Paris.

Señalamos a continuación algunas publicaciones literarias de este último Instituto :

Marcel Bataillon : *Un chroniqueur péruvien retrouvé* : Rodrigo Lozano.

Jean Sarrailh : *A propos de A.R. Lesage, américainiste.*

Pradel Pompilus : *La langue française en Haïti.*

Concolorcorvo : *El Lazarillo de ciegos caminantes.* Prefacio de M. Bataillon ; traducción de Mme Billod. (Publicado en colaboración con la Unesco.)

Paul Verdevoye : *D.F. Sarmiento éducateur et publiciste entre 1839 et 1852.*

De próxima publicación :

J.E. Rodó : *Motivos de Proteo.* (En colaboración con la Unesco.)

Inca Garcilaso de la Vega : *Commentaires royaux des Incas.* (Traducción de René L. Durand y publicado en colaboración con la Unesco.)

Para dar una información más completa, haría falta una lista de los programas universitarios. No cabe aquí. Subrayemos, sin embargo, un hecho : la importancia que se da en general en dichos programas a la literatura actual. Por ejemplo, la novela *Al pie de la ciudad*, del colombiano M. Mejía Vallejo, figuraba en el programa de la Universidad de París antes que le diesen al autor el premio Nadal. Las obras de P. Neruda, M.A. Asturias, C. Fuentes, N. Guillén, etc., se comentan en las aulas. Algunas monografías versan sobre la obra de estos novelistas.

Además algunos profesores son también traductores, hablan por la radio, dan conferencias y publican artículos sobre temas hispanoamericanos.

Me he atenido someramente al aspecto literario. Se podría decir lo mismo y más del aspecto económico, geográfico e histórico. Digo « y más » porque salta a la vista la importancia preferencial que se da a estas especialidades : hay muchos más americanistas franceses interesados por la sociología y ciencias del hombre que por la literatura, aunque a veces el sociólogo apela al novelista para documentarse.

Seguramente me he dejado llevar —con cierta fruición— de la deformación profesional a la que aludí al empezar esta nota. No me pesa. No me parece mal que un universitario se dé el gusto de llamar la atención, en una revista no universitaria, sobre el trabajo que hacen profesores y estudiantes, trabajo que aumenta el número de la gente capaz de apreciar la cultura hispanoamericana. Los universitarios, jóvenes y maduros, la estudian con entusiasmo, y saben ver en ella una forma original de expresión, y el reflejo de una vida que los atrae no sólo por su aspecto exótico o pintoresco, sino también por simpatía humana.

P. VERDEVOYE

#### EL INSTITUTO IBERO-AMERICANO DE GOTENBURGO

En 1964 se cumplieron los veinticinco años de existencia del Instituto Ibero-Americano de Gotemburgo. Coincidió este aniversario con el otorgamiento por la Universidad de esta ciudad,

del grado de Doctor Honoris Causa, a su director y fundador señor Nils Hedberg, en solemne ceremonia académica de público reconocimiento a una ya larga e intensa labor consagrada al gran mundo hispánico. Coincidieron también estos veinticinco años con las visitas y conferencias de cinco destacados representantes del pensamiento hispanoamericano actual : Víctor Raúl Haya de la Torre, Miguel Angel Asturias, Jorge Luis Borges, Alejo Carpentier y Germán Arciniegas, todos los cuales estuvieron en Suecia gracias a las gestiones hechas con tal objeto por el Instituto Ibero-Americano, o con su patrocinio.

¿Qué es una institución como la que se ha mencionado, qué tarea tiene entre manos y qué fines persigue? Para ilustración del lector iberoamericano corriente, tan poco informado de ello y tan dado, también, al más extremo pesimismo en lo que se refiere a la preocupación europea por América o a la sobreestimación de cosas que carecen de importancia, se ha creído conveniente ofrecer en estas páginas un somero panorama de lo que es el Instituto Ibero-Americano de Gotemburgo, señalado por aquellos que conocen los institutos similares en diversas ciudades europeas, como un modelo en su género.

Entre los años de 1930 a 1940 empezó a despertar cierto interés en la opinión pública sueca, sobre todo a través de los organismos universitarios, por el idioma español, y por los pueblos que forman la extensa familia luso-hispanoamericana. Este interés cristalizó en hechos concretos en Gotemburgo en el otoño de 1939, al fundarse el Instituto Ibero-Americano de la Facultad de Ciencias Económicas. Tímidamente al principio y en base al posible fomento de las relaciones comerciales entre Suecia y los países de habla española y portuguesa, es probable que no se haya previsto entonces el robusto y amplio desarrollo ulterior que el núcleo original ha tenido, hasta llegar a ser ahora un muy completo muestrario de lo que son tanto la Península Ibérica como los pueblos iberoamericanos, ya sea en lo que atañe a lo que debe saberse de estos grupos humanos —historia, geografía, política, derecho, etc.— como en lo que concierne a sus bellas artes en general y a su copiosa literatura en particular.

En su creación y en el apoyo posterior prestado, es indispensable mencionar al rector de la Facultad de Ciencias Económicas de la época, profesor Hadar Berglund, así como a algunos hombres de negocios de Gotemburgo que le otorgaron el necesario respaldo económico. Tales fueron los directores del Banco de Gotemburgo (Göteborgs Bank) y los directores de la sociedad Elof Hansson, señores Elof Hansson y Torsten Odqvist, sin perjuicio de las diferentes

donaciones que empresas y personas privadas de Gotemburgo hicieron llegar para sostén del Instituto.

De muchísima importancia para el Instituto ha sido, sin duda alguna, la experiencia directa que su director ha tenido de los países ibero-americanos. En efecto, largas permanencias en México y Buenos Aires, así como en Santiago de Chile, Río de Janeiro y otras ciudades del continente, primero en viaje de estudios y luego como agregado de prensa sueco en esas capitales, frecuentes viajes a Madrid y a Lisboa, han dado al señor Hedberg no sólo un conocimiento inmediato y una apreciación personal de por sí valiosos, sino también contribuyeron a establecer firmes contactos con círculos, personas, centros, establecimientos universitarios, bibliotecas, periódicos, etc., o sea con toda esa amplia red que representa y resume la actual cultura de los pueblos hispánicos.

En principio y como cometido primordial, el Instituto Ibero-Americano de Gotemburgo, al ser una parte de la Facultad de Ciencias Económicas de esta ciudad, fue creado para servir a los estudiantes de dicha Facultad, sin perjuicio de estar también a disposición de otros estudiantes, tales, por ejemplo, los que estudian el español en el Departamento de Lenguas Romances de la Universidad, así como de entidades y personas privadas que requieran sus informaciones y servicio de biblioteca. Pero en realidad estos fines, de alta utilidad, como tales, han quedado rebasados con creces a través de la vida y del desarrollo del Instituto Ibero-Americano, hasta ser verdaderamente el más sólido e interesante punto de contacto entre Suecia y el ancho mundo hispánico. Esta última circunstancia hace que sea de extrema necesidad llamar la atención de los gobiernos de los países en cuestión, que ignoran lo que se hace fuera de sus mismas fronteras en exclusivo beneficio de sus propios pueblos y que, con una indiferencia increíble, dejan morir instituciones de este tipo, como ocurrió con el de Copenhague hace algunos años, sin mover siquiera un dedo para evitar la catástrofe y, a lo mejor, sin haberse enterado tampoco de que existían. La única conclusión que se saca de estos hechos, el único corolario posible, es la incapacidad de los países hispano-americanos para encarar una política cultural común que sea capaz de salvar las mejores iniciativas dentro y fuera del radio hispánico cuando a este radio se refieren y cuando a éste, por interés vital, conviene salvarlas. Nadie o por lo menos, muy pocos, parecen haberse dado cuenta dentro de esos países, que desde fuera se les ve como una sola cosa, a pesar de los matices y de las diferencias, y que muy poco se saca muchas veces con hacer una magnífica exposición de arte argentino o mexicano, olvidándose

de la perspectiva cultural total del continente, que es lo único que interesa.

La actividad del Instituto Ibero-Americano a través de más de veinticinco años, además de las de información y servicio de biblioteca, se ha referido también al mantenimiento de conferencias públicas en español, y algunas veces en portugués, cada quince días, para un público regular que fluctúa entre las cincuenta y las ciento cincuenta personas. A partir del otoño de 1953 se empezaron a ofrecer estas conferencias sobre diversos temas concernientes al mundo de habla española, dadas por personas originarias de los países respectivos y muy pocas, por extraños a este mundo. Conferenciantes de alta categoría intelectual han pasado por esta lejana tribuna gotemburguesa. Algunos nombres se señalan a manera de ejemplo: Enrique Lafuente Ferrari y Joaquín Casaldueiro, de Madrid; Manuel Maples Arce, embajador de México en Oslo; José María Pemán y Julián Marías, de Madrid; Curt Lange, de Montevideo; Rafael Gutiérrez Girardot, agregado cultural de Colombia en Bonn; y los ya citados, Víctor Raúl Haya de la Torre, Miguel Angel Asturias, Jorge Luis Borges, Alejo Carpentier y Germán Arciniegas. Hasta la fecha, las conferencias quincenales de los martes alcanzan un número de 137 y ya son una tradición dentro de la vida cultural de la ciudad.

Otro aspecto esencial de la actividad del Instituto Ibero-Americano de Gotemburgo, son las publicaciones. La serie comenzó a publicarse en 1954. Se tuvo como mira principal para establecerla la de dar a los investigadores suecos la posibilidad de entregar los resultados de sus trabajos a través de un medio de expresión en español y portugués, para con esto ayudar a su divulgación. Por razones de índole práctica, la serie se imprime en Madrid y en Lisboa. La mayoría de los autores que han visto puesto su nombre en esta colección, tanto suecos como extranjeros, pertenecen al personal del Instituto o son parte de su clientela activa. Estas publicaciones no sólo van, automáticamente, a las Universidades, bibliotecas y centros culturales de todo el continente americano y de la Península Ibérica, sino que se extienden a los de los países europeos y a algunos de otros continentes.

En el planeamiento sucesivo de esta colección se toma en cuenta de manera muy especial la complejidad del mundo hispánico y sobre todo el principio de que son muchos los países y muchas las materias los que deben estar representados. La aparición de las obras ha sido irregular, pero en todo caso perfectamente continua y ha variado desde un volumen en 1956 hasta cinco en 1963.

En lo que hace a la Biblioteca misma, com-

prende en la actualidad más de veinticinco mil volúmenes. La división ha sido hecha conforme a los principios geográficos y los esfuerzos del Instituto se han encaminado a obtener una biblioteca donde las obras de interés científico-técnico (*Realia* en sueco) sean, para cada país representado, de igual número que las puramente literarias: 50 % y 50 %, respectivamente. La disposición de los libros, dentro de cada uno de los 22 países (España, Portugal, México, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Cuba, República Dominicana, Puerto Rico, Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Paraguay, Uruguay y Brasil), se ha hecho de la siguiente manera: *Realia* (obras de interés científico-técnico); Generalidades (que comprende también la geografía), Guías, Libros de Viajes, Economía, Derecho, Condiciones Sociales, Folklore y Música, Arte, Historia, Política actual, Biografías, Bibliografía; *Literatura*: Historia de la Literatura y Crítica literaria, Antologías, Clásicos (con la respectiva literatura del período colonial); Literatura moderna: ensayos, novelas, cuentos y relatos, teatro y poesía. La Biblioteca tiene también secciones de visión de conjunto de Iberoamérica, así como departamentos de literatura comercial, Derecho en general, Correspondencia comercial, Lingüística y Filología, Diccionarios, Gramática, Libros de Texto, etc.; y secciones de Suecia en español y portugués, como asimismo de traducciones al español. Como conclusión puede decirse que, dentro de su género, la Biblioteca del Instituto Ibero-Americano de Gotemburgo es una de las más grandes y completas de Europa.

En su mayor parte, los libros recién adquiridos provienen de donaciones o de canje y las adquisiciones por compra que se han hecho, son de carácter complementario, ya que la Biblioteca nunca puede pretender, dentro de sus diversas secciones, una integridad imposible de lograr y por eso busca, de la manera más haccedera, conseguir aquello que es esencial, aquello que de ningún modo puede faltar. Las relaciones internacionales de canje que mantiene el Instituto no comprenden y se limitan sólo a los países de habla española y portuguesa —Universidades y Bibliotecas Nacionales, sobre todo—, sino que se extienden, en el Occidente, a instituciones tales como la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos y las Universidades de Berkeley, Yale y Harvard en ese mismo país y, en el Este, a las de Moscú y Leningrado.

Los préstamos a domicilio son numerosos y la estadística para 1963-1964 dio un número de 2.584 préstamos realizados, entre los cuales se puede señalar también los hechos a instituciones y particulares en Suecia y otros países de Escandinavia, por medio del correo. Todo esto, sin

perjuicio del público que asiste diariamente para la consulta de obras que no pueden ser llevadas a casa.

Gracias a la beca Elof Hansson-Torsten Odqvist, de la casa importadora y exportadora del mismo nombre, de esta ciudad, el Instituto Ibero-Americano de Gotemburgo ha podido contar con un colaborador hispanoamericano permanente, que, junto con representar a su país, quiera ampliar sus estudios en Suecia y se comprometa a trabajar a medio horario en el Instituto como colaborador. Hasta la fecha, los siguientes países han sido favorecidos con esta distinción: Uruguay, Argentina, Chile, Bolivia, Perú, Colombia, Venezuela, Costa Rica, Guatemala y México, con repetición en los casos de Argentina, Chile y México.

Sería largo seguir enumerando los diferentes aspectos de la actividad del Instituto y hasta ahora sólo se han mencionado aquellos que ofrecen mayor envergadura. Pero no es posible olvidar su presencia en 1962 en el Primer Congreso de Hispanistas de Oxford, en el Primer Congreso Internacional de Instituciones Hispánicas y en O V Colóquio Internacional de Estudios Luso-Brasileiros, celebrados en 1963 en Madrid y Lisboa, respectivamente; su relación permanente con la Radio de Suecia (única existente en el país) para la presentación de programas en español; su cooperación prestada para hacer posible la aparición de obras de la importancia del Diccionario Sueco-Español de los profesores Börje Cederholm y Nils Sund y de otras obras fundamentales para la enseñanza del español en Suecia; su estrecho entendimiento con los Institutos Ibero-Americanos de Estocolmo y de Helsinki y con instituciones afines en Oslo, Upsala, Lund, Arhus y Copenhague, o sea en Noruega, Suecia y Dinamarca, para desarrollar lo que se ha llamado la « cadena escandinava » para la presentación de conferencias y para llevar a cabo cosas de interés común; y, en fin, exposiciones, artículos de prensa, traducciones, toda una múltiple actividad hispánica de más de veinticinco años, ha llevado el sello del Instituto Ibero-Americano de Gotemburgo.

Obras como ésta necesitan pervivir y afianzarse cada vez más, por el porvenir de una cultura y de dos idiomas comunes a tantos pueblos y a tantos millones de individuos. No se las puede mirar con indiferencia, ni tampoco desconocerlas; no se puede, de ninguna manera, dejar que perezcan, así sea cualquiera la razón que traiga consigo tan desafortunada consecuencia. Que los gobiernos de los países ibéricos de este y del otro lado del mar y las instituciones representantes de su cultura, tomen nota de estos hechos y procedan en consecuencia. Nada más.

JAIMÉ PERALTA

## EL DINERO DEL PREMIO NOBEL

Por la boca muere el pez. A Jean-Paul Sartre, más le hubiera valido callarse en cuanto a sus motivos para no aceptar el Premio Nobel de Literatura de 1964, que le fue otorgado por la Real Academia Sueca. En sus declaraciones, Sartre no hizo más que contradecirse. Al concedérsele el premio, dijo que el no aceptar premios era para él una cuestión de principio. Que tampoco aceptaría el Premio Lenin (antes Stalin). Que los premios ejercen sobre los lectores una presión que no favorece a los escritores. Que no tiene al Premio Nobel por un premio conservador, pero que así es considerado en general. Que en las actuales circunstancias y desde un punto de vista objetivo, el Premio Nobel aparece como una distinción reservada a los escritores del bloque occidental o a los rebeldes del bloque oriental. (Sobre este punto tiene Sartre muy poca razón. No creemos que sea posible colocar al yugoeslavo Ivo Andric la etiqueta de « rebelde del bloque oriental ». Y tan notorios compañeros de ruta como el islandés Halldor Laxness y el italiano Salvatore Quasimodo, ¿no son más bien rebeldes del bloque occidental?)

Dijo también Sartre que, por ejemplo, no se había dado el premio a Neruda, « que es uno de los grandes poetas sudamericanos », y que tampoco se ha pensado nunca en serio en dárselo a Louis Aragon, « que bien lo merece ». En cambio, « cosa lamentable », se dio el premio a Pasternak en vez de a Scholochov. « Hubiera podido establecerse un equilibrio si se hubiese hecho un gesto parecido hacia el otro lado. Durante la guerra de Argelia, cuando firmamos la declaración de los 121, yo hubiera aceptado el premio con agradecimiento, porque no sólo hubiera sido un honor para mí, sino también para todos los que con nosotros luchaban por la libertad. »

Dijo más Sartre : « El escritor que acepta un galardón compromete además a la corporación o institución que le ha galardonado. Mis simpatías por el movimiento de resistencia de Venezuela sólo me comprometen a mí, pero si Jean-Paul Sartre, galardonado con el Premio Nobel, toma partido por el movimiento de resistencia de Venezuela, arrastra consigo a todo el Premio Nobel como institución. » « Finalmente, quiero referirme a la cuestión del dinero. Es un peso muy grande el que la Academia coloca sobre los hombros del premiado cuando el honor va acompañado de una suma tan grande de dinero. »

Algún escritor sueco no dejó de señalar la contradicción en que caía Sartre al decir que no aceptaba el premio por cuestión de principio y porque el premio tenía —o al premio

se le daba— un tinte político, y declarar unos párrafos más abajo que hubiera aceptado el premio si se lo hubieran otorgado durante la guerra de Argelia. ¿Es que entonces hubiera sido él el que hubiera dado al premio el tinte político deseado?

Otros escritores suecos abundaron en los motivos de Sartre. Uno de ellos, quizás el escritor más leído de Suecia, dijo : « Si un escritor acepta una recompensa, queda obligado al que le ha recompensado. » Es significativo observar que los escritores que adoptan esta actitud no tienen por lo general necesidad de ningún premio para mejorar su situación económica, ni su fama tampoco. Otro escritor sueco, conocido compañero de ruta, estaba sorprendido, sin embargo, de que Sartre dijera que tampoco aceptaría el Premio Lenin. Según este sueco, un escritor radical puede sentirse libre con respecto al Premio Lenin, de un modo que no se lo permite el Premio Nobel. « Si el premio Lenin le hace daño, es un daño que conviene. » ¿Sofismas? Desde luego. Esto podría interpretarse en el sentido de que el Premio Nobel « ensucia »... las manos, pero el Premio Lenin, en cambio, « limpia », « purifica », « regenera »... Pero ¿cuando se llamaba Premio Stalin, también « purificaba » ? ¿Tenía Stalin las manos tan limpias?

Es mucho el Premio Nobel, digan lo que digan. Es mucho también el negarse a aceptarlo. Ambas cosas parece que siguieron preocupando a Sartre. Su inquietud se manifestó, por ejemplo, en las declaraciones que hizo sobre el Premio Nobel en una interviú que publicó el número 1 de *Le Nouvel Observateur*, del 19 de noviembre de 1964. Continuó en ella con sus contradicciones, sus paradojas. Dos frases se contradicen de manera flagrante con su declaración de principios : « Si hubiera sido miembro de un partido, del Partido Comunista, por ejemplo, la situación hubiera sido diferente. Indirectamente, el premio hubiera sido otorgado a mi partido ; en todo caso, es a éste que le hubiera podido ser útil. » « Si tuviéramos un gobierno de frente popular —como yo deseo—, y si este gobierno me hubiera querido honrar otorgándome un premio, lo hubiera aceptado con mucho gusto. »

En esta interviú volvió Sartre a hablar de la cuestión del dinero, de que la gente no puede comprender que un escritor pueda rechazarlo. La gente no puede comprenderlo, porque no comprende la falsa modestia, pero nosotros lo comprendemos. Siempre es más fácil rechazar un dinero cuando uno no lo necesita. Es muy posible, de todos modos, que Sartre haya querido ser sincero al no aceptar el dinero del Premio Nobel. Pero si creía que no aceptándolo dejaba de ganar la suma del premio, se ha equivocado, porque su gesto, en realidad, le ha re-

sultado económicamente más beneficioso que si se hubiese metido el dinero del premio en el bolsillo, y ya no digamos lo beneficioso que ha resultado para cierta ideología desde el punto de vista de la propaganda y del proselitismo.

Lo que Sartre parece querer dejar bien sentado es que, como él es « un hombre aislado » (¿un independiente?), él no se ha querido « vender » por el Premio Nobel, pero que si perteneciera al Partido Comunista, se hubiera « vendido », ya que ello, de un modo u otro, hubiera redundado en beneficio del partido.

He aquí un aserto del cual debería haber tomado buena nota la Academia Sueca, que ha sabido por boca de Sartre que, si otorga el premio a un escritor que sea miembro del Partido Comunista, este escritor aceptará el premio sin vacilar, aunque en el fondo le repugne y duela el aceptarlo. Lo hará porque un comunista disciplinado debe poner al partido por encima de todo. Pero ¿existe algún candidato al Premio Nobel que sea miembro de algún Partido Comunista que no sea el ruso-soviético? Existe seguramente más de uno, pero Sartre nombró al principal de ellos : Pablo Neruda.

Es sabido que este poeta chileno es candidato al premio desde hace años y que tiene fuertes valedores. Neruda pertenece al Partido Comunista Chileno « oficialmente » desde hace un par de decenios, pero « espiritual o moralmente » desde hace unos años más. Neruda dijo el año pasado en una entrevista en el órgano comunista chileno, *El Siglo*, de Santiago (adicto a Moscú), con motivo de su 60 aniversario, que lo extrañó era no haber pertenecido antes, no haberse hecho antes comunista.

Pero Neruda, además, no es ningún miembro pasivo, sino muy activo, del partido. Es su más destacado vocero, el vocero para las ocasiones señaladas. Es también, desde hace unos años, miembro del Comité Central del Partido Comunista Chileno. Y, fuera del área nacional, Neruda es la personalidad comunista latinoamericana más destacada, y el principal encargado de relaciones públicas de Moscú en Latinoamérica.

No existe indicio alguno de que Neruda se negara a aceptar el Premio Nobel en su totalidad —honor y dinero—, si se lo dieran. Al contrario, hace dos años los amigos de Neruda en Chile hicieron grandes preparativos, creyendo que se lo iban a dar entonces. Es posible, sin embargo, que, de momento por lo menos, el importe del premio, si se lo dieran a Neruda, no fuera a parar a las cajas del partido, ni en parte ni entero, pero a la larga, no se sabe, y, de todos modos, como dice Sartre, el premio se otorgaría indirectamente al partido, prestigiaría al partido. Es conocido el testamento de Neruda que figura en el capítulo « Yo soy » de

*Canto general* y que empieza : « Dejo a los sindicatos / del cobre, del carbón y del salitre / mi casa junto al mar de Isla Negra. » Y de la misma obra y capítulo en esta línea final de « A mi partido » : « Me has hecho indestructible porque contigo no termino en mí mismo. »

Neruda recibió en su tiempo el Premio Stalin (ahora Premio Lenin). Que se sepa, Neruda no ha hecho ninguna declaración ni en favor ni en contra de la Academia Sueca ni del Premio Nobel. Pero en cambio, el ya mencionado *El Siglo*, que es su órgano oficioso, sí ha criticado las decisiones de la Academia. Al saberse en Santiago que el Premio Nobel había sido otorgado al poeta griego Seferis y que Neruda había sido « nuevamente postergado », un espolique de Neruda, L.A. Mansilla, escribió en dicho diario (28-12-63), entre otras cosas : « La Academia —como todas las instituciones—, no ha sido ajena a los antagonismos políticos del siglo. Se ha puesto sin tapujos de parte del capitalismo y ha echado su cuarto a espadas en la guerra fría. El premio a Boris Pasternak, poco tuvo que ver con los deseos de Alfred Nobel de paz y amistad entre todos los pueblos al instituir la recompensa. » ¿Confunde Mansilla el Premio de Literatura con el de la Paz? Aunque Sartre dice las cosas con más fineza y diplomacia, parece, sin embargo, coincidir con Mansilla en el fondo.

Dijo también Mansilla : « La Academia debería ser guiada estrictamente por el valor de las figuras que merecen ganar la recompensa. Aparte de la inevitable ideología de cada creador literario existe su genio. El ángulo político no puede ser el factor fundamental de las decisiones de una Academia. » Evidentemente. Pero, en el caso de Neruda, ¿puede hablarse solamente de la « inevitable ideología » y del « ángulo político »? ¿No es esto rebajar inmerecidamente su importancia como político? Lo que quiere Mansilla es al parecer que la Academia haga caso omiso de la circunstancia conocida de que Neruda es la gran veleta andina que gira según el viento que sopla de Moscú.

\*

El Premio Nobel asciende a 250.000 coronas o sea alrededor de 50.000 dólares, ambas sumas en cifras redondas. Sartre renunció, según sus cálculos, a una suma de 26.000.000 de francos antiguos. Esta suma, naturalmente, Sartre pudo haberla tomado con una mano y con la otra entregado al Comité Antiapartheid, de Londres, y al ANC. Estas son las dos organizaciones que mencionó. No creemos que nadie hubiera tenido nada que objetar. ¿Por qué no aceptó Sartre el dinero del premio, cuando pudo haberlo distribuido como hubiera querido? Fue seguramente un resto —escrúpulos, prejuicios—, de moral burguesa lo que impidió a Sartre acep-

tar el premio. Pero si Sartre hubiera sido miembro del Partido Comunista Francés, él mismo lo confesó, hubiera aceptado el premio, y, pasado el 10 de diciembre, día de la ceremonia oficial de la entrega del premio, Sartre lo hubiera ingresado íntegro o en parte en las cajas del partido o lo hubiera utilizado para contribuir al sostenimiento de la lucha de los comunistas venezolanos contra el gobierno legal democrático de Venezuela, o la de los guerrilleros colombianos. Desde luego hay que celebrar que Sartre haya tenido los escrúpulos de que hablamos y que no pertenezca de hecho al Partido Comunista, aunque sus simpatías se inclinen de ese lado.

Si el Premio Nobel no fuera acompañado de suma tan importante de dinero, no constituiría en realidad ningún problema para nadie. El honor no se puede declinar y el galardonado con el premio será Premio Nobel para siempre. En los anales del premio, en las enciclopedias, en las historias de la literatura figurará para siempre su nombre como tal. En cambio, el galardonado está en su perfecto derecho si se niega a aceptar el dinero. Pero si no se puede rehusar el honor, ¿por qué no recibir el dinero? Sartre dijo que con el dinero, la Academia coloca un peso muy grande sobre los hombros del premiado. ¿Qué pesa más, el honor o el dinero? ¿Pesan más las dos cosas juntas? Esta parece haber sido la opinión de Sartre, quien de todos modos no ha sido el primero que se ha negado a aceptar el premio. Existe un precedente: Bernard Shaw, quien finalmente aceptó el dinero del premio y lo donó para crear un fondo para traducciones literarias del sueco al inglés, The Anglo-Swedish Literary Foundation. Gracias a este fondo se han podido traducir al inglés las obras de varios autores suecos, entre ellas principalmente las de Strindberg. A Sartre no se le ocurrió esta solución o nadie se la susurró al oído. Pudo con ello haber hecho mucho bien a las culturas y literaturas franco-suecas. Pasternak aceptó primero el premio, pero luego, obligado, se negó a recibirlo. El dinero que correspondía a Pasternak, volvió al fondo de los premios, y lo mismo ocurrió con el correspondiente a Sartre. El nombre de Sartre había sonado de vez en cuando en relación con el premio y es evidente que la Academia no hubiera premiado a Sartre si éste, con tiempo, hubiera avisado que no debía tenerse en cuenta su candidatura. Pero Sartre mismo dijo que hubiera aceptado el premio, seguramente, hace unos años. Al no otorgárselo entonces, creyó tal vez que ya no se lo darían. Sencillamente, no fue previsor.

¿A dónde va a parar el dinero del Premio Nobel? Como hemos visto, esta pregunta tiene importancia en ciertos casos. Por lo que dejamos

expuesto más arriba, sabemos a dónde ha ido (Shaw), hubiera podido ir (Sartre) o podría ir (Neruda) a parar, dadas ciertas circunstancias. A fin de cuentas, el dinero del Premio Nobel no se queda seguramente la mayoría de las veces en las manos de quien lo acepta. Se ha dado el caso de que ha ido a parar a donde menos se quería que fuera a parar. Dejemos por un momento el Premio de Literatura y fijemos la atención en el de la Paz del año 1935. Este premio fue concedido por el Comité Nobel del Storting Noruego al pacifista alemán Carl von Ossietzky. Pues bien, el dinero de este premio fue a parar íntegro a las cajas de Hitler.

El premio de 1945, que correspondió a Gabriela Mistral ¿a dónde fue a parar? Gabriela, tan generosa... ¿Tan fuera de la realidad? ¿Pudo disfrutar Gabriela del dinero del premio en los años que le quedaron de vida? ¿Y el de 1956, correspondiente a Juan Ramón Jiménez? Al año y medio de recibirlo, falleció Juan Ramón en Puerto Rico. Por su precario estado de salud y por el decaimiento moral en que le dejó la muerte de Zenobia, su esposa, no es de creer que pudiera pensar en cómo disponer del dinero. Arrebatados a Puerto Rico el cadáver del poeta y el de su esposa por los herederos del poeta, a España ha debido de ir a parar el dinero del premio. Es de esperar que por lo menos la medalla y el pergamino continúen expuestos en la Sala Zenobia y Juan Ramón, el pequeño museo que Zenobia ya antes de morir dejó casi instalado en la Universidad de Puerto Rico. Es cierto que los herederos mantienen vivo el culto a la memoria del poeta, pero no entró seguramente en las cuentas de Juan Ramón que su premio llegara a producir réditos en España él que, dadas las circunstancias y mientras éstas imperasen, jamás mostró deseos de volver a ella.

Recapitulando, podríamos decir que, tanto desde el punto de vista moral como del económico, no puede ser completamente indiferente el destino que en ciertos casos den los premiados al dinero del Premio Nobel. ¿Se puede permanecer indiferente, por ejemplo, ante la posibilidad de que el dinero del Premio Nobel se utilice, en su totalidad o en parte, para favorecer o prestigiar determinada ideología antidemocrática, antiliberal y totalitaria, contribuir a propagarla y a ganar para ella prosélitos?

ERNESTO DETHOREY

#### JORGE CARRERA ANDRADE Y SU «FLORESTA DE LOS GUACAMAYOS»

*Floresta de los Guacamayos*, del poeta ecuatoriano Jorge Carrera Andrade, canta una aventura, pero la aventura de una realidad: la com-



pleta aventura de una realidad que es toda una vida o infinitas vidas, y en un lugar que es una floresta tropical, pero que puede ser cualquier lugar de la tierra donde el hombre —el poeta o cualquiera de los que forman en la humana ronda— haya vivido, amado o muerto alguna vez.

Seguramente hay una gran cantidad de historia personal en este libro y muchas claves íntimas. Pero Carrera Andrade ha sabido trabajar con mano segura todo ese copioso material de acumulada experiencia para trasmutarlo en poesía, es decir en algo distinto, valedero y existente por sí mismo. En ningún momento el poeta se interpone de modo inoportuno entre su tema y nosotros. No hay en él pensamiento o pasión que no hayan sido convertidos en materia poética, y por ello no necesitan otra explicación o clave distinta de su propia existencia funcional dentro del todo organizado e independiente que el poema ha conseguido ser.

Decíamos que la acción que el poeta canta es la completa aventura de una realidad. Esta realidad es desplegada ante nuestros ojos tal y como aparece ante la abierta pupila del poeta, de su presente contemplador :

*Todo es fulgor  
promesa o paraíso  
carnal descubrimiento  
certidumbre del sol en los colores  
vestidura vistosa de lo real.*

En este enfoque vibra una fe nueva : la fe en la realidad tropical como algo habitable, capaz de sentido, aunque su protagonista muchas veces sea una criatura tentada y enferma, « un cacique que llora el fin de su pueblo, solicitado por el misterio ». Entre ambos territorios, realidad y misterio, se establece una lucha, pero una lucha que no es sólo contienda armada, sino, a la vez, relación, pacto. El fruto y símbolo de esta relación es el *mito*. Cuando el hombre pacta con los dioses para hacer la realidad verdadera, el mito es la señal del pacto.

Las dos grandes mitologías que enmarcan el desarrollo del poema son, a mi juicio, las de la muerte y la luz. Ellas dan pie para que el poema progrese con minuciosidad y profundidad, disparado en muchas direcciones. Cada momento trae su drama, su tema, sus especiales personajes. En esa forma se nos dice que también el hombre, las criaturas de la mañana, hijos del movimiento y de la vida, pueden convertirse en quietud y muerte.

Carrera Andrade inicia entonces una poderosa visión. Pero no se trata de una visión contemporánea : el poeta la contempla *como una lengua extraña olvidada hace siglos*, como fragmento salvado del hundimiento de una civilización remota. Ahora, en el poema, la vida ha

sido salvada de la muerte, porque ha sido perpetuada en su belleza.

*El rey indio despliega su plumaje,  
el agua de los siglos lava el suelo  
que cubren las sonrisas del maíz  
y el jinete de hierro se arrodilla.*

Los personajes representan una historia y una escena remota que el poeta contempla ; pero, a la vez, son la historia y la escena real a la que el poeta pertenece y en cuya actualidad el lector se sumerge : la historia de la América indiana.

Es difícil dar aquí una imagen absolutamente completa del poema, de tan rico y variado desarrollo, en el cual la poesía de emoción directa y actual está frecuentemente contrapuntada por una poesía evocativa, de reconstrucción y pintura histórica de « época », en la que Carrera Andrade demuestra una especial pericia. Esta característica resalta, sobre todo, en el poema titulado « Ocaso de Atahualpa ».

En general, el lenguaje del poema es limpio y preciso, por ir bien cargado de contenidos. El poeta logra alcanzar a cabalidad sus objetivos de hacerlo casi música o juguete verbal, consiguiendo en esa forma que la temporalidad se esfume. Mueve sus criaturas lentamente e insinúa, aquí y allá, temas morosos. El autor trabaja con espléndida técnica de *cámara lenta*, que proyecta despacio los movimientos de una escena, hasta que, al fin —cuando la vida entra en ese momento de terrible parálisis que es la muerte—, la cámara se detiene. La escena queda fijada, inmóvil cada personaje a media palabra o a medio gesto :

*El día muere sobre tantas vidas,  
la noche cae sobre tantas muertes.  
El dios sol ha dejado que se cumpla el destino.  
En la flauta de hueso de una tibia  
llora el fin de su pueblo  
Quilliscacha escondido  
tras de un peñasco de la Cordillera.*

FRANK PEÑALOZA

#### EL SUKIA EN LA COSTA DE LOS MOSQUITOS

Para los pueblos salvajes que poblaron la Costa de los Mosquitos, en Centroamérica, la idea de un Ser Supremo fue casi desconocida en el curso de largos siglos.

La acción de las religiones, por medio de misiones bien dotadas, ha hecho posible que la noche de aquella ignorancia secular, vaya desapareciendo en el presente siglo.

Durante milenios, para aquellos pueblos in-

cultos de la costa atlántica centroamericana, solamente existían dos espíritus superiores : el « Wulasha » o espíritu del mal, y el « Lewire » o espíritu de las aguas.

Si la idea de un Ser Superior tuvo alguna muy relativa concepción, lo fue tan sólo en sentido indirecto. Para ellos no había manifestación superior, fuera de la existencia del *Sukia* o sacerdote, que ejercía las funciones de médico, sacerdote y adivino.

Las funciones de *Sukia* fueron originalmente ejercidas por mujeres ; pero en el correr del tiempo, fueron siendo patrimonio de varones, como aún sucede actualmente entre las tribus miskitas de Nicaragua, en los territorios del noroeste del Atlántico.

El *Sukia* no era para las tribus un charlatán improvisado. Tan alta función revestía caracteres de un legítimo sacerdocio. El *Sukia* alcanzaba tan señalado rango por medio de mortificaciones y pruebas de valor y sacrificio.

Por largos meses, el aspirante al cargo sacerdotal se retiraba a los montes como los anacoretas de la antigua Europa, evitando todo contacto profano con los hombres, para dominar la naturaleza, luchando sin medios adecuados de defensa, contra la furia de los elementos y de las bestias salvajes.

Vencidas las pruebas, sin que al presente se conozcan más que grotescas tradiciones sobre contactos con el demonio o espíritu del mal, el *Sukia* volvía a la tribu, nimbado con la aureola de lo superior y con poderes extraterrenos sobre las tribus que, como mensajero de lo sobrenatural, creían en él y en sus absurdos ritos como si fuese un Dios o una representación legítima de su poder.

Como médico, las funciones del *Sukia* colmaban al absurdo. Las fiebres elevadas eran objeto de su curación, enviando al paciente a playas o riadas abiertas para recibir los rayos del sol.

Sus funciones de adivino eran de carácter eminentemente charlatán. Para señalar la proximidad de las tormentas eléctricas y de los huracanes enterraba carbones encendidos, danzando en círculos, en derredor de ellos, con salvajes ritmos.

Purificaba los hogares contra todas las influencias de los espíritus maléficis, mediante sahumeros con resinas y hojas odoríferas, en el centro de las chozas y en sus contornos, acompañando sus actuaciones con movimientos exóticos, danzas atrevidas y silbidos extravagantes.

Pero la función sacerdotal era, sin duda, la que más relieve exterior ofrecía a los creyentes ; y tenía su máxima culminación en el ceremonial de los muertos.

Apenas fallecida la persona, el *Sukia* era llamado a la casa mortuaria. El cadáver se colo-

caba debajo de un mosquitero o tejido similar esperando la llegada del sacerdote, cuya misión sobrenatural era liberar el espíritu de la materia.

Para las tribus, cuyo testimonio era absoluto, la llegada del *Sukia* era precedida de un viento sordo, estrepitoso y fuerte, como un legítimo alud. El *Sukia* se presentaba ataviado con exóticas vestimentas y de llamativos colores.

Irrumpía violentamente en la casa mortuaria y se colocaba dentro del mosquitero que cubría el cadáver, entonando cánticos estrepitosos que alternaba con danzas extravagantes en derredor del muerto.

La acción libertadora del espíritu debía manifestarse por la presencia de una llama viva, desprendida del cadáver y que él recogía en un algodón, apurando durante la ceremonia, que duraba un poco más de una hora, bebidas espirituosas.

Era creencia común entre los circunstantes que todos veían la luz. Realizado el acto extraordinario, el *Sukia* enterraba el algodón, declarando en altas voces que el espíritu del difunto había abandonado el cadáver.

Acto continuo el *Sukia* conversaba con la esposa del difunto o los parientes inmediatos ; y éstos, *incontinenti*, comunicaban a todos los circunstantes las disposiciones de última voluntad del difunto, disponiendo del cuidado de sus deudos sobre su hacienda, pago de sus obligaciones y el cobro del activo patrimonial.

Como final del ceremonial de difuntos, se consumaba por el *Sukia* el acto conocido aún entre las tribus actuales de los miskitos con el nombre de « Waltaya-pata », o sea la comida sagrada del difunto, como se estilaba entre los pueblos primitivos de Grecia y Roma.

La ceremonia grotesca se inicia con una comilonera, mientras todos los circunstantes lloran, al estilo de las antiguas plañideras. El acto culminante es la colocación al lado del cadáver y bajo el mosquitero de una gallina cocida.

El significado de la ceremonia es que la gallina, en una función altamente sagrada, se comía los gusanos en la fosa antes de que consuman el cuerpo del difunto, para obtener su perennidad.

Mientras permanece la gallina cocida bajo el mosquitero que cubre y protege el cadáver, el *Sukia* entona cantos funerarios y deprecaciones para que el espíritu nunca más vuelva a la materia.

Terminados los cantos y deprecaciones, los deudos más cercanos del difunto distribuyen entre los asistentes raciones de gallina como manjar sagrado, correspondiéndole mayor porción al que más se ha lamentado por el fallecimiento de su familiar.

## Colaboran en esta edición

NESTOR ALMENDROS, cubano nacido en España, director cinematográfico, prepara en la actualidad una historia del cine latinoamericano, al mismo tiempo que realiza algunas películas de corto metraje para la Televisión francesa... GERMAN ARCINIEGAS, colombiano, director de *Cuadernos*, autor de *Biografía del Caribe* y de muchas otras obras... CHARLES V. AUBRUN, francés, profesor de la Sorbona y director del Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad de París, autor de *Histoire des Lettres Hispano-américaines*... MARIA TERESA BABIN, puertorriqueña, doctorada en filosofía en la Universidad de Columbia de Nueva York, profesora de la Universidad de Puerto Rico y autora de *Introducción a la cultura hispánica*... DAMIAN CARLOS BAYON, argentino, doctorado en la Universidad de París, crítico de arte y poeta, publicará muy pronto un estudio sobre la arquitectura española del siglo XVI... JORGE LUIS BORGES, argentino, poeta, novelista, ensayista, obtuvo junto con Samuel Beckett el Premio Internacional de Editores, candidato al Premio Nobel, autor de *Fervor de Buenos Aires*... JORGE CARRERA ANDRADE, ecuatoriano, poeta, historiador, ensayista, embajador de su país en París, autor de *El Camino del Sol*, que acaba de traducirse al francés... EDUARDO CABALLERO CALDERON, colombiano, novelista, ensayista, embajador de Colombia ante la Unesco, autor de *El Cristo de espaldas*... PAULO E. DE BERRFDO CARNEIRO, brasileño, diplomático, ensayista, embajador ante la Unesco... CARLOS CASTRO SAAVEDRA, colombiano, poeta, autor de *Fusiles* y *Luceros*... DANIEL COSIO VILLEGAS, mexicano, historiador, sociólogo, director del Fondo de Cultura Económica y del Colegio de México, autor de *Historia Moderna de México*... ERNESTO DETHOREY, español, periodista, crítico, establecido desde hace muchos años en Suecia y vinculado íntimamente a la vida cultural del país en su condición de hispanista... CARLOS ALBERTO ERRO, argentino, ensayista, del Instituto Argentino de Filosofía Política y Social, autor de *Medida del criollismo*... VICENTE GERBASI, venezolano, poeta, diplomático, embajador de Venezuela en Dinamarca, autor de un libro de poemas sobre Israel que ha sido traducido al hebreo... GABRIEL GIRALDO JARAMILLO, colombiano, historiador, embajador de Colombia ante el Mercado Común Europeo, miembro de la Academia Colombiana de His-

toria, autor de *La pintura en Colombia*... MAURICIO GOMEZ MAYORCA, mexicano, poeta, profesor de arquitectura en la Universidad de México, organizador del Museo de la Ciudad de México... RAFAEL GUTIERREZ GIRARDOT, colombiano, ensayista, filósofo, residente en Alemania desde hace años y vinculado a la vida universitaria y editorial alemana, agregado cultural en la embajada de Colombia, autor de *La imagen de América en Alfonso Reyes*... SARA DE IBAÑEZ, uruguayana, poetisa, crítica, ensayista, autora de *Cantos*... FEDERICO GUILLEM KUSTER, español, médico, del Servicio de Otorrinolaringología Especializada del Centro Nacional de Especialidades Quirúrgicas de Madrid... CESAR MIRO, peruano, biógrafo de Ricardo Palma, ensayista, doctor de la Universidad de París, embajador del Perú ante la Unesco, autor de *La imagen de Perú en Voltaire* en vías de publicación... HECTOR A. MURENA, argentino, novelista, ensayista, poeta, autor de *Historia de un día*... EZEQUIEL DE OLASO, argentino, profesor de filosofía, crítico, ganador del concurso de ensayos de *La Nación* en 1962 con un estudio sobre la obra de Sartre *Critique de la raison dialectique*... HARRIET DE ONIS, norteamericana, crítica literaria, tradujo una veintena de libros hispanoamericanos y brasileños al inglés... HUGO PATIÑO, boliviano, musicólogo, comentarista musical de la Radio francesa, historiador musical... CARLOS PELLICER, mexicano, poeta, profesor de literatura, creador de los museos de Diego Rivera y Frida Khalo en la ciudad de México, del museo arqueológico de Villarica, en Tabasco, del Museo de Tepoztlán, etc., su obra fue recogida por la Universidad Autónoma de México en el libro *Material poético*, autor de *Colores en el Mar*... FRANK PEÑALOZA, venezolano, escritor y crítico, colabora asiduamente en *El Universal* de Caracas... JAIME PERALTA, chileno, licenciado en Derecho, profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de Gotemburgo donde reside desde 1961, traductor al español de algunos cuentos suecos, como cuentista ha publicado *Los ángeles burladores* y entre sus libros de Derecho dio a la luz *La institución diplomática*... JOSEFINA PLA, paraguaya, nacida en Canarias, crítica literaria, periodista, dramaturga, poetisa, autora de *El precio de los sueños*... MATHILDE POMES, francesa, hispanista, ha traducido al francés una veintena de libros en prosa y en verso y es una de las más antiguas

embajadoras de las letras hispanoamericanas en París... **LUIS ALBERTO SANCHEZ**, peruano, ensayista, biógrafo, historiador, rector de la Universidad de San Marcos, senador, profesor de literatura, autor de *Historia de la Literatura Americana*... **CARLOS SOLORZANO**, guatemalteco, doctor en Letras de la Universidad de México, dramaturgo e historiador del teatro, director durante diez años del Teatro Universitario de México, profesor en la Facultad de Filosofía y Letras, autor de *El teatro latinoamericano en el siglo XX*... **GERMAN TELLEZ**, colombiano, arquitecto, historiador de la arquitectura en Colombia, profesor... **HERNANDO TELLEZ**, colombiano, crítico literario, ensayista, cuentista, antiguo representante de Colombia ante la Unesco, autor de *Cenzas para el viento*... **GUILLERMO DE TORRE**, argentino, nacido en Madrid, crítico literario, promotor del movimiento ultraísta, cofundador de *La Gaceta Literaria* de Madrid, autor de *Literaturas europeas de vanguardia*... **RAUL URUETA**, mexicano, folklorista, historiador... **PAUL VERDEVOYE**, francés, hispanista, doctor en Letras, profesor del Instituto de Altos Estudios de América Latina de la Universidad de París, autor de *Domíngos Sarmiento, éducateur et publiciste*... **ERICO VERISSIMO**, brasileño, novelista, cuentista, ganador del Premio Machado de Assis de la Academia Brasileira (1954), historiador de la literatura del Brasil y autor de *O resto é Silencio*... **ALBERTO ZUM FELDE**, uruguayo nacido en la Argentina, ensayista, dramaturgo, historiador de la literatura uruguaya y latinoamericana, director de la Biblioteca Nacional, autor de *Índice crítico de la literatura hispanoamericana*.

## Ilustran este número

**ARENAS BETANCOURT**, colombiano, escritor, residente en México, donde ha realizado la mayor parte de su obra; los grabados que reproducimos fueron hechos para la edición mexicana de *El Machete*, novela corta de Julio Posada... **ADRIANA FIGUERO**, colombiana, fuera de algunos trabajos publicados anteriormente en Nueva York, sus dibujos han sido difundidos principalmente en *Cuadernos*... **ARMANDO SOL**, salvadoreño, arquitecto y diplomático, antiguo embajador de su país en Roma... **SERGIO TRUJILLO MAGNENAT**, colombiano, pintor, profesor; como dibujante la mayor parte de su obra fue realizada para el Suplemento Literario de Bogotá y para revistas como *Hojas de Cultura*.

# Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA  
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

Director

**GERMAN ARCINIEGAS**

Consejo de Honor

Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos y Erico Veríssimo

Redacción en París

Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

Consejo de Redacción

Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, Jorge Carrera Andrade, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

Arte

Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

Ilustradores

Sergio Trujillo Magnenat  
y Adriana Figueredo

Corresponsales

Asunción : Josefina Plá  
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela  
Bonn : Rafael Gutiérrez Girardot  
Buenos Aires : H.A. Murena  
Caracas : Guillermo Morón  
La Paz : Fernando Díez de Medina  
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz  
Montevideo : Dora Isella Russell  
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo  
Nueva York : Joaquín Maurín  
San Juan de Puerto Rico : María Teresa Babín  
Quito : Alejandro Carrión  
Santiago : Raúl Silva Castro  
Tegucigalpa : Oscar Acosta

Redacción y Administración

23, rue de la Pépinière, Paris (8)  
Teléfono : EUR. 37-59



**COMPAÑIA CENTRAL DE SEGUROS**



**BOGOTA, COLOMBIA**

# Cuadernos

## SANTANDER

conciencia civil de América  
por Otto Morales Benítez

LATINIDAD Y NEGRITUD

Léopold Sedar Senghor

LIBERTAD POLITICA, BASE DEL DESARROLLO

Rafael Caldera

HOY EL HAMBRE ES OTRA COSA

Germán Arciniegas

PREMIO AL MEJOR CUENTO ECUATORIANO  
" Historia de la Gran Guerra"  
por José Martínez Queirolo

CENTENARIO DE TOULOUSE-LAUTREC

Damián Carlos Bayón

LA PLAZA DEL PUEBLO

Eduardo Caballero Calderón

¿AMERICA, NOVELA SIN NOVELISTAS?

Luis Alberto Sánchez

## ANTOINE DE TOUNENS

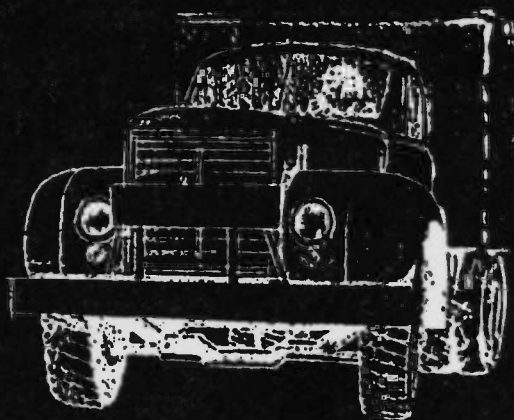
Rey de Arauca y de Patagonia

ENERO DE 1965

4 P 5926 N° 92



# EL IMPULSO VITAL...



## ECOPETROL en el transporte automotor

El petróleo es el impulso vital del progreso.  
En 1.963 la Empresa Colombiana de Petróleos, ECOPETROL, produjo en su Refinería de Barrancabermeja 5.657.425 barriles de gasolina motor por valor de \$ 205.000.000 00, abasteciendo el 54% de las necesidades del Transporte Automotor de Colombia.

Además, la Empresa continúa pagando el subsidio por consumo de gasolina a todos los departamentos del país y al Distrito Especial de Bogotá, por un valor aproximado de \$26 millones en el presente año.

ECOPETROL, patrimonio y esfuerzo de Colombianos, explora, produce, refina y transporta el petróleo nacional, factor vital para el progreso del país.



# ECOPETROL

Primera Empresa Nacional



# CUADERNOS

ENERO DE 1965

N° 92

HOY EL HAMBRE ES OTRA COSA	3	<i>Germán Arciniegas</i>
LATINIDAD Y NEGRITUD	7	<i>Léopold Sedar Senghor</i>
LA LIBERTAD POLITICA, CONDICION ESENCIAL DEL DESARROLLO	12	<i>Rafael Caldera</i>
SANTANDER, CONCIENCIA CIVIL DE AMERICA LATINA	21	<i>Otto Morales Benítez</i>
ANTOINE DE TOUNENS, REY DE ARAUCA Y DE PATAGONIA	37	<i>Emma Reyes</i>
LA PLAZA DEL PUEBLO	47	<i>Eduardo Caballero Calderón</i>
LA CARABELA	58	<i>Armando Braun Menéndez</i>
MI PRIMERA ENTREVISTA CON UNAMUNO	75	<i>Mathilde Pomès</i>
CARTA A MATHILDE POMES	76	<i>Miguel de Unamuno</i>
<b>DIALOGO</b>		
¿AMERICA, NOVELA SIN NOVELISTAS?	52	<i>Luis Alberto Sánchez</i>
<b>RELATO</b>		
HISTORIA DE LA GRAN GUERRA	67	<i>José Martínez Queirolo</i>
<b>ARTE</b>		
TOULOUSE-LAUTREC	53	<i>Damián Carlos Bayón</i>
<b>POESIA</b>		
THEODORE ROETKHE	71	<i>Alberto Girri</i>
TRES POEMAS	73	<i>Theodore Roetkhe</i>
<b>CIENCIA</b>		
EL HOMBRE EN EL PORVENIR	78	<i>Bill Williams</i>
<b>LIBROS</b>		
BREVE INFORME SOBRE GREGORIO DE LAFERRERE	82	<i>Ezequiel de Olaso</i>
HOMENAJE A MACHADO, DE « LA TORRE »	84	<i>Julián Garavito</i>
« LE SANG PARTAGE », DE EDMOND VANDERCAMMEN	85	<i>S.R.</i>
« EL CUENTO HISPANOAMERICANO », DE SEYMOUR MENTON	86	<i>L.G.P.</i>
« ENTRE DIENTES », DE RODOLFO ALONSO	87	<i>H.A. Murena</i>
« LAS BUENAS INTENCIONES », DE MAX AUB	87	<i>Olga Demay</i>
« 28 CUENTISTAS CHILENOS DEL SIGLO XX », DE ANTONIO DE UNDURRAGA	89	<i>Julio Crespo</i>
<b>NOTAS</b>		
	91	<i>Antonio de Undurraga, Enrique Chase y Marta Mosquera</i>
TEMAS Y AUTORES	95	





CUANDO se otorgó a Juan XXIII el premio de la paz, los rusos le dieron su voto. Era una candidatura que no podía encontrar resistencia. Sin embargo un sabio soviético de vasta reputación en las esferas científicas, nos dijo: « Si en mis manos estuviera tomar la decisión, otorgaría el premio conjuntamente a Juan XXIII, a Krushev y a Kennedy. » Y nos explicaba: « Si alguna vez estuvo el mundo al borde de una guerra fue cuando la crisis de Cuba, y a contenerla contribuyeron por igual las palabras del Papa y los actos de Krushev y Kennedy. » Hoy los tres personajes han pasado a la historia. Los tres han desaparecido. El recuerdo que nos han dejado sirve para juzgar lo que el sabio nos dijo.

Juan XXIII es una figura que crece con el tiempo. Él le dio una dirección nueva a la Iglesia católica, que ya nadie podrá modificar. Se ha dicho que fue un Papa humano, porque en su aproximación a los hombres sólo había bondad. Era tan simple, tan llano, tan común, que parecía un milagro hallar en tan alto trono humildad semejante. Sus encíclicas fueron la mayor audacia porque sorprendía la soberbia de un mundo altanero con una voz cristiana pura. Él difundía la oración de paz como si le hubiera llegado límpida de la fuente original. Y así, pudo llevar más allá de las fronteras católicas su mensaje, y hacer que cristianos y no cristianos se dieran la mano por primera vez en un ambiente de convivencia y tolerancia.

Kennedy es otra memoria que crece. Acaba de dar una nueva batalla —no será la última— y hace más de un año que le asesinaron en Dallas. Su muerte estremeció lo mismo en su tierra que en los continentes más distantes. Al revés de lo que pudo imaginar el asesino, los dones maravillo-

sos de aquel mozo idealista son aún más fértiles, convencen hoy con más eficacia que cuando apenas era hombre físicamente vivo. Hace unos meses, en la convención de San Francisco, pareció que Goldwater se apoderaba del partido republicano y lo precipitaba, y precipitaba a los Estados Unidos por la pendiente bárbara. Durante unos meses la nube negra oscureció el cielo americano. La disipó en un instante el recuerdo de Kennedy. El gallardo mozo que rodó a la tumba, aún puede retener a su nación si alguien la empuja al mal.

¿Y Krushev? Es la sombra que disminuye y calla. Como ayer con Stalin, ahora Rusia tiende un velo sobre su nombre, que ayer ponía en alas de la fama. Ya son treinta años de la historia soviética los que tratan de borrarse de los libros de escuela, de los monumentos públicos, de los periódicos y de las enciclopedias. Ya no se piensa en su tierra que fuera un buen candidato para recordarlo como todos recordamos a Juan XXIII y a Kennedy, sino que se le ofrece como única gracia el olvido. Durante varios años se comentó con regocijo aquello de que golpease con el zapato el pupitre de las Naciones Unidas. Ahora, eso es una grosería imperdonable. Se le guarda rencor porque armara a Cuba y se viera obligado a desarmarla, cosa que hoy se tiene por una humillación nacional. ¿Qué han encontrado los rusos punible en Krushev? Que se hubiera dejado embrujar por Fidel Castro. En el fondo, sólo hay un rencor ruso, expresado sin palabras, hacia Cuba. Krushev se quitó el zapato movido por los desplantes de Castro. Krushev se plegó a enviar los cañones, porque Castro le convenció. Hay algo en ese Castro que así descubren ahora los rusos. No en vano se vive en la tierra de los zares. Si todos un día, como Krushev, quedaron embrujados, ahora se hace un exorcismo, y de rojo no hay sino las llamas en que va consumiéndose el dios de los diez años pasados.

A.

# Hoy el hambre es otra cosa

POR GERMAN ARCINIEGAS

EL HAMBRE ha sido un fenómeno de todos los tiempos. Las hambres de la Edad Media dan lugar a pinturas aún más dramáticas que las de hoy. Sin embargo, el hambre tiene un poder explosivo en nuestra época, que no tuvo antes. En la Edad Media venían las hambres acompañadas de pestes, cataclismos apocalípticos y señales o anuncios pavorosos. Daban la impresión de ser castigos del cielo. Hoy se considera que el hambre es obra del hombre. Se hace responsable de ella a un régimen económico equivocado, a un gobierno mal dirigido, a una clase de explotadores. El arte de ser pobre que existió antes, y que se fundaba en la resignación, ha cambiado de estilo. Hoy el pobre quiere y trata de dejar de ser pobre, aun a la fuerza. Ha visto unas posibilidades, a través del proceso democrático, que no sospechó el irremediabilmente infortunado de hace siglos. Lo que en otro tiempo no fue sino el conflicto sin remedio humano frente a las furias desatadas de la naturaleza, o a los insondables designios de Dios, se convierte en una cuestión política, y en una fuerza revolucionaria. Al pobrecito de antaño que pedía « por amor de Dios », sucede una masa que va cargándose de amargura. Es el sindicato o unión de la miseria, que trata de salir del abismo y se ve alentado con ejemplos de rebeldías triunfantes.

Ocurre con el hambre como en el caso de las discriminaciones raciales. Donde existe la discriminación es erróneo decir, por ejemplo, « el problema negro ». En realidad, lo que hay es « el problema blanco ».

El conflicto no está en el negro que pide sus derechos, sino en el blanco que se obstina en negárselos. Con el hambre, el conflicto lo provoca el monstruoso enriquecimiento de individuos, sociedades, o Estados, que no piensan en que los otros sean menos pobres, sino en ellos ser más ricos. Hay algo que lentamente va destruyendo lo que pueda haber de bueno en la condición humana. Deshumaniza al hombre —si es que el hombre tiene algo de bueno— la arrogancia. No saber ser rico también tiene hoy sus nuevas consecuencias, y saber serlo es más difícil que nunca. La burguesía, para transformar industrialmente al mundo, produjo en el mismo parto dos conceptos gemelos: la libertad de empresa para hacer una sociedad infinitamente más productiva, y los derechos humanos para elevar la dignidad del hombre que estaba oprimido. Nació un derecho de carne y hueso —que se llamó entonces « el ciudadano ». Era el redimido que llegaba a la justicia después de no haberla conocido en muchos siglos.

La democracia ha producido una serie de fenómenos irreversibles. El más importante es el roce del pobre con el rico. Están el uno muy cerca del otro. El pobre, desde su pobre mesa, está mirando al rico con su mesa bien servida. Puede ser el hambre de nuestro tiempo menos hambre física que la de la Edad Media. Pero es hambre que crece mirando. A esto se suma un cierto progreso en la medicina, en la higiene. Lo que hace explosivo el multiplicarse de los hombres no es que nazcan más niños que en otros tiempos, sino que muer-

ren menos. Otro factor agravante son los medios de comunicación. Tradicionalmente el indio de Sudamérica entretenía su hambre con una bola de coca y cal. Hoy lo hace con una radio. En las favelas, o villas miserias, el que no tiene nada, tiene un aparato de televisión, y aunque no tenga pan en la mesa, va al cine. Lo que le llega por el aire o lo que ve en la pantalla es la multiplicación de las cifras de la economía universal, caudalosos Amazonas de automóviles, palacios, ofensivas imágenes de mujeres que gastan en el traje de una noche para ir a la ópera más de lo que es el presupuesto de una aldea para vivir uno... o diez años. Como fondo musical de estas imágenes se oyen los discursos de quienes hacen un llamamiento a la violencia, las palabras caen en terreno bien abonado.

Entre las obras que recomendó Jesús hay una relacionada directamente con el hambre: dar de comer al hambriento. Esta es una obra que puede olvidarse donde todos tienen hambre, donde la diferencia de niveles es mínima. Pero que adquiere la importancia de algo que supera nuestra idea de misericordia en las sociedades desniveladas por la vida moderna. Hasta en el campo de las obligaciones cristianas, se acentúa la relatividad del concepto del hambre. El hambre fatal era la que caía universalmente sobre todos. El hambre que roe hoy al mundo es la que crece mirando en torno. Es hambre que parece hija de la envidia: así la ven quienes están hartos. Y aún es posible que haya envidia. Pero también es hambre de justicia.

Dentro del proceso del enriquecimiento industrial, a los países que hoy se describen como subdesarrollados, de un lado se les *ayuda* para que puedan sobrevivir, y de otro se les *contiene* para que no puedan pasar de ciertos límites en su progreso. La *ayuda* está condicionada a la idea de que el desequilibrio se conserve indefinidamente, de dejar una cierta hambre latente. No por el gusto de que haya naciones que tengan hambre, sino por el deseo de que no haya pausa en la escala de ascenso de las naciones prósperas. Lo propio ocurre dentro de los límites de una nación aislada. En la América Latina las ciudades son espléndidas y superdesarrolladas en el centro, y miserables y subdesa-

rolladas en los contornos. Se han concentrado aglomeraciones que van de un millón a cinco millones de habitantes en todas las capitales. Hoy, para renovar a París, se están inspirando los arquitectos en las capitales de Sudamérica, donde ellos mismos han trabajado. Hay allá un desarrollo urbano que Europa mira como un ejemplo. Al lado de esto, que es esplendoroso, están las villas de la miseria en donde los desnutridos viven sin agua, sin baño, sin zapatos, sin luz y sin pan. Ahí está la nueva hambre. Hambre que se ha extendido, de ropa, de casa, de recreo. No es sólo que crujan las tripas. Cruje además el alma.

Se habla mucho en la campaña contra el hambre, del hambre que llega a los extremos mortales. Hay lugares en el mundo en donde esto ocurre. Pero también existen los hombres que van en la mitad del camino. Cuando una persona hambrienta vive setenta u ochenta años, siempre con un déficit a cuestas, vive mal, pero vive. No muere de hambre. Es un desnutrido que ni se lo devora la inanición ni es mendigo. Es un hombre que trabajó mal. Es un pedazo de hombre, una sombra de hombre, un cuarto de hombre que se mueve, que con el machete corta el racimo de plátanos, que cuida de unas matas de café, que siembra su yuca. El, en cincuenta años, hace lo que un hombre sano en un mes. Hay algo que le retiene en la más baja escala de la vida. Ni siquiera llega a ser un rebelde. El día de una revuelta, se moverá como una sombra más. En los tiempos de paz será, y es, una carga, carga que en último extremo no pesa sólo sobre su pobre pueblo, sino sobre los pueblos ricos. Hoy el mundo arrastra las miserias de toda la tierra, sin darse cuenta.

La reforma agraria tiende en muchos países latinoamericanos a retener al hombre en el campo, y a perpetuar un sistema que está fuera de las leyes del progreso universal. Si hoy puede un solo hombre hacer el trabajo que hacían veinte, ¿para qué retener en el campo a los diecinueve que sobran? ¿Para qué repartir entre veinte salarios de hambre, el salario de vida que sólo alcanza para uno? En un artículo sobre el hambre en Colombia, Jaime Pare-

des Pardo ilustra el caso: « El 53 por 100 de la población colombiana, entendida como unidades familiares, vive dedicada a los menesteres agrícolas. En los Estados Unidos apenas el 13 por 100, en Francia el 25 por 100, en Argentina el 20 por 100, y en la India el 70 por 100. Pero mientras aquel 13 por 100 de los Estados Unidos surte a la nación de alimentos y le sobra para exportarlos en cantidades fabulosas, el 53 por 100 de Colombia y el 58 por 100 de México no alcanzan para abastecer los mercados internos. En la India, como también se sabe, con el 70 por 100 de su población doblada sobre las eras, el hambre es el plato del día. »

La cuestión no está en retener al hombre en el campo para que « el hambre sea el plato del día », sino en desocupar el campo de los fatalmente ociosos y comenzar la industrialización por « industrializar » la agricultura, atropellando dificultades que nadie puede negar, pero que o se atropellan, o nos devoran. Y ocupar a la gente que sobra en otros trabajos. Este camino único para los países que están en vía de desarrollo, lo han bloqueado los países que han llegado al liderazgo de la riqueza industrial. Cuando los que ahora surgen iban encaminándose a un progreso seguro, se produjo el despertar de los milagros industriales en los países ricos, y la baja de los precios que ellos impusieron a todo lo que producen otros pueblos que también trabajan pero sólo en la tierra. El delegado de Nigeria en la conferencia del comercio de Ginebra decía esto que es digno de hacerse un apólogo inmortal: « En 1954 exportábamos 428.000 toneladas de cacahuets que nos producían treinta millones de libras esterlinas. En 1958 exportamos 513.000 de toneladas que nos produjeron veintisiete millones de libras esterlinas... » Es así como en los campos de Nigeria, trabajando más y produciendo más, se gana menos. Allí, cuanto más se lucha más avanza el hambre. En Colombia, todo lo que se aumente colocando café en el mercado internacional nunca alcanza a compensar la baja de los precios, y todo lo que entre por la Alianza para el progreso queda por debajo de lo que representa la caída de los precios. La industrialización del hemisferio rico es-

tá estrangulando al hemisferio pobre. Cuando se acuñó la expresión de « en vía de desarrollo », se indicó la voluntad de las naciones no industrializadas de salir del círculo de hambre que implicaba la palabra « subdesarrollo », para avanzar por caminos menos miserables. En ese mismo instante, los países que compraban cacahuets o café decidieron pagarlos mal. Tal es el cuadro en que se mueven hoy los dos mundos, y en donde habría que introducir algún nuevo criterio de equidad para detener el proceso explosivo del hambre. Decir « ¡alto! » a los pueblos que quieren moverse por la vía del desarrollo es una provocación, una torpeza.

Decía Pedro Salinas que era necesario crear un nuevo vocabulario, ajustándolo a los nuevos conceptos que el mundo impone al desarrollarse. La palabra « guerra », me explicaba él, corresponde a una época ya antigua en que se producían rasgos heroicos personales, había cargas de caballería, ejércitos que visiblemente se enfrentaban... catástrofes de alcance limitado. Lo que produce una bomba de las de nuestros tiempos no estaba previsto en esas imágenes, ni puede darse a entender con la misma palabra « guerra ». Algo de eso ocurre con el hambre. Fue muy hábil haber consagrado esa palabra para la campaña que patrocina la FAO, y es posible que la visión medieval del hambre esté más al alcance de la gente. Las fotografías que se publican de los casos de inanición, conmueven. Pero ese tipo de hambre un poco lejano, herencia de siglos que hiera a ciertos pueblos, distrae la atención y no permite enfocar con nitidez el hambre que está más cerca de nosotros. Ni deja entrever todo lo que hay de actual, de presente, en la nueva hambre de nuestro tiempo, y en la responsabilidad colectiva de quienes la determinan. Es natural que quien siente el hambre es el que la sufre, y hacérsela sentir a quien no la padece es la más dura labor que se han impuesto literatos, fotógrafos y cinematografistas. Pero convengamos en que el hambre, como la guerra, ha sufrido un cambio de perspectiva que no se ha impuesto a todos, que no todos han visto. Hasta el momento se ha logrado crear una psicosis de miedo a la guerra, pero

estamos lejos de haber creado la del miedo al hambre. Miedo al hambre de la India, y miedo al hambre que nos ronda en Sudamérica.

La vastedad del problema del hambre fue resumida en pocas palabras en la Conferencia de Ginebra sobre Comercio y Desarrollo por el doctor Sen, director de la única agencia multinacional que tiene la responsabilidad de la campaña contra el hambre: la FAO. Dijo el doctor Sen: «La mitad de la población del mundo sufre hoy de desnutrición o malnutrición, y está formada en gran mayoría por habitantes de las zonas rurales. Si no se hacen esfuerzos especiales para aumentar la productividad agrícola, y si, como ahora, la producción agrícola se limita a aumentar al compás del crecimiento demográfico, un sencillo cálculo aritmético nos dice que al terminar el siglo el volumen de la población desnutrida y malnutrida se habrá duplicado.» Es este cálculo prudente y conservador, como corresponde hacerlo a quien tiene tanta responsabilidad. Pero basta para proyectar la magnitud del problema.

El hambre medieval, como la de la India, ha podido ser más obra de la naturaleza que del hombre, pero hay hambres que son obra del hombre, y no precisamente del hombre salvaje. Josué de Castro da ejemplos convincentes en su geografía del hambre, que se confunden con la geografía humana y emergen en la geografía política. Tal el caso del nordeste del Brasil. Era una tierra fértil, rica, de bosques, adonde llegaron los más progresistas colonos de hace cuatro siglos, los portugueses, y descubrieron en ella el terreno ideal para introducir la caña de azúcar. Los primeros colonos, aprovechando los pequeños ríos que culebreaban por el bosque, pudieron fundar pequeñas haciendas en donde se plantaron algunos árboles venidos de lejos: el árbol del pan, la palma de coco, el mango. Pero la riqueza de la caña marcó la posibilidad de extensos cultivos que fueron cubriendo toda la comarca. Se talaron los bosques, la caña fue devorando la tierra vegetal en que se hundían sus raíces, perdió la comarca sus sombras y su tierra buena, los ríos graciosos desbordaron, y donde se montó la más

próspera industria del Brasil, se instaló la más hambrienta de sus poblaciones trabajadoras. Hambrienta con un hambre disimulada, casi ignorada, como corresponde a los desnutridos y malnutridos de que habla el doctor Sen. Un especialista en problemas alimenticios, Seabra Veloso, citado por Castro, describe allí a «un pueblo que vive en un déficit permanente de carne, leche, pescado, huevos, cereales, frutas y legumbres, débil y sufrido, que no puede tener sino una descendencia raquítica, inerte y destinada a desaparecer entre la infancia y la adolescencia. Su rendimiento de trabajo es mínimo; su salud precaria lo expone a males terribles como la tuberculosis, los gusanos, las infecciones, etc.; su vida es siempre de corta duración: cuarenta o cincuenta años; los servicios que rinde a la patria, prácticamente nulos, cuando no negativos, porque en estas condiciones el ciudadano viene a convertirse en una carga, en un peso muerto capaz de dificultar la marcha normal del progreso».

Esa fotografía escrita hace veinte años se ha convertido en los últimos tiempos en fotografía que habla, a veces con acentos amenazantes, políticos. En términos humanos y económicos su significado es tremendo. Esos cuerpos de hombres en donde los gusanos se anticipan a hacer sus nidos, podrían ser la más sana reserva humana de la democracia, la riqueza del nuevo mundo, el fundamento popular de la cultura cristiana, la seguridad de América, y sin embargo se dejan como un desperdicio de riqueza, y se tratan como si no existiera el sentido de la solidaridad humana. Cuando en los Evangelios se emplea la palabra prójimo, Jesús aclara que prójimo, «próximo», no quiere decir el vecino inmediato. Próximo es el buen samaritano, el forastero, el que por el solo hecho de ser hombre debe considerarse cercano a los demás. El mundo hoy se acerca con los aviones, y se aleja con los nacionalismos. En unas cosas se aprieta y une; en otras se resquebraja y deteriora. La lucha contra el hambre tiene esa doble faz: es para combatir en unas regiones el hambre y la miseria, y en otras el egoísmo y la ceguera. No es fácil saber cual de estas dos luchas es más apremiante.

# Latinidad y negritud

POR LEOPOLD SEDAR SENGHOR

GILBERTO FREYRE escribe en el prefacio de la primera edición de *Casa grande e Senzala* : « La formación patriarcal del Brasil, tanto en sus virtudes como en sus defectos, se explica menos en términos de 'raza' y de 'religión' que en términos de economía, de cultura o de organización familiar, puesto que aquí la familia fue la *unidad* colonizadora. » No digo yo cosa distinta cuando me refiero al injerto mediante rama suelta, como sucede en este país, de la *latinidad* sobre la *africanidad* ; mejor aún, de la *lusitanidad* sobre la *negritud*. Trátase, una vez más, de la Cultura, del Hombre, determinado sin duda por el complejo histórico y geográfico, y por ende económico y social, pero que por simbiosis supera estas determinaciones para convertirse en libertad creadora. Sin embargo, esa « superación » no existiría —y menos todavía la « libertad creadora »— si no hubiese como base, entre las determinaciones esenciales, la « raza ». Como escribió el historiador Lucien Febvre al comentar la obra de Gilberto Freyre, « el brasileño... incluso blanco, fundamental y visiblemente blanco, no deja de ser una obra maestra de complicación racial y mental, desarrollada en el trópico. Y... un éxito feliz. Psicológico y también histórico. » Yo diría cultural, por encima de todo.

Ante la Academia Brasileña de Letras intenté demostrar en qué consistía ese feliz éxito cultural de América Latina, en el que el Brasil ofrece el ejemplo en todas las disciplinas : en etnología e historia, en

poesía y novela, en arquitectura y escultura, en pintura y tapicería, en música y danza. Como en todas las grandes civilizaciones lo que hizo posible ese logro fue —digámoslo sin temor— la mezcla de sangres y los cambios de culturas. Así aconteció en Egipto, en Súmer en Grecia. Aunque no lo digan, fue este mestizaje el que originó el poderío de los Grandes de hoy y no sus ideologías antagónicas : los Estados Unidos de América y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Mas el logro del Brasil es ejemplar por el hecho de que cuatro corrientes étnicas, o cuatro razas, y por lo tanto cuatro civilizaciones, formaron el brasileño de 1964. Y sobre todo porque se practica conscientemente, sin complejo alguno, una política de integración de los *valores complementarios*. Sin referirnos a los franceses —normandos y bretones— que fueron tronco de un nuevo linaje en las costas brasileñas, los portugueses de Pedro Alvarez Cabral habían sido muy mestizados por los sarracenos : los famosos almorávides y almohades, que eran africanos de civilización árabe. De ellos heredaron los brasileños el espíritu latino. Si al hablar de latinidad me refiero a los sarracenos, es porque debe mucho a la civilización árabe, singularmente en Lusitania. Por lo cual, vuestra latinidad, vuestra lusitanidad tiene menos de mandamiento que de comprensión, menos de claridad de exposición que de finura de análisis.

Rasgo psicológico, rasgo cultural a los que no es ajena la aportación de la negri-

tud. Puesto que en los valores de civilización de que está hecha la negritud veo esencialmente el gusto y el sentido de la vida, que se expresan en la vitalidad de los negros africanos : en esas formas simbólicas y en esos ritmos que han franqueado el Atlántico para aclimatarse en el Brasil, ante todo en Bahía.

Desde luego, no diría todo lo que hay que decir si no me refiriese a la *indianidad*. A decir verdad, ésta es el arbolillo silvestre en el cual injertaron la lusitanidad y la negritud ; es también el cielo y la tierra tropicales, el cuadro en el que —con palabras de Freyre— se formaron la familia, la economía y la cultura, que explican al brasileño de hoy.

No obstante, el hecho real es que los rasgos esenciales de la cultura brasileña proceden de la latinidad y de la africanidad. Esta cultura es al mismo tiempo y en simbiosis, ciencia y arte, historia y visión, lucidez y sensualidad. Incluso la política brasileña es eso. Y eso es uno de los grandes fenómenos del mundo contemporáneo.

\*

Esos rasgos particulares de la cultura brasileña los hallamos muy parecidos —no digo idénticos— en Africa, sobre todo en el Africa latinófona, particularmente en Senegal.

Tales son las razones de vuestra fraternidad. Si os recuerdo que esta cultura-simbiosis es una de las piedras angulares de la civilización universal, habré indicado los argumentos que militan en favor de nuestra cooperación, sobre todo del desarrollo complementario de nuestra latinidad y de nuestra africanidad. Y al mismo tiempo habré recomendado la Universidad de Bahía como el hogar de este nuevo humanismo.

He dicho « la Universidad ». En efecto, según su propia etimología, su función es enseñar en todas las disciplinas los valores de universalidad de cada civilización distinta, y ante todo de las que formaron el Brasil moderno. Pero he precisado : « la Universidad de Bahía ». Y es que antes de ser « de todos los Santos », esta bahía maravillosa de gracia, hermana de la bahía de Dakar, fue de todos los hombres, de todas las razas. « En esta ciudad —escribió

Stefan Zweig— fue construído el primer pilar del inmenso puente sobre el Atlántico ; en ella nació, mediante la combinación de la materia europea, africana y americana, la mezcla nueva que en la hora actual fermenta tan activamente. » Lo recuerda Pierre Joffroy en su sugestivo libro sobre este país. Ya sé que desde 1763 Salvador no es la capital, ni política ni económica, del Brasil. También sabemos que a finales del siglo último el azúcar dejó de ser la gran producción de Bahía. Pero Bahía continúa siendo lo que siempre fue : la más africana de todas las ciudades brasileñas, la bahía que acoge la vida con su sonrisa del sol, al ritmo de las guitarras sonoras y de las caderas melódicas. Bahía : una de las fuentes-cascadas del arte brasileño.

Siendo las cosas como son, no resulta sorprendente que Bahía haya sido la primera de las ciudades brasileñas, el primer Estado que lanzó y dirigió a Africa el mensaje ya histórico de diciembre de 1962. Correspondía a las universidades de Bahía y de Dakar ofrecer el ejemplo, antes incluso de la publicación de ese mensaje, de la cooperación brasileño-africana al nivel más elevado. Y lo hicieron. Hoy les corresponde desarrollar esa cooperación cultural enseñando a sus estudiantes respectivos las virtudes complementarias de la latinidad y de la africanidad.

Ya dije lo que el gobierno senegalés y la Universidad de Dakar comenzaron a hacer en pro de la enseñanza de la lengua portuguesa y de la civilización brasileña. Esta enseñanza será ampliada e intensificada. A los nacionalistas africanos de las colonias portuguesas que me expresaron su deseo de adoptar, una vez lograda la independencia, el francés como idioma oficial, les aconsejé : « Será bastante que lo hagan primera lengua extranjera. No olviden que culturalmente no se encuentran solos, pues hay el Brasil. » Pero no es casual que las élites de las colonias portuguesas se expresen en francés en las reuniones panafricanas. Como todos saben, en el mundo, en Africa, en el propio Brasil, desde la Revolución francesa, desde Don Pedro II la lengua y la cultura francesas se han convertido en elementos esenciales —no únicos, desde luego— de la latini-

dad. Hasta cierto punto también lo son de la africanidad ; la prueba es que las grandes naciones que han puesto su interés en Africa, han intensificado la enseñanza del francés para así mejor comprender a los africanos.

Mas para comprender mejor Africa es preciso añadir el estudio de las lenguas y civilizaciones africanas. Como todos saben, en la disciplina de las lenguas es necesario avanzar con prudencia, comenzando por el comienzo. No serían ustedes unos herederos de Descartes si quisieran enseñar la lingüística, incluso las lenguas negro-africanas, de manera pragmática y a la buena de Dios, es decir, sin método. Por esto en el Senegal hemos comenzado, en una primera etapa, por limitar al sector universitario la lingüística negro-fricana. Tenemos la intención de extender, en una segunda etapa —una vez el método sólidamente elaborado y haber logrado resultados importantes— la enseñanza de esas lenguas negro-africanas, primero a las escuelas normales y luego a la segunda enseñanza y a las escuelas.

Mientras tanto enseñamos, junto con las disciplinas clásicas —entre ellas el latín, el griego y las lenguas europeas—, medicina y farmacia, ciencias exactas y ciencias naturales, historia y geografía, derecho y etnología, pero aplicadas todas ellas al Africa. Por esto ocupa un lugar preferente el estudio de la negritud, el de los valores de civilización del mundo negro, tal como se expresan en las letras y en las artes.

\*

¿Pero qué quiere decir « enseñar las virtudes complementarias de la latinidad y de la africanidad » ? Exactamente las que hicieron del Brasil lo que es hoy : uno de los constructores más activos de la civilización de lo universal. Y del Senegal, entre las naciones africanas, uno de los países de la búsqueda y de la experimentación mediante el diálogo. Nunca estas virtudes fueron más necesarias que en este siglo nuestro de dicotomías y de prejuicios, de confusiones y de simplificaciones, de ideologías sin espíritu y de estéticas sin imaginación. Dejando por el momento al Senegal, me permitiré analizar brevemente lo que la cultura brasileña debe a una y otra civili-

zación, siendo la indianidad la América-madre donde ellas se aclimatan y echan raíces : el « continente del tercer día », para hablar como Hermann von Keyserling. Lo cual debe ser la primera en enseñar, profundizándolo, la Universidad de Bahía.

Jamás fue más necesario el retorno a Descartes que en este siglo XX, como lo preconiza el filósofo franco-senegalés Gaston Berger. El retorno a lo mejor de la latinidad : al rigor en el método, a la lucidez en el análisis, a la claridad en el discurso, a la eficacia en la acción, finalmente al espíritu como causa y fin del hombre. ¿Cómo, sin esto, podríamos ver más claro, sobre todo nosotros, hombres del Tercer Mundo, para hallar la salvación en medio de las contradicciones y confusiones del siglo XX, en esta razón que desazona, esta técnica que destruye y estas ideologías que se reniegan a sí mismas? Por último, ¿cómo en este « siglo de la abundancia », en el que los dos tercios de la humanidad no comen lo suficiente? La causa profunda de esta situación reside precisamente en el abandono de las virtudes del cartesianismo y la decadencia de la latinidad. La sangre ha prevalecido sobre el sentido, el instinto sobre la razón, el egoísmo sobre la generosidad.

Indudablemente, el cartesianismo es ante todo la razón discursiva al servicio de la acción, el intelecto con vistas a la eficacia. Fue este un progreso decisivo, la levadura de la civilización moderna, de la cual el Renacimiento resultó la primera expresión. La asimilación de esos valores es aún, para nosotros los del Tercer Mundo, la primera condición —y *sine qua non*— de nuestro « despegue ». Pero el cartesianismo fue e hizo más al colocar el espíritu como causa y fin del hombre. El espíritu, es la totalidad de la razón ; es al mismo tiempo la razón discursiva que distingue y abarca los hechos y la razón intuitiva que transfigura el hecho, haciendo de él una imagen-símbolo dotada de sentido. En otros términos —que se me perdone la simplificación—, la razón discursiva se halla en el origen de las ciencias y de las técnicas, y la razón intuitiva en el de la religión y de la filosofía, de las letras y de las artes.



Pero si el cartesianismo integró el espíritu en las matemáticas —y todavía más la latinidad— fue a causa de la herencia, de la influencia del Mediterráneo : de esa « civilización de las razas morenas », como decía mi maestro Paul Rivet ; simbiosis de las influencias mezcladas de los iberos y de los ligures, de los cretenses y de los semitas, de los sumerios y de los egipcios. Y cuando digo egipcios pienso en el mestizaje negro-bereber, que es el hecho capital del Africa situada al norte del ecuador. Como enseñó con la máxima pertinencia Gilberto Freyre, el portugués de Portugal era ya, biológica y culturalmente, un mestizo en el que los elementos árabo-bereberes y negro-africanos no eran cosa de poca monta. Lo cual explica en parte su prodigiosa epopeya de entonces.

Esto me lleva, por su misma mesmedad, a abordar después de los valores de la latinidad los de la negritud, que es uno de los aspectos esenciales de la africanidad, puesto que el otro es el arabismo de los árabo-bereberes. Tranquilícense : la negritud —la expresión fue creada por el antillés Cesaire— no es un racismo, ni tan siquiera un antirracismo. Es, por una parte, el conjunto de valores de civilización de los negros de todo el mundo ; es, por encima de todo, la voluntad activa de cultivar estos valores para aportarlos como contribución a la elaboración de las respectivas culturas nacionales, mejor aún, a la edificación de la civilización de lo universal.

Los valores de la negritud participan, esencialmente, de la razón intuitiva : de la razón-tacto. Es cierto que la negritud participa ante todo de la sensación y del instinto. Pero por ser del hombre y ser imaginación, la negritud es humanismo. Gracias a su sin igual don de fabulación, que es imaginación creadora, el negro pasa ingenuamente de la sensación al sentimiento, del tocar al sentir, y gracias a la imagen ritmada, a la imagen-símbolo, del sentir al pensar : de la cantidad a la calidad, del signo al sentido, que es el movimiento mismo del humanismo, la definición del espíritu. Es ese don, repetimos, ese ritmo de la energía, ese movimiento de la fuerza vital, la fuente de todo pensamiento, de todo arte. Y no resulta sorprendente que hoy día muchos sabios, entre ellos los matemá-

ticos, estudien la andadura de la creación artística para inspirarse en ella.

Aludí anteriormente al hecho de que si los antiguos países de la latinidad —y también del helenismo—, es decir, Francia, Portugal, España, Italia y Grecia trabajan intensamente, no obstante su debilidad material, en la edificación de la civilización de lo universal ; si han aportado la contribución más importante a la revolución artística del siglo XX, de la que fue faro la Escuela de París, se debe precisamente al hecho de que son países de mestizaje y que han vuelto a los orígenes del arte : al reino de la infancia, donde reina la negritud. No lo digo yo, sino que lo afirmó el propio conde de Gobineau y, más cercano a nosotros, el conde de Keyserling. Éste, en su *Diagnóstico de América*, escribió que « en estas circunstancias (las del mestizaje), no es en modo alguno improbable que los primeros genios originales del Nuevo Mundo pertenezcan » a los mestizos de negros y blancos. Anteriormente había precisado que ni siquiera era necesario que ese mestizaje fuese de sangres : bastaba que lo fuera de almas merced a la simbiosis realizada por la tierra americana. Por lo cual toda civilización, toda cultura procede del alma y del espíritu.

No seré yo quien lo niegue : en el complejo de la civilización brasileña las aportaciones de la latinidad son esenciales, como lo es en un concierto la función del director de orquesta. Aún es necesario que haya ejecutantes y asimismo instrumentos. Es aquí donde interviene la africanidad, ante todo como elemento árabo-bereber de la latinidad ; pero luego y sobre todo en su forma original y singular de negritud. Sin duda alguna es ella la que, energía creadora, aviva la imaginación de vuestros escritores, da forma y color a vuestros monumentos y a vuestros cuadros ; la que por encima de todo da ritmo al corazón encendido y melodía a la boca fresca que es el Brasil.

Me parece que en ella se encuentra, mezclada a la influencia árabo-bereber, el origen de vuestra *delicadeza*, cualidad típicamente brasileña. Ustedes saben mejor que yo cuán compleja es su noción, al mismo tiempo tan delicada y vigorosa. Por mi parte, me limito a retener los aspectos de

delicadeza y de honor, de « gentileza y de honestidad », considerando estas dos últimas palabras en el antiguo sentido francés de nobleza y de cortesía.

Ha sido el etnólogo Leo Frobenius el que presentó al Africa como el continente donde « reina la primacía de la delicadeza y del honor ». Precisamente en ese continente la regla de oro de la sociedad es rendir a cada hombre, cualquiera que sea su raza y su condición social, las muestras de respeto que se deben a la dignidad de la persona humana. Como dijo un poeta senegalés, cantando al « hombre de bien » :

*Has honrado al rey,  
Has honrado al pobre,  
Has honrado a tus enemigos.  
Si el honor fuese perro,  
Menearía el rabo al verte.*

Y respondiendo a este poema, en la otra orilla del Atlántico, Vinicius de Moraes escribió esta elegía :

*Quisiera convertirme en mendigo, ser pobre  
Para participar, oh hermano mío, en tu belleza.*

*Quisiera, oh amigos míos... quisiera, oh mis  
enemigos...*

*Quisiera...*

*quisiera con fervor, oh amiga mía...*  
(«Elegía casi Oda »)

Hasta la muerte (asesinato o suicidio) para reconstituir la dignidad ofendida, *desintegrada*, hasta la gentileza espontánea del

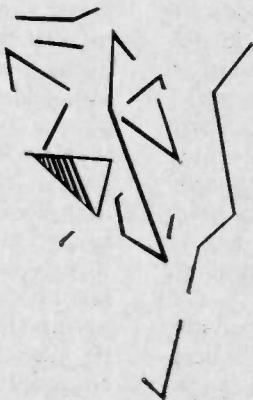
pueblo bajo encontraréis en Africa : en Nigrícia.

\*

El Senegal organizará en diciembre de 1965 el Primer festival mundial de Artes negras y negro-africanas. No se trata de una manifestación racista o continentalista. En él participará Marruecos, no obstante ser un país de civilización árabe. Y nuestra esperanza es que la contribución brasileña sea muy importante.

No se tratará de afirmar la primacía, ni siquiera la prioridad del arte negro. Aspiramos a decir, en el espíritu humanista del que quise inspirarme y en el sentido de la civilización de lo universal, lo que el negro ha aportado y lo que ha recibido. Tratará de demostrar una vez más que el arte, al igual que la belleza, perfección del espíritu y por ende del hombre, se encuentra en la encrucijada del « acuerdo conciliador » : del mestizaje. Por esto es por lo que América Latina, particularmente el Brasil, desempeña un papel capital en este siglo XX.

Trátase siempre del hombre, puesto que se trata de universalidad : de universidad. Por lo tanto, no podría decir lo que he dicho más que en esta Universidad, en esta bella Bahía, sonriente y acogedora, de todos los Santos. Mejor aún : de todos los hombres.



# La libertad política, condición esencial del desarrollo

POR RAFAEL CALDERA

LA CONSIGNA del desarrollo ha prendido en la humanidad de nuestro tiempo. Como dice Leuret, es un « mito motor ». Cada día, y a pesar de la presencia de la guerra fría hay una tendencia mayor a sustituir otros esquemas por el que clasifica los países en países desarrollados y países en vías de desarrollo. El imperativo del desarrollo provoca análisis y estudio, estadísticas y planes, conferencias y compromisos internacionales. La humanidad está haciendo una toma de conciencia. La verdad desnuda de las cifras impone esfuerzos urgentes, que no pueden resignarse con la marcha natural de los sucesos. Es preciso acelerar con energía revolucionaria el proceso de cambios de estructura indispensable para que cada pueblo alcance condiciones mínimas de bienestar. Todos estamos convencidos de la necesidad de desarrollo, todos afirmamos unánimemente su logro como el gran deber de los hombres en el actual momento histórico : pero donde no hay unanimidad es en el cómo y el para qué ha de efectuarse el desarrollo. ¿En la libertad, o suprimiendo la libertad? ¿Para fines puramente económicos, o para el mejoramiento social y humano de la población?

Los cristianos tenemos para estas preguntas las respuestas más claras. El desarrollo debe lograrse en la libertad y para el bienestar social y humano. No tenemos duda en los principios. Las dos encíclicas fundamentales de Juan XXIII lo ex-

ponen inequívocamente : « Mientras las economías de las diversas naciones evolucionan rápidamente y con ritmo aún más intenso después de la última guerra, creemos oportuno llamar la atención sobre un principio fundamental, a saber, que el desarrollo económico debe ir acompañado y proporcionado con el progreso social, de suerte que de los aumentos productivos tengan que participar todas las categorías de ciudadanos »... « de donde se sigue que la riqueza económica de un pueblo no consiste solamente en la abundancia total de los bienes, sino también, y más aún, en la real y eficaz distribución según justicia para garantía del desarrollo personal de los miembros de la sociedad, que es la verdadera finalidad de la economía nacional »... « por tanto, si las estructuras, el funcionamiento, los ambientes de un sistema económico son tales que comprometen la dignidad de cuantos ahí despliegan las propias actividades, o que les entorpecen sistemáticamente el sentido de responsabilidad, o constituyen un impedimento para que pueda expresarse de cualquier modo su iniciativa personal, tal sistema económico es injusto, aun en el caso de que, por hipótesis, la riqueza producida en él alcance altos niveles y sea distribuida según criterios de justicia y equidad » (*Mater et Magistra*, párrafos 79, 80, 89). « El orden propio en las comunidades humanas es esencialmente moral. En efecto, es un orden que tiene por base la verdad, que se realiza en

la justicia, que reclama ser vivificado por el amor y que encuentra en la libertad un equilibrio restablecido siempre y siempre más humano » (*Pacem in Terris*, párrafo 37).

Pero no basta reafirmar los principios. Sentimos que la coyuntura actual, la inquietud arrolladora de los pueblos cada vez más conscientes de sus propios derechos y de la urgencia de asegurarlos, ofrece una oportunidad a los que quieren aniquilar la libertad para imponer métodos totalitarios y proyectarlos indefinidamente a través de la fuerza. Vemos al mismo tiempo a gente de buena fe considerar que sólo un mecanismo autoritario puede lograr energía y acción suficiente para que se realicen en un país cualquiera los cambios que demanda el desarrollo. Hay quienes estiman que la libertad y las formas políticas que le son inherentes constituyen inaceptables rémoras a la acción vigorosa de la transformación ; y no son pocos los que están convencidos de que las nuevas promociones de dirigentes, por una parte, y las masas populares por la otra, atribuyen importancia secundaria al problema de la libertad, ante el problema práctico de cambiar los sistemas de producción y de lograr para esas mismas masas la posibilidad de adquirir un nivel satisfactorio de bienestar.

Esta es la cuestión que se me ha encomendado tratar en la presente conferencia ; y debo confesar que pocos problemas son más apasionantes, que pocos planteamientos producen una inquietud mayor, pocos asuntos reclaman una clarificación más neta y más activa ; porque las ideas generales que aquí exponga son como la respuesta que se nos pide con mayor angustia por las generaciones jóvenes de América Latina y de los demás pueblos que sienten la necesidad perentoria de afrontar los imperativos del desarrollo.

El planteamiento es serio. Pocos lo han señalado en palabras más claras (inclinándose peligrosamente por la respuesta pesimista) que Raymond Aron en un estudio de 1963 sobre « La teoría del desarrollo y los problemas sociológicos de nuestro tiempo » que ha dado bastante que hablar. « A comienzos de siglo —dice—, la modernidad se definía por la libertad política y

por el parlamento ; hoy se define por la industrialización y por el plan »... « Es también improbable que los países en vías de desarrollo logren combinar las instituciones representativas, el sufragio universal y la participación activa de las masas. Allí donde las masas son ya activas, es por lo menos probable que se establezca un tipo cualquiera (hay muchos) de régimen autoritario y de partido único »... « Además, la moda intelectual en todo el mundo es hoy más favorable al plan que al mercado, a la industria que al parlamento, a la autoridad que a los derechos individuales »... « Por otro lado, en una fase inicial de desarrollo, el desarrollo económico exige generalmente transformaciones sociales más o menos radicales. Es frecuente que ciertas consignas, aparentemente de izquierda, tengan una significación conservadora (por ejemplo, cuando las instituciones representativas están dominadas y manejadas por plutócratas o grandes propietarios). Valores políticos de libertad y valores económicos de desarrollo corren el riesgo de ser o de parecer contradictorios » (*Cuadernos*, enero de 1963).

No podemos ignorar que las ideologías totalitarias, o mejor dicho, los modelos totalitarios, para grupos que representan o logran asegurarse respuesta favorable de importantes sectores de opinión, constituyen el instrumento idóneo para realizar el cambio estructural que nuestros países reclaman. Los comunistas son los más connotados en esta actitud. Invocan la industrialización soviética por la potencia militar de China como argumento contundente, fingiendo olvidar el elevado precio que ellos cuestan a los pueblos que los soportan y soslayando el argumento difícilmente rebatible de que ese desarrollo industrial y bélico está cuantitativa y cualitativamente por debajo del obtenido por países capitalistas, si es que se acepta la escala de la potencialidad productora o guerrera como norma para evaluar un régimen. Toma cuerpo, por otro lado, la actitud de los llamados nasseristas que es una adaptación de la antigua corriente « kemalista », en relación a la cual expresa otro francés, jurista y escritor, Maurice Duverger, en su obra sobre las dictaduras : « En Turquía Kemal utilizó la técnica leninista del par-

tido único para preparar las condiciones de una democracia política futura, de tipo occidental. Él lo hizo empíricamente : la ideología de su experiencia ha sido elaborada más tarde. En un país feudal y agrario, donde la gran mayoría de la población es inculta, atrasada, analfabeta, un sistema occidental con pluralismo de partidos y elecciones libres no tiene sentido : detrás de esta decoración artificial, las estructuras antiguas se mantendrían y los grandes propietarios y los jefes tradicionales halarían las cuerdas electorales. Hay que crear las condiciones de la democracia antes de establecerla : tal es el fin de la dictadura revolucionaria kemalista »... « En el período de construcción de una infraestructura industrial moderna hay, pues, que quitar al consumo una parte de los bienes disponibles para afectarlo a la inversión : es decir, disminuir aún más el nivel de vida general, ya de por sí muy bajo. Solamente una dictadura podría imponer tan grandes sacrificios. Tales son las bases de una nueva teoría de la dictadura revolucionaria, régimen correspondiente a la 'fase intermediaria' que separa a las sociedades subdesarrolladas de las sociedades industriales » (Ed. Julliard, 1961, págs. 124-126).

La resolución del problema no es simple. Depende de una serie de cuestiones que en cierto modo van comprendidas en el planteamiento : a) qué se entiende por libertad política y en qué medida le es inherente la libertad económica ; b) hasta qué punto están logradas en las formas de la llamada « democracia formal » las exigencias de la sociedad actual ; c) hasta qué punto es lícito identificar el concepto de una autoridad fuerte y renovadora con el autoritarismo, el totalitarismo o la dictadura ; d) en qué medida es correcto afirmar que la necesidad urgente de las masas y la preocupación creciente de los jóvenes en cuanto al desarrollo les han hecho desinteresarse de la libertad política.

A) *La libertad política.* Si tuviéramos que precisar el ámbito de la libertad política podríamos intentarlo tal vez señalando que ella envuelve : a) un conjunto de prerrogativas que cada uno puede invocar frente al Estado, en el momento en que éste aparece como titular de la coacción

organizada para lograr el bien común, y b) ciertos requisitos esenciales para el funcionamiento del Estado mismo, organizándolo en función de la voluntad colectiva, expresada conforme a reglas que aseguren la concurrencia de opiniones, la opción entre diversas fórmulas y la renovación periódica de sus representantes a través de los mecanismos del derecho.

Podríamos expresarla, de manera sintética, en el primer aspecto, mediante el precepto constitucional contenido en el artículo 43 de la vigente Constitución de Venezuela (1961) : « Todos tienen derecho al libre desenvolvimiento de su personalidad, sin más limitaciones que las que derivan del derecho de los demás y del orden público y social. » Ella envuelve algunos de los llamados derechos individuales y sociales, el aseguramiento indispensable para que cada uno pueda expresar sus pensamientos, fundar y dirigir una familia, establecer su hogar, trabajar y rendir culto a Dios, sentirse garantizado en su persona, en su correspondencia y en sus bienes, asociarse con otros para fines lícitos y realizar los demás actos reconocidos por las leyes. Mientras en el segundo aspecto, envuelve la libertad política, el derecho del voto, el derecho de ser elegido, el derecho de organizarse en partidos políticos y de participar, mediante ellos y a través de los actos regulares de la actividad democrática, en la resolución de las cuestiones fundamentales que interesan a la comunidad.

La experiencia demuestra que la supresión de estos derechos en aras de la fortaleza del poder para lograr objetivos de interés común no sólo es innecesaria, sino contraproducente. La falta de control por parte de los órganos que representen eficazmente al pueblo, la falta de canales para expresar las necesidades del mismo ; la suplantación de la voluntad general por la de una persona o de un grupo suelen conducir, ocultas bajo aparentes beneficios, a tremendas desviaciones que llevan consigo la corrupción, la formación de camarillas voraces, la sustitución de los antiguos explotadores por otros y el desconocimiento monstruoso de los derechos más elementales de cada ser humano, condenando al hambre y a toda índole de privaciones a las generaciones actuales y a las que las

sucedan, en aras de una incierta y remota esperanza de mejoramiento.

Por otra parte, la supresión de la libertad quita interés a la comunidad en los objetivos del desarrollo. Como dice Rostov, « la democracia tiene ciertas importantes ventajas compensatorias durante el proceso de modernización. Aunque la modernización de una sociedad requiere fuerte liderazgo y aun cierta medida de planificación centralizada, no tendrá buen éxito a menos que asegure las energías y comprometa a los ciudadanos mismos... Los valores democráticos y la aceptación de los objetivos democráticos, de su naturaleza, estimulan a los hombres en todos los niveles a tomar parte en la modelación de su ambiente ; porque la responsabilidad individual es el reverso de la medalla de la libertad individual » (W. W. Rostov : « The Challenge of Democracy in Developing Nations, address made at a seminar on democracy at Mérida, Venezuela, on Jan. 26, 1964. » *Department of State Bulletin*, Feb. 17, 1964).

En el conjunto de derechos que la sociedad política garantiza a sus miembros en un ordenamiento fundado sobre la libertad están también incluidos los derechos de poseer bienes y administrarlos, producir, intercambiar y distribuir las riquezas, establecer negocios y contratos sin otras restricciones que las impuestas por la ley. Estas prerrogativas corresponden a la libertad económica. Entendidas de manera irrestricta, significarían el derecho de cada uno a asegurarse a través de todos los medios a su alcance y mediante una continua e ilimitada competencia el mayor bienestar individual, en el supuesto de que la mayor suma de riqueza acumulada en cada mano sería el elemento que sumado a los otros constituiría la prosperidad general.

Está planteado el debate acerca de hasta dónde la libertad económica es inherente a la libertad política ; hasta dónde es también factor indispensable para lograr el desarrollo. La verdad es que la humanidad de nuestro tiempo desconfía de llevar a límites de desenfreno la supuesta libertad que funciona sólo como un privilegio de los fuertes y en cuyas manos deja los intereses de los débiles, ya sea que la relación entre fuertes y débiles se plantee

internamente entre clases o grupos económicos, ya externamente, en términos de comercio mundial.

Es indudable que el estímulo a la iniciativa privada de cada uno, como lo han dicho los Pontífices, constituye no sólo un reconocimiento al derecho de la persona humana para desenvolverse plenamente y al derecho de la familia para fortalecerse y arraigarse, sino también un estímulo importante en la creación de nuevos bienes y en la organización de servicios de los cuales se aprovecha la colectividad ; pero es evidente que en punto a la libertad económica, y frente al inaplazable imperativo de desarrollo que hoy confronta la mayoría de los hombres, se hace indispensable poner en práctica orientaciones, restricciones y limitaciones ordenadas por la justicia y reclamadas por el interés general.

Cuando se suele decir que los pueblos o que los jóvenes miran la libertad con menosprecio ante el reclamo de la justicia y del bienestar, quizás se enfoca más lo relativo a la libertad económica que lo que concierne a la libertad política. Los propios pueblos han tomado conciencia de que sólo la libertad política les permite hacer sentir su presencia, reclamar sus derechos, imponer normas de conducta que se traducen en su beneficio ; los pueblos saben que quienes les ofrecen pan a cambio de la libertad, primero les quitan la libertad y después les niegan el pan. Los jóvenes, por otra parte, sienten cada vez más la necesidad de expresarse, de disentir y de luchar ; y en aquellos lugares donde se les cohibe la expresión del descontento o donde circunstancias extraordinarias impiden la canalización de sus inquietudes en términos de lucha civilizada, buscan otras derivaciones que empiezan por las controversias literarias y artísticas, pero que toman a veces el cariz de rebeldías aparentemente sin causa, y que testimonian empero un grave desajuste social.

Entendemos, pues, que la libertad política en sus aspectos fundamentales involucra el derecho a pensar, a actuar, a desarrollar la propia personalidad ; a intervenir en la vida del Estado y en la formación de sus órganos y a ventilar las disidencias dentro de los cauces que señalan la moral, el ordenamiento jurídico y las

necesidades de la convivencia social. Y que en cuanto a la libertad económica, ella no es un valor absoluto, y no excluye la intervención de quien represente los intereses colectivos, la cual será indeseable cuando se manifiesta en forma arbitraria, esterilizante o injusta o cuando cercena innecesariamente campos que deben reconocerse a la actividad de cada uno, mas tiene con frecuencia, y especialmente en las épocas críticas, raíces de necesidad y de justicia que se remontan a tiempos muy lejanos.

En el propio libro del Génesis, cuando se narra la historia de José, se dejó un ejemplo penetrado de profunda elocuencia.

« Pasados en fin los siete años que hubo de abundancia en Egipto,

« Comenzaron a venir los siete años de escasez que había profetizado José y el hambre affligió a todo el mundo ; mas en toda la tierra de Egipto había pan. »

¿Qué habría pasado sin la previsión de José en el período de las vacas flacas? ¿Qué, sin su intervención reguladora durante el ciclo de abundancia? O la dilapidación del trigo en la época de las vacas gordas habría dejado al pueblo en la miseria, o bien acaparadores con previsión se habrían apoderado del fruto para explotar, mediante precios inhumanos, la necesidad de los consumidores. ¡Quién sabe cuántos de ellos se quejaron al menos en su fuero interno, contra lo que juzgaban una limitación indebida de la libertad económica!

B) *La democracia formal.* Parece ser, por otra parte, que la sola mención de libertad política envuelve consigo el apego rígido a las formas de organización política que ha tomado el mundo, en el proceso histórico de los países políticamente más avanzados, durante los últimos doscientos años.

No cabe duda de que la democracia constituye la forma política más adecuada para garantizar y realizar la libertad. La democracia, aparte su contenido sustancial, se reviste de formas algunas de las cuales son insustituibles o aparecen como insustituibles, para expresar la voluntad del pueblo y permitir el libre juego de opiniones. El sufragio universal, la representación mediante el parlamento de la voluntad ge-

neral, la existencia de partidos políticos, el régimen pluralista de corrientes y su expresión a través de la prensa, la televisión y la radio y otros medios de comunicación de masas vienen a ser, sino la esencia misma, por lo menos la arquitectura para que la democracia se organice y funcione, el conjunto de medios prácticos para que opere un régimen político alimentado por la libertad.

Pero es necesario no olvidar que los más legítimos conceptos de la democracia han rehusado siempre encarnarse en el mero esquema de la forma, insistiendo más bien en la riqueza vital del contenido. Es necesario admitir que las formas vacías pueden servir y han servido frecuentemente para que las llene el egoísmo o la ambición de unos pocos, capaces de utilizar los instrumentos y de imponer los medios de coerción que aunque disimulados pueden llamarse físicos, sus intereses y su voluntad. Sería difícil estimar quién le ha causado un mayor daño al prestigio de la democracia y a su poder de atracción sobre los pueblos : si los autócratas que al atropellarla de frente provocan como contraposición la nostalgia por ella, o los traficantes de la democracia cuando se valen del engaño o del soborno sistemáticos para arrancar una falsificación de asentimiento colectivo a fines que no corresponden al bien común y a la voluntad general.

Estamos convencidos de que el sufragio universal, con todas sus imperfecciones, es el mejor instrumento para que se expresen los anhelos y necesidades de los pueblos ; que, en manos de las mayorías debe y puede servir para que las minorías dirigentes representen efectivamente sus aspiraciones ; que la pluralidad de partidos, a pesar de los vicios que fácilmente se cultivan en ellos y que son blanco de despiadadas críticas, constituyen los mejores canales para que el instinto de sociabilidad humana se oriente hacia la preocupación y el análisis de los problemas colectivos. Creo que nada puede sustituir con eficacia a los órganos representativos, dentro de los cuales la contraposición de los criterios abra camino a las soluciones requeridas ; y en cuanto al Parlamento, a pesar de todas las corruptelas que se le achacan con razón, la experiencia de los siste-

mas donde no existe Parlamento o donde éste es un mero sancionador de las medidas adoptadas desde la jefatura unipersonal de gobierno, representa más inconvenientes, mayores vicios y trastornos y, en definitiva, menores posibilidades de acción.

Pero es indudable que las formas logradas hasta ahora distan de ser perfectas, y convertirlas en fetiches sería desconocer la dinámica que mueve la historia. Si los tiempos cambian, las formas tienen que adaptarse a los tiempos ; si hablamos de cambios de estructuras, las estructuras políticas no pueden constituir una excepción. La democracia avanza desde un sistema puramente formal hacia un sistema orgánico, de contenido económico y social ; y la resistencia a admitir que se suplante por regímenes autoritarios, ya sean de hombre providencial o de partido único, no debe impedirnos aspirar activamente a transformar las instituciones que la expresan, para que correspondan al mecanismo indispensable impuesto por el cambio social.

Así, lo que contribuya a que el sufragio deje de ser una expresión circunstancial, un tanto artificial y aritmética obtenida por mecanismo de su gestión o de presión sobre la conciencia colectiva ; el establecimiento de medios que permitan a la voluntad de los asociados irse expresando día tras día y momento tras momento en modo capaz de moldear la orientación de su propio futuro ; la transformación de los partidos, de meras coaliciones electorales en representaciones orgánicas que traduzcan en participación continua sobre la vida pública las múltiples manifestaciones de la existencia nacional, y de las instituciones parlamentarias para alejarlas del verbalismo inútil, hacer más auténtica su representatividad y convertirlas en instrumento de trabajo siempre acuciado por las exigencias de su responsabilidad no es sólo conveniente, sino necesario.

Que la imperfección sea regla común de todos los sistemas políticos es indudable. El gran pensador peruano Víctor Andrés Belaúnde lo explicaba una vez con sutil ironía disfrazada de argumento teológico, diciendo que al lado de las maldiciones explícitas proferidas por Dios sobre el hombre a causa del pecado original y contra

las cuales dejó abierta la correspondiente redención, tuvo una maldición implícita, que no expresó en la palabra del Libro, pero contra la cual no le dio redención : « Hombre : no has querido que yo te gobierne ; desde ahora te gobernarás tú mismo. » Pero que no haya régimen perfecto no quiere decir que no deba lucharse hacia la perfección y, sobre todo, que un sistema como el democrático, que es el más compatible con la dignidad esencial de la persona humana, no pueda y deba transformarse dinámicamente para que sus mecanismos se ajusten a las necesidades de acción apremiante para lograr el desarrollo.

C) *Autoridad sin autoritarismo.* Todo lo cual lleva a pensar que es necesario desvestir el concepto que muchos tienen de la autoridad, de los trajes espurios con los cuales se busca cubrirla.

Un gobierno democrático puede y debe engendrar una autoridad fuerte, capaz de garantizar el orden público y la estabilidad de las instituciones, de mantener las leyes y de emplear con energía los recursos humanos y materiales disponibles hacia las metas propuestas por planes racionalmente elaborados.

El autoritarismo no es la expresión, sino la deformación de la idea legítima de autoridad ; el totalitarismo, la absorción de todos los aspectos de la vida social en provecho de unos cuantos al servicio de las ideas impuestas por un grupo ; la dictadura, el ejercicio fuera del cauce del derecho de atributos que no se compadecen con la estructura racional de la sociedad humana : puede explicarse como producto de coyunturas en las cuales no se ha querido o no se ha dejado entrar a funcionar los mecanismos que el propio ordenamiento jurídico prevé para resolver las emergencias, pero no sólo no tiene justificación sino que carece de sentido cuando se empeña en sustituir las formas de expresión de la voluntad colectiva o en diferir la explosión de los hechos sociales, haciéndola más peligrosa cuanto más retardada.

Es innecesario describir las deplorables situaciones en que las dictaduras dejan a las naciones sobre las que se ejercen, lo mismo en la Europa desarrollada y milenaria que en la América Latina inmadura



y tumultuosa, o en los países del Lejano o del Medio Oriente o en los valles ardientes de Africa. Por propia experiencia conocemos que a cambio de unos cuantos discutibles y en todo caso limitados progresos que las dictaduras explotan hasta la saciedad, no han sido ellas capaces de dejar resuelto uno solo de los problemas fundamentales para poner a andar las energías colectivas. Ni es necesario recordar cuanto cuestan no sólo en términos morales de libertad, de respeto a la intrínseca dignidad del hombre, sino hasta en términos materiales de vidas perdidas y dolores sufridos por inmensos contingentes humanos, los regímenes totalitarios que al cabo de largos decenios y disponiendo de cuantiosos recursos, aún desconfían de los pueblos en cuyo nombre actúan y los mantienen celosamente sometidos a las más ominosas restricciones para poder conservar entre sus manos los mecanismos del poder. Ni es necesario insistir hasta qué punto choca con los propios objetivos superiores que la noción de desarrollo trae consigo, la idea nasserista de esas supuestas dictaduras progresistas y revolucionarias que juzgadas favorablemente quizás por haber sucedido a regímenes corrompidos, ineficaces y venales, no resisten una comparación favorable con Estados de estructura democrática, donde una fe colectiva ha impulsado programas de transformación por muchos conceptos superiores.

La libertad política es antitética con la opresión, la dictadura, la tiranía, el totalitarismo o la autocracia. Vale decir, con toda forma de autoritarismo : pero ella tampoco se expresa en el desorden ni en la inmovilidad. La libertad política supone la organización y funcionamiento de una autoridad que, por lo mismo que es la expresión de la voluntad general, tiene toda la fuerza moral y material que ella entraña y está movida constantemente en sentido renovador y dinámico por el reclamo del pueblo de que emana y con el cual, para conservar su verdadera fuerza, debe mantener siempre abiertos los canales de una intensa comunicación recíproca.

La libertad nada tiene que ver con la anarquía. Los grandes gobernantes demócratas del mundo han sido a través de los siglos estadistas enérgicos, decididos y au-

daces, desde Pericles hasta Konrad Adenauer.

D) *El pueblo y la juventud aman la libertad.* Y llegamos con esto a una de las cuestiones en que se tejen más especulaciones porque se dicen sin el respaldo de los hechos ; que la masa, sea el pueblo en sus estratos multitudinarios, y la juventud, es decir, la humanidad del porvenir —de un inmediato porvenir—, poco crédito guardan por la idea de libertad frente a la urgencia de la revolución para realizar el desarrollo.

Que las masas que sufren privaciones, que carecen hasta de lo esencial e indispensable para medio vivir, urgidas no sólo por la necesidad sino hasta por el contacto con ambientes dentro de los cuales hay abundancia de los bienes de que ellos carecen, estén dispuestas a librar más ante el objetivo de la justicia que ante el objetivo de la libertad, ello no significa que coloquen este valor en el rincón de las cosas olvidadas. La experiencia es distinta. Las mismas masas depauperadas han sido capaces de luchar en todas partes por la conquista de su libertad ; y la decepción que han sufrido frente a ensayos democráticos ineficaces e insuficientes no ha sido capaz de ponerlas a respaldar activamente, y ni siquiera a aceptar de buen grado los regímenes que vulneran las manifestaciones primarias de la libertad política. Abundantes ejemplos en Latinoamérica y Europa podríamos citar para demostrar que las dictaduras nunca han sido capaces de sostenerse pacíficamente logrando la adhesión de los pueblos ; y que aun aquellas que a través de estímulos constantes y mediante la utilización de todos los trucos imaginados por la técnica de la propaganda han tenido a sus pueblos en tensión permanente, no han sido capaces de lograr una firme adhesión mayoritaria, ni mucho menos han logrado sostenerse sin el apoyo de una costosa y radicalizada organización militar.

No creo, por otra parte, que exista base documental para afirmar el menosprecio de los jóvenes hacia la libertad. Por lo menos, hacia las libertades esenciales : libertad para pensar y actuar en la vida de la cultura, de las relaciones sociales y de la organización política. Convengamos en que

el dogma manchesteriano de la libertad económica no la seduce ya. Reconozcamos que los cánticos del romanticismo o las arias que los demagogos entonan le han hecho abominar de las especulaciones verbalistas sobre la libertad. Admitamos que grandes contingentes de jóvenes han estado en alguna etapa de su vida dispuestos a marchar uniformados, vestidos con los trajes de regimientos totalitarios, o dispuestos a desahogar con los puños en alto raudales de fanatismo intolerante, disponiéndose al servicio de los dogmas de la filosofía dialéctica en pueblos jóvenes, a los cuales pretenden aiucinar con la idea de que el totalitarismo que pregonan será un paso hacia su liberación total. Pero no sabemos hasta dónde, los propios contingentes juveniles no alientan su aspiración de libertad en esos países en los que una supuesta revolución proletaria se ha quedado estática en algunas de las tantas formas con que se reviste la dictadura. No sabemos, pero podemos presentirlo, hasta qué punto las nuevas generaciones formadas en el ambiente asfixiante del totalitarismo comunista están animando en sus pueblos, a riesgo de inmensos peligros, lo que en un libro de dos antiguos comunistas húngaros, que tenían 20 años cuando el comunismo se estableció en su patria al amparo de un ejército de ocupación extranjero, se ha denominado « la rebelión del espíritu ».

Que las nuevas generaciones consideren que la vida económica —transcurrida dentro de grandes privaciones para la mayoría de ellas como para la mayoría de los seres que han visto— deba ser limitada con el fin de conquistar bienes superiores, ello podrá representar a los ojos de algunos una visión parcial y hasta entrañar un menosprecio equivocado de las ventajas de la libertad económica, pero es perfectamente explicable. Pero que hombres jóvenes, que sienten la fuerza de la edad golpear en su corazón y en su pensamiento, estén dispuestos a seguir el camino de quienes se sienten incapaces para realizar una gran obra de transformación en un ambiente de libertad creadora, ello no es concebible, y los casos que puedan presentarse no bastan como demostración contraria al amor de los jóvenes por la libertad.

En el espíritu cristiano, ese amor por la

libertad es esencial y en la concepción integral del hombre y de la vida que ofrece el cristianismo, ella tiene su puesto como condición y factor de todo avance. Porque, como Don Sturzo escribiera : « La verdad es siempre principio operativo y finalístico de la actividad humana ; la libertad es siempre la condición de la actuación de la verdad en la experiencia individual y en las varias obras de la actividad colectiva » (Luigi Sturzo : *Opera Omnia* 2a. serie, volumen 9, pág. 336).

Pensar que el desarrollo puede lograrse sin libertad, o a costa de la libertad, es olvidar que el desarrollo no tiene sentido en cuanto no sea capaz de promover al hombre. Ni siquiera en su aspecto material es aceptable la posibilidad, porque ese desarrollo material sin libertad —ese desarrollo, repito, aun meramente material— es incapaz de realizarse según un programa integrado, equilibrado y armónico, si a los puros objetivos materiales de aumentar la producción de bienes o transformar los sistemas productores no los guían consideraciones de justicia, equilibrada y armónica, capaz de hacer llevar su beneficio a todos los sectores y grupos de la sociedad.

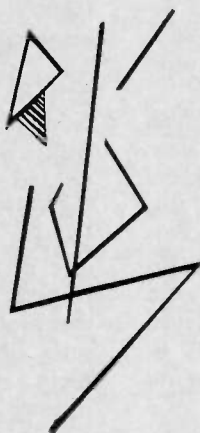
No olvidemos las hermosas palabras de Camus, testimonio de toda una generación expresado con insuperable elocuencia poco antes de su muerte : « Y la libertad es el camino y el único camino de la perfección. Sin libertad, se puede perfeccionar la industria pesada, pero no la justicia o la verdad. La historia más reciente, de Berlín a Budapest, debería convencernos de esto. He dicho que ninguno de los males que el totalitarismo pretende remediar no es peor que el mismo totalitarismo y no he cambiado de opinión. Por el contrario, después de veinte años de nuestra dura historia, donde he tratado de no rechazar ninguna de sus experiencias, la libertad me parece finalmente, para las sociedades como para los individuos, para el trabajo como para la cultura, el bien supremo que domina los otros » (A. Camus a J. Bloch-Michel, versión de Atlantic Features, en *El Nacional*, Caracas, 5-11-1957).

Es necesario dejar muy claro que la libertad, como valor en sí, pero también como condición para la obtención de otros

valores, tiene sentido dentro del terreno ideal de los principios y dentro de las realidades sociales. Cuando decimos que es condición esencial del desarrollo, no lo decimos únicamente porque vemos en ella un atributo humano al cual el hombre no puede renunciar, sino porque estamos convencidos de que es un elemento fecundo en posibilidades ; que su falta es fuente de corrupción que estanca y corrompe las mejores iniciativas. Por esto, a nuestra generación le corresponde demostrar su necesidad y al mismo tiempo su posibilidad. Es oportuno reiterar como afirmación de validez universal la meta que a su pueblo señalaba el malogrado Presidente Kennedy en los albores de 1960 : « Demostrar que la organización de los hombres y de las sociedades sobre las bases de la libertad hu-

mana no sólo no es un absurdo, sino una realización práctica enriquecedora y ennoblecadora » (*Strategy of Peace*, Ed. Harper, pág. 6).

Lograr el desarrollo exige la conjunción de numerosos factores, unificados por ideas claras y por una firme voluntad. Nuestra generación ha de afrontarlo mediante un cambio profundo de estructuras. Las estructuras políticas de la democracia formal han de recibir este impacto : pero todo ello no puede lograrse a través de la tiranía, que en toda forma y tiempo degrada la sustancia del hombre, sino a través de la libertad. La libertad sincera, robusta y fuerte, cuya viabilidad debemos demostrar para abrir las sendas más claras hacia la justicia social y hacia la redención de los pueblos.





# SANTANDER

## conciencia civil de América Latina

POR OTTO MORALES BENITEZ

### El espíritu nacional

**F**RANCISCO DE PAULA SANTANDER encarna fielmente el espíritu nacional colombiano. El lo representa auténticamente. Inclusive sus biógrafos se han preocupado por establecer cómo la sangre aborigen le surca las venas, determinando actos, aptitudes y afirmaciones nacionalistas. Su estilo, su concepción política, su ademán de patricio y repúblico, su inclinación patriótica, su resolución para combatir contra la opresión, su marcado interés por la ley reflejan un espíritu auténticamente nacional. Colombiano en su fuerza impulsora y creadora. No es que nos hayamos vuelto como él, sino que Santander interpretó con vigor humano el impulso nacional que nos estimula y nos da aliento creador.

### Santander, militar

Su iniciación fue militar. Apenas abandonados los claustros universitarios, el fusil reemplazaba a la pluma. Como casi todos los Libertadores de América. En los libros jurídicos había las nociones de justicia, de libertad, de respeto al anhelo popular. A los campos de batalla van a conquistar aquéllas. Y con el oído pegado a la tierra mestiza, escuchan el rumor popular.

En la batalla del Yagual, cuando abrió las Termópilas de Paya, cuando derramó

su sangre en Gameza, y cuando estuvo vibrante en Vargas, o en 1817 y 1818 en Venezuela, dio ejemplo; o cuando aislado en Ocaña rompe los cercos realistas, Santander aparece como un militar con clara concepción del destino bélico.

Pero donde irrumpe su gran concepción militar es cuando propone el retiro a Casanare y luego el paso de la Cordillera de los Andes. Así se desembocaría en Boyacá. Es decir, es el comienzo de la victoria total de la Independencia. En el Vivac de Pore se encontraron tropas ariscas, capitanes inflamados de amor patrio, aporreados por la adversidad. En medio de tanto ilustre soldado, se elige a Santander jefe de esas fuerzas militares. No debía sólo ser un «general de pluma» quien así, y en medio de otros valores militares, era escogido.

Y en cuanto a valor personal queda el reconocimiento de Bolívar, que dijo:

«¿No fue Vuestra Excelencia el primero en abrirnos el camino por las Termópilas de Paya? ¿No fue Vuestra Excelencia el primero en derramar su sangre en Gameza y el primero en Vargas y Boyacá, en prodigar su vida? Es, pues, Vuestra Excelencia el más acreedor a la gratitud de Colombia, que por mi órgano la manifiesta a Vuestra Excelencia.»

Además, cuando se rumoraba una insurrección de oficiales venezolanos, Santander reunió tropas y capitanes y les dijo,

airosamente, lleno de digna severidad : «Venga a desarmar a Santander quien se crea capaz de hacerlo.»

Bolívar duda del plan Santander. Considera que el paso de la Cordillera de los Andes, dejará un ejército marchito en su ímpetu, roto en su furor combatiente, macilento en su devoción libertadora. Santander expone su plan. El dominio de Nueva Granada era esencial. De resto la iniciativa la tendría Morillo y sus huestes represivas. Max Grillo recuerda cuales eran los argumentos que primordialmente debían determinar esa acción.

1) Se dominaría la más numerosa población ;

2) los factores económicos eran esenciales : fábricas para abastecer de ropa a las tropas ; minas para conquistarles el oro y poder financiar las expediciones ; la abundancia agrícola.

La tesis de Santander era lógica : quien poseyera los mayores recursos era el vencedor.

Morillo al informar al rey sobre la batalla de Boyacá, confirma todos estos asertos :

«Esta batalla (la del Puente de Boyacá) ha puesto a su disposición todo el Reino y los inmensos recursos de un país muy poblado, rico y abundante, de donde sacará cuanto necesite para continuar la guerra de estas provincias.

«Esta desgraciada acción entrega a los rebeldes, además del Nuevo Reino de Granada, muchos puertos en el mar del Sur, donde se acogerán sus piratas : Popayán, Quito, Pasto y todo el interior de este Continente hasta el Perú, en que no hay ni un soldado, queda a la merced del que domina en Santa Fe, a quien al mismo tiempo se abren las casas de moneda, arsenales, fábricas de armas, talleres, y cuanto poseía el Rey Nuestro Señor en todo el Virreinato.»

Otros comandantes de la libertad tuvieron que convencer finalmente a Bolívar de la sagacidad del planteamiento santanderista. Sucre impulsó eficazmente el proyecto.

Cuando Bolívar lo adopta el 3 de junio, Santander se apresura a escribirle, olvi-

dando que es su plan y su concepción militar más esencial para la libertad de América :

«El proyecto de Vuestra Excelencia, de que me ha impuesto el Coronel Lara, es el proyecto que arrancará a Fernando el Cetro de la parte de América que posee.»

Y luego del triunfo, Santander en sus cartas, en escritos inclusive sin su firma, busca destacar todo un éxito de Bolívar y de los generales venezolanos. Y después se habla de mezquindad en la vida militar de Santander.

García Ortíz nos recuerda con su maestría de historiador aquellas horas esenciales de la Independencia. Y una vez más aparece el gesto de Santander : propone él realizar la hazaña bajo su responsabilidad. Si fracasa, que a él se le acumularan las malas horas de la patria. Lo que reclamaba era la oportunidad de un gesto recio, calculado con precisión de estratega.

«Santander propuso —dice el historiador— que él solo con su División transmontaría los Andes y que el ejército lo esperara. Si la suerte le era adversa, este ejército podría retroceder intacto a las llanuras de Venezuela, a proseguir su campaña contra Morillo. Si él lograba su intento, el ejército podría pasar por donde la vanguardia hubiera pasado.

«En el Consejo de Generales, Lara apoyó a Santander ; Anzoátegui ofreció hacer lo mismo que Santander ofrecía ; Soubllette puso del mismo lado todo el peso de su certera opinión de jefe del Estado Mayor, y el Libertador, inflamado, quizás orgulloso de sus tenientes, dio la orden de proseguir. Y siguieron Gameza, el Pantano de Vargas y Boyacá. La batalla de Boyacá fue lo que los ingleses llaman una *Crowning Victory*, una batalla de remate. Lo decisivo y lo grandioso fue la campaña entera. Después de vencer obstáculos imponderables, aparecer de súbito en el corazón mismo del Virreinato y obtener una victoria que *ipso facto* era terminal, porque en horas lo pondría en posesión de la capital y del gobierno, tal fue la estrategia genial del Libertador.»

Y una aseveración más que es esencial para destacar la actitud de Santander. Restrepo afirma : «Santander era el que más

trabajaba, y testigos presenciales de la mayor respetabilidad aseguran que a él se debió, en gran parte, el éxito feliz de la campaña.»

### El gobernante y sus tesis

A los veintisiete años comienza Santander a ejercer el poder. Es un ejemplo de magistratura juvenil. Frente a una desorganización administrativa; unos criollos indecisos en Santa Fe; un apremio de recursos por tropas que están en beligerancia; frente al reclamo de cambios más audaces por los amigos de la revolución, Santander es el equilibrio y la rápida concepción, a la vez. Porque es lo que distingue su obra de gobernante: el idear lenta y friamente y el obrar sin timideces y con fervor patriótico. Tenía el sentido del poder incrustado en su orgánica concepción del mundo. Nada para él como el servicio público. Lo concibió como devoción a la república y como ademán. La política para Santander era crear una República de la nada, sacarla del caos revolucionario, ir la mejorando entre el vivac de sus angustias guerreras. Santander aceptaba que el servicio público es entrega a la patria, sometimiento al pueblo, responsabilidad ante la sociedad. Angustia de cada día para crear algo en beneficio de la colectividad. Y esperar el amargo sabor de la incompreensión, de la desviada crítica, de la matraera altanería.

Para eso tenía condiciones excepcionales Santander. Bolívar lo admitió varias veces. En una de ellas le dijo: «El Ejército en el campo y Vuestra Excelencia en la Administración son los autores de la existencia y de la libertad de Colombia.»

Santander tenía todas las condiciones indispensables para gobernar. Desde su figura hasta su severidad en los actos. Desde su inteligencia hasta su consagración, constancia y paciencia en el examen de los hechos públicos. Desde su majestad hasta su reverencia indeclinable por las leyes. Desde su porte severo hasta su respeto por la opinión pública, lo convertían en un prócer civil. Y él no quiso ser otra cosa.

Si examinamos su luminosa concepción del Estado, y especialmente su ejercicio

del poder, lo hallamos «concorde e iluminado» con su pueblo. A éste le consolidó la facultad del goce de sus derechos. Es algo fundamental; porque determinó, como nación, nuestra vocación democrática. Se inclinó, hizo inclinar al pueblo y logró que se sometieran militares serviles y ariscos, al respeto de las leyes. Estas aparecieron con su poder, determinando, deteniendo —y ésto es lo esencial, deteniendo— imposiciones personalistas.

Santander era la visión política. Por ello amó y respetó al Congreso. Este no es grande y respetable por lo que hace, sino también por ese control social que impide la injusticia, el atropello, el negocio y el imperio voluntarioso de los hombres. Se asentó sobre la realidad, estuvo confundido con lo que nos destaca y nos señala índices creadores. Se sumergió en nuestro espíritu de nacionalidad y por ello la encarnó tan cabalmente. Siempre, como un gran demócrata, escuchó, respetó y estimuló las voces públicas, escritas o parlantes de sus conciudadanos, para adivinar el destino y el ansia final de nuestro pueblo. Por ello dejaba que también se manifestaran electoralmente, sin cortapisas o desviaciones de la opinión, todos aquellos brotes de rebeldía espiritual de nuestra democracia. Por ello nos educó para discutir y no para aplaudir; para dialogar y no para someternos; para indagar y no para callarnos ante el «providencialismo» de los gobernantes. Por eso nos hizo así: ariscos, beligerantes frente al poder y los poderosos; entrañablemente unidos a la patria, pero inconformes porque queremos —cada día— una mejor imagen de ello.

La división de los poderes fue para Santander fundamental. Era difícil que esa concepción se aceptara tranquilamente en esos tiempos arriscados. Que uno que venía del combate se inclinara ante la justicia aposentada, como siempre, en modestos artículos y en severos hombres razonadores, es una hazaña inconcebible en ese escenario tumultuoso. Que tuvieran que someterse al examen —tanto en sus vidas como en sus obras— los centauros de la libertad, por unas casacas negras, que no tenían otra arma que su poder discursivo, es un ejemplo que no sabemos cómo agradecerle a Santander suficientemente.

Ya vimos la importancia de la batalla de Boyacá. Pero sin Santander gobernando, aquélla no se hubiera consolidado. Hubiera sido un episodio más en la epopeya libertadora. Pero él la convirtió en el centro de irradiación para poder consolidar la Independencia. Con ella estabilizada, Bolívar pudo incursionar por las montañas y valles americanos para levantar su nombre hacia la genialidad. Detrás quedaba quien convertía el desorden en gobierno. Quien organizaría las victorias. Quien abastecería de hombres y de plata la insaciable voracidad de la lucha libertadora. Y estaría siempre haciendo esta obra con el respeto de la opinión pública. Sin atropellar los sentimientos populares, sin violentar la voluntad del Congreso. Al contrario, sometiendo estos grupos al torrente libertador con alegría esperanzada.

Todo ello emanaba de su propia naturaleza. Pedro Bonaparte decía en 1866 en París, a Manuel María Mosquera y a Aníbal Galindo: «He conocido todas las majestades de Europa, y puedo asegurar a ustedes que no he conocido a nadie en quien la naturaleza hubiera impreso con caracteres más fuertes el don de mando que en el general Santander.»

A esas condiciones innatas unía su formación jurídica. Las lecturas de materias concordantes con ellas y con las ciencias políticas, le habían dado una dimensión a su inteligencia de gobernante. Y especialmente claridad sobre el destino histórico de nuestra patria. Tenía el sentido de gobierno, la pasión del poder pasaba por sus manos. Cuando Bolívar designó a Montegudo y a Sucre como plenipotenciarios, Santander le recordó que quien ejercía el poder ejecutivo era él. Que no convenía dar la impresión de que había dos gobiernos. Que lo esencial era la unidad. Bolívar entendió sus razones, que no eran de vanidad administrativa, sino de orden político ante las potencias extrañas.

Gobernar no es mandar simplemente. Es formar conciencia ciudadana fundamentalmente. Así lo comprendió Santander. Y por ello su ejemplo resplandece. Además concibió la reforma educativa que —después de la de Guirior y Moreno Escandón— es la primera que busca una in-

tegración entre la escuela pública y los establecimientos de estudios más avanzados. Por ahí quedan universidades, institutos, etc., que llevan una placa: aquí se comenzó a hacer esclarecimiento en el gobierno de Santander.

El hizo algo prodigioso: organizó un gobierno. Lo formó, le dio sus orientaciones. Y algo más: llevó el convencimiento a la ciudadanía de que la Independencia no se había hecho para gozar y abusar de ella un grupo de militares, sino para la alegría colectiva, para que el derecho popular emergiera con sus luces democráticas.

Bolívar le decía el 9 de febrero de 1825:

«Cuando más considero el gobierno de usted, tanto más me confirmo en la idea de que usted es el héroe de la Administración Pública.»

## Congreso o anarquía

Nunca quiso gobernar sin Congreso. De 1823 a 1826 se dictaron leyes sobre todas las materias esenciales para organizar la Administración Pública. Inclusive se ha criticado ese exceso. Pero no hay que olvidar que se estaba integrando una república.

Max Grillo dice al respecto:

«Quejábase el Libertador de que eran demasiado numerosas las leyes expedidas bajo la Administración del Vicepresidente. Pero al examinar los viejos volúmenes, empastados en cuero de becerro, de donde se contienen las de 1823 a 1826, un legislador de estos tiempos no puede menos de encontrarlas, casi sin excepción, necesarias a la organización del incipiente Estado. El país apenas comenzaba a salir de régimen colonial. Era indispensable modificar la legislación española que en medio de la lucha armada había continuado vigente. La Hacienda Pública debía ser organizada, y las ordenanzas y decretos de los generales en campaña, reemplazados por leyes de carácter general, encaminadas a establecer normas seguras para la percepción de los impuestos, el nombramiento de autoridades civiles y los demás ramos de la Administración del Estado. El

Congreso en 1824 legisla sobre aduanas, obras públicas, sobre destilación y venta de aguardientes; reduce a uno solo, el de consumos, los derechos de alcabala que habían exasperado a las masas hasta llevarlas a la insurrección de los Comuneros; legisla sobre arzobispados y obispados; divide en provincias y cantones los departamentos de la inmensa República; ordena aumentar la fuerza armada con cincuenta mil hombres más, en vista del establecimiento de un gobierno absoluto en España, y de las amenazas de la Santa Alianza.

«Santander, quien, sin ley que lo autorizara plenamente, había rechazado con energía el envío de tropas al Perú, a pedido urgente del generalísimo Bolívar, sanciona la Ley de 6 de mayo de 1824, que dispone el envío de fuerzas y elementos colombianos para contribuir a la independencia del pueblo peruano. Como, según lo dispuesto en el artículo 126 de la Constitución, el Ejecutivo no podía imponer pena alguna, facultad que sí tenían los militares por ordenanzas españolas, el Congreso crea una Corte Marcial que será el supremo tribunal de la milicia; distribúyese la suma del empréstito de treinta millones en diversos ramos del servicio público; organiza el Congreso la hacienda, por medio de ley que revela conocimientos de aquellos legisladores de los tiempos primaverales de la Patria; autoriza al gobierno para fomentar la inmigración; otórganse privilegios en la navegación del Magdalena y del Orinoco; se ordena pagar los sueldos atrasados del Libertador, en cualquier Tesorería; se aprueban los Tratados de Liga y Confederación Perpetua con Chile, con el Perú, de amistad y Alianza con Buenos Aires. Sólo hay entre las Leyes de 1823 a 1824 una de honores: la que concede una pensión vitalicia de treinta mil pesos al Libertador Presidente, y una de auxilio, la que destina cuatro mil pesos para la fábrica de la iglesia de Zipaquirá.»

No quiso aceptar las facultades extraordinarias. Se las ofrecían y las rechazaba. El consideraba que los negocios públicos necesitan la ingerencia, análisis y controversia pública. En materias fiscales nunca las toleró, aun cuando algunos decían que harían más expedita la acción gubernamental. Pero para él no tenían atractivo

democrático. Lo característico es la discusión parlamentaria. El inmiscuirse los representantes del pueblo en el problema fundamental de la patria.

Siempre fue celoso defensor del prestigio del Parlamento y de su necesidad. Su frase aún resuena con actualidad beligerante y democrática:

«Congreso ha de haber siempre, y no conviene desacreditar este Cuerpo, porque sobre la ruina de los cuerpos representativos se ha levantado, o la tiranía o la anarquía.»

### La espada bajo la Constitución

Cuentan sus biógrafos algo que define su carácter y su resolución democráticas. En su despacho algunos militares se sorprenden de que su espada desnuda aparece cubierta con un breve cuaderno. Es el texto de la Constitución. Y al interrogarle por qué ello sucede así, responde con frase que señala ya el destino histórico de Santander:

«Significa que la espada de los Libertadores tiene que estar, de ahora en adelante, sometida a las leyes de la República.»

Y esta respuesta nos da, además, la dimensión de su lucha. No era fácil disciplinar generales victoriosos en el sometimiento a la ley. Era algo que requería firmeza, tacto, voluntad de gobierno, suavidad en el mando. Carácter democrático y humano gesto, a la vez. Eso lo logró Santander.

Se le ha dicho leguleyo porque siempre invocaba la ley. Pero quienes así le motejan, olvidan que estábamos en ese momento más cerca de la monotonía que de la civilizada andadura civil.

El Pacto Constitucional de Angostura no le convencía como atadura entre nuestros pueblos. Nueva Granada había participado con poca gente. El quería que se hiciera un acuerdo más dinámico y con mayor integración. Se logró un Congreso: el de la Villa del Rosario. Allí se debía discutir la unión legal de los pueblos. Y así gobernar sobre un conglomerado humano, que a través de sus representantes, consentía en un pacto social e histórico.



Cuando Bolívar impetra más hombres y dinero para la campaña del Perú, Santander le dice que no ha logrado autorizaciones del Congreso. Pero a la vez, urge la aprobación de la ley. Estimula al Congreso para que obre sin mezquindades. Se trata de vincular la Gran Colombia al escenario latinoamericano, a la gran apertura de nuestro sino común. Pero sin Santander no se explicaría la Independencia de los cinco países americanos que le abren la luz de la inmortalidad a Bolívar. Y la grandeza de Santander apunta desde la vigilancia del cumplimiento de la Constitución, hasta el escoger las mejores cotizas para nuestros soldados que combaten en Ayacucho. Su valor histórico está en haber unido su devoción a la ley y llevar el celo administrativo hasta indagar por las mejores herraduras para que hicieran resonar el paso de las caballerías « patifinas » en los cerros del Perú y de Bolivia.

Pero todo ceñido a la ley. La concepción del Poder en Santander no es para poder : es para obedecer los mandatos legales. Por ello le dice a Bolívar varias veces palabras de fidelidad democrática que estremecen. Frases de humildad y de respeto al Congreso, que ponen en furor a los antidemócratas. Sentencias que levantan la majestad de la ley, que enardecen a quienes son pichones de tiranuelos y de déspotas. Santander le dice al Libertador :

« Los dos estamos en contradicción legal : usted puede hacerlo todo sin obligación de responder de nada, y yo no puedo hacer sino lo que prescribe la Constitución, so pena de que de hecho y de derecho me sumerjan en un océano de oprobio y destestación. »

Y el 9 de diciembre de 1823 le repite : « Esto de gobernar con leyes y con un Congreso cada año, es muy trabajoso : usted no lo sabe porque hasta ahora ha podido hacer lo que le ha parecido mejor. »

En 1824 insiste : « El teatro de usted es el de su libre voluntad y miras ; el mío es la voluntad de los legisladores. »

Y la síntesis de este respeto a la ley en Santander, irrumpe en esa frase que sigue siendo camino de la democracia en América :

« Las armas os han dado la independencia, las leyes os darán la libertad. »

## Mensaje a Páez

Para ir impulsando la disolución de la Gran Colombia se unieron varios actos dramáticos. Se encadenaron casi diabólicamente. El gobierno de Santander pregona el respeto a la Constitución, a la ley, al Congreso. En Venezuela se incubó un movimiento, el llamado de « La Cosiata », que no quiso desautorizar al general Páez. Cuando la acusación contra él en el Congreso, Santander manifestó su inconformidad por el procedimiento, considerando además que si Páez se presentaba lograría una absolución total que ayudaría a consolidar su prestigio. Pero no se escucharon las voces del Vicepresidente ni por el Congreso ni por el León de Apure.

Y Bolívar tampoco tuvo visión cabal del momento. O, al menos, obró impulsado por el afán de conservar su prestigio con el audaz y corajudo guerrero venezolano. O simplemente ya reaccionaba con un desvío hacia la concepción política y personal de Santander. Quizás las gentes que le venían rodeando le hubieran susurrado especies que iban creando un ambiente de tensa expectativa entre los caudillos. De todas maneras, cuando en 1888 se conoció la carta del Libertador a Páez, hubo sorpresa. Ella se repite cada vez con su nueva lectura. El Libertador escribió :

« He dicho altamente que usted ha tenido derecho a resistir a la injusticia con la justicia y al abuso de la fuerza con la desobediencia... Usted no ha roto ni el pacto social de Colombia, ni la fraternidad que lo ligaba, y sólo ha rechazado un acto inicuo y torpe. Esto es todo... »

Así se ayudaba a desconocer la autoridad del Congreso. En cambio Santander escribió palabras de una densidad democrática que no pueden olvidarse. Su mensaje a Páez tiene una nobleza en el estilo que se emparenta con la firmeza del razonamiento civilista. Y es un mensaje fraternal, escrito con acento cordial, sin alardes de su poder político, sin jactancia leguleya. Es una página admirable. Él ya le había dicho al Libertador :

« Ayer (marzo 27) ha admitido el Senado la acusación contra Páez por la Cámara de Representantes por frioleras cometidas

por él en Caracas en el arreglo de la milicia. Me tiene muy molesto esta cosa.»

Realmente son modelos de serenidad, prudencia y cordialidad los mensajes del año 1826 de Santander a Páez. En ellos no oculta su pensamiento: condena los actos de Valencia en Venezuela, censura la conducta del venezolano y le pide, con acento de noble amistad, que acate la voluntad del Congreso. Esas páginas son de una fina elocuencia. Hay una afirmación reiterada: no ha participado en propiciar su acusación. Al contrario, ya está establecido que le angustiaba y contrariaba el procedimiento.

Pero vale la pena detenernos un poco en la carta del 12 de junio. Allí aparece el magistrado con toda su grandeza; el repúblico con toda su dignidad. Y el amigo con la gallardía que abunda en el corazón para señalar el camino con palabras uncinosas de respeto por la Constitución, pero sin olvidar sus ataduras personales al hombre recio que fue Páez.

Es un mensaje tan lleno de equilibrio humano y político que sintetizarlo es difícil. Unas frases de él tampoco reflejan su alcance y profundidad. Pero ellas advierten su hondura y nobleza:

«Qué carrera tan gloriosa se había abierto a usted con motivo de la acusación ante el Senado. Ya usted había pasado por todas las pruebas fuertes de la campaña y de las batallas, de las angustias y de las privaciones, de la anarquía y de la disolución del pacto social. Colombia, la América, la Europa admiraban la constancia de usted, su valor, su actividad, su prudencia, todas esas cualidades de que le dotó la naturaleza y que supo usted desplegar en tiempos calamitosos; pero aún faltaba a usted una prueba más fuerte y delicada: la de someterse ciegamente al juicio de un tribunal creado por la nación, y hacer brillar ante él su inocencia y su conducta. Esta era la prueba que realizaba sus glorias militares, su patriotismo, su amor a las leyes, su adhesión al sistema político, sus miras y todos sus servicios. Esta era la prueba que consolidaba las instituciones, afianzaba la reputación de Colombia, servía de ejemplo a todos militares, desarmaba al enemigo común, alentaba a los

amigos de la América en Europa y consolaba a todos los colombianos; esta era la prueba que confundía a sus enemigos individuales, que reconciliaba a sus contrarios con usted, que desmentía los pronósticos de los enemigos de Colombia, que regocijaba a sus amigos y que inmortalizaba su nombre.»

Allí queda sintetizada la actitud de Santander frente a Páez. Y descubierto también el criterio de Bolívar. Las contradicciones ante el destino legal de la patria principiaban a irrumpir, golpeando los juicios básicos de unidad. Y enmarañando el destino democrático de la Gran Colombia.

### Franqueza y lucha con Bolívar

Se ha dicho por algunos enemigos o desviados críticos que Santander no tuvo franqueza con el Libertador. Que disimuló su pensamiento. Nada más falso. Leyendo su correspondencia, tanto con el Libertador como con los amigos de éste o con los suyos, no ocultó su ideario. Su planteamiento era cabal: no aceptaba la dictadura, no concebía el «Providencialismo», no estaba dispuesto a acatar el absolutismo. Aun cuando en nombre de éste se le ofreciera el Principado de Cundinamarca.

Es difícil encontrar un lenguaje más concreto, más libre de subterfugios que el empleado por Santander ante Bolívar. Cuando las gentes callaban ante su prestigio, Santander decía su verdad. Su verdad civilista y democrática. Cuando le ocultaban la realidad, él se la descubría en todo su dramatismo. Cuando todos aplaudían, él levantaba su voz amistosa para señalar peligros, avatares, presagiar los amargos conflictos del futuro. Nadie aparece con tanta entereza hablándole al Libertador. Por ello crece más aún su figura humana. Mientras los otros callaban, él sentenciaba la defensa de las instituciones. Cuando adulaban, él decía adjetivos escuetos que descomponían la sinfonía de un pensamiento nacional. Cuando unos conjuraban a los pueblos para que, sin discusión pública, proclamaran los beneficios de la concepción de la Constitución

Boliviana, Santander emergía señalando el error histórico y político que se iba a cometer. Entonces preguntamos: ¿dónde la falsía y traición para el Libertador?

Se necesitaba un gran valor civil para oponerse a los designios del Libertador. Santander lo tuvo. No hay que olvidar que Bolívar no era un general derrotado, sino victorioso; con un aliento que arrasaba hombres de pensamiento, multitudes, soldados y mujeres deslumbrantes. Santander se presentaba con su palabra desnuda, que era su verdad esencial. Nunca ha habido más respeto y consideración para tratar al Libertador, pero tampoco hubo nunca mayor claridad, decisión, coraje civil y humano. En esta ocasión la figura de Santander crece más aún por el recio ímpetu de su carácter, por su decisión mental, por la irrevocable fidelidad a los principios.

El Libertador se encontraba en el Perú. Había redactado su Constitución Boliviana, la cual había impuesto a Bolivia y también al Perú. Antonio Leocadio Guzmán viaja donde el Libertador para ofrecerle la monarquía. Sobre lo impropio de ese acto le escribió su hermana María Antonia, que debía recibir a Guzmán con su sentencia republicana: «Libertador o muerto». Pero Guzmán era un hábil político, sutil en sus combinaciones, muy inclinado a decir palabras sugerentes a los poderosos. Terminó escribiendo una exaltada exposición de la Constitución Boliviana. Bolívar lo envió como emisario para pregonar de ella sus altas virtudes y magias políticas. Aprovechó Guzmán para proclamar en Guayaquil y en Quito, y para que adhirieran a una supuesta «necesidad de Estado», que Simón Bolívar debía ser investido de «facultades dictatoriales». Continuó su viaje hacia el Istmo. El comisionado de Bolívar lo hizo proclamar dictador por nueve Estados de los que integraban la Gran Colombia. Santander que estaba encargado del poder ejecutivo, rechazó las actas, las improbo como manifestaciones contra la Constitución. Con claridad de noble acento republicano le expuso al Libertador su pensamiento. No le ocultó su zozobra e inquietud si Bolívar dejaba progresar los equívocos en contra de la Constitución de la Ley. No hubo recurso ver-

bal que no empleara para hacer comprender a Libertador que de su actitud dependía que se conservara la integridad de la Gran Colombia y que los proyectos dictatoriales no tuvieran aliento en su vida política. Repasando las cartas de Santander de 1826 se encuentran mensajes de una altura política que sorprenden por la claridad en el juicio del estadista y por la fidelidad humana a la persona de Bolívar. También por la firmeza en decir su pensamiento sin ocultar ninguna de las ideas cardinales de él. Era costumbre que al Libertador se le hablase con uncioso respeto, que impedía limpieza en el razonamiento por el exceso de veneración pública que lo circuía. Santander logró estar limpio de menesteroso aplebeyamiento en su admiración personal y lejos estuvo de ser complaciente y cobarde en la presentación de sus tesis.

Al detenernos en los mensajes de Santander, encontramos su firmeza ideológica en cuanto a la defensa de la Constitución. Tenía una encendida pasión porque el Estado tuviera una organización a la cual debían someterse, sosegadamente, los ciudadanos y los gobernantes. A Bolívar se lo dijo sin ningún recurso elusivo. La limpia honestidad intelectual con que obró Santander le sirve de relieve a su estampa de prócer. El 6 de febrero le escribe: «De Venezuela no digo nada porque creo que Perucho le habrá dado informes muy exactos, Páez es el hombre de allí. Yo tengo mucha confianza en él y en el respeto y amistad que tiene hacia usted. De mi parte procuro tratarle con consideración y en cuanto me es dable le disimulo algunos deslices. Lo mismo hago con Bermúdez, y en general no creo que tengan de qué quejarse de mí los antiguos servidores de la patria.»

El 28 de marzo, al final de una de sus cartas, le manifiesta su inconformidad con el Senado: «P.D. — Ayer ha admitido el Senado la acusación contra Páez por la Cámara de Representantes por frioleras cometidas por él en Caracas en el arreglo de la milicia. Me tiene muy molesto esta cosa.»

«Estoy aturdido de ver el atrevimiento de Páez en proponerle a usted una medida deshonrosa en sumo grado contra usted y enteramente anárquica. Pobre Colombia

después de diez y seis años de guerra con un proyecto tan poco popular. Desgraciados trabajos y desgraciado el nombre hoy inmortal y glorioso del general Bolívar», dice Santander acerca de la misión de Guzmán. Allí está su pensamiento expresado con toda honradez intelectual.

El 6 de mayo le reitera sus puntos de vista: «Ya me había escrito usted sobre los proyectos napoleónicos que asoman por Venezuela. Ahora he leído la carta de Páez con la mayor indignación. En mi concepto todo este plan es obra de la venganza y del resentimiento. Páez se vio desairado por las asambleas, y Carabaño igualmente ha sido despreciado. Reconocen ambos que en ningún tiempo podrán ocupar los primeros puestos de Colombia, y han apelado a otro sistema para ver si un día pueden reemplazarnos. Páez ha cometido absurdos y extravíos constitucionales, que el pueblo de Caracas ha reclamado con vigor, y esta conducta no la ha podido sufrir él, que estaba acostumbrado a deliberar y ejecutar sin contradicciones. Mucho siento que Páez se haya dejado guiar por cuatro facciosos; él tiene buen corazón y sanas intenciones, pero, muy propenso al halago y lisonja, sus consejeros han sabido tocarle esta fibra.»

A los quince días le escribe Santander al Libertador: «Las Cámaras del Congreso han sido, en mi humilde opinión, muy severas, y parece que han retirado el último albur para probar la estabilidad de la república.» Y más adelante agrega: «Yo no he podido influir en evitar estos bochornos; los congresistas dicen que son prueba de energía y firmeza para consolidar la república. Así sea.» Como se advierte, hay un pesimismo acentuado en estas frases que apenas recogen el enunciado anterior del hombre de las leyes.

Acerca de la insurrección de Valencia tiene Santander pocas noticias el 6 de junio. Le comenta al Libertador los hechos en estas agudas palabras: «Sucede en Valencia una conmoción con motivo de la acusación admitida por el Senado contra Páez; hasta hoy no puedo decir qué es lo que ha habido positivamente; si Páez es rebelde, si el ejército y el pueblo lo siguen, o si las medidas que se dice han to-

mado son de pura precaución y provisionarias. He tenido una pesadumbre cruel y quisiera morirme antes que presenciar el primer grito de insurrección en esta república cuyo orden interior se admiraba en Europa y cuya estabilidad iba ganándole reputación y bien merecido crédito.» Y finaliza con estas observaciones: «Bien es que bastaba que Peña, Carabaño y Páez dirigieran la cosa para que ningún hombre de bien y patriota se alistara bajo sus banderas. El pueblo todo está indignado contra Páez, y creo que ninguna causa será más popular que ésta contra los bulliciosos, que en nuestro concepto son Peña, ladrón de 25.000 pesos, y Carabaño, que desea las conmociones para figurar y sacar partido. Todos, todos tienen las esperanzas puestas en usted, y yo en caso apurado diré que debe abandonar el sur y volar a salvar a Colombia de la guerra civil.»

Con frases estremecidas de angustia comenta lo ocurrido en Valencia el 9 de junio, y le dice finalmente: «Usted es, como siempre, el áncora de nuestras esperanzas, la tabla de nuestra salud. Su presencia es ya absolutamente necesaria en Colombia. Lo he dicho todo.» En nueva carta le ratifica sus apreciaciones fundamentales sobre los hechos acaecidos. Así lo hace también en su oficio del 21 de junio. En la misma fecha le hace una reflexión acerca del verdadero sentido del movimiento de «La Cusiata»: «Pero no tengo duda de que todos los desorganizadores trabajan para llevar a cabo su proyecto de separar a Venezuela de la antigua Nueva Granada.»

En todos estos mensajes Santander puntualiza cuál fue su actitud y cómo en el «informe que me exigió [la Cámara] fui de opinión que debía suspenderse todo procedimiento...» A pesar de ello, se le acusa a Santander por Páez de ser instigador en la Cámara contra él. Es apenas natural, pues los enemigos más fuertes de Santander estaban cerca del vibrante llanero. Y como le decía Páez a don Santiago Pérez: «En esa época ya embestía.»

Era, pues, la fuerza elemental, desatada. Ni siquiera ha servido para desbaratar la tendenciosa versión la carta de Santander a Páez del 14 de julio, que es tan elocuente

en la presentación de su conducta frente a él.

Como se sigue agitando el tema de la monarquía, Santander, el 6 de julio, le dice a Bolívar: «Yo no imagino que usted sea capaz de entrar en tal plan, porque sería tener muy mezquina idea de toda la grandeza e inmensidad de su gloria y reputación. Por otra parte, usted me ha dicho cien veces que morirá republicano y que se irá de América antes que abrazar semejante partido, y yo lo creo firmemente porque ninguno mejor y más que usted puede pesar toda la pérdida que va a hacer en tal caso en la opinión del mundo, y a todo lo que expone su inmarcesible gloria y su inmaculada reputación. Sí, mi general, sea usted siempre republicano, el mismo Bolívar que nos ha dado patria, y usted vivirá eternamente en la posteridad y en los corazones libres, elevado sobre cuantos verdaderos héroes reconoce la historia y admira el mundo.»

Ya sucedidos los hechos de Guayaquil y Quito merced a gestiones de Antonio Leocadio Guzmán, enviado del Libertador para acreditar la Constitución Boliviana, Santander le dice a Bolívar el 21 de agosto: «Yo, en términos muy moderados y transcribiendo literalmente las palabras de la Constitución, he improbadado los movimientos de Guayaquil y Quito, recomendando se mantenga el orden interior, se conserve la unidad de la república y la obediencia debida a la Constitución y al Gobierno. Sobre todo esto he escrito hoy largamente a cuantos he podido, así amigos como conocidos. Pero como si les cerrase del todo las puertas a los agitadores y radicales, les induciría a un rompimiento y a que redujesen las cosas a peor estado, les he hablado del derecho del pueblo para pedir pacíficamente lo que crean conveniente, y que esperen a la reunión del Congreso donde puede discutirse pacífica y libremente la legitimidad y conveniencia de cualquier reforma. Aviso a usted esto para su gobierno.»

Allí está el pensamiento de Santander expresado con toda limpieza. Aparece, además, un acento de franca rectitud ante el jefe y el amigo. No hay esguince mental porque quien habla es un ser en el ejer-

cio de toda su entereza humana e intelectual.

Así se repite su admonición republicana el 20 de septiembre: «La posición de usted es muy peligrosa hoy; puedo afirmar que la conducta que haya de observar va a decidir de su suerte como hombre político. En esta lucha de las reformas constitucionales contra la estabilidad del sistema, de las aspiraciones, del descontento contra el respeto debido a las leyes y al gobierno nacional tiene usted que pensar y meditar mucho la línea de sus ulteriores proceder. Si transige con los perturbadores de Venezuela, le ha dado el golpe más mortal a la Constitución contra lo que tantas veces había prometido, y desde luego ha autorizado las insurrecciones. Si no transige, quizá encendemos una guerra civil. Si influye en la convocatoria de una convención fuera del período prefijado en la Constitución, desmiente sus principios eminentemente constitucionales; si no se hace la convocatoria, puede exponer la unión. Si aprueba las reformas que cuatro calaveras (porque no es el pueblo) piden para medrar en una transformación, consagra el principio de la perpetua anarquía. Si la desapruueba, el descontento puede aumentarse y hacer una explosión muy violenta. Todos los lados tienen inconvenientes y males. Yo, en su caso, vacilaría mucho para decidirme; hablo estando separado del ejercicio del gobierno, porque estándolo desempeñando no hay caso para dudar. Sírvase, mi general, por el bien de su patria, por su propio honor y en gracia de su fiel amigo, no tomar deliberación ninguna hasta que no venga a Bogotá. Usted pertenece a la historia; y el mundo liberal se ha apoderado de sus hechos y de su suerte; por consiguiente, no tiene completa libertad para tomar un partido como la pudo tener ahora hace diez años. Un paso de usted, un oficio, una proclama, no son cosas indiferentes y de mera curiosidad: son documentos de la más grande importancia y trascendencia. Usted tiene suficiente poder moral para hacerse escuchar con suceso, y con tales medios no debe desconfiar de que es capaz de corregir los males que nos aquejan y de sostener los principios constitucionales.»

También es muy explícito Santander en su pensamiento acerca de la convocatoria a una nueva reforma constitucional. Sobre ello no tiene vacilaciones ideológicas. Este es uno de los aspectos que más nos apasiona en este epistolario: la unidad mental frente a los problemas públicos; la descarnada presentación de sus tesis, que van contra muchos de los juicios del Libertador. Que están contradiciendo lo que planean los amigos de éste, restándole validez ante la conciencia legal de América. Todo ello realizado directa, serena y firmemente ante Bolívar. Sin eludir la presencia de su voz y de su raciocinio.

El 8 de octubre, Santander es aún más enfático en sus razonamientos. No hay ninguna ambigüedad en sus cláusulas. Al Libertador le dice: « Mi general, ¿me cree usted su verdadero amigo? ¿Me cree interesado en el bien de mi patria y de la gloria de usted? Pues con toda la efusión de un corazón leal y sincero le ruego a usted que no apruebe las actas de Guayaquil y de Quito, ni se preste a llamar la gran convención. Hágalo usted por esta patria que tanto le cuesta, por la suerte futura de tantos colombianos que nos sucederán, por el bien de la causa americana, por su reputación y por su propia gloria. Véngase usted inmediatamente a Bogotá, observe y consulte la opinión pública, y haga después lo que crea más conveniente al bien de Colombia. »

Santander no omitió esfuerzo para que Bolívar evitara cualquier concomitancia con quienes proclamaban la dictadura. No quiso desviar su vocación legalista, ocultando la integridad de su razonamiento. Al contrario, fue intransigente en defensa de la Constitución y el orden jurídico. En la misma fecha, insiste: « En medio de la aflicción que deben derramar en todos los colombianos fieles a su pacto los intempestivos, los tumultuarios o ilegales actos de Guayaquil y Quito, queda el consuelo de que V.E. guiado constantemente por los saludables principios constitucionales que ha sabido inspirar a sus compatriotas, mirará con horror los deseos emitidos en aquellos documentos. V.E., no tiene necesidad de la horrible dictadura para sostener la unidad de la república, sus leyes y su gobierno; le basta presentarse a Co-

lombia para dar vida al sistema, restablecer la confianza nacional, restituir el orden legal donde se ha alterado, inspirar ánimo a los tímidos, desarmar o los disidentes y derramar la prosperidad pública. Si los enemigos comunes llevarán a efecto sus miras hostiles o si algunos perturbadores o descontentos quisieran ahondar el abismo en que se ha querido sumergir a la patria, en las leyes encontrará V.E. toda la autoridad suficiente para reprimirlos y salvar la República. La nación no está en anarquía, existe el gobierno nacional, y la ley ejerce su respectivo imperio. »

Y con acento conmovido —el 18 de octubre— Santander vuelve a sus enunciados trascendentales: « Es pues mi más ardiente deseo saber que usted ha ofrecido, o que va a ofrecer, al pueblo colombiano sostener sus leyes fundamentales, cumpliéndole la promesa que sobre esto ha hecho tantas veces. Estas solas palabras derramarán el consuelo y la alegría de toda la República, y preservarán para siempre la gloria y reputación de usted de toda mengua. Llegó la ocasión más preciosa de que usted se haga superior a sus deseos de ver adoptado el código boliviano, precipitando la convocatoria de la gran convención: la vez primera que una insurrección ha amenazado destruir las instituciones, ¿cómo no ha de ponerse usted del lado de ellas para sostenerlas inviolables? » Luego le escribe con ansiedad: « No quisiera ni suponer por un momento que usted tuviese por conveniente abrazar algún otro partido que no fuese el de sostener la constitución, porque no puedo expresar a usted bastantemente cuál sería mi pesadumbre. »

Bolívar, mientras tanto, guarda silencio. Esto llega a preocupar a Santander, quien le expresa que « si le parece mala la conducta que ha seguido el gobierno en las presentes delicadas circunstancias y si yo he desmerecido su confianza y amistad, me lo haga conocer para evitarme el disgusto de presentarme ante un hombre a quien ni mi vista ni mis palabras pueden serle gratas ».

Acerca de la convención boliviana, le afirma: « La parte que aquí ha disgustado de este Código es la presidencia vitalicia y la vicepresidencia semihereditaria.

Ya diré a usted las opiniones de nuestros liberales.»

Más tarde le dice con alegría que desborda en las mismas palabras: «Acaba de decirme Beralt que ha visto una carta de Popayán en que se asegura que usted ha desaprobado las actas de Guayaquil y visto con horror la dictadura que le conferirían. No lo dudo un momento, porque es muy digna de usted esta conducta. La capital está llena de contento sólo con esta noticia. Viva Colombia. Viva mil veces el Libertador.»

No había ocultado Santander ciertamente su pensamiento. Como hemos visto le preocupaba que se tratase de desconocer o reformar la Constitución de Cúcuta, en cuyo texto se había resuelto que sólo a los diez años debía modificarse. Y también que la Constitución boliviana pudiese ser impuesta afianzando al general Bolívar en su prestigio para determinar la orientación política de la Nueva Granada.

### La Convención de Ocaña

No hay que olvidar que el Libertador nunca tuvo aprecio ideológico por la Constitución de Cúcuta. Expresó reiteradamente su disgusto por haberse adoptado. Bastaría repasar sus frases en la carta del 25 de mayo de 1821, escrita desde Guanare. Y él cree, como sus amigos, que es el momento propicio para suscitar su cambio. El empeño fue sin pausas. Santander, una vez más, advirtió que era un error político por varias razones. Porque no se había cumplido el plazo para efectuar su reforma y era un mal antecedente para el futuro de la estabilidad constitucional. Porque no había conciencia nacional de la necesidad del cambio. Y, además, porque las gentes consideraban que se buscaría implantar la Constitución Boliviana o que, al menos, se trataría de incrustar sus principios cardinales en el nuevo cuerpo constitucional. Y nada de ello estaban dispuestos a aceptar, no los amigos de Santander, sino quienes se habían afiliado ideológicamente en el grupo de civilistas contra el caudillismo. Ya era cuestión de principios la que empezaba a revelarse intelectualmente.

Pero triunfaron los amigos del Libertador en el Congreso. Entonces se dispuso la reunión de una Constituyente. Se decretó la reunión por Decreto 25 de julio de 1827. Santander firmó, pero puso una palabra que revela la integridad de su pensamiento: «Objétese». El Parlamento insistió. Quedó consagrado el hecho de su futura reunión.

Bolívar presidió las elecciones para sus integrantes. Santander estaba fuera del poder. Lo eligieron por Cundinamarca y cuatro provincias más. El Libertador insistía en que se eligieran los más leales a sus ideas. No lo logró. Y Santander demostró que tenía un amplio prestigio popular. No hay que olvidar que Bolívar, en ese momento, era una figura mítica, con todos los poderes, revestido de un prestigio legendario. La sola pronunciación de su nombre producía estremecimientos multitudinarios. Y las gentes se le postraban con admiración. A pesar de ello, Santander emergió victorioso en esas elecciones. ¡No era despreciable el conductor civil ni estaba tan desprovisto de masas humanas!

El 9 de abril de 1928 se instaló la Convención de Ocaña. Las previsiones de Santander se cumplieron. Los proyectos de los amigos del Libertador no fueron aceptados. Queda, entre otros varios documentos de Santander, una carta a don Vicente Azuero que señala su conducta en esa ocasión, que ha sido tan vilipendiada por sus encarnizados detractores.

Antes de instalarse la Convención, Santander le escribía a Azuero: «Opino que nuestras armas deben ser moderación y calma. Debemos hablar y obrar como si individualmente no hubiéramos sufrido ultraje alguno: el bien común fundado en los principios del orden social debe ser una guía a nuestro objeto y nuestro fin. Procediendo de esta manera, daremos más fuerza a nuestras opiniones, las recibirán despojadas de todo espíritu de partido e inspiraremos en ellas una gran confianza, no sólo a los demás convencionistas, sino a toda la Nación. Los hombres liberales aplaudirán esta conducta, y los que no lo sean concebirán esperanzas fundadas de poder vivir en el país con quietud, fuera de los riesgos que su conciencia dañada les

está representando en el triunfo de la causa de la libertad » (*Archivo Santander*. Tomo XVII, páginas 227-228).

No nos detenemos más en este episodio dramático, que tan perjudiciales desenlaces tuvo para la integridad de la Gran Colombia, porque de él intentamos un somero análisis en nuestro libro *Muchedumbres y Banderas*. Lo único que queremos poner de relieve es la perspicacia política de Santander. Su aguda visión de lo que aceptaba el pueblo. Su sentido y dimensión de la hora. El habló al Libertador en lenguaje escueto y franco, que no se escuchó en esa hora agitada y tumultuosa, cuando América se sacudía con desazón apasionada.

### La dictadura bolivariana

El 27 de agosto de 1828 el Libertador asume la totalidad del poder. Y no con frialdad. Al contrario, con una apasionada intensidad beligerante. Todo ello sucede después de que Pedro Alcántara Herrán con civiles y militares desconocen las instituciones y piden a Bolívar que tome el mando. El «Decreto Orgánico de la Dictadura» suprimió el cargo de Vicepresidente. La actitud contra Santander no permitía dudas. Se estableció el sistema de la sucesión presidencial, mediante la elección hecha sin sujeción a ninguna norma, por el Jefe Supremo del Estado. Y luego vienen declaraciones de respeto a todas las libertades, como en el comienzo de todo gobierno absolutista. Naturalmente quedó rota la Constitución de Cúcuta.

Por lo tanto, en gran parte hay aquí una reacción del Libertador contra Santander. Sus palabras de claridad republicana, sus inspiradas afirmaciones sobre la realidad civilista de nuestro pueblo, no habían logrado conmover la inteligencia de Bolívar.

### La noche septembrina

Naturalmente que el movimiento contra las ideas del Libertador no se detuvo. Inclusive llegó a las vías de hecho. En la noche del 25 de septiembre irrumpen para asesinar al Padre de la Patria.

El 26 se produce un hecho esencial: Bo-

lívar asume la totalidad del régimen dictatorial. Así derogaba su Decreto Orgánico cuando asumió el poder. Ese instrumento dice:

« Artículo 1. — De hoy en adelante pondré en práctica la autoridad que por el voto nacional se me ha confiado, con la extensión que las circunstancias hagan forzosa.

Artículo 2. — Las mismas circunstancias fijarán la duración de esta extensión de autoridad. »

Naturalmente, a Santander se le incrimina. Los autores del atentado eran amigos políticos de Santander. Algunos frecuentaban su amistad. Entonces los enemigos de éste aprovecharon para acumularle ese acto. Pero con mala fortuna para ellos: no pudieron establecer su conexión en el proceso.

No recordaron antecedentes importantes en la vida de Santander: que él había intervenido en dos ocasiones para evitar que fuera asesinado el Libertador, una en el Coliseo, hoy Teatro de Colón, días antes del 25 de septiembre. Y no hay que olvidar que Carujo tenía fraguado otro criminal atentado para el 21 de septiembre. Santander, con energía dramática, desbarató esa conjura de Soacha.

Hay que advertir que los integrantes de la conspiración del 25 de septiembre, no arremetían contra el Libertador simplemente por adhesión a Santander. Su actitud obedecía al ánimo beligerante que tenían contra quien, sin necesidad para su gloria, se había instalado como dictador. Y quería volver por los fueros de una Constitución despedazada.

Nombraron a Rafael Urdaneta como juez de la causa. La elección parece premeditada. Era enemigo de Santander y no lo ocultaba. No fue discreto para señalar su interés en la condena a muerte del organizador de la Victoria. En el expediente se estableció que no consintió Santander en atentar contra Bolívar. A pesar de que sobornaron a declarantes como Carujo, participante en tal noche, para que mediante la promesa de salvoconducto declarase contra el granadino. La carta de Urdaneta al general Mariano Montilla, el 14 de noviembre de 1828, lo revela con una desvergüenza que ofende la dignidad de la justicia.



No lograron que aparecieran las pruebas contra Santander. Se le envía luego a las Bóvedas de Bocachica. Es la muerte lenta. Luego se le permite salir del país. Recorre a Europa con un silencio que impresiona por su fidelidad patriótica. Es recibido por los altos valores de la cultura, de la política, de la ciencia.

Y no se atreven a publicar el proceso. Santander apremia para ello. Así lo pide al Congreso, que se reúne el 20 de enero de 1830. Y le repite la solicitud al Libertador-Dictador. Nunca lo hacen. No podía Santander solicitar la publicación de un mamotreto capaz de infamar su vida. Su reclamo es enérgico porque sabe que de esas páginas su nombre se levantará nuevamente, en palabras de respeto. Por ello insiste no sin dejar consignado que padece persecución por no someterse al absolutismo bolivariano. Lo dice, lo uno y lo otro, sin flaquezas mentales. Sus palabras iluminan de dignidad su demanda:

«Al Excelentísimo señor Libertador Presidente de Colombia, General Simón Bolívar, etc.

Excelentísimo Señor:

Un silencio profundo que he estimado conveniente al restablecimiento de la paz interior en mi Patria, la República de Colombia, es cuanto hasta ahora he opuesto a las violentas e injustas persecuciones que he padecido y que padezco en odio de mi oposición franca y legal a la elevación de un poder absoluto sobre las ruinas de nuestra Constitución. Tranquilo con el testimonio de una consciencia pura y con la acogida distinguida y benévola que he merecido en la parte de Europa que he visto, he esperado que el curso de los acontecimientos más bien que mis quejas y mis discursos, fuera el que me justificase ante la opinión pública. Pero ya me veo forzado a romper mi silencio en vista del Mensaje que V.E. ha dirigido en 20 de enero al Congreso de Bogotá: en él, hablando V.E. de las disensiones domésticas, asegura que muchos de los patricidas y quizá los más criminales habían sido perdonados. Una expresión tan general referente al suceso del 25 de septiembre de 1828, que ha servido de pretexto para llenar la medida de mis padecimientos por la causa de la libertad, puede creerse que también me com-

prende, y en este caso, mi honor exige que yo aclare la verdad.

«Al efecto, pues, recorro a V.E. suplicándole se sirva mandar publicar íntegro y a mi costa el proceso que se formó contra mí a consecuencia del enunciado acontecimiento del 25 de septiembre y la representación que dirigí a V.E. desde la fortaleza de Bocachica en 13 de diciembre siguiente, demostrando que la sentencia pronunciada contra mí no sólo era notoriamente injusta porque se habían supuesto cargos que no existieron y tergiversado todas las declaraciones de los testigos, sino porque había sido pronunciada en sumario por un hombre solo, caracterizado de enemigo mío en las disputas políticas anteriores; porque no se me había permitido ni aun el consuelo de defenderme, o de nombrar un defensor; porque no se habían confrontado conmigo todos los testigos; porque no se había cumplido con la ordenanza general del Ejército; porque se habían violado todas las fórmulas y todas las garantías, que sólo se permiten violar el odio, la venganza y la inmoralidad. Los documentos cuya publicación exijo son los que deben poner delante del mundo, o mi verdadera culpabilidad, o la atroz injusticia de que soy víctima.

«Yo los publicaría hoy si V.E. hubiera querido permitirme a mi salida de Bogotá que se me diese una copia, como lo pedí diferentes veces, y como debía haberse ejecutado francamente, supuesto que el gobierno estaba bien seguro de que era justo el procedimiento.

«Lanzado, Excelentísimo Señor, de una Patria a quien he servido diecinueve años sin un solo día de interrupción, y lo mismo en sus días prósperos que en los de adversidad; privado de mi familia, de mis amigos; despojado violentamente de lo que debía a las leyes y a la Nación; calumniado y vejado con encarnizamiento, me queda sólo el honor adquirido de mis mayores y que he procurado conservar en mi carrera pública guardando fidelidad a las leyes, cumpliendo religiosamente mis promesas, respetando los derechos de los colombianos, y consagrándome a la causa pública con lealtad y desinterés. Si la justicia y la imparcialidad persisten en los consejos de V.E. como debo creerlo, yo espero que

V.E. acogerá esta petición favorablemente, y que hará publicar íntegros y con la más grande fidelidad los documentos que he mencionado. Así Colombia y la Historia podrán juzgarnos sobre documentos auténticos y sobre hechos incontestables.»

### Regreso al poder

Muerto el Libertador, Santander es electo Presidente. Se le pide el regreso. El lo demora mientras espera que se manifieste un consentimiento o rechazo popular. Se invoca la necesidad de su presencia para reconstruir un régimen asentado en el poder que emana, simplemente, de las leyes. Y lo hace, sin apremio de su parte. Sin instigar para que se cumpla ese proceso de reparación al creador de la nacionalidad. No necesitaba apresurarse: en Europa estaba recibiendo todos los homenajes que merecía su dignidad y respetabilidad de fundador de sistemas democráticos. Y México, por medio de su Congreso, había proclamado que lo recibiría con los honores de Presidente.

Desde Santa Marta señala su conducta el 16 de julio de 1832 :

«No vengo a vengar mis agravios personales ni a indagar quiénes han sido mis perseguidores.»

### Sus haberes

Se ha especulado afirmando que Santander utilizó en provecho propio el empréstito de Inglaterra. Quedan varios mensajes al Congreso y al Libertador, pidiendo el examen de su conducta. Y se ha hablado de sordidez porque averiguaba, antes de regresar del destierro al poder, cómo le cubrirían sus sueldos que le retuvieron después de que se instaló la dictadura bolivariana.

Su testamento establece que deja sólo aquello que «había recibido por haberes militares». Lo del empréstito se esfumó, entonces...

Santander cedió muchos de sus sueldos en momentos difíciles. Los gastos de representación los hacía de su propio peculio. Devuelve unos vales a su favor, pues se siente recompensado ampliamente :

«Bogotá, enero 10 de 1822.

«A la Comisión Principal de Repartimiento de Bienes Nacionales.

«Por las diferentes leyes de repartimiento, he sido acreedor a la suma de quince mil pesos. S.E. el Libertador Presidente, en virtud de facultades extraordinarias de que gozaba, me dio en 1819 una propiedad como recompensa también extraordinaria, debida al buen suceso de la campaña de aquel año en la Antigua Nueva Granada ; posteriormente recibí de la comisión establecida en Angostura, siete vales por la suma de siete mil quinientos pesos, mitad del haber correspondiente a general de brigada ; y como yo me consideré abundantemente satisfecho con la cesión expedida por el Libertador, juzgué tener asegurada mi subsistencia en tiempos de calma y de paz, devolví en 7 de octubre de 1820 los dichos vales al ministro de Hacienda, manifestándole que me daba por pagado del haber señalado por las leyes de la materia. Me parece necesario este conocimiento en esa Comisión, en virtud del cual me inscribiré en el registro de acreedores satisfechos.

«Dios guarde a U.U. muchos años.

F. de Paula Santander.»

La *Gaceta de la Ciudad de Bogotá*, en su n° 33, informa que «S.E. el Vicepresidente, además de dejar para los gastos del ejército la mitad de su sueldo hace donación de mil pesos para el vestuario de la Expedición del Sur».

Esas actitudes las toma un ser que califican, despectivamente sus malquerientes, de apegado a todas las minucias económicas.

Y hay un detalle que releva su actitud ante la vida. En la puerta de su hacienda, en Hato Grande, hoy residencia campesina de los Presidentes de Colombia, se puede leer una frase que habla de la abundancia de su corazón :

«Casa de los amigos del General Santander.»

### Colombia

«Yo desearía que Nueva Granada conservara el nombre de Colombia», dice en carta escrita desde Hamburgo, cuando su destierro.

Esa voluntad está cumplida, ciudadano

Francisco de Paula Santander. Aquí decimos con orgullo *Colombia*, y al pronunciar este nombre decimos, entrañablemente, fidelidad a la ley, a la democracia, anticaudillismo y pasión por el pueblo. Y una manera de sintetizar esas virtudes, es volver a repetir, lentamente, el nombre de Santander.

### El carácter

Hemos visto las constantes mentales de Santander. Sus principios básicos democráticos. Su pasión civilista. Y el repudio a la dictadura. Aún no ha terminado el proceso contra él por haber amado esas tesis. A su amigo Rufino Cuervo le escribe dos días antes de llegar Bolívar a la capital, en 1827. Las palabras de esa hora anuncian el amotinamiento que habrá contra su vida y su obra. No ha terminado de pasar esa irrupción dramática contra su nombre. Pero queda su enseñanza y su enfática afirmación custodiando su prestigio de repúblico. Y dando aliento para que sus enemigos vuelvan a aglutinarse en contra de lo que él amó y defendió. Por lo que padeció en vida y por lo que aún sigue sufriendo escarmiento su memoria de civilista y de demócrata:

«Yo quedo esperando la tormenta; pero más decidido que nunca a no transigir con dictaduras indefinidas, con reformas violentas, ni con medidas ilegales. La inocencia de mi conducta me anima mucho a

mostrar en esta borrasca todo el carácter de que soy capaz. Jamás, jamás vaya usted a crearme débil ni inconsecuente, sea cual fuere la suerte que me toque en esta contienda.»

### Bibliografía

*Estudios históricos y fisonomías colombianas*, de Laureano García Ortiz. Editorial ABC, Bogotá, 1938.

*Historia del Derecho Constitucional Colombiano*, de Tulio Enrique Tascón. Impreso en «Cátedra Ltda», Bogotá, 1951.

*Cartas y Mensajes de Santander*. Compilación de Roberto Cortázar. (10 tomos). Librería Voluntad, 1956.

*Muchedumbres y Banderas*, de Otto Morales Benítez. Ediciones Tercer Mundo, 1962.

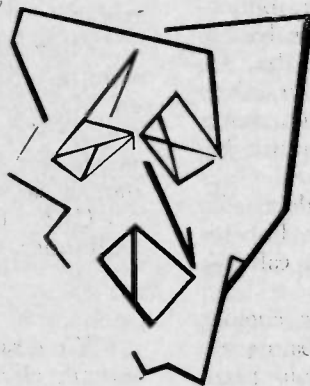
*Cartas de Santander*. Compilación de Vicente Lecuna. Lit. y Tip. del Comercio, Caracas, 1942.

*El Hombre de las Leyes*, de Max Grillo. Imprenta Nacional, Bogotá, 1940.

*Obras Completas*, de Simón Bolívar. Compilación y notas de Vicente Lecuna. (Segunda edición). Editorial Lex, La Habana 1950.

*La tragedia de Peñalver*, de Mario Briçño Iragorry. Editorial Iqueima, Bobotá, 1949.

*Nuestro siglo XIX. La Gran Colombia*, de Joaquín Tamayo. Editorial Cromos, Bogotá, 1941.



## Antoine de Tounens, rey de Arauca y de Patagonia

**A**NTOINE DE TOUNENS, nació el 12 de mayo de 1825 en el pueblecito de La Cheze de Chourgnac, en Dordoña. Era el octavo de nueve hermanos: cinco hombres y cuatro mujeres. Como en la familia había un pariente que se llamaba Antonio, para evitar la confusión, su padre, le agregó el nombre de Orellie (Aurelio). Empezó, pues, Orellie Antoine a estudiar en la escuela de Cheze; fue el preferido de su padre, porque era el último varón, y se le proporcionó la mejor educación posible. Su padre, su abuelo y su bisabuelo fueron campesinos: poseían treinta y dos hectáreas de tierra en la que cultivaban viñedos y trigo. Pero el hijo menor sería procurador. El padre de Antonio había pasado su vida litigando y quizás por esto creía necesario tener un procurador en la familia. El viejo se resistía a pagar sus deudas: cada vez que nacía un hijo compraba un pedazo de tierra o una finca, pero antes de pagarlos, sus acreedores tenían que entablar mil pleitos.

La escuela de Chourgnac funcionaba só-

lo dos días de los seis hábiles de la semana; por eso se le buscó a Antoine una escuela mejor en Périgueux, donde estudió hasta obtener el bachillerato. Luego pasó a Burdeos para hacer su carrera de procurador.

Desde chico había conservado una pasión por la geografía, por los libros de aventuras y sobre todo por lo que se refería a la América Latina: sabía de memoria los nombres de sus ciudades, las distancias que había entre ellas, las riquezas de cada región, etc...

Cuando terminó sus estudios se instaló como procurador en el número 13 de la Rue Hiéras (la actual Rue de la République) en Périgueux. Durante los primeros meses se mostró muy interesado por su trabajo, tenía una caligrafía perfecta en los memoriales de sus clientes. (Había sido discípulo del regente Chabrier, antiguo suboficial conocido por su impecable caligrafía.) Pero no perdía su interés por América. «Desde mis primeros años de infancia —escribía él más tarde— mis ojos miraron a ese continente y se fijaron más precisamente en Arauca y Patagonia, nombres que en mi niñez se me antojaban como mágicos. La geografía de esas regiones me parecía lo más exuberante del mundo. Este sueño me acompañó durante todos los años de estudios y mientras más aprendía de ellos más quería saber.» Durante sus años de Périgueux, pasó su tiempo libre, que debía de ser mucho —pues

*La pintora colombiana Emma Reyes ha fijado su residencia en Périgueux desde hace algún tiempo. Intrigada por la vida del rey de Arauca y de Patagonia, cuya tumba se encuentra en un cementerio vecino, sacó de los libros publicados sobre el famoso rey esta historia que publicamos.*

su carrera de procurador no le produjo éxito alguno y los días transcurrían sin que se presentara ningún cliente—, leyendo la *Geografía Universal* de Malte-Brun y Cor-tambert.

El nombre de Monsieur Tounens figura por la primera vez en la lista de procuradores de Périgueux en el *Calendrier de 1852*; es decir, se instaló en 1851, a la edad de 26 años. Su oficina pertenecía antes al procurador Grenaux.

Cuando cerró su oficina o bufete ya tenía hecho un plan. Había seguido paso a paso las actos guerreros y los atropellos de los chilenos y los argentinos contra los patagones y los araucanos, pensando y calculando, hasta llegar a la conclusión de que si en lugar de pelear separadas esas poderosas tribus, se unieran bajo el mando de un jefe que las guiara, ni los argentinos ni los chilenos podrían derrotarlas. Chile había sido liberado por San Martín entre 1817 y 1818, y así los araucanos no tendrían que defenderse de los españoles: poco a poco vieron desaparecer a los soldados blancos, sus enemigos, pero otros más importantes se les venían encima. Ya no se trataba de una ocupación armada, sino que eran los emigrantes chilenos y argentinos, que sin otro derecho que el del más fuerte, pretendían quitarles sus tierras: comienza el pillaje, y los colonos, en su mayoría emigrantes de Castilla, tratan de hacer un pacto con el cacique, mediante el cual los araucanos conservarían los terrenos inalienables y los colonos los bosques y los baldíos que los indígenas no quisieran.

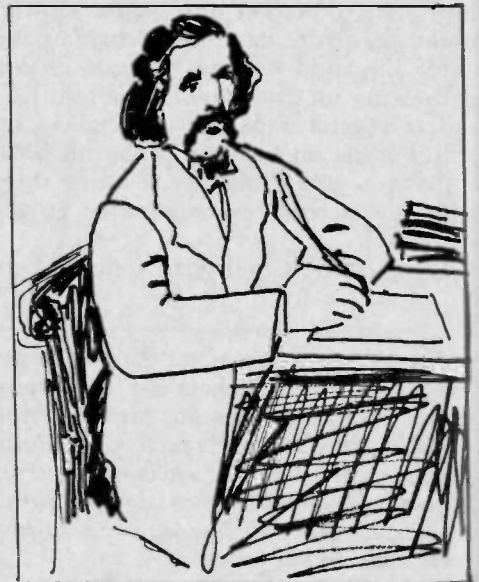
Pero este acuerdo no se mantiene, sembrando así el descontento entre los araucanos, los cuales se preparan para defenderse de los usurpadores argentinos. Estos últimos fundan en terreno araucano el puesto de El Carmen, y los indígenas, para vengarse de un comandante argentino, les roban a los colonos 40.000 cabezas de ganado.

Para completar el resumen de esta historia, diremos que los territorios araucanos fueron muy apetecidos por Chile y Argentina entre 1850 y 1860, y que la posesión de algunas parcelas de estas dos vastas regiones llevó a estos pueblos a la guerra, en unas diez ocasiones.

Estas circunstancias favorecían a un hombre determinado, cuyo interés por las rivalidades de estas naciones y por el montaraz sentimiento de independencia de las tribus indígenas lo conduciría a ganarse la amistad de éstas.

Y, cosa extraña, ese hombre existe. Es un modesto procurador de una vieja provincia francesa, el Périgord. Se llama Tounens. Y este mismo Tounens tomó una resolución, en su oficina, en el número 13 de la Rue Hiéras, en Périgueux. Sí; resolvió ser el jefe y guía de esas tribus perseguidas y maltratadas. Comunicó su proyecto en una reunión de familia en la finca de su padre. En esta época en que el romanticismo todavía iluminaba la imaginación, el Sr. Tounens no ve ninguna dificultad en su empresa y con la ayuda de su inteligencia de meridional piensa que él es el hombre providencial llamado a desempeñar esa misión. Ya se siente el soberano de un pueblo joven y vigoroso al cual le dará una civilización; será el fundador de un nuevo Estado, donde florecerán las instituciones francesas. En resumen: se propone construir una Francia americana, destinada a reemplazar al Canadá y a Luisiana que los franceses habían perdido años atrás.

ANTOINE DE TOUNENS, EN 1857



¿Tendría afán de exploración? ¿O deseo de conquista? Quizás ambas cosas. Sea lo que sea, Orellie de Tounens está bien resuelto a realizar su aventura. La reunión de familia concluyó favorablemente: el padre le ofrece ayuda. Toman un préstamo de 25.000 francos al «Crédit Foncier» sobre las 32 hectáreas que posee la familia, para cubrir los gastos de viaje de Orellie. (Allí se inició un mal negocio que condujo a la familia a la ruina.) Y un buen día de junio de 1858 Orellie de Tounens se embarca en una nave inglesa en el puerto de El Havre, rumbo a Chile.

Toca tierra chilena el 28 de agosto de 1858, en Coquimbo, pequeño puerto chileno que queda a 400 kilómetros al norte de Santiago.

Pasa dos años en aprender el español y relacionarse viajando permanentemente entre Santiago y Valparaíso.

Debemos mencionar, antes de proseguir, que no comunicó su viaje más que a su familia, sin pedir ayuda oficial, aunque dijo que su esfuerzo eran en provecho de Francia.

Poco a poco empezó a llegar a oídos de los indígenas la historia de este blanco excepcional que luchaba en defensa de ellos en Santiago y en Valparaíso. En 1860, los indígenas recibieron la noticia de que ese blanco había desembarcado en Valdivia, al sur de Arauca, la capital araucana. Y ese blanco es nada menos que nuestro Orellie. Para causar una buena impresión entre sus futuros vasallos, se viste de levita francesa ceñida y un poncho, y en la cintura coloca un sable arqueado, de caballería. Va acompañado de dos intérpretes y se hace presentar al cacique Maguil, a quien pone en autos acerca de su proyecto y delante de quien se presenta como heredero del trono si los indígenas lo aceptan como su rey. El cacique Maguil cae en las redes que le tiende su encantador visitante y le ofrece ayuda. La visitas se repiten, a pesar de que los indígenas y él no hablan la misma lengua.

Como veía que era bien acogido, Orellie resolvió presentarse una vez acompañado de dos franceses, D. Lachaise y Defontaine, a quienes dio los títulos de ministros del Interior y de la Justicia. Además, desde su

primera visita al cacique habló siempre en nombre de Francia; nunca dijo que las suyas eran ideas personales.

Pero, por desgracia, el cacique Maguil muere al poco tiempo, lo cual es una contrariedad. Mas Orellie no se desanima, y cuando ya ha pasado un poco el duelo se presenta de nuevo para ponerse en contacto con el nuevo cacique, Quilapan, enemigo mortal del gobierno de Chile.

No fue difícil convencer a Quilapan. «¡Ustedes son débiles!, dijo. «Están divididos en tribus. Deben formar un solo cuerpo y así los vecinos los respetarán.»

Entonces los indígenas se dieron cuenta de que preferían un reinado con Orellie en el trono a una república explotada por los chilenos, y dieron carta blanca a Tounens, quien se precipitó a rendir su primer decreto:

«Nos... el Príncipe Orellie Antoine de Tounens, considerando que la Araucanía no depende de ningún otro Estado, que está dividida en tribus, y que tanto el interés particular como el interés general exigen un gobierno central, decretamos:

«Artículo primero: Acaba de fundarse en Arauca una Monarquía Constitucional y hereditaria; Se ha nombrado Rey al Príncipe Antonio de Tounens.

«Artículo segundo: En el caso en que el Rey no tenga descendientes los herederos a su trono serán tomados en las otras líneas de su familia siguiendo el orden que será establecido ulteriormente por una Orden Real.

«Artículo tercero: Hasta que el gran cuerpo del Estado no sea constituido, todas las ordenanzas del Rey serán consideradas como ley.

«Artículo cuarto: Nuestro ministro secretario del Estado queda encargado de su cumplimiento desde este momento.

«Hecho en Arauca el 17 de noviembre de 1860.

«Firmado: Orellie-Antoine I.

«Por el Rey, el ministro de Estado del Departamento de la Justicia.

«Firmado: F. Defontaine.»

El mismo día el nuevo rey decreta la constitución, que en sí parece perfecta. Es-

tá dirigida a los indios, analfabetos por completo, y anticipa un poco sobre su evolución política.

A pesar de ser el rey de Arauca y de la Patagonia durante nueve meses, vive pacíficamente, rodeado del respeto de su pueblo. Prepara la emisión de un empréstito que le permitirá organizar un ejército moderno.

Entre tanto se dirigía a los periódicos de Périgueux pidiendo que abrieran una suscripción pública para ayuda de su reino :

« Señor redactor : Tengo el honor de informarle de la fundación de un reino monárquico-constitucional en Arauca y de mi instauración al trono de ese Estado bajo el nombre de Orellie Antoine I con sucesión en perpetuidad a favor de mis herederos, y a falta de descendientes, a favor de otras líneas de mi familia.

« Mi dinastía y mi advenimiento no pueden ser eficaces sino con el concurso de mis compatriotas. A este fin hago un llamamiento a nuestra nación para solicitar una suscripción nacional destinada a hacer frente a los primeros gastos : reunir una fuerza de tierra o de mar con el fin de hacer respetar las leyes y las autoridades de mi reino y, en fin, para ayudarme a fun-

dar un pueblo francés en el sur de la América, bajo el nombre de Nueva Francia, independiente, autónomo, bajo mi dinastía.

« En mi calidad de procurador de Périgueux le ruego, señor redactor, que me apoye por conducto de su estimable periódico para llevar a cabo la suscripción nacional que solicito de Francia para la causa arriba mencionada.

« No hay que olvidar la validez de los intereses de Francia para fundar un pueblo francés en el sur de América, y sobre todo la facilidad de comunicación que habrá por la línea de vapores que yo establezco de Burdeos a Arauca, por el estrecho de Magallanes y todos los puertos de la América del Sur.

« En espera del placer de verle, le ofrezco, señor redactor, el testimonio de mi distinguida consideración.

P.O de Tounens

Valparaíso 18 de julio de 1861.»

El resultado de esta carta fue lamentable ; no solamente el periódico no abrió la suscripción, sino que sin ninguna reserva se publicó íntegro el texto acompañado de un artículo burlón en que lo ridiculizaban. Si en vez de hacer artículos burlones, los franceses hubieran visto el mapa geo-

ROYAUME  
D'ARAUCANIE ET DE PATAGONIE



ORDRE ROYAL  
DE LA COURONNE D'ACIER

Estrejit du Livre d'Or.

*[Faint, illegible text]*

*[Several lines of very faint, illegible text]*

gráfico y hubieran considerado que se trataba de un territorio tres veces más grande que Francia, seguramente la reacción hubiera sido otra, ya que legalmente esas tierras no habían sido conquistadas ni estaban incluidas dentro de las fronteras de Chile ni de la Argentina. El 26 de diciembre de 1861, es decir, después de un año de reinado, había ya conquistado nuestro procurador cuatro tribus que habían adoptado su pabellón. La tribu de Quicheraga, que fue la última en ponerse a sus órdenes, contaba doce mil hombres, y le prometía reunir 30 mil en no largo plazo.

¿Cómo explicarse ese éxito con todos esos caciques tan orgullosos de su libertad? Tal vez por la leyenda que corría entre los indígenas de que todas sus miserias terminarían con la aparición de un hombre blanco. Claro que lo realmente cierto es que Tounens era un hombre de una presencia extraordinaria, y una fuerza y tenacidad sin límites, unidas a una cultura muy por encima del medio, con un porte de gran señor. Trató siempre a los indios con gran respeto, incluso con ceremonia. Todas esas cualidades le hicieron ganar la amistad de los caciques. Terminadas las elecciones se retiró a Angol al lado del cacique Trintre, para vigilar los movimientos de los chilenos en la frontera y esperar los treinta mil hombres que le había ofrecido Quentucol. Él pensaba que si lograba ocupar con sus tropas Angol, podría dirigirse al gobierno chileno para negociar con él la paz de su pueblo. Sabía que el gobierno chileno estaba muy pobre en ese momento y que en ningún caso tendría dinero para hacer frente a una guerra. Después de los derroches del presidente Montt, las tropas no tenían armas y ni siquiera ropas y alimentos.

El 5 de enero de 1862 fue un día fatal para nuestro rey. Ese día dejó Canglo, donde vivía después de una semana, para encontrarse con el cacique Trintre en Angol. Unos días antes de esta fecha, sus intérpretes, que no habían sido pagados por sus servicios, y sobre todo su doméstico Rosales, que era sin duda un espía, informaron al gobierno chileno de los preparativos y de los planes del rey. Así que a mitad del camino tuvo la sorpresa de encon-

trarse con las autoridades chilenas que lo esperaban. El mismo día fue transportado a Nacimiento y allí fue encerrado por orden del gobierno en una fortaleza con la consigna de vigilarlo día y noche.

El 6 de enero de 1862 llegó a Nacimiento el jefe del VII Batallón de línea del ejército chileno, Don Esteban Camino, que pidió entrevistarse con ese hombre que se hacía pasar como soberano de Arauca con el título de Orellie Antoine I. Le interrogó sobre sus posibilidades económicas para realizar sus planes. Orellie le respondió que contaba con la ayuda de Francia y de otros gobiernos de Europa. Pero sus enemigos, que habían registrado su equipaje, encontraron las copias de las cartas que él había enviado a los periódicos de Périgueux y de Dordoña en que pedía hicieran suscripciones a su favor. «Leídos todos sus papeles, yo quedé admirado —dice en su informe el jefe militar— de comprobar





cómo este hombre sin dinero y sin ningún respaldo ha podido engañar y dominar a tal punto a todos los caciques indios, también quedé sorprendido de su extraordinaria cultura.» El 7 de Enero de 1862, Tounens deja a Nacimiento y lo transfieren a la prisión de Angeles. A la salida de la cárcel, el pueblo, que se había amotinado en la plaza, le manifestó su simpatía. La prisión de los Angeles, si puede llamarse prisión, era un salón de once metros por siete de ancho y tres de alto, el piso de ladrillo; el sol no penetraba nunca y la humedad era glacial. Como único enser le ponen una estera en el piso. Esa será la casa y esa será la cama del rey de Arauca durante nueve meses y tres días. Cinco meses de los nueve los pasó tirado en la estera con fiebres palúdicas que no lo abandonaban ni un instante, sin haber recibido ninguna cura por parte de los chilenos; el pelo se le cayó, su cuerpo robusto se volvió un esqueleto. Eso no le impidió arreglarse con uno de sus guardianes y continuar enviando su correspondencia a Francia pidiendo ayuda. Por ese mismo medio logró enviar una carta al encargado de negocios de Francia en Chile. Esta interminable lucha sin fatiga y sin perder la fe dura hasta el 2 de septiembre en que el gobierno chileno resolvió abrir «el affaire» Tounens, y fue llamado a juicio.

El jurado lo declaró loco, y después del proceso fue internado en una clínica mental. Pero los rumores eran que más tarde sería fusilado. Llegaron a él esos rumores y fue entonces cuando escribió su maravilloso testamento que se refiere especialmente a los derechos de sucesión de su trono. Envio una proclama a las autoridades chilenas reclamando sus derechos legales, ya que Arauca era un territorio independiente que no pertenecía a los chilenos, y él había sido elegido rey por unanimidad por los indios. Si ustedes han establecido fronteras es porque lo consideran un país independiente. Todo lo que ustedes escriben no hace sino confirmar esa independencia. Patagonia y Arauca tenían el derecho de nombrar un rey y yo tenía el derecho de aceptar. Así, pues, pido ayuda a todos los encargados de negocios de Chile, en defensa de mis derechos y los de mi reino al cual debo protección y ayuda.» Esta y

otra serie de cartas enviadas a los diarios y autoridades y diplomáticos desencadenaron una serie interminable de discusiones y de teorías diversas. Muchos estaban de su parte. Las discusiones llegaron al gobierno francés y hay una serie de cartas entre el ministro de Asuntos Extranjeros de Francia y el de Chile. Francia pide protección para un ciudadano francés, claro que sin acentuar ni tocar el punto de la Patagonia. Discuten los ministros de Guerra, los ministros de Relaciones, los diplomáticos; los periódicos toman partido, unos en pro, otros en contra. Entretanto se habla de someter a Orellie a un consejo de guerra. Claro que la intervención del gobierno francés es un poco tímida. Pero suficiente para obtener que Orellie sea repatriado.

Todas esas aventuras no le hacen perder su fuerza; al contrario; en Francia se instala en París en el Hotel de Tours, Place de la Bourse. A su llegada a París fue recibido por todos los periodistas. Sus respuestas no carecen ni de buen sentido ni de habilidad. Leo Magne dice: «Los ejemplares que hemos consultado en los archivos del ministerio de Asuntos Exteriores llevan todos esta dedicatoria: A Su Excelencia el ministro de Asuntos Exteriores ofrecido por su autor el Rey Orellie Antoine I. París 23 de septiembre de 1863.» Durante su estancia en París, Orellie no pierde un momento, escribe cada día centenares de cartas y logra entrevistarse con todas las personas que él cree pueden ayudarle en sus planes. Unos no le escuchan, otros le tratan como a un loco, la mayoría se burla de él. Pero un día, finalmente, encuentra su hombre, y este hombre es M. Planchu. Este sujeto no solamente le promete volverlo a su trono, sino que le ofrece dinero e incluso acompañarlo personalmente. ¿Qué suma cree usted que sea necesaria para realizar sus planes? le pregunta M. Planchu. 10.000 francos responde Orellie, y una vez allí haremos que se reúnan todas las personas que nos puedan ayudar a formar una civilización. La civilización de la Nueva Francia. Por desdicha M. Planchu sólo le puede dar 3.000 francos, de los 10.000 que él pedía. Antes de emprender el regreso invita a M. Planchu y sus dos secretarios a Périgueux, para presentarles su fa-

milia y hacerles conocer su pueblo. Terminados los preparativos del viaje, Orellie parte de Europa en compañía de M. Planchu. El 8 de febrero de 1869 se embarcan en Southampton sobre la nave « L'Onéida » y llegan a Buenos Aires el 14 de marzo. Y así empieza su segunda expedición. Según Villiers du Terrage, los 3.000 francos de M. Planchu se fueron todos solamente en el viaje, y a la llegada ambos viajeros empezaron a escribir centenares de cartas al padre de Planchu para pedir dinero; además le pedían el envío inmediato de todo un equipo de maquinaria para fabricar billetes de banco. Tounens trata primero de llegar a su reino por la vía terrestre, parte por Azul acompañado de Planchu, pero la dificultades son tantas por la escasez de rutas y medios de transporte que antes de pasar la frontera Argentina estuvieron obligados a regresar a Buenos Aires y allí tomaron un miserable barquito que los llevó a Carmen de Patagonia. El viaje es atroz: el barco es malo, el conductor peor, y además las tempestades se suceden unas a otras. Llegados a Carmen con grandes dificultades, logran arribar a Cloele-Choel remontando el río Negro.

Este viaje fue un verdadero acto de heroísmo y de inconsciencia, ya que tenían que atravesar la Patagonia todo a lo largo, región inexplorada hasta el momento por ningún blanco y poblada de tribus aisladas, completamente salvajes y llenas de rencor y de soledad. Además había que atravesar la inhospitalaria cordillera de los Andes. Mientras Tounens se encontraba en Cloele-Choel llegaron las tropas argentinas. Don Julián Marga, que dirigía el pelotón argentino toma a Orellie por la fuerza y lo hace conducir a Carmen. Con la ayuda de los indios, logra escapar de las manos de los argentinos y atravesando nuevamente los Andes llega a la tribu de su amigo el cacique Quinthiau, que lo recibe como a un verdadero soberano. La noticia de su regreso se extiende rápidamente entre las diversas tribus, que se precipitan a rendir los honores a su soberano, y empiezan de nuevo las proclamaciones y los discursos y los decretos, y así el 17 de diciembre funda Tounens la orden de la Cruz del Sur.

\*



Himno  
a

Antonio Orellie I, primer  
Rey de Arauca y Patagonia  
compuesto por Guillermo Frick  
Valdivia 1864

Orellie está sentado al pie de su guardia sobre un trono transportable cubierto de pieles y plumas de ganso, vestido con una especie de levita ceñida, a la francesa, en parte cubierta por un poncho, y con un espada de caballería a la cintura. Sobre la cabeza una especie de cinta con borlas en forma de corona.

El 17 de septiembre de 1875 creó la medalla de la Constelación del Sur. La Sociedad de Medallas de la Constelación del Sur es una asociación libre fundada bajo el alto patrocinio perpetuo del Rey de Arauca y de Patagonia, vigilada por un consejo perpetuo y un presidente. Es una sociedad puramente humanitaria y no se ocupa de ninguna operación comercial, de cualquier naturaleza que sea. En el momento de su creación, el único que tenía derecho a nombrar los miembros de esta sociedad era S.M. Antoine Premier. Cada miembro tenía que comprar su medalla, la medalla

en forma de cruz, de tamaño de cinco centímetros. Los altos dignatarios y los miembros del consejo supremo la llevan al cuello prendida con una cadena formada de pequeñas estrellas de oro y esmalte. En la cruz figura la corona real de S.M. orlada de laurel. La cruz del presidente tiene sólo cuatro centímetros. El vicepresidente y los presidentes de honor y miembros llevarán la medalla en el lado izquierdo del pecho, suspendida de un lazo, de tres centímetros de ancho, con una roseta para el vicepresidente. El uniforme se compone de una túnica de tela negra bordada en oro, al estilo militar, con botones de oro adornados de una estrella, cuello cerrado con una estrella bordada en oro. Dos bandas negras con galón de oro para los dignatarios y sin galón para los simples miembros. La espada en estuche de oro; sombrero bicornio con escarapela, plumas de gallo con los colores nacionales (azul blanco y verde). Para las mujeres un uniforme negro con una pequeña túnica de terciopelo negro también, esmaltada de estrellas de oro.

Naturalmente los caciques Quilapan, Montret y Lemounadu son los primeros miembros de la orden. Al mismo tiempo Tounens nombra todos sus nuevos ministros. Quilapan, ministro de Relaciones Exteriores; Montret, ministro del Interior, Quéladuke, ministro de Justicia; Calfouchan, de Agricultura. Inútil decir que ninguno de estos ministros indios sabía leer.

El gobierno chileno al repatriar a Tounens después del famoso proceso militar, había hecho correr la noticia entre los indios de que Orellie había sido fusilado. Para los indios, que ya lo tenían por muerto, verlo regresar era algo sobrenatural, y su prestigio aumentó esta vez no sólo con el carácter de rey sino con atisbos de divinidad.

Cuando los chilenos supieron su regreso ordenaron su muerte. Se emplearon todos los medios para atraparlo; pero los indios establecieron guardias, y movilizaron todas sus fuerzas para defenderlo. El Gobierno chileno decidió cambiar de técnica y trató de establecer contacto con los caciques para convencerlos de entregarles a Orellie, al que tratan de bandido. Los caciques no aceptan. Entonces les piden permiso para entrar no en plan de batalla, sino simple-

mente para tomarlo como prisionero. Los indios no aceptan ninguna propuesta, al contrario, redoblan las guardias y los medios de seguridad para defender a su rey. Pero la situación moral de Orellie es cada día peor. No tiene dinero, no le llega ninguna ayuda, ningún país quiere reconocer su reinado, no tiene los medios de llevar técnicos militares para formar a los indios de manera que puedan vencer a los chilenos. Poco a poco se da cuenta de su miseria y de su impotencia. Sufre crisis en que se considera un hombre fracasado, sabe que un día u otro los chilenos terminarán por apresarle, o violando las fronteras o simplemente convenciendo a los caciques para que lo entreguen, y después de muchas vacilaciones decide volver a Europa. Pero si entrar fue difícil, salir es todavía peor, porque todas las fuerzas de la frontera están alerta. No puede tampoco huir sin prevenir a los caciques de su viaje y obtener su ayuda. Los indios están dispuestos a guardarlo y a defenderle la vida, pero ¿hasta cuándo va a durar esa situación?

Después de muchas discusiones los indios aceptan dejarlo partir. Dos meses infernales dura este viaje. En junio de 1871 llega a Bahía Blanca, después de atravesar los Andes y la Patagonia, sin tocar tierra chilena. En Argentina puede pasar inadvertido, y llega a Buenos Aires el 2 de julio. Lo primero que hace es visitar todos los periódicos argentinos, «La Prensa», «La Tribuna», «La Nación», y pide el apoyo para su reino y comunica sus proyectos. Orellie ha escapado, pero no ha renunciado, ni renunciará jamás a la realización de sus proyectos. Este intrépido perigordano no perdió nunca su fe. De Buenos Aires parte a Montevideo donde hace la misma campaña, pero los uruguayos no quieren a ese individuo peligroso que puede ocasionarles un pleito con Chile. El representante de Estados Unidos en Uruguay le ofrece un barco de guerra para que se refugie, mientras puede obtener otro barco para reintegrarse a Europa. Y allí espera hasta que se embarca nuevamente, convencido esta vez de que sus compatriotas franceses no podrán seguir negándole su apoyo. El viene dispuesto a obtener dinero armas y hombres para defender su reino.

Ese reino que será el imperio de la Nueva Francia. Esta es su segunda estación en Europa de 1871 a 1874. Este rey en exilio se dedica al periodismo. Logra fundar un periodiquillo que se llama *la Couronne d'Acier*. Este periódico ve la luz pública el 13 de enero de 1872. También crea otro periódico, *Les Pendus*, que muere al segundo ejemplar. Abre una suscripción de 100 francos al año por cada francés, ofreciéndoles en cambio que les librará de todas las miserias y de todas las deudas. Propone además a la Alsacia y a la Lorena organizar grupos de emigrantes para ir a poblar su reino. Entretanto su socio y amigo Planchu, que se quedó con los indios, le acaba de usurpar el trono haciéndose nombrar monarca durante su ausencia. Planchu, menos intelectual y más realista, intentó varios combates contra los chilenos, pero al poco tiempo pereció ahogado. Orellie sigue instalado en París; es el hombre más popular, pasa las horas del día en el café concierto Mussard, siempre solo, taciturno y majestuoso, con un vaso de pernod en la mano.

Un día logra entrevistarse con un banquero inglés que le ofrece su ayuda, pero este banquero era un hombre sin escrúpulos. Ese caballero se llama Jacob Michael. Su socio J.M. Almeda es también conocido como otro caballero de industria. A estos nuevos benefactores sólo les interesa ayudarle en la fabricación de los billetes de banco destinados al nuevo reino y que se llamarán nuevos francos. La noticia de la emisión de billetes en Londres llega inmediatamente a los periodistas franceses y se abre una campaña de prensa en París criticando al gobierno francés, que ha negado ayuda y apoyo a este gran compatriota, forzándolo a pedir ayuda de los ingleses. Mientras Orellie se ocupa de la propaganda, los caballeros de industria ingleses han lanzado la primera serie de billetes y la están vendiendo secretamente a los franceses, organizándose el gran contrabando de los nuevos francos.

J.M. Almeda y Jacob Michael, satisfechos de los buenos negocios, hacen un contrato con una agencia marítima inglesa para equipar dos barcos destinados a llevar armas, alimentos y hombres a la Nueva Arauca.

Informado el gobierno chileno de todo ese movimiento, envía una carta de protesta al gobierno inglés y pide la intervención de Francia en el asunto, alegando que Arauca y Patagonia son de Chile y nadie tiene derecho a llevar ni armas ni hombres y menos aún dinero. Todos esos mensajes no alcanzan a impedir la tercera expedición de Orellie a la Patagonia. Antes de partir, hace acuñar además de los billetes monedas de diez céntimos. En el anverso, su corona real y en el reverso la siguiente inscripción: « Orellie Antoine I<sup>o</sup> Roi D'Araucanie et de Patagonie » « Nouvelle France 1874 ».

En el mes de abril de 1874 Orellie parte de nuevo a Buenos Aires, esta vez bien cargado de armas y municiones. En esta nueva expedición lo acompañan H. de Coellu, Jules Perichot y Joseph Ferdinand Simonet, que van para establecer la primera sucursal del banco inglés de M. Jacob-Michael. En Buenos Aires contratan el cargo « Pampita » y como únicos pasajeros se dirigen a la Patagonia. Hacen la primera escala en Bahía Blanca y esta escala es fatal a Orellie. Caminando por las calles se encuentra frente a frente con el comandante argentino Julián Murga, que lo reconoce. No era un hombre que uno pudiera olvidar, a causa de su extraordinaria presencia y su porte señorial. Murga alerta inmediatamente al gobierno, y el 17 de julio de 1874 Orellie y sus acompañantes son hechos prisioneros. Él busca medio de informar al ministro de Francia en Buenos Aires del atropello que acaban de cometer contra su persona, y el ministro obtiene que le den la libertad, pero es una falsa libertad, porque la policía lo vigila día y noche y le impide continuar el viaje. Su barco es embargado, y de nuevo se encuentra solo y sin recursos. Toda esperanza de reconquistar su reino parece perdida y la miseria le obliga a tomar de nuevo un barco que lo conduzca a Francia. De regreso a París en 1874 continúa su labor publicitaria y se dedica sin reposo a buscar adeptos para su causa. Decide instalar su corte en un piso de la rue La Fayette. Su gran chambelán es un tal Antonio Jiménez de la Rosa, persona cargada de títulos de todas las universidades y de numerosas sociedades científicas.

Orellie escribe artículos, da conferencias, se pasea por las calles de París seguido de su corte, pero su nombre empieza a pasar de moda y sólo logra pocos adeptos que no llegan a una veintena. En 1876 convence a otro crédulo que le finanza nueva expedición, pero esta vez desembarca en Montevideo, y de allí se dirige al gobierno argentino pidiendo le dejen instalarse en Cloele-Choel, el pueblo fronterizo entre Argentina y la Patagonia. Cuando estaba esperando la autorización cayó gravemente enfermo a causa de una infección intestinal. Fue trasladado al hospital de Buenos Aires, donde se le trató como un rey. Los médicos deciden operarlo, y la operación le salvó la vida, pero le dejó inválido. Convencido de que nunca más podría trabajar, acepta embarcarse para Europa el 26 de enero de 1877 sobre el barco «Paraná». A su llegada a Burdeos se le traslada al hospital, y desde ese hospital lanza todavía su último llamamiento al gobierno francés pidiendo ayuda. Se abre una suscripción y se reúnen 3.000 o 4.000 francos que sirven sólo para pagar sus gastos de enfermedad. Cuando recupera un poco las fuerzas se traslada a Dordña y se refugia en casa de un antiguo cliente que es carnicero en Tourtoirac. En esta pequeña ciudad termina su vida el 17 de septiembre de 1878. Se le enterró en una humilde tumba que no se distinguía en nada de la de sus compatriotas pobres.

Fue en 1937 cuando el alcalde Raúl Devort pidió a la municipalidad de Tourtoirac que hiciese una colecta para erigirle una tumba sencilla, pero que fuera un homenaje a este hombre increíble, que había dedicado veinte años de su vida, poseído



de una fuerza moral digna de ejemplo, a una empresa titánica y que merecía una mejor fortuna.

Según André Maurois, en el prefacio del libro de Leo Magne, de donde hemos tomado la mayor parte de estos datos, el monumento fue encargado al único artista escultor que había en Tourtoirac. A este respecto nos dice Maurois: « Este artista no había visto nunca en su vida una corona, por lo que decidió tomar un juego de naipes y copiar la corona del rey de corazón. No es un mal signo. El pobre Antonio de Tounens tenía tanto corazón como cualquier hombre de esta tierra, pero el destino le dio malas cartas, y cuando al fin le hizo rey, no era más que una losa. »

## La plaza del pueblo

POR EDUARDO CABALLERO CALDERON

**H**AY CENTENARES de pueblos clavados como mariposas al flanco de los Andes; y los hay dormidos en el fondo de valles que a la hora de la siesta, cuando el sol es más bravo, jadean como perros con la lengua afuera. Pueblos paramunos, azotados por el cierzo y por la llovizna. Pueblos melancólicos, cuyo ruinoso campanario tose y carraspea llamando a los fieles a la misa del alba. Pueblos alegres, con borrachos en el estanco de la plaza y zarazas de colores en la estantería de las tiendas. Pueblos donde hay política, y disparos en las esquinas, y muertos en los días de fiesta; y pueblos donde no pasa nada. Pueblos hay donde no corre el tiempo, donde las horas se estancan y se pudren en los vallados, o rumian mansamente al lado de la vaca perdida que ayer, o hace un siglo, llevaron al coso municipal.

Pero todo esto es un decir, es una mentira, pues no hay pueblo en que no se le diga al forastero que cae por allí a comprar ovejas en la feria o a montar timba en los días de mercado:

— ¡Si usted supiera las cosas que pasan en este pueblo!

— ¡Como éste, no hay otro pueblo en el mundo, créalo usted!

Yo lo creo, porque he visto que de lejos y en manada todas las ovejas que pastan en la colina de ese pueblo o de cualquier pueblo parecen iguales; pero miradas y contempladas de una en una, cuando se va a comprar ovejas, no hay dos que se

parezcan. La una es cocola, la otra todavía tierna, la otra tuerta, la otra mordida por la esquila en el cogote, la otra tiene cara de gente, la otra tiene hocico de oveja. Además no hay rebaños de pueblos, ni pueblos en manada, sino un pueblo en la cuchilla del monte, y otro en la entrada del boquerón, y otro a punto de rodar de la falda de la colina, y otro ya tirado de bruces en el fondo del valle. Y este pueblo que digo es otro pueblo donde no pasa nada y pasan muchas cosas, al parecer igual a todos, pero en realidad no hay en el mundo uno solo que se le parezca. El lenguaje es demasiado vago y abstracto cuando se quiere hablar de este pueblo, o de cualquiera otro, porque los dos son concretos, precisos, cuadrados como el marco de la plaza donde, aunque muy diferentes y recelones los unos de los otros, nacieron sin embargo todos los vecinos. En aquél que yo digo, y cuyo nombre no viene al caso —no porque no quiera acordarme, como Cervantes del nombre del poblachón de la Mancha donde nació don Quijote—, todos los vecinos nacieron en el marco de la plaza menos el alcalde que no tiene ese motivo de orgullo pues lo nombró el gobernador y viene de otra parte. Otra parte, en los pueblos, es otro pueblo.

En el mío, pues, hay una plaza cuadrada con piso de tierra, un frondoso eucalipto en el centro y una mancha de verdura amarillenta en redondo del árbol. De un lado está la iglesia con sus torres defor-

madas por algún cura reformista. En el costado fronterizo está el caserón del colegio de monjas para las niñas del pueblo. Quedan los otros dos costados de la plaza, los otros dos lados del cuadrado municipal: pues en el de arriba están la alcaldía, la telegrafía, la escuela de varones, la inspección de policía, la cárcel y la sala donde se reúne el cabildo. En el de abajo tenemos la casa del vecino importante venido a menos, muy antigua y solemne como su dueño, con su tejado mohoso y cubierto de hierba. Y siguen otras casas de los vecinos pudientes, ya remodeladas por el mal gusto y el ático de comienzos del siglo. No recuerdo exactamente el lugar en que se encuentran, siempre en el cuadrado de la plaza, un taller de carpintería, una tienda de grano y novedades, el estanco, finalmente una tapia a la que se asoman zarzas, arbustos, curubos y otras enredaderas, y un gran portón de campo condenado desde tiempo inmemorial por una gruesa tranca de madera.

Ahora estoy parado en un pie, y después en el otro, mirando los árboles que sobresalen detrás de los tejados de las casas, o el reloj de la torre que se paró hace tiempos en una hora inverosímil, o las dos viejas señoritas que se asoman al balcón de la casa rural, o una monjita que a la puerta del colegio espera la señal del alcalde para sacar las niñas a la plaza. Y cuando levanto la cabeza, al través de la fronda del eucalipto veo una mancha jaspeada de cielo azul, cuadrado como la plaza.

Porque hoy es fiesta en el pueblo. No la eterna fiesta dominical con larga misa de nueve, mercado de ollas de barro, frutas y verduras, al pie del eucalipto de la plaza y un camión de cerveza en una esquina, que proyecta una música infernal a través del altoparlante. Sin embargo, como en cualquier domingo, los vecinos ricos y pobres están endomingados: afeitados, con camisa limpia, ruana terciada al hombro si son hombres, y las mujeres con jipa nuevo cuando son campesinas, y con abrigos pasados de moda si son del marco de la plaza. Hoy no hay procesión con los santos vestidos por la congregación de señoras piadosas, ni arcos de flores

silvestres en las calles, ni cantos gangosos de las monjitas del colegio en el coro de la iglesia. Hoy se trata de una fiesta cívica para conmemorar algo que ya nadie recuerda y que tiene relación con la fundación del pueblo o con la independencia del país. Si este pueblo, digo y dije, no es como los demás, esta es una fiesta grande y no como todas las fiestas. De ahí que en los carteles de letras rojas que el secretario del alcalde pegó a las puertas de la alcaldía, y que el sacristán —por ser rojas y no azules las letras— no quiso pegar a las puertas de la iglesia: de ahí que en ellos se diga que la de hoy es una fiesta cívica.

— ¿Como que hoy es fiesta, don Proceso?

— Sí señor, y cívica. Y a las Antorvecitas tienen festones en las ventanas que dan a la plaza.

— ¿Y qué llaman cívica en este pueblo, don Proceso?

— Una fiesta que no es como las otras fiestas. Este pueblo no es como el suyo, no señor. Se ve que el señor es forastero.

Los notables endomingados, afeitados aunque no toque por no ser domingo ni fiesta religiosa, conversan a la puerta del estanco. Un denso grupo de ruanas y jipas, entreverado de enaguas de frisa con randas de terciopelo, se amontona en la tienda de la señora Conchita. Esto al otro lado, uno de los tres restantes, del marco de la plaza. Se trata de campesinos que están bebiendo cerveza, todavía tiesos y corteses por aquéllo de que hoy es fiesta cívica.

— ¿Y a qué horas va a venir la banda?

La banda es del otro pueblo, pues en los que no hay, como en éste, la música siempre viene de otra parte. Rascándose la cabeza por debajo del jipa, don Proceso desocupa en el gaznate, sin pestañear su tercera botella de « amarga ».

— Y una « dulce » aquí para la señora, dice entornando los ojos para ver a una campesina, esponjada como una gallina clueca, que se está sonando con el ruedo de la falda.

— Mire don Proceso que yo no soy de esas...

Así como este pueblo no es como otro, aunque la banda sea de otro y no de éste,





— ¡Señor alcalde! Que nuestra reverenda madre le manda preguntar...

— ¿Dónde están los caballeros que iban a formar la guardia cívica?, preguntó el alcalde tocándose la cinta tricolor que llevaba en el brazo.

— Misia Ursulita le manda decir que las mazorcas...

En medio de la agitación, y el vocerío, y los gritos de los borrachos en la tienda de la señora Conchita, y la discusión política en el estanco sobre si el gobernador es bueno o es un maula, y entre el estallido de los voladores, y el coro de las niñas de la escuela, y el estruendo de un camión que descarga bultos de papa en la tienda de grano, se presentó la telegrafista —una de las Antorrecitas—, sofocada de emoción patriótica.

— Señor alcalde... ¡Llamada de larga distancia! ¡Lo citan de larga distancia!... Sí, por teléfono... Es urgente... ¡Es oficial!

El alcalde salió corriendo en dirección de la telegrafía, mientras las campanas repicaban como si la torre, y la iglesia, y el pueblo, estuvieran estrenando campana. Corría el rumor de que al alcalde lo habían llamado oficialmente por teléfono, y hasta los borrachos de la señora Conchita dejaron de gritar. Digo mal, porque desde su encierro en el coso, asomándose a la tapia, con voz pastosa y destemplada, gritó don Proceso:

— ¡Que vivan las fiestas!

— ¡Cívicas!, le contestó el guardia preso.

— Señor alcalde, que le manda decir la señora Ursulita que las mazorquitas se están...

— ¿Ya llegó el señor gobernador?, se se atrevió a preguntar la monjita que metía las narices, sólo las narices, en la oficina de la telegrafía donde el señor alcalde, sombrero en mano, hablaba por teléfono con el gobernador...

— ¡Que no echen voladores, gritó tapando la bocina con la mano derecha, la del anillo en el dedo... ¿Decía el señor gobernador?

Los señores seguían apasionadamente la conversación monosilábica del alcalde, apetonados a la puerta de la oficina que da sobre la plaza.

— Sí, señor gobernador... No, señor gobernador... Sí, señor gobernador... ¡No me lo diga!, señor gobernador...

El camión que había descargado la papa en la tienda de grano, comenzó a roncar otra vez...

— ¡Se soltaron los presos, señor alcalde! ¿Ahora qué hacemos?

— ¡Señor alcalde! Que manda decir la señora Ursulita que las mazorquitas ya se...

Bueno: como ustedes habrán supuesto, el gobernador no pudo venir al pueblo porque al subir una cuesta al automóvil se le atascó el carburador; y hoy, por ser fiesta, no hay talleres abiertos.

— ¿No le decía yo?, comentaba poco después don Puno, sentado en su taburete a la puerta del estanco. — ¡Las cosas que pasan en este pueblo! Si es que las cosas que pasan en este pueblo no pasan en ninguna parte.

Aunque yo tengo para mí que también en otros pueblos pasan las cosas que no pasan en este pueblo.



DIBUJO DE SERGIO TRUJILLO MAGNENAT

# diálogo

## ¿ América, novela sin novelistas ?

DE LUIS ALBERTO SANCHEZ A BOTELHO GOSALVEZ

**Q**UERIDO GERMÁN: Tengo a la vista el número 89 de nuestro *Cuadernos*. Y leo... Y comento...

¿Hasta cuando se sigue con la costumbre de hablar de lo que no se conoce, y citar las tesis por los títulos de los libros que las contienen?

Me refiero al señor Raúl Botelho Gosalvez, que escribe: «Don Luis Alberto Sánchez ha sostenido con mucha superficialidad que América es una novela sin novelistas: creo por el contrario que América tiene novela en su propia historia épica y romántica...»

Es el caso que lo que el señor Botelho asigna a la novela americana es justamente lo que yo he dicho, no en título, sino en el texto de aquel libro cuya primera edición tiene ya 31 años (salió en Lima, Imp. de D. Miranda, 1933), cuya segunda edición (Santiago de Chile, ed. Ercilla, 1939) lleva un prólogo polémico con el propio autor, es decir, conmigo mismo, y que, en fin, ha sido revisada en el prólogo de mi *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana* (Madrid, Ed. Gredos, 1953), cuya segunda edición estoy preparando ahora.

En efecto, *América, novela sin novelistas* (sin el verbo *es*) sostenía en 1933 esto que ahora se afirma como novedad: que tenemos un mundo histórico, natural, de complejidades individuales y sociales riquísimo y peculiar, al que no habían prestado atención los muchos novelistas nacidos en América, pero pendientes de los temas europeos o simplemente consuetudinarios o comunes; que habiendo muchos nove-

listas y muchas novelas, el tema de América, como mundo paridor de personajes, conflictos y panoramas, estaba casi intocado; que no obstante esos muchos novelistas, nos faltaban héroes parecidos, en su hondura y universalidad, a don Quijote, a Werther, a Madame Bovary, a David Copperfield, a Ramírez, al de Queiroz, a Babbit, al marqués de Bradomín, a cualquier tipo de Dostoyevski... Señalaba ahí mismo que el alegorismo de Gallegos es a menudo didáctico y ético, como en el mismísimo caso de Mr. Danger, cuyo nombre es de suyo una proclama; y dije que, a través de ciertos buceos regionales, estábamos aproximándonos a lo que se conoce por lo común como una novela...

Desde luego, escribí otras muchas cosas, malas, regulares, buenas y alguna acaso excelente, pero todo para estimular la busca de lo propio, para alentar a los novelistas americanos que se allegaran a esa inmensa novela cuasi inédita, como es el mundo todo, real, de América, anhelos de hallar intérpretes en el sector más libre, profundo y contagioso de la literatura: en la novela que es ficción por lo honda, historia por lo narrativa, suceso inmortal por su resonancia, aunque concreta y jornalera por sus fuentes.

Me duelen mucho mis yerros que son harto abundantes, pero me conduelo de los que me atribuyen por quien me los endosa y por el sobrepeso que ello representa para mi vulgar equipaje, siempre temeroso de los despachadores de aviones y los aduaneros suspicaces.

LUIS ALBERTO SANCHEZ

## Toulouse-Lautrec (1864-1901)

POR DAMIAN CARLOS BAYON

*Renoir abre a la fantasía un mundo, no ya de figuras o de cosas sino de colores y de formas. Cézanne logra la adecuación absoluta entre sensación y conciencia. Seurat busca la fusión perfecta de formas y luces. Con Gauguin, con Van Gogh, con Lautrec aquella conciencia reconquistada asume una posición activa, de directa participación en los grandes problemas y en los contrastes éticos, religiosos y sociales de la civilización moderna.*  
(Giulio Carlo Argan : *Studi e note.*)

« **T**OULOUSE-LAUTREC (Henry de), pintor francés, nacido en Albi (1864-1901). Pintó escenas de *music-hall*. Dibujante de talento a menudo cruel pero vigoroso, cuya mayor parte de la obra se conserva en Albi en el museo que lleva su nombre. »

Hasta aquí lo que púdicamente informa el *Pequeño Larousse Ilustrado*. Con lo cual no sabemos nada. No seré yo hoy por cierto quien fomente la novela de Toulouse-Lautrec : aristócrata enano, « dibujante de talento a menudo cruel pero vigoroso ». Bastante novela y cine barato corren ya el mundo para agregarle nuevos ejemplos. Vayamos más descarnadamente a los hechos.

Cada hombre es distinto. Con más razón cada artista : esa versión exasperada del hombre. Por ende, inútil haber querido profetizar el advenimiento de un Lautrec a la historia de la pintura. No era indispensable ni nada lo hacía presumir. Pero como da la casualidad que ese fenómeno existió, que tuvo antecedentes y ha dejado consecuencias, tenemos la obligación de verlo, de reverlo a la luz de nuestra actual comprensión. Un siglo es un buen lapso : ni

demasiado breve ni demasiado extenso. Cien años bastan para que se cierren heridas dolorosas y nos permitan el juicio ecuánime.

Dejando la novelaría aparte, es difícil presentar a este artista porque se trata de una personalidad distinta : lo que los franceses llaman muy gráficamente una personalidad « fuera de serie ». Ingenuo sería sacar conclusiones de sus títulos de nobleza, de su deformidad ya que el genio — como el espíritu — sopla donde quiere. Pero ingenuo también no tenerlos en cuenta cuando se trata de hacer el balance total de una obra tan comprometida con lo humano.

Para no caer en la tentación de la facilidad voy a proponer hoy un esquema, esperando que el lector fiel — especie tan improbable como el unicornio — quiera amoldarse a él y justificarlo.

Lautrec tiene antecedentes, que yo dividiría en tres grupos principales : a) *la tradición del dibujo caricaturesco* ; b) *el Impresionismo* ; y c) *la influencia japonesa*. Al principio de su carrera Lautrec dibuja y pinta personas y temas familiares con

una visión aguda y ya dinámica. En cuanto empieza a tener total dominio sobre sus medios, su «demonio» —en el sentido griego del término— lo lleva a caricaturizar implacablemente. Con lo cual Lautrec no hace sino inscribirse en la tradición de los amargos artistas con una preocupación social como el propio Daumier en la Francia de principios del siglo XIX. De esa tradición del *castigat ridendo mores*, Lautrec hará la base misma de su arte. Sólo muy de vez en cuando el terrible destructor se apiadará ante el espectáculo de la belleza pura.

Del Impresionismo va a utilizar como de terreno conquistado. No es él de los que tienen que romper lanzas para instaurar una nueva visión del mundo, cuando llega al arte esa batalla ya ha sido librada por otros. En 1890 el Impresionismo se ha impuesto sobre los academismos. Todo lo que de importante se haga en la pintura —avance o reacción— *se hará con respecto al Impresionismo*. Para ceñir de cerca lo que esa tendencia significa citemos a Pierre Francastel (1), maestro máximo en estas lides: «El aporte inicial del Impresionismo supone tres especulaciones que constituirán la base misma de la nueva investigación sobre la luz y sus relaciones con la forma, común a todo el grupo; la especulación sobre el color, que Renoir hará avanzar; la discusión del espacio establecido por el Renacimiento que se verá, más específicamente, en la obra de Manet, Degas y Cézanne.» Es en este último apartado donde podemos hacer entrar a Lautrec, ferviente admirador de Degas, y como él capaz de una original distribución de los elementos gráficos en la pantalla plástica.

Y este concepto de la *mise en page* —que por cierto no es lo mismo que composición— nos lleva precisamente y como de la mano al evidente y deliberado *japonismo* de Lautrec. Sí, también él había descubierto en la stampa japonesa, en su asimetría y su planismo una nueva ventana abierta para su expresión.

¿Cuáles son los medios de que Lautrec se vale para decir lo que siente? Lo mejor es que ahora, cambiando de método, vaya-

mos directamente en persona a la exposición de Lautrec que tiene lugar en el *Petit Palais* de París, después de haber ocupado el Museo de Albi durante los meses del verano.

¿Qué se nos impone aquí como nota dominante? A Lautrec —como a su admirado maestro involuntario Degas— sólo le interesa lo que vive y se mueve. Nunca ha intentado como Monet, por ejemplo, crear un paisaje dinámico por medio de la virtud de la luz cambiante.

De muy joven Lautrec ha pintado caballos y caballeros, después ha venido a habitar París. Del medio que le era «permitido» frecuentar tenemos una idea muy acabada gracias a la obra de otro joven de clase privilegiada: Marcel Proust, enfermo y que también iba a morir joven. De ese grupo de muchachos de buena familia, noctámbulos y aventureros, Lautrec sólo conservó unos pocos «fieles», los iniciados, a quienes tiranizaba en esas infinitas excursiones en busca de la *tranche de vie* que también habían estado buscando los Goncourt por aquellos tiempos. Jacques Lassaigne en un libro inteligente y equilibrado (2) nos propone esta división de las etapas parisienses de Lautrec: *Los talleres, Montmartre, El Moulin Rouge, Nacimiento de la vedette, El burdel, El teatro y las amistades*. Con esta guía vamos a la exposición. Después de los dibujos y apuntes de campesinos y caballos vienen los cuadros «impresionistas» de la madre, pintados con devoción, con ternura. La luz es toda de intimidad, se quiebra en mil facetas irisadas en los interiores ricos del castillo familiar.

Muy poco después irrumpe la mala vida de París con su flora y su fauna: la rubia y el hombrecito sórdido de galera, embrutecidos por el alcohol; el viejo y la vieja propietarios de *maison close* —eufemismo por burdel— con el infaltable perrito faldero. Pero sobre todo, triunfantes en su fealdad o su belleza: mujeres, mujeres. Vestidas o desnudas, cantantes, bailarinas o, más modestamente, prostitutas. Blancas, enharinadas con polvos de arroz, rubias, pelirrojas como una gran llamarada.

(1) Pierre Francastel: *Histoire de la peinture française*, Elsevier, Bruxelles, 1955.

(2) Jacques Lassaigne: *Lautrec*, Skira, Genève, 1953.



AUTOCARICATURA DE TOULOUSE-LAUTREC (1896). MUSEO DE ALBI (FOTO BULLOZ).

Todo es dibujo en última instancia en Lautrec. Pero el color —la *luz fría* que dice Mac Orlan (3) — no es algo aplicado *a posteriori* sino que es la línea misma trenzada de colores intensos, violetas, verdes, rosas. Esa es la técnica de los cuadros. Más porvenir aún iba a tener el *affiche*, gran cartelón callejero manejado por Lautrec. En él se usa el color por grandes *planas*, como manchas susceptibles de ser impresas por una sola tinta. Su propia invención cambia toda la historia de la estampa moderna, repercute sobre la propia obra de Lautrec y la hace más fuerte, más original.

Hay más en el *affiche* versión Lautrec lo que podríamos llamar la «dislocación del esquema gráfico». Que se lleva a cabo, precisamente, utilizando hasta sus últimas consecuencias la *mise en page* japonizante de que hablábamos antes. Tomemos un ejemplo: en el conocido aviso del *Jardin de Paris* (1893) vemos arriba, a la derecha, en grandes letras el nombre de la artista: Jane Avril. La mitad superior izquierda está ocupada por la propia imagen de la cantante. En primer plano notamos, sin embargo, algo totalmente distinto: la mano de un ejecutante, la parte superior de su instrumento, un contrabajo. En cuanto a la cabeza del músico ha sufrido una deformación «decorativa» que la hace poco menos que irreconocible. Estamos aquí claramente en un caso que Francastel ha estudiado para Degas (4), o sea que nos encontramos «en presencia de la combinación de dos espacios geométricos diferenciados por su escala y orientación, homogéneos y simplemente unidos sin ser solidarios». O sea, que a cada tiempo de la visión corresponde una categoría figurativa. Es esta, por último, la gran novedad plástica que empezó a instaurarse con Degas y Lautrec y que en nuestros días emplearon otros grandes artistas como Léger y Matisse. Se acaba así con una de las hipótesis fundamentales de la pintura del Renacimiento italiano, por la cual, todos los objetos estaban representados y rela-

cionados entre sí por medio de un sistema óptico de medida cuya expresión geométrica y conceptual más perfecta es la perspectiva monocular y fija.

Lautrec murió en 1901 a los treinta y siete años. Su ciclo pictórico, sus atrevimientos gráficos, el registro y la crítica de una sociedad peculiar quedaban registrados para siempre en sus obras.

Francastel lo hace el padre del futuro Expresionismo y Fauvismo, ya que según él, su dibujo expresa una actitud eminentemente subjetiva con respecto a los seres que pinta. Y, siempre para Francastel, si bien no puede decirse que Lautrec sea un colorista, no hay duda de que «la utilización que del color hace este artista creador del *affiche* moderno, apasionado por la litografía en colores, es de un interés capital para el desarrollo ulterior de la pintura. Del mismo modo que Gauguin, pero con la técnica del *affiche*, Lautrec introduce en la pintura esas grandes tintas planas que debían revolucionar el arte del siglo XX».

Ya vimos en la cita del comienzo el papel que Giulio Carlo Argan (5) atribuye a Lautrec dentro del arte moderno. Para ese autor, Lautrec es el verdadero antepasado del primer Picasso, el de las épocas *azul* y *rosa*: «Se explica así la importancia de personalidades íntimamente contradictorias, como por ejemplo Degas o Lautrec, de quienes Venturi reconstruye con tanta humana inteligencia el drama: que no es tanto un contraste de visión cromático-luminosa y de visión plástico-lineal, sino contraste entre una tradición de la que aún se sentía toda la fuerza y una instancia de renovación, una necesidad de afrontar, en pintura, contenidos nuevos abriendo a la conciencia ilimitadas posibilidades de sensaciones; lo que hoy llamaríamos: el contraste entre literatura y vida.»

El «caso» Lautrec se inscribe así en dos planos paralelos y complementarios. En cada uno de ellos hay revolución y revolución violenta. Desde el punto de vista estrictamente plástico por el atrevimiento de la *mise en page*, por la imbricación de dos

(3) Pierre Mac Orlan : *Lautrec, peintre de la lumière froide*, París, 1934.

(4) Pierre Francastel : *Peinture et société*, Lyon, 1951 (hay traducción española).

(5) Giulio Carlo Argan : *Studi e note*, Bocca, Roma, 1955.



TOULOUSE-LAUTREC : « LA BEBEDORA » (1889).

o más espacios dentro de la misma superficie pictórica por el uso siempre imaginativo de las tintas planas. Y, desde el otro punto de vista indisoluble, el de los contenidos —menos visible quizá, menos fácil de demostrar— porque Lautrec no quiso simplemente ser « un ojo que ve », como decía Monet de sí mismo, sino que comprometiéndose con lo humano fue un ojo implacable que juzgó a la sociedad entre la que eligió derrochar su tiempo y su talento.

Con Gauguin, padre del escapismo moderno, renovador del mito del paraíso terrenal : con van Gogh, el torturado hombre religioso que de las tinieblas sórdidas construye la luz por medio de un color que no traduce tanto lo observado como su propia violencia interior, Lautrec ocupa un lugar fundamental en la historia no sólo de la pintura, sino de la actitud del artista ante el mundo en que le ha tocado vivir. Ya que no se contentó con hacer surgir del fondo de la tela o del cartón virgen las imágenes de una fantasía gratuita, sino que se hundió en lo humano hasta la raíz.

Durante años sus cuadros fueron rechazados por los museos, por el público *bien pensante*, como dicen burlescamente los franceses. No veían en ellos sino escenas de « cabaret » o de antesala de burdel de lujo en plena intimidad. Hoy, para nosotros, lo feo, lo monstruoso se ha sublimado ; queda solamente la agudeza del trazo, el relámpago frío del color. Jugando con los conceptos como André Malraux, podríamos decir que el « salón » de la *rue des Moulins* antes de ser la antesala de un burdel —palabra ya descargada de sentido en nuestro tiempo— es, ante todo, una admirable galería de retratos vivos. Pasado el escándalo, no queda ante nuestros ojos sino la deslumbrante belleza de la obra lograda.

Lautrec fue hombre de su época, tanto que se hizo eterno. Su aceptación de la vida que le tocó en suerte no debió de ser tarea fácil. Eso nos lo hermana en el tiempo. Al menos a todos aquellos que, como él, sentimos la grandeza del naufragio que es toda vida humana vivida imperiosa, desesperadamente.



# La carabela

POR ARMANDO BRAUN MENENDEZ

*« ...¡Allá iba la carabela descubridora, rasgando la onda azul en su curva flexible de golondrina, suelta y alegre como su nombre cantante, abultada y robusta como la imagen de arte infantil tallada en su tajar macizo! »*

(GROUSSAC : Mendoza y Garay.)

LA CARABELA tiene ganado un lugar prestigioso en la historia de la humanidad. Se halla, por así decirlo, consustanciada con los primeros navegantes, las memorables travesías oceánicas y sus descubrimientos sensacionales ; y de tal modo, que no pueden señalarse aquellos marinos ni hacer la exposición de sus hazañas sin mencionarlas. Los nombres de estas carabelas han entrado en la inmortalidad junto con los de los navegantes que las condujeron hacia lo desconocido para encontrar y cubrir toda la dimensión de nuestro planeta : así Colón y la « Santa María », Magallanes y la « Trinidad » y la « Concepción », Elcano y la « Victoria », Hoces y la « San Lesmes », Ladrillero y la « San Gerónimo », Drake y la « Pelicano » —rebautizada al entrar en el Pacífico como « Golden Hind »—, Cavendish y la « Desire », Van Noort y la « Mauricio », Le Maire y Shouten y la « Concorde », los hermanos Nodal y « Nuestra Señora de Atocha » y la del « Buen Suceso »..., para no mencionar sino las más conocidas. La carabela es, además, un símbolo de osada aventura y una expresión cartográfica. Su silueta característica, formada por una sola cubierta, los alterosos castillos en ambos extremos y sus tres mástiles con

las velas cuadras o latinas, la encontramos dibujada en todos los mapas que señalan durante dos siglos (para ser precisos, desde 1450 a 1650) el avance del hombre en el mundo que Dios le tenía destinado y que ha de descubrir palmo a palmo con denodado esfuerzo y sacrificio. No es extraño, entonces, que la carabela atrajese la admiración de los curiosos de la historia marítima universal y fuera sujeto de minucioso estudio por los investigadores. Aficionado como soy de la historia de la geografía, la carabela ha sido siempre motivo de mi predilección. Tengo sobre mi mesa de trabajo su modelo reducido ; sueño con ella, y en ella navego en sueños a través de mares imaginarios inmensos y azules.

La carabela parece haber tenido origen árabe. El nombre se deriva de *cárabo*, embarcación ligera, de dos palos y la popa levantada, utilizada en sus costas y en el Mediterráneo por los árabes en la pesca y en el transporte marítimo. La carabela se creó a principios del siglo XV teniendo en vista aquel modelo, pero reforzado el casco, aumentada la arboladura y disponiéndose el velamen de tal manera que le permitirá ceñir el viento a los tres cuartos. Pronto habría de demostrar sus cualidades

marineras que la hacían apta para la navegación ultramarina.

La carabela representaba un avance notable sobre las naves anchotas y pesadas, de difícil maniobra, que vemos dibujadas en los Libros de Horas de la Edad Media al ilustrar la ilusionada navegación de los cruzados hacia Tierra Santa, y las oprobiosas galeras, naves alargadas de impulsión a remo, ambas de uso por entonces en el gran mar interior y en las costas europeas que baña el Atlántico. Mediante la carabela el hombre se animará a navegar sin tener tierra a la vista, a salir mar afuera, y correr sus riesgos, impulsado por esa curiosidad obsesionante de saber ¡qué hay más allá!

Fueron los portugueses quienes, los primeros, supieron darle forma definitiva a estas naves ligeras, pero sólidas —no más de doscientas toneladas—, de dimensiones proporcionadas; y las utilizan con éxito en sus exploraciones marítimas de las costas de África, empujadas cada vez más al Sur hasta doblar el cabo de Buena Esperanza (1486) y alcanzar por ese camino las Indias Orientales, las soñadas tierras de las especias. A los portugueses siguieron los marinos españoles, quienes, con carabelas, buscaron las mismas atractivas islas por inverso camino, el de Occidente, logrando de paso dar con un nuevo mundo (1492). Luego su uso se generalizó y con ellas se completa el primer ciclo descubridor, y también con ellas hombres de Europa se lanzan a la conquista y colonización del resto del mundo.

Aun cuando se ha escrito mucho y muy bueno sobre la carabela, he caído en la tentación de emprender la tarea por mi cuenta. Me propongo, pues, divulgar a la carabela mediante un estudio simplemente esquemático (otra cosa no cabe ante mi insuficiencia técnica, de la cual me acuso antes que otros lo insinúen), trabajo en el cual me propongo dar a conocer sus dimensiones, los métodos y elementos utilizados en su construcción, su disposición interna, su arboladura y velamen; que se recuerden en particular la existencia de sus tripulaciones a bordo y cuáles eran la bebida, el alimento y el alumbrado; cómo transcurrían los días con su secuela de que-

haceres, afanes alternados de diversiones; en fin, cómo se navegaba en ellas.

He aquí mi modesta aportación para el conocimiento de la carabela. El modelo que tengo «in mente» y que describo está más cerca de la «Trinidad» y la «Victoria» de la escuadrilla de Hernando de Magallanes que de la inmortal «Santa María» de Cristóbal Colón, pues aquéllas se vinculan al descubrimiento del extremo de la América meridional e interesan por tal causa y en mayor medida a la historia de nuestra geografía.

### *Casco y distribución interna*

El casco de las carabelas era construído con arreglo a la fórmula enunciada como: «as, dos, tres», la que relaciona el puntal (altura), la manga (ancho) que debía ser doble en proporción y triple la quilla. Lo mismo puede decirse de la fórmula: «uno-tres» que condicionaba la manga con la eslora (longitud de proa a popa). Son éstos los principios técnicos que se aplicarán por dos siglos cada vez que se emprendía en gradas la construcción de una de estas naves destinadas a la navegación de largo curso; fueron, lógicamente, las normas aplicadas, según veremos, en la reconstrucción de la celebrada «Santa María», la que fue realizada en dos ocasiones memorables: al celebrarse en 1892 el IV centenario del descubrimiento de América, costeada por el gobierno español para ser regalada a los Estados Unidos; y otra vez para su exhibición en la Exposición de Sevilla en 1929, obra que se ejecutó bajo la intervención directa del capitán Julio Guillén, el notable historiador y geógrafo. Las dimensiones aplicadas fueron poco más o menos las siguientes:

desplazamiento — 180 a 220 toneladas,  
 eslora (longitud) — de 20 a 23 metros,  
 manga (ancho) — 8 metros,  
 puntal (altura) — 4 metros,  
 puntal en la toldilla — 8 metros,  
 puntal en el castillo de proa — 5 metros.

La proporción de «uno a tres» (manga con eslora) se mantendrá por muchos años, con tendencia a llevarla a la de «uno a cuatro» cuando se aumenten los palos y

haya mayor velocidad y mejor gobierno.

La línea del casco, o sea su aspecto exterior, se caracterizaba por la elevación de su proa y la popa. Descontado el corto trecho de cubierta, poco más o menos un tercio del largo total, comprendido entre los palos mayor y trinquete, la silueta se alzaba a proa con el *castillo* o *tilla*, de cuyo extremo se desprendía el bauprés. Del palo mayor hacia popa se alzaba otra cubierta llamada *tolda* o *alcázar*, y en su extremo la *chupeta* o *chopa*, alojamiento principal; sobre ella se extendía la toldilla, la parte más elevada de la carabela, de donde arrancaba el palo de mesana, asomaba el gran farol y se desprendía del espejo de popa el *botalón*.

El casco no tenía otras aberturas, observando de proa a popa, que el *escobén*, por donde se cobraba el ancla, los ojos de buey de las cámaras, alguno que otro ventanuco en el entrepuente o *escaldar* para pasos de aire o boca de salida de alguna eventual pieza de artillería y, finalmente, la *lemera*, abertura a popa por donde se introducía la caña del timón.

Para reforzar el casco exteriormente se afirmaban sobre la obra muerta (*tilla* o *alcázar*) unos cintones de madera dura en sentido horizontal, y sobre éstos, a guisa de protección, las *bulárcamas*, listones gruesos que se clavaban en sentido vertical. Estos contrafuertes constituían la característica saliente de la carabela.

Sobre la cubierta principal, el *combés*, y en ambos costados se calzaban dos embarcaciones menores: el *batel* y la *chalupa*; ocasionalmente, un *chinchorro*. El *batel*, lancha grande de unos ocho metros de eslora con siete u ocho bancos para remos pareles y un aparejo para izar una vela latina, rara vez se metía a bordo, pues, debido a su tamaño, casi cubría el *combés*. Para aliviar esta cubierta ya bastante abarrotada de cosas: escotilla, cabrestante, fogón, anclotes, rollos de cabo, etc., se lo dejaba a flote y se lo llevaba a remolque.

El *batel* constituía un elemento imprescindible durante los viajes de exploración y se lo hacía preceder a la carabela en los pasos y estrechos de difícil o desconocida navegación. Así lo hicieron, como sabemos, los descubridores del estrecho de Magalla-

nes. También servía para remolcar a la carabela en períodos de calma, o para entrar en puerto. La *chalupa*, menor que el *batel*, era de popa ancha y poco calado, con cuatro o cinco bancadas para remos pareles; junto con el *chinchorro*, aún más reducido, servía para los mandados a tierra y la pesca. Ambos, *chalupa* y *chinchorro*, se izaban y calzaban dentro de la carabela cuando ésta salía a la mar.

### *Disposición interna*

Veamos la disposición interna de la carabela: su parte más elevada es la cámara, habitación del almirante o capitán de la nao, que en las carabelas de mayor porte podía dividirse en dos o tres recintos o camarotes para dar cabida a algún funcionario de elevada jerarquía. Desde la cámara se tenía acceso a la *tolda* o *alcázar*, cubierta que se cerraba con una sólida baranda y era reservada para el uso de quienes dirigían la maniobra. Una escala conducía desde el *alcázar* al techo de la cámara, o sea la *toldilla*; y por una segunda se bajaba al *combés*. Debajo del *alcázar* se extendía la cubierta principal, corrida de popa a proa, la que en un primer tramo se llamaba el *escaldar*, recinto alumbrado por la *lemera* y por donde se introducía, como hemos dicho, la caña que movía el timón, cuyo movimiento se ayudaba con las amarras que corrían sobre argollas afirmadas en cada banda. Hacía también el *escaldar* las veces de caseta de gobierno o cuarto de derrota. Lo seguía el *entrepuente*, que servía de alojamiento a los pilotos, escribanos u otros factores principales que constituían la plana mayor de la armada, quienes aseguraban de noche su intimidad extendiendo, colgadas del techo, unas lonetas a manera de divisiones. A la altura del palo mayor se salía a la intemperie, en aquella cubierta denominada el *combés*, *maremágnum* de cosas, y desde allí se penetraba en el castillo de proa o *tilla*, lugar donde se alojaban los marineros. Adosada a la *tilla*, una escala conducía a la cubierta de proa, donde se atenderá la maniobra del trinquete y el bauprés.

Por una escotilla abierta en mitad del

combés se tenía acceso a la bodega o *cala*, de escasa altura, que recibía diversas denominaciones especiales que distinguían los compartimientos en que ésta se hallaba dividida: los *pañoles* a proa y a popa, donde se guardaban las municiones, herramientas, armamentos y otros valiosos pertrechos; en el medio el *sollado*, donde artesanos, criados, pajes y otra gente menuda extendían sus esterillas, frazadas y capotes para dormir; y luego la *bodega* propiamente dicha, donde se almacenaba el bastimento: pipas, barricas, bultos, vasijas, se acondicionaba la leña y las mercaderías «de rescate» que se destinaban al trueque con los aborígenes. Debajo de la tablación del piso de la bodega, y limitada por la quilla, se extendía un hueco que se denominaba la *sentina*, donde se depositaban las aguas que se hubiesen filtrado por las fisuras del casco y cubiertas, las que se extraían mediante rudimentarias bombas de achique cuya descarga se hallaba en las proximidades del palo mayor. Dentro de la sentina se dejaban también escurrir los orines, cuyo grado de fetidez servía para medir la mayor o menor cantidad de agua acumulada.

### Arboladura y velamen

La carabela arbolaba, en general, tres palos o mástiles, contados desde popa a proa: el árbol de *mesana*, el *mayor* y el *trinquete*. A estos tres debemos, sin embargo, agregar un cuarto, el *bauprés*, que se perfilaba a proa, más enhiesto que lo común en los veleros de época posterior o de nuestros días, a fin de permitirle izar una vela. Había carabelas de cuatro palos y hasta de cinco; pero en esos casos se utilizaban exclusivamente velas latinas. La carabela clásica, repito, tal como la vemos dibujada en los mapas y portada de los libros de la época, llevaba aquellos tres palos: *mesana*, *mayor* y *trinquete*.

En el palo *mesana* se izaba desde una larga *entena* una vela latina o triangular. La entena estaba formada por dos piezas o masteleros superpuestos y unidos mediante fuertes ligaduras de cuerda; su movimiento de extensión o reducción permitía aumentar o disminuir el volumen

del paño al capricho del viento. La entena iba generalmente forrada en cuero de vacuno para facilitar su conversación. Este dato lo confirma una frase de Magallanes, tan heroica como sugerente. Al discutir con alguno de sus capitanes, los que una vez alcanzado el Estrecho, recomendaban regresar a España, expresó su resolución de proseguir, exclamando: *que aunque supiese comer los cueros de las vacas con que las entenas iban aforradas, él habría de seguir para descubrir lo que había prometido al Emperador...* esto es, alcanzar las Molucas. La frase de Magallanes, en otro orden de ideas, no resultó ser un vano eufemismo, puesto que en aquella expedición inmortal lo mismo que en muchas otras que la seguirán, los hombres, enloquecidos de hambre, cocinaron los forros de las entenas, luego de haberlas ablandado con mucho hervor.

El *palo mayor* se levantaba más o menos por la mitad del casco (tal vez un poco menos de la mitad hacia popa), y era portador en lo alto de una plataforma redonda de madera llamada *gata* o *gavia* (la *cofa*, en la actualidad) donde cabían uno o dos vigías. Llevaba dos velas cuabras o redondas o de cruz (llamadas así porque, alternando con escudos e imágenes, solía pintarse en ellas el símbolo cristiano). La de más arriba se llamaba de *gavia* y la otra con el nombre del palo: la *vela mayor*, la que estaba compuesta de tres partes: el *papahigo* o *maestra* (central y principal) y las *bonetas*, lonjas rectangulares que se le añadían de cada lado, uniéndolas con fuertes ataduras, las *bazadas*, para aumentar la superficie del paño. Las velas colgaban de las vergas, que eran también formadas de dos piezas para servir el mismo propósito de adecuar al viento reinante la mayor o menor extensión de la vela.

El *trinquete* levaba asimismo dos velas cuabras: la *gavia* y la vela de *trinquete*.

Los palos se clavaban en la quilla y se afirmaban con refuerzos al cruzar las cubiertas para ser asegurados, finalmente, en las barandas, y más abajo de ellas, en las mesas de guarnición, en una y otra banda, por cabos gruesos de cáñamo: los obenques, entre los cuales se ataban trozos de cuerda transversales que permitían a los marineros subir hacia la cofa, para mon-

tar guardia, o hacia las vergas o masteleiros y la entena para la maniobra de aferrar o extender el paño.

Y llegamos al *bauprés*, el que desde una verga o mastelero llamado *tormentín*, llevaba colgada una vela trapezoidal, más ancha que alta, denominada la *cebadera*. Esta llevaba generalmente estampada una Cruz de Cristo, la que presidía de tal manera simbólica el avance de la nave descubridora.

Finalmente, debemos mencionar otro palo, pero esta vez horizontal, el *botalón*, que sobresalía desde popa, en el que, por una escota, se ataba y maniobraba la vela latina del palo mesana.

### *Armamento, alumbrado, empavesado e instrumental*

Los viajes marítimos de las carabelas en su período histórico (siglos XV y XVI) no eran únicamente de índole descubridora de nuevos mares y tierras; pues los había en son de conquista; y ésta no se realiza sin el despliegue de armas. Debemos referirnos tanto a las que correspondían a la dotación de la nave como a las armas que utilizaban los tripulantes.

El armamento o artillería de las carabelas, comprendía durante los primeros años las *lombardas* y los *falconetes*, y de menor calibre que éstos las *espingardas*, *culebrinas*, llamadas también *pasamuros*, que arrojaban a distancia discreta pelotas (o balas) de piedra o de hierro. Estas variedades, a las que solemos llamar cañones, iban colocadas sobre cubierta al aire libre y emplazadas, generalmente, en las cuatro esquinas de la toldilla o del alcázar, o a proa, a ambos lados del *bauprés*. Los primeros servían de defensa y los últimos para la persecución. En su parte más ancha, los *falconetes* llevaban una horquilla que se encajaba sobre la borda. Más adelante se incorporarán verdaderos cañones, atrincados en sus cureñas que se emplazan y alinean en el entrepuente, frente a sus troneras. Esta artillería era servida por los *lombarderos*, especialistas que se reclutaban por lo general entre los alemanes, raza inclinada por naturaleza al estrépito

de las armas. Sabemos que la «Santa María» estaba artillada con cuatro *falconetes* situados dos de ellos en la toldilla y a ambos lados del farol almirante, y otros dos en la tolda; y por cuatro *lombardas*, las que durante el combate podían asomar la boca por unas aberturas o portas abiertas en el casco a la altura del escaldar.

Las carabelas que actúan en el escenario de la América Meridional presentan mejoras sobre la «Santa María» en cuanto ofrecen una artillería superior, tanto en la defensa como en el ataque. Así la «Trinidad» de Magallanes lleva, además de la artillería reglamentaria que poseía cuando se adquirió, un repuesto de varios *falconetes*, *lombardas* gruesas y *pasamuros*.

Lo mismo diremos de las armas protectoras que utilizan en el combate los peninsulares de entonces. Quienes emprendieron la empresa magallánica sabían a qué atenerse en cuanto al poder de las armas que utilizaban los indios cuando se tornaban belicosos. Los hombres de pelea de las carabelas iban bien cubiertos a fin de parar o amortiguar los flechazos, lanzazos, pedradas y golpes de maza nativos. Para ello usaban casco y armadura de hierro. Del inventario resulta que cargaron a bordo de las cinco naos que componían la escuadrilla de Magallanes *cientos coseletes con sus armaduras de brazos y espaldaderas y capacetes*; y *cientos petos con sus barlotes y casquetes, más doscientas rodellas*. Pero como los castellanos no se resignaban a recibir los golpes, sino que iban bien dispuestos a darlos y devolverlos, llevaban también armas más contundentes: *sesenta ballestas con doscientas sesenta docenas de saetas...*,  *cincuenta escopetas* (más adelante aparecerán los arcabuces y mosquetes), *noventa y cinco docenas de dardos* y *mil lanzas*, amén de profusión de picas y de chuzos.

De todos estos elementos bélicos, pasivos y activos, cuidaba a bordo el *armero*. El armamento de los oficiales es el mismo, con una sola variante: la espada, en particular el jefe: *seis hojas de espada que llegaron de Bilbao, las cuales tomó el capitán*, apunta el inventario de dicha Armada.

La iluminación durante las travesías

océánicas, y tomando en cuenta lo inflamable de sus elementos, era cuidada con particular preocupación; y quienes infringían las reglas se hallaban sujetos a duros castigos. La luz principal consistía en el farol que se alzaba sobre la baranda de popa, en la toldilla, llamado «farol del almirante», puesto que servía de guía en la navegación nocturna de las escuadrillas. Otra luz era la que alumbraba permanentemente la *bitácora* en el escaldar, frente al hombre del timón que sostenía el rumbo. Se llevaban también linternas y faroles, todos con mecha embebida en aceite, como así también candelas y velas de sebo. El uso de estos elementos movibles era limitado. La gente se entregaba al reposo bien temprano, en cuanto caía la noche, y las únicas que permanecían prendidas eran las linternas que guiaban los pasos de los serenos o imaginarias.

Las carabelas poseían profusión de banderas. Estas servían para señalar la nacionalidad; la presencia a bordo del rey (el *pendón real*), o de sus representantes, la del almirante y otros personajes; y también se usaban como medio de expresión festiva (el empavesado), o de comunicación entre las naos. En la Armada de Magallanes se llevaban ochenta gallardetes, oriflomas, pabellones, banderas y otras insignias de esta naturaleza.

Lo más importante en la carabela cuando en su estela dejaba la costa para internarse en el mar desconocido, era el instrumental de navegación. Para orientarse en la inmensidad oceánica, tomar el rumbo deseado y llegar a buen puerto ya no bastaba tener ojo marinerero. También se llevaba a bordo cuanta novedad pudiera ayudar a los pilotos en el empleo de la cartografía, el cálculo astronómico y la navegación de altura, entonces ciencias incipientes. Por de pronto, las *cartas de marear*, que no eran sino sendas copias en pergamino del *Padrón Real*, carta del mundo conocido donde la situación de los lugares descubiertos se mantenía al día. Esta tarea corría a cargo del piloto mayor del reino, radicado en Sevilla. Solían llevarse asimismo globos terrestres.

Para medir el tiempo se utilizaban los relojes de arena o *ampolletas*, formados por dos recipientes de cristal comunicantes,

y cuya porción de arena tamizada se vaciaba de uno en el otro en cada vuelta, con lo que se medía un espacio de tiempo calculado; en general, el vaciado duraba un cuarto de hora. Las ampolletas eran vigiladas por los pajes, que se turnaban en su manejo día y noche y para señalar el transcurso de cada media hora con uno o más toques de campana.

Con el objeto de sostener el rumbo se acudía a la *bitácora* y al *compás*. La primera consistía en una especie de caja de madera, situada en la crujía y a la vista de quien manejaba el timón. En su extremo superior se extendía la *rosa náutica* dibujada en colores vivos sobre pergamino, la que señalaba los cuatro puntos cardinales, y era dividida en treinta y dos partes que se denominaban *cuartas*; en la mitad de la rosa se colocaba la *aguja de marear*, especie de flecha inmantada, la que, accionando sobre un eje, señalaba siempre el norte magnético. El *compás* era igual, pero de menor tamaño para ser portátil.

Luego venían los instrumentos para establecer la situación (latitud y longitud) en que se encontraba la nao al cabo de su navegación diaria o singladura. Se usaban entonces las *ballestillas*, rudimentario artefacto de madera para medir los ángulos y determinar la hora, y por aquel medio, la latitud. También se llevaba el astrolabio, otro tosco instrumento que servía para medir la longitud y altitud de los astros.

La latitud, que, en su acepción clásica, es la distancia que media desde un punto de la superficie terrestre al Ecuador, contada por los grados de su meridiano, se señalaba entonces con bastante precisión, sobre todo en el hemisferio Norte, donde se tenía por guía la Estrella Polar. En el hemisferio Sur los pilotos medían la altura teniendo por guía el Crucero o Triángulo Austral.

En cambio, la longitud, que es la distancia comprendida entre un meridiano que se toma como origen (entonces el de la isla de Hierro, en las Canarias, hoy el de Greenwich), y el punto que se quiere conocer, era de más difícil determinación. Ha de pasar más de un siglo antes que se encuentre el medio seguro de determinar

la longitud. El principio científico era sencillo: la diferencia en longitud entre dos lugares, reducida a tiempo, es igual a la diferencia de sus horas. Pero para resolverlo se necesitaba haber inventado previamente el reloj de péndulo y más adelante el cronómetro. Teniendo entonces la hora de un lugar de longitud conocida y observando a mediodía (paso del Sol por el meridiano) la hora del punto cuya situación se buscaba, la diferencia horaria daba la longitud, que se contaba también por grados.

### *El alimento y la bebida*

¿Cómo se alimentaban los hacinados de las carabelas durante las largas travesías?

No hace falta imaginarlo. Bástenos examinar para saberlo la «Relación de los Bastimentos que lleva la Armada de Magallanes», documento que se conserva en el Archivo de Sevilla y para comodidad de los investigadores ha transcrito, entre otros, Navarrete.

De la lectura de aquella lista de provisiones de boca, inferimos que el alimento principal consistía en lo que, comúnmente, se llamaba «menstras», guisos preparados con habas, garbanzos y lentejas, cocinados en aceite y que se sazaban con tocino, mucho ajo y no poca cebolla. También se llevaba a bordo abundante provisión de pescado seco, principalmente sardinas y anchoas, que seguramente habrían de freír en aceite. Después de estos platos fuertes se servían trozos de queso (entre los navegantes holandeses el queso constituía el alimento básico), miel, azúcar y membrillo. Se tenía también un poco de harina para hacer pan, pero en tierra, pues a bordo no había horno para cocerlo; también se consumía el bizcocho o galleta marinera, la cual para ablandarla se remojaba en cualquier líquido, ya fuese vino, aceite o simplemente agua. Se embarcaba asimismo y se servía como postre buena cantidad de fruta seca: almendras, nueces, pasas de uva, de ciruelas e higos, la que constituía, además, una reserva alimenticia para los días de rolido o temporal en los que fuera imposible cocinar. Por-

que hemos de saber que en aquellas naos no se tenía aún instalada la cocina, sino que se usaba el *fogón*, alimentado con leña, especie de armazón o artefacto en forma de cajón, forrado de láminas de hierro y con un respaldo del mismo metal, dividido en forma adecuada para poder colocar, encima de las correspondientes hornillas, las calderas y ollas de cobre y las parrillas y demás instrumentos de cocinar, para hervir o asar. He visto uno de estos fogones a bordo de la reconstruida «Santa María» en Sevilla, por ende puedo describirlo sin error.

Una característica de estos fogones de las carabelas era su fácil traslado, ya fuera a tierra, durante las recaladas para cocinar allí los alimentos o para correrlos sobre cubierta en caso de lluvia desde el lugar en que estaban habitualmente colocados, al pie del palo mayor, a fin de ponerlo a cubierto a proa, en la tilla, o debajo de la tolda en el entrepuente.

La bebida consistía en el vino, que se almacenaba en *pipas* y *botas* —envase de cuero que remata en un cuello con brocal— y el agua, que se conservaba en toneles; otros líquidos eran el aceite, que se guardaba en *vasijas* y *tinajas*, y el vinagre en *botijas*.

Tal como puede leerse en la «Relación de los Bastimentos», antes citada, la Armada de Magallanes llevaba víveres calculados para dos años; pero lo que no estaba calculado era su deterioro. Las ratas y otras alimañas también se alimentaban con aquellos bastimentos acumulados en una bodega mal aireada; en particular, durante las largas singladuras en las cuales no podía refrescarse o renovarse. A veces, como lo recuerda Pigafetta, *la galleta que comían ya no era pan, sino un polvo mezclado de gusanos que habían devorado toda su sustancia y que, además, tenía un hedor insoportable por hallarse impregnado de orines de ratas.*

Lo mismo ocurría con el agua. Sobre el particular, Pigafetta apunta: *el agua que nos veíamos obligados a beber estaba igualmente pútrida y hedionda.* A la falta de higiene se unía otra circunstancia, entonces desconocida por los navegantes que afectaba a la nutrición: la falta de alimen-

tos frescos, tales como la leche, las frutas y legumbres, alimentos ricos en vitaminas. Su ausencia en la minuta ordinaria de a bordo era lo que en los cruceros oceánicos originaba el escorbuto, que hacía estragos en las tripulaciones.

¿Cómo y en qué forma se comía y bebía a bordo de las carabelas?

Es fácil conocerlo, porque los utensilios culinarios aparecen también inventariados. Sabemos así que a guisa de vasos se utilizaban *cuartillos* de palo, y en lugar de nuestros platos se usaban las *escudillas*, también de madera. Para llevar el alimento a la boca se utilizaba la cuchara; no existía aún el tenedor. El cuchillo servía para todos los menesteres, incluso para la comida. A veces era preciso cortar o despresar, lo que ocurría en las raras ocasiones en que, estando en tierra de recalada, caía en las manos de los viajeros un desprevenido volátil o algún cerdo salvaje, lo que producía en ellos un verdadero regocijo gastronómico.

La comida de los tripulantes se realizaba a la vera del fogón y donde estuviera éste ocasionalmente colocado; allí comían todos en cuclillas o tendidos; era la mejor hora del día. Entre comentarios y bromas se llenaban las escudillas y se pasaba de mano en mano la bota de vino. Al almirante, capitán o a algún alto funcionario se les servía en la cámara o en el escaldar. Para eso estaban los criados que tendían la mesa con la vajilla, más o menos suntuosa, de acuerdo con la fortuna de sus dueños y que éstos traían para su uso personal.

### *La vida a bordo durante la navegación*

Buena parte de lo referido nos conduce a considerar que la vida a bordo de las carabelas, especialmente durante la navegación de altura, no era envidiable, y distaba mucho del « confort » que hoy día disfrutaban los pasajeros en sus viajes marítimos.

Como si fuera poco la precariedad del alimento y la bebida, la dureza del suelo, que no amenguaba la delgada esterilla, el

mezquino alumbrado, el escaso abrigo y el roldo incesante, se vivía a bordo una existencia dura impuesta por una férrea disciplina y un estado de alerta que afectaba particularmente a los « mareantes » (1), o sea, al capitán, los pilotos, contramaestres, marineros, grumetes y pajes, profesionales a quienes incumbían las tareas de la navegación. El viento, en sus arranques, no tiene horario; y a mitad de la noche era frecuente el despertar precipitado de las dotaciones de turno para atar y cobrar los cabos; bajar o afirmar apresuradamente las velas; asegurar el cierre de las escotillas; atrincar las embarcaciones menores y cuanta otra cosa pudiera ser arrastrada por las olas, de pronto inesperadamente encrespadas.

El horario normal era ceñido y regulado por la « ampollera », operación que corría a cargo de los pajes; en cada ocasión: la temprana diana, el lavado de las cubiertas, los toques a comer y a la faena, el atardecer y la oración — término de la jornada — eran acompañados de estribillos o coplas voceadas y cantadas por esos mismos pajes.

En un lugar de la bodega se agrupaban y gemían los enfermos. Para su cuidado se destinaba un *cirujano*, que poseía ciertos conocimientos médicos y de cirugía de urgencia; a falta de éstos cumplían esas mismas funciones los *barberos*, quienes, además de ejercer los menesteres que les valía tal denominación, practicaban una medicina rústica, orientada en particular hacia las extracciones dentales, la sangría y los lavados internos, entonces verdaderas panaceas curativas.

En los roles de tripulación de las naos de la Armada de Magallanes advertimos que la « Trinidad » lleva cirujano y barbero, las carabelas « San Antonio » y « Concepción » simplemente un barbero cada una; en la « Victoria » y la « Santiago » no los había; donde resulta que sus tripulantes no gozaban de ese beneficio y relativo consuelo. La misma justicia impera en cuanto a los remedios. Sólo la nao capitana es portadora de las *medicinas*,

(1) Los « mareantes » se distinguían por el uso de una gorra colorada de lana tejida y gozaban de ciertos privilegios.



ungüentos, aceites, agua destilada, cosas todas de botica; pero todo esto de nada servía para curar el escorbuto, que diezma a los viajeros. Mas es atributo del hombre sacar fuerzas de flaqueza. Todo conglomerado humano, hasta los que están privados de los preciados bienes de la libertad o la salud buscan una compensación en el parloteo de los recuerdos, en el esparcimiento del chisme, la burla, la canción o el juego; que hay momentos buenos aun a bordo, en ese agobio y esa soledad de verdadero desierto que es el mar. Frecuentemente, sobre todo al atardecer, los tripulantes se reunían alrededor del fogón, durante el invierno, en verano sobre las cubiertas, y echaban a cantar los «aires» de la tierra o a relatar cuentos salados que desatan el coro de risas. Las canciones se acompañaban a veces con un reducido instrumental: se llevan a bordo tambores y panderos que se reparten a la gente para tener en qué pasar el tiempo. La música y el canto se acompañaban a un ritmo sonoro.

Mas hay otra diversión, la que por estar prohibida es la más atractiva: los naipes y los dados, que se juegan a hurtadillas. En las «Instrucciones» formuladas por Carlos V a Magallanes y Feleiro, para el descubrimiento de las Molucas, encuentro este *Otro sí: os encargo é mando que defendais a todas las personas que en la Armada fueren que no juegen a naipes ni dados porque de lo semejante se suele recrecer daño y escándalo é no es servicio de Dios que lo semejante consintéis ni es provecho del armazón.*

Tampoco ha de ser la navegación un permanente padecer de vientos encontrados, de soportar tormentas y torrentes de lluvia tropical o sufrir los embates de las olas enfurecidas, ni el mareo por el hoci-car o rolar de las frágiles naos. También había días serenos, frescos y asoleados, cuando, animada la atmósfera por un viento propicio, se estiraba a todo lo que daban masteleros y antenas para extender la magnitud del paño. Entonces la nave, inclinada sobre una de sus bandas, afirmaba la quilla sobre la ola, abriendo con su proa el surco en las aguas apacibles, se deslizaba serena en su rumbo; y los tri-

pulantes, recostados en la tablazón de la cubierta, dejaban vagar los ojos por el cielo sin nubes y el mar inacabable y gozaban en paz una sensación de plenitud y de infinito.

#### BIBLIOGRAFIA

Braun Menéndez, Armando: Prólogo a los *Viajes al Estrecho de Magallanes, 1579-1584*, por Pedro Sarmiento de Gamboa. Emecé Editores S.A., Buenos Aires.

Braun Menéndez, Armando: *Viajes Marítimos al Río de la Plata y la Patagonia entre la Circunnavegación: Magallanes, Elcano y el siglo XIX (1518-1810)*, parte de la *Historia de América*, próxima publicación de Plaza y Janés.

Groussac, Paul: *Mendoza y Garay. Las dos fundaciones de Buenos Aires. 1536-1580*. Buenos Aires, 1916.

Malheiro Dias, Carlos: *Historia da Colonização Portuguesa do Brazil. Edição Monumental Comemorativa do primeiro centenario da Independencia do Brazil*. Porto, MCMXXIII.

Ministerio de Marina Español: *Exteriores e interiores de la carabela Santa María, tomados de la reproducción hecha a todo tamaño y detalle*. Exposición de Sevilla, 1929.

Monleón, Rafael: *Las carabelas de Colón*, monografía de la revista *El Faro a Colón*. Ciudad Trujillo, 1957.

Navarrete, Martín Fernández de: *Co-lección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, etc.* Madrid, 1858.

Oyarzábal, Juan: *Descubrimientos oceánicos. Capítulos de la historia de la Marina de Guerra de España*. México, 1940.

Ratto, Héctor R.: *Carabelas descubridoras, aportaciones arqueológicas*, de la Sociedad de Historia Argentina. Planos originales de Hugo Leban. Buenos Aires, 1942.

Reguera Sierra, Ernesto: *Historia de la Cartografía de América*. N<sup>os</sup> 232-33, 272, 278 y 248 de la revista *Argentina Austral*, Buenos Aires.

# LOS CONCURSOS DE "CUADERNOS"

## Historia de la Gran Guerra

POR JOSE MARTINEZ QUEIROLO

**T**IERRAS MUY GRANDES poseía mi familia! ¡Muy grandes tierras! Tierras legítimamente poseídas, cedidas por el rey de España en los perfumados tiempos de la Colonia y heredadas desde entonces, por vía directa —de padre a hijo, de hijo a padre—. con todos sus animales incluidos; grandes zonas en su mayor parte inexploradas y pequeñas pero numerosas parcelas que seres inferiores cultivaban de sol a sol, con manos encallecidas y frentes doblegadas por el esfuerzo, frentes que era preciso esperar se mantuvieran limpias por cuanto con el sudor de las mismas ¡Ay qué asco!, —como diría mi tía Catalina—, bíblicamente nos ganábamos el pan.

### FALLO DEL JURADO ECUATORIANO

El concurso de cuentos promovido en El Ecuador por la revista *Cuadernos* y la Casa de la Cultura Ecuatoriana, ha tenido feliz culminación y ha constituido uno de los más importantes actos culturales de la celebración del vigésimo aniversario de la fundación de esta última entidad.

El Jurado estuvo integrado por los escritores Alejandro Carrión, Jorge Icaza y Augusto Arias, a cuya responsabilidad quedó encomendada la selección de los ciento siete trabajos presentados al concurso.

Se declaró triunfador el cuento titulado « Historia de la gran guerra », cuyo autor es el joven escritor guayaquileño José Martínez Queirolo.

Quito, octubre de 1964.

Los miembros viajeros de mi terrateniente familia, preferían arar en el mar o por las nubes. Turistas sin agencia y nómaditas de equipaje, se desplazaban con la mayor facilidad de un continente a otro, confiados y seguros —por muy lejos que fueran—, de recibir en giros su mesada. ¡Gente viajada y escribida! Personas que habían tenido la oportunidad de visitar el Museo de L'ubre y el privilegio de escuchar, en el Coliseo Romano, la Novena Sinfonía para piano solo de Leonardo de Vincis.

En un mundo con problemas de superpoblación, todos nosotros éramos aficionados a las cosas grandes, a los grandes espacios. La casa en la que me crié parecía una catedral, y su «pequeño jardín» era un hipódromo. Para estar a tono con el inmenso comedor, comíamos en bandejas y bebíamos en jarrones. Mis tías jamás aporreaban un piano que no fuera de cola y, en la ciudad, cuando mi abuela caminaba por la calle, necesitaba toda la vereda.

Teníamos, sin duda, complejos de Goliat. Necesitábamos espacio no sólo para vivir, sino también para nacer, para morir. Nacíamos en camas de cuatro plazas y cuando en mala hora se nos daba por muertos, sobre nuestros cadáveres generalmente importados, se levantaban mausoleos tan grandes que eran capaces de albergar en su interior a seres mucho menos exigentes que nosotros, pero sí llenos de vida.

¡Ay de mi familia! ¡Dónde ha ido a parar tanta grandeza! ¡Si dan ganas de llorar

cuando se piensa en el pequeño y miserable espacio al que ha quedado reducida!

Vientos de desolación soplaron sobre nuestras haciendas y demás heredades. «Feudo Grande», «Pampa Brava», «La Inquisición», «Las Tullerías»...

¡Ya no se puede poseer nada, lector, en este mundo en el que hasta ciertos gringos se han vuelto comunistas!

\*

La abuela fue la primera en dar la voz de alarma. En las postrimerías de la vida y teniendo ya un pie en el mausoleo, Doña Eulalia Pizarro y Sacromonte, viuda de Torrejas, se había retirado del gran mundo para dedicarse a la urgente tarea de redactar su voluminoso y tan esperado testamento. Desde «Las Tullerías», lugar en el que, al enterarse por la radio de la infausta noticia, se encontraba, envió cartas, cables, telegramas... «El gobierno coma quiere expropiarnos coma reformarnos coma parcelarnos coma liquidarnos punto.»

«No te preocupes, abuela —contestamos—. No te preocupes, madre; no te preocupes, tía. Este gobierno ya nos está fastidiando demasiado. Reformas por aquí, reformas por allá. ¡Y nosotros que tanto lo apoyamos! Que se cuide, porque si insiste en fastidiarnos, levantamos al pueblo y lo tumbamos. Esperamos el giro de septiembre. Cariños a la perrita. ¡Chao!»

Pero los fastidiosos insistieron.

«Regresen inmediatamente punto», respondió la abuela.

\*

Como nuevos perjudicados hicieron oír sus voces de protesta, los terratenientes nos sindicalizamos. Tuvo lugar entonces la gran batalla legal entre reformagraviados y reformagraviadores. Se abrieron concursos de ante-proyectos, pre-proyectos, post-proyectos y proyectos; se organizaron mesas redondas, recitales, conferencias... «El Derecho Divino, su historia y significado», «La Mita, Concertaje y Huasipungo, como fuentes de bienestar y de progreso», «El Feudalismo como forma de gobierno»...

El pueblo estaba absorto, deslumbrado.

A cada nuevo intento de Decreto, le sa-

lian al paso acotaciones, enmiendas, sugerencias, reformas a la Reforma, remitidos, protestas...

Pero el Gobierno se mantuvo inquebrantable.

¡Ay los malos gobiernos! ¡Si ya lo dijo la Mariana! No serán los terremotos los que partirán nuestras tierras, sino los malos gobiernos!

Hicimos lo posible por levantar al pueblo, pero el pueblo —¡qué rabia!—, no nos apoyaba.

Finalmente, el Decreto, con fuerza de Ley, fue publicado en los diarios de nuestro centenario y subdesarrollado país.

\*

La sangre no hubiera llegado al río si la flamante Ley, como tantas otras, hubiera muerto al poco tiempo de nacer. Pero con imprudencia nunca vista —David frente a Goliath—, se insistió en darle vida, en hacerla cumplir sin respetar el conveniente necesario trecho que generalmente va del dicho al hecho.

Fue entonces, cuando nos indignamos. ¡Ah cómo nos indignamos!

Congregados en la mansión de «Las Tullerías», capital solariega de nuestro imperio, decidimos no permitir que se cometiera con nosotros semejante injusticia.

— ¡Esta tierra nos pertenece! ¡La defenderemos con las uñas, con los dientes!

— ¡Ay qué asco! —dijo mi tía Catalina—.

Y entonces empezó la Gran Guerra, la única y más honrosa en la que ha participado mi Mayor Alcántara y que es necesario, por lo tanto, con todo detalle describir.

\*

Eran las cinco en punto de la tarde.

¡Homero, dame voces! ¡Dame aliento, Virgilio!

Por las altas quebradas, riscos, montes y cañadas, avanzaban los emisarios del gobierno.

Era la hora del té.

Soldados y topógrafos, violando las vírgenes regiones, avanzaban.

Era la hora del té, ¡la hora del té con el dedito alzado!

Avanzaban dificultosamente, tratando de vadear corrientes de agua, ríos no descubiertos todavía; detenidos a cada paso por la garra del espino, la dentellada del guijarro, las fauces siempre abiertas del abismo...

La sombra, nuestra aliada poderosa, puso en fuga a la luz. Así reinó la noche, una noche profunda, sin estrellas...

— ¡Y esto es para que no se atrevan a decir que en nuestros dominios no se pone el sol! —dijo la abuela—.

— ¡Que suelten a los perros! —ordenamos—.

\*

Llegada que fue la hora de la cena, pudimos comprobar, no sin disgusto, el número al que ascendían nuestras bajas. Cocineros, mucamas, mayordomos —toda una generación de pajes y sirvientes—, habían desertado.

— ¡Qué ingratitud tan grande!

— ¡A ellos también les han de haber ofrecido una parcela!

Pero como era necesario recuperar las energías perdidas, tuvimos que servirnos, con nuestras propias manos, una cena que resultó frugal, dadas las circunstancias. Dos reses fueron devoradas con elegante y lánguido abandono.

Por el campo en tinieblas, mientras tanto, hambrientas y agotadas, las hordas enemigas avanzaban...

\*

Durante toda la noche resistimos. ¡Ah cómo resistimos!

Defendimos nuestras heredades cuadra a cuadra y hectárea por hectárea. Tal era nuestro heroísmo que parecíamos haber leído con anticipación el testamento de la abuela: «Para mi hijo Carlos, «Pampa Brava»; para mi nieto Jorge, «Feudo Grande»; para mi hija Catalina, a la que tanto le gustan los cocos, «El Palmar de las Angustias»...

Nos acostamos a dormir desde temprano. Boca-arriba, boca-abajo, en las posturas más bizarras y guerreras. Nadie nos hubiera juzgado capaces de semejante arro-

jo. Entre alaridos de pesadilla y ronquidos de felicidad, soñamos con batallas campales y sangrientas, al final de las cuales, después de una micción involuntaria y tres o cuatro vueltas en las sábanas, lográbamos salir indemnes, victoriosos, dispuestos a decidir el exterminio o la esclavitud de los vencidos. ¡Ay de los vencidos! Una vez en vigencia nuestra propia Reforma, nuevos territorios se anexaban a los que ya teníamos y, entre himnos marciales y apoteóticos, se nos reconocía finalmente, como los amos absolutos de la tierra.

Sólo la abuela se mantuvo despierta. Iba y venía, dialogando a solas, por la larga galería donde, pintados al azul, permanecían colgados los retratos de nuestros ilustres antepasados. Se dirigió luego al interior de su oratorio privado y permaneció postrada delante de una cruz de oro macizo sobre la que, sostenido por tachuelas de zafiro, dormitaba plácidamente un hombrucito gordo y satisfecho, falsa imagen de Cristo, del Cristo que durante tanto tiempo nosotros habíamos vulnerado, deformándolo convenientemente a nuestra imagen y semejanza.

— ¡Defiéndeme, Señor! —le decía—. Porque nuestros intereses son mutuos y mi causa es la Tuya. ¡No olvides que he legado mis casas renteras de la Capital a una de tus más antiguas y santas Congregaciones!... —y luego, ya furiosa—: ¡Qué nos importa el César! ¡Dale a Eulalia, Señor, lo que es de Eulalia!

\*

A medianoche, y después de burlar peligrosamente la vigilancia enemiga, llegó a trote de mula, mi tío Rafael. ¡Qué manera de hablar en alta voz! Tales eran sus nobles expresiones que, muy a nuestro pesar, nos vimos obligados a abandonar el campo de batalla, para escuchar las noticias que traía.

¡Alarmantes, por cierto! «La Edad Media», «La Inquisición» y «El Santo Oficio» habían caído, por la grandísima, en poder de las fuerzas enemigas. «Pampa Brava», otra vez por la grandísima, se encontraba ya bajo la acción de la Reforma.

— ¡Adios Pampa mía!, —exclamó mi padre, que sabía de tangos—.

Y mucho más enardecidos, dispuestos a recuperar cuanto antes los terrenos perdidos, volvimos a acostarnos.

\*

¡Pero nos vencieron! ¡A pesar de la resistencia que opusimos, nos vencieron!

¡Dicen que hasta ciertos ministros lloraron al saberlo!

Cuando el alba del buen Dios empezaba a nacer sobre la tierra, tuvo lugar la histórica derrota. Habíamos resistido durante toda la noche, pero el hambre matutina nos doblegó. Hambrientos, resfriados y aburridos, nos hicieron salir a la intemperie. Mis ilustres parientes fueron obligados a abandonar «Las Tullerías» en una tosca y rústica carreta, — ¡Ay qué asco!, —exclamó, por última vez, mi tía Catalina—. No respetaron títulos, blasones ni pijamas. Se ignoraron servicios prestados al Estado. Allí estaban, apretados en conserva a la francesa, el Duque de las Mitas y el Marqués de los Nobles Concertajes, con sus respectivas consortes y herederos. Mi tía María Antonieta, olvidada sin duda de los tintes, había encanecido de la noche a la mañana.

— ¡Desnaturalizado! ¡Soplón!, —gritó mi madre al ver que me quedaba—.

¡Ay de la mi madre, ahora tan tierna!...

— ¡Traidor!, —gritaron todos—. ¡Cuida por los menos de la abuela, que es una pobre anciana desahuciada!

Porque atrás quedaba la abuela, la Emperatriz Eulalia Bonaparte que, antes de volverse loca, ya estaba desahuciada. ¡No habían podido con ella! Fiera, hierática, indomable, dispuesta a no dejar libre la vereda...

— ¡Se han dejado llevar como borregos!, —exclamó al verme—. ¡Tú eres el único de mi casta!

Dulcemente la conduje a la mansión.

— ¡Ven, abuela! ¡Ha llegado la hora de morir!

— ¡No sabes lo que dices!, —replicó—. ¡Soy la socia de Dios!

A pesar de sus protestas, la llevé al dormitorio, la obligué a recostarse sobre el lecho imperial.

— ¡Es por tu bien, abuela! ¡El dolor que te espera es más grande de lo que imaginas! Muere, para que no distingas a tu perrita la Lulu, dejándose olfatear impunemente por la jauría de los vencedores!... ¡Los campesinos agitan en sus manos flamantes títulos de propiedad! ¡Después vendrán las máquinas como monstruos, pasarán los tractores destruyendo el jardín de tus gladiolos!

Pero la abuela no quería morir. Se escuchaban, cada vez más cerca, las voces de los campesinos que, entre gritos y canciones, avanzaban...

— ¡Dios y yo... —repetía— accionistas de la misma empresa!

— ¡Abuela huasipunguera, muere! Abuela explotadora, terrateniente, latifundista... ¡Reinaste durante muchos años! ¡Vete, ahora, cuando este mundo empieza a resultar demasiado pequeño para que en él insistas en mantener tu reino!

La abuela se lanzó un gas formidable que, retumbando como un cañonazo, hizo retroceder a los intrusos. Luego, desinflada como un globo, se murió.

\*

¡Ay de mi familia!

¡Los grandes gamonales de la tierra, los dueños del horizonte, do fueron a parar!

Los más rebeldes, en celdas de tres por cuatro;

Nosotros, sudando de sol a sol, sobre nuestras parcelas respectivas;

¡Y mi abuela q. e. p. d., sin mausoleos de ninguna clase, bajo tres palmos de tierra!

# Theodore Roethke

## (1908 - 1963)

POR ALBERTO GIRRI

EL NOMBRE DE THEODORE ROETHKE, fallecido hace algunos meses a los 55 años, figura junto con los de Peter Viereck, Karl Shapiro, Randall Jarrell o Delmore Schwartz, entre los más distinguidos poetas norteamericanos de la generación inmediatamente posterior a los grandes renovadores de este siglo en la poesía escrita en lengua inglesa, Eliot, Pound, y Wallace Stevens, en primer término, y aunque en conjunto no pueda decirse que de esa generación hayan salido obras de la importancia de los *Four Quartets*, o los *Cantos*, sus representantes exhiben una personalidad, una individualidad poética bien definida donde, entre otros hechos decisivos, ha influido la depresión económica del decenio del 30, y la segunda guerra mundial.

\*

Nacido en Sagina (Michigan), en 1908, Theodore Roethke publicó su primer libro, *Open House*, en 1941, y a partir de él se mantienen y desarrollan los que, a nuestro juicio, son los rasgos más distintivos de su mundo poético. Primero, su condición de poesía casi puramente autobiográfica, una suerte de diario psíquico donde se registran los pasos que da la mente del poeta, los avatares y etapas del viaje del poeta al subterráneo mundo de la mente. Viaje cuyo fin es la unidad, la integridad del yo, la iluminación, verdadera catarsis o exorcismo que Roethke ha sintetizado

así: « He tratado de transmutar y purificar mi *vida*, el sentido de estar manchado por ella, tanto mediante pequeños, formales y de algún modo torpes poemas, como, últimamente, con poemas extensos que intentan apresar en sus ritmos el real movimiento de la mente para trazar así la historia espiritual de un protagonista —no yo, personalmente—, de todos los hombres espantados y acosados; de establecer con esa serie un orden verdadero, no arbitrario, que admita muchas maneras de sentir, incluso el humor. » En segundo lugar, y como consecuencia de la actitud de poeta vigilando las mutaciones de su espíritu, un empeño infatigable en perseguir y registrar experiencias nuevas, en adaptar, enriquecer y alterar el estilo y la composición de acuerdo con cada descubrimiento, sin perder de vista la unidad entre las distintas etapas de su obra. De tal forma, en los poemas últimos de Roethke se percibe aún, nítidamente, la presencia de las composiciones iniciales, y en estas, a su vez, el curso que en el futuro tomaría la labor del poeta: *One is sure, having seen some of these short lyrics and descriptive pieces, that Roethke could never have stopped "here"*, ha dicho el crítico Ralph Mills al referirse a *Open House*. Y que no se detuvo lo probaron los sucesivos títulos publicados por Roethke desde entonces: *The Lost Son* (1949), *Praise to the End* (1951), *The Waking* (1953) y *Words for the Wind* (1957), libros que extienden con profundidad y amplitud las líneas y miras de *Open House*,

y concretamente lo anunciado en el poema de ese nombre en versos por demás explícitos: *Todas mis verdades están previstas, / esta angustia se revela a sí misma. / Estoy desnudo hasta el hueso.*

\*

La tercera de las características de Roetkhe sería esa intensa y peculiar atmósfera que da a sus poemas el mundo elemental de la naturaleza. Su afinidad con flores y plantas, minerales y piedras y animales, como base casi exclusiva de metáforas o imágenes, a las que cierta oscuridad agrega siempre una sugestión particularísima. Un hermoso ejemplo es *la Forma del fuego*, poema en cinco partes a las que el lector puede acercarse y comprender sin dificultad, en tanto lo haga espontáneamente, como lo haría un niño —recomienda el autor—, «con todo el ser despierto y las facultades libres y alertas». Imaginando más que mirando las cambiantes e infinitas formas que adquieren las llamas de un hogar o una fogata, alguien reconstruye, fantásticamente, sus impresiones de la niñez. He aquí los versos iniciales: *¿Qué es esto? Un plato para labios gruesos / ¿Quién lo dice? Un desconocido sin nombre / ¿Es él un pájaro o un árbol? No cualquiera puede saberlo / El agua retrocede ante el grito de las arañas. / Un viejo lanchón golpea sobre negras rocas. / Una vaina abierta llama. / Sirveme de madre y sácame de aquí. ¿Qué más permitirán los huesos? / ¿Amamantará el mar al viento? Un sapo se repliega en una piedra. / Estas flores son todo garras. Consuélame, furia. / Despiértame, bruja, bailaremos la danza de las astillas podridas.*

Todo el caótico retorno a miedos y fantasmas infantiles cederá, en la cuarta parte del poema, a una distensión, expresada

en un pasaje de notable fuerza lírica: *Mañana hermosa, sígueme / dentro de ese mundo de pececillos, de malezas y zanjas, / más atrás, cuando las garzas flotaban sobre las blancas casas, / y los pequeños cangrejos de un grano de arena, / y mi intento se extendía sobre los brotes, con su primer temblor.*

\*

Este mundo interno, que Roetkhe hace revivir, y cuyos símbolos residen en una memoria que agiganta y distorsiona cuanto toca, se amplía en otros poemas extensos; así, en *The Lost Son* el poeta quiere describir el viaje de un niño desde su mundo primario y subconsciente, a través del adulto, hasta la etapa final, que se cumple en la libertad del ser consciente. Las mismas imágenes, o familias de imágenes, utilizadas en *La forma del fuego*, son las que nutren *The Lost Son*, para revelarnos el secreto ámbito de los tres reinos, la pérdida de solidaridad del hombre con flores, animales, minerales. Dentro de la temática de Roetkhe, estos poemas, y otros de parecida extensión, que aunque escritos en épocas distintas producen al ser recogidos en la recopilación titulada: *The Waking; Poems, 1943-1953*, una sensación de coherencia y continuidad, son típicos de su autor. Y lo son también por la técnica, similar a la del monólogo interior en la novela. Como responsable de esta modalidad de Roetkhe se ha mencionado el nombre de Joyce, pero, en rigor, tal influencia no es mayor que la de Frost, Eliot, Auden, o Whitman, y las verdaderas fuentes de esta poesía se encuentran —según propia confesión de Roetkhe— en zonas menos cercanas y obvias; en la literatura popular alemana o inglesa, en el drama isabelino, la Biblia y William Blake.

## TRES POEMAS

### *El despertar*

*Vagabundeaba a través  
de un campo abierto ;  
El sol resplandecía,  
el calor era feliz.*

*¡Por aquí! ¡Por aquí!  
La garganta del reyezuelo brillaba,  
y el uno al otro  
cantaban los pimpollos.*

*Las piedras cantaban,  
aun las pequeñas,  
y las flores brincaban  
como cabritos.*

*Una rasgada franja  
de margaritas ondulaba ;  
yo no estaba solo  
en un sendero de manzanos.*

*Lejos en el bosque  
un pichón suspiró ;  
el rocío exhaló  
sus matutinos perfumes.*

*Me acerqué hasta donde el río  
corría sobre las piedras :  
mis oídos supieron  
de una precoz alegría.*

*Y todas las aguas  
de todos los arroyos  
cantaron en mis venas  
aquel día de verano.*



## *Casa abierta*

*Mis secretos gritan alto.  
No tengo necesidad de lengua.  
Mi corazón mantiene abierta la casa,  
mis puertas se mueven libremente.  
Una épica de los ojos,  
mi amor, sin ningún disfraz.*

*Todas mis verdades están previstas,  
esta angustia se revela a sí misma.  
Estoy desnudo hasta el hueso,  
me escudo con desnudez.  
Lo que uso es el mí mismo :  
conservo sobrio el espíritu.*

*La ira resistirá,  
el acto dirá la verdad  
con un lenguaje puro y preciso.  
Cierro la engañadora boca :  
la furia reduce mi más claro grito  
a una agonía imbecil.*

## *Macabro epidérmico*

*Impúdico es aquel que aborrece  
el aspecto de sus ropas carnales,  
el tejido volante cosido sobre el hueso,  
la vestidura del esqueleto,  
el ropaje, ni piel ni pelo,  
la capa del mal y la desesperación,  
el velo largamente violado  
por las caricias de la mano y del ojo.*

*Sin embargo, tal es mi indignidad :  
odio mi atavío epidérmico,  
la salvaje obscenidad de la sangre,  
los harapos de mi anatomía,  
y voluntariamente me eximiría  
de los falsos vestuarios del sentido,  
para dormir impudicamente, como el más  
encarnado y carnal espectro.*

## Mi primera entrevista con Unamuno

POR MATHILDE POMES

**D**ESPUÉS de casi siete años de forzada ausencia, logré por fin volver a España para Navidades del 20. El camino de París a Madrid no se podía aún cubrir en una sola etapa. Hube de hacer noche en Irún. Al dirigirme al día siguiente en la niebla mañanera hacia la estación, me topé con un rapaz que llevaba a los parroquianos de la panadería donde servía una cesta de panecillos. Aquel olor a pan caliente, entre el frío, la neblina y el hambre atrasada que llevaba, perfume alguno de Arabia podía igualarle para mí. Le pedí al muchacho si me podía ceder un panecillo. — « Dos, si Vd quiere. » Le di un real —sobraba un perra chica para él— y allí mismo, sin esperar a más propicio lugar, mordí en aquella tibia, dorada, crujiente corteza con una sensación que nunca olvidaré, no la casi infantil de hincar el diente en un panecillo caliente, sino una honda, consoladora, regeneradora certidumbre: la de que la guerra había concluido.

La segunda etapa, la hice en Medina del Campo. Jorge Guillén, a la sazón lector de español en la Sorbona y gran amigo mío, me había dicho: — « Imposible para ti andar por España sin conocer a Don Miguel. Ya que vas allá, date una vuelta por Salamanca. »

Tenía tanto deseo de conocer la hermosa e ilustre ciudad, a ella me atraían tantos recuerdos literarios que aun sin el incentivo de conocer a Unamuno hubiese cogido en el empalme aquel increíble tren

nocturno, de espantoso traqueteo, vidrios rotos sustituidos por tablas, alumbrado de kerosén y, por supuesto, sin sombra de calefacción. Llego al amanecer, voy al « Comercio » (la mejor fonda de entonces) y duermo hasta las diez.

A las once, me planto sin presentación en la calle de Bordadores donde vivía entonces Unamuno. Cómo tuvo éste la bondad o curiosidad de recibirme, no lo sé. Supongo que habría oído mi nombre de labios del escritor y profesor Legendre, que me conocía.

Don Miguel estaba en su escritorio, una amplia habitación cuadrilonga, atestada hasta el techo de libros, y como no alcanzasen las paredes, con estanterías traviesas como las que hay en las librerías y bibliotecas; él en la camilla, en el resto de la habitación, poco más que cero.

Apenas si me he sentado cuando llueve sobre mí aquel interrogatorio como de juez con que Don Miguel sondeaba la personalidad o, con fórmula más suya, desnudaba el alma de quien estaba frente a él: de dónde era, de qué familia, qué estudios había hecho, con qué maestros (y los conocía y juzgaba despiadadamente), qué libros (de los que cuentan) había leído, cuál de los suyos prefería, por qué, etc.

Había ya sufrido airosamente bastantes exámenes. De éste —pensaba entre mí— salgo *colgada*. Al acompañarme hasta la puerta, Don Miguel me dijo: — « Pasaré a recogerla por el "Comercio" a las tres, a dar una vuelta por ahí. »

« Ahí » era su Salamanca, aun vista de prisa y sin grandes luces, una maravilla. ¿Qué había de ser a las de un guía para quien cada calle, cada casa, cada piedra estaba henchida de historia, de recuerdos, de vida? Don Miguel ha dejado obras maestras; acaso la más imprevista, la más natural, la siempre renovada e irrevocablemente perdida haya sido la visita a su Salamanca.

La de aquel día gris, helado, con grandes nubarrones bajos que un viento huracanado azotaba y que parecían arrastrar el suelo y poblado en un removerse y confundirse de caos, tenía la impresión de hacerla a tumbos y empellones, como si hubiese sido en el Infierno de Dante. Y en la voz sorda, profunda y a ratos *trememente* de mi guía, no había ciertamente menos vehemencia, pasión y tremenda fuerza evocadora que en la del gran florentino. Ritualmente, se acabó en la Seo vieja, ante la tumba del duque de Alba. Ahí Don Miguel callaba, escrutando a quien había acompañado. Confieso que más que los hechos de aquella famosa « espada de Dios » entre los hombres, acudían a mi memoria los pasos en prosa y verso de Don Miguel sobre la muerte. Y pensaba entre mí: quien tan absolutamente niega la muerte, no morirá.

Estoy segura de que Don Miguel me leyó en los ojos el pensamiento tan exactamente como si lo hubiese leído en un libro, y de que, allí mismo, me concedió la amistad que más me habrá honrado en la vida.

Al dejar a Salamanca, seguí para Madrid, Andalucía, Portugal y un largo viaje por América del Sur. A mi vuelta a París, Valery Larbaud insistió tanto en su afán de que tradujese a Gómez de la Serna (había tenido ocasión de conocerle en mi paso por Madrid), que acabé por complacerle, inaugurando mi larga actividad de traductora por una serie de fragmentos escogidos bajo el título de *Echantillons*.

Al envío de ese libro y a otros temas indiscretamente tratados en una carta mía responde la de Don Miguel que por primera vez sale aquí a luz, pareciéndome único homenaje digno de su memoria una página suya que lo muestra tal y como fue.

## Carta a Mathilde Pomès

**L**E AGRADEZCO a usted mucho, mi querida amiga, su carta y los sentimientos que en ella y para conmigo muestra; pero usted comprenderá que no voy a juzgar la concesión del premio Nóbel a Benavente. Creo, desde luego, que lo merece tanto como otros literatos de otras naciones a quienes antes se lo han dado. Hay una parte en su obra que creo ha de quedar, por lo menos aquí, en España, y aunque su sentido y tono se apartan mucho del que yo empleo. No olvide además que según parece, esos premios hay que solicitarlos, o el autor mismo, o una corporación o entidad por él, o un grupo de personas, y Benavente pertenece a la Real Academia y es muy bien quisto en Palacio, y el representante oficial del Reino —no de la Nación— de España en Suecia no habrá dejado de recomendar el asunto. Apoyo que ¡naturalmente! no se me había de prestar a mí. Pero eso importa poco.

Voy haciéndome oír y ahora en países de lengua inglesa donde la traducción —espléndida— de mi Sentimiento trágico ha tenido mucho eco. Gracias en mucho al traductor, Mr. Fritch, que es un excelente escritor y puso en su obra todo empeño. Ahora me van a traducir —al inglés— las Tres novelas y un prólogo. En italiano van seis o siete y una de las que más éxito han tenido ha sido Niebla. Verdad es que en esta bufonada novelesca puse lo más amargo de mis inquietudes íntimas. Ahí está para salir el primer tomo de Ensayos o sea En torno al casticismo. La ha hecho Bataillon, yo habría preferido otra cosa menos exclusivamente española, una novela, pero... Todo es empezar.

He recibido el volumen de lo de Gómez de la Serna. Es éste muy desigual como todo el que escribe a diario y tan profusamente como él y sin dejar madurar idea alguna, pero tiene un ingenio extraordinario, atisbos muy felices y sugerencias. Sus dislocamientos son muy nuestros. Le falta acaso calor de pasión, pero no a las veces cierta acerba intimidad. Es además hombre en Madrid muy útil y, como amigo y

compañero, de lo mejor que conozco. Es uno de los jóvenes con quien más simpatizo.

Sí que creo que en la pobre Alemania —¡qué caro paga sus muchas y graves faltas!— se está fraguando algo capital. Ahora están haciendo la filosofía de su derrota. El libro famoso de Spengler, tan endeble y sofisticado en el fondo, es muy característico.

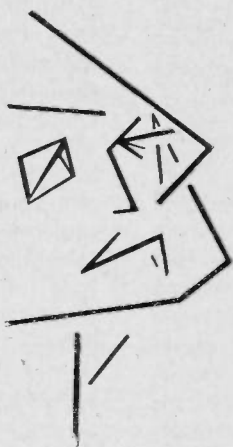
De lo de aquí ¿qué he de decirle? España está pasando por una gravísima crisis interior. Todo aparece en disolución. El rey hace anti-monárquicos y los republicanos de etiqueta hacen anti-republicanos y todos son antis. Y en tanto se agita y remusga e intriga una especie de reacción jesuítica aliada con el cesarismo. No sé lo

que las próximas elecciones traerán, pero preveo que me van a meter en un nuevo campo. ¡Cómo quisiera poder vacar a mi obra más íntima! Pero no tengo más remedio que estar en medio de la plaza pública, gritando lo que los otros callan y diciendo a todos que la justicia es decir siempre toda la verdad. En contra de lo de Pascal, creo que si siempre nos dijésemos la verdad, si llevásemos todas las almas desnudas y aún descarnadas, en esqueleto al sol, fundiríase en hermandad de amor una inmensa compasión mutua.

Le deseo un 1923 de salud, trabajo y fe. Y ya sabe cuán su amigo y de que verdad lo es.

MIGUEL DE UNAMUNO

Salamanca 1. II. 1923



## El hombre en el porvenir

POR BILL WILLIAMS

CON FRECUENCIA nos sentimos tentados de pensar en el porvenir casi como si fuera un lugar, una especie de aledaños, que estarán sencillamente ahí y de los que habremos de sacar el mejor partido posible. Ahora bien, lo característico del progreso técnico es que permite al hombre transformar su medio ambiente para vivir en las condiciones que desea. Así, pues, cuando uno se pregunta: «¿Cómo será el medio habitual en que viva el hombre dentro de cuarenta años?», lo que nos preguntamos realmente es: «¿Qué deseará el hombre? En otras palabras, ¿cómo será el hombre dentro de cuarenta años?» Los demás animales tendrán el medio que merezcan; pero el hombre tendrá el que quiera.

### *El hombre será más sano*

Ahora bien, ¿tanto habrá cambiando el hombre dentro de cuarenta años? No lo creo. Estará más sano, sí; imagino que habremos vencido los virus y el problema del cáncer entre los jóvenes. Y estoy seguro de que habremos adquirido los conocimientos necesarios para evitar la transmisión de las anomalías a nuestros hijos; pero sospecho que seguiremos padeciendo las enfermedades y los deterioros propios de la vejez, pues no es de esperar que hayamos llegado a superar la necesidad de envejecer.

¿Y seremos más razonables? Seguramen-

te, no. La historia de varios milenios de que tenemos conocimiento nos demuestra que todos los absurdos lógicos del hombre le han acompañado siempre. Y lo que no hemos podido vencer en el espacio de cuatro mil años no lo venceremos con otros cuarenta más. Aquí vale la pena de volver la mirada hacia la ficción científica para poder ilustrarnos. Si queremos analizar el presente y sacar conclusiones para el porvenir, habremos de valernos de conjeturas, es decir, ir más allá de nuestros conocimientos. Las conjeturas son la única base de la ficción científica que, en el mejor de los casos, merece una atención más detallada de la que se le dedica normalmente. Algunos escritores especializados en este género de literatura se complacen en ver al hombre humillado por otros seres más inteligentes; pero aquellos que han profetizado en sus relatos el perfeccionamiento del hombre —citaremos como ejemplos a Olaf Stapledon, John Wyndham, van Vogt y Howard Fast— han hablado tan sólo de una posible mutación que transforme efectivamente al género humano en una especie mentalmente distinta. El *homo superior* sustituirá al *homo sapiens*. Pero yo supongo que esto no sucederá así; que habremos de seguir soportando al hombre tal como es. Y una vez admitido esto, ya es más fácil considerar cómo se desarrollará la vida corriente: comer, ir al trabajo, hablar cuando lleguemos allí, descansar cuando haya-

mos terminado. Comida, transportes, comunicaciones y recreos, he aquí los cuatro caballos que yo deseo cabalgar en el futuro.

Los alimentos van siendo cada día más higiénicos, gracias a la congelación, y al acondicionamiento en sólidos envases de materia plástica; y cada vez están más protegidos contra toda posibilidad de deterioro. No debemos olvidar que muchos de los olores más apreciados de ciertas comidas son efecto de las primeras fases de una u otra forma de descomposición. La producción de nuestros alimentos orgánicos se está mecanizando constantemente. Claro está que aún nos queda por dar un paso muy importante en este sentido: la obtención en una forma absolutamente sintética de los productos alimenticios, como proteínas, hidratos de carbono, grasas, vitaminas, forrajes y qué sé yo cuantas cosas más. No hace mucho tuve ocasión de discutir acerca de todo esto con un especialista en fisiología animal, el cual me aseguró que nuestros conocimientos bioquímicos habían llegado a una fase que permitía resolver estos problemas —si lo quisiéramos realmente— dentro de tres años. Y supongo que lo querremos. Por el momento resultaría aún demasiado caro; pero la posibilidad de hacerlo existe, y dentro de algún tiempo la fabricación resultará sin duda más económica.

El día en que las tiendas de comestibles ya no se distinguen de las farmacias, ¿qué pensaremos de la verdadera comida, esa que se extrae de la tierra y se cuece, o se caza y se asa? Preveo tres posibilidades: que la alimentación natural acabe siendo una prerrogativa de las gentes muy ricas, como los vinos de marca; pero no lo creo muy seguro, pues todavía será demasiado fácil procurárselos; o que adquiera una significación puramente ritual (esta idea es de Olaf Stapledon y Robert Sheckley), y en ciertos grupos sociales es casi seguro que suceda así... pero lo más probable es que, debido a la desconfianza innata que inspiran al hombre los apetitos físicos, se considere indecente ingerir alimentos orgánicos auténticos, y a toda persona sorprendida saboreándolos se le impondrá una fuerte multa, lo que no será suficiente para conseguir la abstención completa. Las co-

les clandestinas y las patatas ilícitas seguirán cultivándose en sótanos iluminados.

### *Obstrucciones del tráfico en el cielo*

¿Y qué decir de los transportes? Actualmente ya se deriva la circulación por carreteras de segundo orden; las luces del tráfico en algunas arterias están reguladas de tal manera que los coches únicamente pueden avanzar como si constituyeran un solo bloque. En cuanto se aumenten un poco más las ramificaciones de las carreteras y se perfeccione más aún su organización, se habrán convertido en líneas de ferrocarril, con la sola diferencia de que estos coches estarán conducidos individualmente. Esto tendrá sin cuidado a los automovilistas normales, porque, al llegar este momento, todos poseerán ya un pequeño avión personal. Los aeronautas en cierno serán multados si ascienden verticalmente, después de haber señalado que volvían a la izquierda; los aviadores poco previsores se quedarán sin combustible, y para salvarse habrán de echar el lazo a cosas del estilo de la columna de Nelson. Para salir de esta situación habrán de aprovisionarse de combustible en el aire, mediante una antena A.A. o R.A.C. Habrá balizas flotantes, policías volantes y obstrucciones del tráfico en las tres dimensiones. Es una pena pensar que Harold Lloyd ya no estará allí para filmar esas escenas.

Pero, en todo caso, este estado de cosas no durará mucho, pues la mayor parte de los transportes se habrán hecho innecesarios. Las fábricas estarán dirigidas por computadores y lo mismo sucederá con las oficinas. Cuando yo deba dirigirme a una reunión, no habré de hacer un viaje a Londres o a Aberdeen; me bastará con ir a una habitación de mi casa, destinada a este fin, equipada en su mayor parte de una pantalla de televisión, y yo cronometrará el proyecto de conferencia para mi reunión. Como en la ciudad de Diáspar, de Arthur Clarke, los encuentros entre personas serán raros; sólo se reunirán nuestras imágenes, a menos que sea inevitable la comunicación directa.

¿Y cómo nos comunicaremos? ¿Todavía seguiremos hablándonos? ¿Nos escribiremos? No creo que lo hagamos como hoy. Actualmente la escritura a mano ya está perdiendo. Los que necesitan recurrir alguna vez a este medio lo consideran como un proceso laborioso; los que han de escribir mucho encuentran el procedimiento demasiado lento. La escritura a mano, tal como la conocemos en nuestra época, se convertirá en una especie de caligrafía practicada como pasatiempo artístico. La escritura a máquina subsistirá algo más, pero llegará un momento en que la máquina de escribir manual también resultará anticuada y quedará relegada al papel de un juguete, como la caja de imprenta de un niño. Los computadores ya están empezando a atacar el problema del reconocimiento de los textos escritos corrientes; y existe un aparato sencillo que obedece a las instrucciones verbales. Si juntamos todas estas ideas, empezaremos a vislumbrar la posibilidad de una máquina capaz de tomar un dictado y de imprimir a continuación el texto. Y puesto que la máquina de traducir está haciendo progresos, no es difícil imaginar una que haga la versión del texto a medida que lo reciba. Además, como ya se ha avanzado considerablemente en la reproducción del habla humana, no faltará de seguro quien invente una máquina que realice efectivamente las funciones de un intérprete, pero sospecho que este trabajo será más rudimentario que el de un intérprete humano.

Uno de los sueños de la ficción científica es la máquina universal para traducir, que interpretará cualquier idioma, incluso los desconocidos hasta ahora. Y tomando consigo uno de estos objetos en un navío espacial, podrá utilizarse para hablar con los habitantes de otros mundos distantes de la tierra. Naturalmente, esto sólo será posible a condición de que las lenguas queden reducidas a la categoría de aparatos para vestir un número limitado de ideas, conceptos y relaciones que compartan todos los hombres. Será realizable entre los que pertenezcan a una misma especie, y que hayan evolucionado al mismo nivel, pues incluso hoy la traducción puede fallar, si una entidad, por no haber tenido nunca conocimiento de una idea determinada,

carece del vocabulario indispensable para expresarla. Por lo tanto, creo que la máquina universal de traducción va todavía para largo.

### *La ignorancia acerca de la telepatía*

Pero en la ficción científica va tomando forma otra idea. La telepatía nos sale al encuentro a cada momento. El quinto hombre de Olaf Stapledon, los habitantes de la Liss, de Arthur Clarke, de la Crisálida, de John Wyndham, del Slan, de van Vogt y una muchedumbre de individuos dotados de tan extraña aptitud aparecen en una gran cantidad de relatos. ¿Qué hay de cierto en la telepatía? La respuesta escueta es que no lo sabemos; pero lo que no comprende mucha gente es *por qué* no lo sabemos. Para que un fenómeno sea reconocido como un hecho científico han de cumplirse dos condiciones. Primero, ha de poder reproducirse; hemos de estar en condiciones de repetirlo siempre que queramos. Segundo, es preciso explicar hasta cierto punto, cómo se produce. Esto puede ser un error; pero es indispensable que se ajuste a los conocimientos científicos de su época. Estamos dispuestos a prescindir de una de estas condiciones, pero no de ambas.

La dificultad que ofrecen todos los experimentos efectuados hasta ahora con la telepatía es que ninguna de estas dos condiciones se cumple. El pensamiento científico corriente no nos da una idea de cómo puede funcionar la telepatía, ni podemos reproducir los experimentos a voluntad. La consecuencia es que unos niegan la existencia de «esa cosa». Esta actitud carece de lógica, porque todo lo que hemos hecho hasta hoy ha sido definir la ciencia de una manera que no permite el reconocimiento de la telepatía; pero esto no significa que la telepatía no se produzca. Yo me inclino a pensar que hay «algo de verdad en ella», aunque no sea exactamente lo que pretenden sus defensores. Si alguna vez se llega a demostrar su existencia, sin que haya lugar a la menor duda, será posible desarrollar esta facultad y

otras afines; pero hasta ahora no existen pruebas de ellas.

Ahora bien, si la telepatía es posible, entre ella y los servicios de la televisión harán inútil para siempre la auténtica reunión física de los seres. A esto podrá argüirse que, en el género humano, los sexos están separados y, por lo tanto, la reunión es indispensable, aunque sólo sea para cumplir los fines de la reproducción de nuestra especie. Pero, ¿será efectivamente así? En *Brave New World*, de Aldous Huxley, se dice que un óvulo humano puede ser fecundado y después dividido para producir un gran número de otros óvulos igualmente fecundados, que entonces ya podrán seguir desarrollándose en incubadoras especiales. Por el momento, esto no es posible todavía; pero ningún obstáculo biológico se opone a ello, y seguramente lo lograremos, en cuanto nos lo propongamos realmente.

### *Creación de mundos ilusorios*

Prescindiendo ahora de la manera de reproducirnos y de todo lo que debamos hacer para conservarnos y alimentarnos, surge la pregunta de ¿cómo podremos distraernos? Aquí la ficción científica nos ofrece soluciones muy distintas. Algunos escritores han descrito utopías, ciudades destinadas al esparcimiento, a las actividades artísticas, como la música, el teatro, la pintura, el atletismo y la danza, y hasta a la contemplación. Pero Ray Bradbury, en su *Fahrenheit 451*, ha esbozado otra imagen. La gente vive allí en habitaciones, cuyas paredes son pantallas de televisión; de la mañana a la noche se identifican con sus novelas en serie y hasta participan en ellas. Durante todo este tiempo, llevan pequeños receptores auriculares, que les permiten oír constantemente música ligera.

Mas incluso estos aparatos complicados pueden llegar a ser innecesarios. Tanto Stapledon como Clarke han sugerido la posibilidad de transmitir directamente al cerebro las experiencias registradas. En este caso nuestras percepciones serían de segunda mano, creadas por unos cuantos profesionales que nos suministrarían el mundo ilusorio en que habríamos de vivir.

¿Qué sería entonces nuestra existencia? Unas cuantas personas determinarían siempre la política general, como lo hacen ya los consejos secretos de los gobiernos actuales. Pero si escogiéramos este porvenir, la mayoría de nosotros permanecería encarcelada en sus casas, alimentándose con comprimidos, comunicándose mediante la televisión y, si lo creyesen necesario, viviendo de su provisión de mundos ilusorios, sin reunirse jamás con sus congéneres, y probablemente, como supongo que sucede en el libro de Ray Bradbury, si alguien se aventurase a salir en público, se le cerraría pronto, por considerársele como un ser antisocial. Los libros estarían prohibidos, lo mismo que las conferencias radiofónicas como la que dio origen a estas líneas.

¿Consideran ustedes esta clase de porvenir fastidioso, depresivo y hasta espantoso? He esbozado una cosa que dentro de unos cuarenta años será técnicamente posible, *si la queremos realmente*. Nada de lo que he tratado es absolutamente irrealizable. No he hecho sino proyectar en el porvenir algunas de las cosas que ya suceden ahora. Y lo que queramos ahora será lo que determine la forma de nuestro porvenir. El hombre, como siempre, creará su propio medio ambiente. Robert William Service fue quien escribió el pequeño poema que termina con estas palabras: ¡Ah, el reloj siempre atrasa! Es más tarde de lo que ustedes creen». Y esto sigue siendo verdad.



## Breve informe sobre Gregorio de Laferrère

(Una reflexión en torno a sus primeras obras)

«**C**OMO POR HABITO hago siempre lo que me causa placer, hice teatro... y lo haré cuantas veces se me ocurra, sin preocuparme de otra cosa que de mi propia satisfacción. »

Quien sepa leer en esta frase encontrará, como reunidos en un haz, los rasgos fundamentales de la figura, artística y humana, de Gregorio de Laferrère. Independencia, personalidad, confianza en sí mismo, alto aprecio de lo que podría llamarse la vida como fuente de sensaciones placenteras. Y también hallará, aunque es averiguación que requiere mayor espacio, cual era la situación de un intelectual de la alta burguesía argentina a fines de siglo. Hay en ese enunciado un matiz de desafío que sólo podrá iluminarse convenientemente cuando una historia aún no intentada de nuestra literatura tome como asunto central el destino del hombre de letras en nuestra sociedad. Pero, por lo pronto, al bosquejar su biografía veremos cómo se despliegan esos caracteres.

Laferrère nació el 8 de marzo de 1867 en la ciudad de Buenos Aires. La relevante posición económica de su padre permitió al futuro autor teatral un prematuro cultivo literario y después la dedicación al periodismo. Desde muchacho apunta su vocación por las letras. Escribe la novela *Andrea*, demasiado tributaria, sin duda, de ciertos modelos románticos y funda el periódico *El Figaro*. En 1889, centenario de la gran revolución, hace con su familia un viaje a Francia. Allí muere su padre, y la familia regresa a Buenos Aires en 1890, año crucial de crisis económica y efervescencia social. Laferrère se inicia en la acción política en la comuna de Morón. A poco es elegido presidente de la Municipalidad y encarcelado por alzarse en armas contra el fraude electoral. Carlos Pellegrini, a la sazón Presidente de la Repú-

blica, que ve en él a un caudillo nada común, lo llama para conversar. En realidad se trata de pactar una tregua y Laferrère no consiente.

En 1892 comienza a organizar una revolución contra el gobierno de la provincia de Buenos Aires y, con la expresa advertencia de que no es y nunca será radical, conspira con Hipólito Irigoyen, que después llegaría por dos veces a la más alta magistratura de la nación, pero pronto surgen desinteligencias y vuelve a su preciada y costosa libertad. En 1893 es elegido diputado provincial. Su actuación es parca, pero brillante. De ella se destaca la sonada interpe-lación al ministro Enrique Santos Quintana, a quien derrota. Por poco tiempo vuelve a la amistad de Pellegrini, pero se aparta, una vez más, para no consentir ninguna disminución de su independencia personal. Es elegido diputado nacional en 1898. Casi no concurre a las sesiones y se dedica por entero a la actividad más combativa, más acorde con sus dones, de persuadir con fines electorales. En 1903, siendo diputado, funda y organiza la Asociación Popular bajo el lema « De nadie y para todos ». Esa agrupación crece vertiginosamente y decide algunos triunfos políticos.

\*

1904 es una fecha decisiva en la vida de Laferrère, porque entonces inicia su breve carrera de comediógrafo que a la postre representaría su lado memorable y al cual debe su ingreso en la historia del teatro hispanoamericano. Esto no significa que se diera en él una estricta separación entre el quehacer político y el artístico. Ambas tareas no estaban desligadas como lo muestra una anécdota que por su exageración tiene un agudo valor simbólico. Cierta vez, mientras peroraba para dominar un tumulto que

había ocasionado una tentativa de atentado contra él, advirtió la presencia de un amigo y suspendiendo su arenga, con delicioso olvido, le preguntó si había leído los originales de *Jettatore*. Pero no cabe duda que el hasta entonces caudillo político y asiduo clubman porteño va a dedicarse con suficiencia y facilidad increíbles a una proficua labor teatral. Sus dos primeras obras le proporcionan una inmediata y prometedoría notoriedad. En este instante el astro cómico de Laferrère alcanza su plenitud. Y esa es la condición que inmediatamente lo destaca, pues en la tradición teatral rioplatense, de tan reiterado culto al drama, él es el campeón de la comedia, del arte cómico. La risa es una de las dos carátulas, pero hasta Laferrère nuestro teatro sólo pudo exhibir la máscara del dolor.

\*

Quizás por ser *Jettatore* la obra que marca el comienzo de la carrera teatral de Laferrère haya estado rodeado su nacimiento de una atmósfera mítica. Diversos amigos del autor le atribuyen orígenes diferentes. Enrique García Velloso dice que los hechos acontecieron así: una actriz del elenco de la Comedia era novia de un joven periodista que además era poeta y crítico y que todas las noches visitaba a Laferrère para obtener informaciones políticas. Este muchacho se convierte en un entusiasta de la Asociación Popular y Laferrère siente hacia él verdadera estima. El nuevo partidario de la causa le confía sus amores y en uno de sus transportes sentimentales se lamenta de que una actriz tan admirable como su novia esté relegada al último plano de los repartos y que ningún autor la designe para interpretar un papel de importancia, debido a que el empresario es el padre de la primera actriz. Laferrère lo consuela y le aconseja que él mismo escriba una obra y fije el papel de ella. El muchacho confiesa haber presentado cinco piezas que fueron rechazadas, unas veces porque estaban escritas en verso y otras porque estaban escritas en prosa. Entonces Laferrère se comprometió a escribir una obra en un plazo de quince días. Así habría nacido *Jettatore*.

Otros afirman que después de haber presenciado una interpretación cómica desde el palco proscenio del teatro San Martín en compañía de Francisco Beazley, manifestó Laferrère su disgusto. Beazley, a su vez, le reprochó su desdén y le dijo que él no sería capaz de hacer una obra semejante. « Para probarle que soy capaz, escribiré en seguida una obra muy superior a ésta » —contestó Laferrère.

Me parece inútil insistir en la verosimilitud de uno u otro episodio. El hecho de que fuera creíble cualquiera de las dos versiones indica

hasta qué punto se estimaba en alto grado el valor de improvisación de la obra literaria. Es esta una característica esencial del romanticismo que se da con singular plenitud en la vida y la obra de Laferrère y no encuentro especialmente subrayada en los estudios sobre él.

« Hice teatro... y lo haré cuantas veces se me ocurra... », no para servir a una estética, no para servir a algo, sino por el simple placer de hacerlo.

La compañía de Jerónimo Podestá, que en agosto de 1903 había obtenido un éxito espléndido con *M'hijo el doctor*, de Florencio Sánchez, logra un año después un triunfo semejante con el estreno de *Jettatore* el 30 de mayo de 1904, en el teatro de la Comedia.

Desde el comienzo de la obra Laferrère reconoce por boca de uno de los actores que se apoya en el argumento de un libro francés. Se trata de *Jettatura* de Théophile Gautier. Hay que señalar que excepto un procedimiento similar al que utiliza Gautier y que por lo demás es muy secundario, nuestro autor sigue un camino original. *Jettatore* obtuvo un éxito excelente en casi todas las capitales de España con el título de *Malas sombras*, después de su estreno en 1906 en el teatro de la Comedia, de Madrid.

\*

El mismo afán, la misma iniciativa personal que había revelado en su vida política exhibe Laferrère en su vinculación con el teatro. No sólo instituye premios a la creación teatral, sino que funda el Conservatorio Lavardén para establecer en nuestro país una escuela de actores y a tal efecto selecciona un personal idóneo de instructores y obtiene una subvención oficial.

En 1905 se estrena *Locos de verano* que representa un salto hacia adelante de incalculable significado. ¿Qué es esta pieza tan extraña? Con gran penetración Miguel Cané escribió al autor estas líneas: « En *Jettatore* el tema, absorbente, tiránico, como huella en la pampa, le llevaba a usted a donde él iba y debía ir; en *Locos de verano* mil caminos y muchos de ellos apenas trazados se ofrecían a usted. » Y Laferrère va a ejecutar justamente en este punto algo pasmoso, algo que sin más ni más constituirá el norte de todo el teatro futuro: se va a quedar quieto, no seguirá ningún camino. Surge así algo inaudito, a saber, el teatro sin trama, sin hilo argumental. Pero este post-romántico tan pagado de sus dotes intuitivas no llegará nunca a dominar su hallazgo que lo hubiera llevado a inspirar el nuevo teatro europeo. *Las de Barranco* tiene más equilibrio, pero carece de ese fuego que hace arder y consume a *Locos de verano*. Ya después el autor se desorienta. En *Bajo la garra* vira, de pronto, el drama, y en

*Los invisibles* sitúa la acción en estricta dependencia de un argumento. Se ha perdido el rumbo que paradójicamente era una denodada renuncia a cualquier rumbo.

« Hice teatro... y lo haré cuantas veces se me ocurra sin preocuparme de otra cosa que de mi propia satisfacción. »

Él lo quiso así. Sin embargo, con un mínimo cuidado pudo situarse a la cabeza de la nueva estética teatral. Es un curioso destino, que algún día habrá que relatar con el mayor detalle porque es infrecuente en nuestra historia literaria, este del talentoso y despreocupado Gregorio de Laferrère.

*Locos de verano* soportó una dura prueba. Treinta años después de su estreno fue repuesta para la función inaugural del Teatro Nacional de Comedia y obtuvo un éxito clamoroso. Su autor había muerto tiempo atrás, el 30 de noviembre de 1913.

EZEQUIEL DE OLASO

## “La Torre”: Homenaje a Antonio Machado

DE PUERTO RICO nos llega la revista *La Torre* (Enero-Junio de 1964) con un conjunto de artículos de gran utilidad e interés para el conocimiento del poeta de la generación del 98. Se trata de una obra monumental de 550 páginas : unos treinta trabajos van enmarcados por una ágil y fina introducción biográfica de Federico de Onís y una copiosa bibliografía (52 pág.) de Aurora de Albornoz, en la cual figuran, además de las ediciones, las obras sueltas, los arreglos de teatro, las traducciones de obras machadianas a idiomas extranjeros, los estudios, homenajes y poemas dedicados a Machado.

Entre los textos de Machado, inéditos o casi, Heliodoro Carpintero lee y comenta para nosotros un « Discurso de Antonio Machado en el homenaje a Pérez de la Mata (Soria, 1910) » : el poeta de *Campos de Castilla* no vacila en hablar de España, « nación casi analfabeta », y, al dirigirse a los niños, a quienes siempre consideró « como algo sagrado », exclama : « no aceptéis la cultura postiza que no pueda pasar por el tamiz de vuestras inteligencias ». Jorge Campos analiza una prosa necrológica de Machado sobre Giner de los Ríos, fuente probable y directa del poema de 1915 « A Francisco Giner de los Ríos » ; allí aparece la lección machadiana : « Lo que importa es aprender a pensar », « a ser nosotros mismos ». La cosecha de Aurora de Albornoz « Cartas y documentos inéditos » es abundante : una « Canción de despedida » sobre Segovia » (1922), una entrevista de Machado publicada en *El Sol* (1934) y descubierta por el hispanista y traductor francés Robert Marrast (Machado nos deja dicho que las masas aspiran « a la perfección por medio de la cultura » y que el cine es un « vehículo de cultura »), un hallazgo de José Luis Cano, la entrevista publicada en 1935 por *El Tiempo Presente* (Machado enumera entre las causas que amenazan destruir la paz del mundo : el hambre, la escasa fantasía del hombre para imaginar los horrores de la guerra, « la ideología batallona de la burguesía con su dogma activista y su culto al « struggle for life »), un « Poema a Méjico », « noble por español y por azteca » y varias cartas : a Federico de Onís (1932), a Tomás Navarro Tomás (1936), a Pío Baroja (1938) y, una de las últimas, a José Bergamín (1939, 9 de febrero) : « y hoy me encuentro en Collioure, Hotel Bougnol Quintana y gracias a un pequeño auxilio oficial con recursos suficientes para acabar el mes corriente ». Una carta de José Machado a Navarro Tomás cuenta los últimos días del poeta, su hermano. El hispanista italiano Oreste Macri, además de señalar algunas adiciones y correcciones a su edición de las *Poesías* de Antonio Machado (Milán, 1961), nos brinda una carta a D. Pedro Chico en la que el poeta califica « los centros de enseñanza como centros de embrutecimiento más que otra cosa ».

Como curiosidades destinadas al machadiano fervoroso conviene señalar los apuntes de Carlos Beceiro « sobre la fecha y circunstancias del poema *A José María Palacio* » : Beceiro nos hace vivir de nuevo el momento más doloroso de la vida de Machado, la pérdida de su esposa. En un campo muy diferente, Joaquín Casalduero evoca un aspecto desconocido de la vida del poeta hasta fecha reciente (1957-59) : « Machado, poeta institucionista y masón ». Además, Casalduero analiza *La Tierra de Alvar González* a la luz del viaje del hermano a América y enfoca las posibilidades novelescas de Machado y sus relaciones con la poesía de Juan Ramón Jiménez y de la generación de 1920.

Concha Zardoya nos invita a pasear por los « Caminos de Antonio Machado », caminos de Castilla, de España, pero también del mar, del tiempo, del sueño, del amor, de la muerte, de la soledad. Rodrigo A. Molina habla de « un arte franciscano » en la visión machadiana del paisaje soriano. Artículo difícil y profundo sobre las ideas filosóficas de Machado es el de Constantino Lascaris, « El Machado que se era nada », en el que van desfilando los problemas : las conciencias individuales, el ser y la nada, la « aniquilación », Dios como creación del hombre. Lo completan los « Apuntes sobre la me-

tafísica de Antonio Machado » por Jorge Enjuto. José Luis Abellán despeja vastos horizontes en su estudio « Antonio Machado, filósofo cristiano » : aparece un Machado precursor para quien el amor es « sed metafísica de lo esencialmente otro », la poesía « aspiración a la conciencia integral », el ser « conciencia activa », quieta y mudable », Dios aparece como objeto de comunión cordial que hace posible la fraterna comunidad humana », « tú de todos, objeto de comunión amorosa », el Cristo, el de los escépticos « que guardamos todavía un rescoldo de buena fe », Cristo pacífico y bondadoso. Segundo Serrano Poncela, al sumirse por los « Borrosos laberintos », ilumina la personalidad del « introvertido » Machado por medio de las teorías psicoanalíticas de Jung y Aeppli. Charles Rosario, al oponer la realidad « de escena vista por el lector » (poemas « El Viajero » o « Recuerdo Infantil ») a la « realidad interpretada, ideologizada, objetivizada » del poema « He andado muchos caminos » trata de penetrar el misterio de la creación poética.

No alcanza el espacio para analizar como se debe los estudios sobre puntos particulares : « La crisis de Antonio Machado hacia 1926 » en que Justina Ruiz de Conde opone el amor « a lo elegíaco, a lo bucólico » (Leonor) y « la poesía amorosa, vibrante y apasionada (Guiomar) ; « Sueño y paisaje en la poesía de Antonio Machado » (Willis Barnstone) ; el análisis del poema « Meditaciones rurales », con referencia a Bergson y a Manrique, por Robert S. Piccioto ; la evocación de « Las ideas políticas de Antonio Machado » y de sus actitudes frente al nazismo, al comunismo, a España, por Rafael A. González ; la curiosa interpretación del apellido y nombre de Machado y de sus « alter ego », Juan de Mairena y Abel Martín, dada por José Echevarría en « Con Juan de Mairena años después ». José Bergamín (« Antonio Machado el Bueno ») declara que Unamuno y Machado « no fueron nunca católicos, que sí eran, que sí fueron siempre religiosamente liberales y republicanos ». Jean Cassou (« Mi alegre leyenda olvidada ») considera lo que es la memoria para Antonio Machado. Guillermo de Torre (« Teorías literarias de Antonio Machado ») estudia el « Cuaderno de literatura » del poeta (1915), publicado en Bogotá (1952) por Enrique Casamayor. Francisco Ayala glosa un poema, Bernardo Gicovate se detiene en « Soledades », como Ricardo Gullón, J.E. González deplora el extravío de Machado « por la enmarañada selva de la filosofía ». Tomás Navarro Tomás y Gerardo Diego estudian la versificación.

Los artículos de Helen F. Grant y José Luis Cano concluyen el homenaje a Machado. La primera declara : « En el fondo de su poesía laten siempre la simpatía, la sencillez, el amor a lo

auténtico, el odio a lo falso y pretencioso. » Y el segundo, después de haber analizado las relaciones entre « Machado y la generación del 25 » exclama : « A los 25 años de su muerte, Machado sigue siendo el poeta más entrañablemente querido de las nuevas generaciones. »

No cabe añadir una palabra más.

JULIAN GARAVITO

## Edmond Vandercammen : « Le sang partagé »

EL GRAN POETA e hispanista belga Edmond Vandercammen agrega un nuevo título a su ya considerable bibliografía lírica, con *Le sang partagé*, volumen que contiene alrededor de setenta poesías y representa la obra de diez años más o menos.

Hace ya mucho tiempo que este poeta ha llegado a su plenitud ; casi diríamos que la alcanzó desde sus primeras publicaciones. Pero si este nuevo libro no constituye en ese sentido una sorpresa para quien ha seguido con atención la trayectoria de su obra, es evidente que *Le sang partagé* aparece como la admirable síntesis del hombre que, desde el momento mismo en que alcanzó su conciencia poética, no ha dejado de ahondar en el misterio de la vida y de la tierra. Es evidente también que Vandercammen ha descubierto nuevas riquezas interiores y que su amor por el universo arranca sonoridades inéditas al secreto del destino humano.

Ninguna innovación formal, ninguna concesión a la moda, en este poeta de un severo y dulce perfil clásico ; nada que no vaya directamente del alma del poeta al alma del lector, sin artificio alguno. Vandercammen es uno de esos raros líricos que tienen mucho que decir y que buscan un contacto de almas y no el oropel de la extravagancia. Para comunicar las infinitas cosas substanciales que constituyen su riqueza, los poetas de la estatura de Vandercammen no pueden perderse en laberintos, sino seguir los caminos más claros y directos. Dice por ejemplo :

*Je t'écris d'un pays de références claires  
Où chaque aurore est l'ornement d'un souvenir.  
Pourtant je vais de ce côté du soir où l'ombre  
Aborde de nouveaux départs.*

Descubrimos tal vez un eco lejano de Milosz (no una influencia) en esta poesía nostálgica y al mismo tiempo lúcida, desbordante de ternura por la vida, y de esperanza. Hay un sentido real que se anuncia en el título mismo del libro y así leemos en el poema « L'homme de soixante ans » :

*Il rêve d'un soleil au-delà des villages  
Pour faire son jardin dans l'épaisse futaie  
Où les biches célèbrent leurs dernières noces.  
Il dispute son ombre aux ombres de l'orée  
Et la délire au pied d'un arbre sans feuillage.  
Arbre lui-même il reconnaît à son branchage  
Le lourd élan des gestes à venir.  
Mais quand s'élèvent ses oiseaux, ses compagnons  
Jamais privés d'espace et de célestes jeux,  
Il se refuse à d'équivoques ressemblances  
Et le soleil ouvre pour lui d'autres clairières.*

Por esta limpieza, por este amor, por este gozo de vivir en el secreto de las cosas eternas, por esta voluntad de negarse « à d'équivoques ressemblances », pasa un soplo de melancolía porque el poeta no cesa de golpear el muro del misterio. La incertidumbre puede con frecuencia transformarse en angustia, pero Vandercammen nunca envenena su verso, nunca se agita con desesperación. Posee el secreto de la armonía y de la dulzura. Leamos algunos versos de « La roue » :

*La roue... Le temps gémit en son moyeu ;  
Poussière, boue et fièvre du voyage,  
Poussière, boue entre vivre et mourir ;  
O deuil lapidaire du souvenir !  
La solitude est reine aux quatre vents  
Pressés qui se disputent les chemins  
Et nous traverserons de vieux pays  
Repus d'attente et de mélancolie.*

Uno de los mejores estudios que se han escrito acerca de Edmond Vandercammen y su obra es el de Jean Cassou, que sirve de prólogo al volumen *Poèmes choisis*, publicado en 1961 por Editions Universitaires de París. Es oportuno recordar algunos párrafos de este trabajo, fundamental para analizar al poeta. Dice Cassou :

« El hombre privado, si es poeta, asume la carga del hombre universal : lo invita a ello el deber, la misión de la poesía. Y he aquí esta tranquila y secreta existencia de Vandercammen, tranquila y secreta como el deslizamiento de sus alejandrinos, que se transfigura en poesía palpitante y cautiva la atención ; he aquí esta tranquila y secreta existencia que, por la milagrosa meditación de la poesía, se compromete en el problema y el drama de la humanidad. Se comprende entonces que desde el primer libro de esta bella obra poética nunca haya existido otra cosa en ella.

« El hombre es sobre la tierra y vive la vida de la tierra, ahí donde se siente el contacto de la tierra. Dejemos de lado las ciudades. Ellas no pertenecen sino al orden del accidente. ¡Y qué de menudos, artificiales, molestos accidentes tenemos que dejar también de lado para elevarnos a la alta esfera de los grandes oratorios!

« En uno de sus más bellos poemas, Vander-

cammen recuerda el gesto de su madre al trazar sobre el pan

*La bienheureuse croix d'un amour responsable.*

« Este verso tan conmovedor, tan profundamente religioso (en efecto, con no sé qué sonoridad vecina a los grandes órganos de Péguy) me parece resumir toda la poética de Vandercammen. ¡El amor responsable! Desde luego, el amor ; después, la conciencia que adquiere de sí mismo ; después, aún más alto, el sentimiento de responsabilidad que le impone esta conciencia. Toda una obra poética reflejando una vida humana se funde en ese sentimiento. »

No es necesario agregar nada al penetrante análisis de Jean Cassou. Vandercammen impone, en realidad, el orden y la responsabilidad como condiciones primordiales de la vida y de la belleza, condiciones que forman una sola razón de poesía a través « del encanto de esos grandes alejandrinos flúidos y melodiosos, un encanto lamartiniano » (Jean Cassou). Toda esa magia ordenada y ligera, libre y a la vez rigurosa, está más patente que nunca en *Le sang partagé*, libro cuya conmovedora sinceridad proviene de que todos sus versos están inspirados precisamente en « el amor responsable ».

Es imposible terminar esta nota sin decir algunas palabras acerca del fino artista que tanto ha contribuido a la difusión de las letras españolas e hispanoamericanas en lengua francesa. Vandercammen ha traducido, entre muchos otros, y con gran acierto, a Manuel Maples Arce, Lope de Vega, Mariano Brull, Jorge Carrera Andrade, y ha publicado dos importantes antologías de poesía española contemporánea, en francés, además de numerosos estudios sobre escritores peninsulares y latinoamericanos.

S. R.

## Seymour Menton:

### « El cuento hispanoamericano »

SEYMOUR MENTON, de la Universidad de Kansas, ha realizado la indiscutible hazaña de esta antología del cuento hispanoamericano ; de los cuentos de autores tan distintos como Esteban de Echeverría, Martín Luis Guzmán o Víctor Cáceres Lara, de países de tradición literaria —especialmente en la « ficción » narrativa— tan diversos y variados como puedan serlo Costa Rica, Chile, Perú o Venezuela.

Para cumplir sus fines, el profesor Menton ha debido seguir cierta metodología de orden más o menos histórico (de « ciclos »), con miembros que naturalmente no siempre pueden resultar exhaustivos ni concluyentes (¿no es « El Ma-

tadero » de Echeverría, por ejemplo, a la vez « romántico », « realista » y « naturalista »?).

El mismo no desconoce los riesgos inherentes. Así, después de trazar al principio los orígenes del cuento hispanoamericano que no aparecería sino hasta después de las guerras de independencia, destaca los cuatro aspectos que ha tenido en cuenta : la indicación del desarrollo del género, la manifestación del movimiento literario vigente, el reflejo de la gestación de una literatura ya no ampliamente hispanoamericana sino específicamente nacional, y la obra de arte con valores universales. « Hay que manifestar —aclara—, que es raro encontrar que converjan los cuatro puntos de vista, los cuatro enfoques en el análisis de un cuento. Más bien, están en pugna constante. Un cuento que sirve para representar el romanticismo, el naturalismo o el surrealismo puede tener una importancia principalmente histórica ; en cambio, un cuento de altos valores literarios puede negar totalmente las generalizaciones que se han hecho sobre la literatura de ese país en esa época. No obstante, al intentar unir el trabajo del historiador de la literatura con el del crítico literario, no he rehuído de ninguna manera las anomalías que tienen que surgir a raíz de esa unión. »

Dentro de estas advertencias, la selección antológica de Seymour Menton abarca, para el romanticismo : Esteban Echeverría, argentino, con « El Matadero » ; Manuel Paynó, mexicano, con « Amor secreto » ; José Victorino Lastarria, chileno, con « Rosa ». Para el realismo : José López Portillo y Rojas, mexicano, con « Reloj sin dueño » ; Tomás Carrasquilla, colombiano con « San Antoñito » ; Manuel González Zeledón (Magón), costarricense, con « El clis de sol »

En cuanto al naturalismo, incluye : Javier de Viana, uruguayo, « Los amores de Bentos Sagrera » ; Baldomero Lillo, chileno, « La compuerta número 12 » ; Augusto D'Halmar, chileno, « En provincia ». Dentro del modernismo : Manuel Gutiérrez Nájera, mexicano, « Después de las carreras » ; Rubén Darío, nicaragüense, « El rubí » ; Rafael Arévalo Martínez, guatemalteco, « La signatura de la esfinge » ; Ricardo Jaimes Freyre, boliviano, « Justicia India ».

En el segundo tomo de esta edición de la difundida Colección Popular del Fondo de Cultura Económica (se tiraron 10.000 ejemplares, la crítica y la demanda han resultado completamente halagüeñas), Mr. Menton enumera los autores y cuentos que encasilla dentro del criollismo, el cosmopolitismo y el neorealismo :

Horacio Quiroga, uruguayo, « El hombre muerto » ; Martín Luis Guzmán, mexicano, « La fiesta de las balas » ; Jorge Ferretis, mexicano, « Hombres en tempestad » ; José Revueltas, mexicano, « Dios en la Tierra » ; Joaquín Ga-

llegos Lara, ecuatoriano, « ¡Era la mamá! » ; Demetrio Aguilera Malta, ecuatoriano, « El cholo que se vengó » ; Enrique Gil Gilbert, ecuatoriano, « El malo » ; Salvador Salazar Arrué (Salarrué), salvadoreño, « La botija » ; Víctor Cáceres Lara, hondureño, « Paludismo » ; Juan Bosch, dominicano, « La mujer » ; Manuel Rojas, chileno, « El vaso de leche » ; todos incorporados a la primera calificación.

Dentro del cosmopolitismo (surrealismo, cubismo, realismo mágico, existencialismo) : Jorge Luis Borges, argentino, « El jardín de senderos que se bifurcan » ; María L. Bombal, chilena, « El árbol » ; Ramón Ferreira, cubano, « Cita a las 9 » ; Rogelio Sinán, panameño, « La boina roja » ; Juan Rulfo, mexicano, « ¡Diles que no me maten! » ; Arturo Uslar Pietri, venezolano « La lluvia » ; J.J. Arreola, mexicano, « El guardagujas » ; Eduardo Mallea, argentino, « Conversación » ; Lino Novás Calvo, cubano, « La noche de Ramón Yendía » ; Augusto Roa Bastos, paraguayo, « El prisionero ». Y en el Neorealismo : Pedro J. Soto, puertorriqueño, « Campeones » ; y Enrique Congrais Martín, peruano, « El niño de junto al cielo ». Todos con los respectivos comentarios, que a su vez originarán los otros, previsibles, de que « no están todos los que son, ni son todos los que están ».

L. G. P.

## Rodolfo Alonso : « Entre dientes »

EN LA POESÍA ARGENTINA la maldición de la trivialidad está lejos de haber amainado. La trivialidad se manifiesta principalmente a través del uso de las formas métricas tradicionales —en especial, el soneto— al servicio de contenidos abiertos, o sea de significación consabida, desventrada por el abuso, lugar común más o menos rutilante. El cuidado de tal poesía consiste en no sorprender. Ya las formas que escoge preanuncian con sus ritmos y rimas el desarrollo del conjunto y adormecen al lector en la desatención. Pero aún se procura actuar sobre sentimientos archiejercitados, patéticos por petrificación, no despertar emociones nuevas y, sobre todo, limpiar a la palabra de su crudeza evocativa originaria, presentarla en una innocua versión civilizada, o sea como elemento de canje, comercial. La poesía que de algún modo viola esos cánones se hace merecedora del calificativo de « experimental », término en el que se cifra la aceptación de mala gana de un ejercicio del que en el fondo se piensa que

es artificioso, intelectual y efímero. Se piensa —desde la trivialidad— que la poesía « experimental » es un juego poco serio, una falta de delicadeza, un atentado contra el espíritu. Y estamos en los antípodas del espíritu. Pues esta supuesta seriedad —que constituye la máscara de lo trivial— no sabe que la poesía es siempre « experimental », ocasional, como decía Goethe, fortuita. La poesía de la trivialidad supone que hay un camino hecho y no comprende que el camino hay que hacerlo cada vez : pretende que el viento no sople donde quiere. A decir verdad trátase de otra cosa. Esta vergonzosa dependencia respecto a problemas elementales, sobrepasados, carentes de sentido en el orden estético, se refiere a una miseria moral de las comunidades latinoamericanas. En realidad se trata del fruto de una comunidad en la que el estilo de vida se petrifica según ciclos demasiado acelerados y que teme cualquier movimiento espiritual —el espíritu mismo— porque podría derrumbarla : la poesía no es concebible en ella y se la sustituye por su simulacro también petrificado. El entero proceso y sus consecuencias provienen en gran medida del temple enfermizamente conservador que —por complejas razones— afecta a los habitantes de estas latitudes, cualquiera que sea la clase social a la que pertenezcan. Esta enfermedad se acentúa explicablemente en quienes conquistan lo que suele suscitar codicia, como el poder. En la poesía oficial argentina esto acontece después de que se apagan los últimos ecos del martinfierrismo y sus rivales, o sea hacia 1940. Se confirma con el giro hacia el soneto lugoniano de la última producción de Borges. Y alcanza una manifestación impresionante cuando un destacado periódico de Buenos Aires adjudica —a través de un jurado de peso— su importante premio de poesía a un conjunto de sonetos sobre temas gauchescos.

Por fortuna existe también una copiosa y creciente fuerza de poetas experimentales. En general se trata de poesía que parte de una visión del mundo más fiel a la realidad contemporánea : esa realidad tan adversa a la poesía que acaba por resultarle favorable. Pero no reside en ello su valor : esta poesía —a partir de tal visión— asimila la reforma expresiva ejecutada por los autores válidos de este siglo y se manifiesta en poemas que significan el fin de la comodidad del lector y un llamamiento a éste para que participe en la actualización de una poesía que hoy no puede ya darse como fácil y prescindible regalo de sobremesa. Esta poesía procura desdeñar los habituales procedimientos conformistas, característicos por su adecuación servil a la razón, y quema así las etapas intermedias, de relleno y adecuación, entre los momentos clave del poema : en los mejores

casos la poesía logra de esa forma simultáneamente liberar la carga instintiva de las palabras —que descubren entonces su energía poética— y poner por ello mismo al espíritu en estado de tensión mínima. Esta poesía, por medio de una dinámica desnudez, busca encender los sentimientos nuevos para un hombre que debe vivir en un mundo nuevo.

Entiéndase que la trivialidad no se halla ausente en el mundo de la poesía no oficial, « experimental ». La trivialidad se manifiesta aquí a través de lo que podríamos llamar *barbarie de la vanguardia*. La vanguardia se convierte en bárbara de diversas formas : cuando permite que la torpeza y la pobreza se presenten adornadas con sus clisés, cuando embosca la mera prosa bajo recursos sintácticos o de otra índole, cuando se exaspera en sí misma a través de la entrega a un irracionalismo cerrado que rechaza la tensión espiritual, etc.

Y Rodolfo Alonso, poeta nacido en 1934, es un ejemplar no excepcional sino típico de algunos de los aciertos y errores de la poesía experimental. Ha publicado varios libros breves hasta el presente, y el último de ellos, que recoge poemas de diversos años, muestra el nivel acaso más alto de su producción. El título, *Entre dientes*, es en sí la acertada definición de una estética. Entre dientes no se pueden decir más que pocas palabras : los dientes son un filtro que a la vez que impide la cuestionable fluidez del discurso habitual, brinda en vocablos contados —cuyo poder expresivo se multiplica proporcionalmente a la disminución de su número— la esencia del discurso. Así lo muestra con felicidad el poema brevísimo titulado « El que quiera celeste que le cueste » : « *Cielo / rodeado / tierra que quema* », en el que cinco palabras bastan para crear una zona de alta sugestión. En cambio, en otro poema igualmente breve, « La Compañera » : « *esa / necesidad / ese vuelo* », se ve que las palabras no sintetizan a otras ausentes, sino que han sido simplemente aisladas : el resultado es una invocación tan locuaz y vacua como las de la poesía de alma- naque. Por otro lado, se dicen entre dientes las palabras esenciales cuando se está ante un poder externo y adverso que impide el habla natural : así, lo que se dice hoy entre dientes es la poesía como consigna revolucionaria para salvar lo humano en un mundo enemigo. Con inversión eficaz, lo dice el poema « Cementerio obrero mina El Aguilar » : « *cerros libres / injurias / vida dura / y se me rompe la canción* », donde además la parquedad actúa como enérgico pudor que acentúa el patetismo. Pero en « Amore » : « *la mano rápida y feliz / abrió un aire demente / la mano lenta canta en la boca del mundo / clima suntuoso y fértil / donde las bellas nadadoras / beben / al borde*

del silencio », nos extraviarnos en un dannunzianismo agravado por clisés surrealistas. Asimismo, quien habla entre dientes, además de la necesidad de ser cauto ante la amenaza, siente cólera por la humillación que el poder le impone, lo cual confiere a sus palabras un temblor especial, como en « Querer es poder » : « desnudos / ante la noche o la miseria / la mirada sangrante / hace la luz del día ». Sin embargo, en « Viaje », con los pasos del aforismo que es simple a fuerza de ser hermético, se nos zambulle en el pleno e irredento lugar común : « para entrar / es necesario abrir alguna puerta / para salir / hay que estar dentro ».

Tales, esquemáticamente, algunas de las características de la vanguardia, a través de un poeta en el medio del camino de su vida.

H.A. MURENA

Max Aub :

« Las buenas intenciones »

**E**N *Buenas intenciones*, novela escrita en 1953 y traducida recientemente al francés (Ed. Stock, París, 1963), Max Aub desarrolla paralelamente dos temas : la vida de Agustín Alfaro, historia lamentable de uno de tantos hombres « buenos » que no logran nunca definirse una meta, juguete de las circunstancias, y un ensayo de pintura de España entre 1924 y el final de la guerra civil.

En la historia de Agustín Alfaro, Max Aub no trata de presentar, ni de buscar siquiera causas psicológicas o sociológicas de una actitud frente a la vida. Sólo desea mostrar los hechos en su lógica y absurda continuidad. Desde el principio la mofa es dolorosa. Remedios, joven y guapa planchadora, se presenta, el 8 de abril de 1924, ante la madre de Agustín, llevando en brazos al bebé que afirma ser hijo de éste y reclamando cumplimiento de su promesa de matrimonio. El culpable es en realidad el padre de Agustín. Éste, que ha volcado todo su cariño en su madre, para no hacerla sufrir, acepta la paternidad de su medio hermano y aparenta falso matrimonio con Remedios. Este casamiento fingido va a perturbar definitivamente su vida, llevándolo a una existencia de resignado engaño hacia sí mismo. Casi desde el principio se palpa el fracaso de este destino sin fuerza, en el cual los anhelos propios se ahogan, sin llegar a formularse, en una generosidad pasiva, incapaz de dar felicidad. Y pronto se adivina el miedo a las responsabilidades que comprometen en cuerpo y alma, la incapacidad de decisión que se esconde tras ella. Impulsado en todos los

terrenos por las circunstancias, sin oponerles resistencia, Agustín no logrará siquiera comprender a tiempo que Remedios va a ser el único amor, el único eje de su vida.

A los cuatro personajes centrales vienen a sumarse una multitud de personajes secundarios, dibujados con pinceladas rápidas, en un estilo directo que sitúa tipos y atmósfera con unos cuantos detalles. El autor no pretende nunca describirlos desde adentro. Son simples pretextos para dar a conocer un medio, una mentalidad. Aparecen y desaparecen como títeres, según su voluntad y en el momento deseado. Pero, probablemente, por esta constante presencia del autor sus títeres nunca dejan de serlo. No alcanzan esa densidad que hace cobrar alma nacional a los personajes de un Pérez Galdós, a quien, por cierto, está dedicado el libro, o de un Rómulo Gallegos, o de un Juan Rulfo, para mencionar a escritores de otros países de lengua hispana. Aun personalidades tan conocidas como Blasco Ibáñez y Pío Baroja pierden vitalidad, espesor. No consigue uno participar de la vida de los cafés, de las peñas literarias, de las tiendas de libros viejos. En cuanto a la guerra civil, es natural que nos aparezca desdibujada, pues la vemos a través de la visión inerte de Agustín, tal como la vieron muchos que la vivieron sin entenderla.

Un tercer tema se entrelaza con los anteriores : las opiniones del español sobre la mujer, el trato que le da y la actitud que ésta asume frente a él y a sí misma. Excepto algunos casos bien determinados, estas partes son las únicas que Max Aub trata con suavidad, a veces casi con ternura. En todo lo demás de la obra, campea ese humor negro, cortante, del que ha dado ya varias muestras y que es uno de los atractivos mayores de la novela.

OLGA DEMAYO

Antonio de Undurraga :

« 28 cuentistas chilenos del siglo XX »

**E**L LIBRO (editado por Zig-Zag, Santiago de Chile), se inicia con un prefacio de Antonio de Undurraga que, entre otras cosas, dice : « Hemos buscado las piezas que estén, lo más plenamente posible dentro de las leyes del cuento. Muy pocos autores, incluso mundiales, han sabido, siempre, desenvolverse dentro de ellas : Maupassant y algún otro caso. »

Si nunca es fácil concordar con el criterio elegido para componer una antología, y es prác-



ticamente inevitable cierta disconformidad ante las omisiones e inclusiones del antologista, resulta especialmente difícil coincidir con el criterio enunciado por Undurraga, sobre todo porque sería necesario un previo acuerdo acerca de las mencionadas leyes del cuento, y sobre que autores podrían considerarse « algún otro caso » y figurar al lado de Maupassant. A esta dificultad se añade la perplejidad del lector cuando Undurraga, al dar un esbozo de la evolución del cuento en Chile dice : « Después ejercieron todo su peso negativo sobre los cuentistas : Dostoyevski, Proust y Joyce. Hasta el presente se proyecta la larga hora de lo desdibujado y de lo intrascendente. » La reflexión obvia del lector es que lo desdibujado y lo intrascendente deben tener muy poco que ver con los autores mencionados, y que, de todos modos esa « larga hora » hubiera llegado, bajo cualquier otra influencia, si lo desdibujado y lo intrascendente estaban en las inclinaciones del cuentista.

La selección se inicia con un cuento de Rubén Darío, considerado chileno a raíz de la importancia que tuvo Chile en su formación cultural. Esta inclusión de *El rubí* sirve para indicar la influencia fundamental, bajo la cual, como en toda Hispanoamérica, se inició la literatura de Chile en el siglo XX.

Casi la mitad de los cuentos que siguen dan especial importancia a la pintura de costumbres y muestran la marca del naturalismo ; muchos de ellos pueden incluirse dentro de lo que Undurraga llama « nativismo o vernaculismo ». La factura de estos relatos es, en todos los casos, decorosa, y en algunos como *La antipatía* de Eduardo Barrios llega a ser brillante. Sin embargo, a pesar del potente realismo de Gonzalo Drago, las acertadas descripciones de Romero Lillo o el logrado y conmovedor tono nostálgico de *En provincia* de Augusto D'Halmar, el conjunto de estos relatos resulta monótono y falto de relieve, a causa de la similitud de temas y personajes, lo previsible de los desenlaces, y la general falta de hondura. De este grupo es *Ganado cuyano*, de Gonzalo Drago la pieza más perfecta.

Huidobro está representado por un episodio de su célebre *Mío Cid Campeador* que ejemplifica muy bien las excelencias y limitaciones de su prosa, de cualidades rítmicas excepcionales, salpicada de meditados efectos. Los cuentos de Salvador Reyes, Hernán del Solar y Marta Brunet, presentan, con diferencias de estilo, un tono común de nostálgica ironía, particularmente amarga en *Rhododendro* de Hernán del Solar. *Las banderas del puerto* de Salvador Reyes obtiene un especial encanto de sus vívidas imágenes de Antofagasta. María Luisa Bombal exhibe un estilo dotado de sobresalientes cualidades

de inteligencia y fineza, unidas a un notable sentido de la construcción, que otorgan a su relato *El árbol* características de excepción dentro del volumen.

Undurraga incluye también dos cuentos suyos : *El hombre que tenía el corazón de Antígona* y *Una noche demasiado larga*. Dos anécdotas artificiosas y un estilo igualmente arbitrario permiten apreciar un seguro dominio de sus recursos expresivos.

La literatura social está presente con dos autores : Andrés Sabella y Nicomedes Guzmán, que combinan el alegato con una factura discreta sin que ninguno de estos dos elementos se destaque por su originalidad. *El pan bajo la bota* de Guzmán presenta una convincente atmósfera dramática.

Finalmente llegamos a los escritores más jóvenes. Llamen la atención algunas ausencias : Lafourcade, Donoso, Giaconi y Müller. Hay un cuento muy bien construido de Mario Espinosa, y otro de María Elena Gertner que muestra una autora especialmente dotada para la narración. *El nieto* de Margarita Aguirre presenta una atmósfera sobrecargada, similar a la de su novela *El huésped*, en un relato de modesto vuelo. *Un desliz* de Waldo Vila es una pintura ácida de la vejez y la soledad, que descubre un escritor inteligente y vigoroso. Dentro de lo tradicional, y de lo convencional, *Adiós a Ruibarbo* de Guillermo Blanco es un cuento logrado.

El tono del prólogo, y las aclaraciones al pie de página de algunos términos de uso especial en Chile, hacen pensar que uno de los objetivos de esta antología es ofrecer un panorama del cuento chileno a los lectores extranjeros. Es una lástima que las notas biográficas compuestas por Undurraga sean esquemáticas sin ser concisas y que la valoración crítica sea tan pobre y al mismo tiempo arbitraria. El autor dedica en cambio considerable espacio a digresiones y evocaciones faltas de interés y que con frecuencia tienen más que ver con él mismo que con los cuentistas de la antología. Así, a propósito de María Flora Yáñez, Undurraga nos habla de su propia actuación en el Servicio Exterior de Chile, y en el caso de Waldo Vila omite totalmente la biografía y la crítica. De *Gran señor* y *rajadiablos* de Eduardo Barrios dice : « Confieso haber iniciado su lectura con la decepción de no haberla podido continuar. Tuve la impresión de que no estaba frente a una obra de arte. »

Es especialmente lamentable que para los que desde otros lugares de Latinoamérica deseamos asomarnos a la literatura chilena, este libro, que reúne un material narrativo de calidad, presente en cuanto a notas biográficas y críticas lagunas que constituyen una seria limitación.

JULIO CRESPO

## Cervantes y el cuento

Cervantes, al publicar sus Novelas ejemplares —que contienen doce piezas diversas—, dio un testimonio valioso acerca de lo que se debe entender por la palabra novela. Desde luego, cabe decir que no puso un mero título, pues en el texto de una de ellas insiste en que se trata de «novelas». Si queremos saber lo que es una novela —según Cervantes—, ahí están sus ejemplos. En cuanto al Diccionario de la Academia, dice lo siguiente: «Obra literaria en que se narra una acción fingida en todo o en parte, y cuyo fin es causar placer estético a los lectores por medio de la descripción o pintura de sucesos o lances interesantes, de caracteres, de pasiones y de costumbres.»

De la definición de la Academia se deduce que la extensión del escrito no es asunto capital que tenga que ver con la palabra novela. Sin embargo, para el observador corriente, las novelas de Cervantes sólo serían cuentos —por su longitud—, pues caben en pocas páginas. En los «sucesos o lances» de que habla el Diccionario de la Academia parece que estuviese contenida la idea de «acción» novelesca. Cuando pide que los lances sean «interesantes» y no vulgares o anodinos, pide, sin duda, el tema «singular» recomendado por nosotros a cuentistas y novelistas. Al exigir el Diccionario la «pintura» de «caracteres», «pasiones» o «costumbres» suponemos —pero no sabemos— si dichas pinturas las quiere inmóviles o dentro de una acción. Todo parece indicar que en «movimiento» al hablar de «sucesos o lances». Pero un movimiento puede ser acelerado o lento.

En el caso de Cervantes la acción no existe o es lentísima. Esta ausencia de acción es lo que más mata y anula estas «novelas ejemplares». Dijo Fitzmaurice Kelly que cada comedia de Cervantes había sido un «fracaso». En suma, le negó talento como dramaturgo. Es posible que esa misma falta de acción que paraliza sus Novelas ejemplares, sea el eje exacto de su desastre como dramaturgo, si se está de acuerdo con el crítico señalado.

En estas novelas de Cervantes tampoco hay atmósfera, con excepción de Rinconete y Corta-

dillo y El licenciado Vidriera, las únicas dos que se salvan según nuestro juicio. La falta de atmósfera es falta de vida, ausencia de humanidad y de logro estético. La acción en Rinconete es casi nula, pero tiene ambiente. Es una estampa de típico corte picaresco que nos recuerda, a cada paso, las páginas de Don Quijote. Esta novela viene a ser una ventanilla para asomarse a las fuentes o al secreto creador que hizo posible a Don Quijote, un caballero castellano entre pícaros, malandrines y follones, si se exagera la pintura. La picaresca estaba en la esencia del alma de Cervantes y mucha gente torcida y desplazada invadía la tierra española en los siglos XVI y XVII. Gente de vida y expedientes de vida poco limpios.

La otra ventana preciosa que nos ofrecen las Novelas ejemplares para mirar la intimidad creadora de Don Quijote, del héroe semiloco, no cabe duda que es El licenciado Vidriera, novela también inmóvil o empantanada por falta de acción física, pero que tiene un vivo movimiento espiritual: las agudezas que dijo durante su espectacular locura este hombre que se creía de vidrio y que, por lo tanto, al menor choque podría romperse o trizarse. Las innumerables salidas ingeniosas del Licenciado por plazas, palacios y caminos anticipan las peripecias de Don Quijote o las hermanan.

Cervantes le puso a sus novelas el adjetivo de «ejemplares» por cuanto se trataba de un arte moralizador, un arte dirigido, a tono con la España católica, de ideología única, de esos siglos. Hizo este arte encuadrado en el esquema mitad medieval y en una cuota mucho menor de la mitad, renacentista, del Imperio español, para oponerse al desenfado de Boccaccio, el italiano, que constituía para ese mundo un mal ejemplo. Este cariz de arte dirigido y comprometido fue el que mató a las novelas ejemplares: les quitó frescura, vida, desparpajo (con la sola excepción de Rinconete y Cortadillo).

Pero esta línea moralizadora también salvó a Cervantes. Don Quijote es un Licenciado Vidriera llevado al mundo de los caballeros andantes y al andamiaje de los libros de caballe-

*rias. Don Quijote es un personaje moralizador que vive entre pícaros o cuasi pícaros ; digamos plebeyos desenfadados, bachilleros sin trabajo y gentes por el estilo. Huelga decir que si Don Quijote no hubiese tenido esas preocupaciones éticas anejas a los caballeros, la obra habría sido muy poca cosa estética.*

*Por otra parte, Cervantes, nulo para poner personajes en acción, tuvo la magnífica idea de colocar a un caballero en plazas, calles y caminos que, fatalmente, tenía que desplazarse e ir de un episodio a otro. Al fin logró en su mundo de parálisis estéticas el anhelado « lance », el movimiento vital de los hombres. Don Quijote se mueve en ingenio y físicamente. El Licenciado Vidriera sólo se movía en lo primero, vale decir por dentro, en espíritu solamente.*

ANTONIO DE UNDURRAGA

### PARAGUAY : LA MOVILIDAD SOCIAL

Tres investigadores paraguayos están abocados a un estudio sobre las características esenciales de la movilidad social en el medio rural. Ellos son los Dres. Domingo M. Rivarola, Branka Susnik y Manuel Benítez González. No escapa la importancia del tema elegido, pues hace referencia a uno de los hechos sociales de más trascendencia en la vida latinoamericana y particularmente en la paraguaya donde ha adquirido dimensiones ponderables en los últimos tiempos.

La investigación consta de tres enfoques distintos a cargo de cada especialista. En el primero, el Doctor Rivarola —actual presidente del Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos— trabaja sobre el problema referente al movimiento horizontal de la población. En ese sentido define los tipos principales de migración que se dan en el medio social paraguayo y sus características según los grupos sociales en que se manifiestan. La migración rural-urbana es enfocada haciendo hincapié en su intensidad variable según zonas y épocas, como a otros factores operantes. Un aspecto importante es el que hace referencia a la selectividad de la migración, es decir, las diferentes significaciones que el hecho adquiere según peculiaridades de orden biológico o social. Así se consideran factores diferenciales, el sexo, edad, status social, relación familiar, situación económica, formación cultural, etc. También se hace una completa exposición de las características demográficas, las que se presentan comparativamente según se trate de donantes o receptores, incluyendo así un factor poco resaltado en el tema de la movilidad. Del trabajo surge la idea de ser la movilidad un hecho emergente de la peculiaridad estructural de la sociedad paraguaya donde los distintos

factores adquieren un orden diferente tanto en su intensidad como en sus influencias directas.

La Dra. Branka Susnik encara el problema en un aspecto socio-histórico. Comienza analizando el dinamismo agrícola-aldeano de los guaraníes y sus tendencias sociales antes de la conquista. El conflicto agrícola-ganadero y la participación de los mestizos en los mismos. En un plano medio enfoca las proyecciones sociales de la fusión hispano-guaraní, confrontando las diversas migraciones de los pueblos guaraníes y de los pobladores criollos de los valles. Dentro de este marco patentiza el papel especial del mestizo. Seguidamente, y desde una perspectiva demográfica, acentúa el problema de la vida rural, sus influencias en la organización familiar y las actividades económicas.

Benítez González formula una introducción a las cuestiones económicas que encuadran el problema de la movilidad haciendo hincapié especialmente en factores como la tenencia de la tierra, sistema de comercialización de los productos, caracteres del mercado local e internacional, así como las incidencias de los impuestos en el costo de los productos agrícolas y el ingreso de la masa campesina.

El aporte de esta investigación conjunta revelará indudablemente factores importantes para una mayor adecuación científica, y por ello erróneamente valorados por simples apreciaciones intuitivas. Con ello se iniciará una etapa responsable en los estudios —tan escasos hasta hoy— en el ámbito social.

Patrocina este trabajo el Congreso por la Libertad de la Cultura.

ENRIQUE CHASE

### ¿ SOBREALORACION DE BORGES ?

La obra y la personalidad de Jorge Luis Borges han alcanzado, durante estos últimos años, dimensión mundial. Es rara la revista literaria europea o americana que no haya publicado en alguna ocasión un ensayo sobre el autor de *El jardín de los senderos que se bifurcan*.

Se discute a Borges ; se le niega o se le ensalza con argumentos que van desde la ingenuidad absoluta hasta una compleja densidad. Se ha creado así algo que vacilamos en calificar como el mito Borges. Precisamente, la existencia de este mito llevó al Centro Argentino por la Libertad de la Cultura (que ya organizó otro sobre el novelista Eduardo Mallea) a entablar un debate sobre este tema : « ¿ Existe una sobrevaloración de la obra de Borges? »

Se trataba de fijar la exacta dimensión de uno de los valores de las letras americanas y de proporcionar al público un mejor conocimiento y una valoración fundamentada de su obra.

NOTAS

Jorge Calvetti, poeta, y Patricio Esteve, escritor y crítico, tuvieron los papeles de acusador y defensor, respectivamente. El poeta Guillermo Orce Remis actuó como mediador.

El acto congregó un público numeroso, que siguió con evidente apasionamiento el desarrollo

del debate. Luego de la presentación, efectuada por H.A. Murena, el mediador planteó el problema anunciado.

Jorge Calvetti, acusador, se refirió de inmediato al hecho de que la crítica literaria, por lo general, oscila entre el elogio indiscriminado y

ADIVINANZAS DE « CUADERNOS »

*Las adivinanzas que propone Cuadernos son de doble yema. El adivinador debe descubrir el significado que esconden las imágenes propuestas y decir en qué poema de qué poeta se hallan. Un premio de veinte dólares se otorgará a la persona de quien primero recibamos todas las respuestas, o a quien envíe el mayor número de respuestas exactas. Las respuestas deben enviarse antes del 1º de marzo de 1965 a la dirección de Cuadernos en París.*

1

*Con la veste de mágica blancura,  
con el talle de lánguido diseño,  
semeja en el espacio su figura,  
el pálido estandarte del Ensueño.*

2

*Rosa de vientos locos. Tempestades  
crecen en tus corolas repentinas  
y en ceniza de turbias golondrinas  
chisporrotean tus altas claridades.*

3

*Amados por tristes, por blandos, por bellos,  
por su aroma, aroma de una inmensa flor,  
por su aire de monjes, sus largos cabellos,  
sus savias, sus ruidos y nidos de amor.*

4

*Amago de la humana arquitectura,  
ejemplo de la vana gentileza,  
en cuyo ser unió naturaleza  
la cuna alegre y triste sepultura.*

5

*Los que escuchan mis trinos seductores  
no advierten si, de júbilo o congojas,  
celebro el nacimiento de las flores  
o lloro la caída de las hojas.*

6

*Es un alma pequeña  
que bajo dulces frondas,  
profundamente sueña  
con los astros caídos en sus ondas.*

7

*Mézclase a lo zurdo de su malicia aldeana  
una mimosa simpatía de niño,  
y poseen este cariño  
de la vida animal : la lana.*

8

*Cuando empujo su puerta clara  
y penetro en su luz dormida  
me parece como si entrara  
en las entrañas de mi vida.*

9

*En la dehesa, sátiro ; en el corral, asceta ;  
paciente como Job, como Falstaff deforme ;  
con gravedad de apóstol, sobre la fuente quieta,  
lleva los dos apéndices de su cabeza enorme.*

10

*Oh dulces bestezuelas perseguidas!  
Oh terso roce! Oh signos cenitales!  
Oh músicas! Oh llamas! Oh cristales!  
Oh velas altas, de la mar surgidas!*

11

*En un beato silencio el recinto vegeta.  
Las vírgenes de cera duermen en su decoro  
de terciopelo lívido y de esmalte incoloro,  
y San Gabriel se hastía de soplar la trompeta...*

12

*Es un ánfora digna de un artífice heleno,  
un marmóreo prodigio de la Clásica Era ;  
y destaca su fina redondez a manera  
de una dama que luce descotado su seno.*

13

*La frente de silencio y hermosura  
apoyas en los trémulos vitrales  
del viento dulcemente iluminado.  
Y baja por tu cauce de blancura  
—revestida de nácares glaciales—  
tu presencia de lirio derramado.*

14

*Madre de piedra, espuma de los cóndores.  
Alto arrecife de la aurora humana.*

el brulote ; un ejemplo lo constituiría la montaña de artículos y notas escritos sobre el creador que motivó el debate.

En síntesis, la opinión de Calvetti fue categórica ; existe, en efecto, una sobrevaloración de la obra de Borges ; pero existe también, simultáneamente, una malévola voluntad de ataque contra su obra. Agregó que existe también una sobrevaloración de toda la buena literatura argentina del presente. Expresó luego Calvetti que esta actitud crítica suya no estaba contra Borges, al que admiraba, sino que respondía sólo a un afán de precisión, de veracidad ; a un afán de comprender en profundidad su obra. « Para esta comprensión es necesario —dijo—, aclarar qué busco personalmente en la lectura de una obra de arte : una ayuda para el ordenamiento caótico de la realidad, para comprender mejor al hombre y al mundo que lo rodea. »

Negó a continuación —con respecto a si es cierto que la obra de arte es una versión atenuada o enfatizada de la experiencia vivida—, que hubiera experiencia vital en la obra del creador argentino. Su visión del mundo —insistió—, su interpretación de la realidad, es sólo literaria. A Borges le falta asumir el mundo de Borges, que no ha completado con la madurez de sus experiencias. « Me gustaría —concluyó—, que la poesía de Borges fuera más una búsqueda de lo esencial de la realidad, que un lúcido y brillante comentario, o una paráfrasis de excelentes ideas. »

Patricio Esteve asumió luego su papel de defensor. Piensa Esteve que la obra de Borges está sobrevalorada, pero en el sentido de que la crítica cumplida hasta el presente sólo en contadas ocasiones logró una función recreadora. Lo esencial en Borges es la creación de un universo personal, que también incluye lo literario y que desemboca en esa otra cara de la realidad que es la obra de ficción. Para la acusación, —insistió Esteve—, una obra de arte lleva implícita una teoría de la vida, espinosa cuestión que puede provocar tres preguntas retóricas : ¿Acaso un arte para la vida significa un género didascálico, ya desprestigiado? ¿O será que el arte debe darnos una visión más realista, más concreta del mundo? ¿O será que toda obra debe hacer vibrar en nosotros una determinada emoción de orden estético?

Lógicamente, el defensor se inclinó por esta última proposición, insistiendo en que Borges ha creado en sus obras otra dimensión, un mundo distinto, donde los hombres son soñados continuamente por otros hombres. Negó Esteve que Borges careciera de experiencias vitales, además de considerar que la literatura es creación y no meras experiencias vitales. « Creo, además —dijo—, que esas experiencias no se

agotan en un simple inventario de sensaciones externas, de las que, por otra parte, no carece Borges. » En cuanto a las internas, pocos literatos han sobrellevado mayor carga.

Consideró también Esteve, y lo sostuvo con citas, que la acusación estaba equivocada al pedir a Borges mayor búsqueda de lo esencial de la realidad, ya que existe esa búsqueda, y postula una serie de experiencias que sirven para construir un homogéneo y coherente universo. Hay también en él páginas que abren de pronto nuevas vías para una interpretación más profunda de la realidad argentina, concluyó diciendo la defensa.

El mediador, Guillermo Orce Remis, tras del debate correspondiente, resumió las dos posiciones antagónicas, las de Calvetti y Esteve, de las que se desprende que, si bien existe una sobrevaloración de Borges, es evidente que existen también valores fundamentales que sólo pueden ser maliciosamente negados. Además, agregó, la sobrevaloración es un fenómeno que se da también como reacción ante una larga y previa subestimada vida literaria.

Esta discusión, puntualizó finalmente el mediador, es un acto de justicia, que no se hubiera realizado sin un verdadero aprecio por la obra de Borges. El criticar la tarea de un gran escritor, el señalar sus fallas, es también un acto de intensa valoración.

#### TEATRO EN PARIS

Es inevitable caer en el tono de la cartelera, cuando la temporada de teatro se inicia. Esta temporada, que ciertamente no promete grandes novedades, deja sospechar que la crisis, de la cual siempre se habla con relación al teatro en París, se repite. Sin embargo, Jean-Louis Barrault señala que tal crisis no existe, porque sólo hay buenas o malas obras : « El teatro es una cita que si no se logra desde un principio, no cuaja. »

El « affiche » iluminó a « Les escargots meurent debout » de Francis Blanche : una revista cómica que juega con el tiempo futuro y el pasado de un publicista que buscando un « slogan » se pierde en su pesadilla, que servirá como pretexto para alternar con Enrique III, Francisco I, Napoleón III, Juana de Arco y Carlota Corday.

Jean-Louis Barrault estrena « Il faut passer par les nuages » de François Billetdoux, texto inspirado en esta frase de Joubert : « Pour arriver aux régions de la lumière, il faut passer par les nuages. Les uns s'arrêtent là, mais d'autres savent passer. » Esta obra, escrita especialmente para Madeleine Renaud, transcurre en 1953, en un pueblo de provincia. Tiene la in-

tención de señalar la diferencia entre la realización social y la realización individual.

Pierre Brasseur se instaló en « Tim » de Osborn, adaptación de Paul Quentin, obra inspirada en un viejo film de Lionel Barrymore que relata la historia de un abuelo tierno, truculento, sensible, que no acepta la idea de separarse de su nieto, aunque el pueblo y las circunstancias lo exijan. Esta historia que marca la limitación de un hombre frente a su destino, es interpretada por Pierre Brasseur de un modo ciertamente equivocado en la concepción del personaje. Pierre Brasseur insiste en la creación de un abuelo convencional, obligatoriamente viejo, componiendo a su guisa un personaje que podría ser Víctor Hugo, o bien Hemingway. Un abuelo de pelo y barba blanca que va del Santa Claus a la manera de Brasseur con sus tics y sus encantos. Y es a través de su juego como nos despierta la nostalgia del actor aquel del « Muelle de las Brumas », de « Les Enfants du Paradis », del « Barba Azul » o del « Diable et le Bon Dieu » de Jean-Paul Sartre...

Marcel Achard inscribe en el « affiche » « Machin Chouette », dirigida por Jean Meyer. Robert Lamoureux abandona a « Un homme comblé » de Jacques Deval, y Henry Miller trae « Après la chute », con Annie Girardot, dirigida por Luchino Visconti.

Jean Anouilh adapta « Ricardo III », de Shakespeare, interpretado por Daniel Ivernel, y Jean Cau « Quien tiene miedo de Virginia Woolf », inspirada en la canción americana : « Who is afraid of the big bad Woolf », que interpreta Madeleine Robinson.

« Les Ailes de la colombe », basada en una novela de Henry James —historia de un hombre de quien dos mujeres están enamoradas, y en cuya trama el dinero juega un papel muy importante en el comportamiento de los personajes y en la modificación de sus conductas—. La acción, que transcurre en Venecia a fines de siglo, revela las sutilezas de James, dentro de esta obra ambigua, cuya tensión dramática trasciende como un claroscuro interior. Catherine Sellers interpreta admirablemente el personaje en el cual Henry James se ha complacido.

Armand Salacrou estrena : « Un barbu chauve est mort », interpretado por Michel Vitold, y « La cuisine des anges » de Albert Husson se transforma en comedia musical : « Trois anges sont venus » con música de Charles Aznavour.

« Flammes et cendres », de Hugo Betti, no ha sido acogida con entusiasmo y Jacques Lemarchand señala : « Uno de los secretos de la seducción de Hugo Betti era la forma con la cual creaba la distancia entre el 'fait divers' contado directa y simultáneamente y aquella que el autor le atribuía. »

Y la expectativa de esta temporada ha sido :

« La guerre civile » de Henry de Montherlant y el regreso de Jean Vilar a la escena de París, con « Oppenheimer », de Heinar Kipphart.

MARTA MOSQUERA

## Temas y autores

La visita de LEOPOLD SEDAR SENGHOR al Brasil es un hecho excepcional. Es el primer presidente africano que visita nuestra América. Es un presidente poeta, un ensayista afortunado y un sociólogo eminente. Habla de Gilberto Freyre con la misma seguridad con que recuerda a su Montaigne, aprendido en las escuelas de Francia. Llega a una tierra en donde los africanos que llegaron como esclavos se hicieron libres antes que en Africa, y donde las razas han practicado una escuela de convivencia ejemplar. Su estudio « Latinidad y negritud » muestra cómo un presidente africano puede expresarse ante un cuerpo académico americano. Es un ejemplo digno de alabanza... RAFAEL CALDERA, el demócrata cristiano que al frente del COPEI ha iniciado en Venezuela un nuevo estilo de política humana y comprensiva, nos da en « La libertad política, condición esencial del desarrollo » la síntesis de su programa político y de lo que él aconseja para América... En las campañas contra el hambre es posible que no se haya estudiado a fondo la diferencia entre lo que es el hambre de nuestro tiempo, sin resignación, y el hambre de los siglos pasados. Tal es lo que examina GERMAN ARCINIEGAS en « Hoy el hambre es otra cosa »... La figura de Francisco de Paula Santander no se ha presentado con suficiente nitidez ante el lector latinoamericano. Y sin embargo, fue Santander la conciencia civil de América : después de compartir con Bolívar los azares de la guerra se empeñó en fundar a Colombia sobre la base de la ley. OTTO MORALES BENITEZ, ensayista colombiano, hace en su ensayo sobre Santander el estudio que todos deseaban conocer fuera de las fronteras colombianas... Una vez hubo un rey... en la Dordoña, en Francia, que venía de Arauca y de la Patagonia. Su tumba, con la corona esculpida en la piedra, se encuentra no lejos de Périgueux. A veces llegan sus descendientes con tierra traída de la Patagonia, para abonar los huesos del rey... y litigar por sus supuestos derechos. EMMMA REYES, la pintora colombiana que habita ahora en esa región, ha sacado de los libros su « Antoine de Tounens, rey de Arauca y de Patagonia », historia fabulosa de este personaje que aún se mueve detrás de su sombra por esos lados de Francia... ¿Cómo es la plaza del pueblo? Es difícil que otro pueda

describirla tan sabrosamente como EDUARDO CABALLERO CALDERON, el novelista colombiano que ha escrito sus mejores novelas sa-cándolas de esos escenarios de su provincia encantada... El centenario de Toulouse-Lautrec se ha celebrado en París con la más espléndida muestra de la obra del genial enano que pintó como ningún otro el París del « can-can » y del viejo Montmartre. DAMIAN CARLOS BAYON es el guía que muestra estas cosas a nuestros lectores del otro lado del Atlántico con toda la gracia de su sabiduría... MATHILDE POMES inició sus andanzas por España, de donde ha salido buena parte de su riquísima cultura española, llegando a Salamanca, es decir : a la casa de Unamuno. De lo que surgió desde el primer momento resultan los deliciosos recuerdos que hace en « Mi primera entrevista con Unamuno », en donde hallará el lector cosas muy buenas de don Miguel, desde lo del Premio Nóbel, hasta lo del famoso Spengler, « tan endeble y sofisticado »... Nadie sabe exactamente cómo va a vivir el hombre dentro de cuarenta años, pero no hay aventura mejor que imaginarlo hoy, bajo la presión de las nuevas cosas que prepara la ciencia. « El hombre del porvenir », del científico inglés BILL WILLIAMS, que ha desarrollado el tema en la B.B.C. de Londres, es una pintura que causará sorpresa a más de uno de nuestros lectores... El historiador argentino ARMANDO BRAUN MENENDEZ convierte « La carabela » es uno de los personajes vivos más singulares de la historia que une a Europa con América. Nosotros decimos « las carabelas », pero nunca hemos pensado lo que realmente fueron. Aquí está escrita su apasionante biografía... Con el mismo enorme éxito que han tenido los otros concursos de *Cuadernos*, el del Ecuador, hecho en colaboración con la Casa de la Cultura Ecuatoriana, que cumple sus veinte años de existencia, fue rotundo. JOSÉ MARTINEZ QUEIROLO, guayaquileño, fue el ganador con una « Historia de la gran guerra », primera vez en que el tema de la reforma agraria se presenta con buen humor y gracia dentro de las familias de los terratenientes... ALBERTO GIRRI, excelente poeta rioplatense, bien conocido de nuestros lectores, hace la presentación de THEODORE ROETHKE, poeta norteamericano recientemente fallecido... « ¿América, novela sin novelistas? » es la pregunta que le sirve a quien mejor puede discutir el tema, a LUIS ALBERTO SANCHEZ, para dilucidar unas afirmaciones de Botelho Gosalvez, animando los diálogos polémicos de *Cuadernos*... GLADIS E. WILKES, discípula de Ana Payró, de Buenos Aires, es la autora de los dibujos que ilustran algunas páginas de este número.

# Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA  
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

*Director*

GERMAN ARCINIEGAS

*Consejo de Honor*

Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Mariano Picón-Salas, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos y Erico Veríssimo

*Redacción en París*

Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

*Consejo de Redacción*

Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, José Luis Martínez, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

*Arte*

Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

*Ilustradores*

Sergio Trujillo Magnenat  
y Adriana Figueredo

*Corresponsales*

Asunción : Josefina Plá  
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela  
Bonn : Rafael Gutiérrez Girardot  
Buenos Aires : H.A. Murena  
Caracas : Guillermo Morón  
La Paz : Fernando Díez de Medina  
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz  
Montevideo : Dora Isella Russell  
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo  
Nueva York : Joaquín Maurín  
San Juan de Puerto Rico : María Teresa Babín  
Quito : Alejandro Carrión  
Santiago : Raúl Silva Castro  
Tegucigalpa : Oscar Acosta

*Redacción y Administración*

23, rue de la Pépinière, Paris (8)  
Teléfono : EUR. 37-59

# Cuadernos



## LA JUVENTUD DE DANTE

por Piero Bargellini

COSAS DE LOS COMUNISTAS ITALIANOS

Ignazio Silone

LATINOAMERICA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Mildred Adams

ARTE NEGRO Y EXPRESION DEL MITO

Damián Carlos Bayón

---

Como se expresa en sus exámenes  
el joven bachiller de Francia

---

LA UNIDAD LATINOAMERICANA

Victor Raúl Haya de la Torre

¿TIENTA MAS LA PALABRA QUE LA IDEA?

Adolfo de Obieta

TALES ERAN SUS ROSTROS

Silvina Ocampo

LA LECCION DE MARTINEZ ESTRADA

H. A. Murena

LA JOVEN POESIA BOLIVIANA

FEBRERO DE 1965

N° 93



# BANCO CAFETERO

BOGOTA - COLOMBIA



Oficina Principal - Bogotá

En Colombia la principal industria es el café, y el Banco Cafetero con noventa y cuatro oficinas localizadas en el territorio nacional, impulsa esta industria con crédito oportuno, financia el comercio exterior y presta todos los servicios bancarios para el desarrollo del país.

# C U A D E R N O S

FEBRERO 1965

N° 93

LA JUVENTUD DE DANTE	3	<i>Piero Bargellini</i>
LA UNIDAD LATINOAMERICANA, GARANTIA DE ANTIMPERIALISMO Y DEMOCRACIA EL P.C.I. Y EL ESTADO-GUIA	12	<i>Víctor Raúl Haya de la Torre</i>
¿COMO SE EXPRESA EN SUS EXAMENES EL ASPIRANTE A BACHILLER DE FRANCIA?	17	<i>Ignazio Silone</i>
LOS GRABADOS DE ROBERTO MAGALHAES	25	
¿TIENTA MAS A ESCRITORES ESPAÑOLES	35	<i>Clarival de Prado Valladares</i>
E HISPANOAMERICANOS LA PALABRA QUE LA IDEA?	51	<i>Adolfo de Obieta</i>
LA LECCION A LOS DESPOSEIDOS :	61	<i>H.A. Murena</i>
MARTINEZ ESTRADA	70	<i>Augusto Arias</i>
ACENTO FRANCÉS EN NUESTRAS LETRAS	76	<i>Justo Pastor Benítez</i>
UN PENSADOR ISOCRONO		
<b>DIALOGO</b>		
LATINOAMERICA EN LOS ESTADOS UNIDOS	41	<i>Mildred Adams</i>
<b>RELATO</b>		
TALES ERAN SUS ROSTROS	37	<i>Silvina Ocampo</i>
<b>ARTE</b>		
EL ARTE NEGRO O LA VISUALIZACION DEL MITO	47	<i>Damián Carlos Bayón</i>
<b>POESIA</b>		
LA JOVEN POESIA BOLIVIANA	30	<i>Enrique Arnal</i>
CINCO POETAS BOLIVIANOS	30	<i>Ervin Rojas, Jesús Urzagasti, Edgar Avila Echazu, Jorge Suárez y Edmundo Camargo Ferreira</i>
<b>CIENCIA</b>		
LOS HOMBRES EN EL ESPACIO	79	<i>Max Hammerton</i>
<b>LIBROS</b>		
UN NUEVO LIBRO DE LUIS OYARZUN	83	<i>R.</i>
« POEMS », DE CARLOS RIBA	84	<i>E.S. Ch.</i>
« CHINA COMUNISTA VERSUS UNION SOVIETICA », DE OTTOCAR ROSARIOS	84	<i>Alicia M. Justo</i>
« THOMAS MANN. UNA PERSONALIDAD EN UNA OBRA », DE ROQUE ESTEBAN SCARPA	86	<i>Celia Zaragoza</i>
« CARNET CRITICO », DE RICARDO LATCHAM	86	<i>Ezequiel de Olaso</i>
« DESTIERROS Y TINIEBLAS », DE MIGUEL ARTECHE	87	<i>Héctor Miguel Angeli</i>
<b>NOTAS</b>		
	88	<i>Eduardo Mendoza Varela, Roberto Esquenazi-Mayo, Raúl Vera Ocampo, Marta Mosquera, etc.</i>
TEMAS Y AUTORES	95	



**N**OS PREGUNTA un periodista: ¿Cuál es la misión de las nuevas generaciones en la América Latina? La respuesta —le decimos— sólo

ellas pueden darla: toca a ellas decidir. El siglo XIX latinoamericano, visto en su perspectiva natural, resulta todo él una lucha, que se prolonga hasta nuestros días. Lucha entre los republicanos que han persistido en su voluntad de independencia —aún no del todo conquistada—, y los continuadores del espíritu colonial, que dentro de la República se consideran herederos de la Corona, con los mismos privilegios de que disfrutaron en su día los encomenderos, los godos de que hablaba Bolívar. La diferencia entre las nuevas generaciones y las anteriores reside en que las nuevas han heredado un mundo más complejo, más expuesto a la reconquista, más vulnerable a causa del poderío creciente de los nuevos imperios. Por una causa u otra, la América de los que declinan no entrega a la de los que surgen un continente apretado y duro, capaz de resistir lo mismo a los embates del capitalismo internacional que a las tentaciones de una revolución negativa, enamorada de la violencia. Si se compara la tarea de las juventudes de 1965 con la que cumplieron, por ejemplo, las de 1918, lo de ahora aparece arduo y difícil y lo de ayer sencillo y ligero. Posiblemente a los de hoy toca hacer del archipiélago americano el Nuevo Mundo, el Nuevo Continente. Los continentes son obra

del hombre y no de la geografía. Un continente es, por su contenido, un todo en que se define un estilo de vida, una solución política, un ideal. Ha habido continentes unidos más por las aguas que por la tierra firme. El mundo antiguo se apoyaba en los bordes del Mediterráneo, con un pie en Africa, otro en el Asia menor, y otro en Europa. Luego, los europeos inventaron su Europa, sacando de los antiguos vecinos trozos de filosofía, el arte de los mosaicos, la religión de Judea... Así, así, hasta dejar modelado su Nuevo Mundo de Occidente, ya en otras tierras, desligándose del Africa y del Asia, avanzando hasta las islas británicas y las tierras escandinavas. Hoy mismo, frente a las circunstancias angustiosas de nuestro tiempo, Europa vuelve a pensar en que le falta algo para ser un nuevo continente y lucha por federarse, por unirse. Africa se esfuerza por ser un continente libre. En Asia se piensa en formar un Tercer Mundo. Nuestra América, tan grande y tan poblada como esos continentes, con otras riquezas y otros antecedentes, ¿va a ser la única porción de la tierra que esté llamada ya no a ser sino a sumarse? Su nuevo destino ¿es el de ir en pos del Tercer Mundo, o del continente moscovita, o ser el apéndice de los Estados Unidos? ¿Tendrán las nuevas generaciones la fe, el valor, la osadía, la ambición de crear su continente? ¿Buscarán su fuerza en entrar dentro de la suma general de los satélites? Al periodista que nos ha formulado la pregunta, se la devolvemos, un si es no es respondida, con esos otros interrogantes.

A.



# La juventud de Dante

POR PIERO BARGELLINI

EL AÑO 1283 fue el más feliz de Dante. Cumplía dieciocho, y como era huérfano, salía de la menor edad antes que los otros. Era este el triste privilegio de quien no tenía padres ; pero el huérfano de Donna Bella y de Alighiero sólo experimentaba el consuelo de ser mayor sin las penas de la soledad doméstica.

Ya habían transcurrido doce años desde cuando la madre lo dejara, entregado a sus juegos infantiles, y seis desde cuando el padre también lo dejara mirando dulcemente, desde el extremo de una angosta calle, a la niña hija de Folco Portinari.

Con la impaciencia y la osadía de los jóvenes emancipados de la sumisión. Dante vendió inmediatamente el conocido crédito, que su padre jamás había exigido, de Donato Gherardo del Papa.

Consistía en una pequeña suma, ciento veinte liras de florín, mas suficiente para proporcionar al joven heredero el placer de sentir su propia bolsa llena de dinero.

Finalmente podía gastar, cobrando los créditos del padre, que había sabido cambiar muy bien sus propios *aguglini*.

No por esto, ciertamente, Beatriz, ya esposa de Simón dei Bardi, se le manifestó gentil saludándolo por primera vez.

Fue precisamente a los nueve años desde su primer encuentro, y así a los dieciocho de edad, « cuando esta admirable mujer —narra Dante al principio de la *Vita Nuova*— se me apareció vestida de blanquísimo color, entre dos gentiles damas, las cua-

les eran de mayor edad ; y al pasar por una calle, volvió los ojos hacia aquella parte donde yo estaba muy temeroso, y por su inefable cortesía, muy virtuosamente me saludó, tanto que me pareció entonces ver todos los lindes de la beatitud ».

Retirándose « al solitario lugar de una habitación suya, y pensando en ella, le sobrevino un suave sueño, en el cual se le apareció una maravillosa visión ».

Veía al Amor que tenía en los brazos a la dama dormida, y en la mano su corazón encendido. Amor, despertándola, con aquel corazón « humildemente » la apacentaba, y ella « *appresso gir lo ne vedea piangendo* » (después lo veía ir llorando).

Escrito un soneto sobre aquella visión, envió copia anónima a muchos « fieles de Amor », es decir, a los poetas que saludaban en el Amor a su Señor, para que procurasen interpretarlo.

El soneto sería el primero de *Vita Nuova* y comenzaba con el verso : *A ciascun' alma presa e gentil core* » (A toda alma prisionera y gentil corazón).

La ciudad estaba llena de rimadores y cantantes, turistas, notarios, caballeros, ricos, todos componían versos, y los transcribían en las márgenes de los escritos legales o de los libros de cuentas ; recitábanlos, mejor cantábanlos en toda ocasión en las comparsas, especialmente en las calendas de mayo y en las fiestas de San Juan, que en aquel año de 1283 se celebraron de manera espléndida, « hallándose la ciudad

de Florencia —escribe Villani— en feliz y buen estado de reposo, y tranquilo y pacífico estado, útil para los mercaderes y artesanos ».

Las fiestas duraron dos meses, « alegradas por una brigada de mil o más hombres, todos vestidos de trajes blancos con un señor llamado del Amor ».

« Por la cual brigada —continúa Villani— sólo se entendían juegos, diversiones y bailes de damas y caballeros y otros del pueblo, yendo por la tierra con trompetas e instrumentos varios en regocijos y goces, estando juntos en convites, cenas y comidas. »

Y como si no bastaran los poetas y cantores florentinos, « de Lombardía y de toda Italia traían a Florencia los bufones y cortesanos, y eran bien vistos ».

Los huéspedes eran invitados por las brigadas, acompañados a caballo por la ciudad y fuera, retenidos a la mesa y obsequiados con *pasque*, es decir, con regalos y cosas de *vaio*, o sea pieles.

La cortesía era la virtud más apreciada, y por cortesía muchísimos poetas respondieron a la propuesta del anónimo fiel de Amor.

Entre estos Guido Cavalcanti, vivamente impresionado por la perspicacia y belleza del soneto. Y cuando supo quién era el autor, aunque anciano, quiso conocerlo mejor, convirtiéndose en gran amigo.

Dante mismo registró el hecho en su *Vita Nuova*. « A este soneto se respondió con muchos y diversos juicios, entre los cuales uno de aquel a quien yo llamo el primero de mis amigos. Y esto fue casi al principio de la amistad entre él y yo, cuando supo que era yo quien le había enviado aquello. »

Año verdaderamente feliz el de 1283.

Dante salía de la menor edad, no solamente legal, sino también intelectual ; ingresaba en el grupo de los poetas fieles de Amor, ligándose con amistad al mayor de ellos.

La ciudad, en tranquilo y pacífico estado, se regocijaba entre las fiestas de las alegres brigadas. Y ante la sonrisa de la natura, la alegría de la ciudad, se unía el saludo de Beatriz, hasta entonces esquivada si

no también desdeñosa, reservada si no hostil.

Y aquel de la *donna mirabile* era un saludo que significaba, no tanto promesa de amor, como gracia de poesía.

### " *Il dolce stil nuovo* "

En la *Vita Nuova* Dante comenzaba un soneto con este bello cuarteto :

*Guido, i' vorrei che tu e Lapo ed io  
fossimo presi per incantamento  
e messi in un vassel ch' ad ogni vento  
per mare andasse, al voler vostro e mio.*

(Guido, yo quería que tú, Lapo y yo fuéramos asidos por encantamiento y llevados a un bajel que a todo viento fuera por mar, al querer vuestro y mio.)

Eran los versos de la amistad ; los versos de la afinidad electiva, a la cual todos los jóvenes, especialmente si artistas, siempre obedecen, ligándose con vínculos espirituales e intelectuales.

La imagen del « bajel », es decir, de la barca, en la cual el joven Dante desearía tener consigo a los amigos Guido Cavalcanti, Lapo Gianni y a sus inspiradoras damas, asidos por encantamiento y errantes a su querer, era muy bella, porque expresaba la idea del aislamiento de los otros excluidos de la embarcación y aquel sentido de arrobamiento y de evasión que prueban los jóvenes cuando se hallan entre los más queridos e íntimos amigos.

Entre toda la turba de poetizantes y versificadores, a lo provenzal y a lo guittoniano, Dante sólo había escogido dos amigos, Guido Cavalcanti y Lapo Gianni, con los cuales parecía hubiera celebrado un pacto de recíproca lealtad y de mutua ayuda.

Todos los demás, los Guido Orlandi, Gianni Alfani, Lapo degli Uberti, Dino Frescobaldi, Salvino Doni, Rustico di Filippo, Ciacco della Anguillara, Ricco da Varlungo, Dante da Maiano, Lapo Saltarello, Cione Baglione, y también Forese Donati, podían tener brigadas o disputar poéticamente, mas era como si no existieran para el trío Guido, Lapo y Dante.

Así, en el *De vulgari eloquentia*, de los poetas florentinos solamente fueron citados, en el orden de edades, Guido, Lapo y Dan-

te, a los cuales correspondía, en Pistoia, el poeta y jurisconsulto Cino.

Estos jóvenes poetas aceptaban la teoría del boloñés Guido Guizelli, el cual concebía el amor como una virtud de todo corazón gentil. El manifiesto poético de la nueva escuela, a la cual los tres jóvenes poetas florentinos adherían, estaba expuesto, precisamente, en una canción de Guinizelli que comenzaba con estos versos :

*Al cor gentil ripara sempre Amore  
com' a la selva augel' n la verdura.*

(En el gentil corazón se refugia siempre Amor como el ave de la selva en el verdor.)

Y el corazón gentil, según Guinizelli, se mantenía devoto a la mujer amada, como los espíritus celestes eran alegremente devotos al amor increado de Dios.

La mujer se hallaba, así, entre el hombre y Dios, y por esto era el medio de elevarse en la vía de la salvación.

Guido Guinizelli, juez boloñés, hubo de abandonar en 1274 su ciudad porque, gibelino, después de la batalla de los Geremei ; murió en el destierro, en Monselice (o en Verona, como lo demostrarían los documentos de la herencia para la tutela del hijo Guiduccio), en 1276, cuando Dante no tenía aún doce años.

Si, por lo tanto, Dante fue después, a los veinte años, a Bolonia, no lo hizo ciertamente para conocer a aquel a quien designó poeta *maximus* y que sólo halló en su fantasía, en el « Purgatorio », entre los lujuriosos, y que llamó « padre mio / e de li altri miei migliori che mai / rime d'amore usar dolci e leggiadre » (padre mío / y de los otros, mejores que yo, jamás / rimas de amor osaron escribir dulces y bellas), es decir, padre también de Guido Cavalcanti y de Lapo Gianni.

Cuándo y por qué Dante fue a Bolonia, no nos es dado saberlo. No ciertamente por la Universidad, pues que jamás aspiró a título académico, tampoco por Guinizelli ya muerto. Sin embargo, las referencias a aquella ciudad y a sus torres en la poesía juvenil son tan precisas, que es necesario convenir en que Bolonia le era muy conocida, como le eran conocidos y apreciados los versos de Guinizelli, al cual decía : « *Li*

*detti vostri / che, quanto durerá l'uso moderno / faranno cari ancora i loro inchios-tri »* (Vuestras rimas / que durarán lo que la moderna lengua / apreciadas aún serán sus escrituras).

El « uso moderno » no era el de los provenzalistas, guittonianos o sicilianos, sino el suyo, el de Dante y sus amigos, es decir, el de la nueva escuela poética que aún carecía de nombre y que sólo más tarde fue llamada, en un verso de Dante, « *del dolce stil nuovo* » (del dulce estilo nuevo).

Y he aquí cómo. En el canto XXIV del « Purgatorio », entre los glotones, que padecían con el ayuno de anguilas y vino, Dante imaginó encontrar al guittoniano de Lucca, Bonagiunta Orbicciani de los Overandi, al cual, en vida, habían parecido indigestos los versos de los nuevos poetas florentinos.

A él, que le preguntaba si era, en verdad, el autor de las *nove rime* (nuevas rimas), Dante respondía exponiendo los méritos de la propia poesía : « *I, mi son un, che quando / Amor mi spira, noto, e a quel modo / ch' é ditta dentro vo significando* » (...yo soy uno que cuando / el Amor me inspira, anoto ; y del modo / como en mí dicta, voy representando).

Bonagiunta Orbicciani, ya fuera del error y arrepentido de la pasada obstinación contra la nueva poesía, reconoce la sinrazón no sólo suya, sino del notario siciliano Iacopo da Lentini y Guittone de Arezzo :

*O frate, issa vegg'io (diss' egli) il nodo  
che 'l Notaro, Guittone e me ritenne  
da qua dal dolce stil novo ch' i' odo !*

(Oh, hermano, ahora veo, (él dijo), el lazo que al Notario, a Guittone y a mí retuvo lejos del dulce estilo nuevo que yo escucho.)

La expresión *dolce stil novo* (dulce estilo nuevo) muy bien se prestaba para señalar y definir la nueva escuela poética, inspirada por Guido Guinizelli, de la cual Guido Cavalcanti, Lapo Gianni y Dante Alighieri formaron en Florencia el primer grupo de « nuevoestilistas ». Y desde aquel día, o mejor desde aquel verso, la poesía de Dante joven y de sus amigos fue llamada del *dolce stil nuovo*, nombre demasiado bello para no ser usado de buen grado por los historiógrafos de la literatura.

### Campaldino

Uno de los primeros sonetos de la *Vita Nuova* comienza con estos versos :

*Cavalcando l' altr' ier per un cammino  
pensoso de l' andar che mi sgradia...*

(Cabalgando anteayer por un camino pensando en el viajar que no me era grato...)

Que Dante cabalgara, no causa maravilla. El caballo era el medio normal de viajar. El cabalgar al cual el poeta alude, no era sin embargo agradable, y no hace pensar, pues, en un paseo de solaz. Alguien habría supuesto, entonces, que el desagradable viaje fuera un servicio de guerra.

Como perteneciente a familia noble, Dante tenía el privilegio de servir en la caballería. Por esto se piensa que en la batalla de Campaldino estuviera entre los *feditori* (de la fe) comandados por Vieri dei Cerchi, el cual había llevado consigo sus propios parientes y los mejores jóvenes del barrio de San Piero, donde su familia poseía tierras y palacio.

La guerra, en los tiempos de Dante, aún se hacía de acuerdo con las normas caballerescas.

En 1289 —Dante cumplía veinticuatro años— se erigieron las insignias guerreras en la Abadía de Ripoli, en dirección del Valdarno (Valle del Arno). Con esto se advertía a la ciudad gibelina de Arezzo que la ofensiva, aquel año, se haría hacia ella.

Si acaso, la incorrección de los florentinos fue pasar el Consuma en vez de recorrer todo el Valdarno. Los aretinos tuvieron que replegarse hacia Bibiena mientras sus adversarios se situaban cerca de Poppi, en ventajosa posición.

Buonconte de Montefeltro, experto en acciones militares, no quería atacar al ejército florentino, pero el obispo de Arezzo, un Ubaldini, miope de vista y de estrategia, lo insultó, tratándolo de bastardo y cobarde.

« Si vos iréis donde yo iré —le dijo con calma Buonconte—, no regresaréis. » Ni obispo ni capitán, en efecto, regresaron, porque ambos cayeron en la llanura donde se desarrolló la batalla, en Campaldino.

Según las reglas de la caballería, el obispo de Arezzo envió el guante a los florentinos.

Los dos ejércitos se alinearon de frente, como para un torneo.

Primera, la fila de los *feditori* de a caballo ; después, a pie la de los *palvesari* ; al final los carros. Aparte, la reserva de la caballería comandada, de parte de los florentinos, por otro habitante del barrio de San Piero, Corso Donati, pariente lejano de Dante por la línea de la esposa, y Podestá (gobernador) de Pistoia.

El comandante supremo del ejército florentino, Amerigo de Narbona, había ordenado a Corso Donati no moviera la reserva sin su orden « so pena, la cabeza ».

Siempre caballerescamente, los güelfos florentinos dejaron a los gibelinos de Arezzo la iniciativa del ataque, que Vieri dei Cerchi con su caballería debería detener.

Pero al grito de « ¡San Donato, caballero! » y al irrumpir de la caballería gibelina, los florentinos se lanzaron con un tremebundo « ¡Narbona, caballero! » Los *feditori* de Vieri dei Cerchi no pudieron resistir ni contener el asalto de los aretinos. « La gruesa formación retrocedió en buena parte del campo », resguardándose tras los carros.

Fue entonces cuando Corso Donati, desobedeciendo la orden, movió la reserva y « atacó » de flanco a los aretinos, los cuales, como no hallaran resistencia, habían penetrado demasiado en el campo sin cubrir el flanco. Así la escasa resistencia de los *feditori* florentinos fue la causa de su victoria, pues que reanimados y vueltos a la refriega, arrollaron a los aretinos, que dejaron en el campo mil setecientos entre caballeros e infantes.

Si Dante estuvo en Campaldino, ciertamente se hallaba entre los *feditori* de Vieri dei Cerchi, los cuales con su terror desbarataron las filas de los adversarios. Pero ¿estuvo verdaderamente?

Ningún documento de la época hace fe sobre su presencia en aquella batalla, ningún cronista registra su nombre entre los de los combatientes ; ninguno de los primeros comentaristas habla de él en el canto de Buonconte ; ni él hace referencia en



Sergio Trujillo Magnenat

DIBUJO DE SERGIO TRUJILLO MAGNENAT



ninguna de sus obras a la batalla de Campaldino, como en cambio la hace en la toma del castillo de Caprona, de la cual dice expresamente : « *È così vid 'io già temer li fanti / che uscivan patteggiati di Caprona / veggendo sé tra nemici cotanti* » (Y así vi yo temerosos los infantes / por convenio salían de Caprona / viéndose entre tantos enemigos).

El habló, es cierto, de las varias fases de una batalla, y precisamente en tierras de Arezzo, cuando describió la marcha de los demonios al son de una extraña trompeta : « *Io vidi già cavalier muovere campo, / e cominciar stormo, e far la mostra, / e talvolta partir per loro scampo ; / corridor vidi per la terra vostra, / o Aretini...* » (Yo vi la caballería moverse en el campo / y comenzar en tropel, y mostrarse, / y a veces partir para salvarse ; / caballería vi por vuestras tierras, oh aretinos... ), que en verdad parece la descripción de la batalla de Campaldino donde, como hemos visto, los dos ejércitos se mostraron, desplegados el uno frente al otro ; los corredores, es decir, los de la caballería aretina, se precipitaron en el campo, y los florentinos huyeron para salvarse. Pero el sitio de Campaldino no se nombró.

Sólo en el « Cuatrocientos », Leonardo Bruni afirmó haber leído en una epístola de Dante la descripción de la batalla, y atribuyó al poeta estas palabras : « Diez años habían trascurrido desde la batalla de Campaldino, donde me hallé, no ya niño, en las armas, y donde tuve mucho temor y en el fin alegría inmensa por los varios casos de aquella batalla. »

La carta citada por Bruni jamás fue encontrada, y alguien, con buenas razones, la ha puesto en duda o tenido como apócrifa. Pero hay en ella un dato que sólo ño, en las armas, y donde tuve mucho temor », es decir, el temor por él experimentado.

Un biógrafo apologista, como Bruni, jamás habría osado inventar aquel detalle por temor de disminuir la figura de Dante.

Solamente él podía confesar, sin pena, que había sentido miedo al primer ímpetu de la caballería gibelina, junto a los otros jóvenes de su barrio, que Vieri dei Cerchi comandaba.

### *La disputa con Forese*

Hay un episodio en la vida juvenil de Dante que no hace honor a él ni a sus amigos. Se trata de la controversia poética con Forese Donati, en seis sonetos, tres del uno y tres del otro.

Los Donati vivían en el mismo barrio de Dante, cuya modesta casa daba sobre el patio de aquella rica familia. Los Donati y los Alighieri se podían mirar hasta dentro de la casa por las ventanas del patio.

La mujer del poeta, Gemma, pertenecía a la rama menos importante de los Donati, que tenían su fuerza en la familia de Messer Simone, el cual tenía tres hijos : Corso, valiente y facineroso ; Sinibaldo, soberbio ; finalmente Forese, glotón y compañero de Dante en las francachelas.

Todos los Donati habían merecido el sobrenombre de Malefami (de mala fama).

En cambio, la hija de Simón, Piccarda, era una figura angelical, bellísima y piadosa. Dante debía ser su admirador, si no su enamorado. Pero Piccarda no parecía de este mundo.

Casi niña ingresó a las Clarisas de Monticelli, de donde la sacó a la fuerza el hermano Corso, el cual, por motivos políticos, quiso casarse con ella. Piccarda se entristeció con el pesar de las « sagradas vendas ». Dante la volvería a ver en el « Paraíso », más bella que siempre, entre las almas que no habían hecho plenamente los votos religiosos.

Reconoció, en cambio, a Forese en el « Purgatorio », entre los glotones, diciéndole : « *Se ti riduci a mente / qual fosti meco e qual io teco fui / ancor fia grave il memorar presente* » (Si a la mente te viene / lo que fuiste conmigo y lo que contigo fui / aún será grave el recordar presente).

Habían sido amigos, compañeros de diversiones, cuando Dante había perdido la *diritta via* (el camino recto), litigando por todo, como sucede entre jóvenes intemperantes.

El primero en ofender al amigo parece que hubiera sido Dante, el cual acusó a Forese, Bicci por sobrenombre, en un soneto de no tener en cuenta a su mujer, Nella. « *Di mezzo Agosto la truovi anfred-*

*data* » (En mitad de agosto la encuentras enfriada), decía Dante, porque siempre está sola en el lecho nupcial. La madre la complace y se arrepiente de no haberla dado a un viejo de casa Guidi, economizando así el dote.

Forese responde, reprochando a Dante que hubiera olvidado la memoria del padre Alighiero. La alusión es oscura. Él dice, en efecto, haber hallado « entre las fosas » el cuerpo del difunto Alighiero, atado como un nudo de Salomón. Le había pedido la soltura *per amore di Dante*, pero regresó sin prestarle ayuda.

Forese, según Dante, abandona a la mujer viva. Dante, según Forese, abandona la memoria del padre muerto.

Dante responde tratando a Forese de glotón. Para resarcirse de los gastos, falsifica las escrituras en las cédulas de pergamino, y terminará en la cárcel.

En el soneto de respuesta, Forese se vuelve contra Dante y le acusa de ocioso. Es un vago, y si no tuviera hermanastros que lo mantuvieran, Francesco y Tana, ya habría terminado en el hospital de los pobres, en Pinti. Dante rebate que de Forese ni siquiera se sabe quién sea hijo. Requeriríase preguntarlo a la madre, Monna Tesa. Insiste en que es glotón y ladrón. « *E già la gente si guarda da lui, / che ha la borsa a lato* » (Y ya la gente se guarda de él / que tiene la bolsa al lado).

Forese sabe muy bien de quién es hijo Dante. « *Ben so che fosti figliol d'Alighiero* » (Sé muy bien que fuiste hijo de Alighieri), el cual era un usurero. Y de su mala fama Dante no ha sabido vengarse, porque es un bellaco, y por el miedo « *ha si piena la borsetta / che non la porterebbero due somieri* » (tiene tan llena la bolsa que dos asnos no la llevarían).

Antes bien, es tan servil, que tiene « *per fratello e per amico* » (por hermano y por amigo), aquel que lo « *carica ben di bastonate* » (carga de bastonadas).

Nada más lastimoso que una controversia semejante, en la cual los dos compañeros de disipación se insultan el uno al otro, tratándose de glotón, ladrón, miserable, bellaco, sin salvar el honor de los padres y las madres.

Fue como una borrasca de primavera, que no dejó señales. Que Forese Donati fue-

ra un glotón, Dante no hace de ello un misterio, poniéndolo en el « Purgatorio ». No lo hubiera reconocido en su extrema flacura si Forese no hubiera exclamado : « *Qual grazia m' é questa?* » (¿Qué fortuna es esta?). Y era la fortuna de volver a ver al amigo después de cinco años, desde cuando lo había *lacrimado* (llorado) muerto.

La disputa juvenil parecía, pues, del todo olvidada, tanto que precisamente a Forese el poeta hacía recordar a Nella, su mujer, tiernamente llamada « *la vedovella mia, che tanto amai* » (la viuda mía que tanto amé).

Dante le preguntaba, con ansiedad, por su hermana Piccarda : « *Ma dimmi, se tu sai, dov' é Piccarda* » (Pero dime, si sabes, dónde está Piccarda). Y recibirá la consoladora noticia de su beatitud : « *La mia sorella, che tra bella e buona / non so qual fosse più, trionfa lieta, / nell' alto Olimpo già di sua corona* » (La hermana mía, que de bella y buena / no sé que fuera más, gozosa triunfa / en el alto Olimpo ya con su corona).

Dante, finalmente, hace al amigo encontrado el honor de presentarle a Virgilio : « *Virgilio é questi* » (Este es Virgilio), lo cual no habría sucedido si hubiera conservado desprecio y rencor hacia aquél, que había insultado en el furor de la disputa, como ladrón, falsario e hijo de ignoto.

### « La Vita Nuova »

La batalla de Campaldino, con Dante o sin él, sucedió el 11 de junio de 1289. No había transcurrido un año completo, cuando el 8 de junio de 1290 moría, allá del Arno en la casa de los Bardi, Beatriz, en el umbral de los veinticinco años.

Dante da la noticia, en la *Vita Nuova*, con una cita del profeta bíblico Jeremías : « *Quo modo sedet sola civitas plena populo ! facta est quasi vidua domina gentium* » (¡Cómo se siente solitaria la ciudad antes populosa ! Se ha hecho como una viuda, la grande entre las naciones).

Después señala la fecha del tránsito de la *gentilissima* de una manera verdaderamente pedantesca. « Yo digo, según la usanza en Arabia, que su nobilísima alma partió en la primera hora del noveno día

del mes ; y según la usanza en Siria, en el noveno mes de año, ya que el primer mes es allí Tisirín primero, que entre nosotros es octubre ; y según el uso nuestro, en aquel año de nuestra indicción, es decir, de los años del Señor, en que el perfecto número nueve veces se cumplía en aquel centenar en el cual ella fue traída a este mundo. »

Recurría, como se ve, ya al cómputo árabe, ya al siríaco, ya al romano, con tal de hallar en el día, en el mes y en el año el número nueve.

« Esta mujer fue acompañada de este número, para dar a entender que ella era un nueve, es decir, un milagro, cuya raíz, la del milagro, sólo es la maravillosa Trinidad. »

Un cálculo semejante y el frío razonamiento sobre la muerte de la mujer amada, ha hecho suponer que Beatriz fue una figura ideal y no real : un símbolo de perfección, ciertamente, un número, « un nueve », es decir, un milagro cuya raíz era el tres de la Divinidad.

Pero Beatriz, antes de ser un número, fue una niña florentina, hija de Folco Portinari, que la mencionó en su propio testamento ; esposa de segundo lecho de Simón dei Bardi, al cual aportó un brillantísimo dote de ochocientas liras de florín (cuatro veces mayor que el que Gemma Donati dio a Dante), platónicamente amada, según el uso de los *stilnovistas*, por Dante, quien la llamó con el abreviado nombre de Bice, cosa inadmisibles si ella sólo hubiera sido una figura simbólica o un número, porque la alegoría no consiente la abreviatura, ni la aritmética permite el diminutivo.

Para explicar el tono destacado de Dante, se debe pensar que él compuso, después de la muerte de Beatriz, su primera pequeña obra, *Vita Nuova*, es decir, vida juvenil.

De los dieciocho a los veinte años, el secuaz de Guido Guinizelli, el discípulo de Brunetto Latini, el amigo de Guido Cavalcanti y de Lapo Gianni, había compuesto, entre otras tantas, muchas poesías inspiradas por la niña que a los nueve años lo había turbado.

Aquel amor, muy probablemente, había

tenido altas y bajas, desfallecimientos y exaltaciones, enojos y decepciones, llamara-das y resistencias.

A la muerte de la mujer ansiada, admirada e idolatrada, Dante releyó los versos por ella directamente inspirados o brotados de situaciones a ella conexas. Fue como revivir los momentos de aquel amor, que se le reapareció aún más transfigurado de lo que fuera en la luz de la poesía.

La doctrina del amor gentil le pareció plenamente realizada en aquella aventura sentimental de juventud, y entrevió el diseño de un relato que ligara y explicara las diversas composiciones poéticas.

La *Vita Nuova* no fue, por ello, obra de impulso y concebida antes, sino de compilación, ordenada con material ya existente y según un concepto que habría brillado en la mente de Dante sólo después de la muerte de Beatriz.

No fue inmediato el trabajo de selección, orden y comentario. Se cree que fue iniciado en 1292, dos años después de la muerte de Beatriz, y que duró otros dos, hasta 1294.

El poeta, no ya adolorido por la muerte de Beatriz, sino solamente nostálgico por su pérdida, serenado, consolado, edificado por la visión del propio amor juvenil, escogió, entre todas sus poesías, aquellas que más se prestaban al desarrollo sentimental y espiritual de una especie de novela *stilnovista*, del nuevo estilo (y fueron veinticinco sonetos, cuatro canciones, una balada, una estancia aislada), con un cuento en prosa, comenzando con el primer encuentro con Beatriz a los nueve años, edad ya perfecta, porque formada de la raíz del tres, y por tanto presumiblemente un poco alterada.

Contaba que a los dieciocho años, es decir, dos veces nueve, Beatriz lo había saludado. Un día, en la iglesia « donde se escuchaban voces para la reina de la gloria », al dirigir la mirada hacia Beatriz, había hallado los ojos de una mujer, la cual, creyéndose objeto de admiración, le había correspondido a la mirada. Dante, entonces, la había tomado como « mujer de refugio », por no descubrir la verdadera mirada del propio amor.

Después, aquella mujer había partido de

Florenia. Dante escogió otra, pero su conducta no fue recta y Beatriz le quitó el saludo que Dante, de cualquier modo, debía procurar volver a obtener.

Desde este momento el relato, de sentimental y psicológico, se hace espiritual y simbólico o típicamente *stilnovista*.

Beatriz es ya la mujer del nueve, es decir, del milagro, la « destructora de todos los vicios y la reina de las virtudes ».

El goce de un enamorado consiste únicamente en ensalzarla. La última parte de la *Vita Nuova* la forman, efectivamente, las poesías más bellas e inspiradas en la « alabanza », en las cuales la hija de Folco Portinari, la esposa de Simón dei Bardi, se convierte en la angélica mujer que de terrenal ya nada tiene. Dios la envió a la tierra « a miracol mostrare » (a mostrar el milagro), símbolo de juventud y de belleza. Le muere el padre : llora. Dante tiene el presentimiento de que tampoco ella podrá estar mucho sobre la tierra. Deberá

morir, y del dolor el poeta enferma, invocando también la muerte para sí.

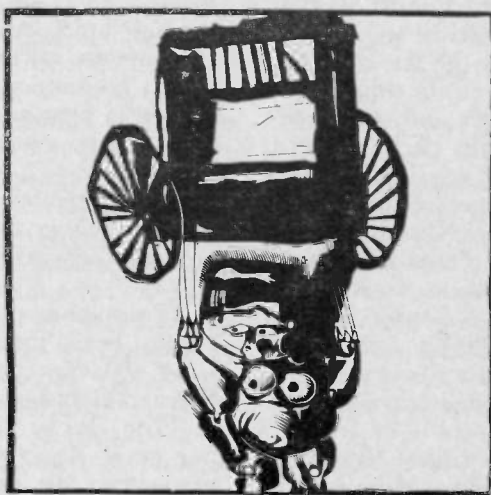
Cuando Beatriz desaparece, a él sólo queda comprobar, como hemos visto, la intervención del número nueve, es decir, del milagro, en todos los actos de su vida, en todos los episodios de su propio amor.

Tiene aún turbaciones y tentaciones, pero, finalmente, la ve en una nueva visión, en la gloria del Empíreo. Escribe entonces el último soneto y cierra la *Vita Nuova* con estas palabras : « Después de este soneto se me apareció una admirable visión, en la cual vi cosas que hicieron proponerme no decir más de esta bendecida, hasta tanto que yo pudiera tratar más de ella. »

Y si su vida hubiera durado « algunos años », él esperaba « decir de ella lo que jamás fue dicho de alguna ».

Palabras éstas en las cuales, aunque vagamente, se encerraba la promesa de la *Comedia*.

MAGALHAES : « EL SER HUMANO » (1964)



# La unidad latinoamericana, garantía de antimperialismo y democracia

POR VICTOR RAUL HAYA DE LA TORRE

TANTO A LOS DIRIGENTES gubernamentales y partidarios, como a los intelectuales que desde sus ebúrneos papapetos de desdeñoso apoliticismo opinan sobre política en la América Latina, les está costando mucho más trabajo que a los africanos de su nivel enterarse de lo que el APRA planteó, desde hace cuarenta años, como la solución decisoria de libertad, seguridad, antimperialismo y democracia social para nuestros pueblos : su unificación económica y política.

Pues a los obsoletos patriotismos autárquicos de los conservadores y liberales de nuestras repúblicas —cuyo lema ha sido « producir lo que se consume » y viceversa—, se les han enfrentado otros voceros del aislador nacionalismo : los que se llaman « nacionalistas revolucionarios », que son los secuaces ultramarinos de la consigna staliniana de « socialismo en un solo país », los cuales no vienen a ser sino nacional-socialistas a la criolla, vale decir nazis a contrapelo.

Lo ve bien desde su propio ángulo, en un libro reciente, Kwame Nkrumah, Presidente de Ghana, quien llama al despertar de la conciencia unionista, antimperialista y socialista africana « conciencismo » o « concienzialismo ». Título éste de su polémico y breve volumen en lengua inglesa, el cual lleva ya dos ediciones agotadas en Londres.

« Nuestra filosofía —escribe Nkrumah en el capítulo IV de su libro— debe encon-

trar sus armas en el ambiente y condiciones de vida del pueblo africano. Es con esas condiciones como el contenido de nuestra filosofía debe ser creado... La filosofía que ha de respaldar esta revolución social es a la que yo una vez me he referido como concienzialismo filosófico ; concienzialismo es el plan, en términos intelectuales, de la disposición de fuerzas que capacitará a la sociedad africana para asimilar los elementos occidentales, islámicos y eurocristianos en Africa, a fin de desarrollarlos en tal forma que ellos se ajusten a la personalidad africana » (*Conciencismo*, pp. 78, 79).

Nkrumah blasona su libro con una conocida y esclarecedora carta de Engels a Bloch —21-22 de septiembre de 1890— en la cual aquél puntualiza que « ni Marx ni yo hemos afirmado nunca » que « el elemento económico es el *único determinante* » en la concepción materialista de la historia. Carta en la que Engels añade textualmente : « Y yo no puedo exceptuar a muchos recientes *marxistas* de este reproche, porque la más extraña basura se ha producido en ese sector también » (Op. cit., p. VI).

Nkrumah es relativista, sin dejar, según aclara, de ser materialista. Parece no haber leído todavía las reveladoras palabras de Werner Heisenberg en el capítulo IV de su libro *Physics and Philosophy*, cuyo tenor es el siguiente : Las modernas interpretaciones de los eventos atómicos tienen

muy poca semejanza con la genuina filosofía materialista ; de hecho uno puede decir que la física atómica ha alejado a la ciencia del rumbo materialista que tenía en el siglo XIX. » Empero, Nkrumah asevera que se mantiene dentro del materialismo, sin más, pero adopta como norma filosófica la teoría de la relatividad en cuanto atañe a la nueva definición del Espacio y del Tiempo ; sin la cual, como él dice, y no cabe dudar, la historia de los pueblos no europeos aparece ininteligible.

Y escribe Nkrumah : « Este principio de Einstein, al igual que conciencialismo filosófico, rechaza la absoluta e independiente existencia del espacio. Con respecto al espacio, la relatividad y el conciencialismo filosófico son recíprocamente consistentes » (Op. cit., cap. IV, p. 88).

Mas aún : del marxismo clásico y ortodoxo recusa Nkrumah la concepción de clases sociales de tipo europeo en la realidad africana. Y concluye con un neto enunciado : « En este sentido no ha habido clases en la sociedad tradicional africana » (Op. cit., cap. III, p. 96). El partido de Nkrumah, panafricanista y anticolonial, encaminado hacia las reformas sociales más adaptables a la realidad de su continente es, por tanto, un partido de frente único de tribus y estamentos que lleva el nombre de « Partido del Pueblo ». Así lo define en la página 100 de su libro.

Lo notable en el sugerente volumen de Nkrumah es su explicación y síntesis de un revolucionario pensamiento político de creciente difusión en Africa, el cual encara situaciones y se vale de conceptos que responden a una realidad de cuyo enfoque están muy lejos los dirigentes y teóricos latinoamericanos de las dos « alas » extremas del colonialismo mental que padecen nuestros partidos y facciones políticas : la de los patriotas y conservadores autárquicos y la de los nacionalistas-revolucionarios o nacionalsocialistas, que no son pocos en nuestros países. Ambos sectores no aceptan —al revés de lo que proclaman los africanos— el relativismo en vez del determinismo histórico como norma y método de interpretación de su intransferible realidad. Ni la unión continental —que sería la versión latinoamericana del panafri-

canismo— como garantía de toda justicia, y de toda seguridad dentro de una democracia integral política y económica. Y ambos desembocan fatalmente en un aislacionismo reaccionario que tipifican, ya la « Doctrina Estrada » —deformación chauvinista del concepto de soberanía—, ya el social-patriotismo confusionista de lejana procedencia garibaldina, expresado en el trasnochado epifonema castrista, de « Patria o muerte ».

En uno y otro caso —y pienso que la relación y afinidad de ambos sectores es más propinqua de lo que generalmente se imagina— parece como que se insistiera en el absurdo intento de poner los caballos detrás del carro. Y cuando leemos u oímos la demagógica sentencia de que « la unidad latinoamericana tendrá que realizarse fuera de la órbita del imperialismo », vienen muchas ganas de responder que « el imperialismo sólo será puesto fuera de nuestra órbita mediante la unidad latinoamericana ». Nkrumah y los más descollantes campeones del panafricanismo lo han dicho certeramente en cuanto a su continente concierne, y a poco tiempo de la independencia de Africa. Como lo dijeron hace más de siglo y medio, en desoídas y traicionadas voces, las precursoras invocaciones de nuestros próceres. Entre ellas, la del primer adelantado de todos, el mártir Francisco de Miranda, o la que en el Congreso de Tucumán tanto avanzó con Belgrano en 1816. Y las de Puyredón, Hidalgo, San Martín, O'Higgins, Santander, Santa Cruz, Monteagudo, Morazán, que culminan con la de Bolívar y su frustrado intento del Congreso de Panamá de 1826.

El problema de la América Latina es el de encontrar —como lo están logrando en Africa— su camino propio, realista, conjunto, certero. No el de cambiar un amo por otro. No el de glorificar como héroes —porque se han prendido de la « justicia social » como pretexto— los nuevos Flores, Miramones y Mejías, que en vez de entregarnos a España o a Francia quieran entregarnos a China o a Rusia. Pues con Maximilianos o con « Gauleiters » nazifascistas o procónsules yanquis o soviéticos, América Latina ha corrido y corre semejantes riesgos, y los protectorados resultan igualmente ominosos, por la sencilla razón de

que el imperialismo tiene las mismas características, ya venga de las grandes potencias del capitalismo privado, ya de la nueva gran potencia del capitalismo de Estado.

De modo que a quien diga que « la unidad latinoamericana tendrá que realizarse fuera de la órbita económica del imperialismo, es pertinente interrogarle, primero : ¿De qué imperialismo? ¿Del que es « la última o superior etapa del capitalismo privado », —según la definición leninista—, o del que es « la más alta o última etapa del capitalismo de Estado », según el planteamiento aprista? Puesto que ambos son capitalismo : con patrón de oro. sistema bancario, pagos de salarios según la ley capitalista de « a cada uno según su trabajo » —y no de acuerdo con el principio socialista marxista de « a cada uno según sus necesidades »—, con exportación de capitales hacia los países retrasados, o sea negocio con el dinero más la consiguiente conquista de mercados. Pues ambos capitalismos practican una semejante política expansionista sobre sus respectivas « zonas de influencia » y en ambas se cumple el lema capitalista de que « detrás del comercio va la bandera » de cualquier imperio.

Que la plusvalía del producto del trabajo vaya a unas compañías o empresas con 500 mil o más accionistas —como existen en la zona del capitalismo privado— o a un Estado centralizado y monopolista cuyos ciudadanos serían los beneficiarios nominales, no altera el hecho de que ya sea para un « trust » privado o para un « trust » estatal, el trabajador neocolonial rinde el mayor producto de su trabajo en beneficio de grupos que forman parte de colectividades clasistas o nacionales extrañas a él. La diferencia entre los dos capitalismos imperialistas de nuestra época estriba en que uno ha transferido la propiedad y el capital de una minoría clasista a una mayoría nacional —como en Rusia— y los otros, al mantener la empresa privada, progresivamente « socialista » por el número siempre creciente de accionistas », la ajustan a un sistema riguroso de elevados impuestos que hacen de ella una entidad dependiente del Estado sometida a escalas compensatorias de tributación más o menos elevada, según los países. Empero, po-

lítica y socialmente uno y otro capitalismo se distinguen en que el privado está enfrentado a un régimen de libre organización sindical, con derecho de reclamo, protesta y huelga por parte de los trabajadores, en tanto que en el de Estado, tales derechos no son reconocidos por el carácter totalitario y dictatorial del gobierno de un solo partido. Bajo un sistema de condiciones de trabajo de tipo capitalista estatal, los derechos del trabajador —a despecho de que se le paga también « según su trabajo » como en Rusia y China y no « de acuerdo con sus necesidades », tal lo establece el socialismo— no corresponden a los de la clase productora de la empresa privada.

En 1928 escribí un libro —*El antimperialismo y el APRA*— del cual son las siguientes líneas acerca de la Unión Soviética : « Día llegará en que el socialismo impere en Rusia. Mientras tanto ha de ser necesario un largo proceso de capitalismo de Estado que suprima progresivamente la NEP y cumpla la misión histórica de industrializar al país, tarea que la pesada burguesía rusa no alcanzó sino a iniciar... La forma socialista está aún lejana » (Op. cit., cap. III). Y en el prólogo de la segunda edición de aquel libro, escribí otra vez en 1936 : « Rusia será socialista. No lo es todavía. Su sistema actual consiste en una supercentralizada y típica forma de capitalismo de Estado —trust gigante, monopolio único— que ha de perdurar hasta que la completa industrialización del país se cumpla... Pero desde el punto de vista de las relaciones internacionales económicas y políticas, el Estado Soviético se halla obligado a convivir con el mundo social que creyó derribar, formando así parte del engranaje capitalista que proclama suprimir » (Op. cit., prólogo a la segunda edición, Santiago de Chile, Ercilla, pp. 23-24).

Importa aceptar, a mi ver, estos enunciados como punto de partida para una estimativa real del mundo contemporáneo, en el cual predominan dos formas o variantes de un mismo sistema de explotación del hombre por el hombre o por el Estado. Pues sólo así hemos de abandonar el convencionalismo de que existe verdaderamente un orbe capitalista y otro comunista. Y que, en consecuencia, éste debe supri-

mir aquél por medio de la clasista revolución social, o sea de la « inevitable » guerra internacional, todo lo cual forma parte de la literatura marxista-leninista-stalinista que desde hace medio siglo, casi, se maltraduce y propaga en los culturalmente subdesarrollados medios políticos latinoamericanos. Y todo lo cual corresponde asimismo a una época en que Rusia era un país apenas industrializado, muy cercano entonces al nivel de nuestros países, pero no la colosal potencia estatal, monopolista y ultrapoderosa que es hoy, cuyo grado de desenvolvimiento se aproxima tanto más al de los Estados Unidos cuanto se aleja del nuestro.

Y es esa proximidad del capitalismo de Estado al capitalismo privado, la que explica que los estadistas del nuevo imperio ruso, convencidos de que la guerra que Marx y Lenin consideraron *inevitable*, sería, como Einstein lo anunció, « el suicidio universal », debido al ilimitado poderío destructor de las armas nucleares, busquen ahora tenazmente la « coexistencia pacífica », que significa, no lo olvidemos, que la Unión Soviética « se halla obligada a convivir con el mundo social que creyó derribar ». Por la simple razón de que no ha podido destruirlo por la fuerza. Y así, la coexistencia o convivencia de los soviéticos con el mundo occidental —o sea del capitalismo de Estado con el capitalismo privado— lleva implícito el renunciamiento a la lucha de clases, a la revolución y a la guerra ; porque los avances inesperados de la otra revolución, la de la ciencia y de la técnica, vienen a recusar el lema marxista de que « la violencia es la partera de la historia » (1).

Los africanos han visto claro esta innovada realidad. Y con la voz de Nkrumah no quieren caer en un « neocolonialismo ». Porque salir de uno para entrar en otro es solamente cambiar de cadena. Los africanos han comprendido bien que en un mundo de cooperación y no de conflicto —tal sería el mundo posible de la coexistencia pacífica—, « el neocolonialismo es un peligro mayor que el colonialismo para los paí-

ses independientes », como escribe Nkrumah (Op. cit., cap. IV, p. 102). Por lo cual él aboga por « una unión de Estados de Africa, sin la cual nuestra duramente ganada independencia puede ser pervertida y negada por un nuevo colonialismo » (Op. cit., cap. V, p. 118).

\*

Las referencias precedentes, con las necesarias alusiones africanas nos sitúan cerca de un tema que en la primavera última me sirvió de argumento para una conferencia en el St. Antony's College de Oxford : la unidad latinoamericana vista desde la perspectiva de la gran problemática socio-económica de su desarrollo, y la política de su seguridad, de su justicia, así como de su función futura en un mundo integrado por la inevitable coordinación de vastos sectores regionales.

Y a partir de la premisa de nuestra interdependencia creciente, demostrada en el hecho de que no hay posibilidad de parcelar nacional o localmente el gran problema social latinoamericano, porque es básica y esencialmente *continental*, llegué por aquel apriorístico camino al indeficiente enunciado aprista de postular, en primer término, el principio de nuestra unidad —federal o anficiónica— latinoamericana.

En una palabra : que los grandes males nos unen, y por tanto deben unirnos los grandes remedios. Que la gigantesca tarea es la de liquidar nuestro retraso, de redimirnos de nuestra miseria y acabar con la paradoja del « crecimiento explosivo » de la población latinoamericana —en un continente de 20 millones de kilómetros cuadrados y 200 millones de habitantes, o sea 10 por km<sup>2</sup>—, lo cual no es nacional sino continental. Como lo son la conquista, comunicación y civilización de las inmensas cuencas del Amazonas, del Orinoco, del Plata-Paraná, que contempla el proyecto del Canal intercontinental entre aquellos grandes ríos. Como lo son las empresas de gran estilo para irrigar los desiertos, cuyas áreas desde México hasta la Patagonia abarcan millones de kilómetros cuadrados, con capacidad para contener centenares de millones de pobladores. Como lo son las grandes carreteras intercontinentales de

(1) Tema de mis conferencias en el Paraninfo de la Universidad de Montevideo, en 1955.



penetración, o como lo es el llamado « segundo Canal de Panamá », que unirá al Pacífico con el Atlántico desde la costa norte peruana hasta las fuentes navegables del Amazonas. Y como lo son los problemas sanitarios, educacionales, de promoción industrial y de planeamiento y concordancia de nuestro indispensable Mercado Común. Y los que con éste deben venir en el establecimiento de la moneda única, en las instituciones democráticas y cooperativas de organización estatal, en los organismos de dirección tecnológica, de coherencia jurídica para la elevación subsecuente de los niveles de trabajo, de productividad y de vida dondequiera.

Las soluciones de tipo nacional o local para todos aquellos problemas fundamentales tienen la limitación de las fronteras políticas sobre las cuales ellos rebasan. Porque esta es regla histórica para la América Latina : todo lo que en ella ha sido frustración se ha detenido o estancado en sus linderos nacionales. Sólo la revolución de la Independencia triunfó íntegramente porque no tuvo fronteras, porque su escenario fue el área latinoamericana de México al Cabo de Hornos. Las fronteras y sus pleitos vinieron después a truncar el designio unionista de la Independencia. ¡Pero imaginemos al Padre Hidalgo, quien se titulaba « generalísimo de las Américas », o a Bolívar, o a San Martín, « transgresores de linderos », voceando la declaración reaccionaria de que « las revoluciones no se exportan ». Es como pensar en Juárez suscribiendo « la doctrina Estrada », o en los Estados hermanos latinoamericanos, que proclamaron a Juárez « benemérito de las Américas » aplicando aquella aberración jurídica a la Reforma en México.

Cuando alguien pregunta, como lo hicieron en Oxford algunos de mis oyentes : ¿Cuáles son los factores positivos esenciales

de una consolidación democrática latinoamericana?, hay valederas respuestas que dar. Primero, la sola presencia del mestizaje, característica social que no tiene paralelo, por su dimensión y proceso, en ningún otro continente subdesarrollado del mundo. Esa surgente *raza cósmica* de la afortunada y perdurable definición de José Vasconcelos, que lleva implícita la negación de los prejuicios racistas, es la garantía normativa de una democracia auténtica ; porque es la no discriminación racial un fundamento y condición de igualdad, acaso el más estable. Y, cerca de ella, el instintivo y unánime anhelo latinoamericano de libertad que depara en nuestra historia política una lucha terca y centenaria de masas y pueblos contra dictadores, caudillos y tiranos. Pues es sólo dictamen nuestro, popular y entrañable aquel dicho criollo de « quiero ser libre aunque sea para morir de hambre ». Y el otro que tanto llamó la atención del Conde Keisserling, con el cual se expresa nuestro individualismo voluntarioso y anárquico, pero psicológicamente peregrino : el de « me da la gana ».

Empero, los pesimistas aducen que no puede haber democracia sin justicia económica. Y esto, que está dicho también por el Aprismo desde hace cuarenta años --con su inabdicable lema de « ni libertad sin pan, ni pan sin libertad »--, no es óbice para que de esta democracia imperfecta en que aún vivimos se imparta la renovación y estímulo de su ordenamiento, al perfeccionar sus mecanismos institucionales y redimirlos de sus patentes deficiencias. Pero todo ello sin renunciar a la libertad de credo, de opinión y de elección. Vale decir sin caer bajo la dictadura que, de arriba o de abajo, ya ha sido conocida y sufrida y es sinceramente execrada por nuestros pueblos.

# El Partido Comunista Italiano y el Estado-guía

POR IGNAZIO SILONE

**D**E MES EN MES aumentan las dificultades en el movimiento comunista.

Muchas contradicciones latentes de la economía, de la política y de la ideología, están saliendo ahora a la luz, produciendo desconcierto e incertidumbre. Las sorpresas no nos llegan sólo de Moscú; ha habido novedades imprevistas también en los partidos satélites que parecían de los más rígidos, y en los partidos comunistas occidentales. Es el caso, precisamente, de recordar la imagen leninista del topo de la historia, que ha continuado su trabajo subterráneo a espaldas, sobre todo, de los hombres que vivían en la superficie, a espaldas de los que consideraban a Rusia como un paraíso o un infierno, dos formas imaginarias y por consiguiente inmutables, mientras la Rusia real vivía y se transformaba.

Que en el mundo llamado comunista haya habido en los últimos años importantes cambios, nadie lo discute; y como éstos vuelven a afectar al conjunto de las relaciones con los otros países (relaciones económicas, políticas, religiosas, culturales), ahora se debate sobre ellos en los más variados ambientes. No pocos continúan preguntándose si no se trata una vez más de táctica momentánea, de ficción, de polvo en los ojos, dado que los comunistas son maestros famosos en estas disciplinas. Otros temen que los cambios sean efectivos, pero reversibles, ora que la burocracia staliniana recupere el predominio en el apoyo de los chinos, ora que los elementos

nuevos de la sociedad rompan los frenos del khruchevismo y lleven el país a una situación de desorden.

Pero a los primeros se les puede hacer observar que el fermento actual del mundo comunista hay que tomarlo en serio, porque no depende de una pretendida enmienda de los jefes o de otros motivos psicológicos, sino más bien de la extrema variedad de la situación objetiva con la cual se hallan en conflicto. A los segundos, en cambio, sólo cabe decirles que todo problema fundado en hipotéticos desarrollos de las relaciones de fuerza, no admite una respuesta teórica, sino histórica. Y en la historia podría, aunque sea sólo hasta cierto punto, hallarse también nuestro modo de comportarnos al respecto.

\*

El lenguaje de los comunistas italianos, no obstante los excesivos elogios de los literatos franceses, expertos en la práctica del « auto-stop » ideológico, no es tal, por desdicha, que ilumine la realidad del problema. Antes bien, el ya famoso memorial de Togliatti la ha hecho aún más tenebrosa, comenzando por la equívoca y arcaica fórmula del policentrismo. Es necesario comenzar diciendo a quienes lo ignoran que en la Internacional Comunista de infausta memoria la organización siempre había sido « policéntrica ». Desde 1922 Moscú dispuso, en efecto, de órganos des-

centrados, como el secretariado para Europa Central, el balcánico, el latino, el de las colonias africanas, el de Extremo Oriente e incluso algún otro provisional, según necesidades contingentes. Es preciso añadir que la organización policéntrica no impidió en absoluto, sino más bien facilitó, la manumisión staliniana de cada uno de los partidos comunistas, tomándolos en conjunto o separadamente, según la oportunidad. Es legítimo, pues, preguntarse en qué sentido y en qué medida la nueva concepción del policentrismo, propuesta por Togliatti, sería diversa de la precedente. La prosa forzada y llena de contradicciones de su memorial, no ofrece respuesta alguna a esta interrogación.

Es fácil demostrarlo. El memorial invoca la autonomía de los partidos comunistas y al mismo tiempo deplora la tendencia centrífuga, es decir, autonomista, de algunos de ellos. ¿Qué sentido tiene esto? El memorial vuelve, naturalmente, a hablar de las famosas y misteriosas vías del socialismo, pero inmediatamente insiste sobre el carácter internacional de la lucha de los trabajadores en nuestra época y censura a la Federación Sindical Mundial, dirigida desde Moscú, a la cual acusa de desarrollar sólo una genérica propaganda en vez de coordinar la acción sobre el plano internacional, al menos en los límites del Mercado Común Europeo. Así, prosiguiendo según esta técnica huidiza del decir y desdecir, el memorial intercala, en otras letanías sobre la autonomía y la independencia, la queja de que los países del Tercer Mundo no hubieran sido convocados, junto con los partidos comunistas de Occidente, para elaborar una política unitaria contra el imperialismo. Hay, pues, para todos los gustos.

\*

Dejada de lado la mera palabrería, ¿qué queda? Si el Partido Comunista quisiera seriamente la autonomía, ya se la habría tomado sin ir a pedirla a Krushev. La verdad es que la sumisión a Moscú constituye todavía, incluso para el Partido Comunista Italiano, un elemento importante de su equilibrio interno. En estas condiciones, el nuevo policentrismo togliattiano se reduce a un «trompe-l'œil», a una solu-

ción ficticia por las dificultades reales, y no la autonomía política de los partidos, como los literatos progresistas franceses lo han creído. El término mismo de policentrismo indica, además, una pluralidad de centros en el interior de una esfera más vasta, del mismo modo que los planetas que giran con sus satélites en la órbita del sol.

*che mena dritto altrui per ogni calle.*

Por ello debe preguntarse: ¿El nuevo sistema policéntrico continuaría gravitando en la órbita de Moscú? ¿Sobrevivirá en el enigmático sistema el papel del Estado-guía para los planetas y satélites? Aún más precisamente: ¿la autonomía de los partidos se limitará a las cuestiones de organización y de táctica, mientras la estrategia quedará sincronizada con la política de potencia del Estado ruso? Este es el nudo de la cuestión.

Un grave episodio nos hace dudar de la buena disposición de los dirigentes del Partido Comunista Italiano para reexaminar críticamente el problema de sus relaciones con Moscú. En uno de los últimos números de *Rinascita* encontramos resumido un informe desarrollado por Togliatti en Moscú, en el VII Congreso de la Internacional Comunista, los días 13 y 14 de agosto de 1935, sobre este tema: «Los deberes de la Internacional Comunista en vista de la preparación de una nueva guerra de parte de los imperialistas» (*Rinascita*, número 34, 29 de agosto de 1964). Fue la única vez, si no me equivoco, que Togliatti tuvo el alto encargo de ponente sobre el principal tema político en el orden del día de un congreso de la Internacional Comunista. Se estaba, pues, en 1935, en pleno terror staliniano, y se trataba, ni más ni menos, de determinar la línea de conducta de los partidos comunistas en caso de guerra. El informe de Togliatti, prolijo y plúmbeo según el hábito en tal ambiente, concluyó con la afirmación perentoria de la sagrada obligación de todo partido comunista de alinearse, en cualquier eventual conflicto, junto con la U.R.S.S. y sus aliados, sin consideración alguna a la naturaleza política y social de los aliados mismos.

\*

Aquel documento, cuya tesis había tenido una larga incubación (se debatió asimismo en la reunión del Ejecutivo celebrada en mayo de 1927, en la cual también yo participé; y recuerdo que a nuestra pregunta: «¿En caso de una guerra en que la Italia fascista fuera aliada de Rusia, tendríamos que sostener la Italia fascista?», tuvimos esta respuesta, tanto por parte de los stalinianos como por parte de Trotski: «Ciertamente»), aquel importante documento, decía, aunque llevara la firma de Togliatti, había permanecido hasta ahora inédito en italiano. Finalmente *Rinascita* lo ha sacado del archivo y publicado, aunque censurando las conclusiones. ¿La omisión tiene un significado político? El Partido Comunista Italiano ha renunciado al dogma absurdo de la identidad absoluta y permanente de los intereses de los trabajadores de todos los países con los intereses del Estado ruso? ¿El Partido Comunista Italiano ya no comparte la posi-

ción formulada en el informe de Togliatti de 1935, insensatamente aplicada por los partidos comunistas en 1939-1941 a raíz del famoso pacto Molotov-Ribbentrop? Sería un hecho nuevo e importante si el Partido Comunista Italiano lo declarase públicamente y no lo manifestase sólo con un simple acto de omisión. ¿O el tijeretazo de *Rinascita* ha sido un simple acto de oportunismo, y, digámoslo también, de hipocresía? ¿El Partido Comunista Italiano persiste en la práctica deletérea de la verdad doble?

En el momento en que algunos jóvenes dirigentes del Partido Comunista Italiano se esfuerzan por convencer a los demócratas italianos de la propia lealtad y buena fe, me parece que no deberían dejar escapar la ocasión de hablar con claridad.

Reproducimos a continuación la traducción española de la parte final del informe de Togliatti, omitida en la revista comunista *Rinascita*.

## PALMIRO TOGLIATTI

« Tenemos una gran fuerza : el partido bolchevique ;  
y contamos con un gran jefe : el compañero Stalin »

**C**OMPAÑEROS : Llego a la conclusión de mi informe. En 1907, en Stuttgart, el congreso de la II Internacional votó una moción sobre la lucha contra la guerra; dicha resolución fue aprobada con una enmienda propuesta por Lenin y Rosa Luxemburgo, que dice: «Si no obstante la guerra estallara, es deber (de los partidos socialistas) intervenir para su rápido fin y procurar con todas las fuerzas utilizar la crisis económica y política producida por la guerra para sublevar al pueblo y acelerar de este modo el fin del dominio de la clase capitalista.»

Nosotros, que somos los herederos y continuadores de todo lo que de marxista y de revolucionario había en la vieja II Internacional de la anteguerra, aceptemos aquella enmienda e insertemos su texto en la resolución sobre la lucha contra la guerra que presentamos al VII Congreso de la Internacional Comunista. Sin embargo deseamos subrayar la substancial diferencia entre la situación de hoy y la situación del movimiento obrero en la época del congreso de Stuttgart. Baste aludir al hecho de que en 1907 el reformismo y el centrismo eran ya las fuerzas predominantes en la

vieja Internacional, lo que tenía que causar la quiebra del 4 de agosto, cuando los jefes de la socialdemocracia se alinearon, casi sin excepción, con los defensores burgueses de la patria.

Un único partido, el bolchevique, se esforzó por utilizar la crisis económica y política producida por la guerra para acelerar el fin del dominio de la clase capitalista; se aprovechó para transformar la guerra imperialista en guerra civil contra la burguesía y empujó una lucha sucesiva para realizar aquel fin. Nosotros seguiremos siempre el ejemplo del partido bolchevique y apelaremos a la clase trabajadora para que también ella siga este ejemplo.

¿Pero cuál es la situación actual? El pequeño partido bolchevique de 1914 se ha transformado en el grande y glorioso partido que está en el poder en la U.R.S.S. y es hoy la sección-guía de la Internacional Comunista. Gracias a la poderosa acción del partido bolchevique, del partido de Lenin y de Stalin, la U.R.S.S., en la cual el socialismo ha obtenido una victoria definitiva, es hoy fuerte y poderosa. La Internacional Comunista tiene sus secciones en todos los grandes países capitalistas y en la mayor parte de las colonias. Entre las secciones de la Internacional Comunista está el Partido Comunista de China, que tiene en sus manos el poder sobre una región habitada por cien millones de chinos. Todas las secciones de la Internacional Comunista se han aguerrido en dieciséis años de lucha contra la burguesía, contra la socialdemocracia, contra el oportunismo de derecha y de «izquierda». El VII Congreso ofrece un ejemplo, en verdad único, de la cohesión ideológica de nuestra Internacional. En algunos países nuestras secciones están ya en camino de transformarse en partidos de masa verdaderamente bolcheviques.

La enseñanza de Lenin y de Stalin sobre la lucha contra la guerra imperialista ha sido no sólo estudiada atentamente por todo el movimiento comunista internacional, sino que en algunos casos ha tenido ya una aplicación práctica en los años de la post-guerra. En el curso de las guerras que se han producido en este período, muchos de nuestros partidos han recibido el bautismo del fuego. Las luchas que los compa-

ñeros franceses y alemanes afrontaron en la época de la ocupación del Ruhr, la heroica actividad que el partido japonés desarrolló durante la ocupación de Manchuria por el Japón y durante la agresión a Shangai, son ejemplos que podemos señalar con orgullo a la clase obrera. El partido chino, finalmente, ha demostrado no sólo que sabe combatir contra la guerra, sino también organizar y realizar una guerra revolucionaria en las condiciones más difíciles (*Aplausos*).

¿Podemos nosotros, sobre la base de esta experiencia, estar seguros de que en caso de guerra no habrá desbandadas en nuestras filas? Sería un error creerlo, porque sabemos que al estallar la guerra la burguesía se esforzará por todos los medios en influenciar a la clase trabajadora, y que la vanguardia comunista chocará contra obstáculos de toda clase. Lo que en realidad nosotros podemos afirmar es que hoy, contrariamente a lo acontecido en 1914, en todos los países grupos de vanguardia compactos y disciplinados y no sólo compañeros aislados, serán fieles a la enseñanza revolucionaria del marxismo-leninismo y empeñarán todas sus fuerzas, siguiendo el ejemplo de los bolcheviques rusos, para traducir esta enseñanza en realidad. Y la burguesía aprenderá muy pronto a conocer, en todo su alcance, esta realidad misma.

Pero la situación de la propia burguesía es hoy, en vísperas del segundo ciclo de revoluciones y guerras, fundamentalmente distinta de la de 1914. Entonces el poder de las clases dominantes era aún tan estable que en todas partes la burguesía podía gobernar con los métodos de la democracia parlamentaria. Hoy, en cambio, el mundo capitalista está sacudido por diez años de crisis económica general y en todos los países domina la inseguridad. La dictadura fascista, bajo cuyas alas se refugia la burguesía para procurar salvar el propio poder, agudiza las contradicciones del capitalismo y exacerba la lucha de clases en todos los países. Y la guerra puede estallar precisamente en el momento en que el descontento de las masas se haga general y se extienda a las clases medias, en el momento en que «en la conciencia de las masas se concentre el huracán», en el momento en que el ejemplo de la U.R.S.S. haga au-

mentar el crédito cada vez mayor del socialismo, de una manera jamás vista hasta ahora. En Asia, en América del Sur, en África, ya brama el trueno de la revolución de los pueblos coloniales.

¿Qué especie de guerra será esta nueva guerra? Militares, hombres de ciencia y escritores han querido describir los espantosos aspectos de la guerra mecanizada, química y bacteriológica. Por nuestra parte no haremos profecías, dado que los descubrimientos más sensacionales se mantienen en secreto y dado que es difícil imaginar hasta dónde la barbarie de los capitalistas puede lanzarse. Las «pequeñas» guerras que se han hecho en los últimos años en América del Sur entre los Estados vasallos de Inglaterra y de los Estados Unidos nos han ofrecido, a este respecto, un precedente poco tranquilizador. Paraguay, que tiene un millón de habitantes, ha perdido en la guerra cincuenta mil hombres; Bolivia tuvo setenta mil muertos en una población de tres millones y medio. Son cifras espantosas, frente a las correspondientes pérdidas de las grandes potencias capitalistas en la guerra mundial. La guerra entre estos pequeños Estados terminó porque sus horrores eran tales que toda la población se levantó para ponerle fin. Y, repetimos, sólo se trataba de una «pequeña» guerra.

No estamos en condiciones de prever qué sucederá cuando sean empleados en amplia escala los nuevos y perfeccionadísimo medios de destrucción. Sabemos una sola cosa: que la próxima guerra será una guerra general de todos los países, en la cual desaparecerá la diferencia entre frente y retaguardia; que será una guerra que destruirá todo aquello sobre lo cual se basa la vida de una moderna nación civilizada. La próxima será una guerra contra los trabajadores, contra las mujeres y los niños. Será una guerra de aniquilación. Será una guerra fascista.

Sólo dos o tres años después de la iniciación de la primera guerra mundial comenzaron los levantamientos en masa de los soldados y de la población de la retaguardia. Que los señores burgueses no nos vituperen si esta vez los plazos serán abreviados, porque nosotros sabemos que abreviándolos lo más posible prestaremos un

grandísimo servicio a la humanidad entera. El examen más objetivo de la situación internacional y de las perspectivas del movimiento obrero, nos conduce inevitablemente a la conclusión de que el comienzo de la guerra significará para todos los países capitalistas el desencadenamiento de la crisis revolucionaria; en el curso de esta crisis nos pondremos a la cabeza de las masas y lucharemos con todas las fuerzas para la transformación de la guerra imperialista en guerra civil contra la burguesía; y lucharemos por la revolución y por la conquista del poder (*Aplausos*).

Una perspectiva semejante, compañeros, no significa que tengamos que resolver una cuestión fácil. «La victoria de la revolución no viene por sí. Es necesario prepararla y arrebatársela por la fuerza. Sólo un partido proletario y revolucionario puede prepararla y arrebatársela con la lucha» (Stalin: «Informe sobre el trabajo del Comité Central del Partido», en el XVII Congreso del Partido Comunista (b) de la U.R.S.S., editado por la Verlagsgenossenschaft Ausländischer Arbeiter, Moscú-Leningrado, página 21). Estas palabras del jefe del proletariado internacional, el compañero Stalin, se revelan en su significado más profundo precisamente aquí, mientras estamos examinando nuestra labor en la eventualidad de una nueva guerra.

Las dificultades que debemos afrontar en nuestro trabajo normal son insignificantes si las comparamos con las que hallaremos en nuestra lucha contra la burguesía en el curso de una guerra. Lenin escribía en 1915: «La guerra despierta ineluctablemente en las masas los sentimientos violentos que sacuden a los hombres de su habitual sueño. Pero si entre estos nuevos, fuertes y violentos sentimientos faltara un elemento coordinador, será imposible establecer una táctica revolucionaria.» Efectivamente, todos los partidos revolucionarios, excepto el bolchevique, han fallado en la tarea de guiar las masas en el momento de la extrema tensión de los sentimientos y de las relaciones de clase. ¿A qué condujo la grandiosa revuelta de los soldados franceses después de la mantanza del Chemin-des-Dames? ¿A qué la derrota y el derrumbe del ejército italiano en Caporeto, en 1917? La derrota de la burguesía y la di-

solución del ejército burgués no son todavía la victoria de la revolución. Sólo los bolcheviques han podido transformar la derrota de la burguesía y la disolución del ejército zarista en la victoria de la revolución, porque ellos estaban vinculados a los soldados y al pueblo, porque su línea política expresaba las más profundas aspiraciones de las masas.

Quisiera ahora volver a la cuestión inicial. En el pasado siglo, más o menos hasta el 90, cuando el movimiento obrero era guiado por Marx y Engels, la clase trabajadora tenía que tomar posición sobre los problemas de la guerra en condiciones especiales, dado que entonces la burguesía desempeñaba en varios países un papel progresivo, resultado del desarrollo de la revolución burguesa-democrática. Con el advenimiento del imperialismo la burguesía ha dejado de desempeñar aquel papel y las guerras burguesas han cambiado su carácter, transformándose en guerras imperialistas. Los que no comprendieron tal cambio han cometido gravísimos errores y delitos contra la clase trabajadora.

La existencia de la Unión Soviética es un hecho nuevo y de importancia mundial, que cambia radicalmente el carácter del presente período histórico. En caso de guerra, toda nuestra táctica debe determinarse teniendo presente este hecho. Ya la resolución del VI Congreso mundial de la Internacional Comunista establecía que, en el caso de una guerra contra la Unión Soviética, la consigna de la fraternización debe ser reemplazada por la invitación a pasarse a las filas del Ejército Rojo. Igualmente el VI Congreso estableció que «la táctica y la selección de los medios de lucha sean establecidos no sólo sobre la base de los intereses de la lucha de clase en el propio país, sino también sobre la base de los intereses de la guerra en el frente, la cual es una guerra de clases de la burguesía contra el Estado proletario» (Actas del VI Congreso mundial de la Internacional Comunista, volumen IV, página 127 de la edición C. Hoym Nachfolger, Hamburgo-Berlín). En la resolución que presentamos ahora al VII Congreso, precisamos ulteriormente esta directiva, estableciendo que «en el caso de una guerra contrarrevolucionaria que comprometa a la

Unión Soviética, los comunistas deben lanzar un llamamiento a todos los trabajadores para que contribuyan por todos los medios a su alcance a la victoria del Ejército Rojo sobre los ejércitos de los imperialistas» (*Aplausos*).

Yo creo que esta orientación es absolutamente clara. Corresponde al sentimiento de millones de trabajadores. Y si alguno nos pregunta qué significa esta orientación y cómo nos comportaremos en las diversas y concretas eventualidades de la guerra, podemos responderle que en todo caso lo haremos como marxistas, como bolcheviques, lo que significa que comenzaremos haciendo un análisis minucioso de la situación concreta, del carácter de la guerra que esté a punto de estallar, de las relaciones de fuerza de las clases en aquel determinado momento y de la medida de nuestras fuerzas y de las de nuestros adversarios; y de los resultados de este preciso análisis de la situación deduciremos nuestra orientación inmediata y las formas concretas de nuestro trabajo. Y no olvidaremos que una de las características esenciales del bolchevismo consiste en unir la lealtad a los principios con la máxima capacidad de maniobra y con su máxima elasticidad.

Consideremos el ejemplo que nos han dado nuestros compañeros del Ejército Rojo de China. Reducidos por los ataques de las tropas reaccionarias a una situación que no ofrecía vía de salvación, ellos lograron, con sucesivos abandonos de las provincias que no podían defender desplazar la lucha a otras regiones, con el resultado de conquistar posiciones más amplias y más sólidas que las que tenían antes. En esta heroica marcha de ocho mil kilómetros del Ejército Rojo, a través de las provincias de la China central, es digna de admiración, no sólo la valerosa abnegación de todos los combatientes, sino también la extraordinaria madurez política y la elasticidad de la maniobra (*Aplausos*). Sólo un partido educado en el espíritu del bolchevismo podía idear y llevar a término una maniobra tan genuinamente leninista. ¡Puedan nuestros partidos poner en evidencia, en el curso de la guerra, dotes igualmente bolcheviques! ¡Puedan nuestros partidos ponerse inmediatamente al trabajo

para adquirir estas capacidades, comenzando precisamente, desde este punto de vista, a considerar sus propias fallas!

Por ejemplo, quisiera decir a los compañeros del Partido Comunista Alemán: «¿Habéis cuidado suficientemente las conexiones con las masas de los jóvenes trabajadores que el fascismo alemán utilizará como carne de cañón? ¡No! Vosotros no tenéis lazos muy estrechos con los jóvenes trabajadores, ni los tenéis con los obreros de vuestras industrias bélicas, ni con los trabajadores de vuestros campos. Vosotros no podéis estar seguros de que al estallar la guerra las masas alemanas sigan el camino de Liebknecht y de Rosa Luxemburgo, que vosotros les indicasteis. Vosotros tendréis que hacer un esfuerzo duro, verdaderamente bolchevique, para arrancar las masas al patriotismo.»

Quisiera decir a nuestros compañeros españoles: «Nosotros os hemos aplaudido, porque sabemos que vuestros combatientes se batieron con valor en las barricadas. Pero quizá habríais prestado un servicio mejor a todos los partidos de la Internacional Comunista y a nuestro congreso si vosotros mismos, que aún hace poco afrontabais el fuego de la guerra civil, hubierais sometido a una seria crítica la actitud de vuestras organizaciones en los días de las barricadas. Quizá habríais llegado entonces a la conclusión de que vuestras organizaciones no estaban a la altura de las enseñanzas de Marx y de Lenin, ya que no han comprendido que no se trata solamente de morir como héroes en las barricadas, sino de dirigir la lucha de masa en su entero conjunto, de no perder jamás la iniciativa y de arrebatarse la dirección a las manos de los elementos dudosos, los cuales, ya ante las primeras dificultades no pueden sino capitular. Si vosotros hubierais sometido a una dura crítica vuestras acciones durante los combates de calle, habríais ayudado enormemente a los compañeros de otros países a comprender lo difícil que es transformar la guerra imperialista en guerra civil contra la burguesía, lo difícil que resulta cumplir las tareas que incumben al partido comunista en el curso de una guerra civil» (*Aplausos*).

Igualmente quisiera decir a los compañeros del Partido Comunista Francés:

«Vosotros habéis logrado, con vuestro audaz viraje, mantener enhiesta nuestra bandera en vuestro país. Esto os impone una gran responsabilidad, sea respecto a nosotros, sea respecto a las masas. La lucha de clases sigue adelante y es necesario estar preparados para la misión que la historia nos asigna. En caso de guerra, tal misión será para vosotros la más difícil, la más complicada. Vosotros tenéis tradiciones revolucionarias como la de los jacobinos del 93, de Robespierre y de Carnot, los cuales supieron dirigir la guerra civil en el interior del país y al mismo tiempo rechazar la agresión de la reacción en los confines de Francia. Vosotros tenéis las tradiciones revolucionarias de la Comuna de París, que supo mantener en alto el pendón de la defensa del país, transformándolo en pendón de la defensa revolucionaria. Pero nosotros en la vía indicada por la Comuna no queremos quedar batidos, nosotros queremos vencer. Por esto nos es necesario el apoyo de las masas de obreros, de campesinos y de pequeños burgueses, de todo el pueblo francés. Necesitamos un guía férreo, un partido verdaderamente leninista-stalinista que esté a la altura de sus grandes tareas históricas.»

A todos los compañeros de todos los partidos aquí representados yo les quisiera decir: «La guerra será algo políticamente muy difícil. Pero al mismo tiempo será, en relación con las condiciones en las cuales se trata de luchar y de batirse, una faena muy sencilla y concreta. El entusiasmo por sí sólo no bastará. Quizá ni siquiera habrá resoluciones escritas. Habrá movimiento, habrá trincheras; y allí será indispensable decidir los problemas más difíciles sin vacilar, ya que cualquier vacilación podría costarnos muy cara. Es también necesario que nosotros, desde hoy, eduquemos todos nuestros partidos, todas las organizaciones, todos los cuadros y cada miembro del partido, en el espíritu de la máxima iniciativa y responsabilidad personal. Y esto sólo puede lograrse a través del adoctrinamiento ideológico más vasto y de la más estrecha vinculación con las masas.»

Nosotros somos hoy un gran ejército que combate por la paz. Durante cuánto tiempo aún podremos continuar nuestra



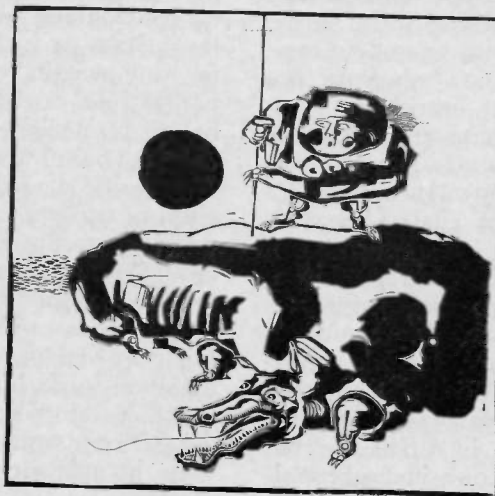
lucha por esa paz, no podemos decirlo, ni nosotros, ni nadie. Quizá aún por un año, quizá por más tiempo, quizá por pocos meses. Se trata de estar preparados, a cada momento.

Nuestro congreso ha trazado una línea leninista de la acción : esto es ya una prenda de victoria. Nosotros tenemos una fuerza gigantesca : el partido de los bolcheviques. Tenemos un jefe : el compañero Stalin (*Aplausos*). De él sabemos que siempre, en los más difíciles momentos, ha hallado la vía que conducía a la victoria (*Aplausos*). Nuestro jefe es el compañero Stalin, que Lenin, en los años de la guerra civil, envió a todos los frentes donde la victoria pare-

cía escapar a los trabajadores de la U.R.S.S., y que dondequiera, de Perm a Zarizín, de Petrogrado al frente del sur, restableció la situación, batió al enemigo y aseguró la victoria (*Aplausos*).

El partido mundial de los bolcheviques y Stalin nos garantizan la victoria en todo el mundo. ¡Cerremos nuestras filas, compañeros, en la lucha contra la guerra imperialista, por la paz, por la defensa de la Unión Soviética! ¡En alto la bandera del internacionalismo proletario, la bandera de Marx, de Engels, de Lenin, de Stalin! ¡Viva el triunfo de la revolución y del socialismo en todo el mundo! (*Tempestuosos y prolongados aplausos*).

MAGALHAES : « LA MUERTE DE UN SAURIO » (1964)



## Como se expresa en sus exámenes el aspirante a bachiller de Francia

*Le Figaro de París publica todos los años unas cuantas respuestas seleccionadas, tomándolas de las pruebas escritas a que son sometidos los estudiantes de los liceos para la obtención del bachillerato. Al reproducir ahora como muestra dos de esas contestaciones, Cuadernos cree prestar un servicio a las personas de América Latina que se interesan en este problema, el más serio desde del punto de vista de la cultura general de un país.*

**TEMA :** En los Diálogos entre los muertos antiguos y los modernos, publicados por Fontenelle, en 1684, un físico, después de haber narrado una anécdota que demuestra el peligro que encierran las ideas heredadas, saca la conclusión de « que, para encontrar la verdad, hay que volver la espalda a la multitud, y que las opiniones comunes son la regla de las opiniones sanas, siempre que se las tome en sentido inverso ».

Explique este pensamiento y pregúntese hasta qué punto anuncia, por su sentido y por su tono, el espíritu filosófico del siglo XVIII.

**E**L PROPIO ROUSSEAU se presenta como un filósofo en su « Emilio », preconizando una educación ideal, basada en lo que él considera la bondad natural del hombre.

Los filósofos fueron quienes lanzaron las ideas, pero la prueba de que no permanecían tan alejados de la multitud es que, a fines del siglo, se produjo la Revolución y se echaron los cimientos de una sociedad que había de apoyarse principalmente en la obra filosófica del siglo XVIII.

Fontenelle, al publicar esa anécdota se proponía combatir a los que pensaban que « ya se había dicho todo en el curso de los siglos de la existencia humana »; y si esa anécdota anuncia la tendencia filosófica del siglo XVIII, también contiene una parte de exageración en lo que tiene de

absoluto y de sistemático, al presentar a los filósofos como hombres que, por espíritu de contradicción, se oponen a todo lo establecido. Algo hay de esta posición en la actitud de los combatientes que se consagran por completo al triunfo de sus ideas: no retroceden ante el destierro ni la cárcel y pasan su vida imitando a Voltaire o a Rousseau. Pero su actitud es sobre todo la de las personas amantes de la libertad, descorazonadas por las irregularidades y las injusticias de su época. Y las denuncian ante el mundo para abrir los ojos a esa multitud todavía esclavizada que, gracias a esa literatura combativa, sacudirá pronto su yugo y comprenderá, finalmente, que no sólo tiene deberes, sino también derechos.

Este físico quería demostrar la necesidad de desprenderse resueltamente de las ideas heredadas de los siglos precedentes como si fueran verdades eternas y de seguir avanzando, aun a riesgo de no ser comprendido por la « multitud », sin temer las consecuencias de tal incompreensión. Esta doctrina puede atribuirse, en efecto, a los filósofos del siglo XVIII, pero éstos no se han limitado a volver la espalda a la multitud, sino que han hecho una obra positiva.

A fines del siglo XVIII comenzaron ya los filósofos a afirmar su deseo de renovación y su propósito de aportar algo nuevo a la «querrela entre los antiguos y los modernos». Después de este período de grandeza y de absolutismo, en el que todas las ideas parecían haberse consolidado para la eternidad, los filósofos quisieron reaccionar y, desde principios del siglo, cuando la autoridad real empezó a debilitarse, fueron apareciendo las primeras obras filosóficas. Sus autores emprendieron así la demolición de las ideas establecidas: el régimen dominante entonces fue combatido con tanta mayor dureza, cuanto que estaba corrompido y que el esplendor de la época de Luis XIV ya no era más que un recuerdo.

Montesquieu, en *El espíritu de las leyes*, se mostraba partidario de la república y hablaba ya de la separación de los poderes. Voltaire, en las *Cartas inglesas*, hacía el elogio de Inglaterra, ese país de libertad, mucho antes de que se le encerrase en la Bastilla por un escrito sobre el Regente. Rousseau escribía el *Contrato social*, en el que hablaba de una sociedad fundada sobre nuevas bases.

Pero en esa época no se combatían solamente las ideas políticas; la cuestión religiosa fue la que obligó a los filósofos a luchar con más energía, porque se enfrentaban con una potencia que conservaba todo su vigor. Voltaire atacaba los dogmas y el ceremonial, al mismo tiempo que hacía el elogio del deísmo en *Zadig*, preconizando sólo por comodidad la creencia en un «Ser supremo» vago, pues hacía falta un «relojero» para esa máquina que es la Tierra. Diderot, en cambio, era ateo, y su *Carta de los ciegos dirigida a los que ven* le llevó a la prisión de Vincennes. El escepticismo de los filósofos se hizo sentir de una manera especial en la *Enciclopedia*. El clero recogió los conceptos heréticos contenidos en ciertos artículos y protestó unánimemente, consiguiendo que se prohibiese la venta de dicha obra. Pero ni las órdenes reales ni las detenciones lograron contener la vena filosófica, que contaba con innumerables defensores.

Se encuentra el espíritu filosófico en la forma misma de sus obras, que se caracterizan por su gran libertad y la gran varie-

dad de sus géneros: dramas de contenido filosófico, de Diderot; novelas, cuentos, cuya obra maestra, *Candide*, fue escrita por Voltaire; libelos, cartas, todo era bueno para esta literatura combativa.

Hasta el tono con que se expresa el físico deja trascender el matiz filosófico, sobre todo en la ironía de la última parte del pensamiento: «siempre que se las tome en sentido inverso». Los filósofos sienten una especial predilección por estas agudezas y estos rasgos de ingenio, más perjudiciales para la opinión combatida que una acusación indignada. A pesar de todo, se siente que esta frase de Fontenelle es un elemento de lucha y encierra una extremada violencia. Pero es demasiado absoluta y no corresponde por completo al espíritu filosófico. Es cierto que el espíritu filosófico combatió enérgicamente las instituciones de la época, pero los filósofos no se limitaron a volver la espalda a las ideas heredadas ni a la multitud. Su actitud era más positiva, pues su espíritu científico les prohibía combatir una idea sólo por el hecho de estar establecida; su propósito era también crear algo sólido, apoyándose en esa multitud, de la que ellos formaban parte por su origen burgués, y querían demostrar la confianza que tenían en el hombre y en el progreso. Voltaire fue el gran demoleedor, mientras que Rousseau y Diderot se dedicaron a construir el porvenir.

Diderot, sobre todo, ha demostrado que no se limitaba a desdeñar a la multitud y a hacer lo contrario de lo que ésta creía y pensaba. Orientó la *Enciclopedia* para poner los progresos de la ciencia y de la técnica al alcance de todos. Su colaboración en esta obra con otros sabios, como d'Alembert y el propio Rousseau, prueba su fe en el hombre. No quiso lanzar solamente ideas opuestas a las que habían heredado todos, sino que trató también de elevar e instruir a la multitud.

\*

(NOTA DEL TRIBUNAL: «Trabajo inteligente», en el que los límites del pensamiento de Fontenelle están bien vistos y explicados con ejemplos acertadamente escogidos y con excelentes explicaciones»)

**TEMA :** Si le propusieran actuar en una obra teatral, designada libremente por usted, ¿qué personaje desearía interpretar? Explique los motivos de su elección y diga cómo comprendería este papel.

SI ME FUERA DADO trabajar en una obra teatral, me gustaría interpretar el papel de Calígula. Me agrada este personaje, porque es joven y puro, porque es el hombre que se busca a sí mismo, que se debate con lo absurdo de su destino y que lanza un reto a lo imposible. Me gusta, porque no es un héroe, sino un hombre, o dicho con más exactitud, porque convierte al hombre en un dios. Me gusta porque está solo, y su soledad hace de él un hombre de todos los tiempos, un hombre universal, aun prescindiendo de su juventud y de la inquietud contemporánea que él simboliza. Al interpretar este personaje, no me parecería que «desempeñaba un papel», pues creo que cualquiera de nosotros, si dejara oír la voz absurda que dormita en el fondo de su ser, podría llegar a ser un Calígula. Yo le encuentro natural, en medio de sus mayores extravagancias, pero con una naturalidad que resulta casi molesta, y pienso que disimula su desesperación tras una máscara de cinismo.

\*

Calígula es joven. Cesonia nos dice que tiene apenas veinticinco años. Es joven y es emperador, y cuando sale a escena ya tiene conciencia de su personalidad y quiere afirmarse con actos. Tiene la pureza, el ansia de absoluto y también la poesía de la juventud. Después de todo, ¿qué representa la luna para él? Es indudable que simboliza lo imposible, pero para los niños. Para un hombre lo imposible es la gloria, la inmortalidad o lo que representa a sus ojos lo contrario de él mismo. Mas Calígula es todavía un adolescente. Ignora quién es; para él lo imposible no puede ser lo que él no es, puesto que lo ignora. Lo imposible es la luna, es decir una fuerza vaga y desesperante que atrae por hallarse situada fuera del campo de las posibilidades humanas. El esfuerzo de Calígula es el de todo ser joven para escapar a la condición humana y poder realizarse

al nivel de los dioses: es el Rimbaud, pero es asimismo el de todos los adolescentes; pues Calígula no es solamente joven, sino que es la juventud misma que se busca en su lucha contra el orden establecido.

De la juventud tiene también la perpetua insatisfacción y la inquietud. Ni el amor ni el poder le satisfacen. «Nada de este mundo ni del otro que sea a su medida.» Y entonces se vuelve hacia el otro mundo, hacia lo imposible. Desafía lo imposible: «¡Bastaría que lo imposible existiese!» Quiere destruir lo imposible reazándolo. En este camino hacia «el otro» mundo, tropieza con los límites de la condición humana, que le hieren, y se rebela contra ellos; y no ya sólo contra ellos, sino también contra el orden natural. Esta rebelión, llevada hasta la lógica más extremada, se convierte en la imposibilidad misma. A partir de este momento, para Calígula ya sólo se trata de vivir esta rebelión, de vivir el absurdo que es su conciencia. En medio de su angustia, que es metafísica, desencadenada por la muerte de su hermana, en medio de su rebelión desesperada, Calígula es un hombre presa de la inquietud contemporánea.

La muerte de su hermana es la que despierta el absurdo que dormitaba en él, y desde entonces se presenta como el héroe del absurdo, siembra la muerte a su alrededor y avanza en medio de un desierto. Dos males le consumen: la muerte y la soledad; son los dos males que tal vez caracterizan mejor la condición humana, porque son independientes de su voluntad y ésta se afirma en su lucha contra ellos. Calígula siente que estos males son la causa de su insatisfacción desesperada; comprende que nada puede contra ellos, y entonces quiere someterlos a su voluntad. Si la muerte es el destino fatal de los hombres, él enarbola la muerte y la convierte en el instrumento de su soledad. Así es como la muerte y la soledad llegan a ser sus obras: si antes fue su víctima, ahora es su artesano. En esta lucha, Calígula aparece como el campeón de la humanidad. La juventud, la angustia contemporánea y la humanidad se hallan reunidas en esa lucha contra el destino.

\*

La muerte se convierte para él en « el mal », en el enemigo, y al no poder vencer este « mal », se asimila a él para dominarlo. « Yo soy puro en el mal, como tú eres puro en el bien », dice al joven Escipión. Aprende a golpear y a condenar sin vacilación. Su naturalidad en el mal, hasta en medio de sus mayores crisis, procede de su pureza. El papel de destructor que se atribuye le presta una habilidad diabólica. Obliga a sus súbditos a traicionarse a sí mismos, está al acecho de sus palabras más insignificantes y les hace intuir la responsabilidad. Así es como uno de sus súbditos, al verle enfermo, ofrece a los dioses su vida por él, y Calígula se pone de pie de un salto y ordena que le maten. Gracias a este papel que desempeña, va conociendo la cobardía de los hombres. Tiemblan en su presencia, y ya sólo ve la vileza que hay en ellos. Cada vez destruye con mayor frenesí, y esto viene a acrecentar la conciencia de sus derechos emanados de su condición superior. Y cuando el joven Escipión le pregunta si no encuentra en su vida algo capaz de calmarle, responde: « Sí, tal vez... el desprecio. »

\*

Sin embargo, en su naturalidad se siente apuntar la ironía para con los demás y para consigo mismo. Cuando pide a Helicón que le ayude a buscar la luna, es sincero, profundamente sincero, puesto que a sus ojos poseer la luna es vencer lo imposible. Pero entre su sinceridad y el estupor creciente de los demás ante las manifestaciones de lo que consideran como su locura, aparece constantemente un vacío. El siente este vacío, este estupor, pues conserva una lucidez desesperante. Entonces goza con el miedo que inspira, y en este placer, su sinceridad se transforma en un juego trágico con la vida. Poco a poco va viéndose con los ojos aterrorizados de los demás, y entonces empieza a « representar el papel de loco », como en una burla desesperada. Su naturalidad se convierte en afectación. Al mismo tiempo, se exaspera contra ellos y contra sí mismo, viéndolo su incompreensión, y esto aumenta su furia destructora.

Todo el mal que causa a los otros re-

presenta ahora un placer para él, mientras que al principio este mal exigía de él un esfuerzo sobre sí propio. Pero en cada uno de estos actos, en este placer sanguinario, nacido de una desesperación exasperada, se miente a sí mismo; su pureza se mancilla con el placer y su desesperación aumenta. Está en tensión permanente, y esto es precisamente lo que él quiere; obedece a una rígida moral interior que él se ha trazado; y su cambio brusco de actitud, en medio de su diálogo poético con el joven Escipión, es buena prueba de que se prohíbe todo « abandono ». Sin embargo, esta tensión se acentúa cuando la cree amenazada por el nuevo placer que experimenta haciendo daño, y entonces estalla en la comedia que representa ante los demás y que resulta cada vez más estridente. Así, por ejemplo, al golpear el gong para llamar a sus súbditos, se manifiesta en este gesto toda la fuerza de su desesperación, y el estrépito del gong que llena toda la sala no es sino el reflejo del tumulto de su alma, del que quisiera liberarse con un gesto. Su desesperación llega al paroxismo cuando se presenta como un dios ante sus súbditos, pues siente que le creen loco y sabe perfectamente que ninguno de esos hombres aterrados comprende que el dios que él finge ser es el dios que él desea ser, que todo hombre desea ser.

De manera que la evolución de su alma se manifiesta en un gesto. El gesto y la mímica tienen para él una importancia primordial, y esta es la razón de que Camus la anote con tanto cuidado. Sus gestos son raros. Se mueve poco en escena, pues toda su persona está tendida hacia él mismo. Pero en cuanto le domina la fiebre, vuelve a agitarse. Trata de disimular la furia de su espíritu siempre despierta, dando a sus gestos naturalmente secos y violentos una flexibilidad graciosa y a su sonrisa crispada jalgo de terriblemente natural y encantador! Y tan bien lo consigue que, al fin, llega a ser tan natural en el mal como lo había sido en el bien, antes de la muerte de su hermana. Sólo le traiciona su mirada, esa mirada escrutadora, cruel y sarcástica.

\*

La mirada de Calígula es la revelación de toda su alma, que busca en el mundo un vestigio de pureza digno de su perdón; pero es sobre todo su alma, que exige un alimento para su odio y se exaspera ante el espectáculo de la tontería humana. Calígula no ha nacido para odiar a los hombres, sino para amarlos, y buena prueba de ello es la crisis que el « vacío », primero, y después un sentimiento absurdo causado por la muerte de un ser que adoraba, han desencadenado en él. Si esta causa ya se ha quedado atrás, si este amor defraudado no ha sido más que un pretexto para despertar la locura que yacía en el fondo de su ser, no por ello deja de constituir la razón de su ansia de imposible. Mas, por el hecho de ser joven, es incapaz de luchar contra esa angustia metafísica y abrirse paso, a través de la desesperación, por el camino de la prudencia que ha sabido encontrar Camus.

\*

...Porque es joven, pero también porque es un héroe de crisis. Tarrou y Rieux son héroes de novela; los vemos luchando contra la sinrazón y después triunfar de sí mismos, como en el caso de *El Extranjero*. Pero Calígula es un personaje de teatro; no tiene tiempo para vencer la sinrazón. Y además de joven, es emperador y se halla por encima de los demás hombres. La sinrazón se manifiesta en él en la lucha contra su propia naturaleza. Porque ha nacido para amar y porque ha amado demasiado se pone a odiar con pasión. En cambio, Tarrou y Rieux han permanecido ajenos al absurdo; ellos se presentaban como héroes de la lucha contra

el absurdo del mundo. Calígula es la personificación del absurdo. Y como lo sabe, su lucidez hace su desesperación incurable: porque es la personificación del absurdo, sólo puede triunfar de él en la muerte. Y he aquí porque al final de la obra, aúlla en un postrer escarnio: « ¡Aún estoy vivo! »

Su vida es lo único que posee y él lo sabe. Ama la vida, y precisamente porque la ama, la destruye. Esta destrucción sistemática de todo su universo forma parte de su lucha contra su propia naturaleza. Y porque sabe que la vida es lo único que cuenta, que la inmortalidad, tanto la de los creyentes como la de los artistas, no existe, abandona la vida profiriendo este último grito trágico: « ¡A la historia, Calígula! ¡A la historia, Calígula! » Pues la historia le deja a merced de los demás, su muerte le coloca al nivel de todos los hombres y le mete « la misma cobardía en el alma ». Calígula se quiebra al contacto del absurdo, pero es por haber querido vivir el absurdo. Él es quien, desde *El mito de Sísifo* a *El hombre rebelde*, enseña a Camus que el absurdo es sólo un estado transitorio, que no puede ser « vivido », sólo un comienzo. Calígula es también el joven que ha sucumbido en su lucha contra el mundo, porque había puesto en ella toda su vida. Es la víctima lúcida y voluntaria del destino común a todos los hombres o por lo menos eso es lo que representa a mis ojos, y por eso me gusta.

\*

(NOTA DEL TRIBUNAL: « Desarrollo absolutamente notable por la fuerza del análisis y el dominio del lenguaje. Conoce muy bien la obra analizada y su estudio revela una inteligencia eficaz, así como una simpatía fecunda. »)

## LA JOVEN POESIA BOLIVIANA

LOS POETAS JÓVENES de Bolivia tienden hacia un lenguaje de expresión universal y, al contrario de aquellos que les precedieron en generaciones anteriores, lo vernáculo, lo folklórico y el exotismo ejercen en ellos muy poca o ninguna influencia.

En tal sentido, es notable el hecho de que la joven poesía boliviana no se haya visto influida por poetas tan grandes como Franz Tamayo o Ricardo Jaimes Freyre, que son los rectores de la tradición literaria de Bolivia. Ello tal vez pueda explicarse por un anhelo de incorporación a la órbita universalista, que precisamente preside la actitud de los nuevos poetas bolivianos, quienes se encuentran embargados por el permanente deseo de publicar. Muchos de ellos, a costa de grandes sacrificios personales, publican libros; empero, como el público lector en Bolivia es sumamente escaso, aquellos esfuerzos no suelen encontrar la debida recompensa.

Ultimamente surgieron en Bolivia varias publicaciones literarias, pero no encontraron la acogida que sería de desear. Por lo tanto, su vida fue efímera, y pronto cesó su publicación, sin que ello sea óbice para que a poco aparezca algún otro órgano, que a su vez correrá idéntica suerte.

Sufren los poetas por la falta de medios de difusión. Los poemas duermen olvidados en infolios y cartapacios, lo que lleva al desaliento. El medio es adverso, como admirablemente propicios los materiales y las substancias que en Bolivia se ofrecen al poeta.

Con todo, las perspectivas son, en cierto modo, promisorias, desde el momento en que existe la intención, por parte de unos cuantos libreros de fundar sociedades editoriales. Ello, lógicamente, contribuiría a que los jóvenes poetas pudiesen dar a conocer sus obras.

ENRIQUE ARNAL

### *Suelo tenderme...*

*SUELO tenderme detrás de los álamos.*

*«Sobre una sombra quieta, mirando el pasto. Siento un vahido de frescura que me dice que estoy volviendo a ver lo mismo...»*

*¿Esta es la sazón de la sombra, tú crees que hay más?*

*Un Whitman me gusta siempre, qué brazos. ¡Qué gusto de la hierba por la hierba...!*

*Yo concebía un galopar de caballos cuando leía a un poeta que hablaba del campo.*

*¡Es la imaginación tan intranquila!*

*Esto que digo no es más que un leve canto. Formas de ver, de sentir, bajo un efecto corpóreo, siempre la vida sacudiéndose en su movimiento.*

*Es muy parecido al paisaje destacar los pensamientos, mirando el verdor, un jardín, y también puede ser bajo esta sombra.*

*Yo y mi descanso, la sombra con los álamos.*

ERVIN ROJAS

## *Perfil acuático de una provincia*

CHACO, perla legal del recuerdo,  
a mi pecho retornan tus materiales,  
aquí finaliza la lluvia que te reconforta  
como un largo camino de agua,  
como un volumen familiar de madera salvaje.

Sin embargo, me parece  
que nunca podré capturar tu violín vegetal.  
Aunque vengan a mí  
las turbias promesas que derramas en el verano  
no podré tomar tu empuñadura,  
no podré disputar un lugar en ti,  
ni el arco ni la flecha  
que abandonaron tus tribus admirables,  
pese a que en el agua enjaulada de mi voz  
se sumerge  
el contorno verde de tu imagen.

Tal vez eres más ajeno  
y también más dulce,  
como el clavel amarrado de mi infancia.  
Ay, pero cómo cuesta ser partidario de ti,  
unirse en el fondo de tu arena,  
asaltar tu castillo ausente  
o imaginarte en el sur,  
junto al invierno,  
merodeando la loca carrera del agua,  
con espuelas,  
cabalgando la soledad intermitente,  
devorando una ruta inventada  
que no da conmigo  
sólo cuando hablo de mí  
y te recuerdo irremediablemente.

JESUS URZAGASTI

## *Elegía a Carl Gustav Jung*

CALCINADOS sueños del doctor Jung.  
Esperanzas que descifrar y martirios  
sin develar: herencia encanecida de sus pensamientos.

Espuma que la mar desliza,  
juego del tiempo por encima de la cabeza  
del sabio, y de los ateridos huesos del paria:  
¿acaso ahora su furia aquietan  
las simples frases que a nadie hieren?



¿Existen huellas en la arena movediza  
que Jung ansiaba conocer?

¿Hay alma en el metálico canto  
que rompe en pedazos el cielo donde el niño  
prefigura su muerte próxima en el llanto?

¿Carl Gustav Jung, hay futuro  
para el hijo del fusilado, para la agonía  
del que ya no sueña?

¿Existen sol y luz donde se muere de improviso,  
donde el aire esquiva el color de la piel;  
hay futuro allí, hay futuro  
sin vigiliass y sin rejas cercando  
la mirada y el corazón?

\*

El doctor Jung miraba rosas,  
olía el tiempo amortajado del geranio,  
escuchaba la música que las estrellas  
entregaban al silencio de los amaneceres;  
en el viento descubría los latidos temblorosos  
de los árboles, de las palabras no escuchadas,  
de las imágenes olvidadas sin razón,  
y en los ríos contemplaba la loca  
efigie evanescente de la muerte.

Significados ebrios de ansiedad, cansados  
del azul tenebroso que los horizontes  
señalaban:  
sus sueños ya sólo esperan  
las frases como máscaras que defiendan  
lo que él no pudo evitar...

EDGAR AVILA ECHAZU

## El mar

EL MAR curva sus barrotes de hierro  
sobre un pájaro muerto  
enmohece en oficio corrosivo  
la sal las jaulas de mercurio  
los días lentos sobre escarabajos voraces.  
Sus esqueletos antiguos  
suenan en el fondo  
arroja a la arena sus cadenas  
sus carabelas de niebla  
sus agujereados paños de yodo  
echa a la playa redes llenas  
de aullidos de metales

oliendo a eternidad.  
 El mar tiene una antigua memoria  
 bajo espinazos secos de constelaciones.  
 Al fondo late el día  
 en una vasta pulsación de flores venenosas  
 en abejas de aceites duros  
 espolvorea la siniestra primavera  
 los estambres marítimos.  
 Entre maderámenes  
 rojos como las carnes de animales malheridos  
 desovan especies multicolores.  
 Yacen los barandales oliendo a golondrinas  
 los hierros gangrenados  
 yace el casco humeando amapolas  
 entre medusas y vegetales  
 poblados de extraño movimiento.  
 Las herméticas cámaras  
 encuentran el consuelo de sus viejos cadáveres  
 y en proa la campana descarnada  
 tacha, a veces, aires líquidos  
 derramándose entre esos dedos peligrosos  
 del óxido.

La extraña tripulación yace  
 en un idioma hecho a fósforo  
 y en lo alto de la arboladura  
 aún cree ver el vuelo posado  
 de los pájaros sonrientes.  
 El ciego capitán arde en la noche  
 desde donde no zarparán a puertos  
 de hollín alborotados  
 y grúas trashumantes sudando sol.  
 Un dios brusco y sumergido  
 sopla una armónica de histéricos azules  
 en el fondo del mar.  
 Royó los esqueletos venerables  
 fue telaraña crecida en torno al hueso  
 combatió los días flotando húmedos  
 como los maderámenes de un naufragio.  
 Dispersó las herencias  
 sepultó los principios.  
 Bate esquilas en manadas verdes  
 incendia a niebla los abetos  
 su tiempo es lleno de oscuras amenazas  
 su cementerio herido de palomas  
 sus caballos de metal temible.  
 La sal trunca los arcoiris petrificados  
 sus lienzos agujereados de fósforo  
 y sus gorjeos en torno a un caracol.  
 En catedrales que el hombre no verá  
 roza páginas de agua  
 en apoteosis flageladas.  
 Sus bosques de cristal gotean pájaros de hierro.  
 Los meteoros llovían y ahondaban

*sus campanas mudas  
 sus voraces gaviotas dieron caza  
 basilicas sobre tierra pesada de rostros  
 y primaveras evaporando en el cerezo  
 sus alcoholes  
 bajo la arcilla recomenzaba el éxodo de un pueblo  
 desgarrado por el lento relámpago del árbol.  
 Sus senos fueron batidos  
 manchados de sal  
 como las páginas de una antigua Biblia.  
 Aún en su temible corazón fue el amor  
 fecundando los humeantes líquidos  
 los días de mercurio vibraron bajo celos  
 incoherentes. Fue en ejes trepidantes  
 en poleas de mareas férvidas  
 bajo su vientre palpitaba un esqueleto  
 de pájaro  
 débil como la cruz en punta de un naufragio.  
 Entre escuderos de hierro enmohecido  
 y oleajes de palomares desatados  
 el mar combate en oficio corrosivo  
 arroja a la arena sus badajos sucios  
 carabelas tatuadas por los viejos  
 alquitranes del alba  
 pero en lo interno tiembla mujer arrodillada  
 y sueña ser el agua que hundió  
 allá en la infancia el barco de papel.*

EDMUNDO CAMARGO FERREIRA

## *Canción del cuerpo al alma*

*ASUMIRÁS tu perfección primera,  
 libre de mi prisión, vencido el muro,  
 ala que partes de mi lodo impuro  
 hacia un destino de alta primavera.*

*Y serás dulcemente prisionera  
 de tu infinito Dios; pues yo procuro  
 devolvarte, muriendo, al seno oscuro  
 de donde procediste, forastera.*

*Y cuando eternizada en su regazo  
 perfumes, flor, el invisible vaso  
 y olvides, humo, tu abatido leño;*

*vuelve hacia mí los ojos de la vida,  
 para que veas en la tierra herida  
 cómo se pudre tu lejano dueño.*

JORGE SUAREZ

## Los grabados de Roberto Magalhaes

ES ROBERTO MAGALHAES un joven dibujante grabador, cuya temprana edad y el exiguo tiempo de su formación artística no nos permiten aún juzgar cuales serán los frutos maduros de su trabajo.

Nació en 1940, en la Guanabara (costa del Brasil) y dibuja desde los días de su adolescencia. Durante algún tiempo, entre los quince y los veinte años, se dedicó preferentemente al dibujo de carácter publicitario, tratando de encontrar al propio tiempo su definición profesional. Muy pronto, pues, padeció el conflicto del artista plástico que, sobrecargado de fuerza creadora, se desajusta luego con la rutina de los empeños de carácter utilitario.

No le sería posible a él transportar al arte un mundo de visiones y, simultáneamente, gastar las horas configurando lugares comunes para anuncio de jarabes, paisajes convencionales para las agencias de turismo, loando la inmortalidad de una marca de neumáticos o las facilidades de ciertas ventas a crédito.

En este joven cabe admirar no tanto su precocidad, sino mucho más todavía su decisión de abandonar todos los caminos de afirmación profesional a trueque de mantener una actitud enderezada totalmente al anhelo de una revelación artística.

Ante la pregunta frecuente de cuánto tiempo se necesita para la formación de un grabador, el caso de Roberto Magalhaes responde con informaciones concretas. No es el período escolar del curriculum oficial el que forma al artista. No hay receta para hacerse artista, si el artista no está ya hecho en germen por el talento y por la decisión.

Nadie puede admitir, en el caso de Ro-

berto Magalhaes que nos ocupa, que apenas dos años y medio de ejercicio de la xilografía basten para ser el autor de una serie compuesta de una centena de trabajos, todos ellos caracterizados por una sólida coherencia de temas, por una calidad artesanal que semeja provenir de una largo aprendizaje, así como por un innegable estilo individual.

La producción artística auténtica no se hace en las horas sindicales, sino en una dimensión de tiempo que se caracteriza por la intensidad emocional y por la vitalidad creadora.

El tiempo consumido en el verdadero arte no es el del trabajo común, mensurable.

\*

Se conocen en pintura diversos casos de improvisaciones, de revelaciones tardías, que alcanzaron buen éxito merced a la crítica generosa.

En lo que concierne al grabado, el camino es más arduo frente al esfuerzo para adquirir la calidad artesanal.

Particularmente en el Brasil, el grabado ha ejercido una magnífica influencia como actuación disciplinadora contra las improvisaciones, como acción estimulante con relación a los maestros que nos han legado una obra de mérito.

Cuando se menciona, por ejemplo, el nombre de Osvaldo Goeldi, maestro de dibujo y de grabado, se establece en seguida el nivel mucho más alto de un compromiso para cualquiera que se dedique a esa misma actividad.

Goeldi significa, en términos de ejemplo, seriedad en la formación y gravedad en la expresión.

Adoptemos, pues, un *criterio goeldiano* para la apreciación de la obra de Roberto

Magalhaes. En primer lugar se plantea la indagación acerca de si el joven artista dispone ya de un *lenguaje individual* suficiente, de un *cosmos* de su propia invención capaz de acarrear los prototipos y los arquetipos de la reflexión interior.

La respuesta es favorable. Nuestro artista tiene, de hecho, un « mundo » de visiones, de símbolos, de alegorías y sátiras.

Inventó una humanidad, a la manera de fantoches, colocada en un escenario de razones históricas y de apariencia anacrónica. Arma a sus « guerreros » con un indumento arcaico, y en ocasiones modernísimo, tal vez con el propósito de acentuar la nota irónica sobre todas las eras.

Es uno de los innovadores de la fantasmagoría y de la transfiguración, dotado siempre de capacidad inventiva para los nuevos símbolos y connotaciones.

Desde el punto de vista de la calidad artesanal su xilografía se caracteriza por el vigor incisivo, bien delimitado, estableciendo el claroscuro sin variaciones, sin tonalidades. Para tal efecto utiliza la madera dura, densa, pulida y neutra.

\*

El atributo de modernidad de Roberto Magalhaes no reside en el artificio ni en la primera apariencia. No estriba tampoco en los valores periféricos, sino en la gravedad temática.

Se podría agruparlo entre los artistas de la « nueva figuración », pero ello tendría escaso significado, una vez que sus fundamentos se enraizan en líneas tradicionales remotas de la pintura y del dibujo del terror.

No tanto por la analogía mitológica, frecuentemente indicada en los títulos, sino, de cierto, mucho más por la continuidad que establece con las más primitivas figuraciones de monstruos y de seres transfigurados.

En este sentido crece el significado de su obra, tan reciente y ya tan inquietante, precisamente porque este artista es uno de los más representativos del compromiso que nuestra contemporaneidad estableció al proyectar las visiones del mundo interior, la realidad psíquica, en nuevos vocablos y, al mismo tiempo, en el balance his-

tórico sobre el interés de la sátira y del enjuiciamiento crítico.

Los « guerreros » no son héroes: son muñecos mecanizados. Algunas de las visiones del artista nos muestran el cuerpo humano transformado en aves de rapiña o en múltiples serpientes.

No se denota todavía en esas metamorfosis de Roberto Magalhaes, como se advierte en otros artistas del lenguaje del terror, ninguna disposición psicopatológica de su autor. Sería erróneo pensar que sus visiones sean producto de un estado mental enfermizo. Son, en verdad, proyecciones de un estado mental poético, esto es, dotado de una excepcional capacidad de enjuiciamiento ético de la humanidad y de una extraordinaria habilidad para expresar ese enjuiciamiento en términos de construcción artística.

La razón que hace universalizarse a la obra de Roberto Magalhaes radica en el hecho de que representa verdades comunes a toda la historia, descansa en el hecho de que se basa en el eterno diálogo del Bien y del Mal y en el inevitable sucumbir de Abel.

Algunos de estos dibujos impresionan aparentemente como *caricaturas*, o sea como un proceso narrativo encaminado a revelar el contenido cómico de una situación. Sin embargo, detrás de esa primera comunicación existe siempre un *mensaje* más complejo, extremadamente verdadero como *esencia* de la historia y profundamente doloroso como *verdad*.

El hombre es la figura del muñeco, la figura de la fiera, la del monstruo, y también la de sus manos, transfiguradas en armas y en bocas de serpientes.

\*

Creo haber dado en las líneas que preceden la interpretación del arte de Roberto Magalhaes, joven y reciente en el quehacer artístico, y sin embargo autor de un mensaje tan grave.

Todo se explica por su dimensión poética. Por esta casualidad que es la que hace al artista plástico trascender de los límites espaciales de la *forma* y acarrear razones aportadas por la reflexión, cargadas de historia y de testimonio.

# Tales eran sus rostros

POR SILVINA OCAMPO

Tales eran sus rostros ; y tenían sus alas extendidas por encima, dos cada uno, las cuales se juntaban.

EZEQUIEL I, II.

¿CÓMO LOS NIÑOS MENORES llegaron a saberlo? Nunca se explicará. Además falta dilucidar qué llegaron a saber, y si ya no lo sabrían los mayores. Se presume, sin embargo, que fue un hecho real, no una fantasía, y que sólo personas que no los conocieron o que no conocieron el colegio y a sus maestras podrían negarlo sin sentir algún escrúpulo.

A la hora en que tocaron, inútilmente, como siempre, para mantener un rito, la campana que anuncia la leche, o un poco más tarde, en el recreo, cuando se dirigieron corriendo al patio del fondo, o bien, lo que es más probable, inconscientemente, paulatinamente, diariamente, sin orden de edades ni de sexos, llegaron a saberlo, y digo llegaron, porque se advirtió por múltiples manifestaciones, que estaban esperando, hasta ese momento, algo que les permitiría esperar de nuevo y definitivamente, algo muy importante. A ciencia cierta, sabemos que a partir de ese instante, que menciono de modo impreciso, pero por el cual se hacen miles de conjeturas, sin perder la inocencia, pero perdiendo esa despreocupación aparente, tan característica de la infancia, los niños no pensaron en otra cosa.

Después de meditarlo, todo deja presumir que los niños lo supieron simultánea-

mente. En los dormitorios, al dormirse ; en el comedor, al comer ; en la capilla, al rezar; en los patios, al jugar a la mancha o Martín Pescador ; sentados frente a los pupitres, al hacer los deberes o cumpliendo las penitencias ; en la plaza, cuando se hamacaban ; o en los baños, dedicados a la higiene corporal (momentos importantes, porque en ellos las preocupaciones se olvidan), con la misma mirada hosca y abstraída, sus mentes, como pequeñas máquinas, hilaban la trama de un mismo pensamiento, de un mismo anhelo, de una misma expectación.

La gente que los veía pasar endomingados, limpios y bien peinados, en los días patrios, en las fiestas de la iglesia, o en cualquier domingo, decían :

— Estos niños pertenecen a una misma familia o a una cofradía misteriosa. Son idénticos. ¡Pobres padres! ¡No reconocerán al hijo! Estos tiempos modernos, una misma tijera corta todos los niños (las niñas parecen varones y los varones niñas) ; tiempos sin espiritualidad, son crueles.

En efecto, sus caras eran tan parecidas entre sí, tan inexpresivas como las caras de las escarapelas o de las vírgenes de Luján en las medallas que lucían sobre sus pechos.

Pero ellos, cada uno de ellos, en el primer momento, se sentían solos, como si una ar-

mazón de hierro los revisiera, incomunicándolos, endureciéndolos. El dolor de cada uno era un dolor individual y terrible ; la alegría también, y por lo mismo era dolorosa. Humillados, se figuraban diferentes los unos de los otros, como los perros con sus razas tan dispares, o como los monstruos prehistóricos de las láminas. Creían que el secreto, que en ese mismo momento se bifurcaba en cuarenta secretos, no era compartido y no sería jamás compartido. Pero un ángel llegó, el ángel que asiste a veces a las muchedumbres ; llegó con su reluciente espejo en alto, como el retrato del candidato, del héroe o del tirano que llevan los manifestantes, y les mostró la identidad de sus caras. Cuarenta caras eran la misma cara ; cuarenta conciencias eran la misma conciencia, pese a la diferencia de edades y de familias.

Por horrible que sea un secreto, compartido deja a veces de ser horrible, porque su horror da placer : el placer de la comunicación incesante.

Pero quien supone que fuera horrible se adelanta a los acontecimientos. En realidad no se sabe si era horrible y se volvía hermoso, o si era hermoso y se volvía horrible.

Cuando se sintieron más seguros de sí mismos, se escribieron cartas, en papeles de diversos colores con festones de puntillas o con figuritas pegadas. Al principio eran lacónicas ; luego largas y más confusas. Eligieron lugares estratégicos, que servían de estafeta, para que los otros las recogieran.

Porque eran cómplices felices, los inconvenientes habituales de la vida no les molestaban ya.

Si alguno pensaba tomar una decisión, los otros inmediatamente resolvían hacer lo mismo.

Como si desearan igualarse : los menores caminaban en puntillas para parecer más altos ; los mayores se encorvaban para parecer más bajos. Se hubiera dicho que los pelirrojos apagaban el fuego de sus cabelleras y que los morenos moderaban la oscuridad de una tez apasionadamente oscura. Los ojos lucían todos las mismas rayitas castañas o grises, que caracterizan a los ojos claros. Ya ninguno se comía las uñas, y el único que se chupaba el dedo dejó de hacerlo.

Estaban unidos también por la violencia de los ademanes, por las risas simultáneas, por una solidaridad bulliciosa y súbitamente triste que se refugiaba en los ojos, en el pelo lacio o levemente encrespado. Tan indisolublemente unidos, hubieran derrotado a un ejército, una manada de lobos hambrientos, una peste, el hambre, la sed, o el cansancio aplicado que extermina a las civilizaciones.

En lo alto de un tobogán, no por maldad sino por frenesí, estuvieron a punto de matar a un niño, que se metió entre ellos. En una calle, bajo el entusiasmo admirativo de todos, un vendedor de flores ambulante por poco no pereció con su mercadería.

En los guardarropas, de noche, las faldas azul marino, tableadas, los pantalones, las blusas, la ropa interior áspera y blanca, los pañuelos se apretujaban en la oscuridad, con esa vida que les habían transmitido sus dueños, durante la vigilia. Los zapatos juntos, cada vez más juntos, formaban un ejército enérgico y organizado ; caminaban tanto de noche sin ellos, como de día con ellos. Un barro espiritual se adhería a las suelas. ¡Ya bastante patéticos son los zapatos cuando están solos! El jabón que pasaba de mano en mano, de boca en boca, de pecho en pecho, adquiría la forma de sus almas. ¡Jabones perdidos entre el dentífrico y los cepillos de uñas y de dientes! ¡Todos iguales!

« La voz dispersa a los que hablan. Los que no hablan transmiten su fuerza a los objetos que los circundan », dijo Fabia Hernández, una de las maestras ; pero ni ella, ni Lelia Isnaga, ni Albina Romarín, sus colegas, penetraban en el mundo cerrado que a veces mora en el corazón de un hombre solo (que se defiende y que se entrega a su desventura o a su dicha): ¡Ese mundo cerrado moraba en el corazón de cuarenta niños! Ellas, por amor a su trabajo, con suma dedicación, querían sorprender el secreto. Sabían que un secreto puede ser venenoso para el alma. Las madres lo temen para sus hijos ; por hermoso que sea, piensan ¡quién sabe qué vibras atesora!

Querían sorprenderlos. Encendían las luces de los dormitorios intempestivamente, con el pretexto de revisar el techo don-

de una cañería se había roto, o con el de cazar las lauchas que habían invadido las dependencias principales ; con el pretexto de imponer silencio interrumpían los recreos, diciendo que la bulla molestaba a algún vecino enfermo o la ceremonia de algún velorio ; con el pretexto de vigilar la conducta religiosa, entraban en la capilla, donde el misticismo exacerbado permitía en raptos de amor divino la articulación de palabras desmembradas, pero estruendosas y difíciles, frente a las llamas de los cirios que iluminaban los rostros herméticos.

Los niños, como pájaros aleteando, irrumpían en los cinematógrafos o en los teatros o en alguna función de beneficencia, pues tenían oportunidad de divertirse o de distraerse con espectáculos pintorescos. Las cabezas giraban de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, al mismo tiempo, re velando la plenitud de la simulación.

La señorita Fabia Hernández fue la primera en advertir que los niños tenían los mismos sueños ; que cometían los mismos errores en los cuadernos y cuando les reprochó el no tener personalidad sonrieron dulcemente, cosa que no era habitual en ellos.

Ninguno tenía inconveniente en pagar por las travesuras de un compañero. Ninguno tenía inconveniente en ver premiado por mérito suyo a otros compañeros.

En varias oportunidades las maestras acusaron a uno o a dos de ellos de hacer los deberes del resto de los alumnos, pues de otro modo no se podía explicar que la letra fuera tan parecida y las frases de las composiciones idénticas. Las maestras comprobaron que ellas se habían equivocado.

Cuando en la clase de dibujo, la profesora, para estimularles la imaginación, les pidió que dibujaran cualquier objeto que sentían, todos dibujaron, durante un tiempo alarmante, alas, cuyas formas y dimensiones variaban al infinito sin restar, según ella, monotonía al conjunto. Cuando se les reprendió por dibujar siempre lo mismo, rezongaron y, por último, escribieron en el pizarrón : Sentimos las alas, señorita.

Sin incurrir en un irrespetuoso error ¿cabría decir que eran felices? Dentro de lo que pueden serlo niños con sus limitaciones, todo induce a creer que lo eran, salvo

en verano. El calor de la ciudad pesaba sobre las maestras. A la hora en que a los niños les gustaba correr, trepar a los árboles, retozar en el pasto o bajar rodando las barrancas, la siesta, la temida costumbre de la siesta reemplazaba a los paseos. Cantaban las chicharras, pero ellos no oían ese canto que vuelve el calor más intenso. Vociferaban las radios, pero ellos no oían ese ruido, que vuelve intolerable el verano, con su asfalto pegajoso.

Perdían las horas esperando a la zaga de las maestras con pantallas que bajara el sol o que amainara el calor, haciendo cuando los dejaban solos involuntarias travesuras como llamar desde el balcón a algún perro, que al ver tantos posibles amos simultáneos daba un salto delirante para alcanzarlos, o con pitos catalanes provocaban la ira de alguna señora que tocaba el timbre para quejarse de tanta insolencia.

Una inesperada donación permitió que fueran a veranear al borde del mar. Las niñas confeccionaron ellas mismas púdicos trajes de baño ; los niños adquirieron los suyos en una tienda económica, cuyos géneros oían a aceite de ricino, pero que eran de corte moderno, de esos que caen bien a cualquiera.

Para dar más importancia al hecho de que veranearan, ellos que nunca lo habían hecho, con un puntero, sobre el mapa, las maestras les mostraron el punto azul, junto al Atlántico, hacia donde viajarían.

Sañaron con el Atlántico, con la arena, todos el mismo sueño.

Cuando el tren partió de la estación, los pañuelos se agitaron en las ventanillas como una bandada de palomas ; esto lo registra una fotografía que salió en los diarios.

Cuando llegaron al mar apenas lo miraron ; siguieron viendo el mar imaginado antes de ver el verdadero. Cuando se habituaron al nuevo paisaje, fue difícil contenerlos. Corrían detrás de la espuma que formaba copos parecidos a los que forma la nieve. Pero la euforia no les hacía olvidar el secreto y gravemente volvían a las habitaciones, donde la comunicación entre ellos se volvía más placentera. Si no estaba en juego el amor, algo muy parecido al amor los unía, los alegraba, los exaltaba. Los mayores, influidos por los meno-



res, se ruborizaban cuando las maestras les hacían preguntas capciosas y respondían con rápidos movimientos de cabeza. Los menores, con gravedad, parecían adultos a quienes nada perturba. La mayoría tenía nombre de flores como Jacinto, Margarita, Jazmín, Violeta, Lila, Azuceno, Narciso, Hortensio, Camelio : detalles cariñosos impartidos por los padres. Los grababan en los troncos de los árboles, con uñas duras como de tigre ; los escribían sobre las paredes, con lápices carcomidos ; en la arena húmeda, con un dedo.

Emprendieron el retorno a la ciudad, con el corazón rebosando de dicha, pues viajarían, de regreso, en avión. Se iniciaba un festival de cine aquel día y pudieron entrever furtivas estrellas en el aeródromo. De tanto reír les dolía la garganta. De tanto mirar, los ojos se les pusieron punzó.

La noticia apareció en los periódicos ; he aquí un texto :

El avión en que viajaban cuarenta niños de un colegio de sordomudos, que volvían de su primer veraneo en el mar, sufrió un accidente imprevisto. Una portezuela que se abrió en pleno vuelo ocasionó la catástrofe. Sólo se salvaron las maestras, el piloto y el resto de los tripulantes. La señorita Fabia Hernández, que fue entre-

vistada, asegura que los niños al precipitarse en el abismo tenían alas. Quiso detener al último, que se arrancó de sus brazos para seguir como un ángel detrás de los otros. La escena la deslumbró tanto por su intensa belleza, que no pudo considerarla en un primer momento una catástrofe, sino una visión celestial, que jamás olvidará. Todavía no cree en la desaparición de esos niños.

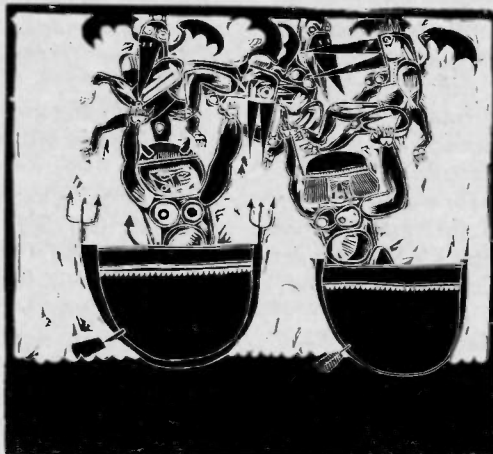
— Mostrarnos el cielo para precipitarnos en el infierno, sería una mala jugada de Dios —declara la señorita Lelia Isnaga—. No creo en la catástrofe.

Dice Albina Romarín :

— Todo fue un sueño de los niños, que quisieron deslumbrarnos, como lo hacían en los columpios de la plaza. Nadie me persuadirá de que han desaparecido.

Ni el cartel rojo que anuncia el alquiler de la casa donde funcionaba el colegio, ni las persianas cerradas, desaniman a Fabia Hernández. Con sus colegas, a las cuales está unida, como los niños lo estaban entre ellos, visita el viejo edificio y contempla los nombres de los alumnos escritos en las paredes (inscripciones por las que los reprendían) y algunas alas dibujadas con destreza infantil, que testimonian el milagro.

MAGALHAES : « ENTREGA A CARONTE DE LAS ALMAS CONDENADAS » (1964)



## Latinoamérica en los Estados Unidos

DE MILDRED ADAMS A ROBERTO ESQUENAZI MAYO

CUANDO, NO HACE MUCHO, escribió Roberto Esquenazi-Mayo acerca del « creciente interés que existe entre los lectores y las casas editoriales de los Estados Unidos », lo hizo en una frase final de su crítica de tres colecciones de novelas cortas latinoamericanas traducidas al inglés. Las examinaba con cierta severidad, y esta actitud causó tal impresión, que la cortés frase final pasó casi inadvertida. Sus lectores se quedaron con la impresión de que el interés de los norteamericanos por los libros latinoamericanos, si acaso era « creciente », no pasaba de ser parco aún y estaba mal informado.

Es posible, por supuesto, que él no se hubiera propuesto dar esta impresión. También es posible que un norteamericano que ha pasado muchas horas leyendo libros sudamericanos para editores de los Estados Unidos y escribiendo comentarios sobre los que han sido traducidos, sea extremadamente sensible cuando los viejos reproches relativos a la falta de atención de los norteamericanos salen de la pluma de un erudito tan inteligente como el Sr. Esquenazi-Mayo y aparecen en una revista tan influyente como *Cuadernos*.

Pero, dejemos a un lado los ataques y contraataques que se dirigen estos dos continentes unidos por el amor y el odio y veamos un reciente informe sobre los trabajos realizados en los últimos tiempos. Los resultados obtenidos son muy distintos de los registrados en años anteriores, y vale la pena detenerse a estudiarlos.

Antes de empezar, convendría decir que detrás de esos resultados se encuentran dos circunstancias tan peculiares de la vida de los Estados Unidos como los rascacielos de las ciudades y las estelas de vapor que van dejando en el cielo los aviones de reacción. La primera de estas circunstancias es que, si bien los ciudadanos de este país hablan muchas variedades de inglés, bastantes de ellos, incluso entre los más instruidos, son asombrosamente incapaces de asimilar otros idiomas. Pueden estudiar otras lenguas europeas en las escuelas —español, francés o alemán son las más corrientes—, pero muy pocos son los que continúan después leyendo libros en esas lenguas, en cuanto salen de los centros de enseñanza. Por el momento carece de importancia que esto represente una crítica de la calidad de la enseñanza o simplemente un reflejo de la atracción devoradora que ejerce la vida activa en los Estados Unidos. El hecho desagradable es que, fuera de los que llegan a profesores, incluso los que han profundizado el estudio de una lengua extranjera a su paso por la universidad, tienden a perder el interés por ella cuando al abandonar la universidad se encuentran sumergidos entre la muchedumbre de gente que habla inglés.

Aun cuando se han realizado extraordinarios progresos en el estudio de idiomas, debido a las necesidades de la guerra, y aunque estos progresos se han hecho sentir en ciertas universidades (el caso es que este estudio ha sido incorporado a los

cursos preparatorios que dirige el Departamento de Estado), no parecen extenderse al campo de la literatura. Los funcionarios destinados al extranjero, y a veces sus esposas, aprenden en « cursos condensados » a manejar otros idiomas, antes de ir a tomar posesión de sus cargos; pero los conocimientos así adquiridos sirven sobre todo para resolver los problemas corrientes de la vida. No les incitan a saborear la historia literaria ni a practicar el idioma de la nación donde residen.

El resultado es que, fuera de algunas excepciones, los norteamericanos no tienen un conocimiento vasto ni profundo de la literatura sudamericana. Es probable que lamenten su ignorancia; pero el hecho es innegable y explica por qué el aumento de las traducciones inglesas sigue un ritmo lento en el mejor de los casos.

La segunda circunstancia es bien conocida en América del Norte y del Sur. Se trata de la fuerte atracción que ejercen en ambos continentes las culturas nacionales del otro lado del Atlántico, es decir de Europa, con su inmensa riqueza, sus formas, sus corrientes modernas, su oferta y su demanda, que se reconocen y aprecian en las dos Américas. La atracción que siente el Oeste por el Este, tan natural en ambos continentes, es evidentemente la atracción de la madre patria —Inglaterra, España, Portugal, Francia, Italia o Alemania—, a la que siguen respondiendo sus hijos, por rebeldes que sean. Ambos continentes, desde el punto de vista literario, son ramificaciones de Europa. En cambio, ninguno de los dos es una ramificación del otro. Ninguna de las Américas puede considerarse como carne y hueso de la otra. De una manera vaga, y a veces inconsciente, siguen respondiendo a las corrientes de la madre patria y compiten para obtener sus favores.

Si aceptáramos y comprendiéramos estas circunstancias, una gran parte de la pasión y de la irritación innecesarias, que han prevalecido durante demasiado tiempo entre las dos Américas por la cuestión de las obras de arte y de las ambiciones literarias, hubiera podido dejarse a un lado para ver con más claridad los factores inherentes a la situación actual.

La historia que ha dado origen a esta situación arranca sólo de la época del Presidente Franklin Roosevelt, en que algunos editores bien intencionados hicieron, a la sombra de la política de « buena vecindad », un gran esfuerzo para traducir al español obras norteamericanas y presentar en los Estados Unidos una selección de producciones representativas —novela, historia y poesía— de los veintiún países latinoamericanos. En el curso de esta operación se levantó mucho humo y se encendieron algunos fuegos, pero la llegada de la segunda guerra mundial puso fin al proyecto. Por suerte subsistieron algunos valores positivos, no sólo bajo la forma sólida de obras traducidas (algunas de las cuales pueden considerarse como clásicas), sino también bajo la forma de un interés permanente, que se había estimulado en algunas universidades y colegios, entre ciertos traductores y algunas casas editoras que siguieron buscando libros sudamericanos y tratando de introducir los mejores de ellos en la corriente del pensamiento norteamericano.

Algunos de estos brotes de interés se han marchitado, pero otros han sobrevivido, y cuando se anunció la creación de la Alianza del Progreso, sintieron la fuerza de este estímulo y empezaron a florecer de nuevo. De ahí que la situación actual sea una combinación de supervivencias profundamente arraigadas y de nuevos entusiasmos.

Un estudio completo de los varios intereses que ahora dominan en los Estados Unidos, en lo que concierne a la literatura latinoamericana, requeriría los servicios de una de esas importantes entidades dedicadas a la investigación, que registran grandes montones de paja, con la esperanza de encontrar, por casualidad, una aguja. Otro procedimiento, que considero mejor, consiste en hacer un sondeo de los hechos y juzgar la totalidad de la situación por las muestras recogidas.

En los centros académicos, en los medios del periodismo cotidiano y de las revistas, así como en las editoriales, la preocupación por las actividades literarias latinoamericanas es ahora mayor que desde hacía varios años. Las casas editoriales han pasado por épocas difíciles, en parte, por no existir un centro de información ade-

cuado acerca de los libros publicados en Latinoamérica capaces de interesar a los norteamericanos, y en parte, porque son pocos los editores que leen el español o el portugués y, por consiguiente, para poder juzgar el mérito de las obras, dependen de la capacidad crítica de lectores ajenos a la casa.

El problema de conocer qué libros se publican en Sudamérica ha sido resuelto hace poco por una empresa comercial de ediciones, la «R.R. Bowker Company», que publica las revistas bien conocidas *The Publisher's Weekly* y *The Library Journal*. Esta empresa ha montado una sección especial con la misión de entrar en contacto con editores de todos los países del Sur, pedirles sus catálogos y los anuncios de los libros que van a publicar, para clasificar las obras literarias de Hispanoamérica e ir formándose poco a poco una idea de conjunto. Los resultados de estos trabajos aparecen cada tres meses en una revista llamada *Fichero Bibliográfico Hispanoamericano. Catálogo trimestral de toda clase de libros en español publicados en las Américas*. La idea consiste en montar gradualmente una sólida base de conocimientos, que permita a los editores de otras regiones seleccionar los libros que parezcan interesantes para su traducción.

*Fichero* publicó su primer número en el verano de 1961. El correspondiente a julio de 1964 contiene 107 páginas de títulos de libros, clasificados por materias, con el nombre del autor y de la editorial, así como una breve descripción de la obra. También informa que *Fichero* ha obtenido un éxito tan halagador en los tres años de su publicación, que en adelante saldrá todos los meses, en vez de cada tres. Con este propósito, la Bowker Company ha montado una nueva oficina en Buenos Aires, a fin de estar más cerca de las fuentes de información hispanoamericanas.

En el curso de los tres años de su existencia, *Fichero* ha presentado los libros de unos mil doscientos editores. Con la cooperación de éstos y de las dos bibliotecas norteamericanas —la del Congreso, en Washington, y la «Public Library», en Nueva York—, *Fichero* ha clasificado aproximadamente diez mil libros escritos

en español, que vieron la luz pública entre 1961 y 1964.

Este es el primer paso, y bien esencial, por cierto, para eliminar la timidez o la ignorancia de los editores norteamericanos por lo que se refiere a los libros de Latinoamérica. Poco a poco, al mismo tiempo que se realizan otros esfuerzos de carácter educativo, este trabajo está empezando a dar sus frutos. El paso siguiente será el establecimiento de un centro donde los estudiantes, críticos, bibliotecarios y otras personas interesadas puedan obtener una lista completa y seria de libros sudamericanos que vayan traducándose cada año en inglés. Es de esperar que la Bowker Company se encargará de esto, aunque sólo sea para demostrar que *Fichero* ha producido resultados prácticos. También confiamos que Bowker extenderá su interés y sus esfuerzos de clasificación al campo editorial del Brasil.

A falta de esto, hemos reunido una lista, publicada en 1963, de libros traducidos o escritos en inglés procedentes de los países sudamericanos o acerca de ellos. Estos datos se han recogido en las bibliotecas, en los catálogos de casas editoriales y en los estantes de los libreros. Muchas entidades de Nueva York han colaborado en este trabajo, pero todas nos han dicho que sus informaciones no son forzosamente completas. No obstante, aunque esta cosecha sea defectuosa, es interesante y esperanzadora.

### Poesía

La lista de las obras poéticas es breve, primero, porque el interés de Norteamérica por la lírica, como es sabido, es menos intenso que en América del Sur; pero, sobre todo, porque los traductores y los editores temen las dificultades que este trabajo encierra. Los problemas corrientes que plantea la traducción se duplican o triplican cuando se trata de pasar la poesía de una lengua a otra, sin que pierda sus elementos esenciales. Pero esta lista, aunque corta, es interesante. Dos casas editoriales, «Grove Press» y «New Directions», han presentado, cada una, un libro de Jorge Luis Borges, de Argentina, en el invierno de 1962-63: *Ficciones* y *Laberinto*,

respectivamente. Tres libros de Octavio Paz han sido traducidos al inglés: *El laberinto del silencio*, *La piedra de sol* y un tomo de *Poemas seleccionados*. Hay también una edición bilingüe de *Poesía hispanoamericana* para niños.

### Novelas

La lista de novelas más o menos extensas es también corta y tiende igualmente a apoyarse en nombres conocidos. Empieza con una novela que ha tenido buen éxito, *Gabriela*, de Jorge Amado. Otro escritor célebre brasileño, el ya fallecido Joaquín María Machado de Assis, ha sido presentado con un libro de novelas cortas, cuya traducción lleva el título de *The Psychiatrist and other Stories*. En la relación figura también una novela de João Guimarães Rosa, *The Devil to Pay in the Backlands*. Los demás autores representados en la lista de obras novelescas son Arturo Uslar Pietri, de Venezuela, con *The Red Lances*; Agustín Yáñez, de México, con *The Edge of the Storm*, y José Iglesias, con *A Wake in Ybor City*. Hay también un volumen de cuentos fantásticos hispanoamericanos titulado *Cuentos Misteriosos*, editado y traducido por Ruth Lamb, y una novela de Magde Macbeth, titulada *Volcano: a Novel of the Ecuadorian Andes*.

### Otros libros

La lista de obras clasificadas de una manera global y que no se consideran como novelas es más larga. Tal vez se deba esto a que los Estados Unidos atraviesan un período en que se manifiesta la preferencia por los hechos auténticos, en detrimento de las obras de imaginación, o quizás a que los acontecimientos de todo el mundo superan en horror y extravagancia a las invenciones de gran parte de los escritores de novelas y cuentos. Esta lista comprende obras de historia, economía, política, sociología, biografía y autobiografía. En ella figuran los autores latinoamericanos, cuyos libros se han publicado en traducciones inglesas, en los Estados Unidos durante el año 1963:

Anderson-Imbert, Enrique: *Spanish American Literature; a History*.

Arévalo, Juan J.: *Anti-Kommunism in Latin America*.

Azevedo, Thales de: *Social Changes in Brazil*.

Boyo, Alberto: *150 Questions for a Guerrilla*.

Bernal, Ignacio: *Mexico Before Cortés*.

Cosío Villegas, Daniel: *American Extremes*.

Cosío Villegas, Daniel: *United States versus Porfirio Díaz*.

Diament de Sujo, Clara: *Venezuela*.

Freyre, Gilberto de Mello: *The Mansions and the Shanties*.

Fuentes, Carlos: *Whither Latin America?* (ensayos y otras cosas).

Furtado, Celso: *The Economic Growth of Brazil*.

Léon-Portilla, Miguel: *Aztec Thought and Culture*.

Mejica, José Francisco de Guadalupe: *I, A Sinner* (autobiografía).

Ocampo, Victoria: 338171, T.E. Lawrence *de Arabia*.

Quezada, Abel: *The Best of Impossible Worlds* (dibujos).

Queiroz, Rachel de: *The Three Marias*.

Romero, José Luis: *A History of Argentine Political Thought*.

Suassuna, Ariano: *The Rogue's Trial*.

Vasconcelos, José: *A Mexican Ulysses* (autobiografía).

Zea Leopoldo: *The Latin American Mind*.

### Libros sobre la América Latina

Esta lista es la más larga. Al mismo tiempo que contiene la mayor parte de los libros escritos fuera de Latinoamérica, demuestra abundantemente que el interés por esa región del mundo y sus problemas aumenta vigorosa y rápidamente en los Estados Unidos. A semejanza de la lista anterior, ésta contiene libros de historia, política y economía de Latinoamérica, además de comentarios sobre acuñación de monedas, arte, literatura, tradición y cultura y estudios relativos a países determinados. Una gran parte de estos libros ha sido es-

- crita por norteamericanos, pero hay también algunos traducidos del francés, del italiano y del alemán.
- Adams Mildred : *Latin American - Evolution or Explosion?* (ensayos de autores americanos del Norte y del Sur).
- Alexander, Robert J. : *Today's Latin America*.
- Alexander, Robert J. : *Venezuela's Democratic Revolution*.
- Baumann, Hans : *Gold and Gods of Peru*.
- Beals, Carleton : *Latin America : World in Revolution*.
- Burthey, Theodore : *A Guidebook of Mexican Decimal Coins, 1863-1963*.
- Bialek, Robert W. : *Catholic Politics in Ecuador*.
- Busey, James L. : *Political Institutions and Processes*.
- Carter, Hodding : *Doomed Road of Empire : The Spanish Trail of Conquest*.
- Cavallini, Giuliana : *St. Martin de Pores*.
- Cerwin, Herbert : *Bernal Díaz. Historian of the Conquest*.
- Chevalier, François : *Land and Society in Colonial Mexico*.
- Clark, Gerald : *The Coming Explosion in Latin America*.
- Considine, John J. : *New Horizons in Latin America*.
- Damaz, Paul F. : *Art in Latin American Architecture*.
- Dubois, Jules : *Operation America. The Communist Conspiracy*.
- Eisenhower, Milton : *The Wine is Bitter. The United States and Latin America*.
- Emmerich, André : *Art Before Columbus : The art of Ancient Mexico*.
- Españillat, Arthur J. : *Trujillo : The Last Caesar*.
- Fagg, John E. : *Latin America. A General History*.
- Fiore, Dolores : *Ruben Dario in Search of Inspiration*.
- Foreign Policy Association : *The Cuban Crisis : Documentary Record*.
- Gerassi, John : *Great Fear*.
- Glade, William P., Jr. y Charles W. Anderson : *Political Economy of Mexico*.
- Goldman, Irving : *The Cubeo Indians of Northwest Amazon*.
- Gordon, Lincoln : *New Deal for Latin America : The Alliance for Progress*.
- Harris, Marvin : *Society, Tradition and Culture in Latin America*.
- Hirschmann, Albert O. : *Journeys toward Progress*.
- Hatcher, Harlan : *Revolutions of Aspiration*.
- Horgan, Paul : *Conquistadors in North American History*.
- Hyams, Edward y George Oedesh : *Last of the Incas*.
- James, Daniel : *Mexico and the Americans*.
- Johannesen, Carl L. : *Savannas of Interior Honduras*.
- Jones, Willis K. : *Spanish American History since Modernism*.
- Kolinski, Charles : *Independence or Death*.
- MacShane, Frank : *Impressions of Latin America : Five Centuries of Travel and Adventure*.
- Madden, Carl Halford : *Latin America : Reform or Revolution*.
- Mary, Loretta Sister : *Amazonia : A Study of People and Progress*.
- McCleilan, Grant : *United States Policy in Latin America*.
- Needler, Martin : *Latin American Politics in Perspective*.
- Owens, Ronald Jerome : *Peru*.
- Pike, Frederick B. : *Chile and the United States. 1880-1952*.
- Previtali, Giovanni : *Ricardo Güiraldes and Don Segundo Sombra*.
- Pflaum : *Arena of Decision : Latin America in Crisis*.
- Robeck, Stephan Hyman : *Brazil's developing Northeast : a Study in Regional Planning and Foreign Aid*.
- Rouse, Irving : *Venezuelan Archaeology*.
- Ruiz, Ramón Eduardo : *The Mexican War : Was is Manifest Destiny?*
- Ryan, Kathy y Lucrecia López : *The Wonderful World of Latin America*.
- Schmitt, Carl M. : *Evolution of Chaos : Dynamics of Latin American Government and Politics*.
- Simmons, Merle Edwin : *A Bibliography of the Romance and Related Forms in Spanish America*.
- Syme, Ronald : *Francisco Pizarro of Peru*.

Szulc, Tad: *Winds of Revolution: Latin American Today and Tomorrow.*

Thompson, J. Eric: *Maya Archaeologist.*

Torres-Rioseco, Arturo: *Aspects of Spanish American Literature.*

Vanger, Milton José: *Batlle y Ordóñez of Uruguay, the Creator of his Times, 1902-1907.*

Wagley, Charles: *An Introduction to Brazil.*

Webb, K.E.: *Landscape and Resources in Latin America.*

Westheim, Paul: *The Sculpture of Ancient Mexico.*

Wilgus, A.C.: *Colonial Hispanic America.*

Worcester, Donald A.: *Sea Power and Chilean Independence.*

Ydígoras, Miguel Fuentes: *My War with Communism.*

Estas listas, a pesar de que algunas de ellas son considerables, sólo muestran una parte del panorama literario. Además, debería tenerse en cuenta la lista de unas treinta obras que han tenido buen éxito y han sido reeditadas. También deberían mencionarse los resultados de ciertos proyectos, como el Programa de Traducciones Latinoamericanas, que fue emprendido por la « Association of American University Presses ». Este trabajo ha sido posible gracias a las becas concedidas por varias fundaciones y a los esfuerzos realizados por las « Franklin Publications » para dar nuevo impulso a toda la industria latinoamericana del libro.

La « Association of American University Presses » es exactamente lo que indica su nombre. Muchas universidades de los Estados Unidos poseen su propia imprenta, en la que editan los libros de texto escritos por profesores de sus propias facultades, los enviados por otros profesores u ofrecidos por escritores cuyos libros se consideran de valor, pero que no han atraído al editor comercial. Estas prensas están subvenciona-

das por las universidades, y la mayor parte del tiempo trabajan en la publicación de obras de texto. Sin embargo, hay momentos en que pueden dedicarse a imprimir libros de fuera, y en esos períodos de mayor calma piensan llevar adelante el programa de traducciones.

Una de las dificultades con que tropieza un programa de esta clase es que, además de los gastos ordinarios que acarrea la publicación de un libro, cuando se trata de una traducción hay que añadir la remuneración del traductor. En 1960, después de una serie de conferencias entre el comité que representaba las prensas universitarias y los funcionarios de la Fundación Rockefeller, ésta concedió un subsidio de 225.000 dólares, para distribuir durante un período de cinco años, con destino al pago de los gastos de traducción. Contando con este dinero, la Asociación designó un Comité de cuatro eruditos encargado de elegir los libros, designar los traductores y supervisar el cumplimiento del programa.

A fines de 1963 la Asociación había publicado dieciocho libros latinoamericanos en inglés. Hay previstos veintidós para 1964, y otros dieciséis están en estudio. Esta la abundancia de obras latinoamericanas que esperan ser traducidas, que es de desear se consigan los medios para pagar los gastos extraordinarios que supone presentarlas al público norteamericano.

Imposible sería enumerar aquí todas las subvenciones de que se dispone para estimular a los escritores de la América Latina, ni describir el fecundo trabajo de las « Franklin Publications », en relación con las ediciones latinoamericanas. La Asociación Internacional de Editores se reunirá en Washington, en 1965. Para entonces ya podrá hacerse una reseña más completa de los diferentes focos norteamericanos interesados por la literatura de América del Sur.

## El arte negro o la visualización del mito

POR DAMIAN CARLOS BAYON

« Estas artes, cuando encuentran la plena voz de su predicación, no invaden el museo : lo incendian. »

ANDRÉ MALRAUX : Las voces del silencio.

TODO FUE POLEMICO en la exposición de arte negro que organizó el Congreso por la Libertad de la Cultura en el Pavillon de Marsan de París, a fines de 1964. Todo, desde el título : *Cien tribus, cien obras maestras*. Ni una más, ni una menos. El criterio es discutible : ¿por qué cien piezas?, y ¿por qué una de cada tribu? Como abanico capaz de mostrar infinidad de posibilidades, la idea quizá no esté mal en sí misma.

Muy optimista, en cambio, quien crea enfrentarse aquí con cien obras maestras. La excusa podría ser que no siempre se encontró la pieza exacta. William Fagg, conservador del Departamento de Etnografía del Museo Británico, dice en el prólogo del catálogo (1) que de ningún modo se buscó halagar ni impresionar al público, sino mostrarle exclusivamente piezas auténticas, ya que se fabrican ahora en Africa infinidad de imitaciones « too good to be true », demasiado buenas para ser ciertas.

Cien piezas que para nosotros eran esculturas. Pero apenas dicho nos preguntamos: ¿esculturas...?, ¿hasta qué punto tenemos derecho a bautizar así, abusivamente, estas imágenes de culto, estas máscaras rituales? Aceptemos, sin embargo, el término. A condición de no olvidar el origen y la causa de estas obras entrañables.

Dice William Fagg : « Es difícil para los europeos comprender hasta qué punto las artes tribales de Africa son diversas, ya que en el curso de los dos últimos milenios las artes nacionales de los países de Europa han sido provincias en el interior de un mismo universo, mientras que las tribus africanas constituyen universos separados que difieren los unos de los otros más aún de lo que el arte europeo difiere del arte chino. » Y más adelante, en el mismo prólogo, hace justicia al hombre blanco que ha salvado estas obras de la voracidad de los elementos y de los termitas, no sin agregar que la evolución independiente de cada cultura africana hace que sus artes respectivas resulten ininteligibles de una tribu a otra, a falta de ese eclecticismo intelectual que permite a los europeos apreciar el arte, abstracción hecha de sus contenidos religiosos.

Hasta aquí William Fagg. André Malraux, en *Las voces del silencio* (2), ese libro caótico y genial, va mucho más lejos aún :

(1) Catálogo razonado de la exposición 100 tribus 100 chefs-d'oeuvre, París, 1964. Prólogo de William Fagg.

(2) André Malraux : *Las voces del silencio*, trad. E. de Lóizaga y D.C. Bayón, Buenos Aires 1956.



« Para que los fetiches entrasen en el Museo Imaginario con toda su significación haría falta que el hombre blanco —y no tal o cual grupo de artistas o de aficionados— renunciara a la Voluntad que desde Roma lo define por el mundo. » No se trata, pues, de anexar, sino de elegir. Elegir entre nuestro arte que ilustra siempre un pensamiento y una escritura coherentes, y estas otras formas de arte violentas en que el hombre —fuera de la Historia, de nuestra Historia— manifiesta *sus terrores y no sus conceptos*. El abismo es grande y quizá tenga razón André Malraux cuando cree que los contemporáneos —incluso los africanos— no podremos nunca salvarlo.

\*

Las obras que se mostraban en la exposición eran, en general, de madera, caso más frecuente en Africa. No obstante, las había también en piedra, bronce y, en alguna ocasión más rara, en plata, cobre, marfil. Las salas estaban deliberadamente en penumbra y los objetos irradiaban desde sus vitrinas o sobre muros en donde estratégicos reflectores venían a sacarlas de la sombra propicia. Si bien el catálogo explicaba, en principio, el origen y destino de cada una de estas imágenes, hay que convenir en que el visitante sensible reaccionaba antes de tener tiempo de leer el comentario a cada pieza. A riesgo de confundir quisiéramos dar al lector una impresión de conjunto.

Estamos en esta exposición en pleno campo de las *afinidades electivas*. El violento preferirá los planos curvos, pulidos, cortantes de esta figura de madera casi negra —vestida de rafia como en una ceremonia— de la tribu Baga de Guinea. El obsesivo, en cambio, querrá coleccionar la máscara Dan que se le parece : boca de grito, ojos entrecerrados, trenzas de cabello natural. El clásico pondrá en una vitrina junto a un rostro *greco-búdico* y a una sonrisa *khmer*, una de estas inolvidables cabezas estriadas que vienen de Ifé. El que sufre de la incomunicación contemporánea la verá encarnada en este guerrero de bronce de la tribu Jebba, de tobillos espesos y de rostro impenetrable. El ferviente del arte abstracto se deleitará con la geometría del bú-

falo estilizado que tallaron los terribles caníbales de Nigeria. Quien tema los peligros de la noche los verá expresados en la admirable máscara blanca —color de muerte entre los negros— de la tribu de los Ibo. Picasso mismo, en fin, se inspiraría —¡bien que lo hizo hace ya cincuenta años!— con la escultura chata del *mbulu-ngulu* de los Bakota del Congo o la mujer tallada por los Senufo del Sudán : rostro cóncavo, pechos pletóricos, ausente y sin embargo llena de su propia trascendencia.

\*

Elsy Leuzinger (3) cree que en tiempos muy remotos los pueblos negros debieron de tener contacto con las grandes civilizaciones mediterráneas, incluso con la egipcia. Y ello nos ayuda a situar en la escala mundial estas obras a cuyos autores —so pretexto de nuestra ignorancia— no podemos seguir calificando de « primitivos » cuando no de « salvajes ».

Si la escultura en madera se degrada en un siglo, las piezas en piedra y metal resisten al tiempo y gracias a ellas se puede datar como del siglo XIII las más antiguas de sus producciones. Sacando las excepcionales obras *cortesanas* del Benín, en general la escultura negra comprende : *imágenes de antepasados* y *máscaras rituales*. Si las primeras son *estáticas*, las segundas resultan evidentemente *dinámicas*. A los antepasados, héroes, fundadores de reinos o de dinastías se les asimila a un culto personal : protegen a quien los lleva consigo, a quien los venera. Su papel, como vemos, es más bien *pasivo*. ¿Qué diferencia hay entre el *antepasado* y el mero *fetiche*? (4). En general el fetiche es un simple amuleto a veces toscamente realizado por el mago de la tribu.

Las máscaras, en cambio, dan poder, fuerza. El franciscano belga Placide Tempels, que en su libro *Philosophie bantou* ha estudiado a fondo las creencias de esa tribu, dice : « Lo que llamamos magia no

(3) Elsy Leuzinger : *Afrique*, París, 1962.

(4) « En portugués *feitico* significa artificial, *factitius* ; después, encantamiento mágico, brujería » (G. Van der Leeuw : *La religion dans son essence et ses manifestations*, París, 1948, pág. 24).



ESTATUA DE MADERA DE LA TRIBU YORUBA (NIGERIA OCCIDENTAL)



ESTATUA DE BRONCE DE LA TRIBU JEBBA, EN NIGERIA SEPTENTRIONAL (FOTO A. BOUEDO)





es otra cosa, para el bantú, que la utilización de las fuerzas de la naturaleza que Dios pone a la disposición del hombre para acrecentar su potencia vital », ya que en el centro de la concepción religiosa de estos pueblos encontramos permanentemente las nociones de « fuerza vital », de « energía universal », alrededor de las cuales gira todo pensamiento y actividad.

Las estatuas, las máscaras están íntimamente ligadas a todas las actividades de la comunidad. Desde las « escuelas de iniciación », todos los acontecimientos importantes son presididos por estas imágenes cargadas de poder : la concepción del nuevo ser, el acceso a la pubertad, la muerte —los tres episodios fundamentales de la vida— se mueven en sus órbitas alrededor de las estatuas tribales. Porque ellas son « operatorias », no mera decoración como tenemos demasiada tendencia a pensar, y constituyen verdaderos vehículos de fuerza, de poder.

\*

Tratemos de seguir el proceso que lleva a la creación de estos mediadores, de estos intercesores indispensables para la vida de la tribu y de cada uno de los individuos que la componen.

El herrero del pueblo se ve generalmente investido del poder semisagrado de tallar las esculturas rituales. De la madera recién cortada, aún verde, se reserva los troncos o las gruesas ramas en las que deberá realizar su obra. Ya que, salvo raras excepciones, la imagen debe ser tallada de un solo trozo de madera, sin encolados ni clavos. El herrero en su doble función de *médium* y técnico, se aleja, se interna en la selva : en una palabra, se separa de la tribu, ya que es en soledad como debe encontrar los medios de *visualizar el mito*. Como dice René de Solier en un memorable ensayo (5) : « En realidad ni el creador ni el que usó de la imagen puede decirse que descifren un universo estático : lo modelan creando simultáneamente formas y significaciones. » Es decir : su actividad no traduce el mito sino que contribuye a *determinarlo*. Porque no hay que pensar que entre pueblos que desconocen la escri-

tura, el mito sea algo preciso y de contornos definidos. Ni tampoco que el artista —ningún artista en ninguna época— se haya contentado con *vestir* el mito para darle una apariencia plástica. Como dice Pierre Francastel (6) : « El arte es una construcción, un poder de ordenar y de prefijar. El artista no traduce, inventa. »

No hay duda de que la mayoría de las veces el herrero-artista apenas si es capaz de dotar a la figura que talla de los atributos que la comunidad espera de ella ; no obstante, en ciertas ocasiones privilegiadas ese *médium* logra *enriquecer el mito* por medio de lo que nosotros llamamos belleza, expresividad. Noción a la que las tribus africanas son también sensibles. La experiencia fue realizada con miembros de las tribus Dan y Walega a quienes se les dio a elegir entre distintas piezas con el mismo reconocido valor ritual : en la mayoría de los casos se inclinaron por las mismas obras que hubiera elegido el más exigente experto en materia de arte.

En la escultura negra todo es rito y todo tiene, pues, una perentoria razón de ser. Hay una elección del artista, un lugar propicio para realizar la obra, un material apto. Si la madera y el marfil son considerados como materias *vivas*, en cambio la piedra y el metal pertenecen a las materias *muertas* del reino mineral.

La noción de lo sagrado y lo profano, del tabú (que ha estudiado Roger Caillois (7) en un libro ya clásico), son norma para la creación de la escultura negra. Si a pesar de todos los recaudos la imagen no llegara a poseer las virtudes mágicas que se esperaban de ella, su triste destino será el de convertirse en juguete de niños, mero leño desprovisto de toda fuerza operatoria.

Sin embargo, la estatua o la máscara negra no representan a un dios o a un santo. No son una concreción ideal, como la estatuaria griega, ni una forma —como la imagen católica— que alude a una instancia sobrehumana. Para René de Solier la estatua negra « concierne a un individuo

(6) Pierre Francastel : *Art et Technique*, París, 1956.

(7) Roger Caillois : *L'Homme et le Sacré*, primera edición, París, 1939.

(5) René de Solier : *Les Noirs*. (Véase Pierre Francastel : *Les Sculpteurs Célèbres*, París, 1954).

en estado de participación, gracias a ella estamos en los límites de lo sagrado y lo profano. La obra vale, pues, como lugar y pasaje ; como frontera y área ».

\*

Los occidentales damos más importancia a las fuentes escritas que a las no escritas de la Historia. Para entender a los pueblos africanos las estatuas negras resultan fundamentales puesto que esos pueblos *no han conocido la escritura*. Es decir, que las imágenes desempeñan un papel clave en la vida de la comunidad, puesto que el intercambio entre persona y persona se realiza al nivel de esas imágenes, lo que demuestra su poder expresivo y unificante.

Es más : la estatuaria negra equivale a nuestra Historia —que es archivo de las

mentalidades— y a la religión revelada en los Libros Sagrados, que estos pueblos no conocen. El mito opera sólo en las ceremonias rituales y no a través de una memoria abstracta que tiende a despersonalizarse. En una palabra, para decirlo con René de Solier : « El objeto habla en un mundo en que el pensamiento objetivante no tiene poder. »

Vista así, a su verdadera luz, la escultura negra asume una resonancia y una trascendencia que el *mero* gusto de los aficionados no llega ni siquiera a rozar. Ella forma parte de nuestra aventura humana sobre el planeta, con los mismos títulos que las obras más logradas de la cultura occidental.

Conocerla y entenderla es avanzar un paso más en nuestra propia comprensión.

LEON DE PLATA PROCEDENTE DEL DAHOMEY MERIDIONAL (TRIBU FON)



## ¿Tienta más, a escritores españoles e hispanoamericanos, la palabra que la idea?

POR ADOLFO DE OBIETA

**I** — FUNDAMENTO DE LA PREGUNTA: Quizá no sea justo suponer defecto de nuestra comunidad idiomática la profusión verbalista que poco se preocupa de disimular la vaguedad doctrinaria; la poligrafía universal que no ha llegado a condensarse en monografía seria; el dilettantismo escrito, hablado o actuado. Quizá sea defecto común que parece más nuestro por pertenecer a nuestra observación cotidiana, mientras de otras culturas sólo conocemos la traducido, lo que presupone alguna selección de la calidad sobre la cantidad. Pero como, mayor o menor, el verbalismo escrito es notorio entre nosotros (en ciencia, filosofía, literatura), la proposición de un examen público de conciencia no parece desprovista de razón suficiente.

La encuesta intenta, pues, preguntarnos entre españoles e hispanoamericanos, si el demonio de la palabra puede sobre el demonio de la idea; si preferimos la oratoria a la ciencia, el sermón al magisterio, la misteriosidad a la claridad; si el hamletiano «Las palabras que no animan pensamientos no alcanzan jamás al cielo» sigue siendo una advertencia útil. Hace dos mil años en Roma circulaba la expresión «*flatus vocis*» y hace trescientos ochenta en Londres fue escrita la frase de Hamlet: universalidad e intemporalidad de la dilección por la palabra mera, por el hablar o escribir como placer en sí. Y como de la palabra al libro no hay más que un

paso, recuérdese que Ortega y Gasset pudo decir que lo más fácil que puede hacerse con una cosa es escribir un libro sobre ella, mientras Chesterton, quizá algo más humorísticamente, se trata de persona que está siempre dispuesta a escribir un libro a la menor provocación. Con esta ligera erudición quiero destacar que la pregunta del título pudo hacerse a los romanos, a los ingleses isabelinos o victorianos, a los españoles de la generación del 98; si la enfilo a españoles e hispanoamericanos actuales es porque nos tenemos a mano, y además porque la encuesta bien entendida empieza por casa.

**II** — *Pacto previo*: Conformémonos con decir: comunicar ideas o pensamientos es comunicar afirmaciones de experiencia, percepciones, relaciones, intuiciones, para lo que se necesita que el texto se formule de suerte que el comunicado capte distintamente el contenido que quiere traerle el comunicante; comunicar palabras, en cambio, es comunicar una ilusión de experiencia, un sonido sugestivo, pero prácticamente de ningún contenido intelectual. Pero, por la inmemorial referencia de las palabras a las cosas, todo grupo organizado de palabras crea la presunción de un contenido intelectual, de un saber o noticia de cosas; presunción que aparece desestimada cuando las palabras no corresponden a ninguna intuición o percepción de un hecho o relación que se ha descubierto



o se desea proponer, sino que se las usa, escritas o habladas, para un mero jugar a reunir signos sin significación, aunque con ligamen gramatical y aparente coherencia de imágenes o raciocinios.

La invitación a soñar gracias a palabras más o menos cuidadosamente labradas, puede ser en arte y poesía un fin en sí, pero cuando se busca comunicar verdad, conocimiento, doctrina, si se reemplaza el allegarla por allegar vocablos, se cede a llamar la atención con una nada, a menos que el juego sea precisamente ese: intentar hacer creer en hondos pensamientos detrás de las palabras vacías, obtener un sorpresivo asentimiento a una simulada meditación, lo que es comicidad pura. (Además, esa brillantez puede ser superficial, no sólo en ciencia o filosofía sino en literatura, pues el arte tampoco es una sugestiva armonización de signos no significativos sino la expresión de una experiencia sustancial, un testimonio de haber sido, sentido y pensado.)

III — *Fascinación de la Poligrafía*: Los hispanoamericanos aparecemos heredando cierta vocación universalista al conocimiento y cierta limitación en el buscarlo; dispersión temática y atracción de la verbalidad pura, de reemplazar las ideas imperfectas por las palabras perfectas. Tentados por saber todo pero, sobre todo, por publicar sobre todo —a la vez mineralogía y cinematografía, política europea y derecho penal, gramática y cibernética, legislación laboral y física cuántica—, desfallecemos antes de aislar y caracterizar un hecho o relación e insertarlo en el plexo natural de hechos y relaciones. Naturalmente, esa tentación faústica o leonardesca existe en esclarecidos individuos de otras comunidades: es la vocación universalista de Aristóteles, Descartes, Leibniz; es Kant escribiendo: «Disertación sobre el Fuego», «Sobre si la tierra envejece», «Historia universal de la naturaleza y teoría del cielo», «Consideraciones sobre el optimismo», «Primer fundamento posible de una demostración de la existencia de Dios», «Ensayo para introducir en Filosofía el concepto de cantidad negativa», «Observaciones acerca del sentimiento de lo bello y lo sublime», «Definición del concepto

de raza humana», «Conjeturas acerca del comienzo de la historia de la humanidad», «Fundamentos de la metafísica de las costumbres», «Sueños de un visionario explicados por los sueños de la metafísica», etcétera, independientemente de las tres magnas «Críticas» y de muchos magnos trabajos.

Pero además de un poco pasado el tiempo no de interesarse en privado por todo hecho de la realidad (en la excelente tradición del «Nada humano me es ajeno»), sino de publicar trabajos no especializados cuando existen sus especialistas, la personalidad excepcional de Kant o Newton o Voltaire o Rousseau o Goethe o Schopenhauer —o de otros modernos, como Max Scheler— justifica sus escritos, y lo que pudiera parecer deficiencia de autocrítica se excusa por lo profundo de la curiosidad universal, lo que no suele ser nuestro caso; pues queda el mero espectáculo de intrusión de la palabra en el dominio de la teoría, y es difícil no sostener que el reloj ha funcionado negativamente.

Es muy agradable contemplar a la inteligencia militante queriendo abarcar la Realidad; conmueve el atletismo patético del cognoscente con lo cognoscible, las monumentales hipótesis de Spengler y la capacidad de Bernard Shaw para no dejar en silencio ninguna pregunta; pero cierto rigor es necesario cuando se trasciende a la publicación que casi siempre aparece como una jactancia, sin la ternura autobiográfica de los diarios íntimos en los que la historia personal de las ideas muestra la vicisitud del intelecto humano.

En nuestro sector se suele alabar a Menéndez y Pelayo o Emilia Pardo Bazán u Ortega y Gasset por su enciclopedismo y su poligrafismo, es decir por un ingente quantum de saber y por escribir con habilidad sobre variadas materias de ese saber. Es posible que en esos casos la admiración sea justa, pero no todos los de enciclopedismo y poligrafismo son de ese nivel; a menudo se trata de un enciclopedismo de diccionario o de liceo en que la pluralidad temática y el esplendor externo no corresponden a observaciones o meditaciones sino a divagaciones. Por un Alberdi que no malgasta una coma, cuán-

tos derrochadores de vocablos, sinónimos, premisas, tropos, guiones, paréntesis, perífrasis, digresiones, comparaciones, enumeraciones, asteriscos, «continuará», «sobre esto volveremos»... Ese conferenciante que después de ocho lecciones de hora y media sobre «Modos de decir adiós», explica al auditorio que el tema exigiría un año de ahondamientos y que dada la premura de tiempo y apretada síntesis «el tópico sólo ha podido quedar desflorado», simboliza un postergacionismo de pensar (pero no de dar conferencias o publicar artículos) muy nuestro, o una elasticidad problemática o programática que no permite llegar a una conclusión oportuna. Sí, cuando se es Sarmiento, Alberdi, Mitre, se puede hablar o escribir de sociología, historia, política, derecho, economía, filología, arte, filosofía y hasta teología; millares de observaciones útiles sobre el multiforme repertorio de la realidad circundante registran esos individuos a los que poco de lo natural y lo cultural deja indiferentes, que pertenecen a la familia de Leonardo, Goethe, Voltaire. Estos espíritus universales podrían ser a la vez hombres de rigor y de claridad, y se adivina que sienten la responsabilidad de comunicar sus opiniones no por el placer muscular de hablar o escribir, sino como parte de su sentido de servicio. ¿Quién puede negar que apasiona más lo que Einstein escribe —por lo demás con la brevedad de un pensamiento matemático— sobre religión o justicia, que lo que escriben decenas de especialistas universitarios? Pues no se trata del aficionado, sino del hombre universal llevado a esclarecer toda circunstancia que le es dable profundizar. Se debe, pues, distinguir una poligrafía legítima de una poligrafía ilegítima que declina hacia una grafomanía, como hay una oratoria legítima y una maníaca.

Croce, en carta a Vossler (1933) se pregunta por qué la cultura española «no ha dado a la Europa moderna ninguno de los conceptos y de los sentimientos que le han dado Italia, Francia, Alemania e Inglaterra», y contesta: «Porque la literatura española es una literatura sin filosofía... Es un hecho que a la civilización europea, que es como decir a la mentalidad europea, España no ha contribuido con

*ideas* como otros pueblos.» Algo de esto vienen a sentir Menéndez Pidal y otros lamentadores de las *dos* o *varias* Españas, que buscan reorientar a la culturalmente dividida patria hacia la unificación interna y la incorporación al ritmo de la más alta ciudadanía europea. No es herir a nuestra comunidad hispanoparlante, entonces, reconocer que su contribución filosófica o científica es débil al lado de las de Alemania, Italia o Estados Unidos —las bibliotecas de Metafísica, Ética, Estética, Psicología, Física, Matemáticas, lo testimonian—; y que, en cambio, abundan en diarios y libros los filósofos literarios o los científicos literarios, no el divulgador profesional o el escritor científico estilo Jean Rostand o Julián Huxley, sino el literato o el periodista que sin dominar la materia se empeña en su difusión, llegando a veces a límites de explotación demagógica del conocimiento. Aun a nuestros más consagrados ensayistas o sabios se les ve descuidar la economía verbal, o caer subrepticamente en un vacío vestido de palabra, inmadurez no meramente expresiva sino intelectual. No es la ininteligibilidad por poquedad total (ensayística científica), sino la de lo medio o cuarto-pensado.

Pues en la Escuela de Medicina funcioante en Buenos Aires a principios del XIX, podían todas las asignaturas repartirse entre el maestro de disciplinas médicas y el maestro de disciplinas quirúrgicas, como años más tarde Argerich necesitaría enseñar química neumática y química farmacéutica, fisiología, botánica, física y nociones de filosofía, o cómo, medio siglo después, ya organizados definitivamente los poderes, habrá que aceptar que donde no haya abogado titulado pueda ser juez algún estudiante de derecho o aficionado a las leyes, o, en otro campo, pueda hacer de médico algún alumno aventajado. Pero triunfante el principio económico de la división del trabajo lo mismo en lo material que en lo intelectual, bajo el signo de la especialización científica o técnica, se explica menos que el diplomado en solfeo enseñe arpa, y menos todavía que enseñe construcción de violines. Y si además enseña cosmonáutica y arqueología, y no deja de opinar sobre

finanzas o esoterismo (y no ex-hobby sino ex-cathedra)...

Parece que la poligrafía debería corresponder a casos excepcionales de polipensamiento, pues las « rara avis » no se dan precisamente en bandadas. Nuestra tentación es la poligrafía; nuestro riesgo la grafomanía.

III — *Hechos*: Como realidad-base, se me ocurre la confrontación de un texto que tipifica la dilección por la desmesura verbal en desmedro del rigor conceptual: se trata del prólogo a una traducción del libro de Victor Cousin *De lo Verdadero, de lo bello y de lo bueno*, publicada en Valencia 1873; prólogo escrito por el propio traductor. No creo haber elegido un caso-límite; simplemente uno de tantos. Señalar textos de autores vivientes hubiera sido ingrato para todos, a menos de ponernos en un plano de sinceridad ejemplar. He aquí dicho texto:

« La época presente nos ofrece un espectáculo tan triste como lamentable. La humanidad se agita sin descanso y no encuentra reposo en parte alguna. Los tiempos son de transacción, y la lucha, si la hay, será terrible. La civilización antigua ha sido escarnecida y relegada al olvido; y nuevas doctrinas, diferentes creencias y diversas costumbres han reemplazado a las antiguas doctrinas y sucedido a las anteriores creencias. Nuestros actuales tiempos, nuestra época presente, señalan una nueva edad en el terreno histórico, marcan una nueva etapa en la vida de los pueblos. En este cambio radical y completo ¿la Humanidad ha conseguido algunas ventajas? ¿La civilización y la ciencia moderna son superiores a la ciencia y civilización antiguas? Es muy cierto y evidente que la Humanidad ha avanzado en las vías del progreso; mas estos adelantos, estos progresos, ¿son tan justos como legítimos y tan razonables como verdaderos? »

Para contestar estas preguntas no tenemos más que fijar nuestra mirada en los diversos Estados y nacionalidades que constituyen, componen y forman nuestro viejo continente. ¿Qué descubrimos? ¿Qué es lo que vemos? Aquí en nuestra patria, se ha derrumbado con estrépito la más

secular y veneranda institución, cuyo origen databa del tiempo de Ataulfo, y en su caída rápida y vertiginosa ha arrastrado consigo doce generaciones de reyes. Más allá, en la tierra de Carlo Magno y de San Luis, de Bossuet y de Descartes, se agitan sin cesar las muchedumbres, y seducidas por ideas deslumbradoras, tan falaces cual los últimos rayos del vespertino crepúsculo, se agrupan en distintos bandos que, mirándose frente a frente, se amenazan con la destrucción y la muerte. Lamentables errores gubernamentales, lastimosas equivocaciones políticas han creado en las últimas clases de la sociedad. »

Partamos de una base impersonal y clásica: que la sencillez es virtud, lo mismo que la claridad y, en lo posible, el rigor y la concisión; y que la ampulosidad, la equivocidad, la vaguedad son falencias. (Aquí mismo, yo, heredero, alargo a cada momento la exposición; una carilla habría sido suficiente para una neta posición del asunto.) Gracián lo dijo en frase consuetudinariamente repetida, o sea incumplida.

Véase, pues, con paciencia tal vez justificada por la intención didáctico-polémica, distintas técnicas del alargar:

— *La época presente nos ofrece un espectáculo tan triste como lamentable.*

Prescindamos de la exactitud de la opinión: se necesitaría profundísima erudición comparativa; pizca de inocencia en aserciones valederas para Valencia 1873 o Buenos Aires 1964; quejumbre sobre cada « nuestra época ». En cuanto a la forma: en la primera frase la primera comparación innecesaria; no bastó optar por « triste » o « lamentable » o aponerlos: « triste y lamentable »; comparación sin valor comparativo aceptivo ni interjectivo.

— *La humanidad se agita sin descanso y no encuentra reposo en parte alguna.*

Agitarse sin descanso-no tener reposo. Aun: en parte alguna.

— *Los tiempos son de transacción, y la lucha, si la hay, será terrible.*

Indecisión y aun contradicción.

— *La civilización antigua ha sido escarnecida y relegada al olvido; y nuevas*

*doctrinas, diferentes creencias y diversas costumbres...*

Triple redundancia de nominación y adjetivación.

— *han reemplazado a las antiguas doctrinas y sucedido a las anteriores creencias...*

Pertenece a la *novedad* de un hecho sustituir (cronológicamente) a otro; nueva triplicidad de sinonimias: reemplazar-sucedir, antiguas-antérieures, doctrinas-creencias.

— *Nuestros actuales tiempos, nuestra época presente...*

idem.

— *señalan una nueva edad en el terreno histórico.*

Si nueva edad, es en la historia; un problemático « terreno »; además « actuales », en la frase precedente, ya involucra no-antiguo, nuevo.

— *marcan una nueva etapa en la vida de los pueblos.*

La variación edad-etapa y terreno histórico-vida de los pueblos, no agrega cantidad ni calidad.

— *En este cambio radical y completo...*

Como « cambio radical y radical »: no es forma aumentativa.

— *¿la Humanidad ha conseguido algunas ventajas? ¿La civilización y la ciencia moderna son superiores a la ciencia y civilización antigua?*

Humanidad-civilización, además de ciencia. Si superiores, lo son sobre lo precedente.

En fin:

— Es muy cierto y evidente

— que ha avanzado en las vías del progreso;

— mas estos adelantos, estos progresos,

— ¿son tan justos con legítimos y tan razonables como verdaderos?

— Para contestar a estas preguntas no tenemos más que fijar nuestra mirada en los diversos Estados y nacionalidades

— que constituyen, componen y forman nuestro viejo continente.

— ¿Qué descubrimos? ¿Qué es lo que vemos?

— Lamentables errores gubernamentales, lastimosas equivocaciones políticas.

— Y no vemos ni oímos, no atendemos ni escuchamos...

— La ciencia por excelencia, la madre y cabeza de todas las demás...

— Encontró la ciencia en un estado de desolación y desorden, tan aflictivo como desconsolador...

IV — *Perplejidad*: Esta repetición es un sistema de machacar para que algo quede, una técnica de púlpito? Pero aquí no hay grandeza de conceptos, ni siquiera una mediana fraseología. En una cátedra u oratoria, podría la exaltación excusar la insistencia de pensamientos; pero al prólogo de un tratado filosófico traducido debe exigírsele rigor, como tiempo que se resta al interés del lector por el autor. Pero a ese traductor no le falta ímpetu para hurtar al libro un capítulo importante, con esta notícula: « A continuación de este capítulo y antes de pasar a la teoría de lo Bueno, consagra Cousin un largo capítulo al arte francés en el siglo XVII. Nosotros hemos prescindido de él, no tanto por su poca importancia, cuanto por hallarse lleno de ideas falsas y erróneas, defecto de todos los autores franceses, que creen que es su patria la primera del mundo en adelanto, cultura y civilización » (1). Aun-

(1) Ya se está cerca del traductor que suprime o refuta no un capítulo íntegro sino todo el libro y lo lanza a la publicidad. Para una posible « Psicología del traductor español » (quizá más *alargatore* que *tradiitore*) aporote estos episodios:

a) Nota del traductor F. L. de Luis a su versión de *Así hablaba Zaratustra*, en que acota: « Cuando en el decurso de esta traducción se encuentren párrafos como éste, antiliterarios, u otros falsamente esotéricos y oscuros, no se impute la causa al traductor, que ha estado en comunicación con la doctora Isabel Forster-Nietzsche, y ha puesto toda su buena voluntad, luces y cuidado en encontrar el sentido claro, aunque profundo, de esta obra, si es que lo tenía, y en poderla exponer de ese modo sencillo y diáfano en que siempre han sido escritas y expuestas las obras grandes de los hombres verdaderamente grandes. Mas todo ello ha sido inú-

que en este lugar su modestia le impide reflejar su verdadero pensamiento agregando: «Pues somos los españoles los que lo somos», en otros tampoco falta al traductor-prologuista-censor soltura para exaltar su nacionalismo en notas del estilo: «¿Qué ejemplo más grande de desinterés y de sublimidad que el que nos ofrece Alfonso Pérez de Guzmán en la heroica y memorable defensa de Tarifa?»

til y gran número de veces he tenido que dejar en oscuro lo que en oscuro fue concebido y escrito. No se olvide que su autor murió loco, y, en fin, que el traductor, pese al celo y honradez que ha puesto desde la primera a la última página, ni admite esta obra, ni quiere sumarse, sumando su testimonio favorable, a los tan numerosos en todos los tiempos que muy acertadamente calificó Cervantes al decir: «Los necios alaban lo que no comprenden.»

b) Nota del traductor Demetrio Núñez a *Historia de la Filosofía* de Emile Bréhier, donde con cierta colaboradora discreción pone su indiscreción de observar al autor el uso de «inconsciente» para procesos psíquicos según él «subconscientes».

c) Polémicas normales del traductor Eduardo L. Chavarrí con sus traducidos (Biblioteca Villar de biografías musicales). Por ejemplo: cuando Roland Manuel (*Mauricio Ravel y su obra*) estima que la bullente magia de «Scheherazada» de Rimsky-Korsakov no consigue ocultar ciertas indigencias de forma que ocultan un orientalismo un tanto fácil, Chavarrí anota: «Dejamos al autor toda responsabilidad de tales afirmaciones»; cuando Roland Manuel hace una afirmación sobre los «Valses nobles y sentimentales», el traductor anota: «El lector apreciará el alcance de tal comparación». Parece preocupación del traductor no dejar a solas al lector con el autor; reclama como necesaria la trilogía autor-traductor (crítico o co-autor)-lector.

d) Caso clínico (o mejor quirúrgico) de traductor que no quiere dejar de ser autor (como mejorador, glosador, señalador o empeorador; algunos reúnen todas estas calidades) es el de *Hatha Yoga*, de Ramacharaka. Sobre una materia abstrusa (para el occidental) explayada en más de doscientas (claras) páginas, el traductor invierte seis breves notas.

En la primera, cuando Autor dice que la «salud es el natural estado del hombre y la enfermedad es la carencia de salud», Traductor socorre con: «Para mejor comprender la idea del autor cabe poner por ejemplo los conceptos ordinarios de *calor* y *frío*. En realidad, el frío

Tampoco es el caso de la repetición, variación o enumeración como recurso artístico. Ni de un supuesto estilo coloquial. Ni del valor mágico de la palabra-verbo o logos. Es el mero palabrismo, o papi-rismo, es la anodina palabra de papel, eco desleído del antiguo lenguaje formulario y reiterativo, conservado en el ámbito notarial y protocolar tipo: «Da, entrega, cede y transfiere y pone en su lugar», en

no existe, sino que es *menos calor* con relación a nuestra sensibilidad climática. Lo que es calor para un organismo viviente puede ser frío para otro y viceversa. » (¿La recíproca no es verdadera, también?) En la segunda nota ya no se resigna a colaborar glosando, sino que se adelanta al lector para que no se le confunda con un obsecuente o un ignorante; y cuando Autor dice: «la muerte en edad temprana sería tan rara como ahora lo es la por accidente», Traductor replica: «Eso debe ser en la India, porque en Europa y América se cuentan cada año por centenares de millares las muertes por accidentes de automóviles.» (La muerte por accidente, Traductor, sigue siendo un hecho raro, estadísticamente hablando. Además, la India no tiene automóviles, pero tiene inundaciones accidentantes.) En la tercera no hay diálogo con Autor, sino con el lector: «No extrañe al lector que alguna que otra vez apliquemos a la palabra 'yoga' el artículo masculino 'el', aunque en rigor conceptivo es femenina. Está todavía en forma ambigua, como las palabras 'puente', 'mar' y otras.» (La explicación es más ambigua aún; no define el criterio del 'alguna que otra vez' en que masculiniza a 'yoga', y no se sabe qué significa la femineidad 'en rigor conceptivo' — 'método' o 'tomate' ¿en qué rigor son femeninos en Francia y masculinos en España, o Sol femenino y Luna masculina en Alemania?) Ya en la cuarta nota Traductor no resiste más su papel secundario de sólo primer lector del libro y episódico glosador, y corrige a Autor, pues a su concepto sobre la función del estómago, observa: «El autor no expresa exactamente el concepto de la digestión», exponiendo la doctrina correcta. La quinta nota es una serena bondad al lector: «Conviene advertir que según los yogis el prana, o la prana, como con mayor propiedad gramatical debiera llamarse, es la energía universal, la única energía que se manifiesta en las diversas modalidades de electricidad, luz, magnetismo, calor y fuerza vital.» (Como Traductor aquí es amable, yo me permito sugerirle que preferiría «energía única a «única energía», para acentuar la unicidad y evitar confusión.) En la sexta nota, luego de sesenta

que nada parece dicho o válido hasta la tercera repetición o sinonimia. Es la logorrea, la ecolalia (2).

V — *Digresión sobre la sinonimia*: Vuelvo a escuchar a mi maestra de segundo grado que aconseja, universalmente: evitar la repetición de la misma palabra, para lo cual se debe buscar un «sinónimo»: así, una página literaria viciada por contener dos veces «ebrio», se perfecciona con sustituir la segunda por «beodo». Esa maestra es para la sensibilidad artística mayoritaria la mentora definitiva, y así el profesional, el burócrata, la madre de familia que escribe a su hija, por poca educación estética que conserven, cuidarán no repetir el mismo vocablo por lo menos cada diez páginas —o treinta, según la autoridad de Flaubert—. Se puede inferir en consecuencia que Calderón de la Barca fue mal alumno de escuela primaria, pues escribió:

páginas de, al parecer, consenso con Autor, Traductor reacciona inesperadamente como para que el lector no crea que está entregado. Cuando Autor creía ya contar con el aplauso final y, sin sospechar la quinta columna, ya sonriente escribía: «Las ínfimas formas de la vida animal poseen una casi ilimitada capacidad de renovación, pues se renuevan del todo con tal que se les deje una pequeña parte de su cuerpo como base de renovación», Traductor acota: «Por supuesto que dejamos al autor la responsabilidad de todas sus afirmaciones.» Aunque la advertencia no lleva signo de admiración ni está escrita con mayúsculas, se siente el énfasis de la independencia. (Ya sabe el lector: con esta salvedad, *Nihil obstat*. Pero el lector queda perplejo al no comprender por qué en vez de traducir Traductor no escribió su propio libro con la correcta doctrina.)

(2) Habría que agregar, a la ya soslayada «Psicología del traductor español», la «Psicología del prologuista español», dada la propensión a no dejar al autor que comience tan pronto a ser leído, ímpetu prefacial heredado por publicistas y directores de colección hispano-americanos, que prologar a menudo es mero prolongar. Un solo ejemplo entre varios que podría recoger en mi corta biblioteca: una edición española de *La lucha por el derecho*, de Ihering, hace preceder las 131 páginas del texto traducido, por 4 páginas del traductor (Posada) y 64 del prologuista (Claudio Alas), lo que da un pro-

Porque no *sepas* que *sé*  
que *sabes* flaquezas mías...

o:

en que todo se *acabó*  
y esto sólo no se *acaba*.

El crítico medio (de segundo grado) de poesía o literatura, por su parte, aconsejará no repetir en el mismo verso la misma vocal o en un vocablo la misma sílaba o consonante, para evitar cacofonía o monotonía —casi todo el mal arte, al parecer—.

La preceptiva escolar, pues, no prohíbe repetir la misma idea, no combate la pobreza o inexactitud de percepciones, pero sí la falta de variedad de vocablos para el mismo objeto, o de vocales y consonantes por cláusula. Lamento disentir de aquella tradición, aunque preferiría volver a ser aquel crédulo alumno cazador de sinónimos y no el escéptico de hoy que ni siquiera sabe si está bien o mal repetir el mismo término en la misma esquila, pues

medio de más de media página de otro autor por cada página del autor.

Quedaría todavía la «Psicología del *completador* o *actualizador*». Sólo recuerdo el caso de un conocido esquema de *Historia Universal*, en la que en poco más de mil páginas se resume la evolución de la Tierra y la Humanidad desde el origen del tiempo hasta 1940, y a la que el editor argentino ha encontrado oportuno agregarle un capítulo de sesenta páginas para los años 1940-45, pero, sobre todo, cuatrocientas páginas de *historia de América*, además de la historia americana que ya contenía el texto inglés proporcionalmente al plan original de la obra. Yo quisiera reconstruir el proceso mental que llevó al editor a inventar esta ampliación de un texto ejemplarmente conciso, concebido para dar un vistazo a la línea evolutiva desde el Génesis hasta 1940; y a la vez el proceso mental del historiador complementante que en estilo de gato y perro con el autor, nos abanica su erudición acerca del pensamiento dantesco sobre los antípodas o la esfericidad de la Tierra, en el mismo número de páginas en que el autor nos hace recorrer la edad de los peces o Mahoma y el Islam.

Es difícil concebir esta predilección por mechar un tratado propio en un tratado ajeno. ¿Ejercicio de humildad? ¿Anotar, complementar, glosar, actualizar, pretextos para disimularse como autor? ¿Tratadistas tímidos, ya que no vergonzantes tratadistas en busca de ocasión?

ocasionalmente pudieran ser elegancias el repetir y el no repetir; pero me atrevo a preferir que el esfuerzo por retener sinónimos se aplique a enriquecer el vocabulario útil de términos inequívocos (aceptivos, significativos); memorizar sinónimos sería la riqueza de los múltiples « alias » de los delincuentes, aprovechada por la policía para detener a tres presos y veinticinco apelativos que abultan la noticia y tranquilizan a la población, como dirá algún autor.

Sinónimos estrictos no debería haber. El empeño por dominar la abundante sinonimia española en sustantivos, verbos, adjetivos, debería el parlante hispanoamericano, de vocabulario pobre, derivarlo hacia habituarse a conocer con propiedad el nombre de los objetos, o a procurar que el idioma asimile o cree nuevos vocablos útiles en el orden del mirar, sonreír, saludar, esperar, cuidar. La sinonimia, en sí incolora artística y prácticamente, carente de valor pedagógico u oratorio, es, al contrario, un no-valor, un prejuicio o forma de la nada, menos sugestiva que la igualdad  $4 = 6 - 2$ , pues a ésta puede concebirse alguna aplicación; la sinonimia es una de las variadas caducidades de la inteligencia humana, y celebrar el caso ebrio-beodo-borracho-temulento-alcoholizado-dipsómano es celebrar la riqueza del cero. Si a veces puede parecer eficaz para librarnos de la reiterada sensación auditiva de la misma palabra, es porque nos falta

(3) Aquí, a la doble sombra de un asterisco y un paréntesis —para que más se entrelea que lea la búsqueda de una « Psicología del Polígrafo »— consigno unos cuantos dictámenes —entre otros menos válidos y alguno netamente inválido— sobre la « grafomanía » española e hispanoamericana, provenientes de un crítico hispanocubano de fines de siglo (Fray Candil o Emilio Bobadilla : *Grafómanos de América — Patología Literaria*, Madrid, 1902). Cualesquiera sean las reservas sobre este patólogo más de cantón periodístico que de laboratorio, excusado en las exigencias repentistas del periódico (aunque también es cierto que en el apresurado criticar lo recién leído uno puede equivocarse en más y no siempre en menos), se puede reconocer que conoce el paño de nuestra sastrería literaria o poética.

« La manía de borrajear papel que, como todas las manías, presupone un estado mórbido ce-

decisión para destruir el hábito de creer sentir desagradable la repetición de una palabra, admitiendo como necesaria la repetición de su idea...

Pero si la sinonimia es en sí indefendible, el juego mal disimulado de sinónimos para ocultar la pobreza de la idea patentiza nuestra capacidad de inocencia. « Este cambio radical y completo » es como decir « este cambio radical y radical », sin que este segundo « radical » valga siquiera para engrosar la *cantidad* del primero, pues no equivale a « muy radical » o « radicalísimo »; no es aumentativo, al menos en nuestro idioma. Si adicionara un matiz perceptible —cualitativo o cuantitativo— ya no sería sinónimo. Lo mismo para la perífrasis o circunloquio. Pero acaso con ese rigor es menos fácil llenar páginas para encuadernarlas con frecuencia (3).

VI — *Mera hipótesis* : Un talentoso amigo que comparte la preocupación por nuestra tendencia al verbalismo, la tautología y la poligrafía, imagina que el hablar o escribir español no tiene el propósito que suponemos todos y que en algunos países se practica, de transmitir pensamientos, y por ende no es objetable, como parecemos hacer aquí. Su descubrimiento sería que el hablar, y subsidiariamente el escribir, es el modo de cantar de los españoles que no tienen voz para el canto. El que habla lo hace por placer de cantar, y el que es-

rebral... se manifiesta en todos los pueblos; pero en ninguno tal vez como en los pueblos de raza española... Las causas son muchas y complejas... la falta de instrucción o la educación al modo de la primera educación de Gargantúa... en la semicultura... La gente no estudia; o lee atropelladamente; pero escribe, o mejor, garrapatea... »

« ...Pero los grafómanos de América española, aquejados de logorrea, carecen de educación clásica; de conocimientos científicos; ignoran hasta su lengua; escriben a topa tolonadro, sin plan, con el solo fin de producir efecto; inventan palabras; abusan de los tópicos de relumbión, describen abigarradamente lo que no han visto ni en pintura, se enamoran de lo exótico, a través de los escritores franceses; los deleita la *ecolalia*, y para que nada les falte, adolecen de una vanidad enfermiza, *egotismo*, que diría Stendhal, sorprendente... »

cucha, esperando su turno. Y este cantar, con el placer laríngeo y auditivo de la vocalización, es un acto de la convivencia cordial, como en otros el apretón de manos o el golpear de espaldas. Podríase también decir: lo que es un silbar para los porteños; nadie pretende que se transmitan pensamientos por el silbar. El escribir, en los españoles, es el canto de hablar con la boca cerrada.

Mi amigo se pregunta también por qué los españoles, después del siglo XVII, empezaron a destinar la palabra menos a transmitir pensamientos que al placer de cantar, pues por lo que se sabe los españoles de los siglos XV y XVI eran acaso los más sólidos pensadores, investigadores y exploradores europeos. ¿Por qué tenían filósofos, juristas, biólogos, médicos, humanistas, matemáticos, y hoy tienen como en desuso el estudio de problemas? ¿Había entonces también «charlistas» orales o escritos o el charlismo reemplaza al intelectualismo?

VII — *Invitación*: Si el asunto fuera considerado examinable, podría invitarse,

« En España no hay escuelas literarias; los problemas estéticos... no preocupan a nadie, salvo a alguno que otro que, como Menéndez y Pelayo, publican tomos y tomos para probarnos que tenemos estética y filosofía, y... la estética no aparece. Lo que es yo, no la veo. El ingenio español no brilla por lo analítico; incapaz (salvo excepciones) de comprender, y mucho menos de admirar, las complicaciones y sutilezas de las almas enfermas, refinadas y penetrantes, toma, como D. Quijote, los pellejos de vino por gigantes. La gangrena escolástica nos come... »

« Nuestra literatura, impropriamente llamada clásica, adolece, *en general*, del vicio... de no decir nada entre dos platos. Mucha metáfora con elefantiasis, mucha fanfarria lírica; en resumen: hojarasca... Asociaciones mecánicas que no corresponden a ninguna asociación real de pensamientos... »

« La *Antología de poetas líricos castellanos* que publica ahora en Madrid Menéndez y Pelayo, da la idea más triste de la índole poética de nuestra raza. Apenas si se halla una nota sincera, verdaderamente lírica, en el fárrago de tanto ripio altisonante. Creo firmemente —y el asunto se presta a no pocas reflexiones— que no somos poetas. Versificadores sí, más o menos ceñidos a las reglas gramaticales y retóricas... »

« La poesía no se da en razas que gastan su energía hablando por los codos. Los verdaderos

por ejemplo, a Francisco Ayala y Julián Mariás (españoles), y Germán Arciniegas, Alberto Wagner de Reyna y Ezequiel Martínez Estrada (americanos). La colección de tales respuestas, y acaso el traslado de cada contestación a los demás cuestionados, ayudaría a esclarecer si es verdad que nos apasionan más las frases que los hechos y las ideas. Expreso mi anhelo de ser ampliamente rectificado, o por no estar probado que prefiramos las palabras a las ideas, o por probarse que es nuestra superioridad preferir las palabras a las ideas.

VIII — *Palabras y Palabra y Silencio*: Por tradición el uso de la palabra más que el de la razón o el del pensamiento han solido definir escolarmente a la raza humana. Y los juegos de palabra o a la palabra reconocen abolengo y son festejados en la esfera poética y lúdica, lo mismo cuando Gorgias o Alcuino o Wilde. Y nadie ignora que hay una palabra mística, una palabra mágica, una palabra-Fiat. Obviamente, no es sobre esa palabra sobre la que se está prevenido, ni siquiera

poetas hay que buscarlos en los pueblos taciturnos, reconcentrados y lacónicos. El espíritu se repliega en sí mismo, medita, se *siente vivir*, sueña, y la visión interior es más intensa. El cerebro no se ha cansado en charlas inútiles... De aquí que hablemos como cotorras; toda esa fuerza que se escapa en el hablar, falta luego para la ejecución del acto. Por donde la acción, o queda trunca, o no se realiza. Nótese que los espíritus pensadores, meditabundos, son muy sobrios, casi mudos. Por el contrario, los espíritus superficiales se descosen hablando... »

« La adjetivorrea —enfermedad de la raza, que muchos confunden con la riqueza léxica... »

« En Cuba llaman, por lo común, buen orador al que habla sin pararse, como una fuente; poco importa que delire. El toque está en dar gritos, gesticular mucho (como un molino loco), y, sobre todo, en no pararse. ¡Qué facundia, qué poco de oro!, exclaman los cronistas asombrados... »

Como se ve, los « ripioramas » (a veces verdaderos « ripiogramas »), la descripción de la « ripiorrea » debida a este fogoso patólogo no ha perdido demasiada actualidad. Y si se agrega que el propio idioma —gramaticalmente hablando— es palabrero, o al menos longilíneo... En fin, ¿es una casualidad que el actual campeón mundial de hablar más días sin parar (1963) sea un hispanoamericano?



contra la palabra-espectáculo de la oratoria o los torneos medievales. («Y casi siempre se disputa por palabras, ni siquiera por conceptos, nunca por cosas... No dogmas. No rigurosas reglas. No sistemas. La palabra misma: el encanto de la palabra»: Arturo Capdevila, sobre Abelardo.)

Sí, en el XX, tanto o más que en tiempos de la Paideia o del Trivio y el Cuadrivio, debe reconocerse el sortilegio del Verbo y la fecundidad del Logos, diluídos humanamente en palabras escritas o habladas. Pero cuando se pretende usar la palabra no para fines mágicos o lúdicos sino

informativos —en un mundo de alto tecnicismo conceptual y simbólico— y sólo quedan palabras huérfanas o náufragas sobre al papel, se añora ese Silencio que los romanos supieron deificar y esculpir. Y si es necesario vestirlo de papel, pues álcese la condigna estatua de papel en blanco.

También puede conjeturarse que los millones y millones de palabras habladas o escritas cada día, sólo buscan subconscientemente recobrar la Palabra Perdida, previa a su vez a ese Silencio en que culmina la reconciliación con la plenitud de lo Creado.

MAGALHAES : « PROBLEMAS Y PREOCUPADOS (1964)



# La lección a los desposeídos: Martínez Estrada

POR H. A. MURENA

**E**XCÚSEME la necesaria referencia personal. Hace pocos años yo mismo escribí ciertas páginas sobre la obra de Martínez Estrada, páginas de censura a veces agria, pese al fundamental respeto por el valor del pensamiento de este hombre que en ellas anotara, páginas de disidencia a menudo tajante. Y estaba bien. Está bien, pienso, que escribiera páginas de disentimiento y negación, y está bien porque era entonces, y sigo considerándome ahora —en la personal medida en que puedo alcanzar los problemas, se descuenta,— *su discípulo*. Porque creo que en el campo intelectual el absoluto acuerdo con un maestro no llega a significar en suma más que un hombre perdido para el intelecto, una experiencia desperdiciada, y porque supongo que un discípulo, una vez que es discípulo, una vez que ha recibido la

lección, debe —en nombre de eso superior que está por encima del maestro y del discípulo— tratar de prolongarla, debe disentir, por todo ello me parece bueno que haya disentido con Martínez Estrada, y que siga disintiendo ahora, naturalmente.

¿Qué alcance tiene entonces ese nombre que me aplico, el nombre de *discípulo*, o, mejor dicho, por qué encontré en Martínez Estrada al maestro? Como todos los que en América sienten, digamos, alguna inquietud mental, como todos, es decir, incluyendo a aquellos que se someten al orden aparente de una universidad o colegio de humanidades, mis lecturas, mi precaria formación, fueron las de un autodidacto, vagas, caóticas, gobernadas por las desesperanzas y los apetitos tan diversos que cada día trae. Un estudiante de filosofía o literatura al que cada año se le cambia caprichosamente el plan de estudios total, para darle al fin de cuentas una información sumaria sobre los temas más inconexos entre sí, aprende bien pronto, si es lo suficientemente honesto como para no haber decidido ya ser también él profesor sobre esas bases, que lo más justo es seguir en sus lecturas y estudios a su propio capricho, a su inquietud del momento. Un muchacho que frecuenta bibliotecas parte de la misma conclusión a la que termina por llegar el estudiante; en la selva en la que se interna se detiene sólo cuándo y dónde se lo manda su voluntad, su interés. O sea que da lo

*En la ciudad de Bahía Blanca, donde estaba instalado, ha muerto Ezequiel Martínez Estrada, una de las figuras fundamentales de la cultura argentina y latinoamericana. Como homenaje, Cuadernos reproduce aquí fragmentos de un ensayo de su correspondiente H.A. Murena, que en el momento de ser publicado significó el punto de partida para la reapreciación de la obra de Martínez Estrada, y que luego fue incluido en el libro El Pecado Original de América.*

mismo: se lee mucho y con toda arbitrariedad. Se lee mucho, especialmente en cierto período, adolescencia, fines de la adolescencia, cuando se descubre de verdad el mundo de los libros, cuando en el ardor sin fin de las tardes y las noches surgen a cada paso en el corazón y el cerebro propios las teorías y los estilos como nuevos, como bellas fogatas, que se apagarán al paso siguiente, al encontrarse que lo nuevo ya había sido inventado en los siglos infinitas veces por otros. Pero no importa, nada importa entonces, ningún golpe es suficientemente fuerte todavía: se sigue adelante. Ayer fue un tomo de Spengler, recorrido a la carrera, a saltos, entre la incomprensión de muchas cosas, el asombro y el sobrecogimiento; hoy es el descubrimiento de Flaubert; mañana se tropieza con Baudelaire y se cree en su satanismo con fe, como en un secreto personal; pasado mañana se fumarán demasiados cigarrillos antes de lanzarse al vértigo de un párrafo de Hegel; y así cada día: Dostoiewsky, De Quincey, Rimbaud, Nietzsche, y mezclados con ellos Baroja, D'Annunzio, Descartes, Galdós, Spencer, y así. Es una fiesta y una lucha, un frenesí en realidad. Todo amigo es un camino lleno y rico, pleno de promesas, que se abre de pronto en el universo de los libros y las ideas; las recomendaciones sobre una obra desconocida se reciben con unción, como un santo y seña; las conversaciones son siempre combates que se libran con armas toscas y con ferocidad. Adelante, sin parar, adelante. Dormir, comer, amar son actos despreciables, tiempo perdido, y las luces que más brillan en la noche de la ciudad, las únicas, son las de las librerías de segunda mano. Se puede ser pobre de solemnidad, y sin embargo cuando cada día se entra en la biblioteca, cuando se toman los libros, uno se convierte en un rey infinito, con vastos dominios para elegir. Se cae en una buena hora en manos de Stendhal, y se piensa que en la vida ya no será posible hacer sino novelas; después, en un momento de mayor paz y lejanía, se vuelve por quinta o sexta vez a Kant y se entiende por casualidad un pequeño mecanismo ignorado antes que va abriendo todas las puertas, y durante meses se prueba el placer

preciso y amargo de la filosofía, y se consagra uno en forma definitiva a ella... hasta que aparece Garcilaso o Rilke o Petrarca o Dante o Verlaine o cualquier otro para despertar la persuasión de que nunca se había buscado en el fondo más que la poesía. No es de otra forma: se trata de una embriagadora épica, de una gesta para la cual es posible cambiar de atavíos, de campos de lucha, de enemigos, según el más libre paladar. Hoy aquí y mañana allá: es una libertad que no exige esfuerzos. Claro que eso no es todo, que entretanto se van produciendo otros extraños fenómenos. Empieza como una especie de divorcio; uno se va poniendo sordo para la gente, la entiende cada vez menos, y la gente lo entiende cada vez menos a uno. No es tranquilizador el modo en que este mundo irrita, raspa ahora la piel con cualquiera de sus aristas, desde las caras y el lenguaje que se oye hasta la mísera y fea arquitectura de la ciudad y lo que en ella ocurre. ¡Todo lo que se ha visto en los libros europeos es tan hermoso, tan dramático, tan denso, en suma, tan vivo comparado con lo que nos rodea acá! Así se va aprendiendo que esta realidad es un detalle que evitar. Se recluye uno por eso más todavía entre los libros, pero, como no se trata de un juego, como de verdad se quiere vivir seriamente con todo el ser, llega el momento en que se siente que hay que dar una prueba de la pasión y la inteligencia que con acalorada generosidad uno se atribuyó, se siente que hay que escribir, crear algo. De esta manera se presenta el instante grave. Si la decisión es por la poesía, se lee mucha poesía y se fabrica otro tanto, hasta que una tarde o una noche cualquiera, en una calle, en una plaza, en un café, mientras se recita mentalmente un poema propio, se cala de improviso la falsedad, la gratuidad de ese poema respecto a la calle, a las caras que se ven en ella, al paisaje que se distingue desde la plaza, al silencio, a las voces o al estruendo que puebla el café, gratuidad que consiste en que el poema no tiene en esencia ninguna relación con lo que lo rodea, que no es ni una afirmación ni una negación ni una superación del *sentimiento* que circula en torno al autor. Y el autor se confiesa a sí mismo, si

es sincero, que dicha gratuidad significa nulidad, porque sabe que ningún poeta ha sentido, desde Dante hasta Eliot pasando por Homero, ni podrá sentir una falta de relación tal entre sus versos y el *sentimiento* de su tiempo y lugar. ¿Pues cómo se podría crear poesía no gratuita en un mundo del cual se está segregado? Si se opta por la filosofía, todo resulta aún peor. Elijase el tema que se elija, la cuestión es infinita. ¿Cómo acumular en poco o mucho tiempo la erudición inmensa que ha complicado ese tema durante siglos, cuando se carece de la temprana y sistemática enseñanza europea? Y más: ¿cómo suplir la tradición europea, ese alimento cultural que es el nacer y vivir en el solar originario de la cultura que se ejercita, la ayuda que representa para entender a Hegel, por ejemplo, el hecho de haber respirado siempre y respirar en un lugar al que en una época llegó y en el que dejó de cualquier manera su marca el hegelianismo? La voluntad y el denuedo pueden silenciar estas preguntas durante cierto tiempo. Se estudia sin cesar, se investiga con fiebre; pero la biblioteca ya no es el acogedor sitio de antaño; cuando se entra ahora en ella se miran sus vastas paredes cargadas de volúmenes como una amenaza que nunca se superará, su techo pesa como plomo, los ficheros despiertan desde el principio un cansancio sobrehumano: uno está en ese recinto como un criminal que ignora su delito ante un tribunal que lo ha condenado a muerte de antemano. Y es sabido que en una fea hora cada cual acaba por decirse a sí mismo francamente que es imposible. No se pueden compensar las desventajas, el tiempo perdido. Siempre falta algo por conocer, y lo que se concibe es siempre basto y torpe frente a lo que un europeo es capaz de idear. Por lo demás, si se piensa hoy algo que parece original, se tiene también la certidumbre de que mañana se sabrá que lo mismo ha sido pensado con mayor justeza anteayer por un europeo. Se trata entonces de ser un difundidor, un repetidor. ¡Un repetidor! ¿Hay vanidad en nuestro rechazo? Pero ¿cómo puede haber vanidad en querer lo que todo hombre tiene derecho a querer, en aspirar a poner frente al altar de esa verdad que ha elegido como prin-

cipio de su vida una ofrenda que, por insignificante que sea, haya sido conquistada por él, por su trabajo, una ofrenda no usada ya por otros, unas flores frescas y no recogidas del rincón de los desperdicios? ¿Acaso para sufrir no tenemos que sufrir con nuestro propio cuerpo y con nuestra propia alma? ¿Acaso el día de la muerte alguien nos prestará su humanidad para que vayamos a sepultarla en lugar de la nuestra? Pero al parecer nos ha sido negado ese derecho. Y conviene más no hablar de lo que ocurre cuando se quiere hacer novelas sobre gentes a las que se desdeña y no se entiende. La cuestión es que todas estas son experiencias devastadoras. Después de ellas se puede volver, sí, a la biblioteca: pero como a una cárcel, no como al reino de la libertad. La biblioteca se torna el hospital al que se va por estar enfermo, porque es la única puerta abierta. Uno no puede creer que aquel vivo, aquel apasionado frenesí fuera a conducir a tal fin. Sin embargo, no es de otro modo. Y quedan entonces dos caminos. Queda la obstinación insensata de desoír esas experiencias, de proseguir leyendo, manipulando lo trillado, de sepultarse en un mundo artificioso, de viajar a París, de escribir muchos artículos o libros totalmente inocuos, que lee sólo la propia familia, y de tener como ideal supremo el de instalarse en forma definitiva en Europa. Y como naturalmente no se puede pensar en volverse folklorista o nacionalista, como no se sale de la casa del engaño para meterse en la mansión de la estupidez, el otro camino que queda es el que siguen los camaradas que caen, que huyen de las cada vez más raleadas filas de la biblioteca, presa de desesperanza abismal, para precipitarse en la trivialidad, en el dinero, en matrimonios buscados como drogas, a fin de conseguir ese total y súbito olvido del fervor tan característico entre nosotros en el trance de la juventud y en seres que estaban llenos de él, ese camino que es la sorda tragedia de una resignada satisfacción, de una salvación pírrica, de una floja gordura que ha sido nutrida con los despojos de un alma destrozada. Y cuando ve uno esos dos caminos, desde el borde mismo de ellos, se siente triste y humillado como un chico

al que han descubierto en un juego sucio y tiene que contentarse con una pobre disculpa, con una mala salida. Y no era eso, no era un juego sucio lo que buscábamos con las lecturas y los pensamientos. No habíamos ardidado así por estar enfermos. ¡Por cierto que lo que habíamos querido en todo momento era vivir y ser más y más!

Debo agregar que la posibilidad de esas experiencias se presentó para mí y para los de mi edad en los últimos años de la década del 30 y en los primeros de la del 40, cuando —aunque nosotros no lo supiéramos conscientemente entonces— la mano del poder conservador había terminado por sumir al país en el letargo en el que se estaba incubando la volcánica crisis posterior. Ese letargo, que consistió en el abandono de todas las esperanzas legítimas que pueda alentar una comunidad, que encubrió y favoreció el fraude, el peculado, el abandono, la indiferencia, y que fue tan persuasivo como para llegar a fraguar una complicidad activa o pasiva casi total, si se exceptúan pequeñísimas minorías, ese letargo, digo, vino a sumarse a las características habituales del país para aumentar la sensación de impotencia, nulidad, de *inexistencia* espiritual que generalmente ha podido experimentarse en él. Se respiraba un aire muerto y estancado, y cuando imaginábamos que ésa podía ser la atmósfera definitiva una paralizante angustia nos atacaba. En realidad nos hubiera bastado con tener algunos años más para saber que no siempre había sido todo así, que algo estaba ahora mucho más podrido que nunca en Dinamarca. Pero se trataba de las primeras miradas de reconocimiento en torno, y nos sentíamos como fantasmas andando entre cadáveres. Comenzábamos a sospechar que el secreto estaba en la realidad en que nos movíamos, balbuceábamos nuestras primeras acusaciones, pero en esos días el desconcierto nos hacía dormir poco y comer menos.

Fue entonces cuando encontré los libros de Martínez Estrada, «Radiografía de la pampa», «La cabeza de Goliath». Allí estaba. El hombre que había escrito esas páginas había sufrido también las devastadoras experiencias que nosotros acabá-

bamos de pasar. ¡Pero qué revelaciones había que arrancarle a su propia destrucción! Además resultaba evidente que su vocación primera apuntaba al arte, que era un artista. Busqué y leí sus libros anteriores, libros de poesía. Mala poesía, decorosa, esto es, mala, la verdad sea dicha sin eufemismos. Su rubenismo bien aprendido, su cultura sabida, los progresos del verso libre sumados, pero en definitiva poesía gratuita. Los temas ecuménicos y el lenguaje curiosamente castizo descubren la convicción de poder tratar lo universal en un pie de igualdad. ¡Él también se había sentido rico de todas las riquezas europeas, dueño de todos los derechos, con puerta franca para cada libertad! ¿Y después? Después el colapso. ¿Por advertir la gratuidad de esa poesía? Tal vez. No interesa cómo. Pero de todos modos el colapso. Descubrirse súbitamente con las manos vacías, como el más pobre de los pobres que hayan pisado la tierra, viendo que el rubenismo y la cultura y los progresos del verso libre son sólo trajes prestados. También él entonces en medio de la enfermedad, como nosotros en ese momento. Y allí la lección. La lección desde la noche cerrada que arde en sus libros, desde las más hostiles circunstancias, y sin ninguna componenda del alma ni del cuerpo, pero justamente por eso la única lección que estábamos dispuestos a aceptar, la de quien hubiera salido al desamparo en que nosotros nos hallábamos, la de quien no silenciara lo que nosotros estábamos pasando, la enfermedad, la de quien se refiriera a lo más real que habíamos encontrado, la enfermedad. Habíamos quemado nosotros mismos ya demasiadas vanidades como para poder tolerar las palabras de vanidad de los que presumían de sanos. Queríamos ahora la bebida verdadera o nada. La lección de esos libros, y la de los que vinieron después, la lección de esos libros que, tras la fracasada poesía, se alzaron como un cuerpo de densa poesía, de tenso dramatismo, de robusto pensar. ¿Y en qué consistió la lección?

Digámoslo de entrada: los americanos somos los parias del mundo, como la hez de la tierra, somos los más miserables entre los miserables, somos unos *desposeídos*. Somos unos desposeídos porque lo hemos

dejado *todo* cuando nos vinimos de Europa o de Asia, y lo dejamos *todo* porque dejamos la *historia*. Fuera de la historia, en este nuevo mundo, nos sentimos solos, abandonados, sentimos el temblor del desamparo fundamental, nos sentimos desposeídos. Es el primer sentimiento que da la pura condición humana, es la condición humana misma. Porque precisamente el hombre es esa extrañísima criatura que no tiene un ser dado y cerrado a todo de antemano, como la piedra, como el animal, que viven en el éxtasis de sus propios seres conclusos, sino un ser sólo posible, recién iniciado, que debe hacerse él mismo. Ni el ser acabado de la piedra ni el no ser: el hombre es necesidad de ser, sentimiento de lo que le falta para ser, angustioso sentimiento de desposesión en medio de un extraño mundo. Con el ser concluído, cerrado, el hombre sería un dios o una piedra; la humanidad es la angustia de ser posible, sólo posible, es el horrible sentimiento de lo que se carece para ser, el vértigo de sentir a fondo que no se es nada: eso somos los americanos, a secas, parias.

Porque en los mundos antiguos hay un *padre* que guía en estos primeros pasos graves, que protege contra la crudeza del mundo, que mitiga esa sensación de desposeimiento. Ese *padre* es la historia. Los mundos antiguos están encubiertos por un manto de sentido que generaciones y generaciones de seres humanos les han ido inculcando, son menos mundo en el sentido en que el mundo es hostil, en que *le falta* al hombre para ser. En cada aldea, en cada campo, en cada ciudad, la leyenda de un árbol, el recuerdo de una batalla librada quién sabe por qué poder o por qué ideales, el espíritu que un antepasado infundió a algo en bruto mediante una interpretación, los nombres cargados que se deslizan en la conversación, la antiquísima piedra la brada que un campesino desenterra por azar y guarda porque intuye oscuramente su prestigio, todo eso se entrelaza para formar un abrigo dulce y poderoso, la historia, en suma, una sombra paterna a cuyo amparo se puede aprender sin angustias a amar un oficio, una mujer, la tierra; se aprende a ser, y bastan pocas cosas grandes o pequeñas para lograrlo plenamente.

Ése es nuestro secreto de americanos, la herida por la que gotea lenta y dolorosamente, por la que se nos va, nuestra vida: no tenemos historia, no tenemos padre. Es un feo secreto, capaz de asustar a cualquiera. Pero es así. Cada inmigrante que llega pierde la protección de esa sombra paterna, cercena en forma súbita ese cordón umbilical por el que le llegaba el alimento para el alma. Empieza para él el tiempo de la hez, el tiempo del paria, el tiempo del hijo de nadie. Y ninguna comunidad tiene historia porque como son todas de crecimiento inmigratorio cada día la historia acaba de comenzar en muchas de sus células. Cuando se pasa de haber sido, de haber tenido una raíz clavada en el centro de la tierra, de haber estado con las espaldas protegidas por un pasado de esplendor y eficacia, al campo raso y batido por el viento, al desarraigo, y a la ironía de ser colocado de pronto entre interrogantes, de ser una mera, una problemática posibilidad, se saca carta de ciudadanía en la patria de los pobrecitos del mundo, de los que han nacido sin el derecho a invocar el nombre de un padre, se cae vertiginosamente.

Ése es nuestro secreto: de todo a nada. Y convengamos en que se trata de una cosa bastante fuerte para empezar. Los pueblos antiguos, que partían de la nada, se sintieron espoleados por ese sentimiento de desposesión a forjarse un estilo, cada uno según sus posibilidades, para penetrar en la realidad, para adueñarse de ella. Directamente de la angustia de la desposesión ha surgido el racionalismo de los franceses, el sentido de la justicia de los romanos, la valentía de los españoles, la profunda sentimentalidad de los rusos, el sistematismo alemán, y así. Experimentando sin remedio el estremecimiento de la pura condición humana, tuvieron que poner por primera vez en acción los resortes que componen el alma humana, tuvieron que ser hombres. ¿Con qué hemos respondido nosotros, americanos, a este desafío del mundo, a esta incitación a ser hombres? Es un secreto a voces: hemos respondido con miedo. Claro que no se trataba de lo mismo, claro que ellos habían partido de no tener nada y nosotros de haberlo tenido todo, claro que el príncipe no soporta si

de un día para otro se le manda a oficiar de caballero o de mendicante, claro que no era nuestra la culpa de que la piel se nos hubiera vuelto demasiado blanda. Pero, dígame lo que se diga, hemos respondido con miedo. La prueba resultó desde un principio demasiado para nosotros. Y el alma se nos echó a correr hacia atrás. Huyó. Se encerró como una bestia desfavorada. Como un pobre animal de fina raza al que la muerte le pasa excesivamente cerca. No pudimos soportar la sensación de desposeimiento, la condición humana: fuimos la ostra que cerró las valvas, que renunció a la perla antes que soportar el aguijón del mundo. Pero no era tan fácil, y sin duda que fue entonces cuando cometimos el primer acto grave, decisivo. Esa sensación de desposesión, esa angustia intolerable que no pudimos afrontar, fue un abismo que cerramos dentro de nuestra alma, que ocluimos con terror, que sellamos con cien candados. Pero el aire de los abismos cerrados dentro del alma se pudre, es sabido, se pudre sin remisión, y se filtra a través de los taponos y de las losas y los candados y se expande por todo el ser y no hay nada que no contamine con su pestilencia. Empezamos a tener la obsesión del mal olor de la desposesión, e hicimos infinitas cosas para espantarlo. Pero nada puede calmarnos, y en cada cosa vemos inscripto el veredicto secreto, el nombre que queremos ocultar: desposeídos.

Pienso en muchas cosas, en realidad en cualquiera de las que nos ocurren. Pienso, por ejemplo, en lo que nos ocurre con el dinero. Que somos una sociedad mercantil, que somos fenicios, que somos Cartago es cosa que nos ha sido repetida y que hemos comprobado muchas veces como para que alguien la ponga en duda. Pero ¿cómo se explica eso, cómo se explican las míticas fortunas vacunas, los pavorosos latifundios, la increíble codicia que anima el trajinar cotidiano de los habitantes de estas tierras? No se explica, por supuesto, achacándose a una estimación excesiva del dinero. La proverbial generosidad de los americanos, su curiosa propensión al despilfarro, están ahí para dementir esa tesis. Hay que reflexionar, por el contrario, en lo que le sucede al avaro.

El avaro no desea tener más dinero que los demás, sino que siempre siente que tiene menos que cualquier otro, que no tiene nada, y es justamente la verdad lo que dice al mentir sobre esos asuntos. Lo mismo nos pasa con el dinero a nosotros. Nos sentimos desposeídos del alma, y queremos restañar esa herida con dinero, con bienes materiales, con algo que, como es ajeno al alma, jamás nos calma, jamás nos aplaca. El dinero es siempre un triste sustitutivo, y los millones podrán anestesiar o matar un alma, pero no comprarla, curarla. Como desposeídos, seamos ricos o pobres, estamos siempre ansiosos de bienes materiales, precisamente porque no los codiciamos, porque buscamos en ellos un remedio espiritual que no pueden darnos. Apilamos y quemamos fortunas porque nunca *tenemos* realmente dinero, su sentido. Queremos ser fraudulentos, queremos engañarnos, queremos decirnos que tenemos algo. ¡Pero por cierto que es difícil engañar al alma!

Pienso en la sintomática cuestión de nuestra medicina. ¿Qué significa que un país pobre y lento en cuanto al adelanto de las profesiones y las artes llame en cierta medida, aunque sea limitada, la atención mundial por su destreza en la cirugía y en otras ramas de la medicina? La respuesta es obvia: significa que los resortes de nuestra comunidad están singularmente trabajados por el temor a la enfermedad, a la muerte. Sí, no caben dudas de que se va demasiado a ver al médico entre nosotros, de que se piensa demasiado en la muerte entre nosotros: la tranquilidad es muy escasa a ese respecto. Ocurre asimismo que ese temor no puede justificarse por un milagroso aumento de las dolencias, sino por una discriminación del impulso vital, pues la muerte se percibe con tal intensidad anormal justamente cuando faltan las fuerzas para sumergirse en la vida, en el éxtasis de la existencia. ¿Nos faltan las fuerzas? ¿A nosotros? ¿A este pueblo en exceso robusto, que se alimenta sobremanera bien, le faltan fuerzas, lo intimida la idea de las enfermedades, de la muerte? Es que la fuerza nos falta en el alma: nos sentimos desposeídos hasta del derecho a la vida. Y por eso cuidamos tanto la salud, por eso comemos tanto,

y por eso la gordura es una coronación. Porque estamos poseídos por la muerte.

Pienso en nuestra soberbia, a la que en cuanto se la mira con un poco de atención se la descubre en su verdad de endeble disfraz de la falta de valentía, de esa falta de valentía que es nuestra obsesión, que es lo que más tratamos de desmentir, porque es en lo que incurrimos cuando hubo que afrontar la desposesión, la condición humana.

Pienso en la forma desesperada en que defendemos nuestra libertad ante cualquier cosa. Ante el amor, por ejemplo, ante el matrimonio, que es para el hombre argentino una secreta y temible mutilación. Pienso en la consiguiente respuesta de la mujer argentina, que cree defender el amor defendiendo el matrimonio, y que termina por satisfacerse amargamente con el vacío trance legal del casamiento. Defendemos así la libertad y el amor porque imaginamos no tenerlos, sentimos que cualquier cosa puede arrebatárnoslos. Y de tal modo, para defender una libertad y un amor sobre los que no nos sentimos con derechos, los convertimos en todos los órdenes en libertinaje y en fórmulas, en caricaturas de sí mismos, en soledad.

Pero no interesa seguir adelante en esta deprimente enumeración de las frustraciones que nos ha inculcado el rehuído fantasma de la desposesión. Cada uno de nosotros sabe bien lo que lleva entre el pecho y la espalda. Cada uno conoce la noche.

Nos basta con observar que también sobre nuestra vida cultural se ha echado esta enfermedad, que también allí ha clavados sus tentáculos. No quisimos aceptar que no teníamos cultura, que la cultura se hace hincando las rejas del pensamiento en el mundo que se pisa, nos resignamos a ingerir lo que nos llegaba ya preparado y masticado de Europa. Lo cierto es que no podíamos: era un trago muy amargo. La cabeza daba vueltas ante esta realidad de simple apariencia pero ininteligible. Era el vértigo cuando se miraba hacia ella, el gran mareo que sacudía las piernas del ser. Acostumbrados desde hacía mucho a tragar pensamientos ya hechos, nos habíamos olvidado de la inaudita valentía que

significa pensar por uno mismo. Tan inaudita como la aparición del hombre entre los animales: ni más ni menos. Pero nosotros no quisimos aceptar la condición humana, la desposesión. Y como todos los que han sentido miedo, en seguida nos tornamos fraudulentos, pretendimos arreglar la cuestión baratamente. Leyendo y leyendo, acumulando conocimientos tal cual habíamos acumulado dinero. Pero el caso es que los *conocimientos* no son *cultura*. Y que la *la cultura*, el pensar sobre las cosas, el adueñarse de ellas mediante el propio pensamiento, es *tan necesaria* para el hombre como la comida. Porque el hombre tiene espíritu, simplemente. Y pretender calmar el hambre del espíritu con conocimientos es como querer saciar el hambre del estómago con agua. Eso llena e hincha en el momento, pero pasa y no se asimila, porque es imposible asimilarlo, y se necesita siempre más, más. No hubo nada diferente en lo que nos pasó a nosotros con la lectura. La cultura verdadera es para el hombre el título que lo declara amo de la realidad, y nosotros hemos pretendido imponer nuestro patronazgo sobre ella exhibiendo el falso título de los conocimientos. No debemos sorprendernos entonces de haber contraído el ansia de los ilegítimos, el frenesí de la lectura, la angustia de la erudición. Los falsos linajes se alimentan de confirmaciones. Es una fiebre irrefrenable. El que no piensa por sí en las cosas vive de lo que « se dice acerca de » las cosas. Y como a cada momento « se dice » algo diferente, es menester estar siempre al tanto de lo que « se dice » de nuevo, se es esclavo de la inquietud por saber « lo último que se ha dicho ». Diverso es lo que acontece con lo que uno arranca por sí a las cosas, pues eso es lo definitivo para la propia vida y pasa a la integrarla con la misma certeza y la misma fatalidad que el corazón, que los pulmones, que cualquier órgano. Los conocimientos son un falso saber, son falsos órganos que hay que cambiar cada día. Y ese falso saber es el vicio de los desposeídos de la cultura. Es nuestro vicio, no nos engañemos.

Sobre la conciencia de ese vicio se alza la obra de Martínez Estrada. Contra ese vicio. Repitémoslo: sobre la conciencia de



ese vicio. Es importante. Significa que Martínez Estrada fue entre nosotros, en las peores condiciones, un hombre. Quiere decir que se levantó como el primer hombre del espíritu: aceptó la desposesión.

Después del rubenismo, después de Lugones, después de Rodó, que presumían que la cultura americana podía ser una cultura ecléctica, es decir, una cultura que tomara un poco de aquí y un poco de allá, una cultura hecha con un retazo de Grecia y un retazo de Francia, una cultura partícipe, dueña de todas las culturas, Martínez Estrada, después de haber practicado él mismo en sus poemas tal presunción, entendió, dijo que no, quemó las naves fáciles. Ése fue el colapso: advertir que el eclecticismo era un vicio, vislumbrar a través de él la paralizante verdad de la desposesión. Y aceptarla: entender que la cultura viva, la tan necesitada cultura, es el fuego que se inicia con la chispa de un

*« De todos modos, los deberes del escritor son otros bien distintos que los del historiador áulico y del boletínero; y su responsabilidad incomparablemente más grande, no tanto en sus deberes profesionales cuanto por la influencia que ejerce sobre el lector, que es agente transmisor y fecundante de cultura. Esa gran literatura argentina que pudimos tener y no tenemos, es una vianda riquísima en vitaminas indispensable para la salud y robustez del país. Porque poseyendo la materia prima y los artistas capaces de realizarla, se malogran por inhibición y falso sentido de la misión del escritor. Hoy, creo, el escritor se esfuerza en una empresa más noble que la del de hace treinta años; sabe que la disimulación nos ha conducido en bloque de pueblo e instituciones al actual desastre; sabe que la realidad verdadera, la inexorable y obstinada realidad, es el modelo que debe respetar, y que la veracidad es un mérito en el oficio cuanto un deber de conciencia. Pero escoge todavía lo pintoresco, y, en los asuntos, aquéllos que circunscriben la acción del personaje a un ámbito de individualidad, de modo que pueda alcanzar la jerarquía de un ente auténtico autónomo, mas no la de tipo representativo. »*

E. MARTINEZ ESTRADA: Muerte y Transfiguración de Martín Fierro.

acto de valentía, del acto que cumplió el primer hombre cuando se irguió y se atrevió a mirar el horrendo mundo, a recoger en sus ojos las imágenes hirientes, a pensar.

Ésa ha sido su lección a los desposeídos. Tomar esa aguzada facultad interpretativa, teórica, que nos caracteriza, que delata nuestro ansioso estado de despojados, y torcerla, doblarla, volcarla sobre sí misma. Se valió de la extraña fuerza de la fiebre para luchar contra la enfermedad. Utilizó el virus, la podre, para vacunar, para sanar. Y no hay nada que conozca mejor los recursos, las celadas, el arrastrarse de la enfermedad que el virus de la misma enfermedad. Porque es el virus contra el virus: la espada exacta. Ello explica que haya un abismo entre Martínez Estrada y las obras anteriores a él. Se me dirá Sarmiento, se me dirá Alberdi, se me dirá Martí, se me dirá Echeverría, se me dirá Ingenieros. Respondo que eran hombres que acertaban con la verdad una vez por semana, un poco por azar, mientras que Martínez Estrada tiene la verdad a cada minuto, sin parar. Son autores cuyo texto hay que ponerlo contra un espejo para poder desentrañar en ellos de vez en cuando un síntoma preciso de lo que les ocurría, de lo que nos estaba ocurriendo: el texto de Martínez Estrada es siempre de una lucidez estremecedora. Las palabras de los otros son quejidos de enfermos que se van tornando más expresivos a medida que la enfermedad estrangula más. Pero sólo eso: quejidos que el médico debe interpretar. Las palabras de Martínez Estrada son la dramática y exacta descripción de la enfermedad hecha por el mismo, son la voz de un médico narrando sin concesiones la génesis, el desarrollo y las perspectivas de un cáncer que se ha instalado en su propio cuerpo. Vayamos al fondo de la cuestión: Martínez Estrada significa el surgimiento de la conciencia de América. Por primera vez la conciencia, después de una desgarrada existencia en bruto, puramente animal; significa la entrada de América a la humanidad.

Yo no conozco dentro de la cultura americana, y no de la argentina solamente, no de la suramericana solamente, sino dentro de la cultura de América toda, un he-

cho más fundamental que la obra de Martínez Estrada, pues esa conciencia de la enfermedad, ese lanzamiento de la conciencia contra la enfermedad, constituye la apertura de la posibilidad de toda cultura, del conocimiento vitalmente válido que el hombre tiene de lo que es. Y el mal que se describe con extensa minuciosidad en «Radiografía de la pampa», en «La cabeza de Goliat» en «Sarmiento» y en «Muerte y transfiguración de Martín Fierro», no es, aunque esté accidentalmente expresado en términos argentinos, sólo argentino. Es el mal argentino y el mal mexicano, el mal norteamericano y el mal chileno, el mal colombiano y el mal peruano, pues es el mal americano, como se advertirá en ese texto en el que a través de una de sus manifestaciones está puesta en descubierto la raíz, el germen, del mal común a todos. No obstante, ocurre un fenómeno singular y notorio respecto a Martínez Estrada: no se habla de él lo suficiente, ni siquiera entre nosotros, no se venden sus obras lo suficiente, no se leen lo suficiente. Martínez Estrada no tiene los discípulos, para negarlo o para afirmarlo, que debería tener. Y ¿cómo es posible no ser discípulo de Martínez Estrada cuando se tiene una vocación cultural, si Martínez Estrada nos ha abierto la puerta a la cultura? Se dice que su obra es de carácter sociológico, se dice que la vigencia de su palabra está limitada a este país, se dice que las aspiraciones de cada cual son más amplias, que cada uno tiene derecho a tratar lo universal y que eso es lo que corresponde. No y no. Los libros de Martínez Estrada no son de índole sociológica, sino ontológica. Pues no se refieren a una accidental situación por la que atraviesa una comunidad, sino a una instancia de ser o no ser, a un problema de vida o muerte, a una deuda que hay que pagar antes de poder arribar a lo universal. Y cuando se arguyen aquellas excusas lo que se pretende es evitar el pago de esa deuda, otra vez se quiere volver al camino de los falsos conocimientos, a la mendacidad que sobreviene cuando se elude el profundo reconocimiento de la desposesión. Se rechaza con equívocos la obra de Martínez Estrada porque esa obra suena con dureza. Así nos duele en los oídos

porque es la voz de la conciencia resonando en medio de la noche de nuestra culpa para señalarnos la desposesión. El hecho de que nuestro falaz mundo cultural se haga oídos sordos a ella no es por último más que una nueva prueba de que difunde la verdad. ¿Quién puede recordar otro destino para un profeta?

Porque la obra de Martínez Estrada, tanto por el sentimiento como por el entendimiento, es de naturaleza profética. Digo profética en el sentido de *anunciar con anatemas el advenimiento de un orden superior*. Ese orden superior que se anuncia es la entrada de América al orden humano, la aparición de la conciencia, del espíritu capaz de asegurar una vida plena. Y de lo que Martínez Estrada se vale para anunciarlo es del anatema, de la inculpación, de la descripción del pecado que nos aparta de ese orden superior, de la denuncia de la enfermedad que nos aleja de la salud, de la salvación.

En tal capacidad profética de anunciar el nacimiento espiritual de esta comunidad, Martínez Estrada integra una poderosa corriente nacional que afloró en los años posteriores a la primera guerra mundial y que, tras de concretarse en diversos movimientos culturales y en muy dispares esfuerzos personales, alcanzó su realización más característica —a mi juicio— en la obra de cuatro escritores que, con Martínez Estrada, son Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea y Leopoldo Marechal.

Se puede afirmar sin vacilaciones: cuando el tiempo haya pasado, cuando la perspectiva sea suficiente, resultará obvio que fueron estos cuatro hombres, junto con algunos otros de menor importancia, los que han tornado posible —en grado diverso— el hecho de escribir entre nosotros. Será cosa de manual que estos hombres son los que han tenido la valentía de desplazar nuestra actividad espiritual hacia bases inquietantes y exigentes, pero por primera vez fértiles y verdaderas. Por eso se han convertido en nuestros padres. Nuestros primeros padres. Porque ¿quién de entre los que han llegado después puede adelantarse con la conciencia tranquila y negar serles deudor, no en poco sino en mucho, negar esa paternidad, refutar esa influencia?

## Acento francés en nuestras letras

POR AUGUSTO ARIAS

**S**ABE ANDRÉ MAUROIS que el primer contacto de un joven francés con España se hace casi siempre a través de Corneille, ese gran buscador del Cid e ingenio españolista que hasta cuando escribe tragedias romanas las ve « como Séneca y Luciano, ciudadanos españoles del tiempo de Nerón ». Y si es verdad que Víctor Hugo, Teófilo Gautier, Musset, descubren España a su modo, así como algunos españoles quieren interpretar la sonrisa de París, los contraluces del Sena o la armoniosa geometría de los jardines franceses, mientras Barrès penetra el secreto de la angulosa antigüedad de Toledo, la semejanza o el tono cercano no dejan de reflejarse en motivos que se parecen, y hay a veces en las letras españolas, cierta gracia de aire mecido que se viene de lares franceses.

### Romances afines

Es cuestión averiguada que las influencias de la Chanson de Roland en la gesta del Mío Cid, son más de forma, aparte los rasgos coincidentes que vigorizan al héroe francés y a Rodrigo Díaz de Vivar. Campos iguales aquellos en los que miden sus fuerzas esos caudillos parecidos y existencia del problema de la contaminación que consiste en atribuir iguales poderes y milagros, hechos y victorias, a personajes de la misma época que llegan a erigirse en representativos de su edad y conductores de su destino, con más que esos actores afianzan la fuerza igual de paisajes medie-

vales por los que van los del caballeresco impulso al lado de los suyos : en la gesta española el Obispo francés D. Jerónimo, como el Arzobispo Turpín de la « chanson », y Roland, « destre braz » de Carlomagno, frente al sobrino del Campeador, Alvar Fáñez, llamado también brazo diestro.

Por otra parte, el fondo común de la naturaleza humana resuelve, sin fatigosas explicaciones, lo que aparecería un tanto arduo en capítulos de literatura comparada, y es asimismo innegable la huella de la costumbre, el aliento que marcha, como vencedor de las fronteras, para envolver un tiempo en el que por parentesco de la sensibilidad, aciertan los hombres en expresiones que pueden traducirse mutuamente. En el caso de los franceses y los españoles, vale el intercambio de los romances en cuyo crecimiento suelen remirarse como que se vienen de las mismas raíces, y ya en la flor del arte, en el logrado fruto del hombre que es la representación de los vitales motivos, en la palabra que une al color la música, resaltan calidades dominantes o aligeras de ritmo interior o externo, que es en donde alienta, para mover o reposar, el acento.

Los *Milagros* del Maestro Gonzalo de Berceo —el que pedía por su fabla de juglar un vaso de bon vino—, proceden, en gran parte, de la colección del trovero francés Gautier de Coincy y el alejandrino de esas primeras prosas profanas que se dedican a narrar los casos en los que por intercesión de la Virgen María se salvan sus de-

votos de los mayores peligros, aun cuando fuesen pecadores, y no obstante la culpa. flotan al final, como inmunes, en las arreboladas nubes de la fe, es de ascendencia gala y llega a España en las medidas de los monjes de Cluny, como más tarde el encañilado propio de los oídos franceses.

### Rostro de los románticos

La influencia de que hablamos se vuelve universal en el siglo XVIII y se dijera que la sutileza de su espíritu prende en todas las ramas de la cultura, inclusive en las de las colonias de América. Como apuntan los historiadores, España se aparta de sus grandes clásicos del siglo de oro, para buscar a los de la Francia de Luis XIV. Continuidades o renuevos del filosofismo y la enciclopedia se propagan en Europa, y alientan, en nuestros países, a los ingenios que se buscan en los derechos del hombre. Vendrán después, de fuentes francesas, el romanticismo y el realismo, aquél de raíces en la Alemania de Goethe. Aquellos son los días de Carlos III, que quisiera modificar a Madrid de acuerdo con las líneas parisienses, pero sin que pierda castellanos módulos; la edad de la puerta de Alcalá y los jardines de Aranjuez, de los textos de Montesquieu y los libros de Voltaire y de Rousseau, de la Academia de la Lengua y los atisbos del periodismo.

Entre los precursores españoles del ensayo se alista un escritor al que algunos llamaron afrancesado, el Padre Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro, quien, casi sin advertirlo, inaugura un nuevo género en letras castellanas, por más que ya fueran adelantados ensayistas el Fray Luis de *Los nombres de Cristo* o el Quevedo de *Los Sueños*.

En tal composición de modernos perfiles, se imprimen los valores de la disciplina y de la libertad, porque Feijoo parte del *Discurso sobre el Método* de Descartes y viaja también, curioso y vario, por las edades del espíritu y de la naturaleza. No tendría, precisamente, las cualidades de Voltaire español que se le atribuyeron, pero dueño de la información numerosa y la universalidad indagadora de los franceses de la época, su *Teatro Crítico* es espectáculo

ilustrado y en las *Cartas Eruditas* se manifiesta amigo del libre examen. Su prosa muestra « galicismos de palabra y galicismos sintácticos » y, sobre todo gana en elasticidad y ligereza, pierde los giros circulares y sustituye la hinchazón del hipérbaton con trazos elípticos que señalan como el principio de un estilo directo del que disfrutarán los lectores con auténtico gusto de partícipes.

Pensó Feijoo que a la preferencia por los griegos, había que oponer un estudio del idioma de los franceses, y si creía en la capacidad del español para todos los matices de la expresión, sentíase inclinado a buscar en nuestras lenguas lo que pudiera intercambiarse o adaptarse como propio, por afinidad de sangre.

Así llega más tarde a manos de Mariano José de Larra, gran lector de los franceses, una prosa menos ampulosa que se corta naturalmente y en otras veces sonríe con amargor cerca de aquella sentencia en que se busca adrede el sino del desencanto: escribir es llorar. Fíguro, maestro del artículo irónico, conciso, con remembranzas de Beaumarchais, está en esa línea antifrondosa por la que circularán escritores modernos de brevedad esencial, como Azorín, que encuentra alianza fácil entre la claridad y la discreta elegancia, y en la que están los que no quisieron llegar al estilismo atormentado de Flaubert, por más que entre sus prosistas existieran milagrosos bordadores de la frase como Valle Inclán y artífices de la forma como Gabriel Miró.

Ignacio de Luzán viene de la Poética de Boileau para un neoclasicismo que apacigüe temperaturas, pero si el francés cree en las virtudes superiores de la imaginación poética, la fe del español se pronuncia por el predominio de la sensibilidad, con lo que se pone de lado de la prueba romántica, más que del frío cartabón de los preceptos.

Diráseles afrancesados a poetas como Meléndez Valdés y Cienfuegos, éste de tan ardiente nombre, y no faltarán quienes vean alguna memoria de La Fontaine en las fábulas de Félix María de Samaniego, objetivas, animadas con personajes-cosas y alguna de tanta maestría de contar, de confiar y de suspirar, como « La Lechera ».

Mariano José de Larra señaló la cercanía

de temperamento entre el genio cómico de Molière y el talento de Leandro Fernández de Moratín que le traduce o se aproxima tanto a sus figuras, como la de *La Mojigata*, que más que poner de resalto los rasgos de feliz imitación, pudiera ofrecerse para un « pendant » con *El Tartufo*...

En los rostros de los románticos alborazan luces francesas. *Don Alvaro o la fuerza del sino*, del Duque de Rivas, se inspira en el *Hernani* de Víctor Hugo. Espronedado, alto y flaco, con aquella silueta que alguna vez nos pareció de sauce triste, se da tanto al inglés Byron, como a Hugo y Musset. D. José Zorrilla se aproxima a Lamartine y plantea un caso singular de influencia, por cuanto su *Don Juan Tenorio*, español y andaluz, sale del *Infamador* de Juan de Cueva, del *Burlador* de Tirso de Molina, pero también, sin perder su naturaleza, toma un poco del *Don Juan* de Molière que procede, a su vez, del dramático de Guillén de Castro.

### Del realismo a la copa de Verlaine

El realismo es nota constante en la literatura española desde *La Celestina* hasta el *Quijote* y desde Pérez Galdós hasta Camilo José Cela... Pero un realismo que participa por igual de idealismos elevados, de romántica presencia. No de otro modo hay realidad y fantasía tanto en el balcón de Melibea como en el Clavileño de Don Quijote. Mas, dentro de las condiciones de originalidad de los novelistas españoles, no puede soslayarse la influencia de los naturalistas franceses, como en Galdós, próximo, en ocasiones, tanto a Dickens como a Balzac, y cuyas obras ensayan o completan una sinfonía heroica o histórica, aun cuando no sea justamente como la de la balzaciana comedia, pero sí de fuerte construcción, de realidad, de epepeya española, en sus *Episodios Nacionales*.

De nuevo Balzac y Zola en los libros de Blasco Ibáñez, en las descripciones de sus novelas, en el fuerte olor de la tierra y de las huertas valencianas, y en uno de los poetas penúltimos, Emilio Carrère, Verlaine que repasa, Verlaine traducido, buscado en sus metros, en sus letanías pánico-místicas,

en sus violines de cristalino gemido, en sus violones otoñales. ¡La copa de Verlaine!

### Otro maestro mágico

En su carta a Rubén Darío (octubre de 1888), advirtió Don Juan Valera el « galicismo mental » del joven autor de *Azul*. Encontraba en esas páginas algo de casi inéditos valores, y sin prendarse de la expresión de Víctor Hugo que su título evoca, « L'art c'est l'azur », inclinábase a pensar en el nicaragüense que salió de su país sólo para ir a Chile y resultaba, de pronto, « tan a la moda de París y con tanto chic y distinción, que se adelanta a la moda y pudiera modificarla e imponerla ». Luego se hablará de la imagen simbolista y el tacto parnasiano y de lo que de Heredia, Verlaine, Mallarmé, Baudelaire, asimiló Rubén para un idioma poético que sería el del modernismo, pero Valera había señalado antes nombres de poetas « bien estudiados y mejor comprendidos » de los que Darío lograba obtener una rara quintaesencia.

Gustábanle tanto los cuentos en prosa, especialmente su parisiense *La Ninfa*, como las poesías en cuya buriladura encontraba algún primor flaubertiano que no parece obra de esfuerzo, y sorprendido de la brevedad de aquéllos, del universalismo de sus asuntos, adelantaba el aprecio de que la prosa de Darío, sensible, colorista y musical, traía novedades como las de su verso flexible y cosmopolita.

Adivinación, predestinada tendencia que se volverían después corriente natural de sus motivos buscados entre los del mundo armonioso y sávido, anhelo que se muestra en sus conocidos endecasílabos :

*Y muy siglo XVIII y muy antiguo  
y muy moderno ; audaz, cosmopolita.  
Con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo  
y una sed de ilusiones infinita.*

Así, quien cantó al « padre y maestro mágico, liróforo celeste », habiéndose aplicado, desde los diecisiete años a las imitaciones de Víctor Hugo, para pulir después los medallones de *Azul* con los rasgos de Leconte de Lisle y Catulle Mendès.

Dominador de los términos del verso, escribió en francés algunas de sus estrofas

como « A Mademoiselle », « Pensée », « Chanson crépusculaire », el soneto « Helda », y si en 1893 habló como augur en sus memorables alejandrinos, « ¡Los bárbaros Francia, los bárbaros cara Lutecia! », para seguir en su tema que no se sobrepone al de su arraigada tradición española, invitó a Madame Lugones a tejer las flores del Carnaval alegre : *Pues en París estamos / parisienses hagamos / los más soberbios ramos / de flores de París.*

En las palabras preliminares de *Prosas profanas* se define en sus preferencias entre Francia y España :

« El abuelo español de barba blanca me señala una serie de retratos ilustres : 'Este —me dice— es el gran don Miguel de Cervantes Saavedra, genio y manco ; éste es Lope de Vega, éste Garcilaso, éste Quintana.' Yo le pregunto por el noble Gracián, por Teresa la Santa, por el bravo Góngora y el más fuerte de todos, don Francisco de Quevedo y Villegas. Después exclamo : ¡Shakespeare! ¡Dante! ¡Hugo!... (Y en mi interior : ¡Verlaine!...) Luego, al despedirme : —Abuelo, preciso es decíroslo : mi esposa es de mi tierra ; mi querida, de París.'

Últimos románticos o primeros modernistas de América, como el cubano Augusto de Armas, cortarán sus versos a la francesa, o prosistas que contribuyan a los musicales entretiempos del Barrio Latino, como Enriquez Gómez Carrillo, el enamorado de París, buscarán el « alma encantadora » de la ciudad sirena.

## De Montalvo a Zaldumbide

El doctor de la Colonia, el « cristal indígena », Eugenio Espejo, lector de los oradores franceses del siglo de Luis XIV, un poco Feijoo por su teatro crítico de *El Nuevo Luciano* y otro tanto parecido al Padre Isla por su gerundianista Sancho de Escobar, se mueve en ambiente del siglo XVIII y se dice bello espíritu con alguna tintura de Voltaire.

En el XIX, si el poeta Numa Pompilio Llona describe con la brillantez lírica de Víctor Hugo, son inconfundibles las pincladas de Chateaubriand en *Cumandá*, la novela de Juan León Mera, lo que justifica las afirmaciones de Max Daireux acer-

ca del campo propicio que ofreció América al romanticismo, hasta el punto de que el paisaje de los románticos franceses haya sido el de pintoresca sorpresa que descubriera La Condamine en sus paseos académicos por nuestras tierras.

No sólo que en los *Tratados* de Juan Montalvo hay la disertación meditativa y en gran parte poética de Montaigne, el don relacionador que armonizaba, para fértiles lecturas, los contornos del ensayo, sino también que los motivos de Francia florecían en la prosa del gran amigo de Hugo y de Lamartine, que quiso escribir en francés, y adiestrándose en las páginas clásicas y modernas de su literatura, aligeró a veces su cláusula castellana que tendía a volverse oratoria como la de un Cicerón traducido. Los artículos de *El Espectador*, la revista unipersonal que edita en París en sus días últimos, cortan retórica excedente y consagran el viaje hacia un estilo que se airee con brisa francesa.

El poeta César Borja traducirá a los parnasianos y a los simbolistas, y los mármoles de las canteras del nuevo arte serán lavados —tal la imagen titular de su libro de versiones— por Fálquez Ampuero, en el que se creyó encontrar el lapidario afán de Heredia, y José Antonio Falcóni Villagómez, asimilándose gustos poéticos de Francia, añadirá traducciones, ha de revisarlas y compararlas finamente, y dirá el canto de Eponina...

En la prosa de Gonzalo Zaldumbide, avencidado en París por largos años, aliena la elegancia francesa, sin señalarse por la presencia de galicismos de frase. Animada por elementos de poesía, dotada de frecuentes toques parnasianos que la comunican, al propio tiempo, levedad y plasticidad, es prosa modernista en la que se ofreció a los lectores de América el descubrimiento de Barbusse, el espíritu del simbolismo, la ilusión y el desencanto de los viajes, y en capítulos de moderno francés, el elogio de Ventura García Calderón.

## Los modernistas ecuatorianos

Los modernistas ecuatorianos, después de una breve primavera de París y de un otoño que probaba a madurar anticipada-

mente la fruta melodiosa de su corazón, regresaron a Quito, la ciudad de calles que, en imagen de Juan Bautista de Aguirre, se recuestan y se resbalan, para discurrir por ellas, como dijo Zaldumbide, llevando en contraste el énfasis de sus melenas y la suma corrección del traje, y para más distinguido paso, un alma atormentada.

Trajeron influjo simbolista, mas en la imaginación ecuatorial cupieron temas propios, como el de la morenita « trigo tostado al sol », de Arturo Borja, que le sorprendió un día mirando a su ventana, o las tardes del mes de María en el pequeño santuario de El Belén, o la estanpa de madrugadoras que van a misa de alba y truhanes que muestran su cara picaresca, del soneto de Ernesto Noboa.

Pero su corta obra lírica se hace bajo los signos de Verlaine, Baudelaire y Mallarmé.

Ernesto Noboa Caamaño dice :

*Cuando el áspid del hastío me roe  
tengo unos libros que son en  
las horas cruentas mirra, aloe,  
del alma débil el sostén :  
Heine, Samain, Laforgue, Poe  
y sobre todo mi Verlaine.*

Su trova de juglar se mantiene en la do-liente conformidad de la de Laforgue : « *Par délicatesse / j'ai perdu ma vie* » y cuando escribe las estrofas de « Anheló », piensa en las palabras de Verlaine: « *L'espoir a fui vaincu vers le ciel noir* », y así viaja de Samain a Pascal, para dar en esas razones del corazón que la razón no comprende, pero que bastan a esclarecer la sensibilidad de la poesía.

Arturo Borja repite a Henri de Régnier : « *Voici le masque pour la fête du mensonge* », para las cuartetos de su poemita « Voy a entrar al olvido », en el que dice que hay en su risa cierto rezo de angustias, que ha puesto gracia contradictoria a los cipreses de su sendero, de azul ironía aprendida de la aurora que es hija de los rojos crepúsculos, y que al apagarse unos ojos brujos y ver morir las rosas que enterrará mañana, se dispone a entrar por la mágica puerta que ha de abrirle Baudelaire, el divino loco.

O traza el elogio de la « mujer de bruma », símil del blanco cisne, recordando a

Samain : « *Comme le souvenir / d'un grand cygne de neige / aux longues / longues plumes...* »

Gonzalo Zaldumbide escribe de las *Estancias* de Medardo Angel Silva : « La rotundidad henchida de pensamiento airoso y melancólico, la acompasada gravedad del ritmo, la austera y dulce sobriedad de las *Stances* hallan parangón en las estancias del discípulo meditativo », aproximándole también a Moréas por esas estrofas que resumen un precoz saber de la fugacidad de las cosas bellas y —« monótona simetría de los cuartetos gemelos como el amor y la muerte »— se alimentan de un predestinado sabor de finales.

Las de Alberto Samain están, asimismo, cercanas a la brevedad de las suyas. En los versos de la « Estancia VIII » :

*Ni un ansia, ni un anhelo, ni siquiera un*  
[deseo  
*agitan este lago crepuscular de mi alma*  
parte de aquella imagen del lago del poeta francés :

*Mon âme est un beau lac solitaire qui*  
[tremble

Y para el mundo cargado de recuerdos sombríos de la cabeza grávida, repite a Verlaine :

*Sur votre jeune sein laissez rouler ma tête.*

## Gangotena, poeta en francés

Como los uruguayos (*Aquí, los trasplantados*, en la bella evocación de Germán Arciniegas), Jules Laforgue, el Conde de Lautréamont y Jules Supervielle, Alfredo Gangotena es poeta que dominó el idioma de Rimbaud, en prueba de que la sensibilidad francesa estuvo en su entraña dispuesta a dar los poemas de la más cierta de las identificaciones.

Amigo de Henri Michaux, al que invitó a su casa de Quito, en cuyo anchuroso patio, cercado de enredaderas, parecía reencontrar el girante trompo de su infancia, los cuadernos manchados de letra española ; amigo de Supervielle, quien le dedicó un poema para celebrarle en su mundo de imágenes ; de Max Jacob, de Maritain, Gangotena es de los que llevaban el signo

que suele aparecer más bien como luz que da en toda la fisonomía, en él de resplandor en su hermosa frente bajo los cabellos levemente dorados. Signo de los elegidos, de los que marchan por dentro de la mañana joven y saben penetrar los misterios de la noche y hasta más allá del tiempo que ya no conoce límite, sin que hagan falta explicaciones metafísicas, porque las de la poesía se han elevado por cima de las remotas estrellas.

Sus libros recomponen la vieja y siempre nueva historia del hombre. *Orogenie* es, a juicio de Jorge Carrera Andrade, « verdadero tratado poético de las montañas del corazón », en *Absence* suspiran dolientes interiores, y en *Nuit*, sin la vaporosa melancolía de Musset, y más bien con ojos de nictálope, está en el dominio de la noche. Cree Carrera Andrade, el poeta que formó una magnífica *Antología de la Poesía Francesa Contemporánea*, que su *Ausencia* es testamento poético de quien pertenece al linaje de Lautréamont y for-

ma en esa luminosa familia, condenada a eternal tortura, que sufre de soledad, de complejo de culpa, de obsesión de la sangre, para añadir que, dentro de renovados términos, es la suya la tradición clásica de Claudel y de Rimbaud.

Poesía francesa de propiedad y autenticidad tales, como para que tentara la propuesta de verla traducida por su mismo autor, anticipándose el prejuicio de que —así la compenetración de Gangotena con el alma francesa— no pudiera lograrse enteramente el propósito de las autoversiones... Pero, poetas de bien ganada celebridad, Jorge Carrera Andrade y Gonzalo Escudero, traducen buena parte de la obra que sugirió a García Bacca, por el nombre de la de San Juan de la Cruz, el título de « Lliga de amor viva », y los hermanos líricos acuden para darnos, en palabras de nuestro romance, el sentimiento de universales toques e imágenes sorprendidas, del que Gangotena fuera depositario y genial intérprete.

MAGALHAES : « POR ENCIMA DE LA CABEZA » (1964)





# Un pensador isócrono

POR JUSTO PASTOR BENITEZ (H)

EL PARAGUAY no quedó al margen de la extensa y prolongada influencia positivista en la América Latina. Es más, la cultura paraguaya arrastra aún hoy su herencia. Desde la producción intelectual predominante que es la crónica histórica hasta las actitudes sociales, sobre todo las proyectadas en el mecanismo de la conducta política, reflejan esa impronta en tal magnitud que, posiblemente, no exista comunidad nacional latinoamericana en que su clase intelectual se halle tan marcada por esa concepción.

Francisco Romero en su difundido trabajo *La Filosofía en América*, en el que aparecen estudiados maestros de cuño positivista como Enrique José Varona y Justo Sierra, no incluye a Cecilio Báez, cuya inclusión en esa galería es perentoria como acto de justicia para quien puede parangonarse, en su hora y en su país, con aquellos altos varones.

Si en otras etapas, unas anteriores y otras posteriores, el Paraguay estuvo ausente o fuera de ruta en el pensamiento americano, como se dijera de modo gráfico, Cecilio Báez marchó sincrónicamente con su tiempo y con las ideas de su tiempo. Es por eso un pensador isócrono, porque su doctrina respondió a la concepción de la época en que floreció intelectualmente. En ese aspecto, tiene tanto valor para el positivismo trasvasado a nuestro continente como cualquiera de los maestros citados.

La ausencia del Paraguay en el co-

mercio de ideas universales, tiene un descargo: debe recordarse que el país carece de tradición intelectual en la Colonia y sumarse la desolación material en que quedó después de la guerra 1864-1870. Pudiera así explicarse la omisión del filósofo argentino, aunque en 1919 Francisco García Calderón en su ensayo *Ideas e Impresiones*, publicado en la «Editorial América» de Rufino Blanco Fombona, en París, cita a Báez como exponente de la filosofía de H. Spencer y a otro paraguayo, Manuel Domínguez como acólito de Bergson, en prueba de que hace más de cuarenta años el Paraguay tenía eco en la escena americana, y cuya pérdida podría explicarse, entre otras causas, precisamente por la impregnación positivista, imputable a Báez y que restó vuelo y temática a la producción de la inteligencia nacional.

Cecilio Báez es el pensador paraguayo más destacado de su época. Introdutor del positivismo de Comte y del evolucionismo de Spencer, concurre en él la veta del naturalismo científico, tres de los marcos en que vivió el pensamiento continental hasta cerca del decenio del veinte. Desempeña en el Paraguay el papel de Varona en Cuba y alienta el interés por la filosofía aunque más no sea polémicamente a fuer de consecuente positivista, y por ello es difícil establecerle paralelismo con la labor de Alejandro Korn en la Argentina, de Carlos Vaz Ferreira en el Uruguay o de Alejandro Deústua en el Perú. Sin

embargo, siempre se mantuvo atento a las novedades, a las ideas y a los problemas filosóficos, que divulgaba con gran nobleza intelectual.

Cecilio Báez, nacido en 1862 y desaparecido en 1941, aparece como figura intelectual en las postrimerías del siglo pasado. Es publicista, periodista de oposición, político de contextura ideológica y de civismo militante, jefe de partido, profesor de la Facultad de Derecho, hombre de Estado y posiblemente el único positivista que haya alcanzado en el hemisferio americano la Presidencia de la República, entre 1905 y 1906. Justo Sierra fue ministro de Instrucción Pública y Benjamín Constant Botelho de Magalhães, ministro de Guerra en el primer gobierno republicano del Brasil, para no citar sino a dos de los compañeros de doctrina de nuestro pensador que llegaron a posiciones políticas relevantes.

Pero sobre todas las cosas Báez es un intelectual, aun sobre su ingente actividad de hombre público, que concluyó hacia 1911.

Báez fue positivista cuando había que serlo. Su cosmovisión se integra con las ideas que difundió el positivismo, con las ampliaciones de Spencer y los agregados del naturalismo científico a mediados del siglo XIX y que hicieron pie en América precisamente cuando Báez emergía en el escenario paraguayo. La fidelidad de su pensamiento podría corroborarse en el análisis de su copiosa producción intelectual, modificada o ampliada durante mucho tiempo, pero no alterada en lo fundamental, a lo largo de cuarenta años. Responde substancialmente a lo que se llamaría en el lenguaje de René Sudré el clima filosófico del siglo XIX.

En 1901 representante del Paraguay en el II Congreso Científico Latino Americano realizado en Montevideo afirmaba: « Sí, no hay que dudar, a las ciencias naturales debe la humanidad sus mayores progresos morales y materiales... El problema de la vida es hoy otro que en las pasadas edades. A despecho de teorías nirvanistas, antiguas y modernas, que se han transmitido por herencia los metafísicos de raza, resplandeció la verdad, y el problema de la vida se ha planteado y resuel-

to de acuerdo con la realidad, gracias a la ciencia positiva que, armada del método inductivo, observando y experimentando, ha llegado a tan gran altura en los tiempos modernos. El determinismo científico ha revelado al hombre los más profundos arcanos de la naturaleza y en el vasto campo de las ciencias biológicas ha suministrado un nuevo principio, con arreglo al cual se formula una nueva teoría de la sociedad y se establecen, sobre bases igualmente nuevas, la moral y el derecho. »

En 1935 seguía sosteniendo: « Antes de que asegurara su reinado la ciencia positiva, su imperio ejerció la fantasía. Inventó sistemas filosóficos imaginarios, pobló de espíritus los cielos y la tierra... La ley de la reacción domina la materia siendo el determinismo su expresión en el dominio biológico. Lo propio ocurre en el mundo social, si bien es cierto que las leyes voluntarias, no fatales como las biológicas, responden a los reflejos, biológicos motores de la vida orgánica... La lógica tiene carácter normativo y procede de la psicología experimental... »

A tanto llegó la influencia de Báez que nunca se reemplazó del todo el positivismo como sustrato de nuestra formación cultural, pese a que hace tiempo fue desplazado por otros sistemas en ambientes más fértiles. Pudiera decirse que « sus ideas murieron por superación y no por crítica ». Producido su alejamiento, se debe atribuir a la inercia la razón de nuestra extemporánea permanencia en perspectivas ya superadas. En Paraguay habrá habido otros —y los hay de seguro— tan firmemente asentados en convicciones personales; habrá habido otros profundamente enraizados en sus posturas ante los problemas esenciales, pero de Báez hay que decir que fue de los pocos que tuvo sistema, que lo hace conocer en lenguaje claro y estilo apropiado, sustentado en criterios generales y particulares, y afirmado en sillares definidos, como prueba de capacidad reflexiva disciplinada, homenaje que le debemos en un país de meditación poco organizada.

En todo fue positivista. La lista de sus obras lo verificaría. Sus juicios lo demostrarían. Su actitud vital lo probaría: los hechos y nada más. Ideas, trascendencia,

hipótesis, sólo en función de lo positivo. Así por ejemplo, en interpretación histórica coincide notablemente con los juicios que otros positivistas emitieron sobre el Dr. José Gaspar de Francia, Supremo Dictador del Paraguay, entre 1814-1840. Sabido es que Augusto Comte concede un día de su decenio al personaje paraguayo en el calendario de los héroes de la humanidad. Carlyle, exponente del positivismo histórico inglés, llena de elogios al gobernante paraguayo, «incomparablemente el más notable de los fenómenos americanos», como lo refiere el brasileño Rui Barbosa en los jugosos comentarios de sus *Cartas de Inglaterra*. Báez, liberal individualista, doctrinario de la libertad civil, «el hombre contra el Estado» en política, en economía manchesteriano, resulta extrañamente el más ilustre y primer abogado del dictador paraguayo en su propia tierra. Sólo la mentalidad positivista de su ilustre fundador, el grande historiador inglés, y el publicista paraguayo pueden confluír en ese vértice. Los europeos habían conocido al Dr. Francia gracias a la obra de los hermanos Robertson y a las publicaciones de los naturalistas Rengger y Lonchamp, que perfilaron la misteriosa figura del dictador Francia en su período que no va más allá de 1824.

Son suficientemente ilustrativas estas circunstancias para comprobar el apego de Báez al positivismo esta vez aplicado. Báez lo fue en una medida tal que abarcó toda su existencia. En América Latina única-

mente puede encontrarse un caso igual en el mejicano Sierra, que acompaña y justifica otra dictadura positivista, la de Porfirio Díaz. Pero al final de su existencia se asemeja más a Varona. En efecto, transcurridos los años y suplantado el positivismo como coordinada intelectual, se puede descubrir en su conducta y en sus opiniones, vertidas con rotundidad, aunque teñidas con un dejo de ironía, un progreso y casi deletéreo escepticismo. Sus posteriores años lo llevaron a un relativismo total, que él creía conducente con una especie de ataraxia, de serenidad impassible, ajeno a los hombres y a las cosas, en resguardo de su propia interioridad. El optimismo juvenil que signó su primera existencia y que le hizo creer en la ingenuidad del progreso indefinido, muy a tono con el positivismo evolucionista, se había transformado en un descreimiento en que concluyó su vida. Pero su conducta no perdió en dignidad ni en independencia, porque su saber, acumulado en años de esfuerzo y experiencia, en el trato con los hombres y las cosas, no fue en vano. Enseñó cuanto sabía, señaló una ruta, interpretó una realidad lejos del dogmatismo suficiente y vacuo; gracias a ello su vida será una lección permanente; su figura una página clara de valor moral e intelectual. Pensador isócrono, atento a su tiempo, fiel a la doctrina abrazada, está largamente superado, pero su emulación ha de ser siempre edificante en el hacer y en el pensar humanos.

## Los hombres en el espacio

POR MAX HAMMERTON

**N**O HACE AUN mucho tiempo —siete años para ser exacto— que si alguien hubiese tenido la audacia de decir que esperaba para pronto la exploración del espacio con un aparato tripulado por hombres, se le hubiera aconsejado que fuese a visitar a un psiquiatra. Actualmente, todos esperan que suceda de un momento a otro, y los que hemos estado efectivamente en lo cierto durante todo este tiempo, pensamos seriamente en ir a consultar a los psicólogos, no porque hayamos cambiado de opinión, sino sencillamente para pedirles su parecer acerca de algunos problemas que se han planteado.

La palabra « psicólogo » puede hacer pensar en divanes, impulsos subconscientes, neurosis, etc. Pero en el laboratorio donde me dedico a la investigación psicológica no hay divanes, nadie habla de impulsos subconscientes, ni nos interesamos especialmente por las neurosis. En realidad, la psicología es la ciencia que trata del comportamiento humano ; es decir, la ciencia que se ocupa de las aptitudes y de las actividades humanas, con sus procesos, sus causas y sus limitaciones. Una de las cosas que estudiamos, por ejemplo, es el proceso del aprendizaje en el hombre, qué factores intervienen en él, la manera de efectuarlo y cuáles son los límites (si es que los hay) de su capacidad de aprender.

El ser humano es el más adaptable de los animales, y uno de los campos más importantes del estudio psicológico es su ma-

nera de acomodarse a un medio ambiente extraño, cómo logra hacerlo y en qué forma puede ayudársele en sus esfuerzos. De todos los medios extraños en que ha penetrado el hombre en el curso de la historia, el espacio es sin duda alguna el más insólito. Se ensaya, por ejemplo, el aislamiento completo de los equipos destinados a la exploración espacial, pero todavía no hemos llegado a experimentar sus efectos. En los vuelos de órbita, los pilotos han estado casi constantemente en comunicación con sus bases, y hasta cuando vayamos a la Luna serán posibles estas conversaciones. Pero piénsese en la tripulación de un navío espacial que alcance la órbita de Marte, pongamos por caso. Si uno de los hombres toma el micrófono y dice : « Navío espacial llama a la Tierra », como las ondas necesitan tiempo para viajar, transcurrirán siete minutos, por lo menos, antes de que reciba una respuesta. La tripulación dentro de la pequeña burbuja de metal y materia plástica, que constituirá su mundo, estará más completamente separada de los de su especie, más totalmente entregada a sus propios recursos, que ningún explorador, desde el descubrimiento de la radio, y en muchos aspectos, más que ningún explorador lo ha estado jamás.

Esto plantea gran número de problemas. Pero examinemos, en primer lugar, una pregunta que se suscita a menudo : ¿Por qué enviar a los hombres? Mucha gente se dice : ¿No sería preferible enviar sólo

instrumentos? ¿Existe algo de que sea capaz un hombre, que no pueda hacer un instrumento?

Es cierto que no hay límites para el perfeccionamiento de los instrumentos y de los cerebros electrónicos. En realidad, yo no quisiera desechar a la ligera la idea de la ficción científica, según la cual vendrá día en que lleguen a sustituirnos. Pero en el futuro inmediato, si necesitamos una máquina realmente flexible, robusta, de posibilidades múltiples, para interpretar y transmitir los datos, que pueda actuar asimismo como instructor de equipo y sea capaz de tomar decisiones, todo ello con un peso que no exceda de cien kilos, será menester recurrir a un ser humano. Cuando el coronel Glenn realizó su vuelo en febrero de 1962, es indudable que su vehículo no hubiera efectuado las tres órbitas y hasta hubiera podido no volver nunca más a la Tierra, si no hubiera estado un hombre en el interior del aparato para hacer correcciones. Además, recogió un tesoro de observaciones que de otro modo hubieran requerido un equipo especial para anotar los datos, que hubiera pesado mucho más que el hombre.

Pongámonos en el terreno de las predicciones. Supongamos que un cohete ha salido de Marte para hacer el viaje de regreso a la Tierra. La travesía durará muchas semanas, y es inevitable que durante el trayecto habrán de calcularse y practicarse algunos reajustes en la marcha del cohete. Tal vez pudiera crearse un computador para recoger y anotar las observaciones y para calcular la órbita y las correcciones necesarias; podría hacer falta un doble sistema de aparatos para evitar los errores, y así sucesivamente. Pero todo esto sería muy costoso y sumamente pesado. Por otra parte, dos miembros de la tripulación podrían hacer las observaciones y —como dispondrían de mucho tiempo— hacer también los cálculos, comprobando recíprocamente los resultados, sin necesidad de emplear ningún aparato más complicado ni más pesado que un ábaco de bolitas y alambre. Esto, además, les mantendría ocupados durante la larga travesía.

Así, pues, los hombres irán a explorar el espacio. Esto plantea muchos problemas de interés psicológico, que van desde la ne-

cesidad de mantener la eficacia y la exactitud del cerebro del explorador en su extraño medio ambiente, hasta las cuestiones de detalle, como es la de saber qué clase de cuadro indicador puede leerse con menos probabilidades de error en caso de apuro. He oído manifestar con frecuencia el temor de que los hombres del espacio puedan experimentar ese estado desagradable conocido con el nombre de « privación sensorial ». Se ha hablado mucho de esto a continuación de una serie de experimentos sumamente interesantes realizados en el Canadá, alrededor de 1950. Normalmente, durante las horas de vigilia, nuestro cerebro es objeto de una lluvia de estímulos procedentes del medio ambiente, que nunca permanece inmóvil, ni silencioso, ni es uniforme. Los experimentadores canadienses trataron de suprimir estos efectos y de reducir los estímulos a un nivel constante, tan bajo como fuera posible. Los hombres sometidos a estas pruebas debían estar tumbados en una cama confortable, dentro de una habitación perfectamente insonorizada. Llevaban anteojos opacos, de manera que sólo vieran un vacío constante. Podían pedir comida y bebida por teléfono; pero, fuera de esto, se hallaban completamente aislados del mundo. Los resultados fueron espectaculares. Muchos de ellos no pudieron resistir la prueba y desistieron, a pesar de haberseles ofrecido una suma importante de dinero si se quedaban; otros experimentaron fuertes alucinaciones, y todos ellos parecían haber perdido una parte de su aptitud para pensar con claridad. Esto demuestra que la variedad no sólo es un excitante de la vida, sino que también es esencial para el funcionamiento de nuestro organismo.

### Ocupaciones para el hombre en el espacio

Se ha dicho, después de conocer los resultados del ensayo canadiense, que la soledad absoluta dentro del navío espacial puede tener efectos desastrosos. Yo creo que este temor es exagerado, pues el navegante del espacio no estará tan absolutamente aislado como durante el experimento que citamos. Pasará la mayor parte del tiempo

tendido en una cama, pero estará muy ocupado. Habrá de tomar lecturas, hacer observaciones y vigilar los aparatos. Y lo más seguro es que no esté solo, sino que forme parte de un equipo.

Esto no quiere decir que no deba enfrentarse con importantes problemas psicológicos en el curso de los vuelos espaciales. Nadie ha experimentado todavía, por ejemplo, una caída libre realmente prolongada. Como todo el mundo sabe ahora, dentro de la cápsula espacial no existe la sensación de peso. Basta un ligero impulso para que un hombre quede flotando a través de la cabina ; « arriba » y « abajo » pierden toda significación ; los líquidos no se vierten, todo es insólito. Y cuando estos hechos se combinan, además, con un extremo aislamiento físico, resulta difícil predecir cómo podrá adaptarse el hombre a estas condiciones. Podrá permanecer indiferente a ellas, encontrarlas agradables ; pero también podrán destrozar sus nervios. Se ha sugerido que este aislamiento puede conducir a un estado comparable al de la esquizofrenia. Y esto, que parece tan dramático, dista de ser absurdo, pero hasta ahora no ha podido comprobarse. Es cierto que las personas que ya han pasado por la experiencia de la ingravidez —como el señor y la señora Nikolayev— parecen completamente equilibrados. Y es indudable que, tanto los rusos como los norteamericanos, disponen de muchos más datos sobre esta cuestión de los que han publicado. Por lo tanto, lo que digo aquí ha de ser forzosamente especulativo. Sin embargo, una situación que pudiera ser aceptable —y hasta grata—, como es la de permanecer encerrado durante unos días, girando sobre una órbita inmediata a la Tierra, puede llegar a ser intolerable si se prolonga durante meses en la inmensidad del espacio. Sólo hay un medio para saberlo, y es probarlo. Ya que no existe ningún procedimiento eficaz para simular la ingravidez sobre la Tierra, lo único que cabe hacer es trasladarse a una órbita lejana.

Naturalmente, antes de que los hombres exploren las regiones más remotas del sistema solar se habrán realizado muchas experiencias acerca de la ingravidez prolongada en el interior de satélites permanentes, etc. Yo creo que mucha gente se adap-

tará con bastante facilidad y que el único problema consistirá en hacer una selección perfecta. Es más, la selección se convertirá realmente en un problema de mayor cuantía. No se tratará sólo de encontrar hombres y mujeres inteligentes, que gocen de buena salud, y de adiestrarlos, sino que además será menester cerciorarse de que la tripulación es constante, que es capaz de conservar la sangre fría en caso de dificultad y que es compatible entre sí. ¿Acaso conocemos a muchos individuos con los que desearíamos estar encerrados durante seis meses seguidos? Los ensayos psicológicos para estas cosas no son absolutamente impenetrables hasta ahora, pero todavía hay que investigar más a fondo.

Los psicólogos pueden aportar una gran ayuda a los hombres del espacio en una forma práctica y más concreta. Los que se dedican a estos trabajos sienten un profundo interés por el comportamiento del hombre en el curso de estas actividades. Cuanto más colaboren los psicólogos con los encargados de proyectar los navíos espaciales, tanto mejores serán las condiciones de seguridad y bienestar de los navegantes del espacio.

### Designación detallada de las funciones

Una cuestión importante es la que se refiere a la distribución precisa de las responsabilidades de los miembros de una tripulación, las funciones de las máquinas servidas por los hombres y de las máquinas totalmente automáticas. En algunos casos, las soluciones son bastante claras : por ejemplo, ningún hombre podría reaccionar con la rapidez necesaria o juzgar con la debida exactitud la conveniencia de acelerar o reducir la velocidad de los motores durante la ascensión hacia la órbita. En este caso, el dar las órdenes con la precisión necesaria está fuera de sus posibilidades. Pero existen otros casos menos concretos. Así es como, después de un prolongado y angustioso estudio, se decidió dejar al piloto el control de la posición del navío espacial Mercury, y la experiencia dio excelentes resultados.

Y será menester tomar muchas decisio-

nes de esta clase. Como ya hemos visto, la tripulación podrá realizar los cálculos para corregir la órbita, pero tal vez resulte más económico hacerlo electrónicamente. Es casi seguro que el control de los motores se efectuará por un procedimiento electrónico, aun cuando es posible que un hombre pueda poner en marcha un cohete iónico y pararlo con la precisión debida, gracias a la suma lentitud de sus reacciones. Indudablemente, la tripulación tendrá que vigilar y mantener en buen estado numerosos aparatos. Esto nos lleva a tratar de las cuestiones psicológicas relativas a la instrucción para su manejo, al diagnóstico de los errores y la adopción de decisiones.

En esquema, por lo menos, no es difícil describir un programa de investigación de las actividades, en el que cooperen los psicólogos y los ingenieros. Tan pronto como esté preparado el proyecto de base, habrá de ser posible decir *grosso modo* qué funciones deberán realizarse en cada período de tiempo: por ejemplo, la composición del aire habrá de comprobarse cada pocas horas, durante muchos meses. También las condiciones físicas generales del viaje —las aceleraciones y otras— se verán con claridad. Sobre esta base podrá proponerse una distribución de las funciones de los hombres y de las máquinas, aprovechando todos los conocimientos que se tengan. Sabemos ya que la regulación de la marcha de los motores se confiará probablemente a una máquina, pero tampoco hay una razón evidente para que un hombre no compruebe el estado del aire. En primer lugar será posible determinar la serie de informaciones que habrá de suministrar cada hombre de la tripulación y las operaciones que habrá de efectuar. Y los cuadros indicadores y de control pueden discurrir-

se de manera que nadie esté sobrecargado de informaciones o de tareas. Al llegar a esta fase, los ingenieros prepararán un sistema ficticio, con el cual se pondrán a prueba los futuros utilizadores del aparato. Los supuestos ensayos indicarán los cambios que convendrá introducir en los dispositivos, y entonces los ingenieros habrán de modificar tal vez sus ideas primitivas y crear un segundo modelo. Y, al cabo de una serie de tanteos, se llegará al proyecto definitivo.

### Muchos años de investigación básica

Podría creerse que todo esto es sencillo y que no se limita solamente a los vehículos espaciales. Y así es, en efecto. Bastaría con que todos los proyectistas lo comprendiesen, para que no sintiéramos con tanta frecuencia la necesidad de tener una tercera mano u otro ojo detrás de la cabeza. Pero un hombre sobrecargado de trabajo en el espacio tiene más probabilidades que en ningún otro caso de resultar un mecánico extraordinariamente lento. En el espacio, como en todas partes, la actividad humana más importante, dentro de un sistema en su mayor parte automatizado, será la de tomar decisiones. Por desgracia, los psicólogos no pueden pretender que sus estudios en este dominio hayan progresado mucho, a pesar de haber avanzado relativamente. Se sigue trabajando con ahinco, y lógicamente pueden esperarse resultados positivos dentro de algún tiempo; pero serán necesarios muchos años de investigación básica sobre la Tierra antes de llegar a resolver los problemas específicos del hombre en el espacio.

## Un nuevo libro de Luis Oyarzún

ENTRE LOS ESCRITORES chilenos que han aparecido después de grandes estilistas como Augusto d'Halmar y Pedro Prado, no hay ninguno que posea un lenguaje más fino y transparente que Luis Oyarzún. En prosa o verso es de una delicadeza extrema y de un equilibrio que no restan nada a su espontaneidad. Además Oyarzún ofrece la rara condición en su país de ser un escritor profundamente conocedor de la naturaleza. Novelistas ha habido ciertamente que han basado su obra en una especie de inventario de la fauna y de la flora chilenas, pero ninguno de ellos ha penetrado la tierra con ese sentimiento que distingue a Oyarzún, de fundirse con sus milagros y sus dramas. Y no se trata sólo de la tierra chilena, sino también de las muchas otras que este poeta, curioso de animales, árboles y rocas, ha recorrido, mochila a la espalda, durmiendo ya en albergues de estudiantes, ya en carpas sacudidas por el viento andino.

Recordamos ahora un pequeño libro que Oyarzún publicó hace poco más de un año con el título de *Mudanzas del tiempo*, formado por páginas de su diario. Encontramos ahí una serie de estampas de los campos de Chile y de Inglaterra, un conocimiento amoroso de flores, frutas y árboles, una delectación de refinado artista cuando respira el aire frío de las mañanas y contempla las muselinas de la niebla enredada en humildes y frescos tallos. Ese es verdaderamente, lo que puede llamarse un pequeño-gran libro. Oyarzún se nos aparece como una especie de Rousseau, sin la continua queja del fascinante ciudadano de Ginebra.

Ahora, el escritor, que ha encontrado una veta muy suya y que la explota como artista minucioso y delicado, nos hace llegar un volumen de versos donde sigue ese mismo trabajo. Antes del elogio que sin duda merece esta obra poética, diremos que no estamos de acuerdo con el título: *Alrededor*. Lo habríamos titulado más bien *Adentro*, pues Oyarzún, lejos de rodear a la naturaleza y de girar en torno al alma, penetra profundamente en ellas.

Atraído por el espectáculo de la montaña inmensa o de la florecilla, se funde, vive y muere con ellas. Una gama de emociones y reflexiones despliega su original y brillante variedad en la obra de este poeta para quien *rien de la terre n'est étranger*.

*Alrededor* afirma la situación lírica de un autor, ya de gran autoridad por sus críticas y ensayos literarios y que, en plena juventud, ha sido llamado por la Academia Chilena de la Lengua para ocupar uno de sus sillones.

El libro se inicia con *La muerte de la tierra*, donde el poeta sintetiza su pensamiento:

*Te acabarás, oh tierra, entre dos luces,  
entre dos alas que se van de vuelo.  
Te acabarás, espuma despeinada,  
ola inconstante, cruz, isla insegura,  
radiolaria de amor despierta apenas  
en el temblor de un vacilante fuego.*

Oyarzún habla de « manos cereales », de que « en cada piedra un gesto me libera, me esculpe de otro modo, me descansa y me evapora al sol »; al agua la define: « esta cosa cambiante en densidad y en reflejos como un estado de alma »; llama: ¡Venid, antepasados, a consagrar la lluvia! »; advierte: « Estoy, árbol, lavado por la lluvia ». Siempre se le encuentra en esta comunión con la naturaleza, comunión que empezó con sus primeros libros. En *Mudanzas del tiempo*, por ejemplo, aparece el profundo conocedor del mundo vegetal y de los fenómenos climáticos, no como un sabio meteorólogo, sino como el campesino que olfatea el aire y que con una ojeada al cielo ya sabe el tiempo que hará mañana.

Pero la lírica de Oyarzún no queda encerrada en ese solo aspecto. Como auténtico poeta, es vulnerable y, mirándose a sí mismo, sin literatura, rebusca y analiza los motivos de sus tormentos. Aquí lo hallamos también humano, vigoroso y substancial, sin perder nada de su delicadeza, por ejemplo, cuando leemos su perfecto soneto *Olvido*:

*Perdí ya el goce del dolor que dieras,  
perdí tu tempestad, gané el olvido.*



*Aquel vuelo afiebrado halló su nido  
y no me importa ya que no me quieras.*

*Vivi con el terror de que te fueras.  
Ahora ya no sé si al fin te has ido.  
Si nunca te gané, que te he perdido  
sé con seguridad. Ya no hay esperas.*

*La cuerda tensa sin pensar se corta  
y la abeja volando se fatiga.  
Aún queriendo que el tormento siga,*

*al fin llegué a sentir que nada importa.  
No sé si esto es mejor que lo olvidado.  
Sólo sé que tú me has deshabitado.*

Ni retorcido, ni desgarrado por la pasión, un filosófico fatalismo emana de su poesía. Todo pasa, todo se pierde; al fin del camino nuestras manos estarán tan vacías como en el momento de nuestra llegada al mundo. *Se nos va todo*, repite el poeta. Es cierto, se nos va todo, y nosotros nos vamos también. ¿Pero seremos hasta el fin tan solitarios y tan abandonados? Se puede encontrar una respuesta en *Año Nuevo*, última poesía de este volumen:

*Cuéstanos mucho el vivir  
entre tanta incertidumbre,  
mas cuesta también morir  
al que no tiene paciencia.  
Suenan campanas antiguas  
de la torre de Santa Ana.  
Santa Ana parió a María,  
Santa Isabel a San Juan,  
con estas santas palabras  
nos tendremos que callar.*

R.

## Carles Riba : « Poems »

ES ESTA UNA BELLA selección de poemas de Carles Riba (*The Dolphin Book*, Oxford), llevada a cabo por Joan Luis Gili, quien tanto viene haciendo como traductor y editor por la difusión de las letras catalanas en Inglaterra. Ya ha publicado Gili con el mismo esmero *Poems*, de Josep Carner, traducidos al inglés por Pearse Hitchinson, y una *Anthology of Catalan Lyric Poetry*, seleccionada por tan buen conocedor de la lírica catalana como Joan Triadó.

En su prefacio a estos poemas de ahora Gili nos dice que (traducidos al pie de la letra) « espera que su selección sea representativa » y que « al traducir los poemas no ha intentado reproducir el ritmo ni la rima de Riba », pues ha « preferido la traducción literal, así en el

sentido como en la expresión, convencido de que el lector (inglés) podrá apreciar de este modo más exactamente el lenguaje característico del original ». A continuación, nos dice Gili, « desea subrayar lo mucho que debe al propio poeta, con quien tuvo el privilegio de cambiar impresiones sobre algunas de las traducciones ».

En una página aparece el original catalán y en otra su traducción inglesa. Gili, tan exacto y de tan fino tacto en esta delicada labor de traducir poemas, como nos lo demostró hace todavía pocos años con una antología de Lorca en la colección londinense Penguin, logra en estas versiones de Riba sostener en todo momento y hacer vibrante el sentido y la fraseología de tan bellos poemas catalanes. El libro está además pulquerrimamente editado, como todo cuanto hace Gili en el género. Es esta la primera vez que Carles Riba es traducido al inglés.

E. S. CH.

## Ottocar Rosarios : « China comunista versus Unión Soviética »

LA LOABLE VIRTUD de la objetividad está presente en este relato que Ottocar Rosarios hace de su viaje por los países del mundo comunista. Esta crónica, esta descripción del acontecer en el tiempo y en el espacio, demuestra su espíritu objetivo a través de las palabras del autor de *China comunista versus Unión Soviética* (Editorial Emecé, Buenos Aires) en el prefacio de su obra: « Nadie puede juzgar con veracidad y honradez más que desde su punto de vista », con lo cual paradójicamente alude a la virtud antes mencionada.

Un capitalista occidental (hotelero de profesión, como el autor destaca repetidas veces), decide viajar para conocer el fenómeno social del mundo comunista. Su itinerario comienza en Hungría y tiene como meta a China comunista. El relato de los acontecimientos está matizado con observaciones sumamente interesantes referidas casi siempre al sentido político y social de los hechos descritos. Destaca en diversas partes del libro (en los capítulos dedicados a Rusia) la gran infiltración que el régimen del Kremlin prepara en África a través de la educación de jóvenes negros en las universidades soviéticas, que en el futuro llegarán a ser dirigentes en las repúblicas africanas.

Infinidad de hechos, objetos y costumbres llaman la atención del narrador que, como hom-

bre acostumbrado por su profesión a viajar y conocer personas y hábitos de otros países, está amablemente calificado para hacernos llegar una descripción que sin duda alguna podemos considerar sagaz y amena. Detalles sobre la alimentación, los vestidos y la urbanización de las ciudades son temas que constantemente se repiten en esta crónica. Pero esta insistencia no obsta a la presentación de situaciones y a los comentarios que van más allá de la simple descripción.

Su viaje por China comunista (la nación comunista que parece haber impresionado más al autor) es altamente ilustrativo sobre el pavoroso problema del crecimiento demográfico de esa nación y el peligro potencial que ello encierra para la humanidad. Repite el autor la descripción de las calles de Pekín y otras ciudades como ríos de personas. Jamás, insiste, ha visto profusión de gentes por las calles, etc. Todas expresiones que en conjunto nos transmiten una imagen vivaz de la impresión profunda que produjo en Ottocar Rosarios la superpoblación de ese país. Otros aspectos del problema que implica China comunista para Occidente quedan claramente ilustrados en la narración que hace el autor de su último brindis en las tierras de Mao Tse-Tung, durante la comida que le ofrecieron cinco altos funcionarios; y vemos expuesta en ella el gran peligro que encierra la proclividad del gobierno de Fidel Castro hacia el régimen de Pekín. « Luego, fatalmente, el tema es América Latina. No me preguntan casi nada. Pareciera que sobre América Latina lo supieran todo. Sus afirmaciones son decididas, concluyentes. Y los brindis, que se formulan cada vez que se levanta la copa, son monocordes: 'Por la amistad con los pueblos de América Latina.' Cuando los brindis con el tema de América Latina pasan de diez comienzo a sentirme incómodo. Si son estereotipados, los brindis dejan de resultar simpáticos y sinceros. A los veinte brindis que yo debo contestar con fórmulas evasivas aludiendo a la fortuna personal de los presentes me siento casi agredido por esta mención insistente y machacona de América Latina. Mis anfitriones me hablan de amistad y si no la aceptamos nos hacen pensar en su dominio: Más vale que seamos amigos, pues de otro modo nosotros los liquidaremos a ustedes. »

En los últimos capítulos de su libro, Rosarios enuncia las conclusiones a las que ha llegado a través de su viaje por el mundo comunista y creemos que a estos capítulos corresponde aplicar la advertencia que formula el autor en el prefacio de su libro respecto a la imposibilidad de eludir, en último término, el propio yo al enunciar un juicio.

Quizás la fuerte impresión que produjo en él la visión del pueblo chino, su increíble densidad

demográfica y el contacto con dirigentes convencidos profundamente de la misión de China en el mundo llevan a Rosarios a la certeza de que el gobierno de Pekín ha de jugar y juega en el mundo un papel de enorme importancia. Luego de calificar de aburguesados a los dirigentes del régimen de la URSS afirma: « El creciente apego a un statu-quo, que la dinámica china rechaza, va relegando históricamente a un segundo plano a la Unión Soviética, como ocurre siempre, en los momentos críticos, a los que se hallan en una posición intermedia. »

« En cambio China va camino de elaborar una fórmula explosiva, cuyos componentes son la población que desborda, la infinita resistencia de su pueblo y una ideología fanática y agresiva. Con dirigentes de la talla de Mao Tse-Tung, poseídos o poseedores de una fe que razona cuidadosamente sus motivos y de una fría y calculada pasión, muy oriental, es problemático asignar muchas posibilidades a la estabilización de la situación presente. »

Sin embargo, otro podría ser el criterio para juzgar la relación de poder entre China roja y Rusia. La capacidad teórica de un político (especialmente cuando está llamado a asumir un papel revolucionario) es sin duda alguna de fundamental importancia, pero lo es más aún quizás la capacidad para enfrentar la realidad con juicio acertado; saber considerar los elementos que operan en ella, las presiones que pueden surgir de uno u otro lado, los intereses en juego y, sobre todas las cosas, tener una valoración real de los elementos con que se cuenta para emprender una acción política determinada. Estos datos que, creemos, configuran la mentalidad de un estadista se manifiestan en la personalidad de Nikita Krushev que, con su aburguesamiento aparente y su política de coexistencia pacífica, ha logrado para el comunismo mayores triunfos que los de Mao Tse Tung. Pues en Krushev, parece, se combina una innata sabiduría con convicciones políticas tan firmes que le permitirían y obligarían a recurrir a las armas cuando fallasen otros elementos de convicción o conquista. El caso de Hungría es un claro ejemplo. La insistencia de China en el aspecto dogmático es un arma que utiliza para obtener un liderazgo en el mundo comunista que sabe no le corresponde políticamente. Se trata de la lucha de dos grandes potencias, eso es todo. China, cuando las circunstancias la favorecen, actúa con tanto aburguesamiento como su rival. Sus nuevas relaciones con la Francia dirigida por de Gaulle indican que busca, como toda nación, una finalidad que está más allá de cualquier dogma: la de entrar en contacto con otro pueblo y comerciar con él.

ALICIA M. JUSTO

Roque Esteban Scarpa :

« Thomas Mann.

Una personalidad en una obra »

**U**NA VIDA, un destino, un hombre que respira... », según palabras de Thomas Mann, están detrás de la obra que se lee, que se admira, que se enjuicia.

El propósito de considerar también estos aspectos alentó al profesor Roque Esteban Scarpa a encarar, desde el Centro de Investigaciones de Literatura Comparada de la Universidad de Chile —del cual es director—, la personalidad del notable escritor alemán : *Thomas Mann. Una personalidad en una obra*. Asimismo, completa Scarpa, el de llenar el tangencial vacío que, tal vez por exceso de admiración hacia los textos interpretativos ya conocidos o por temor a hacer un papel poco airoso intentando otros nuevos, se produce en el mundo de habla hispana en el terreno del exhaustivo análisis de las grandes figuras literarias, restringido en la mayoría de los casos a fugaces referencias periodísticas.

Además de la formación y obra primera de Thomas Mann, el crítico estudia en este tomo —primero de una serie de tres—, otro material al que no suele tener acceso el lector, y que corresponde al período de gestación : diarios, ensayos, discursos ; un total aproximado, de acuerdo con la edición de 1960 de Siegmund Fischer, de once mil páginas.

Tan ímproba labor sólo pudo realizarse por Scarpa con el auxilio del fervor, de la constancia, de la admiración hacia quien falleció en 1955 a la edad de ochenta años. El poder de autoanálisis del autor de *La montaña mágica*, la estrecha relación entre su labor creadora y su capacidad crítica, la unidad de la obra y la influencia que en ella han tenido los períodos de niñez y adolescencia, son otras razones señaladas como determinantes en la elección de la figura. Precisamente, aquí se advierte el culto a la familia característico de las obras de Mann, muchas de ellas de tono autobiográfico. Por lo pronto, en la muy citada *Los Buddenbrook*, historia de una familia burguesa a través de varias generaciones, con la inicial actitud regidora y patricia en medio de la opulencia, con la posterior contemplación y el ocio conducentes al fracaso, de acuerdo con sucesivos esquemas.

*Los Buddenbrook* y los cuentos publicados anteriormente reflejan con claridad su raíz en aquella etapa de la vida de Mann, en su niñez mimada y feliz, en el ambiente amable de la adolescencia y en su frecuentación de la música, en los esenciales pasos de la vida adulta.

Así surgirían los primeros atisbos de la que ha sido denominada literatura de inventario por su prolija descripción, por su penetrante análisis, por la objetividad precisa para revelar imágenes de una sociedad poblada de seres que dialogan meditada, lenta, parsimoniosamente, a menudo refugiados en simbólicas torres que implican serenidad, reflexión, reposo, y suscitan la nostalgia de lo que parece ya no hallar cabida en nuestra época.

Los sentenciosos cambios de ideas permiten a Mann la confrontación entre la naturaleza y el espíritu ; entre los medios artístico y burgués ; entre los términos opuestos de una dialéctica cuyas repercusiones infinitas conoce en todo ser y transmite con la palabra, la sola arma a su alcance para comunicar conocimientos, intuiciones, experiencias.

A través del admirable panorama, aun parcial —que Scarpa desarrolla a pasos ágiles cuando la enunciación exige ligereza ; pausados, cuando el paisaje llama a una demora—, se alcanza a apreciar en Thomas Mann su estilo y actitud vigorosas —según correspondan al escritor o al hombre, identificados ambos durante el exilio voluntario de la Alemania de Hitler— ; a disfrutar del afortunado escape que constituyen la ironía, el sentido del humor, la frase brillante, exteriores signos de una filosofía que acepta elementos espirituales para forjar una felicidad (« saber soñar, leer poemas, escribir yo mismo »), sin desdeñar los que reconoce en un estudio sobre Freud : « El amor a la vida, el goce de vivir, forman también los instintos fundamentales del artista » ; a descubrir en sus obras las alegrías de cada edad, y a sentir que a pesar de sinsabores y luchas es bueno haber nacido.

CELIA ZARAGOZA

Ricardo Latcham :

« Carnet crítico »

**D**IA TRAS DIA Ricardo Latcham ha ido levantando, sobria y serenamente, el censo de la actual literatura latinoamericana. Desgranada en varias publicaciones periódicas, su labor era poco menos que inaccesible. De ahí que constituya un real acierto su decisión de ordenar ese enorme material crítico en volúmenes, de los cuales este (Editorial Alfa, Montevideo), es el primero. Su contenido puede ordenarse en cuatro partes. Una inicial, muy breve, sobre escritores de México, que sólo abarca a Mariano Azuela y Ermilo Abreu Gómez. Le sigue la más extensa de todo el libro, dedica-

da a las letras venezolanas, en la que sobresalen cinco estudios de otras tantas obras de Mariano Picón Salas. La tercera se refiere a las letras uruguayas y en ella se destacan las páginas dedicadas a Onetti y al género del cuento en Uruguay. Cierra el volumen más de una decena de artículos sobre la literatura chilena; particularmente afortunados me parecen los que estudian la figura de José Donoso. Por cierto que esta calificación persigue fines didácticos y no debe tomarse al pie de la letra. Son frecuentes los enlaces con escritores y tendencias de otros países y, aunque el libro está destinado al público chileno, creo que todo latinoamericano encontrará en estas páginas múltiples y fieles reflejos de nuestra realidad común.

La variedad de los libros que aquí se abordan da ocasión para que Latcham exhiba el vasto registro de su comprensión. Tal vez esta última sea la palabra clave. Una actitud exenta de prejuicios que se abre llanamente a lo que la lectura pueda deparar y un espíritu alerta, pronto para descifrar ese misterio —sencillo o complejo— que todo libro transporta. Latcham ha leído concienzudamente decenas y decenas de libros hispanoamericanos y este saber se ha ido ordenando naturalmente, sin forzar la realidad, sólo como resultado de sus renovadas meditaciones. Su autoridad no proviene, pues, de rígidos esquemas o de interpretaciones previas más o menos consabidas. Ésta es la envidiable calidad de *Carnet crítico*. Por cierto que es mucho más fácil y lúcido idear un esquema y a partir de él interpretar la realidad literaria que fortuitamente caiga dentro de esas hormas preestablecidas. Sin desdeñar la teoría, conviene acentuar, por ahora, el momento de la detenida, morosa, depurada información. Ese trabajo y sólo él, dará a la postre solidez a la tarea teórica. Por otra parte estas notas son ya comienzos de interpretaciones. Hay en este volumen, insinuada, toda una vasta labor que las nuevas generaciones de críticos latinoamericanos no podrán desdeñar. De ahí que *Carnet crítico* una a la feliz frescura de los enfoques y al ejemplo de su amplitud comprensiva, certeras alusiones a una futura tarea de generalización.

EZEQUIEL DE OLASO

## Miguel Arteche : « Destierros y tinieblas »

TRAS DE *Otro continente*, atravesado por difusas ráfagas nerudianas, el nuevo libro de Miguel Arteche (Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1963) viene a afirmar el tono de una poesía adelantada ya en *Quince poemas*.

Es el tono de quien ha afinado su expresión hasta convertirla en exclusiva calidad de la idea. La idea, una vez mecanizada, se desprende del poema negándose a integrarlo. La elaboración del poeta chileno recuerda los acentos tradicionales de la poesía española; los tradicionales, es decir, aquellos donde más se cuentan toda suerte de floreos, juegos de palabras, muletillas sonoras, repeticiones estratégicas, suspiros, actitudes teatrales, combinaciones ingeniosas... Arteche pasa con gran fluidez de lo patético a lo irónico, desarrollando múltiples contenidos que, si no estuviesen al servicio de la citada retórica, serían ricas y profundas manifestaciones. Cuando el poeta se abandona más a sí mismo y a su propia transfiguración alcanza otra fuerza, tal como ocurre en el poema « Quevedo habla de sus llagas », grave y amarga confesión cuyas iniciales palabras : « El sueño ha terminado para siempre », proponen ya una metafísica de la muerte como única realidad del conocimiento.

Por las variaciones expuestas, distribuidas en ocho partes, resulta arriesgado establecer la línea vertebral de *Destierros y tinieblas*. Casi por norma, son poemas que hacen pensar en la técnica del verso. Todo está medido y pesado con extrema pulcritud. Nada entorpece, ni nada deteriora la trama formal. El lenguaje empleado adquiere una eficaz armonía. Incluso, hay delicadezas y elegancias. Pero como un actor que, de pronto, en plena magia interpretativa, deja al descubierto la mentira, los versos de Arteche dejan al descubierto que están demasiado trabajados. Con indeseable frecuencia, el escritor se destaca más que el poeta. Cabría preguntar entonces hasta qué punto el poeta debe entregarse al deleite —por otra parte envidiable cuando pasa inadvertido aun para el mismo poeta— del poder técnico. El libro de Arteche revela que, por una de sus tantas traiciones, la transmisión de un padecimiento —en última instancia la principal pureza que todo creador puede ofrecer— se convierte en una comodidad que aleja al lector del hecho poético. El poder técnico sería incapaz, por lo tanto, de sustituir al poder de la gracia.

Una de las características de la poesía consiste en que sus triunfos artesanales son muy difíciles de precisar. Festejarlos, cuando parecen localizados, equivaldría a un contrasentido. Se puede festejar el hallazgo literario de una novela. No pueden festejarse, en cambio, versos que, como los de *Destierros y tinieblas*, salen airosos literariamente. Conviene citar ahora este pensamiento de Tristán Tzara : « La poesía no es únicamente un producto escrito, una sucesión de imágenes, sino una manera de vivir. »

HECTOR MIGUEL ANGELI

# notas

## De las cosas del campo : un río muere de sed

Todos tenemos en el recuerdo, entre tantas cosas que se aposentan en la memoria con una persistencia que a la postre resulta inexplicable, la imagen de un río. Hablo del río familiar, es claro, del río de la infancia, que aparece cómplice de nuestras primeras aventuras. Yo, para mi uso particular, tengo uno que se llama Súnuba. El nombre es ciertamente sonoro y podría parecer, por lo mismo, cosa de invención, puro acomodo imaginativo. Pero la verdad es que el Súnuba sigue por ahí, con su menguado caudal, regando las vegas que se forman en un descanso, en un estribo de la cordillera que, por estas alturas, cae sobre los llanos de Casanare. Ese pequeño río, de aguas limpias y golpeadas, continúa ahí, cumpliendo una tarea casi doméstica, regando unos labrantíos tan primitivos como hermosos. Hace una curva, una suerte de hoz, en los predios que llaman Valle de Tenza y se reparte, por igual, en tierras de Boyacá y Cundinamarca.

No hace mucho, aquí mismo, recordaba yo un verso de Píndaro : « Nada hay mejor que el agua. » Como ustedes ven, Píndaro era bastante directo, muy poco complicado para estos menesteres de la poesía y, tal vez por eso, se le sigue leyendo. Digo, pues, que esa evocación del agua, cifra y reúne todas las otras. Por eso, para resumir las demás cosas —economía, agricultura y paisaje, analfabetismos y aspiraciones—, yo echo ahora mano de un río, y ustedes me perdonan. Por aquí, por sus orillas y sus caminos, no falta la historia, como no falta tampoco la leyenda. Yo podría recordar ahora cómo por estas irochas que cruzan el río y trepan por entre los naranjales y la caña, haciendo quite a las casas encaladas y a los ranchos desvencijados, pasó el Libertador, con las riendas abandonadas sobre el pescuezo de su caballo y quizás un poco absorbido en este paisaje. Pero hablar de ello no tendría gracia alguna. Porque Bolívar pasó por todas partes y cada pueblo, aun el menos dotado, se ufana de proclamarlo en una placa conmemorativa.

En ese río, que ahora traigo a cuento, hubo un tiempo —y a eso han venido los párrafos de arriba, acaso un poco literarios—, en que los campesinos amarraban en la noche unas cabuyas con el anzuelo bien dispuesto a las piedras de la orilla. Era un sistema de pesca primitiva, que no se aviene, ni mucho menos, con los postulados del deporte, pero que rendía a la mañana siguiente unos pescados capitales, lisos y alargados como anguilas y con unos bigotes hirsutos. Los atravesaban por la cabeza en una caña delgada de « chin » (informo a mis colegas de la Academia que se trata de la caña brava o caña de Castilla), de suerte que quedaban en sartal, según su tamaño, como las flautas de un capador o los tubos de un órgano. Cada mañana del verano, hasta los niños subían de la vega al pueblo ofreciendo su mercancía. Esto quiere decir que entonces los campesinos usufructuaban otra fuente más de ingreso y derivaban también otra forma de nutrición, rica y necesaria, según dicen por ahí los dietistas. Y lo que pasaba en ese río que nombro al azar, porque estuve algunos años cerca de sus orillas, es lo que acontece, medida más, medida menos, con muchos otros que empiezan a agotarse y a rendir cada vez menos en aguas y en pescados.

Ciertamente, un día cualquiera, en ese río instalaron sin consultas ni previsiones —aquí, ya lo sabemos, casi todas las cosas se hacen a la brava—, una curtiembre de cueros y envenenaron los caudales. No quedaron ni los renacuajos con que jugaban los niños de los veraneantes. Y esto, que es un ejemplo aislado, es cuanto acontece por todas estas tierras. Yo no he visto, en río alguno de este país nuestro, un letrado que limite la pesca, ni las talas. La caza se ejerce a la loca y no se prevén zonas ni temporadas, ni límites para estas carnicerías. Por eso las aguas merman, la fauna se descasta y aminora, la erosión hace de las suyas y la pesca, al menos en los ríos menores, ha agotado nuestras últimas reservas. Aquí se asesinan los peces con barbasco. La fauna, desde el venado hasta el « jirigüelo »,

soporta una persecución que corre parejas con la otra, la de la violencia en los hombres. Los niños, desde la escuela, se entrenan con las « caucheras » antes que con el alfabeto. Caen los árboles y se desmantela el paisaje, y la economía. Los ríos se mueren de sed : el agua se desperdicia y desaprovecha. Y todos tan contentos.

Yo me despido del año —en vez de una nota

necrológica y recordatoria de los trescientos sesenta y cinco días que ahora se apagan— con este recuerdo del río de la infancia, que me dio pie para hablar de los otros, que riegan nuestros campos y sirven de abrevaderos a hombres y animales, olvidados un poco de Dios y mucho de los gobiernos. Es, como se ve, una nota demasiado personal. Sin resquemores ni quejas. Apenas,

#### ADIVINANZAS DE « CUADERNOS »

Las adivinanzas que propone Cuadernos son de doble yema. El adivinador debe descubrir el significado que esconden las imágenes propuestas y decir en qué poema de qué poeta se hallan. Un premio de veinte dólares se otorgará a la persona de quien primero recibamos todas las respuestas, o a quien envíe el mayor número de respuestas exactas. Las respuestas deben enviarse antes del 1º de marzo de 1965 a la dirección de Cuadernos en París.

1  
Largo fulgor  
por el gallinero demócrata  
pasas como una procesión.

2  
Lenta y morada,  
pone ojerás en los cristales  
y en la mirada.

3  
Anda de plumas  
por los mares del cielo  
la tierra busca.

4  
Tu resoplar acompasa el mundo  
alto buey de las ciudades.  
Abrigado por tu vaho  
el Dios de este siglo nace.

5  
Tu ojo es una burbuja del silencio  
y tus cuernos floridos son agujas  
para ensartar luceros.

6  
Son guijarros de luz sobre las playas  
del infinito, pueblo numeroso  
o capital nocturna iluminada.

Sus millares de ojos  
ven el Islote de la luna helada  
¡Oh polillas del cosmos!

7  
Pasaste tu vida  
guardando la bóveda  
de tu propia cripta.

8  
El trópico le remienda  
con candelas y oros su manto  
hecho de todas las banderas.

9  
Sin cesar traza en la tierra  
el rasgo largo, inconcluso,  
de una enigmática letra.

10  
Eres un niño fajado.  
Y cuando pliegas las alas :  
folleto vivo del campo.

11  
Ceja de espuma  
de la ola del silencio.  
Pañuelo de los naufragios.  
Jeroglífico del cielo.

12  
Descifra la buenaventura  
sobre las rayas de una hoja  
el dedo lento de la oruga

13  
¿Cómo es posible, dueña  
de camisa tan alba  
que te bañes esbelta  
en una impura charca?

14  
El zumbel del aire no puede  
hacer girar su trompo verde.

15  
Los pájaros son  
las letras de la mano de Dios.

*un poco sentimental, si se quiere. Y ustedes me perdonen por este memorial de agravios, que será también inútil, a las puertas de un nuevo año que clarea.*

EDUARDO MENDOZA VARELA  
(Del libro *De las cosas del campo*, editado recientemente en Bogotá.)

### ¿ QUÉ SUCEDE CON LO HISPANOAMERICANO EN ESTADOS UNIDOS ?

¿Son el cuento y la novela, la poesía y el teatro fieles documentos para la interpretación de la vida y la cultura hispanoamericanas? Hay críticos que responden afirmativamente. Hace poco, el destacado escritor y político venezolano Arturo Usler-Pietri, en el prólogo a una colección de cuentos traducidos al inglés, *Prize Stories from Latin America*, afirmó que en las selecciones incluídas en dicho volumen, el psicólogo social podría hallar un hontanar de datos de incalculable valor. Se ha dicho, frecuentemente con calculada insistencia, que toda obra literaria refleja un estado social. Por cierto, hay autores que emprenden su obra con ese propósito. Balzac se empeñó en reflejar toda una época de Francia. Y no sólo los realistas o los naturalistas deben ser incluídos en esa categoría de « escritores sociales ». De Galdós a Unamuno, de Horacio Quiroga a César Vallejo, de Germán Arciniegas a Alfonso Reyes, de Eduardo Barrios a Jorge Luis Borges, se han hecho aportaciones literarias que sirven para interpretar el estado social y cultural de Hispanoamérica. Además, algunos poetas, como Nicolás Guillén y Pablo Neruda hacen profesión de fe de su « función social ». Incluso Camus insistió en la postura que debe adoptar cualquier escritor responsable ante los problemas de su tiempo. William Faulkner tampoco eludió esa íntima y misteriosa integración que consiste en la interpretación de lo eminentemente social a través de medios estéticos. Jorge Mañach dejó traslucir ese sentimiento cuando escribió sobre Gabriela Mistral : « ...aún cabría señalar esta compenetración de lo espiritual y lo terreno en su poesía de la naturaleza, que comprende, no solamente los versos interpretadores del paisaje, sino esas mil prosas dispersas en que Gabriela ha hecho el elogio de las cosas y los oficios humildes ».

Abundan los estudios de literaturas europeas en los que se hace resaltar la relación entre lo social y lo puramente artístico. Por ejemplo, y para citar sólo un autor, el pequeño libro de Pierre de Boisdeffre titulado *Les écrivains français d'aujourd'hui* (1963). ¿Están todos los críticos de acuerdo en lo que es *Facundo*, de Sar-

miento? Cuando se estudia la obra de Montalvo o de Martí, ¿puede soslayarse lo primordialmente patriótico y desgranar lo literario en unidades casi invisibles? Sin embargo, no creo que haya que sacrificar la sensibilidad estética para subrayar lo moral o lo político. La austeridad del artista puede dar cabida al desvelo por la crítica de la vida nacional. Lo que tal vez ha venido sucediendo en la literatura hispanoamericana es que se ha empleado erróneamente la obra literaria para complementar estadísticas e informes técnicos. Es posible que se haya insistido más en lo aparente y obvio de la obra literaria que en la sustancia. Pero ocurre que, a despecho de la voluntad del erudito, hay acontecimientos que van íntimamente atados a la literatura. ¿Es posible llegar a conocer bien la novela de la Revolución mexicana, incluso atisbar una clasificación, sin antes estimar los fines de la revolución, su proceso, sus triunfos y fracasos? Sería posible escribir sobre Martín Luis Guzmán sin leer bien *La querrela de México*? No creo que la obra literaria sea estadística, ni que sirva para la estadística de los economistas o de los sociólogos, pero no me alarma que de su estudio —sin excluir lo medularmente estético— se deriven algunas conclusiones saludables que sirvan para conocer una época, un hombre, un régimen político. *El Matadero*, de Echeverría, es uno de los muchos ejemplos que podrían citarse. No sabe uno si admirar la capacidad descriptiva del autor o reaccionar violentamente contra el gobierno cruento de Rosas. En los Estados Unidos se ha podido ver en la literatura hispanoamericana tanto su valor estético como su valor social. La nueva hornada de críticos norteamericanos atestigua no sólo interés sino también perspicacia, cavilación y una sabia estimación de lo estético y lo sociológico.

En cierto modo, John Oliver Killens, uno de los más ínclitos novelistas y dramaturgos norteamericanos, de la raza negra, resume muy bien este punto cuando dice : « A Negro artist, if he wishes to remain an artist, must reflect the feelings of his people. » (El artista negro que desee seguir siendo artista, debe reflejar los sentimientos de su pueblo.) Aplíquese una definición similar a la América Latina y se llegará a conclusiones reveladoras.

Es indudable que en los Estados Unidos existe un creciente interés en la literatura latinoamericana, ya sea la del Brasil, la de Haití o la de los países hispanoparlantes. No creo que haya en los Estados Unidos universidad alguna donde no se ofrezca, al menos, un curso general de literatura latinoamericana. Aun en los pequeños « colleges » se incluyen autores como Martí, Sarmiento y Darío en los cursos de « Spanish ». Ahora bien, en las universidades donde

se otorgan títulos de « Masters » o de « Ph.D. » la situación varía, de acuerdo con los presupuestos vigentes, los profesores idóneos y la capacidad de los estudiantes para leer en español las obras seleccionadas. Merece que se advierta que en las universidades norteamericanas que precian su nivel académico y su prestigio, las clases de literatura hispanoamericana se explican en español, y en español los alumnos leen poesías, novelas y ensayos. Esto ocurre no sólo en los reputados centros docentes de la costa del Atlántico, como Columbia, Harvard, Yale, Princeton, etc., o en los de la costa del Pacífico, como la Universidad de California —Berkeley y Los Angeles—, sino también en el Medio Oeste, es decir en el centro mismo del país, donde los contactos con el mundo hispánico, contrariamente a lo que juzgan algunos, es intenso. La Universidad de Washington, en San Luis, Misurí, la de Kansas y la de Nebraska, por ejemplo, ofrecen cursos de literatura latinoamericana en los que se emplea exclusivamente la lengua española. Las traducciones al inglés no cuentan para nada. Es menester que se comprenda que lo latinoamericano en Norteamérica es casi de reciente adopción, comparado, póngase por caso, con el estudio de la literatura francesa o alemana. La creación de centros de estudios latinoamericanos, como los que existen en las Universidades de Columbia, Texas, California, Washington, Kansas, Nebraska, Tulane, etc., ha de mejorar sin duda la calidad de la enseñanza de las materias relacionadas con la América Latina. Contribuirá también a una mejor comprensión de su cultura y de su idiosincrasia. Los cursos especializados y los seminarios están casi equitativamente distribuidos entre la época contemporánea y períodos anteriores. Sor Juana Inés es tan importante como Agustín Yáñez para el investigador y para el estudiante. Y se escriben juiciosos estudios sobre Fray Servando Teresa de Mier y sobre Alfonso Reyes. En casi todos los centros universitarios se insiste en lo contemporáneo tanto como en las raíces de la cultura latinoamericana. El estudiante llega a conocer, aunque sea someramente, algunas fases de las literaturas indígenas, de manera que cuando se especializa en « Spanish » y recibe su diploma, tiene al menos una visión panorámica de lo que es la América Latina en su literatura.

Existe el deseo de incluir en todos los programas la literatura española, la brasileña y la hispanoamericana, pero depende de los presupuestos, tanto en las universidades estatales como en las privadas. Además, no siempre se consiguen buenos profesores que puedan sentar cátedra. Excelentes profesores visitantes los hay, pero no siempre las universidades están dispuestas a establecer nuevos cursos con un personal

docente no arraigado en el país o, por lo menos, con posibilidades de que permanezca en la universidad algún tiempo. Sólo las instituciones con cursos previos sobre esta materia están en condición de contratar profesores visitantes para equilibrar la enseñanza. Dadas las características de la administración docente en los Estados Unidos, es difícil ofrecer una solución que sirva para todo el país en caso de que se produzcan o existan « desniveles distributivos ». Cada universidad resuelve su problema de acuerdo con sus posibilidades, ya por medio de la ayuda de las Fundaciones, por donativos o aumentando su presupuesto. Permítaseme decir que la Sección de Becas de la Unión Panamericana, bajo la dirección de Javier Malagón, realiza una labor ejemplar, pues permite la presencia de profesores latinoamericanos en los Estados Unidos, sin gran sobrecarga para los centros docentes interesados.

Becas, subvenciones de organismos gubernamentales y privados, intercambios de profesores y estudiantes, todo esto y muchísimo más ha de servir para difundir la literatura y la cultura de la América Latina en los Estados Unidos. Existen publicaciones como el *Handbook of Latin American Studies*, publicado por la Fundación Hispánica de la Biblioteca del Congreso, que recoge periódicamente y con rigor lo que se publica en torno a la América Latina. El profesor y el alumno encuentran allí datos sobre libros y artículos que de otra manera pasarían inadvertidos. Las buenas bibliotecas están suscritas a *Cuadernos*, de París, *Sur*, *Atenea*, *Insula*, *Cuadernos Americanos*, etc. Pero hay publicaciones que desventuradamente no llegan a manos del estudiante o las reciben contados profesores. El esfuerzo heroico de jóvenes escritores latinoamericanos que preparan revistas, con frecuencia pagadas de su peculio personal, casi no llega a las aulas norteamericanas. Las casas editoriales de la América Latina deben mantener un servicio muchísimo más eficaz de distribución no sólo de libros, sino también de folletos informativos. Sugeriría que consultaran cuidadosamente la lista de miembros de la Modern Language Association y de la American Association of Teachers of Spanish and Portuguese y les enviaran a dichos miembros catálogos de los libros editados en la América Latina. La revista trimestral *Fichero Hispanoamericano* trata de llenar este vacío.

Sin duda, el intercambio de profesores y alumnos es importantísimo para lograr ese mutuo conocimiento al que todos aspiramos. Se me ocurre que tal vez algunos gobiernos latinoamericanos podrían establecer cátedras especiales de acuerdo con alguna universidad norteamericana en particular. Hay países europeos que realizan algo muy similar, o regalan libros y facilitan el



conocimiento de su cultura y de su historia. El costo no sería prohibitivo y los beneficios mutuos serían cuantiosos. La población estudiantil en los Estados Unidos crece y cualquier esfuerzo que se inicie ahora para afianzar sería y rigurosamente los estudios latinoamericanos ha de fructificar.

ROBERTO ESQUENAZI-MAYO

### LA FORMA COMO MISTERIO

*El hombre y el toro.* — En un pasado no muy reciente un hombre de las regiones centrales de Europa degolló un toro y bebió su sangre para congregarse así en su interior la fuerza vital y atávica de la naturaleza. El toro padecía una enfermedad característica que el hombre contrajo casi inmediatamente. El animal sobrevivió su padecimiento hasta mucho después, el hombre murió lánguida y desconsoladamente. En numerosos de estos símbolos, algunos paradójicos y divinos, se cifró la esperanza humana.

*La verdad de los astronautas.* — La bomba atómica trajo la destrucción de un pueblo y el fin de una guerra, pero también la posibilidad de extraños y hasta ayer remotos horizontes.

En ellos cobran fuerza las exorcizaciones y elaboración de los elementos primarios que los ancianos y oscuros alquimistas fanáticamente persiguieron en sus cuevas. La ciencia descubre de pronto otro misterio, y éste se abre y multiplica y el alquimista corre desafortadamente hasta quemar sus ojos. La forma que, desgarrado, intenta apresar entre sus manos toma la apariencia de infinitas formas y su búsqueda recorre años y espacios en diferentes dimensiones, vislumbrando tal vez que su tránsito está poblado de otros tránsitos y que su respuesta está inscrita en infinitas respuestas que golpean las cavidades de eternos corredores con interminables reflejos que desnudan su ansiedad en millares de años de implacable destinación. De cualquier modo, utiliza la energía acumulada, determina con precisión los cálculos y entra en la esfera orbital que lo llevará una vez más a la región final donde empieza todo de nuevo.

Desde la calculada intuición cartesiana a los embates arremolinados de un empecinado físico de Ulm, la inteligencia ha construido puentes de enlace que han sufrido el deterioro del tiempo y, a pesar de ello, quiso dejar grabado indeleble en la circunstancial memoria que prodiga su misma tenaz insistencia, el precioso círculo de su conocimiento. Hasta que otro alemán incansable prodigó la fuerza necesaria para romper las vallas y emprender alucinados la carrera vertiginosa donde un universo fantástico y profundo abría las puertas, que empujearían

al oscuro alquimista primario hundido en su caverna.

Pero ya en su ascenso divisó la certeza que movía sus aparatos y, encerrado en la pared muda de un sueño tan vasto como aterrador, persiguió la materia hasta asirla enloquecido y cuando a la luz de la razón vertió su pura indignación estrellando palpitante el adivinado silencio, abrió uno a uno los entumecidos dedos para comprobar que, en la palma vacía que brillaba enrarecida en la fría luz incandescente, la piel ostentaba el rasgo irreversible de su mano, que el salto inmenso dado o el hacinado trueno de fuego consumido en la distancia puesta entre él y su misterio, se agotaba; y apretó los dientes y maldijo innumerables veces, mientras la arrugada densidad que ocupara adquiría una vez más su primitiva forma.

*La idea futuro-forma.* — Dados los pasos iniciales, cabe preguntar si el resultado próximo será establecer la relación justa entre una necesidad, por ejemplo, y su absoluta prescindencia. O la precisión original del acto creativo, la eliminación de un acto o deseo humanos, con el ordenamiento previo de la mente hasta el punto de anticipar la inexactitud de un movimiento en el momento anterior a producirse, sobre la base del cálculo íntegro de su desarrollo. Y así relacionar cada desenvolvimiento y darle característica o tipicidad, según el género o la convivencia, determinando los índices de nacimientos y condicionando las muertes a las estadísticas imprescindibles de mantenimiento con un registro de cronologías previas en función del medio.

Limitadas de este modo las probabilidades, o mejor dicho, eliminado el proceso inverosímil que registra las equivocaciones del hombre, suprimir todas las derivaciones que el género haya cumplido en ese sentido, descartando las inconsecuencias de su actitud.

Pero aquí el intento se detiene. Aquí la mente se niega a seguir los planteos de su aniquilamiento. Sabe que durante años las creencias, los mitos, las concepciones han formado un tejido sutil que envuelve el entendimiento, que impide ver claros los signos elaborados en antiguas decisiones o experiencias. Aquí todo se vuelve hacia sí mismo e interroga la decisiva luz que el conocimiento solamente puede encender. Del hilo de su idea parte la noción de un futuro que inevitablemente necesitamos comprender.

A partir de numerosas contradicciones, supuestas o falsas teorías, incontables tentativas en definir, acortar o simular lisa y llanamente, que la humanidad cumple disciplinados ritos en ciclos que detallamos o sincronizan las voluntades originadas en ese sentido, hemos inclinado nuestra suposición al interés pacífico y

agudo de crear la virtud enmascarada que pone en manos de una sola potestad el vicio de engendrar o extirpar por completo la única seguridad que poseemos para creer —una vez más— que Adán y Eva nacieron vírgenes y emprender, así, la fabulosa restitución que enloqueciera a nuestros alquimistas.

No bien así, erigimos el culto a la forma y lo dotamos de numerosos nombres. Llegamos al sacrificio, la esterilidad, pobreza y pérdida, con tal de —otra vez— acercar nuestras manos al posible flujo vital que engegué al astronauta hasta hacerlo maldecir indefenso.

*Hacia adónde.* — El tema gnoseológico que orienta la filosofía se expande y busca la comprensión simbólica en todos los ámbitos del conocimiento. Las formas conceptuales que aparecen como meteoritos llenan los espacios innumerables dejados por las estructuras en evolución, pero las asociaciones, las abstracciones semánticas no pueden deformar el pensamiento que busca su punto de partida en la transformación del símbolo.

Así, el significado adquiere real contenido en una aspiración que no cree en desviaciones o falsas premisas. La especulación se detiene, la necesidad detalla y previene contra la confusión entre el contenido y la forma. Ya sabemos que tarda en aprenderse que siempre hay una realidad detrás de los símbolos, viejos o nuevos. Las mismas formas de creencias varían con las épocas y hasta con las distancias. La ignorancia que sobre la forma discurre negando su visión no es nada más que la antigua ignorancia que la filosofía no discernió porque jamás llegó ninguna ciencia o arte a tener la oportunidad de golpear las puertas en los corredores de una función eternamente misteriosa.

El desarrollo de los mitos ha confundido también el origen de la duda, y así es fácil observar un tránsito hacia la religión sin saber que es magia todo rito sagrado.

Encontramos entonces todo un mundo lleno de signos formales que vislumbramos aun sin conocerlo del todo, y cuando descendemos en la zona destinada, de pronto vemos que el hombre y el toro y el astronauta y el alquimista y el futuro son una encadenación de rastros guiados en distintas dimensiones, pero que su suerte no es otra que el impulso oculto que enciende un destino tras otro para reconocer en la forma su precio humano. Y éste es el misterio.

RAUL VERA OCAMPO

#### TEATRO EN PARIS

*Marcel Achard* : Representó en estas semanas últimas el teatro de boulevard con la obra *Machin-Chouette*, clásica en su género « boulevardero », una de esas obras que pueden ser vistas y fácilmente olvidadas. Es una historia de vagabundos y prostitutas convencionales que lindan con aquellos que, habitualmente, propone la Ópera. Marcel Achard se deja llevar por la moraleja : « la amistad es más importante que el amor, o simplemente mejor. » Y es así como *Machin-Chouette* pudo haber sido una suerte de *Irma la Douce* o, más exactamente, haber despertado el encanto de *Irma la Douce*. Pero estos encantos no trascienden en *Machin-Chouette*, porque Marcel Achard sacrifica a las convenciones y exigencias del « affiche » de boulevard todas aquellas posibles sorpresas que podía haber tenido *Machin-Chouette*. Es como si todo estuviera justificado, y justificado con la astucia del nombre que evidentemente tiene la persuasiva frivolidad publicitaria. *Machin-Chouette* es un nombre feliz para atrapar al público. Tal vez, tenga la magia de un buen producto, donde se unen la excelente interpretación de Jean Richard y Robert Dhéry y la astucia del diálogo, pero sin embargo aburre ; fatiga por la falsedad de la situación que desarrolla. Jacques Lemarchand señala : « Es peligroso abandonar los vagabundos a la invención. Ellos se conducen en la realidad como imbéciles y con una imbecilidad contagiosa. En *Machin-Chouette*, no se enumeran más que personajes sin verdad y aventuras sin sabor. »

*Barillet y Grédy* : Trajeron otro ejemplo más o menos elocuente del género de boulevard : *Fleur de Cactus*. Y es la obra de moda, con la exactitud de los convencionales juegos del amor, la mentira, el equívoco, traducida en réplicas felices, un reparto excelente y resuelta en la sorpresa final.

*François Billetdoux* : La compañía de Jean-Louis Barrault y Madeleine Renaud representa : *Il faut passer par les nuages*, de François Billetdoux. El título de la obra inspirado en un texto de Joubert : « *Pour arriver aux régions de lumière, il faut passer par les nuages. Certains s'arrêtent là, d'autres savent passer outre.* » Esta obra de Billetdoux, no traiciona a su autor, que bien sabe halagar con prudencia al público, identificar la poesía con la vaguedad y arriesgar en un confuso juego teatral la sinceridad a la moda de la buena gente que siempre sospecha en el espectador.

François Billetdoux escribió esta obra para que fuera interpretada en su papel principal por Madeleine Renaud. Y seguramente, son la interpretación de Madeleine Renaud y el montaje de Jean-Louis Barrault lo que nos distrae de las debilidades literarias del texto folletinesco. *Il faut passer par les nuages* es un folletín tratado, escenográficamente, a la manera de « nuevo teatro » —si acaso uno de los aspectos del nuevo teatro es la imposición del « sketch »,

el ritmo de calesita y el juego con escenas simultáneas, la dislocación del espacio para imaginarlo de otra manera. Esta combinación de folletín victoriano que tiene reminiscencias del universo literario de François Mauriac, de Armand Salacrou, de Félicien Marceau y en algún momento —a causa de Madeleine Renaud que hace del personaje un personaje « claudeliano »— de Paul Claudel. En esta historia de *Il faut passer par les nuages*, se entrelaza en la peripecia de una muchacha modesta y fogosa de provincia, la retórica y la intención metafísica, en el cual el registro dramático de Madeleine Renaud crea, ciertamente, otros espacios...

*Henry James* : La adaptación de Christopher Taylor *Les ailes de la colombe*, inspirada en la novela victoriana de Henry James, coincide con el original en la intención y en el clima melodramático : historia de una agonía en el otoño veneciano. La muchacha americana, millonaria, tuberculosa, exiliada voluntaria en un « palazzo » alquilado en Venecia, aprende a morir en una Europa imaginaria que la hechiza : « La millonaria de un mundo reputado sin alma, va a mostrarse desinteresada y más civilizada y púdica que la Europa de sus sueños, que se ha hecho mezquina, ignorante y vana » (Poirot-Delpech, en *Le Monde*).

*Les ailes de la colombe* es un melodrama, que exige del « metteur-en-scène » y de los actores una permanente vigilancia. Es una obra guiada, en sus momentos dramáticos, por un clima interior y por un silencio sombrío que escapa a lo anecdótico. Se resuelve en un infierno cerrado, febril, apasionado, frágil, densamente patético y se apoya en el despliegue dramático del registro de una sola actriz, en este caso Catherine Sellers.

MARTA MOSQUERA

### ¿ EXISTE UNA POESÍA ARGENTINA DE VANGUARDIA ?

En los últimos años la poesía argentina ha demostrado una creciente actividad. Antologías diversas, estudios, centenares de libros de poemas constituyen un índice de que este aspecto de la creación literaria suscita tanto en los autores como en los lectores un interés desusadamente intenso. Esta circunstancia determinó que el Centro Argentino por la Libertad de la Cultura —tal como había hecho ya en relación con las obras de Eduardo Mallea y Jorge Luis Borges— organizase un debate sobre un interrogante que sin duda está latente en las discusiones que se originan en revistas literarias y también en el mundo de los lectores. Este interro-

gante —que afecta en forma central a la cultura y a la sociedad —es : ¿ existe una poesía argentina de vanguardia ?

Se trataba de determinar —a través del diálogo entre tres escritores que han estudiado detenidamente el tema y han superado en conversaciones previas los equívocos posibles— si asiste la razón a aquellos que sostienen que la actual floración poética argentina es una de las más vigorosas del mundo o si, por el contrario, como lo quieren otros, no hay en toda esa producción nada que pueda merecer el nombre de vanguardia.

Tal como en los anteriores debates, participaron en éste tres escritores : Enrique Pezzoni, Alberto Vanasco y David Vogelmann. Entre el público, numeroso y visiblemente interesado, pudo observarse la presencia de varios poetas directamente afectados por el tema, que fue expuesto por David Vogelmann con breves palabras.

Al iniciar la lectura de su tesis, Enrique Pezzoni trató de fijar los alcances de la denominación de « poesía de vanguardia ». « Quizás correremos menos riesgo de desprestigiar el término vanguardia —dijo Pezzoni— rebajándolo al de *actual*. »

Se esforzó luego por situar el problema dentro de un orden histórico y deslindó « la importancia sucesiva de corrientes tales como el « martinfierrismo », « la generación del 40 », y el ímpetu revisionista desatado hacia 1950 ». Se refirió a las acusaciones de epigonismo y dependencia que se han lanzado sobre la poesía argentina desde sus comienzos, para preguntarse luego si los revisionistas del decenio del 50 habían logrado establecer por su parte una verdadera poesía de vanguardia. A fin de esbozar una respuesta acudió al testimonio de las antologías más recientes y llegó a la conclusión de que es en verdad prematuro hablar de la existencia de una vanguardia poética en la producción argentina actual.

En su respuesta, Alberto Vanasco procuró demostrar la existencia de una vanguardia. Para ello, comenzó también por tratar de definir el término y su validez. « Toda poesía —expresó Vanasco—, por el solo hecho de serlo es o debe ser de vanguardia. » No obstante, Vanasco propuso mantener los términos en que se había planteado el debate, por razones prácticas y con sentido provisional. Luego analizó lo que se ha llamado « el enfrentamiento de la actual vanguardia poética con las generaciones anteriores » y situó las raíces de este hecho en « el atraso en asomarse a la contemporaneidad » que se observa en la poesía argentina. Al cabo de una sucinta reseña histórica, afirmó que « a partir de 1950 toda una generación reanuda la gran línea de la poesía occidental y realiza un viraje » en la literatura argentina. En este sentido Vanasco

hizo notar que la literatura argentina se desarrolla sofocada por un desprecio destructivo del medio social y afirmó por último que la existencia o posibilidad de una poesía de vanguardia reside precisamente en la lucha contra esa tendencia negativa del medio social.

En el debate posterior entre Pezzoni y Vansasco, se aclararon diversos puntos, apelando ambas partes a los ejemplos ilustrativos, y se llegó a un acuerdo básico: la vanguardia poética argentina sólo existe como un fenómeno derivado de otras vanguardias extranjeras, o sea que es una vanguardia de segundo grado. Se analizó entonces el sentido último de la cultura argentina y los dos participantes coincidieron en que ese mal afecta también al resto de las actividades creadoras en el país. Se pasó así a rastrear las causas más profundas de esta situación y se llegó a la conclusión de que las debilidades de la cultura argentina provienen de hondos males de la estructura social del país.

Finalmente, David J. Vogelmann, que actuó como mediador y árbitro, subrayó la conclusión a la que se había llegado y dijo que ella indicaba que existía una coincidencia de fondo entre los dos participantes. « Este diálogo —dijo Vogelmann— quizás haya demostrado que la pretendida corriente de poesía argentina de vanguardia no tiene existencia. Pero ha patentizado asimismo que las posibilidades que ofrece la aventura poética dominan en medida notable en la mentalidad de las últimas generaciones. Y

acaso este hecho, esta apertura, pueda conducir a cambios palpables, no sólo en la literatura, sino también en las enfermas raíces de la sociedad en que vivimos. »

## Temas y autores

Corría el año 1265 —¡hace ahora justamente siete siglos!— cuando nació en Florencia el que habría de ser uno de los luminares más extraordinarios de la humanidad: Dante Alighieri. Con amorosa delectación, PIERO BARGELLINI logra revivir en « La juventud de Dante » alguno de los principales episodios de su existencia juvenil, arrancando de 1283, « el año más feliz de Dante ». Trátase de un capítulo de la obra *Perfil de Dante*, que está a punto de ver la luz en Italia... HAYA DE LA TORRE, al que el correr de los años no le fatiga el entusiasmo, nos ofrece una de sus meditaciones políticas: La unidad latinoamericana, garantía de antimperialismo y democracia... En el revuelto mundillo comunista y hasta en el mundo entero, se habla ahora mucho del memorial de Togliatti y de la libertad de lenguaje del Partido Comunista Italiano. IGNAZIO SILONE, que conoce bien el paño, pone las cosas en su verdadero lugar con la serenidad a que nos

## BOLETIN DE SUSCRIPCION

Le envío la cantidad de ..... , importe de una suscripción a *Cuadernos* por un período de ..... a partir del N.º ..... , a nombre de (1) :

.....

.....

.....

(1) Indíquese la dirección completa.

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9962-63) a la administración de *Cuadernos*, 23, rue de la Pépinière, Paris 8<sup>e</sup>.

Francia : 1 año : 25 F

Norteamérica : 1 año : 6 \$ USA

Europa : 1 año : 28 F

América Latina : 1 año : 5 \$ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.

tiene habituados. « El Partido Comunista Italiano y el Estado-guía », que es el título de su breve ensayo, sirve de introducción a un texto de Togliatti —que el P.C.I. sólo publicó de manera fragmentaria— en el que afirma que la obligación de todo comunista es alinearse siempre junto con la U.R.S.S... ¿Cómo se expresa en sus exámenes el aspirante a bachiller de Francia? He aquí una pregunta que pudieran hacerse en nuestra América las personas que se interesan en este problema, pregunta a la que contestamos con dos ejemplos concretos, correspondientes a otras tantas redacciones de las que son autores dos jóvenes franceses... ENRIQUE ARNAL nos habla de la joven poesía boliviana en una brevísima nota que sirve de introducción a cinco de esos jóvenes poetas... Ilustramos este número con media docena de xilografías del dibujante-grabador brasileño ROBERTO MAGALHAES, cuyo arte interpreta para nuestros lectores CLARIVAL DE PRADO VALLADARES... En un relato en el que se pone de manifiesto su imaginación y su sensibilidad, SILVINA OCAMPO nos muestra un extraño mundo infantil, constituido por cuarenta niños de un colegio de sordomudos, indolentemente unidos con la misma cara, con la misma conciencia, con los mismos placeres y con la misma muerte... MILDRED ADAMS es una de las escritoras y traductoras norteamericanas más notables en asuntos hispanoamericanos, muy indicada pues para escribir sobre « Latinoamérica en los Estados Unidos »... La exposición a que se refiere DAMIAN CARLOS BAYON ha puesto de manifiesto la diversidad de las artes tribales africanas. Nuestro crítico insiste también en el hecho de que en la escultura negra todo es mito y tiene perentoria razón de ser... ADOLFO DE OBIETA arremete contra uno de los mayores males del mundo hispanoparlante : la profusión verbalista. ¿Somos acaso el último refugio del retoricismo? El autor de « ¿Tienta más, a escritores españoles e hispanoamericanos, la palabra que la idea? » así lo cree. Y no le falta razón... Con motivo del reciente fallecimiento de Ezequiel Martínez Estrada, reproducimos unas páginas que publicó hace años H. A. MURENA que significaron una verdadera reapreciación de la obra del conocido argentino... EDUARDO MENDOZA VARELA, director del Suplemento literario de *El Tiempo* de Bogotá, rememora recuerdos infantiles sobre un río que se moría nada menos que de sed... AUGUSTO ARIAS estudia algunos aspectos de la influencia de las letras francesas sobre las hispanoamericanas, lo cual demuestra que la cultura no conoce fronteras... En fin, en nuestra sección de ciencias ofrecemos un tema de actualidad : « Los hombres en el espacio ».

# Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA  
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

*Director*

GERMAN ARCINIEGAS

*Consejo de Honor*

Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Mariano Picón-Salas, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos y Erico Verissimo

*Redacción en París*

Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

*Consejo de Redacción*

Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, José Luis Martínez, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

*Arte*

Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

*Ilustradores*

Sergio Trujillo Magnenat  
y Adriana Figueredo

*Corresponsales*

Asunción : Josefina Plá  
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela  
Bonn : Rafael Gutiérrez Girardot  
Buenos Aires : H.A. Murena  
Caracas : Guillermo Morón  
La Paz : Fernando Díez de Medina  
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz  
Montevideo : Dora Isella Russell  
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo  
Nueva York : Joaquín Maurín  
San Juan de Puerto Rico : María Teresa Babín  
Quito : Alejandro Carrión  
Santiago : Raúl Silva Castro  
Tegucigalpa : Oscar Acosta

*Redacción y Administración*

23, rue de la Pépinière, Paris (8)  
Teléfono : EUR. 37-59

# Cuadernos

LA SOCIEDAD INDUSTRIAL  
por Raymond Aron

EL TUERTO ORELLANA CONSTRUYE SU NAVE  
Miguel Albornoz

LA UNIVERSIDAD Y EL MEDIO SOCIAL  
Luis Alberto Sánchez

Mi última entrevista con  
MARIANO PICON-SALAS  
por Jean Supervielle

DEL CONCURSO ARGENTINO DE «CUADERNOS»:

Un cuento de Federico Peltzer

ARQUITECTOS VISIONARIOS, D. C. Bayón

«TEOTIHUACAN», poema de C. Pellicer

LO REAL ABSOLUTO, por Ramón J. Sender

CINE Y DOCUMENTO, por N. Almendros

MUJERES CHILENAS, por R. Silva Castro

MARZO DE 1965. N° 94



# BAVARIA, S. A.

UNA DE LAS CERVECERIAS MAS GRANDES DEL MUNDO

LA EMPRESA PRIVADA MAS GRANDE DE COLOMBIA

19 MODERNAS CERVECERIAS

6 MALTERIAS

1 FABRICA DE TAPAS CORONA Y DE ROSCA

1 PLANTA DE GRITS

1 PLANTA DE IMPRESION DE ETIQUETAS

1 FABRICA DE CORCHO

1 PLANTA DE ALUMINIO

GAS NATURAL

FERTILIZANTES

CORPORACION FINANCIERA PARA EL DESARROLLO DEL SUELO

DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES Y DESARROLLO ECONOMICO

CONCENTRADOS PARA ANIMALES



Las cervezas de BAVARIA, son vendidas a través de 250 oficinas y 140.000 vendedores al detal.

BAVARIA, cuenta con 70.000 accionistas.

BAVARIA, en 75 años de progreso, ha desarrollado un gran programa de investigación agrícola para mejorar y aumentar la producción de cebada.

Sobre estos terrenos agrícolas experimentales, se enseña el uso de máquinas y mejores métodos de cultivo.

*Marca de exportación :*

CLUB COLOMBIA

*Marcas locales :*

Club Colombia, Costeña, Costeñita, Bavaria, Germania, Póker y Nevada. También produce Bavaria S.A. : Pony Malta, Refrescos Pony, Agua Mineral Pony, Vita Malta y Vita Levadura.



# CUADERNOS

MARZO 1965

N° 94

SOCIEDAD INDUSTRIAL, IDEOLOGIAS Y FILOSOFIA	3	<i>Raymond Aron</i>
EL DESCUBRIMIENTO DEL AMAZONAS.		
EL TUERTO ORELLANA CONSTRUYE SU NAVE	14	<i>Miguel Albornoz</i>
CONVERSACION CON MARIANO PICON-SALAS	25	<i>Jean Supervielle</i>
LA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA		
Y EL MEDIO SOCIAL	27	<i>Luis Alberto Sánchez</i>
CINE Y DOCUMENTO	39	<i>Néstor Almendros</i>
ISABEL LLERAS DE OSPINA	54	<i>Eduardo Caballero Calderón</i>
MUJERES EN LAS LETRAS CHILENAS	75	<i>Raúl Silva Castro</i>
<b>DIALOGO</b>		
POSIBLES ORIGENES DE LA LEYENDA NEGRA	56	<i>Quino Caso</i>
<b>RELATO</b>		
CLAUSTRO DE PROFESORES	43	<i>Federico Peltzer</i>
<b>ARTE</b>		
LOS ARQUITECTOS VISIONARIOS	63	<i>Damián Carlos Bayón</i>
<b>POESIA</b>		
POEMAS	21	<i>Carlos Pellicer</i>
MAS ALLA DEL PAISAJE	55	<i>Isabel Lleras de Ospina</i>
<b>CIENCIA</b>		
NOTAS SOBRE LO REAL ABSOLUTO	67	<i>Ramón J. Sender</i>
<b>LIBROS</b>		
MAX AUB Y SUS CUENTOS MEXICANOS	81	<i>María Scuderi</i>
« HISTORIA DE MI VOZ », DE MANUEL DEL CABRAL	83	<i>Raúl Silva Castro</i>
« LA NAVE ENCABRITADA », DE DARDO S. DORRONZORO	83	<i>Luis Justo</i>
« MACHU PICCHU », DE LUIS E. VALCARCEL	84	<i>Guillermo Gallardo</i>
LIBROS DE BOLIVIA	85	<i>A.M.S.</i>
<b>NOTAS</b>		
	87	<i>José de Benito, Romualdo Bru- ghetti, Luis Guillermo Piazza, Ricardo Romero Aceves y Marta Mosquera</i>
TEMAS Y AUTORES	95	



## MARIANO PICON-SALAS

**L**A RADIOTELEVISIÓN FRANCESA dedicó recientemente una emisión especial para América Latina en memoria de Mariano Picón-Salas, el grande y generoso escritor venezolano, insigne humanista latinoamericano y miembro del Consejo de Honor de Cuadernos. El homenaje fue organizado en un tiempo brevísimo por la escritora argentina Marta Mosquera y la presentación de los participantes corrió a cargo del escritor francés Jean Super-vielle.

Leyeron breves oraciones el ex Presidente de Venezuela Rómulo Betancourt, el Director General de la UNESCO René Maheu, el crítico francés Roger Callois, Jean A. Mazoyer en nombre de la Editorial Casterman de París, que publicó la edición francesa de Regreso de tres mundos, el escritor colombiano Germán Arciniegas, el novelista chileno Salvador Reyes, el poeta ecuatoriano Jorge Carrera Andrade y el poeta uruguayo Ricardo Paseyro; por Venezuela intervinieron los embajadores Pulido Méndez y Juan Oropesa, el profesor Alberto Zérega Fombona, el poeta Rafael Angel Insáusti y Margot Benacerrrat, a quien Picón-Salas designó como directora de la sección de cinematografía y radio del Instituto de Cultura y Bellas Artes horas antes de morir.

He aquí unas palabras tomadas del texto leído por el ex Presidente Rómulo Betancourt: «No fue, en su conducta pública, un erasmiano hábil en el arte de nadar entre dos aguas. Su enemistad con los gobiernos de fuerza fue cabal y por ello negó su simpatía tanto a las dictaduras de derecha como a las de seudoizquierda. En sus libros y ensayos combatió a los caudillos bárbaros, y a la otra barbarie que trata de disimularse detrás del biombo ideológico del marxismo-leninismo. Buen ejemplo el suyo para los hombres de pensamiento que se desentienden del quehacer civil y piensan que todas las evasiones de la responsabilidad ciudadana les están permitidas porque escriben una literatura con valor estético.»

Por su parte, el Director General de la UNESCO dijo: «América Latina está de

luto con la desaparición de uno de sus hijos más ilustres, el doctor Mariano Picón-Salas. Una cruel afección nos lo ha arrebatado de golpe, en el momento en que su obra literaria alcanzaba las cimas de la consagración universal, en la República de las letras. Ante ese pesar que embarga a Venezuela y a todas las naciones americanas, el Director General de la Unesco no podía permanecer insensible. Durante siete años el doctor Mariano Picón-Salas perteneció al Consejo Ejecutivo de la Organización. Reclamaba una obra intelectual y ética inspirada en los Derechos del Hombre y en los valores más insignes de la cultura universal.

«He tenido oportunidad de conocer la producción literaria de este hombre, que tanto ha servido para esclarecer en el mundo los propósitos y la vida de los países latinoamericanos. Su actuación como rector de la Universidad Nacional, sus desvelos como representante del Gobierno de Venezuela ante la Unesco, acusan una característica esencial: Mariano Picón-Salas, con una sinceridad ejemplar, con un brillo insuperable, es uno de los constructores más eminentes del pensamiento latinoamericano y ha contribuido a vitalizar esa cultura, inspirándola en lo más profundo del humanismo y que por eso está llamada a producir frutos característicos del particularismo de las situaciones históricas de los diversos países de América Latina y de su vocación irreductiblemente universalista.

«Procedió siempre con denuedo y alteza de miras en el combate contra las injusticias que perduran entre los hombres. La vida de Mariano Picón-Salas constituye un alegato que estimula la conciencia de cuantos le han conocido. Por ello pudo definir admirablemente la esencia de la UNESCO cuando de ella dijo ante la XII reunión de la Conferencia General, en noviembre de 1962: «Hay que tener un corazón ardiente para vivir los problemas humanos, pies caminadores para salir al encuentro de las necesidades que en todas partes suscitan la ignorancia y la miseria, mano dadivosa para sembrar y repartir desde el día de hoy la cosecha espiritual que se recogerá mañana.»

# Sociedad industrial, ideologías y filosofía

POR RAYMOND ARON

EL LIBRO *El opio de los intelectuales*, escrito en 1954, en el curso del año que siguió a la muerte de Stalin, se publicó en 1955, y la conclusión llevaba por título «¿Fin de la era ideológica?» (con signo de interrogación). En 1955 empecé la serie de cursos, de los cuales se han publicado los dos primeros: *Dix-huit leçons sur la société industrielle* y *La lutte de classes*. El tercero, que en el Centro de Documentación Universitaria, se titulaba *Esquisse d'une théorie des régimes politiques*, y llevaba como subtítulo «Sociologie des sociétés industrielles», saldrá en 1965. Desde entonces, los dos temas *el fin de las ideologías* y *la sociedad industrial* han sido tan popularizados y han servido de pretexto para tantos comentarios y especulaciones que siento el deseo, no de concretar una vez más mi pensamiento, sino de concretar mi posición y de interrogarme.

\*

En el curso de la «Semana del Pensamiento Marxista», celebrada en 1964, se dedicó una velada al tema de la sociedad industrial. Me agradaría discutir seriamente con los oradores, que en dicha velada dieron muestras de una cortesía tan concertada como lo fue antes su grosería. Por desgracia, en las diferentes intervenciones no he encontrado ideas ni argumentos dignos de ser examinados a fondo.

Por razones múltiples y fáciles de com-

prender, el concepto de sociedad industrial no es del agrado de los marxistas-leninistas. Este concepto se remonta a Saint-Simon, a los sansimonianos o a Auguste Comte. Por consiguiente, de conformidad con la concepción histórica que Pierre Vilar expone con ingenuidad, esa idea ha sido superada por el progreso de la ciencia. Según él, Saint-Simon, Comte y Tocqueville pertenecen a una época que se ha quedado muy atrás, mientras que Marx puede ser contemporáneo nuestro, ya que su pensamiento representa aún el estado actual de la ciencia. Los marxistas-leninistas no admiten que el socialismo sea un régimen entre otros (puesto que ha de señalar el fin de la prehistoria), ni que pueda figurar al lado del capitalismo, entre las diferentes especies de sociedades modernas o industriales. Por último, esta comparación les pone en un aprieto: después de todo el socialismo soviético, régimen del porvenir, se esfuerza por «alcanzar» al capitalismo norteamericano, régimen condenado. ¿Cómo puede explicarse esta diferencia en el seno de una teoría que se funda en la primacía de las fuerzas de producción?

De ahí que la mayoría de los oradores marxistas se ensañe con una tesis que nadie ha sostenido nunca, la de una sociedad industrial sola y única, tesis absurda que equivaldría a negar la importancia de la oposición entre los regímenes. En la entrevista publicada por el semanario *Arts*, Henri Lefebvre va todavía más lejos

en lo imaginario. Según él, parece ser que yo he «lanzado la idea un poco confusa de sociedad industrial, única o mundial», y que hoy la critico yo mismo. En realidad, yo no critico esta «idea un poco confusa», sino la interpretación confusa que muchos han dado a una idea sencilla y corriente. Por lo que se refiere a la auto-crítica, la dejo de buena gana a Henri Lefebvre, que es un artista en la materia.

Pierre Vilar, por su parte, se limita a hacer un análisis, que pretende ser histórico, del éxito de lo que él llama la teoría de la sociedad industrial. Según parece esta teoría se ha extendido después de 1954, es decir, después de la explosión de la primera bomba H en la Unión Soviética (nos preguntamos por qué la explosión de la primera bomba A no hubiera bastado para iniciar el movimiento). Entre los autores citados figuran Herbert Marcuse y Pierre Naville, ambos de formación marxista y hoy todavía parcialmente de obediencia marxista (pero no marxista-leninista). Los éxitos alcanzados por la Unión Soviética han inducido sin duda a los sociólogos burgueses a disfrazar el capitalismo, bautizándolo con el nombre de sociedad industrial, y a conceder al fin un lugar a la Unión Soviética entre los países desarrollados.

Por primitiva que sea esta idea, contiene una parte de verdad. Con el tiempo los hechos se imponen incluso a los más fanáticos. Ahora bien, es evidente que unos regímenes que pretendían ser irreductiblemente hostiles han edificado, cada uno por su parte, unas industrias cuyas técnicas de producción (en el lenguaje marxista, las fuerzas de producción) se parecen. ¿Cómo no se han interrogado los economistas, los sociólogos y los filósofos acerca de la economía general, de la cual las economías capitalistas y socialistas son, al parecer, casos particulares, o acerca de la sociedad o civilización industrial, algunos de cuyos rasgos se encuentran en todos los regímenes? En opinión de Pierre Vilar, «la sustitución del elogio del capitalismo por el elogio de la ciencia y de la técnica» ha de marcar un «cambio profundo». Añade que este cambio no es un cambio modesto que, por tener en cuenta los errores pasados, debería aconsejar la pu-

dencia a los analistas de la sociedad industrial». Sería fácil contestar que este consejo, por proceder de un ex staliniano, es imprudente, si no indecoroso. ¿Bastan los «sputniks» para borrar el culto de la personalidad?

PERO DEJEMOS estas polémicas de poca monta. ¿Existe, como pretende este historiador, un «cambio profundo»? ¿Donde han nacido y prosperado la ciencia y la técnica modernas, si no es en la Europa occidental monárquica y después burguesa? Según las escuelas y los momentos, la ideología capitalista u occidental ha cantado las virtudes de la propiedad privada y de la iniciativa individual, o de la potencia demiúrgica de la ciencia y de la técnica. El propio Marx ha exaltado la grandeza de la burguesía conquistadora, que había transformado más el mundo en el espacio de un siglo que las otras formas de explotación durante millares de años. Convengo en que los occidentales prefieren el epíteto *industrial* al epíteto *capitalista*, del mismo modo que los soviéticos se llaman a sí mismos *socialistas* y nosotros les llamamos *totalitarios*. A menos de desterrar del lenguaje científico todas las palabras extraídas del lenguaje corriente, todos podemos *desenmascarar* las intenciones políticas o ideológicas que se disimulan bajo el vocabulario escogido.

Pero la verdad es que las sociedades occidentales, por haber sido o por ser efectivamente capitalistas, han estado animadas también por el espíritu de la ciencia o de la técnica. No es que en el Occidente ciertos pensadores no hayan sentido la nostalgia del orden antiguo, el horror de la técnica que despoja a la naturaleza de sus encantos y al campo de su poesía; pero si estas escuelas de pensamiento han podido frenar a veces el movimiento, no han logrado detenerlo. Las voces del pasado sólo encontraban gran resonancia en las épocas de crisis, cuando las fuerzas productoras parecían rebasar la capacidad de absorción del mercado y la ciencia extendía el paro y la miseria.

En realidad no es la explosión de la bomba H, ni siquiera la muerte de Stalin, las que han puesto de moda el tema de la sociedad industrial. Este hecho se debe,

por lo menos en igual medida, al buen éxito de las economías occidentales (digamos capitalistas, para dar gusto a los oradores de la «Semana del Pensamiento Marxista») y en particular de las economías europeas. Los países situados al Oeste de la cortina de hierro no han conocido las depresiones desde 1945; los mismos Estados Unidos, cuyo desarrollo se ha visto varias veces interrumpido por las recesiones, no han pasado por ninguna situación equivalente a una crisis, en el sentido que tenía esta palabra en el siglo pasado y más aún en 1929.

Desde entonces dos hechos han impuesto, como quien dice, la comparación: la edificación de una gran industria por la Unión Soviética bajo la dirección del Estado y sin propiedad privada de los instrumentos de producción, y el desarrollo constante y acelerado en Occidente (los porcentajes de crecimiento han sido más elevados en el Oeste, desde 1950, que en siglo pasado e incluso a principios del actual).

Esta comparación descubre a menudo segundas intenciones políticas, pero en sí misma es neutral. Los dogmáticos de los dos campos se irritan sin razón al encontrarse en mala compañía; el régimen occidental y el soviético (o capitalista y socialista), aun siendo ambos de tipo industrial, no son idénticos. Sólo una interpretación tecnológica de la historia permitiría afirmar que todas las sociedades que utilizan la energía atómica y los computadores serán iguales. Es absurdo decretar de antemano que lo que tienen de común es más importante que lo que las distingue.

Todos deberían, al empezar, suscribir las observaciones de buen sentido con las que Alfred Sauvy comenzó su intervención esa misma noche: «Algunos puntos del debate me parecen poco discutibles: existen dos regímenes que tienen puntos semejantes y acusan diferencias. En relación con los problemas técnicos y hasta sociales, encontramos muchos de estos puntos semejantes. En cambio destacamos fácilmente diferencias, algunas de las cuales son fundamentales.»

El concepto de *sociedad industrial* plantea tres problemas esenciales:

1. — ¿Cómo definir una sociedad indus-

trial? ¿Ha sido bien elegido este término? ¿No conviene evocar desde ahora una sociedad postindustrial?

2. — ¿A qué puntos se refieren hoy las diferencias esenciales entre los dos tipos de régimen, y cuál es el alcance de estas diferencias?

3. — ¿La evolución tiende a acercar estos regímenes? ¿Puede preverse el régimen socialista democrático hacia el cual, según nos dice M. Maurice Duverger, convergirán las sociedades occidentales, por socialización, y las sociedades soviéticas, por liberalización?

Acerca de estos tres puntos, cada uno de los cuales requeriría por los menos un libro, indicaré brevemente mis opiniones o mis presentimientos.

POR SOCIEDAD INDUSTRIAL no entiendo una sociedad históricamente singular ni un período determinado de las sociedades contemporáneas, sino un tipo social que parece iniciar una era nueva de la aventura humana. La noción de sociedad industrial es comparable a la de la sociedad arcaica. Presenta las mismas ventajas y las mismas dificultades. Es fácil señalar en líneas generales los caracteres específicos de un tipo social, pero es difícil trazar los límites exactos del tipo y afirmar que cierta sociedad es o no es arcaica, según la definición adoptada. La naturaleza misma del tipo industrial se encuentra todavía en una fase primitiva. Además, las sociedades de tipo industrial se piensan ellas mismas en el tiempo, y son lo que serán. La sociedad soviética pretende ser incomprensible, en cuanto el observador la considera en su presente, e ignora que es el socialismo de mañana el único que confiere sentido a su presente.

Probablemente hubiera sido preferible sustituir el término *sociedad industrial* por la expresión «tipo industrial de sociedad» o eventualmente *civilización industrial*. Al principio utilicé el término de civilización, que tenía la ventaja de sugerir las obras comunes en que participan todas las sociedades modernas y evitar la lógica aristotélica, que no me satisface nada (según ésta, la sociedad industrial es el género, del cual las sociedades soviéticas y occidentales son las especies). Se me ha objetado

que hablábamos de civilizaciones china, india o americana, mientras que en la expresión civilización industrial se toma la palabra en singular y el epíteto no evoca un individuo histórico.

Confieso que estas querellas de palabras me interesan poco, o mejor dicho, que me dejarían indiferente de no suscitar algunas confusiones intelectuales y algunas controversias verbales. Se trata de saber qué caracteres deben considerarse como constitutivos del tipo social. Ahora bien, en este punto me parece que los sansimonianos están en lo cierto; por lo menos, bajo la forma que Auguste Comte ha dado a las ideas sansimonianas, éstas se refieren hoy aún a lo esencial. Todas las sociedades humanas han dispuesto de conocimientos y de capacidad técnicos. Pero entre la ciencia de las sociedades antiguas o medievales y la de las sociedades norteamericana o soviética de hoy, entre la capacidad técnica de unas y otras, la desigualdad cuantitativa es tan grande que equivale a una diferencia de naturaleza. En este sentido el tipo social que yo he llamado, después de tantos otros, industrial, podría denominarse también científico. La ciencia y la técnica son las que hacen posible la existencia de tres mil millones de seres humanos sobre el planeta, una elevación anual del nivel de vida en los países desarrollados y la eliminación del hambre, incluso en los países insuficientemente desarrollados, donde la población aumenta cada año, a veces en un dos o un tres por ciento. La diferencia *cualitativa* entre la ciencia y la técnica de hoy, en relación con la ciencia y la técnica de todos los países conocidos, es *evidentemente* la condición indispensable de todas las demás características que se atribuyen corrientemente a las sociedades modernas: prolongación de la vida humana, aumento regular de la producción nacional, preocupación predominante y a veces obsesiva de la producción y del crecimiento, creación de un medio artificial en el cual se desenvuelve la existencia de los hombres, vastas organizaciones del trabajo y de la administración, especificación de las funciones, racionalización intelectual y social, etc. Sería fácil demostrar que ninguno de los fenómenos por los cuales los observadores ca-

racterizan la modernidad es posible sin una ciencia y una técnica florecientes.

Una condición necesaria no revela siempre lo esencial o, por lo menos, hay diversas maneras de entender lo esencial. Auguste Comte simplificaba el problema afirmando que una sociedad tiene normalmente un objetivo (al menos un objetivo principal) y uno solo, del mismo modo que lleva consigo una manera de pensar y una sola.

A partir de este postulado, la explotación de los recursos naturales reemplaza las conquistas, lo mismo que el trabajo pacífico reemplaza la guerra, la ciencia, la metafísica y la teología (aun cuando, en último término, una religión haya de salir de la ciencia). Después de la experiencia del siglo pasado, nadie aceptaría ya este postulado, a pesar de que Auguste Comte tenga todavía razón sobre dos puntos (1): la productividad del trabajo reduce o suprime, gracias a la aplicación de la ciencia, la racionalidad económica de las conquistas o de las colonias; el poder de destrucción de las armas hace aún más irracionales las guerras, cuyo coste aumenta y cuyo rendimiento disminuye hasta para los vencedores.

Sin embargo, de esto no resulta que el tipo industrial de sociedad pueda definirse adecuadamente sólo mediante el espíritu científico. A los ojos de los pueblos que han sufrido el choque de la civilización occidental y que temen, admiran y detestan sus realizaciones, la ciencia es ante todo el origen de la técnica. Es más voluntad de poder que búsqueda de la verdad o de la sabiduría; pero a los ojos de los sabios, de esos que pertenecen auténticamente a la comunidad de la ciencia, ésta nace de cierta cooperación entre la teoría y la experiencia, cooperación que exige a la vez el desinterés de la especulación pura, así como la modestia y la humildad del que interroga a la naturaleza y se somete a su respuesta.

ESTE ESPÍRITU de la ciencia-teoría no es ni el del comerciante que calcula de la manera más exacta, ni el del puritano que

(1) Véase *La Société industrielle et la guerre*. Ediciones Plon, París, 1960.

economiza y acumula (el tiempo es oro), ni el del banquero que compra o vende acciones, ni el del físico que fabrica la bomba atómica y los artefactos balísticos, ni el del responsable del proyecto Apolo que sueña con enviar cosmonautas a la Luna. Cuando Spengler calificaba de faustiano el espíritu occidental, definía por lo menos uno de los rasgos de la cultura en la que ha florecido la sociedad industrial. Del mismo modo, cuando Toynbee presenta la ciencia y la técnica como partes separadas del conjunto histórico que él llama civilización occidental cristiana, sugiere, tal vez con razón, los vínculos indirectos o sutiles de nuestra era.

Consideradas desde el exterior, objetivamente, las sociedades que pertenecen al tipo industrial, todas tienen como condición final la técnica, es decir, la ciencia, en parte por lo menos. Pero el «sujeto económico», que gracias a la técnica ha revelado la importancia de las riquezas naturales, nunca se ha caracterizado por la independencia propia del sabio que pretende preocuparse tan sólo de la verdad; y la preocupación por la verdad, incluso en el sabio, puede tomar diversas formas y estar animada por diferentes pasiones. Los historiadores y los sociólogos han representado múltiples figuras de jefe de empresa, y las discusiones sobre las afinidades entre el puritanismo y el capitalismo han sido rememoradas con motivo de la celebración del centenario del nacimiento de Max Weber. Son debates en que se mezclan dos cuestiones unidas entre sí, pero separables: una de *causalidad histórica* (¿en qué medida han tomado una parte considerable en la formación del capitalismo algunos puritanos?) y otra de parentesco espiritual (¿el espíritu puritano y el espíritu capitalista tienen alguna semejanza entre sí y arrancan de una inspiración parecida?)

Aún hoy sería inútil buscar el *espíritu de comunidad* en el presidente y director general de una gran corporación norteamericana, en el dueño de una gran explotación agrícola de la Beauce francesa, en el industrial inglés salido de Eton o de Oxford y en el director de un trust soviético miembro del partido. A medida que las economías se industrializan, también se racionalizan y se extienden inevitable-

mente los rasgos comunes, propios de la gestión de estas empresas. Todos han de calcular los gastos, los ingresos, los beneficios y los impuestos, prever una *duración* determinada —ya que el propio ciclo de la producción requiere tiempo—, traducir todos los elementos del balance en cantidades comparables y, por consiguiente, no establecer una distinción esencial entre los gastos ocasionados por la mano de obra y los que corresponden al material. Se reemplaza al hombre por la máquina, cuando el cálculo confirma que esta sustitución es beneficiosa. En este sentido, cualquier sociedad, y no sólo la sociedad capitalista, trata al hombre como una mercancía o un medio de producción.

La expresión cuantitativa y homogénea de los gastos en hombres (salarios), en materiales y en duración (tipos de interés, rendimiento previsto de las inversiones en el curso de un período futuro) se impone a toda economía moderna y, sin aludir a la esencia del espíritu científico, esta organización del trabajo colectiva utiliza instrumentos suministrados por la ciencia y se conforma a un método inspirado en el de la ciencia.

La cuantificación y la previsión subsisten, a pesar de la racionalización de los medios. ¿Han sido definidos los fines de las sociedades de tipo industrial? Aquí volvemos a encontrar el postulado de Auguste Comte: admitamos que todas las sociedades de tipo industrial quieran en adelante explotar los recursos del medio natural. ¿Con qué propósito? Sabemos que por lo menos en la fase actual transitoria hay dos respuestas posibles: el bienestar de algunos o del mayor número, el poder o la gloria de la colectividad. La pluralidad de los objetivos que las sociedades pueden proponerse reproduce y simplifica, en cierto modo, la pluralidad de las actitudes propias de los jefes de empresa de las diversas épocas y de las diversas naciones. Del mismo modo que un jefe de empresa puede buscar los signos de su elección, los beneficios, la prosperidad de la empresa familiar, el buen éxito como prueba de su valor, la satisfacción de crear, cada sociedad pone su régimen de producción al servicio de un ideal, pero no siempre teniendo conciencia de cuál es el que le anima.

EN NUESTRA ÉPOCA, los dos regímenes se dicen consagrados, si bien de una manera abstracta, al bienestar de la mayoría. Los dirigentes soviéticos jamás han confesado tener otra ambición que la edificación del socialismo, y éste ha implicado siempre la abundancia. Pero en realidad, hasta una época muy reciente la preocupación por el bienestar parecía subordinada a la de la producción a todo trance o a la del poder colectivo. Reservemos provisionalmente la cuestión de saber si esta subordinación ha sido accidental o necesaria. Limitémosnos a comprobar que la sociedad industrial, definida según la capacidad de construir o de destruir, es neutral en relación con su propia finalidad. Es poderosa con miras al objetivo que le fijarán sus dirigentes. De una manera global, esta capacidad de producir ha sido puesta en práctica por los regímenes que confiaban en la iniciativa individual para garantizar a cada cual una retribución proporcionada a sus aptitudes dentro de una prosperidad general, mientras que los otros regímenes contaban con la planificación y la voluntad estatal, y rechazaban por principio la propiedad privada de los instrumentos de producción. El sueño del norteamericano, heredado de la filosofía de la Ilustración y del siglo XVIII europeo, está lejos de la ideología soviética, interpretación voluntarista del prometeísmo marxista. Pero el individuo estadounidense no está animado solamente por el sueño norteamericano, como tampoco el de la Unión Soviética lo está por el ideal de la edificación socialista. A todos los niveles de la sociedad, tanto en un lado como en el otro, los móviles se confunden en la conciencia personal. Sería pueril sugerir que el ciudadano norteamericano es más interesado que el ciudadano soviético, por el mero hecho de que el primero confía en la competición y el segundo en la planificación.

Si las sociedades modernas tienen por condición final —pero no por esencia espiritual— la ciencia y la técnica, si no tienen, a primera vista por lo menos, una finalidad común, ¿por qué hablamos del tipo industrial y en qué sentido incluimos en él a las sociedades cuyos regímenes económicos y sociales, lo mismo que los valores culturales, son distintos? Repitamos, en pri-

mer lugar, que siguiendo a Auguste Comte tomamos el término de industria en una acepción vasta y no limitada. La industria engloba todos los trabajos colectivos transformados por las aplicaciones de la ciencia o por la inspiración científica. Este empleo no es contrario a las costumbres actuales, puesto que suele hablarse de la industrialización de la agricultura, industrialización cuyas modalidades primarias están representadas por una contabilidad rigurosa, por importantes inversiones, por el maquinismo y la selección de las simientes, y cuya modalidad extrema es o podría ser la producción de alimentos en las fábricas, ya que la necesidad de tierra quedaría reducida al mínimo (la avicultura industrial existe ya en este sentido y la cría de ganado mayor en fábrica está ya en camino). Una vez que la palabra industria se ha tomado en este sentido, el concepto más reciente —la sociedad postindustrial— me parece inútil y hasta molesto. Se expone a las objeciones de los marxistas que ya nos reprochan el caracterizar los tipos sociales sólo por la técnica o por términos históricamente no especificados (industria). Ahora bien, los computadores abren tal vez una nueva era de la técnica, como lo hicieron la máquina de vapor o la electricidad, pero las eras de la técnica no bastan para caracterizar un tipo de sociedad. Desde ahora, las sociedades de tipo industrial tienen tanto de administración como de producción. La automatización afecta en la misma medida a la administración que a la producción. Es indudable que su consecuencia serán las transformaciones en el modo de trabajar y en el sistema de vida; mas no por ello salimos del tipo industrial, en el sentido en que acabamos de definirlo.

Incluso si empleásemos el término de industria en su sentido limitado, el concepto de la sociedad postindustrial podría parecer dudoso. La industria, producción científicamente organizada de bienes necesarios para la humanidad, sigue siendo el fundamento de las sociedades modernas, incluso si el progreso de la productividad permite reducir el porcentaje de la mano de obra ocupada en los sectores primario y secundario. Y hasta me parece que esta reducción responde a la naturaleza de la socie-

dad de tipo industrial y, por consiguiente, representa un desarrollo normal y no una ruptura o una inversión de sentido. Cuanto más científicamente organizada esté la producción, más tenderá a aumentar la parte correspondiente a las máquinas y, después, la de la administración. El período que llamamos postindustrial, por el hecho de que tendrá como condición indispensable la productividad del trabajo en las fábricas de bienes primarios y secundarios, se situará más que nunca dentro del tipo que yo califico de industrial. Una sociedad de servicios tendría también como fundamento la producción de bienes materiales.

Este vocabulario evita, a mi entender, algunas de las dificultades que se han suscitado aquí y allá. ¿Dónde comienza y dónde acaba la sociedad industrial? A partir de qué momento tenemos derecho a hablar de sociedad industrial? Ninguna de estas preguntas tiene una respuesta categórica. Muchos fenómenos que parecen inseparables del tipo industrial datan del siglo XX. La industrialización se opera en cada época con los medios que la ciencia pone a disposición de los productores. Algunos sociólogos han distinguido las épocas de la técnica, otros los regímenes económicos y sociales. Todas estas «periodizaciones» o «clasificaciones» son, en teoría, legítimas y discutibles. Las discusiones tienen por objeto el alcance histórico o humano de las diversas tipologías. Actualmente la discusión más popular se refiere evidentemente a las semejanzas, a las diferencias o a la posible convergencia de los regímenes soviético y occidental.

\*

La tesis de la convergencia se va imponiendo cada vez más en los países occidentales (pero no en la Unión Soviética, por lo menos oficialmente). Maurice Duverger, que tiene un sentido agudo de los modos intelectuales, lo demuestra en su último libro *Introducción a la política* (2). «En realidad, una transformación profunda los acerca lentamente. La URSS y las democracias populares no se harán nunca

capitalistas; los Estados Unidos y la Europa occidental jamás se volverán comunistas, pero unos y otros parecen avanzar hacia el socialismo mediante un doble movimiento, de liberalización en el Este, y de socialización en el Oeste.» Así pues, los regímenes enemigos habrán de coincidir, en una fecha indeterminada, en un «socialismo democrático».

Para que esta tesis de la convergencia no sea tachada de conservadora o de reaccionaria, Maurice Duverger la completa con tres afirmaciones, que él llama tres hechos incontrovertibles: «La superioridad técnica de la producción planificada sobre la producción capitalista; la imposibilidad de construir una verdadera comunidad humana sobre la base de los principios capitalistas y, por último, la desvalorización misma de estos principios» (3). La primera afirmación es una opinión que la mayoría de los economistas juzgarían falsa y hasta absurda. La segunda contiene una parte de verdad, pero plantea un problema, sin sugerir siquiera la solución. La busca del interés personal no sólo es propia del capitalismo; la competición de los individuos no es menos viva en un régimen comunista que en un régimen capitalista, sólo que toma sencillamente formas distintas. Es difícil saber qué formas son preferibles o menos detestables. En cuanto a la tercera afirmación, también contiene una parte de verdad. Y aún convendría precisar en qué sentido se desvalorizan los principios del capitalismo.

Es curioso que el señor Duverger encuentre la inferioridad del capitalismo allí donde con más frecuencia se reconoce su superioridad. Si fuéramos a darle crédito, por ejemplo, «los economistas norteamericanos mismos adquieren conciencia de la inferioridad del capitalismo en el sector terciario» (4). Cuando se piensa que el comercio forma parte del sector terciario, y por poco que se hayan observado los servicios comerciales de los países del Este, tal descubrimiento nos admira. En cambio es verdad que muchos servicios no pueden efectuarse de manera conveniente más

(2) Ediciones Gallimard, Collección « Idées », pág. 367.

(3) Idem, pág. 371.

(4) Idem, pág. 371.



que por medio de la colectividad, es decir, con los métodos « socialistas ». Jamás un partidario del liberalismo moderno ha puesto en duda que el Estado debería encargarse de ciertos servicios sociales. Faltaba saber cuáles; pues el teléfono norteamericano, que indudablemente es el mejor del mundo, está administrado según las normas estrictas de la rentabilidad.

EL OTRO ARGUMENTO con el cual se quiere justificar la superioridad del socialismo no es más afortunado. La « planificación global » sería imposible dentro del marco del capitalismo; pero « las pérdidas que son el resultado de la planificación son menos graves que las engendradas por el enorme derroche de las economías capitalistas desarrolladas ». La planificación « sustituye con una gestión normal coherente y orientada los movimientos aberrantes de la economía capitalista, que hacen pensar en los de los animales a quienes se ha privado del cerebro en las experiencias de vivisección » (5). No hay una sola de estas proposiciones que no sea incierta, equívoca o falsa. Es indudable que la planificación permite fijar objetivos y conceder la prioridad a ciertas empresas (pero el Estado capitalista hace lo mismo), sin aumentar el porcentaje de las inversiones en la producción nacional (el capitalismo lo consigue con dificultad; pero, ¿por qué habría de convenir, en principio, sacrificar a las generaciones actuales en favor de las del porvenir?) Nada garantiza que los objetivos fijados o las decisiones adoptadas por los dirigentes políticos (que ejercen la autoridad suprema sobre los planificadores) serán sensatas. En realidad, el despilfarro capitalista parece débil comparado con las pérdidas causadas por los errores de los dirigentes soviéticos (roturación de tierras vírgenes en Asia central).

Además, la noción de planificación global y racional supone que el Estado pueda « aplicar estas técnicas de cálculo y de previsión a toda la colectivización y basar en ellas un plan de conjunto ». Pero ¿cómo aplicar las técnicas del cálculo económico si no se dispone del indicador de los pre-

cios? Los precios suponen el mercado, es decir las relaciones libres entre los sujetos económicos, compradores y vendedores de bienes de consumo, empresas en la fase de los bienes de producción y de los semiproductos. Hasta ahora la planificación soviética acarreó una fijación arbitraria, por vía autoritaria, de los precios de los bienes de producción y de los semiproductos. Los precios de los bienes de consumo dependen sobre todo del impuesto sobre el volumen de los beneficios, es decir, de las intenciones del poder deseoso de estimular o de desanimar la compra de tal o tal mercancía en función de la abundancia o de la carestía de unas y otras y en función también de ciertas consideraciones políticas. Esta planificación autoritaria centralizada no permite, ni aun en teoría, una distribución racional de los recursos, y de ello están convencidos todos los economistas del mundo (hoy en día incluso los economistas soviéticos). Las pérdidas que resultan de esta irracionalidad no han impedido un desarrollo rápido, sobre todo de la industria, y la técnica parece adaptarse cada día más a las necesidades de una economía compleja.

El régimen soviético vuelve a descubrir ahora el mercado y los precios, en mayor medida que los regímenes occidentales se percatan de las virtudes de la « planificación global ». La programación, la previsión y la « planificación indicativa » se hacen tal vez necesarias para la gestión de las economías occidentales. Si los dos regímenes llegan a coincidir, el sistema mixto adoptará muchas más de las prácticas actuales del Occidente que de las de la Unión Soviética, al contrario de lo que afirma nuestro autor.

Pero dejemos estos « hechos incontrovertibles » y estas fórmulas contundentes. ¿Cómo se plantea el problema de la « convergencia »?

\*

El problema sólo puede plantearse usando y abusando de lo que llamamos « esquemas simplificadoros » o « tipos ideales ». La primera simplificación consiste en tomar en consideración tres campos específicos: el de la economía, el de la política y el de la ideología, y en particular los

(5) Idem, pág. 375.

sistemas de valores vinculados a los dos anteriores. La segunda simplificación consiste en tener en cuenta, dentro de cada uno de estos campos, cualquier selección que se considere definitiva en sí o en relación con lo que nos interesa. En el campo económico —conjunto de las instituciones y de las actividades mediante las cuales una colectividad, en lucha con la naturaleza, crea y distribuye los recursos raros— tres selecciones se consideran decisivas: la propiedad de los instrumentos de producción, el sistema de regulación (distribución de los recursos, establecimiento de la armonía entre la oferta y la demanda) y la distribución de la renta entre los individuos y los grupos.

POR LO QUE SE REFIERE a la propiedad de los instrumentos de producción, nada permite afirmar que los dos regímenes tenderán a coincidir. A menos que se convenga en considerar colectiva la propiedad de las grandes corporaciones norteamericanas —lo que, por otra parte, no sería incompatible con cierta forma de marxismo—, no tenemos la menor razón para prever una generalización de la propiedad estatal en la industria, quedando reservada la hipótesis de los accidentes políticos, y menos aún en la agricultura o en el comercio, los dos sectores en que el fracaso soviético es más palmario. Son y serán estatales ciertos servicios sociales y, aquí y allá, según las peripecias de las luchas de los partidos, algunos sectores lo serán parcialmente o en su totalidad. La legislación social (cuyo prototipo es la Seguridad Social) subsistirá, y probablemente continuará extendiéndose, aun cuando el Estado pueda verse obligado a limitar, por razones económicas, las prestaciones o el número de los beneficiarios y a dejar mayor campo de acción a las instituciones cooperativas o mutualistas.

En lo que concierne al sistema de regulación, lo más probable parece ser, al Este, el abandono progresivo de la técnica soviética de planificación centralizada y autoritaria y la reconstitución de los mecanismos del mercado, necesarios para fijar los precios en función de la carestía relativa, es decir de los deseos de los consumidores, y no sólo del coste de la producción. Pero

esta previsión no es segura; me la sugieren las controversias actuales en la Unión Soviética y en las democracias populares, y mi manera de juzgar lo que es deseable y eficaz. Por el momento, el revisionismo económico ocupa más lugar en las revistas soviéticas; pero no se adopta por el partido, e incluso se rechaza oficialmente.

¿Este revisionismo implicaría una ruptura con el marxismo de Marx? ¿La planificación autoritaria se deriva acaso de cierta lectura de *El Capital*? Esta cuestión por muy interesante que sea, es demasiado compleja y técnica para tratarla de pasada. Sin duda Peter Wiles (6) no anda descaaminado al afirmar que las prácticas soviéticas tienen a menudo su origen en los textos de Marx o en las consecuencias lógicas de dichos textos. Al criticar el capitalismo, Marx sugería lo que no debía ser el socialismo; pero en su obra las indicaciones relativas al socialismo están demasiado dispersas y son demasiado vagas para constituir una teoría. Mientras los instrumentos de producción sigan siendo propiedad pública y el Estado permanezca dueño de la producción y de la distribución, los planificadores, incluso si descubren las consecuencias de la carestía y las exigencias de una concesión racional de los recursos, y hasta si se sirven de los beneficios como indicación, pueden referirse al Padre fundador, al mismo tiempo que se apartan de la letra de *El Capital*. Finalmente, en cuanto a la distribución de la renta entre los grupos y los individuos, se plantean dos problemas: el grado de desigualdad y el grado de libertad dejada a los individuos para el empleo de la renta. En teoría, si todos los trabajadores del Estado, o dicho de otro modo, si todos los instrumentos de producción pasaran a ser de propiedad colectiva y si los planificadores decidieran soberanamente, hasta en los menores detalles, el funcionamiento de la economía, las desigualdades de la renta quedarían reducidas en la medida dispuesta por los dirigentes o que ellos juzgasen necesaria (la función de la desigualdad es incitar al esfuerzo, sea del joven en el curso de los estudios, sea del adulto en su tra-

(6) Véase *The Political Economy of Communism*.

bajo). En realidad, en la sociedad soviética actual la jerarquía de la renta no refleja este modelo ideal. La escala de los salarios y sueldos se ha ampliado durante el período staliniano de los planes quinquenales, después ha vuelto a reducirse algo, pero la diferencia de los niveles de vida y más aún de los modos de vivir sigue siendo considerable entre los cuadros superiores y los obreros del escalafón inferior. Esta diferencia calculada en términos de rublos o dólares, es menor que la que existe entre el peón barrendero norteamericano y el director general de una gran empresa o en comparación con el heredero de una familia rica, pero tal vez sea mayor cualitativamente por el hecho de que en los Estados Unidos un gran número de mercancías (incluso el alojamiento) son accesibles a las rentas de tipo medio, mientras que en la Unión Soviética la insuficiencia de los recursos globales obliga a reservar para una minoría los bienes que son ampliamente distribuidos en un país desarrollado de Occidente. Además, en un régimen soviético van reconstituyéndose otras desigualdades que los planificadores toleran sin haberlas querido ni aprobado: la desigualdad entre la renta de los trabajadores de koljós a koljós en función de la calidad de la tierra, o de empresa a empresa en función de la eficacia de la organización o del organizador.

Hay otro problema tan importante como el de la desigualdad, y es el del sistema de distribución. Cuando se dispone de cierto producto nacional, se efectúa un primer reparto entre la inversión y el consumo (reparto que obedece a la voluntad de los planificadores, ya que el impuesto sobre el volumen de los beneficios suministra la mayor parte del ahorro colectivo); después, un segundo reparto entre el capital atribuido a las industrias pesadas y el capital distribuido a las industrias ligeras; y por último, un tercer reparto (7) entre la renta de consumo, que los individuos podrán gastar a su guisa y la renta de consumo, que el Estado distribuirá por vía administrativa. Este último reparto de los bienes de consumo no es

(7) Este análisis es evidentemente lógico, pero no reproduce un orden de sucesión.

desconocido en Occidente: la parte de la Seguridad Social en el coste de la mano de obra ilustra la significación del concepto de «distribución por vía administrativa de una fracción de los ingresos que la colectividad dedica al consumo». En el programa del XXIIº Congreso del partido comunista de la URSS, la parte de este consumo colectivo estaba evaluada en el 50 por ciento de la totalidad.

SI ANALIZAMOS estas tres variables —*estatuto de la propiedad, sistema de regulación de la economía y concesión de los recursos y reparto de la renta*— comprobamos, en primer lugar, las diferencias considerables, por no decir esenciales, entre los dos regímenes, considerados en su tipo ideal: generalización de la propiedad colectiva; planificación centralizada autoritaria, sin precio de mercado, teniendo como objetivo la proporción de crecimiento más elevada y con prioridad para las industrias pesadas; limitación de la renta individual; fracción importante de esta renta distribuida por el Estado, con lo cual la desigualdad queda reducida, en principio, pero no de hecho, al mínimo indispensable para el funcionamiento de la economía. Por otra parte, se mantiene la diversidad de los estatutos de propiedad, la elevación del nivel de vida constituye el objetivo evidente de la economía, los precios son reconocidos para poder establecer un mecanismo indispensable y una medida de la racionalidad, aun cuando los Estados intervengan de múltiples maneras en el funcionamiento del mercado y a veces lo rectifiquen. Las opiniones discrepan en cuanto a la parte que conviene reservar a la distribución individual y a la distribución administrativa de la renta; pero muchos observadores piensan que la parte de esta última debería disminuir a medida que los individuos disponen de ingresos suficientes para elegir su modo de existencia y asegurarse contra los accidentes (los que piensan así no creo que constituyen la mayoría, y la discusión sobre los «servicios sociales», opuestos a los objetivos superfluos y a las «necesidades artificiales» a o los productos inútiles, son calificados aún de equívocos y de pasiones). La tesis de la convergencia, si

sólo consideramos el régimen económico, supone una *aproximación* de los estatutos de la propiedad, de los sistemas de regulación y de distribución de la renta o la *desvalorización* de las diferencias que no podrán borrarse. He sugerido la aproximación de los sistemas de regulación, puesto que los planificadores soviéticos se ven en la necesidad de aumentar progresivamente la autonomía de las empresas y de recurrir al indicador de los beneficios (lo que obliga a reconstituir un mercado, a renunciar a la fijación artificial de los precios de los bienes de producción y, finalmente, a reconocer la carestía y el razonamiento marginalista como indispensables a una concesión racional de los recursos). Si esta hipótesis se verifica, la evolución de los dos regímenes, por lo que se refiere a este punto, será convergente, no como dice Maurice Duverger, porque los occidentales reconozcan al fin la superioridad de la planificación global de la economía, sino, al contrario, porque los soviéticos confiesen que los instrumentos conceptuales de Ricardo y de Marx son anacrónicos, y que el razonamiento marginalista, no sólo es aplicable al capitalismo, sino que se impone a cualquier economía moderna. Las economías occidentales ya no están sujetas hoy al tipo de mercado libre, sino del « mercado intervenido ». El Estado interviene con el propósito de mantener el equilibrio global y de evitar la inflación y las depresiones, para aumentar eventualmente la parte de las inversiones en el producto nacional, para dar preferencia a ciertas inversiones o a ciertos sectores considerados de importancia nacional, para rectificar la distribución de la renta que resulte del mercado y para financiar algunos servicios o equipos sociales, estimados indispensables o simplemente deseables.

Para el caso de que el régimen soviético evolucionase desde la planificación centralizada autoritaria, con precios arbitrarios, hacia un régimen de planificación flexible, con mercado (o bien se aproximase a un modelo occidental de « mercado intervenido »), ¿la convergencia de los regímenes, considerados en su conjunto, se produciría necesariamente? Por el momento no faltan las si-

militudes: las máquinas son las mismas, o dentro de algún tiempo no presentarán más diferencias que las que se observan entre las de los distintos países capitalistas; la organización de las empresas es técnicamente comparable; los bienes producidos tenderán a ser los mismos, aun cuando los regímenes soviéticos rechacen o realicen más lentamente ciertas transformaciones típicas del Occidente, tal como la motorización. Todo indica que los bienes llamados de consumo permanente —refrigeradoras, lavadoras, es decir las máquinas que aligeran el trabajo de las amas de casa— serán tan deseados bajo el régimen soviético como bajo el régimen capitalista, lo mismo que sucede ya con los aparatos de radio y de televisión, que no abundan menos en el Este que en el Oeste. Al llegar a un grado homólogo de su desarrollo, dos países, uno de régimen soviético y otro occidental, se parecerán más que las dos Europas de hoy.

Subsiste la oposición eventual de los estatutos de la propiedad y de los sistemas de distribución de la renta. La clasificación de los estatutos de la propiedad no se reduce a la alternativa de pública o privada. En Occidente existen por lo menos media docena de modelos diferentes, si se conviene en distinguir la *propiedad individual*, en que el propietario es al mismo tiempo el gestor; la *propiedad de accionistas*, en las sociedades anónimas, en las que el gestor o director no es siempre un accionista importante; la *propiedad estatal de las grandes empresas* (por ejemplo, Renault) o de servicios públicos; la de las *cooperativas de consumo*, eventualmente en número reducido; la de las *cooperativas de producción* y, en fin, la de los municipios que detentan y dirigen ciertos servicios públicos. En la Unión Soviética, únicamente dos tipos abarcan por sí solos el conjunto: la *propiedad colectiva*, estrechamente *sometida a la gestión estatal*, puesto que la independencia de las empresas se halla reducida al mínimo, y la *propiedad llamada cooperativa de los koljoses*, aun cuando la gestión sea en ella autoritaria y sólo las parcelas de tierra justifiquen la noción de cooperativa aplicada a las explotaciones de esta clase.

## El descubrimiento del Amazonas

### El tuerto Orellana construye su nave

POR MIGUEL ALBORNOZ

**B**UEN EL DORADO y muy rico habemos conquistado, mi señor Orellana, decíale a Don Francisco uno de los soldados.

El hombre llevaba un jubón hecho andrajos, los pies hinchados y medio envueltos en unos cueros crudos de caballo; la barba enmarañada de varios meses y el andar vacilante. Esto ocurría en la selva americana, en setiembre de 1541.

— ¡Qué será de nosotros, desventurados!... —decía el soldado Alejo González, supersticioso y devoto como buen gallego—; vamos derechos a una muerte segura y ni siquiera en este malhadado acontecimiento moriremos en tierra de cristianos...

El teniente general de Pizarro pulsaba la opinión del campamento y, con la gravedad del caso, se la hacía conocer a su jefe. Hacía veinte días que el maestro de Campo, Ribera, exploraba los alrededores sin hallar huellas de poblado, salvo el que

habían dejado atrás, en donde tomaron las canoas. Pero por el río veíanse de tiempo en tiempo remeros veloces que saltaban con sus piraguas en maniobras inconcebibles. El río era mucho más grande y Ribera decía que hacia abajo se engrosaba cada vez más. Los españoles habían pasado grandes dificultades al tratar de maniobrar las livianas canoas de corteza vaciada a fuego y se maravillaban de que los aborígenes, en cambio, hacían evolucionar las suyas como si fueran caballos, por sobre los rápidos y las corrientes del río. Pizarro pensaba que, si los indios viajaban por el agua, resultaba absurdo no imitarles para tener la comodidad de librarse siquiera del peso de los heridos, que aumentaban cada vez. Pero necesitaba un barco grande y manejable y habló a Orellana acerca de su construcción. El teniente se opuso de inmediato; hacía notar que la obra iba a requerir un tiempo demasiado largo sin la seguridad de si resultaría o no eficaz ese producto de la buena voluntad y el ansia de salvación. Él creía que era preferible volver hasta los poblados indígenas, hacer la amistad con obsequios entre los indios, aprovisionarse allí y seguir entonces al norte, pues no debían hallarse lejos las tierras de Pasto y Popayán, en donde encontrarían gente blanca y el auxilio necesario para el retorno o la reorganización de la expedición; por otra parte el río podía ofrecer tantos o más peligros que la marcha por tierra y, sobre todo, de no construir suficiente número de barcos, se corría peligro

*Miguel Albornoz ha escrito la vida de Francisco de Orellana, el fabuloso descubridor del Río Amazonas. De esa grande aventura de la Conquista, que como pocas alcanza momentos del mayor dramatismo, tomamos el capítulo en que Orellana se despide de Gonzalo Pizarro y se aleja, aguas abajo, en el «San Pedro», una nave construida en el corazón de la selva por simples carpinteros, que bajará todo el río y cruzará el mar...*



FRANCISCO DE ORELLANA

DIBUJO DE SERGIO TRUJILLO MAGNENAT

de dividirse y quién sabía con qué consecuencias.

Cierto que el destino había hecho escoger a Pizarro la peor de las rutas. En nuestros días se maravilla el viajero de que los buscadores de la canela no hayan seguido el camino del Napo desde un comienzo, a la altura de los Llanganatis, o penetrado por un lugar más accesible. Pero la situación de Gonzalo y sus hombres era desesperante. Por eso, sin aceptar los razonamientos de Orellana dispuso que la gente se prepare para un larga estadía, que se establezcan chozas de hojas de palma y anunció que al día siguiente se iniciaría la construcción de un barco, para lo cual contaba con la cooperación de todos. Orellana ya no se opuso más; una vez que su superior lo había dispuesto, Don Francisco, hombre sistemático y resuelto, se consagró a dirigir el trabajo de la construcción. Así lo quería el destino.

Sobraba la madera. Las cañas bravas o guaduas, que llegaban hasta 35 metros de altura, eran ideales para mástiles y travesaños, el canelo y el cedro, el quinoquino incorruptible, y otras maderas apreciables estaban en la selva, a escasa distancia y había solamente que luchar con las lianas, los helechos y los espinos que los rodeaban. En el inventario de herramientas se lograron reunir cinco hachas, tres martillos y dos sierras. Necesitaban una fragua y requerían clavos también, pero todo llegó a organizarse y comenzó el trabajo con el fervor de las cosas nuevas. El carpintero Diego Mexía, que había sido también escultor y conocía de la calidad y dureza de las maderas, pasó a ser autoridad importante. Por lo pronto desapareció el derrotismo y se produjo una tranquilidad mental siquiera momentánea. Todos se apresuraban, querían ganar tiempo. El poblado improvisado, que más tarde llamaron el pueblo del Barco, ofrecía ciertamente un abrigo. Pronto algunos aborígenes se aproximaron y establecieron un minúsculo canje de productos. Escasas provisiones de yuca traían de tarde en tarde, pero nada sustancioso ni capaz de satisfacer a los conquistadores.

Diego Mexía, como buen sevillano, era hombre alegre y siempre dispuesto a servir en cualquier empeño. Era carpintero, había

sido tallador de santos, sabía como los mejores tirar de la ballesta y era un incansable relator de cuentos fantásticos. Ante el proyecto del barco su importancia subió de nivel, pues venía a ser la persona clave y de inmediato dijo que él también sabía el oficio de carpintero de ribera, lo cual era por lo demás familiar a casi todas las gentes de la época. El mismo Orellana sabía los elementos principales de la construcción de un barco, pues mucho lo había visto hacer en sus andanzas, sobre todo en Portoviejo y en Guayaquil, cuyos astilleros impulsó con entusiasmo. Pronto explicó Mexía lo que había que hacer: empezar por la recolección de madera, pero sin esfuerzos inútiles, es decir, buscar las piezas en la forma que se requerían, primero la quilla con la roda, el codaste, el volado, la pared posterior del barco que se llama el espejo, las costillas o cuadernas para las cuales la madera en ángulo o inclinada resulta ideal. La sobrequilla que va por dentro de las cuadernas y se une como en una sola pieza con la quilla y la serreta o borde interior superior, los soportes de la cubierta y los aparejos. Los barcos que se hacían por entonces en la Nueva España, en la Hispaniola, en Cuba, en Panamá y en Guayaquil utilizaban maderas duras para la quilla, como el jabí, cedro para las tablas del fondo y caoba para los costados fuera del agua, pues la broma ataca al caoba que es dulce, mientras el cedro es amargo... De todo esto hablaba Diego Mexía a sus compañeros, que le escuchaban respetuosos y esperanzados. Pronto se construyeron en la plaza las bases o picaderos para armar la quilla con los puntales para sostener la obra, y la rampla o carril para empujar el barco hacia el agua cuando estuviera terminado.

Ciertamente los mosquitos eran una tortura, pero al mismo tiempo servían de acicate contra la inacción. Se necesitaba carbón para la fragua, y unos cuantos se encargaron de ese trabajo. Otros tenían que voltear árboles, un grupo estaba encargado de cortar la madera en los tamaños requeridos según los rudos planos de Diego Mexía, y otros, en fin, se dedicaban al acarreo de piezas hasta la orilla. El teniente daba las órdenes del caso y vigilaba las labores. Con ingenio logró que las herra-

mientas de agricultura, que eran las más de las que llevaban, sirvieran aún para la fragua y la fabricación de clavos; las herraduras conservadas hasta entonces, los frenos de los caballos y las corazas de los muertos, sirvieron de inmediato. Todos esos hierros al rojo eran golpeados en piedras, hasta que adquirían forma de clavos. Había fiebre de trabajar y de arreglárselas para hacer algo; el barco esperado era, si no la gloria en que ya pocos creían, por lo menos el descanso, la liberación.

Poco a poco se alzaba entre las piedras de la orilla el armatoste de buen tamaño que llamaban el «barco»; seis remos grandes contruidos desde cuando la quilla empezó a delinarse, eran los accesorios apropiados para el río. Cuando estuvo conformado, se dotó de un timón al barquichuelo. Una enorme piedra con su cable serviría de ancla y, con ello, parecía que el trabajo estaba por terminarse. No faltaron materiales peregrinos para calafatearle. Una cera negruzca, que los indios trajeron y que ellos utilizaban para sus cerbatanas, fue aderezada con hilas que sacaron de mantas traídas desde Quito y unas camisas desgarradas que aún quedaban entre los indios sobrevivientes del altiplano. Con todo eso se rellenaron las juntas. De esa suerte, había una ilusión de seguridad en el tosco fruto del astillero improvisado. Se le dotó de aparejos con cables trenzados de liana, y ya estaba terminado. La turba atónita de expedicionarios lo miraba casi con veneración. ¡Esperaban tanto de él! Representaba para ellos el placer íntimo de las cosas proyectadas que se logran. Él significaba tal vez horizontes distintos, quizá descanso, comida cristiana y abundante, el retorno a las ciudades, las casas y las mujeres... Pero, sobre todo, el contemplarlo les llenaba de orgullo porque cada soldado lo consideraba su obra, el fruto de sus manos, algo concretamente logrado en una expedición de penalidades. El barco había traído una corriente de optimismo a la abatida expedición. El barco. Ya había entrado en las historias con el nombre del pueblo en que lo hicieron trabajando dos meses. Cuando resolvieron ponerle un nombre, fueron a donde Fray Gaspar de Carvajal, que había ayudado con entusiasmo de leñador en la obra, y le consultaron el

punto. El buen predicador razonó largamente acerca de la advocación a que se le había de consagrar, dados los peligros a que estaba expuesto; así concluyó que tenía que tener por patrono al de los pescadores, abogado de los marinos, patrono de la gran empresa del período inicial de la Santa Iglesia, y se le bautizó en ceremonia sencilla y devota con el nombre del «San Pedro».

Las lluvias habían arreciado y los mosquitos estaban insoportables; además ya se había hecho imposible conseguir alimento alguno en los alrededores. Por eso Pizarro, animoso a pesar de todo, mandó continuar río abajo, pero ahora toda la impedimenta iba en el barco, que tenía capacidad como para sesenta personas. Los heridos y moribundos fueron trasladados allá; la mayoría eran indios, de los últimos sobrevivientes de la empresa. Ya para entonces tenían menos de cien indígenas. El barco se llenó materialmente de quejidos, trajes, herramientas y pólvora, en las cantidades sobrantes de toda la travesía y las necesidades inmediatas. Cada pedazo de hierro resultaba precioso, cada retazo de tela, inapreciable; nadie podía saber cuanto más duraría la aventura. Para protección de la carga fue menester hacer una toldilla en el centro de la embarcación que ya flotaba en el río y estaba lista para surcarlo. Ahora encerraba un cargamento de gran valor y requería toda clase de cuidados. Se le dotó de hombres afanosos y hábiles: además se le dio como flotilla de protección las quince canoas tomadas a los indios, con que hasta entonces contaba Pizarro. Siete hombres gobernaban el «San Pedro»; a bordo fueron colocados treinta heridos o agotados, entre blancos e indígenas. Iban allí también los dos frailes, que apenas podían ya caminar. Los hombres hábiles para navegación fueron a las canoas, llevando en cada una, uno o dos de los incapacitados. Los demás marcharían a pie. Pizarro distribuyó la gente para el avance. El comendador Diego de Ribera, iría al mando del barco. Él, Pizarro, con su lugarteniente Orellana, comandaría la columna de infantes que continuaría a lo largo de la orilla. Cada noche el barco debía atracar, y el Real, siempre completo, pernoctaría en tierra, para volver a dividirse al amanecer.



Y así se hizo, lográndose una travesía ordenada y algo menos dura que hasta entonces, «sin que se abaxazen o dividiesen los unos de los otros».

La naturaleza se cerraba más sobre los expedicionarios. La llovizna aparecía otra vez casi todos los días. A pesar de los mandobles, la vegetación impedía continuar. Allí el barco prestaba servicios mejores; trasladaba la columna española a la otra orilla en viajes sucesivos, aunque tales maniobras requerían hasta un día entero. Era duro problema todavía el de movilizar los pocos caballos que quedaban.

Por entonces había desaparecido el último cerdo. Sus costillas fueron conservadas aún por una semana, como recuerdo precioso. La montaña no daba sino enfermedades; las raíces eran desagradables; como no se hallaba poblado, los perros pasaron a ser plato favorito.

Pero habían hallado el primer oro de la expedición. A cambio de cadenas de vidrios coloreados, unos indios habían consentido en dar las patenas que tenían colgadas al pecho. Casi todos los adornos de las orejas de las mujeres eran de oro en los poblados últimamente visitados.

En noviembre de 1541 descendía la extraña tropa de sobrevivientes y de fantasmas, con el hambre pintada en todos los rostros. Aun la obra del «San Pedro» se les aparecía ahora como inútil, pues el barco era inservible para dar de comer, y tal era el problema más urgente. La carne de caballo era preferida a la de los perros; pero aquélla se reservaba para los enfermos; rara vez lograban una variante los conquistadores golosos de las especias, con unos gruesos y gelatinosos caracoles de tierra, amén de uno que otro sapo gordo de un pie de largo, bicho que empezó a ser manjar codiciado. La caza era difícil; en todo ese medio inhóspito se requerían cualidades especiales que los agotados españoles desconocían. Sin embargo, de cuando en cuando, algún aventurero con suerte lograba traer un mono de regular tamaño, asando al cual se miraban gravemente los expedicionarios, pues era como si quemasen un niño.

Ya quedaban muy pocos con calzas. Los unos perdieron sus botas corroídas por la humedad y las caminatas; otros habían

tomado el camino desesperado de hacerlas hervir para obtener algún caldo. La ropa, también raída por la lluvia y el fango, desgarrada por los espinos, daba un aspecto fantástico al batallón de mendigos; las viejas corazas se habían cubierto de orín y diaramente se desmejoraban con la llovizna.

Era notable la velocidad de las aguas. Años después, La Condamine logró medirla en más de 8.000 metros por hora; el barco pugnaba, pues, por adelantarse, y sólo con grandes esfuerzos se podía dirigirlo y detenerlo en la marcha. Un ave apareció una vez, y parecía burlarse de la columna de infantes; decía, «huy, huy», y saltaba junto a ellos; pero la tomaron como un buen augurio, a pesar de ir sin camino que seguir, desgñados, medio desnudos, pues si se acercaban a la selva, luchaban con la manigua, si se acercaban al agua, los pantanos les hacían jurar. El grueso vocabulario español se agotaba cuando los veteranos maldecían la hora en que se les ocurrió salir en busca de El Dorado.

Pizarro no admitía réplica a sus órdenes y castigaba con dura mano cualquier conato de desobediencia. Orellana en cambio, como segundo de la expedición, prefería auscultar el ánimo de la gente, si alguno quedaba.

—Torpe de mí, señor capitán—decía un soldado a Orellana—, que en mal hora creí la palabra de mi señor gobernador Pizarro y vine en busca de conquistas, para agora verme desta manera, vistiendo andrajos y comiendo raíces...

Orellana trataba de animar a los decepcionados, que lo eran casi todos, pero apenas encontraba palabras él mismo para volverles a hablar de riquezas y de triunfos. Cuando los hombres tenían que pasar a nado los esteros, en donde se ahogaban los caballos y personas, o cuando había que enterrar a los blancos, bajo una cruz del palo de sangre, o simplemente, arrojar cadáveres de indios quiteños al río, o talar montaña, o improvisar puentes, Orellana era el primero en ayudar, en levantar el espíritu y en cultivar la esperanza. Con su entusiasmo se reunían los cansados y cobraban nuevas energías para hacer jornadas más largas. Siempre que encontró al-

gún maíz, yuca y guayabas en pequeñas plantaciones abandonadas, se apresuraba a repartirlos equitativamente a todos. Contaba ya con gran prestigio en el Real, pero el hambre influía como mala consejera, si bien quedaban docenas de perros enfermos y unos cuantos caballos. Un día, por último, por referencia de uno de sus hombres más adictos, supo Orellana que germinaba la resolución de regresar con la voluntad del gobernador o sin ella. Probablemente en caso de que Pizarro se resistiera, los conjurados le llevarían a la fuerza, pues empezaban a desconfiar de él y a suponer que estaba loco en su empeño absurdo de seguir adelante. Orellana pensó que lo mejor era hablar directamente a Pizarro y resolver lo que mejor le conviniese, recomendando mientras tanto a la gente que se sosegase, confiando en él para arreglar las cosas con el capitán gobernador.

Gonzalo Pizarro era orgulloso y obstinado como todos los de su casta, aun más impulsivo por su juventud insurgente. Si volvía derrotado, ¿qué diría su hermano el marqués? ¿Como recibiría las risas de sus enemigos los almagristas, y los reproches de aquellos fatuos vecinos del cabildo quiteño que se habían opuesto a darle indios para el viaje? No, era mejor seguir; los datos indígenas podían ser de buena fe; los «ricos reinos» seguramente existían y estaban casi cerca, en ese mismo río por donde avanzaban, ¿por qué no seguir? Y... si venía la muerte, había para pensar que peor era la vergüenza. Por lo demás, todavía eran doscientos hombres blancos y un centenar de indios. Con menos había empezado su hermano Francisco y había conquistado el más rico de los reinos del mundo. Era mejor avanzar.

Pero Orellana razonaba también. Más sereno, más lógico, hablaba con argumentos de peso. Gonzalo guardaba grandes consideraciones por este amigo leal que había acudido a su llamada desde provincias lejanas, vendiéndolo todo, como siempre lo hizo por los Pizarros. Orellana le comunicó que buena parte de la tropa estaba resuelta a regresar o hacerse matar en el sitio; que sólo por sus mandatos, súplicas y esfuerzos, se habían acallado momentáneamente las protestas. Aquello de los grandes reinos era la misma promesa desde que salieron de

Quito, y ya se sabía que los nativos querían solamente extraviar y confundir a los expedicionarios. Ahora bien, una división en dos grupos, como proponía Pizarro, para enviar el uno en exploración río abajo con el barco, podía significar la muerte para todos. Era preferible regresar; mucho quedaba por hacer en Quito, y otras aventuras podían emprenderse algo más tarde hacia cualquier punto de la tierra. Luego de mucho discutir, Pizarro ofreció a Orellana meditar y tomar una resolución para el día siguiente.

Al amanecer, Orellana fue llamado por S.E. el gobernador. Pizarro encontraba que tenía razón su teniente, pero antes quería jugar su última carta: estar seguro de que los reinos maravillosos no existían, para entonces regresar, porque, si ellos estaban cerca, el ansiado descanso y la abundancia bien merecían un esfuerzo más. Por eso creía que era mejor que todos siguieran río abajo, pero sin detenerse, por la orilla junto con él; Orellana, en cambio, iría con una expedición a explorar con toda la gente de armas que cupiese en el barco, a fin de traer noticias de esas tierras. Si ellas valían el empeño, avanzarían luego de reunido todo el Real; en caso contrario, retornarían inmediatamente a Quito.

Orellana se opuso al proyecto con firmeza. Por principio militar rechazaba todo lo que significara dividir las fuerzas en territorios desconocidos. Además la violencia del Río Coca haría muy difícil regresar con el pesado barco; tal violencia sería probablemente mayor en los otros grandes ríos a donde irían a parar y de los cuales habían hablado los aborígenes, pero Pizarro hizo notar secamente que él había manifestado ya su voluntad y que lo indicado era comunicar a la gente y esperar para el otro día la partida.

Todavía Orellana esperó que esa noche Pizarro cambiara de resolución. Si había nuevas tierras aguas abajo, era preferible avanzar todos a reconocerlas. Los soldados, amigos de Orellana y conocedores de su bondad, instábanle sin embargo a aceptar, puesto que todo esfuerzo para salir de tal situación era laudable. Por fin, como Pizarro insistiera al día siguiente, invocando ya su autoridad de gobernador y capitán, Orellana no tuvo sino que obedecer y pro-

cedió a adecuar lo necesario para su exploración.

El barco era « estanco y recio », es decir pequeño y macizo, lo cual lo volvía pesado y requería los remos. Del total de quince canoas, resolvió llevar cinco como auxiliares del « San Pedro », quedándole a Pizarro, para lo que fuera menester, diez embarcaciones aborígenes.

Orellana llevaría algunos enfermos, que no podían ir en las canoas de Pizarro, entre ellos los dos frailes que venían viajando en el « San Pedro ». Dejaron a bordo todas las provisiones posibles; dos barriles de pólvora, uno de los cuales estaba mojado, las herramientas que quedaban y la ropa de unos cuantos; llevaban también un poco de abalorios para hacer trueque si había ocasión. La tripulación del « San Pedro » se resumió así: 55 hombres españoles incluyendo los dos religiosos, 2 portugueses, 4 indios quiteños y 2 negros. En cuanto a armas, la dotación se dividía así: 10 arcabuceros con morrión; 5 ballesteros; 20 piqueros. Los demás tenían espadas y se ocupaban de los aparejos, los alimentos, etc. Como Orellana confiaba en su pronto regreso, dejó en poder de Pizarro a los pocos criados indios y negros que le quedaban, y

aquella parte de sus bienes que no consideraba necesarios para la exploración.

Estaban en vísperas de Navidad y Pizarro decidió que partieran después de la conmemoración. Así se hizo: Francisco de Orellana recibió las últimas instrucciones de Pizarro en presencia de los dos religiosos, quienes deseaban también ser de los primeros en explorar nuevas tierras. Orellana debía buscar « tierra poblada y de comer », tal era su consigna; en caso de encontrar provisiones, debía mandar aviso. Pizarro, avanzado por la orilla, de manera visible, esperaba cuatro días, pero si la tardanza era mayor, no debía esperarle más. Con extraño presentimiento, temiendo quizá una muerte o desgracia colectiva, Orellana insistió en este particular en el momento solemne de la despedida; había emoción en todos los presentes.

Así partió el « San Pedro », aguas abajo por el Coca, rumbo a lo desconocido, el 26 de diciembre de 1541. Un grupo bastante numeroso de hombres blancos y macilentos quedaba en tierra junto con Pizarro, contemplando a los que partían, hasta que se perdieron en una vuelta del río. El barco llevaba su última esperanza.

PELLEGRINI: "TERTULIA PORTEÑA", 1831 (ARCHIVO GENERAL DE LA NACION).



## Teotihuacán

LA PALABRA pirámide, tocada por el cielo,  
Levanta nuestros brazos y eleva nuestros ojos.  
Hay en su corpulencia vertiente de taludes :  
la operación del día derramando la luz.  
El hombre la truncó para asentar el templo  
y el misterio confiara su poder a la vida.  
La cumbre crea el símbolo que el hombre mira a solas :  
la noche está en el cielo y habla sólo de altura.  
Pero empuñando al Sol en las manos del día,  
la tierra nace a pie y en planta horizontal  
halla la idea del vértice con que culmina el Sol.  
Hay noches como días, lánguidamente hechos :  
la pirámide baja y da sol a la Luna.  
Es tan jaguar el Sol, que pasa silencioso.  
Las horas son las manchas de su piel. Y en el hombre  
un tragaluz se abre para poder hablar.  
¡Qué población de estrellas en este cielo vive  
desde que el Héroe antiguo se transformó en estrella!  
¡Con qué aguja el nopal teje la luz del día  
desde que la serpiente llegó del mar lejano!  
¡Cuánto maíz en boca de Septiembre y Octubre  
dió vida a las palabras que sembraron bondad!

Feliz astronomía la del Sol y la Tierra  
que hizo al hombre nacer entre rocas y llamas.  
Conos de sombra explican su angustia, pero el fuego  
ha de abolir un día sus eclipses mortales.

El hombre dejó aquí los volúmenes claros :  
conjugó el horizonte con la montaña : dió  
líneas horizontales cortando los taludes ;  
dió nido a la penumbra, movimiento al color.

Su material de ideas, sólidamente puras,  
conglomeran espíritu : la Tierra, el Sol, la Vida.  
Hay una geometría cuyo ritmo congrega  
lo florido del día con el fruto nocturno.  
El hombre amó la paz en este enorme juego  
de volúmenes.

Tengo, desde niño, en los ojos,  
la luz destos trabajos que hoy miro con la misma  
sorpresa. La mañana de pechos vegetales

se alimenta a sí misma con el fulgor antiguo  
que dió vida a estas cosas que hablan para ellas solas.  
Pero es obra del hombre y nos incumbe a todos.  
Dioses oscuros dieron en una sola idea :  
dar luz a cielo y tierra. Y convocaron sombras  
y eligieron a dos que, arrojándose al fuego,  
después de penitencia,  
tornaron de la hoguera cual dos soles divinos.  
Pero una de las sombras dió a estrellar un conejo  
sobre la faz de uno,  
y ese sol, disminuído, fue la Luna.  
Con la creación del día, la noche encendió estrellas.  
Pero la más brillante, llave de los crepúsculos,  
fue el corazón de un hombre, convertido en estrella.  
Prudente y refinado, para darse completo,  
fue el héroe. De su cuna se habla en los huracanes  
del Golfo y en las brisas del Valle. Mariposas  
y flores quiso que fueran la ofrenda pura.  
Si por flor fue terrestre, por el agua es de cielo  
y de lluvia sus ojos se llenaron y dieron.  
Tierra y agua calmaron hambre y sed. El maíz  
fue la pluma adherida a la culebra de agua  
que a veces serpentea sobre los campos. Agua  
que da luz subterránea, caída de los cielos.  
Vuelvo a la desnudez de las ideas puras  
y divinas. El hombre descifra elemental  
la Lengua a la intemperie de los cuatro elementos.  
Y ya es en escultura, en pintura o palabras  
que comunica el alma de las cosas supremas.  
(Máquina y aparato dice igual a lo antiguo.)  
Teotihuacán es honra del hombre y de su tiempo.  
Antes que Europa fuera flor de cultura, México  
flores de maravilla dió a la cultura. NO :  
trajeron su cultura, no la cultura, aquellos  
que por áurea ambición destruyeron lo antiguo  
aquí, que florecía maravillosamente.  
(Sin rencor ni amargura cuelgo en este poema  
las palabras que dije.)

También los elementos  
serán un día causa de paz y no de guerra.  
Quien ha puesto pasión por la tierra y el agua,  
para dar agua y tierra a quien más necesita ;  
fuego en su corazón por el pobre y el débil ;  
quien con orgullo ve la gloria aquí presente  
de hombres de genio anónimos cuya gloria aquí está  
y ordena detener la ruina material  
de obras que ha dos mil años eran cumbre del mundo ;  
quien cubrió de caminos y escuelas nuestro espacio  
territorial y humano, salió al mundo a decirle :  
México existe, vive ; quien siente que es hermano  
de su hermano y le tiende la mano cuando todos  
le dejan solo, reciba en las manos de México  
la flor y el canto llenos del México de siempre.

## Trece de agosto

### Ruina de Tenoxtitlán

*Me da tristeza,  
no por mexicano,  
sino sólo por hombre.*

*Estoy mirando la ciudad destruída,  
flor aplastada por un pie sombrío.  
Estoy mirando el agua en los canales,  
vacía, ciega de tanto ver  
lo que jamás debió haber visto.  
Es la enorme catástrofe florida.  
La garganta del canto estrangulada.  
Los colibries desaparecidos  
a unos cuantos milímetros del Sol.  
El Destino escondido entre las ruinas  
parece más presente en todas partes.  
Hay un hedor de gritos  
entre la sangre heroica de la fecha.  
La fecha funeral. Los funerales  
de todo un día inmenso y destronado  
a puntapiés y sin porque se sepa.*

*Me da tristeza,  
no por mexicano,  
sino sólo por hombre.*

*Bueno, sí: ¡la ambición!  
Destruir, matar para obtener y poseer.  
Esta es la razón de tanto duelo,  
de tanta ruina, de tantas lágrimas oscuras,  
de tanto pecho destrozado y aún vivo,  
de tanto estar mirando el horizonte  
y sin nada entender. Y no es posible  
entre tanto desorden estar muerto.  
Alguien tiene que hacer en medio a tanta  
desolación. No veo a nadie  
pero escucho sus pasos tropezándose  
entre la cara rota de las ruinas.  
Más que de andar, parecen aletazos  
de alguna águila herida.  
No sabe adonde quedó el nido.  
Mira y todo es igual. La destrucción florece  
negra de tanto mal. De todos modos  
me pregunto el porque deste desastre.  
Y me responde lo que me rodea  
Pero... ¡no puede ser! Y lo estoy viendo.*

*Me da tristeza,  
no por mexicano,  
sino sólo por hombre.*

*Ya sé que todo se perdió.  
Que todo es nada.  
Pero que esa nada todo había.  
¿Cómo puede matarse todo un hecho  
que existía, y así, de todo a todo?*

*Siguen los aletazos entre las pobres piedras.  
La sangre se estancó; ya no circula.  
Ya por el rumbo de Texcoco viene  
la tempestad y yo no tengo  
adonde ir. Se deshojó  
la flor de cuatro puntos cardinales.  
Se mojarán las lágrimas con la lluvia que viene.  
La noche será horrible.  
Después llovió toda la noche  
y amaneció lloviendo sobre las ruinas.*

*Trece de Agosto. Bronce.  
Me da tristeza,  
no por mexicano,  
sino sólo por hombre.*

CARLOS PELLICER

13 de agosto de 1964

PELLEGRINI Y MOREL: "CONMEMORACION DEL XI ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA", EL 9 DE JULIO 1821 (ARCHIVO GENERAL DE LA NACION).





## Conversación con Mariano Picón-Salas

POR JEAN SUPERVIELLE

**H**ACE UNOS CUANTOS MESES, en mayo de 1964, aproveché la ocasión de hallarse de paso en París el gran escritor venezolano Mariano Picón Salas para celebrar con él una entrevista con destino a las emisiones en lengua española de la Radiodifusión y Televisión Francesa. De dicha conversación extraigo ahora las partes principales :

— *¿Podría usted hablarnos de su libro Regreso de tres mundos, que acaba de publicar, en francés, la Editorial Casterman, bajo el título Au Carrefour des Trois Mondes?*

— Este libro lo escribí en 1957. Le explicaré brevemente mi propósito. ¿Recuerda usted aquella frase de Montaigne que dice que cada hombre lleva en sí mismo la forma de la humana condición? Al recordar muchos episodios de mi vida, yo quise superar lo estrictamente personal e individual. Quise ver en mí los problemas y el proceso de una generación en Venezuela y en América Latina en general... Mi adolescencia coincidió con el final de la primera guerra mundial, y entonces los de

mi generación recibíamos unas corrientes de ideas, un cambio en el mundo que conmovía las estructuras tradicionales y el legado que nos habían dejado nuestros padres. La dictadura de Gómez, en cierta manera, me sirvió para mucho porque me permitió vivir en otros países latinoamericanos. Pasé una larga temporada en Chile, después tuve que vivir en otros lugares; luego fui diplomático en Colombia y en México, de modo que tengo una visión general de todos los países de nuestra América.

— *¿Usted dedica un capítulo especial a Chile, que recuerda aparentemente con mucho cariño?*

— Llegué a Chile en el momento de mi adolescencia, en un momento sumamente interesante: en el año 1923, en una época en que la juventud chilena estaba haciendo grandes cosas. La Federación de Estudiantes de Santiago de Chile era un gran centro de cultura; teníamos grandes discusiones juveniles, había un movimiento proyectado hacia América Latina. Yo recuerdo a la gente que conocí allí, especialmente



a Pablo Neruda que era entonces un poeta adolescente.

— *¿Cómo encara usted la realidad actual de América Latina, y cuál podría ser el papel de la UNESCO, de la que es usted miembro del Consejo Ejecutivo, para fomentar su desarrollo?*

— Hay problemas muy diversos en América Latina. Hay diversos grados de desarrollo en este Continente; yo diría incluso que en cada país hay diversas formas de vida. En un país como el mío, por ejemplo, se encuentra de pronto un gran desarrollo tecnológico, formas de vida sumamente modernas y al lado de eso regiones bastante atrasadas. Es decir, el problema es equilibrar sus diferentes niveles, sus distintos niveles de atraso y de cultura. También en este momento hay que superar ciertos prejuicios, ciertos esquemas. Por ejemplo, los Organismos internacionales hablan en una forma muy vaga de países tan diversos y la noción de países subdesarrollados es muy amplia y difusa, ya que abarca los países de Asia, Africa y de América Latina. Ahora bien, en esa forma del subdesarrollo hay muchísimos matices y hay que tomarlos en cuenta porque esos matices son muy importantes para una acción política. Por ejemplo, la UNESCO ha hecho una campaña admirable de alfabetización en el mundo y está ayudando mucho a los países africanos en el proceso de alfabetización. Yo diría que este no es nuestro problema. En mi país, por ejemplo, no es el problema. El Estado venezolano, con los medios que tiene, ha hecho una labor impresionante de alfabetización sin necesidad de la UNESCO ni de un Organismo internacional. Lo hemos resuelto nosotros. Tendríamos que pedir a las Organizaciones internacionales que nos ayuden para una etapa superior: necesitamos ciencia, necesitamos tecnología, porque a través de la ciencia, a través de la técnica, vamos a mejorar todas las formas de vida.

— *Cómo ve usted las relaciones entre América Latina y Europa?*

— Yo diría, y eso lo olvidan un poco los europeos, que nosotros somos la última frontera del Occidente; que somos países occidentales, es decir, que estamos comprometidos con Europa desde nuestro nacimiento. No somos países que están fuera de la órbita de Europa. Yo creo que es la gran diferencia con los países de Asia o de Africa, con los países del Oriente Próximo, porque tenemos la misma herencia cultural que Europa. Naturalmente que hay una herencia indígena bastante importante en nuestros países, pero lo que nos sirve de comunicación en América son los idiomas europeos. Yo digo siempre que somos latinoamericanos porque heredamos tradiciones de España, heredamos su lengua, y las ideas revolucionarias nos llegaron a través de Francia.

— *¿Cómo podría usted definir su papel de escritor?*

— Yo creo que el escritor debe ser fiel a su papel de escritor, es decir, fiel al instrumento que se le da para expresarse. Naturalmente, eso no significa que el escritor no se comprometa. Yo creo que todo escritor debe comprometerse; pero comprometerse no al servicio de una secta, es decir, que la secta no le quite su independencia, su visión objetiva de las cosas. Primero tiene que comprometerse frente a sí mismo, tiene que comprometerse con la verdad, que es lo más difícil en una época como esta en que se miente tanto.

— *¿Cómo concilia usted sus responsabilidades oficiales y su labor de escritor?*

— Yo creo que en América Latina, donde el escritor no puede vivir de su pluma, tiene que ser un poco polifacético, que hacer varias cosas. En realidad el escritor en nuestros países cumple igualmente una función de educador, y en ese sentido me parece que mi labor ha sido también un poco labor docente.

# La universidad latinoamericana y el medio social

POR LUIS ALBERTO SANCHEZ

**S**OBRE LA POSICIÓN de la universidad en el medio social en que actúa se ha escrito mucho. Por lo general, se considera la cuestión desde un ángulo abstracto. Tenemos que mirarla ahora con una perspectiva limitada, concreta, realista: la del mundo americano, y, dentro de éste, la correspondiente a la América. Situados en este mirador, deberíamos abocarnos en gran parte a la discusión del papel de la universidad en una parte del mundo subdesarrollado.

## Fines de la universidad en los países subdesarrollados

Cree el autor de estas notas que uno de los vacíos al examinar la misión de la universidad en el mundo actual, proviene de la generalización de que se la hace objeto. Piensa que no son iguales, por ahora, la actividad y hasta los objetivos inmediatos de la universidad en los Estados Unidos que en Francia, ni mucho menos de Francia y América Latina y estima que hay más *analogías* (no identidades) entre la universidad africana o la de Medio Oriente con la latinoamericana, que entre ésta y la europea. Uno de los elementos que así lo revelan es, entre otros, la reacción del estudiantado y de la docencia ante la universidad. No es por un azar por lo que los estudiantes egipcios y jordanios muestran mayores semejanzas con los ar-

gentinos y peruanos que con los norteamericanos y británicos, a pesar de haber allí escuelas de estas naciones. Este solo hecho obliga a revisar algunos conceptos.

La universidad, concebida clásicamente, obedece al propósito de conservar y acrecentar la cultura, mediante la enseñanza y la investigación. Se supone que el individuo que llega a la universidad viene ya formado por la escuela de segunda enseñanza. La universidad, pule, reorienta, define, conforma. Las universidades sajonas gracias a la inserción con el «College» y las latinas con el bachillerato, cumplen su propio papel de enseñanza e investigación. Las latinoamericanas, constituídas por elementos que carecen en gran proporción (no siempre del todo) de esa instancia media, tienen que formar y educar los caracteres antes o al mismo tiempo que ordenar y expandir el conocimiento. En las sociedades industrializadas, o sea las desarrolladas, según la terminología en uso, hay muchas oportunidades para el educando en su lucha por la vida. En las subdesarrolladas la universidad no sólo da patente de saber, sino que otorga un *brevet* para subsistir, para sobrevivir. La universidad latinoamericana es lo que suele llamarse un *bottle neck* social. La promoción de las clases sociales latinoamericanas se opera en gran parte a través de la universidad, lo que explica el hambre que de ellas existe en estos países; a la vez, es la única fuente posible de liderato político y

social. De hecho, en virtud de estas circunstancias, la universidad latinoamericana es un factor fundamental del *desarrollo*, entendiéndolo éste no sólo como desarrollo económico, sino igualmente como desarrollo cultural y social.

Si se aceptan estas premisas, deberán aceptarse, al menos como base de discusión, sus consecuencias. Trataremos de presentarlas muy someramente con objeto de ofrecer una base de discusión, es decir, una apertura de criterios, a fin de cotejar puntos de vista, sean discrepantes o complementarios.

### Heterogeneidad de causas

La universidad en América Latina (entiéndase que cada vez que mencionemos en adelante la palabra universidad, nos referimos a la América Latina) reúne un conjunto humano sumamente heterogéneo. Ello depende de varios hechos, a saber: a) de la desigualdad y brevedad de la etapa escolar; b) de la diversificación de ocupaciones de los profesores; c) de la vehemencia por terminar la carrera, que aqueja a los estudiantes, sin considerar la importancia de las formas de hacerlo; d) de la presión demográfica; e) de la política empírica de los Estados; f) de la profunda diferencia entre el universitario y el ciudadano común; g) de que, a causa de esta diferencia, el universitario se convierte inexorablemente en aprendiz de líder antes que profesional eficiente o investigador capaz; h) en suma porque importa la existencia antes que el saber y que el ser. Podría decirse, extremando los conceptos, que la universidad latinoamericana es un ente existencialista. Vive de la circunstancia. Ha acabado por ser definitivamente relativista, lo cual la aleja de ciertos principios absolutos que rigen a la ciencia, a las humanidades y al saber en general. Por eso se la debe considerar también en el campo de sus aplicaciones. Resulta un tanto programática, sin dejar de ser doctrinaria.

### Brevedad de la etapa escolar

La segunda enseñanza o «High School» dura en los Estados Unidos ocho años, después de cuatro de enseñanza elemen-

tal. En algunos países latinoamericanos el ciclo es 6 más 6; en otros, como en Perú, 5 más 5. Pero, mientras en Estados Unidos al ciclo 4 más 4 se añade el 4 de «College» antes de la universidad, tenemos que, suponiendo que un alumno ingrese a la primaria o elemental a los 6 ó 7 años en los Estados Unidos llegará a la universidad sólo a los 6 + 4 + 8 + 4, o sea a los 22 años, y si se aplica el sistema de los «Junior College» de 2 años, a los 20 años, mientras que dentro de la generalidad del sistema latinoamericano se llega a la universidad a los 7 + 6 + 6, o sea a los 19 años, y en el Perú a los 7 + 5 + 5, o sea a los 17 años, que, en realidad, si se consideran ciertas prácticas de escamoteo de edad en el ingreso, resultan 18 y 16 respectivamente. Es evidente que a esa edad no existe la madurez necesaria para emprender seriamente una carrera profesional de nivel universitario. Ello se refleja en la actitud del estudiante frente a la universidad y la vida. Por otra parte, tal deficiencia es causa de que, sin mencionar directa y francamente el «College», se haya introducido en algunos países latinoamericanos una sección preliminar a la universidad bajo el nombre de Colegio universitario (Perú en 1931 y en 1946), sección prefacultativa preparatoria o Estudios generales (Costa Rica y parcialmente Perú en 1962). De esta suerte pasa plenamente a la universidad la supervigilancia de la etapa intermedia en que el adolescente entra en la juventud y adquiere por tanto mayor conciencia de su papel en la sociedad, contribuyendo así eficazmente a la conciliación o entendimiento entre ambas esferas. Cuando no existe esa etapa intermedia, surgen dificultades de coordinación entre los títulos otorgados por los diversos países. Los peruanos titulados en la Argentina, donde se pasa directamente de la segunda enseñanza a la Facultad profesional, tienen dificultades a su retorno al Perú para la revalidación de los títulos, en vista de que realizan una carrera más abreviada y, según ciertos conceptos locales, menos completa.

Hasta los últimos años el docente universitario en Latinoamérica ha sido por lo regular profesor de asignatura o asignaturas, o sea de tiempo parcial. Ni las uni-

versidades contaban con el dinero suficiente para pagar el tiempo completo de un profesor ni había disponibles personas preparadas en número bastante como para que se ocupasen sólo en la docencia dejando de lado otras ocupaciones necesarias para completar sus presupuestos individuales, y también útiles para la colectividad en vista de la escasez de personas preparadas a ese nivel.

### Diversificación de ocupaciones de los profesores

De ahí que la universidad en los países menos desarrollados de América Latina sea «una isla», por diversos conceptos. Los profesores no mantienen el contacto necesario con el alumno, lo que hace imposible la vinculación de la institución con la sociedad; siguen un tipo de enseñanza teórica; y no interesan a la sociedad hacia la universidad. Por las razones apuntadas no se puede exigir de los docentes el rendimiento debido y por tanto tampoco se les puede exigir a los alumnos. La universidad, si realmente se propone abastecer sus necesidades efectivas en la medida y nivel que la comunidad reclama, tiene que enmendar esta falla de su sistema, lo que viene ocurriendo en forma quizás demasiado acelerada, y así no se da tiempo para seleccionar a los docentes por sus méritos y vocación reales, sino que se tiende a convertir la plaza de profesor a tiempo completo en un escalón más de la carrera magisterial, presuponiendo que todos los que participan en ella son de hecho y de derecho docentes de vocación. El efecto de esta distorsión es contraproducente en el ánimo público: acaba por desacreditar a la universidad y por propulsar movimientos en el sentido de desconocer su eficacia y hasta negar su posibilidad de rendimiento efectivo, como ocurrió en México entre los años 1850 y 1910, y como lo revelan los impunes «recesos» de universidades y la creación de las llamadas universidades técnicas, institutos que usan el nombre de «Universidad» por el prestigio tradicional que a pesar de todo retiene el título, y hoy añaden el adjetivo de «técnicas» por el

deslumbramiento que este matiz o calificación significa.

Dentro del cuadro anterior, en vista sólo de las dos primeras condiciones que limitan la acción de la universidad en la sociedad correspondiente, es absolutamente natural que el estudiante se sienta un *transeúnte en su Alma Mater*, convertida así en estación de tránsito, no en hogar propiamente dicho. De ahí que la preocupación primordial sea la de terminar la carrera y ganar el título, el cual otorga el derecho a ejercer determinada actividad profesional retribuida. El espíritu de investigación, el impulso de saber por saber desaparecen, y en consecuencia la universidad decae. Predomina entonces el equivocado concepto de la *universidad profesional*, y, peor aún, el de las *facultades profesionales por encima de la universidad en sí*, error funesto que ya ha ocasionado en parte la crisis universitaria del siglo XVIII, cuando la universidad fue de hecho sustituida en sus principales objetivos por sus colegios anexos que generalmente regentaban las diversas órdenes religiosas.

El estudiante, bajo el influjo de tan recortadas aspiraciones y dentro de tan estrechos horizontes utilitarios, pierde la noción de la comunidad, del deber cívico y del estudio desinteresado, y sólo trata de acelerar el tránsito por la universidad, con menosprecio de sus verdaderos fines, con objeto de obtener rápidamente el diploma que le permita obtener más dinero a cambio de sus servicios. Es evidente que esta situación contribuye a aislar más a la universidad del medio en que se desenvuelve, y justifica el alarmado título de un libro del autor de este trabajo: *La universidad no es una isla* (1961).

### La vehemencia por adquirir el título

Todos los jóvenes ingresan en la universidad ansiosos de coronar su carrera profesional lo más pronto que sea posible. A ello los empujan diversos motivos; la natural aspiración a concluir lo empezado, la necesidad material de disponer de un diploma legal que les permita ganar mejor

la vida, la misma necesidad como condición para formar una familia, la ilusión de disponer de un medio que les facilite obtener o mejorar una posición social. Dicho en otras palabras: se entrecruzan en esa actitud razones de promoción social, de renta económica, de satisfacción psicológica y de curiosidad profesional. Esta conducta, repito, común a todos los jóvenes, se acentúa dramáticamente en los países subdesarrollados, y sobre todo en aquellos en donde existe la contradicción vitanda entre un *status* político teóricamente maduro y un *status* económico social realmente inmaduro. En tal caso, la crisis se aguja hasta convertirse en una enfermedad, y es lo que ocurre en América Latina.

Si examinamos los registros universitarios de los últimos cuarenta años, y sobre todo a partir de la Reforma universitaria de 1918, encontraremos que el número de alumnos procedentes de la clase media baja, y aun de la proletaria y campesina aumenta día tras día. Las universidades que tenían como clientes a los hijos de «casas grandes», o señoritos de la capital, se encuentran invadidas por hijos de obreros, empleados de tercero o cuarto rango, pequeños rentistas y campesinos. A veces son los más brillantes, siempre los más agresivos. Esta dualidad (resistencia al estudio y agresión e indisciplina) se produce de una manera peculiar. Una de sus manifestaciones consiste en el ansia de trasladarse, los más que sea posible, a las universidades de la capital. Los estudiantes reflejan la tendencia urbanizante de la población en general, e incluso algunos procedentes de familias laicas o anticlericales, o ellos mismos anticlericales y laicos, se matriculan en las universidades confesionales, en especial las católicas, en busca de mejores relaciones sociales y de más amplias posibilidades de clientela de mayor capacidad económica.

Todos coinciden en «quemar las etapas». No tratan de ahondar los estudios, sino de reducirlos. No les preocupa no saber, sino no tardar. Con frecuencia solicitan exoneraciones de examen o mayores plazos para rendir las pruebas «promocionales», abolición de los años de cultura general, eliminación de las tesis de grado,

supresión de las listas de asistencia a clase, y hasta traducen la libre asistencia, por libre inasistencia. De ello infieren los enemigos de la universidad, que son falsos alumnos, se les llama universitarios putativos y agentes de disociación y propaganda. Lo son en cierto modo, pero no son solamente eso. Lo que ocurre es que sus cuadros mentales se hallan decisivamente alterados por acicates inapropiados que estimulan tanto la familia como la propia docencia. Han adquirido la conciencia de que se ingresa en la universidad para pasar a otro curso y aprobar exámenes. Un profesor que exige estudios les resulta odioso. Los demás profesores, lejos de apoyar la justa exigencia del docente, prefieren la línea de menor resistencia, o sea la de apoyar la renuencia al estudio y condenar la severidad para exigirlo.

Si uno compara la calidad de las tesis de grado en los últimos cuarenta años, así como si analiza la extensión del dominio de lenguas vivas en los estudiantes y graduados, se dará con dolorosas sorpresas. Pero ello se debe a causas, si no plausibles, ampliamente justificables. Como hay pocas oportunidades, como la credencial del título universitario es la única prueba de idoneidad, como con ella se pueden asaltar los puestos y posiciones (dos cosas distintas), los jóvenes quieren de una vez por todas disponer de esa arma cuya sola presencia, sin necesidad de dispararla, convencerá o amedrentará a los futuros empleadores y clientes.

De ahí también que el trabajo científico sea cada vez menos intenso y perseverante. Y de ahí cierto desdén con que las universidades de viejo cuño y alto rango, miran a los egresados de las universidades de los países subdesarrollados, en donde el joven tiene que hacer un doble aprendizaje: el de su disciplina y el de la práctica de la profesión de ciudadano, que no le enseñan las instituciones del Estado, ni la escuela, ni el hogar.

A consecuencia de la falta de esta enseñanza, el joven carece de los escrúpulos que una adecuada compenetración con dichos principios (los cívicos y éticos) produce en los estudiantes de otros países. A cambio de ello, a la vehemencia por con-

cluir pronto, se junta la pasión política, agresiva, cuya finalidad será destruir lo existente, sin juzgar su calidad, sólo por el prurito de fundar un orden nuevo en el que, de cualquier modo, habrá la posibilidad de ocupar un lugar distinto al que se ocupaba u ocupa en la sociedad vigente.

El estudiante latinoamericano es, por eso, un insatisfecho, un rebelde, y tiene los caracteres de un transeúnte de su universidad. La idea y el sentimiento de *Alma Mater* no son comunes en una sociedad así constituida. Pretender que así sea, a despecho de las circunstancias, lejos de solucionar o siquiera aliviar la situación, la agrava.

### La presión demográfica

Aunque es un problema común a todos los países, ella es más evidente en aquellos que, por las razones arriba indicadas, consideran a la universidad como su única o más efectiva salida para la promoción social. Además, ese aumento de presión ocurre ahí en vista de que en los países subdesarrollados la educación ha sido generalmente considerada como un lujo, y la superior como algo propio solamente de ciertas clases privilegiadas. La apertura de posibilidades para todos, mediante la gratuidad de la enseñanza total (Argentina, Bolivia, Colombia, Perú, Venezuela, Costa Rica, etc.) y el hecho de la disminución de la mortalidad en países en donde llegaba a cifras aterradoras, todo eso converge en el hecho tangible de una presión verdaderamente irresistible e insoluble. Las cifras son impresionantes. La Universidad de Buenos Aires pasa de los 80.000 estudiantes. Las del Perú que hasta 1961 tenían en total 24.000 alumnos, en 1963 han llegado a 42.000 y se cree que en 1970 tendrán aproximadamente 90.000.

Esta presión conlleva otro problema, y es el de la educación del alumno de segunda enseñanza en la universidad. Dicho en otros términos, esto refluye en el problema del ingreso. Como dato ilustrativo diremos que en 1963 el tanto por ciento de postulantes a la Universidad de San Marcos que logró ingresar en ella no pasó del 18, y en 1964 apenas alcanza al 11.

Expresado en cifras: en 1963 se presentaron 6.300 postulantes e ingresaron 1.300, en 1964 se presentaron 7.000 e ingresaron 783, por lo cual se ha debido alterar las reglas a fin de dar cabida a unos 390 más que, aun cuando habían llegado cerca de la nota aprobatoria no la alcanzaron, pero han asistido a clases revelando atención al estudio, lo que ha hecho aconsejable llenar las vacantes con ellos.

El problema de la presión demográfica reflejada en los hechos anteriores, representa para la universidad latinoamericana una complejidad de dificultades a saber: número y calidad de docentes preparados con la velocidad que la presión exige, instalaciones adecuadas para recibir esa afluencia, inesperada, todo lo cual representa un aumento presupuestario que no todos los países ni las universidades están en situación de afrontar. Si se considera que un estudiante universitario no puede costar *per capita et per annum* menos de 600 dólares (cifra moderadísima), el Perú, pongamos por caso, debería dedicar sólo para mantenimiento, no promoción, de la enseñanza universitaria en 1964 unos 25 millones de dólares, aparte la ingente inversión que significa construir edificios para diez nuevas universidades y adquirir laboratorios y bibliotecas de instalación, lo que representa una cifra no menor de 40 millones de dólares adicionales, que sobrepasa cuatro veces lo que realmente se gasta en ese aspecto.

Por estas razones, la universidad latinoamericana tiene que fomentar asociaciones, federaciones de universidades afines o de la misma región y al mismo tiempo someterse a cierta forma de planificación, único modo de que pueda encarar este apremiante problema que la aflige.

Uno de los medios con que se pretende resolver la presión demográfica es la multiplicación de las universidades. La experiencia demuestra el fracaso de semejante supuesta panacea.

Tal fracaso se debe a hechos de una elocuencia indudable, como son los siguientes: a) falta de docentes en el nivel adecuado; b) falta de laboratorios, bibliotecas y material adecuado; c) presiones políticas y electorales al discernir la localidad en

que han de instalarse las nuevas universidades; d) ausencia de sistemas adecuados para escoger o reclutar a los alumnos de las universidades; e) incomunicación total entre las etapas segunda enseñanza y enseñanza universitaria, de suerte que no existe un régimen de transición plausible; f) deserción universitaria durante el año, lo que impide tener una idea clara sobre las exactas necesidades y posibilidades de las universidades; g) falta de rentas apropiadas; h) competencia sobre bases diferentes a las de una producción de egresados de mejor calidad; i) atracción invencible de los centros urbanos más poblados, en detrimento de los otros.

Sobre los índices del crecimiento demográfico podríamos señalar provisionalmente las siguientes circunstancias: el crecimiento vegetativo de la población de América Latina es de 3%, aunque en algunas regiones como el departamento de Loreto (Perú) llega a 3,35 y Puerto Rico y El Salvador no le van en zaga. La tasa de crecimiento de la población universitaria, debido a la expansión de la segunda enseñanza, la gratuidad de toda la enseñanza, etc., es mucho mayor que la «poblacional», al punto de que no sería descabellado estimarla en un 12%. El crecimiento demográfico universitario de las universidades de Argentina, Perú, Venezuela, Puerto Rico y México, es portentoso. En Perú, repito, de 24.000 estudiantes universitarios que había en 1960, se ha llegado a 42.000 en 1964, es decir un crecimiento de un 90% en cuatro años. La Universidad de Puerto Rico (sin contar con las nuevas de San Germán, Ponce, etc.) tenía en 1955, 13.000, y en 1964 pasa de 22.000. Sólo la Universidad de Buenos Aires ha dado un salto de crecimiento increíble, aparte la creación de otras universidades, entre ellas las de Cuyo (1938), Bahía Blanca, Católica, etc., y pese al clima desfavorable al crecimiento universitario que reinó en dicho país entre 1946 y 1955, a causa de la dictadura casi siempre adversa al desarrollo de la educación superior.

Las consecuencias de este crecimiento súbito, desequilibrado, sin medios suficientes, se reflejan en cierta inestabilidad de las instituciones y en la inferior calidad de los estudios pertinentes. No se trata de

una universidad inferior, sino de una *Universidad situada bajo presiones deformantes* y en condiciones de inferioridad momentánea, en una crisis temporal, para cuya superación urge ante todo un diagnóstico exacto de la situación actual.

### La responsabilidad del Estado

La actitud del Estado frente a las universidades latinoamericanas es de notoria indiferencia. Influye en ello la calidad de autónoma que caracteriza a la institución. De ahí que la última ley argentina, de 1955, establezca la autarquía en lugar de la clásica autonomía, cuyo origen está en la Universidad de Salamanca, madre de las latinoamericanas, la cual a su turno recibió ese toque esencial de las Universidades de Bolonia y Padua, clásicas entre todas las del mundo occidental.

La autonomía se ha conservado para evitar la intromisión de la política estatal en la universidad, para librarla de una presión más. En realidad, la política se ha deslizado por la puerta opuesta, por la del antioficialismo, lo que, lejos de robustecer y justificar la autonomía, contribuye a ponerla en serio peligro. El politicismo de las universidades latinoamericanas es casi siempre sinónimo de «oposición» al gobierno imperante y, más claramente, al régimen social vigente, lo cual se explica por la característica insatisfacción juvenil, elemento con el que debemos contar como uno de los ingredientes ineludibles de la educación superior.

La respuesta del Estado a la autonomía no es disminuirla o prohibirla, sino algo más simple: ignorar la universidad. Eso se manifiesta no sólo en la falta de provisión de fondos adecuados, sino en la distribución caprichosa de ellos según el tono personal de las universidades, y, lo que es peor, en la creación o refuerzo de numerosos institutos de entrenamiento o enseñanza especializada a cargo del Estado, que los cercena de las universidades. Por ejemplo: paralelamente a las Facultades de Educación que deberían ser las únicas en tener las responsabilidades de la formación de los maestros, se multiplican las Escuelas Normales del más diverso ni-

vel y carácter, laicas y religiosas, para hombres y mujeres, regionales o nacionales, agropecuarias o industriales, etc. Paralelamente a las Facultades o Escuelas de Economía, el Estado crea sus Escuelas de Administración, o de inspectores de impuestos; sus Escuelas Diplomáticas, a despecho de las Escuelas de Derecho Internacional de las universidades; sus guías de turismo, aunque haya Escuelas o Facultades de Historia y de idiomas; en suma, el Estado contribuye, como autodefensa —autodefensa equivocada— a debilitar a la universidad, a desacreditar sus posibilidades concretas, a restarles importancia. A menudo, dedica mayor atención a las universidades privadas que a la oficiales, como ha ocurrido en el Perú recientemente, no obstante que la ley denomina a las segundas «universidades del Estado» (Ley 13417).

Por otro lado, no se celebran los pactos adecuados sobre intercambio de títulos, grados y estudios, lo que contribuye a dar carácter de anarquía continental a las anarquías universitarias nacionales. El que paga las consecuencias de este cúmulo de errores y contradicciones es el estudiante, mejor dicho, la institución universitaria.

### Diferencia entre el estudiante y el ciudadano : liderazgo

En países donde el analfabetismo ha sido y sigue siendo tan amplio, la calidad de universitario significa una distancia mucho mayor con el ciudadano común que en los países desarrollados. Puede argüirse que algunos países como Costa Rica, Argentina, Chile y Uruguay tienen un elevado índice de alfabetismo y hasta existen ciudades o regiones en donde el analfabetismo es prácticamente equivalente a cero. La realidad promedio es que, si bien el analfabetismo ha menguado en los últimos cincuenta años, subsiste aún, y que la calificación de alfabetismo es entre nosotros demasiado benigna, pues se limita a exigir que un individuo sepa firmar y leer su nombre o poco más, para extraerlo de la clasificación de analfabetismo. No hemos establecido como regla común un número de años de enseñanza primaria como

indispensables para marcar la diferencia entre el alfabeto y el analfabeto. Por tanto, nuestra concepción de este último es demasiado optimista: los hechos son peores de lo que nos los imaginamos.

La manera de combatir el analfabetismo se ha limitado a eso: tratar de erradicarlo, pero sin cuidar de mantener el alfabetismo y estimularlo permanentemente a fin de que no recaiga en el analfabetismo por falta de uso de la capacidad de leer, a causa de no tener dónde, ni para qué. La tirada limitada de los diarios en ciertos países muestra elocuentemente la vigencia de este hecho. Apenas es concebible que en un país de 11 millones de habitantes, el diario de mayor circulación con ámbito nacional no pase de 100.000 ejemplares, y que los más importantes se acerquen apenas a esa cifra; o que en una ciudad con casi un millón de habitantes la tirada mayor apenas alcance a 20.000 con circulación nacional.

Lo dicho explica por qué, frente a la modesta exigencia de «haber aprobado instrucción primaria» que se exigía para muchos oficios y empleos hace cuarenta años, al hacerse gratuita o de más fácil acceso la segunda enseñanza se haya hecho costumbre ya exigir este grado de instrucción para casi todos los empleos que antes sólo requerían primaria completa o parte de la segunda. Más aún el perfeccionamiento de la maquinaria del desarrollo ha contribuido a que ese grado segundo sea ya insuficiente; se exige algo más: ahí donde no existen carreras intermedias, ese algo más sólo puede proporcionarlo la universidad. Y como la universidad tiene tan severas limitaciones, de ello resulta que la distancia entre el ciudadano común con segunda enseñanza completa o incompleta, o con sólo primaria completa, o analfabeto, o sólo alfabeto, y el universitario sea enorme. De ahí que los estudiantes aparezcan como líderes, lo que, dada su juventud, halaga su pasión de mando, su vanidad y les convierte en aprendices de dictadores y en suma en politiqueros vocacionales.

Cuando el profesor norteamericano Stephen Duggan, creador del Institute of International Education (Instituto Inter-



nacional de Educación) visitó a Sudamérica en 1931, se sorprendió de que, en aquellos años de ruda depresión mundial, nuestros estudiantes fuesen tan activos en el trato de los hechos sociales y políticos, y no engrosasen sin embargo las ya numerosas filas de los «parados». En su libro *The two Americas* hay algunos atisbos al respecto. En verdad, de lo que se trata es de que los estudiantes latinoamericanos, por su menor especialización, se hallan más dispuestos a sustituir su propio trabajo por otros cuando las posibilidades en el primero escasean; y por su enorme diferencia cultural con el hombre común, se sienten y están por encima de él. Dentro de ese cuadro nadie podría impedir que desarrollen un creciente apetito de liderazgo. Podría hasta decirse que la realidad condena al estudiante latinoamericano, mientras la sociedad en que actúa y el Estado que lo dirige sean como son, a prepararse, queriéndolo o no, a ser un líder de la comunidad.

El liderazgo atrae. Entre ser un profesional competente o un hombre de ciencia capaz, y un líder poderoso, pocos son los que dudan. No se trata de calificar las ocupaciones, sino de comprobar el efecto que ellas producen en el ánimo de los jóvenes, y, por tanto, en la institución que los forma e instruye, la universidad. Se convierte ésta en un vivero involuntario de líderes. Si esto es así no podrá mientras no se ensanchen las posibilidades, se multipliquen las carreras, se distinga la labor científica de la técnica, y ésta de la más simplemente «ocupacional», no podrá, repito, librarse la universidad de la política, y lo que es peor, del politicismo, a causa de las conexiones entre la posible condición de líder, la necesidad de ser más capaz que los otros y la inferioridad de los otros con respecto al fruto de la universidad.

A pesar de que, por todo lo reseñado, la universidad latinoamericana deja mucho que desear, ella provee a los países de sus líderes, como única fuente de ellos, de suerte que juzgar a las universidades significa juzgar al liderato de los países respectivos, y, por tanto, podría ser una forma de mensura de las posibilidades futuras de la nación.

No es este el caso en aquellos Estados donde existe ya una severa distribución del trabajo y la tradición educativa se refleja no sólo en el grado de dominio de la letras, sino sobre todo en cierto grado de manejo de las ideas generales, de los hechos científicos, técnicos, de las posibilidades personales y del ambiente, a despecho de que la persona de quien se trate sea alfabeta o no, haya cursado segunda enseñanza o no, logre ganar un grado universitario o no. Siempre recuerdo una anécdota que oí de labios de Luis Jiménez de Asúa respecto a un campesino castellano a quien encontró en un camino y con quien se puso a discutir sobre temas de política contemporánea. Halló Jiménez tanta sagacidad en el campesino que le preguntó qué libros había leído: el hombre le contestó: — «Ninguno, señor, porque no sé leer.»

Entre nosotros tales casos son menos frecuentes. Existe una especie de incomunicación entre las clases sociales, sobre todo, de tipo cultural, aunque, y es triste repetirlo, no es raro que, en el terreno de la cultura que podríamos llamar endógena o adquirida por ósmosis, sea mucho más frecuente encontrar tipos de conocimientos espontáneos en las clases menos favorecidas que en las altas, y es posible que el proletario y el empleado bajo de las ciudades latinoamericanas sea el gran consumidor de las diarios y revistas, y no quienes disponen de mayores medios para adquirirlos. Lo cual, lejos de aliviar el problema de que tratamos, lo agrava.

### Existir antes de ser

Podríamos ensayar una fórmula provisional que condensase el estado imperante en la educación superior latinoamericana con respecto a la vida cívica: *primum esse, deinde existere*. Fórmula incompleta, peligrosa. Si toda la educación ha de tender, como se pretende, sólo a suministrar al hombre elementos de defensa para su vida material, si de lo que se trata es de convertirlo en instrumento del desarrollo económico, ello significa irremediamente supeditarla a las contingencias de la existencia, dejando de lado las de la vida.

La educación en cualquiera de sus grados persigue la formación del hombre. Una

vez formado se le da utilidad. Darle utilidad sin haberle formado es destituirle de su condición de hombre. Esta situación ha sido ya comprendida hasta por los más recalcitrantes partidarios de la tecnocracia. No en vano, inclusive en organismos tan fundamentalmente tecnocráticos como el TIM (Technological Institute of Massachusetts) se ha abierto una ventana a las humanidades y a las ciencias puras. La revisión de Conant sobre la educación en los Estados Unidos (1959) insiste en la urgencia de equilibrar el humanismo y la técnica. Los países desarrollados lo entienden bien. La educación superior británica descansa en la formación del carácter y de la mente, para que el receptáculo se halle en disposición de recibir, contener, conservar y usar no sólo los conocimientos que le proporciona la universidad, sino los que le proporcionará la vida. La educación superior francesa consiste en una armoniosa combinación de impulsos creadores y regímenes utilitarios, órbita que abarca hasta la educación militar. No en vano Foch y de Gaulle han sido o son grandes escritores. Se sabe ya lo que la educación superior alemana debe al Gimnasio, y la forma como combina elementos formativos con los informativos.

Pero en los países subdesarrollados se libra una lucha abierta entre tendencias que, lejos de ser inconciliables, se complementan.

La proliferación de las llamadas universidades técnicas, que no son otra cosa que escuelas politécnicas, indica una peligrosa confusión entre campos, si no opuestos, bastante diversificados. Surge además el prurito de dar a la educación superior un neto y casi unilateral rumbo de «aplicación» práctica, lo que elimina toda posibilidad de obtener ciudadanos conscientes y hace peligrar la de tener hombres o nacionales de sólida moral.

Frente a esta actitud parcelatoria, incompleta, surge la reiteración de la tradicional educación clásica, en esencia humanista, con notorio abandono de la experimentación y la práctica, lo cual constituye otro error, propio de ciertas universidades a las que no han llegado aún las inquietudes creadoras de este tiempo.

Hay, en tercer lugar, quienes pretenden corregir esos defectos amalgamando, sin combinarlo, lo técnico y lo humanista, pero olvidando lo científico, y en realidad tratando de añadir unas cuantas gotas de humanismo a la mezcla de tecnología y algo de ciencia. Universidades que agregan, como jubón o veste, unos cursos y hasta departamentos humanísticos a fin de «equilibrar» su sobrecarga tecnocrática. No se consigue con ello nada conveniente. La educación no se produce sumando, sino multiplicando; no es asunto de agregar, sino de fundir y combinar. Está lejos de ser un proceso físico; lo es químico u orgánico. De ahí que presenciemos una lamentable desorientación pedagógica y aun de filosofía pedagógica, a la que no son ajenas ciertas influencias extranjeras como el BID, el Fondo especial de las Naciones Unidas, algunas Fundaciones norteamericanas y aun el Departamento de Estado a través de las «ayudas» de ciertas universidades que representan, en realidad, al gobierno norteamericano en la tarea de cooperar al desarrollo de la educación superior latinoamericana, pero bajo condiciones a menudo inconvenientes. La inconveniencia depende de un hecho insoslayable: cada país tiene su propia fisonomía, a la que no puede renunciar sin desnaturalizarse y desaparecer. Cada país, además, pertenece a una órbita regional, cuyos problemas coinciden en cierta medida. Uno de los grandes errores en la educación superior latinoamericana ha sido y es variar de norte según la influencia de moda. Hemos tenido programas a la alemana, a la francesa, a la suiza, ahora a la norteamericana. La preocupación de hoy es tener programas a la latinoamericana, dentro del rumbo general del progreso universal. Y ese programa requiere que tengamos en primer lugar la preocupación por la formación del individuo, aún sobre la de su información o instrucción. Abarca elementos éticos y psicológicos al propio tiempo que los científicos y técnicos. La ausencia de un criterio definitivo al respecto, y la acción a menudo desquiciadora de agencias extranjeras, cuya inspiración no es la nuestra, contribuye a acentuar este desequilibrio y a sus consiguientes efectos de esterilidad.

Quando uno viaja por Israel, Estado nuevo de viejísima alcurnia, se da cuenta de que nadie en ese país olvida factores propios e intransferibles: su riqueza arqueológica, la fuente de creación que hay en su antropología y sus tradiciones, la historia bíblica, de la cual emana la importancia de problemas como el del desierto del Neguev, la inmigración, la agricultura, los sistemas de regadío, la paz armada característica de los kibbutzim, etc. La universidad de Jerusalén se ha constituido sobre el patrón formal británico, pero con su inspiración israelí: tiene su «estudiantado» información europea, pero formación nacional.

Podría aplicarse este ejemplo a un país subdesarrollado también, como es el Egipto, perteneciente a órbita distinta. En ese sentido, el acento puesto por la China comunista en la técnica tiene como contrapeso y explicación lo siguiente: la vieja tradición letrada de la cultura superior en el país, y el abandono en que se ha visto a causa no sólo de la presión demográfica, sino de la situación colonial y de la ocupación extranjera que se ha vivido allí durante muchos decenios.

La situación de la universidad de América Latina no es la de Israel, ni la de Egipto, ni la de la China comunista, pero se parece mucho más a todas ellas o a cualquiera de ellas, que a la de los Estados Unidos, Francia, Inglaterra o Alemania. Cuando en un esfuerzo conmovedor de comprendernos, algunas fundaciones norteamericanas y el propio gobierno pretenden establecer mejores contactos en ese nivel, ayudando a universidades de menos desenvolvimiento científico y técnico, más ligadas a los problemas de la población de color, como las de Indiana, Misuri, Minnesota y Nuevo México, cometen un craso error, porque el problema no es de analogías aparentes, sino de diferencias reales. La historia, la depauperación física, la anarquía legal, las posibilidades inmediatas, las diferencias sociales, no se salvan con buscar el modelo más parecido, sino penetrando a fondo en la realidad que se pretende estimular para el progreso.

Nuestro problema universitario no es de métodos extranjeros aplicados a nues-

tras cosas; es de métodos propios aplicados a la inserción de nuestra realidad en la del mundo.

### Algunas ideas complementarias

Sería inútil limitar este trabajo a describir los caracteres distintivos de la universidad latinoamericana, dentro de sus peculiaridades de universidad en un mundo subdesarrollado. El tema exige mucho más, y es propósito del autor convertirlo en un estudio bastante más amplio. De ahí que sea inevitable agregar algunas ideas acerca de la conformación de la universidad latinoamericana, suponiendo que existan, como existen, problemas, tendencias, y esfuerzos comunes con los que no riñen las modalidades nacionales de las que no se puede ni se debe prescindir.

Pero, antes siquiera de enunciar algunas de esas ideas o semillas, sería preciso establecer algo más general y urgente. Es un hecho que cada año quedan fuera de la órbita de las universidades, en las que tienen cifradas todas sus expectativas, decenas de miles de jóvenes, a quienes ese fracaso les representa a menudo una frustración de incalculables consecuencias psíquicas y sociales. Es un hecho también que la delincuencia juvenil aumenta cada día y que sus elementos surgen no de las capas favorecidas económicamente, sino de una capa intermedia de clase media y baja clase alta. Es otro hecho que los países subdesarrollados adolecen de un notorio desequilibrio entre sus hombres de carrera liberal y sus obreros, es decir, que se carece de una capa de dirigentes de comando intermedio en los que habría que apoyar el aparato de nuestro desarrollo, tanto como en los hombres de ciencia y elementos de comando superior.

Estamos, por eso, en la obligación de organizar, bajo dirección universitaria, que se libra a menudo de las contingencias políticas, algo semejante a los «Junior Colleges» o «City Colleges» de los Estados Unidos, a los Colegios regionales de Chile y Puerto Rico, es decir, un tipo de escuelas formativas, pero que ponga su mayor énfasis en la pericia, en la técnica, en carreras de no más de dos años. De esta

suerte habrá siempre campo para la universidad propiamente dicha, sin perjuicio para la técnica de comando intermedio, de la que necesitamos en una proporción agobiadora.

### Investigaciones típicas

Cada país y cada región geográfica tienen su propio campo de aplicación del conocimiento y de la investigación. Conviene al respecto deslindar tajantemente las exigencias de Francia e Inglaterra, de los Estados Unidos y la Unión Soviética, frente a las de la RAU o el Líbano, Nigeria o Israel, América Latina o la India.

Si tomamos, por ejemplo, el caso de Israel, nación vieja, pero Estado novísimo, encontramos que, aparte el adelanto científico característico de sus célebres institutos en biología y ciencias físicas, tiene organismos dedicados a ciertas actividades intrasferibles, tales como la arqueología, la religión, la hidráulica, los idiomas. Ello se explica por las condiciones históricas y técnicas del país.

En cada provincia se encuentra siempre la posibilidad de un tesoro histórico, cubierto por la capa de los años; la urgencia de irrigar el Neguev, el viejo desierto bíblico, y utilizar las aguas del Mar Muerto con fines agrícolas; la vigencia permanente de un sentimiento místico, personificado en el Talmud; la coexistencia de israelíes de las más diversas naciones, que conservan sus idiomas nacionales, junto con el empleo común del idish y ahora del hebraico, o lengua tradicional, implica una atención especial a las cuestiones lingüísticas. De hecho, Israel, y su universidad por tanto, debe encarar problemas viejos y nuevos, dicho de otro modo, muy viejos y muy nuevos. De ahí el tono tan inconfundible de su cultura.

La universidad latinoamericana debe afrontar problemas semejantes, que, si olvida, deja incumplida la parte principal de su misión. Para nuestros institutos de investigación deberán tener importancia muy peculiar investigaciones como la arqueología, que constituye una de las claves de nuestra propia definición racial y social; la lingüística ya que no podemos prescindir de las lenguas aborígenes principales

(quechua, guaraní, chibcha, aimara, etc.) habladas por millones de hombres en nuestros días, e indispensables para enseñar. Debemos ampliar los estudios sobre el hombre y el animal de altura, tal como ya se hace en los laboratorios del Perú, y sobre el del trópico, ya que poseemos características mesológicas y, por tanto, antropológicas muy singulares, de las que depende nuestra vida comunitaria.

La biología marina, en estos países de inmensa riqueza ictiológica, posee rasgos propios y requiere un esfuerzo conjunto. Tenemos por desarrollar una complicada ciencia antropológica, en íntimo contacto con la sociología y la psicología, a fin de dar forma a nuestras relaciones sociales, entre ellas, y de modo nada despreciable, a las laborales.

Nuestra botánica, nuestra geología, nuestra veterinaria no se parecen sino en cuanto a los rubros generales a las de otros lugares del mundo, y su importancia es mucho mayor por cuanto aún no nos hemos librado de las peculiaridades de los países-campo.

El solo enunciado de estas características, pone en evidencia que nuestra universidad debe realizar esfuerzos muy especiales para ponerse en consonancia con las inaplazables exigencias del medio en que actúa.

La elaboración de planes regionales latinoamericanos acerca del curriculum de nuestras universidades en sus tres niveles: parauniversitario o de comando intermedio; docente o propiamente universitario, y de postgraduados o investigación ultrauniversitaria, reviste una urgencia tal, que se justificará cualquier desembolso inmediato para llegar a soluciones o entendimientos previos que conduzcan a ellas.

### Colegios regionales

La universidad latinoamericana fue siempre proveedora de las profesiones liberales. Después trató de proporcionar investigadores de cierto alto nivel. En realidad, se preocupó poco de alimentar la línea de la actividad nacional, es decir, las profesiones intermedias.

Eso depende de diversas causas, entre ellas, probablemente, son las principales la extracción social tradicional de los estudiantes y el tipo de explotación laboral consecuente. Hasta 1920, es decir, hasta la llamada Reforma universitaria, los alumnos pertenecen en su inmensa mayoría a las clases altas o a la media alta. No se daba buen trato a los miembros de la clase media-mediana o media-baja, ni se admitía a los de la clase obrera. La Reforma universitaria tiene, por eso, como una primera connotación la de haber democratizado la universidad.

Por otra parte, como países proveedores de materias primas, sin industrialización, la única preocupación de los capitalistas y dirigentes políticos consistía en extraer al más bajo costo posible las materias primas (cobre, petróleo, plata, hierro, caucho algodón, arroz, azúcar, café, etc.) para venderlas al más alto precio al exterior. La norma era pagar en la más baja moneda posible. El residuo quedaba íntegramente en manos del capitalista o patrón.

El cambio social y económico producido a raíz de la primera guerra mundial se reflejó en la Reforma universitaria, mediante la cual ingresaron en la universidad alumnos pertenecientes a estratos sociales más bajos.

Además, la industrialización creciente ha exigido la presencia de comandos intermedios. La solución que se ha pretendido dar a este apremio ha sido la de crear las llamadas universidades técnicas, que no

son universidades ni son politécnicas, pero que, en cambio, pretenden competir con las universidades propiamente dichas en la validez o evaluación de sus títulos, a pesar de que a menudo carecen del fundamento humanístico indispensable a toda actividad ciudadana.

Para remediar esta deficiencia, se ha iniciado un movimiento hacia la creación de los Colegios regionales, llamados así por la nominación que se les dio en Puerto Rico a los de Humacao y San Juan y que corresponden en mucho a los « Junior Colleges » que, a partir de 1905, se han empezado a extender por los Estados Unidos.

La rapidez con que se han propagado estos centros de enseñanza intermedia, tanto en los Estados Unidos donde en junio de 1964 tenían ya 806.000 alumnos y en Chile donde por la misma fecha pasaban de 4.500, así como la ley que se ha dictado en el Perú, pone en evidencia la absoluta necesidad de dar juego a una institución que, dependiendo de la universidad, posee características propias que la distinguen de ésta.

La creación y difusión de los Colegios regionales confiere a las universidades una nueva responsabilidad y les permite absorber una proporción creciente de jóvenes a quienes convertirá en elementos útiles para el desarrollo del país, dentro de un nivel universitario, a costo mucho menor que las profesiones liberales y con una aplicación práctica inmediata.

# Cine y documento

POR NÉSTOR ALMENDROS

A MENUDO las películas que a su salida en las pantallas nos parecen de un gran valor documental, son precisamente aquellas que, con el correr del tiempo, resultan menos interesantes documentalmente. Lo contrario es también frecuente: las películas que no se consideran como documentales llegan a serlo al cabo de los años.

Es quizás un error hablar en un sentido histórico de un cine de valor documental en oposición al cine de ficción: sea cual sea la obra cinematográfica, en una mayor o menor medida, es un documento, puesto que ha sido hecha por el hombre y es un reflejo de sí mismo. Pero hay, por supuesto, documentos más importantes que otros, testimonios de un momento dado que nos serán más útiles que otros.

No son solamente las intenciones de cronista del realizador las que decidirán que un film resuite un buen documento. El éxito que este film haya tenido entre un gran público, sí que nos dará una clave de su valor documental. En todas las épocas los artistas han realizado, quizás inconscientemente a veces, lo que cierto público les ha pedido, y cuando la obra responde al deseo de este público, se acepta, ya que es como una proyección de sus valores.

*Teléfonos y mayordomos.* — La mediocridad de la vida en la Italia de Mussolini se nos presenta de un golpe con una impresionante precisión cuando volvemos a

ver en alguna cinemateca un viejo film italiano de éxito popular, de aquellos que Zavattini llamaba con ironía «*telephonibianchi*»: las comedias rosas de Mario Mattolli con una joven Alida Valli en el papel principal. «*Ossessione*» (1942), de Luchino Visconti; película de minorías realizada muy en serio y que pretendía ser una crítica de esta mediocridad, es en cambio un documento social de valor relativo, un documento que necesita apoyarse en otros y que, por sí solo, no nos prueba nada, si no es la opinión de un *metteur-en-scène*, de su grupo y de su pequeño público frente a una situación. «*Ossessione*» pasa por ser uno de los documentos más importantes para conocer aquella época (tuvo dificultades con la censura fascista); sin embargo, sin las películas complacientes, a menudo estúpidas de Mattolli o Camerini, tiene poco valor. Se entiende bien que no hablo ahora de valor estético o político.

Hacia el final del decenio del 40 se produjeron en los Estados Unidos una serie de películas que atacaban la discriminación racial. Al mismo tiempo se producían otras películas en las que no se discutía el tema, aunque tenían personajes de raza negra en situación de inferioridad social. Un viejo actor cómico negro, conocido por «*Rochester*», obtuvo cierta popularidad en varias películas incorporando una y otra vez invariablemente la figura simpática y sumisa del mayordomo. Estas películas, sin pretensiones críticas ni aspi-

raciones sociológicas, son hoy una prueba de aquella discriminación, mucho más fuerte como evidencia que la que nos proporciona una película «consciente» de lucha contra la discriminación racial.

En realidad lo que sucede es que cuando se trata de investigar un hecho pasado, cuando tenemos que escoger, por ejemplo, entre una crítica de la mediocridad y de la discriminación o la mediocridad y la discriminación mismas, no hay duda que deberemos acercarnos sin rodeos a las fuentes originales. Este es después de todo el procedimiento habitual de toda investigación en cualquier terreno, incluso en el del cine. Si en una guerra, por ejemplo, el enemigo reconoce pérdidas, tendremos una mayor evidencia que si el que las ha infligido es el único que las declara.

*Perspectivas.* — Existió un cine americano de capilla de «conciencia social» en el decenio del 30, paralelamente al cine de Hollywood. Las obras de los cineastas de la «Frontier Film» de Nueva York, a pesar de sus pretensiones de crónica, se revelan hoy como documentos menos importantes de la época que, por ejemplo, una vulgar comedia musical de Fred Astaire y Ginger Rogers o la serie popular de gangsters de James Cagney, donde encontraremos milagrosamente conservada toda la atmósfera de su tiempo.

Y es que los realizadores intelectuales de Nueva York, como muchos de otros países en el mismo caso, eran hombres fuera de su época, quizás porque eran superiores a ella —lo que podría llegarse a admitir—, pero, de todas maneras, eran gentes fuera de su época. Su «perspectiva» era falsa porque la única válida de una sociedad nos la da el tiempo. Resulta entonces bastante claro que una película realizada por un director sin «objetividad histórica», es una película que pertenece verdaderamente a su época y es precisamente por esto por lo que con el tiempo llega a tener valor de documento sin pretenderlo, particularmente si una gran parte del público la aceptó como suya.

*Documentos aproximados.* — Algunas veces una película de minorías se convierte, a falta de otra, en documento impor-

tante. Si «¡Que Viva México!» resulta hoy inapreciable para estudiar el México de la época del presidente Calles, se debe principalmente al hecho de que no hay ninguna película mexicana de estos años conocida fuera del propio país. En realidad «¡Que Viva México!» nos informa mejor sobre la actitud de un artista, de un realizador soviético frente al fenómeno de la revolución mexicana que sobre la revolución misma.

«¡Viva Villa!» de Hetch-Conway-Hawks, o «¡Viva Zapata!» de Kazan, éxitos excelentes de taquilla en los Estados Unidos, nos muestran la opinión pública americana sobre la revolución mexicana. Pero el hecho de que los mexicanos las rechazaran limita considerablemente el valor de tales documentos. El éxito de una película entre un público nos revela el pensamiento de este público, pero no el de otro. El valor de evidencia de la obra es siempre relativo.

A veces una película con pretensiones sociológicas cumple efectivamente su cometido, pero no exactamente como se lo proponía en un principio: «El pan nuestro de cada día» (1935) de King Vidor, nos parece hoy una fantasía ingenua que nos hace sonreír. En cambio, en su tiempo la crítica la tomó muy en serio, señalándola como una obra de *fuerte realismo*. Pero dígame lo que se diga «Our daily Bread», film admirable por varios conceptos, nos informa sobre la época: no aprenderemos nada sobre la organización de cooperativas agrícolas en los Estados Unidos después de la crisis bancaria de 1929. Descubriremos en cambio el espíritu y las ilusiones forjadas aquellos años.

¿Cómo estudiar también a través del cine los antecedentes de esta crisis? La comedia silente *slapstick* de Sennett, con su destrucción constante de objetos, sus generosas tortas de crema, en fin, con su absurdo despilfarro, podrán servir como evidencia de un país que iba a terminar en la superproducción, en una abundancia exagerada de bienes de consumo: la *american madness*, que conducía fatalmente al desastre. Se puede ver también en la decadencia del género en los decenios siguientes no la llegada del sonido como se ha dicho, sino quizás el desarrollo en los

Estados Unidos de un nuevo sentido del aborreo.

Si las generaciones futuras quieren, a través del cine, conocer lo que ha sido la infancia de nuestra época, tendrán que recurrir a la serie de «Tom y Jerry» o el «Super-Ratón». Se comprenderá hasta que punto ha sido una infancia agresiva y neurótica. Por el contrario, los dibujos animados «artísticos», «de festival», realizados por «verdaderos conocedores del alma infantil», podrán llegar a darnos una idea totalmente falsa.

En otras ocasiones, una película podrá ser el documento de un momento, por omisión. Tenemos un ejemplo típico en la tendencia general del cine francés de la etapa de la ocupación alemana. No pudiendo, a causa de la censura, hablar de los verdaderos problemas de cada día, los cineastas franceses evitaban expresamente la realidad y se refugiaban en la historia y la leyenda: «Les Visiteurs du Soir» de Carné; «L'Eternel Retour» de Delanoy-Cocteau, etc.

*Habla un etnógrafo.* — En su curso de cine etnográfico, en el Museo del Hombre de París, Jean Rouch ha hecho descubrir el éxito comercial obtenido en África hace bastantes años por algunas películas llenas de prejuicios raciales, que los blancos habían filmado, relativas a los africanos. Rouch ha hablado de las viejas películas de la serie de Tarzán-Weismuller y particularmente de «Bozambo» (1937) de Korda. El dio gran importancia en las proyecciones de su curso a «Bozambo». Mejor que ningún otro documento cinematográfico, puesto que había gustado tanto a los africanos, este film podía demostrar los estragos de la dominación colonial en la conciencia, un complejo de inferioridad enraizado, antes del despertar nacionalista de los últimos años. Rouch, aun siendo el campeón del cine documental, el creador del «cinéma-vérité», reconocía con su buena intuición el valor de evidencia de una película de ficción pura.

*La política.* — Existe una realidad psicológica del autor en el cine de ficción que puede también llegar a ser el reflejo de una realidad psicológica generalizada. La

objetividad de un cine llamado documental se desvanece ante un cine rabiosamente partidista y de propaganda, un cine que paradójicamente llega a ser verdadero precisamente gracias a su falsedad.

Cuando se trata de un documento político-social este punto de vista resulta más claro. En la película de Erwin Leiser «Mein Kampf» (1961) se utilizan en el montaje abundantes fragmentos de noticiarios de la época: Hitler en diferentes momentos de su vida privada, discursos, desfiles, batallas, etc. Todas estas escenas fueron sorprendidas por camarógrafos de actualidad en una perspectiva de cronista. Estas imágenes dan al film un valor documental considerable. Pero el más alto grado de verosimilitud se logra precisamente cuando Leiser utiliza unos fragmentos de falso documental, con «mise-en-scène» del viejo film nazi de Leni Riefenstahl. Es el momento en que, como iluminados, varios jóvenes aparecen en las pantallas denominando las regiones de la Gran Alemania de donde provienen. Es entonces cuando el espectador comprende por primera vez la naturaleza alienada del nacional-socialismo. Es también la primera vez en el film que vemos las cosas «desde dentro»: la intención del autor de hacernos participar del horror se logra plenamente.

Para convencernos asimismo de un estado de cosas en la Rusia de Stalin, nos servirán de muy poco las películas de denuncia del culto de la personalidad realizadas en la URSS en los últimos años («Cielo despejado», 1961, de Chujrai). Será más que suficiente ver de nuevo cualquier película de éxito realizada en los días de Stalin a la mayor gloria del líder. De nuevo el cine nos dará el raro privilegio de resucitar para nosotros la atmósfera política de un país desde el interior. «La Caída de Berlín» de Chiaurelli o «La Joven Guardia» de Guerassimov, viejos films stalinistas, pueden servir para convencernos justamente de lo contrario de lo que se proponían en un principio. Lo que revela que «la Joven Guardia» representaba una actitud generalizada en aquel tiempo es que obtuvo en la URSS el favor considerable del público. El joven escritor Kustnetzov en su novela casi autobiográfica *Continuación de una*



*leyenda*, nos habla del eco que esta película suscitó entre los adolescentes soviéticos antes de que perdiesen la fe en los valores que destruiría el XX Congreso del Partido.

Se podría incluir en este artículo un comentario amplio sobre algunos cortometrajes de propaganda del nuevo cine cubano para estudiar ciertos aspectos de la histeria política colectiva en nuestros días (propósito, por supuesto, ajeno a sus autores). También un análisis de algunas comedias « rosas » (« Vals para un millón »,

Checoslovaquia, 1961) para observar de cerca el abandono de ciertos principios comunistas y el progresivo « aburguesamiento del período krutcheviano.

Quiero puntualizar que he puesto en duda únicamente el valor histórico de un cine crítico, sociológico o documental. No habrá que deducir por lo tanto la negación de un género. Muchas veces el valor final de una obra se encuentra más allá de las apariencias de los propósitos inmediatos de su autor. Algunas grandes películas « documentales » están ahí para confirmarlo.

PELLEGRINI : INTERIOR DE UN RANCHO (ARCHIVO GENERAL DE LA NACION)



# LOS CONCURSOS DE "CUADERNOS"

## Claustro de profesores

POR FEDERICO PELTZER

**E**L HOMENAJE ERA PARA MÍ. Siempre me ha parecido, en esos casos, que están agasajando a otro. Será esta larga costumbre de la propia negación, o una resistencia invencible a sentirme protagonista de algo.

Me habían elevado a la silla episcopal: sería pastor de almas, como suele decirse. Una dignidad y una responsabilidad gravísimas... Y el claustro, y algunos alumnos invitados en delegación, me despedían. Ya no enseñaría más mi materia, ahí, en esas aulas, entre el bullicio de los muchachos preguntones, la no frecuente curiosidad al terminar la hora de clase, las trampas y los sudores del examen.

Todos esperaban que hablara. Me puse de pie y empecé a decirles cosas. Como siempre, también, me pareció que otro hablaba. Me desdoblé, escuchándome y pensando las palabras. Atendían, tensos, supongo que por respeto a mi nueva dignidad. Perdí firmeza. Para recuperarla, acudí a un viejo truco: busqué alguno a quien dirigirme.

El padre Rector no podía ser: nos conocíamos, nada nuevo era capaz de darle. Además, es impermeable a todo discurso humano. Estaba flanqueado de profesores, mis colegas. Pero los profesores juzgan desde la cumbre de su hastío. Al fondo, a la derecha, había un grupo de sacerdotes jóvenes: discutirían, in mente, el acierto de mi elevación a la silla. Uno era diferenciado: ojos chicos, contenidos, nariz ganchuda y acariciada (dicen que es síntoma de parásitos), manos inquietas. Co-

nocía también su voz aunque ahora estaba callado, porque hablaba yo; pero me replicaba, para sí, estoy seguro. Tampoco era un posible destinatario. Conozco su soberbia desbordante como si la hubieran apretado con un mortero para que cupiera más. La máscara que usa es la habitual: comunicatividad. Al frente, las caras juveniles de alumnos y ex alumnos. Individualizaba a algunos de ellos, y recordaba ciertos apellidos. En la punta estaba la chica morena que en un tiempo me atrajo, hasta que lo advertí y puse remedio.

¿No habría nadie a quien me gustara hablarle? El discurso se alargaba, pletórico de lugares comunes. Advertía, detrás, el peso de la cortina de terciopelo rojo y el Cristo falsamente austero arriba, quizás aburrido también. Hubiera querido dar la última lección, algo como una despedida, antes de abandonar sin duda para siempre, esa tarea. Sentí la necesidad de conmoverlos, pero comprendí, en seguida, que jamás conseguiría eso.

De pronto, recostado contra el marco de la puerta, en el lugar más próximo a la salida, lo vi. Había pasado un año desde aquel viernes por la noche. ¿Por qué había venido? ¿Se trataba de una prueba de adhesión, de afecto al hombre que yo era, a pesar de todo? Me pareció más esmirriado, con los hombros todavía más estrechos que en mi recuerdo, más desprolijas la barba y la corbata, con mayor aumento el cristal de los anteojos.

«Y quisiera dejarles esta lección, porque me voy y porque siento irme...»

Me miraban. No me miraba.

«Mi lección última es el sentido misionarial del maestro, el que sabe algo más y experimenta en sí la acción de una fuerza que lo impulsa a trasmitirlo...»

— ¿Para qué?

— ¿Para qué enseñar, si se llega a esto?

— Supongo que usted, padre, sentirá que debe hacer lo que hace; que no puede hacer otra cosa.

Me lo dijo mirando por encima de mi hombro, más allá, como si detrás de mí hubiera un bosque en el que quisiera penetrar.

— Me has hecho dudar, por primera vez en mi vida.

Cambié el tono. Me hice apremiante, casi agresivo:

— Pero, ¿por qué no viniste de entrada, cuando te diste cuenta de que algo se te estaba derrumbando?

No subió el tono de su voz:

— Pero si pregunté, pregunté siempre...

— Preguntaste como los otros, como los discípulos curiosos... Has de haber preguntado tarde.

— No, padre. Pregunté porque necesitaba saber; quería saber. Más y más. Me iba hundiendo en un mar de cuestiones.

Me irritaba. Era casi la prueba de mi fracaso y de la inutilidad del saber. Un hombre es un hombre, me dije. Está lo que es, y está lo que hace, eso que ven los demás. Nadie puede negárselo. Pero un hombre es, también, lo que hace con otros, para otros. Se quiere a una mujer, a un hijo, o a un discípulo. Los hombres amamos a los hombres ofreciéndoles algo; como un homenaje.

— Te ibas hundiendo en tu soberbia.

Me mordí, pero ya estaba dicho. Adiviné mucha pena en sus ojos; muchos deseos de ser interpretado, de explicar.

— Llámelo como quiera... Yo necesitaba saber.

— ¡Saber, saber! ¿Qué has sabido? ¿Qué sé yo? Somos polvo, gusanos, tierra ciega, ¿oyes?

— Usted es quien enseña. Yo no le pedí que me convenciera cuando dudaba.

Sentí, como otras veces, esa terrible desazón de la oportunidad perdida. La vida es como un río, dicen. Un río cuyas aguas no crecen nunca. Cuando uno entiende

eso, cuando comprende que hay una gota de agua para la sed de cada instante, ya no puede ser hombre. Se hace cazador, cazador de momentos. Y acecha, para no dejar escapar la gota única, la que corresponde. De tanto estar oculto, agazapado, no queda espacio para tomar las gotas y beberlas.

«Quisiera decirles, además, que me siento orgulloso de haber pertenecido a esta casa y de haber sido colega de tantos ilustres maestros...»

Percibí las toses de modestia y un revolverse de pantalones en las sillas. Afuera, los mozos preparaban las copas para el vino de honor. Hay que hablar y beber.

Me pareció que hacía un gesto de impaciencia. El y yo sabíamos que todo eso no valía; que detrás no había nada verdadero. Un juego al que todos contribuíamos y que los dos despreciábamos.

Lo había conocido en una parroquia de barrio, cuando yo era teniente cura y asesoraba a los aspirantes de Acción Católica. Recordaba nuestro primer encuentro. El sacristán dijo:

— Padre: lo busca un chico.

— ¿Qué chico?

— No sé. Un chico. Como el padre Ardanaz está ocupado...

El padre Ardanaz era el párroco. Siempre estaba ocupado.

— Que espere.

Me desahogaba haciendo esperar a los importunos. Pero esa vez era un chico. Lo vi sentado en el banco de madera del corredor. Me pareció que tenía frío.

— ¿Qué quieres?

Se quedó mirándome, como si se le hubiera olvidado una lección.

— ¡Vamos! ¿Por qué has venido? Yo no te conozco.

— Vine a que me bauticen.

Lo dijo mirando para otro lado.

— ¿Cómo?

— A que me bauticen... Y quiero hacer la primera comunión.

Lo llevé adentro, me senté. Parecía muy decidido.

— ¿No tienes padres?

— Sí. Pero ellos no saben.

— ¿Por qué?

— A mamá no la veo. Papá dice que Dios no existe.

— ¿Y tú?

Me miró de frente. Por primera vez. Ahí empezamos a entendernos.

Se calló y, por un rato, no pude sacarle nada más. Los ojos se le llenaban de lágrimas, pero no lloraba.

Durante un mes le enseñé el catecismo. Se bautizó e hizo su primera comunión. Conseguí que una tía lo acompañara.

Desde entonces siguió conmigo, como un perro fiel. Nos adivinábamos sin hablar, sin mirarnos.

Lo hice entrar en el centro de aspirantes. Los otros se reían de él, porque no tenía sentido práctico y era como una máquina ejecutiva y obediente. Me asustaba su entusiasmo cuando era preciso lanzarse a una empresa, sin planes previos. « Tiene pasta de santo », pensé más de una vez, recordando su entrada en la iglesia, solo, por una libre decisión que otros postergan y acaban por no tomar nunca.

No razonaba: obraba. Y llegaba. Yo me decía que otro obraba por él, que era un simple instrumento. En aquel tiempo, acostumbrado a las deserciones de los muchachos (que sin embargo no dejaban de acongojarme), me consolaba verlo, y tenerlo cerca, porque me hacía creer, no ya en Dios, sino también en los hombres. Era una especie de boy scout de lo sobrenatural.

Trabajábamos mucho, a veces hasta altas horas de la noche. En más de una ocasión tuve que enfrentarme con el padre, un hombre franco, amargado por su fracaso matrimonial. Venía a buscarlo, furioso.

— ¡Por qué lo ocupa hasta estas horas! Tiene que dormir.

— Está de vacaciones...

— ¡Qué vacaciones! Ustedes explotan a la gente.

— Puede ser. Estábamos preparando el teatro de títeres para el domingo...

Se ablandaba.

— Bueno: lo dejo. ¡Si no fuera por la abuela!

— ¿Qué pasa con la abuela?

— Mi madre. Que cree en ustedes...

— Hace mal. Hay que creer en Dios, no en los curas.

Pero quedaba el chico.

« ...que han enseñado y seguirán haciéndolo con más brillo y títulos, y a quienes sólo puede oponer la nobleza de una idéntica vocación... »

Lo dije y pensé en el profesor de literatura del seminario que, a escondidas, me hacía leer Motivos de Proteo, para mejorar el estilo, según decía.

Tenía que desembocar en algo, terminar decorosamente.

¿Me saludaría después?

Todo se desencadenó —supongo—, la mañana aquella en que empezamos a discutir el problema del mal. Lo digo y no lo creo. Todo ha de haberse desencadenado oscuramente, tal vez sin que él lo supiera; o tal vez un día en que le dolió ver al mundo como es.

Estábamos culminando el análisis del Tratado de los Angeles y él, sentado junto a una chica que tomaba apuntes de cada palabra, hasta de mis bromas, me miraba mucho.

Estaba más pálido aún que en el tiempo de la parroquia. Pero había algo de viejo en sus ojos, en el aire que irradiaba; como si estuviera cansado de oír palabras... o de callarse.

No era muy hablador. En realidad, yo le enseñé a hablar. Hasta tartamudeaba un poco, al principio. Después se hizo menos reservado. Decía las cosas como las sentía.

Una mañana vino otro de los chicos.

— Padre: mírelo.

Y lo señaló.

— ¿Qué sucede?

— Dice que él reza distinto.

— ¿Y cómo reza?

— No sé. Pregúntele a él.

Le hice señas.

— A ver. ¿Cómo rezas?

Igual que siempre, miraba hacia adelante; pero no para donde estaba yo.

— Y... rezo lo que se me ocurre.

— ¿Y qué se te ocurre?

— Cosas. A veces le hago preguntas a Dios.

El acusador interrumpió:

— Dígame que rece el Padrenuestro.

Antes de que le diera la orden, lo rezó.

— « ...y no nos hagas caer en la tentación ».

— No nos « dejes ».

— Yo digo « no nos hagas ».

— ¿Ha visto, padre?

— ¡Bueno, bueno! No tiene importancia. Hasta puede que la verdadera traducción sea así.

Explicaba, dije, la caída de Lucifer.

« Algunos ángeles pecaron en el instante inmediato a su creación; según los Doctores, por soberbia. Otros sostienen que también por envidia. »

Levantó la mano.

— Sí: ¿qué dices?

— Padre: ¿Por qué por soberbia?

— Porque es el pecado esencialmente espiritual. Como los ángeles no tienen naturaleza sensitiva, no podían pecar por los sentidos.

Se trataba de dar nociones, apenas un esbozo de toda la Teología. No iban a ser seminaristas, sino profesores, escritores, hombres y mujeres para vivir en el mundo.

— ¿Está claro?

Nadie dijo nada. Se produjo uno de esos vacíos que el profesor no sabe cómo llenar. Intuí que pisaba un terreno peligroso, pero traté de ser más explícito:

« Ciertos doctores sostuvieron teorías absurdas, más cercanas al mito que a la Teología. San Justino admite la posibilidad del comercio con mujeres, (la palabra « comercio » era ridícula): de ahí nacieron —dice—, los demonios que introdujeron todos los males en el mundo. Y lo repiten San Ireneo, y otros; Tertuliano, Lactancio y San Cipriano, entre los latinos. Ya Orígenes se levantó contra este error; y San Gregorio, y San Juan Crisóstomo. Y toda la doctrina de la Iglesia. Quizás se trate de un prejuicio antifeminista. »

— ¿Quiere decir que sólo han pecado por soberbia?

— En cuanto al reato, no (¿Por qué dije « reato »? Manía de tecnicismos): como causantes del mal, pecan con todos los pecados de los hombres. En cuanto al afecto, sólo por soberbia.

« Pero, en fin, esto no interesa. Lo fundamental es que pecaron en el primer instante después de su creación. »

— ¿En el primer instante?

— Sí: es muy discutido. En general, los autores, y Santo Tomás, enseñan que no bien creados los ángeles, el primer Querubín pecó por soberbia y arrastró a otros;

« legión » como dice el Apóstol...

— ¿Les bastó un instante para esa cosa espantosa que es el mal eterno, este mal? Los compañeros lo miraban. Me di cuenta de que estaba obsesionado por el problema.

— Sí, hijo —No sé por qué le llamé así. También yo me iba poniendo triste—. Si no hubieran pecado en ese instante, habrían sido confirmados en el bien, como los demás ángeles. La Gracia y la presencia de Dios los habrían salvado para siempre.

— Es decir...

Se interrumpió. Lo alenté:

— ¿Qué? ¿Qué querías decir?

— Es decir que todo este horror del mundo no habría existido.

— Así es —dije—.

Sonó la campana. Casi todos salieron. Empecé a recoger mis papeles y él los suyos. Comprendí que se demoraba para salir conmigo. Cuando me puse de pie, vino hacia mí.

— Padre..

Lo miré y bajó los ojos. Tenía esa tenacidad que hace a los que son como él peligrosos en las tormentas. Le puse una mano sobre el hombro. Era bastante más bajo que yo y muy delgado. Sentí como un rechazo contenido, pero no se movió.

— Padre: ¿Por qué Dios no los confirmó enseguida, antes de que pecaran?

— Porque eran criaturas. ¿comprendes? Sólo Dios es acto puro. Ellos, como nosotros, como los seres creados, tienen una potencialidad que hace posible la elección, en este caso el pecado. Ni Dios mismo podía hacer las cosas de otro modo. Hubiera derogado el orden natural que El estableció porque era bueno.

¿Para qué usaba toda esa monserga teológica? Era el momento de ser espontáneo, de infundirle valor. Hablé a su inteligencia y no era cuestión de inteligencia. Me siguió en ese terreno, el único que no nos era común.

— Pero pudo crearlos e iluminarlos con la Gracia..

— No midas la eternidad con el patrón de nuestros minutos. Les bastó un instante y ahí pecaron.

— ¿Lo sabía Dios?

Adiviné todo lo que venía detrás. Me

sentí al borde de un desierto por atravesar.

— ¡Cómo no iba a saber!

— Es decir que todo estaba previsto...

— Sí: El sabía.

— ¿Para qué los creó? ¿Para qué nos creó?

— Por amor.

— Un amor que hace posible el infierno...

Mi mano dejó de estar quieta. Casi tuve ganas de acariciarle la cara mal afeitada, el pelo revuelto. Pero, de pronto, lo sentí lejano, otra realidad incomunicable que se me escapaba. Lo comprendía y lo amaba. Pero estaba lejos, muy lejos.

No tenía la certeza, ni siquiera la esperanza, de que me saludara al final. Sabía que había ido por mí y que, a su vez, él sabía que yo lo había visto.

«...por transmitir nuestros pobres conocimientos humanos. Sobre todo, por formar seres integralmente cristianos, por darles armas para esta lucha de la que no podemos desertar...»

Cuando dije «desertar» me sentí como si se me hubiera escapado una mala palabra. ¿No podría prescindir de la retórica? Quería hablar con el corazón y los términos más huecos, más rebuscados, me brotaban...

Lo miré de nuevo. Me estaba mirando también. Era incapaz de sonreír, pero sabía cuál era su juicio. ¡Tantas veces habíamos criticado las frases, la oratoria vacía! Todo lo hecho sin fervor nos parecía una comedia. «Hay que acabar con los gestos», les decía cuando eran aspirantes.

Si: yo le enseñé a hablar, yo le enseñé a comunicarse; sobre todo a volcar en mí esa necesidad de amor, de compañía, que no encontraba en su casa.

Muchas veces, al volver de la misión, o del censo, o de algún conventillo adonde solía acompañarme, le preguntaba:

— ¿Qué te pareció?

Y él me decía lo malo y lo bueno, lo que había sentido, ya fuera esperanza o desencanto.

— ¿Estás contento?

— Sí... — O no, según los casos.

Para los «no» había porqué. Los «sí» no necesitaban más explicaciones.

Una vez me contestó:

— Me parece que Dios nos mira.

— ¿Te hace bien eso?

— Sí. Es como tener muchos hermanos.

Añadió:

— Como una casa donde cada hermano hace algo.

«Tenemos aquí un puesto asignado. Pertenecemos a una sociedad en peligro y debemos salvarla. Nuestra misión...»

Se revolvió contra el marco de la puerta.

Se revolvió en la silla y encendió otro cigarrillo, creo que el último del paquete.

— ¡Cómo puedes haber llegado a esto por cuestiones teológicas! Eres un...

— ...orgulloso, ¿no? Padre: me parece que le hago mal.

— ¿Hacerme mal, tú?

— Sí. Me parece que lo irrito. Usted pierde la paciencia y yo no la pierdo.

— ¿Pero no te das cuenta, infeliz, de que me impacientas con tus razones, con tu porfía?

Caminaba por la pieza, a grandes zancadas, mirando mis libros. Era como si los viera por última vez. Los libros, a ratos, me parecen monstruos.

— «Infeliz» es un insulto feo, padre. Es lo que se dice cuando se desprecia...

Me volví. Seguía sentado sin mirarme.

— Perdóname. No quise herirte. Sabes que te he querido mucho. No me hago a la idea de que eres un hombre. Ya se te pasará todo esto.

— Es posible. Pero creo que no.

— ¿Por qué crees que no? En cuanto te enamores de una chica y te cases, y tengas hijos, te dejarás de pamplinas.

Me miró con una mirada rara, casi con ternura. Me sentí más joven, protegido. Como si anduviera de ida por un camino inseguro y encontrara a alguien ya de vuelta.

— Padre: es duro casarse, tener hijos. Ellos también tendrán la posibilidad de elegir. La «potencialidad de la criatura», ¿se acuerda?

— Sí, me acuerdo. ¡Pero todo eso es absurdo! El dolor está en el mundo y, sin embargo, los padres siguen engendrando hijos. Saben que sufrirán, pero los tienen lo mismo. Necesitan perpetuarse, dar vida, tener una prueba de amor.

— Tienen la esperanza de que sean felices. Supongo que pensarán que los chicos

van a hacer lo que ellos no hicieron... Algo como una versión corregida, una composición pasada en limpio. Pero Dios...

Grité, las manos obstinadamente enlazadas en la espalda:

— ¿Qué pasa con Dios?

— Nada: que Dios sabe...

— ¿Y con eso?

— Ningún padre crearía, con absoluta certeza, una víctima.

— Dios quiere la salvación de todos... Nos ha creado para salvarnos.

— Sí: pero sabe que algunos no se salvarán.

— Es inevitable.

— No.

— ¿Cómo, no?

— Me parece que no. O hubiera inventado algo sin opción, o no hubiera creado nada. Tal vez se aburriera...

— Estás diciendo desatinos...

— Puede ser. Pero un solo...

Ya no podía más.

— ¿Un solo, qué?

— Condenado...

— ¿Qué hay con ese condenado?

— Bastaba para no crear nada. Ya se lo dije una vez.

«...consiste en aceptar con humildad ese poder que hemos recibido y, sobre todo, en aprovechar el don. Cada vez que digo esto, pienso en los poetas, los artistas...»

Los profesores de letras se revolviéron, inquietos. Temían, sin duda, que yo me perdiera en una divagación teórica sobre problemas de la creación estética. Los tranquilicé, después de tomar un sorbito de agua.

«...los artistas, decía, intuyen muy bien esto que afirmo. Se sienten poseedores de un don, que es su medio expresivo, su posibilidad de reflejar... Y lo usan. Lo usan porque no pueden hacer otra cosa. Si no lo hicieran, estarían defraudando al que los ha creado con ese don.»

Tranquilidad general.

Recostado en el marco, hojeaba un libro chico, de tapas oscuras. Parecía un Nuevo Testamento, pero sin duda sería otra cosa. Lo hojeaba distraída, mecánicamente, no como quien hace alarde de indiferencia, o como un desplante.

«Así quisiera que nos sintiéramos nosotros. Y en todos los órdenes. Tenemos ca-

da uno nuestro don. Se trata de descubrirlo y después usarlo.»

Palabras seguras —pensó—. Va siendo hora de que esto termine. Los mozos, con saco blanco, esperaban en el marco de otra puerta. Escuchaban por el placer de escuchar. A los argentinos nos fascina oír hablar de cualquier cosa.

En la clase siguiente hablé de la pena de los demonios.

Les explicaba cómo el pecado no es acto del entendimiento, sino de la voluntad.

«Cuando los demonios pecaron, la voluntad se les adhirió a ese acto primero y perseveran en él. No pueden merecer, como los hombres; no pueden arrepentirse durante la vida... Están, para siempre, fijados en el mal.»

Otra vez me interrumpió:

— ¿Por qué, padre?

— Por su naturaleza angélica, no lo olvides. La voluntad del ángel, cuando adhiere a algo, libre y perfectamente, adhiere de manera fija. No se modifica más.

Un muchacho pelirrojo, desde la última fila, saltó:

— Padre: leí un libro de Papini. Dice que...

No le dejé seguir. Me impacientaban sus interrupciones, porque siempre decía tonterías.

— ¡Ya sé, ya sé! Sé toda esa charlatanería de Papini. No ha dicho nada nuevo.

Oí un murmullo de desaprobación. Los había herido sin querer. Un profesor no puede perder la paciencia hasta el punto de no escuchar las objeciones; y de escucharlas en el nivel en que se hacen.

— ¡Bueno! ¿Qué pasa con Papini? Dice que el diablo se salvará, ¿no es cierto? Dice que nos salvaremos todos...

Estaban callados. Había perdido mi momento. Eso que nos veníamos planteando desde el seminario, que estábamos hartos de plantearnos, era el misterio para ellos. Y yo lo desdeñaba. Me sentía culpable de impaciencia, de hastío. No había comprendido que la sed de los hombres se repite, que hay que darles siempre la misma agua, incolora o coloreada, pero agua, para que no se descorazonen. Ahora no podía quebrar el silencio. Cerré el tomo de la Suma, que estaba comentando, y me dispuse a darles una larga explicación.

«La doctrina que sostiene lo que ustedes dicen...»

(Hablaban en plural como una manera de hacerlos solidarios con esa inquietud).

«...es antigua en la Iglesia, pero ha sido dejada de lado y condenada. Siguiendo al hereje Heracleón, Orígenes se planteó la posibilidad de que el demonio fuera salvado. Cuando el Evangelio dice que será destruido por Cristo, querría significar que la redención operada por mediación del Salvador también le alcanzará...»

Algunos se interesaron. El chico pelirrojo se inclinó hacia adelante y me escuchó. Así como era simple, tenía la facultad de asimilar las agresiones. El miraba hacia mi libro, como si estuviera lejos de todo.

«Inclusive santos la aceptaron. San Gregorio Niseno la admitió, y parece que también San Jerónimo. Cuando Rufino, su discípulo, se lo echó en cara, se defendió diciendo que no hablaba en nombre propio, sino que resumía a Orígenes...»

Se sonrieron, ¡por fin! La comunicación estaba casi restablecida.

«Pero la mayor parte de los autores se ha pronunciado en contra.»

Empecé a acumular opiniones de autoridades. Comprendí que esa enumeración les fatigaba. Era como decirles que debían sentirse felices o desgraciados por esta razón, y esta otra, y la de más allá.

«El Papa Virgilio condenó expresamente el terror origenista...»

Y leí la fórmula del canon nueve. Cuando terminé con «sea anatema», quedaron en silencio. Hay palabras que dan frío. Una chica, dijo:

— ¡Qué lástima!

— ¿Por qué?

— Porque lo otro es más lindo. Hace sentir como una reconciliación...

Pero ahí no quedó la cosa. Al salir de clase, él me abordó de nuevo.

— Padre...

— Sí...

Se quedó mirándome. Le costaba trabajo empezar a hablar; sobre todo cuando iba a decir algo que le importaba mucho. Sentí la misma impaciencia que otras veces. Era una mezcla de curiosidad por lo que iba a decir y de cólera impotente por no poder ayudarlo. Sabía que, con esa clase de personas, lo mejor es esperar: un poco de si-

lencio, algún gesto amistoso los ayuda. Pero no quería, o no podía, perder más tiempo. Esa vez las manos se me juntaron como para encerrar un círculo.

— ¡Vamos! ¿Tienes algo que decirme, o no?

Miró hacia otro lado, como solía hacer cuando no quería que los ojos lo delataran.

— Padre...

— ¡Dilo, hombre, dilo! No te pienso comer... He oído bastantes herejías en mi vida.

El tono de broma le infundió confianza.

— ¿Usted cree, en serio, que los condenados están condenados para siempre?

Cuando dejó de hablar, me miró. Había ansiedad en sus ojos. Expresaban un deseo ferviente de que yo pensara como él. No podía vacilar.

— Creo lo que enseña la Iglesia. Ya lo he dicho en clase.

— ¿Pero nunca ha pensado...?

— Volvió a interrumpirse. Iba a empezar la hora con los de segundo.

— Por favor: trata de ser concreto.

— ...No sé... ¿Nunca ha pensado que no puede ser?

Esperaba algo de mí, pero seguí callado. Continué:

— No puede ser que un Dios de amor, que además sabe todo desde el principio de los tiempos, haya condenado a esos ángeles, y a nosotros, a millones de nosotros, a sufrir, a ser para sufrir.

— Nos creó para la salvación. Nosotros elegimos. Nos dio a su Hijo para salvarnos. ¿Qué más podía hacer?

— Podía muy poco...

— ¡Todo lo puede, menos destruir el orden que El mismo trazó!

— ¡Al diablo con su orden! ¿Y los milagros?

Estuve a punto de volverme y dejarlo con su obstinación. Pero algo me iluminó de pronto. Pensé que, si lo hacía, lo perdía para siempre. Y que mi deber era luchar por él, amarlo en su error.

— Mira: ahora no tengo tiempo. ¿Por qué no te vienes a verme y hablamos tranquilos como antes? Ahora soy párroco, no dependo de nadie.

— Fui varias veces. Un empleado que tienen ahí me dijo que usted no estaba; o que estaba ocupado.



— ¡Ah! Pedrito... Se cree mi secretario. no te aflijas: voy a dar orden de que te dejen pasar. O si no, te vienes después de comer, así hablamos con calma. De noche hay más tiempo.

Se quedó mirándome, como si todo le pareciera inútil.

— ¿Vendrás?

— Puede ser, —dijo—.

« Hay también la humildad de aceptar la tarea de cada uno, de acuerdo al don: hay quien nace obrero, quien nace artista, quien nace profesor. Tener el don de enseñar no es frecuente. Lo sabemos yo y mis colegas, cuando advertimos que aquello que deseamos transmitir no llega, que no se nos entiende. Pero, en cambio, ¡qué alegría cuando vemos la comprensión, la iluminación que da saber en el rostro del discípulo! »

Seguía hablando el otro... Yo pensaba, entre tanto, que no tenía sentido decir palabras, ni recibir un homenaje, ni robar minutos a gente ocupada, siempre con urgencia de tiempo. Además, era hora de acabar y no había encontrado al oyente, ese oyente único que cada vez buscaba en clase, o en mis conferencias; o aun cuando escribía. Porque invariablemente me dirigía a uno solo, lo hacía mi amigo por un rato. Y él, desde el marco de la puerta, no era mi oyente; menos aún mi discípulo. Estaba allí por cierta adhesión personal. Nos conocíamos mucho, porque habíamos hablado de esas cosas que unen, aunque se piense de modo diametralmente opuesto. Hay zonas, parece, que cuando se recorren en común, dejan ligado para toda la vida. Tal vez supuso (y supuso bien), que me iba a sentir solo, solo en el homenaje, en la despedida. Quizás sintió que quien más me importó nunca fue él, y que lo había perdido. Pero no del todo, puesto que, alejados, había leído en un diario la noticia y quería decirme, a su manera, que nadie se aparta del todo cuando antes, viviendo, se ha estado cerca. Y se dejaba ver, por eso, y estaba ahí, hojeando de atrás para adelante y de adelante para atrás, ese libro que sin duda conocía de memoria, pero con el cual se protegía de mirarme, o de irse, hasta que yo terminara.

Y yo no quería terminar. Tenía miedo de los aplausos discretos, el inacabable sa-

ludo de los profesores engolados, el respeto distante de los curas jóvenes, algún discípulo que, venciendo su timidez, se acercaría y, como no hallaría las palabras que había pensado decir, se quedaría a mi lado, estorbándome con su presencia, demorándome, impidiéndome acercarme a él, siempre allá, un poco más alejado de la puerta, pero indeciso; justificado, al fin, con todo eso, y en retirada, como había venido, sin hablarme, con sus escrúpulos en paz, pensando que yo ahora era un obispo y no aquel revoltoso padre asesor, ni el profesor cascarrabias, y que me rodeaba mucha gente, demasiada, bastante en todo caso para que él se fuera sin saludarme, pero seguro de que yo lo había visto y que a distancia me había sentido acompañado por su solidaridad, como una devolución, como una gratitud última, o una paga, por haber condescendido a transitar, tomados del brazo, por regiones donde todo se juega. Cuenta saldada.

« Esa alegría compensa de muchas fatigas. Es el premio del maestro, la felicidad que nace de dar, gratuitamente, lo que tanto ha costado reunir. Porque significa dar por amor, hacer el bien sin cálculo, por el placer de dar a quien se ama. »

Me estaba poniendo confidencial.

« Yo quiero transmitirles hoy, que termino aquí, ese fervor de dar, de darse; esa fe en las palabras, que ilumina, que esclarece... »

Otra vez los términos rebuscados. Salvo « fervor », que era palabra de los dos. Traté de no desanimarme, y seguí:

« La palabra que ayuda a encontrar algunas luces que están en nosotros. Porque el maestro es eso: un iluminador de la riqueza que llevamos dentro. Y es noble, y es bueno, servir a los que quieren saber, y saberse, inclinarlos al bien en la lucha constante contra el mal. »

Lo dije y, de inmediato, me arrepentí.

Miré hacia la puerta. El había levantado los ojos. Me miraba.

Fueron noches largas, fatigosas, en mi cuarto de la parroquia. Una discusión sin salida, a veces llena de citas y textos eruditos, y referencias librescas; a veces teñida de humanidad, de ejemplos vulgares, de sondeos para conmovirlo y encauzar su porfía.

Una vez le pregunté, agotado por la serie interminable de respuestas que no le convencían :

— ¿Cómo has llegado a esto? ¿Cómo ha podido tambalearse tu fe?

— Derrumbarse...

— ¡Bueno! Derrumbarse... ¿Cómo ha podido derrumbarse, o tambalearse, después de haber sido lo que fuiste?

No me miraba. Me callé, esperando. Sabía que me iba a contestar. Me acordé del chico de años atrás, el que vino para que lo bautizara. Sentí una ola de ternura, eso que los sacerdotes, casi siempre, debemos reprimir. Pero era inevitable: ocurre. Un hombre es el chico que fue y no es fácil olvidarlo, si se lo ha conocido antes. Terminó el cuarto o quinto café, sacudió la ceniza del cigarrillo. Entonces me miró, y dijo :

— Porque he tratado de comprender, padre. He visto muchas cosas, mucho dolor...

— ¡Ah! ¿Es eso? ¿Y no has comprendido el sentido del dolor?

— Padre: los chicos...

— ¡Sí, sí! Ya sé. Una legión de hombres ha pensado lo mismo. No creas que eres el primero. El escándalo del dolor inocente, ¿no es cierto?

— Algo de eso. Si los otros también lo piensan, es humano, es real. Hay sentimientos que prueban. ¿No los utilizan ustedes para demostrar la existencia de Dios?

Casi había que adivinar lo que decía. Era como si le pesara, o se lo arrancara.

— ¿Por qué juzgas a Dios? ¿Por qué juzgas? A Dios se le ama, como lo amabas antes. Se cree en El y se abandona uno a su voluntad. ¿Crees o no en Dios?

También aquí demoró antes de contestarme. Dijo, por fin, cuando yo creía que iba a callárselo :

— Sí... En el fondo, sí.

— ¿Y entonces?

— Entonces, mi concepción de Dios no es la que tenía antes.

— No te entiendo.

Pero lo entendía bien. El hizo un esfuerzo por explicarme lo que, naturalmente, ya sabía.

— Padre... No lo siento como un Dios... bueno. Lo siento duro... impasible. El pe-

cado original, la caída de los demonios, todo eso que usted trató en clase, no me sirve para justificar el dolor de los chicos.

Tuve otro arranque.

— Eso es soberbia. A Dios, a la Iglesia, a los que se han consumido estudiando, sufriendo, no les importa lo que te sirva o te deje de servir.

Antes de callarme comprendí que el soberbio era yo y que, de aquel modo, lo alejaba más. Lo comprendía desde el principio. Era como si un demonio se mezclara para no dejarme acertar con las palabras.

— Ya lo sé, padre. No pretendo conmover nada. Simplemente le digo lo que siento.

Y se puso de pie. Tuve miedo de que se fuera del todo.

— ¿Por qué no haces un esfuerzo, y rezas? Pero de corazón, con abandono. Dios te va a iluminar... Pero es necesario que hagas algo con buena disposición. Antes eras piadoso...

Pareció volver desde el pasado.

— Antes, sí. Fui muy fervoroso, creo. Gracias a usted. Su entusiasmo nos contagiaba. Ahora puedo decirse. Después...

Se quedó callado un momento.

— Después empecé a ver cosas, a juzgar, como usted dice. Fue cuando entré en la Facultad. Me encantaba tenerlo de profesor. Era como reanudar todo, pero desde otro punto de vista. Sabía que era una aventura.

— ¿Una aventura?

— Sí; para mí era eso. Me estaba jugando en algo decisivo. Era peligroso, pero tenía que hacer una cosa así. No podía quedarme donde estaba. La acción... ya no servía. Era como vaciar, desagotar el mar con un cacillo ¿comprende? Tenía que entender por qué sacaba agua.

— Y la Teología me hizo mal. Explica, pero de una manera racional, fría, coherente. Todo encadenado, todo previsto. Yo veía a los otros: cada objeción contestada, un puntito a favor de Dios. Y la paz, para ellos...

— ¿Y tú?

— Yo, no. Sentía que detrás estaba la vida, inexplicable, dura. Estaba la dureza de Dios, El Padre, el Autor.

— Y estaba el amor de Dios; y estaba la fe... Y estaba lo que habías dejado atrás.

Sin fe, sin amor, ¿cómo querías comprender?

— Padre: me parece que tratar de comprender es ya una actitud de amor.

— Pero: ¿por qué tantas preguntas? ¿Por qué no tratar de vivir en Dios?

Tomó la gorra y el abrigo. Llevaba siempre una bufanda gris y empezó a anudársela con prolijidad. Ya con la mano en el picaporte me dijo:

— No sé, padre. Nadie tiene la culpa de las preguntas que se le ocurren.

— ¿Volverás?

— Sí, el viernes, si usted puede.

— ¿El viernes? Sí, puedo.

Sabía que vendría. Nunca hablaba en vano. Decía que iba a hacer algo, y lo hacía.

Me puse a rezar por él. Ya no me acuerdo, pero sé que fue una oración turbulenta, por momentos casi blasfema. Una mezcla de reproches a Dios y de súplica, para que le ayudara y me diera luz para salvarlo. En un momento dado comprendí que esto me era imperiosamente necesario y que estaba rezando por mí...

Era como una agresión directa hablar delante de él acerca de la lucha del Bien y del Mal. No venía al caso, y restablecía entre los dos la comunidad en aquel terreno que nos había separado. Otra vez el demonio particular se mezclaba. A veces he llegado a creer que en la relación entre dos personas —sobre todo si se aman—, hay siempre un demonio que se instala, se mezcla, y les sugiere palabras o gestos para desunirlos.

«...lucha que, como sabemos, existirá siempre, y que está ganada de antemano. Soportarla es nuestra cruz; merecer individualmente la victoria, es nuestra corona...»

Me miraba casi sonriente. Era como si hubiéramos estado, él y yo, esperando aquel desenlace todo el tiempo. Yo hablaba para él; los dos lo sabíamos. Pero él no venía a escuchar mis palabras, sino a verme en mi despedida. Mi último gesto era una torpeza.

«Corona que no se consigue sino a costa de sufrimientos y de renunciaciones. Cuando Cristo dijo: 'Mi reino no es de este mundo' fijó para todos los tiempos el límite de nuestra esperanza. Aquí está el campo de batalla. Aquí el terreno propicio para el des-

arrollo de esos dones y el ejercicio de esa vocación de que hablaba; allá, el lugar de la cosecha.»

Hasta las metáforas eran vulgares. Antes me brotaban otras más felices. Solía hacer reír en clase a los alumnos. Eran los últimos restos de una vocación poética nacida en el seminario, cuando llegué a escribir sonetos que circularon entre los profesores.

Para mi amor de espinas te has vestido...

«Hoy que hablo por última vez, me pregunto, como sin duda se preguntarán mis colegas: He enseñado mucho... ¿He ayudado a todos?»

No quise interrumpirme. Hubiera sido confesar que, por primera vez, me planteaba la pregunta... y que necesitaba tiempo para contestarla. Y que tal vez la respuesta me hiciera daño. Miré hacia la multitud de alumnos, lejos de la puerta donde estaba él.

«Y siento la alegría de contestarme que sí; que en ciertos momentos, he palpado, casi de manera tangible, esa facultad de dar forma a lo informe, de encarrilar el torrente y volverlo, para bien, a lo que debe ser... sin dejar de ser torrente.»

El diluvio de metáforas era ya incontenible.

«Casi podría decirles que me voy en paz.»

— ¡Cómo puedo quedarme en paz, sabiendo que te alejas!

Era el viernes por la noche, la última vez que lo vi. Yo tenía la palabra:

— Ya sé que no me pediste que metiera nada en tu cabeza. Pero el otro día dijiste que habías entrado en la Facultad porque la acción no te bastaba y estabas lleno de preguntas.

— Sí: algo parecido dije. Pero creí que habría respuestas más...

— ¿Más?..

— Humaras.

Estuve a punto de reírme. Era, en el fondo, el mismo chiquillo impulsivo que había conocido en la parroquia.

— La Teología es la ciencia de Dios. No es un curso de sensiblería al uso de...

Me callé. Ya era bastante para que se fuera. Me miró con mayor tristeza aún. Supongo que sentirán algo así los que se han querido y comprueban palpablemente, que ya no se quieren. Dijo:

— Padre: esperaba que llegara el momento de oír eso.

— ¿Por qué?

Me había plantado delante de él, como para retenerlo por la violencia.

— ¿No le parece inútil todo esto?

— No sé... Tú sabrás. Mi deber es orientarte.

— Sí. Pero estamos en un círculo vicioso. Hemos empezado a herirnos.

— Tú no me has herido para nada.

— Supongo que sí. Me doy cuenta de que estamos lejos, muy lejos, uno de otro. Y eso le ha de hacer mal.

— No vendrás a darme lecciones...

— Quisiera tener un buen recuerdo.

Comprendí que era el fin.

— ¿Eso quiere decir... que te vas?

— Sí, padre. Creo que ya hemos dicho todo. Estoy —¿sabe?— como entre brumas. Lo que vivimos juntos me parece irreal, soñado, frente a esto de ahora. Quisiera conservarlo como era antes.

Le puse, esta vez, ambas manos sobre los hombros. Nos miramos un rato, en silencio. Después, añadió:

— No necesito decirte que tienes las puertas abiertas. Cuando quieras venir...

— Ya lo sé.

Bajé una mano. Todavía me quedaba la otra. Estuve a punto de abrazarlo, pero me contuve, porque nunca hago lo que quiero.

— No te olvides de que Cristo enseñó a rezarle al Padre. Y enseñó a pedirle que nos librara del mal.

— ¡Bueno, bueno! No empecemos de nuevo. El círculo, ¿ha visto?

Parecía que él fuera más maduro que yo.

— Adiós, padre.

Lo vi alejarse por el pasillo, un poco agachado, los hombros estrechos, todo él en desorden, perdido para mí, que había querido terminar de hacerlo.

Sentí un vacío. Dios no puede sufrir. Pero, ¿no sentirá, a veces, eso mismo?

«Y siento la alegría de poder ofrecerle a Dios mi obra, mi pequeña obra aquí, para su mayor gloria y paz nuestra.»

Me aplaudieron bastante. No pude bajar de la tarima porque todos, aliviados por el final feliz, me rodearon. Primero, el Rector; luego los decanos, los profesores. Lo que había previsto. Como una música

llegaba el murmullo del claustro reunido, el tintineo de las copas que ya se balanceaban en las bandejas, el ruido de los encendedores que —por fin—, prendían los cigarrillos paralizados por el respeto.

Miré por encima de las cabezas: ya no estaba él. Seguía apretando manos. Pensé que, tal vez, estuviera más cerca, entre la fila de los que me saludaban, y que por eso no me fuera posible verlo. Alguien me sirvió una copa de jerez. Casi paternalmente, el Rector me condujo cerca de una mesa. Comí un sandwich y me sentí ajeno, tal vez como ha de sentirse el hombre que quiere a una mujer de la que mil cosas lo separan.

La atmósfera, muy densa, empezó a aclararse. «No soy responsable», me repetía casi maquinalmente; sin saber de qué ni por qué. «No soy responsable». Algunos se despidieron. Tenía miedo de irme.

El padre Nolan se acercó:

— Monseñor...

Recordé el encargo: «a las nueve me avisa».

Me acompañaron hasta la salida. Pasé por la puerta donde había estado él. Miré la salita por todos lados, como si pudiera estar escondido allí.

— Ahora hemos instalado aquí la secretaría —explicó alguien.

Ya en la puerta, me acosaron.

— ¿Cuándo viaja a su diócesis?

— El viernes.

«El viernes. El viernes, si usted puede.»

Miré para todos lados. «No soy responsable». Tenía la esperanza de verlo en la vereda, alejado por su timidez. ¡Dios, Dios! ¿por qué permities estas menudas ilusiones que no se cumplen?

— Lo llevaré, Monseñor.

— Gracias... Al padre Nolan y a mí nos gusta caminar.

«Ya nunca estaré solo», pensé. «¿O estaré más solo que nunca?»

Palabras y palabras. Tampoco había acertado esta vez. No se puede acertar con palabras.

Todavía al doblar la esquina miré hacia atrás, por si acaso.

La calle estaba oscura. Una pareja se besaba.

— Tengo frío — dije.

## Isabel Lleras de Ospina

**H**ISPANOAMÉRICA ha producido grandes poetisas y escritoras, desde los tiempos de Sor Juana Inés de la Cruz hasta los más recientes de Isabel Lleras de Ospina, a quien los lectores de *Cuadernos* conocen por su traducción y sus comentarios de las cartas de la famosa monja portuguesa. A los nombres de Juana de Ibarbourou, Alfonsina Storni, Gabriela Mistral, entre las poetisas de este siglo ya silenciosas y desaparecidas, y al de la extraordinaria Teresa que « escribió —un gran libro— porque se fastidiaba », puede agregarse el de esta colombiana dueña de una sensibilidad poética y una maestría literaria indiscutibles. Tiene ella una inquietud y un fervor creadores que no se satisfacen únicamente con páginas tan agudas como las escritas para esta revista sobre la enamorada monja de Lisboa, o con varios libros de versos. La escritora colombiana fue también la gestora de un bello museo romántico en la finca de « Yerbabuena », situada en los alrededores del río Bogotá. Un museo que no era solamente un amontonamiento más de objetos de carácter histórico pertenecientes a una época determinada, sino un hogar acogedor del espíritu donde se dictaban conferencias, se hacían tertulias literarias y se organizaban pequeños cursos de carácter histórico. Por desgracia hoy ese museo ya no existe.

La poesía de Isabel Lleras de Ospina pertenece a ese género íntimo, subjetivo, reminiscente y melancólico, cuyo lado romántico no es una postura intelectual deliberadamente adoptada por presión de ciertas lecturas o circunstancias literarias, sino el fruto de algo que podría llamarse una « vocación » de la sensibilidad femenina. Es una poesía con los ojos vueltos hacia atrás: hacia la infancia, los recuerdos, la tradición, el pasado. Pero estas palabras y conceptos despojados de una mayúscula pedante que los convertiría en términos abstractos y en generalizaciones desprovistas de contenido interior. La poesía íntima o intimista de Isabel Lleras de Ospina nace al contacto de su infancia, de sus propios recuerdos, de su tradición familiar, de un pasado histórico de la nación que se trenza,

desde los tiempos iniciales de la colonia, al pasado particular de su propia casa.

En sus comentarios a las cartas de la monja portuguesa, publicados el año pasado por *Cuadernos*, se podían apreciar las cualidades de una inteligencia aguda y una sensibilidad femenina que, por lo rica y matizada, es más apta que la de un escritor masculino para captar toda la hondura, y la ternura, y la finura, y el dolor y la esperanza de un amor profano que derrotó, en el corazón de una monjita de clausura, la tiránica imposición del amor místico y divino. Sólo una mujer puede comprender, con la clarividencia con que lo hizo en su escrito Isabel Lleras de Ospina, el drama y el misterio de un amor divino —impuesto por los prejuicios de una época pudibunda y retrasada—, encarnado en un hombre de carne y hueso que resulta ser, finalmente, un vulgar don Juan diplomático.

Quien escribe estas líneas tuvo la oportunidad de conversar varias veces con Isabel Lleras de Ospina, en su departamento de París, sobre sus recuerdos comunes de un Bogotá que creció desmesuradamente en densidad demográfica y superficie material, perdiendo en el tránsito muchas de sus cualidades originales: la distinción, la discreción, el humor, la naturalidad, la elegancia. Isabel Lleras de Ospina recordaba en París más a Santa Fe que a Bogotá. Nacida y criada en el antiguo barrio de la Candelaria, formada en un medio familiar de patricios y de patriotas, casada con un filósofo que construyó para ella en una colina su bella casa en torno de una biblioteca y en medio del paisaje adorable de la Sabana de Bogotá, Isabel Lleras de Ospina no ha sido nunca una mujer en reposo como tantas otras que se satisfacen con menos, sino un espíritu que arde en una perpetua combustión interior, uno de esos espíritus de selección —Sor Juana Inés de la Cruz, la Madre del Castillo, Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Teresa de la Parra— que sólo se sosiegan cantando.

EDUARDO CABALLERO CALDERON

## *Más allá del paisaje*

*HE LLEGADO al instante en que las cosas  
tienen otra razón y otro sentido;  
instante en que la vista y el oído  
perciben claridades milagrosas.*

*He llegado al instante en que las rosas,  
perfuman el recuerdo y el olvido,  
en que ya lo esperado y lo perdido  
esfuman sus siluetas vaporosas.*

*He llegado al instante en que la calma  
va penetrando al interior del alma,  
y el corazón su palpar no advierte.*

*Y sin embargo, prescindir no puedo  
del amor a la vida, y siento miedo  
de entrar en los jardines de la muerte.*

\*

*EN EL COLOR sutil de la mañana  
hay el recuerdo frágil del rocío,  
y en el jardín, de pájaros vacío,  
la nostalgia rural de la campaña.*

*El paisaje, entreabriendo su ventana,  
tiende a lo lejos la ilusión del río,  
se estremecen los árboles de frío  
y el silencio sus pétalos desgrana.*

*¿A dónde van y desde dónde vienen?  
No sé ni lo adivino, pero tienen  
un ritmo puro, un puro pensamiento.*

*que con la ayuda de mi voz esperan  
convertirse en canción como si fueran  
delgadísimas sílabas de viento.*

ISABEL LLERAS DE OSPINA

# diálogo

## Posibles orígenes de la leyenda negra

POR QUINO CASO

**D**ISTINGUIDO DIRECTOR Y AMIGO: He leído su comentario «¿Quién inventó la leyenda negra?», escrito al margen de la polémica suscitada por la aparición de una de las obras últimas del patriarca de las letras españolas don Ramón Menéndez Pidal, en la que enjuicia muy severamente al defensor de los indios, fray Bartolomé de las Casas. He leído réplicas y artículos laudatorios que se han escrito al respecto, sobre todo en la prensa de México, y me ha extrañado mucho que nadie se coloque en el término medio y todos coincidan en los dos extremos: o en que Fray Bartolomé exageró cuanto dijo de la «destrucción de las Indias»; o en que se quedó chico en su relato ante la real magnitud de la obra destructora. Usted nos informa ahora que fue López de Gómara, historiador al servicio de la Corona, quien inventó esa leyenda. ¿Es esto o aquello lo rigurosamente cierto?

En mi concepto, formado a través de lo que he leído acerca de la época del descubrimiento, la conquista y la colonización de América, la leyenda negra —si es que fue negra y fue leyenda— se empezó a difundir inmediatamente después del retorno a España de los españoles que vinieron en los dos primeros viajes. Como es sabido, no todos regresaron contentos, y en el segundo de los cuatro viajes que hiciera, el Almirante vino al Nuevo Mundo acompañado de algunos personajes de la amistad de los reyes, cuya misión sería observar e informar, como aquel Pedro

de Margarit y aquel fray Bernardo Buil o Boil, quienes en el curso de los acontecimientos habrían de ser dos de los principales acusadores de Colón, cuando éste cayó en desgracia por la extrema severidad con que trataba a los españoles y a los naturales de las islas. Por otra parte, los Pinzón y otros capitanes del Primer Viaje, no le fueron afectos después de cumplida la primera empresa del Descubrimiento, por no haber obtenido éstos las utilidades que esperaban del viaje. En Sevilla, el Almirante tenía en el Deán Juan de Fonseca, encargado de los asuntos de Indias, a uno de sus más serios adversarios, y es sabido que Fonseca recibió informaciones directas acerca de lo que se decía, se hacía y se deshacía en el Nuevo Mundo, de parte de los marinos que hacían ese crucero. Tales individuos, al desacreditar al Almirante, desacreditaban también a los compatriotas que le eran afectos y que se hallaban disciplinados a su mando, porque era lógico suponer que el Almirante y sus hermanos no habrían ido más allá en sus malos tratos y desafueros si no hubiese habido españoles que los compartiesen, les obedeciesen o les imitasen.

Hago esta introducción, para pasar luego a señalar algunos cuantos hitos históricos, que podrían servir para una investigación de fondo en cuanto a esta «leyenda negra» se refiere. Paso, pues, a la cuestión.

Entre septiembre de 1494 y febrero de 1495 —a dos años del descubrimiento del

Nuevo Mundo— recorrió España el viajero alemán Jerónimo Münzer (1), de cuyo viaje dejó una relación titulada *Itinerarium Hispanicum* y que he visto citada en diversos estudios históricos, entre ellos uno sobre Enrique IV de Castilla del Dr. Gregorio Marañón (2). Se trata, pues, de un trabajo que ha sido ampliamente divulgado, que aparece coleccionado en una obra editada por la Editorial Aguilar, y que no debe ser extraño a quienes, como el señor Menéndez Pidal, se han adentrado tanto en el estudio de la Historia. Este viajero, al visitar a Málaga y relatar pormenorizadamente las cosas que vio y las personas con quienes conversó, dice lo siguiente :

« Tiene asimismo una mezquita con 113 columnas exentas, que ahora es orden de Predicadores y uno de nueva iglesia catedral ; tres monasterios de la planta de Menores, cuyo prior es el aragonés Bernardo de Boil, que fue enviado a las Indias como verdadero descubridor espiritual ; en Madrid, en donde le traté familiarmente, me acompañó a visitar a los reyes y me contó mil cosas del Nuevo Mundo. »

(1) Jerónimo Münzer estuvo en España entre el 17 de septiembre de 1494 y el 9 de febrero de 1495. Fue recibido por los Reyes Católicos en su Palacio de Madrid el 24 de enero de 1495. En el discurso que pronunciara ante los monarcas españoles, al referirles el recorrido hecho a través de tierras españolas, dice que ha visitado, entre otras ciudades, « Alhama, Málaga y Sevilla, lugar en que nos aguardaba el espectáculo asombroso de los hombres traídos de las Indias, descubiertas bajo vuestros auspicios, seres que hasta hoy permanecieron ignorados de las gentes e insigne prodigio en el que muchos no creen todavía ».

Como se puede ver, el viajero no sólo oyó, sino que vio. Estos indios que Münzer vio en Sevilla, posiblemente serían los que Colón llevó en su primer viaje de retorno, o los que llevaron del Nuevo Mundo cuando retornó a España la flota que trajo Bartolomé Colón, y en la cual se dice regresaron el Padre Buil y Pedro de Margarit.

(2) *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*, por Gregorio Marañón. Obra en la que el autor demuestra científicamente que la « Beltraneja » pudo ser hija legítima del impotente Don Enrique y no del favorito Don Beltrán de la Cueva, como lo ha propalado la leyenda y lo ha aceptado la Historia.

El subrayado es mío. Münzer no dice las cosas —entre esas mil— que le contó el fraile, pero cabe conjeturar aquí, con buena lógica, que le relataría lo bueno y lo malo que vio, y este religioso, a quien algunos historiadores sitúan como precursor del Padre las Casas en la misión de evangelizar y defender a los indios, es muy posible haya sido uno de los primeros creadores de la « Leyenda negra », si es que fue leyenda y no verdad.

Gaspar Contarini, embajador de la República de Venecia ante el Emperador Carlos V, en el año 1525, escribió una relación de su estancia en España, para informar a sus soberanos. Al referirse a las Indias Occidentales en esa relación —tema que debe haber sido la comidilla en los círculos diplomáticos de la época—, dice entre otras cosas :

« Hablemos, pues, de las Indias Occidentales. Este es un país grandísimo (lo descubierto hasta ahora), y de día en día se procede más allá y se descubre mayor, y está dividido en islas y tierra firme. Las islas pequeñas son en gran número, pero tres son las mayores. La primera y principal es la Isla Española, puesta casi bajo el Trópico de Cáncer, apartada de España cerca de dos mil millas ; es grandísima. Algunos la hacen poco menor que España ; tiene muchas montañas y muchos ríos. Los españoles han edificado en esta isla tres ciudades, y la principal se llama Santo Domingo, en la cual tienen su residencia el Almirante y el Consejo real. Este almirante es hijo del genovés Colón y tiene grandísimas jurisdicciones concedidas a su padre, aunque muchas de ellas le han sido usurpadas y continuamente le usurpan otras ; yo lo he dejado en la Corte, adonde había ido para despachar los asuntos. Esta isla solía estar habitadísima, de tal modo que Pedro Mártir, el cual es milanés y del Consejo de Indias, tiene también el cargo de escribir la historia de aquellos navegaciones, y me aseguró que entre la isla Española y la Jamaica, que no es muy grande, solía haber, cuando fueron descubiertas por Colón, un millón de almas y más ; ahora, por los crueles tratos de los españoles, los cuales, así por los grandes trabajos que han dado a aquellos po-



bres insólitos (¿indios?), haciéndoles extraer el oro, como por los muertos de desesperación, lo cual ha sido muy grande cosa, que se han encontrado madres que han matado a sus propios hijos, han desaparecido con todos, de tal modo que ahora en la isla Española no hay siete mil almas, y ahora compran esclavos negros de la Berbería, y los mandan allí a las minas de las cuales, muchos, antes de salir yo de la corte, se habían unido con algunos del país y habían huído a las montañas.»

Sigue el relato del embajador Contarini sobre la situación en Cuba, sobre las hazañas de Hernán Cortés en Yucatán, que está siendo conquistado por estos tiempos, y sobre Panamá. De Pedro Mártir de Anglería, a quien se refiere el embajador —preceptor del príncipe Don Juan y de la mayor parte de los hijos de los Grandes de España— cabe decir que fue quien bautizó las Indias con el nombre de «Novus Orbe» (Nuevo Mundo) y quien, a través de una serie de célebres cartas que circuló entre sus amigos, divulgó —antes que Américo Vespucio lo hiciera— las maravillas de que le informaban los viajeros de las Indias. Se le puede considerar, por lo tanto, como el primero de los historiadores del naciente mundo. Bueno será fijarse en esto, para que se vea de donde podría arrancar la famosa leyenda.

Leonardo Donato —también embajador veneciano— estuvo en España durante el reinado de Felipe II, entre los años 1570 y 1573. Como sus antecesores, escribió una relación de su estancia en España, y de esa relación —al referirse a las Indias— es el párrafo que a continuación copio:

«...Las islas fueron descubiertas y adquiridas entre los años 1492 y 1500; y es cosa notable que en la Española, haciendo memoria de que allí había más de un millón de habitantes naturales, hoy en ella no se encuentra ni uno solo vivo, porque fue tanta en aquel principio la avaricia y apetito de sacar oro en los españoles, conjunto con el mal gobierno público, que sobrecargando a los insulares, acostumbrados a vivir en extremo ocio y en continua lascivia, más indiscretamente de lo que convenía, más bien tiránicamente, parte de ellos, no pudiendo resistir a las fatigas,

murieron, y parte, para acabar su trabajo y desagrado, voluntariamente se mataron; así que de ellos no quedó resto ninguno en la isla.»

Como se puede ver, en 1525 —según Gaspar Contarini— quedaban en la Española alrededor de 7.000 indios; según Donato, cuarenta y cinco años después —en 1570— no quedaba uno solo. Más adelante, este diplomático declara en su narración:

«...desde el principio que fueron conquistados, fue tal la inhumanidad y fiereza de los españoles hacia ellos, que no hay casi género de tiranía y de mal tratamiento en el mundo que no haya sido por ellos adoptado; lo que se dice que en pocos años causó la muerte de más de doce millones de indios. De donde, así por esta materia, como también por la servidumbre que todavía padecen, se puede con razón creer que la mayor parte de ellos no quisieran nunca haber sido descubiertos.»

Estos diplomáticos no se explican cómo tantos millones de seres, algunos bien constituidos, se dejaron exterminar por tan escasa cantidad de europeos, y lo achacan a pusilanimidad y cobardía, porque tales diplomáticos ignoraban que estos, los indios, habían sido instruidos en una filosofía y una religión fatalistas y sabían —por antiguas profecías— que vendrían hombres blancos y les destruirían, y que fieles a esas creencias se dejaban explotar y aniquilar resignadamente. Aun cuando hubo casos excepcionales, en que los indios defendieron hasta la muerte su derecho a la libertad.

Por la Corte de los monarcas españoles pasaron diplomáticos como Andrés Navagero (3), Francisco Guicciardini, Juan de

(3) Andrés Navagero desempeñó el cargo de Embajador de Venecia ante el Emperador Carlos V, entre 1525 y 1527. Fruto de su estancia en la Corte de Carlos, es su relato *Viaje por España* y unas célebres *Cartas a Ramusio* (Juan Bautista Ramusio, humanista y estadista veneciano), muy importantes desde el punto de vista histórico. De la «Carta segunda» de Navagero para Ramusio, transcribimos este párrafo:

«Os envío, Juan Bautista, con el magnífico micer Gaspar Contarini, el «*Primaleón*» que me encargásteis. Aquí no se encuentra impreso nada sobre las cosas de las Indias, pero con el tiempo os enviaré tanto que os harte, pues ten-

Vandenesse, Juan Dantisco, etc., que se ocuparon de estas cosas en los informes a sus soberanos, y gran parte de tales informes se han venido descubriendo en el discurrir de los años y algunos se han hecho públicos hace muy poco. Usted, que como diplomático, y especialmente como periodista, conoce el mundo diplomático; que sabe cómo se originan y divulgan —dentro de tales corrillos— los grandes secretos de Estado, los asuntos de algún relieve histórico, los escándalos que a veces se suscitan privadamente y que sólo llegan a oídos de quienes, por hallarse en el meollo de las cosas, reciben información de primer orden, sabrá aquilatar la fuente que aquí le señalo. No pudiendo hacer excepción en cuanto a las reglas, ha-

brá que convenir y aceptar que cuando los diplomáticos Contarini y Donato —el uno en 1525 y el otro en 1570— oían ruido en el gran río español de aquellos tiempos, era porque piedras muy gordas llevaba su corriente...

\*

Hace unos 25 o 30 años, un investigador del « Smithsonian Miscelaneum Collection » descubría en los archivos del Vaticano los originales de un libro a medio imprimir, de autor desconocido, que estaba llamado a revelar grandes cosas en relación con la historia de América. Resultó ser ese libro del fraile Carmelita Descalzo Antonio Vásquez de Espinosa, quien recorrió nuestro Continente, del uno al otro

go medio de enterarme de todo, así por mícer Pedro Mártir, que es mi gran amigo, como por el Presidente del Consejo de las Indias y otros consejeros. »

Como puede verse, Pedro Mártir es un elemento indispensable de información por estos tiempos. En la « Carta cuarta », fechada en Sevilla a 12 de mayo de 1526, dice :

« Por estar Sevilla en el sitio en que está, salen de ella tantos hombres para las Indias, que dejan la ciudad poco poblada y casi en manos de las mujeres. A las Indias se envía trigo y vino, así como jubones, camisas, calzas y cosas semejantes, que aun no se labran allí, con lo cual hacen grandes ganancias. Aquí a Sevilla y a su Casa de Contratación es donde llegan todas las cosas que vienen de aquellas regiones, porque las naves no pueden descargar en ningún otro puerto. Cuando vienen las galeras entra en la Contratación mucho oro, del cual acufian todos los años muchos doblones, siendo el quinto para el rey, que suele montar cerca de cien mil ducados. Dicen sin embargo, los mercaderes que desde algún tiempo a esta parte viene menos oro que solía, pero los viajes continúan y todos los años salen y entran navíos a Sevilla. »

Lo subrayado es nuestro, para hacer notar que en ese párrafo, sin malicia alguna de parte de Navagero, el diplomático veneciano hace ver a su amigo Ramusio que la llegada de oro a Sevilla ha mermado « desde algún tiempo a esta parte ». Ahora bien : según las denuncias de la época, y las investigaciones históricas posteriores, la despoblación de las Indias tuvo lugar, en mayor grado, en las regiones mineras. Si desde hacía « algún tiempo » llegaba menos oro a Sevilla, ¿no sería porque faltaba la « mano de obra », o sea la mano del indio, que era la que

sacaba el oro de las minas? No se podrá decir que fue porque las vetas áureas —por aquel tiempo vírgenes— se perdieron, pues años después continuó la explotación de las minas, esta vez ya con trabajadores de sangre africana.

En la « Carta quinta », fechada en Granada a últimos de mayo de 1527, dice Navagero a Ramusio :

« Micer Sarordino no va por ahora a Italia ; por tanto, los libros españoles sobre las cosas de las Indias se os mandarán cuando haya buena ocasión para ello ; entre tanto, reuniré cuanto pueda para enviároslo todo junto. »

El recopilador y comentador de la obra, Sr. García Mercadal pone una nota al pie del anterior párrafo :

« ¿Qué libros españoles —dice el Sr. García Mercadal— serían éstos? No podían ser sino las *Décadas* de Pedro Mártir, publicada la primera, con otras obras suyas, en 1511. »

Ese es un parecer, pero ¿si hubo otras obras a más de las de Mártir, que no han llegado a conocimiento de los eruditos, como ocurrió en muchos casos? El *Diario de navegación de Colón*, encontrado el siglo último, y el de Vásquez de Espinosa encontrado hace poco más de 30 años, son ejemplo de lo que decimos. Y, ¿no pudiera haber sucedido que en « los libros españoles » de que habla Navagero se lanzaran en España las primeras acusaciones contra los despobladores de Indias y que esas ediciones fueran secuestradas y destruidas, como también solía hacerlo la censura en aquellos casos?

En 1511, cuando Mártir publicaba sus *Décadas*, Bartolomé de las Casas —hombre de « vocación tardía » según Menéndez Pidal— se estaba ordenando de sacerdote en la Isla Española (puesto que según el ilustre polígrafo se ordenó de 36 años y había nacido en 1475) y no

extremo, a principios del siglo XVII (4). Este libro, ignorado de los historiadores más acuciosos, pues estuvo oculto por más de 300 años, es un precursor de los que más tarde escribieron Humboldt, La Condamine, Stephens y algunos más, sobre diversos aspectos de nuestro hemisferio, por la valiosa información que ofrece, la documentación que contiene y las magníficas descripciones que presenta, tanto en relación con el paisaje físico, como el humano. Sin duda el fraile carmelita copió

ejercía ante los reyes la poderosa influencia que llegó a tener años más tarde. Lógico es suponer entonces, que hubo antes que Las Casas lo hiciera, públicas acusaciones, y que éstas desaparecieron. Por lo menos, eso es lo que se deduce de estas informaciones de Navagero, conocidas siglos después de escritas. En esta misma carta, Navagero señala algunas características del español del siglo XVI :

« Los españoles —dice—, lo mismo en el reino de Granada que en el resto de España, ni son muy industriosos, ni siembran, ni cultivan de buena voluntad la tierra, sino amigos de la guerra, y van a ella o las Indias para adquirir riqueza por estos caminos mejor que por otros. »

El compilador y comentador, Sr. García Mercadal pone esta nota :

« Estos rasgos de nuestro carácter están fielmente observados por Navagero ; las aventuras han tenido siempre un atractivo irresistible para los españoles, que repugnan el trabajo paciente y continuo que produce el ahorro y forma los capitales ; por eso la lotería es una institución nacional, y cuando no hay mundos que descubrir ni conquistar, cogemos el fusil para hacernos guerrilleros, sirviendo a gusto si repartimos el tiempo entre la pelea y la holganza. »

Lo que quiere decir que las características del español del siglo XVI, siguen sin variantes en el siglo XX.

(4) Fue el investigador norteamericano Charles Upson Clark, del « Smithsonian Institution », quien descubrió en octubre de 1929, en la Biblioteca Barberiniana del Vaticano, la extraordinaria obra del fraile Carmelita Descalzo Antonio Vásquez de Espinosa, titulada *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. La obra fue publicada en inglés en 1942 y el original en castellano en 1948. Parte de éste, referente a México, se publicó en 1944 y lo concerniente a Guatemala fue publicado por el Gobierno de dicho país en 1943. Es, pues, el hallazgo bibliográfico más reciente, en cuanto a cuestiones histórico-geográficas de la América.

a Las Casas, a Gómara, a don Fernando Colón, a Herrera, a Oviedo, al Inca Garcilaso de la Vega, a quienes en ocasiones cita en su libro, pero sobre esto pesa la aportación de sus observaciones personales, las informaciones recogidas de visu y de oídas, pues recorrió —con los ojos y los oídos bien abiertos— casi todo el Continente en misión evangelizadora, pero quizá más de observación y estudio, como lo demuestra su monumental obra. De haberse editado el libro cuando fue escrito, seguramente habría servido para confirmar algunas informaciones de sus antecedentes o contemporáneos, para aclarar otras y para rectificar no pocas. A cada momento se leen expresiones como éstas : « ...cuando estuve aquí... », « Cuando pasé por tal lugar... », etc. El inquieto andariego se bañó en el río « Agua Caliente » de nuestro Ahuachapán ; estuvo en los ausoles de aquella misma región y casi vio nacer el volcán de Izalco, pues hace descripciones de sus *paricutinescas* explosiones (5) ; se bañó en el « Baño del Inca » en Cajamarca y asegura que le fue muy saludable ; estuvo en las minas de San Juancito, en Tegucigalpa, Honduras, etc. De pronto se comprende que se trata de un viajero excepcional, infatigable, que ve, oye, interroga y apunta. Es así como presenta emotivas descripciones de pueblos y lugares ; relaciones de costumbres y creencias ; impresionantes estadísticas de población ; cifras de producción de algunos lugares ; estadísticas de ganado vacuno, caballar, caprino y porcino ; planillas de trabajadores ; etc. Habla de la flora y de la fauna ; de las características o costumbres de algunos animales, y de las curiosidades de cada lugar ; habla de los volcanes, de sus erupciones, de sus alturas, etc. Estudia las equi-

(5) « *Paricutinescas explosiones* », se refiere el autor, en sentido figurado, a la forma como surgió, cerca de la población de Parícutín, en México, el volcán que lleva ese nombre, fenómeno ocurrido hacía unos 15 años. El volcán de Izalco de El Salvador, activo hasta 1960 desde su formación en el siglo XVI o XVII, surgió así como el Parícutín, en terreno llano, y cuando Fray Antonio Vásquez de Espinosa se hallaba en período de formación, por las descripciones que hace del fenómeno. También describe la región de los ausoles en Ahuachapán.

valencias de los idiomas o dialectos indígenas con otros idiomas, especialmente con el hebreo, pues el fraile, incluso, era lingüista. Pues bien, este personaje que surge de las sombras, después de 300 años de ausencia, insospechable de apasionamiento alguno contra su pueblo y su raza, que anda por el Continente a un siglo de distancia de haber sido descubierta y conquistada, en una época en que ya el empuje y el encono de los primeros días han terminado o se han apaciguado, es un sereno y podríamos decir que ingenuo acusador, que ratifica y confirma mucho de lo dicho por anteriores acusadores. Según sus relatos, en Honduras había más de 300.000 indios de doctrina, cuando él pasó por aquel territorio, o sea casi la misma población que hasta hace ochenta o cien años tenía aquel mismo lugar, puesto que es hasta hace 30 años, aproximadamente, que ha sobrepasado el millón de habitantes. Gil Gonzalez Dávila —según informa— bautizó en la ciudad de León —Nicaragua— a 30.000 indios, y actualmente, en pleno siglo XX, apenas sobrepasa en unos pocos millares esa cifra la población de aquella ciudad.

A manera de ejemplo, y para que se pueda comprender cómo fue posible el aniquilamiento y extinción de los indios en las regiones mineras del Continente, copio parte del párrafo 1.471 del *Compendio de la historia de las Indias Occidentales* del citado fraile, que se refiere a las minas de azogue de Guancavelica, Perú. Dice fray Antonio Vásquez de Espinosa, con su pintoresca ortografía:

«...En el serro arriba hay de tres a 4.000 indios, que traujan en la mina, en este citio haze mas frio que en la villa, por estar mas empinado. La mina donde esta el azogue es un Manto grande, que van siguiendo al profundo quando estuve en aquella villa fui al serro (que fue el año 1616) entre dentro de la mina, que entonces tenía largamente mas de 130 estados de profundidad, y el metal era pedernal negro muy rico, tan grande la concuidad, que auia en la Mina, que en ella cauan mas de 3.000 indios traaujando con excessivo traauajo con picos y martillos rompiendo aquel metal de pedernal; y quando an llenado sus costalillos suen los pobres cargados con el metal por aque-

llas escaleras, o xarcias; vunas a ueces de palo, y otras de sogas, tan cansadas y penosas, que apenas vn hombre uacio puede suuir por ellas, desta suerte auiendo alla dentro muchas luces, y grande herreria de Golpes, y confussion, se labra a que esta mina: y este no es el maior mal y traauajo, sino el de los ladrones y atreuidos majordomos, que como el metal va en aquel grande manto al profundo, y uan siguiendo su riqueza, para asegurarse, porque no les cayga aquella maquina en sima: del mismo metal, aunque sea el mas rico, van dexando estriuos o pilares, que es fuerca para que con menos peligro sustenten, y aseguren aquella maquina; pues siendo esto assi; ay tan desalmados hombres, que por hurtar un poco de metal rico, van a desora, y lleuan a los inocentes indios, para hurtar el metal que el estriuo tiene, cauan en el y suele venirse auajo gran maquina y matar todos los indios, y a veces a los inconsiderados y cudiciosos maiordomos, como suscedio, quando estuve en aquel asiento; y suelen ocultar mucho de esto, porque no venga a noticia de quien Gouierna porque no castigue a los complices. Mucho auia que desir, y aduertir de este particular, pero con lo poco que se a apuntado se podra considerar lo mucho mas que ay que remediar.»

\*

Ante las anteriores evidencias, de indisputable origen, cabe preguntar: ¿Quién o quiénes inventaron la «leyenda negra»? ¿De cuándo data esa leyenda? ¿Es o no es, leyenda?

La obra *Brevisima relación de la destrucción de las Indias*, de fray Bartolomé de las Casas, data de 1552; la *Historia general de las Indias* de López de Gómara, quedó terminada en 1551, pero apareció en 1552 también, mas por lo transcrito, se colige que muchos años atrás había empezado a formarse esa atmósfera que propició el florecimiento de la leyenda. En 1494, cuando Jerónimo Münzer conversaba con el Padre Buil, Fray Bartolomé de las Casas era un mozalbeta —todavía no clérigo— que frisaría entre los 18 y los 19 años, y López de Gómara no había aún nacido, puesto que se señala el año 1510 como el de su nacimiento. En lo relatado

por Münzer resaltan tres cosas: 1) Se trató familiarmente con el Padre Buil; 2) el Padre Buil le acompañó a visitar a los Reyes, y, 3) le contó el Padre Buil *mil cosas* del Nuevo Mundo.

Esos tres puntos permiten obtener conclusiones muy importantes para deducir lo que hubiere de verdad o de leyenda en todo lo cuestionado, puesto que la destrucción de las Indias empezó —si es que no se trata de una leyenda— desde los primeros vagidos de la colonización. En primer lugar, se ve que el viajero trabó amistad muy íntima con el fraile aragonés, quizá porque se trataba de un viajero culto que, por añadidura, se expresaba en latín; en segundo lugar, se colige que el fraile se movía en el marco de la realeza, para que se ofreciera al viajero como su introductor ante los monarcas; y en tercer lugar, que el fraile ha de haber sido un torrente verbal —una verdadera radiodifusora como Ud. dice de Las Casas—, como para que hiciera un completo relato acerca de las Indias al ilustre viajero. ¿Con cuántos más, que no dejaron relatos, conversarían el fraile? ¿Y cuántos españoles de los que estuvieron en las Indias fueron otros tantos altoparlantes de tales cosas?

Me parece que ya es hora de que la Historia formule un fallo serio y definitivo, sobre estas cuestiones. Los españoles que vinieron a la América —perdón, al Nuevo Mundo— no eran ángeles. Gran parte de ellos procedía de los presidios, y otros habían participado en la exterminación de los moros —y los apellidos «Matamoros» que hay regados por el Continente lo evidencian— y judíos; no eran sólo gente de guante y camándula, sino hombres curtidos en las guerras de Granada, de Nápoles, de Africa y conocían muy poco de misericordia, porque las guerras eran a muerte. Por otra parte, tampoco nuestros indios fueron siempre tímidos y pusilánimes. Los terribles caribes, cuando los españoles caían al alcance de sus flechas, lanzas o macanas, hacían plato suculento de ellos y se los engullían. Esto fue así, y tenía que ser así. De otra manera, lo que ahora constituye una de las más grandiosas epopeyas de la historia humana, sería apenas una idílica narración, con sus perfiles románticos y místicos.

Desde hace un año, cuando el cable trajo sintéticas transcripciones de lo escrito en descargo de los españoles de los siglos XV y XVI por don Ramón Menéndez Pidal, estuve tentado de decir estas cosas, pero... «— ¿Quién soy yo —me dije— para salirle al paso al glorioso viejo que se ha pasado la vida en los archivos y sobre los infolios de pasados siglos, y conoce al dedillo, y mejor que nadie, las cosas que atañen a la historia de su patria y de América? » Pero viene usted, se refiere de soslayo al mismo asunto, y me da la oportunidad para echar mi cuarto a espaldas, no porque exista diferencia de conocimientos y merecimientos entre Ud. y el glorioso don Ramón, sino porque a Ud. le conozco personalmente.

En cuanto a lo publicado por el señor Menéndez Pidal, yo lo encuentro explicable y en su puesto. Es el poderoso esfuerzo de un gran enamorado de España, que la quiere limpia de toda mácula, y aprovechando sus años crepusculares, ha querido echar el peso de todo su glorioso prestigio sobre el infortunado fraile defensor de los Indios —que ya no puede defenderse ni explicarse—, para poner a buen recaudo a aquellos españoles de pelo en pecho que escribieron, en los siglos XV y XVI, páginas que no podrán ser borradas u oscurecidas por aquellas acusaciones ni por estas indulgencias.

Usted, el que esto escribe, y todos los que han leído y estudiado la situación de las dos Españas —la de las Encomiendas y Repartimientos, y la de las Leyes de Indias— sabemos, como ya lo dijo un célebre poeta, que aquellos errores *culpa fueron del tiempo y no de España*, y que para salvar el prestigio de la Madre de nuestras patrias americanas, bastaría con recordar el testamento de su gran Reina, en el que Doña Isabel, ya en los umbrales de la muerte, recomienda a sus descendientes piedad para sus indios. Es ahí en donde fulgura la España una y eterna y, en mi concepto, eso es lo que se debe levantar y poner frente a los que, desobedeciendo ese mandato, cometieron las tropelías que aquella «prodigiosa radiodifusora» divulgó a las cuatro vientos en el viejo mundo conocido.

## Los arquitectos visionarios

POR DAMIAN CARLOS BAYON

*Se discute hoy por saber si el siglo XVI fue manierista, clásico o barroco; el XVII barroco o clásico; el XVIII neoclásico o rococó. Y se deja, así, escapar todo lo que constituyó la vida de los tiempos pretéritos, reduciendo el arte — y la historia — a meros conceptos descarnados, vacíos de realidad.*

PIERRE FRANCASTEL, *Utopie et institutions au XVIII<sup>e</sup> siècle.*

LA BIBLIOTECA NACIONAL de París, la *Nationale* como la llaman familiarmente los franceses, organizó una exposición: « Los arquitectos visionarios », con base en las colecciones de planos, grabados y libros de sus formidables archivos.

¿Los nombres de esos arquitectos franceses del siglo XVIII? Había dos principales: los de Etienne-Louis Boullée y de Claude-Nicolas Ledoux; y unos cuantos accesorios: los de Lequeu, Le Geay, Desprez, Moreau, Vaudoyer, Sobre. Las ediciones originales que mostraban las vitrinas puntuaban los grandes descubrimientos arqueológicos de la época: el dórico, la decoración pompeyana, la estatuaria egipcia y del Medio Oriente, todo el arte de la China que divulgaban entonces los jesuitas por Europa.

Concentrémonos en las dos figuras mayores. Etienne-Louis Boullée nació en 1728, hijo de un padre arquitecto. Fue discípulo del gran tratadista Blondel y del grabador Le Geay. Realizó en 1753 unas capillas muy discutidas en la iglesia de *St-Roch*, en París, y para la *Moneda*, de la misma ciudad, intervino en un concurso en 1762, concurso que ganó su rival Antoine. Si

bien desde 1780 pertenecía a la Academia y fue arquitecto privado del conde de Artois, sus obras han tenido la mala fortuna de desaparecer. En cuanto a las grandes creaciones de su espíritu nunca salieron de la utopía del papel.

La lista de sus proyectos nos informa de su concepción de la arquitectura: un « Palacio municipal en la capital de un gran imperio », un « Palacio de Justicia », una « Biblioteca Nacional », el « Palacio de un soberano », un « Museum con Templo de la Fama », una « Catedral metropolitana », un « Circo para 300.000 espectadores », y cementerios, tumbas y cenotafios a granel, de los cuales el más famoso es el que dedica a la memoria de Newton y que consiste en una esfera de cien metros de diámetro rodeada de tres filas de cipreses. En un raptó de entusiasmo, Boullée define la esfera: « De cualquier modo que pensemos este cuerpo, ningún efecto de óptica puede alterar la magnífica belleza de su forma que siempre se ofrece perfecta a nuestra mirada. » Cuando presenta su proyecto de estadio encuentra otros términos perfectamente a tono con el Siglo de las Luces: « Los placeres nacionales son no-

bles e importantes. Bajo la mirada de sus iguales, el alma del ciudadano se eleva y depura. El proyecto de Circo que aquí propongo está concebido para llenar necesidades morales y políticas.»

En el largo manuscrito de sus ideas —que también figura en la exposición— cuenta, como un verdadero escritor romántico, el descubrimiento de sus intuiciones en materia de arquitectura funeraria: formas geométricas horizontales y pesadas, «cuya única decoración consiste en un sistema de sombras, dibujado por otras sombras aún más oscuras».

\*\*

Claude-Nicolas Ledoux nació en 1736 y fue también discípulo de Blondel. Desde muy joven enseñó la arquitectura y tuvo la suerte de contar con el favor de Madame Du Barry, para la que construyó un pabellón en Louveciennes, cerca de París. En 1771 fue nombrado inspector de las Salinas y dos años después realizaba los edificios para la explotación de las minas de sal de Arc-et-Senans, en el Franco-Condado, y no muy lejos de Besançon, donde en 1784 construyó un teatro famoso en la época.

El proyecto de Arc-et-Senans fue creciendo en la mente de Ledoux, que pretendía llegar a construir una ciudad ideal. La parte central del conjunto es lo único a medias realizado, y que aún hoy nos asombra por su belleza y modernidad. Mientras tanto, Ledoux iba construyendo algunas grandes residencias privadas, como el castillo de Benouville, en Normandía, y su propia casa, el Hotel de Thelusson, en París.

El ministro Calonne le encarga en 1785 el proyecto de las cuarenta puertas de París, donde se cobraba el impuesto de consumos. Sólo veinticuatro llegaron a realizarse y hoy apenas si quedan cuatro de ellas en pie. Ese prosaico destino administrativo inspiró, sin embargo, la grandilocuencia de Ledoux, que pretendió hacer de esas puertas los verdaderos propileos de París. En la exposición se muestra la maqueta de la barrera de Menilmontant, bastante parecida a la que aún hoy existe en la plaza Denfert-Rochereau, en pleno centro de la ciudad.

Ledoux murió triste y olvidado. La mayoría de sus proyectos resultaban caros y fue así como nunca pudo llegar a construir algunas obras que hubieran sido extraordinarias: una residencia en Aix-en-Provence, otra para el *Landgrave* de Kassel, otra, en fin, para un rico banquero holandés que no se atrevió a afrontar un costo que consideró excesivo.

\*\*

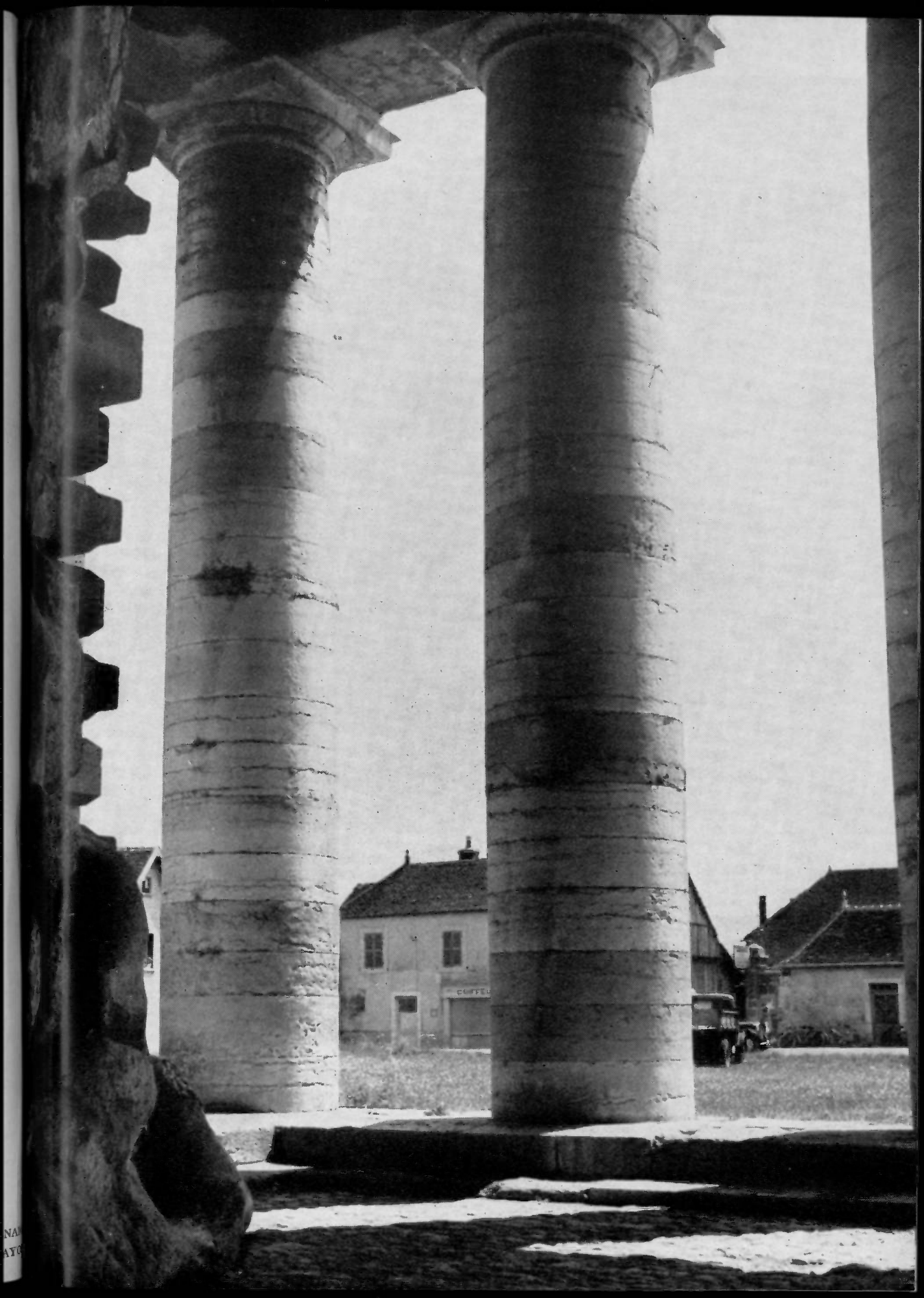
El material del historiador supone un archivo de libros e ideas. Recurriendo a él reconstruyo hoy una polémica entre dos especialistas: Emil Kaufmann y Hans Sedlmayr. Se ocupó Kaufmann hace ya más de treinta años en el problema (1), que abordó de nuevo más tarde cuando ya residía en los Estados Unidos (2). Para él, Boullée se destaca por «la audacia de su tratamiento de las formas convencionales, y su habilidad para servirse de elementos antiguos en composiciones nuevas». Su mérito ha consistido, en gran parte, en volver a considerar ciertos temas clásicos como el Panteón o el Coliseo de Roma, proponiendo nuevas versiones que exageren aún más la monumentalidad de esos edificios.

Para ello se vale —como Ledoux— de formas geométricas puras, de grandes paramentos de muros lisos casi sin ventanas, de gigantescas columnatas, en fin, de todo lo que impresiona al ojo evitándole perderse en inútiles detalles. En cambio, y siempre para Kaufmann, en Boullée no hay ni *pintoresquismo* ni *funcionalismo*, las notas que caracterizarán la arquitectura de los siglos XIX y XX.

Kaufmann es más entusiasta aún con la figura de Ledoux, a quien considera como «el principal artesano de la gran transformación de fines del siglo XVIII». «En su obra se encuentran rasgos clásicos y barrocos y otros que sólo se han empleado en nuestra propia época. Sus masas cú-

(1) Emil Kaufmann, *Von Ledoux bis Le Corbusier*, Viena, 1932.

(2) Emil Kaufmann, *Three Revolutionary Architects: Boullée, Ledoux and Lequeu*, Transactions of the American Philosophical Society, vol. 42 (1952).







LEDOUX: SALINAS DE ARC-ET-SENANS. FACHADA DE LA RESIDENCIA DEL ADMINISTRADOR (FOTO BAYON)

LEDOUX: SALINAS DE ARC-ET-SENANS. ENTRADA PRINCIPAL (FOTO BAYON)





LEDOUX: CASTILLO DE BENOUVILLE, EN NORMANDIA (FOTO BAYON)

bicas, sus muros desnudos con ventanas desprovistas de ornamentación, sus techos planos, y, sobre todo, la completa novedad de sus motivos de composición hacen de Ledoux el profeta de la evolución de las futuras formas arquitectónicas.»

\*\*

En 1948, el profesor Hans Sedlmayr publica una obra que reanuda esos temas y los desarrolla a su manera (3). Sedlmayr parte de un sistema de ideas que hace juego, en lo plástico, a la *Decadencia de Occidente*, de Spengler. Como él «encuentra en la intuición el órgano apropiado para el conocimiento de lo viviente» (Ferrater Mora). Las etapas de la reflexión de Sedlmayr se van encadenando las unas a las otras y parecen el eco fúnebre del Dios ha muerto nietzscheano: «El jardín paisaje»; «El monumento arquitectónico»; «El museo»; «La arquitectura utilitaria y doméstica»; «El teatro»; «La exposición universal»; «La casa de la máquina».

No deja de haber lógica y brillantez en su tesis: perdida la adoración de Dios, en el siglo XVIII aparece la adoración de la naturaleza: el jardín-elíseo y el cielo nocturno estrellado. El bosquecillo de álamos en el lago de Ermenonville es un verdadero «monumento» a la memoria de Rousseau.

El próximo episodio será el monumento en sí, como tema principal del arte. Su ideal se expresa en la naturaleza impeccedera de enormes cuerpos geométricos construídos en piedra.

Un paso aún: no estamos ya en la adoración de la naturaleza, ni siquiera en la del monumento. Ahora se trata de la adoración del arte, otro sustituto del Dios desaparecido. Y esta adoración del arte supone dos actitudes: la *apolínea* del Museo, y la *dionisiaca* del Teatro. Aunque, claro está, en el cuadro inexorable de Sedlmayr faltaba el advenimiento de la industria, el espíritu *prometeico*. Y nadie sabe qué vendrá después de la máquina.

\*\*

(3) Hans Sedlmayr, *Art in Crisis* (traducción del alemán: *Verlust der Mitte*), Londres, 1957.

Volvamos concretamente a lo nuestro. Para Sedlmayr, Boullée, Ledoux y un puñado de otros artistas franceses, ingleses y alemanes de la época, se caracterizan ante todo por el repudio del espíritu barroco. No hay, en los edificios, la sujeción a una «composición» que integre todos los elementos y les proporcione un «centro de gravedad». En lo formal, se vuelve a los puros cuerpos geométricos: planos no interrumpidos, poder de las masas, supresión del detalle empequeñecedor. Se busca el solemne reposo que sugiere la piedra indestructible.

La arquitectura y la naturaleza que en las obras compuestas del Barroco se fundían la una en la otra, están ahora en franca oposición. El jardín del siglo XVIII, teñido de sentimentalismo, es un libre y continuo cambio de estados de ánimo. El «monumento», en cambio, va a congelar esa grandeza que sobrepasa lo humano y es una prueba de la megalomanía de los tiempos.

¿Los mejores monumentos? Los que tengan menos ventanas. Museos, bibliotecas asumen formas cúbicas, siguen esquemas de simplicidad lapidaria. La prisión se hace también tema predilecto: monumento, museo y prisión. Los muebles, en el estilo Imperio, son macizos y funerarios. Los árboles favoritos: los compactos cipreses oscuros y columnarios. La multitud misma en las fiestas de la Revolución francesa, se trata «por masas» y con un sentido monumental.

Los artistas prefieren una cierta clase de luz, la que Sedlmayr llama «luz de cárcel», y que al venir de lo alto transforma en fantasmal la realidad más tangible. Ni árboles ni césped en el cementerio de Ledoux; sólo los negros vapores de los crematorios. Ernst Jünger dice que «los valores sombríos al mismo tiempo que revelan las formas las espiritualizan». En la sombra «el efecto de los objetos es, al mismo tiempo, más inmaterial y más poderoso». Hasta aquí Sedlmayr: la caracterización es fina y penetrante, las conclusiones a las que llega —avanzando el libro— son, en cambio, falsas y sólo le sirven para demostrar una concepción derrotista del arte moderno, sin descubrir su inmensa capacidad creadora.

Quisiera terminar con una imagen viva. La de mis recuerdos de dos obras de Ledoux que busqué tercamente en distintos viajes por las admirables rutas de Francia, y que tuve la precaución de fijar por medio de la fotografía.

El Castillo de Benouville se salvó milagrosamente en la última guerra, puesto que su masa cúbica se yergue a la salida misma de Caen y a pocos kilómetros de las playas del desembarco aliado. Se trata de una magnífica construcción en la que el arquitecto es perfectamente fiel a sus principios: una gran columnata en el llamado «orden colosal» abarca toda la altura de la fachada (hay que tener en cuenta que el ático es un agregado posterior). Basado en un sistema muy refinado de proporciones y aplicando su método de recortar nítidamente el hueco de puertas y ventanas, Ledoux logra una monumentalidad difícil de hallar, en general, en la arquitectura doméstica.

★★

Hay en mí, sin embargo, otro recuerdo aún más entrañable. El viaje en automóvil por las colinas y los llanos del Franco-Condado —tierra del *Rojo* y *Negro* stendhaliano— en busca de Arc-et-Senans que se me ocultaba tenazmente en el paisaje.

Medio abandonadas —cuando yo las visité— las salinas de Arc-et-Senans tenían en la mañana estival la atracción de una aventura de escolar en vacaciones. Se entra por una especie de magníficos propileos que consisten en seis inmensas columnas dóricas lisas. Pero lo más sorprendente es que ellas forman reja a una gran-

diosa gruta artificial hecha de bloques de piedra a medio desbastar, maravillosa invención a la que fue muy afecto, un siglo después, otro gran arquitecto: el catalán Antoni Gaudí.

En eje con esa entrada monumental descubrimos, entre la maleza que gana el parque abandonado, otra fachada imponente de columnas formadas esta vez por la superposición de cubos y cilindros: es la residencia —el palacio diríamos— del administrador. Este edificio se quemó, en parte, hace cuarenta años y está ahora restaurado aunque vacío, lo que lo hace aún más patético. Grandes pilares cuadrados constituyen un verdadero marco a la escalinata monumental. Un rayo de sol que se filtra de lo alto transforma el edificio utilitario en uno de esos grabados en que Piranesi —contemporáneo, por otra parte, de Ledoux— se complacía en «inventar» ruinas o prisiones fantásticas y teatrales.

Las otras construcciones: hornos, depósitos están dispuestos alrededor de este pabellón siguiendo una elipse, «elipse pura como la que describe el sol en su curva», dice el propio Ledoux presentando su obra...

★★

Arquitectos visionarios, utópicos. No hay que olvidar, sin embargo, que la utopía de hoy es la realidad de mañana. El artista —el grande, el único que nos interesa siempre— no es un testigo pasivo de aquello que le es dado al nacer. Su más alta misión, por el contrario, es la de prefigurar el porvenir. En ese sentido, Boullée y Ledoux merecen nuestro más entusiasta, nuestro más asombrado respeto.

## Notas sobre lo real absoluto

POR RAMON J. SENDER

LA INTUICIÓN de lo real absoluto parece que va a tener en las ciencias y artes de ahora una vigencia creciente. Tal como los términos de la cuestión se presentan se puede ya añadir a nuestro sentido intuitivo de lo real absoluto el sentido lógico, por extraño que a primera vista parezca.

Quisiera decir mi opinión personal al margen de toda pretensión académica. En realidad escribo estas líneas sin fichas conmigo y lejos de mi modesta biblioteca. Estas páginas no llevarán, pues, una sola nota al pie ni indicaciones bibliográficas de otra clase, y si pongo alguna será de memoria y sin exactitud erudita. Creo que lo que nos interesa de veras es que cada cual trate de exponer su propia y desnuda verdad. El héroe es el que lo hace mejor o peor, lo que no quiere decir que yo me considere uno de ellos.

Estamos ahora en ese umbral difícil al que llegan los matemáticos cuando han rebasado las orillas del orbe y tienen la impresión —engañosa o cierta— de que no se puede avanzar más. Ese límite lo determina hoy un hecho físico escueto y claro: la velocidad de la luz. De ahí en adelante parece que los sabios encuentran sólo la oscuridad. O el caos, del cual la oscuridad es tributaria. Terreno más de poetas que de filósofos, aunque éstos no se han sentido nunca incómodos en el campo de la poesía. En realidad, la ciencia tiene una dimensión estética, también. Algunas teorías físicas nos invitan a la actitud contemplativa —por ejemplo la relatividad

de Einstein—, con lo cual revelan obviamente que poseen esa dimensión.

Hubo un tiempo en que los poetas, los historiadores, los profetas y los filósofos se daban en una sola persona (Antiguo Testamento judío). Después volvió a suceder en la Grecia clásica cuando la ley, la poesía y la religión andaban juntas. Hoy nos acercamos a una coyuntura parecida y lo más curioso es que el mérito no es de los hombres de ley ni de los filósofos, sino de los hombres de ciencia. Einstein fue el propiciador de esa coyuntura cuando dijo: «*No se puede alcanzar ni imaginar por ahora una velocidad superior a la de la luz.*» Después de esa afirmación, la imaginación de los intuitivos y de los contemplativos se ha echado a volar. Y otros hombres de ciencia creen que una velocidad superior a la de la luz es posible. Los más atentos a los misterios de lo real lo han creído siempre.

Todos sabemos que más allá de la velocidad de la luz comienzan los prodigios. Es del conocimiento público —es decir, accesible a las revistas de amena divulgación— que un hombre que saliera de nuestro planeta en un vehículo interestelar a una velocidad próxima a la de la luz (186.000 millas por segundo) y especialmente igual o superior a la de la luz (esa velocidad es mayor en el vacío y menor en medios más densos, como el agua o el cristal), un hombre, digo que viajara a esas velocidades alteraría los valores de la realidad que nos son experimentables hasta el extremo de que podría vivir, no setenta

u ochenta años animales y solares como vivimos ahora, sino algunos billones de años, de tal forma que al volver a la tierra se encontraría con que la tierra no existía ya. Turbador y fabuloso planteamiento lógico de un milagro.

Al regresar de ese viaje imaginario el hombre estaría en una edad biológica natural según las normas que rigen en nuestro planeta. Habría salido de la tierra a los veinte años y al regresar tendría no más de cincuenta o sesenta según los calendarios de ahora. Sin embargo no hallaría ninguno de los planetas del sistema solar ni el sistema solar mismo. Ese hombre acondicionado biológicamente como tú y yo, lector, habría vivido decenas de billones de años sin deterioro mayor. Un hecho de esa naturaleza (cuya viabilidad ha sido comprobada por las matemáticas) nos sitúa —repito— ante el prodigio. Al alcanzar o rebasar la velocidad de la luz, es decir, la barrera sagrada, ya no estamos en la realidad relativa, sino que penetramos en lo que podemos llamar lo *real absoluto*. Es decir en ese reino donde la lógica clásica del tiempo y el espacio nada tienen que hacer.

El prodigio viene de lo que en sí mismo es también un hecho fabuloso: la luz. La luz, que nadie sabe aún si es un corpúsculo viajando a velocidades incalculables (Newton) o una ondulación vibratoria (Young y Fresnel) a través de un medio uniforme, o una radiación electromagnética (Maxwell) en ondas inferiores a la onda infrarroja (de una longitud menor de 0'0007 mm.), pero superiores a la longitud de la onda ultravioleta (0'0004 mm.) y a los rayos X. Por hoy la teoría en vigor es la última. Pero en definitiva la luz, cuyo valor en la biología animal y vegetal es decisivo, no se sabe todavía lo que es. Tampoco se sabe lo que es el hecho físico del que usualmente procede: el fuego. Frotamos una cerilla delante de un sabio y preguntemos alzándola encendida a la altura de sus ojos: «¿Puede usted explicar en qué consiste esto?» Lo único que dirá es que el fuego tal como lo percibimos en la atmósfera de la tierra es una oxidación. Pero no podrá explicar por qué se enciende y en qué consiste y las razones por las cuales bajo ciertas condiciones (con excepción de algunas como la falta de

oxígeno, que todo el mundo conoce) deja de arder. Es decir que el misterio de la luz es hijo natural y legítimo del misterio del fuego, y los dos siguen siéndolo como lo eran hace quinientos mil años en tiempos del sinantropo.

Pero lo que nos interesa es esa velocidad de la luz como barrera al otro lado de la cual estamos en lo real absoluto donde el hombre puede vivir decenas de billones de años terrestres y (en condiciones adecuadas) con la misma naturaleza animal que tiene en la tierra. Es un hecho científico, es decir, rigurosamente lógico con la consiguiente invitación a lo contemplativo, por lo cual adquiere cualidad estética para los hombres de imaginación. Reflexionar sobre esa circunstancia es asomarse al vacío de la abstracción pura. Tan pura que es informulable, es decir, inefable y connatural con la emoción lírica.

Recordemos que en la conducta de las radiaciones electromagnéticas Planck observó —y otros sabios también— que los electrones se conducen de un modo desigual en condiciones semejantes y que hay que contar con el factor de la indeterminación para llegar a resultados determinables a través de los *quantas*. Así, pues, en los últimos límites de la determinación de las relaciones entre materia y energía nos hallamos con que los hechos físicos y sus leyes al parecer fijas se basan en alguna clase de azar o de caprichosa conducta. Las matemáticas han fijado ese azar de tal forma que pueda formar parte del cálculo. Pero sigue siendo azaroso a pesar de todo. Y su viabilidad depende de la exactitud de las afinidades relativas con los otros términos del cálculo. Las cifras de los *quantas* son cifras elásticas, por decirlo así. En esa elasticidad vemos una alusión a la relación misteriosa entre los números concretos —nada más concreto que un número— y el infinito por ellos expresable. Porque sólo los números expresan el infinito.

En esa frontera de la velocidad de la luz se podría decir que la indeterminación (doctrina de Planck) es como un peldaño que liga el mundo de la exactitud matemática con la intuición de lo real absoluto. Es decir, del cálculo con la libre imaginación creadora del artista, del filósofo y del

religioso místico. Una de las cosas que nos han sorprendido a todos es que ese mundo de la ciencia pura nos ofrezca un resquicio por donde asomarnos a lo que hasta ahora se había considerado lógicamente opuesto a las matemáticas: la conjetura de la eternidad. Sin embargo esa conjetura ha estado siempre a nuestro alcance y forma una parte inalienable de nuestra temporalidad. Lo infinito limita lo ilimitado, como dice Simone Weil. La verdad es que el camino de lo real absoluto estaba ya sugerido por las religiones más antiguas de oriente cuando identificaban la luz con el don creador, el bien y la divinidad. El cristianismo también adscribe la luz a la virtud y las tinieblas al pecado.

En la física moderna, como vemos, la luz es el camino de lo absoluto. Supongo que ninguno de los sabios que cultivan la ciencia nuclear se atrevería a usar esa expresión —lo absoluto—, pero la heterodoxia suele ser la madre de los descubrimientos, por ejemplo, los fundadores de escuelas y sistemas se han producido siempre en el margen de la heterodoxia, es decir fuera de los cuadros universitarios. Si no me equivoco, el camino de la luz, que puede llevar al hombre a un tipo de inmortalidad superior a la vida del planeta y del sistema solar, nos ofrece una noción de lo absoluto que, torpe o no, está más cerca que nunca de la evidencia lógica. Lo mejor de todo eso es que en lo real absoluto podemos situarnos cuando queremos, sin necesidad de rebasar físicamente la velocidad de la luz.

La sujeción a las leyes físicas de lo temporal ha sido siempre la oposición a la noción de lo absoluto. Para comenzar a considerar esta noción de lo absoluto como objeto posible de experiencia formulable hay que contar, antes que nada, con esa frontera que en el margen último separa lo temporal de la intemporalidad o los enlaces de la misma manera que la célula fotoeléctrica (frontera entre la luz y el sonido) los une también. Me refiero una vez más a las 186.000 millas por segundo de la velocidad de la luz.

Pero como decía, podemos situarnos voluntariamente al otro lado de la barrera de la luz. Hay algo que va más de prisa que la luz y que por encima del ultravio-

leta penetra silenciosamente los cuerpos opacos como los rayos X, crea formas invisibles en el aire, mantiene las del pasado o anticipa las del futuro y, lo que es más extraño, da o puede dar corporeidad a cosas que no la tienen o presta expresión a las formas primarias y juega con lo abstracto y lo temporal yendo de lo uno a lo otro por encima de la luminosa frontera: la poesía (Góngora, por ejemplo) expresa lo temporal con «las horas ya de números vestidas» y podemos expresar la esencialidad permanente de lo eterno con «las horas aun de números desnudas». Poesía, sin duda. Ciertamente que lo puede ser también la teoría de la relatividad de Einstein. Y la ley de la indeterminación de Planck. Esa fuerza más rápida que la luz es, como decía, nuestro pensamiento, y no es cosa nueva porque se ha dicho mil veces. A esa fuerza va adscrito el gran prodigio, aunque apenas si nos damos cuenta. El pensamiento activo, creador de no pocas maravillas, entre ellas la noción exacta del tiempo mismo. Antes decíamos que lo absoluto es padre del tiempo y no sólo por la contingencialidad de los contrarios y las viejas correspondencias dialécticas. Si nuestro pensamiento ha creado el tiempo, no hay duda de que está fuera del tiempo y es superior y anterior a él. Por otra parte San Agustín dice en sus *Confesiones* que el tiempo presente no existe. Si ese presente sobre el cual se basa nuestro sentido de la realidad accesible —es decir relativa, demostrable y lógica— no existe, resulta en definitiva que todo nuestro mundo es pasado o futuro, recuerdo o esperanza, es decir abstracción pura. Es evidente que lo visible y lo abstracto son igualmente verdad e igualmente mentira. El presente es sólo un movimiento impreciso, como la luz puede ser una ondulación vibratoria o una radiación electromagnética. Un movimiento apreciable en un espacio indeterminado también. Este instante en el que escribo ha pasado ya y el próximo no ha llegado aún. El presente, base de lo real es una vibración indecisa e inaprensible, siempre en fuga. El arte, por otra parte, nos permite fijar las cosas y los seres y contrariar la inestabilidad de todo lo natural deteniendo al tiempo. La imaginación ha creado el tiempo



y la misma imaginación lo suprime y cancela. Así la dimensión estética de toda una época se ofrece a nosotros en el mármol helénico. La dimensión especulativa de otra época en el *Quijote*. La dimensión patética en *Los fusilamientos*, de Goya. Nuestra imaginación, que hace el tiempo y el espacio, crea un movimiento abstracto superior al físico al que vence y suprime con el arte. De ahí que podamos considerar el arte lógicamente como un puente hacia la eternidad. Pero hay más.

Con el uso de las abstracciones y lo que de un modo pintoresco se podría llamar la materialización de la inmanencia en el arte o incluso en las ecuaciones del álgebra, y la misma materialización de lo trascendente en el sentir místico y en las coyunturas todas propiciadas o propiciables por la fe, va y viene nuestro pensamiento de lo temporal a lo eterno con una agilidad que podría asombrarnos muchas veces cada día si estuviéramos bastante atentos. En el terreno religioso la formulación abstracta (sobre todo de la fe) domina sobre los intereses de temporalidad a los cuales condiciona. Así, cuando a Jesús le preguntan los sacerdotes del templo por qué se atreve a llamarse hijo de Abraham si el patriarca murió hacía más de mil años, Jesús responde: «*Antes de que Abraham existiera, yo soy.*» La confusión deliberada de esos dos tiempos de verbo (con su incongruencia implícita) sugiere esa primera desaparición de los valores de temporalidad en el reino de la imaginación creadora y de la fe religiosa. «*Antes de que fuera Abraham, yo soy.*» Es verdad que Jesús es producto de nuestro amor y de nuestra fe en el bien absoluto y como tal vivió siempre y no morirá nunca. Hay quienes creen (y filosóficamente parece correcto) que no morirá nunca porque su vida comenzó, transcurrió y acabó dentro del reino de lo esencial y de los valores absolutos en el reverso de las edades. Mas allá —podríamos decir poéticamente de la velocidad de la luz.

La fe religiosa nos establece en lo absoluto a través del trabajo creador de nuestra imaginación y del pensamiento «más rápido que la luz». Pero además todos los movimientos de nuestra sensibilidad, de nuestro afecto, de nuestra necesidad de

presencia capaces de producir alguna clase de esencialidad nos sitúan mil veces cada día en el umbral de la eternidad. ¿Quién sabe si somos productores de esencialidad —cualquier clase de abstracción inefable— con la cual enriquecemos de algún modo la de Dios mismo, querámoslo o no y sepámoslo o no? La verdad es que el poder del pensamiento humano, como decía, es la mayor fuerza conocida. Lo mismo creando nuevas energías físicas (más bien descubriéndolas, ya que el hombre no puede crear nada en este reino de la materia) que alcanzando síntesis morales, lo único todopoderoso en el hombre es el pensamiento expresable o no. Algunas palabras difíciles dichas hace veinte siglos en un rincón de Palestina —«*amad a vuestros enemigos*»— cambiaron el orden de la civilización. En la ciencia, en la filosofía, las síntesis halladas por el hombre condicionan la vida de la materia y la organización de los pueblos y las naciones. El arte influye en la manera de sentir y de vivir de los individuos dentro del grupo, y del grupo dentro de los ciclos históricos. Toda esta actividad refleja el fabuloso complejo de la creación, es decir de la armonía activa y mudable que permite a todo lo existente permanecer y continuar hacia un futuro informulable.

Si no se produce en nosotros una armonía estable entre masa y forma, entre voluntad e imaginación creadora, entre intuición y aptitud lógica, no podemos llegar a esa síntesis activa que es nuestra individualidad, en condiciones capaces de creación. No hay que decir que esa síntesis armoniosa es todavía un movimiento, es decir, algo que necesita de nuestras formulaciones del tiempo y del espacio. Pero el movimiento es el ánimo, el *alma* (núcleo del sentir formulable y del sentir inefable). Y la armonía del alma —del *movimiento*— la base de todo.

La mayor parte de las psicosis y neurosis del mundo moderno en países de gran énfasis racionalista, como los Estados Unidos, viene de la falta de actividad esencial en el movimiento, es decir del hacer demasiadas cosas sin sentido suficiente. Hay ejemplos de todas clases. Los hombres corren a ciento cincuenta kilómetros por hora sin prisa y sin que nadie les espere en

parte alguna, *descansan* sin estar fatigados, se acuestan a dormir sin sueño, opinan sin convicción, beben sin sed y hacen el amor sin amor. No hay duda de que la reiteración de esos movimientos físicos y morales (siempre incompletos e inarmónicos) acaba por producir alguna clase de desequilibrio interior. El individuo no tiene en los planos esenciales actividades o presencias compensadoras. Su pensamiento no actúa *suficientemente* y el ser no entra en ese *absoluto* que parece esperarnos a todos al otro lado de la barrera de la luz. Es decir, simplemente (porque así es de simple la cuestión) ese hombre pierde el equilibrio normal y natural porque no cultiva armoniosamente esa facultad de movilidad —animación— del alma, gracias a la cual nos es dado superar la velocidad de la luz. En su origen *alma* quiere decir *movimiento*.

Todos pensamos, ciertamente, pero la mayor parte sólo para salvarse de la necesidad. Son gente práctica. Sin embargo a todos se nos brinda muchas veces cada día la conjetura inefable y la aventura suprema del ser. El vuelo, con horizontes luminosos siempre en cambio y retroceso. Lo mismo que en la vida física pueden los ojos comprobar un infinito inabarcable perdiéndose en las alturas del día o de la noche, en la vida moral nuestra imaginación rebasa la velocidad de la luz y propicia el milagro. Nuestra aptitud para respirar el aire nos permite existir. La necesidad de crear abstracciones e ideas de valor sobre nuestra existencia (síntesis paralelas a la enorme, constante y eterna afirmación de lo absoluto) nos permite afirmarnos en lo eterno por la única vía posible sugerida por la física: rebasando la lejana valla y reintegrándonos así en lo universal. Pero la praxis bien entendida nos lleva también ahí. Nada más práctico que la idea de Dios.

La importancia de la cultura consiste antes que nada en el hecho de que nos familiariza con abstracciones como el bien, la belleza, la verdad. Fija los términos de nuestra relación con *lo otro* inmanente y lo propio transcendente y establece sus relativas afinidades. Si hemos llegado a integrar en nuestra conducta (incluidos los movimientos de defensa vital más sutiles)

un repertorio de reflejos mecánicos, es seguramente porque necesitamos liberar y estimular formas de atención superiores, de las cuales depende no sólo nuestro desarrollo moral y espiritual, sino también el del intelecto lógico. Pero además es curioso comprobar ahora que la ciencia puede llevarnos a Dios lo mismo que la fe. Y todo viene de la reconsideración del inocente apólogo de nuestros abuelos, para quienes lo más veloz era el viento (no habían podido medir la velocidad de la luz), pero podían hallarle al viento un campeón rival: la idea. Es decir, el pensamiento. Lo mismo que Demócrito anticipó con una intuición fabulosa la revelación del mundo de los átomos, nuestros abuelos con un juego infantil anticipaban la revelación de un prodigio.

Cada vez que usamos nuestra facultad de ideación, por ese hecho entramos en los estadios de la eternidad, lo mismo que entrará un día, según parece, el hombre que se mueva en el universo a la velocidad de la luz. ¿Entrar físicamente en lo eterno? Las matemáticas dicen que sí. Por otra parte ¿no son para nuestro saber intuitivo todas las realidades y las irrealidades igualmente vivas y presentes? ¿No es el tiempo (del que depende la noción nuestra de lo real relativo y concreto) obra de nuestro intelecto y además obra a un tiempo caprichosa y exacta? Si para nuestro sentido intuitivo todo es igualmente presente o ausente, habrá que detenerse a pensar que no siendo la intuición un producto de la consciencia y situando la facultad intuitiva en el oscuro reino del inconsciente, éste —el inconsciente— tiene algún instinto de la verdad última y algún sentido de lo absoluto y eterno. Si en algunas escuelas el inconsciente es todopoderoso (Freud) o sólo preponderante (Bergson), hay sin embargo otras en las que es negado e ignorado (los behaviouristas americanos, que niegan también la consciencia). Pero en nuestro inconsciente todo el saber está presente y todos los misterios implícitos. Recuerdo que una señora de «ideas avanzadas» me decía un día, asombrada: «¿Pero cree usted en los milagros? ¿Cómo es posible?» Yo le respondía: «No es milagroso que usted no crea?» Y ella se llamaba a engaño: «Ah, si pone las cosas así...»

Pero yo no las pongo. Están ellas puestas desde los primeros orígenes y así las dejaremos cuando muramos. El inconsciente y su función intuitiva pueden penetrar todos los misterios. Lo que pasa es que no nos atrevemos a creerlos penetrados hasta que nuestra inteligencia acierta a explicarlos con las palabras justas. La física moderna ha explicado el mayor de todos esos misterios y no acabamos de darnos cuenta. La imaginación se ha apoderado de ese punto de apoyo lógico de la superación de la velocidad de la luz para tratar de saltar más adelante. Es lo que trato yo de hacer ahora y lo que invito a hacer a gentes más autorizadas que yo.

La expresión lo es todo —la expresión a un tiempo exacta y creadora— según dicen, pero no siempre se piensa con palabras. Se dice que incluso en los razonamientos abstractos de la geometría, cuando el hombre de ciencia desarrolla un problema, en el encerado va revistiendo sus estructuras con palabras mentales. Es posible que sea así. Hay que recordar sin embargo que con frecuencia la crítica científica, filosófica o literaria dice de una obra que es rica en contenido y pobre en expresión. A ese contraste y desnivel le dan un valor bastante concreto y ponderable. En este caso ¿qué es lo que la crítica encuentra de valioso y no expresado? Si la expresión es pobre y el contenido rico no hay duda de que algo ha quedado dicho sin palabras. Además la poesía consiste precisamente en la conjetura de algo por encima, al margen o entre las palabras. La magia de las revelaciones en las religiones primitivas no residía exactamente en las palabras. De hecho la palabra es, como todos los fenómenos físicos, el final de un proceso experto, pero también el comienzo de otro proyectable hacia lo indeterminado. La expresión oral es al silencio de lo absoluto (y al silencio de nuestro inconsciente) lo que el mundo físico es frente a la barrera franqueable o no de la velocidad de la luz: un sistema de limitaciones. En ellas consiste lo real relativo. Así como tenemos los ojos para ver (pero también para no ver demasiado, ya que sólo asimilan el 16 por 100 de los rayos luminosos cuya existencia conocemos) y los oídos para dejar pasar algunas vibracio-

nes, pero no todas (sólo aquellas que puede tolerar, al parecer, nuestro cerebro), la palabra es no únicamente para expresarse, sino para no expresarse más que *hasta cierto punto*. Así y todo las 40.000 palabras de un idioma culto, ¡cuántas maravillosas combinaciones! Y cada una tiende su puente sobre la frontera luminosa. Cuando el contenido de la frase es mayor que la frase misma, ese paso a nivel hacia lo real absoluto se nos ofrece como una invitación de Dios.

La realidad física comienza con una conjetura (la indeterminación de la conducta de los electrones en la teoría de los *cuantitas*) y nada de extraño tiene que acabe (según nuestra manera de entender lo que empieza y acaba) con otra conjetura silenciosa: la de lo eterno al otro lado de la barrera de la luz donde el tiempo ya no rige. Entre una conjetura y la otra, todo el repertorio barroco de nuestro mundo moral no expresado aún y tal vez no expresable del todo porque no tiene fin. Y detrás de cada palabra todo el silencio del universo. Ese silencio que es el lenguaje no de lo real absoluto, sino de lo Absoluto Real. Del cual nace ese repertorio de limitaciones elocuentes que es el habla.

Aunque estas reflexiones hayan surgido de una circunstancia tan exacta como la velocidad de la luz y la *elasticidad* del tiempo, no pretenden otro valor que el de una conjetura, pero trascendente como todas las conjeturas. Si la luz, punto de partida de todo, se conduce sobre la base de la indeterminabilidad, la vida humana que podría ser entendida asimismo como una ondulación vibratoria o una radiación electromagnética (nunca como un estado fijo de armonía que sería inútil buscar en la creación visible y perceptible) tiene también que ser una conjetura. Lo extraño es que esa conjetura llena de asunciones menores ofrece una contradicción. Las asunciones o conjeturas secundarias que la integran pueden ser por primera vez en la historia del razonamiento mayores que la vida o la conjetura de la vida como un todo. Es decir, que lo contingente resulta en apariencia más importante que lo necesario. Es uno de los absurdos del desarrollo en esfera que parece invitarnos a la proyección absoluta desde el

trampolín de la valla luminosa. Porque la verdad intuitiva, al revés que la verdad lógica, parece alimentarse de contradicciones. Verbigracia: la vida comienza en la muerte; Dios no necesita existir para ser. Si pudiéramos decir lo que Dios es ya no sería Dios. Y tantas otras formulaciones que nuestro pensamiento o nuestra fe plantean en el lado de acá de la luz y que nuestra intuición trata de resolver al otro lado de la barrera famosa. Sin palabras. Porque una de las cosas que se acaban al terminarse la gama de lo temporal es la palabra. Como en San Juan de la Cruz, sólo tenemos al llegar ahí « un no sé *qué que queda* balbuciendo ». Pero esto es poesía nada más. (Nada menos, también, podríamos decir con una tónica contraria.) Poesía mística, es decir la lírica de lo Absoluto Real. Lo Absoluto Real — así, con iniciales mayúsculas para distinguirlo mejor de lo real absoluto— es Dios.

Lo más sorprendente de todo esto es que no necesitamos superar barrera alguna para asomarnos a lo absoluto, porque lo absoluto mismo viene al segmento de nuestro ser donde podemos percibirlo. Ningún hombre puede evitar el uso y el goce o la tortura de las realidades abstractas, es decir de su propia esencialidad. Esa esencialidad, en cuyos ámbitos se plantean ahora los problemas de la psicología « científica ». Así, pues, tenemos con nosotros nuestro don de proyección concreta hacia lo eterno. Lo que sucede es que ese don la mayor parte de los hombres lo emplean solamente para defenderse del asedio de la necesidad. La actitud genuinamente religiosa del hombre lleva implícita la renuncia a esa defensa y la aceptación voluntaria de alguna clase de derrota. En las religiones orientales y occidentales (excluidas algunas Iglesias protestantes de orientación maniquea), la pobreza voluntaria es considerada como una cualidad propia para el cultivo de los valores morales. Todos los hombres estamos siendo invitados constantemente a vencer dentro de nosotros mismos la barrera de entrada a lo eterno y cada vez que olvidamos el mundo de lo necesario contingente es —querámoslo o no— para acercarnos a lo real absoluto. Por eso mantendrá obstinada y cruelmente a la gran mayoría de los hombres

en la esclavitud a la necesidad y dificultarles la liberación de esa necesidad, representa una gran violencia culpable.

Con todo esto quiero decir que llevamos implícito el sentido de lo absoluto en la manera de conducirse nuestra mente consigo misma y con los reactivos de la vida física. En el momento en que se produce dentro de nosotros la primera conjetura de lo total, instintivamente o lógicamente (esto es posible quizás a través de algunas formulaciones geométricas, como por ejemplo el área de la esfera) comenzamos a sentir la grandeza de ese milagro de lo abstracto por su sola presencia. Hablaba antes del *segmento* del ser donde es accesible la intuición de lo absoluto. En el mundo físico curvo y finito (esferoidal o esférico) de Einstein, todo tiene que conducirse en esfera. El movimiento de los electrones en su campo, de los átomos en el suyo, de los cuerpos celestes en sus sistemas, de éstos en las galaxias y de las galaxias en el espacio incalculable. En el mundo de los hechos físicos, de los meteoros, de los elementos, de los ciclos de evolución de la materia, sucede lo mismo. El agua se evapora, sube en forma de gas al aire, se condensa, baja en forma de lluvia o de nieve, y vuelve al mar donde se evapora de nuevo y así por miles de millones de años. La hoja vegetal y los tejidos animales desaparecen el uno en los otros, vuelven todos al reino mineral para pasar a integrar nuevas estructuras animales o vegetales. El sonido se difunde en esfera, la luz también, hasta nuestro carácter irradia en « esfera » en el *círculo* de nuestras relaciones sociales. Esferas, esferas con infinitos caminos helicoidales. Porque para que sea infinito el camino alrededor de la esfera tiene que ser un movimiento en espiral. Como el de los astros, los planetas y los satélites en la esfera del universo.

Lo mismo sucede en el mundo afectivo, moral, intelectual, espiritual. Los *movimientos* del alma (lo que vale tanto como decir los movimientos del *movimiento*) son también en órbitas circulares y campos esferoidales —helicoidales—, donde cada valor se completa en su contrario sin cerrarse nunca. El dolor y la alegría tienen el mismo campo gravitacional, como el norte y el sur de un astro. Lo mismo decimos

del amor y el desamor, y hasta del bien y del mal en el sentido tomista : salud y enfermedad, vida y muerte. Cuando Heráclito habla del constante devenir, debe pensar —para que su idea sea completa— en el movimiento de cada cosa hacia su contraria dentro de su órbita particular y distinta a lo ancho de infinitos caminos helicoidales. Iniciada nuestra mente en la intuición de lo total, la familiaridad con el mundo de la esencia nos trae la invitación a considerar lo real absoluto como un bien natural no sólo accesible a todos, sino constitutivo de nuestra más entrañable naturaleza e inevitable de un modo u otro (glorioso o catastróficamente) para la esencia del ser. Y en cuanto a lo Absoluto Real, está buscándonos siempre a nosotros. Entramos nosotros a voluntad en lo real absoluto, pero lo Absoluto Real nos busca. Por Absoluto Real entendemos —repi-to— Dios.

Lo real absoluto, en donde entramos a placer, comienza a ser formulable en la ciencia con la idea de la luz como radiación electromagnética, en la cual materia y energía se condicionan recíprocamente y pueden confundirse. En la filosofía es

formulable con la intuición del antitiempo y en la poesía con esa *ponderación en el vacío que produce un helado deleite*, de la que habla Baltasar Gracián, ofreciéndonos la mejor definición hasta hoy de la emoción lírica («Oráculo manual y arte de ingenio»). En la religión, con la fe y la placentera intuición de la plenitud de espíritu. Así como en lo real absoluto podemos entrar cuando queremos, aunque no tan voluntariamente salir, en lo Absoluto Real carecemos de iniciativa. Lo Absoluto Real nos es revelado nadie sabe cómo, porque no depende de nuestra voluntad ni de nuestra razón, aunque las dos pueden gozar y gozan intensamente de Él. Si lo real absoluto se nos manifiesta siempre al otro lado de la barrera de la velocidad de la luz (que rebasamos con el pensamiento), lo Absoluto Real está en todas partes, lo mismo en nuestro inconsciente que en nuestra consciencia, en la función intuitiva y en la racional y científica. Pero se podría decir que su lugar natural es la superconsciencia (si hay una subconsciencia ¿por qué no ha de haber una superconsciencia?). Desde allí podemos ver los panoramas enteros del ser y del existir en sus *helicoidales* caminos paralelos.

PELLEGRINI: "BAILANDO EL CIELITO", 1830 (ARCHIVO GENERAL DE LA NACION)



## Mujeres en las letras chilenas

POR RAUL SILVA CASTRO

SI ALGUIEN ME PIDIERA definir el momento actual de las letras chilenas, esto es, caracterizar con pocas palabras lo que sucede en materia literaria, yo pondría en primer lugar la participación que está cobrando la mujer en el diario quehacer artístico. No hay mes que no nos traiga la sorpresa de un nuevo libro de nombre femenino, y cada año, de los últimos veinte para no llevar más lejos la cuenta, nos deja como saldo unas cuantas docenas de firmas femeninas no vistas antes. Es verdad que la mujer, como el hombre, calla pronto, agotada, y raras son las que publican dos libros. A ellas, como a los varones, la revelación de una vida íntima de juventud, plétórica de pequeñas instantáneas del mundo, suele bastarles, y se quedan mudas a la espera de que la consagración vaya a coronar sus sienes sin mayor bagaje que ese. No es inoportuno recordar que en la letras lo primero es persistir. Alguien decía que escribir poemas a los veinte años era prueba sólo de que se poseían veinte años, pero que el ser poeta se probaba cuando se escribían versos a los cuarenta. Sigue siendo verdad. Quien no persiste, generalmente nada saca con su libro único, huérfano, que bien pudo quedarse inédito sin que el mundo cambiara de sostén ni se desquiciara el universo.

Pero junto a éstas que enmudecen pronto, hay las que siguen en la brecha, escribiendo hasta edad avanzada, como prueba de que su mente continúa activa cap-

tando el mensaje del mundo y respondiendo a él con el modo que le es concedido al escritor: escribiendo.

Y antes de que sea tarde, salgamos de frente a una observación trivial y chabacana que más de alguno hace y que es de temer siga haciéndose. En este fenómeno de incorporación de la mujer a las letras no hay nada de eso que se llama matriarcado. La institución del matriarcado corresponde a la organización social, es un hecho de la sociología, y alude a la filiación de la familia por la vía materna, o uterina. Nada hay de común en ella con el hecho de que la mujer, en ciertas etapas de la existencia histórica, fuese reverenciada y agasajada, mientras en otras se la haya dejado en segundo término. Ni tampoco tiene nada que ver con el hecho de que en ciertos países sean hoy, como en Chile, muy activas las mujeres en las letras, después de haber tenido en ellas menos actividad. Cuando se habla, pues, del fenómeno literario evocado, a lo que se apunta no es a una presunta organización matriarcal, sino a la posición alcanzada por la mujer con su labor literaria, sea cual fuere la organización sociológica de la familia en Chile.

Desde el punto de vista histórico, además, la mujer ha tenido siempre actividad literaria; otra cosa es que se le haya negado u oscurecido, al sabor de críticos e historiadores de la literatura. Los misóginos, por ejemplo, entre los cuales debe contarse Eliodoro Astorquiza, han sido

regularmente enemigos de la intervención de la mujer en las letras, y se rieron de las escritoras de su época, a excepción, claro está, de las que les trataban personalmente. Astorquiza era muy amigo de Sarah Hübner, y en consecuencia la admiraba; pero a las demás no les perdonaba el que tuvieran faldas. Se nos permitirá ser un tanto indiscretos, para evocar el ambiente en que se movían esas mujeres.

Teresa Wilms Montt estaba adornada de una belleza suprema, y encumbrada en una posición social excelente. Mucho llamó la atención en sus días por todos esos atributos, pero le dio por escribir, y la confusión fue espantosa. Parecía a primera vista inexplicable que una mujer de tal belleza descendiera a una operación reservada casi por definición al hombre. Su marido, Gustavo Balmaceda Valdés, también escribía, de modo que la pareja se trenzó en uno de esos pugilatos literarios que suelen tocar los ribetes del ridículo cuando, en reemplazo de la armonía triunfal de las primeras lunas de miel, en el hogar reina el caos. George Sand y Alfred de Musset habían protagonizado, en Francia, años antes, un escándalo semejante: escritores los dos, redactaron sendos libros para denostarse y echarse en cara toda suerte de infamias, después de haber vivido juntos, atorolados, como tiernos pichones, en Mallorca. Pero la tragedia íntima de Teresa y de Gustavo no fue calcada de los libros. Si la robusta vaca lechera del buen estilo que era George Sand, en la opinión de Nietzsche, sobrevivió a su idilio con Musset y siguió escribiendo libros con torrencial prodigalidad, nuestra Teresa, sin duda menos fuerte, tuvo mal fin. Se fue de Chile, hizo carrera bohemia en Buenos Aires y en Madrid y finalmente se quitó la vida. Quienes la contemplaron muerta dicen que todavía estaba hermosa, si bien no iluminaban ya su rostro aquellos inmensos ojos que la hacían tan cautivadora.

Es la más afamada en este aspecto. Las otras no eran tan bellas, y en consecuencia sus historias fueron menos agitadas. La ya recordada Sarah Hübner tenía una preciosa cabellera rubia y unos ojos deslumbrantes, pero era más bien pequeña de estatura, y esto la hacía lucir menos.

Sus frases eran muy agudas y a veces punzadoras: la Naturaleza la dotó mejor para el epigrama que para el epitalamio, y sus palabras solían alterar la bilis de algunos de sus oyentes. A su casa iban los escritores a bulliciosos almuerzos. El ingenio serpentino de Sarah solía fustigar ligeramente a sus comensales, para que cada uno diera más de sí. Heridos y contusos salían de estas refriegas, donde al fin imperaba la sarcástica sonrisa de Sarah, cuando a los amigos indiscretos aplastaba con una de sus inesperadas salidas.

María Monvel, mujer inteligente y de grandes aptitudes literarias, pasó por el mundo como ligera sombra. De su primer matrimonio tuvo una hija que también escribió. En segundas nupcias casó con Armando Donoso, quien alentó sin reservas su vocación de escritora, como había hecho y seguía haciendo con todos los aprendices de literatos que llegaban a su vera. Cuando ella, en plena juventud, murió, Armando editó sus obras inéditas, incluyendo la traducción de algunos sonetos de Shakespeare. María Monvel admiraba en aquellas pequeñas piezas el estilo, que le ocasionaba reales tormentos cuando trataba de hallar en español una palabra o un giro de expresión que diera el matiz obtenido por Shakespeare; pero se la ve también atraída por el uranismo, terreno secreto y resbaladizo a que la llevaban los sonetos. Sea de ello lo que fuere, el hecho es que en los versos de María Monvel perviven los sentimientos propios de la mujer enamorada y los de la madre inclinada al éxtasis inefable cuando ve a su hija jugando en el jardín.

De los años que estamos mentando se pueden citar asimismo otras notas curiosas. Yo estuve mucho tiempo al lado de un hombre agudísimo por su talento crítico, Víctor Silva Yoacham, amigo de estas damas y que había solido recibir sus confidencias literarias y, tal vez, sentimentales. No era misógino, claro está, sino al contrario bastante afecto a deponer ante una o varias mujeres el testimonio de su admiración; pero no las quería literatas. Un día le dije yo:

— Bien, Víctor, ¿y a qué se debe que tenga usted tan buenas relaciones con Sarah Hübner y con María Monvel?

— Las admiro como mujeres inteligentes —me repuso—. El que escriban es otra cosa; pero en el trato diario, en estas conversaciones de la redacción, en sus propias casas, donde las encuentre, siempre las oigo decir cosas ingeniosas. Con ellas se puede hablar de libros, de moral, de religión, de política, sin temer que en su charla salgan a flote esos empalagosos lugares comunes que suelen echarnos a la cara las damas necias, entre sonrisas deliciosas, pero estúpidas.

La explicación puede ser falsa, pero tiene alguna miga. En todo caso, sirve para entender por qué este hombre, en nada misógino, no quería ver a la mujer escribiendo. Y para reírse de las literatas alguna vez hizo el *pastiche* de lo que escribe la mujer, sembrando desde luego el escrito de puntos suspensivos. En opinión de él, este indiscreto uso de los puntos suspensivos bastaba para calar al escritor, cualquiera fuese su sexo.

— Quien crea que sembrar puntos suspensivos basta para dar intención a una frase —decía Víctor Silva—, es un necio sin remedio.

Pero volvamos a la mujer, eje propio de estas observaciones. La literata de nuestros días juveniles era, como las damas que he citado, mujer de mundo, elegante, fina, distinguida; pero había también, como es de cajón, algunas figuras de menor viso. La señora Inés Echeverría, por ejemplo, no carecía ni de apellido ni de fortuna, pero cuando yo la conocí no estaba ya en el primer plano. En su gran casa solía tener, como Sarah, huéspedes a la hora del almuerzo o a la del té. A un grupo de jóvenes donde contaban Eduardo Solar Correa, Osvaldo Vicuña Luco y otros, nos llamó «los proustianos», porque algunos efectivamente leíamos entonces a Proust. Los tesoros que sacábamos a puñados de esas cavernas nos iluminaban las manos, y solíamos llegar a casa de doña Inés exaltados por los hallazgos más recientes. Ella entonces desplegaba su genial escepticismo, nos hacía hablar, permitía que nos exaltáramos un poco, y cuando la discusión subía de punto, calados los impertinentes, fulminaba a los díscolos con alguna frase de encantadora frivolidad. Lo

curioso es que por esos mismos días escribía una larga novela cíclica, de enorme extensión, y mantenía un diario íntimo en el cual, día por día, anotaba las incidencias de su mundo. Era frívola sólo cuando le convenía serlo.

Figuras gráciles de entonces fueron Miriam Elim, de vida brevísima, María Antonieta Le Quesne, también desaparecida en plena juventud, y otras que sería ocioso mentar. Las llamo gráciles, porque dejaron una obra apenas balbucida, en comienzos, donde hay sólo atisbos de algo que pudo ser y no fue. Se fueron sin decir a fondo lo que estaban sintiendo. Sobre ellas cayó en hora demasiado temprana la mano fría de la muerte. Paz en sus tumbas.

Vamos a las de hoy, donde encontramos desde luego mucho mejor salud. En Chile se da un fenómeno curioso, que no veo repetido en el mismo grado de otras literaturas: la dramaturga, la mujer que escribe para el teatro. Tenemos varias, como Gabriela Roepke, Gloria Moreno, Magdalena Petit, Patricia Morgan, María Asunción Requena e Isidora Aguirre, Nené para sus amigos, y todas son más o menos fecundas y viven para el arte, sin perjuicio de llevar la responsabilidad de sus hogares. La última, desde luego, Isidora Aguirre, ha escrito multitud de piezas teatrales y al mismo tiempo corre con sus hijos, que no son pocos. Dicho de otro modo: el ser escritoras no les crea un privilegio, un *status* especial, para aislarse. Nada de eso: el escribir las obliga a multiplicar horas extraordinarias en una segunda esfera del reloj que no existe para las demás mortales.

Entre las novelistas, ¿cómo dejar sin una mención a Marta Brunet, Premio Nacional de Literatura? Todos los escritores la conocemos y la respetamos, por su actitud sana, equilibrada, tanto como por su obra. Los años vividos y aquel título tan grande, la yerguen no poco sobre el conjunto; pero hay también otras a las cuales llegarán cualquier día las recompensas. Pensamos desde luego en Chela Reyes, en Luz de Viana, en Pepita Turina, en María Carolina Geel, que desde diferentes trincheras y haciendo uso de talentos de di-



verso calibre, nos llaman la atención por su labor.

Lo que la mujer no da en Chile, todavía, es crítica literaria, con pocas excepciones, como la de Amanda Labarca, que comenzó su labor con *Impresiones de juventud*, de ensayos críticos. En años siguientes ha vuelto a esta especialidad, en *La Información* y en otras partes; pero en ella la afición inicial a la crítica fue postergada u oscurecida por las labores docentes, que han embargado su tiempo. Amanda Labarca fue también novelista y cuentista, en plena juventud, y en horas de la madurez ha cultivado el poema en prosa y el ensayo. Su obra se distingue por el riquísimo léxico, cosa que la hace también sobresalir entre las damas de letras que, en Chile por lo menos, huyen del vocabulario rico, tradicionalmente juzgado pedantesco. Lo sea o no, que es otro problema, aquí se revela también el pliegue casero de nuestra literatura femenina, pliegue que debe en lo posible mantener. La mujer es conservadora, y se supone que le está confiada la conservación de ciertos usos que la humanidad necesita para lograr la unión de la familia, una vez logrado algo más, en que la mujer no puede ser sustituida: el producir una nueva existencia, el ser madre.

Invitada por el hombre a compartir las responsabilidades de la vida cívica, la mujer hace hoy también política, y todavía se da el caso de escritoras que no quieren dejarnos olvidar que son, al mismo tiempo, ciudadanas. Cada uno con su gusto. Suponiendo que no poseen filiación política alguna las damas que han hecho novela en nuestros propios días, cabe mencionar si quiera a algunas: Elisa Serrana, Mercedes Valdivieso, Gloria Montaldo, Flor Dubournais, cuyos nombres corresponden a cuatro egregias promesas. Otro tanto podemos decir de Carmen de Alonso, Ximena Adriasola, Amalia Rendic y Maité Allamand, cuyas preferencias van al cuento. Todas ellas están allí, a nuestro lado, trabajando en lo suyo, animadas de una ambición literaria que no pueden ya ocultar: escriben para revelar sus emociones y sus sentimientos; quieren contar patéticamente lo que saben, y suscitar respuestas simpáticas en quienes las lean. No podemos

creerlas si nos dicen que escriben sólo para dar satisfacción a una necesidad íntima que se satisface en sí misma y que en consecuencia no aspiran a la publicidad. Sin quererlo, están falseando la verdad. La mujer que escribe, como el hombre que escribe, quiere darse a conocer, para sacar cabeza en el grupo de que forma parte, para señalarse y distinguirse de los demás, para no quedar mudo como los restantes mortales, a quienes la Divina Providencia condenó a no saber expresarse.

Tal podría ser, entre otros rasgos, el carácter distintivo de Marta Jara, la excelente cuentista de «Surazo», que persiste y afina su arte con una conciencia íntima verdaderamente ejemplar. Y también lo es de María Luisa Bombal, si bien ésta produce poco o se guarda demasiado tiempo lo que escribe.

¿Cuál es la diferencia, entonces, entre el hombre y la mujer? Ninguna. La mujer que escribe funciona en forma exactamente igual al hombre que escribe, y lo justo es que las producciones femeninas revelen el concepto del mundo, así como las masculinas nos informan del concepto masculino. Siento mucho las repeticiones de estas palabras, pero no había más remedio. Lo que deseaba declarar es que la inclinación a escribir puede nacer indistintamente así en el hombre como en la mujer, y que, en consecuencia, si entre un millón de hombres surgen cien escritores, en un millón de mujeres deben también, potencialmente, surgir cien literatas. Pero como no es así, la mujer escritora llama la atención siempre un poquito más que el hombre. ¿Y por qué no es así? Bueno, eso la ciencia no lo ha establecido, o sí lo ha hecho, pero dilucidarlo aquí nos llevaría demasiado lejos.

No más divagaciones. Estamos hablando de la mujer que escribe, sin atender a cuál es el motivo. Teresa Wilms pudo escribir porque una brutal desilusión cayó sobre su alma; pero si su vida hubiera sido diferente ¿no habría escrito asimismo, aunque en otro tono y para contar otras cosas?

Muchos de los versos de Gabriela Mistral (y según algunos críticos, los mejores) fueron motivados por el suicidio del jo-

ven que la cortejaba, y de quien pudo haber sido esposa si las circunstancias no se hubieran conjurado tan adversamente para ella y para él. Pero hemos hecho voto de ocuparnos en las prosistas, y debemos volver a su lado. Hay ejemplos y ejemplos. María Flora Yáñez, entre ellos, nos ofrece en sus recuerdos de infancia las más dulces emociones que pueden surcar el alma de una niña, pero en sus relatos novelescos nos lleva de la mano a recintos menos risueños, y sin ser sombría nos hace reflexionar a fondo sobre los problemas psicológicos que han provocado su interés. Y es animada y fresca en ambos estilos, y su talento se revela a cada paso.

Veamos ahora a las poetisas. Son más en número, claro está, porque el arte del verso se ha venido abaratando mucho en los últimos años. Cuando yo era joven, para titularse poeta era preciso hacer versos de buena arquitectura, con ritmo eficaz, donde los acentos recayeran en ciertas y determinadas sílabas. Una vez logrado el verso, era preciso ensamblarlo con otros en pequeños bloques llamados estrofas, y cada uno de los versos debía tener, además, una cosa llamada rima, que servía precisamente para su debido encaje en aquella otra cosa llamada estrofa. Se procuraba la armonía general del poema, de modo que una parte no desmintiera a la otra; y se buscaba la melodía, o música, empleando palabras finas, sabrosas, originales:

*La princesa Eulalia risas y desvíos  
daba a un tiempo mismo para dos rivales...*

Los versos destilaban como las gotas de un surtidor, y si sobre ellos caía la luz de la luna, debían entonces fulgir como brillantes. Hubo quienes los creyeron parecidos a las flores, y quienes los acariciaban largamente, por años, buscando lo exquisito, a fin de eliminar en ellos cacofonías, repeticiones, asonancias, y con el objeto de que resaltase nítido el concepto y no quedara embarazado al peso de palabras toscas. El poeta se llamaba a sí mismo orífice, por esto de andar labrando vasos para gemas, y no sentía rubor alguno cuando confesaba que un pequeño soneto le había costado varias noches de esmerado pulir y limar, espantando la fatiga con tazas de café y con innumerables cigarrillos. De

ahí también la existencia de no pocos escritores que se quedaban inéditos, por haberse exigido demasiado, estáticos ante la inasible perfección.

Hoy, como sabemos, tantos escrúpulos han sido aventados, y se escribe como cae; o, por mejor decirlo, se publica todo cuanto se escribe, sin extremar aquella policía del lenguaje que pertenece ya a un distante pretérito. En suma: la poesía es más fácil, más barata que ayer, y pueden publicarse muchos libros con versos porque encuentran editor, lectores, críticos complacientes y hasta premios en los certámenes, versos que hacia 1920, por dar una fecha, no habrían obtenido recompensa alguna, pues en ese tiempo no se premiaban borradores. Esta literatura con menos requisitos, rige tanto para la mujer como para el hombre, y como consecuencia tenemos también muchas poetisas.

¿Se podría intentar una enumeración de ellas? Bien difícil es, porque o se las menciona a todas o se corre el peligro de que las eliminadas le acribrillen a uno con sus dolientes epigramas. Pero, hay otro peligro: tampoco es posible mencionarlas a todas. Yo publiqué hace unos meses el *Panorama literario de Chile*, y pretendí mencionar a las poetisas cuyos libros habían llegado a mi conocimiento, sin omitir el nombre de nadie. Ninguna me agradeció la inclusión, y en cambio muchas me han dicho más o menos estas palabras:

— No comprendo cómo pudo usted poner en su libro a la Fulana y a la Merengana, tipas cursis y ridículas, que no han escrito nada que valga la pena.

Y como yo arguyese algo en defensa de las aludidas, no tardó la contestación en cruzarme la cara:

— Pues yo preferiría no haber salido en el tal libro, si sé que me iba usted a imponer esa compañía.

Y como no creo que sea la hora de meterse en honduras, lo mejor será no mentar a ninguna de estas poetisas de nuevas hornadas, pero al mismo tiempo decirles a todas que las leeremos con atención y con cariño. A la mujer que escribe debe tratársela, desde el punto de vista crítico, con el mismo rigor que al hombre, pues de propia voluntad ha adoptado una pro-

fesión en la cual la emulación se produce sin atender al sexo de quienes participan en la brega. Imaginarse que a la mujer se le van a perdonar faltas de sintaxis porque viste faldas y no pantalones, es resabio de una actitud paternalista que pugna con la esencia de la carrera literaria. Esto en lo que toca a la crítica; pero debe aceptarse, asimismo, que la mujer escritora encuentra en la atmósfera social circundante cierto número de pequeños prejuicios (tonterías si se quiere) con los cuales se propende a sofocar el talento que se inicia. Digámoslo francamente: en el ambiente íntimo del hogar, la joven que se siente escritora causa risas equívocas, pues o se teme a la disolución del ambiente artístico al cual resbala, o se presume que escribe por una especie de insatisfacción somática. Es verdad que muchas dejaron de escribir a raíz de casarse, por haber tenido hijos; pero de ahí no se sigue que escribiesen antes sólo por haberse creído incompletas o frustradas en cuanto seres dotados de sexo. No; lo que pasa es que en ellas venció el instinto maternal y la propensión de la mujer a obrar como guardadora del hogar doméstico, sagrada ocupación que vale por cierto, en el equilibrio psicológico de la sociedad, mucho más que las frívolas luchas por la nominación en el plano literario.

A nadie puede parecerle bien que por escribir cuentos tontos o versos en borrador la mujer deje de atender a sus hijos y transforme su casa en un chiquero. Pero si hay una vocación efectiva, y esa vocación se manifiesta en obras, y esas revelan calidad, la equidad manda tolerar el desmán antihogareño y hacer la vista gorda con la confusión y la suciedad consiguientes. Por lo demás, ¿cuántos son los hombres que por escribir cuentos tontos y versos en borrador no saben ganar nada sustancioso para sostener el hogar forma-

do de prisa, sin discernimiento? No son sólo las mujeres las que dejan de practicar labores de casa tan dignas como zurcir calcetines y calentar biberones.

Ante tal abundancia de escritoras, cabe pensar si en su producción conjunta no se observan algunas líneas de contacto, por medio de las cuales pudiera caracterizarse el aporte que allegan a las letras chilenas. Vamos viendo.

1. *Prefieren la prosa al verso.* El verso de nuestros días es oscuro, esotérico, hermético, por lo tanto aleja de su recinto al lector, a quien está constantemente diciendo que no le siente a la altura de sus exigencias estéticas. El verso, en suma, termina por ser estéril como instrumento de comunicación vital entre autor y lector. Y como la mujer escribe para contar lo que sabe, termina por preferir la prosa al verso.

2. *Son realistas.* Algunas de sus producciones (por lo común el primer libro) tiene cariz autobiográfico; pero con ellas la escritora aspira a dar impresión de la realidad vital dentro de la cual está sumergida.

3. *Vuelven con gusto al campo.* La inspiración rural, un tanto abandonada en Chile desde el fallecimiento de Durand y de Latorre, retorna hoy a manos femeninas. Algunas de las nuevas escritoras han vivido en el campo, de chicas, y eso las lleva a revestir esos recuerdos de simpática melancolía. El campo en sus obras, por eso, resulta elevado de nivel, ennoblecido.

4. *Escriben sin grande esmero de la forma, con poco aliño.* Así y todo, sus obras son más prolijas en el cuidado del estilo que las de los varones contemporáneos, ya que éstos, en los últimos años por ejemplo, son de un desaliño increíble, agresivo, impenitente.

## Max Aub y sus cuentos mexicanos

**S**ORPRENDE, en verdad, la vasta y diversa bibliografía de Max Aub, espíritu inquieto y juvenil como pocos. La larga serie de volúmenes que lleva publicados manifiesta claramente su fertilidad, encauzada en los más diversos moldes: la novela, el cuento, el teatro, la poesía, el ensayo e, inclusive, aquellas formas peculiares del cinematógrafo y la radiofonía. Si fuera necesario dar algunos títulos de tan extensa producción, bastaría con citar, entre las novelas, su famosa tetralogía sobre la guerra española de 1936 (*Campo cerrado, Campo de sangre, Campo abierto y Campo del Moro*); también *Las buenas intenciones* y una muy original obra —traducida recientemente a varios idiomas— cuyo tema central es la vida de un imaginario pintor cubista, amigo de Picasso (*José Torres Campalans*), y en la cual fantasía y realidad logran una simbiosis de positivo interés y novedosa factura. Sólo es de lamentar en este último libro —al margen de sus intrínsecos valores— el implacable ataque contra Juan Gris, que evidencia cierta incompreensión ante un hombre que no jugó ni especuló con su arte, sino que lo asumió como fin supremo e ineludible, vertiendo en él fe y ascetismo extremados.

En el teatro de Max Aub se suceden algunos títulos como *San Juan, Deseada, El rapto de Europa o siempre se puede hacer algo, Morir por cerrar los ojos...* De carácter muy vario son los tres volúmenes en los cuales, bajo el rótulo de *Sala de espera (Entregas de teatro, prosa y verso)*, se recopiló el material de una revista que este escritor publicó —titánicamente solo— durante algún tiempo. Por otra parte y dentro de lo ensayístico cabe destacar *Tres monólogos y uno solo verdadero, La poesía española contemporánea* y su *Discurso de la novela contemporánea*, defensa del realismo y acometida contra la « deshumanización del arte ».

En lo que se refiere a sus libros de relatos mencionaré el titulado *No son cuentos*, designación con la cual Max Aub se cura en salud; pero, sobre todo, no puedo dejar de citar aquí *La verdadera historia de la muerte de Francisco Fran-*

*co y otros cuentos*. La narración que da nombre a este libro es un verdadero alarde de gracia, conocimiento profundo del ambiente y, además, una muestra cabal de sátira —llevada en todo momento con airosa andadura— y de la cual no se excluye ni el propio autor que, como español y exiliado, no deja de recibir los certeros y también joviales dardos que él mismo lanza a sus obsesos compatriotas. La mayor tragedia de estos seres desarraigados por el desastre no es, como pudiera pensarse, el haber perdido la guerra, sino el hecho de que el tiempo ya no fluye para ellos, detenido por siempre en el lapso 1936-1939, pues viven anacrónica y falsamente instalados en un posible pasado (« Si los murcianos no hubieran empezado a gritar: ¡estamos copados!... » « Si el gobierno no hubiera salido de naja, el 36... » « Si no es porque los comunistas... » « Si no es porque los catalanes no quisieron... » Etc.), pero también en un posible futuro, abierto a una sola perspectiva: « Cuando caiga Franco... ». Olvidan que vivir es algo que no puede hacerse en puro condicional —según ha escrito certeramente otro español también exiliado: José Ferrater Mora.

Después de lo que antecede con respecto al gran número de obras publicadas por Max Aub, he aquí un dato dirigido especialmente a aquellos que consideran fatalmente reñidas fecundidad y calidad: este escritor no descuida su estilo. Antes al contrario; sus cuentos, por ejemplo, en los cuales su genio creador brilla quizá más intensamente, están escritos con sobriedad, con sabia economía de los medios expresivos y con perfecto ajuste al tema tratado, virtudes que de ninguna manera hacen pensar en una creación librada sólo a la azarosa inspiración del momento. Su alerta voluntad de desnudez, su propósito de desechar cualquier término superfluo o, al menos, prescindible, buscando siempre la expresión rápida y fuerte, nos hablan más bien de una atención constante, sin que la vigilancia —evidentemente ejercida— perturbe la fluidez y la espontaneidad del relato.

Ahora bien, si todos los libros mencionados

hasta aquí vieron la luz en el destierro, debe tenerse presente que Max Aub había publicado una obra digna de consideración antes de 1936. Para citar sólo dos libros, recordaré *Narciso* (1928), ágil muestra de vanguardismo, y *El desconfiado prodigioso* (1924), incluida posteriormente en *Teatro incompleto* (1931), junto a otras tres piezas « patético-irónicas ». Cabe destacar, sin embargo, una diferencia —si no fundamental, al menos notoria— entre las producciones imaginativas de su primera época y las de la segunda. Es decir, antes y después de la guerra. (No dejo de reconocer que esta división está hecha, por cierto, un poco arbitrariamente. Sólo pretende ser aproximativa, dada la vastedad de su obra y la carencia de un estudio serio que la abarque en su totalidad.) La diferencia a que aludo es el cambio de tono operado en sus libros. No obstante, si el humorismo volatinerio de sus primeras creaciones vanguardistas hubo de ceder el paso a un tipo de literatura menos lúdica y más enraizada en realidades dramáticas, no por ello desapareció por completo. Aunque —y lo veremos especialmente en *El zopilote y otros cuentos mexicanos* (Colección « El Puente », E.D.H.A.S.A., Barcelona - Buenos Aires, 1964), su último libro— la violencia y la tragedia abarcan ahora no sólo el meollo, sino también lo envolvente, lo atmosférico de sus relatos, invadiéndolo prácticamente todo. Pues si en ellos hay algún rasgo humorístico, éste no vale por sí mismo : sirve como rápida luz que intensifica la oscuridad.

Antes de introducirnos en sus narraciones mexicanas, que denotan un conocimiento directo y acendrado de la idiosincrasia, el paisaje y las formas idiomáticas nativas, situemos biográficamente a Max Aub. Hijo de padre alemán y madre francesa, nació en París a principios de siglo, pero vivió desde pequeño en Valencia, ciudad donde se formó y de la cual recibió —ya para siempre— su condición de autor español. Porque Max Aub —a despecho de nacimientos y herencias— es un escritor profundamente español. Forma, junto a Arturo Barea, Salazar Chabela, Francisco Ayala, Ramón Sender y otros, la magnífica constelación de narradores peninsulares en el exilio.

La tierra española se le adentró de tal forma que no pudieron desarraigarlo ni su amplia cultura europea ni sus veinte años de vida en México. Empero, este enclavarse en lo propio —propio por adopción y quizá por ello más auténticamente suyo— no es óbice para que personajes de otras latitudes se muevan en sus obras con absoluta realidad e incontestable autenticidad. Tal el caso de los aztecas en *El zopilote y otros cuentos mexicanos*, observados hasta en sus más ocultos entresijos.

Muchos de estos cuentos tienen como fondo

—a veces lejano— la revolución mexicana, tema —por lo visto— aún no agotado literariamente, a pesar de las incontables obras a las cuales sirvió de inspiración. Abre el volumen una magnífica narración larga, cuyo título, « Homenaje a Próspero Mérimée », difícilmente hubiera podido alcanzar mayor verdad. En primer término, porque el gran escritor francés sobresalió justamente en las novelas cortas o cuentos largos ; y en segundo lugar, porque se sintió atraído por los temas violentos, que trató con ponderada sobriedad. Al igual que éste en sus famosas obras, Max Aub logra en su « Homenaje » un relato de fuerza apasionante, donde cada elemento es dominado con maestría. Sin duda, el autor sabe fijar lo esencial de las escenas y los personajes, dibujando escorzos sorprendentes y envolviéndolos en una atmósfera precisa, hasta arribar a un final inolvidable ; la muerte de dos amantes en manos de seres que se hacen justicia por sí mismos, empujados por su brutal primitivismo y su elementalidad vengadora. (« Desde el camino, cabalgando, el Negro se volvió para mirar a la mujer que traía arrastrada con un mecate, hecha polvo, Del amate pendía el capitán. Chon estaba montado sobre sus hombros, mientras Julia tiraba, frenética, de los pies del ahorcado. »)

El « Homenaje a Próspero Mérimée » está seguido de un cuento de cierta extensión —« Memo Tel »— en el cual lo histórico —muy poco— se enlaza a la más rica imaginación, formando una estructura fuerte, plenamente verosímil. Pero es también en los cuentos breves —brevísimos, a veces— donde Max Aub demuestra su garra y su calidad de escritor. Relatos como « El Chueco » o « Los avorazados » son verdaderas piezas maestras por la concisión y el vigor del estilo. A éstos debieran unirse « El hambre », de gran dramatismo, o las páginas de *El zopilote*, terribles en su síntesis, convertidas casi en un punto quemante a fuerza de apretarse más y más ; tan quemantes como « El hombre de paja », el hombre que « ardió como una tea », el más breve de todos los cuentos.

La última narración de *El zopilote y otros cuentos mexicanos* se titula « La vejez » y está dedicada sorprendentemente —¿a quién?— al mismísimo Max Aub, lo cual demuestra una vez más el espíritu juguetón del autor. Por si esta dedicatoria no fuera suficientemente expresiva como muestra de su optimismo y su actitud irónica frente a la vida, recordaré —como dato marginal, pero complementario— que en estos últimos meses Max Aub ha fundado en México una revista literaria, cuyo nombre —*Los Sesenta*— no se refiere a ningún grupo cuyos integrantes sumaran tal cifra, sino a sus sesenta años de edad y a los de sus colaboradores, elegidos entre los escritores de su generación.

MARIA SCUDERI

## Manuel del Cabral : « Historia de mi voz »

**M**ANUEL DEL CABRAL, nacido en la isla de Santo Domingo, Santiago de los Caballeros, el día 7 de marzo de 1907, según se lee en la primera página de este libro, entiende haber escrito en él una especie de autobiografía. El lector siente de otro modo. Es verdad que halla elementos autobiográficos útiles, que habrán de registrarse cuando llegue la hora de escribir algo sobre el poeta, pero a más de eso encuentra poemas comentados a la luz de ciertos acontecimientos íntimos. En algunos aspectos, queda perfectamente en claro cuándo y cómo nació tal composición del autor, y se ve cómo en la síntesis del lenguaje poético, reducido por lo común a imágenes algo arbitrarias permanece la huella de sucesos que impresionaron el alma del autor en el grado necesario para llevarle a escribir. Desde ese punto de vista, nada más feliz que el título mismo de este libro, *Historia de mi voz* (Santiago de Chile, 1964), si por voz se acepta, en este caso como en otros, la propia imagen del espíritu creador del poeta.

Cabral gasta en su obra, a menudo, guiños irónicos, para pintar a las gentes, y se muestra algo arisco, rebelde, desenfadado; no es amigo de quedarse con secretos, y se avanza a confesar ante el lector algunas faltas, por lo menos de otros. Es así como, en efecto, y siempre desde el punto de vista autobiográfico, es rico este libro en acusaciones y defensas. Acusa el autor a Pedro, Juan y Diego de que le han mal comprendido, o de haber silenciado su nombre cuando en su leal saber y entender procedía mentarlo; y se defiende contra tal y cual por haber procurado éstos menoscabar la trascendencia de su obra, es decir, de su voz. Tal se ve en el capítulo « Luchando contra un silencio y otras cosas » (p. 103 y sigs.) y en otros capítulos. El escritor ha pasado por Madrid y Buenos Aires, amén de otros muchos sitios, y allí ha hecho vida literaria, la cual no siempre es apacible. Lo que se nos cuenta en este libro es el tira y afloja de estos corrillos donde se juzga violenta y rápidamente al escritor, confundiendo a veces con el cargo que inviste. En el caso concreto de Cabral, sin ir más lejos, algunas de las reacciones desapacibles que han pretendido trabar su paso podrían deberse al hecho de que era representante diplomático de un país donde, transitoriamente, fungía un dictador. Bastaba que el periodista o el crítico no gustara de éste para que las salpicaduras de su odio alcanzaran al otro, es decir, al poeta.

Decimos esto para explicarnos por qué hay

tantas quejas en este libro, que pudo y debió ser más apacible. Leemos con interés emoción y gratitud los poemas que el autor, a lo magnífico, va copiando en su libro, y apreciamos muchísimo los incidentes anexos que contribuyen tal vez a explicarnos cómo nacieron esos versos. Pero cuando el relato ameno, gracioso, encierra juicios acres sobre personas, el entusiasmo se nos retrae un tanto. El poeta quiere mantener su obra por encima de toda censura, y para ello la exhibe de cuerpo entero y la rodea del ambiente que le parece adecuado. Le preocupa que se haya visto influencia de Neruda en « La preñada » (p. 174 y sigs.), y copia el poema, y elogiando mucho el de Neruda quiere probarnos, que nada hay que revele tal influencia. Y así en otros casos.

En otros, arguye con auxilio de tercero. Duélese, por ejemplo, de que su nombre fue aviesamente tratado dentro de las páginas de cierta historia literaria, y copia el fragmento de prosa crítica que le dedicó Gabriela Mistral para defenderlo contra tal desmán (p. 153 y sigs.), examen detenido de algunos poemas que merecieron especial atención de la poetisa. Más positivo es todavía el caso en lo que toca a Manuel Ugarte, exegeta del autor a propósito de « Sitio del sueño » (p. 236 y sigs.), composición cuyo alcance cósmico analiza y exalta el escritor argentino. En ambos casos habría sido ventajoso para el poeta indicar el sitio original de tales publicaciones, a fin de que puedan citarlas con mayor precisión los historiadores del futuro, para evitar que subsistan los errores que Cabral impugna.

En suma, nos encontramos ante un libro polémico ornado con alguno ribetes de sátira que habrán de tener respuesta. No todos los poetas saben escribir en prosa con la intención que Cabral pone en sus escritos, de modo que algunas de esas respuestas no serán tan amenas como *Historia de mi voz*.

RAUL SILVA CASTRO

## Dardo S. Dorrnzoro : « La nave encabritada »

**T**AL VEZ DEBIDO a un prolífico contacto con el tango o a la razón, más compleja, de la singular situación de las letras en la república del Plata donde ejercen su profesión, algunos escritores argentinos adoptan el hampa y sus contextos de indigencia y rebelión como imagen del mundo: el hampa y con ella las dicotomías de buenos y malos, generosos y egoístas, hambrientos y satisfechos, valientes y cobardes, etcétera. Obvio sería señalar **conni-**

vencias entre las letras de tango y el orbe del delito ; tampoco viene al caso una nómina de aquellos escritores, puesto que cada uno obtiene de esa actitud lo que quiere o puede. La actitud no consiste en novelar acerca de la comisión ocasional y fundamental de un delito por alguien que no es delincuente y acerca de su respectivo nexa con lo penal. Consiste en novelar desde una supuesta inmersión en la circunstancia de ser un delincuente, circunstancia presumiblemente maldita, pero que puede empezar por prestar al escritor parte de su idioma, o jerga hecha de localismos comunes muchas veces al idioma del delito y a las letras de tangos y promovidos en el hampa por la necesidad de claves y simulaciones y en las letras, acaso, por la tendencia al hermetismo y al recoveco expresivo de la musa argentina.

Sin ahondar en el tema se observa que tango y literatura del hampa coinciden en otro rasgo : la idealización del protagonista (ladrón, asesino, rufián o fullero) a la luz de determinada « filosofía de la vida », generalmente la de un rebelde o disconforme, cosa que en efecto un delincuente a su manera es. El Chileno, nombre por el que se conoce al protagonista de *La nave encabritada*, novela del escritor argentino Dardo S. Dorrzoro premiada en el periódico concurso instituido hace varios años por Emecé Editores, de Buenos Aires, es un amigo de lo ajeno y al mismo tiempo el narrador, pues la obra está escrita en primera persona. ¿Se debe a esto, es decir, al prurito realista de escribir como hablaría un ladrón, su fisonomía « tanguera »? Parece improbable. Atendiendo a la cantidad de personajes que viven a salto de mata en sus páginas, esta novela podría ser calificada de « picaresca », pero a la larga se torna difícil saber si tal pintoresquismo constituye el límite de su aspiración. *La nave encabritada* acaso procure una proyección épica : el Chileno es nada menos que un Robin Hood de inquilinato, una suerte de mano justiciera que emerge del bajo fondo para despojar a los ricos de algunas de sus posesiones y distribuirlas generosamente entre los pobres ; detesta la violencia ; no se resiente pese a los abusos que soporta desde niño ; delinque por altruismo, se hace golpear por fraternidad, ¡e incluso lee asiduamente al refinado escritor argentino Jorge Luis Borges! Como se ve, pocos vínculos conectan a esta novela con el verdadero rostro del hampa, que, si se quiere, es más humano.

Probablemente *La nave encabritada* deba conceptuarse como una obra profundamente idealista. No sabemos, y acaso poco importe, si el autor prescinde deliberadamente de situar en forma definida el teatro de los hechos (habla de un pueblo que se supone más o menos próximo a Buenos Aires), ni tampoco si pone a

propósito en labios del relator el « tú » en lugar del argentino « vos » que le habría correspondido desde un punto de vista realista al dirigirse al imaginario interlocutor que lo escucha. Justamente, lirismos, imprecisiones, irrealidades y ocurrencias de esta índole confieren a *La nave encabritada* la libertad necesaria para desarrollar sin tropiezo alguno, como si se tratara de la cosa más congruente del mundo, los distintos episodios que la componen.

En cuanto a lo anecdótico, esta novela carece de una trama : está formada más bien por el anudamiento y el desenlace de una situación, según es clásico (sin ser tampoco lo que se denomina una antinovela). Lo que hace que episodios en cierto modo inconexos configuren una novela es la destreza con que Dorrzoro sabe subordinarlos a la índole del protagonista, al que su hábil pluma convierte de poco verosímil ladrón en filosófico espectador del universo, o bien en paciente actor de dramas que resiste con un temple que habría que llamar estoico si el humorismo no moderara constantemente las recapitulaciones de motivos y las moralejas. « La seriedad afea al hombre », comenta el Chileno, y su constante irrupción de ingenio cómico en medio de la relativa pobreza con que emplea la jerga y de la trivialidad de más de una situación es lo que sitúa *La nave encabritada* dentro de la literatura capaz de entretener.

Una objeción : competir con el ingenio popular en su propio terreno no suele arrojar resultados muy positivos ni tampoco permite valorar ese ingenio en otro nivel o dimensión.

LUIS JUSTO

Luis E. Valcárcel :

« Machu Picchu »

EL COÑOCIMIENTO que don Luis E. Valcárcel tiene del pasado del Perú, merced a su estudio sistemático presta singular autoridad a esta obra de divulgación en que describe el sorprendente conjunto de ruinas descubiertas en 1911 por Hiram A. Bingham en el valle del río Urubamba. Este breve libro de Valcárcel sobre *Machu Picchu*, (Eudeba, Buenos Aires), expone en forma escueta los antecedentes históricos indispensables para situar la civilización incásica en sus características esenciales, insistiendo algo más sobre las vicisitudes de los llamados « Incas de Villcamba », que lograron mantener durante algo menos de medio siglo su independencia, tras la conquista por Pizarro del

centro político y religioso de su imperio : la ciudad del Cuzco.

Fue, precisamente, el propósito de acertar con el lugar recóndito donde asentaron su poder estos incas postreros, lo que condujo al descubrimiento de los hasta ayer no más desconocidos restos que coronan los cerros *Machu Picchu* y *Huahna Picchu*, en el marco de extraordinaria belleza del cañón excavado por el Urubamba en su apresurada y rumorosa carrera hacia las selvas amazónicas. Esa intrincada red de valles que, bajando de los helados páramos andinos, forma la transición hacia la selva subtropical, goza de un clima tónico y salubre que paulatinamente se vuelve más cálido a medida que pierden altura, y se hallan vestidos de una exuberante vegetación de árboles, arbustos, lianas, helechos y orquídeas. La belleza de los panoramas, que sobre un fondo de nevadas cumbres muestra cerros de empinadísimas laderas con paredones verticales de centenares de metros, constituye un marco prodigioso para el enigmático conjunto de edificios de piedra, levantados con ordenada inteligencia y hábil aprovechamiento de los elementos naturales.

No puede sustraerse el autor a la admiración que suscita el talento evidenciado por los precursores del actual arte popular, que con tanto cariño como discernimiento ha sido reunido en el Museo de la Cultura Peruana de Lima bajo la dirección del mismo Valcárcel. Sin embargo, no cae en los extremos frecuentes en los investigadores de inclinación indigenista, tan proclives a imaginar el pasado como libre de todas las tachas y los defectos que afean nuestra cultura contemporánea, sin advertir que ellos no se deben sino a la corrupción de nuestra humana naturaleza. No puede leerse sin una sonrisa, que a veces se borra por el fastidio que causa tanta candidez, ese suponer gratuitamente que bajo el régimen imperial de los incas no había ni instituciones que no buscaran la mayor felicidad de los pueblos, ni gobernantes que velaran o se desvelaran por el bien de sus súbditos, ni vírgenes consagradas que no violaran sus votos, ni obreros que no trabajaran transportados de entusiasmo y de agradecimiento hacia sus soberanos.

Cuando la mirada se alza hacia la cumbre del *Huayna Picchu* y se percibe la sucesión de andenes y terrazas de cultivos que atesoran tierra vegetal en sus laderas casi verticales, no puede uno menos de considerar la cantidad de vidas que se habrán sacrificado para la realización de tan insensata empresa. Como que la perfección misma de la talla de las piedras y el transporte de los bloques gigantes sólo pudo lograrse merced a la vigencia de un régimen despótico para el que la existencia humana carecía de valor.

Buenas son las ilustraciones que acompañan al texto, indispensables para apreciar el carácter de la « ciudad perdida de los incas ». La contemplación de sus rasgos esenciales corrobora la interpretación de Valcárcel de que se trata de una ciudad o residencia de significación predominantemente religiosa. Sin duda las construcciones mismas de indiscutible finalidad militar estaban destinadas tan sólo a volver inviolable aquel santuario. Es probable que, sobre la base de un culto antiquísimo centrado en las cuevas naturales de aquellos cerros, sucesivas generaciones, pero en particular durante el régimen de los incas, levantaron aquel conjunto de construcciones destinadas a alojar a las personas consagradas al culto y a procurar ambiente más digno y grandioso a las ceremonias mismas, cada vez más complejas y bellas, sin duda alguna.

No falta en la obra de Luis E. Valcárcel sobre *Machu Picchu* la nota poética, cuando evoca las emociones provocadas en su espíritu por la contemplación del maravilloso espectáculo a la luz de la luna y al revelarse el colorido con los primeros resplandores del día. Es ésta, sin duda, obra apropiada para despertar la curiosidad y el amor hacia el pasado indígena de América.

GUILLELMO GALLARDO

## Libros de Bolivia

**P**ODRÍA SUPONERSE que debido a las tensiones político-sociales y a una pertinaz crisis económica, en Bolivia se publican pocos libros. No es así : en relación al índice demográfico y al corto número de empresas tipográficas, se editan muchas obras.

Marvin Sandi, joven pensador, ha publicado *La finitud y otros ensayos*, estudios filosóficos en torno a las ideas de Kant, de Husserl, de Romero —de quien fue alumno en Buenos Aires— y la concepción de Tamayo sobre la historia a través de su elevada poesía. Inteligencia disciplinada en la especulación filosófica, Sandi discurre con fluidez por escuelas y sistemas, aportando su propio enfoque al analizar la herencia del pensamiento occidental y plantear la plasmación de una conciencia surgente de lo americano. Es un libro serio, profundo, cuajado de penetrantes intuiciones.

Dos novelas. *La barricada* por Fernando Ortiz Sanz se anuncia como la primera de una serie de seis o ciclo de relatos históricos. Esta primera abarca la época de las luchas entre Belzu y Linares. Es más una crónica que una novela, de trama desigual, con algunas descripciones afor-



tunadas. Los personajes desdibujados. Por el estilo pertenece al realismo romántico del novecientos. Los diálogos pecan de ingenuidad y la intencionalidad política del autor se entremezcla al relato. Páginas líricas y otras pesadas. El tema daba para más. *Bellacos y paladines* de Augusto Guzmán Martínez. Pudo ser la gran novela de la reforma agraria que todavía no ha dado la revolución de 1962, pero le falta arquitectura: es más bien un relato de medio vuelo, una novela corta en torno a los cambios de estructura y a las interrelaciones sociales entre propietarios, campesinos y autoridades en la nueva sociedad agraria de Bolivia. El personaje central, un idealista que desea cambiar las cosas por evolución inteligente, se ve arrollado por el caciquismo rural, la ansiedad indígena y los abusos del nuevo orden político. Es una sátira cruda, vívida, combinada con una pintura vigorosa de los valles cochabambinos, que hace recordar páginas de Mariano Azuela el mexicano.

El P. Juan Quirós presenta un *Índice de la poesía boliviana contemporánea*, grueso volumen que rebasa las 400 páginas. No compartimos la opinión del « presentante » Oscar Cerruto, quien lo juzga « el mayor de los críticos bolivianos ». Muy exagerado el juicio. A juzgar por este libro, Quirós no pasa de un amable o torvo comentarista, según se trate de sus preferencias o de sus antipatías. Es una obra útil como material de consulta, pero bastante deficiente en lo analítico. Anuncia mejor al compilador que al crítico. Debí llamarse poesía boliviana del siglo XX, puesto que muchos de los mencionados no son contemporáneos, como Pinto, Jaimes Freyre, Tamayo, Reynolds, Peñaranda y otros que no pueden ser incluidos junto a los nuevos y novísimos de la lírica boliviana. Exceso de poemas reproducidos —a veces 20 y más para cada poeta—. Y faltan —como ocurre siempre en estas antologías— muchos verdaderos poetas dignos de mención: Lira, Baldivieso, Guzmán Téllez, Sainz, Eduardo y Lucio Díez de Medina, Flores, Ruiz, Oropeza, Estrella, Canedo Reyes, y otros. Las notas introductorias pecan de ligereza y palabrería. Los juicios del autor, muy discutibles; sus gustos también. Ha cargado el acento en los nuevos y novísimos y ha sido injusto con valores del pasado. Con todo, el libro contiene buenos poetas y bellos poemas entremezclados con otros de menor brillo.

En el ensayo, dos obras óptimas. *El cinismo* por Guillermo Francovich, un estudio lúcido que abarca lo histórico, crítico y estético, armonioso de fondo y forma. Y *El alfarero desvelado* de Fernando Díez de Medina, ensayos, perfiles y páginas polémicas entre los cuales descuellan los trabajos « La Patria del Sur » y « Del Hombre Continental. », de contenido y proyección americanos.

Se han publicado varios libros de carácter histórico y de investigación. Señalaremos dos de los mejores. Uno de Moisés Alcázar, *Páginas de sangre*, que agrupa hechos y escenas dramáticas de la historia nacional, narrados con pluma vibrante y serena exposición de los sucesos. No es historia novelada ni novela histórica, sino, en verdad, crónicas de riguroso fondo histórico a las cuales el autor ha dado el interés preciso para elevarlas a obra literaria. Y *La revolución boliviana* estudio analítico y estadístico del político de extrema izquierda Guillermo Lora, que si bien revela una acuciosa preparación en la materia, flaquea por lo dogmático del enfoque y la intransigencia del enjuiciamiento crítico: para Lora todo lo realizado en 12 años de revolución por el MNR está mal, lo que resulta, ciertamente, injusto. La revolución boliviana tiene facetas positivas y negativas: hay sombras y hay luces. Un balance ajustado tiene que considerar ambas. No obstante lo exagerado del enfoque, la obra es un valioso ensayo de interpretación crítica de la realidad nacional de los últimos años.

En el cuento sobresale netamente Gastón Suárez con *Vigilia para el último viaje*, diez relatos que bordean el tema naturalista y la ficción, con ligeros toques folklóricos. Rico dramatismo. Estilo simple, directo, sobriedad descriptiva. Suárez sabe contar. Acaso el mejor cuento sea « El tiempo y los sueños ». Se trata de un escritor joven que dará que hablar en lo futuro.

En poesía resaltan *Visitante profundo*, de Jaime Sáenz, libro extraordinario que revela a un auténtico talento lírico capaz de medirse con los valores descollantes de la poesía contemporánea, y por ello mismo inclasificable en escuelas o tendencias. Originalísimo de fondo y forma, este « visitante profundo » encarece la universalidad de las letras bolivianas, que aun enclaustradas entre montañas pueden captar la esencia y el ritmo de la angustia lírica contemporánea: Sáenz es un poeta sutilísimo. Otro poeta estimable es Héctor Cossío Salinas, que en *Posada de los sueños* ofrece un conjunto de primorosos sonetos y finos poemas, de corte clásico. Poesía pura, fluencia musical, descriptiva y amorosa, novedosa de imágenes y giros.

Naturalmente que esta reseña se refiere sólo a algunos de los muchos libros publicados en los últimos meses. La producción bibliográfica en el país andino mantiene un ritmo sostenido: se reimprimen obras ya conocidas y se editan nuevos libros sin descanso.

Desaparecida *Nova*, revista de cultura, sólo salen hoy dos revistas de política y cuestiones sociales: *Praxis* y *Espartaco*, ambas mirando el mundo desde la izquierda.

## Problemas de la prensa interamericana

El día 21 de este mes de octubre comenzó en México su trabajo la Asamblea General de la Veinte Reunión de la Asociación de la Prensa Interamericana. Previamente, Jules Dubois, del Chicago Tribune, Presidente de la Comisión de Libertad de Prensa, hizo unas declaraciones de las que se ha hecho eco la Agencia EFE.

Decía Jules Dubois que Cuba sigue siendo el enemigo público de la prensa libre de América, y a continuación aseguró que la Asociación de Prensa Interamericana mantiene una posición inflexible en pro de la autodeterminación y no intervención estatal, que ahora reiteraba, agregando que los directores publicistas deben decidir por sí mismos lo que debe y no debe publicarse.

Estas afirmaciones de J. Dubois, en México, prejuzgan favorablemente las conclusiones a que, sobre la libertad de prensa, se llegue en la XX Reunión de la Asociación de la Prensa Interamericana, y creo que sería conveniente examinar algunos de los problemas que el dirigismo y ciertas limitaciones a la autodeterminación o libertad de prensa, han creado, en las relaciones de la prensa española con la opinión iberoamericana o, para hablar más exactamente, con los diversos grupos de opinión que orientan a los pueblos de la América hispana.

El que escribe esta comunicación, ha vivido como periodista más de siete años en la América hispana, cuyos países, excepción hecha de Paraguay, Honduras y El Salvador conoce bien, y cuya prensa ha estado obligado a manejar durante otros diez, como jefe de la Unidad de Lengua Española en la « División de Prensa » del Departamento de Información de la Unesco, donde se producían la edición española de El Correo de la Unesco, y los servicios de artículos sobre temas culturales que se enviaban quincenalmente a 200 periódicos de nuestra len-

gua en el mundo hispanoamericano. Como representante en esta II Semana de El Tiempo de Bogotá, diario liberal colombiano del que fui redactor, jefe de redacción, y más tarde su corresponsal en México y en París, he de recoger algunas sugerencias de problemas que han preocupado y preocupan a la prensa hispanoamericana, tanto más profundamente, cuanto mayor es el interés del periódico, por la vida, las noticias y el pensamiento españoles.

Que la Cuba fidelista sea considerada por la prensa libre de América como un enemigo público, como ha dicho J. Dubois, acaso peque de exageración; pero lo que no ofrece duda es que la prensa actual de Cuba en manos de su actual gobierno ha perdido la más esencial de las funciones de la prensa: informar objetiva y sinceramente y poder enjuiciar con libertad los problemas y las cuestiones de carácter nacional e internacional. Escribir al dictado o con el temor de que el escrito ocasione la desgracia del periodista es transformar a este en simple rueda de un mecanismo de agitación y propaganda. No digo nada nuevo al señalar que la sumisión excesiva de la prensa a la autoridad política es la mejor manera de que esa prensa pierda su crédito y autoridad moral. Esta y no otra es la razón por la cual en los países libres de Occidente la prensa de ciertos países sólo interesa para conocer posiciones de gobierno, pero jamás para alcanzar a través de ella un conocimiento cierto de la vida y de los problemas de aquellos pueblos. Por eso creo que uno de los peligros que amenazan a la autoridad moral de la prensa de cualquier país, es la inexistencia o la limitación de esa autodeterminación de los directores y el exceso de esa intervención estatal que empeñadamente combate la Asociación de la Prensa interamericana reunida estos días en la Ciudad de México, y no olvidemos que de esa Asociación forman parte periodistas y empresas perio-

dísticas de dieciséis países hispano o iberoamericanos.

Que España se volvió de espaldas a América a consecuencia de la desintegración del Imperio español en el Nuevo Mundo, es un desgraciado hecho sobre el que no es necesario insistir por ser de sobra conocido, y aquel gesto provocó inevitablemente el contragolpe de un casi absoluto desinterés en las nuevas naciones americanas por la vida, las noticias, los problemas y el pensamiento de la antigua metrópoli. Han sido precisos muchos años y muy diversos factores para ir rompiendo aquel hielo y anudar los hilos de una trama que, por fortuna, vemos cada vez más recia, más enriquecida y de común provecho entre la España continental y las que fueron las Españas de América. Primero los emigrantes, con su « saudade » los gallegos y la añoranza de la lejana tierra de andaluces, asturianos, levantinos, catalanes, vascos, aragoneses y extremeños hicieron presente y viva a España. Después las sociedades regionales, por ellos fundadas y mantenidas tuvieron el inmenso acierto (más de destacar por el bajo nivel cultural del emigrante al abandonar su país) de llevar como invitados a los grandes maestros del pensamiento y a las más descolantes figuras de nuestra intelectualidad: José Ortega y Gasset, don Ramón Menéndez Pidal, don Rafael Altamira, don Rafael María de Labra, Torres Quevedo, Ramón y Cajal y tantos otros, dejaron, no sólo ante los españoles emigrados, sino ante los medios intelectuales de Hispanoamérica, de ser meros nombres, para transformarse en maestros y guías, ganándose el respeto y la admiración de sus oyentes. España evolucionaba de ser el país que enviaba virreyes, gobernadores y oidores, para empezar a ser la fuente de una cordial corriente cultural, hacia la que se fueron decidiendo a acercarse y conocerla las personalidades señeras de las letras y del pensamiento de aquellos países. Lo mismo sucedió en el campo escénico. Las mejores compañías teatrales de nuestra España llegaron a contar como campañas normales sus viajes por la América hispana, y los españoles de mi generación recordamos con gran agrado el paso de comediantes hispanoamericanos por los tablados españoles. Pero la lejanía material y las dificultades de comunicaciones rápidas constituían un obstáculo para el intercambio eficaz de noticias, base imprescindible del mutuo conocimiento de los hombres y de los pueblos. A favorecer ese conocimiento han contribuido también los emigrados españoles intelectuales, algunos de los cuales han pasado a integrar los claustros de muchas universidades de Hispanoamérica, inyectando en aquellas casas a las que se incorporaron y en los muchachos a los que formaban, su amor a España, dolorosamente acrecido aún en ellos por la forzada ausencia.

La segunda guerra mundial que promovió de una parte el aislamiento de la América de habla española, produjo de otra tales progresos en materia de transporte aéreo, que, al empequeñecer al mundo, redujo de días a horas el tiempo de las comunicaciones transatlánticas, y como consecuencia, se abrió la importantísima posibilidad de que la prensa española pudiera llegar, fresca aún su tinta, a los países andinos, rioplatenses, centroamericanos, o a México, del mismo modo que la prensa de los países americanos podría llegar casi sin perder fecha, a tierras españolas. Y ahora preguntémosnos honradamente si esas posibilidades han llegado a transformarse en una realidad eficiente. La respuesta es, duele tener que confesarlo, de tono negativo. Es cierto, que en España hay una progresiva preocupación en la prensa por los problemas políticos, sociales, económicos y culturales de las Repúblicas Hispanoamericanas. Es verdad que los más importantes diarios españoles empiezan a tener algunos corresponsales permanentes en determinados países de habla castellana, pero la realidad es que la difusión en América de nuestra prensa y su impacto en los medios hispanoamericanos es apenas apreciable. ¿Por qué?

Este es el problema y el principal motivo de esta comunicación. Si el número de españoles en América es de orden de centenas de miles; si la preocupación por España va en lento pero seguro aumento en aquellos países; si el transporte aéreo y las comunicaciones cablegráficas y radiofónicas, brindan enormes facilidades para una información objetiva y honesta de nuestros problemas, de nuestras alegrías y de nuestros dolores, de nuestro progreso y de nuestras dificultades ¿por qué no llega a producirse en Hispanoamérica un impacto apreciable de la prensa española?

¿No será que porque así como la prensa en aquellos países, y en otros europeos, funciona con el sistema de autodeterminación y no intervención estatal sobre los directores y publicistas, tenemos todavía demasiado cerca esa intervención?

Reconozcamos que en ese sentido vamos avanzando. Hoy, la tolerancia sobre la clase de temas que tratar o de noticias de que informa se va ampliando. Pero la realidad es que aún quedan algunos de los que es difícil o imposible informar; y mientras eso suceda, mientras no haya, por rigurosa que sea, una ley de prensa, dentro de la cual puedan funcionar publicistas y directores de periódicos, asumiendo, claro está, la responsabilidad de sus decisiones, seguiremos sintiendo el despego de la prensa hispanoamericana hacia nuestros órganos de información. Un ejemplo puede aclarar este problema, y si lo expongo es porque sobre ello me han hablado repetidamente amigos y colegas, profesionales del perio-

dismo de Colombia, de Chile, Panamá y Venezuela entre otros.

En España, como en todos los países occidentales, se producen inevitablemente, a consecuencia del desarrollo económico del proceso de elevación del nivel de la vida, discrepancias teóricas sobre cuestiones públicas, fenómenos sociales o manifestaciones de descontento. Quiero subrayar que tales fenómenos no han podido jamás darse en la Alemania hitleriana, ni pueden darse en países sometidos a un régimen totalitario. Pues bien, la información sobre esos hechos, o se silencia, o se da a conocer con tal retraso que cuando aparece tiene la condición de « agua pasada », porque aquí la noticia o la información se transmite oralmente, y fuera se conoce por las informaciones de los corresponsales de prensa extranjera, que en cumplimiento de su deber, dan cuenta a sus periódicos de tales acontecimientos de igual modo que los corresponsales españoles en el extranjero nos informan de movimientos huelguísticos, protestas de orden político o inquietudes estudiantiles y agrarias de los países en los cuales residen.

Entonces hemos de preguntarnos ¿Qué resuelve o a qué conduce desde el punto de vista de la prensa, ese silencio o ese retraso? Resolver no resuelve nada, sino que el rumor transmitido como clandestino desvirtúa o disfraza en tono alarmante los hechos acaecidos ; conducir, conduce al fenómeno del que se me ha hablado por los periodistas hispanoamericanos ; que si para enterarse de noticias sociales o políticas españolas hay que acudir a informaciones de prensa extranjera, una de las finalidades informativas de nuestra prensa queda vacía, con el grave inconveniente de que el crédito y por lo tanto el prestigio de la prensa española en Hispanoamérica, se vean gravemente afectados. Y esa falta de crédito se traduce fácilmente en un desinterés que impide a nuestra prensa dar fuerza y peso a las informaciones que, sobre otros temas de evidente y notoria importancia y actualidad, trata con objetiva y honrada información.

Ya sé que existe el propósito de normalizar esta situación y que ha circulado entre las empresas periodísticas un Proyecto de Ley de imprenta para poner fin a esta posición transitoriamente prolongada. Una Ley de imprenta de aplicación general, por dura que fuese, por rigurosas que fueran las sanciones que se establezcan y que se erigieran a los publicistas y a los directores de periódicos, significaría un importante paso hacia adelante para acercarnos a esa convicción exigente de la Asociación de la Prensa interamericana sobre la libertad de expresión y la autodeterminación de los directores de periódicos que, en toda América, se considera indispensable.

Con ello habríamos vencido el recelo que actualmente dificulta la expansión de la prensa española en aquellos países. Y el mutuo conocimiento sin más cortapisas que las impuestas por la ética profesional, la veracidad de los hechos y la honesta orientación del comentarista desde su legítimo punto de vista, nos llevarían gradualmente a conseguir el máximo crédito y prestigio con sus ventajas inherentes, tanto en el orden material como en el espiritual.

Sería para mí una inmensa satisfacción que de esta II Semana Internacional de prensa, que con tanta competencia como ecuanimidad ha abordado los más importantes problemas de la prensa actual, saliese un estímulo o un apoyo para ayudar a solucionar esta última etapa de aproximación entre la prensa española y la de nuestros países hermanos de la América de habla castellana. Creo haber expuesto en la presente comunicación con la debida objetividad, las sugerencias que sobre este tema he recibido de mi periódico, y que comparten con él otros muchos diarios prestigiosos de varios países de Hispanoamérica.

JOSE DE BENITO

#### BUENOS AIRES Y SUS INTERPRETES PLASTICOS

Se dice que Emerio Essex Vidal, César Hipólito Bacle, Carlos Enrique Pellegrini, Carlos Morel, Juan León Palliera y otros dibujantes, grabadores y pintores en su casi totalidad venidos de Europa en el curso del siglo XIX, fueron, en la Argentina, nuestros primitivos. Se alude al encanto de su fiescura plástica, a la torpeza cándida que revelan sus imágenes, a un sentimiento no siempre sostenido con rigor formal y expresivo. Tal vez más lógico sea llamarlos nuestros primerizos ; y si cronológicamente Carlos Morel merece el calificativo de primer pintor nacional, Carlos Enrique Pellegrini lo es artísticamente de Buenos Aires por sus interpretaciones gráficas de dibujante, litógrafo y acuarelista.

Buenos Aires aparece en la crónica escrita por el alemán Hulrico Schmidel, que formará parte de la expedición del adelantado don Pedro de Mendoza, fundador de la ciudad, en láminas que vieron la luz en una edición de Nuremberg de 1599. Existe un dibujo holandés de 1628, y dos « vistas » de fines del siglo XVIII del italiano Fernando Brambilla, dibujante y pintor de la expedición de Alejandro Malaspina. Unas dos décadas más tarde, el marino inglés E.E. Vidal, realiza un conjunto de acuarelas que constituirán la base de las *Picturesques Illustrations of*

*Buenos Aires and Montevideo*, editadas en Londres por Ackermann en 1820. Del pincel testimonial de Vidal surgen aspectos de la ciudad del Sur con rasgos que se atienen a a « costumbres, maneras e indumentarias de las gentes en la forma más sorprendente que se presentarán durante una residencia de tres años en el país ».

Nacido en Chambéry, Saboya, Carlos Enrique Pellegrini (1800-1875) llega al Río de la Plata contratado por Bernardino Rivadavia para efectuar obras públicas, pero en ese mismo año el ilustre gobernante abandona el gobierno y el viajero debe cambiar sus instrumentos de ingeniero por los del pintor. Así lo hace, y con buen éxito, al punto de que la pintura se convierte en una ocupación que le deparará no sólo un placer estético sino una envidiable situación económica, como lo prueba una carta escrita dos años después de su llegada a un hermano que vive en París, en la que le comunica, entre otras noticias, que « en estos últimos tres meses he ganado ocho mil pesos, de los que economisé seis, que me rinden el 2 % de interés anual... », pues reúne de cien a doscientos pesos diarios, y estas entradas provienen de su labor de retratista. Es, por consiguiente, a poco de radicar en Buenos Aires, un conocido y solicitado autor de retratos, y disfruta de tal prestigio en la sociedad porteña que ha debido montar un taller propio y fijar una tarifa, ya se trate de un dibujo a lápiz, coloreado, o a la acuarela.

PELEGRINI : « JUAN BAUTISTA ALBERDI » (1832)  
(Archivo General de la Nación)



PELEGRINI : « ESTEBAN ECHEVERRÍA » (1831)  
(Archivo General de la Nación)

¿Cuál es la razón por la cual la ciudad a través de sus cultos habitantes desfila por el taller de Pellegrini? Como él mismo lo señala a su hermano « posee el don de dar parecido a los retratos ». Esta circunstancia propicia y otras dotes de su sensibilidad hicieron su fortuna y la del naciente arte argentino.

En los retratos, C.E. Pellegrini se atiene, pues, al parecido : sabe resaltar las indumentarias y peinados de las mujeres elegantes, logrando en sus composiciones un típico y gracioso ambiente de época, con un acento naturalista de contenida efusión romántica. Con agudeza penetra en los rostros de sus retratados, de los que extrae la fisonomía certera y el carácter. Los interiores de las casas porteñas —con caballeros y damas sentados o entregadas las jóvenes parejas a la danza, y los exteriores, que transcribe con fidelidad —plazas, calles, iglesias, fiestas populares, procesiones, escenas campestres—, permiten apreciar rasgos de la existencia y las costumbres nacionales. De escritura pictórica directa e ingenua, su intuitivo gusto de las formas, sus líneas y colores no exentos de calidades, revelan la dimensión cordial de su espíritu. Sus detalles de observación evidencian la riqueza natural del dibujante y reflejan vida. Pellegrini se aproxima a personas y cosas y nos da una limpia transposición de sugerencias poéticas en su visión honesta, delicada y colorida.

De este modo, Buenos Aires hace de un culto ingeniero francés graduado en la Escuela Po-

litécnica de París, un artista cuyas imágenes vivas en la historia de nuestra pintura rebasan su tiempo.

ROMUALDO BRUGHETTI

### LA TRANSFORMACION DE LA CIUDAD DE MEXICO

Un sorprendente proyecto ha venido a conmover el ambiente artístico, intelectual y ciudadano en general de la capital mexicana. Se trata nada menos que de la creación de un centro cultural y turístico sin igual en el mundo; la *rehabilitación* de la parte principal del centro de la ciudad de México, cuyos puntos de referencia monumental alrededor del *Zócalo*, de la vieja « Plaza de Armas », son: el Palacio Nacional, la Catedral, los dos grandes edificios del gobierno del Distrito Federal y el del Monte de Piedad, primero de su género en América.

A partir de esta zona más céntrica, se recuperaría a corto plazo la magnificencia y el esplendor que en tiempos pasados hizo a la capital mexicana justificadamente acreedora al título de la *Ciudad de los Palacios*. En una palabra: la salvación del México antiguo que, increíblemente, y a pesar de tantos años de destrucciones más o menos sistemáticas, mantiene aún en pie un acervo de monumentos históricos superior al de « lo que cinco capitales de la América latina puedan reunir juntas: Bogotá, Quito, Lima, La Paz y Santiago », en el decir del autor del proyecto.

El entusiasmo así despertado se acrecienta con la plena conciencia del valor de todo eso « que fue » y que ahora volvería a *ser*, al menos estéticamente. El historiador y crítico José Rojas Gardueñas llega a decir:

« La ciudad de México, cabecera del reino de Nueva España, fue la *más bella de las capitales en el siglo XVI*. A muchos parecerá esa proposición hiperbólica y desorbitada, pero el lector que tenga algunos conocimientos de historia puede hacer memoria, superficialmente, de lo que sin duda sabe acerca del París que vio la matanza de San Bartolomé, del Londres de Marlowe y Shakespeare, de la Roma que lucía sus palacios renacentistas entre callejas medievales y charcos lodosos, y del Madrid de Felipe II, apenas en plena construcción de sus casas charras (para eludir la ordenanza de alojar en pisos altos a empleados de la corte) en el dédalo de callejas retorcidas...

« En cambio el México plateresco que vieron y vivieron Cervantes de Salazar (*Diálogos*, 1564) y Bernardo de Balbuena (*Grandeza Mexicana*,

1604), que visitaron Juan de la Cueva (*Epístola al Corregidor*, 1576) y otros viajeros, ese México de calles rectas y proporcionadas, de canales y lagos que templaban el clima y evitaban el polvo, de bosques cercanos, de perfil trazado por los torreones en las esquinas de las casas nobles, los chapiteles y torres de las iglesias de la época (todavía sin bóvedas ni cúpulas), ese México fue, repito, la capital más hermosa o una de las dos o tres más hermosas de la segunda mitad del siglo XVI... »

\*

El autor de este proyecto de restitución a un vasto sector metropolitano del ambiente y la arquitectura virreynales, José Iturriaga (escritor, artista y economista, actual vicepresidente de la Nacional Financiera y por lo tanto feliz combinación en sí mismo de lo teórico y lo práctico), parte del afortunado y en apariencia malogrado *fait accompli*.

La ciudad de México conserva aún una riqueza insospechada, no tan sólo para el viandante común y corriente —que no repara en la grandeza de los monumentos frente a los cuales pasa—, sino hasta para un hombre de nivel cultural medio, quien tampoco puede advertir semejante riqueza arquitectónica debido a que lo impiden diversos factores antiurbanísticos acumulados sobre todo durante el último siglo.

Iturriaga, con pleno sentido de lo *factible*, aconseja partir de una sola calle, la de la Moneda: concretamente, en esta capital mexicana, en una sola calle hay tres testimonios iniciales de la cultura europea acarreada al Nuevo Mundo: la primera imprenta, la primera universidad y la primera academia de bellas artes, razón por la cual la calle de la Moneda merece el justo título de la *arteria cultural de mayor abolengo del hemisferio occidental*.

Ella está enclavada en una área urbana que habremos de llamar el Barrio del México Viejo, en el que todavía existe una gran homogeneidad arquitectónica y artística.

« Ningún país de nuestro continente, Canadá o los Estados Unidos, Argentina o Brasil, incluso el propio Perú, pueden ufanarse de reunir, no ya en una sola calle, sino en todos esos países juntos, los ya indicados elementos de la cultura europea que con orgullo nos conducen a afirmar, rotundamente, que la ciudad de México posee el más viejo abolengo de cultura europea en las tres Américas, antes de que existiese Nueva York, un siglo antes de que Harvard fuera un modesto colegio, dos siglos antes de que los franceses fundaran la envidiablemente bien cuidada Nueva Orleans... »

En abono de su idea magnífica, Iturriaga ha apelado a Ortega y Gasset, señalando uno de los

elementos integrantes del hombre-masa que consiste en su falta de curiosidad o preocupación histórica, ya que el hombre-masa —que se da en todas las clases sociales— no recapacita en que cuanto ahora existe ha tenido largos y accidentados antecedentes.

\*

Otro financista renombrado, Eduardo Villaseñor, ha puesto de relieve « consecuencias extraordinariamente fecundas » (fuera de las obviamente turísticas, que podrían aumentar grandemente las divisas por tal concepto, que ya ascienden a unos mil millones de dólares anuales).

La reconstrucción de calles, rehabilitación de viejos edificios, embaldosado de los paseos y la creación de un paso subterráneo (ya que además de otras medidas se prohibirá el tránsito de automóviles), todo esto dará ocupación al capital, a los hombres y aun a la imaginación creadora... La constitución de un *Fondo de Rehabilitación del México Antiguo*, al que se aporte el valor de todos los bienes que el Estado logre rescatar y la colaboración del capital privado con la garantía de los inmuebles, en forma de participación representada por un título de crédito con un rendimiento fijo asegurado, producirán sin duda la creación de una riqueza que hoy no existe... Así se lograría, además, evitar la constante pérdida de valor de los viejos inmuebles, al convertirlos en posadas, albergues y casas habitación, con todos los servicios modernos...

Es oportuno citar a Lewis Mumford, el insigne urbanista norteamericano, también escritor, quien en *La Cultura de las ciudades* señala :

« Cuando una ciudad alcanza la fase correspondiente a la megalópolis, evidentemente se encuentra en la curva descendente : se necesita un esfuerzo social enorme para compensar esa inercia, para alterar la dirección del movimiento nuevo. Sólo cuando la gran ciudad se ha convertido en tierra de desperdicio hay que buscar el hábitáculo en otra parte. »

Dos hechos extraordinariamente positivos han acompañado al afán de José Iturriaga : la reacción favorable de la opinión pública (desde gobernantes, personajes de la banca, la industria, el comercio, las artes, hasta el « hombre de la calle ») ; y la solución financiera que permita llevar a la práctica una obra tan necesaria y hermosa.

En este sentido, los peritos están acordes en que se trata de una realización « autofinanciable », que se cuenta con los recursos económicos inmediatos y « la inversión será fácilmente recuperable y remuneradora ».

La gran zona urbana que será la *Ciudad Mu-*

*seo* habrá de ser sometida a una irradiación del tránsito de vehículos de motor de explosión, de los tranvías, de la mugre, de la incuria, del pavimento de asfalto, (se embaldosarán las aceras y empedrarán las calles), de la asimetría en la altura de los edificios, de la inarmonía arquitectónica, de los antiestéticos anuncios, de las cortinas de acero, de la luz mercurial, de los establecimientos comerciales no ligados a la cultura o la industria hotelera y similares...

Una concentración humana tan grande como es la de la capital de la República Mexicana (más de 5 millones de habitantes, en constante aumento), tendrá así esta incomparable zona de solaz espiritual, este Barrio del México Viejo en torno al cual los ciudadanos habrán de transitar « impregnándose de un baño de pasado histórico ».

Ello vendría a remediar una seria deficiencia que también indica Iturriaga : México es una de las ciudades del mundo donde ya no se practica el viejo solaz del paseo, tal como lo hacían hace dos generaciones los capitalinos en la calle de Plateros (hoy Madero), como lo hace el romano en la Vía de la Conciliación, el catalán en el Barrio Gótico de Barcelona, o el argentino en la calle Florida, o el sevillano en la calle de la Sierpe...

El Barrio del México Viejo será el centro de reunión de todas las clases sociales de la capital, en donde podrán pasear y encontrar museos para ilustrarse, librerías, tiendas de artesanías artísticas, teatros, restaurantes, cafés y pequeños hoteles que a la manera de los albergues italianos puedan ofrecer hospedaje a la creciente demanda turística, que inclusive acudirán en masa con motivo de la Olimpiada Mundial de 1968, y acontecimientos similares que se están organizando.

La alternativa principal (la de que se pretexto de tal rehabilitación, por bien intencionada que sea, se condene a cierta « desvitalización » a un sector actualmente muy *vivo*, aunque sucio y decadente) ha sido bien planteada por el ministro de Educación, Jaime Torres Bodet : « Restituir a esa zona su dignidad, defenderla sin aislarla arbitrariamente, salvarla sin convertirla en un simple elemento decorativo, he ahí los propósitos que enaltecen el proyecto que se presenta a nuestra consideración. »

A lo que debe sumarse la clara advertencia de un arquitecto y urbanista de nota como lo es Enrique de la Mora : Roma no gusta, París no gusta, Nueva York no gusta al turismo sólo en función del cascarón arquitectónico... Gustan y son poderosos imanes turísticos porque *siguen siendo utilizados* por sus habitantes, y porque nos hacen sentir que estamos rodeados de expresiones todavía vigentes de cultura, creadas por

esa misma humanidad que las utiliza y que se mueve entre ellas y alrededor nuestro.

LUIS GUILLERMO PIAZZA

*LOS PUENTES DE LA HISTORIA:  
MEXICO-FILIPINAS*

Manzanillo ha sido en la historia uno de los puertos de México de mayor abolengo y renombre. De ahí partieron muchas de las más famosas expediciones que surcaron con estela de gloria las procelosas aguas del Océano Pacífico.

A Manzanillo llegaban las naos del Oriente, de la China y de las Filipinas, y en la rada de ese puerto mexicano descansaron también muchas veces, las escuadras piratas de los grandes corsarios ingleses, de hace siglos.

Manzanillo cuenta con una bahía profunda que es fondeadero natural insuperable. Tiene playas magníficas y puede ser un centro de atractivos turísticos realmente importantes.

Desde principios del siglo XVIII inicióse el cambio en la denominación del antiguo puerto de Salagua y Santiago por el de Salagua y Manzanillo. En 1924, el naciente gobierno del Territorio de Colima lo habilitó, por sus magníficas ensenadas, como puerto de altura.

Los pilotos e ingenieros ingleses Eduardo Mole y Julián Gray realizaron un minucioso estudio sobre las características geográficas y marítimas de las bahías colimenses, resultando de este primer estudio científico que la mejor bahía para establecer un puerto de altura era la de la Manzanilla o del Manzanillo.

Para la anterior determinación en el expediente histórico formado, se tomaron en cuenta los servicios prestados por Colima a la navegación colonial durante varios siglos. Desde aquella época el Estado de Jalisco pretendió que se habilitara el puerto de la Navidad, con mal éxito.

Es en el puerto de Salagua dentro de la bahía de Manzanillo donde se construyeron las embarcaciones que descubrieron las Filipinas, país oriental por su geografía y occidental por su civilización. En la heroica hazaña no solamente se hermanan dos países, México y Filipinas, sino también dos entidades de la Federación, Jalisco y Colima, en cuyas costas las naos de la conquista del hermoso país asiático fueron construídas: en Salagua, Colima y Navidad, Jalisco.

Por la circunstancia histórica expresada y sus trascendentales consecuencias, se declaró el año de 1964 el destinado a la amistad entre ambas naciones: México y Filipinas.

Honda significación tiene el hecho de que la

carretera que une a la ciudad de Guadalajara con Barra de Navidad, que limita los Estados de Colima y de Jalisco en el Océano Pacífico, se llame República de Filipinas, y que sea precisamente en el poblado de Barra de Navidad, frente el proceloso mar, donde se erigió un monumento al insigne descubridor de las Filipinas Miguel López de Legazpi. Y que sea en el puerto de Salagua, ya dentro del territorio del Estado de Colima, donde se levantará un obelisco que recordará permanentemente el lugar histórico en que se construyeron las embarcaciones que descubrieron las Filipinas.

Para conmemorar el grandioso hecho del descubrimiento y conquista de las Filipinas desde la Nueva España, iniciado en la antigua Provincia de Colima el 21 de noviembre de 1564, hace precisamente cuatro siglos, existe en la capital de Filipinas, en Manila, un monumento dedicado a su descubridor don Miguel López de Legazpi.

Miguel López de Legazpi y Fray Andrés de Urdaneta son figuras centrales en la dirección de las embarcaciones que salieron de los primitivos puertos de Colima y de Jalisco a la búsqueda de un mundo desconocido. El puerto de Barra de Navidad en su original jurisdicción pertenecía al Estado de Colima, como antigua Provincia, y por aquel entonces era Alcalde Ordinario de Colima don Pedro Dávalos Quiñónez, que había substituído en ese cargo a don Juan Avellaneda.

Dicen los historiadores, que « desde que los barcos de Legazpi hunden sus quillas en las arenas de Cebú, hasta que en 1898 cesa allí la soberanía española, la luz de la predicación que prendió Felipe II, iluminó al Archipiélago; a sus resplandores sudaron y murieron los religiosos españoles (y mexicanos, añade el Padre Cuevas), y la religión de Mahoma y las idolatrías de que estaba lleno se desarraigaron, no del todo, porque de hecho tampoco arraigó en todas las islas el poder gubernativo de España... »

« Filipinas fue, y es el único país católico en aquel mundo, que, al retirarse España, reunía más cristianos que todas las misiones juntas. »

Como resultado positivo del descubrimiento, Colima recibió la inmigración de filipinos, donde se les llamó « indios chinos », desde las primeras navegaciones de retorno que se hicieron de las Islas del Poniente. Su mayor afluencia tuvo lugar entre el último cuarto del siglo XVI y durante el siglo XVII, en cuyo largo lapso se mezclaron étnicamente con los pobladores nativos de Colima.

Colima debe a los filipinos el establecimiento de los cultivos de palmera de coco, que constituye uno de los más importantes renglones



económicos de la entidad. Las primeras semillas fueron traídas por el navegante Alvaro de Mendaña en 1569 desde las Islas del Poniente, desde las Filipinas, y su cultivo se extendió por todo el territorio de la provincia, y se formaron extensas huertas cuyo producto, la tuba, se empleó durante casi dos siglos en la fabricación del llamado vino de coco, que es materia esencial para el vinagre de tuba, típicamente regional.

Los gobiernos de los países hermanos : nuestro México y Filipinas, al declarar el año de 1964 como el de la Amistad Mexicano-Filipina, rinden un justo homenaje a aquel puñado de hombres, resueltos y valientes, quijotescos y aventureros, que validos sólo del temple de su fe y de su espada, acometieron en 1564 una grandiosa empresa, una promisoriosa aventura, que surge del ámbito de la leyenda para entrar en los amplios senderos de la Historia, y de una perenne y permanente amistad entre dos grandes pueblos.

Dice un distinguido escritor colimense, Felipe Sevilla del Río, respecto de la culminación de ese hecho trascendental, lo siguiente : « La reaparición o resurgimiento de la Nao de Manila en 1964, ya en plan de empresa moderna, constituiría en realidad un verdadero engarce histórico con el pasado y nos haría sentir, tanto a mexicanos como a filipinos, la actualidad de nuestro progreso y la vitalidad y visión de aquellos esforzados hispanomexicanos de cuya hidalga estirpe descendemos. » La realización de esa empresa podría efectuarse, quizás, en el año de 1965.

RICARDO ROMERO ACEVES

#### TEATRO EN PARIS

¿Quién teme a Virginia Woolf?, de Edward Albee, autor de vanguardia americano (32 años), de la generación de Jack Gerbert, de Jack Richardson y Arthur Kopit. Las primeras obras de Edward Albee representadas en Greenwich Village y en otros teatros periféricos, en 1958, fueron obras en un acto : *The woo Story*, *The Death of Bessie Smith*, *The Sand Boy* y *An American Dream*. Todas estas habían sido representadas junto a obras de Ionesco o de Samuel Beckett.

¿Quién teme a Virginia Woolf? desató el escándalo en Broadway y obtuvo el Premio de la Crítica dramática de Nueva York y la más alta distinción de los Estados Unidos : el « Tony Awards ». Esta obra es la primera obra de Albee de larga duración. Concebida como una obra convencional, respetando la estructura de unidad de tiempo y lugar. Apoyada en un de-

corado que podría pertenecer a una obra de Bernstein, la obra va más allá de toda convención, por la ruptura de ese tiempo y de ese lugar que logra el idioma, que se sitúa entre la ternura y la crueldad como un duelo que Madeleine Robinson y Raymond Gerome libran con todas las astucias y matices dramáticos, apoyados en una admirable adaptación francesa de Jean Cau y en la dirección de Franco Zeffirelli —director florentino de 40 años—, discípulo de Visconti, popular por haber puesto en escena a Chekov, Shakespeare y Pirandello...

¿Quién teme a Virginia Woolf?, título inspirado en aquella canción que alguna vez cantamos y que era de Walt Disney : *Who is afraid of the big bad wolf...* transcurre entre las 2 y las 5 de la madrugada. Dos matrimonios —ellos profesores en una universidad de Nueva Inglaterra. Un matrimonio —los invitados— es testigo del duelo verbal y elocuente que viaja de la vulgaridad a la ternura, de la ferocidad al amor librado por la otra pareja con ritmo de lucha libre. Una escena de matrimonio que se sitúa entre el psicoanálisis y el psicodrama, con los resortes dramáticos del teatro de la crueldad : obsesiones, humor feroz, agravios, súplicas, murmuraciones, insatisfacciones, alcoholismo mundano, dejarán sospechar una serie de acontecimientos diminutos y sensibles que van más allá de las palabras, de las escenas que los formulan y de los esquemas psicológicos en que se apoyan. ¿Quién teme a Virginia Woolf? es una obra de amor, formulada como una obra de teatro de la crueldad, donde un matrimonio neurótico, solitario, alcoholizado, insatisfecho se reprocha su soledad —la falta de hijo— y busca un testigo para denunciarlo. Teatro dentro del teatro. Y ese teatro es la confesión durante esa noche y el reconocimiento de haber inventado la existencia de un hijo imaginario y la liberación de ese fantasma... Tal vez después de estas horas de psicodrama, el matrimonio podría llegar a cantar : *Who is afraid of the big bad wolf...*

\*

En París se celebra el nuevo espectáculo del T.N.P. *Maitre Puntilla et son valet Matti*, de Bertold Brecht, que por primera vez se conoce en Francia. La crítica elogió especialmente a Georges Wilson por su interpretación y dirección, como del mismo modo celebra los decorados de Marquet. El señor Puntilla y su escudera Matti, crónica molieresca que recuerda el film de Carlos Chaplin « Luces de la ciudad », que recuerda a Figaro de Beaumarchais, y a Scapin de Molière, es una lenta arlequinada germánica, en la que Bertold Brecht hace alarde de caricaturista. Puntilla, un terrateniente finlandés, arbitrario, injusto, colérico que se desdobra

gracias a borracheras luminosas que le hacen comprender algo más de la existencia. Matti, un escudero visto por ojos sindicalistas, es un arlequín frío, lúcido y humorista que adivina la realidad marxista, sin haber leído a Hegel ni a Marx.

Puntilla y Matti, convencionales a la manera sindicalista, cuentan sus peripecias como un Patrón y un Arlequín metafísicos, inventados rápidamente en el compás de espera de un exilio: Bertold Brecht estuvo tres semanas en Finlandia, el tiempo necesario para conseguir el visto bueno de los Estados Unidos, en el momento en que huía del hitlerismo arrastrando el sol de medianoche. Escribió él la historia de Maître Puntilla y su « valet » Matti durante tres semanas, en plena obsesión nazi, en la cual se mezclaba la repulsión y la fascinación mórbida.

Esta obra de Brecht tiene el encanto y los defectos de los frutos que maduran rápidamente. Una cierta improvisación le presta un poco de vida, mientras que la obra se condena por la ingenuidad involuntaria, por un sindicalismo romántico y por un realismo primitivo. Sin embargo, uno de los encantos es que la obra deja respirar el aire de Finlandia y el paisaje es de algún modo un personaje invisible e importante.

Maître Puntilla es un turista en la humanidad, siempre acompañado por borracheras y canciones moralizantes y eróticas que acercan el aire del siglo XVIII y que se resuelve en una

crónica más humorista que militante ; por este motivo es un espectáculo soportable. Es la menos ambiciosa de las obras de Bertold Brecht, porque es la menos didáctica.

MARTA MOSQUERA.

## Temas y autores

CARLOS PELLICER, poeta que como ningún otro ha llegado a la entraña misma de México, expresa en su canto a « Teotihuacán » el orgullo de su nación (*Antes que Europa fuera flor de cultura, México / flores de maravilla dio a la cultura...*) y en « Trece de agosto » mira la rendición de Cuahatemoc con el más profundo dolor humano (*Me da tristeza, / no por mexicano, / sino por hombre*)... La muerte de Mariano Picón-Salas es un duelo para América y particularmente para *Cuadernos*. JEAN SUPERVIELLE nos ha cedido el texto de la entrevista que le hizo hace varios meses para la radio francesa, que por primera vez nos llega ahora del aire a estas páginas de nuestra revista en su « Conversación con Mariano Picón-Salas »... LUIS ALBERTO SANCHEZ, que tantas veces ha meditado sobre el tema, siempre actual, de la vida universitaria, formula esta vez sus conclusiones definitivas en « La universidad latinoamericana y el medio social »... Sobre las

---

## BOLETIN DE SUSCRIPCION

---

Le envío la cantidad de ....., importe de una suscripción a *Cuadernos* por un período de ..... a partir del N.º ....., a nombre de (1) :

.....  
 .....  
 .....

(1) Indíquese la dirección completa.

Pago mediante cheque bancario o giro postal (C.C.P. Paris 9962-63) a la administración de *Cuadernos*, 23, rue de la Pépinière, Paris 8<sup>e</sup>.

Francia : 1 año : 25 F

Norteamérica : 1 año : 6 \$ USA

Europa : 1 año : 28 F

América Latina : 1 año : 5 \$ USA

En moneda nacional, informarse cerca del corresponsal del país.

semejanzas y las diferencias que existen entre los sistemas económicos de Occidente y los del comunismo —tema que se presta a la máxima confusión y que la mayor parte de los críticos revisten frecuentemente con falso ropaje—, RAYMOND ARON, que tanto ha tenido que ver con la clarificación de esos conceptos, escribe un magistral ensayo : « Sociedad industrial, ideologías y filosofía »... El ecuatoriano MIGUEL ALBORNOZ es tal vez el primer biógrafo latinoamericano del descubridor del Amazonas. Con su mano, diestra en presentar el personaje, ha escrito un libro sobre Orellana, del cual nos cede amistosamente el capítulo que encierra mayor pasión : « El tuerto Orellana construye su nave »... La versátil curiosidad de RAMON J. SENDER, que le ha llevado a la novela, al ensayo, a la poesía, a la crítica histórica y hasta a la política, le mueve ahora en una dirección inesperada, hacia el campo de la ciencia, y escribe las apasionantes páginas que son sus « Notas sobre lo real absoluto »... La Biblioteca Nacional de París, en medio de la serie de exposiciones singularísimas que celebra todos los años, terminó el de 1964 con una en torno a « Los arquitectos visionarios », entre los que no pocos se han anticipado a los de nuestros días. DAMIAN CARLOS BAYON es quien proyecta para los lectores de *Cuadernos* el encanto de ese muestrario... QUINO CASO nos envía desde San Salvador su comentario a los « Posibles orígenes de la leyenda negra ». En nuestras páginas dialogales aborda, como comentario a una nota del director de esta revista sobre el mismo tema, la cuestión de saber cómo se produjo en Europa esa leyenda. ¿Fue el responsable, como suele afirmarse, el Padre Bartolomé de Las Casas? ¿O bien existen otras fuentes que contribuyeron a señalar y denunciar las culpas de España en la Conquista, llevada a cabo en pleno siglo XVI?... Los concursos de cuentos de *Cuadernos* han ofrecido, junto con los primeros premios otros relatos de gran mérito que fueron también seleccionados por los respectivos jurados. Entre los cuentos argentinos fue designado asimismo « Claustro de profesores », de FEDERICO PELTZER... EDUARDO CABALLERO CALDERON presenta la figura poética de Isabel Lleras de Ospina, una de las más exquisitas escritoras colombianas, cuya obra, aunque poco difundida fuera de su patria, la ha colocado en primera fila entre todas las de su tierra... De la propia ISABEL LLERAS DE OSPINA ofrecemos dos poemas, que confirmarán ante nuestros lectores el juicio anterior... NESTOR ALMENDROS, el crítico cubano a quien venimos confiando las notas sobre cine, apunta observaciones originales y agudas en « Cine y documento », páginas que constituyen una oportuna lección.

# Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA  
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

*Director*

GERMAN ARCINIEGAS

*Consejo de Honor*

Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos y Erico Veríssimo

*Redacción en París*

Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

*Consejo de Redacción*

Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, José Luis Martínez, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

*Arte*

Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

*Ilustradores*

Sergio Trujillo Magnenat  
y Adriana Figueredo

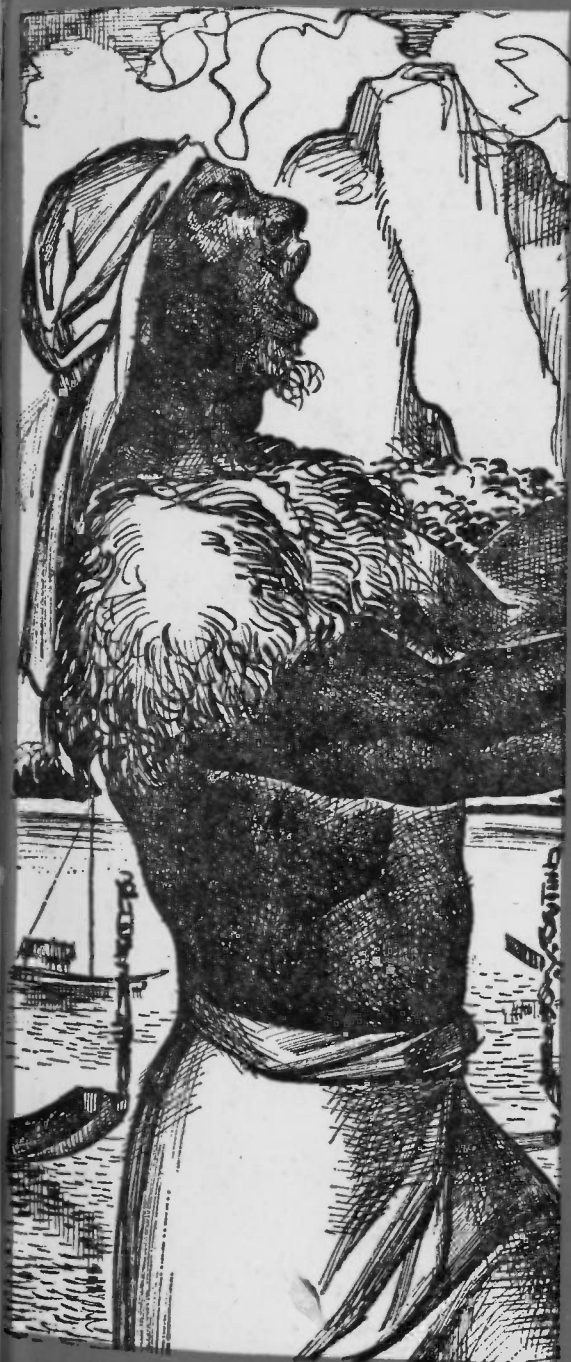
*Corresponsales*

Asunción : Josefina Plá  
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela  
Bonn : Rafael Gutiérrez Girardot  
Buenos Aires : H.A. Murena  
Caracas : Guillermo Morón  
La Paz : Fernando Díez de Medina  
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz  
Montevideo : Dora Isella Russell  
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo  
Nueva York : Joaquín Maurín  
San Juan de Puerto Rico : María Teresa Babín  
Quito : Alejandro Carrión  
Santiago : Raúl Silva Castro  
Tegucigalpa : Oscar Acosta

*Redacción y Administración*

23, rue de la Pépinière, Paris (8)  
Teléfono : EUR 37-59

# Cuadernos



DIDEROT Y LA INDEPENDENCIA DE AMERICA  
Germán Arciniegas

DONJUANISMO BRASILEÑO  
J. O. de Meira Penna

POR LEER DE NUEVO A UNAMUNO  
Guillermo Morón

UN CUENTO DEL CONCURSO MEXICANO  
«¿Quién soy?» por Rubén Marín

LA ACTUAL LITERATURA ALEMANA  
Rafael Gutiérrez Girardot

ATAGUALLPA Y LAS GALLINAS  
Alejandro Carrión

MUSICA FRANCESA Y MUSICA DE AMERICA  
Hugo Patiño

«LES HALLES» (POEMA)  
Jorge Carrera Andrade

POTOSI: LA PLAZA DEL REGOCIJO  
Vicente Terán Erquicia

EL MERCADO COMUN DE LATINOAMERICA

POR MIGUEL S. WIONCZEK

ABRIL DE 1965 — N° 95

# CUADERNOS

Revista Mensual

23, rue de la Pépinière, Paris (8) (Francia). Tel. : EUR. 37-59

## SUSCRIPCIONES

*Francia*  
1 año : 25 F  
6 meses : 13 F

*Otros países europeos*  
1 año : 28 F  
6 meses : 15 F

*América del Norte*  
1 año : 6 \$ USA  
6 meses : 3,25 \$ USA

*América Latina*  
Informarse cerca del  
agente de cada país

## AGENTES

### ALEMANIA

BERLIN-Dahlem, Schorlemerallee 28, « Der Monat ».

### ARGENTINA

BUENOS AIRES, Editorial Sudamericana, Alsina 500.

### BELGICA

BRUXELLES, Agence et Messageries de la Presse, 14-22, rue du Persil (C.C.P. 416-69).

### BOLIVIA

LA PAZ, Ghsbert y Cia., Calle Comercio 125, Librería Selecciones, av. Camacho 369. — Universal Bookstore, Mercado 68. — COCHABAMBA : Los Amigos del Libro, Calle Perú, esq. España.

### BRASIL

RIO DE JANEIRO, Hachette, 299, av. de Erasmo Braga, 3º andar.

### COLOMBIA

BOGOTA, Agente General : Alberto Giraldo, Av. Jiménez nº 8-49, Of 605 - Ap Aéreo 37-27.

### COSTA RICA

SAN JOSE, Eleazar Calvo Brenes, Ap. 67.

### DINAMARCA

COPENHAGUE S, M. Schielmann, 17 Islands Brygge.

### ECUADOR

QUITO, Su Librería, Plaza Independencia.

### ESTADOS UNIDOS

NEW YORK 11, Geromé Gutiérrez, Lectorium Corporation, 185, Seventh Av.

### FILIPINAS

QUEZON CITY, M. Francisco Sionil José, 108 C Santol Sta. Mesa.

### HOLANDA

LA HAYA, Martinus Nijhoff, Lange Voorhout 9.

### INGLATERRA

LONDRES S.W.1. « Encounter », Panton House 25 Haymarket.

### ISRAEL

TEL AVIV, Steimatzky's Agency Limited, Citrus House, P.O. Box 628.

### ITALIA

ROMA, Associazione Italiana per la Libertà della Cultura, Via Giuseppe Pisanelli 2 (C.C.P. 1-8363). Librería Internazionale Paesi Nuovi, Via Aurora 33-35.

### MARRUECOS

CASABLANCA, Sochepresse, 1, Place de Bandoeng.

### MEXICO

MEXICO, Jaime Muñoz, Dr. C. Bernard, 18 A. Librerías de Cristal, Pergola del Palacio de Bellas Artes, Ap. 80-92. Suscripciones : Agencia General Mexicana, Av. Patriotismo nº 328, México 18 - Tel. 15 10 12.

### NICARAGUA

MANAGUA, Sr. V. M. Manuel García Schmul, Ap. 2133.

### PANAMA

PANAMA, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza Arango.

### PARAGUAY

ASUNCION Mares e hijos, Calle Estrella 972-986.

### PERU

LIMA, Virgilio Rojas, Belén 1042.

### PORTUGAL

LISBOA, Agencia Internacional de Livrería e Publicações, Rua S. Pedro de Alcantara, 63, 1.º Do.

### PUERTO RICO

SAN JUAN, Librería Campos, San Francisco 266. — RIO PIEDRAS, Librería Universidad de Puerto Rico, Apartado 2102.

### REPUBLICA DOMINICANA

SANTO DOMINGO, Librería Amengual, El Conde, 49.

### EL SALVADOR

SAN SALVADOR : Librería Cultural Salvadoreña, Edif. Veiga, 2a, Av. Sur.

### SUIZA

GINEBRA, Naville et Cie, 5-7, rue Lévrier (C.C.P. 1-116).

### URUGUAY

MONTEVIDEO, Distribuidora Uruguaya de Diarios y Revistas, Calle Ciudadela 1424.

### VENEZUELA

CARACAS, Press Agencias, S.A., Edificio El Nacional. Apartado 2763.

# CUADERNOS



ABRIL 1965

N° 95

EL FUTURO DE LA ASOCIACION LATINOAMERICANA DE LIBRE COMERCIO	3	<i>Miguel S. Wionczek</i>
DIDEROT Y LA INDEPENDENCIA DE LA AMERICA ESPAÑOLA	11	<i>Germán Arciniegas</i>
POTOSI : LA PLAZA DEL REGOCIJO	20	<i>Vicente Terán Erquicia</i>
LA INDIA QUE VI	25	<i>Salvador Reyes</i>
DONJUANISMO BRASILEÑO	33	<i>J.O. de Meira Penna</i>
SOBRE LA LITERATURA ALEMANA ACTUAL	43	<i>Rafael Gutiérrez Girardot</i>
LA INFLUENCIA DE LA MUSICA FRANCESA EN LA CREACION MUSICAL DE AMERICA LATINA	49	<i>Hugo Patiño</i>
POR LEER DE NUEVO A UNAMUNO	59	<i>Guillermo Morón</i>
ATAGUALLPA Y LAS GALLINAS	69	<i>Alejandro Carrión</i>
DON JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA	77	<i>Salvador Cruz</i>
<b>RELATO</b>		
¿QUIÉN SOY?	53	<i>Rubén Marín</i>
<b>ARTE</b>		
LOS CINCUENTA AÑOS DE PINTURA DE PETTORUTI	73	<i>Damián Carlos Bayón</i>
<b>POESIA</b>		
« LES HALLES »	31	<i>Jorge Carrera Andrade</i>
<b>CIENCIA</b>		
GRANDES FIGURAS DE LA FISICA	81	<i>Arturo Aldunate Phillips</i>
<b>LIBROS</b>		
« ESQUEMA GENERACIONAL DE LAS LETRAS HISPANOAMERICANAS », DE JOSE JUAN ARROM	87	<i>José Olivio Jiménez</i>
« LE NOYÉ », DE TRISTAN SOLARTE	88	<i>Antonio Espina</i>
« ÉL » (ARTIGAS), DE RUBEN DARIO	89	<i>Dora Isella Russell</i>
« DEL ARTE A LA HISTORIA EN LA FILOSOFIA MODERNA », DE EMILIO ESTIU	90	<i>Ezequiel de Olaso</i>
<b>NOTAS</b>		
	91	<i>Rolf Schroers, Marie Pascal, A.C. y Marta Mosquera</i>
<b>TEMAS Y AUTORES</b>	95	

4125916



**C**UADERNOS es una revista internacional. Sirve a veinte repúblicas y ha sido, al mismo tiempo, puente de enlace entre nuestra América y los demás continentes. En una edición cualquiera se encontrarán artículos venidos de Buenos Aires, de México, de Asunción, de Quito, de Caracas o de San Juan de Puerto Rico; comentarios escritos en Alemania; notas de París o de Nueva Delhi o de Israel. Las colaboraciones son solicitadas, y muchas veces un artículo suele ser objeto de una correspondencia de meses... luchando con la exquisita tradición que cultivan nuestros amigos de no contestar las cartas. Al hacer el balance de los dos últimos años de la revista hemos comprobado que quizás no hay una sola república de donde no hayamos podido presentar un artículo, un poema, un cuento. Hemos logrado que dialoguen con los latinoamericanos los africanos, y que los europeos hayan comentado nuestros libros, discutido algunos de nuestros problemas. Una vez Mariano Picón-Salas presentó aquí los problemas de la UNESCO y su voz venezolana encontró eco en la de un mexicano: Daniel Cosío Villegas. De este diálogo hubo resonancias dentro de la UNESCO misma. Cuando Josué de Castro, el brasileño, presentó el problema del hambre en América Latina, le respondió el francés Pierre Monbeig, director del Instituto de Altos Estudios para América Latina de la Universidad de París. Fernando Díez de Medina escribe un pequeño ensayo sobre el Ande boliviano y su misterio, y lo ilustra el dibujante colombiano Sergio Trujillo Magnenat. Así se van entretejiendo los trabajos y los días en una revista que es como una placita de nuestra América, idealmente ubicada en el corazón de Francia...

A veces, lo que resulta parece de milagro. Tenemos el orgullo de poder decir que la revista es una de las más limpiamente corregidas que se editan en lengua castellana, pero debe recordarse que se hace en una imprenta francesa, y muchos se sorprenderán cuando sepan que los linotipistas no son españoles... sino polacos. Es cierto que el proceso de corrección de pruebas es más riguroso que en una imprenta española. Tres veces se pasan por la criba de los correctores los trabajos, y un personal ya muy experto tiene que tomar a su cargo esta responsabilidad... No bien ha salido de las prensas un número de Cuadernos, cuando quien primero ve sus defectos es el propio personal directivo. Siempre, para nosotros, hay algo que ha quedado mal o que hubiera podido resultar mejor. Las críticas que nos llegan suelen ser las que nosotros mismos nos habíamos hecho. Sobre un cuaderno que se lanza al público, hay mil, diez mil ojos atentos, no todos benévolo. De pronto recibimos cartas de aldeas de México o de Colombia en donde se nos señalan errores, o de Suecia o de España. En el fondo cada carta de estas nos regocija, porque sabemos por ella que tenemos personas que nos siguen en todo el mundo, y que no se lanzan estas páginas a la indiferencia y al vacío. Si así no fuera, no valdría la pena de cumplir el trabajo en que nos empeñamos. De pronto, quien descubre el error es la persona inesperada. Una vez pedimos a Piero Bargellini que nos escribiera sobre el papa Juan XXIII. Era en los días en que se le otorgaba el Premio de la Paz. Nadie mejor capacitado que Bargellini, su biógrafo y el biógrafo de Pío XII, para una tarea semejante. Las páginas que entonces nos envió el ilustre florentino figuran entre las cosas buenas que Cuadernos ha tenido la suerte de entregar a sus lectores. Pero en ella había un error, y quien lo descubrió fue el propio Juan XXIII. Bargellini había errado en una cita de la Imitación de Cristo, y graciosamente fue Juan XXIII quien se lo hizo ver. Son estas las consecuencias naturales de nuestro oficio... que lo mismo nos turban que nos halagan. Las declaramos sencillamente para que puedan participar mejor los lectores de Cuadernos de algo de nuestra vida interior.

A.

# El futuro de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio

POR MIGUEL S. WIONCZEK

CUATRO AÑOS DE EXPERIENCIA de la ALALC han demostrado que cualquier propósito de integrar un número de economías en desarrollo para acelerar el crecimiento económico es una tarea por demás difícil, en la que entran en juego cuestiones no sólo económicas, sino también políticas. La empresa es mucho más ardua de lo que dan a entender los teóricos inclinados a lo tradicional, cuando dicen:

«...el método más sencillo para cada uno de los países latinoamericanos, sería adoptar un arancel *ad valorem* bastante uniforme sobre una amplia variedad de mercancías. Luego, dentro de esta estructura, en el régimen de libre empresa, las fuerzas de la oferta y la demanda seleccionarían automáticamente las industrias que hubieran de especializarse aquí y allá. Esta... sería la solución ideal»<sup>(1)</sup>.

El quid del problema, al menos en el caso de América Latina, estriba en el hecho de que la integración económica de Estados soberanos se intenta en un medio sumamente nacionalista, en el cual, a

causa del subdesarrollo, no funcionan ni automática ni eficazmente las fuerzas de la demanda y la oferta. Esto hace que la fijación de unas tarifas de importación uniforme en el área no sólo sea sumamente difícil desde el punto de vista económico y administrativo, sino, por sí misma, inapropiada. Sólo tendría utilidad en el caso en que una serie de mecanismos de integración no comercial, creados de antemano en la región, ofrecieran a los países participantes una distribución bastante equitativa de los beneficios derivados del programa de integración. En otras palabras, el establecimiento de una tarifa aduanera común no es ni la primera ni la única condición para obtener buen resultado, pero debe ser considerado, probablemente, como uno de los pasos finales en una fase muy avanzada de la integración.

No es de ningún modo casual que las tensiones que existen en el seno de la ALALC tuvieran su origen primeramente entre los países latinoamericanos de menor desarrollo relativo. Bolivia, después de haber participado en las negociaciones del Tratado de Montevideo, no se incorporó a la ALALC, manifestando a este propósito que, en vista de su subdesarrollo extremo y de su dependencia respecto a fuentes de aprovisionamiento no latinoamericanas, y no estando en condiciones de vender nada a sus vecinos, difícilmente podría esperar ganancia alguna de sustituir las importaciones desde terceros países por

(1) Comentarios de Gottfried Haberler en el grupo de trabajo sobre política internacional de América Latina, de la Conferencia sobre Inflación y Desarrollo Económico (Río de Janeiro, enero de 1961), reproducidos en Werner Baer e Isaac Kerstenetzky (editores), *Inflation and Growth in Latin America* (The Economic Growth Center, Yale University), Homewood, Ill. Richard D. Irwin, Inc. 1964, p. 465.



otras procedentes de la zona de libre comercio. Hubo un momento, hace pocos años, en que Ecuador amenazó con retirarse de la ALALC, a causa de los perjuicios fiscales resultantes de la reducción de derechos sobre las importaciones intrazonales y de su imposibilidad de ampliar su comercio de exportación con la Zona. En la actualidad, Colombia, Chile y Uruguay hablan francamente de la crisis de la ALALC y abogan por una revisión completa del mecanismo del Tratado de Montevideo. Cada uno de estos tres países, no solamente tiene déficit considerable con la Zona, sino que, debido a la insuficiencia de la estructura de la producción, no ve ninguna posibilidad de mejoramiento en su posición durante largo tiempo todavía, mientras el programa integracionista se limite a la liberalización del comercio.

Los autores del Tratado de Montevideo se dieron cuenta, intuitivamente, de que el progreso de la integración dependería del reparto equitativo de los beneficios entre los países participantes. El concepto de reciprocidad que figuró en los primeros proyectos del acuerdo regional fue sometido a revisión cierto número de veces, pero su debilidad persiste, ya que gira al rededor de los beneficios que pueda rendir a cada país individualmente el comercio regional. Pero son tales las diferencias en los niveles relativos de desarrollo dentro de América Latina, que ni siquiera esa reciprocidad limitada puede alcanzarse. La prueba concluyente de esto nos la suministra Paraguay, un país a cuyo comercio de exportación le concedieron en 1962 los países de mayor desarrollo de la ALALC libre acceso en la Zona. Esta concesión óptima de comercio unilateral no afectó en lo más mínimo las relaciones comerciales de Paraguay con la ALALC. Ni siquiera dio resultado —lo que debiera haber acontecido, de acuerdo con la teoría neoclásica del comercio internacional—, en respuesta a la nueva situación ventajosa de costos comparativos, por lo que hace a la redistribución de los factores de la producción paraguaya y a la afluencia al Paraguay de capital y nuevas técnicas del exterior. Sólo quien no tenga la menor idea de lo que el extremo subdesarrollo económico y social significa hubiera podido es-

perar que el levantamiento de las barreras arancelarias que afectan a la exportación de Paraguay a la ALALC llegase a determinar un cambio en la estructura productiva de aquel país, la expansión de su comercio intrazonal y un poderoso estímulo a su desarrollo económico, en general (2).

En el Capítulo III del Tratado de Montevideo se esbozaban unas cuantas medidas en favor de países situados en una fase relativamente menos avanzada de desarrollo económico, a fin de reforzar sus disposiciones sobre reciprocidad. Aunque la mayor parte de tales medidas se contraían al mecanismo del programa de liberalización comercial, ofreciendo a los miembros subdesarrollados cláusulas de escape adicionales y posibles preferencias unilaterales, algunas recomendaciones llegaban más allá de eso. Se proponía en el Tratado que los miembros de la ALALC, colectivamente considerados, concertasen acuerdos de asistencia financiera y técnica con la finalidad de promover la expansión de actividades productivas en los países de menor desarrollo relativo.

En 1963, la Tercera Conferencia Anual de la ALALC elaboró un programa especial para la ejecución de estas recomendaciones, en el que estaban previstas, entre otras medidas, las de ayuda financiera, asistencia técnica y apoyo institucional conjunto de las solicitudes de ayuda económica sometidas a las instituciones financieras internacionales por los países miembros relativamente más subdesarrollados. Pero estas iniciativas no se tradujeron en hechos concretos. La cuestión no hizo sino

(2) Podrá alegarse que aunque « una zona regional de libre comercio [en una región subdesarrollada] puede aumentar la desigualdad dentro de la región... no por eso debe presumirse, sin embargo, que el incremento de la desigualdad es forzosamente malo, siempre que el menos favorecido salga de ello un poco mejor librado ; el aumento de la desigualdad puede justificarse si es la mejor manera de obtener, en la región toda, un rápido progreso » (Sir Roy Harrod, en una nota publicada en *The Economic Journal*, Londres, Vol. LXXIII, N° 292, diciembre de 1963, p. 708). Mas esta proposición es políticamente insostenible en el mundo subdesarrollado de nuestros días.

complicarse todavía más al surgir otro grupo de países denominados de mercados nacionales insuficientes (Colombia, Chile, Perú y Uruguay), los cuales se quejaban amargamente de la ausencia de beneficios a cuenta del programa de integración. Aceptada la validez de estas quejas, se pidió a la Comisión Asesora de Desarrollo Industrial, de la ALALC, que concediera prioridad a la elaboración de los proyectos industriales regionales que fuera posible establecer en territorios nacionales del grupo intermedio. De este modo, al menos teóricamente, quedó admitida la existencia de tres grupos diferentes en el seno de la ALALC, como se había sugerido ya en un proyecto de tratado de mercado común que en 1959 elaboró el Grupo de Trabajo de la CEPAL.

No es de ahora la preocupación general ante el insatisfactorio progreso de la ALALC. Pero, oficialmente, fue expresada por primera vez en la primavera de 1963, por medio de una declaración conjunta de los Presidentes de Brasil y Chile. En ese documento, ambos mandatarios se pronunciaban por la convocación de una conferencia especial de los ministros de Relaciones Exteriores de la ALALC con objeto de crear un órgano consultivo, de alto nivel político, que entendiese en todas las materias de integración con el fin de: coordinar los planes y políticas de desarrollo económico en la Zona; armonizar las políticas aduanera y comercial, con la mira de llegar a una tarifa arancelaria externa común; impulsar el programa de liberalización del comercio intrazonal; establecer un esquema de pagos regionales y un fondo para la financiación de las exportaciones industriales de la ALALC y, por último, elaborar una política regional de transportes (3). La iniciativa brasileño-chilena coincidió con la publicación de un estudio del Dr. Raúl Prebisch, escrito con motivo de su resignación del cargo de secretario general de la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina. En ese estudio se criticaban franca-

mente las relaciones de la ALALC, y del mismo es la apreciación que sigue:

«Después de la celeridad con que logró concertarse, la Zona Latinoamericana de Libre Comercio ha superado ampliamente, durante los dos primeros años, los compromisos mínimos de desgravación que el Tratado de Montevideo hace obligatorios. Pero, frente a la inmensa tarea que le es imperativa, el ritmo de su avance podría volverse excesivamente pausado y receloso... Sería un error considerar que los instrumentos que consagra el Tratado no son eficaces en sí mismos. Lo son, pero faltan grandes decisiones políticas para que esa eficacia se traduzca en hechos que resistan posibles factores de estancamiento en un futuro cercano» (4).

A fin de evitar los riesgos de un posible estancamiento de la ALALC, Prebisch sugería ciertas medidas regionales conjuntas. Primeramente, consideraba que deben fijarse metas cuantitativas para la reducción arancelaria en amplios grupos de mercancías, con la mira de abatir —dentro del período de perfeccionamiento de la Zona, que se señala en el Tratado— la tarifa aduanera promedio entre los miembros hasta un 15% sobre el conjunto de los productos, y de eliminar por completo, en el mismo lapso, cualesquiera otras restricciones comerciales. En segundo lugar, se pronunciaba por la negociación simultánea de un número considerable de acuerdos complementarios, no sólo en lo que respecta a las industrias básicas y dinámicas, sino también para otras industrias de crecimiento menos acelerado. Requería, como tercer punto, que el principio de reciprocidad se definiera nuevamente, vinculando el programa de liberalización comercial con los acuerdos industriales complementarios y con un esquema de pagos regionales. Por último, recomendaba el establecimiento en fecha próxima de una institución de fomento dotada de considerables recursos financieros, con objeto de financiar proyectos industriales y movimientos comerciales y de prestar ayuda para el reajuste a nuevas condiciones de determinadas

(3) «Declaración conjunta de los Presidentes de Brasil y Chile» (Santiago, 24 de abril de 1963), reproducida en *Comercio Exterior*, México, Vol. XIII, N° 5, mayo de 1963, pp. 316-17.

(4) Raúl Prebisch: *Hacia una dinámica del desarrollo económico latinoamericano*. México, Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 107.

actividades económicas del área, la cual pudiera ser afectada negativamente por el acelerado programa de liberalización comercial. A juicio del más destacado portavoz del programa de integración:

«La conjugación de acciones concretas y simultáneas... constituye un requisito, requisito esencial para que puedan incorporarse, sin riesgos, elementos de automatización en el régimen de metas [de liberalización comercial] que hemos propuesto. Pero esa misma automatización acentúa la urgencia de definir líneas precisas para la marcha progresiva hacia el mercado común, ya que de ellas tendrán que desprenderse las orientaciones indispensables a la elaboración de los planes de desarrollo económico de cada país. A su vez, el mismo curso de planificación irá ofreciendo mejores elementos de juicio para abordar los problemas del mercado común. En otros términos, tiene que haber una estrecha y recíproca vinculación entre el criterio de asignación de recursos en los planes nacionales y las medidas formativas de este mercado (5).

Después de la declaración de los Presidentes de Brasil y Chile y de las nuevas propuestas de Prebisch, hubo, en el curso de año y medio, un número considerable de recomendaciones y sugerencias originadas, al nivel de peritos, dentro y fuera de la ALALC. La Comisión Especial creada recientemente en la ALALC para definir los obstáculos que impiden que se acelere la implantación de los objetivos del Tratado de Montevideo, confirmó en septiembre de 1964 que la ausencia de compromisos firmes por parte de los miembros de la ALALC, tanto en la esfera comercial como en otros campos, era la causa que moderaba el ritmo de la liberalización del comercio y que no permitía acelerar en la forma esperada la tasa de crecimiento económico en la totalidad de la región. Una vez más se proponía que las partes contratantes coordinasen sus políticas económica y comercial, armonizasen sus planes nacionales de desarrollo y adoptasen medidas conducentes a la incorporación de los productos agrícolas al

programa de liberalización comercial. Además, la Comisión se pronunciaba por una apresurada negociación de acuerdos complementarios en sectores de importancia esencial para el desarrollo económico, el establecimiento de dos cuerpos consultivos regionales que representasen, respectivamente, a los organismos de planificación nacional y a las autoridades monetarias, la aceleración de programas multinacionales de inversión en el campo de la energía eléctrica, los transportes y las comunicaciones, y la busca de una nueva fórmula automática de negociación en lo que toca a las concesiones arancelarias recíprocas (6).

Ahora bien: lo mismo que en el propio Tratado de Montevideo y en las noventa resoluciones aprobadas por las tres Conferencias de la ALALC que se celebraron entre 1961 y 1963, no se agregó mucha sustancia, en forma de propuestas detalladas, a todas esas recomendaciones generales de medidas que adoptar conjunta o separadamente por los gobiernos de la ALALC. El meollo del informe de la Comisión Especial se reduce a una solicitud de más órganos consultivos, más reuniones de peritos y más estudios, como si ya bien avanzado 1964 no se conocieran todavía suficientemente los defectos y los tropiezos de la ALALC. Esta vaguedad nugatoria únicamente puede explicarse por el hecho de que la Secretaría de la ALALC no cuenta con personal propio de alta calidad en el ramo de la investigación, y de que los representantes gubernamentales en las reuniones de los órganos subsidiarios del Comité Ejecutivo de la ALALC no están facultados por sus gobiernos respectivos para adentrarse en discusiones más sustantivas.

Parece dudoso que pueda lograrse un proceso palpable sin una revisión del Tratado de Montevideo, de suerte que todas las piezas que faltan en el programa de

(6) Reunión de la Comisión Especial creada por la Resolución 75 (III). *Informe de la Conferencia de las Partes Contratantes en su Cuarto Período de Sesiones Ordinarias*. (ALALC/CE/I/Informe), Montevideo 18 de setiembre de 1964, pp. 7-22.

(5) Raúl Prebisch: *Op. cit.*, págs. 121-122.

integración sean definidas detalladamente y suscritas sin reservas por los países participantes. Esto depende, a su vez, de que los países participantes se hallen dispuestos a convenir en que las políticas —nacional y regional— tienen que evitar que surjan graves desequilibrios en el comercio intrazonal, asegurar tasas comparables de crecimiento a largo plazo sin aumentar las distancias económicas dentro de la zona, y permitir que todos los miembros participen en el proceso de industrialización. Tales objetivos difícilmente pueden alcanzarse con la exclusiva celebración de negociaciones aduaneras una vez al año y las consultas circunstanciales en campos ajenos al comercio. Dicho en otros términos, un crecimiento económico equilibrado de la región implica la renuncia a una parte de la soberanía nacional por cada participante y el funcionamiento eficaz de un número de órganos ejecutivos regionales, cuyas decisiones finales sean acatadas por todas las partes.

Lo que se necesita entonces es una especie de planificación regional del desarrollo, un organismo financiero regional dotado de recursos bastantes para la ejecución de proyectos plurinacionales de inversión productiva y de infraestructura, una política conjunta de incentivos fiscales para nuevas actividades de alta prioridad dentro de la estructura regional, un código común para el tratamiento de la inversión privada externa, y, en fin, un mecanismo que, durante el período de transición, permita compensar a los países de menor desarrollo relativo de las pérdidas fiscales derivadas de la reducción regional de aranceles. En resumen, un nuevo tratado, o un conjunto de convenios anexos al tratado en vigor, debe procurar, no sólo el establecimiento gradual de una unión aduanera, sino también la creación de una estructura de pagos regionales, un banco regional de desarrollo, un régimen mancomunado de incentivos fiscales a la nueva inversión, una amplia red de acuerdos de complementación industrial y un fondo de compensación para los países de menor desarrollo relativo. Para obtener buen éxito, es condición indispensable la coordinación de las políticas de ayuda de los países industriales al área en proceso de

integración, en vez del actual laberinto de programas de ayuda bajo la influencia, en gran parte, de consideraciones políticas inmediatas o de presiones de los exportadores nacionales. El considerable progreso del Mercado Común Centroamericano, en el que la mayoría de esas condiciones se han cumplido, y donde la tarea resulta también más fácil, debido a la similitud de los niveles de desarrollo económico, atestigua la viabilidad de la solución expuesta, en sus múltiples aspectos.

Esas condiciones necesarias para una venturosa integración económica latinoamericana, ¿pueden cumplirse en un tiempo razonable? En lugar de dar una respuesta categórica a esta cuestión fundamental, sería mejor describir antes las fuerzas políticas, sociales y económicas que simultáneamente laboran en pro y en contra del proceso integrador de América Latina, región en la que es honda todavía la división interna, a la vez que está sujeta a toda clase de presiones exteriores.

En el nivel político supremo, la ALALC cuenta con el apoyo de todos los gobiernos participantes y con el de los Estados Unidos, si hemos de tomar al pie de la letra las innumerables declaraciones oficiales formuladas después de firmarse el Tratado de Montevideo. Esto no significa forzosa-mente que al programa de integración se le esté prestando alta prioridad en el nivel ejecutivo de los gobiernos respectivos, que es donde se adoptan diariamente las decisiones de política económica. La ausencia de un verdadero apoyo continuo para la ALALC, o para cualquier otro objetivo a largo plazo en la región, se debe, no sólo a la tradicional inestabilidad política en la mayor parte de América Latina, sino también a la consiguiente falta de políticas económicas nacionales bien definidas, fenómeno que, a su vez, además de reflejar los constantes cambios del equilibrio de fuerzas en los gobiernos nacionales, particularmente considerados, pone de manifiesto la absoluta falta de coordinación dentro de las ramas ejecutivas, aun en aquellos países en que existe globalmente la estabilidad política. Si la situación fuera otra, los órganos ejecutivos de la ALALC serían mucho más fuertes de lo que son en realidad y no estarían expuestos a los

continuos cambios de posición en que incurrían los países participantes sobre cualquiera de los asuntos que se discuten.

Es cierto que en cada uno de los países miembros del Tratado de Montevideo existe una comisión nacional de la ALALC, pero el peso de estos órganos, cuando se trata de definir las políticas en el campo de la integración, es en extremo limitado. Puesto que cada problema concreto relacionado con la ALALC se resuelve en el nivel nacional, no según sus propios méritos dentro de la estructura de la política regional, sino a la luz de las circunstancias internas del momento, no hay continuidad en las decisiones relativas al presente y al futuro de la ALALC. Cada gobierno se cree en el caso de tener que reclamar de los restantes países miembros un inmediato *quid pro quo* por cada concesión que otorga —ya sea en el comercio o en cualquier otro campo—, y ninguno de esos gobiernos parece dispuesto a prescindir de beneficios inmediatos, aunque pequeños, a cambio de posibles, y aun seguras, ganancias mayores en lo futuro.

La situación se complica todavía más por la completa ausencia de vínculos, en el área, entre las políticas de industrialización nacional y los objetivos de desarrollo regional: los peritos que trabajan en los planes nacionales y los que se dedican a las cuestiones de integración coexisten en un aislamiento. Ello es reflejo sólo en parte de las divisiones y la diversidad de programas a que dan lugar las engorrosas estructuras administrativas de los gobiernos latinoamericanos. Buena parte de la responsabilidad recae sobre las instituciones financieras internacionales, las cuales intervienen a veces como asesoras en las planificaciones nacionales y suministran recursos externos para la ejecución de estos planes, en cada país. La actitud asumida por tales instituciones para con la ALALC, hasta los tiempos más recientes, ha sido, en el mejor de los casos, de indiferencia (7).

(7) Las misiones enviadas por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento a Kenia, Uganda y Tanganyika, hace pocos años, apenas si hicieron mención, en sus informes finales, de

La mejor prueba de que a la integración regional se le concede escasísima importancia en el nivel ejecutivo gubernamental de la mayoría de las repúblicas latinoamericanas la tenemos en el hecho de que la conferencia suprema sugerida en la primavera de 1963 por los presidentes de Brasil y Chile, y a la que dieron su apoyo posteriormente los jefes de Estado de Argentina y México no se ha reunido hasta la fecha. La idea misma de congregar a los ministros de Relaciones Exteriores de todos los países integrantes de la ALALC no parece ser demasiado feliz, toda vez que la participación de esos titulares en las cuestiones económicas externas está limitada las más de las veces, en América Latina, a un protocolario despacho de comunicaciones entre las instituciones internacionales y regionales y los organismos nacionales directamente interesados. Los problemas económicos internacionales se consideran ajenos a la incumbencia de los ministerios del Exterior, y en el alto personal de éstos raramente figuran peritos en economía.

El apoyo prestado a la ALALC en los niveles nacionales emana, por regla general, de pequeños grupos de consejeros y técnicos de Hacienda y de otros ministerios. Mas el criterio de éstos no suele prevalecer en las resoluciones interministeriales, que se adoptan sobre bases *ad hoc* en respuesta a presiones y contrapresiones emanadas de los sectores privados de la economía. En estos sectores, el apoyo más firme a la integración procede de las nuevas empresas de la industria nacional, regidas por la creciente clase de empresarios educados en el extranjero —que conocen las ventajas de los grandes mercados y de la producción en masa— y de bancos de

la existencia de un mercado común de África oriental, y similar ha sido el interés mostrado respecto a la ALALC por varias misiones consultivas extranjeras que actuaron en América Latina. Quizás valga la pena señalar también que en discusiones con representantes de los organismos de ayuda de los Estados Unidos oye uno, de vez en cuando, que en vista de que la ALALC es asunto estrictamente latinoamericano, no hay razón para que los Estados Unidos hayan de preocuparse de tal experimento.

propiedad privada nacional que tienen que luchar por la expansión de sus negocios, frente a la competencia de la comunidad bancaria extranjera, que sirve y financia ampliamente las actividades tradicionales de exportación e importación. Los grupos contrarios a la ALALC son los grandes intereses agrícolas, que tienen los mercados asegurados en los países industriales; las viejas firmas del campo de la industria de artículos de consumo, que viven cómodamente al abrigo de altas barreras de protección arancelaria, y los pequeños empresarios ineficaces, profundamente convencidos como están de que nada podrían ganar con acuerdos de complementación industrial regional y de que serían barridos por la competencia de otras partes de la región.

Las actitudes que asumen respecto a la ALALC las compañías extranjeras que operan en América Latina dependen de la medida en que se hallan envueltas en la vida económica de la región. Las empresas de capital extranjero que producen bienes primarios para exportarlos no ven ninguna ventaja en la integración, ni se molestan en adoptar una posición al respecto. En cuanto a las empresas industriales internacionales que a fines del decenio de los cincuenta se asentaron firmemente en los principales países de América Latina, son, por regla general, enemigas embozadas de la ALALC. Les va muy bien ajustándose a las políticas autárquicas nacionales, y no conciben que la integración económica vaya a reportarles ningún beneficio. En realidad, ello es imposible, mientras las casas matrices prohíban las exportaciones procedentes de sus sucursales en el exterior, a fin de evitar la competencia con sus propias ventas directas a las repúblicas de menor desarrollo en la región. No es ningún secreto, por ejemplo, que las posibilidades de integración regional de la industria automovilística en América Latina son prácticamente nulas, debido a la oposición de gigantescas empresas extranjeras que cuentan con instalaciones de producción o de ensamble en la mayoría de los grandes y medianos países de la ALALC. Pero, al mismo tiempo, muchas de las firmas extranjeras que están empezando a operar en América Latina ven en

la constitución de la ALALC una posibilidad de competir ventajosamente con firmas desde más antiguo establecidas y que únicamente trabajan en escala nacional. Otras nuevas industrias, que están apareciendo en el medio latinoamericano con una contribución relativamente importante de la inversión y la tecnología, consideran la especialización intrarregional y los acuerdos de complementación como un paso adecuado para dar visos de respetabilidad a unas posibles prácticas de carteles.

Este antagonismo entre intereses económicos nacionales y externos, considerado en términos de los grupos de presión, hace que se constituyan coaliciones bastante sorprendentes. Por una parte, vemos frentes comunes hostiles a la ALALC, compuestos por políticos ultranacionalistas y burócratas anticuados que pretenden defender la soberanía de su país, grandes terratenientes, industriales nacionales de mentalidad acusadamente tradicionalista, grandes empresas extranjeras que operan en el campo de los bienes de consumo y pequeñas negociaciones industriales que trabajan con métodos obsoletos. En las coaliciones partidarias de la ALALC figuran economistas, tecnócratas y políticos de los más evolucionados, de entre los que siguen los principios de la CEPAL; las nuevas empresas industriales medianas de propiedad nacional, algunos banqueros nacionales de los países miembros y, por último los integrantes de todas aquellas grandes empresas industriales extranjeras que tratan de lograr acceso a los mercados latinoamericanos. Los sindicatos obreros, tanto los libres como los dominados por la autoridad gubernamental, no toman posición, por regla general, en ningún asunto que no tenga una relación inmediata con sus afiliados. Para ellos, sencillamente, el problema de la integración económica de América Latina no existe.

Dicho según la terminología política tradicional, la derecha y la izquierda radicales son opuestas a la ALALC: la acalorada derecha, por miedo a las consecuencias de cualquier cambio social y económico; la izquierda intelectual, porque presiente que el mercado común latinoamericano acabará cayendo en manos de

potentes intereses extranjeros (8). La batalla se libra en el seno de este complicado tejido político y social. El desenlace que al fin tenga ha de depender en gran parte del hallazgo de nuevas fórmulas técnicas, capaces de asegurar a todos los participantes en la ALALC oportunidades por lo menos iguales de participar en los beneficios del programa de integración, así como de fortalecimiento de las fuerzas políticas del centro, que tienen un esclarecido y genuino interés en la cooperación económica regional. Sin embargo, en América Latina de hoy, como en el resto del mundo

(8) En los días en que se suscribía el Tratado de Montevideo, el año 1960, cuando la prensa de Hearst, en los Estados Unidos, publicaba una serie de artículos en los que se proclamaba que el programa de integración latinoamericana era consecuencia de la infiltración de « agentes comunistas » en los organismos de la ONU, los periódicos de extrema izquierda de Chile y Brasil tildaban a la ALALC de ser un nuevo instrumento de « dominación imperialista de América Latina ».

(9) Barbara Ward : *The Rich and the Poor Nations*, Nueva York, Norton and Co. Inc., 1962, p. 13.

(10) « Los países latinoamericanos seguirán siendo —y así deberá ser— diferentes a la vez de los Estados Unidos y de Europa, mas no es necesario que aprecien su destino futuro en función de la mitad meridional no occidental del mundo, justamente porque comparten con las sociedades de Asia y Africa una situación de subdesarrollo » (Hubert H. Humphrey : « U.S. Policy in Latin America », *Foreign Affairs*, Vol. 42, N° 2, julio de 1964, p. 587).

subdesarrollado, los grupos intermedios son —y tienen que ser— mucho menos ortodoxos que los de los países avanzados. Y esa falta de ortodoxia no contribuye en nada a garantizarles el apoyo externo.

Los centros industriales del mundo no pueden hacerse fácilmente a la idea de que, por razones debidas en parte a ellos, pero que no está en sus manos modificar, « vivimos en la época más catastróficamente revolucionaria con que hayan tenido que enfrentarse en cualquier tiempo los hombres » (9) y, por consiguiente, su política ante los esfuerzos de integración latinoamericana sigue siendo ambivalente, confusa y contradictoria. Ellos quisieran sacar a América Latina del peligroso estancamiento en que se encuentra, pero sin modificar el equilibrio de fuerzas económicas dentro y fuera de la región; otorgan ayuda económica gota a gota, mas no están dispuestos a revisar profundamente las políticas comerciales seguidas con los países en desarrollo; sostienen en forma limitada el esfuerzo de integración, pero temen que surja un nacionalismo regional que pudiera conducir a unas relaciones más estrechas entre América Latina y el resto del mundo subdesarrollado (10). Esta ambivalencia desorientadora en el Norte, agregada a los enormes obstáculos con que se tropieza dentro de América Latina, puede hacer que el progreso futuro de la ALALC sea extremadamente lento y que, por tanto, debilite aún más la posible contribución de ese mecanismo de integración al desarrollo económico de la región.

# Diderot

## y la independencia de la América Española

POR GERMAN ARCINIEGAS

**A**MÉRICA, por su presencia física, y por el hecho de surgir el hombre americano como un nuevo personaje histórico, ha sido un ingrediente esencial en los momentos culminantes de la cultura de Occidente : el Renacimiento y la Ilustración. Todas las especulaciones del siglo XV encuentran su coronamiento en el descubrimiento de América. Y las teorías de los enciclopedistas su corolario en la Independencia de América. Lo que hasta 1492 no había pasado de ser fábula o cálculo atrevido, se convierte en realidad. La ciencia y los sistemas astronómicos anteriores tienen que revisarse radicalmente. Sin América no se explican las lecciones de Copérnico, ni Galileo se explica sin Copérnico. A su turno, quien viene luego a inaugurar la era de la razón, Descartes, no se explica sin Copérnico, sin Galileo, sin América.

Quizás en donde se tuvo una más viva sensibilidad para registrar la aparición del Nuevo Mundo fue en Francia. O al menos en un escondido rincón de Francia : en Saint-Dié, donde se le dio el nombre de América al continente revelado por Amerigo Vespucci. El movimiento secular de revisiones filosóficas, de aventuras artísticas, de viajes atrevidos y hasta la propia travesía gloriosa de Colón, no vinieron a ser sino como la preparación para que Vespucci pudiera hacer el anuncio más sensacional de aquella época : que las nuevas tierras descubiertas no eran una isla ni una costa del Asia, ni nada que tuviera que ver

con los continentes ya conocidos, sino un nuevo mundo, un nuevo continente.

La noticia dada por el florentino duplicaba el tamaño de la esfera presentida por Toscanelli. Se anunciaba otro océano que resultó más vasto que el temido Atlántico. Hoy mismo no nos damos cuenta exacta de lo que significó el anuncio de Vespucci para las gentes cultas de Europa en el comienzo del XVI : en Florencia, al recibir su carta, se decretó la iluminación de la ciudad. De Alemania, Johann Reuchlin escribía a Florencia pidiendo una copia del nuevo globo del mundo para saciar la curiosidad de los humanistas. El rey Fernando el Católico acabó dándole a Vespucci el puesto más alto que nunca tuvo la marina de sus reinos : le hizo Piloto Mayor, con mando y control sobre todos los pilotos que cruzaran el Atlántico. Pero donde el entusiasmo llegó a extremos románticos fue en la modesta abadía de Saint-Dié, en Lorena, donde un minúsculo grupo de exaltados canónigos, entregado a hacer una nueva edición de la geografía de Ptolomeo, decidió lanzar la estupenda idea de dar el nombre de « América » al Nuevo Mundo, ya que el anuncio de su existencia se debía a Amerigo Vespucci. Jugando con el nombre de Amerigo, los canónigos, que también eran poetas, formaron así una palabra mágica, que tuvo fortuna volando en alas de un librito que hoy vale más que ningún otro en el mercado de los bibliófilos.

Con ese Nuevo Mundo, pintado en una



esfera que quedaba suspendida en el espacio, Copérnico pudo imaginar un sistema en que el sol quedara como el centro de un grupo de planetas. Así comenzó a girar la tierra alrededor de ese sol, para horror de muchos lectores de las Escrituras que, aceptando esa hipótesis, no podrían explicar la historia de Josué. Cuando Copérnico tomó en sus manos la esfera que había anunciado Vespucci, estaba aún fresca. No hacía treinta y cinco años que se había publicado el librito de Saint-Dié. La rapidez con que él llega a formular la nueva teoría, muestra cuán intenso fue para la imaginación de los sabios el estímulo del formidable anuncio. A poco, Galileo comprueba la exactitud del sistema de Copérnico. Pero tan confusa era aún la línea divisoria entre las dos épocas, que el sabio polaco en un principio sólo presentó su sistema como una teoría, y el sabio pisano hubo de sufrir el humillante proceso a que fue sometido por la Inquisición. Con todo, una frase quedó vibrando en la historia : *E pur si muove...* Con estos antecedentes se inicia la era de la razón. Descartes no hubiera podido escribir su *Discurso sobre el método* sin tener aclarado el problema del mundo. Él era ante todo un matemático, y no hay que olvidar que cuando condenaron a Galileo, Descartes se ocupaba en escribir una nueva exposición sobre el sistema del mundo basándose en Copérnico. Por prudencia dejó de lado este trabajo en que había gastado cuatro años. Pero, aun sin escribirlo, quedó como el telón de fondo que anima su sistema filosófico.

En la literatura de la época se le da el nombre de Tierra Firme al continente americano. En realidad, América fue Tierra Firme no sólo para la conquista española, sino para la ciencia. Para que pudieran alcanzar la otra orilla de su ambición el Renacimiento y el pensamiento del Humanismo. No se equivocaron en su entusiasmo los canónigos de Saint-Dié...

\*

Si América, como prueba física de la redondez y del tamaño del globo, le sirve de corona al Humanismo, el hombre americano, como problema de la libertad hu-

mana, es el punto de partida en que se apoya el pensamiento europeo para llegar a la nueva filosofía de la Enciclopedia y de los Derechos Humanos. Nunca antes del descubrimiento de América, el caso de hombres de otras tierras —Africa, Asia— había despertado dudas tan profundas sobre ciertas instituciones tradicionales de la vida en Occidente, como la esclavitud, que atentaban contra la dignidad humana. Más aún : durante dos siglos sucesivos se continuó o se desarrolló la cacería de negros en el Africa, y hasta la víspera del descubrimiento el mismo rey Fernando el Católico le había enviado como regalo al papa Inocencio VIII cien moros esclavos, que el pontífice distribuyó entre cardenales y señores amigos. Colón mismo pensó que podría sufragar los gastos de sus nuevas expediciones agarrando indígenas de las Antillas y vendiéndolos en Sevilla, cosa que veía él más segura que el oro que no hallaba en las islas.

Por extraños escrúpulos de conciencia surge entonces, en algunos espíritus cristianos, la duda de si es posible reducir a la esclavitud al pueblo americano. Es una duda contemporánea al descubrimiento, y que encuentra acogida inmediata en un rey tan realista como Fernando el Católico. Él rey escribe al obispo Fonseca, encargado por Colón de la venta de sus esclavos, diciéndole que no hiciera ninguna venta en firme mientras no se ponía en claro el derecho a disponer de los indígenas en esa forma. E Isabel se indignó en Sevilla cuando supo de la remesa de indios que había hecho Colón para venderlos a 1.500 maravedís la pieza. ¿Qué poder tiene el mío Almirante —exclama— para dar a nadie mis vasallos? La reina ordena que se devuelvan a América.

Con un sentido más o menos confuso de los derechos del hombre, aparecen así los defensores de los indios, que acaban por hacer escuela y dictar leyes. Primero es fray Antonio Montesinos que responsabiliza en la isla de Santo Domingo a los españoles por la guerra injusta que hacen a los indios. En un sermón famoso, predicado frente al propio Diego Colón, confunde a sus oyentes anunciándoles que están cometiendo pecado mortal con sus crueldades. Culmina esta nueva corriente del pensamien-

to en defensa del hombre americano con la apasionada prédica de fray Bartolomé de las Casas, que da origen a las leyes de Indias en que los reyes asumen el papel de defensores de los indios. No menos positivos que Las Casas fueron los misioneros que se acercaban a los americanos para descubrir sus lenguas y para incorporarlos en la civilización cristiana. Montolinia, muy insigne, que creía en el buen talento y grande habilidad de los indios, difundió entre los de Tlaxcala la enseñanza musical con tan buen provecho que un indio cantor compuso toda una misa que oyeron con asombro los españoles.

El europeo, frente al hombre americano, no pudo tener la misma actitud que frente a naciones completamente bárbaras. Una ciudad como la de México o Tenochtlán, que descubrió Cortés, o como Cuzco, que hallaron los Pizarros, imponían respeto. Aquí surge Montaigne, después ciertamente de que Rabelais hiciera su cuarto libro de *Pantagruel*, inspirado en la conquista del Canadá. Pero Montaigne no se detiene en lo pintoresco. Para Montaigne la barbarie no estaba en los indios, sino en los conquistadores. Su idea de buen salvaje no aparece en los *Ensayos* como una fantasía, sino como el estudio de una realidad. A su manera, hace su propio discurso sobre el método en torno a América. Pone en guardia a sus lectores para que no se dejen engañar por los escritores. Ellos —dice— no se contentan con presentar los hechos como son, sino que, glosándolos, los deforman, o tratan de formular leyes generales partiendo de observaciones fragmentarias. Les interesa más el testimonio simple y llano de un observador común. Y para informarse de ese mundo que acaba de descubrirse, Montaigne toma contactos directos con un viajero que ha pasado doce años en el Brasil, y discurre con los indios paraguayos que se han traído a Francia. Montaigne no se documenta en los apasionados alegatos de Las Casas, sino en un libro que se considera favorable a la conquista española: la *Historia* de López de Gómara. A todo lo largo de los *Ensayos* aparecen varios ejemplos tomados de López de Gómara que le sirven para establecer comparaciones morales entre las ideas europeas y las costumbres americanas. Lo que da ma-

yor universalidad a la obra de Montaigne es el hecho de que en la misma forma en que enplea, como lo hicieron hasta ese momento los moralistas, ejemplos de Grecia o de Babilonia o de Egipto, tomados de los autores antiguos, cita ejemplos americanos, tomados no sólo de Gómara, sino de otras fuentes: la *Historia de Portugal* de Osorio y el *Viaje al Brasil* de Jean Lery.

Es difícil encontrar en ningún otro autor contemporáneo de Montaigne páginas tan firmes en la condenación de las crueldades cometidas por los españoles de la conquista, ni tan fervorosas en elogio de las civilizaciones de México y el Perú. Leyendo sus descripciones del imperio incaico o del mexicano, descripciones que confirman en buena parte la arqueología del siglo XX, se encuentra en ellas un espíritu de justicia que no ha tenido hoy don Ramón Menéndez Pidal cuando dice, oponiéndose a los sabios de nuestro tiempo, que entre los pueblos civilizados del viejo mundo no hay ninguno que en los más remotos milenios a que las memorias alcanzan, estuviese en tan prehistórico atraso.

Montaigne dice que ni Grecia ni Roma ni Egipto podían ofrecer obras comparables a los caminos calzados de piedra del Perú que iban de Cuzco a Quito por las abruptas regiones de los Andes. Encontraba estupendo el que no usaran el oro para hacer monedas, sino para objetos puramente ornamentales. La división de las tierras se hacía con simples cuerdas de algodón. No había ni letras, ni mentira, ni traición, ni disimulo, ni avaricia. ¿Ilusiones de Montaigne? ¿Verdades de Menéndez Pidal? A lo mejor, verdades de Montaigne, a pesar de su exageración nacida del entusiasmo. En trescientos años de escuela europea, los mayas conquistados por Cortés y Alvarado no hicieron en la colonia obras de arte comparables a las que se han descubierto en el Palenque precolombino... Pero donde pone su mayor énfasis Montaigne es en la grandeza humana de Cuauhtemoc y Atahualpa en el momento en que los españoles los someten al suplicio.

En 1562 un grupo de guaraníes llevados del Brasil se presentaron en Ruán ante la corte de Carlos IX. De ellos aprendió Montaigne lecciones de poesía y de moral. En

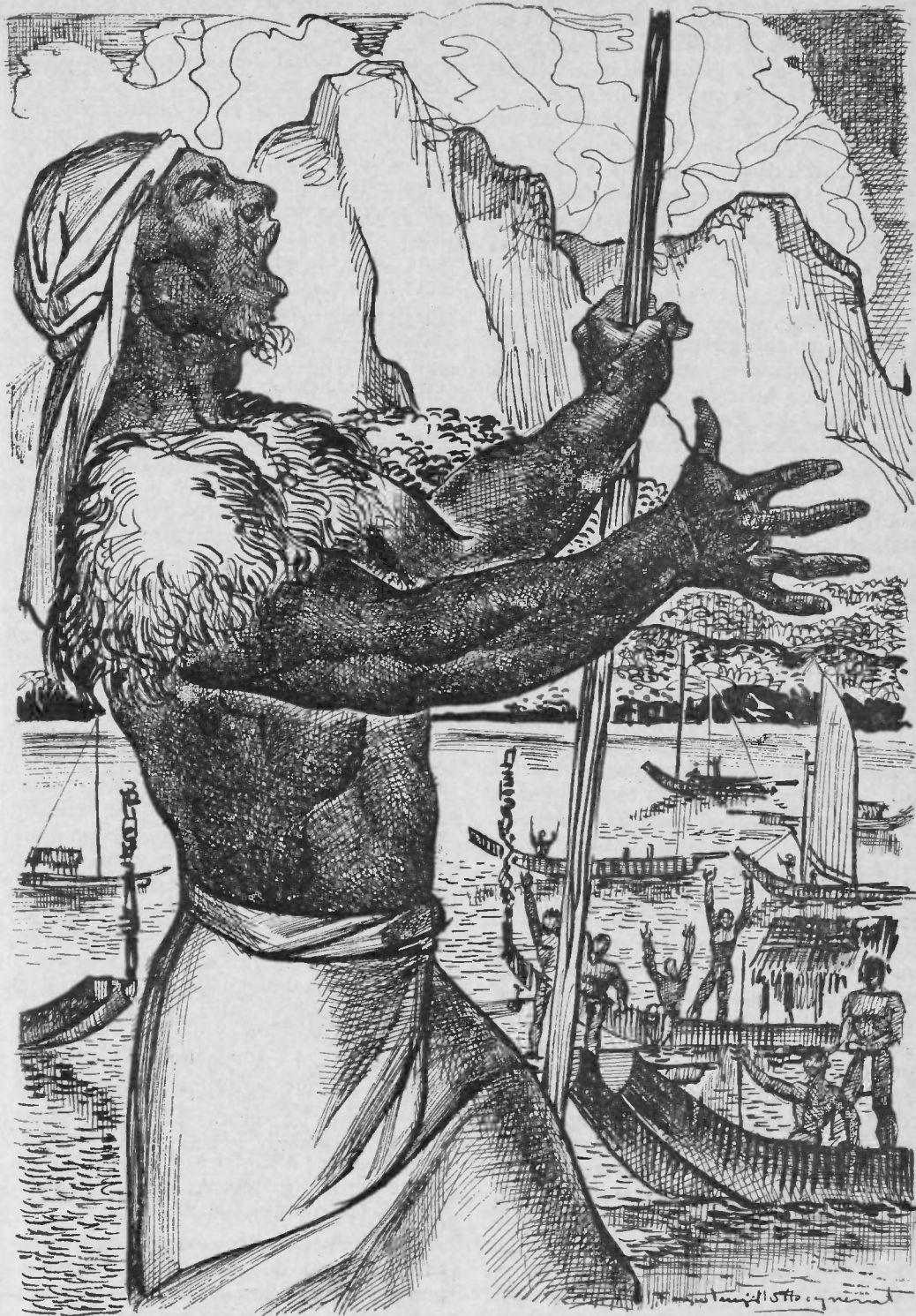
los *Ensayos* recuerda la canción guerrerá guaraní que comenzaba con esta estrofa : « Culebra, detente ; detente, culebra, para que mi hermana pueda sacar del modelo de tu pintura la manera de elaborar un rico cordón que daré a mi amiga : así sea en todo tiempo tu belleza y tu disposición preferida para todas las demás serpientes. » Montaigne comenta : « Esta primera estancia es el estribillo de la canción. Pero yo tengo bastante trato con la poesía para juzgar que, en esta invención, no sólo no hay nada de bárbaro, sino que es absolutamente anacreóntica. Por lo demás, su lenguaje es un lenguaje dulce, que tiene un sonido agradable y se asemeja a las terminaciones griegas. » Montaigne anunció la ruina de estos buenos salvajes que dejaban el claro cielo azul del Paraguay por venir a la engañosa corte del rey de Francia, pero advirtió que no eran tan simples que se dejasen engañar por las apariencias. Dice que el rey Carlos les hizo ver la pompa de la corte y la belleza de la ciudad. « Después solicitó alguien su opinión y quiso saber lo que habían encontrado más admirable ; ellos contestaron tres cosas, de las cuales he olvidado la tercera, y esto me disgusta ; pero conservo dos en la memoria. Dijeron, en primer lugar, que encontraban muy extraño que tantos hombres grandes, con barba, fuertes y armados, que estaban alrededor del rey (es posible que hablasen de los suizos de su guardia), se sometieran a obedecer a un niño, y que no escogiesen más bien a uno de entre ellos para mandar ; segundo (su manera de expresarse es tal que llaman a los hombres mitades unos de otros), que habían advertido que había entre nosotros hombres plenos y rebosantes de toda suerte de comodidades, y que sus mitades estaban mendigando a sus puertas, descarnados por el hambre y la pobreza ; y encontraban extraño que estas mitades tan miserables pudieran sufrir tal injusticia, que no estrangulasen a los otros o incendiaran sus casas. » El discurso que Montaigne pone en boca del indio paraguayo sería el mismo que un revolucionario de izquierda haría hoy en un parlamento al ponerse en discusión el eterno problema de la desigualdad social. Pero en el momento en que se prepara la Enciclopedia tiene un valor especial porque el Occidente se mueve

una vez más al descubrimiento de América. Con una diferencia con respecto a lo que fueron los conquistadores del siglo XVI : en el siglo XVIII quienes van a descubrir el Nuevo Mundo son los geógrafos, los botánicos y los naturalistas. Son La Condamine y Bougainville, Malespina, Cook y Humboldt. De nuevo se plantea el problema de la libertad del hombre americano y esta vez para llegar a una solución radical. La América inglesa se anticipa a proclamar la república en los tiempos modernos. Pronto va a caer el imperio español y el portugués como triunfos lejanos de la Ilustración.

\*

Rousseau le da nueva vida a las ideas de Montaigne. Ya el autor de los *Ensayos* había insinuado la desconfianza que había que tener de las artes y las letras, y achacado los vicios del hombre americano al contagio con la perversión de la vida occidental. Rousseau amplifica estas ideas en su famoso discurso sobre las artes y las letras. Es más : se anticipa a los americanos del sur a dar el grito de independencia, y 50 años antes de Bolívar escribe en *El Contrato Social* : « ¿Cómo podrá un individuo o pueblo apoderarse de un territorio inmenso, privando de él al género humano, de otro modo que por una usurpación punible, puesto que arrebató al resto de los hombres su morada y los alimentos que la naturaleza ofrece en común? Cuando Núñez de Balboa tomaba, desde la playa, posesión del Océano Pacífico y de toda la América meridional en nombre de la corona de Castilla, ¿era esto razón suficiente para desposeer a todos sus habitantes, excluyendo igualmente a todos los príncipes del mundo? Bajo estas condiciones las ceremonias se multiplicaban inútilmente : el rey católico no tenía más que, de golpe, tomar posesión de todo el universo, sin perjuicio de suprimir en seguida de su imperio lo que antes había sido poseído por otros príncipes. »

Es notorio que estos sentimientos y estas ideas eran compartidos por los hombres de la Ilustración ; es notorio, y razón tenía Bolívar cuando exclamó : « La libertad de América es la esperanza del universo. » O



DIBUJO DE SERGIO TRUJILLO MAGNENAT

cuando unos años antes, en 1815, al instalar en las orillas del Orinoco el congreso de Angostura decía : « Aquí es el lugar de repetiros. Legisladores, lo que os dice el elocuente Volney en la dedicatoria de sus *Ruinas de Palmira* : « A los pueblos nacientes de las Indias Castellanas, a los jefes generosos que los guían a la libertad : que los errores e infortunios del mundo antiguo enseñen la sabiduría y la felicidad al Nuevo Mundo. »

\*

Diderot que cultivó en un principio la amistad de Rousseau, rinde luego culto a los viajeros que hicieron el reconocimiento de América : La Condamine y Bougainville. Además, hace la revisión de la tercera edición del famoso libro del abate Raynal *Histoire philosophique et politique du commerce et des établissements des Européens dans les deux Indes*. Yves Benot, que ha hecho el estudio comparativo de las tres ediciones del libro de Raynal, ha podido precisar las palabras de Diderot en el texto de 1781, que son un constante testimonio de su espíritu anticolonialista. Diderot anunciaba la liberación de los negros, antes de que la proclamara Toussaint l'Ouverture, y ¡en qué forma! Tal como podrían hablar en nuestro siglo algunos negros del Africa : « Si me ha sucedido esto, pido por ello perdón a Dios, y pido perdón a los hombres. »

« ¡Bárbaros europeos! El brillo de vuestras empresas no me ha engañado. Su éxito no me ha disimulado su injusticia. Con frecuencia me he embarcado, con la imaginación, en las naves que os transportaban a esas regiones lejanas. Pero una vez en tierra en vuestra compañía y convertido en testigo de vuestros crímenes, me he separado de vosotros ; me he precipitado entre vuestros enemigos, he tomado las armas en contra vuestra ; he bañado mis manos en vuestra sangre. Aquí lo declaro, y si por un momento dejo de veros como una nube de buitres hambrientos y crueles, con tan poca moral y tan poca conciencia como esas aves de rapiña, que mi obra y mi memoria, si me es dado dejar alguna después de mi muerte, merezcan el peor de los desprecios y sean objeto de execración » (capítulo XXIV del libro I en 1781).

\*

Quien habría de ofrecer la mejor oportunidad a Diderot para que diera rienda suelta a sus ideas sobre el anticolonialismo y sobre la abolición de la esclavitud iba a ser Bougainville. Después de haber fracasado este ilustre naturalista y navegante en su proyecto de establecer una colonia francesa en las islas Malvinas, que debería quedar bajo la bandera española, hizo su famoso viaje alrededor del mundo, y tuvo la oportunidad de visitar algunas regiones de Sudamérica, pasar por el estrecho de Magallanes, ir a Tahití. Al viaje que publicó en 1771, Diderot le escribió el *Suplemento*, en donde se ve con mayor claridad que en ninguna otra de sus obras la proyección del pensamiento de Montaigne, tal como Rousseau lo desarrollaba y como Diderot lo aplicaba al problema colonial. El tema de los jesuitas que apasionó tanto a los enciclopedistas, tuvo su punto de apoyo en la reacción que se produjo contra el benévolo juicio que venía formándose de las misiones del Paraguay. Lo que Montesquieu consideró una república platónica, perdió todo su encanto a causa de la guerra que produjo la revisión de la frontera entre las colonias portuguesas y españolas. Los jesuitas fueron sometidos a una cruda revisión, y en *Candide*, Voltaire halla un plato delicioso para su paladar reduciendo el experimento de las misiones paraguayas a un objeto de los mayores sarcasmos. Más vigoroso aún es el ataque de Diderot, cuando pone en labios de Bougainville un juicio sobre lo que fue el gobierno de los jesuitas. Después de todo *Candide* era una novela, y el diálogo de Diderot con Bougainville tiene el valor de un reportaje periodístico, donde no hay ficción, sino crudo realismo. La liberación de los indios de la servidumbre jesuítica, de los negros esclavos de los colonos españoles, son temas que en el *Suplemento* al viaje de Bougainville colocan a Diderot directamente en el plano de los precursores de la independencia de las colonias de América.

En el *Suplemento* aparece renaciendo la misma escena de los guaraníes frente a los europeos que evocaba Montaigne, y el mismo elogio del hombre natural. Más aún : dramatizando el tema, en frente a un vie-

jo indio que sabe lo que son los conquistadores europeos, a la muchedumbre de los tahitianos que se han deslumbrado con la llegada de Bougainville. El viejo les dice a los tahitianos :

« ¡Llorad, desdichados tahitianos! ¡Llorad! Pero que sea por la llegada y no por la partida de esos hombres ambiciosos y malvados : algún día los conoceréis mejor. Algún día volverán, llevando en una mano el trozo de madera que habéis atado a la cintura de éste, y en la otra, el hierro que pende al lado de aquél, para encadenaros, degollaros o someteros a sus extravagancias y a sus vicios. Algún día serviréis bajo sus órdenes, tan corrompidos, tan viles y tan desgraciados como ellos. Pero yo me consuelo ; ya llego al fin de mi carrera ; y ya no veré la calamidad que os anuncio. ¡Oh tahitianos, amigos míos! Tendríais un medio para escapar a tan funesto porvenir ; pero preferiría morir antes que aconsejaroslo. ¡Que se alejen y que vivan! »

Después, dirigiéndose a Bougainville, añadió : « Y tú, jefe de los bandidos que te obedecen, aleja prontamente tu navío de nuestra costa : somos inocentes, somos felices ; y tú sólo puedes menoscabar nuestra felicidad. Nosotros seguimos el instinto puro de la naturaleza ; y tú has tratado de borrar su carácter de nuestras almas. Aquí todo es nuestro ; y tú nos has predicado no sé qué distinción entre lo tuyo y lo mío. Nuestras hijas y nuestras mujeres nos son comunes ; tú has compartido este privilegio con nosotros ; y tú has venido a encender en ellas furios desconocidos. Se han vuelto locas en tus brazos ; y tú te has mostrado feroz contra los suyos. Ellas han empezado a odiarse ; vosotros os habéis degollado por ellas ; ellas han vuelto a nosotros manchadas con vuestra sangre. Nosotros somos libres ; y he aquí que tú has hundido en nuestra tierra el título de nuestra esclavitud futura. Tú no eres ni un dios ni un demonio : ¿Quién eres, pues, para hacer esclavos? ¡Orú, tú que entiendes la lengua de esos hombres, dinos a todos, como me lo has dicho a mí, lo que han escrito sobre esa hoja de metal : ¡Este país es nuestro! ¡Este país es tuyo! ¿Por qué? ¿Porque has puesto el pie en él? Si un tahitiano desembarcase un día en vuestras costas y si grabase en una de vues-

tras piedras o en la corteza de uno de vuestros árboles : este país pertenece a los habitantes de Tahití, ¿qué pensarías tú de eso? ¡Tú eres el más fuerte! ¿Y qué importa esto? Cuando te han quitado una de esas miserables bagatelas de que está lleno tu navío, has gritado y te has vengado ; y al mismo tiempo, has proyectado en el fondo de tu corazón el robo de toda una comarca! ¡Tú no eres esclavo! ¡Tú preferirías morir antes que serlo, y quieres someteros a servidumbre! ¿Crees que el tahitiano no sabe defender su libertad y morir? El hombre de quien quieres apoderarte como si fuera una bestia, el tahitiano, es tu hermano. Ambos sois hijos de la naturaleza. ¿Qué derecho tienes tú sobre él que no tenga él sobre ti? Tú has venido. ¿Nos hemos lanzado, acaso, sobre tu persona? ¿Hemos saqueado tu nave? ¿Nos hemos apoderado de ti y te hemos expuesto a las flechas de nuestros enemigos? ¿Te hemos asociado en nuestros campos al trabajo de nuestras bestias? En ti hemos respetado nuestra imagen. Déjanos nuestras costumbres ; son más prudentes y más honradas que las tuyas ; nosotros no queremos trocar lo que tú llamas nuestra ignorancia por tus luces inútiles. Nosotros tenemos todo lo que nos es necesario y bueno. ¿Somos dignos de desprecio, porque no hemos sabido crearnos necesidades superfluas? Cuando tenemos hambre, tenemos comida ; cuando tenemos frío, tenemos vestidos.

« ... ¡Vuelve a tu país a agitarte y atormentarte cuanto quieras! ¡Déjanos descansar! ¡No quieras convencernos de tus necesidades ficticias ni de tus virtudes quiméricas! ¡Mira a estos hombres! ¡Mira qué derechos, qué sanos y que robustos son! ¡Mira a estas mujeres! ¡Mira qué derechas, qué sanas, qué frescas y qué bellas son! ¡Toma este arco ; es el mío! ¡Pide la ayuda de uno, dos, tres o cuatro de tus compañeros y tratad de tenderlo! Yo lo tieno solo. Yo labro la tierra ; escalo la montaña ; penetro en la selva ; recorro una legua en el llano, en menos de una hora. A tus jóvenes compañeros les ha costado trabajo seguirme, y yo tengo más de noventa años. ¡Desgraciada isla! Desgraciados los tahitianos presentes y todos los tahitianos del porvenir, desde el día en que nos has visitado! Nosotros sólo conocíamos una

enfermedad, esa a la que el hombre, el animal y la planta han sido condenados : la vejez. Y tú nos has traído otra : has infestado nuestra sangre. Tal vez nos veamos obligados a exterminar con nuestras propias manos a nuestras jóvenes, a nuestras mujeres y a nuestros hijos ; a los que se han acercado a tus mujeres ; a las que se han acercado a tus hombres. Nuestros campos se empaparán de la sangre impura que ha pasado de tus venas a las nuestras ; o nuestros hijos se verán condenados a morir y a perpetuar el mal que tú has dado a sus padres y a sus madres, y que transmitirán para siempre a sus descendientes. ¡Desdichado! ¡Tú serás culpable de los estragos que seguirán a las funestas caricias de los tuyos, o de los asesinatos que cometeremos para detener el veneno! ¡Y hablas de crimen! ¿Conoces algún crimen mayor que el tuyo? ¿Qué castigo se aplica en tu país al que mata a su vecino? ¡La muerte por el hierro! ¿Cuál es el castigo que merece el cobarde que le envenena? ¡La muerte por el fuego! Compara tu delito con este último, y dínos, envenenador de naciones, ¿qué suplicio mereces? »

Aun siendo ya bastante extensa la cita anterior, habría que leer todo el discurso de Diderot para alcanzar a ver en sus desarrollos hasta dónde la pasión romántica del filósofo se precipita por esos caminos de repudio al régimen colonial, en defensa del hombre natural, elevado, como la razón, a un plan que parecía reservado a los dioses.

Bougainville debió de ver transfiguradas sus propias ideas a través de estos discursos. No hay que olvidar que él había ido a la América del sur con un plan colonizador, y que sólo la política de respeto a España seguida en ese momento por Francia le impidió dar remate a sus propósitos de colocar las Malvinas bajo pabellón francés. Lanzado por estas circunstancias a la circunnavegación de la tierra, se llevaría algún recuerdo nada grato de España en América, que Diderot tiñó de acentos universales. El mismo Bougainville movería indirectamente a otro explorador y filósofo, a Alejandro von Humboldt, a hacer un viaje decisivo para la liberación de las repúblicas españolas. Humboldt, que tenía la idea de viajar al Africa, se apasionó por el tema

americano al conocer los resultados del viaje de Bougainville y cambió de rumbo.

Pudo ocurrir también que Diderot repitiera la experiencia de Montaigne acercándose personalmente a un indio, esta vez a un tahitiano, que Bougainville trajo a Saint-Malo : el indio Aotourou. En todo caso, el discurso del viejo que hemos citado, si bien el *Suplemento* de Diderot demoró en publicarse, produjo viva impresión. Meister lo calificó entonces como « uno de los más hermosos ejemplos de elocuencia salvaje que exista en lengua alguna ».

\*

Quizás el ejemplo más curioso de estos ejercicios intelectuales, en torno a temas americanos, lo encontramos en la novela de Madame de Graffigny *Lettres Péruviennes*, que tuvo la mayor resonancia no sólo en Francia sino en Italia. Madame de Graffigny, tía de Helvétius, fue gran amiga de Voltaire. En su casa tuvo lugar el primer contacto personal y el único entre Voltaire y Rousseau, y fue también ella responsable en parte de un desacuerdo artificial entre Diderot y Rousseau, de que habla éste en *Les Confessions*. Era, pues, una de esas mujeres de salón que contribuían a agitar lo mismo los problemas filosóficos que los humanos, y por eso, indispensable muchas veces como punto de referencia. Madame de Graffigny, entusiasmada por la lectura de *Alzire* de Voltaire, hizo su novela peruana. Alcanzó numerosas ediciones en Francia, y dio ocasión a un animadísimo debate de folletos en Italia, y a una obra de Goldoni para el teatro : *La Peruviana*.

He aquí, en síntesis, el tema de *Lettres Péruviennes*, tal como lo presenta Raúl Porrás Barrenechea en un librito que ha recogido la sustancia de estas polémicas : « Zilia, una mujer noble de Cuzco y novia del inca Aza, es raptada por los españoles y enviada en un barco a Europa. En la travesía la captura un corsario francés quien la lleva a Versalles. La presencia de la india cuzqueña en la corte francesa dará lugar a las más ingenuas observaciones de la inocente y bondadosa salvaje sobre las costumbres cortesanas, a través de las cuales la propia autora desliza sus iró-

nicas críticas a las costumbres de la Corte de Francia y, naturalmente, con prejuicio inarrancable, contra el estilo de vida español y su impronta religiosa. Desde Versalles Zilia se comunica con su amante el inca del Perú, por medio de quipus, o sea cordeles con nudos, a la usanza incaica. En sus cartas nudosas, Zilia añora la vida rústica y compara los usos de los incas con los usos europeos... »

La novedad de este alfabeto de nudos produjo tal entusiasmo, que Raimundo di Sangro escribió un libro fabuloso sobre la excelencia de los quipus en la transmisión de las ideas y noticias. En una sociedad donde los filósofos ponían en guardia a sus lectores contra el propio alfabeto que ellos usaban, subía la consideración de los pueblos que, siendo analfabetos, habían producido grandes culturas. Las noticias que Madame de Graffigny había sacado de los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso, iban a servir para respaldar algunos de los artículos de la *Enciclopedia*.

\*

La Ilustración es, como diríamos hoy, un movimiento. Pero un movimiento cuya raíz filosófica lleva a planteamientos políticos inspirados en la libertad del hombre. La ambición universal del siglo de las luces mueve a los filósofos a desear para todos los hombres una nueva educación fundada en los principios del hombre natural. La misma corriente que va a derrocar a los reyes

de Francia, tiende a procurar la liberación de los demás pueblos. Mitad fantasía, mitad realidad, el buen salvaje sirve de herramienta para hacer la crítica de los despotismos europeos. Diderot, como Montaigne, busca ejemplos en el mundo americano para descubrir en algún rincón del globo un ser humano que no haya claudicado ante la corrupción de los despotismos. Sus relaciones con La Condamine y con Bougainville hacen que siempre esté en su mente viva la imagen de América, y cuando escribe el diálogo sobre la religión, naturalmente saca algún ejemplo del Perú, y hace una parábola tomando por personaje a un mexicano.

La vieja idea de Montaigne, que ponía su duda en que sólo los instrumentos con que se había elaborado la cultura de Europa pudieran ser la base del progreso y felicidad de los pueblos, se afirmaba así en el siglo XVIII. No era la rueda, no era la moneda, no era la escritura, no era la pólvora, no era el vestido, no eran los reyes y las religiones de Europa las soluciones únicas para el hombre. El mismo Voltaire, que escribe su utopía en *El Dorado de la Guayana*, repitiendo las palabras que Diderot pone en labios del rey de Tahití, coincide con una señora como Madame de Graffigny y los tres afinan sus voces en el mismo coro. Sería demasiado suponer en estos filósofos una total ingenuidad. Bajo la imagen del buen salvaje había esa irrealdad americana que acabaría por imponer en el mundo un estilo democrático, genialmente antevisto por los agudos filósofos de la Ilustración.



## Potosí : la Plaza del Regocijo

POR VICENTE TERAN ERQUICIA

**P**OTOSÍ, aún resuena tu nombre en el mundo, tan sonoro y metálico, como la plata que tú diste y la extraña resonancia de tu historia está en tu plaza, la del Regocijo, que guarda como en viejo in-folio de archivo tu pasado, saturado de emoción, transido de gloria y esplendor.

LAS PLAZAS PUBLICAS de esta América hispana, tienen toda la fisonomía que los acontecimientos les imprimieron, conservan el aspecto noble y señorial de todo recinto histórico porque se saturó del alma y el carácter de los hombres y las épocas que pasaron por ellas. Es que estas plazas tienen un sello inconfundible, típico, es el carácter de las ciudades, su fisonomía, su aspecto ; acaso por ello nos traen la dulce evocación de los tiempos felices, el recuerdo doloroso de los trágicos, el timbre de gloria de los heroicos y sublimes.

Esta, la del Regocijo, la contemplo desde uno de los ángulos del viejo caserón que tiene balconajes y ventanas de hierros forjados. Es bella y encantadora ; por sí sola me dice a la imaginación toda la historia del Potosí de la Colonia y del Potosí de los primeros años de la República ; me reproduce su diaria existencia, me narra hazañas de heroicidad, me cuenta historietas y hace vivir los más bellos relatos de su pasado así como recuerda los infaustos y dramáticos de sus exaltadas y turbulentas pasiones de ayer. Desde otro ángulo, con el pensamiento perdido en un pretérito ya lejano, observo esta plaza, transformada aho-

ra en un precioso parque de esparcimiento, de regocijo, como lo expresaba su primitiva denominación.

Límpida estampa, típico aspecto, ofrece al visitante y al peregrino esta plaza, con sus edificaciones estilizadas en lo evocativo de sus construcciones neocoloniales, desde la impronta de su viejo Cabildo, hasta las nuevas del Ayuntamiento y la casa de la Judicatura. Graciosas, esbeltas, gallardas se elevan, frente al fabuloso Cerro Rico, las dos torres de la Catedral, de sobria y austera fachada barroca y de españolísima bóveda de crucero de tejeroz volado que remata en bellísima linterna.

Esta plaza, cuya historia quisiera desentrañar desde mis diversos puestos de observación, conserva sin embargo su característico sello ; no es la fisonomía de la vieja plaza reproducida por el pintor potosino don Melchor Pérez de Holguín en el óleo de la entrada triunfal en Potosí del Virrey mitrado, Arzobispo de Charcas don Diego Rubio Morcillo de Auñón ; no es la estampa de la plaza potosina del pasado siglo e inicios del presente ; tampoco la plaza circundada de largos corredores con balconajes volados y empedrada con guijas y cantos rodados, serpenteada con adornos de huesecillos de carnero, donde, por ser espacio libre, se jugaban toros, no ; en esta plaza hay algo que tiene el sello y el carácter de la grandeza que tuvo Potosí en otra hora. ¿Será su vieja impronta de plata, el tiempo detenido en cornisas y arquivadas o será la preciosa venera santiaguista de los

caballeros de esta orden, que librada por mano piadosa de la devastadora profanación de lo colonial, hoy se luce como saeta clavada en la piedra central del dintel de la portalada del que fuera Cabildo y acaso cuartel de los caballeros de la orden?

Demolidas las arcadas de soportales de su antiguo Cabildo, desaparecidos sus típicos balconajes, sustituida su fachada y edificado un torreón trasero de homenaje, renovado aspecto y nueva expresión evocativa de lo colonial, impresionan al visitante; pero, a pesar de ello, mantiene en pie e impoluto su viejo espíritu que habla con lengua de tradición de la agitada vida potosina durante sus cuatro siglos de existencia y hace intuir en la mente las turbulencias que conmovieron el apasionado espíritu de la época como si hubiesen quedado indelebles las huellas de las pependencias, natural modo de ser y temperamento de toda población que disputa la riqueza aurífera o argentífera de las minas, disputas y pependencias que llegaron a ser razón de vida de los moradores de la villa; y hasta nos parece que se escuchara el eco de sus alegrías, la algarabía de sus regocijos y la titiritaina de sus festividades.

Chirrían los goznes del viejo arcón, por nuestra inquieta curiosidad de conocer su contenido; se abren multitud de secretos del bargueño por nuestra indiscreta investigación de papeles y documentos, y las gemas brillan en el cofrecillo ante nuestra oficiosa e intrusa mirada del pasado. Todo lo observamos a la luz de nuestros recuerdos y en las desordenadas escenas que surgen de ellos, brotan, una tras otra, escenas de vida que animan y muestran a sus protagonistas, y los acontecimientos se manifiestan como si realmente los estuviésemos viendo y sintiendo. He aquí algunos de ellos, redivivos en esta dulce evocación.

\*

Desde las primeras horas de la mañana, la plaza se conmueve, se agita; hay intensa actividad de indios mitayos que llevan y traen tablones; pajes, soldados y artesanos que preparan suntuosos estrados. Los balconajes ostentan banderas, tapices y telas; ondean gallardetes y oriflamas. El palenque está dispuesto.

En la plaza se va a realizar una de esas sangrientas pependencias provocadas por rencillas amorosas que han originado singular desafío a combate abierto en juicio de Dios, justas a las que el pueblo potosino estaba familiarizado como espectáculo corriente y ordinario desde los primeros años de su fundación, cuando tuvo lugar aquella célebre de marzo de 1556 entre don Pedro de Montijo, Vasco Godines y los padrinos de éstos, Egas de Guzmán y Federico Alfinger, torneo del cual nos da noticia Bartolomé Arzanz Orzúa y Vela en su *Historia de Potosí* y que tuvo por campo la pampa de San Clemente.

Esta vez, será la plaza del Regocijo, el escenario de esta competencia. Ya se observan los aprestos y el rebullicio de la multitud; mas de pronto hay murmullo seguido de atronadores aplausos y vocerío de aclamaciones ante la presencia de un jinete que por la bocacalle de la plaza del Ckhatu entra en brioso caballo negro que, rebufando, gambetea espoloneado por el caballero que lo conduce. Al mismo tiempo ingresa su rival en nervioso alazán. Hechos los preliminares conciertos, producidas las necesarias advertencias, padrinos, sacerdotes y autoridades, han dejado el campo libre a los combatientes para su lucha en uno de los torneos de gran expectativa en la villa. Se trata de los hijos de dos ricos azogueros que en igual contienda disputan por la preferencia y el amor de una dama, hija de otro, no menos prepotente azogero, dueño de ingenios, minas y casas; haciendas fértiles y dilatados yanaconazos.

Se inicia la lucha y a una señal de la autoridad y al resonar de trompetas, los caballos parten al encuentro de los jinetes. Estallan las lanzas en los invulnerables escudos; cada mozetón es fuerte, robusto, ninguno cede el campo. Piafan los caballos, se encabritan, relinchan, giran y tornan a girar, se yerguen sobre sus patas traseras y recobrando sus primitivas posiciones dan media vuelta dispuestos a reiniciar el combate una y otra vez. Nerviosos, inquietos, en acompasados movimientos, tascan los frenos que los guían y sostienen, mas como si tomaran nuevo impulso, se lanzan en la lid renovando el ataque violento, incontenible, mientras la multitud aclama,

vocifera, vitorea y ovaciona con delirio e inusitado frenesí.

En los palcos, hay angustia, gritos, desmayos y gemidos entre las damas que con los ojos exaltados y en actitud de desesperante ansiedad contemplan el espectáculo. Durante algunos minutos sólo pudo oírse la impetuosa carrera de los caballos, cuyos cascos herían el duro suelo, al golpe seco de sus herraduras, a la vez que se podía percibir el choque de las lanzas en los fuertes escudos que no se mellaban ; mas, de pronto se vio al jinete del caballo negro perder el equilibrio y caer en tierra ante el fiero golpe de su contendor, que triunfante y alborozado, espada en mano, se aproximó al caído, pero en vez de matarle, según las reglas de los torneos, otorgóle el perdón en noble actitud de vencedor ante la clamorosa aclamación, los hurras y los vítores de la multitud.

Esta, como tantas otras, fue lid inspirada por el indeciso amor de una mujer, por la ardiente pasión, de un lado y el orgullo, por el otro. Habrá otras, muchas más, que se concertarán originadas ya no por el amor, sino por la codicia, el denuesto o la injuria que hieren o por el honor mancillado ; sólo el juicio de Dios habrá de reparar las ofensas con mayor eficacia que el de los hombres.

Así fue la vida potosina, de festivos torneos de carácter espectacular y público en la plaza ; de nocturnas pendencias en las callejas, suburbios, mesones y garitos, tan abundantes como la plata del Cerro que los proliferaba, pendencias en las que mandobles, cuchilladas y estocadas de espadachines corajudos y valientes despachaban al otro mundo, sin escrúpulo alguno, al menos diestro en la pelea.

\*

Entre los papeles florentinos o apergamina- dos guardados en el más recóndito rincón del bargueño, surge a nuestra acuciosa y solícita curiosidad un proceso, que reproducido con frase escéptica aparece en un pergamino que nombra a uno de sus protagonistas, un paladín de una de esas luchas y que es la figura del arrogante Vicuña, cuyo monumento domina hoy el horizonte del poniente potosino. Dicen los cronistas que

su vida acabó en la plaza próxima a la del Regocijo, decapitado en vil patíbulo.

La población ha despertado al sordo redoble de tambores. Las campanas tañen con pausados golpes, lentos y prolongados, como si su vibración fuese timbre de agonizantes. Las multitudes corren curiosas y todas convergen en la plaza. De la prisión han salido los reos que caminan lentamente, exhortados por frailes de hábito gris. Después de largo recorrido, se han detenido al pie del cadalso preparado en la plaza del Ckhatu, aledaño a la del Regocijo. Un pregonero ha venido leyendo la sentencia en las esquinas por donde el cortejo pasa; lo hace por última vez al pie del patíbulo. Los guardias han retirado a la gente que se agolpa en las inmediaciones del estrado ; pero la curiosidad y la inquietud son desbordantes y agitan a la muchedumbre, que cede al empuje y la violencia de los rezagados que pugnan por tener puesto de lantero.

Pocos minutos después, ante el grito de horror del pueblo, caen las cabezas al golpe seco del hacha del verdugo. Se ha derramado sangre que es corriente y hasta vulgar ; pero ésta, ésta es la « primera que por la libertad se derrama ». Don José Alonso de Ibáñez o Yáñez y cuatro de sus secuaces pagaron con sus vidas el haberse alzado contra el despotismo y la inhumana dominación de los españoles. Así lo dijo la propia sentencia firmada por el corregidor y Justicia mayor de la Villa, don Rafael Ortiz de Sotomayor y que fue redactada por el licenciado don Pedro de Ibarra que actuó como juez sumariante en mayo de 1617, cuya parte considerativa decía : « Por haber alucinado a los incautos ofreciéndoles la emancipación de las colonias. »

Guardemos el apergaminado documento, sobre cuya redacción, lengua, estilo y material usado cae un poco de duda ; pero la gloria del martirio de los Vicuñas nadie la podrá negar ante la consagración tributada por el pueblo al héroe, primer símbolo de libertad en América.

\*

Revolvamos otros documentos, y he aquí otro ; pero... este ya no es un viejo pergamino, es todo un legajo. Procuremos saber

qué es lo que revela su contenido : ¡Qué letra! ¿Procesal? ¿De escribano público? ¿De memorialista? No ; no es proceso, testamento ni escritura notarial alguna. Es una crónica, una relación de algún viejo azoguero que, según se ve, perdió toda su fortuna. ¿Por qué? ¿Le robaron? ¿La perdió en el juego? Nada de eso. Leyendo detenidamente los títulos de sus propiedades, algunas de sus cartas dirigidas probablemente a sus parientes ausentes y algunas cuentas, hemos podido averiguar que se trata de un trágico suceso, una catástrofe en la Villa, que dejó en la miseria a mucha gente al promediar el año 1626.

Construídas las lagunas de San Sebastián, San Ildefonso y Chalviri en las gargantas, cuencas y desfiladeros de las montañas del Kari-Kari, para surtir de agua a la población y los ingenios de beneficio de minerales, una noche se rompieron los diques, y el turbión impetuoso, arremolinado en gigantesca masa líquida, bajó hacia la ciudad e inundó calles y plazas de la dormida y confiada población, arrasándola en gran parte.

Aquella noche trágica, la plaza del Regocijo y los barrios aledaños a la Ribera, fueron devastados ; sólo quedó de ellos informe montón de ruinas ; mas el Cerro, de ingentes caudales, se encargó de la reconstrucción de Potosí, que poco a poco volvió al florecimiento de su vida y actividades bulliciosas en el trabajo y los garitos ; pendencieras en la calle y las plazas.

\*

Y seguimos revolviendo papeles ; pero, ¡cuántas cosas guarda este bargueño confidente de secretos, revelador de acontecimientos! Junto al anterior legajo, hay otro mucho más voluminoso, en tres decenios posterior en la sucesión cronológica ; real y verdadero por lo que a los ajusticiamientos se refiere ; aureolado de fantasía y leyenda en lo que al paradero y ocultación de un tesoro se menciona en él. Nos relata una serie de procesos sumarios, y ejecuciones, y percances del monedero falso don Francisco Gómez de la Rocha, cuyo nombre dio origen a los rochunos o moneadas falsas.

Es el año de 1651, cuando don Francisco

Nestares Marín, enviado desde Lima por el virrey, conde de Salvatierra, ordena todas las mañanas ejecuciones en la horca, levantada en la plaza del Regocijo, acogiendo a la población que con angustia y profunda amargura, e infundida de temor, ve todas las mañanas los cuerpos colgantes de gente conocida, sindicada de falsificador de moneda, todo al solo propósito de reducir el orgullo y la prepotencia de los azogueros, humillar a la población para someterla a la despótica autoridad de Nestares Marín, que en incontrolada exacción se incautó de las fortunas bajo la apariencia de perseguir a los falsificadores.

Cuarenta nobles caballeros, entre ellos muchos funcionarios de la propia Real Casa de Moneda, fueron víctimas. Tres de los principales, don Francisco Gómez de la Rocha, don Luis de Villa, y don Melchor de Escobedo, que cayeron en la red de intrigas del ambicioso clérigo aspirante a la mitra del episcopado de Charcas, también fueron ejecutados, pese a las grandes influencias del primero, rico millonario, temida autoridad, audaz y osado burlador de todo control, quien fue conducido al patíbulo « con el aterrador aparato de guardias, sacerdotes y verdugos » —dice la crónica— al cerrar el relato del legajo.

¿Y el tesoro? De la verdad, pasó a la leyenda urdida por la fantasía. No se conoce ni el sitio que lo guarda. Acaso esa fue la venganza del monedero falso ; esconderlo para siempre. Nestares Marín no pudo incautarse de él.

Con la muerte de Rocha cierra la plaza el escenario dramático que ofreció en su primera centuria de luchas y pendencias, asesinatos y ejecuciones. Un cielo purísimo, radiante y de un azul intenso se abre en ella para ofrecernos un Potosí tranquilo, de paz y concordia. Nobles, ricos azogueros, empleados y comerciantes, departen en armonía. Sin embargo, la vida nocharniega agrupa a tahures entretenidos y aventureros adinerados en los garitos, que los hay en los distintos barrios, principalmente en la costanilla de Aróstegui. La gente grita, vocifera y jaranea en los mesones de la calle de la Ollería y las Siete Vueltas, pero las pendencias, las frecuentes riñas y los lances no han cesado. En cambio la vida

diurna, en general, se desliza en el intercambio comercial, la chismografía de barrio ; las novenas en San Francisco, las fiestas en San Martín, La Merced o Santo Domingo, los bailes de los azogueros, los paseos a las lagunas o a la pampa de San Clemente.

\*

La plaza del Regocijo es el centro de todas las actividades. Allí se reúnen y largamente peroran sobre la mejor venta del

Cerro, el más rico socavón ¿Forzados, Poderosa, Cotamito o el del Rey? Se discute sobre la nueva distribución de mitayos, sobre la prepotencia de los veedores ; algunos son encomenderos y mineros a la vez y hablan de sus faenas en las haciendas de Mataca y Turuchipa. Hay también un recuerdo de añoranza de España, ausente y lejano, a la que muchos piensan volver enriquecidos por la generosidad del Cerro, de cuya fama ya ha hablado Cervantes en dos pasajes del *Quijote*.

ENRIQUE A. UGARTE: « MUSICOS » (1927)



# La India que vi

POR SALVADOR REYES

COMO CADA MAÑANA, después de diez meses de vivir en Ankara, el graznido de los cuervos me despierta. Al abrir los ojos veo sobre mi cabeza las aspas inmóviles de un inmenso ventilador. ¡Diablos, esta no es mi casa turca!... Y de súbito me doy cuenta de que me encuentro en Delhi. ¿Cómo es posible? Una gran confusión me hace incorporarme con presteza. ¡Estoy en la India!... Esto significa que la India existe en realidad y que yo, tan desprovisto de posibilidades, he logrado llegar a ella. ¿Será verdad que basta desear ardientemente algo para que ese algo se realice? Trato de organizar mis impresiones para instalarme en este mundo quimérico. No es fácil pasar, de un golpe, de los sueños a la vida.

Sin embargo, todo se ha cumplido dentro de las formas perfectamente vulgares ofrecidas a cualquier individuo de nuestra época. Voy recordando: a las cinco de la mañana, nuestro avión se posó en un aeródromo que no era sino la copia de centenares de otros que hemos visto. Reflectores de luz violenta, letreros neón: *Esso* y *Shell*, aduaneros, policías y luego una larga carrera en *bus* a través de la noche, para llegar a un hotel donde nos recibe un indio soñoliento y estúpido, que se ha quitado el turbante y que se nos presenta bajo el aspecto de una inextricable maraña de cabellos y de barba. Esfuerzos infinitos para hacer comprender a ese individuo, privado de sus atributos decorativos, que mi apellido no es *de* Reyes, como el de mi mujer, sino simplemente, Reyes.

Me asomo a la ventana para confirmar que me hallo dentro de una realidad indiscutible. Veo un jardín polvoriento donde juegan unos niños vestidos con un calzón blanco. Nada de exótico ni brillante. Pero la experiencia me enseña que a los países maravillosos suele entrarse por una puerta pobre y desvencijada.

Nos sirven el desayuno en un comedor decorado en estilo que parece indio. Nos atienden unos criados que llevan un turbante blanco con una larga punta saliente, lo que da la apariencia de que una gallina ha hecho nido sobre sus cabezas.

Un taxi nos lleva al centro de la ciudad. Vamos por amplias avenidas cuyas construcciones se esconden tras espesos jardines. A los lejos, el chófer nos muestra un gran edificio blanco diciéndonos que es el Palacio de Gobierno, la antigua residencia del Virrey británico. No me produce ningún interés y antes que acercarme a ese monumento convencional, prefiero llegar lo más pronto posible al centro de la ciudad, donde me espera sin duda, la India auténtica.

El taxi nos deja en la esquina de una calle con mucho movimiento. Es una calle ancha de edificios bajos, como podría encontrarse en cualquier país, si no fuera por los turbantes de los hombres, los saris de las mujeres y las numerosas vacas que van lentamente de un lado a otro, o que están echadas en cualquier sitio. Son unas vacas flacas, de largos cuernos. Se ve que su condición de sagradas no les procura una alimentación privilegiada.

Debemos contornear, no sin cierto recelo, uno de estos simpáticos animales para penetrar en la oficina de « Air France ».

De allí nos vamos a caminar por la ancha avenida. En las vitrinas de las numerosas tiendas se ven refrigeradores, máquinas de lavar, automóviles y telas. Es un comercio sin ningún refinamiento, como se ve en las ciudades tropicales de poca importancia. Más interesante resulta observar a los transeúntes. Muchos hombres llevan pantalón a lo occidental, pero la mayoría van envueltos en túnicas blancas, una de cuyas puntas les pasa entre las piernas, dejando al desnudo pantorrillas y parte de los musclos flacos y torcidos, que me recuerdan las fotografías de Gandhi. Las mujeres, con sus saris de colores vivos, animan esta muchedumbre triste.

Cansados del monótono espectáculo, decidimos regresar al hotel para almorzar. Allí nos acogen los acordes de una orquesta que toca aires occidentales. Es un conjunto pequeño que hace lo que puede, y que no puede mucho. Sin su concurso, podríamos tragar perfectamente el insípido menú. Pero no todos los comensales son de nuestra opinión: en una mesa vecina hay un grupo de norteamericanos que aplauden con frenesí cada partitura, como si acabaran de oír a Paganini. Las damas de la U.S.A. sonríen a los músicos como para sostenerlos en su empeño y todos comentan en alta voz la excelencia de las ejecuciones. Ante esta euforia, pienso que teniendo un alma tan simple los viajes deben de resultar un continuo deslumbramiento. También pienso que la razón de esas sonrisas y de esos aplausos puede estar en que los ciudadanos del país más rico del mundo sienten el generoso impulso de animar a los pueblos subdesarrollados. ¡Vaya uno a saber!

Después del almuerzo nos vamos de excursión. Salimos de la ciudad, que presenta el aspecto de una vasta localidad rural, construída desordenadamente, y llegamos a la tumba de Gandhi, es decir al monumento que lo conmemora, pues el cuerpo del Mahatma fue quemado y sus cenizas dispersadas en los ríos más importantes de la India. Esta tumba simbólica consiste en una simple losa de mármol en el centro

de un hermoso jardín. Piadosas manos han esparcido pétalos de rosas sobre este cenotafio impresionante por su sencillez y por la hermosura de los árboles que lo rodean.

Al seguir nuestro camino nos encontramos con un espectáculo que después debía hacérsenos familiar en Oriente: el de mujeres ejecutando trabajos rudos. Estas primeras que vemos están practicando una zanja destinada posiblemente a una canalización. Envueltas en sus saris multicolores, dan parsimoniosos golpes de piqueta y extraen la tierra en canastos pequeños, con movimientos lentos. En un país milenarío y fabuloso como la India, es natural que el tiempo no tenga mayor importancia.

### La vieja Delhi

Vamos entrando en la auténtica Delhi, que tiene poco que ver con la que construyeron los ingleses para instalar el centro de su gobierno. Cierto es que aún quedan las ruinas de algunos edificios de estilo victoriano, levantados antes de la creación de la vecina capital, pero estas huellas británicas han sido absorbidas por la exuberancia de la vida y de la muerte. Como una lepra que devora casas y palacios, la suciedad y la decrepitud han ido deformando las líneas arquitecturales y hundiéndolas en el caos de esplendor y de miseria que es la India.

El tenducho se acerca al templo o a la gran mansión en ruinas, descalabrados pórticos de mármol conducen a pobres casas de adobe o, simplemente, no conducen a ninguna parte; construcciones de madera carcomida pueden ser habitaciones o corrales, amplios balcones se abren peligrosamente sobre muros agrietados, estrechos ventanucos parecen espiarnos con sus pupilas muertas.

Por todas partes circula una muchedumbre animada; en cada rincón hay un ser humano, tendido en el suelo o sentado, con las piernas cruzadas. Unos duermen, otros mendigan alargando una mano negra y descarnada, otros están como petrificados mirando ante sí. Pasa un cortejo fúnebre. Cuatro hombres llevan una parihuela so-

bre la cual va el cadáver cubierto con un lienzo blanco. Encima se han deshojado flores rojas. Así se conduce al difunto a la orilla del río para quemarlo y arrojar sus cenizas al agua.

Nadie mira este triste desfile. ¿Por qué triste? Los que transportan la fúnebre carga no parecen impresionados. El alma de ese muerto debe haberse ya encarnado en alguien que tendrá un tránsito terrestre mejor. O peor. En este último caso, la culpa habrá sido nada más que suya. El « karma » es ley inexorable de acción y de reacción de la conducta humana, por la cual somos hijos de nuestras obras, buenas o malas.

Una indefinible grandiosidad habita esta calle de la vieja Delhi. Puede provenir del misterio de un mundo cuyo destino se nos escapa, de un poderoso sentido de la vida y de la muerte que nos obliga a callar y a observar con respeto estas pantorrillas ridículas que se mueven bajo las túnicas blancas, estas figuras monstruosas apoyadas contra los viejos muros, estos santones vestidos de color azafrán, con enormes cabelleras, que transitan a grandes pasos, báculo en mano, estas mujeres hieráticas con un círculo pintado en medio de la frente como para sellar el secreto de su femineidad. Nos damos cuenta de que nos hallamos frente a otra dimensión de la condición humana, frente a lo que no admite la facilidad del exotismo o de lo pintoresco.

Los primeros pasos en una calle de la vieja India nos dan la evidencia de que nada comprenderemos de este país, si sobre las imágenes que tenemos ante los ojos no colocamos otras de una fantasía complicada, si no desconfiamos de nuestros sentidos y no somos capaces de encontrar una razón valedera en la insólita realidad que nos rodea.

Toda clase de comercios se prolongan en esta calle, en una confusión indescriptible. Entramos en una platería. Es inmensa. Vamos de sala en sala, examinando los objetos más variados: Budas, candelabros, figuritas de Gandhi, armas, estatuas de todos los tamaños de la interminable mitología india, bandejas, ajorcas, collares, anillos, bustos de Nehru, todo en series in-

terminables, en altas vitrinas o en amplios mostradores. Se avecina la obra de arte a la de gusto más detestable. ¿Quién podrá comprar todo esto? Sin duda nada más que los turistas, que cada año acuden más numerosos a la India.

Salimos de la platería y nos envuelve de nuevo ese extraño olor a fritura, a podredumbre, a almizcle, a flores, que inunda la calle hormigueante. Este pueblo esencialmente religioso y meditativo, más vuelto hacia la muerte que hacia la vida, es de una movilidad que, por momentos, aturde. Si bien hay individuos tirados en el suelo, o en cuclillas en los rincones, la muchedumbre se agita sin cesar. Pasan hombres a pie o en bicicleta, mujeres cogidas de la mano, en grupos de tres o cuatro, que parlotean con volubilidad, personajes harapientos que tiran de un camello al extremo de una larga cuerda; al avanzar por un callejón horadado de pequeñas ventanas, lo hallamos obstruido por un elefante con su respectivo cornak. Nos pegamos contra la muralla y el enorme animal pasa rozándonos con su piel rugosa.

Desde allí vamos al Fuerte Rojo, construido por el emperador Shah Jehan en 1639, cuando decidió volver a instalar el gobierno en la vieja Delhi, después de haber reinado varios años en Agra.

Más tarde veremos en la India otros monumentos construidos en la misma materia, pero nuestro primer encuentro con la piedra roja nos deja maravillados. Es una piedra de color vivo, brillante sobre el verde de los jardines que rodean el monumento. Es como una inmensa llama petrificada, extendida en torres almenadas, en cuyos arcos la piedra es una verdadera filigrana de complicados dibujos. Los patios interiores son extensos y majestuosos, los pórticos se abren sobre jardines en cuyos viejos árboles juegan millares de ardillas grises. Este pueblo, que tan poca importancia da a la vida humana, respeta la de ciertos animales. La ardilla goza de este privilegio y va a comer en la mano de los visitantes. Hay hombres en cuclillas junto a cestas redondas. Al ver al extranjero destapan la cesta y empiezan a tocar una lenta y monótona melodía en sus pequeñas flautas. Al instante las cobras emer-



gen, disparando sus lenguas furiosas. Más allá hay un hombre que hace danzar a un enorme oso de pelaje amarillo; otro que exhibe una cabra, la cual, por una pequeña escalerilla sube hasta una plataforma apenas más grande que una moneda, y sobre ella se mantiene en equilibrio con las cuatro patitas juntas.

En la parte más alta del Fuerte Rojo, a donde se llega por largos corredores y escaleras de mármol, una inmensa mezquita se halla instalada en una terraza al aire libre, entre dos torres. Unos cuantos fieles están arrodillados en dirección a la Meca y de cuando en cuando se inclinan hasta tocar el suelo con la frente.

Al abandonar esta soberbia construcción, seguimos una bóveda donde se han instalado muchas tiendas, especialmente de anticuarios. Nos llama la atención una serie de magníficas pinturas en acuarela y oro, que representan escenas del Ramayana. Sean auténticamente antiguas como sostiene el comerciante, o copias modernas, la delicadeza de los tonos y la gracia del dibujo despiertan nuestro deseo de poseerlas. Pero en la India no ocurre lo mismo que en otros países islámicos donde el comprador está seguro de salir con la suya si fija un precio mucho más bajo que el del vendedor. Este simpático y amable mercader nos muestra todos sus tesoros y nos declara que las pinturas que nos interesan valen 220 dólares. No se impresiona con nuestra oferta y nos deja partir con indiferencia. En otras tierras del Profeta, el comerciante habría corrido tras de nosotros para jurarnos que, aunque se arruinaba, nos dejaba la mercadería a nuestro precio sólo por complacernos o porque quería que tales joyas quedaran en poder de inteligentes conocedores como nosotros.

La tarde es larga y aún tenemos tiempo para llegar al templo moderno de Lakshminarayan. Aunque construído con una piedra igual o parecida, este inmenso edificio no ofrece el aspecto de nobleza y solidez del Fuerte Rojo. Se ha respetado escrupulosamente la arquitectura tradicional, y las altas torres, como enormes piñas, se elevan muy alto, guardadas por enormes elefantes de piedra rosa. Sin embargo, hay no se qué de vulgar y como de impro-

visado en el conjunto. Al igual que todos los edificios modernos de cualquier país, éste parece ya anunciar una decrepitud sin majestad.

Hombres y mujeres, descalzos como nosotros, circulan por los pasillos y las amplias capillas donde se multiplican las imágenes de la trinidad hindú: Brahma, Vichnú y Siva, y de otros dioses y sus interminables progenituras y transfiguraciones. Todas estas imágenes, demasiado nuevas, parecen muñecas, despojadas de gracia y de misterio.

Un monje cuelga a nuestro cuello un largo collar de flores rojas y amarillas y nos sonríe bondadosamente. Aquí ya estamos lejos de la intolerancia islámica.

En una sala enorme, cuyo techo se halla sostenido por columnas de mármol rosa, tres hombres hacen sonar la *vima*, especie de cítara con cinco cuerdas de cobre y dos de acero, inventada según la leyenda, por la diosa Sarasvati, esposa de Siva. Los músicos y los fieles que les hacen frente están sentados en el suelo con las piernas cruzadas y modulan una letanía muy lenta, alargando las sílabas finales con voces monótonas. Nadie nos presta atención y podemos contemplar tranquilamente la escena.

Volvemos a la nueva Delhi y, después de cenar, continuamos nuestros paseos. Cruzamos un pequeño barrio de construcciones modernas, mal alumbrado como el resto de la ciudad. Allí viven diplomáticos y otros extranjeros, cuyas ventanas iluminadas arrojan una claridad triste a las calles y jardincillos. Pronto nos atraen luces que parecen formar un centro comercial. Allí nos encaminamos por las calles desiertas hasta llegar a unos viejos portales en que se ven tiendas pequeñas y pobres. Con estupefacción contemplamos gran cantidad de letreros que anuncian clínicas dentarias. Tales «*affiches*» exhiben enormes dentaduras pintadas en colores, sin duda atractivo para los pacientes. Se ve a éstos en las salas de espera abiertas hacia la calle, lo mismo que en otras donde la clientela de los médicos aguarda su turno.

Por todas partes, sobre la mal pavimentada vereda o en medio de la calle polvo-

rienta, encontramos los « charpois » o sea « somiers », de hojas trenzadas, sobre cuatro patas. En ellos duerme gran parte de la población de este país donde nunca hace frío.

Regresamos al hotel y damos largos rodeos por anchas calles oscuras. Los profundos jardines enmascaran las casas y sólo de tarde en tarde pasa un ciclista. Debemos caminar con gran cuidado para evitar las acequias que corren paralelas a la vereda, encubiertas por las yerbas.

Tal es por la noche la capital de la India, un poblachón oscuro y casi desierto. Alguien nos dice que suele oírse el aullido de las hienas. Tiendo el oído desde mi ventana, pero no percibo sino un leve roce de hojas y el breve graznido de un pájaro de mal dormir.

### Agra y el Taj-Mahal

Partimos antes del alba. Nuestro chófer, empeñado en demostrarnos que la India es un país progresista y occidentalizado, pretende detener el automóvil para hacernos admirar un tren que pasa.

Se colora una montaña y de súbito surge sobre ella un punto rojo y centelleante. El disco solar va emergiendo enorme, como una bola en ebullición que amenaza desbordarse sobre toda la tierra.

El paisaje se precisa. En nuestra imaginación la India ha sido inseparable de gigantescas selvas. En su lugar nos encontramos con árboles aislados en una planicie cultivada. Los camellos tiran de los arados de madera que guían las mujeres; otras mujeres pasan por la carretera portando sobre la cabeza dos vasijas de cuero o greda llenas de agua, que equilibran sin ningún esfuerzo. De una rama a otra nos divierten los saltos y cabriolas de los monos, mientras, muy alto, las aves de rapiña trazan grandes círculos. Cruzamos carretas tiradas por búfalos escualidos y a cada momento vemos camellos y viejos caballos que giran atados a la vara de las norias. El automóvil debe disminuir la marcha para pasar junto a un rebaño de elefantes que, con su pesado andar, obstruyen casi completamente la carretera.

De nuevo nos hundimos en el dédalo de

callejuelas donde hormiguea una multitud cuyo ir y venir parece no tener ningún objeto. Estamos en Agra y otra vez hallamos el ruinoso palacio junto a la cabaña y los muros descascarados en los cuales hombres harapientos apoyan sus espaldas esqueléticas. Parecen buscar un rincón donde morir, pero no es así: el indio muere en cualquier parte, de vejez, de enfermedad o de extenuación, y su muerte no conmueve a los pasantes, que no le ofrecen socorro. ¿Y por qué deberían ofrecerselo? Ese miserable próximo a lanzar el último suspiro, se halla pronto a afrontar las consecuencias de su karma y, como ha sido fiel a sus dioses, reencarnará en un ser de condición mejor. Retardar con cuidados ese tránsito, significaría acarrearle perjuicio. Así resulta que estos hombres que a nosotros, racionalistas, nos parecen condenados a una horrible miseria y a un desamparado fin, son, en realidad, hombres esperanzados, seguros de pasar a una condición mejor. ¿Y no vale tanto su esperanza como la de aquellos que la fundan en alcanzar el paraíso? Cada cual trata, a su manera, de arrancar a la muerte sus atributos de exterminación definitiva y de convertir su espantoso sudario en un alegre traje de eterna primavera.

Cierto es que resulta difícil al extranjero acomodarse a la idea del karma, que hace de millones de hombres otros tantos Jobs con su muladar personal. Habrá que vivir años en la India para reprimir el gesto de piedad o de repulsión ante la degradación física. Los libros nos han enseñado que la verdadera India no es esta que se ofrece a nuestros ojos sino otra invisible, subjetiva, que florece en el alma de místicos y sabios. Pero ¿cómo situarnos en ese plano y alcanzar una verdad que nos niega todo cuanto nuestros ojos ven? Ese *todo* es una afirmación religiosa que reviste las más variadas formas y que posee siempre una misma fuerza. Conviene, pues, ser prudente y no usar la palabra *miseria* hasta no saber de que lado se encuentra.

Un hombre nos presenta la lucha de la cobra y la mangosta. Abre un cesto redondo y la serpiente se yergue al instante apuntando su lengua como un estilete que entra y sale con rapidez. El hombre suelta la mangosta, pequeño animal nervioso, de

bonito pelaje. Siguen movimientos fulgurantes de los dos combatientes. La cobra ataca y parece llevar la mejor parte, cuando de súbito la inangosta atrapa a su rival por el nacimiento de la cabeza y sin duda la mataría, si el encantador no interviniera a tiempo para obligarla a soltar su presa. Junto a nosotros se detiene otro individuo que lleva sobre sus hombros una enorme serpiente boa cuya cabeza se levanta de tiempo en tiempo y nos mira con sus ojos pequeños y amarillos. La terrible reputación de este animal se destruye así, y nos alejamos dejándolo colgado como un harapo más sobre los harapos de su dueño.

Pero ya nos acercamos al Taj-Mahal, canto de amor hecho mármol, la más perfecta construcción arquitectónica del mundo, según afirman los viajeros. Grandes árboles preceden su entrada de piedra como la de una fortaleza. Cuando franqueamos el ancho portal, el edificio se nos aparece al extremo de un largo espejo de agua rodeado de magníficos jardines.

Todos sabemos que el Taj-Mahal fue construido por el Emperador Chah-Djahan en memoria de su esposa, la sultana Noor-Mahal y que, comenzado en 1631, su construcción duró veinte años; todos sabemos también que está hecho enteramente de mármol blanco con incrustaciones de mármol de colores que reproducen los versículos del Corán. En la bóveda central se encuentran los dos grandes sarcófagos, que, como en todos los monumentos indios, no contienen los cuerpos. Estos se hallan en una cripta, exactamente bajo el emplazamiento de los sarcófagos. Allí reposan el emperador enamorado más allá de la muerte, y su esposa.

Todos han visto este monumento. Los

que no han llegado a Agra, lo han admirado, *en blanco y negro*, en el cine o en los innumerables libros que ha inspirado la India. Cada viajero le ha dedicado un adjetivo, una frase lírica. Los que llegamos después ya no tenemos que decir y nos quedamos contemplando la forma blanca en la luz deslumbrante del invierno indio.

Tras el Taj-Mahal corre el río Djemna, ancho y cenagoso; delante, un amplio jardín de árboles centenarios, poblado de pequeñas ardillas grises que vienen a comer en nuestra mano. La India es el paraíso de los animales, protegidos por la religión. ¿Pero las cabras degolladas a la puerta de los templos? ¿Los osos que danzan, martirizados por una argolla en la nariz? ¿Las serpientes exhibidas ante el turista? ¿No podrá uno de esos animales encerrar un día el alma de su propio verdugo?

Cuando el crepúsculo enreda sus últimos jirones rojos y amarillos en la cúpula del Taj-Mahal y en los cuatro alminares que lo encuadran, cuando los ibis y los pájaros de colores brillantes empiezan a buscar refugio en los frondosos árboles, emprendemos el regreso. Una luna enorme, de un ligero color rosa, se levanta envuelta en una fina bruma. Miles de lucecitas tiemblan en las puertas de los palacios y de los chiribitiles; alguien toca un instrumento de cuerdas no se dónde. Un denso olor a fritura y perfume satura el aire. Hay golpes de gong, ruido de voces y de motores de autos. Avanzamos con atención para evitar los cuerpos tendidos en el suelo, y mientras nos hundimos en la noche, nos preguntamos si habrá sido éste un hermoso día en el que vimos maravillas, o sólo una jornada más en que la fugacidad de las cosas humanas y el dolor del hombre se ha presentado bajo ropajes nuevos a nuestros ojos.

JORGE CARRERA ANDRADE

## "Les Halles"

Camiones repletos de violetas  
mojados de lluvia y cantos de gallos  
entran por las puertas de París todas las madrugadas  
sembrando lunas y relámpagos en los charcos  
y salen por las mismas puertas en pleno día  
colmados de sombra  
después de abandonar sobre las aceras  
su cargamento de sol.  
Llévame, camiones verdes  
al paraíso de la cebolla y las trenzas rubias  
donde yo pueda lavar mis ojos  
para ver un mundo enjorjado de rocío.

\*

Pesad, pesad el pescado y las lechugas  
pesad la luna entera  
pesad los corazones azucarados por libras  
las lágrimas por litros  
pesad una ensalada de sueños  
sacad de los camiones todo el amor del mundo  
toda la carga pura  
preparada por meses de buen tiempo  
y por la paciencia fecundante del agua.

\*

La cigüeña del aceite picotea la luna  
cuando las sombras devoran los últimos caballos blancos.  
Digo cigüeña mi mente responde estaño  
mientras un río relumbra en la ventana  
sin poder entrar.  
Todas las plumas  
de la luna y la cigüeña  
cabén en la funda de la nube  
durante varios días.  
Después las plumas caen y es el invierno.

\*

Listo para el asador  
se vende el invierno ya desplumado.  
El vino del crepúsculo en las remolachas  
alarma la inocencia de la lechuga  
verde hermana mayor de la rosa.  
Oh repollos, linaje del suelo  
bendecido por la lluvia:  
las cabezas de la familia real conducida en la carreta  
al último suplicio  
caerán en el saco.

\*

Camiones, grandes cofres de lona  
repletos de viento  
llevadme a la comarca escondida  
donde nunca mueren las hojas  
junto al agua que refleja un rostro inocente  
entre legumbres redondas como la luna.  
¡Oh comarca de rocío  
fuera de las rutas que conducen  
a la frontera final guardada por los cuervos!

JORGE CARRERA ANDRADE

París, diciembre de 1964

F. LAZARO GOMEZ: « VENDEDOR » (1946)





No Habrá Perdonación

Caso Gran Tirantez

El Capelo a Stepinac

Gobernación

Piden que

Acciones con el Vaticano

ARRIO PARA URÜCHÜRTU

Considerarse Como Grave

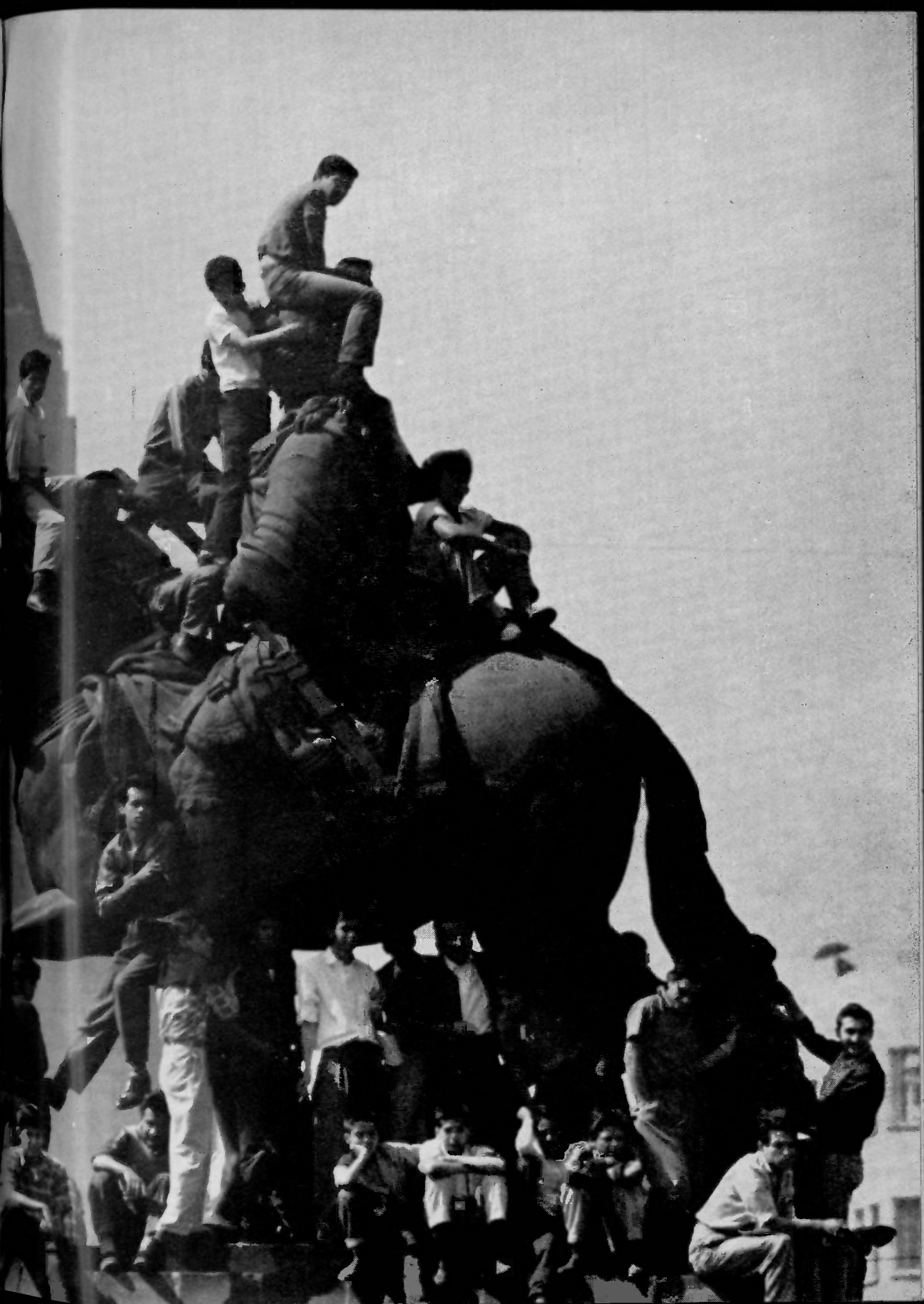
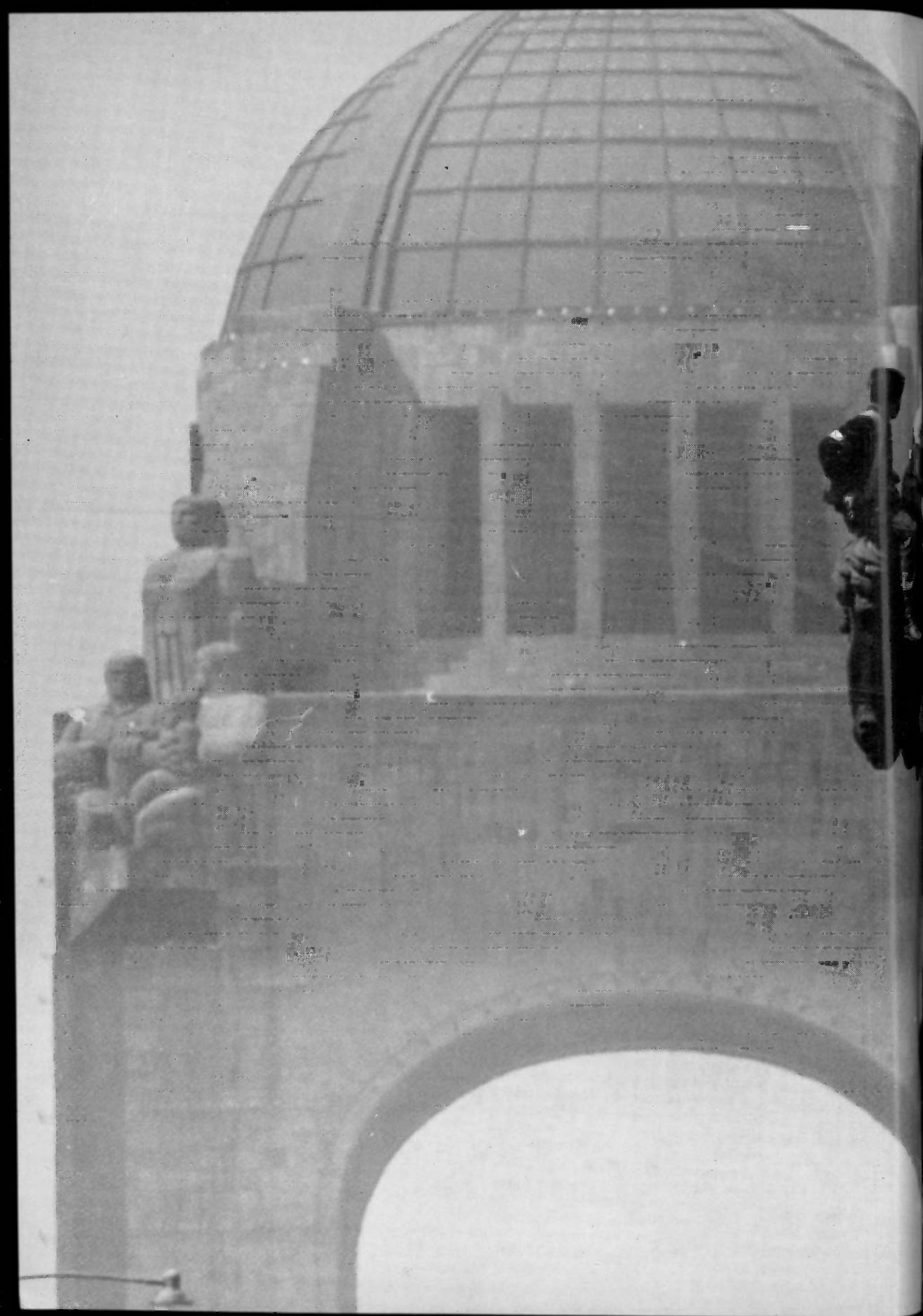
Noticias

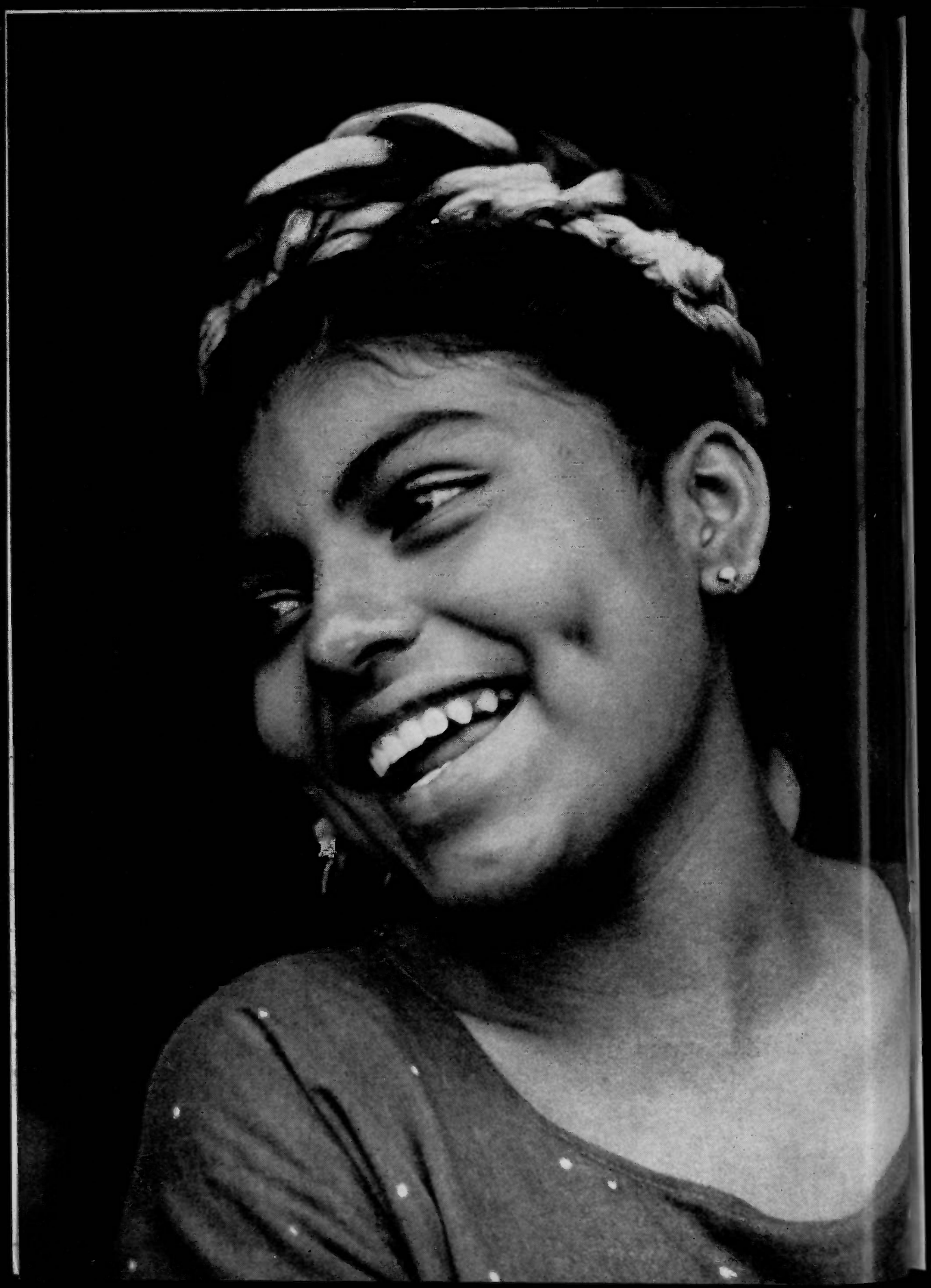
EXCELSIOR

GENERAL MANAGERS

ADVERTISING DEPARTMENT

15, RIVER STREET, LONDON, E.C. 4







# Donjuanismo brasileño

POR J.O. DE MEIRA PENNA

MÁS QUE UNA SIMPLE imagen literaria del conquistador de mujeres, del aventurero de buenos éxitos, del *homme à femmes*, traidor inveterado de la pasión femenina, Don Juan representa un héroe arquetípico de la psicología colectiva ibérica, puesto que no se limita al sexo el ámbito de la acción donjuanesca. El bandeirante, el conquistador, el pionero en los varios sentidos de la palabra, el pensador especulativo, el artista, el revolucionario utópico, el agitador político, el explorador de mares nunca antes explorados, el aventurero de la industria o del comercio, son todos ellos Don Juanes, hasta cierto punto. En tal sentido sería Don Juan la figura ejemplar del intuitivo en actitud de extroversión y, como tal, personificaría uno de los componentes esenciales de nuestro complejo brasileño. La caracterización del intuitivo extrovertido nos permite penetrar en el alma de Don Juan y, gracias a ello se confirma más la tesis en que lo ofrecemos como prototipo nacional, susceptible de encuadrar el problema de la psicología brasileña, aquí suscitado.

Observemos desde luego que, siendo una creación espontánea del alma española, la epopeya donjuanesca trascendió a Europa, y en América Latina, incluso en el Brasil, vino a alcanzar una realidad existencial que no se restringió al período heroico de los descubrimientos marítimos y de las aventuras coloniales, ni al de los romanticismos. Dicho de otro modo, se universalizó, pero su actualidad permaneció intacta. En

verdad, me atrevo a aseverar que el Brasil de hoy, en su rápida transformación, atraviesa una etapa crítica y fascinante de desatentado donjuanismo... Ampliar el mito es, por tanto, nuestro propósito en el presente ensayo, de manera que abarquemos en un marco lo más amplio posible de significados, los aspectos culturales y sociales que caracterizan al héroe como uno de los personajes tipos de los tiempos modernos.

El análisis de Don Juan lo define inicialmente como asociado a la figura arquetípica de lo que C.G. Jung denomina el *puer aeternus* esto es, el individuo inmaturo, el eterno adolescente.

Figura en extremo compleja, la asociación del *puer aeternus* con la atracción hacia el incesto ofrece una indiscutible profundidad en su contenido simbólico. Nuestro objeto aquí consiste en el simple examen de una de sus formas negativas, que emerge con bastante claridad de la psicología de Don Juan. En efecto, Don Juan sufre de un complejo *negativo*, en el sentido de que, hurtándose a reconocer conscientemente su situación, provoca, en un plano inferior y retrógrado, una exacerbación del conflicto. El lazo afectivo con la madre —como ocurre con todo *puer aeternus*— permanece intangible, pero sobreviene simultáneamente una reacción de orden familiar. La personalidad se envuelve en una hostilidad permanente contra las manifestaciones pragmáticas del Logos, o sea en una rebeldía apasionada contra el

principio paterno de autoridad, de orden y disciplina, de estabilidad legal, de razón práctica y objetiva. Sin que pretendamos reducir dogmáticamente el mito a un esquema puramente freudiano, convengamos en que el complejo modelo constituido por la leyenda de Édipo tiene sus ventajas para configurar la estructura primaria del drama del *puer aeternus*. En el caso de Don Juan, si su objetivo inconsciente es el incesto, se deduce que el polo negativo del complejo será representado por el deseo más o menos consciente de destruir al padre o todo el orden moral representado por él simbólicamente, deseo traducido en la leyenda por el asesinato del Comendador.

La definición freudiana del donjuanismo como fenómeno de la sexualidad adolescente, no basta. Puede el sexo, incluso, presentarse en la especie como símbolo de una actividad mucho más extensa, y como nuestra intención última es transponer el análisis desde el ámbito individual a la esfera de lo colectivo, resulta claro que el aspecto eminentemente polimorfo del personaje debe trascender de la habitual restricción psicoanalítica al causalismo de la sexualidad infantil. Si escogemos el tipo de Don Juan como prototipo nacional es porque se muestra capaz de arrojar nuevas luces sobre el problema sociológico que nos preocupa, pues personificando la faceta, en cierto modo sombría, de la adolescencia, se aplica el mito de manera adecuada a la psicología colectiva, mayormente cuando se fija la atención en un pueblo joven que, como el nuestro, se encuentra precisamente en una fase de rápida e intensa transformación: en la fase de la «pubertad nacionalista».

A primera vista parece extraño que coloquemos la figura de ese superhombre del erotismo, prototipo de la virilidad desenfadada, en un marco enteramente infantil. Hace ya unas decenas de años que el doctor Gregorio Marañón alborotó a su público al denunciar a Don Juan como un hombre de débil masculinidad y al considerar el donjuanismo como la etapa juvenil de la indeterminación o de la vacilación para el hecho de elegir el objetivo sexual, afirmando categóricamente que, por paradójico que parezca, el hombre verdadero «tan pronto como es un varón maduro»,

deja de ser un Don Juan. A más se atrevió aún el doctor Marañón: a sugerir como representante típico de nuestro héroe la figura histórica de Don Juan de Tassis, conde de Villamediana, un noble español renacentista, intrépido, seductor, ambicioso, amado por las mujeres —hasta se dijo que por la reina—, cortesano y fundamentalmente inmoral. Ahora bien, resulta que Villamediana murió asesinado en 1622, complicado, según todas las apariencias, en una sórdida intriga de lo que entonces se clasificaba como «pecado nefando» y que hoy calificamos de homosexualismo. No nos admiremos ante tales asociaciones. No las aceptemos tampoco sin considerarlas con sosiego. Es verdad que el donjuanismo puede venir acompañado de un temor invencible a la impotencia. Y puede el atrevimiento jactancioso constituir una «protesta viril» adleriana: un fenómeno de compensación, encaminado a imbuir en el sujeto una confianza refleja; y las peripecias de la nueva conquista pueden operar como un estímulo mental. No confundamos tales fenómenos con la flojedad normal del hombre ante la novedad poligámica. Verdad también que en la etapa inestable de la adolescencia vacilante, suele intentar el joven afirmar vigorosamente su autenticidad masculina, de macho dominador y petulante, para encubrir un sentimiento inconfesable de flaqueza y timidez. Para el muchacho que entra en la vida, la mujer extraña representa una realidad casi mística. Para la conciencia viril que trata de afirmarse, constituyen la compañía femenina y la lascivia seductora de la mujer una amenaza desastrosa en el arrebato de la pasión o, al menos, una perturbación emotiva.

Lo que principalmente nos interesa en la tesis de Marañón no es el *background* psicosomático del caso, sino su aspecto cultural. La teoría de Marañón concuerda con la hipótesis de Jung, con arreglo a la cual encuadramos a nuestro personaje entre las figuras que ilustran el paradigma del *puer aeternus*: Don Juan es un avatar del tipo del inmaduro psíquico, reaccionando ante la invencible «fijación en la imagen materna» por medio de la agresividad exagerada e impudente contra la mujer extraña o contra el rival.

Hay una forma inicial del fenómeno en la cual la relación de Don Juan con la sociedad hace resaltar su papel en una perspectiva de ámbito colectivo. Me refiero al aspecto teatral. El escándalo es el arma más eficaz de Don Juan, y el prestigio de ser irresistible que ostenta públicamente le garantiza el buen éxito en sus empresas. El aventurero de su especie exagera siempre sus conquistas. Hasta las inventa, valiéndose del *bluff*. Su mayor preocupación es divulgar la historia de sus conquistas, reales o imaginarias. Como que es difícil a veces determinar si su objetivo final y verdadero es la satisfacción de la concupiscencia o, más bien, la del amor propio, adornándose con una aureola de heroísmo que lo enaltece ante el vulgo. Se puede identificar a Don Juan con un individuo exageradamente pagado de su *persona*. Y recordemos que *persona* o *máscara* es un término clásico que designa al personaje escénico y que también indica la función de relación con el medio social.

La función de Leporello, el criado de Don Giovanni, de Mozart, adquiere contenido a la luz de lo que antes decimos, pues acompaña al héroe con el encargo principal de difundir la epopeya, gritándola a los cuatro vientos. En la celebrada primera aria de la ópera, establece Leporello todo un inventario, con datos estadísticos completos, sobre la vida y milagros de su patrón.

Tenemos, en conclusión, un hombre de reducida autenticidad viril. Es Don Juan un parásito de la mujer, lo que constituye, por otra parte, uno de los secretos de su poder de seducción. Su objeto amoroso no es la Mujer. Son las mujeres —cualquier mujer, independientemente de consideraciones de raza, edad, temperamento, riqueza, posición social o tipo de belleza. En el *Don Juan* de Molière, afirma el criado, que esta vez se llama Sganarelle: «...dame, demoiselle, bourgeoise, paysanne, il ne trouve rien de trop chaud ni de trop froid pour lui; et si je te disais le nom de toutes celles qu'il a épousées en divers lieux, ce serait un chapitre à durer jusqu'au soir». Y también en la aludida aria de la ópera de Mozart, el criado formula el catálogo de las aventuras de su amo.

El amor donjuanesco es una función de

la estructura emocional de la sociedad patriarcal de tipo ibérico. Esa sociedad, cuyo núcleo fundamental continúa siendo la familia, se caracteriza por estar más ordenada por los lazos afectivos de Eros que disciplinada por los imperativos categóricos del Logos. En su tipo latino, mediterráneo y tropical ha de tenerse muy en cuenta el papel soberano que en ella desempeñó la madre. La familia es patriarcal, hasta el punto en que la autoridad y el dominio ejercidos por el padre son compensados, en la intimidad del hogar, en términos de realidades psíquicas inconscientes, por la preponderancia de la femineidad materna. La madre es el tipo ideal de la mujer en el aspecto emocional de esta sociedad. Pero el propósito de Don Juan no es el de constituir una familia. Por lo contrario, Don Juan interviene como burlador, como incubo dañino, cuyo propósito es amenazar y desbaratar el vínculo sobre el cual se asienta el orden familiar. Don Juan es el perpetuo desafío al padre, al marido, al novio, al hermano. Es una provocación constante a todo aquel que deposita su honor personal en el sexo de la mujer. Destácase el donjuanesco como pieza esencial en el funcionamiento de una organización social basada, como la nuestra, no en la tranquila y austera solidez de los imperativos racionales de la ética, sino en los lazos afectivos de la pasión «cordial». Pues el guía que conduce al hombre cordial no es la cabeza, sino el corazón, y a éste es al que apunta justamente el florete donjuanesco. Esencialmente de origen erótico, únese el sentimiento del honor al «amor propio»; depende de la intangibilidad del ánimo: se fundamenta en el sentimiento superracional de un Logos personal. Por consiguiente, sería inconcebible Don Juan si el «monstruo de ojos verdes» no atormentase a los Otelos provincianos. Y si es tan vulnerable la mujer comprometida por el tabú de la virginidad, o por la lealtad matrimonial, a la actividad depredadora de Don Juan, ello se explica porque el cogollo del honor que va envuelto en el conflicto no tiene raíces lógicas, sino que surge de la misma fuente emocional en que calma su sed nuestro héroe. El verdadero amor, el amor auténtico, asentado en el centro trascendente

del alma, ése es invulnerable ante los ataques donjuanescos.

En la realidad prosaica de la sociedad de tipo erótico, la contradicción referida es esencial para la acertada valoración del problema. A veces se da esa contradicción en el mismo individuo. El libertino que busca el «eterno femenino» en todas las mujeres fuera de casa, desempeña dentro de casa el papel muy burgués de protector celoso y tiránico. Los dos tipos se contraponen y se complementan, son polos de una misma estructura emocional: Don Juan en el mundo exterior de la aventura, Otelo en el tálamo del hogar. En los casos más graves de incoherencia, nos encontramos con las sugerencias devastadoras del íncubo, cuyo lema viene a ser el siguiente: «Todas las mujeres son deshonestas, salvo mi madre, mi mujer, mi hermana y mi hija», lo cual corresponde además a la posición invariable de la mentalidad de tipo erótico: «Todos los hombres son ladrones, salvo mis parientes y amigos». Dos pesos y dos medidas. Tal es el principio básico de la ética del erotismo.

No se puede confundir el talento donjuanesco con la potencia sexual puramente atlética. En uno de los casos más famosos de donjuanismo real, el de Casanova, todo indica que la sensualidad de ese aventurero sin escrúpulos no ha sido un don fisiológico concreto, sino que, sencillamente, aquel Don Juan reveló cierta genialidad en la creación de la atmósfera de expectativa, sin mayor compromiso. El secreto de la sensualidad donjuanesca estriba en la utilización de la energía erótica femenina. Es, pues, un secreto de las mujeres. Don Juan seduce y provoca. Trátase de un catalizador. Para Ortega y Gasset, Don Juan no es el hombre que hace el amor a las mujeres, sino el hombre a quien las mujeres hacen el amor.

Como acontece frecuentemente en las piezas literarias en que se destacan dos personajes del mismo sexo —el amo y el criado, el jefe y su lugarteniente, el rey y su visir—, esos dos personajes ofrecen relaciones dramáticas que se hacen significativas y nos impresionan en la medida en que ilustran oposiciones fundamentales de categorías psíquicas. El Sganarelle de Molière, el Leporello de Mozart repre-

sentan la parte inconsciente, antitética, reprimida o contradictoria de la personalidad de Don Juan. Del mismo modo. Sancho Panza representa la de Don Quijote. Yago la de Otelo, el criado Wagner la de Fausto. Si el temperamento del amo revela rasgos propios del aventurero fantástico, encontraremos los aspectos compensadores del realista de buen sentido en la persona del servidor. ¿Qué hace un criado sino atender a las necesidades cotidianas de su amo? ¿Qué sería de Don Juan sin Leporello? Si Don Quijote y Don Juan son caballeros intuitivos, cabe a sus fieles servidores personificar la función opuesta y compensadora, del sentido de la realidad.

Vienen a cuento estas observaciones si recordamos lo que dice Gilberto Freyre del «complejo del gentleman», considerado como herencia de la tradición aristocrática de nuestros señores de talento. Muchos sociólogos advirtieron ya algunos aspectos menos recomendables del aludido complejo. Su trivial manifestación es el desprecio hacia toda clase de trabajo manual, cierta repugnancia hacia el dinero (concebido como algo que no se debe ganar, contar y ahorrar, sino tan sólo gastar), una pronunciada falta de relación natural con las exigencias materiales o económicas de la existencia y, de una manera general, la repulsa al aspecto utilitario de la vida social. La antinomia, en este caso, entre la especialización intuitiva del conquistador y la empírica del servicial corresponde, con cierta exactitud, al contenido psicológico de nuestra estructura social tradicional. No creo que haya duda de que el contraste encierra un significado considerable: en la forma de vida colonial, de la que tanto nos cuesta la liberación definitiva, cabía a las llamadas «clases trabajadoras» la responsabilidad de aquellas actividades que, por definición, exigen una percepción más aguda e inmediata de las realidades objetivas. El aventurero acomodado, el soñador de riquezas, el aristócrata ocioso y pródigo pueden permitirse el lujo de desentenderse de la realidad material en beneficio de los arrobos y devaneos de su imaginación. No obstante, si el criado hiciese esto, perdería su empleo... En la propia sociedad capitalista actual, posee la actividad mayor valor práctico para el jefe

de industria que para el operario o empleado: el papel del gran jefe de empresa es precisamente el de urdir, arquitecturar o imaginar nuevos negocios lucrativos y de buen éxito, y cumple a sus asistentes y subalternos la tarea de traducir sus ideas en trabajo concreto y efectivo.

Recordemos otra observación, ésta de Sergio Buarque de Holanda. En *Raíces del Brasil* afirma que «la ociosidad» de nuestro indígena, su aversión a cualquier esfuerzo disciplinado, su «imprevisión», su intemperancia, su acentuada inclinación hacia las actividades depredadoras antes que a las productivas, cualidades, que lo hicieron menos compatible con la condición servil, se ajustan de forma muy precisa a las tradicionales normas de vida de las clases llamadas nobles. Sin duda se trata de una mera coincidencia. Lo que en el indígena es resultado de su primitivismo, constituye en el tipo aristocrático ibérico una manifestación sofisticada del temperamento aventurero intuitivo. Pero es posible una derivación de ese carácter porque la ociosidad, la aversión a cualquier clase de esfuerzo disciplinado, la imprevisión, la intemperancia y el gusto acentuado por las actividades depredadoras, denuncian al sujeto, de un modo general, como un tipo extrovertido intuitivo. Son rasgos donjuanescos.

En su actitud de extroversión intuitiva, Don Juan personifica el espíritu de aventura, el instinto de juego y de rápida conquista, la curiosidad nunca satisfecha en la busca de lo inédito, de lo desconocido. Como tal, representa una nota dominante de nuestro complejo psicológico nacional.

Mencionemos otros rasgos que le asocian a la psicología del adolescente en período de crecimiento y transformación: capacidad para fantasear la vida, falta de responsabilidad, dominio de la imaginación sobre la realidad, tendencia a la improvisación, gusto por lo provisional en la existencia, y rápidas y constantes mutaciones de actitud, de pareceres, de intereses y de ocupaciones. Al propio tiempo, en su aspecto positivo, lo juvenil contrapesa el lado negativo específico de falta de madurez y de negativa a enfrentarse con las condiciones limitadas de la vida cotidiana, que requieren virtudes como la paciencia,

la tenacidad, el esfuerzo, la concentración para el trabajo.

El viejo debate entre el Ser (*Sein*) y el Venir a Ser (*Werden*) puede transponerse, en cierto modo, para enriquecer el concepto de una oposición (en el sentido de Jung) entre las funciones psicológicas de la «sensación de la realidad» y de la «intuición del devenir». El intuitivo se interesa poco por el problema de la realidad en sí, *tal como es*. Está, no obstante, fascinado por la realidad *tal como se puede volver*. Indaga el significado posible de los fenómenos presentes. Presta atención a sus virtualidades y posibilidades de transformación. Acepta sus propios oráculos interiores y revela gran valor inventivo para hacer frente a lo imprevisto, a lo sorprendente, a lo exótico, a lo excéntrico. En ese sentido, no será conservador por instinto, sino amigo de las novedades por naturaleza, y de ahí su papel descollante en la dinámica de la psique colectiva. Constituye, en verdad, un elemento eminentemente activo y revolucionario de toda historia cultural.

La impresión que podemos recoger de un análisis a fondo de la mentalidad de nuestro pueblo nos sugiere con insistencia el fulgor de la actividad mental, generalmente designada entre nosotros con el término «inteligencia», cuando no es más que una variante del pensamiento intuitivo. Es a la imaginación, a la fantasía creadora, y no a la actividad metódica, objetiva y puramente intelectual, a la que debemos atribuir la facilidad del brasileño para aprender, para tomar al vuelo ideas, experiencias y conocimientos variados, para aceptar con audacia y entusiasmo cualesquiera técnicas nuevas, sin trabajo previo de preparación o aprendizaje. Inteligencia estetizante, en verdad, pues más se inclina a la función intuitiva que al frío Logos pragmático. La reputación, de que tanto nos ufamamos, de rapidez, habilidad, brillantez y destreza pueden relacionarse con esa capacidad intuitiva de asir instantáneamente la realidad subyacente de las cosas. A la inversa, los pueblos germánicos y anglosajones (en quienes desempeña una función más determinante el raciocinio lógico, el pensamiento metódico y pragmático, de realismo utilitario) nos

dan una impresión penosa de lentitud, de falta total de flexibilidad, de rigidez paquidérmica, cuando no de sesudez asnal.

Ahora bien, el carácter esencial de la intuición, según el parecer de Jung, es el de una percepción automática que sólo alcanza a la conciencia a través del inconsciente. Constituye, pues, la intuición una «voz interior», un «sexto sentido» que domina en nosotros de dentro afuera.

Siente el intuitivo extrovertido dificultad para aceptar las situaciones estables y concretas. La estabilidad es para él una prisión. Capta elementos perdidos en el pasado remoto, y hasta lo realza y glorifica en ocasiones; pero lo que le interesa sobre todo es lo futuro, lo nuevo. La duración es siempre opresora para él: vale tan sólo por las virtualidades que encierra. Afirma Jung, cuando trata de definir el temperamento del intuitivo, que éste «no se detiene nunca en las relaciones estables, existentes desde hace largo tiempo, sólidamente fundadas y de valor generalmente reconocido, aunque por eso mismo limitado». Y agrega: «...tan pronto como subsiste una posibilidad, el intuitivo se encuentra preso por una fuerza fatal. Parece que toda su vida se sume en esa nueva situación»... El intuitivo no analiza el hecho en términos objetivos: lo interpreta con arreglo a sus propias ideas.

Imagen fugaz, potencialidad misteriosa, expresión profética, así se afirma la idea en la mente del intuitivo. Observa Jung que el intuitivo se apodera mentalmente de los objetos nuevos, de los nuevos caminos con una gran decisión, y en ocasiones con un entusiasmo extraordinario, para luego abandonarlos en seguida, sin fundarse en ninguna consideración de peso y, en apariencia, sin el menor remordimiento, fríamente, una vez que midió su extensión y advierte que no podrá esperar de ellos un desenvolvimiento futuro. Es lo que confiesa el Don Juan de Molière: «Les inclinations naissantes, après tout, ont des charmes inexplicables, et tout le plaisir de l'amour est dans le changement». Pero también se dan en ese tipo de hombre la inconstancia, la impaciencia, el idealismo ocioso, la irresponsabilidad, la enemiga al método riguroso y a todo lo que lleve consigo monotonía o repetición. Por eso el

intuitivo es enemigo del trabajo en su sentido corriente de obligación cotidiana, regular y reglamentada. Por eso asimismo se explica en él la falta de previsión en lo económico y la prodigalidad, fundamentos psicológicos del subdesarrollo material de la colectividad brasileña. Siendo ello así, la falta de estabilidad telúrica, la ojeriza hacia el orden establecido, la mala voluntad en la lucha con los hechos empíricos y la inherente desorganización, hacen del intuitivo un individuo difícilmente adaptable a la sociedad burguesa e industrial contemporánea, o por lo menos en permanente rebeldía contra su funcionamiento mecanizado y cronométrico. Si se da el caso de que la intuición se presenta enlazada a un juicio basado en razones eminentemente afectivas y una determinación por los vínculos «simpáticos» de las relaciones personales, nos encontramos entonces con un tipo de hombre inclinado a los grandes lances heroicos y generosos, a las altas y nobles empresas en beneficio de la comunidad.

Este tipo humano procura, naturalmente, ejercer profesiones en las cuales sus talentos puedan encontrar libre campo de acción. Si se dedica a los negocios, a la industria, será el paladín de las empresas arriesgadas, el gerente audaz, el hombre de los «golpes súbitos», en perpetua búsqueda de la fortuna rápida, y también a merced de la bancarrota, si el viento viene contrario. Mal banquero, será en cambio este hombre un magnífico agente de Bolsa. Es el «*brasseur d'affaires*», capaz de dinamizar una nueva empresa. Es el especulador, el agente de ventas, el viajante mercantil. Bueno para la propaganda, malo para la administración. Su extremada capacidad de captación de las imágenes arquetípicas proyectadas sobre los acontecimientos o las personas del mundo exterior, su sensibilidad ante los símbolos, su actitud estética, su inadaptación y su bohemia son otros tantos rasgos que al esbozar este tipo lo describen también como un artista nato. Y será buen artista, en efecto, si posee además un don creador, idóneo para traducir la imagen íntima en una forma material y concreta.

Porque vive siempre en las alturas, se complace con las ideas especulativas y con

los vastos panoramas. Puede ser marino o piloto de aviación (esta última vocación es, por otra parte, común en el Brasil). Detesta los pormenores, los argumentos rotundos, los datos estadísticos, la dura sequedad y la precisión de las normas jurídicas y de las leyes de la lógica. Prefiere la gran estrategia a la táctica de aproximación metódica. Por eso justamente son tan fáciles en el Brasil las cosas grandes y los bellos gestos, y tan difíciles las cosas pequeñas, los detalles. Es Newton cuando vio caer la manzana; pero no es Newton cuando convirtió la idea de la gravitación universal en un irmenso y paciente trabajo científico. Es Colón, el del acertijo del huevo; pero no es el Colón de las largas horas de reflexión y estudio sobre los mapas y textos antiguos. Prefiere en la diplomacia la solución improvisada, acomodada al momento, y con ella próspera en sus designios, pues en ese terreno donde impera lo irracional, la capacidad de presentir la marcha de los acontecimientos, independientemente de una concatenación lógica de causas con efectos, constituye un instrumento de estupenda e inmediata eficacia.

Cierto es que la vida de un Don Juan en cualquier lugar, y más especialmente en una pequeña localidad que date de los siglos XVIII y XIX, se hace insostenible después de algún tiempo por efecto de las complicaciones suscitadas por sus propias empresas, cada vez más audaces. En el Don Juan de Tirso de Molina, el héroe grita imperativamente a su mayordomo: «Tú las dos yeguas apresta / que de sus pies voladores/ sólo mis engaños fío». Y es que en la fuga de lo presente, tanto como en la busca de situaciones nuevas, su temperamento induce y fuerza al intuitivo a viajar, a volar, a elevarse hasta las nubes. Es por definición el vagabundo, el «volátil», el voluble. Ya Sófocles, en el primer canto coral de *Antígona*, se refiere al mundo volátil, o del «pensamiento aéreo», del «espíritu ventoso». Pero es mejor aún la palabra francesa *volage*, en el sentido de infiel en el amor o de inestable en sus aficiones y actividades.

Anota Jung con respecto a la ética sui generis del intuitivo: «La moralidad del intuitivo no es ni intelectual ni sentimen-

tal. Posee una moral propia: Fidelidad a la intuición, sumisión voluntaria a su poder. Poca consideración por el bienestar de las personas que le rodean, escaso respeto hacia las convicciones y hábitos de vida de las gentes que viven en su mismo medio. Por eso se tiene a Don Juan como un aventurero inmoral y violento.» Pero también llama Jung la atención hacia el lado positivo de un temperamento de esa naturaleza. «Si es de buenos quilates, o sea, si no es demasiado egoísta, puede tener muchos méritos como iniciador o como estimulador de empresas en sus comienzos... «Una vez que se interesa menos por las cosas que por las personas, y que su don de penetración le hace descubrir en las personas ciertas aptitudes y cierta utilidad, puede también hacer a los hombres.» Con todo, esa manera de ser lleva consigo algunos peligros. En los casos extremos y si su función revelase un carácter más introvertido y místico, será un visionario, un soñador, un profeta; vivirá en la luna, andará por las nubes, y perdiendo el contacto con la realidad terrena, vendrá a ser entonces más un Don Quijote que un Don Juan. Ese es el peligro, y Jung lo previene: «El intuitivo —dice— dispersa muy fácilmente su vida animando hombres y cosas, difundiendo en torno suyo una riqueza de vida de la que los demás se aprovechan. Él se queda finalmente con las manos vacías.» El dinero le sirve tan sólo para gastarlo, al contrario de lo que representa para el tipo opuesto, para el hombre pragmático y utilitario, como realidad tangible y susceptible de atesoramiento. Es de notar su actitud para con la economía, que interpreta no en el sentido de ahorro, sino en el sentido de prodigalidad, de lujo, de frenética ruleta, en que siempre se espera la condescendencia del destino o del azar. La situación de crecimiento tumultuoso en las naciones jóvenes, en etapa de desenvolvimiento, constituye para el intuitivo un ambiente en extremo estimulante, aun cuando siente una incompatibilidad fundamental con la organización económica y burguesa moderna, pues, como hace notar Max Weber, los orígenes del capitalismo se encuentran, psicológicamente hablando, en la lógica organizadora, en el ascetismo racional del

puritano calvinista —suizo, anglosajón u holandés—, cuya ética se sitúa en un polo diametralmente opuesto al del aventurero donjuanesco, generoso y aristócrata. El donjuanismo y el capitalismo no se concilian.

El impulso mental, el fermento o la codicia que devoran a Don Juan en su búsqueda incesante, podrían definirse como curiosidad. Es la curiosidad la que le enaltece como personalidad arquetípica y la que une su figura a la de todos los titanes, desde Adán a Prometeo, desde Fausto a Hamlet.

La curiosidad, la busca de lo nuevo y la ojeriza hacia la rutina, la atracción de la vida nómada, tales son los rasgos de ese pájaro psíquico que es Don Juan. Es natural que Don Juan recorra Europa en alas del destino, desde Sevilla a Nápoles, desde París a Viena, desde Constantinopla a Madrid. Don Juan no redujo tan sólo al campo del erotismo el instinto nómada, esa inmensa curiosidad e inquietud de los grandes viajeros ibéricos de los siglos XV y XVI. En ese terreno es también pariente próximo de Ahasvero (el Judío errante) y del Holandés Volador. En el intuitivo extrovertido concurre efectivamente una nomadización de su psique.

A ese espíritu viandante se puede atribuir también la frecuencia con que se encuentran tipos intuitivos en la vida diplomática. Ya advirtió el doctor Marañón, entre otros, la presencia asidua de la personalidad donjuanesca en la *carrière*. De cualquier forma es la incapacidad de fijarse permanentemente a un objeto, de establecer una relación firme, duradera, inalterable con un lugar, o con una persona, de fundar un hogar, la nota característica que proyecta a la personalidad donjuanesca más allá de los límites de la simple proeza sexual. En la palabra *aventura* y en la palabra *conquista* venimos a descubrir los significados paralelos del hecho exploratorio y de la empresa amorosa.

Podemos, por consiguiente, reducir el carácter de lo intuitivo donjuanesco al tipo del aventurero: de aquel que cambia de empleo, que varía de profesión, que se muda de ciudad, que va de una mujer a otra, tan inconstante en sus actividades como en sus afectos, en su residencia como

en sus ideas; el eterno insatisfecho, el utópico, el perseguidor de una idea inaprehensible, el cazador de tesoros, de princesas, de esmeraldas o de diamantes, el bandeirante, todos ellos sedientos de nuevos horizontes, intrépidos, destruyendo aquello mismo que acaban de construir y, en medio de su inconstancia, persiguiendo con tenacidad su propia suerte, siempre incierta.

\*

Esto nos conduce al examen del problema específico, tan destacado, de nuestro temperamento nacional, que es la codicia fantástica, tal como se encarna en la figura del bandeirante. Fácil es comprender la importancia de este tipo en un país nuevo como el Brasil. No son los factores hereditarios los que pueden explicar esa nota dominante del carácter nacional, pues si el italiano y el español son sumamente intuitivos, el portugués lo es en escala mucho menor. Tampoco los factores climáticos. Tal vez la natural selección de tipos en una sociedad en proceso de metamorfosis favorezca la intuición, mejor adaptada que el pensamiento lógico para vislumbrar las potencialidades de desenvolvimiento en una tierra como la nuestra, plasmada en el irracionalismo. El propio medio tropical, con su magnífica exuberancia, es más accesible a la penetración sutil de la intuición que el mecanismo complicado del pensamiento racional. El indio se conduce a través de reacciones absolutamente instintivas. Su intuición se confunde con la percepción propia del animal. Sin embargo, históricamente, es posible que se haya procedido como en una selección de variedades psicológicas en el Portugal de los siglos XVI y XVII, en virtud de la cual tan sólo los tipos más aventureros e intuitivos buscaban nuevas experiencias al otro lado del mar; y del mismo modo, en el Brasil colonial, en el sentido de que esos mismos tipos intuitivos se empeñaron en la epopeya bandeirante, dejando tras de sí a los prácticos, a los realistas, a los pragmáticos, a los prudentes y a los satisfechos. Es el intuitivo el que emprende la «marcha hacia el oeste».

Hay que declarar, desde luego, que la



tentativa de asociar la psicología de Don Juan a la del conquistador no es nueva. El doctor Marañón niega la identificación, pero lo hace por motivos, a mi modo de ver, injustificables, de carácter patriótico. Para él, el conquistador (castellano, ya se ve) se distingue de Don Juan por su « ideal recto » y su « fecundidad generosa ». Difícil es, sin embargo, aplicar esos elogiosos adjetivos a un Hernán Cortés y sobre todo a un Pizarro. En sus *Meditaciones Sud-americanas* defiende Keyserling un punto de vista opuesto, que no podemos sino suscribir. Para Keyserling, fueron los españoles de la edad heroica hombres de un temple inaudito: aventureros, jugadores, conquistadores, indisciplinados, temerarios, fantásticos, destructores, irresponsables, insaciables. Los mismos calificativos cabe aplicar a los navegantes lusitanos y a los bandeirantes paulistas. « Su espíritu de conquista tenía una doble raíz: en la parte abismal, el hambre ciega e insaciable, y en la parte cenital, la fantasía creadora, que reconoce y crea valores y juzga absurdo que el fin propuesto no sea alcanzado con su simple representación. Por eso escoge el camino de la violencia, que infringe las leyes existentes, y nada abomina tanto como esas leyes a las que damos el nombre de trabajo. » En la identificación de los dos tipos de conquistadores —el de mujeres y el de tierras— descubrimos algo más que una simple convergencia de vocablos resultantes del conocido paralelismo entre las terminologías del amor y de la guerra. Lo que ocurre en la realidad es una semejanza evidente de tipo psicológico: el fundamento libidinoso de ambas actitudes es idéntico e igual el funcionamiento de su avidez. Manifiestan en común el ansia nerviosa e impaciente, la cadencia agitada, el ritmo acelerado y desigual, la vibración y el alborozo juveniles, la progresión rápida e inquieta para el objetivo cambiante, en suma, la necesidad de mantenerse suspendido en las alturas de la expectativa por la velocidad inmanente de la progresión.

Si trasladamos el problema a la esfera de lo colectivo, comprobaremos la íntima relación que existe entre el himeneo imposible de Don Juan y las tierras ignotas del navegante lusitano o el tesoro difícil de encontrar del aventurero bandeirante.

Si corre Don Juan en busca de una imagen femenina ideal a la que ninguna mujer corresponde, también el bandeirante, en su terreno propio persigue un mito: el del Eldorado. El objeto escondido en el seno de la *Magna Mater* es una dádiva tentadora e inaccesible, la piedra preciosa, el lápiz filosófico, la promesa del incesto paradisiaco, que fulgulan como imágenes fantasmagóricas ante los ojos ardientes y al ansia profunda del impulso donjuanesco. El objetivo, en todo caso, es absolutamente utópico. Inconscientemente ligado a la etapa inicial de absorción en el regazo generoso de la gran madre, contra la cual se rebela, en la tensión nerviosa de su conflicto interior, proyecta sobre lo futuro aquello que le niega un pretérito definitivamente acabado. Se comprueba, por consiguiente, cuan ambigua es la esencia profunda del impulso donjuanesco. El prestigio del mito reside precisamente en esa contradicción, en esa lucha con el « eterno femenino » al cual se halla el héroe encadenado. Y el dinamismo de la perenne búsqueda se nutre en la ambivalencia fundamental de su postura ante la existencia.

Si Don Juan se siente incapaz de concertar con la mujer un contrato estable y equilibrado de matrimonio, tampoco convierte el aventurero bandeirante la relación transitoria de conquista en una relación creadora. La tierra y sus riquezas son intensiva y astutamente malbaratadas. El bandeirante explota, ocupa, desflora, pero nunca se *establece* (en francés, además, la expresión *s'établir* abarca también el sentido de casarse). El donjuanismo bandeirante consiste precisamente en eso: en que para él la tierra es una amante subyugada por la fuerza o seducida por la astucia, a la cual jamás se somete a un vínculo matrimonial que crea un Paisaje, constituyendo este paisaje, en verdad, la expresión visible de la relación conyugal entre el Hombre y la Tierra. La energía del bandeirantismo donjuanesco es de naturaleza libidinoso, concupiscente. « Si os preguntan por qué se corrieron tantos riesgos, por qué se afrontaron tantos peligros, por qué se escalaron tantos montes, por qué se exploraron tantos ríos, por qué se descubrieron tantas tierras, por qué se asaltaron tantas tribus, decid, y no mentiréis:

fue por codicia.» Así escribe el poeta de «Y-Juca-Pyrama», citado por Paulo Prado en *Retrato do Brasil*.

No es mi intención repetir aquí las críticas ya tantas veces formuladas en lo que toca al carácter depredatorio de la ocupación de nuestro suelo, según la tradición bandeirante: el deseo de recoger la fruta sin haber plantado el árbol. Quiero tan sólo recordar la penetración analítica de ciertos estudios como los de Sergio Buarque de Holanda o de Vienna Moog en *Bandeirantes o Pioneiros*. Es también de citar la investigación objetiva y técnica de Pierre Mombeig en *Pionniers et Planteurs de São Paulo*. Comprueba este autor que las exploraciones y conquistas de los trópicos constituyen tan sólo un «capital rápidamente disipado por los pioneros, siempre más ansiosos de forjarse una fortuna rápida que de establecerse, menos afortunados en poseer y fecundar la tierra que fascinados por las perspectivas de los vastos espacios vírgenes». «La seducción de la nueva tierra y del dinero rápidamente ganado», admite Monbeig, «puede encontrarse en todos los países nuevos, del norte al sur del continente americano»... pero «el colono de São Paulo, ya sea de vieja familia de cuatrocientos años, o ya hijo de inmigrante, europeo o japonés recientemente llegado, se siente preso en esa tradición histórica en la cual por fuerza se debe inspirar, sino para justificar el fenómeno por lo menos como fuente de energía.»

La actitud de ese donjuanismo bandeirante es siempre juvenil, casi nos atrevemos a decir pueril (razón por la cual «ecuacionamos» inicialmente el problema tomando como base la figura arquetípica del *puer aeternus*). Psicológicamente hablando, el héroe todavía no evolucionó, no superó aún la etapa inicial en que la Tierra se presenta como Madre. Si el conquistador invade o domina, y después abandona

en seguida lo conquistado, sin colonizar, dejando tan sólo el rastro de la quema, de la erosión, del pillaje del subsuelo, en la vorágine del *boom* económico, es porque así se venga, sobre el objeto mismo de su actividad, de su propia insuficiencia creadora, fruto de la impotencia o de la falta de madurez.

La ambivalencia de esta actitud se enlaza con los aspectos contradictorios de la Magna Mater tropical. En efecto, el trópico se manifiesta bajo la forma de dos mitos violentamente opuestos y, no obstante, indisolublemente contrapesados: el de la visión del Paraíso y el del Infierno verde. Configura el primero de estos mitos la Tierra Madre como «de tal manera graciosa» que, recostado en ese «lecho espléndido», en la inercia y la lascivia de la situación colonial, el hombre espera de ella la fácil gratificación de todos sus deseos y de todas sus necesidades físicas. El segundo mito retrata a esa tierra como madre devoradora, hostil en medio de su seducción fatal y exigiendo del hombre la titánica revuelta del donjuanismo. Si el primero nos brinda la imagen del hombre pasivo y sedentario de la civilización del litoral, del «hombre cordial» subyugado por el clima del trópico, tendido sobre sus redes al sol de la playa y esperando de un destino tolerante y benigno la solución de todos sus problemas materiales, con arreglo a la fórmula sacrílega de nuestro romanticismo nacionalista, «Dios es brasileño», pertenece específicamente al segundo mito, el del Infierno Verde, el mundo agreste y agresivo del desafío bandeirante. Ligado al presente con el que se satisface en lánguida sensualidad, se caracteriza el hombre del litoral como el «bon vivant» de la inercia comodona. El otro, el Don Juan bandeirante, proyecta sobre el Eldorado futurista —el Brasil, país del futuro— la atolondrada ansiedad de su utopismo exacerbado.

## Sobre la literatura alemana actual

POR RAFAEL GUTIERREZ GIRARDOT

ENTRE LOS MILES DE TÍTULOS NUEVOS que en el pasado otoño lanzaron al mercado alemán las empresas productoras de libros, fueron muy pocos, al menos no la justa proporción, los que lograron apasionar al lector. Con maestría y destreza propagandística se presentó la novela del escritor suizo Max Frisch, *Si mi nombre fuera Gantenbein* (Editorial Suhrkamp), y no hubo crítico que, aunque con cierto cansancio y alguna muy oculta reserva, no clasificara la obra entre las grandes que se han producido, si no en el siglo XX, sí en el reducido período de un año.

Lo que sorprende al leer la novela, en la que ocasionalmente se encuentran capítulos y escenas narradas en clara y amena prosa, no es el fundamento de filosofía popular, el falso problematismo de la identidad o no identidad del yo (que repite, con menos intensidad, el tema ya tradicional en la novela alemana del medio siglo), la presentación, pues, de un «yo» de sustancia subjuntiva, por decirlo así; lo que sorprende es, más bien, que los críticos hayan sabido esconder, superar o sofocar sus criterios rigurosos y que hayan encontrado en esta muy divertida narración de ingenio rebuscado, un trasfondo metafísico. ¿Necesita el lector alemán que en cada obra novelística asome de alguna manera un retazo de sistema filosófico o se trata, en este caso de simple snobismo? En realidad, el éxito de la novela de Max Frisch es un múltiple indicio de pobreza en la literatura, de provincia-

nismo en la crítica, que resultan tanto más paradójicos por cuanto estadísticamente Alemania occidental está a la cabeza de la producción bibliográfica y entre los primeros productores de traducciones del mundo culto.

Pobreza literaria, porque pese a los esfuerzos de tanto autor novel, en las letras de lengua alemana las figuras de Heinrich Böll, Uwe Johnson o Günter Grass en novela, de Helmut Heissenbüttel, Paul Celan, Karl Krolow, entre otros, en poesía siguen viviendo, voluntaria o involuntariamente, a la sombra de Thomas Mann, de Hermann Broch, de Robert Musil, de Gottfried Benn y otros autores de menor dimensión pero más significativos, como la emigrada judía Nelly Sachs, o las redescubiertas obras de judías como Else Lasker-Schüler o Gertrud Kolmar, para citar sólo a los más conocidos y ejemplares. La causa de esta pobreza es variada; pero entre esa variedad corresponde al provincianismo de la crítica una considerable participación.

El crítico alemán —en muy pocas y no siempre constantes excepciones sucede lo contrario—, formado generalmente en la escuela de la «crítica universitaria» para la cual, por ejemplo, la literatura española acabó en Calderón, la francesa llega hasta Valéry y la inglesa hasta Coleridge o M. Arnold, éste crítico alemán, pues, no sienta medidas, no descubre autores. Difícilmente se buscará y se encontrará en las revistas de crítica literaria una reseña de una obra extranjera no traducida al ale-

mán. Mientras vivió Ernst Robert Curtius, su juicio crítico, su permanente vigilancia, no sólo sentaron cánones, sino que abrieron la ventana alemana a las letras extranjeras. De éste modo, el crítico, reducido a la producción nacional — aún las obras traducidas parecen nacionales: el crítico no conoce el contexto histórico-literario en que surgieron—, traza en su labor un círculo en el que lectores, autores y críticos se mueven permanentemente con una fuerza rutinaria digna de la muy famosa «Gründlichkeit» y disciplina alemanas.

Las mayores audacias literarias como la prosa de Uwe Johnson o la de Günter Grass despiertan la sospecha de que ellos, quizá sin saberlo, en la medida en que pretenden innovar no hacen otra cosa que restaurar. Como «profeta del pasado», Günter Grass, ocupado en levantar un monumento a su infancia y juventud, restaura los esquemas de *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, y no por el talante caricaturesco de su obra deja de ser ella una restauración, si se quiere, la de la «novela de formación» envuelta en la picardía de un «enfant terrible». Y la poesía de un Heissenbüttel, por ejemplo, que se presenta como el efecto de las más modernas teorías sobre la comunicación es, pese a la intención lógica que parece dominarla, una restauración del ilógico dadaísmo.

La joven literatura alemana está en crisis: tal es el nombre para su pobreza y su provincianismo. Pero no está en crisis por agotamiento de fuerzas. La poesía y el ensayo de un Hans Magnus Enzensberger o la novela de un Arno Schmidt son testimonio de una juventud, y si ésta se rebela contra la sociedad y los hábitos de la Alemania actual no lo hace por simple anti-conformismo, sino por necesidad vital de la producción literaria. Contra la designación de restauradores pocos protestarían con tal vehemencia como Grass y Heissenbüttel. No por ello dejan de reflejar en sus trabajos la restauración política que viene consumándose en la Alemania occidental a partir del segundo período del canciller Adenauer.

La Restauración, esto es, el desplazamiento de un modelo de Estado liberal-

democrático hacia un Estado autoritario cuasi corporativo (llamado «Kanzler-Demokratie», democracia del Canciller) en el que las funciones de la democracia parlamentaria se ven sofocadas por la presión de las nuevas corporaciones tecnocráticas o por ciertas corporaciones que representan antiguos ideales (los campesinos o los despojados de la patria como los sudetes); esta Restauración ha ido cumpliéndose de modo casi imperceptible, porque corre pareja con la recuperación económica, de modo que cabe decir que en el caso de Alemania occidental, su milagrosa recuperación, su admirable industrialización no sólo ha convertido al país en una simple economía («Alemania occidental no es un Estado, sino una economía», comentó un periodista inglés), sino que, voluntaria o involuntariamente, ha ido minando la naciente y frágil democracia, cuya historia no se caracteriza por un fortalecimiento, mas por una oculta, permanente crisis, de la que sin embargo, cada vez que su latencia se manifiesta como en el famoso caso del semanario *Der Spiegel*, sale más débil. Este desplazamiento hacia la derecha se manifiesta igualmente en la cultura de un modo doble: en primer lugar por la justificación ideológica del estado social y económico de Alemania, y por la crisis que atraviesa la educación en todos sus sectores, que consiste en el hecho de que a medida que la industrialización y el progreso económico y técnico requieren una auténtica democratización de la cultura y de la educación, el Estado no ha fomentado, sino impedido dicha democratización, de manera que Alemania occidental cuenta hoy con el porcentaje más bajo en Europa de estudiantes procedentes de familias de trabajadores y estratos sociales tradicionalmente no concebidos como «élite».

Por su parte, la inteligencia, y muy especialmente la mayoría de los sociólogos, encuentran la nueva sociedad y el nuevo Estado alemanes como el modelo de una superación de los tradicionales antagonismos ideológicos, sin percatarse de que tras las estructuras nacentes —10 millones de televisores, un Volkswagen para cada obrero, bienestar para todos, sociedades anónimas para el pueblo, etc.— que, por lo

demás no son específicas de la sociedad alemana, se oculta o se mantiene la restauración ideológica autoritaria, que habrá de conducir —como lo han observado recientemente varios obispos evangélicos— a una nueva y muy peculiar forma de dictadura: la maquinaria técnicamente perfecta que, bajo el nombre de Estado-policía, soñó Fichte en su *Estado comercial cerrado*. Se entiende, pues, que en semejante situación las relaciones entre el escritor alemán y la sociedad son especialmente complejas. A la profesión de escritor la ha favorecido el milagro económico. Los 10 millones de televisores significan para él la posibilidad de asegurar considerables ingresos, pero a su vez, significan un condicionamiento en su crítica, y aunque la crítica a los políticos, al Estado actual es frecuente en estos y otros medios de comunicación, ésta se ve convertida en un producto más de consumo, perdiendo así mucho de su original eficacia. A eso se agrega el que tradicionalmente en Alemania la sociedad ha mostrado una amarga desconfianza a la inteligencia, de modo que el escritor se encuentra en una situación ambigua, que traducida a otros términos puede formularse como la de una permanente indecisión: él afirma el estado social y económico actual, pero niega la sociedad y la economía, las bases reales de esa situación. De ahí el que mucha novela crítica, como algunas de Heinrich Böll, no pasen del humor, alimentado no por una actitud crítico-social, sino por el mandamiento «amaos los unos a los otros», u otras, como la reciente de Gisela Essner *El enano gigante*, de la parodia surrealista, y otros, como Walter Jens, quien cuando hace crítica literaria ejerce la vacía enumeración caótica, sigue muy humildemente las huellas de Kafka.

Sería sin duda una simplificación el clasificar la literatura alemana actual bajo el título de restauración. Pero los nombres de autores y críticos como Martin Walser, Hans Magnus Enzensberger, Theodor W. Adorno, Arno Schmidt, Peter Weiss, por citar entre los pocos algunos al azar, son, aunque altas y perceptibles, voces clamantes *in deserto*. Quizá la única figura insobornable entre los jóvenes, que al mismo tiempo ofrece gran interés literario, es

Enzensberger con su poesía satírica y sus agudos ensayos, traductor de Vallejo y Neruda, antologista del único panorama completo y selecto de la poesía contemporánea universal. Y además, los autores de una merecida restauración: los judíos que perecieron a causa del nazismo, o los emigrados como las poetisas Else Lasker-Schüler y Gertrud Kolmar, la emigrada Nelly Sachs, el expresionista Alfred Mombert, el inagotable y extraordinario Walter Benjamin, el extravagante Jakob van Hoddis, Berthold Viertel, Eugen Gottlob Winkler, sin cuya obra —mucho de la cual ha sido reeditada— y sin cuyas suscitaciones en la literatura alemana no puede comprenderse la existencia de una literatura que, como la germánica ha despertado siempre la muy justa admiración de los países de lengua castellana. Pero entre los miles de títulos nuevos presentados en la pasada Feria del Libro de Francfort del Meno no fueron muchos los títulos de estos autores que volvieron a ser editados o presentados por primera vez al público lector de la Alemania actual.

### *El nº 200 de « Merkur »*

La revista *Merkur*, que dirige en Munich Hans Paeschke, ha publicado recientemente su número 200. Fundada en 1947, la revista *Merkur* fue considerada muy pronto por el *Times Literary Supplement* como la mejor revista cultural europea. Efectivamente, a lo largo de sus doscientos números *Merkur* ha presentado toda la gama de temas y autores que han movido las letras y el pensamiento europeos: desde la nueva poesía de Hungría o Yugoslavia hasta los nombres más destacados de las dos Américas y de España, desde el revisionista marxista Ernst Bloch hasta Ortega y Gasset, Ernst Robert Curtius, los emigrados alemanes, las nuevas figuras de la crítica y de la ciencia en la Alemania actual.

Puesta bajo la advocación de Mercurio, el dios del cambio y la transformación, la revista ha sido orientando a un amplio público internacional con objetividad, tolerancia y liberalidad. Sin exageración cabe decir que, entre las actuales revistas alemanas de cultura general, es

*Merkur* la única que se distingue por un auténtico cosmopolitismo. Fue allí donde por primera vez en lengua alemana se presentó a Borges, se habló de Mallea y León de Greiff, se publicó el primer ensayo largo sobre César Vallejo y Pablo Neruda, entre otros, y es allí donde se han anticipado los temas culturales y políticos que más tarde han formado parte de los grandes debates alemanes. Como un espejo de la cultura universal para Alemania, corresponde a *Merkur* el derecho de ser el heredero de los más grandes ilustrados alemanes: por su apertura al mundo, que es implícitamente lucha contra el provincianismo.

Cierto es que a lo largo de sus 200 números la revista ha vivido crisis: por la altura de sus colaboraciones circula el prejuicio de su «esoterismo», aunque sólo *Merkur* y la revista trimestral *Neue Deutsche Rundschau* tienen verdadero nivel internacional. El n° 200 presenta trabajos fundamentales como el estudio completo de Georg Picht sobre «La fuerza de persuasión como problema político estructural» o el artículo de Erich Heller (emigrado en Londres) sobre el horizonte filosófico del arte actual bajo el título «El viaje del arte hacia la interioridad. Una prognosis de Hegel y su cumplimiento», o el ensayo de Marguerite Yourcenar sobre la poesía de los negro-spirituals, y en la sección de crítica, entre otros, un excelente comentario de Margret Boveri sobre dos libros de historia bélica, de por sí interesantes: el diario de Kunrat von Hammerstein, hijo de un famoso general antihitleriano y él mismo auténtico miembro de la resistencia, y el «montaje» novelesco de Alexander Kluge «Descripción de una batalla», en la que, utilizando partes de guerra y demás material histórico, cuenta el desastre alemán en Stalingrado.

Ante un número de la calidad, de la amplitud y profundidad de este de *Merkur* no sobra agregar que la revista se acerca una vez más, a causa de sus virtudes, a una nueva crisis, sintomática sociológicamente no sólo para la cultura alemana en el actual agudo período de su desliberalización, sino para el grupo de la editorial que financia la revista. *Der Ruf, Die Wandlung, Texte und Zeichen* fueron re-

vistas que perecieron pese a su alta calidad, *Die Deutsche Rundschau*, que vive desde el siglo pasado, se ha convertido en una publicación entre revista ilustrada, semanario de noticias y hoja universitaria. No habría signo más peligroso para la cultura alemana que la desaparición de *Merkur* o su conversión en una revista en la que no se traten problemas, sino halagos y satisfacciones o sensaciones del día.

El lector extranjero que quiera orientarse sobre la cultura europea y alemana del presente y suplir la carencia de un capital alemana con su vida intelectual, habrá de acudir a *Merkur*.

### El «caso Moser»

Durante más de tres meses, el «caso Moser» ha provocado una polémica que es digna de registrarse porque a diferencia de casos semejantes precedentes y a causa de la reacción de la persona y el grupo afectados por ella, los lectores han vuelto a ver surgir los aspectos más deprimentes y oscuros de la vida universitaria en la época del nacionalismo. El «caso Moser», que trata del nuevo rector de la Universidad de Bonn, Hugo Moser, no se redujo a los reproches que sobre su pasado nacional-socialista dio a conocer el escritor Walter Boehlich, sino que se convirtió en un «caso Thomas Mann» y en un «caso Kahle», en una palabra en un «caso Universidad alemana».

El curso que siguió la discusión y las reacciones defensivas son característicos y, podría decirse, típicos de otros casos semejantes con menor fortuna publicitaria. Boehlich reprochó a la Universidad la elección de un rector que, como Hugo Moser, había sido un «fellow-traveler» del nacionalsocialismo. Citó, como ejemplo, un *Cancionero alemán*, en el que Moser, como recopilador, había incluido dos himnos de la juventudes nazis. Se agregó además un juicio sobre el bilingüismo, que según Moser corrompe el carácter. Se encontró, en fin, que en una *Historia de la lengua alemana* publicada por Moser después de la guerra, una calificación como «judaísmo mundial» (*Weltjudentum*), acuñada con sentido peyorativo por los filólogos del nazismo y sus exactos funcio-

narios, resultaba, por los menos, extraña después de 1945.

Tan graves como los reproches dirigidos a Moser son los que se hicieron hace un año al rector de la Universidad de Kiel y al de la Universidad de Francfort, quienes dimitieron en el acto. No, en cambio, el profesor Moser en Bonn. Un grupo de profesores publicó una desafortunada declaración en la que se decía, entre otras cosas, que Moser no había escrito más «de lo entonces habitual» (aunque lo entonces habitual eran las leyes de Nuremberg o *Mi Lucha*) y se insinuaba que Moser había sido requerido por un sacerdote católico para que se hiciera cargo de un grupo racial limítrofe y bilingüe, poco más o menos, pues cabía suponer que Moser, lo mismo que el comentarista de las leyes de Nuremberg, Dr. Globke, se encontraba en la ambigua situación de ser «fellow-traveler» para evitar mayores males, para favorecer a los perseguidos o los desamparados, es decir, para hacer Resistencia.

El semanario *Die Zeit* publicó el ataque de Boehlich, las declaraciones de los profesores y una rectificación de Harri Maier, catedrático de lenguas románicas, en la que se distanciaba de la declaración institucional de los profesores y llamaba la atención sobre el hecho de que el juicio de Moser sobre el bilingüismo no sólo privaba de base a toda la filología —no otra cosa sino bilingües son los filólogos—, sino que, además, elección y declaración herían a los antiguos emigrados que habían vuelto a Alemania después de la guerra a ocupar sus cátedras. Como trasfondo, y ante el ataque que se hizo al semanario *Die Zeit*, éste desenterró el problema Thomas Mann, a quien la Universidad de Bonn confirió antes del ascenso de Hitler al poder el título de Doctor honoris causa, título que retiró públicamente en medio de los fervores hitlerianos. ¿Quién provocó y quién firmó la anulación del título? En la fotocopia publicada se leía el nombre de Obenauer. Pero el decano se llamaba entonces Oertel. Los historiadores encontraron que Obenauer había firmado, pero que el decano no era entonces Oertel. En la oscuridad quedó el causante o provocador de la acción contra Thomas Mann. Para ilustrar ese oscuro período de la universi-

dad alemana se publicaron también los recuerdos de la viuda del gran orientalista Kahle. En la tristemente célebre «noche de cristal» en Bonn, la esposa de Kahle y su hijo cuenta ella, fueron a ayudar a una comerciante judía a quien habían destruido su almacén. Eso bastó para que la Universidad expulsara al hijo de Kahle y para que no pocos profesores, que hoy enseñan y son respetados por la ciencia internacional, le retiraran el saludo y le hicieran insoportable la vida en la Universidad. Kahle murió en el exilio, cuando ejercía como profesor en la Universidad de Oxford.

Con mesura científica otros profesores participaron en el debate renovando una vez más la solicitud de que se discuta y se purifique el pasado de la universidad alemana, y con tales generalidades concluyó, aparentemente, el «caso Moser». Concluyó aparentemente: porque los ecos y las consecuencias no se limitan al reconocimiento del excepcional valor civil del profesor Maier, ni a la comprobación de la tímida y a la vez arrogante reacción de los afectados en la discusión desatada por Boehlich. El eco y las consecuencias, aunque imperceptibles, son la creación de un amargo malestar en la vida universitaria y cultural de Alemania y la pérdida de autoridad de los profesores ante la juventud. Destrozada por una división, el fantasma de un pasado surge siempre para desencubrir las ruinas encubiertas por la recuperación económica, más aún: en la medida en que, a causa de los procesos de Auschwitz y de la inminente prescripción de los delitos nazis, crece en la población el nerviosismo, el malestar y la irritación, la sombra del «pasado no superado» surge con más visibles dimensiones.

Si el verdugo de Auschwitz, Boger, fue un honorable agente de comercio después de 1945, ¿qué fue en el pasado aquel empleado que amenaza aquellos chóferes y sus jefes que presionan a un extranjero? ¿No plantean las figuras de los procesados por Auschwitz esa pregunta, cuya respuesta dio el suizo Max Picard en un libro *Hitler en nosotros* y sobre la que reflexiona Grass, cuando en su última novela simboliza en el perro el «cerdo perro» (traducción literal de Schweinehund = canalla) «en cada uno de nosotros»? Esta

duplicidad de la naturaleza humana, convertida a lo largo de la historia cultural y religiosa alemana, bajo el impulso inicial de Lutero, en extrema polaridad del bien y el mal, de la inocencia y el delito, de razón y sinrazón, que desesperadamente busca una síntesis —esa búsqueda ha producido la obra de Schelling, Hegel, Hölderlin y Thomas Mann, quien la resume en su *Doctor Faustus*—, no se queda ni reduce su acción sólo al campo de la literatura y de la filosofía. Es el revés de una medalla, y se comprende que Nietzsche, el filósofo del « más allá del bien y del mal », haya sido el más agudo crítico de Alemania, el más enconado ofensor, el más radical en sus improperios contra una compleja formación cultural política y social que pese al brillo de que hoy se rodea sigue buscando aún su nación.

En semejante contradicción de extremos radica la fascinación que ejerce la cultura alemana sobre las mentes latinas, pero también ahí radica el peligro político para la historia occidental: lo uno no se comprende ni existe sin lo otro. Por ello es ingenua y falsa toda imagen de Alemania que se atenga sólo a un aspecto. José Bergamín escribió, en el prólogo a la traducción de la obra de Heidegger, *Qué es metafísica*, hecha por Xavier Zubiri, que una vieja leyenda, recogida en el Fausto goethiano, habla de las dos almas que habitan en el alemán. Efectivamente, en cada gesto, en cada ademán, en cada manifestación humana del alemán asoman el ángel y el demonio. Insinuar la existencia de éste último tras la máscara de una sociedad de consumo es el propósito de estas líneas.

JOSE OLVERA: « FABRICA » (JAZA)





# La influencia de la música francesa en la creación musical de América Latina

POR HUGO PATIÑO

**T**RATAREMOS DE EXAMINAR, evitando explicaciones técnicas, y de una manera general, la influencia que la música francesa ha ejercido en la música docta del continente sudamericano. Para este ensayo, hemos elegido la obra de tres ilustres compositores del Nuevo Mundo: Manuel M. Ponce de México, Carlos López Buchardo de la Argentina, y Heitor Villa-Lobos del Brasil. En efecto, estos tres músicos representan no sólo el arte musical de una época, sino también una tendencia de la música latinoamericana.

Pese a la pluralidad de interpretaciones que los vocablos *relación e influencia* ofrecen, musicalmente la palabra *influencia* parece convenirnos mejor para este propósito, puesto que su significado va a circunscribirse dentro de los límites del marco histórico y la dimensión temporal.

Para mejor comprensión del asunto que nos proponemos abordar, nos será necesario considerar y examinar las causas y los principios que han originado esta influencia. De tal manera, los apartados que tratan de la herencia de la música francesa, de la música docta y tradicional, nos conducirán, a modo de introducción, al tema fundamental, cual es el de los compositores y sus obras, concluyendo luego con las consideraciones pertinentes.

## *La herencia en la música francesa*

Un musicólogo francés piensa, y con mucha clarividencia, que la música francesa se

asemeja a un ramo de flores al que cada compositor aporta una flor nueva...

En efecto, la historia universal de la música nos confirma que la música francesa se renueva constantemente sin perder ni su carácter, ni su herencia adquirida a través de las épocas de su historia, desde la Edad Media con los organistas de « Notre Dame » de París: los célebres Guillaume de Machaut y el Maestro Guillemin, hasta Olivier Messiaen, en nuestros días.

Si este hecho viene a demostrarnos que la herencia constituye la sucesión de un bien legado a los descendientes, un bien inmutable al que no se puede renunciar, la influencia, en cambio, nos confirma su carácter pasajero; baste recordar, por ejemplo, la extraordinaria y amplia influencia de la música y las ideas estéticas de Wagner sobre los compositores del siglo XIX, y principios del XX, a la cual la música « impresionista » de Claude Debussy se opuso.

## *La música docta y la música tradicional*

La música, obra de arte de significado estético, producto de la imaginación del hombre, nació en Europa. Esta « revelación más grande que la filosofía », como la llamó Beethoven, y a la cual los intelectuales del siglo XVII pretendieron clasificar como una « simple diversión del espíritu », ha sido creada por compositores europeos.

Esta música ha sido denominada, hoy, como docta, por oposición a otra forma de música.

Así, como un reverso de la medalla cultural, poseemos una música anónima, tradicional y popular cuyos orígenes se pierden en el tiempo y el espacio. Este acervo constituye, en cierta forma, el patrimonio musical de América Latina, legado que, pese a las transformaciones sufridas por la influencia exterior, no ha perdido sus propiedades étnicas. La música étnica del Nuevo Mundo ha sido conservada por la tradición oral, y sus orígenes se remontan a la época precolombina.

Los primeros cronistas españoles, en el siglo XVI, nos reseñan que los aztecas, los incas, los mayas, además de otros pueblos americanos, reservaron a la música un lugar privilegiado en su vida cotidiana. Adoraban a sus dioses con danzas; sus trabajos agrícolas los ejecutaban al son de sus instrumentos; los acontecimientos importantes los realizaban al son de cantos y danzas. En resumen, su música tenía un carácter funcional.

La colonización española, que duró tres siglos, transplantó al continente americano las expresiones de la música popular española y europea, produciéndose en ese lapso de tiempo la unión de lo nativo con lo europeo, lo cual creó la « música mestiza, la música criolla » que hoy se denomina de manera inveterada e impropia con el término de « folklore ».

Más tarde, y durante ese período de transplantación, aparecen asimismo en América Latina los primeros ejemplos de una música escrita por compositores nativos, que asimilaron rápidamente los estilos y corrientes europeas, tales como la polifonía renacentista y, luego, en la época de la Independencia y la República, el estilo lírico italiano y el de la zarzuela española. Empero, todos estos ejemplos carecerán de consistencia y valor artístico, siendo sólo a comienzos de nuestro siglo XX cuando la música docta de América Latina adquirirá un significado propio y una continuidad gracias al « nacionalismo musical ». Esta corriente nacida del romanticismo y que tiende a valorar las expresiones propias de un pueblo, se arraigó en el continente en momentos en que su vida políti-

ca y social sufría grandes transformaciones. Así, en el caso de México, la revolución de 1910 hizo que sus compositores, conscientes de su labor, y su misión social, la adaptasen en virtud de la creación de una música esencialmente mexicana basada en la explotación de los ritmos de sus danzas populares. Al mismo tiempo que México, otros países como la Argentina y el Brasil veían en el « nacionalismo musical » el medio más directo para exteriorizar el sentir del alma del pueblo.

Los primeros nacionalistas americanos se dedicaron a la creación musical con un folklore alusivo, otros, con un folklore subjetivo, utilizando ambos los elementos de la música mestiza, aquella mezcla de lo español y lo nativo, dejando a sus alumnos la ardua tarea de descubrir y utilizar las verdaderas fuentes de lo nacional, de lo auténticamente americano, cual es la música étnica de las civilizaciones precolombinas.

La mayoría de los precursores del « nacionalismo musical » de América Latina fueron influenciados por la música francesa de la « tercera Época de Oro », así llamada por el musicólogo e historiador francés Norbert Dufourcq. Esta tercera Época de Oro comprende tres generaciones de compositores: César Franck, Saint-Saëns, Gounod, Lalo, continuando con Fauré, Debussy, Dukas, D'Indy, Duparc, Chabrier y terminando con Ravel, Roussel y Florent Schmitt.

### *Los compositores y sus obras*

Existe un paralelismo en la vida de los tres compositores que estudiamos hoy, y que fueron influenciados por la Tercera Época de Oro.

El compositor mexicano Manuel M. Ponce nació en México en 1886; el argentino Carlos López Buchardo en Buenos Aires en 1881, y el brasileño Heitor Villa-Lobos en Río en 1887. Ponce murió en 1950, López Buchardo en 1948, y Villa-Lobos en 1959.

Los tres compositores vivieron en París desde 1920 hasta 1930, más o menos; Villa-Lobos llegó en 1923, Ponce en 1925 y López Buchardo en 1926. Ponce y Villa-Lobos permanecieron más de diez años en la capital francesa; después Villa-Lobos iba a París todos los años a dirigir sus obras.

En aquella época París vivía dentro de un movimiento musical de valoración artística. Después de la revolución producida por la « Consagración de la Primavera » de Igor Stravinsky, en aquel memorable concierto del año 1913, la « Schola Cantorum » de París se esforzaba en conciliar las nuevas corrientes musicales con la tradición.

El famoso « grupo de los seis », formado por Milhaud, Auric, Durey, Honegger, Poulenc y Tailleferre, se encontraba en plena actividad para imponerse a un público ávido de renovación. Las asociaciones orquestales, aunque tímidamente y temiendo pérdidas financieras, daban a conocer las obras de Paul Dukas, Albert Roussel y Florent Schmitt. Nuestros tres compositores encontraron en París el campo ideal para la realización de sus aspiraciones, para la creación de una música « americana » de significado artístico y de proyección universal, y si ellos poseían el genio y el talento para realizarla, también poseían la gran voluntad para ampliar sus conocimientos técnicos musicales. Manuel Ponce estudia con Paul Dukas ; Carlos López Buchardo con Albert Roussel ; Heitor Villa-Lobos pide consejos a Vincent d'Indy, y es el gran amigo de Florent Schmitt y Edgar Varese.

Al mismo tiempo que estudian, los tres compositores dan a conocer al público parisiense sus primeras obras de « inspiración americana », primeras obras vertidas en las formas de la música universal.

Manuel M. Ponce, conocido por su célebre canción « Estrellita » es, sin embargo, el autor de varios conciertos, música de cámara, música instrumental, y su obra constituye un puente entre la tradición europea y la nueva concepción del nacionalismo americano. En su célebre concierto para violín y orquesta, por ejemplo, los ritmos tradicionales mejicanos se amalgaman con los elementos típicos de la escuela francesa. Además de compositor, Ponce fue el organizador y el impulsor de las instituciones educativas en México, cuyo florecimiento prestigia hoy al Nuevo Mundo.

Si Manuel M. Ponce fue el puente entre la tradición y la renovación, el compositor argentino Carlos López Buchardo será el último representante de una primera época del nacionalismo musical en la Argen-

tina. Gracias a su posición geográfica privilegiada y a las condiciones favorables logradas por la inmigración, Buenos Aires es un centro musical de primera importancia, un centro donde las corrientes europeas convergen más directamente. El nacionalismo musical que llegó con cierto retraso a la capital argentina, tuvo como precursores a los hermanos Berutti, a Alberto Williams y a Carlos López Buchardo.

El nacionalismo musical de Buchardo se advierte tanto en sus « Comedias musicales », derivadas de la zarzuela española, como en su obra sinfónica. Su melodía es amable y sentimental, su armonía contiene combinaciones felices, culminando en la combinación sonora de su orquesta.

Si Carlos López Buchardo fue un conservador, en cambio fue un renovador en el sentido de que no ha cedido el paso a la facilidad ; fue el propio compositor quien creaba su temática inspirada en lo « nacional ». Su obra es variada : desde la simple canción hasta las formas cíclicas sinfónicas, Buchardo traduce el espíritu, el sentimiento telúrico, rasgos que pueden advertirse en sus « Escenas argentinas », poema sinfónico. La orquestación de esta obra muestra, por otra parte, ciertas combinaciones sonoras muy apreciadas de la escuela francesa. Gran impulsor de las actividades musicales de su país, Buchardo reorganizó el Conservatorio Nacional de Buenos Aires, y alentó con su espíritu la actividad de diversas instituciones musicales de la Argentina.

Después de López Buchardo que resume un período y una forma de la música argentina, llegamos a la exaltación suprema del nacionalismo musical en América Latina, cuyo nombre es Heitor Villa-Lobos.

El musicólogo brasileño Mario Andrade define la historia de la música de su país en tres términos poéticos : Dios, el amor, y la nacionalidad, ideas que corresponden a tres épocas de la historia musical, es decir : la música religiosa durante la colonización, la música romántica del siglo XIX, y el nacionalismo del siglo XX. Estas tres épocas serán resumidas musicalmente por el genio creador de Villa-Lobos.

Villa-Lobos fue un gran viajero. Recorrió casi todo el territorio de su país transcribiendo y recogiendo la música tradicio-

nal y étnica de la selva amazónica, de las montañas, de las antiguas ciudades coloniales. Gracias a este trabajo de documentación, el compositor logró formarse un fondo musical que determinó su obra futura.

Para Heitor Villa-Lobos, el nacionalismo musical no fue el mero hecho de transcribir una melodía popular para revestirla de ciertas fórmulas académicas, sino el medio de dignificar una música de significado y valor artístico. Villa-Lobos adoraba la expresión lírica de la música de Puccini y Wagner; Bach lo maravillaba por su polifonía; la « tercera época » de la música francesa le seducía por ese carácter de « la fantasía unida a la sensibilidad », tal como la definió Debussy.

Fue un compositor muy fecundo, y a propósito de ello, decía el maestro: « La creación es para mí una necesidad biológica. » De muchas de sus sinfonías, la n.º 2, llamada « La Ascensión », para la cual Vincent d'Indy le dio algunos consejos, es la que muestra más fácilmente la influencia francesa. Otra obra, la Sinfonía 4a. titulada « Victoria » desarrolla el tema de « La Marsellesa » en ritmos de carácter épico.

Empero, si Villa-Lobos fue influido por la escuela francesa, fue él mismo quien influiría, más tarde, en la música francesa. Un testimonio del compositor Olivier Messiaen, nos da a conocer, en efecto, que Villa-Lobos ejerció influencia sobre él por su orquestación rica en sonoridades.

Esta declaración de Messiaen confiada al crítico Claude Samuel con motivo de la grabación de la « Sinfonía Turangalila » del gran compositor francés, nos conduce por otra parte a recordar el interés que los compositores franceses, especialmente desde Debussy, han demostrado por las músicas tradicionales de los países asiáticos y de las civilizaciones precolombinas.

Volviendo al tema central, la obra de Villa-Lobos nos permite comprobar que el maestro fue un visionario y un revolucio-

nario. En su poema sinfónico « El descubrimiento del río Amazonas », el genio del revolucionario traduce musicalmente la grandiosidad geográfica del gran río mencionado.

### Conclusión

La influencia de la música francesa en la obra de los compositores latinoamericanos que acabamos de ver, podría traducirse como una afinidad de sentimientos dentro de la cultura latina.

América Latina ha recibido de Francia no solamente la enseñanza en los dominios políticos, jurídicos y educativos, sino también en el dominio cultural, de lo cual la música es testimonio.

Manuel M. Ponce, Carlos López Buchardo y Heitor Villa-Lobos muestran asimismo la existencia de una música « americana ». La contemporaneidad a la cual ha llegado la música de América Latina, sin haber pasado por las « etapas lógicas del desarrollo histórico », parece, por otra parte, corroborar un pensamiento de Stravinsky que dice: « El compositor americano quiso inmediatamente superar su retraso convirtiéndose en creador, en inventor de música... »

Si el compositor americano de hoy trata de superar este retraso, trata también de solucionar un problema mayor, cual es el de la adopción de un lenguaje musical. En efecto, los unos quieren adoptar la universalidad por medio del lenguaje « serial », los otros continuar con el nacionalismo renovado.

¿Cuál será la vía, cuál la estética que se habrá de seguir? ¿Se renunciará definitivamente a la explotación de los elementos locales, o se conciliará lo nacional con las grandes corrientes de la música universal de nuestros días?

La nueva generación de compositores de América Latina dará, sin duda, a esta alternativa la solución más cabal y justa.

## ¿Quién soy?

POR RUBEN MARIN

CAMINABA POR EL PORTAL de los Agustinos, de columnas añosas y carcomidas. Sobre una puerta se leía un gran rótulo con letras doradas sobre el cristal: *Café del Sur*. El joven titubeó en la puerta, pero un interno impulso lo hizo entrar. Sintió la tibieza de un aire maloliente a tabaco y a gente. Un ronroneo de conversación se movía en la estancia. Quiso retroceder, cogido de algo como miedo, pero alguien que entraba lo echó adelante. Miró interesado alrededor de sí. En la sala había dispuestas mesillas con cubierta de mármol, y a la redonda parroquianos que charlaban y fumaban alzando rumor y nubes de humo.

Fue sorteando piernas, metiéndose entre los respaldos, echando los pies por sobre las escupideras y vino a dar al fondo con una mesa desocupada. Le parecía sentirse mirado, mirado y juzgado por alguna culpa que ignoraba. Cuando alcanzó su retiro y se paró tras de la mesa, aventuró una mirada de través.

La ruidosa parroquia no se curaba de él ni poco ni mucho. En cada corrillo se conversaba con mímica agitada. Los tertulianos discutían con calor, o gustaban con espaciado regalo la fortaleza del catalán, o el sorbo del chocolate, o la chupada del

gordo puro veracruzano. Junto, un viejo con hechuras de payo, semidormía; un señor obeso, de patillas enredadas y profusas y altísimo sombrero de copa, leía una hoja periódica, con ventruda gravedad.

Alrededor, en los muros, grandes espejos encuadrados en molduras sobredoradas. En un lado un mostrador, tras él un hombre que despachaba y a su espalda un alto vasar con un regimiento de botellas alineadas en las que chispeaba la luz.

Respiró hondo el muchacho, y el sentirse anónimo y solo entre la muchedumbre le gratificó hondamente y le dejó un beneplácito de tranquilidad. Desnudó con calma las manos de los guantes de tafilete. Colgó en una percha su sombrero de seda y el carricle de dos esclavinas, y dejó su caña de ébano y puño de cristal tallado, con el abrazo de oro de un cingulo embutido con aljófar.

No resistió la tentación de mirarse en el espejo. Se levantó. Acarició su melena bien aderezada, miró el cuello desgolado y alto que le llegaba hasta la oreja, su corbata de seda de dos vueltas y puntas en desmayo, su camisa finamente alforzada. Y hasta percibió su perfume de Agua de Lubin. Miró su frac, de paño de Lille verde olivo, con el cuello respingado hasta la nuca y los hombros bajos, y los botones dorados. Miró su pantalón gris perla con cejas y piñetas. Sentóse, puso su frente en una mano. se preguntó: ¿Quién soy?

Un mozo le puso enfrente con desgano la tacita de café. Un lépero de mechales intonsas, embrocado en un jorongo zarrapas-

En el fallo del jurado mexicano (Cuadernos, n° 89) se recomendó la publicación de este cuento de Rubén Marín, que hoy ofrecemos a nuestros lectores.

troso venía abriéndose paso entre las mesas y voceando a toda garganta El Cosmopolita. Demandado por alguien, se echaba a la lengua con desparpajo un negro dedo y lanzaba la hoja en la mesa del cliente. Asimismo, repartía unos volantes y puso uno en la mesa del muchacho. El pasó la mirada que no parecía serle propia, por encima del papel. Toreaba en la plaza de San Pablo un Bernardo Gaviño. Luego, hasta abajo, leyó: Méjico, 1840. Se tomó con delicadeza la frente, que le punzaba.

— ¡Molesto, caballero?

Haciendo media caravana y sin esperar respuesta un hombre joven sentóse con la mayor desenvoltura frente a él.

— Perdone su merced, pero no hay otro sitio.

Bien pergeñado el mozo, vestía los vivos arreos de la milicia. Se quitó el morrión, rematado con borla roja, y con un bruñido abrazo de águila de latón el frente. Era alto y rubio. En la guerrera bailaban las agujetas péndulas de grueso cordón bordado. Los dedos de oro de las charreteras lo tomaban de los hombros. Entre sus piernas sonaba el sable. Alzó las manos enguantadas en cordobán blanco y palmeó a tiempo que ordenaba.

— ¡Chocolate y molletes!

— Si su merced me permite, me presentaré. Soy el capitán Juan José de Aro y Arcos y no puedo ofrecerle más que un cuarto de soltero en la calle de Vergara.

Seguía sonriente y llano, de mirar azul atrevido y franco. Oro deshebrado las patillas que le hervían en el rostro. Se sintió comprometido el otro. Estaba turbado y confuso, tragó saliva y sacudiéndose por fin el embarazo dijo:

— Yo soy... Pedro Martiñón.

Secó su frente, miró a todos lados, se pasó el auxilio del pañuelo por los labios.

— Usted es forastero. ¿Verdad? Se le conoce. ¿Su merced viene del Bajío?

— No, no —negó Pedro Martiñón vacilante y aturdido— yo soy de Zacatecas.

Y añadió en seguida, con determinación:

— Llegué ayer, apenas ayer.

— ¿Y qué tal la Charca? ¿Y el río de Atotonilco? Yo fui por allá el año pasado a perseguir al Chato Vidaña, que tenía la costumbre de asaltar la conducta del Fresnillo, y hube de colgarlo. Precisamente al

pasar el río de Atotonilco, que iba crecido, perdí dos dragones y un alferez.

Y luego añadió inclemente:

— Y don Bibiano Beltrán, ¿qué dice?

Pedro Martiñón, corrido y casi avergonzado, tuvo que confesar que no, que no conocía a ese don Bibiano.

— ¡Cómo! —saltó el otro— ¿No conoce su merced a Don Bibiano? ¡Pero si hasta los perros...!

— Sí, pero yo soy muy reservado.

Y luego añadió en tono brusco, terminante, por ver de zanjar aquella plática.

— ¡Yo no conozco a nadie! ¿Lo entiende su merced? ¡A nadie!

Aquella salida, en dándola, sintiéndola estúpida, y más equívoca y disparatada su posición.

El capitán lo miró de fijo, adivinando el apuro y la ansiedad de su interlocutor. Pedro Martiñón agregó, lamentable:

— Yo no conozco México, estoy como perdido. Estoy a ciegas.

El capitán lo miró todavía un instante entre los ojos. De pronto alzó los hombros y soltó una carcajada.

— ¡Bah! Pues ha tenido su merced suerte, que yo se lo mostraré. Aquí he nacido por más que mi familia sea de la vecina Villa de Tacubaya. Ya, ya le mostraré mi casa paterna. Todo se andará.

El capitán de Aro y Arcos, con ambas palmas, alzó la revuelta seda de las patillas, arriscándolas. Abrió después una cajita de nácar con esquinadas de oro labrado. Los purillos se alineaban prietos y olorosos. Pedro Martiñón se llevó un buen rato en escoger uno. Embolsó la pitillera el capitán, y mientras Martiñón tomaba gusto al tabaco, el otro apercibió pedernal y yesca e hizo fuego. Dando grandes chupadas al purito, decía:

— Son veracruzanos. ¿Sabe su merced de donde vienen? De Manga de Clavo.

Guiñó un ojo y agregó. — Son de los que fuma mi general Santa Anna; de quien soy ayudante.

Trajeron más molletes. Nueva taza de mancerina, con chocolate, y otra tacita de café. Pedro Martiñón se quemó los labios. Nada dijo.

— Yo, yo le mostraré a México. La ciudad es linda, y a la vez propicia y esquiva, fiel y mendaz. Tiene el encanto de esas

mujeres que subyugan y castigan, pero que no regatean su favor. Es voraz y generosa, atrae y hastía, pero siempre nos somete con la tibia tiranía de su luz y de su sol, y del resplandor de sus hermosos lagos. Yo mostraré a usted todo lo bueno de la ciudad, y si gusta, algo de lo malo.

Aquí el capitán de Aro y Arcos sonrió maliciosamente. Metió su bizcocho en el chocolate, lo bañó bien, y lo iba tomando pausadamente. Martiñón sonrió también lo que pudo y se pasó por la cara de nuevo el alivio de la batista del pañuelo. El capitán de Aro y Arcos volvió el rostro y miró por entre la baranda de la sala.

— Aquél —dijo— es don Carlos María de Bustamante, hombre revolvedor, pleitista y plumario infatigable.

Era hombre el mencionado que rubricaba el discurso con ademán dogmático.

— El que habla con él, ese de nariz fina y ojos azules, lento y tranquilo, es don José Joaquín Pesado, hombre de valía.

El capitán se volvió hacia otro lado haciendo rechinar la silla. Señaló con un movimiento de la cabeza a un joven de alta frente y de mirar oscuro que movía sólo la boca hablando como para sí mismo, cuidadosamente.

— Es don José María Lacunza. Y mire usted, ese redingote verdoso que lleva y que se le cae de viejo nació con él. Quien con él departe, ese caballero que tiene más pelo en la cara que en la cabeza, ese de los espejuelos, es don José María Iglesias.

— Y aquellos, ¿quiénes son?

— Son poetillas y estudiantes —contestó el capitán sin cuidarse de reprimir un gesto de desprecio.

— Los conozco, los conozco bien. Ese es un tal Guillermo Prieto, sucio en todo, protegido del señor Quintana Roo, a quien asedia para sacarle gajes. El desaliñado de junto, el que no cesa de parpadear, el de la desabrida color, es un Ignacio Ramírez, hereje según dicen. Y quien ahora llega a ellos y apanda silla es Juan N. Navarro, médico que pone ventosas al prior de San Francisco, tío mío y muy respetable.

Martiñón todo lo miraba y lo escuchaba todo con curiosidad, impregnándose. Descubrió en el capitán una cicatriz que le nacía tras la oreja y que bajaba reptando hasta la nuca del militar. El otro sorprendió

la mirada y comentó con indiferencia calculada.

— Hace poco, en Tejas, cuando la rota de San Jacinto...

— Sí —interrumpió Pedro Martiñón—, cuando la guerra con los Estados Unidos.

El capitán lo miró en las pupilas, perplejo.

— ¿Guerra con los Estados Unidos? Se barrunta que la habrá, pero no adelante su merced los acontecimientos. ¿Acaso es adivino?

Pedro Martiñón quedó corrido y más que nunca desconcertado. El sol poniente se irisaba en el bisel de un espejo haciendo racimos azules y violetas de destellos. El capitán de Aro y Arcos, que había estado observando la turbación de su interlocutor, rompió de pronto en una carcajada, con lo que al parecer resolvía todo enfado, equívoco o problema. Se levantaron y Pedro Martiñón se contempló en el espejo con nuevo inquiridor intento: ¿Quién soy?

♦♦

Dieron vuelta al Portal de Mercaderes. Pedro Martiñón lo fue remirando todo con detenimiento. Las alacenas estaban bien abastadas de dulces cubiertos, calabaza en tacha, alfajores, charamuscas, mazapanes, jamoncillos. Había periódicos y libros, pasamanería y sombreros. Iba la gente bajo la portalada. Entraban y salían de las tiendas las damas, curioseando las telas, o atravesaban insatisfechas al Parian, a palpar con cierto regozo de voluptuosidad sedas y terciopelos.

Iban los caballeros con sus levitones de camelote, o con el frac acinturado, finchados de chaleco de flores bordadas. Ceremoniosos y solemnes, se destocaban al paso de las señoras, con una dilatada vislumbre de seda en las manos. Iban ellas con la inflada pompa de las crinolinas y los tiesos miriñaques filipinos. Espejeo de moaré, o de gro, de mahones y tafetanes. Altas peinetas de carey campechano, y con volante gracia las etéreas mantillas de Almagro. Muchachas con frescura de fustán, blonda a bombasí, de cuellos tersos, de brazos apiñonados, de ojos limpios.

Salieron a la plaza. Martiñón se detuvo extasiado. Al fondo, sólida, señera, campa-

neaba toda la catedral. Al otro lado frente a él, candente el sol tenía al viejo Palacio de los Virreyes teñido al color de un rescoldo de fuego. Estaba ardiendo el cielo.

Atravesaban la anchura de la plaza los simones, algún pesado bombé, las ricas carrozas señoriales. Departían entre sí quietamente unos monjes, con los hábitos de sus comunidades. Algún aguador con su chochocol y su corraje. Léperos descamisados, cocheros con su látigo, su media bota y su colete de cuero, que apuraban unas medidas de pulque. Tres huacales de ollas con piernas de indio. Una punta de pipilas ruidosas, pero disciplinadas. Unas indias de nagua enredada que hablaban mexicano. Bridones de cuello corvo, espumante belfo y despliegue de crin al viento. Plata en el pretal, en las acciones y en el puño del machete. Anqueras de labrado cuero y con el iris rico del sarape de Saltillo encima. Recios jinetes de jarano galoneado, con dos toquillas trenzadas. Chaqueta de gamuza, pantalón de tapabalazo, botonaadura de plata y un derrame de encaje escarolado regando su blancura por la media pierna hendida. Sonar de espuelas de Amozoc en los talones.

Pasaban las chinas de los ojos brunos y la trenza endrina y alto y lleno el busto que invitaba a todas las violencias. El rebozo calandrio de tramados rapacejos con arte a los hombros, libres los brazos desnudos, ancho el zagalejo de colores y de puntas enchiladas, y la picardía de una cuarta de pierna al descubierta. Menudos escarpines de las chinas. Fino su paso, desafiante el contoneo, suelto el ademán. Y fumaban ellas, graciosamente fumaban. El capitán de Aro y Arcos las requebraba con el aliento de la voz.

Allí, en una esquina, la oronda chiera, que vende aguas frescas y las tiene en gigantes ollas encajadas en arena decorada con claveles y amapolas que riega generosamente. Y grita:

— ¡La chía fresca, niña! ¡La chía, mialma!

Y allá el caballo bronco que se ha metido en un montón de cacahuates y piafa nervioso espantado con la grita que alza el vendedor. Por acá la insolencia de un lépero y sus desmandos, pues que trae sus pulques, y el bastonazo que un currutaco

le deja en el lomo. Y aquel que quiere echar mano al cuchillo como a un pez de acero.

Ya vibra de metal herido otra vez la catedral. Ya la noche está negreando en serio y el malva de los cielos va tomando oscuridad violeta. En el atrio inmenso bullen y bailan inquietas las luces de los mecheros. Ceras, escapularios, exvotos, rosarios y novenas en puestecillos trashumantes. Arde el carbón de los anafres como nido de rubíes y se van dorando los antojos. Un señor gordo despacha una buena docena de buñuelos. Allá desembocan por Flamencos unos jóvenes que vienen del Paseo de la Viga. Y vienen ellas paganamente coronadas de flores y tras ellas los galanes rasguean la guitarra con sonecitos atrevidos. Pasó un cura de holgado balandrán corriendo al templo. Estantes por todos lados, dentro de las cobijas, gente de chile, maíz y pulque.

\*\*\*

Cuando estuvieron la Cesari y la Alboni se hicieron banderías por su belleza. Unos promulgaban a porfía la hermosura y el arte de aquélla, y otros los de ésta. Y tanto se exaltaron los partidos en materia tan amable que llegaron a las manos y a los bastones. Ya sabe su merced, comentaba el capitán de Aro y Arcos, que entre nosotros todo acaba en cuestión de pasión y de partido.

Y más. La cosa estuvo por llevar la sangre al río, y una noche tuvimos duelo. Por menudencias de esta rivalidad se indispusieron mi amigo el capitán Cabrera y Monsieur de Lisle, secretario de la Legación francesa, y dieron en desafiarse.

Yo fui uno de los testigos del capitán Cabrera. El duelo fue en la azotea de la Legación. Lúgubre luz de unas antorchas de vacilante flama, en saliendo del teatro. Cupo en suerte a Cabrera disparar primero y erró el tiro. Con escolta de perros en la drido. Frios nos quedamos. Suspenso estaba todo. Los rostros amarillos, a la menguada luz de los hachones. Lisle, caballero, se negó a disparar. Cambió todo, se relajó la crisis y bajamos a cenar a la Legación. Buena mesa, repetidos caldos de muy buena nariz, y pare usted de contar.

Llegaron. Bullicio y humo de tabaco en



lo sucio del teatro, fraques y descotes, gargantillas y mitones, olor de comida que bajaba y de perfumes que vagaban. Lazos de blonda, randas y faralaes, algún destello de brillantes, picardía de risas femeniles, toses roncas de varón. Plumas y marfiles en cadencia de abanico. Péndulos candiles, tres, de buena corpulencia y factura, no alcanzaban a poner en claro la marchita sordidez del teatro y su desaseo, que no hay belleza bastante a disimular. Si, es indigno de nuestra capital, comentaba lastimoso el apuesto guía pasando la mano con melindre por la madeja de sus patillas. Considere su merced lo que lucirían estos primores en un estuche apropiado conforme a lo que valen. Todos suspiramos por un teatro como un joyel para la belleza criolla, y se hará, no cabe duda que se hará. Lo hará mi general Santa Anna. Si no él, ¿quién ha de hacerlo? Y el capitán de Aro y Arcos detuvo el ademán, con las manos vueltas hacia arriba y con un fijo gesto de seguridad en el rostro, esperando una respuesta que no podría venir.

Quedaron encendidas nada más las candelitas. Ahora veremos, dijo el capitán, la hermosura clásica y fresca, pero inexpugnable, de Soledad Cordero, diva nuestra y gran señora del tablado.

— ¿Ve usted aquel calvo? ¿Sí? Pues el solemne caballero de impecable pechera dos palmos mas allá es don Lucas Alamán. Lo demás es su familia. Y aquel que se pasa la mano por el pelo, el de bigote caído, el de chaleco rameado, es el señor Conde de la Cortina. Se dice, bisbiseó el capitán, que le sorbía los vientos la Cesari, a quien la noche de su beneficio regaló un aderezo de brillantes. Pero, añadió quedo, yo sé de un oficial de mi Cuerpo que andaba más aprisa que el señor.

Después nada recordaba Pedro Martiñón si no es una mujer. Niebla difusa, un éxtasis de arrobos, una ingravidez aérea, como si todo fuera flotante y desprendido de la realidad, todo de una particular naturaleza inmaterial, y extraña a la sustancia común de las cosas. Todo un ilustre desvarío, más allá de la medida y del peso, en el mundo libre y enajenado del sueño.

Ella estaba allí, precisa y en su lugar como el destino, clara en el centro de la bruma, sin alba y sin ocaso, segura y frá-

gil, cruz del pasado y el futuro, sola ella como única explicación del mundo. Río de la vida, pozo de la muerte, raíz del ser, estatura de cielo y profundidad de sima. Sola en el cruce de todas las cosas y razón de ellas. Allí estaba, distinta y blanca en el humo del sueño.

Distinta y blanca su belleza tardía, sus ojos hondos como en la punta del tiempo; el puñado brillante de sus rizos y lo redondo de los hombros y los senos. Claro el brillo de sus sedas, el color de miel del pelo, la cintura angustiada, los estrechos brodequines. Clara ella y presente como si hubiera existido desde el origen del espacio y del espíritu, sin el estorbo del tiempo. Pedro Martiñón estaba mirándola, y mirándola, su juventud estaba ardiendo en una llama de mundos sin distancias, sin culpa, ¿sin pecado?

\* \*

En la penumbra del vestíbulo se disponían gabanes, tocas y capas, tápalos y chales de seda de la China. Salmódia de pordioseros, gritos de vendedores. Llegaban los carruajes, caballos y cocheros a medio dormir. Algún bostezo, algún suspiro.

Fueron amistosos los jóvenes del brazo por la noche. Algún taconeo furtivo por las losas de la calle. El grito desvelado del sereno. Un estaño de luna en la majestad del tezontle. Puertas ferradas, herrerías de Vizcaya, altas jambas alzadas al repecho de las casas, canalones sobre el cielo, y en el cielo una curva plata de luna.

— Vamos, mi querido Martiñón, ¿se interesa su merced?

Martiñón reconoció el rostro lleno de malicia y juventud del capitán de Aro y Arcos. El capitán soltó una carcajada y le dio con el codo.

— Lo he estado observando —dijo— y no se disguste si le digo que no ha quitado los ojos de los ojos encantadores de Yocasta.

— ¿Yocasta?

— Tiene usted suerte, mi amigo, tiene usted suerte. Y toca la casualidad de que podrá usted conocer a la Peñalva.

— ¿La Peñalva?

— Sí, esa rica morena que llevaba la mantilla de madroños con la gracia con que puede llevarla sólo ella. La que tenía

un bejuquillo al cuello y un clavel al pecho. En suma, la que estaba en el palco con Yocasta, porque es su amiga íntima.

Se detuvieron en una esquina, bajo la misera luz de un farol. Estaban de frente.

— Claro, claro que a su merced le importa un bledo la Peñalva. Ni yo, ni la Peñalva y yo. Pero mi querido Martiñón, toca la casualidad de que la Peñalva es mi amiga.

Lo tomó del brazo, escarbó en un bolsillo y sacó una llave que brilló a la luz escasa del farol que se iba quedando atrás.

— Y esta es —y la alzaba— la llave de su casa. Y yo la tengo —dijo, y añadió con una carcajada—: por ahora. Se le acercó al oído.

— Y con ella vive Yocasta. Vamos.

Pedro Martiñón tuvo miedo. Miedo de la cicatriz del capitán, de la noche, del pedazo de luna. Miedo de estar solo en el centro de una eternidad, sin saber quién era.

\*\*

La puerta abierta les iluminó el rostro. La Peñalva se colgó del cuello del capitán. Entraron. Martiñón se mordía los labios. Era ella una mujercita delicada y pizpireta de voz blanda y amante y risa de cristal cortado. Algo le murmuró el militar al oído mordiéndole la oreja. Ella alzó la voz.

— ¡Yocasta!... ¡Ven!

En la salita andaba una fragancia de mujer, de flor, de apagado almizcle. Estaba vestido el piso de alfombra. Un quinqué de globo azul con margaritas en realce. Agonía de rosas en un búcaro. Un biombo con japerías de quitasoles y cerezos. Lámpara pendiente de prismas de cristal, y la luz que hacía travesuras de arco iris. Una otomana, unas sillas afelpadas.

Cuchicheaban los amantes pequeñas naderías de amor. Martiñón, tieso y heroico, no movía un dedo. En una escribanía taraceada, curvada y grácil la pluma de ave en el tintero. Recado de escribir, la salvadera y su arenilla, un libro abierto. En un rinconero chucherías de mujer, un abanico, dos delicadas pastorcillas de porcelana, una calaverita de azúcar y rojos ojos de papelillo. Cortinas de reps bordadas, y unos pájaros insólitos y verdes aleteando en el papel tapiz.

Ella estaba allí en el vano de una puerta, seronda, grave, plena. Abría la cortina, adelantaba un pie, estaba inmóvil. Lo caló con sus ojos pardos y limpios. Recibió él la manecita tibia y se dejaba enhechizar por su mirada, bañándose. Ella estaba cierta y tranquila. Sonó el descorchar de una botella. Brindaron los cuatro tendiendo los brazos. Ella dijo.

— Te conozco ¿Verdad?

— ¿Dónde? ¿Dónde!

— No sé, no importa.

Alzó los hombros. Dejó vagar su mirada algo triste por lo lejos, más allá de él. La luz, que iluminaba sus ojos transparentes, parecía venir de dentro.

— No sé —repitió con fatiga— tal vez en otra parte, tal vez en otro tiempo.

Los amantes se habían ido. Ellos cambiaron palabras desligadas y sin sustancia. El joven estaba tembloroso y enfebrado. Juntos se embriagaban en la triste languidez de aquellos pardos ojos grandes. Irguió dulcemente la cabeza ella y él la besó en la altura del cuello y donde nace el pecho. Se separaron con horror, pero volvieron a besarse, y en los ojos de Yocasta quedó la luz de un reproche ya impotente.

\*\*

Al despertar conservó cerrados los párpados como para retener el embrujo de múltiples sensaciones. Estaba dolido, pero gustaba un apacible desmayo de cansancio. de sabroso hastío. Escuchó indistinto el ruido de la puerta que se abría y entornó los párpados con desgano. Ella estaba allí, junto a su cama, inmóvil. La reconoció en la penumbra de la conciencia.

Entró por la ventana el rispido alarido de una bocina de automóvil, y otro y otro. Hervor de turbamulta y ruido ronco en la calle, de tranvías y de motores. Se incorporó. Un tropel de recuerdos le pisoteaba el coágulo del cráneo. Se tomó la cabeza entre las manos. Quiso alcanzarla y gritó:

— ¡Madre!

Ella se hurtó de prisa. Estaba hasta allá, adosada a la pared, llena de espanto. El sol del día pintaba el piso de luz tierna, y el reflejo doraba sus ojos pardos. Su voz muy ronca:

— Entonces tú... ¿también soñaste?

# Por leer de nuevo a Unamuno

POR GUILLERMO MORON

## Escritor castellano

**T**ODO ESCRITOR DE LENGUA CASTELLANA en nuestro tiempo ha tropezado, antes o después, al principio o al final, con este indómito personaje español llamado Miguel de Unamuno. Nacido y criado en Bilbao, vivió vida regional hasta los 28 años; y vida regional, cantonal, en esa especialísima región de España que forman las Provincias Vascongadas, con una tradición de fueros, de catolicismo antiguo, de lengua apartada y libre. Pero aún dentro de la corteza bilbaína, don Miguel fue castellano por su lengua escrita y por su resonadora lengua hablada, la de su cátedra y la de sus conferencias; el castellano adquirió en su voz, en sus manos casi, una calidad y una excelencia renovadora y profunda. Cada palabra castellana encaramada en los libros de Unamuno tiene vigor de renacimiento, de haber vuelto a nacer para la significación viva y perenne (1). Castilla y su lengua han sido los puntales de España desde el siglo XVI. España existe como realidad histórica por la influencia aglutinadora de Castilla. Los más altos espíritus españoles lo han entendido siempre así y por eso dejaron a un lado, minimizados, los sentimientos puramente hogareños de patria chica, de comuna y cacicazgo, para darle relieve a la gran patria que se expresa en castellano. Eso hizo Una-

munio y lo hubiera hecho incluso aunque su cátedra no hubiese sido ganada para Salamanca. En 1892, cuando se va a la antigua Universidad de los Saberes, ya estaba formado, ya temblaba su pasión española, ya era un escritor de lengua castellana. Los cuarenta y cuatro años de plenitud en Castilla, hasta su muerte el 31 de diciembre de 1936, y más que todo en la ciudad universitaria, forman la compleja obra de un hombre de poderoso vivir, de aseguramiento para la palabra castellana, española y universal de Miguel de Unamuno.

## Sentido de unidad

Precisamente por esa conciencia del idioma —cauce de la cultura—, tan enraizada en su ser, Unamuno comprendió mejor que ningún otro español de su tiempo y quizá de todos los tiempos, a los países hispano-americanos.

La lengua castellana era el resorte de la cultura sobre el cual apoyaba Unamuno toda su obra. Si con ella podía expresarse la España histórica, como Estado, como Nación y como pueblo, también con ella trascendía un sentido universal, sin perder el sabor ecuménico, hacia los pueblos formados en América. El español aclimata su vivencia en la ciudad y su perímetro, para organizar allí la vida civil, la civilización. Cada ciudad de habla española, de lengua castellana, organiza un pueblo. Un pueblo distinto, pero unido a la matriz.

(1) M. Laín : La Palabra en Unamuno, Instituto de Filología de la U.C.V., Caracas, 1964.

La unidad de la lengua es la unidad de la cultura. En su *Discurso sobre la patria*, de 1910 (2), se refiere a esa circunstancia y aclara: «Y en español lucharon por la independencia Bolívar en Venezuela y Colombia, Hidalgo en Méjico, Belgrano en la Argentina y O'Higgins en Chile.» En varios textos alude a la manía de algunos españoles —todavía vigente— de referirse a los fundadores de los pueblos hispano-americanos como «nuestros abuelos», cuando en realidad no son los abuelos ni los padres de los españoles de hoy, sino de los americanos de hoy. En consecuencia, los descubridores, conquistadores y fundadores nos duelen más a nosotros los americanos que no a los españoles (3). Porque desde el punto de vista del parentesco, de la sangre personal y familiar, aquellos «padres de la patria» de los siglos provinciales son más nuestros que de los españoles actuales. Por esa misma línea de explicación se entiende bien cómo cada pueblo americano —enraizado a la cultura fundamentalmente por la lengua castellana— tiene su expresión particular por la ciudad. La ciudad española, la ciudad fundada por españoles, crea una civilización en su contorno. «Caracas y Bogotá hicieron dos pueblos distintos», dice. ¿No es esa la explicación más acertada de la imposibilidad de la Gran Colombia? La Ciudad crea la Nación. A través de la lengua, de la cultura, esas ciudades y esas naciones pueden unirse, pero no confundirse.

### Punto de referencia

Unamuno es uno de los puntos de referencia que tiene y tendrá la lengua castellana y la cultura española. Su obra de escritor y pensador nos concierne, por eso, a los hispanoamericanos, a quienes formamos continuidad y renovación de aquella lengua y de aquella cultura.

Que yo me ponga a examinar sus libros, a tener posada en sus pensiones intelectuales y morales, es normal y hasta legítimo. En los años escolares, cuando en mi ciudad de Carora visitaba las aulas de la escuela y del Colegio, ya leía las páginas de aquel remoto pensador tan cercano. Me perturbaba ya, desde entonces, la rudeza

con que trataba las almas y golpeaba las ideas. Sentía una atracción irresistible a leer y volver a leer sus ensayos y escuchaba la resonancia de sus punzantes frases en toda la ancha plaza de mi pueblo, a la sombra de cuyos árboles leía los breves libros densos de don Miguel. Ya no hay plaza antigua en mi pueblo, remozado por el tiempo nuevo. Pero siguen vigentes los recuerdos de las lecturas unamunianas.

### Para subrayar

Conservo el ejemplar de la segunda edición de *Del sentimiento trágico de la vida*, publicado por la Colección Austral de Buenos Aires en 1938. Debo de haberlo leído muchas veces, desde mis doce años, porque veo en sus márgenes las más variadas curvas de mi escritura infantil y juvenil y alguna nota de pedante erudición de los últimos años. La primera frase subrayada y comentada corresponde al cuarto párrafo del capítulo I titulado «El hombre de carne y hueso» y es ésta, que me sé de memoria y me ha acompañado durante mis años de estudiante en España y en Alemania y sigue conmigo ahora, en este oscuro y zarandeado tiempo de mi vida: «Y este hombre concreto, de carne y hueso, es el sujeto y el supremo objeto a la vez de toda filosofía quiéranlo o no ciertos sedicentes filósofos.» En esta frase de arranque se concentra todo el pensamiento filosófico del profesor salmantino y toda su razón de vida; el hombre es lo que importa y en torno a él se producen las cosas siempre

(2) Pronunciado en el teatro «Pérez Galdós», de Las Palmas, el 5 de julio de 1910, y publicado en Alfonso Armas Ayala, *Del aislamiento y otras cosas* (textos inéditos de Miguel de Unamuno), Patronato de la «Casa de Colón», Anuario de Estudios Atlánticos, Madrid — Las Palmas, 1963, páginas 64-73.

(3) En el mismo discurso alude a ello con este pasaje: «No se me ocurrirá a mí decir cosas tan ridículas como lo que me decía, hablando de los cubanos, un amigo mío:

— ¿Ve usted qué ingratos, después que los hemos descubierto y civilizado?

— ¿Quién, usted? —repuse yo.

— No, nuestros padres.

— Los padres de ellos. »

en lucha con el hombre. El hombre existe y porque existe piensa y realiza la vida. Por ello la filosofía atañe al hombre concreto, a Miguel de Unamuno, a mí y a ti y a él.

Este texto fundamental de Unamuno fue escrito en 1912. Desde entonces la filosofía existencialista adquirió personería. Martin Heidegger y Jean-Paul Sartre vienen luego e intentan la sistematización, de una parte, y la propagación universal, de la otra. En la distribución de fuerzas y de influencias en el mundo moderno, escribir en inglés, escribir en alemán o escribir en francés pesa más que escribir en castellano. No siempre fue así, y testigo de ello es el siglo XVI. No siempre será así. La lengua de Unamuno pasará el tiempo y su prueba. Quiero decir que si Pascal y Kierkegaard estremecieron las bases de la filosofía de la razón, la filosofía de «ciertos sedicentes filósofos», Unamuno la trastrocó y llevó a máxima inquietud.

### Para discutir

En estos mismos días se ha comentado en la primera plana de los grandes periódicos el Premio Nóbel de Literatura concedido a Sartre. En Caracas el periodista encargado de la noticia o quizá más bien la Agencia Internacional que la transmite, señala a Sartre como «inventor del moderno existencialismo», como si la filosofía fuera un resultado de la investigación tecnológica o de la aplicación de razonamientos matemáticos y no viceversa. Sartre no ha «inventado» el existencialismo. Sólo ha sido un continuador y un difusor literario de Unamuno y de Kierkegaard. Sartre es un literato, al modo de Ortega y Gasset en España, gran sintetizador de ideas y propulsor de páginas literarias de belleza ejemplar. Y, por supuesto, un hombre con miga filosófica. El repudio al Premio Nóbel forma parte más de la táctica propagandista del escritor moderno, que de fingidas convicciones ideológicas. Pero ese Premio fue correctamente aplicado, porque Sartre es eso: un productor de belleza literaria, en primer término, y un hombre de filosofía, después. Los términos

de Unamuno son al contrario: un hombre de filosofía que utiliza las vías literarias.

La misma noticia comprueba cómo Sartre ha repetido, cuando se trata del meollo del existencialismo, de la filosofía existencial, a don Miguel. No es necesario siquiera valerse del texto directo del autor francés, ya que su desplante propagandístico ha dado ocasión para que se pongan a caminar en todo el mundo sus fundamentos como escritor. Dice el comentarista (4): «Jean Paul Sartre invierte al mismo tiempo (que) la frase, el pensamiento de Descartes. Si éste había dicho: 'Pienso, por lo tanto soy' el francés argumenta: 'Existo, por lo tanto pienso'». Bastará con citar el texto de Unamuno: «La verdad es sum, ergo cogito, soy, luego pienso.» Dicho en 1912 con todas las explicaciones e implicaciones del caso (5). No intento plantear un punto de plagio, sino remozar, al menos para mí y para un grupo de personas, la vigencia de Unamuno y de su fuerza existencial. Cómo ahora comienza una edad eterna para Unamuno, al trasluz de sus libros, de tan variada y rica estirpe: ensayo, filosofía, novela, poema, crónica. Pero en resumen filosofía y poesía, por lo que ambas tienen de vitalidad, de real existencia humana, de sabor concreto a fluir de vida (6).

(4) *El Nacional*, Caracas, 23 de octubre de 1964, primera página.

(5) *Del sentimiento trágico de la vida*, segunda edición, Colección Austral, Buenos Aires, 1938, págs. 32-33. El comentario había sido hecho antes, en relación al cambio de razón a existencia propuesto por Unamuno y frente a Descartes: «El error metódico de Descartes —crítica Unamuno—, radica en el hecho de que Descartes quiso empezar a conocer prescindiendo de sí mismo, del hombre real que Descartes fue, para ser un mero pensador, es decir, una abstracción: Su «Pienso, luego soy» quiere decir «Pienso, luego soy pensante», y ese ser del soy que se deriva de *pienso* no es más que un conocer; ser es conocimiento, mas no vida. La verdad es *Sum, ergo cogito*, «Soy, luego pienso». Segundo Serrano Poncela, *El Pensamiento de Unamuno*, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, 76, México 1953, pág. 128.

(6) Porque no creo tener otra ocasión para el comentario, voy a ponerlo aquí, también a propósito de las declaraciones de Sartre con motivo de haber rechazado el Premio Nóbel. Tal

## Sobre el tema

Este pequeño volumen *Del sentimiento trágico de la vida* tiene, pues, la marca indeleble de la aspiración unamuniana a la vida, a la lucha por ella; a la muerte y, en consecuencia, a abrir las puertas —que forman la muerte— para la perennidad, para continuar viviendo. «El que no aspire a lo imposible, apenas hará nada hacedero que valga la pena» (Cap. XI, página 214). Escribir sus libros con agónico esfuerzo fue lo que se impuso aquel hombre Miguel de Unamuno. Los fue escribiendo como pedazos vivos de su propio ser. Junto a esta obra *Del sentimiento trágico* está aquella otra, *La agonía del Cristianismo*, que es su complemento y condimento. Si bien, por decirlo así, el condimento resulta mejor con *El Cristo de Velázquez* y *San Manuel Bueno, Mártir*. Un poema y una novela para darle sabor completo, para terminar de expresar aquello que en los ensayos, en el escribir llano y de corrido, no cupo ni pudo ser dicho. Creo que estos cuatro libros se parecen mucho en la esencia. Yo, al menos, los leo con el mismo desasosiego, y me dejan regustos e inquietudes semejantes. Son libros que me asombran y me llenan de dudas.

Hay, en realidad, tres libros unamunianos que aparejan un sentido filosófico, que

como han sido suministradas por la Agencia AP, desde París, las declaraciones de Sartre están llenas de contradicciones y siembran muchas dudas sobre su manera de ver los problemas de la moral política y aun personal de este tiempo moderno. Ocurre eso cuando asegura que no acepta el Premio porque no desea comprometerse, cuando habla de la coexistencia pacífica entre las culturas oriental y occidental, y a renglón seguido se compromete de hecho al asegurar: «Mis simpatías están innegablemente del lado del socialismo y de lo que se llama bloque oriental.» Hay contradicción, especialmente, cuando habla de esa coexistencia pacífica, pero sostiene luego una «simpatía hacia los guerrilleros rebeldes de Venezuela». No son precisamente amigos de la coexistencia pacífica los que toman las armas porque carecen de razón para la paz y no tienen convicción suficiente para que el pueblo les siga. Sartre ignora lo que ocurre en Venezuela y toma su nombre sólo para estimular una carrera incompatible con la paz e inútil para la paz.

dotan a España de una filosofía auténtica en los tiempos modernos, y eso sin caer ni remotamente en la filosofía de las fórmulas, en el tecnicismo, en la filosofía técnica. Eso sería en primer término contrario al fondo auténtico de España y, por consiguiente, antiunamuniano. Esos tres libros son *Vida de Don Quijote y Sancho*, *Del sentimiento trágico de la vida* y *La agonía del Cristianismo*. Por supuesto que estos tres libros no se explicarían del todo sin la actividad total de la vida y la obra de don Miguel. Los *Ensayos* —y esos tres libros son ensayos también— complementan, suplementan e implementan la riqueza de los tres típicos y tópicos y de la obra entera del escritor.

No era posible a Unamuno escribir filosofía técnica, intentar siquiera la construcción de un sistema filosófico como se ha entendido desde el racionalismo. La filosofía técnica hace, construye con determinados materiales, un sistema de conocimiento racional o de intención racional. La filosofía idealista no encontró otro instrumento sino ese de lo puramente racional. La filosofía existencial que se abre camino definitivo con Unamuno y salta del ruedo ibérico al amplio escenario europeo con renovadora fuerza, experimenta nuevos senderos y vías de aproximación al hombre y a las cosas humanizadas, tocadas por el hombre. Unamuno es existencial, vivencial, hombre concreto, capaz solo de entender y hacer entender al hombre concreto. En aquellos tres libros claves queda claramente visualizado y expresado que la filosofía no es una cuestión, una posición intelectual, sino existencial. No sólo de la cabeza, sino de todo el cuerpo y de toda el alma. Unamuno se resistió a ser un técnico, a escribir como un técnico. Cuando más, era partidario de la «ciencia de la vida», no de la «ciencia intelectual». La filosofía se aparta de la ciencia y se aproxima a la vida. Lo dice expresamente: la filosofía se acuesta más del lado de la poesía.

La ciencia preocupó a Unamuno. Tuvo temor de sus efectos. Y esos temores respecto a la ciencia se van justificando cada día más: «La ciencia es implacable, y si no se evita, conducirá a la humanidad entera al suicidio, porque mata en nosotros

el corazón, el instinto, la fe, todo lo que concede al hombre coraje para vivir » (7).

### Para los demás

Voy escribiendo estas notas al margen de nuevas lecturas de los libros de Unamuno, sin orden ni concierto. Ya han puesto ese orden los eruditos, de una parte, los técnicos de la otra, y también escritores sin afanes de erudición ni de tecnicismo, que son los que realmente aciertan en la exposición. A este respecto sobresale el « Breviario » escrito por Segundo Serrano Poncela titulado *El pensamiento de Unamuno* (8), una sobria presentación de las ideas, de las inquietudes y de las desazones unamunianas. Son varios los tratados publicados en España y en América. Unos con el *Nihil obstat* del censor, como en el caso del *Miguel de Unamuno* de Julián Marías, un técnico éste de la filosofía y el expositor más conocido en el ámbito de nuestra cultura, especialmente por sus libros de texto y por su afán de convertir a Ortega en un filósofo de sistema. Otros con intención de reprimenda, como voz alarmada y alertadora, vara en alto, ceja fruncida como en el caso de aquel mamotreto del Padre Nemesio González Caminero, publicado en 1948. Y así muchas cosas más. En el pasado año de 1964, España ha vuelto a Unamuno. Mejor aún, de pronto casi, los españoles de España han recordado que Unamuno es el más grande pensador de la lengua en nuestro tiempo y que los escritos y la vida de Unamuno son el más claro y vivo ejemplo de la fuente vital y cultural de la hispanidad.

Por supuesto que esa ejemplaridad no es una ejemplaridad literaria solamente. Es, principalmente, una ejemplaridad filosófica. Unamuno es fundamentalmente un pensador, un filósofo con las raíces al

aire libre. Estos libros, y si se quiere este único libro que forman sus escritos desde 1890 a 1936, constituyen la prueba contundente. No se encontrará aquí un sistema, porque no existe una doctrina unamuniana; sólo existe un pensamiento unamuniano, de tal trascendencia, de tal magnitud, que es como el cauce del pensamiento español contemporáneo. Podría analizarse el pensamiento español haciendo escolios a la obra de Unamuno, comentando y revolviendo este pensar y vivir de don Miguel. El tiempo va acreciendo esta obra, esta fuente pensadora. Porque si es cierto que las ideas y escritos de Unamuno no pueden ponerse en ristre, no pueden agruparse y clasificarse como especies para exposición, es porque ellas y ellos aunecen de eternidad. « Nuestra filosofía, la filosofía española, tiene por carácter principal el haber fundido el pensamiento, el sentimiento y el ensueño, dando como suprema experiencia la mística, libre de formas confesionales, transitorias. » No es ni fue nunca transitoriedad su preocupación y su ocupación.

### En la historia de la filosofía

La ocupación y la preocupación esencial de Unamuno fue el hombre. El hombre con nombre propio y lo que ese hombre es y puede ser. El conocimiento racional, lógico y objetivo propuesto por los sistemas filosóficos, por las escuelas como decía Kant, el hombre de escuela por excelencia, resultan insuficientes para conocer y explicar el ser y especialmente para conocer el ser hombre. De ahí la necesidad de fundir el pensamiento (lo racional) con el sentimiento (lo paradójico y agónico) y con el ensueño (la poesía y la religión).

« Se trata, pues, del problema del hombre, de la persona humana, y de su perduración », dice Julián Marías al tratar de delimitar « la única cuestión » de las meditaciones, de la sabiduría y de las angustias de Unamuno. Porque se trata de un intento de acorralamiento este del profesor y técnico de la filosofía que es Julián Marías. Le dedica un libro al pensador salmantino para minimizarlo, no para explicarlo. Ya en su *Historia de la Filosofía*

(7) Entrevista con Jacques Chevalier, *Cuadernos de la Cátedra « Miguel de Unamuno »*, vol. 1, pág. 16, Salamanca 1948. Cita Serrano Poncela, pág. 104.

(8) Circula ahora la segunda edición. La primera fue publicada en 1953.

(9) lo arrincona a media página y luego escribe un libro acorralador, donde dice profesoralmente: «Unamuno es un ejemplo característico del pensador que tiene el sentido vivo de una realidad recién descubierta, pero carece de los instrumentos intelectuales necesarios para penetrar en ella con la madurez de la filosofía.» Como si la «madurez de la filosofía» consistiera en escribir un tratado, en sistematizar un argumento, en publicar unos tomos con despliegue de erudición. Si Marías hubiera mostrado *interés* por Unamuno, ya tendría materiales para escribir seis volúmenes sobre una filosofía de Unamuno. En cambio, hasta duda sobre la posible inclusión de su nombre en la *Historia de la Filosofía*. Aquí lo dice expresamente: «Y se plantea la cuestión de la inclusión o exclusión de Unamuno, al considerar ese ámbito de la historia de la filosofía. ¿Tiene lugar dentro de ella, o no? ¿Hasta qué punto está incorporado a la realidad del movimiento filosófico? Es éste un problema que aquí no podemos resolver: la decisión corresponde al porvenir.» Y aquí, a página seguida, lo dice con socarronería, mirando por encima de los anteojos: «A los españoles, tan poco sobrados hasta hoy de sustancia filosófica, nos importa salvar las posibilidades metafísicas que encierra el pensamiento de Unamuno.»

Pero es que el sólo hecho de la carga que durante estos años se ha puesto en el ánimo español para comprender a Unamuno, demuestra que ya está, como piedra angular, en plena corriente, en pleno mar, de la *Historia de la Filosofía*. Ni ha faltado «sustancia filosófica» a los españoles. La miga de Unamuno es abundante. La cantera española no es despreciable. Lo que pasa es que no puede ni debe confundirse la «sustancia filosófica» con los sistemas filosóficos técnicos de Alemania, de Inglaterra o de Francia, ¿Por este camino a dónde se iba a mandar a Platón? ¿Y qué iba a ser de Pascal y del propio Kierkegaard? ¿Y por qué cuernos se tomaría a Ortega? Porque hasta ahora el único —entiéndase bien— el único que ha pretendido formular un sistema filosófico técnico con

la «sustancia filosófica» de Ortega ha sido el discípulo escolar Julián Marías. Nadie más.

A lo que Unamuno se negó tozudamente fue a someter su existencia a la construcción de un sistema o a la fundación de una escuela. No digo que esto sea bueno o malo. La cultura contemporánea ha vivido —y ha vivido a empellones— de los sistemas y de las escuelas. Y casi estoy por decir que sí, que los sistemas y las escuelas han sido para mal, más que para bien (10). Quién sabe si por intuirlo y aun por saberlo, ni Unamuno ni Ortega —señores de la filosofía en la España de hoy— construyeron ni fundaron una ni otra cosa. El pensamiento, como la vida, es un hontanar y un fluir. La escuela empoza y pudre, cuando no abre las compuertas, cuando los discípulos no la mantienen en continua revisión y renovación.

## El otro

Al calor de esta lectura y relectura de los escritos de Unamuno y sobre Unamuno me tropiezo con Ortega. Los españoles e hispanoamericanos nos hemos habituado a su literatura de fulgores, a sus ideas de relámpago, a su filosofía de fresco. Algunos sabemos de dónde viene porque le hemos seguido los pasos (11). Hubo gentes de calidad que repugnaron a Ortega sin comprenderle mucho. Sobre todo por su alejamiento de España, que lo tuvo un tiempo, en efecto, aunque luego su obra prende en lo español universal. Por ejemplo, entre nosotros, un sociólogo e historiador de tan alto vuelo como Laureano Vallenilla Lanz aconsejaba al hoy humanista Luis Beltrán Guerrero: «Me permito

(10) Por ejemplo, el marxismo. Por lo que tiene de escuela consigue adeptos a la letra, adeptos que repiten solamente la letra de la doctrina en forma de recital.

(11) Entre 1955 y 1957 investigué las relaciones de los textos filosóficos de Ortega con los pensadores alemanes. No he querido publicar los resultados. Sólo publiqué un librito acerca del aspecto que entonces se desconocía más en Hispanoamérica y aun en España: *Historia política de José Ortega y Gasset*, Editorial Oasis, México, 1960.

(9) Tengo a la mano la edición de 1941.



recomendarle que no se deje guiar por Ortega y Gasset. Es un español germanizado, que ha perdido el sentido de las tradiciones de su patria. Es lo menos castizo que existe, en el concepto que le da Unamuno a esta palabra. Este señor no sabe nada de nuestra América y de ese mal sufren todos sus compatriotas. Peor para ellos.»

Ortega ya no hace estragos en la juventud hispanoamericana. Y, por supuesto, ya nadie imita su prosa. Volverá, depurado y en las aguas de la historia, como un clásico. En cambio, comienza el descubrimiento de la fuerza unamuniana, con su autenticidad, su sabiduría, su esencial raíz filosófica.

No se puede, pues, hablar de Unamuno, escribir sobre Unamuno, sin toparse a boca de jarro con Ortega. Y lo mismo es válido a la inversa. Ambos escritores forman lo fundamental de España en lo que va del siglo XX, tanto por su capacidad creadora en cuanto a las ideas y al idioma, como por su significación renovadora de las carnes de España, a la cual metieron casi a trompada limpia por los amplios senderos de la cultura europea, sí; pero sin dejar de ser España. Por cierto que todavía hay quien quiere pegar a Unamuno en el siglo XIX, con toda la mala intención, a veces, de separarlo de la renovación introducida en nuestra área cultural y humana durante este siglo. Creo que Unamuno es un hombre del siglo XX, y en lo que corresponde y atañe a la gente de habla y de formación hispana, uno de los grandes responsables en esta especie de regeneración que va ocurriendo desde 1936.

No sería posible en este lugar —ni es ahora mi intención— señalar los límites y los espacios entre Unamuno y Ortega. Sólo sé que me siento obligado a traerlo a cuento. Cuando leo lo que Ortega escribió sobre don Miguel en varia ocasión, me parece descubrir en aquél una implacable envidia en contra de éste. La envidia es una pasión en contra de alguien. A Ortega le desconcertaba la profunda sabiduría de Unamuno y miraba con cierto recelo aquellas aguas tan llenas de vitalidad y de fertilizantes intelectuales. Como si la presencia de una tan densa personalidad co-

mo la de Unamuno, allí mismo, en su propio ruedo, le desconcertara y hasta le humillara. Ya no podía ser el primero. Unamuno, por razones de tiempo y aun de cultura, se le adelantó en muchas cosas. Por ejemplo, hasta en el descubrimiento de la posición filosófica implícita en la coreada frase de «Yo soy yo y mi circunstancia» (12). Unamuno habló en 1896, en su artículo «La Crisis del Patriotismo», del hombre y la circunstancia. Dijo textualmente: «Yo y el mundo nos hacemos mutuamente». Pero no sólo escribe y piensa la frase aislada, sino que reitera el pensamiento, filosofa sobre la cuestión, en todos sus trabajos anteriores a 1914 (13).

### Sabor de eternidad

En las fotografías que ilustran los tomos de *Obras Completas* que se vienen publicando desde 1950 (14) aparece el austero rostro de Don Miguel enmarcado en aquel su uniforme civil, severamente oscuro, como visten las gentes castellanas, porque con Castilla se casó de por vida y se sembró en su paisaje. Una iconografía de Unamuno debiera publicarse como complemento a sus libros; sólo así, viéndole el rostro y la indumentaria, puede calarse su mensaje, tan cargado de eternidad. Hace días tuve oportunidad de oír su voz, conservada en un viejo disco de la colección española «El archivo de la voz». Hablaba igualmente desde lo profundo del ser, con toda la entraña, con ecos de la otra vida. Porque este es el punto raigal de su existencia: que el hombre vive ahora porque lucha para vivir después. Esta señal de su existencialismo es la que va a borrarse con el existencialismo llamado moderno y con el viraje denominado vitalismo. El existencialismo vital de Unamuno está agarrado a la inmortalidad. El existencialismo de

(12) Tengo aclarado en otro sitio quién es el autor original de esa frase alemana.

(13) Véase el apartado «Hombre y circunstancia» del capítulo I en el libro de Serrano Poncela, páginas 27-28.

(14) Miguel de Unamuno, *Obras Completas*, Afrodísio Aguado S.A., 1950.

Sartre, por ejemplo, hunde sus manos en los excrementos de nuestro mundo. Sobre la cuestión de la muerte hizo Unamuno su vida. Se pasó la vida terrena preocupado con la vida que existe después de la muerte. En duda sobre ella y con fe en ella. « Vivir, después de todo, no es más que morir cada día », dijo en 1910. Esa preocupación escatológica le puso en medio del cristianismo y tocó toda su obra con ese imponderable sabor de eternidad que se le nota a leguas.

### La tendencia

Un joven escritor venezolano —¿qué es ser joven y qué ser viejo en letras?; mientras se escriba con la verdad en la punta de la pluma se está joven— me decía hace poco que Miguel de Unamuno se adelantó en varias cosas a lo que ahora se realiza por el Concilio Ecuménico. Posiblemente quiso decirme que la preocupación actual de la Iglesia por el negocio del hombre tuvo un precursor, en efecto, en Unamuno. Sobre todo en la ansiedad de hermanar a los cristianos entre sí y a los no cristianos con los cristianos, puesto que todos y cada uno somos hombres. Los dogmas de la Iglesia están siendo revisados; pero fundamentalmente se revisan las posiciones y las maneras de comprender al ser humano. Al ser humano, esto es, a cada hombre, y no solamente al ser cristiano. Aquello de que cualquier camino es bueno para llegar a Dios, tuvo en Unamuno un buen representante. Si creyó él en Dios, si fue cristiano o no lo fue es cosa de secundaria importancia. Lo realmente importante es que quiso creer. « Y si creo en Dios, o, por lo menos, creo creer en Él, es, ante todo, porque quiero que Dios exista, y después, porque se me revela, por vía cordial, en el Evangelio y a través de Cristo y de la Historia. Es cosa del corazón ». Esto escribió en su ensayo « Mi religión » (15) desde 1907, para responder a la inquisidora curiosidad de un amigo chileno que a lo mejor no existió. Por la vía del cristianismo se liga a Dios, a la ansiedad por la otra vida. El cristianismo es un movimiento histórico con resonancias de eternidad. Por eso resulta comprensible que Unamuno tenga « una fuerte tendencia al

cristianismo » y que no sea, desde luego, un militante. Porque Unamuno no militó en ningún movimiento, sino que formó su propio movimiento, su propia fe, su propia religión; es decir, se acongojó por entender y creer, por no convertir en *escatología* la escatología (16).

### Nuestro Unamuno

Fue un chileno, un hispanoamericano, quien obligó a Unamuno a confesar su religión. Con poco se le obligaba, por cierto, a soltar la lengua de sus dudas. Hubiera podido ser un mexicano, un cubano o un venezolano. Yo me paso la vida preguntándole terribles preguntas que a veces me responde desde sus escritos. Tuvo Unamuno especial atención para con el mundo de habla española de América, con lo cual sólo confirmaba su convicción de que allí donde se hablara castellano había quien le buscara para procurar entenderle. Español de España y español de América lo fue a todo sentir. En eso se diferenció mucho de quienes sólo intentaban hacer resonar sus voces, por pura vanidad, en las regiones que en el fondo despreciaban. El sentido cordial de Unamuno para con América fue el mismo que tuvo para con España.

Es un hecho singular el que Unamuno pudiera hablar de nuestra América, o de cualquiera de las naciones americanas, con la misma facilidad con que hablaba de España o de cualquiera de las « naciones » de allá. Porque las Provincias de España fueron naciones en el sentido secular de la palabra. Tan nación Cataluña como México, Andalucía como Venezuela. Sólo que allá hubo un aglutinante: el genio político de Castilla que convirtió en uno la pluralidad de pueblos. Aquí nos ha faltado una Castilla. Sólo hemos tenido un Bolívar, insuficiente para lograr la unión, la con-

(15) *Obras Completas*, tomo III, pág. 821.

(16) En el diccionario encontrará el lector la diferencia de sentido del término. Porque hay una escatología que fundamenta la otra vida, la ultimidad, la postrimería, la muerte para la vida. Y hay otra escatología para lo que se queda en este lado, para los excrementos de la vida o de la muerte.

versión. No lo logró ni en 1819, cuando por su poder y por su genio hizo el intento. Sin duda aquello de que cada ciudad forma su nación es especialmente cierto en América, al menos en esta formada en el original español.

Conocía bien Unamuno a nuestros grandes hombres de acción y a nuestros grandes escritores. Sabía de nuestra literatura: admiraba a Sarmiento y a Rodó; a Montalvo y a Martí. Comentó la *Historia Constitucional de Venezuela* de José Gil Fortoul y dedicó muchas páginas a sucesos, a nombres y a libros de las diversas naciones hispanoamericanas. Y conocía el mal de la desunión, del desconocimiento, que aún no ha sido superado, a pesar de los jets, de la radio y de la televisión. A veces pienso que entre Madrid y Caracas hay menor distancia que entre Caracas y Bogotá. « Yo no sé si las relaciones culturales entre las diversas naciones americanas de lengua española son tan íntimas y tan activas como debieran serlo », dice en su ensayo « Don Quijote y Bolívar ». Ni lo eran ni lo son. Sigue pendiente la « necesidad de que todos los pueblos de lengua castellana se conozcan entre sí ».

Porque la lengua castellana pone sentido a nuestro ser, al ser pueblos, al ser naciones e incluso al simple hecho particular e intrasmisible de ser hombre cada uno de los que tenemos el ámbito vital en uno de estos lugares quijotescos y bolivarianos. Quijotescos en el sentido trascendente y filosófico dado por Unamuno al quijotismo. Bolivariano en ese mismo parentesco explicado también por Unamuno

en el escrito sobre ambos personajes de la acción y del ensueño. « Bolívar fue uno de los mas fieles adeptos del quijotismo », dice. Y ya sabemos que el quijotismo es la filosofía que España inventó de su seno y de su historia para que la vida del hombre tuviera un sentido. La filosofía que Unamuno intenta aclarar, explicar y razonar contra razón a lo largo de toda su obra, de toda su escritura.

Por eso, por esa simiente de palabra castellana y de filosofía quijotesca, Unamuno ha comenzado a ser un guía renovador de la inteligencia y de la existencia hispanoamericana. Junto a la tecnología que transforma nuestros campos y nuestras ciudades; junto al ímpetu que va cambiando la figura de nuestros pueblos; junto al afán transformador y revolucionario de nuestro andamiaje político, necesitamos la lección y la ejemplaridad de Miguel de Unamuno. A los cien años de su nacimiento estamos celebrando su revivir, su auténtica existencia de maestro. Un maestro que no enseña dogmas ni predica partidismos ni señala casillas. Sino un maestro que pone a vivir intensamente, con esta intensidad de maremoto, de vulcanismo, de búsqueda angustiosa que marca en la frente al venezolano de estos mismos días. A ver si Venezuela se convierte en Castilla. No para la conquista del poder político, sino para la exaltación del poder moral y del poder espiritual. Para la conjugación necesaria.

Esto es, pues, lo que se me ha ocurrido por leer de nuevo a Miguel de Unamuno, el español.

## ADIVINANZAS DE "CUADERNOS"

Las adivinanzas que, por vez primera, propusimos en nuestro n° 91... no fueron adivinadas. Queremos decir que nadie nos envió todas las respuestas : algunos se quedaron a medio camino, otros se aproximaron a la meta, sin lograr alcanzarla. Por lo tanto, no podemos otorgar a nadie el premio ofrecido. Ojalá no ocurra lo mismo con las otras adivinanzas publicadas en números sucesivos.

He aquí las adivinanzas del n° 91 y las respuestas exactas :

1  
*Los cordeles tocan el azul final.  
Los niños regresan de la inmensidad.  
Hay un aire tenso, cerros sin andar,  
árboles parados, agua sin variar.  
Los niños le prestan su fuerza infantil  
y todo el paisaje se pone a vivir.*  
JULIO BARRENECHEA : « El columpio ».

2  
*Parecen tristes moluscos  
sin marea, sin arenas,  
Parecen, en lo ceñudo,  
la nube de la tormenta.  
A las sayas verticales  
de la muerte se asemejan  
y yo las abro y las paso  
como la caña que tiembla.*  
GABRIELA MISTRAL : « Puertas ».

3  
*Viene como una flor desde la tierra  
cuando avanzó con decidido aroma  
hasta la magnitud de la magnolia,  
pero esta flor del fondo que ha estallado  
trae todas las ramas que no ardieron  
y todo el manantial de la blancura.*  
PABLO NERUDA : « La ola ».

4  
*Dedalito de gualda  
que incita escalda  
« Entre pecho y espalda »  
que escalda incita  
Ay que si escalda  
suena la campanita  
de la Giralda*  
ALFONSO REYES : « Jerez ».

5  
*A la ida y a la vuelta  
ciudadano campesino  
tienes la moral tan suelta  
que no pierdes el camino  
Síntesis de polo a polo*

*vulgaridad refinada  
— Yo siempre con mermelada  
— Y yo con vino  
— Y yo solo*  
ALFONSO REYES : « Queso ».

6  
*Das vueltas  
te hundes y das vueltas,  
coronas una cima de recuerdo  
y das vueltas.  
Desesperadamente blanca,  
sobre cumbres de vértigo,  
con un millón de piernas,  
de cabellos y brazos.*  
J. FOMBONA PACHANO : « Coney Island ».

7  
*Yo tengo un paje muy fiel  
que me cuida y que me gruñe,  
y al salir, me limpia y bruñe  
mi corona de laurel.  
Yo tengo un paje ejemplar  
que no come, que no duerme,  
y que se acurruca a verme  
trabajar, y sollozar.*  
JOSE MARTI : « El esqueleto ».

8  
*Arpa soy, salterio soy  
donde vibra el universo :  
Vengo del sol, y al sol voy :  
soy el amor.*  
JOSE MARTI : « El verso ».

9  
*Nacen, aman, y brillan y mueren,  
en el aire al morir se transforman,  
y se van, sin dejarnos su huella,  
cual de tenue llovizna las gotas.*  
M. GUTIERREZ NAJERA : « Mariposas ».

10  
*Rubio pastor de barcas pescadoras.  
XAVIER VILLARRUTIA : « El faro ».*

## Ataguallpa y las gallinas

POR ALEJANDRO CARRION

**T**ODO NOMBRE, pacientes y desconocidos lectores, tiene un significado. Un significado que nosotros, al inscribir al niño en el Registro Civil, raras veces consideramos. Por lo general, para este acto, que es de suma importancia para la indefensa criatura, nos guiamos por razones diversas, todas ellas a mil leguas del significado del nombre que imponemos. Lo nombramos por razones familiares, porque determinados nombres se han vuelto endémicos en algunas familias. Por influjo de la moda. Por admiración o devoción, el autor que nos gusta, el actor que preferimos, el santo al cual rezamos. Por eufonía: suena armónicamente combinado con el apellido. Por supersticiosa sujeción al calendario, conforme al nombre del santo del día. Y, sin embargo, acaso deberíamos, imitando a los antiguos, imponer el nombre en razón de su significado. Recordemos: cada nombre quiere decir algo. Por ejemplo: Galo quiere decir hermoso; Eusebio, piadoso; Elena, resplandeciente, David, predilecto; Leonardo, fuerte como un león. Y así... Dentro de cada nombre hay un pequeño poema, un augurio, una estrella polar, un lema, un programa, un guía...

\*

Los quichuas nombraban a sus hijos con un alto sentido poético, igual al que derrochaban nombrando a sus montañas, sus ríos y poblados. Cuzco significa «el ombligo del mundo», como si dijésemos «la raíz de la tierra», «el cimiento de la

civilización», «la capital de la vida». Machupicchu quiere decir «la antigua cumbre». Guaynapicchu, la pequeña población vecina, lleva un nombre que quiere decir «la joven cumbre». Güiñaguayna es «la siempre joven». Puyupatamarca significa «la edificada en las altas nubes». Sacsayguamán, en fin, es «la fortaleza del halcón satisfecho». Igual que con las ciudades, el nombre bello está con los montes, los llanos y los ríos. Picchupicchu es «cumbre de cumbres»; Cunturyacu, «el río del cóndor»; Cusibamba, «la llanura que ríe»; Ayapamba, «el llano de la muerte»; Yaguarcocha, «el lago de la sangre».

De igual manera, los nombres de los incas están concebidos poéticamente. Vedlo: Güiracocha, «el que llegó flotando como aceite sobre las aguas»; Guaynacápac, «el joven padre»; Yaguarguácac, «el que llora sangre cuando el pueblo gime»; Guáscar se llamaba, en realidad, Inti Cusi Guallpa, «el que ante el Sol vence sonriendo»: cruel ironía el contraste que hace tal nombre con la verdad de su triste destino; Pachacútec, «el que cambia la faz de la tierra»; Sinchiroca, «el valeroso y prudente»; Lluqui Yupangui, «el zurdo inolvidable».

La admirable calidad sintética del idioma quichua, tan ardientemente elogiada por don Juan León Mera, hacía posibles estos milagros de la onomástica y al mismo tiempo lo convertía en el idioma ideal para lograr obras maestras en la lírica.

\*

Antes de proseguir quiero, de mis posibles lectores, tan hipotéticos como amables, el permiso para cometer una digresión erudita sobre la manera correcta de escribir las palabras quichuas. El idioma precolumbino dominante en el sector de América del Sur que da al Océano Pacífico carecía de alfabeto. Por lo tanto nosotros, al escribirlo en el nuestro, debemos tratar de reproducir con sus signos en la forma más aproximada la pronunciación de sus palabras. Por eso, escribo con «g» lo que los autores gustan de escribir con «h», habida cuenta de que en castellano esa letra está muerta y constituye una superstición ortográfica destinada a desaparecer, y el sonido viviente que debemos reproducir solamente se consigue escribiéndolo con la letra «g». Nada de «Huayna Cápac»; Guayna Cápac y sanseacabó. Nada de «Atahuallpa»: simple y llanamente Ataguallpa. Y aún así, queridos amigos, débil ser humano al fin, me rindo a otra superstición alfabética, la «ll». Pues todos los de acá sabemos que el quichua carece del sonido «ll» y cuando escribimos con él una palabra estamos queriendo reproducir el sonido «sh», que es el más aproximado a la pronunciación de los indios. En consecuencia, si este y los demás sabios la tuviesen, Ataguallpa debería escribirse Ataguashpa, así como los sabrosos «llapingachos» deberían ver su nombre escrito «shapingacho». Dicho esto, vamos con la grafía del nombre del último de los grandes incas el Taguantisuyo.

Los conquistadores y los primeros, segundos y terceros cronistas de Indias no eran muy cultos, dicho sea esto sin ofenderlos y con las excepciones a que hubiere lugar. Pero, luchando a brazo partido con su escasa cultura, trataron de escribir los nombres quichuas conforme los oían. A ello se debe el tremendo galimatías que han armado con el nombre de Ataguallpa, llegando uno, precisamente el de origen quichua, Joan de la Santa Cruz Pachacútec, a hacerse un lío colosal escribiendo «Ttoopaataguallpa» unas veces y «Ataguallpa» otras. Por lo general, los cronistas escribieron (porque así creyeron oírlo) Atabalipa o Atabaliba, si bien otros, por

la misma razón, ya que nadie oye exactamente igual a otro las palabras de una lengua extraña, Atagualiba, Ataogoallpa, Atagualpa o Ataguallpa. Entre los primeros están Pedro Cieza de León, Francisco de Xeres, Pedro Pizarro, Miguel de Estete y López de Gómara, y entre los otros el ya citado Joan de la Santa Cruz Pachacútec, Jerónimo de Oré y Garcilaso Inca de la Vega, éste, sin duda, el más culto de todos y el más quichua sabía, como inca legítimo que era. Él escribió la forma definitiva: Ataguallpa.

Y ahora, ya establecida su forma, vamos con el significado del nombre, lleno de gloria y de fama y empapado de tragedia.

\*

Mi sabiduría, como la de todos los sabios, procede de la sabiduría de otros sabios, y así hasta nuestro venerable multitatarabuelo Adán, cuya sabiduría venía de Dios. La mía, en este asunto, procede de la del doctor Pío Jaramillo Alvarado en forma directa, y la de él viene, directamente también, de la del doctor Horacio Urteaga, historiador limeño, quien trató el problema hasta agotarlo en su monografía histórica titulada *¿Ataguallpa?* Dicho esto en descargo de mi conciencia, vamos adelante con las interpretaciones, peregrinas y no tanto, que se han dado, hasta llegar a la bienaventurada certidumbre definitiva.

Pedro Cieza de León, en su *Señorío de los Incas*, capítulo LXVI, después de regar la infundada especie de que Ataguallpa había nacido en el Cuzco (especie que fue hecha añicos por el Inca Garcilaso, sobrino del último inca grande, como nieto que era de Guáscar), afirma que su nombre venía de gallina, porque «comía tal ave en el plato de los guerreros, con quienes anduvo desde su niñez». A base de este despropósito, los Reverendos Padres Redentoristas, de cuyas almas se apiade el Señor en el momento que lo juzgue oportuno, confeccionaron en su *Diccionario Quichua* una etimología que indica en forma maestra el grado de confusión a que puede llegar una mente humana: «Huallpa: gallina; Ataguallpa, gallina; Urco-ataguallpa: gallo», y luego, como significado subsidiario: Huallpa-huayna: joven esforzado».

Es probable que esta confusión ridícula e infernal venga de una anécdota, contada por Joan de la Santa Cruz Pachacútec, el cronista indio, que en sus *Tres relaciones de las antigüedades peruanas*, dice: «Al fin, al Ataogualpa preso en la cárcel, y oye cantar el gallo y el Ataogualpa dice: Hasta las aves saben mi nombre de Ataogualpa.» Pero si de ahí venía, si eran tan ingenuos como para creer que el inca, al decir que hasta las aves sabían su nombre, había dicho que el significado del suyo era el nombre del ave que cantaba, debió decirse que significaba «gallo» y no «gallina». Esta confusión llegó a conocimiento de don Pedro Fermín Cevallos quien, de una vez por todas, la llevó al extremo escribiendo: «Huayna Cápac tuvo en Pacha, de su cuarta mujer, reina de Quito, un hijo llamado Atahualpa, que significa 'gran pava' o 'pavón'» (*Historia del Ecuador*, Tomo I, Cap. II. pág. 64).

\*

El haber cambiado el doctor Cevallos la gallina de Cieza de León en «gran pava», se basa en que nuestro historiador está enterado, de que los indios no conocían el gallo ni la gallina, ya que estos exquisitos alimentos del hombre fueron importados por los españoles, razón por la cual jamás pudieron los incas llamar con su nombre al Príncipe, ni tener en su idioma una palabra para nombrarlos; y por eso imaginó que lo correcto sería trasladar el curioso significado a una gallinácea que sí existía en América antes de la llegada de los españoles. Pero como le repugnaba el que a un príncipe, a un guerrero, se le haya nombrado como a la hembra de una especie gallinácea, queriendo mejorar la cosa en lo posible, introdujo lo de «gran pava» o «pavón». Mas todo esto es un solemne disparate, que viene del hecho indiscutible de que Cieza de León no entendió la anécdota contada por Santa Cruz Pachacútec, si es que leyó a éste, o de la desfiguración y tergiversación de esta anécdota, pasada de labio en labio hasta llegar a sus oídos.

Y esa anécdota dice, simple y llanamente, que al oír Atagualpa cantar un gallo en Cajamarca, imaginó que su canto, que nos-

otros entendemos decir «quiquiriquí» o «cocoricó», decía «Atahualpa». De allí a salir cotorreando como Cieza de León que Atahualpa quiere decir gallina, hay mucha distancia. Los incas llamaban a sus príncipes con nombres solemnes y grandiosos, como es natural, como debían ser los nombres de los todopoderosos Hijos del Sol. Jamás podían llamar «gallina» a un hijo suyo, y menos antes de que las gallinas descubriesen América.

\*

El nombre, según acertado análisis del doctor Horacio Urteaga, procede de las partículas «Atau» y «Allpaman» que, conforme a la índole del idioma, que es aglutinante, fundiéndose en el habla cotidiana, dieron «Atahualpa», fusión que está autorizada por las leyes del quichua, según las formuló Fray Domingo de Santo Tomás, al escribir la primera y hasta hoy no superada gramática del habla de los «runas». Ahora bien, ¿qué significan estas palabras, «Atau» y «Allpaman»?

Son un sustantivo y un verbo, acompañados de una desinencia. «Atau» significa dicha y ventura en la guerra. «Allpaman» es el verbo luchar, con la desinencia «man» correspondiente al tiempo conjugado. Así está en el *Diccionario Quichua* del Padre Honorio Mossi. Además, el doctor Urteaga encuentra una autoridad de gran calibre: Aniello Oliva, el autor de la *Historia del Perú*, que en la página 300 de su obra, en pleno capítulo II, traduce «Atau», nombre del padre de Manco Cápac, por «feliz, dichoso».

El Padre Mossi es una autoridad superior a Cieza de León quien nunca consiguió aprender el quichua. El Padre Mossi, en cambio, lo dominó totalmente y, como don Juan León Mera, se enamoró de él. Tanto, que en 1860 publicó en Cochabamba un tratado *Sobre las excelencias del idioma quichua*, que compite con el *Elogio de la lengua quichua* tan hermosamente realizado por don Juan León Mera en su inolvidable *Ojeada histórico-crítica de la poesía ecuatoriana*, base angular de la historia de nuestra literatura. Creámosle, pues, al Padre Mossi y aceptemos la interpretación del doctor Urteaga, que está acor-

de con la sana razón y con la pompa y gala de los solemnes y poéticos nombres imperiales.

\*

Ataguallpa significa, pues, «el vencedor dichoso». Su nombre, lleno de vitalidad y poderío, fue el verdadero espejo de su egregio destino: en las luchas internas del Imperio venció siempre, dichosamente, y fue inca a pesar de no ser hijo de Coya y de no haber nacido en la Ciudad Sagrada. Y no sólo fue inca, sino que derrotando a su hermano Inti Cusi Guallpa, llamado Guáscar (de guasca, collar, porque gustaba mucho de los adornos), rectificó el error de su padre, al dividir el Imperio entre sus dos hijos, y al unificarlo bajo su cetro devolvió al Taguantisuyo su tradicional unidad, base de su grandeza. Desdichadamente para el Dichoso, no pudo conservar su dicha todos los días de su vida: llegaron los hombres blancos y barbudos, que venían sobre las olas desde el otro lado del mar, los «güiracochas» (los

que vienen sobre el mar flotando como aceite), que procedían de una civilización militarmente más avanzada y que lo vencieron con armas nuevas, el arcabuz y el caballo, como los Aliados vencieron a Alemania en la primera guerra mundial con el tanque y como los norteamericanos vencieron al Japón en la segunda con la bomba atómica. El «vencedor dichoso» no tuvo entonces por delante otra tarea que la de morir, que la cumplió con suma dignidad después de que sus vencedores, tras oír un sermón del Padre Valverde, se repartieron su manto sagrado.

\*

— Pero olvida usted que los indios llaman todavía «gualpas» a las gallinas.

— No, no lo olvido, estimado Zoilo. El que así las llamen significa solamente que aún recuerdan la anécdota contada por Joan de la Santa Cruz Pachacútec. Significa que las gallinas son aquellas aves que aprendieron el nombre de Ataguallpa.

ALBERTO BELTRAN (1939)





## Los cincuenta años de pintura de Emilio Pettoruti

POR DAMIAN CARLOS BAYON

MÁS DE CIENTO DIEZ CUADROS del exacto pintor argentino Emilio Pettoruti irradiaron su luz oscura en el invierno de París desde los muros de la «Galerie Charpentier». No fue la exposición retrospectiva perfecta que esperábamos los apasionados de esa pintura intensa y contenida. Las obras expuestas —acompañadas de dibujos y estudios preliminares— permitieron, no obstante, corroborar la infalible inspiración de Pettoruti, la inverosímil perfección de su artesanía.

\*

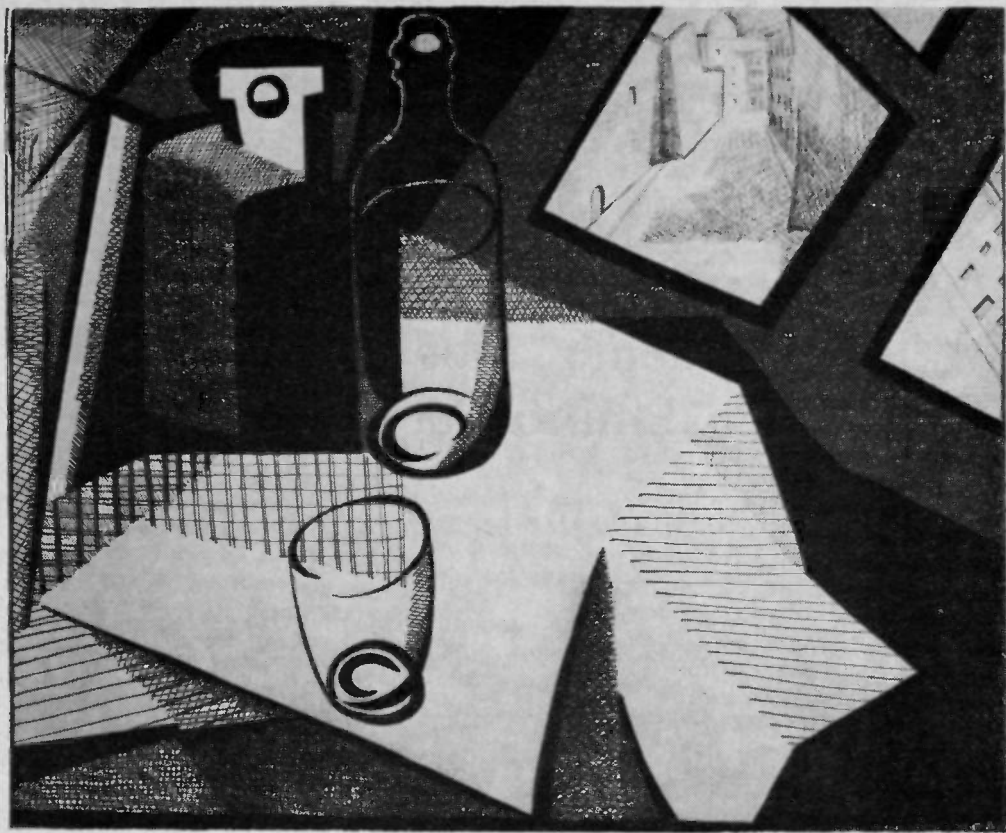
El primer cubismo derivó de una especulación sobre la última obra de Cézanne. Fueron sus creadores Picasso y Braque; las obras: paisajes de casas prismáticas realizados en tonos ocres y grises. Si es verdad que Matisse calificó aquella pintura de «cubista», hay que convenir en que no se equivocó en el adjetivo.

Son esos los pródromos. El gran cambio aparece con la madurez del estilo, allá hacia 1908: lo que se llama técnicamente el cubismo *analítico* —riguroso en la construcción y en el uso de los colores neutros— y que no hay que confundir con el tercer episodio, el  *sintético* que practicaban ya muchos pintores (Juan Gris el más ilustre) antes de la guerra del 14.

¿Cuáles son las grandes afirmaciones del cubismo analítico? Para empezar: la rei-

vindicación del *Objeto* familiar, su exaltación a la categoría de retrato. Porque no se trata de la naturaleza muerta tradicional, del bodegón, interpretados con nuevo criterio. Para empezar, el número de objetos privilegiados queda implacablemente restringido a unos pocos; sólo así se conciben esas «variaciones sobre un tema». Mesas, manteles, juegos de damas, botellas, vasos, molinillos de café, potes de tabaco. A veces un abanico, un acordeón, casi siempre una guitarra... Esos objetos —que estaban en todos los talleres— son sometidos a un proceso de descomposición en planos, se los «radiografía» y se vuelven transparentes, se los observa desde todos los ángulos, se los analiza no con rigor científico, sino con sensibilidad alerta. Puede decirse que se los «ve» por primera vez, tan obvios resultaban. Al entronizarlos se les confiere una jerarquía que el común de los mortales no es capaz de atribuirles. Alrededor de ellos se teje la expresión de una época: la que va de 1910 a 1930.

Los papeles o las telas son empleados en estado virgen, casi sin cubrirlos, sin disimularlos. Sobre ellos se arman los juegos de las líneas de carbonilla, los planos de color neutro que construyen el cuadro. Pronto aparecerán los *collages*, las letras impresas que introducen un elemento familiar necesario entre tanto ascetismo. Como «testimonio» del mundo real se pegan empapelados de flores o rayas, papel-madera, papel-mármol o sus imitaciones...



PETTORUTI: « MI VENTANA EN FLORENCIA », 1917 (DIBUJO EN TINTA CHINA)

Dice en una ocasión Pierre Francastel, actualmente el más profundo historiador francés del arte (1): « Es posible, según la frase de Delaunay, que el cubismo haya roto la compotera de Cézanne. No obstante, es esa misma compotera la que permite la experiencia del cubismo: en eso consiste su limitación y su grandeza. La poética del cubismo proviene de la capacidad de evocación de ciertos aspectos intelectualizados de la naturaleza. » Y, prosigue más adelante: « El cubismo reacciona contra la profundidad visual del Renacimiento, pero su poética no se origina en algún sentimiento vago y lírico del universo, sino en la nueva atención prestada al misterio del objeto. Hay destrucción total del esquema figurativo que sitúa al objeto en relación a su uso corriente o a todo aquello que lo rodea. Al cubismo no le incumbe el valor de cada objeto; es la figuración del

objeto en vista de una unidad simbólica e histórica determinada lo que queda destruido. Si el cubismo se aparta con horror del *trompe l'oeil* no es porque trate de ofrecernos una visión espiritualizada, sino una visión positiva del universo. »

\*

Esta excelente música conceptual me permite introducir al lector en mi interpretación de la obra de Pettoruti. Estoy convencido de que —durante cincuenta años— Pettoruti ha *meditado sobre el objeto*. Y quien dice objeto, dice el *espacio* donde ese objeto florece, y la *luz* gracias a la cual ambos se manifiestan.

Afirma Córdova Iturburu (2) que Pettoruti nunca llegó a ver los cuadros del cubismo sintético con los cuales su pintura parece poseer un cierto parentesco. Lo creo

(1) Pierre Francastel: *Histoire de la Peinture Française*, tomo II, p. 146.

(2) Córdova Iturburu: *Pettoruti*, Ministerio de Educación, Bs. As., 1963.

al pie de la letra. No se trata en absoluto de copia libre ni siquiera de fuente de inspiración, sino de relativa coincidencia o simultaneidad en las soluciones, lo que es mucho más interesante. Pettoruti —como todo artista joven e inquieto de la época— está al corriente de los planteamientos del cubismo analítico: la descomposición en planos, la manera de superponer distintas vistas del mismo objeto, son, a comienzos del siglo XX, lo que la perspectiva geométrica fue para los artistas del *Quattrocento* florentino: un repertorio al que todos van a beber, en una palabra, los datos básicos que constituyen lo que llamamos un *estilo*. Es el uso libre, imaginativo, hondo de significación lo que cuenta en este caso. No hay duda de que la versión de Pettoruti es tan personal que lo separa de toda aparente concomitancia superficial con cualquier otro artista.

Analicemos, precisamente, las diferencias para caracterizar mejor su pintura. En contra de lo que hacían Picasso y Braque, con genio, Pettoruti no «atomiza» la imagen, sino que por el contrario la «construye» en un ámbito que él quiere tridimensional y sensible. A diferencia de Juan Gris, no utiliza esas diagonales en primer plano que implican siempre un espacio «dinámico», contrario al espacio «estático» de Pettoruti. Los ángulos que elige Juan Gris son violentos, las cosas se ven «de arriba hacia abajo», mientras que las figuras o los objetos de Pettoruti se *presentan* ante el espectador de manera preferentemente «frontal», con lo que ello implica de hieratismo y monumentalidad.

El ideal clásico de este pintor parte de las nociones de calma y ponderación. Las formas tienen su razón individual de ser; unidas, hacen un verdadero bloque indestructible. Nada se deja al azar; entre las distintas figuras y los fondos se establece una trabazón tan densa que, puede decirse, no tenemos la impresión de estar ante una mera tela pintada, sino ante un panel de maderas incrustadas las unas en las otras en que cada fragmento —como en un rompecabezas admirable— tiene asignado su lugar definitivo en la economía general de la obra.

Lo mismo sea dicho del color y su «fatalidad», sobre todo en la época que llega

hasta cerca del año 1950. Pettoruti mismo ha dado quizá demasiado poca importancia a su maravilloso empleo del color, obsesionado como está —cual buen heredero de los primitivos italianos— con el trazo de la línea y el rigor de la composición. Se equivoca el maestro en subestimar el valor emocional intenso que produce su manejo del color: denso, saturado, sombrío sin ser mortecino. Un buen día saldrá el sol en esos cuadros; es la serie de lo que él llama: «soles argentinos», nunca como iluminación deslumbrada de la totalidad —sería la traición a sí mismo—, sino como un rayo corpóreo, verdadero «objeto privilegiado» que se sitúa en el centro del cuadro descolgándose en zigzag de una ventana o un tragaluz. Sol que viene a despertar las penumbras de las estancias silenciosas en que un libro piensa sobre una mesa, o unas frutas se erigen en su propio monumento.

He ahí el misterio de buena ley de la pintura de Pettoruti, no el improvisado o fraguado en una anécdota pueril, en la mera aproximación de elementos heterogéneos que pueden causar sorpresa, pero que no resuenan en nosotros. Los músicos ambulantes, los arlequines y juglares de Pettoruti aparecen como fantasmas que de pronto se han hecho concretos en el rincón oscuro de la sala en sombra. Vienen en silencio a visitarnos, y a veces se cubren con un antifaz. La pintura de Pettoruti es la pintura del espacio habitado por esas figuras propicias, por los objetos subidos a la categoría platónica de modelos, que fosforecen en las penumbras favorables o reciben una luz tangencial, de ese rayo de sol, corpóreo como otro personaje más, sin rostro, y por eso más misterioso aún. Ante los mejores cuadros de Pettoruti sentimos la ansiedad infantil del desenlace: si bien los vivimos en silencio, nos dejan incomprendiblemente el recuerdo de la música. La música inaudible que ejecutan, sin duda, esos trovadores cuando dejamos de mirarlos.

\*

1892: Emilio Pettoruti, hijo de padres italianos, nace en La Plata, flamante capital de la provincia argentina de Buenos Aires.



PETTORUTI: «VASO CON FLORES» (1919)

1913: Autodidacto, consigue una beca del gobierno provincial para estudiar en Europa. Se instala en Florencia donde visita incansablemente los museos, estudiando y copiando a los primitivos. Se hace amigo de los pintores Balla, Boccioni, Carrà, conoce a Papini y a Marinetti que ha ido a Florencia a inaugurar la primera *Exposición de arte futurista*, organizada en la galería Gonnelli por la revista *Lacerba*.

1917: Viaja a Roma donde conoce, entre otros, a Anton Giulio Bragaglia y Giorgio de Chirico. Más tarde, ese mismo año se traslada a Milán donde traba amistad con Martini, Sironi, Tosi, Medardo Roso y con los escritores: Ungaretti, Bontempelli y Margarita Sarfatti.

1921: Rechazado en el «Salón Oficial de Primavera» de Buenos Aires, al mismo tiempo que los críticos italianos empiezan a valorarlo y augurarle un gran porvenir.

1923: Invitado a exponer en Berlín por Herwarth Walden, director de la famosa revista y galería *Der Sturm*. Expone allí 35 obras compartiendo las salas con Jacques Villon, Gleizes, Klee, Archipenko, Zadkine, Moholy-Nagy y Kurt Schwitters.

1924: En París, Marinetti le presenta al marchand Léonce Rosenberg, que le pro-

pone ocuparse de su obra. Pettoruti acepta y parte para la Argentina después de once años de ausencia. Piensa pasar allí sólo seis meses, que en realidad se transforman en casi treinta años. En París ha conocido e intimado con los pintores Juan Gris y Gino Severini. En octubre de ese año expone en Buenos Aires, donde su obra produce escándalo. Lo apoyan fervientemente los jóvenes de la revista *Martín Fierro*, en que militan, entre otros, Ricardo Güiraldes y Jorge Luis Borges.

1926: Exposición en Córdoba, el gobernador Cárcano decide comprar el cuadro «Los bailarines», para el Museo Provincial.

1930: Se le nombra director del Museo Provincial de Bellas Artes de La Plata.

1942: Jira por los EE. UU., al mismo tiempo que cuarenta de sus cuadros recorren ese país en exposiciones itinerantes.

1947: Queda cesante de su cargo de director del Museo.

1948: Exposición retrospectiva de Pettoruti en la «Galería Peuser» de Buenos Aires.

1950: Exposición retrospectiva de sus obras en el Museo de Bellas Artes, de Santiago de Chile.

1952: Vuelve a Europa y expone un conjunto de 23 obras en la galería «Il Milione» de Milán.

1953: Decide establecerse en París, ciudad donde todavía reside.

1954: Expone en «Amigos del arte», de París, junto con Beaudin, Boreas, Masson, Miró, etc.

1956: La Argentina lo hace miembro de la Academia Nacional de Bellas Artes. Ese mismo año recibe el Premio Continental Guggenheim.

1958: Exposición en la galería «Hautefeuille», de París. El crítico Franck Elgar es el único que reconoce el valor excepcional de la pintura de Pettoruti.

1960: Exposición en la «Molton Gallery», de Londres.

1962: Exposición homenaje en el Museo Nacional de Bellas Artes, de Buenos Aires.

1965: «Cincuenta años de pintura», galería Charpentier, de París.

# Don Juan de Palafox y Mendoza

(En el cielo, aviones ; en el suelo, indios)

POR SALVADOR CRUZ

**A** DON JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA se le conocía en una y otra España desde los bancos de la escuela. En las retóricas corría su bien logrado ejemplo de retruécano :

*Marqués mío, no te asombre,  
ríe y llora, cuando veo  
tantos hombres sin empleo,  
tantos empleos sin hombre.*

Al llegar a esta Nueva España, para pasmo de todos, levantó lo que parecía un sueño : la catedral de Puebla. La historia del arte ve en este arranque de piedra, en el alzamiento de portada y torres el ejemplo vivo del escurialense estilo herreriano. Pero no todo son piedras venerables. En la misma ciudad existe la Biblioteca Palafoxiana, que él fundó y dotó con cuatro mil cuerpos de libros ; hoy es la más rica en impresos coloniales de toda la América Española. Pero no todo son páginas de oro. Palafox pleitea con los jesuitas y durante cuatro meses anda a salto de mata, hoy bajo una palmera, mañana entre los escondites de piedra de San José de Chiapa. Pero no todo son siglos en un día. Vuelve a la ciudad, sale a España, lo destinan a Osma y allá muere. Pasan los años, corre más de un siglo. Un día los jesuitas que administran los colegios palafoxianos salen desterrados. Como había imprenta, las prensas se ponen a cantar :

*¡Quién pensara! ¡Quién creyera!  
¡O juicios altos de Dios!  
Que hoy esta imprenta aplaudiera  
Al invicto Palafós.*

En España dejó correr la pluma con largueza. Tenía mucho que contar. Su curiosidad había interrogado todos los horizontes. Hemos dicho horizontes. Allí es donde descubrimos al Palafox visionario. Trata de explicarse —y de explicarle a sus contemporáneos—, el asombro de los mexicanos viendo a los conquistadores a caballo. Y escribe :

« Porque a la verdad era para ellos ver hombres a caballo, y animales que embestían a los hombres, y tan asidos y trabados con los mismos hombres, que creían era de una pieza el caballo y caballero, lo mismo que si a Europa viesen naciones extrañas y nunca vistas ni imaginadas, que peleasen desde el aire, y escuadrones volantes de pájaros ferocísimos contra quienes no valiesen nuestras armas y arcabuces, que claro está que creeríamos los europeos que aquellos eran demonios, como creyeron los indios que los españoles eran *Teules* (dioses) ».

Es decir, que Palafox previó nuestros aviones de guerra ; antevió los escuadrones del aire contra los que nada valen nuestras armas de mano... Escribía esto hacia 1653, veintitantos años antes de que Antonio de Fuente la Peña planteara en el papel *si el hombre puede artificioosamente volar*, que es parte de su libro *El Ente Dilucidado*, de 1676. (A Alfonso Reyes le debemos una pulcra edición de este fragmento : Río de Janeiro, 1933).

¡Aviones de guerra! Así era como Palafox escudriñaba los horizontes.

Palafox había bebido las letras en Huesca, en Alcalá, en Salamanca. En su madurez ha «corrido la Europa», según su propia expresión. Ha visto la América, «virgen fecundísima y constantísima». Ha palpado en México, «cuán dignos son los indios del amparo real». Escribió largo como se ha dicho. Sus obras completas, en la edición de 1762, llenan catorce tomos. Allí, junto a la *Vida Interior* luce un *Tratado de escribir bien y de la perfecta ortografía*; junto al *Varón de Deseos*, el *Libro de las virtudes del indio*.

Pero, quien antevió nuestras guerras por aire, ¿qué le verá a estos «pobrecitos y miserables vasallos» de Su Majestad? ¿Por qué los defiende y ampara? Es un amor razonado: por sus buenas inclinaciones, por sus virtudes, pues «apenas puede decirse que entre ellos hay codiciosos, ambiciosos, ni crueles, ni blasfemos, ni jugadores, ni pródigos, ni avaros, ni los demás vicios que hacen rigurosa carrera a la virtud». Pero si son dados al robo y a la embriaguez, «vicio muy nacional»! Cierto, como que «si entre ellos hay ladrones, son los que se han criado y viven con los que no son indios, sino entre nosotros y otras naciones de Europa»: y si se embriagan es porque «sobre el pulque, vinqui, tepache y otras bebidas impuras, ha puesto la codicia su tributo, y la bebida del indio es la comida del juez».

La defensa es heroica. Esplenden las virtudes del indio: pobreza, paciencia, liberalidad, honestidad, parsimonia, obediencia, discreción, elegancia, agudeza, justicia, valentía, humildad, cortesía, silencio... Palafox recurre a *ejemplos* para apoyar sus dichos. Hemos escogido los que abonan tres virtudes de nuestros hombres de bronce: su discreción y elegancia, su agudeza y prontitud, su justicia.

\*

Dice él que sin ser conquistador fue conquistado: «Son despiertos al discurrir, y muy elegantes en el hablar.» Y prueba esta discreción y elegancia con dos breves ejemplos, rezumantes de gracia y colorido mexicanos:

«Fundióse una campana en la Catedral de (la Puebla de) los Angeles, que pesaba ciento cincuenta quintales, y salió algo

torpe al principio en el sonido, y afligido un prebendado, porque había sido comisario de la obra, y díjole un indio oficial que la ayudó a hacer: *No te aflijas, Padre, que luego que naciste, no supiste hablar, y después con el uso hablaste bien: así esta campana ahora está recién nacida; en meneando muchas veces la lengua, con el uso hablará claro.* Y así fue, que quebrantado el metal con el ejercicio de la lengua, salió de excelente voz.»

En otra ocasión estaba un indio toreando, a lo que son ellos aficionadísimos, y habiéndole prestado un español cierta cantidad de maíz, que el indio había asegurado con fiadores, y viendo el acreedor al deudor muy frecuentemente en los cuernos del toro, hacíale señales que se apartase, como quien tenía lástima de su peligro, y entendiendo el indio de dónde nacía aquel cuidado, se fue hacia donde estaba su acreedor y le dijo: *¿Qué quieres? ¿Qué me persigues? Déjame holgar. ¿No te he dado fiadores?*

\*

Asienta Palafox: «Cuando ellos defienden su razón, la representan con discursos vivísimos y la dan a entender de manera que convencen.» Y propone el ejemplo siguiente, que convence, hasta hoy, a nosotros hombres desencantados de tres siglos adelante:

«Caminando un indio y otro vecino español, entrambos a caballo, acertaron a encontrarse en un páramo o soledad, y el rocín del vecino era muy malo y viejo, y el del indio muy bueno. Pidióle aquel hombre al indio que se lo trocase, y él lo rehusó por lo que perdía en ello; pero como el uno traía armas y el otro no las traía, le quitó el caballo al indio, y pasando su silla a él, fue caminando, dejando en su lugar al pobre indio el mal caballo. El indio volvió siguiendo al español y pidiéndole le diese su caballo, y el hombre negaba que se lo hubiera quitado.

«Llegaron con esta queja y pendencia al lugar, en donde el Alcalde mayor llamó a aquel hombre a instancia del indio, y haciéndole traer allí el caballo, le preguntó por qué se lo había quitado al indio. Respondió y juró que no se lo había quitado, y que era falso cuanto decía aquel



REPRODUCCION DEL MURAL « EL TRIUNFO DEL TIEMPO » EN LA CASA DEL DEAN, PUEBLA, MEXICO.  
SIGLO XVI (GRABADO DE LORETO)

indio porque aquel caballo era el suyo, y él lo había criado en su casa desde que nació. El pobre indio juró también que se lo había quitado y como no había más testigos ni probanzas que el juramento encontrado de las partes, y el uno poseía el caballo y el otro lo pedía, dijo el Alcalde mayor al indio que tuviese paciencia porque no constaba que aquel hombre le hubiese quitado el caballo. El indio, viéndose sin recurso alguno, dijo al juez: *Yo probaré que este caballo es mío, y no de este hombre*; díjole que lo probase, y luego quitándose el indio la tilma que traía, que es la que a ellos sirve de capa, cubrió la cabeza a su caballo que el otro le había quitado, y dijo al juez: *Dile a este hombre que pues él dice que ha criado este caballo, diga luego de cuál de los dos ojos es tuerto*. El hombre, turbado con la súbita pregunta, en duda respondió: *del derecho*; entonces el indio, descubriendo la cabeza del caballo, dijo: *pues no es tuerto*; pareció ser así y se le volvió el caballo.»

\*

«En los pleitos que tienen entre sí —escribe Palafox— son muy rectos y discurren muy bien en sus cabildos y con una muy natural agudeza.» Y propone un caso que sería modelo de cuento si no supiéramos que en la Nueva España toda

ficción quedaba superada por la realidad. Oigamos:

«En el obispado de la Puebla, a la parte que cae la costa del mar del Sur, había un mulato tuerto de malísimas costumbres, que andaba entre ellos como lobo entre las ovejas, haciéndoles grandísimas vejaciones y molestias, porque a más de hurtarles cuanto podía de su pobreza, les molestaba y violaba las hijas y las mujeres, y cometía otros delitos e insultos.

«A este mulato debían de amparar algunos vecinos, y habiéndole hecho cierta información o proceso los alcaldes indios y probado estos delitos, le espieron y tuvieron forma para cogerle, y en un monte le maniataron y allí le tomaron la confesión, y él confesó todo lo hecho, con que trataron luego de su castigo entre todos los indios que había presentes, clamando el mulato que le dejasen primero confesar.

«Decían algunos que era bueno ahorcarle luego, porque si venía el Padre (así llaman al doctrinero) a confesarle, se le quitaría y desterraría, y luego volvería a hacer otros insultos y a inquietar aquellos pueblos.

«Otros indios decían que no era bien que muriese sin confesión, porque no se condenase, y que así se llamase al Padre para que lo confesase. A esto repugnaron otros, porque creían que le habían de quitar, con que oído todo juzgaron los Alcal-

des: 'Que atento a que lo que le hacía daño y destruía aquel mulato tuerto para hacer tantas maldades era su propia vista, porque con ella codiciaba las mujeres y hurtaba cuanto veía, se le sacase el otro ojo, que ciego no haría mal y podría confesarse muy despacio y era menos que ahorcarle'. Y luego trajeron un poco de cal viva y se la pusieron en la vista, se la quitaron del otro ojo que le quedaba, dejaron libre al mulato para que se fuese a confesar y después andaba entre ellos ciego, pidiendo limosna; se la daban y sustentaban por Dios, sin ningún género de ira, como si no les hubiera hecho agravio alguno.»

\*

Palafox continúa la línea indigenista de

fray Julián Garcés. Son hombres de nuestro Renacimiento. De antes y después de que en la casa del deán don Tomás de la Plaza, en Puebla, manos indígenas pintaran al fresco «*Los Triunfos*» de Petrarca. Ambos emergen de la leyenda: Garcés del sitio junto a los volcanes que soñó para fundar la Puebla; Palafox de las sonoras campanas que oyó empezar a hablar. Claros varones de una ciudad «donde sopla el espíritu», para recordar a Antonio Caso.

Por algo la obra de Palafox, dice Sor Cristina de la Cruz de Arteaga, «no luce tanto, es más puramente espiritual, es la obra del grano de trigo, de la espiga dorada en América, que ha caído en la tierra patria para pudrirse y dar fruto.»

EVERARDO RAMIREZ: «LOS MUSICOS» (1930)





## Grandes figuras de la física

POR ARTURO ALDUNATE PHILLIPS

DESDE QUE FUE ESTABLECIDO el Premio N6bel en el a1o 1901 y hasta 1960, hab1an obtenido este preciado galard6n, en la divisi6n de F1sica, 73 hombres de ciencia. De los que estaban a esa fecha a1n vivos, resid1an en los Estados Unidos 17, de los cuales algunos eran extranjeros, otros norteamericanos de nacimiento y el resto nacionalizados como tales.

La revista *Fortune* public6 ese a1o de 1960 el resultado de una curiosa encuesta realizada entre esos 17. Se trataba de saber, a juicio de ellos, cu1les ser1an los 8 hombres, elegidos entre los 73 Premios N6bel de F1sica, que pasar1an a la inmortalidad.

El resultado de esta averiguaci6n me pareci6 de gran inter1s, por lo que cre1 del caso hacer algunos comentarios, que ahora publico.

Desde luego, no hay por qu1 pensar que los que pasar1an a la historia y resulten inmortales han de ser s6lo 8. El n1mero fue elegido por *Fortune* arbitrariamente. Pero vamos a la encuesta misma. Tres de las 17 c1dulas recibidas indicaban un solo nombre y no los 8 pedidos, y este nombre fue, como es f1cil suponerlo: Einstein.

Tal vez para ellos la estatura cient1fica del genio de la relatividad sobrepasa de tal manera que no quisieron, siquiera, mezclar su nombre con el de los dem1s. Esto tuvo como consecuencia que se perdieran en el total de la encuesta 21 votos, con lo cual la lista de inmortales qued6 reducida a s6lo 7; ellos fueron:

Einstein	17 votos
Bohr	14 votos
Rutherford	11 votos
Fermi	11 votos
Heisenberg	10 votos
Planck	9 votos
Dirac	9 votos

Aunque pueda parecer atrevido, voy a dar una opini6n personal sobre el resultado de esta investigaci6n, opini6n que, por desgracia para m1, no est1 de acuerdo con las ubicaciones resultantes de la encuesta; lo que no quiere decir, sin embargo, que esta opini6n sea distinta a la de todos los consultados, ya que las cifras obtenidas son s6lo promedios; adem1s, la encuesta se1al6 tambi1n nombres que obtuvieron menos de 7 votos. Para fundar mi criterio, me parece indispensable recordar las aportaciones de mayor trascendencia de los seleccionados.

Desde luego, es imposible, en las pocas l1neas de un art1culo, esbozar siquiera lo que cada una de estas mentes privilegiadas acarre6 al progreso de la ciencia. Tratar1, sin embargo, de hacer res1menes en forma somera y simplificada.

Einstein, el gigante, tuvo la audacia de revisar las bases de los planteamientos cient1ficos de su 1poca y afirm6 que la tierra fija y estable es una ilusi6n del hombre. Ni en ella ni en ninguna otra parte del cosmos existe el reposo absoluto, y el movimiento altera las medidas de tiempo y de velocidad; y la forma, la

masa y las demás características que la física clásica había considerado como posibles de medir en reposo, no lo son. Sólo la marcha de la luz no es relativa a otras velocidades y permanece fija y constante en cualquier punto del cosmos en que se la encuentre. Con la relatividad desaparece la constancia de las magnitudes. La longitud y los intervalos de tiempo, al ser medidos en cuerpos móviles, y todos lo son, quedan influídos por el movimiento.

Y al aceptar que la velocidad de la luz permanece constante en cualquier circunstancia y es, por ende, un patrón universal, hay que aceptar de manera implícita que el centímetro y el segundo, medidas de espacio y tiempo, no pueden ser magnitudes constantes y absolutas. La única manera de mantener las relaciones que observamos en el Universo es a través de una variación inter-relativa: si el centímetro se acorta, la otra dimensión amarrada a él, el segundo, debe dilatarse. Y lo que es aún más sorprendente, y tal vez la más revolucionaria afirmación de la teoría de la relatividad, es que la masa, por su sola presencia, condiciona la estructura geométrica del espacio y el ritmo del tiempo.

Y ampliados sus conceptos, llega Einstein a la conservación del conjunto masa-energía y al asombroso descubrimiento: la relación entre la energía y la masa, relación que, al final de cuentas, constituye la fórmula mágica que, por siglos, anduvieron buscando los alquimistas: la piedra filosofal.

La ecuación, tal vez la más importante jamás escrita por el hombre, es tan simple como trascendental:

$$E = m \times C^2$$

en que E representa la energía contenida en un cuerpo de masa m, y C la velocidad de la luz. De aquí se derivan todas las realizaciones que fueron capaces de transformar la materia en la energía que constituye su esencia.

Estos postulados cambiaron las bases de la ciencia física y proyectaron tales consecuencias sobre los conocimientos del hombre, que ellos explican por qué los 17 jueces fueron tan categóricos en el rango dado a Alberto Einstein en la lista de inmortales.

Antes que Max Planck apareciera en

el escenario científico, nadie ponía en duda que la energía podía ser recibida y emitida en cualquier cantidad, puesto que su fluir o su intercambio se realizaba en forma continua. *Natura non facit saltus*, había dicho Leibniz. Pero Planck afirmó que el átomo, al radiar, envía sus grupos de ondas energéticas, por entregas, en cantidades parciales, reducidas, finitas y, por consiguiente, por medio de una emisión « discontinua ». Todo ocurre, nos dice, como si el átomo, después de haber enviado un grupo de ondas, se detuviera antes de enviar el segundo.

Según la nueva y revolucionaria hipótesis, la radiación y todos los intercambios de energía poseen estructuras discontinuas, pues se producen por medio de pequeños saltos, a través de escalones que tienen la curiosa particularidad de ser siempre iguales. Estos escalones, granos, racimos o atados de energía, son los famosos « cuantos de acción » de Planck.

Guiado por su aguda intuición, Planck adivinó que la magnitud del cuanto, si bien es igual para una determinada radiación o tipo de energía, no lo es para todas, sino que ella es proporcional a la frecuencia de la onda que la transmite. Además agregó, *esta proporcionalidad entre la frecuencia (largo de la onda) y el valor del cuanto, es una constante universal: la constante « h » de Planck.*

Y al hacer la formulación matemática de la constante, pudo verse que su valor es igual a la energía multiplicada por el tiempo (1), lo que permitió hacer una nueva y asombrosa comprobación. Como la energía es una magnitud espacial, resulta que la constante de Planck « h » es la medida de un espacio multiplicado por un tiempo, o sea, *es la medida de un ente espacio-temporal o témporo-espacial de valor real.* Su tetradimensionalidad le da un profundo significado, que confirma las afirmaciones eistenianas de que tiempo y espacio constituyen una sola dimensión indestructible, determinada por la presencia de la materia (masa).

Desde la aparición en la física del cuanto de Planck, este curioso diablillo empezó a hacerse presente por doquier y a solucio-

(1)  $h = e \times t.$

nar múltiples problemas. En la imagen del átomo creada por Rutherford y Bohr y mejorada por Sommerfeld, Pauli y otros; en el establecimiento de las trayectorias de los electrones; en el estudio de las líneas espectroscópicas; en las fórmulas de la incertidumbre de Heisenberg; en el estudio de las bajas temperaturas cercanas al cero absoluto, por todas partes la presencia de la constante de Planck fija en definitiva el factor cuantitativo de muchas de las nuevas realizaciones o descubrimientos y la hondura hasta la que puede llegar la observación del hombre.

Se ha dicho, sin embargo, que Planck no le dio a su famoso descubrimiento el alcance que había de tener, porque no lo habría sabido, ya que obtuvo su relación buscando algo muy distinto en el estudio de la «radiación negra», la radiación de un cuerpo ideal que posee la propiedad de absorber íntegramente la energía que lo alcanza. De todos modos, la verdad es que casi todos los planteamientos futuros y las investigaciones de esos mismos que aparecen en la lista de futuros inmortales, debieron recurrir al planteamiento de Planck, y ello por sí solo le da una altísima jerarquía. A mi entender, aparece injustamente postergado en el resultado de la encuesta que estoy comentando.

Es evidente que resulta muy difícil clasificar y dar jerarquía comparativa a estos físicos geniales. Prueba de ello es, por ejemplo, el hecho de que entre los «encuestados» haya tan grandes disparidades de apreciación y que esté lejana la unanimidad para los 7 que debían venir después de Einstein. Ernest Rutherford y Fermi recibieron, por otra parte, el mismo número de votos (11 cada uno) y ambos más que Planck y menos que Bohr, alumno este último y continuador de Rutherford.

A mi parecer, sobre la brillantez de Bohr, Rutherford tiene la prioridad, y por ello el mérito indiscutible, de haber sido el primer hombre de ciencia que pudo mejorar seriamente la imagen ingenua y vaga del átomo que se tenía hasta entonces, sin lo cual ni Bohr ni los demás habrían podido concebir sus nuevas estructuras.

Como consecuencia de un curioso experimento, Rutherford dio claridad, preci-

sión y verdad a nuestra idea del microcosmos, que se amplió luego, por analogía, al macrocosmos y según la cual el Universo resulta ser, a la postre, un mundo en el que predomina el vacío y en el cual se mueven a velocidades tremendas pequeñísimos corpúsculos materiales y miríadas de cuantos de energía.

Utilizando partícula Alfa, que son núcleos de Helio provenientes de sustancias radioactivas, para bombardear átomos metálicos, Rutherford pudo observar que la mayor parte de sus proyectiles pasaban a través del material sin aparente perturbación de unos ni del otro. Pero algunos, muy pocos, eran desviados de su trayectoria. Supuso que estas desviaciones eran causadas por los núcleos atómicos cargados positivamente, cuando ciertas partículas Alfa pasaban cerca de ellos.

Una larga serie de experiencias realizadas con diferentes metales utilizados como blanco de su bombardeo, le permitió afirmar que la carga nuclear era proporcional a sus números atómicos, con lo cual entregó la primera explicación del rango de los átomos en la famosa serie periódica de Mendelejeff.

Y apareció el genio con su audacia y clarividente imaginación cuando afirmó: «*El volumen de los átomos es inmenso en comparación con el minúsculo núcleo que concentra casi la totalidad de la masa atómica.*» El reducido número de impactos logrado en su bombardeo pareció probarle que lo que predominaba en los átomos era el vacío.

Pues bien, las posteriores investigaciones más que confirmaron la visionaria imagen al establecer que los vacíos dentro del átomo (abstracción hecha de la insignificantes masas de los electrones giratorios), es 10.000.000.000.000.000. (10 con 15 ceros) más que lo lleno.

Como, por otra parte, los átomos se mueven a su vez en el vacío igual que los astros (2) discurren lejanamente distantes unos de otros por las inconmensurables oquedades de las bóvedas del cielo, resulta que la realidad material del universo se nos escapa entre los dedos convertida en

(2) Los astros también son estructuras en las que predomina el vacío.

espacio inmenso casi vacío y desoladoramente deshabitado (3).

Aparece luego Niels Bohr, ayudante de Rutherford, quien a los 22 años formula a su maestro la sagaz pregunta: ¿Se mantendrán en el mundo microscópico las leyes y los postulados que la física había establecido para el macrocosmos? ¿No habían contradicho Einstein y Planck antiguas leyes aceptando la discontinuidad de la naturaleza, haciendo posible afirmar, contrariamente a Leibniz, que la naturaleza «sólo actúa dando saltos», o sea, en forma discontinua?

Aplicándose al particular estudio del fenómeno de la irradiación de luz en un átomo, Bohr concibió la idea de que los fotones (partículas luminosas elementales) emergen como luz cuando se produce el salto de un electrón de una órbita en la cual gira alrededor del núcleo, a otra. Esa luz es precisamente la pérdida de energía que experimenta el corpúsculo al trasladarse de una órbita o trayectoria a otra.

Pero la afirmación de Bohr encerraba un nuevo misterio matemático: las posibles órbitas susceptibles de ser ocupadas por un electrón están precisamente determinadas por diferencias energéticas que son siempre números enteros multiplicados por la constante de Planck. Es decir, cada partícula (electrón) en movimiento alrededor de un núcleo, sólo puede hacerlo recorriendo ciertas y matemáticamente determinadas trayectorias (4).

Es indudable que la trascendental modificación introducida por Bohr en la imagen de la estructura atómica concebida por su maestro, radica en su condición cuantitativa y ello debe haber atraído a los sabios consultados a darle tan destacada clasificación entre los futuros inmortales.

Pero así como Bohr había mejorado la

(3) El Dr. Desiderio Papp explica, como ejemplo, que si en un cuerpo humano se pudiera eliminar la totalidad del espacio no ocupado por materia, el resto cabría en un grano de tamaño microscópico, que seguiría pesando los 60 o 70 kilos de la persona considerada.

(4) El lector observará que a cada paso se aprecia que la imagen bohriana está asentada sobre hallazgos previos de sus ilustres antecesores: Planck y Rutherford.

imagen de su maestro, nuevos investigadores continuarían el trabajo. Tal hicieron Arnold Sommerfeld y Wolfgang Pauli, el segundo de los cuales aparece entre los que obtuvieron menos de 7 votos en la encuesta, y otros.

Como cuarto futuro inmortal de nuestra lista, tenemos a Enrico Fermi.

El sabio italiano es indudable que detenta una altísima jerarquía y un puesto señero entre los buscadores de la estructura atómica de la materia. Proyectó sus hallazgos teóricos y los de los otros hombres de ciencia en el campo de las realizaciones y de la tecnología, de tal manera que su condición de realizador ha hecho que haya sido llamado el arquitecto de las actuales plantas atómicas generadoras de energía, los «hornos» o «pilas atómicas», como él las designó.

La ecuación de Einstein que muestra la relación entre materia y energía, debía ser puesta a prueba. Los átomos constituidos por un núcleo central de neutrones y protones y por electrones que giran en torno a él como satélites, debían ser desmenuzados, triturados, para tratar de liberar energía. Y ello permitiría transformar un elemento (hidrógeno, helio u otro de la serie de los 92), en otro, haciendo así realidad el sueño de la piedra filosofal de los alquimistas.

Pues bien, Fermi fue el primero que predijo y determinó experimentalmente que el bombardeo de elementos por neutrones produciría la transmutación de estos elementos, o sea, que se convertirían unos en otros. Y en sus investigaciones fue aún más lejos.

Es sabido que los elementos naturales, clasificados por Mendelejeff, son 92 y van desde el hidrógeno, N° 1, con un protón en su núcleo, al helio, N° 2, con dos protones, hasta el último de la serie y más pesado, el uranio, N° 92, con 92 protones en el núcleo. Pues bien, Fermi, que en sus investigaciones con bombardeos atómicos había sido el primero en usar el uranio como blanco de neutrones, logró que sus proyectiles se incorporasen al núcleo del último de los elementos de la serie, creando así un elemento nuevo, más pesado, el N° 93, neptunium, el primero de los llamados transuránicos, que hoy día ya sobre-

pasan los trece (5). También fue Fermi el primero en mostrar que la captación de neutrones podía facilitarse haciéndolos moverse más lentamente a través del agua. Finalmente, en 1934, en Roma, Fermi conmovió al mundo con su comprobación más espectacular de que al bombardear los neutrones del uranio se producía la división del núcleo de este elemento, o sea, se producía la fisión del uranio.

Y nos quedan aún Heisenberg y Dirac.

Werner Heisenberg merece ser especialmente destacado no sólo por sus planteamientos científicos, sino también por la honda proyección filosófica que ellos produjeron y que todavía son motivo y base de elucubración sobre la causalidad y el determinismo.

Heisenberg hizo aparecer peligrosas grietas en los sillares de la filosofía clásica y, lo que es más grave a mi entender, produjo un ajuste en los conceptos de ordenación causal y determinismo de los fenómenos universales. Su posición nació de la observación del hecho de que los electrones, al moverse en sus órbitas, contrariando las leyes de la vieja física, no dan señales de su movimiento, no radian, como dijo Nils Bohr, y al ser sacados de la materia o del grupo energético que integran, deben ser captados o enfocados con ondas capaces de ponerlos en evidencia. Si se eligen ondas largas para no perturbar demasiado la velocidad del corpúsculo observado, su posición quedará relativamente indeterminada; si, al contrario, empleamos ondas cortas, lograremos una mayor exactitud en la posición del electrón a expensas de una indeterminación de su velocidad. Resultaba, pues, que los dos datos, posición y velocidad, no pueden obtenerse con absoluta precisión y lo más sorprendente es que *el producto de estas dos imprecisiones lo mide la constante de Planck*.

La incertidumbre postulada por Heisenberg involucra un concepto y rebasa las aparentes inexactitudes o aproximaciones de la ciencia; mide un límite que ni ahora ni nunca podrá ser sobrepasado por el hombre. Se trata de una incapacidad proveniente de la condición íntima del mundo físico.

Los planteamientos de Heisenberg parecieron desterrar, por lo menos del microcosmos, el determinismo, y ello trajo el desconcierto filosófico al extenderse esta conclusión a la causalidad. El mismo expresó que frente a las paradojas de la física atómica, y para resolverlas, debería renunciarse a viejas y acariciadas ideas como la causalidad. Pero es necesario aclarar que la causalidad es un concepto genérico que liga los fenómenos en su devenir por una relación de causa a efecto, sin mayor precisión. El determinismo, en cambio, expresa que todo lo que sucede hoy es la consecuencia *rigurosa* de lo que sucedió ayer; y que, por consiguiente, el estado presente determina a su vez, en forma precisa, el estado futuro. En el mundo microscópico la incertidumbre se hace presente tan pronto como el investigador se pone en contacto con su intimidad. En él no hay como conocer lo que va a suceder dentro de un determinado espacio de tiempo, ni siquiera en la más cercana proximidad, a un fotón o a un electrón. Pero, acláremoslo bien, es porque tampoco nos resulta posible conocer con exactitud lo que les está sucediendo en el presente. Estas observaciones mostraron que la ciencia experimental no puede acercarse a la verdad última con una aproximación mayor que la discontinuidad de la materia y la energía, fenómeno que parece producirse en un mundo que no es el nuestro.

Paul Adrien Maurice Dirac tiene una posición muy destacada entre los físicos que han contribuido a precisar, ya que no siempre a clarificar, la imagen del átomo y del mundo en que éste vive.

Además de los nombrados como futuros inmortales, saltan a la pluma, para citarlos como geniales investigadores y físico-matemáticos, nombres tan eminentes como los de De Broglie, Erwin Schroedinger y otros.

Desde luego, De Broglie pudo resolver, a pesar de sus simplificaciones, uno de los enigmas más herméticos del átomo de Bohr, aclarando la curiosa «selección» de trayectorias que deben realizar los electrones. Y luego se vio que esas trayectorias estaban sujetas a condiciones mucho más complicadas, cuya ecuación, la ecuación de la producción de las ondas materiales, fue establecida por Schroedinger.

(5) Elementos eminentemente inestables.

Pero esta ecuación constituyó también una primera aproximación, pues había sido planteada sin las consideraciones relativistas de Einstein, lo que hizo que no se cumpliera para grandes velocidades. Fue Dirac, entonces un investigador muy joven, quien modificó esta ecuación y, cosa curiosa, llegó así a establecer la perentoria obligación de los electrones para girar sobre sus ejes; condición que había sido introducida en la concepción del átomo cuatérnico de Bohr (4 números cuánticos), por pura intuición y sin ninguna exigencia de la mecánica cuántica. Entonces, gracias a la ecuación relativizada de Dirac, la rotación del electrón resultó una exigencia de la teoría de Planck.

Además, la intromisión de Dirac debería tener otra trascendental consecuencia que es tal vez la que más justifica su ubicación entre los inmortales.

Mediante un proceso que pareció entonces el sueño de un matemático de alta imaginación, el joven inglés llegó a concebir ciertos « huecos » dejados por los electrones negativos, que se consideran « anti-electrones », con signo contrario al electrón.

Resultaba así una extraña elucubración de un espacio « poroso » como un panal de miel (perdón por lo burdo del símil), imagen que soy incapaz de describir y, para ser franco, ni siquiera de imaginar. Esta elucubración fue recibida con natural escepticismo y aun, en ciertos ambientes científicos, con hostilidad y sarcasmo.

Sin embargo, años más tarde, la teoría fue confirmada con el descubrimiento de los positrones, que hoy son manejados en todos los laboratorios de investigación nuclear. Después, y por el mismo camino, han ido llegando los anti hasta la anti-materia de nuestros días.

Debe reconocerse por las realizaciones y los avances tecnológicos y aun científicos creados por los nuevos modelos atómicos, que ellos han ganado en exactitud pero, para nosotros los pobres mortales, es indudable que han perdido claridad imaginativa.

Werner Heisenberg tuvo el valor de decir lo que muchos empezaban a adivinar: « Es menester liberarse de las imágenes descriptivas y contentarse con símbolos

métricos. » Nada permite creer que sea posible forjar una imagen del microcosmos con ayuda de elementos que el hombre tome en préstamo, forzosamente del macrocosmos. « Queriendo imaginar lo inimaginable, la física se aventura en un dominio donde el control de la observación es impotente para seguirla. » El padre de la incertidumbre retrató en esa frase su personal posición.

El lector, si me ha seguido en este raudo recorrido « a salto de mata », habrá podido apreciar cuán difícil es establecer los límites reales entre la obra de uno y otro de estos hombres extraordinarios y habrá podido recordar que fuera de ellos, de los anotados en la lista de futuros inmortales, hay también otros que contribuyeron y quizás muchas veces prendieron la chispa genial que iluminó la mente de los que hoy aparecen de más alta estatura. Lo admirable es que en un período tan extraordinariamente reducido como el de los años transcurridos de esta centuria, se hayan podido encender tantas nuevas luces, se hayan descubierto tantos insospechados caminos, se haya avanzado tan portentosamente en el conocimiento de la realidad que nos rodea y de la que formamos parte y, al mismo tiempo, nos hayamos podido dar cuenta de cuán inconcebiblemente distantes estamos de una verdad última cualquiera. Como expresó un eminente pensador, cuyo nombre no recuerdo, si medimos lo que el hombre sabe por la longitud del diámetro de una esfera, cada vez que su conocimiento crece un centímetro, su contacto con lo desconocido, con lo ignorado, crece también, pero en relación con el aumento de la *superficie* de la esfera de diámetro aumentado; es decir el aumento de conocimiento produce, paradójicamente, un mayor contacto con lo desconocido.

En todo caso, esta encuesta de *Fortune* me ha servido para hacer un somero recuerdo de estas egregias figuras de la ciencia que, si bien han postulado principios y han encontrado ecuaciones esotéricas para la mayor parte de los hombres, están haciendo posible un progreso técnico visible para el más lego, y alucinante, y están preparando una aurora que ya vemos clarear en el horizonte de un mañana de ciencia ficción.

## José Juan Arrom: «Esquema generacional de las letras hispanoamericanas»

SE ACOMETE EN ESTE LIBRO (Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1963), tal como anuncia su primer capítulo, la tarea de ofrecer una nueva solución a un viejo problema: el de ordenar más de cuatro siglos de materia literaria, esto es, toda la literatura producida en la América hispánica desde Colón hasta el presente. Su autor aplica para ello, desde una actitud muy rigurosa y un íntimo conocimiento de esa misma materia, el método generacional. Sobre el mismo campo se había ensayado anteriormente este método por otros investigadores, ya de modo parcial (Pedro Henríquez Ureña, Enrique Anderson Imbert), ya más sistemáticamente (José Antonio Portuondo). De una revisión crítica somera, pero muy afilada de estos precedentes parte Arrom ahora en su trabajo. Al descubrir en aquéllos el error común a todos (no haber reparado que en 1492 no comienza a regir ninguna generación; comienza sólo la historia), alcanza su mayor acierto en la organización que nos brinda: 510 años de quehacer literario distribuidos en 17 generaciones a cada una de las cuales se le adjudica un período de vigencia de 30 años. Se da nombre a la generación atendiendo al momento en que inicia su obra y se la define por su grupo caracterizador: de los descubridores, de los conquistadores, etc., hasta las de modernistas y posmodernistas, vanguardistas y posvanguardistas, de reformistas, ya en nuestro siglo.

\*

A cada generación va dedicado un capítulo; y ya en ellos queda el desconfiado inerme de cualquier prevención que *a priori* pudiera oponer a tan exacto esquema. Porque Arrom había prometido, en el prólogo del libro, que su método serviría también « para captar sorprendentes matices que antes pasaban inadvertidos en la penumbra de una borrosa cronología » (pág. 20). Y esto lo cumple cabalmente. Léase sino

el capítulo XV, donde estudia la generación de 1864 y descubre con rara penetración las bisagras que operan el tránsito de la segunda generación romántica a los primeros modernistas. En un período que invita al escalpelo (aunque ya trabajado de modo iluminador por la crítica más reciente), comprobamos con toda lucidez la continuidad del proceso histórico literario, que es lo que más afana a Arrom, demostrándonos cómo el « esmero y pulimento » de Ricardo Palma y el vigor y brillo » de Juan Montalvo desembocan de modo natural en esa « mayor riqueza de colores, sonidos, ritmos e imágenes » que es la prosa ya definitivamente modernista de Martí y Gutiérrez Nájera (pág. 163). Excelente capítulo, tanto como los destinados a examinar las cuatro sucesivas generaciones barrocas (en que se nos enseña a apreciar la movilidad y matización intensa de ese larguísimo siglo XVII, de tan aparente uniformidad) y el que se ocupa de la definición crítica del modernismo.

Pero al llegar al siglo XX, tan inquieto y voraz de sí mismo, pueden empezar nuestras preguntas. ¿De qué modo conciliar el año de 1924 como inicial de la generación vanguardista con el hecho conocido de que la prédica creacionista venía de mucho antes? Y de 1922 es *Trilce*, el libro ya vanguardista de César Vallejo. Por cierto que sorprende que al gran peruano (una de las voces más americanas y más puras de nuestra centuria, y de tan decisiva influencia hasta los días actuales) se le mencione sólo una vez, y de manera escueta y ocasional (pág. 184). Parece necesario también aclarar que Mariano Brull (colocado en la generación posmodernista en atención exclusiva al factor cronológico) realiza su poesía más personal e interesante en los predios ya de la vanguardia.

Estas leves objeciones en nada desmerecen el reconocimiento que debemos a Arrom por el cúmulo de claridades y sugerencias que su libro ofrece y que obligarán a que lo veamos desde

hoy como una guía indispensable en la búsqueda de ese sentido interior que vertebró la trayectoria de Hispanoamérica en su literatura. No puedo, sin embargo, dejar de consignar una inevitable extrañeza: la que me causó ver reproducidos unos nerudianos versos del poeta cubano Roberto Fernández Retamar para sustanciar la intuición, hecha en forma de pregunta, de que tal vez « estaremos volviendo, como en el Renacimiento, a lo esencial y cristalino del verso garcilasiano » (pág. 219). Sin caer en la cuestión de que la misma obra de Retamar brinda tanto bueno y mejor poema, aun para la tesis garcilasista de Arrom, ésta en sí es lo que nos parece algo precipitada. Porque, en efecto, el nuevo *realismo* —de tema y lenguaje— que se da en grandes zonas de la poesía hispánica de nuestros años dista mucho de aquel principio de *naturalidad y selección* (criterio, al cabo, cortésano) que proponía Garcilaso como norte lingüístico y más, mucho más, de la delicadeza suavemente dolorida de su mundo espiritual.

\*

La lectura de este *Esquema generacional* viene a demostrar de cuanta eficacia puede ser la técnica empleada por su autor cuando se la maneja con experiencia y conocimiento de sus posibilidades y limitaciones. Que su uso sigue en vigor, al menos en América, lo evidencia el dato de que en la misma Colombia (de cuyo benemérito Instituto Caro y Cuervo vino a Arrom la oportunidad que le llevó a este libro) se está intentando otro esfuerzo de ordenamiento cronológico sobre la base de este método. Me refiero al que, por encargo de la Academia Colombiana de la Historia, realiza Abel Naranjo Villegas sobre la evolución histórica total de esa república, y del cual acaba de ver la luz un anticipo, bajo el título de « El Método de Generaciones en la Historia Colombiana », en *Revista de la Universidad de Antioquia* (núm. 156, enero-marzo 1964, pp. 23-74). Comprende el siglo y medio, ya largo, de etapa libertadora y vida republicana, y abarca comprensivamente la vida del país en todas sus esferas: política, artística, literaria, científica, religiosa y económica.

Los cuadros en que se resumen estas investigaciones son de gran precisión y objetividad, y pueden arrojar una muy útil luz sobre la historia general de la América de habla española. Es grato consignar que Naranjo Villegas indica la coincidencia en tiempo y espacio (los mismos años, el mismo país) entre la redacción de su trabajo y la de este que hoy comentamos del profesor Arrom.

Buen estímulo para el futuro de este tipo de estudios, acuciosos y serios, de los que está tan necesitada nuestra América

JOSE OLIVIO JIMENEZ

## Tristán Solarte :

### « Le noyé »

UNA RELACIÓN CLARA de algo oscuro, condiciona toda esta novela de Tristán Solarte, desde el principio hasta el fin. Novela re-vertida, su acción responde a la unificación de lo fragmentario, y las características de su técnica a las necesidades del experimento. Porque advertimos por lo menos tres experimentos en las páginas de este libro.

Primero, el de la supresión del protagonismo, en el primer capítulo, mediante la muerte del verdadero protagonista. He aquí un personaje que desaparece —asesinado— apenas ha aparecido. El segundo experimento consiste en evitar todo contacto con el género policiaco, a pesar de la que pudiera ser fácil caída en él, dado el asunto —no tema— de la novela. La calidad de ésta, su finura, la ponen a salvo y muy lejos de ese grosero peligro. El tercer experimento radica en la fusión de lo telúrico con lo humano. Las fuerzas de la naturaleza, en esa isla panameña donde se asienta la pequeña ciudad de Bocas del Toro; el mar, la tierra, el huracán, la transpiración ecuatorial, parecen tomar del alma de las gentes su parte misteriosa, y las gentes, a su vez, los moradores de la isla, notan en su mentalidad y en sus nervios el influjo profundo del medio que les rodea.

El novelista fija este hecho muy sutilmente. Señala cómo flota en el aire una especie de ansiedad, un latir de algo dramático, cuyo efecto produce en las personas un vago sentimiento de culpabilidad colectiva, que se exagera cuando brotan, como chispazos de la tensión ambiente, la violencia y el crimen.

En realidad hay dos escamoteos llevados a cabo por el novelista con feliz audacia, pues si le hubiera fallado la sustitución del ser humano que justifica todo el acontecimiento éste se hubiera vaporizado en poema; y si al descartar los atractivos del conandoylismo, no hubiese sabido vivificar el relato con otros estímulos, que rozan aquéllos, pero no los incorporan, el interés del lector habría descendido considerablemente. Pero Solarte no ha montado un castillo de naipes. Ha escrito una novela fuerte, emotiva, realista y original. Realista hasta el naturalismo de hoy, sellado, psicológicamente, con nuestra fecha.

A esta lograda totalización contribuye lo que ya no es escamoteo, sino el tercer experimento, también afortunado: la fusión que antes indicó entre lo humano y la geografía; los hijos de la tierra, de una tal tierra, a quienes su madre tiraniza y nutre o intoxica.

*Le noyé*, cuyo texto original en español no



conozco, traducido al francés por Maurice Serrat, no pierde seguramente sus valores primigenios, y parece agudizar ciertos momentos de la prosa con esos giros sintéticos, tan propios de la lengua francesa, y que tanto clarifican y matizan los conceptos, sobre todo en el análisis psicológico.

Rafael, el protagonista muerto, actúa con intensidad de personaje vivo, y no con los meros efectos de una proyección más o menos espectral, sino con energía corpórea, con fuerza de motor en marcha. Su personalidad surge vigorosamente modelada en el centro de un juego de testimonios —como un juego de espejos—, que el doctor Martínez, un incondicional del poeta asesinado, va recogiendo en su cuaderno de notas.

Este doctor Martínez se constituye desde el comienzo en figura guía de la narración. Vive bajo la sugestión que sobre él ejerció Rafael, acrecida por un recuerdo tenaz, obsesivo. Las pesquisas que realiza para descubrir a la persona que lo mató, le llevan a descubrir otra cosa: la vida secreta de su amigo, depravada, anegada en el vicio nefando, sin que ello prive a la extraña naturaleza de Rafael (el lector recuerda inevitablemente al saturniano y verleniano jovenzuelo, gran poeta, Rimbaud) de una eficacia amorosa sobre las mujeres, que suele hacer de éstas, primero siervas fascinadas, después víctimas cruentas.

El ángel que el « doble » Rafael mostrara por una de sus caras, la del artista exquisito, alma noble; contrasta duramente con el demonio que revela la otra cara, la del adolescente perverso que ocasiona a su alrededor, como por influjo fatal, irremediables estragos.

El doctor Martínez ve ahora, a otra luz, el alma del poeta. Y no por esto disminuye su afección por él, sino que la completa con una nota que sería compasiva, si la seguridad de que este sentimiento le llevaría a despreciar a Rafael no le obligase a polarizar su atención únicamente en los valores positivos de su amigo.

Otras figuras, que quedan como perfiladas en la memoria del lector, son Leonor « esbelta y bella, de misteriosos ojos verdes, a pesar de la claridad que parecían recoger del mar para reflejarla »; Carmen, frágil, melancólica, que « parecía hecha especialmente para la muerte »; el afable Padre González; el solapado, cínico y maligno Orlando, testigo el más íntimo de la vida secreta de Rafael...

Contrapunto del realismo fundamental de la novela, el autor nos ofrece una fábula de bruma y maleficio, en la leyenda de la *Tulvieja*, cuyo paralelismo con la historia de los padres de Rafael, acentúa la tara de predestinación que pesa sobre el poeta desde su infancia. Y así como al niño de la sombría leyenda se lo llevó el río,

mientras la madre se extasiaba de dicha en los brazos del Desconocido, Rafael parece también ahogado en la triste quimera de su vida y de su muerte. Su madre murió loca, su padre se suicidó, y al nacer él, empieza a ser el niño a quien se lleva el río en el cual acaba por ahogarse.

El novelista no establece, ciertamente, esta fácil y elemental semejanza. Ella queda en indecisa suspensión, etéreamente, indicada en esa forma alusiva, indirecta, que emplea con frecuencia y con maestría Solarte.

*Le noyé* se encuentra en la línea de la más moderna novela francesa. Con Alain Robbe-Grillet, por ejemplo —el autor de *Dans le labyrinthe*—, coincide Solarte al ejecutar su obra, en relegar a un segundo término la continuidad cronológica y espacial. Una visión subjetiva, fragmentaria, rica en abstracciones y, sin embargo, de un fuerte realismo, a veces exasperado, son características muy acusadas de este excelente libro.

ANTONIO ESPINA

## Rubén Darío : « El » (Artigas)

DESDE EL PUNTO de vista bibliográfico, uno de los más significativos homenajes que se han tributado a la memoria de Artigas, el prócer uruguayo, en el bicentenario de su nacimiento, ha sido la exhumación y presentación al público, de esta desconocida página de Rubén Darío, llamando la atención que el poeta nicaragüense haya tejido un elogio lírico sobre el héroe de las Instrucciones, y que éste haya permanecido en el anónimo hasta que Roberto Ibáñez lo brindara a la luz del conocimiento público.

El prólogo de Ibáñez abarca, en apretada síntesis, un material denso y documentado, invaluable, ubicando el aspecto peculiar del periodismo de Darío como un « registro selectivo y apremiante de lo cotidiano ». Nos revela a un Darío colaborador de *La Razón* montevideana, diario dirigido por Carlos María Ramírez. Entre las cartas exclusivas enviadas desde Buenos Aires —señala el prologuista— « hubo una de jerarquía extraordinaria »: es la que tituló sencillamente, *Él*, remitida un 25 de agosto. Puntualiza Ibáñez, que ese texto no ha figurado hasta ahora en la bibliografía dariana. Y subraya, atinadamente, que el año en que se celebra el bicentenario del prócer, esta exhumación cobra relieve especial: « por venir de quien viene, impresionante; y, por cumplirse como se cumple, inesperada ».

Es jugoso y rico de datos e informaciones el prólogo, enjundioso, digno de un investigador erudito, intuitivo, y asistido además por la sensibilidad y ternura que le presta su condición de gran poeta. La importancia de la página de Darío, la categoría del prólogo de Ibáñez, hacen deseable que este breve folleto tenga amplia difusión y sea conocido por cuantos reverencian al indio genial del *verso azul* y la *canción profana*. Fue editado por el Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, de Montevideo.

DORA ISELLA RUSSELL

Emilio Estiú :  
« Del Arte a la Historia  
en la Filosofía moderna »

ENTRE LOS HOMBRES que practican filosofía en la Argentina, Emilio Estiú tiene un buen ganado prestigio que se funda en la cuidadosa formación de su cultura humanística y en el denuedo con que lleva adelante el Instituto de Filosofía de la Universidad de La Plata y la publicación de la *Revista de Filosofía*.

En 1942 Estiú escribió su primer estudio filosófico. Ahora, como en la novela de Dumas, « veinte años después », da a la imprenta su primer libro. Esos dos hechos entre los que se extiende una vasta labor de traductor y publicista dan la pauta de la mesura con que trabaja y la prueba de madurez que se exige a sí mismo. No se me oculta que es muy importante señalar y subrayar esa conducta en la Argentina. Las publicaciones filosóficas nacionales adolecen de muchos y muy selectos vicios, uno de los cuales —y no el menor— es la hipertrofia de libros urgentes y precarios que se arman sumariamente para trepar por ellos a la docencia universitaria. Está lleno el país de gente que escribe para improvisar un pasado, y en vez de buscar « consecuencias », según el orden natural de las cosas, invierte el rumbo y se dedica a acumular « antecedentes ». Habría que filiar y describir esta enfermedad que infecta a tantos universitarios.

Tal vez sea un perdedero de tiempo decidir si Estiú es un filósofo o un humanista. Parece más acertado pensar en una venturosa complicación de ambos destinos que le permite escarmentar con finura el platonismo y el aristotelismo en Leonardo o ilustrar la época de Kant y Herder con una cita de Corneille.

En algún pasaje de esta obra (Instituto de Filosofía de la Facultad de Humanidades y Cien-

cias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, Argentina), el autor se llama a sí mismo « expositor de ideas ». No me parece inexacta la denominación, pero sí incompleta. Más aún, creo que no orienta hacia los mejores momentos del libro. La exposición es prolija y solvente, pero me parece que a veces adolece de excesivo desarrollo histórico. La hipótesis central —fusión de arte e historia en algunas líneas de la filosofía moderna— hubiera ganado con un poco más de concisión, con un poco más de teoría. ¿De qué modo se ha producido esa fusión? ¿Qué significado tiene? No basta exponer datos. Los datos tienen que probar una hipótesis. Claridad a esa hipótesis es lo que me parece que falta.

EZEQUIEL DE OLASO

# SURVEY

A Journal of Soviet  
and  
East European Studies

This issue of SURVEY includes two major essays on Rumania today, one based on a recent visit by François Bondy, veteran Western correspondent, the other a comprehensive review of Rumanian literature.

Reminiscences by Professor Philip Mosely and Mr. Joseph Freeman give a lively picture of Moscow in the 1920's and early 1930's; the biographical series begun in No. 53 is continued with essays on Radek, Münzenberg and Bebel, and the autobiographical sketches by Manuel Gomez and Esther Corey. This issue also surveys the state of affairs in the study of geography in the USSR, and reviews recent writing on East Germany.

*SURVEY is published quarterly*  
*Free specimen copy on request*

*Annual subscription rates : £ 1.10 or \$ 4*

*Special student rate*

**Editorial and advertising office:**  
**Summit House, 1 Langham Place, London W.1.**

**Subscription office:**  
**Ilford House, 133 Oxford Street, London W.1.**

## El escritor y nuestra época

« La situación del escritor en la transformación de nuestro mundo » fue el tema propuesto para el diálogo recientemente llevado a cabo en Berlín, entre autores alemanes y escritores de diferentes países latinoamericanos. Ya el hecho de este diálogo intercontinental demostró que los tiempos han cambiado. Organizar conversaciones es una característica propia de esta época nuestra tan singular. El que habla con otro no pelea. Quien habla con otro trabaja por un mayor entendimiento, sirve en fin de cuentas, a una unión de alcance universal, a la « flor azul » de nuestras resignaciones. Berlín es el lugar predilecto de conversación, porque provisionalmente en Berlín el mundo toca sus propios límites.

Es indiferente la dirección de donde uno llegue : al huésped se le ofrece como experiencia y como conciencia, ese hecho brutal del muro. Positivamente nadie puede, aún queriéndolo, confundir ese hecho o ni siquiera soslayarlo. La mayoría de los huéspedes sudamericanos fue, por lo menos una vez, « del otro lado ». El comunismo como utopía que, en forma idealista, deambula como un fantasma por tantas cabezas, se encontró de pronto con el comunismo en su materialización alemana. Frente a este comunismo, el otro quedó convertido en una frase. Sí. Berlín es un amargo medicamento para soñadores. Suministra cualquier esclarecimiento imaginable como prueba de que en Alemania sólo existe un comunismo compulsivo y, por lo tanto, en modo alguno el otro donde el ciudadano puede decidir libremente. Este medicamento surtió ya sus efectos en el primer Coloquio entre escritores alemanes y latinoamericanos, hace aproximadamente dos años, en el mismo lugar : tampoco esta vez falló en sus efectos. Los organizadores del Coloquio pueden sentirse muy satisfechos.

Claro está que se trató de literatura. Por la parte sudamericana este primer plano de la cuestión resultó visiblemente acaparado. El desnudo de los organizadores logró atraer a casi todos los poetas de aquel continente traducidos al alemán : vino Jorge Luis Borges, Miguel Angel

Asturias, Germán Arciniegas, Eduardo Mallea, Joao Guimaraes Rosa, Augusto Roa Bastos, Julio Ramón Ribeyro, Adalberto Ortiz, Ciro Alegría, Silvetti Paz, el traductor argentino de Hölderlin y de Faust. Es decir, gente muy significativa, destacados representantes de la literatura latinoamericana actual, considerable no sólo por sí misma, sino porque desde hace tiempo contribuye activamente al enriquecimiento de la literatura mundial. Ello es así porque no se trata de una literatura uniforme, sino de una literatura acunada por personalidades muy diferentes entre sí.

Ni un libro de mil páginas hubiera agotado un tema tal como « La posición del escritor en la transformación de nuestro mundo », que actuó de manera fecunda como una incitación : los temperamentos sudamericanos hicieron su despliegue. Miguel Angel Asturias bramó como una tempestad del Caribe. Sus palabras estuvieron mechadas por vocablos de clara militancia ; habló de las « trincheras del pensamiento » ; su resumen de la historia literaria iberoamericana fue un informe de guerra sobre las triunfales batallas del espíritu, en favor de la miseria de los oprimidos. Una literatura comprometida hasta los ijares halló en él a su intérprete más apasionado. Después de él pareció no quedar nada, completamente nada para la estética tan finamente tramada del argentino Jorge Luis Borges, quien con voz inaudible habló del misterio del arte y de la poesía como un arte por sí y no como medio tendiente a un fin, como pleno solaz y juego de la memoria.

Categoricamente quiero permitirme aquí idear una norma que nos sirva de ayuda en el resto de estas observaciones. El escritor se ve — como también otros hombres— progresivamente arrancado de su equilibrio por efecto de sus sentimientos, experiencias y tribulaciones ; es decir, que se siente enérgicamente conmovido. La literatura representa, para él, el camino obligado para restablecer ese equilibrio. Pronto hace la experiencia de que ese equilibrio es algo muy frágil, dependiente de matices. Dependiente

—para decirlo en lenguaje literario— de la exactitud de una rima. La enérgica conmoción que se apodera del lector de la gran literatura, proviene de la participación del que lee en la conmoción del poeta y su poética anulación, lo cual representa un acto de la libertad del hombre. El presupuesto del recto leer, y más aún, de la justa crítica, es la capacidad para sentir la conmoción junto con el poeta. Y esta capacidad supone asimismo que el poeta no nos está engañando, que no pretende conmovernos, sino que está fuertemente conmovido, que de nuevo busca su equilibrio en la creación poética. La experiencia estética de Jorge Luis Borges, su credo poco menos que religioso, constituye la certidumbre de poder mostrar sin quitar nada, en el proceso de ahondamiento creador, la caótica realidad —y esa certidumbre a él lo hace sabio y paciente. Esto es válido para Borges. En menor medida es válido, en su potencia natural, también para el brasileño Guimarães Rosa —con su cara tan curiosamente parecida a la de Georg Brittings—, quien a poco de tomar la palabra gira en una gigantesca cascada de improvisaciones cuyo sentido deja más satisfecho y colmado que muchas insulsas teorías sobre el compromiso literario.

Esa conmoción, en el sentido que traté de señalar, se produce por el impacto de las realidades. Y aquí aparece de súbito la verdadera diferencia entre los continentes que procuraban llegar a un diálogo. Críticos superficiales han trastrocado y confundido esta diferencia de las realidades, creyendo poder registrar diferencias de tipo espiritual. Para ello no era necesario ningún latinoamericano —ellas existen, para referirme a los participantes alemanes de este Coloquio, de manera igualmente aguda entre Grass y Enzensberger y Weisenborn y Oskar Maria Graf. Ellas constituyen la condición social previa para la literatura, bien que no totalmente para la creación individual en su totalidad.

Es la realidad la que diferencia a Goethe y Schiller de nosotros los hombres de hoy, y es flagrante estupidez la que por esa causa los arroja al lugar de los hierros viejos. En su lectura nos sucede al revés que en la lectura de una creación moderna: la conmoción del poeta y a través de la poesía nos franquea su contenido de realidad como un peculiar paisaje creado. En tanto nosotros estamos metidos hasta los huesos en las realidades de nuestros contemporáneos y se nos conduce mediante nuestro propio « compromiso » hacia normas harto problemáticas.

Aplicado este criterio a los sudamericanos, la realidad de sus países no es en modo alguno la nuestra. Allí se da la realidad de la miseria social, de paisajes arcaicos, la realidad de indómitas pasiones, de fuertes climas. Sudamérica es una amenaza y una promesa, simultáneamente.

Europa está ya completamente formulada; Latinoamérica se encuentra en el primer párrafo. Nosotros leemos la realidad de los latinoamericanos, incluso la de Jorge Luis Borges, de la gran ciudad de Buenos Aires, no como algo personalmente vivido, sino como poesía. Los leemos como a Goethe y Schiller, su conmoción es la llave estética de su realidad, que sólo en calidad de poesía viene a nosotros por sobre el Atlántico. En el fondo, nosotros los alemanes nos sentamos a este Coloquio frente a poetas de otra época. Esto constituye positivamente un acontecimiento estimulante, y por cierto más importante que la aparatosa comedia sobre ideologías literarias, que, formuladas no por los sudamericanos, sino por los alemanes para los alemanes, hubiera oído abominablemente a realismo socialista.

En nuestro caso —frente a las realidades que nos ocupan—, es desde luego imperdonable ver en la creación literaria un instrumento político, un arma en la lucha por la dignidad del hombre. Nosotros tenemos ante los ojos el aspecto totalitario de esa literatura y ningún justificativo de cándida ingenuidad que nos proteja de sus consecuencias. Miguel Ángel Asturias fue ministro en Guatemala, hasta que la caída de su gobierno le obligó a marchar al exilio; por su mismo imponente aspecto se echa de ver que se siente la encarnación de la legendaria voz de su continente; que su cólera, semejante al Amazonas, recoge la corriente de la cólera de todos los oprimidos; que sus pensamientos irrumpen como el fuego de los volcanes sudamericanos; que su voluntad es como la llama del sol, su voz como una tempestad sobre la pampa. Todo ello aplicado a lo actual, al momento, a la acción. Pero Borges, con ojos ciegos y vueltos hacia el cielo, con ambas manos vacilantes sobre el bastón, con su rostro oscilante, surge como el eterno retorno del vate ciego, que siempre es el vidente y nunca el hombre de acción.

Nosotros los alemanes, contra ese fondo, sólo hicimos un papel descolorido y palabrero.

ROLF SCHROERS

#### TEATRO EN ATENAS

Fuente de inspiración inagotable, Grecia suscita actualmente un renovado interés turístico. Pocos son los países donde, como en Grecia, pasado y presente se hallan tan íntimamente ligados. Esto crea una atmósfera particular que se deduce al viajero. Algunos lo apreciarán con más erudición, otros con menos, pero a ninguno dejará indiferente. Lo cierto es que en el aire flota algo indefinible que embriaga. Es inexplicable para quien no lo experimente personalmente, porque es imposible atribuirlo más especial-

mente al atractivo poderoso de los tesoros artísticos, o al amplio sentido de hospitalidad de la gente, o al clima. Más bien es la conjunción de todos estos elementos la que produce una euforia singular que lejos de disminuir con el tiempo, se acrecienta en el recuerdo. Lo maravilloso es que los mismos griegos son los primeros en sentirla y contagiaria a los demás. Este pueblo, consciente de lo que su pasado histórico representa para la cultura universal, lo cultiva y lo integra a su vida cotidiana, aunque actualmente apunta la tendencia de sobreponerse al complejo que glorias tan abrumadoras podrían provocarle.

En el teatro es donde mejor se perciben estas corrientes, que aunque diversas, no son antagónicas. Más intensamente que otros países de Europa, Grecia sabe conciliar el presente con la tradición. En Atenas, asistí a varias representaciones de teatro clásico, y también vi obras de autores modernos. A los clásicos los interpretó el elenco oficial del Teatro Nacional de Grecia, dentro del marco de las actividades del Festival de Atenas. Estas funciones se realizan en un teatro antiguo, situado al pie de la Acrópolis, el Odeón de Herodes Atticus, que ya en sí es un espectáculo.

Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, con obras estrenadas hace 25 siglos, figuran aún en la cartelera y son éxitos de taquilla. Son tan actuales que, desde el momento que empieza la función, se pierde toda noción de tiempo. Un enorme público cosmopolita asiste a estos espectáculos. Pero muy numerosos también son los espectadores griegos que no se cansan de volver a ver obras que les son ya muy conocidas. El auditorio unido en un mismo sentimiento de respeto y de admiración demuestra, una vez más, los vínculos que puede establecer el teatro. En Atenas, durante el último Festival, vi representar en el Odeón de Herodes Atticus, dos tragedias de Eurípides: *Alceste* y *Andrómaca*. En la primera actuó Anna Synodinou, artista consagrada de la escena griega, que tradujo con exacto sentido de la medida los acentos patéticos de la protagonista de esta leyenda dramática. *Andrómaca* tuvo por intérprete del papel central a Aleca Katseli, joven actriz con grandes dotes de trágica. El director de ambas tragedias, Takis Mouzenidis, presentó una versión que, sin desvirtuar la esencia dramática, se adapta prudentemente a la sensibilidad moderna, ajena al lenguaje arcaico. En cuanto a los coros, aplaudirlos por su disciplina y plasticidad es poco, considerando la admiración que merecen. En ellos vibra la tragedia. Su presencia conserva el hondo significado de sus orígenes. Su lenguaje es música y sus movimientos armonía, y aún hoy, un estremecimiento corre por el auditorio, como cuando cantaban y bailaban alrededor del

dios que veneraban entonces en las libaciones dionisiacas. A ellos se debe en gran parte la belleza del espectáculo. En ese retorno a las fuentes, no hay nadie entre los presentes que no se sienta, quién más quién menos, tributario de la cultura helénica.

El mismo espíritu concentrado observé en el público cuando presencié representaciones de teatro griego moderno. Las obras que vi no tenían profundidad de tragedias, pero tenían el impulso vital que gana la adhesión del espectador. Éste se reía y festejaba situaciones cómicas. Pero detrás de la diversión había un espíritu crítico, había seriedad. El teatro seguía siendo un culto.

En *Una Babilonia*, de D.K. Byzantiou, varios campesinos, durante la ocupación turca, se encuentran reunidos en la cárcel; a pesar de ser todos griegos no logran entenderse porque cada uno habla en su dialecto. Con gran sentido del humor había una caricatura del invasor, y también, de paso, una crítica a la falta de comunicación entre ciudadanos helénicos, con la consiguiente dificultad para ponerse de acuerdo. La dirección excelente era de Karolos Koun, una de las personalidades más destacadas del actual teatro griego. En otra obra, presentada por el TPG (Teatro Popular Griego), con dirección y actuación de Manos Katrakis, *La niña de la cinta rosada*, se planteaba la dificultad de la vivienda y las intrigas a las que esta situación daba lugar en una villa-miseria. La representación se realizaba en un magnífico parque, al aire libre.

Atento a los problemas expuestos en la obra, el auditorio, totalmente griego, colmaba el teatro. La excelencia de los actores me permitió, a pesar de mis escasos conocimientos de la lengua, una plena comprensión de la obra y del trabajo de los intérpretes. En general, los habitantes de los países del Mediterráneo son actores natos. En Grecia, los altibajos y esplendores de su historia sirvieron para fortalecer la noción de la medida, pasado y presente fundidos en una misma filosofía cuyo sentido permanente es el hombre.

MARIE PASCAL

#### JOSÉ MARTINEZ QUEIROLO

José Martínez Queirolo, el ganador de nuestro concurso de cuentos en el Ecuador, es un joven y prestigioso escritor, que ha ganado ya otros premios literarios de importancia. En 1958 un jurado compuesto de Alejandro Carrión, Humberto Vacas Gómez y Pedro Jorge Vera adjudicó a su cuento « El agujero » el premio « Jacinto de Evia », creado por la revista *La Calle*. Más tarde, un jurado compuesto de Jorge Icaza, En-

rique Garcés y José Alfredo Llerena le adjudicó el « Premio de Teatro », creado por la Unión Nacional de Periodistas, por su comedia « La casa del qué dirán ». El premio de *Cuadernos* le ha sido adjudicado por un jurado compuesto de Augusto Arias, Jorge Icaza y Alejandro Carrión.

Lo siguiente, que tomamos del veredicto que le adjudicó el Premio « Jacinto de Evia », define con claridad su modo de ser literario : « El señor Martínez Queirolo hace gala de un estilo ameno, alegre, a veces profundo, siempre encantador, y su humorismo, teñido de amargura, donoso y gallardo, lo señala para un hermoso porvenir. »

En la vida diaria, el señor Martínez Queirolo es un buen arquitecto graduado en la Universidad de Guayaquil, donde reside y trabaja. Ha publicado un buen libro de cuentos, ilustrados con sus propios dibujos : *La lluvia muere en silencio* (Prensas de la Universidad de Guayaquil, 1959). Su obra teatral « La casa del qué dirán » ha sido recientemente vertida al inglés y estrenada por un grupo de teatro experimental de los Estados Unidos.

A. C.

#### TEATRO EN PARIS

*Después de la caída*, de Arthur Miller, se estrenó recientemente en París, con montaje de Luchino Visconti e interpretación de Annie Girardot y Michel Auclair. Esta obra fue creada en el « Washington Square Theater », en Greenwich Village, y representada simultáneamente en diversas ciudades de América, Europa y África. La crítica de París unánimemente la rechaza.

Arthur Miller, de Brooklyn, 50 años, infancia y adolescencia penosas, casado antaño con Marilyn Monroe, Premio Pulitzer, el autor que atacó al dinero en *Muerte de un viajante*, al maccarthismo en *Las brujas de Salem*, al antisemitismo, en la novela *Focus*, a la asimilación del inmigrante italiano en América en *Desde el puente*, ahora en *Después de la caída* se rasga las vestiduras a la manera de « mea culpa » ante las multitudes que leen semanarios fáciles. La obra se identifica con un monólogo infinito de un hombre que aspira a comprender su existencia y la de otros. Ciertamente que para este tipo de comprensión siempre hay fórmulas elocuentes y más aún cuando esas fórmulas están protegidas por una publicidad espectacular : tres « vedettes », Luchino Visconti, Annie Girardot y Michel Auclair, junto con el fantasma de Marilyn Monroe, a pesar de que Arthur Miller niega toda identificación entre lo ficticio y la realidad : « No puedo establecer un expediente que puntualice quién es quién. Cuando creo un per-

sonaje, utilizo toda la experiencia de mi vida. »

A través de un texto confuso, de estructura más novelesca que dramática, *Après la chute* (Después de la caída) desarrolla la acción, en la cual los actores, director de escena y decorados parecen no coincidir, pues se comportan como mecanismos independientes. El teatro va más allá del texto, del decorado, de un actor, de un montaje, de un público, porque es todas esas cosas juntas, en una misteriosa exactitud. El « mea culpa » ingenuo, inocente, con apariencia de documento y óptica naturalista que propone Arthur Miller, va desde la confesión pública de intimidades al inventario de obsesiones, para insinuar con elocuencia barroca la soledad del hombre de la época industrial, agitado por el frenesí de la gran ciudad. La acción de esta obra se identifica con la conciencia del héroe, busca su forma original como los pedazos de un espejo roto o un « puzzle » y ensaya reconstruir la memoria, el recuerdo desordenado, azaroso de una conciencia que viaja entre tiempos discontinuos, sin orden cronológico, pero ciertamente alentada por diapositivos afortunados.

*Después de la caída* es el « mea culpa » de un Don Juan de la época industrial, ciertamente intelectual y americano, que concluye identificado con una sobreviviente de la deportación y que con ritmo de festival de ideas, de « music-hall » de la angustia, se deja acompañar por una enumeración fúnebre de nuestro tiempo : hornos crematorios, campos de exterminación, lugares comunes del psicoanálisis, « vedetismo », « strip-tease », introspección psicoanalítica, alcoholismo, droga, etc.

Muchas cosas se han reprochado a esta obra y entre otras se ha dicho que las butacas las ha pagado el público, pero que debió haber sido lo contrario, porque es Arthur Miller el que tenía que haber pagado al espectador para descargar su conciencia.

Igualmente se ha reprochado el montaje grotesco que Luchino Visconti ha realizado, situando un drama naturalista en la línea de un esteticismo impúdico y exhibicionista a la manera del « strip-tease » y haciendo de esta obra una especie de morisqueta. Visconti se complace en esta ocasión en exhibir un erotismo de pacotilla. Su trabajo se ha apoyado en la vulgaridad.

*France-Soir* habla por la voz de Jean Dutourd : « La obra de Miller es desoladora. El autor ha acumulado durante tres horas todos los lugares comunes y todos los falsos problemas. »

En *Le Monde*, Poirrot-Delpech dice : « *Después de la caída* es ante todo una obra absolutamente aburrida... »

En *Le Figaro*, Jean-Jacques Gautier escribe : « La obra tiene una autoridad solemne y vaticina como un sermón... »

\*

Pierre Dux dirige el montaje de *La Guerre civile*, de Henry de Montherlant, obra apoyada en crónicas de Suetonio, Plutarco y Cicerón; que narra una acción sin sujeto, sin intriga, simplemente apoyada en la belleza formal del diálogo y utilizando como pretexto los acontecimientos que opusieron a César y Pompeyo unos meses antes de la batalla de Farsalia.

\*

Jean Vilar presentó en un escrupulosa adaptación *Le Dossier Oppenheimer*, asunto que había inspirado ya a Heinar Kipphardt una obra que llevó a la escena alemana Piscator.

La historia del fascinante Oppenheimer, niño prodigio, humanista a la manera del siglo XX, científico de cultura clásica, que inventa la bomba atómica, lee a Homero, escribe sonetos, se interesa por la cultura del Renacimiento, por la cultura china, por las matemáticas, que convivió sin esfuerzo con los jefes militares de su país, que conoce perfectamente el sánscrito, la filosofía india, las lenguas modernas; Oppenheimer, una suerte de Pico de la Mirandola en la época atómica, es el ciudadano americano a quien se le encarga que lleve a cabo el proyecto de Manhattan concebido por Einstein. Paralelamente a la creación de la bomba atómica, Oppenheimer propone un plan de control y de desarme. Esta doble actitud lo hará sospechoso. Por otra parte esta propuesta coincide con la primera experiencia atómica de la Unión Soviética, que provoca la descomposición del monopolio atómico, la guerra de Corea, Chang Kai Check en Formosa, maccarthismo desatado. Oppenheimer es el hombre que cede y renuncia, que se identifica con la democracia y en cuya conciencia hacen crisis el sabio disciplinado y el hombre liberal. El drama del doctor Oppenheimer es el del intelectual demócrata frente a la presión de los coroneles dogmáticos. Oppenheimer es el liberal víctima del maccarthismo. Esta es la base del « affaire » en el cual se apoya Jean Vilar, sin intención polémica, ni desmixtificación. Jean Vilar enumera siempre hechos con ritmo de comprobación. Pero tal vez si el teatro es seducción, es llegar a la razón seduciendo, apasionando, sin separarse de lo puramente humano, convendría decir con Pierre Marcabru: « Son las virtudes humanas las que faltan al *Dossier Oppenheimer* de Jean Vilar. Después de haber visto la obra, no se sabe quién es Oppenheimer, ni cuáles fueron sus reacciones en profundidad, ni cuáles eran los sentimientos concretos de los testigos que se pronunciaron contra él. La obra se apoya excesivamente en las apariencias. Nada envejece más que las apariencias. Se ofrece un documento que no es lo suficientemente completo para ser histórico. Y no es suficientemente analizado para permitir teorías sobre él.

MARTA MOSQUERA

## FOTOS

Las leyendas correspondientes a las fotos incluidas entre las páginas 32 y 33, son las siguientes:

- 1) Belleza del puro pueblo mexicano.
- 2) El monumento a Carlos IV o « El Caballito », en las fiestas del 16 de setiembre.
- 3) La vitrina de Navidad.

## Temas y autores

MIGUEL S. WIONCZEK, coautor del libro *Integración de la América Latina*, conoce tan a fondo los problemas del mercado común latinoamericano, que el estudio que prepara sobre este tema, del cual es una síntesis « El futuro de la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio », puede calificarse como la más cuidadosa radiografía del problema. El mercado común es un ideal contra el cual conspiran intereses externos e internos. ¿Podrá superarlos una conciencia de unión continental? La derecha y la izquierda radicales combaten la ALALC: la acaudalada derecha por miedo a las consecuencias de cualquier cambio social y económico, la izquierda intelectual porque presiente que el mercado común latinoamericano acabará cayendo en manos de poderosos intereses extranjeros. La batalla se libra, pues, en el seno del más complicado tejido político y social... ¿Hasta dónde la presencia de América ha contribuido a la formación de las ideas en Europa, desde los tiempos de Copérnico hasta la Ilustración y la Revolución francesa? Es lo que GERMAN ARCINIEGAS plantea en su artículo « Diderot y la independencia de la América Española », que originalmente vio la luz en *La Revue de Paris*... SALVADOR REYES ha sido el observador feliz, con su espíritu chileno, del mundo que ha visitado, y es suerte para sus lectores que haya podido sacar del Oriente apuntes tan sagaces y vivos como « La India que vi »... Un aspecto nuevo y fascinante del tema eterno del don Juan nos lo ofrece J. O. DE MEIRA PENNA en el artículo que más va a agradar a los lectores de este número de *Cuadernos*: « Donjuanismo brasileño »... Ha sido cosa nunca vista antes la presentación de la obra de un pintor latinoamericano en la por mil razones más famosa galería de arte de París: la Galerie Charpentier. Por esto, nuestros lectores van a hallar muy gratas noticias en el comentario de DAMIAN CARLOS BAYON sobre « Los cincuenta años de pintura de Pettoruti »... Una nueva apertura en la poesía de JORGE CARRERA ANDRADE aparece en su poema « Las Halles ». De paso anotemos con satisfacción que el poeta ecuatoria-

no, ahora embajador en París, fue recibido con todos los honores de gran intelectual que se merece. La lectura de sus poemas en la « Maison de l'Amérique Latine », hecha por actores de la Comedia Francesa, fue seguida con devota atención por dos centenares de oyentes... RAFAEL GUTIERREZ GIRARDOT, escritor colombiano que viene realizando en las universidades y círculos intelectuales alemanes una extraordinaria labor para toda la América Latina, juzga aspectos nuevos de las letras tudescas con seguro conocimiento del tema en « La literatura alemana actual »... No es fácil decir cosas nuevas y originales sobre Unamuno, ahora que su centenario ha desatado una serie de homenajes en todo el mundo hispánico. Y sin embargo en el artículo del escritor venezolano GUILLERMO MORÓN se encontrará una guía provechosa en « Por leer de nuevo a Unamuno »... RUBEN MARIN representa un nuevo valor en las letras mexicanas. Su cuento « ¿Quién soy? » fue señalado como digno de particular mención en el Concurso de cuentos que *Cuadernos* promovió en unión del diario *Excelsior*. Marín ofrece la novedad de situar su relato en un tiempo histórico que él hace revivir con maravillosa maestría... ARTURO ALDUNATE PHILLIPS, que con tan gran éxito viene estudiando en sus libros, ensayos y conferencias temas científicos, toma en esta entrega la alternativa en nuestra sección de ciencias, abordando el tema de « Las grandes figuras de la Física » y tomando a su cargo la presentación y jerarquía de los premios Nóbel... HUGO PATIÑO es un musicólogo boliviano cuyos comentarios en la Radio francesa le han valido una vasta audiencia. Su nota sobre « La influencia de la música francesa en la creación musical de América Latina », puede ser un primer ensayo para abocar luego al mismo tema en sentido inverso... Mirando hacia atrás, desde México, Ecuador y Bolivia, de los tres países nos han llegado tres pinturas muy originales : SALVADOR CRUZ, desde México, evoca la figura singularísima de « Don Juan de Palafox y Mendoza »; desde el Ecuador, ALEJANDRO CARRIÓN nos descubre uno de los más divertidos episodios de tiempos de la Conquista en « Ataguallpa y las gallinas », y desde Bolivia, VICENTE TERAN ERQUICIA nos da una estampa en « Potosí : la Plaza del Rego... », que no es sino un fragmento de un estudio más completo sobre lo que ha sido a través de la historia esa plaza maravillosa, un poco perdida en la crónica general de nuestra América... HECTOR GARCIA, el prodigioso fotógrafo mexicano cuyas obras fueron expuestas recientemente en el Instituto de Altos Estudios para América Latina de la Universidad de París, tuvo la bondad de cedernos las fotografías que publicamos en este número.

# Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA  
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

*Director*

GERMAN ARCINIEGAS

*Consejo de Honor*

Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos y Erico Veríssimo

*Redacción en París*

Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

*Consejo de Redacción*

Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, Jorge Carrera Andrade, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

*Arte*

Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

*Ilustradores*

Sergio Trujillo Magnenat  
y Adriana Figueredo

*Corresponsales*

Asunción : Josefina Plá  
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela  
Bonn : Rafael Gutiérrez Girardot  
Buenos Aires : H.A. Murena  
Caracas : Guillermo Morón  
La Paz : Fernando Díez de Medina  
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz  
Montevideo : Dora Isella Russell  
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo  
Nueva York : Joaquín Maurín  
San Juan de Puerto Rico : María Teresa Babín  
Quito : Alejandro Carrión  
Santiago : Raúl Silva Castro  
Tegucigalpa : Oscar Acosta

*Redacción y Administración*

23, rue de la Pépinière, Paris (8)  
Teléfono : EUR. 37-59



# Cuadernos

EL LIBERALISMO  
EN LA ESPAÑA DEL XIX  
por Joaquín Maurín

AMERICA LATINA Y LOS ESTADOS UNIDOS:  
EL DILEMA DEMOCRATICO, por John M. Cates  
EN MEMORIA DE JEAN SARRAILH

Jean Cassou

EL CENTENARIO DE JOSE ASUNCION SILVA  
Carlos D. Hamilton

EL TESORO DE LAS IGLESIAS DE FRANCIA  
por Damián Carlos Bayón

PERALTA O EL POLITICO EN LA COLONIA  
Luis Alberto Sánchez

LOS NEGROS ESCLAVOS EN EL NUEVO MUNDO  
Marguerite Yourcenar

LA PINTURA COMO ESCUELA Y COMO MERCADO  
Luis Quintanilla

LA DRAMATICA LUCHA DE PASTEUR  
Pasteur Valléry-Radot

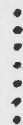
MAYO DE 1965

Nº 96



NTE - VII  
ISTAS.

**COMPAÑIA CENTRAL DE SEGUROS**



**BOGOTA, COLOMBIA**

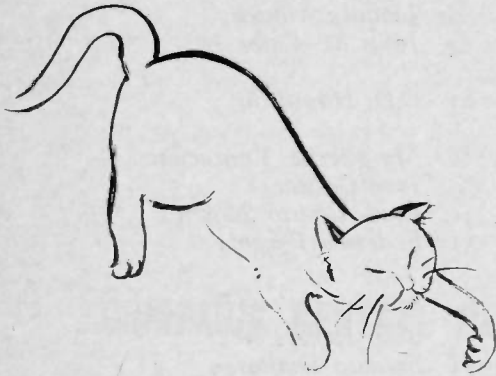


# CUADERNOS

MAYO 1965

N° 96

EL LIBERALISMO EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX	3	<i>Joaquín Maurín</i>
DILEMA DEMOCRATICO	14	<i>John M. Cates Jr.</i>
NOTA SOBRE EL CENTENARIO		
DE JOSE ASUNCION SILVA	21	<i>C.D. Hamilton</i>
LA ESCLAVITUD DE LOS NEGROS		
EN EL NUEVO MUNDO	28	<i>Marguerite Yourcenar</i>
EN MEMORIA DE JEAN SARRAILH	39	<i>Jean Cassou</i>
PEDRO DE PERALTA, POLITICO	41	<i>Luis Alberto Sánchez</i>
FLORIAN PAUCKE Y LOS INDIOS MOCOBIES	51	<i>Federico Pégola</i>
<b>DIALOGO</b>		
EN TORNO DE LA ENCUESTA SOBRE LA NOVELA	71	<i>Galo René Pérez</i>
GEORGE SAND, MUSSET Y CHOPIN	73	<i>Ernesto Dethorey</i>
LO HISPANOAMERICANO EN LOS ESTADOS UNIDOS	73	<i>R. Esquenazi-Mayo</i>
<b>RELATO</b>		
EL HIJO DE MARCOLFO	68	<i>José Pubén</i>
<b>ARTE</b>		
DE LA PINTURA COMO ESCUELA Y COMO MERCADO	55	<i>Luis Quintanilla</i>
LOS TESOROS DE LAS IGLESIAS DE FRANCIA	63	<i>Damián Carlos Bayón</i>
<b>POESIA</b>		
DOCUMENTAL EN VERDE UNICO	49	<i>Ciro Mendiá</i>
<b>CIENCIA</b>		
PASTEUR Y LOS ADVERSARIOS		
DE LA VACUNA ANTIRRABICA	75	<i>Pasteur Valléry-Radot</i>
<b>LIBROS</b>		
FRANCIA Y LO HISPANOAMERICANO EN 1964	80	<i>Jacinto Luis Cuereña</i>
« LOS HIJOS DE SANCHEZ », DE OSCAR LEWIS	81	<i>Pedro Gringoire</i>
« MITO Y SUPERSTICION EN LA CONQUISTA		
DE AMERICA », DE A. ZAPATA GOLLAN	85	<i>Ezequiel de Olaso</i>
« EL CIELO DE LAS ALONDRAS Y LAS GAVIOTAS »,		
DE RICARDO E. MOLINARI	86	<i>Julio Crespo</i>
« EL CUENTO MEXICANO DEL SIGLO XX »,		
DE EMMANUEL CARBALLO	87	<i>Luis Guillermo Piazza</i>
<b>NOTAS</b>		
	88	<i>Rafael Angel Insáusti, Hugo Patiño, Raúl Urueta y Carmelo Mesa-Lago</i>
<b>TEMAS Y AUTORES</b>	95	



**L**A IDEA DE « vietnamizar » la América del Sur fue lanzada hace muchos meses en La Habana y ahora « Che » Guevara la ofrece en Argel como un ideal de lucha. Esa idea se ha difundido muy hábilmente en Europa. Para el europeo resulta una imagen fácil de asimilar, que entra muy bien dentro del cinematógrafo que está viviendo todos los días en los diarios. Si fuera posible hacer un segundo Vietnam en Colombia, por ejemplo, los Estados Unidos lucharían en otro frente que los debilitaría y desgastaría... Así América Latina sufriría la suerte de ser la parte más afectada del tercer mundo, porque América Latina, en realidad, tiene más que perder que la antigua Indochina. Pero, ¿en qué se parece Latinoamérica al Vietnam? ¿De dónde esas afinidades que ahora se buscan? La circunstancia de que se estén hablando dos lenguas europeas en América Latina desde hace cuatrocientos cincuenta años o el hecho de que desde entonces circulen por el continente las ideas occidentales, ¿no significa nada? Y la circunstancia de que toda la historia moderna se haya hecho en el último siglo y medio con materiales en parte suministrados por Europa y en parte por América, ¿no nos diferencia en nada del mundo africano o del asiático, que empiezan a estrenarse en estas cosas? Si lo que se

quiere es llevar a América Latina la lucha en los mismos términos en que se ha planteado en Vietnam, ¿tenemos que poner de lado hasta el propio espíritu revolucionario de nuestra América, para abrir el nuevo espectáculo del tercer mundo a costa de nuestro pueblo y de nuestro propio espíritu? Revoluciones no sólo las hemos tenido, y bravas, por conquistar la libertad o la justicia, desde hace siglo y medio, sino que con ellas hemos dado un ejemplo a Europa y a los demás continentes. De América partió la idea de la república de los tiempos modernos a Europa. Cuando hace cien años se llegó a la invención de la independencia y de la unidad de Italia, se hizo la propaganda con ideas sacadas de América, y Garibaldi y Anita aprendieron en el Brasil y en el Uruguay cómo se lucha por estas cosas. De todas las repúblicas de Europa no hay una sola que tenga la edad de la mayor parte de las nuestras. La revolución por la tierra y por el pan, de Rusia, ocurrió después de la mexicana. Cuando apareció Lenin en escena, los mexicanos consideraron que les había nacido un buen discípulo en las orillas del Volga. Ahora mismo, en África se buscan expertos de América Latina para que les ayuden a resolver sus problemas bancarios, y en el Congo hay jóvenes latinoamericanos que están explicándoles los problemas de higiene. ¿Acaso el destino nos señala hoy un papel de « vietnamización » para enterrar todas esas realidades y participar de las experiencias más crudas de Indochina? El compañero Guevara invita a dar un paso atrás. Sobre esto no es posible equivocarnos. Basta abrir el libro de América y verlo. Nada niega la urgencia de la transformación americana, que en muchos sentidos ha de ser radical. Pero con esa originalidad que nos ayudó a triunfar en la guerra de Independencia, o que tuvieron los mexicanos para recobrar las tierras y el petróleo.

A.

# El liberalismo en la España del siglo XIX

POR JOAQUIN MAURIN

## I

**A**COMIENZOS DEL SIGLO XIX España era la primera nación feudal del globo. A continuación venían Rusia y Austria. Los Países Bajos e Inglaterra habían hecho su revolución burguesa en el siglo XVII ; Estados Unidos y Francia, en el último tercio del siglo XVIII.

El sistema económico-político de España se apoyaba en la Monarquía absoluta, la Iglesia y la nobleza. Esta triple alianza de fuerzas, conservadoras primero, y reaccionarias después, empezó a formarse en la Edad Media y llegó a su cúspide durante la época del Imperio : siglos XVI, XVII y XVIII.

Las revoluciones burguesas de los Países Bajos e Inglaterra estremecieron las bases del Imperio español. Las revoluciones norteamericana y francesa las minaron.

Al iniciarse el siglo XIX, España tenía unos 10 millones y medio de habitantes. Los nobles ascendían a 400.000, y el clero a 160.000. Hidalgos, curas y frailes sumaban 560.000 ; es decir, 5,3 por ciento de la población frente a 94,7 por ciento.

La tierra estaba distribuída así : nobleza, 28.306.700 fanegas (una fanega equivale a 64,56 áreas) ; Iglesia, 9.093.400 ; clase plebeya, 17.599.000. Porcentaje : nobleza, 51,5 ; Iglesia, 16,5 ; plebeyos, 32.

Nobleza e Iglesia juntas, esto es, el 5,3 por ciento de la población, poseían el 68 por ciento del patrimonio nacional.

La nobleza era explotadora, claro está ;

pero las formas de explotación de la Edad Media habían ido evolucionando, y la esclavitud y servidumbre apenas existían en España al empezar el siglo XIX. Los campesinos eran aparceros, arrendatarios o jornaleros. Y eso hacía que la explotación de la tierra tuviese un carácter relativamente moderado. Por eso la protesta del liberalismo durante el siglo XIX no se dirigió nunca, o muy raramente, contra la nobleza.

La explotadora por excelencia, la gran explotadora, era la Iglesia que, además de ser una potencia feudal poderosísima (poseía el 16,5 por ciento de la tierra), aprovechaba su condición de Estado dentro del Estado para exprimir a España hasta la última gota de su jugo. Rafael Altamira, historiador altamente responsable, dice : « Puede acogerse como muy aproximada la cifra de 1.101.753.430 reales, designativa del total de las rentas de que disfrutaba el clero a principios del siglo XIX. Protegían estas rentas de las propiedades inmuebles, ganados y censos (que daban 564.621.400 reales), los diezmos y primicias, los derechos de misas, matrimonios, entierros, funerales, etc., las limosnas a las órdenes mendicantes, los derechos señoriales (según el censo de 1787, eran de señorío eclesiástico 3.148 entre ciudades, villas, pueblos, aldeas, etc.), los donativos y otros ingresos » (*Historia de España y la civilización española*, vol. 4, pág. 236).

La Iglesia, directora, instructora y explotadora, era proteica y estaba presente en

todas partes, desde que el hombre nacía hasta que moría, y siempre dominadora y haciéndose pagar.

Así se explica el odio del pueblo español, no a la religión católica, sino a la Iglesia. Durante el siglo XIX, el liberalismo, haciéndose eco de ese sentimiento nacional, enfocó sus baterías contra la Iglesia, sin disparar apenas contra la nobleza que acaparaba el 51,2 por ciento de la tierra.

Esta era, en líneas generales, la situación de España cuando en 1808 los ejércitos de Napoleón invadieron la Península. Los reyes, muy diplomáticamente, fueron hechos prisioneros, y, de un golpe, se hundió la Monarquía absoluta y con ella el Estado, del que era la clave de bóveda. Quedaron, sin embargo, intactos los otros dos sillares del régimen: la Iglesia y la nobleza.

La Iglesia fue, en los primeros tiempos, el fulminante en la lucha contra Napoleón, dando a la guerra un carácter de independencia nacional, cuando lo que en realidad se discutía era la liberación histórica de las clases oprimidas y explotadas o el mantenimiento del *statu quo* tradicional. Los que estaban vinculados a un pasado multi-secular, la Iglesia y la nobleza, desde su punto de vista tenían razón al oponerse a Francia, que entonces encarnaba la revolución burguesa, esto es, el fin de la Monarquía absoluta, del poder de la Iglesia y del feudalismo. Pero mirando adelante, hacia una España nueva, la lucha contra Bonaparte y lo que él representaba era una equivocación histórica. Así lo comprendió una minoría de intelectuales, que despectivamente fueron llamados los *afrancesados*.

Un siglo atrás, a comienzos del XVIII, España estuvo en duda si aceptaba un rey extranjero de la dinastía de los Borbones u otro de la de los Austrias. Se decidió, después de una guerra en la que perdió a Gibraltar, por el Borbón francés. Cien años más tarde se levantó en masa contra otro rey francés, José Bonaparte, porque éste era plebeyo y progresista. Y es que, en el fondo, no se trataba de independencia o dependencia, sino de significado político-social. Felipe V, el nieto de Luis XIV, venía a continuar la historia de España; José Bonaparte, a cambiar su rumbo, enterrando para siempre al Antiguo Régimen.

La guerra de la Independencia, aunque

históricamente equivocada, fue sin embargo revolucionaria. Sacudió al pueblo español, lo sacó de su anquilosamiento y lo puso en marcha. Por primera vez en la historia el pueblo podía armarse, adquiría conciencia de su fuerza y manifestaba su espíritu creador. Las *Juntas*, creación espontánea y popular, aparecieron un siglo antes que los *Soviets* rusos, de las que éstos fueron una imitación.

En la lucha, que duró seis años, el pueblo, intuitivamente, comprendía dónde estaba su estrella polar. Si, por un lado, combatía a los franceses, por el otro se iba haciendo suyo lo que Francia representaba. En lo inextricable de la guerra, iba descubriendo a tientas cuál era su camino.

La burguesía naciente, comprimida hasta entonces por el Estado absolutista, pulverizado ahora, empezó a manifestarse y adquirió bríos. Simbólicamente, el hombre que en un principio representaba a la burguesía liberal, Jovellanos, salía de la prisión, en donde el absolutismo lo había tenido encerrado siete años.

En 1810, la burguesía, sintiéndose fuerte y avizorando el porvenir, cristalizó políticamente en las Cortes de Cádiz. En las Cortes de Cádiz, convergían la burguesía liberal, la nobleza y la Iglesia. Ahora bien, la primera superaba a las otras dos en ideas e impulsos. De hecho, Iglesia y nobleza iban a remolque de la burguesía liberal. La relación de fuerzas entre los tres estamentos se puso de manifiesto cuando se discutió y votó, en noviembre de 1810, la cuestión de la libertad de imprenta: en favor, 70 votos; en contra, 32. Las fuerzas progresivas eran dos veces superiores a las reaccionarias.

La Constitución de Cádiz, promulgada el 19 de marzo de 1812, era el eco de la Constitución de los Estados Unidos y de la Constitución francesa de 1791. Sentaba el principio de la soberanía nacional, abolía el absolutismo, estableciendo la triple división de poderes: Legislativo, Ejecutivo y Judicial. La potestad de hacer las leyes residía en las Cortes con el rey. Establecía como derechos de ciudadanía: la seguridad corporal, la inviolabilidad de domicilio, la propiedad y la libertad de imprenta. Aunque moderada, pues era el resultado de un compromiso entre la corriente liberal y la

conservadora, fue un mojón, el primero, en el proceso de la transformación política de España. Abolida y restablecida repetidamente, se peleó por ella y fue un faro luminoso que guió a la burguesía avanzada durante toda una generación.

« La Constitución de Cádiz —la ciudad donde nació la palabra *liberal* en su sentido moderno— gozaba en la Europa continental de un prestigio que ningún otro código llegó a igualar, a no ser el norteamericano. Frente a la Constitución francesa contaminada irremisiblemente por el imperialismo napoleónico, y la no escrita de los ingleses, que nada podía decir a los demás pueblos, la española se había convertido, por las heroicas circunstancias que acompañaron su aparición en un símbolo de patriotismo » (Vicente Lloréns Castillo: *Liberales y Románticos*, pág. 12, Fondo de Cultura, México, 1954).

## II

Terminada la guerra de la Independencia, y vencido Napoleón, el rey —le llamaban « El Deseado »— regresó a España, en marzo de 1814. Con el apoyo de la Iglesia, se apresuró a restablecer el absolutismo. La Constitución fue abolida; las Cortes que ya funcionaban en Madrid, fueron disueltas, y los constitucionalistas que habían hecho posible el retorno del rey, perseguidos sañudamente, fueron encarcelados o tuvieron que emigrar.

Fernando VII « El Deseado » polarizaba el espíritu conservador que había triunfado en Europa al caer el régimen napoleónico y el tradicional sentido reaccionario español, que había presenciado con temor los progresos liberales durante la guerra de la Independencia. Para el rey, el paradigma no eran Francia y Austria, conservadoras, sino el zarismo ruso, archiabsolutista; no Chateaubriand y Metternich, sino el zar Alejandro I. Por primera vez en la historia, Rusia ejerció una gran influencia en la política de España.

Fernando VII, para fortalecer los lazos entre España y Rusia, proyectó casarse con la Gran Duquesa Ana, hermana de Alejandro I, no siendo posible a causa de la diferencia de religión. El ministro de Ru-

sia en Madrid, Tatitschev, fue el inspirador de la política exterior de Fernando VII, que aspiraba a que Rusia le ayudase eficazmente en la tarea de someter las colonias hispanoamericanas sublevadas. Rusia, en efecto, *ayudó* a España... « El tan cacareado apoyo de Rusia se redujo a la escandalosa venta a nuestro Gobierno de cinco navíos y tres fragatas casi inservibles » (Pío Zabala: *Historia de España*, vol. V de la *Historia* de Rafael Altamira).

Ahora bien, si el rey en 1814 era el mismo que el de 1808, la España de después de la guerra de la Independencia era muy diferente de la de antes de la guerra. Se había producido una profunda revolución nacional. El viejo aparato del Estado absolutista estaba desarticulado. Las provincias se habían acostumbrado a actuar por su cuenta, descentralizando el poder, y ya no dependían de Madrid como antes. Por otra parte, el ejército que se formó para combatir a los franceses tenía una base popular, y muchos de sus jefes y oficiales ni remotamente se sentían atraídos por el absolutismo. En 1814 la corriente liberal, formada por la burguesía, la intelectualidad e incluso un sector de la nobleza, era ya una fuerza positiva. Indirectamente la ayudaba la insurrección de las colonias americanas, que contribuía a disminuir el poder del Estado.

Inmediatamente empezó la lucha contra el absolutismo restaurado, cristalizado en un rosario de conspiraciones y sublevaciones que, aunque fracasadas como movimientos tácticos, tuvieron finalmente un resultado estratégico favorable. La sublevación del comandante Riego, al frente de 1.500 soldados, en Cabezas de San Juan, el 1 de enero de 1820, determinó una reacción en cadena —Galicia, Asturias, Zaragoza, Barcelona y Pamplona—, y el régimen absolutista se derrumbó, siendo restablecida la Constitución de Cádiz.

La sublevación militar-liberal de 1820 fue labor de una minoría. El pueblo no intervino. « Ramón Mesonero Romanos, un testigo ocular de esos acontecimientos, dice que la satisfacción se manifestaba en la burguesía y la aristocracia, pero no en el pueblo trabajador en general, que demostraba escaso interés por el gobierno constitucional, ya fuese por la ignorancia de su

naturaleza o por la adhesión a la tradición absolutista. El carácter intelectual de la revolución, en parte aristocrática y en parte burgués, fue evidente en Madrid, en la concentración del 7 de marzo, cuando fue elegido por aclamación un nuevo Ayuntamiento » (Rafael Altamira : *A History of Spain*, pág. 541, Macmillan, Londres, 1949).

Los seis años de lucha infatigable por el régimen constitucional, 1814-1820, son uno de los capítulos más gloriosos de la historia moderna de España. En la coordinación de esfuerzos y en el señalamiento de los objetivos jugó un papel importantísimo la francmasonería, en España entonces joven y heroica.

Los militares que se sublevaron repetidamente entre 1814 y 1820 —Espoz y Mina, Porlier, Richard, Lacy, Torrijos, Vidal, Riego, Quiroga— se habían formado durante la guerra de la Independencia.

La necesidad histórica de abatir el absolutismo, resucitado, inició la intervención del elemento militar en la política, que dará carácter a la historia de España durante los siglos XIX y XX. En primer lugar, el ejército fue fundamentalmente progresista : esa etapa duró aproximadamente medio siglo. Empezó en 1814 con la fracasada sublevación de Espoz y Mina en Navarra y terminó con la sublevación victoriosa de Prim, Serrano y Topete en 1868. Durante ese medio siglo, la corriente liberal fue apoyada por el ejército. Sin los militares progresistas, la burguesía española no se hubiese podido manifestar durante el siglo XIX. El ejército español —más tarde conservador y reaccionario— tiene un pasado romántico y libertador.

La revolución liberal de 1820-23, saludada por Shelley en su « Oda a la Libertad », tuvo inmediatamente una repercusión internacional. Siguiendo el ejemplo de España, el régimen constitucional triunfó en Nápoles, en el Piamonte y en Portugal. En América dio un impulso al movimiento independentista de las colonias.

En el interior del país no supo encontrar su verdadero cauce y se enmarañó en detalles marginales. Los liberales eran una minoría intelectual, henchidos de ideologías, pero poco prácticos. Era la primera vez que tomaban el poder e iban un poco a tientas. Apuntaron con acierto hacia la

desamortización. Hacían el aprendizaje. Daban la impresión de encontrarse en un laberinto del que no hallaban la salida. En esa situación de titubeos e incertidumbre se fraccionaron en varios grupos rivales.

Las circunstancias internacionales no eran nada propicias a una revolución liberal en España. Pero Portugal había abrazado su causa, y la España liberal contaba con el apoyo moral de Inglaterra. Si los liberales hubiesen sabido ligar los intereses generales del país a la causa revolucionaria, quizás hubieran triunfado y el destino de España hubiese sido otro.

La revolución pudo haberse *nacionalizado* mediante la ejecución del rey, felón y canalla. Menos culpables que Fernando VII fueron Carlos I de Inglaterra y Luis XVI, y subieron al patíbulo. La ejecución de un rey es siempre de un dramatismo histórico convincente. Los liberales sentían por Fernando VII un respeto que bordeaba la estupidez. Le dejaron alentar la guerra civil y conspirar internacionalmente para que la intervención extranjera acabara con la Constitución y con los constitucionalistas. En España faltó un Cromwell.

La Europa conservadora y reaccionaria estaba asustada, sobre todo Rusia. Bajo su presión, principalmente, la Santa Alianza integrada por Rusia, Austria, Francia y Prusia decidió en el congreso de Verona (22 de noviembre de 1822) intervenir en España para acabar con una revolución que amenazaba con prender el fuego en toda Europa. Le fue confiada a Francia la misión de acabar con la revolución española. Los Cien Mil hijos de San Luis invadieron a España en abril de 1823, y coronaron su tarea en setiembre al tomar el último baluarte de los liberales, el Trocadero, en Cádiz. Con la « liberación » del rey se dio por terminada la primera parte de la misión ; la segunda fue la ocupación de España durante cinco años para impedir que rebrotara el liberalismo.

Si España, en 1808, se había levantado en masa contra el ejército francés revolucionario, esa misma España, quince años más tarde, recibía al nuevo ejército francés, reaccionario ahora, con pasiva indiferencia o con los brazos abiertos.

Hay un paralelismo sorprendente entre el período 1814-1823 y el de un siglo más tar-



de, 1923-1936. Durante seis años (1814-1820), en el primer caso, y otros seis (1923-1930), en el segundo, en España fue abolido el régimen constitucional por una fuerza reaccionaria, que finalmente fue abatida. Siguió una etapa liberal.

Las dos situaciones, la del siglo XIX y la del siglo XX, produjeron una gran conmoción en la política mundial, determinando la intervención de Rusia en la cuestión española. Finalmente, las potencias reaccionarias impusieron con su intervención militar el desenlace.

En los dos casos, España quedó sumergida en las tinieblas del obscurantismo, en las que triunfan el crimen, la ruindad y la ignominia.

### III

El pronunciamiento del comandante Riego, que el 1 de enero de 1820 inició la revolución liberal de 1820-23, fue llevado a cabo por el ejército que el absolutismo había concentrado en Cabezas de San Juan, pequeña población de la provincia de Sevilla, para ser enviado a ultramar a combatir el movimiento libertador de las colonias. La España liberal respaldaba, pues, la insurrección americana. En la perspectiva histórica coincidían los intereses materiales y espirituales de España y los de América. Simbólicamente, Riego era a un tiempo el abanderado de una nueva España y de una nueva América. Indirectamente, Riego luchaba por la libertad de Hispanoamérica, del mismo modo que Bolívar y San Martín luchaban por la libertad de España.

Hispanoamérica fue despertada de su sueño colonial y lanzada a su liberación, en primer lugar por la Revolución de los Estados Unidos; en segundo, por la Revolución francesa, y en tercero, por el movimiento libertador en el interior de España. Sin la invasión de la Península por Napoleón y el derrumbamiento del Viejo Régimen, que fue la consecuencia, y sin la revolución liberal de 1820-23, la liberación de Hispanoamérica hubiese sido más lenta y más difícil. Probablemente hubiera ocupado todo el siglo XIX, con las correspondientes contribuciones en sangre, esfuerzos y riqueza.

Cuando la revolución liberal española fue

estrangulada por la Santa Alianza en setiembre de 1823, Hispanoamérica, prácticamente, ya había ganado la partida.

La Doctrina de Monroe, en virtud de la cual los Estados Unidos cerraban el paso a la intervención europea en Sudamérica, fue formulada el 2 de diciembre de 1823, cuando la restauración del absolutismo en España entrañaba el peligro de un nuevo intento de Fernando VII, ayudado por Rusia, de reconquistar las colonias. En 1824, la Hispanoamérica continental quedó completamente liberada.

Al estrangulamiento de la revolución liberal siguieron diez años de brutalidad absolutista superior a la de 1814. Fue famosa la organización del *Angel Exterminador*, inventada por un obispo, angélicamente consagrada al exterminio de los liberales.

El absolutismo seguía en pie sostenido por la Santa Alianza —España estuvo ocupada por las tropas francesas hasta 1828—, y sus crímenes fueron monstruosos. Pero la separación de Hispanoamérica había roto su espina dorsal, privándole de su fuente principal de ingresos. Hasta 1808, el absolutismo era una fuerza incontestable en equilibrio estable. Desde 1823, más que una fuerza real era una inercia histórica en equilibrio inestable. Podía caer por un accidente casual e inesperado. En efecto, bastó que se produjera un hecho trivial, la muerte de Fernando VII en 1833, para que se quebrantara el equilibrio.

La España de 1833 no era la misma de 1808. En veinticinco años, la nación había vivido políticamente más que en los tres siglos transcurridos desde que hizo su unidad y se lanzó a la aventura imperial.

De un golpe, la España de 1833 se escindió y surgieron dos Españas frente a frente: la absolutista y la constitucional. La primera la integraban una parte de la corte, la Iglesia, y un sector reducido de la nobleza y el ejército. Este bloque reaccionario fue conocido con el nombre de *carlismo*. La otra España la formaban la burguesía, la intelectualidad liberal, una parte de la corte y la mayoría de la nobleza y el ejército. El centro de convergencia del primer bloque era la Iglesia absolutista; el eje del segundo, la burguesía liberal.

Estalló la guerra entre esas dos Españas antagónicas. La guerra civil de 1833-1840

fue, como la guerra de la Independencia, profundamente revolucionaria. Fueron muy distintas, sin embargo. En la de la Independencia, la Iglesia formaba parte del bloque nacional, del que era, de hecho, el alcaloide, mientras que en la guerra civil, la Iglesia, abierta o solapadamente, era el alma del grupo contrarrevolucionario.

El instante histórico era propicio para dar a la Iglesia un golpe definitivo, que no había podido propinarle la revolución de 1820-23.

Las circunstancias crean a los hombres, y los hombres crean las circunstancias. Inesperadamente apareció en la escena política un hombre, que no era un político profesional, y fue el político más grande que produjo España en el siglo XIX: Juan Álvarez Mendizábal.

La guerra civil en 1835-37 se desarrollaba en sentido favorable al carlismo. Las arcas del tesoro estaban completamente vacías y las finanzas se encontraban en plena bancarrota. Sólo un milagro podía cambiar el curso de los acontecimientos.

Mendizábal, que fue quien operó el milagro, no era un abogado parlanchín, ni un literato trocado en político dilettante, sino un financiero salido de la nada, que dotado de gran perspicacia vio en seguida claramente cómo estaba planeado el problema y cómo podía resolverse. El genio del político consiste en ver el problema en toda su simplicidad, al margen de la fronda que lo complica o trata de presentarlo como insoluble. No hay nudo gordiano que no se pueda desatar.

En 1835, el problema, desnudo, se planteaba así: España estaba enzarzada en una inextricable guerra civil. ¿Cuál era el eje del sector beligerante absolutista? La Iglesia. Pues bien, la guerra civil había que ganarla políticamente acabando con el poder de la Iglesia.

Así vio el problema Mendizábal, primero ministro de Hacienda en el gobierno moderado del Conde de Toreno, y luego, a partir del 15 de setiembre de 1835, Presidente del Consejo de Ministros. Cuatro semanas después, el 11 de octubre, daba a conocer cuales eran sus proyectos: incautación de los bienes de la Iglesia y abolición de las congregaciones religiosas. La reacción que se desencadenó contra ese pro-

grama de gobierno fue tal, que se vio obligado a dejar el gobierno el 14 de mayo de 1836, quedando en suspenso la labor iniciada.

Inesperadamente, tres meses más tarde, se produjo un acontecimiento revolucionario que iba a imprimir un giro nuevo a la marcha de los acontecimientos.

La Reina Gobernadora se encontraba veraneando en el palacio de La Granja (oficialmente, San Ildefonso). La familia real estaba protegida por una guarnición compuesta de ocho compañías de la Guardia Real, dos de Granaderos, dos escuadrones de Guardias de Corps y un destacamento de salvaguardias.

El 12 de agosto, los sargentos de la guarnición se sublevaron y acordaron exigir a la Reina Gobernadora el restablecimiento de la Constitución de Cádiz. La reina, sin fuerzas para resistir, capituló ante la petición de los sargentos. Y a las dos de la madrugada del día 13, decretó: « Como Reina Gobernadora de España, ordeno y mando que se publique la Constitución de 1812... En San Ildefonso, a 13 de agosto de 1836. Yo, la Reina Gobernadora. »

Al día siguiente se procedió a la jura de la Constitución, y en el nuevo gobierno, presidido por Calatrava, veterano liberal doceañista, Mendizábal volvió a ser ministro de Hacienda.

En general, los historiadores han comentado con sorna y desdén el pronunciamiento de los sargentos en La Granja. Y, sin embargo, fue uno de los acontecimientos más importantes en la lucha por las ideas liberales. Demostró que la base del ejército estaba intensamente politizada. Los sargentos de La Granja fueron el primer *Soviet* de soldados que aparece en las páginas de la historia.

Al calor y la luz de la Constitución de Cádiz, resucitada —unos meses después se promulgó la Constitución de 1837—, Mendizábal, en esta segunda etapa ministerial (1836-37), llevó a efecto la secularización de los bienes de la Iglesia.

Los historiadores reaccionarios y conservadores e incluso algún liberal despistado han criticado el golpe revolucionario de Mendizábal, diciendo que las tierras de la Iglesia debían haber sido repartidas equitativamente, creando una amplia capa de

pequeños propietarios, como ocurrió en Francia al efectuarse la expropiación revolucionaria de fines del siglo XVIII. Una tal interpretación, situando las cosas en la España de 1835-37, es completamente simplista.

Pérez Galdós, que es quien ha hecho la mejor semblanza política de Mendizábal en los *Episodios Nacionales*, lo presenta oscilando entre el corazón y la cabeza ; si hacía un reparto general para todos, o si limitado, favoreciendo sólo a una minoría. Triunfó en él la cabeza, el razonamiento político. Mendizábal no era un socialista, sino un representante esclarecido de la burguesía liberal. Y como tal procedió.

Lo que Mendizábal buscaba era : primero, arrebatar a la Iglesia su base económica ; segundo, domesticarla, haciéndola dependiente del Estado ; tercero *comprometer* a la capa más rica del país haciendo que participara en el « sacrilegio » que representaba la venta en pública subasta de los bienes raíces de la Iglesia ; cuarto, poner en circulación una cantidad enorme de riquezas hasta entonces inmovilizadas por su vinculación ; quinto, obtener rápidamente dinero para hacer la guerra y ganarla.

Mendizábal logró los cinco objetivos. A la Iglesia le fue rota la espina dorsal ; quedó económicamente supeñitada al Estado, y a partir de entonces dejó de ser la segunda potencia feudal que había en España. La Iglesia perdió de un golpe lo que había atesorado desde que en el siglo VIII empezó la Reconquista.

La burguesía y aun una parte de la misma nobleza acudieron presurosas a la almoneda de las propiedades de la Iglesia, lo que dio como resultado una separación de intereses entre esa capa social enriquecida y la Iglesia expropiada.

Salvador de Madariaga ha sintetizado admirablemente la « operación Mendizábal » : « Secularizó las vastas haciendas de la Iglesia y las puso en venta a precios tan tentadores que las clases adineradas tenían ante sí dos mundos para escoger. Tomaron las tierras y se hicieron liberales » (*Spain. A Modern History*, pág. 62, Frederick A. Praeger, New York, 1958).

El tesoro del Estado empezó a recibir ingresos, y con ese dinero fue posible con-

tinuar la guerra. Desde que empezaron a palpase los resultados de la desamortización, el carlismo fue batiéndose en retirada, y en 1840 terminó la guerra civil con el triunfo constitucionalista. Militarmente la guerra la ganó Espartero, un general liberal de genio, salido del pueblo ; pero quien políticamente decidió el resultado fue Mendizábal.

#### IV

La primera parte de la batalla liberal había durado unos treinta años. Empezó en 1808-10 y terminó en 1840. La Monarquía absoluta y el poder de la Iglesia habían sido abatidos.

Los treinta años siguientes —hasta 1868-70— España vivirá un período turbulento en busca del equilibrio y la adaptación a la nueva realidad. Un régimen varias veces secular, aun caído, tiene raíces muy profundas y aunque cortado el tronco, abajo, en el subsuelo de la historia, sigue viviendo, tratando de rebrotar. En ese período la burguesía triunfante va polarizándose en dos corrientes : una liberal, progresista, y otra moderada, conservadora. El rey (reina) ya no es absoluto ; la Iglesia pesa mucho todavía moralmente, pero ya no es un factor determinante. La dualidad liberal-conservadora se encuentra en el siglo XIX en todos los sistemas políticos que tratan de estabilizarse sobre una base democrática.

España estuvo en fermentación política, económica y espiritual durante esa etapa. Intelectualmente era la fase del romanticismo, y las letras españolas, apagadas en gran parte después del Siglo de Oro, brillaron ahora intensamente. El periodismo —educador político— alcanzó una altura que no volvió a tener después. El pueblo iba sacudiendo la modorra embrutecedora en que le habían tenido durante largos siglos el absolutismo y la Iglesia. La burguesía se sentía optimista y desbordaba de satisfacción.

En la pugna entre la corriente progresista y la moderada de la burguesía, unas veces se recurría a los pronunciamientos, y otras a las veleidades y caprichos de Isabel II —la reina castiza—, influenciada por la camarilla y sobre todo por las intrigas

de alcoba. No obstante, España seguía avanzando.

En 1843 las fuerzas conservadoras desalojaron del poder a los liberales, que lo habían usufructuado desde 1836. Los moderados interrumpieron la desamortización; pero ya era tarde para volver atrás. La burguesía y la nobleza empezaban a digerir, con no poca satisfacción, las tierras de la Iglesia: alrededor de 1.300.000 hectáreas. Era mucha y muy buena tierra para que los nuevos dueños, que la habían adquirido por una bicoca, se dispusieran a devolverla a su antiguo dueño.

Después de un decenio reaccionario (1843-54), los liberales volvieron al poder por medio de un golpe militar. Durante la revolución de 1854-56, los liberales —Espartero-Madoz— reanudaron la labor desamortizadora, interrumpida en 1843.

Ahora, sin los apremios de la guerra civil y con una clase burguesa ya formada, el enfoque de la desamortización tenía un sentido más liberal, más equitativo. Pascual Madoz, ministro de Hacienda, a diferencia de Mendizábal veinte años antes, buscaba que el labrador pobre se convirtiera en propietario. Naturalmente, a las clases conservadoras ese tipo de desamortización no les interesaba, y por medio de otro golpe militar desalojaron a los liberales del poder en 1856. Y aquí terminó, de hecho, la transformación de la estructura agraria nacional.

La desamortización, empezada por José Bonaparte cuando fue rey, seguida aunque tímidamente por las Cortes de Cádiz, continuada con mayor énfasis durante la revolución liberal de 1820-23, intensificada en el período liberal de 1836-43, reemprendida durante la revolución de 1854-56, cambió fundamentalmente la base económica del país con las correspondientes consecuencias políticas y sociales.

Según una estadística del ministerio de Hacienda, el resultado de la desamortización civil y eclesiástica fue el siguiente: fincas pertenecientes a la Iglesia desamortizadas entre 1836-1856, 143.526; fincas pertenecientes al Estado desamortizadas durante el mismo período, 5.074; fincas pertenecientes a los Ayuntamientos y otras corporaciones, 21.993. Total: 165.459 fincas.

Vicens Vives, el excelente historiador contemporáneo del proceso económico español, dice: « Para la burguesía, la desamortización fue una bandera de combate, que compartieron progresistas y liberales. Ella se benefició de este proceso y lo alentó hasta el máximo. Compró tierras desvinculadas de la nobleza, concurrió a las subastas y puso en marcha las explotaciones agrícolas abandonadas por monasterios y conventos. Católicos fueron los grandes compradores de bienes nacionales; moderados y conservadores, quienes entre 1833 y 1868, sostuvieron públicamente la necesidad de la obra desamortizadora » (*Historia Económica de España*, pág. 569, Editorial Teide, Barcelona, 1959).

Así, el balance de la actuación liberal durante cerca de medio siglo fue positivo, aunque no definitivo. Había acabado con el absolutismo del Viejo Régimen y con el poder temporal de la Iglesia. Pero dejó casi intacta la base económica de la nobleza, que usufructuaba el 51 por ciento del patrimonio nacional. La burguesía española no se enfrentó con la nobleza, expropiándola, como había hecho la francesa a fines del siglo XVIII.

Ahora bien, vistas las cosas con una perspectiva histórica, la burguesía liberal, durante los sesenta años que median entre 1808 y 1868, en líneas generales, actuó bien. Su esfuerzo fue enorme, heroico a veces. Se trataba de una pequeña minoría que tenía enfrente tres gigantes: tres fuerzas poderosísimas de origen feudal: la Monarquía absoluta, la Iglesia y la Nobleza. Si hubiera presentado al mismo tiempo la batalla a los tres estamentos reaccionarios, como hizo la burguesía francesa, no hubiese podido ganar. Dada la relación de fuerzas neutralizó, e incluso atrajo en parte, a la nobleza. De ese modo pudo enfrentarse con el absolutismo monárquico y la Iglesia, derrotándolos.

## VI

Mientras las finanzas del Estado fueron recibiendo el dinero que produjo la desamortización de Madoz, el continuador de Mendizábal, todo fue bien para la nueva burguesía. Pero interrumpida la desamortización, que fue la gallina de los huevos

de oro de la burguesía española en la fase de su cristalización político-social, la Hacienda se encontró en dificultades y el partido progresista de Mendizábal-Espartero, acaudillado ahora por el general Juan Prim, se hizo eco del descontento general.

La grave crisis económica que se produjo en 1866 sirvió de fondo para acentuar el desprestigio personal de la reina, infómana incorregible, aconsejada por favoritos de turno, confesores indulgentes y monjas milagrosas.

La burguesía liberal, estabilizada económicamente, quería una estabilización política. El Poder Ejecutivo necesitaba un decoro y una responsabilidad que no tenía con Isabel II, chulona de los barrios bajos asentada en el trono de Isabel la Católica.

Prim, que dirigió la ofensiva contra la reina, fue genial como táctico y estratega revolucionario.

Gracias a Prim, Cataluña entraba por primera vez, en una escala importante, en la lucha liberal.

Hasta Prim (nacido en Reus), formado, desde simple soldado, en la guerra civil de 1833-40, Cataluña no había dado personalidades de relieve a la causa constitucional. Las Cortes de Cádiz, la revolución liberal de 1820-23, el proceso revolucionario de 1833-43 y la revolución de 1854-56 fueron obra, principalmente de hombres de Asturias (Jovellanos, Martínez Marina, Argüelles, Riego, Flórez Estrada, el conde de Toreno), de Navarra (Espoz y Mina, Pascual Madoz), de Castilla (Juan Martín El Empecinado, Torrijos), de Extremadura (Muñoz Torrero, Calatrava), de Andalucía (Lacy, Alcalá Galiano, Martínez de la Rosa, Mendizábal). Prim compensó hasta cierto punto a Cataluña de su ausencia, relativa, en el proceso histórico constitucionalista, y la colocó en el primer plano.

En los años que precedieron a la caída de Isabel II, Prim repitió, aproximadamente, en el orden conspirativo, lo que en la etapa 1814-20 hicieron Espoz y Mina, Poirier, Vidal, Lacy, Torrijos y Riego. Igual que en 1814-20, los movimientos tácticos, aparentemente fracasados, dieron como resultado un buen éxito estratégico.

A fines de setiembre de 1868, Prim, que se encontraba en Gibraltar, pasó a Cádiz

y se inició la revolución que produjo el derribamiento de la Monarquía.

Ahora bien, Prim, que como revolucionario-conspirador fue genial, carecía de genio político y no supo comprender los problemas que la historia planteaba en 1868-70.

Los grandes generales acostumbran ser malos políticos. Napoleón fue el mejor ejemplo. Si un gran general, dándose cuenta de sus limitaciones, se deja guiar por un político de altura, su paso por la historia puede ser fructífero. Es lo que ocurrió en la generación anterior con Espartero y Mendizábal. Espartero era un gran general y un mediano político. Mendizábal era un político genial. La combinación Mendizábal-Espartero fue magnífica.

Cuando Prim fue asesinado, a fines de diciembre de 1870, hacía ya más de dos años que la revolución giraba a su alrededor, y políticamente era un fracaso. A Prim le faltó un Mendizábal.

Los problemas que la historia planteaba en la revolución de 1868-70 eran tres, e inseparables: la forma de gobierno, la expropiación de la nobleza y la buena organización del Estado.

En 1868-70, caída y desprestigiada la Monarquía, las circunstancias eran francamente republicanas. Querer restablecer la Monarquía, y con un rey extranjero por contera, como hizo Prim, era navegar contra la corriente histórica.

La revolución agraria sólo se había hecho en parte —la que concernía a la Iglesia—; pero quedaba casi intacta la gran propiedad de la nobleza.

Había sido justa la posición adoptada por la burguesía de las dos generaciones anteriores, al contemporizar con la nobleza, neutralizándola, para poder enfrentarse con el absolutismo monárquico y la Iglesia. Pero en 1868-70 esos dos adversarios históricos estaban derrotados, y la burguesía, triunfante, disponía de fuerzas suficientes para hacer la segunda revolución, expropiando las tierras de la nobleza (aproximadamente el 50 por ciento del patrimonio nacional) y repartiéndolas ampliamente, creando la clase de los pequeños propietarios, que hubiese sido la base firme del nuevo régimen.

Y, finalmente, se planteaba la cuestión de la organización del Estado.

Los liberales españoles, influenciados por el jacobinismo francés, eran decididamente unitarios, cuando España, por razones de geopolítica, sentía la necesidad de una organización, no *provincial* —las provincias inventadas por los liberales de 1820-23 eran una creación artificiosa, falsa—, sino regional, adaptada aproximadamente a las características históricas: Asturias, Galicia, Castilla, Vasconia, Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia, Andalucía...

Al no solucionar estos tres problemas básicos, la revolución de 1868-70 carecía de meta histórica y estaba condenada al fracaso.

El programa de la revolución tenía estos objetivos: sufragio universal, libertad de cultos, libertad de enseñanza, libertad de reunión y asociación, libertad de imprenta, descentralización administrativa, juicio por jurado en materia criminal, unidad en todos los ramos de la administración de justicia e inamovilidad judicial.

Todo eso estaba muy bien, pero era superestructura. Para afianzar esa superestructura era menester crear una estructura básica, o lo que es lo mismo, la solución de los tres problemas fundamentales antes mencionados.

Las fuerzas que representaban la necesidad histórica —republicanos, federales-cantonalistas y campesinos hambrientos de tierra— se enfrentaron con una revolución de simple superestructura, y se produjo la disgregación y el caos.

Después de la fuga del rey Amadeo (febrero de 1873), el poder pasó a manos de la pequeña burguesía, muy retórica, muy grandilocuente y muy incapaz. La República de 1873 fue un episodio lamentable. Los generales que en nombre de la República ametrallaban a los federales-cantonalistas y a los campesinos que querían tierra, acabaron con el nuevo régimen.

El 3 de enero de 1874, fracasada la República, las cosas volvieron a como estaban a fines de setiembre de 1868. Los mismos hombres que encabezaron la revolución de 1868 —el general Serrano y Sagasta (Prim ya no existía)—, encabezaban ahora la contrarrevolución. La revolución había sido un fracaso porque no solucionó los tres problemas básicos que la historia planteaba.

La revolución de 1868-74 demostró que la burguesía había dejado de ser revolucionaria.

## VII

La llamada Restauración (1874-1900) significó la consolidación del poder de la burguesía enriquecida con la desamortización de los bienes vinculados, los de la Iglesia y los de las corporaciones. La nobleza perdió las formas exteriores de su pasado poderío feudal y quedó convertida en simple latifundista. Burguesía y nobleza latifundista formaron un bloque y marcharon juntos.

Esa oligarquía burgués-feudal, de base agraria, para un mejor usufructo del poder, eliminando los pronunciamientos, se dividió políticamente en dos partidos políticos: conservador y liberal, ya esbozados en la generación anterior, en los moderados y progresistas.

« Las tres grandes regiones agrarias en las cuales predomina de una manera más absoluta el sistema feudal —Andalucía, Castilla y Galicia— constituyeron una especie de frente único para no perder nunca la dirección administrativa. El partido conservador era predominantemente andaluz, es decir, el representante típico de la aristocracia latifundista. La propiedad castellana constituía la base del partido liberal. Galicia se repartía entre uno y otro bando. El turno pacífico en el Poder del partido liberal y partido conservador era, en suma, la dictadura permanente de la gran propiedad. Políticamente, no había diferencia alguna, ya que ambos tenían la misma base social. El partido liberal era esencialmente el representante de los trigueros castellanos. El partido conservador, el de los latifundistas y cosecheros de aceite en Andalucía. Mantener la gran propiedad, exportar aceite e impedir la importación de trigo: he ahí toda la dinámica político-económica de la Restauración » (Del libro del autor *La Revolución española*, pág. 41 y 42, Cenit, Madrid, 1932).

A los partidos agrarios, la industrialización del país no les interesaba; es más, la frenaban. Hacían concesiones al capital extranjero en minas y transportes, y mantenían la raquítica industria nacional por medio de un sistema superproteccionista.

La estructura económico-política intuitivamente sabía que un desenvolvimiento industrial del país determinaría el derrumbamiento del sistema.

En España había minas de hierro que hacían posible el desarrollo de la industria siderúrgica, base de la industrialización general. Pero la oligarquía agraria prefería exportar el mineral.

« Durante mucho tiempo, y al compás de la legislación foral, había sido prohibida la exportación del mineral de hierro de Vizcaya. La inclusión del País Vasco en el régimen aduanero español (ley de 21 de julio de 1876) hizo factible una mayor movilidad del mineral. Importantes compañías extranjeras participaron en esta tarea : la Orconera Iron Ore Co. Ltd. (1874) y la Sociéte Franco-Belge des Mines de Somorrostro (1876), las cuales apoyaron al grupo de propietarios vascos presidido por Ybarra. Entre ambas reunían lo mejor de los capitales siderúrgicos : las empresas Geuschin y Krupp, alemanas ; la Consett, inglesa ; la Cockerill, belga, y la Denain, francesa. Se trataba de fuertes inversiones de capital extranjero para la exportación de mineral de hierro. En estas condiciones, la producción de las minas españolas aumentó rápidamente desde 1875, de acuerdo con el ritmo de los pedidos extranjeros. (1). He aquí los datos :

Año	Producción (En millares de Tn.)	Exportación
1856	69	—
1860	173	—
1870	436	253
1875	520	336
1880	3.565	2.932
1890	6.546	4.795
1900	8.675	7.800

« El señor Lequerica afirma que a partir de 1865 se sacaron de Vasconia 225.000.000 de toneladas de mineral de hierro. Ahora bien, ¿qué ventaja positiva representó esta exportación? Para la totalidad de España, relativamente escasa » (J. Vicens Vives : *Historia Económica de España*, pág. 593 y 594, Editorial Teide, Barcelona, 1959).

A falta de un proceso de industrialización que absorbiera la fuerza de trabajo

(1) Subrayado por mí (J.M.)

existente, quedaron flotando en el país, como almas en pena, de dos a tres millones de jornaleros agrícolas, sin tierras y sin pan que, ocasionalmente, en las épocas de la recolección de los frutos, vendían su fuerza de trabajo por una peseta diaria o menos todavía. Durante las etapas de *descanso* forzoso soñaban con un reparto general de tierras, y, a veces, en Andalucía, que es donde este proletariado agrícola abundaba más, se sublevaban románticamente, aunque en vano. Los jefes eran ahorcados o cazados a tiros por la guardia civil, y los sobrevivientes seguían soñando con poseer un día la tierra. Su consigna era : tierra y libertad. Estos campesinos andaluces, heroicos y desgraciados, fueron el fermento del anarquismo español.

La burguesía, que en las dos generaciones anteriores había sido idealista, romántica, combatiente, heroica y progresiva, ahora se encontraba en el polo opuesto. De Jovellanos y Mendizábal a Cánovas y Sagasta mediaba un abismo.

La burguesía liberal, en su etapa heroica, había ayudado a la emancipación de Hispanoamérica, e Hispanoamérica, a su vez, le había ayudado a ella. Simbólicamente, el general Díaz Porlier, héroe liberal fusilado en 1815 por Fernando VII, había nacido en Cartagena de Indias, Colombia. En cambio, ahora, la burguesía seguía la política del Viejo Régimen en Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Las barbaridades de Weyler (general *liberal*) en Cuba y la ejecución de José Rizal en Filipinas eran manifestaciones de una política que Fernando VII no hubiese podido superar.

Fueron los llamados *años bobos* de la Restauración. Todo, con la honrosa excepción de una minoría, era bobo, pequeño, mezquino y achatado en la España finisecular.

Sin embargo, la estabilidad económico-política del sistema era tan firme que al derrumbarse (1898) los últimos restos del imperio colonial —Cuba, Filipinas y Puerto Rico—, en España no pasó nada. Madrid se divertía presenciando una corrida de toros cuando llegaron las noticias del desastre de Cavite. ¡Toros! ¡Toros!

El poeta portugués Guerra Junqueiro dijo que Lagartijo (torero famoso entonces) había sido derrotado por Edison.

## Dilema democrático

POR JOHN M. CATES, JR.

DE LAS CONVERSACIONES sostenidas con grupos visitantes de dirigentes latinoamericanos, con estudiantes universitarios en América Latina y con representantes diplomáticos de los países latinoamericanos, se desprende claramente que el dirigente intelectual anticomunista de esos países que se vuelve hacia los Estados Unidos en busca de « la palabra » se siente pronto defraudado. El intelectual y el político liberal que trataba de reformar un gobierno, o incluso derrocar a un dictador, utilizaba el único enfoque doctrinal que conocía para combatir los intereses oficiales constituidos : una oposición absoluta basada en un dogma o, como a veces se dice en los países de la región, en una cosmología o una mística, que ofrecía a sus partidarios una doctrina concreta, una fe política que tenía respuestas para todo y que proponía una línea de acción sin complicaciones ni compromisos. Este dogma era frecuentemente el marxismo.

¿Era el hecho que el comunismo representaba el único foco de resistencia organizada a los dictadores absolutos, por ejemplo a Gómez en Venezuela, lo que llevaba hacia el marxismo a los jóvenes de la oposición? ¿O es que en el marxismo encontraban una nueva y más exacta respuesta a los males de la sociedad oligárquica representados por Gómez, una respuesta clara y firme basada en un dogma tan contundente y definido como el sistema de Gómez, pero idealmente distinto y en radical oposición a éste? Combatir el dogma con

el dogma habría parecido la reacción natural.

De todos son conocidas las tentativas hechas por Simón Bolívar y otros dirigentes antimonárquicos y anticoloniales de América Latina para implantar sus repúblicas democráticas ideales ; conocidas son también las razones de su fracaso. Las diferencias entre las colonias norteamericanas, individualistas y relativamente coherentes, y el disperso imperio colonial de España son muy acentuadas. Por una parte, tenemos las colonias inglesas ampliamente autónomas y emprendedoras, educadas en el sistema de autogobierno anglosajón y en la tradición de la revolución política y social puritana de Cromwell. Sus habitantes eran en gran parte agricultores y artesanos individuales, acostumbrados a un trabajo autónomo, y no conformistas en materia política y religiosa. Por otra parte, los latinoamericanos eran los descendientes de los conquistadores, llegados de una España feudal gobernada por un monarca absoluto y por una Iglesia controlada a su vez por la Inquisición. En ellos se mezclaba además la sangre del indio de espíritu colectivista. Aquellas gentes estaban acostumbradas a llevar una vida reglamentada. El individualismo del latinoamericano adoptaba una forma extrema, culminando en la anarquía y en el nihilismo, en lugar de hacerlo en un sistema de creación de decisiones y de acción individual representativa. Pero más bien que tomar nota de estas diferencias como una de las razones del



retraso de América Latina en el establecimiento de una democracia política viable como la que conocemos en los Estados Unidos, lo que debemos hacer es comprender y aceptar esas diferencias como factores básicos para el desarrollo intelectual y político de América Latina, con influencia en el desenvolvimiento de los hábitos mentales del intelectual y de los *modus operandi* de la oposición política.

Examinemos el dilema actual con que se enfrentan el reformador social y el innovador político en América Latina. Lejos de ser un paria como hasta hace poco, hoy se le acepta como una persona « respetable » en toda América Latina y en el mundo. Ha logrado realizar progresos enormes en cuanto a la reforma local. En todo el hemisferio occidental el dictador, el gobernante « personalista », característico del siglo XIX y de principios del XX, es objeto de general repudio. Los obreros están hoy día organizados. La alfabetización se halla en pleno desarrollo. Al « izquierdista » se le acepta política y socialmente. Las oscuras fuerzas gobernantes del siglo XIX y principios del XX parecen hallarse en retirada, si no realmente en derrota. Un gobierno « del pueblo », basado en la mística de Marx, se ha elevado a la categoría de gran potencia mundial en Rusia, mientras un marxista latinoamericano derrocaba al dictador Batista y por primera vez en la historia hacía que los Estados Unidos fijasen su atención en América Latina. Todo debería marchar perfectamente. Sin embargo, algo no marcha bien, algo falta. ¿Qué ocurrió en este Edén revolucionario izquierdista?

Por mi parte, creo que ocurrieron varias cosas. La primera es que los frutos de la revolución social y política « izquierdista » realizada en el país, en lugar de ser acogidos alegre y unánimemente por un pueblo agradecido, engendraron el mismo tipo de oposición incondicional al nuevo gobierno liberal por parte de los « nuevos izquierdistas » que el que los nuevos dirigentes gubernamentales habían organizado por su parte contra el anterior gobierno dictatorial u oligárquico derrocado por ellos. La segunda frustración consistió en que un líder popular latinoamericano, Fidel Castro, formado según el modelo idealista que vein-

te años antes dominaba en la región, renunció al control de su revolución, que en un principio era tradicionalmente americana, y a su cultura latinizada, en favor de una potencia extracontinental. Hasta donde había llegado esta traición se puso de manifiesto cuando Kruschef, sin consultar a Castro, ofreció retirar los cohetes cubanos a cambio de la retirada de los cohetes turcos, mostrando así bruscamente a la faz del mundo el grado de sometimiento de Cuba y la arrogancia rusa. Otro motivo de preocupación para el liberal latinoamericano consistía en que, a pesar de los ataques contra la Alianza para el Progreso, lanzados sobre todo por el bloque soviético y por Cuba, en el fondo se daba cuenta de que esa Alianza constituía una auténtica expresión de las necesidades y de las aspiraciones de América Latina. Prueba de ello era el esfuerzo de los dirigentes democráticos latinoamericanos en el poder por dominar o latinizar la Alianza: Betancourt, Lleras Camargo, Figueres y Kubitschek proclamaban que la Alianza no era sino el resultado de su Operación Panamérica. Ningún dirigente responsable criticaba los fines propuestos. Lo que se criticaba era únicamente los medios, y la lentitud.

El conocimiento de estos factores y de las motivaciones de los dirigentes latinoamericanos es indispensable para comprender el reto económico, político, social e ideológico con que se enfrentan los Estados Unidos y para que nuestro país sea capaz de proporcionar guía e inspiración a fin de poner en práctica en toda América Latina las creencias que consideramos sagradas y esenciales para nuestro éxito, pero que hemos llegado a dar casi por descontadas. Para poder realizar nuestras esperanzas y nuestros planes idealistas hemos de ser eficaces en nuestra manera de exponer las cosas y utilizar términos que tengan un sentido para nuestros vecinos.

En América Latina el dogma marxista se desarrolló dentro de lo que era esencialmente una tradición universitaria liberal, bajo la égida del pensamiento liberal europeo del siglo XVIII. Como intelectual y como revolucionario, Marx ofrecía unos conceptos y una terminología para el análisis intelectual del panorama social, eco-

nómico y político, para la interpretación de la sociedad y de sus injusticias. Que un estudiante o un intelectual fuera o no marxista, no tenía gran importancia, ya que de todos modos los conceptos y los términos del marxismo se insinuaban en su pensamiento y en su lenguaje. Como un joven asiático le contestó al juez Douglas, al preguntarle por qué leía a Marx : « Vivíamos bajo un régimen colonial y buscábamos la forma de acabar con él. Deseábamos ser independientes. Para conseguirlo teníamos que hacer una revolución. Los únicos libros sobre la revolución los publicaban los comunistas. » El juez Douglas podría haber encontrado un joven parecido en un régimen dictatorial latinoamericano.

En los Estados Unidos la revolución política se desarrolló también a partir del pensamiento liberal europeo del siglo XVIII. Sin embargo, en nuestro país la influencia de la tradición política anglosajona del siglo XVIII, estimulada por las corrientes intelectuales y políticas de Francia, Alemania y Europa oriental, dio nacimiento al fascinante complejo que constituye el pensamiento norteamericano actual. En este proceso una serie de prejuicios tradicionales quedaron destruidos, se alteraron los modos tradicionales de comportamiento y se aceptaron nuevas formas y nuevos conceptos adaptados a nuestras necesidades. Diversos conceptos dogmáticos, procedentes del calvinismo o del puritanismo, relativos a la Inquisición, al « *laissez faire* » o al capitalismo, han experimentado cambios notables. Nuestra tradición jurisprudencial, heredada de Inglaterra, contribuyó en gran medida al desarrollo del proceso. Dentro de esta tradición la influencia del juez Holmes y del juez Cardozo (influídos a su vez por los pragmatistas William James y John Dewey) consiguió liberarnos de la manera dogmática de considerar una serie de problemas y de situaciones. De este fermento nació una civilización intelectual norteamericana, única en nuestro continente. El solo dogma absoluto que dentro de ella se ha desarrollado es el antidogmatismo, y el único método indiscutible es el de discutir todo. Este fermento, el diálogo propio de la civilización norteamericana, el sistema de la respuesta « sin respuesta », no se ha explicado nunca claramente a los

latinoamericanos, que siguen aún buscando una « cosmología », una mística, un dogma que les proporcione respuestas claras para sus problemas. La incapacidad del latinoamericano para comprender el capitalismo norteamericano moderno, para darse cuenta de las grandes diferencias entre el sistema en que Marx basó su doctrina, todavía acatada, y el sistema actual de los Estados Unidos tal como se ha desarrollado gracias a nuestra manera pragmática de entender las cuestiones sociales, legislativas y legales, es la causa de su incapacidad para comprender a los Estados Unidos. A la luz de su convicción marxista, nuestra reforma social aparece simplemente como un señuelo. A esa incapacidad suya para comprender nuestra evolución, y a las razones de ella, se debe en gran parte su actitud suspicaz cuando intentamos convencerle de estas diferencias respecto del prototipo contemplado por Marx. Autoridad máxima, Marx le había puesto en guardia contra semejantes embelecos y le había dado una doctrina para sostenerle en su creencia.

Sin embargo, cuando el latinoamericano dogmático trata de construir en la práctica el tipo de sociedad que desea, se enfrenta con un serio dilema. El reformador interesado en conseguir mejoras prácticas va en contra del dogmático marxista que sólo aceptará esas mejoras si se consiguen dentro del marco de su dogma. La consolidación del dogma está por encima del mejoramiento de las condiciones de vida.

El reformador político y social latinoamericano bien intencionado se da cuenta, cada vez más claramente, de que los comunistas no están fundamentalmente interesados en las reformas sociales y carecen de un programa práctico para mejorar la vida del pueblo o para realizar sus crecientes aspiraciones. Al comunista le interesa poco buscar los medios de alimentar, vestir y educar generosamente al pueblo, a menos que la defensa de esos objetivos sea un medio para sus fines políticos. En cambio, todo pensamiento, toda actividad debe contribuir y someterse a la tradición cerrada del dogma marxista. Los comunistas acogen con escasos aplausos la construcción de un nuevo canal, de una nueva escuela o de una nueva carretera, la iniciación de un programa de alimentación infantil o la or-

ganización de una fuerza de policía bien entrenada. En lugar de mostrar interés por la contribución de estas cosas para mejorar la vida del pueblo, los comunistas y demás miembros de la extrema izquierda critican tales mejoras, afirmando que se trata de una trampa yanqui; que su aceptación constituye un símbolo del sometimiento; que lo que el gobierno constituido pretende es conquistar votos; y que el orden público que ese gobierno impone es una traición al derecho del pueblo a la libertad. El dirigente gubernamental bien intencionado e idealista, que ha luchado durante veinte años por conseguir esas mejoras para su pueblo, se encuentra desconcertado por la furia de los ataques que ahora desencadena contra él la oposición política y se siente herido por su indiferencia ante las necesidades del pueblo y ante lo que él ha logrado.

Los nuevos dirigentes gubernamentales, aunque proclives a desconfiar de los motivos norteamericanos y a sospechar que la Alianza para el Progreso pueda no ser más que una nueva estrategia de los Estados Unidos, están ahora advirtiendo que existe identidad entre las aspiraciones y los programas de la Alianza para el Progreso y las aspiraciones y programas económicos y sociales que ellos expusieron en años anteriores. Tal cosa no debe extrañarles si se piensa que los conceptos utilizados por la Alianza son los de la Operación Panamé-rica de Kubitschek y del Pacto de Bogotá patrocinado por la O.E.A., fenómenos puramente latinoamericanos. Estos nuevos dirigentes están empezando a hacer el incómodo descubrimiento político de que sus esperanzas y sus ideales van quizá a la par de los del pueblo y el gobierno de los Estados Unidos. El efecto un tanto explosivo de este descubrimiento, por un lado, y, por otro, los ataques rencorosos de que les hacen objeto los dirigentes estudiantiles y los extremistas de izquierda que impugnan incluso los aspectos buenos de sus propios gobiernos y de los Estados Unidos, les desconciertan. Esos ataques resultan particularmente perturbadores para los dirigentes en otro tiempo indiscutidos del pensamiento liberal e izquierdista, como Juan Liscano y Luis Esteban Rey en Venezuela, a quienes irritan profundamente las acusa-

ciones de reaccionarismo, contrarrevolución y pragmatismo de que les hacen objeto los partidos de la oposición y los estudiantes izquierdistas. Amenazados por los nuevos dogmas extremistas, vacilantes en cuanto a su posibilidad de mantenerse en el poder y conscientes de que los nuevos revolucionarios de Cuba se han coligado con sus adversarios interiores, los reformadores democráticos latinoamericanos han de volver sus miradas hacia otra parte. Miran entonces hacia los Estados Unidos, y ¿qué encuentran? Problemas y pragmatismo, pero no una doctrina.

No hablo de algo imaginario, sino de la experiencia efectiva de un grupo de periodistas latinoamericanos que visitaron recientemente los Estados Unidos bajo el patrocinio de una Sociedad Norteamericana local y de la Universidad de Harvard. En el grupo figuraban representantes de los principales partidos políticos y periodistas independientes, excluyendo solamente a los comunistas y a la oposición de extrema izquierda. Numerosos miembros del grupo respondían con bastante precisión a la imagen del reformador social defraudado, a que antes nos hemos referido. No quieren ni comunismo ni castrismo. Durante largo tiempo han desconfiado de los motivos de los Estados Unidos. Sin embargo, se dan cuenta del apoyo que los Estados Unidos prestan a su Presidente y de la ayuda que proporcionan a los planes de desarrollo de sus países. Se hallaban, pues, intelectualmente preparados para escuchar el dogma norteamericano, para oír nuestra « palabra ». Pero cuando tuvieron ocasión de conocer nuestro sistema de interrogaciones, de contestaciones « sin respuesta », nuestra experimentación pragmática en materias sociales y legislativas, se sintieron defraudados, algunos desorientados y uno (el más conservador) completamente abatido.

¿Qué es, pues, necesario?, ¿un no-dogma dogmático?, ¿un pragmatismo con un barniz de palabras dogmáticas?, ¿un pragmatismo dogmático? En todo caso, debemos reconocer que existe una reacción negativa general a nuestro decidido pragmatismo. Debemos cuidar nuestras palabras, o al menos educar a nuestros oyentes, antes de utilizarlas.

Al enfocar este problema, se nos presen-

tan varias dificultades : ¿Por qué rechaza el pragmatismo el intelectual latinoamericano? ¿Cómo puede reconciliarse el dogma de Marx con el arraigado individualismo del español? ¿Se trata realmente de inconsecuencias o más bien de las consabidas normas de la civilización hispanoindia?

Quizá todo ello sea el resultado de los intentos latinos de crear un grupo. Un grupo se crea a imagen y semejanza de su dirigente. El dirigente individual es dogmático en su individualidad, dogmático en su nihilismo, en su anarquismo. Un grupo no puede permitir diferencias en su seno ; de otra manera, no será un grupo, sino simplemente una personalidad escindida. De modo que el grupo ha de tener la última palabra, y a esa palabra no se la puede poner en tela de juicio.

Es curioso que tanto en las sociedades anglosajonas como en las hispánicas el influjo del individuo y el hábito de considerar las cosas desde un punto de vista individualista se hallan profundamente arraigados. Sin embargo, el funcionamiento de las relaciones sociales desde el punto de vista del individuo difiere tajantemente de uno a otro tipo de sociedad. En América Latina el individualismo florece en el culto del líder (caudillismo o personalismo), con cuya personalidad se igualan otros individuos. « El individualismo es rey ; todos somos un solo individuo monolítico ; nuestra cabeza es un individuo particular cuyo puesto podría fácilmente ocupar yo. » Por ello, el español no puede imaginar una sociedad llena de diferencias e interrogaciones. A juicio de Madariaga, todo español sabe instintivamente que sólo él posee la verdad ; todo español, mientras se opone a Franco, es potencialmente un Franco. Esto se manifiesta también en el culto al jefe, que todavía impregna la vida política latinoamericana : cada partido lleva impresa la imagen de su jefe ; cada rebelión contra el líder supremo, como ocurre en la Acción Democrática venezolana, está encabezada por su propio líder, que a su vez imprime el sello de su individualidad a su grupo escindido.

La individualidad anglosajona ha dado por resultado una forma razonable de racionalizar los derechos del individuo armo-

nizándolos con las necesidades de una sociedad ordenada. Mientras el español encarga el gobierno a un individuo, el norteamericano ha elaborado la teoría de la democracia representativa, que puede definirse como un individualismo colectivo que permite a los individuos participar, sobre una base individualista, en el proceso de elaboración de las decisiones mediante la elección, entregando de este modo el poder ejecutivo a sus representantes, que a su vez son responsables ante la comunidad.

Esta democracia representativa puede considerarse como la solución pragmática del conflicto de los derechos individuales de un gran número de individuos a quienes su mismo número impide recurrir a la acción individual directa. Respondiendo a las necesidades y a los deseos cambiantes de una serie de personas, este sistema ha de ser necesariamente la antítesis de todo dogma o doctrina fija.

¿Las dificultades latinoamericanas se refieren más a los fines que a los medios? Hay fuertes indicios de que el dogma o la doctrina sea más importante que el programa social. El norteamericano pragmático hace suya la opinión de James sobre los usos del pragmatismo : « De este modo las teorías se convierten en instrumentos, no en respuestas a enigmas, en que podemos apoyarnos. » El latinoamericano tiende a buscar las teorías como fines en sí ; el norteamericano las considera como métodos.

Y, sin embargo, es curioso que le hablemos al latinoamericano en son de prédica como si tuviésemos un dogma. Predicamos idealistamente sobre algo llamado democracia : hablamos de igualdad, libertad, fraternidad. Pero el latinoamericano no puede ver el fondo doctrinal de todo esto. Lo que ve son simplemente acciones, interrogaciones, experimentos, tentativas, éxitos y fracasos. El norteamericano habla como Don Quijote, pero lo malo es que después, como dice un colega del Departamento de Estado, actúa como él. Esto le parece una insensatez al latino, a quien gusta hablar como Don Quijote, pero que actúa rigurosamente según el modelo de Sancho Panza.

En todo caso, el latinoamericano que, al darse cuenta, con retraso, de los peligros

que el pensamiento dogmático y la intervención política marxistas presentan para su régimen de reformas democrático-sociales en ciernes, viene a Estados Unidos en busca de respuestas o de orientación, se siente desconcertado. Una civilización no doctrinal de compromiso político, de libre expresión, de aceptación del voto político adverso cuando es mayoritario, de diálogo socrático llevado a la práctica política, no le sirve de ayuda ni de orientación para los problemas políticos con que se enfrenta su país. Igualmente inútiles, y ligeramente sospechosas, especialmente en función de los problemas que se le plantean en su patria, son las tajantes y un tanto dogmáticas las respuestas que recibe del gobierno: « ¡Contengan a Fidel! ¡Declaren fuera de la ley a los partidos comunistas! ¡Rompan sus relaciones con Cuba! ¡Alienentén la empresa privada! » ¿Con qué medios podrá contar el latinoamericano para conseguir estos fines?

Los norteamericanos debemos hacer un esfuerzo supremo para vernos como los demás nos ven y para ver a los demás como ellos se ven a sí mismos. Hemos de intentar ver las necesidades de los latinoamericanos como ellos las ven. Debería también intentarse establecer una síntesis entre estos aspectos del problema y nuestras ideas sobre nosotros mismos, nuestras convicciones y nuestra práctica, tanto económica como social. Debemos renunciar a la idea de que podemos moldear a los demás a nuestra imagen y semejanza. Debemos buscar la forma de cooperar con los latinoamericanos en la satisfacción de sus aspiraciones según sus propias directrices y en términos de una declaración de doctrina —o de no doctrina— que aquéllos puedan comprender y emplear para vivir. Esas directrices no tienen por qué ser incompatibles con nuestros intereses. Pueden ser diferentes de ellos, pero no negarlos. Hay que demostrar que el sistema práctico, pragmático, interrogador es el sistema o método de los buenos resultados. El sistema de auto-ayuda, la responsabilidad comunitaria, el esfuerzo individual, la crítica sin destrucción, la introspección sin desesperanza, todas estas y otras ideas y métodos deben ser de uso corriente. Las fuerzas vivas políticas, intelectuales y sociales de la democracia, que se

han expresado en las diversas revoluciones de Europa occidental y de los Estados Unidos, la movilidad y la fermentación de nuestra sociedad intelectual, la energía y las realizaciones de nuestra civilización industrial, la experimentación de nuestro mundo literario y artístico, deben ser realizados, explicados y puestos a disposición de los latinoamericanos. Por diferentes que seamos —en el lenguaje, en la raza y en la cultura—, tenemos un gran depósito de herencia común, de aspiraciones comunes, de intereses idénticos que nos unen espiritualmente de la misma manera en que estamos geográficamente unidos.

La respuesta no consiste en que busquemos una solución rápida o una respuesta fácil como la lucha contra la subversión. El comunismo no cesará de ser una amenaza porque se contenga a Castro, se retiren los cohetes, Betancourt se mantenga en su país y Arévalo quede marginado del poder. La respuesta reside en elaborar una *vía latinoamericana* a través de la cual América Latina pueda llegar a realizar sus aspiraciones en una forma que le sea propia, pero también democráticamente representativa.

A lo largo de ese camino habremos de demostrar que el comunismo no implica necesariamente reforma social y que, por el contrario, la reforma social, económica y política puede realizarse sin comunismo. Esto plantea el problema de si lo que los nuevos dirigentes de hoy, la izquierda intelectual, buscan es una ideología o una reforma social. Esos dirigentes parecen confundir oposición al gobierno en el poder con reforma. La oposición es algo con que están familiarizados; en cambio, no lo están con las reformas. ¿Es que se limitan a repetir las consignas reformistas por puro hábito de ritualismo revolucionario? Si realmente se oponen al absolutismo, deben desenmascarar el absolutismo del dogma comunista en la política, la economía, la sociedad, el pensamiento y la religión.

Por nuestra parte, debemos demostrar que existe otro camino: el camino del espíritu libre e interrogador, de la libertad de disentir y la libertad de cooperar, de la libertad de experimentar y la de fracasar. La única cosa en que debemos ser dogmáticos

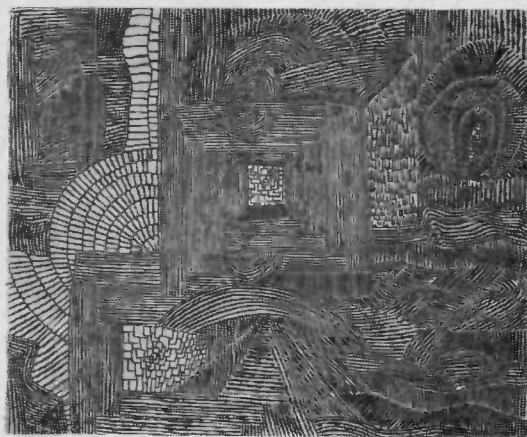
es en la necesidad de la experimentación, del ensayo y del error ; en otras palabras, en la necesidad de un sistema no dogmático que podría definirse como un pragmatismo dogmático.

Sería de nuestra incumbencia ayudar al latinoamericano a definir sus problemas y ofrecerle nuestras sugerencias respecto de las soluciones posibles, siempre en una forma que él pueda apreciar, comprender y respetar.

En lugar de la obtusa satisfacción del dogmático, debemos ofrecer la satisfacción del positivista pragmático, a menudo espiritualmente inquieto, pero instalado en un

sistema o metodología viable de experimentación, de razonamiento inductivo. Ello no es pequeña tarea, pero el simple hecho de intentarla, siempre que se presente el intento en forma sugestiva, despertaría interés entre los dirigentes de un sistema opuesto. Podría dar lugar a una interesante confrontación entre la ley civil y la jurisprudencia que, « en el fondo, es la filosofía del pragmatismo. Su verdad es relativa, no absoluta ». En todo caso, conferiría a los Estados Unidos la categoría de un adversario intelectual tan meritorio en la esfera espiritual del pensamiento político como en la esfera materialista del comercio.

DIBUJO DE EMMA REYES



## Nota en el centenario de José Asunción Silva

POR C. D. HAMILTON

SUELE PRESENTARSE a los poetas José Martí, Julián del Casal, Manuel Gutiérrez Nájera y José A. Silva como « precursores » del Modernismo. La designación me parece inexacta y se presta a confusiones. Precursores del Modernismo pueden considerarse Manuel González Prada, Juan Zorrilla de San Martín y algunos otros. Pero los llamados precursores o « premodernistas », son poetas modernistas, los primeros, de la misma generación de Darío; sólo que murieron entre los 30 y los 40 años de edad y no pudieron continuar su obra, como sus compañeros de la primera hora. Estos poetas son « protomodernistas », los primeros innovadores, en los mismos años que Rubén, del lenguaje hispánico.

José A. Silva  
(Colombia, 1865-1896)

El « hermano admirable y lamentable » de Rubén Darío, es uno de los primeros modernistas. « Admirador de Baudelaire y de Verlaine en una época en que ambos eran casi desconocidos en nuestro continente, parecíase al primero por sus gustos refinados, y al segundo por la ondulación esfumada, evanescente de sus ritmos, en los que de cuando en cuando suena también un

*Capítulo del libro Nuevo lenguaje poético, que próximamente verá la luz editado por el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá.*

eco de la musa hosca de Edgar Poe » (Eduardo Solar Correa : *Poetas de Hispanoamérica*, Santiago de Chile, 1926).

El crítico colombiano Baldomero Sanín Cano recoge así sus recuerdos personales y su juicio de José Asunción (*De mi vida y otras vidas*) : « En 1886, en casa de don Antonio J. Restrepo, con cuya familia había trabado estrechas relaciones en Titiribí, conocí a José Asunción Silva, llegado recientemente de Europa. Me hicieron grande impresión su talento, su información literaria copiosa y actual, su manera de expresión, un tanto afectada de pronunciación francesa, y su voluntad de sonreír... José Asunción Silva..., tenía un sentido del humor fino y penetrante, de que hay bellos ejemplos en « Gotas Amargas », poesías que no quiso publicar en vida y que excluyó en su mayor parte de los manuscritos de sus versos legados a su familia en copia hecha por él mismo en bella y clara letra que da testimonio de su carácter, de su amor a la precisión, a la claridad y al ritmo... »

Sobre Silva, con motivo del famoso *Nocturno*, inspirado por la muerte de su hermana y confidente Elvira, y de su suicidio, se han tejido leyendas morbosas en torno a su carácter : leyendas que han llevado a clisés repetidos en los manuales y que llegan a estorbar la interpretación justa de su obra poética.

La madre de Silva, doña Vicenta Gómez, era celebrada por su inteligencia y excepcional belleza, heredada por la hermana predilecta de José Asunción. Su padre, don

Ricardo, era un buen escritor costumbrista, culto y elegante. El poeta debió interrumpir la escuela para ayudar a su padre en los negocios ; pero continuó estudiando y leyendo ávidamente, sobre todo literatura y filosofía. Viajó a Europa en 1884, a los 19 años de edad, pero con una madurez de inteligencia que le permitió descubrir, valorar y asimilar las nuevas tendencias de la literatura francesa. A su vuelta a la patria, después de corta estancia en Francia, Suiza e Inglaterra, murió su padre, en 1887. La guerra civil de 1865 había desmoronado la economía de Colombia, y el poeta, inepto para los negocios, tuvo que hacer frente a los de su familia, con mal éxito. En 1891 murió su hermana Elvira, ahijada del poeta Jorge Isaacs. « Era ésta, según quienes la conocieron, de una incomparable belleza ; había sido la compañera constante y la confidente del poeta, quien experimenta por ella la más pura y noble admiración. Su muerte inspiró a Silva el tema del *Nocturno*, la mejor de sus poesías, y una de las más bellas de la lengua española (Camilo de Brigard Silva : « Noticia biográfica », en *Poesías completas*, Aguilar, Madrid, 1952).

En 1894 tuvo el cargo de secretario de la Legación de Colombia en Caracas y allí escribió *Cuentos negros* y su novela *De sobremesa*. En 1895, de regreso por barco desde La Guaira, naufragó a la vista de las costas colombianas y perdió en el naufragio casi todos los originales de la obra de toda su vida. Sin embargo, se sobrepuso a la serie de golpes y se puso al frente de una fábrica de baldosas, en la capital. Fracásó también. « Con excepción de un reducido círculo de amigos, nadie en su país había adivinado su genialidad poética ; acosado por el infortunio, vencido moralmente, el 24 de mayo de 1896 puso voluntariamente fin a su vida, cuando apenas contaba treinta años (Brigard Silva, l.c.).

La recopilación hecha por la familia y escritores amigos del poeta, para Aguilar, con prólogo de don Miguel de Unamuno, y notas de Sanín Cano, es la única publicación completa y fiel de sus poesías. Estas habían sido publicadas antes, en 1908, en Barcelona, con muchas erratas.

La interpretación de su célebre *Nocturno*, confundiendo con el tema de otros

tres *Nocturnos*, que no tienen nada de común con el que evoca a la hermana muerta, y la explicación de su suicidio, ha llenado la noticia biográfica de Silva de leyendas antojadizas y aun insultantes. Todas ellas, meras leyendas. José Asunción fue un señorito bien educado, de casa aristocrática venida a menos ; demasiado elegante y reservado, demasiado culto y exigente para su medio. Luchó varonilmente para mantener la posición económica de la familia y fracasó. No fue reconocido en vida como poeta genial, sino por un reducido grupo de amigos y de poetas como Darío, que eran catadores extraordinarios. No tuvo suerte en amores, que amores sí los tuvo, perfectamente normales. Y su temperamento, como la descripción de su actitud en la última noche, en que don Tomás Rueda asistió a la cena familiar y el joven poeta salió a despedirlo a la puerta, poco antes de pegarse un tiro en el corazón, parecen rechazar el corriente retrato de Silva como de un neurótico. A pesar de que hace poco un médico en reunión de psiquiatras bogotanos ha presentado el diagnóstico ya manido del desequilibrio psíquico del poeta suicida. Dios sólo sabe lo que pasó en la tensión de su alma exquisita ante los choques de una realidad vulgar y rebelde al ensueño y al ideal. Hasta algunos señalan la monotonía fría del clima de Bogotá como elemento enervante que le acabó de engañar.

Para clasificarlo en la historia literaria también andan vagando leyendas diversas de críticos e historiadores. Para unos, es romántico, para otros simbolista ; para éste un premodernista, para aquél un antimodernista. ¡Tonterías! José Asunción Silva es modernista, protomodernista. Lo que pasa es que no todos saben lo que el Modernismo es, y sobre todo lo que fue para los poetas de la generación del mayor de los poetas de Colombia : José Asunción Silva.

La poesía de Silva :  
su lenguaje poético

El criterio anecdótico, así como el criterio « prejuiciado » por encasillamientos a priori, no sirven para comprender la ver-



dadera luz de su poesía. El propio Unamuno se equivoca al « poetizar », en su prólogo, sobre la abuela y su ternura para con el niño feliz, en su tranquilo « remanso » bogotano, etc. Silva fue un niño reservado, serio, lector, nada expansivo ; y su abuela no era para contar cuentos de hadas. Se los contaron a Silva los hermanos Grimm. Cuando él cantaba a la abuela y a los niños que juegan « en alas de la brisa », es el artista maduro el que canta y no el muchacho que revive experiencias de infancia. Que no las tuvo. Sobre todo, hay que considerar que, aun cuando escribe un poema transido de dolor por la muerte de su hermana, tal dolor, sincero y profundo, que perfuma de sinceridad honda el poema, no lo convierte en simple sollozo espontáneamente arrancado al alma dolorida : es la obra clarividente de un artista consciente y meticoloso en su oficio.

Otra leyenda es la del Silva de los *Nocturnos* imitando y casi calcando a Edgar Allan Poe. Según unos al Poe de *The Raven* ; según otros al Poe de *The Bells*. Lo cual en sí es ya una contradicción.

Ya el profesor Arturo Torres Rioseco (« Las teorías poéticas de J.A. Silva », en *Ensayos de Literatura hispanoamericana*, 1953, p. 65-74) había protestado contra el casi dogma impuesto por otros comentaristas, como John Englekirk, del Silva imitador de Poe.

« ¡Si supieran —decía Silva a Sanín Cano— de dónde he sacado la idea de usar este metro! (el del famoso *Nocturno*). « La idea se la había dado el buen versificador que era el fabulista Tomás Iriarte :

*A una mona  
muy taimada,  
dijo un día  
cierta urraca...*

« A los intonsos —comenta el maestro Sanín— les pareció metro nuevo, porque las cuatro sílabas de cada verso, en vez de estar distribuidas en renglones cortos, se añadían a las siguientes hasta exceder el ancho de la columna en las hojas periódicas :

*Una noche,  
una noche toda llena de murmullos y de  
músicas de alas...*

Comparemos con los dos famosos poemas del gran poeta de New England :

« The Raven » (El cuervo)  
*Once upon a midnight dreary, while I  
pondered, weak and weary,  
over many a quaint and curious volume of  
forgotten lore ;  
While I nodded, nearly napping, suddenly  
there came a tapping,  
as of one gently rapping, rapping at the  
chamber door.  
« Tis some visitor », I muttered, « tapping  
at my chamber door,  
only this and nothing more.*

El poeta norteamericano recuerda la muerte de Lenore, en su cámara, entre cortinas, a ventanas cerradas, y el ala del cuervo viene a golpetear como diciendo : « *Nevermore...* » (Nunca más).

Si cada poeta que canta a una muerta amada es discípulo de Poe, entonces lo son todos, comenzando por Machado y Neruo... Pero examinemos el lenguaje mismo de ambos poetas ; y sobre todo, el famoso ritmo, que a mí, por lo menos, me suena muy diferente.

El poeta norteamericano está hojeando entre cabeceos de « casi siesta » (*nearly napping*), un libro raro y antiguo. Silva está recorriendo al aire libre de la noche, entre los árboles, las avenidas que recorría con sus amigos o con su hermana confidente, en noches de luna, en la quinta « Chantilly », en el entonces campestre y hoy populoso barrio Chapinero de Bogotá. (Hoy queda en la Avenida Chile un pequeño negocio de platería con el nombre de la antigua quinta señorial « Chantilly ». Hasta el nombre, francés.)

*Una noche,  
una noche toda llena de perfumes, de mur-  
mullos y de músicas de alas,  
una noche,  
en que ardían en la sombra nupcial y hú-  
meda las luciérnagas fantásticas,  
a mi lado, lentamente, contra mi ceñida  
toda,  
muda y pálida,  
como si un presentimiento de amarguras  
infinitas  
hasta el fondo más secreto de tus fibras te  
agitara,*

caminabas,  
 y la luna llena,  
 por los cielos azulosos, infinitos y profun-  
 dos esparcía su luz blanca,  
 y tu sombra,  
 fina y lánguida,  
 y mi sombra,  
 por los rayos de la luna proyectada,  
 sobre las arenas tristes  
 de la senda, se juntaban  
 y eran una,  
 y eran una,  
 ¡Y eran una sola sombra larga!  
 ¡Y eran una sola sombra larga!  
 ¡Y eran una sola sombra larga...!

Prescindiendo de la medida técnica, de pies contra sílabas, atiéndase simplemente al compás de los acentos, que marcan cada tercera sílaba en Silva y tienen sólo dos acentos rítmicos, tercera y séptima, en inglés. Además Poe no tiene los esdrújulos de Silva, ni Silva la rima consonante de Poe: los colores de Poe son negros, y los de Silva blancos, pálidos, con puntos luminosos de luciérnagas o de blancor de luna pálida. Por lo demás Silva da mucha mayor variedad a su metro, mientras la monotonía buscada es esencial al ritmo de « El Cervo ».

En cuanto a The Bells (Las Campanas), el ritmo del poema inglés suena así :

*Hear the edges with the bells —  
 silver bells !  
 What a world of merriment their melody  
 foretells !  
 How they tinkle, tinkle, tinkle,  
 in the icy air of night !  
 .....  
 To the tintinnabulation that so musically  
 wells,  
 from the bells, bells, bells, bells,  
 bells, bells, bells,  
 from the jingling and the tinkling of the  
 bells...*

Este ritmo no se parece, en verdad, a nada de lo escrito por Silva. Únicamente puede decirse que el poeta norteamericano juega aquí con la armonía imitativa, como Silva y millones de poetas antes y después lo han hecho. Pero no hay ninguna imitación de parte del poeta bogotano. Y sería bueno que no se repitiera más la especie.

El *Nocturno* tiene versos de 4, 24, 20, 16, 12, 8 sílabas y tres decasílabos, es decir que no son exactamente todos los versos múltiples de cuatro, que es el pie básico de su melodía. En otros *Nocturnos*, como el que empieza : « *Poeta, di paso...* », mezcla las estrofas de alejandrinos modernistas de dos hemistiquios regulares de a siete, con el estribillo de hexasílabos, en vez de dejar el verso corto de siete, como es la combinación habitual. Versos de once y siete componen el poema « Al pie de la estatua », poema heroico a Bolívar, pero en que los sentimientos tristes del poeta soplan cierto lirismo extraño al tema. Otras innovaciones métricas pueden señalarse en los dodecasílabos de « *A veces cuando en alta noche* », el metro que va a ensayar en todas sus posiciones rítmicas Amado Nervo, después de Silva ; y el famoso eneasílabo de :

*Estrellas que entre lo sombrío  
 de lo ignorado y de lo inmenso,  
 asemejáis en el vacío,  
 jirones pálidos de incienso...*

.....  
*Estrellas, luces pensativas!  
 Estrellas, pupilas inciertas!  
 ¿Por qué os calláis si estáis vivas,  
 y por qué alumbráis si estáis muertas?*

Hugo Pascoli escribió armoniosos versos italianos con el verso de nueve, con acentos en la segunda de cada tres grupos de tres sílabas. En español tal ritmo resulta pegajoso ; y con un solo acento necesario, a la manera de los versos menores, el eneasílabo era áspero y no fue practicado por los poetas castellanos. Silva descubre otro ritmo mucho más alado. Y el propio Rubén lo adopta después en « Canción de otoño en primavera ». Luego lo empleará también melodiosamente el otro gran colombiano, Valencia. Valencia tiene también un tipo de alejandrino (el maestro payanés presenta hasta cinco variedades del famoso alejandrino), como en « Los camellos » :

« Todo el cansancio, toda la fiebre, toda la hambre », que sigue el ritmo descubierto por José Asunción en « Un Poema » : « ritmos sonoros, ritmos potentes, ritmos graves ». Lo habrá hecho Hugo en francés. Pero el primero en castellano es Silva.

El tono inconfundible de José Asunción, lo da no sólo la flexibilidad y melodía de

sus ritmos. Su *vocabulario* —a la vez considerado como grupos de fonemas y como serie de vocablos simbólicos—, es característico y decidor. Los sustantivos más frecuentes son : paisaje, follaje, encaje, duendes, hadas, estrellas, alas, rosa, telarañas, vejeces, orquesta, fiesta, violines, sombra, luna, paleta, brocado, jarrón chino (« Taller mundano »)... Los adjetivos predilectos : amargo, pálido, diáfano, fantástico, místico, nupcial, medicinal, blanca, inquieta, sola, peregrina, vaga, azulosa, opalina, suave, trémula, tierna, helada, nieve, breve, opaco, triste, destefñida, fría, blanca...

Pero al mismo tiempo que estos nombres, delicados y semitonales, emplea, como Gutiérrez Nájera, y esto es también característico del Modernismo, « el paso de la audaz locomotora », o « telegrama de amor por el alambre » : palabras técnicas, prosaicas, en contraste. El naturalismo de fines del siglo es contemporáneo de la renovación espiritualista que es el Modernismo. Pero mientras el materialismo del siglo positivista se ríe de los nuevos poetas modernos (¡y cómo se lamentará Valencia de esta incomprensión!), la amargura del choque entre el ideal y la mediocre realidad ramplona, que llevó al extremo fatal al poeta de Bogotá, le hizo también verter ironía, no sólo en sus « Gotas amargas », sino ya en su famoso « Un poema », profesión de fe modernista :

*Sonaba entonces con forjar un poema,  
de arte nervioso y nuevo, obra audaz y suprema.*

*Escogí entre un asunto grotesco y otro trágico.*

*Llamé a todos los ritmos con un conjuro mágico.*

*Y los ritmos indóciles vinieron acercándose,  
juntándose en las sombras, huyéndose y buscándose,  
ritmos sonoros, ritmos potentes, ritmos graves...*

*Tascando frenos áureos bajo las riendas frágiles,  
cruzaron los tercetos como corceles ágiles;  
abriéndose ancho paso por entre aquella grey*

*vestido de oro y púrpura llegó el soneto rey.*

.....  
*(Entre todas las estrofas escogí una aguda)*

—a la francesa!—  
*Le di unas rimas ricas, de plata y de cristal.*

*En ella conté un cuento, que huyendo lo servil,  
tomó un carácter trágico, fantástico y sutil.*

*Era la historia triste, desprestigiada y cierta,  
de una mujer hermosa, idolatrada y muerta.*

*Y para que sintieran la amargura, exprofeso,  
junté sílabas dulces como el sabor de un beso...*

*Bordé las frases de oro, les di música extraña...*

.....  
*Dejé en una luz vaga las hondas lejanías,  
llenas de nieblas húmedas y de melancolías...*

.....  
*Complacido en mis versos, con orgullo de artista,  
les di olor de heliotropos y color de amatista...*

(hiperestesia modernista de los sentidos!)

*Le mostré mi poema a un crítico estupendo...  
Y lo leyó seis veces y me dijo... ¡No entiendo!*

En « Gotas amargas », el sarcasmo del poeta esboza una sonrisa, como quien no quiere llorar. Y su desencanto de todas las filosofías le da un tinte de cinismo sordo. Pregunta a la Tierra por sus misterios y espera « La respuesta de la Tierra ». Pero...

*La Tierra como siempre, displiciente y callada,  
al gran poeta lírico no le contestó nada.*

« Idilio » es una cápsula campoamoriana, pero con más amargura y gracia, del fracaso de Silva en el amor, como en todo lo demás. Y en « Egalité », en un tono muy parecido al poeta chileno Carlos Pezoa Velis, se burla de las doctrinas socialistas que a principios del siglo ofrecían a América una panacea para todas las injusticias humanas.

Ante el instinto sexual,

*Juan Lanas, el mozo de esquina  
es absolutamente igual  
al Emperador de la China :  
los dos son un mismo animal.*

Y en su última poesía, trunca por la muerte, el poeta suicida parecía volverse a una poesía religiosa que le pudiera salvar del abismo nihilista en que se estaba hundiéndose :

*¿El pensamiento humano? No sonrías  
si al llegar las nociones verdaderas  
a polvo imperceptible de Quimeras  
reducen tu ilusión con manos frías.*

*Deja las peligrosas fantasías  
y busca en perfumadas primaveras  
todo el supremo bienestar, que esperas  
del Cielo que prometes o que ansías.*

José Asunción Silva no era el neurótico con que la leyenda rodeó su suicidio. « Pretendió gozar de la vida con igualdad y plenitud, difundir su conciencia por los resquicios del universo, hacer suyas a un mismo tiempo la visión apolínea y la dionisiaca. Logró solamente, en el medio adverso donde hubo de agitarse, convertir su organismo en la más delicada y exquisita máquina de sufrir » (B. Sanín Cano). Y cansado de aburrimiento del frío monótono de la sociedad bogotana contra la cual no podía luchar ni de la que pudiera evadirse, rompió su máquina exquisita, dejando atrás el alma de un poeta finísimo en la inicial iluminada de este movimiento de « libertad hacia la belleza », de renovación del lenguaje poético castellano, que fue la plenitud del Modernismo.

### EL CARACAS DE 1894 VISTO POR JOSE ASUNCION SILVA

*Una plaza-parque, las calles laterales más altas que el centro de ésta, con el piso pavimentado de mosaicos de piedra artificial. En el centro la estatua ecuestre del Libertador sobre un pedestal de mármol negro, y en las eras árboles coposos cuya verdura oscura refresca el ojo cansado del gris plomo, del gris azulado, del café claro de las construcciones vecinas, mediocres arquitecturas de adobe, ornamentadas de cartón pasta y pintadas al óleo. Un capitolio que ocupa otra manzana : adobe y cartón pasta, pero concluido, no como el nuestro en estado embrionario, con los respectivos jardincitos, verjas de hierro, surtidores, etc. Ahí me tiene usted el centro. Pueblo los bajos de las casas altas de botillerías radiosas, de cafés a la parisiense, de joyerías con el brillo de las piedras sobre lo rojo o lo negro del terciopelo ; anime eso con mucho coche, así, así, ellos ; suelte dos tranvías o tres por esas calles, y estamos. Las calles del comercio, construcciones bajas, oficinas, almacenes, con un injerto de la calle de la Ropa (la de cerca al mercado de Bogotá), y de las calles de Honda. Ahora, si usted se separa de este centro, el resto de la ciudad es uniforme ; el camellón de los Carneros, con las ventanas de las casas rasgadas hasta abajo, el piso empedrado y, por excepción, tal cual edificio alto. Si la casa es elegante, pavimento de mosaico (zaguan de los baños de Guanantí), palmeras de California en el patio, decoración parisiense y adentro las caraqueñas antes descritas. Si la casa no es elegante, barriles de flores, sin flores, y mesunas pálidas, anemiadas, con ojos muy negros y color muy Odilon Redon, sentadas en mecedoras de bambú, dándose aire con abanicos japoneses de a real. ¿Estamos?... En la población indígena, enervada por la suavidad de la temperatura, fundido y mezclado ya mucho elemento exótico ; en las esquinas mucho tipo alicaído, maniembolsillado, esperando a ver qué sucede, como en la esquina de Medina Hermanos.*



EL ESTUDIANTE - VII  
LOS SEMINARISTAS.

« LOS SEMINARISTAS »

DIBUJO DE ALBERTO ARANGO URIBE

# La esclavitud de los negros en el Nuevo Mundo

POR MARGUERITE YOURCENAR

LOS TEMAS del *Negro Spiritual* están ligados de una manera demasiado indisoluble a una condición bien determinada, que es la esclavitud, para que sea posible analizar estos poemas sin recordar antes ciertas fechas y ciertos hechos relativos a la servidumbre de los negros en el Nuevo Mundo. Pero estos hechos sólo constituyen un capítulo reciente de una crónica inmemorial de las violencias y de la explotación de que ha sido objeto el negro. Las diferentes formas de caza de la bestia humana o de su tráfico, la incursión militar, la captura por sorpresa, la ingeniosa estratagema de prender fuego a las chozas de paja de los indígenas para apoderarse, a favor del tumulto, de los que no han perecido en el interior de las cabañas, o bien de una manera más pacífica, la compra del ganado humano a un potentado negro, deseoso también de realizar un buen negocio, datan de la época de las primeras relaciones de los países civilizados con el Africa negra. Los bajorrelieves egipcios conservan el recuerdo de los guerreros bárbaros del Alto Nilo y de Etiopía sojuzgados por los faraones, formando esa fila miserable y hociuda que un escribano en cuclillas va registrando con su estilete. Casi dos mil años después, las batidas practicadas por los comerciantes mauritanos

procuraban a los romanos la mercancía de lujo que representaba para éstos el esclavo de piel bronceada o de ébano, portador de litera, mayordomo o gladiador. Algunos siglos más tarde, los mercaderes árabes organizaron expediciones para suministrar aguadores, descargadores y lacayos para los muelles y las casas de Bagdad y de Estambul; los negritos recién castrados, con arena pegada en el vientre para evitar la hemorragia y una punta de caña clavada en la carne para impedir que, al cerrarse la herida se obturase el orificio del canal de la uretra, morían a consecuencia de su mutilación, pasando a la cuenta de pérdidas y ganancias, y cuando sobrevivían, entraban en los harenes del imperio turco para asegurar el número necesario de eunucos negros. En los serrallos de los bajaes, lo mismo que en los prostíbulos de Francia en el siglo XIX, la negra era una atracción. Hasta en la Europa medieval, que no conoció del hombre de piel oscura más que el santo rostro chato de uno de los Reyes Magos, hubo sin duda entre los «moriscos» empleados como esclavos en la parte que permanecía cristiana de la península ibérica, auténticos africanos de raza negra. Dondequiera que se sigan las tradiciones del mundo antiguo, se encuentra de vez en cuando la forma, entre grotesca y patética, del «negro».

No obstante, del mismo modo que los demás tesoros del Africa negra, como el marfil de los elefantes exterminados, materia prima en que los imagineros góticos

*Primera parte de la introducción del libro Fleuve profond, sombre rivière. Ed. Gallimard, París, 1964.*

esculpían sus dulces Vírgenes, y más tarde teclados de piano y objetos preciosos; como las plumas de avestruz para empenchar los yelmos del Renacimiento y los sombreros de las mujeres; como los leones y los monos de la selva ecuatorial, que se traían vivos para que luego se consumieran detrás de las rejas, el aborígen africano ha seguido siendo para Europa una mercancía pintoresca y rara, un objeto de lujo y no de primera necesidad. Las negras que sirven de contraste a las blancas bellezas de los cuadros venecianos, los negritos con chaquetilla de raso de los cuadros del siglo XVIII no afectaban a la economía de las naciones; tampoco existía el peligro de que se estableciese en Occidente un proletariado negro. La trata de negros jamás hubiera tomado la amplitud de las grandes empresas de no haberse producido sucesivamente al otro lado del Atlántico, en menos de medio siglo, dos grandes oportunidades para hacer negocios fabulosos: por una parte, el descubrimiento por los portugueses de la ruta marítima hacia el África negra (sus primeras incursiones en el Senegal se remontan a 1444), que les permitía una carga humana más considerable por un camino más directo y menos oneroso que el de las caravanas; y por otra parte, el descubrimiento y las primeras tentativas de colonización del Nuevo Mundo, que ofrecía a los negreros mercados seguros.

En la época en que la corona de España y, más adelante, la de Inglaterra, distribuían a los aventureros y a los que estaban bien situados en la corte millares de hectáreas de tierras en regiones apenas explotadas, salvajes y a menudo insalubres, se hizo necesaria la importación en masa de una mano de obra servil. En este momento tan beneficioso, los portugueses y los franceses, los ingleses y los holandeses empezaron a hacerse una enérgica competencia, que duró casi tres siglos, sin distinción de religiones ni de regímenes políticos; los piadosos católicos, lo mismo que los austeros protestantes, los ciudadanos de Inglaterra y de Holanda, tan amantes de las libertades cívicas, como los súbditos de las monarquías absolutas. Tres continentes se hallaban comprendidos en un negocio en el que África suministraba la materia

prima, Europa los capitales y los medios de transporte y el Nuevo Mundo los compradores. La fase de la esclavitud había empezado.

Desde 1501, los españoles introdujeron negros en el archipiélago caribe; unos años más tarde, y por una de las ironías más crueles de la historia, Las Casas, el admirable defensor de las poblaciones indias oprimidas por la conquista española, pidió a Carlos V que permitiese a cada colono establecido en el territorio de la Nueva España la importación de una docena de esclavos negros, para aliviar a los indios condenados a trabajar en las minas. Este hombre vivió lo bastante para arrepentirse de su intervención. Entre 1562 y 1576, el negrero inglés John Hawkins realizó tres viajes fructuosos entre el cabo Mogador y las colonias del Nuevo Mundo. En lo que concierne al territorio de los actuales Estados Unidos, un negrero holandés desembarcó en 1619 por primera vez su mercancía humana en un puerto de lo que era entonces la colonia inglesa de Virginia. A este pobre grupito de veinte negros iban a seguir, en el espacio de los siglos, más de dos millones de hombres, sin contar los innumerables que perecieron en el curso de las capturas, durante las travesías o en el período de adiestramiento, hecho generalmente bajo el mando del propio negrero, es decir, durante el primer año de cautiverio. Los más débiles sucumbían, debido a las espantosas condiciones del viaje, a los malos tratos y a la nostalgia tan intensa entre los pueblos primitivos; los más indómitos terminaban bajo el látigo, pero los beneficios eran, a pesar de todo, bastante considerables para que el mercader pudiese, sin arruinarse, contar con un desecho de casi cincuenta por ciento para cada expedición de mercancía viva. Hacia 1799, había en Jamaica más de trescientos mil esclavos; en Virginia, doscientos mil; algunas grandes propiedades poseían de cinco a seis mil hombres. La explotación agrícola en gran escala, las inmensas fortunas basadas en el tabaco, el ron y, algo más tarde, en el algodón, fueron posibles gracias a estos ejércitos alimentados con maíz, un poco de tocino y una ración de sal. Durante estos últimos años del siglo XVIII, la invención de una

máquina para descortezar el algodón, en vez de reducir la importancia del trabajo de los esclavos, lo decuplicó al multiplicar la producción y la venta. De pronto, esta innovación puso fin a las veleidades liberales, que habían sido corrientes hasta entonces entre los grandes propietarios de tierras del Sur, afectados por la influencia del siglo de las luces. La condición de la esclavitud conjugó, en adelante, todos los males de la servidumbre de tipo primitivo y patriarcal que la habían caracterizado en las plantaciones de los siglos XVII y XVIII, y los de la era industrial que acababa de iniciarse.

Como sucede con frecuencia cuando se trata de fenómenos históricos, la institución de la esclavitud no había sido nunca tan poderosa, ni se había visto defendida con tanto fanatismo, y casi diríamos sentimentalismo, por sus adictos, ni jamás fue tan provechosa para sus beneficiarios, como durante los cincuenta años que precedieron al momento en que, por la fuerza de las circunstancias, habría de terminarse. Hacia 1850, la pequeña ciudad de Natchez, en el Estado de Misisipí, se jactaba de poseer siete millonarios, cinco más, según se decía, que el de Nueva York en dicha época. Las lujosas casas de recreo de los propietarios de las plantaciones, las nobles residencias que imitaban por fuera los peristilos de los templos griegos, se ornaban de hierros forjados traídos de España y de mármoles importados de Italia, contenían objetos de arte y muebles tapizados del París de Napoleón III, precediendo en muy pocos años el instante en que esta forma de sociedad oficialmente fundada en el trabajo servil iba a deshacerse en polvo.

Es indudable que el bien y el mal se mezclan siempre de una manera demasiado inextricable en las sociedades humanas, para que pueda trazarse sin riesgo de exagerar, un cuadro absolutamente siniestro de la condición de los esclavos. Las formas más atroces y modernísimas de la esclavitud en los campos de concentración que hemos visto y vemos todavía hacer estragos a nuestro alrededor, nos predisponen a imaginar en una forma casi idílica esa esclavitud doméstica, en que el servidor representaba para su amo un valor

material y en algunos casos podía elevarse a la categoría de amigo humilde. Ha podido existir una dignidad de la esclavitud, no muy distinta, después de todo, de la de la vieja Catalina Leroux, en *Madame Bovary*, o la Felicidad, de *Un coeur simple*. También ha habido, por parte de los negros bien tratados, una pereza, una vanidad, una glotonería y una despreocupación muy propias de los esclavos. Más adelante encontraremos viejas rondas de negros americanos indudablemente llenas de una alegría pueril y tierna. Una canción de los segadores de Georgia, titulada aquí *Canción de la hermosa cosecha* expresa, con una especie de terrible vena poética, el contento grosero del trabajador bien alimentado, comparando su suerte con la de los negros que se mueren de hambre en la plantación inmediata. La letra de *My old Kentucky Home*, esa melodía del compositor americano Stephen Foster, tan boga en los años que precedieron inmediatamente a la Guerra de Secesión, evoca con una simpatía emocionante el dolor de los domésticos negros obligados a abandonar la casa de un amo bueno arruinado, revendidos a propietarios de campos de algodón o de caña de azúcar, en cuyas casas volvían a descender a la categoría miserable de los trabajadores agrícolas, y soñando con la hermosa morada del antiguo patrón, como si fuera un paraíso perdido. Pero conviene recordar que esta pobre dicha aleatoria de los criados negros sólo representaba para el conjunto de los mismos una suerte excepcional: la inmensa mayoría de los esclavos empleados en los trabajos de la tierra o en las fábricas apenas conocía a sus amos, buenos o malos, y sólo les entreveían a través de su intermediario aborrecido, el capataz, nunca más temible que cuando era también un hombre de color, representante odioso de un propietario, el peor de cuyos crímenes era la indiferencia o la ausencia.

Para conocer hasta qué punto la institución de la esclavitud en su conjunto fue iniqua para el negro sometido y nefasta para el blanco privilegiado, acostumbrado a contar para vivir y enriquecerse con el buen rendimiento del trabajo servil, hay que valerse de las descripciones de los visitantes europeos, más sensibles a los defectos



de una sociedad extranjera y que para ellos era nueva. «Le pregunté», escribe en sustancia Dickens, respondiendo a los argumentos habituales de un esclavista que se esforzaba por demostrar que el esclavo, por ser una mercancía preciosa, costaba demasiado dinero para no preservarla de los malos tratos, aunque no fuera más que por el sentido práctico del amo, «le pregunté si el robo, el juego, el abuso del alcohol, la persecución desesperada de una venganza, el crimen y el asesinato no son acciones que todo hombre dotado de buen sentido considera perjudiciales en el que las comete. ¿Por qué se las comete, pues, con tanta frecuencia? Es porque hay en la raza humana una propensión al mal. El día en que se haya suprimido del catálogo de las pasiones humanas el libertinaje brutal, la crueldad, la embriaguez del poder absoluto (tal vez la más peligrosa de todas las tentaciones), sólo ese día podrá preguntarse si el sentido práctico del amo basta para proteger al esclavo» (1). Poco tiempo antes, la célebre actriz inglesa Fanny Kemble, casada con un rico propietario de Pensilvania, había acabado por ver con sus propios ojos una plantación situada en una isla de Georgia, y de la cual sacaba su marido una parte de sus ingresos. La descripción que ha dejado de esto constituye una acusación terrible contra la incuria, la indiferencia y el cruel derroche del ser humano (2). En realidad, no faltaron economistas que comprobaron que el buen rendimiento de un esclavo no pasaba de siete años y que lo importante era obtener el máximo de trabajo durante este período de vigor y no tratarle con miramientos para que llegase a una vejez siempre inútil. Incluso sin atribuir una clarividencia tan fría a los amos, no hay razón

para creer que la mayoría de ellos trataba a los esclavos enfermos o viejos con más compasión que la que ha mostrado en todo tiempo el hombre para sus viejos caballos o bueyes agotados por el trabajo. Lo más duro que puede decirse en relación con la institución de la esclavitud es que deja legalmente al ser humano a la merced de ese monstruo de insensibilidad, de locura o de avaricia, que es con demasiada frecuencia otro hombre.

Tal vez convenga recordar a los lectores que la esclavitud norteamericana se practicó casi exclusivamente en las regiones del Sur, por ser las únicas donde predominaba el sistema latifundista. En cambio, en el Norte, donde las familias de los campesinos puritanos dedicaban sus esfuerzos a cultivar unos pobres campos, hubo pocos esclavos, y pronto. es decir, hacia 1800, se dictaron las leyes abolicionistas, cuyo resultado más tangible fue, por lo demás, la venta en los mercados del Sur de los escasos esclavos de que se deshacían los propietarios del Norte. Un siglo hacía ya que los cuáqueros de Pensilvania habían puesto en guardia a sus adeptos contra cualquier inversión de fondos en la trata de negros, y a partir de 1774 eliminaron de su sociedad a todos los que se negaron a manumitir a sus esclavos (3). Los grandes hombres del período revolucionario y del que siguió inmediatamente a la revolución, habían sido casi todos liberales a este respecto, aunque sin pasar casi nunca a la acción; e incluso en el Sur no faltaron los que protestaban enérgicamente contra la esclavitud, tal como el rico propietario de Virginia, Georges Mason, quien se negó a poner su firma en la Constitución de los Estados Unidos porque no abolía el trabajo de los esclavos. Durante el segundo período presidencial de Jefferson, se dictó al fin

(1) *Notas de un viaje a los Estados Unidos dirigidas al gran público*, capítulo XVIII, *La esclavitud*, 1842.

(2) A pesar de su simpatía por los esclavos maltratados, Fanny Kemble no disimula tampoco sus defectos, que eran los defectos de los miserables: un servilismo casi trágico y una crueldad casi demoníaca para con los animales confiados a su cuidado. Estos liberales a los que se acusa de sentimentalismo, tenían los ojos bien abiertos.

(3) Uno de los más activos defensores de los negros en las colonias norteamericanas, en la época en que el abolicionismo propiamente dicho no existía aún, fue el cuáquero Anthony Benezet, hijo de protestantes franceses expatriados como consecuencia de la Revocación del Edicto de Nantes. Más adelante, el exiliado Kosciuszko debía convertirse también en un generoso promotor de la dignificación de los negros. *Non ignari malis, miseris succurere discunt.*

una ley por la que se prohibía la importación de nuevos esclavos en el territorio de la Unión, cuyo efecto inmediato fue, no obstante, elevar el precio de éstos y estimular el contrabando, lo que dio origen a la fortuna y a la fama legendarias del pirata francés Laffitte, entre otros. En 1822, la fundación de la colonia de Liberia, poblada de antiguos esclavos, a quienes los filántropos americanos se esforzaban por devolver la libertad y restituirlos a su continente natal, suscitó entre los negros de los Estados Unidos vehementes esperanzas; pero esta nueva tierra prometida no ofreció, como habían creído algunos, una solución adecuada al problema. Al mismo tiempo, el descubrimiento de territorios situados más al Oeste, la explotación de regiones todavía incultas, o sea la destrucción sistemática de los recursos naturales, cuyas consecuencias habrían de sufrir las generaciones siguientes y, como ya se ha visto, el desarrollo frenético de la industria algodonera, exigían constantemente más esclavos a quienes se sometía a una disciplina cada vez más dura. Lo que se ganaba por una parte, a menudo se perdía trágicamente por otra.

Sin embargo, la conciencia humana, que generalmente duerme cómodamente sobre la doble almohada del conformismo y de la inercia, tuvo indudablemente en el siglo XIX breves sobresaltos en muchos sitios, por lo que concierne a la condición de los negros: en 1818, la Francia de la Restauración había abolido definitivamente la trata de negros, eliminada ya por la Convención, pero restablecida por Napoleón. En 1833, es decir, treinta años antes de la victoria del abolicionismo en los Estados Unidos, el Parlamento británico prohibió la esclavitud en los territorios de la Corona. Pero esta manumisión, lo mismo que la supresión de la trata, llevada a cabo unos veinte años antes, se había obtenido después de una larga agitación liberal, que duró casi un siglo. Debe tenerse presente también que la revolución norteamericana había facilitado, en cierto modo, al Parlamento inglés la promulgación de las medidas liberadoras. Por mucha que fuese la importancia de las plantaciones de Jamaica (es curioso observar que, por ejemplo, dos escritores ingleses, sumamente refinados,

del siglo XIX, William Beckford y Monk Lewis, eran grandes propietarios de esclavos en las Antillas), las pasiones y los intereses que estaban en juego en Inglaterra iban a ser en adelante menos violentos y menos complejos de lo que siguieron siendo en los Estados Unidos. No obstante, la parte conservadora de la opinión inglesa, incluso en la época de la Guerra de Secesión, se mantuvo mucho tiempo al lado de los esclavistas.

En Norteamérica misma, las leyes cada vez más draconianas dictadas por unos cuantos Estados sudistas, con el fin de evitar que los negros se elevasen por encima de su condición o para que no escapasen a ella, y muy especialmente la *Fugitive Slave Act* de 1850, que convertía al negro que huía en un animal acosado y en un criminal puesto a precio, acabaron por escandalizar a una gran parte de la opinión popular de los Estados del Norte. Los filántropos se organizaron para establecer un « camino secreto », que se extendía a lo largo de millares de kilómetros, y proporcionar paradas y escondrijos a los esclavos que escapaban hacia los Estados libres y la colonia del Canadá. En 1852, la novela asaz mediocre en sí misma, de la Sra. Beecher-Stowe, *La cabaña del tío Tom*, fue en todo caso una propaganda admirable. Por primera vez puso al gran público en presencia de las atrocidades de que las gentes sensibles evitan tener conocimiento en la vida real, pero que las llenan de emoción, momentáneamente por lo menos, cuando se les presentan envueltas en cierta literatura. El antiesclavista tuvo sus héroes, sus fanáticos y sus mártires, como el agricultor puritano John Brown, ahorcado en 1859 por haber incitado a los negros a la rebelión y haberles dirigido durante una escaramuza. « *El cuerpo de John Brown se pudre en la tumba, pero su espíritu está en marcha, pero su espíritu está en marcha* », dice la célebre balada popular. Un año después de iniciada la Guerra de Secesión, la poetisa americana Julia Ward Howe, encargada de hacer para la misma melodía un texto más vigoroso, evocaba con una fuerza extraordinaria los racimos de la venganza a punto de ser aplastados en los lagares del Señor. Se había llegado al punto en que hasta los idealistas preco-

nizaban la violencia para abolir la injusticia.

En 1860, la elección de Abraham Lincoln acabó de exasperar a los Estados del Sur, a pesar de que el presidente electo se oponía, en principio, solamente a la extensión de la esclavitud en los nuevos territorios de los Estados Unidos, pero no a su mantenimiento allí donde existía ya. Once Estados esclavistas hicieron secesión, formando una federación aparte. En abril de 1861, empezó la guerra civil. Aun cuando la causa oficial del conflicto fuese la rebelión contra la autoridad central y la defensa de esta misma autoridad, y que ambas partes estuvieran de acuerdo para pasar relativamente en silencio el problema de la esclavitud, la opinión popular vio en ésta la razón profunda de una guerra que estuvo a punto de destruir definitivamente la unidad de los Estados Unidos, y este punto de vista es el que ha triunfado en la leyenda y, en último término, en la historia. Novedad inaudita, el Norte formó regimientos de soldados negros; por su parte, el Parlamento sudista dictó una ley que trataba a estos soldados de rebeldes merecedores de la horca, así como a los oficiales blancos que los mandaban. En todas partes, los negros de las plantaciones abandonadas con motivo de la guerra se escapaban para seguir a los ejércitos de la Unión. El avance devastador de Sherman a través la Georgia fue seguido por las multitudes de negros que acudían no se sabía de dónde, como nubes de langostas, y seguían a las columnas en marcha. En 1863, Lincoln, sostenido por la mayoría de la opinión pública, y arrastrado por un movimiento que lo arrebató todo, proclamó la abolición de la esclavitud. En diciembre de 1865, los Estados americanos ratificaron el preámbulo de la célebre décimotercera enmienda a la Constitución de los Estados Unidos, algunos meses después de haber cesado las hostilidades y del asesinato de Lincoln. Así se ponía fin a los aspectos legales de una vieja y enorme injusticia.

Pero una larga iniquidad no se borra de un plumazo. El Sur estaba arruinado y entregado a los arrendadores y a los compradores venidos del Norte; por su parte, el Norte se lamía las heridas, y en ambos sectores, el periodo de reconstrucción ten-

día a desarrollar aún más en el americano la fe en los valores definitivos del éxito material, tara original de esta civilización de hombres de negocios. Las masas americanas, por lo menos aquéllas para quienes la presencia constante del negro en medio de ellas, como sucedía en el Sur, no era la mayoría de las veces una incitación a la violencia o al rencor, se desinteresaban del problema, que parecía definitivamente resuelto. La emoción abolicionista se había extinguido, se había relegado al almacén de los accesorios melodramáticos a los perros de presa lanzados en persecución de los esclavos fugitivos, el hierro al rojo y el látigo, no porque fuesen falsos los relatos de los propagandistas, sino porque, como ocurre casi siempre en casos semejantes, habían pasado al dominio público de la literatura. Hombres como el coronel Higginson (4) que se hicieron abrir por primera vez el calabozo de una plantación, donde los negros agarrotados, acurrucados, habrían expiado las faltas cometidas contra el capataz o el propietario, sintieron, conservando las debidas proporciones, una repulsión parecida a la de los liberadores que, en 1945, penetraron en los campos de concentración hitlerianos; pero como es natural, estas indignaciones se desgastan pronto y no se transmiten. Por una reversión frecuente de la sensibilidad popular, la lástima se dirigió pronto hacia el propietario sudista arruinado y no hacia el antiguo esclavo que luchaba ahora con las humillaciones de la miseria libre.

En efecto, el negro se encontraba ya libre, pero desamparado, y la mayoría de las veces se veía obligado a tomar nuevamente el pico y la pala para trabajar al servicio de sus antiguos amos empobrecidos o para los sucesores de éstos. «*Ya no hay raciones de maíz para mí, oh, nunca más*», dice una de las raras canciones negras inspiradas en la Guerra de Secesión, que han llegado a nosotros. En realidad, el esclavo

(4) Thomas Wentworth Higginson, *Army Life in a Black Regiment*, Boston, 1870. Hombre de letras, filántropo y partidario del violento abolicionista John Brown, al que trató de sustraer al patíbulo, Thomas Higginson (1823-1911) fue un ardiente defensor de la causa de los negros. También fue uno de los primeros que coleccionaron textos de *Negro Spirituals*.

emancipado se consideró muy feliz cuando pudo reanudar el trabajo a cambio de las raciones habituales o por los treinta centavos que se daban al negro que comía por su cuenta. Este negro transformado en obrero asalariado se convertía en el émulo peligroso y detestado de ese otro proletario, el blanco pobre, y con mayor motivo en ciertos Estados en que los negros habían adquirido finalmente una superioridad numérica que iba a hacer sentir todavía más la necesidad, a los ojos del blanco, de mantenerle en condiciones de inferioridad social y legal. A la era del látigo iba a suceder la del linchamiento practicado con frecuencia, la de los pequeños comerciantes y pequeños propietarios blancos disfrazados con las cogullas del Klux, colgando de los árboles a los cochinos negros y encendiendo en los campos sus lúgubres cruces de fuego; la era de las propagandas de odio que todavía se inflaman en nuestros días. En los distritos rurales, el negro seguía siendo el ocupante de las miserables chozas atestadas, el jornalero a destajo, el pequeño mediero endeudado con el propietario del lugar o, en el mejor de los casos que pudiera imaginarse, el pequeño propietario abrumado por las hipotecas y mal considerado por sus vecinos pobres de raza blanca. En las ciudades se instalaba en los barrios más ruinosos, de donde huían inmediatamente los blancos, y que iban a convertirse y a seguir siendo para ellos una especie de juderías. En todas partes continuaba siendo el miembro de una casta de esclavos, y en el Sur, de una casta intocable, ya que, por una paradoja curiosa, las gentes que confiaban los hijos a las criadas negras y la preparación de sus alimentos a cocineras de color, se negaban a compartir con ellos las salas de espera de las estaciones, las escuelas y los retretes.

En un país que siempre se ha preocupado de producir en grande y, por consiguiente, de obtener una mano de obra abundante y fácil, la introducción del negro había sido la solución más arcaica de este problema. Luego fue seguida de una solución más reciente, que es la llegada de grupos económicamente deprimidos, europeos al Este, asiáticos al Oeste, mexicanos al Suroeste, sin contar los portorriqueños a Nueva York, en calidad de

herramientas humanas baratas, quienes crearon a su vez problemas de integración aquí y allá e islotes de prejuicios, y que tienden a ser suplantados en nuestra época por un sistema cuyas consecuencias son todavía imprevisibles: el equipo mecánico y los « robots » automatizados. Pero mientras algunos por lo menos, de estos grupos raciales estaban dotados de cierta fuerza ascensional, desde el punto de vista social, o en todo caso de aptitud para diluirse en el legendario « crisol », cuando no a integrarse totalmente con el « protestante de raza nórdica » socialmente aceptable, la frontera de color y el obstáculo de la miseria infranqueable para el negro, eliminaban para éste incluso la posibilidad de un ascenso. En el fondo de todas las estratificaciones de una sociedad que se considera sin castas y casi sin clases, se encuentra este proletariado de los proletariados, desecho de la vieja solución esclavista anacrónica, desde hace más de un siglo, y se mantiene en una forma permanente en este continente que no es su tierra original, a esta inadmisibile y en otro tiempo dócil masa negra (5).

Hay un hecho que a primera vista parece singular, pero que en el fondo era previsible, y es que uno de los efectos de la abolición de la esclavitud fue una lenta deterioración de las relaciones entre las dos razas. Hasta la Guerra de Secesión, el blanco había sin duda despreciado al negro, pero no lo había odiado: rara vez se odia a los que están sometidos. Cuando más, se ha deslizado un elemento de miedo en estas relaciones de arriba abajo, después de las sangrientas rebeliones que fueron la consecuencia, en Haití y Luisiana, de las esperanzas que la Revolución francesa había hecho nacer en los negros. En nuestros días aún, uno de los lugares comunes de las gentes del Sur es afirmar que quie-

(5) Sería sorprendente establecer un paralelo entre la suerte del negro importado y explotado, pero establecido en cierto modo, desde hace siglos en el seno de la civilización americana, y la del americano aborigen, es decir, el indio, eliminado por el desposeimiento y las matanzas y que sólo subsiste como un fósil vivo. Ninguna de ambas aventuras honra a la raza blanca.

ren a sus servidores negros; y les quieren, en efecto, mientras éstos se contentan con el papel tradicional, entre conmovedor y grotesco, de viejo criado con un gran corazón. La existencia de millares de mulatos, las variedades de color que van del bronceado al crema pálido, indican indiscutiblemente que los blancos han amado también en otros tiempos a la raza negra en el sentido más concreto de la palabra. Las relaciones sexuales habían sido toleradas por las costumbres, por lo menos cuando se trataba de los casos en que el amo blanco gozaba de su bella esclava negra; los bailes de cuarterones, las lindas muchachas mantenidas por los «dandíes» de raza blanca fueron una de las atracciones tradicionales de la Nueva Orleans. El mismo Jefferson tenía una hija natural de color. Si no existe el caso recíproco, por lo que se refiere a la unión de una blanca con un negro, es porque la posesión de una mujer de la raza de los amos por un esclavo (cualquiera que fuese el color de su piel) ha sido considerada siempre por ella como un descrédito, y por el hombre de su grupo como un insulto a sus prerrogativas de macho. Sólo después, y no antes de la liberación de los negros, han considerado los americanos las relaciones carnales entre dos personas de pigmentación distinta como una especie de crimen contra natura. La unión física entre dos grupos humanos bien diferentes no es un ingrediente necesario para sus buenas relaciones; en todo caso, este horror exacerbado ante la idea de las uniones mixtas demuestra que, consciente o inconscientemente, uno de los grupos considera al otro no sólo como inferior, sino además como subhumano. En su aspecto más virulento, esta superstición biológica es de fecha reciente, contemporánea de las teorías fundadas en el siglo XIX sobre la desigualdad de las razas, y en las más remotas, cuando existía este tabú, parece que tuvo un carácter más bien social o moral que étnico.

A principios del siglo XIX, numerosos Estados del Sur habían dictado leyes prohibiendo que se enseñara a leer a los esclavos, y en algunos de ellos se llegó a prohibir incluso la instrucción para los negros manumitidos y los mulatos (6). Así, pues, las instituciones escolares para las gentes de

color que se establecieron en el Sur después de la Guerra de Secesión, representaron un progreso considerable, aun cuando la miseria económica, la posición retrograda del país, la evidente inferioridad de estas fundaciones, comparadas con las escuelas y las universidades para los blancos y, por último, la falta de empleos para los negros provistos de diplomas hicieran parcialmente inútiles estas facilidades. Los furores que desencadenan en nuestros días las medidas de integración impuestas por las autoridades a las escuelas prueban hasta que punto esta cuestión de la instrucción (y con ella las posibilidades de éxito social o financiero para el porvenir) continúa siendo el centro del problema negro. El Norte, como siempre, fue más liberal; desde 1833, el Colegio de Oberlin, en el Estado de Ohio, había abierto valientemente sus puertas a los negros, al mismo tiempo que a las mujeres, lo que constituía una novedad casi tan audaz como la otra. Y no obstante, incluso hoy día, en los colegios y las universidades del Norte que, en principio, acogen a los estudiantes negros en un pie de igualdad, el alumno de color sigue siendo, con demasiada frecuencia, una excepción de privilegio y, en cierto modo, el diploma efectivo de liberalismo que la institución se concede a sí misma. Fiel a su política de prudencia, el gran educador negro Booker T. Washington trataba, a comienzos del siglo XX, de disuadir a la mayoría de los hombres de color de que se dedicasen a los estudios liberales, que no conducen a ninguna parte («¿De qué sirve que un estudiante negro lea a Platón en una cabaña sórdida?»), y les aconsejaba que se contentasen con una educación artesanal o industrial que les elevaría en el plano económico por lo menos (7). A pesar

(6) En efecto, Carolina del Sur y Georgia habían promulgado leyes en este sentido, la una en 1740 y la otra en 1770.

(7) Conviene decir, sin embargo, que la obra educativa de Booker T. Washington es tanto más digna de respeto, cuanto que se sitúa en una época en que los esfuerzos vehementes de los abolicionistas fueron seguidos de una inercia deprimente. Su preferencia por una vida frugal y vinculada a la tierra se interpretaba no sólo como una retirada del hombre de color a sus necesidades mínimas, sino que se comparaba

de un puñado de sabios y literatos, que fueron y siguen siendo en los Estados Unidos la anomalía que confirma la regla, el negro ha marcado poderosamente su huella sólo en la música y el baile, en una sociedad que le rechaza, y este triunfo no es en sí mismo incompatible con la condición de ilotas que sigue imponiéndose a los hombres de color.

No hay libertad sin igualdad; pero como ninguna de las dos son posibles sin el sentimiento de fraternidad de los seres, tal vez merezca la pena hacer por una vez el elogio de la fórmula de que ha usado y abusado la Francia republicana y que (como sucede a menudo con las fórmulas) sólo parece vacía de sentido por que hasta ahora no se ha aplicado nunca. La igualdad cívica, es decir el ejercicio del sufragio, sigue todavía limitada para los negros en los Estados del Sur por el procedimiento de la intimidación. El mismo Booker T. Washington recordaba en otro tiempo a sus hermanos de color que no debían reivindicar este derecho para no aumentar el antagonismo del blanco. En esto no tenía razón, pues todo progreso será imposible mientras el negro no pueda disfrutar en paz de sus derechos de ciudadano; pero es indiscutible que cada victoria obtenida lo ha sido a menudo a costa de nuevas tensiones y de nuevos peligros. Los actos de violencia colectiva, que responden en nuestros días a la acción no violenta de los dirigentes negros, y que sus adversarios califican de una especie de chantaje insidioso, peor que la revolución franca, prueban que las posiciones de la Guerra de Secesión no han sido abandonadas y que, en cierto sentido, el conflicto dura desde hace más de un siglo.

Tratar de definir las actitudes adoptadas, en relación con el negro, por las diferentes iglesias llamadas cristianas nos llevaría demasiado lejos; equivaldría a hacer

también con las tentativas algo anteriores de un Ruskin o de un Tolstoi, aunque éstas no tenían relación alguna con la cuestión de los negros, o también con las primeras empresas de Gandhi en Africa del Sur, entre las pequeñas minorías indias que se encontraban en una situación bastante parecida a la de los negros norteamericanos.

un proceso parcial del mismo cristianismo. Y no obstante, cuando se piensa que el negro de las plantaciones había adoptado la religión de sus amos con un fervor del que el *Negro Spiritual* lleva la marca indeleble, resulta imposible no calcular lo que él recibió a cambio. Sobre este punto, lo mismo que sobre tantos otros, los crímenes de los cristianos contra el espíritu del Evangelio son incontables, desde el clero católico que bendecía en las costas de Europa los navíos de los negros, hasta los sacerdotes que aseguraban a sus feligreses esclavistas que los hijos de Jafet habían recibido de Dios la autoridad sobre los de Cam. Estos latifundistas defensores de la moral no estaban siempre dispuestos a ilustrar a sus esclavos: antes de la Guerra de Secesión, numerosos Estados prohibían a los negros la organización de asambleas piadosas o la participación en las mismas, lo que daba, como es natural, a estas reuniones el sabor de lo ilícito. El temor de favorecer los proyectos de evasión, el miedo a las reuniones sediciosas o sencillamente la indignación por el tiempo perdido motivaban esta sabia prudencia. Más adelante, cuando estas restricciones fueron abolidas, al desaparecer la esclavitud, el segregacionismo encerró pronto a los negros en sus grupos particulares, obligándoles a practicar el culto aparte (8). En nuestros días, algunos

(8) Hay que decir que los propios negros prefieren a menudo esta separación, porque su excitación y el decoro de los blancos se conjugan mal en el curso de los servicios religiosos. Lo que no impide que los prejuicios sigan floreciendo en este dominio, como en todos los demás. Se cuenta que cierto domingo, en una ciudad del Sur, en la época en que algunos lugares de culto destinados a los blancos toleraban aún a los hombres de color, un negro se acercó a la mesa de la comunión en un templo que frecuentaba Robert E. Lee, el gran vencido de la Guerra de Secesión, ídolo de las poblaciones sudistas. Los feligreses manifestaron inmediatamente ciertas dudas y acabaron permaneciendo en su sitio. Robert E. Lee fue a arrodillarse al lado del negro. Auténtica o falsa, esta anécdota es bella. Pero subsiste el sentimiento de que la igualdad de los negros en materia religiosa, tan rara como admirable, ha podido conciliarse muy bien, en Lee, con su aprobación de la inferioridad social y legal de las gentes de color. Así sucedió que en Luisiana, bajo el régimen fran-

sacerdotes locales y su clientela fanática de blancos ricos o « pobres », siguen siendo en los Estados del Sur los más feroces adversarios de toda concesión hecha a los negros : ayer aún, en una reunión del Klan, celebrada en Alabama, antes de los actos de terrorismo cometidos en Birmingham por los blancos contra los negros, los gritos de odio se mezclaban con las piadosas invocaciones a Jesucristo.

Pero en último termino, una religión debe juzgarse por la conducta de las clases superiores y no por lo que sucede en los estratos inferiores. El espíritu cristiano, secundado por el humanitarismo laico del siglo de las luces, ha sido la base de todos los movimientos antiesclavistas americanos de los siglos XVIII y XIX y, directamente o no, del integracionismo de hoy. Ha producido la valerosa sucesión de los cuáqueros que se sublevaban ; se encarna en ese sacerdote católico y ese pastor protestante que han acompañado juntos, bajo los escupitajos de la muchedumbre, a un niño negro a la escuela reservada a los blancos. El espíritu cristiano animado esta vez por el gran ejemplo no cristiano de Gandhi, ha inspirado a un Martin Luther King y a sus adeptos la heroica sublimación de sus propias cóleras, sin la cual no hubiera sido posible la adopción de las disciplinas de no violencia. Más aún, a pesar de las afirmaciones, en parte ciertas, de los extremistas negros que reprochan al cristianismo haber sido para su pueblo una escuela de resignación, a él se debe que los negros aterrizados, que llegaban hacinados en el fondo de las calas, hayan ido elevándose poco a poco, aun en contra de la mayoría de los propios cristianos, hasta la idea de un mundo en el que podría reinar la justicia. Los elementos liberales de la civilización blanca, que son casi todos de origen cristiano en los Estados Unidos, les han ayudado a adquirir la conciencia de su dignidad de hombres, e incluso a transformar su lucha contra la iniquidad particular de que son víctimas, en su pugilato

cés, los sacerdotes católicos realizaron a veces esfuerzos heroicos para la elevación de los negros en el dominio religioso, pero en conjunto no hicieron gran cosa para luchar contra la condición de los esclavos.

entre lo justo y lo injusto. La solución pacífica del problema negro ha dependido siempre y depende aún en gran parte de la influencia sobre ambos grupos de ese espíritu cristiano, que hasta ahora ha predominado pocas veces en los asuntos de este mundo.

Toda injusticia es una hidra de Lerna, lo que equivale a decir que alrededor del problema central vienen a enredarse de manera inextricable otros problemas secundarios y que en cuanto se resuelve uno, en seguida hay que enfrentarse con todos los demás. Sírvanos de ejemplo la situación actual de los Estados Unidos, que sigue incomprendible, a menos de recordar que, en su interior, lo mismo que en la época de la Guerra de Secesión, la tensión racial se conjuga con otra tensión distinta, que no es sino la resistencia de los Estados a la ingerencia del poder central. El segregacionismo de Alabama o de Misisipí se esfuerza no sólo por mantener a los negros en el *statu quo*, sino también por defender para su Estado el derecho a legislar a su guisa. La reciente ley federal que garantiza a los hombres de color sus plenos derechos cívicos ha sido evidentemente un gran paso desde el punto de vista jurídico, pero esta victoria corre el mismo riesgo que las disposiciones para prohibir la segregación en los transportes públicos y en las escuelas, que, por no ser observadas por los Estados del Sur, han desencadenado la crisis actual. Es cierto que la integración *práctica* es función de circunstancias psicológicas, es decir de la aptitud del negro para acallar sus legítimos rencores y del segregacionista para curarse de sus ideas fijas, a las que se aferra como todos los enfermos mentales a su mal ; pero, sobre todo, quizás de la capacidad del americano medio para no recaer en su tranquila inercia, sin preguntarse si al progreso legal ha correspondido un progreso efectivo. La integración depende también de la evolución política de los Estados Unidos en su totalidad, en el curso de los meses próximos, y finalmente, de factores económicos, que no son sino otro aspecto persistente de la misma vieja iniquidad. El derecho de comer « en el mostrador de Woolworth » seguirá siendo irrisorio, mientras el miedo y el odio envenenen a los comensales ;

también resulta vano, como lo hizo observar Martin Luther King, que entre los manifestantes sentados a la mesa con tanto ardor apetecida, haya muchos que, caso de ser servidos, no tengan con qué pagar su pobre cuenta.

Es costumbre terminar un estudio como el presente con piadosas seguridades de que las ventajas que van camino de obtener el liberalismo y la justicia, irán afirmándose y multiplicándose en el porvenir. Antes bien, conviene preguntarse si éste no nos reserva peligrosas y brutales sorpresas. El drama de anteayer o de ayer era la esclavitud, después fueron sus secuelas económicas; el drama de hoy es aquí, como en todas partes, el fomento consciente y organizado de la hostilidad del hombre contra el hombre y, sobre todo, de esa forma endémica del odio que es en nuestros días el racismo. Con esta palabra, llegamos al fin a concretar el verdadero peligro que amenaza en nuestra época al negro en los Estados Unidos y, tal vez, por una justa retroversión de las cosas, al propio blanco. ¿Quién se hubiera atrevido a predecir, en 1910, que a las modestas, pero constantes y substanciosas conquistas en materia de igualdad social obtenidas por los judíos de Europa central, en menos de treinta años, iba a suceder una esclavitud y una exterminación sin ejemplo hasta entonces en el Occidente? Es posible que la presente

tensión creada en los Estados Unidos por las reivindicaciones de los negros sea el último espasmo de una situación que toca a su fin, y destinada a verse definitivamente reemplazada por un *modus vivendi* mejor. En este caso los « autobuses del odio » y sus ocupantes blancos condecorados de cruces gamadas, las bombas lanzadas sobre las comunidades negras mientras están orando, los policías acompañados de perros adiestrados en la caza del hombre, por una parte, y por otra los pequeños grupos de terroristas o racistas entre los propios negros, los llamados « musulmanes negros », decididos a hacer tabla rasa de una civilización blanca y cristiana que les ha explotado durante demasiado tiempo, sólo representarían unas minorías llamativas, pero casi insignificantes, como un resto inútil y atroz de los errores y de las ferocidades del pasado. Es posible también que estas minorías escandalosas sean el germen de mayorías futuras, y que la violencia y la incomprensión presentes sean los signos precursores de violencias e incomprensiones peores, ejercidas por medio de masas humanas cada vez más enormes, amorfas y embrutecidas por las propagandas. Depende, en cierto modo, de cada uno de nosotros que sea posible la solución más equitativa, triunfando por lo pronto en nosotros mismos, por lo menos, de la injusticia y del prejuicio.

DIBUJO DE EMMA REYES





# En memoria de Jean Sarrailh

POR JEAN CASSOU

*Al cumplirse el primer aniversario del fallecimiento del ilustre Jean Sarrailh, cuyo recuerdo es tan hondo, tanto entre franceses como entre españoles y latinoamericanos, el Ateneo Ibero-Americano de París organizó en el Instituto de Altos Estudios de la América Latina de la Universidad de París un solemne acto. Lo presidió Marcel Bataillon, del Colegio de Francia, a quien acompañaron en la mesa de honor los siguientes oradores : don Claudio Sánchez Albornoz, presidente del gobierno republicano español en el exilio ; don José Ballester Gozalvo, presidente del Ateneo ; Jean Cassou, director del Museo de Arte Moderno, y el secretario de la Embajada de Venezuela, en representación del embajador Sr. Pulido Méndez. Jean Cassou pronunció las siguientes palabras que reproducimos con su amable autorización.*

**A**L CONSAGRAR su obra de hispanizante a la España de las Luces, Jean Sarrailh hizo algo más que cumplir una tarea de historiador, más que el estudio de un período de la historia de España, más que hablar del siglo XVIII como hubiera podido hablar del siglo XIV o del siglo XV. En realidad llevó a cabo una obra de combatiente, tomó parte en el gran combate que esa misma España de las Luces —y no solamente durante el siglo XVIII que fue rotulado en la historia como el siglo de las Luces, sino en cualquier otro momento de su historia— riñe contra la otra España, la de las tinieblas, la del oscurantismo y el fanatismo, la del despotismo no ilustrado y opuesto a toda ilustración : la España negra.

Determinadas circunstancias históricas han hecho que, a los ojos de la opinión europea, esta última España haya pasado con frecuencia por ser la única España. Su sombrío color parecía ser su color local, y no faltaban los que se complacían en ma-

ravillarse del atuendo que ostentaba bajo esa capa, al que se reconocía no sé qué tono pintoresco y portentoso.

La otra España no ha cesado de protestar contra ese disfraz, y esta España inconforme es la España real, la España profunda y entrañable, la del pueblo español y de los grandes genios de ese pueblo, Cervantes, Santa Teresa, o Goya, que constituyen la auténtica cultura española. En el siglo XVIII esta España hubo de tener una expresión, y como aquel siglo era un siglo europeo, España fue europea. Recibió la vivificante influencia de los economistas ingleses, de los nuestros y asimismo de nuestros enciclopedistas, en suma, de todos nuestros precursores de la Revolución francesa.

Esta España debe ser realzada, porque sin ella no se explicaría ninguna de las grandes acciones y de las grandes obras de los siglos precedentes, ni nada de los grandes movimientos ni de las grandes experiencias de los dos siglos que vinieron después.

Y es esta España, que se inquieta por sí

misma, que busca su esencia y su destino, esta España que engendra reformadores para reformarse, y humanistas para participar en el impetuoso esfuerzo de progreso y de liberación de Europa, esta España que se quiere abierta, esta España es la que Sarrailh ha estudiado y ha dado a conocer. Haciéndolo así ha trabajado en el mismo sentido que todos esos escritores, pensadores, profesores y sabios que, desde la segunda mitad del siglo XIX trabajaron en el descubrimiento y la revelación de España, en lograr que adquiriese conciencia de sí misma. En esa gran obra tomó una parte capital la Universidad española. El fuerte aliento regenerador de Francisco Giner de los Ríos la había despertado de su letargo y le había abierto las sendas por donde una generación de maestros de una pasión de saber y de una pureza moral admirables debían sucederse desde la gloriosa fecha de 1898 hasta los años sangrientos en que tan brillante renacimiento vino a recaer en el destierro y en la muerte. La España negra prevelece, una vez más, sobre la España de las Luces, la leyenda negra sobre la clara realidad. Una vez más la piedra del sepulcro donde está inscrita la palabra *nada* volvió a caer sobre la palabra de verdad y de vida.

Creo yo, pues, que estamos autorizados en considerar a Jean Sarrailh no tan sólo como un gran universitario francés que, por su espíritu de investigación y su método, ha edificado con sus trabajos, y sobre todo con sus obras sobre el famoso liberal Martínez de la Rosa y su tesis sobre la España ilustrada, uno de los monumentos de la ciencia francesa, sino también como un maestro del pensamiento universitario español de nuestro tiempo. Él es, españoles, uno de vuestros maestros, y como tal podéis reivindicarlo y alinearle en la gloriosa cohorte de esos otros maestros que, siguiendo las huellas del ferviente reformador

Giner, y con Cossío, con Menéndez Pidal, y Ortega y Gasset, y Américo Castro, y Sánchez Albornoz, y tantos otros, sin olvidar a ese inmortal rector de la Universidad de Salamanca cuyo centenario acabamos de celebrar el año último, han dado lustre a la ciencia española, sacado a la luz del día los valores y las figuras auténticas del pasado español y han probado, ante el mundo y ante la misma España, que existe un humanismo español y que este humanismo, al lado de las culturas de las diversas naciones de la tierra, ha contribuido a la formación de ese humanismo universal que, a despecho de todos los retrocesos y de todos los eclipses, sigue siendo el secreto de la historia, la esperanza de la historia y, en cualquier momento que se le considere, su última palabra o, como se puede decir en francés, su *mot de la fin*.

No es posible interesarse por España sin tomar posición en ese patético drama que en ella se desarrolla desde que existe una expresión de España, pongamos desde las grutas de Altamira. Y en este espíritu de íntima participación en ese drama es como Jean Sarrailh se interesó por España, vivió con España, la conoció y la dio a conocer. Por eso, este sabio profesor francés, este Rector de la Academia de París, gran universitario que fue también, a la par, un gran republicano y un gran ciudadano, puede ser honrado y enaltecido por vosotros, sus queridos amigos españoles, tal como uno de los vuestros, fraternal colega de vuestros rectores, de vuestros maestros, de todos los que en vuestra patria, entre vosotros, han buscado la verdad de España. Y quien busca la verdad de España busca la verdad de todos los pueblos. Y todas esas búsquedas vienen a converger en un mismo humanismo que acaba siempre por triunfar de la inmovilidad y de las tinieblas, es decir de la muerte.

## Pedro de Peralta, político

POR LUIS ALBERTO SANCHEZ

PARA MUCHOS, las declaraciones de exagerado fidelismo hispano que vierte don Pedro en sus Carteles de Certamen, por ejemplo en *El cielo en el Parnaso* (Lima, 1736), con que saludó la Universidad el arribo del Virrey Marqués de Villagarcía, pecaron por excesivamente lisonjeras y hasta aduladoras. Descotado el estilo de la época, que fue dispendioso en elogios y derrochador de adjetivos, sería impropio llamar adulación a lo que revelaba cortesía, y considerar una entrega lo que refleja un modo de justiprecio.

No se olvide que en el siglo XVIII se elevan a desmedido nivel ciertos valores, entre ellos los de gobierno. Si Maquiavelo (1468-1527) había retratado en *El Príncipe*

(1532) a César Borgia, modelo de astucia, eficacia y poder en el Renacimiento italiano, y si Baltasar de Castiglione afinó los perfiles principescos para presentarnos el maravilloso equilibrio de *Il corteggiano*, será imprescindible rememorar a Bossuet y sus lecciones de Historia Universal, dictadas al futuro Rey Sol, así como el criterio típicamente regalista de gentes tan poco dadas a admitir señores eternos, como Tomás Moro. Peralta recoge todo aquel inquieto caudal y lo adoba con formas barrocas, expresión de su era.

No admira, entonces, que Peralta diga, refiriéndose al Príncipe, que es « un Pintor de sí mismo, que delinea su imagen y la anima : es un Sol racional de sus Dominios ; Símbolo en que es inferior el modelo al semejante ; pues si se hubiese de alabar a aquel monarca de la luz, con la mejor de sus similitudes, ninguna habría más relevante que la de un grande rey. »

He aquí, sin atenuantes, la imagen del « Rey Sol » o del Sol-Rey, dicho con mayor exactitud, pues se trata de que al Sol le dicen Rey por su función en el firmamento, semejante a la de este en la tierra, no a la inversa. No se alaba al Rey comparándole con el Sol, sino al Sol recordando su analogía con el Rey. La teoría del « Rey-Sol », encarnada en Luis XIV, a quien Peralta cantó en versos franceses en su poema « A Louis Le Grand », adquiere, en el párrafo transcrito, toda su vigencia. Es ahí también donde Peralta, extremando el

*En noviembre de 1964 se conmemoró el tercer centenario del nacimiento del ilustre polígrafo peruano, Pedro de Peralta Barnuevo Rocha y Benavides, tres veces rector de la Universidad de San Marcos, cosmógrafo mayor del Reino del Perú, autor de más de cincuenta volúmenes sobre todas las materias del humano saber, considerado el Pico de la Mirandola de América, sólo comparable al mexicano Carlos de Sigüenza y Góngora. Adelantamos aquí un capítulo del libro que Luis Alberto Sánchez prepara sobre su antecesor en San Marcos, Peralta, cuya memoria celebrará oficialmente la UNESCO.*

parangón, apoda de «satélites de su dosel» a los ministros (o vicesoles) que acompañan al Rey en su luminosa carrera.

Forzando la idea, podría aludirse a un supuesto sistema parlamentario, dentro de la concepción de Peralta acerca de las relaciones entre el rey y sus ministros, delegados o virreyes. Recalquemos que insiste en dar preeminencia a la habilidad de los ministros sobre la inhabilidad de los reyes; considera a los gobernadores «provincias vivientes», de quienes depende el éxito de la gestión estatal; destaca la importancia de la élite, no la del nacimiento o riqueza, sino del talento, es decir, de la eficacia. No sería, por eso, del todo ilícito encontrar en estas expresiones de Peralta el antecedente de la teoría sobre la «Soberanía de la Inteligencia», propia del conservatismo decimonónico, en especial el de de Maistre, que en el Perú tuvo como singular representante a don Bartolomé Herrera (1808-1864).

Para mayor ilustración transcribiremos algunos párrafos de las opiniones de Peralta, contenidas en la presentación de *El cielo en el Parnaso*, coincidentes, línea a línea, con las de *El Templo de la Fama, vindicado* y, con las de *Historia de España vindicada*. Así, escribe don Pedro:

«...Vale más un Rey menos hábil con «hábillos Ministros, que un Rey excelente «con Ministros malos. Aquellos son miembros, que componen la cabeza que les «falta; y estos desbaratan la que tienen. «Son los (sic) ilustres a un mismo tiempo «los Gobernadores, y los Estados del Imperio, a quien dan en el talento mejor «extensión que su Países. Son Provincias «vivientes, y Reynos racionales, que vagan «por todo el espacio de la Monarquía. De «suerte que de la manera que el Supremo «Autor se nombraba Señor de los mayores siervos, haciendo Imperio de sus «nombres, así pudieran en un Príncipe «ser Títulos de la Corona sus Ministros. «Dos sucesiones tienen los Monarcas: «la una la de sus Pósteros, y la otra la de «los Ministros; aquella, después de sus «sepulcros; y esta a vista de los Thronos; «aquella, casual; y esta, pensada; la una, «muchas veces independiente para el cargo; la otra, siempre dependiente en la «elección. Desean blasonarse de eternos,

«y de inmensos, y suplen la duración «con la Progenie, y la presencia con la «destinación. Pero, el acierto en esto es «tanto mas preciso, cuanto involuntario. «Que culpa tuvo un Germánico de un «Calígula: aquel, las delicias, y este, el «horror del Imperio Romano: un Marco «Aurelio de un Commodo; aquel, un Philosopho Imperante, y este un Verdugo «coronado...» (1).

Dejando de lado las alusiones a los fastos romanos, Peralta enfoca el caso de España para aplicarle la misma regla; el rey vale por sus consejeros, por sus ministros, y éstos por su talento, es decir, por su eficacia. Podrían hallarse aquí gérmenes de «despotismo ilustrado», y clasificar a don Pedro entre los precursores de Olavide, Baquijano y Vizcardo, tratándose de los peruanos, y de Campomanes, Aranda y Jovellanos, de los iberos. Si se recuerdan las relaciones de don Pedro con Feijoo, podría llegarse a la afirmación provisional (conjetura) de que Peralta fue un precursor del Iluminismo, y que, por tanto, su pensamiento se entronca, salvadas las extravagancias formales del gongorismo, con el de los adelantados de nuestra Independencia.

En realidad, Peralta fue reiterativo en destacar la unidad de los «españoles-americanos» frente a los «españoles-europeos». Alguien pensará que se insiste demasiado en ello y que quizás abusemos de su figura al presentarlo así, pero es absolutamente exacto, además, que se esforzó en resaltar la identidad entre España y el imperio Romano, con relación a Perú y a la España románica respectivamente, o sea, en poner el acento sobre la condición de colonia o vasalla que nuestra tierra tenía con respecto a la Metrópoli, así como ésta, en su antigüedad, guardó la misma relación con Roma.

Un párrafo de Peralta esclarece la cuestión más que cualquier glosa. Helo aquí: «Quanta grandeza no fue en España el concurso de los grandes Ministros que florecieron en tiempo de aquel heroyco Rey, el más político de los Fernandos, que supo tener en ellos unas Copias, que juntamente

(1) Peralta: *El Cielo en el Parnaso. Cartel de Certamen*. Lima, 1736.

eran imágenes de su autoridad, y Originales de su consejo, y tenía en sus cabezas toda la sabiduría de la suya, y en sus genios unas arcas de talento, quando había menester del caudal de sus dictámenes?» (El «Fernando» aludido, es por cierto el Católico).

En una enumeración entusiasta Peralta llama a los ministros y grandes consejeros, como Solón, Aristides, Scipión, Catón, etc., «las cien manos que hacen al Príncipe un Briareo de poder»: expresión bizarra, pero justa. Completando su pensamiento, en cierto modo providencialista —y no podía ser de otro modo—, añade: «Mucho más da Dios a los Príncipes en ellos (los ministros), que lo que éstos les prestan»... Añade: «Un gran ministro es semilla de eternidad». Desde luego, en estas frases prevalece el elogio al ministro presente, al vicepríncipe o Virrey en funciones, mas si uno compara este con otros fragmentos de la prosa peraltiana, se dará cuenta de que todo ello responde a una concepción cabal del poder, que insiste y subraya las relaciones «Dios-Príncipe-Ministro», como una serie inevitable.

En *el Templo de la Fama, vindicado* (1720) ya había escrito Peralta aquello de que «es el Príncipe una deidad ante la cual no tiene la lengua otra misión que el himno o el ruego», y había justificado al tirano, si bien no con las connotaciones actuales, con las clásicas, las griegas, que llamaban tirano al que ejercía el poder por delegación extraordinaria y suprema, en momentos de emergencia. Tirano que podía ser bueno o malo, según el modo de emplear su omnimoda autoridad (2).

«Obra prima de la Providencia», llama Peralta en otro pasaje al ministro, para producir al cual es preciso que «duden las edades», la frase feliz y exacta: más fecunda aún si la meditamos.

No se ha hecho el debido hincapié en la faceta política de la personalidad de Peralta, por sólo dar pábulo a su enrevesamiento formal, y a su mucho saber. Pero encuentro que Peralta poseía un pensamiento po-

lítico completo no supeditado a circunstancias fortuitas, sino valiéndose de ellas para manifestarse con plenitud. De ahí que cuando describe a «su» Príncipe, diga que en él se dan cita «la experiencia con la observación, la integridad con la clemencia, el celo con la suavidad, y, en fin, lo que raras veces se halla, el mérito con la fortuna: siendo uno de aquellos singulares, que, siendo regla cabal de la política, son excepción feliz de la desgracia».

Al llegar al tema del Perú, insiste Peralta en sus conceptos básicos. Claro está que considera «bárbaros» a los indios antes de la llegada de Pizarro, pero no es razón de vituperio, aun cuando fuese profundo conocedor de Garcilaso y de los cronistas españoles, según se advierte en las muchas notas que taracean *Lima Fundada*. Pero, antes de considerar la historia peruana, ensaya la genealogía del Virrey entrante y plantea una barroca definición de la política, que conviene tener muy presente en este caso:

«*Es la Política* —escribe— *la Philosophia del mandar*, de que son los pueblos los Tratados, y los dictámenes las Proposiciones.» No cree que sea justo atribuir más honra a los guerreros que a los hombres de paz, por lo que concluye: «En los grandes Ministros tanto se les subordina la Guerra como la misma Paz, siendo ella la que anima a aquélla, también como la que rige ésta. Más hizo Fabio con su sagacidad que Minucio con su ímpetu.» Elogia, por eso, a Albornoz, a Richelieu y a Mazarini (sic), poniendo así a contribución su familiaridad con la reciente historia de Francia, todavía bajo los efectos de la acción de tales ministros.

En la segunda parte de su prólogo, subtitulada «Estado de la Monarquía y del Perú», Peralta traza rápidamente un cuadro de éste. Dice: «Error es de todas las Monarquías el hacer el cómputo de la grandeza por la extensión de sus dominios»: tal aserción indica mucho. Peralta piensa ya en términos de «producción», *cuasi económicos*, preámbulo del criterio de los fisiócratas a quienes, según se ve, antecede con una sensibilidad sorprendente. «El poder —añade— ha de ser centro donde anime, no circunferencia donde vague.» En realidad esta tesis es la opuesta

(2) Peralta: *El Templo de la Fama, vindicado. Cartel de Certamen*, Lima, 1720. Riva Agüero: *La historia en el Perú*. Lima, 1910.

a la ritual de la España de los Habsburgos. Bajo ellos, España se dilató en un movimiento centrífugo de extensión de su fronteras, paralelo de la condensación de su burocracia, hasta reducirse al Escorial (centrípeto)... De este ritmo claudicante nace toda la filosofía de España, según se advierte en tratadistas tan ecuménicos y heterodoxos como Américo Castro, Claudio Sánchez Albornoz y en algunas páginas sabrosas de Federico de Onís. Siendo así, Peralta encuentra de fácil explicación la languidez económica del virreinato, y si no la resalta con el vigor de Baquijano, medio siglo después (1781), no se olvide que para este entonces ya había ocurrido el levantamiento simultáneo de Condorcanqui y los diversos « comunes » de Misiones, Corrientes y Socorro, y las ideas habían avanzado al galope desde la lejana frontera de la época en que escribía don Pedro. « *Sigue en esto lo Político a lo Phisycó* », escribe Peralta, con lo que inaugura la nueva ciencia que hará crisis en Baquijano, Unanue y Riva Agüero el viejo, en Mariano Moreno, Caldas y Miranda. No pretendo insinuar que haya de considerarse a Peralta, el barroco, como un prócer de la Independencia política de América, mas, en una ajustada historia de las ideas, no se puede omitir este « larvamiento » económico-político, esta anticipación de la naciente teoría de Adam Smith sobre « la riqueza de las naciones ». A quien dude de lo dicho bastará recordarle el siguiente fragmento de Peralta, inserto en un libro al parecer trivial que comenta: *El cielo en el Parnaso*:

« No haver quien las gobierne, o no « haver quien las gobierne justamente, son « extremos en que el discurso no halla medio; porque el uno es imposible de razón, y el otro de esperanza. Fatal manejo en que el avío es engaño, el reparo « timiento agravio, el trabajo esclavitud, « y la cobranza, perdición. Las Minas son « una opulencia compuesta de pobreza: « cada una es quimera, y juntas, abundancia. Grandeza epicúrea formada de « átomos de utilidad. Es el azogue la esponja metálica de la riqueza: robador « liberal que la hurta, para restituírla, y « por que sin su espíritu era embrión el « mineral la plata, no se fiaba por cum-

« plir los Ordenes dispuestos; y la rectitud en la administración de una rama se « hacía decadencia en el poder de un Rey- « no. Con que las Minas, y los Beneficios, « yacían poco menos que cadáveres de adelantamientos. La alteración o contraste « de algunas Provincias, suscitada o por el « procedimiento de los Juezes, o por la « malignidad de los pueblos, o por la osadía de los Barbaros eran adversidades, « que aunque inculpables en el Gobierno, « eran desgracias en la Suerte. Que « hay infortunios a prueba de inocencias, « y males a competencia de razones. »

El fragmento contiene mucho de cierto, bajo la densidad abrumadora de sus frases. Ahí Peralta señala males que, en seguida, destacaría Ulloa en *Noticias americanas* (1747). Peralta acompañó a La Condamine y sus colaboradores durante su visita a Lima, en 1734 (3). Las coincidencias con algunos juicios de la expedición francesa, que tan hondamente quedó impresionada por el sabio limeño, no deben atribuirse a un azar, ni las informaciones de los viajeros sólo a su propio saber: en ello tuvo decisiva influencia el juicio de Peralta, según se advierte en el *Cartel de Certamen*, datado en 1736, contemporáneo de dicha expedición, y en el muy anterior y ya mencionado de 1720. Para un hombre de las luces —esta obra tiene virtualidades mágicas en este caso— de don Pedro, la realidad, que él tenía bajo su observación en su doble papel de físico-matemático y de historiador, no podía ocultar sus misterios. Con honradez, pero sin audacia, trató de revelarlos, vertiendo en tinta lo que (usemos un tropo a la moda barroca) era sangre para él.

El pensamiento —o actitud— política de Peralta guarda armonía, pues, con las ideas de su tiempo y se halla determinado por ellas, pero a la vez se fía más de los hechos y trata de no apartarse del mundo que le rodea. Las alusiones que hace a « los repartimientos », a « las minas », al « azo-

(3) Antonio y Jorge Juan de Ulloa: *Observaciones*, Madrid, 1747. La expedición de La Condamine llegó a América en 1735 y permaneció hasta 1746. Estuvieron en Lima en 1737. Peralta falleció en 1743. Cfr. La Condamine: *Voyage à l'Amérique Méridionale*.

gue », al « trabajo como esclavitud », etc., no son tiros al aire, sino dardos en el blanco, en su propio blanco, Descartemos, por descabellada, anacrónica y en este caso hasta cursi, la posibilidad de que Peralta concibiera propósitos de emancipación o segregación política. No obstante de que antes que él los tuviera Francisco de Carvajal y Gonzalo Pizarro, y pareciera como que iban a tomar forma, poco después de la muerte de don Pedro, en Condorcanqui, sería presumir demasiado apelar a ese expediente para engrandecer o iluminar de otro modo que aquel que le es propio la figura de don Pedro. Lo que debe fijarse es algo muy sencillo y concreto: él era un español de América con los mismos caracteres con que hasta hace poco eran ingleses del Africa del Sur o ingleses del Canadá, los hoy ciudadanos de la República de Sudáfrica y del Estado Canadiense. Se debatía entre dos fobias y dos filias: aquéllas, contra el español que, por serlo, se sentía superior a él, criollo de pura cepa, y contra el indio que desmerecía la condición de español de América, retrogradándola a la « barbarie », según palabra predilecta de Peralta; éstas, a Lima, tanto como al Perú, por ser su cuna y teatro, y a los poderosos virreyes, que le distinguieron a él, a Peralta, por encima de los nobles hispanos, algunos de los cuales probablemente no le miraron como debían, sólo por su condición de ultramarino. Se acerca, por consiguiente, al Príncipe y al Vicepríncipe, mas no a los vasallos consanguíneos del Príncipe. Se aleja, en cambio, de los « bárbaros » a quienes no compadece ni vitupera, sino que sencillamente ignora.

Estas ideas guardan armonía con las teorías políticas de su tiempo (Maquiavelo, Bossuet, Saavedra Fajardo, Covarrubias) y con los descubrimientos científicos y el prejuicio ilustrado de los sabios americanistas franceses (La Condamine, Gordin, Bouguer, De Jussieu y compañía) y con los de Feijoo y Sarmiento, en España.

La presencia de Saavedra Fajardo en el pensamiento de Peralta se comprueba no sólo por las citas que hace él de las *Empresas políticas* y de *La República Literaria*, sino por muchos conceptos acerca del Imperio, el Príncipe y los ministros. Saavedra, nacido en 1584 y fallecido en 1648,

esto es, cinco años después del nacimiento de Peralta, abraza una política, al menos teóricamente, descarnada y utilitaria, lo que se llama un realismo político; y emplea un lenguaje apretado, gracianesco, susceptible de ampliarse, no de resumirse; además apela a multitud de ejemplos clásicos, siguiendo las huellas de Plutarco y de Polibio, de Quevedo y Gracián, anticipándose a los grandes « enxiemplistas » del siglo XIX, entre los que debe figurar nuestro Juan Montalvo, y a los del XVIII, entre quienes se destaca Peralta.

Saavedra Fajardo pensaba que « para mandar es menester ciencia » y que « en la planta de un edificio trabaja el ingenio, en la fábrica la mano. » También él había resaltado las excelencias de la paz sobre la guerra, y escrito algo tan preciso como lo que sigue: « A Justiniano le pareció que no solamente con armas, sino también con leyes había de estar ilustrada la Majestad Imperial, para saberse gobernar en la guerra y en la paz. » Respecto al vaivén de la fortuna, en la *Empresa XXXI* (4) reflexionaba: « Los imperios se conservan con su misma autoridad y reputación. En empezando a perderla, empiezan a caer, sin que baste el poder a sustentarlos; antes apresura la caída su misma grandeza. »

Hay un eco de tan sombría premonición en los comentarios de Peralta sobre el estado de la monarquía y el Perú: no se le ve alegre por esa decadencia como lo habría estado de haberse sentido parte de otro mundo.

Para él con un fracaso español se desmoronaba también su mundo, inhábil quizás para distinguir entre la España de Europa y la hasta allí considerada España de América, la suya, tan diferente de la otra.

Su mismo proyecto de escribir, en cuatro tomos, la *Historia de España vindicada* (1730), según lo manifiesta en carta dirigida en 1733 (5) a su amigo y egregio intelectual limeño, el doctor José Agustín Pardo de

(4) Saavedra Fajardo: *Empresas Políticas*, Madrid, 16.... Cfr. *El Pensamiento vivo* de Saavedra Fajardo, Buenos Aires, 1941.

(5) Irving A. Leonard: « Algunos documentos sobre D. Pedro de Peralta », en *Boletín bibliográfico de la Biblioteca Central de la Universidad de San Marcos*, Lima, 1937.

Figuerola —que residía en Madrid—, y el tono del volumen que conocemos (nada se sabe de los dieciséis pliegos del segundo que quedaron impresos), señala una creciente preocupación por España y, por tanto, por el Perú. Son muchos los pasajes de sus obras y notas marginales en que se refiere a sí mismo como «español americano»: bastará citar *Lima Fundada* (1732) (6), en que emplea dicho vocablo para designar a los peruanos y a los hispanoamericanos en general.

Peralta había adquirido conciencia de que, en su calidad de peruano, debía compartir y compartía la fortuna de los peninsulares. Los pasajes de la *Historia* en que alude a América refuerzan tal criterio. Cuando habla del Príncipe y del Vicepríncipe o ministro, no discute asunto ajeno a su patria ni a sus intereses, sino que involucra en el debate su personalidad y su nación. Las teorías o asomos de teorías con que borda el tema de la llegada de un virrey, en su condición de ministro del rey, merecen ser juzgadas desde un ángulo práctico, abandonando momentáneamente el campo teórico en que, por lo común, se las sitúa.

Por otra parte se podría con derecho pensar que, al delinear con tanto entusiasmo la figura de los ministros, cuya habilidad caracteriza al reinado, aunque el rey sea inhábil, Peralta pensaba en sí mismo. El razonamiento acaso sea malicioso, pero no inexacto. Si la inhabilidad de un rey vale mucho menos para el progreso de un reino que la habilidad de sus ministros: si Richelieu y «Mazarini», Cisneros y Albornoz caracterizan ventajosamente los períodos de gobierno en que ellos intervinieron a guisa de consejeros o ministros, ¿por qué no iba a tener también decisiva influencia la acción de un Consejero junto a un virrey o ministro, actuando a muchas leguas marítimas de distancia de la Metrópoli en donde residía el Príncipe? Peralta fue consejero muy próximo de algunos gobernantes del Reino del Perú, como Castell dos Rius, Morcillo, Liñán y Cisneros, Castelfuerte y, menos eficazmente, por causa de edad, de Villagarcía. Tuvo en al-

gunos casos la investidura implícita de secretario de gobierno, como hoy se dice, pues redactó la Memoria respectiva. ¿No pensaría en sí cuando emitía sus conceptos sobre la validez fundamental de los ministros, identificando su posición oficial y oficiosa cerca del virrey, con la de un ministro de éste?

Dejando la suspicacia a un lado, volvamos a los criterios peraltinos, inmediatos, acerca del Perú, y descartemos las lucubraciones acerca de la mixta condición del pensamiento político de don Pedro, en el que se funden el providencialismo bossuetiano, muy de su época, con la suprema jerarquización del Príncipe, que aprendió en Maquiavelo, a quien cita muchas veces a lo largo de su obra, y con el descarnado pragmatismo de Saavedra Fajardo, a quien leyó con asiduidad y provecho. Dejémoslo. Vengamos a cuentas sobre lo que propone o comenta acerca del Perú. Está contenido en uno de los transcritos párrafos de *El cielo en el Parnaso*, aquel en que, refiriéndose a los países que no tienen «quien los gobierne justamente (extremo que él califica imposible de esperanza)», resume así la situación: «Fatal manejo en que el «avío es engaño. el repartimiento agravo, el trabajo esclavitud y la cobranza «perdición. Las Minas son una opulencia «compuesta de pobreza: cada una es quimera, y juntas, abundancia: grandeza «epicúrea formada de átomos de utilidad. «Es el azogue la esponja metálica de la «riqueza: robador liberal que la hurta «para restituirla.»

No cabe duda: el párrafo se refiere al Perú. El azogue, descubierto en Huancavelica, a fines del siglo XVI, por el minero y poeta lusitano Enrique Garcés, a quien elogia Cervantes en el «Canto de Calíope» de *La Galatea* (1585), transformó la minería (7). Huancavelica se convirtió en el emporio minero del Virreinato de Lima, como lo fuera Potosí, en el Alto Perú, respecto de la plata, a que también

(6) Peralta: *Lima Fundada*. Canto VII, Lima, 1732.

(7) Cervantes, *La Galatea*, Canto de Calíope. Madrid, 1585. Cfr. Sánchez: *La literatura peruana*, Buenos Aires, 1951, tomo III. Enrique Garcés tradujo a Petrarca (Madrid, 1591) y a Camoens. Cfr. Montesinos: *Anales del Perú*, tomo I, Madrid, 1909.



se refiere Peralta en dicho pasaje; pero, las minas aisladamente valían poco: es su conjunto el que da importancia a la producción peruana en aquellos tiempos de imperio del mercantilismo. Peralta insinúa ahí la disconformidad de los mineros con respecto a su propia situación aisladamente, y sobre los cobros de impuestos, cada día crecientes a causa de la necesidad en que se hallaba España de apoyarse en sus reinos ultramarinos. De ahí la frase: «la cobranza (es) perdición», que coincide plenamente con lo que Ulloa y Juan dejaron escrito desde entonces, para publicarse después, en las discutidas, pero evidentemente auténticas *Noticias secretas de América* (Londres, 1826).

De 1736, en que se escribieron aquellas palabras, a 1750, en que estallan las rebeliones indígenas, precursoras de la gran revolución de Condorcanqui (Tupac Amaru), apenas trascurren 14 años. Peralta preveía lo que iba a ocurrir. Ulloa y Juan son muy explícitos al respecto. A pesar de su condición de emisarios del rey, confiesan que la percepción de impuestos («la cobranza, perdición») provocaba vivas protestas y agudo descontento a causa de la injusticia con que se aplicaba.

Muy sucintamente, con un lenguaje al parecer robado a Gracián o a Saavedra Fajardo, o simplemente prestado al miedo, Peralta escribe «el repartimiento agravio», señalando así otra de las fuentes de desigualdad y rechazo en la colonia. ¿Agravio para quién? Para los «repartidos». Lo que demostraría que ya había una definida conciencia entre los criollos sobre el hecho de que «repartir» las tierras al capricho de los corregidores constituía un despojo, o en todo caso una arbitrariedad. Aun cuando la teoría de la propiedad descansaba en el principio de que el rey (no España), como titular de la bula del Papa Alejandro VI, había recibido las tierras de América de manos de Dios para dedicarlas a su mayor gloria, y que, por consiguiente, sólo el rey podía repartir tierras en mero usufructo, sin transmitir la propiedad definitiva, el hecho es que los «repartimientos» constituyeron desde el comienzo, desde los primeros días en la Isla Española, bajo los Colones, fuente de insatisfacción y abusos. Peralta menciona el he-

cho muy al paso, aunque en su *Historia de España vindicada* se lean más precisas alusiones al respecto.

«El trabajo, esclavitud» es otro de los factores indicados lacónicamente, pero incisivamente. Lo era. Trabajaban los negros esclavos, los siervos indios en minas y obrajes; a menudo trabajaban también los criollos como intermediarios y empleados menores; pero, bajo la sugestión de que el hombre noble debe consagrarse a la guerra (trasmisión de concepto propio de cualquier sociedad primitiva), el trabajo representaba una afrenta, marcaba una condición de inferioridad social. Si esto se aplica a todo tipo de trabajo, en lo concretamente tocante al trabajo manual era mucho más acentuado el prejuicio. Los españoles y los ricos criollos no usaban de sus manos sino para menesteres de cortesía, servicio de su propia persona y algunas actividades de poco esfuerzo. «Grandeza epicúrea de átomos de utilidad» define todo aquello, en galana frase, Peralta. También puede comentarse tajantemente tal concepto: fue exacto.

No menciona Peralta la agricultura. Aun cuando ya se hablaba de la «riqueza de las naciones», el predominio del mercantilismo y la destrucción de los medios de producción agrícola del tiempo de los incas, no permitía vislumbrar el carácter agrario del país. España también era una nación agraria. Los problemas concernientes al campo preocupaban a las nacientes agrupaciones de economistas, a los futuros fisiócratas. Ya se perfilaban graves problemas en torno a la realidad de Andalucía, en donde otro limeño, Pablo de Olavide, iría a desempeñar papel de suma importancia; entrada la segunda mitad del siglo XVII (8), Peralta apuntará leves consideraciones sobre el tema de la agricultura en su *Historia de España* y en sus *Calendarios y pronósticos de los tiempos*, que publicó anualmente, como cosmógrafo mayor del virreinato del Perú. El contacto oficial y permanente con la meteorología y la astronomía le dio ciertas facilidades para allegarse a un problema que, sin embargo,

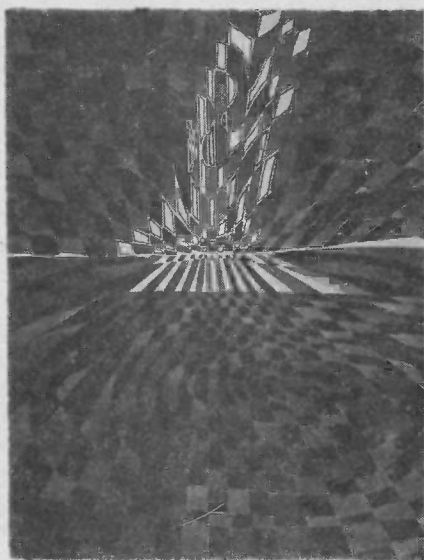
(8) Cayetano Alcázar: *Don Pablo de Olavide*. Barcelona, 1927.

para él, como para toda la gente de América en su tiempo (quizás con la parcial excepción de Buenos Aires, tocante a la ganadería), careció de la importancia fundamental que adquiriría apenas se hubo roto el monopolio y liquidado la dependencia comercial y política de la Metrópoli.

En todo caso, estudiar a Pedro de Pe-

ralta sólo como poeta e historiador, no sirve sino para ofrecer una imagen deformada, por incompleta, de quien encarnó el *summum* del saber y mucho de la inquietud intelectual y social del lapso de tiempo que va de 1687 (en que a los 23 años publicó su primera poesía en griego) hasta 1743, en que al filo de los ochenta se devolvió su fatigado espíritu al seno del Señor.

DIBUJO DE EMMA REYES

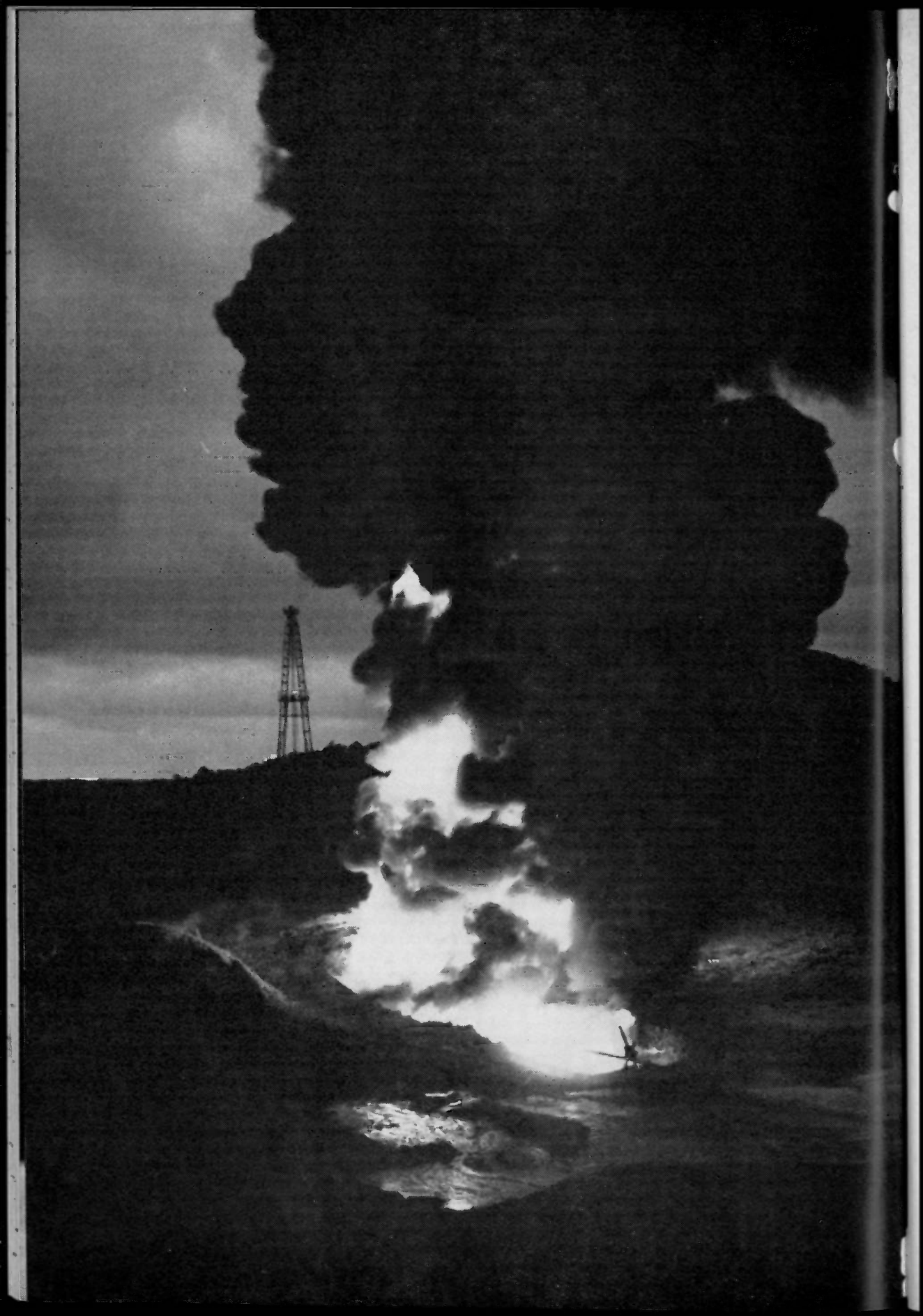


*Héctor García es, entre los fotógrafos nuevos de América, uno de los grandes. Lo pudieron juzgar nuestros lectores merced a las tres instantáneas que publicamos en el número último y a las que reproducimos en este de ahora. Todas estas fotografías forman parte de la exposición que Héctor García celebró en París, en el Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine. Esta exposición sirvió para colocar en el alto sitio que merece el nombre de este artista singular, que ha sabido sorprender magistralmente fragmentos de la vida mexicana que sirven por sí mismos de testimonios del pueblo, tanto en la ciudad como en el campo, y que enfocan los más variados matices de la nación en sus tradiciones, en su progreso y en su espíritu.*

*Las leyendas de las fotos reproducidas son las siguientes :*  
1) El campesino ; 2) Las candelas ; 3) La era del petróleo.







## CIRO MENDIA

### *Documental en verde único*

A Guillermo Cabo Olózaga

*En su anillo de algas y caracolas,  
de arrecifes y conchas —fresas en leche—,  
ya cansada de tanto mezclar colores,  
la Isla se ha dormido, desnuda y verde.*

*El Acuario —tratado de ictiología—  
para su desayuno que ella apetece,  
le prepara en el plato de la mañana,  
de corbinas al vino mordiscos verdes.*

*Johonny Cay, que a la rueda del ángel juega,  
con la arena y la brisa de claros dientes,  
es un circo de hojas —y toro el viento—  
al que hace revoleras un « Gallo » verde.*

*Las estrellas muy bajas, ¡qué bailarinas!  
a la bella dormida de azules sienes,  
pies y manos le arreglan porque ella ha sido,  
su favorita negra de piernas verdes.*

*Una negra y un negro bajo la noche  
limpia, de negro lucen negros afeites,  
mientras el beso negro de negros labios  
la sangre negra colma de fuego verde.*

*San Andrés, pintorzuelo de brocha gorda,  
su paleta de sueños y nubes tiende,  
y pinta que te pinta, la Isla pinta,  
y es la acuarela suya más bella y verde.*

*A la Reina elegida, la Venus Negra,  
como a modelo y novia San Andrés quiere,  
ella sube a las palmas tras de los frutos,  
y él, abajo, es la imagen de un viejo verde.*

*Este mar a la aurora se regocija,  
en la punta del día su gracia enciende ;  
es un mar maquillado, guapo, arrogante,  
un don Juan de sirenas y barbas verdes.*

CIRO MENDIA

*Este mar es un parque y es un viñedo,  
de una sed de esmeraldas es el deleite,  
es un billar profundo y un semillero  
de botellas rotas y yeguas verdes.*

*Este mar de la Isla del arco iris,  
es un mar de remiendos largos, celestes,  
un álbum de corales que Disney hizo  
para solaz y encanto de un niño verde.*

*Por la ceja marina miro a lo lejos  
ciudadelas de espumas que hacia mí vienen,  
mas rompen, se hunden, y yacen, blancas,  
envueltas en sudarios de lino verde.*

*Se contagian de verde la casa, el cielo,  
la langosta y el pecho de las mujeres,  
del avión cuando vuela sobre estas aguas,  
la barriga y la cola se ponen verdes.*

*Verde el sapo y el aire, verde la tierra,  
el espejo y la lluvia, la flor, el duende,  
el sol, la sal, las calles, las bicicletas,  
dioses y lagartijas. Todo aquí es verde.*

*San Andresito lindo, mago, que sacas  
del sombrero de copa cocos y peces,  
ruega al mar por la suerte del pargo rojo  
y por este exiliado poeta verde.*

DIBUJO DE EMMA REYES



# Florián Paucke y los indios mocobíes

POR FEDERICO PERGOLA

LA CONVIVENCIA entre grupos sociales de distintas costumbres, otra moral y diferente concepción sobre la vida y la muerte, además de constituir una experiencia singular para el observador, no deja de influir sobre éste que, en forma insensible y muchas veces subconsciente, modifica su propia actitud en la sociedad. Ese proceso de integración, lógicamente de acción mutua, sufrieron todas las tribus conquistadoras que adoptaron desde los hábitos alimentarios hasta la religión y la filosofía del pueblo conquistado.

Esos efectos recíprocos son menos intensos cuando el observador, sea historiador o sociólogo, tiene una cultura que crea una desigualdad de clima entre las mentalidades. Un ejemplo conocido es el de la investigación que Margaret Mead realizó en los mares del Sur con los *arapesh* donde, seguramente, las líneas de fuerza de la interacción costumbrista, si es que se formaban, tenían un sólo sentido.

Pero el tiempo, concretado en forma de experiencia, modifica las costumbres —Levy-Bruhl pensaría lo mismo de la moral— y es fácil que la crítica social o histórica, cuando no la esgrimen censores imparciales, sea excesiva y descarnada. ¿Qué sentimientos provocaría en nosotros presenciar un sacrificio de los mayas: la víctima pintada íntegramente de azul y sujeta por cuatro sacerdotes, mientras un verdugo le hundía un cuchillo de piedra en el pecho para extraer el corazón palpitante? Y esa era su religión y hasta ahí había llegado la evolución de sus costumbres.

El asombro que causarían tales actos de brutalidad y las actividades mágicas de los hechiceros dio un vuelo imaginativo vigoroso a la pluma de los historiadores de la época.

## Los cronistas y la medicina

No hay duda que el término «cronista» está perfectamente adecuado a los historiadores que actuaron durante la conquista y la colonización de América. No eran sociólogos ni era la historia, generalmente, su profesión, pero aún los que fueron simples aventureros legaron una obra monumental sobre sus observaciones y experiencias.

Muchos de estos cronistas —monjes, señores y soldados— son los primeros en describir enfermedades autóctonas y así podemos citar a Acosta describiendo el apunamiento; a Gomara, Zárate, Cogolludo y Rocha Pitta la fiebre amarilla; al mismo Gomara, Estete y Pedro Pizarro la verruga peruana. Acuña, por su parte, introduce la copaiba o copayero en 1638 y Cobo estudia la relación entre el clima y la reproducción en las altitudes peruanas.

Son muy interesantes las contribuciones médicas de Garcilaso, a quien Moll en su obra *Aesculapios in Latin America* (Londres, 1944) considera uno de los cronistas de más jerarquía y que fue, curiosamente, descendiente directo de los incas.

Oviedo, el primer cronista oficial, viajó no menos de ocho veces en estas tierras y describió y dibujó numerosas plantas me-



dicinales y alimenticias, como son: co- paiba, guayaco, cacao, tabaco, etc., en un libro titulado *Historia General y Natural de las Indias* (1535), con exactos grabados, pero algunos nombres erróneos. Sitúa, equivocadamente, la coca en Nicaragua y Venezuela. Aceptó también como reales los relatos que los indios hacían, de tal forma que da por segura la existencia de vampiros asesinos y otros seres imaginarios.

El iniciador de la medicina tropical fue don Gonzalo, que describió las «bubas», entidad difícil de ubicar en la patología moderna, y mantuvo una polémica con Díaz de la Isla sobre el origen de la sífilis.

Otro cronista de la medicina del Nuevo Mundo, Bernardino de Sahagún, llegó en época cercana a las grandes plagas (1545), cuando tenía 31 años y en este continente murió. Se quejaba de la poca cantidad de médicos y refirióse a numerosas drogas de extracción vegetal.

Con la primera expedición científica que pisó suelo americano llegó un médico particular de Felipe II, que pasó siete años en México: Francisco Hernández. Su *Historia Natural de las Indias*, en 77 volúmenes, permaneció dos siglos sin ser publicada (¿habría también editores exigentes?). Ocupó 24 tomos de texto y 11 de dibujos, a pesar de que muchos grabados se destruyeron en el incendio del Escorial cuando aún vivía su esforzado autor.

### Un cronista olvidado del Río de la Plata

Nuestros cronistas —los del Río de la Plata— fueron muy posteriores a los mencionados y mucho menos numerosos, dada nuestra situación austral. A Pedro de Montenegro le debemos el primer antecedente médico bibliográfico de esta zona. Pero, el que nos ocupa, hizo comentarios de gran objetividad, a pesar de su doble condición de sacerdote y colonizador, sobre las costumbres de tribus salvajes que habitaban este suelo. Su obra permaneció ignorada durante siglos a causa del idioma en que fue escrita y del lugar donde fue depositada, aunque el historiador argentino padre Guillermo Furlong se había ocupado de ella en forma parcial.

El jesuita alemán Florián Paucke arribó a Buenos Aires el 1 de enero de 1749, junto con otros compañeros de la orden: Ladislao Orosz, húngaro, y Martín Dobrzhoffer, también alemán. Aclaremos que, aunque todo inclina a suponer que el apellido es realmente Paucke, en algunas firmas de sus manuscritos se lee Baucke.

Los tres padres jesuitas dejaron sus memorias del Río de la Plata, con notas sobre botánica, zoología, etnografía, historia, etc., pero solamente la obra de ambos alemanes ha sido impresa.

Florián Paucke nació el 24 de setiembre de 1719 en Witzingen, Silesia, y a los 17 años ingresó en la Compañía de Jesús. Poco después de ordenarse sacerdote partió hacia Sudamérica y luego de una breve estancia en la residencia de Córdoba se instaló en la misión de los indios mocobíes que ocupaban el norte de Santa Fe y la zona inferior del Chaco.

Cuando en 1767 dispuso España la expulsión de esta orden religiosa, volvió Paucke a su patria (Silesia era provincia austríaca) con un abultado manuscrito, del cual el prior del convento de Zwettl (Baja Austria), el padre Plácido Assem, hizo una copia que es la que hoy se conserva, ya que el original parece haberse extraviado.

Comprende dos gruesos tomos de 1146 páginas con 104 dibujos que se distribuyen así: 37 referentes a la flora autóctona, 33 a la fauna y 34 de trajes y costumbres, en los que se pueden observar algunas láminas que representan a los jesuitas atravesando ríos sobre la espalda de solícitos indios. Todas fueron dibujadas por Paucke y algunas están pintadas a todo color. Tienen la diáfana expresión de lo sencillo y de la mano no muy habituada, pero, como en el caso de la fauna y en especial de las aves, son bastante fieles a la realidad. Estas láminas aún se conservan en el convento de Zwettl.

Tiene esta obra el movedizo título de *Hacia allá y para acá*, que parece más bien destinado a las autoridades que dispusieron la expulsión de la Compañía de Jesús.

Paucke falleció en Nenhans (Bohemia), en 1780.

En el año 1944 la Universidad Nacional de Tucumán en colaboración con la Insti-

tución Cultural Argentino Germana hizo una edición completa de la obra de Paucke, de sólo mil ejemplares, distribuída en cuatro tomos, traducida al castellano por Edmundo Wernicke.

En sus descripciones, este cronista olvidado no deforma el folklore con interpretaciones desmesuradas, lo cual es un mérito de su trabajo.

### La peste y la eutanasia

Las afecciones que el hombre blanco trajo a estas tierras hicieron rápidos estragos entre las poblaciones indígenas con pocas defensas orgánicas naturales y escasas adquiridas. Ante el avance de la enfermedad, su intuición los llevaba a un despiadado aislamiento, y relata Paucke que en « tiempo de las viruelas o de una peste ni las familias quedan reunidas, sino que se dispersan por los bosques ». Si algún componente de la tribu enfermaba, colocaban ante él « una fuente con comida y una jarra con agua, se ausentan y lo dejan completamente sólo suceda con él lo que quisiera ».

Aunque no muy afectuosa, esta práctica ayudaba a evitar la propagación de las epidemias y en nada difiere de las huídas « veraniegas » de la actualidad ante la aparición de una epidemia.

Los conceptos mágicos que los mocobíes tenían de la enfermedad y de la muerte guardan puntos de contacto con otras civilizaciones primitivas, incluso contemporáneas. La muerte era una continuidad intrascendente de la vida, como sus sueños se lo demostraban. « En la tierra silvestre solían practicar una cosa inaudita con sus padres: si los hijos veían que sus padres no podían sanar de la enfermedad o notaban como seguro que ya no había otro remedio que morir, o si ellos antes de su muerte eran mortificados en demasía, el hijo o la hija tomaba su macana, golpeaba varias veces en la cabeza al padre o la madre hasta que el alma se iba, porque les acongojaba demasiado que debieran padecer por tanto tiempo. » Luego comenzaba « entre las mujeres el alarido por la muerte y lloraban al padre o la madre muerta a golpes ».

Hoy, ante el aumento de la población del mundo, se han pensado muchos métodos de control. Sauvy dice que ésta —que comentamos de los mocobíes— más que una solución es una sanción.

### La muerte entre los mocobíes

Bien dice Chochod en su libro *Histoire de la magie et de ses dogmes* (París, 1949) que la magia es un arte (especulativamente, aunque no lo discutamos aquí, sería también una ciencia) especial, que trata de controlar, canalizar, orientar, darle cierta medida y utilidad a fuerzas naturales mal conocidas y ordinariamente sustraídas al poder del hombre. O por lo menos esa es su intención.

El rito mágico de los mocobíes perseguía ese fin. Con un particular criterio de que nadie moría de muerte natural, sino por acción de los brujos o por heridas de combate, dice Paucke que « no bien ha fallecido alguien, fuera grande o chico, joven o viejo, conciben en seguida la sospecha contra un brujo o una hechicera, piensan en la venganza y tratan de matarlos. Si ellos no pueden hacerles nada, acuden a la ayuda de otro hechicero, que despachará al asesino de la vida a la muerte, lo que efectúa de la siguiente manera: él hace llevar el cuerpo del fallecido al campo libre y colocarlo sobre paja seca, enciende la paja y quema al cuerpo por un costado; le tira una o dos flechas a la garganta; la tercera al corazón; junto con esto el hechicero pronuncia en secreto algunas palabras y deja estar yacente por un tiempo al cuerpo del muerto; después lo llevan a sepultarlo ».

Este procedimiento de magia simpática hacía pensar a los deudos y, por supuesto, al hechicero, que las flechas que pasan por el corazón y el cuello del finado lo harían por las mismas regiones anatómicas del asesino, si lo hubo.

Solamente un párrafo para el hechicero de estas tierras. Su idiosincrasia no difería de las del resto, pero poseían ciertas características —aunque no exactamente los mocobíes— dignas de ser notadas. El « hombre-médico » debía estar dotado de una personalidad especial y, por ello, en

todo el territorio pampeano se buscaba para estos menesteres a los epilépticos, coreicos o aquellos con rasgos femeninos.

Pero estos caracteres llegan a su culminación entre los puelches que, como dice Vignati en las *Publicaciones de la Cátedra de Historia de la Medicina de Buenos Aires* (1942), «andaban vestidos de mujer, y hacían todos los trabajos femeninos: cocinaban, acarreaban agua, etc. Núñez de Pineda y Bascañán a mediados del siglo XVII puntualiza aún más la homosexualidad de estos machis o curanderos, quienes, en el decir del tiempo, tenían pacto con el demonio y debían usar el cabello largo y adonarse con gargantillas, anillos y otras alhajas». Tal vez en algunos de ellos se confundieran los términos homosexualidad y «transvestismo», o uso de los indumentos del sexo opuesto, común —esto último— en otras tribus. No obstante, debemos coincidir, la amalgama es aquí magia, sexo y medicina.

Los mocobíes sufrieron el influjo incaico en el ritual funerario, por lo cual éste es similar al de las grandes civilizaciones precolombinas. Análoga idea animista de persistencia en el mismo mundo se manifestaba en todas estas tribus primitivas.

El cementerio, si es que cabe una expresión de organización social, era un bosque solitario donde se enterraba a los cadáveres en «diversos sitios». Las armas sobre la sepultura indicaban un despojo masculino.

La fosa mortuoria era amplia, pero no «más honda que a lo más de tres cuartos de vara» y alojaba al difunto con utensilios para su alimentación «en la otra vida».

Terminada una ceremonia de llantos y gritos, en parte mercenarios, colocaban unos palos sobre la sepultura y, sobre éstos, ramas de árboles y tierra. «Así el indio yace en su sepultura como en una cripta. Pero apenas es de sufrir el hedor al lado de estas sepulturas, especial durante el gran calor de verano, pues los cuerpos no yacen muy hondamente y las sepulturas no están resguardadas para que no atravesara ningún hedor de cuerpos en pudrición.»

A los niños pequeños, en su creencia de que no se podrían valer solos para tomar el agua o los alimentos colocados a su al-

cance, se los sepultaba con una mano emergida de la tierra, «en la cual los padres colocaban diariamente el alimento para el niño muerto».

La señal de duelo de los mocobíes recaía principalmente sobre las faneras de los deudos. «La viuda se corta los cabellos por toda la cabeza; lo mismo hace el viudo y recorta los cabellos de todos sus hijos», pero no se detiene ahí y «recorta las colas de su cabalgadura y de los caballos de sus hijos y les tusa las crines». Pero peor fin tenía el caballo de la difunta al que el marido mataba con arma blanca, con el deliberado propósito de que acompañara a su dueña.

«La viuda regala todo lo que perteneció al difunto de modo que ella no conserva ni la menor cosa de él, excepto sus armas que se colocan en la sepultura». Las indias que la acompañan «exigen a la viuda un pago por su plañir y gritar».

Acota Paucke que «cada nación tiene otras muestras de luto por sus difuntos» y dice que «las mujeres de los indios Charubas se cortan una falange de sus dedos cuantas veces se les muere un marido. Quien quiere saber cuantos maridos se le han muerto, puede conocerlo por las faltantes falanges de sus dedos». Dos conclusiones: también entre los indios era mayor la longevidad del sexo femenino y, por otra parte, no era novedoso el cruento método de seccionar las falanges de las patas de las gallinas para conocer el año de su nacimiento.

### Los mocobíes de hoy

Expresa el profesor Enrique Palavecino, en la edición castellana de *Hacia allá y para acá*, que los actuales mocobíes forman una sola familia lingüística con los alipones, los toba, los pilagá, los mbayá guaycurú y los payaguá. Y que el núcleo más importante de ellos se congrega en la reducción civil de Napalfí en la provincia del Chaco.

Pero ¡cuán distintos de los mocobíes de Paucke serán estos que viven del cultivo del algodón y de la explotación de los bosques!

## De la pintura como escuela y como mercado

POR LUIS QUINTANILLA

UN NUEVO VIENTO estético sopla en este París considerado como la capital del arte ; tampoco nos trae nada : sólo barre lo que ya se estima demasiado sobado, fatigante, viejo y, sobre todo, muy aburrido por la abrumadora monotonía, repetición y falta de consistencia. El público bosteza y los marchantes de pinturas actuales cierran sus galerías ante la indiferencia de los compradores. Es sintomático que, saltando por encima de los críticos de arte profesionales, sean los artistas de edad madura quienes, decantadas sus ideas por el tiempo, se lancen a escribir protestando contra el absurdo caos en que todavía se mueve el arte. Hemos llegado a la lógica consecuencia de todos los abusos. Con el surgir de cualquier improvisado que durante unos meses repite « *Anch'io son' pittore* », sin tener los méritos de Corregio, y la desnaturalización del sentido principal del arte al convertirle en una especie de industria, no hay rincón de París donde el transeúnte pueda esquivar la visión de un llamado cuadro, dibujo o escultura ; y, claro está, ya amarga la cocina. Por otro lado, el recurso de recordar a los maestros cuya novedad no fue en su tiempo comprendida, lo cual ha permitido encumbrar las extravagancias, también se agota cuando la constante insistencia de buscar novedad delata precisamente que faltan, y el sincero espectador no se deja alucinar por truculenta palabrería ; no cree en ese estimulante azaroso, al ofrecerle una pintura

o escultura que es sólo comprensible para un número limitado de escogidos, que el día de mañana será admirada como una obra de Van Gogh y alcanzará alta cotización en los museos y entre los selectos coleccionistas (1).

Un repaso de las tendencias artísticas desde hace casi un siglo nos aclara la situación actual.

Avanzando el siglo XIX la Iglesia y los monarcas dejaron de ser los principales clientes de las artes plásticas ; también los verdaderos mecenas desaparecen. París, principalmente debido a las grandes ventas de las pinturas de los maestros españoles, saqueadas la mayoría por los generales de Napoleón, se convirtió hacia el año 1830 en el primer mercado del arte occidental. La vieja Roma, que durante siglos ocupó ese puesto, pasó a ser artísticamente un recuerdo histórico, un concepto académico, eclipsado por la agitación de la capital de Francia, nuevo lugar de compra y venta del arte. Todavía el precedente del arte clásico sostiene un nivel artístico en autores y compradores que evita el distanciarse del pasado. Aún el artista desarrolla su personalidad con recuerdos estéticos pretéritos. Sabe, ante todo, que debe y puede aprovecharse de lo más valioso anteriormente realizado, de acuerdo con su temperamento.

(1) Sobre el mercado de la pintura, véase además el artículo de Felipe Cossío del Pomar en *Cuadernos* n° 87, agosto de 1964.

Tampoco ignora la necesidad imprescindible de dominar la técnica, sin cuya disciplina no logrará expresar sus ideas, y es otro atributo del menester artístico. Pensando y trabajando así, al socaire de aquel París boyante, se formaron los mejores pintores franceses, unos orientales por la escuela italiana y otros por la española. Ingres, Delacroix, Courbet son concretos ejemplos.

Al faltar los encargos transcendentales de la Iglesia, de los monarcas y los magnates que fomentaron un tono artístico, en su lugar la enriquecida burguesía pasa a ser la compradora de las obras de arte. Los artistas empiezan por encontrarse con absoluta libertad de temas y gustos. La pintura vuelve en este aspecto a lo que fue en su brillante época la flamenca y la holandesa; se reducen los tamaños de los cuadros, se practica el paisaje y los motivos de costumbres tienen la preferencia: escenas campestres, bailes populares, interiores con reuniones de familia, carreras de caballos, personajes de circo y algunos rincones de tabernas animados por expresivos comensales. La escultura se limita al busto y a la estatueta que decoran el salón rococó de Madame; los recargados monumentos escultóricos en plazas y jardines, dedicados a los héroes en las múltiples manifestaciones del heroísmo, son costeados por los Ayuntamientos, surgiendo el estilo municipal.

Resulta sorprendente que la Francia derrotada por el poderío militar prusiano el año 1871, y aun habiendo perdido dos de sus valiosas provincias, vuelva a colocarse a la cabeza de Europa. París está en pleno apogeo y continúa con mayor brío siendo el gran centro del arte. Pero el único medio de darse a conocer los artistas es exponer sus obras en los « salones » oficiales. Para ser admitido en ellos hay que pasar por un jurado de elección; después por otro jurado de colocación de las obras, y, por último, por el que según su criterio otorga premios, medallas y recompensas. Durante la preparación del « Salón » hasta su apertura, el París distinguido, el influyente en la política, se mueve nervioso, va de un lado a otro intrigando, buscando recomendaciones, interesando al cotarro de los jurados de admisión, colocación y premios, cada

uno a favor de su artista favorito o amigo. Es altamente gracioso y divertido leer hoy el revuelo que motivaba el proceso de aquellos « salones », en el cual la intervención femenina era de suma importancia, pues a la bien situada o bella dama no se la podía desairar.

Llegado el día de inaugurar el « Salón » con la pompa de la asistencia del Presidente de la República, su cortejo, las damas y múltiples levitas y chisteras, empezaba a continuación el debate sobre las obras expuestas y sobre el certamen. Ya entonces cada periódico o revista de París tenía un profesional crítico de arte, variando, como es lógico, sus apreciaciones y tendencias; y entre ellos las discusiones se acaloraban, terminando en disputas no exentas de juicios agresivos; el público, a su vez, participaba en la controversia. Todo quedaba en ruido hasta el año siguiente, en que volvía a suceder poco más o menos lo mismo con las obras presentadas, jurados, criterio y recompensas.

Dominando la doctrina oficial estética, la consecuencia de los « salones » se reducía a otro de los alicientes de París, y a haber hecho sonar el nombre de un artista que pronto se olvidaba. Los « salones » caían en el descrédito. No es de extrañar que al preguntarle a Cezanne qué pensaba mandar al próximo « Salón », contestase despreciativamente: *Un pot de m...*

Algunos artistas con dotes comerciales buscaban su clientela, sirviéndoles el presentar sus obras en los « salones » de trampolín para que se les conociese. Los mejores continuaban trabajando en sus talleres, preocupados de perfeccionar su visión artística, esperando al raro buen conocedor coleccionista. Entre los dos aparece el intermediario, el marchante, el que ha sabido descubrir el talento de un artista rechazado en el « Salón », precisamente por su personalidad no comprendida. El movimiento artístico se divide a rajatabla; por un lado persiste el artista siguiendo la carrera oficial, el llamado académico; enfrente los pocos que huyendo de las fórmulas convencionales insisten en desarrollar su novedad. Así se establece una situación singular, sin precedentes en el mundo del arte, sin relación la una con la otra, incompatibles, que se convierte en una lucha estética. No ca-

be duda que, por la esencia misma del arte, el seguir un nuevo camino tiene una perspectiva artística más abierta que el aferrarse a los lugares comunes, y si la tiene artística también la puede tener comercial: ya está el marchante en funciones. La primera experiencia fue con los llamados artistas impresionistas. El primer marchante que directamente les compró sus obras en sus talleres fue Durand-Ruel; el segundo, más experto y hábil, Ambroise Vollard.

Puede decirse que Vollard creó una escuela del marchante. Provisto en un bolsillo de los billetes del Banco de Francia, y en otro de un ovillo de cuerda, iba a los estudios de los pintores, que en sus comienzos eran Degas, Renoir y Cezanne. Elegía los cuadros, varios a la vez, ajustaba el precio, pagaba en el acto, ataba el paquete con la cuerda, y regresaba a su galería, sin olvidar alguna anécdota del pintor, que al presentarse la ocasión le servía para comentar la personalidad del artista. Su galería en la rue Laffitte adquirió fama por la extravagancia del propietario. Monsieur Vollard no se molestaba cuando entraba alguien. Generalmente seguía leyendo un libro y acariciando un gatito: así le retrató Pierre Bonnat. Si le preguntaban qué representaba un cuadro, por ejemplo un bodegón de Cezanne, replicaba: — El catálogo pone « un plato y manzanas ». Tampoco admitía la discusión de las obras ni de los precios indicados, ni forzaba al comprador; pero ofrecía la garantía de readquirir cualquier cuadro vendido por él. Pronto comprendió la importancia de la publicidad para despertar el interés de los compradores, y la practicó editando monografías de los artistas, que vendía cuando había acumulado bastante cantidad de sus obras. Ya es sabido lo que influye esa especie de consagración que da la imprenta y con ella la divulgación de un autor. Monsieur Vollard, ni que decir tiene, se estreñó contra el gusto oficial dominante, que en su ofuscación rechazando la novedad artística llegó a crear en París una sociedad titulada « Los amigos de la buena pintura », y procuró con empeño evitar que las obras de espíritu moderno entrasen en los museos. Todavía resuena en los anales de arte la discusión escandalosa sostenida

cuando se propuso que la « Olimpia » de Manet fuese adquirida por el Louvre. Ganada esta batalla, pues para el bien del Louvre así puede decirse, los pintores del grupo impresionista no perdieron la esperanza de que algún día seguirían sus obras análogo camino. También un público, libre de orejeras, miró su labor con mayor detenimiento, y ante la contemplación sin necios prejuicios, vino la comprensión. Monsieur Vollard no perdió su tiempo, destacando principalmente a Cezanne, *la bête noire* de « Los amigos de la buena pintura »; partiendo de él, formó el moderno coleccionista, y años más tarde sus compradores estaban orgullosos de poseer sus cuadros y de su cotización cada vez en aumento.

La técnica de negociante practicada por Vollard, su resultado con la experiencia de la obra de Cezanne, y luego con la de Gauguin, a la cual siguió la de Van Gogh, señaló el sendero de los buscadores de minas de oro artísticas en marchantes y compradores. En su improvisación, unos y otros sólo pedían la novedad. Pero la novedad en el arte no es cosa fácil, y había que forzarla. Para lograr mayor fuerza, en lugar de formar el artista su personalidad independiente, se alista en una tendencia o manera, y en el momento en que hay media docena de artistas agrupados, surgen los « ismos ».

Después del acertado impresionismo vino el neo-impresionismo, el puntillismo y divisionismo. En 1905 el fauvismo, y en 1907 el cubismo. A continuación el neo-cubismo y el expresionismo. Desde 1909 a 1918 se disputaron la novedad el futurismo, el neorealismo, orfismo, rayonismo, suprematismo, constructivismo, elementalismo y el purismo. A consecuencia de la exageración se crea el colismo. Dadá se asoma en París el año 1920, y su hijastro, el surrealismo, en 1923. Prescindiendo de otros « ismos » menos ruidosos, son 20 los catalogados, y de ellos 17 en la primera cuarta parte de este siglo, o sea antes de 1924. Entre paréntesis, el arte negro africano se introduce en la refinada Francia e influye en los artistas.

Con tan furiosa competencia « ísmica », cada uno intenta matar al anterior, y al mismo tiempo que se bautiza el « ismo »

recién nacido, se entierra el que aún teniendo muy corta vida se considera viejo.

Junto al « ismo » se practica una literatura de propaganda caprichosa y falta de sentido. A algunos se les llama « pintores de izquierda », lo que suena a política. Se dice arte « vivo » y arte « independiente ». Puestos a buscar motes se colocó el de « fieras ».

El « fauvismo », influido por la pintura de Van Gogh, exaltó el color sin someterse a la realidad de la naturaleza. Algunos de esta tendencia, bien dotados artísticamente, dejaron muestras apreciables. Pero no se comprende qué « fiereza » puede haber en la interpretación de un paisaje o un bodegón con tonos arrebatados, si la armonía está lograda y procura el placer estético. Entre aquellos a quienes aplicó ese calificativo se distinguió Vlaminck ; mas pronto se distanció de esa tendencia, y, al dejar de ser « fiera », creó un tipo de paisaje de gran personalidad y emoción, hoy muy estimado.

El « ismo » que motivó mayor inquietud por su inesperada sorpresa fue el cubismo. Respecto a quien le dio ese título y como se formó la tendencia hay múltiples opiniones. Ello fomentó el interés e intrigó al público. De ahí procedió el repetir como axioma entre artistas y marchantes : « Arte de discusión, arte de éxito ». El precedente del cubismo, todavía exquisitamente humanizado, podemos encontrarlo en Cezanne, sobre todo en su cuadro titulado « La mujer de la cafetera », que hoy figura en la deliciosa colección del museo de París « Jeu de Paume ». Pero derivó hacia la novedad de descomponer las formas que vemos en los objetos corrientes y buscar las armonías de los planos, dominando el sentido geométrico. Utilizó, a manera de evocación realista, el artificio de pegar en los cuadros títulos de periódicos y marbetes de productos comerciales. Simplificó el color y redujo la pintura a una decoración estilizada inconfundible, en general de buen gusto y agradable a la vista. Debemos recordar que el verdadero precursor del cubismo fue Braque. Su padre tenía un taller de pintura y decoración mural corriente ; el hijo trabajó con él, especializándose en imitar telas, maderas y otras mixtificaciones de materiales, que en aquella época de

principios de este siglo eran de uso corriente para prestigiar las vulgares paredes, simulando jaspes, alabastros o ricas caobas, y Braque resultó un virtuoso maestro en esa especialidad. Él mismo contaba una anécdota divertida. Parece ser que un amigo suyo se dedicaba en los veranos a pasear en su pequeña barca a los turistas en un puertecito del norte de Francia, y le preguntó a Braque qué podía hacer para que su barca llamase la atención de los paseantes marítimos. Braque se la pintó de jaspeado mármol, tan perfectamente, que la barca marmórea se convirtió en la gran curiosidad del puertecito. Esa extraordinaria habilidad de Braque fue su punto de partida para decidirse a pintar cuadros. A un marchante de origen alemán, instalado en París hacia el año 1907, se atribuye el haber descubierto y fomentado el cubismo ; por lo menos empezó a comprar y vender las obras con ese estilo de Braque, de Picasso y de Juan Gris. Hablando de él, ha dicho Picasso : « ¡Qué hubiera sido de nosotros si aquel marchante no hubiese tenido el sentido de los negocios! » Efectivamente, según habían previsto el marchante y el pintor, la fórmula cubista no tardó en lograr admiradores y compradores ; mas también pronto percibieron sus practicantes que, pasada la primera sorpresa, estaban metidos en un callejón sin salida, y se encaminaron hacia otras tendencias.

Las formas y estilización de la escultura negroide sirvieron para dar otra nueva sacudida al arte que se fomentaba en París guiado por los marchantes. Vlaminck vio un buen día en una taberna dos figuritas de ébano del África ecuatorial ; se entusiasmó y las adquirió del tabernero pagando una ronda a los presentes. Aminorado luego su entusiasmo regaló una a Derain y la otra a Picasso. Derain divulgó la belleza de la violencia sintética que hay en ese arte primitivo, y los marchantes montaron el negocio de explotar ese género escultórico. Pero Picasso supo sacarle partido, e inspirándose en las formas negroides pintó un cuadro de grandes proporciones, entonado en rosa y titulado « Les Demoiselles d'Avignon », y en seguida pintó con la misma inspiración diferentes motivos de figuras. Modigliani tomó de la escultura negra la línea alargada, el dibujo de ojos y bocas y la

acentuación de los perfiles. De aquí que la obra de Modigliani, tan acertada, viva y delicada en color, es en la forma bastante monótona, igual que sucede con dicha escuela.

De Italia, Marinetti vino a París el año 1909; era un diletante que heredó el prostíbulo más importante de Milán, y con el dinero adquirido tan fácilmente, dio en el empeño de extender un concepto poético y artístico titulado futurismo; publicó folletos, pronunció múltiples conferencias, consiguió que algunos periódicos de París reprodujesen sus ideas, y atrajo a los pintores. Según su fórmula, se debía pintar el ruido, el ruido de las fábricas, de los tranvías, de los cañones al disparar. Sus ruidosas poesías abrirían el camino del arte futuro. Marinetti organizó exposiciones de los pintores que comulgaron en su credo; el futurismo estaba en marcha; pero el arte del futuro murió rápidamente, dejando sólo el tímido silbido del globo infantil que se desinfla. Antes de un par de años de su existencia ya le pisaban los talones el neorrealismo, el orfismo, el rayonismo, el suprematismo, el constructivismo, el elementalismo y el purismo, como he indicado anteriormente.

Los grupos « ismicos » lanzaban un manifiesto explicando cada uno su nuevo contenido, igual que los partidos políticos. Eran los primeros en querer poner puertas al campo del arte. Volver hoy a leer la gárrula literatura de esos manifiestos, nos divierte al advertir el torbellino de forzadas ideas en que se debatían los buscadores de artísticos secretos.

Para evitar el trabajo que supone adquirir la técnica de pintar o grabar, se recurrió a las tijeras y al engrudo. Recortando las imágenes de las revistas y pegándolas sobre un cartón más o menos caprichosamente, se hacía un cuadro. A este género se le llamó colismo. Dicha práctica tuvo títulos de periódicos, marbetes y rótulos comerciales.

Sonó el mortal estruendo del año 1914, y durante la guerra las artes plásticas quedaron en sosiego y alejadas de la contienda. Es curioso observar que de aquella terrible matanza surgió una literatura descriptiva en los países beligerantes, mientras que en la pintura se redujo a la propagan-

da gráfica del momento, insignificante en cantidad y calidad. No se recuerda ningún cuadro de mérito que evoque el trágico período de 1914 a 1918. Suele decirse que el tema de la guerra pintado, resulta teatral, y en general así sucede, pero no ocurre esto por el tema en sí, sino por los artistas que lo interpretan. Un ejemplo de excepción nos lo da Goya. Podemos permitirnos imaginar lo que el autor del « Dos de mayo », de diversas reducidas pinturas inspiradas en la invasión napoleónica en España, de sus famosos grabados, hubiese pintado, si llegase a ver o intuir la espantosa vida en las trincheras, que describieron los escritores. Pero los practicantes de los « ismos » no estaban dotados para hacerlo. Bien es verdad que todos creíamos asistir a la última desenfundada matanza, y quizás no se quería recordarla ni en pintura... De la primera gran guerra, cuando terminó, sólo se aprovecharon los escultores, ejecutando en los países triunfadores un sin fin de estatuas y monumentos al soldado desconocido, a las víctimas, con arte bastante amanerado en general, como de encargo.

Parecía lógico esperar que la gran conmoción mundial ejerciese una influencia en el arte, como la ejerció en múltiples aspectos ideológicos y vitales. Lo que hizo, acaso, fue aumentar el caos. París se llenó de pintores que acudieron de todos los países, y si antes del año 1914 ya eran copiosas, después de 1919 rebasaron la medida. Fue la época de Montparnasse, en la que, en torrente, acudieron a ese rincón parisiense los artistas americanos del Norte y del Sur, japoneses, chinos, negros, además de los cientos de europeos de distintas naciones. Colectivamente, entre los dedicados a pintar desaparecieron en absoluto la serenidad y la disciplina. Se incrementó la fiebre de comprar pinturas, y aumentaron las galerías que las vendían. Las buenas, claro está, escaseaban, y se admitía cualquier cosa pintada que parecía novedad. Entonces los marchantes de arte jugaron un papel considerable; escogieron un limitado grupo de pintores y los industrializaron pagándoles una cantidad mensual por un número mínimo de lienzos pintados y con el derecho exclusivo de ser los vendedores. Dictaron los tamaños de las telas y lo que los artis-



tas debían pintar sin apartarse de su tendencia. Con tal procedimiento cualquier artista cae en el amaneramiento ; entre ellos mismos se llamó esta clase de pintura el « género marchante ». El marchante se encargaba de la publicidad de su grupo dándole el tono de un nuevo « ismo » ; todo de prisa, sin pérdida de tiempo, antes que la novedad perdiese los efectos de sorpresa.

Como gran novedad se implantó el surrealismo. Su historia es curiosa, y por la importancia que más tarde logró, merece referirse con algún detalle. Un grupo de desertores de la guerra, procedentes del centro de Europa, se encontraron en Zurich hacia el año 1916. No sabiendo qué podían hacer en la Suiza neutral, se reunieron en el « Cabaret Voltaire » de dicha ciudad, dispuestos a inventar su guerra, la más transcendental, la que destruiría todos los valores espirituales con la simple fórmula de reducirlos al absurdo, y formaron su pequeño círculo literario-artístico destructor. Empezaron, pues, con una paradoja, ya que su arma no sería otra que el valor espiritual de la literatura y el arte. Según ellos mismos han referido, su mayor trabajo fue buscar el título ; detrás del título vendrían las ideas. Quien llevaba la voz cantante era un hortera rumano, que hasta entonces no se había preocupado de ninguna manifestación cultural. El título salvador e inmortal no aparecía, y el hortera rumano abrió el diccionario *Petit Larousse*, encontrando la palabra « dadá », que en el lenguaje de los niños franceses significa caballito. Con orgullo celebraron la fecha de su descubrimiento, el 8 de febrero de 1916. Acto seguido lanzaron su manifiesto impreso, sin el cual no se define un « ismo », y la pretensión de destruir el mundo espiritual se llamó dadaísmo. Detrás de ellos estaba el cónsul alemán en Zurich ; hombre al parecer avieso, que el año 1917, viendo la guerra perdida por los imperios centrales, creyó oportuno fomentar el absurdo del futuro, y costeó la revista de los destructores titulada *Dadá* 1°. La revista fue escrita en francés, plena de incoherencias, hablando de la cirugía de los astros, protestando contra la organización social y prodigando insultos a diestro y siniestro. El cónsul alemán divulgó la revista fuera de Suiza, y ésta llegó a Norteamérica. Un pintor fran-

cés residente en Nueva York se incorporó al grupo dadaísta ; iba a aportar el sentido del arte dadá, y argumentó que es tonto perder el tiempo pintando como Delacroix, cuando un objeto de cualquier uso puede satisfacer el concepto de la belleza. Al año siguiente de terminarse la gran guerra mandó al « Salón de los Independientes » de París su muestra dadaísta : era un urinario de los usuales en los bares. Lo colocó invertido sobre una peña y lo tituló « Fontaine » ; en lugar de su nombre firmó Mutt, que en la jerga norteamericana significa tonto. El cónsul alemán continuó fomentando el dadaísmo en la Alemania derrotada y surgieron en Colonia y Berlín las manifestaciones de los dadaístas. Max organizó la exposición dadá de Colonia en abril de 1920. Los visitantes podían romper las obras presentadas sirviéndose de hachas que se les ofrecían, y una joven alemana recitaba poemas obscenos loando los urinarios públicos. Para afianzar el dadaísmo se necesitaba introducirlo en París, sin lo cual el absurdo demolidor hubiese quedado localizado en la nación derrotada. Fue en mayo del mismo año 1920 cuando seis dadaístas, capitaneados por el hortera rumano, alquilaron la « Sala Gaveau » de la ciudad del Sena, celebrando la llamada « Fiesta dadá », precedida de publicidad ruidosa. Su inmediato fin era provocar el escándalo que suscitase la atención. El escándalo alcanzó su apogeo cuando los dadaístas, para defenderse de la agresividad del público, le arrojaron trozos de carne pútrida, que habían llevado con la intención de regalarlos como afectuoso recuerdo de la fiesta. No tardó la policía de París en sospechar las torvas intenciones del grupo dadaísta, protegido desde Alemania, que gastaba el dinero en introducir el absurdo estético, aderezado con insultos y procacidades. Dadá se vio en peligro ; por lo menos debía cambiar de nombre, ya que la revista de Zurich denunciaba su procedencia del cónsul germánico. Entonces se llamó surrealismo. Tampoco el título era de su cosecha ; lo tomaron del poeta Apollinaire, que antes de la guerra escribió una obra teatral titulándola *Les mamelles de Tirésias* (drame surréaliste). Apollinaire explicó cómo en su primera intención utilizó el vocablo sur-naturalismo, empleado en el mundo filosó-

fico, y lo substituyó después por el término surrealismo, que no se encuentra en los diccionarios y es indeciso, para dejar flotar la vaguedad. Apollinaire había muerto a consecuencia de la herida sufrida luchando en el frente francés; no podía, pues, protestar contra el hecho de que los dadaístas, faltos de originalidad, le robasen la inventada palabra por él aplicada al adivino de Tebas. El nuevo surrealismo se definió diciendo: « Dejar que el retrasado mental, el ignorante, el incapaz de pensar, pero dispuesto a retorcer los pensamientos ajenos, en cualquier arte, ciencia o literatura, forme en las filas surrealistas. » La receta no podía ser más sencilla y estaba al alcance del primero que siguiéndola diese rienda suelta a su incapacidad. Le faltaba introducir la sexualidad, que también los retrasados mentales la practican, y aún distanciándose de su principal objetivo, la ignorancia, buscar el tono intelectual citando a Kragft, Ebing y Freud. Pero esto era demasiado técnico, y en su lugar recurrieron al marqués de Sade, inspirándose en su novela *Justine, ou les malheurs de la Vertu*, que el mismo degenerado Sade no se atrevió a firmar en el libertino siglo XVIII. Los surrealistas, como en las anacrónicas sociedades secretas, se juramentaron para despreciar y atacar a los que no cultivasen su credo: era su único medio de defensa. Según ellos, se debían quemar los museos, empezando por el Louvre, y también al escritor « consagrado » Anatole France con toda su obra; negar la luz y el aire a quienes no catasen la fórmula del absurdo. Puestos en marcha los pintores, guiados por los pocos escritores surrealistas, la dificultad estaba en qué pintar. El año 1922 presentó en París un alemán la primera exposición de ese género; pero tampoco eran pinturas, sino recortes fotográficos pegados sobre una tela, faltos de gracia y de imaginación. De nuevo recurrió el grupo al escándalo, haciendo propaganda en Montparnasse. Ofrecían el mínimo esfuerzo para distinguirse artísticamente, se ponderaban mutuamente y no tardaron en surgir los llamados pintores surrealistas atraídos por la simpleza del manifiesto y las ventajas del apoyo mutuo. Buscar la ingenuidad en la pintura encontraba el fuerte adversario del sincero arte infantil, pareciéndoles más fácil seguir el

consejo de retorcer los pensamientos ajenos. Alguno aprovechó el cubismo pintando perspectivas: un tronco de árbol seco, una bola o un cilindro de aspecto misterioso. Otro, la cabeza de una vaca en uno de cuyos ojos se reflejaba una escena amorosa. Los que se consideraron mejor dotados plagiaron torpemente a Jerónimo Bosch, Brueghel o Piero di Cosimo. La gran novedad fue representar un objeto duro, de uso corriente, un reloj o un vaso doblado por la mitad. Aún se estimó mayor novedad limitarse a pintar líneas retorcidas terminadas en redondeles y corazones, varias cruces, o los cuernos de la luna, que los propagandistas del surrealismo anunciaron ser la verdadera estética metafísica. El proceso del dadaísmo y del surrealismo fue sintomático de nuestra época, y es de suponer que a los futuros historiadores entregados a su estudio les aclarará múltiples aspectos.

Después de 1945, en París faltaban albñiles y sobraban pintores de cuadros. Un artículo de un periódico parisiense destacaba este hecho tan anormal, indicando la cifra de setenta mil pintores suministrando cuadros a las galerías. La explicación del frenesí de pintar y vender me la dio un antiguo y serio director de una galería: durante los años de la guerra los eternos estraperlistas que exageradamente se lucraron, descubrieron el medio de ocultar su dinero comprando obras de arte; habían oído que el arte es un valor eterno, y en muchas ocasiones va en aumento; pero las firmas consagradas eran difíciles de comprar, y en su lugar compraban lo que los improvisados marchantes les ofrecían como el arte de actualidad. Ni el comprador tenía tiempo de esperar ni los pintores de formarse. Volviendo éstos y los marchantes los ojos atrás recordaron la manera abstracta, que o se toma o se deja, y en la alternativa no cabe discusión: todo quedó simplificado, y hasta terminó con el espíritu de rebusca, que bien o mal justificó los « ismos » fallecidos.

Databa del año 1906 la presentación de una pintura consistente en un redondel de colorines parecido al corte de una almendra, titulado « Formación » y firmado por Stolba. Le siguieron Wassily y Kandinsky con unas acuarelas de arbitrarias líneas y man-

chas de color. Los practicantes de esa manera de pintar procedían del centro de Europa, y acudieron a París con sus obras. En octubre de 1912 se celebró la primera exposición del llamado arte abstracto en la « Galería de la Boétie ». El grupo « artístico » había aumentado y se expusieron doscientas pinturas, que el marchante organizador tituló enfáticamente « Sección de Oro ». Dentro del género abstracto se dividieron los « estilos », calificados de ortogonal, horizontal y vertical ; uno de los autores dijo que « gracias al óvalo se habían descubierto esos sentidos del arte », y que el huevo resolvía los problemas estéticos. Quizá la mejor definición de lo que artísticamente se pretendía la dio Kandinsky al exclamar en Munich : *Alles ist erlaubt* (todo está permitido). Pero con ese rotundo permiso quedan anulados los valores perdurables de la pintura ; desaparece el concepto del retrato, del paisaje, de la evocación, de los múltiples aspectos de la naturaleza poetizada por la interpretación del artista. Además, en toda buena pintura tradicional, de cualquier maestro y de cualquier época, si limitamos la visión a pequeños trozos del cuadro, encontraremos un sin fin de « abstractos » de gran belleza ; el ejemplo lo vemos en Tintoretto, Velázquez, Corot o Cezanne sin ir más lejos.

Los tratadistas de la pintura abstracta señalan tres períodos. Hasta el año 1919 son las manchas de color las que imperan. Durante el segundo período se insiste en las formas geométricas, triángulos, rectángulos, líneas y redondeles. Y el tercer período, el de mayor relumbrón e insistencia, a partir precisamente del año 1945, estriba en la monotonía, que hace que no exista nada más parecido a una pintura abstracta que otra pintura abstracta. Las complicadas vaguedades escritas por los propagandistas del abstracto denunciarán al paciente lector lo forzado de su doctrina, y su inconsistencia. Bien es verdad que se ha dedicado a ese género de arte una publicidad sorprendente y abundantes libros con reproducciones a todo color, lujosos y caros, como no se han consagrado iguales a muchos museos de obras clásicas. También es otro detalle significativo que nunca se ha abusado más de la entrevesa-

da literatura que ahora, para pretender explicar el arte momentáneo que impera en nuestra época. Al espectador se le ofusca con palabras sin relación con la pintura, y los ingenuos y los petulantes siguen la corriente. ¿A dónde va el demente? A donde va la gente. Debemos admitir la ventaja para los complacidos con ese género de abstracción pictórica, de que pueden deleitarse incluso ante los viejos carteles anunciadores pegados en las calles, que la lluvia y el sol han transformado en magníficas muestras del arte abstracto.

La situación artística de hoy toma caracteres alarmantes cuando, en pleno agotamiento, todavía se celebra oficialmente en un museo la exposición de « Cinquante ans de collages », en la que, como audacia heteróclita, a falta de otra cosa, entre las novedades del « colismo » figura la de pegar, para componer el cuadro, mondas de manzanas cocidas.

Tanto barullo, confusión y caos artísticos han traído la desorientación entre los artistas, que sienten la falta de estabilidad ; y el mareo entre el público que aún cree en el valor espiritual del arte y sigue viendo, al lado de estas ficciones, el fracaso de los conatos de otras experiencias estéticas auténticas.

No hay duda de que es más fácil improvisar una fórmula literaria o artística adaptada a la moda, que conservarla. Someter el arte de la pintura a teorías, lo esclaviza, lo lleva al anquilosamiento. Y la teoría o fórmula irremediabilmente muere. Cada teoría o fórmula riñe contra otra su batalla, y al final, pasada la fiebre, todo queda en vulgaridades y ramplonerías pronto olvidadas : es la tónica de nuestra época, pobre de espíritu y de inclinación gregaria.

El arte, desde el de la Cueva de Altamira hasta el de hoy y el de mañana, siempre será una visión personal, expresada con sujeción al dominio de una técnica, y su valor parte precisamente del poder de esa visión, independiente de la visión dominante. Para ello, claro está, es imprescindible que el hada del arte toque con su varita mágica al artista. Sin ello no se produce el milagro.

# Los tesoros de las iglesias de Francia

POR DAMIAN CARLOS BAYON

*No se viaja en peregrinación ni se reza de mejor grado ante las grandes obras de arte o las más conmovedoras imágenes humanas...*

G. VAN DER LEEUW (1)

V OY A POSTULAR —como hipótesis de trabajo— la existencia de un público fiel que me sigue a través de mis artículos. Esos lectores recordarán, quizá que escribiendo recientemente sobre el arte negro yo trataba de explicarlo como una *visualización del mito*, que se justifica entre pueblos que no poseen libros sagrados ni fuentes escritas de su historia.

Con la exposición de los *Tesoros de las iglesias de Francia*, que se realiza también en el « Pavillon de Marsan », del Louvre, estamos ante un caso diferente de visualización del mito por medio de la ilustración de la leyenda evangélica.

El catálogo razonado constituye un grueso volumen con centenares de ilustraciones y un prólogo luminoso de Jean Taralon, Inspector Jefe de Monumentos Históricos de Francia, prólogo en el que se aclara la doble noción medieval de los objetos que constituyen los tesoros en piezas afectadas al *ministerium* —o sea el servicio religioso propiamente dicho— o consagradas al *ornamentum*, o sea la decoración del edificio. Como no estamos entre especialistas, la enumeración y la descripción tendrá en cuen-

ta los logros artísticos del material expuesto y no su destino último.

¿Qué le es dado contemplar esta vez al público culto y ávido del « Pavillon de Marsan »? Nada menos que todo el repertorio de los tesoros de las iglesias de Francia —excepción hecha de París— en los mil años que van desde el siglo VIII a las postrimerías del XVIII o principios del XIX. Centenares de piezas de incalculable valor, material y significativo, llenan las vitrinas iluminadas que irradian desde los muros de las salas dejadas deliberadamente en penumbra, salas por donde circula con dificultad un público cada vez más numeroso a medida que pasan los días.

Arcas en forma de casas o iglesias, incensarios que pueden ser palomas de plata cincelada, custodias como soles de oro, frontales de altar de metal repujado, tapas de libros incrustadas de piedras semipreciosas y camafeos antiguos, y sobre todo relicarios, relicarios de todas las formas y tamaños imaginables.

Pero para hablar de estos marfiles, de estos esmaltes limosinos, de esta deslumbrante orfebrería religiosa que quiere conservar los principios romanos de orden, cubriéndose —al mismo tiempo— de una pedrería bárbara, hay que hacer un poco de

(1) G. van der Leeuw : *La religion dans son essence et ses manifestations*. París, 1948, p. 26.

historia. Durante los primeros siglos del Cristianismo la peregrinación a los Santos Lugares no sólo fue frecuente sino aconsejada con vehemencia por la Iglesia. Por esos mismos siglos, santos y mártires —romanos u occidentales— vivieron, murieron y fueron enterrados en criptas (2) en donde se les empezó a consagrar una especial devoción. Cuando, a partir del siglo XI, la dificultad de peregrinar a Tierra Santa se fue haciendo cada vez mayor, dos movimientos complementarios se establecen : por un lado el recrudescimiento de los cultos locales (Santiago de Compostela, en Galicia ; Santa Fe, en Auvernia) ; por otro : las olas sucesivas de las Cruzadas, cuyo destino final era la reconquista del Santo Sepulcro.

Dejemos por esta vez la aventura de los cruzados y concentrémonos en el culto de las reliquias : locales o venidas milagrosamente desde Tierra Santa. G. van der Leeuw, en su ya citado libro, define así el problema (3) : « Un santo es, ante todo,

ROUEN : VIRGEN DE VALMONT (SIGLO XV)



un ser humano cuyo cuerpo posee potencia divina. El santo es, en primer término, *algo sagrado*, es decir : *algo con poder*, una reliquia » (la bastardilla es mía).

Fácil será comprender en semejante clima de espiritualidad que lo que importa en estos casos es el aspecto cualitativo de la cuestión y no su aspecto meramente cuantitativo, o sea, dicho de otra manera : el más simple fragmento del hueso de algún santo bastará para obrar milagros, proteger a la comunidad, justificar cualquier penosa peregrinación.

Esto, en cuanto al mecanismo que desencadena el culto de la reliquia. Una vez establecido ese culto no es imposible imaginar que algunos pueblos devotos y aferrados a antiguos principios de majestad y de poder, hayan querido dotar a esas reliquias, o « vestirlas » de todos los prestigios al alcance de su mano. Cuando el profesor de ciencias eclesiásticas, el maestrescuela Bernardo de Angers, hombre del norte, viaja por Auvernia en el siglo XI, no puede menos de exclamar (4) : « Hasta nuestros días creí que los santos no debían recibir más honores que los del dibujo o la pintura : a mí mismo me parecía impío y absurdo erigirles estatuas. Pero esa opinión no es la de los habitantes de Auvernia, de Ruerge, de la región tolosana y de los países vecinos. Entre ellos es antigua la costumbre de que cada iglesia posea una estatua de su patrono. Según los recursos de la iglesia esa estatua es de oro, de plata o de metal menos precioso. Dentro de ella se guarda la cabeza o alguna otra reliquia del santo. »

\*

Hanns Swarzenski (5), gran especialista en la orfebrería antigua del norte de Europa, lucha con el concepto peyorativo del siglo XIX que incluye marfiles, vitrales, tapices y orfebrería bajo el epígrafe *artes menores*, cuando no *decorativas* o *industriales*. Del mismo modo el gran historiador fran-

(2) André Gabar : *Martyrium*, París.

(3) *Op. cit.*, p. 232.

(4) Emile Mâle : *El arte religioso*, México, 1952, p. 23.

(5) Hanns Swarzenski : *Monuments of Romanesque Art*. Londres, 1954.



CONQUES : MAJESTAD DE SANTA FE (SIGLO X)

cés del arte Jean Babelon (6), estima que la talla del marfil o la orfebrería son elementos indispensables de juicio para conocer épocas remotas de la cultura : « Una joya tal como la espada de Childerico, padre de Clodoveo, es el monumento más antiguo de la monarquía francesa conservado hasta nosotros. »

De las diez o doce piezas fundamentales de la orfebrería francesa antigua —según Babelon— la mayoría pueden ser admiradas en esta exposición. Vayamos a buscarlas entre la abundancia de este lujo aplastante, imaginativo, refinado y bárbaro al mismo tiempo. Sí, aquí está la famosa Arca de Saint-Benoit, de medio metro de largo, en forma de casa con techo a dos aguas: alma de madera recubierta de hojas de cobre repujado. Su vetustez (es del siglo VIII) y su tosquedad nos desconciertan. Sobre el plano inclinado seis figuritas cabezonas y frontales ; en los planos verticales, decora-

ción de rosetas con restos de esa decoración geométrica que viene de las estepas asiáticas y que perdura aún hoy en los muebles bretones, escandinavos o del norte de España.

Saltando de región y de siglo —estamos ahora en el IX y el X— henos aquí ante dos prodigiosas obras del tesoro de la catedral de Nancy, en Lorena. Se trata del Evangelionario de Saint-Gauzelin y del Cáliz del mismo nombre. El libro es un manuscrito del año 871 ; las tapas son de madera recubiertas de oro y plata repujadas con incrustaciones de piedras semipreciosas. El cáliz es una elegante copa de catorce centímetros de alto hecha en oro con aplicaciones de filigrana, esmaltes y pedrería. Su antigüedad se remonta al siglo X.

Otras piezas tan antiguas como este cáliz son los *sudarios*, tejidos sasánidas o bizantinos como el llamado Sudario de Saint-Germain, de la iglesia San Eusebio, de Auxerre, en que magníficas águilas hieráticas estilizadas, con un anillo en el pico, despliegan sus alas simétricas formando medallones severos y muy decorativos.

¿Y la leyenda, aquí que todo es leyenda? En una vitrina nos hace señas un maravilloso cuerno de marfil. Cuando lo buscamos en el catálogo nos encontramos con que es, nada menos, que el olifante de Rolando, una pieza maravillosa de arte hispanoárabigo del siglo XI, proveniente del tesoro de Saint-Sernin, de Tolosa.

Pero llegamos ahora al *sancta sanctorum* de esta exposición : el tesoro de Conques, en Ruerga. La célebre iglesia de peregrinación donde se adora la reliquia de Sainte-Foy, nuestra Santa Fe americana, bajo cuya advocación fue fundada la actual capital del Nuevo México en los Estados Unidos ; una ciudad y una provincia argentinas ; y, por último, la capital de Colombia : la insigne ciudad de Santa Fe de Bogotá. Sainte-Foy es una minúscula aldea perdida entre valles arbolados, al pie de torrentes montañoses de donde partía una de las ramas francesas del Camino de Santiago y que salvando los Pirineos y esquivando los ataques árabes llevó durante siglos su carga de peregrinos. La imagen de la santa mártir resulta bastante desconcertante a primera vista. Está sentada en un trono y « en majestad », como se dice en es-

(6) Jean Babelon : *L'orfèvrerie*. París, 1948.

tos casos. Su cabeza es obviamente demasiado grande para el cuerpo y parece haber pertenecido a una estatua romana de oro. El cuerpo hierático, de grandes pies y brazos tendidos rígidamente hacia adelante, está cubierto de pedrería y produce aun en los escépticos modernos una especie de terror sagrado, al que contribuyen no poco dos ojos penetrantes y fijos. Pero las palabras traicionan y habría que poner ahora también en palabras el llamado Relicario de Pepino el Breve, cajita de oro del año mil, dibujada de filigranas, repujada de pájaros, realizada de esmaltes y gruesas piedras bárbaras como esmeraldas, cornalinas, ágatas, turmalinas, ópalos, cristales de roca...

El Cáliz de Saint-Remi viene del tesoro de la catedral de Reims. A su valor religioso y artístico se suma un entrañable valor histórico: es el cáliz de la consagración de los reyes de Francia. Elegante copa muy abierta, de un palmo de alto, está concebida como una sucesión de superficies lisas en que el oro se explaya en brillos y zonas de decoración y en que la filigrana delimita bandas que puntúan las piedras y las perlas que constelan el precioso objeto.

El Cáliz de Saint-Remi era del siglo XII. Un siglo más tarde encontraremos otra obra maestra, el llamado Relicario de Saint-Samson, de más de dos palmos de altura, realizado en plata dorada y figurando un templo con una ventanita geminada, el todo reposando sobre un pie que se enriquece con cuatro medallones.

Saltando en el tiempo nos enfrentamos en el siglo XV con una obra nórdica del tesoro de la iglesia de Maubeuge. Se trata del Relicario del velo de Sainte-Aldegonde, magnífica pieza de cincuenta centímetros de alto en que dos ángeles graciosos y amenerados sostienen un tambor horizontal de cristal de roca dentro del cual hay un fragmento del famoso velo. El conjunto coronado por la diminuta imagen de la santa, bajo palio que remata una cruz. El viento del Gótico flamígero agita esta decoración crispada, como hecha con espinas de metal.

Y ¿cómo no contar de la Nave de Santa Ursula, relicario de cornalina, de oro, plata y cobre esmaltado? La santa, con un soldado, un marinero y diez otras peque-

ñas figurinas esmaltadas se pasea por el puente bajo las jarcias de hilos de oro. Este maravilloso juguete inventado por los orfebres del siglo XVI pertenece al tesoro fabuloso de la catedral de Reims, santuario de los reyes de Francia y quizá, por eso, uno de los centros más ricos de este rico país.

He hablado de obras maestras desde el punto de vista artístico. Acaso cometa una injusticia si no menciono también las obras maestras desde el punto de vista de la imaginación y del ingenio. En ese sentido no pueden dejar de mencionarse los remates de báculos episcopales, cuya misma forma espiralada es una provocación a la inventiva del artista. A veces, como en el de Angers, un personaje fantástico se enrosca en la voluta; otras, como en el báculo de Vannes, dos graciosos animales —dibujados en líneas curvas— se persiguen y se muerden llenando óptimamente el medallón de marfil; otras, en fin, como en el báculo de Arles, dos viejecitos barbudos se aprestan a cerrar un ataúd en el que se ve al difunto, el todo bajo palio e inscrito en una espiral con relieves que remata en una cabeza de monstruo, como proa de embarcación vikinga, sostenida por una figurita humana que cierra así el círculo del fantástico objeto.

Otros ejemplos de forma adaptada a su función los constituyen, sobre todo, los relicarios: los de la Santa Espina como el de Reims, de Arras o de Bouillac se estiran verticalmente surgiendo la reliquia que encierran. Pero hay aún algo más sorprendente, como el brazo de Saint-Landelin, del siglo XIII, figurado en actitud de bendecir y que, en realidad, es una caja de plata dorada esculpida alrededor del verdadero brazo-reliquia del santo. Cuando no la fantasmal mano momificada de Sainte-Attale, que se ve en su urna de cristal de roca engarzada en una bellísima jaula de metal labrado. O los relicarios de cabezas de santos que a veces son bustos de prodigiosa escultura como los de Santa Esencia, San Adrián, Santa Sabina, San Benito o San Gauderico.

Y más sorprendente aún el relicario de una rodilla y un muslo anónimos, de la iglesia de Saint-Gildas en Bretaña, hecho de plata dorada y con un sistema de ven-

tanitas y rosetones góticos del siglo XV que debían permitir la visión y la comunicación con el objeto santo.

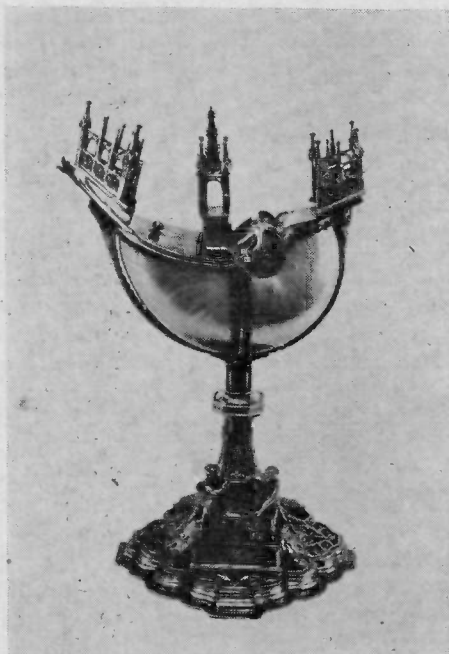
\*

Dice Mircea Eliade en una ocasión (7) : « La *realidad* se despoja de sus velos y se deja construir a partir de un nivel *trascendente*, pero esa trascendencia debe ser sus-

(7) Mircea Eliade : *Aspects du mythe*. París, 1962, p. 172.

ceptible de ser vivida ritualmente para terminar por formar parte de la vida humana. » El hombre cristiano ha manejado durante siglos reliquias : objetos, cuerpos o fragmentos de cuerpos santos. Los ha vivido ritualmente —como dice Eliade—, los ha llegado a incorporar a su sistema de figuración y de interpretación de lo terreno y lo celestial. Para nosotros esas creaciones son verdaderos tesoros : tesoros para comprender mejor al hombre en su eterna búsqueda y su expresión denodada.

CHARTRES : INCENSARIO  
EN FORMA DE NAVE (SIGLO XVI)





## El hijo de Marcolfo

POR JOSE PUBEN

**M**ARCOLFO llegó al pueblo muy de mañana. Iba con las manos en los bolsillos protegiéndolas del frío. Al avanzar procuraba no pisar los charcos de agua formados sobre la hueca superficie de la calle. Las casas parecían dispersas, sin orden determinado, a lo largo de la única calle del pueblo; al final se encontraba un parque abandonado, cubierto de maleza.

En horas de calor, el pueblo parecía perderse en la niebla del polvo que el sol secaba de los charcos y el viento repartía en finísimas partículas. En las ventanas de las casas se acumulaba el polvo formando costuras de barro. Y ese viento, que recorría el pueblo, parecía un velo de luz, un nuevo lenguaje del sol. Era un viento sahárigo que traía entre sus pliegues el hálito de la insolación.

Las fachadas de las casas también estaban salpicadas de barro seco, lanzado por las ruedas de los coches o por los cascos de los caballos que, en horas de mercado, circulaban en el pueblo.

A pequeños saltos, y con la cabeza ligeramente inclinada, el hombre avanzaba por la calle aparentemente agrandada por la soledad del amanecer. Al llegar a la puerta de la cacharrería, el único almacén del pueblo, se detuvo y se puso a contemplar a una mujer que llevaba a sus labios un vaporoso pocillo de café. La mujer se quedó mirándolo sin retirar el pocillo.

El hombre golpeó sus zapatos sobre los ladrillos que servían de quicio a la tienda, en

un intento por no cargar de lodo el interior del establecimiento. Por un momento dejó de observar a la mujer y recorrió, con gestos rápidos, todos los objetos que colgaban de los rincones. La mujer no dejaba de mirarlo, sin separar de sus labios el pocillo de café negro. De las paredes colgaban, en exhibición, vestidos de mujer hechos con telas de estampados ordinarios. A un lado de los vestidos veíanse, mecidas por el viento, algunas sillas de montar a caballo aseguradas del techo con alambres.

La mujer estaba situada detrás de un viejo mostrador de pesados vidrios, opacos por el uso. En ellos se podía ver todo un pequeño circo de adornos y juguetes de cacharrería colocados, a lo largo de tablas interiores, que servían de estante, en pequeños grupos que daban al conjunto un aspecto aparentemente ordenado.

« El payaso de madera. El polvo cubriendo las piedras. El payaso sobre los cordones. Los colores desteñidos por el sol. Y el polvo en los rincones del escaparate. Rojas cajitas de cuchillas con el anuncio de un hombre afeitándose frente a un espejo. El niño y los bombones. La máquina de afeitar. La cara del payaso. Una barba espesa y dura cubierta por una montaña de espuma. El prado, con sensuales ondulaciones, perdido entre el brillo del sol. Vidrios. Un viejo cuaderno con le-

tras y números en desorden. Números. El niño y el espejo. Las flores de tela. La ventana. El café humeante. El polvo iluminado por los primeros rayos del sol. Aún es temprano. El sol. Niebla de polvo... »

La mujer dejó el pocillo sobre el vidrio del mostrador. Y con un plumero sacudió, leve y femeninamente, el polvo depositado sobre el extremo del vidrio más cercano a la puerta. A pesar de esto, los objetos no ganaron mucho en color y el vidrio no logró más claridad de la deseada. Sin dejar de mirar a Marcolfo, que continuaba observando el recinto, la mujer dijo una palabra que el hombre no entendió. Sin preguntarle lo que había querido decirle, se detuvo a contemplar cuatro globos rojos sostenidos en el aire y amarrados a una larga piola asegurada de una puntilla. « Esto está bueno para el niño. » « Gozará llevándolos por el potrero ; me lo imagino corriendo con ellos de la mano. » « ¿Cuánto valen los globos? », preguntó Marcolfo, sin dejar de mirarlos. Pero la mujer no contestó. Y se puso a desamarrar la piola, de la puntilla que los retenía. Sosteniendo los globos, los hizo balancear varias veces dejando escapar, al halar de ellos, una sonrisa de alegría. Mirándole a los ojos, le pasó la piola alargando su brazo. El hombre la recibió ; pero sin manifestar sorpresa por la actitud de la mujer. Con los globos sostenidos en la mano derecha se quedó mirándola a través de la piola. Viendo que la mujer disimulaba la situación, sacudiendo los objetos con el plumero, el hombre volvió a preguntar el precio de los globos. Como ella no contestara de nuevo, Marcolfo añadió : « No quiero que digan que una mujer me regaló estos globos. » La mujer, simulando sorpresa, preguntó : « ¿Son para su niño? » « Sí », contestó el hombre secamente. « Bueno —añadió la mujer— lléveselos. No importa el precio. »

A todo esto Marcolfo no dijo nada. Guardaron silencio por breves momentos. Él, casi sin mirarlo, volvió a preguntar : « ¿Cuánto valen los globos? Los quiero para llevárselos al niño. Creo que le divertirán mucho. Ahí le dejo un billete de diez pesos. Con este dinero están más que pagados... » Sin añadir más, el hombre colocó el bi-

llete sobre el mostrador y abandonó el establecimiento. La mujer se precipitó a la puerta para verlo alejarse. Marcolfo sentía que ella le observaba ; sobre sus espaldas caía la ardiente mirada de la mujer. En un principio, no quería volver la cabeza hacia atrás ; pero la curiosidad fue superior a su voluntad. Varias veces lo hizo. Siempre se encontraba con los ojos de la mujer que continuaba de pie en la puerta de la charrería. La última vez que la miró, la mujer pareció hacer una señal de despedida. Tenía la cabellera alborotada por el viento, y la mano izquierda colocada contra el marco de la puerta ; pero, casi al momento, otro hombre también lo miraba y la miraba. El hombre tenía, más o menos, la misma edad de Marcolfo y estaba parado en una esquina próxima. Prácticamente era la única persona visible en toda la calle y parecía mirarlo con actitud desafiante ; los ojos del desconocido denunciaban odio. Marcolfo no le dio importancia y continuó su camino pasando, por cierto, muy cerca de él. Al avanzar cuidaba, con pequeños saltos, de no pisar en los charcos. En los dedos de su mano derecha llevaba enredada la pita de los cuatro globos rojos. La luz del sol brillaba ya en el cielo del pueblo y parecía rebotar sobre la lisa y brillante superficie de los globos. De esta manera se fue alejando, cada vez más diminuto, posiblemente hacia su casa, por el camino que conducía a las veredas cercanas.

\*

El niño se escapó corriendo a través de los potreros de la finca. Enredada en los dedos de una de sus manos llevaba la piola que aseguraba los cuatro globos rojos. Saltando, feliz y resuelto, se dirigió por un olvidado camino a una vieja casa derruida. Era una casona perdida en una hondonada del pequeño valle. La llamaban « El Hoyo » y estaba rodeada de altos y frondosos eucaliptos que daban sobre ella una espesa sombra. La habían abandonado a causa de la humedad del terreno. El niño solía ir a jugar en sus alrededores. Por los amplios y solitarios corredores sus pasos y gritos parecían revivir antiguas alegrías.

« Eran unos árboles, vencidos de hojas, que parecían dormir entre sus sombras. De troncos templados por

el viento y de altas copas doradas por el brillo del sol, parecían imponer silencio en el ambiente con su desolada presencia. »

*Feliz de poder tocar las ramas de los árboles con sus globos y de verse perseguido, al correr, por ellos, ya se disponía el niño a regresar a su casa cuando apareció un hombre parado al final de uno de los corredores de la vieja casona. El hombre, en camisa y con pantalones de dril claro, lo miraba con una sonrisa burlona, mientras sostenía en sus manos un viejo fusil. Las miradas del hombre asustaron al niño que, a falta de refugio, miró los globos que portaba en la mano. El hombre, a pesar de la actitud amenazante, no se movía y parecía dispuesto a no hacerle daño. El niño, temeroso y callado, se fue alejando del lugar sin volver la espalda. El hombre le hizo una seña con la mano para que se detuviera ; pero el niño continuó alejándose cada vez con mayor miedo. Por donde el niño marchaba el terreno era un poco más pendiente, pero sin llegar a ser difícil de escalar. En la parte superior del declive se alcanzaba a divisar el techo de la casa de su padre.*

*El hombre avanzó bajo los eucaliptos llamando al niño por el nombre del padre. El niño detuvo la marcha demostrando cierta confianza frente a la actitud del hombre. « ¿Tú eres el hijo de Marcolfo? », le pre-*

*guntó al niño, que distaba de él unos quince metros. El niño, por toda respuesta, volvió a mirar sus globos. « ¿De manera que tú eres el hijo de Marcolfo? », volvió a decir el hombre, casi gritando. « Dile a tu padre que no vuelva a meterse en la vida de Ana Luisa. » El hombre se impacientó de ver que el niño lo miraba sin contestarle. « Él no tiene por qué ir a enamorarla. ¡Contesta, muchacho, contesta! » Y con la furia reflejada en el rostro el hombre apuntó con el fusil y disparó contra los globos reventando uno de ellos. El niño miró con espanto al enfurecido hombre sin entender lo que decía de su padre. Esta vez corrió ascendiendo hacia su casa. El hombre volvió a disparar su fusil, contra los globos del niño, reventando dos de ellos mientras exclamaba : « ¡Dile que no vuelva! ¡Que no vuelva! »*

*Viendo que el niño huía sin atender sus palabras, el hombre empezó a perseguirlo. Ya muy cerca de él volvió a disparar contra el último globo que llevaba el niño, sin lograr acertarle. Enfurecido por el error apuntó contra el muchacho hiriéndolo de muerte en la espalda. El cuerpo cayó al suelo dejando escapar, al rodar por la ladera, el último globo, que empezó a ascender lentamente. El hombre se alejó hacia la sombra de los árboles vecinos. Se le oyó decir mientras corría :*

*« ¡Que nunca vuelva! ¡Que nunca vuelva! »*

DIBUJO DE EMMA REYES



## En torno de la encuesta sobre la novela

POR GALO RENE PEREZ

**S**EÑOR DIRECTOR: Aunque ha disminuído la terquedad de los desdenes europeos frente a la cultura de nuestra América, ingenuo sería creer que la crítica de allende el Atlántico nos juzga ya como a seres de su misma entidad intelectual. Más de un pronunciamiento en torneos de las letras universales, e insistentes apreciaciones sobre el valor de lo que acá se escribe, revelan que sigue en pie el hábito de la desestima por lo hispanoamericano, bien que haciendo algunas excepciones y limitando de algún modo el juicio peyorativo, tan desaforado antes. Una de las muestras de la desaprensión con la que se enjuician en Europa los atributos de nuestros hombres de pensamiento es la infrecuencia de la participación que se les da en coloquios y debates de índole cultural. Últimamente se ha provocado allá una discusión sobre la vigencia de la novela como género literario y sus características en los años que vivimos. Los escritores de nuestra América no han intervenido en ella, a pesar de la trascendencia universal que han ido alcanzando sus creaciones narrativas. Eso ha movido al director de *Cuadernos*, el escritor Germán Arciniegas, a pulsar el criterio de algunos narradores y ensayistas hispanoamericanos, concretando el problema a los caracteres y el destino de la novela en este continente.

En la encuesta que ha preparado Germán Arciniegas, y a la que han respondido algunas figuras representativas, como las de Roberto Giusti, Caballero Calderón, Zum

Felde, Díez de Medina, Anderson Imbert, hay puntos interesantes. Quizás se los podría expresar de modo esencial y sumario en los siguientes términos:

a) Tendencias que han caracterizado a la novela en la América española después del modernismo.

b) Grado en el que la novela sirve al observador de otros países para conocer los problemas de la realidad americana y las nuevas orientaciones en el campo intelectual.

c) Calidad de mensaje autóctono de la novela y su situación frente a las influencias que se proyectan sobre la América hispana, y

d) El relieve y el futuro de la novela frente a otros géneros y manifestaciones de la cultura contemporánea.

Las respuestas que los escritores de estos países han enviado a la revista *Cuadernos* guardan una acentuada homogeneidad, pues que el conocimiento de las producciones novelescas de Hispanoamérica difícilmente podrá llevar a conclusiones disparadas. Clara es la intención de nuestros narradores, y clara es la afinidad que existe entre ellos. Por lo mismo, los asuntos escogidos en el interrogatorio son poco o nada polémicos, poco o nada controvertibles. Ayudarán —tal su consecuencia importante— a mostrar de manera más neta los rasgos de dicho género y a establecer su comparación con la literatura narrativa de otras latitudes.

Los autores consultados acuerdan su criterio en torno de la mutación literaria

postmodernista. Si el modernismo uniformó la reacción estética de la América que habla castellano, las tendencias posteriores no promovieron la dispersión del gusto ni de los objetivos buscados por el escritor. Bajo el dictado de Rubén las creaciones en las letras del continente, y particularmente aquellas que se vuelcan en el verso, quedaron conjugadas por un preciosismo formal de inevitable caducidad. Pronto los problemas acosaron a toda la ilusa volatería de los poetas modernistas y la despidieron de su cielo tempestuoso. La conciencia del escritor —no podía acontecer otra cosa— fue alanceada enérgicamente por la dureza de la realidad geográfica y humana del mundo americano. Y volvió a extenderse un denominador común entre las producciones literarias. O sea que se presentó de nuevo el sentido de uniformidad en ellas, aunque con otra orientación.

Surgió así una literatura hispanoamericana no sólo realista, sino eminentemente social, de servicio o defensa al gran pueblo de cada uno de estos países. Y sus caracteres tomaron relieve mayor en el género de la novela. De ahí que en la encuesta de Germán Arciniegas las contestaciones confluyan a subrayar dicha orientación de las letras narrativas. Algunos las apellidan de costumbristas. Los más, de realistas y descriptivas.

Tocante a si habrán de ser consideradas tales creaciones como documento de nuestra realidad, los autores consultados han respondido, concomitantemente, que los sociólogos extranjeros hallarán siempre una fuente inapreciable en la novela contemporánea. El pesimismo y la deformación que atentan contra la pureza de lo real, y que algunos novelistas prenden en su obra, no son tan mayúsculos e imaginarios como para obstar dicho conocimiento. Esto significa que la novela sí es un documento idóneo para juzgar la realidad hispanoamericana. Pero hay que agregar, como lo ha hecho Fernando Díez de Medina, que no únicamente aquélla, pues que también el ensayo en sus múltiples expresiones. Y más aún: el cuento, el teatro y hasta cierto tipo de poesía.

Otra de las preguntas de *Cuadernos* se endereza hacia la calidad autóctona de la

novela, cual si entrañara un mensaje propio de este continente, y a su situación frente a las influencias foráneas. Las respuestas han coincidido en reconocer que el imperio de las letras extranjeras, especialmente europeas y norteamericanas, no ha declinado todavía. Se advierte, desde luego, que la asimilación es ahora más consciente, o sea gobernada inteligentemente por la personalidad de cada autor. Y bajo el equilibrio que impone la gravitación del medio legítimamente americano. Se observa también, con mucha justeza, que las influencias van quedando confinadas únicamente en la técnica. Anderson Imbert destaca mejor la integridad de la autonomía de nuestros novelistas haciendo notar que ese tipo de imitación es común a los escritores del mundo entero, sean franceses, ingleses o rusos, pues que siempre se busca asimilar los procedimientos de los mejor dotados.

Y en lo que concierne a la vigencia futura de la novela, es unánime el parecer de que ésta no solamente permanecerá después de muchos decenios, sino que, aún más, irá cobrando un apogeo incomparable. Se la estima como la manifestación más completa, más humana, y sin duda más difícil de cuantas han aparecido en la escena de las literaturas del mundo.

Los corolarios que se han extraído de la encuesta de *Cuadernos* son, pues, acertados. Es suficiente contemplar panorámicamente el proceso de la literatura hispanoamericana para confirmarlo. El modernismo fue más extranjerizante que nativo. En sus tiempos de esplendor invadió los dominios no sólo del verso, sino también del ensayo y la narración. Las tendencias posteriores han sido más indígenas de nuestra América que foráneas. En la novela y el cuento ha tenido un poder cardinal el medio físico. Por eso hay narraciones de la pampa (las de Hernández y Güiraldes); de las sabanas a medio poblar (*Doña Bárbara*, *Cantaclaro*, de Gallegos); de las selvas (los cuentos de Horacio Quiroga y de José de la Cuadra; *La Vorágine* de J.E. Rivera; *Canaima* de Gallegos); de la sierra indomeñable y la barbarie revolucionaria (*Los de abajo*); de la puna inhóspita y el drama del indio (las novelas de Jorge Icaza, Alcides Arguedas, Ciro Alegría). Pe-

ro en todas estas páginas hay la simbiosis trágica de la agresividad del medio natural y la condición depauperada y doliente de las mayorías hispanoamericanas. Ello ha impreso matices políticos en la obra de nuestros novelistas. Y aun ha adquirido importancia omnimoda de ese género en las novelas de Asturias y de Uslar Pietri.

En fin, cualquier recuento de nombres y producciones, que no dejará de caer en el vicio de las omisiones, conduce a probar la existencia de una novela inconfundiblemente hispanoamericana, por su contenido y la sensibilidad de los autores.

GALO RENE PEREZ

Quito, febrero de 1965.

## George Sand, Musset y Chopin

**D**ISTINGUIDO DIRECTOR : Me permito dirigirlle estas líneas para aclarar un error de bulto que, seguramente por inadvertencia, se ha deslizado en el artículo « Mujeres en las letras chilenas », de Raúl Silva Castro, inserto en el núm. 94 (marzo de 1965) de *Cuadernos*.

Es cierto que George Sand y Alfred de Musset vivieron juntos, pero no fue éste con quien la escritora hizo el viaje a Mallorca, sino el músico polaco, de origen francés, Frédéric Chopin. Esto ocurrió en noviembre de 1838.

El viaje a Mallorca de George Sand y Chopin tuvo seguramente doble motivo. Hacía ya bastante tiempo que George Sand y Alfred de Musset se habían separado, pero no hacía mucho del comienzo de las relaciones amorosas entre la escritora y el músico. Seguramente tenían interés, sino en ocultar sus amores, por lo menos en gozar de una intimidad y calma que París no podía proporcionarles. El segundo motivo era la salud de Chopin, a quien los médicos habían recomendado un clima más benigno.

La aventura de Mallorca dio pie a George Sand para escribir su libro *Un Hiver à Majorque*, relato que contiene descripcio-

nes y noticias de gran interés sobre la isla, pero que prueba también que el viaje fue en muchos sentidos una decepción. En el libro se refiere George Sand varias veces a una persona, a la que llama « notre malade ». Sabido es que Chopin era « poitrine », pues murió tuberculoso en París en 1849, diez años después de la aventura mallorquina. Hacía ya entonces bastantes años que habían cesado los amores entre la escritora y el músico.

En Mallorca, George Sand y Chopin vivieron primero en Son Vent y luego en una de las celdas de la Cartuja de Valldemosa, secularizada no hacía mucho. Esta celda, convertida hoy día en museo, es muy visitada por los turistas. No cabe duda que George Sand y Chopin fueron los primeros turistas de rango que visitaron a Mallorca.

ERNESTO DETHOREY

Estocolmo, febrero de 1965.

## Lo Hispanoamericano en los Estados Unidos

**E**STIMADO DIRECTOR : No sólo con interés, sino también con profundo agradecimiento he leído las páginas de Mildred Adams en el número de febrero de *Cuadernos*. Es harto sabido que la insigne crítica norteamericana es una de las más fieles intérpretes de la cultura hispánica en los Estados Unidos. Su obra crítica, sus traducciones, el celo que siempre ha demostrado por aclarar lo que es y a lo que aspiran los hispanoparlantes la capacitan para tareas que no todos podemos emprender con buen éxito. Ciertamente es que desde que Samuel Sewall y Cotton Mather, comenzaron en Boston a fines del siglo XVII a estudiar lo hispánico, hasta la fecha, un buen número de norteamericanos se ha dedicado no sólo al aprendizaje del español sino también al estudio más acucioso de nuestra cultura ; cierto es que, por ejemplo, a mediados del siglo XVIII ya figura el Inca

Garcilaso en la Biblioteca de Filadelfia, y muy cierto es que en nuestro siglo las aportaciones de los eruditos norteamericanos reafirman el genuino interés que tienen por la historia y la literatura hispánicas. No hace mucho dije que en el Congreso Iberoamericano de Literatura celebrado en la Universidad de Texas en el verano de 1963 se destacaron los jóvenes norteamericanos formados en su mayor parte en universidades norteamericanas por profesores de aquí y de allá. Eso, a mi parecer, apunta el « interés creciente » —es decir *que crece*— de los norteamericanos por todo lo latinoamericano.

Francamente, no llego a entender los motivos que ha tenido mi estimada amiga Mildred Adams para atribuirme que quise decir que « el interés de los norteamericanos por los libros latinoamericanos si acaso era 'creciente' no pasaba de ser parco aún y estaba mal informado ». En el mismo número de febrero de *Cuadernos*, creo que por coincidencia, aparecen unas líneas mías en la página 90 que suplementan, tal vez, lo que escribí en la reseña a que se refiere Mildred Adams. Tampoco pudo haber sido mi intención reprochar « la falta de atención de los norteamericanos » hacia lo hispanoamericano. Confieso que releendo mi modesta reseña no encuentro ese reproche, aunque sí una crítica muy personal sobre unos libros traducidos al inglés. No cabe en estas líneas el detallar los buenos esfuerzos que se han realizado en los últimos quince o veinte años en las universidades norteamericanas, en las esferas oficiales, en las sociedades profesionales, en las « Foundations », para percatarse que toda censura de esa índole, para ser medianamente equilibrada, debe ir acompañada de las aportaciones de individuos y entidades que mucho se han afanado para crear en los Estados Unidos un ambiente de franco estudio del mundo latinoamericano. La propia lista preparada por Mildred Adams así lo indica.

Quien todavía tenga duda de lo anteriormente dicho, que consulte regularmente el *Handbook of Latin American Studies*, publicado por la Fundación Hispánica de la Biblioteca del Congreso, que se asome a las universidades norteamericanas, que lea la cantidad y variedad de tesis doctorales que

anualmente se publican sobre temas latinoamericanos, que se familiarice con la bibliografía de obras traducidas al inglés, etc. Todo eso se ha dicho y se ha reafirmado. Una crítica como la que escribí no es para generalizar y aplicarla a todo lo que se ha traducido del español al inglés. Muy al contrario.

Lo que sí me parece algo paradójico —lo confieso— es que Mildred Adams, después del comprensible, pero inexplicable enfado inicial escriba : « ...fuera de algunas excepciones, los norteamericanos no tienen un conocimiento vasto ni profundo de la literatura sudamericana. Es probable que lamenten su ignorancia ; pero el eco es innegable y explica por qué el aumento de las traducciones inglesas sigue un ritmo lento en el mejor de los casos ».

Con la multiplicidad de intereses que tiene el lector medio norteamericano, con la cantidad de acontecimientos nacionales e internacionales que constantemente reclaman la atención del ciudadano de los Estados Unidos, es realmente encomiable que exista un número respetable de eruditos, seriamente preocupados por la América Latina. No trato de disminuir la importancia del mundo latinoamericano. ¡Válgame Dios! Muy al contrario. Señalo —y aclaro— que Irving, Prescott, Ticknor son precursores importantes de una importante escuela de investigadores norteamericanos que se destacan gallardamente en el siglo XX. Y antes que los autores citados, como bien ha escrito Harry Bernstein, « ya existía un crecido interés » por lo hispánico. Lo importante es que continúe ese interés, que en congresos y convenciones y reuniones profesionales se avive el intercambio de ideas y de programas, que se canalicen bien los esfuerzos de los centros docentes y que, tanto en la América del Sur como en la del Norte, se propague el conocimiento de nuestras respectivas culturas. Dios sabe cuántas horas de desvelo dedican profesores y alumnos norteamericanos, funcionarios oficiales, empresas privadas, a trazar planes y a poner en práctica ideas que contribuyan a propagar lo latinoamericano en los Estados Unidos. Eso es lo que llamo « creciente interés »...

R. ESQUENAZI-MAYO

Nebraska, febrero de 1965.

## Pasteur y los adversarios de la vacuna antirrábica

POR PASTEUR VALLERY-RADOT

NADA PODÍA SER tan penoso para Pasteur como los ataques de que fue objeto en el momento de descubrir la vacuna antirrábica. Hasta entonces había sufrido las críticas, a menudo acerbas, de Pouchet, Frémy, Trécul, Colin y Robert Koch ; pero siempre las había refutado con argumentos o experiencias que no admitían réplica. Defendía su obra contra todos, porque estaba absolutamente seguro de su doctrina y creía que era la expresión de la verdad.

Pero en este caso ya no se trataba de defender principios, sino vidas humanas.

En *La Vida de Pasteur* se han pasado casi en silencio las calumnias y las injurias. Pasteur había dicho : « Por el honor de mi país, quisiera borrar hasta el recuerdo de la vergüenza que esas calumnias han hecho recaer sobre los calumniadores » (1).

Pasteur había sufrido tanto con este motivo, que nunca hablaba de los que le habían llenado de insultos, ni admitía que nosotros los mencionásemos en su presencia. Pero hoy conviene recordar esas ofensas para comprender la lucha incesante que hubo de sostener durante toda su vida. « Cada uno de los descubrimientos de Pasteur, ha escrito M. Roux, hubo de imponerse por la fuerza. »

El contradictor más vehemente de Pasteur fue Peter. En marzo de 1883 entabló

en la Academia de Medicina la lucha contra las doctrinas de Pasteur.

Al mes siguiente, Pasteur recogió el guante con su impetuosidad habitual, convencido de estar en lo cierto.

« ¿Usted pretende, Sr. Peter —me valgo de sus propias palabras— que la manera de pensar que me ha llevado a dar preferencia a los estudios de química, física y fisiología me aparta de las cuestiones de la medicina? Tengo el honor de contestarle que, sin preocuparme de qué ciencia dependen mis estudios, hablo en nombre de una labor de cuarenta años, y gracias a ella puedo desafiarle, como ya lo hice en otras circunstancias, a que pruebe una sola de sus aserciones... »

Peter, ofendido, esperó la hora de la venganza, que sonó unos años más tarde, el 4 de enero de 1887.

Entretanto, Pasteur y Roux habían demostrado que, mediante la trepanación y la inoculación bajo la duramadre, podía transmitirse con toda seguridad la rabia a un perro, y cómo, utilizando un virus fijo, podían obtenerse tuétanos de virulencia atenuada. Las experiencias hechas con un gran número de perros habían sido concluyentes. Así pues, cuando el 6 de julio de 1885, se condujo al laboratorio un niño que días antes había sido mordido por un perro rabioso, Pasteur, de acuerdo con Vulpian y Grancher, se creyó autorizado a inocularle los tuétanos rábicos. El éxito fue

(1) Documento inédito.



excelente, y el 26 de octubre Pasteur comunicó este resultado a la Academia de Ciencias. Roux se negó a firmar esta nota, arguyendo que a veces la incubación de la rabia dura seis meses y hasta un año. En principio, Roux tenía razón, pero Pasteur poseía el genio que supera a la razón.

El 7 de noviembre de 1885, Pasteur recibió una carta (2) de la Sra. Hoot, secretaria de la Liga Popular contra la Vivisección. Esta misma señora había golpeado con su sombrilla a Brown-Sequard, en la curso de una de sus lecciones en el Colegio de Francia, y había silbado a Paul Bert en el acto inaugural de la estatua de Claude Bernard : « Mi hijo y yo, decía, estamos dispuestos a hacernos morder en presencia de usted por un animal rabioso cualquiera de su laboratorio. Y nos curaremos las heridas nosotros mismos, sin recurrir a su intervención. »

Pasteur no contestó. ¿Cómo iba a contestar a una fanática de la antivivisección? (3).

En este mismo mes de noviembre, uno de los primeros vacunados había muerto. Era una niña de diez años gravemente mordida por un perro rabioso treinta y siete días antes. Era evidente que la vacuna ya no podía ser eficaz. Y no obstante, Pasteur, ante la angustia de los padres, se dejó convencer. La niña vacunada murió. Su padre, después de haber leído *La Vida de Pasteur*, escribió a René Vallery-Radot : « Entre los grandes hombres cuya vida he podido conocer, ninguno me parece más grande. No veo uno solo que, como en el caso de nuestra querida hija, sea capaz de sacrificar largos años de trabajo, poner en peligro una reputación universal de sabio e ir a sabiendas hacia un doloroso fracaso sólo por humanidad. »

(2) Documento inédito.

(3) También debemos a una antiviviseccionista un libro publicado hace unos años, que tuvo cierta resonancia en los países anglosajones : *¿Béchamp ou Pasteur?* La autora, Miss Douglas Hume, no teme llegar al absurdo : ¿No considera a Pasteur como un envidioso, un ambicioso, un adepto del arte del reclamo, un plagiario, un hombre sin corazón y sin inteligencia? Todos sus trabajos son execrables, sencillamente. « El veredicto del tiempo —dice—, se pronuncia contra Jenner y Pasteur. »

El método de la vacuna antirrábica fue violentamente atacado por cierta prensa en los primeros meses de 1866. Se insinuaba que la muerte de esa niña era debida, no a los mordiscos, sino a la inoculación de la vacuna. Pasteur, decían, no previene contra la rabia, sino que la causa.

A partir del 2 de noviembre de 1885, Rochefort había iniciado una serie de artículos contra Pasteur en *L'Intransigent*. El 25 de febrero de 1886, Pasteur le escribió (4) :

« Señor : Me han dicho que usted desearía ver en mi laboratorio la aplicación del método de profilaxis de la rabia, después de la mordedura, método que he comunicado a la Academia de Ciencias el día 26 de octubre último.

« Si quisiera tomarse esta molestia, le recibiría con un vivo placer. Las inoculaciones se hacen todos los días a las once de la mañana.

« Tenga la seguridad, señor, de que no conservo el menor resentimiento por los artículos que ha publicado contra mí en su periódico. »

*Le Rappel*, cuyo redactor científico era Víctor Meunier, francamente enemigo de los trabajos de Pasteur, *La Liberté* y *La France Libre* acusaban a Pasteur de ocultar los muertos que habían sucumbido víctimas del tratamiento.

El periódico más enconado era *L'Ami du Peuple*, de Charleroi. El Dr. Boëns, presidente de la Liga antivacunadora, no cesaba de atacar a Pasteur. « Con la ligereza más increíble, decía, ese químico resuelve los problemas médicos más graves, de los que no conoce ni una palabra. » Pasteur escribió al margen de este artículo : « Jamás he contestado ni he hecho contestar a ese vil difamador » (5).

« La comisión de peritos médicos, declaraba además *L'Ami du Peuple*, decidirá si Pasteur ha de ser encerrado en Santa Ana o en Charenton » (6).

*Le Journal de Médecine de Paris*, a través de la pluma de su redactor jefe, el Dr. Lutaud, escribía : « Se puede ser anarquís-

(4) Documento inédito.

(5) Documento inédito.

(6) Dos hospitales psiquiátricos de París (Nota del Traductor).

ta, nihilista u holgazán, se puede negar la existencia de Dios, pero es imposible dudar de la gloria de Pasteur sin merecer un anatema. »

En *L'Union Libérale* se trataba a Pasteur de « alucinado », de « químico desacreditado » ; *L'Ami du Peuple* le llamaba « el viejo farsante de la calle de Ulm ». Se evocaban estadísticas falsas. La Sra. Huot, en una de sus conferencias antipastorianas, decía : « Pasteur no es sólo un charlatán que nos roba y nos engaña, sino además un asesino que mata a nuestros hijos. »

El Dr. Xavier Raspail se ensañaba.

Pasteur no pudo resistir tan repetidas calumnias. « No creía tener tantos enemigos », decía con una profunda tristeza. Enfermo ya del corazón, hubo de ir a descansar a Bordighera. Era en los últimos días de 1886.

Durante este tiempo, el Ayuntamiento de París discutía la creación de un Instituto Pasteur para el tratamiento de las personas mordidas por animales rabiosos. Chautemps era un ardiente defensor de la vacuna, pero Cattiaux y Navarre eran sus más encarnizados enemigos.

Las injurias se sucedían implacablemente, cuando Peter envió a la Academia de Medicina, el 4 de enero de 1887, la comunicación contra Pasteur, que tanta resonancia había de tener.

Como profesor de la clínica de la Facultad de Medicina de París, Peter era uno de los maestros más reputados.

« Deseo comunicar, decía, un caso de rabia sobrevenido en París a un individuo inoculado de conformidad con el nuevo método *intensivo*, por considerarlo de verdadero interés. »

Dujardin-Beaumez replica que no hay más que una prueba indiscutible de la rabia en el hombre, y es la transmisión del mal al conejo, mediante la inoculación en el bulbo. « Esta prueba, dice, falta en absoluto en el caso citado por Peter, y esto priva de todo valor científico su observación. »

La discusión se suspende hasta el martes siguiente. Pasteur, que se entera en seguida de la sesión del 4 de enero, quiere regresar a París, pero está demasiado enfermo para el viaje, y su familia se opone. En-

carga a su colaborador Grancher de defenderle ante la Academia de Medicina.

« Si el Sr. Peter hubiese venido al laboratorio, afirma Grancher, en vez de una historia retrospectiva debida al azar, hubiese conocido la verdad exacta y comprobado otros fracasos del método intensivo. Los hemos tenido con la vacuna simple y con el método intensivo, y aún tendremos otros. » Y termina diciendo que la mortalidad es inferior al uno por ciento.

El debate prosigue el 18 de enero. El día 15, Pasteur quiere dirigir una nota a la Academia, pero luego desiste. He aquí la nota (7) :

« Bordighera (Italia), 15 de enero de 1887.

« *Nota del Sr. Pasteur relativa a la discusión suscitada por el Sr. Peter.*

« Es la segunda vez que el Sr. Peter toma la palabra ante la Academia de Medicina para referirse a mis estudios.

« En el mes de abril de 1883 se había elevado contra los principios de la atenuación de los virus y de la vacuna carbuncosa. Como consecuencia de su apartamiento del progreso actual de la ciencia y de la medicina y de su desdén por los estudios microbianos, había encontrado sus argumentos en una discusión que sostenía yo en dicha época con unos profesores de Turín. El transcurso del tiempo ha destruído las objeciones del Sr. Peter.

« De nuevo, durante mi ausencia, ataca el método de profilaxis de la rabia. Nada le detiene, ni la preocupación imperiosa de la demostración de los hechos ni la reserva que debía a uno de sus colegas de la Facultad de Medicina. La primera información de una muerte que « el azar » le ha suministrado, y de la que nada hubiera sabido la Academia, añade con una insinuación injuriosa —como si el Dr. Grancher y yo hubiésemos pretendido disimularla—, él la publica, sin pensar un solo instante en las inquietudes que podían nacer en el alma de centenares de personas mordidas y tratadas en mi laboratorio.

« Aquí dirijo una sola pregunta al Sr. Peter : Si su hijo hubiera sido mordido por un perro rabioso, como lo han sido tan gra-

(7) Documento inédito.

vemente muchas personas que han venido para hacerse inocular, ¿qué haría usted?

« Y ahora que persista el Sr. Peter, si quiere, en su oposición violenta ; que continúe acechando los fracasos aislados del método : el tiempo hará su obra y juzgará, como nos juzgará a todos. »

El 18 de enero, Peter ataca aún con más violencia a Pasteur. Vulpian le contesta :

« Espero que el Sr. Peter no sentirá remordimiento por haber sumergido en las angustias más espantosas a muchas personas mordidas, inoculadas desde hace varias semanas, anunciándoles, a través de la Academia, que se han sometido a un tratamiento peligroso e inútil. ¡Que se tranquilicen estos inoculados! ¡Que estén seguros de no ser atacados de rabia!

« Por último, nuestro colega comete el error de sostener una guerra premeditada desde hace mucho tiempo contra el Sr. Pasteur, y que nada justifica, ¡como si se propusiera mancillar esta gran gloria nacional!

« Por esta razón, no temo decirle a usted que como médico, como académico, como filántropo y como patriota ha emprendido y prosigue una campaña deplorable. »

La discusión quedó suspendida hasta el regreso de Pasteur.

Durante este tiempo, ciertos periódicos prosiguieron sus ataques contra Pasteur. Rochefort, en *L'Intransigeant* del 7 de enero, escribía : « El Sr. Pasteur ha obtenido su éxito dirigiéndose a la cobardía humana. Sin duda deberá su derrota al mismo sentimiento. »

El 13 de enero, en *La Justice*, Léon Millot, bajo el título « La vacuna pasteuriana, decía : « El inoculado que tal vez hubiera podido salvarse del virus del perro corre el riesgo de sucumbir al virus del laboratorio. Convengan ustedes en que esto no es nada tranquilizador. »

Víctor Meunier, en *Le Rappel* de 18 de enero, escribía : « Comprobemos que el laboratorio tiene dos pesos y dos medidas, según se trate de hacer la cuenta de los buenos éxitos o de los fracasos. »

Pasteur regresó para tomar parte en la sesión de la Academia del 10 de mayo.

El día 5 de julio depositó en la oficina

de la Academia un ejemplar del informe presentado a la Cámara de los Comunes por la comisión inglesa encargada de estudiar la profilaxis de la rabia, informe que era extraordinariamente favorable al método.

« En mi carrera científica ya larga, decía Pasteur, jamás he experimentado una alegría semejante a la que sentí al leer el informe. »

Como Peter no quiso reanudar el debate, Pasteur le correspondió con un profundo desprecio :

« ...En cuanto al deseo de continuar discutiendo con la persona que acaba de tomar la palabra... yo no podría suscribirlo, pues la considero, y estoy dispuesto a probar lo que digo, tanto desde el punto de vista clínico como del experimental, de una incompetencia absoluta, ya que sólo ha aportado errores a la cuestión de la rabia... »

« No tomaré parte en el debate más que si se presentan experiencias o hechos clínicos serios. Entonces estaré dispuesto a intervenir. »

El 12 de julio, nuevo ataque de Peter. Le contestan Brouardel, Villemin y Charcot.

« Sin duda, dice este último, el método no es infalible. Nadie discute esto, y considero que en adelante será inútil e incluso inconveniente hacer doblar las campanas con estrépito cada vez que se registre un nuevo fracaso. ¡No, no es infalible! Es eficaz y con esto basta. Sí, eficaz en la mayoría de los casos, y puede afirmarse que ha salvado numerosas vidas de personas que, de lo contrario, hubieran estado condenadas a una muerte terrible. »

Al día siguiente, Pasteur escribía a su hija :

« ...¡Hoy se ha terminado, terminado definitivamente! Ese personaje ha sido ejecutado como merecía por Brouardel, Villemin y Charcot, sobre todo por el primero y el tercero. Todos convienen en decir que Brouardel ha estado muy bien y muy aplaudido, y Charcot muy desdefioso. »

Algunos meses después, Pasteur entraba, en plena gloria, en el Instituto que lleva su nombre.

\*

Ahora que las pasiones se han calmado, ¿qué pensaremos de esas calumnias? Sabido es que ciertos periódicos están siempre al acecho de todo lo que puede degenerar en escándalo. En lugar de exaltar a los grandes hombres, se regocijan viéndolos acosados por la villanía humana.

Debe causarnos admiración que esas calumnias no trastornaran a Pasteur. Sin duda se sentía reconfortado por la prensa que le defendía.

Más difícil de juzgar es la actitud de Peter. Hace unos treinta años vi entrar en mi despacho un hombre sonriente y amable, que me dijo :

— Cuando sepa quien soy, probablemente no querrá recibirme.

— ¿...?

— Soy el hijo de Peter, el adversario de Pasteur.

— ¿Por qué había de negarme a recibirle? El tiempo de las injurias está muy lejos.

Fui a buscar en mi biblioteca las *Clinicas* de Peter.

— Siempre he apreciado, le dije, la elegancia de su oratoria, cuidada, llena de color, con sus palabras como castillos de fuego. Pero, ¿su actitud en relación con Pasteur...?

Entonces, con una sinceridad conmovedora, el visitante me habló de su padre.

¿Por qué atacaba Peter con tanta dureza la teoría microbiana y la vacuna antirrábica?

Se llegó a suponer que había razones secretas entre los dos hombres. Nada de eso. Peter, discípulo de Trousseau, estaba convencido de que la clínica no debía perder sus derechos. Según él, se hallaba amenazada por la microbiología naciente. Peter formaba parte de esa falange de clínicos de la segunda mitad del siglo XIX que amaban su arte con fervor, creían en él y no admitían las incursiones de un intruso.

Peter no era un escéptico, sino un convencido. ¿Acaso no había llegado a ensa-

yar consigo mismo la naturaleza contagiosa de la falsa membrana diftérica? Era un hombre trabajador. Había sido simultáneamente estudiante de medicina y corrector en una gran imprenta de París.

En la vida corriente, Peter era un hombre amable, benévolo y generoso.

Demostró ser sumamente audaz al atacar a Pasteur, que siempre había vencido a sus adversarios. Claro está que hubiera debido hacerlo en otras condiciones, no arremeter contra Pasteur durante la ausencia de éste, mostrarse más cortés para con sus colegas de la Facultad e informarse antes en el laboratorio de la calle de Uln.

Y, sobre todo, hubiera debido saber hasta qué punto Pasteur era sensible. Cuando se trataba de una cuestión puramente científica, sostenía de buena gana la discusión, le alegraba mucho ver cómo su adversario se ensartaba en la espada que él le tendía, y no cejaba hasta no verle en el suelo. Pero en este caso se trataba de una cuestión humana ; se le acusaba de haber causado la muerte de personas con sus vacunas. Era necesario no conocer su corazón para no darse cuenta del dolor que esto había de causarle.

Recordemos lo que decía Pasteur hacia el final de su vida, al evocar las luchas que hubo de sostener siempre :

« Todo esto está ya muy lejos y ahora puedo hablar de ello con moderación. Empleo una palabra que rara vez se utiliza conmigo. Y no obstante, cuando no dispongo de pruebas, soy el hombre más vacilante y temeroso ante las menores responsabilidades. Por el contrario, ninguna consideración me impide defender lo que considero cierto, si poseo sólidas pruebas científicas con que apoyar mis convicciones. »

Pasteur tenía en sus manos todas las pruebas científicas para poder discutir sobre la vacuna antirrábica. En cambio, Peter no tenía ninguna.

Pero las contradicciones pasan y la verdad permanece.

# libros

## Francia y lo hispanoamericano en 1964

NO DECAE, ni mucho menos, en Francia, el interés respecto al Nuevo Mundo y, concretamente, la proyección de Hispanoamérica; mejor dicho, si se me apura, es Iberoamérica lo que más interesa en la escena francesa de nuestros días. Esta estampa, referente al pasado año de 1964, tiende a probarlo. Verdad es que se intenta recoger las manifestaciones y actividades de lo iberoamericano, en sus corrientes más significativas y características: lo cultural-artístico, lo económico, y lo político. Es decir, que hay coincidencia en estos factores, realzados de un modo o de otro en el frecuente intercambio de visitas, ya sean de Jefes de Estado o de ministros de alto rango, de artistas o de escritores, de pedagogos, o de sociólogos y economistas. Rachas que van imponiendo un conocimiento mutuo y menos superficial, ya que, durante muchos años, aquella sombra gigantesca de Chateaubriand o del folklore o de ruinas aztecas o incas, amén de algún Eldorado artificial o soñado, daban en Francia un eco de falsa ilusión, algo carnavalesco y en tanteo romántico. Claro es que abundaban los clichés (¿no fue así, también, respecto a España?), y la otra orilla del Atlántico era cosa muy lejana. Han cambiado los tiempos, y se busca el acercamiento. Francia envía técnicos, crea centros de enseñanza, establece relaciones de ayuda y desarrollo en lo económico. No debe quedarse la comprensión en palabras, por bellas que sean; y es lo que está ocurriendo hoy, acaso de modo recíproco. Por ello, toda proyección en Francia de la vida de Iberoamérica tiene interés. No puede dejarse de lado ningún aspecto, y sin embargo (el cine, por ejemplo) todo no figura en estas cuartillas, que son más bien de reseña, y se deja a otros el cuidado de su interpretación. Pero este mero hecho de ir señalando metódicamente la presencia iberoamericana en Francia, revela, a mi modesto modo de ver, suma importancia.

Como el león de la fábula, en parecidos casos, la gran tajada se la lleva la literatura. Es natural, ya que el libro o la creación literaria

en general, es más fácilmente exportable y transportable. Porque ¿qué duda cabe que si se pudiese traer a Francia conjuntos de arte como el Museo de Oro de Bogotá, por ejemplo, el éxito sería excelente? No importa. Dejemos las cosas tal como están, y es que ya figura algo positivo en las relaciones hondas franco-iberoamericanas: la cultura, la manifestación de creación de cultura de los pueblos de sangre nueva, aunque con raíces vernáculas o hispánicas ante todo. Patrimonio de un continente que avanza, y que tanto por su porvenir como por su fuerza demográfica, representa uno de los polos clarísimos del mundo próximo. Tal vez ahí resida una de las primordiales razones del acercamiento de Francia, recogiendo en su territorio algunos elementos de valía de aquellas civilizaciones y de aquellos modos de vivir actual. Subráyese otra vez: es interés claro, y constante, como si hubiese tensión en querer comprender y en querer saborear. Hoy por hoy, sigue siendo privilegio de naciones altamente civilizadas, pero con ojos y corazón hacia pueblos que merecen ir subiendo más y más por el camino democrático de la libertad y de la industria, de la cultura y de la justicia. Francia colabora en esta obra, y también ello supone que se contemple con hondura lo que los pueblos iberoamericanos traen a Europa y, en este caso, a Francia.

No puede negarse que el viaje del Presidente de la República francesa a tierras iberoamericanas ha servido para despertar —y aumentar— la acogida en Francia a cualquier embajada de allá, lo mismo en el campo de las letras y artes que en otros sectores. Por ejemplo, se ha visto que la prensa cotidiana francesa ha ido publicando artículos y reportajes sobre los países visitados. Recuérdese no más *Paris-Match* con sus reportajes a todo color, y especialmente, sobre la visita al antiguo virreinato de Nueva España, a México. También, ello acrecentó a lo largo de 1964, una serie de conferencias dentro de aulas universitarias sobre todo, y asimismo algunos coloquios de tipo más bien económico (o de información económica).

## LIBROS

Dentro de la enseñanza, ya se sabe que figura en los programas oficiales del bachillerato francés toda una serie de cuestiones relativas a Iberoamérica y, lógicamente, sobre el continente de habla española : historia, literatura, geografía, costumbres y sociología, etc., van desfilando en páginas de manuales y servirán de estímulo para que estos alumnos de hoy sean conocedores posibles en lo futuro de las cosas de Iberoamérica.

De todos modos, la actividad mayor es la editorial, y en dos puntos concretos : libros publicados por autores franceses (o traducidos, pero editados en Francia), y libros traducidos de autores hispanoamericanos y también algún que otro iberoamericano. Por ello, así se subrayará, y en detalle.

I) TRADUCCIONES AL FRANCÉS DE AUTORES DE HABLA ESPAÑOLA O PORTUGUESA-BRASILEÑA :

Adolfo Bioy Casares : *L'invention de Morel y Le songe des héros* (R. Laffont)

Luis Spota : *C'est l'heure, matador ; Presque le paradis y Le sang ennemi* (R. Laffont)

Mariano Picón-Salas : *Au carrefour des trois mondes* (Casterman).

Carlos Luis Fallas : *Mamita Yunai* (Ed. Français Réunis)

José Soler Puig : *Bertillon 166* (Ed. Français Réunis)

Fidel Castro : *Etapas de la Révolution à Cuba y Cuba et la crise des Caraïbes* (Maspéro)

Julio Ramón Ribeyro : *Charognards sans plumes* (NRF)

Tristán Solarte : *Le noyé* (Casterman)

J.L. Borges : *Histoire de l'infamie, Histoire de Péternité* (Plon)

Gabriel García Márquez : *Pas de lettre pour le Colonel* (Julliard)

Graciliano Ramos : *Sécheresse* (NRF)

Josué de Castro : *Géographie de la faim* (Seuil) y *Le livre Noir de la faim* (Ed. Français Réunis)

Celso Furtado : *Le Brésil a l'heure du choix* (Plon)

Manuel Rojas : *Fils de voleur* (R. Laffont).

La observación rápida al leer este inventario de traducciones es que los títulos corresponden, en su gran mayoría, a novelas. Los novelistas tienen aceptación en Francia y, según estadísticas, parece ser que aumenta el número de lectores de estas traducciones del Nuevo Continente. Sin embargo, creo que en 1964 se editaron menos novelas de autores de allá que en años anteriores. Y, desde luego, hay nombres que merecerían ser traducidos (en la novela, y lo mismo en la poesía) y que aún están aguardando su turno.

II) LIBROS EN FRANCIA SOBRE LATINOAMÉRICA :

F. Malley : *Inquiétante Amérique Latine* (Seuil)

R. Dumont : *Cuba, socialisme et développement* (Seuil)

J. Bouvier : *Les deux scandales de Panama* (Julliard)

H. Disselhoff : *Les grandes civilisations de l'Amérique ancienne* (Arthaud)

Y. Gandon : *Le lotus naît dans la boue* (R. Laffont)

I. Lissner : *Civilisation mystérieuse* (R. Laffont)

X. Pommeret : *Mexique* (Seuil)

C. Coccioli : *L'Aigle aztèque est tombé* (Plon)

P. Lambert : *Fraternelle Amazonie* (R. Laffont)

G. Toulouse : *L'été au Mexique* (Poche-Club)

S.K. Lothrop : *Trésor de l'Amérique précolombienne* (Skira)

S. Huber : *Pizarre et ses frères* (Plon)

E. Bailby : *Brésil pays clef du Tiers Monde* (Calman-Lévy)

G. Londeix : *La Disgrâce* (A. Michel)

J. Follain : *Pérou* (Rencontre)

V. Alba : *Mexique* (Rencontre)

P. Chaunu : *L'Amérique et les Amériques* (A. Colin)

H. Stierlin : *Architecture maya* (Office du Livre)

B. Villaret : *Le Pérou, mort et vif* (Roger-Levrault)

F.J. Dockstader : *L'art indien de l'Amérique centrale* (Ides et Calendes)

C. Couffon : *Nicolas Guillén* (Seghers)

J. Fiasson : *Llanos, terres brutales* (Julliard)

J. dos Passos : *Le Brésil en marche* (NRF)

JACINTO LUIS GÜERENA

Oscar Lewis:

« Los hijos de Sánchez »

EN SU TRABAJO como antropólogo y sociólogo, el doctor Oscar Lewis ha ido, contrariamente a lo que se estila decir que es el método científico, de lo general a lo particular, de lo plural a lo singular, de la comunidad al individuo. Esta es la trayectoria que marcan sus tres grandes obras : *Vida en una aldea mexicana : Tepoztlán* (1951), *Cinco familias* (1959) y la más reciente y célebre de todas, *Los hijos de Sánchez*.

En efecto, siguiendo los pasos de Robert Redfield, el autor estadounidense que puso a Tepoztlán, clásico poblado morelense del trópico mexicano, en el mapa de los estudios antropológicos y sociológicos contemporáneos, Lewis hace un nuevo estudio de dicha comunidad, en la primera de las tres obras mencionadas. Han

pasado veinte años desde que Redfield la visitó. El trabajo de Lewis resulta, pues, justificado.

Un examen de la obra permite ver desde luego en qué respectos es un nuevo estudio. En primer lugar, señala los cambios que han ocurrido en los aspectos estudiados por Redfield. Tepoztlán, en los años transcurridos, ha recibido contactos cada vez más variados e intensos con el mundo exterior. La aldea, que Redfield conoció muy encerrada en sí misma, es ahora muy visitada, en parte debido a su libro. Las comunicaciones han mejorado. El país ya no está sacudido con tanta frecuencia por las luchas de facciones armadas.

Por otra parte, hay aspectos que Redfield tocó apenas, y que ahora piden más atención, porque han adquirido mayor importancia que entonces: la « explosión demográfica » ha alcanzado también a Tepoztlán, el poblado ha recibido ejidos, y por tanto se producen cambios en la tenencia de la tierra y en los sistemas de agricultura. Y así otros aspectos, a los cuales Lewis, en su nuevo estudio, presta particular atención.

En esa obra, Lewis está en terreno antropológico y sociológico indiscutible. Estudia toda una comunidad. El método es casi totalmente descriptivo. Se dan « historias clínicas » —relato de casos concretos—, pero no se recurre a lo anecdótico propiamente dicho. Los casos individuales que se citan son tan sólo ilustraciones de la situación social en general.

El libro se divide en dos partes. En la primera se estudian la aldea y sus instituciones: clases sociales, organización de la familia, división del trabajo, tenencia de la tierra, sistemas agrícolas, industrias domésticas, comercio, niveles de vida, política y gobierno local, y religión. En la segunda se estudia la población: relacio-

nes entre personas, en sus varios niveles, y especialmente en el seno de la familia, y conceptos y prácticas en cuanto al embarazo y el nacimiento, la infancia y la niñez, la adolescencia, el noviazgo y el matrimonio, la ancianidad y la muerte, tras lo cual se ofrecen un sumario y conclusiones. Numerosas tablas recogen datos estadísticos. Y las fotografías y los dibujos completan la visión de una aldea mexicana, en su variada vida comunitaria.

La obra tiene, por tanto, el valor realmente científico de un documento en que los datos económicos e históricos, combinados con las observaciones hechas personalmente y los informes recogidos de primera mano por el autor, ofrecen un cuadro vivo —sería más propio decir una radiografía— de una comunidad mexicana típica de determinada región del país. Se ha seguido un método científico en la recolección de los datos, sometiendo éstos a sucesivas verificaciones y abriendo nuevos cauces a la investigación social.

Ya con su segunda obra —publicada en castellano bajo el título de *Antropología de la pobreza* (Fondo de Cultura Económica, México, 1961)— el profesor Lewis comienza a lanzarse por una pendiente metodológica en la cual, dígame lo que se diga, la investigación realmente científica se va quedando al margen y lo anecdótico va adquiriendo predominio. El libro es en cierto modo la segunda parte del anterior. Porque Lewis estudia en la ciudad de México a unas familias que proceden del medio rural. Y ahora se trata de ver cómo viven, y de qué manera la urbanización ha producido cambios en los conceptos y costumbres de estos « desarraigados » de su suelo nativo y « transplantados » a un medio social tan diferente.

Para ello, Lewis describe la vida de cada familia durante un día que se considera normal y corriente. Es una descripción detallada, desde que amanece hasta que la familia se entrega al sueño por la noche. La primera familia sirve como punto de referencia, puesto que es, de las cinco estudiadas, la que permanece en el solar nativo. Se establece entonces el contraste entre la vida de esa familia y la de las otras cuatro, que se avecinan en la capital: una, en una enorme vecindad de los barrios bajos, la otra en una barriada populosa, la tercera en un suburbio o colonia proletaria, y la cuarta en una zona residencial.

El autor reconoce que ahora está empleando el método del novelista, aplicado a la investigación antropológica. Pero todavía es él mismo el narrador, aunque para los diálogos utiliza mayormente material recogido en grabaciones electromagnéticas. Lewis tiene ahora un propósito específico: estudiar la « cultura de la pobreza ». Su procedimiento es el del muestrario. Aquí

*La publicación del libro de Oscar Lewis Los hijos de Sánchez ha motivado en México vivísima polémica. La obra en cuestión, conocida en Europa por las traducciones que se hicieron al inglés, al alemán y al francés, apareció más tardíamente en castellano, siendo precisamente en castellano más auténtica por la fidelidad con que se tomaron las confesiones. Los lectores de Cuadernos conocieron anticipadamente el capítulo que publicamos en el número 90 (noviembre de 1964) por cortesía del Fondo de Cultura Económica. Pedro Gringoire, a quien hemos solicitado la crítica del libro, entra a formar parte de quienes ponen reparos a la obra. Quienes la defienden son también muchos. Los lectores de Cuadernos han podido juzgarla por sí mismos, merced al capítulo que les ofrecemos.*

tenemos cinco muestras, cinco especímenes de familias pobres, tomados al azar. Las descripciones son realistas y los diálogos transcripciones exactas del habla de los personajes, con palabras gruesas y todo. Se está haciendo el esfuerzo para llegar a la objetividad pura. No obstante, como es el mismo antropólogo el que narra, hay una selección de datos, y en ello un principio de análisis e interpretación.

Con *Los hijos de Sánchez* se quiere estar ya en la objetividad pura. El antropólogo sólo habla en el prólogo. Pero en el resto del libro deja que sean los mismos individuos estudiados los que hablan a su propia manera. Todo el trabajo lo hace ahora la grabadora electromagnética. El estudio se restringe a una sola familia, formada por el padre, dos hijos y dos hijas. El padre habla el primero y el último. Sus vástagos se turnan en la palabra, hablando cuatro veces cada uno. Pero no es un diálogo, sino 18 monólogos. Tal parece que Lewis, hurtando su técnica a los psiquiatras, ha ido poniendo por turno a sus personajes en el consabido diván y ha dicho a cada uno: « Hable usted, cuente su vida, diga lo que quiera », ha oprimido el conmutador de su grabadora, después ha hecho sacar las transcripciones respectivas, ha hecho en ellas un trabajo editorial mínimo, y ha despachado a la imprenta el material.

Una vez más, Lewis ha escogido la familia « Sánchez » al azar. Nos dirá que es una « muestra » de familia mexicana pobre. Pero aquí, igual que en el caso de las *Cinco familias*, surge desde el punto de vista de la precisión científica una seria cuestión. ¿Hasta qué punto una « muestra » escogida al azar puede considerarse como realmente típica o representativa? Cierto: ahí está el proverbio: « Para muestra basta un botón. » Pero es que los botones se hacen todos iguales y se venden por docenas, mientras que no sucede así ni con los individuos, ni con las familias, ni con las comunidades de ninguna nación.

Y es así como surge la paradoja de que estos dos últimos libros de Lewis puedan ser estudios notables de la pobreza —considerada ésta como una circunstancia social que puede ocurrir, y que ocurre, en cualquier pueblo y cualquier país— y en cambio resulten de dudoso valor como casos representativos de la pobreza en los términos particulares y peculiares de ese país y ese pueblo.

Es lo mismo que sucede con las historias clínicas sobre cualquier enfermedad. Son documentos de alto valor científico si se obtienen, primero, en cierto número y, en segundo lugar, si se cotejan, observando los puntos en que concuerdan y en que desacuerdan, a fin de sacar conclusiones valederas. Y si se tiene en cuenta que representan una enfermedad, pero que no

son necesariamente válidas como representación de determinado medio social o nacional.

Las historias de Lewis son, por decirlo así, casos clínicos. Sólo consideradas así puede juzgarse de su valor científico. Y una primera razón para poner en cuarentena su valor científico es la que ya hemos señalado: son casos tomado al azar. Y el azar puede entregarle a Lewis un caso tan común que baste con él para generalizar, o un caso que, si no absolutamente excepcional, puede ser no lo suficientemente común para fundar en él conclusiones siquiera medianamente válidas. No estamos en posibilidad de fallar dogmáticamente si el caso de la familia Sánchez, o aun los de las *Cinco familias*, son de la primera o de la segunda índole. Nos limitamos a afirmar que tratándose de vidas humanas, la elección de una « muestra » debe obedecer a no pocos considerandos y no al simple azar, para que el estudio de ella pueda conducir a conclusiones positivas.

Una segunda objeción al método de « muestreo » de Lewis es que para que los casos clínicos puedan servir como base a conclusiones válidas, es menester —también ya lo mencionamos— que sean relativamente numerosos, lo cual es una manera de eliminar hasta cierto punto los efectos arbitrarios del azar, y que se sometan a un estudio comparativo. No basta, pues, con recoger observaciones o historias clínicas de cinco o seis familias, y más, repetimos, si la elección se hizo al azar, para obtener una visión válida del problema de la pobreza precisamente en México.

Suponiendo, sin embargo, aunque sin conceder, que esas cuantas historias clínicas ofrecen un cuadro realmente representativo de la pobreza en México, y juzgándolas con la mejor voluntad posible, tendríamos en ellas valiosos documentos. Pero serían también de carácter clínico. Es decir, al igual que las historias clínicas de enfermedades, recogidas en un hospital, o por un médico en su práctica privada, se trataría de documentos de índole confidencial, y no para hacerse del dominio público. Esto es más cierto aún en cuanto se refiere a las historias clínicas de Lewis, porque participan de la índole de las « confesiones » de gabinete psiquiátrico.

Lo que queremos decir es que, suponiendo a estos dos libros de Lewis, sobre todo al de *Los hijos de Sánchez*, que es el que contiene más crudezas surrealistas de clínica mental, bastante valor científico, se cometió un grave error de indiscreción al lanzarlos así como así al dominio público, en vez de reservarlos, tal como se hace con las historias clínicas, sólo para consulta de los especialistas. Es aquí donde aparece el verdadero motivo —y a nuestro ver justificado— para considerar estas obras como denigrantes pa-



ra México, según lo han hecho ya no pocos comentaristas, y acaba de hacerlo nada menos que la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística de México (1).

Porque, en suma, Lewis ha incurrido en lo que sin exageraciones podría llamarse una violación grave del secreto profesional. Sobre todo por la índole de las historias recogidas, en que abunda lo más obscuro del lenguaje y lo más bajo de costumbres viciosas que puede darse en los medios ínfimos de la sociedad. Historias, repetimos, propias para el análisis psiquiátrico. Y que echadas a volar en público, al alcance de todos, constituyen alimento vorazmente devorado por los amigos de la pornografía. Tan inconveniente sería, por ejemplo, que un ginecólogo lanzara a la publicidad la descripción de algunos de sus casos. Documentos que pueden ser objeto de valioso estudio en lo reservado de una profesión, se convierten en lectura morbosa y perniciosa si se entregan a la curiosidad del primero que pasa.

Podría replicarse que en el caso de Lewis no hay « violación del secreto profesional », puesto que los sujetos de sus historias clínicas dieron su pleno consentimiento para la publicación de ellas. A lo que contestaríamos que eso no es atenuante, puesto que para ellos era fácil darlo, ya que se emplearían nombres supuestos que impedirían la identificación. Pero añadiríamos que quien realmente resulta denigrado con esas historias es México, puesto que se da la impresión de que las familias estudiadas son típicas familias mexicanas pobres, o sea que se incurre en una denigrante generalización. Y México no ha dado su consentimiento para tal cosa.

No se trata, pues, de falsos puntillos de honor nacional. Las familias estudiadas por Lewis son familias mexicanas. Forman parte de nuestra realidad. La pobreza, con sus sórdidos concomitantes, es un hecho que no podemos negar ni esconder. Sin duda como esas familias hay muchas. Tenemos ahí, pues, uno de nuestros problemas más serios. Y a hombres de ciencia como Lewis podríamos agradecerles su ayuda en el estudio de las causas, y mejor todavía, de los remedios de problemas como ese, y otros más que nos abruma. Lo que resulta nocivo para México es la publicidad *urbi et orbi*, de documentos que en esa forma se prestan a una difamatoria generalización.

Desde el punto de vista de los estudios sociales, las dos últimas obras de Lewis, pero sobre todo *Los hijos de Sánchez*, se prestan a una

objección más. Ofrecen una aparente justificación al determinismo económico, doctrina cuya vulnerabilidad, aun en el terreno puramente científico, se ha puesto en evidencia más de una vez. La inmoralidad se asocia en *Los hijos de Sánchez* de tal modo con la pobreza, que parece probarse con ello que cuando se es pobre, inevitablemente se tiene que ser inmoral. Ahora bien, la familia Sánchez es un caso real de pobreza acompañada de inmoralidad. Pero seguramente hay muchas familias tan pobres como la de Sánchez, que han podido, sin embargo, con heroico esfuerzo de voluntad, mantener su rectitud moral, pese a las presiones desmoralizantes de su medio y situación. La obra de Lewis no les hace justicia a esas familias. Y no es que se quiera desconocer la importancia del factor económico en la producción de la inmoralidad. Al contrario, es menester señalarlo con severidad y precisión. Pero, en primer lugar, un factor, por importante que sea, no constituye por eso la causa única determinante, la causa última del fenómeno que se estudia. Y en segundo lugar, la depravación de las costumbres se produce, y a veces con mayor gravedad moral, en familias ricas (2). Tampoco la obra de Lewis hace justicia, en ese respecto, a las familias pobres. Y al dar la impresión de que la inmoralidad es destino fatal del pobre, resulta infiel —no obstante sus técnicas objetivas— a la realidad.

En suma, Oscar Lewis, antropólogo de indiscutible autoridad en ese campo, al lanzar a la más vasta publicidad sus historias clínicas, su documentación casi de gabinete psiquiátrico, las « confesiones » privadas de sus « pacientes », se ha desplazado él mismo, por ese solo hecho, del terreno de su profesión científica, para convertirse en simple autor de un buen éxito de librería. Buen éxito que ha dependido, no tanto del valor científico de esa documentación, como de la índole cruda, descarnada y hasta —sacada de su contexto científico— pornográfica de sus « confesiones ». El antropólogo no sólo ha empleado métodos de novelista, sino que ha asumido la postura del novelista. La novela ha suplantado al informe científico.

Y entonces tenemos derecho a juzgar, sobre todo *Los hijos de Sánchez*, como novela y desde el punto de vista de la crítica literaria. ¿Qué puede decirse a este respecto? Sencilla y brevemente, que como novela carece —argumento y realismo brutal aparte— de la primera condición de toda gran novela : ser una creación, una

(1) En sesión ordinaria efectuada en la ciudad de México el 9 de febrero, bajo la presidencia del ingeniero José Domingo Lavín. Hizo la denuncia el licenciado Luis Cataño Morlet.

(2) El economista mexicano Víctor Urquidí ha escrito, al modo de Lewis, un estudio de cinco familias de los Estados Unidos de América pertenecientes a la clase rica. (Publicación de la Universidad de Austin, Texas.)

elaboración artística (ya que es obvio que aun con material de esa clase, puede producirse una obra de arte). La labor de Lewis como « novelista » ha sido puramente mecánica. Ha oprimido un botón y ha echado a andar una grabadora electromagnética. Los retoques editoriales que habrá tenido que dar a la transcripción no tienen suficiente monta para que se la considere como una creación literaria.

O sea que, al trastocar su postura y su papel, un sabio eminente se ha convertido en un mal novelista. Aunque, eso sí, ha sido todo el tiempo un hábil extractor de confesiones y un paciente manipulador de grabadoras electromagnéticas.

PEDRO GRINGOIRE

## A. Zapata Gollán : « Mito y superstición en la conquista de América »

CUANDO Colón regresa a España de su primer viaje, el gentío aglomerado en calles, tejados y balcones no puede dar crédito a lo que ven sus ojos : no sólo están éstos dorados y deslumbrados por el resplandor del oro y la plata que llevan los indios de la comitiva en los brazaletes, sino por la exótica fauna y flora que sigue al cortejo. Pese a que las leyendas de animales fantásticos y plantas milagrosas son tan viejas como el hombre, « las especies exóticas de la fauna y la flora eran desconocidas en los pueblos de Europa », como señala el autor de este libro (Eudeba, Buenos Aires). Ese primer estupor habría de multiplicarse después por una larga tradición oral que, nutrida en la imaginación de los « indios », daría un sabor apócrifo y trivial a la efectiva maravilla de ese nuevo mundo de la zoología, la botánica y la teratología. Pero también ese asombro se pluralizó y precisó con las narraciones de los cronistas.

Envuelto en otros intereses leía yo estos días a Descartes, cuando encontré un pasaje que muestra a las claras hasta qué punto era abigarrado el conjunto de seres notables que llegaba a Europa de las Indias. En un escrito juvenil trata el padre de la filosofía moderna de ejemplificar los peligros que supone la búsqueda de un saber fundado sólo en la experiencia. Como un colmo de lo multitudinario, como un sinónimo de lo indefinido, dice : « Sería menester primero haber examinado todas las piedras y hierbas que vienen de las Indias » (*Investigación de la verdad por la luz natural*).

Con muy buen acuerdo, Zapata Gollán se ha

atenido a las noticias de los cronistas y nos ha mostrado así, mediante un laborioso y paciente rastreo de las fuentes, el mito y la superstición en Indias a través de las alarmas y las ingenuidades de los pobladores y de sus primeros historiadores.

Encuentro que el autor parte del supuesto de que todos los relatos que incluye en su libro son mitos o supersticiones. Sin embargo hay supersticiones actuales y mitos reales. Por ejemplo, pese a que la tradición popular de muchos lugares del planeta sostiene que el manatí traba amistad con el hombre, responde a sus llamadas y acude a la orilla donde recibe comida, el buen cetáceo no deja de hacerlo hasta hoy. Por lo demás se parece mucho a su pariente el delfín : tiene una capacidad de aprendizaje increíble y se complace en transportar sobre el lomo a los humanos. Las recientes experiencias que se han hecho con los delfines dejan muy atrás a las más temerarias fantasías del hombre culto y aun del hombre de ciencia : en un artículo publicado por Rof Carballo en la *Revista de Occidente* (julio de 1963) se da cuenta de los progresos incalculables que ha hecho este cetáceo y que han culminado cuando el delfín comenzó a hablar en inglés después de pocas lecciones. Por lo demás los delfines tienen reacciones de proversión y de aversión muy acusadas y estremecedoras por lo « sentimentales ». Pedro Mártir dice del manatí : « Era más gracioso que un mono. » Parece que, en efecto, es así.

Una de las fuentes míticas respecto de los animales ha sido desde tiempos remotos el pavor que experimentaba el hombre ante la caza fallida. El libro de Zapata Gollán trae algunas lecciones unidas por ese origen. Sahagún cuenta

ALFABETIZADOS

— Por Mingote



— Menos mal que ya hemos terminado de aprender a leer. Ahora podremos dedicar los ratos libres a ver televisión.

que los cazadores se habían impuesto el imperativo de no arrojar al tigre más de cuatro saetas y si no lograban matarlo con ellas se daban desde luego por vencidos y abandonaban su empresa. (Entre paréntesis, una prueba terminante del error en que incurren los que identifican el terrible rito de la caza con la matanza o el crimen.) El tigre, que espera al cazador sentado y sin guarecerse detrás de nada « luego comienza a desperezarse y sacudirse y a relamerse; hecho ésto, recógese, da un salto, va todo erizado como el gato contra el perro, luego mata al cazador y se lo come ». Pero es curioso que cuando el cazador lo hiere de muerte « el tigre da un salto hacia arriba y volviendo a caer en tierra, tórñase a sentar como estaba antes y allí muere, sentado sin cerrar los ojos, y aunque está muerto parece vivo ». Aunque la primera parte del relato desborda de realismo, esta última parece el guión un poco arcaico de un « ballet » selvático. Pedro Mártir describe una fiera que también se rebela contra el cazador; es un monstruo cuya « figura es de hombre, la barba poblada, tiene grave y venerable aspecto; las manos, pies y boca como los hombres, y se alimenta con frutas. Andan en manadas por los montes y a veces huyen unos de otros. Es de gran destreza, tanto, que vuelve a tirar las flechas que a él le arrojan ». Un monstruo, « el rey de todas las aguas » mataba a los cazadores que no lo cobraban en tres días.

En general los mitos americanos de zoología y botánica fantástica, no se diferencian en mucho de los que aporta la historia universal. Atinadamente ha observado Borges que si se pasa del jardín zoológico de la realidad al jardín zoológico de las mitologías « la población de este segundo jardín debería exceder a la del primero, ya que un monstruo no es otra cosa que una combinación de elementos de seres reales y que las posibilidades del arte combinatorio lindan con lo infinito », pero sin embargo « la zoología de los sueños es más pobre que la zoología de Dios » (*Manual de zoología fantástica*, México, 1957, pág. 8). Así reaparecen aquí los infaltables dragones, el grifo, la serpiente que resucita, etc.

Creo que, aparte de « el árbol que nació de una mariposa », merece una mención especial el monstruo que describe Sahagún. Es del tamaño de un podenco, corpulento, tiene pelo pardo en el lomo, la barriga blancuzca con algunas manchas negras y pequeñas. El pelo blanco, la cabeza redonda, orejas como de gato, cara redonda, hocico corto, áspera « o espinosa » la lengua, « el aullido delgado como de tiple », y es tan ligero que parece que volara. Mata cuanto animal encuentra y aún al hombre, sólo « para dar de comer a las otras bestias ». Espera a su presa escondido detrás de un árbol y al verla

pasar le salta encima y le lame los ojos, pues su lengua « es tan ponzoñosa que luego mata en tocando ». Después la cubre con hierbas, trepa a los árboles y con el aullar « de tiple » llama a las fieras que acuden a comer el animal que mató el contacto de su lengua, y finalmente baja para comer los despojos que los otros dejan (pág. 51). Esta repugnante mezcla de chacal y Robin Hood resulta una heterogénea modelación del miedo y la pesadilla. Más ingenua y real es la adivinanza que propone un cronista con desmañado lenguaje para identificar a « la gran bestia » : « Tiene el cuerpo igual al buey » está armado de una trompa de elefante y no es elefante; tiene el color del buey y no es buey; los cascos de caballo y no es caballo; las orejas también de elefante, pero no tan grandes y tan crecidas, si bien mayores que las de otros animales. » Dificulto que bajo ese incongruente tejido de analogías alguien pueda descubrir que « la gran bestia » no es más que el tapir.

EZEQUIEL DE OLASO

## Ricardo E. Molinari ; « El cielo de las alondras y las gaviotas »

EL AUTOR DE *Unida noche* ha cultivado y llevado a la perfección cierto tipo de poema en el que el absoluto dominio de las formas sirve a una implacable trasmutación de la realidad. Los objetos y los seres se ven, en los versos de Molinari, despojados de su cualidad de cosas reales, de sus conexiones con otros objetos, para convertirse en modos de expresión de una realidad interior, en imágenes desencantadas de un mundo sin esperanza en el que las cosas dejan sus propias leyes para seguir las determinadas por la intimidad del poeta. De esta rígida trayectoria impuesta a todos los objetos deriva la impresión de monotonía que a veces se impone al lector, a pesar de la deslumbrante variedad de formas y la aparente diversidad de temas. Una paloma, un árbol, un río, un espejo, son solamente puntos de partida para el soliloquio, de ahí que su realidad sea tenue, su cualidad sensorial casi nula, su movilidad casi mágica.

De la oposición permanente entre la realidad tangible y la interior, resueltas en un caudaloso lirismo, que alcanza muchas veces acentos patéticos, surge la rara tensión y el definitivo equilibrio que admiramos en todas las composiciones de Molinari. La perfección que alcanzan

sus versos lleva consigo el peligro de la reiteración, que al lector le resulta evidente. Si a pesar de ello el libro (publicado por Emecé, Buenos Aires) tiene un alto poder de atracción es porque casi siempre hay lugar para el matiz inédito, y porque el don poético del autor es siempre admirable. La vehemencia de sus sentimientos y su percepción profunda de la realidad interior se corresponde con un sentido excepcionalmente hondo del idioma. Por eso el lector ante interrogaciones como « *¿Qué luz apretada y errante resbala sola y ausente sobre mi morada?* », aunque percibe ecos familiares, ya escuchados en los poemas de « *Mundos de la madrugada* » y « *El huésped y la melancolía* », cede ante su magia verbal, como ante el sentido del equilibrio y el dominio de las formas que revela el sostenido juego retórico de estos versos : « *Sube la alondra tanto cielo ardiente / la sombra de sus alas, la hermosura, / que el ascender la invita con su altura / a elevarse perdida y trasluciente.* »

Su lectura depara el encuentro con un lirismo maduro y refinado que transmite en la superficie bruñida de sus versos las imágenes de un mundo lleno de belleza y de melancolía.

JULIO CRESPO

## Emmanuel Carballo :

### « El cuento mexicano del siglo XX »

**C**RITICO EXCELENTE, Emmanuel Carballo demostró una vez más sus excelencias en el Panorama dominado por los jóvenes » : *La novela y el cuento*, que vio la luz a fines de enero en el importante e influyente semanario *La Cultura en México*.

Por allí desfilan esos valores nuevos y no tan nuevos que son Carlos Fuentes, Rosario Castellanos, Sergio Fernández, Sergio Galindo, Juan García Ponce, Juan Vicente Melo, José Revueltas, Vicente Leñero (de larga y asegurada fama ya por su novela *Los Albañiles*, primer premio internacional de Seix Barral en España, y que vale la pena leer, aunque no sea más que para estar en desacuerdo con el propio Carballo : él honesta y sinceramente y con formidables elementos de juicio, nosotros también honesta y sinceramente), Ibarguéingoitia, Julio Torri, Agustín Yáñez, Amparo Dávila... todos los que han hecho historia literaria en el fenecido 1964 mexicano.

Frente al testimonio documentado, feliz, sin complejos, con personalidad y sin parcialidad de Carballo, juicios como los de antólogos del tipo

de Anderson Imbert resultan anodinos o regocijantes (así en ese orden).

\*

Lo que venimos diciendo de Emmanuel Carballo se confirma amplia y definitivamente en su monumental antología *El cuento mexicano del siglo XX*, en la que si bien figura patéticamente algún mamarracho (y Carballo no duda en colocar la lápida indispensable : « ...de sus ocho cuentos, cinco no pasan de ser caricaturas de valor más o menos dudoso... la ironía para en frivolidad y el humor en tontería... aún no aprende a escribir ni a ordenar sus materiales... »), todo es adecuadísima información y selección y erudición amena (no pedante ni « sobradora » ni falazmente enojada).

De por sí el prólogo de este desde ahora indispensable volumen antológico —que comienza con el muy célebre Ateneo de la Juventud, del que quedan escasos sobrevivientes, y termina con « Cuatro promesas » y « Mis puntos de vista »— constituye un verdadero libro de unas cien páginas, manual de consulta histórico y literario que será, *es* invaluable. Súmese a él la estupenda Cronología (« formada con datos recogidos de las fuentes más diversas, se propone situar en el contexto político, económico, científico y artístico, tanto nacional como extranjero, al cuento mexicano de nuestro siglo... »).

Esta antología de Carballo, 892 páginas, 56 autores seleccionados, 83 relatos (Juan José Arreola la aparece con 13 cuentos suyos, Juan Rulfo con 4, Julio Torri con 8, José Revueltas con 3, todos los demás con uno), es una publicación más de las flamantes Empresas Editoriales S.A., que con una presentación a la altura de los mejores libros del mundo ha editado también el grueso volumen de *La vida en México en el período presidencial de Lázaro Cárdenas* : recopilación con inaudita paciencia por el poeta José Emilio Pacheco de escritos periodísticos del otro gran poeta (que acaba de festejar sus 60 años, con un reconocimiento general muy desusado en Latinoamérica), Salvador Novo, de aquella época que ya parece tan lejana. Historia, historia vivísima, de semana a semana, plena de ironía, tan sutil que a veces hay que leer dos veces para darse cuenta, ocasionalmente de humor negro, que lo ha habido siempre.

*El cuento mexicano del siglo XX* se cierra con una impresionante, extensa lista bibliográfica —cerca de seiscientas fichas— de los libros de cuentos publicados en México desde 1915 a 1963. El propio Carballo ha afirmado : « Como autor y crítico de mí mismo, este libro me satisface ; ojalá los lectores sean de mi misma opinión. »

LUIS GUILLERMO PIAZZA

## Lugares y fechas

La poesía se ha preocupado a veces por el espacio y por el tiempo. Debo aclarar : por el espacio de la geografía y por el tiempo de los almanaques ; por fechas y lugares, que el poema inscribe en su piel y en sus huesos. Dijérase que la poesía elude así la eternidad y el infinito. O que accede al muy humano deseo de dar domicilio y una precisa edad a la experiencia, con el fin de identificarla sin tropiezos y de preservarla mejor. De vez en cuando el hombre quiere volver, seguro, al sitio y a la hora en que vivió una alegría o una pena que lo signaron para siempre. Y le agrada que otros vuelvan también los ojos a ese sitio y a esa hora.

Un día, un poeta chino del siglo XII —Lou Yeou— se extasia en la lectura de composiciones líricas antiguas, y del deleite suyo queda una Canción improvisada al correr del pincel, durante la noche del primer día de la novena luna. Ocho siglos han transcurrido ; mas la emoción de aquella noche de octubre se prolonga aún, como si en cada verso de Lou Yeou estuviera temblando una estrella, un delgadísimo soplo de brisa o un hilito de lluvia. No pide más un poeta. A un poeta le basta saber que habrá quien se estremezca con el mismo sentimiento que lo sacudió a él hasta lo íntimo.

Otro día, el capitán Francisco de Aldana cuenta azares de su vida. Guerreaba en territorio de Bélgica. La voluntad de exactitud es indudable en su carta :

A diez de marzo, y hecha aquí en Bruselles, Mil y quinientos y sesenta y ocho.

Conocido como poeta en España, Aldana quería que se le conociera igualmente por sus hazañas de soldado. En Flandes. Y en pleno siglo XVI.

Ahora es Mallarmé, sedentario y pacífico. El poeta arrima al fuego los pies y se dispone a alumbrar su charla un instante con un blondo cigarro de España, a repasar el rosario de ámbar de un sueño cien veces desgranado. La fecha consta en su cortísimo poema : 11 de diciembre de 1861. Hace de esto más de una centuria ; pero el humo sigue enneblinando la mano de

Mallarmé. Posiblemente se trata de uno de esos tabacos de brujería con que se alumbran también las oraciones mágicas. No se acaba, ni da ceniza alguna.

Otra noche de otro día —12 de abril de 1912—, Guillaume Apollinaire ve perfilada en la pared la sombra de un hombre y de un caballo al galope. La guerra ya no tarda. Y el poeta se siente desgarrado por contradictorias inquietudes :

Soy un grito de la humanidad

Soy un silencio militar.

Y otra noche de otro día es la víspera de la batalla, en las trincheras :

Noche del 24 de septiembre

Mañana el asalto

Noche violenta oh noche cuyo aterrador grito [profundo se hacía más intenso de minuto en minuto

Noche que gritaba como una parturienta

Noche de los hombres solamente.

En nuestros días Jorge Luis Borges concluye que

la rueda de los astros no es infinita

y el tigre es una de las formas que vuelven.

De esa posibilidad de retorno nace su decisión de tener un tigre propio, como William Blake, y cuando ya lo tiene nos lo pinta, y pone firma y fecha a lo que pinta :

Al tigre de los símbolos he opuesto el verdadero, el de caliente sangre, el que diezma la tribu de los búfalos y hoy, 3 de agosto del 59, alarga en la pradera una pausada sombra...

Al pasar el tiempo sobre dolores y dichas, lo mismo da que hayan sido grandes o pequeños : la poesía los eterniza de igual modo. La noche personalísima y feliz de Lou Yeou cuenta tanto como la trágica noche universal de Apollinaire. La canción china, trémula de belleza y nostalgia, conmueve más que la carta de Aldana, impregnada de sangre. Y aquel punto rojo en la sala de Mallarmé puede ser una pupila del tigre de los símbolos y también del tigre verdadero.

*La vida avalora y deprecia, confunde e iguala todo. Y al fin es ilusión el espacio y es ilusión el tiempo.*

RAFAEL ANGEL INSAUSTI

### UN COMBATE MUSICAL EN PARIS

El último concierto de la Orquesta Nacional de Radio-Televisión Francesa, dedicado a la música de vanguardia, representará, sin duda alguna, el acontecimiento de mayor trascendencia musical de la temporada en París.

En efecto, la Orquesta Nacional, que desarrolla una meritoria labor de difusión musical a través de sus conciertos semanales en el Teatro de los Campos Elíseos de París, se ha puesto al día en su repertorio, incluyendo en este programa extraordinario dos obras significativas de dos jóvenes compositores de la vanguardia musical europea: Gilbert Amy y Ianis Xenaquis.

Los dos autores han sometido a una prueba dura y difícil al público parisiense de los « martes de la Nacional ». Gilbert Amy, francés, fue alumno de Rivier y Messiaen; Xenaquis, griego establecido en París, y que tiene la doble formación de arquitecto y músico, fue alumno de Pierre Shaeffer, y colaborador del arquitecto Le Corbusier.

La composición de Gilbert Amy titulada « Antifonías » está ideada para dos orquestas independientes y muestra el genio de un músico dotado de una fantasía rica en la combinación sonora y en la yuxtaposición de la dinámica y la intensidad. En esta partitura, Amy, si aún permanece fiel al « academismo contemporáneo » determinado por el lenguaje « serial » de Pierre Boulez, crea, en cambio, una arquitectura musical de líneas sólidas y equilibradas.

La emoción del público frente a « Antifonías » se tradujo en un alboroto, que, sin embargo, no logró ocultar las muestras de aprobación y elogio que haría merecer esta obra. Más tarde, este alboroto se transformó en una verdadera batallita a causa de la interpretación de la música de Xenaquis, vocerío al que un crítico parisienno no vaciló en comparar al célebre e histórico « escándalo musical » que produjo la interpretación de « La consagración de la Primavera » de Stravinsky, el año de 1913, en el Teatro de los Campos Elíseos de París.

El título de « Estrategias » justifica, de manera cabal, los procedimientos y las intenciones de Ianis Xenaquis, su autor. Se trata de un combate, de un juego entre dos orquestas « comandadas » cada una de ellas por un director, a la manera de un « capitán de equipo » en una competencia deportiva, y con derecho a perder o ganar « puntos ».

Al decir de su propio autor, este duelo espectacular se basa en reglas matemáticas, y en la teoría del juego matemático expuesto en 1921 por Emile Borel, el mismo que tuvo una influencia considerable en la decisión de las acciones de la segunda guerra mundial.

Partiendo del principio de que la música, igual que el juego matemático, es una cuestión de decisiones, Ianis Xenaquis ha concedido a cada director 19 posibilidades tácticas de combate. Los puntos ganados o perdidos se han compulsado y determinado a través del empleo de cada táctica. En el concierto de referencia, el jurado calificador estuvo formado por seis personas, y situado en el centro del escenario, en medio de las dos orquestas « combatientes ». El anuncio de los puntos se hizo por medio de números gigantescos fijados en una gran pizarra.

Las reglas de este juego son complicadas y difíciles de comprender en una sencilla lectura. El público pudo seguir e interpretar, más o menos, las incidencias de esta batalla, gracias a la presencia de algunos elementos auxiliares como son: un sistema de luces (bombillas de color blanco y rojo), pequeños carteles para la orquesta con los números correspondientes a cada « táctica ».

Musicalmente, la composición de Xenaquis es un « calidoscopio sonoro », tal como lo ha dicho su autor. Las infinitas variedades de timbre, ritmo, matiz que de sus combinaciones resultan, hacen de esta obra una página rica y fascinante. El hecho de que su autor haya calculado las 19 « Estrategias » en un cerebro electrónico « I.B.M. », no quiere decir que esta obra sea el resultado de un cálculo científico, sino el resultado de una combinación feliz en la que la ciencia sirve de medio al arte.

Pese a los elementos « extramusicales » que la obra pudiese contener, la música de Ianis Xenaquis inaugura una nueva forma de manifestación musical de grandes consecuencias estéticas en el futuro.

La Orquesta Nacional de la Radio-Televisión Francesa ha desempeñado su papel con toda eficacia y dentro de un virtuosismo excepcional. Los directores de esta « batalla musical »: Bruno Maderna y Konstantin Siminovic (ganador del combate), demostraron un fino instinto artístico, además de una extraordinaria habilidad en la estrategia... musical.

Por algunas horas, el público tranquilo y sereno de los « martes de la Nacional » ha convertido la sala del Teatro de los Campos Elíseos en un campo de deportes.

### OTRAS NOTICIAS MUSICALES

El Festival Internacional de las « Reuniones de la Juventud » en Bayreuth celebrará, el pró-

ximo verano, el 15º Aniversario de su creación. Con este motivo, se ha confeccionado un programa de « Jubileo » que, además de las secciones de trabajo musical y teatral, presentará una serie de conciertos, recitales y conferencias.

Fundadas en 1950 por el señor Herbert Barth, las « Reuniones » fueron creadas bajo la égida de « la amistad hacia la música », y durante los años de su intensa actividad, han acogido a todos los jóvenes amantes de este arte, dentro de un espíritu de camaradería y confraternidad internacional.

Para el Festival del presente año, muchos jóvenes de América Latina han manifestado su deseo de asistir a las « Reuniones ». Serán éstas realizadas por el célebre Festival Wagner.

\*

En el Instituto de Estudios Superiores de América Latina (Hautes Etudes de l'Amérique Latine) de la Universidad de París, se desarrolla, desde el 18 de febrero, un Cursillo sobre la música en México y en América Central, desde la Independencia hasta nuestra época, bajo la dirección del Profesor Luis Heitor Corea de Azevedo, de la UNESCO.

HUGO PATIÑO

#### LABERINTOS DE EMMA REYES

Emma Reyes, la pintora colombiana a quien se han encomendado grandes trabajos de decoración para una clínica y una iglesia de Périgueux (Francia), a los cuales dedica ahora lo mejor de su actividad, ha hecho un alto en su trabajo para ir a Israel, a la inauguración de sus últimas obras. Emma Reyes es ampliamente conocida en Israel, donde pasó ya una larga temporada, fruto de la cual fueron unas cuantas docenas de obras que se han expuesto en Roma, Milán, Cali, Bogotá y Bruselas, y que recibieron el aplauso de la crítica en muchos paí-



ses. Dentro de la nueva modalidad de su pintura están los laberintos, anticipación de algo que comienza a abrirse camino en Europa y en los que ella trabaja desde hace varios años. Con fotografías de esos laberintos de Emma Reyes se ilustran algunas páginas de este número de *Cuadernos*.

#### EL «AREYTO», BAILE INDIGENA

Contra lo que comúnmente se ha creído y aun afirmado por algunos historiadores, el areyto o baile indígena, no fue siempre un acto de mera distracción, al estilo y género de los bailes modernos, entre los pueblos cultos del mundo civilizado de hoy.

Los bailes indígenas de nuestra América tuvieron siempre una razón poderosa de ser. Nunca fueron actos de exclusiva alegría popular, aun cuando siempre las libaciones espirituosas pusieran al final su nota de escándalo, como en las bacanales de la vieja Europa.

Los cronistas de la conquista hispana en América nos han dejado con abundosa relación, la historia veraz de los bailes aborígenes, de los que con harta frecuencia fueron testigos presenciales, enriqueciendo sus relatos con pormenores de gran colorido y minuciosos detalles de su música, compases, vestuario, panfletos y cantares.

A cuatro categorías pueden reducirse los areytos indígenas : 1) Los de carácter meramente religioso ; 2) los de carácter consagratorio para sus caciques ; 3) los funerarios ; 4) los de alegrías populares, con tendencia educativa histórica.

Los areytos de carácter religioso, por su misma índole, estaban dedicados en amplia pompa a la glorificación de sus dioses y revestían notable solemnidad.

En estos bailes no participaba directamente el pueblo, sino un conjunto seleccionado para el caso, como ocurre hoy con los conjuntos artísticos destinados al teatro o a la escena libre.

Las comparsas eran más o menos numerosas, alcanzando hasta sesenta parejas, todos varones o todas mujeres, pero disfrazada la mitad con vestidos del sexo contrario. Rigurosamente hablando, iban desnudos ; pero cubiertos los cuerpos con pelusas de algodón de diversos colores, dispuestos admirablemente y adheridos con tanta nitidez, que daban la impresión de estar cubiertos los artistas con finísimas telas, de varios dibujos.

En el centro de la plaza pública, que era el escenario invariable de estos bailes sagrados, se levantaba un asta de gran altura, en cuya cúspide se colocaba la efigie del dios festejado, rodeado de exóticos adornos y ricas figuras de vivos colores.

Las comparsas danzaban en torno de la plaza y del asta, de dos en dos o de cuatro en cuatro, sueltos y a veces tomados de la mano, como en los bailes europeos del siglo pasado. Diez o doce cantores, acompañados por tambores, pitos, chirimillas y atabales, presidían la parte musical del acto, que duraba muchas horas, pero dejando espacios de tiempo para el descanso necesario y obligado de los actores.

Los cantos eran loas de agradecimiento al dios, por los favores recibidos, según la naturaleza del poder que le atribuían y deprecaciones para que su protección no les faltara nunca.

En algunos cacicazgos de Centroamérica el asta del ídolo servía también para el juego del volador, del que nos ha legado el cronista Oviedo y Valdez una descripción perfecta con ilustraciones notables, gracias a su privilegiado talento de dibujante, de que hizo acertada y feliz gala en su tan voluminosa como celebrada obra.

En estos bailes, con harta frecuencia, era número obligado el sacrificio humano, ceremonia que realizaba el sacerdote abriéndole a la víctima un costado, para extraerle el corazón. La primera sangre recogida era para el dios del homenaje y la restante para los demás dioses; ofrenda que hacían untando con ella la boca y los rostros de los ídolos del templo. Al final, los cuerpos de las víctimas eran rodados desde lo alto del túmulo o pirámide de los sacrificios, para que comiera el pueblo la carne inmogada, como rico y sagrado manjar.

Los bailes consagratorios, dedicados en honor de sus caciques, eran representaciones teatrales semejantes a las anteriores, pero el pueblo, bajo la dirección de uno de los principales actores, hacía en alta voz y bajo los compases de la música, la relación circunstanciada de la vida del cacique, alabando sus méritos y acciones de gobernante, las guerras victoriosamente logradas, la historia de sus antepasados y los favores otorgados a su pueblo. Estos bailes degeneraban, como suceso normal y acostumbrado, en copiosas libaciones con la adición de depravados actos de libertinaje.

Los areytos fúnebres tenían lugar durante las exequias al cadáver del cacique difunto. Eran presididos por el sucesor o regente en el cacicazgo y se desarrollaban en presencia de todos los caciques vecinos y amigos de la nación y de los principales personajes locales y del contorno.

La música, en estos bailes, era quejumbrosa y monótona. Los cánticos eran loas a las virtudes del difunto y a la historia de su reinado. En coro se repetían las versiones del relator; y en ellas se rogaba al sucesor del fallecido la imitación cabal de las virtudes y méritos del so-

berano difunto, para alcanzar la felicidad de su pueblo.

Los bailes de carácter popular eran frecuentes, pero por períodos regulares, en la división del tiempo. Eran los de mayor significado entre los pueblos aborígenes, pues tenían propósitos definidos de historicismo, para la perpetuación de las tradiciones nacionales, en la memoria de las nuevas generaciones.

Puede decirse que gracias a estos areytos populares y públicos, las generaciones aborígenes conservaron, con precisión y minuciosidad de detalles, las creencias religiosas de sus antepasados, el origen de los pueblos conforme con sus diversas teogonías, la extensión geográfica de sus reinos, la razón de sus costumbres, el principio de sus leyes, las guerras de la nación y aun el origen mismo de sus dioses.

Entre los más célebres areytos, presenciados por los cronistas españoles, en los albores de la conquista de América, figuran dos con muy justo renombre: el presenciado por Oviedo y Valdez en Tezoatega, en tierras del cacique Agateyti en Nicaragua y el que le ofreciera la cacica Anacaona, en Cuba, a Fray Nicolás de Ovando, gobernador español, en que tomaron parte trescientas doncellas de la ciguatlan de su reinado, constituido exclusivamente por súbditos mujeres.

RAUL URUETA

#### CON JOSE LUIS MARTINEZ

José Luis Martínez, conocido escritor mexicano, iniciador en realidad del movimiento de comprensión histórica de la literatura de su país en los últimos veinte años, autor de conocidas e imprescindibles antologías, sobre todo en torno al ensayo, ha regresado a México, llamado por su gobierno para dirigir ahora el importante Instituto Nacional de Bellas Artes. Hasta este momento había venido actuando en París como embajador ante la Unesco. Bajo la dirección del también flamante ministro de Educación Agustín Yáñez, famoso novelista, seguramente las muy amplias y diversificadas funciones de Bellas Artes alcanzarán un brillo y un prestigio como pocas veces se había logrado.

José Luis Martínez nos dice:

«Asombra, en verdad, el renacimiento literario de México. Después de estos años de ausencia, compruebo el indudable valor de muchos jóvenes nuevos, con un sentido totalmente diferente al que estábamos acostumbrados: ya no tan localista ni casero... He oído a los jóvenes expresarse, por ejemplo, en contra del parricidio. 'Es ridículo —me decía uno— que en Argentina se opongán a Borges, como si nosotros negáramos a Alfonso Reyes...' Todo revela una



singular madurez, un momento muy especial de los nuevos creadores literarios...

« Pienso que Octavio Paz se encuentra en su hora propicia : viene publicando una serie de ensayos (sobre todo en la *Revista de la Universidad*), de los que me complace destacar el dedicado a Rubén Darío, estupendo. Algún día deberá regresar a México (continúa en funciones como embajador en la India) y ejercer un noble liderato literario...

« En la Unesco, antes de regresar, participé en un homenaje diferente, a Shakespeare ; con la participación de Borges, Lawrence Durrell y Ungaretti. Estuvieron formidables. Los dos primeros muy sobrios, con cosas peculiares que decir. El poeta romano leyó largos versos...

« En Bellas Artes nos hemos preocupado mucho por la designación de los funcionarios que habrán de encabezar los distintos departamentos : Danza, Literatura, Artes Plásticas, Teatro... Traemos desde Roma al escritor Hernández Campos para artes plásticas. Mejor así. De la misma forma, no insistimos en un escritor para literatura, ya somos demasiados los escritores en puestos importantes. En cuanto a nuestras publicaciones (hasta ahora venía apareciendo la *Revista de Bellas Artes*, no suficientemente difundida ni integrada en el 'ambiente' intelectual), tal vez haya dos revistas : una para los asuntos internos de Bellas Artes, el movimiento cotidiano de las diversas actividades, y otra para temas más generales de cultura... Lástima que ya no se pueda sacar más gente de la Universidad para esos proyectos ; dicen que les estamos llevando demasiados valores importantes... »

LUIS GUILLERMO PIAZZA

#### REQUIEM POR UNA REVISTA

Después de casi veinte años de fundada acaba de desaparecer en los Estados Unidos una revista informativa dedicada a Latinoamérica, que tenía gran circulación entre los círculos universitarios. Se trata del *Hispanic American Report* (HAR) que publicaba el Instituto Luso-Brasileño e Hispanoamericano de la Universidad de Stanford. Este artículo revela cómo la parcialidad favorable hacia el castrismo fue una de las principales causas de la extinción de dicha revista.

En el mes de octubre de 1964 los suscriptores del HAR recibieron con asombro una escueta nota del director de la revista, Ronald Hilton, anunciando que el siguiente número de noviembre sería el último, debido a que « ciertos cambios infortunados impuestos en la estructura del Instituto lo han hecho inoperable y después de casi un año de lucha me ha sido imposible continuar en mi puesto ». Seguidamente Hilton

agregaba : « Estoy seguro que Uds. coincidirán conmigo en que la desaparición del HAR es una tragedia. »

La radio de Cuba respondió a la noticia insinuando que la desaparición del HAR se debía a que « meses atrás la revista había publicado una serie de reportajes de Herbert Matthews sobre Cuba, los cuales no había querido publicar el diario *The New York Times* (Radio Habana, 28 de noviembre de 1964).

El primer número del HAR salió a la luz en noviembre de 1948 bajo el nombre de *Hispanic World Report*, como parte del Programa Hispano-Americano de la Universidad de Stanford. En la presentación decía entonces Ronald Hilton que la revista se dedicaría a relatar y comentar « los acontecimientos del día en España, Portugal e Hispanoamérica con énfasis especial en aquellos... de matiz revolucionario ». Desde hace varios años Herbert Matthews formaba parte del consejo asesor de la revista.

A partir de 1959 el HAR se había convertido en justificador y defensor del régimen comunista de Cuba. En junio de 1963, Hilton fue especialmente invitado por el director del Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos para que asistiera a los actos oficiales del 26 de julio de ese año. A pesar de todos sus esfuerzos el director del HAR no pudo acudir a los festejos y como reacción por el intento frustrado escribió un duro editorial contra las agencias del gobierno de los Estados Unidos que habían « obstaculizado el viaje » ; de paso, Hilton también criticó el que tuviera que registrarse para recibir propaganda comunista del extranjero (HAR, junio de 1963, pp. 533-34).

Mensualmente el HAR publicaba referencias bibliográficas para los estudiosos del caso cubano. Entre ellas las más frecuentes eran discursos de Fidel Castro traducidos al inglés por la Imprenta Nacional de Cuba y artículos de la revista ideológica del Partido, *Cuba Socialista*. También aparecían relacionadas otras revistas cubanas como *Bohemia*, *Cuba*, *Nuestra Industria* y *Trabajo*. Con respecto a las publicaciones extranjeras las más socorridas eran *The Nation*, *The New Republic*, *New Left Review*, *Monthly Review* y *Studies on the Left*, todas ellas revistas norteamericanas de una acentuada tendencia izquierdista, socialista o filomarxista. Además, eran citadas *Pravda*, *Kommunist*, *Marxist-Leninist Quarterly* e *International Affairs*, editadas en Moscú ; *Peking Review*, en Pekín ; *Review of International Affairs*, de Belgrado ; *World Marxist Review*, de Praga ; *Siempre y Política*, dos revistas marxistoides mexicanas ; *Voz Proletaria*, de Buenos Aires ; *L'Unità* y *Corriere della Sera*, los diarios italianos socialista y comunista ; y múltiples publicaciones de los pro-cas-

tristas « Fair Play for Cuba Committees ». Para ser « objetivos » también se citaban algunas revistas neutrales aunque no los diarios y publicaciones de los exiliados cubanos, salvo en contadas excepciones.

En varias oportunidades en que los Estados Unidos afrontaron un conflicto en el interior o el exterior, en que los comunistas tuvieron intervención más o menos encubierta, la revista asumió una postura de compromiso o de crítica a las autoridades y agencias oficiales.

*La crisis de octubre de 1962.* — « El Presidente Kennedy fue culpable de un pecado de omisión —decía en un editorial Hilton— cuando invocó el Tratado de Río, porque no dijo a la ciudadanía que para imponerlo necesitaba la autorización de la ONU... Los votos de la OEA fueron esencialmente comprados... El dinero habla... La unanimidad detrás del movimiento anti-castrista de los países latinoamericanos se debió a la atemorizadora sugerencia de Kennedy en cuanto a que los cohetes apuntaban a América Latina ». El editorial terminaba insinuando que el Gobierno Demócrata había utilizado la crisis para ganar las elecciones parciales de 1962 y proponía irónicamente al desaparecido Presidente Kennedy como candidato al Premio Nóbel de la Paz en 1964 (HAR, noviembre de 1962, pp. 779-80 y 864-65).

*La muerte del Presidente Kennedy.* — « Hay amplia evidencia de aquellos que estaban (en Cuba) junto a Castro al mismo tiempo de ocurrir (en Dallas) la tragedia, en el sentido de que él (Castro) estaba sinceramente conmovido » —decía Hilton en otro editorial, pero no revelaba cuáles eran esos testigos ni en qué consistía la susodicha evidencia. Además agregaba sin dar pruebas de ninguna clase que « meses antes de la muerte de Kennedy había cierto entendimiento entre Washington y La Habana... La evidencia era escasa pero significativa... Kennedy y Castro se estaban acercando uno al otro... (HAR, diciembre de 1963, pp. 933-34).

*Las revueltas en el Canal de Panamá.* — « Panamá está tan corrupto como Cuba estaba bajo Batista... El resultado es la indignación popular contra los americanos... El comunismo y el fidelismo son el efecto y no la causa de esos fenómenos. La Zona del Canal (Panamá) como la de Guantánamo (Cuba) se convierte en un símbolo ». En el mismo escrito Hilton aseguraba que Cuba tenía un gobierno estable y que no debía ser molestada ; por otra parte recomendaba entregar Guantánamo, pues « no es útil a los Estados Unidos » (HAR, febrero de 1964, pp. 1125-26).

\*

En la sección de crítica de la revista se traza una clara línea divisoria entre dos clases de libros : los que hacen juicios adversos a Castro

y aquellos que lo favorecen. Los libros del primer grupo recibían siempre una crítica negativa, sin que importase la posición ideológica y política de sus autores. Así fueron igualmente tratados un grupo de profesores universitarios cubanos, un ex Presidente que designó Castro, un ex marxista ruso, un liberal americano y un periodista yanqui. Es más, con cierta similitud a la táctica marxista era corriente que se « encontrara » algún sentimiento o actitud baja que « motivaba » a los autores.

El libro de Haynes Johnson, *The Bay of Pigs*, aunque « es un éxito de librería, técnicamente es un trabajo cochino » (HAR, octubre de 1964). La obra del ex Presidente Manuel Urrutia, *Fidel Castro and Cia*, « es uno de los muchos folletines hechos con el propósito deliberado de desacreditar a Castro » (HAR, mayo de 1964, p. 284). El trabajo de Boris Goldenberg, *Latein-Amerika une die Kubanische Revolution*, publicado en Colonia « muestra esa curiosa actitud que luce típica de los ex marxistas... el autor es un marxista desilusionado, violentamente hostil a las cosas hechas por Castro » (HAR, octubre de 1964, pp. 767-68). John Martino que narra los horrores de las cárceles castristas en su *I was a Castro Prisoner* es catalogado entre « la mayoría de los americanos que venían a La Habana como meca de buscadores de placer, como una ciudad alegre y bulliciosa... sin tener idea de lo que era Cuba » (HAR, agosto de 1964, p. 576). La obra de casi 2.000 páginas del Grupo Cubano de Investigaciones Económicas de la Universidad de Miami, *Un Estudio sobre Cuba*, es catalogada como libro « partidista » y se dice que « los autores aparecen como sostenedores de Ramón Grau San Martín y Carlos Prío Socarrás (que) no son criticados por su corrupción, sino porque fallaron en suprimir a los grupos revolucionarios » (HAR, setiembre de 1964, p. 671). En realidad, la mayoría de los autores del Grupo de la Universidad de Miami son técnicos y profesores universitarios que trabajaron en la primera etapa del gobierno revolucionario cubano, y los titulados « grupos revolucionarios » eran gangsters al estilo de Chicago, que campearon durante los dos gobiernos democráticos auténticos. El escritor Theodore Draper « es menos que justo con Charles Wright Mills (autor del libro procastrista *Escucha, Yanki*), quien era un hombre de una comprensión extraordinaria... y es brutal en sus comentarios de un hombre como Sartre » ; además, « deja vislumbrar una aversión profunda » (HAR, abril de 1963, pp. 194-95). Por último, los autores Wyatt Mac Caffey y Clifford Barnett (*Cuba, its people, its society, its culture*) son criticados porque no mencionan a Herbert Matthews en la bibliografía.

Por lo contrario, para el HAR, todos los libros procastristas eran excelentes. Así, la obra de Wil-

liam Appleman Williams, *The United States, Cuba and Castro* era considerada como « un trabajo de gran visión y valor, el cual deja atrás la montaña de basura que ha pasado por verdad de la Revolución Cubana ». Los críticos de la revista agregaban insólitamente que el libro de Williams prueba que « la revolución cubana no ha sido traicionada » (tesis de Draper y del Departamento de Estado americano), sino que « es la culminación de la Revolución democrática de 1933 y la plasmación de la elogiada Constitución de 1940 » (HAR, febrero de 1963, pág. 1180). El libro escrito por Dudley Seers y otros autores chilenos e ingleses, *Cuba: the Economic and Social Revolution*, era alabado como « uno de los libros más importantes jamás escritos sobre la Cuba de Castro ». Los autores eran considerados « entrenados científicos quienes deseaban simplemente obtener información exacta sobre el desarrollo socio-económico de Cuba ». La revista guardaba silencio sobre la confesión de los autores, que ante la pobreza y poca veracidad de los datos utilizados, manifestaron que escribían el libro por no desperdiciar una donación hecha al efecto por la Fundación Cabot. En fin, la crítica de la revista aseguraba que « este libro es una necesidad para todo estudio serio del caso de Cuba » (HAR, junio de 1964, p. 382).

\*

En uno de los últimos editoriales de Ronald Hilton éste criticaba a la Iglesia Católica situándola como aliada con las élites del poder, por lo que « el anticlericalismo florece » en la América Latina y añadía : « Las masas se están encaminando a algo como el justicialismo de Perón o el humanismo de Fidel... A pesar de su éxito la Democracia Cristiana parece que está fallando... se ha condenado a sí misma a ser otro papel tirado al cesto... ¿Qué es lo que queda? La mayoría de la juventud de Cuba ha hecho una religión de Fidel Castro, y no hay otro dirigente latinoamericano del que pueda decirse esto » (HAR, marzo de 1964, pp. 5-6).

Ya antes, el director de la revista había comparado al barbudo cubano con Pelayo, el legendario español héroe de la Reconquista : « El fenómeno de Fidel Castro descendiendo de la Sierra Maestra tiene raíces históricas que se remontan a Pelayo emergiendo de la Cueva de Covadonga para castigar a los moros que ocupaban su tierra » (HAR, febrero de 1963, pág. 1075).

Entre el 24 de octubre y el 3 de noviembre de 1963, el periodista Herbert Matthews visitó por cuarta vez a Cuba invitado por el gobierno. Sus reportajes no aparecieron en el *New York Times*, pero tuvieron cálida acogida por Ronald Hilton que ordenó imprimirlos a través del HAR, bajo el título « Regreso a Cuba ». El

folleto está plagado de errores y falsedades, persiguiendo la línea del autor es una apología al régimen de Castro. Quizás debido a su falta de objetividad no fue publicado por el *New York Times*, pero este defecto no fue obstáculo para su edición por el HAR.

La radio cubana comentó los hechos, criticando al periódico y elogiando la revista : « El periódico *The New York Times* se negó a publicar los artículos de Herbert Matthews sobre su última visita a Cuba... pero estos reportajes fueron publicados en el Boletín del Instituto Hispanoamericano de la Universidad de Stanford. En el mismo se afirma que a despecho de lo que piensen los dirigentes norteamericanos respecto a Fidel Castro, éste es uno de los hombres más extraordinarios de nuestra época » (Radio Progreso, La Habana, transmisión del 19 de febrero de 1964).

Esto fue el principio del fin. El *Hispanic American Report* había ido demasiado lejos. Sus parciales e injustos juicios sobre el Presidente Kennedy, la Iglesia Católica, la Democracia Cristiana triunfante en Chile, los departamentos del gobierno americano y algunas instituciones de los Estados Unidos, y su desafiante elogio de Fidel Castro presentándolo como un redentor latinoamericano y uno de los hombres preclaros de esta época, seguramente le valieron serias críticas al director Hilton por parte de las autoridades de la Universidad de Stanford. Las universidades norteamericanas se precian del criterio imparcial, objetivo, responsable y verídico de su personal docente, virtudes que no eran precisamente las del *Hispanic American Report*. Como dijo su director en la renuncia, « cambios infortunados fueron impuestos en la estructura del Instituto » y estos cambios lo hacían « inoperable ». Inoperable, claro está, bajo el modelo del partidarismo que había mantenido Hilton durante varios años y especialmente en los últimos meses. La revista y su director no quisieron —no podían— someterse a las normas objetivas de toda publicación universitaria seria, y ahí terminó la vida del HAR.

\*

A raíz de la desaparición del HAR fueron publicados varios escritos lamentando este hecho. Veamos como ejemplo típico de aquéllos el criterio de Gregory Rabassa, profesor asociado de la Universidad de Columbia : « Esta publicación es sin duda el más fino compendio de noticias sobre el mundo hispánico y yo seré uno de los que estará perdido sin ella. Yo no conozco otro sustituto. Ahora nosotros los estudiosos confrontaremos la pérdida de tiempo en buscar los datos que el Dr. Hilton y su equipo recolectaba para nosotros... Casi todo el mundo en el campo hispánico ha tenido motivos para dispu-

tar con el Dr. Ronald Hilton sobre tal o cual de sus ideas... Dos casos en que el Dr. Hilton se las arregló para mantenerse sobre la línea general y reportar los hechos tal y como él los veía fueron las situaciones de Guatemala (1954) y Cuba (desde 1959). Algunos dirán que su posición fue valerosa, pero en tal supuesto era simplemente el valor de la objetividad (*The New York Times*, 27 de noviembre 1964).

Este comentario del profesor Rabassa es una muestra del sentir de una importante masa de académicos americanos. Ellos consideraban que la revista y su director eran objetivos porque disientían del criterio general. Por otra parte, dicha publicación era en la mayoría de los casos la única fuente de información de dichos académicos y estudiosos, como reconoce con candidez el profesor Rabassa. Ante esto cabe hacer la siguiente pregunta: ¿Cómo los lectores podían evaluar las opiniones discordantes del HAR si la fuente exclusiva de información que utilizaban era la propia revista? Tal parece deducirse de todo lo dicho, que para los referidos lectores la disidencia de opinión constituye prueba de objetividad.

La desaparición del HAR plantea la necesidad urgente de que un grupo de universitarios americanos, especializados en asuntos de Iberoamérica, aborde la edición en lengua inglesa de una revista informativa dedicada a este importante aspecto. Esta publicación debe tener las virtudes de objetividad, imparcialidad y veracidad imprescindibles en toda publicación científica seria. Si este empeño se convirtiera en realidad se habría dado un paso firme hacia una mejor comprensión entre la América anglosajona y la América Latina.

CARMELO MESA-LAGO

## Temas y autores

JOAQUIN MAURIN, una de las más valerosas y valiosas figuras de la política española en los años que precedieron a la guerra civil, desapareció de la escena como por encanto. El encanto consistió en que le retuvieron en la cárcel trece años, algunos de los cuales pasó sin que las autoridades supieran que el hombre a quien guardaban encarcelado fuera él. Se le dio por muerto, y en Francia se publicó un libro en homenaje a su memoria. Cuando salió de esas bóvedas, ya la escena española era distinta: Franco se había consolidado en el poder y Maurín, el creador del POUM en Barcelona, se

hallaba distante de todos. Fiel a su fe de viejo luchador, ha madurado su personalidad sin gastarla en una lucha poco menos que inútil. De sus reflexiones va saliendo un libro —*Revolución y contrarrevolución en España*— que es posible se publique a fines de este año y del cual anticipa hoy desde *Cuadernos* un capítulo apasionante sobre « El liberalismo en la España del siglo XIX », donde hallará el lector esa historia singular de la España que a principios del siglo XIX era la primera nación feudal del globo, con una población como la que hoy tiene el Perú y donde la Iglesia —el 5,3 % de la población— era dueña del 68 % del patrimonio nacional. Cómo nació entonces el liberalismo y hasta dónde llegó, es lo que Maurín nos cuenta en su estudio... JOHN M. CATES JR., es uno de los escritores y estadistas de las nuevas generaciones de los Estados Unidos que con mayor atención vienen estudiando el problema de las relaciones entre su país y América Latina, con amplitud de miras y conocimiento de causa. Su « Dilema democrático », que ya apareció en *Foreign Service Journal* y que por cortesía del periódico y del autor publica hoy *Cuadernos*, es uno de los exámenes más abiertos y francos de la realidad que se vive en el hemisferio occidental... MARGUERITE YOURCENAR es una veterana de las letras francesas, cuyo libro más famoso es sin duda sus *Mémoires d'Hadrien*, reconstrucción extraordinaria de una de las figuras más singulares del mundo romano. Ha vivido muchos años en el Próximo Oriente, y ahora en los Estados Unidos, donde a lo largo de veinte años ha recogido « negro spirituals ». Traductora de un centenar de ellos, los recoge en un libro que acaba de publicarse en París, *Fleuve Profond, sombre rivière* (Gallimard) y los acompaña de un estudio apasionante sobre « La esclavitud de los negros en el Nuevo Mundo », que por cortesía de la editorial francesa ofrecemos a nuestros lectores... En 1865 nació en Bogotá José Asunción Silva. Estamos, pues, en el año centenario de una de las figuras más cautivantes de la poesía hispanoamericana. El chileno CARLOS D. HAMILTON, profesor de literatura en los Estados Unidos y profesor visitante, el año pasado, en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, prepara un libro sobre *El nuevo lenguaje poético*, al cual pertenece « Nota sobre el centenario de José Asunción Silva », que sirve muy bien para situar, de entrada, el valor de Silva en la historia literaria... En memoria de Jean Sarrailh escribió JEAN CASSOU la página que hoy publicamos, y que es el testimonio de quien fue su grande amigo, precisamente uno de los franceses más cercanos a España —nació en España— y que *Cuadernos* considera de la casa, como consideró al gran Sarrailh... El año último se celebró el tercer centenario del

famoso peruano Don Pedro de Peralta. Este año la UNESCO hará en su honor una recordación. Se trata de una de las figuras más extraordinarias del mundo colonial español en América —se le ha considerado el Pico de la Mirandola americano— y a quien LUIS ALBERTO SANCHEZ estudia en un aspecto poco explorado: « Pedro de Peralta, político ». Sánchez, a su autoridad como gran historiador de la literatura peruana, une en este caso su especial conocimiento de la época colonial en que sobresale la trisecular figura... Dentro del mismo ambiente colonial, el argentino FEDERICO PERGOLA nos presenta « Florián Pauker y los indios mocobíes », desentrañando una figura olvidada que debe ocupar un puesto singular entre los precursores de la medicina en América... La más esplendorosa exposición que en muchos años se haya celebrado en París es la de « Los tesoros de las iglesias de Francia », en donde se han recogido, después de más de diez años de laborioso trabajo de investigación, de restauraciones y de hallazgos, joyas que representan más de diez siglos de trabajo en oro, en plata, en pedrería, en bordados, dispersos en las antiguas iglesias del país. DAMIAN CARLOS BAYON hace, con su maestría de siempre, la crónica de este suceso... El español LUIS QUINTANILLA, que tan cerca alcanzó a vivir la aparición de las grandes escuelas, o su esplendor, desde los tiempos juveniles de Picasso, Juan Gris, Miró, etc., nos hace la historia tragicómica de la grandeza y decadencia de las diversas tendencias en « La pintura como escuela y como mercado »... Por cortesía de *La Revue de Paris*, podemos dar el texto en español del artículo de PASTEUR VALLERY-RADOT, familiar del gran Pasteur, en donde hace el recuento de la famosa lucha « Pasteur y los adversarios de la vacuna antirrábica », apasionante capítulo de la historia heroica de los grandes revolucionarios de la ciencia médica... De Quito, de Estocolmo y de Nebraska hemos recibido voces para estimular el diálogo entre los colaboradores de *Cuadernos*. Así GALO RENE PEREZ comenta nuestro debate sobre la novela, ERNESTO DETHOREY señala un gazapo que se escapó a Raúl Silva Castro en un artículo sobre las mujeres chilenas y ROBERTO ESQUENAZI-MAYO alterna con Mildred Adams en el debate sobre las letras hispanoamericanas en los Estados Unidos... La poesía corre en esta edición por cuenta de un colombiano que ya sólo rara vez sale a la escena, CIRO MENDIA, con un poema sacado de las islas San Andrés y Providencia: « Documental en verde único »... Y el cuento es colombiano, de JOSE PUBEN, que en el concurso de *Cuadernos* celebrado en Bogotá se hizo presente con « El hijo de Marcolfo » y que el jurado nos recomendó.

# Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA  
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

Director

GERMAN ARCINIEGAS

Consejo de Honor

Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos y Erico Veríssimo

Redacción en París

Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

Consejo de Redacción

Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, Jorge Carrera Andrade, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

Arte

Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

Ilustradores

Sergio Trujillo Magnenat  
y Adriana Figueredo

Corresponsales

Asunción : Josefina Plá  
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela  
Bonn : Rafael Gutiérrez Girardot  
Buenos Aires : H.A. Murena  
Caracas : Guillermo Morón  
La Paz : Fernando Díez de Medina  
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz  
Montevideo : Dora Isella Russell  
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo  
Nueva York : Joaquín Maurín  
San Juan de Puerto Rico : María Teresa Babín  
Quito : Alejandro Carrión  
Santiago : Raúl Silva Castro  
Tegucigalpa : Oscar Acosta

Redacción y Administración

23, rue de la Pépinière, Paris (8)  
Teléfono : EUR. 37-59

# Cuadernos



ENTREVISTA CON RAYMOND ARON

A. Badiou

POESIA Y REVOLUCION EN MOZAMBIQUE

Virgilio de Lemos

LA VIDA COTIDIANA EN CANTON Y PEKIN

Lorenz Stuecki

---

PRIMER PREMIO DEL CUENTO PERUANO

P. Meneses: «El hermano distante»

---

INTERPRETACION DEL PUERTORRIQUEÑO

Eugenio Fernández Méndez

CARAVAGGIO Y EL SIGLO XVII ITALIANO

Damián Carlos Bayón

EN ARGENTINA: ¿ADIÓS A LA POLITICA?

Carlos Alberto Floria

REORDENACION DE KAFKA

Luisa Sofovich

LA AMERICA NUEVA DE ALEJANDRO KORN

Lupe Rumazo

BATALLA DE LA EDUCACION EN MEXICO

POR MIGUEL ALBORNOZ

JUNIO DE 1965 — N° 97

**COMPAÑIA CENTRAL DE SEGUROS**



**BOGOTA, COLOMBIA**



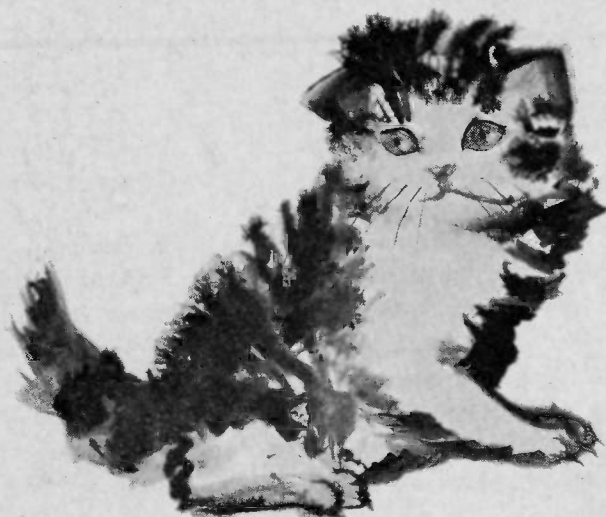
# CUADERNOS

JUNIO 1965

N° 97

ESCRITORES MEXICANOS LIBRAN LA BATALLA DE LA EDUCACION	3	<i>Miguel Albornoz</i>
¿ADIÓS A LA POLITICA?	8	<i>Carlos Alberto Floria</i>
FILOSOFIA Y SOCIOLOGIA. ENTREVISTA CON RAYMOND ARON	13	<i>A. Badiou</i>
INTERPRETACION DEL PUERTORRIQUEÑO	21	<i>Eugenio Fernández Méndez</i>
EL SECRETO DE PAGANINI	31	<i>Mario A. Lancelotti</i>
VIAJE A CHINA	37	<i>Lorenz Stuecki</i>
MOZAMBIQUE : POESIA Y REVOLUCION	59	<i>Virgilio de Lemos</i>
DIALOGO ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE	65	<i>Jaime Somarriba Salazar</i>
LA AMERICA NUEVA DE ALEJANDRO KORN	71	<i>Lupe Rumazo</i>
REORDENACION DE KAFKA	76	<i>Luisa Sofovich</i>
<b>RELATO</b>		
AQUEL HERMANO DISTANTE	49	<i>Porfirio Meneses</i>
<b>ARTE</b>		
CARAVAGGIO Y EL SIGLO XVII ITALIANO	55	<i>Damián Carlos Bayón</i>
<b>POESIA</b>		
POEMAS A LOS HOMBRES QUE OTROS HOMBRES ODIAN	20	<i>Carmen Conde</i>
A UNA MUCHACHA ALONDRA	53	<i>Enriquillo Rojas Abreu</i>
<b>CIENCIA</b>		
NECESIDADES DE MATERIA GRIS	45	<i>Arturo Aldunate Phillips</i>
<b>LIBROS</b>		
LA POESIA DE LUIS PALES MATOS	81	<i>Dora Isella Russell</i>
« LA GUERRA INTERIOR », DE EDUARDO MALLEA	84	<i>Jorge Cruz</i>
« SENTIDO Y FIN DE LA HISTORIA », DE VICTOR MASSUH	86	<i>Ezequiel de Olaso</i>
¿EXISTE UNA NUEVA LINEA EN LA NARRATIVA URUGUAYA?	87	<i>Luis Justo</i>
<b>NOTAS</b>		
	89	<i>Gilberto Freire, Ernesto Dethorey, Luis Guillermo Piazza, Sonia de Guinetti, etc.</i>
TEMAS Y AUTORES	95	





**E**UROPA se mueve hoy en dos direcciones. De un lado, quiere hacer lo que ya hicieron los saxoamericanos en el Nuevo Mundo y los rusos en su tierra, es decir: unos Estados Unidos de Europa. De otra parte sueña en mantener, por encantamientos, un aprovechamiento del Africa que llene el vacío que dejaron las colonias perdidas. Hacer los Estados Unidos de Europa es nada menos que hacer el no-satélite. Hacer satélites se ha convertido en un ejercicio de rutina de los grandes. Hacer un no-satélite es la operación más audaz de nuestro tiempo. Europa ha visto que sólo puede sobrevivir si hace de los Estados sueltos que la forman, un continente. Frente al poder gigantesco, o al gigantismo, de los Estados Unidos de América y de los Estados Unidos de Rusia cada cual con su mercado común, los Estados Desunidos de Europa, sin mercado común, no eran sino un problema, un interrogante, el riesgo mayor de una civilización. Un profesor de la Sorbona, eminentísimo, con quien conversaba ayer, me decía: «Nosotros estamos luchando por la independencia de Europa.» Una frase tan natural, dicha para explicar algo que te-

nemos todos a la vista, establece de repente el hecho más sorprendente de la historia moderna: que todos estamos luchando por lo mismo. Que lo que hicimos en América hace ciento cincuenta y tantos años, es lo mismo que ha venido haciendo el Africa desde hace veinte años, y lo que ahora pasa a ser el ideal de Europa. Aunque parezca extraño, nos podemos sentar ahora a una mesa redonda, casi como tres hermanos, en un plan de no discriminación, blancos de Europa, negros del Africa y cobrizos de América, para tratar de un problema común, en que cada cual tiene la misma vehemente ambición de lograr una solución radical.

Nosotros, los latinoamericanos, somos los más viejos de los tres personajes que irían a esta mesa redonda, y nuestro caso no es el de hacer ahora, por primera vez, el planteamiento de la independencia sino el de insistir sobre nuestro tema secular. Pero, desde nosotros que somos los más viejos, hasta los europeos que son los más nuevos, en cada caso se trata de lo mismo: de hacer continentes y acabar con los archipiélagos. Racionalmente, no hay otra solución.

A.

# Escritores mexicanos libran la batalla de la educación

POR MIGUEL ALBORNOZ

**L**A VERDAD HISTÓRICA más impresionante de México es la paradoja de un país floreciente con una revolución en marcha. Pero no se trata ya de las bayonetas de las trincheras de los murales de Orozco o de las multitudinarias perspectivas históricas de los de Rivera o los rudos obreros armados de Siqueiros. La revolución en marcha es la que incita a la admiración con logros radicales, como el de un extraordinario crecimiento económico acompañado de estabilidad monetaria y política, o como el caso ejemplar de la superación conquistada ante el déficit de escuelas, de maestros, de textos escolares y de alfabetización, en la triunfante batalla mexicana por la educación.

Si en el mapa de América Latina se pusiera en cada país el porcentaje que del presupuesto nacional se destina a enseñanza, se destacaría en primer término México que, en 1964, dedicó el 27 % para educación, lo cual era más de tres veces lo asignado a defensa. En el presupuesto de 1965 se ha aprobado para educación la astronómica suma de 4.563 millones de pesos, unos 365 millones de dólares. Resulta espectacular este proceso que muestra aspectos dramáticos de acción lograda en construcciones escolares, en la distribución de textos gratuitos y de alfabetización en todo el país. La verdad es que en el último año se ha avanzado a un ritmo de construcción de un aula cada dos horas en toda la geografía de México y se han distribuido más de 32 millones de libros de texto y de

trabajo escolar, con lo cual el país, de 40 millones de habitantes, tiene material didáctico para que lean los niños y, naturalmente, sus padres, en los más apartados rincones de la República.

Si bien la acción de construcción de escuelas ha venido desarrollándose con gran dinamismo desde los primeros gobiernos de la Revolución, sobre todo a partir de 1925, tomó un empuje más sistemático desde 1944, cuando se fundó el Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas, un organismo descentralizado con subsidios otorgados por la Presidencia de la República. El gran educador mexicano, Jaime Torres Bodet, Secretario de Educación Pública en esa época, inició dicho programa. Más tarde, en 1959, cobró un ímpetu mayor todavía y anualmente creciente con la elaboración de un plan de trabajo aprobado en 1959 para la solución del problema total en un lapso de once años, o sea, hasta 1970. El plan ha venido superando las metas previstas, con admirables resultados de la acción coordinada del gobierno federal, los gobiernos estatales y municipales y, sobre todo, con el esfuerzo entusiasta de la población campesina que ha aportado terrenos y mano de obra en esta gran batalla de robustecimiento del capital humano de México.

## La escuela prefabricada

Es tan interesante como alentador ver salir en interminable caravana de los de-

pósitos del Comité del Programa Federal de Construcción de Escuelas, en la capital de México, los camiones cargados de todos los elementos necesarios para la escuela rural. Allí van desde las vigas metálicas prefabricadas de la armazón del edificio hasta el sistema completo de electricidad con lámparas, alambres, interruptores e inclusive una pequeña planta generadora para las zonas que carecen de energía eléctrica; todo ello además de las hojas de techo acanalado de plástico, los pizarrones flamantes, la campanita de bronce, los muebles para la moderna y decente habitación del maestro con su biblioteca de 50 volúmenes, la unidad sanitaria, el botiquín de primeros auxilios, el proyector de vistas fijas con el paquete de 50 películas didácticas hechas con la cooperación de la UNESCO en el programa del Instituto Latinoamericano de Cinematografía Educativa (ILCE), que también funciona en México. Desde la bandera de México hasta los bancos escolares y las láminas de plástico translúcido para los ventanales, que traen ya incluidas las efigies de historia nacional o las figuras de ciencias naturales, todo va descrito en un folleto, con su número y lugar. Para armar y ubicar las piezas basta seguir instrucciones similares a las de los juegos mecánicos de los niños y no se requieren conocimientos técnicos especiales. Las instrucciones en general no están escritas, sino que constan de diagramas en colores.

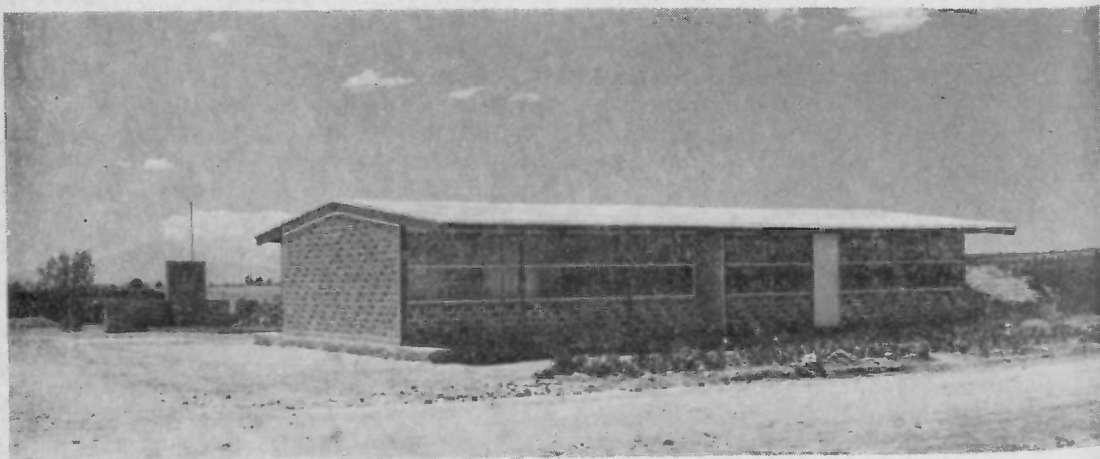
Es día de fiesta en la pequeña aldea cuan-

do el camión con los elementos de la escuela llega, previo el estudio que un arquitecto de la organización federal ha realizado. Los pobladores aportan decididos sus brazos para transportar los materiales sobre la plataforma que anteriormente han construido y, en pocas horas, se levanta la armazón metálica de acuerdo con lo previsto, se llenan las paredes con el material preparado por el pueblo según lo dicten las necesidades del clima y de la región, ya sea ladrillo, piedra, madera u otros elementos de relleno. Ninguna pieza pesa más de 50 kilos, para el caso de que todo tenga que transportarse a mano en lugares poco accesibles a los vehículos, en este ingenioso sistema usado por dos destacados arquitectos mexicanos, Pedro Ramírez Vázquez y Ramiro González Delsordo.

*El Aula-Casa Rural de Tipo Prefabricado* mereció el primer premio en la exposición de la XII Trienal de Milán, por sus planos, el proceso de su fabricación industrial y la facilidad de su construcción. Al decir de Ramírez Vázquez, no solamente se trata de dar suficiente atención educativa a los niños sino de proporcionar al maestro todos aquellos elementos necesarios para una vida digna de ser vivida en una escuela que es parte integrante de su propio hogar ».

Es decir que con esta construcción, además de dar techo y abrigo a los niños para que reciban clases, se trata de que el Aula-Casa Rural, A.C.R., contribuya a ele-

LA ESCUELITA TERMINADA PONE UNA NOTA DE ALEGRIA EN EL PAISAJE Y DE FE EN EL FUTURO





MILLONES Y MILLONES DE LIBROS DE TEXTO SE DISTRIBUYEN ENTRE LOS ESCOLARES DE MEXICO.

var el nivel de vida de los habitantes de la comunidad y dignifique al magisterio campesino. Para eso, junto con el material didáctico, están el moderno escritorio del maestro en su residencia adyacente, la radio-tocadiscos con algunas grabaciones que incluyen el Himno Nacional, coros populares e infantiles y charlas sobre historia y geografía, elementos de labranza para los niños, unidades sanitarias y elementos para la fosa séptica y un tanque de plástico para 1.100 litros de agua con sus respectivas tuberías de alimentación.

### 30.200 aulas en seis años

Enorgullece no solamente a México, sino a toda América Latina, señalar que, desde diciembre de 1958 a setiembre de 1964, se construyeron 24.917 aulas y casas de maestros, 510 aulas para jardines infantiles, 181 aulas para internados y centros indigenistas o de enseñanza agrícola, 2.800 aulas, talleres y laboratorios para escuelas de enseñanza post-primaria y 1.770 aulas y laboratorios para enseñanza normal y normal superior. Un total de 30.200 aulas.

Con sobra de razón la UNESCO aprobó,

por iniciativa de varios países latinoamericanos, el establecimiento de un Centro Regional de Construcciones Escolares para América Latina en México, el país que está resolviendo airoosamente tan colosal problema, mientras en la región latinoamericana unos 11 millones de niños están privados de la posibilidad de asistir a la escuela por falta de locales y maestros, para lo que se requiere medio millón, por lo menos, de aulas de enseñanza primaria y muchos miles para la enseñanza media y superior, todo lo cual supondría una inversión de más de 4.000 millones de dólares en un período de diez años.

### Escritores en la barricada

En todo este proceso, México utiliza a sus más preclaros intelectuales, escritores de estatura continental, quienes tienen a su cargo la batalla por la educación y la cultura. Sin alteración y más bien con renovado vigor, la antorcha ha pasado en la Secretaría de Educación a fines de 1964 de manos del escritor Jaime Torres Bodet (*Tiempo de Arena, Nuevas Canciones, Frontera, Sin Tregua, Trébol de Cuatro Hojas,*

*Maestros Venecianos*) a las de otro escritor, Agustín Yáñez (*Flor de Juegos Antiguos, Pasión y Convalecencia, Al Filo del Agua, Archipiélago de Mujeres, Justo Sierra, La Creación, La Tierra Pródiga*) y, junto con ellos, han trabajado o trabajan personalidades como Rafael Solana, dramaturgo, Rafael Muñoz, el novelista de Pancho Villa, Mauricio Magdaleno, el poeta y actual subsecretario de Asuntos Culturales; en uno y otro gobiernos, tanto en la presidencia del Lic. Adolfo López Mateos como en la del Lic. Gustavo Díaz Ordaz, otra figura de las letras americanas, Martín Luis Guzmán (*El Aguila y la Serpiente, La Sombra del Caudillo, Muertes Paralelas, La Querebella de México, Memorias de Pancho Villa*), tiene a su cargo el enorme programa de la producción y distribución del libro de texto gratuito. El gran escritor ha dicho que hasta la fecha la Revolución mexicana ha producido y puesto en funciones una enorme biblioteca popular circulante, con más de 120 millones de libros de texto y cuadernos de trabajo gratuitos, hasta fines de 1964.

### 32 millones de libros gratis

El programa de designar los libros elementales de enseñanza y proporcionarlos gratuitamente a los alumnos mexicanos fue una antigua aspiración del vicepresidente liberal Valentín Gómez Farías, en 1833. La producción en masa la inició el gobierno del Lic. Adolfo López Mateos en febrero de 1959, considerando que la gratuidad de la enseñanza sólo será plena « cuando los educandos reciban sin costo alguno para ellos los libros que les sean indispensables en sus estudios y tareas ». Así comenzó la distribución en gran cantidad de dichos libros, con más de 15 millones de ejemplares en 1960, que ha seguido incrementándose hasta más de 32 millones en 1964 y que será de 44 millones en 1965.

Si los padres de familia hubieran tenido que comprar los libros de texto y cuadernos de trabajo ya distribuidos, ello les habría costado el equivalente de más de 50 millones de dólares.

Es interesante observar el proceso y el contenido de las publicaciones que se en-

vían. Se trata de los libros de educación primaria desde el 1° hasta el 6° grados, así como los cuadernos, impresos también y tan voluminosos como los libros, en que trabajan los estudiantes. Para el primer grado hay un solo libro para todas las asignaturas y un cuaderno. Para el segundo grado hay un libro y dos cuadernos; en el tercero hay cuatro libros y tres cuadernos; en el quinto hay cuatro libros sobre Lengua Nacional, Historia y Civismo, Aritmética, Geometría y Estudio de la Naturaleza y Geografía, y cuatro cuadernos, y en el sexto dos libros sobre Aritmética y Geometría y Estudio de la Naturaleza, y dos cuadernos. El programa incluye textos sobre Lengua Nacional, Historia y Civismo, Aritmética y Geometría para el quinto grado, y Lengua Nacional, Historia y Civismo, Estudio de la Naturaleza y Geografía para el sexto.

En lugar central de la capital mexicana están instalados los modernos talleres de la producción de este extraordinario acervo cultural. Hay una amplia biblioteca para los asesores pedagógicos que cooperan con Martín Luis Guzmán. Los sistemas de impresión y encuadernación, empaque y transporte, son los más modernos y completamente mecanizados, lo cual garantiza la continuación y permanencia de tan amplio programa. Cada una de las máquinas tiene posibilidad de producción hasta para 25 millones de libros, en cuatro colores unos y en negro otros, en un año.

Martín Luis Guzmán fue secretario de Pancho Villa y el biógrafo mayor y panegirista del « Centauro del Norte ». En su dedicación a esta extraordinaria labor es, como los otros grandes mexicanos, un exponente del sentido constructivo del ideario de la revolución. Durante su período vital ha continuado en la misma campaña; antes desde la silla del caballo, hoy al apretar los botones automáticos de las máquinas que distribuyen por millones los libros de texto entre la juventud de su patria.

### El ataque al analfabetismo

El otro aspecto de inmensa significación y de revolucionarios alcances en la acción cultural de México es el de la alfabetiza-

ción. Hace poco tiempo el secretario de Educación Pública, Agustín Yáñez, anunció que con nuevo vigor se reanudaría la campaña alfabetizadora en una acción que en los seis años del presente gobierno avanzará por el país dividido también en seis zonas geográficas. Dijo que, desde 1922, cuando las primeras campañas fueron iniciadas por Vasconcelos, ha disminuído en un 30 % el índice de analfabetismo en México y que espera liquidar este problema en los próximos seis años para que los nueve millones de analfabetos que existen, según el censo de 1960, dejen de ser iletrados. Para ello ha asegurado ya un presupuesto anual de 14 millones de pesos y ha coordinado la ayuda de diversas dependencias nacionales. Por ejemplo, la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos ha

reproducido ya un millón de ejemplares de la cartilla de alfabetización y 50.000 ejemplares de una cartilla mural.

Así México no pierde de vista su responsabilidad dentro del Programa Mundial de Alfabetización emprendido por la UNESCO. Su antiguo director general, Torres Bodet, ha señalado el drama del analfabetismo en las taras de los países subdesarrollados, aquellos que « tuvieron que resignarse a vivir de vender, con menguadas utilidades, las materias que extraían de su terruño millones de analfabetos : ellos mismos materia prima, dolorosa y augusta materia prima de humanidad ».

De esta manera los escritores, herederos de la Revolución mexicana, siguen logrando nuevas conquistas en la batalla para la superación educativa de su dinámico país.

DE LA CAPITAL DE MEXICO SALEN CAMIONES CARGADOS CON MATERIALES PARA LEVANTAR ESCUELAS RURALES



# ¿Adiós a la política?

POR CARLOS ALBERTO FLORIA

## *El escamoteo de la realidad*

LA POLITICA COMIENZA cuando se consiente el trato directo con la realidad. Se hace desde la realidad. Cuando por temor o por soberbia se maltrata la realidad, se renuncia a la política como que-hacer humano fundamental. No es diferente de lo que acontece en la estructura esencial de todo pensamiento, máxime cuando se trata de proyectar el pensamiento en la acción. Díez del Corral señalaba en una conferencia sobre Lorenz von Stein y la monarquía social, años atrás, lo que sucede a aquellos que se sienten exonerados de auténtica responsabilidad en el orden de los hechos. En política, desde el momento que se sustrae al pensamiento el contraste de su comprobación práctica más o menos inmediata, la producción de ideas se convierte en una función gratuita y arbitraria, tanto en su dimensión proyectiva como en la meramente analítica e interpretativa.

Se renuncia a « hacer » política —aunque se « hable », y mucho, de política— cuando en lugar de tratar *con* las cosas se actúa *contra* las cosas. El reaccionario es el que actúa contra las cosas, contra la realidad. La ignora, la hostiliza o la maltrata. Lo que Díez del Corral nos vino a decir es que la restauración de lo irrestaurable no es menos peligrosa, ni más tradicional, que la instauración de lo imposible.

La Argentina política vive, desde hace diez años por lo menos, escamoteando la

realidad. Es decir, en la frustración política. Por eso en cada oportunidad en que la realidad política se revela tal cual es, no hay serenidad. Más bien hay angustia, rebeldía, soberbia o resignación. Y una tentación repetida de decir adiós a la política. De « re-accionar ». Y de buscar un atajo más o menos simple para escamotear, otra vez, la realidad.

## *Las elecciones*

Las elecciones argentinas del 14 de marzo dieron resultados más o menos previsibles. Las fuerzas peronistas, distribuidas en varios partidos de distinta importancia, reunieron el 37,4 % de los votos. El 31,1 % fueron al peronismo « ortodoxo », que reconoce obediencia a Juan Domingo Perón y a los dirigentes que adhieren a su liderazgo. El 6,3 % al neoperonismo, fuerte en algunas situaciones locales o regionales, en general distantes de Buenos Aires y de los centros industriales donde el peronismo ortodoxo recluta el mayor número de fieles.

La segunda fuerza política nacional es el radicalismo del Pueblo. El 29,8 % del total.

Y luego el resto del electorado concurrente. Un 32,8 % de votantes dispersos en numerosos partidos menores o que votaron en blanco.

Esa es la fisonomía política de la Argentina luego de comicios libres en los que gravitaron, sin embargo, condicionamientos

y motivaciones cuyo análisis es preciso intentar.

En primer lugar, el hecho de la *opción*. Las elecciones del 14 de marzo fueron parlamentarias y municipales. Los votantes no concurrieron para elegir candidatos para funciones ejecutivas (presidente de la República, gobernadores), y sin embargo se produjo el fenómeno —previsto— de la *polarización* de los votos en torno de dos fuerzas principales: radicales y peronistas. La distribución de los votos en dos polos predominantes fue mucho más intensa de lo que los observadores esperaban. Máxime hallándose vigente el sistema de representación proporcional que en principio estimula una distribución más equilibrada entre más de dos partidos. No aconteció así. Y el dato es importante para estimar los hechos. Un sistema electoral puede ser considerado como una forma de « reflejar » las corrientes de opinión política dominantes en un país, o de respetar la « voluntad popular ». Pero también es una técnica disponible en el ejercicio del poder. Y rara vez el Poder se desentendió de esta última perspectiva. El sistema electoral no es solamente un medio para la mejor expresión de la opinión política, sino un instrumento para consolidar, modificar o trastocar un régimen político. La representación proporcional apareció como un sistema adecuado a una situación política en la que las fuerzas buscaban nuevas ubicaciones luego de la profunda crisis padecida entre los años 1962 y 1963. Pero también —quizás especialmente— como un medio de neutralización paulatina del peronismo.

Las elecciones del 14 de marzo demostraron que el peronismo no es simplemente un « peligro » —argumento subyacente en la perspectiva de la neutralización—, sino por lo pronto un *problema*, y en todo caso una expresión política nacional, populista, llamada a permanecer cualquiera sea el tipo de medidas ortopédicas que se adopten.

Esta es, quizás, la única lección inmediatamente trascendente de las elecciones de marzo. La necesidad de encontrarse con la realidad, de asumirla, y de reconciliarse con la política, que significa en su mejor sentido *conducir* la realidad.

## Las motivaciones

La estrategia electoral de las dos fuerzas principales desplegó sobre motivaciones políticas más o menos claras. La Argentina tuvo, durante muchos años, dos electorados nacionales *constant*es: conservadores y radicales. Después de la revolución de 1943 y del advenimiento del régimen peronista, la división predominante ha sido radicales y peronistas. Ambos tienen seguidores regulares, capaces de proporcionar en cualquier emergencia electoral una base importante a partir de la cual opera el proselitismo. Ninguno puede hacer, por ahora, una « mala » elección, porque en la medida que tienen constancia electoral se convierten en polos de atracción del electorado independiente.

El radicalismo del Pueblo dispuso su propaganda poniendo el acento sobre las motivaciones tradicionales del electorado argentino: deseo de orden, de seguridad, de tranquilidad. La *imagen* política del radicalismo del Pueblo se fue perfilando en torno de la « conducta radical », de la confianza en la figura paternal del presidente Illia, de la estabilidad luego de muchas crisis militares y políticas. Esa imagen fue paulatinamente deteriorada por los problemas económicos y sociales, y el interrogante previo a las elecciones residía en saber si en la carrera de las imágenes vencería al fin la política o lo económico-social.

El peronismo ortodoxo no tuvo, esta vez, otra preocupación que la de afirmar su ortodoxia. Sus medios operativos coinciden en muchos centros con los de la C.G.T. Las organizaciones gremiales y sus militantes constituyen una estructura disciplinada. Tal vez la única estructura disciplinada con dimensión nacional que pueda equipararse o superar en eficacia a la « máquina » del partido Radical.

Afirmando su ortodoxia, el proselitismo peronista retuvo a los « fieles ». Porque en el corazón del movimiento peronista sigue vigente la simbología y el estilo del régimen. No sólo, y no tanto, la influencia de líder errante, sino el significado y las *sensaciones* asociadas a ese liderazgo. El peronista medio desea el « retorno », pero cuando dice retorno quiere significar la vuelta



a una época que él asocia con la seguridad, la participación política y el bienestar. El dato no es desdeñable y sirve para explicar la constancia electoral y masiva del movimiento peronista. Capaz, por supuesto, de soportar muchos condicionamientos y limitaciones operativas.

Investigaciones sociológicas han demostrado, además, que el nivel de información política del elector argentino es muy bajo. Coincide ese bajo nivel con instrucción no superior al sexto grado de la escuela primaria. Precariamente informado —a menudo no sabe por qué se elige— es también un desinteresado. El desinterés por las lides políticas coincide con la proporción de los semialfabetos. Las motivaciones electorales son, pues, limitadas y relativamente simples.

Ese inventario de motivaciones debe ser ubicado en el contexto actual. El elector concurrió a los comicios del 14 de marzo situado en alguna de las siguientes actitudes: fidelidad, indiferencia, resignación o desconcierto. En el momento de votar, sólo los fieles o los adherentes incondicionales a alguno de los partidos en pugna pudieron sentirse libres de desconcierto. Y aun podría añadirse que la mayoría del electorado independiente concurrió, también, resignado frente a una rendición incondicional: la opción.

Pero un motivo predominó sobre los demás. Un motivo *político* que dominó los agravios económicos que muchos sectores expusieron antes de la elección: la vigencia del peronismo, notable ya en comicios realizados semanas antes en tres provincias argentinas.

La opción fue buscada, deliberada, pero directamente, por el radicalismo del Pueblo. Pero fue intensa, porque existe como actitud política básica de los argentinos en la medida que subsiste el gran problema nacional: la incorporación del peronismo a las reglas del juego democrático.

### *La realidad*

La fisonomía política real del país tiene el perfil de una Argentina bipolar, con tendencia al bipartismo, aunque sociológica-

mente deje sitio a una tercera fuerza cuya mística y contenido apenas se avizora.

Los polos, sin embargo, no son simétricos. Tampoco tienen la misma fuerza de atracción. Y en esto reside buena parte del problema político del partido oficial. El radicalismo del Pueblo tiene una estructura nacional, un largo pasado y un electorado regular. Pero es, también, una fuerza tradicional con marcos institucionales muy rígidos. Partido « conventual », cerrado en sí mismo, padece la tentación de « bastarse solo », como proclamó uno de sus jefes antes del comicio. Por lo tanto ha actuado hasta ahora mediante alianzas tácticas con algunas fuerzas leales al sistema y tributarias de su permanencia, pero no ha operado la incorporación de hombres de alguna manera ajenos a la carrera del comité. Alejado del poder durante muchos años —formalmente desde la crisis de 1930 en la que fue derrocado Hipólito Irigoyen—, llegó con su tradicional mística de reparación, ciertamente difícil de soslayar habida cuenta de lo que el partido significa como estilo, temperamento y forma de selección de los equipos dirigentes.

El radicalismo del Pueblo es, por lo tanto, un « partido » y el gobierno que realiza es, hasta ahora, de partido.

El peronismo ortodoxo mantiene todavía la dinámica propia de los *movimientos* políticos. La conducción es vertical y también su estructura. Simple en sus formulaciones, es asimismo difícil de « embridar » en el cuadro institucional de un partido. Soberbio en sus apreciaciones, identifica al « pueblo » con el movimiento y al movimiento con el país. Pero su capacidad de expansión es mucho más grande y constante que la del radicalismo. Porque es movimiento y porque ahora es, también, « la » oposición. Una sencilla ecuación demuestra gráficamente la diferencia esencial entre ambas fuerzas. El radicalismo del Pueblo más el hecho de ser gobierno significa apenas una posibilidad de vencer en las urnas al movimiento peronista. El peronismo más el sufragio universal, implica una fuerza con capacidad de multiplicación en cada comicio. Pero el peronismo más el hecho de ser gobierno significaría, en una situación normal, poco menos que invulnerabilidad electoral.

No es exagerado decir que el peronismo tiene las mejores perspectivas de conquistar paulatinamente las posiciones de poder en comicios sucesivos, pues representa el *movimiento popular* de este tiempo en la Argentina. Lo que representó el radicalismo en los años 20, cuando arrolló a sus adversarios a pesar de la senilidad reconocida de su líder.

### El futuro

Es preciso, pues, ir hacia la realidad y tratarla tal cual es, para transformarla. La opinión política argentina se ha desplazado hacia la izquierda. Salvo que es muy equívoco y difícil explicar el sentido profundo del desplazamiento. El ejemplo más inmediato es el hecho de que las alternativas no son ya conservadurismo y radicalismo, sino radicalismo y peronismo. La *derecha* no tiene vigencia, por lo menos en sus formulaciones y sobre todo en sus imágenes actuales. El comportamiento de la derecha es ciertamente racional, pero *exclusivamente* racional. En términos generales responde a fórmulas neoliberales, por lo tanto detenidas, casi, en los temas económicos y financieros. Bastaría señalar que los factores que prevalecen en la situación argentina son predominantemente políticos, para localizar un primer dato explicativo de la carencia de dinamismo de la derecha. Por otra parte, la derecha carece hoy de mística, e incluso de mitología. (Tal vez esa carencia exista desde Maurras). Y parece impensable obtener vías políticas para los esquemas económicos mientras el arsenal de una tendencia esté vacío de proyectiles míticos. Por lo menos eso es claro en América Latina. El polémico tema del « fin de las ideologías » —polémico incluso en Europa a pesar de las apariencias, según demostraba recientemente Jean Meynaud— requiere otras perspectivas en nuestro continente.

En rigor, el problema se plantea de la siguiente manera: el mejor de los esquemas económicos necesita *viabilidad política*.

La derecha entra, pues, con la sien herida en las batallas electorales y sólo acontecimientos difíciles de pronosticar le reser-

varían un lugar como « tercera fuerza ». Por lo pronto, este lugar está vacante en la Argentina. Una *nueva* derecha, capaz de superar el mero juego literario y social, y el excesivo pragmatismo ignorante de lo irracional, podría aspirar a llenar esa vacante.

La derecha organiza, por ahora, grandes exequias del presente, sólo que confunde el cadáver con un pasado inevitablemente desaparecido.

La izquierda se presenta, sencillamente, como « lo popular ». Pero lo popular no significa en todos los casos adecuación al nivel del tiempo, ni tiene siempre un olor a cosa viva que cala a través de un populismo simplificador. Radicalismo y peronismo trabajan con lo que se ha dado en llamar el sentido de lo popular. Pero el radicalismo va siendo la sede de una alternativa y el peronismo el depositario de la fuerza populista. En otras palabras, el peronismo tiene a su favor la sensación de que camina « en el sentido de la historia » y el radicalismo, gobierno, el poder de hecho de la alternativa. Es... el otro. Por lo tanto el destinatario del no-peronismo, ciertamente vigente. Pero su agonía (agonía unamuniana, y por ende larga y con fuertes defensas), denuncia la necesidad de una *nueva política* que por sí mismo el partido Radical no es capaz de proponer.

El tema divisorio, la línea vertebral que hace inteligible el proceso de acomodamiento a la nueva realidad que van haciendo las fuerzas políticas, es el *cambio*. Y necesariamente, la capacidad de esas fuerzas para una política *prospectiva*. Por ahora, incluso el peronismo está caído sobre su rostro. Poseedor de una dinámica política propia, se ha proclamado líder del cambio de estructuras, pero el más objetivo de sus seguidores reconocería que tiene que demostrar no sólo adhesión a una mentalidad de cambio, sino capacidad potencial para ordenar el cambio, y reservar en el proceso los valores y el sentido que lo presidirá.

El futuro inmediato indicará si los argentinos eligen el diálogo o el conflicto.

Relativamente triunfador, el peronismo no ha logrado el caudal de la época prerrevolucionaria.

Y en estos diez años el país ha cambia-

do. No es la Argentina del régimen peronista, ni la Argentina de la revolución de 1955. Cada parte tiene la posibilidad de reconocer su propia indignancia. Y el diálogo comienza cuando uno sabe que debe contar con el otro, incluso para salvar la indignancia propia. El hombre es diálogo y palabra, pues, como nos decía hace poco Jean Lacroix, es visceralmente indigente.

Hoy, sin embargo, sería ingenuo suponer que cada parte tiene plena disposición para el diálogo. Pero, ciertamente, cada parte sabe que, a cada paso, debe tener presente la realidad. Muy pronto, quizás, los argentinos sabremos si estamos condenados al diálogo o condenados al conflicto. En este punto de la reflexión tiene su lugar la *fuerza armada*. Un análisis objetivo de la realidad argentina no puede prescindir de un factor que constituye el « background » de la política nacional. Las fuerzas armadas han adoptado un papel vigilante de una precaria legalidad que sucedió a crisis profundas. Pero no son indiferentes, porque en 1955 se produjo un hecho revolucionario que constituye un dato insoslayable de la nueva realidad. El problema de las fuerzas armadas residirá, quizás, en canalizar, vigilantes, la *nueva legitimidad* del poder que busca una formulación adecuada en nuestra situación y que explica las tensiones actuales. No debe pensarse, simplemente, que la irritación argentina se debe a meros conflictos por el poder. Tiene cau-

sas mucho más profundas y móviles más complejos todavía. El poder no « reposa », porque el reposo supone la vigencia de creencias políticas sólidas y la cohesión política consiguiente. Y hoy se padece la puesta en cuestión de muchas de esas creencias, de la idea misma de representación política y por lo tanto de las características fundamentales del sistema. Muchos pensamos que la democracia es... una idea nueva, que necesita de imaginación y de fuerza creadora. Pero hasta tanto no se conozcan y reconozcan los contenidos de esa nueva legitimidad, es probable que los argentinos sigamos tensos.

La Argentina bipolar tiene en su seno dos tipos de « reaccionarios », es decir, de mentalidades que se resisten a tratar con las cosas : el puro antiperonismo, instalado en el rechazo de la realidad total, detenido en el « anti » y por lo tanto capaz de reiterarse en la frustración, y el peronista puro, que pretende la restauración de una realidad pasada, como si pudiera repetirse, intacta, hoy. Ambos representan el conflicto, y cada paso que dan para afirmarse en su tipología sin matices, induce al enemigo simétrico a alejarse más y disponerse a combatir.

Saltando de encrucijada en encrucijada las generaciones del « relevo », comunicadas como no lo han estado las generaciones anteriores, esperan por lo menos, que éstas no hagan más escatología.

# Filosofía y sociología:

## Entrevista con Raymond Aron

POR A. BADIOU

« ¿Hay para usted una diferencia entre « sociología » y « ciencias sociales »? »

— En mi opinión, hay en este punto dos o tres ideas esenciales. La sociología es una ciencia relativamente tardía. Ello se debe a que sólo a finales del siglo XVIII y sobre todo a partir de principios del XIX se tuvo conciencia de la especificidad de lo social frente a lo político. La política de Aristóteles es a la vez una economía política y una sociología. En cambio, la conciencia de lo social, en cuanto tal, implica en el lenguaje hegeliano-marxista la distinción entre sociedad y Estado, y a finales del siglo XIX supone, o bien que se busca la especificidad de la relación social, hecha abstracción de las diferentes actividades humanas, o bien que se aprehende lo social globalmente.

De lo cual se desprende que la sociología sólo podía tener conciencia de sí misma a partir del momento en que existía : 1) una distinción entre sociedad y Estado ; 2) una distinción entre las diferentes actividades humanas —ciencia, política, arte, etc.—, por una parte, y, por la otra, la relación social en cuanto tal.

— Su respuesta define, al mismo tiempo, el objeto de la sociología. ¿Podría decir unas palabras sobre sus métodos? Por ejemplo, ¿qué puede conservarse de la obra de Durkheim *Las reglas del método sociológico*?

— A mi juicio, de todos los libros de Durkheim, quizá el menos científico en el sentido moderno del término sea *Las re-*

*glas del método sociológico*. Como verificación del análisis estadístico, de la determinación de los tipos sociales a partir de las estadísticas, *El suicidio* es mucho más contemporáneo de la sociología actual que *Las reglas del método sociológico*, donde encontramos toda una serie de nociones estrictamente filosóficas como lo normal y lo patológico, como la definición de los hechos sociales, como la negativa a hacer intervenir la interpretación psicológica para comprender los fenómenos sociales, nociones que son, digamos, « durkheimistas » en cuanto que tienen mucho más que ver con el durkheimismo como sociologismo o sociología filosófica que con Durkheim como practicante efectivo de una disciplina objetivamente de la realidad social.

De todos modos, en *Las reglas del método sociológico* hay una norma que es a la vez verdadera y falsa y que conviene comentar : la norma consistente en tratar los hechos sociales como cosas. Según una interpretación, la fórmula es absolutamente verdadera, es decir, que la sociología comienza a partir del momento en que el sociólogo considera que no puede comprender espontáneamente, subjetivamente las realidades sociales, sino que debe tratarlas como fenómenos exteriores. Según otra interpretación, tratar los hechos sociales como cosas equivaldría a olvidar la dimensión de subjetividad o de proyecto, hablando en lenguaje sartriano, que es esencial a los fenómenos sociales.

En el primer sentido, Durkheim tiene to-

da la razón. En cambio, si se interpretara la fórmula en el segundo sentido, estaría radicalmente equivocado, ya que la sociología pasa por la fase de la objetivación para tratar de descubrir, de comprender el sentido que los hombres que nos rodean, o que vivieron en las sociedades del pasado, han dado a su existencia. Así, pues, la regla de tratar los hechos sociales como cosas se aplica mucho más a una de las actitudes de la sociología que a la intención última de la sociología misma.

— *Decía usted hace un momento que la sociología había surgido progresivamente gracias a una convicción de la especificidad de lo social frente a lo político. ¿Cree usted que pueda existir una ciencia política que lo sea frente a la sociología?*

— Sin la menor duda. A menudo, lo que hoy llamamos « ciencia política » se considera también como sociología política, es decir, que es un esfuerzo por comprender a la vez desde el exterior y desde el interior la actividad de los hombres en una dimensión particular que llamo o bien la dimensión mando-obediencia, recordando a Aristóteles, o bien, de manera quizá más exacta, el fenómeno esencial de todas las sociedades complejas en que unos cuantos hombres mandan a todos en nombre de todos, pero mandan personalmente.

Tenemos, pues, ora la relación mando-obediencia, ora el mando de unos cuantos sobre todos en nombre de todos, que es una de las actividades específicas del hombre en sociedad, o uno de los sectores característicos del conjunto social.

Hay sociólogos que piensan que la sociología política es distinta de la ciencia política. Otros, entre los que me cuento, no ven diferencia alguna entre sociología política y ciencia política. Salvo que quizá los especialistas en ciencias políticas se interesen más por los fenómenos digamos estrictamente jurídicos o formales, mientras que el sociólogo se inclina siempre a insertar ese sector de la realidad social en el todo social.

Pero, a mi juicio, sin suprimir lo que para mí es condición de la comprensión propia de lo político —de la misma manera que el sociólogo de la economía no suprime la dimensión propia de la economía—, todas las sociedades tienen cierto

número de problemas fundamentales que resolver. Uno de esos problemas es el problema económico : ¿cuál es la mejor manera de repartir unos bienes que son necesariamente escasos en comparación con los deseos de la colectividad en su conjunto? Este problema económico existe en todas las sociedades. De la misma manera, en todas las sociedades existe un problema político : ¿cómo garantizar la existencia de los individuos?, o bien ¿cómo conseguir una organización colectiva de las múltiples actividades humanas?

Este problema específico de la política puede ser objeto de una disciplina particular. Puede asimismo considerarse que esa disciplina particular constituye un sector de una sociología entendida en su sentido amplio. Pero, en resumidas cuentas, se trata de cuestiones de vocabulario o de relación entre disciplinas. Nada importante.

— *Dado que usted considera la ciencia política como un momento, o como un estado, o como una parte —poco importa el término que se utilice— de una sociología en sentido amplio, se plantea evidentemente el problema de las relaciones entre la teoría y la práctica en lo que respecta a esa misma ciencia. ¿Cómo concibe usted tales relaciones?*

— Se trata de un problema muy difícil, ya que pone sobre el tapete la cuestión de la objetividad de la comprensión política y de hasta dónde puede comprenderse objetivamente un sistema político o una realidad política, sin hacer intervenir la propia opción.

Con carácter personal, le diré que me siento bastante discípulo de Montesquieu. En primer lugar, creo que no es improcedente tratar de determinar las funciones esenciales de todo orden político o los problemas que todo orden político debe resolver. En segundo lugar, no me parece imposible definir cuáles son las soluciones que un determinado régimen político da a esos problemas constantes.

Si nos colocamos en el interior de un régimen, podemos decir, a la manera de Montesquieu : esto es bueno para este régimen, o esto es malo para él. Lo cual no permite aún decidir entre regímenes profundamente diferentes, pero sí evaluar la mayor o menor adaptación de determina-

da institución a la finalidad implícitamente admitida por el régimen considerado.

Pero cuando, aquí y ahora, se nos dice: ¿Está usted por este o por aquel régimen?, se trata de una decisión personal y el sociólogo puede como máximo dar sus razones de por qué es más partidario de esto o de aquello. Pero la sociología no dice si uno debe votar por el Sr. X o por el Sr. Y.

Después, si hemos de elegir entre regímenes de esencia diferente, el problema planteado es este: ¿puede la ciencia decirnos por cuál de esos regímenes radicalmente diferentes debemos optar? Personalmente, yo no admitiría ni que exista una solución científica del problema ni que la ciencia no pueda decir nada. Pero esto depende de mi filosofía personal según la cual pueden enumerarse los tres o cuatro fines específicos del orden político: primero, que haya un Estado, ya que sin Estado no hay sociedad política; segundo, que ese Estado permita, al menos en nuestra época, una participación de los ciudadanos en las decisiones que se tomen; y, tercero, que ese Estado no sea total, es decir, que deje a los ciudadanos una esfera de autonomía. Naturalmente, se necesitaría toda una filosofía para mostrar que estos son fines immanentes del orden político, pero no creo que sea imposible determinar unos fines que la mayoría de los filósofos, al reflexionar sobre el orden político, reconocerían como los fines de ese orden político.

Dicho esto, ninguno de los regímenes conocidos responde plenamente a todas las finalidades que podemos atribuir a un régimen político. En consecuencia, creo —y en esto radica mi pesimismo— que elegimos siempre entre regímenes imperfectos y que la elección entre regímenes imperfectos exige, a menudo, sentido común y, siempre, cierto factor de decisión, no demostrable científicamente.

— *¿Existen, en su opinión, conceptos fundamentales de la sociología?*

— Sí, con reservas. La sociología norteamericana ha vulgarizado los conceptos de estatuto, de función, de participación, etc., así como los de particular, universal, neutro, emocional, etc. Hoy, la mayoría de los sociólogos se sirven de esos conceptos: son útiles y poseen sin lugar a dudas una significación histórica, aplicándose bastante

bien a nuestras sociedades modernas. Diré que son a la sociedad del siglo XX lo que el concepto de « homo economicus » era a la sociedad del siglo XIX. El « homo sociologicus » de hoy es un hombre que tiene un cierto estatuto social, que desempeña una serie de papeles diferentes, que por consiguiente se dispersa entre múltiples papeles, que no se embarca nunca completamente en ninguno de ellos, que formula frente a la sociedad una serie de reivindicaciones, que se siente, pues, satisfecho o frustrado, etc. Tenemos así un concepto del « homo sociologicus » que es el hombre objetivado y totalmente explicado por sus funciones y sus reivindicaciones y por la relación entre unas y otras. Ello resulta cómodo para formular cierto número de problemas sociales, pero implica un peligro, ya que el hombre no se reduce al « homo sociologicus », como tampoco se reduce al « homo economicus ». El hombre social real es más y es otra cosa que el conjunto de las funciones en que los sociólogos tienden a encerrarle.

— *¿Le parece útil el concepto de ideología?*

— Es inevitable y detestable. Detestable, porque, según afirma uno de mis colegas, tiene trece sentidos. Yo no he llegado hasta el final de los trece, pero estoy seguro de que tiene muchos. Personalmente, preferiría evitar esa palabra. En realidad, es difícil evitarla porque sugiere cierto número de cosas. Alude a lo que en otro tiempo se llamaba la falsa conciencia, es decir, el conjunto de las justificaciones o coartadas por las que el hombre social se ve a sí mismo como no es. Por otra parte, se llama también « ideología » a los sistemas globales de interpretación del mundo histórico, sentido éste diferente del anterior.

Desde otro punto de vista, es verdad que cada vez que se hace política se transforma las ideas en ideologías, es decir, se las vulgariza, se las simplifica, se las hace accesibles al público. Por consiguiente, si de mí dependiera, suprimiría la palabra « ideología » del lenguaje científico. Pero me queda una reserva: a la sociología le resulta muy difícil crearse un lenguaje rigurosamente técnico. Por eso, me parece más importante decir en cada circunstancia en qué sentido se toma determinada palabra que

el uso en cierto modo nos impone. Por mi parte, cuando empleo la palabra ideología, procuro que sea en un solo sentido : ordinariamente el de un sistema supuestamente global de interpretación del mundo histórico.

— *Si tuviera que aconsejar a un profesor no especializado en sociología acerca del empleo de esa palabra, ¿qué le diría usted?*

— Que para mí la enseñanza consiste no en imponer al propio auditorio un sistema de conceptos o un sistema de ideas, sino en enseñar a los alumnos a conservar lo que llamo la libertad de espíritu frente a su propio vocabulario. Por consiguiente, considero útil darles, por ejemplo, tres o cuatro textos diferentes en los que se utilice la palabra « ideología » y mostrarles cómo se la toma en tres o cuatro sentidos diferentes, planteando problemas reales pero creando confusión en cuanto no se sabe exactamente en qué sentido se la utiliza.

Existe un problema real, el de la diferencia entre lo que se es y la conciencia que de sí mismo se tiene, trátase de un individuo o de una clase. Ahora bien, ¿qué es el ser real, frente a la idea falsa que se tiene de sí mismo? ¿Quién determina el ser real?

En el marxismo no hay nada más difícil que saber cuál es el ser real de la sociedad, frente a la falsa conciencia que de sí misma tiene. Por consiguiente, a mi juicio, la ideología plantea un problema a la vez sociológico y filosófico, de índole fundamental. A partir de ese problema fundamental trataré de mostrar por qué han ido surgiendo toda una serie de sentidos.

— *¿Qué textos aconsejaría usted?*

— Elegiría en primer lugar el prefacio de la *Contribución a la crítica de la economía política*, donde Marx dice precisamente : « Igual que no se juzga a un individuo por la idea que de sí mismo se hace, tampoco puede juzgarse una época por su conciencia de sí misma. » A partir de este texto, haría que los alumnos reflexionaran sobre la siguiente cuestión : ¿qué es el hombre verdadero frente a la idea falsa que de sí mismo se forma? E igualmente : ¿qué es el ser verdadero de la sociedad frente a la idea falsa o a las ideas falsas que de sí misma se forja?

En ciertos casos, el problema es fácil. Por

ejemplo, si la sociedad se figura que concede la igualdad de posibilidades a todos sus miembros, es fácil demostrar que no es cierto. Aquí estamos de lleno en una falsa representación de la realidad, con lo que se demuestra que esa realidad es diferente de la idea que se tiene de ella.

Pero no siempre la cosa es tan fácil. Si la sociedad capitalista se representa a sí misma como aquella que tiene mayores posibilidades de llegar a la racionalidad económica o como aquella que, gracias a la concurrencia, evita los peligros de la planificación total, ¿es esto lo verdadero o lo falso de esa sociedad? Cada una de esas representaciones corresponde a una parte de la verdad.

Podríamos tomar también un texto sobre la mala fe —no faltan— en *El ser y la nada* de Sartre, donde en cierto modo se plantea el mismo problema respecto de la conciencia individual.

Después, podríamos escoger un texto de crítica antiideológica. Aquí, me siento un poco confuso de tener que darle una referencia porque pensaba precisamente en un texto mío : « El fin de la edad ideológica », que es la conclusión de mi libro *El opio de los intelectuales*. Pero podría también tomarse un texto de Goldmann, bien de *Le dieu caché*, bien de *Philosophie et sciences humaines*.

— *Hace un momento hablaba usted de los conceptos en circulación, de moda, que se desvalorizan. ¿Cree usted que la sociología puede hacer uso de la noción de estructura?*

— « Estructura » es una palabra que está desvalorizándose por el abuso que de ella se hace. De todos modos, igual que ocurre con la palabra « ideología », es útil hacer un análisis del término « estructura » ya que en él se revelan fenómenos fundamentales.

Si el profesor conoce un poco la lingüística, puede tomar como ejemplo la lingüística estructural.

Podría también tomar otro ejemplo consistente en partir de la psicología de la forma : en ella encontraría la definición mínima de estructura, que es en cierto modo la ley de las relaciones entre las partes solidarias de un conjunto o de un todo, el cual no puede comprenderse sino en fun-

ción de los vínculos que existen entre los diversos elementos. Esto presta ya otro sentido a la palabra estructura ; este sentido, que es el de la ley de composición de un conjunto o de una forma, es el más próximo a la realidad concreta.

Después, podríamos llegar hasta el ejemplo más difícil de la *Antropología estructural* de Lévi-Strauss. Pero aquí se trata de una combinatoria con una gama de substituciones posibles. Estamos muy lejos de la estructura casi concreta de un conjunto determinado.

También la palabra « estructura » es muy equívoca, muy difícil, pero, en mi opinión, constituye un buen ejercicio intelectual. En efecto, para mí uno de los problemas fundamentales en sociología es este : la sociología es una ciencia analítica que no puede dejar de pretender iluminar los conjuntos estructurados. Frente a nosotros tenemos sistemas y regímenes, y no podemos comprender un régimen político yuxtaponiendo sus elementos, como no se puede comprender una sociedad yuxtaponiendo sus instituciones.

Pero, por otra parte, tampoco podemos aprehender intuitivamente esas estructuras o esos conjuntos. Por consiguiente, el problema que plantea la palabra « estructura » consiste en saber cómo se pueden descubrir, mediante el análisis, las leyes de composición de los conjuntos que tratamos de comprender.

De este modo, diré que si la palabra « ideología » nos lleva a uno de los problemas filosóficos fundamentales, la relación entre lo que es una sociedad y lo que piensa ser, la palabra « estructura » nos lleva a uno de los dos problemas fundamentales de la sociología, a saber, la relación entre el análisis de una sociedad y la comprensión del conjunto que constituye.

— A su juicio, ¿qué puede esperar la filosofía de la sociología?

— Hay una primera respuesta a la vez sencilla y trivial que sería la siguiente : la filosofía occidental ha estado siempre vinculada simultáneamente con las ciencias de la naturaleza y con los problemas de la sociedad. Es evidente que sólo se puede comprender a Platón si nos referimos a la vez al problema político-filosófico de la « polis » y a los conocimientos científicos, matemá-

ticos o filosóficos de su época. Lo mismo ocurre con Aristóteles.

Así, pues, es inconcebible que la filosofía pierda en nuestra época el contacto con lo que ha sido una de sus problemáticas fundamentales en 2.000 o 3.000 años de historia, es decir, la interrogación del hombre sobre la sociedad a la que pertenece, sobre su lugar en la sociedad y sobre la aceptación o el repudio de esa sociedad. Pues bien, esta interrogación filosófica sobre el hombre en relación con la sociedad no puede llevarse a cabo filosóficamente si se desconoce lo que las ciencias sociales nos enseñan sobre lo que es la vida de las sociedades objetivadas por la ciencia. No se trata de que el sociólogo nos enseñe con certeza lo que la sociedad es, puesto que tiene siempre ante sí el problema del ser y de la conciencia de ser ; pero igual que hoy nadie puede filosofar sobre la naturaleza sin conocer la física, si se quiere filosofar sobre la sociedad moderna hay que ser economista, hay que ser sociólogo y hay que ser politicólogo. Y hay que serlo con tanta mayor razón cuanto más marxista se sea. Porque, en fin de cuentas, la vida de Marx fue esto : una reflexión filosófica terminada a los treinta años y después, el resto de su vida, una reflexión sobre lo que era la sociedad, con la convicción de que la única manera de ser un buen filósofo era comprender nuestra sociedad y nuestra historia. En cambio, sería a mi juicio una caricatura del marxismo ignorar la sociedad del siglo XX y filosofar a partir de la ciencia social o la economía del siglo XIX.

Tenemos, pues, una primera respuesta : el filósofo, si quiere filosofar sobre la historia y sobre la sociedad, debe saber lo que las ciencias sociales le ofrecen, aunque sólo sea para descartarlas o superarlas.

En un plano más profundo, la cuestión consiste en saber la concepción que uno tiene de la filosofía. Si esa concepción es la misma que la de los analistas ingleses, entonces hay que reflexionar sobre el empleo que se hace de las palabras ; se puede reflexionar sobre las ciencias sociales como se reflexiona sobre el lenguaje corriente o sobre las demás ciencias.

En cambio, si se es de tradición kantiana, hegeliana o marxista, la reflexión sobre las ciencias sociales, y al mismo tiem-



po sobre la sociedad, constituye una de las vías de acceso a la reflexión sobre el destino humano. Lo cual representa todavía hoy, a mi juicio, una de las funciones de la filosofía. Es posible que a partir de las ciencias sociales o más allá de ellas exista una cierta manera de filosofar.

Y quizá puedan renovarse ciertos temas de la filosofía tradicional reflexionando sobre nuestras sociedades y sobre la conciencia que de sí mismas se forman en las ciencias sociales.

— *¿Puede usted dar un ejemplo de esos temas?*

— Por ejemplo, el tema del bien común, el tema de la buena sociedad, el tema del reino de los fines. Habría que reflexionar sobre la noción de norma de los fines con referencia a los mecanismos fundamentales de las sociedades conocidas. Habría que saber qué significa tratar al otro como un fin en sí y no como un medio en una relación técnica. ¿Qué significa, traducida a la realidad concreta, la representación de la sociedad que nos da Kant? ¿O la regla de reciprocidad de Sartre? ¿Qué hay que exigir para que exista reciprocidad en la sociedad industrial tal como es? Lo mismo si se habla de reciprocidad, como Sartre, que de reconocimiento, como hago yo a causa de mi juventud hegeliana, es imposible hacer una sociología de nuestras sociedades sin reflexionar sobre ese tema, e imposible reflexionar sobre el reconocimiento del hombre por el hombre si no nos referimos a la naturaleza de las sociedades en que vivimos, es decir, esas enormes organizaciones en que cada uno desempeña un papel limitado y no tiene posibilidad alguna de abarcar la totalidad. No veo razón para filosofar sobre la sociedad del siglo XX tomando como modelo la « polis » de Platón. No digo que no sea la misma reflexión, pero quisiera que las gentes conocieran la sociedad en que viven y que se les enseñara a reflexionar filosóficamente sobre la condición de los hombres y sobre sus relaciones reales.

— *Si quisiera resumir la relación que existe entre la filosofía y la sociología, ¿qué diría usted?*

— Existen dos puntos de vista. El primero es el mismo que se aplica a las ciencias de la naturaleza. La filosofía trata de

reflexionar sobre lo que estas ciencias hacen. Igualmente, la filosofía debe reflexionar sobre lo que hacen las ciencias sociales para aprehender objetivamente la experiencia vivida.

El segundo aspecto del problema consiste en la necesidad de orientar la reflexión filosófica, eterna en su vocación, hacia una sociedad determinada, y de poner en relación las fórmulas abstractas o tradicionales con la naturaleza de las sociedades en que vivimos.

Y estimo que el conocimiento de las sociedades en que vivimos, sin renovar fundamentalmente la problemática filosófica —¿cuál es la buena sociedad? ¿o qué es el reino de los fines?—, permitiría darle un contenido más significativo e instructivo.

— *Hasta aquí se trata de la utilidad que presenta para el filósofo el conocimiento de los trabajos del sociólogo. Pero ¿no cabría hacer la siguiente pregunta : qué interés tiene para el sociólogo colocarse en el punto de vista filosófico o referirse a posiciones filosóficas?*

— Creo que es útil para el sociólogo tener una conciencia y una problemática filosóficas. Sin embargo, estimo que, en la mayor parte de los trabajos empíricos, no es indispensable tener una filosofía determinada. A mi juicio, cuando se lleva a cabo una encuesta de carácter rigurosamente empírico, no es menester ser kantiano, hegeliano o fenomenólogo, pero pienso que la sociología, incluso la empírica, es más rica e instructiva cuando el sociólogo se plantea problemas filosóficos.

He formulado antes dos problemas filosóficos : el de la objetivación y el de la experiencia vivida. A pesar de todo, la sociología empírica es un intento de saber cómo vive el hombre en las sociedades actuales y, en el fondo e implícitamente, cómo debería vivir, o hasta que punto la forma en que vive responde a la idea que el filósofo se forma de lo que debería ser la vida humana.

En este sentido, creo que es conveniente que el sociólogo sea filósofo.

— *Por último, ¿es el carácter científico de la sociología una realidad o un programa?*

— Mientras la sociología se muestra modesta, su carácter científico es indiscutible.

Su tarea consiste en demostrar con la mayor certeza posible un número determinado de hechos y de correlaciones. Pero, cuando se vuelve desmesuradamente ambiciosa, la parte de incertidumbre o de perspectiva aumenta.

La cuestión es más fácil si consideramos la economía. En la comprensión del funcionamiento de los regímenes económicos se alcanza un grado muy elevado de conocimiento verdadero.

Sin embargo, ello no nos concede necesariamente la posibilidad ni de prever ni de manipular. Si no podemos manipular es porque se trata de hombres, y si nos podemos prever es porque son tantos los factores perturbadores que intervienen, que de la comprensión del funcionamiento no podemos obtener la certeza de lo que habrá de ser la economía de mañana. De todos modos, no se puede decir que la economía actual sólo sea científica en programa. Aun así, la naturaleza misma de la realidad que queremos observar no nos permite construir una ciencia del mismo tipo que la física.

— *¿No es equívoca la palabra « ciencia »?*

— Sí, sin duda. La economía, la sociología o la lingüística no son ciencias solamente en el sentido que Hegel da a la palabra ciencia, es decir, en un sentido rigurosamente filosófico. Ni tampoco ciencias en el sentido en que la física es una ciencia. No tengo inconveniente en decirle que nos queda por hacer una teoría de las ciencias sociales que están desarrollándose como una esfera cultural que no es ni las humanidades en sentido clásico, ni las ciencias naturales. Se trata de algo distinto. Se trata de una reflexión sobre las realidades sociales, y esa reflexión presenta un aspecto científico, un aspecto filosófico y una dimensión de incertidumbre.

Lo que intentamos poner en forma científica es nuestra propia existencia. Habría que entrar en detalles para ver lo que podemos alcanzar mediante el método científico y los límites con que topamos. Mas para rechazar las ciencias sociales, hay que conocerlas y pasar por ellas.

— *En definitiva, ¿qué lugar debe corresponder a la sociología dentro de la enseñanza elemental de la filosofía en nuestras clases terminales de bachillerato?*

— Hay una cuestión que me parece importante. En otro tiempo se decía que en las clases de filosofía se enseñaba la teoría de la física que prevalecía en la época en que los profesores de filosofía estudiaban, es decir, que la teoría de la física llevaba un retraso de 25 a 30 años sobre la física actual. Hoy, en las clases terminales de los institutos de enseñanza media existe siempre el peligro de que se enseñen, ora *Las reglas del método sociológico*, ora cierta versión del marxismo. En este punto diré que no existe solución milagrosa. Quizá la solución más conveniente sería que algunos jóvenes profesores de filosofía escribieran un libro que fuera una especie de introducción a las ciencias sociales modernas, donde los profesores de filosofía podrían encontrar lo que necesitan, a saber, a la vez un conocimiento de los procedimientos empleados por las ciencias sociales modernas y la problemática filosófica que sobrevive en esas ciencias, lo que al mismo tiempo acabaría con algunas de las discusiones un tanto tradicionales sobre el individuo y la sociedad.

Tomemos, por ejemplo, dos de las ciencias sociales más corrientes y útiles. No cabe duda de que sería importante que los profesores de filosofía pudieran disponer de un libro con uno o dos capítulos en los que se explicara el método de la contabilidad nacional, los métodos de planificación utilizados por los economistas, los problemas generales de un sistema económico..., es decir, una especie de introducción a la ciencia económica para uso de profesores de filosofía. Cumplidos sus treinta años, Marx estaba convencido de que, para comprender las sociedades modernas, había que comprender la economía política.

Ahora bien, lo que me sorprende en la Francia de hoy es que la mayor parte de los profesores de filosofía, incluso los marxistas, no han estudiado nunca la economía política y se han mostrado siempre indiferentes a lo que para Marx era lo esencial. He aquí un primer ejemplo.

La segunda cuestión sería la siguiente: *¿Qué es una encuesta sociológica? ¿Cuáles son las técnicas empleadas? ¿En qué consiste la preparación de un cuestionario? ¿Cómo se efectúa el examen del cuestionario? ¿Qué tipo de resultados se obtienen?*

De este modo evitaríamos las esperanzas excesivas y el escepticismo esterilizante.

Por otra parte, me gustaría que un libro de ese tipo no perdiera el contacto con lo que para mí es la problemática fundamental de las ciencias sociales, es decir, la objetivación de lo subjetivo y la necesidad de esa objetivación, los límites de la objetivación y los problemas que ello plantea. Por

ejemplo : sistemas, estructuras, por un lado, y análisis de los acontecimientos, comprensión de las experiencias vividas y comprensión de los sistemas objetivados, por el otro.

En cuanto frecuentamos un poco las ciencias sociales, descubrimos estos problemas que tienen un carácter radicalmente filosófico.

## *Poemas a los hombres que otros hombres odian*

*ESTE espeso zumo de ciruelas  
que es tu voz, hermano negro.  
Esta melaza densa de tu voz,  
que tú la cantas... ;  
que resbala de tu boca y se aglomera  
en el espiritual canto de duelo.*

*¡Cómo fluyen los zumos de la gruesa melodía  
que deja en tu fría piel una nieve de corales,  
mientras caballos ceniza y jinetes amarillos  
cocean sobre tu cuerpo espumas acometientes!*

*Este espeso zumo de ciruelas  
que es tu voz, hermano negro...  
Esta caliente melaza de tu voz  
me sobresalta...  
¡Cántales que llevas luz que no ven porque son ciegos,  
abriendo su paso ardiente desde tu voz, que es tu duelo!*

*Que es mi duelo atosigante, porque te veo morir  
y mis manos no te alcanzan ni detienen a tu muerte ;  
porque no tengo caballos contra caballos, ni puedo  
ser amarilla de odio contra el odio que te tienen.*

*Esa voz que se desploma desde tu boca a la tierra ;  
ese panal de tu voz escurriéndose en sollozos...  
¡Cómo te oigo cantar en la tremenda agonía  
a que te arrastran los blancos como yo, pero sin mí!*

*Odiado negro mi hermano,  
goteroneante voz de agrias mieles es tu aullido.  
¡Quién te pudiera volver blanco en la nieve blanca,  
frente a tus siniestros blancos asesinos!*

CARMEN CONDE

# Interpretación del puertorriqueño

POR EUGENIO FERNANDEZ MENDEZ

« Los ingleses acuerdan antes de tiempo, éstos son prudentes... Los franceses nunca acuerdan hasta que están en el fecho... Los castellanos nunca acuerdan hasta que la cosa es pasada... »

Díez de Gámez - S. XV.

**H**AY DOS HECHOS BÁSICOS que es necesario tomar en cuenta para interpretar a Puerto Rico. Primero, todo análisis de lo que somos ha de partir de sus bases históricas. Segundo, Puerto Rico es una sociedad plural, internamente diversificada, y sólo se puede comprender si descubrimos lo que caracteriza en general a todos, y a cada grupo social, clase o subcultura.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que en sociedades plurales, como son la puertorriqueña y la norteamericana de nuestro tiempo, es mucho menos probable que podamos establecer gran número de rasgos que sean universalmente compartidos o que no tengan excepciones. Lo que es propio de Emerson o Mark Twain, no es necesariamente propio de cada norteamericano. Tampoco la conciencia de problemas fundamentales que tienen Eugenio María de Hostos o Lidio Cruz Monclova es la conciencia que tiene cada puertorriqueño. Para entender la manera de pensar, sentir y actuar de un hombre determinado, necesitamos conocer el sector de la sociedad a que pertenece, así como la historia de su vida que modeló su alma y su espíritu.

Podemos estudiar la personalidad y la cultura según nos enseñan Ruth Benedict y Ralph Linton, respectivamente, ya en el

plano puramente psicológico o ya a base del inventario de sus patrones culturales. Es decir, podemos estudiar el *ethos*, los valores particulares de cada sector social, o podemos estudiar la cultura, los usos y costumbres, los saberes y usos propios de disciplinas especializadas o de sectores sociales o subculturas, y aquellos en que existe la opción, las alternativas, que se nos presentan por la cultura como sujetos a elección en sus pautas, o todavía en último lugar, los rasgos universales, es decir, aquellas costumbres o usos generalmente compartidos por todos los miembros de una sociedad. Estos son, pues, los dos haces o caras de la medalla : el comportamiento humano y la cultura.

Muchos de los valores de la cultura puertorriqueña tienen su principio en los más remotos hontanares de la Cultura Occidental y como tales surgen de su herencia egipcio-hebreo-cristiana, de su herencia griega y romana y de su herencia hispánica que es la rama o el orbe cultural del cual inmediatamente proceden. De todos los rasgos de su cultura, el más significativo y raigal es su lengua : el idioma que comparte por su origen e historia con la comunidad toda de los pueblos hispánicos y que forma el fondo más entrañable de su psicología. Hay tal vez un sello o matiz especial, au-

tóctono, que tiene en su fondo el alma puertorriqueña y tal vez sea debido al giro particular de su suerte y su historia, y es su peculiar estoicismo y sensación de desvalimiento ante las adversidades comunes o individuales, que se refleja en la frase compasiva y resignada del ¡Ay, bendito!

Hablar de lo que es el puertorriqueño es, pues, una empeñosa y difícil tarea. Necesitamos para ello apoyarnos en una « ciencia » de los valores, una *axiología*; pues ser puertorriqueño es un problema doble de existencia y de conciencia, un problema de identidad personal y colectiva. Somos puertorriqueños cuando hablamos, como lengua materna, la lengua española. Latamente hablando se puede ser puertorriqueño de muchas maneras, y es posible, que en todas ellas aparezcan ciertos lazos espirituales unificadores, ciertos rasgos universales, pero sólo se puede ser puertorriqueño en español. De ahí que sea razonable presuponer la larga pervivencia histórica de la cultura puertorriqueña, apoyada como está en la herencia lingüística común del orbe hispánico.

Recientemente un escritor norteamericano ha dicho: « Cuando Puerto Rico dejó de depender de España y pasó a poder de los Estados Unidos, la pérdida de autoridad de las élites de habla castellana significó la sentencia de muerte para su idioma. » En su curiosa visión de la situación cultural de Puerto Rico este autor nos dice: « Antes de 1898 Puerto Rico era una posesión española administrada enteramente por una burocracia importada de habla castellana. (Adviértase la omisión de todo el proceso reformista y autonomista del siglo XIX.) La guarnición militar — sigue diciendo nuestro autor — era española y otro tanto ocurría con el clero y la mayor parte de los maestros de escuela. Todas las familias prestigiosas hablaban « castellano puro » (sic) y enviaban a sus hijos a la madre patria para todo tipo de educación avanzada. La mayor parte de la población hablaba empero un dialecto derivado de los españoles más pobres y casi analfabetos » (1).

Aparte las muchas imprecisiones históricas que encierra dicha declaración, lo

que dice sobre el lenguaje es verdaderamente asombroso para cualquier persona medianamente enterada, pues es bien sabido que los españoles « más pobres y casi analfabetos » hablan un español de rancia estirpe, como bien reconocieron en sus obras Cervantes, Lope de Vega o Federico García Lorca. Es curioso, por lo insistente del empeño, que expertos en lingüística y sociología como el señor Bram se dispongan a despachar como lengua muerta el español de Puerto Rico. Casi induce ello a pensar en una consigna política del incondicionalismo de allá y de acá. Pero dejemos aquí este enojoso asunto y sigamos con el hilván de nuestro tema.

¿Cuáles son algunos reconocidos valores de la ética hispano-hebrea-cristiana? La ética popular cristiana del mundo hispánico sobre lo que es ser *persona*, afirma que ésta es aun mismo tiempo orgullosa y humilde. Somos hechos de polvo, sí, pero somos hechos a imagen y semejanza de Dios. Nuestra libertad no es, por eso, una libertad externa, hecha de bienes materiales y artefactos, sino una libertad interior, hecha de callada suficiencia en la pobreza o en la abundancia. Las vocaciones manuales, pero más aún las vocaciones del espíritu, forman parte del fondo cultural hispánico, pero ante todo es parte de dicha herencia el profundo sentido de la vida personal.

Ahora bien, la cultura de los Estados Unidos que comparte muchos valores de esa ética hebreo-cristiana en otra de sus variantes, ha influido grandemente en Puerto Rico en lo que va del siglo, principalmente en sectores de la nueva clase media, de la cual hablaremos más adelante. Con gran agudeza el Dr. Ramón Mellado apunta hacia una zona profunda del conflicto cultural en Puerto Rico cuando dice: « La tradicional concepción puertorriqueña de la dignidad humana, que estimula al hombre a valorarse a sí mismo por sus méritos personales y por su integridad de carácter, pugna con los métodos modernos de juzgar la valía del hombre por sus posesiones materiales; indudablemente ésta es una fuente de irritantes tensiones en el hogar y la vida » (2). Sobre esto es de interés el

(1) Joseph Bram: *Lenguaje y sociedad*. Paidós, Buenos Aires, 1961, pp. 63-64.

(2) Dr. Ramón Mellado: *Puerto Rico y Occidente*. San Juan, 1963.

importante artículo de don Américo Castro « Nuestro idioma como expresión de vida, instrumento de cultura y exigencia de responsabilidad », *Revista Educación*, Departamento de Instrucción Pública, Hato Rey, vol. XI, n° 4, 1962, sobre el cual llamo la atención del lector interesado.

### *Puerto Rico en el mundo de hoy*

El hecho primario del mundo en que vivimos, es hoy su compleja interdependencia. Los problemas de Puerto Rico no pueden ser vistos aparte de los problemas del hombre en América, Asia, Africa y Europa, en esta segunda mitad del siglo XX. Para el adecuado enfoque de nuestro problema tenemos que partir de una comprensión de la civilización globalmente considerada, y de manera especial es relevante la historia de los últimos cuatro siglos, el nacimiento europeo y expansión ultramarina del capitalismo mundial ; el crecimiento asombroso y profundamente revolucionario de la ciencia y la técnica ; el reto de las ideas del mundo comunista ; la contradicción de los nacionalismos y la superación de sus ideologías contradictorias, por un internacionalismo capaz de poner freno a la amenaza bélica del militarismo, con sus formidables máquinas de guerra, y el problema moralmente crítico de la pobreza persistente en un mundo de posible abundancia para todos. Estos son algunos de los problemas reales a los cuales la inteligencia y la prudencia histórica del hombre habrán de hallar solución.

En lo que va del siglo, el comercio y la estrategia militar han sido dos fuerzas poderosas de nuestra civilización que han moldeado aspectos importantes de nuestra personalidad colectiva. En todo el mundo se da actualmente —como bien dice Arnold Toynbee—, una tensión entre los requerimientos de eficiencia económica y las demandas de justicia social. Esta es, sin duda, la esencia de la situación de América Latina. Yo creo que también está latente en la situación económica de los Estados Unidos. Pretender considerar la economía *in vacuo*, independientemente de su fundamental juego recíproco con la justicia

social, nada aclararía, porque no sería un enfoque realista.

« Tampoco sería razonable examinar hoy el hemisferio occidental independientemente de sus relaciones económicas, militares, políticas y morales con el resto del mundo. »

Desde 1898, Puerto Rico ha sido parte de los Estados Unidos desde el punto de vista económico y estratégico. Aunque la estrategia global de nuestros días tiende a aminorar esta importancia. Por otra parte, los Estados Unidos forman el mercado legalmente reconocido para los productos insulares, y sería impropcedente no comprender a la altura de nuestro tiempo que el comercio de la Unión Americana necesita salida al Sur, para su inmensa sobreproducción, de cuya congestión industrial surgirían graves problemas. Estos hechos pesan considerablemente en nuestra reciente historia y la gravitación de nuestras relaciones económicas con el centro económico de los Estados Unidos tiene un enorme poder determinativo.

En el sector económico, la mayor transformación de Puerto Rico se ha operado en el comercio, la industria y la banca. La explicación obvia de esto es la estrecha relación que existe entre comerciantes, banqueros e industriales puertorriqueños y sus compañeros y empresas de negocios en los Estados Unidos. En esto hay buena muestra de la eficiencia administrativa norteamericana que D. Emilio del Toro Cuevas ha llamado con acierto « su genio constructivo ». Pero ¿es esto propiamente norteamericano o más bien propio de la gran industria? ; pues los alemanes, ingleses, y japoneses de nuestros días exhiben igual « genio constructivo ». La frase « human resource », tan común hoy en los escritos de planificadores norteamericanos y puertorriqueños es prueba de la obsesión del rendimiento humano presente y dominante en el *ethos* de nuestra vida económica. El buen éxito creciente de la técnica mecánica, de la racionalización administrativa y del mercado de bienes, servicios y valores, que opera de acuerdo con las « leyes impersonales » de la oferta y la demanda ha tendido de manera creciente en nuestra civilización a fragmentar con exceso la imagen del hombre, al que se considera principalmen-

te en su papel de productor y proveedor de bienes y servicios.

La actual situación política y económica de Puerto Rico, la integración económica y la afirmación de nuestra herencia cultural hispánica, podría, de no mediar una dosis de buena fe en las partes, tornarse contradictoria. El mantener una política de « hibridismo cultural », mucho me temo, podría tal vez llegar a ser una forma de hacer, gradual y penosa, lo que vendría a ser inexorable : nuestra asimilación política y cultural, que son en buena parte una misma cosa ; aun cuando *nuestra cultura hispánica* pueda sobrevivir, como en Texas o Nuevo México, por muchos años, en perpetua preterición y menosvalía.

Frente a la imperiosidad de su difícil situación económica, cultural y política, el puertorriqueño ha desarrollado una actitud de perpetua interinidad ante las soluciones finales, y una esperanza de que alguna vez le llegue su *Treinta de Febrero*, como ha apuntado bien en sus novelas Enrique Laguerre. El mayor peligro que se ve ya despuntado en el horizonte es la inconsistencia de valores en el plano cultural y las realidades tecnológicas, económicas, mercantiles e industriales, que las subyacen. Sin una comprensión clara de que las culturas tienden a ser realidades integrales —« personas sociales », para usar un término algo en desuso— nos hemos comprometido políticamente en un « hibridismo cultural » que pone en peligro la integridad misma política y espiritual de nuestra cultura. No olvidemos que en toda cultura de que tenemos noticia histórica, el poder económico es una forma de gran fuerza en la determinación del prestigio social y de las realidades políticas. El proceso no tiene fácil retorno. Por eso las palabras de Pedreira tenían esa temerosa previsión cuando dijo : « El señor y el peón que viven en nosotros no logran limar sus asperezas y aparejamos a nuestra condición de amos la triste situación de inquilinos perpetuos » (3).

La industrialización de Puerto Rico ha traído consigo la formación de una numerosa clase obrera. Pero su organización y fragmentación sindical, así como su composición en su mayor parte femenina, revelan un cuadro desalentador. En Puerto Ri-

co funcionan actualmente 570 organizaciones del trabajo (4). Estas 570 organizaciones se dividen en 26 uniones internacionales afiliadas al AFL-CIO ; 16 cuerpos centrales locales de la Federación del Trabajo de Puerto Rico, afiliados también al AFL-CIO ; 416 uniones locales, también afiliadas y 112 uniones locales independientes. En bloque el obrerismo puertorriqueño está integrado con el movimiento obrero de los Estados Unidos y esto es un hecho de enorme trascendencia política que no debe pasarse por alto en ningún análisis profundo de nuestra presente realidad cultural.

De igual modo el crecimiento industrial y comercial ha provisto nuevas oportunidades económicas para trabajadores de cuello blanco y profesionales, aparte la élite de empresarios y accionistas ; de ahí el crecimiento de los nuevos sectores de la clase media. Como generalmente ocurre, esta clase media adopta un *ethos* en el que la validación de la posición social y el éxito material son la consideración primordial de su vida. Los ideales de la clase media son : « el afán de los padres por dotar a los hijos de la educación (funcional) que ellos no pudieron tener, la lucha por la ascensión social, el esfuerzo para elevar las normas de vida, el deseo de racionalizar la conducta a tono con los cambios sociales, la mayor responsabilidad e igualdad de la mujer en la dirección de los asuntos de la familia. Todos estos son valores generalmente aceptados por la nueva clase media ». En otras palabras, los determinantes en la conducta y aspiraciones de la nueva clase media son principalmente los valores del éxito material. Otro rasgo de la nueva clase media que revela la penetración del *ethos* norteamericano del éxito, es el crecimiento inusitado —en el tradicional individualismo puertorriqueño— de asociaciones profesionales y cívicas. Todas ellas tienen funciones sociales y económicas importantes para la nueva clase media, pues constituyen el método ideal para estar « bien relacionadas » comercial o profesionalmente en la dura breña a que han optado para mantener la posición social.

(3) A. S. Pedreira : *Insularismo*, Madrid, 1934, p. 29.

(4) *El Mundo*, 20 julio 1962.

### *El estudio del carácter de los puertorriqueños*

El estudio sobre los elementos de la civilización y el carácter de los puertorriqueños ha tenido precursores en Fray Damián López de Haro y Fray Iñigo Abbad y Lasierra, en los siglos XVII y XVIII respectivamente.

Dice el obispo Fray Damián López de Haro en 1644 : « un hombre —posiblemente él mismo— a quien pidió una señora de Santo Domingo que le diese noticias verdaderas de lo que era esta ciudad, le respondió con este soneto :

*Esta es, señora, una pequeña isilla,  
falta de bastimentos y dineros,  
andan los negros como en esa, en cueros,  
y hay más gente en la cárcel de Sevilla.*

*Aquí están los blasones de Castilla,  
en pocas casas muchos caballeros,  
todos tratantes en jeníbrey y cueros  
los Mendozas, Guzmanes y el Padilla.*

*Hay agua en los algibes si ha llovido,  
Iglesia catedral, clérigos pocos,  
hermosas damas faltas de donaire,*

*la ambición y la envidia aquí han nacido,  
mucho calor y sombra de los cocos  
y es lo mejor de todo un poco de aire (5).*

Don Diego de Torres Vargas, Canónigo de la Catedral de San Juan, contradice al obispo, en 1647, al describir la ciudad y los habitantes y alaba especialmente a las mujeres : « La ciudad tiene cuatrocientas casas de piedra y algunas de tabla, y es la casería muy buena, y en extremo es la ciudad alegre y bien asombrada, desde la mar o la tierra que se mira, porque está toda muy bien murada y luego la ciñe una cinta de plata del mar que casi por todas partes la ciñe y rodea ; su asiento está superior al mar y la disposición de calles es a lo moderno, todas iguales. Los vecinos son quinientos, porque desde que el holandés Boduino Enrico atacó la ciudad (1625), al-

gunos a quienes quemó sus casas, se agregaron a vivir con sus deudos. Las mujeres son las más hermosas de todas las Indias, honestas, virtuosas y muy trabajadoras y de tan lindo juicio, que los gobernadores don Enrique y don Iñigo, decían, que todos los hombres prudentes se habían de venir a casar a Puerto Rico, y era su ordinario decir : « Para casarse, en Puerto Rico » (6).

La polémica encubierta del obispo Fray Damián López de Haro con el canónigo Diego de Torres Vargas, de la Catedral de San Juan, va a ser la primera señal de la misión secular que su destino político ha impuesto a los puertorriqueños « estar a la defensiva ». Este ha sido su sino colonial por más de cuatrocientos años y ha conformado rasgos perdurables del carácter puertorriqueño. Desde este punto de vista el primer puertorriqueño que toma partido en la defensa de los derechos de los puertorriqueños frente a la alusión ofensiva es Fray Diego, que hace en su carta una exaltada loa de la participación de los puertorriqueños en la Administración de los territorios del Imperio español en puntos diversos de América Central y del Sur, así como de la misma España.

A lo largo de su historia la población puertorriqueña ha estado polarizada entre los defensores de la metrópoli imperante (España o los Estados Unidos) y los defensores de los derechos, autonómicos o independientes, de la población puertorriqueña. Los primeros se han llamado en la historia « peninsulares », « asimilistas », « juníperos » o « pitiyankis », los segundos « criollos », « naturales », « boricuas » o simplemente *puertorriqueños*. Nuestra historia de los últimos dos siglos está punteada de polémicas y defensores de los puertorriqueños, cuando algún extranjero o algún incondicional del patio atacaba o simplemente describía lo que estimaba característico del puertorriqueño. Ya en el siglo XVII representa esta polémica, como hemos apuntado, la famosa carta del obispo López de Haro y la exaltada *Descripción de la Isla y Plaza* que hace en defensa de Puerto Rico don Diego de Torres Vargas (1647). En el siglo XIX son múltiples las polémicas

(5) E.F.M. (editor), *Crónicas de Puerto Rico*, tomo I, 1957, p. 167-168.

(6) *Crónicas de Puerto Rico*, op. cit., p. 209.



entre peninsulares y puertorriqueños y en el terreno político esto cristaliza en los partidos asimilista, autonomista y separatista. Típica de estas polémicas en el siglo XIX es la famosa réplica del Caribe a las sátiras festivas del escritor español Manuel del Palacio, de donde surgió la conocida frase « Para un Palacio, un Caribe ».

En el siglo XX son igualmente numerosas las ocasiones en que los puertorriqueños han polemizado con sus detractores. La polémica del *Washington Post* de que habla Canales en 1915, o la sonada polémica de Daniel Boorstin, y por sobre todo la eterna polémica del lenguaje, que es la primera línea de combate de la cultura puertorriqueña en el siglo XX.

Ser Quijote es reconocidamente una profesión ingrata y difícil, pero nadie negará su grandeza y su heroísmo. En los quijotes domina siempre el espíritu de justicia, nunca el de medro. Ser Quijote es soñar siempre que « lo mejor existe », en un mundo que acepta fácilmente el oportunismo y la degradación. Pues bien, en Puerto Rico, ser puertorriqueño es quijotismo. La profesión de Quijote es la más dura, la más exigente. El Quijote marcha en pos de su ideal, « enderezar entuertos », y en este menester las realidades importan poco, pero las batallas con molinos o gigantes son frecuentes.

Veamos brevemente cómo algunos viajeros e historiadores caracterizaron al puertorriqueño al describir aspectos de nuestra vida social en los primeros siglos.

Explicando la naturaleza racialmente mezclada de la población campesina de Puerto Rico, dice nuestro historiador Fray Iñigo Abbad, en 1788 : « De esta variedad y mezcla de gentes, resulta un carácter equivoco y difícil de explicar, pero a todos convienen algunas circunstancias que podemos considerar como características de los habitantes de Puerto Rico ; el calor del clima los hace indolentes y desidiosos ; la fertilidad del país que les facilita los medios de alimentarse los hace desinteresados y hospitalarios con los forasteros ; la soledad en que viven en sus casas de campo, los acostumbra al silencio y cavilación ; la organización delicada de su cuerpo auxilia la viveza de su imaginación que los arrebató a los extremos ; la misma delicadeza de

órganos que los hace tímidos, los hace mirar con desprecio todos los peligros, y aun la misma muerte ; las diferentes clases que hay entre ellos infunde vanidad en unos, abatimiento y emulación en otros » (7). Este rasgo del valor individual es, nos parece, persistente. Pues lo que se echa de menos frecuentemente en Puerto Rico es una acción colectiva integrada y no el valor personal, que raya a veces en la temeridad.

Más adelante, Fray Iñigo, que reconoce diferencias entre la población negra, la campesina y los blancos descendientes de españoles, nos dice : « No hay duda que la esclavitud y abatimiento de los negros y demás gente de color, infunde en los españoles americanos una cierta fantasía : desde su infancia se ven rodeados de hombres destinados a adivinar sus pensamientos. Este primer golpe de ojo al despertar la luz de la razón no puede menos de entumecer su corazón con una idea ventajosa de sí mismos. »

Por otra parte, el estar poco acostumbrados a encontrar resistencia ni obstáculos en cumplir sus gustos, ni a llevar los castigos propios de la juventud, les imprime el espíritu de presunción, se crían sin trabajos y sin contradicciones, semejantes a los príncipes, que no han experimentado jamás las adversidades ; son generalmente frugales, de poco sueño y perspicaces : pero ambiciosos de gloria, achaque interesante a la política, si saben utilizarlo los gobernadores, a quienes tributan toda sumisión y respeto. Este es, en suma, el concepto que he formado de los naturales de esta isla » (8).

Adviértese la coincidencia en el juicio de Fray Damián y Fray Iñigo Abbad sobre la ambición y espíritu de presunción del hombre de esta tierra.

En 1797, al describir en su *Viaje a Puerto Rico* a los habitantes de la isla, dice el naturalista francés André Pierre Ledru : « El gusto por las cabalgatas, general en toda la isla, degenera a menudo en locura, y ocasiona gastos que arruinan a más de un padre de familia : colono hay, que se priva durante seis meses de muchos goces ordinarios para distinguirse en las primeras

(7) *Crónicas*, op. cit., I, p. 315.

(8) *Crónicas*, op. cit., I, p. 315-316.

*carreras por la elegancia de su traje y la riqueza del arnés de su caballo » (9).*

También en el siglo XIX hubo varios intentos de definir al puertorriqueño como nos revela la conocida frase del Conde de Reus, en el sentido de que los puertorriqueños « no servíamos más que para bailar y jugar, y, que para gobernar la isla bastaba con un látigo y un violín » (10).

Las interpretaciones del puertorriqueño no han sido, pues, todas favorables y aun los puertorriqueños mismos en más de una ocasión han juzgado a sus conterráneos con palabras más bien de tono pesimista.

Considerando este asunto escribía Baldorioty de Castro en el siglo XIX : « Aisladas nuestras clases entre sí, carecen éstas de unidad y no tienen fe en sí mismas ; los centros de enseñanza y de obras públicas, los profesores particulares, los artesanos, los artistas, los industriales, los agricultores, en grande y en pequeño, los mercaderes y los ricos capitalistas, no se encuentran jamás asociados en ningún pensamiento común ; el individualismo concentrado y el silencio absoluto, forman el fondo de nuestra sociedad. De este modo es como la vida general no tiene representantes en ningún caso y se arrastra penosamente entre el *ser* y *no ser*, sin fecundidad y sin bienestar » (11).

La hoja de servicios de nuestros hombres públicos del siglo XIX es, sin embargo, una página gloriosa de nuestra historia política. Hostos, Baldorioty, Muñoz Rivera, todos dieron lo mejor de su esfuerzo y su talento a la defensa de los intereses de la comunidad puertorriqueña. Pero se enfrentaron con fuerzas históricas de poderosa contradeterminación.

En nuestro tiempo, los más valiosos atisbos sobre la personalidad del puertorriqueño provienen de la psiquiatría y la antropología. Pero aún no se ha hecho un estudio sistemático de ello y es evidente que aquí no podremos hacerlo. En una cultura pluralista como la nuestra que comprende subculturas variadas no es posible —salvo con referencia a los rasgos universales, co-

mo el idioma— hablar de una sola personalidad representativa. Lo que es cierto de los intelectuales no es necesariamente cierto de nuestra clase media y de los campesinos y obreros. Por eso muchas declaraciones sobre los puertorriqueños tomados colectivamente no nos satisfacen de modo cabal. Para poder evaluar una declaración es necesario saber cuáles son las costumbres y hábitos que ésta ilustra. Así, frecuentemente las declaraciones generales son tan sólo aproximaciones —« tendencias » en el argot sociológico—, y vistas desde otros intereses, presentan siempre excepciones.

Se ha dicho hasta convertirlo en lugar común que los puertorriqueños somos generosos, desprendidos y hospitalarios. En parte, la idealización del *jibaro* es una reacción defensiva y romántica de añoranza por los tiempos pasados. Hay un dejo de amargura y nostalgia frente al cambio en algunos sectores de la población puertorriqueña. Pero es cierto, sin pasar sobre ello juicio, que el desarrollo comercial e industrial son hoy dos ejes determinantes de nuestro presente y tal vez de nuestro futuro.

La idealización de lo norteamericano, tan generalizada entre los emigrantes a los Estados Unidos y aun entre ciertos sectores de la clase media y alta de nuestros días, no es sino un reflejo de la superioridad financiera e industrial del empresario o el inversionista.

Muchos observadores a través de nuestra historia han aportado valiosos atisbos sobre las realidades de la vida social y cultural de Puerto Rico. Pero sobre esto la literatura existente es en extremo voluminosa y su revisión cuidadosa exige cuando menos un libro. Con todo, es Antonio S. Pedreira quien ha visto con mayor ponderación y claridad el problema de fondo de nuestra historia social en lo que va de siglo.

Con gran sentido crítico, en su análisis de Puerto Rico, Pedreira apuntaba : « Nadie se ha ocupado hasta la fecha en formar el censo de nuestros proverbios. » Coincidiendo en el juicio sobre su significado, los modernos antropólogos destacan la importancia de las *frases hechas* para revelarnos las actitudes más íntimas de un pueblo o de una clase social.

En nuestros días, se tiende a aceptar su-

(9) *Crónicas*, op. cit., I, p. 315-316.

(10) L.C. Monclova : *Historia de Puerto Rico*, siglo XIX, tomo I, p. 667.

(11) Monclova, op. cit., I. p. 666.

perforalmente las palabras « progreso » y « civilización » como expresiones adecuadas de nuestro presente. Con todo, el « progreso » material es visible al menos en algunos sectores de la población, y en el turismo, y esto puede medirse y pesarse y « devolverse ».

El humor ha sido recientemente un importante escape, sino el principal modo de expresar nuestro profundo sentir. Nemesio Canales y Salvador Tió han esbozado « con risa y agónico sentido » nuestra situación. La risa es nuestro tónico y la expresión más auténtica de nuestra actitud « defensiva » ante los embates de la historia. Puerto Rico, sin embargo, es un pueblo con un sentido triste del humor, y en esto radica parte de su debilidad y de su fortaleza.

El humorista es una hibridación de lo grave y lo festivo. En los años que van de 1900 a 1963, Puerto Rico ha tenido un analista ponderado, Pedreira, y dos humoristas filósofos : Canales y Salvador Tió. Han visto esos mismos años la desaparición de periódicos festivos al estilo de *Florete*, y la muerte lamentable de la caricatura-retrato, que tenía por entonces chispa y genio, y que es un reflejo profundo del *ethos* puertorriqueño que no se rinde ante la primera derrota.

« La apatía, la complacencia fatua y el falso espejismo de progreso material —ha dicho recientemente Abraham Díaz González— tienden a veces a confundir el espíritu. Es necesario hacer como el navegante, tomar nota de estas variaciones magnéticas, que de no compensarse en nuestros cálculos direccionales pueden desviarnos de nuestro objetivo. Es necesario fortalecer el espíritu con el ideal del derecho y del respeto a la persona. Imprimir a toda empresa el timbre de la excelencia y un espíritu de misión. Servir, servir bien a un pueblo a quien no rindió el poder, ni pudo degradar la miseria, y que nunca deja solos por mucho tiempo a los que defienden su justicia. »

La poesía de Luis Lloréns Torres y de Luis Palés Matos, así como los *Paliques* de Canales o los ensayos críticos de figuras como Tomás Blanco, Concha Meléndez y Margot Arce, son fina expresión de un agudo espíritu y de una *insobornable vocación de excelencia* en el puertorriqueño de esa

generación. Si el ambiente es difícil y amargo, entonces mayor razón tuvieron aquellos hombres para no rendir *el fondo insobornable de su yo*, ante ninguna concesión acomodaticia o imposición de la gazoñería. Canales tuvo la sabiduría y la tristeza del humorista filósofo. En algunos momentos de humor negro, tal vez llegó a pensar, en buena ley, que el mundo pertenece mejor que al hombre de espíritu al afán desorbitado de riqueza y poder. Legislador y moralista, Canales era un implacable enemigo de todo prejuicio y de toda mentira convencional.

De la proposición optativa « cambiar el mundo o cambiar el hombre » derivan hoy la mayor parte de las motivaciones que inflaman el corazón de las multitudes en otras tierras del orbe, haciéndolas perder con demasiada frecuencia toda visión moderadora o moral del destino humano.

Por otra parte es igualmente decepcionante el comprobar con que frecuencia, en el mundo de nuestro tiempo, la moral social es comprendida a medias, o mucho menos, por los mismos que dicen ser sus sustentadores. El santo laico y el santo religioso de nuestro tiempo, movidos en su afán de salvación por « ismos » encontrados, pierden su capacidad de comprensión vicaria, y caen vencidos por la ciega pasión en el energumenismo tártaro. El « no matarás » del viejo testamento hebreo se convierte así en una prohibición ocasional y renunciabile, que podemos pasar por alto, repudiar o consentir, según convenga a nuestra voluntad de poder, o a nuestra particular Utopía.

### *Puerto Rico en el mundo hispano*

Nuestra comunidad de espíritu, de historia y de palabra la constituyen todos los pueblos que hablan nuestra lengua. Este es un hecho que conviene no perder de vista. En el lenguaje reside lo vital del *ethos* común, pues como dice H.D. Kitto : « La mentalidad de un pueblo se expresa tal vez más directamente en la estructura de su idioma que en cualquier otra de sus realizaciones. » La suerte de España y de Hispanoamérica será así nuestra suerte. O juntos nos salvamos, o pereceremos aislados,

convertidos de hombres libres que podemos ser, si administramos nuestro patrimonio común con visión de estadistas, en simples peones del juego de fuerzas del tablero internacional. Sin independencia económica, difícil de lograr en la presente situación del mundo, el mundo hispánico, incluida España, no podría tener real independencia política, y sin independencia política, la cultura languidece o muere. De productores pasaríamos todos a ser consumidores. De actores a ser espectadores.

Si la meditación del propio ser no aspira sino a discernir los caracteres del tipo humano nacional, entonces puede prescindir de influencias doctrinales. Pero si así acontece, su interés será puramente científico, psicológico o sociológico. Y no es esto lo que se quiere. La comunicación con las doctrinas filosóficas contemporáneas es vital para la orientación del hombre de nuestro tiempo. Es preciso que tengamos una finalidad, un propósito. Saber lo que se quiere hacer y hacerlo es la manera segura de ser distinto, sin la necesidad de anhelar en abstracto la distinción por sí misma. El carácter se tiene de cualquier manera, y es tan superfluo el empeño de manifestarlo como el de reprimirlo: aparece espontáneamente, sin deliberación consciente. Hay que continuar las tradiciones, pero sin estancarse en el pasado.

El fenómeno capital en la existencia del hombre de nuestro tiempo es la situación revolucionaria que vive el mundo. Cambiar es siempre un problema moral; importa por eso tener nuestros valores claros. La meditación del propio ser ha de tener una intención ética y política más que psicológica o neutral. La neutralidad es imposible porque es parálisis. Hay que saber a dónde se va y para qué, y entrever el tipo de humanidad que puede salir de todas estas mudanzas. Conciencia histórica, sí la necesitamos, pero conciencia histórica capaz de vincular lo próximo con las corrientes totales del proceso mundial. El hacer nuestra historia con sentido *folklórico* o *insularista*, nos deja huérfanos de comprensión de los problemas reales que confronta el hombre de nuestro tiempo, en Puerto Rico lo mismo que en Indonesia, en Cuba lo mismo que en España. El problema de la abolición del militarismo y la guerra, igual que la

abolición del analfabetismo y la pobreza, no tienen hoy fronteras. Y esta transformación habrá de alcanzarse sin perder de vista los valores humanos. El respeto a la integridad de la persona y a la comunidad que la sustenta tiene hoy igual urgencia en todos los vértices de un mundo crecientemente « masificado » y « tecnificado ». Que la máquina no nos deshumanice, que la pomposa técnica no sea un fin, sino tan sólo un medio, y que el hombre y sus necesidades físicas y morales sean la medida de nuestra fe.

Los puertorriqueños tienen miedo a conocer las verdades, y tienen la tendencia a justificar su suerte o a « dorar la píldora ». Como dijo Pedreira: « Somos un pueblo que tiene en su delirio de grandeza el deseo de ocultarse a sí mismo y a los demás sus yerros y defectos ». Puerto Rico es un pueblo que confronta un angustioso, un gran dilema: cultural, política y espiritualmente somos hispanoamericanos. Material y crematísticamente « somos » norteamericanos. Solos no podremos resolver los problemas de nuestro destino. Debemos saber que nuestra suerte es común con toda Hispanoamérica y con España.

Que no resulte cierto que el puertorriqueño, como dice el profesor Richard Morse, tiene « poderes de autoevaluación y autocrítica retardados », y « dificultad en identificar objetivos públicos sobre quienes descargar su agresividad » (12). Es preciso que el puertorriqueño cobre conciencia del momento de cambios profundos que vive el mundo, pues su individualismo queda muy lejos aún de la justicia social. Existe en él una cierta « insensibilidad al contorno », un fácil egoísmo ciego para la suerte de las clases deprimidas. Se le achaca, pues, falta de perspicacia, ceguera intelectual —invidencia—, que no es capaz de percibir el valor de *los otros*, sino sólo el propio.

La realidad secular de nuestro colonialismo ha dado, lamentablemente, origen a frases tan descriptivas y moralmente blandas como « el mamey colonial » o el uso moralmente dudoso de frases como « peles

(12) R. Morse: « La transformación ilusoria de Puerto Rico », *Revista de Cs. Soc.*, junio 1960, p. 366.

monga » tan característico de toda tendencia acomodaticia o en su fondo de un lamentable individualismo particularizante. En nuestros días esto explica el optimismo ingenuo, cuando la prosperidad material se ha hecho patente en considerables sectores de la nueva clase media. El problema grave, la transformación de nuestra sociedad, en el sentido de una mayor justicia humana sigue en pie. La dignidad de la persona humana exige, como fundamento natu-

ral, un orden social que haga posible una propiedad a todas las clases del pueblo. Hay, por eso, un movimiento en marcha en nuestro mundo para brindar los beneficios de la civilización a la inmensa mayoría del género humano que ha pagado su precio sin participar de sus beneficios en los primeros cinco mil años de existencia de la civilización. La conciencia clara de la significación de la « persona » y de « orbe cultural » son para este fin indispensables.

CUEVAS POR CUEVAS



# El secreto de Paganini

POR MARIO A. LANCELOTTI

« *Me falta una base para esta columna de llamas y de nubes. Escuché algo simplemente meteórico y no pude darme cuenta...* »  
GOETHE (en Weimar, 1829)

LA GENERACIÓN ROMÁNTICA en medio de la cual se abrió paso Paganini nos dejó los más variados testimonios literarios sobre la personalidad del gran violinista. Algunos de ellos —pienso en el retrato de Heine, por ejemplo, son notables. Ninguno rivaliza en profundidad con el de Goethe, que lo definió como un meteoro. Pues, en efecto, la individualidad del genovés participa de la condición fugitiva de ciertas apariciones celestes, sólo perennes en el recuerdo de su breve luz mágica. He aquí, a más de cien años de su muerte, todo lo que nos resta de una vida singularmente demostrativa de aquel paréntesis entre dos silencios insondables que Schopenhauer atribuyó a la corta morada del hombre sobre la tierra.

## El hombre

Visto desde más cerca, el aislamiento y la insociabilidad de Paganini, sin parangón entre los virtuosos contemporáneos que, como Liszt, lo acompañan en el orden de otras analogías, corresponden al carácter como signo, en el sentido de Klages o de Spranger, y guardan, así, estricta armonía con su destino de autodidacta y la ausencia de una capacidad magistral que sólo se da, *post mortem*, en los *Caprichos* opus 1.

Falto de verdaderos maestros y discípulos (es bien sabido que no los tuvo), Paganini carece de antecedentes y consecuentes, sin que basten para explicar el hecho la particularidad del genio ni la originalidad de su invención violinística. Tanto o más geniales, Liszt y Chopin alternan la soledad innata del talento con las atracciones de un círculo. En Paganini, en cambio, hasta la vida galante es episódica. Sus protestas, poco sinceras, de una vida doméstica, culminan en la paternidad, y la unión con Antonia Bianchi ronda la prueba vocal más bien que el amor. El juego, la única pasión que comparte con la música, es aventura, también fugaz, de solitario.

Sin otra dimensión universal que la del prodigio, el genio de Paganini es esencialmente vernáculo. No sólo las composiciones dedicadas al fácil asombro del vulgo, seducido por el auge operístico de la época, sino, incluso, la obra maestra de los *Caprichos*, traicionan un aire —un habla— popular que no desmienten los estudios más académicos. Paganini es siempre, sobre todo, un genovés. Su voz, serena o agitada, apolínea o burlona, acusa un color local, cae en dialecto. Así, pues, también la obra es una variante de su condición insular. Considerados en sí mismos, los estudios de

la opus 1 configuran otros tantos orbes cerrados donde la perfección formal concurre con la elocuencia concisa. Nada sobra en ellos, como nada abunda en el avaro que los escribe.

Esta personalidad hermética, explica que su trayectoria vital pueda reducirse a unos pocos rasgos, invariablemente repetidos por sus biógrafos, que, en la materia, se limitan a copiarse mutuamente. La bibliografía oscila entre la especulación fantástica y la monotonía de los datos. Los escritores serios posteriores a la muerte del violinista parten de la *Noticia biográfica* de Fétis, que, de una u otra manera, no hacen sino glosar. En cuanto a sus contemporáneos —un Guhr, un Schottky— no van más allá de observaciones bastante simples, cuando no pueriles. Es verdad que el carácter esquemático de la proyección humana de Paganini, su incapacidad para darse, contribuyeron en parte a la pobreza de las monografías y aun de los estudios que, cualquiera sea el volumen, no sobrepasan los hallazgos de la erudición. De este vacío son menos responsables los contemporáneos, encandilados por el « meteoro », que los investigadores posteriores, desprovistos del *grande amore* y del *lungo studio* que requería la verdadera estatura de Paganini. Carecían, sobre todo, de imaginación. Era necesario « pensar » a Paganini, como éste había pensado, madurado, sus *Caprichos*. Y una tarea semejante sólo podía realizarla quien reuniera la condición del violinista, el espíritu científico y la mentalidad filológica (1).

Nos queda la leyenda, tejida alrededor del donjuanismo, de la proverbial avaricia, de su abusada faz diabólica. De estos tres elementos, la mezquindad, conmovedoramente aliada a la grandeza, es, tal vez, el rasgo que lo define mejor. Sin acudir al auxilio, siempre dudoso, del psicoanálisis, y aun desdeñando el argumento demasiado obvio de un defecto atribuido desde antiguo a sus connaturales, cabe establecer una relación analógica entre la avaricia y el ascetismo a que lo condena su trabajo de forzado en el violín, al que, movido por el propósito de rehacerlo como totalidad, resuelve explotar hasta el fondo. Esta idea del aprovechamiento, del « *sfruttamento* », del objeto, aunque iluminada por el genio,

proviene de quien, espoleado por una infancia dura y el deseo de emanciparse de la férrea tutela paterna, convierte en hábito y hasta en superstición los embates de la escasez. Es muy probable que sólo un avaro genial alcanzara a combinar el « pizzicato » más arduo con el simultáneo paso del arco, a descubrir en el más remoto arcano del instrumento, la melodía final de los armónicos dobles. Sus descubrimientos técnicos son, así, en cierto modo, « ganancias ». Bajo esta luz, el frac raído de que nos hablan sus testigos reconoce la misma alienación que lo conduce a pensar con las manos, a introducir el violín en su naturaleza, y el sonado —y aun oscuro— desprendimiento monetario a favor de Berlioz es casi una confesión, si no una catarsis momentánea que confirma la regla.

Es cierto que también aquí los rasgos de Paganini pueden explicarse sin empleo de la metáfora, recurriendo lisa y llanamente al carácter como destino. A esta condición corresponde sin duda la personalidad autística, para decirlo en términos psiquiátricos, en la que sus misteriosos « retiros » debieron hallar un aliado tan inefable como poderoso. La necesidad de escapar, de con-

(1) Que esa feliz conjunción tuviera lugar a mil leguas de Italia y, paradójicamente, en un país de « sauvages », es la prueba más irrefutable de que el talento habita el universo tanto como una patria. Aludimos a Ezequiel Martínez Estrada y a su trabajo « La voz del violín en Paganini », aparecido en el suplemento literario de *La Nación* del 27 de julio de 1941.

Es interesante observar cómo el silencio que rodea a Paganini, tan vinculado a la pausa meteórica de su genio como al *segreto* de que hizo gala, aparece en mayor escala en la escuela violinística italiana (a la que, por imperio de su destino marginal, aquél no pertenece propiamente), ya que Viotti, en cierto modo su contemporáneo —aunque también su antípoda como violinista y como hombre—, es el último representante de aquella escuela, cuyo cetro recoge prontamente la « escuela de París ». El carácter fugitivo de la parábola vital de Paganini, en el que interviene en parte su asunción de la guitarra, es un rasgo de italiano —pensemos en el proverbial silencio de Rossini, en el decidido abandono que hace Viotti del instrumento para dedicarse al comercio— ligado, quizá, a la versatilidad del tipo. Rasgo sobre el cual no sería ocioso indagar.

servarse, obedece, fuera de las obligadas migraciones del virtuoso, al mismo principio temperamental, y en este sentido podemos calificar su vida entera como una huída, salpicada, es verdad, de aquellos largos paréntesis en que, como Anteo al tocar la madre tierra, logra el retroceso —la vuelta a cero— que le impone su búsqueda instrumental de lo Absoluto, aunque, en definitiva, fugas mayores, signadas por la compulsión de esconderse, volver a sí.

### El secreto

A la reserva de Paganini y, por lo tanto, a la « constelación » del carácter entendido como destino, pertenece, sin duda, el famoso « secreto » de su técnica que, oportunamente revelado por el poseedor, permitiría adueñarse en poco tiempo de las dificultades del instrumento. Es sabido que el violinista, parco y esquivo por naturaleza, no cumplió con la promesa y que sus esforzados seguidores (alguno de ellos llegaría al espionaje) debieron conformarse con hipótesis más o menos verosímiles, aunque, en general, de una increíble pobreza (2). El secreto, claro está, era incommunicable en la medida de la singularidad de un genio al que Paganini servía con la fatal docilidad del « médium ». El camino, la vigilia, es verdad, habían sido largos y trabajosos, pero el resultado en que culminaron, sublimándose, obraría el efecto de borrar las huellas. Ahora, el supuesto misterio de la técnica dependía de aquel « espíritu » en que Paganini hiciera una y otra vez hincapié como un prolegómeno indispensable del secreto. Ya veremos la importancia que para la valoración cabal de Paganini encierra el concepto de « espíritu ». Por el momento baste saber que el « secreto », hábilmente explotado por el virtuoso, concurría a estrechar un círculo que, al dispensarlo del contacto abierto con el me-

dio, preservaba —por aplicación del mismo principio que preside en la naturaleza la conservación de la energía— la incapacidad nativa para un trato humano que excediera su efímera entrega al auditorio. Esta suerte de raquitismo, y aun de torpeza social, se vinculaba tanto al origen humilde de Paganini como a la inteligencia especializada de un instrumento cuya renovación profunda le exigía una dedicación total. Si, como advierte Simmel, la comunicación del secreto entraña una pérdida capaz de comprometer, en ciertos casos, la personalidad entera de quien lo revela, parece claro que Paganini negara una revelación en que le iba, por decirlo así, la vida. Darse, en esta esfera, habría sido tanto como extraviar el dominio del instrumento, por muy absurda que parezca la consecuencia. Es posible que con el dinero le aconteciera otro tanto. El secreto —que en cierto modo es impotencia— entronca con la avaricia por ramas sutiles, y nadie renuncia fácilmente a su cábala (3).

Los estudiosos de Paganini se inclinaron a descubrirle condiciones físicas excepcionales y una habilidad particular para toda clase de trucos o expedientes capaces de facilitar su ejecución. Puede reprochárseles que no se detuvieran bastante en la palabra « espíritu », que un día salió de sus labios para explicar la única posibilidad de sacar partido del *segreto*. Semejante vocablo, en boca de quien rendía tributo a la onomatopeya y al malabarismo, oscurecido, en fin, por las virtudes exotéricas del funámbulo, debió parecerles extravagante y, probablemente, lo desdeñaron. Empero, el término contiene todo lo que podemos legítimamente derivar del genio de Paganini (4). Ese espíritu, que correspondía a su

(3) La correspondencia con Geremi revela, en la única amistad duradera que se le conoce, una buena dosis de interés : la necesidad de apoyarse en alguien, utilizarlo.

(4) En el supuesto de que hubiese revelado la digitación empleada en sus obras, poco se habría adelantado en el terreno interpretativo que era naturalmente otra cosa. Si no la dejó es porque debió reconocerle un carácter personal y, por lo tanto, intransferible (a cierta altura, todo virtuoso termina por usar sus propios « dedos »). Es muy dudoso, por lo demás, que un

(2) Las tentativas enderezadas a resolver el « secreto » por el empleo de una digitación especial aparecen con bastante regularidad y constituyen en sus autores una especie de incubo. Comúnmente, se enredan en sus propias conjeturas, si es que no caen lisa y llanamente en el desvarío.



condición demoníaca o angélica, no podía ser otro que el de un nuevo *razonamiento* del violín o, en otras palabras, el de una estética original, hábil para transmutar en lenguaje las dificultades manuales del instrumento. Esto le fue posible a Paganini en cuanto la « técnica » constituía el epifenómeno de una creación musical que, por añadidura, proponía muy originales hallazgos armónicos. No parece extraño que, en lo que hace a la finalidad del violín, dicho lenguaje se resolviera en canto, y que semejante canto, rival de la voz humana que admiraba en la Catalani y en la Bianchi, fuera la ambición máxima del violinista y, en rigor, su verdadero secreto. También aquí erraron los admiradores y exegetas, al fincar la belleza del sonido en el manejo del arco, sin advertir que el canto representaba, en su doctrina, el « a priori » de una ejecución no diversa de la invención que le daba vida. Fue, así, menos importante para Paganini plantear dificultades que justificarlas en una voz y una semántica particulares, capaces de abrirse paso en el « adagio » como en los pasajes de bravura trascendental. Que el logro de tal prodigio —implicado en una *gestalt* inédita del instrumento— precisara del arduo proceso de la adaptación manual es tan indiscutible como lo es, en sentido lato, el pac-

sistema general, pedagógico, de digitación hubiera trascendido la esfera de aquellas obras. Es sabido que cuando ejecutaba música de otros autores —lo que ocurría rara vez— Paganini se veía obligado a adaptarla a su manera individual. En este orden es permitido conjeturar como increíble que la posesión de tal sistema garantizara, por ejemplo, una mejor ejecución del concierto de Beethoven...

Una facultad que los biógrafos de Paganini se limitan a calificar de mero « fenómeno » fue la exquisitez del oído, en cuanto es éste, tanto como un sentido, el órgano más estrechamente ligado a la inteligencia. Si es verdad que la justeza auditiva es condición previa de todo aspirante a músico, también es cierto que el violinista es algo más que un « héroe de los dedos » (*fingerhed deus*) y « toca », en rigor, con el oído. Esta cualidad de Paganini tenía relación con las virtudes del improvisador y del transponedor, cualidades perdidas en la medida en que el violín pasa de la primitiva e intuitiva juglaría (Lolli, Mestrino) a la condición de « machina » civilizada.

to diabólico que le adivinaba la sabiduría popular, al atribuirle un bautismo demoníaco que los pedantes solucionaban en el plano inferior de la habilidad.

Es muy probable que esta conversión de la técnica en una actividad puramente mental, capaz de someter las complejas exigencias de su propia música a la menor indicación de la voluntad, le llevara los años que componen los espaciosos « retiros » que, según conjeturan los biógrafos, consagra Paganini al estudio. La circunstancia de que en ese lapso profundizara el conocimiento de la guitarra (y muy posiblemente el de la viola) es muy sintomática de su intención de volver a un punto neutral que le permitiera concebir el instrumento desde afuera. Pues si el retiro suponía en Paganini —como en los santos y los filósofos— la necesidad de recogerse en la meditación y, en rigor, un paso atrás para dar mejor el salto, sus incursiones en la guitarra le proporcionaban un « medio » lo bastante ajeno para escapar a las rutinas de escuela y, a la vez, lo suficientemente rico para intentar, de regreso, en el violín, las variadas combinaciones armónicas que le sugería su talento de compositor (5).

El solo esfuerzo de crear una técnica violinística mediante la cual el instrumento alcanzara el rango mental de un habla, habría bastado para calificarlo como un genio y explica que sus ejecuciones lo pusieran en estado de trance y le trajeran una postración que justificaba su negativa a repetir. Alienado en un proceso intelectual

(5) Cabe recordar que tanto la técnica anterior —desde Corelli y Tartini—, como la posterior —a partir de Viotti—, le era en cierto modo opuesta. En uno y en otro caso (con la sola excepción de Locatelli), los violinistas se contentaron con una parte del *todo* que perseguía Paganini. En rigor, tocaban sobre otro violín. Las dificultades que la música de los *Caprichos* y de las composiciones menores proponía a los ejecutantes de la llamada escuela moderna residían en que ésta, heredera, en definitiva, a través de Francia, de la escuela clásica, no podía resolverla con la ayuda de sus medios, cualquiera fuera el grado de su desarrollo, que no fue poco. Entre la mano de Paganini y la de Alard (que fue la de Sarasate) mediaba un abismo: la una no alcanzaba a la otra. He aquí, una vez más, sobre Paganini, el signo de la soledad, el destino de un genio sin transición.

que sobrepasa la actividad neuromuscular en el plano de una acción donde sólo interviene la inteligencia como « saber », Paganini debía compensar la hazaña con descansos prolongados que le permitieran olvidarla hasta el próximo « tour de force ». Así se explica, por lo demás, la desesperación de quienes intentaron sorprenderlo en un estudio que en los años posteriores al « peregrinaje » —favorecido, es verdad, por un repertorio escaso y de invención propia— debió limitar al mínimo. La necesidad, y la idea, de obtener, respecto del instrumento, la *distancia* exigida por la reflexión, corresponde a sus destierros voluntarios, y si Martínez Estrada pudo referir los *Caprichos* a las proposiciones apriorísticas de Kant y a la filosofía pictórica de Leonardo (6), no es exagerado atribuirle, en la concepción y en el tratamiento demiúrgico del violín, el empleo de un sistema que un siglo más tarde culminaría en las *Investigaciones lógicas* de Husserl : al someterlo a un paréntesis no distinto de su libertad de espíritu, Paganini practicaba sobre el violín una primera *epojé*.

### La técnica. Los caprichos

Considerados como obra de arte absolutamente original, los *Caprichos* de Paganini (7) resumen todo el saber del autor, en cuanto configuran el resultado de una estética y de una teoría o filosofía del instrumento. Si fuera lícito separar elementos en el fondo inescindibles y emplear para el primero una analogía pictórica, no parece antojadizo evocar a Goya y a Daumier, de cuyo tremendismo y sentido mímico semejan participar los estudios. Instintivamente, Paganini practicó en ellos el estilo imitativo que le sugería el romanticismo, su propia raíz popular y la tradición juglaresca del instrumento, tal como la habían expuesto —en el plano inferior de su origen plebeyo— los Farina, los Lolli y los Mestrino, sus precursores bastardos en el nivel exotérico de aquél. No podemos ver en el recordado elemento sino el sustrato inspirador de una forma musical que Paganini

perfecciona en el orden de la más alta musicalidad que consiente el género. Así, pues, nunca se insistirá bastante en la intención esencialmente musical de los *Caprichos* : un lenguaje que ante todo « bisogna parlare », ya que los intérpretes de Paganini parecen haberlo entendido de otro modo, al encarar la opus 1 como un problema técnico, si es que no ven en ellos un laberinto cuyo hilo de Ariadna radicara en una supuesta notación digital. Es obvio que los *Caprichos* requieren un bagaje pedagógico y aun condiciones innatas excepcionales (8). Aunque no es menos cierto que exigen un carácter, un *pathos*, en fin, rara vez logrado, incluso por aquellos ejecutantes que consiguen salvar « clara y distintamente » los obstáculos materiales que allí les salen al paso. En este sentido, la más inocente « sonatina » de Paganini plantea dificultades de fraseo, relacionadas con aquel « espíritu » al que nos remite irónicamente su autor como un desafío no distinto del *segreto* (9).

En el orden plástico a que nos conducen, por semejanza, los *Caprichos*, podemos definirlos como otras tantas estampas en que lo grotesco y aun lo guiñolesco constituyen una fisonomía particular, íntimamente ligada al músico. Con el mismo título que Flaubert refiriéndose a *Madame Bovary*, Paganini pudo decir que la opus 1 es él mismo, y aun de cuerpo entero. Los estudios son, así, sus criaturas, en la medida en que las contiene todas, comenzando por el signo monstruoso y caricatural, trasladado a un humor en que las inflexiones del lenguaje humano tienen, de un modo más o menos evidente, lugar principal. Los *Caprichos* constituyen, en este orden, el « subsuelo » del compositor, en cuanto su afán de conocimiento arrebata el violín de las

(8) Dicho sea de paso, la música contemporánea plantea dificultades que superan ampliamente las propuestas por Paganini. Recordemos, como ejemplo, la Sonata de Bartok para violín solo.

(9) Un solo violinista reúne a nuestro juicio, en la actualidad, las condiciones señaladas : me refiero a Salvatore Accardo. A su lado, cualquier otro ejecutante, incluyendo « campeones » de la talla de Ricci, traicionan la esforzada pena del acróbata o el estigma del « conservatorio ».

(6) En el artículo citado.

(7) Dedicados a *gli artisti*.

manos angélicas que nos muestran los pintores primitivos hasta Carpaccio, para restituirlo a una estética capaz de imitar las potencias infernales. Se explica, así, que, hechicero él mismo, su música recogiera la voz siniestra de las brujas como un remedo de su propia figura y un alarde onomatopéyico en que obran, a la vez, los registros de una garganta que gime en el último estertor de su endeble cuerpo de madera y tripa. En esta expresión entre sombría y macabra, en que la voz grave y trémula de la vejez alterna con el canto sereno y virginal de la juventud, no es aventurado descubrir el claroscuro de la vida y la muerte, de la agonía y la plenitud que definen, en la madurez prematura del genio, su espíritu fáustico. Todo ésto, y mucho más, es Paganini en su música, si es que, encadenado por el prodigio y la enfermedad, se daban cita, en él, genialmente traspuestas, aquellas potencias.

En cuanto a la teoría del instrumento, no es difícil conjeturar, en el salto cualitativo que practicó sobre aquél, la búsqueda de un punto arquimédico desde el cual la técnica del violín le revelara, de un golpe, el secreto, y en este sentido su ambición puede compararse a la del « liutaio », que perseguía, en el cuerpo de aquél, la ecuación perfecta del sonido. Cabe recordar aquí que la paciencia del genio salió airosa de la tarea. Los *Caprichos* descubren, en efecto, el hallazgo de ese punto de menor resistencia a través del cual era posible

construir una teoría del instrumento y, con ella, un medio —una « via di mezzo »— que le entregara el *segreto*. Ninguna duda existe en que Paganini lo encontró en las posiciones fijas, así le fuese en ello un trabajo previo de adaptación manual que conjurara la dificultad de las extensiones en el logro de una ductilidad perfecta. Ya la sola posición del cuerpo, también fija, requería un vigor físico extraordinario y significaba, tanto como el acorde inicial en mi mayor del primer *Capricho* (10) —en que la mano actúa desde la segunda posición— una profesión de fe. En este orbe la filosofía de Paganini es, pues, « parmenidiana »: un paradójico tributo a lo inmóvil en el seno mismo de la movilidad. Y es a través de esta concepción como alcanza, naturalmente, la coordenada horizontal de un instrumento hasta entonces explorado en el mero sentido melódico, longitudinal, de la « tastiera ». La guitarra, sin duda, le descubre un instrumento indagado, de ahora en adelante, por acordes: lo que importaba, claro está, una nueva sensibilidad. Es verdad, también, que un descubrimiento semejante estaba implícito en su música y que es en el terreno de la invención armónica donde reside un secreto que los exetas intentaron resolver por el resultado, sin reparar que recorrían el camino a la inversa.

(10) *Nihil novum sub sole*: ya utilizado por Locatelli en su *Arte di nuova modulazione*.

# Viaje a China

POR LORENZ STUECKI

ME SORPRENDIÓ que en la frontera, fuertemente vigilada, de la «Cortina de Bambú» no me preguntarían si llevaba cigarrillos, whisky o «impresos». De todos modos, tuvimos que presentar una declaración escrita sobre la estilográfica, el reloj e incluso el anillo matrimonial que llevábamos, considerados como «objetos importados». No había chinos que cruzaran la frontera. El mismo representante de la Agencia de Viajes China, que se había reunido conmigo en la estación de Hong Kong, se volvió desde la estación fronteriza con el mismo tren británico que nos había traído. Los extranjeros entraban en las aduanas, comían en el restaurante y esperaban el tren chino. En éste, el único coche medianamente confortable estaba ya reservado para los visitantes de la Feria de Artículos de Exportación de Cantón.

## Cantón

En Cantón, el intérprete Fung me esperaba en el andén. Me condujo a un coche perteneciente a la Agencia de Viajes y en él nos trasladamos a un hotel de aspecto un tanto viejo y destartado, que parecía datar de hacía medio siglo. La realidad es, según Fung, que se construyó entre 1958 y 1961. No tuve que firmar nada. Fung fue derecho al ascensor, subimos al tercer piso y después, a través de interminables corredores y vestíbulos, hasta mi habitación. La Agencia de Viajes, el hotel

y el intérprete parecían pertenecer todos a la misma compañía.

Fung resultaba agradable, pero totalmente hermético. Le invité a comer conmigo, pero él rehusó fríamente. Ni siquiera quiso o pudo aceptar una cerveza de un representante de la burguesía, sin duda pensando en evitar todo peligro para su «moral socialista». Contestando a mis preguntas, me informó de que ganaba 80 yuanes mensuales, es decir, unos 33 dólares. Me dijo también que un obrero ganaba aproximadamente 70 yuanes. ¿Qué puede comprar con semejante salario?

Ayer expresé mi deseo de comer en un restaurante, en vez de en el lúgubre hotel, donde sólo viven visitantes extranjeros de la feria y «delegaciones». Fung no se mostró nada conforme. Trató pertinazmente de disuadirme, pero por fin consintió en llevarme a un restaurante en el taxi de la Agencia de Viajes (no sin dar, antes de dejarme, instrucciones precisas al personal). En el restaurante me instalaron en un reservado. Me pregunto si lo que las autoridades quieren es aislar a los extranjeros de los chinos o a los chinos de los extranjeros. Probablemente ambas cosas. La comida —un pequeño plato de langostinos, otro de pollo, un tazón de arroz y un vaso de cerveza— era deliciosa. Precio: 3 yuanes. Para nosotros barato, pero sin embargo más de lo que mi intérprete gana diariamente. ¿Qué chinos van a comer allí? ¿La «nueva clase»?

Había dejado la tarde libre a Fung y

además rehusé los servicios del autobús para trasladarme desde el restaurante. Deseaba dar una vuelta por mi cuenta y utilizar mi máquina de cine. Pero a los chinos les disgusta que les fotografíen. En Hong Kong me dijeron que, según una vieja superstición, la fotografía arrebatara la cara al fotografiado. Tal superstición parece estar aún viva incluso en la «nueva China» ilustrada. La gente se mostraba curiosa y me seguía por docenas y hasta por centenares, pero retrocedió y se alejó cuando intenté filmarla. Después, alguien puso la mano ante el objetivo cuando comencé a filmar una calle lateral que parecía un poco más sucia y destartada que la calle principal. Yo aparté al intruso y empecé de nuevo a filmar. Pero entre los cien o doscientos curiosos que contemplaban la escena había un par de jóvenes activistas —una muchacha extraordinariamente fea, de unos dieciocho años, y un muchacho un poco mayor— que no sólo me impidieron que siguiera filmando, sino que, con actitud amenazadora y palabras coléricas, me acusaron de no sé qué exactamente. Además, prohibieron al conductor de un «rickshaw» (cochecillo chino arrastrado por una persona) que me aceptara como pasajero y era evidente que me querían llevar a la comisaría de policía. Mientras tanto se había formado una muchedumbre de varios centenares de personas. No parecían hostiles, pero formaban a mi alrededor un muro impenetrable y dejaban pasivamente la iniciativa a los dos enfurecidos activistas, que seguían hablándome en chino. Yo replicaba en inglés no menos colérica y agresivamente. Las pocas palabras de mandarín que conocía no produjeron ningún efecto. (Aunque hubiera sabido más, tampoco habría servido de nada: en Cantón la gente habla el cantonés y apenas comprende el mandarín.) La situación empezaba a resultar poco cómoda. Aunque mis dos adversarios no tenían ningún derecho a verlos, saqué mi pasaporte del bolsillo y mostré el visado chino. Era un documento oficial y, además, podían leerlo. La cuestión quedó aparentemente arreglada. Aunque sospechoso, me soltaron, dejándome que tomara el «rickshaw» para trasladarme a mi hotel. Sospecho que la chica activista se quedó sin

comprender por qué su camarada había dejado marchar a quien sin duda alguna era un agente y espía enemigo. Pero el hecho es que aceptó su decisión.

La impresión que produce Cantón, y especialmente sus habitantes, es bastante deprimente. Así como en Hong Kong la muchedumbre china es alegre, abigarrada y vivaz, aquí parece desalentada y apagada. Todo el mundo se viste de un triste color azul oscuro. Imposible ver un solo traje bonito. Todas las mujeres sin excepción llevan pantalones. Naturalmente, la barra de labios brilla por su ausencia.

La mayor parte de las casas son bajas, de uno, como máximo, dos pisos. Ayer por la noche fui a dar un paseo en dirección al centro de la ciudad. En medio de este calor casi tropical todo estaba naturalmente abierto. Las calles se hallaban llenas de gente, sobre todo de niños. Las casas consisten generalmente en una sola habitación que da directamente a la calle; a veces, en una especie de taller o pequeña tienda detrás de la cual se ve una sala de estar o una alcoba. Todo está atestado de gente, de niños, de gallinas. Cantón me habría recordado a Nápoles si el ambiente fuese más alegre, los colores más brillantes, y si de cuando en cuando se oyese cantar a alguien.

Apenas se ven coches, pero sí autobuses de aspecto bastante aceptable. Los cochecillos de dos ruedas tienen, como los taxis en otras ciudades, asientos y faros fijos; los auténticos taxis sólo se encuentran junto a los hoteles. Muchos cochecillos transportan mercancías en vez de personas: ese es precisamente el principal medio de transporte de mercancías. Ya puede imaginarse el trabajo que supone arrastrar con cuerdas un carricoche lleno de ladrillos (y piénsese en la manera de establecer la «igualdad de derechos» para las mujeres, que también tiran).

Hoy le pedí a Fung que me enseñara algunos edificios nuevos. En Hong Kong se construye casi diariamente un nuevo rascacielos comercial o uno de esos bloques de pisos construidos por la comisión de la vivienda (en los que las autoridades británicas han alojado ya a centenares de miles de refugiados que antes vivían en los

suburbios). ¿Cuál es la situación en Cantón? Fung se mostró confuso y descontento. Me dijo que prefería mostrarme parques y museos. Al final me llevó a la «Aldea China de Ultramar», donde el gobierno ha construido unas cuantas casas individuales con terraza, para vendérselas a los chinos de ultramar que vuelven del sudeste de Asia. ¿Nuevos edificios? Los que existían, parecían datar de hace treinta o cuarenta años. De paso, Fung me mostró unos cuantos «bloques de viviendas» de aspecto aún más sucio y viejo. Son también realizaciones del régimen de «después de la Liberación», como Fung llama a la toma del poder por los comunistas en 1949. Parece bastante claro que en los últimos años, después del «gran salto adelante», no se ha construido ningún edificio más. De cuando en cuando se ven casas a medio terminar en las que se han interrumpido todos los trabajos.

Es sorprendente lo pequeño que resulta Cantón. Según mis cálculos, su superficie es menor que la de Zurich. Y, sin embargo, tiene unos tres millones de habitantes, la mayoría de los cuales viven en casas de uno o dos pisos. La cosa se explica por lo densamente aglomeradas que se hallan las casas y por lo abarrotadas que están de adultos y niños.

Ayer por la noche estuve viendo una «ópera» cantonesa moderna. Fung me explicó que antes la «ópera clásica» era el elemento principal del repertorio, pero que en los meses últimos las obras modernas habían sustituido en gran parte a las antiguas. El público del teatro no parecía diferente del de las calles: todas las mujeres con pantalones y camisa o chaqueta gastada, los hombres sin corbata ni chaqueta, muchos de ellos en camiseta. Si es que existe una «clase alta» —y es de suponer que sí existe—, debe vivir camuflada y es imposible reconocerla exteriormente por sus «símbolos sociales».

He aquí el argumento de la obra: el joven Li, un conductor cantonés de camión en la nueva China, se siente descontento de su salario y proyecta huir a la colonia capitalista inglesa de Hong Kong. Pero está enamorado de una muchacha progresiva —es decir, comunista ortodoxa— que, igual que el padre de Li y toda su familia,

quiere disuadirle de que lleve a cabo su plan. Vemos entonces una escena retrospectiva: Cantón «antes de la Liberación». Es el infierno. Wu, un amigo del padre, su medio hermana más joven —que después será la amiga de Li—, su esposa y su hija de once años viven, igual que la familia de Li, en una profunda miseria. Los bandidos roban a todo el mundo, y otro tanto hace la policía. Como el padre de Li no tiene dinero para sobornar a las autoridades y proteger a su hijo de las persecuciones, le envía a Hong Kong.

En Hong Kong los capitalistas viven en situación floreciente. El capitalista está siempre sonriendo astutamente, su esposa es una serpiente perversa, el jefe de Policía (con su fino bigote de villano, siempre sonriendo con astucia o gritando a sus subordinados) les visita frecuentemente. La medio hermana de Wu es la sirvienta de la casa, a la que su señora pega constantemente. El capitalista ofrece al jefe de Policía la mitad de las ganancias para obtener su colaboración en el contrabando en gran escala de opio. Después, el jefe de Policía se va a tomar un trago con la señora capitalista, mientras el marido de ésta medio seduce y medio viola a la criada. La esposa vuelve inesperadamente y el capitalista explica la torpe escena diciendo que ha sorprendido a la criada mientras robaba y que la está pegando. El padre de Li y su amigo Wu se presentan en casa del capitalista como delegados de los obreros para pedirle que pague los salarios de los últimos meses. Naturalmente, al principio les ofrece dinero para que traicionen a sus camaradas, pero, cuando ellos lo rechazan con indignación, les echa de la casa con ayuda de los esbirros del jefe de Policía.

La escena siguiente tiene lugar en el mísero tabuco de la familia Wu. No hay nada que comer, absolutamente nada. La medio hermana —la criada— entra, sin un céntimo, sin trabajo, herida. La abuela está en la cama enferma, la señora Wu apenas puede tenerse de pie y el niño grita. Wu vuelve a casa, chasqueado. Hace un frío terrible. Wu propone vender su gastado abrigo para poder comprar algo de comer, pero su noble familia se niega a aceptar tal sacrificio. Aparece el prestamista, un ruin amigo del capitalista, y pide

despiadamente que le reembolsen el dinero que ha prestado : si no lo tiene en su poder mañana por la mañana, se llevará a la hija pequeña. Desesperación. La hija se ofrece a venderse para salvar a su familia ; lo mismo está dispuesta a hacer la ex criada, que rivaliza incluso con la pequeña por conseguir tal privilegio. El señor Wu se decide por su hija y se va con ella para venderla. Escena siguiente : la madre recorre de noche las calles en busca de su hija. Pero durante sus correrías se muere de hambre. Wu aparece con el salario del pecado obtenido por su hija, pero un policía ladrón se lo arrebató inmediatamente. Entreacto.

Varios años después. Ha llegado el paraíso. La gente se pasea, las muchachas juegan al marro, todo el mundo se muestra radiante de felicidad. De vuelta de Hong Kong, aparece el joven Li en busca de su familia. Inadvertidamente deja caer su monedero junto con el pañuelo. Un policía que pasa, amable y servicial, lo recoge y se lo devuelve a Li. Éste, para quien los policías no han sido nunca más que « gangsters », apenas puede comprender semejante honradez. Pero cuando el policía, con el fin de ayudarlo a encontrar a su familia, quiere tomar nota de su nombre, Li se desmaya. Inmediatamente acude un tropel de personas que se ocupan de él y le llevan a un magnífico hospital. Un simpático doctor y una escantadora enfermera le cuidan y un delegado obrero le trae fruta. Mientras tanto, el policía ha dado con la familia y organiza una jubilosa reunión. Li dice a su familia que ha pasado dos años en la cárcel en Hong Kong, a pesar de ser inocente : acompañaba a un conductor de camión que sufrió un accidente, pero que no tenía dinero para sobornar a la policía. Ahora Li se hace conductor de camión en la nueva China liberada y socialista.

Después volvemos a la primera escena, en que el joven Li, por curiosa paradoja, desea abandonar el paraíso rojo y volver al infierno capitalista de Hong Kong. Su padre le amenaza con expulsarle, su amiga le sermonea y todos insisten machaconamente, hasta que por fin Li adquiere una « visión socialista », hace de sí mismo una autocrítica implacable y, siguiendo el ejemplo y las enseñanzas de Mao Tse-tung, de-

cide servir al pueblo, en lugar de revolcarse en la ciénaga capitalista en busca del provecho personal. Telón.

## Pekín

Llegar a Pekín después de un viaje en tren de más de cincuenta horas debiera resultar algo excitante, un gran momento. Todos los que estuvieron en otros tiempos en Pekín hablan de una ciudad única y encantadora, de la fascinación que produce una cultura milenaria. Pero ¿subsiste todavía esa atmósfera, esa personalidad? ¿Hay que buscar el alma de Pekín con paciencia y sensibilidad, descubriéndola gradualmente, como la de Tokio, tras su seca apariencia?

Hasta ahora Pekín me ha parecido aún más triste que Cantón, más nórdica, más cerrada, más seria y más melancólica. La gigantesca diagonal este-oeste, más ancha que los Campos Elíseos de París, parece terriblemente desolada. Es muy escaso en ella el tránsito rodado ; los pocos cochecillos y bicicletas que la utilizan parecen desamparados. El único toque de humor lo ofrecen los policías. Su misión consiste en regular un tráfico inexistente, con ayuda de semáforos, que ponen rápidamente en el verde cada vez que aparece un coche. La animación es mayor en las calles y avenidas laterales, bordeadas de casas bajas de piedra y de madera, de pequeñas tiendas y puestos de hortalizas. Los autobuses y los escasos coches se abren camino trabajosamente, tocando el claxon, a través de la masa hormigueante de bicicletas, cochecillos y peatones.

¿Qué es lo que fascina a los occidentales en el Asia oriental? Probablemente la actitud apacible de la gente, su capacidad para la alegría de vivir, abierta y sin restricciones, extrovertida como en Bangkok o introvertida como en el Japón. La naturalidad, la autenticidad y el sentido de la belleza prestan cierto encanto mágico y contagioso a lo que se nos aparece como pobreza y atraso material. ¿En qué consisten el encanto y la alegría tan alabados de Pekín? Por lo que me es dado ver, la gente no « goza de la vida ». Cuando trabajan, parecen hacerlo sin placer. ¿Es porque no trabajan para sí mismos y para su familia, sino bajo las presiones para que « cumplan

la norma»? Y cuando no trabajan, ¿disfrutan de su tiempo libre? ¿Se aburren? Anoche hablé con uno de los corresponsales occidentales permanente de Pekín —puesto nada envidiable—, que conoció la China precomunista. «El régimen ha matado completamente la vieja esperanza», me dijo. La vida parece haber perdido toda posibilidad de dicha, de progreso, de interés excitante e inesperado, toda magia y toda fascinación.

El carácter tedioso de la ciudad lo subraya el hecho de que falta todo lo que puede dar sabor a una escena callejera. En vano busqué un escaparate dispuesto con un mínimo de buen gusto, una tienda antigua en la que dar con algo inesperado, una librería en la que mereciera la pena hojear libros, por si fuere posible encontrar algo más que la literatura monótona y estereotipada del Partido, un pequeño restaurante apartado, una canción popular que viene de un patio interior en vez de los altavoces trompeteando en las calles. Pero... nada. ¡Todo es tan triste!

\*

Por la mañana: Museo de Historia Nacional. Por la tarde: Museo de la Revolución. Este era el programa que me habían preparado.

El Museo de Historia Nacional de Pekín es como el que ya había visitado en Cantón, sólo que mayor y más detallado. Viejos objetos bellos y valiosos, mezclados con desvaídas pinturas modernas en las que se representan las antiguas sublevaciones campesinas. Es evidente que a los viejos objetos no se les atribuye ningún valor intrínseco; sirven simplemente como muestras de la vida en una época interpretada exclusivamente en términos de historia social. Los objetos expuestos representan sucesivamente la «sociedad primitiva» (una especie de comuna popular anterior al derrocamiento de la sociedad capitalista), la sociedad esclavista, el feudalismo y el capitalismo. Al parecer se está reduciendo la magnífica historia cultural de China, con sus fabulosas creaciones artísticas y sus cumbres intelectuales, a un comentario sociológico didáctico en el que las sublevaciones campesinas constituyen lo esencial. No hay nada que

indique si un objeto expuesto es un documento auténtico o una caprichosa ilustración moderna. Se supone probablemente que los escolares, campesinos y soldados que recorren en fila india el museo no serán capaces de distinguir entre una y otra cosa. ¿Qué valor se da al arte en sí mismo? ¿No es la creación artística una «superestructura» basada en las condiciones sociales y económicas?

En el Museo de la Revolución, que constituye un himno pomposo al Partido Comunista de China, a su lucha y a su victoria, lo que más me sorprendió fue lo siguiente. El guía, siguiendo fielmente los cuadros, documentos y dibujos del Museo, me explicó la historia del ataque japonés contra China en 1937. Después saltó al verano de 1945, cuando, el 8 de agosto, la Unión Soviética declaró la guerra al Japón y lanzó una ofensiva contra los japoneses, mientras el IV Ejército comunista hacía lo mismo. A raíz de lo cual el Japón capituló. Quedaban así borrados completamente de la historia Pearl Harbor y la guerra que los Estados Unidos, Gran Bretaña, Holanda y otros países hicieron contra el Japón. Yo le indiqué a mi intérprete: «Si la memoria no me falla, hubo algo llamado Hiroshima». El guía oyó la palabra capital, y no pareció gustarle. «Sí», dijo. «Sí, desde luego. Pero la bomba atómica norteamericana sólo mató a gente inocente, no a soldados. Y, en todo caso, el Presidente Mao dice que en la guerra lo importante no son las armas técnicas, sino el pueblo.» Mi intérprete, que en 1945 debía andar en el segundo decenio de su vida, no sabía que la Unión Soviética no declaró la guerra al Japón hasta después de Hiroshima.

\*

Anécdota contada por un «occidental» sobre la actual política rumana de utilizar a Pekín contra Moscú. Una mujer entra en una tienda de Bucarest y pide una libra de té. La vendedora: «¿Desea té chino o ruso?» La mujer vacila, reflexiona y mira dubitativa a la vendedora. «Bueno... compraré una libra de café, por favor.»

\*



Hoy visité el Jardín de la Infancia N° 1 de Pekín. Un largo recorrido en taxi para llegar hasta allí. Estaba ya esperándome un comité de recepción: la directora, un maestro y otra mujer cuyas funciones no me explicaron en rigor, probablemente las de supervisora del Partido. Una sala de recepción con un retrato de Mao y butacones con antimacasar. Sirvieron el té. Unas cuantas frases de bienvenida y a continuación una breve conferencia sobre el Jardín de la Infancia N° 1. Me enteré de que hay en él 185 niños entre los tres y los seis años, divididos en cuatro clases y atendidos por 40 personas adultas. Todos los niños y algunos de los maestros viven aquí, pasando sólo los fines de semana con sus familias. « Antes de la Liberación », apenas había jardines de la infancia con pensionado completo, actualmente hay muchos, y el que ahora visito es bastante característico y corriente. Después pregunté cuánto pagaban los padres. Veinte yuanes al mes (el Estado contribuye con diez yuanes mensuales por cada niño), es decir, entre el tercio y la mitad de lo que gana un obrero. En respuesta a mis preguntas, la directora me informó que los padres de los niños son en su mayoría médicos, profesores y altos funcionarios civiles. Pero no quiso decirme cómo se efectúa la selección y quién decide qué niños pueden ingresar en el establecimiento. No cabe duda de que no se trata de un jardín de la infancia medio y característico. Lo elevado del precio indica que existe ya en China una « nueva clase » que dispone de jardines de la infancia especiales.

A los niños más pequeños se les da un cuarto de hora de « instrucción » diaria, a los mayores dos períodos diarios de media hora cada uno, durante los cuales los niños se ocupan de música, artes y artesanía y trabajos manuales, aprenden a amar a la patria socialista y a los camaradas dirigentes, asimilan la moral comunista y se enteran de que las cosas bellas como los parques, las flores, las muñecas, el aparato de televisión del jardín de la infancia, etc., se las deben al camarada Mao y a su gobierno.

Después me hicieron recorrer el establecimiento. El material es bueno. Todo está muy limpio y bien preparado. Los niños bien vestidos y limpios, una foto de Mao

cuelga en cada habitación. Los niños más pequeños muestran una naturalidad y una libertad encantadoras. En cambio, los de cinco y seis años producen la desagradable impresión de que tienen ya práctica en la recepción de visitantes.

Por la tarde visité una escuela elemental. Nuevamente un largo recorrido en taxi (¿no había escuelas elementales en las proximidades?). El ruido y la gritería eran aquí mucho mayores. Cada vez que entraba en una clase con el comité, todos los niños se ponían en pie, me saludaban en coro y aplaudían. Después volvían a sentarse y continuaban trabajando, como si no hubiese extraños. Sólo una niña de ocho años volvió subrepticamente la cabeza cuando yo me puse a mirar por encima de su hombro el dibujo que estaba haciendo. Me agradó mucho esta muestra normal de curiosidad infantil.

La lección de pintura era notable. Todos los alumnos tenían que copiar la misma ave disecada. (Por una vez no era un tractor.) Al parecer, ya no se cultiva la pintura clásica china; es fácil comprender que se considere peligrosa la imaginación.

La escuela, fundada en 1954, ha sido bautizada de nuevo con el nombre de « Escuela Elemental de la Amistad Chino-Cubana ». Tiene 1.700 alumnos, 47 maestros y 9 empleados. Los niños de siete a doce años —correspondientes a las clases 1ª a 6ª— aprenden, de acuerdo con los planes de estudio tipo establecidos por las autoridades, chino, aritmética, historia, geografía, música, pintura y deportes. La política es una materia aparte que estudian sólo las clases superiores, pero las cuestiones de actualidad se discuten regularmente con los alumnos. A partir de los nueve años, el 85 por ciento aproximadamente de los niños entran en la organización de los « Jóvenes Pioneros (que corresponde, digamos, a la « Hitler Jugend » nazi y al « Konsomol » soviético). ¿Qué pasa con el 15 por ciento restante? Unos no desean ingresar en la organización; a otros no se les considera dignos de ello. La cosa está psicológicamente muy bien organizada. La amenaza de ser expulsado de la comunidad de los buenos —con lo cual no se puede llevar la espléndida corbata roja de los jóvenes pio-

neros— tiene que ejercer necesariamente una presión considerable sobre los niños. Pero, cuando un niño no desea ingresar, ¿no se ocultan los padres tras esa decisión? ¿Cómo puede imaginarse una oposición política consciente en un niño que aún no ha cumplido los diez años? Sospecho que los niños así forzados a «autodiscriminarse» tienen que sentirse indispuestos con sus padres.

\*

Mi primera visita a una fábrica: un taller de construcciones mecánicas. No existían cifras de producción. Cuando se las pregunté al director, se remitió a la «capacidad de producción». ¿Es, pues, la misma que la producción real? «La producción varía de acuerdo con las necesidades.» Pero ¿cuál fue la producción en 1963? «Se cumplió el plan». ¿Y cuál era el plan? «Todavía no se han publicado las cifras.»

Incluso a una persona técnicamente tan ignorante como yo, le basta darse un paseo por la fábrica para comprobar que ésta trabaja muy por debajo de su capacidad teórica. Numerosas máquinas están paradas. Muchos trabajadores permanecen de pie junto a ellas, ociosos. Hay una cantidad asombrosa de muchachas...

En lo que se refiere al salario, los trabajadores se dividen en ocho categorías. El salario mínimo es de 34 yuanes al mes, el máximo de 107 yuanes (lo cual representa, aproximadamente, de 12,50 a 39 dólares). Tanto la categoría en que se está como el paso a una categoría salarial superior se determinan a base de «una prueba por votación del personal», según me dijeron. No es difícil imaginar cómo funciona éste sistema. (El responsable del Partido dice a los obreros cómo han de votar; y votar en contra de sus instrucciones representa el bloqueo del propio salario, de manera que, en la práctica, dicho responsable detenta el poder de distribuir premios o castigos según los méritos o deméritos de la actitud ideológica del trabajador.) No obstante, parece que el gobierno —según he oído afirmar más de una vez— también intenta premiar de esta forma la habilidad técnica.

La semana laboral es de 48 horas. Las vacaciones sólo existen para aquellos trabajadores cuyas familias no viven en la mis-

ma ciudad. Los cuidados médicos en el hospital son gratuitos para el trabajador; la familia paga la mitad de la tarifa. En la práctica, este último sistema es casi universal.

Existen pensiones para la vejez, que vienen a representar entre el 50 y el 70 por ciento del salario percibido. Los trabajadores solteros viven en viviendas colectivas, construídas para ellos en los terrenos de su misma fábrica; también se alojan en ellas algunos casados. La fábrica sostiene, además, escuelas nocturnas, un jardín de la infancia y un club con grupos de teatro, de cine y de deportes. El Comité del Partido vela por la instrucción ideológica del personal.

Cuando me estaba despidiendo, vi un soldado armado con una pistola, de pie a la entrada. ¿Qué estaría haciendo? «Protege la fábrica.» ¿Contra quién? «Contra los agentes de Chang Kai-chek y los antiguos terratenientes ávidos de sabotaje.»

\*

Hay para desesperarse. ¿Qué es lo que realmente está ocurriendo en China? En el mejor de los casos, la imaginación puede ayudarnos a adivinar, a oler algo, a representarnos indirectamente el cuadro. Todas mis visitas a escuelas, a fábricas, a hospitales, a estudios de artes y oficios, han resultado casi inútiles; de ellas no he podido sacar casi nada en limpio. Los representantes del régimen rodean todas las escenas de pantallas suavemente barnizadas. Imposible averiguar, ni siquiera imaginar, lo que la gente piensa. Pero, desde luego, su parloteo constante sobre «antes de la Liberación, después de la Liberación» resulta tan primitivamente estereotipado, tan inefablemente impersonal con su repetición mecánica del catecismo del Partido, que parece imposible hallar un ser humano real y auténtico detrás de la máscara que habla. No existe la menor posibilidad de contacto, ni siquiera a través de una mirada, de un gesto, de una sonrisa. Hace ya dos semanas que estoy en China. ¿He experimentado, he descubierto, he aprendido alguna cosa que sea espontánea, sin ensayar, natural y abierta? La única cosa que puedo exceptuar es la confianza de una chiquilla de unos

tres años que iba en el tren de Cantón a Pekín y que me miró con un asombro fascinado, se vino hacia mí, alargó sin decir una sola palabra su mano para coger la mía, y permaneció a mi lado. Incluso en este caso —que en cualquier otro país, a pesar de todas las barreras lingüísticas, hubiese producido alguna reacción emocional espontánea entre los adultos—, tanto los padres de la niña, como el camarero del wagón-restaurante y nuestros compañeros de viaje permanecieron distantes y tensos. Si no hubiese conocido al chino cordial, alegre —por lo menos en apariencia— de Hong Kong, de Formosa y del sudeste de Asia, y a los japoneses, muy bien hubiera podido creer que los asiáticos orientales «son así». ¿De dónde les viene tan tremenda inhibición?

Un extranjero que vive aquí desde hace bastante tiempo me contó que cuando alguien se niega a someterse ciegamente a la voluntad del régimen —por ejemplo, si al terminar el aprendizaje desea quedarse a trabajar en Shanghai en lugar de irse a las estepas de Sinkiang—, la policía secreta *no* le detiene. En lugar de ello, sus amigos, que conviven con él en el trabajo, en el club, en la «Organización de Combate», e incluso en el dormitorio colectivo, los activistas y los fanáticos del Partido, sábelotodo y reformamundos, apelan sin cesar a su conciencia y le hablan de su deber para con el pueblo y de la moral socialista, hasta que se deja convencer...

¿Acaso mi preocupación tan europea por la libertad hace que esté deformando las cosas? Según lo refiere la gente, en China nunca ha habido libertad, todo el mundo ha estado siempre dominado primero por los funcionarios, después por los clanes familiares y sus convenciones. Imagino que esto es cierto. No cabe duda de que la disolución de la autoridad familiar causada por las ideas liberales de Occidente, así como la desintegración de la autoridad de los funcionarios, debida a una corrupción creciente, creó un vacío que el aparato del Partido Comunista se apresuró a llenar. Pero ¿es que el orden social y el gobierno

autoritarios que existen todavía hoy en varios países no comunistas en vías de desarrollo, no dejan al pueblo un margen de acción suficiente para que goce de libertad, cuando menos en su vida privada? Tal vez ese margen sólo sea aplicable en casos muy limitados, y tal vez desaparezca rápidamente cuando alguien intenta aplicarlo a la política o a la libertad de expresión. Pero, por regla general, la mayoría de la gente no experimenta una necesidad apremiante de estas cosas, al menos en los países que no han pasado por una larga evolución hacia la democracia. Parecen sentirse satisfechos con que se les permita ser felices a su manera, en su pequeño reino privado, en la alegría y en la tristeza, en el amor y en el odio, en el sentido común y en la tontería, en las creencias y en las supersticiones. Naturalmente, el poder oficial arbitrario —o la tiranía de un cabeza de familia— puede estallar de repente, como un rayo, incluso dentro de este pequeño reino, pero sin hacer que se estremezcan permanentemente sus fundamentos.

La diferencia radica en el régimen totalitario. Éste exige un dominio y un control totales; pide fe y un respaldo moral activo; se arroga a sí mismo el derecho de determinar lo que merece alegría o dolor, amor u odio. La «Gran Hermandad» no puede mostrarse indiferente ni a las amistades ni a las conversaciones susurradas por la noche en la cama, ni a las modas, ni a los bailes, ni al trabajo ni a los ocios. No cabe duda de que «la dominación total sobre las mentes y los corazones de todos los hombres» es algo tan utópico como la sociedad sin clases. Pero, mientras en la Unión Soviética y en los países de la Europa del Este las exigencias ideológicas se van reduciendo gradualmente a solicitar una lealtad aparente y una renuncia a toda oposición activa, aquí el ataque de la ortodoxia fanática conserva todavía toda su fuerza. En el conflicto que opone la China Roja a la Unión Soviética, esto puede ser una causa de disensión mucho más profunda que la rivalidad pasajera entre los dirigentes de Moscú y de Pekín.

# ciencia

## Necesidades de materia gris

POR ARTURO ALDUNATE PHILLIPS

**M**ETIDOS EN EL TORBELLINO del progreso, nos resulta difícil apreciar la importancia relativa de los factores que lo determinan y que lo están acelerando de manera tan asombrosa. Tampoco acertamos a valorar los peligros que este avanzar vertiginoso entraña.

Todas las cifras que muestran el ritmo del devenir humano se ven acrecentadas violentamente. La población de la tierra, de 250 millones que alcanzó el año 1 de nuestra era, logró duplicarse en 15 siglos; los 500 millones de seres del año 1500, se duplicaron a su vez en sólo 3 siglos y medio. Es decir, el año 1850 la población del globo alcanzó a mil millones. Y entonces se hicieron presentes los primeros síntomas del torbellino y en poco más de un siglo el enjambre humano fue tres veces más numeroso. El año 1962, la población de la Tierra inscribió en las estadísticas universales la gigantesca cifra de 3.060 millones de seres; y en el próximo año 2000, solamente dentro de 35 años, al actual ritmo de crecimiento, esa cifra se habrá incrementado hasta 6, 7 u 8 mil millones.

Mientras tanto, la vida media de los hombres civilizados ha aumentado de 30 años, que era su término medio durante el imperio romano, en la capital del mundo, y 32, que era a principios de este siglo en Alemania, a 72 años, que fue el promedio fijado para la vida de una mujer en los Estados Unidos el año 1962. Y los hombres de ciencia hablan ya de los gerontes del fin

de siglo con 100, 125 o más años, en plenitud de su vigor físico e intelectual.

Por otra parte, el ser humano ha acrecentado sus conocimientos y habilidades a velocidad aún más fantástica. Buckminster Fuller, miembro del « trust de cerebros » del Presidente Roosevelt el año 1935, antes de todos los asombrosos descubrimientos realizados en los últimos tres decenios, afirmaba pintorescamente: « Se ha calculado que el hombre moderno es 630 veces más diestro que Adán. Eliminando formas deficientes de trabajo, cuatro millones de norteamericanos, dedicando 52 días de 7 horas al año (lo que representa una hora diaria), podrían satisfacer todas las necesidades básicas requeridas para vivir ». Y este aumento de conocimiento y habilidades se sigue incrementando en nuestros días con aceleración logarítmica. No bastan las imaginaciones más desbocadas para adelantarse a lo que la ciencia, realmente, nos va entregando cada día.

Técnica y ciencia adelantaron hasta hace una centuria por caminos inseguros, con avances y retrocesos. En los comienzos del Renacimiento, alrededor del nombre de Galileo Galilei, puede situarse el nacimiento de la investigación científica y la iniciación de las búsquedas de las fórmulas de los « cómo » y los « cuántos », en reemplazo de las indemostrables de los « porqués », que desde los griegos y durante siglos, paralizaron el desarrollo del conocimiento.

Apenas entonces los matemáticos y fisi-

cos empezaron a concretar esquemas verdaderamente científicos. Pero todavía el camino era abrupto y accidentado, y la marcha lenta. A fines del siglo XIX se habían descubierto ya muchas cosas ; pero sin una disciplina axiomática o verdaderamente epistemológica, los hombres de ciencia y filósofos de la época creyeron, vanidosamente, aclarados en definitiva muchos conceptos. La verdad era que la ciencia vio enloquecer la brújula que la orientaba, y la filosofía estuvo perdida.

Súbitamente se produjo el milagro : en unos pocos años, toda la luz escondida en los planteamientos y hallazgos realmente científicos de los dos siglos anteriores, se difundió violentamente sobre el planeta. Y lo hemos presenciado : ante nuestros propios ojos se ha levantado el vórtice, hemos visto trastrocarse las bases del conocimiento, quebrarse y agrietarse los cánones de la ciencia, de la tecnología y la producción ; hemos asistido al nacimiento de un nuevo mundo.

Formidables centrales generadoras de energía, poderosas y extensas urbes industriales, complejos laboratorios en los que se utilizan métodos y técnicas de maravillosa precisión, inmensas universidades y centros de estudio que han remozado y hecho cada día más eficientes los sistemas matemáticos y científicos, asombrosos sistemas de transporte y comunicación, han ido creando la enmarañada estructura del mundo en que vivimos y han hecho posible este avance espectacular.

Pero el mundo cojea ; los medios y niveles de vida de los grandes centros del planeta son alcanzados sólo por una pequeña parte de sus pobladores. Y cada día parecen hacerse mayores las diferencias y las distancias más insalvables.

Crecen las ciudades como hormigueros, crecen los laboratorios y centros fabriles ; los préstamos internacionales van en ayuda de los pueblos más pobres, siempre los más numerosos y siempre a la zaga. Las Naciones Unidas, o reunidas, buscan fórmulas para afrontar las permanentes crisis con criterio universal. Hay que vestir, alimentar, cobijar y educar a ese torrente de nuevos seres que implacablemente y como una marejada de termitas, van cubriendo

la superficie de la tierra. La ciencia y la tecnología tienen las respuestas y los métodos para convertir a esas masas en reales seres humanos, pero a base de una drástica condición : para entregar toda la cantidad prodigiosa de bienes, servicios y educación necesarios, los favorecidos, en su casi totalidad, no deben intervenir en el proceso. Serán las nuevas máquinas, las máquinas cibernéticas servo-mecánicas, serán unos pocos millones de cerebros de alta categoría, asesorados por equipos electrónicos, los que darán la respuesta.

De modo inopinado ha surgido la época de los sabios, de los técnicos, de los investigadores, de los ingenieros ; ha irrumpido esta era en que la mayor riqueza está almacenada en la materia gris de hombres debidamente educados, preparados y robustecidos intelectualmente, y ayudados por equipos mecánicos y electrónicos capaces de resolver problemas y enfrentar casos hasta ayer reservados sólo a la mente humana. Sí, computadores electrónicos, pero ellos requieren ser creados y construídos por hombres de ciencia y tecnólogos de extraordinaria capacidad y exigen también ser manejados por cerebros suficientemente poderosos y sabios como para fijarles sus tareas y los adecuados métodos de trabajo. Todas estas exigencias son parte del proceso que la humanidad está viviendo, pero ellas hieren una vez más a los países débiles, que han debido hacer retumbar su grito de alarma : los sabios, los técnicos, los científicamente educados, buscan los centros donde abunda este tipo de intelectualidad y donde existen los medios para la necesaria y costosa investigación y el ambiente apropiado para el desarrollo de la imaginación creadora, de la inteligencia en afán de búsqueda, del homo sapiens por fin señor del hasta ayer homo faber. Y estos países en « subdesarrollo », como se les llama, empiezan a quedar desguarnecidos y huérfanos de mentes capaces de entender siquiera el nuevo amanecer.

\*

Poco sabemos del flujo y reflujo de los hombres de ciencia y tecnólogos detrás de la cortina de hierro. Pero las informaciones recibidas parecen confirmar que allí tam-

bién se está produciendo el fenómeno a pesar de la extraordinaria preocupación de las autoridades soviéticas para acelerar la entrega de cerebros debidamente preparados. Se ha mencionado que sólo China necesita varias veces más hombres de ciencia, técnicos e ingenieros que todos los que Rusia puede producir en varios años.

En el mundo occidental hay un hecho claro : la masa gris calificada se desplaza como un torrente hacia los Estados Unidos. Y los países como Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Holanda, Suecia y otros, que alimentan este caudal, se reabastecen de sus pérdidas en otros centros menos calificados. Los débiles ven así agostados sus ralos campos científicos y atraídos sus sabios y trabajadores intelectuales, preparados con esfuerzo y sacrificio, por el poderoso imán de los centros más fuertes.

Entre 1948 y 1961, 44.430 sabios (ingenieros, profesores, médicos, físicos) extranjeros, entraron en los Estados Unidos. De los 40 Premios Nóbel que trabajan en sus laboratorios, 25 solamente son de origen y preparación americana. 17,3 % de los miembros de la Academia Nacional de Ciencias son extranjeros de origen. Los servicios informativos americanos muestran que en 12 años este país ha recibido una élite intelectual igual a la de un país como Francia o Inglaterra (sólo el 10 % de la masa total de los sabios americanos), *pero de un más alto nivel*. El porcentaje de los Premios Nóbel atraídos en este período pasa del 38 por ciento. Bastan los nombres de Einstein, Teller, Fermi, Slizard, Werner von Braun y otros, para apreciar su categoría. El Canadá ha proporcionado la mayor parte de este acervo. Le siguen Inglaterra y Alemania. El 65 % de los sabios noruegos que se expatrian, lo hacen hacia los Estados Unidos. Pero estos países de alto nivel compensan sus pérdidas, cosa que no sucede a los países débiles. Yugoslavia ha perdido el 15 % de sus sabios ; Noruega, el 23 por ciento. La República Argentina ha visto alejarse de sus tierras, desde la última guerra, 5.000 ingenieros instruídos en sus universidades. Y en las zonas realmente subdesarrolladas la situación es aún peor. La universidad de Kumasi, en Ghana, entregó el año pasado 15 diplomas. Catorce de los diplomados dejaron el país ; el 58 % de

los estudiantes griegos que se dedicaron a la ciencia, terminaron sus cursos en el extranjero.

Es indudable que el fenómeno más avasallador y urgente es el de la superpoblación. Pero no parece que pueda ser resuelto si no se cuenta con un núcleo de inteligencias debidamente preparadas. Así, la huida de materia gris hacia ciertos centros de concentración y la intrínseca escasez de hombres capaces de manejar el mundo científico y técnico que está en vías de creación, deben ser considerados previamente. A nosotros, pueblos en proceso de desarrollo, no nos bastará ya para afrontar nuestros problemas fundamentales la ayuda de capitales o aun de técnicas venidas de los grandes centros comerciales e industriales del mundo ; deberá ayudárenos también a robustecer nuestros organismos científicos y tecnológicos, a dar a nuestros investigadores y sabios los medios y el ambiente necesarios para que puedan mantenerse entre nosotros y producir, intelectualmente, en nuestro medio ; para que puedan conocer las características de este mañana que, puede decirse, estamos ya viviendo, y entender su idioma.

Las universidades se han hecho más necesarias que las fábricas, pues éstas ya no pueden surgir sin la ayuda de los egresados de las primeras. Por desgracia, hasta los países poderosos del orbe, los Estados Unidos, Inglaterra, Rusia y otros, reconocen que se hallan muy lejos de estar creando el número de inteligencias debidamente capacitadas necesarias y, por consiguiente, que el progreso está en peligro de verse detenido por esa causa. Y se trata de un « progreso » necesario para subsistir y sostener el progreso ya alcanzado. Existe una inercia que exige que se mantenga la velocidad de crecimiento so pena de un desastre incalculable.

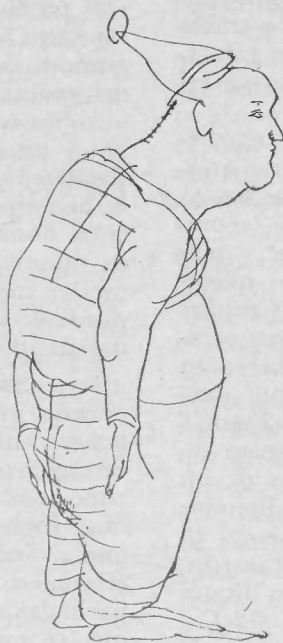
El mundo de hoy y, más aún, el de mañana, ese que, hay que repetirlo cien veces, ya comenzamos a vivir y que vivirán plenamente nuestros hijos, es el mundo de los hombres intelectualmente preparados ; sólo ellos podrán manejarlo ; a ellos les corresponderá crear las indispensables condiciones para que la masa humana, cada día menos necesaria en la producción de medios

de vida y servicios, pueda vivir en un mundo en que el trabajo será de otra especie ; y tal vez servirá para que cada ser logre cultivar, como lo que más vale de él, la flor de su espíritu.

La necesidad del ocio, único capaz de permitir el robustecimiento espiritual del hom-

bre como ya lo propugnaron los griegos al defender la esclavitud, parece un hecho imposible de esquivar. Afortunadamente, los nuevos esclavos son de hierro y podrían servir a una humanidad en la que la justicia, la paz y los valores del espíritu, fueran sus formas más valiosas de expresión.

CUEVAS : « COMEDIA HUMANA »



*Las leyendas de las fotos reproducidas son las siguientes :  
1) Una india boliviana ; 2) En las aldeas de Bolivia no falta nunca la iglesia ; 3) Indios construyendo su casa.*

Fotos © M. Chamudes.









# LOS CONCURSOS DE " CUADERNOS "

## Aquel hermano distante

POR PORFIRIO MENESES

ERA EL ATARDECER y llamaban con los nudillos del regreso.

Ella dejó el zurcido, giró el botón de la radio, y al impulso de un suspiro se dispuso a salir.

Había estado sufriendo « ¡Por Dios, Armando, no me abandones! », junto con la melosa mujer de la radio pensando en lo hermoso que sería el hombre cruel que anunciaba su partida. Sin sospechar, seguramente, que aquel « No, María Elena. Es preciso. La fatalidad nos persigue », tan varonil, podía pertenecer y pertenecía (una contra cien, moneda sobre moneda en el tapete) a un granuloso y esmirriado actorcillo comido por el hambre.

Con todo, la puerta al abrirse le entregó un zambo de siempre, enchalinado y currupantioso.

— Hola, nera.

— Quiay, tú.

Se volvió ella, tal como solía caminar, muy para los ojos.

Entonces el deseo ascendía con el arrebato de la espuma en un vaso de cerveza.

Se quitó la chalina y la arrojó. Se quitó el saco y lo colgó en un clavo que atravesaba la oreja derecha de un Valeriano sonriente en papel couché, visto en tarde triunfal de las que no se repiten.

Ella sonaba unas tapaderas en la cocina. Pero en la mesa había un pequeño paquete con cinta de celofán.

— ¿Quién vino?

— ¿Quién tenía que venir?

El zambo se acercó y volteó el paquete con un dedo. Debajo había un papel doblado.

— Es el retazo que faltaba, hombre. Ya' 'brás traído la plata, porque dice que no me entrega el vestido si no le pago todo.

Era una esquila doblada en tres con un extremo en trapecio, de borde engomado.

— Ah, ese papel lo traje uno de gorrita.

« Cantería EL MILAGRO S.A. (Fundada en 1923) Señor—Crisanto Nieves— Muy Señor nuestro : Estimaremos se sirva usted pasar por nuestras oficinas de Coca 324/506 el día de —mañana— a horas 3.30 p.m. — para tratar de asunto que le concierne. De Ud. attos. y SS. (Un gabarato. Un sello) Asesoría Legal ».

— ¿A cómo estamos? —miró el diario que estaba sobre la cama— ¡Uy, mier ... si esto era pa hoy. ¿A qui'ora lo trajieron?

— Hace un rato nomás. ¿Pa qué será? A lo mejor nos hemos sacao la lavadora. Yo mandé unos cupones.

— Qué sé yo. Tendré que ir mañana. Qué vaina, voy a perder el dominical.

— Ah, no, m'ijito. No me vas a venir con eso otra vez. Y salta con la plata, no dirás que no te dieron hoy algo.

Se veían los pezones oscuros bajo la tela floreada. Ella tenía la mano tendida y movía los dedos por delante de sus ojos airados.

— También tas tú con la plata y la pla-

ta, caramba. No me han querido dar nada.

— ¡A mí no me vas a tener así, so pedazo de... (Perdón. Ella se desataba el delantal)... ¡Y qué le digo ahora a la costurera! Malhaya la hora que me enredé con un pelao, sin hacerle caso a mi vieja. ¡Yo, de bruta...!

— ¿Y qué quieres quiaga si el contratista está amargo y el ingeniero no viene?...

— ¡Yo no sé nada! ¡Tenías que traer la

plata y nada más! (El delantal voló sobre una silla). Y ahora, ¿qué hago, qué hago?...

Carnes duras, opulentas, el zambo la miraba moverse de aquí allá cogiendo el peine, poniéndose ganchillos entre los labios.

— Pero no te calientes, nera. Mañana seguro que...

— Qué mañana, ni niño muerto. Toos los días es lo mismo. Tendré que ir otra vez donde mi comadre Rosa. Ya lo decía mi amá, caramba.

### Fallo del jurado peruano

Fue algo así como el parto de los montes. Larga tarea resultó revisar 437 cuentos llegados a esta redacción al concurso convocado por la revista *Cuadernos* de París, auspiciado por el Congreso por la Libertad de la Cultura y *7 Días*. El suspenso se prolongó, tal vez sí, demasiado y por ello damos de inmediato los nombres de los ganadores:

*Primer Premio*: Al cuento « Aquel hermano distante », seudónimo Candombe y que, abierto el sobre respectivo, correspondió a Porfirio Meneses. Seis mil soles.

*Segundo Premio*: Al cuento « La amistad », seudónimo Telémaco. Abierto el sobre respectivo, correspondió a Carlos E. Zavaleta. Dos mil soles.

*Tercer Premio*: Al cuento « Los hijos », seudónimo Nazario. Abierto el sobre respectivo, correspondió a Eugenio Buona. Mil quinientos soles.

De los once cuentos que fueron seleccionados entre los casi quinientos, se ha distinguido a tres más con menciones honrosas y estos son: « Alcornoque », seudónimo Eridú (abierto el sobre respectivo, sólo estaba consignado el número de la libreta electoral 2272894). « La tarjeta del diputado », seudónimo El Chiclayano, correspondiente al nombre de Pedro Reyes Zeña. Y « La Patria Enemiga », seudónimo El Solitario de Sayán, correspondiente al nombre de Carlos Thorne.

El Jurado de este concurso estuvo compuesto por Washington Delgado, Jorge Puccinelli, Mario Castro Arenas, Luis Jaime Cisneros y Elsa Arana Freire. Las reuniones de pre-selección se realizaron con la observación del representante del Congreso por la Libertad de la Cultura en Lima, Jorge Luis Recavarren. La lectura de los trabajos demandó muchísimo más del tiempo previsto, motivo por el cual la fecha anunciada para dar a conocer los resultados fue varias veces

postergada. Finalmente y tras acuerdo unánime, el Jurado deliberó y otorgó los premios a los cuentos mencionados más arriba.

No obstante, para aquellos que no han participado en las finales, es justo otorgar una voz de aliento y estímulo, porque pocas veces en el país se ha acudido en número tal para un concurso de cuentos, género que parece gozar del favor de nuestros escritores.

El ganador del primer premio, Porfirio Meneses, no es un debutante. Profesor, cuentista, hombre de teatro, de él se conoce *Cholerías*, *Campos marchitos*, *El hombrecillo oscuro* y otros. El cuento que ha presentado al concurso está muy ambientado y bien escrito, con una historia no exenta de dramático contenido.

El segundo premio ha recaído en manos de Carlos E. Zavaleta, conocido escritor e intelectual, profesor de literatura y actualmente residente en Bolivia como Agregado Cultural a nuestra Embajada. Varias veces premiado por sus cuentos, *La amistad* (hoy distinguido en el concurso), es un áspero relato donde retoza una escondida ternura.

*Los hijos*, tercer premio, ha salido de la pluma de Eugenio Buona (nombre de guerra de Francisco Vallebuona, poeta, escritor y ahora gerente de una empresa editora). Es autor de varios libros, entre ellos *Historias como fábulas*, *Pie a tierra*, *Territorio del hombre*, *Letánica*. *Los hijos* está ambientado en la sierra y su lenguaje parece extractado de ahí mismo.

*7 Días* saluda a los ganadores del concurso y también a aquellos que sin ser especialmente distinguidos, dieron brillo en número y calidad a esta cita de escritores y cuentistas peruanos.

*La Prensa*. Lima, 21 de marzo de 1965

Se peinaba apresuradamente mirándose de costado en el espejo. Siempre agitada entró en la cocina, sonaron unos platos, chasqueó agua derramada sobre plancha caliente. Cuando salió se sujetaba una onda brillante sobre la sien izquierda. Tenía vellos en la axila y un surco que divergía comado en el escote.

— Ahí tienes los frejoles, la sopa no está lista. Te sirves si quieres, y si no, me esperas...

— ¿Hasta qué hora vas?

— Hasta que se me dé la plata.

Se fue con sus glúteos y el paquete y un portazo violento. Todavía salió él unos tres pasos quimbosos, mirando el suelo, pero luego se volvió, siempre con las cejas fruncidas. Qué tal vaina ese contratista, es un maldito y ni mañana va a querer.

El papel había caído al suelo y él lo recogió. « Muy Señor nuestro : Estimaremos... » Se lo puso en el bolsillo del pantalón.

— ¿Pa qué será? Y el dominical... derrepente es pa una macana.

Se sentó lentamente en la cama, cogiendo el periódico que estaba doblado por el asunto del japonés que mató porque su mujer lo engañaba. No leyó la información porque la conocía desde el almuerzo. Se detuvo más bien en la página donde el autorizado comentarista deportivo — toda una firma de cachito, pilsen y dos vasos — analizaba las infalibles probabilidades que tenía el « Alianza » para ganar el domingo al « Boys », argumentando de la misma manera que lo hiciera el día anterior para demostrar todo lo contrario y no perder así el acierto del lunes. El zambo, repantigado sobre la almohada, sonreía complacido con las verdades del cronista. Este es un trome, canejo. « Alianza » se lleva una fija.

Claro, con Asca en los palos y esa línea media de la jijuneta, cualquiera le va a meter una pepa. En la vida, compare...

Aquella noche la Clementina vino algo tarde y no le habló, ni nada. Su...

Hacia calor. Había mucha gente en las calles. Cuando llegó a la puerta del edificio de siete pisos se quiso regresar.

Miró de reojo el número y se pasó de largo. Después volvió y se puso a mirar hacia adentro. Entonces, cuando el ascensorista lo llamó y le dijo « Ah, sí, es en el

quinto », se le tuvo que agarrar del saco porque el aparato ese partió de pronto. Le sonrió luego sintiendo que tenía frío dentro aunque las manos le sudaban.

Al salir buscó, hacia la derecha, el 506 y dio con una puerta de vidrio pavonado donde se leía : « Asesoría Legal » y más abajo : « Empuje ».

Tocó despacito.

La galería estaba desierta. De alguna parte venía el traqueteo de una máquina de escribir.

Tocó todavía dos veces más mientras volvía a mirar el brillo del encerado. Medía la difícil distancia hasta la puerta del ascensor, cuando se abrió la puerta.

Era una muchacha como un chubasco de belleza rubia.

Crisanto no pudo hallar pronto las palabras de saludo, pero ya ella le había recibido el papel y le había soltado la puerta obligándolo a sortear vivamente el encuentro.

— Siéntese.

Había escritorios, sillas, papeles, máquinas de escribir. La mujer, en el fondo, dejó el papel sobre el escritorio de acero de un señor muy atildado que parecía embebido en leer algo. Mientras esperaba, tuvo tiempo el zambo de pasear una mirada sobre los estantes, un calendario litografiado, la muchacha que tiraba del cajón de un mueble archivador, y la rosa gris de un ventilador.

Oyó que la chica lo llamaba y se puso de pie para caminar con cuidado por sobre el piso brillante. Se frotó la mano en el bolsillo del pantalón y saludó, pero tampoco le contestaron. El señor aquel ni levantó los ojos. Hacía un signo en las hojas (estilográfica mitad dorada y anillo con rubí encendido) y las iba dejando en una cestilla rectangular de alambre.

— Usted tenía un hermano llamado Francisco Nieves.

— S...sí, señor. Vive por Ica. ¿Tenía, diciéste?

— Es claro, pues, hombre. ¿No sabe lo que ocurrió? ¿No lee los diarios?

— Sí, este... no. ¿Le ha pasado algo?

— Sufrió un accidente hace cinco días. Se desprendió una roca y lo aplastó. ¿No lo sabía usted?

— ¿Está grave, señor? Nadies me ha dicho nada ni he visto en...

— Murió, hombre, murió. Pero no se preocupe. La Compañía lo enterró. Nuestra Compañía es muy seria y protege a sus obreros.

— Pero, ¿cómo no se supo nada? Perdone esté, señor, pero entonces ¿quién habló por él? ¿dónde lo velaron? ¿cómo fue que...?

Crisanto había puesto las manos sobre el escritorio, dejando varias huellas húmedas. El señor parecía sonreír, echado hacia el respaldo del sillón giratorio. Tenía los dedos entrelazados y abiertos entre la corbata y la barbilla. Era blanco, con una tenue sombra de barba bien rasurada y unos bigotitos muy delgados sobre los labios vivaces.

— Debe de haber estado alguien a su lado, supongo. ¿No tenía mujer, hijos? Bueno, los detalles los averigua usted en el tercer piso. Lo hemos llamado porque en la ficha figura usted como único paciente inscrito. Señorita, por favor. Déle la liquidación.

Era una tarjeta amarilla con texto impreso y a máquina, rayas verticales, casillas, números y un « Total S/o. 809.57 » señalado con lápiz rojo. A Crisanto le bailotearon letras y números, la cara feliz del doctor (tenía que ser doctor con esa camisa tan planchada y esa sortija) y los grandes ojos de la rubia que le alcanzaba otro papel.

— Pero, señor, digo, doctor, haga el favor de decirme...

— La policía constató que la Compañía no tenía responsabilidad en el accidente. Sin embargo, como se trata de una Compañía muy seria, que no desampara a sus operarios, se ha hecho una liquidación generosa de sus derechos sociales, bonificación y una espontánea indemnización dando por resultado la suma que usted ve ahí. Naturalmente, se han deducido algunos gastos y descuentos.

— Está bien, señor, pero... Bueno usted sabe estas cosas más que yo, se puede decir, pero lo que yo quería saber es cómo...

— ¿Le parece poco lo que da la Compañía? Ni piense usted en hacer reclamación ni queja alguna porque entonces sí que le puede ir mal.

Estaba enojado, a nombre de la Compañía.

ña. Cogía expedientes, los miraba y los dejaba.

— Es lamentable lo que ha ocurrido con su hermano, pero esto le llega a usted sin que lo haya soñado siquiera. Yo he conocido a personas que se llevaron de malos consejos y se atrevieron a enjuiciar, ¿sabe?, pero la Compañía es muy poderosa, mi amigo. Ellos tuvieron que pagar abogados, escribanos y gastos judiciales. De manera que...

— ¡Pobre mi hermano Pancho! (Miraba el zambo estantes y escritorios, con ojos mansos.) La última vez que lo vi fue el año pasado...

— Ah, ¿ya ve? Y usted no esperaba que su hermano lejano... No se puede quejar.

— No lo hago por la plata, doctor, ¿sabiusté? No la necesito, que digamos, porque tengo un buen trabajo y la plata no me falta, aquí donde me ve... Pero, era mi hermano, ¿sabiusté? Él me crió, señorita, y siempre me tuvo ley, el pobre Pancho... mi hermano... hermanito...

Se le quebró la voz. Sacó un pañuelo mugriento y se lo pasó por los ojos.

— Son lágrimas de hombre, doctor, disculpe, señorita, usted que fuera. Él era como un padre pa mí. Quién lo iba a...

— Bueno, bueno, no estrujes ese cheque. Te van a dar la plata en la caja, en el segundo piso. Pero antes tienes que firmar ahí.

Su mano trazó un « Crisanto Nieves » de sismógrafo, inmediatamente dilatado en un extremo por grueso lagrimón.

Salió lentamente, sin miedo del encerrado, bajó escalón a escalón y se hundió después en las calles solo y pausado entre el bullicio y la premura.

La puerta estaba junta; entró mirando siempre bajo, con los ojos muy abiertos y brillantes. La mujer estaba sentada al borde de la cama, con una costura en las manos y ni siquiera se volvió ni dijo nada.

Crisanto se le acercó y dejó caer un grueso fajo de libras en el regazo.

— El Pancho, Clementina, el Pancho...

— ¡Oh...!

Se le abrió una gran sonrisa (él miraba a otra parte) y levantándose vivamente — los ojos cerrados de felicidad — apretó su rouge barato contra las bombas de su hombre, mientras lo atraía suavemente sobre sí.

ENRIQUILLO ROJAS ABREU

*A una muchacha alondra*

ME acaba de llegar  
 tu carta azul,  
 tu carta color de telegrama  
 en esta orilla triste  
 del domingo en París,  
 donde sólo me alimento de recuerdos  
 como un animal ciego  
 y apaleado  
 que roe el hueso de su soledad  
 en medio de otros ocho  
 millones de soledades.

A esta hora de la tarde  
 cuando los tuberculosos sienten  
 correr por sus espaldas  
 las manos mitad hielo  
 mitad llama  
 del escalofrío  
 y en su memoria se alarga  
 la columna de humo tóxico  
 de las chimeneas  
 y las quejas de las sirenas  
 en las torres de las fábricas  
 entre hombres de ojos gastados  
 y espaldas encorvadas  
 sobre irónicas máquinas voraces  
 productoras de « confort »,  
 sucede que me llega de repente  
 como una mariposa de frivolidad  
 tu carta azul horizonte,  
 tu carta descuidada  
 sin fecha ni lugar,  
 con un sello borroso  
 y una estampilla exótica  
 de un país que quizás  
 no esté en los mapas.

Tomo tu carta. La pongo  
 dentro del bolsillo izquierdo  
 sobre mi corazón  
 destinatario.  
 Antes de leerla siento  
 más claridad en el pecho.

No sé como habrá llegado  
en este día que los carteros aprovechan  
para llevar su familia al cine,  
o si procede del mundo en que viven  
las novias posibles de los astronautas.

¿Aún eres la muchacha  
que colecciona soles  
sobre su piel y graba  
en cada playa de oro  
la firma de una alondra?  
Cuando te conocí  
pensé que las alondras  
deberían ser azules.  
Pero si fuera así  
yo no te hubiera visto,  
pues te habría confundido  
con el color del cielo.  
Mejor es que conserves  
siempre color de tierra  
para poder llevarte  
más clara en mis pupilas.

Ya yo no soy aquel  
que te esperaba alegre  
en los andenes de las estaciones.  
Ahora soy este hombre  
prisionero en su piel,  
guardado en la frontera de su traje,  
bajo llave en un cuarto de hotel,  
sepultado bajo guías de teléfonos,  
con un número en todo :  
en mi puerta, en mi cuello,  
en mis zapatos y mi pasaporte,  
y hasta en la ropa que me traen  
de la lavandería ;  
con la etiqueta de mi nombre  
registrado en archivos y aeropuertos,  
con mis dedos pulgares manchados aún  
con la sangre negra  
de la tinta burocrática,  
fichado como un delincuente,  
con fotografías de frente y de perfil,  
con un policía en cada esquina  
y un fusil junto a cada rosa,  
con algunos complejillos  
derivados del pecado original,  
aunque sin vicios conocidos,  
que se dedica a fumar  
todas las tardes  
el opio inocente  
de la poesía.



## Caravaggio y el siglo XVII italiano

POR DAMIAN CARLOS BAYON

UNA SUNTUOSA EXPOSICIÓN consagrada a la pintura de Caravaggio y del siglo XVII italiano ocupa, por unos meses, el corazón mismo del Museo del Louvre. Ciento veinte cuadros, en general de gran tamaño, han hecho en esta ocasión el viaje desde los museos e iglesias donde viven desde hace varios siglos.

Lo único que se le puede reprochar a la exposición es que no tenga *tema*, que no trate de demostrar ninguna tesis. El excelente catálogo razonado lleva sendos prólogos de Mario Salmi y de Germain Bazin; ninguno de ellos quiere esta vez hablar de Barroco, sino del siglo XVII, o como decía Eugenio D'Ors traduciéndolo del italiano: del *Seicientos*, a secas.

Vayamos a la exposición sin teoría previa. La teoría vendrá después de las sucesivas visitas acendradas, de la lectura de los textos fundamentales, de la meditación en profundidad, superando el mero placer visual o esa adhesión de « ojos para afuera » que ejercemos cuando no nos esforzamos en utilizar los « ojos para adentro » que son, por último, los únicos que ven.

\*

El majestuoso *Salon Carré* se viste esta vez de Caravaggio. Nada que le cuadre mejor, las inmensas telas del « pintor maldito » lucen así como ascuas en penumbra. Son telas que llegan a medir tres metros y medio de lado, como las de la famosa

Capilla Contarelli de la iglesia de San Luis de los Franceses, en Roma, que tratan los temas de la vida y la muerte de San Mateo.

Quizá se pudiera hacer otro reproche a la exposición: faltan en ella cuadros como el *Baco*, de los Uffizi, o el *Cesto de frutas*, de la Galería Ambrosiana de Milán, pertenecientes a la época « clara » del pintor, y representada aquí escasamente por dos cuadros: *El reposo en la huida a Egipto* y *La adivina*.

Triunfa así la pintura religiosa y oscura de Caravaggio. No hay duda de que los organizadores han querido mostrar, a toda costa, el aspecto « padre del tenebrismo », del gran pintor lombardo. Y por cierto que no es mala la idea; desde el punto de vista de la eficacia pictórica creo que un Caravaggio luminoso y colorista no hubiera encontrado su expresión como la logró en ese juego violento de oposición de la luz y de la sombra contra fondos neutros, casi negros, que actúan como el silencio en música: para dar más unidad y hondura.

Se puede gustar o no de esta pintura rica, saturada, bituminosa: no se puede permanecer indiferente ante ella. Las figuras grandes —lección bien aprendida en Miguel Ángel— llenan la tela con sus gestos violentos y quizá vulgares. Pero no son meros muñecos de paja, sino verdaderos hombres y mujeres de carne, hueso y san-

gre que viven, en una luz irreal, ante nuestros ojos hipnotizados...

\*

Pasamos una puerta, la que lleva a la admirable «Galerie du bord de l'eau», gloria del Louvre, y estamos ya en otro mundo. La única lección que podría desprenderse de todo este gran esfuerzo, es la de que el siglo XVII italiano consiste en Caravaggio y los *caravagescos*; en los Carracci y sus numerosos discípulos —lo que equivale a decir, el triunfo de la escuela boloñesa—; y, por último, en la influencia sobre Italia de los grandes pintores flamencos, españoles y franceses de la época.

Los *caravagescos*, ¡qué duda cabe!, imitan del maestro la « fórmula tenebrista » más que los contenidos inimitables: no cualquiera es violento y gran pintor al mismo tiempo. Dignos pintores son, por cierto, Gentileschi, Saraceni, el Valentino, Borgianni, el Battistello, Cavallino, Fracanzano, Manfredi, Preti, Stanzione...; no hay, sin embargo, manera de dedicarles más de un párrafo en tan breve nota. La lección está aprendida en superficie: la « manera » de Caravaggio, menos su valentía, darán una pintura agradable, bien educada, que se sabrá plegar a las disposiciones del Concilio de Trento, a las necesidades de las grandes nuevas órdenes de la Contrarreforma...

¿Los boloñeses? Llevan a la cabeza sus propios gestores, primos entre sí: Aníbal y Ludovico Carracci, a quien se debe la fundación de una *Accademia* de donde salieron mediocres pintores como el Albani; algunos grandes decoradores como Pietro de Cortona y Guido Reni, y hasta dos pintores importantes, el Domenichino y el Guercino.

Los pintores extranjeros que más van a influir en la pintura italiana son, sobre todo, Rubens y Van Dyck, que dejaron mucha obra, especialmente en Génova; Velázquez, que no hizo sino pasar por Roma siendo joven; y Poussin, que, en cambio, dilató en ella casi toda su vida... Pero el juego de influencias recíprocas es demasiado intrincado, baste decir que a mediados del siglo XVII, se acuña en Italia un len-

guaje pictórico internacional que va a poder derivar hacia la frigidéz clásica o hacia los excesos febriles del barroco.

Quedaría aún por enunciar un cuarto apartado y de los más sabrosos. El de los buenos pintores de esta exposición... que no se parecen a nadie, al menos a nadie de su época. Por ejemplo: ese extraño Cagnacci, que ha pintado una *Cleopatra* esfumada y sensual como la de un pintor menor del siglo XIX; ese formidable Volterrano, que en la *Burla del cura Arlotto* ha encontrado la factura clara de un Manet del siglo XVII; ese Carrière *avant la lettre*, que es el florentino Furini; y, por encima de todos, el sorprendente Serodine que, venido de su Cantón Tesino a Roma, pinta con unas pinceladas sueltas como leves plumas, en una inverosímil anticipación del Impresionismo.

\*

Pierre Francastel, en uno de sus primeros ensayos (1) ya plenamente maduros cuenta la vieja polémica entre Werner Weisbach y Nikolaus Pevsner. Weisbach acababa de publicar su libro: *El barroco, arte de la Contrarreforma*, cuando, a poco, Pevsner le objetaba la falta de distingó entre la época rigurosa y severa que media entre 1545 y 1570, y esa explosión de lujo y orgullo que constituye el arte italiano a partir de 1580.

Francastel, en su artículo de hace treinta años, impugna la inspiración emanada de las ordenanzas del Concilio de Trento, que según él no hizo otra cosa que « reglamentar y prohibir, orientando, sí, la piedad ortodoxa, pero sin suscitar otra cosa que un conformismo intelectual y devoto en el cual nadie puede reconocer una fuente viva de arte ni de pensamiento ».

Y aquí estamos ya en el nudo mismo del problema, la antinomia que sugiere el título de esta exposición: Caravaggio y el siglo XVII italiano. Para Francastel se trata no de una continuación, sino de oposición antipódica dentro del arte religioso de la época. Por una parte, Caravaggio,

(1) Pierre Francastel, *Le réalisme du Caravage*, *Gazette des Beaux-Arts*, julio 1938.

hombre violento —que incluso llegó a matar—, pero cuya fe era desgarrada y sincera. Por otra, lo que Francastel llama el « sentimentalismo mecánico » de los Carracci y sus discípulos... hasta de los mejores.

« El estilo de Caravaggio —siempre para este autor— se deduce del carácter humano, popular del Evangelio, puesto que el pintor es fiel a la verdadera tradición que se esforzó, frente al intelectualismo de Bizancio, en insertar la vida cristiana en la intimidad de la vida de todos los días ». Caravaggio está así cerca de un Ignacio de Loyola, cuando en sus *Ejercicios espirituales* impulsa al cristiano a representarse por un esfuerzo de la imaginación las escenas de la vida de Cristo. »

Parecía, sin embargo, que Caravaggio había de ser el último gran pintor auténticamente religioso del arte italiano. Puesto que, como dice Francastel : « El profundo tormento del Renacimiento había sido la conciliación del humanismo y la religión. Cuando el gran conflicto se resuelva, en el momento del Concilio, por una componenda entre la religión reducida al dogma y el humanismo reducido al método, no habrá ya más sitio para un arte religioso popular y verdadero ».

\*

Giulio Carlo Argan ha escrito también un ensayo brillantísimo (2) sobre Caravaggio. Pero si el historiador francés —fiel a su vocación inalienable— nos ofrecía su interpretación de una crisis cultural, a propósito de la pintura del siglo XVII, el historiador italiano vendrá a « problematizar » la figura y el arte de Caravaggio orillando la Filosofía. Su imagen del pintor, sin ser contradictoria con la de Francastel, asume, no obstante, un contorno más angustiado y patético.

Para Argan, Caravaggio « es un trágico sin historia, sin desarrollo lógico, sin catarsis : un trágico que no se explica, del cual sólo se puede dejar constancia, ya que pertenece al presente y no al pasado ». Argan cree que lo absolutamente nuevo en la

pintura de Caravaggio es la intuición de un *ser-en-sí*, que sustituye al *ser-en-el-espacio* o en la naturaleza, la conciencia trágica de la total alteridad —*otredad*— de lo real...

En un ejercicio en que es maestro, Argan compara entre sí la noción de *movimiento* en los grandes artistas italianos de la época y dice : « Para Leonardo, el movimiento implica y confunde a la persona humana en el dinamismo ilimitado del cosmos ; para Miguel Angel, el movimiento integra el universo en el dinamismo, en el continuo aspirar del alma a trascenderse ; Caravaggio es el primero en intuir que una síntesis es finalmente posible, pero en el plano ético y no en el intelectual... »

« Por ende —sigue diciendo Argan— su realismo no es el realismo del objeto, sino del sujeto, que afirma la propia existencia y la propia activa presencia en cada fragmento de instante de la realidad infinita ; y es un realismo moral que se formula en los actos y no en los principios, puesto que el actuar, instante por instante, permite salvarse (y no en un más allá, sino en un más acá) del no-hacer y del no-ser, o sea de aquello que es la inercia, o la muerte física y espiritual. »

Argan, igual que Lionello Venturi (3) hacen suyo un pensamiento de Francesco De Sanctis (4) : « Maquiavelo, Bruno, Campanella, Galileo, Sarpi no eran seres solitarios. Eran el resultado de los tiempos nuevos, los astros mayores alrededor de los cuales se movían bandadas de hombres libres animados del mismo espíritu. ¿Qué querían? Buscar el ser tras el parecer, como decía Maquiavelo ; buscar el espíritu a través de las formas, como decía la Reforma ; buscar lo real y lo positivo, no en los libros, sino en el estudio directo de las cosas, como decía Galileo ; o, como decían Bruno y Campanella, buscar lo uno a través de lo múltiple, buscar lo divino en la naturaleza. Son fórmulas diversas de un mismo concepto. »

Argan, como Francastel, cree que el Seicientos es el período en el cual se forma

(3) Lionello Venturi, *Caravaggio*, Novara, 1951.

(4) Francesco De Sanctis, *Storia della Letteratura Italiana*, Milan, 1912.

(2) Giulio Carlo Argan, *Caravaggio, Scritti in onore de Lionello Venturi*, Roma, 1956.

una nueva conciencia mucho más interesada en la dialéctica de los contrastes que en la estabilidad de los grandes sistemas y los supremos valores.

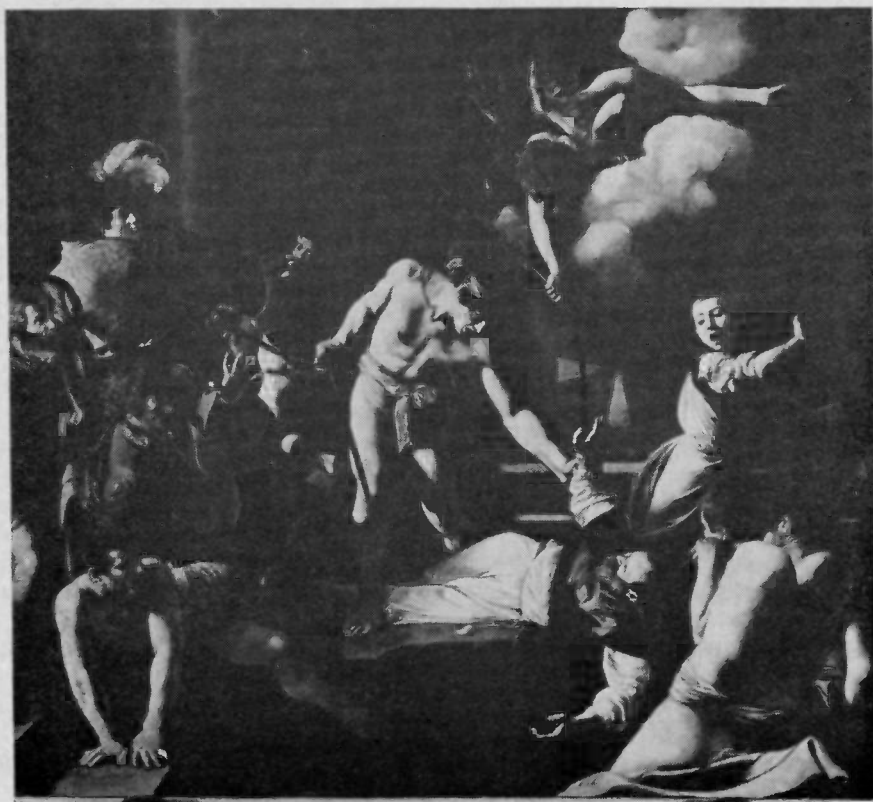
\*

Caravaggio y el siglo XVII italiano : una antinomia. Caravaggio pertenece a esa raza que decía De Sanctis, de los que *buscan el ser tras el parecer* y para lograrlo se consumen en *heroicos furores*, para copiar el

título de Giordano Bruno. Entre los otros —menos geniales y violentos— hay hasta una media docena de grandes pintores. En ellos apreciamos, sobre todo, los tanteos, admirables a veces, que desembocarán en la gran pintura de mediados del siglo XVII, no ya italiana, sino principalmente holandesa y española.

No olvidemos, sin embargo, que es aún una vez más en Italia donde debemos buscar el origen de tanta gloria.

CARAVAGGIO : « EL MARTIRIO DE SAN MATEO »  
(CLICHE DES MUSEES NATIONAUX. FRANCE)



# Mozambique : Poesía y revolución

POR VIRGILIO DE LEMOS

ESCASEAN las noticias sobre lo que real y verdaderamente ocurre en Mozambique. Los corresponsales de algunas agencias extranjeras de noticias en aquel país —todavía bajo la administración colonial portuguesa—, o bien se muestran incapaces o poco hábiles para forzar la barrera del silencio, auténtica cortina de hierro diligentemente establecida por el gobierno portugués, o bien se limitan a divulgar una serie de noticias tendenciosas, previamente sancionadas con el visto bueno de las autoridades. Recordemos a este propósito que tanto los servicios telegráficos como la correspondencia dirigida al extranjero están bajo el control de la PIDE, o policía política. Esa censura que se ejerce sobre la correspondencia, la imprenta y la radio, se hizo extremadamente severa estos últimos meses. El correo enviado desde los distritos del norte, donde la lucha entre las guerrillas del Ejército de Liberación y el Ejército Colonial se ha intensificado, es objeto de una escrupulosa vigilancia. A las azafatas de los aviones comerciales de la D.E.T.A. se les prohibió divulgar en los principales centros urbanos, como Beira y Lourenço Marques, lo que hayan podido ver en el norte, cuando decenas de soldados portugueses heridos fueron trasladados desde Mueda y Porto Amelia al hospital militar de Nampula, o también cuando las familias de los colonos de los distritos de Cabo Delgado y Niassa fueron desalojados igualmente hacia Nampula, o hacia otros centros urbanos al sur del río Lurio.

Describiendo el caso mozambiqueño, el escritor Richard Rive, de El Cabo, tuvo oportunidad de indicar este estado de tensión que viene arrastrándose desde 1961, en la siguiente forma : « Vi más soldados, tanto negros como blancos, en las calles, cual jamás los he visto en tanto número en el Africa del Sur. »

« La Policía de Seguridad y los agentes de la PIDE se encuentran por todas partes. En Mozambique un escritor se hace sospechoso si se permite una crítica del statu quo. Se expone a verse sujeto a interrogatorios, a ser detenido, encarcelado o a que sus obras sean confiscadas. La atmósfera es allí sofocante para la libertad de expresión y, a pesar de los pesares, la producción de letra impresa es notable y alentadora. »

Leído lo que antecede se comprenderá más fácilmente por qué razón la última campaña de terror, desencadenada en el sur del país, recayó con preferencia sobre la pequeña élite intelectual de Lourenço Marques, la capital.

A mediados de 1964 procuraba ya el gobierno reducir al silencio las voces de los intelectuales y periodistas más calificados, contrarios a la política africana de Portugal. Fue suficiente para conseguirlo que las fuerzas capitalistas de la metrópoli portuguesa a través del E.N.U. (Banco Nacional Ultramarino) comprasen los dos principales diarios de Lourenço Marques : *Noticias* y *La Tribuna*. Un tercer periódico cotidiano, *El Diario de Lourenço Marques*, de redu-

cida tirada, es propiedad de la Diócesis de la capital, está bajo el dominio de la Iglesia católica y no suscita ningún problema al gobierno. También la estación de radio de Lourenço Marques se sujeta al control de elementos adictos a la política gubernamental.

Pero como la actividad de esa élite intelectual aludida —de la cual forman parte no sólo africanos y mestizos, sino también indios y blancos— se recrudeció y cobró intensidad, a través de un trabajo llevado a cabo día tras día por las diferentes asociaciones regionales, como la Asociación Africana o la Asociación de los Negros, persistiendo en una lucha reivindicadora del respeto hacia el hombre de color y hacia las libertades fundamentales del hombre, las autoridades se decidieron por el empleo de la represión, de la violencia y del miedo.

La ley portuguesa en vigor en Mozambique permite a la PIDE la detención de un individuo durante 180 días, detención prorrogable indefinidamente, sin necesidad de ninguna acusación previa y sin derecho a un defensor. El detenido permanece en una incomunicación completa y a merced de los agentes y de sus métodos violentos, ya denunciados públicamente. Inspirándose en esta ley fue como el gobierno sudafricano publicó el « General Laws Amendment Act », que permite en Africa del Sur la detención durante 90 días, en las mismas condiciones, y que provocó la más viva indignación en todo el mundo. Y sin embargo, ¿cuántas personas están enteradas de que en Mozambique las leyes permiten la detención durante 180 días?

Si encontramos justo que las fuentes de información europeas se preocupen de casos tales como el del poeta español Carlos Alvarez, juzgado por un consejo de guerra en Madrid, o la protesta contra la censura presentada al gobierno de Polonia por treinta y cuatro escritores y sabios de Varsovia, o la prisión y el proceso del African National Congress, Nelson Mandela, consideramos igualmente indispensable que se dé la voz de alerta a la opinión pública mundial sobre las prisiones, las torturas y las arbitrariedades de que son víctimas no tan sólo algunos intelectuales y artistas mozambiqueños, conocidos y admirados en

todos los continentes, sino también centenares de trabajadores anónimos, de quienes muchas veces sus familias, reclusas en el bosque, no vuelven a tener noticias después de su detención. En la misma fecha en que algunos periodistas y poetas mozambiqueños eran detenidos en Lourenço Marques, y cuya prisión reconoció el gobierno oficialmente, fueron detenidos asimismo, y encarcelados, otros cien individuos por lo menos, según el corresponsal de *Star* de Johannesburgo.

Creemos pertinente, en consecuencia de lo que queda escrito, exponer ciertas consideraciones sobre las actividades literarias de algunos de esos intelectuales incomunicados desde hace ya tres meses y a merced de sus verdugos.

Luis Bernardo Honwana, periodista, cuentista y poeta, de 22 años de edad, es natural de Lourenço Marques e hijo de padres « rongas ». Fue una de las primeras víctimas de la campaña de terror emprendida por las autoridades en diciembre pasado. Era redactor corresponsal del semanario *A Voz Africana* y del *Diario de Mozambique*, que se publican en Beira y que son propiedad del « Centro Social, Lda », sociedad dirigida por el obispo de Beira, Don Sebastián Soares de Resende. Su libro de cuentos *Nosotros matamos el perro tiñoso*, publicado por la Sociedad de Imprenta de Mozambique (propietaria del periódico *Tribuna*, dirigido por Juan Reis) en 1964, fue incautado por la PIDE. Escrito en un estilo sobrio, pero vivaz, la pintura psicológica de sus personajes, resaltando ora del diálogo, ora de la narración, nos revela el choque cotidiano entre sectores de población de diferentes razas y de distinta civilización (civilización europea, africana e india). El diálogo de sus personajes permite al lector corriente y a los sociólogos interesados en estos problemas, advertir, especialmente en el cuento que da su nombre al libro, hasta dónde llega el prejuicio racial y el lugar común en una sociedad que se jacta de ser armoniosamente « multirracial ». Uno de los cuentos del mencionado volumen figura en *Modern African Stories*, antología de cuentos africanos formada por Ezekiel Mphahlele (Londres).

Otro periodista y poeta, Ruy Nogar, de 33 años, natural de Lourenço Marques,



« ORGULHO »  
DIBUJO DE  
SERGIO GUERRA

blanco, fue preso al mismo tiempo. Era redactor del diario *Tribuna*, y en sus actividades como poeta y como periodista defendió los más elementales derechos del hombre negro, recusados sistemáticamente, tanto por las autoridades como por los colonos. Algunos de sus poemas figuran en *Noticias de Bloqueio* (Oporto), *Antologia dos Poetas de Moçambique* (Lisboa), y fueron traducidos recientemente al italiano por la señora Joyce Lussu, crítico literario que colabora en *Il Ponte* (Florencia) y *Senso e non senso* (Nápoles) y es autora de diversos trabajos sobre la producción literaria en África.

Su poema « Certidão urbana psíquica » (Certificado ciudadano psíquico) encierra una violenta protesta contra la segregación racial y económica impuesta por el colonizador :

« Se refiere primero / que en aquella ciudad / el verdadero mendigo / pedía muy poco : / amor y libertad / nada más. / Los otros / eran ciegos y cojos y leprosos / manos enclavijadas / en el vértice de las esquinas sórdidas / que más prometían / lejos de la leprosería / nacimos nosotros / yo y mi poesía. / Se refiere después / que en la misma ciudad / crecían los niños / pero crecían porque todos los niños crecen / y sólo por eso / en aquella ciudad nacimos nosotros / yo y mi poesía / nacimos y morimos / en nosotros mismos. »

Malangatana Gowenha Valente, pintor de amplios recursos, y poeta asimismo, vino también a ser víctima de la persecución política. Sus cuadros al óleo figuraron en el Primer Congreso de Arte y Cultura Africana, en Salisbury (1961) y en exposiciones organizadas en Bombay, Ibadan (Nigeria) y Londres. Sus poemas fueron recogidos en la *Antología de la Poesía Negra* de Langston Hughes (Estados Unidos) y en *Modern Poetry from Africa*, por U. Beier y G. More: Penguin Books.

Juan Reis, periodista, que fue fundador y propietario del periódico diario *Tribuna*, no escapó tampoco a las garras de la PIDE. Su periódico había venido a ser el único órgano de publicidad de la capital que se leía con agrado por la población africana. A pesar de la severidad de criterio que le imponía la Comisión de Censura a la Prensa, *Tribuna* defendía con entusiasmo

los derechos de los hombres de color y particularmente los del hombre negro, criticaba a la administración pública y denunciaba de modo persistente la mentalidad colonial de la generalidad de la población blanca. Entre los derechos y libertades fundamentales del africano defendidas por los periodistas de *Tribuna* descollaban « el derecho de no ser sometido a un tratamiento inhumano », el derecho de acceso a la educación y a la cultura, el derecho a la libertad de expresión, el derecho de reunión y de asociación libre, el derecho a no ser sometido a leyes discriminatorias, el derecho a no ser esclavo ni explotado, y, en fin, el derecho de libertad individual.

Hasta nosotros llegaron en fecha reciente noticias acerca del deficiente estado de salud de Juan Reis, Luis Honwana y Ruy Nogar, como consecuencia de haber sido sometidos a violentos interrogatorios en la posición llamada « tortura de la estatua », y, con esas noticias, un llamamiento para recabar la intervención inmediata de los delegados del Comité Internacional de la Cruz Roja (C.I.C.R.) y de las Ligas francesa, inglesa y belga para la defensa de los Derechos del Hombre, con objeto de que girasen una visita a las prisiones de Mozambique.

Otro periodista y poeta mozambiqueño, José Craveirinha, cuya conducta en este caso no está aún debidamente esclarecida, se encontraba preso a mediados del mes de febrero, « temporalmente », según la opinión de algunos periodistas sudafricanos, que sostienen que Craveirinha se ha plgado a colaborar con las autoridades mediante la denuncia de la actuación de los nacionalistas.

Han llegado a Europa las noticias más dispares y contradictorias acerca de las actividades de José Craveirinha, unas con carácter particular y otras transmitidas por los corresponsales de Reuter o de France-Presse en Mozambique o en Suazilandia. Se sabe que este poeta vivió cerca de un mes en Mbabane, capital del mencionado protectorado británico, entre refugiados mozambiqueños que defienden la independencia del país y que regresó luego a Lourenço Marques, probablemente por presión de las autoridades portuguesas. Independientemente de los motivos que puedan haber



dado lugar a una actitud censurable en un intelectual con sentido de la responsabilidad y hasta aquí adversario público de la política africana de discriminación del gobierno portugués, lo que nos interesa en esta breve reseña es poner de relieve el vigor de su arte poética, encarecer su poesía de protesta, vibrante y punzante. Si en verdad le aconteció lo más grave, una defeción o un doble juego en su conducta política, o una premeditada ambigüedad en su comportamiento, lo que denotaría flaqueza o carácter corruptible, no sería el primer caso de ese género, por desdicha. Otros nacionalistas africanos han tenido que ceder o contemporizar ante los procedimientos de corrupción moral de que se viene sirviendo la policía política. Y ello es una prueba más que atestigüa ante todo el mundo el carácter degradante y mezquino de la tan decantada y proclamada « acción civilizadora portuguesa, en nombre del Occidente ».

Con todo, lo que nos interesa, como dejamos dicho más arriba, es el contenido de la poesía de José Craveirinha. Una poesía traducida en Europa y en América, que figura en diferentes antologías y florilegios de Poesía africana, tales como *Modern poetry from Africa* y *Poesía Negra de Expressao Portuguesa* de Mário Andrade, París, 1960.

El drama racial es una característica constante de su poética, y revela no solamente el orgullo de su calidad de hijo de madre negra, sino también su ufanía como hijo de un padre que, no obstante ser blanco —originario de Portugal—, se transformó en « meu belo pai ex-portugués » (mi bello padre ex portugués). Un pasaje de su extenso poema « Ao meu pai » (A mi padre) nos transmite el drama angustioso del poeta :

*« En mi ruda y agradecida sinceridad / no olvido, / mi fallecido portugués puro, / que engendraste en el vientre de la tom-basana ingenua / un nuevo Mozambique, / semiclaro para no ser igual a un ario cualquiera / y seminegro para no renegar jamás / un glóbulo que sea del Zambeze de mi signo. »* Y el hermoso broche que cierra el poema y que nos parece útil transcribir : *« En estos versos te escribo / y en ellos guardo escondidos para siempre, padre mío, / los póstumos proyectos / más*

*bellos en el silencio y más fuertes en la espera / porque nacen y renacen de mi no cicatrizado / rongá-ibérico, semi-ronga, afrobatu y cordial. »*

¿A qué póstumos proyectos; « más bellos en el silencio y más fuertes en la espera » se refiere el poeta, si no es al deseo de independencia para el pueblo africano de Mozambique? Y cuando el poeta canta al « *seminegro para no renegar jamás / un glóbulo que sea del Zambeze de mi signo* » ¿no estará definiendo la negritud como futuro de su poética?

En un brillante ensayo sobre el significado de la obra lírica de José Craveirinha, cúpole al crítico Ruy Baltazar afirmar que el poeta se descubrió hijo de madre negra y negro él también, y « en esa euforia de enigmas para siempre descifrados, cantará a su color con una exaltación que alcanza a veces inflexiones narcisistas al contemplarse en la belleza impar del cuerpo desnudo y al invocar el universo que, siendo negro, puede llamar suyo ».

Es exactamente de su particularismo de esencia africana de donde trasciende el humanismo de su poética, conquistando una dimensión universal.

Abordando el caso de José Craveirinha, la escritora Joyce Lussu me escribió recientemente desde Roma, diciéndome : « No sabemos qué presiones se le hicieron. Él no es un héroe, y es lástima ; pero « triste es el tiempo en que es necesario ser un héroe », dice Brecht. Mas... tales son los tiempos en que vivimos todavía. »

La poesía de circunstancia en Mozambique refleja los sentimientos de un pueblo entero, amordazado y humillado, un pueblo de siete millones de seres enajenados por el colonialismo. Por un colonialismo que no se diferencia —ni en sus formas de explotación, de represión, de violencia y de segregación— del colonialismo clásico de que se va libertando Africa, a costa de sangre y de sufrimiento.

A pesar de todos los ataques a la libertad de la cultura y a la propia dignidad del hombre africano, cábele a la poesía de Mozambique, independientemente del grado de heroísmo o de franqueza de sus poetas, un papel relevante en el clamor revolucionario de su pueblo.

\*

VOCABULARIO Y ACLARACIONES

*Ronga* — Grupo étnico bantú que vive en el distrito de Lourenço Marques, hacia el sur del río Save. Su lengua es el xi-ronga. En 1961 la población ronga fue evaluada en 215.000 habitantes.

*Tombasana* — Palabra ronga que significa mujer.

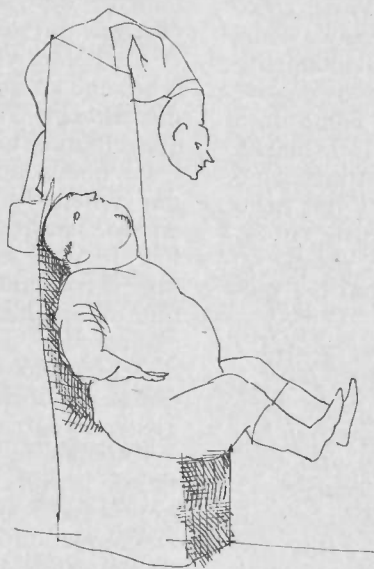
*Mozambique* — Territorio ultramarino conocido como « Africa Oriental Portuguesa », separado de la isla de Madagascar por el Canal de Mozambique (Océano Indico). Tiene una superficie equivalente a la de Francia e Inglaterra reunidas. Su población africana es de siete millones de habitantes,

y su población blanca no pasa de los 163 mil. La población mestiza no excede de 45.000 moradores. Los de origen indio se aproximan a 15.000 y los chinos son unos 7.000. Entre la población blanca se encuentran elementos ingleses, alemanes, italianos, sudafricanos y holandeses.

*Johannesburgo* — Ciudad comercial situada a una hora de vuelo de Lourenço Marques (640 kilómetros), en la región minera de Rand, provincia del Transvaal (Africa del Sur).

*Suazilandia* — Protectorado británico en la República sudafricana. Capital, Mbabane. Superficie, 17.000 km<sup>2</sup>. Población, 266 mil habitantes.

CUEVAS : « FUNERALES DE UN DICTADOR »



## Diálogo entre la Vida y la Muerte

POR JAIME SOMARRIBA SALAZAR

**E**N MI CAMA de hospital, casi del otro mundo, el alma en acecho, tuve el privilegio poco común de asistir a un diálogo muy animado e instructivo entre dos personas de quienes nos ocupamos muy poco en general, aunque sentimos continuamente los efectos de una de ellas y que estemos obligados, al fin de nuestros días, a entablar más amplio conocimiento con la otra.

Les diré lo que vi y escuché, no para despertar una curiosidad que, después de todo, no sería indiscreta, sino por la más banal de las razones, que el señor de La Palice adoptaría como propia; simplemente porque estaba allí presente, tenso todo mi ser en atención angustiada y sufriendo el vaivén de sentimientos contradictorios: admirando la belleza y la gracia de la doncella que cerca de mí estaba, inquieto y pesados por los rasgos de su vecina; seducido por los encantos y la armoniosa voz de aquella, asombrado ante la lógica inflexible y un tanto maliciosa de ésta.

Aunque eran del sexo femenino y la disputa puramente intelectual, más de una vez tuve la impresión de encontrarme en un gimnasio griego ante luchadores de pancracio, sin saber quién debía alcanzar la victoria, tanto era su ardor en el combate, su tenacidad en el esfuerzo, encarnizadas hasta el límite máximo.

He aquí el relato fiel de un testigo cuyo testimonio no puede ser más fidedigno, puesto que de su propia existencia se trata-

ba. Te repetiré el « Diálogo entre la Vida y la Muerte » que escuché alzando las dos orejas y sintiendo no tener una más o por lo menos las del Rey Midas, cuyas dimensiones excedían la ordinaria.

### Primer día

Mis ojos permanecían cubiertos, los pesados párpados no podían ya levantarse. Mi cuerpo, fijo e inmóvil, sentía un frío que le calaba hasta la médula; mientras mi corazón, batiendo presuroso, me hacía sentir el triste privilegio del dolor.

Al fin, después de un penoso esfuerzo, llegué a entreabrir los ojos al escuchar, muy cerca, el ruido de una conversación entre la Vida y la Muerte, en medio de quienes me encontraba.

LA VIDA: Henos aquí frente a frente. Debo confesártelo, tú me asustas con tu rostro torturado, con tus cabellos erizados cual Furia infernal, con tus manos crispadas de estranguladora. Para ser franca, tú me aterrorizas.

Pero dejemos de lado tu aspecto y vamos al fondo de las cosas que nos interesan, sin embarazarnos con problemas inútiles como: ¿Existimos realmente? ¿Somos seres o apariencias?, y otras futilidades similares. Nosotras sabemos muy bien a qué atenernos.

LA MUERTE: Guardaré la mente serena a pesar de tus insultos y de tus observaciones descorteses. Soy fea, admitámoslo; pe-

ro tú, jovencilla, tú has olvidado al buen La Fontaine sin haberlo siquiera aprendido. Tú eres hermosa, pero sin seso. ¡Cuántas veces me he apoderado de la gracia encantadora de un rostro como el tuyo y mi mano descarnada ha acariciado el cutis marmóreo para transformarlo en jade! Los labios rojos como una granada madura empalidecían al contacto mío, los ojos que brillaban con el esplendor de la juventud apagándose sin luz. No te glorifiques entonces ni de tu cutis de lis ni de tu espléndida cabellera dorada. Acicala las armas de tu inteligencia y la que discurrirá mejor podrá disponer a su guisa de este Indiscreto que nos escucha y que trata de descubrir secretos que no le pertenecen.

Cuando tú hablas, cuando tú dialogas, parece olvidar que Logos significa tanto razón como discurso. Has dicho pocas cosas y aun con menos reflexión. Afirmas y preguntas al mismo tiempo como una loca. Medita las palabras de Erasmo : « La precipitación inconsiderada es una sirvienta de la locura. » Apenas has hablado un instante y mi cabeza da vueltas como si hubiera brindado una copa de espumoso Dom Pérignon.

Por favor, más mesura. No estamos en una recepción mundana en la que se dice cualquier cosa a todo el mundo, simplemente para decir algo, sabiendo que le pagan a uno con la misma moneda ; eso sí, con la sonrisa en los labios.

Pero, ¿por qué debemos estar frente a frente? Sentémonos juntas. Dicho sea de paso, eso nos sucede bastante a menudo, sin que tenga el propósito de asustar al pobre diablo que está cerca de nosotras. Escucha, tú siempre tiras la cobija hacia tu lado ; pero, en definitiva, yo siempre gano. Hablamos entonces como compañeras que siguen el mismo camino y, aunque no nos gusten las mismas cosas, saboreemos lo que puede apetecer a cada una o, por lo menos, lo que esté a nuestro alcance. Yo no creo que mi lote sea el peor, a pesar de mis arrugas y de mis muecas.

Con una ligereza inconcebible tú afirmas que sabemos muy bien a qué atenernos sobre lo que somos, cuando deberíamos comenzar por preguntarnos si «somos». Uno de los problemas más arduos de la filosofía es precisamente el de la existencia o el de la

apariciencia, junto con el de la posibilidad de conocimiento de esta existencia o de esta apariciencia.

Si tú sabes muy bien a qué atenerte al respecto, tanto mejor para ti ; pero, por favor, habla por ti misma, joven disparatada que no ha aprendido nada de la sabiduría antigua. El conócete a ti mismo inscrito en el frontispicio del templo de Apolo, en Delfos, es un objetivo y un programa ; pero este conocimiento no se adquiere nunca y solamente puede uno acercarse a él mediante una gran reflexión y mucho esfuerzo. Sin embargo, si tú crees haber alcanzado esta cima inaccesible, habla entonces claramente y yo beberé tus palabras como los israelitas el agua que Moisés hizo brotar en la peña del desierto. Habla claramente y no por alusiones.

Quién eres constituye para mí un asunto de la mayor importancia ; pero, incluso sobre tu pensamiento, me encuentro en el mismo punto en que estaba antes de que hubieras abierto la boca. En cuanto a mi opinión sobre el grave problema de saber lo que soy, en caso de que tuviese una opinión, no la daría tan a la ligera.

LA VIDA : Te agradezco tus sabias palabras y debes admitir que mi paciencia es ejemplar. Tu largo monólogo no ha sufrido la menor interrupción, escuchándote siempre con oído atento. Pero, reflexionando bien, una duda me asalta : ¿Eres tú alguien o simplemente la negación de mi propia persona? En realidad, tú no debes ser ni siquiera eso. Tú eres un cero y no el signo menos.

LA MUERTE : Tus apariciencias corteses esconden una grosería incalificable. Me voy. No estoy dispuesta a seguirte en el camino de la injuria.

Con un suspiro de alivio presencié la partida de la Muerte, la Vida quedándose conmigo, aunque con tal discreción, que no me daba casi cuenta de su presencia. Y me sentí poseído por la bienaventurada inconciencia que me estrechó dulcemente entre sus brazos consoladores.

## Segundo día

Cuando abrí los ojos, una débil lámpara alumbraba mi cuarto. Por la puerta entre-

abierta veía pasar las sombras blancas de las enfermeras y los carritos cargados de medicinas en frascos multicolores. De pronto, una voz conocida me sobresaltó, era la voz de la Muerte, sentada al pie de mi cama, al lado de la Vida. Ellas reanudaron el Diálogo de la víspera con un tono incisivo y polémico.

LA VIDA : Ya estás de vuelta otra vez. Tú no te conoces a ti misma. ¿Podrías tú acaso saber lo que es la Muerte cuando nunca la has contemplado cara a cara? Yo podría decirte sobre ti cosas que ni siquiera sospechas.

LA MUERTE : Me agrada advertir que abandonas tu posición de escamoteadora. Ya no me consideras como un cero ; pero el terreno que acabas de escoger es demasiado superficial. Voy a voltearte tu argumento, razonadora ilógica. ¿Acaso te has encontrado tú frente a ti misma? Sin embargo podemos formarnos una idea de alguien por su imagen y, sin mirarme en un espejo, que para nada me serviría, muy a menudo me he sentido orgullosa de mi poder y del terror que inspiró simplemente cuando alguien mira mi imagen pintada en el rostro de los que voy a buscar. Yo puedo dar la muerte ; pero tú, Vida, eres apenas un estado. Alguien puede estar en vida del mismo modo que puede ser feliz o desgraciado.

LA VIDA : Los hombres, que no son tan tontos como se cree, dicen sin embargo que sus hijos les deben la vida.

LA MUERTE : Tú debes de estar muy falta de argumentos para contarme semejantes cosas. Tú deberías estar más bien molesta de que se te considere como una mercancía que se compra a crédito o más bien que se regala a la fuerza o por descuido, lujuria o desocupación y tratando siempre de mantener la deuda sobre el beneficiario que no ha sido consultado. Esas son las operaciones mercantiles o más bien el vergonzoso tráfico al que te libras o por lo menos al que te prestas. Yo, en cambio, soy una matrona honesta ; incluso iría más lejos, yo soy filántropa y doy mi bien sin reclamar nada, gratuitamente.

LA VIDA : ¿Cómo? Digamos que tú eres una ladrona, una raptora. Tú te llevas lo que no te pertenece. Tú quitas lo que no

eres capaz de dar e, incluso cuando no quieren saber nada de ti, tú obligas a un monstruoso himeneo.

LA MUERTE : Sin embargo, a veces me piden auxilio y me gritan : « ¡Oh Muerte, ven y ayúdame, librame del azote que me martiriza, del peso que me oprime! » y tú debes reconocerte bajo los nombres de azote y de peso. No tendrás la desvergüenza de reprocharme el que vaya en ayuda de los desgraciados que ya no quieren nada contigo, que están cansados de tu férula implacable.

LA VIDA : Tú quisieras erigir en regla lo que constituye apenas la excepción. La humanidad, en su conjunto, se acomoda muy bien a mi presencia. Los que me rechazan, los que piensan en el suicidio son relativamente poco numerosos, a menudo desequilibrados. Te diré que soy amada, inconscientemente al menos, por los que quieren voluntariamente entregarse a ti, puesto que, al último momento, tratan de agarrarse de mí.

LA MUERTE : Cuando los dioses del Olimpo, en su infinita sabiduría, quisieron infligir a los humanos ejemplares suplicios, comenzaron por condenarlos al de no poder separarse de ti. Prometeo, encadenado a la roca del Cáucaso, las entrañas devoradas eternamente por los buitres, maldecía la vida que era un suplicio sin fin. Sísifo, al empujar la enorme piedra hacia la cima de la montaña para verla caer y tener que comenzar de nuevo la misma labor fatigosa, sabía que su trabajo inútil era el fiel reflejo del hombre : comenzar eternamente para nada. Eso es lo que cuesta el quedarse contigo para siempre. El centauro Quirón, preceptor de Aquiles, prefirió la muerte a la inmortalidad ; es decir me prefirió, ya no digamos a Ti, pero incluso a la imagen divinizada de lo que tú no podrás ser nunca. El suplicio más terrible sería, pues, el de permanecer contigo para siempre.

LA VIDA : Tus últimas observaciones me interesan. En lo que a mí respecta, tú te ves obligada a reconocer la realidad de mi existencia y te ves constreñida a pasar del plano ontológico al plano metafísico cuando te interrogas sobre el sentido de lo que soy. Alberto Camus decía : « Juzgar si la

vida vale o no vale la pena de ser vivida constituye la respuesta a la cuestión fundamental de la filosofía. » Él tampoco ponía en tela de juicio mi existencia, él se interrogaba también acerca de mi « valor ». Entonces, si después de un juicio lúcido, se llega a la conclusión de que yo no valgo la pena, la única solución lógica y honorable sería la de terminar conmigo, digámoslo aún más claro, repudiarme espontáneamente.

Sin embargo, la sabiduría griega, en los mitos que tú acabas de evocar, nos muestra de manera brillante que, aun cuando lógicamente se llegase a la conclusión de que no vale la pena de quedarse conmigo para sentirse roídas las entrañas eternamente o para trabajar en vano hasta el fin de los tiempos, mi presencia se impone al hombre y el derecho de conservarme o de rechazarme no le pertenece. Eso no impide a la razón humana ejercitar sus cualidades y consagrarse al descubrimiento del sentido de mi presencia, de la esencia de mi ser y de lo que yo dono. En el fondo, la desgracia mayor, aunque también la mayor felicidad y honor de un ser, consiste en estar habitado por la inquietud metafísica puesto que, al interrogarse sobre mi naturaleza íntima, debe elevarse hasta la Fuente y el Origen.

LA MUERTE : Te has vuelto muy sutil, pero no te daré un cumplido. Tú quieres guardar todo para ti : el rebaño de carneros humanos de Panurgo de que nos habla Rabelais y los seres excepcionales poseídos por la preocupación metafísica. Pareces olvidar o finges ignorar que tu reino es efímero. Tanto los que se contentan con vivir o mejor dicho con vegetar, como los otros, los razonadores y los que se separan voluntariamente de Ti para echarse en mis brazos, todos vendrán a Mí ineluctablemente. Pero te diré que los carneros de Panurgo, de quienes tú haces tanto caso, yo los recibo con disgusto y repugnancia y que te dejaría sin pena todo ese estercolero de los manjares terrestres.

LA VIDA : ¡Qué olfato tan delicado el tuyo! Sin embargo ni siquiera un estercolero debería hacerte recular de asco. Tú, cuyo reino es la putrefacción. Cuando los humanos me dejan para irse contigo, ese es el regalo matrimonial que tú les ofreces.

LA MUERTE : Tú cambias de tema, dialéctica miedosa. No estamos en una perfumería para escoger entre « Miss Dior » o « Madame Rochas », ni en el campo de batalla de Bedriac para aspirar como el emperador Vitelio « el cadáver de un enemigo que huele siempre bien ». Después de todo, si el olor que los humanos exhalan cuando te han abandonado molesta tus narices delicadas, ese olor es simplemente el producto de la carne que tú les has dado. Cuando ya están algún tiempo conmigo, todo eso desaparece.

LA VIDA : Sí, todo eso desaparece y aun muchas otras cosas. Digamos que tú no les dejas nada. El ilustre Voltaire escribía a la marquesa Du Deffand : « Os exhorto a gozar de la vida que es poca cosa, sin tener miedo de la muerte que no es nada. » Él es sarcástico, según su costumbre y me concede poca cosa ; pero a ti : ¡nada!

En verdad, tú eres nada y yo soy la imagen terrena de algo más grande, de algo más bello. Yo soy la aurora que con sus pálidos rayos precede al sol radioso. San Agustín lo sintió maravillosamente cuando repetía las palabras de San Pablo : « Muerte, ¿dónde está tu victoria? Muerte, ¿dónde está tu aguijón? »

LA MUERTE : Siempre las grandes frases sobre la inmortalidad. Pero, si tú reflexionas, lo que acabas de decir llevaría más bien agua a mi molino. Según tu lógica, soy yo quien sería el comienzo de la verdadera existencia, de la que no se acaba nunca.

Y sin embargo, muchas gentes me temen, quizás porque no se ilusionan mucho con tus bellos razonamientos. Giraudoux nos hablaba de aquéllos « para quienes la vida es apenas un refugio contra la muerte ».

En verdad, yo acojo tanto los seres individualmente como la quintaesencia de las generaciones : su vida y su manera de vivir, sus creencias y sus esperanzas, su pensamiento y sus modos de pensar. El grito de aviso : « Civilizaciones, civilizaciones, acordados que sois mortales », se verifica continuamente. Egipto, Grecia, Roma y las otras han sido sepultadas en mi seno y algunas todavía se extinguirán entre mis brazos. Soy yo quien escribió sobre los muros del

palacio de Baltasar en Babilonia : « Mane, thecel, fares ».

LA VIDA : Así es, los hombres y las civilizaciones tienen miedo de Ti ; así es, temen el instante en que la luz se apaga, en que el jarrón se rompe. Yo, en cambio, ofrezco una experiencia más dulce, más variada y más durable. Yo acompaño a los seres a lo largo de su marcha : en los altibajos senderos de la tristeza, del remordimiento, de la vergüenza y en las altas cimas de la bondad, de la generosidad, de la abnegación y del renunciamiento ; en las glorias y en las penas ; desde el primer vagido en el seno del gozo y del sufrimiento hasta el suspiro último que se exhala con dolor y angustia.

De pronto, la Vida se transfiguró y señalándome con su índice apostrofó a la Muerte en estos términos : « Ser despiadado, ¡vete de aquí! Retírate de este joven que ha recibido ya la consagración del dolor. Su misión no está cumplida. En mi libro tiene todavía páginas por escribir. »

El rostro de la Muerte se contrajo en una mueca de odio y de cólera tan espantosa que perdí el conocimiento. En mi delirio vi nubes espesas que giraban en la oscuridad, torbellinos de arena en un desierto gris. En mi cabeza saltaban chispas rojas que la consumían en un fuego abrasador. Y todo daba vuelta... daba vuelta... daba vuelta... sin fin.

### Tercer día

Mi ventana se abrió y una brisa suave refrescó mi cuerpo y mi espíritu. Una paz inefable se apoderó de mi ser y escuché, en esta calma súbita, el sonido argentino de una campana lejana que me despertó.

La Muerte estaba todavía allí, pero ya no me aterraba. De pronto se dio cuenta de que había perdido su poder sobre mí y comenzó la retirada aunque lanzando todavía algunas salvas a su vecina, la Vida.

LA MUERTE : Ya me voy. ¡Ojalá algún día no se arrepienta de mi partida! « La muerte huye de los infortunados », dijo Séneca.

Tú aseverabas ayer que los hombres me tienen miedo. Acuérdate de las palabras del sabio estoico romano : « Es una felicidad morir sin el temor de la muerte. »

En verdad te digo que, en el instante en que todo desaparece, veo de un solo vistazo, junto con el que se viene conmigo, todo lo que merece ser mirado. Yo soy la maga que concentra toda una existencia en la fracción de un instante. ¡Qué pobre privilegio el tuyo, de estar presente en el primer vagido del ser frágil que desgraciadamente ignora todo de sí o que felizmente no se conoce todavía! Guarda para ti ese privilegio sin sentido y sin valor.

Tu poderío, ¡oh vida! no se iguala con el mío. ¿No se te ha ocurrido que los hombres que se pretenden sabios o que pasan por tales son los que han pensado en mí toda su vida? Los pocos instantes que habrían podido pertenecerte me los han dado aun antes de dejarte y de venir a mí. Mira con la imaginación ese bello cuadro del « Filósofo » pintado por Thomas van Keyser : está impregnado de mí. El pobre hombre pasa lo más claro de su tiempo y de sus velas en soñar conmigo y con mi imagen.

LA VIDA : ¡Qué bella tu imagen : una calavera!

LA MUERTE : Pareces olvidar que el propio Platón en su Fedón definió la filosofía como el « estudio de la muerte ».

Es para burlarse de Ti por lo que Plutarco transcribe la respuesta que el gimnósofo hindú dio a Alejandro el Grande : « La Vida es más fuerte que la Muerte, puesto que es capaz de soportar tantos males. »

Luego, separándose un tanto de la Vida, la Muerte se dirigió hacia mí, mudo testigo hasta entonces, y me dijo :

« Temerario, deja al Tiempo, más sabio que tú, el cuidado de descifrar el Enigma cuyo Anverso es la Vida y cuyo Reverso soy Yo, o lo contrario. »

Ensimismado en estos pensamientos permanecí extendido sobre mi lecho, inmóvil, perdido en el delirio. Me preguntaba si había sido testigo de un Diálogo entre la Vida y la Muerte o si todo aquello había sido el producto de mi imaginación calenturienta y sobreexcitada. Me decía a mí mismo : La Vida no es un ser, ella no tiene una substancia propia e independiente ; es un estado, es decir una cualidad del ser, ligada a él.

La Muerte ni siquiera es un estado, pues-

to que estaría ligada al no ser, a la inexistencia. Es simplemente una forma del espíritu como negación de cualidad.

Pero entonces me pregunté yo ¿por qué lo positivo, afirmación de cualidad (Vida) tendría más valor o realidad que lo negativo, negación de cualidad (Muerte)?

La Vida es sin embargo más poderosa considerada como cualidad que nos permite actuar, marchar, gozar, pensar, sentir y también ...caer en la Muerte, que nos pone en la incapacidad de todo eso. Pero la Muerte ¿no sería acaso la antecámara de una existencia superior, el comienzo de una renovación? Nada nos permite dar una respuesta científica a esta cuestión.

Imaginación, esperanza, ilusión, espíritu científico, temor se apoderan entonces de lo Inaccesible.

Nosotros sentimos la Vida, la conocemos mejor, nos damos cuenta de su presencia y de sus manifestaciones, la tocamos muy de cerca durante algún tiempo. En cuanto a la Muerte, no percibimos más que su nacimiento, si se me permite emplear esta palabra sin incurrir en un contrasentido. Nosotros sabemos de la Muerte —por nuestra experiencia personal— más o menos lo que sabríamos de la Vida si nos contentáramos con asistir a un parto. Y el primer grito del niño que acaba de nacer y el último estertor del ser que abandona la Vida se asemejan de una extraña manera.

¿Son acaso de la misma naturaleza, esta Vida y esta Muerte que he visto reunidas tan cerca de mí? ¿Vienen de la Nada? ¿Vuelven a la Nada? ¿Vienen de otro Mundo de existencia? ¿Vuelven allí?

Mientras estaba ensimismado en esta perplejidad, un rayo de sol penetró en la pieza y era Luz y Sombra. Creí comprender entonces.

¡Oh Vida, oh Muerte,  
hermanas gemelas y sin embargo tan diferentes,

os acojo a ambas,  
a su tiempo seguramente ;  
pero con Gozo y Agradecimiento!

Vosotras sois contingencias del ser  
que está en el Ser,  
en la Armonía infinita  
de que nos hablaba Heráclito.

¿De dónde vengo?  
¿Cuál será mi destino?

— No sé nada por mi propia experiencia ;  
pero tengo plena conciencia de llevar en mí,

en la SOMBRA espesa  
que constituye mi ser,  
un chispazo, aunque pálido,  
de LUZ.



# La América nueva de Alejandro Korn

POR LUPE RUMAZO

I

ALEJANDRO KORN quiere una nueva América Latina. Se plantea a sí mismo esta exigencia desde su condición de filósofo y maestro. Y no está solo : Ingenieros, Caso, Vaz Ferreira, Vasconcelos, Francisco Romero, todos filósofos y maestros, también entran a pensar y podar su continente. Pero Alejandro Korn aporta un decisivo ingrediente : centra sus meditaciones en la libertad y llama a la mayor de sus obras *La libertad creadora*. De la libertad nacen las transformaciones.

¿Es que Latinoamérica necesita ser transformada? Se piensa en un cambio cuando la realidad no satisface ; las fallas resaltan ante quien se sitúa más allá de un proceso histórico o sociológico. Esta América de hoy, y que fue en mucho la de Korn, incita a la disección intelectual por compleja. De « problema » la tilda Kempff Mercado, por haber sido su cultura trocada en « desierto » en los años de la conquista ; arrasada en sus valores propios, tuvo que adoptar otros, los occidentales, al margen de antecedentes históricos. Puesta así América entre un pasado roto y un presente que le era ajeno, forzosamente devino problemática. Carente de referencias suyas miró a las de Europa, sin haberlas gestado. Esta asimilación imperfecta de la cultura europea y que luego rebotará en el aprovechamiento de lo americano por el hombre europeo, nos otorga un carácter inestable. Si el hombre de América hur-

ga en su cultura autóctona, la halla extraña, siempre en presencia de pasado ; si quiere encontrar un acento propio, tópose con excesivas influencias. América, la nuestra, vive así y ha vivido hasta ahora en crisis.

Este vivir no entraña deshonra. Hay lucha y hay presencia de fuerzas dialécticas ; se atestigua un proceso de crecimiento. Pero sí escucece, y hasta obliga a un « detente », el que Latinoamérica véase poco a poco conminada por una preocupación unilateral : la materialista económica. Puede sucederle lo que al « áloe », la planta extraña de *Preludio* de Katherine Mansfield. De tronco grueso y corteza dura, hojas grandes que se empinan, gigantesca y extraña, parece, de tan aferrada, una prolongación de la tierra. Por quedarse pegada al suelo y hacer de florero de cerámica vegetal, crece, pero no entrega flores sino cada cien años. Alejandro Korn comprende ese peligro, intenta el remedio. Sin desautorizar la búsqueda de una libertad económica, apela ante todo a la conquista de una libertad ética ; juntas, conducirán al individuo a una libertad creadora. Admite lo económico porque no se pueden desdeñar los conflictos que hacen crujir el continente. Una geografía numerosa, con la que hay que combatir ; la convivencia de sistemas políticos en promiscuidad absurda : feudalismo, capitalismo, oligarquía, militarismo, sistemas colegiados. O bien la pobreza humillante, la desnutrición, las esclavas masas de indígenas y negros ; los

caudales inmigratorios que no siempre fecundan a América, sino que la desvirtúan hurgándole su entraña dorada. Y la tiranizante necesidad, en el hombre americano, y en cualquier ciudadano del mundo, de una especialidad técnica a riesgo de quedarse trancos para siempre en su formación integral ; y la presencia de una conciencia gregaria, si disentir puede significar la pérdida de una situación estable. América plagada está de paradojas, pero eso no es novedad. El humano moderno y desde que Kant lo entrevió, sabe ya que el mundo entero es un desorden. Siempre por construirse, exige una dirección.

Para entender a Latinoamérica, o para dirigirla una vez interpretada, se recurre a profundizaciones sociológicas, históricas y económicas. Sólo que no se ahonda más allá de la piel. « La obra del instinto gregario, las consecuencias de la convivencia social, son dignas de ser examinadas ; pero fundar en ellas una ética es olvidar que la organización social es tan fuente de lo moral como de lo inmoral. Esta pequeña verdad se oculta a los moralistas sociólogos », previene Korn. Ambiente, razas, sociedades, factores históricos o materiales, hacen conjunto que modela, determina pero que no interpreta hasta lo más íntimo el devenir del ser humano. Es el « hombre en estado natural » —como lo denomina Husserl— que, por afincado sobre todo en el universo de las cosas, se deja llevar por ese tipo de presiones. Pero hay otro, no influido, menos plantado en tierra, que pretende dar un sentido y respuestas a la existencia. Entra entonces a hablar la filosofía. Mas, la luz filosófica no es enaltecida en nuestros lares ; es para pocos, se piensa, y no soluciona nada. Se olvida una trayectoria de esencia universal. Hace la filosofía transformaciones ; sintetiza épocas y los hombres que viven en esas épocas. « La filosofía antigua, fructificación de la confianza y la seguridad, nace del guerrero ; la filosofía moderna, producto de la suspicacia y la cautela, nace del burgués », explica Ortega y Gasset. Habría que contemplar la otra cara : la de la filosofía idealista, fundada en la libertad, que hace brotar en América la eclosión de independencia ; la de la nietzscheana, adulterada porque los tiranos también se aprovechan de

doctrinas, que desembocó en el nazismo ; la de la inquietud pragmática de donde surgen las potencialidades económicas : Emerson y los Estados Unidos hacen nombre único, ductor.

Poco interesa que la filosofía emerja de un tipo humano o de un sistema de vida, o que ella imponga a la inversa nuevos hombres y distintas concepciones de vida. De acción doble, gesta al par que refleja ; existe siempre. A Latinoamérica, no nada yerma en esto de filosofar, pero sí nueva en crear, se la ha calificado de continente sin sistema filosófico propio. Se la llama indirectamente inmadura. Cuán adolescente, o cuán adulta esté, lo dirán en el término exacto sus hombres que hacen filosofía. Alejandro Korn es uno de ellos.

## II

Para entender a Alejandro Korn hay que comprender antes a Kant. ¿Qué pretendía Kant, en su complejidad? Quería lograr un individuo determinante antes que determinado, al que no debía bastar ser lo que era, sino lo que debía ser. La naturaleza no podía agobiarlo ; podía él más bien dominarla. Ente de acción, tenía que reflexionar y hallar desde sí una ética y una ordenación de sus propios valores. Kant es un espíritu netamente alemán, se ha explicado, por lo mismo subjetivo, « vive de sentirse a sí mismo », reflexivo, con la manía de no errar, antes que de saber mucho, suspicaz. « El conocimiento —en Kant— deja de ser un pasivo espejear la realidad y se convierte en una construcción. » Korn es un neokantiano ; por lo mismo va más allá de su maestro. De contextura renacentista, vale decir libérrima, Korn, como Kant, no creará en una verdad hecha, ni en la existencia de valores a priori. Para ambos el ser humano es libertad, puede escoger, no está determinado por la causalidad final ; debe hallar en la vida no un fin sino un medio « para realizar propósitos sin los cuales aquélla carece de estimación ». Con Goethe, que vertió en poesía el kantismo —estudio magnífico de García Bacca—, Korn identifica la libertad con el acto de conquista. Hay que ganarla, o no se logra nada ; dura de pelear, apenas si se la domina en el corto espacio de una



ALEJANDRO KORN, POR A. BILIS

vida. Pero la libertad absoluta puede degenerar en caos y la ausencia de leyes imponer servidumbre. ¿Qué valores fijar entonces? Korn tiene la altura y tolerancia moral suficientes para reconocer derechos a las distintas valoraciones. Las habrá económicas, instintivas, eróticas, vitales, sociales, religiosas, éticas, lógicas y estéticas; cada una tendrá sus cimientos que la justifiquen y sus venenos que la carcoman. Korn se sitúa en los dos planos: es el fiscal y el abogado defensor; su honra no se empaña por hablar verdad en cualesquiera de los bandos. ¿Con qué se queda? Como todos, tiene al final que optar por algo. Coincidirá con Nietzsche, el de la *Voluntad de dominio*. Ese Nietzsche que después de haberlo negado todo y convirtiéndose en nihilista puro, «considerándose a sí mismo como una fatalidad», resucita de su pesadilla al hallar en sí un poder creador. «El mensaje de Nietzsche se resume en la palabra creación», afirma Camus. A la creación se llega por el arte y por la libertad.

No siempre arte y libertad van parejos. Hay arte comprometido y libertad anti-artística. En una u otra de estas posiciones,

la creación es amputada, seca, poco perdurable. Y la creación aspira necesariamente a la inmortalidad. Su vitalidad lo exige, su creador la anhela. Hacer nacer para hacer morir, conociendo justamente que la muerte es maldición, equivaldría a entrar a jugar juego absurdo. Korn, y un Malraux y un Camus, creen en el sacerdocio del arte y la libertad unidos. Esas inteligencias incapaces de mentir saben bien que la inteligencia sola no salva a nadie. El arte haría de corazón en el organismo viviente de la cultura. ¿Por qué si no la oposición dolorida de Korn al positivismo? No le mueve a rechazo el sistema en sí; si lo refuta, también lo tolera: ha hecho valer el mundo objetivo. Le amarga más bien al filósofo que el ser humano, por cultivar ese sistema «antimetafísico», se sienta proclive al cientifismo, perdiendo personalidad. Es menos persona, parece prevenir, quien no tiene conciencia artística o quien no acata una ética. «La ciencia sola no basta», exclama, y entra a definir ciencia y cultura, realidad objetiva y universo subjetivo. Unos por un lado, otros por otro; aparte, aunque relacionándose. Los deslinda quizá excesivamente: la hora científica de ese momento no podía aconsejarle otra cosa. ¿Cómo anticipar «que tampoco lo físico está totalmente determinado; que también rigen en él la probabilidad, el azar»?

Contra el azar que irrumpe y destroza lo vital, lucha el filósofo argentino. Varón robusto, de prosapia bíblica, toma la vida en su fibra. Sin llegar a la abstención fenomenológica que es exaltación y recomendación fundamental del universo interior —el de cada uno—, habla desde sí mismo. Sabe que en el plano del conocimiento «la conciencia siempre será conciencia de algo», o sea proyección hacia fuera desde dentro y que hay que dirigir ese proceso activo hacia la liberación del individuo. A la conciencia cabe guiarla; obra en ella una voluntad; quien no se transforme, ha elegido el estancamiento. Evolucionista como Bergson, bien podría haber sentenciado con él: «la evolución es una creación incesantemente renovada».

Sin embargo Korn no es Kant, ni Bergson, ni Husserl, ni tampoco suma de retazos. Del propio Bergson no podría aceptar jamás que «la vida sea despensa de inde-

terminación », porque la vida es justamente lo que determina, modela e impone normas a un universo físico. « Soy un puente », confesará con extraordinaria franqueza. Heredero de lo que le antecede, « del dolor y del esfuerzo de otras generaciones que en él se condensan », será además camino a algo, hacia otras fronteras. Maestro de América, no encubre haberse engastado en sistemas filosóficos originarios de Europa. Sabe bien que a cualesquiera legados desafia una voz original. Y es así como mucho antes de que Camus publique su *El hombre rebelde*, Korn, en atisbo sorprendente, afirma : « el hombre es el animal rebelde ». Y ampliando : « Si hubiera de emprender la tarea, para mí ingrata, de diluir la idea prometeica en fórmulas dialécticas, diría cómo en el dominio uniforme y monótono de lo implacable surge la revuelta insidiosa y estalla la disonancia de la voluntad autónoma. Describiría la rebelión inmanente, la fragua tras larga lucha de una personalidad. »

A tal semilla debía haber seguido un ensayo sobre la rebeldía, tema al que Camus dedica trescientas páginas. ¿Cómo no explorar, como lo hace el francés, la insurgencia en el artista, en el espíritu metafísico y en el personaje histórico? Ahondar en ella como valor y fuerza que « choca constantemente con el mal ». Korn queda únicamente como atisbador y precursor. Calidad que entusiasmo y a la vez apena a quienes lo quisiéramos ver llegar hasta el fin. Puede cotejarse aún con Sartre. Dice Korn en 1920 : « Mío es el juicio que voy a emitir, mío es el estado de ánimo que me embarga, mío el fin que me propongo, mía la actitud que adopto y de la que me siento responsable. » Y expresa Sartre, con posterioridad de más de veinte años : « Así, el primer paso del existencialismo es poner a todo hombre en posesión de lo que es, y asentar sobre él la responsabilidad total de su existencia. » O en otro aparte, como si estos dos pensadores hubiesen conversado a distancia de tiempo y espacio : « el hombre es el único que material o moralmente puede descalificar la vida », en aserto del argentino, y « no hay doctrina más optimista, puesto que el destino del hombre está en él mismo », en lenguaje existencial.

## III

Que América no está sola, ni aislada, o que la filosofía que aquí se hace no lleva siempre una marca americana, se deduce de estas sorprendentes aproximaciones de Korn con pensadores europeos. Se anticipa a ellos en América, como a Sartre y Camus les adelantaron Kierkegaard y Unamuno en Europa. Una sola cultura hace su eclosión aquí y allá, con las restricciones propias de los cuatrocientos años de vida nuestra y los dos mil años de vida europea. Hacer filosofía en América o en Europa será siempre plantearse preguntas universales ; que no por brotar ella en tierra distinta está necesariamente condicionada. Si la magnitud de ese empeño varía, es siempre el ser humano uno y solo en cualquier latitud.

Pero hay que hacer una salvedad. La filosofía pura, nacida de América, suena a extraña e inusitada. No tiene popularidad y se la sitúa lejos. Se cree aquí que a lo original se llega afincándose en lo propio y ambiental, antes que en lo común a todos los seres del orbe. Y es así como pisan más en fama y en repercusiones los nombres de los filósofos « americanistas », antes que un Korn, un Vaz Ferreira o un Hostos, menos sujetos al registro de voces nuevas de un continente nuevo. Débese a Zum Felde la observación de este fenómeno paradójico, que calla lo que debería tener mayor resonancia, aunque a la vez se explica en el carácter extrovertido de nuestra cultura. Por latinos, volcados hacia fuera, vamos perdiendo el contacto con lo nuestro íntimo, que es lo íntimo también de los otros pueblos.

Si « filosofía es conocimiento del universo, de todo cuanto hay », en docto decir de Ortega y Gasset, mal puede fragmentárselo en americano, o europeo u oriental. Que Korn ascienda en enredadera hasta el pensamiento de Ingenieros para juzgarlo, o que haya una tangencia en la postura ética de Vaz Ferreira y Korn, o que sea el argentino el germen de varios discípulos hasta culminar en Francisco Romero, muestra es de que todos ellos se han sumergido en idéntico mar de fondo común, o se han consumido en un mismo fuego central. Lo mismo podría decirse de otras figuras seña-

ras, todas apátridas por llevar suma de patrias en sí y espíritus viejos por maceración de conocimientos.

Korn como la Mistral creía en el karma de los orientales. Para ella, que fue en una época budista, el convencimiento era casi místico ; existía una herencia de vidas pasadas, por la que a veces se pagaban delitos que no se habían cometido. Faulkner abogaba por un karma práctico, real : no cabía infierno que se transmitiera desde atrás, sino que indefectiblemente se lo padecía si se lo había creado en otros. Ni a la ley del Talión de Faulkner, ni a la explicación poética de Gabriela sobre un destino que descarga golpes villanos, iba a aco-

darse el karma de Korn. Para él, « cada uno es hijo de sus obras » y las existencias que cada cual vive no vienen de otras, sino de sí misma. Quien se atenga a esta elocuente tesis, síntesis de *La libertad creadora*, debe poseer forzosamente valentía y limpieza de espíritu. Nada trae en legado ; debe, solitario, « dibujar su propia figura ». Tal lo que se requiere para entrar a buscar una nueva América. Por hoy, mírese a una referencia occidental, como lo hizo Korn. Mañana, hecha ya la siembra de libertad creadora y alzada en germinación, irá América más allá de Korn, pero incluidos el inmenso maestro argentino y los otros, orientadores como él.

CUEVAS : « MUJERES DEL SIGLO XX »



# Reordenación de Kafka

POR LUISA SOFOVICH

**K**AFKA, a través de los años, ha sido una galería sofocante que se ilumina por aglutinantes trechos. Una luz mataba a otra luz.

Ahora ya estamos casi al final del pasado, después de que aparecieron sus *Diarios* y su *Correspondencia*, con sus larguísimas, interminables cartas de amor desgraciado; todos esos pedazos de su escritura de escritor que escribía en la casa de su padre, encerrado en su cuarto y oyendo los diferentes ruidos de la casa entera.

Acostado, por las tardes, alguien hacía girar rápidamente una llave en una cerradura: « Durante un instante tuve cerraduras por todo el cuerpo, como en un baile de disfraz. » Pensad que esta liberación de la imagen es de un escritor del año doce o catorce.

Ahora, pues, una claridad total y más raficada, si cabe, cae sobre él.

Es el momento entonces de configurar al escritor con el hombre, al hombre con el escritor.

Al hacerlo no voy a dilucidar si esto mejora o reduce su obra. Yo sólo quiero recomponer, si lo logro, su difícil humanidad... No hace mucho estaba yo esperando a la entrada de un cine. Concretamente iba a ver esa película genial que se llama « América, América ». Había llovido como llueve en domingo. Oscurecía y yo miraba ese nácar hecho de cielo y de pisadas sucias que se desparramaba por la vereda, delante del umbral del cine, mientras echaba miradas nerviosas a los dos costados. De

repente, por uno de los lados avanzó un hombre, me parece que con una chaqueta de cuero, no estoy segura. Era idéntico a Kafka. ¡Idéntico! Le debí mirar con intensidad, como a un fantasma, porque él siguió, pero en seguida, disimuladamente, se paró a mirar una vidriera de corpiños de mujer, luego retrocedió. Hubo unos segundos de intermedio, pero tan kafkianamente largos, que yo ya me había olvidado de él, pensando en los que tardaban en llegar y, además, se estaba diluyendo la hora, y volviéndose azuladamente metálica, y yo me decía cuánto había cambiado mi vida, hasta hacer que estuviese esperando para una función de domingo, así, parada en un umbral pisoteado y triste, y volví a mirar, siempre hacia ese lado. A dos pasos de mí, Kafka me miraba con sus ojos grises, entre de ardilla y de Don Juan fracasado, ¡y esas orejas de Kafka, Dios mío!... Asustada de lo que había provocado me metí adentro pensando que todo venía del título de la película y de *América*, la novela de Kafka.

Nunca lo veíamos a Kafka por una calle, en un café, en el teatro. Nunca con fondo de ciudad.

Siempre estaba al pie de un Castillo o mirando, angustiado, desde un trapezio, y si lo humanizábamos, descendía, descendía hasta la medida de un escarabajo o de una bisbiseante rata.

Sin embargo él había sido gran parte de su vida un empleado —¡su cara de oficinista ahogado!—, alguien que iba y venía

dos veces al día por las mismas calles, camino de los mismos sitios.

Tuvo amigos, conocidos, a los que veía en el café y más que nada amaba el teatro (como un hortera o un chupatintas) y por supuesto a las actrices y a algún actor al que, como él decía, « admiraría hasta en el polvo ».

Era el larguirucho admirador de las grandes orejas que iba a la estación a despedir a toda la compañía, con un ramo de flores para la primera actriz. ¿Entregaba el ramo? Parece que sí, aunque, como en el teatro, ella estaba arriba, asomándose a la ventana, es decir como en escena, y él abajo, en el andén, encogido, como en un asiento muy atrás...

Pero Franz Kafka no nació en los bajos color violeta sepia de una Muralla, ni en los altos sonrosados de un Circo, ni al borde viscoso de un sendero de jardín, ni en el hueco que forman dos ladrillos, ni enredado en muchos trapajos de gasa sucia.

Franz Kafka nació en la muy antigua y señorial ciudad de Praga, exactamente el 3 de julio de 1883, en una casa que era esquina de dos calles.

Conforme su padre fue cimentando su poderío (la verdad, él no era más que un sencillo comerciante de artículos de fantasía, que locuaces viajantes de comercio vendían por las provincias) hasta que se convirtió en el kafkiano Padre, el sarcástico, el brillante que todo lo podía ; en tanto que iba sucediendo esto, los Kafka cambiaron mucho de casa, viviendo frente al muelle o en una ochava de la plaza del Barrio Viejo, de nuevo frente al río y, en cierta época, en un inmueble donde, por la ventana del cuarto de Franz se veía la capilla de una iglesia con un ángel barroco de tamaño natural.

Escribir, él quiso escribir siempre. Y también hablar, él que tartamudeaba ante su padre, y hasta llegó a leer alguna obra suya en público, y trozos de otros autores.

Enteramente leyó, en una velada, su estudio sobre *Miguel Kolhaas, el tratante de caballos*, de Kleist. La novela que es el relámpago bajo el cual debemos detenerlo, primeramente, sus indagadores, pues en ese tratante de caballos que recorre Sajonia entera en pos de una entequeia, los dos satanados y vibrantes caballos que un día le

requisaron en nombre del señor del Castillo, devolviéndole después una yunta enflaquecida, un par de esclavos que estuvieron uncidos a un arado y que él rehusa recibir, entablando un Proceso que acumuló pilas y pilas de papel sellado, sin conseguir él jamás justicia : en esa obra está el germen de todo Kafka, su no acercarse nunca a un fin, la obsesión de un logro inalcanzable, el anhelo sordo y a la vez tumultuoso.

Para los que desconocen la novela de Kleist contaré su final : la mujer de Kolhaas, desesperada ante la obsesión de su marido, decide ir a la corte en demanda de justicia ante el Soberano. Los guardias del palacio la hieren con sus lanzas, ella regresa y muere. El tratante de caballos envía sus hijos al país vecino, vende sus propiedades, organiza una banda de salteadores y recorre Sajonia entera matando, saqueando, incendiando... En una de sus correrías se encuentra con Martín Lutero. Hablan los dos, pero no se entienden. El Proceso continúa, Miguel es, por fin, atrapado, y muere pidiendo sus dos hermosos caballos...

Desde 1910 hasta 1923 Kafka llevó distintos « Diarios », campos de un combate atroz, lúcidos mundos enganchándose unos a otros como las anillas del prestidigitador. « Basta que me haya comportado humanamente durante algunas horas, como hoy en casa de Max y luego en casa de Baïen, para sentirme lleno de orgullo en el momento de acostarme. »

Lleva una doble vida. Es por fuera el hijo, el primogénito enclenque que ha de rezar la rescatadora oración de difuntos por su resplandeciente padre, porque él se sentirá muy poca cosa delante de su papá, pero quien ha de pedir por papá, por su destino en el otro mundo, es él...

Es también por fuera el funcionario que llegó a ocupar un cargo semioficial, y es asimismo un espectador, un paseante callejero de su ciudad. Hacia el otoño perseguía a las muchachas. A una de ellas le escribe una carta de la que se arrepiente apenas la echa al buzón. Va detrás de ella hasta la propia central de correos donde le tranquilizan asombrosamente prometiéndole su devolución, que es imposible, pero él se lo cree...

Como paseante, no es un solitario, y cuando alguien se le acerca no se impacienta. Más bien le escucha atentamente, con esa demasiada atención de la gente ensimismada, con las terribles orejas un poco enhiestas, la raya en medio partiéndole el pelo, los pómulos aguzados por el esfuerzo de la marcha y el deseo de poder escuchar hasta el final : un gato misterioso, no de lujo, que querría ser siempre un buen gato.

En cuanto a las muchachas, las amaba, y algunas también lo amaban a él, pero él « tenía » que dejarlas, y siempre sucedía algo por lo cual, al fin, conseguía su secreto espasmo.

Después lloraba, porque por fuera él quería casarse y no le importaba, como casado, « convertirse en un tonto ». « Volar a todos los vientos » —decía— « no avanzar. » Y, cuando, pasado algún tiempo, ellas le hacían saber que se habían casado con otro, él se sentía feliz de nuevo en su cuarto, en casa de su padre, oyendo por las noches, a través de las habitaciones, su respiración de triunfador en la estancia matrimonial, cálida y sagrada.

Aunque a veces intentaba sustraerse, crecer, vivir aparte en pensión o tomando un piso en algún palacio, donde subalquilaban habitaciones, en la calle de los Alquimistas, donde todavía enseñan su jaula a los que visitan a Praga.

Entonces, sólo, el Kafka de por dentro se disolvía aún más para rehacerse, en busca de un orden que siempre buscó. Luchaba, porque todas las cosas se le ocurrían no desde la raíz, sino en cierto sentido desde la mitad.

« En el momento de escribir —se analiza a sí mismo— es fácil observar en mí una gran concentración de fuerzas únicamente al servicio de la literatura. Cuando se hizo evidente en mi organismo [es notable esa identificación física] que la literatura era la posibilidad más productiva de mi ser, todo se encaminó en esa dirección y dejó vacías aquellas aptitudes que corresponden a las alegrías del sexo, de la comida, de la bebida, de la reflexión filosófica y, sobre todo, de la música. Me atrofié en todas esas direcciones. » ¡Ojo con esto! Yo no he creído nunca en las interpretaciones metafísicas, ni de orden político en Kafka,

salvo las inherentes a la condición profética del genio. Siempre creí que él, lo único que quiso ser es totalmente un literato al que cansaba ser desdichado, y al mismo tiempo tenía la convicción de que debía serlo para enriquecimiento de su literatura.

No es en vano el autor de sus libros. Su sensibilidad de escritor le acompaña en la vida, le impide no sufrir, no conmocionarse hasta de una escalera, la baranda de piedra de los escalones que conducen al muelle en el *Puente Checo* « muy empinado —observa sutilmente— como si sólo ofreciera una rápida insinuación ». Y otro día descubre, en la orilla de enfrente del río, otra escalerita, porque ya es otoño y han desmantelado la veraniega escuela de natación, y ahí está la escalerita bajo los árboles parduzcos diciéndole que se aproxima el invierno.

Es tan literato que todo lo controla en sí mismo al servicio de su literatura, hasta el punto de no permitirse beneficiarse de la pureza de cualquier sensación, dejándola expandirse por su ser, sino que rápidamente acumula sobre ella otras imprevisibles de menor fuerza, insignificantes, diligentes, que le obligan a más difícil matrimonio de ideas, lo cual, claro, acabará por debilitarle físicamente. Era alguien que estaba constantemente arrojándose a sí mismo una piedra en su agua interior, a ver qué pasa, cuántas ondas concéntricas y excéntricas provoca el guijarro. El esfuerzo era grande ; el resultado lo conocemos.

Deseaba, como todo buen literato, escribir sin interrupciones a las que le obligaba su otra vida y que, bien lo sabía él, le condenaban a esa inferioridad que da el no poder escribir a lo largo de toda la noche, muchas noches seguidas. Le aterraba alejarse de lo que le costaba tanto conseguir : la continuidad, esa reclusión, esa inspiración en cadena, por la que el escritor lo da todo, porque es cuando encuentra los matices del vacío, de lo vaciado, de la oquedad de lo real ; mientras se está en un andén, decirse que el tren no quiere realmente partir, que sólo hará un breve recorrido dentro de la estación, así, como para representar una pequeña comedia, y he aquí que el tren arranca, y se va.

Ya en el tren, ponerse a mirar la nariz



de una vieja, descubrir que en la punta el cutis está fresco, casi juvenil. « ¿Termina por lo tanto la juventud en la punta de la nariz y empieza allí la muerte? »

Otra vieja. Una casamentera que trae candidatos para las dos hermanas de Kafka. La escena sucede tan sencillamente que se vuelve intolerable por su gris normalidad. A la vieja, si se quiere, se puede no mirarla, porque ella es bizca y no recibe las miradas, y Franz sólo mira a su padre, cada vez que éste le consulta acerca del joven ofrecido por la vieja. Sin embargo, él ve que la vieja tiene arrugas inverosímiles, tantas que es necesario preguntarse qué pensarán los animales ante rostros humanos como el de ella. Esta es la manera kafkiana.

Quedaba exhausto. Oscilante, culpaba a la oficina, a su vida diurna, a tener que haber ido a un café a conocer a un tal, para que le firmase un papel reconociendo que no había sido empleado por ellos y que, por lo tanto, no tenía opción al seguro, por lo que el Padre se vería exento de reembolsar una cantidad considerable. El hombre había prometido volver con la declaración firmada y no sólo no lo había hecho, sino que se había desvanecido como un espectro.

Culpaba también a los ruidos, al chirrido del tranvía doblando la esquina de su casa (en su última estancia entre nosotros, a Ortega y Gasset le pasaba lo mismo: odiaba el tranvía que doblaba por la esquina de su casa y siempre que íbamos a visitarle pasaba un buen rato hablando mal de él como de una persona). Kafka llegaba a creer que su casa, su propio cuarto, era algo así como el cuartel general del ruido, Todo le hería. El roce de la *robe de chambre* de su padre tocando la alfombra, cómo rasqueteaban la estufa para quitarle las cenizas, y cuando la casa se quedaba silenciosa y comenzaba ese otro ruido del canto de los canarios, más delicado, mejor distribuido pero, por lo mismo, más desesperante, entonces piensa que podría abrir una hendidura en la puerta y por allí, arrastrándose como una víbora, llegar a la otra habitación y rogar a su hermana y a la gobernante que se callen.

Tampoco la noche era leve para él, ni la poesía, ni el entusiasmo. Soñaba mucho y

anotaba sus sueños. Una verdadera equivocación. A veces estaba tan débil, tan alfeñicado, que llegaba a contarle a su jefe, en la oficina, lo que había soñado y mientras lo hacía, se le iban aclarando algunos símbolos: que los lentes del sueño eran los de su madre, quien solía sentarse al lado de él las noches que jugaban a las cartas y le miraba por debajo de los lentes, « una actitud —reflexiona— poco agradable ». Y cuando ya creía dormirse, cerca del mediodía, veía que no estaba dormido y que sobre él yacía una mujer de cera.

Escribía desde las seis de la mañana, todo el día hasta la otra mañana; de pronto había un momento en que descubría que su mano izquierda aferraba la derecha por los dedos, « por compasión ». Esto de las manos era preocupante en él, y también para mí, sin que pueda ahora explicar por qué ha sido lo que más me lo ha explicado a él, así, de una manera indefinida, dejándolo todavía confuso en mi subconsciente. En otras circunstancias se encuentra con sus dos cuñadas en el paseo y les tiende al mismo tiempo sus dos manos, con tanta destreza, dice, como si las dos hubiesen sido sus manos derechas y él una persona doble.

Sus mejores hallazgos los conseguía a esa hora cualquiera que fuese, en que, recostado en su sofá, oía y pensaba casi dormido; se imaginaba como a otro que estaba allí; urdía fantasías extrañas: que despedía vapor y que con ese vapor llenaba la habitación de enfrente donde, quién sabe cuándo, había entrevisto a una muchacha. La veía erguirse con su corpiño gris ceniza « que en la parte de abajo —describe— estaba tan separado del cuerpo que uno podía sentarse y en cierto modo cabalgar sobre él. »

Este sofá de Kafka siempre me hace pensar en el sofá de Tolstoi en Yasnaia Poliana. Era de cuero negro y sobre él le nacieron todos sus hijos. No se sabe por qué la condesa Tolstoi no quería tenerlos en la cama. También me recuerda el de Chejov, arrugado, lleno del eco de sus toses. Es en Kafka un residuo eslavo, algo que al principio era muy patente en sus novelas, pero que con el tiempo se ha esfumado. Es curioso. Ahora Kafka es más germano. Al principio, cuando se le desconocía a él co-

mo ente humano, uno se decía que sus novelas eran las últimas grandes novelas eslavas.

El sofá era también plataforma de su humorismo, cuando, siempre recostado, pensaba en el contraste « antiartístico » de la calva de su jefe, tan tersa, y la red de finas arrugas de su frente : « Una evidente falla de la naturaleza muy fácil de imitar. No convendría que los billetes de banco fueran así. »

Nunca le abandonaron sus coprofagias de niño. Nunca terminó de acostumbrarse consigo mismo físicamente. « Es indudable —se decía— que con semejante cuerpo no se puede hacer nada. » O tal vez sí, al final, cuando su sangre se rompió definitivamente y la salida de una gran parte de su ser al exterior, expandiéndose en torno suyo, le envolvió, al fin, en su identidad.

Fue enterrado con la liturgia de su raza, un día de nubes muy tristes, en el cementerio judío de Praga, la ciudad por la que se había paseado tanto y a cuyos suburbios

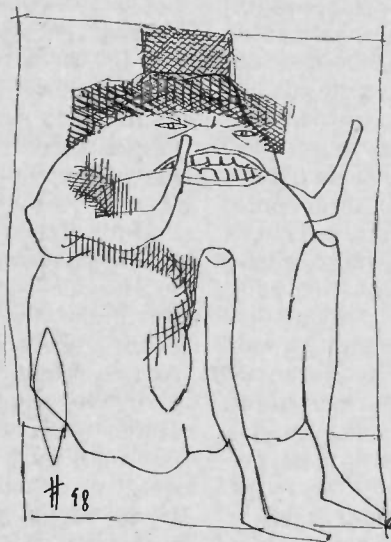
entraba « con una confusa sensación de ansiedad, de abandono, de lástima, de curiosidad, de orgullo, de alegría, de vigor, de virilidad ».

La muchacha que por aquel entonces le acompañaba, Dora Dymant —afirmó un testigo— al ver abrirse su tumba cayó al suelo como muerta.

Mientras él descendía como un San Sebastián, ese para el que había posado muchas tardes en el estudio de un pintor amigo ¡Kafka, Kafkita desnudo! ¿Se lo imaginan? Sin embargo, él había sido un San Sebastián de la literatura, asaetado por el ansia insaciada de la creación dolorosa, sin alegría, al contrario de como lo es en otros grandes creadores, Shakespeare, por ejemplo.

Para Shakespeare todo está bien, si termina bien. Para Kafka todo está bien, si acaba mal. Y así, como le hubiera gustado a él, termino yo ahora este ensayo : inesperadamente Mal.

CUEVAS : « LA CONQUISTA DE MEXICO »



## La poesía de Luis Palés Matos

LA GENIALIDAD poética se consustancia con el don que el poeta tiene para impregnar de universalidad lo regional, para alzar los localismos a premisas generales, para proyectar, en suma, lo íntimo individual en categorías espirituales en las que todos participen y se reconozcan expresados. El poeta ha de ser hijo de su patria y su tiempo, pero añadiendo la condición de hablar para después, fuera de su tiempo y su patria, más allá de sí mismo.

El puertorriqueño Luis Palés Matos pertenece a esos elegidos. Se da en él, curiosamente, el caso de un escritor que, oriundo de una recoleta provincia boricua, donde vivió una infancia campesina; nativo de una isla tropical de la que sólo salió una vez, en breve viaje a los Estados Unidos, alcanza dimensiones hispanoamericanas, se integra en la gran corriente cultural de nuestra lengua como arquitecto original y profundo de nuevos modos expresivos, cuando todo en torno suyo pareciera señalarlo para la limitación, insularlo. Con este añadido: que su obra, en vida, apenas sobrepasó las costas boricuas, llevada en las voces de los recitadores o en los conjuntos de las antologías, y sólo a partir de *Tuntún de pasa y grifería*, en 1937, circulará con más amplitud su nombre; aunque, cifrado el interés en el cultivo de la poesía negra, se le conocerá por mucho tiempo sólo por este aspecto de su creación, aspecto asociado en forma exclusiva al prestigio desde entonces creciente de Palés Matos.

Todo le fue formando y acorralando para la vocación poética: el pueblo de Guayama, donde nació en 1898, áspera zona litoral que guardaba memoria de tormentas y piratas famosos; el medio familiar culto y propicio al verso que forja raza de poetas: su padre, él, sus hermanos Gustavo y Vicente; su temperamento soñador, tímido, errante, insatisfecho, enamorado de cosas lejanas, ansioso de lo que no se alcanza, imaginativo, viajero de viajes que no realizó nunca. Quizás de su fondo de frustraciones, emerge la clave para adentrarse en su complejo mundo poético. El mejor canto nace de las he-

ridas. Y fueron muchas las que dejaron cicatrices en este soñador empedernido. Antes de los diecisiete años, su primer libro, *Azaleas*, en 1915, estrena la afirmación de una voluntad creadora. Un par de años después, se casa y enviuda. Pensaba ser abogado y su viudez temprana le apartó del designio, con ventajas sin duda para la literatura. Aunque más tarde lo recompensó la vida; en María Valdés Tous, con quien contrajo enlace en 1930, y que fue para él « la buena esposa para el buen marido ». Desempeñó varios empleos sin situarse fijo en ninguno. A través de su vida, anunciaba títulos de libros que no publicó. Bien resume Tomás Blanco esta continua incertidumbre: « Palés es un perenne naufragio de viajes en proyecto. »

Mundo poético complejo, decimos. En verdad, externamente al menos, ayuda más a orientarse en busca de ángulos interpretativos, el conjunto ordenado, cronológico, de un autor que va viviendo a la par de su creación, que permite seguirlo libro a libro en su evolución y sus etapas de madurez. Pero de Palés Matos nos falta aún la edición crítica de su obra total en la que están trabajando don Federico de Onís y la Dra. Margot Arce, para identificar ciertos poemas dentro de esos títulos enunciados que dejó inéditos. Complejidad que viene también de la vasta temática que su poesía abarca, que no es dispersión interior, sino, por lo contrario, obediencia al reclamo múltiple de la vida, a su interés ecuménico por toda experiencia emocional, a la búsqueda perpetua de inconforme que le impulsa a ese sondeo de la realidad y de sí propio, al afán de saber, indagar, desesperarse en preguntas últimas ante los grandes misterios cósmicos y sin respuesta. Un gran inquieto, un gran curioso de enigmas, eso fue Palés Matos.

Comenzó como tributario del modernismo, sin despojarse del todo de cierto soplo romántico que su isla parece estimular, en su *Azaleas* primigenio. Para asomarnos a su maduración íntima, a nuestra distancia sólo contamos con el salto que significa *Tuntún de pasa y grifería*,

veintidós años más tarde. Media un abismo entre ambos. El proceso de uno a otro, ¿cómo ocurrió? ¿Cuánto poema, nacido y sacrificado, hubo quizás entre uno y otro? Al publicar sus famosos poemas de tema negro, éstos circulaban ya en la popularización de la juglaría, divulgados por los recitadores. Por la monografía sobre vida y obra de este escritor puertorriqueño publicada por don Federico de Onís<sup>4</sup> después de la muerte repentina de Palés, en febrero de 1959, sabemos que después de *Azaleas*, según las referencias autorizadas de Tomás Blanco, Palés proyectaba un « Programa silvestre »; décimas y sonetos jíbaros; « El llavero de Barba Azul », no publicado, como « El esquite de Jasón », « El taller de Benvenuto », « Memorias de un hombre insignificante », quizás las que llamó *Litoral* (*reseña de una vida inútil*), aparecida fragmentariamente en publicaciones puertorriqueñas. Hacia 1925 anuncia las *Canciones de la vida media*, el mismo año en que escribe su primer poema negro. Hasta aquí, hemos seguido a don Federico de Onís.

Pero lo cierto es que la obra publicada hasta hoy, se reduce —aparte de *Litoral*, incompleta—, a *Azaleas*, las dos ediciones de *Tuntún de pasa y grifería*, de 1937 la primera, prologada por Angel Valbuena, y de 1950 la segunda, prologada por Jaime Benítez; y *Poesía* (1915-1956), editada en 1957 por la Universidad de Puerto Rico, con prólogo de Federico de Onís; sin contar versos y prosas diseminados en diarios y revistas del continente.

El adolescente se inclinó ante las princesas sonrosadas, los palacios, las góndolas modernistas, la música del simbolismo que no llega a alambicar del todo su verso, y aunque lo emparenta con el de Lugones y de Herrera y Reissig, lo mantiene terso y sin tortura. Mas, sobre todos los ecos, de inmediato asoma el numen tutelar del dios mayor, Rubén Darío. Cita a Luis de Baviera, « trina el ruseñor » en su noche del trópico, sueña con cisnes y paisajes nórdicos. Pero hay sinceridad en su mundo; el mundo que está creando es suyo, y va a hacerlo original y hondo, inconfundible, marcado por una personalidad vigorosa.

El joven modernista no escapa empero al vaho aromoso y rústico de su tierra, « la mañana de yodo y marisco », el « olor a brea » del puerto, su infancia mecida por historias de piratas, en « un pueblecillo tierno, / inocentón a fuerza de muchachas », que deja para siempre en él la huella de la luminosidad campesina que le envuelve con un comienzo de nostalgia. El hombre joven galopa por sus tierras tropicales, embriagado por la fuerza que sube a él desde las raíces vegetales, desde la gleba fecunda, y el verso se articula musical y sonoro, como espoleado por el jinete :

*Vamos sobre caballos que huelen a maleza  
rumbo al Carite dulce de don Antero Aponte.  
Yo escondo en el camino miradas de tristeza  
y el otro, su aromada sinceridad de monte.*

De la estrofa parece desprenderse esa fragancia húmeda y grata de los pastos jugosos. No es raro: toda la poesía de Palés tiene este rasgo sensorial fuerte, evidente, rico, lujoso. Colores, aromas, sonoridades, tejen su estilo inconfundible, aunque varíe desde las armonías modernistas a los sonos cálidos afroantillanos o se depure en un verso más desnudo y metafísico, hacia el fin de su vida.

Esa depuración que culminará como un epílogo melancólico en los poemas finales, se anticipa, sin embargo, antes de los poemas negroides, en las *Canciones de la vida media*, de 1925. Deja atrás los énfasis musicales, lo meramente decorativo, para darse como « un vino sencillo pero puro / porque es vino de casa », la propia voz, su verdad; ahora, « huye de las retóricas travesuras ingenuas / que inquietaron tu infancia », se aconseja. Siempre: el canto, pero de otra manera más definitiva:

*Ahora vamos de nuevo a cantar alma mía;  
a cantar sin palabras.  
Desnúdate de imágenes y poda extensamente  
tus viñas de hojarasca.*

.....  
*Ya eres vieja, alma mía. Arbol que entra en la*  
[zona

*de la vida mediada.  
Como fruta madura te cuelga el sentimiento  
de la rama más alta.*

Y confiesa su despojo, todo lo que debió inmolar, podar, para que se produjera el advenimiento:

*Para cuajar el fruto tuvieron que caerse  
las hojas de la rama.*

Su modalidad, que nunca reflejó el júbilo de vivir, se melancoliza a medida que corre el tiempo. Y se vuelve cada vez más a su tierra, al medio agreste, a los animales que vio desde la niñez en su Guayama; se vuelve, cada vez más, al amor de lo suyo, naturaleza, hombre, olores de café y tabaco, comprensión de lo humilde, compenetración telúrica, expresión de lo jíbaro para inscribirlo en lo universal. Revive la doméstica placidez pueblerina, alejado de ella por los años, que, no obstante, no han borrado la imagen, el contorno de viñeta rústica y distante:

*Paz de reloj de sol y tinajero;  
de mediodía sobre plaza vieja...  
Serena paz de calles aldeanas  
por donde sólo cruza la gallina,  
y cuyo hondo silencio rompe a veces  
la ocarina dulzona y soñolienta  
de algún amolador que nada amuela.*

El negro de su tierra, el negro de sus islas antillanas, constituye una forma de ese amor solidario con seres y paisajes. Hombre blanco, no se acerca al « hermano negro » por afán pintoresco, por regusto folklórico, sino por fraterno abrazo y comprensión inteligente y sensible de esa mezcla de sangres que es crisol de su pueblo, imperativo racial y humanitario que siente como deber de puertorriqueño. En *Tuntún de pasa y grifería* empina Palés Matos su más decisiva labor, pero no el aspecto único de ésta que debe valer para la posteridad. No puede desgajársele sin mutilarlo. Ver en él únicamente al creador de « Danza negra » o « La canción festiva para ser llorada », es quitarle matices poéticos no menos importantes. Se explica esa parcialidad en el gusto o la preferencia de los lectores, por el hecho de que, hasta 1957, dos años escasos antes de su muerte, fue aquél el libro que en sus dos ediciones hizo correr por el ámbito de nuestra lengua sus motivos negroides. Nadie escapa al hechizo del son caliente, retumbante de tam-tams ancestrales, con fuerza mágica ineludible :

*Calabó y bambú.*

*Bambú y calabó.*

*El Gran Cocoroco dice : tu-cu-tú.*

*La Gran Cocoroca dice : to-co-tó.*

*Es el sol de hierro que arde en Tombuctú.*

*Es la danza negra de Fernando Póo.*

*El cerdo en el fango gruñe : pru-pru-prú...*

*El sapo en la charca sueña : cro-cro-cró.*

*Calabó y bambú.*

*Bambú y calabó.*

Se hace claro el coro de sonos, la onomatopeya nos llega al oído, se impone el ritmo violento creado por virtud del vocablo. El dominio del poeta le permite jugar con las vocales, encender las palabras, crear con ellas plásticamente la coreografía bruja, y estallan contorsiones y meneos de danza, con estrépito contagioso :

*Rompen los junjunes en furiosa ú.*

*Los gongos trepidan con profunda ó.*

*Es la raza negra que ondulando va en el ritmo gordo del mariyandá.*

Desfilan por su fantasía enardecida, las islas, todas tan suyas como la boricua:

*Pasan tierra rojas, islas de betún :*

*Haiti, Martinica, Congo, Camerún ;*

*las papiamentosas antillas del ron*

*y las patualesas islas del volcán*

*que en el grave son*

*del canto se dan.*

Un delirio de trópico lo solivianta, y el poema arde con soles de hierro, ritmos ancestrales, bocanadas de horno, frenesí sensual y obsesivo como el golpear de las lonjas en la noche selvática. En la « bruja cazuela tropical », bulle

el condumio sabroso de estridencia, danzas, sudor, fogatas, totems, locura y borrachera de gongos y abanicar de palmas. « Numen », « Nam-Nam », « Candombe », « Lamento », « Bombo », tienen ese vigor rijoso de una realidad subjetivada en potencia, color y calor ; el poeta crea su orbe en plena euforia, desenfrenadamente ; es el hirviente respeto a la « majestad negra », respeto que pierde cuando el negro deja de ser lo que genuinamente es para remedar al blanco en el intento de salir de su medio : el relamido negro « blanqueado » que reniega de su raza, « azucarado de saludos como un cortesano cualquiera », lamentable « Duque de la Mermelada ». Para este negro fugado de sí propio, guarda ironía, burla, desdén, tanto como amor y hermandad profesa al otro, auténtico. La realidad humana del escritor es el mestizaje fecundo, la « Mulata-Antilla » : vista como mujer, en ella encuentra su verdad cósmica :

*En ti ahora, mulata,*

*me acojo al tibio mar de las Antillas,*

*agua sensual y lenta de melaza,*

*puerto de azúcar, cálida bahía.*

Es lo suyo intransferible, abrazo telúrico, « inmensidad libre y sin límites », « amor sin trabas y sin prisas », conjugación de sus dos razas : resorte secreto de su buscar poético, « con voces del Cantar de los Cantares / eres morena porque el sol te mira ». Y todo lo resuelve en crescendo apasionado :

*¡Antillas, mis Antillas!*

*Sobre el mar de Colón, aupadas todas,*

*sobre el Caribe mar, todas unidas,*

*soñando y padeciendo y forcejeando*

*contra pestes, ciclones y codicias*

*y muriéndose un poco por la noche,*

*y otra vez a la aurora, redivivas,*

*porque eres tú, mulata de los trópicos,*

*la libertad cantando en mis Antillas.*

Todavía añade en este libro clave, los « Aires bucaneros », poemas de metro saltarín, traviesos y coloridos como *La pipa de Kif* de Valle-Inclán :

*Para el bucanero carne bucanada,*

*el largo mosquete de pólvora negra,*

*la roja camisa, la rústica abarca*

*y el tórrido ponche de ron con pimienta.*

El poema brinca, trepida, goza su fábula patibularia, se sacude en bordadas bruscas, salta al abordaje : nombres de romancero bandido : D'Ogeron, Le Grand, Levasseur, Morgan.

*Y cuando izada sobre Tortuga*

*—pendón corsario—, la noche ondea,*

*la luna, cómplice de los piratas,*

*fija en las sombras su calavera.*

Nada falta a la paleta policroma y soñadora del artista que crea sus mitos. Por eso extraña

y no extraña saltar, a los « Otros poemas » que integran su famoso libro. Allí, bosques escandinavos, bahías groenlandesas, Offenbach, Grieg, Wagner, duendes, Walkirias y Walhallas. Curioso error ideal, del Caribe a la « Sinfonía nórdica », del negro al duende, del pirata al viking. No olvidemos que en Palés Matos hubo un perpetuo viajero fracasado, y que cada vez más se ensimisma y decepciona del desnivel entre sus quimeras y sus posibilidades. Son horas de añoranza, de fantaseos, de resurrección de su pasado :

*Esta es la tierra donde vine al mundo.*

*—Mi infancia ha ramoneado  
como una cabra arisca por el yermo  
rencoroso y misántropo—.*

*Esta es toda mi historia :  
sal, aridez, cansancio,  
una vaga tristeza indefinible...*

Son las horas en que evoca a su madre, « perdida en la distancia » ; horas de mirar a la gente de su pueblo, buena y sencilla, que « se morirá de nada », de esa terrible nada opaca y destructora de la resignación, el tedio, la rutina. Va entrando en cerrados jardines metafísicos, en el pesimismo monologante « *de ese terrible dolor que no tiene respuesta / y cuya voz inútil se pierde sobre el viento* ». Presiente el fin, « El llamado » :

*Me llaman desde allá..*

*Mi nave aparejada está dispuesta.  
A su redor en grumos de silencio  
sordamente coagula la tiniebla.*

Emoción, temblor, embaimiento bajo el cielo nocturno, su soledad es anticipo de eternidad, con la palabra como talismán para construir. « Crearéis el mundo que nombréis », afirma el gran poeta argentino Arturo Capdevila, refiriéndose a su virtud taumatúrgica. Tiene Palés la amargura que traen las asperezas de ir viviendo, pero lejos de aquella actitud corrosiva de Barba-Jacob, antes bien ahondado y agrandado en viriles ternuras. « Su poesía — escribe María Teresa Babín— tiene algo de reloj que marca con lágrimas silenciosas el tiempo infinito de la vida verdadera. »

Se despidió de la existencia trasmutando en cúspide lírica el amor humano, metamorfoseado en esencial femineidad, en la Filí-Melé que transustancia en raptó lírico su pasión de madurez poética. Está por encima de lo real y tangible, salida « del trasfondo de un sueño », identificación de plenitud con la vida misma, « sobre mares oleados de quimera », formada « a cincel de espuma ». Idealizado amor que engendra la más alta cifra, acaso, de la grandeza poética de Palés Matos, fuente de las preguntas supremas —fugacidad, eternidad—, desgarro del hombre precedero que ve acercarse la hora del trán-

sito : « *Estoy frente a la mar y en lontananza / se va perdiendo el ala de una vela* » : cae la tarde en su vida. Y Filí-Melé, forma de lo jamás soñado, que será cuando él parta bien para siempre perdido, es

*¿Cómo volver a tu fulgor primero?*

*Oh lirio, oh pan de luz, oh siderado  
copo de espuma virgen que con fiero  
y súbito ademán hube tronchado!*

Porque, él lo sabe, el tiempo no permite tales regresos. No se retrocede más hacia la primavera. Y Filí-Melé es también cuerpo y luz de la primavera perdida.

Hay fundamentales coincidencias en la apreciación de los más eminentes críticos de España y América, de Onís, Gullón, Valbuena, Alexandre, de Torre, los puertorriqueños Tomás Blanco, Jaime Benítez, Margot Arce, Concha Meléndez, Nilita Vientós, María Teresa Babín, Josemilio González, el cubano Eugenio Florit, el peruano Luis Alberto Sánchez, el uruguayo Gastón Figueira, y aun de europeos, como el distinguido hispanista belga Edmond Vandercammen, contestes en reconocer la valía perdurable de la obra de Luis Palés Matos, que con Evaristo Rivera Chevrement ha traspuesto las fronteras de Puerto Rico para convertirse ambos en representaciones de la mejor poesía de su patria en lo que va del siglo.

Herido de interrogantes, bueno, desilusionado, melancólico, Palés Matos ha dado eternidad a su isla, dimensión lírica a su trópico, jerarquía estética al hombre negro de las Antillas, alcanzando por esa triple vertiente la categórica universalidad que salva de la muerte y consagra entre los heroísmos al quehacer poético.

DORA ISELLA RUSSELL

Eduardo Mallea :

« La guerra interior »

EL ÚLTIMO LIBRO de Eduardo Mallea (editado por SUR, Buenos Aires), un centenar de páginas tensas, exalta en la cúspide de su obra vasta y exigente la singularidad de una vocación sin mezcla. Mallea ha reconocido las fronteras de su profesión y ha considerado que como escritor su deber era no franquearlas, permanecer en su recinto propio, desde el cual, sin embargo, los límites no son limitaciones, sino, al contrario, señales de incontaminación, de pureza, y, en última instancia, de plena confianza en la potencia del espíritu, puesto que éste es el reino del escritor y en él cabe ilimitadamente todo lo humano.

En torno del hombre y, particularmente, en su dimensión argentina y americana, han crecido las meditaciones y las invenciones novelescas de Mallea. Sus meditaciones, ya se sabe, nunca son imperturbables, ni sus novelas se libran al hedonismo imaginativo; unas y otras se templean en la pasión (una actitud y una palabra ennoblecidas por Mallea) y a ellas se traslada y en ellas perdura la lucha denodada trabada en lo hondo del espíritu, la palestra de esa guerra interior que constituye la auténtica acción del escritor.

Con el acierto de su significativo título, *La guerra interior*, proclama en lenguaje cortante y directo, exacto trasunto de un pensamiento infatigablemente decantado, la vibrante fe del escritor, entraña un credo y asimismo una defensa. Su vínculo más estrecho lo mantiene con aquella memorable *Historia de una pasión argentina*, que señaló su camino y su meta, al mismo tiempo que los pregonaba para otros, en un afán de ardorosa comunicación. Aquella fue la manifestación de una « guerra interior », que al cabo de tantos años, según se ve, no ha dejado de acosar al escritor, antes al contrario, se ha agudizado y ha alcanzado una pureza desafiante. ¡Cuánto hay que haber transitado los duros y al principio desolados caminos del espíritu para depositar en él tanta fe, para ensalzar su pujanza y enaltecerlo como la única guía certera de la acción, la única vía salvadora!

Para un escritor como Mallea, es decir para un escritor que ha emprendido el esclarecimiento de la existencia, pero en sus raíces, dándole amplio crédito a la palabra como trasunto del espíritu, la acción es cosa interior y se objetiva en el libro. No corresponde trasladarla al exterior por otras vías, y en su caso no tendría efectividad inmediata, porque si al lado de un análisis crítico de su mundo puede advertirse en su obra un programa vital como meta deseable (y dichosamente potencial), no lo reviste de soluciones prácticas, que demandan otras perspectivas, sino de hondas mociones dirigidas al individuo, que se incuban en su espíritu por decisión interior, lo impulsan a la acción y constituyen su verdadera dignidad.

« He aquí que la meta de mi obra, de mi vida —comienza Mallea— no ha consistido en ser un espíritu de acción. » Y poco más adelante: « Todo mi empeño estribó en ser una conciencia preocupada. En mi preocupación estaba mi acción. No era lo mismo que ser un espíritu político. Era lo contrario. Era, en todo caso, ser un espíritu escrupuloso. Para muchos qué limitación, qué esclavitud. Hubieran preferido otorgarme —tantos, tan adversarios— los galones del magisterio antes de verme perdido en el laberinto de la preocupación. »

En este tono aforístico el arsenal discursivo del libro va disparándose cerradamente, con elocuencia de voz y gesto más que de escritura, con exigencia de alegato. « Pues yo siento en mí la militancia misma. Solamente que mi militancia no es la que mis censores quieren. Mi militancia es un impulso apasionado de conciencia; vehemente, si se quiere llamar así. Una voluntad de guerra, pero la guerra interior por un estado de justicia y por un estado de verdad, por un estado de libertad y por un estado de drama interior, pues sin drama interior no hay drama que valga, y sin drama no hay verbo, y si no hay verbo no hay filosofía de la vida. » La militancia que Mallea postula es la « del fondo y de la voz, una actividad *clamante* », una « militancia del corazón pensante y del pensamiento central, cenital radical, del espíritu contemporáneo, eterno », y una militancia del hombre en el mundo « no con los otros hombres, sino hacia y por los otros hombres ».

De esta profesión de fe liminar acerca de la acción y la militancia, Mallea pasa a los recuerdos autobiográficos, actitud tan poco frecuente en la literatura argentina y en él reiterada en varias ocasiones como testimonio de crecimiento y aventura espiritual, ya en la forma del relato amplio, ya en la del minucioso diario. En ellos es dado comprobar cómo la militancia e interioridad se armonizan en una fuerza que impulsa a la acción, cómo ésta por sí misma pierde su sentido y cómo al entrañarse conquista su verdadera dignidad. Mallea señala que, tempranamente, en sus lecturas históricas, los sucesos, « los de la historia patria y la historia universal, cobraban a mis ojos el valor de partes dichas por actores vivos, fueran uno o mil. Y el todo se entretejía en una contienda, no activa a secas, sino supremamente *interior*. Esta preocupación, esta obsesión, esta *mania*, del hombre interior fue capital en mi vida... La vida, desde entonces, no se me presentó como espíritu de exterioridad; se me presentó como *agonía* ». También en la creación literaria ve la lucha como lo más eminente, hasta afirmar que « todo cuanto no implicaba lucha, lucha incesante, lucha central, lucha esencial, me parecía literatura acrosoria, literatura ancilar ».

La pasión raigal de Mallea lo enfrentaba con lo argentino y, claro está, con lo americano; también aquí su búsqueda quiere llegar hasta lo más hondo, hasta el « mundo-mundo » y el « hombre-hombre ». Su conciencia preocupada halla el camino de la creación y al hilo de los recuerdos comienza a hablar de sus libros; del silencio que siguió a los primeros « tanteos poéticos », años « de vida germinativa » en que se incubaba esa « materia de fondo » que habría de animar toda su obra, hacia una « Suma de la vigilia humana », hacia un « Tratado de

los desvelos hechos en forma de narración ». Mallea aborda su propia obra persiguiendo « la historia de un nexo, de una serie, de una continuidad espiritual, entablada por un autor en términos pugnaces, cualquiera sea su resultado en cuanto a calificación o mérito incontestable... No hago, pues —repito—, esta historia de libros por los libros mismos, sino por la historia de su historia, o sea por el propósito que los produjo, que vale más que su historia como tales libros ». Lo que buscó en los grandes libros fue también el móvil tenaz y acuciante de sus propios libros : la proposición de una idea emocionada y superior del ser humano, una literatura como testimonio del hombre, como inspiración moral.

Lanzado, pues, a la empresa de indagar a través de las acciones del ser humano la fuerza interior que las impele y deteniéndose con ahínco en esa interioridad (actitud que tan bien explica la estructura de sus creaciones novelescas), Mallea ha llevado sus meditaciones más allá del plano de sus personajes como individuos, llegando a una zona más abstracta de actitudes generales del hombre, y, en especial, del hombre contemporáneo. En este aspecto, *La guerra interior* ostenta ricas y reconfortantes reflexiones, que son las constantes y la base de cuanto ha escrito, en las que los conceptos de rebeldía y absurdo, característicamente contemporáneos, son desechados por su significación negativa en la crisis de nuestro tiempo, para reafirmar la confianza en « una actitud íntima de severidad del ánimo responsable ante la disgregación inminente » ; en « la hipótesis salvadora de la distinción interior dinámica y calificada, del hombre en juego, del hombre a prueba, en su aspecto de planteo comprometido ; de la distinción interior como atributo principal de una teoría y una práctica progresivas de la criatura humana en el universo en que vivimos ». Y hacia esa salida decisiva « encaminamos la parte aspirativa de una por lo menos afanosa obra literaria ».

El testimonio de Mallea, un testimonio de fe y de lucha, queda en este libro como un epítome vital de intensa convicción y de múltiple alcance. Queda allí como una ratificación, como una advertencia, y también como un anhelo, como una invitación. Pero es un mensaje arduo. Según lo anotó hace unos años el crítico uruguayo Carlos Real de Azúa, « el pleno comercio de Mallea exige la participación, no sólo en su mundo, sino también en sus prospectos, en sus incitaciones a la acción, en su apostolado de una conducta. Exige una fe muy viva en la fuerza de las ideas y las emociones colectivas, una creencia muy firme en la eficacia histórica de las conclusiones del espíritu, en su poder de encarnarse, de realizarse ». Esa partici-

pación y esa fe son raras en nuestro tiempo, y, lamentablemente, también entre nosotros. Pero recuérdese bien que la prospectiva de Mallea no es construcción ideal, sino que está hecha de nuestra potencialidad nacional, mira al pasado y al futuro, y al futuro confía un anhelo superior cálido y apasionado. Acaso nuevas generaciones argentinas vean cada vez menos ideal esa prospectiva de alta humanidad. Ahora corresponde confirmar a través de *La guerra interior* una conducta y un propósito, la exaltación de una profesión servida irrenunciablemente, la fe en el espíritu y en la palabra, sin olvidar que la de Mallea es una palabra de belleza y que ella es, a pesar de todo, la gran consoladora. Así lo proclaman los versos del *Endymion* de Keats en el umbral del libro : « ...yes, in spite of all, / Some shape of beauty moves away the pall. »

JORGE CRUZ

## Víctor Massuh : « Sentido y fin de la historia »

LA OBRA DE VÍCTOR MASSUH predispone al elogio por sus obvias calidades de información excelente y gran claridad expositiva. A diferencia de Abadi, el autor cree en la posibilidad de una trascendencia capaz de dar sentido a la historia. Hondamente llamado al estudio de los problemas contemporáneos, Massuh ha escrito un libro que participa por igual de la filosofía de la historia y de la filosofía de la religión pero, pese a que en apariencia se refiere a la primera disciplina, en definitiva queda consignado a la segunda por el tema y el sesgo de la exposición. En efecto, en el transcurso de una cuidadosa confrontación de pensadores religiosos actuales Massuh examina los problemas del significado y el fin de la historia. Como advierte en la « Introducción » el estudio de esas cuestiones constituye la « escatología », esto es, el saber acerca de las cosas últimas. En contrapunto con las ideas centrales de Löwith, Berdiaeff, Von Balthazar, Buber, Bultmann, Niebuhr y Pieper, Massuh extrae en un denso capítulo final sus propias conclusiones. Ante todo se preocupa de subrayar y alabar el intento de referir la historia a la eternidad, frente al fracaso de aquellas doctrinas que instauraron la historia como un absoluto. Pero las escatologías, según lo establece este prolijo censo de opiniones dispares, son muchas, y todo el problema reside en determinar cuál es la verdadera. Massuh postula una que reconozca plenos derechos a la libertad humana y a la vez respete la esencia de lo histórico. En segundo lugar afirma



que la visión de la escatología es autónoma, es decir que « el contorno religioso o teológico no es indispensable » (pág. 99). Tanto los que han « idolizado » el futuro —por ejemplo las escatologías proféticas y apocalípticas— como los que han exagerado el valor ejemplar del pretérito —este sería el caso de Mircea Eliade— ofrecen « el pasado y el futuro como verdaderos sustitutos de la eternidad » (pág. 101). Pero lo eterno es inmediato y el presente es un presente eterno. Esto obliga a rechazar también escatologías inmanentes como el marxismo (pp. 102-103). En aguda polémica con el temple de ánimo de las escatologías futuristas que aguardan pacientes el fin de la historia, Massuh postula para la escatología del presente el temple de la *impaciencia*. Nuestro tiempo vive formas de hedonismo que exaltan el valor de lo instantáneo porque siente en lo profundo el anhelo del presente eterno. Massuh entiende que ese carácter escatológico de diálogo con la eternidad abarca todos los instantes creadores del hombre, aun aquellos que no se objetivan en formas perceptibles. Hay, pues, una mística de la vivencia moral, del sacrificio, del silencio en cuanto son instantes transfiguradores. Esto acarrea un doble repudio de toda pasividad y de todo activismo secular y una fuerte acentuación del esfuerzo humano. Por ende y a diferencia de los varios profetismos, la escatología mística que propone Massuh « no necesita contar con una representación de los tiempos últimos » (pág. 112), pues la autonomía de la voluntad humana no gana nada y pierde mucho con prefiguraciones ineluctables.

Ahora bien, toda esta doctrina se sostiene y fundamenta en la existencia de ese « presente eterno ». La única prueba de su posibilidad es indirecta y se refiere a la *inquietud*, a la *impaciencia* por alcanzarlo. « La ansiedad de lo perfecto no apunta a un espejismo, sino a una realidad. No creo que una mentira, un falso juego de luces, una complicada madeja de sentimientos e ilusiones puedan sostenerse a través de sucesivas generaciones en forma ininterrumpida y sin eclipse » (pág. 116). Mas he aquí que este es un acto de fe tan respetable como problemático y tiene todo el estilo de una « apuesta » similar a la pascaliana.

Este libro de Massuh representa, a mi juicio, una de las mejoras obras filosóficas que se han publicado durante 1963 en la Argentina. Más allá de su mero valor de información e interpretación nos da las primicias de un pensamiento severo, minucioso y profundo. De ahí que, pese al riesgo de todo resumen, me haya esforzado por transmitir como en cifra el fundamento de su personal actitud ante ese místico presente eterno que lleva en vilo su meditación.

EZEQUIEL DE OLASO

## ¿Existe una nueva línea en la narrativa uruguaya?

LOS NOVELAS publicadas recientemente por la Editorial Alfa, de Montevideo, que en su cuidada colección « Letras de hoy » ha dado a la estampa obras tanto de conocidos narradores uruguayos (Juan Carlos Onetti, Enrique Amorim) como de autores de más incipiente aparición en las letras del Uruguay, parecen anunciar el surgimiento de una nueva línea en el ejercicio del relato en ese país. Se trata de *Nos servían como de muro*, de Mario C. Fernández, y *Los días siguientes*, que pertenece a Eduardo Galeano. He aquí algunos puntos de contacto externos entre los autores : aparte su juventud (35 años el primero y 23 el segundo), ambos son periodistas ; Fernández colabora en *Marcha*, periódico que suscita el interés de los sectores intelectuales rioplatenses y del que Galeano es secretario de redacción ; *Marcha* dio amplia repercusión a una polémica provocada por una crítica sobre *Nos servían como de muro* y su nexa con la última generación literaria uruguaya ; al parecer —al menos así lo consignan las solapas— Mario C. Fernández y Eduardo Galeano se vinculan, más o menos cercana o lejanamente, con la prosa de Cesare Pavese. Tal vez la mención de las similitudes externas deba detenerse aquí, porque más allá los parecidos se tornan internos, y Pavese, quizá sólo uno de los nombres que podría ser invocado al considerar estas obras, si se tratara de apresurarse a discernir influencias y no de comprender en lo posible, por lo menos, la intención de los autores : una narrativa lineal, como la de ambos, puede remontarse a Pavese como a Hemingway, si se quiere pasar por alto, por ejemplo, la « escuela del objeto » e incluso varios estilos cinematográficos de actualidad (como el de Antonioni, sobre quien Mario C. Fernández ha escrito). El parecido interior entre *Nos servían como de muro* y *Los días siguientes* probablemente sea más decisivo que los apuntados.

Por lo menos en un sentido muy amplio, la temática de estas dos novelas tiene en las letras uruguayas el antecedente de Onetti, para quien la vida de los americanos no es necesariamente fabulosa, gauchesca ni épica. Tal como Onetti, los dos autores considerados gobiernan con lucidez la frecuente desilusión, caída o abulia de sus criaturas, pero si Onetti valora su tema mediante un abundante arte elucidatorio, como para justificar literariamente, mediante una manera de escribir, lo escasamente extraordinario de sus personajes, los dos nuevos autores de que se trata, realizando cabalmente lo que parece ser su aspiración a novelas menudos hechos suel-

tos, abandonan esos personajes a su propio peso, que por lo demás no es ligero. Parecen en efecto partir de la premisa de que aquella justificación, por llamarla así, los espera, ya preparada para comprenderlos, en el ánimo de sus lectores: éstos ya sabrían de qué se trata y qué se debe entender leyendo sus novelas. Por las ágiles páginas de estas ficciones desfilan —tema de rigurosa actualidad— amores eventuales, un alcoholismo displicente, diálogos casuales e insustanciales (o sea, en los que se podría decir otras cosas sin que ello afectara el desarrollo del relato) y, en suma, diversos aspectos de la « juventud de ciudad moderna », acaso bastante en la manera que le hacía decir a Chejov que la vida, eso tan importante, se anuda y desenlaza mientras se hace algo tan trivial como almorzar o probarse un traje. Para Chejov, en esa coincidencia residía lo dramático. Para estos autores, el eventual significado de todas las circunstancias noveladas es algo que puede ser callado, en caso de que exista: cualquier episodio puede participar en una novela en el simple nombre de sí mismo, sin mayor ayuda del

novelista, y es lo bastante importante como para prevalecer sobre sus eventuales proyecciones de otro orden, o bien (lo que en el fondo es lo mismo) es lo bastante insustancial como para retrotraer lo novelístico mismo hacia su propia insignificancia. Pero, después de todo, aquí se cumple en cierta medida lo de que negar la filosofía es filosofar: son novelas, donde Mario C. Fernández trata el amor bajo la forma de situaciones eróticas cuyo común denominador es un mismo y mero antifaz, y Eduardo Galeano convierte un suicidio de abundante carga afectiva en un posible error deportivo, todo ello sin choque ni conflicto y con cierta deliberada opacidad de discurso.

Tales son, superficialmente anotadas, algunas de las sugerencias que suscita la lectura de *Nos servían como de muro* y *Los días siguientes*. Por la renovación que parecen aportar a la narrativa uruguaya, como por las calidades que individualmente denotan, permiten la pregunta formulada en el título.

LUIS JUSTO.

# REVISTA SUR

Fundada en 1931 y dirigida por VICTORIA OCAMPO

Nº 293

MARZO-ABRIL 1965

## DEDICADO A LATINOAMERICA

- Wilson Figueiredo : BRASIL : LA REVOLUCION, LA IZQUIERDA Y LA CLASE MEDIA  
 Laurette Séjourné : VIGENCIA DEL PASADO EN MEXICO  
 Mon. Germán Guzmán Campos : LA VIOLENCIA : ¿UN FENOMENO COLOMBIANO?  
 Aldo Prior : DESPUES DE MARTINEZ ESTRADA  
 Sebastián Salazar Bondy : LA REVOLUCION DEL LLAMADO INDIGENISMO  
 Francisco Pérez : LA RECIENTE ELECCION PRESIDENCIAL EN CHILE  
 Alejo Carpentier : LA ACTUALIDAD CULTURAL EN CUBA  
 Humberto Piñera : CULTURA Y REVOLUCION EN CUBA  
 Juan Liscano : CINCO POETAS JOVENES VENEZOLANOS : Guillermo Sucre, Luis García Morales, Efraín Subero, Roberto Guevara, Ramón Palomares  
 Angel Rama : LA CULTURA URUGUAYA EN « MARCHA »  
 Augusto Roa Bastos : CRONICA PARAGUAYA  
 María Teresa Babín y Nilita Vientós Gastón : LA SITUACION EN PUERTO RICO

Suscripción anual u\$s. 6.—  
 Numero suelto u\$s. 1.—

VIAMONTE, 494, 8°

BUENOS AIRES

## El Brasil y los gobiernos fuertes

Los observadores extranjeros que generalizan sobre Brasil, teniendo en cuenta sólo la parte políticamente muerta o desarticulada de su pueblo, parecen precipitarse demasiado en sus conclusiones a favor de regímenes fuertemente paternalistas, tanto para la América portuguesa como para las demás partes de América. Siglos antes de que el fascismo y el nazismo se manifestaran en Europa, Brasil probó tanto lo bueno como lo malo de un régimen casi fascista o casi nazi. Me refiero a las misiones jesuitas. Es sabido que los jesuitas ejercieron un control benévolo y paternal sobre grupos numerosos de indios del Brasil y del Paraguay. Tan perfecta era su técnica de control, que tenían grandes imágenes de madera de santos de aspecto terrible, dentro de las cuales podía introducirse a un hombre —esto es, un jesuita— para decir a los indios lo que debían hacer. Yo he visto algunas de esas antiguas imágenes en Río Grande do Sul; los niños no deben verlas, pues podrían originar en ellos profundos temores de tipo neurótico. Pero nadie puede negar que en Brasil, como en Paraguay los jesuitas fueron administradores eficientes que dieron impulso a la agricultura y a la industria en sus misiones, introdujeron nuevas fábricas y sometieron cada paso de la vida diaria del indio de sus misiones a un control autocráticamente paternalista. El profesor Walter Goetz dice, refiriéndose al « Estado » jesuita del Paraguay —una prolongación del cual se conoció en el sur de Brasil— que « era una autocracia virtual, que controlaba la población indígena por medio de reglamentos económicos y sociales de tipo comunista ». Y añade que « es indudable que los indígenas eran bien tratados por los jesuitas ». Pero era la clase de « buen tratamiento » que tiende a mantener a un grupo humano como meros niños. Otro escritor muy autorizado, José Ots y Capdequi, que ha estudiado el tema, reconoce esa misma eficiencia en lo que respecta a la prosperidad material. Pero cree que « el régimen de las misiones hacía imposible el desarrollo de una personalidad firme y segura de sí misma ». El régimen de las misiones era tam-

bién imperialista por su falta de fe en el indígena. Sus organizaciones parecen haber tenido poca confianza en la capacidad de los indígenas y de los descendientes de los colonos españoles y portugueses de América, tanto criollos como mestizos, para desarrollar una autonomía cultural y una autonomía política.

Si visitamos hoy la parte del Brasil que estuvo bajo el control más directo de los jesuitas, no encontramos entre los descendientes de los indios de las misiones recuerdos agradables de ese régimen paternalista, sino odio hacia los misioneros bien intencionados, pero autocráticos. No sé de ningún brasileño natural de esa región que sienta el menor entusiasmo por los que en un tiempo fueron señores teocráticos de las misiones de Río Grande do Sul; no existe allí ese sentimiento de tolerancia hacia el paternalismo benévolo que podemos hallar entre tantos descendientes de los esclavos de las plantaciones de las provincias septentrionales de Brasil. Por el contrario, parece que el grito de guerra de los indios del siglo XVII contra los jesuitas de las « reducciones » expresaba lo que es todavía hoy la idea fundamental en la rebelión de sus descendientes contra todo control autocrático de sus vidas. Ese grito de guerra era: « Me mata mas nao me reduz » (Mátame, pero no me « reduces »).

Con estas tradiciones vivas aún en el Brasil —vivas entre los grupos más dinámicas de su población, tanto instruidos como analfabetos— es posible llegar a la conclusión de que la América portuguesa figura entre las naciones o comunidades modernas que se inclinan a la democracia; tal parece Brasil, no sólo a través del proceso social y étnicamente democrático de amalgamación de razas e interpretación cultural, activo entre su pueblo, sino también a través de la impaciencia de muchos brasileños por conseguir formas de gobierno en las que no se menosprecie el desarrollo de la personalidad humana. El ideal brasileño de la felicidad humana (un ideal afectado por muchas tradiciones y tendencias de su intelligentsia y de su pueblo) no se limita a las

ganancias o a las comodidades materiales ; incluye el desarrollo de la personalidad humana por procedimientos que parecen haberse acentuado gracias al importante intercambio de valores intelectuales y morales que ha hecho posible el contacto democrático entre diversas razas y culturas.

Parece que Brasil tiene que hacer una contribución peculiar al desarrollo de la personalidad humana en el mundo moderno. Esa contribución vendrá probablemente del tipo extra-europeo de civilización que están desarrollando los grupos más dinámicos y creadores de la población brasileña, a pesar de las inmensas dificultades con que tropiezan.

GILBERTO FREIRE

(De Interpretación del Brasil. Edición del Fondo de Cultura Económica, México.)

#### UN JOVEN PINTOR DE MOZAMBIQUE

Sergio Guerra es un joven pintor mozambiqueño. Nació en Lourenço Marques, la capital, en 1940. A los 18 años presentó su primera exposición individual. Unos años después, en 1962, expuso en Lisboa y en Oporto, llamando la atención de la crítica por el vigor de sus óleos, esclarecedores de los fenómenos de la evolución de la sociedad mozambiqueña. En 1964 visitó varias capitales europeas y expuso en Copenhague, Roma y París.

Tanto sus óleos como sus dibujos ponen de manifiesto una preocupación, casi obsesiva, del artista por el drama cotidiano de los negros de Mozambique, víctimas de la opresión colonial, mas ya en franco período de lucha revolucionaria por su total emancipación.

La temática social de su obra, identificada con el pueblo mozambiqueño, alcanza una dimensión universal en la medida en que su imagen real y objetiva de los fenómenos no sólo es común al resto del continente africano, sino también a la humanidad de nuestros días.

#### TROPICALISMO SUECO :

#### EL «GIGANTISMO», NUEVO "ISMO"

En la reputada revista literaria sueca *Bonniers Litterära Magasin* (BLM en siglas), que publica la antigua e importante casa editora sueca Bonniers, vio la luz en el número de febrero un artículo del poeta y crítico sueco Artur Lundkvist, titulado « Gigantismo en la poesía sudamericana ». « Por mi parte —dice Lundkvist— he inventado un nuevo « ismo », el « gigantismo », para caracterizar la poesía típica de Sudamérica. »

De Artur Lundkvist se ha dicho que es « un incansable, receptivo y hábil introductor de literatura moderna, especialmente de los Estados Unidos, Francia, España y Latinoamérica ». Recibió en 1958 el Premio Lenin (antes Premio Stalin), y es el principal introductor en Suecia de poetas y novelistas latinoamericanos. De algunos poetas es, además, su traductor : Octavio Paz (*La estación violenta*), Pablo Neruda (una nutrida antología, publicada por Bonniers en 1963). Sus preferencias se inclinan por la literatura « comprometida », de manera muy marcada. Es el paladín de Neruda en Suecia.

Artur Lundkvist es autor de un libro, *Continente volcánico* (Vulkanisk Kontinent) escrito a raíz de un viaje por Sudamérica y aparecido en 1957. Ha visitado y escrito también sobre la India, China y otros países más o menos orientales. Tiene gran facilidad para captar paisajes y situaciones, pero en *Continente volcánico* las impresiones son muy a flor de piel. Es tarea poco menos que imposible querer caracterizar, en un solo libro, si no es más que someramente, diez países sudamericanos. El autor desembarca en Venezuela y continúa por Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile (obligada visita a su amigo Neruda), Argentina (Buenos Aires : « La capital de la carne »), Paraguay, Uruguay (título del capítulo : « Cuatro páginas sobre Uruguay » ; el capítulo no tiene verdaderamente más que cuatro páginas), hasta el Brasil. *Continente volcánico* es un libro flojo y superficial. Lo uno es seguramente consecuencia de lo otro.

Según Lundkvist, la denominación « gigantismo » no tiene, en sí misma, sentido peyorativo ni apreciativo. « 'Gigantismo' significa captar grandes cantidades de un enorme material, sacado de la realidad o de la imaginación. 'Gigantismo' significa vastas perspectivas, aglomeración de montañas y ciudades, de bosques y de mares ante el ojo que todo lo ve. El 'gigantismo' emplea anchos ríos de palabras, casi inagotables, que obran conjuntamente, pero sin olvidar por ello los detalles y efectos artísticos. »

« El 'gigantismo' —continúa diciendo Lundkvist— exige, naturalmente, una modificación de la manera acostumbrada de leer poesía. Se respira muy hondo, cómodamente sentado en un sillón, preparándose para una larga lucha cuerpo a cuerpo con algo supuestamente lejano. Y se deja uno bañar por el poema, ola tras ola, como por la resaca del océano, para ser de esta manera estimulado, sacudido, anonadado, despertado de nuevo repentinamente. »

« Pablo Neruda pertenece, dentro de su estilo, al gigantismo. Es su más alta cima, su centelleante cordillera », afirma Lundkvist. Pero a continuación dice que esta vez no hablará de Neruda, ni tampoco de los brasileños Jorge de Lima y Carlos Drummond de Andrade, « me-

recedores ambos de ser contados entre los 'gigantistas'. » En apoyo de la nueva denominación que, según él, caracteriza a la poesía sudamericana, Lundkvist se refiere al peruano Alberto Hidalgo, al chileno Pablo de Rokha, al uruguayo Edgardo Ubaldo Genta, a los colombianos León de Greiff y Carlos Castro Saavedra, y al ecuatoriano Jorge Enrique Adoum. De todos estos hace la presentación con datos biográficos y bibliográficos, y juicios diversos, y ofrece en traducción poemas de Hidalgo, Rokha, Greiff y Adoum.

En cuanto a la relación que cada uno de los referidos poetas tiene con el « gigantismo », Artur Lundkvist la razona de la siguiente manera :

« El 'gigantismo' cósmico, geográfico, corpóreamente mitológico, con mezcla de revolución y fantasía, de Hidalgo, parece sorprendentemente natural dentro de su medio sudamericano. En otra parte, hubiera parecido fácilmente cómico. Lo más justo será seguramente concebirlo como un nuevo género de poesía, bullendo furiosamente en un crisol descomunal. »

« Dentro del gigantismo poético, Rokha ha ido más lejos que ningún otro. Es el Rolando furioso de Sudamérica, incomparable, fuera de todas las normas. »

La única crítica acerba que contiene el artículo de Lundkvist está dedicada a *La epopeya de América*, de Edgardo Ubaldo Genta. « La obra de Genta —dice— es una grandiosa falsificación de la historia, la glorificación de un sueño ultraconservador, sin fundamento alguno en la triste realidad sudamericana, con su miseria, sus dictaduras militares, su dependencia semicolonial de los Estados Unidos, su situación cada día más explosiva. Sólo es necesario pensar por un momento en el *Canto general* de Neruda para que la obra de Genta se derrumbe como un castillo de naipes y parezcan totalmente falsas sus altas miras. »

« ¿Y como arte? », se pregunta Artur Lundkvist, « ¿Qué valor tiene *La epopeya de América* como arte? » Para el crítico se trata de un excelente producto de « artesanía », una « hábil imitación de modelos clásicos », su belleza es de tipo estereotipado, que desde hace mucho tiempo ya no impresiona. Para Lundkvist no hay nada poéticamente nuevo en la obra de Genta, ni ninguna manera de ver propia, aunque no deja de reflejarse en ella « la fantástica naturaleza de los Andes y de las selvas amazónicas ». Finalmente, Lundkvist siente compasión por el « heroico general poeta », que parece « completamente aislado de nuestro tiempo y de nuestro mundo ».

Sobre Greiff y su « gigantismo », dice Lundkvist : « León de Greiff no tiene, verdaderamente, par como poeta : está fuera de todas las es-

cuelas, de todos los tiempos, de todo lugar. En su desmesura, ha llevado a la poesía como embriaguez y delirio hasta el extremo de aniquilarse a sí misma. Esta es su forma de 'gigantismo' sudamericano. »

De Castro Saavedra dice : « Saavedra está más cerca de las gentes corrientes que los poetas típicos. Se presenta como un hombre de carne y hueso, como una persona en plena vida activa, con mujer e hijos, con trabajo y preocupaciones y motivos de alegría. Esto constituye un mérito, cuyo reverso es evidente, pero de todos modos merece tenerse en cuenta. Saavedra parece condenado a ser un poeta menor, aunque su productividad y su apetito de la realidad tienen rasgos de 'gigantismo'. »

Y de Adoum : « Adoum posee su propio e intenso frenesí, una oscura elocuencia, un sentimiento en crescendo, que al mismo tiempo mantiene por completo bajo su dominio. Su 'gigantismo' estriba principalmente en su material, en una épica que asciende escalonadamente desde la costa del Pacífico hacia las cimas de los Andes. »

¿Qué dicen de este nuevo « ismo » que ha inventado este crítico sueco los poetas « andinos » y los « llaneros », los « amazónicos » y los « rioplatenses », los « atlánticos » y los « pacíficos »? ¿Es el nuevo « ismo » un « espejismo » o una realidad? Este « gigantismo » ¿es un « colosalismo » o es un « inflacionismo » en poesía? Por el hecho de que los materiales sean las ingentes moles de los Andes, los ríos caudalosos, las selvas inconmensurables, los océanos procelosos e inmensos, el resultado no tiene necesariamente que ser « gigantismo », poesía « ingente », ni ingentes todos los poetas. En algunos puede no ser más que « verborreísmo ». Pero, claro está, nosotros no entramos ni salimos. Nuestra opinión carece de importancia en este caso. Nos hemos limitado a exponer (a traducir, mejor dicho) la definición que hace del nuevo « ismo » su inventor.

ERNESTO DETHOREY

#### CUEVAS : EL GRAN ARTISTA MEXICANO DEL MOMENTO

Presentamos cinco dibujos de José Luis Cuevas, esbozos para sus series que se han hecho célebres : « La conquista de México », « Funerales de un dictador », « Comedia humana », « Mujeres del siglo XX », « Cuevas por Cuevas » (que es el título de su libro descarnadamente autobiográfico y demoledor que ahora está en boga en su país después de la primera edición norteamericana ya agotada a un precio fabuloso) ; esbozos éstos que apenas pueden dar

## ADIVINANZAS DE "CUADERNOS"

Las adivinanzas que propusimos en nuestro número 92 no fueron adivinadas. Nadie nos envió todas las respuestas : como en ocasión anterior, algunos se quedaron a medio camino, otros se aproximaron a la meta, sin lograr alcanzarla. Por lo tanto, no podemos otorgar a nadie el premio ofrecido.

He aquí las adivinanzas del número 92. Las respuestas exactas podrá hallarlas usted en la página 95.

1

*Con la veste de mágica blanchura,  
con el talle de lánguido diseño,  
semeja en el espacio su figura,  
el pálido estandarte del Ensueño.*

2

*Rosa de vientos locos. Tempestades  
crecen en tus corolas repentinas  
y en ceniza de turbias golondrinas  
chisporrotean tus altas claridades.*

3

*Amados por tristes, por blandos, por bellos,  
por su aroma, aroma de una inmensa flor,  
por su aire de monjes, sus largos cabellos,  
sus savias, sus ruidos y nidos de amor.*

4

*Amago de la humana arquitectura,  
ejemplo de la vana gentileza,  
en cuyo ser unió naturaleza  
la cuna alegre y triste sepultura.*

5

*Los que escuchan mis trinos seductores  
no advierten si, de júbilo o congojas,  
celebro el nacimiento de las flores  
o lloro la caída de las hojas.*

6

*Es un alma pequeña  
que bajo dulces frondas,  
profundamente sueña  
con los astros caídos en sus ondas.*

7

*Mézclase a lo zurdo de su malicia aldeana  
una mimosa simpatía de niño,  
y poseen este cariño  
de la vida animal : la lana.*

8

*Cuando empujo su puerta clara  
y penetro en su luz dormida  
me parece como si entrara  
en las entrañas de mi vida.*

9

*En la dehesa, sátiro ; en el corral, asceta ;  
paciente como Job, como Falstaff deforme ;  
con gravedad de apóstol, sobre la fuente quieta,  
lleva los dos apéndices de su cabeza enorme.*

10

*Oh dulces bestezuelas perseguidas!  
Oh terso roce! Oh signos cenitales!  
Oh músicas! Oh llamas! Oh cristales!  
Oh velas altas, de la mar surgidas!*

11

*En un beato silencio el recinto vegeta.  
Las vírgenes de cera duermen en su decoro  
de terciopelo lívido y de esmalte incoloro,  
y San Gabriel se hastia de soplar la trompeta...*

12

*Es un ánfora digna de un artífice heleno,  
un marmóreo prodigio de la Clásica Era ;  
y destaca su fina redondez a manera  
de una dama que luce descotado su seno.*

13

*La frente de silencio y hermosura  
apoyas en los trémulos vitrales  
del viento dulcemente iluminado.  
Y baja por tu cauce de blanchura  
—revestida de nácares glaciales—  
tu presencia de lirio derramado.*

14

*Madre de piedra, espuma de los cóndores.  
Alto arrecife de la aurora humana.*

una pálida idea de la vastísima e impresionante obra total de este gran iconoclasta.

José Luis Cuevas tiene ahora 30 años, dibuja y pinta desde siempre. « Nací un día de febrero... Aunque en México hay siempre frío, me dicen que ese invierno fue inclemente y feroz. Me llevaron a mi casa en el Callejón del Triunfo, vivienda de mi familia en los altos de una fábrica de papel. Lo primero que mi memoria registró, fue las resmas, los recortes que se esparcían sobre el suelo como serpentinadas abatidas. Era siempre el carnaval que pasaba por mi casa. Las perforadoras hacían confeti. Siempre era febrero en la casa y esto me hacía nacer todos los días... »

Como ya hemos señalado en otras ocasiones, este artista incomparable, inclasificable, inen-casillable, inefable, es —entre otras cosas, todas principales y trascendentes, sin solemnidad— el primero que en México reaccionó contra un falaz y exagerado nacionalismo, contra lo pintoresquista y lo folklórico que tanto daño vino haciendo en kilómetros de murales artificiosos y en kilos de literatura dizque « de sentido social ». Es también el que mejor encarna —en el país de la iconoclastia más total : la de la muerte— la sátira gratuita, el humor desinteresado en forma de obra ya cumplida como formidable expresión plástica.

Cuevas (que felizmente no conoce la Angustia sino las angustias variadas y ocasionales, con lo que logra ser más fiel a nuestro momentito histórico que ya no es kafkiano) parece estar diciendo en sus grotescos dibujos : Rivera, Orozco, Siqueiros se tomaron demasiado en serio, observaron la locura de los hombres no con una sonrisa caritativa sino con rabia, pretendieron un sentido social trascendente, utilitario ; faltaron a la tradición mexicana que es la de la burla-porque-sí por que nada es perfecto y no somos puritanos para creer remediarlo ; hicieron más bien caricatura expresionista de tipo germánico, protesta política ; pintaron prostitutas que significaban la Gran Corrupción, millonarios que eran Wall Street, obreros que eran el Obrero Mundial, flores que representaban la Pureza o la Paciencia o la Raza Vencida... Cuevas sabe que el Diablo, príncipe de ambigüedad, se ha instalado en el mundo y que todo sería tan fácil si el bien y el mal se enfrentaran como dos adversarios, si las dos ciudades agustinianas fueran realmente antagónicas. Por eso lo espiritualmente amorfo suyo, la clara indeterminación de hombres y animales, enfermedad y virtud. Por eso debe molestarle la ya cansadora alusión a Goya y a Daumier, ellos tan *comprometidos*, como origen o influencia.

En cuanto a si es pintor o « sólo dibujante », nos dice de una manera francamente definitiva :

« Se me ha criticado en una forma tan constante como mal intencionada el que yo no recurra al color, que, según algunos, abunda en México... Yo me expreso en una forma monocroma por convenir así a mis intereses y a mi expresión ; así como le convino a Franz Kline pintar sólo en blanco y negro. En cuanto al uso de la tinta, el gouache o la acuarela, dejando a un lado el óleo —que no es más que una de tantas técnicas con que contamos para pintar—, puedo decir que las empleo al igual que Paul Klee, es decir, son mis preferidas, como lo fueron también para ese pintor. Él tampoco gustaba mucho de expresarse con el óleo. Me siento más a mis anchas dibujando, puesto que necesito expresarme con *rapidez* ; estoy incapacitado para terminar mañana un cuadro que inicié hoy. Las técnicas que uso me permiten realizar varias obras en un día, y en esta forma me expreso plena y cabalmente ; por eso, casi siempre, para expresar una idea, una vivencia, pinto de 30 a 40 obras que agrupo bajo un título genérico... »

« Ya lo he dicho, para mí, dibujar es como escribir un *diario íntimo* ; los problemas puramente plásticos no me interesan. Mis detractores (los pintores dizque realistas-socialistas que abundan como plaga en México) han esgrimido como arma contra mí el llamarme dibujante ; a éstos respondo que cuando en la *Bienal de Sao Paulo* obtuve el Primer Premio Internacional de Dibujo, se me dieron también muchos votos para el Premio de Pintura. En la actualidad el artista usa diversos procedimientos para expresarse... ¿Acaso es más pintor que yo Fontana cuando aplica con una navaja un tajo sobre el lienzo virgen? »

LUIS GUILLERMO PIAZZA

#### CONVERSANDO CON DINO BUZZATI

Está frente a mí : delgado, impecable en el vestir, un extraño brillo en los ojos. Es Dino Buzzati, el más fascinador de los maestros italianos del relato, creador de una técnica y de un estilo inimitables, en los cuales nunca se sabe donde termina la realidad y donde comienza lo imaginario. ¿Cómo describir los mundos desconcertantes que han brotado de su pluma?

Buzzati se inició como periodista en *Il Corriere della Sera*, en 1928. Cinco años después, la publicación de *Barnabó de las Montañas* lo revela ya como notable narrador. Luego siguen esas obras extraordinarias que se llaman *Los siete mensajeros*, *Pánico en la Scala*, *El Desierto de los Tártaros*, creaciones de misterio, con una atmósfera tan peculiar, que dejan una impronta de asombro en el lector. Sus cuentos son piezas perfectas, como *El perro que vio a Dios*, tan



rico de ternura, *El derrumbe de la Baliverna*, *La niña olvidada*, *Un cuervo en el Vaticano* y tantos otros de un profundo poder de sugestión. En sus ensayos sobresale una inteligencia crítica sazónada. *El secreto del bosque viejo*, con ese singularísimo personaje, el viento Mateo, es uno de los relatos más vigorosos y sutiles de la narración moderna. Y aparte otros libros de recordado perfil, está esa obra maestra *Un amor* que ha despertado polvaredas de la crítica por la sencillez dramática del argumento y la hondura de la indagación psicológica: el hombre maduro, de gran inteligencia y voluntad, que cae rendido por los pérfidos encantos de una jovencuela. Contado todo, claro, en el estilo magistral de Buzzati, esmaltado de sorpresas, que sortea con elegancia las situaciones más difíciles.

Le pregunto sobre *Un Amore*, « best-seller » en varios países. El escritor contesta reposadamente:

— Es verdad que muchos lo han criticado. Se ha dicho que es un descarrío en relación a mis libros anteriores. Yo estoy satisfecho con él; fue compuesto con entusiasmo. Y aunque carezca de ese aire de misterio y lejanía de mis otras obras, es un estudio honrado, tal vez el mejor que he producido.

Se rumorea que se trata de una experiencia autobiográfica. Prefiero no ahondar el tema, aun-

que algo me sugiere que el rumor no es infundado.

— ¿Qué piensa usted de las letras itálicas de hoy?

Buzzati sonrío finamente y contesta:

— En el campo cultural hoy es más importante poseer raíces marxistas, de lo que fue durante el fascismo tener un carnet de miembro del partido. Oportunismo puro, ahora el ser de extrema izquierda abre muchas puertas. ¿No se ha fijado que hasta el mismo Kruschew parecía casi ser el modelo de la reacción?

Cuando le interrogo sobre sus lecturas favoritas parece no ser muy asiduo lector. ¿Piensa como aquel célebre escritor francés del 800 que decía: « Un buen escritor sólo debe leer sus propios libros para tener sus propias ideas »?

Tiendo la mirada por el estudio que nos cobija, y además de libros clásicos y modernos que desmienten la supuesta aversión a la lectura, sorprendo varios cuadros de trazo infantil y composición original. Son de Buzzati. Al advertir mi sorpresa, el escritor comenta en tono festivo:

— Veá, Sonia. Estas tablas son historias pintadas. Vierto en ellas todo lo que no llego a expresar en mis libros. ¿No cree usted que dentro de algunos años, cuando yo ya no exista, podrían valer millones?

Este amor a sus telas, del que no participo, me induce a replicarle con observaciones que no sé si él recoge o, por cortesía, elude. Luego insiste:

— Es un nuevo estilo de decir las cosas, más expresivo de lo que parece. Hay cuadros que encierran un argumento completo.

En la mitad de su librería, casi en lugar de honor, advierto una composición del nuevo arte que va conquistando el mundo artístico: el « Pop-Art ». Buzzati me la enseña casi con orgullo:

— ¿Le gusta? Es una de las mejores obras de...

No recojo el nombre del autor, abstraída ante el objeto. Es un paquete envuelto en tela de costal, ligado con una ruda y gruesa cuerda, sobre un terciopelo verde, y con un marco dorado barroco. ¿Cómo decirle que no he evolucionado lo bastante para alcanzar la zona fría del « Pop-Art »?

El escritor reacciona rápidamente y dice:

— Comprendo que no le agrada. Esto no admite término medio: gusta del todo o no gusta. A usted no le dice nada. ¡Lástima! Es un fruto de la vida actual y ha revolucionado el campo de las discusiones. Tiene un sentido plástico singular.

Reanudamos la conversación: política, economía, teatro. Buzzati está prácticamente al día; le interesa todo. Su clara sensibilidad capta to-



das las manifestaciones vertiginosas del mundo moderno. Es rápido y conciso en sus juicios.

— La vida es siempre interesante —desliza—. Es el hombre quien se queda rezagado para absorber su belleza y sus enseñanzas. Y lo más hondo en el hombre y en la vida es el misterio.

Cuando Buzzati, en el umbral de su estudio, me tiende la mano, una fina sonrisa y un velo de melancolía son las últimas impresiones que recojo del famoso escritor italiano.

El personaje es tan atrayente como su literatura.

SONIA DE GUINETTI

#### DE SABADO A MARTES

El sábado, Alfonsina, aunque está muy cansada, hace un esfuerzo y lleva al correo una carta para *La Nación*. Es su último poema : « Voy a dormir ».

El domingo se sienta desde temprano en el jardín. Cuando Celinda sale para oír misa, la llama y le pide :

— Reza también un poco por mí, chiquita.

A las once y media de la noche, sufre un terrible ataque. Nada le calma los dolores.

El lunes 24, el brazo ya no le responde para escribir. Llama a Celinda y le dicta esta carta para Alejandro :

« No te escribo yo porque me siento un poco cansada. Hago escribir con la mucamita. Suéñame que me hace falta.

Te escribo tan sólo para que veas que te quiero.

Te besa cariñosamente tu hermana. »

Y, trabajosamente, firma : « Alfonsina Stormi. »

El martes 25, salió de la casa poco después de una de la mañana. Recuerdan haberla visto deambular en la madrugada por la playa de La Perla.

A las siete de la mañana dos boteros de la Dirección de Paseos vieron un cuerpo flotando en el mar, muy cerca de la orilla, tan cerca que sin entrar en el agua, y con ayuda de una soga lo rescatan.

Más tarde la dueña de la pensión San Jacinto la identifica.

(De Conrado Nalé Roxlo : *Genio y figura de Alfonsina Stormi*, Editorial Universitaria, Buenos Aires.)

## Temas y autores

¿Qué es una revolución? Según el escritor ecuatoriano MIGUEL ALBORNOZ la respuesta es la de México, donde un escritor, un poeta, Jaime Torres Bodet, logró obtener para la Educación un presupuesto tres veces superior al asignado al Ministerio de Guerra ; donde cada dos horas se ha construido una clase nueva para una escuela. Todo esto se explica en « Los escritores mexicanos libran la batalla de la educación »... La Argentina bipolar tiene en su seno dos tipos de « reaccionarios », de mentalidades que se resisten a tratar las cosas : el puro antiperonista y el puro peronista : esa es la conclusión expuesta en un « ¿Adiós a la política? » por el joven ensayista demócrata cristiano argentino CARLOS ALBERTO FLORIAN... Raymond Aron sostuvo en la radio francesa una entrevista con A. BADIOU en torno al tema « Filosofía y sociología », entrevista de admirable lucidez que orientará a muchos lectores de *Cuadernos*... El problema grave —la transformación de nuestra sociedad en el sentido de una mayor justicia humana— sigue en pie : tal es la conclusión a que llega, después de un penetrante estudio sobre el pasado de la isla EUGENIO FERNANDEZ MENDEZ en su ensayo « Interpretación del puertorriqueño »... *Cuadernos*, en colaboración con 7 días de Lima, celebró un nuevo concurso de cuen-

#### ADIVINANZAS

Las respuestas exactas son las siguientes :

- 1) « La cigüeña », de Guillermo Valencia.
- 2) « El fuego », de Jorge Rojas.
- 3) « Los pinos », de Rubén Darío.
- 4) « La rosa », de Sor Juana Inés de la Cruz.
- 5) « El ruiseñor », de Manuel Padilla Dávila.
- 6) « El arroyo », de Germán Pardo García.
- 7) « Los burritos », de Leopoldo Lugones.
- 8) « El espejo », de Francisco Luis Bernárdez.
- 9) « El asno », de Julio Vicuña Cifuentes.
- 10) « Mujeres », de Dámaso Alonso.
- 11) « La iglesia », de Julio Herrera y Reissig.
- 12) « La magnolia », de José Santos Chocano.
- 13) « La nieve », de Meira del Mar.
- 14) « Macchu Picchu », de Pablo Neruda.

tos, esta vez en el Perú. Se presentaron nada menos que quinientos originales : el ganador fue PORFIRIO MENESES con su relato « Aquel hermano distante »... En la serie de las grandes exposiciones de París, el Louvre eligió este año a un pintor italiano y su época : « Caravaggio y el siglo XVII » ; esta exposición la comenta nuestro redactor artístico DAMIAN CARLOS BAYON... ¿Cómo van las libertades en Mozambique? ¿Cómo gobierna Portugal sus últimas colonias? La respuesta, muy expresiva, se encontrará en el artículo de VIRGILIO DE LEMOS, escritor de las nuevas promociones mozambiqueñas, sobre « La poesía y la revolución en Mozambique »... Alejandro Korn, el maestro argentino de más de una generación, fue —conviene recordarlo ahora— el filósofo de la libertad creadora. La escritora ecuatoriana LUPE RUMAZO, radicada hoy en Venezuela, evoca bella y penetrantemente dicha figura en « La América nueva de Alejandro Korn »... Otra mujer en nuestras páginas : la compañera hasta el último día de Ramón Gómez de la Serna, vieja amiga de *Cuadernos*, LUISA SOFOVICH, hace una « Reordenación de Kafka », y el comentario no puede ser más oportuno ; ahora mismo, en París, *América* de Kafka vuelve a ser tema del día y triunfa en el teatro... Un nuevo valor en las letras latinoamericanas de París es JAIME SOMARRIBA SALAZAR, poeta nicaragüense, que acaba de publicar una de las más bellas ediciones de cuantas se imprimieron últimamente en la capital francesa : *Poèmes, suivis d'un Dialogue entre la Vie et la Mort*. En realidad Somarriba es un escritor francés. Recibió en Francia su educación universitaria, y el verso y la prosa de su libro, como textos de literatura francesa, han sido una sorpresa. La traducción que él mismo nos hizo del « Diálogo entre la Vida y la Muerte » da idea del tema, que en la versión original es de la mayor pureza... ENRIQUILLO ROJAS ABREU, el poeta dominicano que nos ha acompañado en los últimos tiempos en París, regresa a su patria, pero no sin dejarnos un poema, hermoso como todos los suyos : « A una muchacha alondra »... ¿Cómo es de veras la China? Posiblemente como la ha visto LORENZ STUECKI en su « Diario de China », del cual *Cuadernos* ofrece hoy una primicia... El argentino MARIO A. LANCELOTTI vuelve sobre un tema que no sólo humanamente ha apasionado a los amantes de la música, sino que en la Argentina misma ha encontrado felices comentaristas —recuérdese a Martínez Estrada—. Nos referimos a « El secreto de Paganini ». El estudio que hace Lancelotti de los « Caprichos » es de un interés que cautivará no sólo al lector erudito, sino asimismo al profano.

# Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA  
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

*Director*

GERMAN ARCINIEGAS

*Consejo de Honor*

Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos y Erico Veríssimo

*Redacción en París*

Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

*Consejo de Redacción*

Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, Jorge Carrera Andrade, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

*Arte*

Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

*Ilustradores*

Sergio Trujillo Magnenat  
y Adriana Figueredo

*Corresponsales*

Asunción : Josefina Plá  
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela  
Bonn : Rafael Gutiérrez Girardot  
Buenos Aires : H.A. Murena  
Caracas : Guillermo Morón  
La Paz : Fernando Díez de Medina  
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz  
Montevideo : Dora Isella Russell  
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo  
Nueva York : Joaquín Maurín  
San Juan de Puerto Rico : María Teresa Babín  
Quito : Alejandro Carrión  
Santiago : Raúl Silva Castro  
Tegucigalpa : Oscar Acosta

*Redacción y Administración*

23, rue de la Pépinière, Paris (8)  
Teléfono : EUR. 37-59



## INDICE DE MATERIAS DE «CUADERNOS»

(Julio 1965 - Setiembre 1965)

ARTICULOS	N° Pág.	
Palabras a la juventud de Europa ( <i>K.B. Lall</i> )	98 3	Crisis de la diplomacia latinoamericana ( <i>Daniel Cosío Villegas</i> )
La juventud y el mundo de hoy ( <i>Josué de Castro</i> )	98 11	Sobre Estados Unidos, Europa, Africa y el colonialismo mental) ( <i>Luis Alberto Sánchez</i> )
El tiempo de Jean Cocteau ( <i>Salvador Reyes</i> )	98 19	Cultura y desarrollo ( <i>Alberto Zum Felde</i> )
José Asunción, el novio de la muerte ( <i>Jorge Carrera Andrade</i> )	98 23	La Guayana explosiva ( <i>Eduardo Caballero Calderón</i> )
El romance de Madame Godin ( <i>Augusto Arias</i> )	98 31	¿Cuál caso latinoamericano? ( <i>Hernándo Téllez</i> )
Siluetas americanas de hace medio siglo ( <i>Mathilde Pomès</i> )	98 49	Generaciones en la literatura hispanoamericana ( <i>Guillermo de Torre</i> )
El modernismo hispanoamericano y sus fuentes francesas ( <i>Marie-Joseph Faure</i> )	98 66	México y Perú en la tragedia clásica occidental ( <i>César Miró</i> )
Encuentros de Alemania y nuestra América ( <i>Germán Arciniegas</i> )	99 3	Gutenberg, Bolívar y David d'Angers ( <i>Gabriel Giraldo Jaramillo</i> )
Proyección continental del sindicalismo libre interamericano ( <i>Arturo H. Jauregui</i> )	99 19	Perfil de la Argentina en América ( <i>Carlos Alberto Erro</i> )
Don Quijote ayudó a los judíos ( <i>Eenno Weiser</i> )	99 22	La Plaza Mayor de México ( <i>Mauricio Gómez Mayorga</i> )
El caso Galíndez ( <i>Charles O. Porter</i> )	99 27	América Latina y Europa : perspectivas y destinos ( <i>Charles V. Aubrun</i> )
Andrés Bello y los valles de Aragua ( <i>René L.F. Durand</i> )	99 36	Los indios del Brasil en la epopeya de la Misión Rondón ( <i>Paulo E. de Berredo Carneiro</i> )
Una nueva etapa creadora en la música de la Argentina ( <i>Juan Carlos Paz</i> )	99 62	Eugene O'Neill ( <i>Harriet de Onis</i> )
Sarmiento : Hombres y libros ( <i>Fryda Schultz de Mantovani</i> )	99 69	¿Es Alemania un modelo para América Latina? ( <i>Rafael Gutiérrez Girardot</i> )
Un profesor alemán en Latinoamérica : estenograma de un viaje ( <i>R. Schroers</i> )	99 77	María Eugenia Vaz Ferreira o el pensamiento destructor ( <i>Sara de Ibañez</i> )
¿Hacia una organización de Estados latinoamericanos? ( <i>Germán Arciniegas</i> )	100 5	Situación de la cultura paraguaya en 1965 ( <i>Josefina Plá</i> )
		« Asomante » en la cultura puertorriqueña ( <i>María Teresa Babín</i> )

40 P 5926 Sup.

## DIALOGOS

Costa du Rels ¿el afrancesado? ( <i>A. Costa du Rels</i> ) .....	98	71
Acerca del dilema de América Latina ( <i>Alberto Baeza Flores</i> ) .....	98	74
Sobre el « Hispanic American Report » ( <i>Ronald Hilton</i> ) .....	99	83

## RELATOS

Ven, Nazareno ( <i>Gustavo Luis Carrera</i> )	98	41
La amistad ( <i>Carlos E. Zavaleta</i> ) .....	99	44
Ardillas de otoño ( <i>Erico Verissimo</i> ) ..	100	87

## ARTE

Obras maestras del Museo del Hombre ( <i>Damián Carlos Bayón</i> ) .....	98	53
El expresionismo, arte alemán de este siglo ( <i>Damián Carlos Bayón</i> ) .....	99	49
Diálogo con mis recuerdos ( <i>F. Cossío del Pomar</i> ) .....	99	53
El teatro hispanoamericano contemporáneo ( <i>Carlos Solórzano</i> ) .....	100	44
El cine latinoamericano ( <i>Néstor Almendros</i> ) .....	100	49
Los artistas latinoamericanos frente a las actuales tendencias plásticas ( <i>Damián Carlos Bayón</i> ) .....	100	71
Relato de la arquitectura colonial en Colombia ( <i>Germán Téllez</i> ) .....	100	81
América Latina en la creación musical contemporánea francesa ( <i>Hugo Patiño</i> ) .....	100	167

## POESIA

La joven poesía paraguaya ( <i>Miguel Angel Fernández</i> ) .....	98	58
Interrogación ( <i>Miguel Angel Fernández</i> ) .....	98	58
El hombre ( <i>Francisco Pérez Maricevich</i> ) .....	98	58
Poema ( <i>Mauricio Schwartzman</i> ) .....	98	59
Yo ( <i>José Luis Appleyard</i> ) .....	98	59
Yo rechacé el silencio ( <i>Esteban Cabanñas</i> ) .....	98	60
Hay veces ( <i>Roque Vallejos</i> ) .....	98	60
Poema ( <i>Maw Holzer</i> ) .....	99	30
Cinco poetas jóvenes argentinos ( <i>Alejandra Pizarnik</i> ) .....	99	31
Los días breves ( <i>Leopoldo José Bartolomé</i> ) .....	99	32
Dos poemas ( <i>Beatriz Eichel</i> ) .....	99	33
Tres poemas ( <i>Marcelo Pichon-Rivière</i> ) ..	99	33
La tierra ( <i>Mario Satz</i> ) .....	99	34

Poética ( <i>Federico Gorbea</i> ) .....	99	35
A Carlos XII ( <i>Jorge Luis Borges</i> ) .....	100	2
Toda, América nuestra ( <i>Carlos Pellicer</i> )	100	3
No hay ( <i>Jorge Carrera Andrade</i> ) .....	100	4
La vida ( <i>Carlos Castro Saavedra</i> ) .....	100	37
Nostalgia de uu campesino ( <i>Vicente Gerbasi</i> ) .....	100	43
Ser o no ser ( <i>Vicente Gerbasi</i> ) .....	100	86
Consejo ( <i>Vicente Gerbasi</i> ) .....	100	105

## CIENCIA

De la lente de Galileo al telescopio del Monte Palomar ( <i>Louis Rougier</i> ) .....	98	61
El tratamiento quirúrgico del vértigo de Menière ( <i>Federico Guillem Kuster</i> )	100	133

## LIBROS

« Francisco Javier Clavigero (1731-1787) » ( <i>Saúl Sibirsky</i> ) .....	98	80
« Fleuve profond. Sombre rivière », de Marguerite Yourcenar ( <i>Francis Bebey</i> )	98	83
« El incendio del astillero », de Salvador Reyes ( <i>Paul Verdevoye</i> ) .....	98	84
« Tan triste como ella », de Juan Carlos Onetti ( <i>Ivonne A. Bordelois</i> ) .....	98	85
« La raza de los enanos gigantes » ( <i>Von Walter Widmer</i> ) .....	99	92
« La llaga », de Gabriel Casaccia ( <i>Josefina Plá</i> ) .....	99	93
« Seis problemas para don Isidro Parodi », de H. Bustos Domecq ( <i>Ezequiel de Olaso</i> ) .....	99	94
« Medio siglo de traducción » ( <i>Mathilde Pomès</i> ) .....	100	173
« Historia general del arte mexicano » y « México, pintura de hoy » (A.) ..	100	176
« Flor y conta del arte prehistórico de México » (A.) .....	100	176
« Buenos Aires, vida cotidiana, alienación », de Juan José Sebreli ( <i>H.A. Murena</i> ) .....	100	177
« El ser del fundamento », de Emilio Sosa López ( <i>Ezequiel de Olaso</i> ) .....	100	178
« El cobarde », de Abelardo Arias ( <i>Josefina Plá</i> ) .....	100	179

## NOTAS

Colaboraciones de : <i>Raúl Andrade, Romualdo Brughetti, Ernesto Dethorey, F. Diez de Medina, Adalberto Ortiz, Marie Pascal, Hugo Patiño, Frank Peñaloza, Jaime Peralta, Dora Isella Russell, Raúl Silva Castro, Raúl Urueta, Paul Verdevoye y N. Viera Altamirano.</i>
--

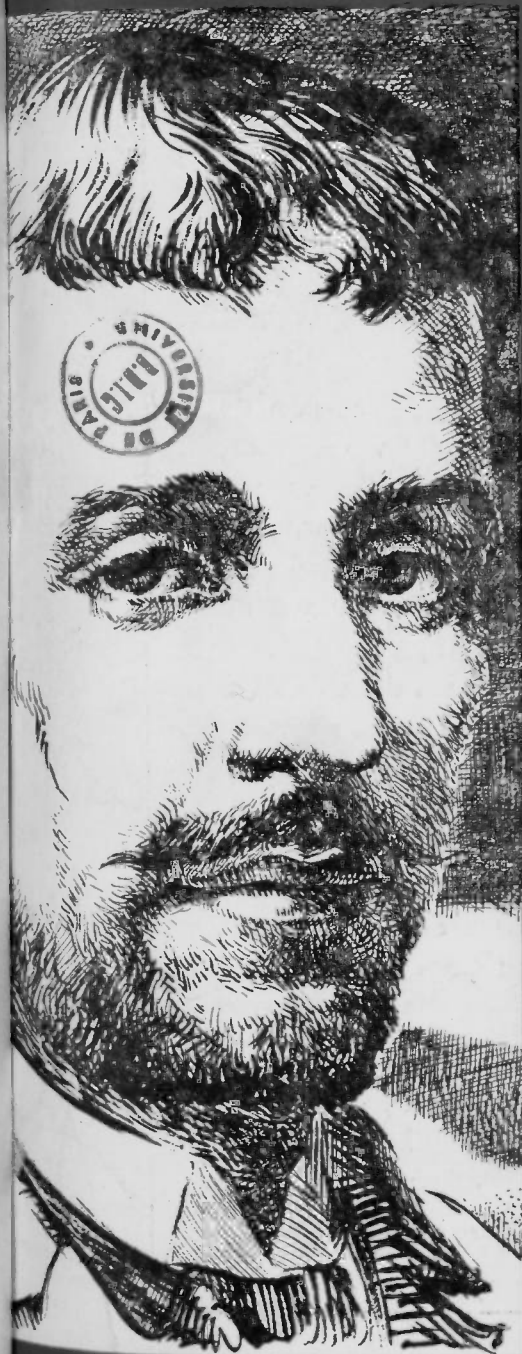
## INDICE ALFABETICO DE AUTORES

A. : « Flor y conta del arte prehispánico de México » .....	100	176	CARRERA ANDRADE Jorge : José Asunción Silva, el novio de la muerte	98	23
« Historia general del arte mexicano » y « México, pintura de hoy »	100	176	No hay (poema) .....	100	4
ALMENDROS Néstor : El cine latinoamericano .....	100	49	CASTRO Josué de : La juventud y el mundo de hoy .....	98	11
APPLEYARD José Luis : Yo (poema)	98	59	CASTRO SAAVEDRA Carlos : La vida (poema) .....	100	37
ARCINIEGAS Germán : Encuentros de Alemania y nuestra América .....	99	3	COSIO VILLEGAS Daniel : Crisis de la diplomacia latinoamericana .....	100	12
¿Hacia una organización de Estados latinoamericanos? .....	100	5	COSSIO DEL POMAR F. : Diálogo con mis recuerdos : Utrillo .....	99	53
ARIAS Augusto : El romance de Madame Godin .....	98	31	COSTA DU REIS A. : Costa du Rels ¿el afrancesado? .....	98	71
AUBRUN Charles V : América Latina y Europa : perspectivas y destinos	100	112	DURAND René L.F. : Andrés Bello y los valles de Aragua .....	99	36
BABÍN María Teresa : « Asomahte » en la cultura puertorriqueña .....	100	159	EICHEL Beatriz : Dos poemas .....	99	33
BAEZA FLORES Alberto : Acerca del dilema de América Latina .....	98	74	ERRO Carlos Alberto : Perfil de la Argentina en América .....	100	97
BERREDO CARNEIRO Paulo E. de : Los indios del Brasil en la epopeya de la Misión Rondón .....	100	117	FAURIE Marie Joseph : El modernismo hispanoamericano y sus fuentes francesas .....	98	66
BARTOLOME Leopoldo José : Los días breves (poema) .....	99	32	FERNANDEZ Miguel Angel : Interrogación (poema) .....	98	58
BAYON Damián Carlos : Obras maestras del Museo del Hombre .....	98	53	La joven poesía paraguaya .....	98	58
El expresionismo, arte alemán de este siglo .....	99	49	GERBASI Vicente : Nostalgia de un campesino (poema) .....	100	43
Los artistas latinoamericanos frente a las actuales tendencias plásticas ..	100	71	Ser o no ser (poema) .....	100	86
BEBEY Francis : « Fleuve profond. Sombre rivière », de Marguerite Yourcenar .....	98	83	Consejo (poema) .....	100	105
BORDELOIS Ivonne A. : « Tan triste como ella », de Juan Carlos Onetti	98	85	GIRALDO JARAMILLO Gabriel : Gutenberg, Bolívar y David d'Angers	100	77
BORGES Jorge Luis : A Carlos XII (poema) .....	100	2	GOMEZ MAYORGA Mauricio : La Plaza Mayor de México .....	100	106
CABALLERO CALDERON Eduardo : La Guayana explosiva .....	100	33	GORBEA Federico : Poética (poema) ..	99	35
CABAÑAS Esteban : Yo rechacé el silencio (poema) .....	98	60	GUTIERREZ GIRARDOT Rafael : ¿Es Alemania un modelo para América Latina? .....	100	133
CARRERA Gustavo Luis: Ven, Nazareno	98	41	HILTON Ronald : Sobre el « Hispanic American Report » .....	99	83
			HOLZER Maw : Poema .....	99	30
			IBAÑEZ Sara de : María Eugenia Vaz Ferreira o el pensamiento destructor	100	145

JAUREGUI Arturo H. : <i>Proyección continental del sindicalismo libre interamericano</i> .....	99	19	Medio siglo de traducción .....	100	173
KUSTER Federico Guillem : <i>El tratamiento quirúrgico del vértigo de Ménière</i> .....	100	133	PORTER Charles O. : <i>El caso Galíndez</i> .....	99	27
LALL K.B. : <i>Palabras a la juventud de Europa</i> .....	98	3	REYES Salvador : <i>El tiempo de Jean Cocteau</i> .....	98	19
MIRO César : <i>México y Perú en la tragedia clásica occidental</i> .....	100	66	ROUGIER Louis : <i>De la lente de Galileo al telescopio del Monte Palomar</i> .....	98	61
MURENA H.A. : « <i>Buenos Aires, vida cotidiana, alienación</i> », de Juan José Sebrelli .....	100	177	SANCHEZ Luis Alberto : <i>Sobre Estados Unidos, Europa, Africa y el colonialismo mental</i> .....	100	23
OLASO Ezequiel de : « <i>Seis problemas para don Isidro Parodi</i> », de H. Bustos Domecq .....	99	94	SATZ Mario : <i>La tierra (poema)</i> .....	99	34
« <i>El ser del fundamento</i> », de Emilio Sosa López .....	100	178	SCHROERS Rolf : <i>Un profesor alemán en Latinoamérica : estenograma de un viaje</i> .....	99	77
ONIS Harriet de : <i>Eugene O'Neill</i> .....	100	124	SCHULTZ DE MANTOVANI Fryda : <i>Sarmiento : hombres y libros</i> .....	99	69
PATINO Hugo : <i>América Latina en la creación musical contemporánea francesa</i> .....	100	167	SCHVARTZMAN Mauricio : <i>Poema</i> ..	98	59
PAZ Juan Carlos : <i>Una nueva etapa creadora en la música de la Argentina</i> ..	99	62	SIBIRSKY Saúl : <i>Francisco Javier Clavigero (1731-1787)</i> .....	98	80
PELLICER Carlos : <i>Toda, América nuestra (poema)</i> .....	100	3	SOLORZANO Carlos : <i>El teatro hispanoamericano contemporáneo</i> .....	100	44
PEREZ MARICEVICH Francisco : <i>El hombre (poema)</i> .....	98	58	TELLEZ Hernando : <i>¿Cuál caso latinoamericano?</i> .....	100	34
PICHON-RIVIERE Marcelo : <i>Tres poemas</i> .....	99	33	TELLEZ Germán : <i>Relato de la arquitectura colonial en Colombia</i> .....	100	81
PIZARNIK Alejandra : <i>Cinco poetas jóvenes argentinos</i> .....	99	31	TORRE Guillermo de : <i>Generaciones en la literatura hispanoamericana</i> ..	100	39
PLA Josefina : « <i>La llaga</i> », de Gabriel Casaccia .....	99	93	VALLEJOS Roque : <i>Hay veces (poema)</i> .....	98	60
<i>Situación de la cultura paraguaya en 1965</i> .....	100	151	VERDEVOYE Paul : « <i>El incendio del astillero</i> », de Salvador Reyes .....	98	84
« <i>El cobarde</i> », de Abelardo Arias ..	100	179	VERISSIMO Erico : <i>Ardillas de otoño</i> ..	100	87
POMES Mathilde : <i>Siluetas americanas de hace medio siglo</i> .....	98	49	WEISER Benno : <i>Don Quijote ayudó a los judíos</i> .....	99	22
			WIDMER Von Walter : <i>La raza de los enanos gigantes</i> .....	99	92
			ZAVALETA Carlos E. : <i>La amistad</i> ..	99	44
			ZUM FELDE Alberto : <i>Cultura y desarrollo</i> .....	100	30

# Cuadernos

B.D.I.C.



## PALABRAS A LA JUVENTUD DE EUROPA

por

Josué de Castro (Brasil)

K. B. Lall (India)

SILVA, EL NOVIO DE LA MUERTE

J. Carrera Andrade

EL ROMANCE DE MADAME GODIN

Augusto Arias

PRIMER PREMIO DEL CUENTO VENEZOLANO

Gustavo L. Carrera: «Ven, Nazareno»

OBRAS MAESTRAS DEL MUSEO DEL HOMBRE

Damián Carlos Bayón

LA LEYENDA DE UN «AFRANCESADO»

A. Costa du Rels

AMERICANOS DE HACE MEDIO SIGLO

Mathilde Pomès

EL TIEMPO DE JEAN COCTEAU

Salvador Reyes

DE GALILEO AL TELESCOPIO DEL PALOMAR

Louis Rougier

A JOVEN POESIA PARAGUAYA

JULIO DE 1965

Nº 88

## « INTEGRACION LATINOAMERICANA »

*Editado por la  
Universidad Nacional « Federico Villarreal »  
Lima (Perú)*

En este libro-homenaje a la Primera Reunión de Parlamentarios Latinoamericanos aparecen reunidos, junto con los textos históricos de Simón Bolívar, Ramón Castilla, Sánchez Carrión, Paz Soldán y Juan Antonio Ribeyro, precursores del movimiento de integración latinoamericana, otros trabajos de Víctor-Raúl Haya de la Torre, Antenor Orrego, Felipe Herrera, Luis Alberto Sánchez, Andrés Townsend Ezcurra y Luis de las Casas G., así como las respuestas a la encuesta de la revista "Cuadernos", formulada por su director Dr. Germán Arciniegas, sobre la crisis de la democracia en América Latina. Las respuestas en cuestión corresponden a los señores siguientes : Jaime Torres Bodet, Juan José Arévalo, Salvador Allende, Camilo Ponce Enríquez, José Figueres, Alberto A. Abdala, Alfonso Lopez Michelsen, Carlos Martínez Sotomayor, Elpidio Yegros, Pedro Aramburu y Lázaro Cárdenas.

Los pedidos de tan interesante obra, cuyo precio es de 50 soles el ejemplar, pueden hacerse a la mencionada Universidad Nacional "Federico Villarreal", Lima (Perú).





# CUADERNOS

JULIO 1965

N° 98

- PALABRAS A LA JUVENTUD DE EUROPA  
LA JUVENTUD Y EL MUNDO DE HOY  
EL TIEMPO DE JEAN COCTEAU  
JOSE ASUNCION, EL NOVIO DE LA MUERTE  
EL ROMANCE DE MADAME GODIN  
SILUETAS AMERICANAS DE HACE MEDIO SIGLO  
EL MODERNISMO HISPANOAMERICANO  
Y SUS FUENTES FRANCESAS
- 3 *K.B. Lall*  
11 *Josué de Castro*  
19 *Salvador Reyes*  
23 *Jorge Carrera Andrade*  
31 *Augusto Arias*  
49 *Mathilde Pomès*  
66 *Marie Joseph Faurie*
- DIALOGO**  
COSTA DU RELS ¿EL AFRANCESADO?  
ACERCA DEL DILEMA DE AMERICA LATINA
- 71 *A. Costa du Rels*  
74 *Alberto Baeza Flores*
- RELATO**  
VEN, NAZARENO
- 41 *Gustavo Luis Carrera*
- ARTE**  
OBRAS MAESTRAS DEL MUSEO DEL HOMBRE
- 53 *Damián Carlos Bayón*
- POESIA**  
LA JOVEN POESIA PARAGUAYA  
SEIS POETAS PARAGUAYOS
- 58 *M.A.F.*  
58 *Francisco Pérez-Maricevich, Miguel Angel Fernández, José Luis Appleyard, Mauricio Schwartzman, Esteban Cabañas y Roque Vallejos*
- CIENCIA**  
DE LA LENTE DE GALILEO AL TELESCOPIO  
DEL MONTE PALOMAR
- 61 *Louis Rougier*
- LIBROS**  
FRANCISCO JAVIER CLAVIGERO (1731-1787)  
« FLEUVE PROFOND. SOMBRE RIVIERE »,  
DE MARGUERITE YOURCENAR  
« EL INCENDIO DEL ASTILLERO »,  
DE SALVADOR REYES  
« TAN TRISTE COMO ELLA »,  
DE JUAN CARLOS ONETTI
- 80 *Saúl Sibirsky*  
83 *Francis Bebey*  
84 *Paul Verdevoye*  
85 *Ivonne A. Bordelois*
- NOTAS**  
87 *Raúl Andrade, Dora Isella Russell, Romualdo Brughetti, Hugo Patiño y Marie Pascal*
- TEMAS Y AUTORES** 95



**T**AL VEZ los pueblos latinoamericanos no han establecido con exactitud la correlación estrecha que hay entre el desarrollo del sistema interamericano y su relativa buena fortuna como Estados independientes, pacíficos, inermes y protegidos contra las amenazas de conflictos externos. Si no ha habido en este siglo grandes guerras en el Continente, si nuestras repúblicas no han sido víctimas de invasiones, si el imperialismo, que alcanzó a causar graves heridas a la integridad de algunas de nuestras naciones, fue reducido y contenido, si la intervención desapareció no sólo en la ley, sino en la práctica, y si, por último, estuvimos defendidos por un entendimiento multilateral contra cualquier acción agresiva extracontinental, y pasaron dos guerras mundiales sin causar daño, ello no se debe desde luego, a nuestra potencialidad de defensa, casi inexistente, sino muy principalmente al sistema internacional de derecho que creamos 21 naciones y perfeccionamos gradualmente hasta límites nunca alcanzados en las relaciones entre Estados soberanos.

*Ese sistema no nace, como algunos pretenden, de una evolución de la Doctrina Monroe, sino de la necesidad de sustituirla, conservando de ella solamente, pero bajo control, vigilancia y decisión de las 21 naciones que forman el sistema, la defensa contra cualquier acto de intervención, amenaza o acción extracontinental contra su autonomía. Ciertamente, la Doctrina Monroe preservó la independencia de las jóvenes repúblicas americanas, cuando fue proclamada por una de ellas, con capacidad para hacerla valer, por su ya notable poder físico. Los intentos de restauración o instauración de colonias en el suelo americano, sucedidos con persistencia hasta la proclamación de la Doctrina Monroe, no se repitieron. Pero subsistía un grave peligro. Las repúblicas latinoamericanas quedaron a merced del Estado protector, que no parecía mostrar menos interés en la creación de un imperio que las monarquías europeas. Sucesivos actos de fuerza ejecutados por los Estados Unidos, a algunos de los cuales deben su conformación geográfica presente, demostraron las tremendas posibilidades del nuevo imperialismo y la dificultad de hacerle frente. Sin embargo, y principalmente en los últimos treinta años, se adelantó, no una alianza defensiva de viejo estilo, sino, al contrario, un empeño racional de someter el hemisferio a la ley internacional, de proscribir la guerra, de condenar cualquier forma de imperialismo, de vigorizar la asociación de sus Estados, de eliminar la intervención y de preservar la unidad y la solidaridad para la defensa colectiva contra las amenazas externas.*

ALBERTO LLERAS CAMARGO  
(Mensaje al Congreso de Colombia.  
Julio, 1960)

La dirección de *Cuadernos* comunica con pena a sus lectores que la revista suspenderá definitivamente su publicación en el mes de setiembre próximo por decisión del Congreso por la Libertad de la Cultura, bajo cuyos auspicios ha venido publicándose. La edición de setiembre, con la que *Cuadernos* llega al número 100, será extraordinaria, y a ella contribuirán algunos de los más grandes escritores de América y Europa.

## Palabras a la juventud de Europa

POR K. B. LALL

NO HE VENIDO para entablar un diálogo lleno de recriminaciones entre la vieja generación y la nueva. No he venido tampoco para entablar un diálogo entre Europa, de un lado, y Asia, Africa y América Latina, de otro. He venido para cambiar ideas con la juventud del mundo, inspirado en un espíritu de franqueza, de amistad y de camaradería. He venido para poder conocer la experiencia enardecidora de la camaradería en una lucha común por un mundo mejor. No niego que, según las normas europeas, me cuento ya entre los que tienen cierta edad; según las normas indias, he superado incluso la esperanza de vida, y, sin embargo, quiero unirme a vosotros, a la larga caravana que camina hacia un nuevo Eldorado. No puedo negar tampoco que vengo de un país antiguo que aún recuerda su glorioso pasado y que vacila en acelerar su marcha hacia el progreso. De todos modos, si me lo permitís, me siento bastante audaz para decir que soy joven de espíritu, que estoy lleno de esperanzas para el porvenir y lleno de fe en las relaciones que se establece-

*Conferencia pronunciada por el Sr. Lall en las « Jornadas Europeas 1965 », organizadas por la « A.E.N.A.-Union Paneuropéenne », la « C.E.D.I. Belge », la « Diffusion Culturelle Atlantique » y el « Europe Meeting Club ». La celebración tuvo lugar en Bruselas, del 13 al 15 de abril último.*

rán entre vuestro mundo y el mío, con miras al aprovechamiento de los recursos materiales.

El tema elegido para este coloquio es « La responsabilidad de la juventud europea con los países en vías de desarrollo ».

Mis jóvenes amigos, se trata de una responsabilidad común a todos los hombres. Perteneceis a un continente que ha logrado dominar las fuerzas de la naturaleza gracias a la ciencia y que ha conseguido una maestría indiscutible en el arte de gobernar.

Vamos a hablar de esa responsabilidad, no en términos de oligarquía, de raza superior ni de dominación, sino en interés de todos los hombres, en un plano de igualdad. Repito: todos los hombres. Vosotros, los que vivís en un continente que ha llevado a cabo las mayores realizaciones en la esfera de la técnica, de la ciencia y del arte de gobernar, tenéis una responsabilidad que compartir libremente con todos los hombres, a fin de que los sueños más audaces de las pasadas generaciones puedan convertirse en realidad. Acabo de volver de los Estados Unidos, donde he pasado una semana discutiendo con mis colegas de otros países sobre lo que debe hacerse para aprovechar en común y de manera más racional los recursos de que dispone la humanidad. Estando en Washington, me llamó la atención un cartel pintado en un autobús en el que se decía aproximadamente esto: « Monten en este vehículo, disfruten de un paseo y dejen de nuestra

cuenta el conducirles ». Este es más o menos el sentido del cartel, pero no es éste el tema de nuestro coloquio. La caravana de que antes os hablaba no se pone en marcha para un viaje de placer. Ya sé que no tenéis ni deseo ni la habilidad necesaria para actuar siempre de conductores, y sé que a los que van sentados en la parte trasera del autobús les gustaría a su vez poder cambiar de asiento con los que se sientan en la parte delantera e incluso conducir ellos mismos. Es preciso que impulse a la caravana una fuerza irresistible que le venga también de detrás. No estoy soñando, jóvenes amigos. Os recordaré que la revolución francesa representó un momento culminante en la acción de la juventud, poniendo en movimiento las nuevas ideas y rechazando las antiguas. La pasión por el cambio que ha animado a las naciones de ambos lados del Atlántico ha sido la fuerza motriz que aseguró a esas naciones un siglo de adelantos, poniéndolas a la cabeza de la caravana del progreso. La ciencia y la técnica avanzan a una velocidad prodigiosa. Pensad en la transformación del agua en vapor, en las aplicaciones del carbón, de la electricidad, del gas natural. Esos cambios no han exigido siglos, sino que se han realizado en el espacio de una generación. En ese breve período las naciones atlánticas han realizado cosas asombrosas en la esfera de la ciencia y de la técnica. Los poetas de otros tiempos, cuyos sueños parecían insensatos, se quedarían sorprendidos si volvieran a la tierra y vieran que esos sueños han sido superados por las actividades de los hombres actuales que vuelan por todo el mundo en aviones de reacción. Sueños superados también por los jóvenes que dirigen el mundo de los negocios y que se trasladan de un lado a otro del globo para organizarlo a su guisa. Cuando en la India leíamos en nuestros antiguos libros el sueño que acariciaban los hombres de volar a través del espacio, no sospechábamos que ciertas naciones preparaban ya a los hombres para volar, qué digo, para flotar en el espacio y aterrizar en la Luna. En el mundo actual tales cosas pueden realizarse rápidamente. Ese espíritu de cambio que ha dado lugar al progreso sopla hoy sobre las naciones que no han tenido la buena for-

tuna de encontrarse a uno u otro lado del Atlántico. Hasta hace poco, el espíritu humano se hallaba en buena parte sometido a un estado de esclavitud. Tras largos años de lucha pacífica, mi propio país consiguió la independencia, en 1947. Esa independencia provocó una reacción en cadena, de tal modo que en el espacio de un decenio lograron la suya prácticamente toda Asia y Africa, con excepción de unos cuantos enclaves anacrónicos que espero desaparezcan pronto. Esas naciones han conseguido la independencia política, que en las organizaciones internacionales se considera hoy como la regla general. Por desgracia, la servidumbre económica subsiste aún como herencia de la Historia. La libertad política ha liberado también al espíritu humano. Ese espíritu libre de las naciones que han conquistado su independencia no consiste sólo en enviar delegaciones a las Naciones Unidas para luchar en común por el mantenimiento de la paz, sino también en librar batalla por la independencia económica de esos países y por redimir al hombre de las trabas que le ponen la miseria, la pobreza y la ignorancia.

Sólo con la libertad económica podremos cumplir nuestras obligaciones para con nosotros mismos y para con el mundo. Nuestros pueblos viven todavía en gran parte en la ignorancia y en la pobreza; el progreso técnico es en ellos limitado, las posibilidades industriales reducidas, el analfabetismo aún muy generalizado. Tenemos que realizar un gran esfuerzo antes de que podamos utilizar plenamente los recursos materiales de que disponemos. Esos recursos los emplearemos no sólo para enriquecernos, sino también para que el mundo participe en nuestras riquezas. Que ninguno de los que están en esta sala crea que Dios ha querido que las tres cuartas partes de la humanidad vivan en un estado de miseria envilecedora, mientras el otro cuarto puede aprovechar los bienes de este mundo. El espacio que se para a los países ricos del Norte de los países pobres del Sur ha sido creado por la mano del hombre. Ese espacio es artificial y data de una época reciente. Es el producto de una organización defectuosa de nuestro mundo, de un defecto de orga-

nización que ha permitido a determinadas naciones ejercer su dominación sobre otras. No diré que la responsabilidad por semejante estado de cosas recaiga únicamente en las naciones dominadoras, ya que una parte no menor de responsabilidad corresponde a las naciones que han permitido que esa dominación se ejerciera sobre ellas. No deseo extenderme más sobre el pasado ni tratar de determinar el grado de responsabilidad de cada uno. Diré sólo una cosa: que es a los jóvenes de hoy a quienes incumbe la responsabilidad de crear un mundo nuevo, mejor ordenado. He ahí tarea, mis jóvenes amigos. Vosotros sabéis que en todo hombre hay una chispa de divinidad. Pensad en las civilizaciones que han florecido en China o a orillas del Ganges, del Éufrates y del Nilo y comprenderéis que la cultura espiritual y la civilización no pueden ser monopolio de una sola raza o de una sola nación, sino que constituyen el bien común de la humanidad.

¿Quién inventó la rueda? ¿Quién fue el primer impresor? ¿Quién descubrió el cero? ¿Cuál fue la primera nación que explotó los recursos naturales, que encontró las especias, que desarrolló el arte? Si contestáis a esas preguntas, veréis una vez más que allí donde el espíritu humano se libere de la servidumbre política y económica, podrán aún realizarse numerosos sueños. El espíritu humano se ha puesto ya en marcha en ciertas partes del mundo que no están situadas en las orillas del Atlántico. En las Naciones Unidas y en Ginebra se han preparado planes para una reorganización de la economía. Mi país adoptó en 1951 el método de la planificación económica, bajo la dirección de un gran hombre que ya no pertenece al mundo de los vivos: Jawaharlal Nehru. Desde hace diez o doce años se han realizado progresos considerables. No os voy a aburrir con estadísticas; os diré simplemente que el índice de desarrollo industrial ha pasado de 73 en 1951 a 161 en 1963, tomando como base 100 el año 1956. El índice de la producción alimenticia, tomando como base 1950, ha pasado de 131 a 137 en 1963. Durante el período considerado, la renta nacional real aumentó en un 42% y se espera que aumente aún en un 30% de

aquí a 1966. La renta por habitante aumentó en un 16% entre 1951 y 1961, y en 1966 alzaré probablemente un 17% respecto de 1961. Esta renta, muy baja, era de 66 dólares en 1961, pero en 1966 llegará a los 73 dólares. Estos índices de producción industrial y de renta no dan una idea cabal de lo realizado. Así, en la esfera de la producción eléctrica, la capacidad instalada ha pasado de 2,3 MKW en 1951 a 11,7 MKW entre 1951 y 1964. La longitud de la red de carreteras ha pasado de 157.000 a 236.000 kilómetros en el espacio de unos años. Y no olvido el aspecto social del progreso: en 1961 había 8.600 hospitales, en 1966 habrá 14.600. El número de estudiantes de medicina ha pasado de 3.660 en 1955 a 10.000 en 1962. El pequeño ahorro ha aumentado de 800 millones de dólares durante el segundo plan quinquenal a 1.200 millones durante el tercero. La formación del capital nacional se ha calculado en un 5% del producto nacional bruto en 1950 y en un 13% en 1962. Entre 1931 y 1963-64 el número de bicicletas ha pasado de 99.000 a 1.300.000. El de máquinas de coser ha aumentado de 33.000 a 284.000, el de aparatos de televisión de 54.000 a 417.000. La producción de cemento de 2,7 millones de toneladas a 9,4 millones. El papel y el cartón de 116.000 a 479.000 toneladas. La producción de acero ha dado sus primeros pasos en la India y tendrá una importancia considerable para su economía. En 1971, la India producirá 18 millones de toneladas de acero, es decir, un 50% más que lo que Inglaterra producía en 1950. Con nuestros planes de desarrollo económico, hemos dado los primeros pasos hacia una organización más racional de la distribución de los recursos, hacia una utilización más equitativa de nuestro potencial humano. Por desgracia, como consecuencia del aumento de la población, el aumento del bienestar individual ha tenido un carácter marginal. Algo semejante ha ocurrido en otros países. Creo que serviré al espíritu de este coloquio haciéndoles un breve análisis del desarrollo en mi propio país. Voy a resumirles las características que consideramos esenciales:

En primer lugar, el esfuerzo deben hacerlo los mismos interesados. Por eso la

divisa tiene que ser : ayúdate a ti mismo. Al comienzo he hablado de un autobús de Washington que iba a realizar un viaje de placer. Pues bien, ese esfuerzo de desarrollo no puede ser un viaje de placer. Es necesario que el esfuerzo aproveche a la comunidad entera ; por consiguiente, todos los miembros de la comunidad deben contribuir a elevar el nivel común. En efecto, se trata de desarrollar al hombre en todos los niveles de la comunidad. Lo cual no puede conseguirse si el impulso dado al desarrollo proviene de una coacción exterior o si todo debe basarse en una planificación o en una financiación procedente del extranjero. Sólo puede vencerse a la miseria si el hombre mismo se empeña a fondo en el proceso de su propio desarrollo. Únicamente esto le salvará del prolongado estancamiento en que ha vivido.

En segundo lugar, el esfuerzo por romper el círculo vicioso del subdesarrollo debe abarcar la vida entera de la comunidad en todos sus aspectos. Ese esfuerzo debe aplicarse indistintamente a todos los factores que ejerzan una influencia cualquiera en la producción. No puede, pues, limitarse a un solo sector, sino que debe abarcar el aspecto social de la vida con la misma razón que debe abarcar la agricultura. Supongo que conocéis la paradoja consistente en que la agricultura vive en situación de atraso precisamente en aquellos países cuyo carácter es esencialmente agrícola. De ahí la necesidad de prestar atención especial a este sector de la actividad humana. Hay que desarrollar también la infraestructura, hay que fomentar la artesanía lo mismo que la gran industria, hay que establecer una cuidadosa coordinación entre los diversos sectores de actividad que integran el conjunto del desarrollo. Cada actividad sectorial debe armonizarse en un plan que responda a las necesidades con la suficiente flexibilidad. En economía, ocurre a menudo que las personas que se interesan por el desarrollo critican la planificación introducida en él, especialmente el orden de prioridad atribuido por los planificadores a los diversos sectores y la forma del desarrollo. En mi opinión, ni los críticos ni los economistas deberían demorarse en un aspecto parti-

cular del desarrollo. El hecho esencial es que en una comunidad subdesarrollada el desarrollo se realiza en todos los aspectos e influye en la vida entera de esa comunidad. Por consiguiente, es indispensable prestar atención especial a todos los aspectos del subdesarrollo e imprimir un impulso a cada sector con el fin de elevar el nivel general.

En definitiva, es la comunidad entera la que tiene que elevarse a un nivel de vida mejor. Pueden, por ejemplo, desarrollarse las carreteras, los ferrocarriles, el riego, los cultivos; incluso en la época colonial hubo un período de desarrollo de la infraestructura. Pero lo que entonces faltaba era la libertad de la comunidad, sin la cual ésta no podía desarrollarse. Insisto, pues, especialmente en que el esfuerzo de desarrollo ha de aplicarse a la vida entera de la comunidad.

En tercer lugar, el esfuerzo de desarrollo debe apoyarse en una amplia participación del pueblo, con el fin de que los beneficios puedan repartirse entre todos.

Los beneficios del desarrollo deben distribuirse lo más ampliamente posible. Si unos cuantos elegidos se imaginan que ellos solos podrán dirigir el proceso de desarrollo, les diré, a la luz de la experiencia de mi propio país, que se equivocan. Hace unos momentos, al citar el ejemplo del autobús, os decía que si unas cuantas personas en los países industrializados se imaginan que podrán dirigir el mundo, están en un error. Aplico el mismo principio al desarrollo comprendido dentro de las fronteras de un país determinado. Si unos pocos creen que podrán guiar ese desarrollo, quizá logren darle un impulso, pero no conseguirán desarrollar la comunidad entera. Es preciso que cada miembro de la comunidad participe plenamente en el esfuerzo exigido, que tenga conciencia de su responsabilidad y de los beneficios que puede obtener; sólo entonces el proceso de desarrollo podrá lograr su plena intensidad.

En cuarto lugar, el esfuerzo de desarrollo debe también apoyarse en el consenso general y llevarse a cabo por medios democráticos. No empleo las palabras consenso y democrático en un sentido estrecho.

Otros regímenes han adoptado el sistema de desarrollo por medios autoritarios, a través de una disciplina férrea; pero en esas condiciones los sacrificios son tales que mi país ha optado libremente por desarrollarse mediante métodos democráticos. Mi país no ha vacilado ante el sacrificio, pero ha rechazado la « militarización » porque cree que los resultados obtenidos en tal forma no son duraderos. Y aunque los resultados obtenidos por vía autoritaria parezcan duraderos, al menos por algún tiempo, aunque parezcan más eficaces, no enriquecen a la comunidad y son incompatibles con la dignidad a que el hombre tiene derecho.

Mi país ha considerado que el proceso de desarrollo debe ser libremente aceptado. Obtenidos por medios democráticos, los resultados serán más satisfactorios y duraderos.

En quinto lugar, el esfuerzo de desarrollo debe basarse en la cooperación. Debe mirar hacia el exterior, no limitarse al propio país, y no sólo mirar hacia los países que están en condiciones de prestar ayuda, sino también hacia los países más alejados que se hallan embarcados en la misma lucha. En los países pobres, es una experiencia corriente que las comunidades o las familias pobres consiguen ayudarse mutuamente, resolver sus problemas y dar una respuesta a las cuestiones que les son peculiares, mejor que las comunidades ricas. Esta es la experiencia de mi propio país. Y recientemente, durante la conferencia sobre comercio y desarrollo celebrada en Ginebra, pude comprobar que de las 120 naciones participantes, 77 tuvieron por primera vez conciencia de su solidaridad basada en el subdesarrollo.

Esos países tienen problemas a menudo diferentes y, sin embargo, en ciertos aspectos, son complementarios. En efecto, pueden ayudarse mutuamente gracias al intercambio de productos en los que sus economías se complementan.

El análisis que acabo de presentar se basa en la experiencia adquirida por mi país en el proceso del desarrollo. Pues bien, mis jóvenes amigos, en relación con la responsabilidad que a este respecto os cabe, creo que esa experiencia podría servirlos

de guía. La primera idea que se me ocurre es que vuestra responsabilidad debe concebirse en un sentido universal. Ya sé que hay personas que hablan de esa responsabilidad universal en términos de desarrollo desordenado y amorfo. Pero, por otra parte, me complace observar que ninguna de las personas especializadas en la cuestión ha aprobado la doctrina de la llamada responsabilidad limitada o especial. Esta doctrina se ha expresado particularmente en Africa en la forma bien conocida de las esferas de influencia. Cuando se examina esta doctrina de las esferas de influencia y se recuerda lo que ha ocurrido, no pueden dejar de surgir sospechas en cuanto a la realidad de la colaboración. En efecto, es legítimo pensar que se trata de viejas teorías vestidas con un nuevo traje. En fin de cuentas, podría decirse que ya no se trata de cooperación, sino de sumisión y de dominación. De ahí que la doctrina de la responsabilidad especial o limitada esté impregnada de un espíritu contrario a la colaboración: si ha de encontrarse una solución aceptable al problema de las relaciones entre países subdesarrollados y países industrializados, sólo podrá conseguirse a base del espíritu que reinó en Ginebra en la conferencia de las Naciones Unidas sobre comercio y desarrollo, el que después se ha llamado espíritu de Ginebra. En ese espíritu se inspira la declaración común que hizo el grupo de los 77 países en vías de desarrollo, declaración que considera los problemas del desarrollo como un todo y señala los medios más eficaces para resolver los problemas comunes a todos esos países.

Cuando hablo de responsabilidad universal, no quiero decir que los problemas particulares de cada país deben examinarse sobre una base idéntica a la naturaleza de la ayuda; el volumen y la forma de ésta dependerán en cada caso del tipo de economía a la que conviene ayudar. Habrá que estudiar el tipo de necesidades del país en cuestión, pero la actitud general no puede en ningún caso basarse en la Historia. No puede fundarse esa actitud en la responsabilidad especial derivada de que en el pasado existiera una relación especial entre los países interesados, por ejemplo, una relación de país dominante a país do-

minado. La actitud se basará en las necesidades y en una justificación económica, es decir en lo que un país subdesarrollado está en condiciones de hacer y en lo que necesita. Por eso, la actitud frente al desarrollo no puede fundarse en las relaciones particulares que hayan podido existir en la Historia entre las naciones industrializadas y las naciones subdesarrolladas. Efectivamente, en el siglo pasado no era infrecuente hablar de madre patria o de «comarca hija». Si tal relación se mantuviera entre las naciones, asistiríamos rápidamente al nacimiento de un complejo de Edipo. Sea o no justo este análisis, el hecho es que la relación de paternalismo no puede ya aceptarse. Está anticuada y no corresponde a la situación actual. Yo no sé lo que vosotros pensáis de las relaciones con vuestros padres y si os gusta que os traten en forma paternalista, pero he sabido que en Europa la generación actual rechaza la autoridad de sus propios padres. No digo que tal cosa esté bien ni mal. La cuestión es saber si es bueno que vosotros, en Europa, continuéis adoptando una actitud de paternalismo para con determinados países que fueron vuestras colonias. Y estoy seguro de que la respuesta vendrá por sí misma a vuestro espíritu. La responsabilidad, no cabe duda, debe ser fraternal y no paternal.

Por otra parte, la asistencia no debe fundarse ni en un principio de caridad, ni en consideraciones puramente comerciales. El primer aspecto está anticuado, la caridad pura no existe. En cuanto al segundo, sólo puede basarse en una justificación económica, pues si fuera practicable el comercio entre los países industrializados y los países subdesarrollados no habría problemas de subdesarrollo. El verdadero problema del subdesarrollo consiste en que los pueblos en cuestión no consiguen producir una cantidad suficiente de bienes para poder disfrutar de un nivel de vida conveniente y para adquirir recursos que les permitan comprar en otros países lo que necesitan.

El verdadero problema del subdesarrollo es que los pueblos que de él sufren no logran ahorrar suficientemente para poder invertir. Y como el nivel de sus inversio-

nes se mantiene bajo, no consiguen crear una industria que exige la inversión a largo plazo de capitales considerables. El país permanece así en una situación de desarrollo interrumpido o de estancamiento económico. Ya se ha demostrado suficientemente que la ayuda exterior para acabar con el subdesarrollo no puede basarse en los móviles comerciales corrientes. En cambio, puede basarse en perspectivas comerciales futuras. Todos vosotros sabéis la expansión considerable que en los últimos años ha experimentado el comercio entre los países industrializados. ¿Por qué? Porque las economías de esos países se han diversificado y especializado y los mercados se han extendido. A una mayor diversificación corresponde una mayor posibilidad de intercambios comerciales. Hace unos momentos decía que la asistencia exterior no puede basarse en la caridad, ya que, aparte de que ello es poco compatible con la dignidad humana, no haríamos más que llevar a los viajeros del autobús de que antes hablaba a un viaje de placer sin que participaran para nada en el esfuerzo. Además, no estoy ni siquiera seguro de que la palabra «caridad» sea exacta. En los últimos siglos, los países actualmente subdesarrollados han contribuido a la prosperidad de las naciones industrializadas. De hecho, la contribución de los países pobres a la riqueza de los países industrializados ha sido importante. Insisto también en que los países pobres como el mío, aunque deseosos de obtener una ayuda exterior apreciable, lo que sobre todo desean es romper el círculo vicioso del subdesarrollo. Debemos convencer al resto del mundo de que deseamos establecer un nuevo orden en los intercambios económicos con el fin de eliminar el subdesarrollo y permitir un desarrollo armonioso de las relaciones comerciales entre todas las naciones del mundo. Mi deseo es convenceros de que vuestra actitud frente a los problemas del subdesarrollo no debe basarse ni en la caridad ni en el incentivo comercial. Quizá una combinación de ambos factores fuera una solución satisfactoria. Ya conocéis el concepto filosófico de que los ingresos de un hombre se encuentran en los gastos que otro hombre hace.

A modo de conclusión, diré que la me-



La forma de ayuda exterior consiste en los intercambios económicos. Esa forma de inversión permite que el proceso de desarrollo siga una marcha ascendente. De este modo, los intercambios comerciales no se limitarán a la venta de materias primas por los países subdesarrollados a los países industriales que se encargan de manufacturarlos.

Con ello, el comercio llegará a su cúspide. Ya no se tratará ni de caridad ni de asistencia, sino de un nuevo orden en las relaciones comerciales entre todos los países del mundo.

Voy a concluir diciéndoos que vuestra responsabilidad frente a los problemas del subdesarrollo debe hoy traducirse en hombres, en capitales y en mercados. El tipo de hombres, el tipo de capitales y el tipo de mercados constituyen problemas propios de cada situación, dependen de la economía del país que haya de recibir la ayuda. Puede ocurrir que un país con un nivel bastante alto de desarrollo necesite sobre todo hombres de ciencia, ingenieros y técnicos, mientras que otro necesitará especialmente maestros, médicos y enfermeras. Si el desarrollo ha de realizarse a un ritmo suficientemente rápido, es indispensable que la importación de peritos extranjeros en los distintos aspectos no exceda de un plazo lo más breve posible. En efecto, cuando alguien está dispuesto a hacer un trabajo que normalmente debiera correspondernos realizar a nosotros, no nos sentimos incitados a trabajar. Sí, ya sé que los países industrializados, en las condiciones actuales de su economía, no están sobrados de hombres y que no les dejarán quedarse demasiado tiempo en nuestros países. Pero hay que insistir en que los países subdesarrollados deben aprender a hacer las cosas por sí mismos, a basar su desarrollo en su propia iniciativa. Respecto del dinero, ya he dicho qué tipo de capitales nos conviene. Esencialmente, se trata de créditos a largo plazo, que son los únicos que pueden garantizar un desarrollo continuo. Los créditos ocasionales sobre otras bases pueden contribuir temporalmente al desarrollo de este o aquel sector, pero en definitiva será gracias a los créditos a largo plazo como se logrará romper el círculo vicioso del subdesarrollo.

En último lugar, hablaré de las máquinas. Es ésta una de las cuestiones más difíciles de resolver. La dificultad radica principalmente en dos creencias que han arraigado en ciertos espíritus. Según una de ellas, los bajos salarios significan necesariamente un coste de producción poco elevado. Los que hayáis estudiado economía sabéis perfectamente que los salarios sólo constituyen uno de los numerosos factores del coste de producción. Sabéis también que los bajos salarios son un rasgo característico de los países pobres, y que otra característica de esos países son los costes elevados de producción. Hay, pues, dos factores: los salarios que son bajos en los países pobres y los costes de producción que son elevados. En los países industrializados se ha logrado armonizar ambos factores y fabricar así productos competitivos. En cambio, en los países pobres la relación entre ambos factores es tal que el precio del producto resulta elevado.

La segunda creencia se refiere al desorden del mercado que provocan las grandes cantidades de productos importados a bajo precio de los países subdesarrollados. ¿No se basa esta situación en un absurdo evidente? ¿No está claro que los países subdesarrollados son precisamente incapaces de producir grandes cantidades de mercancías, ni siquiera para satisfacer sus propias necesidades?

Una de las finalidades del desarrollo es llegar a fabricar productos suficientes para poder satisfacer en primer lugar la demanda interior. ¿Por qué un país atrasado ha de exportar una parte de su producción, cuando no consigue satisfacer las necesidades elementales de su propio mercado interior? Sólo exportará si es absolutamente necesario, y únicamente para procurarse recursos que le permitan pagar las importaciones que con mayor urgencia necesita. En cuanto se inicia el proceso de desarrollo, la historia del «lecho de oro» deja de ser posible. Cuando un particular decide utilizar sus disponibilidades en divisas extranjeras para procurarse un objeto de lujo de oro macizo, se trata evidentemente de un caso grave de mal uso de divisas extranjeras. Creo que no os he explicado todavía lo difícil que es adquirir divisas extranjeras y ganarlas con el propio esfuerzo. Pode-

mos afirmar que las dos creencias relativas a los bajos salarios y al desorden creado en el mercado quedan completamente excluidas en el proceso de desarrollo, al que debe tratarse en colaboración como un negocio de responsabilidad compartida. Observad lo que ocurre en vuestros propios países. Los intercambios comerciales aumentan gracias a la progresiva eliminación de las barreras aduaneras; algunas empresas, so pena de perecer, han de transformarse bajo los efectos de la concurrencia, pero al transformarse pasan a un nivel superior de perfeccionamiento. En general, la concurrencia es un móvil que incita a la transformación y al progreso. Ello puede observarse fácilmente en el comercio entre países industriales. Por desgracia, aún no se ha aprendido esta lección en las relaciones entre países industrializados y países en vías de desarrollo.

Con todo esto que acabo de decir, espero haberos mostrado lo que debe ser un nuevo orden en las relaciones comerciales entre los países del mundo. La conferencia

de las Naciones Unidas sobre comercio y desarrollo ha puesto ya los primeros jalones de ese orden nuevo. Se trata de un negocio en participación, que concierne tanto a los países industriales como a los subdesarrollados; unos y otros tienen una responsabilidad común en ese negocio. De este modo, el mundo entero participará en el desarrollo. El nuevo orden permitirá una participación equitativa en los intercambios comerciales a aquellos países a los cuales el curso de la Historia no ha permitido desarrollarse en los últimos tiempos.

La acción en participación de que he hablado implica la doctrina de la responsabilidad compartida, una responsabilidad compartida entre la juventud de vuestros países y la de los nuestros. Si el mañana ha de ser diferente del hoy, el peso muerto del ayer no debe constituir un obstáculo para nuestra acción futura. Indudablemente, los cambios darán lugar a ciertas dificultades de adaptación en nuestros países respectivos, pero estoy seguro de que el espíritu que anima a la juventud triunfará de todas ellas.

# La juventud y el mundo de hoy

POR JOSUE DE CASTRO

**M**EDIANTE los diálogos se llega a encontrar lo que se busca cada día. Y ¿qué hay más difícil que encontrar la verdad? Durante mucho tiempo la ciencia ha demostrado que la *verdad auténtica*, la única, no existe; que la verdad auténtica es la confrontación entre las diferentes verdades de cada uno. Lo verdadero o lo efectivo de cada cual depende del punto en que el individuo se sitúa para observar un fenómeno, y he aquí por qué la verdad de Washington no es la misma que la de Moscú. Cada cual tiene su verdad. Yo sólo creo en la confrontación de las ideas, en los diálogos, para buscar una idea que pueda utilizarse razonablemente, y por esto me siento feliz al encontrarme hoy aquí para dialogar, y dialogar, creo yo, con la juventud. Nada hay mejor para rejuvenecer a los viejos, para impedir que sus ideas y sus conocimientos se anquilosen, que dialogar con los jóvenes y recibir del espíritu juvenil la experiencia viva que éste tiene de una época en que nosotros hemos llegado algo tarde. Porque nosotros —y ahora hablo de mí— procedemos

*Conferencia pronunciada por Josué de Castro en las «Jornadas Europeas 1965», organizadas por la «A.E.N.A.-Union Paneuropéenne», la «C.E.D.I. Belge», la «Diffusion Culturelle Atlantique» y el «Europe Meeting Club». La celebración tuvo lugar en Bruselas, del 13 al 15 de abril último.*

de una época preatómica. He invadido un mundo que no es el mío, sino el de los jóvenes: el mundo atómico. Ahora bien, las verdades del mundo preatómico eran completamente distintas. Eran tan distintas de las verdades actuales, que incluso me resulta difícil encontrar palabras para expresarme.

Los jóvenes saben mucho más que yo de un mundo que es suyo. ¿Qué puedo decirles de su mundo atómico, yo que soy un animal preatómico? Todo lo que puedo decirles es que el mundo preatómico no era demasiado bueno, que contenía muchos errores, que estos errores se han conservado hasta en el mundo atómico y que es necesario liberarlo de sus errores, de sus ruinas y de esas cosas podridas, para que la juventud, la nueva generación, pueda construir un mundo nuevo a la medida de la época atómica. Es cuanto puedo decirles. Y repito que me siento feliz pudiendo dialogar con la juventud, en particular por saber que esta juventud, que yo llamo atómica, está extraordinariamente ansiosa de tratar, ante todo, del tema de este coloquio, no por el hecho de ser el tema de él, sino porque constituye su preocupación esencial, es decir, su responsabilidad.

Los jóvenes quieren saber hasta dónde llega esta responsabilidad. Lo desean con vehemencia, por la sencilla razón de que esta responsabilidad es mucho mayor que la de todas las demás generaciones. La responsabilidad esencial de las generaciones que se han sucedido en la historia, las an-

teriores a la época atómica, consistía en rehacer el mundo a su manera. La generación actual tiene una tarea, una responsabilidad más importante : no sólo la de rehacer el mundo, sino también la de evitar que el mundo sea deshecho. Esta es la grave tarea de la generación actual, pues sabemos que el mayor peligro que amenaza al mundo de hoy es el del aniquilamiento total de la humanidad por la fuerza atómica. Esta generación está formándose en un momento que es el producto de la época atómica. Actualmente vivimos en etapa de transformación total ; el mundo vive hoy en una época revolucionaria. Es la primera vez en la historia de la humanidad que se produce una revolución universal, una revolución en todos los sentidos. Ustedes saben que Hegel decía : « La revolución es el tránsito de lo cuantitativo a lo cualitativo. » Es extraordinario como el genio humano puede intuir las cosas.

¿De qué se trata? Por lo que se refiere a la bomba atómica, se trata de su construcción misma, ya que la materia física sólo se hace explosiva cuando su cantidad llega a constituir una masa determinada. A partir de este momento, la cantidad se transforma en calidad y la energía atómica explota en la superficie de la Tierra. La idea que tenía del proceso de la historia es la que le hacía decir : sólo se trata de los movimientos dialécticos de la propia historia. Ortega y Gasset, entre otros filósofos, calificaba las épocas de revolución de la historia de épocas de crisis de la historia, épocas en que los ídolos, los estilos de vida y los valores pierden su sentido, sin que se tenga tiempo de encontrar otros para reemplazar a los que desaparecen. En estas épocas el espíritu humano está inquieto y la juventud es la que sufre más con esta inquietud, ya que a ella corresponde siempre buscar el camino de la vida.

En nuestra época de transformación total, esta época explosiva, caracterizada por las explosiones que representan los problemas más graves de nuestra era atómica : la explosión demográfica, la explosión psicológica de la rebelión de los pueblos hambrientos y subdesarrollados, contra la injusticia social del mundo, la juventud siente inquietud, porque teme y necesita a la vez una orientación, pues lo que quiere an-

te todo es participar en la historia. Nunca ha habido otra juventud tan ansiosa de participar como la actual. ¿Por qué quiere participar en la historia del mundo? Porque hasta hoy, antes de la época atómica, la conciencia política del mundo, esa conciencia que se denomina la opinión pública mundial, era muy limitada y sus aspiraciones apuntaban en una dirección completamente opuesta a la de nuestra época.

Antes de la era atómica vivíamos en un mundo en el que había problemas. En cuanto aparece el hombre, surgen los problemas. Pero entonces el hombre se arreglaba para resolverlos, para salvar las grandes dificultades. ¿Por qué medio? Por todos.

El medio para resolver los problemas insolubles era la guerra, pues no siempre podía utilizarse el exceso de mano de obra —había el paro—, o de productos, y hasta el exceso de población. Entonces se organizaba una buena guerra. Un hombre de Estado británico dijo : nada mejor que una buena guerra de mediana importancia, ni muy pequeña ni muy grande. Esta era la concepción de la historia. Se admitía que la paz era una utopía. ¿Qué hombre de Estado se atrevería a decir hoy que la guerra es una solución para algo? Los hombres de Estado hacen la guerra, pero negando que la hacen. La hacen de una manera vergonzante, fingiendo buscar la paz. Ya no tienen valor para decir que la guerra es la solución, porque la guerra no resuelve nada. Hoy es el suicidio de la humanidad, incluso de esos locos que tienen el valor de desencadenarla.

Si la guerra se hace imposible hoy, los términos de la conciencia política mundial han cambiado por completo. La bomba atómica es un arma absoluta, contra la cual no existe defensa alguna. La bomba atómica ha obligado a cambiar las estrategias políticas del mundo al mismo tiempo que su conciencia política. Se han invertido los términos. Es la guerra la que se convierte en utopía, y la paz es la única realidad. Y si esto es verdad, la juventud tiene conciencia de que ella debe hacer todo lo posible, sin regatear esfuerzos, para evitar la locura de la guerra.

Nadie ignora que para ello es necesaria la participación de todos y, en particular,

de los que tienen aún mucha vida por delante y no quieren sacrificarla a una locura como la guerra. Si el mayor peligro que amenaza a la humanidad es el aniquilamiento por la guerra, si los jóvenes quieren vivir, han de decirse que no pueden permanecer alejados de estos dramas de la época actual. Los jóvenes —incluso cuando son intelectuales—, no quieren continuar en la posición de esos a quienes llamamos teóricos, o sea doctrinarios puros. Teoría significa espectáculo. Ahora bien, el joven no quiere ser teórico, quiere participar en los acontecimientos, pues sabe que en cuanto el mundo se lance en lo que yo llamaría los pugilatos atómicos, en este momento ya no habrá espectadores.

Todos serán actores de la tragedia. En este sentido se preocupan los jóvenes por encontrar soluciones antes de que empiece la tragedia, que esta vez no se desarrollará en tres actos como las tragedias rusas o griegas, sino que el mundo se disolverá en el espacio de unos instantes, si el hombre no cambia, en la nada que amenaza al mundo. Por esta razón es revolucionaria la juventud y es necesario que lo sea, porque si no hace la revolución está condenada a desaparecer.

El padre de la bomba atómica, Einstein, gracias al cual se ha encontrado el medio de hacer salir del átomo esa fuerza oculta durante milenios, dijo : « En la época atómica todo ha cambiado, excepto el pensamiento del hombre. » Se sigue pensando lo mismo que antes de la época atómica, y en esto radica el peligro. El hombre que ha conquistado esta extraordinaria fuerza física, sigue siendo débil en lo que concierne a su pensamiento.

Creo que actualmente el hombre pasa por la misma tragedia de que fueron víctimas en remotas épocas geológicas los grandes saurios, los dinosaurios, que eran los animales más fuertes, capaces de aplastarlo todo con un simple gesto. Pero el dinosaurio ha desaparecido. ¿Por qué? Porque la atmósfera del mundo ha cambiado y él no ha sabido cambiar sus métodos de vida. Este dinosaurio ha seguido actuando tal como estaba acostumbrado a hacerlo porque tenía buenos músculos, pero su cabeza era demasiado pequeña. Esta es la imagen del hombre del siglo XX.

De manera que es necesario examinar de nuevo el problema del mundo con las dimensiones de la era atómica. Si continuamos pensando en pequeño, no conseguiremos salvarnos. Hay que considerar el mundo en grande. ¿En qué medida? En la medida de Einstein, es decir de la relatividad planetaria. Esto es lo que quieren los jóvenes. Parece que en el mundo donde se les introduce, en el esquema que se les presenta, en el conformismo que se les impone, en las escuelas donde se persiste en incluirles, se ahogan con esta atmósfera atómica en la cual su estructura no les permite vivir.

Un biólogo ha dicho que la prueba de que el hombre no es un animal atómico se halla en que es capaz de presentir con sus sentidos todas las demás agresiones : el calor, el dolor, pero en cambio no siente las radiaciones. Los hombres pueden morir en un mundo de radiaciones terriblemente mortales sin darse cuenta de nada. El hombre no está equipado para vivir en un mundo atómico. De ahí que deba empezarse por transformar el comportamiento del hombre ; y en este aspecto el hombre es pobre. Esta es la razón también de que dijera Einstein : « Si quieren sobrevivir, será necesario que mediten el problema valiéndose de otra medida. »

En este sentido los jóvenes sienten la preocupación del camino que deben emprender para evitar la catástrofe del mundo.

El Sr. Lall ha dicho : « En general, los filósofos no son hombres de acción ; son demasiado filósofos. » Hay dos filosofías : una de acción y otra de inacción. Lo que quieren los jóvenes es una filosofía de acción, una manera de actuar, un comportamiento. No creamos, sino que nos agitamos. Agitarse es una cosa y actuar es otra. Los hombres de hoy se agitan demasiado y no actúan bastante. La acción debe ser concertada, tener una finalidad. Vivimos en un mundo en que todos dicen : la guerra es imposible, es una catástrofe ; la guerra es una calamidad. Y se continúa gastando la mayor parte de los ingresos del mundo en armamento. Esta contradicción es tan terrible que uno acaba por dudar si, en efecto, el hombre es el animal más inteligente de la creación. No conozco ningún animal cuya filosofía de acción esté tan distante de su filosofía mental. Si su filosofía es pobre,

está de acuerdo con ella ; pero el hombre es contrario a su propia filosofía. Hace mucho tiempo que el hombre de Occidente, por ejemplo, adepto de la filosofía cristiana, que consiste en amarse los unos a los otros, invadió en nombre del cristianismo los países de América y de Africa, instituyó la esclavitud para los habitantes de esos continentes ; en Extremo Oriente, se han incendiado ciudades y se ha saqueado el mundo de tal manera que ha inspirado a un escritor europeo, Toynbee, un libro titulado *El Occidente y el mundo*, en el que dice : « El Occidente, desde hace cuatro siglos, no ha hecho más que invadir el mundo en nombre del cristianismo. »

Ha sido un empleo terrible del nombre de Cristo. Y la contradicción era tan enorme que cierta vez, cuando un predicador se dirigía a los chinos para inculcarles la superioridad de la filosofía cristiana, éstos le preguntaron : « ¿Cómo no consigue usted vencer a los occidentales para que se hagan cristianos? » El misionero contestó : « Hace dos mil años que lo son. » A lo que los chinos replicaron : « Jamás ha venido aquí ninguno que no haya sido para saquear, dominar, robar y aplastar. Eso es lo contrario de la filosofía cristiana. »

Otro cristiano, el hermano Bartolomé de Las Casas, indignado ante la explotación del hombre por el hombre en América y en nombre de Cristo —pues todos sabemos que el descubrimiento de América fue la última cruzada de la Edad Media, no con caballos, sino con barcos, no con banderas, sino con velas ornadas con la Cruz—, dijo a los conquistadores : « ¿Estáis seguros, conquistadores, de que esta cruz sea verdaderamente la de Cristo, y no una de las que sirvieron para crucificar a los dos ladrones a ambos lados de Cristo? »

Este es el proceso de la colonización. Los jóvenes no pueden tolerar esta contradicción, pues una de las características de la época en que vivimos es la de tener conciencia de los problemas de los pueblos insuficientemente desarrollados, y los jóvenes de esos países tienen conciencia de la mistificación que representan la mayoría de las doctrinas. Contra esto protesta la juventud y ésta es la razón de que se preocupe por el problema de su responsabilidad. Les estoy hablando de los problemas de la res-

ponsabilidad de la juventud europea frente a los pueblos en vías de desarrollo. ¿Por qué se plantea este problema? Porque el problema del subdesarrollo es esencial de nuestra época. En otros tiempos se lo resolvía mediante la guerra. Hoy se trata todavía de ahogar los sentimientos de rebelión de los pueblos insuficientemente desarrollados, mediante la fuerza y la violencia. Y la historia está demostrando que esto no conduce a nada.

El problema del subdesarrollo es el de la fuerza que divide nuestro mundo en dos : el mundo rico e industrializado y el mundo pobre, miserable de las naciones llamadas proletarias. La separación entre ambos mundos es mayor que las distancias ideológicas que se interponen entre el Occidente capitalista y el Oriente socialista. Prueba de ello es que se abren ya las posibilidades de comprensión entre Moscú y Washington, pues la distancia entre ellos es menor que la distancia económica que existe entre Pekín y Moscú o entre Pekín y Washington. La distancia económica entre el mundo desarrollado y el mundo subdesarrollado es enorme y se agranda cada día más. Y en realidad, esto es lo más grave. Sabemos que en nuestro mundo hay países bien desarrollados, con una renta de mil dólares y hasta de mil quinientos por persona y por año, como los Estados Unidos, y a su lado hay países subdesarrollados, con una renta de doscientos dólares por individuo, otros con cien y hasta con sesenta. Por lo tanto la definición de subdesarrollo puede traducirse por desequilibrio, y así llegamos a la conclusión de que un mundo en el que coexisten los Estados Unidos y el Vietnam, es un mundo muy subdesarrollado. Esta es la prueba de que la condición humana ha fracasado en sus tentativas para realizar la civilización.

He dicho que la distancia sigue aumentando. ¿Por qué? Porque gracias a un esfuerzo internacional que se llama la asistencia técnica, los países subdesarrollados se desarrollan un poco más, pero no al mismo ritmo que los países ricos.

En los países bien desarrollados, cuya renta es de mil dólares por individuo, esta renta progresa en unos cuarenta dólares por año, y en los países subdesarrollados, cuya renta es de doscientos dólares, el progreso

es de tres dólares por año. Los unos avanzan a grandes pasos y los otros apenas se mueven del sitio.

Estas cifras demuestran que la ayuda, la cooperación internacional, tal como se la ha concebido hasta ahora, es un factor de aumento, de ascensión social, y ésta es la causa de que el mundo esté dividido en dos : un mundo de gentes bien alimentadas, los países ricos, y un mundo de pobres, constituido por dos tercios de la humanidad.

Actualmente, entre los 3.200 millones de habitantes de la tierra, se cuentan al menos 2.000 millones que no comen lo bastante ni de una manera completa. Los dos tercios de la humanidad están hambrientos. Estos grupos de hambrientos, que viven en regiones donde no se come, se rebelan porque saben que su hambre y su miseria no son condiciones naturales, sino el resultado de estructuras económicas mal concebidas y de una mala distribución de las riquezas del mundo.

A un lado están los que se rebelan y al otro los que comen bien, pero que ya no duermen, atemorizados por la rebelión de los que no comen. En otros tiempos se ahogaban las revoluciones ; pero ahora existe el peligro de la proliferación de las bombas. Ya hay una superproducción de bombas atómicas.

Como se sabe, los Estados Unidos, gracias a su capacidad agrícola, producen mucho más que otros países, de suerte que tienen excedentes de muchos productos. Se han visto obligados a imponer una disminución de su producción, porque no sabían qué hacer de los excedentes. Han creado el banco de la tierra para poder indemnizar a los agricultores a quienes se obliga a producir menos. Los Estados Unidos tienen, además, un excedente de otro tipo : el de las bombas. Poseen 20.000 bombas atómicas. El mundo puede desaparecer con 4.000. Queda, pues, un excedente de 16.000. He aquí por qué yo aconsejo que se cree algún día un banco de la bomba, a fin de incitar a los fabricantes a que no produzcan más.

Antaño se creía que el hombre sólo podía suicidarse una vez. Pero hoy existe la posibilidad de suicidarse en serie, pues cuando todo el mundo habrá muerto, los

autómatas y las máquinas electrónicas continuarán « suicidando » a la humanidad, incluso después de que haya desaparecido de la superficie de la tierra. La radiación atómica permanecerá por encima de nuestro planeta y seguirá « suicidando ». No soy yo quien está loco, sino más bien la humanidad. Esta es la razón de que los jóvenes se preocupen por el problema del subdesarrollo, al que habrá de darse forzosamente una solución. Las soluciones que se han encontrado hasta ahora ya son caducas. En la vida internacional se atraviesan los mismos períodos por que pasan los fenómenos nacionales. Antiguamente existía la caridad para los grupos marginales. Después se pensó en darles asistencia y, finalmente, se ha comprendido que debía establecerse la seguridad social con carácter internacional.

Nos hallamos todavía entre la caridad y la asistencia ; es preciso pasar a la fase de la seguridad. Mientras se oscile entre la caridad y la asistencia, no habrá solución para este problema. ¿Qué es la seguridad? Es un proceso, mediante el cual podría incluirse en la economía del mundo al que se llama hoy subdesarrollado. Pues el peligro estriba en que no es tan subdesarrollado como se cree. A veces sólo lo es materialmente ; pero mentalmente está muy desarrollado. Tal ocurre con las personas miserables que no participan en la economía, pero que intervienen en el pensamiento político del mundo y lo amenazan. He aquí por qué las circunstancias obligan al hombre a llegar a la seguridad social internacional ; es la única solución. Pero esto no se producirá si no es mediante una conciencia más viva que la que existe actualmente. Es necesario interpretar los problemas dentro de una nueva dimensión, para poder establecer el diálogo entre los dos mundos. El diálogo actual entre el mundo bien desarrollado y el subdesarrollado es un diálogo de sordos. En la Conferencia del Desarme, el ruso decía : « No podemos desarmarnos, porque los norteamericanos nos amenazan. » Los norteamericanos decían : « Nosotros estamos amenazados por los rusos. » He estado oyéndolo durante dos años.

El mundo subdesarrollado reclama la independencia económica, además de la inde-

pendencia política ficticia ; pero esta independencia es imposible, porque se trata de pueblos de economía dependiente. Por lo tanto piden lo imposible y los países ricos les dan sus excedentes. Esta es la razón de que el diálogo entre ellos carezca de sentido. Las grandes potencias están obligadas a gastar 140.000 millones de dólares cada año para defenderse, para crear lo que ellas llaman la seguridad nacional.

En la Conferencia del Desarme yo tenía como colega a un señor muy bien informado, M. Foster, que era a la par presidente de la Comisión de Armamento y presidente de la Comisión de Desarme. M. Foster afirmaba : « Cuanto más nos armamos, más expuestos estamos y más nos alarmamos, lo que representa una catástrofe. » Pero estas palabras pronunciadas en la Conferencia del Desarme no han encontrado eco, porque los Estados Unidos siguen armándose y la URSS también.

En realidad ¿qué significa « seguridad nacional » en el mundo internacionalmente amenazado y sabiendo que las radiaciones radioactivas no respetan las fronteras? Por encima de las fronteras, la seguridad nacional nada significa. Pero más graves aún que las radiaciones radioactivas, y más peligrosas, son las que yo llamo radiaciones emotivas, las emociones de las gentes y los prejuicios que les impiden pensar en los problemas. Si se reflexionara con más lucidez, se advertiría que es estúpido continuar esta carrera de los armamentos que, felizmente, no conduce a nada. Se gasta dinero para nada, pues si llegaran a utilizarse estas armas sería, repitámoslo una vez más, para el suicidio de la humanidad.

Las grandes potencias dedican 40.000 millones de dólares a los armamentos y sólo 8.000 millones a la ayuda internacional, lo que representa menos del 5 por ciento del dinero que consagran a lo inútil, y a su ridícula seguridad nacional. ¡Menos del 5 por ciento para la indispensable seguridad internacional! El país más generoso del mundo para la ayuda internacional, los Estados Unidos, invierte el 10 por ciento de sus ingresos en la carrera de los armamentos, y el 0,65 por ciento —es decir, un poco más de la mitad del 1 por ciento— en la cooperación internacional.

El Reino Unido consagra el 7 por ciento

a la defensa nacional y 0,50 por ciento —medio por ciento— a la ayuda internacional. Esto representa 1/16, 1/13, para los Estados Unidos y 1/33 para el Canadá. En proporción, el país que más invierte por habitante en la ayuda internacional es Francia, o sea entre el uno y el dos por ciento de su presupuesto. Dos por ciento, dice el gobierno ; uno por ciento, dice la oposición. Lo que dan estos países es ridículo e insuficiente. No pueden prescindir de los fondos dedicados a la guerra fría y siguen armándose, y el mundo subdesarrollado continúa subdesarrollado.

No quiero entablar un debate para demostrar fácilmente la posibilidad de desarrollar el mundo. Sabemos que los países subdesarrollados son los más ricos : las mayores reservas naturales se hallan en América Latina, que es el continente mejor dotado. En él se encuentran yacimientos de todos los minerales que necesita el mundo y, no obstante, es una región subdesarrollada, sin exceso de población. Tiene nueve habitantes por kilómetro cuadrado, casi una quinta parte de la de Europa. Si está subdesarrollado no es por exceso de población, ni porque la naturaleza sea mezquina, sino por haberse implantado allí una explotación de tipo colonial, ya después de haber desaparecido el colonialismo político existe allí actualmente el colonialismo económico, que se realiza mediante los precios que se pagan por las materias primas, muy inferiores al precio y a la paridad equitativos. Cuanto más se produce, menos se recibe. Lo que salva a América Latina de la catástrofe total es la pereza. Allí se trabaja poco. En diez años se ha duplicado la producción. Si se hubiese trabajado un poco más, estaría irremisiblemente perdida. Dicen que esto se debe al clima tropical, pero yo digo que las causas son el hambre y la miseria.

Junto al colonialismo económico, aparece un tercer colonialismo nuevo : el colonialismo nacional. En esos países subdesarrollados, que han heredado el colonialismo internacional, hay grupos internos que explotan ciertas regiones y ciertos grupos mediante un régimen cuatro veces más inhumano que el antiguo régimen colonialista. Mi país, el Brasil, es un ejemplo de imperio colonial, donde el sur industrial



explora al nordeste agrícola como si fuera una colonia. Esto es un colonialismo nacional.

Antiguamente se hacía una distinción entre las categorías nacionales y las internacionales. Se decía : « Los problemas demográficos del mundo, esto es internacional ; las luchas de clases, esto es nacional. » Ahora hay un colonialismo nacional y no internacional. Es preciso cambiar todo esto. El mundo necesita una revolución. Insisto en decir que los jóvenes tienen una responsabilidad enorme en el trabajo que consiste en darse cuenta de estas realidades, en estudiar los problemas en toda su profundidad, en penetrarse de ellos por medio del diálogo para construir un mundo nuevo, con una idea del desarrollo distinta de la que imperó hasta ahora.

Se ha tratado de promover en el Tercer Mundo el desarrollo de ciertos sectores de la economía. Y los ricos se hacen más ricos, y los pobres más pobres, porque no se ha tenido la idea de integrar estos medios en la economía mundial.

No existe ningún país del mundo verdaderamente desarrollado, felizmente para él, pues un país bien desarrollado está perdido, puesto que la economía representa ante todo expansión. En el momento en que cesa de extenderse, ha terminado. De manera que en el mundo hay países algo más desarrollados que otros, pero todos están subdesarrollados, ya que un país técnicamente bien desarrollado no puede seguir siéndolo indefinidamente. En todos los países del mundo se advierten signos de subdesarrollo : el racismo, el empleo de métodos guerreros son siempre pruebas de barbarie, y demuestran que ningún país del mundo está realmente bien desarrollado.

Si quieren aprovecharse los valores positivos, es preciso liberarse de los prejuicios que dividen el mundo y unirlos. Esta es la función que corresponde a la juventud. Hay que situarse por encima de los prejuicios y de las ideologías, no tener miedo del colonialismo, del imperialismo, ni del comunismo ; hay que luchar contra estos subproductos de una misma cosa. Implantar una economía humana, humanizada, sobre toda la superficie de la tierra : esta es la función que está reservada a la juventud.

Uno de los objetivos de trabajo que me

he fijado es la creación de un Centro Internacional para el Desarrollo, cuyo proyecto fundamental es la fundación de una universidad internacional para el desarrollo, a fin de formar gentes responsables. Sabemos que en todos los tiempos el mundo ha necesitado personas responsables. Hay gentes que conocen muchas cosas pero que carecen de sabiduría, pues la sabiduría no consiste en el saber ni en la ciencia. La sabiduría es el conocimiento, más el juicio. Hay que juzgar y evaluar ; el saber sólo no basta. Por esto tenía razón Spinoza cuando decía que el amor es una forma de conocimiento más profunda que el saber. Se dicen muchas cosas que no se comprenden, pero siempre se comprende lo que se ama. Hay que aportar un poco más de amor entre los hombres, ser más cristianos y más humanos de lo que somos.

Por esta razón hemos proyectado esa universidad. Mas para formar responsables en ambos mundos, para establecer el diálogo que no existe hoy, para comprender la injusticia social del mundo subdesarrollado y para que los responsables del mundo subdesarrollado no despilfarran la ayuda internacional —construyendo una Brasilia, tal vez palacios de mármol, que de nada sirven— es preciso educar a los hombres. Se trata ante todo de un problema de educación. Si se produjera, por casualidad, esa cosa catastrófica que es una declaración de paz universal —digo catastrófica, porque al día siguiente habría veinte millones de parados en el mundo—, si se dispusiera de 40.000 millones de dólares para desarrollar al mundo, ¿podrían aplicarse al desarrollo de los países subdesarrollados? No. Un comité de las Naciones Unidas que ha estudiado el problema ha llegado a la conclusión de que no pueden invertirse más de 6.000 millones de dólares anuales en el Tercer Mundo, porque éste no está en condiciones de coordinar ni de administrar esas inversiones. Faltan cuadros de dirección, y esto es lo que debe formarse. ¿Cómo formarlos?

Hace poco un joven me ha dirigido una pregunta muy oportuna : ¿No es peligroso enviar a los jóvenes de los países subdesarrollados a los países ricos? ¿No se sienten desarraigados? Un escritor francés ha dicho : « Sí ; se convierten en mentiras vi-

vas. Cuando regresan a su país no hacen sino mentir, pues nada pueden decir a sus hermanos, ya que no tienen ya nada de común con ellos : son unos desarraigados. »

Precisamente para evitar que existan estas mentiras vivas, debe crearse una universidad, en la que pueda confrontarse la verdad de cada uno, la de los ricos y la de los pobres, la de los comunistas y la de capitalistas, y ver dónde está la razón razonable, y no la impuesta por la fuerza y la violencia.

Nuestra idea es crear una universidad de esta clase en algún sitio, una plataforma de dirección de la universidad. En Europa, a mi entender, porque se halla a cierta distancia de los gigantes que amenazan el mundo con su fuerza y sus antagonismos ideológicos. Establecer un consejo de educación para el desarrollo, a fin de seleccionar las especialidades esenciales para el proceso de desarrollo y escoger treinta universidades en el mundo : diez en Occidente, diez en el mundo socialista y diez en el mundo subdesarrollado. Equipar cada una de ellas para la enseñanza de una especialización al nivel más elevado y elaborar una verdadera teoría, que sea una doctrina del desarrollo. Después crear zonas y formar hombres para aplicar esta doctrina de desarrollo. Los especialistas formados en treinta universidades del mundo son, por desgracia, especialistas, y esto no es suficiente. Es necesario que sepan aplicar sus conocimientos al desarrollo. Al cabo de un año de especialización en esas universidades, vendrán al centro de la universidad internacional para impregnarse de las es-

pecialidades, de la síntesis, del pensamiento global general, de la filosofía activa indispensable para aplicar su especialidad al verdadero proceso de desarrollo y no a un tipo falso de desarrollo, el tipo colonial, que es el desarrollo que no interesa al progreso de las poblaciones marginales del mundo. Hemos concebido este plan, y quiero dar las gracias a Bélgica por el apoyo que nos ha prestado, lo mismo que a Alemania, a Francia, a Italia y a Suiza. Estamos preparando un coloquio que se celebrará en Bélgica, en el mes de setiembre, para discutir las bases definitivas de esta universidad, y creo que entonces podremos crear la verdadera teoría del desarrollo y formar un personal capaz de llevarla a la práctica. Es necesario que nuestra universidad sea un microcosmos representado en el mundo de la juventud mundial, como si todos fuesen discípulos de la universidad del desarrollo.

No existe problema más grave que el del desequilibrio del mundo. Nunca acabaremos con la guerra, mientras haya hambre en el mundo. El hambre no es más que la expresión ideológica de un fenómeno económico : el subdesarrollo económico y social. Para luchar contra esto, es preciso que los jóvenes comprendan la necesidad que tienen de participar. Participar, ¿cómo? Para ello habría que dar un curso y no una conferencia de una hora. Es el comienzo de un diálogo en el que ustedes tienen mucho más que decir —y mejor— que yo, por esto me veo obligado a terminar dándoles las gracias.

## El tiempo de Jean Cocteau

POR SALVADOR REYES

MARZO, que trae al cielo crepuscular de París los primeros fanales rojos de la primavera, fue el mes de Jean Cocteau : al mismo tiempo que Jacques Rueff, su sucesor en la Academia Francesa, hacía su elogio bajo la cúpula en el discurso de incorporación, el Museo Jacquemart-André inauguró la Exposición *Jean Cocteau y su tiempo*, en la cual se presentan 660 piezas.

Esto inquieta no poco a quienes, a raíz de la muerte del poeta, afirmaron que con él se derrumbaba el castillo de naipes de su creación. Desaparecido el encantador, el encanto debía, según ellos, eclipsarse inmediatamente. Cocteau —decían—, no había sido más que un *amuseur*, un ingenio vivaz, chisporroteando de continuo en novelas, poesías, dramas, dibujos y películas. Algunos comentarios fueron crueles, porque, por desgracia, no es en la vida literaria donde puede encontrarse la mayor generosidad y comprensión. Mauriac (recordando tal vez el drama *Bacchus* de Cocteau) estuvo frío sino agrio en el *Bloc-Notes* que publicó en el momento de los funerales del poeta (a los cuales se abstuvo de concurrir). Habían pasado sin embargo muchos años desde la general de *Bacchus*, cuando el famoso novelista católico abandonó ostensiblemente la sala del Teatro Marignan para publicar poco después una diatriba contra la pieza, que acusaba de blasfematoria. La respuesta de Cocteau fue punzante. El gato de salón sabía convertirse en tigre cuando debía defenderse.

Ahora los enemigos del poeta (que los hay más allá de la tumba) se inquietan. Cocteau no termina de morir. Su gloria ni siquiera entra en la agonía. Ciertamente aún no se han cumplido dos años desde que fue a dormir en la capilla de Milly-la-Forêt, rodeada de los *simples*, esas florecillas con que en el siglo XII se creía poder curar la lepra : absintio, artemisa, ricino, helecho polipodio, tuya, sello de Salomón, saponaria... Este breve tiempo transcurrido da esperanzas a quienes aliviaría el ver eclipsarse una figura que durante tantos años supo mantenerse en el primer plano de la actualidad.

Lo que la Exposición del Museo Jacquemart-André ha demostrado es que Cocteau no sólo fue el testigo de una época, sino uno de sus principales motores y que su espíritu buceó en la sombra y extrajo ideas y formas nuevas. ¡Una época bien prolongada! Ella se extiende desde la tarde de 1908, en que el famoso trágico De Max consagró una audición en el Teatro Fémina al joven poeta de 18 años, hasta la tarde del 11 de octubre de 1963, en que una muchedumbre de amigos, personajes oficiales, admiradores de todas clases sociales y actividades, acudimos a acompañar los restos del poeta y a saludarlo en su último reposo. Aún recuerdo la voz empañada de lágrimas con que el R.P. Marrin (uno de esos hombres acostumbrados a ayudar « a bien morir ») leyó un poema de Cocteau, al borde de la fosa.

Es que el poeta, en quien tantos no vie-

ron más que un *snob*, empeñado siempre en saltar al primer plano de la moda, tuvo la facultad de hacerse querer por todos los que le conocieron. Era gentil (en el sentido que la palabra tiene en francés, más expresivo que en español). Si fue mundano, si gustó lucir su ingenio, supo ser sencillo en el momento oportuno, amigo de sus amigos y servicial con todos. Su simpatía fue grande y la usó con discreción y sin artificios. ¿Vanidoso? Posiblemente, pero también demasiado sutil para demostrarlo de la manera burda con que lo hacen las muchas personas que sufren de ese mal. Fue un hombre de corazón y de clase, cuya puerta no estuvo nunca cerrada, que no economizó palabras ni gestos cordiales. ¿Por interés de mantener su actualidad? No lo creo. Me parece que Cocteau fue una naturaleza generosa.

Pero bien sabemos que no son los buenos sentimientos ni la calidad humana los que dan la inmortalidad al artista. La obra de Cocteau no ha terminado aún de sufrir la prueba del tiempo ni de los análisis en que interviene lo personal, muchas veces como elemento hostil al artista. Lo mismo que tantos otros creadores, éste se sintió incomprendido por la crítica de su tiempo. Así como Proust detestaba los adjetivos *delicada* y *fin* aplicados a su obra, a Cocteau le disgustaba profundamente la palabra *facilidad*, que fue el rótulo pegado con mayor frecuencia a sus múltiples actividades. En *La difficulté d'être* se definió como « un hombre cubierto de leyendas, más absurdas las unas que las otras. Invisible a fuerza de fábulas y monstruosamente visible por lo mismo ».

Acerca de la falsedad de los juicios críticos influenciados por razones personales, y a la persistencia para clasificar su obra como un juego fácil, Cocteau dijo en el mismo libro :

« Si un crítico extranjero nos juzga, hay muchas mayores posibilidades de que vea justo. Nos conoce mejor que nuestros compatriotas que aplastan la nariz contra nosotros. El espacio juega el papel del tiempo. Nuestros compatriotas juzgan la obra a través del hombre. No teniendo más que una idea falsa del hombre, juzgan falsamente.

« Parece que el desear la soledad es un crimen social. Después de un trabajo, yo me escabullo. Busco un nuevo terreno. Tengo miedo a lo blando de la costumbre. Me deseo libre de técnicas, de experiencia, torpe. Esto es ser un veleidoso, un traidor, un acróbata, un fantaseador. Para el elogio : un mago. »

Y termina con sarcasmo :

« Un golpe de varita mágica, y los libros quedan escritos, el cine filma, la pluma dibuja, el teatro representa. Es muy simple. Mago. Esta palabra facilita las cosas. Es inútil estudiar nuestra obra : toda se ha hecho sola. »

El poeta tuvo razón : raros fueron los críticos que, sin deslumbrarse por el ingenio chispeante y los buenos éxitos mundanos del poeta, se detuvieron a examinar los sólidos cimientos de ese edificio en apariencia caprichoso, la ordenanza y pureza de sus líneas y arabescos ; raros fueron los que se dieron cuenta de que todo eso no provenía de una monstruosa facilidad, sino de un trabajo prolongado y reflexivo. La mayoría de los críticos se obstinaron en no ver en él un trabajador paciente y empeinado cuya obra hundía sus raíces en lo profundo del alma, sino un talento superficial, un malabarista víctima de su propio juego.

Pero el tiempo ya ha empezado a desgarrar la leyenda y a apagar las luces de la fiesta, para dejar al hombre solo frente a su obra. Esperemos.

Recorriendo los salones del Museo Jacquemart-André la admiración por la fuerte personalidad de Jean Cocteau nos domina. Hay ahí mucha historia, y esa historia no puede ser la obra de un personaje superficial, sólo preocupado de causar el efecto que preconizaba Brummel. Creador, animador, Cocteau estuvo ligado a todos los grandes nombres de uno de los períodos más fecundos y de mayor influencia mundial que haya conocido París. Creo que fue André Maurois quien dijo que Cocteau no hizo a su época, pero que sin él esa época no habría sido lo que fue. Ahí está para probarlo el catálogo de la Exposición, tan inteligentemente redactado por Pierre Georget (quien trabajó junto a Cocteau y cuyas notas son modelos de síntesis).

sis). Geogel ha sabido establecer un orden en esa inquieta biografía y en esas múltiples actividades. No hay artista célebre, no hay acontecimiento mundano de importancia que no esté ligado al nombre del autor de *Orfeo*. Y si muchos reflectores destacaron sobre la blanca pantalla de la actualidad, la figura delgada, el rostro expresivo, los cabellos rebeldes del poeta, también él iluminó a muchos hombres y a muchas cosas con su propia luz. Nació el 5 de julio de 1889 en una casa que ya no existe en la plaza Solly de Maisons-Laffitte. A los 18 años, entró de manera sensacional en la vida literaria y mundana de París, con la audición de De Max y la publicación de *La Lámpara de Aladino* (libro que después borró de la lista de sus obras). Desde ese momento, ¿qué personaje ilustre, qué movimiento de renovación artística no estuvo relacionado con Cocteau. Pinturas, esculturas, autógrafos, libros, programas, affiches, dibujos, álbumes, mil objetos dan testimonio de una actividad incansable y fecunda. Después de las imágenes de la infancia aparecen bruscamente las grandes sombras: la emperatriz Eugenia, a la cual fue presentado por Lucien Daudet y de quien dijo: « Yo entraba en la vida. La emperatriz salía. Nos cruzamos en la puerta. »; el novelista Henri Duvernois, Edmond Rostand, amigo íntimo de Cocteau y autor que hasta ahora llena durante sucesivas temporadas la sala de la Comedia Francesa; Sacha Guitry, Catulle Mendès, con quien el joven Cocteau almorzaba todos los sábados hacia 1908; Anne de Noailles, cuya amistad dominó en la juventud del poeta; Proust, sobre quien dejó páginas tan emocionantes, habiendo sido uno de los primeros en reconocer el genio del autor de *Du côté de chez Swan*; la princesa Bibesco y sus hermanos, y tantos otros nombres prestigiosos, para llegar a la época de los ballets rusos, que debían ejercer enorme influencia en el arte contemporáneo. Diaghilev y Nijinsky fueron amigos íntimos de Cocteau. Una noche, en la calle Royale, después del espectáculo, Diaghilev lanzó la célebre frase, que tan bien pinta el ingenio vivaz y original del poeta: « ¡Asómbrame, Jean! »

Vino el escándalo del *Sacre du printemps*, que debía marcar una nueva ruta

en la música, en la poesía y en la coreografía; vino *L'après-midi d'un faune*, y vino Raymond Radiguet, el nuevo Rimbaud, descubierto y lanzado por Cocteau.

El animador era a la vez creador. Una actividad febril lo dominaba (lo dominó hasta su muerte). Poesías, dramas, ballets, dibujos llevaban el nombre de Jean Cocteau en el viento de la fama. Cuando el cinematógrafo reveló sus elementos poéticos, él fue uno de los primeros en servirse de este nuevo medio de expresión. *La sangre del poeta*, film surrealista, sigue proyectándose en la pantalla de los más escogidos cine-clubs.

Cocteau fue el animador y *la voz* del Grupo de los Cinco, formado por Georges Auric, Luis Durey, Arthur Honegger, Darius Milhaud, Francis Poulenc y Germaine Tailleferre; con Wiener y Doucet hizo triunfar el jazz, en memorables audiciones del Teatro de los Campos Elíseos; con Blaise Cendrars fundó las Ediciones de la Sirena; con Picabia lanzó el cabaret « Le bœuf sur le toit », que debía convertirse en « rendez-vous » de arte y elegancia. Erik Satie, Georges Braque, Jouvet, Henri Massis, Christian Bérard, Edouard Bourdet, Collette, fueron sus compañeros de trabajo y sus amigos. La lista sería interminable. Su exiguo departamento de la calle Montpensier fue como un laboratorio donde se elaboraron los filtros más prestigiosos del largo período que la Exposición del Museo Jacquemart-André acaba de desplegar ante nuestros ojos.

En ese departamento vi a Jean Cocteau por la primera vez. Era un entresuelo, bajo de techo, compuesto de dos o tres cuartos pequeños, con acceso por la calle Montpensier y unas ventanas en media luna sobre la galería del Palais-Royal. A la entrada, una gran pizarra recordaba los « rendez-vous » pendientes. Vi allí nombres: Jean-Louis, Gaston, Yvonne... La estrechez del sito obligaba a no perder un centímetro, de modo que en un peldaño que separaba dos cuartos, se había fabricado un cajón como el de un mueble.

El poeta me deslumbró con el ingenio de su conversación. Fue simpático y cordial, sin la menor afectación. Cogió una bonita edición de uno de sus libros, trazó

rápidamente un dibujo en la hoja de guarda y estampó una dedicatoria firmada con su célebre estrella. Tiempo después, cuando apareció *Los tripulantes de la noche*, volví a verlo llevándole mi libro. Estuvo tan brillante como la primera vez ; habló de muchos temas con entusiasmo y gracia.

Una noche, durante la ocupación, lo invité a cenar. A última hora un mensajero me trajo una carta de excusa en la cual me hablaba de un accidente extraordinario. Días después volví a verlo y me contó lo ocurrido : venía por los Campos Elíseos, cerca del Rond-Point, cuando de pronto vio una formación de soldados, con uniforme alemán, que descendía la avenida enarbolando una bandera francesa. Estupefacto ante el inusitado espectáculo, se detuvo a observarlo, tratando de comprender qué era aquello. Al fin pudo darse cuenta de que eran voluntarios que iban a combatir contra los rusos, vistiendo el uniforme de la Wehrmacht. En ese momento oyó una voz que gritaba : *Voilà, Monsieur Cocteau, pour vos juifs !*, y recibió un golpe en plena cara, tan violento que lo arrojó a tierra. Ya caído, recibió otros golpes. Al fin pudo levantarse, ayudado por algunas personas que le explicaron que había sido atacado por los hombres de Doriot. El poeta se marchó a su casa con el rostro tumefacto. « Me metí en cama —me decía Cocteau—, cuando horas después oigo llamar a la puerta. Abro y veo un enorme guardia re-

publicano que se precipita. ¡Qué nueva catástrofe se me viene encima! —pensé—. Era el subprefecto, el escritor Toesca, quien me enviaba un gigantesco ramo de flores... »

Tal era la situación de Jean Cocteau durante la ocupación : los resistentes lo acusaban de colaborador porque había recibido al escultor Breker y a otros alemanes ; los colaboradores desconfiaban del eterno rebelde. *Je suis partout* y *La Gerbe* lo injuriaban cada semana. El poeta no cesó de ayudar a sus amigos, aprovechando sus relaciones, durante todo ese sombrío período. Así consiguió la liberación de Max Jacob, quien por desdicha debía sucumbir en el momento en que se le abrían las puertas de la prisión.

Antes de partir para España, una noche invité a comer a Cocteau con Pierre Mac Orlan y Marcel Arland, en el restaurante Lucas-Carton de la plaza de la Magdalena. Se contaron en esa mesa muchas cosas interesantes. Al volver a casa debí anotar aquellas conversaciones, pero lo fui dejando para más tarde, hasta olvidar lo que se dijo. ¡Una lástima! Cocteau dominó esa noche la charla, con su vivacidad habitual. Mac Orlan apuntaba observaciones irónicas y, como siempre, de un pesimismo burlesco. Arland narraba anécdotas sensacionales. La pereza me privó de un apasionante documento sobre aquellos tiempos difíciles.

## José Asunción Silva, el novio de la muerte

POR JORGE CARRERA ANDRADE

**E**MBOZADO en una capa fantasmal, con paso de misterio y figura de hidalgo romántico, José Asunción Silva atraviesa el campo de la poesía hispanoamericana, en las postrimerías del siglo XIX. Tiene predilección por las cosas desteñidas, las tapicerías de otra edad, los muebles empolvados y las músicas con sordina, a semejanza de su hermano en sentimiento, el andaluz Bécquer; pero, más aún que ese mundo agónico, ama entrañablemente la muerte misma, una muerte deseada por lo heráldica y suntuosa y porque es una noche de reposo, « más larga que las otras ».

La identidad de la noche y de la muerte, señalada desde muy antiguo en las letras hispánicas y exaltada mayormente por los poetas del Siglo de Oro, adquiere en Silva un acento particular, de profundo realismo. La muerte no es un « sueño de las calaveras » ni una escala anterior a la resurrección definitiva, sino un estado « menos horrible y misterioso que la vida ». Desprovisto de la creencia en las estaciones celestiales, el poeta interroga: « al dejar la prisión que las encierra — ¿qué encontrarán las almas? » Es posible que el interrogador atormentado acabó por hallar una respuesta satisfactoria, ya que se apresuró a romper los barrotes simbólicos y escapar hacia la región del eterno enigma.

La vida de José Asunción Silva transcurrió en poco más de seis lustros, desde una niñez precoz y una adolescencia dotada de nobles cualidades, hasta la curva final, alumbrada por la luna de hielo de

los « Nocturnos » y el fagonazo lívido de un proyectil que buscó la gruta purpúrea de su corazón, guarida de las fieras del amor, la ambición, el dolor y el ensueño.

Figura de singular aristocracia, como para andar precedida de heraldos y lebreros de armiño, señor de castillos fantasmagóricos, Silva ha originado involuntariamente una leyenda y ha estampado en la mente de algunos comentaristas de su obra una imagen estereotipada que no es la suya. Se ha repetido que el poeta bogotano había buscado inspiración en Baudelaire y en los simbolistas franceses y que vivía abrasado por el fuego diabólico de un amor maldito. Se ha intentado adornar su figura con las joyas falsas del orgullo, del individualismo y del refinamiento más exacerbados, presentándole como un gentilhomme barresiano y un *deraciné*, en perpetua pugna con el ambiente primitivo de su tierra natal y de la América toda. Pero, a los ojos de un observador desapasionado, los escritos de Silva no reflejan tal imagen. En los momentos de confesión íntima, el poeta dice escuchar en el fondo de sí la voz de « los tres llaneros Andrades, sus antepasados » y reprueba el exotismo de ciertos escritores modernistas. Como una comprobación de la autenticidad de su criollismo es preciso recordar con qué fruición aspiraba, a medianoche, « el olor conventual de la albahaca », en la caraqueña Plaza de la Universidad y gustaba de « las arepas doradas como un paisaje de otoño ».

El cromatismo de América no se reveló totalmente, sin embargo, al joven contemplador, cuya vida estaba marcada por el signo de la prisa. A los dieciocho años escribe ya poemas melancólicos, pálidamente iluminados por una luz crepuscular que no es otra cosa que la adivinación del poeta acerca de la brevedad de su pasaje por la tierra. Tiene veinte años cuando explora los parques de París y la poesía francesa. En el transcurso acelerado de un lustro más, aparecerán las señales pávidas de su destino y la muerte entrará por el viejo portón de la casa familiar, sentándose a la mesa para su fúnebre festín.

Primero, fue la partida sin retorno de Ricardo Silva, padre del poeta y su mentor, que supo guiarle por el mundo enmarañado de las letras y los números. Año y medio más tarde, volvió a salir de la casa de los Silva el ataúd blasonado conduciendo esa vez el cuerpo ambarino, dechado de perfecciones, de la desventurada Elvira, doncella de veinte años, hermana de José Asunción y figura inspiradora de poetas y escritores como Jorge Isaacs y Sanín Cano.

\*

En el curso de seis años, de 1889 a 1896, Silva perdió todo lo que podía constituir su felicidad terrena: los dos seres más amados, el patrimonio paterno y los manuscritos de su obra inédita —novela y poesía—, elaborada con paciencia durante meses de trabajo, al pie del Avila inspirador. Sobreviviente del naufragio del vapor «Amérique» —¡oh simbolismo trágico del destino!— frente a las costas de su propia tierra natal, en su regreso de Venezuela, en donde servía el cargo de secretario de la Legación de Colombia, el poeta desembarca en Barranquilla, desposeído de sus libros y de sus economías, menesteroso y casi desnudo, con el espíritu irremediablemente destrozado por la garra del *fátum*. Escribe entonces el poema «Lázaro», grito de su propia desesperación ante el infortunio que le abrumba.

Todavía un año más luchará el náufrago del océano existencial por rehacer sus haberes, proseguir su obra poética y mantener el fuego de un ideal elevado. Miramón, uno de sus mejores biógrafos, nos lo pinta

como hombre de empresa, jinete en un caballo níveo y cubierta la cabeza escultórica con un sombrero jipijapa, dirigiéndose a su fábrica de baldosines, situada en las afueras de la ciudad, y, en la noche, reabriendo los salones de la mansión paterna, aún resonantes de los pasos de Elvira, para recibir a personajes y damas de la sociedad bogotana, en saraos de extraordinaria brillantez, en donde la figura del anfitrión era la más apuesta y airosa entre los jóvenes que bailaban la romántica cuadrilla de lanceros.

El sino adverso convertía todos los actos de Silva en prolegómenos inevitables de su derrota como hombre práctico, aunque no podía malograr la deslumbrante floración de su poesía, que alcanzó el mayor grado de intensidad en vísperas de la visita de la muerte. Por extraña paradoja, a esa época de vencimiento y desesperanza corresponde la creación de la única obra épica del poeta, su canto a la estatua de Bolívar, que se levanta en la Plaza Central de Caracas. En esas estrofas de singular y pura armonía, el hijo de la montañesa ciudad de Bogotá califica a su generación de «enclenque y menguada» y exclama con tono imprecatorio:

*¡Oh siglo que declinas  
te falta el sentimiento de lo grande!*

Alma gemela de Byron, de Heine y de Laforgue, cultivó su herida romántica sin apelar a la consolación del bálsamo religioso. Maestro de la ironía, a la manera de Heine, bebió hasta las heces su cáliz de amargura. De Laforgue aprendió la modulación de las *Lamentaciones*, en cuyo fondo se adivina un dejo sarcástico y burlesco, dirigido contra la realidad del mundo. Nada le asemeja a los simbolistas y si debe algo a Verlaine es su horror a la elocuencia —por lo cual está asimismo lejos de Hugo—, su amor a la música y probablemente el «aura» del «Nocturno III» que evoca el ambiente del poema inmortal:

*En el viejo parque solitario y helado  
dos sombras ahora mismo han pasado.*

Más cerca está Silva del autor de «El Desdichado» que de Baudelaire y de Rimbaud. Al igual que Gerardo de Nerval, el gran poeta colombiano se considera «un





JOSE ASUNCION SILVA (1865-1896)

DIBUJO DE SERGIO TRUJILLO MAGNENAT

príncipe de la torre abolida» y el viudo eterno de una sombra que se fundió con la suya en un desposorio de almas. El paralelismo entre los dos poetas alcanza aún hasta la forma semejante en que ambos resuelven el problema de su desventura: el abandono voluntario de la vida.

José Asunción Silva creó en América una « poesía confidencial, en voz baja », en la hora misma de la trompetería verbal y de la glorificación de los retóricos. Aportó claros de luna misteriosos donde flota más bien una claridad de alma que un fulgor de astro. El « Nocturno III » es uno de los poemas inmortales de la lengua española porque en él las palabras son casi llanto. Es una romanza cercana de la música, en virtud de las asonancias y resonancias de rima y ritmo. El empleo de la vocal *a* —la más asordinada, con eco de campanas lejanas— en las rimas asonantes, produce un efecto nostálgico que nos impresiona y transforma el poema en una confesión íntima, musitada apenas, cuyas frases repetidas y entrecortadas semejan sollozos. No hay un tono más elegíaco en la poesía hispanoamericana de esos años.

\*

Es verdad que al finalizar el gran silencio poético del siglo XVIII en Colombia, había aparecido el tema conjunto de la noche y de la muerte, pero desprovisto de fuerza emotiva y de realismo. « Las Noches de Zacarías Geussor » y la traducción española de « Los Sepulcros » de Harvey eran frías como lápidas de mármol sobrecargadas de alegorías funerales y no aportaban ningún elemento nuevo. Igual cosa se puede afirmar de los « Soliloquios Trágicos » de José María de Salazar y del ciprés « árbol agosto de la muerte », de José Eusebio Caro. Tal vez Julio Arboleda pudo marcar cierta influencia en Silva, pero únicamente en lo que se refiere a su preocupación por guardar en su aspecto exterior una compostura de caballero británico.

Silva poseía un sentido real de la muerte. Nos hace estremecer la autenticidad de sus emociones nocturnales y funerarias. No hay duda de que el « Nocturno III » debe algo en la letra a cierta página becqueriana, pero, en el espíritu, se acerca más a

Poe. La doncella del « Nocturno » es hermana de Ulalume, la « Muerta Adorada », trasunto de perfección, bondad y juventud que la fatalidad destruyó sin motivo, arrancando a la naturaleza su obra más hermosa. Para Silva como para Poe el segundo capítulo del amor es la muerte.

A pesar de estas semejanzas, nuestro poeta supo dar un aliento de novedad a su poesía, transida de misterio verdadero. Intentaba elaborar un poema sabio y profético que « al decirlo purifique el labio, como el carbón ardiente de Isaías ». Le alimentaba el convencimiento de la vanidad de la obra humana y de la omnipotencia del tiempo :

*el viento de los siglos  
que al soplar a través de las edades  
va tornando en pavesas  
tronos, imperios, pueblos y ciudades.*

A la creación poética de Silva, enriquecida por la filosofía y un natural refinamiento, puede aplicarse la frase de uno de sus biógrafos, al referirse a una de las causas de la ruina de su negocio : « Trajo tapices finísimos para una ciudad que al-fombraba sus casas con esterillas. » Aunque la angustia que roe el corazón del poeta es incurable como su insatisfacción romántica, no por eso deja de volverse hacia las cosas, a las que reconoce un alma. Su preferencia va hacia los objetos familiares que le rodean, nuevo Francis Jammes menos campesino y más urbano y señorial :

*Las cosas viejas, tristes, desteñidas  
sin voz y sin color, saben secretos  
de las épocas muertas, de las vidas  
que ya nadie conserva en la memoria,  
y a veces a los hombres, cuando inquietos  
las miran y las palpan, con extrañas  
voces de agonizante, dicen paso  
casi al oído, alguna rara historia  
que tiene oscuridad de telarañas,  
són de laúd y suavidad de raso.*

*Colores de anticuada miniatura  
hoy, de algún mueble en el cajón dormida ;  
cincelado puñal, carta borrosa,  
tabla en que se deshace la pintura  
por el tiempo y el polvo ennegrecida ;  
histórico blasón donde se pierde  
la divisa latina, presuntuosa,  
medio borrada por el liquen verde ;*

misales de las viejas sacristías;  
 de otros siglos fantásticos espejos  
 que en el azogue de las lunas frías  
 guardáis de lo pasado los reflejos;  
 arca, en un tiempo de ducados llena;  
 crucifijo que tanto moribundo  
 humedeció con lágrimas de pena  
 y besó con amor grave y profundo;  
 negro sillón de Córdoba, alacena  
 que guardaba un tesoro peregrino  
 y donde anida la polilla, sola;  
 sortija que adornaste el dedo fino  
 de algún hidalgo de espadín y gola;  
 mayúsculas del viejo pergamino,  
 batista tenue que a vainilla hueles,  
 seda que te deshaces en la trama  
 confusa de los ricos brocateles,  
 arpa olvidada que al sonar te quejas;  
 barrotes que formáis un monograma  
 incomprensible en las antiguas rejas,  
 ¡el vulgo os huye, el soñador os ama  
 y en vuestra muda sociedad reclama  
 las confidencias de las cosas viejas!

El *tedium vitae* acabó por anidar en el corazón del hidalgo, prisionero detrás de unos barrotes forjados por su desengaño del mundo. En el ocaso del siglo XIX exclamaba: «¡lo sublime ha huido de la tierra!» A la manera de Musset, se decía «hijo del siglo», más bien dicho del «fin de siglo», al que despreciaba por haber olvidado el concepto de la grandeza. Y, leal con sus propias ideas, sabiendo que el corazón romántico era una carga, lo destrozó de un disparo en una noche de mayo «toda llena de perfumes y de músicas de alas». Ahora, en el centenario de su nacimiento, la figura de José Asunción Silva adquiere su verdadera dimensión y su aureola de inmortalidad, mientras su poesía, por una suerte de prodigio del tiempo, está cada día más cerca del pueblo de nuestra América, pese a que no fue escrita para la muchedumbre, lo cual revela que existe una pluralidad de caminos para llegar a las masas.

José Asunción Silva (1865-1896) pagó con la desventura su genio de poeta. A la edad de diez años en Primera Comunión era ya el lírico de brumas becquerianas con palabras apenas entreabiertas. El adolescente, vulnerado por la angustia existencial de los decadentes, fue la resultante de todas las preguntas que se quedan sin respuesta cuando el hombre trata de compaginar su desdicha con la sabiduría de un ser supremo. Silva llevó sus fantasmas hasta el suicidio que aparece como una obsesión en su obra. Incomprendido, como hombre superior a su medio y a su tiempo; cancelados los caminos de la vida la muerte quedó titilando en su desolación como una mala estrella. El 28 de mayo de 1896, después de una fiesta que duró hasta la medianoche, Silva se hundió una bala en el pecho. En sus ojos abiertos quizá no se habían desvanecido las sombras de su último nocturno. Su tragedia sólo nos interesa como médicos para absolverlo ante los hombres: Dios debió conocer los abismos de su corazón.

En su obra hay tres épocas: la primera y la tercera son líricas. En la segunda de Gotas Amargas es un vanguardista sin antecedentes, un naturalista sarcástico y escéptico. La posición del gran lírico ante las corrientes fin de siglo no ha sido aún determinada con precisión, si es que puede haber precisión en la nomenclatura de un poeta excepcional. A Silva lo llaman precursor del Modernismo, definición dogmática, torpe, demasiado corta. El hombre de los Nocturnos no contrajo compadrazgos con el Parnaso: era demasiado poeta para vivir esclavo del estro en helados laboratorios fabricando cosméticos verbales y embalsamando cadáveres de la historia. En la profunda simplicidad de Silva influyeron quizá Verlaine, quizá Poe y desde luego el simbolismo en el modo de fertilizar el idioma con imprevisos enlaces y desenlaces de las palabras más sencillas del idioma. Así es el Tercer Nocturno, rara planta lírica con flores de cuatro pétalos lunares, poema de pausas que se repiten de cuatro en cuatro sílabas.

Silva no es precursor de nadie: es simplemente un gran poeta y si fuere necesario encasillarlo en fórmulas de valor entendido sería un romántico alquitarado en un simbolista y cronológicamente el primogénito del Modernismo sin nexos visibles con Darío más hijo del Parnaso francés en deslumbrantes formas exteriores.

JAVIER ARANGO FERRER: Dos Horas de Literatura Colombiana. Colombia, 1963.

Nocturno

Una noche,

Una noche toda llena de perfumes, de murmullos y de músicas de álbr

Una noche

En que ardían en la sombra misérrica y bñmeda, las luciérzagas fantásticas,  
A mi lado, lentamente, Contra mi cénida, toda,

Ruvida y pálida

Como si un proumbimiento de amarguras infinitas,  
Toasta el grupo más secreto de sus fibras te agitara,  
Por la deuda que atraviesa la llanura florecida

Caminabas,

Y la luna llena

Por los Cielos azulesos, infinitos y profundos separa en luz blan  
y tu sombra

Leña y lánguida,

Y mi sombra

Por los rayos de la luna proyectada  
sobre las arenas tristes

De las deudas de juntaban

Y eran una

Y eran una

Y eran una sola sombra larga!

Y eran una sola sombra larga!

Y eran una sola sombra larga!

Esta noche  
 Dole, el alma  
 Lleno de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte  
 Separado de ti misma, por la distancia, por el tiempo y la distancia  
 Y por ~~el infinito~~ <sup>el infinito</sup> ~~el espacio negro,~~  
 Solo y mudo <sup>solitario</sup> Dando nuestra voz, no alcanza,  
 Por la ~~distancia~~ <sup>distancia</sup> ~~que a través de la llanura~~  
 Por las sendas <sup>camminaba,</sup>  
 Y se oían los ladridos de los perros de la luna,  
 A la luna pálida  
 Y el Crocoteo  
 De las ranas,  
 Hacían frío, era el frío que tenían en la alcega  
 Tus mejillas y tus dientes y tus manos acoradas,  
 Entre las blancuras, niveas  
 De las mortuorias, óbitas!  
 Era el frío que sepucora, era el frío de la muerte,  
 Era el frío de la vida...  
 Y mi sombra  
 Por los rayos de la luna proyectada,  
 Iba sola  
 Iba sola  
 Iba sola por la Estepa Solitaria!  
 Y tu sombra esbelta y ágil  
 Fría y languida,

Como en esa noche tibia de la muerte primavera,  
Como en esa noche llena de perfume, de musumullas,  
y de músicas de alas  
de ucces y marabó con ella,  
de ucces y marabó con ella,  
de ucces y marabó con ella... ¡Oh las sombras enlazadas.  
¡Oh las sombras que se buscan y se juntan en las noches  
de sus susurros y de lágrimas!

# El romance de Madame Godin

POR AUGUSTO ARIAS

## *La figura de la tierra*

EL VIAJE de los académicos franceses a tierras de América que los cronistas llamaron austral, es de los acontecimientos más significativos del siglo XVIII. La Condamine, Bouguer, Luis Godin, y sus acompañantes, los españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, afirman algo más que la teoría de Newton con la medición del arco del meridiano y el trazo de la línea a la vez real y subjetiva de la mitad del mundo, por la que el Ecuador ofrece al hombre y su sombra el privilegio, como de geográfica dominación, de pararse sobre el ápice de los dos lados del Universo.

Han creído algunos que tal expedición obedece a más profundos designios que el de las triangulaciones geodésicas, porque sus resultados responden a la mirada varia de esos hombres de ciencia, de gusto por las letras, de mundanas tendencias sin las cuales no es posible apreciar las verdaderas facciones de la vida, y tanto de estudios que se resuelven en las matemáticas, como de la experiencia que se alcanza en los tratados de la naturaleza.

Por otra parte, la figura de la tierra se redondeaba para esos observadores de linderos mediterráneos, de acuerdo con el pensamiento de Hegel, quien dijo: « El mundo está explorado, cicunnavegado, y para los europeos es una esfera. Lo que todavía no ha sido dominado por ellos es que no merece la pena o no está destinado a ser dominado. »

Eran aquellos los académicos que, según la frase de Jorge Carrera Andrade, arribaron a los aledaños de Quito a lomo de mula. Navegantes por nuestros ríos difíciles, caballeros por rampas y recuestos de las montañas andinas, en su tripulación hay más de cincuenta acémilas para transportar los instrumentos de la física y de las medidas, los vestidos de trabajo y los de fiesta que se adornan con palmas bordadas en oro, y la biblioteca de destino transeúnte en la que a los volúmenes de geografía y cosmografía se unen los de la historia política y natural, como si se quisiese fundamentar los nuevos estudios en el saber de las cosas universales del cielo y de la tierra.

Los académicos, enviados por Luis XV, salen de la rada de la Rochelle en un navío real con rumbo a Santo Domingo, el 16 de mayo de 1735. Si la primera etapa de su navegación descansa en la isla de los palmares poblados de la música de los guacamayos, en Cartagena de Indias, el puerto colombiano de la puerta labrada y la fortaleza cuyos cimientos llegan hasta profundidades oceánicas, han de unirse con los marinos españoles Jorge Juan de Santacilla y Antonio de Ulloa, designados por el rey Felipe V para colaborar en la empresa que señale la verdadera figura de la tierra.

Desde Panamá alcanzan las aguas pacíficas y en los pequeños puertos ecuatorianos, de arenas que abrillanta un sol como de oro nuevo, disponen los avíos para continuar su travesía. Irán, después, a Guaya-

quil, por la ría de grises metálicos en la que sobre embarcaciones de manglares viajan los alcatraces pensativos, e iniciarán el ascenso de la cordillera que se cumple en días fatigosos, al trote de sus caballerías. Llegan a Quito, después de algunas jornadas a pie por las próximas selvas occidentales, en mayo de 1736, un año después de salir de Francia, y a poco de alojados en el Palacio de la Real Audiencia, ya marchan por la quebradiza Quito, cuya suerte, como apunta uno de sus antiguos cronistas, es la de subir y bajar, cual si se mostrara propicia para el pulso de la meteorología y ofreciera un mirador para la ruta de las estrellas.

### *Los académicos*

Carlos María de La Condamine, de la Academia de Ciencias, físico y matemático, pone por sobre toda cosa el tema de las medidas, pero en sabiendo aplicarlas con una sonriente ponderación, los paisajes que se impresionan en su retina cobran de pronto las dimensiones de su clima propio, de sus originales colores y hasta de su presentimiento. Amigo de todos los libros, pero especialmente de los de la naturaleza, y poeta a ratos, escribió memorias epigramáticas, por lo breves y sentenciosas, y composiciones como « Le Pain Mollet », quizá de una levadura nueva, de harinas de América, de blanda miga.

Luis Godin, geómetra que podía componer un libro con sólo las consideraciones sobre los triángulos equilátero y escaleno, desde su dominio de lo palpable y mensurable, se eleva, por natural tendencia de las matemáticas, por aristotélica prueba, a los dominios de la astronomía que son los de los más vastos espacios. Pedro Bouguer sabe lenguas clásicas, números abstractos y concretos, y en su Memoria acerca de la arboladura de los navíos, agota la materia de la aguja de marear y sobre todo el sistema de seguir, desde las aguas, la marcha de los astros que al circular sobre marinas inmensuras aparecen en toda su limpieza.

José de Jussieu ha completado como pocos la ciencia de los herbolarios y sabe, por lo mismo, para su oficio de curar, del poder de las plantas medicinales; Sennier-

gues es cirujano, Couplet astrónomo, Verguin ingeniero de marina, y entre estos ayudantes dueños de su relativa sapiencia, si hay un dibujante de finos rasgos como Moraenville, experto en las figuras de la botánica y pintor también de retratos y paisajes, van con los expedicionarios el mecánico Hugo y Juan Godin des Odonais, primo del académico Luis, conocedor de ciencias económicas y sociales, hombre diligente y resuelto, autor de una Gramática quichua, y el que dará el nombre y el romance a la riobambeña Isabel Casamayor o Madame Godin.

### *Paisaje y eco de Quito*

Si los franceses, casi todos jóvenes, aparecen con la pinta de cordura de su responsabilidad de naturalistas y de geodésicos, los españoles, uno de los cuales, Jorge Juan, casi ha salido de la adolescencia, como buenos oficiales del cuerpo de guardias marinas de Felipe V, llevan consigo el cuaderno de bitácora, el ojo aguzado, y en la armonía de su figura se completa el baño de plata de sus melenas rizadas, con el vuelo de encaje de los puños que trazan en el aire cierta retórica moderna.

A la par de sus mediciones y de sus observaciones, florecerán los libros y no sólo aquellos que se consagran a la ciencia universal, sino también los que señalen, como por entre los puntos de una pluma de seriedad científica, las formas y los colores de un paisaje antes desconocido, y con ese gracejo de sonrisa que a veces suele plegar el labio de los sabios, los perfiles de la costumbre, carentes de civilizada compostura y de ingenuidad que respira como la flor silvestre.

La Condamine, que entra en la ciudad de Quito por el camino del sabio Maldonado, con quien navega después por el grande Amazonas, esguazando ríos, bordeando selvas, aquellos y éstas dignos de la metáfora del nombre de la provincia, Esmeraldas, por las gemas verdes de las arterias fluviales o el color de la tupida fronda, se interna a pie por las montañas de Nono, ya próximas a Pichincha, y encuentra frutos que en los sitios de calor guardan la pulpa fresca y plantas cuya infusión suprime el frío de las alturas. Todo



registra en su libro de notas, y si ha comprobado, por la primera vez, que es impermeable el árbol de goma de Esmeraldas, elástico y casi milagroso para la vida cotidiana y para varios fines de la industria, cuando en viajes posteriores llegue a la castellana Loja, en el lindero del sur, y a sus campos circundantes, verá cuanto es el poder de la quina para la cura de la malaria, de la planta que se consagró como la Chinchona por la flor cuyos zumos suprimieron tal fiebre tropical en la Condesa de ese nombre, esposa del Virrey del Perú.

En Palmar, de la costa ecuatoriana, fijará La Condamine el paso de la línea equinoccial, y de regreso, en Quito, festejado y visto como el de profundidad de pensamiento que podía al propio tiempo lucir ingenio revoloteante, va por todas partes sin perder su ponderación académica y asiste a las fiestas de los criollos elegantes, sin dejarse llevar al fandango que más tarde asustaría al sabio Caldas, y no le alcanzan las *voladas* de la época, ni planta su alta tienda en las corridas de toros.

Cuando deja el barómetro, requiere la brújula y empuña al catalejo para mirar lugares distantes. Vería Quito desde las pizarras mediadas del Pichincha, y no puede dudarse de sus contemplaciones, siempre con el tema de medir, del altozano del Panecillo bueno para abarcar con los ojos el área, para entonces breve, de la ciudad de San Francisco. Pero es grato seguirle en su ascenso por las empinadas escalas de la torre de La Merced, desde cuyas azoteas circundantes, en torno del reloj cronométrico y la campana de largos ecos, se pondría a trazar, atento y minucioso, el plano de Quito, ya grabado, como González Suárez observa, en 1746, dos años antes que el de los españoles Jorge Juan y Ulloa.

Determina la longitud del meridiano de Quito y en Guápulo, minúsculo pueblo que casi reproduce, en su forma de valle, las subidas y los recuestos de Quito, y en su plaza en soledad levanta iglesia de pulidos retablos y naves decoradas por los lienzos de Miguel de Santiago, realiza experiencias para el estudio físico de la velocidad del sonido... mientras la campana de La Merced voltea en el aire su badajo que riega largas ondas de bronce golpeado y los ecos caminan por las quebradas de Guápulo

y llega hasta las alturas de vecinas lomas la sordina de las libélulas.

### *Los viajes y los libros*

Los académicos han recorrido el territorio, aplicando a su reconocimiento las ciencias naturales y la pintoresca visión que parece cosa de ágiles viajeros, pero que no deja de componerse de saberes y de sabores que afluyen por la magia del recuerdo o por la obligación de escribir el tratado o el libro de memorias... Así buscan las razones geográficas y sociales de la elevación de los Andes, la propiedad de los climas, los cambios de la atmósfera, y hasta, en los menos exactos pero más amables informes de su observación y conocimiento, se rinden sin exageraciones a la propuesta de nuestra primavera sin término o al sucederse, por horas, de las estaciones que se marcan con tierno latido o con soles ocultos y látigos de aguacero.

Dibujarán, con la palabra o con los instrumentos, al Cotopaxi cónico, al Tungurahua oscuro, al Sangay luciente, al Antisana de nevadas cimeras... Después de la contracción de medidas y señalamiento de lugares, irán a campo traviesa, jinetes o caminantes, por casi todas las latitudes ecuatoriales. En tierra del maíz verán levantarse la verde caña y las flexibles espadas de sus tallos. Las frutas de Tungurahua de tan puros azúcares como la pera; los capulíes de rojo subido; los azahares que anuncian el limón de ácidos jugos o la bermeja naranja. Irán por la antología de lagos de Imbabura, por la floresta azuaya y los cuatro ríos de Cuenca cuyas ondas llevan despojos de rosas y sobrenadantes melocotones. Por entre palmares costeros y a la vera de sus fluviales corrientes por las que cruzan ágiles balsas y veleros fantasmas... Y, al final, el primero y el último por la importancia y el plazo de quedarse, La Condamine, repasará por regiones orientales el heroico camino de Orellana hacia el Amazonas, cerca del mapa del Padre Fritz y en la compañía de don Pedro Vicente Maldonado.

Dejan los libros, algunos equivalentes a los de un descubrimiento o de capítulos que, leídos a esta distancia del tiempo, no dejan de parecer de original mirada, y se

llevan tal o cual movimiento de sorpresa como los que hallamos en los cronistas de Indias o en el relato de Vesputio. En el *Diario del viaje al Ecuador*, hecho por orden del Rey, del Señor de La Condamine, libro editado en París en 1751, se abren tierras de América como ante la variación de la aguja imantada. Bouguer y Jorge Juan, al lado del académico cronista, observan desde el río Chagres las dos alturas meridianas de la estrella polar en el crepúsculo matutino y vespertino. Duermen en una cabaña del puerto de Manta, sostenida sobre el húmedo suelo por matapalos en uno de los cuales está suspendida una enorme serpiente que no hace daño a condición de no tocarla.

Relación animada, viva, en la que las transiciones se marcan como las incidencias de navegantes y jinetes, de cruce por entre el cañaveral tupido y bordeo de colinas para descender, de nuevo, al abierto valle, la del *Journal de Voyage*, en el que La Condamine escribe, por ejemplo, de su acceso a Quito, a través de las montañas cercanas :

« Mientras más subía, más y más raleaban los bosques : pronto ya no vi más que arenas, y más arriba rocas desnudas y calcinadas, que rodeaban la cima septentrional del volcán Pichincha. Llegado a lo alto de la cuesta me sobrecogió extrañeza mezclada de admiración ante el aspecto de un largo valle de cinco a seis leguas de ancho, entrecortado por arroyos que se juntaban para formar un río. Hasta donde podía alcanzar la vista, veía campos cultivados, diversificados en llanuras y praderas ; colinas de verdura, pueblos, aldeas rodeadas de setos vivos y de jardinillos ; la ciudad de Quito, en lontananza, completaba esa amena perspectiva. Me creí transportado a una de nuestras más bellas provincias de Francia : a medida que bajaba, cambiaba insensiblemente de clima, pasando, por grados, de un frío extremo a la temperatura de nuestros buenos días del mes de mayo. Pronto miré todos esos sitios de más cerca y más distintamente. Cada momento aumentaba mi sorpresa : vi, por primera vez, flores, botones y frutos en pleno campo en todos los árboles ; vi sembrar, arar y cosechar en un mismo día y en un mismo lugar. Me he dejado arrastrar por el re-

cuerto de la primera impresión que recibí entonces : olvido que aquí no se trata más que de nuestros trabajos académicos... »

Es esa la ciudad —añade La Condamine— centro de sus operaciones, a cuarenta leguas del mar, un cuarto de grado más allá de la línea equinoccial y a ochenta grados y medio del oeste de París.

Libros que añaden descripciones y noticias, como *Medida de los tres primeros grados en el hemisferio austral*, de La Condamine ; la *Relación Histórica del viaje a la América Meridional*, de Antonio de Ulloa, y el de Bouguer (París, 1749), sobre *La figura de la Tierra*.

### *En la mitad del mundo*

En otros opúsculos, La Condamine apunta la memoria de los contratiempos y contradicciones de su viaje : *Historia de las Pirámides de Quito*, y *Carta a Madame XXX sobre el tumulto popular que se levantó en Cuenca contra los académicos*, suceso el primero que se refiere al reclamo de los españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa, por la creencia de que sus nombres no recibieron el honor debido en las inscripciones grabadas en las dos piedras de molino, redondeadas bajo las insignias reales, que se colocaron en breves elevaciones a los extremos de la gran llanura de Yaruquí, en Caraburo y Oyambaro, centro magnífico de las labores académicas, para perpetua constancia del encuadro de líneas reales e ideales en el equinoccio. « Dos piedras de molino redondas —dice González Suárez— ocupaban el centro de la construcción, asentadas en el suelo, y tan prolijamente colocadas, que el hueco circular de cada una correspondía exactamente al extremo de la base : algunas líneas trazadas a compás sobre la piedra indicaban el punto preciso en que comenzaba la base por cada lado. Como entrambas pirámides fueron construídas sobre un asiento cuadrangular, cuidóse de orientar bien cada cara, disponiéndola de manera que mirase a uno de los cuatro puntos cardinales del horizonte : remataba cada pirámide en una piedra labrada en forma de una flor de lis. »

Nadie hubiera pensado que esas piedras labradas para perenne recuerdo, dieran

tanto que hacer al rey de España, a la Real Audiencia, y se levantara en su torno un proceso tan largo como erizado de resentimientos. Se resolvió, por fin, demolerlas, para la sustitución con otros signos en los que la posteridad encontrara, en línea del Ecuador, leyenda más ecuaníme, justicia más equilibrada. Pero rectificado este dictamen y aquietados los ánimos, el tiempo que restituye y destruye, pasó por sobre las piedras, un tanto achatadas hacia los polos como la figura de la tierra, para borrar la letra, descomponer su labradura, y hasta, a impulso del trajín de los aldeanos del lugar, moverlas de su base.

No enemistades que hubieran dificultado la obra de académicos franceses y de sapientes marinos españoles, pero sí, por todos los síntomas, la existencia de algunos sentimientos rivales. No se trataba entonces sólo de medir arcos del meridiano, de aplicar la toesa a las distancias de la tierra y del mar, de seguir la evolución de los astros, determinar la altura de las montañas y el tiempo de los eclipses. Otras medidas, correspondientes a las que pudieran llamarse dimensiones espirituales, se tenían, de cualquier modo, para más profundas observaciones de este nuevo mundo. La enciclopedia influía largamente y el meridiano de París solía ponerse más alto que las astrales luces. Por otra parte, la vigilancia de España, empeñada en mantener primogenituras, reclamaba informes de tanta perspicacia como los de las *Noticias Secretas de América* (Madrid, 1826), el libro que escribieron Jorge Juan y Antonio de Ulloa y que es de los más completos y veraces, no obstante algunas deliberadas exageraciones sobre las colonias del felipesco dominio. Añádase la circunstancia de naves piratas por los mares de América, el viaje de Jorge Anson alrededor del mundo, la diversa extensión que se daba a los idiomas romances, y los campos de sembrar, más fértiles entre las montañas nuestras que los abonados y parcelados de la vieja Europa.

### *Tumulto contra un bulto*

El otro caso, el de « un tumulto contra un bulto », como diría el zumbón Espejo para referirse a un suceso menos cruento,

se cumple con ribetes de tragedia cuando los académicos, siempre para observar y medir, llegan a la ciudad de Cuenca, capital de las provincias australes.

Allí el cirujano Juan Senniargues festeja a una joven de modesta condición social, pero de graciosa simpatía y de atractivos modales, cuyo galán, Diego León, la ha dejado por una dama de alcurnia. Entre éste y el francés se cruzan palabras agrias y desafíos, y la fama de antiguos amores y recientes amoríos se difunde, agrandada, entre las chatas torres y las casas floridas de la comarca azuaya. Los « díceres » toman, a poco, un sesgo contrario a Senniargues, porque se habla tanto de su petulancia como de su audacia y en el ánimo recoleto de las gentes caminan los malos consejos de la animadversión.

Revienta la tragedia en corrida de toros cuando en la Plaza de San Sebastián, en cinco días de fiesta, en el palco de Manolita Quesada, detrás de los colgantes mantones de flores bordadas en seda, sonrío Senniargues al lado de la beldad morena que por lo menuda y de oscuros ojos parece sevillana.

El padre de Manuela en uno de esos días interviene en mascarada que imita un duelo de espadas en el que los golpes agobian al de penacho de pluma y capa escarlata, de modo tan patético, que el cirujano, engañado por ese realismo, descendiéndole la barrera circundante para acudir en defensa de Quesada, él sí distribuyendo mandobles que exasperan al pueblo, al que Senniargues amenaza después con armas blanca y de fuego, y sin dejarse reducir a prisión, es atacado con una lluvia de piedras y malherido en tal forma que ya es imposible salvarle, y muere pocos días después, dejando nota tan infausta para el buen crédito de un pueblo y los papeles de un proceso que no llega a terminarse.

### *La novela de Isabel Godin*

Quando los académicos regresan a Francia, la flor de sus libros, como para equilibrar la sequedad científica con aires ligeros y revoltosos, se matiza con episodios de gloria y duelo. Bouguer navega por el río colombiano Magdalena, se embarca en Car-

tagena y llega a París en 1744, después de casi diez años de ausencia. Luis Godin se queda en Lima por algún tiempo. Allí ejerce el profesorado de ciencias exactas y traza el plano de la ciudad de los virreyes. Carlos María de La Condamine arriba en 1745 con la visión del Amazonas que le parece gigantesco, poblado de leyendas y de brava corriente en la que se probaron su ánimo tenaz y su serenidad ante el peligro.

Ellos saben que puede hacerse borrosa hasta la memoria de la piedra, y dejando atrás a los compañeros caídos y las rotas pirámides, son los libros de los tratados y las relaciones de viaje, los que salvan —áncoras de papel— así los sueños como las verdades del hombre.

Entre esos libros, la carta de La Condamine y *Relation du naufrage de Madame Godin sur la rivière des Amazones* (Amsterdam, 1785), de Juan Godin des Odonais, cuentan la historia de la riobambeña que acompañó al otro Godin con fidelidad tan completa, hasta el punto de vencer a la casi mítica Penélope en los años de la espera, y seguirle a través de las más desventuradas aventuras, « que parecen invención novelesca más bien que verdad histórica », en juicio de González Suárez y arrancan de La Condamine palabras de admiración y condolencia al propio tiempo : « No hay alma que no se sienta conmovida al oír referir la terrible aventura de una mujer amable, educada en medio de cuantas comodidades suministra la fortuna ; que se halla por una serie de acontecimientos imprevistos, superiores a toda humana prudencia, conducida al centro de bosques impenetrables, habitados tan sólo por fieras y serpientes dañinas ; expuesta a todos los horrores del hambre, la sed, la fatiga ; que por varios días permanece errando en un desierto, después de haber visto perecer a sus hermanos ; y que, por fin, escapa sola a tantos peligros de una manera que raya en prodigiosa. »

Se dijera que esta historia cierta, ya que no únicamente verosímil, de Madame Isabel Godin, es la primera novela de nuestros trigos que, no obstante su interés de pasos extraordinarios, de naturaleza indómita, de muerte y de resistencia de la vida, de riesgos que pueden ofrecerse rara-

mente a los novelistas de aventuras de imaginación más caudalosa, no encontró todavía quien la escribiera.

Más que mediado el siglo XVIII, el Padre Juan de Velasco, autor de la Historia del Reino de Quito, trata de algunos sucesos antiguos con el pulso fantaseador de la novela, más bien de la fábula, como cuando da fe de la existencia de las Amazonas, aquellas centáuricas mujeres del río de su nombre, de fama que corresponde, quizá, a una remota tribu de esas orillas.

La romántica Cumandá de Juan León Mera, libro escrito en el siglo XIX, trabaja con asunto arcaico, con motivo arrancado de las selvas orientales y presenta el caso, un poco melodramático, de la niña que se crió con los indios y que, por influencia del tiempo, acaba por revestirse de atuendo y también de maneras salvajes, pero conservando los sentimientos hereditarios, todo en paisaje que se describe un poco adivinadamente y los cuadros de costumbres y el guerro de los jíbaros para extender sus dominios o apropiarse de los mejores sitios para el ejercicio de la caza y de la pesca.

El que llamamos romance de Isabel Godin se mueve con personajes que vivieron y se ilustra con documentos auténticos, ya que su relación más pormenorizada es la del esposo de la heroína. Episodio grande, o más bien episodios que se ligan. Desde la vida de la señorita pulcramente educada en su hogar de Riobamba, hasta su abandono de naufraga, su rescate y encuentro con Godin a los veinte años de separación, se creyera que en esta historia, tratada hasta hoy más en son de crónica, pudiera señalarse alguna influencia del prerromanticismo francés, aun cuando sean realistas los perfiles que allí resaltan. Más, la figura de Isabel anticipa ciertas románticas auras, sin que pensemos en Atalás chateaubrianas ni en mujeres de alma cándida, por lo blanca, como las de Lamartine.

Pero la novela de Isabel Godin sería una de las de más precio por la dualidad en la que se desarrolla, romántica y realista a la vez. Su protagonista es esforzada, valerosa, y mide, a pie descalzo o con sandalias que ha tomado de los acompañantes muertos, los senderos más fragosos, las veredas

más erizadas. Junto a dolorosas realidades hay luces interiores que la inducen a seguir entre sombras o relámpagos de tempestades orientales. Como los buenos románticos, encuentra en la esperanza uno de los seguros asideros, y como aquellos, cree en el poder de las lágrimas para limpiar humanas penumbras. Busca a Godin hasta encontrarle. Le sigue por miles de leguas y miles de millas, y aparece, a la postre, frente a él, con la cabeza encanecida, pero con la frente iluminada por la estrella de la nueva mañana.

### *Sonrisa de biografía*

Según la partida correspondiente, descubierta por el erudito doctor Pablo Herrera, Juan Godin des Odonais casó en Quito con doña Isabel Grandmaison, en 29 de diciembre de 1741. Fueron sus padrinos Pedro Fernández Salvador y Dionisia Guerrero, y entre sus testigos aparecen La Condamine, Jussieu y Verguín, al lado de los quiteños Fernández Salvador y Ante.

Isabel es hija del francés Grandmaison cuyo nombre se castellanizó por necesidad de los registros españoles del tiempo. Avendado en la ciudad de Riobamba, Pedro Manuel Casamayor contrajo matrimonio con la señora Josefa Pardo y Figueroa, descendiente de ramas peninsulares y dueña de apreciables haciendas que el marido supo mantener, al tiempo que su natural comunicativo extendía el círculo de sus amigos y aun le creaba ambiente político por lo que llegó a ser nombrado Corregidor de Otavalo.

Recibiese o no doña Isabel clases de Juan Godin para el mejoramiento del idioma paterno, lo cierto es que el erudito Ayudante de académicos, frecuente en Quito el hogar de los Casamayor y encuentra que la joven criolla luce por las cualidades de una educación esmerada. Dispone, en español, de giros elegantes que se apartan de las formas afectadas, pero aciertan, con sobriedad, a expresar matices del pensamiento; conversa en francés y entiende mucho de la lengua quichua.

Al lado de Isabel recordará Juan Godin de las referencias de La Condamine, llevadas después a los libros de sus memorias,

para contar los días de su estancia en Los Elenes de Riobamba, cuando admira las aptitudes artísticas de las hijas de Don José Dávalos, una de las cuales, de diez años, traduce el francés familiar y literario, mientras la hermana mayor interpreta música en varios instrumentos y pinta miniaturas del paisaje con el más delicado de los gustos... Así como antes La Condamine, después Godin piensa en la villa frígida coronada por las vertientes de nieve del Chimborazo, que descubre jardines de rosas doradas y fuentes de aguas de salud, y niñas poliglotas de rizos rubios y finas manos, iguales para buscar la vibración de la cuerda o la marcha de los pinceles.

### *Pasión del camino*

Transcurren felices los primeros años del matrimonio y en 1749, cuando ya se ha cumplido el regreso de los franceses, Godin des Odonais emprende viaje con el propósito de hacer un alto en Cayena, en donde se uniría con Doña Isabel para seguir con ella la ruta del Atlántico hacia los puertos de Francia.

Interminable es el calendario para estos géometras y exploradores, por la curiosidad que les asalta en forma de mineral o de lucero y los pasos a que se obligan por estas tierras de geografía desconocida. Godin traza una yasta curva por el Oriente, por Mayñas, antes de tocar en la Guayana. En trece largos meses, pasa por lugares de misioneros y por el corazón selvático en donde la quiteña Mariana de Jesús, un siglo antes, quiso consagrarse a la obra de redimir infieles, pero sólo en ilusa tentativa. Después se pierden en un tanto los signos de su periplo, y aun cuando no se trate de seducciones de Ulises y sí, más bien, de afanar por relaciones comerciales y de política internacional al lado de los portugueses, parece que no cuentan para él la marcha del tiempo ni la distancia de la esposa.

Entre tanto, Madame Godin que ha dado plazo infinito a su esperanza, sabe que se han extraviado o detenido las cartas de pasaporte y recomendaciones a los jesuitas misioneros, enviadas por Godin con el portugués Tristán de Oreasaval, quien se que-

da en Pará y en otros establecimientos de colonias lusitanas, dedicado a los negocios, pero que una pequeña nave con hábiles remeros, por órdenes del Rey de Portugal, espera en el Marañón a la familia del ingeniero francés compañero de los geodestas, para conducirla a Cayena.

El mismo Godin des Odonais en carta a M. de La Condamine trata de la partida de doña Isabel, en presente, pero como si se refiriera a persona extraña: « En el país se habla diversamente de estos preparativos: unos los creían, otros dudaban de su realidad. Determinarse a viaje tan prolongado, arreglar en consecuencia sus asuntos domésticos, vender los muebles de su casa sin estar cierto de nada, eso era dejarlo todo a la ventura. En fin, para saber a que atenerse, Madame Godin resolvió enviar a las misiones un negro de acendrada fidelidad... »

Por el esclavillo de color que llegó a Loreto para regresar a Quito con una desusada ligereza, pudo enterarse de la supervivencia de su marido, de la seguridad de la espera y del velero dispuesto a orientar su timón sobre las aguas del inmenso Amazonas. Y aquí comienza la Odisea de Madame Godin.

### *Teoría del naufragio*

Hay libros que dejáis para más tarde, libros de viajes maravillosos o extraordinarios que os esperan con sus láminas sugestivas y sus páginas cerradas bajo las cubiertas de esmalte, y libros de otros viajes hasta los cuales no llegaréis nunca, pero hay las travesías coincidentes, los pasos que parecen del azar y que resbalan o caen como si fuera sobre iguales capítulos de los libros que relatan la pérdida de la brújula en el insondable mar o los extravíos entre los laberintos de la selva.

Madame Godin —dice el esposo en su memoria correspondencia— vendió cuanto pudo de sus bienes, dejó a la custodia de su cuñado Zavala su casa de Riobamba, sus jardines de Guaslén y su hacienda de Galte, y tomó el camino, acompañada de su hijo, de dos hermanos suyos, uno de ellos religioso de San Agustín, sirvientas y la tropa de indios que iría aumentando y dis-

minuyendo según las incidencias y de acuerdo con su natural inconstante y receloso.

Rodeando al Tungurahua llegó al pueblo de Baños, por entonces de una silvestre desolación y como por tales parajes eran mortales los efectos de la viruela, sus habitantes habían huido, y ante el temor de esa epidemia se produjo también la desbandada de los cargadores. Al paso de las resistentes mulas, y a trechos pedestres, Doña Isabel y los suyos pudieron entrar en Canelos en donde se agotaron las provisiones y el abandono de los viajeros se volvió angustioso.

Juan Godin des Odonais cuenta a La Condamine: « Mi mujer había salido con una comitiva de treinta y dos indios que debían cargarla a ella y a todo su equipaje. Usted sabe que este camino —el mismo por el cual don Pedro Maldonado habiendo salido también de Riobamba, llegó a La Laguna donde ustedes se habían comprometido reunirse— no es transitable, ni aun para las mulas, y que el hombre que para ello tiene fuerzas lo hace a pie y los demás a hombros. Los indios que traía Madame Godin —pagados de antemano según la mala costumbre del país, a la que ha dado lugar la desconfianza, a veces fundada, de estos infelices—, llegados que fueron a Canelos, se volvieron atrás, ora por el temor del ambiente maleado, ora de que se les obligara a embarcarse, cuando apenas habían visto de lejos alguna canoa. »

Esos son los indígenas de la sierra, buenos para la faena del arado y el corte de cebada, por lo que hay que contar con otros nativos de Canelos que se ofrecen a construir una canoa que conducirá a los viajeros hasta el asiento misional de Andoas, ya en la selva cerrada. Pero el río arrastra en su impetuosa corriente piedras y lianas enredadas y se cierra el horizonte para producir esas tempestades violentas cruzadas de relámpagos, y los indios asustadizos huyen del remo, y procurando mantenerse cerca de las orillas, los navegantes siguen a merced del golpe de las aguas y de las direcciones del viento.

Un indio timonel que se ha comprometido a servirles, a dos jornadas del día en que su barquilla queda sin gobierno, cae impulsado por el salto del oleaje y desapa-

rece en las aguas turbulentas. Doña Isabel y sus hermanos, después de haber sido arrastrados por el torbellino, logran, a duras penas, asirse de las ramas de la ribera, mojados y exánimes, con los vestidos rotos, y acosados por el hambre.

### *Cuerpos y fantasmas de la selva*

La selva presenta, desde entonces, en veinticinco días agotadores, los laberintos por los que se filtran luces pálidas y violetas, los espejismos que para algunos son de más delirante forma que los del desierto y la desigual sinfonía en la que ascienden los gritos agudos de los monos y el canto de los pájaros.

No regresa el emisario que ha partido con heroica decisión al pueblo de Andoas en donde espera encontrar recursos para seguir el duro camino, y en el afán de salir a otro claro de las orillas, los viajeros se han perdido. Caen, después, uno a uno, víctimas de una fiebre que participa tanto del fuego como de la humedad de esos campos. Mueren los dos hermanos, y el religioso agustino, al expirar, y para infundirle valor, levanta la mano bendiciente sobre la cabeza de Madame Godin, cuyos rizos comienzan a emblanquecer. Muere otro de los acompañantes, un pretendido médico francés al que se le quiebra el vehemente deseo de regresar a su patria. Mueren las dos viejas criadas, una de las cuales se siente perseguida por la traza de los más horribles fantasmas.

El último, cronológicamente hablando, de los cronistas del viaje de los académicos franceses por la América austral, el español Ricardo Majó Framis, supone que la esposa viaja con Godin, desafiando los peligros de montañas insalubres y vírgenes florestas. « Con él —escribe—, valiente amazona, va la señora Godin des Odonais, su afín que en futuros años osara nada menos que hacer el viaje del Perú a la provincia de Cayena por la vía boscosa e inacabable del río Amazonas. Luchará con panteras, en su opinión —quizá jaguares, elásticos jaguares de pelo rubio— ; verá morir a sus deudos en torno suyo, mientras la tempestad puebla de dardos morados las bajas nubes que casi quieren aplastarla. »

La ausencia de Godin es la que pone nota más penosa en el relato de las aventuras de doña Isabel, y al término de marcha tan ardua hasta para la resistencia de titanes —allí el heroico Orellana asistido por los indios de Quito para descubrir el Amazonas—, la figura del marido, detrás de veleros que se arman y se quedan anclados por tiempos, y al otro lado de una inexplicable distancia, no se sabe si uliseano o ilusionado, pero como en actitud de sujetar el tiempo perdido, un poco indolente ante los años que pasan...

Godin no se refiere menudamente a los paisajes bellos o para suspender el ánimo, que su esposa vio durante los días de su peregrinaje, ni al encuentro con animales bravios o al descubrimiento de raras especies de peces en el río Bobonaza, en cuyas ondas cayó en dos ocasiones, según el relato, para ser milagrosamente rescatada. Algunos de aquellos ejemplares que dibujó Moraenville, encantarían o asustarían a Doña Isabel en su tránsito por la selva. Vería a los largos caimanes, miméticos y perezosos ; a las añosas tortugas, al gymnotus eléctrico, el pececillo que circula movido por pequeño dínamo de su entraña e ilumina con sus ojos redondos... Acaso al ágil jaguar de rubia pelambre o al puma que parece un león privado de su melena, como se lee en los textos de la época. O al pesado tapir que rompe las cortinas vegetales, a las alpacas y hormigueros, a los monitos sapayús que caben en un puño y a los armadillos... A las serpientes cascabeles y corales y a la yacu mama o madre las aguas, larga de veinticinco pies... Al tucán, a los parlanchines guacamayos y papagayos, a la flor emplumada de los colibríes que rasgan el aire como saeta de colores ; al pájaro flautista que canta como graduado por invisibles dedos, tal vez al cóndor que bate en alto sus remos de acero...

### *El encuentro*

Días mortales los que discurren para Madame Godin en las márgenes del Bobonaza. Su desfallecimiento es total y acuden a su memoria, torturadoras, las imágenes de aquellos que están a su lado y a los que no puede dar sepultura. La sed le abrasa,

pero son amargas las aguas del río y no hay alimentos para resistir. Cuando reacciona, prueba del jugo de frutas silvestres y logra mantenerse con huevos de perdices y pulpa de palmito.

Avanza, casi desnuda, en busca de providenciales salidas, después de atar a sus pies las suelas de los zapatos de su hermano muerto. Así marcha por dos jornadas, hasta cuando, al amanecer del tercer día, divisa una canoa que resbala lentamente pegada a la orilla y allí comprende que ha vencido a sus fuerzas, que ha podido caminar varias leguas y está en la proximidad de algún pequeño pueblo. Los indios la transportan hasta La Laguna, cerca del Marañón, y desde ese lugar, a poco de un breve descanso, se embarca hacia Loreto, en donde la aguarda la nave que ha de llevarla a Oyapok, en Cayena.

En esa fortaleza de dominio francés y

veinte años después, como en el título de novela de antaño, vuelve a ver a Godin des Odonais, que salió un día para buscar caminos o ir en pos del puerto de la felicidad que se perfila detrás de la zozobra. En 1773 Juan Godin y doña Isabel ven los castillos de La Rochela, sus grises torrecillas de piedra, y el ingeniero francés cuenta a La Condamine : « Actualmente mi esposa se halla en el seno de mi familia donde ha sido recibida con la mayor ternura. Por más que se afanen en distraerla y alegrarla, siempre está triste ; sus infortunios se le presentan de continuo a la memoria. » Tiene a la vista los jirones del naufragio y las sandalias de los días infaustos. Pero ella también ha sabido medir, y con desmesurado corazón, la parábola de un arriesgado deber, y después de un viaje que parece increíble, ha vuelto, como para un reconocimiento, a la tierra del padre.

DIBUJO DE SPILIMBERGO





# LOS CONCURSOS DE " CUADERNOS "

## Ven, Nazareno

POR GUSTAVO LUIS CARRERA

- **D**ESPUÉS me metió la mano entre las piernas, hasta aquí...  
— ¡Niña!

En lo alto impuso silencio el signo rojizo de una bofetada. Pero no bastó el callar. Demasiado tarde para impedir el descenso agresivo.

— ¿Cómo se te ocurre decir eso?

Y ya en el llanto, la mano adherida a la mejilla agolpada de rubor :

— ¡Pero si es verdad, mamá!

— ¡Niña! ¡Cállate!

El sollozo apretado en los labios mínimos, servía de fondo a las reflexiones de la mujer negra, avejentada, redonda.

Hasta el cuarto llegaban claros anuncios : voces inusitadas (como de forasteros o de curiosos), pasos apresurados, rumores de plancha y almidón.

\*

Se terminaban los arreglos para la procesión. Niñas vestidas de encajes blancos corrían hacia la reducida capilla, arriba. Las mantillas se agitaban : extraños cabellos de albura. Mujeres acudían, con rápido andar, sobre la loma. En lo bajo, grupos diseminados de hombres, niños, viejos : público de expectativa de todo un año.

En la puerta de la casa (iglesia elemental de paredes encaladas), en el tope del pequeño cerro, surgió un instante la figura elevada y fina de una mujer vestida de blanco. El viento le voló la mantilla y dejó libre una cabellera negra de caída lisa hasta los hombros (segundo manto de sombra plena). Al momento entró, y casi automáticamente apareció la dignidad morada del

Nazareno, sobre las andas, sobre los hombres que ya iniciaban, en la bajada, un extraño caminar ondulante.

La tarde se apagó en el primer paso nocturno de la procesión.

En la calle poco a poco el público se hizo parte, y la marcha se nutrió de pasos. Las niñas en dulces filas blancas, las mujeres de boca rezandera, los hombres endominados. Rompió el ritmo de marcha hilvanado por el violín, golpearon la tierra las pisadas en cadencia de los portadores de la santa figura, se elevaron rumores diversos, y todo pareció en orden, completo, integrado.

Sola se veía ella, de mirada fija, hierática como una santificada. Alta (tan blanca), caminaba una rigidez alterada únicamente por rápidas luces de los ojos negros hacia las niñas bordadas en hilo blanco. Todo debía salir bien, como otros años. Con el orden necesario y el recogimiento de la veneración. El rostro perfilado aparecía recorrido por el frío (como bordes de piedra de río o de metales al sereno). Las facciones desproporcionadas se endurecían en el gesto de amargura de la boca hacia la izquierda. Cada paso era su propio camino.

Al ritmo sorprendente de los portadores, el Nazareno semejaba seguir una danza sin tregua. Los ojos oscuros subieron hasta el Cristo. La hermosa imagen se aferraba a su cruz de madera, mientras oscilaba como signo propiciador. Era elevada como un hombre. Tan familiar. Tan de ella.

\*

— *Altagracia, ponle el encaje a la manga del Nazareno. Con hilo dorado.*

*La madre hablaba despacio, en un pasado distante.*

— *Empieza de abajo ; primero un borde y después el otro. No pongas hilo doble.*

*Un poco más y el sol hubiera matado por completo las nuevas dalias del pequeño patio. Felizmente ya eran las cuatro y el sopor no tardaría en cesar.*

*La ligera penumbra de la sala era más bien tibia, muy gris hacia los rincones.*

« *Entré lentamente, con una palpitación que me paralizaba las piernas. Miré las ventanas para asegurarme de que estuvieran cerradas hacia la calle. Deseaba ir hasta la pared derecha, pero al mismo tiempo sentía el miedo, el antiguo temor que mamá me aconsejaba. »*

*Allí, a la derecha, se encontraba el Nazareno que siempre vivía en aquella casa de mujeres santas, como único y venerado huésped masculino. (En el pueblo sin cura, casi sin iglesia, era una fortuna contar con un hogar capaz de acoger la imagen del santo patrón, y con mujeres que administrasen todo lo relativo a los mínimos oficios religiosos.)*

*Altagracia se acercó, amparada por la aguja y el hilo dorado.*

*El Nazareno era alto, de rostro empalmeado junto a la barba poblada, varonil. Encorvado como un árbol seco. Quizás un hombre bajo la corteza de terciopelo morado.*

### Fallo del jurado venezolano

Los suscritos, designados por la Asociación de Escritores Venezolanos para dictaminar sobre los trabajos concurrentes al certamen de cuentos auspiciado por esta Institución y la revista *Cuadernos*, de París, decidieron otorgar el premio único al cuento titulado « Ven, Nazareno », firmado con el seudónimo Gelce. Abierta la plica correspondiente, su autor resultó ser el escritor Gustavo Luis Carrera.

Caracas, 22 de enero de 1965.

Oscar Sambrano Urdaneta,

Pascual Venegas Filardo,

Guillermo Moron.

« *Muchas veces había pensado que se trataba de un hombre dueño de la sala, esperando bajo la cruz. Un hombre como otros. Duro. Oloroso a sudor y a tabaco. 'Los hombres son para la traición de la carne sin el temor de Dios', repetía mamá. Lo decía cada vez que algún hombre iba a la casa o me hablaba en la capilla. Y me miraba hasta asustarme. »*

*La cálida sombra (aire polvoriento) de la sala encubría los lentos movimientos de la costura. Dudaba la mano experta en una agitación total. Se detenía.*

« *Recordaba las palabras de mamá. Repetía : Nazareno, la carne, los hombres, el temor de Dios. Era como una asfixia. »*

*Terminaba el hilo dorado su camino de trechos ocultos.*

« *Veía un hombre allí, junto a la pared, encorvado como un santo. »*

*Quedó fijo el encaje (igual al de un viejo rey coloreado del almanaque del corredor), junto a la mano trémula. La mano fina tomó la mano nervuda dibujada de sangre, elevó la caricia hasta la muñeca y clavó la garra repentina, con fuerza, un instante.*

« *Lo herí como a un hombre vivo. Las uñas se hundieron. »*

*Salió de prisa y volvió donde la madre. La mano temblorosa fue alarma suficiente :*

— *¿Qué te pasó, que vienes así?*

*La respuesta se hizo inmediata :*

— *Nada ; que me pinché con la aguja.*

— *¿Qué muchacha más cobarde! Por un pinchazo de aguja le tiembla la mano. ¡Ay, hija, si tú supieras lo que es la vida!*

*El sol aún oprimía (dios solitario) los pétalos morados de las dalias.*

\*

— *¿Pero, fue ella la que te dijo que fueras a dormir a su cama, o fue cosa tuya?*

*Los labios denotaban los nervios a punto de romper su afán.*

— *Ella fue la que me llamó...*

*Recelaba la niña del sentido de sus propias palabras, en una mezcla de miedo y de vergüenza sospechada. Bajaba la voz (al igual que la vista), sin atreverse a seguir.*

— *¿Y qué te hizo?*

— *Me abrazaba y se movía. Después de-*

cia que tenía frío, pero yo la sentí siempre sudadita de calor...

El cuarto percibía escasa luz de la mañana plena que se dispersaba sobre los campos cercanos, en el techo de la casa, entre las matas del patio.

Para continuar, la mujer tuvo que apretar en un esfuerzo las carnes oscuras de la cara :

— ¿Y qué más?

— Después me metió la mano entre las piernas, hasta aquí... \*

El primer alto de la procesión significó descanso para la extraña danza de los portadores de andas y para el propio Nazareno, que reposaba de la marcha pendular, pero nunca de su eterna cruz (anquiladora equis inconclusa sobre los hombros) de gruesos maderos.

Los músicos callaban. Algunas miradas estáticas de mujeres avejentadas revelaban el impulso místico en aras de la Semana Mayor y de la idolatrada figura del santo patrón. Unos niños corrían, sólo atentos al juego de correr y tocarse la espalda, y huir de nuevo entre el considerable número de participantes, que ellos podían contar a la altura de las piernas.

De repente comenzó el rezo ritual. Comandaba la mujer alta, blanca (pálida la piel y las ropas de cuello alto y mangas largas), de áspera pronunciación en los labios invocantes.

A pesar de una ligera y desdichada lluvia fría, nadie desertó. Poco después volvía la marcha : el violín sobre el tambor y las cuerdas del cuatro. Regresaba el andar de procesión : ritmo espacioso, pasos de reverencia.

Las niñas conservaban la ofrenda de su hilera de ropas inmaculadas. En medio, ella tenía una aureola de origen y dirección (se destacaba de por sí, todo el tiempo). El rostro mantenía su fijación, su amarillenta quietud. Sólo la nariz parecía anunciar calor vital, henchida de vaporosa satisfacción. Puso una mirada larga en el Nazareno, que oscilaba arriba, entre las velas encendidas y el frío de la noche de su aniversario santificado. \*

Una mañana de sol, como la de ayer.

La madre cosía y bordaba las horas más

hermosas del día. Se encerraba en su cuarto (¿amargura o penitencia?). A veces disponía situarse en el corredor interior : el letargo de la sequía obligaba, si bien allí en la montaña no era excesivo. No daban todavía las once.

Sin explicación :

— Mamá, ¿por qué tú me llamas Altigracia, si yo me llamo Magdalena?

La mujer de cabellos marcados de canas no dudó : sus ojos claros no parecieron sorprenderse grandemente :

— Tú naciste un veintidós de julio, día de María Magdalena penitente. Y te puse Magdalena. Pero tu abuela se llamó Altigracia. Tú también te llamas Altigracia.

— Pero nadie me dice Magdalena. ¿Será por lo que me contó tía Ana?

Un gesto de hastío en los ojos cerrados de pronto, cortó la pregunta. En seguida :

— Más vale que te ocupes de preparar el catecismo para las niñas. Ya no tardan.

« Tía Ana me contaba cosas de mamá. Ella no quiso ponerme María Magdalena. 'Penitente, como todas las mujeres. Tenía que ser', dijo a tía Ana cuando nació. Pero era costumbre poner el nombre que se saca. Ella completó Magdalena con Altigracia. 'El segundo nombre le queda mejor', decía siempre. »

El catecismo fijaba en tipos de imprenta (escalera de prohibiciones y preceptos en cada peldaño) la simple lección del día : los Santos Mandamientos.

« Yo no entendía el sexto mandamiento. Mamá decía que existía por culpa de los hombres. »

En el corredor esperaban las sillas vacías.

« Tía Ana me contó lo de mi papá. Era alto y buen mozo. 'Muy distinguido, mi jita', decía siempre que lo nombraba. Entró en amores con mamá. A las dos semanas se fue. Más nadie supo de él. Ni una noticia. Mamá lloró mucho, consolada por la única compañía de la hermana mayor. Después se vino aquí, donde yo nació. A todos ha dicho que es viuda, y me puso el apellido de él. 'Tú debes saberlo, mi jita. No digas que yo te lo dije'. Tía Ana cuenta cosas de mamá antes de venir al pueblo como si todo hubiera sido ayer. »

Las niñas memorizaban en alta voz, al igual de un coro de aves repetidoras.

« Ellas se aprendían el sexto mandamien-

to. Sin saber. Yo era un poco mayor, pero tampoco entendía. Mamá decía que ese era el mandamiento de la condenación por el vicio de los hombres. Yo no podía entender, y me repetía, de pronto, la palabra extraña, para buscar comprenderla. »

De nuevo las sillas vacías (tablas pulidas, suelas lustrosas y claveteadas) : al día siguiente volvería el coro deavecillas ingenuas.

— Mamá, ¿qué es fornicar?

La pregunta se fue sobre las dalias moradas que sorbían el último plazo de sombra antes de penar un mediodía más de sol.

\*

— Niña Altagracia, ya llegué.

— Pase, Julia.

En el corredor sonaron los pasos de zapatos arrastrados y se vio la alegría del rostro de la mujer obesa.

— Por aquí le traigo unos dulcitos... ¿No la molestó mucho la muchachita anoche? A lo mejor tuvo miedo de dormir sola...

No hubo dudas en la boca (seca, ligeramente encogida) para expresar indiferencia :

— No, Julia. ¿Y cómo dejó a su mamá?

Desde el fondo, cerca del corral, como una voz que se cierra tras una puerta de pronto :

— Alentada, gracias a Dios.

La niña esperaba en la reducida habitación (todavía oscura en la mañana inicial). Caminó hacia la madre.

— ¿Ya comiste, hija? ¿Te portaste bien? ¿No tuviste miedo anoche ?

Sin respuestas, la madre insistió :

— ¿Te portase bien? ¿No tuviste miedo aquí sola?

La niña sospechaba algo, sin saber donde ubicar lo indebido. Sus labios se redujeron :

— Yo no dormí aquí...

Al instante, en un salto de los ojos :

— ¿Y dónde, pues?

— Con la niña Altagracia, en su cama.

La sorpresa no impidió (ya en el camino de la aprensión) la necesaria indagatoria :

— ¿Pero fue ella la que te dijo que fueras a dormir a su cama, o fue cosa tuya?

\*

En dos esquinas había girado la procesión y ya se encaminaba hacia la plaza primitiva (cuatro puntos delimitadores de un solar aplanado y limpio) del pueblo mínimo. A un lado se mantenía al acecho, oscuro y solitario, un increíble bar de pinturas estridentes y pista de baile.

La marcha tradicional renovaba los ánimos con su ritmo obligante ; y hasta parecía impulsar al Nazareno, única imagen de formas íntegras (en la capilla reposaba una Dolorosa de cabeza y manos cercenadas, y se sabía de un antiguo San Juan que se deshizo roído por el tiempo) para el Miércoles Santo.

Cesó el tamiz de la lluvia, pero no habían desaparecido por completo sus amenazas : el cielo grisáceo y la brisa fría y olorosa afirmaban que se trataba de una tregua.

Conservaba su blancura central la figura de la mujer delgada, enhiesta como la columna de sostén de toda la procesión. Los ojos se liberaban poco a poco de su forzada cárcel inicial y comenzaban a recorrer las casas, la calle, los rostros. A ratos volvían al Nazareno : siempre iluminado, en su infatigable danza de cuerpo cimbrado.

\*

La luz de la tarde era descompuesta y fría.

En la sala de habituales tinieblas se le agolpaban el recuerdo de la madre muerta de repente (desde entonces el catecismo fue sólo de ella, y la capilla y la misma sala silenciosa y el propio Nazareno con su manto recamado), los Mandamientos, las procesiones de Semana, el Nazareno bajo las uñas perforantes. La voz impositiva, de tono materno sin embargo. El Sermón del Mandato. La bendición del Nuevo Fuego y del Cirio Pascual. La procesión del Santísimo. « No invocar el nombre de Dios en vano. » El Nazareno gritaba el dolor de la garra clavada como un mordisco. Gemía, después.

La sala era al igual de la muerte : ingrima, impalpable.

Hincaba las uñas en la muñeca. Allí donde debían ir los veneros de la savia que alimenta todos los músculos : el tejido en reposo y la fibra henchida, acerada y golosa (los caminos deambulantes donde circu-

lan las órdenes de los nervios : voces para la tensión firme, erguida y desgarrante). Hincaba y sentía el calor de la sangre como una invasión de fuegos genitales. La mano de las flechas del delirio sobre la carne desértica, quebradiza de sed antigua. Temblaba. Se consumía una gota más.

« Mamá se veía cansada, pero nada podía hacer suponer su muerte próxima. Amaneció un día estirada, con los ojos abiertos. Tía Ana gritó en el cuarto y después en el corredor. »

No sólo era la tarde o el mediodía, sino las horas todas, de sol, de oscuridad, de sueño : la sala asfixiaba.

« Me di cuenta de que en todo la responsabilidad sería mía. Tía Ana estaba tan viejecita que ya no podía ayudarme en nada. Ni siquiera se daba cuenta de las cosas. »

En el baño, los dedos diluídos y penetrantes del agua tibia la envolvían en caricias intranquilas a lo largo del cuerpo entero. Otras veces era la brisa a la hora de la siesta, por la ventana abierta hacia el corredor del patio silencioso (sol sobre los materos, sombra en las losas de tierra roja), entre las piernas recorridas por hilillos de sudor. Casi siempre en las noches calurosas, ardidadas por dentro, sin refugio : ausencia de aire, lápida de anhelos de cada día.

Una noche cualquiera : una brasa en el cuarto oscurecido. La sábana se apretaba entre los muslos como una presencia definida y válida. (El calor invadía la tela impenetrable.) Tomaba después el lugar la almohada, al tiempo de la respiración agitada, crecida en el eco nocturno. Una gran rosa bordada sobre el lienzo blanco sobresalía pegada a la piel de junturas opacas, musgosas. No había voces ; la asfixia solitaria se respondía a sí misma en el camino de la madrugada que hacía un recorrido sin término sobre el frágil terreno de los nervios.

« El entierro de mamá fue tan sencillo como ella dijo siempre quererlo. La urna, seis tablas pulidas de simple carpintería. »

De pronto se interponía el folleto que, desde hacía años, le había dado la madre como lectura para señoritas : « Pero el hombre pecador, despreciando el Decálogo, burlando la voluntad de Dios, el plan divino, en vez de guardar dentro del or-

den la atracción sexual, se deja llevar desordenadamente por ella, se aproxima a la joven que él cree que ama, pero a la que en realidad quiere para víctima, le habla de amores, la acaricia, la besa, se enciende de deseos sexuales que contagia a ella, y ya en esa pendiente, llegan de una manera irresistible a consumir una bochornosa unión sexual que deshonra al hombre, que deshonra más a la mujer, que da nacimiento a niños también deshonrados, con todo un cortejo de fatales consecuencias de las que más adelante claramente te hablaré. »

¿Qué podía decir todo esto?

Clavaba las uñas en el pulso. Se ardía. Cegaba los ojos bajo la natural corona de alambres nocturnos. (La respiración se agrandaba en la curva ascendente del afán.) Se entibiaban las piernas soñando cercanías. La brasa húmeda exigía presencia como una voz de reclamos. ¿Dónde, si no, el camino de la consunción?

La sala era cuatro muros de tinieblas.

\*

— ¿Te parece malo que te alise el pelo?

La niña no contestó. Sólo miró parpadeando con cierta indiferencia (sin malicia ni reclamo).

— Eres una niña buena y yo te aliso el pelo crespo, tan corto. ¿Por qué te cortará tanto el pelo tu mamá? Tendré que decirle que te lo deje crecer.

De dulces líneas, la carita morena invitaba a una caricia en el mentón, en la mejilla, en la frente. Pero la mano huesuda solamente le alisaba el pelo con profunda lentitud.

— Niña Altagracia, ¿y no va a abrir la puerta de la calle?

La voz infantil preguntó sin más, como si de pronto se hubiera acordado de un recado.

— Es verdad. Me había olvidado.

Pausadamente se deslizó la mano hasta bajar de los crespitos negros. La mujer alta y flaca se levantó.

Junto al patio quedó sentada la niña. A un lado se desperezaban las dalias moradas (todavía madrugadas y húmedas) en potes metálicos y materos de barro.

Poco después volvieron la mujer pálida y su palabra reseca :

— Vete al cuarto de tu mamá.

La niña obedeció sin detenerse.

A los diez minutos se oyeron pasos en el zaguán.

— Niña Altagracia, ya llegué.

\*

Los participantes habían disminuído, sin duda. Y no por la lluvia, pues el cielo cenizoso parecía decidido a respetar el final de la ceremonia. Tampoco por falta del ritmo alentador: los músicos persistían en la marcha, sin reales muestras de cansancio. La hora avanzada sí, tal vez, producía ausencias comprensibles. Y sin embargo no quedaba mucho trecho ya.

A su paso de dos adelante y uno atrás, la procesión cumplía con lentitud extrema (semejante a un camino que se repite por regodeo de los pies) el mandato de la costumbre.

Ya en la plaza, simplemente faltaba una cuadra para las ruinas de la vieja iglesia (sólo unos gruesos muros y una fecha grabada) y las paredes encaladas de la capilla actual. La noche metía en los huesos el frío sostenido.

Seguían allí las viejas rezanderas, algunas niñas de blanco, los hombres más devotos, y ella, siempre, de igual figura, hasta el fin completo y cerrado. El Nazareno repetía su danzar, ahora crecido en portadores renovados.

\*

Dentro de la sala cada paso en la noche resonaba como ciento.

De pie en medio del piso vacío abría los brazos igual que en un sueño. Las luces estaban cegadas en la cara. Sólo había un pasado: recordar es andar un camino hacia muy atrás, ascendente en tierras lejanas que luego se invierten para llegar al mismo día de la partida.

Se unían otra vez los pedazos. La madre bordando sin cesar todo el azul de una mañana. La imagen de Jesús en la Columna, el Lunes Santo. La renovación de las Promesas del Bautismo. El canto de Aleluya. (« Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba », dijo San Pablo en la misa del Domingo de Resurrección.) El sexto mandamiento, escrito en la piedra por hendiduras de agua remota.

Afincaba la garra en aquella muñeca es-

tática, tubular, sólo entibiada por el ajeno sudor enardecido. Amarillenta como de una figura desteñida al sol y la lluvia del patio. (Seca igual que la pasta de los viejos muñecos de caucho por carne.) Callada como la negación de la vida. Asfixiada: tanto como ella.

« No era nada más la soledad de la sala. El corredor tenía solamente las sillas del catecismo. Y el cuarto la cama. Muy lejos quedaban tía Ana, Julia y la niña de los cabellos crespos. No era la soledad de la sala: en la pared derecha estaba el Nazareno, un hombre de la casa. »

La niña comía un ápice más. Palpaba una vena de sueños para consumo de la propia sangre hervida de apetitos.

« La capilla era el mismo vacío. Más clara, y con el viento que a veces sonaba en las altas ventanas. De noche, sola, sí me daba miedo. La puerta se abría como llorando. »

De pronto el folleto (amarillo, de cartón enmohecido) parecía una voz más: « Tan sólo tiene la mujer un problema en la vida: casarse bien. El mayor peligro de la felicidad de una joven: el hombre. Ni que repetirte que todo esto es muy santo y sagrado y que no debe hablarse de ello, excepto cuando se hace en privado y confidencialmente con las personas más cercanas y queridas. » « Fornicar, es consentir cualquier deleite sexual, fuera del matrimonio. Así, pues, todo deleite sexual entre personas no unidas en matrimonio es ilícito, es pecado, y lo es aun entre éstas cuando dicho deleite no va ordenado a la generación de los hijos, que es el fin primordial del matrimonio... Se llama pureza o castidad la virtud que nos lleva a abstenernos de todo placer sexual ilícito, y se llama lujuria el vicio contrario, es decir el deseo desordenado de deleites sexuales... La pureza es especialmente benéfica, pues no hay nada como esta virtud para conservar el cuerpo sano y fuerte... La lujuria, por el contrario, no acarrea al hombre y peor aún a la mujer, sino males tremendos, los peores de los males. »

« No quise leer más el folleto. Me asustaban sus palabras para jovencitas. A veces dudaba de mi edad, que tía Ana no olvidaba de recordarme. 'Hoy cumples treinta años, mijita'. 'Hoy cumples treinta y un

años, *Altagracia*. Tía Ana estaba ya muy ancianita. Casi no veía. »

En la tarde, al postigo de sol, la túnica dudaba entre su tono violeta cotidiano y un polvoriento brillo diagonal. La sala permanecía callada, casi oscura a excepción del cuadro luminoso que se fijaba desde la calle. (Toda la casa encubría un silencio propicio para la comprobación.) El Nazareno esperaba, con la tenue mirada de su resignación de todos los tiempos.

Los dedos temblaban, finos hasta las uñas habituales. Se veía la imagen familiar, en la sombra y la quietud requeridas. Pero la mano insistía en la inseguridad. (Una espera, un ansia de nervios reseca.)

El rumor de un canto infantil cortó desde la calle el silencio de la sala, mientras cortas pisadas se alejaban sobre la acera. La calma se rehizo.

Sólo un paso y un gesto. Era todo lo necesario. Y tenía que ser. Desde muy atrás el afán y la curiosidad.

Todo fue un golpe de mano (como un desbordamiento de la sangre retenida), la túnica elevada en lo alto. Los ojos reprimieron su apetito ante las tablas blancas que cruzaban el sitio del cuerpo, de los músculos, de las carnes genitales. No había pies siquiera. Únicamente cara, manos y ropajes de olor envejecido.

Los ojos aferraron su desencanto a un cruel arrepentimiento de sacrilegio inútil, que la llevó fuera de la sala, a lo largo del patio interior, hasta el fondo mismo del corral y de los árboles nervudos que fructifican todos los años sobre la tierra negra y húmeda.

\*

La mujer afilada se veía atenta a los últimos detalles del final de la procesión. Miraba a todos lados, ya sin marcadas restricciones (¿imposición de nervios o de mera curiosidad?).

A las puertas de una bodega donde se tomaban refrescos y tragos de ron, estaba parado el hombre, moreno y fornido. Nada joven; sin afeitar. Reflejaba un claro interés por el espectáculo trashumante.

De un golpe el hombre hizo volver atrás las horas del día: su llegada, el diferimiento del pago de su trabajo, la idea insistente.

La mañana había reservado una desagra-

dable sorpresa: dos varas de las andas del Nazareno estaban rotas, y el carpintero del pueblo hacía días que había bajado, enfermo, al hospital del pueblo costeño más cercano. En la capilla, la mujer fijaba su preocupación (triste fatalidad, sin duda) en la imagen encorvada, que ya había sido transportada hasta allí para la conmemoración.

Alguien entró, de pronto: un hombre bajo, de mediana edad. Explicó que acababa de llegar al pueblo y había sabido de la necesidad de un carpintero para el caso, y que él estaba dispuesto a ganarse lo que pagaran por el arreglo.

— Soy carpintero de profesión.

Los ojos negros y secos parecían clavarlo en la pared.

— Está bien, le daré diez bolívares si las arregla todas. ¿Cómo se llama usted?

— Nazareno.

Fue un alfiler asido al nombre inesperado.

— Acabo de llegar al pueblo, y mañana mismo me voy.

Ella no lo dejaba de la vista. El hombre empezó su trabajo sin mayores tardanzas. Una idea atravesó, fugaz, sin detenerse.

« Nazareno. Miércoles Santo. 'Mañana mismo me voy'. La voz de hombre era espesa. Pisaba duro en el suelo. »

En las horas siguientes la idea maduraba como una fruta carnosa de semillas plenas.

« Nazareno. El nombre sorpresivo. 'Mañana mismo me voy'. No podía ser. 'La mortificación es la barrera contra el pecado'. No podía ser. 'La lujuria sólo acarrea a la mujer males tremendos'. ¿Por qué todo esto de repente? »

Se impuso un plazo (trampa, quizás) para pensar, para probar:

— Después de la procesión, esta noche, no deje de ir para pagarle. Allí abajo, enfrente, la casa de las ventanas verdes.

Ya estaba dicho. Sólo esperar, entonces.

Frente a la bodega el hombre veía asombrado la gente, las luces, la imagen venerada que se llamaba como él. La mujer lo miró hasta adentro. Se clavaban los ojos negros como las uñas, sin párpados: solamente espinas para ver y querer.

Por un instante la idea se elevó por encima de toda resistencia. El Nazareno de la

sala surgió estático. (Las marcas en la muñeca eran la única voz : huellas de la ambición glandular, signos de zarpazos ávidos.)

El otro Nazareno veía y hablaba. Se paraba frente a las bodegas donde bebían refrescos y ron. Y además iría a la casa más tarde. Ya no era posible pensar en otra cosa.

« Nazareno. El nombre repentino en medio del Miércoles Santo. Pero no podía ser. 'La mujer deshonrada ante los ojos de Dios sólo vive para el sufrimiento'. Vendría a cobrar, entraría en la casa. 'Recordar que estamos en presencia de Dios en el camino para vencer cualquier ocasión de impureza'. Se iría mañana. No podía ser. »

Terminada la procesión, el Nazareno quedó en la capilla. La mujer apagó las luces en lo alto, bajó a la casa y esperó. (Aguar-

daba como quien sostiene el peso de una sentencia imprevisible.) El zaguán no tardó en dar cabida al término de la espera.

— Como usted me dijo, aquí vengo.

— Pase adelante. Siéntese un momentico.

Hacia frío en el corredor, frente al patio dormido (las dalias moradas aparecían grises, ausentes).

Al poco rato, desde el cuarto oscuro llega la voz :

— Venga acá.

El hombre se levanta.

— ¿Que vaya allá al cuarto?

— Sí, venga.

El hombre entró vacilante, sumiendo los pies en la oscuridad. Muy de cerca vio un brazo desnudo y sintió en seguida cinco uñas hirvientes clavadas en el pulso.

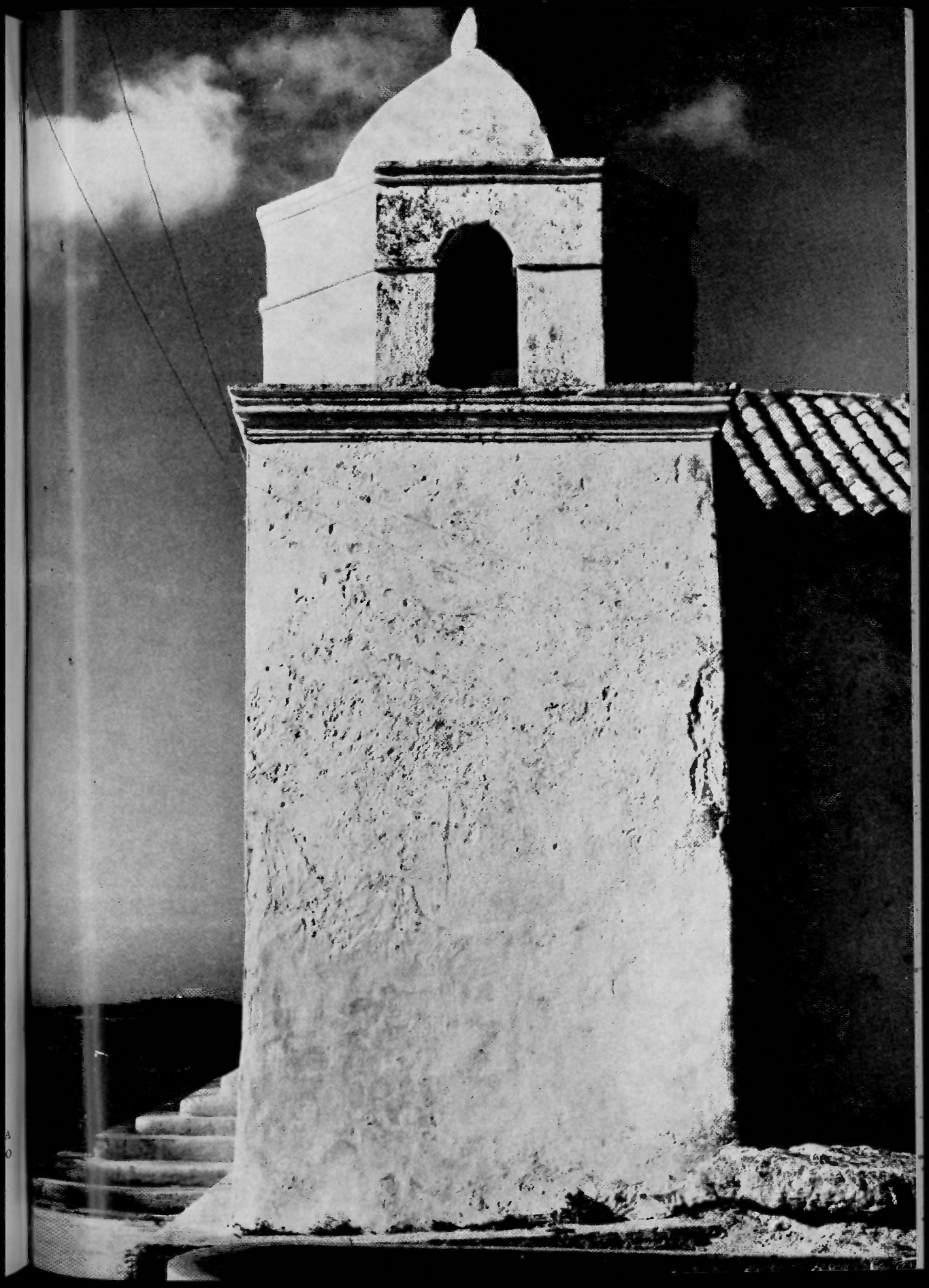
— Ven, Nazareno...

DIBUJO DE SPILIMBERGO



CAMPANARIO COLONIAL DE LA  
IGLESIA DE PUEBLO CUMAREBO



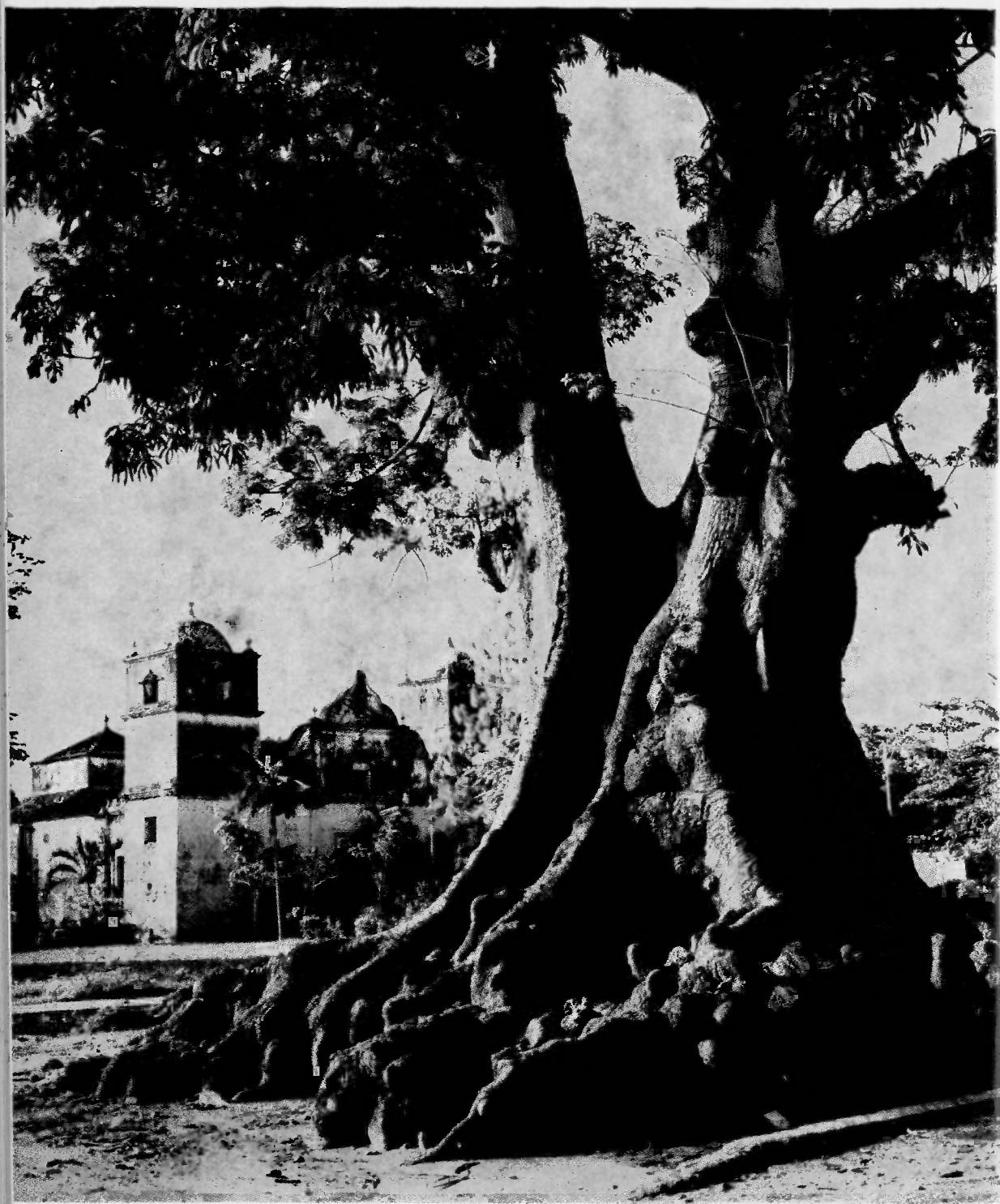




*La "Belle Epoque" de principio de Siglo en Venezuela*

*Caminos del más arriba, Estado Mérida →*





*El Templo Misionero de Arenas en el Estado de Sucre*

(FOTOS DE GRAZIANO GASPARINI)

## Siluetas americanas de hace medio siglo

POR MATHILDE POMES

*Un banquero, el señor Albert Kahn, fundó unos años antes de la primera guerra mundial dos becas que debían concederse anualmente a dos profesores jóvenes —un hombre y una mujer— para que pudieran realizar un viaje de un año al extranjero, sin otra condición que la de pasar una temporada en América.*

*Suspendida durante las hostilidades, la concesión de estas becas se reanudó en 1920. Habiéndome correspondido la beca femenina, cumplí con alegría la condición impuesta de trasladarme a América Latina. Así fue como pasé seis meses en Brasil, Uruguay y Argentina. Una grave enfermedad de mi madre me obligó a volver bruscamente a Francia, por lo que no pude realizar enteramente mi deseo, que era visitar por lo menos todos los países de América del Sur. Toda mi vida he lamentado no haber podido completar ese viaje.*

*Las páginas siguientes son notas tomadas durante mi viaje.*

EN LA BIBLIOTECA NACIONAL, bien provista y mejor organizada, donde me han dispensado una magnífica acogida, la etimología de una palabra india ha hecho que saliera a relucir el nombre del sabio americanista Capistrano de Abreu. Tengo para él una carta de Paul Rivet. Pienso que he de llevársela. Y heme aquí llamando a su casa a las cinco de la tarde. Me abre una pequeña negra que me ruega suba y que corre a anunciar a su amo la visita de una « dama », dejando tras ella la puerta abierta de par en par. Desde el rellano, no puedo dejar de vislumbrar la habitación en pleno desorden, las pilas de libros sobre el suelo de madera, un calentador, varias cacerolas, papeles que las corrientes de aire hacen volar y, sentado en una silla baja, un hombre descalzo. El hombre refunfuña, arranca las trabillas de un botín que no puede ponerse, se convence de que éste

no podrá deslizarse por la piel húmeda, y se pone a buscar sus calcetines, que le resultan tan rebeldes como los botines, mientras para sus adentros me manda seguramente a todos los diablos. Por mi parte, siento que una risa irresistible sube y estalla en mi garganta. ¿Qué hacer? Me precipito en la habitación y corro hacia el sabio con la mano tendida, con esa « petulancia francesa » que los graves extranjeros nos reprochan y que por una vez me saca del trance.

— Por favor, querido maestro, no cambie para nada su indumentaria. Me siento encantada, imaginando que estoy en su provincia de Ceara. En todo caso, excúseme : debí avisarle.

Al principio sólo oigo un balbuceo confuso : el señor Capistrano de Abreu, que habla con mucha corrección el francés, escamotea las consonantes y ensordece las

vocales, de tal modo que cuesta trabajo oírle. Tendida a través de una puerta, veo una hermosa hamaca ceiriana, de tela blanca bordada de rojo, con una orla de malla en la que reconozco, interpretado por los indios, el estilo decorativo morisco. Pasando por debajo de la hamaca, mi huésped me introduce en su despacho. Por desgracia, entre las mismas pilas de libros, los mismos utensilios domésticos y los mismos papeles que revolotean, lo que primero veo es un recipiente de esos con que el llorado Georges Feydeau obtenía efectos irresistibles en *On purge bébé*. Ciertos franceses instalados en Río desde hace muchos años han conocido la edad de oro de este tipo de recipiente, la época en que ningún mueble lo disimulaba a las miradas y en que no era raro que el visitante, aunque no llegara, como yo, de improviso, le encontrara ya utilizado.

Mi huésped oculta con el pie el suyo tras un gran diccionario, me señala un sillón calvo de paja y se sienta frente a mí. Antes de que pasen dos minutos estoy galopando con él en el *sertao*, las vastas mesetas no roturadas del interior, en persecución de los indios, no para convertirlos en esclavos, sino en intérpretes, en fijadores de un lenguaje que va a desaparecer; galopo arrebatada, sin aliento, olvidada de todo y sin saber si me encuentro en casa del más sagaz de los sabios o del más hábil de los brujos, un hombre por lo demás tan evidentemente bueno y sencillo y cándido, a pesar de sus ojos maliciosos y del pelo entrecano y atravesado que le come todo el rostro, que de repente respiro una bocanada de nuestro aire europeo y vuelvo a sentir toda la exaltación que me producían mis maestros predilectos.

El tiempo vuela, ha anochecido. Tal como está vestido, con su pijama blanco y el único calcetín que ha logrado ponerse, el sabio me acompaña hasta la calle. Mi hotel está muy cerca; sería un gran éxito para mí entrar en él con tal acompañante. Pero él deja su visita para el día siguiente, cumple su promesa, me invita a que vaya a verle de nuevo y me recibe ahora con todo el color local en su bella hamaca, en la que se mece ligeramente mientras charla.

Tal es el hombre que encontré en Amé-

rica mejor informado de lo que se hace en el « Collège de France », en la Escuela de Altos Estudios de la Sorbona y en la esfera de la lingüística en Europa. Observador cáustico de la vida moderna en su país e historiador tan documentado como sabroso de las costumbres locales, hombre probo, humanista, investigador diligente y concienzudo y, además, artista: el nombre de Capistrano de Abreu quedará, no sólo en los anales de la erudición, sino también en los de las letras brasileñas.

\*

Tras escapar de casa de tan atractivo sabio, pintiparado para perpetuar la fama de pintoresquismo que va en cierto modo congénitamente aparejada a sus colegas, me traslado a otra dirección en que estoy casi segura de que voy a entrar en el terreno de lo conocido, de las conveniencias y del buen tono.

Barrio residencial, hotelito con jardín en torno y al fondo el *quintal*, algo como un jardín de eclesiástico tropical, con plantas que en nuestro país sólo se cultivan en invernadero, a la sombra de los aguacates y de los mangos.

Debido al calor, la casa está rigurosamente cerrada. Pero sé que me esperan. Al tintineo de la campanilla, oigo que se acerca un ruido fresco, parecido al que en otoño hacen las grandes hojas de los plátanos que caen sobre el pilón de mármol de una fuente o de un estanque. Lo escucho con el alborozo de quien siente sus vestidos húmedos pegados a la piel. Sorpresa: el delicioso ruido lo hacen los pies desnudos de una negra que corre a avisar a su ama de mi visita. Luego, el mismo ruido vuelve, redoblado. Esta vez son las hijas, vivarachas y encantadoras, de la dueña de la casa, que me reciben y me conducen, los pies también descalzos sobre el embaldosado de mosaico. Estoy en casa de la señora Lopes de Almeida.

Mientras las muchachas corren a buscar a su madre, me quedo sola durante unos minutos en el salón. En un velador veo el último número de *L'Illustration*. Le echo una mirada distraída. La imagen representa la residencia de Guillermo II en Holanda y el texto habla de la eventual extradi-

ción del ex emperador. Instintivamente, husmeo que se trata de una prueba. He aquí un pequeño truco para hacerme hablar.

La dueña de la casa aparece (se ha retrasado un poco para ponerse medias y zapatos). El pelo ligeramente entrecano, la piel de un color moreno dorado, hermosos ojos, ágil y viva, la señora Lopes de Almeida se expresa en el francés impecable de las alumnas del Sacré-Cœur, conservando gracias a la lectura constante de los mejores textos. La señora de la casa lee todo y está al corriente de las últimas novedades, no sólo de Francia, sino de otros países. Escribe incluso, y con buen éxito : es la mejor novelista brasileña del momento.

¿Su especialidad? La novela de costumbres, con tendencias sociales. Si no por contacto directo, al menos por tradición familiar —una tradición reciente, viva, que data de una generación—, la señora Lopes de Almeida ha conocido la esclavitud y una época de transición no menos acusada en los amos que en los servidores.

Esa transición se manifiesta también en otra esfera : la de las mujeres. Profunda concedora del ambiente femenino contemporáneo y de la evolución que en él se observa, la señora Lopes de Almeida se empeña con todas sus fuerzas en contribuir a esa evolución. Su más ferviente deseo sería conseguir que la brasileña se sintiera unida a la « fazenda », es decir, al campo, no por un romanticismo anticuado, sino fomentando en ella el gusto por la decoración rústica, por las flores, por el huerto, por las abejas. Bucólica por amor al suelo natal, esta mujer llena de distinción y de talento me produce una impresión de nobleza, de riqueza interior, de patriotismo delicado y, quién sabe, quizá más eficaz que tal medida proteccionista respecto del café o del caucho.

(A la insidiosa pregunta acerca de *L'illustration*, respondo prudentemente : « Al abdicar, Guillermo II se ha retirado de la historia. ¿Por qué querer que vuelva a ella? » Por el ligero cambio de tono, comprendo que mis huéspedes han apreciado vivamente mi falta de chauvinismo y de pasión.)

Enrique Larreta me da cita, no en su magnífica mansión de un barrio aristocrático alejado del centro, sino en la Avenida de Mayo, en mi propio hotel. No hay necesidad de presentador, estoy segura de reconocerle. Aunque sólo le hubiese visto retratado, no podría vacilar. Ese aire, ese porte, esos modales de soberano de incógnito : imposible equivocarse. La soltura y la despreocupación de quien en todas partes se siente en su casa, con la reserva que rechaza toda familiaridad.

Lo primero que me llama la atención en Larreta son sus ojos claros, esos ojos de los vascos (es navarro de origen) que, aun siendo campesinos, tienen siempre un no sé qué de hombres de mar, de observadores y de descubridores. La segunda, su manera no argentina sino peninsular de pronunciar el español. La tercera, su elegancia. No la elegancia de un dandy, sino la de un hombre alto, de proporciones justas, con la flexibilidad y la elasticidad de su raza, seguramente afinadas aún más por una estricta sujeción a las actitudes y a los movimientos más armoniosos.

Esta finura y esta armonía aparecen también en su indumento. En él brillarían la calidad y la moda inglesa si el brillo se acomodara a tanta sobriedad y discreción. Traje gris, de ese gris claro de las nubes que filtran el sol al mismo tiempo que lo asimilan, camisa blanca y flexible ; puños que sobresalen ampliamente de las mangas ; como gemelos, zafiros engastados en platino, piedra y montura de tan exactas proporciones que se diría destinadas a recordar simplemente el color de la corbata. Por sí sola, esta corbata es todo el hombre : selección, refinamiento, exigencia, instinto de la belleza. Es azul. ¿De qué azul? Imposible decirlo. Espliego apenas marchitado o brocado deslucido. El fabricante inglés de la seda de esta corbata necesitó un gusto exquisito ; quien la compró dio muestras de un olfato infalible.

Larreta me escucha con aire distraído mientras hablo de *La gloria de Don Ramiro*, del beneplácito con que ha sido recibida esta obra y de su larga estancia en París en los mejores años, los últimos, no ya de la « belle époque », sino de un mundo que ya no existe, años en que él desempeñó un papel de primer plano (a sus suntuosas fies-

tas acudían en tropel las más brillantes damas y los más conocidos hombres de mundo). En cambio, él recuerda, no esta fastuosidad y estos triunfos, sino España, una España austera y, dentro de ella, especialmente Avila. Que Larreta haya elegido este escenario para vivir en él imaginaria, nostálgicamente, e incluso, confiesa, para dormir en él su último sueño, contrasta de modo tan radical con su persona que resulta difícil creerle sincero. Necesitará toda una vida, una larga vida, para justificar esa elección.

Otro motivo de sorpresa : lo que Larre-

ta me dice de Grecia, que yo sólo conozco todavía a través de los libros y, a decir verdad, convencionalmente. Lo que a Larreta le ha llamado la atención no es la Grecia clásica, la de Pericles, ni siquiera la del siglo IV, sino la Grecia de los orígenes, llena de maldad y de crímenes, la Grecia negra en cuyo descubrimiento debe considerársele un precursor. Es éste un punto en el que no se le ha hecho justicia. Ciertamente es que tampoco él ha hecho nada para que así sea, salvo, en lo que se me alcanza, el haber escrito el extraño soneto titulado *Mi Grecia*.

DIBUJO DE SPILIMBERGO





## Obras maestras del Museo del Hombre

POR DAMIAN CARLOS BAYON

UNA DE LAS GRANDES exposiciones de esta fría primavera de París ha sido la titulada elocuentemente « Obras maestras del Museo del Hombre ». Esta famosa institución no es otra que el antiguo Museo de Etnografía del Trocadero en una nueva encarnación. En 1937, con motivo de la última gran exposición que hubo en París, se le atribuyó una parte del ala derecha del inmenso Palais de Chaillot y fue rebautizada con el nombre más atractivo de « Museo del Hombre ». Lo dirigió entonces y por muchos años el hoy ya desaparecido americanista Paul Rivet.

Bajo la iniciativa del actual responsable, profesor Jacques Millot, la Asociación de Amigos del Museo ha organizado esta actual exposición, grande como decía al principio no por su extensión, sino por la calidad excepcional de cada una de las piezas exhibidas. Un magnífico catálogo razonado —que es un verdadero libro en sí— proporciona todas las imágenes de las obras, así como un comentario pertinente y una bibliografía al día.

Un hecho nos debe llamar fundamentalmente la atención. Las piezas que aquí vemos y comentemos vinieron a parar a las salas del museo por su calidad « científica » ; hoy, sin despreciar ese aspecto, el público viene a contemplarlas sobre todo como obras « artísticas ».

Cuatro grandes episodios culturales comprende esta exposición : el prehistórico, el africano, el oceánico y el americano. La prehistoria está representada sólo por tres

piezas halladas en el territorio de lo que hoy es Francia, pero puede decirse que las tres son fundamentales : la llamada « Venus » de Lespugue, un esquisto grabado y un propulsor esculpido en cuerno de reno.

Discípulo yo mismo durante varios años del gran maestro André Leroi-Gourhan (1), me cuidaré muy bien de opinar sobre el destino posible de dichas obras. Baste describirlas sucintamente. La « Venus » pertenece a esa familia de figuras femeninas obesas, de enormes senos y nalgas protuberantes, que quizá hayan correspondido a oscuros ritos de fertilidad. Pertenece al paleolítico superior, al final de la época auríacense, y fue descubierta en 1922. La figura total (apenas de quince centímetros de altura) está esculpida en un colmillo de mamut y podría inscribirse en un losange. El volumen general está todo él formado por sub-volúmenes esféricos que le dan el aspecto de un racimo apretado de uvas. El anónimo « escultor » experimentaba un verdadero placer en tallar con maestría la figura que se había propuesto.

La placa grabada es un esquisto y su época la magdalenense. Ambas caras están « dibujadas » con una incisión finísima que retiene la luz y da un trazo blanco que se destaca sobre el fondo más oscuro de la piedra. Se trata, en los dos casos, de representaciones « naturalistas » de animales : renos y bisontes, vistos con la acuidad del

(1) André Leroi-Gourhan : *Les religions de la Préhistoire*, París, 1964.

cazador habituado a seguir el más mínimo movimiento de sus presas.

Por último, la extremidad del propulsor llamado de « Trois-Frères », es una obra maestra de escultura animalística. Proviene también del magdalenense, está realizada en cuerno de reno y representa dos cabritos afrontados luchando o simplemente jugando como hacen los cachorros. En nueve por siete centímetros hay todo un estudio de actitudes y un repertorio de distintas técnicas de la talla.

El resto de la exposición está consagrado a la época histórica, y si deliberadamente excluye obras asiáticas o europeas, es para poner de relieve el arte de tres culturas « descubiertas » sucesivamente por los artistas y los intelectuales de Occidente en lo que va de siglo, o sea, por orden cronológico : la del Africa negra, la de Oceanía y la de América.

Las obras africanas deslumbraron a ciertos grandes poetas como Guillaume Apollinaire, Blaise Cendrars y Tristan Tzara que las coleccionó con pasión ; e influyeron en pintores como Matisse, Picasso y Braque. Las oceánicas fueron descubiertas más bien por otro grupo, principalmente el de André Breton y sus amigos. Por último, las americanas puede decirse que han sido las últimas en haber sido apreciadas como fuente de inspiración por los artistas europeos.

Los cuatro grandes apartados de la exposición —prehistórico, africano, oceánico y americano— suponen cuatro mundos distintos entre sí. Una de las grandes labores de estos últimos cincuenta años ha sido, precisamente, la de tratar de determinar la función que cada una de esas artes desempeña en el seno de las sociedades que les dieron origen.

No hay duda de que el denominador común es el sentimiento religioso que inspira a unas y otras : dioses, antepasados divinizados, fuerzas naturales, potencias sobrenaturales son siempre los motores que han inspirado las obras artísticas de los hombres desde el paleolítico hasta nuestros días en los pueblos abusivamente llamados « salvajes » o « primitivos ».

En el « artista » prehistórico existe ya una doble personalidad —o dos actitudes distintas que no se confunden entre sí— :



IMAGEN DEL DIOS GOU. DAHOMEY  
(Col. Musée de l'Homme. Paris)

la que llamamos « naturalista » para simplificar, y la de la sabia deformación que podríamos denominar « expresionista » forzando un poco los términos.

La escultura negra (2) es « operatoria » y abarca dos tipos de objetos : las *imágenes de los antepasados* y las *máscaras rituales*. Los primeros protegen a quien los venera o los posee ; los segundos dan poder, fuerza al que los utiliza en las ceremonias apropiadas. Su característica es la violencia en la expresión (salvo en esas sua-

(2) Cf D.C. Bayón : « El arte negro o la visualización del mito », *Cuadernos*, nº 93.

ves obras cortesanas y realistas del antiguo Ifé y del moderno Benín), y la condensación « cúbica » de la forma, que tanto iba a influir en el mejor arte europeo de principios de siglo, el llamado —precisamente— cubismo. Y conste que este último carácter —dice Michel Leiris en el prólogo del catálogo— no viene tanto de una « voluntad de forma » como creía Carl Einstein (3) como del hecho material (nunca despreciable) de ser la mayoría de las obras de madera y talladas a cuchillo, lo que crea necesariamente esos planos dominantes según los cuales se orienta la masa total de la escultura.

En cambio, el arte oceánico concierne principalmente al culto de los antepasados, cuyas imágenes protectoras están en todas partes : en los postes de entrada de las cabañas o en los mástiles en que rematan sus techos de paja ; en las proas o las popas de las embarcaciones ; en los escudos que enarbolan los guerreros en la lucha. En cuanto a la forma en sí, puede decirse que no es continua ni monocroma como la africana. Por el contrario, la expresión oceánica encuentra sus mejores acentos en los materiales ligeros como las cortezas, en los tejidos de mimbre, en los relieves calados, que se cubren todos ellos de rafia, de plumas multicolores, de semillas ensartadas. No es difícil comprender que esta, para nosotros loca imaginación, apoyada casi exclusivamente en la figura humana y en la fauna estilizada hasta hacerse abstractas, haya fascinado a los surrealistas occidentales. Claro que en esta generalización un tanto grosera correríamos el riesgo de no tener en cuenta justamente las obras maestras de la cultura : las grandes estatuas monolíticas de la Isla de Pascua, divinidades impasibles talladas en estilo hierático.

Por último, el arte americano posee aún a su vez otras características individuales que lo separan del que se practicaba en África o en Oceanía. Para Paul Westheim —que cita Henri Lehmann en el prólogo del catálogo—, en el arte europeo « se parte del hombre para llegar al hombre », mientras que en el arte mexicano « se parte del mi-



IMAGEN DEL DIOS KU-KAILI-MOKU. HAWAI  
(Col. Musée de l'Homme. Paris)

to para llegar al mito ». Y Westheim cita el caso del tratamiento antipódico que griegos y aztecas han dado a una divinidad casi universal : la diosa de la Tierra. Mientras los griegos la representan como una bella mujer, Démeter, los mexicanos antiguos cuando quieren visualizar ese mismo principio en la imagen de Coatlicue le dan la forma de un bloque ciclópeo, vagamente humano, cubierto de cabezas de serpiente, de garras y de un collar de corazones y de manos cortadas.

\*

Hemos mencionado ya las obras que aquí representan a la prehistoria. Vayamos aho-

(3) Carl Einstein : *Negerplastik*, Leipzig, 1915 ; *Afrikanische Plastik*, Berlín, 1921.

ra al resto de la exposición hablando en detalle de las obras más hermosas o más logradas, puesto que para eso han sido esta vez reunidas.

El arte negro está admirablemente ilustrado en más de veinte piezas de excepción. Algunas las acabábamos de ver en la exposición del « Pavillon de Marsan » (4) y nos agrada volvérnoslas a encontrar como a viejas amistades. Una de las más impresionantes es la diosa Nimba, diosa de la fecundidad, que viene de Guinea y cuyo cuerpo de madera con cabeza en forma de pico se cubre con una profusa vestidura de rafia. Otra, es la preciosa placa en altorrelieve, realizada en bronce y proveniente de Nigeria. Otra, en fin, el extraordinario tambor vertical que figura un buey estilizado y no es otra cosa que un tronco de 2,30 m de largo por 0,80 m de ancho, paciente-mente ahuecado.

Hay aún otras obras que nos eran desconocidas o que habían pasado inadvertidas en nuestras anteriores visitas al Museo. Cito, sin ir más lejos, el Jinete, de Mali, personaje hermafrodita montado sobre un animal indeterminado cuyas patas se han roto. El jinete está echado hacia atrás en su montura, con los brazos en alto por encima de la cabeza, y transmite una inolvidable impresión de fuerza y de violencia pese a su tamaño reducido.

También es del mejor expresionismo ese misterioso mono mendigo de la cultura Baulé de la Costa de Marfil que tiende su copa sin que los especialistas se pongan de acuerdo en su verdadera función, religiosa o mágica. En fin, una de las obras maestras de la exposición es, sin lugar a dudas, la imagen de Gou, dios de la guerra y los metales entre los integrantes de la cultura Fon, del Dahomey. Mide 1,65 y está todo él realizado con chatarra de origen europeo. La imagen consiste en una especie de campana hueca que figura una vestimenta corta de la que salen dos largas piernas y dos finos brazos terminados en manos muy expresivas. La cabeza es una construcción admirable de tuercas, pernos, cadenas, todo ello torcido, recortado utilizando técnicas de martillado y ajustes por me-

dio de tornillos y clavos. De la figura emana, misteriosamente, una majestad, una grandeza incomparables que la hacen sin duda una obra maestra de la escultura universal.

Las artes de Oceanía están también muy acertadamente representadas. Mi « iniciación » a esta cultura, tan alejada de la nuestra, la debo a *Do Kamo*, de Maurice Leenhardt (5), libro maravilloso que me abrió a la comprensión de otros mundos mentales. Imposible, pues, que en la corta extensión de un artículo de revista quiera intentar el « desciframiento » de estas imágenes oceánicas. ¿Cuáles elegir para mencionar?

Sin duda la estatuíta de treinta y cinco centímetros de altura de la Isla Nukuoro, una de las que componen la Micronesia: lisa, pulida, toda resuelta en planos simplificantes. Y también el admirable dios de la guerra: Ku-Kaili-Moku, de las Islas Hawai, hecho de una armadura de mimbre, originariamente recubierta de plumas rojas. Se trata, en realidad, de una gran cabezota cuyos ojos están formados por dos valvas en cuyo centro se ven unas gruesas cuentas opacas, mientras que los dientes están figurados por una fila de semillas puntiagudas. La descripción parece pueril; no obstante, el resultado es terrible y esa imagen debía causar en el enemigo ese efecto paralizante que decide el triunfo.

No se puede dejar de mencionar el plato alargado de madera —también hawaiano— cuyas asas son dos mujercitas estilizadas violentamente que acompañan la forma estirada subrayándola con maestría. Por encima de todos y de todo la gran cabeza, alta casi como un hombre, tallada en un bloque de andesita y que viene de la Isla de Pascua. El hieratismo es perfecto y está producido por una gran nariz protuberante, una dura boca hecha de un solo tajo, un mentón prognático y unos ojos inescrutables: el todo visto en grande, sin detalles nimios o empequeñecedores...

Por último llegamos a nuestra América. Hay aquí muchas piezas raras y valiosas. Para empezar, un gran cuero curtido y pintado por los indios Sioux del Canadá, re-

(4) Véase mi artículo ya citado, en *Cuadernos*, nº 93.

(5) Maurice Leenhardt: *Do Kamo*, París, 1947.

presentando la « danza de los bisontes ». Este objeto excepcional fue enviado a Francia en 1786 y a instancias de Luis XVI para servir a la educación de los príncipes de sangre real. También del Canadá —pero de la Columbia Británica— son una admirable máscara de roca verdosa, y un yelmo con rasgos humanos, grandioso como una escultura etrusca.

Ya sabemos, con todo, que es siempre México mediante su abanico de culturas el que sale vencedor de estas confrontaciones. Sobre todo no estando aquí presentes las maravillosas cerámicas peruanas que también encierra este museo. Resumiendo, no haré sino citar las obras que más me han impresionado esta vez : un minúsculo personaje de rostro felino de la cultura olmeca ; dos máscaras de piedra de la civilización Teotihuacán III, de una severidad egipcia ; algunas estatuillas de cerámica de los totonecas de la costa del Golfo, y siempre en esa misma cultura : un rostro en forma de hacha y un pesado yugo de balsalto verde...

Lo más imponente me parece, sin embargo, pertenecer a las dos grandes culturas tradicionales. Representando a la maya yo elegiría una máscara apenas modelada en frágil estuco que fue hallada en Palenque y nos resulta hoy de una actualidad emocionante.

Y dos imágenes del mismo dios azteca. Una representa a Quetzalcóatl en pórfito rojo : el bloque compacto culmina en un rostro que emerge de la confusión del cuerpo emplumado del ofidio y los brazos y las piernas del hombre. Pero, más terrorífica aún, es la otra imagen del mismo dios : la forma tallada en andesita es una espiral en la que se reconoce el cuerpo de la serpiente de cascabel cubierta de plumas de quetzal. Esa forma se repliega en sí misma, parece vivir y nos da frío en las vísceras que recuerdan, incomprensiblemente, lo ancestral que debemos a la tierra.

Enseñanza del museo científico cuando lo dirigen hombres que no sólo piensan con la cabeza sino que sienten también con todo el cuerpo y todo el espíritu.

QUETZALCOALT, DIOS AZTECA  
(Col. Musée de l'Homme. Paris)



# LA JOVEN POESIA PARAGUAYA

No es fácil hallar un común denominador estético para definir la poesía de la última promoción literaria del Paraguay, no obstante la coincidencia en la problemática histórica, el compañerismo y la fe de sus integrantes en la dignidad y trascendencia de la creación artística.

Es evidente, sin embargo, que el movimiento encarnado por los jóvenes poetas paraguayos tiende a superar las limitaciones estilísticas y conceptuales de la promoción anterior, que no ha podido sustentar, salvo contadas y tardías excepciones, una concepción original a la altura del tiempo histórico y del devenir estético en un mundo en que han sido violentados o subvertidos no sólo la noción del valor, sino los propios principios que fundamentan la dignidad del hombre.

A partir de esa actitud crítica, cada poeta ha emprendido la búsqueda de su módulo expresivo personal, rehusando préstamos, pero tratando al mismo tiempo de rescatar los elementos vivos de la tradición literaria moderna.

Desde un punto de vista más amplio, cabe señalar que esta promoción se vincula a los movimientos que en el curso de los últimos años reivindicaron en América y Europa el sentido de solidaridad humana y procuran la restitución de los poderes de la poesía a la conciencia social.

Por otra parte, la obra de estos poetas implica un enérgico rechazo de cierta tendencia a negar el criterio de valor en la estructuración de la obra de arte, así como a despojar el poema de sus virtualidades humanas en un conato de anulación de la responsabilidad histórica del espíritu creador.

M. A. F.

## El hombre

EL HOMBRE *está mirando.*  
—«¿Por dónde la salida?»—  
*El muro es alto*  
*y negro.*

*El viento frío*  
*agita*  
*sus vegetaciones erizadas.*

*El hombre espera. Busca*  
*en qué sentarse. En torno*  
*no hay nada.*

*Viento.*  
*Noche.*

*El hombre piensa*  
*y graba*  
—«¿Por dónde la salida?»—  
*figuras en la arena.*

FRANCISCO PEREZ-MARICEVICH

## Interrogación

*ANTES de ser*  
*verdad,*  
*cosa palpable,*  
*antes que llaga,*  
*lágrima,*  
*alarido,*  
*antes de ser*  
*carajo,*  
*sueño violado,*  
*vómito,*  
*verbo perdido,*  
*antes que hueso*  
*de cargar*  
*sin remedio,*  
*antes de andar*  
*a gatas*  
*por la vida,*  
*antes,*  
*atrás de todo pasmo,*  
*qué soledad,*  
*qué pozo,*  
*qué tumulto*  
*habítbamos... ?*

MIGUEL ANGEL FERNANDEZ

## Poema

AFLOJA tu cuerpo y descansa  
olvida tu encierro  
acuéstate compañero que la oscuridad te nombre  
que el dolor descansa también que se olvide  
que el aire detenido caiga en tu cara  
y parezca el viento arremolinado de diez mil  
caballos que se fugan  
y el ladrillo del piso también  
se entibie en tu ternura  
deja que tu cuerpo libre derrumbe el muro  
y salga a caminar por la ciudad  
que mire las luces de la noche  
y contemple la irresponsabilidad del amor  
afloja tu cuerpo y descansa  
y que tu pelo negro sea un río violento  
y duérmete  
y entra al sueño con tus martillos y tus rosas  
y tus durezas  
y tus siglos  
y tu limpia sonrisa  
y conversemos

MAURICIO SCHVARTZMAN

## Yo

Yo cuando siempre y por entonces mudo,  
abierto hasta el dolor, sin presentirlo,  
sol de mi sombra amparado escudo,  
aullantes de nostalgias mis sentidos,  
yo sin saber, y oscuro retenido,  
agitando rincones agoreros,  
buscando entre las risas otros labios  
de azucenas lloradas de aguaceros.  
Yo siempre así, sin fuerza para el río,  
para nadar lo gris de la corriente,  
hecho de masa inerte y sollozada  
en la inquietud de ser adolescente.  
Yo sin virtud, que por matar la mía  
abandoné el silencio y la expectancia  
y oscureciendo el tono de mis ojos  
dejé morir sin rosas una infancia.  
Sí, siempre yo y ya nunca consentido  
de un huérfano dolor y canto mío,  
igual a todos y aterido y triste,  
yo frente a mí y ya nunca niño mío.

JOSE LUIS APPELYARD

## *Yo rechacé el silencio*

YO RECHACÉ *el silencio*  
*este ser desolado como muerto*  
*el navegar de noche sin horario*  
*creciendo puro intacto solitario*

*Esa luz me sedujo por momentos*  
*cementerio sin huesos caído o despeñado*  
*Qué más da*  
*Y sin embargo qué dolor esta sed devoradora*  
*desterrando fantoches en una noche sola*  
*y uncido con mi ser y mi palabra*  
*he cabalgado el tiempo*  
*desparramé en mi oscura ciudad los monstruos vanos*  
*Yo elegí no ser un día para quererlo todo*  
*Oh ermitaño que va creciendo a ciegas tanteando*

ESTEBAN CABAÑAS

## *Hay veces*

HAY VECES *en que nadie*  
*recuerda*  
*que existimos ;*  
*que la vida se encoge*  
*y nos aprieta*  
*y que es difícil despertar*  
*cada mañana*  
*la sangre en nuestras venas.*

*Días de conversar*  
*al esqueleto, doblados hacia adentro,*  
*y de llorar a oscuras*  
*sobre estos mismos huesos,*  
*de usar la propia piel*  
*como mortaja, y decirle*  
*a la vida que no estamos,*  
*y que vuelva otro día.*

ROQUE VALLEJOS



## De la lente de Galileo al telescopio del Monte Palomar

POR EL PROFESOR LOUIS ROUGIER

UNA HERMOSA noche de verano, en el jardín de su casa de Padua, Galileo Galilei, cuyo cuarto centenario acaba de celebrarse en Italia y en el mundo entero, dirigió bruscamente hacia el cielo su *occhiale*, la lente astronómica capaz de acercar 30 veces los objetos y, por consiguiente, de aumentar 900 veces su superficie y 27.000 veces su volumen.

Aquella noche, estalló en pedazos el cristal del cielo, con su esfera de estrellas fijas. El sabio mecanismo de los ciclos y de los epiciclos de Ptolomeo se detuvo para siempre. Ante la mirada deslumbrada de los hombres, apareció un mundo nuevo, un mundo ya no cerrado, sino abierto al infinito, espolvoreado por la nieve difusa de las nebulosas. Y, una vez que hubo cambiado el sistema del mundo, el alma humana cambió de dirección. Con este prodigio de una noche de verano, empezaron los tiempos modernos.

### El mundo cerrado de Aristóteles

Hasta entonces, la humanidad había vivido en un mundo cerrado y confortable. cuya estructura era obra de los geómetras griegos. El *De Coelo* de Aristóteles parecía haber fijado para siempre su imagen definitiva. El Universo estaba constituido por dos regiones bien definidas. El mundo celeste, compuesto de una quintaesencia incorruptible, asimilada a un fuego sutil. se

extendía desde el orbe de la luna hasta la esfera de las estrellas fijas, esfera que giraba completamente en torno a sí misma en un plazo de veinticuatro horas. La Luna, el Sol y los cinco planetas (Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno) trazaban sobre la esfera celeste sus rutas aparentemente caprichosas, que el genio matemático de los griegos había reducido a una combinación cinemática de movimientos circulares y uniformes; en efecto, únicamente estos movimientos, que se repetían sin fin, idénticos a sí mismos, eran dignos de los astros divinos, puesto que, desde Pitágoras, se consideraba que la circunferencia era la curva más perfecta.

En la concavidad del orbe de la Luna se encontraba el mundo sublunar, compuesto de una mezcla inestable de los cuatro elementos: la tierra, el agua, el aire, y el fuego. Era la sede del devenir, de la generación y de la corrupción. La Tierra ocupaba su centro. El alma humana era una chispa robada a los fuegos celestes, que había caído en la tumba del cuerpo como consecuencia de una culpa cósmica o personal. Pero, tras diversas tribulaciones, el alma había de volver, liberada de su cuerpo, blanca y una, a su astro original para proseguir en él una vida eterna.

Esta es la visión del mundo que encanó el alma antigua. Al levantar los ojos hacia el cielo, todo el mundo podía contemplar en él la faz resplandeciente de los astros, divinidades tutelares que observa-

ban todo cuanto ocurría en la tierra y a las cuales nada escapaba, de tal modo que ningún crimen oculto podía quedar sin castigo. Así pues, ni en los Griegos ni en sus discípulos romanos suscitaba el espectáculo del Cosmos ninguna sensación de vértigo, de opresión o de abandono. Tenían, por el contrario, una sensación de alivio, de admiración y de agradecimiento. El universo parecía existir para el servicio del hombre en esta vida y para su supervivencia gloriosa en la otra.

Cuando triunfó el Cristianismo, esta imagen del mundo no se abandonó más que de una manera parcial. Desde luego, el mundo dejó entonces de ser eterno : había tenido un principio y tendría un fin. El monoteísmo judeo-cristiano, con la idea de un Dios creador existente fuera del mundo, substituyó al politeísmo astral. La creencia griega en la inmortalidad celeste de las almas se amalgamó, más o menos bien, con la creencia semítica en la resurrección de los cuerpos el día del Juicio Final. Los astros dejaron de ser dioses. De todos modos, los ángeles guiaban sus trayectorias ; así se les puede ver representados en los mosaicos del nártex de San Marcos de Venecia. Pero la estructura del mundo seguía siendo la misma : no había hecho más que complicarse para tener en cuenta lo que dicen las Sagradas Escrituras, añadiendo al cielo de las estrellas fijas un cielo cristalino en el cual estaban contenidas las aguas celestes. Luego, culminando el conjunto, estaba el Empíreo, residencia de la Trinidad, de la Virgen y de los Santos.

En el centro del mundo, encima del horrible y tenebroso infierno de donde salían constantemente los demonios tentadores, se encontraba la Tierra inmóvil, sobre la cual el hombre, caído, pero redimido, era libre de elegir entre el bien y el mal y tropezaba constantemente con las trampas de Satán. Pero le sostenían la gracia de Dios, la protección de la Virgen y la intercesión de los santos, si sabía obtenerlas. Comparada con la del mundo antiguo, era esta una visión dramática, pero que seguía siendo a la medida del hombre, el cual permanecía en el centro de interés.

Tal fue la imagen del mundo que inspiró la Edad Media y que encontramos en *La Divina Comedia*.

## La revolución de Copérnico

Hacia mediados del siglo XVI, Copérnico, partiendo de una teoría abandonada que había encontrado leyendo a Cicerón y a Plutarco —la de Aristarco de Samos, que vivió en el siglo III antes de J.C.—, demostró que se podía simplificar el mecanismo complicado de los ciclos y de los epiciclos imaginado por Ptolomeo para poder conciliar el movimiento circular de los planetas con las trayectorias caprichosas que presentaban sus cursos, haciendo circular la Tierra y los planetas alrededor del Sol, considerado como centro del universo : « A pesar de que esta opinión pareciera absurda —escribía Copérnico—, creí que, puesto que otros habían imaginado tantos círculos como les fueron necesarios para explicar los fenómenos celestes, yo podía permitirme intentar explicar más correctamente que ellos la marcha de los cuerpos celestes, haciendo que la Tierra se moviese. »

Su obra, *Las Revoluciones de las Orbitas Celestes*, salió de las prensas de Nüremberg el mismo día de su muerte, el 24 de mayo de 1542, con un prólogo que no era suyo, sino de uno de los sabios encargados de la impresión del libro. Este prólogo de Osiander presentaba el sistema heliocéntrico como un simple artificio matemático destinado a calcular con más comodidad el anuario de los tiempos. El sistema heliocéntrico se oponía a las Escrituras, que el Concilio de Trento obligaba a interpretar al pie de la letra ; pero, presentado como simple hipótesis, no levantó ninguna objeción. La lente de Galileo, aquella noche de verano de 1609, al revelar cielos nuevos, confirmó la realidad física del sistema heliocéntrico.

Galileo informó a sus contemporáneos de sus sorprendentes descubrimientos en el *Sidereus Nuncijs* (*El Mensajero Celeste*), publicado en febrero de 1610. Estos descubrimientos habían de coligar en contra suya a peripatéticos y teólogos.

A Kepler que le dirigió este grito de triunfo al recibir el *Sidereus Nuncijs* : « Galilae, tu vicisti ! », Galileo respondió el 19 de agosto de 1610 : « Eres el primero y casi el único que, tras un rápido examen de las cosas y gracias a tu pensamiento independiente y a tu espíritu elevado, tie-

nes fe en mi informe... ¿Qué me dices de los primeros filósofos de la Facultad de aquí (la de Pisa) a los cuales he ofrecido mil veces, espontáneamente, enseñarles mis trabajos y que, con la obstinación inerte de una serpiente ahita, se niegan a ver planetas, Luna y telescopio? En verdad, igual que la serpiente cierra sus oídos, ellos cierran sus ojos a la luz... Este tipo de personas considera a la filosofía como especie de libro, por ejemplo como la *Eneida* o la *Odisea*. Según ellos, hay que buscar la verdad no en el espacio celeste, no en la naturaleza, sino (y utilizo sus propias palabras) en la comparación de los textos. ¿Qué hacer? ¡Creo, querido Kepler, que nos reiremos de tamaña tontería! »

La oposición de los hombres de Iglesia no fue menos viva. ¿No era el sistema heliocéntrico contrario a las Escrituras? Josué, para asegurar su victoria, ¿no había detenido el sol? ¿Es que la Luna podía ser otra Tierra, cuando el Génesis dice : « Y Dios hizo dos astros, uno grande para presidir el día, y otro pequeño para presidir la noche »?

Un amigo veneciano de Galileo, el padre Paolo Sarpi, escribía melancólicamente : « Preveo que esta cuestión de física y astronomía se transformará en una cuestión teológica y que, con gran dolor por mi parte, Galileo se verá obligado a retractarse para poder vivir en paz y escapar a la deshonra del hereje y del excomulgado. Llegará un día en que los hombres de entendimiento, más esclarecidos, deplorarán la desgracia de Galileo y la injusticia cometida con este gran hombre, pero, por ahora, no tendrá más remedio que soportarlas y lamentarse de ellas en secreto. »

### El sistema de Newton

Al final de su carta dirigida a la granduquesa de Toscana (1615), Galileo había escrito con orgullo : « Desde luego, no cabe duda de que el Soberano Pontífice tiene, en todos los casos, poder absoluto para aprobar y condenar todas las proposiciones que no dependen directamente de la fe ; pero ningún ser humano tiene el poder de hacer que sean verdaderas o falsas y distintas de lo que son por naturaleza y de una manera efectiva. »

No existe poder capaz de detener el espíritu humano en busca de la verdad. Todo el mundo lo comprendió cuando, en 1687, se publicaron los *Principios matemáticos de la Filosofía natural* de Newton.

Copérnico había destronado a la Tierra del centro del universo. Kepler había substituído el reino de la circunferencia por el de la elipse, demostrando que los planetas describen elipses alrededor del Sol, situado en uno de los focos, y formulando, a partir de esta premisa, las otras dos leyes de los movimientos planetarios. Galileo había fundado la dinámica y enunciado las leyes de la caída de los cuerpos. Newton iba a hacer la síntesis de estos descubrimientos, creando un sistema de cálculo adecuado, el cálculo diferencial.

Mediante tres principios —el principio de que una fuerza determina una aceleración, el principio de la inercia y el principio de la igualdad de la acción y de la reacción— y una ley muy sencilla, la ley de la gravitación universal (« Los cuerpos se atraen en razón directa de su masa y en razón inversa del cuadrado de sus distancias »), Newton explicaba, gracias a la misma mecánica, los fenómenos celestes y los fenómenos terrestres, los movimientos planetarios y sus aberraciones, la caída de los granos de arena y el movimiento de los proyectiles, la masa del sol y las órbitas de los cometas.

La nueva astronomía, que convirtió el mundo cerrado de Aristóteles en el mundo abierto de Galileo, mundo cuyo centro se encuentra en todas partes y cuya circunferencia no está en ninguna, producía vértigo a Pascal. Le hacía sentir la desproporción del hombre suspendido entre dos abismos, « una nada respecto del infinito, un todo respecto de la nada, un punto medio entre todo o nada ». Ahora bien, el sistema de Newton, a pesar de desposeer al hombre de su lugar privilegiado como centro del universo, lo reconfortó al demostrarle que una mecánica que con medios tan parcos produce efectos tan admirables, no podía más que ser obra de un gran arquitecto de la naturaleza, que los deístas del siglo XVIII comparaban unas veces con un sabio relojero y otras con un prodigioso calculador.

Tranquilizado por Newton, el hombre

del siglo XVIII pudo proclamar, como el salmista, que los cielos cantan la gloria del Creador. Lagrange dio su forma canónica a la mecánica. Partiendo de ella, Laplace demostró, en su *Exposición del Sistema del Mundo* (1794), la estabilidad del sistema solar. El Universo tomaba el aspecto de un mecanismo montado para funcionar eternamente.

### El modelo de Universo de Pasadena

A partir de este momento, los progresos de la astronomía iban a depender de los progresos técnicos realizados en la construcción de telescopios y en la fabricación de espejos, de los progresos de la astrofísica que, en lugar de estudiar los astros en cuanto puntos matemáticos, estudia su naturaleza físico-química gracias al análisis espectral, y de los progresos del instrumento matemático. La máquina estable de Newton y de Laplace iba a convertirse en la imagen de un universo en plena evolución.

Nos encontramos en 1935, en el « Caltec », en medio de los jardines encantados de Pasadena, situados entre el monte Wilson y la polvareda diamantina de Los Angeles, que recuerdan los de Klingsor. Cuatro hombres, Hubble, Humason, Richard Tolman y Einstein, escriben en una pizarra modelos de universo.

Primer modelo que están de acuerdo en desechar : el modelo que Einstein propuso en 1916, partiendo de la teoría de la gravitación generalizada. Esta teoría, que identificaba el campo gravítico con un campo métrico, suponía una repartición de las galaxias prácticamente uniforme en todo el universo y deducía de la densidad media de la materia cósmica el valor del radio de curvatura del espacio, el cual resultó ser riemanniano, pues el espacio euclidiano corresponde a un universo vacío de materia. Se trataba de un modelo estático en el cual se introducía una constante cosmológica bastante sorprendente. Modelo sobrepasado ya, puesto que no tenía en cuenta la recesión de las nebulosas descubierta por Edwin P. Hubble gracias al ojo enorme del telescopio gigante de 2,54 m. de abertura, inaugurado en el monte Wilson el 1° de noviembre de 1917.

Al descubrir las estrellas pulsantes llamadas « variables Cefeidas » en la gran nebulosa espiral de Andrómeda, Hubble pudo establecer una correlación entre el período de pulsación de la estrella y su luminosidad absoluta. Esta relación permitió calcular que Andrómeda se encontraba a una distancia de más de 750.000 años-luz, es decir, a una distancia equivalente a unas trescientas veces el radio de la Vía Láctea. Otras nebulosas espirales, más pequeñas y más pálidas, deben de estar mucho más alejadas. En resumen, Hubble hizo salir las nebulosas espirales fuera de nuestra galaxia y consagró su independencia al decir que cada una de ellas estaba formada por varios miles de millones de estrellas.

Pero no se detuvo aquí. Se sabía que las rayas espectrales de los rayos emitidos por las nebulosas espirales se desvían hacia el rojo. Interpretado como efecto por Doppler-Fizeau, este fenómeno significa que esas nebulosas se alejan del espectador. Con la ayuda de Humason y utilizando el espectrógrafo de desajuste, Hubble estudió miles de fotografías de espectros de nebulosas extragalácticas. Estas fotografías confirmaron la recesión de las nebulosas. El universo poblado de galaxias se halla en estado de rápida expansión : cada galaxia se aleja de otra a una velocidad proporcional a la distancia que las separa.

Había que orientarse hacia modelos de universo no estáticos, de radio variable. Esto fue lo que hizo Sitter imaginando un universo de dimensiones variables en el curso del tiempo, pero, por desgracia, vacío. Ya en 1922, Friedmann había demostrado que « el universo esférico » de Einstein era dinámicamente inestable. En 1927, el padre Lemaître elaboró otro modelo partiendo de un estado primitivo de extrema condensación, que llamó el átomo primitivo, cuya masa atómica era igual a la del Universo.

Según él, este átomo primitivo hizo explosión lo mismo que un obús y los pedazos de metralla proyectados a lo lejos se habrían convertido en las galaxias. La relación entre la velocidad de recesión de las nebulosas y la distancia descubierta por Hubble permitió fijar en  $1,7 \cdot 10^9$  años la fecha de la explosión inicial, fecha que hay que hacer retroceder a 3,4 miles de millo-

nes de años, teniendo en cuenta las correcciones del astrónomo alemán Behr.

Este creacionismo no convenía a Richard Tolman. Al aplicar la teoría de la relatividad a la termodinámica, Tolman llegó a concebir un universo en forma de acordeón que, alternativamente, se dilata y se contrae. Por lo tanto, la entropía y la flecha del tiempo se invierten alternativamente, sin llegar nunca al estado de reposo. De esta forma, se lograría escapar a la muerte calorífica como consecuencia del principio de Carnot-Clausius. También se lograría escapar a un universo que, a fuerza de diluirse en un espacio en constante expansión, terminaría por desvanecerse en una especie de Nirvana.

### El telescopio del Monte Palomar

Invitado por Millikan y por Hale, he aquí a Einstein que discute con Hubble, Humason y Tolman. No evocan la imagen de miríadas de estrellas, de cefeides, de galaxias, de novae, de polvo interestelar. En la pizarra, convertidos en nuevos demiurgos, inscriben ecuaciones de signos cabalísticos, cada una de las cuales contiene un modelo de universo.

Para ponerlos de acuerdo, Hale, cuya obstinación nos ha valido el telescopio del monte Wilson, estima que hay que construir un supergigante de 5 metros de abertura : dos mil millones de dólares para ganar 1,5 de magnitud ; pensándolo bien, es una suma irrisoria para los resultados que cabe esperar.

Primer resultado : el astrónomo Baade, prosiguiendo el trabajo de Hubble, se da cuenta de que en el cálculo de las medidas cósmicas hay que duplicar las distancias ; la consecuencia de esto es que el poder de penetración del telescopio del Monte Palomar alcanza los dos mil millones de años-luz, y que hay que dividir por dos la velocidad de recesión de las galaxias.

Segundo resultado : Hubble había considerado las galaxias como « ciudades de estrellas » dispersas al azar en el espacio. Una beca de dos años permitió al físico suizo F. Zwicky descubrir, en el Monte Palomar, que las galaxias se aglutinan formando aglomeraciones que a veces agrupan mi-

les de miembros y que existen inmensos puentes luminosos, bajo forma de rastros lechosos cuya longitud puede alcanzar los setenta mil años-luz, tendidos entre las galaxias-miembros de estas aglomeraciones. De este modo, una nueva dimensión viene a enriquecer la arquitectura del universo.

Desde el momento en que se construyó el telescopio del Monte Palomar, han aparecido otros medios de sondeo del espacio. El más poderoso es la radioastronomía. La luz no es más que un pequeño sector de la irradiación electro-magnética. Los cuerpos celestes emiten también ondas de gran longitud cuyo espectro se extiende desde un centímetro hasta diez metros. En las enormes distancias, estas ondas penetran más y se amortiguan menos que la luz ; por tanto, los detectores modernos pueden captarlas con mayor facilidad. Por ejemplo, en la actualidad, los radiotelescopios más sensibles pueden captar ondas que han tardado ocho mil millones de años en llegar hasta nosotros ; estas ondas han sido emitidas por las galaxias y los medios ópticos no hubieran podido revelárnoslas nunca por sí solos.

Cada año que pasa es testigo de la aparición de nuevos telescopios, como el de Kitt Peak (Arizona) que, con sus tres espejos, está especialmente adaptado para el estudio físico y químico del Sol.

Gracias a estos prodigiosos instrumentos dirigidos constantemente hacia el cielo, nos encontramos en pleno vértigo, muy lejos de aquel universo finito y cerrado cuyo centro ocupaba cómodamente la humanidad. ¿Qué significado tiene esta inmensa epopeya de mundos en gestación, esta pirotecnia gigantesca en la cual algunos planetas olvidados escaparon por inadvertencia a la acción purificadora del fuego y a la acción aseptica del frío? El enigma del universo ha adquirido una nueva dimensión.

Desde la lente de Galileo hasta el telescopio del Monte Palomar, ¡qué distancia hemos recorrido! Para la caña pensante que somos, el mundo resulta cada vez más asombroso. Pero, como diría Pascal, lo que resulta realmente asombroso no es la extensión del campo de las estrellas, sino que el espíritu humano haya sido capaz de medirlo.

## El Modernismo hispanoamericano y sus fuentes francesas

POR MARIE JOSEPH FAURIE

**L** EYENDO a Darío... Ruego a los admiradores de Guillermo Valencia me perdonen esa fórmula imitada del título de un bellissimo poema de Ritos. «Leyendo a Silva» es como Valencia sintió el choque fecundo de la emoción, que se desarrolló en dolorosa meditación y cristalizó en admirables versos. «Leyendo a Darío» es como sentí a mi vez el choque de la emoción, que también fue fecundo, aunque sólo logré darle la forma de una modesta tesis: *El Modernismo hispanoamericano y sus fuentes francesas*, presentada en la Sorbona el 26 de junio de 1963.

\*

Leyendo a Darío, decía. Sí. Porque en la obra del gran Rubén encontré frases como éstas: Yo soñaba con París desde niño a punto de que cuando hacía mis oraciones rogaba a Dios que no me dejase morir sin conocer París. (...) Cuando en la estación de Saint-Lazare pisé tierra parisiense creí hollar suelo sagrado.» Férvidas palabras que hacían latir con dulce agradecimiento mi corazón francés. Así, pues, del otro lado del mar una voz se había levantado diciendo su amor a Francia, y no era única, que otras muchas le hacían coro. La de Amado Nervo:

*¡Oh, sí! ¡yo tornaré, París divino!*

*Mas sé que ni la vida ni el destino impedirlo podrán. Es un camino fatal el que nos une. Tornaré!*

Y la de Julián del Casal, dulcemente entregado a «su última ilusión»: vivir en aquel París de sus sueños, tierra del Arte y de la Belleza... Y las del grupo todo de los espléndidos poetas modernistas. Y las de los críticos literarios de allá que comprobaban ese fervor francófilo y se complacían en subrayarlo: «Los pueblos impacientes de vida, que se alejaban de la vieja España, como una bandada de adolescentes de una reunión de abuelas —escribía Manuel Ugarte—, encontraron en el espíritu cautivante y primaveral de la nación de Enrique IV la expresión de la audacia, de la ironía, de la precisión, de la incredulidad y del fuego que los consumía interiormente. La América del Sur se dio intelectualmente a Francia, se convirtió en su discípulo respetuoso (...), y desde lejos, modestamente, consciente de su pequeñez, ató su destino al de aquella nación portentosa que le parecía reunir todas las excelencias...»

Ahora bien, ¿de qué manera correspondió Francia al amor que le brindaban tan magníficamente los hijos de la América Latina? Bajo la pluma fervorosa del mismo Rubén, leí esta frase amarga: «Jamás pude encontrarme sino extranjero entre estas gentes.» Y a mi emoción inicial, agradable, sucedió otra, punzante. Amor con amor se paga, dice el refrán. Francia había pagado amor con indiferencia... Y no era Rubén el único hispanoamericano que comprobó la frialdad de los franceses. También la había advertido Gómez Carrillo, quien confesaba: «Yo he tomado

el aperitivo en la misma mesa que Catulo Mendès durante meses enteros...; yo he hablado con él de Cervantes y de Góngora; yo he llegado a creerme su amigo; pero luego he comprendido que en París es necesario ser francés para ser alguien.»

Semejantes palabras nos condenan. En cierto modo, pues, mi estudio consagrado al Modernismo quiso ser, en nombre de Francia, aquella respuesta de amor que tanto merecían los admirables poetas hispanoamericanos.

\*

Un motivo afectivo sirviendo de punto de partida para un estudio es ayuda y peligro a la vez.

Ayuda, pues bien sabemos que cuanto más nos suscita simpatía un tema, mejor lo tratamos. Peligro, pues el mismo entusiasmo llega a cegar algo las facultades críticas, impidiendo la objetividad. Quizás no haya escapado yo del todo al peligro. En el caso de Amado Nervo, por ejemplo, mi personal admiración me llevó a unos elogios que tal vez parezcan excesivos a juicios más serenos. Mi maestro, el profesor Aubrun, y un joven crítico venezolano, don Rafael Angel Insausti, no los comparten plenamente.

Otra dificultad del estudio fue su amplitud. «¡El tema que Ud. se decide a abordar es vastísimo! —me escribió el profesor Bernardo Gicovate, de la Universidad de Tulane, conocido autor de valiosos ensayos—. Es cosa de pasarse una vida entera de trabajo.» Tuve, pues, que limitar la tarea: escoger sólo algunos aspectos del Modernismo y, por fuerza, sacrificar otros, aunque lamentándolo.

El plan de mi tesis vino a ser el siguiente: en un primer enfoque consideré cómo utilizaron los modernistas, para su propia creación, el material artístico preexistente, o sea el que ya habían elaborado civilizaciones pretéritas y exóticas. Dentro de esa perspectiva estudié sucesivamente:

- 1) La civilización de la mitología griega, valiéndome para eso del poema de Rubén Darío: «Coloquio de los Centauros».
- 2) La utilización de la mitología es-

candinava, fuente mucho menos conocida que la precedente, y que inspiró con interesante originalidad al poeta boliviano Ricardo Jaimes Freyre en su obra: *Castalia Bárbara*.

### 3) La utilización del Oriente:

— Oriente pintoresco, que nos presenta José Juan Tablada con su *Musa Japónica*;

— Oriente búdico, según la muy personal y muy auténtica experiencia que hizo Amado Nervo, seducido por la figura de Buda, y entregado a contemplar *El estanque de los lotos*;

— Oriente bíblico, por fin, visto a través de los sonetos que dedicó Julián del Casal a la Salomé judía, colocada en buen sitio dentro del «Museo Ideal».

En un segundo enfoque consideré cómo exploraron los modernistas unos dominios fuera del Tiempo y fuera del Espacio: dominios que pertenecen a lo Imaginario, a lo Irracional.

En ellos ya habían abierto senderos nuevos los románticos; a lo largo del siglo XIX, Nerval, Lautréamont y Rimbaud destrozaron otras provincias, más inquietantes e insólitas; el sueño mismo fue rindiéndose a las pacientes investigaciones de Freud... Tras estos «pionniers», nuestros modernistas se adentraron a su vez en el universo irracional cuyas fronteras tanto se habían ensanchado. Sobre sus huellas, recorrí:

- 1) el reino amable de la Fantasía, guiada por José Martí;
- 2) el mundo metafórico de la Imaginación creadora: fue Lugones quien me invitó en su planeta, «La luna», y me hizo los honores de tan raro domicilio en el *Lunario sentimental*.
- 3) el universo fantasmagórico de la Imaginación onírica en que oí a Julián del Casal narrar su «Yorridum somnium», y a Amado Nervo contar una extraña pesadilla en «Los pozos».

Sólo entorné la puerta del mundo de Herrera y Reissig..., y al ver tantos picos vertiginosos y tantas simas insondables; tan pavorosas tinieblas y tan deslumbrantes relámpagos; tal dulzura de égloga y tal violencia de locura...; al entrever, pues, ese mundo alucinador, todavía por des-

cubrir, dejé la puerta abierta para otro y me fui... (Es que, en rigor, la experiencia poética de Herrera y Reissig pasa las fronteras del Modernismo y se relaciona con el Ultramodernismo.)

Así terminé esta labor, modesta, pero fervorosa, a la gloria de los poetas hispano-americanos. En la conclusión intenté trazar el perfil psicológico común que, a pesar de sus diferencias profundas, hermana a aquellos magníficos representantes de las letras hispanoamericanas. También intenté poner de relieve su honda originalidad respecto a los modelos franceses, en los que se inspiraron.

\*

Esa mención de « los modelos franceses » me lleva a señalar aquí el interés de mi tesis en el cuadro de las literaturas comparadas. No hay que olvidar, en efecto, que la tesis se titula: *El Modernismo hispanoamericano y sus fuentes francesas*. Y si fue su punto de partida un motivo meramente afectivo —cual dije más arripués a ese inicial deseo de desagravio. Una de ellas fue el darme cuenta de la falta ba—, otras consideraciones se sumaron desde estudios sobre aquel problema de filiación literaria y de estéticas comparadas.

Ya me parece oír un coro de vehementes protestas: « ¿Faltarán ensayos valiosísimos que versen sobre los lazos entre el Modernismo y las escuelas francesas? ¿Si se han escrito respecto a eso tantos trabajos, artículos... que siguen multiplicándose! ¿Si se han pronunciado tantos discursos, tantas conferencias! ¿Será que usted no conoce la imponente bibliografía crítica que existe sobre el asunto? »

La conozco. Y por eso no quiero dar una lista, ya que saldría muy larga. Sólo indicaré, de paso, obras tan esenciales para enfocar el tema como son:

1) *Historia de la literatura americana*, por Luis Alberto Sánchez (1ª ed. Santiago de Chile, 1937, seguida de numerosas reediciones).

2) *Breve historia del Modernismo*, por Max Enríquez Ureña (México, 1954, reediciones). Y por lo que se relaciona más

directamente con el problema de las fuentes francesas:

1) *Rubén Darío y su creación poética*, por Arturo Marasso (1ª ed. La Plata, 1934; 2ª ed. Buenos Aires, 1954).

2) *Julio Herrera y Reissig and the Symbolist* (Berkeley, Presses Universitaires, 1957). Con sólo leer estos cuatro trabajos, cualquier lector se convencería de que el problema de las fuentes francesas en el Modernismo ha sido tratado de modo eminentísimo. Y con mayor razón se convencería si conociera además otros tantos estudios que se han escrito sobre este tema. ¿Cómo hablar, pues, de falta de estudios?

Debía especificar: falta de estudios *de parte de la crítica francesa*. Los que acabo de mencionar son obras de autores hispano-americanos. Y eso, a mi parecer, plantea dos problemas: un problema de lengua; un problema de punto de vista.

Problema de lengua, primero, porque los libros escritos en español no son asequibles al lector francés que ignora la lengua de Cervantes. Era necesario poner a disposición de éste un trabajo escrito en francés, en que pueda ver fácilmente los lazos culturales que unen su patria con el pueblo latinoamericano.

Verdad es que mi tesis, en este sentido, tenía dos precedentes: ya se habían escrito sobre el asunto dos ensayos *en francés*:

1) *Le symbolisme français et la poésie espagnole moderne*, por el profesor don Alberto Zérega-Fombona (Ed. del Mercurio de Francia, París 1919).

2) *L'Influence française dans l'œuvre de Rubén Darío*, por Erwin K. Mapes (Tesis de doctorado de Universidad, presentada en la Sorbona, 1925).

El primer ensayo es un opúsculo sumamente interesante por la personalidad misma de su autor. Don Alberto Zérega-Fombona tuvo la suerte de vivir —por decirlo así— las dos manifestaciones literarias de que habla: simbolismo francés y modernismo hispanoamericano. Fueron amigos suyos los máximos poetas modernistas: Darío, Nervo, Lugones... y lo fueron asimismo muchos escritores franceses de la época. ¿Quién mejor que él podía



sentir y expresar la filiación existente entre ambos movimientos literarios?

El segundo ensayo está limitado, como lo indica el título, únicamente a la obra de Darío. Además trata exclusivamente de «la adaptación al idioma castellano de los procedimientos técnicos del francés», dentro de los cuatro libros: *Epístolas y poemas, Azul, Prosas profanas y Cantos de Vida y Esperanza*.

Y fíjense ahora: aunque publicados en París ambos ensayos, y aunque escritos en francés, sin embargo no me pareció que bastaran. Sus autores son, el primero, venezolano; el segundo, norteamericano. Seguía faltando, pues, el estudio escrito en francés y *por un francés*. Esta última condición se relaciona con lo que llamé más arriba un «problema de punto de vista».

En efecto, siendo en su gran mayoría hispanoamericanos los críticos que trataron del asunto «Modernismo y escuelas francesas», el punto de vista queda unilateral y, por tanto, incompleto. Para los autores hispanoamericanos el Modernismo es una manifestación genuina de su literatura. Lo comprenden, lo sienten «desde adentro» en algún modo. Parnaso, Simbolismo, Decadentismo, al revés, son movimientos exóticos: los estudian, los aprehenden del exterior.

Para un francés ocurre lo contrario. Parnaso, Simbolismo... son manifestaciones específicas de nuestra vida literaria. Corresponden a nuestra sensibilidad propia, a nuestra manera de pensar. Los juzgamos «desde adentro». En cambio, el Modernismo es producto exótico que consideramos «de afuera». Por tanto, notamos en él ciertos matices, ciertos acentos que nos resultan insólitos y en los que se revela el elemento ingénito hispanoamericano.

De modo que presentar la relación: «Escuelas francesas — Modernismo», en vez de la otra «Modernismo — escuelas francesas» (que hasta ahora sola había sido tratada) me pareció un cambio interesante de perspectiva.

\*

A pesar de tantas buenas intenciones (!), a pesar de un esfuerzo sincero para penetrar

en el universo maravilloso de la creación modernista, quedé muy por debajo de lo que me proponía. Me doy cuenta de lo incompleto, de lo insuficiente del trabajo realizado; hay fuentes inspiradoras que no pude elucidar del todo; mis puntos de vista están limitados y mis juicios son tal vez demasiado subjetivos... No resultó fácil abarcar aquella magnífica y vastísima producción modernista; menos aún juzgarla.

Lo más valedero de mi tesis me parece ser:

1) La «revelación» de R. Jaimes Freyre. Dedicué tres capítulos a ese gran poeta boliviano, totalmente desconocido en Francia y algo olvidado en la América del Sur. (Hasta existen historias de la literatura hispanoamericana en que no se menciona su nombre: la de René Bazin, por ejemplo). Olvido injustificado porque es Freyre un poeta sumamente original, «dueño de un orbe poético propio intransferible» —según lo dice el crítico Fernando Díez de Medina— y cuya voz es inconfundible con ninguna otra en el coro modernista. Estudié los poemas de *Castalia Bárbara* y los comparé con los *Poèmes Barbares* de Leconte de Lisle, inspiradas ambas obras en la mitología escandinava.

2) La confrontación de los sonetos de Julián del Casal con los cuadros de Gustave Moreau. Incluí en la tesis las reproducciones fotográficas de los cuadros del pintor: *Salomé danzando ante Herodes* y *La aparición*, frente a los sonetos correspondientes del poeta cubano, el cual realizó allí una bella e impresionante «transposición de arte». También transcribí las apasionadas páginas de Huysmans sacadas de *A rebours*, fuente literaria de los mismos sonetos.

3) El cotejo de una obra de Lugones, *El Lunario sentimental*, con *L'Imitation de Notre-Dame la Lune* de Jules Laforgue. Eso me parece una aportación interesante y nueva en el estudio del gran poeta argentino, cuya obra ingente carece lamentablemente de trabajos críticos.

\*

Tal como es, con sus lagunas e imperfecciones, pero también con su fervor, mi

tesis logrará su intento si despierta interés por lo hispanoamericano. Aún quedan por explorar numerosas provincias de la línea modernista, muy dignas de seducir a quienes busquen temas para sus tesis sorbónicas. Indico aquí algunos títulos posibles para eventuales investigadores:

a) *Ephraïm Mickaël y Julián del Casal* Parece que la obra del malogrado decadente francés, *L'Automne*, fue conocida del poeta cubano e inspiró varios de sus poemas (*En el campo...*) Problema no del todo elucidado.

b) *Pierre Louys y el motivo del « cisne modernista »*.

Se podría comparar el cuento del escritor francés, *Leda*, (1893) con los muchos cisnes que presentan los poetas modernistas y que, más o menos, tienen que ver con el de Pierre Louys. En particular la influencia de éste se nota claramente en Rubén Darío.

c) *La « Flûte de Sade », de Franz Toussaint, y « Cabay », de Guillermo Valencia.*

El mismo colombiano nos da su fuente: « Este librito... es una versión de otro que, en noble prosa francesa hiciera Franz Toussaint para aficionados curiosos. Se trata, pues, de una traducción de segundo grado en la que el texto francés suministró las líneas que intenté velar con los colores de mi paleta castellana. » ¡Deleitosa estudio sería comparar entre sí las dos obras, que versan sobre la poesía china! y deleitoso placer sería beber, una tras otra, las dos « tazas de té » ofrecidas respectivamente por el francés y por el colombiano.

d) *La influencia de A. Samain en los poetas modernistas.*

Samain tuvo en Lugones y en Herrera y Reissig traductores excelsos de varios poe-

mas suyos. Se podría buscar su influencia particularmente en:

*Los crepúsculos del jardín*, de Lugones.  
*Los éxtasis de la montaña*, de Herrera y Reissig.

e) *La influencia de José María de Heredia en la obra poética de los modernistas.*

Me escribió el Profesor Bernardo Gicovate que esta influencia del poeta cubano-francés fue enorme y difundida por toda la América Latina. Hasta hoy queda sin estudiar.

f) *Por fin, las deudas de Lugones respecto a la literatura francesa.*

Ya dije que la obra de Lugones carece de estudios críticos. Pero el Profesor Don Alberto Zérega-Fombona le dedicó lecciones en el Instituto de la América Latina de la Universidad de París, durante el año 1956. Podrían estas lecciones ayudar muchísimo al que se dedicara a analizar la poética de Lugones. Sería interesante mostrar, por ejemplo, cómo se inspira « el trompetero del Plata »:

- en Víctor Hugo en *Las Montañas del Oro*,
- en Alberto Samain en *Los crepúsculos del Jardín*,
- en Jules Laforgue en *El Lunario sentimental*.

Traté en la tesis esta última parte. Pero se podrían utilizar los resultados de mis trabajos para realizar una obra más amplia que abarcara toda la poesía lugoniana — ¡Si es posible!

\*

Y lo repito: ¡pueda mi modesta piedra incitar a otros a que traigan la suya a la construcción de la Amistad entre Francia y América Latina!

# diálogo

## Costa du Rels ¿el afrancesado?

DE GERMAN ARCINIEGAS A COSTA DU RELS

**M**<sup>1</sup> ESTIMADO AMIGO : Recibo algunos recortes de diarios latinoamericanos, que reproducen con variantes, el artículo que me hizo usted el honor de consagrar en *El Tiempo* de Bogotá, al « Teatro de Costa du Rels ». Contienen todas las inexactitudes en que usted incurre, las que añadidas a las que ya —escritas o habladas— circulan de tiempo atrás sobre mi obra —no hablemos de mi persona— podrían, avaladas por su autorizada pluma, crear una semblanza que no corresponde a la verdad.

Franqueada ya la mitad del camino, y por vez primera, debo reponer las cosas en su lugar. Aun cuando esta rectificación resultara larga, le agradezco la ocasión que me brinda para, una vez por todas, fijar los contornos de la realidad.

De su artículo, sólo retendré tres observaciones : I) afrancesamiento ; II) obra escasa, en español ; III) ausentismo.

### AFRANCESAMIENTO

Arguedas me refería que entre 1910 y 1925, más o menos, ciertos escritores latinoamericanos, ya de fama en sus respectivos países, vinieron a Europa, y deslumbrados por la irradiación intelectual de París —dueño y señor de las celebridades mundiales—, adoptaron el francés como medio de expresión, sin por ello abandonar su origen hispano. Fueron todos ellos bilingües conscientes y voluntarios. No pertenezco a esta categoría.

Nací en Sucre (Bolivia). Mi padre era un ingeniero francés enviado a las minas de Huan-chaca, que habían pertenecido en parte a mi abuelo materno, igualmente francés y casado con doña Isabel Medeiros, descendiente en línea rec-

ta del Dr. Don Juan José de Segovia, Oidor de la Real Audiencia de Charcas.

Mi madre murió en muy temprana edad. Mi padre, ocupado en sus faenas mineras, me dejaba al cuidado de criadas que hablaban mejor el quechua que el español. Mientras tanto, el alfabeto y yo no hacíamos buenas migas. Descontento, mi padre resolvió entonces llevarme a Europa. Tenía yo siete años. Me puso en el mismo plantel donde él se educó : el colegio Fesch de Ajaccio (Córcega). Llegaba yo allí con mi español amestizado. Y la letra me entró literalmente con sangre. Prodújose en mí un doloroso fenómeno de trastrocamiento lingüístico. En un par de años el curso reemplazó al quechua y el francés al español. Ya entonces el Quinto Caballero —el Olvido— perfilóse. Con él desaparecieron mi infancia boliviana y las leyendas aterradoras (duendes, tesoros ocultos) con que se nutrió mi imaginación de niño. A poco, sin que hubiera tenido la dicha de volver a verlo, mi padre falleció en plena juventud. Confiándome al cuidado de mis tíos corsos, don Canuto Querejazu, mi tutor, siguió costeando generosamente mis estudios. Mas falleció también poco después, dejando a su viuda la noble misión de no abandonarme. Así pues, empezaba la vida custodiado por la muerte. Era pobre y huérfano. Pero la Providencia no me quitó su mano de encima. Conocí la Bondad en la persona de un pasante llamado Ricci. Tratábanlo de chiflado, pues todas sus amonestaciones, las más triviales, hacíaslas citando a Séneca o a Ovidio... Era modesto, sobrio y humilde. Espar-tano en sus costumbres y estudioso empedernido ; en el fondo era un rebelde anticonformista. A solas se mofaba, aquel auténtico erudito, de los desplantes y de la hueca sabiduría de los doctores. Se apiadó de mí. Me dio lecciones particulares gratis. Madrugón tras madrugón, re-

cibi de él una instrucción mucho más sólida que la recibida en las clases corrientes. Textos en mano, me explicó desde sus orígenes filológicos, pasando por la gramática, hasta los términos ya cristalizados en manos de los grandes autores, me explicó digo, el puro idioma francés. Me hizo comprender su lógica y su claridad, me hizo paladear su musicalidad. Me lo hizo amar. Ricci fue mi maestro, mi padre, mi amigo. Adivinó tal vez en mí alguna inclinación poética. Y dentro de una disciplina mental inflexible me permitió —deporte del espíritu— las primeras tentativas de versificación. Al cabo de tres años, persecutores y burlones se quedaron atrás. Pasaron los años. Con profunda sorpresa mía, un buen día Ricci me anunció, dentro del mayor sigilo, que había ya pagado —de su bolsillo— los gastos de mi inscripción para rendir el examen de bachillerato. Consideraba que hallábase suficientemente preparado, que podía lanzarme. Oficialmente estaba en tercer año, y me faltaban dos. El acto de Ricci constituía una audacia poco común, pues iba al encuentro de los reglamentos. Fuimos conspiradores contra la ley universitaria, celosamente respetada en el Colegio Fesch, que parecía custodiar la estatua del famoso cardenal, tío de Napoleón I. Noventa días de trabajos forzosos, dentro de la alegría que procura lo prohibido. Llegó el verano. Y el día 19 de junio —que coincidía con mi aniversario— Ricci vino a buscarme al estudio, so pretexto de ir a la Biblioteca. Confieso que aquél día mi buen humor trocose en angustia. Mas la suerte me ayudó. Franqué todas la vallas y obtuve mi título de bachiller en letras. ¡A los 15 años! ¡A la vez que conquistaba la libertad! Alzándose de hombros ante la batahola universitaria, Ricci, como en un cuento de hadas, Ricci teósofo, Ricci rebelde, Ricci el chiflado, me dijo: « Has probado el terreno. Sólo te puse el pie en el estribo. Y ahora, que el destino te sea leve. » Y aquí termina el relato circunstanciado de mi afrancesamiento. Abrevio. No pasaron dos años en que, chocados por mi amor de las letras y del teatro, los encargados de velar por mí en París cortaron repentinamente mis estudios universitarios y, casi *manu militari*, me embarcaron para Bolivia. Un puesto en las minas de Huanchaca, cuyo nombre me era familiar. A mal que no tenía remedio, mi juventud le puso buena cara. Llegué a Pulacayo (Huanchaca) con modestísimo equipaje, pero con un invisible tesoro: Pascal, Bossuet, Chateaubriand, Baudelaire. Frente a la cordillera bravía tuve que so-meterme y desandar lo andado. Proceso penoso. A los dieciocho años, poseía una cultura y un idioma que no era por cierto el idioma natal. Éste lo aprendí nuevamente, de oídas, en compañía de mineros, de cateadores, de cazadores clandestinos de chinchillas, de contraban-

distas chilenos y de emigrantes extranjeros sospechosos. El maestro de escuela del pueblo, me habló de tres desconocidos: Rubén Darío, Rodó y... Vargas Vila, a quien parecía preferir. ¿Para qué le cuento más? Si es que quisiera usted enmendar las inexactitudes del artículo causante de esta rectificación, ya tendrá donde alimentar su curiosidad. Y prosigamos.

#### ESTERILIDAD EN OBRAS ESPAÑOLAS

Nos conocimos en Buenos Aires, en 1941. Usted representaba a Colombia, yo a Bolivia, país fronterizo que tenía problemas pendientes con la Argentina. Tanto más cuanto que la capital del Plata era a la sazón la única gran urbe que escapaba al inmenso trastorno de la guerra. ¿Que conquisté? ¿Que brillé en el alto mundo social? ¿Que hablé en francés o en otros idiomas? Todo esto entraba dentro de mis obligaciones llamémoslas profesionales. Representaba a Bolivia, y en todos los terrenos debía yo asentar su prestigio.

El que lo haya leído (y sus lectores son numerosos en Latinoamérica) creará que fui un diplomático mundano, de antiguo cuño. Mas detrás de ese biombo de vanidad y de oropel, negociaba tratados, buscaba modificaciones a los existentes, conseguía cereales y objetos manufacturados tan necesarios para incrementar la explotación de los metales indispensables en la contienda bélica. Esta labor, oculta por cierto al público, la llevé a cabo gracias a colaboradores de valía: v.g. Medeiros Querejazu en lo diplomático y en lo económico, y Oscar Cerruto en lo cultural. Hoy, Medeiros acaba de presentar sus credenciales de Embajador en Buenos Aires. Un acierto de la Junta Militar que derrocó al régimen de Paz Estenssoro.

Usted pensará, mi querido amigo, a qué viene toda esta plática. Ella responde a su observación: esterilidad en el dominio literario. ¿Podía escribir desempeñando una de las dos principales embajadas de Bolivia, Descuidé mi obra en beneficio de mi país. ¡Y no me pesa!

Usted habla de *Tierras hechizadas*, fascinante libro, que anunció en el mundo de las letras a Costa du Rels, como de una obra que se quedó aislada, sin compañera... Esto quiere decir, según afirma Roger Caillois, que los escritores latinoamericanos para conocerse deben pasar por Nueva York, París o Moscú. « Los escritores no se conocen directamente. Sus respectivas obras no franquean jamás los Andes, la selva, ni el mismo llano. Para ir de la Argentina al Brasil, la ruta cultural pasa por París, Nueva York o Moscú. Y desde hace poco La Habana.

La literatura latinoamericana hállase compartimentada. No existe, salvo razones políticas, un organismo de difusión y de distribución. De tal manera, que un escritor puede permanecer años, casi desconocido, salvo cuando se le traduce al francés o al inglés. Cumplido este requisito, la obra es traducida casi automáticamente a los demás idiomas europeos. »

Es así como usted no conoce *El embrujo del Oro*, que le mando hoy. Obra ya casi olvidada, pues fue publicada en Buenos Aires en 1919. La escribí bajo los consejos y con la ayuda de Pérez de Ayala, insigne escritor español exiliado en la Argentina. La edición está agotada ; y es precisamente a esta obra a la que ha sido otorgado el Premio de las Amistades Internacionales 1965, y a mí, con su amistoso énfasis, Leonello Fiumi me llama « el poeta de los Andes », según reza en el recorte que le envió de un diario italiano. Europa descubre *El embrujo del Oro*, al mismo tiempo que usted gran escritor latinoamericano. Deseo que su lectura le agrade tanto como la de *Tierras hechizadas*. Y que su juicio sea más indulgente aún. Una nota editorial responde en parte a sus observaciones.

Reconozco que no soy un autor prolífico. Aunque hay circunstancias atenuantes para ello. Mi carrera diplomática, de vez en cuando entrecortada por revoluciones, sobre todo desde el año 1943, me ha brindado, junto con destituciones saludables, la ocasión de volver a mi pluma. Desde el año 1952, cuando fui echado de la carrera por el gobierno Paz Estenssoro, he trabajado. Mis gavetas llenas están de manuscritos, ora en francés, ora en español, v.g. la *Trilogía de los Andes*, tres volúmenes que irán saliendo poco a poco, Dios mediante.

Entretanto, *Los Estandartes del Rey*, mi pieza sobre el combate de los sacerdotes obreros estrenada en el Vieux-Colombier de París, en 1956, continúa su carrera en varios idiomas. En Nueva York, después de su éxito en el Blackfriars' Theater, continúa representándose en su traducción inglesa. Y en los países latinoamericanos, en su traducción española. Salvo en la Península, donde la censura no la aceptó. *Le Signe du Feu*, en colaboración con Thierry Maulnier, fue estrenada en 1961. Cuando usted dice que en París hay que estrenar una obra cada año, parece broma, sobre todo para un autor extranjero, pues no sólo es menester talento, sino dinero. Los directores de teatro, hoy en día, han cesado de existir, desde que el comercio de los espectáculos lo ha invadido todo. Con el « vetetismo », la televisión, etc., las salas subvencionadas por el Estado quedan excluidas, salvo

« entreguismo » ideológico. Hoy la moda va del lado de Lorca —por lo poético y por su fin trágico—, y de Brecht, por razones múltiples. Usted en París, sólo oírás decir : ¡No hay autores! Pero, sí, hay excelentes actores.

#### AUSENTISMO

Pasemos ahora a su tercera observación : el ausentismo. Ha levantado ampolla. Hace trece años que fui, como ya lo tengo dicho, separado de la carrera. Mi país ha vivido una época atormentada de la cual recién sale. Crisis social, racial, económica, etc. En 1952, el dólar valía 62 pesos bolivianos. Hoy, 12.000. La ruina del país es total, y todos, salvo excepciones, políticos vivarachos vecinos al azucarero, todos en Bolivia viven en la miseria. No creo que desde hace trece años se haya publicado ningún libro sobresaliente. Para quien quería proseguir una obra seria, el ausentismo era de rigor, aun con duros sacrificios. El que usted parece reprocharme sería tal vez el diplomático. Ya me lo han reprochado en mi país, olvidando que muy joven fui llamado a puestos de responsabilidad, en horas cruciales en la historia contemporánea de Bolivia : la guerra del Chaco. Ante los estrados de la justicia internacional, puse a su servicio mi francés e hice triunfar su tesis. Por desgracia, la dura realidad y la malhadada mediterraneidad de mi país, nos fueron y nos serán siempre contrarias. Y la paz, la paz del Chaco, fruto de las rivalidades « fraternales » de los países americanos, echó sobre los hombros de una juventud desengañada el peso de las responsabilidades contraídas por políticos insensatos. Hoy, después de treinta años, mi país sigue padeciendo las consecuencias de aquella guerra absurda. Y será aún por muchos años la « Cenicienta de América », el « problemazo insoluble ». Los que manejamos una pluma sólo podemos explicar, indagar, hacer respetar, dentro del marco de un ausentismo constructivo. Sea cual fuere el idioma empleado. Es la tarea que me he propuesto. Pudiendo, gracias a Dios, emplear para ello las horas ya serenas de la madurez.

Le agradezco una vez más, puesto que esta carta adquiere las dimensiones de un alegato, el haberme dado la ocasión de exteriorizar algunos puntos de vista, guardados desde muy atrás y que usted con tanta perspicacia ha puesto en descubierto al consagrar su crónica al « Quinto Caballero » y a todo lo que él arrastra.

A. COSTA DU RELS

# Acerca del dilema de América Latina

DE JOHN M. CATES A ALBERTO BAEZA FLORES

Señor Director : Al llegar a mis manos el número 96 de *Cuadernos*, correspondiente a mayo, el primer ensayo que he leído en dicho número ha sido « Dilema democrático », de John M. Cates, Jr. Como lector de *Cuadernos* no quiero dejarlo sin respuesta. No son pocas las afirmaciones y observaciones del ensayista norteamericano con las cuales no estoy de acuerdo. En el intercambio de experiencias y opiniones creo que ganaremos todos.

Algunos de los esquemas que el Sr. Cates aplica a la comprensión y explicación de América Latina resultan bastante inteligentes, y a veces me parecen muy agudos. Que el Sr. Cates ha estudiado nuestra historia política no lo pongo en duda ; que hasta ha visitado varios de nuestros países —especialmente a Venezuela, por algunas referencias que hace con marcada preferencia— también lo acepto. Lo que no puedo aceptar con la misma buena voluntad es parte de sus conclusiones.

Tropezamos inicialmente con las equivalencias de los esquemas previos y hasta con lo que determinadas palabras aspiran a representar. El autor de « Dilema democrático » aplica a América Latina el concepto de « el intelectual » y « el político liberal », según el sentido que —especialmente el vocablo « liberalismo »— tiene en la vida política y cultural norteamericana.

Me permito, pues, leer donde el Sr. Cates escribe « liberales » lo que en América Latina llamamos « izquierda democrática ». Más allá el autor de « Dilema democrático » se refiere a « los comunistas y demás miembros de la extrema izquierda », y luego, oponiéndolos a los que llama « los reformadores democráticos latinoamericanos », habla de « los nuevos revolucionarios de Cuba ».

Sin duda —y no es culpa del Sr. Cates— nos encontramos en una verdadera selva o laberinto ciego a causa de que la guerra psicológica ha desvirtuado determinados términos, ha descargado y recargado ciertas palabras con un sentido nuevo y ha colocado el rótulo —de prestigio— de la izquierda a determinadas ideologías que se autoproclaman porque sí y ante sí como « la verdadera izquierda », o lo que suele llamarse también « la extrema izquierda ». Cosa parecida sucede con la palabra revolución.

Sería saludable una mesa redonda o seminario para aplicar con justeza ciertos vocablos dentro de la política del siglo XX, limpiar otros y

encontrar los que faltan para designar determinadas ideologías, partidos o movimientos.

Favorecería mucho a la claridad, puesto que la ideología es bastante precisa, que nos refiriésemos a los comunistas actuales como « marxistas-leninistas » y dejásemos en paz, tratándose de ellos, la palabra « izquierda » o « socialismo » que gratuitamente se autoconfieren. Por otra parte sería más justo que el Sr. Cates hablara de « castristas-comunistas » en lugar de « los nuevos revolucionarios de Cuba », puesto que si bien el régimen del comandante Castro recibe el petróleo, las armas y la principal asistencia económica de Moscú, algunas de sus técnicas e ideales están más cerca del « marxismo-leninismo » ortodoxo de Pekín. Estos curiosos deslizamientos —imposibles en la época de Stalin— son realidades en cambio dentro del actual escenario mundial.

Parecida circunstancia rodea a la palabra « revolución ». El Comandante Castro se la ha adjudicado a cuanto ha hecho su sistema político, como ha continuado aplicando a la Isla el símbolo de « Cuba, Territorio Libre de América », sin advertir que la presencia de los misiles soviéticos, cuando la crisis mundial de octubre de 1962, desvirtuó de un golpe la independencia efectiva de su régimen y de su posición en el escenario de la política continental y mundial. ¿Cómo, entonces, definir con la misma palabra esta « revolución » del sistema del Comandante Castro y la « revolución en la libertad » que realiza el Presidente Eduardo Frei en Chile?

La maraña de equívocos parece trascender e irradiar a casi todo. En el periódico que tengo más cerca de mi mano (*El Tiempo* de Bogotá, del 8 de abril de 1965) acabo de leer un cablegrama de Ciudad México, enviado por la UPI, empresa a la que el Comandante Castro no se ha cansado de describir como « agencia del imperialismo yanqui ». Pues bien, para referirse a una manifestación de prototípica agitación « marxista-leninista » contra la embajada de los Estados Unidos en México, organizada a causa del Vietnam, como años antes se organizaron otras en favor de Mao Tse Tung y Corea del Norte, la UPI se refiere a los participantes « marxistas-leninistas-maotsetunistas » como « un grupo de estudiantes izquierdistas ». Así, mediante el inconsciente resorte de « guerra psicológica », se transfiere el prestigio de los estudiantes y de

la izquierda a un grupo de elementos distintos.

El Sr. Cates cree, frecuentemente, que fue el dogma marxista el que movió al intelectual « latinoamericano » y al « político liberal » que trataron de reformar un gobierno o « derrocar a un dictador latinoamericano ». Incluso cree que fue este dogma marxista y la « autoridad máxima de Marx » quienes les dieron una doctrina para sostener determinadas creencias y para ponerlos en guardia contra determinadas posiciones.

La historia política latinoamericana del siglo XX o está casi por escribir o recién se empieza a examinar. Son muy pocos los libros importantes, de conjunto, de que disponemos. Hay otros aspectos que esperan ser examinados. Es posible que estas circunstancias hayan llevado al Sr. Cates a confundir el verdadero alcance e influencia del « marxismo-leninismo » en América Latina, antes de su instalación práctica en Cuba con la variante castrista. Creo que es ahora, y no antes, cuando empieza el verdadero desafío. La influencia « marxista-leninista » fue realidad hasta Castro solamente en los « putschs ». Me explicaré brevemente.

Los « putschs » en América Latina o fueron, generalmente, de origen « marxista-leninista » o « nacional-socialista » (neo-nazista) como el de setiembre de 1938 en Santiago de Chile. En setiembre de 1931, agentes del Komintern y activistas del Partido Comunista chileno intentaron la sublevación de la escuadra. El saldo fue sangriento y una derrota para Moscú. (El testimonio de Jan Valtan en *La noche quedó atrás* es interesante.) A fines de 1934 fue estudiado en Moscú en las conferencias secretas de la Gran Asia Oriental y de América Latina el plan que la Tercera Internacional puso en práctica en Brasil. (Eudocio Ravines en *La gran estafa* ofrece un análisis del plan.) En los « putschs » de Pernambuco, Alagoas, Socorro, Natal, Rio de Janeiro y otras localidades volvió a perder Moscú, como había perdido antes en sus intentos en San Salvador y Colombia. El último « putsch » fue el sangriento de abril de 1948 en Bogotá.

Pero nada o casi nada ha tenido que ver, en cambio, el « marxismo-leninismo » con la ideología de los partidos reformadores latinoamericanos, ni con las luchas contra los tiranos, déspotas y dictadores de América Latina.

Si se examinan la mayoría de las luchas latinoamericanas por reformas sociales, económicas, políticas y culturales podrá encontrarse que el dogma no fue el marxismo. La doctrina, el fundamento, los principios fueron generalmente los emanados de las doctrinas sociales y políticas que sostienen como base el principio de la dignidad humana, de los derechos del hombre y del ciudadano, de una justicia política, social,

económica que no liquide o amenace la humana libertad. No en vano la revolución venezolana de Acción Democrática no ha dejado de invocar al Libertador Simón Bolívar ; no en vano la doctrina aprista —la más doctrinaria, visionaria y medular de las producidas en América Latina en este siglo— recogió el ejemplo comunitario indígena y reactualizó la visión continentalista bolivariana dándole renovado contenido y mensaje ; no en vano la revolución mexicana se inspiró, a través de Madero y sus primeros ideólogos, en parte del ideario de Juárez, en lo que significa independencia nacional y justicia al desheredado ; y no en vano la Revolución mexicana, ya institucionalizada, no ha dejado de invocar la proverbial sentencia de Juárez : « El respeto al derecho ajeno es la paz. »

No en vano, para no prolongar los ejemplos, la revolución cubana (que no empezó con el Comandante Fidel Castro en el asalto al Cuartel Moncada o en la Sierra Maestra, sino más de veinte años antes, cuando la lucha contra la tiranía de Machado, el gobierno revolucionario Grau-Guiteras, la derogación de la Enmienda Platt, las grandes concentraciones populares y las medidas nacionalistas y antimperialistas) no dejó de invocar en sus programas el ideario de José Martí, que es precisamente, por su doctrina humanista, lo contrario del dogma « marxista-leninista ».

El esquema de la frecuente utilización del dogma marxista en las luchas latinoamericanas contra dictaduras y dictadores no se ajusta a la objetividad de los hechos de esas luchas. ¿Cómo explicar —por ejemplo— la lucha contra la tiranía de Machado, en Cuba, cuando a última hora los servidores del « dogma marxista » ofrecieron al tirano su alianza e intentaron romper, desviar y desarmar la huelga general que, a pesar de ellos, terminó con dicha tiranía? ¿Cómo explicar los ataques de los servidores cubanos del « dogma marxista » contra las organizaciones revolucionarias que se enfrentaron con el tirano, y luego, cómo explicarlos, cuando no dejaron de crecer contra el gobierno antimperialista y nacionalista revolucionario de Grau-Guiteras en 1933-1934? ¿Cómo explicar el sostenimiento y la alianza de los servidores « del dogma marxista » con la tiranía de Batista y en su etapa « constitucional »?

La historia contrarrevolucionaria de todos esos años de los « marxistas-leninistas » cubanos, organizados en partido, está en los documentos del Komintern y en *La Correspondencia Internacional*, uno de sus órganos fundamentales. De esa verdadera contrarrevolución —aplicando el término en su sentido más nítido— he hablado en « La URSS en Cuba », en la revista *Estudios sobre la Unión Soviética* (nº 8, diciembre de 1963, páginas 1 a 87).

Pero también está el caso de la revolución socialista chilena que llegó al poder el 4 de junio de 1932 y a la que se opusieron los « marxistas-leninistas » en su deseo de controlarla, como se opondrían a la cubana de Grau-Guiteras de 1933-34 por igual motivo. Y está el caso de Costa Rica, donde se aliaron a la reacción y oligarquía frente a Liberación Nacional, que realizó la revolución e inició las reformas sociales y económicas, en contra de los « marxistas-leninistas ».

Pero no son sólo los casos de Chile, Cuba, Costa Rica. ¿Cómo explicar —por ejemplo— que la caída de la dictadura de Perón se hizo « con el dogma marxista » en circunstancias que los marxistas-leninistas colaboraran con el dictador, dentro de su aparato sindical y que los que se opusieron a Perón fueron los socialistas argentinos, los sectores democráticos de las Fuerzas Armadas argentinas, los católicos, los radicales antitotalitarios y otros? ¿Cómo explicar que en la caída del dictador Pérez Jiménez en Venezuela fue el « dogma marxista » el motor de la rebeldía, cuando en realidad fue Acción Democrática —un partido de la izquierda democrática y antitotalitaria— el conductor principal de la lucha, acción que la mayoría del pueblo venezolano ratificó y premió al llevar a Acción Democrática al poder con Rómulo Betancourt como Presidente constitucional?

¿Cómo encajar « el dogma marxista » como resorte o causa de la caída del tirano Rojas Pinilla, en circunstancias que « el dogma marxista » no movió a los colombianos para derrocar al dictador?

En la lucha contra la tiranía de Trujillo —para traer otro ejemplo entre los varios que aún quedan—, los representantes del « dogma marxista » se prestaron a romper la oposición dominicana al dictador, al tomar parte como comparsas en la farsa del « clima de garantías » que aquél intentaba simular para frenar su caída. Trujillo se sirvió de ellos para proclamarse tan demócrata que « admitía hasta a los comunistas ». Luego de zarandearlos se jactó de ser campeón del « anticomunismo », para poder acusar de « comunistas » a los católicos, a los de acción cívica, a los revolucionarios dominicanos y a cuantos demócratas antitrujillistas se le enfrentaron. Más tarde —y no se olvide— llegó a competir con el Comandante Castro en la furia de sus campañas radiales « antiyanquis », « reformadoras » y « en pro de la libertad de los pueblos oprimidos ». Al igual que el Comandante Castro pidió, a su vez, la « libertad » de Puerto Rico. Los compadres enemigos de ayer —como en su turno Hitler y Stalin en gran escenario— terminaron por estar de acuerdo. En medio de este idilio político,

Trujillo fue asesinado por las fuerzas dominicanas enemigas de la tiranía.

En su recuento inicial se olvida el Sr. Cates de que antes de la Revolución de Octubre en Rusia, América Latina, a través de una revolución popular, sangrienta, *sui generis*, como la Revolución mexicana, estremeció el primer cuarto de este siglo. En vano Lenin intentó años más tarde infiltrar sus agentes. En vano la URSS intentó apoderarse del timón de la Revolución mexicana. Debe ser acaso por los inútiles esfuerzos para apropiársela y desvirtuarla, por lo que una vez institucionalizada la Revolución mexicana, los « marxistas-leninistas » dicen que « está verde » como si se repitiera la vieja fábula de la zorra y las uvas.

En su recuento de hechos el Sr. Cates actúa con ligereza. Afirma : « ...Mientras un marxista latinoamericano derrocaba al dictador Batista y por primera vez en la historia hacía que los Estados Unidos fijasen su atención en América Latina. » No voy a contestarle al Sr. Cates con mis palabras, sino con las de su propio trabajo, que comento. Veinte líneas más adelante el Sr. Cates acepta que « Fidel Castro, formado según el modelo idealista que veinte años antes dominaba en la región, renunció al control de su revolución, que en un principio era tradicionalmente americana, y a su cultura latinizada, en favor de una potencia extracontinental ». Y en cuanto que « por primera vez en la historia hacía [Castro] que los Estados Unidos fijasen su atención en América Latina », el Sr. Cates recuerda que « los conceptos utilizados por la Alianza (para el Progreso) son los de la Operación Panamericana de Kubitschek y del Pacto de Bogotá patrocinado por la O.E.A. ».

Afirma con razón el autor de « Dilema democrático » : « Hemos de ser eficaces en nuestra manera de exponer las cosas y utilizar términos que tengan un sentido para nuestros vecinos » [de América Latina].

En el trabajo del Sr. Cates advierto, de pronto, un modo de exponer o proponer ideas que no creo que deje de presentar una cierta arrogancia, un cierto orgullo, un énfasis de hijo de una gran potencia que emana o irradia poder y que, sin embargo, creo que en América Latina parece desafiante y resulta desacomodado. Es como si el gran patrón llegara a la casa del subdesarrollado y en lugar de sentarse a su lado le hablara de pie. Habla el Sr. Cates del « reto económico, político, social e ideológico con que se enfrentan los Estados Unidos y para que nuestro país sea capaz de proporcionar guía e inspiración a fin de poner en práctica en toda América Latina las creencias que consideramos sagradas y esenciales para nuestro éxito, pero que hemos llegado a dar casi por descontadas ».



Comprendo que el tono corresponde al de un joven lleno de energías e idealismo, que pertenece a una gran potencia. Pero al mismo tiempo comprendo que para nosotros la democracia no es un traje que se nos ha de traer « made in USA », ni que el traje nos debe ser entregado con un discurso. Me explicaré.

Para mí resulta conmovedor que los pueblos de América Latina luchen, esperen, padezcan en las prisiones y vean morir a muchos de sus hijos por una democracia que muchas veces no hemos tenido, o hemos tenido sólo en el papel, o que hemos tenido a sorbos y perdido entre bocanadas de sangre. Que el Sr. Cates crea y escriba sobre la democracia que él ejerce y ve ejercer en su país, parece algo natural. Pero que el dominicano que creció bajo la era de Trujillo, que no conoció la democracia y que, sin embargo, luchó por ella —como lo vi luchar en aquella larga noche de garras— me pareció siempre admirable.

El totalitarismo nunca ha tenido que ver con el régimen norteamericano. Por eso puede hablarse allí, en las universidades o en otros sitios, del caso cubano y del « marxismo-leninismo » como se asiste al análisis crítico de una representación teatral o se observa la explicación de un proceso biológico en un laboratorio. Se puede tomar « perspectiva ». Es posible cierta distancia. Es hasta posible colocarse guantes especiales para estudiar el fenómeno político y social. Pero para los que viven el totalitarismo en las entrañas mismas del sistema, a sólo noventa millas de las costas norteamericanas, no es posible el papel de observadores o espectadores, sino que les está reservado el de testigos y actores cuando no el de víctimas.

La democracia en una gran parte de nuestros países ha sido una caricatura, cuando no —como en los regímenes de Ubico, Trujillo, Perón, Ibáñez, Batista, Benavides, Rojas Pinilla, Somoza, Vargas, Carías, Duvalier, Stroessner, Pérez Jiménez, Castro y otros— ha sido el limpiabarros que los tiranos no se han cansado de cubrir con fango y sangre.

En el caso del Sr. Cates y los norteamericanos, se está en la situación de Tomás que cree en la resurrección de Cristo cuando Cristo le hace meter los dedos en sus llagas. Es el « ver y aun palpar para creer ». Es mérito testimoniar y defender una presencia que se palpa, que se vive. Pero es más mérito creer en algo que aún no se ha tocado, que aún no se ha visto. Creer a puro artículo de fe. Y es lo que muchas veces ha ocurrido en América Latina con la democracia. Y es lo que ocurre en muchos sitios de América Latina donde se cree en la democracia y se lucha por la democracia, en circunstancias en que se tiene delante a los bufones de la democracia, a sus enemigos, a los demagogos, a los

reaccionarios de toda laya y condición, a los farsantes y salteadores de la democracia. ¿Cómo hablar en el Paraguay de Stroessner o en el Haití de Duvalier de lo que a un joven norteamericano le resulta obvio?

De estas contradicciones se da cuenta, líneas más adelante, el propio Sr. Cates : « Y, sin embargo, es curioso que le hablemos al latinoamericano en son de prédica, como si tuviésemos un dogma. »

Es ese deseo de comprender y de aceptar, de equivocarse honradamente y de intentar orientarse en un terreno difícil y peligroso, lo que conmueve en el trabajo del Sr. Cates. No son solamente sus aciertos, sino sus equivocaciones los que nos aproximan al autor de « Dilema democrático ».

Él advierte algo del clima de « la guerra psicológica » en América Latina, lanzada por los neototalitarios contra los demócratas latinoamericanos que luchan por el indispensable cambio de estructuras económicas, sociales, políticas, culturales en América Latina, con objeto de conseguir una verdadera democracia política, social, económica y cultural.

El Sr. Cates afirma que la Alianza para el Progreso constituye « una auténtica expresión de las necesidades y las aspiraciones de América Latina ». Es sin duda una palanca revolucionaria, transformadora, necesaria. Pero a condición de que ese plan transformador de viejas estructuras se haga conciencia en la clase obrera y campesina latinoamericana, en el estudiantado, en los técnicos, en los burócratas y en las organizaciones públicas y privadas, nacionales y supranacionales, y que todos ellos lo tomen, lo hagan suyo y lo realicen. El tema da para un ensayo. Sólo deseo apuntar dos aspectos entre varios. No me explico por qué la Alianza para el Progreso no se ha dispuesto a llegar con su mensaje y a explicar sus objetivos a las grandes mayorías latinoamericanas. Algo ha fallado allí. No ha querido o conseguido que el hombre de la calle o del campo comprenda bien sus medios y sus fines. Luego, ¿cómo actuar, para una mayor justicia económica, social, cultural, cuando —como en países como Paraguay y Haití, por ejemplo— la falta de democracia política ahorca todas las otras posibilidades?

Las viejas oligarquías latinoamericanas han mantenido y mantienen, en grandes zonas de América Latina, una influencia capaz de ahogar o ahogar los intentos de reformas. El empecinamiento de ellas engendra las desesperaciones. La no aceptación de permitir las reformas, de modo democrático, suele acarrear leña para la hoguera totalitaria. De las frustraciones de pueblos que necesitan hacer reformas y no las logran hacer, se nutre la propaganda neototalitaria. No es vano ese entendimiento —a veces

directo, o a veces indirecto— entre las oligarquías y la reacción latinoamericana y el neototalitarismo « marxista-leninista » que se declara enemigo de ellas, pero que coincide, en la acción, con ella, cuando, por ejemplo, se trata de atacar a la revolución de la izquierda democrática, como ocurrió y continúa ocurriendo en la Venezuela de Acción Democrática de Betancourt y de Leoni.

En el Perú esa oligarquía unida a cierto tipo de militarismo reaccionario impidió, una y otra vez, que el pueblo peruano pudiera vivir una verdadera democracia en el gobierno que pudo darle, hace ya más de treinta y tantos años, el APRA. El escenario de América Latina hubiera cambiado, porque en la doctrina aprista continúan residiendo los postulados para una verdadera liberación. Pero hace sólo menos de tres años, ese mismo militarismo oligárquico volvió a cerrarle el paso al aprismo que iba a llegar al poder —nuevamente— mediante el voto popular. El golpe de Estado militar contra el Presidente Prado es reciente. Todo esto es parte de las desventuras de América Latina. La democracia peruana fue acorralada, indefensa, por los fusiles, las ametralladoras y los tanques. No sé hasta qué punto los norteamericanos de la generación del Sr. Cates Jr. pueden comprender el alcance de uno de estos varios aspectos de frustración latinoamericana.

En Argentina la oligarquía se negó a reformas sociales fundamentales. Vino entonces un demagogo, simpatizante con Hitler y Mussolini, que las hizo a su manera, y llenó, demagógicamente, ese vacío real. En pocas palabras es el por qué del peronismo a secas y hasta del « peronismo sin Perón ».

No me refiero a otras observaciones del Sr. John M. Cates Jr. para no extender aún más esta respuesta, ya bastante extensa. Pero permítaseme decir — con toda sinceridad— que no comprendo el alcance de la afirmación del autor de « Dilema democrático » : « El norteamericano habla como Don Quijote, pero lo malo es que después, como dice un colega del Departamento de Estado, actúa como él. Esto le parece una insensatez al latino, a quien gusta hablar como Don Quijote, pero que actúa rigurosamente según el modelo de Sancho Panza. »

Siempre me he negado a creer que los hombres y los acontecimientos son « cara o cruz » o « sí o no ». Me he negado tanto al lema « Cuba, sí ; yanquis, no », como al « Cuba, sí ; Rusia, no » porque las situaciones no son tan simples como parecen. Me he negado por eso a admitir el lema castrista-comunista de « Con la Patria o contra la Patria », por estimar que ni los que están contra el totalitarismo de Castro están contra Cuba, ni creo que Castro ha hundido la economía cubana por falta de patriotis-

mo, sino por deficiencias del sistema que ha impuesto por el terror. No creo, tampoco, como afirma el Sr. Cates Jr. que « el reformador político y social latinoamericano bien intencionado se dé cuenta, cada vez más claramente, de que los comunistas no están fundamentalmente interesados en las reformas sociales y carecen de un programa práctico para mejorar la vida del pueblo o para realizar sus recientes aspiraciones ». Los comunistas han intentado, a través del régimen del Comandante Castro, mejorar la vida del pueblo cubano y realizar sus aspiraciones. Pero los objetivos políticos totalitarios, los medios empleados, han terminado por convertir las reformas —justas en principio, como la reforma agraria, la habitacional y otras— en piezas deformes de una máquina estatal trituradora de la felicidad del pueblo. El terror no desemboca sino en más terror. La propaganda desenfadada —en el sistema de reflejos recondicionados totalitarios— termina por entontecer a dirigentes y dirigidos y por crear un clima de artificial victoria, que sólo existe en su propaganda psicológica.

El Sr. John M. Cates Jr. se refiere a « la incapacidad del latinoamericano para comprender el capitalismo norteamericano moderno, para darse cuenta de las grandes diferencias entre el sistema en que Marx basó su doctrina, todavía acatada ; y el sistema actual de los Estados Unidos tal como se ha desarrollado gracias a nuestra manera pragmática de entender las cuestiones sociales, legislativas y legales, es la causa de la incapacidad para comprender a los Estados Unidos. » Se queja, también, de la incapacidad del latinoamericano para comprender la evolución de los Estados Unidos y las razones de ella. Cree que fue Marx el que a ese tipo de latinoamericano « le había puesto en guardia » y « le había dado una doctrina para sostenerle en su creencia ».

En « Un examen de conciencia » intenté en la revista *Política* de Caracas explicar las razones que a algunos jóvenes latinoamericanos de mi generación nos llevaron al marxismo. Debo reiterar que estábamos lejos de ser « todos los jóvenes de América Latina » y ni siquiera « gran parte de los jóvenes latinoamericanos ». Éramos una minoría. Y creo que ahora en que, por primera vez —desde la plataforma del régimen cubano del Comandante Castro— el « marxismo-leninismo » conquista sectores más amplios de la juventud latinoamericana, aun en esta situación los marxistas-leninistas continúan siendo minoritarios. No sé si crecerán, gracias a la circunstancia que desde Cuba los alienta y alimenta, pero en la medida que se fortalezca y realice en América Latina, a amplio nivel, una « Revolución en Libertad », en la medida que la lava y el fuego revolucionario caigan y co-

rran por moldes de una revolución de estructuras revolucionarias no totalitarias, América Latina podrá realizarse para la democracia y para la libertad. Ese parece ser el grave desafío que todos afrontamos.

El Sr. John M. Cates Jr. explica algunas de las características de lo que llama « el fascinante complejo que constituye el pensamiento norteamericano » o lo que califica de « una civilización intelectual norteamericana, única en nuestro continente, « basada en el antidogmatismo y en « el único método indiscutible » : « el de discutirlo todo », en el diálogo, en « el sistema de respuesta « sin respuesta », etc.

Exalta también esa característica norteamericana que el Sr. Cates Jr. llama « manera pragmática de entender las cuestiones sociales, legislativas y legales ». En otras palabras : el empleo del método según el cual el único criterio para juzgar la verdad de cualquier doctrina se ha de fundar en sus efectos prácticos. Llevado de su fe, el autor de « Dilema democrático », luego de interesantes observaciones —« debemos renunciar a la idea de que podemos moldear a los demás a nuestra imagen y semejanza »— escribe : « Hay que demostrar que el sistema práctico, pragmático, interrogador es el sistema o método de los buenos resultados. » Se refiere a la necesidad de una « crítica sin destrucción » y a « la introspección sin desesperanza ».

Para responder a este último punto deseo señalar que nunca he sido lo que en algunas de las Antillas se suele llamar un « yes man » o sea el que dice que sí o acepta los puntos de vista norteamericanos por temperamento o formación. Muchos de mis desacuerdos están escritos con pasión y no poca cantidad de vehemencia —no sólo en prosa, sino también en poesía— a lo largo de años. Fue necesaria la experiencia del sometimiento de la revolución cubana a la órbita soviética, para que revisara una serie de puntos de vista y me despojara de no pocos complejos frente a la actitud de los Estados Unidos en el panorama mundial. Puedo hablar de mi caso, pues es el que tengo más a mano. Imagino que a otros les ha ocurrido algo parecido.

Puedo hablar también por lo que he escuchado a otros latinoamericanos —de diferentes generaciones— como una meditación final.

El Sr. Cates Jr. habló del quijotismo norteamericano. Y creo que —si examinamos la historia de las dos grandes guerras mundiales, el conflicto de Corea y el actual de Vietnam— este quijotismo se confirma. Que los Estados Unidos hayan salido de fiadores —con la sangre de sus juventudes, con el poder de sus recursos de todo género— en los conflictos donde los derechos humanos se vieron amenazados, a nivel universal o a nivel regional, ha sido algo que los siglos anteriores no conocieron. Que de estos conflic-

tos los Estados Unidos, pese a la sangría de sus juventudes y de sus recursos materiales, salieran vencedores, con las manos vacías, preocupados sólo de la paz futura en el mundo a través de la Sociedad de las Naciones, de la Organización de las Naciones Unidas, respeto del paralelo 38 en Corea, o de la no imposición del totalitarismo en el Vietnam del Sur y en lo que queda del Asia, son actitudes superiores. En cierto modo, los sueños de sociedad universal de Wilson y de Roosevelt, y « la nueva frontera » y el « diálogo Este-Oeste » de Kennedy fueron también expresiones de un tipo superior de civilización. La actual descolonización de las potencias democráticas fue idea cálidamente sustentada por Roosevelt.

No sé en qué medida esto es o no conciencia en nosotros. Lo que nos es más difícil de comprender es que, posiblemente a consecuencia de la cuota de puritanismo en la formación norteamericana, unida al antidogmatismo y al sistema abierto a múltiples respuestas, una parte de la política mundial de los Estados Unidos nos parezca incomprensible.

El impulso ideológico y material (a través de la « guerra de guerrillas ») desatado por el marxismo-leninismo en América Latina está destinado a la ya antigua maniobra de separar la América Latina de la América del Norte, con objeto de preparar el « ataque » a la fortaleza norteamericana » o de « vietnamizar » América Latina, para emplear las palabras de uno de los altos representantes del régimen de Castro.

¿Qué hacer? Nuestro desafío es dramático. En estos años se juega, posiblemente, nuestro destino del próximo medio siglo o del siglo futuro. La geografía —aun en el nuevo escenario espacial de nuestro tiempo— nos obliga a agotar todos los medios para comprendernos.

Cierto es que suele escapárenos « la movilidad y la fermentación de la sociedad intelectual norteamericana, la experimentación de su mundo literario y artístico y otras de sus características ejemplares. Pero no siempre es culpa de nuestra situación de países subdesarrollados.

Deben los norteamericanos, como John M. Cates Jr., interesarse por América Latina. Deben aprender a vivir con nosotros, a sufrir con nosotros, a esperar con nosotros, a luchar con nosotros, para comprender mejor y ayudarnos en nuestros problemas. Y deben algunos grupos de latinoamericanos —a nivel obrero, estudiantil, tecnológico— aprender, viviendo en los Estados Unidos, lo que son éstos y lo que representan, por su ejemplo. Sólo así, en el trato directo, como complemento del incremento de la acción en organismos intercontinentales, podremos salir victoriosos en la empresa que juntos enfrentamos. Para ello, el diálogo entre nosotros es indispensable.

# libros

## Francisco Javier Clavigero (1731-1787)

EL VERACRUZANO CLAVIGERO no sólo es la figura más brillante de los jesuitas expulsados durante la décima generación colonial, sino una de las magnas lecciones de la mexicanidad. El aleccionador lema de Antonio Caso, « México, hazte valer », fue cumplido tempranamente por Clavigero. Escribió la *Historia antigua de México*, según sus propias palabras « por hacerse útil a su patria » (1), a pesar de ser « un hombre reducido a un miserable estado por las tribulaciones, que se ha puesto a escribir a más de dos mil y trescientas leguas de su patria » (2).

Clavigero resume las características que convierten a las letras jesuitas del siglo XVIII colonial en un puente hacia el rico Iluminismo laico de la última generación de la Colonia. Su pupila es la del observador científico :

« Todo esto se ha observado prolijamente en estas aveccillas, y no dudo de que se reconocerían cosas más singulares si se repitiesen las observaciones » (3).

Según Mariano Cuevas, Clavigero leyó a los filósofos modernos, entre ellos, a Descartes, Gassendi, Leibniz y Newton, y con pleno conocimiento de sus superiores (4). En varias de sus obras menores se ve claramente la amplitud de miras y la vasta preparación de Clavigero como una síntesis de la tradición y la Modernidad :

(a) el jesuitismo a raíz del pueblo :

« Finalmente por la buena conducta de los nuestros y lo mucho que beneficiaban al público ... en beneficio de los pobres, eran no digo

amados, sino idolatrados del reino ; ... Este extraordinario amor a los jesuitas se manifestó, como diré, en las singulares y jamás vistas demostraciones de sentimiento que hicieron en nuestra salida » (5).

(b) el aspecto de los conocimientos útiles y del progreso económico de la sociocultura :

« Si en lo que mira a las artes se atendiese solamente a la utilidad de la Nueva España, no habría dificultad alguna en responder ; pero debiéndonos hacer cargo de la utilidad de la Antigua España, es difícil la solución del problema ; porque ante todo se debería asentar hasta qué grado ha de llegar la dependencia que ha de tener la Nueva España de la Antigua. ... Que tampoco se le deben prohibir aquellas cuya falta redundará más en beneficio de los extranjeros que de nuestra propia nación ; porque no me parece justo que se atienda a enriquecer a los extranjeros con detrimento de los propios vasallos... Que deben permitirse y aun fomentarse aquellas artes cuyo cultivo está conexas con el adelantamiento de las ciencias ; porque la cultura de los vasallos es parte de la felicidad de la Corona. Entre otras deberían establecerse en América la yetería (sic) o arte de fabricar moldes para la imprenta y la fábrica de papel » (6).

Su visión refleja el conocimiento creador y científico, al interpretar las creaciones humanas

(1) Francisco Javier Clavigero : *Historia antigua de México* (México, Colección de Escritores Mexicanos, 1945), VIII, pág. 20.

(2) *Ibid.*, pág. 19.

(3) *Ibid.*, pág. 136.

(4) Mariano Cuevas, en *ibid.*, pág. 9.

(5) Francisco Javier Clavigero : « Breve descripción de la provincia de México de la Compañía de Jesús, según el estado en que se hallaba en el año de 1767 », *Tesoros documentales de México. Siglo XVIII* (México, Editorial Gálata, 1944), pág. 309.

(6) Francisco Javier Clavigero : « Proyectos útiles para adelantar el comercio de la Nueva España », en *ibid.*, págs. 397-398.

según un punto de vista que se acerca al del sociólogo o antropólogo moderno. Describe las sementeras flotantes de los indígenas de Tenochtitlán y no las alaba como una de las maravillas del mundo ; explica que se revela en ellas la industria del hombre ante la necesidad. Habitaban un islote que no rendía suficientemente para el número de habitantes, y los indios tuvieron que hallar una solución ante esa urgencia (7). La estructura de su historia sigue también el patrón iluminista, separando la religión, política y economía mexicanas, las tres instituciones que caracterizaban a una nación, según las ideas del siglo XVIII (8).

La *Historia antigua de México* es una historia de la cultura indígena. Tenía Clavigero una preparación especial para ese tema. Había estado en contacto con los indígenas desde sus primeros años y hablaba náhuatl, otomí y mixteca. Su afición favorita era la historia de esos indígenas, que se nutrió de un suceso que evidenciaba una línea interna mexicana de conservación de los tesoros culturales por figuras singulares. Un jesuita sonorense, el padre Campoy, le informó un día que en la biblioteca del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo « se encontraba un rico tesoro documental, el que había legado el ilustre sabio D. Carlos Sigüenza y Góngora, con la particular advertencia de que esos papeles se guardasen en cajones hechos de cedro de La Habana, para que no fuesen destruidos por la polilla » (9).

El aprovechamiento feliz de ese material se revela en la magnífica obra histórica que legó Clavigero. Procuró integrar su libro con los que le precedieron. Dedicó la historia a la Real Pontificia Universidad de México, « los custodios de las ciencias », y pidió a los funcionarios de la Universidad que no permitieran la desaparición de documentos sobre el pasado mexicano, en especial de las obras de Sigüenza y Góngora. Rogó que se remediara el « descuido de nuestros mayores con respecto a la historia de nuestra Patria » y llegó a aconsejar que se fundara en la universidad un museo de antigüedades mexicanas (10). Como se ve, en Clavigero no podría ser más profunda la incorporación del pasado cultural indio a su sentimiento nacional y su anhelo por fomentar la conciencia de que la Nueva España tenía una tradición antiquísima y valiosa. Apunta, además, que eran las instituciones intelectuales las que tenían la responsabilidad de dirigir esa creación del sentimiento de tradición y amor patrios.

(7) Clavigero, *op. cit.*, págs. 234-235.

(8) *Ibid.*, VIII, pág. 60.

(9) Mariano Cuevas, en *ibid.*, VII, pág. 10.

(10) Clavigero, *Ibid.*, págs. 21-23.

El respeto y admiración que siente Clavigero por las socioculturas indígenas de México son extraordinarios. Los rasgos del orden de los « mentifacts » sirven para demostrar su alto nivel cultural :

« ...sino más bien cultos y cultísimos, porque no puede ser sino una nación cultísima la que tiene una larga serie de observaciones y conocimientos precisos de astronomía » (11).

« Pues para dar alguna muestra de esta lengua y por complacer a la curiosidad de los lectores, pondré aquí a su vista algunas voces que significan conceptos metafísicos y morales, y que las entienden aun los indios más rudos » (12).

Hay en Clavigero, ciertamente con gran anterioridad a Alfonso Reyes, una toma de posición americana. El concepto que tenía Clavigero de la cultura conquistadora integraba los rasgos autóctonos a los del trasplante y aceptaba como tradición de sumo valor la cultura de la pre-conquista. Consideraba de tal valor esa cultura que encontraba en ella elementos que Europa debía transplantar de México : « La forma judicial de los mexicanos y tezcocanos nos suministra algunas lecciones útiles de política » (13).

Clavigero compara la cultura india con otras socioculturas y halla que sus divinidades eran concebidas con menos imperfecciones y supersticiones que entre los griegos y romanos (14). Sus instituciones políticas eran superiores a las de España a la llegada de los fenicios (15). La Conquista es interpretada como una invasión. El hecho de que hayan sido los españoles quienes conquistaron a México es explicado demasiado someramente como acto de la Providencia :

« que tomó a los españoles por instrumentos de su justicia y de su misericordia para con aquellas naciones, castigando en unos la superstición y la crueldad, e iluminando a los demás con la luz del Evangelio » (16).

Clavigero es un criollo de la décima generación hispanoamericana, ya siente al español como algo lejano ; y su cultura jesuita y humanista, universalista a la vez que nacional, le hace sentir a España como una nación aparte, entidad a la que se equiparan las otras naciones europeas : y México. Es una actitud de mexicanismo espiritual. Al tratar la historia de la Conquista en cuanto a Montezuma y Hernán Cortés, expresó convincentemente el sentimiento de que la Conquista había sido una invasión :

(11) *Ibid.*, X, pág. 295.

(12) *Ibid.*, pág. 329.

(13) *Ibid.*, pág. 339.

(14) *Ibid.*, VIII, pág. 62.

(15) *Ibid.*, págs. 167-168.

(16) *Ibid.*, IX, pág. 130.

« Bien conozco que los lectores percibirán al leer y reflexionar en las circunstancias de este extraordinario suceso, la misma displicencia que yo siento al escribirlo » (17).

La descripción física del indio contemporáneo evidencia su objetividad y mesura ; tanto en el aspecto cultural como en el físico, el jesuita eleva al indio a una posición de igualdad frente a los grupos humanos europeos :

« Por otra parte, no reconozco en mí cosa alguna que pueda preocuparme en favor o en contra de ellos. Ni la razón de compatriota inclina mi discernimiento en su favor, ni el amor de mi nación o el celo del honor de mis nacionales me empeña a condenarlos ; y así diré franca y sinceramente lo bueno y lo malo que en ellos he reconocido. Son los mexicanos de estatura regular, de la cual se desvían más frecuentemente por exceso que por defecto ; de buenas carnes y de una justa proporción en todos sus miembros ; de frente angosta, de ojos negros y de una dentadura igual, firme, blanca y tersa » (18).

El amor y respeto de Clavigero por el pasado cultural indio se evidencia también en sus comentarios sobre el indígena de su generación. Le encuentra hábil para todas las actividades culturales, adelantándose aquí también a figuras señeras de los siglos XIX y XX. Sería muy larga la lista de virtudes del indio mexicano (19). Su « pereza » se debe a su desinterés y al poco amor que sentía por el español (20). Advierte que los indígenas del siglo XVIII no se comportan como antes de la llegada del peninsular, y explica que es el resultado de las nuevas costumbres e instituciones políticas y religiosas (21). La sagacidad de Clavigero quizá sea mayor que la de muchos ensayistas hispanoamericanos del siglo XX. No establece una diferencia entre los patrones culturales europeos y americanos ; los elementos fundamentales de la cultura son occidentales. No acusa al indio de imitación servil, sino que llega a una conclusión mucho más razonable. Declara que si se educara adecuadamente al indio, podría este competir con el eu-

ropeo en filosofía, teología y matemáticas. Advierte además que « es muy difícil, por no decir imposible, hacer progresos en las ciencias en medio de una vida miserable y servil y de continuas incomodidades » (22).

Clavigero tiene como propósito esencial el de hacer la historia indígena de México para estimular y conservar, o fundamentar, una tradición nacional. Por otra parte, su obra es uno de los jalones más logrados en el proceso del concepto de libertad en América Latina. Su defensa de la dignidad del indio y de su capacidad creadora, y la crítica a las imposiciones que éste sufría, representan uno de los monumentos de las letras civiles de México y del continente. El libro tiene, sin embargo, otro motivo igualmente importante. Hispanoamérica se inició por medio de una invasión y el trasplante de la cultura española. Ésta, la cultura conquistadora, y la naturaleza americana fueron denotadas por De Pauw y muchos otros forjadores de la « leyenda negra ». La toma de posición de Clavigero ante la crítica europea no pudo haber demostrado mayor confianza en las cualidades de América. La lección de americanismo del jesuita mexicano no puede ser superada. Sopesa las ventajas y desventajas de la naturaleza propia y la europea y le da la ventaja a aquélla (23). Deslinda al habitante autóctono de los europeos, afirmando que no tiene su origen en ninguno de los pueblos existentes en el siglo XVIII en Europa (24). Levanta así a plano de igualdad las culturas americanas y las incorpora al proceso cultural universal. Es evidente su sentimiento de que la cultura europea no representaba una superioridad a la que procuraban llegar las otras culturas. Es precisamente su compenetración con los patrones del ideario del siglo XVIII lo que le permite ascender a un plano de occidentalidad y universalidad. Explica que defiende al indio por « el amor a la verdad y el celo por la humanidad » (25). Subraya además que le hubiera sido más fácil defender al criollo americano, y que le hubiera interesado más, dado que él lo era también (26).

Para concluir, el rasgo esencial de Clavigero es su mexicanismo. Ha llegado a una integración cultural de los rasgos de la cultura conquistadora mexicana insuperable en cualquier tiempo. Al burlarse de los europeos por su sentimiento de superioridad, declarando que las guerras indias no habían sido tan bárbaras como las de Europa (27) y al destacar la creación cultural del indio, él, criollo de padres españoles, refleja una amalgama psicocultural mexicana que hasta el siglo XX difícilmente haya sido lograda por más de un puñado de mexicanos.

SAUL SIBIRSKY

(17) *Ibid.*, págs. 129-130.(18) *Ibid.*, VII, págs. 165-166.(19) *Ibid.*, págs. 167-170.(20) *Ibid.*, pág. 170.(21) *Ibid.*, págs. 171-172.(22) *Ibid.*, X, pág. 259.(23) *Ibid.*, pág. 136.(24) *Ibid.*, pág. 33.(25) *Ibid.*, pág. 220.(26) *Ibid.*(27) *Ibid.*, págs. 347-348.

Marguerite Yourcenar :

«*Fleuve Profond, Sombre Rivière*»

LA LARGA RUTA MARITIMA que conduce de la costa occidental de Africa a las márgenes de un Nuevo Mundo de inmensas plantaciones de algodón y de maíz vuelve a adquirir su aspecto de tragedia inhumana bajo la pluma de Marguerite Yourcenar, en la primera parte de sus comentarios sobre los poemas negros norteamericanos, de los que publica una colección con el título *Fleuve Profond, Sombre Rivière* (Gallimard, París, 1964). Ruta de desventura, soles extintos sobre crepúsculos de interminables suspiros, océano desencadenado que sacude el barco, desde el mástil más alto hasta la sórdida cala donde se hallan hacinados centenares de negros hociucados ; luz pálida del día que nace sobre la orilla irónicamente verdeante de la esclavitud, brutalidad del negrero con su terrible látigo, venta al por mayor o al por menor, del rebaño de hombres comprados en Africa, trabajos duros de todas clases... He aquí el crisol singular de una poesía que, llegado el momento, había de desbordarse del ámbito de las comunidades donde ha nacido y partir briosamente a la conquista de un universo más vasto.

*Fleuve Profond* es la traducción literal del célebre negro *spiritual* « Deep River », una hermosísima versión de la cual, cantada por los coros de Norman Luboff, se había grabado en discos. Los primeros compases de la melodía bastan ya para invitar al autor al ensueño, a un ensueño indiscutiblemente algo desconcertante, pues este río profundo, en cuya orilla opuesta « se encuentra mi casa », este río profundo « que quiero atravesar para encontrarme de nuevo en mi campamento », donde sin duda la vida es mejor que en el lado de acá, este río, ¿cuál es exactamente? ¿Es el Misisipí, que viene del norte, de donde la libertad sonríe al negro oprimido del sur? ¿Es el Jordán, realmente, como lo indica el canto? Pero, ¿por qué no habría de ser el Eufrates, en cuyas riberas centenares de jerosolimitanos cautivos de Nabucodonosor II recuerdan a Sión, derramando lágrimas y lanzando suspiros angustiados? En realidad, todo esto se confunde en el espíritu del negro norteamericano, cuando canta « Deep River ». Desde que lee la Biblia o se la explican, ha hecho suyos los sufrimientos del pueblo de Israel, escarnecido por los egipcios. Así, pues, la comunidad negra cristiana de los Estados Unidos se identifica con la de los descendientes de Jacob, cuyo largo viaje a través de los tiempos, desde la muerte de José hasta la Tierra Prometida, se parece a la penosa ruta que va desde la es-

clavitud en las plantaciones hasta el fin de la guerra de secesión.

Ahora bien, esta Tierra Prometida plantea problemas al creyente negro norteamericano : ¿se encuentra en este mundo o en « el otro »? Los sermones dominicales, amalgamas increíbles de misticismo y materialismo, no le ayudan, ni mucho menos, a disipar un equívoco siempre posible. De ahí el mito de un Cielo que se asemeja a la vez a la liberación, al Juicio Final, a la ruina y al hundimiento de los enemigos del pueblo de Dios y al advenimiento de la Justicia. Claro que en este mito vienen a mezclarse también elementos de la vida diaria. Ellos son los que le animan con todo lo que el presente encierra. No debe extrañarnos, por consiguiente, que se utilice el tren como medio de transporte para ir al Cielo, ni que Dios fume cigarros (como sucede en la película *Verdes dehesas*). Esta visión sumamente singular del más allá sitúa el Cielo tan pronto en Jerusalén como en Canaán, y a veces en Raleigh, Baltimore o... en Ofé, ciudad sagrada de la Nigeria occidental, residencia celeste de las almas en la mitología de Haití. Y el Jordán, « río profundo » que separa la vida terrestre de la que se desarrolla al otro lado, se ha convertido a menudo en el Misisipí o en el Tennessee.

Por otra parte, este mismo mito del Cielo vuelve a encontrarse entre muchos creyentes negros de Africa, para quienes Egipto, Palestina, Nazaret o Sión eran todavía, hasta estos últimos años, lugares celestiales. En ciertas regiones de Africa ha sido necesario esperar la vuelta de los combatientes negros de la última guerra mundial y oírles narrar, con asombro y maravilla de todos, que el azar de las campañas les había llevado a pisar esos lugares « celestiales » ; ha sido necesario esto para asistir al derrumbamiento de esos mitos, presagio de su casi completa desaparición en la actualidad. Antes del fin de la colonización, los creyentes de Africa habían adoptado con frecuencia, en relación con la Sagrada Escritura, la misma actitud que sus hermanos de raza que se hallaban en Ultramar : la confianza absoluta del porvenir en un mundo mejor y la identificación con el pueblo hebreo, cuyas desgracias tenían cierta semejanza con las suyas. Así es como la figura de Moisés, obedeciendo a la orden del Eterno de ir a liberar a los hijos de Israel, se convertía para algunos en una especie de protección, que simbolizaba la figura de un Kwamé Nkrumah, o la de un Jomo Kenyatta, del mismo modo que, para los negros de los Estados Unidos que han leído la Biblia, Martin Luther King es indiscutiblemente el Moisés de los tiempos modernos.

Estos hechos permiten entrever el papel extremadamente importante que desempeña la Bi-

blia entre las comunidades negras, incluso para que estas comunidades adquieran conciencia de que son miembros de una sociedad donde debería reinar la justicia y que esperan al fin la liberación progresiva de los pueblos negros de ambas orillas del Atlántico. Sin pretender desarrollar más estos puntos de vista, y cualesquiera que sean los reproches que puedan hacerse, por otra parte, al cristianismo —¿no hay entre los extremistas negros quienes le acusan de paternalismo?—, forzoso es reconocer que, descontando el papel político y social más o menos importante de las congregaciones religiosas negras de los Estados Unidos, en su seno es donde se ha elaborado el « negro spiritual », que sigue siendo, con su equivalente profano, el « jazz », la mayor aportación negra a la cultura norteamericana. Las asambleas religiosas son las que han hecho la fama de Mahalia Jackson, de Sister Rosetta Tharpe o del Golden Gate Quartet, antes de haber sido consagrados por el gran público.

Hoy en día, las empresas mundiales productoras de discos explotan el repertorio de la música religiosa negra norteamericana, repertorio cuya riqueza sólo pone parcialmente de relieve la grabación sonora. En efecto, esta misma música gusta, entre otras razones, por su ritmo, el timbre de las voces de sus intérpretes o, en un sentido más profundo, por la facilidad con que los cantos de alabanza a Dios aprovechan los impulsos del corazón humano y reúnen, sin esfuerzo, la serenidad celestial con las múltiples penas y alegrías de la vida diaria. Sin embargo el disco es incapaz de representar por completo la atmósfera auténtica en que se ejecuta y se vive esta música. Hasta las películas como *Verdes dehesas* o *Aleluya* están demasiado retocadas para dar una idea exacta de esta atmósfera. Desde este punto de vista, nada puede reemplazar, para un testigo, el espectáculo de su desarrollo.

Cierto día invité a uno de mis amigos tunecinos, de paso en Nueva York, a asistir en el Teatro Apolo, de Harlem, a un concierto de cantos sagrados. Entonces este teatro organizaba, de vez en cuando, estas representaciones, « para acercar al Señor la muchedumbre profana », según se decía. En la citada tarde, la *Gospel Caravan* se desarrollaba en un Harlem dominado por la tensión: en la inmensa sala, blancos y negros aplaudían juntos a los grupos vocales venidos de todos los puntos del país, mientras que fuera las gentes se excitaban con motivo de las extravagancias de Foebus. Mi amigo se deleitó con los cantos y las danzas sagradas, el órgano y la pasión casi histérica de los que se hallaban en escena. Después de interminables elogios, acabó diciendo: « En mi vida he visto nada semejante. Estoy se-

guro de que si comprendiese las palabras que « ellos » cantan, « acabarían convirtiéndome a su religión. » Creo que hay un poco de exageración en estas frases; pero estoy convencido de que el « negro spiritual » ganaría el cincuenta por ciento de su valor si se diera a conocer la significación del « argot » de sus textos. Por esta razón el libro de Marguerite Yourcenar constituirá para los aficionados a la música religiosa negra de los Estados Unidos un documento indispensable, esperado desde hace mucho tiempo.

FRANCIS BEBEY

## Salvador Reyes :

### « El incendio del astillero »

ESTAS TRES NOVELAS, lector amigo, han sido escritas en épocas y sitios distintos y algunas de ellas han ido en el fondo de una maleta por varios continentes, sin que el autor (que como tú está muy ocupado) encontrara tiempo para seguir estampando en el papel las aventuras de sus personajes... » Ahí se revela el alma viajera de Salvador Reyes y cierta ironía de quien le toma finamente el pelo al hombre moderno, digamos al ciudadano moderno, tan distinto de los personajes presentados en el libro. El novelista advierte que dichos personajes son inventados, pero que se parecen a algunos conocidos del autor. Con lo cual éste confiesa su deseo de pintar cierta realidad. Cuán diferente esta parrafada de las primeras líneas de algunas novelas cuyos « nivolistas » —sea dicho con la venia de Unamuno, inventor de la « nivola » en su novela *Niebla*—, sin la mera cortesía de una aclaración, hunden de buenas a primeras al paciente —impaciente— lector, en el abismo mental de un desconocido, o en una acción atemporal, voluntariamente ambigua y equívoca. En *El incendio del astillero* (Zig-Zag, Santiago de Chile, 1964), no se requiere del lector ninguna predisposición al psicoanálisis, ninguna intuición genial que le permita calar la intención elegantemente oscura o mistificadora del creador de fantasmas. No hay en *El incendio del astillero* criptogramas arcanos. Tampoco se plantean en ese libro problemas sociales, políticos u ontológicos. O mejor dicho, si se plantean es porque los seres que se mueven en él son de carne y espíritu, y por lo tanto representan aspectos de una posibilidad social y humana que nunca dejará de estremecer la « caña pensante » que nuestra condición crfa en cada uno de nosotros. Pero el novelista, en



vez de interesarse por los problemas del hombre, se interesa por sus moviles, su acción, y no pretende mezclar el arte del cuentista con el del ensayista o del filósofo. Dicho con otras palabras, fiel a sí mismo, el novelista sigue la técnica de sus libros anteriores, entre los cuales, ¿cómo no recordar *Piel nocturna*, *Ruta de sangre* o *Mónica Sanders*?

Una vez más, pues, leemos relatos de mar. Pero a esos relatos les pasa lo mismo que en el verso de Valéry :

*la mar, la mar sin fin recomenzada,*

es decir, siempre distinta.

Por eso no será nada raro que estas novelas cortas tengan algún parecido, en cuanto al teñido de fondo, con otras de escritores que evocaron también el mar austral chileno. Así, por ejemplo, « El tesoro del brick » recuerda (no he dicho imita) *El pontón número 5* de Mariano Latorre. En ambos relatos el protagonista principal es un barco que después de unas mocedades gloriosas y una madurez hazañera por esos mares de Dios y del diablo, envejecido ya, tiene que resignarse al destino de pontón atracado, encadenado, y que finalmente se hunde de puro carcomido y nostálgico. Sólo que en el cuento de Salvador Reyes, un marinero loco —por lo menos lo dicen loco los otros— se empeña en descubrir un tesoro oculto en la bodega del brick-pontón, y tienen que sacarlo a la fuerza, en vilo, del desahuciado carcamán pocos momentos antes de que éste se vaya a pique.

Por la solapa del volumen sabemos que la segunda novela fue publicada en francés en la *Revue des Deux Mondes* y aparece por primera vez en castellano en este libro. Es tal vez la más lograda de las tres por la tensión, el miedo a algo horrible y a un desenlace trágico que el novelista desde las primeras líneas logra infundir de manera persistente en el ánimo del lector. El título impresionante « La Isla Desolación » (tanto más impresionante cuanto que se trata de una realidad geográfica) responde al contenido. Por cierto, la vida de los dos loberos desembarcados en aquella isla no tendría nada de envidiable si no fuera porque, inesperadamente, encuentran a una linda niña de dieciocho años, que vive allí con un padre anciano. Produce curioso contraste la rudeza de paisajes y hombres, y la femineidad de la muchacha que huele a mar y viento, y que se pasa las noches vagando por las playas, ondina hecha mujer añorando su origen. Algo cerril hay en ella a pesar de ciertos modales finos de niña educada en la ciudad, donde aprendió a bailar y a tratarse con la gente. Sueño de novelista que se ofrece el lujo de realizar por escrito anhelos de amor primitivo en la naturaleza con una niña que sea una « buena salvaje ». Tan buena que

se entrega sin pensarlo mucho al más joven de ambos loberos. Este, después de reunir un número suficiente de pieles y descubrir algunos talegos de oro en polvo, quiere irse y llevarse a la muchacha. Pero ésta se ha desvanecido. Y al joven no le queda más remedio que cargar su lancha con las pieles, y remar solo hasta el barco que lo recoge y lo aleja de la isla, donde se queda el mito.

Es también el desvanecimiento de un mito el que constituye el asunto de la última novelita que da su nombre al conjunto. Un armador ha puesto toda su ilusión en la construcción de una goleta. Su mujer, que mantiene a un amante, necesita dinero y consigue que el marido venda la goleta antes de que esté terminada. El armador muere desesperado, y su hijo prende fuego al barco.

Estas tres novelas ofrecen una serie de aventuras contadas con sobria elegancia, que siempre dejan lugar al ensueño y al deseo de evasión, a pesar del realismo de algunos pormenores. En común expresan un gran amor al mar.

PAUL VERDEVOYE

## Juan Carlos Onetti : « Tan triste como ella »

PARACE DIFÍCIL describir, sin falsear, la muy particular textura de estos relatos de Juan Carlos Onetti (Alfa, Montevideo) que, por otra parte, difieren considerablemente entre sí. El primero de ellos, que da título al libro, muestra un manifiesto desdén por todo lo que pueda contribuir a situar, en el sentido tradicional, la trama y los personajes : la narración se interna inmediatamente en un mundo de semi-vigilia, donde lo que transcurre no son precisamente los acontecimientos, sino una atmósfera tenaz de neblina penetrante, de sueños o recuerdos que dominan secreta pero ingeniosamente la realidad : así resulta amortiguada, insidiosamente desviada la repercusión natural que encontrarían los mismos sucesos en un relato clásico. Poco se sabe de la mujer y el hombre que protagonizan la historia, y el lector puede adivinar sólo muy oscuramente la naturaleza profunda de su relación. Aun la técnica del relato, en el cual el diálogo ocupa sólo una mínima parte, parece presuponer que el narrador ha atendido ante todo a la zona inaccesible y no comunicable de los seres que presenta, aquella que se resiste a toda pregunta o explicación. En lugar de los triviales archivos de costumbre : nombres, retratos, evocaciones, introspec-

ción, son extraños símbolos los que parecen adelantarse a ofrecernos una clave : así el jardín, primero abandonado y luego poblado por inmensas y absurdas peceras ; el cerco de cinaquina ; el falso sacerdote. (« No importa, no queremos saber de qué estamos hablando. Cuando las flores se mueran y tenga que tirarlas, piense que somos, nos guste o no, hermanos en Cristo. ») Una falsa venganza apoyada sobre celos falsos ; una fallida escapatoria de la mujer en dos fugaces aventuras cuyo saldo —impotencia, sadismo— no alcanza a reemplazar el perdido sabor del amor. Y por fin el suicidio, de algún modo previsible, pero también fantástico, inscrito inexorablemente en la imagen de la luna que ha poblado los sueños de abandono de la protagonista.

Es precisamente este predominio de los símbolos sobre el actuar de los personajes lo que parece identificar a esta literatura. Con ella, y en una línea paralela a la orientación de cierta

narrativa y dramaturgia europea, que alcanza también al cine, el mundo de la culpa o la inocencia no concierne ya a la responsabilidad de los seres humanos, sino a una oscura tiniebla impersonal. ¿Cansancio de la aparentemente exhaustiva lucidez de los análisis psicológicos? ¿Reaparición de una suerte de moderada literatura fantástica, donde símbolos o gestos arbitrarios reemplazan lo que en las viejas leyendas medievales se acordaba a los poderes satánicos? O, más simplemente, ¿profesión de agnosticismo, reconocimiento de las zonas impenetrables, apelación categórica a los poderes de interpretación del lector? Cualquiera sea la respuesta, ninguna de ellas excluye la imagen de un hombre solitario y desvalido ante un mundo donde todo —y todo es, fundamentalmente, el amor— se halla amenazado más allá de sus posibilidades de protección o de defensa : el amor se va « con tanta astucia y disimulo y traición. Se fue ; no podría decir si eligió semanas o meses o prefirió desvanecerse suavemente, una hora y otra. Es tan difícil de explicar. Suponiendo que yo sepa, que entienda ».

El segundo relato no se aparta de esta dirección, si bien por su factura parece aproximarse más a la narrativa anterior de Onetti : un hombre, angustiado por el suicidio de su hermano, en el cual cree haber intervenido indirectamente, tiene un encuentro de amor con una adolescente. Al día siguiente, la visita de la ex amante de su hermano lo tranquiliza en cuanto a su presunta responsabilidad ; pero inmediatamente después, el hallazgo del cadáver de la adolescente —de la cual alcanza a saber que era sorda, sin que él lo hubiera advertido—, lo enfrentó con otra misteriosa relación de culpabilidad que, sin duda, escapa a los límites de su propia conciencia. Nuevamente aquí las imágenes : la fiesta imposible, el desamparo de la playa hacen patente esa « deseada aproximación a la muerte » que aparece en el primer relato. Onetti da esta desolada visión en el lenguaje justo, herido de lentitud, de esa irremediable opacidad que es imprescindible no confundir con la deliberada oscuridad en que incurren hoy los trasnochados y numerosos seguidores de Faulkner. Ningún expresionismo, ninguna distracción extemporánea lo amenazan. De « Los Adioses » a « Tan triste como ella », sin embargo, la atmósfera de su narrativa parece haberse enrarecido hasta lo irrespirable, sin acumular, en cambio, esa concentrada tensión que vuelve entrañablemente memorables o insustituibles obras de tan extraño clima como ésta. La obra de Onetti parece resumirse así en una espiral que se devora a sí misma. Baste esperar que, alcanzada en su propio centro, un nuevo despliegue le permita renovarse.

IVONNE A. BORDELOIS

# SURVEY

Nº 56

July 1965

## RUSSIA SINCE KHRUSHCHEV

The summer 1965 issue of "Survey" presents a critical analysis of trends in Soviet domestic and foreign policy in 1964-65, particularly since the fall of N.S. Khrushchev last year. Among the subjects reviewed: the state of Soviet industry and agriculture, the introduction of reforms in the economic field, Soviet foreign policy, military strategy, and diplomacy in recent years, changes in party structure and leadership, the 'new men', their policies and aims. Leading Western scholars also comment in this special number of "Survey" on the new cultural policies and the work of the younger poets.

Recent visitors to the Soviet Union report their impressions gained in various parts of the Soviet Union. Documentary articles deal with subjects only infrequently discussed in the past, such as the automobile in Soviet life and tourism in the Eastern bloc.

*SURVEY is published quarterly  
Free specimen copy on request  
Annual subscription rates : £1 10 or \$4  
Special reduced rates for students*

### EDITORIAL OFFICE:

Summit House, 1 Langham Pl., London W.1.

### SUBSCRIPTION OFFICE:

Ilford House, 133 Oxford Str., London W.1.

## Mascarilla de Valle Inclán

Detrás de la figura esquelética, mutilada y barbuda de Valle Inclán, una ilusión de óptica literaria esboza la silueta empingorotada y soberbia del gentilhombre normando Julio Barbey D'Aurevilly. Tal ocurre, al menos, en las Sonatas, sobre las que gravita, impalpable y visible como la niebla, la sombra majestuosa del « último chuán ». Pero cuando Valle Inclán desciende a la cueva del esperpento, con un farol de vidrios verdes en la mano sobreviviente, dispuesto a solazarse —como Goya el 3 de mayo ante los fusilamientos de la Moncloa— en un mundo sonambúlico y destripado que animan larvas humanas y brujas desgredadas en aguafortesco concilio, la ilusión óptica se desvanece. Queda un Valle espectral, esbozado como un trasco luciferino, gozoso de la impúdica fealdad del conciliábulo, subrayada por luces oblicuas. Es que, en el espacio literario de Valle Inclán, coexisten dos estilos que son como el anverso y el reverso de su sensibilidad. El demonio galante y heroico de las Sonatas va a reflejarse, más tarde, en su madurez de escritor, en uno como espejo cóncavo, con caricaturesca simplicidad, en la atmósfera alucinada de la « marihuana » que Valle Inclán aprendió a fumar en las guaridas mexicanas de Santa María la Redonda y a través de cuyo humo, diabólico y ultratumbal, sus ojos de taladro se aguzan y alcanzan aptitud para perforar el misterio y la sombra.

Si Valle Inclán, como Barbey d'Aurevilly, asume una postura romántica en política —la postura del perdedor, del afiliado al carbonarismo literario, del heraldo de la causa perdida— en su primera época, más tarde va a trocarse en un demonio aguafortista por más que se abstiene en conservar el yelmo carlista, con penacho de crines blancas, que es su propio rostro enmarañado de barbas nostálgicas. Valle Inclán es de una céltica arrogancia, como Barbey de una normanda bravura. Nace el gallego en una aldea del norte español —la Puebla de Caramiñal—, habitada por la leyenda medrosa, a la vera de las rías tersas y melancólicas. Su infancia está nu-

trida de tradiciones, de fúnebres mentiras, de episodios crueles. Su infancia, como un desván, va relleniéndose de hierros viejos, de muebles inservibles, de cacharros desportillados. Y de ese desván revuelto ha de extraer una insólita colección de recuerdos que, vistos a la diurna luz, desempolvados y liberados de su patina de vejez, se transforman en relucientes cobres y brocados amortecidos.

Carlismo literario fue su posición política, pues que le hacia falta adoptar un rótulo en el bati-burrillo español y disfrazar su inalterable anarquismo. La campiña gallega, orlada de « piedra y hiedra », se adentra en la obra valleinclanesca y no la abandona ya más. Advierte el mozo, díscolo y ceñudo, toda la poesía contenida en su comarca y logra conservarla y depurarla en su tránsito. Antes de ir a Madrid, que era su meta natural, el contradictorio mozuelo se embarca para México. Un vigoroso aire de aventura infla las velas de su ensueño. Anhela el encuentro de lo extraordinario y descomunal. Con la cabeza henchida de maleza heroica, que la experiencia se encargará de desbrozar, desembarca en Veracruz y, según cuenta Gómez de la Serna, su primer paso consistirá en acercarse a un periódico en el que, el mismo día de su arribo, se ha publicado una diatriba antiespañola que se inicia injuriando la memoria de Hernán Cortés y concluye injuriando al « último gachupín desembarcado ». Y aquel « último gachupín » era el entonces ignorado y fabuloso Valle Inclán que recogía el ultraje y lo vengaba a garrotazos. Verdad o mentira, el episodio se intercala bien en la leyenda irascible del hidalgo pundonoroso y quisquilloso. En Valle Inclán, la certeza nunca es indispensable. Hay que aceptarlo como fue: una mezcla de niebla y de mentira, de pelos largos y mitomanía graciosamente enrollados alrededor de un esqueleto. « Don Ramón —escribe Gómez de la Serna—, tuvo el primer sombrero de copa a los dieciséis años y su primera barba a los diecisiete. » De esta afirmación se deduce cómo, en Valle Inclán, alentaban la urgencia de una mayoría de edad

precipitada y el anhelo de encajar, en el menor tiempo posible, en el caparazón de esperpento, manco, barbudo e irritado, que había imaginado ser. A don Ramón, como el sombrero de pelo y la barba de su segunda infancia, se le hacían indispensables la mutilación heroica y la capa de embozos encarnados para sentirse, paradójicamente, integrado y total. La mano cortada fue para don Ramón una suerte de « cruz de guerra », obtenida con tesonera legitimidad. No importa, no, que la perdiese en una riña tabernícola y no en una batalla de sueños, si la aureola prócer y el halo conspirativo estaban alcanzados.

El mismo ha definido la teoría estética del esperpento por intermedio de un personaje suyo en Luces de Bohemia. « El esperpento —dice Max Estrella— lo ha inventado Goya. Los héroes clásicos han ido a pasearse por el callejón del Gato... Los héroes clásicos reflejados en el espejo cóncavo dan el Esperpento. El sentido trágico de la vida española sólo puede darse en una estética sistemáticamente deformada... » Así, insinúa que si Goya inventó el esperpento en « Los Caprichos », él ha venido a redescubrirlo, bajo un cucurucho caprichoso, en el esperpento literario con que había de bautizar sus piezas dramáticas tratadas con inalterable pureza trágica, casi con los mismos lápices con que Goya dibujaría los suyos verídicos y extravagantes.

Trasgo compostelano, nacido para habitar en los balcones ciegos de la « Plaza de los Literarios » de Santiago, don Ramón fue un voluntario emigrado de su tierra gallega y ancló en Madrid, en ese distrito esperpéntico y sinuoso que abarca desde la Puerta de Toledo hasta el Arco de Cuchilleros, habitado por daijas pintadas y brujas fúnebres. Solitario embozado, Valle Inclán era la clásica alma en pena vagando por las calles de Madrid, huésped inesperado de las tertulias nocherniegas, abrigado en el doble embozo del orgullo y del tupido paño de Béjar. Recuerdan aún los madrileños su silueta inconfundible, plantada en la calle de Alcalá como un arbolillo desgajado más, escueto y desamparado, agitando su heroico muñón frente a las cargas de la gendarmería, en los días que precedieron a la caída de la dictadura del marqués de Estella. Con vocablos arcaicos y sonoros, con injurias por él mismo inventadas, agudas y filosas como guijarros, don Ramón increpaba a los « sayones » y escupía sus graves maldiciones crepitantes como disparos en el crepúsculo invernal. Aquella figura de viejo hidalgo manco, de asceta barbudo escapado de los lienzos de Ribera, frágil y desmedrada, imponía instintivo respeto bajo los claroscuros de la tarde.

Voy caminando entre escombros.  
La alforja del infortunio  
agobia mis viejos hombros...

Aquella sería la última hazaña del noble Brandomín que, para nada deber a los Borbones, instituyó sus propias leyes heráldicas, diseñó sus propios blasones y eligió un título inexistente, pero tan legítimo como cualquier otro. Los acontecimientos políticos se precipitarían poco después. Sintiendo que la muerte venteaba sus pasos espectrales, don Ramón emprendía el viaje final, con voluntarioso estoicismo, a la solemne Compostela. Allá iría a morir, cerca de las rías rumorosas, en las inmediaciones del palacio de Bendaña, como su abuelo imaginario : Brandomín. No asistiría a su epílogo, lento, pero seguro, más séquito que el de los sueños logrados y malogrados. Con su barba nevada y sus pupilas de fantasma se internaba más allá de la muerte. Por eso, antes de ver su tierra desgarrada, el 6 de enero de 1936, don Ramón entregaba su alma a Dios de manera tan irrevocable que sus restos no han sido encontrados jamás...

RAUL ANDRADE

#### GENIO Y FIGURA : ALFREDO L. PALACIOS

Hombres hay que en el tablero político son meros peones de ajedrez que se reemplazan fácilmente. Estos forman mayoría. Mas hay unos pocos que encarnan por sí mismos un retazo de historia. Este último es el caso del argentino Alfredo L. Palacios, que acaba de morir, a los 87 años, el 23 de abril. Referirse a él es incurrir en lugares comunes y repetir encomios que desde hace largos años se han escuchado en América.

En digno hogar católico apostólico —de padres uruguayos— se modeló este rebelde, nacido el 10 de agosto de 1878, brioso de pujanzas reivindicativas, propagandista de la superación de las condiciones materiales e intelectuales del obrero, defensor de los humildes, de los desamparados, los viejos y los niños, que puso en acción las enseñanzas socialistas que recogió en los Evangelios antes de haber leído a Carlos Marx ni a Jaurès, y que asimiló en su corazón el « dogma » a la manera romántica de Echeverría. « Trae el signo inconfundible del que debe triunfar », aseveraba Arturo Capdevila ; que también aseguraba : « Palacios es de veras una figura continental, o más estrictamente dicho, todo un hombre de América. Un hombre de la estirpe que exige América a sus grandes varones. No un hombre que sólo sepa deslumbrar el intelecto. No. Un hombre que sepa algo mejor que eso : albergarse en el corazón de los pueblos. »

Empieza Palacios en 1900 a abrirse paso en el escenario bonaerense, y con él entra un viento de renovación, el augurio de un tiempo distinto. Recién recibido, con sus veinte años, trae

bajo el brazo su flamante título de abogado, y su medalla de oro, y una tesis sobre la miseria argentina, que le fue rechazada, y que causó revuelo. Siempre causó revuelo Alfredo L. Palacios. Su silueta aristocrática, nerviosa y gallarda, suscitaba una expectativa singular, que él fomentaba con su adhesión al atuendo característico, a los bigotes mosqueteros, al perpetuo traje negro, al sombrero airoso, a la capa desafiante o al liviano ponchito tradicional, atributos desusados, pero incorporados a su personalidad inconfundible, al punto de que no se le concebía sin ellos. En torno de él se concitaba esa espectacularidad que va unida a ciertos seres que atraen siempre, por populares que sean, curiosidad, admiración, asombro renovado. Espectacularidad que Palacios no rehuía, por cierto. Aquel mozuelo vibrante comienza en seguida a dominar auditorios, conquista adeptos, despierta entusiasmos, golpea a las conciencias. Casi todos le tienen fe; algunos le miran con recelo; todos lo respetan. Un día, la circunscripción de la Boca saca a flote su candidatura, e ingresa en 1904 entre los representantes argentinos, el primer diputado socialista de América. Bien expresiva fue la frase de Florencio Sánchez, cronista de *La Opinión*, diario que sostenía la candidatura de un opositor, al pedirle informes sobre las elecciones en la Boca; aludiendo al triunfo de Palacios, respondió Florencio: « ¡Desde hoy, la Boca... tiene dientes! »

Desde aquel lejano día, echó a andar y crecer el renombre, la leyenda de generosidad y rectitud del prohombre izquierdista, y a nutrirse de jugosos episodios su anecdotario. La crónica al respecto es copiosa. De ella se desprende el perfil moral armonioso y viril de un individuo de firme talento que ha vivido su vida pública ante los ojos de la gente con su sola investidura de varón probó. Nunca supo hacer fortuna y sí supo dar sin cuenta; indiferente a los bienes materiales, tuvo la dignidad de su pobreza el abogado que nunca cobró a los pobres porque eran pobres, y casi nunca a los ricos para que no fueran a sospecharle de interesado.

En 1915, un desafío caballeresco con el doctor Horacio Oyhanarte, promovido en plena Cámara, provoca su expulsión del Partido Socialista, contrario al duelo, y en cuya defensa, precisamente, se enzarzará. Los diarios de la época recogen y comentan circunstanciadamente el incidente. No se produjo el lance; mas la separación de Palacios del seno de su partido provocó severas críticas contra éste. Leyendo los artículos de la prensa argentina de entonces, de distintos sectores de opinión, se deduce que los colegas socialistas estaban mirando con ojeriza al correligionario que tanta sombra les hacía y que tan arrogadamente sostenía sus principios, y

que el duelo que él planteó a Oyhanarte, condenado por el partido, no fue sino el ocasional pretexto para ejecutar una decisión que había ido tomando cuerpo gradualmente. No creemos oportuno rememorar hoy, a tanta distancia, estas minucias de rivalidades, celos y resentimientos, tan superadas y sin duda olvidadas ya. Mas todo va eslabonando una biografía, y además gustanos siempre puntualizar los hechos, que son incontrovertibles. No sabemos quién tuviera razón; no somos socialistas, ni abarcamos muy bien la totalidad de la doctrina; no estamos capacitados para juzgar quien estuvo en lo equitativo y verdadero, al tomarse contra Alfredo L. Palacios esta rigurosa determinación. Acaso el socialista había crecido más que su partido; al afiliarse había prevenido: « Yo soy socialista, pero no estoy dispuesto a someterme a ninguna disciplina »; acaso como pecó desde un comienzo de independencia de carácter, su actitud insumisa le había granjeado rencores profesionales: lo cierto es que siempre fue indócil, poco dispuesto a soportar intromisión en sus juicios, ni tutorías en sus proceder. Mas al « indomable caballero », como díjole Lugones en el magno banquete que se le tributó al renunciar a su escaño de diputado con motivo del suceso, el episodio lo aureoló de decoro y redobló su prestigio. Él no era de los que transigían cuando de su honor se trataba: su honor, concebido como el de los viejos hidalgos, o el de los guerreros griegos; una cosa abstracta, pero candente que estaba por encima de la vida misma. También Ricardo Rojas, el escritor ilustre, alabó en aquella ocasión su difundido empeño « de rendir culto a los viejos ideales que por ser buenos han resistido tanto tiempo ». Señalemos de paso que en aquel banquete de 1915 se oyeron juntas esas dos voces, las de Lugones y Rojas, por primera y sola vez, pues guardaban cierta distancia y no se querían bien los dos grandes escritores.

Desde su puesto en el Congreso —diputado o senador— o desde su cátedra universitaria, desde una tribuna modesta o desde la presidencia de la Universidad de La Plata, como en su propia casa, Palacios siempre estaba en la actitud de los predicadores, y todo momento era bueno para la siembra ideológica. Política, literatura, arte, en todo terreno tenía autoridad, con su cultura sólida y su inquietud que le remozaba de continuo.

De este estar al día y de vibrar con todas las corrientes nuevas, sin duda, provenía esa frescura y juventud interior del adalid socialista, buen luchador contra los hombres y los años —que esta última era coquetería conocida. Sobre el punto era siempre ambiguo: única imprecisión de un hombre rotundo y claro.

Como Rodó —de quien fuera grande amigo—,

tenía fe en la juventud, y a ella se dirigía en sus mensajes. Y, puesto que citamos al pensador uruguayo, le caen bien a Palacios las palabras con que aquel define la esencia de Ariel : « Noble inspiración en el pensamiento, desinterés en moral, buen gusto en arte, heroísmo en la acción, delicadeza en las costumbres. »

Vivió alerta a los problemas del pueblo y le hizo oír su voz muchas veces. La reconocida elocuencia de Palacios no era la oratoria desprovista de médula ; en su timbre sonoro, debajo del énfasis se palpaba en seguida « el pecho velludo de la verdad ». El verbo respondía a una idea, la conducta a una convicción. Él mismo lo ha dicho alguna vez : « Mi honor, señores diputados, es mi dignidad exteriorizada en el conjunto de actos que forman mi conducta. Y nada hay más subjetivo que la dignidad. »

¿Cuál fue la raíz de su éxito, de su arraigo en las masas obreras, de la estimación de los grandes intelectuales, del aplauso de los políticos de todo credo, del respeto de los adversarios? ¿Abogado brillante? Otros muy bien dotados ha habido y hay en el Foro de su patria. ¿Profesor admirable? No faltan profesores eminentes en el claustro argentino. ¿Orador notable? No olvidemos que perteneció Palacios a una generación de grandes varones que se incendiaban de elocuencia en las tribunas. Ninguna de esas cualidades explica por sí sola su enorme popularidad. Unía a ellas, es verdad, un gran don de simpatía. Mas no es menos sabido que, a veces, la simpatía es también don de pícaros. ¿Entonces? Entonces, un cúmulo de otras cosas ; la austeridad de su vida pública, el desinterés de sus acciones, el empeño justiciero, el quiotismo, la honradez de la existencia, no desmentidos nunca ; el afán de equilibrio, que no costó poco a su temperamento violento ; un culto de lo armonioso celosamente perseguido, pues sostenía que « expresar en forma fea y desapacible la verdad es como conceder el pan con malos modos » ; el fervor de la tradición caballeresca. Hombre de bellas frases y bellas actitudes, con un concepto heroico de la vida y de la dignidad de la vida —la vida, que para él valía menos que la libertad—, y un hondo amor por los valores eternos de la poesía ; un concepto de la hidalguía a la vieja usanza, como pudieron tenerlo aquellos paladines del medioevo que por un rizo o una cinta arriesgaban la existencia en los torneos ; todo este lirismo de la conducta al que se unía en forma elocuente y concisa una labor legislativa innumerable y fecunda que abarca sesenta años de vida parlamentaria, documentada en libros valiosos, delinea el perfil continental de una de las figuras más sobresalientes del panorama político en lo que va del siglo.

Mas estamos temiendo que se desprenda de

nuestras palabras que Alfredo L. Palacios fuera solemne y atiesado. Nada de eso. Una perpetua travesura se escondía en el prócer socialista, un juguetón retozo, chispa sin acrimonia, ironía sin alfilerazo. No había asomo de maldad en él, y siempre su burla era afectuosa.

Dentro de su casa, su vieja casa de la calle Charcas, es donde se tenía la visión completa de Alfredo L. Palacios. Todo respiraba en ella la nobleza acogedora de las cosas usadas dignamente. Retratos de personalidades de todos los rumbos, títulos académicos —pues era doctor honoris causa de casi todas las universidades de América— ; recuerdos de sus muchos viajes ; el banderín de San Marcos ; sobre una mesa, viejas carretas de esgrima y un brazado de floretes recordaban su destreza en el deporte elegante ; el busto que le hizo Yrurtia ; el de Giusti ; a lo largo y alto de los muros, libros ; libros sobre las mesas, invadiendo los sillones, encaramados en los aparadores ; libros por donde alcanza la vista, pues pasa de los veinte mil volúmenes su estupenda biblioteca.

Vino en 1955, con su apostura tribunicia, su silueta inconfundible, su valor moral y su señorío, como embajador de la República Argentina a este país que siempre, aun como exiliado, le miró como representante tácito de su patria, a reanudar los lazos de antigua amistad rioplatense cuando cayó el peronismo del poder. El caudillo romántico trajo intacta la altivez de sus « penachos mosqueteros » y su ejecutoria era demasiado conocida como para que necesitase presentar más credenciales que su nombre.

Regresó a su país en 1957. Volvió a la cátedra, retornó al Senado, después de un viaje a Cuba del que vino con un elogio al castrismo, acaso mañoso arbitrio electoral, oportunismo de político ducho que fue un indudable momento de debilidad en un tramo ya declinante de su vida, y del que más adelante estaba de vuelta. Y así las cosas, le sorprendió la muerte, que minaba su organismo hace un lustro. Como al comienzo : nació diputado y murió diputado.

Hubo tumultos y alboroto en sus exequias. La muchedumbre que acompañó sus restos no podía escapar al magnético destino de aquel rebelde. En sectores de público, se cambiaron insultos y pedradas. Pero él marchaba por delante de la multitud, lejos ya de todos, envuelto en la bandera argentina.

Genio y figura...

DORA ISELLA RUSSELL

#### LINO SPILIMBERGO, DIBUJANTE

Lino Eneas Spilimbergo (1896-1964) pertenece a la categoría de los creadores plásticos de estatura americana. Tenía la fuerza expresiva de



un José Clemente Orozco y la rigurosa pasión de un renacentista nutrido por la visión de un Giotto y de un Masaccio, y de un Giovanni Bellini, un Carpaccio y un Cima da Conegliano, que abrieron el camino a los grandes venecianos del siglo XVI.

Formado en Buenos Aires, en un medio de limitaciones académicas imperantes entre 1920 y 1925, en este último año partió rumbo a Europa, y sus estancias en Italia y en Francia devolvieron el artista a su patria casi cuatro años después, dueño de su forma y con obras que son un ejemplo de las mejores aportaciones de las vanguardias argentinas de su tiempo.

Si los italianos del Quattrocento y del Cinquecento y aun notorias figuras del Novecento fueron para él un poderoso estímulo, el cubismo concluiría por darle una disciplina nueva por la estructura, una medida a su impulso que lo llevaría a comunicarse con la energía en el trazo de un expresionista latino. Se citaron los nombres de Henri de Warroquier y Roger de la Fresnaye, y de André Lhote, a quien frecuentó en su taller de París, y aun se puede citar al Giorgio de Chirico de la pintura metafísica, junto a la potencialidad de un Mario Sironi, pero esas influencias han sido sólo puentes de contacto y emulación para su recio temperamento de pintor, de muralista, de grabador y de dibujante. Se tiene la impresión que, no obstante ser un laborioso artista, hubo en Spilimbergo algo de la frustración que roe a los más dotados espíritus americanos. Tenía la dimensión de un creador apto para la monumentalidad y una prueba lo patentiza: su composición « La lucha del hombre con los elementos: en la tierra, en el mar, en el campo », pintada en la

Galería Pacífico de Buenos Aires. Hubiese necesitado muchos muros para poder expresarse como Diego Rivera o un Orozco, pero el medio si bien no le escatimó su apoyo —alcanzó los mayores premios nacionales y a la vez poseyó la virtud de formar conscientes discípulos al par que la crítica culta nunca dejó de celebrar su obra—, lo evidente es que si tuvo una etapa cumbre, —el decenio del treinta, con pinturas de una plasticidad conmovedora—, durante más de veinte años y hasta su muerte no realizó toda la labor que debía y pudo haber realizado, sea por desacuerdos o por la condición de su temperamento, sea también a causa de su salud quebrantada. Mas si no pudo repetir el ciclo de sus *Composiciones* y *Figuras* mayores y el de sus *Terrazas* y *Paisajes*, no abandonó jamás el diseño, la robustez de la línea, al punto que toda su pintura se funda en el dibujo, revelador de una densidad plástica y de una hondura humana única en el arte de la Argentina. Por otra parte, es indudable que su modo de ser y de vivir le granjearon la simpatía de quienes le trataron. Julio E. Payró al hablar de Lino Spilimbergo en el homenaje que el Fondo Nacional de las Artes, rindió al maestro, a poco de su muerte, recuerda su « gran nobleza » y su « gran sencillez », dos virtudes básicas de su vida. Y agrega el crítico: « Era tan incapaz de envidiar como de buscar el éxito por la intriga. Hablaba poco, en frases cortas y bruscas. Pero su sonrisa era cordial, abierta, su mano fuerte se daba sin reservas. Con todo, no era fácil la camaradería con ese hombre alto, delgado, silencioso, en quien se adivinaba un pensar torturante, una pasión de fuego, cuidadosamente contenida, y también una sensibilidad doliente, casi una angustia. »

Recuerdo del artista una muestra de dibujos presentada hacia 1945 o 1946 en el Museo Provincial de Bellas Artes de la Plata. Había en ella cinco o seis modos diferentes de expresión, y si prevalecían los dibujos agudamente estructurados en la concreción del volumen, que dio existencia a sus más excelentes óleos, había por igual otras rutas menos transitadas, con una línea más nerviosa, acaso más sutil e inquietante, que animaban las paredes de la sala del museo como el friso sensible de la escritura de un hombre que testimonia su sentir y su pensar sobre la blanca hoja de papel, como en un diálogo interior consigo mismo y su contorno físico y espiritual. Spilimbergo amó las figuras de los barrios suburbanos, las calles rectas de extramuros, y le apasionaba descubrir el carácter de cada cosa o persona, llegar a su subjetividad. He aquí que aquellos dibujos, y los que le siguieron, tenían justamente esa validez de quien escribe su diario confesándose, con amor a la verdad y fiel a una naturaleza que nunca llegó a

« abstractizar » totalmente, ni en su período cubista, porque dentro de él dominaba la pasión de lo real y su latido anímico que lo hacían a un tiempo rebelde y tierno, sencillo y profundo intelectual y humanamente.

En la exposición mencionada había dibujos fechados en 1927, en los que el artista empleaba las tintas planas y eliminaba las medias tin-

tas, como lo señalaba el mismo dibujante en un ángulo de uno de sus trabajos. Esos diseños preparan y anteceden, escribí en aquella ocasión, un estilo construido y denso por la forma, en el ostensible mundo de la objetividad y de la surrealidad, exactitud y misterio que circundan las figuras del artista, pero, agrego ahora, ellos valen de por sí, en la búsqueda y la calidad

## ADIVINANZAS DE "CUADERNOS"

Las adivinanzas que propusimos en nuestro número 92 no fueron adivinadas. Nadie nos envió todas las respuestas: como en ocasión anterior, algunos se quedaron a medio camino, otros se aproximaron a la meta, sin lograr alcanzarla. Por lo tanto, no podemos otorgar a nadie el premio ofrecido.

He aquí las adivinanzas del número 92. Las respuestas exactas podrá hallarlas usted en la página 95.

1  
*Largo fulgor  
por el gallinero demócrata  
pasas como una procesión.*

2  
*Lenta y morada,  
pone ojeras en los cristales  
y en la mirada.*

3  
*Anda de plumas  
por los mares del cielo  
la tierra busca.*

4  
*Tu resoplar acompasa el mundo  
alto buey de las ciudades.  
Abrigado por tu vaho  
el Dios de este siglo nace.*

5  
*Tu ojo es una burbuja del silencio  
y tus cuernos floridos son agujas  
para ensartar luceros.*

6  
*Son guijarros de luz sobre las playas  
del infinito, pueblo numeroso  
o capital nocturna iluminada.*

*Sus millares de ojos  
ven el islote de la luna helada  
¡Oh polillas del cosmos!*

7  
*Pasaste tu vida  
guardando la hóveda  
de tu propia cripta.*

8  
*El trópico le remienda  
con candelas y oros su manto  
hecho de todas las banderas.*

9  
*Sin cesar traza en la tierra  
el rasgo largo, inconcluso,  
de una enigmática letra.*

10  
*Eres un niño fajado.  
Y cuando pliegas las alas:  
folleto vivo del campo.*

11  
*Ceja de espuma  
de la ola del silencio.  
Pañuelo de los naufragios.  
Jeroglífico del cielo.*

12  
*Descifra la buenaventura  
sobre las rayas de una hoja  
el dedo lento de la oruga*

13  
*¿Cómo es posible, dueña  
de camisa tan alba  
que te bañes esbelta  
en una impura charca?*

14  
*El zumbel del aire no puede  
hacer girar su trompo verde.*

15  
*Los pájaros son  
las letras de la mano de Dios.*



legítima del hallazgo. Hacia 1930 su estilo de pintor está maduro, y el dibujante se adelanta, seguro de sí, definido. En los dibujos de esos años —entre los cuales sobresale el dedicado a su mujer, « Germaine » (1931)— dramatiza y otorga cierto lirismo a aspectos muy humanos de la vida. La luz, sensiblemente acentuada, destaca la estructura y el trazo en una apasionada indagación de profundidad. Las sombras suelen ser, según los casos, leves o intensas, y conservan la potencia de las formas creadas que fijan los contornos y los delimitan en pocas líneas, finas o gruesas, en la plenitud de un estilo que por igual puede discurrir con preciso lenguaje sobre la amistad, el orgullo y otras virtudes o pecados humanos, y penetrar en el recinto de la muerte, como lo prueba su « Suite » o las ilustraciones al aguafuerte para el libro *Plenilunio* del poeta Oliverio Gironde. En Spilimbergo la realidad y la fantasía se alían en un oficio severo, que fragmenta objetos, inquiriere por una fisonomía, un perfil, un ojo, unas pupilas dilatadas, una forma esquelética. El dibujo y el grabado, más que la pintura, le permitieron esos sondeos de su ser, ese escrutar en zonas secretas del alma, de las que a veces regresaba, como Goya, con un escalofriante nada.

Y puesto que no tuvo vastos muros para pintar sus realidades y sus sueños, o fuera que él sintiera que su pintura, en la amalgama feliz de cubismo y expresionismo hubiese ya cumplido su ciclo, el dibujo de los últimos años de su vida lo muestra en una total desnudez, aferrado a su columna vertebral, viviendo el drama de cada uno de sus personajes —cabezas de adolescentes y de viejos, retratos, muchachas de ojos grandes y de mirar melancólico— con una sostenida obstinación por expresar un hecho al que le basta la línea exacta de la arquitectura para sostenerse con validez. ¿Habían perdido los dibujos de Lino Spilimbergo aquella energía que llamaríamos *presentativa* por sus valores plásticos, que lo caracterizaron entre 1930 y 1940, para inclinarse a una *representación* que concede al sujeto más de lo que exige a veces el organismo plásticoestético? Es posible, mas la alegría de sus dibujos —sus tipos humanos inconfundibles— hacen del artista un dibujante agudísimo por su penetración psicológica y la eficacia de su instrumento expresivo, sólo comparable, aunque en el plano de una tradición latina a la que pertenecía Spilimbergo, al mejicano Orozco, ya aludido y con el cual le encuentro al maestro argentino más de un rasgo similar en la pasión de soledad y de comunión humana a un tiempo, en el conocimiento y la revelación de los problemas del hombre de nuestra América.

ROMUALDO BRUGHETTI

## UNA CANTATA EN MEMORIA DEL PADRE TEILHARD DE CHARDIN

Conmemorando el décimo aniversario de la muerte del Padre Pierre Teilhard de Chardin, la orquesta de la Radiodifusión francesa estrenó una cantata del compositor André Jolivet, que lleva por título « El corazón de la Materia ».

El Padre Teilhard de Chardin, de la Compañía de Jesús, nació en Francia el año 1881, y murió, en relativo olvido, el 10 de abril de 1955 en Nueva York.

Paleontólogo, teólogo y filósofo eminente, el Padre Teilhard de Chardin procuró concertar la ciencia y la religión mediante numerosas obras y escritos, en los cuales se advierten sus esfuerzos por llegar a una reconciliación del pensamiento científico y religioso en sus orientaciones modernas.

Después del silencio impuesto por su orden, y que él epilógó con su muerte, la obra entera del Padre Teilhard de Chardin ha sido publicada, reconociéndose su importancia y su significado en los sectores científicos y religiosos.

El compositor André Jolivet se inspiró en un texto inédito del Padre Teilhard de Chardin, adaptándolo libremente en la forma de una cantata clásica.

La partitura se escribió para voces solistas, coro y orquesta. Además del acompañamiento, la orquesta desempeña un papel importante en el comentario del texto. La música, que por su ímpetu se aproxima al oratorio, traduce fiel y noblemente el contenido espiritual y humano del texto. Cada palabra encuentra su nota, cada idea su ritmo y acento, y la obra entera se desarrolla dentro de una sonoridad majestuosa.

Correspondiendo al sentido del texto, Jolivet lo ha dividido en tres secciones que se unen naturalmente en el desarrollo musical. En la primera parte, la voz del barítono expone el tema principal : la Materia ; y la complementa el coro a manera de un gran eco solemne.

*Barítono solo* : « ... Vio el hombre que el pequeño vapor color rubio no era sino el centro de una realidad infinitamente más grande, que avanzaba, sin forma ni límite, invadiendo todo el espacio. Su frente subía al cielo como una bruma dorada. Aquello que venía era el corazón móvil de una inmensa sutileza. »

*Coro* : « ... Soy el fuego que quema y el agua que deshace, el amor que inicia y la verdad que pasa. Soy aquello que desata y que une, aquello que impone y renueva. Soy yo : la Materia. »

La segunda sección desarrolla el tema principal del texto, expresado por la idea de la Materia, en un diálogo entre los solistas y el coro. Jolivet, después de una yuxtaposición de planos sonoros, prepara la tercera sección en la cual una música límpida y clara va a cantar el himno a la Materia.

*Coro* : « ... Bendita seas acre Materia, gleba estéril, roca dura. Bendita seas peligrosa Materia, mar violento, pasión indomable. Bendita seas poderosa Materia, realidad suprema, naciente, éter sin orillas, duración sin límites, universal Materia, triple abismo de las estrellas, de los átomos y de las generaciones. Tú, que nos revelas las dimensiones de Dios ; tú, que magullas y que curas ; tú, que resistes y que dobles ; tú, que encadenas y que liberas. Savia de nuestras almas, carne de Cristo, Materia. ¡Yo te bendigo! »

La cantata termina con acordes sublimes, a la manera del coral de las cantatas clásicas, en los versos siguientes :

*Coro* : « ... Fuente armoniosa de las almas : yo te saludo. Cristal transparente del cual salió Jerusalén : yo te saludo. Tú reinas, Materia, carne transparente y movable que no te distinguimos de un espíritu. Llévame a donde, por fin, sea posible abrazar castamente al Universo. Hijo del Hombre : ¡báñate en la Materia! Lucha en su corriente y bebe en sus aguas. Es ella la que conducirá hasta Dios. ¡Oh, cuán bello es el Espíritu elevándose ataviado de las riquezas de la tierra! »

La grandeza y la fuerza de este texto han sido exaltadas por una música de gran belleza.

El compositor André Jolivet representa dignamente al arte contemporáneo francés. Nacido en 1905, Jolivet estudió con el célebre Edgar Varèse ; en 1935 formó parte, con Olivier Messiaen, del célebre grupo « La joven Francia », cuyos ideales humanos de renovación musical han influenciado los compositores de su generación.

El arte de André Jolivet toma sus fuerzas vitales en la naturaleza, « en la música primitiva en su estado natural, aquella música de la noche tropical donde la fe y la magia, el amor y el odio se mezclan en el seno de una vegetación exuberante. Cada una de las obras de Jolivet aparece como un tótem gigantesco », dijo muy justamente Bernard Gavoty.

La composición de la cantata « El corazón de la Materia » pone de manifiesto el pensamiento del compositor sobre la música : « La música es un acto de comunión. »

La creación entera de André Jolivet muestra robustez, sinceridad y fantasía. ¡Qué mejor ho-

menaje a Teilhard de Chardin que el de musicalizar su pensamiento!

HUGO PATIÑO

#### DRAMATURGOS ARGENTINOS

Los autores dramáticos argentinos suscitan actualmente un marcado interés. Demasiado tiempo se desatendió ese aspecto del teatro nacional, produciéndose un dilatado paréntesis entre los autores del 900 y los de ahora. Hoy se restablece una continuidad que, es de esperar, no se interrumpa más. Atribuir esa laguna a la escasez de teatros, es de relativa exactitud, pues Buenos Aires cuenta con más de treinta teatros en actividad durante la temporada. Sin embargo, faltan teatros. Cada vez más, la demanda excede la disponibilidad de escenarios. Pero estos son invadidos cada año por la profusión de obras teatrales extranjeras que llegan precedidas de un prestigio que, si bien no garantiza el buen éxito, al menos lo promete. Circunstancia que incide en detrimento del autor nacional, que queda postergado.

Sin limitar la valiosa aportación de obras internacionales, cuya presencia en la cartelera porteña demuestra la amplitud de una cultura, al punto que todo extranjero que nos visita se admira del eclecticismo de la escena argentina, se trataría de lograr una sabia dosificación. Ello permitiría equilibrar el acceso de autores nacionales al escenario, alternando con sus colegas extranjeros. En ese sentido se orienta el convenio recientemente establecido entre las más importantes entidades teatrales argentinas, interesadas en el mejor desarrollo de las actividades escénicas nacionales. Estas, por su magnitud, colocan a la capital argentina en primer plano en América Latina, y en el segundo del continente americano, después de Nueva York.

El presente atractivo que ejercen las obras nacionales, revela toda una pléyade de jóvenes dramaturgos. Una de las obras más aplaudidas de la última temporada es *Nuestro fin de semana*, de Roberto Cossa, que demuestra a través de su primera obra poseer un sentido agudo de observación poco frecuente en un dramaturgo novel. Periodista de profesión, Cossa conserva cuidadosamente apuntes del mundo que lo rodea. Así nace *Nuestro fin de semana*, que nos hace penetrar en la intimidad de modestos empleados desorientados frente a las horas de ocio. Cossa toca así uno de los más inquietantes problemas sociales de la actualidad : el empleo del tiempo que deja libre el progreso mecánico. El mundo de pequeños funcionarios de esta obra, quiere huir del recreo. Cuando están reunidos, ¿de qué hablan? De sus aspiraciones : salir de la rutina del empleo, mejorar el sueldo, elevar-

se de su situación de subalternos. Todos ponen en descubierto frustraciones, todos padecen profunda neurosis. Pero todo sin vuelo, sin salir del estrecho marco de sus pequeñas vidas, limitadas por escasos medios espirituales. Es la mediocridad sin esperanza. Quieren una dicha tranquila, monótona, a su medida. Así termina el domingo. Mañana la semana empezará de nuevo. Juan Carlos Gené transmite la compleja mezcla de euforia y de melancolía de Raúl, el protagonista, eje de un grupo humano. La puesta en escena de Yrair Mossian logra transponer la apariencia y hallar el sentido humano de estas existencias incoloras, malogradas por su propia insuficiencia.

Una mención merece *Amoretta*, de Osvaldo Dragún que, contrariamente a su costumbre, no limita el tema a problemas sociales. Aquí pinta los amores turbulentos de una florista que soporta mal su viudez, con un joven seductor, carnicero de oficio. La pareja protagonista, María Rosa Gallo y Tito Alonso, se identifica con los pintorescos personajes, dirigidos por Ernesto Bianco.

Algunas reposiciones de autores consagrados de la generación anterior: *Santa María del Buen Ayre*, de Enrique Larreta, se representa en la misma casa del autor, desde su muerte transformada en museo, con la escenificación de Juan Silbert. Toda una época *fin de siglo* revive con Gregorio de Laferrere en *Las de Barranco*, obra representada en el Teatro Caminito, con dirección de Cecilio Madanes. Del mismo autor, *Jettatore*, puesto en escena por la Comedia Nacional Argentina, cuya directora Luisa Vehil integra la programación de autores nacionales con *Ollantay*, de Ricardo Rojas, representado aquí en el Teatro San Martín, y en París en el Théâtre des Nations. Además la Comedia Nacional premia y representa *Motivos*, de Julio Mauri-

cio, ganador del concurso para autor novel argentino. La retrospectiva se completa con un homenaje a Nicolás Granada, en conmemoración del cincuentenario de su muerte.

Volviendo a la época actual, Sergio de Cecco, Alberto de Zavalía, B. Canal Feijoo, Rosenmacher, Carlos Gorostiza en la temporada pasada, y en la próxima, Rodríguez Muñoz, Wernicke, Cuzzani, entre otros, contribuyen con sus obras a fortalecer el nuevo impulso propiciando la presencia del dramaturgo argentino en la escena nacional.

MARIE PASCAL

## Temas y autores

En Bruselas se reunieron unos cuantos centenares de estudiantes europeos y de otros continentes para discutir sobre el tema « Las responsabilidades de la juventud europea frente a los países subdesarrollados ». Abrieron los debates algunas personalidades de Europa, de Asia y de África. América Latina estuvo representada en estos debates por el brasileño Josué de Castro y el colombiano Germán Arciniegas. *Cuadernos* publica, con este motivo, las intervenciones de JOSUE DE CASTRO, presidente del Centro Internacional para el Desarrollo, y las del embajador de la India K. B. LALL, que dan una medida de la importancia de esas reuniones... Con motivo de la exposición que se celebra ahora en París sobre Jean Cocteau y su tiempo, SALVADOR REYES hace una evocación estupenda de « El tiempo de Jean Cocteau », que él vivió en horas de un gran movimiento intelectual de París... El centenario del nacimiento de José Asunción Silva se abre ahora en Colombia y en todo el mundo de lengua española con justísimas celebraciones, y JORGE CARRERA ANDRADE, espíritu tan cercano al del poeta, lo evoca en una forma original: « José Asunción Silva, el novio de la muerte », porque en realidad eso fue el poeta. Publicamos también un facsímil del original del « Nocturno », con las correcciones hechas de puño y letra del poeta, gracias a la cortesía de un sobrino de Silva, don Camilo de Brigard y Silva... Un poco olvidada en la memoria de los latinoamericanos está la imagen de una mujer extraordinaria, cuyas aventuras alcanzan alturas épicas en El Ecuador en el tiempo de los sabios franceses que acompañaron a La Condamine. AUGUSTO ARIAS relata esta historia admirablemente en « El romance de Madame Godin »... Gran noticia para los estudiosos de las

### ADIVINANZAS

Las respuestas exactas son las siguientes:

- 1) José Juan Tablada: « Pavo real »
- 2) Xavier Villaurrutia: « Alba »
- 3) J. Carrera Andrade: « Golondrina »
- 4) id. « Chimenea »
- 5) id. « Venado »
- 6) id. « Las estrellas »
- 7) id. « Caracol »
- 8) id. « Guacamayo »
- 9) id. « La lombriz »
- 10) id. « Mariposa »
- 11) id. « La gaviota »
- 12) id. « Quiromancia »
- 13) id. « La garza »
- 14) id. « La pera »
- 15) id. « Alfabeto »

viejas culturas, y particularmente para los latinoamericanos, son las reformas que se han hecho en el Museo del Hombre de París y que han culminado en la inauguración de las salas de « Obras maestras del Museo del Hombre », que DAMIAN CARLOS BAYON presenta en su artículo de esta edición... ADOLFO COSTA DU RELS es el autor de teatro latinoamericano más importante que se haya abierto camino no sólo en París, sino en otras capitales del mundo. Germán Arciniegas escribió, comentando su última obra, una nota que se publicó en la prensa de América Latina, y Costa du Rels reaccionó. Arciniegas, siguiendo lo que muchos otros han dicho, indicó su afrancesamiento. El ilustre boliviano le escribió la carta que hoy publicamos y que es un hermoso documento sobre su vida y la formación de su vida cultural... El Paraguay sigue siendo un mundo cerrado distante para muchos y que sin embargo encierra bellezas dignas de ser conocidas. En « La joven poesía paraguaya » hallará el lector algo de la nueva expresión de sus poetas... Una vez más, *Cuadernos* celebra un concurso del cuento americano. Esta vez ha sido en Caracas, bajo los auspicios de la Sociedad de Escritores venezolanos, y el ganador GUSTAVO LUIS CARRERA, que ha triunfado con « Ven, Nazareno », relato admirable que señala nuevos rumbos en la historia del cuento venezolano... MATHILDE POMES es la mujer de París que ha conocido las figuras más insignes de las letras americanas y las ha hecho conocer a través de traducciones que figuran entre las mejores de nuestras letras. Naturalmente, sus recuerdos son riquísimos. En estas « Siluetas americanas de hace medio siglo » nos descubre algunos secretos de su iniciación en el mundo latinoamericano... MARIE JOSEPH FAURIE se ha graduado en la Sorbona con una tesis sobre Rubén Darío que quedará como uno de los estudios mejores que francés alguno haya hecho sobre el gran poeta nuestro. En « El Modernismo hispanoamericano y sus fuentes francesas », la joven doctora nos presenta un ensayo de estética comparada que da la medida de sus conocimientos en esta materia de la literatura americana... El escrito de John M. Cates Jr., que se publicó en el número anterior de *Cuadernos*, ha despertado ánimos para un debate, que abre polémicamente ALBERTO BAEZA FLORES, tan compenetrado de los problemas políticos y literarios de nuestra América, con su carta « Sobre el dilema de América Latina », que aparece en la sección de Diálogo... El artículo del profesor LOUIS ROUGIER titulado « De la lente de Galileo al telescopio del Monte Palomar » fue publicado en la revista *Informations et Documents* que ve la luz en París, la cual nos ha autorizado amablemente su reproducción.

# Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA  
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

*Director*

GERMAN ARCINIEGAS

*Consejo de Honor*

Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos y Erico Veríssimo

*Redacción en París*

Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

*Consejo de Redacción*

Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, Jorge Carrera Andrade, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

*Arte*

Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

*Ilustradores*

Sergio Trujillo Magnenat  
y Adriana Figueredo

*Corresponsales*

Asunción : Josefina Plá  
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela  
Bonn : Rafael Gutiérrez Girardot  
Buenos Aires : H.A. Murena  
Caracas : Guillermo Morón  
La Paz : Fernando Díez de Medina  
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz  
Montevideo : Dora Isella Russell  
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo  
Nueva York : Joaquín Maurín  
San Juan de Puerto Rico : María Teresa Babín  
Quito : Alejandro Carrión  
Santiago : Raúl Silva Castro  
Tegucigalpa : Oscar Acosta

*Redacción y Administración*

23, rue de la Pépinière, Paris (8)

Teléfono : EUR. 37-59

# Cuadernos



## LATINOAMERICA Y ALEMANIA

ENCUENTROS DE LOS DOS MUNDOS

Germán Arciniegas

EL ARTE ALEMAN DE ESTE SIGLO

Damián Carlos Bayón

UN PROFESOR ALEMAN EN LATINOAMERICA

Rolf Schroers

---

SEGUNDO PREMIO DEL CUENTO PERUANO

Carlos E. Zavaleta: «La amistad»

---

EN EL CENTENARIO DE ANDRES BELLO

René L. F. Durand

SARMIENTO : HOMBRES Y LIBROS

Fryda Schultz de Mantovani

DON QUIJOTE AYUDO A LOS JUDIOS

Benno Weiser

LA MUSICA EN LA ARGENTINA

Juan Carlos Paz

LA JOVEN POESIA ARGENTINA

AGOSTO DE 1965

N° 99

## « INTEGRACION LATINOAMERICANA »

*Editado por la*

*Universidad Nacional « Federico Villarreal »*

*Lima (Perú)*

En este libro-homenaje a la Primera Reunión de Parlamentarios Latinoamericanos aparecen reunidos, junto con los textos históricos de Simón Bolívar, Ramón Castilla, Sánchez Carrión, Paz Soldán y Juan Antonio Ribeyro, precursores del movimiento de integración latinoamericana, otros trabajos de Víctor-Raúl Haya de la Torre, Antenor Orrego, Felipe Herrera, Luis Alberto Sánchez, Andrés Townsend Ezcurra y Luis de las Casas G., así como las respuestas a la encuesta de la revista "Cuadernos", formulada por su director Dr. Germán Arciniegas, sobre la crisis de la democracia en América Latina. Las respuestas en cuestión corresponden a los señores siguientes : Jaime Torres Bodet, Juan José Arévalo, Salvador Allende, Camilo Ponce Enríquez, José Figueres, Alberto A. Abdala, Alfonso Lopez Michelsen, Carlos Martínez Sotomayor, Elpidio Yegros, Pedro Aramburu y Lázaro Cárdenas.

Los pedidos de tan interesante obra, cuyo precio es de 50 soles el ejemplar, pueden hacerse a la mencionada Universidad Nacional "Federico Villarreal", Lima (Perú).

# C U A D E R N O S



AGOSTO 1965

N° 99

ENCUENTROS DE ALEMANIA Y NUESTRA AMERICA	3	<i>Germán Arciniegas</i>
PROYECCION CONTINENTAL		
DEL SINDICALISMO LIBRE INTERAMERICANO	19	<i>Arturo Jáuregui H.</i>
DON QUIJOTE AYUDO A LOS JUDIOS	22	<i>Benno Weiser</i>
EL CASO GALINDEZ	27	<i>Charles O. Porter</i>
ANDRES BELLO Y LOS VALLES DE ARAGUA	36	<i>René L. F. Durand</i>
UNA NUEVA ETAPA CREADORA EN LA MUSICA		
DE LA ARGENTINA	62	<i>Juan Carlos Paz</i>
SARMIENTO: HOMBRES Y LIBROS	69	<i>Fryda Schultz de Mantovani</i>
UN PROFESOR ALEMAN EN LATINOAMERICA:		
ESTENOGRAMA DE UN VIAJE	77	<i>Rolf Schroers</i>
<b>DIALOGO</b>		
SOBRE EL «HISPANIC AMERICAN REPORT»	83	<i>Ronald Hilton</i>
<b>RELATO</b>		
LA AMISTAD	44	<i>Carlos E. Zavaleta</i>
<b>ARTE</b>		
EL EXPRESIONISMO, ARTE ALEMAN DE ESTE SIGLO	49	<i>Damián Carlos Bayón</i>
DIALOGO CON MIS RECUERDOS: UTRILLO	53	<i>F. Cossío del Pomar</i>
<b>POESIA</b>		
POEMA	30	<i>Maw Holzer</i>
CINCO POETAS JOVENES ARGENTINOS	31	<i>Alejandra Pizarnik</i>
LOS DIAS BREVES	32	<i>Leopoldo José Bartolomé</i>
DOS POEMAS	33	<i>Beatriz Eichel</i>
TRES POEMAS	33	<i>Marcelo Pichon-Rivière</i>
LA TIERRA	34	<i>Mario Satz</i>
POETICA	35	<i>Federico Gorbea</i>
<b>LIBROS</b>		
LA RAZA DE LOS ENANOS GIGANTES	92	<i>Von Walter Widmer</i>
«LA LLAGA», DE GABRIEL CASACCIA	93	<i>Josefina Pla</i>
«SEIS PROBLEMAS PARA DON ISIDRO PARODI»,		
DE H. BUSTOS DOMEcq	94	<i>Ezequiel de Olaso</i>
<b>NOTAS</b>		
87	<i>Raúl Silva Castro, N. Viera Alta</i>	
	<i>mirano, F. Díez de Medina y</i>	
	<i>Adalberto Ortiz.</i>	
TEMAS Y AUTORES	95	



**L**A DECISION tomada por el Presidente Johnson de invadir a Santo Domingo pasando por encima de la carta de Bogotá —fundamento de la Organización de Estados Americanos—, no sólo ha puesto en tela de juicio todo el sistema, sino que ha movilizado a Fran-

cia y a Rusia principalmente en su deseo de que los asuntos de América Latina se saquen de la órbita propiamente americana y entren a formar parte del juego de las Naciones Unidas. En las Naciones Unidas ellos pueden usar esa carta como recurso potencial de sus intereses. Cuando se lanza el nuevo slogan de « Estados Americanos no, Naciones Unidas sí », lo que buscan los comunistas es destruir la posibilidad de una fuerza regional americana que, libre, nos colocaría al margen de sus calculadas agitaciones. En el fondo es un movimiento contra la independencia americana y en favor de una codiciada intervención en sus asuntos internos.

El acto del Presidente Johnson, pues, ha sido fatal no simplemente para resolver el asunto interno de Santo Domingo —que ha debido desenvolverse dentro de nuestra tradicional, si deplorable, manera de los golpes de Estado y de los contragolpes—, sino que ha mostrado como el sistema actual está quedando a merced del carácter de cada Presidente americano. La organización es de una manera cuando el Presidente es el general Eisenhower, de otra cuando es Kennedy y de otra cuando Johnson. Es un sistema afectado por el exceso

de poder de uno de sus miembros, que no puede obrar como sería su deseo, y aun su responsabilidad, si en vez de ser uno de los veinte miembros del sistema, tuviera que moverse sólo frente al grupo latinoamericano. Raymond Aron ha escrito : « Si cada vez que una revolución en cualquier país de América Latina implica un peligro de toma de poder por los comunistas, ¿a cuántos desembarcos vamos a asistir en los próximos veinte años? »

La pregunta que formula Aron, y las reflexiones que nosotros mismos nos hacemos, nos conducen a pensar si lo más lógico no sería una revisión radical del sistema, para darle más auténtica fuerza regional, más cohesión interna, creando simplemente una Organización de Estados Latinoamericanos sobre las mismas bases de defensa regional, de afirmación democrática y de respeto mutuo que aparecen en la carta de Bogotá. Reducida la organización a una auténtica fuerza regional, sería más natural y eficaz el diálogo con los Estados Unidos, habría más sentido de equipo en los organismos internacionales, se enteraría mejor Europa de que no somos un coro para seguir los movimientos de los Estados Unidos y quedaría enterada Rusia de que no tenemos ningún interés en entrar a formarle un collar de satélites. Este sencillo acto de independencia latinoamericana aclararía —pensamos nosotros— muchas situaciones y desvanecería muchos equívocos. Pero, por encima de todo, le daría como una razón de ser a América Latina, que vendría a integrarse de verdad, y que como la región del mundo de mayores recursos naturales, de más vasta población en donde se habla en lenguas europeas, de más larga tradición democrática, podría ser una esperanza para aliviar al mundo de sus personajes de excesiva grandeza. A.

La dirección de Cuadernos comunica con pena a sus lectores que la revista suspenderá definitivamente su publicación en el mes de setiembre próximo por decisión del Congreso por la Libertad de la Cultura, bajo cuyos auspicios ha venido publicándose. La edición de setiembre, con la que Cuadernos llega al número 100, será extraordinaria, y a ella contribuirán algunos de los más grandes escritores de América y Europa.



## Encuentros de Alemania y nuestra América

POR GERMAN ARCINIEGAS

### *Regiomontanus enseña las estrellas a Colón y a Vespucci*

Lo ÚNICO SEGURO, vagando en mares que nadie había cruzado, eran las estrellas. Se preguntaban los pilotos, a semanas y semanas de haber dejado las costas de las Azores, en qué punto del Océano de las Indias se hallarían. Para saberlo sacaban de su morral un librito de cierto Johan Müller de Königsberg, a quien llamaban Regiomontanus, publicado en Nuremberg en 1474, y miraban al cielo. Entonces, como quien traza sobre el agua el cruce de dos calles, fijaban sobre su propio cuaderno un punto. Sabían a dónde habían llegado, por dónde iban caminando sobre las aguas. Así, con las *Tabulae directionum* astronómicas explicó Vespucci a sus amigos, y aun a sus adversarios de Florencia, la extensión de sus travesías, y precisó hasta dónde llegaban las aguas del Atlántico. Lo mismo en el caso de Colón. En 1504 Colón era un naufrago, echado fuera del Darién por las tempestades. Sus naves, hechas pedazos. Había caído en una playa de Jamaica que fue su refugio providencial. Escribió entonces la más desolada y trágica de sus cartas. Pero podía leer en las estrellas. Como quien busca en la Cábala respuestas, hizo las observaciones sobre el eclipse de aquel año, con el librito de Regiomontanus en la mano.

Fue así como aquellos ciegos pudieron ver, llevando de lazarillo las tablas de un

alemán, Johan Müller, de Königsberg, mudo testigo del nacimiento de América.

### *Luego, fue el bautizo de América, por gentes de Friburgo y Heidelberg*

Regiomontanus de Königsberg había viajado mucho por Italia. Fue primero con el cardenal Bassarione para estudiar el *Almagesto* y luego griego en Roma y Ferrara. Enseñó en Padua. No existía entonces una buena traducción de Ptolomeo, y un astrónomo austríaco, Purbach, se entregó a su estudio, teniendo por su mejor discípulo a Regiomontanus. Purbach había escrito en Nuremberg su tratado sobre Ptolomeo. Regiomontanus escribió en Venecia el *Epitome* al libro de Purbach. Pero lo más importante es la amistad que tuvieron en Florencia Regiomontanus y Toscanelli. Toscanelli era el geógrafo más sabio de Florencia. Colón, antes de embarcarse en la Santa María para cruzar el Atlántico, había hecho el mismo viaje en un barco de papel : en sueños, con la carta que Paolo del Pozzo Toscanelli escribió a un canónigo de Lisboa.

Los discípulos de Toscanelli en Florencia fueron los de la academia platónica : Marsilio Picino, Zenobio Acciaiuoli, Guido Antonio Vespucci... Ellos continuaron una serie de amistades con humanistas y sabios de Alemania, que ampliaron un

círculo de mágicos contornos. Todos eran curiosos, rebeldes, investigadores. Se pasaban noticias, libros, mapas, que luego se difundían en las universidades, en los gimnasios. Eran días lúcidos en que la noche medieval iba disipándose a conjunto de aquellos hombres que se movían desde el Arno hasta el Rin con su lamparilla en la mano. A Florencia seguían llegando los alemanes, siguiendo el ejemplo de Regiomontanus. Quien dirigía y orientaba a los nuevos era alguno de los de la academia : por ejemplo, Guido Antonio Vespucci. Con Guido Antonio andaba siempre Zenobio Acciaiuoli. Así, un día llegaron a visitarlos el conde de Aberhard y Johannes Reuchlin. Reuchlin tornó, como tornó el conde, a Alemania, y llegó a ser el humanista que alcanzó en su patria mayor autoridad por sus conocimientos del griego y el hebreo. Había aprendido a hablar el griego a la manera de Constantinopla. Como Erasmo, era de los de la escuela de Grecia ; entre los dos, sobre este punto, se trabó un debate. En Heidelberg, donde enseñó Reuchlin, le designaron preceptor de los hijos del elector del palatino. Se empeñó en lucha con Pfenkorno, porque éste, hebreo convertido, muy del estilo de los de la inquisición española, abogaba por la destrucción de los libros hebreos que pudieran perjudicar a los cristianos, y Reuchlin tomó la bandera contraria. Reuchlin, precursor de la Reforma, era mordaz e implacable. Contra los humanistas al estilo de Pfenkorno escribió un librito cuyo título es bien expresivo : *Epistolae obscurorum virorum*.

Por aquellos tiempos se supo lo mismo en Florencia que en Alemania de los viajes extraordinarios que estaban haciéndose a través del Atlántico en naves de España y Portugal. En Florencia circulaban las cartas que Amerigo Vespucci escribió a Lorenzo dei Meidicci, *il popolano*, y a Piero Soderini. Esas cartas contenían revelaciones sensacionales sobre la magnitud de las tierras que Colón había comenzado a descubrir. Entonces era más diligente la mano que la imprenta. Copias manuscritas de las cartas de Vespucci comenzaron muy pronto a correr lo mismo por Alemania que por Francia. La primera edición con pie de imprenta que existe de la carta del

*Nuevo Mundo* —la que dio origen al nombre de América— es la publicada en Augsburg por Johannes Otmar Vindelice, en 1504. El texto se daba en latín. Al año siguiente se publicó traducida al alemán. Apareció en alemán antes que en italiano... La traducción fue de un poeta, Matias Ringmann, que había estudiado en Heidelberg. Ringmann fue un hombre extraordinario. Murió muy joven, y lo mismo que tradujo a Vespucci, tradujo los *Comentarios* de Julio César, pero merece un monumento, que los alemanes le deben, porque fue quien, seguramente, inventó la palabra más famosa que en todo el siglo XVI, y en varios siglos, haya lanzado al mundo poeta alguno : esa palabra es *América*. Ringmann era fabricante de palabras —dijo que Suiza debería llamarse Helvetia—. Cuando publicó en alemán la carta de Vespucci la acompañó de un poema. A cuanto emprendía le daba un ímpetu lírico. Este divino loco, buscando un ambiente apropiado a su ingenio, pasó a la otra orilla del Rin, a tierras del duque de Lorena. a Saint-Dié. Allí unos canónigos ilusos y ambiciosos mantenían un gimnasio, al modo alemán, consagrado al estudio de la geografía, de la gramática, de las artes y las ciencias. Los canónigos andaban empeñados en publicar la geografía de Ptolomeo, movidos por las preocupaciones que antes tuvo Regiomontanus.

En Alemania se habían reunido las varias piezas del gran rompecabezas. No sólo estaba ya traducida al alemán la carta de Vespucci, sino que allí estaba el mapa del Nuevo Mundo. Vespucci había enviado a sus compatriotas una esfera y un planisferio hecho con sus propias manos. De comerciante que había llegado a Sevilla, pasó a ser un navegante improvisado, y terminó en cartógrafo genial. El rey Fernando le nombró cartógrafo oficial de Castilla y piloto mayor. Bajo su control se pusieron todos los mapas que en el reino de Castilla se hicieron. La noticia de los primeros mapas de Vespucci se difundió —naturalmente—, en Alemania. Y entonces fue más intensa que nunca la correspondencia entre los humanistas del Rin y los de la academia platónica de Florencia. Luigi Guicciardini tenía en Florencia —Dios sabe por qué— una esfera y un planisferio.

A lo mejor serían los mismos dibujados por Vespucci. Zenobio Acciaiuoli, en unión de Guido Antonio Vespucci, se los pidió en préstamo para sacar copias... con destino a los alemanes. Hay una carta de Zenobio a Guicciardini, que se conserva en Florencia, en donde le dice que, como otras veces, le preste el planisferio y la esfera, que copiará con mucho cuidado un fraile camaldulense, para enviar copias a Johannes Teutonicus. Ese Johannes bien puede ser Reuchlin, u otro Johannes. Zenobio le llama astrónomo. Pero lo que se ve claro es cómo iban caminando los mapas de Florencia a Alemania... y de Alemania a la Abadía de Saint-Dié.

Con el poeta Ringmann pasó a Saint-Dié un dibujante de mapas y grabador, formado en la escuela de Dürero, estudiante de la universidad de Friburgo. Se llamaba Martin Waldseemüller. Usaba un sobrenombre griego : Ilacomilus, a lo mejor, invención de Ringmann. En el monasterio cayó como una bomba la noticia que llevaba de la carta de Vespucci de haber hallado otro continente. Los canónigos estaban ya en la publicación de Ptolomeo, y esta aparición revolucionaba toda la geografía. Los dos alemanes, Ringmann que inventa el nombre, y Waldseemüller que hace el primer mapa en que aparece el nom-

bre de América, fabrican la trama mágica, y hay un momento de exaltación y de lírico entusiasmo en el acto del bautizo de América.

Todo ocurre en Lorena, en un momento en que sobre las aguas del Rin se tienden puentes de entendimiento cordial. Francia y Alemania son como las dos páginas hermanas de un mismo libro verde que une la vena del río. Pero está además, para cerrar el triángulo, la Italia de Florencia que arde en entusiasmo renacentista. En el centro de todo queda vibrando una sola cosa : la palabra América. La invención de Matias Ringmann.

### *Kaiser de Alemania y Emperador de México*

Ocurre luego lo que todos sabemos : México, el Perú, Castilla, Alemania, Flandes tienen —tenemos— un mismo rey. En Alemania es un rey de tradición : Carlos V. En España es un rey nuevo : Carlos I. Pero la misma persona. En España sucede a una mujer loca : a Juana, su madre. En México a un noble rey sacrificado : Montezuma. En el Perú a un inca traicionado : Atahualpa. En Alemania a Maximiliano, el último caballero. Si la palabra imperio tuviera un significado más radical, podría decirse que entonces todos fuimos compatriotas ; peruanos y alemanes, castellanos y mexicanos. Para comprar la corona imperial romana y sobornar a los electores, y luego para cubrir las deudas contraídas, Carlos aprovechó el oro de México y del Perú. Las primeras noticias de la conquista de México llegaron a Carlos cuando iba en pos de la corona del imperio. Por eso las cartas de Hernán Cortés vinieron a parar a la biblioteca de Viena... Adquirida la corona, quedaron las deudas. Por eso los Welser —banqueros prestamistas— vinieron a nombrar a « sus » gobernadores de Venezuela.

Ya desde los tiempos de Vespucci las cosas de América hallaban en Alemania una escuela de curiosos que contribuyó a formar nuestra historia fabulosa. Ha sido suerte grande para nuestra América no haber quedado oprimida por las simples versio-

PORTADA DE LA PRIMERA EDICION DEL LIBRO DE STADEN SOBRE LOS TUPINAMBA DEL BRASIL



nes académicas, sino expandirse poéticamente en la fantasía. El primer grabado conocido de los indios de América es un grabado alemán de 1505. Se inspiró en los relatos de Vespucci. Al fondo aparecen los antropófagos, asando y ahumando piernas de los enemigos descuartizados, como jamonés un campesino alemán. « Los hombres —dice la leyenda—, desnudos, herinosos, de piel oscura y bien formados, llevan en la cabeza, el cuello, los brazos, las partes viriles y los pies, plumas, y las mujeres apenas se cubren con plumas. Los hombres llevan incrustadas piedras preciosas en los

rostros y en el pecho. Nadie tiene nada propio, sino que lo poseen en común... », etc. Catorce años más tarde se lee por primera vez en Alemania la relación de cartas sobre la conquista de México, y allí la visión de América adquiere nuevas dimensiones. Detrás de la figura juvenil de Carlos V va extendiéndose, por donde quiera que vaya, la sombra de un mundo que crece y es tan grande como ninguno otro recordado en la historia. Del otro lado del mar, los conquistadores ganaban para la corona reinos que sumados han podido llamarse la Nueva Europa.

Así, pues, un alemán inventa el nombre de América, otro hace el primer mapa en donde figura este nombre, otro dibuja el primer grabado en que figuran los indios del Nuevo Mundo, otro traduce la carta de Vespucci antes de que se publique en italiano y en español, y muchos leen en Alemania, por primera vez, la gran carta de Cortés. Algunas de estas cosas quedan dormidas, como ausentes del recuerdo, en las bibliotecas. No sólo la carta de Cortés. También el planisferio de Waldseemüller vino a encontrarse, siglos después de hecho, en 1900, en el castillo de Wolfegg. Wolfegg es la ciudad natal de Reuchlin...

### *Federico Barbarroja*

(DE FRIEDRICH RUCKERT)

*Federico Barbarroja,  
Por la virtud de un encanto,  
Dormido está, que no muerto,  
En castillo subterráneo.*

*Con él, grandezas y glorias  
Del Imperio se alejaron ;  
Con él vendrán al Imperio  
El poderío y el fausto.*

*En silla ebúrnea descansa  
Muellemente recostado ;  
La imperial cabeza posa  
en blanca mesa de mármol.*

*Mas los pelos de su barba  
(Siempre rojos y no canos)  
Con fuerza tanta crecieron  
Que la mesa perforaron.*

*Mueve a pausas la cabeza  
Como dormido y soñando ;  
Entreabre las pupilas  
Y hace señas a un enano.*

*Y entre sueños dice : « Oh niño,  
Sal del castillo encantado,  
Corre a ver si ya los cuervos  
La Montaña abandonaron ;*

*Que si en torno a la montaña.  
Siguen los cuervos girando,  
No ha venido aún el día,  
Debo aún dormir cien años. »*

M. GONZALEZ PRADA

### *Los gobernadores alemanes de América*

A la muerte de Maximiliano, tres soberanos pretendieron hacerse con la corona imperial : Enrique VIII de Inglaterra, Francisco I de Francia, Carlos I de España. Maximiliano, el último caballero, había escrito poco antes de su muerte : « Con los electores, lo único que cuenta es el dinero, y ya que la corona imperial añade valor a los Estados de Austria no hay que mostrarse tacaño. Pero las letras de cambio no sirven : sólo el metálico es efectivo. »

A tiempo que el rey de Francia y el de Inglaterra se movían con todos sus recursos para comprar los votos de los electores, el rey Carlos de España —olvidando la advertencia del abuelo—, enviaba letras de cambio a través de una casa de Augs-

burgo, la de Antón Welser, y de algunos banqueros genoveses. Sin embargo, quienes podían decidir económicamente el asunto eran los Fugger, y Jacobo Fugger, aunque desconocido en principio por Carlos, prefirió ayudar a éste y no a los otros. Sólo hay una razón que explique esta preferencia: su lealtad a la familia de los Habsburgos. Fugger había sido el soporte de Maximiliano, y ahora sentía una satisfacción íntima ayudando al nieto. Lo hizo, y le dio el triunfo. Quedó sólo la deuda por pagar. El oro de Moctezuma, de Atahuallpa, de los Chibchas de El Dorado, llegó a los bancos de Alemania. A los bancos de los Fugger y los Welser.

Los Welser, más antiguos en España, se hicieron presentes en América a la primera hora. Fundaron casa en Santo Domingo, y aún se conservan en la primera ciudad de América las ruinas de sus almacenes. Datan de los tiempos del hijo de Colón. A los descubrimientos del Río de la Plata fue un factor de los Welser, Ulrico Schmidl, que pasó dieciocho años de su vida dentro del belicoso ámbito del Río de la Plata, en la ciudad de Asunción del Paraguay. Los españoles que habían descubierto las tierras, junto con el alemán, no se mostraron dispuestos a recibir como gobernador a Cabeza de Vaca, cuyos méritos de mártir en Norteamérica no le daban título a las conquistas del sur. Schmidl se sumó a los primeros comuneros del Paraguay, y Cabeza de Vaca fue puesto en la cárcel. Le devolvieron a España en un barco de irónico nombre: « El Comunero ». Cuando Schmidl regresó a su tierra, escribió en alemán uno de los primeros libros que existen sobre las conquistas del Río de la Plata: *Derrotero y Viáje a España y las Indias*. Una vez más, los grabadores encontraron un relato que les sirviera de inspiración. Por primera vez hay una escena gráfica de aquella nación trazada por buril europeo. El rey, sentado en una estera, la corona de plumas, tres mujeres que danzan al fondo, y dos músicos, por delante, tocando en flautas de hueso, todos desnudos, saludan a tres conquistadores, que llegan vestidos con armaduras y terciopelos, como salidos de la propia corte del emperador de Alemania...

El campo más vasto abierto a los Wel-

ser fue el de Venezuela. Ambrosio y Jorge Ehinger, Nicolás de Federmann, Jorge Hohermunth, Felipe von Hutten, forman la galería de gobernantes alemanes que decoran la primera historia de Venezuela. Fueron de los primeros exploradores que penetraron llanuras, selvas, montañas, en pos de fabulosas riquezas y de naciones extrañas. Como Schmidl, Federmann creía en las Amazonas, pero superando a Schmidl describe la nación de los pigmeos. Tuvo la ilusión de El Dorado, que levantó su codicia. Sin embargo, las crónicas de la fundación de Bogotá recuerdan que cuando Federmann pudo llegar a esa remotísima altura en donde se estableció la capital del Nuevo Reino de Granada, en cuyas lagunas se bañaban los reyes cubiertos de polvo de oro, lo que llevaba para perpetuar su nombre eran unas gallinas. Como llegó tarde, sólo se le dio una parte del botín, y apenas dejó memoria imborrable en esas gallinas que vinieron a mejorar la olla de los pobres. Algunos estudiantes de antropología descubren hoy en la Sabana de Bogotá indios de ojos azules, y suponen que sean un último vestigio del paso de los alemanes... Literariamente, el libro que Federmann escribió sobre sus viajes —*La Historia Indiana*—, es el primer libro en una parte de la historia de Venezuela. Un libro escrito, por otra parte, en lengua alemana...

La permanencia de los alemanes en América, en la forma en que gobernaban los Welser en Venezuela, resultaba imposible. Era un cuerpo extraño dentro de un mundo incorporado a los reinos de España por el esfuerzo de los conquistadores. Los Fugger tuvieron las mismas oportunidades de los Welser, pero más cautelosos, prefirieron hacerse a un lado. La corona les dio derecho a colonizar a Chile y los términos del acuerdo fueron tan vastos que llegaban hasta tierras peruanas. « Ya se habían concertado con el Consejo de Indias todos los pormenores del envío de una flota y fijado el alcance de los derechos otorgados en la zona del descubrimiento —escribe Ernesto Herng—, cuando en el último momento los Fugger abandonaron el proyecto, probablemente porque las expediciones de Pizarro en el imperio Inca se aproximaban demasiado a la región apetecida... Hombre

de negocios, perspicaz y realista, Jacobo Fugger prefirió eludir una empresa que no prometía sino gastos excesivos y un número aún más elevado de conflictos con los conquistadores... »

En realidad, con los Welser dominando en Venezuela, y los Fugger dueños en Chile, la América del Sur quedaba metida dentro de una tenaza alemana, que al propio Carlos V le habría tomado de entre las manos lo que más legítimamente creía poseer. Jacobo Fugger comprendió el absurdo.

### *El hipopótamo de Durero en una casa de Tunja*

Tunja es una ciudad hecha de viento y de hielo. Se halla, en los páramos de los Andes, a unas cuantas leguas de Bogotá. Los españoles que llegaron allí se acurrucaron de frío y construyeron casas con paredes de tierra pisada de más de un metro de espesor. Los anchos balcones de madera, con tejados, sólo se usaban para asomarse el día en que pasaban las procesiones. Un cura que había estado en la conquista, escribió allí por no salir de su casa, la historia de aquellos sucesos en el poema más largo que recuerde la lengua castellana. En él se relatan, entre otras mil cosas, las historias de los alemanes que anduvieron por Venezuela y Nueva Granada. Pero a Tunja no llegaban sólo estas historias, sino cuentos de las brujas de Alemania y grabados de Nuremberg. Para algo teníamos un rey común, que lo mismo lo era de Nuremberg que de Tunja. En un atril del templo de Santo Domingo halló Gabriel Giraldo Jaramillo un grabado del Calvario firmado por Martín Engelbrecht...

Era don Juan Vargas uno de los ricos de Tunja. Su casa, de las buenas del siglo XVI. Un patio de arcadas de piedra —finas columnas y arcos romanos—, ancha escalera como de convento, patio florido, y gran salón abovedado, con la bóveda pintada. Las pinturas de la bóveda son extrañas, porque al lado del escudo en que aparece un caldero listo a recibir la cabeza de un jabalí, hay dioses paganos —Júpiter, Minerva, Diana—, elefantes... y un hipopótamo. El hipopótamo llegó imaginariamen-

te a Tunja a través de un dibujo de Alberto Durero... En aquellos tiempos, sin academias de pintura, sin otra fuente de información sobre el arte de Europa que lo que retenían los ojos de quienes habían viajado, o lo que se traía en los grabados, se hizo en toda América pintura, sacando escuela de los grabados. Así, en Tunja como en Quito o en las ciudades y conventos de todo México. En el maravilloso monasterio de Acolman, en México, hay un Calvario, pintado al fresco, que se inspira íntegramente en un grabado de Durero.

A veces, lo que llegaba era pintura —tablas, telas, láminas de cobre pintadas al óleo—, ya cosa muy excepcional. En todo caso, en la Academia de San Carlos, en México, al lado de muchos flamencos y españoles, se encuentra un *Adán y Eva* de Lucas Cranach... El museo de la Academia de San Carlos es, en pequeño, tan bueno como uno de Madrid, de París o de Berlín.

### *Humboldt y el Renacimiento de América*

Hasta el momento, la América ha sido dos veces descubierta. Pasados los anuncios de Colón y Vespucci, y los de los Corteses, Pizarros o Valdivias, España arrojó sus colonias. Las mantuvo celosamente aparte de todo contacto con luteranos, judíos, enemigos de Castilla... con Europa. Sólo los jesuitas rompieron alguna vez la norma de que pudieran ser no españoles algunos de sus misioneros. Hubo escaramuzas, es cierto, en el área del Caribe para romper el cerco, y algunos asaltos de corsarios o piratas a los puertos. Pero en rigor, adentro en Tierra Firme, se extendió una paz española, cerrada. América fue velada al resto del mundo. Con el movimiento francés de la Ilustración, se rompe el velo. Comienza el segundo descubrimiento. Misiones científicas en que tomaron parte suecos, franceses, austriacos, italianos... alemanes, avanzaron a informarse sobre las plantas, los minerales, los hombres del Nuevo Mundo. Alejandro Humboldt comenzaba a surgir en Prusia cuando se expandieron las noticias de la expedición de La Condamine, del viaje de Bougainville. Hum-



GOETHE, POR DESER (1892)

FOTO VIOLET (PARIS)

boldt y Aimé Bonpland, entusiasmados, zarparon de Cádiz en 1799 y durante cinco años recorrieron Venezuela, la Nueva Granada, Quito, Cuba, México... Ningún sabio como Humboldt había recogido hasta entonces tal cúmulo de informaciones sobre estos países, y las trasladó a libros que siguen siendo el fundamento de nuestros estudios sobre la época. De una parte alentó a nuestros sabios incipientes. Se produjo con ello una revolución universitaria, un cambio brusco en las ideas, un estímulo para llegar a la independencia. De otra parte, colocó a nuestra América en el mapa del mundo. Por donde quiera que se movió luego este viajero infatigable, este trabajador ejemplar, rodeado de la admiración de los hombres de ciencia de toda Europa, con él iba la nueva imagen del Nuevo Mundo.

A tiempo que se publicaban sus libros sobre las regiones equinocciales, sobre México, sobre Cuba, se popularizaban los paisajes de América hechos sobre sus apuntes por dibujantes de Francia y de Alemania. Los « ilustrados » del siglo XVIII renovaron el interés que a comienzos del XVI se registra en las orillas del Rin por las noticias de los primeros descubrimientos. Hoy mismo nos conmueve ver paisajes del Quindío, con los indios que llevaban a cuestas a los viajeros ; del Ecuador, cuando Bonpland y Humboldt dialogaban con los indios recibiendo de ellos plantas exóticas para sus herbarios ; de la plaza de Lima, de Tasco en México, de la pirámide de Cholula, de los indios de México en día de fiesta, del pico del Orizaba, todo hecho por los europeos de entonces alentados por el genio y las historias del prusiano. Entonces hizo Weisch el famoso retrato de Humboldt en el paisaje del Orinoco, y Julius Schrader el óleo en que aparece el sabio con el Chimborazo al fondo. Se dieron a conocer los mapas en que se mostraba la comunicación entre el Orinoco y el Amazonas, y el de Panamá, que señalaba el camino del canal. De la correspondencia de Humboldt con Bolívar y con el sabio Mutis de la Nueva Granada, de las amistades que dejó en México, surge una América rejuvenecida, resuelta, que no se había conocido antes, como difícilmente se verá luego.

Humboldt surge en la época romántica y está cerca de Goethe a quien le une amistad de familia. Goethe, por Humboldt, vuelve los ojos hacia Panamá y hace su famoso vaticinio : « Humboldt —escribe—, con gran conocimiento del problema, señala algunos otros puntos quizás mejores que Panamá, para hacer el canal aprovechando las corrientes del golfo de México. Pero yo me pregunto si los Estados Unidos dejarán que esta oportunidad se les vaya de entre las manos. Para ellos es absolutamente indispensable hacer un paso del golfo de México al océano Pacífico, y estoy seguro de que lo harán. »

Es posible que a través de Goethe, Heinrich von Kleist se interesara por América. Este impetuoso, loco novelista, que al propio Goethe inspiraba espanto —después de conversar con él en Weimar—, y que en efecto murió muy joven suicidándose a tiempo con Henriette Vogel, escribió las dos novelas de tema americano que aparecen primero en la literatura romántica alemana : *El temblor de tierra de Chile* y *Las bodas en Santo Domingo*.

El interés por la América española y por su independencia se impuso en Alemania, y así se explica que las cartas de Jorge Juan y Antonio Ulloa se publicaran, antes que en Francia, en Alemania, traducidas por Schneider. El implacable análisis que los ingenieros españoles hacían en ese libro de la administración en las colonias, servía de justificación a las críticas que formulaba Humboldt en los círculos de sus amigos o hablando con los latinoamericanos.

Las corrientes románticas no iban en una sola dirección. También llegaban a América los reflejos del romanticismo alemán. En 1831 se representaban en Buenos Aires dos dramas de Schiller : *Guillermo Tell* y *la Muerte de María Estuardo*. La guerra de independencia de América acaba siendo la obra maestra del romanticismo en el mundo entero. Puede decirse que América estuvo presente al nacimiento del romanticismo en Francia. Madame de Staël, de regreso de Alemania —donde platicaba con Goethe, Humboldt, Schlegel—, recibió en su salón de París a Miranda, y así, aun antes de que la insigne francesa escribiera su libro sobre Alemania —el punto de par-



tida del movimiento romántico en Francia—, de todo se había hablado en ese hogar de las letras donde el venezolano era el embajador de unas naciones que aún no se habían liberado, pero que ya estaban en su corazón y en la mente de los propios europeos. Asombra como de ese día a la fecha en que se representa a Schiller en Buenos Aires, corra tan breve tiempo.

### *Hans Staden escapó de que se lo comieran ahumado*

En la historia del Brasil, donde tendrán los alemanes en el siglo XIX y en el XX una participación importante por sus grandes aportes de colonos, Hans Staden es casi una figura solitaria del siglo XVI. Como por milagro escapa de que se lo coman ahumado los indios —tal era su manera de preparar los trozos de sus enemigos descuartizados—, y gracias a esta circunstancia puede ocupar hoy un puesto honroso en la historia literaria del Brasil. Su libro se publicó en alemán en 1557, con este título: *Warharig Historia und Beschreibung enner Landschaft der Wilden*, pero pronto se pudo leer en alemán, inglés, portugués, y hoy en alemán moderno. Había nacido en Homberg, y de muchacho se embarcó como artillero en un navío portugués que llegó a Pernambuco en 1547. Era un momento en que las luchas entre los europeos y los indios llegaban a los más dramáticos extremos. Iguarazú estaba sitiada por los nativos. El gobernador Duarte Coelho suplicó a los tripulantes que acababan de llegar auxiliaran a los portugueses que sufrían el asedio, evitando así que la insurrección se extendiera hasta el puerto de Recife. Cuarenta tripulantes, y entre ellos el alemán, se metieron en una barca, y vieron hasta dónde era grande el peligro en que se hallaban los europeos, ya casi sin mantenimientos, acribillados por las flechas de los más diestros tiradores. La llegada de Staden y sus compañeros, que les hicieron llegar dos barcos de refuerzo con víveres traídos de Itamaracá, salvó la plaza y la vida de los soldados.

Staden tuvo, pues, un buen comienzo que le alentó para seguir por un par de años

las complicadas luchas en que se empeñaban los portugueses contra los indios tupi-guaraní. Conoció por dentro las costumbres y atrevimientos de los salvajes, penetró en tierras del Paraguay, se acercó a las tierras en que dominaban los feroces ubatuba... hasta que rodando de aventura en aventura « halló —dice Calmón—, generosa acogida en San Vicente donde un alemán de nombre Heliodorus Hesu, hijo Eobanus, cajero ya fallecido del ingenio de José Adorno, le socorrió. Se contrataron entonces, por cuatro meses, sus servicios como artillero en el reducto de Bertioga. A pedido de Tomé de Sousa permaneció allí más tiempo, en un aislamiento peligroso, hasta que en una salida, andando de casa, le hicieron prisionero los indios antropófagos. Estos, de odio a los portugueses, andaban en tratos con los franceses por las costas que van de San Sebastián a Río Janeiro. Se alistaban ya para comerse a Staden, pero en un arreglo final, lo rescató un corsario de sentimientos más humanos, que lo condujo sano y salvo a Dieppe... » Así pudo nacer al mundo de las letras.

El libro de Staden es precioso para la historia inicial del Brasil, tanto por el texto como por la profusión de grabados que se hicieron entonces sobre la vida y costumbres de los indios tupi-guaraní: cómo ejecutaban a los prisioneros, cómo hacían la guerra, cómo recibían a las naves de Portugal, cómo se mecían en las hamacas viendo ahumar los muslos de sus prisioneros —aperitivo para el banquete—, cómo trabajaban los ya reducidos en las misiones cristianas. Staden da origen así, en la mitad del siglo XVI, a una representación en grabados de madera, que aún hoy mismo reemplaza los textos literarios con la animación de una secuencia de imágenes estupendas.

Staden sabía relatar los incidentes de la lucha, era buen observador, y hacía la sociología precursora de aquellos tiempos. Pero, además, era un viajero, y los testimonios de los viajeros siempre tienen inespereadas resonancias. Dos siglos y medio más tarde, Goethe, ya preparado largamente por Humboldt, se interesó en las cosas del Brasil. Era la época en que holandeses, austríacos, ingleses, polacos y franceses exploraban el desconocido interior del Brasil y

sus fabulosas riquezas naturales. Se descubrían las minas de diamantes. Fueron en parte los viajeros alemanes, y un hombre de rara cultura como el barón de Eschwege, quienes determinaron la afluencia de alemanes al Brasil. La primera oleada se produce en 1824, cuando Goethe mostraba su mayor interés por el Brasil, en parte gracias al Barón, que después de unos quince años tornó a Alemania, su patria. Llevando la noticia de sus riquezas fabulosas. El duque Carlos Augusto, de quien Goethe era ministro, compró la colección de piedras preciosas del barón de Eschwege, por sugestión de Goethe. De ahí en adelante, el entusiasmo original por América aumentó en el viejo poeta, que no querría morir sin ver abierto, entre otros canales, el de Panamá. Los brasileros premiaron simbólicamente su amor al país, y von Martius le comunicó cómo una de las especies vegetales descubiertas por el príncipe Neuwied fue bautizada Goethea... Era el clásico homenaje, ya lo hemos visto, que podía hacerse a un hombre de aquellos tiempos.

La entrada de los colonos alemanes en el Brasil debía de producir, además, en tiempos más recientes, una de las obras más bellas y representativas de la literatura brasilera : *Canaán* de Graça Aranha.

### *Fausto visto por un gaucho argentino*

Alfonso Reyes escribió uno de sus preciosos, diminutos comentarios, para mostrar las huellas del entusiasmo de Goethe para América. Ocupa doce páginas en el volumen XII de sus obras completas. Si se hiciera un trabajo sobre Goethe en América, el simple relato daría para una obra en doce volúmenes. En una forma u otra, los grandes poetas y prosistas de nuestra tierra se han ocupado de él, lo han traducido, han escrito ensayos, libros. Werther alcanzó a producir suicidios. Las figuras de Margarita, Fausto, Mefistófeles, ocupan un lugar que viene después del de Sancho y don Quijote en la imaginación popular. El mismo Reyes, tan esquivo para hacer traducciones de poesía europea, hizo la de una estrofa de Goethe sobre América :

*Tú, América, lo pasas mejor  
que nuestro viejo continente :  
ni tienes castillos en ruinas,  
ni tienes basaltos,  
ni te turban en lo interior,  
—al tiempo que vives—  
las inútiles remembranzas,  
las contiendas vanas.  
Goza tu hora con fortuna!  
Y si dan en poetizar tus hijos,  
librelos el hado propicio  
de fábulas de hidalgos, bandidos y fantas-  
[mas.*

Consejo bueno. Programa « vanguardista », como decía Alfonso. Que daba la medida de esa tierra nuestra que hasta Goethe querría reservar para los mejores destinos, y a donde él mismo, alguna vez, pensó en venir. Esa América de Goethe, en su mayor parte, era la de los Estados Unidos. Pero era, por Humboldt, la nuestra también. Reyes lo explica así : « La verdadera influencia de América sobre Goethe, está representada en Alejandro de Humboldt, hombre de estirpe goethiana y amicísimo del poeta. Farinelli ha dicho muy bien que Goethe viajó por España en la persona de Guillermo de Humboldt, el hermano mayor. Nosotros podemos asegurar que Goethe viajó por América en la persona de Alejandro, el hermano menor. Si el poeta fijó en un muro de su cuarto el mapa de España para seguir la trayectoria de Guillermo, también —fiel a su estilo de esquemas y representaciones visuales— trazó por sí mismo un diseño de las montañas de América y Europa, marcando las líneas de las nieves perpetuas, para poder seguir el *voyage équinoxial* de Alejandro. Goethe admira a los hermanos Humboldt, celebra que se hayan formado a sus ojos, reconoce (y lo más hermoso es que, por su parte. Alejandro confesaba lo mismo, porque sus dos naturalezas mutuamente se fomentaban) que en un rato de conversación con Alejandro aprende más que en varios años de estudio. El día en que recibe las cartas de Alejandro es para él un día de fiesta, y cuando tiene la suerte de retenerlo unas horas en Weimar, se queda en buen ánimo para todo el mes. Casi todo une a Goethe y a Alejandro Humboldt y casi nada los separa. A él le debe cuanto sabe sobre Co-

lombia y Cuba y sobre el posible canal de Panamá... Alejandro es como una proyección de Goethe hacia nuestra América, y en él vislumbramos algo de lo que Goethe hubiera encontrado en ella. »

De otra parte, Guillermo Valencia, el gran poeta colombiano, se aplica particularmente al estudio del alemán para penetrarse mejor de la obra de Goethe. Tradujo veinte canciones de Goethe y su último gran poema fue el de « La Tristeza de Goethe », comentario de la mayor comprensión de toda su obra, hecho líricamente sobre el episodio en que Goethe se baña en lágrimas al ver el busto que le ha esculpido David d'Angers. Manuel García Prada anuncia la revolución poética de América haciendo algunas traducciones de Goethe —*El Rey de los Elfos, Mignon, El poeta...*—. En 1932, al celebrarse el centenario de la muerte de Goethe, todas las universidades de América se asocian para recordarlo. La inteligencia encuentra en Goethe una fuente constante de inspiración... Y el pueblo mismo. Entre las obras que anuncian la literatura criolla de nuestra Améri-

« DER TRIUMPH REUCHLINS »,  
HOLZSCHNITT, 1519



ca, el *Fausto* de Estanislao de Campo es famoso. Se inspira en el de Goethe, a través de la ópera de Gounod representada en el Colón de Buenos Aires. Un gaucho que asiste al espectáculo da su propia versión de los personajes. Como nosotros hemos estado siempre tan cerca del diablo, lo que el gaucho dice muestra lo mucho que el hombre sencillo sabe de estos negocios. Es así como en la obra de Estanislao del Campo los diálogos entre Mefisto y el doctor Fausto se truecan de esta manera :

« Mi doctor, no se me asuste,  
ordéneme lo que guste,  
pida lo que ha de pedir.

Si quiere plata, tendrá :  
mi bolsa siempre está llena,  
y más rico que Anchorena,  
con decir 'quiero' será. »

« No es por la plata que lloro »,  
don Fausto le contestó,

« otra cosa quiero yo  
mil veces mejor que el oro. »

« Yo todo le puedo dar »,  
retrucó el Rey del Infierno,  
« diga : quiere ser Gobierno?  
pues no tiene más que hablar. »

« No quiero plata ni mando »,  
dijo don Fausto, « yo quiero  
el corazón todo entero  
de quien me tiene penando. »

No bien esto el Diablo oyó,  
soltó una risa tan fiera,  
que toda la noche entera  
en mis orejas sonó...

Heine, González Prada  
y Ricardo Palma

Las dos grandes figuras de Perú de fines del siglo pasado fueron don Ricardo Palma —el brujo de la gracia que inventó las *Tradiciones*— y don Manuel González Prada —anarquista genial que lanzó a la lucha a las nuevas generaciones—. Como suele ocurrir entre nosotros, estos dos escritores y poetas acabaron distanciados en forma irreconciliable. Pero en lo mejor de sus días juveniles, románticos los dos, les unía un poeta alemán, que a pesar de la distancia que crea el idioma, —atenuada por las versiones francesas—, fue celebrado desde Mé-

xico y Venezuela hasta Chile y la Argentina. De sus canciones parecía brotar fresco aún el manantial hebreo que Salomón hizo saltar de la roca dormida. Así, González Prada y Palma traducían a Enrique Heine, por los mismos años en que el venezolano Pérez Bonalde —gran lingüista y gran poeta— ponía en la misma lengua española el cancionero. Había en la vida del alemán un atormentado dejo de tristeza que, resonando en los *Lieder*, producía un encantamiento en los americanos de fines de siglo, encantamiento que aún subsiste. Don Ricardo Palma había traducido tanto a Heine, que González Prada le pidió recopilara en un librito esa obra dispersa. En la carta respuesta que escribió don Ricardo a su amigo hay unos párrafos que muestran cómo Heine unía a los poetas de aquel tiempo, de país a país. Quién inició a don Ricardo fue González Díaz, « el más popular de los poetas contemporáneos del Brasil ».

Habla don Ricardo : « González Díaz era entusiasta admirador de Heine y, en nuestras charlas de la rue Laffite y de la cité Bergère, se empeñaba en hacerme leer las obras del vate israelita que, a los veinticinco años de edad, se hizo sectario de la iglesia anglicana y jefe de la escuela polí-

tico-literaria llamada « Joven Alemania ». Enrique Heine, hijo de padres judíos, nació en Alemania en diciembre de 1799 y, por consecuencia de la convulsión germánica de 1830, se estableció en Francia. Murió en 1856, ciego y paralítico, meses después de que Gérard de Nerval, su admirable traductor francés, se suicidara, ahorcándose bajo las ventanas de su *cocotte*... Al despedirnos, en París, me obsequió González Díaz con un ejemplar de las obras de Heine. Joven y frívolo como era yo por entonces, encerré el libro en mi maletín de viaje ; pero una noche, para distraer el fastidio de la ya larga navegación y a falta de otra lectura, corté las hojas del volumen. Durante tres días fue ese el libro de mi predilección, y tanto que puse en verso castellano no sólo los fragmentos que hoy recopiló por complacer a usted, sino algunos más que perdí en la catástrofe de Miraflores (se refiere al incendio de la biblioteca nacional cuando la entrada de los chilenos). Después he traducido y no literalmente, dos composiciones del *Libro de Lázaro* y la titulada *Mensaje*... »

### *Cómo se leía a Nietzsche en Bogotá*

En Bogotá se dio la batalla de Zarathustra. Lo extraordinario de esta batalla, que tuvo lugar en 1887, es que Nietzsche llegó a remota altura de los Andes por la vía de Dinamarca... Todo esto está íntimamente vinculado a la biografía de uno de los hombres de letras de más auténtica vocación que en América haya nacido. Se trata de Baldomero Sanín Cano. El « maestro », como le llamamos desde hace más de medio siglo, había comenzado su formación de autodidacta en Río Negro, « ciudad » que entonces tendría diez mil habitantes, pero de larga historia, en donde alternaban algunas de las familias más blancas de Colombia, y unos pocos negros, descendientes de esclavos, que les servían con espíritu al mismo tiempo de fidelidad y de libertad. Por eso, los papeles que recogieron el clamor de los negros de Río Negro en la época de los comuneros son de una grandeza de espíritu ejemplar, y la constitución de Colombia que se aprobó en Río Negro en

### *Aniversario*

(DE STEFAN GEORGE)

*Hermana, toma el cántaro  
de tierra gris ;  
no olvides la costumbre, y vente luego  
en pos de mí...*

*Hoy ha siete veranos que lo vimos :  
recuerda... En tanto  
que El hablaba, nosotros en el pozo  
hundíamos risueñas nuestros cántaros !  
Después... un mismo día  
nuestro novio perdimos : Hoy, hermana,  
iremos a buscar en la llanura  
la fuente que sombrean  
dos álamos y un haya,  
para que allí  
llenemos en silencio nuestros cántaros  
de tierra gris...*

GUILLERMO VALENCIA

1863 ha sido una de las libérrimas de América. Pero, en Río Negro no había ni liceo, y para estudiar en la normal, Sanín tuvo que bajar a Medellín. Así, en las montañas, se apasionó por las letras exóticas. Aprendió él mismo inglés, alemán, francés... y descubriendo en Brandes a uno de los más alertas del siglo, cuyas obras no estaban traducidas sino en parte, estudió dadas. ¡En danés pudo leer a todo Brandes!

En busca de mejor ambiente, Sanín Cano se fue a Bogotá, y logró que le nombraran administrador de un tranvía de mulas; el primer tranvía de Bogotá, que pertenecía a una compañía inglesa. Sanín era la única persona que podía hablar en inglés con los gerentes y en lenguaje de arrieros con los encargados de las mulas. Él se entendía con la compra de cebada para los animales, y estaba suscrito a las revistas de vanguardia publicadas en Alemania, en Edimburgo, en Londres o en Viena. Por la noche, reunía a sus amigos —José Asunción Silva, Guillermo Valencia, Víctor M. Londoño—, que eventualmente fueron los padres del modernismo en Bogotá. Y así, cuando aún no eran bien conocidos en Europa, ya se traducían en Bogotá poetas de Viena como Peter Altenberg y Hoffmannsthal, o como el alemán Stefan George, cuya revista *Blätter für die Kunst* le llegaba a Sanín como a cualquier suscriptor de Berlín. Hoy se precisa, gracias a confidencias de Sanín Cano, cómo en la raíz de la mejor poesía que se haya escrito en Colombia —el *Nocturno*—, hay un acento alemán. José Asunción Silva se inspiró en el ritmo del *Canto de la Campana* de Schiller, que Sanín le leía descubriéndole los encantos de su ritmo: el ritmo del *Nocturno*.

El gran descubrimiento de Sanín Cano fue Nietzsche. Lo descubrió por Brandes. Brandes anunció *Humano, demasiado humano* como la obra que iba a reemplazar la vieja concepción cristiana del mundo, y esto entusiasmó de entrada a los contertulios bogotanos que luego pasaron a descubrir la formidable vena lírica del gran maestro. Rafael Maya relata: « Pero había un libro de Nietzsche que iba a calar profundamente la conciencia de algunos de los oyentes habituales de Sanín Cano, y era *Así hablaba Zarathustra*. El libro era turbador, profundo, extraordinario. Sanín Ca-

no lo traducía, párrafo por párrafo, y la emoción de sus oyentes iba en aumento. El propio Nietzsche lo consideraba como su obra capital. Allí había consignado el pensador toda su doctrina, no en forma expositiva, sino por medio de símbolos, apólogos y metáforas, que tenían una entonación profética. Las imágenes, como la cauda de un cometa, arrastraban polvo cósmico. El lenguaje era de un vigor inusitado, por lo atrevido y fulgurante. Todas las literaturas parecían pálidas ante ese libro. Guillermo Valencia se apasionó por *Zarathustra*, y de allí, como de una cantera milagrosa, sacó siempre epígrafos para sus poemas y citas para sus discursos. Un día, como homenaje al « destructor », escribió su *Parábola del Monte*, de recóndito sentido. Por ese entonces escribía Víctor M. Londoño, vigía del grupo modernista, estas frases muy significativas: « Las doctrinas de Nietzsche son el humus que cubre el haz del mundo contemporáneo; las más bellas flores y los más erguidos robles que allí se crían, son de simiente latina. Sobre ese huerto fértil ha plantado su huerto Guillermo Valencia... »

Y vino la batalla de *Zarathustra*... Sanín introducía con él a un personaje diabólico que puso alerta a los académicos salidos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, que vive bajo la sombra de su fundador, en la colonia, fray Cristóbal de Torres, cuya estatua en bronce se alza en el centro de un claustro conventual. Luis María Mora, rancio académico, a quien familiarmente se le llamaba « Moratín », ingenioso pero irascible, tomó la bandera contra Nietzsche, y en coro se unieron a él los tradicionalistas atacando con Nietzsche, a Hoffmannsthal, negando la existencia de Peter Altenberg, contradiciendo a Stefan George, renegando de Schopenhauer. Una anécdota pinta el ardor de la batalla. « Un día —escribe Maya— en una revista, apareció un retrato de Valencia con esta dedicatoria: 'A Víctor M. Londoño, mi hermano en Pan y en las Ninfas.' ¡Y qué retrato! Corbata inverosímil, melena de león y, para colmo de males, unos bigotes caídos como los de Federico Nietzsche. Luis María Mora anunció que los bárbaros se hallaban a las puertas de Roma. »

Si aquellas escaramuzas fueron el tono de la vida literaria en Bogotá por aquellos años, de lo de Mora, por ejemplo, sólo ha quedado la huella en periódicos y en un librito de memorias ya olvidado. En cambio, la grande reacción estuvo en los escritos del más importante de los novelistas colombianos, Tomás Carrasquilla, que apegado irresistiblemente a su tierra y a su gente, colocaba a Nietzsche en los infernos. El contagio de Zarathustra había llegado al fondo de su provincia, donde se escribió un *Zarathustra Maicero* (a los antiguos, por su amor al maíz, les llaman maiceros), y ensayos y loas al grande alemán. Carrasquilla se enfrentó a los modernistas en las famosas *Homilias*, que en Colombia dan la trama dramática de aquellos duelos literarios. « No te diré —escribía Carrasquilla a Max Grillo, otro nietzscheano—, que he leído a Nietzsche ; lo vengo estudiando obra por obra, hará cosa de cuatro años. Mis amigos Efe Gómez y Félix Betancourt, que son bastante más fuertes de lo que cualquiera pudiera figurarse, son los Virgilio que me han conducido por esos infernos de la inteligencia... Este hombre ha acorralado a la humanidad en un dilema sin salida : o la fe del carbonero, bajo cualquier religión, o la razón de Zarathustra. Para mí no hay más, amigo mío: o el miedo a Dios y el miedo al Alcalde. Si la razón tiene un Mesías, allí está : o el hombre es criatura de Dios y de Él depende, o es el superhombre... »

Sería de nunca acabar entrar en las páginas nietzscheanas de toda América que abarcan toda la gama literaria —como en el caso de Goethe—, desde los estudios profundos y entusiastas de los escritores más finos y sagaces, hasta el nivel de la provincia a donde llegan estas resonancias y se transforma la materia prima en literatura vernácula. Cosa esta, también, que es una manera de acercarse a los más esquivos apartamientos de la gloria. Por una ironía del destino, la hermana de Nietzsche se interesó por la América Latina, quizás debido en parte a la visita que hasta el manicomio hacían algunos de los más irrevocables admiradores del grande escritor. Ella contribuyó al envío de un grupo de emigrantes que formaron colonia en el Paraguay. De sus descendientes vendría a re-

sultar un Zarathustra en versión estrictamente paraguaya : el general Stroessner...

### *Los descubridores de nuestro viejo mundo*

Hay en América un mundo viejo y un nuevo mundo. El nuevo mundo comienza con la llegada de Colón. El viejo es el misterioso, a veces indescifrable, de tantas civilizaciones que nos ha dejado el testimonio de sus templos, de sus esculturas, de sus vasijas, de grandes ciudades, pero no el de sus memorias escritas. Ahora, los arqueólogos se esfuerzan por sacar de las ruinas la historia ; por interpretar los testimonios de grandezas pasadas que se encierran en el silencio de los nidos de piedra. En esta nueva etapa de la exploración de América, la presencia de los sabios alemanes ha sido fecunda, lo mismo en Bolivia que en el Perú o en Colombia. El comienzo de este interés, desde el punto de vista alemán, está en Tiahuanaco. Wilhelm Reiss y Alfons Stübel hacen allí una serie de estudios que resultan fecundos no sólo por lo que revelan de esa cultura, sino por el impulso que de ahí tomó su compatriota Max Uhle para llegar a ser uno de los más célebres arqueólogos del mundo peruano. Ya en 1839 el francés Alcide d'Orbigny había inaugurado la literatura sobre la Puerta del Sol y sus personajes en la primera mitad del XIX, pero fueron los alemanes de fines del XIX quienes colocaron el monumento en un centro de atracción científica universal. Max Uhle, en una forma simple y convincente, señaló un hecho que le dio a la puerta el valor de una tela de fondo de la historia : las 48 figuras repetidas reproducían en la piedra el mismo arte decorativo de las telas peruanas. Trasladado Uhle de Tiahuanaco a los campos propios de la arqueología peruana, se hizo maestro de alemanes y peruanos. Los peruanos consideran a Uhle y a Julio C. Tello como los padres de su arqueología en nuestro siglo.

En Colombia la deuda es particular con K. Th. Preuss. Casi tan misteriosa como la isla de Pascua, se escondía en el corazón de Colombia, en San Agustín, una montaña de estatuas de piedra que escaparon a la vis-

ta de los conquistadores españoles, y son uno de los interrogantes mayores del pasado americano. Preuss consagró a esas estatuas el primer libro monumental que las ha descrito y estudiado, y hoy mismo, en el museo de Berlín, San Agustín forma un corazón de la sección arqueológica.

*Y ahora, cuando se comunica  
y se rehace...*

De prisa, de prisa, sacando notas de un cubilete, ha ido formándose este anecdotario, sin tropiezos ni problemas, porque hasta ayer todo era un poco provinciano, recogido, fácil de contar. El modernismo inicia un loco deseo de viajar, un afán casi desmesurado de comunicación, que ya no tiene hoy frenos, ni límites. Cosas de todo el mundo nos llegan por todos los caminos. Los esquemas de filosofía, los planes de la historia, las teorías del arte, la ciencia jurídica... todo va llegando caudaloso a los ambientes universitarios, todo encuentra difusión en las revistas. Hubo en un comienzo

un agente activísimo de este despertar, que fue la propia España. Primero fue el krausismo. Krause era, en realidad, ya asunto pasado cuando lo introdujeron en España los de la generación de don Francisco Giner, y fue esta circunstancia la que le dio toda resonancia a su filosofía. Giner y sus discípulos han podido usar de cualquier otro nombre con la misma eficacia que del de Krause. España necesitaba un sacudimiento, y lo consiguió con ellos. Y de reflejo, el krausismo llegó a América, y produjo resultados semejantes. Pero la corriente ya al orden del día, ágil y fecunda, fue la que tuvo como animador a don José Ortega y Gasset en sus mejores días, cuando la *Revista de Occidente* y la editorial Espasa-Calpe sirvieron de profundo canal para llevar a España la gran corriente de pensamiento alemán, y volcarla sobre América, donde con mayor avidez que en ninguna otra parte, quizás con más avidez que en la misma Alemania, se leían simultáneamente desde Hegel hasta Spengler, libros viejos y libros nuevos, que nunca como entonces llegaron tan abundantes y atractivos a manos de los estudiantes. De ahí arranca algo que ya no es posible describir en unas notas como estas. Alemania está, desde entonces, cerca de nosotros lo mismo en lo malo que en lo bueno. Una vez, en Heidelberg, nos recibieron algunos amigos de la universidad, y Borges habló a nombre de nosotros evocando aquel Heidelberg que un cierto antepasado suyo había vivido. Fantasma oportuno, nos traía la memoria de unos tiempos que por cierto evocó en un librito delicioso un escritor colombiano, que para nosotros no es fácil de olvidar: Santiago Pérez Triana, autor de unas *Reminiscencias Tudescas*. Pero no había que ir tan lejos para acercarse a los días trágicos que determinó la llegada de Hitler al poder. Teníamos, en toda América, muchos testigos vivos de aquella Alemania liberal en que los espíritus libérrimos del mundo entero se dan cita, y que en un apagón funesto sufrió el eclipse que todos conocemos. Aun en esta mala hora, también tuvimos puntos de contacto que no fueron gratos. Nazismo tuvimos en América llevado por malas manos, pero lo tuvimos. Y aun dejó semillas, como en todo el mundo. Pero, por lo mismo, el mila-

*El mensaje número 99*

(DE ENRIQUE HEINE)

*¡Pronto, paje! Ensilla y monta  
Mi más ligero corcel,  
Y a través de selva y llano,  
Vuela al palacio del Rey.*

*Para en la cuadra y pregunta  
al caballerizo fiel,  
cuál es la que hoy se desposa  
de las dos hijas del Rey.*

*Si dijere: « la morena »,  
¡Corre la nueva a traer!  
Si « la rubia », no hay apuro,  
no corras, no hay por qué.*

*Mas, de paso, cuando vuelvas,  
en la tienda te detén  
del cordelero, y callado,  
cómprame y tráeme un cordel.*

J.A. PEREZ BONALDE

gro del renacimiento nos ha contagiado a todos de una misma alegría, y es desde ahí donde podemos ver los tiempos lejanos en que con el librito de Regiomontanus se caminaba con seguridad por el mar desconocido, o los días que llenaba de buenos augurios para la independencia la voz de Humboldt. Es una suerte que la historia

no quede apretada en un círculo vicioso de experiencias inmediatas, y se abra en ondas más ambiciosas para ver en sus cambiantes y movedizos horizontes los juegos contradictorios de las empresas humanas, que después de todo algo han servido para darle al hombre una más completa visión de nuestro pequeño mundo.



« DAS MAEDCHEN AUS DER FREMDE », VON LUISE DUTTENHOFER



# Proyección continental del sindicalismo libre interamericano

POR ARTURO JAUREGUI H.

**P**ARA NADIE es un secreto que nuestra época tiene características profundamente revolucionarias, puesto que todos estamos viendo cómo día tras día se operan en nuestro presente cambios radicales en los más variados dominios de la actividad humana. Los hombres de ciencia, los economistas, los sociólogos, los filósofos y en general todos los hombres de estudio contemporáneos, están de acuerdo en reconocer que los vertiginosos cambios tecnológicos, económicos, políticos y sociales que se realizan en nuestro siglo están transformando por completo las condiciones de la vida humana en el universo. Dentro de esta etapa dinámica contemporánea, que prácticamente carece de precedentes en la historia, hoy día el sindicalismo libre actúa como una expresión lúcida de la conciencia social de nuestra época al luchar por una sociedad que garantice a todos los pueblos del mundo el pan, la paz y la libertad.

En nuestro continente, bien podemos decir que el sindicalismo libre y democrático interamericano es la fuerza social que mejor asimila los cambios que se están operando en nuestra época al luchar para que ellos beneficien constructivamente a nuestros pueblos. A través del hemisferio occidental vemos cómo en todas partes los trabajadores organizados en sindicatos democráticos luchan en sus respectivos países a fin de que los adelantos técnicos sirvan para garantizar mejores condiciones de vi-

da a la colectividad, tanto desde el punto de vista nacional como continental. También es necesario señalar que el sindicalismo libre interamericano formula las reivindicaciones de su lucha teniendo siempre en cuenta la realidad en la cual sus afiliados actúan. Así por ejemplo, mientras en los países avanzados de América del Norte los sindicalistas libres se preocupan por resolver los problemas surgidos del perfeccionamiento de la tecnología y de la automatización, en los países en vías de desarrollo de América Latina y del Caribe, luchan con denuedo para fomentar la industrialización y eliminar la desocupación, para así hacer posible el progreso social. Es necesario insistir y subrayar que en nuestro hemisferio occidental donde los países aún están separados por diferencias geográficas, históricas, económicas, políticas, sociales y culturales, el sindicalismo libre interamericano es un magnífico denominador común que sirve para unir fraternalmente no sólo a los trabajadores, sino a los pueblos de nuestro continente.

Los países que firmaron el 17 de agosto de 1961 el convenio multilateral de Punta del Este se comprometieron a realizar, dentro del marco de la democracia y del respeto a la independencia nacional de cada país, una transformación radical en América Latina para garantizar en sus pueblos un constante progreso social. Desde que el programa de la Alianza para el Progreso se dio a conocer, la ORIT y sus filiales le

han venido otorgando un apoyo efectivo y cada vez más amplio, pues las metas que se propone alcanzar —la eliminación de la pobreza, de la ignorancia, de la insalubridad y de la opresión en América Latina, a través de un decenio de esfuerzos— son las mismas por las cuales ha venido luchando el sindicalismo libre interamericano desde su fundación.

La tesis que la ORIT sostuvo en la práctica en los últimos años, puede enunciarse así : por una parte exigir que se confiera a los sindicalistas una responsabilidad cada vez mayor en el planeamiento y ejecución de los programas de la ALPRO a los niveles nacional, regional y continental, y por otra parte capacitar a los trabajadores en general y especialmente a sus líderes para que estén en condiciones de encarar la solución a los problemas económicos y sociales que confrontan sus respectivos países. La ORIT ha avanzado por este camino y ha obtenido éxitos innegables, pues los representantes de los más altos organismos de nivel continental han reconocido que la presencia y la acción de los trabajadores es indispensable para que el programa de la Carta de Punta del Este tenga éxito en su realización y en los anhelos de integración económica, social y política de alcance continental.

En su lucha por la democratización de la vida política de América Latina, la ORIT ha perseverado en consonancia con los principios de la CIOSL, en su posición tradicional de enemiga de toda clase de dictaduras y tiranías, pues como ha repetido siempre, las que se llaman de derecha enriquecen más a los ricos favoreciendo a las oligarquías, y las que se llaman de izquierda perjudican más a los pobres, impidiendo que los trabajadores mejoren sus condiciones de vida, ya que no les permiten organizarse independientemente para luchar por el logro de sus reivindicaciones económicas, sociales o políticas.

En la mayoría de los países latinoamericanos el sistema democrático de vida, hasta la fecha, no ha dejado de ser interrumpido con bastante frecuencia por « golpes de Estado ». Desde luego, la ORIT, como defensora consecuente de la democracia, repudia esta práctica generalizada en América para solucionar cualquier crisis de or-

den interno. Sin embargo, la ORIT, por su responsabilidad ante los sindicalistas que militan en sus organizaciones afiliadas, está obligada a analizar su posición ante cada nuevo gobierno que surge en un país latinoamericano, exigiendo en primer lugar que los gobernantes respeten la libertad individual de los ciudadanos y el derecho de los trabajadores a organizarse en sindicatos independientes, libres y democráticos.

En Europa, como es bien sabido, los partidos socialistas y la Internacional Socialdemócrata, dan todo su apoyo al sindicalismo libre representado por la CIOSL. En el Continente Americano, los partidos políticos verdaderamente democráticos y progresistas, de hecho brindan su desinteresada ayuda al sindicalismo libre interamericano representado por la ORIT.

Respecto al comunismo internacional, debemos decir que en sus últimos años ha sufrido en América Latina derrota tras derrota, ha perdido las posiciones privilegiadas que algunos de sus agentes habían conquistado en ciertos países como en el Brasil, por ejemplo. También debe señalarse la derrota que el comunismo ha sufrido en Chile. Los actos terroristas que en su desesperación practican los comunistas con la intención de desencadenar la subversión, como en el caso de Venezuela, no han conseguido su propósito de alterar el orden constitucional. El castrismo, entregado en cuerpo y alma al comunismo internacional, recibe día tras día mayor repudio por parte de los trabajadores y ha merecido la condena unánime de los países latinoamericanos. La costosa propaganda comunista prácticamente no encuentra acogida alguna entre los trabajadores, quienes conocen por experiencia la falsedad que ella encierra.

En la lucha por la democratización, no sólo política sino económica y social de la vida latinoamericana, el sindicalismo libre se ha hallado en muchas ocasiones casi solo, pero hoy, lo que ayer preconizaba en medio de la indiferencia o de la incomprensión, es aceptado por todos y entra a formar parte de nuestra existencia cotidiana : el mercado común, la planificación del desarrollo, la reforma agraria, la transformación del progreso estrictamente económico en progreso social, la expansión de

la cultura y de la educación, la defensa de nuestras riquezas naturales y su derecho a una mejor comercialización, así como todos los medios tendientes a lograr la integración económica, social y política de América Latina.

El VI Congreso Continental de la ORIT se efectuó en México, D.F. del 2 al 6 de febrero de 1965. A él concurrieron 264 delegados pertenecientes a 145 instituciones, 82 representando a 51 centrales sindicales nacionales afiliadas a la ORIT en 37 paí-

ses y territorios del Continente con 28 y medio millones de afiliados.

Con la reunión de este congreso que ha tenido resonancia continental y proyección histórica, quedó plenamente demostrado que el sindicalismo democrático interamericano constituye en nuestro Continente el mejor vínculo de unión para luchar por el sistema democrático de vida, a fin de garantizar el pan con libertad y la paz internacional dentro de un ambiente de fraternidad entre los pueblos.

CUBIERTA DE GÜNTER GRASS



## Don Quijote ayudó a los judíos

POR BENNO WEISER

**S**ERÍA una simplificación pretender que las Naciones Unidas crearon el Estado de Israel. Cuando el 29 de noviembre de 1947, la Asamblea General votó en favor de la partición de Palestina en un Estado judío y otro árabe, el parlamento mundial fertilizó un óvulo que había estado a la espera durante dos milenios. Pero una vez que se produjo el embarazo, ocurrió lo que ocurre con cierta clase de progenitores: las Naciones Unidas trataron de zafarse de las consecuencias. Por ello, Israel tuvo que nacer por operación cesárea. Sus fronteras fueron trazadas con el bisturí. Así los judíos, en vez de recibir a su Estado por decreto, tuvieron su guerra de independencia al igual que la mayoría de los países latinoamericanos. Después de haber perdido seis millones de vidas en la matanza más insensata de todos los tiempos, el precio de seis mil muertos no parecía exagerado para que el pueblo judío recuperase su patria ancestral. Puede aducirse, inclusive, que es más « historiogénico » el haber tenido que luchar por la independencia que el haberla recibido por medio de una votación. Sin embargo, la falla de las Naciones Unidas al establecer la acordada partición de Palestina, alcanzó consecuencias más graves que la pérdida de unos cuantos miles de vidas. Para conquistar su independencia los judíos tuvieron que vencer.

Los 650.000 judíos de Palestina afrontaron la mala suerte de tener que derrotar a los ejércitos de cinco Estados árabes. Es la humillación de esta derrota, más que cual-

quier cosa, la que hace en nuestro tiempo, en que los pueblos coloniales de ayer han ido de un triunfo fácil a otro, la presencia de Israel tan inaceptable para el mundo árabe. Vista desde este ángulo, la falla de las Naciones Unidas de enforzar la partición —lo cual, con un poco de buena voluntad, cierta dosis de decisión y con mucha energía habría sido perfectamente factible— ha creado este círculo vicioso de agresores derrotados que continuamente sueñan con una nueva agresión para borrar su derrota.

Pero si ello es el fracaso de las Naciones Unidas, hay que admitir que aquella votación del 29 de noviembre hizo posible la proclamación del Estado de Israel unos seis meses más tarde. Verdad es que el 14 de mayo de 1948, el plan de partición era letra muerta para todo el mundo menos para la vanguardia del pueblo judío en Palestina. Pero habían fracasado también los intentos de revocar el plan de partición. Y así, abandonados a sí mismos, se reunieron en la tarde de ese día unos 400 dirigentes judíos en el Museo de Tel Aviv, para proclamar el Estado de Israel en aquel territorio a que según el plan de partición tenían derecho. Sin el valor, la determinación y los sacrificios de los judíos, la resolución de las Naciones Unidas hoy acumularía polvo en los archivos. Pero sin aquella resolución el valor y la determinación judíos no habrían tenido la oportunidad de producirse y los sacrificios habrían sido vanos.

Puesta así en su debida perspectiva, la votación que tuvo lugar donde actualmente se desarrolla la Feria Mundial, en los accesos a Nueva York, hizo historia. Las Naciones Unidas eran entonces todavía un club cerrado, contando con casi exactamente la mitad de los socios que tiene ahora. De los 57 miembros, 20 eran latinoamericanos. Es decir, Latinoamérica, que hoy constituye una sexta parte de la organización mundial, entonces controlaba más de un tercio de los votos. Sin el papel jugado por las naciones latinoamericanas tal votación no habría producido el resultado que produjo. Necesitábase, como se necesita para cualquier votación de cierto alcance en la Asamblea General, una mayoría de dos tercios para que pasara la resolución. Mientras que de todas las demás naciones votaron 20 en favor y 12 en contra (lo que era cuatro votos cortos de la mayoría de dos tercios), las naciones de América Latina votaron 13 en favor y una en contra, lo cual no sólo contribuyó a la mayoría necesaria, sino, por añadidura, a un cómodo margen de siete por encima de ella. Israel ha sido creado por muchos y en muchos terrenos. Lo crearon aquellos idealistas que a fines del último siglo abandonaron sus hogares en Rusia para dedicarse a la agricultura en un país pantanoso por una parte, y desértico por la otra; lo crearon los judíos del mundo, que contribuyeron con el dinero necesario; lo crearon los seis millones de mártires de la era nazista; lo crearon los soldados judíos de uno y otro sexo que resultaron victoriosos en una guerra desigual. Pero una vez que aceptamos que todo aquello habría sido inútil o habría quedado truncado sin la votación de las Naciones Unidas, lo crearon también las naciones latinoamericanas, sin cuyo voto la resolución no habría podido pasar.

Y ni siquiera esta aseveración, por halagüeña que sea, hace toda la justicia al papel latinoamericano, pues la contribución de la familia latinoamericana no era solamente cuantitativa. Puede alegarse que no sólo no habría pasado el plan de partición sin el voto latinoamericano, sino que ni siquiera habría llegado a presentarse sin la actuación de ciertos diplomáticos hispanoparlantes, ya que en la primera Asamblea Extraordinaria de las Naciones Unidas que

tuvo lugar en abril de 1947 se eligió una Comisión, compuesta por once Estados miembros (UNSCOP), cuya tarea fue investigar el problema de Palestina y presentar a la Asamblea ordinaria, que iba a reunirse en setiembre, una propuesta de solución. Entre las once naciones de la Comisión, estaban tres países latinoamericanos: Guatemala, Perú y el Uruguay. El plan de partición fue aceptado en el seno de la Comisión por una mayoría de siete, y de estos siete tres votos correspondían a Guatemala, Perú y el Uruguay. Si ello parece nuevamente una preponderancia numérica, cabe destacar las intervenciones de dos individuos cuyos nombres están siendo venerados por todo israelí como los dos próceres de la independencia judía. Si este artículo quisiera enumerar a todos los que de parte gentil y de parte judía han contribuido al papel de América Latina en la cuestión de Palestina, el espacio que está a la disposición del autor no alcanzaría. Sería injusto mencionar a unos a expensas de otros. Pero dos nombres no pueden despertar los celos de nadie, porque su contribución histórica está fuera de discusión: son el guatemalteco Jorge García Granados, fallecido hace unos años, y el uruguayo Enrique Rodríguez Fabregat. Los dos, que se convirtieron en campeones de la causa judía, fueron factores decisivos en la adopción del plan de partición como propuesta mayoritaria de la Comisión investigadora.

¿A que se debe, puede preguntarse, el apoyo latinoamericano a la idea de un Estado judío? Los factores son demasiado complejos como para permitir una sola contestación. Parte del mérito corresponde a los líderes judíos que, varios años antes de vislumbrarse el fin de la guerra, decidieron que había que prepararse para la hora en que una organización mundial, inexistente entonces y que luego resultó ser la de las Naciones Unidas, tendría que pronunciarse sobre el problema de Palestina, administrada por la Gran Bretaña y reclamada por judíos y árabes al igual. Y así se escogió en cada país latinoamericano a un oficial de enlace judío para que preparase el terreno para aquella hora. Israel es un pequeño país y —quizás como residuo de la prohibición bíblica— tiene aversión

a los bustos. De no ser así, yo propondría con toda seriedad que algún día se colocaran los veinte bustos de estos veinte hombres en una columnata en algún lugar de Israel, pues ellos, a su manera, también estaban entre sus creadores. Hoy, cuando veo con que facilidad se le abren a un embajador todas las puertas, tengo que sonreírme, con una mezcla de nostalgia y melancolía, de aquellos predecesores de la diplomacia israelí. No ostentaban título alguno, no representaban a ningún Estado existente, no podían ofrecer y por consiguiente exigir ninguna reciprocidad. Sus únicos poderes fueron el don de gentes, el talento de persuasión y la justicia de su causa. Tenían que valerse de subterfugios y de la influencia de amigos para concertar una cita con un subsecretario. Pero, con trabajo de hormiga, fundaron los Comités Cristianos pro Palestina Judía en los que lograron enrolar los mejores valores de la vida intelectual, artística y también política de su país. En muchas ocasiones un miembro del Comité pro Palestina habría de llegar a ser embajador ante la ONU, canciller o hasta Presidente de la República, cuando la cuestión de Palestina iba a discutirse y votarse en la organización mundial. Así, muchos líderes y dignatarios latinoamericanos habían llegado a conocer la argumentación judía y habían adquirido simpatía por la causa judía, varios años antes de haber tenido que ocuparse del asunto en una plataforma internacional.

Indudablemente, no hubo ningún elemento de « Realpolitik » en la actitud latinoamericana. ¿Cómo explicarla, pues?

Antes que todo, las naciones de América Latina son jóvenes. Las más antiguas conquistaron su independencia siglo y medio atrás. Ello explica su simpatía hacia movimientos de liberación en todas partes del mundo. Lo que se escapa frecuentemente al observador —porque el conflicto árabe-judío lo oculta— es que la creación del Estado de Israel era una de las dos primeras victorias sobre el colonialismo británico (siendo la otra la independencia de la India). Los judíos eran así los primeros beneficiarios de la posición anticolonialista de América Latina. Este sentir tenía que aprovecharles a ellos y no a los árabes, pues fueron los judíos de Palestina quienes lu-

chaban contra la dominación británica y no los árabes, que sólo luchaban contra los judíos.

Otra ventaja era que los países latinoamericanos no tenían entonces ningún directo interés político o económico en el Cercano Oriente. Mientras que otros países tuvieron que pesar consideraciones de ética o justicia contra las posibles consecuencias de su actitud sobre sus intereses petroleros o sobre sus posiciones globales, los gobiernos de América Latina podían permitirse el lujo de dejarse llevar exclusivamente por sus sentimientos de justicia. La inigualada tragedia del pueblo judío durante la segunda guerra mundial estaba fresca en las memorias. Si bien el antisemitismo no es del todo desconocido en muchos países latinoamericanos, existe en los mismos países una gran admiración por el genio judío, y parecía injusto que precisamente el pueblo de Freud y Einstein y Zweig resultara la única nación apátrida del mundo. La lucha de los judíos por una patria logró hacer vibrar las fibras sentimentales y humanitarias del hombre latinoamericano. Los « facts and figures » los hechos y las cifras que tanta importancia tienen en formar la política de los países anglosajones, tienen una importancia secundaria en países en que una de dos personas en algún momento de su vida han intentado por lo menos escribir una poesía. El corazón —este corazón del que cantan de una manera frecuentemente cursi las canciones de estos pueblos— es una realidad en la política internacional latinoamericana.

Y quizás la América Latina había llegado a ser en aquellos momentos el último rincón del mundo en que se hacía política internacional con una fuerte dosis de romanticismo. Fue, no cabe la menor duda, el carácter utópico del sueño sionista, el que logró captar la simpatía de los intelectuales latinoamericanos.

La idea de la vuelta de un pueblo después de un paréntesis de dos mil años al solar del que surgió era un reto casi irresistible a la imaginación de esta gente. No que quienes se afiliaron en los Comités pro Palestina estuvieran convencidos o tuviesen siquiera la más mínima noción de que con ello contribuirían a hacer historia. Más bien manifestaron con su adhesión su sim-

patía por una causa altamente idealista, cuya realización parecía tan remota como la de los ideales de paz mundial y de justicia social. El judío, que estaba embarcado al mismo tiempo en una lucha contra el aún poderosísimo imperio británico y contra el inmenso mundo árabe, se parecía demasiado a aquel pobre iluso que montado sobre una yegua desbecha cargaba con una lanza contra un molino, con la única diferencia de que en lugar del molino estaba cargando contra gigantes reales. Era difícil no simpatizar con quien se embarcaba en una lucha tan desigual, tan exenta de posibilidades de triunfar. Pues esta es una de las diferencias fundamentales entre el hombre al sur del Río Grande y aquel su poderoso vecino del Norte: mientras que el último ha llegado a endiosar al éxito, el primero sigue creyendo que es hidalgo luchar por las causas perdidas. Más que un éxito barato vale un noble fracaso. (Si América Latina es famosa por sus muchas revoluciones, valdría la pena establecer alguna vez una relación entre las pocas revoluciones que salen bien y las muchas que evidentemente estaban condenadas al fracaso de antemano.) Ninguna causa parecía más perdida que la reclamación de justicia de un pueblo diezmado contra la Gran Bretaña victoriosa en la guerra y contra los países árabes que estaban sentados sobre los más ricos yacimientos de petróleo, tenían como Estados soberanos, acceso a todos los mercados de armamentos, y que a pesar de sus simpatías en favor del Eje durante la guerra, de repente eran miembros de las Naciones Unidas y tenían —entonces— seis votos contra ninguno del pueblo judío.

Fue la sombra de Don Quijote la que ayudó a los judíos...

Y también el hecho de que las Naciones Unidas todavía eran jóvenes y que aún prevalecía en América Latina un concepto quizás algo ingenuo de la fuerza del derecho internacional. Unos cuantos años más tarde, quizás ya un año más tarde, el plan de partición de Palestina no habría podido pasar en la intrincada maquinaria de la organización mundial. Para usar el término churchilliano, el 29 de noviembre de 1947 fue para las Naciones Unidas « their finest hour ».

Dieciocho años más tarde, las relaciones entre los países de América Latina e Israel tienen una base mucho más sólida que el romanticismo, la sentimentalidad y el sentido altruista de justicia. Al apoyar la creación de un Estado judío, los países latinoamericanos firmaron un cheque en blanco. La manera como los judíos lo llenaron constituía un dividendo inesperado de una inversión hecha sin miras a un beneficio posterior.

En los pocos años que entre dos cargos en el exterior tuve la oportunidad de residir en Israel, vi desfilar por el país cinco presidentes y ex presidentes latinoamericanos, tres candidatos a la Presidencia, siete Cancilleres en oficio y centenares de ministros, jueces, altos militares, rectores, catedráticos, escritores y artistas. No son turistas en el sentido estricto de la palabra. Ellos vienen a ver lo que los periodistas latinoamericanos en miles de artículos coinciden en llamar « el milagro de Israel ».

No quiero extenderme sobre lo que es « el milagro de Israel ». Quiero señalar solamente qué es lo que ha convertido a Israel en la Meca (si es permitido usar este término de un país « enemigo » en relación con Israel) del hombre de espíritu latinoamericano.

Dos tercios de las naciones existentes pertenecen a la familia de los « subdesarrollados ». Para no herir las susceptibilidades de ellas —puesto que en muchos casos el subdesarrollo es solamente material—, se ha adoptado en su lugar el eufemismo de « países en desarrollo ». Para pocos países el cambio de la nomenclatura constituye menos cortesía y más realidad. De todos los países en desarrollo, Israel es probablemente el que se desarrolla más vertiginosamente. Y ha llegado a ser una ejemplar inspiración para aquellos países de su categoría que no ven con odio y envidia la rapidez de su crecimiento. Entre ellos están los países latinoamericanos, que a su manera han contribuido a hacer el milagro israelí posible.

Israel, cuyas riquezas nacionales consisten primeramente en rocas, arenas y fronteras, es un faro para los países en desarrollo. No son los grandes países industrializados los que pueden servir de ejemplo para ellos, pues existe cierto éxito que es

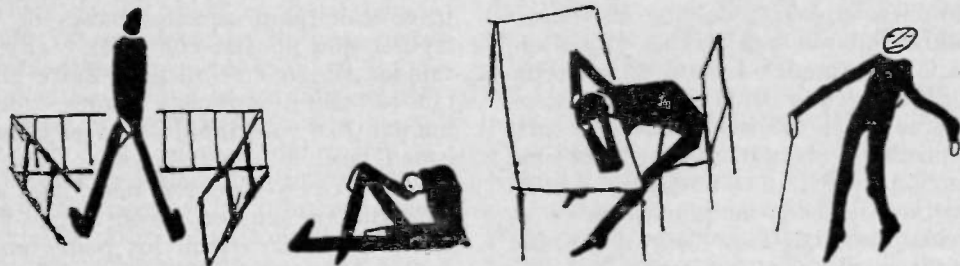
consecuencia de otro éxito. Así, por ejemplo, los Estados Unidos pueden producir en grandes cantidades, porque tienen el mercado doméstico para absorberlas y tienen, a la vez, este gran mercado doméstico porque producen en masa. Israel es un ejemplo de lo que un pequeño país, con mínimos recursos naturales, puede alcanzar en corto tiempo, por la voluntad y aplicación de sus habitantes y el dinamismo de sus dirigentes. Si un país minúsculo y básicamente tan pobre como Israel, de 20.000 kilómetros cuadrados y 2 y medio millones de habitantes puede derivar este año de sus exportaciones visibles e invisibles unos 770 millones de dólares y tener un presupuesto de 1.300 millones de dólares, ¿cuáles no serán las perspectivas para los países latinoamericanos, cuyos suelos son mucho más fructíferos y que cuentan con riquezas minerales? Sorprenderá oír que Israel tiene problemas de analfabetismo, que casi la mitad de sus habitantes provienen de países atrasados. La materia prima de los logros de Israel es un hombre pobre y sufrido que ha sobrevivido a los campos de exterminio nazis o al tratamiento de paria en los países árabes. El hombre pobre y sufrido abunda en América Latina. ¿Por qué no ha de lograr lo que su equivalente logró en Israel?

Y año tras año, en números siempre cre-

cientes, llegan centenares de técnicos latinoamericanos a Israel para estudiar las innovaciones israelíes en los campos de irrigación, reforestación, planeamiento rural, desarrollo de zonas áridas, avicultura, piscicultura, cooperativismo y otras materias. Y año tras año, decenas de expertos israelíes salen para la mayoría de los países latinoamericanos, el mayor de los cuales es exactamente 200 veces más grande que Israel, para aconsejar a las respectivas dependencias gubernamentales en las materias que acabo de enumerar. Al enseñar a otros, Israel se hace cargo, con toda humildad, de que ha logrado asimilar las experiencias de sus inmigrantes que provienen de setenta países. Y el puente con América Latina es de dos vías. Para citar sólo dos ejemplos: el arquitecto brasileño Oscar Niemeyer acaba de trazar los planos para la universidad de Haifa, y el pintor mexicano Rufino Tamayo ha decorado el más nuevo y más lujoso barco de la flota israelí, el « Shalom »

América Latina no tiene ciertamente que arrepentirse de haber apadrinado al Estado de Israel desde antes de su surgimiento. Si bien el gesto fue idealista, ahora recibe su recompensa. Y para el Estado judío nada es más grato que poder corresponder, de la manera que está a su alcance, a la histórica contribución de América Latina a su nacimiento.

## DIBUJOS DE FRANZ KAFKA





# El caso Galíndez

POR CHARLES O. PORTER

EN MAYO ÚLTIMO prometí a Germán Arciniegas escribir un artículo para *Cuadernos*, después de poner al día los resultados de mis investigaciones relativas al asesinato de Jesús Galíndez y Gerald Lester Murphy. Era una oportunidad que me satisfacía mucho. Mi retraso se debía, por lo menos en parte, a la esperanza que abrigaba de dilucidar el misterio, pero aún no hemos conseguido conocer los hechos que marcaron los últimos días de la existencia de Galíndez, ni hemos averiguado quiénes han sido realmente los que le mataron.

En diversas ocasiones los Departamentos de Estado y de Justicia de los Estados Unidos y hasta algunos altos funcionarios, como el director del F.B.I., J. Edgar Hoover, me han asegurado que en dicho país se continúan las pesquisas. El senador Wayne Morse me secunda en estos trabajos, desde que convinimos en diciembre de 1956 que yo me encargaría sobre todo de ayudar a los padres de Jerry Murphy, para poner en claro los hechos referentes a su hijo.

Tengo el propósito de no cejar en mis esfuerzos, mientras no logre descubrir y llevar ante el tribunal correspondiente a las personas implicadas en el asunto.

Por supuesto, es indudable que Trujillo fue responsable de los asesinatos de Galíndez y Murphy. Estoy seguro de conocer exactamente todo lo que concierne a este último. Sólo queda por averiguar la suerte que corrió Galíndez después de su llegada a la República Dominicana y, sobre todo,

saber cómo murió, quién fue su verdadero asesino y dónde transportaron su cadáver.

Cuando Manuel de Moya era embajador de Trujillo en los Estados Unidos, me invitó personalmente a visitar la República Dominicana. La hospitalidad de que fui objeto era hipócrita y taimada, es decir, que se me prodigaron los mismos halagos de que se había rodeado, casi una generación antes, al diputado por Nueva York Hamilton Fish, que empezó criticando a Trujillo y regresó haciendo los mayores elogios de « El Benefactor ». En esta misma época, el embajador Sr. de Maya me había dicho que, en Washington, no necesitaba yo llevar siempre una pistola para defenderme ; pero añadió que tal vez los comunistas trataran de atacarme, para echar la culpa a Trujillo. Le recordé que la policía de Washington me había aconsejado ir siempre provisto de un arma para defenderme contra cualquier agresor dominicano.

Cuando el Presidente Juan Bosch me honró, invitándome personalmente para que asistiese al acto de su investidura, en marzo de 1963, a mi llegada expresé a los periódicos de Santo Domingo el deseo de hablar con alguien que pudiera informarme acerca de lo sucedido a Murphy y Galíndez. Yo había creído siempre que una vez desaparecido el régimen de terror, los testigos podrían darse a conocer y contribuir a esclarecer el misterio que envolvía los crímenes que Trujillo había cometido contra dichos hombres, permitiendo así que

los culpables fueran detenidos y juzgados como merecían.

Un testigo presencial tuvo el valor de presentarse. Un eminente abogado de Nueva York, Henry F. Dressel, y yo le interrogamos largamente. Actuó de intérprete una linda muchacha, hija de un juez dominicano, a la que había contratado la embajada de los Estados Unidos para colaborar en los preparativos del acto de investidura. Esa joven tuvo un movimiento de sobresalto al oír ciertas manifestaciones de nuestro testigo, cuyo nombre no revelaré aquí para no comprometerle, pero el gobierno norteamericano lo conoce muy bien. El servicio central de Información Secreta ha enviado ya a varios funcionarios para interrogarle. En marzo de 1964, a mi regreso de Venezuela, donde asistí a la toma de posesión del nuevo Presidente, me detuve también en Santo Domingo y hablé con él largo y tendido, en presencia de un alto funcionario de la embajada de los Estados Unidos.

Nos contó que en 1956, siendo teniente del ejército dominicano, le habían destacado para montar la guardia en la cárcel donde se hallaba preso Jerry Murphy. Otra de las personas que estaban detenidas entonces era Gloria Zifra, la « enfermera » que viajaba en el aeroplano en que Murphy transportó a Galíndez de Nueva York a Santo Domingo. Nuestro informante la conocía desde hacía muchos años, por ser ambos nativos de la misma ciudad dominicana.

Ni Murphy ni Gloria sabían que participaban en el rapto de Galíndez, pues estaban convencidos de que se les había encargado de acompañar a un hombre enfermo e inconsciente que regresaba a la República Dominicana. Gloria había oído hablar de Galíndez, lo mismo que Murphy. Fue detenida cuando se disponía a abandonar el país. Nuestro informante habló extensamente con ella en la cárcel, pero no con Murphy.

Gloria Zifra fue liberada a los pocos días, y aquella misma noche apareció muerta al volante de un automóvil accidentado. Las autoridades organizaron rápidamente su entierro en un cementerio próximo al lugar del « accidente ». Según nuestro informante, Gloria no sabía conducir y no era

verosímil que hubiese intentado aprender en aquel momento.

Este mismo hombre estuvo en la cárcel en la noche del 5 de diciembre de 1956, poco después de haber sido detenido Murphy en el palacio de Trujillo, adonde había ido para solicitar la autorización de salir del país. El testigo dijo que uno de los cuatro hombres (dos cabos del ejército y dos policías), cuyos nombres conoce, golpeó a Murphy en la cara. Y a continuación dos de ellos le estrangularon con una cuerda. Los otros pusieron su cadáver en un saco, lo echaron en un « jeep » y lo condujeron al cementerio, dejándolo junto a la puerta.

Henry Dressel y yo visitamos dicho cementerio. Los guardianes nos mostraron sus libros y dijeron que acostumbraban a enterrar a un cadáver no identificado en una sepultura en que ya había otro muerto. Por los datos recogidos, dedujimos que los restos de Murphy habían sido depositados en una o dos sepulturas, o en un gran depósito de cemento donde se echaban los restos que se exhumaban después de haber permanecido cinco años en una tumba.

Debido a la escasez de tierra, todas las sepulturas de dicho cementerio, destinado a los pobres e indigentes, se abrían cada cinco años. Los restos de Jerry, y en particular su dentadura, podrían reconocerse fácilmente. No obstante, a pesar de haber dirigido numerosas demandas apremiantes, primero a Juan Bosch (que me nombró cónsul honorario), después a Donald Reid Cabral y a las autoridades norteamericanas, nunca he podido llevar a efecto las indagaciones, aun cuando tampoco se me ha respondido negativamente.

Nuestro informante me pareció digno de crédito. Su relato venía a corroborar muchos detalles importantes. Henry Dressel, que era un abogado muy experto acostumbrado a pleitear, y yo, abogado también y político, somos extraordinariamente escépticos. Pero las declaraciones del testigo, así como su actitud, sus motivaciones y su preocupación por su seguridad personal y la manera inteligente de juzgar los hechos y de buscar soluciones nos impresionaron.

« Yo daré los nombres de esas cuatro personas —me dijo—, a usted y al minis-

tro de Justicia del gobierno de Bosch. » En aquel momento Bosch acababa de formar el gabinete, y durante ese viaje no tuve ocasión de hablar con el ministro de Justicia. Además, nuestro testigo necesitaba protección y buscaba la posibilidad de refugiarse en los Estados Unidos. Temía ser objeto de represalias por parte de los cómplices de los culpables que, por supuesto, ocupaban altos cargos militares.

A mi entender, las pruebas del asesinato de Murphy no eran importantes porque permitían conocer los detalles de su muerte, sino porque hubieran impresionado a muchas personas menos enteradas que yo de las circunstancias del crimen. Y además hubieran permitido que, por lo menos, los padres de Murphy tuvieran la seguridad de que su hijo había muerto. Si hubiera sido necesario recordar estos hechos, su presencia cada domingo en la iglesia de Eugene, en Oregón, me los hubiera traído a la memoria.

En cuanto a Jesús de Galíndez, nuestro testigo dijo que no le había conocido personalmente, pero que podría ayudarnos a encontrar a dos personas, ninguna de las cuales tenía cargo oficial. Una de ellas se hallaba presente cuando Trujillo encontró a Galíndez en La Fundación y conoce las circunstancias en que fue asesinado; y la otra acompañó su cadáver, que encerrado en un ataúd especial fue cargado en un barco y sumergido en las profundidades del océano.

Lo desagradable en este caso era que, tanto en marzo de 1963 como un año después, los dirigentes de la República Dominicana, aun cuando en las categorías superiores de la Administración se mostrasen comprensivos y dispuestos a ayudarnos, no podían arriesgarse a suscitar la peligrosa animosidad de los jefes militares, iniciando seriamente las pesquisas. ¿Será distinto ahora, con otro gobierno cualquiera? En mi opinión esto dependerá de que sean reemplazados o no los jefes superiores militares. Muchos de ellos eran uña y carne del régimen de Trujillo y habían participado en muchos de sus crímenes.

En el curso de mi primera visita traté de ver a la esposa de Octavio de la Maza, el piloto de las líneas aéreas dominicanas de-

signado por Trujillo para cargar con la responsabilidad del asesinato de Murphy. Esta señora me presentó al Dr. Antonio Rosario, casado con una hermana de Octavio. Entonces era ministro del Trabajo en el gobierno interino y actualmente es embajador en los Estados Unidos —de hecho, en todo caso—, nombrado por los constitucionalistas. El Dr. Rosario, hombre inteligente y cabal, actuaba de presidente del Partido Revolucionario Social Cristiano, el único que apoyaba el régimen de Juan Bosch y que se hallaba en franca oposición con la junta que le sucedió. Me condujo a Moca, la ciudad natal de la célebre familia de la Maza, que había perdido a cinco hermanos en la lucha contra Trujillo.

Uno de estos hermanos, Antonio, se convirtió en el enemigo jurado, pero secreto, de Trujillo, porque éste había hecho morir a Octavio bajo la tortura, acusándole de haber asesinado a Murphy. Y por si esto fuera poco, había mandado el cadáver a Moca, donde sus amigos y parientes pudieron ver las huellas de los terribles tratos a que estuvo sometido. Más tarde se exhumó su cuerpo para poder efectuar otras mutilaciones, consistentes en el desprendimiento de todos los tejidos con una navaja de afeitar. El autor de estas mutilaciones fue nombrado poco después, sin duda en reconocimiento de los servicios prestados, ministro de Salud Pública. Trujillo mandó hacer esta operación en dicha época, por temor de que mis tenaces esfuerzos obligaran a desenterrar el cadáver y proceder a la autopsia, y él no quería que unos ojos no intimidados pudieran ver el estado en que se hallaba el cuerpo de Octavio.

Podría decirse que Galíndez acabó matando a Trujillo y que tardó algo más de cinco años en realizarlo. Pero Antonio de la Maza, como se supo después, fue el primer instigador y uno de los cinco que participaron efectivamente en el asesinato de Trujillo.

Yo sigo deseando que en la República Dominicana se lleven a cabo algún día las investigaciones necesarias acerca de los casos de Galíndez y de Murphy. Aparecerán nuevos testigos, se comprobarán sus declaraciones y entonces se tendrán pruebas positivas que podrán compararse con los indicios que tenemos ahora.

Para las personas que han leído los datos reunidos en la revista *Life*, en el *Congressional Record* y en el sumario del Tribunal Federal, en el curso del proceso entablado contra el agente trujillista John Frank, no puede haber la menor duda de que Trujillo era culpable de estos asesinatos, así como de otros miles. Las pruebas son abrumadoras y para hacer justicia es indispensable preparar los sumarios. Y si continúan vivos algunos cómplices —y yo creo que sí los hay—, habrán de ser juzgados para que, una vez reconocida su culpabilidad, se les condene como merecen.

Cuando un tribunal de Nueva York declaró, en 1963, que Jesús de Galíndez estaba legalmente muerto, un fiscal territorial dijo que las investigaciones realizadas confirmaban la creencia de que el Dr. Galíndez

había sido asesinado en la República Dominicana por un agente del régimen de Trujillo. Es indudable que esta opinión es, desde hace tiempo, la de los funcionarios de los Departamentos de Estado y de Justicia norteamericanos.

Los expedientes oficiales de los Estados Unidos contienen, en triple ejemplar, estos voluminosos informes. Lo que hace falta ahora es que se constituya un gobierno dominicano con poder y voluntad suficientes para detener y juzgar a las personas que se consideran culpables. La era de Trujillo, como tituló Jesús de Galíndez su célebre tesis doctoral, no se habrá terminado hasta que sus cómplices militares no hayan sido destituidos de su saltos cargos y se les obligue a responder de sus crímenes infamantes ante un tribunal de Justicia.

## Poema

*ANGELES de breve crepúsculo  
machacan la tierra  
en que bailas*

*negra vid  
tu risa no hiere  
la abierta flor de la noche*

*a tu ciega ventana ceñida  
la muerte danza  
su hijo*

*sómo aman las estrellas  
tu baba.*

*Tus muertos  
tienen la vida  
de los muertos.*

MAW HOLZR

(Traducción de R. Gutiérrez Girardot)

## Cinco poetas jóvenes argentinos

LA JUVENTUD de un poeta es un atributo que suele convertirse en causa : por ella ese lenguaje balbuceante, esos conceptos demasiado ingenuos, esa fatigante imitación de poetas prestigiosos ; pero por ella, además, ese poder natural de escribir verdades.

Con inteligencia, astucia, artificio e ingenio, podemos simular todo lo que deseemos, salvo cierto encuentro que, si no se produce auténtica y verdaderamente, hasta un niño será capaz de describir su condición de simulacro. Me refiero al encuentro entre un poeta y el objeto de su poema. El dueño de las técnicas más sabias no sabría simular, impunemente, este encuentro soberano. Ahora bien : en este sentido, los poetas jóvenes son siempre verdaderos. A sus incorrecciones gramaticales, a sus precarios medios expresivos y a sus rebeldías ambiguas, hay que agregar una deliciosa falta de cálculos y de astucia, la misma que presentan los grandes poetas, pero nunca los medianamente « perfectos ».

Los poetas de vanguardia han venido imitando la intransigencia y la insolencia de los artistas de la primera postguerra. Pero *qué difícil ahora ser insolente, injustamente justo como en 1920*. Por admirable y maravilloso que haya sido el disconformismo de esos años, no deja de ser absurdo el repetirlo en todos sus gestos, pues éstos ya están catalogados y clasificados en los manuales literarios. Por fuerza, el disconformismo del poeta actual tiene que ser diferente. Y por fuerza, también, más difícil, más doloroso, más solitario. Así lo encarnan numerosos poetas jóvenes —entre ellos los cinco que aquí presento— que conocí al regresar a mi país natal después de una larga ausencia. Estos nuevos poetas son asombrosamente lúcidos y humildes, y su disconformismo radical no necesita del emblema de ningún « chaleco rojo ». En soledad escriben poemas que no pretenden revolucionar la poesía universal desde los orígenes hasta nuestros días, sino que escriben poemas excelentes y nada más.

He tenido ocasión de dialogar con los jóvenes autores de los poemas aquí publicados. Coincidieron en esta afirmación : la verdadera poesía es siempre metafísica. Otra coincidencia : el amor a la poesía les permite admirar y comprender a las personalidades más distintas. Si alguno venera, por ejemplo, a Artaud, tiene la fuerza de venerar, al mismo tiempo, a Eliot. Reconocen la verdadera poesía en sus expresiones más diversas y no son fanáticos de una sola orientación poética en particular, pues cada uno anhela realizar la suya propia. Los poetas que prefieren, o que mencionaron en primer término, son : en lengua española, Octavio Paz, Enrique Molina, Olga Orozco y Alberto Girri ; entre los europeos, Eliot, Pound, Dylan Thomas, Saint-John Perse y Artaud. Bartolomé incluye al novelista Faulkner entre los grandes poetas contemporáneos ; con toda razón, Satz hace lo mismo con Kafka.

En los poemas de Beatriz Eichel se muestra su conocimiento de la poesía alemana de nuestro siglo, acerca de la cual ya escribió magníficos estudios. Evocamos a los poetas franceses modernos —en particular a René Char— al leer a Federico Gorbea. Los poemas de Mario Satz revelan cuánto ama el ritmo de las epopeyas cosmogónicas mientras que los de Leopoldo José Bartolomé informan un rigor y una visión dignos de quien comprendió a Eliot y a Pound. Finalmente, leyendo a Marcelo Pichon-Rivière, recordamos el

sabio candor de Georges Schehadé y la serenidad alucinada de Georg Traki. En ningún caso, obvio es decirlo, hay imitación, sino lejanas reminiscencias vivas y entrañables.

Tal vez algún lector encontrará dificultoso el acceso a estos poemas. Pero la poesía moderna siempre es difícil porque cada poeta forja sus símbolos en soledad. Con sensibilidad, y sobre todo cultura, los contemporáneos de Dante comprendían sus símbolos que eran comunes a todos, compartidos por todos. El lector moderno, en cambio, está tan solo como su poeta coetáneo. Y no vale la pena aducir nombres de grandes poetas modernos aparentemente claros y bienamados por las mayorías, pues los hechos —los poemas— nos desmentirían. Por ejemplo, ¿qué significa, en verdad, este verso famoso y fascinante: « Verde que te quiero verde »?

« Cada uno escribe como quiere y como puede », dice un personaje de una obra teatral de Chejov. Esta afirmación tan simple y elemental implica un acto de violencia cuando nos enfrentamos con poemas no garantizados aún por el prestigio. Leer a un poeta nuevo significa, en cierto modo, abolirse a sí mismo en la ofrenda de una atención sin mezcla de ideas y sentimientos demasiado elaborados acerca de la poesía. Pero suspender el yo es siempre ingresar en esa alegría producida por la comunicación con lo diferente o con lo inhabitual o con lo otro. De este modo, el acto inocente de leer poemas de jóvenes desconocidos puede convertirse en una aventura ardua y dichosa.

ALEJANDRA PIZARNIK

## *Los días breves*

LA NOCHE llega para el que está asomado al balcón  
El balcón es de piedra y está triste y viejo y magnífico  
En él ves un león casi borrado; un unicornio que se alza,  
le falta una pata, las sombras juegan en la herida  
como en un pozo abandonado; un hombre muerto; una mujer  
y en el centro se abre bruscamente la sonrisa de un rostro ciego  
Ah, mirlo escapado, tuerto suicida girando como un planeta  
de crepúsculos tardos como el mercurio bellos como el aliento  
del que tú te sostienes pataleando en la oscuridad  
y buscas en los fondos del alma soles de malabaristas  
preguntas y respuestas que aseguren la marcha de los días,  
eso es bueno de creer pero no basta, amigo de cabeza ardiente;  
la casa está sola, en la cocina el viento tañe metales  
con las manos de la arena y aquí todas estas habitaciones  
enjoyadas para una noche de amor tienen luces de faros  
como gatos en un jardín abandonado sus ojos piensan  
en qué? no en esta música ni en la puerta abierta;  
afuera el día termina y a la noche tendremos el cuerpo  
cubierto de frías estrellas y en el lecho te darás vuelta  
mientras la luna te recorre, porque los hombres no pueden dormir  
buscan sus pasos de mañana en la tierra aún no hollada  
antes que uno de los mil días breves se manifieste  
y sueñan sus vidas.

LEOPOLDO JOSE BARTOLOME

## *Dos poemas*

SIN VER lo que está dado quieren reproducirse  
y dejan su fuerza de inmortales  
Se funden en una tierra de entendimiento  
en donde el descanso es como un orden  
Lo primordial está creado por lo incesante  
porque el aprendiz conoce  
en la sustancia su vitalidad no repetida  
Una rueda da curso a todo límite  
y después se fija  
hace morada  
Mientras se abandona lo que nace y concluye  
para que vuelvan a un vientre.

\*  
TIENEN un vacío  
que les ha sido dado por sus rasgos  
Después el intérprete se reemplaza  
hasta descender en una forma  
Todos son móviles en la desembocadura de los muros  
sin calidez y sin juego  
violentados por una celebración  
en la conformidad del pacto.

BEATRIZ EICHEL

## *Tres poemas*

LAS VERDES llanuras siempre son azules,  
oh amada,  
no hay canto ni flor  
en el otoño de los pájaros,  
y en la fuente de la que siempre bebías  
sólo hay pardas lilas que el viento abandona.

\*  
EN UN PAIS de maderas y de rosas,  
tu pálida estación me cubre.  
Leyendas de ciervos y de lunas  
es el eterno comentario de tus sueños.  
Yo ya no sé qué hacer contigo,  
si no muero de amor tendré que olvidarte.

\*  
EL RÍO y la muerte me llevaron a Córdoba,  
y ya no sé qué hacer con la lluvia, y las  
pardas hojas que el atardecer me ofrece.  
Las iglesias y algún pájaro negro

traen noticias del otoño, y yo quisiera  
amar o tenderme en la fresca hierba,  
y no entrometerme entre la muerte y yo.

MARCELO PICHON-RIVIERE

## La tierra

LÉESE en el hígado de las lechuzas,  
pues ellas que viven debajo de tu piel;  
en tu misma carne,  
tienen sus ojos así de penetrantes para ver  
olvidada y lejanamente hermosa que :

Ah, tierra, un elfo cae con la sangre  
ornando su barba desde ardientes muros  
y en su muslo derecho el dibujado  
círculo de la civilización!

En consecuencia,  
aplaudiv la senectud y el derrumbe  
o bien mirad el horizonte rojo, la  
grieta por donde cabalga la muerte,  
¡Oh labradores de pies de sílice entonad esas canciones  
de la fecundidad del verano, de la propiedad del cuerpo  
y el espíritu de la luna en menguante y la luna en creciente  
de las libaciones y del olvido

Evohe!

Vestigios de monedas sobre los párpados de la belleza  
los gallos caen con las patas para arriba degollados al atardecer  
y no revelan nada excepto pánico.

¿De qué tierra hablar?

Del lugar de los grandes bosques?

Del lugar de mares y fuegos y danzas de amor?

De nuestra Madre secretamente virgen antes de la catástrofe  
y el perverso de la oferta y la demanda?

Porque así es — Porque así es

Y en el borde de esos acantilados  
donde los insectos ópalos de los resplandores  
beben coágulos de sangre y lágrimas de sal  
a causa de continuos hechizos,  
las aves mudan sus plumas porque van a morir,  
las ovejas se ahogan en sus propios balidos porque van a morir,  
las hembras lloran hasta empalidecer porque van a morir  
y nada ha de restituirse.

En consecuencia,  
mirad a los hombres cavando sus túneles  
hacia entrañas desconocidas en el centro de la tierra,  
las manos en huesos pues la prisa acosa con golpes de tridente.  
¿De qué tierra hablar?



## *Detritus Detritus*

*Flechas de pecado entre ojo y ojo  
y raíces de eléboro negro atado al cuello  
para impedir el avance de lo que vendrá  
A qué cantar entonces? A qué cantar los elementos? El mundo? La vida?*

*Oh pájaros-mosca, no bebáis más de la flor  
pues está inyecta en pus, ni vosotros liebres de los campos  
corráis hacia el Oriente pues mañana el sol saldrá por el sur  
y los hombres ya habrán arrojado humo por los ojos.*

*He aquí las ventanas abiertas,  
mirad la rueda de las estaciones y como todas las hojas caen a un tiempo  
sobre el camino, las bestias revolcándose de cólera al saberse  
envueltas en tinieblas; sí, mirad allá, las esperanzas y el designio  
royendo esas esperanzas cuando las edades vuelven al cabo de los años.*

*Y bien. —Decidíos.*

*Ante las tibias huellas del sol.*

MARIO SATZ

## *Poética*

*HAS HABLADO de relámpagos que caben en un puño, ha contado esta-  
ciones alrededor de un rostro, has molido entre tus sienes piedras que  
establecen el porvenir, y escrito el poema —que te describe— en esa ráfaga  
cuya torsión también es fuente.*

*Entonces alientas toda palabra que reconozca la desnudez del acto, del  
máximo ahogo, la alianza de ondas que elevan, bajo el mar, su propia corriente.*

## *Homenaje*

*FUENTE enturbiada por nubes, en las que se cuele una mirada.*

*Registras el césped, y te sorprende el pequeño cadáver inflado repentina-  
mente: pluma agorera de su raíz.*

*¡Y esa subida vertiginosa, ese descenso que le demandan!*

## *Violetas*

*LOS FRÍOS de la estación comprometen a un gusto sin complacencias;  
quedan allí como de piedra, luego de hurgar el margen de unos tallos, la  
respiración fragante que ha poco se inclinara.*

*Los aires de la estación aman el olvido, pero sostienen este desamparo  
en forma de ojo de niño, que es bueno mecer.*

FEDERICO GORBEA

## Andrés Bello y los valles de Aragua

POR RENE L. F. DURAND

**H**AY EN LA AFAMADA silva de Bello « Alocución a la poesía », unos versos dedicados con emoción a la memoria del general José Félix Ribas.

Nombrar a Ribas, referirse a sus gloriosos hechos y a su martirio, es también evocar aunque sin nombrarla, la ilustre ciudad de La Victoria que fue teatro de uno de los triunfos del jefe patriota contra las tropas de Boves en el año 14. El nombre de La Victoria es inseparable del de Ribas por cuanto el héroe de tantos combates desplegó en este suelo sagrado para todos los venezolanos la pasmosa actividad y los dotes eminentes que salvaron momentáneamente la naciente República. Así es como La Victoria está integrada en esta larga loa a la independencia venezolana e hispanoamericana que es la silva de Bello. A decir verdad, podemos decir que La Victoria y la fértil y hermosa región de la cual es capital son uno de los elementos que han nutrido la sensibilidad de Bello desde los años de la juventud. Serían de recordar al respecto las siguientes líneas que figuran en el *Resumen de la Historia de Venezuela*, escrita en 1810, publicada en el Compendio de Yanes y atribuida con certeza a Bello :

« Apenas se conoció bien el cultivo y la elaboración del añil —dice Bello al hablar del estado de la agricultura venezolana a fines del siglo XVIII—, se vieron llegar los deliciosos valles de Aragua a un grado de riqueza y población de que apenas habrá ejemplo entre los pueblos más activos e in-

dustriosos. Desde La Victoria hasta Valencia no se descubría otra perspectiva que la de la felicidad y la abundancia, y el viajero fatigado de la aspereza de las montañas que separan a este risueño país de la capital, se veía encantado con los placeres de la vida campestre, y acogido en todas partes con la más generosa hospitalidad. Nada hallaba en los valles de Aragua que no le inclinase a hacer más lenta su marcha por ellos ; por todas partes veía alternar la elaboración del añil con la del azúcar ; y a cada paso encontraba un propietario americano o un arrendatario vizcaíno que se disputaban el honor de ofrecerle todas las comodidades que proporciona la economía rural. A impulso de tan favorables circunstancias se vieron salir de la nada todas las poblaciones que adornan hoy esta privilegiada mansión de la agricultura de Venezuela. La Victoria pasó rápidamente de un mezquino pueblo formado por los indios, los misioneros y los españoles que se dispersaron en las minas de los Teques, a la amena consistencia que tiene actualmente ; Maracay, que apenas podía aspirar hace cuarenta años a la calificación de aldea, goza hoy todas las apariencias y todas las ventajas de un pueblo agricultor, y sus intermediaciones anuncian desde muy lejos al viajero el genio activo de sus habitantes ; Turmero ha debido también al cultivo del añil y a las plantaciones de tabaco del rey los aumentos que le hacen figurar entre las principales poblaciones de la gobernación

de Caracas ; Guaraca, San Mateo, Cagua, Güigüe y otros muchos pueblos aún en la infancia deben su existencia al influjo del genio agrícola protector de los valles de Aragua ; y las orillas del majestuoso lago de Valencia que se señorea esta porción del país de Venezuela, se ven animadas por una agricultura que renovándose todos los años, provee en gran parte a la subsistencia de la capital. »

A los valles de Aragua acompañó Bello al ilustre Humboldt y al botánico francés Aimé Bonpland cuando visitaron a Venezuela. Fue el paisaje de Aragua, junto con el del valle de Caracas, el que contempló seguramente con más dilección antes de su partida para Londres en 1810. Podríamos escoger como prueba de ello el que, en la flora bastante escasa que figura en su obra poética, ocupa un lugar de preferencia un árbol característico de estos valles, el magnífico samán, cantado como hermosa comparación poética al final de la « Alocución a la poesía ». El primero es el mismo al que cantó más tarde Baralt, el cual se levantaba en Caracas en el barranco del río Catuche, pero el segundo, padre además del primero, es el samán de Güere con cuya victoria sobre el tiempo compara Bello la de Bolívar. Con el samán son también de los valles de Aragua la mayor parte de los productos mencionados en la silva « La Agricultura » tales como « la caña hermosa » o el añil cuya tinta generosa « émula es de la lumbre del zafiro ». Pero sobre todo me atrevo a decir que estos valles de Aragua, con su vegetación lujurante, la magia de su sol y de sus colores, Andrés Bello, que los conocía mejor que cualquier otra región de Venezuela, los llevó pegados a la retina de sus ojos corporales cuando zarpó de La Guaira un día de 1810 con los comisionados Simón Bolívar y Luis López Méndez, y más aún a la profunda y meditativa mirada de su alma. Andrés Bello vivió después 19 años en la populosa y neblinosa Londres. Se sabe lo que fue su vida atareada, presa más de una vez de una mezquina pobreza, pero noble en su resignación, laboriosa y singularmente fecunda. Este período de Londres significa también para el alma del maestro el imperio de la añoranza, el imperio de la nostalgia del lejano país natal, siempre más inac-

cesible. Es esta nostalgia, sin embargo, la que es en parte el poderoso fermento que permitió que germinara y brotara lozana la poesía de las silvas, la misma que le hacía escribir hacia 1820 estos versos patéticos con los cuales había empezado un poema que quedó inconcluso :

*No para mí, del arrugado invierno  
rompiendo el duro cetro, vuelve mayo  
la luz al cielo, a su verdor la tierra.  
No el blando vientecillo sopla amores  
o al rojo despuntar de la mañana  
se llena de armonía el bosque verde.  
Que a quien el patrio nido y los amores  
de su niñez dejó, todo es invierno.*

La nostalgia es uno de los elementos afectivos que comunica al desarrollo clásico de la « Alocución » y también de la silva a « La Agricultura » una particular vibración.

\*

La composición poética que ha dado a Bello más renombre y le ha valido, más que cualquier otra tal vez el título de Príncipe de los poetas americanos es « La Agricultura de la Zona Tórrida ». Esta silva no agrega ningún elemento nuevo al manifiesto literario que encierra la « Alocución », pero desarrolla considerablemente la parte de esta última composición que iba dedicada a la naturaleza americana. El poeta se extiende ahora sobre la variedad de productos y la fecundidad de la zona tórrida, enumera algunos de sus frutos típicos, censura al habitante indolente de un suelo fértil del cual no cuida bastante porque prefiere a la hermosa campiña tropical la vida emponzoñada de las ciudades, con su corrupción y atmósfera afeminada ; y lanza un llamado vibrante a la vida en el campo, cuyo elogio hace, formulando al mismo tiempo votos para que renazca la agricultura arruinada por la guerra y vuelva con la paz la prosperidad. Tenemos aquí una brillante enumeración de productos tropicales (banano, patata, algodón, anánas), que reciben en Bello, según advierte justamente el crítico español Nicolás Heredia, en su obra *La sensibilidad en la poesía castellana*, unas como letras de nobleza. Pero el poeta no se limita a una simple descripción, por sugestiva que sea ; mo-

raliza también y hace de la vuelta a la tierra el tema central de su meditación. No hay nada por cierto más clásico que esta oposición tantas veces establecida a través de los siglos entre el campo y la ciudad, las puras alegrías del primero y la corrupción de la segunda. Bello se incluye aquí en una venerable tradición que parte de Horacio y Virgilio. Menéndez y Pelayo, en el admirable estudio que ha consagrado al maestro en su *Antología de Poetas hispanoamericanos*, advierte que los versos de la silva « La Agricultura » que encierran una exhortación a la juventud americana y una pintura de la depravación de las ciudades en contraste con las costumbres viriles del campo, es una imitación y al final casi una traducción de la oda sexta del libro tercero de Horacio. Pero Bello —prosigue el gran polígrafo español—, más que horaciano es profundamente virgiliano: traduce y engasta en sus silvas, versos, imágenes y epítetos de *Las Geórgicas*.

Ha escrito el crítico francés Philippe Van Tieghem, al hablar del éxito que obtuvieron en la segunda mitad del siglo XVIII los *Idilios* del escritor suizo Gessner: « Estas tendencias nuevas, o por lo menos más precisas, eran antes de todo un ensueño de virtud en la paz de los campos. Este último sentimiento era muy antiguo, ya que existía en literatura por lo menos en tiempos de Virgilio; pero las numerosas expresiones que había recibido desde hacía dieciocho siglos no habían agotado su fuerza, y desde 1760 más o menos estaba reanimado por sentimientos muy semejantes, desarrollados bajo la influencia de Rousseau: el deseo de reaccionar en todos conceptos contra las instituciones sociales demasiado avasalladoras; el gusto de más sencillez en todo; la nueva afición al campo cultivado y aun a una naturaleza más libre y bravía. Además, responde a una de las inclinaciones más profundas del hombre: la necesidad de sumirse de nuevo, por lo menos por medio del ensueño, en un estado aparentemente natural, puro de cualquier mancha, libre de cualquier traba. Él dora a menudo con un poético reflejo los años lejanos de nuestra infancia y ha hecho creer en la edad de oro y en el buen tiempo ido. »

En esta tradición literaria muy fuerte,

que no ha podido dejar de ejercer una influencia sobre Andrés Bello y con la cual de todos modos podemos ligarlo, figura a fines del siglo XVIII y principios del siglo siguiente el abate Delille, cuya obra conocía bien Andrés Bello, y de la cual tradujo los importantes fragmentos titulados « La Luz » y « Los Jardines ».

« Qui fait aimer les champs fait aimer la vertu », dice Delille en *L'Homme des Champs*. Y Bello, en « La Agricultura de la Zona Tórrida »:

*¿Amáis la libertad? El campo habita.*

.....  
*¿O la virtud amáis? ¡Ah, que el retiro,  
 la solitaria calma  
 en que, juez de sí misma, pasa el alma  
 a las acciones muestra,  
 es de la vida la mejor maestra!*

El amor a la tierra y a la agricultura no era sin embargo en Bello un tema literario poco personal. Horacio y Virgilio le ayudaban a expresar un sentimiento muy arraigado en él, puesto que lo encontramos ya expresado en una de sus primeras obras, el *Resumen de la Historia de Venezuela* que mencionábamos hace poco. En este cuadro, Bello nos hace presenciar los primeros esfuerzos realizados en Venezuela gracias al impulso dado al país por la Compañía Guipuzcoana, la cual trató de crear una economía estable y próspera con el cultivo del cacao y del añil: « Los Valles de Aragua —escribe el autor—, recibieron una nueva vida con los nuevos frutos que ofreció a sus propietarios la actividad de los vizcaínos, ayudada de la laboriosa industria de los canarios. Los primeros ensayos de Don Antonio Arvide y D. Pablo Orendáin sobre el añil, dieron a esta preciosa producción de la agricultura de Venezuela un distinguido lugar en los mercados de Europa. El gobierno honró y recompensó sus filantrópicas tareas, y la posteridad... ha decretado eterna gratitud a unos labradores que ofrecieron tan hermoso manantial de riqueza, desde los valles de Aragua, teatro de sus primeros ensayos, hasta Barinas que ha participado ya del fruto de tan importante producción. »

Algunos pasajes del *Resumen* son, en alguna manera, un himno al milagro que la labor agrícola bien llevada ha provocado

en el suelo venezolano, o por lo menos en ciertas regiones, y Bello habla aún, como poeta más que como historiador o geógrafo, del « genio protector de los valles de Aragua », según dijimos ya. Se extiende largamente sobre los progresos importantes realizados sobre todo después de 1788, año en que se tomaron medidas liberales para el comercio de la capitanía, se introdujo el cultivo del café, se fomentó el del algodón y del tabaco, la cría, etc. Se da, pues, en el *Resumen de la Historia de Venezuela* un lugar preponderante al aspecto económico y más especialmente agrícola. Esta preocupación de Andrés Bello, ya muy viva en los años de prosperidad que precedieron a la Independencia, no podía dejar de manifestarse con más fuerza aún en el momento en que, habiendo la guerra arruinado a su país natal y causado muchos daños a naciones hermanas que eran además presa de la anarquía y de la inestabilidad política, la vuelta a la tierra, fuente permanente y segura de riqueza, y garantía de orden y de paz, leitmotiv que acompaña a menudo por otra parte los cataclismos sociales, se hacía más imperioso. Casi en aquel mismo momento, José Joaquín de Olmedo, el gran poeta guayaquileño amigo de Bello, escribía él también en *La Victoria de Junín* :

*Fecunda, oh sol, tu tierra ;  
y los males repara de la guerra.  
Da a nuestros campos frutos abundosos,  
aunque n'egues el brillo a los metales.*

Estos versos están citados por Bello en el artículo muy caluroso que dedicó al poema de Olmedo en Londres, en el *Repertorio Americano*, año de 1826.

La sensibilidad bucólica de Bello estaba aquí a tono con su clara conciencia de las necesidades de su país natal y de su más vasta patria americana. Pero, y esto es interesante de recalcar, cuando Bello predicaba en su silva « La Agricultura » la vuelta a la tierra, pensaba primero en Venezuela :

*Mas ¡Oh! si cual no cede  
la tuya, Venezuela, a tierra alguna,  
y como de Natura esmero ha sido,  
de tu indolente habitador lo fuera!*

Esta conciencia de las necesidades de su

continente nativo le hacía escribir a Bolívar, en una carta que lleva la fecha del 21 de marzo de 1827 : « Siga, pues, Vuestra Excelencia con su acostumbrado acierto la obra comenzada de establecer el orden público sobre cimientos que, inspirando confianza, harán reflorar nuestros campos talados, nuestro comercio y rentas. »

El tema de la vuelta a la tierra, que es una de las fuentes de inspiración de la silva « La Agricultura de la Zona Tórrida », puede ser considerado, pues, a pesar de la forma de expresión clásica y tradicional, como una de las ideas principales de Bello en la época en que la oda está escrita. Da a su composición no sólo un alcance moral, sino aun una intención social y hasta política que fueron apreciados en América lo mismo que su fervor lírico, tanto más cuanto que el llamamiento lanzado por el poeta siguió hasta ahora tan necesario como en los primeros días. Nuestra aserción está confirmada por lo que Miguel Luis Amunátegui, el discípulo fiel que tuvo el privilegio de conocer el pensamiento íntimo del maestro, y de recoger sus confidencias, nos declara en su valiosa *Vida de Don Andrés Bello* : « Los funestos y sangrientos efectos producidos por la anarquía en toda la extensión de la América Española tan luego como se proclamó la independencia habían entristecido en alto grado a Bello, y le hacían temer mucho por el porvenir de las nuevas naciones hispanoamericanas. El doloroso espectáculo de las encarnizadas y fratricidas luchas que le tocó contemplar en Chile al tiempo de su llegada, había contribuido a acrecentar esa penosa impresión de su ánimo. Yo mismo he oído decir a Bello que entonces hubo días en que llegó a creer que los trastornos no tendrían pronto término en nuestro país, y en que percibió lo futuro con los más negros colores. Bello se hallaba profundamente convencido de que el único remedio eficaz del malestar social que aquejaba a las nuevas repúblicas era un estado perfecto de paz y de tranquilidad, que les permitiese fomentar por todos los arbitrios posibles el cultivo intelectual a fin de completar la revolución operada en el orden político por otra revolución correspondiente llevada a cabo en el orden moral. Se ve, pues, hasta qué punto el grito de liberación literaria

dado en la « Alocución a la Poesía » está ligado con el ideal de paz expuesto en la silva « La Agricultura ».

Pero, ¿no está demasiado idealizada la pintura de la naturaleza tropical con que Bello quiere justificar su llamado? Un poeta venezolano del siglo pasado le objetó a Bello en una de sus composiciones :

*Todo cuanto Bello ha dicho  
acerca del campo es bello ;  
Pero se ve que hay en ello  
mucho, mucho de capricho.*

*Bello lo dijo, en verdad,  
y todo el mundo lo cita :  
Ven al campo, el campo habita,  
si amas la libertad.*

*Pero Bello, no lo dudo,  
Al decir : Al campo ven,  
no pensaba en el jején,  
no pensaba en el zancudo.*

*Él enaltece el cacao  
que en la jícara rebosa  
.....  
Mas cuando el campo celebra  
aquel gran poeta, olvida  
que en las ramas, escondida  
está la aleve culebra.*

*Pondera del campo verde  
la producción varia y rica  
y no ve el pullón, que pica,  
ni la culebra, que muerde.*

*Y canta al maíz que hinche  
para tí sabroso grano  
y no piensa en el gusano  
no piensa en la hedionda chinche.*

*Y a bichos color rábano  
llama carmín. ¡Bien está!  
Más cuidado no le da  
el zumbón, pérfido tábano.*

*Yo diré sin que agravios haga,  
que en su hermosa poesía  
cubre él con ambrosía  
el veneno de la plaga.*

Estos versos humorísticos, aunque poco brillantes en su forma, expresan en su tono festivo un reproche justificado en parte.

La idealización del campo formaba parte también de *Las Geórgicas*. « Es sólo entre los poetas bucólicos —escribe André Bellesort en su libro sobre la obra de Virgilio—, y en el reino de la pastoral, donde los campesinos gozan de sus dilatados horizontes, de sus grutas, de sus frescos valles, y del mugido de los bueyes y del sueño bajo los árboles. En realidad, estos placeres son sobre todo placeres de ciudadanos en el campo. » Pero es con una plena conciencia sin duda de las realidades americanas de su tiempo, como lo prueban los versos de la « Alocución » :

*a otro mundo, a otras gentes te encamina,  
do viste aun su primitivo traje  
la tierra, al hombre sometida apenas,*

que Bello lanza en su silva « La Agricultura de la Zona Tórrida » el llamado conmovedor de un hombre que permaneciera en su destierro de Londres puro y pacífico en medio de la tormenta desencadenada sobre su patria lejana por el odio y la guerra. Y aquí encontramos otro tema que inspira la silva : el de la paz. Lo mismo que el tema de la vuelta a la tierra, el tema de la paz representa una tendencia constante en Andrés Bello, cuyo temperamento era esencialmente antibélico. Por cierto, en la « Alocución a la poesía », publicada en 1823, era su deber cantar los héroes de la Independencia y sus hazañas guerreras, porque la lucha emancipadora, casi terminada en Venezuela por la victoria de Carabobo, duraba siempre en otros puntos del Continente. El estímulo del poeta, sus coronas, no podían faltar para quienes vertían su sangre. Pero estamos ahora en 1826. Dos grandes victorias han puesto término a la dominación trisecular de España en América : la de Junín, ganada por Bolívar el 6 de agosto de 1824, y la de Ayacucho, ganada por Sucre el 9 de diciembre del mismo año. Ha llegado para Bello el momento de expresar el amor profundo que ha tenido siempre a la paz, y a la concordia. Las nuevas naciones necesitarán la paz sobre todo, ahora que

*saciadas duermen ya de sangre ibera  
las sombras de Atahualpa y Motezuma.*

La paz y el trabajo. Que el soldado se convierta en ciudadano y coloque sus laureles

sobre el altar de la patria ; ésta necesita reunir todas las energías, única garantía de un trabajo constructivo. La oda termina con una nueva evocación del tema de la vuelta a la agricultura, indisolublemente ligado con el de la paz en el marco grandioso de la descripción de la América tropical, libertada por los que en cien combates

*postrar supieron al león de España.*

\*

La silva a « La Agricultura de la Zona Tórrida » no se separa en general de la « Alocución a la poesía » y ambas se designan con el nombre genérico de « Silvas Americanas », fragmento solo, es verdad, de un monumento inconcluso, pero fragmento imponente, ya que el conjunto tiene 1.207 versos, la octava parte de *La Eneida*, muy significativo de las dotes poéticas de Bello. Las silvas son, primero, en el momento en que la permanencia de Bello en Londres está a punto de terminarse, la flor más exquisita de su cultura, de su formación y de sus gustos clásicos. No tengo tiempo de extenderme sobre el particular, pero pensemos por ejemplo en la influencia de Horacio en la declamación de Bello contra la depravación de las costumbres de las ciudades en la silva « La Agricultura » ; en la importancia de los elementos virgilianos, tan bien estudiados por Miguel Antonio Caro y Menéndez y Pelayo. Por otra parte, sería de recalcar la constante fidelidad de Bello al estudio de los mejores modelos, no sólo de la antigüedad, sino también de la literatura española, según las declaraciones de Miguel Luis Amunátegui : entre los últimos figura en destacado lugar el *Don Quijote* de Cervantes cuyo conocido discurso a los cabreros sobre la edad de oro ejerció una visible influencia en la descripción de la edad de oro de Cundinamarca en la « Alocución a la poesía ».

Pero, cualesquiera que sean las aportaciones tradicionales que permitieron a la planta desarrollarse, sus flores y sus frutos llevan en definitiva un sello personal. Hay primero las ideas que dan calor y vida al poema, en las cuales se expresa un patriota, un hispanoamericano consciente de los destinos de su continente natal, un hom-

bre también ante todo enamorado de concordia y paz, quien tiene fe en el trabajo y las virtudes ancestrales para curar las heridas de la guerra y permitir a América desarrollarse. Bello hace suyo, aplicándolo a su país, el antiguo ideal de Virgilio, el de *Las Geórgicas*, y le da un contenido nuevo. Al mismo tiempo, con una conciencia que antes de él no habían tenido otros pintores de la naturaleza del Nuevo Mundo, da un grito de liberación literaria que hace de él, para la joven cultura hispanoamericana, un guía y un ejemplo, el primero en lanzar, con esta gravedad en la convicción y esta serena elocuencia, la invitación a la búsqueda de una personalidad original, que era necesaria para que fructificara plenamente en el dominio intelectual el esfuerzo militar y político de los Libertadores. Nuestra época ha ampliado y enriquecido el concepto que críticos eminentes como Miguel Antonio Caro y Menéndez y Pelayo se formaban en el siglo pasado de las silvas, y ha desentrañado bien este sentido y este papel de una singular trascendencia ; sentido y papel que podemos medir mejor ahora con la perspectiva histórica que nos permite valorar plenamente gestos como el del poeta argentino Juan María Gutiérrez, encabezando simbólicamente su volumen antológico *La América Poética*, en 1846, con « La Agricultura de la Zona Tórrida ».

Pero hay también la forma, la expresión. Las silvas nos revelan un pintor magníficamente vigoroso y directo de la naturaleza americana, y en particular de la tropical, sea que Bello describa la naturaleza indómita y rebelde, sea que cante los ríos y las mieses de la zona cultivada, a decir verdad las mieses sobre todo, ya que el ganado está sólo evocado. Bello se muestra sensible en las silvas ante dos aspectos del mundo americano : su cielo (sol, luz, alba de nácar, o noche estrellada) y su vegetación, presente por la mención o descripción de dos docenas más o menos de plantas : según vemos, produce con un material en definitiva muy reducido, gracias a la sugestión de lo pintoresco y del color, y la seducción de algunos nombres bien engastados, un efecto de relieve poderoso. Y cuando recurre a la expresión figurada, a la perifrasis para representar más poéticamente los objetos que pinta, ¡cuántas expresiones fe-

lices sin dejar de ser vigorosas vienen bajo su pluma!

Bello ha seguido las dos tendencias descriptivas que encontraba en uno de sus admirados modelos, el abate Delille : la una realista y la otra didáctica. Pero la tendencia al realismo está reforzada en él, según sería fácil ver en varios ejemplos. Los términos indígenas engastados en las silvas, junto con el sabor clásico de la forma, hacen de sus odas una fusión feliz de humanismo occidental y de color americano a la cual la sensibilidad del poeta da su unidad. Su sentimiento profundo y nostálgico de la naturaleza tropical vivifica sus silvas y le inspira sus mejor logradas metáforas para describir sus productos, como el

*Bulle carmín viviendo en tus nopales...*

nutre el arte con el cual canta sus maravillas. Si una retórica tradicional explica algunos procedimientos de estilo, tal como la armonía imitativa de estos dos versos :

*al son del parche  
que los maternos pechos estremece...*

se aprecia en cambio la originalidad de la imagen final de la « Alocución a la poesía », la noble y grandiosa comparación de Bolívar con el samán, árbol predilecto de Andrés Bello, en la cual sentimientos íntimos, patriotismo, amor a la naturaleza del país natal, recuerdo y nostalgia de su cielo, se han decantado en el ritmo lento y sereno de un verso que no pudo llegar a esta plenitud sino por asimilación de antiguas influencias.

Y el lector no podrá olvidar, cuando los haya leído una vez, algunos trozos de una melancolía comunicativa unida a la suave y penetrante música de la modulación poética :

*¡Oh si ya de cuidados enojosos  
exento, por las márgenes amenas  
del Aragua moviese  
el tardo incierto paso ;  
o reclinado acaso  
bajo una fresca palma en la llanura,  
viесе arder en la bóveda azulada  
tus cuatro lumbres bellas,  
oh Cruz del Sur, que las nocturnas horas  
mides al caminante,  
por la espaciosa soledad errante ;*

*o del cucuy las luminosas huellas  
viесе cortar el aire tenebroso,  
y del lejano tambo a mis oídos  
viniera el son del yaravi amoroso!*

Cuando Bello quiere expresar sentimientos morales o pintar retratos, su sello personal no es menos visible, gracias a su precisión elegante y a su vigor, como en esta especie de medalla del recuerdo grabada para honrar la memoria de su gran amigo Roscio :

*De la naciente libertad, no sólo  
fue defensor, sino maestro y padre.*

Las cualidades estilísticas y el alcance de su contenido aseguran a las silvas el lugar privilegiado que ocupan en la poesía hispanoamericana y más generalmente en la poesía de lengua española. Bello se muestra en ellas escritor puro y castizo, elegante y pintoresco, abundante y preciso a la vez, en una forma que, si bien es monótona y prosaica en algunos pasajes de la « Alocución », no ofrece menos por eso, a menudo, su música propia, la seducción de su ritmo tranquilo. Es cierto que su arquitectura de líneas puras y sobrias, su equilibrio, la emoción discreta pero tan humana que las anima, hacen venir bajo la pluma la palabra perfección, tan a menudo escrita cuando se habla de ellas. Es indudable que esta poesía es una poesía meditada, que jugos diversos han contribuido a elaborar esta miel. Pero Bello se muestra en ella no sólo Guía y Ejemplo, fuente de meditaciones fecundas para la cultura de las jóvenes naciones a las cuales se dirigía, creador de ideal, sino aun según el juicio general de Menéndez y Pelayo que creemos poder aplicar a las silvas, « creador de una nueva forma clásica que, sin dejar de tener parentesco con otras muchas anteriores, muestra, no obstante, su sello peculiar entre las variedades del clasicismo español.

\*

Si he querido evocar las silvas y en particular la silva « La Agricultura de la Zona Tórrida », es que pienso que hay entre ella y los valles de Aragua, tan queridos de Bello, un nexo de una fuerza singular. Bello hace referencia a los valles, y también a la ciudad de La Victoria, en el *Resumen de la Historia de Venezuela*, según



vimos. Pero tenemos además el **lindo** soneto « Mis Deseos », escrito probablemente antes de 1800 :

*¿Sabes, rubia, qué gracia solicito  
cuando de ofrendas cubro los altares?  
No ricos muebles, no soberbios lares,  
ni una mesa que adule al apetito.*

*De Aragua a las orillas un distrito  
que me tribute fáciles manjares,  
do vecino a mis rústicos hogares  
entre peñascos corra un arroyito.*

*Para acogerme en el calor estivo,  
que tenga una arboleda también quiero,  
do crezca junto al sauce el coco altivo.*

*¡Felice yo si en este albergue muero*

*y al exhalar mi aliento fugitivo,  
sello en tus labios el adiós postrero!*

Las circunstancias de su vida no le permitieron a Andrés Bello realizar este deseo. Pero conservó toda su vida la nostalgia punzante de los horizontes de su juventud. Entre ellos los de los valles de Aragua no dejaron de alimentar su añoranza, de nutrir su sensibilidad de desterrado en Londres, de simbolizar a sus ojos toda la seducción de la América tropical. Están presentes, con poderosa fuerza sugestiva, en las silvas, y singularmente en la silva « La Agricultura de la Zona Tórrida ». Así podemos afirmar que esta hermosa región venezolana ha sido fuente de inspiración de una de las joyas y obras maestras de la poesía española de todos los tiempos.

HAUPTMANN, POR ORLIK



---

# LOS CONCURSOS DE " CUADERNOS "

---

## La amistad

POR CARLOS E. ZA VALETA

**S**ENTADO en la plaza de Caraz, en una de las banquetas con viejas cintas de madera pintada en verde y con un retorcido armazón de hierro, Julián cabeceaba y pasaba del sueño a la vigilia, de la vigilia al sueño. A las cinco de la tarde, el cuerpo flojo y los brazos enganchados en el respaldo, mostraba su juventud en el pecho descubierto y la falta de saco. Parecía jugar moviendo una pierna sin calcetines; pero cuando alzó la revuelta cabellera y miró los ingenuos y desaliñados jardines que devolvían el último fuego del sol, se vio que, en su media borrachera, lo ganaba la impaciencia.

Tenía un problema que resolver antes de darse con sus tres amigos, a quienes veía mañana y tarde, por lo demás. Dichosamente imaginaba sus bromas, sus tiernos abrazos. Uno a uno desfilaban por su mente Guillermo, Eliseo y Zenón.

Guillermo jamás le había negado la entrada en su tienda de abarrotes. Julián trasportaba libremente el mostrador y fingía ayudarle a vender telas, hilos, tintes y sombreros a los indios. Inclusive su amigo volvía las espaldas cuando él metía las manos en la caja de cartón y se adueñaba de unos billetes. La mujer de Guillermo, en cam-

bio, lo odiaba, y entre ella y Julián había toda una guerra. La mujer luchaba porque su marido no saliera y Julián rondaba la tienda hasta que ella, vencida por el correr de las horas, se metía en el cuartucho interior dejando solos a los hombres. No siempre era así: Julián vencía generalmente ayudado por el mismo Guillermo, que burlaba la vigilancia de su mujer, hundía también las manos en la caja de cartón y salía a invitarlo en la primera chingana. En cuanto a Eliseo, el mayor de sus tres amigos, el más jovial y más lleno de bromas que disculparan el ocio, vivía contando sus viajes a una chacra de Huata, en horas y situaciones increíbles, viajes que sólo eran escapatorias de sus obligaciones de agricultor. Y por fin, el Gordo Zenón —apodo gratuito de quien era muy delgado, al extremo de componerse cien veces la correa para que no se le cayeran los pantalones—, rezumaba bondad y amable silencio, sumiso por completo a sus órdenes. Podía llevarlo adonde él mandara en un viejo camión que, despreocupado del mundo comercial, rechazaba pasajeros a Huallanca o Yungay. ¡Noble amigo dispuesto a pagar, además de unas cervezas, a Lidia, la prostituta del pueblo, para que lo atendiera especialmente, pues de otro modo no hubiera podido acercarse a ella! ¿Quién hace igual cosa por uno?

Esa tarde de visperas de Año Nuevo se prestaba mejor que ninguna otra para cancelar su deuda con quienes ya lo habían invitado muchas veces, muchos años. Fren-

En el fallo del jurado peruano (Cuadernos, n° 97) se concedió el segundo premio a este cuento de Carlos E. Zavaleta, que hoy ofrecemos a nuestros lectores.

te a él, un objeto digno de museo, el Packard del chófer Godenzi, volvía de Yungay con todo el peso de su fama y rugía y se bamboleaba en el empedrado, emitiendo su débil claxon de pato. Eran las cinco y media : aquella señal lo decía bien. Detrás de sí vio el bello kiosco, de techo que le hacía pensar en Europa, nombre leído y soñado ; los ficus de la plaza movían su cielo de hojas, y las manchas de sol y sombra, bajo los árboles, extendían sus alas por el piso de cemento que más allá se rompía en el empedrado. Pronto los colegiales empezaron a cruzar la plaza con aire íntimo, dejando a sus espaldas, blancos como huesos, los sillares de la inconclusa catedral, vecina al puesto de la guardia.

Irguiéndose en medio de aquella quietud, dio unos cuantos pasos de prueba, por ver si se había despabilado, y finalmente marchó por la Caja de Depósitos. Entró en la luz de la primera calleja y desde allí alzó la cabeza : de puro pacientes, los cerros le parecían bueyes, mientras más arriba, más alto que las nubes, más brillante que todo lo imaginable, el nevado del Huandoy parecía tan resuelto como él. Al fin había dejado atrás sus vacilaciones.

A media cuadra pateó una portezuela clavada en una pared de adobes : era su oscura covacha. Al salir llevaba en hombros su colchón. Descansó dos veces y anduvo hasta el primer cerro. Un techo de latas y una puerta más endeble que la suya pusieron fin al viaje.

Un rato después volvía con dos billetes de a diez soles, feliz por la venta y ensayando otro discurso destinado al herrero. Por segunda vez pateó la portezuela donde vivía y extrajo difícilmente unos objetos que al parecer no podría llevar en un solo viaje : el trípode de hierro, que le recordaba los tiempos en que tenía un lavatorio, el somier de alambres muy finos y el armazón del catre. No obstante, los llevó juntos y quedó tan fatigado que debió aguardar mucho, antes de cerrar esta segunda venta con el herrero. Menos mal que sus ruegos, abrazos y lagrimones « por ser tan pobre » le dieron quince soles como fruto.

— Tengo unas tijeras de sastre —añadió, pensando en las tijeras robadas de la tienda de Guillermo—. ¿Se las traigo también?

— De esta semana a la otra —dijo el hombre—.

Casi de noche volvió a la plaza por entre luces de góndolas que pasaban en dirección a Yungay y Huaraz. El temor de que el Gordo Zenón cambiara de parecer y aceptara pasajeros esa noche de fiesta le apremió el paso, en tanto oía la radio del kiosco engalanado por pintorescas y débiles bombillas. Ya la gente saldría a oír la obligada retreta.

Halló sentado a Eliseo en la chingana de junto a la iglesia. Lo abrazó fuertemente, sin ganas de soltarlo.

— ¡Feliz año! ¡Feliz año! — le dijo por adelantado—. ¿Qué te sirves? ¡Yo invito!

Eliseo echó atrás su sombrero de paja, usado tan sólo para fingir ocupaciones en el campo. Estaba visto que dudaba.

— ¿No crees que tengo plata? —sonrió Julián—. ¡Mira!

Los billetes que enseñó produjeron el efecto deseado.

— Tomamos una Cristal y luego vamos a ver a la tribu ¿ya? —propuso—.

— A esta tribu de hijos naturales, como dicen en mi tierra de Pueblo Libre —se mosó Eliseo, y Julián dio un golpe en la mesa. Zenón entraba en aquel instante.

— ¡Feliz año! — se le echó Julián en brazos—. ¡Siéntate! ¿Quieres una cebada?

— Tengo encendido el motor de la nave —dijo Zenón—. Quería ver si estaban para no volar a Yungay.

— Pues aquí estamos, gordo muy flaco —lo desafió Eliseo, riendo—. Bota a tus llamas y prueba el néctar. Hoy invita Julián.

El incrédulo Zenón lo examinó en un segundo, hasta que él dijo otra vez « ¡Mira! », enseñó los billetes y por fin todos rieron.

— Bueno, bueno... — propuso de nuevo Julián, apenas vio en la mesa la primera botella de Cristal—. Yo me tomo un trago, voy por Guillermo y piden el resto a mi cuenta ¿ya?

Se bebió el vaso sin parar y salió entusiasmado al aire fresco. Unas bombillas blancas y otras de colores pretendían en vano iluminar la plaza ; pero en la penumbra él conocía bien todos los bultos. Llegó hasta el camión del Gordo Zenón y anunció

ante las sombras de los indios que llenaban la plataforma :

— ¡El camión no sale a Yungay! ¡No sale a Yungay! ¡No sale a ningún sitio!

Los indios se movieron asombrados, con ánimo de gestionar la partida. Entonces se fue a la tienda de Guillermo, que había rondado tantas veces. La mujer de su amigo estaba firme en su puesto, esperando a los clientes bajo una linterna que zumbaba demasiado ; la hora solitaria le permitía observar su expresión dura e inmutable. Quizá media hora estuvo así, huyendo de la salvaje luz que proyectaba la linterna y de aquellos ojos abiertos que lo odiaban. Luego sintió un empujón.

— ¡Soy yo, huanaco! —bromeó Eliseo—. Ya Guillermo peleó con su mujer y salió por la puerta falsa. ¡Vamos!

Al volver a la chingana, el Gordo Zenón decía :

— Dime, Guillermo : ¿has peleado seriamente con tu mujer?

— Yo peleo por gusto, cuando quiero —dijo Guillermo.

— ¡Pues entonces vamos a mi casa! —gritó Eliseo.

— ¿A qué, viejo?

— Me han entrado ganas de pelear también con mi mujer. ¡Vamos! ¡Sobre la marcha! —arengó Eliseo, saliendo. Todos rieron.

— Tú eres genial —le dijo Julián y lo abrazó, obligándolo a sentarse.

— Media hora más y nos vamos... —dijo Guillermo.

— ¿Me han de acompañar? —preguntó Eliseo.

— Palabra de honor —dijo Guillermo.

El primero en vomitar fue este último : lo hizo tranquilamente bajo la mesa y ninguno de los amigos se movió. Julián lo palmeaba con ternura y por nada hubiese roto aquella paz, de no ver a Eliseo dispuesto a pagar y llamando al mozo.

— ¡Cuando yo invito, invito! —rugió, soltando a Guillermo y decidido a golpear a Eliseo—. ¡O me dejas pagar, o te juro...!

— Está bien, está bien, loco —dijo su amigo.

Entonces pudo reír, imitado por el Gordo Zenón.

— ¡Y ahora nos vamos a seguirlo en mi casa! —gritó Julián y fue hasta el mostrador

donde veía al dueño—. ¡Deme dos botellas de pisco en un paquete!

El dueño, dudando de si tendría dinero, se volvió a preguntar al mozo :

— Oye, ¿te pagó el señor?

— ¡Cóbrense todo y no reviente! —dijo, echando parte de sus billetes al mostrador.

— Ven, loco, y no fastidies —le dijeron atrás.

— ¿Y el paquete? —se volvió, alarmado.

— Bien seguro donde el señor Muro —replicó alguien.

Avanzaron riendo bajo las manchas negras de los ficus, que flotaban sostenidas por inhumanos troncos.

— ¿O sea que peleaste con tu mujer, Guillermo? —gritó Eliseo.

— ¿Lo dudas, hom?

— ¡Pues voy a pelear también con la mía! ¿Me acompañan?

— Todos, todos... —vocearon los demás.

Eliseo vivía frente al Hotel Araya, más allá del brillo de una acequia desbordada.

— Los quiero tanto a ustedes —iba diciendo Julián—, que, si yo fuera casado, me los llevaría a que vieses un pleito con mi mujer. Así todos estaríamos iguales.

— Menos yo —dijo el Gordo Zenón—. A mí dame putas como Lidia, nada de esposas.

— Oh, Lidia... —Julián pretendió hilvanar con gracia una obscenidad, pero ya Eliseo corría inexplicablemente. Sintió que le quitaban las botellas mientras oía voces de que huyera, pues la mujer de Eliseo venía detrás. Fue el único en desobedecer la orden. La vista de las arqueadas piernas de Eliseo, movidas por el miedo, y del sombrero con que fingía sus faenas de hacendado, lo clavaron de risa en su sitio, aunque ya la mujer le había tomado fieramente un brazo y lo empujaba contra la pared.

— ¡Usted es el sinvergüenza que sablea a mi marido! —le escupió ella—. ¡Usted le hace gastar y me roba el pan! ¡Usted malea a todos en el pueblo!

Impulsivo como era, la silenció de un matotazo. Ella regresó miedosamente hasta su puerta, pero desde allí se echó a gritar :

— ¡Me has pegado, borracho del diablo! ¡Dominas a mi marido, pero mañana te patearán mis hermanos! ¡Mañana me las pagarás todas!

Oyó el chasquido de los labios al subrayar el juramento y quedó inmóvil, perdido, pues estaba visto que ella se lo contaría todo a Eliseo, llevada de su intención de alejarlos. Contra su propia cautela se sintió avanzando sobre ella, dispuesto a eliminar esa simple mancha del camino. Menos mal que al recibir unas pedradas de la mujer enmendó sus pasos y buscó a sus amigos.

Entre canciones y bromas de ellos pateó de nuevo la portezuela de su casa. Adentro buscó la silla donde solía dejar una vela. La encendió y dispuso unos cajones como asientos en el sitio desocupado por el lecho ya vendido. Así se sintió de veras junto a Eliseo, Guillermo y Zenón, para quienes dejó abierta la entrada, a fin de que pudieran ver el cielo extrañamente limpio y añil, y el Huandoy demasiado blanco y erguido.

« ¡Qué felicidad verlos en mi casa! », pensó. « Este año será sin duda el mejor de mi vida. »

Las dos botellas de pisco alcanzaron exactamente hasta las doce. Ya sin dinero y toto, iba a defender su derecho a pagar otras botellas, cuando los coheteillos, campanas y vecinos dieron la señal del Año Nuevo. Abrazó y felicitó uno a uno a los suyos, sintiendo correr sus lágrimas.

— ¿Y dónde está Zenón? — temió un rato después.

— Ha salido tú sabes a qué — oyó decir.

Salió hasta la calle, pero no vio orinar a Zenón, tal como había supuesto.

— ¡Ese gordo flaco nos engaña! ¡Seguro está con Lidia! — gritó de súbito, dando vueltas en la habitación—. ¡El muy tacaño se fue solo!

Sus amigos rieron de nuevo, esta vez de modo escandaloso. Era que Zenón estaba a sus espaldas con un paquete en las manos. El paquete contenía botellas y butifarras que enseñaban sus hojas de lechuga. Feliz, succionó interminablemente una botella.

— ¡Basta ya, loco! — le dijo alguien, y luchó por quitársela.

— ¡Yo he pagado también! — rugió—.

¿O no pagué al comienzo? ¿Quién dice que no pagué?

— Nadie, nadie... — oyó decir—. ¿Por qué no te callas de una vez?

— Yo no me callo — dijo—, y se puso a hablar de su colchón y su catre. Se le enredaba la lengua y en su cabeza una idea hallaba un precipicio y se hundía en él, brotando luego otra idea perdida, huérfana, sin relación con las nuevas gargantas y precipicios. Su cabeza giraba como sobre unos goznes y el peso de ella marcaba la dirección de todos sus movimientos. Oyó vomitar a Eliseo, tropezar a Zenón, caer a Guillermo; su felicidad se acentuaba, pero los huaynos que pretendía entonar enredaban más su lengua. En la noche, entre las nuevas manchas que ponía la vela, su voz le sorprendía y le recordaba por turno sus tiempos de niño, de muchacho y de hombre, en un mar ya no de felicidad sino de un incumplido anhelo. Adivinó que Eliseo se fugaría y sabiamente le enganchó un brazo.

— Tu mujer miente — le dijo—; la rocé con mi mano, pero no le pegué porque es tu mujer. No le pegué, créeme... — juró, besando sus dedos.

Eliseo tardó en mirarlo. Sus castigados y soñolientos ojos se abrieron como una herida:

— Me parece muy mal, loco, muy mal...

Julián soltó a esa figura. La sombra de Guillermo huía también.

— ¡No te vayas! — le rogó a éste—. ¡Falta el trago del estribo!

— Me revienta la cabeza; no puedo más — gangueó Guillermo.

— Vamos, un solo trago — insistió, poniendo la botella en los labios de Guillermo, a quien después tuvo que dejar en el aire, sin apoyo, pues los otros habían huido.

Levantó los cajones que le sirvieran de asientos y los persiguió a voces:

— ¡Todavía me quedan los cajones y las tijeras! ¡Los venderé, así como vendí el catre y el colchón! ¡Vuelvan, ustedes son mis únicos amigos!

Nadie le respondió. La noche había devorado el piso de pedrezuelas y también los tejados. Veía apenas las paredes, que luego se le esfumaran. Cuando se cayó, recordó inexplicablemente que era su segun-

da caída. Furioso, insultó al momento de erguirse y entró en su casa con un puntapié que dio en el aire y lo dejó tendido boca abajo. A gritos llamó miserables y perros a quienes lo habían abandonado y les pidió que le devolvieron su colchón, pues no tenía dónde dormir. Apostó a que no se bebía la botella, pero se la bebió; apostó a que no se apagaba la luz, pero la vela se consumía y no había tiempo que perder. Entonces se arrastró y metió la mano por algún sitio y halló esas grandes tijeras de sastre, robadas de la tienda de Guillermo. « ¡Me las pagarán! », dijo, a gatas y en pie,

conforme buscaba una hoja de papel en medio de ese laberinto que se hundía en la oscuridad. Por fin dio con un pedazo de papel y lo miró profundamente: pensaba escribir al jefe de puesto diciéndole que sus amigos tenían la culpa de todo y ordenar que los metieran en la cárcel. Luego pensó que ya había escrito el mensaje. Luego, que debía escribirlo, pues nada había hecho aún, ni buscar el lápiz. Hasta que tomó fieramente las tijeras, y después de dudar y temblar soñando, se las hundió en el sitio donde quizá otra vez ya se las había hundido.

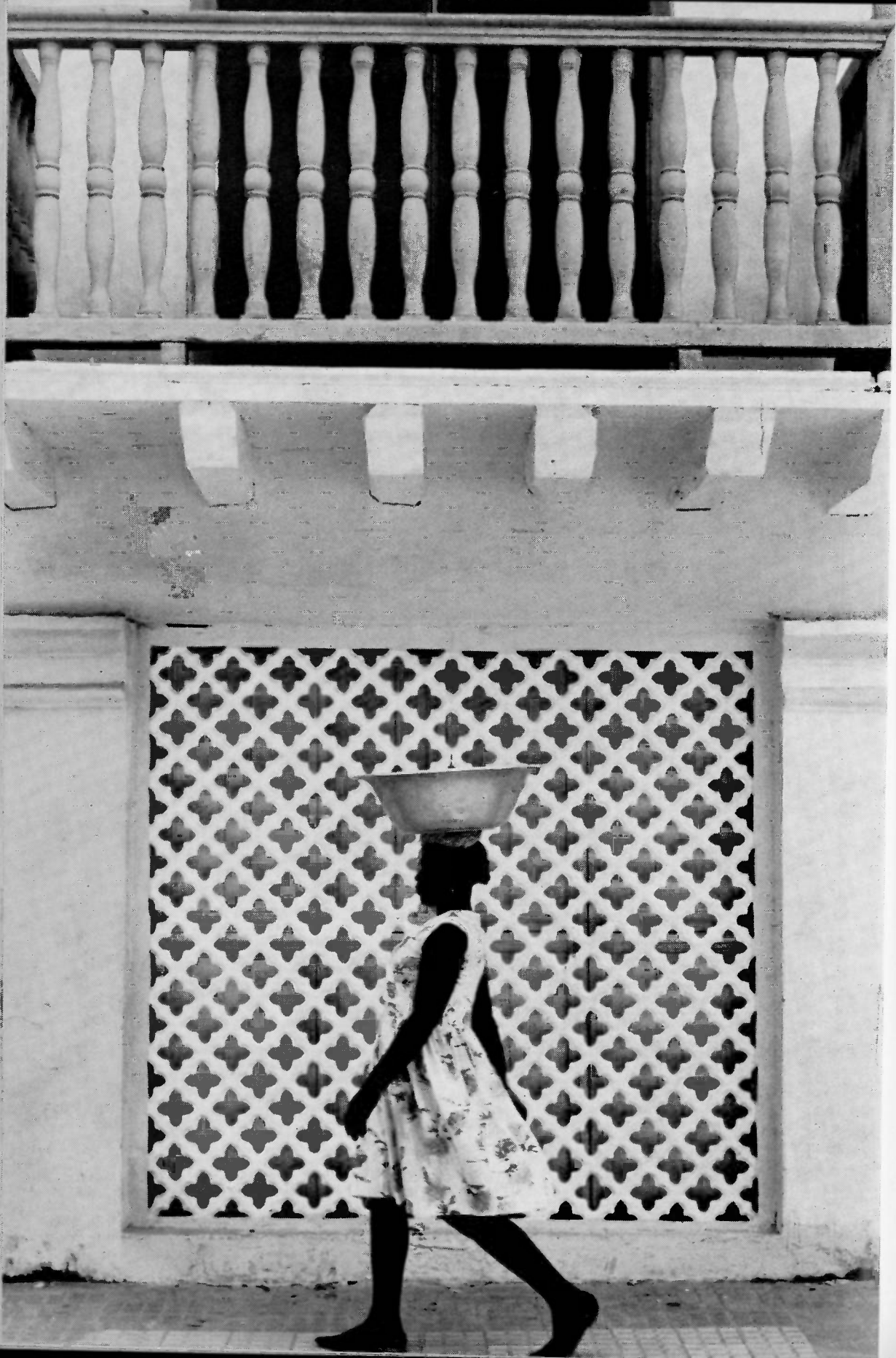
RAINER MARIA RILKE  
(Grabado de L. Albert-Lazard)











## El expresionismo, arte alemán de este siglo

POR DAMIAN CARLOS BAYON

EN SU AHORA reivindicada *Historia del Arte*, Elie Faure afirmaba una vez que el pincel que se les cayó de las manos a los pintores alemanes del siglo XVI iba a ser recogido por los músicos alemanes del siglo XVII. En efecto, por misteriosas razones y en un momento dado de su evolución, los pueblos dejan de expresarse principalmente por una de las formas del arte cuando descubren otro escape más apto a su sensibilidad de ese exacto momento. O, como diríamos ahora : aprenden a construir y a proyectar la realidad a partir de otros supuestos diferentes que no podían postularse *a priori*.

Hay que reconocer efectivamente que si bien la plástica alemana de los siglos XVII y XVIII produjo una arquitectura y una escultura dinámicas y expresivas, no fue en cambio capaz de engendrar una pintura que pueda resistir la comparación.

Ya en el siglo XIX las cosas cambian, puesto que casi todos los movimientos importantes están bien representados en Alemania : el romanticismo por Runge y Friedrich ; un « intimismo » *sui generis* por Menzel ; un clasicismo un tanto teatral por Feuerbach y Böcklin ; un decorativismo a la Puvis de Chavannes por Hans von Marées ; una especie de naturalismo por Leibl y Thoma ; el impresionismo « a la alemana », en fin, por Slevogt y Lovis Corinth.

En el siglo XX puede decirse que la actividad pictórica alemana de vanguardia

conoce dos centros principales : Dresden y Munich. Hacia 1910, en Dresden, se reúnen alrededor del pintor Kirchner una serie de artistas jóvenes entre los que se destacan : Schmidt-Rottluff que permanecerá, y Emil Nolde que no hará sino asomarse a ese grupo llamado « El Puente », o sea *Die Brücke*, para decirlo con su nombre alemán.

Un poco más tarde, y esta vez en Munich, se organiza otro movimiento, el del « Jinete Azul », o *Blaue Reiter*, que concentra no sólo a los artistas alemanes avanzados sino también a una serie de extranjeros atraídos por la resonancia de la gran ciudad de Baviera. Entre esos pintores figura uno de los « padres » del arte abstracto, el ruso Wassily Kandinsky; y dos talentosos jóvenes alemanes que iban a caer en la guerra del 14-18 : Franz Marc, que partiendo de la elegancia de las formas naturales iba a transponerlas en una visión dinámica de cromatismo exacerbado ; y August Macke que nos ha dejado una serie de imágenes del mundo en que la realidad parece ordenarse y geometrizarse a través de un color luminoso y diáfano.

Semilla que dará un árbol maduro en ese gran movimiento que abarca prácticamente todas las artes y que se llamó la *Bauhaus*. Allí, junto a los alemanes como el arquitecto Gropius habrá siempre un puñado de extranjeros asimilados a la cultura germánica : el ya citado Kandinsky, el norteamericano Lyonel Feininger, y por

encima de todos ellos uno de los mayores pintores de nuestro tiempo, el suizo Paul Klee.

Entre las dos guerras la actividad pictórica alemana ha estado, en efecto, bajo el signo del internacionalismo. Hay los de afuera que trabajan en Alemania: Kandinsky, Feininger, a quien hay que agregar ahora el nombre del vienés Oskar Kokoschka. Y hay, por otra parte, los alemanes que enigran de la presión nazi: Max Beckmann y Georg Grosz violentos expresionistas, Josef Albers abstracto « óptico » (como se dice hoy) que van a los Estados Unidos; y los que por afinidad con el espíritu francés se radican en París, tales como el ya desaparecido Wols o esos dos grandes pintores diferentes entre sí que son el abstracto Hartung y el surrealista Max Ernst.

De la generación que renovó la pintura en Alemania casi todos han muerto ya. En territorio alemán: Oskar Schlemmer y Willi Baumeister que tanto hicieron por la llamada « abstracción ». También antes de terminar la guerra habían muerto en Suiza Kirchner y Klee, y Kandinsky en París.

Feininger volvió a Nueva York su ciudad natal: Kokoschka permaneció en Inglaterra donde se había refugiado; Schmidt-Rotluff enseñó en Berlín con Hoffer, así como Heckel lo había hecho en Karlsruhe y Baumeister en Stuttgart.

Las exposiciones de todos ellos, más las de Beckmann, Nolde, Kokoschka circulaban entonces libremente en Alemania, ellas prepararon el movimiento actual.

\*

A pesar de los abstractos de primera hora —sensibles como Kandinsky o geométricos como Albers— puede decirse que el fuerte de la pintura alemana del siglo XX ha sido el Expresionismo, esa tendencia con remotos orígenes en un arte nórdico violento, crudo, y que en los tiempos modernos obtuvo su consagración a través de la obra del patético holandés Vincent Van Gogh, cuyo talento fue canalizado por la moderación francesa antes de que se perdiera definitivamente en la locura y el suicidio.

En Alemania aún hoy puede decirse que

cuando las influencias no son puramente locales ellas provienen de ese vecino « explosivo », plásticamente hablando, que es Holanda. Ya que no hay que olvidar que son holandeses algunos de los mejores pintores del llamado expresionismo abstracto: Willem De Kooning (que vive en los Estados Unidos); Corneille (belga que estudió en Amsterdam); Appel, fundador junto con Corneille del famoso grupo « Cobra »; y últimamente también, Asger Jorn, uno de los pintores más interesantes del momento actual.

El expresionismo de principios de siglo debía, pues, manifestar su violencia, su no-conformismo a través de una deformación sensible, casi caricaturesca de la realidad. La imagen del mundo —su *weltanschauung*— está vista así con una lente dolorosa: es una cosmovisión intensa, patética —dionisíaca para decirlo en términos nietzscheanos— opuesta a cualquier actitud apolínea como podría haber sido, por ejemplo, la del primer cubismo analítico.

De pronto, a través de las experiencias brillantes de unos cuantos precursores y teniendo por línea divisoria la segunda guerra, los artistas más jóvenes se encuentran practicando unas formas de arte que aun sin ser obligatoriamente figurativas, se siguen refiriendo a las cosas humanas. Ya que la impugnación de arte « deshumanizado » que entre nosotros llevó a cabo nada menos que un Ortega y Gasset, nos parece hoy equivocada por no decir gratuita. Pero esa exploración es intensa, desgarrada, en profundidad, pues que esos valientes buceadores regresan de su « bajada a los infiernos » con alguna prueba palpable de la irracionalidad con la cual el psicoanálisis nos tiene hoy tan familiarizados.

Los expresionistas constituyen, dentro de la historia de la abstracción, la avanzada de los que han aceptado el desafío del demiurgo, es decir de los que prefieren « crear un mundo » en vez de meramente reproducirlo. Y es que ahora comprendemos más que nunca hasta qué punto debajo del aspecto exterior de las cosas hay el sustrato profundo —no siempre plácido—, donde se originan todas nuestras acciones. Antes de ser « figurativo » o « abstracto » —división ingenua que preocupa-

ba mucho hace quince años— los hombres somos siempre clásicos o románticos, o para decirlo de modo menos alarmante : buscamos poner orden en lo que se nos da de un modo indeterminado ; o por el contrario tratamos de repetir las leyes mismas que han presidido a la Creación. En una palabra : somos del Cosmos o somos del Caos.

No hace falta decir que por la violencia de sus sentimientos, por la capacidad de exaltación —que ha sido sobre todo musical o filosófica en estos últimos siglos—, los artistas alemanes se « encuentran » más y mejor en el llamado Expresionismo que en ninguna otra forma del arte contemporáneo.

\*

Ha llegado, sin embargo, el momento de preguntarnos quiénes son esos expresionistas abstractos de la última promoción. En un reciente artículo de la revista *Das Kunstwerk*, el crítico Klaus Hoffmann realiza, precisamente, un estudio sobre lo que él llama el « nuevo expresionismo » o el « neo-expresionismo » alemán. Los artistas que incluye son : Horst Antes (nacido en 1936), Herbert Kitzel (1928), Hans Baschang (1937), Walter Stöhrer (1937), y Heinz Schanz (1927).

Si el nombre de Horst Antes aparece en primer término en la lista de Hoffmann no se trata simplemente de una coincidencia sino de que el autor lo considera —con toda razón a mi modo de ver— como verdadera cabeza de ese movimiento en Alemania. No lo sigo tanto, en cambio, cuando en el mismo artículo se lanza a una serie de disquisiciones, para mí vidriosas, sobre el valor emblemático del « ojo » como signo fundamental del arte alemán. Yo diría que en este joven pintor —que ganó hace unos años el primer premio en la Bienal de Pintura de París— hay una especie de lucidez en la violencia. En efecto : ojos, manos, piernas están presentes en sus cuadros, pero no integrando seres humanos reconocibles sino como *disjuncta membra*, dolorosos miembros en libertad que no se presentan bajo contornos vagos sino cernidos por una línea poderosa y sin titubeos, y que reciben la altísima temperatura del color para formar un bloque indestructible. Materia, imbricación de las

formas, cromatismo exasperado, la totalidad de los elementos constituye una unidad monumental, puesto que sus cuadros nos impresionan siempre como grandes, aunque sean de dimensiones reducidas. Su capacidad de exaltación comunicativa proviene de la presión a la que formas y colores están sometidos dentro de los límites del rectángulo, con esa inminencia de explosión capaz de infundir en el espectador una especie de terror sagrado.

Comparados con él, Kitzel parece meramente detenerse en un bello color entreverado y sabio ; Hans Baschang en una refinada partición de la tela en compartimientos de cromatismo sorprendente ; y Schanz buscando inspiración en unas conmovedoras formas apenas garrapateadas. Al lado de Antes, el único de todos ellos que me parece de gran calidad es, sin duda, Walter Stöhrer que persigue toda clase de grafismos significativos, y se expresa tanto por la acumulación de la materia como por la pincelada que trata de ser automática, o aun por ese « chorreado » patético como un grito que inauguró Pollock y que confiere al cuadro la impresión de algo no reflexionado, el registro de una sensibilidad que busca exacerbarse.

No quiero dejar de mencionar aquí otro aspecto del Expresionismo alemán contemporáneo. Se trata del grupo llamado *Spur*, integrado por Prem, Sturm, Zimmer y Fischer. Quizá pudiera incluirse a estos artistas en lo que ahora se ha dado en bautizar como nueva figuración. Construyen todos ellos una serie de figuras de barro, una especie de maquetas de casas inventadas y delirantes que cuecen al horno conservando ese color claro de la cerámica arcaica. Pero ese fondo está realzado de colores crudos, intensos, que subrayan la silueta deliberadamente agresiva y deformada. ¿A qué se parecen estos alarmantes muñecos del grupo *Spur*? Yo diría, para quien nunca los ha visto, que tienen mucho de cultura primitiva, y mucho también del español Miró y del holandés Appel. Esta « peregrinación a las fuentes » bajo el signo de la violencia puede caracterizar a mucho de nuestro mejor arte del momento. Los jóvenes artistas alemanes no han dejado por cierto de verlo. Sólo dentro de unos años podremos juzgar de la validez de las

soluciones que hoy nos proponen : agresivas y desesperadas, juguetonas e inexplicablemente alegres, aunque sea en razón de la gama chillona en que deliberadamente se complacen.

Algunos de los buenos artistas actuales se comportan un poco como los cachorros de león o de tigre : se anuncian con un rugido impresionante mostrando los tiernos dientes de leche... y cuando saltan sobre la presa es para terminar retozando sobre la verde hierba, buscando la cariñosa palmada de quien ha tenido la presencia de ánimo de no asustarse demasiado de su alegre y feroz conducta. Conste que no es demasiado absurda la dualidad : el

hombre moderno, amenazado inexorablemente por la guerra atómica no puede, por otra parte, sustraerse al maravilloso progreso técnico de nuestra era que le da un acceso a la naturaleza y a la cultura como nunca pudo hacerlo antes en la historia.

¿Cómo expresar sinceramente y al unísono un miedo horroroso y una alegría visceral, sana, eufórica...? Los jóvenes artistas actuales parecen todos —el que más o el que menos— pertenecer a una cierra *angry generation*. Parecen... digo, porque esa furia se resuelve muchas veces en una inmensa carcajada. Y una carcajada, de lejos, se parece siempre un poco a un rugido.

STEFAN GEORGE  
(Grabado de R. Lepsius)



## Diálogo con mis recuerdos: Utrillo

POR F. COSSIO DEL POMAR

LAS PRIMERAS NIEVES lodosas del invierno de 1910 caían esta madrugada de los tejados negruzcos sobre la desierta calle Lepic. En la estrecha perspectiva divisamos la silueta de Maurice Utrillo. Parecía flotar bajo el frío negro del amanecer. El abrigo sin abrochar, la camisa abierta sobre el cuello delgadísimo, la cabeza maculada bajo el sombrero de ala ancha, alto y flaco. Era un típico personaje fantasmal de Kafka o un Greco en llamas, como la pasión misma. Pasó sin reconocer a Paco Durrio, su vecino. ¡Estaba tan borracho! Tan repugnante como la primera vez que le vi en la taberna de « La Belle Gabrielle », no lejos del « Lapin Agile ». Esa noche, corridas las cortinas sobre la luz de su espíritu, Maurice cabalgaba en las llamas quemantes de sus instintos, en pasión, dispuesto a vender su cuerpo al diablo, en este caso la cajera, una mujer muy blanca, de aspecto pueblerino.

Recostado sobre el zinc del mostrador la contemplaba con ojos ebrios. La lujuria hinchaba su boca reseca ; exhaustos sus anhelos, buscaba sosiego en el rústico ídolo de carne, de cara pálida con reflejos de alabastro. La cabellera rubia, recogida sobre la nuca, mostraba el cuello redondo y carnoso. Los ojos alargados, color tabaco claro, los dientes grandes, algo salidos, mor-

*A los mercaderes, a los faisantes, a los pintores « cósmicos », a los organizadores de exposiciones, a Madame Lucie Valore y a todos los que han hecho del arte su negocio.*

dían con frecuencia el labio inferior prominente. Su voz ronca era un llamado obtuso, una insinuación a las oscuras porfías infernales. Nadie podía representar mejor una heroína de Baudelaire que esta « bestiola » dispuesta y alerta. Fruncido el ceño de su frente baja, escuchaba a Maurice mientras tecleaba la registradora. ¿Qué podía dar a Utrillo esta María de caderas prominentes y cintura estrecha? Seguramente nada de tierno, de fraterno o de amistoso. Nada de romántico o metafísico en aquellos ojos perversos.

María, el ajeno y la policía avivaban la brasa interior de sus crisis alcohólicas y hacían olvidar a Maurice su noble serenidad. Su voz perdía el timbre juvenil y desaparecían sus modales de hombre educado. Transformado en agresivo Mr. Hyde, torcía su boca el tono canallesco del argot. Me bastó verlo así para perder todo interés por el artista. Más tarde comprendí su tragedia. Su desasosiego en busca del refugio sedante : la comunión con el demonio y la carne para desprenderse del doloroso tributo a la tierra y sentirse purificado.

Ahora me arrepiento de haberle abandonado aquella noche en el quicio de la cantina cerrada. Encontraría solo el camino de su casa, hacia el calor y la ternura de Suzanne Valadon, mujer poco común y, co-

mo buena francesa, madre amante y devota.

Conocí a Suzanne cuando ya había pasado su primera juventud. Conservaba la vivacidad, los ojos risueños y la espiritualidad chispeante de la parisiense de todos los tiempos. Pero antes de considerarla como mujer, hay que reconocerle sus dotes de gran artista.

Nacida en Bessines, en 1867, su niñez debió ser bien triste en los tiempos en que unos cuantos afortunados disfrutaban de la « Belle Époque ». Acróbata de circo, a los dieciséis años se vio incapacitada para continuar trabajando en el trapecio, pues va a tener su único hijo Maurice (1883). Obligada a ganarse la vida, sirve de modelo a Puvis de Chavannes, gentilhomme amante de las mujeres, del campo y del buen vino. Siete años le dura este empleo. Guiada por un exquisito sentido artístico, « posa » para otros dos destacados maestros de la época : Degas y Renoir. Estos pintores despiertan en ella una absorbente pasión por el arte, pasión que la lleva a cultivar una pintura personal, de gruesos trazos sencillos y espontáneos.

Madre y artista, Suzanne Valadon es ejemplo de fortaleza, de devoción y de inteligencia. Es ella la que guía al hijo en sus primeros pasos y le hace amar la vida al margen de una época egoísta y convencional. Desde su niñez le enseña a distinguir la belleza, el amor a la naturaleza y la necesidad de mirarla de cerca para captar en ella lo que hay de noble en las cosas aparentemente vulgares. Cultiva su espíritu y enriquece su sensibilidad a fin de calar en profundidad el mundo que le rodea. Cuando Utrillo, a los tres años, mezcla colores en una paleta, ya Suzanne le ha enseñado a ver por sí mismo y a interpretar a su manera. Dirige sus primeros pasos en la pintura transmitiéndole los sabios consejos de Degas, el primero en descubrir su talento. Y no provienen sus elogios de las bellas formas de Suzanne ni de sus ojos vivarachos. Es conocido el carácter severo de Degas, su honradez profesional. Si da una opinión es siempre tan exacta como el severo trazo de las líneas en sus cuadros : precisa, sin lirismos ni pudores ; se trate de los brazos desnudos de una planchadora o los muslos descubiertos de una bailarina.

En cuanto a la vida sentimental de Suzanne suponemos que fue la de toda « faubouriana » que no hace tragedia de sus primeros descabros en el amor. Antes de casarse con el artista alemán Utter decía : « Dos veces me he avergonzado en la vida ; la primera, cuando me dio dinero un hombre, la segunda cuando yo se lo di. »

Lo que es un verdadero misterio, aún no revelado por los biógrafos de Utrillo, es su origen. Para evitar presentarlo de acuerdo con esa patología a que recurren algunos escritores para descubrir el carácter de sus personajes, deducir consecuencias y reforzar rasgos que den interés al relato, descartemos la aseveración de Tabarant : « Utrillo es hijo de un tal Boissy », bohemio incorregible, marcado a fondo por el alcoholismo, y pintor de cuadros detestables que amontona en su casa sin atreverse a ofrecerlos. En realidad Boissy fue el primer marido de Suzanne y la abandona poco antes de haber nacido Maurice. Por mi parte, siempre dudé que fuera hijo de este individuo grosero que le desconoció. Para mí, que traté al caralán Miguel Utrillo, « hombre de letras », pintor, crítico de arte, periodista y arquitecto, a la vez que hombre galante, y quien da a Maurice su apellido, éste es el verdadero padre. Ambos tenían el mismo corte mediterráneo de la cabeza y el mismo cuerpo. ¿De dónde, si no, heredaba Maurice esa prestancia que no perdía del todo ni en sus momentos de mayor indignidad, cuando temblaba de lujuria ante la libidinosa María? ¿De dónde la arrogancia inconfundible de caballero español? Alto, delgado, los brazos largos terminados en afiladas manos blancas como marfil. Cara de finos trazos, ojos negros que parecían mirar siempre distraído, y cierta costumbre de avanzar la cabeza que hacía más distinguido su porte.

Ignoro las razones que tuvo D. Miguel Utrillo para ocultar sus relaciones con Suzanne Valadon. De todas maneras, no hay tal herencia fatal en Maurice. Hay, quizá, una serie de circunstancias adversas que intervienen en sus primeros años, cuando Suzanne le guía por el buen camino de la pintura. Aunque Maurice resultó incontrollable en todos los sentidos : en la vida y en el arte. Porque los verdaderos artistas tienden a ser personales. No se pliegan a

otra técnica que la propia ; ni a procedimientos que tengan que ver con sistemas y métodos ajenos. La idea de asociar a un artista a teorías y escuelas no pasaba por la mente de un « montmartrois » de 1910. Utrillo desdeña las conspiraciones de grupo. Es dueño de su geometría, su perspectiva, sus materiales. Alienta con el oficio su acento poético, y gracias a sus conocimientos logra captar en los temas más vulgares la nobleza imperceptible que esconde el arte.

André Salmon, con sus aires de actor de « Grand Guignol », declaraba : El arte actual tendrá dos inocentes, el aduanero Rousseau, el viejo ángel de Plaisance, y ese Utrillo del que hace quince años algunos no veían en él otra cosa que el mejor modelo literario del último bohemio. Pero « el último bohemio » no era un ignorante ni un simple como Henri Rousseau. No obedece a una noción simplista del universo su concepción del paisaje elemental. Ni su ignorancia de botánico le hace desdeñar la precisión cuando dibuja un árbol. Conoce, más de lo que la gente sospecha, la ciencia histórica, y como pocos habla del Giotto, de Signorelli o de filosofía... Hasta su tercer litro de vino.

¡Cuánto afán despliega Utrillo para lograr esos cielos decorados de nubes amarillentas, esas floridas verjas de los pequeños jardines del « faubourg ». Muy suya esa pintura clara que enlaza los verdes, los rosas, los azules y rojos en un encanto « utrillesco ». Su visión transforma todo. ¡Con qué habilidad representa las perspectivas urbanas! ¡Con qué originalidad extrae poesía de los basurales! ¡Cuánta dulzura descubre en los barrios amargos! La luz de la hora, el sentido jerárquico de los detalles. Un arte que no se aprende en ninguna escuela. Una claridad plástica lograda a fuerza de experimentar con los más variados materiales : tierras coloreadas, yeso, arena, vidrio molido. Todo lo estudia para enriquecer la fuerza expresiva de sus pequeñas obras maestras. Y pintaba tan fácilmente que daba la impresión de superficialidad.

Sus paisajes de la primera época, después del viaje a Córcega y a Bretaña (1912) tienen el silencio de las cosas soñadas. Nada perturba la quietud elocuente de los rincones luminosos, de los árboles sin ho-

jas, los rumores taciturnos, las enredaderas donde flanean todos los fuegos del otoño. Ni aquellos cuadros pintados muchas veces en la trastienda de una cantina para pagar la destrucción de sus furias de la víspera, carecen de este misterio de lo bello.

En el primer decenio del siglo XX vivíamos en plena rebelión contra las convenciones académicas. Montmartre era un laboratorio de Arte Universal donde un grupo de artistas había declarado guerra al Salón, a la Escuela de Bellas Artes y a las viejas glorias consagradas por las instituciones oficiales. Nuestra bandera proclamaba las ideas de Croce : « El arte es intuición. » Cada café era un cenáculo donde se discutía, se consumía café malo, vinos baratos y algunas drogas heroicas, principalmente éter y hachís.

Uno de los más notables de estos laboratorios radicales era el « Bateau Lavoir », en el 13 de la plaza Emile Goudeau. Su principal biógrafo André Salmon, y su principal inquilino Pablo Picasso. Max Jacob lo bautizó el « Laboratorio Central ». Ahí vivieron Jacques Vaillant, Juan Gris, Van Dongen y el teorizante, poeta y periodista Pierre Mac Orlan. También lo habitaron vagabundos y poetas que por Montmartre pasearon sus nostalgias. ¿Verdad, Gérard de Nerval?

Sobre la plaza, en la prolongación de la calle Ravignan, estaba cual si fuere un verdadero barco atracado al muelle de la colina. Un barco deteriorado por la pobreza y el batir de las lluvias. Uno de esos pontones remendados con trozos de madera, abandonados en los puertos. En su esqueleto apolillado, la tuberculosis había dejado herencia, y registraba su historia muchas muertes naturales y suicidios.

Maurice era asiduo parroquiano del « Lapin Agile » (Lapin à Gilles) ; punto de reunión de lo más representativo de la *Commune*. El père Frédéric tenía un libro para inscribir el nombre de los nuevos visitantes. Max Jacob ajustando el monóculo pendiente de negra cinta, escribió :

*Neuf heures du soir  
Trouver la rime à Frédéric  
Voilà le chic  
J'aime mieux attendre d'être ivre  
pour m'inscrire à bord de ton livre.*



Max de todo hacía poesía. De su pobreza, de su ternura, de su dolor. Antiguo discípulo de J.P. Lawrence en la Academia Julián, su vida oscilaba entre las letras y la pintura. Vivía en el 7 de la rue Ravignan, cerca del barco. Murió solo. Lo que más temía. Solo en la prisión de Drancy, prisión de la Gestapo.

Formaban parte de la banda del « Lapin Agile », como la llamaba Henry Verrat, una serie de escritores, actores y artistas entre los que se distinguían Roland Dorgelès, autor de *Les Croix de Bois*, la Valadon y su marido Utter, los Pitoeff. También otro amigo íntimo de Maurice, víctima como él del desasosiego : Modigliani.

Las veladas se animaban a cualquier hora. Tarde, noche o madrugada daba lo mismo. El ambiente y el grado de embriaguez eran uniformes. Nunca se pasaba de cierta conveniencia y parsimonia en la cual todos estaban de acuerdo. Siguiendo el consejo de William James : se chismeaba sobre el universo. Embustes, recuerdos, fantasías y críticas carecían de toda responsabilidad. Maurice protestaba de los juicios de Mac Orlan : « Tú te afanas por encontrar cadáveres en mis paisajes. » Max Jacob los describía en verso :

*La rue avec ses maisons blêmes,  
ses débits, ses trottoirs luisants  
et ses hasards, toujours les mêmes...*

Los poetas de la Butte encontraban que Maurice era el perfecto modelo del último bohemio ; le admiran como inocente víctima de la miseria humana. « ¿Qué quieres probar con tu gigante caligrafía cargada de blanco de zinc? », le pregunta Salmon ; y Utrillo responde sonriendo con tristeza : « Que el mundo es blanco, y es puro... a veces. »

Nunca faltaba tema para discutir sobre arte, política, libertad y revolución social. Las canciones también estaban cargadas de protestas socialistas cuando no de sentimentalismo superado ; a veces tomaban un cariz obsceno capaz de hacer enrojecer a los guardianes del orden.

Maurice interviene poco. Prefiere dejar solo a Max Jacob cuyo fuerte era el monólogo : « La sinceridad debe respaldar a la investigación crítica para llegar a conclusiones lógicas, exentas de prejuicios. ¿Quién

posee —preguntaba—, esta capacidad de sinceridad? Seguramente no los ignorantes o incompetentes, por más respetables que sean. Estos no pueden dar opinión por sincera que parezca. Sin talento y sin experiencia, la opinión sincera es maligna y sin alcance satisfactorio. »

Llegó la guerra. La Gran Guerra que venía a probar el absurdo que rige la vida de los hombres. Tras la algarada de cantos patrióticos y desfiles entusiastas, la movilización. Las calles de París se llenaron de tristeza. En las estaciones de ferrocarril, aglomerados, adormecían los soldados sobre los fusiles de largas bayonetas. La guerra tomaba un nuevo aspecto técnico. Las vistosas crines de los dragones fueron reemplazadas por los estratégicos cascos de estaño. La Madelón se extinguía con el calor del vino en las gargantas resacas. Auroras de fin de mundo coloreaban la gloria del Marne.

Maurice había sentado plaza. El capote de soldado lo llevaba como el abrigo de civil, con el cuello levantado, como si nunca dejara de hacer frío. La luz de las farolas maceraba sus facciones. Y siempre en los labios la sentencia breve y doctrinal que le sirve de regla.

Deja París. Un « París con aguacero » donde las gentes ya no reían. Antes de partir encontré a Maurice en el café de la « Nouvelle Athènes » ; estaba con Pascin, el admirable Pascin, que terminaría unos años más tarde colgado de una viga de su estudio.

Conversamos. Parecía que nada pasaba en su alma, en blanco su cara torturada, como si escuchara una música lejana. No era el Utrillo invocando al Creador para que perdonara sus culpas de borracho arrepentido. Era un hombre consciente, aunque no muy convencido, del sacrificio a que lo llevaba su deber patrio. No hacía mucho había salido del sanatorio de Santa Ana donde había escrito, sin duda bajo drogas sedantes, su biografía. Más que biografía, un alegato contra los que podían tomarlo por loco. Su máxima obsesión.

La psiquiatría en aquellos años de 1914 comenzaba a ser tomada en cuenta. Utrillo conocía las excelentes aportaciones del Dr. Charcot en el campo de la neurología. Había leído su libro sobre la historia : *Les*

*maladies du système nerveux* (1862), y gustaba abordar el tema.

Más tarde, al sostener Freud que todos los conflictos sexuales se originaban en la infancia, Utrillo queda entusiasmado por esta tesis. En el fondo, desde su infancia presiente el complejo de Edipo.

En 1914, las doctrinas freudianas vinieron a demostrar que el hombre es víctima de su incertidumbre y juego de sus experiencias emocionales. Para Freud, el hombre se encuentra ante el dilema de localizar y destruir los obstáculos o ser víctima de ellos.

Frente a Freud, el Dr. Jung erige un mundo que tampoco es un paraíso. Pero Utrillo lo encuentra menos torvo y con más esperanzas que el mundo de Freud. Jung cree que el espíritu del hombre puede modificarse. Al hombre le es posible buscar refugio en la experiencia colectiva, que incluye la incesante necesidad de religión.

Durante sus largos encierros, como lo prueban sus escritos, Utrillo estudió a Freud, a Adler y a Jung, las tres figuras del campo de la psicología que influyen en el hombre occidental como nunca había influido nada desde la publicación del *Origen de las Especies* (1859).

Después de asistir a las conferencias que da en París el Dr. Jung sobre psiquiatría, Utrillo se da cuenta de que Jung y Freud están de acuerdo en varios puntos básicos de la moderna psicología. Lo que más le satisface de las teorías del Dr. Jung sobre la mente humana, es su interés en materias tan poco científicas como el ocultismo y la brujería. Mientras los freudianos creen que Jung traiciona a los científicos por sus incursiones en el budismo y la cristiandad, aquellos que se dejan guiar por el sentimiento —caso Utrillo— acogen como un tranquilizador el Yoga, el folklore, los tabúes y otros oscuros ritos tribales.

Lo que más atrae a Utrillo sobre las teorías junguistas es su deducción de que si la mente humana ha dedicado tanto tiempo y tantas ideas a estas materias, es porque forman parte de la conciencia de la raza. Ahora cree en las herencias raciales. Hubo un tiempo en que rehusa llevar otro nombre que el de su madre. Luego, al poner de lado su cinismo desolado, reconoce que

están presentes en la mente del hombre instintos superiores brotados de razas antiquísimas, de artistas ignotos, legados a sus descendientes. Y quien quisiera conocer algo sobre esta mente, tenía que ser creyente, *Vocatus atque non vocatus Deus aderit*. (Invocado o no invocado, Dios está presente.)

Ha pasado un mundo de tiempo. Una mañana de abril ascendía con Utrillo por la rue Lepic. Ibamos a comer con el escultor Paco Durrio, el hombre de juicio más certero, y más sincero, que he conocido sobre el valor de las obras de arte. Además de ser un artista excepcional, era el hombre más bondadoso de los que formaban parte de la « Leyenda de Montmartre ».

En el despoblado y agreste tope de la colina, estaba el pequeño hotel habitado por Suzanne Valadon, en la avenida Junot. Utrillo ocupaba dos piezas, Utter un taller en el primer piso y Suzanne un pabellón donde trabajaba independientemente.

El *maquis* cubría el lado norte de la Butte, desde el molino de la Galeite a la calle Caulaincourt, terrenos baldíos ocupados en desorden por modestos edificios. Una de las últimas barracas, al lado del hotel de Suzanne es la de Paco Durrio. Lo más importante en ella era el taller, enorme pentágono repleto de esculturas empolvadas. En el centro, el monumento a la Victoria, premiado y, al mismo tiempo, desechado por « incosteable » en un concurso oficial. En un rincón el horno donde el escultor cocía vasijas, platos, ánforas, cerámica que se hizo famosa por la forma torturada y colores impresionistas.

Maurice estaba en apuros económicos, como siempre. Tenía necesidad de 200 francos. El cuadro « La Rue à Stains », que traía envuelto en un periódico, bien valía eso. Quizá Libaude, el mecenas del artista, poeta simbolista a la vez que subastador, acostumbrado a pagar un luis la pieza, consentiría en dar esa suma. A lo mejor Durrio le sacaría del apuro ofreciendo la tela a Zuloaga.

Caminábamos por las aceras estrechas rozando con casas de ventanitas verdes, los cafés-tabacs, las amas de casa con el pan bajo el brazo y canastos de verdura. Recordábamos las épocas heroicas del faubourg. Aquellos años, antes de la primera guerra, cuando no amenazaba a Montmartre la pi-

queta demoledora ; las románticas noches del « Lapin Agile » y el « Bateau Lavoir ». Saboreábamos la quietud campesina, la claridad del mediodía en las veredas bordeadas de flores silvestres. Tranquilo transitar que terminaba en el boulevard de Clichy, frontera extravagante donde París arrojaba sus detritus : niñas prostituídas, viejas proxenetas, apaches, afeminados, ladrones, policías de la « secreta », monederos falsos, falsificadores ; gentes de toda laya confundidos con poetas y artistas. Y en este mundo heterogéneo, nada de cofradías. Cada uno solo. Cada cual con el secreto de su propia vida, su drama y su hambre, sin compartirlos con nadie.

Maurice salía de tomar un « reposo » obligado en la casa de salud de Samois. Era el mismo Utrillo delgado y ausente. Las marcas de la tragedia reflejadas en la cara alargada. En su arte también estaba presente el drama que había vivido su alma ante el espectáculo de la destrucción. En el cuadro « Reims en llamas » emerge en sombría factura la vieja « manière » de los blancos marfiles de su primera época. Masas arquitectónicas rodeadas de un grueso trazo negro (1913-1920). Su arte ha perdido el velo poético de las transparencias. Pero los críticos habían declarado guerra a la transparencia. Los críticos quieren ver ante todo el « métier », y eso los inclina ahora a admirar la obra de Utrillo obediente a una dura precisión. Son las mismas perspectivas urbanas, y la misma minuciosidad de ejecución.

La crítica del arte tuvo que esperar quince años para comprender el significado del sentimiento ordenado que guía a Utrillo. Su escrupulosa concepción romántica del tema, su triunfante personalidad sobre la vulgaridad de su tiempo. ¡Quince años para romper el injusto silencio!

Por otro lado Maurice sigue siendo el mismo artista modesto, desinteresado, sin otra ambición que la de vivir tranquilo al lado de su madre y del pintor André Utter, su padrastro. ¡Cuánto admira el talento de Suzanne Valadon y cuánto le indigna la indiferencia de los críticos!

En el trayecto Maurice me habla de la sublime bondad de su madre : « Ma mère, une sainte que je bénis. » Gracias a ella al volver de la guerra ha encontrado su pe-

queño taller limpio y atractivo, la ofrenda generosa del pan tierno y el vino reconfortante.

Bien sabía yo que las primeras copas ponían al pintor en trance de remordimiento. Los aperitivos en tres escalas del camino, la brisa acariciante del viento primaveral hacían suaves las cuestas y ponían deleite en nuestros corazones.

En aquel tiempo ya habían comenzado a explotar su reputación los marchantes. Sus obras se pagaban a mejor precio que las de Suzanne Valadon. Como Picasso, ya había expuesto en el Salón de Otoño y le llamaban « Monsieur » ; la revista *Réno- vation Esthétique* se había ocupado de él, y Octave Mirbeau, en plena gloria, había comprado sus cuadros llenándolos de alabanzas.

Por último Bernheim-Jeune contrató su producción por un millón de francos anuales, cifra fabulosa para la época.

En 1920 el pintor, el de « Los Muros Miserables », como lo define Albert Falment, da comienzo a su pintura colorista. Como Renoir, su visión se inclina a los rojos vibrantes entre crudos blancos y azules. El gris que supo hacer vibrar de luz, casi desaparece bajo los desbordantes cromatismos, aunque siempre desdeñando el repertorio de las facilidades decorativas. Al poner transeúntes hace menos humano el paisaje. Las damas de caderas opulentas, que tanto molestan a Tabarant, no llevan propósito ornamental. Acentúan la preocupación por el oficio de la llamada « Epoca Blanca » que lo aproxima al Giotto. Véase el rincón de Saint Bernard (1924), de perfecta factura. En esta época desaparece el candor, la emoción viva, la sensación fresca del Utrillo de *avant-guerre*, de los cuadros que pintaba al volver de sus viajes alucinantes para refugiarse en el perdón del arte con sincero arrepentimiento infantil.

En casa de Durrio nos esperaba una agradable sorpresa. Roland Dorgelès compartiría con nosotros el jugoso asado preparado por la amiga de Paco. Sólo una bretona puede sacarle más sabroso jugo a la carne y preparar la ensalada *juste à point* como lo hacía Cécile : ama de casa, ama de Durrio y ama de ocho gatos que dormitaban en los rincones más insospechados de la barraca. Uno dormía bajo la cama en com-

pañía de las maravillosas obras de Gauguin, que el escultor guardaba como tesoro invendible. La comida rociada de vino grueso de Burdeos fue amenizada por la conversación de Dorgelès. Ya éste había ganado una buena posición económica y un puesto glorioso en las letras de Francia, y si bien renegaba de sus años de « montmartrois », lo hacía con añoranza : « Montmartre sólo ha dejado en mí el recuerdo amargo de días estropeados, de esfuerzos estériles, de amores truncados. ¿Afectos? El de taberneros pícaros. ¿Recuerdos? El de la casa humilde e incómoda. Sin embargo, cuando dejé Montmartre se me cerró el corazón. Comprendí que en estos casos es a nuestra juventud a la que decimos adiós. »

Y fijando la vista en el retrato de Mallarmé que pendía en el muro, obra de Gauguin, donde el cuervo de Edgar Poe encaramado sobre el busto del poeta, repite la fatal respuesta : *Never more*. « Nunca, nunca más », continuó : « Nadie nos devolverá lo que el tiempo se llevó. ¿Por qué no podemos revivir nuestros mejores días como si volviéramos a poner un disco en el fonógrafo? »

— ¿Nos volverían a gustar como antaño? pregunta Maurice levantando las pobladas cejas en acento circunflejo.

— Creo que no. Ninguno de nosotros lora los veinte años que una estúpida tradición considera la mejor edad. Lo que verdaderamente echamos de menos son esas simples alegrías y el pequeño ambiente donde disfrutábamos de buena salud. Recordemos cosas en realidad insignificantes. Para mí, lo que más extraño de esa época es la fuente de la rue de l'Abreuvoir donde nos deteníamos a charlar, el cerezo de la rue Norvins que nos anunciaba la primavera, las pequeñas callejas y el comedor del Mesón donde Berta servía la sopa de coles. El resto, se los regalo. A esa edad nada poseemos. Ni siquiera una amante. Humillaciones, repulsas, el orgullo abofeteado cada día. La lucha sin tener colmillos ni garras. ¡Los veinte años presuntuosos! Que me perdonen los escritores de novelas, la juventud es la peor época de la vida.

\*

El tiempo con su implacable guadaña, su anticuado reloj de arena, sus luengas

barbas de enterrador y revolucionario, ha seguido su camino inexorable. Estamos en 1934. Vuelve Utrillo a la luz pública después de larga ausencia, que pocos notaron, sometido, sin duda, a una de esas periódicas reclusiones para enfermos mentales.

Esta vez hace su reaparición apoyado en una señora regordeta, imperativa, tipo de « femme d'affaires » que nada, pero nada, tiene que ver con el mundo bohemio donde pesca a este representante de los finiseculares « pintores malditos », cuando daba sus postreras manotadas en el torrente de las nuevas teorías respaldadas por el mercado del arte contemporáneo.

Verdadera sorpresa causó en el ambiente artístico de París el matrimonio de Utrillo con madame Lucie Valore, viuda de uno de los muchos apasionados coleccionistas de la pintura del « último bohemio » de París. El casamiento era un enigma para todos. Pero mucho más para los que conocíamos a Utrillo. ¿De dónde salió esta viuda que se decía propietaria de un castillo en Angulema? La única referencia que teníamos era la afición del difunto marido por el arte, y la gran cantidad de cuadros de valor que almacenaba.

Gracias a un amigo poeta me encontraba en la boda, entre selecta concurrencia de críticos, acomodados burgueses y familiares. Algunos meses antes del matrimonio se había dado mucha publicidad al pintor en los periódicos de las grandes capitales del mundo. En Londres, en Nueva York y en París aparecieron lujosas ediciones sobre la vida y el arte de Utrillo ; las galerías exhibían en lugar de honor sus cuadros representando diferentes épocas ; en las librerías, reproducciones a todo color de sus paisajes : en los bazares se vendían copias desde diez centavos hasta treinta dólares. Volvía a ser noticia el artista. Noticia de interés económico. La prensa recordaba que en el Hotel Drouot, ahí mismo donde en 1914 se vendieron veinte Utrillos por 576 francos, se subastaba, en 1926, un solo cuadro de Utrillo por cincuenta mil dólares.

¡Y pensar que por cien francos, antes de la primera guerra, hubiera podido comprar un paisaje de los exhibidos en las grandes galerías! ¡Cien francos! Un cuadro representando esas callejas de Montmartre con

casitas rosas de persianas verdes, alineadas bajo cielos de transparencia inimitable.

Por lo doble de esa suma pude comprar un paisaje de los alrededores de Montmagny. Una casa blanca entre sauces al lado de un estanque, el agua tan verde de lama que semeja una pradera ; paisaje que es el punto de partida de ese arte personal, tan simple y tan profundo, donde asoma ya la tristeza extraída de lo más íntimo de sus inquietudes. Documento plástico de sus años juveniles en esa tierra húmeda de poesía, de los mismos lugares que pintara Sisley y Pissarro, pero sin los deslumbrantes empastes del danés y sin el delicado panteísmo del anglo-francés. Pintura donde está presente « el sentimiento humano » que nutre su arte, y que Utrillo transmite con ese razonar de la inteligencia que hace su desesperación, que lo tortura desde muy joven al producirse el choque de sus deseos en carne viva. Sus dudas, los sacudimientos de la pasión y el frío de la soledad. La carne y la sangre desgarrando el frágil cuerpo fatalmente ligado al desasosiego. La historia cotidiana de su alma cantada por Paul Fort en versos tiernos y galantes.

Sin duda a Madame Valore no la lleva al altar el amor por el hombre que como un pingajo humano cuelga de su brazo, ni otro interés que el valor representado por su flamante marido en el mercado artístico.

Trajeado de chaquet negro, pantalón a rayas, en el ojal, no ya el botón de las Palmas académicas que tanto ambicionara otrora, para probarse a sí mismo el valor de su pintura, sino otra condecoración de mayor categoría : la roseta de Oficial de la Legión de Honor, como cualquier dandy secretario de embajada, conseguida un mes antes, gracias a las gestiones de su flamante esposa.

Poco queda de su talante de gentil hombre, de *bellos* ojos y descuidada cabellera negra. Parece un hombre que ya no es de este mundo. La costumbre de adelantar la cabeza, acentuada por los años, le da la apariencia de estar encorvado. Todo nos hace deducir que el matrimonio sólo será un episodio más de « La Leyenda de Utrillo ».

El héroe de la jornada parece ausente. Su continencia digna, serena, contradice

las rebeldías o las jeremiadas penitentes que han exhumado los críticos inspirados de las memorias que escribió en el hospital. Muchos de los que no conocieron bien a Utrillo le presentan como un impulsivo, un alcohólico siempre rodeado de « lúbricas sirenas ». Y Utrillo es, ante todo, un artista. Un artista genial con alma de monje franciscano e ideas volterianas ; un hombre herido, no por la incomprensión o por el odio, simplemente por la estupidez o la indiferencia de las gentes que le rodean ; con un anhelo de pureza interesado en la dulce visión de las cosas, y malogrado por las fuerzas perversas que siempre destruyen lo que hay de noble en este mundo. Enervado por la asechanza de coleccionistas y marchantes en busca de buenas inversiones, sobre todo desde que obtuvo un clamoroso éxito con la exposición de sus cuadros del « Período Blanco », en 1919.

Su verdadera historia sigue siendo la simple historia, como muchas, de un espíritu religioso, sin frenos, dando tumbos hasta las últimas etapas de su desgraciada vida. Sin duda huyendo de la preocupación de que lo creyeran loco, busca refugio bajo la protectora sombra de la viuda. Ahora podrá saborear tranquilo sus recuerdos de infancia y pintar cuadros que despiertan la tenaz emoción de las cosas evocadas o la amarga fascinación de las cosas tristes. Podrá cantar a gusto, infatigablemente, como acostumbraba hacerlo :

*Boire, rire, chanter  
Et le dimanche y danser.*

¿Pondrá fin el matrimonio a sus crisis deprimentes? ¿Reavivará el período heroico de su pintura? ¿O simplemente terminará con Utrillo?

Cuenta George Mitchel que el día de su casamiento, acercándose a Utrillo le preguntó : « ¿Te sientes feliz? »

Y Utrillo, como si el odio le torciera la boca, con la mirada vaga, perdida entre la concurrencia, le respondió con otra interrogación :

— ¿Verdad que soy un pobre hombre? (*Un pauvre type*).

— Tú eres, sobre todo, un gran tipo.

— Pero soy, sin embargo, un pobre tipo, insistió Utrillo.

Al ver a los últimos invitados dirigirse

a sus automóviles, Maurice pregunta a Mitchell :

— ¿Han venido para festejar mi boda o para hacer subir el precio de mis cuadros? ¿No te digo que soy un pobre tipo?

Pero al ver aproximarse a Lucie, acariciando con sus dedos largos, temblorosos, el rojo botón de la Legión, se apresura a rectificar : « ¡Oh! Ya no soy más un pobre tipo... Gracias a Lucie. »

Del atrio parte el Cadillac conduciendo a los novios. No se detendrá hasta Le Vésinet, ante una típica construcción provinciana, propiedad de Madame Lucie Valore. La villa tiene una imponente verja de hierro coronada de lanzas puntiagudas, parecida a la clínica psiquiátrica de Santa Ana. Después de todo ya Utrillo está acostumbrado, desde los 17 años, a esta clase de alojamientos.

En adelante trabajará a sus horas y beberá a sus horas. Le ha tocado una carcelera fiel que vigilará, incansable, cada uno de sus actos. Ni la misma Suzanne Valadon, la madre que siempre le dio consuelo y ternura, podrá en adelante romper la dura disciplina impuesta por su mujer al pintor. Todo se hará por « prescripción médica ».

Con la actitud indiferente del que comprende lo vano de la gloria, Utrillo inicia otro período de su vida, diferente del que vivió en su infancia. Domesticado, decorado, la cara rasurada, los cabellos bien peinados, del brazo de su otra « mitad » irá a misa los domingos y pintará porque le ponen unos pinceles en la mano, y porque no le queda otro remedio, si quiere ganar su ración de vino. ¿Pero qué pasión pondrá en su arte?

Ventiún años prolongará su rencor taciturno tras la verja de hierro de la villa de Le Vésinet, sin perder la costumbre de recibir con palabrotas a los que se presentan a visitarlo. Si el que hace sonar el timbre de la entrada es algún pudiente comprador, la señora, solícita, acude para interrumpir las interjecciones y explica : « El maestro está fatigado », y como a un niño desobediente, encierra a Maurice en la capilla.

La capilla —escribe George Mitchell— es una pequeña pieza, repleta hasta el techo de trozos de mármol, de pedazos de bron-

ce fundidos, de vidrios de colores, de cartas postales. « Todos los días, varias veces —decía Utrillo— beso a mis Juanas de Arco. » Añadiendo : « Es trabajo, pero es un santo trabajo. »

Los filisteos de la moralidad aplauden y justifican el rigor de la Valore. Sostienen que dadas las condiciones en que vivía Utrillo, hace años que habría muerto. Podríamos discutir este punto de vista. Si valen más las cuentas en el banco, el vaso de vino a su hora, el valor comercial de sus cuadros, o la lucidez de unos años, cualquier número, para crear y beber en libertad.

Un año después de la muerte de Utrillo, en 1955, reviven las páginas balzacianas de este capítulo matrimonial. En el mercado del arte aparece una alarmante cantidad de « Utrillos », y la vida, poniendo a prueba sus dotes policíacas, descubre una falsificación. Según el acta levantada ante un escribano con asistencia de críticos, periodistas y fotógrafos, se hace constar que « Madame Lucie Valore » Utrillo, de sesenta y tres años, quema en el jardín de su casa de Montmartre treinta utrillos confiscados con la ayuda de la policía ». Este acto de « purificación » obedece —al decir de la viuda— al propósito de « salvaguardar la reputación del desaparecido artista ».

Los expertos creen otra cosa. En efecto, de lo que se trata es de mantener el valor del mercado, sobre todo cuando en la última subasta algunos cuadros llegan a alcanzar la suma de 52.000 dólares. Lo peor del caso es que en realidad no existían tales falsificaciones. Eran cuadros auténticos, clandestinamente pintados por Utrillo para procurarse el licor que su mujer le racionaba. Ese esfuerzo del pintor sólo produjo telas malamente embadurnadas. Bien merecían la fogata casera avivada por la implacable inquisidora.

En el viejo cementerio de Montmartre, entre tumbas calcinadas por el sol, hay una cruz con el nombre de Maurice Utrillo, artista que dejó huella entre tantas existencias mortales. El fuego de la pasión no volverá a quemarle las entrañas. Han terminado crisis y abismos. Ha encontrado lo que tanto buscó en vida : una puerta de escape para su desasosiego.

## Una nueva etapa creadora en la música de la Argentina

POR JUAN CARLOS PAZ

LA TARDIA incorporación de la música de la Argentina a las corrientes avanzadas del siglo, comienza, cronológicamente, en la toma de conciencia, en los compositores jóvenes del decenio del 20, con el estado universal de la música, y paralelamente, a la confrontación con la música de la generación argentina precedente; actitudes que plantean una escisión decisiva entre antiguos y nuevos, de franca filiación disconforme estos últimos, y de actitud revisionista y actualizante.

Esta nueva generación, que procedía de la escuela francesa, desde Franck a Ravel, pasando por Fauré y Debussy, siguió luego en parte, y con resultado positivo, una conducta de virtual acercamiento a las tendencias, de Stravinsky, *le Groupe des Six* y hasta un poco de Hindemith, o sea un neoclasicismo que se erguía en defensa de la tonalidad y de las formas clásicas, o sea del patrimonio de la música occidental. Esa actitud de los *nuevos jóvenes* se concretó en la formación de una entidad de compositores —*el Grupo Renovación*—, integrada en su comienzo por cinco miembros: Juan José y José María Castro, Jacobo Fischer, Luis Gianneo y el que suscribe. Esporádicamente integraron el Grupo Renovación Julio Perceval, Honorio Siccardi y Gilardo Gilardi. Las finalidades del Grupo Renovación oscilaron entre el conocimiento y la divulgación de obras de sus componentes, a lo que se agregó la de obras contemporáneas de diversas escuelas y tendencias.

Este primer paso de la música de la Argentina hacia una incorporación a las inquietudes renovadoras del momento estaba cumplido; pero, cosa que es de lamentar, el esfuerzo no prosperó mayormente, pues la ausencia de convicciones profundas por una parte, y las actitudes académicas y acomodaticias por otra, malograron la influencia positiva que el G.R. pudo haber ejercido en el ambiente a su debido tiempo. Por otro lado, la música oficialista y reaccionaria, que languidecía en una especie de folklorismo teñido de Debussy, Ravel, Falla y... Puccini o Mascagni, se impuso ampliamente, favorecida por la ausencia de maestros y de críticos capacitados y por la cómoda ubicación, en las instituciones oficiales, de cuantos alardeaban de serlo y terminaron por creer que lo eran.

Es de imaginar el efecto que causaría en ese medio conformista y perpetuamente anacrónico la aparición del dodecafonismo, introducido en 1934; baste consignar que hasta hoy, la generación a que me refiero no ha llegado aún, no sólo a practicarlo, sino que apenas comienza a conocerlo. Ahora que el dodecafonismo ha terminado su esfera de acción —alrededor de 1950—, algún rezagado comienza a interesarse por él, a fin de escribir zambas o malambos dodecafónicos.

El lapso que va de 1936, en que comienza el rápido derrumbe y luego la desaparición del G.R., hasta el momento actual, no señala otro acontecimiento en el panorama musical argentino que el ingreso del

elemento renovador de la dodecafonia. Hubo que esperar que a mediados del decenio del 50 surgieran algunas incipientes demostraciones personales o que aspiraban a serlo, continuando a impulso de las posibilidades que se inician a partir de Olivier Messiaen y se continúan en cuantos trabajan con afán de superación, encaminándose al logro de una nueva realidad musical.

De manera, pues, que coincidiendo con los movimientos de renovación que acusan actualmente las artes en la Argentina, y más propiamente en Buenos Aires, se lleva a cabo desde hace ya dos decenios, y se ha intensificado notablemente en la actualidad, un movimiento de inquietud y de renovación positiva, muy digno de consideración y de estudio. Este nuevo espíritu renovador ha incidido particularmente en la poesía, las artes plásticas y la música, y se apoya en una convicción y en una realidad concreta, cuales son el agotamiento de los estilos tradicionales y sus derivados, y la adquisición y empleo de nuevas bases y recursos de técnica y experimentación para llevar a cabo la etapa creadora a que nos referimos. Esta etapa, que surge entre nosotros paralelamente a la incorporación y adopción de otras manifestaciones del nuevo arte, sitúa por vez primera a la música de la Argentina en la línea de las corrientes transmisoras de valores de la música mundial.

Para que tal cosa aconteciera, hubo que valerse en principio de una técnica de la composición que, como la dodecafónica, ofrece las garantías de una renovación integral de los elementos musicales, sometidos a una máxima exigencia y emplazados hacia un límite extremo en cuanto a rendimiento y posibilidad. Esto supone, si se considera como punto de partida e impulsión consecuente a una línea de conducta en desacuerdo con la muelle concepción del compositor inspirado —tan cara a la mentalidad latinoamericana—, que crea al dictado de las musas, o, dicho en términos menos gastados y jactanciosos, que saquea impunemente el viejo arsenal folklórico-impresionista. La nueva conducta que se ha de considerar, parte de una rigurosa higiene mental, que juzga a la música, en principio, como un proceso a base de organización racional del sonido, y no co-

mo un álbum de fotografías familiares o una *kodak* con la que se obtienen innumerables imágenes o impresiones pintorescas o sensibleras de ambiente, tipos y oportunidad. En consecuencia la música, que poco tiene que ver con la literatura o con la plástica, debe llevar a cabo, entre nosotros, una ardua tarea de depuración.

La *Agrupación Nueva Música*, que en Buenos Aires y desde 1937 viene realizando una ardua campaña de divulgación de la música avanzada de nuestro tiempo, amplió su programa de acción posteriormente dando a conocer obras de los nuevos compositores de la Argentina a adscriptos a dicha entidad, como Mario Davidovsky, Carlos Rausch, Edgardo Cantón, Nelly Morretto, Mario C. Franchisena, Francisco Kröpfl, Carlos Roqué Alsina, Susana Barón Supervielle y el que suscribe, y de otros que, como Miguel Gielen y Mauricio Kagel, se radicaron posteriormente en Europa. Esteban Eitler —1913-1960—, fue, a su vez, uno de los pioneros de nuestra época heroica. Las tendencias que patrocinó particularmente la A.N.M. fue el dodecafonismo, desde Schoenberg, Webern y Berg hasta sus consecuencias extremas, y actualmente deriva su práctica y su prédica, en conciertos de cámara, conferencias y audiciones fonoelectricas, hacia las tendencias más avanzadas de la música mundial, especialmente el serialismo y la música electrónica.

Los compositores militantes en la A.N.M., a los que hay que agregar otros que se mantienen independientes, como Hilda Dianda, Juan Carlos Beschinsky y A.J. Stilman de Lasansky, adoptan distintas actitudes individuales aunque coincidentes en cuanto a normas comunes de renovación —de autorrenovación—, ya provistos de un buen caudal de experiencia y de obras resultantes de esa experiencia, que contrastan visiblemente con los balbuceos de los recién llegados, cuya intoxicación de diversos y contradictorios «ismos» es evidente.

Mario Davidovsky es uno de los mejor dotados de la nueva generación de compositores, y se desplaza hacia expresiones propias a través de una asimilación progresiva de diversas técnicas de la composición, actuando en los dominios del serialismo y de



la música electrónica. Es autor de un *Cuarteto de cuerdas en un movimiento*, *Pequeño Concierto* para cuerdas y percusión, *Cuarteto variado* para cuerdas, *Suite Coreográfica*, *Series sinfónicas*, *Nonetto*, dos *Tríos*, y *Quinteto* para clarinete y cuerdas. En 1958 fue invitado por Aaron Copland para participar en el Festival de Dangwood (U.S.A.), fue premiado con una beca por la Julliard School y obtuvo además los premios « Raphael Gelyn » por su *Obra para Orquesta*, en 1959, y el de la « Broadcast Music Inc. », (N.Y.) por su *Cuarteto variado*. Para el período 1960-61 obtuvo beca de la Fundación Guggenheim de Nueva York para estudiar en el « Electronic Music Center of Princeton and Columbia Universities ». Sus composiciones, a partir de 1960, son las *Piezas para Orquesta*, *Trío* para trompeta, clarinete y viola, y *Sonoridades*, para el mismo instrumental. Su producción de música electrónica comprende *Estudios*, 1 y 2, y *Sincronismos*, para flauta y sonidos electrónicos.

Otro valor que debe considerarse en primer rango en la moderna música de la Argentina es Hilda Dianda, que también obtuvo una beca para proseguir estudios en Europa. En su primera estancia en Italia y Suiza estudió con G.F. Malpiero y con Hermann Scherchen, y en una segunda estancia de cuatro años, en Francia, Italia y Alemania mantuvo una constante actuación, figurando sus composiciones en diversos Festivales Internacionales de Música Contemporánea. Se vinculó al grupo de la « recherche du son », de la Radiodifusión y Televisión Francesa, dirigido por Pierre Schaeffer, y luego trabajó con Bruno Maderna en los Laboratorios de música electrónica de Milán, en que realizó *Dos Estudios de Oposición*. En 1960-61 participó en Festivales de Nueva Música, en Darmstadt.

Su actividad como compositora y divulgadora de la música contemporánea de tendencias avanzadas es constante, ya sea en conferencias públicas, en audiciones o en charlas radiales. La producción de la compositora acusa sus preferencias por el género de la música de cámara: tres cuartetos de cuerda, *Trío* para instrumentos de aire, *Quinteto*, para el mismo instrumental, tres sonatas para piano, *Toccata*, para

clave, *Diedros*, para flauta. Música vocal: *Canciones*, para voz, guitarra, vibrafón y percusión, *Poemas de amor desesperado*, para voz, viola y chelo; *La flauta de jade*, para voz y piano. Para orquesta: *Obertura concertante*, *Obertura para Títeres*, *Scherzo*, *Adagio* y *Final*, *Música para arcos*, para chelo solista, instrumentos de aire y de percusión. Ha escrito, además, música para *film* y música para niños. Hilda Dianda, como M. Davidovsky, es uno de los escasos valores musicales que en la Argentina, y en la línea avanzada, no anteponen la gramática al mensaje expresivo, los principios al impulso. En su música es siempre este último el que atrae y se impone —la musicalidad intrínseca de la compositora—, y los recursos del oficio, por más atractivos que sean, conservan su verdadera jerarquía, ya que sólo son medios o recursos, no fines. La compositora juzga sus obras precedentes a su segunda etapa europea como de preparación —anticipación— a la actual, que considera definitiva en cuanto a orientación técnica y estética. Resultado de ese filtraje es su preferencia por sus composiciones recientes, como *Estructuras*, para chelo y piano, *Cuarteto 3*, *Percusión* para once ejecutantes, *Rimas*, para conjunto instrumental mixto, *a*, *4*, para chelo y banda magnética, *Díptico*, para seis instrumentos de aire, arpa, celesta, vibrafón, xilofón y seis percussionistas.

El caso de Juan Carlos Beschinsky es particularmente interesante, por la trayectoria cumplida y por las ideas que impulsan su labor creadora. Se inició en la composición siguiendo las enseñanzas de Schoenberg y de Webern, cuya influencia profunda se manifiesta en sus composiciones de los años de aprendizaje. Después del hallazgo y el análisis de las obras de Stockhausen y de Boulez surgen las experiencias de su segunda etapa —1960-61—, que se concretan en *Cuatro estudios para tres* para violín, vibráfono y piano, y *Pentáfono*, para quinteto de cuerdas y piano. Este segundo período incursiona en procedimientos de tipo aleatorio en una pieza para flauta, *Series*, y que luego aplicará como factor básico de desenvolvimiento formal en *Alea*, para tres instrumentos de aires. *Derivados*, para dos pianos, extiende el procedimiento de las estructuras postseriales y

las conduce al plano de las intensidades y de la registración. En *Espacios y Duraciones* plantea la fusión de dos planos autónomos: el método experimental, con sonidos indeterminados, y el método serial, basado en ecuaciones matemáticas, y confiado al violín solo. Con *Homenaje a Charles Ives* se inicia un repudio de las fórmulas seriales, aleatorias y puntuales, que para Beschinsky encarnan ya un insoportable « manierismo » de última hora, y se las sustituye por una plástica —derivada de Varèse—, en la que predominan la sonoridad armónica, los volúmenes, el timbre y las intensidades, sobre planteos científistas y matemáticos —también de Varèse—, robustecidos por el pensamiento y obra de Janis Xenakis, a quien trató Beschinsky recientemente en París, y que es el creador de la música « stokástica ». En este nuevo enfoque de la composición queda solucionada la crisis serial y aleatoria en que se viene debatiendo la música, llevada a un callejón sin salida por Boulez, Stockhausen y sus infinitos plagarios e imitadores.

Francisco Kröpfl es el pionero de la música electrónica en la Argentina, organizador y director del Estudio de Fonología Musical de la Universidad de Buenos Aires, a la vez que encargado de lo concerniente a música en la Sala Audiovisual del Museo de Bellas Artes.

Kröpfl define su actitud compositorial, a semejanza de J.C. Beschinsky, Nelly Moreto, César M. Franchisena, Carlos Roqué Alsina y, en parte, Mario Davidovsky, dentro del imperativo de la « música por el sonido »: es decir, en la búsqueda de la nueva sonoridad y la nueva estructuración de la gramática musical. En el primero de ambos aspectos, Kröpfl practicó en el « piano acondicionado » —*Música 1953*—, *Música para tres percussionistas y sonidos electrónicos*, *Esquema de improvisación*, para registro magnetofónico, piano percutido y punteado, *Música para clarinete y cuatro percussionistas*, *Dimensión*, para piano percutido, vibráfono, dos guitarras eléctricas y platillos, *La piel de cada día*, para voz, conjunto de cámara y registro magnetofónico. En música electrónica trabajó *Cuatro ejercicios de texturas y Orillas*.

La inquietud renovadora que caracteriza

a los miembros de la A.N.M., así como a otros compositores independientes de la Argentina, alcanza a Nelly Moretto, que estudió en Buenos Aires y en los Estados Unidos. La compositora comenzó trabajando un estilo agresivamente disonante, —*Invenções*, para piano—, incorporándose desde el comienzo a una problemática intensa, que la ha conducido, a través de un decenio de actividad compositorial, a volcarse hacia las experiencias de música electrónica. Pero antes de llegar a ésta su reciente actitud, cultivó una etapa dodecafónica y otra serial en que aplicó esa técnica de la composición, no de manera ortodoxa, sino adaptándola a concepciones propias dentro de una base de interpolaciones rigurosamente matemática. Su *Hipocicloide I*, para pequeño conjunto instrumental, e *Hipocicloide II*, para orquesta, responden a esos procedimientos estructurales, así como su *Música para dos pianos*, *El Trío*, la *Composición para flauta, viola, clarinete y guitarra*, *Música para oboe, violín y chelo*, *Música para nueve instrumentos*, se desenvuelven dentro de la técnica serial.

Carlos Roqué Alsina es positivamente el valor más promisor de la generación más joven de la Argentina. Desde sus primeros intentos de composición se inicia con una característica renovadora, ya sea en la composición específica, en la ejecución múltiple —piano, percusión—, o en la grafía musical. Su labor compositorial comprende *Tres canciones* para voz y piano, con textos de Shakespeare, *Suite*, para piano, *Tres Estudios* para piano, *Cuarteto de cuerdas*, inconcluso; *Réquiem* y *Aleluya*, para soprano, piano, flauta, clarinete, violín, chelo, vibráfono, xilofón y diez percussionistas, *Cuarteto*, para flautas dulces, *Quinteto*, para maderas, *Música 1962*, para clarinete, corno, piano y percusión. Sus procedimientos oscilan entre lo serial y lo aleatorio. Roqué Alsina trabaja actualmente en el análisis de las consecuencias formales generadas por un sistema de escritura que le es propio, y que, en líneas generales, tiende a obtener mediante figuras a distancias aproximadas, una mayor flexibilidad en la ejecución de pasajes de polifonía rítmica compleja, a la vez que genera diversas formas de desplazamientos rítmicos, produciendo

una constante fluctuación en el acento y la velocidad. Uno de estos ensayos, en el que la forma está concebida mediante una continuada modulación tímbrica es la *Música* 1962 ; en ella la improvisación está regida por diversos estímulos visuales que generan el proceso formal que seguir.

Actualmente Roqué Alsina cursa estudios de física electroacústica en el Laboratorio de Fonología Musical de la Universidad de Buenos Aires.

Tirso de Olazábal —1924-1960—, fue el primero y único experimentador en el terreno de la música concreta entre nosotros. Fue premiado con una beca por el gobierno de Francia, completando estudios de composición con Arthur Honegger en la « École Normale de Musique », y estética musical en el « Conservatoire » ; posteriormente trabajó con Pierre Schaeffer y Pierre Boulez en música concreta y electrónica, dirección orquestal y música para cine. Aparte sus obras de factura tradicional, que son las que dio a conocer, ensayó diversas experiencias en música concreta, a la que dedicó también parte de su prédica como conferenciante y divulgador. Escribió obras para piano, voz y piano y pequeños conjuntos instrumentales, como *Sonata*, para cinco instrumentos, *Scherzo*, para nueve instrumentos, *Trio*, para violín, clarinete y piano, *Introducción y tema variado*, para piano, clarinete y cuarteto de cuerdas, dos *Divertimenti*, para instrumentos de aire, *Sonata*, dos fantasías, *Dos canciones castellanas*, para voz y orquesta, *Música de escena para Macbeth*. Publicó un volumen sobre *Acústica* musical y organográfica.

Este compositor, prematuramente desaparecido, tendía a expresarse particularmente dentro de las nuevas conquistas en el terreno del timbre y los nuevos sonidos concretos. Su etapa cumplida fue para él algo considerado como producción de emergencia. Lamentablemente, su desaparición impidió el cumplimiento de aquello a que aspiraba : la expresión inédita obtenida con medios inéditos.

César M. Franchisena también ha hecho derivar sus inquietudes hacia la obtención de lo inédito musical, en este caso el campo de la electrónica, experimentando en el Laboratorio Electroacústico de la Univer-

sidad Nacional de Córdoba. Dentro de esa tendencia extrema de la música actual, trabaja actualmente el compositor en *Canticum novus*, no sin haber experimentado antes con los instrumentos tradicionales, como ocurre en el *Trio*, para piano, violín y fagot acondicionados —o distorsionados—, o en la *Pieza* para violín y piano acondicionados. Estos ensayos a base de sonidos inéditos no satisficieron al autor, quien se aplicó al estudio de la electrónica y sus posibilidades y relaciones en el campo de los sonidos. Con antelación al actual período de producción de tipo electroacústico, produjo una composición dodecafónica, —*Estructuras variadas*—, un *Concierto* para piano y orquesta, *Divertimento*, para dos violines, *Tres antifonas*, para voz y piano, *Cántico*, para cuarteto vocal, *Concertino*, para piano y cuerdas, etc.

Susana Barón Supervielle, contrariamente a la mayoría de sus colegas, empeñadas en una decidida empresa de base de búsqueda y hallazgo experimental, cultiva la « música con expresión » : es decir, como válvula de escape a la saturación poético-sentimental. Temperamento lírico por excelencia, busca su estímulo creador en lo extramusical, en la poesía, a la que conduce o trasplanta a un plano sonoro que las más de las veces se transforma en un clima de sublimación. Esto lo obtiene la compositora, por lo general, en composiciones breves, preferentemente para voz femenina y pequeño conjunto instrumental mixto, en que las sonoridades tenues y bien dosificadas, a base de cuerdas, flauta, clarinete, celeste, piano y alguna percusión comprenden la totalidad del *ensemble* vocal e instrumental. Susana Barón Supervielle cultivó variadas técnicas de la composición, deteniéndose especialmente en una productiva y un tanto dilatada etapa dodecafónica, para luego derivar hacia procedimientos seriales a base de estructuración rítmica. Ha producido, dentro de su tendencia más atenta a los dictados de la intuición, en general, que a los planteos apriorísticos racionales, y al impulso lírico derivado del factor poético-literario antes que a un imperativo de principios, diversas exaltaciones de textos de Paul Valéry, Jules Supervielle, Jules Renard, Henri Michaud, Federico García Lorca, *Sonnet I*, *Sonnet II*,

*Composición 1957, Cuarteto, Divertissement sériel sérieux*, las dos primeras para voz y varios instrumentales, las otras para diversos conjuntos instrumentales, *Dos cantos negros*, para coro mixto, integran lo más destacado de su producción.

Carlos Rausch se incorporó a las corrientes de la música contemporánea a través del jazz, en cuyo terreno es un ejecutante consumado. Después de un extenso período de aprendizaje escolástico ingresó en las filas del dodecafonismo, donde cultivó una síntesis formal característica de los límites extremos de esa técnica de la composición. Su *Construcción I* para piano, dentro del dodecafonismo libre, y el *Trio* para instrumentos de aire y el *Cuarteto de arcos*, escritos ambos en la técnica ortodoxa, completan hasta ahora su obra de compositor, lamentablemente escasa al presente. Una autocrítica quizás excesivamente rigurosa es la causa de que Rausch haya conservado únicamente una mínima parte de su producción. Dedicó gran parte de su actividad como ejecutante a la difusión de la música actual de carácter avanzado. Establecido desde 1959 en Nueva York, ha canalizado actualmente sus preferencias hacia la dirección orquestal. Quizás en su *Cuarteto* op. 4, de intenso contenido expresivo, que recuerda en sus aspectos formales al Schoenberg de la *Primera Sinfonía de cámara* y del *Segundo Cuarteto*, puedan hallarse las cualidades intrínsecas de esta vigorosa personalidad en período de formación.

Silvano Picchi nació en Italia (Pisa), el 15 de enero de 1922. Instalado en Argentina en 1925, vivió en Córdoba hasta 1938; luego, en Buenos Aires, abandonó a los 17 años los estudios de segunda enseñanza, e inició los de música. Primeramente fue el violín; después, la composición. Desde 1941 hasta 1946, y luego en 1948 y parte de 1949, asistió en el Conservatorio Nacional a cursos de aquel instrumento y de armonía, contrapunto, fuga, etcétera; pero dado que, por supuesto, no halló en esas clases la dimensión técnica ni estética buscada ni logró adaptar sus concepciones al desarrollo de los planes académicos, comenzó a trabajar por cuenta propia, realizando su labor en forma independiente y con las inevitables influencias.

De esa época —1948—, es *Sorpresa* (para tenor y trío de cuerdas), cuyo único interés estriba en la acentuación rítmica de las partes y en el tratamiento de las mismas, que ya denota la inclinación por el contrapunto. Siguen varias canciones, un *Preludio y Fuga*, para órgano; *Suite Antigua*, para orquesta reducida (con carácter didáctico); trabajos todos que se mantienen todavía dentro del ámbito de la tonalidad, pero mostrando ya atisbos por rebasarla, debilitarla o destruirla abiertamente. Con *Tres Microdanzas*, para piano —por la vía politonal—, se inicia el acercamiento al clima atonal libre que se afirma luego en *Tres Fugas Breves*, para cuarteto mixto (flauta, clarinete, viola y fagot); *Le-yenda*, para violín y nueve maderas; *Divertimento*, para conjunto de cámara y guitarra principal; *Sonata Cromática*, para violoncelo y piano; *Música para Caballos*, para conjunto de vientos y percusión; *Soledad* (sobre poemas de Antonio Machado), para voz grave masculina y doble trío y con empleo de cuartos de tono; *Cuatro Poemas Cordobeses*, para coro mixto y orquesta, y *Nocturnales*, para soprano y orquesta (ambos sobre la base de poesías de Mercedes E. Nicasio); *Canciones para Niños*, trazadas con finalidad escolar; la cantata *Ruth* para soprano, contralto, barítono, coro mixto y orquesta; *Trípico*, para coro mixto « a capella » y texto de Ana María Cairo; *Baladas*, comentario musical de un texto bilingüe (castellano-italiano) de Adela Tarraf, confiado a una contralto y seis arcos, y *Cinco Trozos para Organó*, trabajos en que el autor se ha aproximado al deseo de integrar un lenguaje actualizado sin internarse —por ahora— en el terreno experimental del sonido puro, actividad ésta que conjuntamente con la búsqueda electrónica le merecen la más elevada estima y que considera desde todo punto de vista como investigaciones positivas y de valor indiscutible, aunque cree entrever, en algunas de esas salidas, rastros posibles de descargas inconscientes de las tensiones que abruman al hombre —y al artista particularmente—, de nuestros días.

La influencia del factor científico y la sobrevaloración de la técnica significan incidencias nada despreciables en las soluciones parciales que presentan periódica-

mente los compositores inclinados hacia lo experimental. Sin embargo, la vertiginosa rapidez con que se desvaloran tales iniciativas, permite dudar o tomar con cierta cautela la solidez de esos esquemas formales, cuando no insinúan problemas mucho más profundos que giran alrededor del hecho artístico.

Considera el compositor que después de su incursión en la zona atonal, la organización dodecafónica y serial —sin excluir otros modos personales de tratamiento del material sonoro—, posee todavía la suficiente potencialidad como para lograr nuevos resultados.

Actualmente Picchi tiene en preparación un *Concerto*, para violín y orquesta ; *Variaciones*, para cuerdas, oboe, dos trompetas y timbales ; *Trío*, para oboe, clarinete y fagot ; *Pater Noster*, para coro de hombres (« a capella »), y un *Cuarteto* para cuerdas.

La situación de extrema crisis que atraviesa el país, y que, como es natural, afecta particularmente al arte y a la cultura, ha originado un verdadero éxodo de valores efectivos o de promesas a largo plazo. Europa y los Estados Unidos se han convertido en los polos de atracción de la juventud. En lo que a jóvenes compositores se refiere, han encarado el problema emigrando, unos a los Estados Unidos y otros a Europa, como Mauricio Kágel y Edgardo Cantón, el primero para integrarse en el grupo que trabaja en los laboratorios electroacústicos de Radio Colonia, y el otro para actuar en el « Institut de la Recherche du Son », de la Radiodifusión y Televisión francesa. Eduardo Ogando reside en Roma, y J.C. Beschinsky se apresta a partir e instalarse en París.

De los jóvenes que hasta ahora quedan entre nosotros y que pertenecen a la última promoción de aspirantes a compositores, cabe citar a Alcides Lanza, Gerardo Gandini, Eduardo E. Tejada y Armando Krieger, todos ellos afiliados a lo que suponen el último hallazgo importado de Europa —el multiserialismo de Boulez, lo aleatorio de Bo Nilsson, las tácticas estructurales y rítmicas de Stockhausen—, es decir, adictos a la postura del callejón sin salida aparente a que esos compositores han abocado la producción contemporánea, luego de la crisis promisoriosa que ellos mismos provocaron. A otros de los nuestros alcanza, por supuesto, el reproche de constituirse en incondicionales de esos principios, que dicho sea de paso y a su gran mérito, condujeron a las estructuras de Messiaen a una organización que éste no llegó a realizar, ya sea en las formas como en la operación tímbrica derivada ; pero el haber insistido, durante un período de diez años, en considerar el problema de las estructuras como la única faz explotable de la música y la única digna de consideración, ha producido el *impasse* actual, del que Varèse, en principio, ofrece la única salida que puede vislumbrarse, aparte de un posible y oportuno retorno a la intuición pura. De manera que la aportación de los « nuevos jóvenes » puede ser enfocada desde un ángulo de duda en lo que respecta a su aceptación —o en su imitación— de elementos ya empleados hasta el cansancio. Pero por el momento la atracción es demasiado intensa como para evitarla. Entre nosotros, únicamente J.C. Beschinsky, como teorizante y como realizador, parece haber sorteado el escollo y superado la barrera del sonido ; dicho sea sin hipérbole y ateniéndose a la realidad de los hechos.

## Sarmiento : hombres y libros

POR FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI

### Pedagogía nacional

« **F**ACUNDO es una obra literaria, pero también de filosofía de la historia, de política, de fundamentos de una pedagogía nacional : la primera y gran pedagogía nacional que surge en Hispanoamérica », dice Juan Mantovani en *La tarea de Sarmiento y su significación*. No sin propósito traigo aquí esta cita, porque además de ampararme en una disciplina que no es la mía, señala, con la amplitud de su percepción, el camino por el que puedo acercarme a ella y derivar, como en colorario, el rasgo fundamental del que la concibió y puso en marcha entre nosotros. ¿Por qué se habla de una pedagogía nacional, distinta y nueva, abriéndose paso a partir de Sarmiento en Hispanoamérica? Preciso es deducir que el hombre era distinto y nuevo el escenario. Sarmiento se siente —«el suyo es un pensamiento con raíz temperamental», para decirlo otra vez con las palabras de Juan Mantovani— hombre muy de su tiempo y de su medio : es decir, de ese siglo XIX en cuyo transcurso se asistió a las más conmovedoras revoluciones de la Historia, en lo político y en lo técnico, que comenzaba a manifestar sus prodigios, y de ese panorama original y sorpresivo que fue en lo social y en lo geográfico « la súbita aparición de América » (*Espíritu y condiciones de la Historia de América* : Sarmiento, 1858). Es que, « nosotros escribimos la historia marchando »,

dijo en el Ateneo del Plata al ser nombrado director de la materia, y en ese *nosotros*, de pueblo que habla por su boca y del que asume en tal ocasión todos sus vicios y virtudes, destaca su propia aportación a la escritura : « Yo he bosquejado algunos cuadros de hechos y hombres que entran en el dominio de la historia americana, sin pretender por eso alcanzar a la majestad de la historia : pero el largo andar por los límites de la crónica contemporánea, acaso por haber estado veinte años, como tantos otros, con los ojos fijos sobre el teatro sangriento en que se desenvolvía el extraño drama de la tiranía ; siguiendo con apasionado interés las peripecias de la lucha, espionando las faltas que el tirano cometía en daño propio, o revelando a los pueblos la existencia de caminos poco frecuentados por donde tomarle la vuelta y circunvenirlo, ello es que viendo producirse la historia de nuestro país, no sé si decir también que despejando a los sucesos el buen camino, para hacerlos prósperos, de adversos que pudieran sernos, abandonados a las fuerzas que los empujaban, he creído que al fin se formaba en mí clara idea del espíritu que inspira y de las condiciones que modifican los hechos históricos con relación a la América, que me encargáis señalaros. »

Sarmiento es el testigo, el espectador nunca desinteresado, puesto que participa afectivamente de los lances que se desarrollan ante sus ojos, el intérprete y el cronista a la manera de los rudos soldados que pasa-

ron a América con Hernán Cortés y eran al mismo tiempo actores, « de los primeros conquistadores », como Bernal Díaz del Castillo, improvisándose en historiadores nada más que por afán de decir la verdad, que otros, desde lejos y sin verla, adulteraban *ad usum Delphini*. Por eso se desarrolla en Sarmiento el carácter del pedagogo, que es el que sienta filosóficamente los fundamentos de una educación a propósito para individuos de una determinada región del planeta, que tenga en cuenta su carácter y posibilidades, y por finalidad la moralización que enaltece a los pueblos.

La escena es el desierto : allí tienen su asiento el primitivismo, la superstición, la incuria, y también el vano esfuerzo ; las figuras de sus héroes, casi siempre mártires, y de sus bandidos, fugazmente victoriosos, se levantan sobre las pasiones ingenuas o salvajes del pueblo anónimo como luz y sombra de un mismo cuadro. Buen programa para un pedagogo, para un civilizador de la barbarie, para quien, como él, se jacta en su discurso de Chivilcoy de 1868, pocos días antes de asumir la Presidencia, de que esa ciudad fue una de sus utopías en la que persistió por largos años, viéndola, por fin, convertida en realidad práctica, lo mismo que describió la Pampa sin haberla visto, y al confirmarla *de visu* años después dice que sintió que « esa era la Pampa misma que yo me imaginaba y aun me parecía que el olor refrigerante del pasto había antes afectado mis sentidos al describirla ». Se jacta, sí ; pero bien mirado, no es jactancia la suya, sino alegría de triunfador, de arúspice que ve comprobarse en los hechos sus predicciones. Once años antes y en el mismo sitio, invitado por el Juez de Paz, el señor Cura y Municipales de Chivilcoy para presidir la elevación de la última viga que remataba el techo de la primera iglesia, preguntaba y se respondía a sí mismo, gozoso : « ¿Quién de los presentes ha visto nacer ciudades? En Europa hace siglos que la sociedad es estéril ya para producirlas, y en América sólo en los pueblos felices y en épocas señaladas ocurren estos acontecimientos. » Y como si se moviese dentro del tiempo onírico —no en balde era un visionario—, reanudaba la misma idea en 1868, diciendo : « Porque esta es la diferencia entre el filósofo que

contemplaba civilizaciones muertas en mundos antiguos, y la imaginación del estadista americano, que está improvisando sobre esa tierra virgen mundos nuevos, sociedades viriles, ciudades opulentas, campañas floridas. »

Dentro de esa realidad fabulosa está su propio caso, inesperado, que también ha podido darse como la concreción de un mito, como algo que parecía espejismo y se ha vuelto de repente tangible, fruto de la obstinación y el éxtasis de un cansado caminante, y es el hecho, repetido con sorpresa por la prensa del mundo entero, « de un Presidente sin partido, ausente siete años, nombrado por la mayoría de votos de catorce provincias ». ¿Qué pretende este *pedagogo*? Porque yo aspiro, calificándolo de este modo, a recomponer la verdadera imagen de la idea de un oficio. Pedagogo es el que asiste a una vida en desarrollo, la ve crecer y la contempla desde todos sus ángulos ; es el que la conduce, sin violencia, por cauces morales. No es el que domina que impone criterios, sino el filósofo que pone en práctica su simpatía por la comunidad. Es el que descubre con entusiasmo que la vida es amable y el mundo un espectáculo de prodigios, porque vuelve a mirarlo con los ojos del niño y su afinidad con él consiste en que reencuentra los sentimientos ingenuos, pero iluminados por la conciencia, por el saber de los hechos vividos, que es la historia y la cultura. Por eso este socrático *ayo* americano, « doctor monotonero », como se definió en su visita a un Emperador, es el mejor vocero de un pueblo imaginativo ; como era el nuestro, en el siglo XIX, como lo tendremos que seguir si aspiramos a vivir adelantándonos a los acontecimientos.

Mal preparados  
para ser República...

El discurso-programa de gobierno que pronuncia Sarmiento en Chivilcoy, lo mismo que la audacia aseverativa y el espíritu autoconsciente que lo informa, no son sino secuencias de su primer contacto con aquella manifestación de maestros que lo recibió a su llegada a Buenos Aires, en setiembre de 1868, como Presidente electo :

« El pueblo de Buenos Aires —dijo—, me ha hecho ayer una manifestación que bastaría para enorgullecer a cualquier hombre de la tierra ; sin embargo, esa manifestación puede hacerse a veinte personas más en Buenos Aires, en la República Argentina, en la América española, que la merecen más que yo. Pero la manifestación de los preceptores y los niños de las escuelas, no es igual. Esta es puramente mía, ésta no la cedo a nadie ; porque me pertenece exclusivamente, porque es el resultado de mi obra de treinta años. » Y a continuación asegura que estamos mal preparados para ser República ; nosotros y toda la América.

¿Por qué ha llegado a tal conclusión, él, que en esos momentos de su vida preludiva el positivismo que iba a tener tanto cauce, precisamente en estas costas del Plata y más arriba, en el Paraná? Porque esa corriente de pensamiento práctico intentaba, como ninguna, modificar nuestras estructuras verbalistas, el hábito de manejar teorías de bien público, como por ejemplo la educación, reservándola sólo para el servicio de las capas más altas ; y la empresa a que se había consagrado Sarmiento, desde temprano, era la de enseñar a leer y escribir a todos, sin exclusión, con lo que trae aparejado esa enseñanza de ilustración y bienestar para el pueblo. La educación *del común*, popular, extensiva, que enseñase de una buena vez a los hispanoamericanos a mirar sin tanto desdén la tarea del maestro de escuela ; porque es vicio nuestro, heredado, el contemplar el trato de los niños, de los indios y de las mujeres con no bien disimulado sentimiento de superioridad, producto de rancios y patriarcales conceptos, que no son sino prejuicios. Decía : « Ningún país del mundo está en peores condiciones, señores, que el nuestro para ser República ; porque estamos divididos en aristócratas y plebeyos, y esa división es el fruto de la educación mala que se da. » Y más adelante : « Si tomamos como vago a uno de los gauchos de nuestra campaña y busquemos su genealogía, ese gaucho será acaso un descendiente de los conquistadores, uno de los dueños de la tierra y que hoy no tiene un palmo de ella donde reposar su cabeza. »

El remedio es, pues, la educación ; la re-

forma de las costumbres ; el conocimiento del medio y del hombre, y de sus características, para avanzar con método científico. Tal era su propósito ; y también, como antítesis, el que nos dibuja su figura emanada de la generación romántica : porque Sarmiento enfoca a la *gens* patricia, a la gente del suelo de su patria, y sintetiza sus ejemplares en « el cantor », « el rastreador » y « el gaucho », los ve moverse, como en un friso sangriento, en la escena de Barranca Yaco y la muerte de Facundo...

Pero él predice el porvenir, y en su larga vida apresurada dispone, sin embargo, de una atención generosa, como el espectador al que nada le pasa por alto, o como el maestro que, antes que al recitado de la lección, atiende al sentido de la vida que por un instante está a su cuidado.

En esta atención siempre despierta, en esta larga vigilia que fue la vida de Sarmiento, se observa que ninguna materia le es ajena : las artes, las ciencias y las letras ; la política, la economía y la agricultura ; la industria, la navegación, la paz y la guerra... En suma, todo cuanto hace al dominio del hombre, criatura que en ese siglo XIX siente que la tierra crece bajo sus pies. Para ello necesita de una filosofía que lo informe de sí mismo, que le diga quiénes somos, adónde vamos, como nación y como pueblo ; filosofía de la historia, política y moral cuya última palabra viene a ser aquella modestísima que se aprende a deletrear en los bancos de la escuela : educación.

Pero esta no se alcanza con sólo fundar casas de enseñanza, sino repartiendo uno de los principales instrumentos de la cultura, como es el libro. Véase como establece, en su carta a D. Andrés Bello, Rector de la Universidad de Chile, en 1854, los principales argumentos en procura de la creación de Bibliotecas Populares : « Sabe el señor rector que otras naciones viven de tradiciones populares, y se alimentan con canciones cuyo origen remonta a los pasados siglos, y tienen, sin saberlo, en la sangre, la vida del pueblo a que pertenecen. El movimiento de las ideas de la parte culta, la historia que se forma a su vista, las artes de que son instrumentos, pero que con sus maravillas les revelan las ciencias



que las han inspirado, todo los arrastra, y los lleva envueltos en ese torbellino que se llama una nación y una época. Entre nosotros, en América, no es necesario acercarse a la clase ínfima para sentir que todos los hilos que nos unen al mundo están rotos, o al menos flojos. Biografías, ¿las de quien conoce la generalidad? ¿Historia?, no sabe lo que ella sea. ¿Tradición? Hay silencio profundo en el alma. » Y así, sigue ; en esa misma carta al rector se revela Sarmiento como el precursor de una idea que, más de cien años después, ha tenido realidad entre nosotros con la creación de la Editorial de la Universidad de Buenos Aires (Eudeba) que con sus publicaciones bien hechas y bellas, distribuidas en miles y miles de ejemplares y puestas al alcance del hombre de la calle, del de modestos recursos, del estudiante, y hasta del que habita en esos pueblos perdidos adonde de ordinario no llega más que el volante o la hoja impresa de la propaganda comercial —fuera del manoseado y pronto olvidado libro de texto de la escuelita primaria y la voz gangosa del altoparlante y de la radio—, ella alcanza, con sus libros de cubiertas coloridas y brillantes, ese objeto insustituible que es la letra impresa, demostrando, por primera vez entre nosotros, que verdaderamente la Universidad es una y para todos. Sarmiento decía en su propuesta a Bello : « La facultad invitaría a todos los sujetos, ciudadanos o extranjeros, que por deseo de contribuir a la difusión de las luces, querrían consagrar su tiempo a la compilación, traducción, o composición de libros adecuados. Cuando se iniciaron las bibliotecas populares de Massachusetts, se encargaron de proveerlas de libros los hombres más eminentes, entre los que figuraban Everet Story, Washington Irving y otros. En Chile hay gran número de personas que traducirían con gusto y por pasatiempo las obras que más cuadrasen con la clase de estudios que prefieren, y es mayor el número de jóvenes que hallarían en el encargo de traducir libros un honesto aunque módico recurso para ayudar a satisfacer sus necesidades ; porque siempre ha de establecerse medio de llegar al resultado por la retribución del trabajo. »

En el caso que ahora nos ocupa, y refiriéndonos especialmente a la colección del

« Siglo y Medio », dispuso la Universidad de un repertorio suficiente de obras que han venido a cumplir, a la vez, las funciones de la edición y la biblioteca popular anheladas por Sarmiento.

### Silabario y vida

Pero ya que hablo de libros, no quisiera pasar adelante sin tratar de uno que los historiadores mencionan sólo en la nomenclatura de las obras de Sarmiento y que los educadores dejan de lado, posiblemente porque ya no concuerda con las reglas del arte de enseñar a leer en nuestros días. Creo que únicamente la curiosidad de los francotiradores, que eso somos los escritores, quienes hemos hecho de ello un oficio sin estar adscriptos a ninguna disciplina, es la que nos puede llevar a recorrer con interés las páginas del *Método de Lectura gradual*. El ejemplar de tapas de cartón verde que poseo es de 1882, impreso en París y en México por la Librería de Ch. Bouret. En las advertencias al maestro se le previene de la curiosa ortografía del manual, a propósito para que el niño reconozca las palabras de su ámbito en la forma verbal ; y la nota de los editores aclara a las personas poco atentas, que quizá puedan desaprobear el silabario, que las eliminaciones de letras que se notan al principio y después se introducen gradualmente no tienen más objeto que seguir paso a paso la marcha de la inteligencia infantil. « Es una de las principales ventajas del hábil y filosófico sistema del autor », concluyen.

Pero no es el árido, para nosotros, fraccionamiento de las letras lo que nos interesa, ni su combinación en las primeras sílabas y el deletreo de las palabras, que para el niño, ayudado de los ingenuos grabados, sigue teniendo su encanto. Lo que nos habla más que nada del espíritu del maestro Sarmiento es el bien contado relato popular de *La danza irresistible* y la anécdota de una travesura infantil ocurrida en Francia. Por lo que deducimos que el niño ha atravesado este camino poco atrayente de aprender a leer, según Sarmiento, nada más que para solazarse en unas historietas que, verdaderamente, no

pertenecen más que a su mundo ; al mundo de la fábula y del juego. Buena lección, para los que creen que la escuela debe ser lugar donde todo fastidio tiene su asiento.

Es que la escuela es la vida ; por eso este apasionado vital la asedia desde todos sus ángulos, y lo mismo que vuelve a escribir, veinte años después, el libro de su hijo Dominguito, cuya primera versión se le traspapelara, ocupado como estaba en menesteres de diplomático y lejano candidato a la Presidencia de la República, en el año de 1885 emprende la tarea de dar cima a su libro *Vida y escritos del coronel D. Francisco J. Muñiz*. Es decir, que los nombres de un joven —casi un niño—, y de un viejo admirable, son los últimos que escribe, como en despedida.

### Jugar a cartas vistas

El libro sobre Muñiz tiene pie de imprenta en Buenos Aires, Félix Lajouane, Editor, en 1885. Sarmiento cuenta ya setenta y cuatro años ; ha recorrido, como dijo en una página autobiográfica, « todo lo que hay de civilizado en la tierra y toda la escala de los honores humanos, en la modesta proporción de mi país y de mi tiempo ; he sido favorecido con la estimación de muchos de los grandes hombres de la tierra ; he escrito algo bueno entre mucho indiferente... »

No se encuentra, por cierto, entre lo indiferente esta obra consagrada a Muñiz : ni por su factura de libro moderno —los franceses lo están haciendo, hace algún tiempo, al presentar a un escritor *par lui-même*, mezcla de biografía, estimación crítica, cronología y selección de textos mediante la cual se sitúa al personaje haciéndolo hablar, por decirlo así, mediante sus actos—, ni por la actitud ejemplar que revela Sarmiento, disimulándose tras el propósito para que luzca, casi solo, su biografiado, que es este cirujano principal del ejército, doctor en medicina, miembro corresponsal de la Academia de Ciencias Naturales de Estocolmo, de la Sociedad Jenneriana de Londres, de la de Cirujanos de Zaragoza, caballero de la Orden de Wasa de Suecia, don Francisco Javier Muñiz. Pe-

ro lo que presenta como ejemplo es una nueva muestra de esta *pedagogía nacional* en la que estaba empeñado.

Él ha revisado los papeles que pusieron en sus manos los hijos del naturalista : los documentos, las constancias de méritos, las condecoraciones, la súplica de nombramientos y despachos firmados, entre otros, por D. Cosme Argerich, Juan Gregorio de Las Heras, Juan Lavalle, Bernardino Rivadavia, Paz, Vicente López, Alvear, Dorrego, Rosas, Vicente F. López, y Bartolomé Mitre. Más o menos en setenta y seis años, pues Muñiz debió nacer en 1795, ya que para las invasiones inglesas, en 1807, era cadete del Regimiento de Andaluces, con doce años de edad, y existe constancia de su comportamiento heroico y de su primera herida (en una pierna) en acto de guerra, atestigua *in situ* los principales acontecimientos de la historia argentina en lo que va de comienzos del siglo hasta 1871, en que muere, en su puesto de médico al que nada lo obligaba, fuera de la conciencia, durante la epidemia de fiebre amarilla, en Buenos Aires. Pero, ¿está todo Muñiz en tan breves, y sin embargo significativas palabras? ¿Lo está en esos documentos honorables —las pruebas de una vida— que lee Sarmiento el viejo, el venerado, el combativo, el que hace cátedra de sus escritos y de sus palabras para sembrar la lección al viento y que caiga en terreno fértil o entre las piedras, esas mismas piedras que, andandó el tiempo, dañarán no a la memoria, sino a la piedra de que están hechos sus monumentos?

« Al registrar y recorrer sus papeles —dice—, ...encuétrase otra cosa que un cirujano, siquiera fuese notable. » El pedagogo, el filósofo de la educación de un pueblo que hay en Sarmiento, apela a sus mejores poderes de escritor, uno de los cuales es el de la *erlebnis*, la participación afectiva en una vida o acontecimiento, para ver a Muñiz como « la figura de un carácter nuevo o de rara ocurrencia todavía en América, algo como el espíritu de una nación que va a condensarse sobre alguno de los grandes jirones en que se despedazó el regio manto de la España al alborear este siglo de las independencias y emancipaciones coloniales... » En suma, el hombre distinto, o distinguido entre los de su

especie, precisamente porque pone en acción los más altos poderes de la humanidad: la observación inteligente, el cúmulo de experiencias sobre la cosa observada y la facultad del juicio, grado supremo de la persona sin que eche en olvido o desdeñe aquel latido propio, de hombre de un pueblo dado y una época, aquella *simpatía* que lo connaturaliza con sus semejantes, y que se da, sobre todo, en el médico que es consejero de la salud a la vez física y moral, del cirujano que actúa en el preciso instante de la opción entre la vida y la muerte.

En la introducción al libro sobre Muñiz alude Sarmiento al *megatherium*, es decir, animal grande, « por no saber cómo lo llamaría Adán al dar nombre a sus comun-danos ». Y más adelante: « Acaso el Ñandú es ave escapada de aquella creación, como las de su especie en Nueva Zelanda, bípedo con alas para no volar, desmintiendo así la teoría de las causas finales. » Dice que nuestros padres intentaron reconstruir una patria con la base de esas informes especies, desgarrándose entre sí; y que lo mismo le parece en que ha de consistir su tarea, al intentar reconstruir un nombre, como es el del doctor Muñiz, del que quedan documentos para la historia, pero lo que hace falta es ponerlo otra vez, vivo y de pie, ante las generaciones que absorban su enseñanza.

Para ello, dice, « he adoptado un sistema nuevo de exposición, que llamaría jugar a cartas vistas, presentando las diversas piezas justificativas y provocando con ellas al lector benévolo a ayudarme a poner de pie esta figura que de simpática pasará a ser venerada, y sin perder estas cualidades acabaría por ocupar un lugar prominente entre nuestros más esclarecidos varones ». Es que eso, precisamente, es lo que ha ocurrido en él, Sarmiento, no ya lector benévolo sino crítico intérprete de nuestra sociedad, obligado, como escritor, a exponer pedagógicamente y a la vista de todos una figura como un ejemplo.

¿Qué es lo que hace de Muñiz una lección a través de la historia? El propósito del estudioso, la limpieza de la ciencia *audessus de la mêlée*, y además, y en primer lugar, el amor a la humanidad cercana,

con sus ingenuas virtudes, sus vicios y sus lacras. Muñiz era un hombre de su tierra americana, argentina, más precisamente de ese Departamento del Centro de la provincia de Buenos Aires que estudió recóndito y en la superficie, con sus tipos, costumbres y animales que dibujaban el paisaje, *su paisaje* de naturalista, atento a la modificación siempre recurrente de las estaciones y desdeñoso, aunque cortés, a los cambios de la política. Así se lo ve decir, como un dato más, sin otra importancia que la de comprobar el cúmulo de cosas que puede tragar un ñandú o avestruz americano, que ha encontrado en su ventrículo una horquilla con cinta punzó... Distintivo de la época que habrá perdido, quizá, una *federala* en lances de amor; o una indiferente, sospechada de unitaria; o quién sabe qué mujer, que así pasó a la historia, anónima, por uno de los signos que la ubicaban, inocentemente, en un lugar y una época precisa.

También dice Muñiz que « en los campos del Señor Brigadier General Don Juan Manuel de Rosas, ilustre Gobernador y Capitán General de la Provincia », se protegía al ñandú, ese ave o animal que tiene sus concomitancias con el avestruz de África —tan bien delineado por Buffon, a quien el naturalista argentino opone sus reparos—, llegando a decir por boca de Sarmiento, como M. Audibon a propósito de las costumbres de los pavos: « ¿Qué me ha de decir M. Buffon sobre el pavo a mí, que he vivido con ellos años enteros en los bosques, estudiando sus hábitos y costumbres? Muñiz vivió veinte años entre ellos en las Pampas. »

### La figura de un hombre distinto

Muchas son las aportaciones de paleontología, sobre esqueletos encontrados en el terreno del departamento del centro y de la Patagonia, de yacimientos fosilíferos, de topografía y de historia natural que se deben a Muñiz, como el del ganado vacuno, *Nata Oxen*, y el del ñandú o avestruz pampeano; y asimismo las *escenas militares*, donde el naturalista, « gran colector de fósiles y de minerales —como dice su biógrafo—, concibe la idea de tomar una piedra

u otro objeto, de cada lugar donde ocurra algún suceso digno de recuerdo ; y a medida que las recoge, a guisa de carátula, las envuelve en una narración del suceso que debe conmemorar, con el ánimo sin duda de depositarlas en el Museo ». Dice Sarmiento que Muñiz alcanzó a reunir diecinueve piedras de otros tantos lugares en que fue testigo o actor de un hecho de armas. Pero lo que distingue sobre todo a su personaje es el estudio del país que habita, el balance que hace de su movimiento científico y literario, tan incipiente ; en fin, el bosquejo que traza sobre nosotros mismos. Por ejemplo, las particularidades del gaucho, visto por Muñiz, se asemejan a las que él mismo vio en *Facundo* ; pero, las aseveraciones del naturalista estaban confirmadas por una autoridad, como Darwin ; y la experiencia del pobre médico de campaña, que inoculaba la novedosa *vacuna* en su propia hija, la aprobaba la Sociedad Jenneriana de Londres. Ventajas de la ciencia, que no tiene fronteras. El pensamiento filosófico, en cambio, arrostra una aventura que sólo a largo plazo podrá ser confirmada, o negada, para partir de su error.

Lo que es propio de Muñiz y justifica el entusiasmo con que el viejo Sarmiento entendió la factura de este libro, con la base de los papeles que leía, es esa modesta y algo así como aséptica experiencia de todos los días que aquel cirujano que acompañaba a los ejércitos, o se estaba tranquilo en su villa de Luján, acumulaba en su memoria, tranquilo, sin tropiezos, con el más firme estilo de escritor, por encima de los acontecimientos, de los déspotas y de los libertadores. Así, se lo oye a Muñiz hablar de la atmósfera :

« El Ranquel, el Pampa, el Patagón de ahora dos mil años, si volvieran al lugar en que nacieron, donde respiraron sus más remotos progenitores, y a donde dejaron unos y otros para siempre sus huesos, encontrarían el mismo grado de calor o de frío que entonces ; el mismo orden en las estaciones ; idénticas enfermedades ; igualdad en el modo de vivir y en las costumbres de sus descendientes ; todo lo encontrarían como lo dejaron, pues el clima no ha variado, ni el hombre con él, ni las producciones naturales de la tierra. Sólo extrañaría al caballo y al buey, algún uten-

silio, una u otra inconsiderable sustancia alimenticia que no conocieron y el alcohol de Europa que los enerva y destruye. Las sombras de esos aborígenes volverían a su silencioso reposo satisfechas de la escrupulosa imitación de sus sucesores. » Describe después las influencias del viento norte, del oeste y del sudeste, con particularidades que tienen validez hasta estos mismos días, porque deduce, sin variación, de todo ello la idiosincrasia del hombre de nuestras regiones.

Pero lo que tiene más sabor, en esta antología de Muñiz, seleccionada por Sarmiento, son sus páginas sobre el ñandú, o avestruz americano, al que opone constantemente las características del africano, diseñadas por Buffon y otros. El ñandú ha generado un vocabulario y hasta un folklore vivo en la pampa que ha llegado hasta nosotros, a la ciudad. Y aunque no tiene mucha incidencia el habla gauchesca, reconocemos algunos de sus giros ; sobre todo en el modo de sorprender la realidad, que era colorida y vivencial en el hombre de campo, propia de sus costumbres y de su medio, trasladada sin más, sin referencia precisa, a nuestro lenguaje coloquial. ¿Quién reconocería, por ejemplo, en ese *andar boleado* con que caracterizamos al que se maneja con torpeza, el dicho campesino que transcribe Muñiz : « El pobre hombre va boleado ; va como Avestruz contra el cerco? » Porque la frase tiene una connotación específica : en la *campería*, ya que Muñiz la denomina de este modo (preferiéndola a montería, o cacería) las boleadoras son de un tipo especial, distinto del de las de potro ; se arrojan al tronco o a lo más grueso del cuello del animal, que sigue sin aparente novedad su huída, pero, « es tal su apuro cuando se encuentra de cualquier modo impedido, y tal su empeño en correr, que él mismo cayendo y levantando se supedita y enreda más y más, arrollándose las bolas para arriba », observa Muñiz. Quiere, de todos modos, atraesar el cerco de sus sitiadores..., objeto que logra muy pocas veces, pues los gauchos perfeccionaron al extremo este deporte heredado de los primeros habitantes de la pampa, en el que hacían gala de ensañamiento, de astucia y destreza a caballo. Porque, como decía el gaucho de su principal

compañero, el caballo —el otro es el perro, para el pobre—, « del cavayo sólo se escapan las aves que vuelan ; de ahí abajo todo vicho muere en sus manos ». Y está bien la advertencia, pues a través del largo y ameno estudio de Muñiz en que examina modalidades, como ser la de que es animal que no penetra en la espesura, ni aun instigado por el hambre, la de que marcha siempre seguido de una comitiva (« el más taita lleva la cuadriya », dicen los gauchos), la de que corre contra el viento, etc., como también la fisiología del ñandú, su domesticidad, el uso de sus plumas por parte de indios y cristianos ; como hace el amor y empolla, el macho, los huevos ; como los paisanos lo empujan al agua, para obligarlo y rendirlo, aunque, dicen, « no hay animal de más malicia ; no pisa el campo ninguno tan facultativo como él », llega por último a concretar en una sola frase la definición del ñandú : es un eslabón intermedio entre la gran clase alada y los cuadrúpedos (como el murciélago entre aquéllas y los mamíferos).

Se comprende que lo que admira Sarmiento en el naturalista Muñiz es su sereno espíritu de investigador, su consagración al deber científico en relación con el medio y el hombre, su esfuerzo por interpretar y dilucidarlo todo. Pero también es de admirar en Muñiz la clara simpatía y la comprensión que demuestra por el sencillo habitante de los campos, cómo le cede la palabra para que haga el elogio de su propia vida : « Mire, Señor el campo es lindo, el campo da hambre, da sueño y da sé. Está cubierto de flores que incanta, y que son una maraviya... E día el campo es de uno, y e noche no hay cosa más linda que dormirse sobre las caronas al ruído de las pajas. En fin no se le haga faula (y este es

el superlativo en las exageraciones de un gaucho) no se le haga faula : en los desiertos olvida el hombre hasta la ingratitud y mala correspondencia e las mujeres... » Por último, agrega Muñiz que lanzan un hondo suspiro, que es, a su modo de ver, una especie de retórica sentimental.

¿Cómo no iba a consagrar Sarmiento —él, el biógrafo de Facundo, el relator de escenas y tipos campesinos, el constante indagador de nuestra realidad social— su atención y su ya escaso tiempo a narrar la vida y los hechos de Francisco J. Muñiz? Qui-so, como dijo, jugar a cartas vistas y ayudar a poner en pie la figura de ese hombre nuevo, singular, que por primera vez aparecía en estas márgenes del Plata, y en el que encontró otra cosa que un cirujano, si- quiera fuese notable : la síntesis bondadosa del hombre de ciencia y del humanista, y hasta con el mérito de ser buen escritor. No podía desechar la oportunidad de dar con él un ejemplo más de esa pedagogía nacional en que estaba empeñado.

Yo llamaría a Sarmiento —al que me resisto a llamarlo prócer, porque no puedo verlo para siempre inmóvil en la historia, y siento que hasta los que lo discuten o lo niegan de alguna manera sirven al flujo y reflujo de su pensamiento, de su doctrina que continúa viva— el maestro mago, es decir, el taumaturgo, vuelto, de aquellas *faulas* o fábulas que mencionaban los gauchos de Muñiz, a su más concreta y trascendente encarnación moral. « Eso es Sarmiento —dice Juan Mantovani— : un espíritu ejecutivo y profético a la vez. La originalidad no consistía tanto en sus ideas como en su pasión por convertirlas en hechos. Pasión de maestro de un pueblo, sostenida en su poderosa voluntad. »

# Un profesor alemán en Latinoamérica :

## Estenograma de un viaje

POR ROLF SCHROERS

**P**OR ENCIMA de las selvas pantanosas del delta del Misisipí hacia Texas. Las nubes quitaban la vista. En el margen del Mar Caribe habían vuelto a levantarse tempestades catastróficas. Aterrizaje en San Antonio para tomar el avión que nos lleva al Monterrey mexicano; llanura vasta, extensa, hacia las Montañas Rocosas. Y ahora, mientras redacto estos apuntes —después de México, Guatemala y una interrupción corta en Panamá, luego de una semana de conferencias—, estoy sentado ya en el Bogotá colombiano, patria de don Rafael. Y cada momento de este viaje es un momento de cambio total. Monterrey fue el encuentro con una colonia de extranjeros alemanes, donde en el palmar del club alemán comí carne asada, donde luché con mis escasos conocimientos de castellano contra rabiosos ventiladores y me avergonzaba por la buena voluntad con la que los honrados colonos alemanes recibieron y celebraron mi conferencia que —aunque hecha para intelectuales iberoamericanos— los acercaba, sin embargo, a un hombre de su patria.

\*

Después, en México City, los amigos berlineses, Rosario Castellanos que me presentó al callado Rulfo; y disputas agudas. Pero ¡qué ciudad! No cabe duda: de un golpe están presentes, en forma aglomerada, casi explosiva, las posibilidades de este continente. La primera impresión fue la

de Roma. Entregado al ímpetu de lo desconocido suele uno aferrarse a lo aparentemente conocido para ganar terreno. La comparación con Roma no es correcta pero algo del ambiente romano queda gravado en esos días mexicanos.

Aquí Cortés había derrotado a los aztecas. Más tarde vi en el Museo Nacional el antiguo plano de la ciudad azteca, de la cual no queda ni una sola piedra. Y sin embargo, trasciende el antiguo dechado genérico: la Avenida Insurgentes tiene una longitud de 30 kms, es amplia, dividida por varias arboledas y descansa de vez en cuando en plazas espaciosas, hasta desembocar por un extremo en la perfección moderna de la Ciudad Universitaria, arquitectura abierta, no demasiado bravía, de rascacielos, prados y galerías multicolores, todo esto con un fondo blanco de volcanes cubiertos de nieve, puro futuro logrado, dominado por una humanidad despierta que ha logrado comprender y expresar así la tensión cultural entre el pasado indio remoto y la modernidad. En el terreno de lava junto a la Universidad se ha levantado un barrio residencial, que corresponde a tal espíritu dentro de un placer de vivir agitado: una nueva cultura sin la menor fatiga, cuya contemplación nos emociona como si de un golpe se hubiera abierto una puerta a nuevas bellezas, apenas creídas ya, de una nueva vida llena de ánimo. Es verdad: tuve que quedar balbuciendo ante esa visión que se introdujo tan violenta-

mente en mis horizontes, limitados por lo que es Europa, y que era pura realidad. Una vez percibida, respondió a ella en México todo un coro de voces; toda la ciudad quedó fascinada por este nacimiento de una nueva época humana. Atrás queda la época precolombina.

En el otro extremo la Avenida Insurgentes desemboca en una carretera que conduce a la ciudad en ruinas de Teotihuacan. Más altas que las pirámides egipcias, se alzan en una llanura levemente ondulada las Pirámides del Sol y de la Luna, y en el fondo de una gigantesca plaza sacral vemos las primeras esculturas aztecas en piedra, cabezas salientes de animales como inmensos mascarones bordeando unas gradas de aguda inclinación vertical. Hemos abandonado definitivamente el ámbito del pragmatismo americano: en este lugar, la fantasía humana responde a otras realidades, a otras necesidades y fuerzas metafísicas. En el Museo Nacional se ve la estatua de una mujer cuya parte delantera —imitación expresionista de la vida— entra en armonía espantosa con la parte de atrás de la misma figura, formada en esqueleto. Aquí la tensión vital no va hacia el poder ni la riqueza, sino hacia la muerte, a lo que corresponde un sentimiento muy delicado de dignidad cuya expresión más trivial es el apodo «gringo» que se refiere al norteamericano: al americano que ha invertido mil millones de dólares en el auge del país.

\*

Dentro de la organización rígida de este estado puedo encontrar todavía —muy enérgica— la componente española: cerca de Guadalajara presencié una manifestación tardía en conmemoración del Día de la Independencia. Los rostros de los indios con sus arreos militares reventaban de orgullo nacional, recordándome de repente las experiencias catastróficas hechas por nosotros. Sin embargo, tal temor no debe llevarnos a negar la necesidad de orientar la voluntad de esas masas fermentadoras y efervescentes hacia los nuevos horizontes; y en Latinoamérica el orgullo es uno de los factores más importantes. Un hombre adusto en uniforme recorrió las filas de los espectadores, gritando malhumora-

do que había que descubrir la cañeza ante la bandera nacional. Delante de mí un indio viejo vacilaba: subió sólo un poco el sombrero de paja y ala ancha y se rasgó la cabeza, como si esto fuese la causa y no la reverencia. El indio se siente como soberano; y lo es en México, que ya ha tenido un indio de raza pura como Presidente. Sin embargo, los españoles les han traído la rueda y el caballo y los santos de la Iglesia Católica. Pero los santos de la Iglesia Católica están en peligro, y aunque se veneran desde los tiempos coloniales los padres religiosos, el catolicismo ha sido más bien la ideología de una clase dominante. La furia del pintor Orozco, que llenó las paredes de una antigua iglesia en Guadalajara con pinturas rebeldes contra los «conquistadores bajo el símbolo de la Cruz», se ha integrado, sin duda, en el proceso del nacionalismo mexicano.

\*

En México vivimos en el Hotel Cortés, un monasterio antiguo reedificado; y ya el nombre nos confirma que en este país todavía se estima algo la herencia española. En Guatemala se nos ofreció un hotel internacional con «swimming pool», al margen de una ciudad pobre llena de polvo, que desde el último golpe militar está en estado de sitio. Aquí todavía domina una antigua clase superior y se sigue con una ideología amable y agradable que no quiere despertar a los mayas de —como dicen— su sueño secular ingenuo, para no entregarlos a los progresos dudosos de la civilización moderna. Un agrimensor alemán, nacido en Guatemala y herido en Rusia, nos llevó a través de las montañas a la antigua Guatemala, abandonada después de un terremoto. La antigua Guatemala fue la capital del reino colonial centroamericano y con sus catedrales arruinadas constituye hoy una Pompeya del reino hundido, que me pareció símbolo y advertencia a la vez. Con Cuba a la puerta se teme un desarrollo del comunismo. Pero, es cierto, tal miedo no es un «status quo» y tiene por consecuencia que los capitales huyan en corriente permanente al extranjero. Los ricos no invierten su dinero en el país, pues tampoco confían en la duración de su dominio; éste, en cambio,

no sufre ninguna alteración y, en oposición a México, se resiste a despertar a los indios de su sueño secular, impidiendo igualmente la explotación de las fuentes minerales del país, como nos aclaró el embajador alemán.

BYC

En Panamá, estación de trasbordo, calor sofocante. Tomé un vaso de cerveza con un viajero, el violinista Ricci. Ha recorrido medio mundo tocando el violín, y discutimos la calidad de la imprenta tradicional de papeles de música en Leipzig. En Bogotá tocó con la orquesta filarmónica, mientras yo dicté mi primera conferencia. Pero Bogotá es otro capítulo; Colombia es un país sin indios y esto implica condiciones completamente distintas.

La Biblioteca Pública, en la que di mis conferencias, fue edificada por un banco y su presupuesto considerable es financiado también por un banco. La gente lee en español y en alemán lo que los alemanes apenas ya leen en alemán. En Santiago de Chile se escribió hace poco un libro con el título sensacional de *Nietzsche en el mundo hispánico*, contribución a la cultura actual y no, como puede creerse, obra erudita fuera de toda actualidad.

En las afueras de Bogotá, en una bella finca antigua en buen estado, se ha formado un centro de investigaciones de ciencias filológicas, en el cual un pequeño grupo de eruditos colombianos se dedica a investigaciones de fundamentos. Allí se prepara un diccionario castellano semejante a nuestro Grimm; allí se está creando un atlas lingüístico y allí se publican los clásicos colombianos en grandes ediciones de obras completas. Este centro es único en el continente. La tranquilidad es palpable; no hay comunicación telefónica, se insiste en el trabajo positivo y continuo que no solamente hace madurar resultados científicos, sino inmediatamente educa al espíritu científico. El director, José Manuel Rivas Sacconi, de estatura alta y genio vivo, nos dio, después de la visita impresionante a su Instituto, un ensayo titulado: *Academia, Lengua, Cultura, Nación*. Tal título comprende aquí todo

un programa. En algún lugar, un intelectual latinoamericano me había dicho que la tradición concreta de estos países empieza a partir del siglo XVI, que el tiempo anterior queda totalmente ajeno, buscando sin embargo en el tiempo moderno un nuevo destino. Efectivamente, no se puede distinguir ni apreciar la tranquilidad científica de este lugar no viéndolo en medio de corrientes incalculables, en el núcleo de una efervescencia indefinible que de ningún modo tolera una constante, una estabilidad cualquiera; en busca de un punto de cristalización, el cual no se impone por ninguna gravedad extraña.

Bogotá: la efervescencia es palpable, y a la vez la falta de orientación. Lo antiguo se está deshaciendo o estacionando. Un estado agresivo: en la tarde estallan bombas, sin objetivo político determinado y sin embargo organizado. Pequeñas llamas vivas de un ambiente poco prometedor que no logra concebir un remedio, ni al cual tampoco se ofrece ningún remedio. Millones de hombres que no saben leer ni escribir, pero que aumentan en forma explosiva. Estos conduce a experimentos extraños, como la distribución de los millones de aparatos de radio por todo el país que sólo pueden recibir una onda. Esta emisora da las instrucciones más necesarias sobre la labor agraria, sobre higiene y enseñanza del idioma. Inspectores viajeros ayudan personalmente. Todo con el fondo de una naturaleza gigantesca, inaccesible, poco explotada, llena de riquezas inmediatas, cuyo provecho exige la colaboración de cada persona. Pero la circulación de la sangre social no se ha establecido todavía. La mayor parte de la población aún vive fuera de la sociabilidad: y si es verdad lo que continuamente nos dicen, que la clase dominante de los propietarios saca el capital del país para invertirlo en el extranjero con más seguridad, esto acarreará graves consecuencias. Consecuencias justificadas, pues si no aman a su país, ¿cómo pueden gobernarlo? Quizá por eso carece del impulso inmediato, bravío, de una cultura viva, tan característica de México. La finca del Libertador Bolívar sueña, afectuosamente cuidada como Monu-



mento Nacional, a la sombra de una monstruosa fábrica de cerveza.

\*

Vuelo a lo largo de las cordilleras hacia el sur: selva virgen, Ecuador, montañas cubiertas de nieve, el Océano Pacífico, Lima. El avión gira por encima de bajos ranchos de barro. Autobús al hotel Bolívar, un gran bloque con una sala de cúpula y los escaparates de un joyero... Cambiamos dólares, y como nos entra la modorra huimos a la calle, donde la vida palpita más intensamente que en Bogotá. Y cuando llegan los amigos latinoamericanos y nos abrazan, nos sentimos como niños perdidos que por fin llegan a su casa. Hablamos por hablar, nos dejamos llevar por la corriente de paseantes en las calles con tiendas riquísimas. El elemento indio es intenso. En la Plaza de la Catedral se nos acerca, con un ruido insoportable, un desfile de coches: una manifestación de estudiantes de la Facultad de Medicina, sentados en autos espantosamente rotos, con sus batas blancas de laboratorio, tocando la trompeta, cada uno a su manera, mostrando horripilantes imágenes de la muerte y de toda clase de enfermedades; piden más medios y se divierten mucho. En la Catedral, en la primera capilla lateral a la derecha, yace la momia descompuesta del conquistador Pizarro en un sarcófago de vidrio; un cofrecillo de cuero atado a su pierna prueba su identidad. La energía resonante de la capital, este tráfico salvaje, confuso, de automóviles irresponsables, arreglados con cuerdas, las voces chillonas de los vendedores de billetes de lotería, los buhoneros con las mercancías más increíbles y los palacios de la casa bancaria Wiese, decorado con latón brillante, difundidos por toda la ciudad, las rejas españolas de madera, los mendigos descalzos y la elegancia promedia que no deja pasar ninguno de los limpiabotas, este torbellino de impresiones nos embriaga, y, en efecto, como ebrio llego, acompañado por mis amigos, a la Casa de Cultura a dar mi conferencia, en un edificio viejo con patio interior, galería de madera que circunda el primer piso, y muebles exquisitos.

\*

El embajador se sienta conmigo en la presidencia, al lado de José Argüedas y Alberto Escobar. Y mientras estoy hablando me estremece la sensación de que leo una especie de comunicado alemán, lo que, es verdad, debe extrañar y sorprender a los oyentes. El tema era «El intelectual y la política». El embajador se despidió apresuradamente. Don Alberto me invitó a la Universidad de San Marcos para que repitiera mi conferencia. San Marcos es la universidad más antigua de ambas Américas y ahora se ha establecido en nuevos edificios, en las afueras de la ciudad.

\*

Pero antes volamos hacia Cuzco, antigua capital del imperio incaico y en la actualidad centro de turismo internacional. El pequeño avión se balanceaba entre las cimas; nos introducimos el tubo del aparat de oxígeno en la boca, pues volamos a considerable altura. Girando alrededor de una montaña redonda bajamos para aterrizar: Cuzco está a una altura de 3.400 metros, más alto que la Zugspitze. Aun a estas alturas se labora la tierra y llevan a pastar las llamas.

\*

Alquilamos un automóvil para subir a la llanura alta, pasando por inmensos edificios incaicos, bajando por carreteras también incaicas, hasta el río Urubamba, río santo y fructífero que en el Este remota nutre el Amazonas. Un pueblo indio: las indias todas con sombreros españoles, signo de dignidad, sombreros negros y blancos, anunciando con orgullo los últimos que alguna vez se ha cruzado con sangre blanca. El pueblo de ranchos está muy limpio, a pesar del horror que parecen tener estos hombres por el agua. A través de una puerta abierta se ve un entierro. Más tarde el muerto yacerá bajo una cruz de madera que pronto se descompone. En una casa nos encontramos de repente con una boda. En la mesa, en medio de la pieza, la novia y el novio, hojas de flores en el pelo negro, muy jóvenes. Matrimonio con reservas, legitimado no antes del nacimiento de un niño. Pero las costumbres matrimoniales son muy libres. Refugio seguro solamente lo es la fila de las madres;

con los hombres, se debe tener mucha suerte. Los convidados a la boda se han puesto sus ponchos más finos y están sentados a lo largo de las paredes: rostros extraños de hombres, bajo gorros indios tejidos que cubren estrechamente la cabeza escondiendo las orejas. Son semejantes a los yelmos medievales y dan al rostro un aire salvaje, que no concuerda con el carácter pacífico de estos hombres. Los indios son bajos, de tronco largo que en cierto sentido les da un bajo punto de gravedad. Están hechos como para llevar cargas en sus hombros, siempre con paso ligero extrañamente elástico, que no sube el hombro que lleva la carga, sino que baja sin choques rodando debajo del punto de gravedad. Estos indios, hasta hoy día, no han aceptado la rueda. Todo se lleva al hombro, y casi todas las mujeres cargan un niño.

\*

Nos levantamos a las cinco de la mañana. Los empleados del hotel están en huelga y sin desayuno nos dirigimos en una locomotora Diesel japonesa hacia la fortaleza incaica de Machu Picchu, que, escondida entre matas fue descubierta por un norteamericano no antes del año 1910. el pequeño ferrocarril sube las pendientes en zigzag hasta una altura de 3.880 metros, y luego, a través de un imponente paisaje de montañas, sigue el cauce del río Urubamba, que discurre por extensas llanuras altas de pastos y por escarpados abismos. En cuanto fue posible, los indios han construido en ellos terrazas artificiales. Los muros de las terrazas, ensamblados de piedra sin argamasa, se han conservado completamente. Todo esto está abandonado, desolado, cubierto de matas, salvo los valles anchos con sus haciendas y ranchos pobres aislados, habitados por familias indias. Apenas un pueblo y a veces un edificio de los tiempos de la conquista, un puente, una finca. Detalles entumecidos en medio de un paisaje que queda encerrado en sí.

\*

Desde la estación de Machu Picchu, un ómnibus nos lleva con mucho riesgo cuesta arriba. Y esto de verdad es un milagro mundial: la majestuosidad muerta de una

ciudad gigantesca, formada en la roca hasta lo alto de la cumbre, en medio de picos y precipicios, que desde los abismos más profundos se alzan en su alrededor, entre una naturaleza inabordable, imperiosa, cuya contemplación inmediata y presencia habían determinado la intención arquitectónica de los indios: dándole algo inhumano, moldurando y acentuando la misma monstruosidad de la naturaleza. El pavor que infunde no deriva de la desolación de este lugar gigantesco, sino que está incorporado a él. Ante el altar de una especie de templo, de planta circular, el guía nos asegura que sólo se sacrificaron en él pumas y otros animales y no seres humanos, como se ha oído decir. Pero esto es un apaciguamiento sin prueba. Aceptémoslo: entonces el puma al que el cuchillo le abrió las venas fue un hombre.

\*

Ninguna escultura, ninguna obra de arte ensuavece hoy la estructura rígida de la arquitectura formada por piedras sobrepuestas o en la misma roca, intensificando el carácter abstracto del Machu Picchu que toca el cielo, y en cuyo punto más alto y centro del santuario se ha conservado un observatorio de piedra para medir el tiempo del día y del año, con líneas oblicuas y cantos y un dedo pétreo recto construido a base de rígidos cálculos matemáticos. Y, sin embargo, es una obra de arte de primera calidad desde el punto de vista de la escultura moderna. Durante una hora giramos alrededor de este reloj pétreo, paseamos la vista desde las cimas lejanas, a través de este lugar más íntimo de un mundo humano arcaico, hasta el abismo vertiginoso de las terrazas que bajan por el valle del Urubamba. No se sabe ya nada de los incas, nada en absoluto de su arte constructor que hizo posible la creación de estos palacios ensamblados con inmensos bloques de roca. Nadie sería hoy día capaz de edificarlos. Me agrada que no se pueda adivinar este enigma, que el secreto sea secreto, lo mismo que es secreto el alma de aquel ser humano que supo elevarse a tal gesto señorial.

\*

Al regresar la locomotora atropelló a un buey que pastaba junto a los rieles. Sin

hacer caso se siguió el camino. Mi compasión por la familia perjudicada no tuvo eco: —¡Que guarden su ganado en otro lugar! ¡Pueden pasar cosas más graves que la muerte de un buey! Cierto, pero no había ocurrido nada más grave, sino precisamente eso. Y recordé el desamparo del pobre campesino en la Selva del Oeste que perdió su vaca no asegurada; y recordé una escena junto a una carretera fuera de México, una mujer con sus niños acurrucados junto al cadáver de una vaca que debió de haber sido matada por un camión la noche anterior— miseria pura, sin lágrimas, sin esperanza.

\*

Merienda en casa del cónsul, quien en su fábrica prepara café y té. Tiene una hacienda en la selva a la que se llega después de un largo viaje, primero en camión y luego en una barca de motor. Habla de caza y pesca, del terremoto que destruyó a Cuzco. Después me llevó a la antigua

universidad en ruinas, en cuya sala de audiencia dicté mi conferencia. Detrás de mí, en mesas anchas, los profesores, al margen del estrado, un pupitre cojo; delante, en sillas, bien abrigados como los profesores, los estudiantes de la universidad probablemente más alta del mundo. Hizo un frío tremendo, y me apresuré para terminar pronto mis palabras en castellano. Whisky bienvenido en casa del cónsul, pues el «club» también estaba en huelga, y preguntas por la inteligencia india elogiada por el cónsul en lo que se refiere a su capacidad lógica y fuerza mnemotécnica, careciendo, sin embargo, de una orientación específica, la que tiene el mundo de la civilización europea. Y uno agregó que viven una existencia algo apagada, sepulcral, y recordé el pueblo pobre y limpio con los cerdos negros y los novios decorados de flores. Pensé que por todas partes habíamos podido entrar y salir libremente, tanto en el pueblo, en las casas y en los mismos seres humanos.

BERTOLT BRECHT, POR B.F. DOLBIN



## Sobre el "Hispanic American Report"

DE RONALD HILTON A CARMELO MESA-LAGO

**M**I QUERIDO DIRECTOR: He leído con asombro el artículo sobre el *Hispanic American Report* que salió en el número de mayo de *Cuadernos*. No conozco al autor, Carmelo Mesa-Lago, pero sospecho que será un refugiado cubano, y por eso no contesto con la dureza que merece. Entre los refugiados cubanos hay elementos de gran valor, y es una tragedia para ellos y para Cuba que exista esa división profunda entre cubanos. El hecho es que la desaparición del *Hispanic American Report* fue lamentada por especialistas de todos los colores ideológicos, sin la pasión unilateral que parece inspirar al Sr. Mesa-Lago. La crítica de libros se hizo sobre una base puramente académica, y se indicaron las fallas de los libros de derecha como de izquierda. El hecho es que en Estados Unidos se han publicado una serie de panfletos anticastristas que no tienen valor y que merecieron la crítica con que fueron recibidos.

En la selección de especialistas tuve cuidado de escoger a elementos de todos los colores ideológicos. Para España nombré a Burnett Bolloten, atacado por algunos por la dureza con que critica a los comunistas españoles. Para el Caribe, nombré a Sir Harold Mitchell, antiguo vicepresidente del Partido Conservador inglés y conocido pensador e historiador tradicionalista. En el ambiente libre del Instituto, había concordia entre elementos de ideología muy distinta, cosa muy difícil de conseguir cuando se trata de asuntos hispanoameri-

canos. En cuanto a mis ideas personales, sigo creyendo que la política de la porra en Hispanoamérica no trae soluciones, y que el caso de Cuba tiene raíces profundas que no se ven en los ataques consuetudinarios contra Castro.

Cosa notable: en nuestro Instituto, que ganó fama mundial por los métodos de investigación que desarrolló, los colaboradores trabajaron sin sueldo, y hasta haciendo sacrificios económicos. Yo mismo no recibí un centavo por la dirección del Instituto o del *Report*.

La lucha ideológica fue sólo un aspecto de la crisis, a pesar de que es muy difícil hablar con franqueza en el ambiente dominante en Estados Unidos hoy en día. La causa principal de la desaparición del *Hispanic American Report* y del Instituto fue la lucha feroz que se desencadenó con motivo de una subvención que dio una fundación norteamericana a la universidad para los estudios hispanoamericanos. Yo no nací para ese tipo de lucha, y nuestro grupo, que había estado trabajando en asuntos hispanoamericanos durante veinte años con los sacrificios ya indicados, no ha recibido un solo centavo de dicha subvención. Renuncié cuando las cosas llegaron a un punto intolerable.

Para que los lectores no se dejen engañar por la «información» que *Cuadernos* publicó, le ruego que publique en traducción el artículo que salió en el número de marzo de la revista *Hispania*. Creo que las

leyes de cortesía y de prensa dan derecho a esta contestación.

La tragedia de Hispanoamérica es tan grande que *Cuadernos* no querrá sin duda dar la impresión que quiere desanimar a los que han dedicado la vida al estudio de esa tragedia. Estamos haciendo planes para dar nueva vida al *Report*, y los que quieran colaborar en la empresa pueden tener la seguridad que cualquier información que quieran traernos será estudiada con un espíritu completamente abierto.

RONALD HILTON

\*

He aquí los principales párrafos del artículo que vio la luz en la revista *Hispania* (marzo de 1965):

«El Hispanic American Report, cuya publicación fue suspendida por la administración de la Universidad de Stanford en noviembre de 1964, ofrecía un análisis único sobre los desarrollos políticos, sociales y económicos en España, Portugal y América Latina. Era ampliamente conocido porque ofrecía al público americano los hechos más importantes de nuestras relaciones interamericanas. Sin embargo, su mayor mérito consistió en dar cada mes un resumen ininterrumpido y un análisis de los sucesos que ocurrían en el mundo de habla española y portuguesa.

«La necesidad de ofrecer este análisis se me hizo evidente durante la guerra civil española, cuando la falta de un centro dedicado al estudio de los asuntos contemporáneos españoles se hacía más visible.

«Yo había llegado a Madrid en marzo de 1931 y fui testigo de la caída de la Monarquía. Los sueños de color de rosa, cuando se proclamó el 14 de abril de 1931 la República de los intelectuales, abrieron el camino para una lucha brutal entre la derecha y la izquierda, que culminó en el levantamiento del ejército el 19 de julio de 1936. Durante la guerra perecieron en ambos bandos amigos míos y se me abrieron los ojos ante el drama increíble de la política española. La tentativa de los universitarios para ignorarlo, como es obvio, no conducía a nada: la política era, desgraciadamente, la razón de ser de España. Más tarde y particularmente cuando estalló la revolución de Cuba, se hizo cada vez más vi-

sible la urgencia de hacer un estudio sistemático, semejante al que requería la cuestión española. Existen en Estados Unidos especialistas para los temas más oscuros de todo el ámbito académico, pero cuando Fidel Castro llegó al poder en 1959 no había en todas las universidades americanas un solo especialista en la política contemporánea de Cuba. El Instituto de Estudios Hispanoamericanos y Lusobrasileros de la Universidad de Stanford y el Hispanic American Report llenaron en forma única tan notorio vacío. En muchas universidades el Report vino a ser indispensable en todo curso sobre América Latina.

«En noviembre de 1948 se comenzó la publicación, muy modestamente, del Hispanic American Report. Por su aspecto el primer número no ofrecía atractivo alguno. Se trataba sólo de 24 páginas reproducidas en hectógrafo en la forma más barata, y la circulación era nominal. Para el segundo número ya dispusimos de un mimeógrafo. El volumen I se redujo a dos números. Ya para el volumen IX (1956) se usó el «multilith» y desde 1961 la imprenta de la Universidad de Stanford comenzó a publicarlo por el sistema de «offset». Ya adoptaste último sistema, tuvimos que ajustarnos a la disciplina de los procedimientos de imprenta y pasar de un número indistinto de páginas a la entrega mensual de 96 (ocasionalmente hubo la necesidad de agregar unas páginas suplementarias). En realidad se publicaban 1.512 páginas al año. Como cada página contiene un promedio de 500 palabras, el número total de cada número era de unas 50.000 y el de cada volumen de 600.000 por término medio. En el Report cada palabra fue cuidadosamente controlada por los autores y los editores, y por estas cifras dan una idea de la cantidad de trabajo que se hizo.

«La circulación del Report aumentó continuamente, y ya en 1964 tenía una tirada de 2.500 ejemplares. Se trataba de una lectura poco agradable, que no estaba prevista para el consumo semipopular. El número de americanos que tienen un interés técnico en los asuntos latinoamericanos, es mucho menor de lo que puede sospecharse de todo el ruido que se hace alrededor de esta parte del mundo. Un aumento de circulación sólo hubiera podido lograrse popularizando

el Report y rebajando sus normas. Muchos interesados en asuntos sociales que discuten los problemas latinoamericanos se limitan a generalidades y no tienen el conocimiento minucioso necesario para leer con provecho el Report; son muchos los profesores de español que no tienen un interés serio en los asuntos del mundo de habla español; no pocos funcionarios gubernamentales hacen su trabajo de rutina con los informes que les llegan al escritorio; y los hombres de negocios piensan frecuentemente que para entenderse con sus clientes latinoamericanos, con los que profesionalmente se encuentran a tono, saben todo lo que para ese efecto necesitan saber. En estas circunstancias resuelta sorprendente que el Report haya podido reunir el número de lectores que logró en los círculos académicos, gubernamentales y de hombres de negocios.

« A medida que el Report creció se fue haciendo cada vez más completa su organización. Nada semejante se había hecho en ninguna otra parte del mundo. Ciertamente, los expertos internacionales han expresado su creencia de que siendo América Latina la única región que queda cubierta por una revista como el Report, debería promoverse revistas que empleando las mismas técnicas pudieran referirse a otras regiones del mundo. Estas técnicas han sido descritas de manera general en una Memoria de la Unesco dedicada al Instituto. Sólo visitando la Casa Bolívar, sólo trabajando en el Report se puede comprender el funcionamiento mismo de su compleja organización. En un manual de hojas movibles, que recibe cada suscriptor, se explica todo el sistema. Cuando las técnicas eran modificadas, se agregaban nuevas hojas. El Instituto funcionó como un laboratorio científico. Su equipo no tenía una función rígida, ni un camino prefijado. Desde luego, no podía aprovecharse con ligereza, en ningún caso, por una persona sin cierta preparación y cualquier interrupción hubiera conducido a un trastorno en la aparición mensual del Report. Por desgracia el Instituto sufrió continuas dificultades.

« El Instituto trabajó sobre la base de país por país. Para cada área había en la Casa Bolívar o en la Casa Alvarado, que

es la vecina, una oficina con todo el equipo necesario y todo el material de consulta. Los análisis contenidos en el Report requerían un conocimiento de toda la literatura importante de cada país. En la Casa Bolívar teníamos nosotros no sólo las obras básicas de consulta, sino una colección nada común, metódicamente organizada en archivadores metálicos, de panfletos y memorias que había que mantener al día a fin de tener a mano los mejores recursos posibles para la investigación. Además, había para cada sección un fichero completo, de forma que se podía dar sistemáticamente cualquier información esencial para cada país, o si se trataba de un libro o de un folleto, la referencia bibliográfica indispensable.

« Se dedicó una oficina a la preparación del índice anual. Como este proyecto fue desarrollándose lentamente, dos índices generales se hicieron para cubrir los volúmenes I a VII y los volúmenes VIII a XII, respectivamente. A partir del volumen XIII pudo ofrecerse un índice anual. La preparación de un índice analítico que no sea sólo una lista de nombres es una empresa complicada, que además de representar un trabajo duro exige habilidad para analizar los hechos y reducirlos a categorías sistemáticas. El índice no era valioso únicamente como final del trabajo, sino que servía de punto de referencia permanente que nos capacitaba para eliminar muchas contradicciones e inconsistencias de los informes que recibíamos.

« El seminario de estudiantes graduados se reunía los martes y jueves, a las 10 de la mañana, para discutir las materias que pudieran afectar al Instituto en su totalidad y para oír exposiciones de visitantes, generalmente de América Latina, o informes dados por miembros del seminario sobre los últimos acontecimientos. Una vez a la semana el grupo de cada país, incluyendo asistentes no graduados, se reunía en mesa redonda para discutir los problemas que tenían que investigar. La necesidad de consultar la enorme cantidad de material que estaba a libre disposición, requería que la Casa Bolívar estuviera abierta prácticamente sin interrupción, día y noche, los 365 días del año. El director tenía que estar en su puesto dieciocho horas

al día, incluyendo sábados, domingos y días de fiesta. Es harto sabido como el trabajo fue arduo y agobiante. Los estudiantes que no mostraban voluntad o capacidad para atender a las exigencias del Instituto, quedaban excluidos por el rigor mismo del trabajo. «A cada cerdo le llega su San Martín», fue el aviso que se dio a los estudiantes perezosos o que no se consagraban al trabajo. Generalmente, los que no lograban ponerse a la altura de las exigencias del Instituto encontraban una excusa para dejarlo en el momento oportuno. Decían que no les interesaba la política o descubrían de repente que les apasionaba alguna otra disciplina. Desde luego, si la vocación del estudiante lo encaminaba honradamente a otros campos, se le alentaba para que dejara el Instituto. El trabajo dentro del mismo atrajo principalmente a los hombres.

«Los estudiantes del Instituto tenían que hacer frente a una gran variedad de tareas. Debían, desde luego, trabajar en el área general de programas de estudios. Los que estaban interesados en el Report tenían primero que inscribirse como asistentes y luego, si resultaban bien calificados, asistir a un preseminario. El Report era esencialmente una empresa de graduados y lo redactaban unos 40 estudiantes graduados, siendo los dirigentes candidatos todos al Ph. D. Mientras que los candidatos para el A.M. se concentraban en un área particular, los candidatos para el Ph. D. estudiaban sucesivamente tres áreas. De esta forma, un candidato para el Ph. D. tenía una visión mucho más amplia que el candidato al A.M. y su comprensión de los asuntos latinoamericanos se extendía a un período de tiempo que no podía adquirirse en menos de tres años. Observando durante este período con toda atención la América Latina, los estudiantes aprendían que no hay que fiarse de las apariencias; adquirían la indispensable experiencia que tanto necesitan los americanos que miran a un país como de paso y toman las apariencias transitorias por la verdadera realidad del país. Esa fue la equivocación que hicieron los hombres de negocios de Estados Unidos que apoyaron a personas como Pérez Jiménez y Batista.

«La dirección de las secciones consa-

gradadas a los países más importantes tenía que estar en manos de candidatos al Ph. D. o incluso de universitarios graduados. Podría argüirse que existía la posibilidad de solicitar los servicios de comentadores profesionales, pero fuera de la imposibilidad financiera de hacerlo, esos analistas difícilmente se encuentran, ya que no es fácil hallar en el mundo una combinación de entrenamiento y disposiciones como las que se exigen a los colaboradores del Report. Por otra parte, con muy pocas y notables excepciones, las personas de cierta edad no están calificadas para el trabajo del Report, pues muchos presentan notables desigualdades en lo que se refiere a condiciones de energía, imaginación e iniciativa. El Instituto era una empresa universitaria y su función más importante la de capacitar a los estudiantes. Uno de los propósitos del Instituto era el de preparar una nueva clase profesional que pudiera asumir responsabilidades profesionales. En el momento en que el Instituto desapareció, muchos de los colegios del Estado de California han incorporado a algunos de nuestros Ph. D. en sus cuadros de enseñanza, y en todo el oeste las universidades los solicitaban a medida que el Instituto los graduaba. Ya ellos ofrecen un récord excelente en el campo de la enseñanza y de la investigación. El Instituto Americano de Comercio Exterior ha rehecho un programa regional desde el punto de vista de la lengua y de los estudios regionales de acuerdo con el plan del Instituto de Stanford.

«Si bien la desaparición del Instituto y del Hispanic American Report constituye un golpe para los estudios latinoamericanos en los Estados Unidos, el ejemplo del Report queda como el camino que debe seguirse en el futuro. Ahora que el Report desaparece nos agrupamos a su sombra. Mientras vuelva a la vida, viviremos en la oscuridad dedicados el estudio de la América Latina contemporánea. No estamos seguros de que el noble experimento haya de repetirse, pero cualquiera que sea lo que el futuro nos depare, el Hispanic American Report no podrá olvidarse. Fue una experiencia muy significativa que dejará huella indeleble en el curso de los estudios hispánicos.

## “Cuadernos” y su misión americana

En las letras hispanoamericanas se da corrientemente el nombre de benemérito a Joaquín García Monje, escritor de Costa Rica nacido en 1881 y que falleció en 1958. Podría avanzarse que no es por su logro en las letras por lo que se le da ese nombre de tanto lustre, y no porque su literatura haya sido desdeñable, ni mucho menos; pero sí es porque don Joaquín dejó muy joven la pretensión de brillar como literato y se pasó decididamente a las filas de los editores. No queriendo limitar su edición a un público aldeano, ni a la clientela de campañero, abrió ampliamente las alas de su comprensión humana y de su amor a la cultura, para cobijar con ellas a cuantos en las naciones hispanoamericanas manejaban la pluma, a fin de que se conocieran mejor y se diesen a conocer de todos los demás, del vasto público.

La empresa a la cual vinculó don Joaquín su nombre de editor se llama *Repertorio Americano*, y fue iniciada en 1919. Debe notarse, de paso, que este título lo empleó ya, en 1826, en Londres, Andrés Bello, que mientras hacía hora para ir a establecerse en Chile, aspiró, como García Monje, a crear un puente de unión, un lazo de afecto y de entendimiento mutuo, entre los hombres dispersos en España y en las Américas que hablaban un mismo idioma, el español.

Se me ocurre que con el tiempo, y si ayudamos todos, la empresa en la cual está metido Germán Arciniegas puede llegar a ser como el *Repertorio Americano* de don Joaquín García Monje. Nada le falta para serlo. Por lo contrario: le sobra, pues *Cuadernos* llena más páginas que el periódico de don Joaquín, y por publicarse en París puede encontrar una difusión

más completa, cabal y oportuna que si se editara en cualquier capital de nuestro continente.

En seguida, debe notarse que la dirección en este caso favorece mucho a *Cuadernos*. Don Joaquín García Monje se hizo muy sedentario, y después de haber vivido los años de la preparación en Chile, donde fue lucido alumno del Instituto Pedagógico (1901-1904), se volvió a Costa Rica y allí se quedó hasta morir, sin alejarse mucho de sus habituales sitios de labor. Me consta que, por ejemplo, en el mes de enero de 1958, cuando el gobierno de Nicaragua aplicó la condecoración llamada Rubén Darío a varios escritores americanos, entre quienes se contaba don Joaquín, me quedé yo con las ganas de conocerle, pues no asistió al acto de imposición. Debe notarse que Nicaragua y Costa Rica son países limítrofes, de modo que el viaje entre sus respectivas capitales es sumamente breve. Pero don Joaquín, algo achacoso ya, y temiendo acaso de moverse de su viejo rincón, no me dio el gusto de poder estrechar su mano, que yo veneraba desde antiguo. Dentro del mismo año el viejo maestro moría. En la ceremonia aquella yo hube de pronunciar un discurso, y me pareció de buen gusto hacerlo en nombre de todos los galardonados, pues ninguno de ellos tenía intención de disputarme el uso de la palabra. Algo de lo que dije debía entenderse lucubrado en nombre de don Joaquín y como fruto de la comprensión que éste sembró a su paso por la existencia y de lo que yo creía captar de ella, pues su nombre estuvo siempre en mis labios cuando redactaba aquellas palabras de saludo y agradecimiento.

Germán Arciniegas, en cambio, ha nacido muy viajero, y con frecuencia visita las ciudades de las naciones americanas. Yo, desde luego, no le he visto nunca sino en Santiago, hasta donde él ha llegado varias veces procedente de París, o de Colombia, o de Roma, o de Nueva York. Merced a este hábito ya adquirido de viajar, conoce todo el mundillo de los escritores, no sin

*La nota de nuestro buen amigo Raúl Silva Castro, paradójicamente llega a nuestras manos cuando Cuadernos deja de existir. En todo caso, ¡mil gracias!*



poseer, además, amistades estrechas y asiduas con historiadores, catedráticos, académicos, periodistas y hombres de Estado. Sus libros se publican en varios países, y su colaboración periodística se difunde todavía más ampliamente, merced a los servicios de la agencia internacional a quien la tiene confiada. Su cultura ecuménica se ha formado precisamente así, es decir, con el viaje que la curiosidad le lleva a emprender al través de la cosmografía, de la historia, apuntando además, cuando es preciso, a la filología, a la estética, a la filosofía. Si él desde su rincón italiano avizora la hazaña de Américo Vespucio, para tratar de comprenderla, todo le resulta notablemente fácil por la prontitud de su desplazamiento, por el paso desembarazado y suelto que se le ve siempre adoptar en los muchos viajes que ha realizado. No navega a la vela, como Vespucio, sino en velocísimos aviones, y el resultado es entonces mucho mejor.

Pero este movimiento constante en que se ve comprometido Germán Arciniegas no es en absoluto adversario de la profundidad con que él desea comprender los sucesos del mundo. Al revés. Mientras más ve, y mientras más rápidamente se mueve, más fácil le resulta estar al tanto del último libro y saber cuanto se piensa en Buenos Aires, en Lima, en Río, en La Habana, para compararlo en seguida con lo que sabe de Berlín, Madrid y Londres.

Se me ocurre, en fin, que si todos nos empeñamos un poco y secundamos de buena fe a Germán Arciniegas en su empresa, *Cuadernos* puede ser exactamente lo que pretendió el maestro don Joaquín García Monje con su *Repertorio Americano*: un muestrario de las letras hispanoamericanas, antena sensible que recoge las ondas vagabundas, una ventana abierta a perspectivas interiores. Exposiciones, debates, encuestas, libros editados por la empresa, completarán el espectro de las posibilidades de acción centradas en torno al nombre de *Cuadernos*. Ninguna limitación exterior podrá cohibir la curiosidad de sus redactores; todos los sucesos de la vida del espíritu tendrán derecho a ocupar una o más de sus páginas.

El ser todas estas cosas confiere además a *Cuadernos* una importancia descolante para acelerar el conocimiento de las letras hispanoamericanas en las naciones europeas. Y ahora sí que la edición en París da una gran ventaja a *Cuadernos* sobre el antiguo *Repertorio Americano*, fallecido precisamente por la muerte de su fundador y sostenedor. París figura como la capital de Francia, pero es igualmente una ciudad poblada de turistas y de gente de paso, procedente de todas partes del mundo, ciudad donde la nota cosmopolita y el aroma de todos los rincones del planeta procura hacerse presente,

antes de diluirse en una esencia más compleja y acaso de mayor atracción para los sentidos, el olor de París. *Cuadernos* sale a la luz en aquel gran horno de fundición, apto para la mezcla de razas y lenguas. *Cuadernos* obtiene, pues, su primer contacto con los transeúntes de la gran ciudad, a quienes siempre atraerán sus portadas vivamente diseñadas y estampadas en colores llamativos.

De allí pasará en seguida a las bibliotecas, y se conservará para la consulta. Es posible que este valor de consulta que tiene *Cuadernos* no lo conozca todavía, o no lo haya apreciado en su justa dimensión, cada uno de los bibliotecarios a quienes parece dirigido el mensaje; pero día llegará en que todos lo sepan y en que, por consiguiente, todos procuren tener siempre completa y siempre al día la serie de entregas de *Cuadernos*.

Su colección entonces, prolongada a lo largo de los años, vendrá a ser indispensable para entender lo que por aquí pasa. Se consultarán en ella hechos, indicios, rasgos sueltos, frases, palabras inadvertidas; se compondrá igualmente de ensayos y de cuentos, de verso y de prosa; dará cuenta de libros, exposiciones, viajes, premios, certámenes; contendrá panoramas fugaces de sucesos que un día fueron una novedad y que luego dejaron ligeramente de serlo; vibrará, vibrará siempre, por haber guardado la vibración de unos cuantos seres humanos a quienes la existencia del espíritu no era totalmente indiferente. Poco se verá allí de guerras y de episodios de gobierno; pero mucho, en cambio, de cuanto interesa a la cultura, tanto más alquitarada y pura cuanto menos afinada a fronteras y regiones.

*Cuadernos* entra estos días en los cien números de su publicación. Es una buena cifra; pero es, seguramente, una parte muy reducida de su historia. Se me ocurre que ha de prolongarse muchísimo, y que no pocos de cuantos tenemos la inmerecida honra de colaborar en ellos, no tendremos el sentimiento de ver extinguirse la revista dentro de nuestro tiempo. Así sea.

RAUL SILVA CASTRO

#### UNAMUNO Y SU DESDEN POR LOS CIENTIFICISTAS

La muerte de un grande hombre —y de cualquier gente— da siempre lugar a que se haga un recuento de su vida no más se le ha dejado en el cementerio. Los vivos se sienten como con derecho a pedirle cuentas. Como si se dijeran, con discreta sorna: « Si este fulano vino, estuvo y se fue de esta tierra, ¿cómo se comportó? ¿Cumplió bien o mal con su destino, con su deber? ¿Pagó justamente su hospedaje y su pasa-

je? Y todo ello, para agradecerle o para reclamarle.

Muera un ente humilde en una aldea o un hombre extraordinario en el sitio más prestigioso del mundo, y ya tendremos a los enjuiciadores. Para el caso, las comadres. O los devotos.

Con el aniversario del nacimiento de Unamuno, el caso de sus múltiples enjuiciamientos es explicable: su propio país lo ha tenido en discusión mientras vivía y ya cuando había partido. Unamuno era hombre que había venido, conforme sus propias palabras, con la espada, a armar guerra y no paz. Sobre todo, el mantenerlo así, como en capilla ardiente desde que murió, se debe a que el gran maestro no iba a comulgar jamás con el orden de vida, pensamiento y trabajo en que quedó España con el triunfo del Caudillo. Esto explica por qué, en lo que se dice a favor y en contra de Unamuno, haya mucho de ojeriza y beatería, de adhesión o de aversión puramente afectiva. Sobre todo cuando el atacar a los muertos dispensa ventajas a los vivos que lo hacen.

Entre todo lo que se dice como desfavorable a Unamuno está aquella expresión suya cuando se señalaba cierta decadencia en España por quedarse atrás y se pensaba que le faltaba lo que por otra parte le sobraba a Europa, sobre todo a Alemania y a Gran Bretaña: la técnica. Unamuno se encogió de hombros y exclamó: « ¡Que inventen los otros! » Y la simpleza de ciertas gentes ha hecho de una expresión feliz —reveladora de una consideración profunda del valor de las cosas— como la revelación de un desdén por la ciencia, que colocaría a Unamuno en un nivel lastimoso de falta de inteligencia.

Pero hay que advertir que con esa frase Unamuno afirmaba su posición permanente frente a la beatería —no precisamente por la ciencia—, sino por la técnica y el cientificismo. No olvidemos que hubo mucha distancia entre la admiración que despertaron entre sus contemporáneos Faraday o Lord Kelvin y la correspondiente a Edison y a Marconi. Unamuno tenía que sentir enojo, casi enfado, frente a las gentes que perdían el sentido de la medida con ciertos logros humanos que, a pesar de su importancia, estaban lejos de poder constituir lo fundamental y esencial de la vida.

Unamuno sintió la amenaza de aquella ola vasta del positivismo llevado a sus últimas proporciones. Como no perdió nunca la cabeza con los *Primeros principios* de Spencer, ni con la *Historia de la Creación Natural* de Haeckel, no podía perderla con el pobre Comte, aunque por ratos nos da la impresión de haberla perdido con Hegel. A Spencer le llamó el « mecánico desocupado », saliendo en oportuno apoyo de Papini. Y para aquellos que se habían ido co-

mo locos o sonámbulos por los caminos de la biología de Lamarck y de Darwin —sin analizar en lo más de bulto el contenido— tuvo su desquite feliz en *Amor y Pedagogía*. No sabemos si en algún momento Unamuno —tan amigo de llevarle la contra a la gente cuando la gente se volvía tonta, con la tontera del ismo—, tuvo alguna consideración que hacer respecto de esa otra mística de la llamada tecnocracia, una especie de vegetarianismo orientalista llevado al campo de la organización económica y social de los pueblos.

Don Miguel fue en verdad un místico. Andando el tiempo, vendrá a ser visto —como ya lo han señalado muchos de sus discípulos—, como uno de los más grandes y ardientes, calcinantes y sangrantes, de España y de todo el mundo cristiano. Como tal tenía que anclar, después de sus atrevidos recorridos oceánicos, en la bahía profunda de lo que eran los valores fundamentales, especiales, de la vida. Un pueblo puede vivir inventando y copiando, aplicando técnicas, dándose más herramientas y mejores herramientas día tras día, pero toda la ventaja de sus logros materiales se vendrán abajo si se deja coger de la brutalidad en sus concepciones fundamentales. El cientificismo sin sabiduría, sin filosofía, sin mística, es la puerta al peor de los materialismos. Si Unamuno veía que España peligraba por despegarse de sus tradiciones mejores, perdiendo de vista lo que más valía, su deber era resistir al peligro, sabiendo que un pueblo inteligente sabe poner y mantener sus pies en la tierra cuando ya tiene el ala en la mente para subir y saltar a la hora de los grandes peligros.

La sabiduría, como la belleza, constituye lo esencial en la historia del mundo.

Desde luego, el Unamuno novelista, periodista, escritor, ensayista, poeta, admite reparos de todo orden. Personalmente, diríamos que más de una vez, como en *La Agonía del Cristianismo*, Unamuno nos resultaba insostenible, si no intolerable. Igualmente le encontramos deliciosamente breve en muchas páginas tranquilas, aunque siempre encendidas de trascendencia. Pero en esto no pretendemos exponer argumentos de valor alguno que le sean desfavorables. Si Ortega nos llenó siempre de la más grata satisfacción intelectual con su estilo claro, ágil, certero, perfectamente racionalista, quizá lo renunciaríamos —aunque por sólo un tiempo, el necesario para reconfortarnos— por la irracionalidad mística, por el frenesí religioso de don Miguel, de igual manera que preferimos a Don Quijote, por lo que él va doliendo, a todos los héroes de la Creación.

Este « llevar la contra » de don Miguel es más que explicable en el hombre libre, en el que no se deja meter en rebaño alguno, así sue-

ne muy argentina la esquila y caiga suavemente en el suelo el cayado del pastor. El miedo a la turba es parecido en mucho como miedo al coro, y la tontería humana está lista a hacerlo cada vez. ¿A dónde va Vicente? A donde va la gente. Pero si el pensador advierte que no va bien, tiene perfecto derecho a decirlo, aun de muy mal tono, y, si es posible, cuando ve que van al norte, exigir que se vaya al sur, si a la derecha, a la izquierda. Si se ve que todo quiere hacerse derecho, recordar la posibilidad de que todo se haga deber. Si todo mundo quiere andar en las nubes, pues traerlos a la tierra, y si todos se empeñan en rastrear, pues levantarlos y tirarlos hacia lo alto.

Cuando los hombres de España se dolían de la famosa decadencia y buscaban en el ejemplo material de la Europa fuerte, el secreto del triunfo, sobre todo en el orden material, con la técnica y los inventos, Unamuno tenía perfecto derecho a decir su frase, « que inventen los otros ». Y si hubiese advertido que nadie ya en el mundo inventaba, bien habría sido él quien recordara los tiempos en que sólo España inventaba. Y descubriría. Y oraba.

N. VIERA ALTAMIRANO

### BOLIVAR, GENIO DE LA ACCION

El gran hombre rebasa su época, labra el futuro, toca las puertas de las generaciones con mando constructor. La sombra tremenda de Bolívar cubre toda la extensión americana : su carga dinámica trabaja para el tiempo.

Es el viajero inusitado. Si se mide su paso en relación a las dificultades naturales y a la lentitud de locomoción cuando nacía el siglo XIX, nadie le superó en atrevimiento, en resistencia, en esos largos y durísimos cruceros terrestres. Marchas, campañas, batallas, andanzas sin tregua, retiradas que florecen en nuevos ataques delirantes. Está aquí, está allá, alarga el brazo por sus cartas fulminantes, domina el continente con su clara inteligencia, rasga el porvenir en profecías. Cuerpo y alma en perpetua ebullición. No conoció reposo ni tardanza : la impaciencia era su ley.

Montar, bailar, avanzar siempre su divisa. Soñar, legislar, construir sociedades organizadas su vocación.

Hizo retroceder los horizontes del hombre de acción : cada vez más anchos y más lejos. Aun se ignora quien agotó mejor sus energías, si el guerrero, el político, el escritor, el estadista, el legislador, el amador, el aventurero o el mundano. Trató a muchedumbres y manejó a millones. Conversaba con rapidez, dictaba a gran velocidad, combatía, viajaba, destruía y reedificaba con celeridad acrecentada.

¡Hacer! era el « daimon » del Libertador.

Nunca nuestra América se movió con mayor empuje y eficacia que bajo las manos prestas de don Simón, el infatigable.

Desciende como el rayo a la entraña de los problemas. Sube en parábola de luz la esperanza de los pueblos. Toma sobre sí la carga colectiva y la devuelve fecundada al nuevo amanecer. Y era tan grande y excesivo en su naturaleza, que no contento con pelear por la libertad de un mundo, se metía en guerra consigo mismo : el Libertador y el Dictador se batieron en su alma intrépida desde el primer día hasta el postrero.

¡Moverse, moverse! No haya sosiego para el esforzado ni pausa para el conductor de pueblos. Porque quien siembra, se desgarrar. Y hacer es deshacerse. Y quien vuela más alto en el pensamiento o en la acción, debe expiar su grandeza en el dolor y el desengaño.

General, guerrillero, montonero : todo en uno. Las técnicas sorpresivas de hoy, sólo reverdecen la estrategia móvil del conductor genial. Los buenos y los malos seguidores siguen aprendiendo de Bolívar.

Todo cuanto dice tiene carga de relámpago. Lo que hace, ímpetu de río o de huracán. Es una fuerza de la naturaleza.

Potente soñador, realista insuperable a un tiempo mismo, destruyó un mundo con su espada para crear otro con su fe. Su genio brusco, deslumbrante, prometeico, no se ha revelado en su alteza y pesadumbre ni a la historia, ni a la psicología, ni a la crítica.

Este Libertador de pueblos, este fundador de repúblicas, este padre de constituciones, este augur que delira con montañas, con batallas, con naciones, con mujeres, con proezas desmedidas. Este hijo de la gloria. Este escultor de multitudes. Este hombre impar en la idea y en la empresa creadora. Este rayo flamígero que lo enciende todo. Es verdaderamente el genio de la acción.

Cien historias, quinientas biografías no agotan su voltaje humano. Nadie lo aventajó en la lucha heroica ni en la arquitectura civil.

Simón Bolívar : « Excitador » de América. ¡Esa descarga eléctrica que dura todavía!

FERNANDO DIEZ DE MEDINA

### EL ARTISTA Y EL ESCRITOR EN EL MUNDO DE HOY

Es un principio generalmente aceptado, que no existe obra artística o literaria exenta de contenido ideológico. Afirmación tan evidente, cuanto que el arte, con notable frecuencia y sin proponérselo a veces, está y ha estado siem-

pre al servicio de doctrinas políticas, religiosas o sociales. Es decir, que aquella frase de « escritor o artista comprometido » no es, precisamente, de última moda.

Con frecuencia el creador se compromete en tal o cual sentido, para estar en paz consigo mismo o con los demás y para asegurar, conscientemente o inconscientemente, el éxito espiritual o material de su obra. Parece confirmarse el postulado de que no existe el arte por el arte en forma absoluta.

Hoy, como nunca, los escritores y artistas se encuentran frente a desconcertantes problemas que enfrentar, problemas de ubicación estética que son, en última instancia, de ubicación política. Los sorprendentes avances de la tecnología moderna, las graves pugnas e intereses de las grandes potencias con el consiguiente peligro de guerra, el alarmante crecimiento de la población, las revoluciones en los países en desarrollo, forzosamente los obligan a situarse o contribuyen a desorientarlos.

Salta consecuentemente la espinosa y vieja pregunta : ¿Quién tiene razón : la derecha, la izquierda o el centro? Aventurado intento sería el dar una respuesta definitiva. Las doctrinas degeneran en manos de los hombres, no rinden el efecto previsto cuando se ponen en práctica. Se desvirtúan. Las doctrinas religiosas, por ejemplo, encierran con frecuencia una moral sana y alentadora para el espíritu ; no son malas en sí, pero pueden ser dañinas con el mal uso que algunos hombres hacen de ellas. Con las teorías políticas ocurre cosa similar. Entonces, ¿qué partido tomar? Quizás ninguno, concretamente, pero el creador tiene que elegir un camino : el de la sinceridad.

Y viene otro problema que sigue teniendo vigencia, no obstante haberse debatido hasta la saciedad : ¿Qué es lo más importante, llevar el arte a las masas o conducir las masas hacia el arte? En el primer caso se corre el peligro de hacer un arte populachero, carente de categoría, el mismo que a la postre vendría en detrimento del venero creativo. Se caería forzosamente en el arte dirigido y convencional, es decir, se apartaría de su principal objetivo : decir bellamente la verdad. En el segundo caso se corre el peligro de hacer un arte deshumanizado, egoísta, de cenáculo, de torre de marfil inaccesible al gran público. Un arte que espera indiferente a que la masa llegue hasta él.

Pero escuelas van y escuelas vienen, y sólo queda la misteriosa creación espontánea y poderosa con profundas raíces humanas que, aunque en ocasiones no sea asimilable o entendible por el gran público, con los años termina por imponerse y sobrevivir como testificación de su tiempo.

Así, las artes plásticas, literarias, musicales,

etc., llevan en sí una finalidad inequívoca : la de ayudar a vivir. Si no, ¿por qué las gentes están siempre dispuestas a dar su dinero u otros bienes materiales para poseer un buen cuadro, comprar novelas, poesías, ir al teatro o al cine? Sencillamente, porque quieren disfrutar de un goce estético, explorar mundos irreales, vivir imaginariamente experiencias y emociones de otras personas, olvidarse un momento de sus propios asuntos, completar la función de su existencia.

Cuando se establece una interdependencia entre el creador y la masa, el uno obra sobre la otra, o viceversa, para acondicionarse y modificarse mutuamente. El autor hace que el público comprenda mejor el mundo que lo rodea, que disipe las brumas, que entienda mejor a sus semejantes. Contribuye a que se cambien las condiciones sociales, las costumbres, los ideales, las leyes. Él, a su vez, se puede ver sometido a las necesidades e intereses de su público y tentado a hacerle concesiones perjudiciales, readaptando su propia personalidad. Inevitable mecanismo que concuerda con el equilibrio de las sociedades.

Así y todo, esta función, este engranaje, colocan al artista y al escritor en una situación, jerárquica y moral, privilegiada, que no es dable despreciar y que los obliga, de hecho, a cumplir con un papel de guías o faros en el conglomerado humano. En ninguna época de la Historia, especialmente hoy en los países poderosos, los artistas y escritores disponen de grandes y efectivos medios publicitarios para difundir su obra. No obstante, en las naciones poco desarrolladas, ellos desenvuelven su labor en adversas condiciones y privaciones de diversa índole, que a menudo obligan a cortar la vocación o a limitar la actividad creadora, bien sea por falta de editoriales, por escasez de salas de exhibiciones y de otros medios, y por el poco o ningún estímulo moral o económico que reciben de quienes debieran otorgárselos. No habiendo mayor difusión o retribución, el creador puede perecer, quedar casi inédito, estéril, cayendo en un indiferente vacío.

De todos modos, en cualquier parte del mundo, el artista y el escritor tienen la obligación de fomentar la superación del ser humano, exaltando los valores estables, tan en crisis en estos días. Expresar la verdad y defender la libertad para la supervivencia del Arte. Luchar contra la crueldad en sus más terribles manifestaciones, aunque esté legalizada, venga de donde viniere, y trate de cohonestarse para defender causas aparentemente justas y legítimas. Y así, el mayor imperativo será el de luchar contra la guerra, que significa la victoria de la anticultura.

# libros

## La raza de los enanos gigantes

HACE MAS DE UN AÑO, en el Congreso de Berlín del Grupo 47, algunos iniciados comentaban por lo bajo que habían leído una escandalosa narración de una joven autora. Los augurios eran contradictorios; unos, asombrados, clamaban al cielo, otros, perspicaces, predecían un gran futuro, varios colegas sonreían irónicamente, algunos estaban notoriamente interesados. *Voilà!* La joven autora ha obtenido precisamente el Premio Formentor, y su historia ha aparecido en forma de libro, junto con otras nueve narraciones (1).

La autora denomina a las diez narraciones sueltas, reunidas en la obra, « Contribución a un estudio ». Esto suena a falta de pretensiones y puede igualmente ser una argucia inteligente. ¿Pues, por qué no? Pero en cualquier caso, lo que circulaba como espectro en los ambientes literarios de Alemania Occidental y Berlín se acredita como obra digna de atención, que debe tomarse en serio y que no puede ignorarse.

Sin lugar a dudas, el libro provocará escándalo. No sólo ataca puntos sensibles sino que denuncia a todo un ambiente, o si se prefiere: al desarrollo de un pueblo nuevo rico que, con pocas excepciones, piensa y siente de modo pequeñoburgués, se cuida de lo material y deja de lado tanto el alma como el espíritu. Y lo que vale para Alemania pueden aplicárselo también muchos otros países « satisfechos ».

Sin embargo —hay diversos sin embargos que se nos aparecerán en un análisis más atento de este libro—, sin embargo, no todo en Gisela Elsner es fruto de su propia cosecha. Nos encontramos con medios estilísticos que ya Günter Grass y Peter Weib adelantaron. Pero creo que este tipo de « decadentismo » no tiene gran importancia. También Mozart tomó de sus prede-

cesores y contemporáneos diversas formas estilísticas.

Lo que diferencia fundamentalmente a Gisela Elsner de Grass y Weib es la tendencia de su « contribución ». Y esto me parece mucho más importante que las características estilísticas casuales o adquiridas.

Gisela Elsner toma sencillamente el viejo « cuento infantil y popular » y lo transpone a la vida cotidiana europea, concretamente a la pequeña burguesía alemana. Y para ella los alemanes son todos pequeñoburgueses, odiosos, despreciables, insalvables jardineros y tenderos aburguesados, sean ministros, profesores o pastores protestantes, todos absolutamente huelen a terciopelo, colchas de encaje y a moho. El cuento se convierte en vida cotidiana. Las malas brujas son arrojadas realmente al horno: Händel y Gretel hubieran podido servir de ayudantes en Auschwitz. El junípero florece sobre los huesos del crimen, la cabeza arrancada de Faldada pronuncia palabras de consuelo, que son tan vacías como el viento; las gotas de sangre sobre el sendero levantan amenazadoras su voz. Irreflexivamente aceptamos en el cuento esta crueldad monstruosa. Sin embargo, este mundo es terriblemente real, cruel y despiadado. En el provinciano, en el burgués tenemos al enano gigante, al engrdeído ente ridículo, que no posee esencia alguna sino sólo apariencia, reflejo de lo « que es conveniente », a veces marrón, a veces rojo, a veces negro y a veces azul cielo, según desean los que dictan normas. El enano gigante es el ciclista de la fábula que va hacia arriba o hacia abajo según lo engañen.

Si se quiere hablar de tendencias, Gisela Elsner no tiene nada en común con Grass ni con Weib. Si se pretendiera encontrar un escritor que tuviera algún parentesco hallaríamos a ciertos surrealistas (en su mayoría franceses), a George Grosz y sobre todo a Louis-Ferdinand Céline, el hombre del gran odio, que por odio se ha convertido en escritor genial. Pero Céline

(1) Recientemente vio la luz la edición española, con el título *Los enanos gigantes*, Editorial Seix Barral, Barcelona (N. de la R.)

se encrespa, se enciende, se enfurece, se arrebatada de odio. Gisela Elsner todo lo contrario. Permanece fría y dice con una sonrisa inmóvil las cosas más inauditas. Registra, aparentemente sin participar en ello y con el corazón inalterado, lo que se le presenta, demuestra lo que podría y puede presentársele. Hace la autopsia de los sentimientos ridículos de los insensibles, de los pequeños arrebatos de los desalmados, de los sobornos de conciencia de los que carecen de conciencia. Hänsel y Gretel, nos dice, son agradables e inofensivos, incluso rubios y de ojos azules, ¡y asesinan! Las brujas, lo sabemos muy bien, son « otra cosa », están marcadas para ello ; son cabezas de turco, deben soportar la « justa ira del pueblo ». También sabemos lo fácilmente que esta ira del pueblo puede orientarse y a qué fines sirve. Lo peor en ello es que se aparece a sí misma siempre como justa. El burgués es insensible, desalmado, carente de conciencia ; pero se aferra a sus costumbres sentimentales y piadosas y celebra con alboroto y conmovido el día de la madre y la navidad.

Gisela Elsner va en contra de este mundo de bonitas fachadas, y lo hace con odio y placer. Lo que se quiere extirpar con tanto odio, debe correr profundamente por las venas, debe haber sido amado alguna vez. Pero Gisela Elsner se manifiesta como la fría esfinge. En última instancia no resulta verosímil por completo el mundo malo del cuento.

Por otra parte hay tantas cosas que hablan a favor de su talento que la censura del cálculo o del intento de causar efecto apenas cuenta.

En general todo libro serio constituye una crítica social, sean las *Lettres provinciales* o las comedias de Molière, el *Simplicissimus* de Grimmelshausen o el *Gulliver* de Swift. El ímpetu de la sátira social se corresponde siempre con el grado de desmoralización de la época en que se escribe, con la capacidad de participación en la indiferencia más o menos apática de los contemporáneos. Nuestra época está terriblemente anquilosada, endurecida, ciega y es tan apática e indiferente ante patentes problemas (auténticos o falsos) que se ha rebasado ya el límite. Existe el peligro innegable de que el exceso de dosis de medios curativos no consiga el efecto deseado. A veces me parece que Gisela Elsner es demasiado exigente.

El « sentimiento antiburgués » de Gisela Elsner, de lo que aquí y allí se habla, me parece más bien un anti-sentimiento absoluto. Tanto el pequeño burgués como el gran burgués, el industrial y el obrero, todo toma en ella un mal cariz. No siente simpatía alguna ni por los pobres ni por los desposeídos, ni por los obreros ni los poderosos. Pero hay algo que odia en espe-

cial : « la ropa espiritual » que no se cambia nunca, el goce cómodo del aire enrarecido de las salas acomodadas, la descarada autosatisfacción, la engañosa seriedad y la plebeya satisfacción que da la cerveza, la piedad hipócrita que se presenta en el foco proyector del egoísmo, en pocas palabras, todas las pseudovirtudes del burgués que se toman y comportan como algo importante. A todo esto Gisela Elsner enfrenta un espejo esférico que desfigura la vida cotidiana en algo grotesco. Trabaja con mezquindades aumentadas a proporciones supradimensionales.

Su dominio de los recursos lingüísticos es grande, el orden con que los ensambla oportunamente es digno de admiración. Un ejemplo evidente : a lo largo de siete páginas se describe hasta el detalle más ínfimo como un narrador, un pequeño muchacho, que sólo puede contar hasta diez, intenta descifrar una inscripción enmarcada. Letra por letra se perfila, describe, en cierto modo define exactamente y hasta el más pequeño detalle. Impresa en grandes letras, la inscripción dice simplemente : DIOS DICE LA VERDAD.

*Die Riesenzwerge* (Los enanos gigantes) son el *taedium vitae* transcrito en palabras, el tedio de la vida. Uno se pregunta cómo puede esto proseguir, a dónde conducirá este camino. No pregunto en absoluto por lo « positivo ». Sino ¿puede tanto odio y tedio conducir más allá? ¿No existe el peligro de que odio y choque se conviertan quizá alguna vez en autoobjetivo? También una temática exhaustiva puede convertirse en monótona y aburrida. (Lo más aburrido que se puede leer es —a excepción de los conocimientos crítico-culturales y sexuales— una novela del marqués de Sade, por ejemplo *Los 120 días de Sodoma*.) Por ello esperamos con ansiedad el próximo libro de Gisela Elsner.

VON WALTER WIDMER  
(*Die Zeit*, 29-5-64)

## Gabriel Casaccia :

### « La llaga »

TRAS ONCE AÑOS de literario silencio, Gabriel Casaccia reaparece activo en el quehacer novelístico, con su obra *La llaga* (Buenos Aires, 1964), aureolada por el triunfo en el concurso 1963 de la editorial Kraft.

*La llaga* no es una novela larga, panorámica, como su predecesora, *La bahosa*, de feliz trayectoria crítica, recientemente traducida al francés. *La llaga* es una novela de protagonista. Carece de la complejidad interreaccional de aquélla, de su intrincado despliegue de situaciones y psico-

logías. No por eso sin embargo es menos expresivamente densa, ni acusa pobreza caracteriológica. El plano o nivel político aparece ligado al social en una medida mucho mayor; se hace, ya no trasfondo, sino clima decisivo. *La llaga* consigue dar un corte transversal de momentos históricos que por vividos se nos hicieron familiares, hasta gastar las aristas de su inhumanidad; el autor nos hace enfrentarnos con ellos de nuevo a una luz cruda y tornamos a vivirlos en una imagen concentrada, impiadosa y significativa.

Casaccia no es por cierto un autor novel: desde 1930 y siempre desde el exterior, nos ha venido dando obras que marcan sendos hitos en la evolución de nuestra narrativa. En su obra —dos libros de cuentos, tres novelas— se diseñan dos vertientes bien caracterizadas. Una de ellas, iniciada en su primera y juvenil novela *Hombres, mujeres y fantoches*, continuada en algunos de sus cuentos, y luego en *Mario Parera* (1940), también novela, aspira el autor a captar la realidad circundante más allá de lo pintoresco o patético que venían limitando esta narrativa; vaciar hombres y problemas del medio en su máscara propia. La segunda vertiente, iniciada en algunos cuentos de *El Guajhu* (1938) contenida en esquema prieto en el cuento premiado por *La Nación* bonaerense en 1940, es llevada a vértice en *El Pozo* (1947), colección de cuentos, y en ella Casaccia coloca a sus personajes en el filo de lo subconsciente, los organiza en concepciones de certada estructura y perfiles kafkianos. La primera vertiente pareció culminar en *La Babosa*, novela, en 1953; muchos pensaron sería esta la definitivamente elegida. Pero en *La llaga* se produce sorpresivamente el encuentro —mejor integración— de ambas vertientes. El desequilibrado protagonista, el adolescente Atilio, cuyo complejo edípico aparece perfectamente caracterizado, corporiza la vertiente onírica, mientras los otros personajes en torno a él densifican circunstancialmente la atmósfera en la cual se mueve el adolescente y le proporcionan un fondo de duros perfiles realistas. Un conflicto de familia, si no muy cotidiano, bastante corriente, se imbrica con la situación colectiva con una naturalidad, mejor se dijera un fatalismo, que podría de por sí servir de paradigma a la constante ingerencia del factor político en todos los planos, de la ausencia de los resortes amortiguadores que en medios menos infiltrados intervienen para aislar el ámbito hogareño de los contactos extrínsecos y conservar su atmósfera propia, íntima.

Casaccia ha intitulado su novela *La llaga*, y conociendo sus constantes opiniones, no podemos dudar de la identificación perfecta de este título con la intención profunda de su novela. Pero la lectura nos plantea una inevitable biva-

lencia, que no ataca la estructura de *La llaga*, antes la reforzaría con una riqueza de implicaciones. ¿Es la « llaga » la situación misma colectiva, con su confusiónismo de clases, su vulgaridad, sus compadrazgos y comadrazgos, la encomienda de los problemas al atajo arbitrario de los recursos personalistas, sus ambiciones fermentando pútridamente, y todo esto no precisamente como representativo síndrome de un partido, sino como signo de un instante común, total, en la vida de una colectividad? ¿O es la llaga que se busca exponer la de las generaciones, creciendo una tras otra sin apoyo paterno, sin un auténtico hogar —la orfandad de Atilio, hijo de un suicida, podría ser un símbolo—, cuya herencia es el resentimiento, la ausencia de disciplina y de control, la ambición irresponsable? Quizá sean ambas llagas una sola y la misma. Un disturbio doméstico basta para echar abajo el andamiaje que sostiene a un grupo entero; destruye la felicidad y la estabilidad de ese grupo. El delator no prevé, no calcula el alcance de su acto; esto puede explicarse. Pero tampoco los demás, ni aún los damnificados, lo sancionan, siquiera sea con repugnancia. ¿Es que la llaga cala tan hondo que nadie es capaz de sentir su hedor? ¿Es que la delación es algo tan esperado, tan natural, que se cuenta ya con ella, como se cuenta con la lluvia o con el sol? ¿Algo así como un castigo de traiciones no formuladas todavía, pero profundamente presentes en cada uno, y que se recibe fatalistamente?

El delator, que tiene visiones delirantes y ama el barro, muere en él. Pero los problemas de sus víctimas quedan sin solución, y sus vidas abiertas a todos los acarreos del infortunio, como los desgajados ranchos campesinos abiertos a todos los vientos. Se ha dicho que esta novela restañaba el pesimismo de *La babosa*. No vemos por dónde. Con lo que no se intenta decir que *La llaga* sea exagerada o arbitraria. Todo lo contrario. Nos hacen falta muchas novelas como esta, descarnadas, acusadoras, revulsivas. « Quien tiene oídos para oír, oiga. »

JOSEFINA PLA

H. Bustos Domecq :

« Seis problemas

para Don Isidro Parodi »

JORGE LUIS BORGES y Adolfo Bioy Casares publicaron a fines de 1942, bajo el seudónimo de H. Bustos Domecq y en una edición limitada que pronto se agotó, este libro extraño ahora felizmente reimpresso (Eli-

torial Sur, Buenos Aires). La grata perplejidad que produce *Seis problemas* procede del ilimitado juego que han logrado crear sus autores. Juego es la transposición perfecta de numerosos personajes porteños, juego el arte de ovillar un complicado hilo de intrigas y el arte de resolverlo de un tirón, juego máximo la traslación de los infinitos modos de hablar que ha originado en Buenos Aires el oleaje inmigratorio.

Alguna vez dijo Leibniz, anticipándose a Laplace, que si lográramos penetrar acabadamente en el estado actual del universo se nos haría luz de golpe sobre todo el pasado y sobre todo el futuro. Quizás en esa sentencia se haya inspirado Borges cuando postuló que si entendemos a fondo el modo de hablar de una persona sabemos absolutamente quién es esta persona. *Seis problemas* constituye el más extremo intento que se haya hecho en la Argentina para poner a prueba esa opinión.

El método elegido corre dos peligros a los que no escapaba esta obra. Por una parte la imposibilidad de acordar vida independiente a los personajes por la fatal incurricencia en « tipos ». Por otra, y como consecuencia de lo anterior, la relativa municipalidad de esos tipos. Dificultado que quien no esté en el secreto —y en ese secreto sólo está el que lo ha vivido— de las sublinguas de Buenos Aires, pueda percibir la diestra sutileza del autor para revelar a un hombre a través de su modo de sentir el idioma. Pero no sólo esto. El tratamiento de H. Bustos Domecq pareciera estar condenado a revelar sólo modos genéricos de hablar. El doctor Gervasio Montenegro (« De la Academia Argentina de Letras ») no es una persona dramática, sino algo así como el símbolo de una genérica pedertería literaria. Tai An no se ofrece como un chino insustituible que no se borrará jamás de nuestra memoria sino como el representante típico de una modalidad general. La educadora Adelma Badoglio es una figura de cartón que concentra en sí todas las cursilerías de las maestras normales. Ahora bien, esto aproxima el libro a lo grotesco pero no a lo literario en sentido eminente. De contragolpe este libro de cuentos policíacos constituye uno de los más lúcidos testimonios de la sociedad porteña de hace casi un cuarto de siglo. Allí se puede escrutar la infinita postración en que se encontraba la Argentina en vísperas de profundas conmociones sociales y políticas.

Pero es demasiado obvio que un mediano sentido del equilibrio recomienda disimular lo accidental y poner de relieve los verdaderos méritos de esta singular literatura. Aunque a veces H. Bustos Domecq haga de lo anecdótico lo principal, no hay que olvidar que este autor apócrifo oculta a menudo, bajo esa apariencia, sus más agudas adivinaciones. Así creo yo que

ese primer plano verbal y verboso es un pudor que encubre su genialidad para tratar el género policial con insólita concisión. Me parece que la última prueba a que se deben someter estos cuentos es la de la eficacia. Y, en efecto, pocas colecciones de relatos policíacos logran tan sostenido nivel de creación. Merced a Borges y a Bioy, H. Bustos Domecq es hoy uno de los mejores escritores policíacos de la literatura contemporánea.

EZEQUIEL DE OLASO

## Temas y autores

Para esta penúltima edición de *Cuadernos* habíamos proyectado, de acuerdo con nuestro corresponsal en Alemania, el doctor Rafael Gutiérrez Girardot, una presentación especial de la Nueva Alemania en relación con América Latina. Por desgracia, la mayor parte del material o nos llegó tarde o no nos llegó, y para salvar esta falla en lo que tratábamos de hacer desde meses, recogeremos lo que pueda caber en el número 100, último de *Cuadernos*. Hoy sólo damos una visión histórica de algunos contactos con « Encuentros de Alemania y nuestra América », en que GERMAN ARCINIEGAS toma fragmentariamente hechos significativos que llegan hasta el fin del novecientos, ya que los encuentros de entonces acá requerirían cuando menos una extensión igual a la de estas notas. Se trata apenas de un proyecto de telón de fondo... DAMIAN CARLOS BAYON, en cambio, toma el arte alemán de nuestro tiempo, a partir de las escuelas de vanguardia de Dresde y Munich que aparecen en 1910... Y ROLF SCHROERS, profesor que ha recorrido recientemente parte de Latinoamérica, tomando contacto con los centros universitarios, nos ha dado las notas de su diario de viaje, que hemos aprovechado en lo que se refiere a México, Panamá, Colombia, Ecuador y Perú; son, pues, parte de su « Estenograma de un viaje »... Para completar esta sección dedicada a Alemania, recordamos algunas de las poesías que tradujeron GONZALEZ PRADA, PEREZ BONALDE y GUILLERMO VALENCIA, así como un poema de un joven poeta traducido por GUTIERREZ GIRARDOT... BENNO WEISER ha sido un observador sin par de las relaciones



entre América Latina y el nuevo Estado de Israel, creado en buena parte gracias a la calorosa ayuda de los latinoamericanos en la O.N.U. Weiser, que recientemente fue nombrado embajador de Israel en Santo Domingo, destaca esa parte de la historia israelí en « Don Quijote ayudó a los judíos »... Pocas personas podían presentar una síntesis mejor de lo que es la « Proyección continental del sindicalismo libre interamericano » que su animador ARTURO JAUREGUI... El artículo sobre « El caso Galíndez », que nos ha escrito el diputado norteamericano CHARLES O. PORTER, la persona que más de cerca y con mayor devoción siguió el caso del profesor de la Columbia, Jesús de Galíndez, misteriosamente asesinado por la gente de Trujillo. Porter, gran demócrata que escribió libros tan sobresalientes como *Struggle for Democracy in Latin America*, ha llegado a completar el cuadro del crimen y de los crímenes llevados a cabo a lo largo del caso Galíndez, que le da materia para un gran libro... Celebran Venezuela y toda América Latina este año el centenario de Andrés Bello. Como una contribución a tan destacado evento, hemos perdido al profesor francés de la Universidad de Dakar RENE L. F. DURAND las páginas que ofrecemos sobre « Andrés Bello y los valles de Aragua... FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI, que además de poeta de calidad es una estudiosa de primer orden, ofrece en « Sarmiento : hombres y libros » una excelente síntesis de lo que representa Sarmiento en el campo de la pedagogía... ALEJANDRA PIZARNIK, con su buen sentido poético, nos da una breve selección junto con su « Cinco poetas jóvenes de la Argentina »... JUAN CARLOS PAZ hace un estudio de gran interés en « Una nueva etapa creadora en la música argentina »... Del Perú ofrecemos el texto del segundo premio de nuestro concurso de cuentos, ganado por CARLOS E. ZAVALA con su relato « La amistad »... Otro peruano, famoso en el campo de la crítica e historia del arte, FELIPE COSSIO DEL POMAR, presenta un Utrillo lleno de novedades biográficas en « Un diálogo con mis recuerdos »... La suspensión de *Hispanic American Report* motivó un artículo publicado en nuestro número de mayo, en el que un cubano emigrado, Carmelo Mesa-Lago, señaló la parcialidad con que el tema de Cuba aparecía reflejado en dicha revista. Su director, el profesor RONALD HILTON hace la defensa de su extinguida revista en la carta que publicamos y el artículo que la acompaña, que reproducimos en gran parte. En dicho artículo se refiere, claro está, a lo que fue *Hispanic American Report* y no a las críticas expuestas por el Sr. Mesa-Lago en el comentario que nosotros publicamos.

# Cuadernos

LA REVISTA MENSUAL DE AMERICA LATINA  
Fundada en 1953 y publicada bajo el patrocinio del Congreso por la Libertad de la Cultura

*Director*

GERMAN ARCINIEGAS

*Consejo de Honor*

Charles V. Aubrun, Marcel Bataillon, Jorge Luis Borges, Rómulo Gallegos, Salvador de Madariaga, Pierre Monbeig, Francisco Monterde, Luis Alberto Sánchez, Eduardo Santos y Erico Veríssimo

*Redacción en París*

Redactor Jefe : Ignacio Iglesias

*Consejo de Redacción*

Alberto Baeza Flores, Eduardo Caballero Calderón, Jorge Carrera Andrade, Salvador Reyes y Alberto Zérega Fombona

*Arte*

Damián Carlos Bayón y Luis Quintanilla

*Ilustradores*

Sergio Trujillo Magnenat  
y Adriana Figueredo

*Corresponsales*

Asunción : Josefina Plá  
Bogotá : Eduardo Mendoza Varela  
Bonn : Rafael Gutiérrez Girardot  
Buenos Aires : H.A. Murena  
Caracas : Guillermo Morón  
La Paz : Fernando Díez de Medina  
México : Salvador Pineda y Salvador Cruz  
Montevideo : Dora Isella Russell  
Nebraska : Roberto Esquenazi-Mayo  
Nueva York : Joaquín Maurín  
San Juan de Puerto Rico : María Teresa Babín  
Quito : Alejandro Carrión  
Santiago : Raúl Silva Castro  
Tegucigalpa : Oscar Acosta

*Redacción y Administración*

23, rue de la Pépinière, Paris (8)  
Teléfono : EUR. 37-59